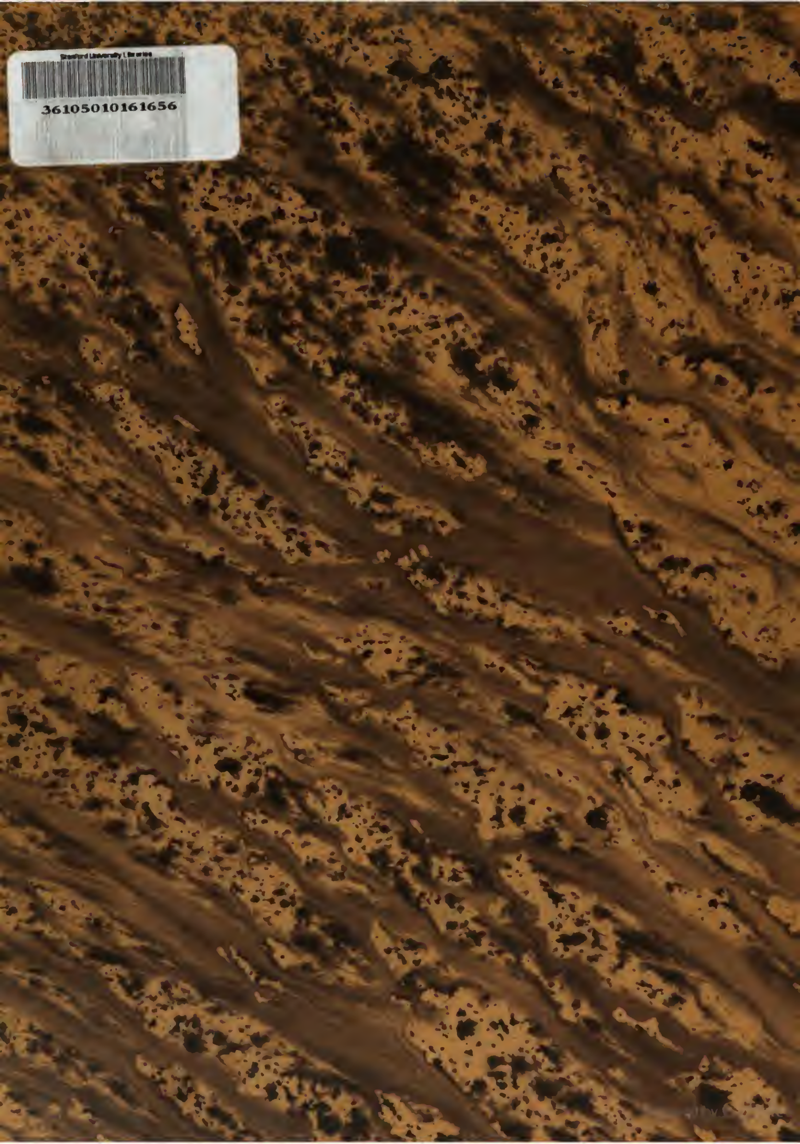
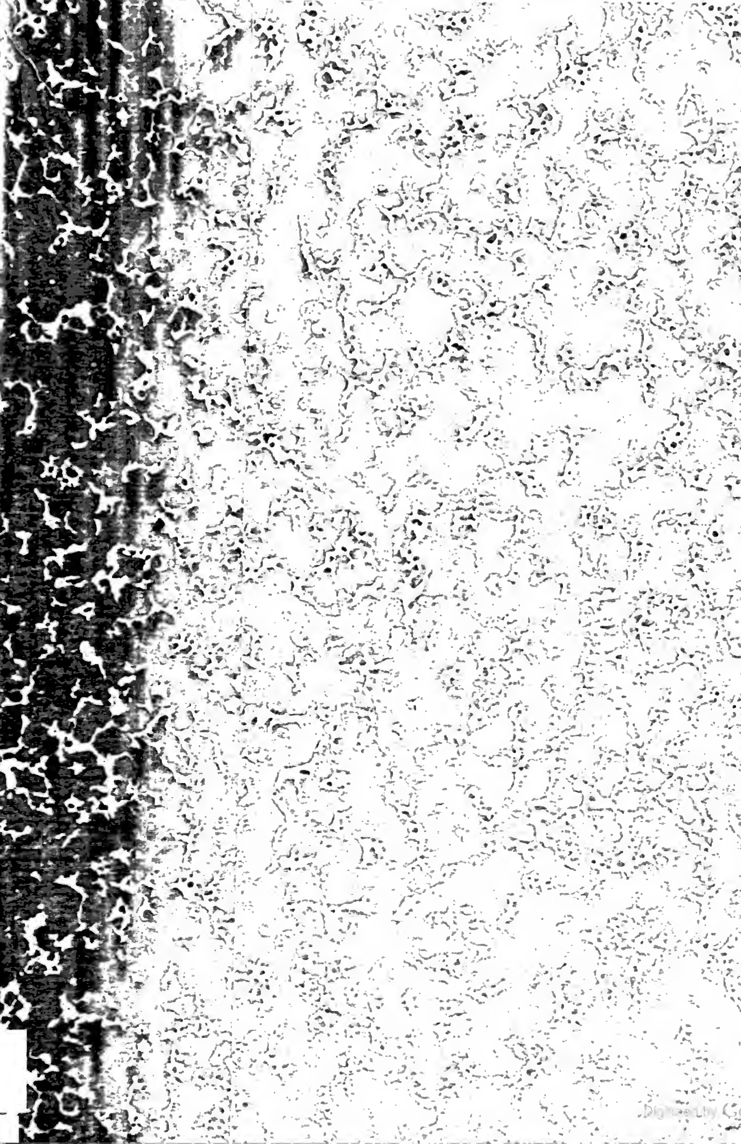


Stanford University Libraries
36105010161656





SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1850.

MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCL.

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

HISTORIA NATURAL.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

ANTIGUEDADES.

ESCENAS DIVERSAS.

RETRATOS.

TIPOS POPULARES.

BELLAS ARTES.

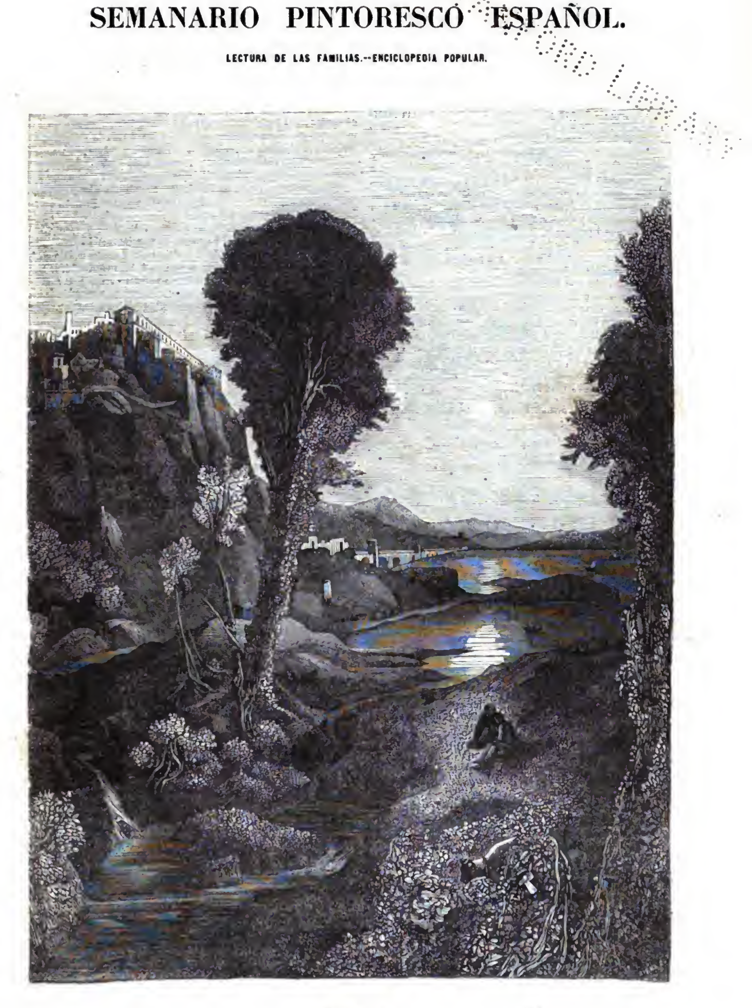
HISTORIA NATURAL.

GRABADOS VARIOS.

GEROGLIFICOS.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.--ENCICLOPEDIA POPULAR.



La Campiña.

6 de Enero de 1850.

A LOS LECTORES.

Tócanos la honra de escribir por cuarta vez la primera página de un volúmen del Semanario. Pocas palabras debemos decir en esta ocasion, porque no gustamos de hablar mucho en estos casos, ni lo necesitamos. El público conoce el cariño con que miramos esta publicacion, á cuya restauracion y engrandecimiento hemos consagrado nuestras tareas hace algunos años. El ha hecho justicia á nuestra buena voluntad otorgándonos su indulgencia, y acogiendo cada dia con mayor interés el Semanario, que en la actualidad ha llegado á ser, no vacilamos en asegurarlo, la publicacion de su género mas propagada en España. Lo que hemos hecho en los dos últimos años, es, pues, el programa de lo que haremos en el presente; cada uno ha marcado en nuestra publicacion una série de adelantos, una marcha progresiva que á primera vista se nota en nuestras colecciones. A medida que los elementos y los lectores aumentan, debemos nosotros acelerar el paso para aproximarnos á la perfeccion que admiramos en otros periódicos pintorescos del estrangero.

No es ya suficiente que hayamos desterrado completamente de nuestras páginas todo grabado debido á buril estrangero, que hayamos adquirido una vasta y distinguida colaboracion con la cual, lo decimos con orgullo, no cuenta ningun otro periódico en España. La posicion en que hemos llegado á colocar el Semanario, nos impone deberes que sabremos cumplir, la acogida que alcanzan nuestros trabajos aumentan nuestra fé, y nos animan á redoblar los incesantes esfuerzos que estamos haciendo, para que esta publicacion sea cada vez mas digna de la aprobacion pública.

Angel FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA CAMPIÑA.

¿Quién habrá que en una de esas horas de silenciosos ensueños, en que el alma se sustrae á los rumores del mundo, á las agitaciones de la vida, quién de nosotros habrá que no haya fijado muchas veces un pensamiento en alguna escena campestre reproducida por la memoria, ó creada por la imaginacion ¿Quién de nosotros no se ha trazado á sí propio su paisage, cuadro ideal de la vida, cuadro movible y variable, segun las diferentes circunstancias de nuestro destino, y las situaciones diversas de nuestro ánimo ó de nuestro corazon? Sea el que quiera el estado de nuestra fortuna, nuestra absorcion en los disgustos materiales, ó los ensueños muchas veces mas tenaces, mas imperiosos de la ambicion, no podemos eximirnos de la influencia de la naturaleza esterior, de esa naturaleza que por todas partes nos circunda, que, con sus armonías sin límite, hiere incesantemente nuestros oidos, atrae nuestras miradas, é inesperadamente se apodera de nosotros por el escitante recuerdo de las cándidas emociones de nuestra infancia y las locas alegrías de nuestra juventud. Volvemos á ella despues de haberla olvidado imprudentemente, despues de un viaje hecho á la ventura, como al santuario en que brillar parece con todo su fulgor, el fuego sagrado cuya llama vacila y se debilita muchas veces en nosotros.

Esta naturaleza que nos rodea, nos la ha dado Dios como un maestro y como un consuelo, como una madre y como una amiga. Se halla ligada á la existencia del hombre; reproduce su imagen en el curso de las estaciones, mece al niño en medio de sus flores, adormece bajo sus verdes follages las ardientes pasiones de la edad madura, abre en su seno una última morada al anciano. Vivimos con ella. A cada momento, nos sentimos atraidos hacia su seno ó instintivamente, ó por un impulso irresistible. Entonces, nos creamos en el seno de sus inagotables tesoros un asilo adecuado á nuestras sensaciones. Para algunos suele ser el bello ideal la casa blanca de Rousseau con sus verdes persianas, para otros uno de los lagos argentinos de Wordswoch: ya suspiramos por la isla solitaria ignorada y libre de Tomás Moore; ya por las espaciosas *steppses* cantadas por los poetas rusos; en nuestros dias de amarguras soñamos en las sombrías cañadas de Salvator Rosa, en nuestros dias serenos en los esplendores del Oriente.

Sin salir de las espesas paredes que constituyen nuestra mansion nos vamos en alas de la fantasía á través del inmenso espacio, buscando y admirando alternativamente ya las mas graves, ya las imágenes mas risueñas, aquí la mar son sus olas de azul y esmeralda, allí los austeros bosques del norte, ó las palmeras con sus racimos de sabrosos frutos sazonados por su ardiente sol, ó las cimas de las montañas cubiertas de hielos eternos. Si no le basta á los caprichos de nuestra imaginacion con uno solo de estos cuadros podemos sin grande esfuerzo hallarle complemento, agregar las bellezas distintivas de un pais á las de otro, la pedragosa montaña al valle fecundo, y las obras de la industria humana á la naturaleza primitiva.

Nuestro grabado representa una de esas composiciones de paisage en que el artista procura reunir en un mismo punto, y formando un armonioso conjunto, vistas estudiadas en diferentes lugares; por un lado la escarpada montaña ostentando en su cima como un nido de condor, una fortaleza, una ciudad inaccesible, despues un inmenso puente cuyos colosales arcos atraviesan toda la estension de un lago; al otro lado este mismo lago tranquilo, dorado por un rayo luminoso de luz, surcado por ligeras embarcaciones, sombreado por árboles magestuosos, ademas la solitaria colina, atravesada por dos frescas corrientes, el espeso césped, las abundantes plantas en que se hunden las vacas hasta el pecho, en que los pastores hablan muellemente sentados el uno al lado del otro.

No se busque en ninguna de las regiones del globo esta escena, no existe en parte alguna. Es una obra de la imaginacion inspirada por diferentes obras reales, una estrofa de Ariosto, una página de los cuentos del Oriente. Que la poesía, ha dicho uno de los maestros de la antigüedad, sea como la pintura! ¡Esta vez se hallan reunidas la pintura y la poesía, si el dibujo que presentamos, puede tacbársele de un tanto vago, tambien es preciso confesar que atrae las miradas y habla al pensamiento.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS. (1)

PRIMER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

I.

Soliamos reunirnos, y años hace por cierto, varios amigos en casa de un caballero de Madrid, á tomar café por las tardes, siendo pocas las que no se disputaba con harto calor sobre multitud de asuntos diferentes, y gracias al cielo, estraños todos á la política; porque nuestro huésped tenia prohibida la conversacion sobre tan peligrosa materia. No recuerdo ahora el cómo, mas sí que nos engolfamos en una dilatada discusion sobre la preferencia que, en concepto de algunos de los circunstantes, merecian los pasados tiempos sobre los que entonces eran presentes; y, de argumento en argumento, de paradoja en paradoja, vinimos á hallarnos frente á frente con una cuestion capaz de arredrar á los mas profundos filósofos.

—Señores,—decia uno,—no hay que cansarse; los hombres son siempre los mismos; si nos parecen los antiguos mejores que nosotros lo somos, es porque la historia nos conserva los nombres y hechos de aquellos que, de una ú otra manera, descollaron sobre sus contemporáneos, mientras que las flaquezas de la multitud se pierden en el polvo del olvido. Pasiones tenian los romanos y vicios como nosotros; los soldados del Gran Capitan y de Hernan Cortés no valian ni mas ni menos que los del regimiento del señor.....

—Perdóneme V. señor don Diego—replicó el oficial á quien se encaminaban las razones de este;—perdóneme V. que le interrumpa, pero no estamos en la cuestion. Que los hombres sean hoy en el fondo lo mismo que eran hace diez siglos, y que dentro de otros diez lo serán tambien, ni nadie lo niega, ni hay posibilidad de dudarlo...

—Estamos entonces de acuerdo,—interrumpió don Diego.

—Otra vez ruego á V. que me perdone; pero tampoco es eso. Dice V. que los hombres son siempre los mismos: en la esencia no tiene duda, porque no hay mano capaz de variar la índole de las obras del Creador; mas en los accidentes no, amigo mio, y mil veces no.

(1) Con este título va á publicar el Semanario una série de artículos que constituyen un trabajo emprendido hace años y en diferentes ocasiones por el señor Escosura, á quien las vicisitudes de la vida no siempre le han consentido dedicarse á las letras con la perseverancia que fuera de desear. En posicion ahora de volver á sus aficiones literarias, nos asegura la continuacion y conclusion de los presentes Estudios sobre las costumbres españolas, en los cuales hallarán, de seguro, nuestros suscritores, no solo amenísima lectura, sino que tambien, en el examen de la organizacion íntima de la familia, en la diseccion, digámoslo así de las pasiones del hombre, la solucion de mas de un problema social, de los que la alta ciencia política ha dejado sin resolver. La presente novela apareció por vez primera en un periódico que se publicaba en castellano en Paris, y ha sido copiada en dos de Barcelona; pero como con ella estan enlazadas las demas que componen el conjunto de los Estudios, nos vemos en la necesidad de reproducirla.

Nuestras pasiones son siempre unas, pero la manera de espresarlas y satisfacerlas varia con los tiempos, circunstancias y posiciones de los pueblos y de los individuos. Las causas constantes son, yo lo confieso, los efectos no solo variables y variados, sino muchas veces diametralmente opuestos entre sí. Los soldados de Hernan Cortés y de Gonzalo de Córdoba combatian con pesadas armaduras de hierro. ¿Imagina V. que los de mi regimiento pudieran hacer lo mismo? —Mal argumento, señor mio, si argumento puede llamarse, es una comparacion de esa especie. De lo moral hablamos, que no de lo físico. Un hombre colérico, ahora como hace mil años, y mil años hace lo mismo que ahora, atropella por humanos respetos, maltrata á lo que mas ama y olvida hasta las leyes divinas. En una palabra, las cadenas de la civilizacion tienen mas ó menos poder, pero nunca tanto que resistan al constante esfuerzo de la naturaleza en ellas prisionera.

—Ni aun en eso concedo: la cólera misma se manifiesta de distintas maneras segun los climas que los pueblos habitan y la civilizacion que alcanzan.

—Algo hay de cierto en lo que dice Alfonso,—interpuso tomando entonces parte en la conversacion el amo de la casa, persona á quien por sus años, instruccion y bondadoso carácter, escuchábamos todos con deferencia, y que por su parte, ya fuese por no abusar del privilegio que se le concedia, ya por no perder el prestigio de que gozaba, solia rara vez bajar á la arena de las discusiones.—Algo hay de cierto, señores, en lo que dice Alfonso; ó por lo menos asi me lo parece. El orígen y tal vez el objeto de las pasiones son siempre unos: su marcha y resultados suelen variar á lo infinito. La vanidad, por ejemplo, se contentaba hace dos siglos con una venera de Santiago ó de Calatrava ....

—Pero señor,—esclamó don Diego,—hablamos de pasiones.

—¿Y no lo es la vanidad?—preguntó nuestro huésped:—pero sea como V. quiera; dejemos á parte la vanidad, y ponga V. mismo otro ejemplo.

—Mil; un millon; los que V. quiera.

—Uno pido y me basta.

—Lo difícil está en la eleccion; porque la venganza, el amor, los celos, así de la muger como de la honra, son pasiones en que difícilmente me probará V. que influyan otras circunstancias que las del carácter individual.

Quedóse un tanto pensativo el amo de la casa, y nosotros mirándole con atencion todos, curiosos los mas, é inquietos algunos que en la discusion habian tomado parte. Alfonso, que jóven y vehemente, era de aquellos que *por cualquier niñeria hacen campaña la iglesia*, tenia mas que trabajo en contenerse viendo la sonrisa triunfante de don Diego, quien, creyendo haber vencido al entre nosotros invicto campeon, solo por cortesía no cantaba victoria en altas voces: mas al segundo, al primero y á todos, nos sacó de nuestra preocupacion el anciano, volviendo á tomar la palabra, y diciendo de esta manera:

—Como creo que mientras discutamos en abstracto no haremos mas que cansar inútilmente los pulmones, ruego á V., señor don Diego, que si no lo ha por enojo, se siente, encienda su cigarro, tome una taza de ese café que corre riesgo de enfriarse, y me oiga de paso dos historietas no muy largas. Cosas de viejos, señores.... cuentos: pero que vienen aquí como de molde. Además la tarde está lluviosa y por consiguiente el Prado desierto: son Vds. mios y voy á abusar de mi poder.

Sentámonos todos alrededor de una muy buena chimenea francesa, sirviéronnos un excelente café de Moca, circuló un cajon de habanos y en pos de él un braserillo de maciza plata; y por fin, en medio de una densa nube de humo de tabaco, como Moisés rodeado por las nieblas del monte Sinaí, empezó su relacion nuestro oráculo y Nestor.

—Allá en los tiempos de Cárlos I, amigos mios, y en un pueblo de Andalucía cuyo nombre importa poco, vivia retirado á un su castillo cierto noble de edad como de cincuenta años, recia condicion, severo aspecto, pocas palabras y escelentes puños. Mal cortesano por naturaleza renunció á seguir al emperador así que sus heridas combinadas con los achaques de la vejez, siempre para los soldados prematura, le inhabilitaron para el servicio de campaña; y entonces, como ya he dicho, se retiró al castillo que su padre conquistó á los granadinos moros. Don Rodrigo, que así se llamaba el castellano, pasó algunos dias en aquel retiro entretenido en ver sus tierras y cortijos; luego cazó liebres, y conversó por las noches con el cura de la aldea inmediata; y por último, despues de acabar á palos y puntapies con sus galgos, y de escandalizar al cura con sus soldadescas interjecciones, quedóse completamente aislado y aburrido. Ni la ocasion consiente, ni yo tengo datos para decir á VV. todas las varias, descabelladas é inútiles tentativas que hizo el buen caballero para pasarlo bien donde, atendidos su carácter y antecedentes, no podia menos de pasarlo mal: pero fácil es de imaginar que de la elevada roca, sobre la cual, como nido de ave carnicera, estaba su solar y fortaleza, bajaria al vecino valle cual de los altos montes desciende con estrépito, salvando precipicios y arrollando peñascos, el torrente impetuoso á los tendidos llanos, que tambien deja despues para ir á perderse en la inmensidad de los mares. Quiero decir, bajando el tono, que buscaria la felicidad pasando del monte al llano, con tan poco fruto como de unas en otras situaciones la buscamos todos en este pícaro mundo. Velasete, segun la tradicion refiere, ya á pie, melancólico y cejijunto, en las márgenes de los arroyos, descabezando adelfas y tronzando cañas, como si fueran herejes alemanes, hasta que, con los últimos rayos del sol moribundo, se retiraba á su albergue, ya á pié con melancólico paso, ya á caballo galopando al borde de los escarpados precipicios, con mas visos de fantasma ecuestre que apariencias de humano ginete. En fin, durante algunos meses fué su vida tal, que si en cabeza de un cristiano pudiera entonces entrar la idea del suicidio, es posible que don Rodrigo pusiera término á su aburrimiento con apretarse la garganta hasta hacer imposible la respiracion.

Es de advertir que nuestro don Rodrigo así sabia de letras como nosotros de alancear moros, y que por lo tanto, fuera de oir misa todos los domingos y fiestas de guardar, y de confesarse una vez cada dos ó tres meses, cuando no cazaba ó daba de palos á algun gañan poco avisado, sus ocupaciones se reducian á estarse mano sobre mano á solas con su mal humor; porque sociedad, ni él la buscaba, ni tenia maneras para encontrarla.

Si embargo, aconteciòle ver en misa á una doncella de noble linaje, escasa fortuna, buen parecer, y modestos ademanes, que abrió brecha, sin que él mismo supiera cómo, en su empedernido corazon; y ya desde entonces la vida empezó á parecerle posible, aun fuera de los campos de batalla.

No se asusten Vds., amigos mios, que no voy á referirles lance por lance los amores del adusto guerrero: ellos fueron pocos y yo los diré sucintamente. Parecióle bien la dama en el primer domingo; esperóla al salir de misa el segundo, y supo donde vivia; repitió el tercero la misma operacion y averiguó, por medio del cura y valiéndose de las mismas astucias que acostumbraba á emplear interrogando á los desertores del enemigo, que su bella se llamaba doña Leonor, y que era hija de una viuda, noble y pobre; al cuarto domingo se personó con la madre de la ninfa; el quinto se corrió la primera amonestacion; y el séptimo recibió la bendicion nupcial.

Leonor era alegre como un gilguerillo en los primeros dias de primavera, risueña como la aurora, impresionable como la sensitiva, apasionada como andaluza: don Rodrigo, ya les he dicho á Vds. lo que era. Unir al milano con la paloma fuera mejor que á la linda doncella con el áspero soldado: pero la miseria de la viuda, y el deseo de su hija de tener marido allanaron todas las dificultades. Verificóse, pues, como ya he dicho el matrimonio á despecho de la diferencia de edades y de condiciones; y no necesito decir á Vds. que dos años despues eran entrambos esposos los seres mas desgraciados que es posible imaginar.—Veo la sonrisa en los labios de Alfonso, y paréceme adivinar su pensamiento. ¿No es cierto, amigo, que allá en sus adentros está V. diciendo que siendo jóven, hermosa y discreta, no debian de faltarle consuelos eficaces á la esposa de don Rodrigo?..... Por desdicha ni entonces dejaban, ni ahora dejan las mujeres de hallar á mano esos que imaginan consuelos, y que si por un momento satisfacen su ofendida vanidad, es para cubrir de infamia á sus maridos, á sus hijos y aun á ellas mismas... Vuelvo á mi cuento.—Sí, Alfonso: tambien habia mancebos barbilindos y galanteadores en tiempo del grande Emperador, y tambien entonces imaginaban algunas mal casadas que la mejor manera de mitigar las penas que á veces emponzoñan el hogar doméstico, era el de hacerse la fábula y escarnio de las gentes... En resúmen, un galan favorecido por la naturaleza con cuantas dotes faltaban á don Rodrigo, emprendedor como Pizarro, astuto como Ulises, perseverante como un avaro, y tan flexible en sus maneras, como obstinado en sus propósitos, logró hacerse amigo, segun costumbre, del marido, y algo mas que amigo de la mujer.—De todo el mundo tenia celos don Rodrigo, menos de Sancho, que tal era el nombre del dichoso amante; y precisamente desde que su honra naufragó, viendo á Leonor dulcificar su lenguaje y modales, tener complacencias hasta entonces inusitadas, en una palabra, mostrarse dócil, sumisa y aun cariñosa, llegó á imaginar el buen señor que habia logrado conquistar el corazon de su consorte. Y aquí diré, aunque sea para abonar la opinion contraria á la que sigo, que esa súbita variacion en la conducta y procederes de las esposas, ese pasar de la indiferencia ó tal vez del aburrimiento á la dulzura, cuando no al cariño, es y ha solido ser constantemente funesto síntoma de infidelidad. Por dicha el amor propio hace que los maridos atribuyan á su mérito y autoridad lo que solo deben á su desgracia; y así ellos viven tranquilos y satisfechos, y las damas sacan partido

de un espediente que, por conocido y antiguo, debiera serles de poco provecho.

Mas de un año duraron los adúlteros amores sin que ni la sombra de una sospecha emponzoñase la tranquilidad del esposo, ni el asomo de un recelo turbára las delicias de los culpables. Sancho, establecido en el castillo como si de la familia de sus dueños fuese, era el árbitro de los placeres de don Rodrigo y el acompañante de oficio de doña Leonor. Los criados, con ese tino que su posicion servil les dá, con ese tino que mas de una vez es causa de que el esclavo sea en realidad soberano de su dueño, se granjeaban la proteccion de su señora sirviendo con particular esmero al favorito; y si en cambio en la cocina comparaban mas de una vez con burlona sonrisa las despeinadas canas del castellano con la perfumada y negra cabellera de su *inseparable amigo*, cuidaban empero de que sus amargas chanzas no subieran nunca las escaleras que, del piso bajo conducian al principal.

La ventura y prosperidad suelen á veces inspirarnos peligrosa confianza, y aquellos que mientras se ven en riesgo notorio, despliegan un vigor, se conducen con un aplomo y destreza capaces de hacer frente á todo género de calamidades y de salvar cuantos obstáculos se les oponen, suelen ser precisamente los que, una vez persuadidos de que triunfaron, caen con mayor facilidad en los infinitos lazos que la suerte nos tiende. Así aconteció á nuestros amantes, que pensando con la posesion de su dicha habérsela asegurado para siempre, comenzáron á dejarse arrastrar por la inclinacion natural que todos tienen á hacer gala del san Benito; y tanto y tal hicieron, que ni bastó la venda que cubria los ojos de la víctima, ni bastaran las tinieblas del Averno para que dejára de sospechar su desventura.

Haber hecho de la vida un continuo sacrificio á la honra; haber corrido mil veces á la muerte, sufrido el hambre, el frio, la miseria, solo por añadir un timbre á los heredados blasones; verse cubierta la cabeza de canas, acribillado el cuerpo á balazos, viejo antes de tiempo, y todo porque en la losa sepulcral se leyera un dia: —«Aquí yace un caballero que vivió y murió honradamente;»—y cuando ya la tumba se preparaba á recibirle, perder el fruto de tantos sacrificios, mirar la infamia sobre sus canas y nombre, solo por la flaqueza de una mujer.... ¿Se estremece V., Alfonso? ¿La sangre colora ese rostro en donde todavía la vejez no ha impreso la primera arruga?.... Justa y noble indignacion: pero no olvide V. que todos los dias, todos y en todas partes inmolan nuestras malhadadas costumbres, si costumbres son, la honra de una familia á la vanidad de un seductor, ó al capricho de una coqueta.

Nosotros, observadores imparciales y desinteresados, deplorando el estravío de Sancho y Leonor, quizá seriamos indulgentes con la pasion sincera y vehemente de entrambos; quizá, y sin quizá, le disculpariamos á él en gracia de lo irresistible de la tentacion; y quizá tambien perdonariamos á la culpable considerándola jóven, hermosa y sensible, entregada á manos de un hombre brutal, grosero, incapaz de comprenderla, mas incapaz aun de interesarla: pero don Rodrigo, como todos los hombres, cerraba los ojos á sus propios defectos, y los abria á las agenas culpas. Bajo la grosera corteza y rudas apariencias del antiguo soldado, se ocultaban un corazon vehemente, una energía, una violencia de pasiones comparables solo al fuego subterráneo, que oculto en las entrañas de áspero monte no dá señales de su existencia hasta que, rompiendo un dia todos los diques, arroja á distancias inmensas, y convertidas en ardientes rayos, las heladas piedras que por siglos reposaron inhertes sobre la cima de la montaña que le sirvió de cárcel. Sin embargo, los años, su natural reserva, la costumbre de luchar esperando siempre el momento propicio en que una flaqueza del enemigo asegurase la victoria, y mas que todo la natural repugnancia que todos tienen á creer que la mujer en quien depositaron su honra es indigna de tal confianza, todos esos motivos juntos le decidieron á contenerse y disimular por algun tiempo.

Poderosas son las causas que acabo de enumerar, y mas que suficientes sin duda para que no se precipitase don Rodrigo; pero otra de mas peso tuvo, y conviene no pasarla en silencio. No olvidemos la época. Todavía entonces, aunque próximo á desaparecer, reinaba en la sociedad en general, y mas particularmente entre los nobles y soldados, el espíritu de la antigua caballería, la cual, entre sus máximas fundamentales, que ahora no debo ni calificar ni discutir, contaba la de que ofensas que interesaban al honor con la sola sangre de los ofensores podian lavarse. ¡Estraña contradiccion del espíritu humano! ¡Los mismos hombres que al pecho llevaban siempre, y que por pendon tenian la cruz del que espiró pidiendo misericordia para los que bárbaramente le inmolaban, esos mismos, digo, se creian obligados á quitar la vida al mejor de sus amigos si una vez sola les faltaba á la mas pequeña de las atenciones á que por su categoría tenian derecho!—Como quiera que sea, don Rodrigo creia, como en la existencia del Omnipotente, que al darse por entendido del agravio que con sobradas razones sospechaba, iba á pronunciar dos sentencias de muerte; y si vengarse de un rival, si privar de la vida á un hombre que mortalmente le ofendia, no era razon para detener á quien durante treinta años hizo profesion de dar muerte á guerreros que ningun mal le habian hecho, y solo porque militaban bajo distinta bandera de la suya; si castigar, en fin, á Sancho, no podia ser dificil ni trabajoso para el airado castellano, herir al mismo tiempo á Leonor costábale inmensa repugnancia y hasta espanto le causaba. Así, amigos mios, arranca el labrador con presteza los cardos que entre el trigo crecen; pero antes de hacer lo mismo con las azules bellísimas florecillas que tambien roban á la dorada espiga los alimenticios jugos, contémplala como enternecido y tal vez vacila su encallecida mano al tronzar el tierno vástago.

Desde que don Rodrigo concibió la primera sospecha hasta el desenlace del drama que voy refiriendo, aparentemente continuaron las cosas en el castillo bajo el mismo pié que antes lo habian estado: pero en la esencia variaron las situaciones y trocáronse los papeles. Si digo que primero era el marido respecto á los amantes, lo mismo que un gobierno contra quien sigilosamente se conspira, juguete de los conspiradores; y despues los amantes, conjurados cuyo secreto posee la autoridad, tolerándolos por algun tiempo solo para acertar con mas seguridad el golpe mortal que les prepara, creo que esplico claramente las situaciones respectivas. Y tanto mas exacta es mi comparacion, cuanto que en el siglo en que sucedió el caso que refiero, era el marido con respecto á su muger autoridad soberana. Recuerden vds. que no trato de improvisar una novela, sino de examinar la influencia de las épocas, circunstancias y estado de la civilizacion en las pasiones; y llevarán en paciencia la proligidad con que analizo un suceso desdichadamente harto repetido.»

Aquí llegaba nuestro buen Anfitrion con el discurso de su historia cuando la campana del reloj de sobremesa anunció estrepitosamente la hora del teatro. Dábase aquella noche en el del Príncipe una ópera entonces á la moda, y todos habiamos convenido en asistir á su representacion: interrumpióse pues, el cuento, aplazándolo para la tarde siguiente, y yo tambien daré aquí treguas á la pluma y descanso á los lectores.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



EL ANGEL DE LA GUARDA.

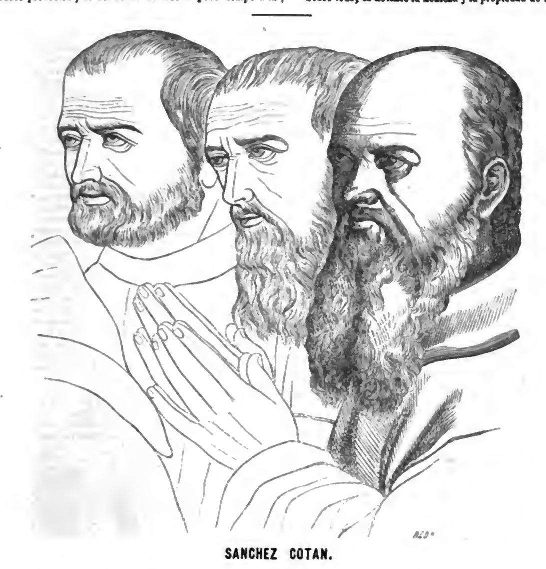
Esta bella escultura de gran mérito, sin duda alguna, es de mármol blanco de las canteras de Macael; unos la atribuyen á Mora, y otros con mas fundamento á Mena Medrano.

Esta estátua estaba colocada en un nicho sobre la puerta del convento de monjas del Angel de Granada; en 1836 fué llevada á los salones del museo provincial, de donde se trasladó al poco tiempo á la sala de juntas de la academia de Nobles Artes. Allí la copiamos, aprovechando el buen efecto que hacia sobre ella una luz de 45 grados que entraba por una lucerna elevada de la misma sala, que antes fué biblioteca de los padres dominicos.

El tosco pedestal sobre el cual se halla colocada no es suyo.

Tanto por la perfeccion del desnudo, como por el buen gusto en la colocacion y movimiento de las ropas, esta escultura pudiera colocarse al lado de las mejores de la antigüedad.

Sobre todo, es notable la nobleza y la propiedad de la actitud.



SANCHEZ COTAN.

Lego cartujo y pintor granadino, célebre por la perspectiva y colorido.

El claustro principal de la Cartuja de Granada estaba lleno de sus pinturas. En el testero del refectorio se vé todavia una cruz al fresco, obra suya, que es la admiracion de los inteligentes naturales y estrangeros.

En las capillas situadas al pié del coro habia dos cuadros suyos, y otros cuatro de la Pasion en el cuerpo de la iglesia.

No tenia rival en la perspectiva.

En el museo provincial, situado en el estinguido convento de Santo Domingo, se conservan los siguientes lienzos de Cotán: — En el salon *de profundis*, ocho; en el salon llamado de las Galerias, diez; en el salon último, diez y ocho. Casi todos representan pasages de la historia de la órden, y entre ellos se distingue el martirio de los monges, durante la persecucion que sufrieron en Inglaterra.

En uno de estos cuadros, y confundido con los otros religiosos, se vé el retrato de Sanchez Cotán, hecho por él mismo, y de allí lo hemos copiado.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Vellodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria
Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es asi: pues del cerro
En la contrapuesta falda
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético
Aunque no está en ningun mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas:
Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sáuces
Que en los arroyos se bañan
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles
De sus roidas portadas
Conserva aunque ya borrados
Sus nobles escudos de armas.
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,

Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas
Que ocuparon algun dia
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque, las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algun dia reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un harpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viagero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
no escita memorias altas,
Ni bien del decimo-sétimo
Siglo, la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas.
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcazar
Risueño paisage á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo pues aunque escaso en númen,
Y pobre asáz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas:
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de D. Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisage
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galan la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celages
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblicuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pie el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no apriesa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del dia
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedian con trinos
Y con gorgeos las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con harmonía agradable.
Del pastor que recogia
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su son ronco y salvaje,
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes,
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El son de los esquilones
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol trasparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,
A este campestre paisage
Dan harmonía tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante
De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose.
El aun incompleto círculo
De su misteriosa imágen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa
Y el aura purificándose
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del Palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose.
A la puerta del Palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viajero la cuesta
Y el bruto en lo llano hallándose
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta y mirándose
Frente á la muger que en ella
Seguia inmoble mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose:



«¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme?»
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: «no será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedage
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.»
—«Flor» dijo adentro una voz,
Y ella dijo—«aquí estoy padre.»
¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.
—¿Qué trae?
—«Mucha fatiga, y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche
Si le encuentra el hospedage.»
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en valde:
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle.—
«Caballero, pues por tal
Os da vuestro porte y traje;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.
—Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale.
Y asi diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hácia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle.
Mas no era el recien llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.—
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
De el potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le hechó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo—«cuando gustares.»
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto; ¡quieto, Brillante!
Y tomó la ancha escalera
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Despues que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
llegó el viejo ante una puerta
A través de cuyos quicios
Se veia luz; y abriéndola
Ante el mozo, «entrad, le dijo,»
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubria,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan que aun huméa.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillon de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabezera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillon
Que el viejo se siente espera.
Mas este hácia el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un gayan con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personages
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientra ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su esterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lácias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta.
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadia y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello en cuya piel suave
Y blanca se transparenta
El puro azúl enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestre
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea.
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personages
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías
Veo, ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta.
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas peñas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmenre se dan
Por hijas de la esperiencia.
Mi alma aunque en cuerpo de mozo
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma de pasion agena
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.

Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.—

EL VIEJO.

Antes de que la empezeis,
Tomad caballero en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.—
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez

EL FORASTERO.

Señor:
Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco buen jóven
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.—
Diciendo asi, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo «os escucho» y el otro
Empezó de esta manera.

Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas
A Francia que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y á donde gloriosamente
El rey Luis catorce impera;
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas taréas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera
Do quiera en aquel pais
Halla sazon de contienda.
Por fin con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega
Recibiéronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viages
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mí vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
de sangre real, me otorgára
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre regia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afanes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan;
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa;
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio tragera.
Ví pues que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda.
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
causa de alguna verguenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afan víctima nécia;
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la córte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
y la razon tal demencia.

Esta es mi historia señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya
Muger virtuosa quiero
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Mujer quièro que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera
Si tal no la hallo, la vida
Asi en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO.

Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

EL FORASTERO.

Dejad buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aqui se quede;
Mas para que no os parezca
Que correspondo menquizo
A la confianza vuestra
Os diré en cuatro palabras
mi historia.

EL FORASTERO.

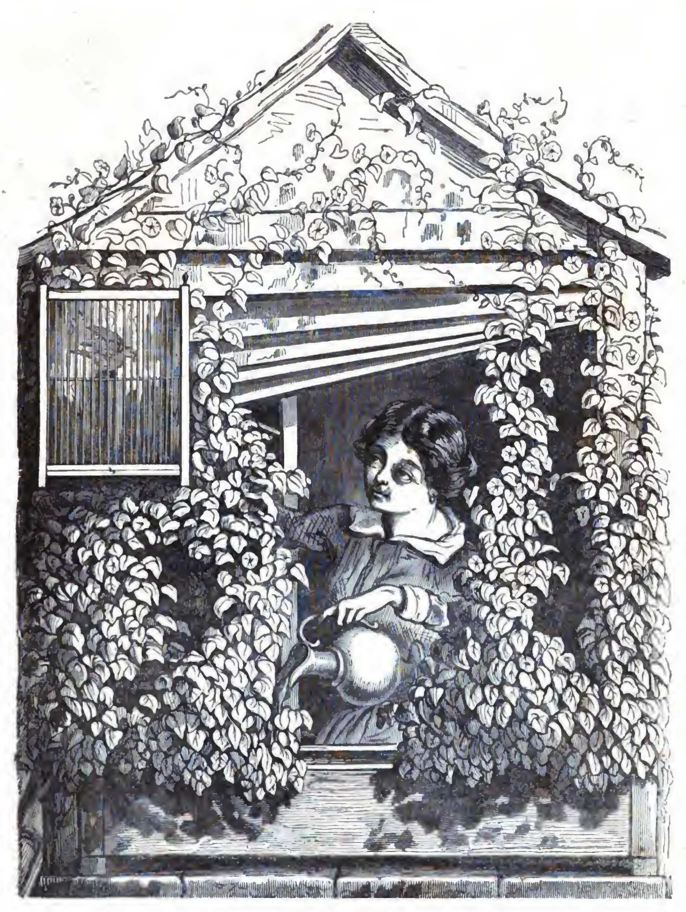
Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi ser de labriego
Casa mal y se despega;
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan agena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.
Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en esta
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

(Continuará.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra



PUREZA. — FELICIDAD.

La lámina anterior es un mero capricho de artista; una sencilla, pero graciosa escena de inocencia y de bien estar. La pintoresca perspectiva del terrado de una casa de aldea, por cuyo frente trepan caprichosamente algunas plantas de enredaderas sobre las cuales se distingue la jaula en que una paloma bate alegremente las alas al ver á su ama, sirve de marco á la graciosa cabeza que campea en medio de aquel, cuadro armonioso y encantador. El dibujante ha sabido imprimir á esa figura que riega tranquilamente las plantas, una tinta de pureza enteramente acorde con los accesorios que la rodean.

13 de Enero de 1850.

ISLA DE CUBA.

ARTÍCULO PRIMERO.

Siempre el dia que sirve de término á un viaje, es saludado con ndecible placer..... pero este placer es inmenso, casi no conoce limites, si el viaje de que se trata ha sido hecho en un buque de vela, que desde la bahia de Cádiz hasta la de la Habana no ha dejado de estar en movimiento. ¿Sabeis vosotros, los que nunca hayais perdido de vista las torres de vuestro pueblo, qué cosa es vivir por mas ó menos espacio, en uno de madera que flota á merced de los vientos, y cuya suerte es tan incierta como la huella momentánea que en pos de sí vá imprimiendo en el anchuroso piélago? ¿Y podeis comprender que existe humana resignacion para no ver un dia y otro sino los mismos objetos, y para encontrarse en todas direcciones á mil leguas de la tierra? Mucho tiene adelantado para inglés el hombre que haya efectuado largas navegaciones. Por lo demás, el arribar á puerto es cosa segura, si el buque *no se ha pasado por ojo*, ó estrellado contra alguna costa, cayo ó *bajo*, de esos que por desdicha son mas altos de lo conveniente.

Era el 11 de agosto del año próximo pasado, dia en que justamente hacia un mes de nuestra salida de España..... El sol ardiente y magnífico de América, cercano ya á hundirse en los horizontes de ocáso, dibujaba al esparcir los últimos rayos de su lumbre, mil caprichosos y variados celajes, que á manera de cordilleras iluminadas, se destacaban en un cielo de purísimo azul. La brisa refrigerante de las regiones tropicales mitigaba el ardor de un estio rigoroso que habiamos comenzado á sufrir desde que perdimos de vista el encumbrado pico de Tenerife; y esta misma brisa tan fresca, tan consoladora, traia á nuestra embarcacion anhelados y esquisitos perfumes. No era este solo indicio de tierra el que habia hecho subir precipitadamente sobre el caramanchel de popa á los tripulantes del velero bergantin *Joven Emilio*, que á favor de un delicioso nordeste hendia rápidamente las olas. Diferentes aves de pintados y brillantes matices revoloteaban hacia rato en derredor del velámen; y en direccion á la proa distinguiase una masa informe y oscura, que dejaba de serlo con ayuda de un buen anteojo, objeto de las caricias generales.

El grito de ¡tierra! ese grito heróico y salvador dado tres siglos antes por Cristobal Colon en las propias regiones, habia sido lanzado ya por un marinero desde el elevadísimo tope, y la bandera nacional, izada oportunamente, ondeaba con magestad por los mares de las Antillas, y parecia recobrar el pasado esplendor y alta gloria con que en ellos tremoló por vez primera.

Mas tarde nos encontrábamos fondeados en una estensa bahía, poblada de numerosas naves de todas naciones, y cerrada por fortalezas formidables, como el *Morro*, la *Punta* y la *Cabaña*. Las mil querellas que se suscitan irremediablemente á *bordo* de un buque en una travesia larga, habian desaparecido ya: tampoco se retrataba en los semblantes la angustia producida por el temor de los constantes peligros del mar. Todo era alegria, felicitaciones y preparativos para saltar en tierra; todo era admirar el panorama seductor de los verdes y floridos campos de Cuba, que rodean semicircularmente la pintoresca y floreciente ciudad, centro y corte de la siempre fiel Antilla. ¿Quién al contemplarla no pronuncia con entusiasmo el nombre del atrevido Almirante, que en alas de la ciencia y el genio voló á descubrir tan rica, tan inestimable perla? ¿Quién no recuerda con orgullo, si alimenta en su pecho un corazon español, las ínclitas glorias de España, de que la isla de Cuba forma el mas bien escrito poema? ¿Y quién, por último, no olvida los riesgos de la navegacion, la ausencia del suelo en que vió la luz primera, y hasta las fatalidades del destierro, en vista de un cuadro tan magnífico, que basta por sí solo para traer á la imaginacion los bellos cuentos y las poéticas descripciones hechas de América por distinguidos escritores, y grabadas en la memoria de todos con misterioso placer? Por nuestra parte, y á pesar de los infinitos sinsabores que debia causarnos el arribo á un pais estraño, al cual llegábamos contra nuestra voluntad, fué tan grande la emocion que sentimos en aquellos instantes, que impresionados fuertemente, hicimos los siguientes versos, que no tienen á nuestros ojos otro mérito que el de la verdad.

A CUBA.

El genio de los Trópicos me inspira
en la hermosa rejion del Nuevo Mundo,
y un acento arrebata de mi lira
á la vez meláncolico y profundo
Perla del mar, Antilla codiciada,
contemplo tu esplendor absorto y mudo;
de un vate oye la voz enamorada,
aurora de Colon, yo te saludo!
Soñaba yo un eden grato y hermoso
en los dorados sueños de mi infancia,
un suelo encantador y delicioso
de un aura pura de eternal fragancia.
Y se estasiaba allí mi alma embebida
percibiendo el olor de ricas flores,
y la llamaba en mi ilusion querida
la tierra del placer y los amores.
Esta rejion de dulce bienandanza
ansiosa procuró la mente inquieta,
sin perder de encontrarla la esperanza
que profetiza el sueño de un poeta.
América, eres tú....! yo te veia;
mis sueños tu belleza me pintaron,
y antes de contemplar tu lozania
ya mi alma y mis versos te cantaron.
Y hora á la chispa del divino fuego
que en grata inspiracion mi pecho inflama,
apenas la pasion á que me entrego
puede espresar lo intenso de su llama.
Necesito cantar; fieros rigores
mi edad aun muy temprana marchitaron,
y de agudos, tristísimos dolores
la senda de mi vida envenenaron.
Y tras largo pesar y desventura,
y cuando tenga el corazon marchito,
pues le pudo inflamar tanta hermosura,
cantar á la hermosura necesito.
Os saludo otra vez, campos risueños,
de la virjen América la palma,
poéticos paisajes de mis sueños,
ilusiones queridas de mi alma!
Como quieren las auras en el prado
la mas preciosa flor, la mas brillante,
ó como estima el ruiseñor pintado
del esplendente sol la luz radiante,
y como fuese amante enamorado
adora la belleza de su amante:
¡oh suelo virginal del nuevo mundo,
así te adoro con amor profundo!

Mientras que de este modo pagaba tributo á la aficion que desde los años mas tiernos ha dominado mi espíritu, y emborronaba mi cartera con los anteriores versos, la falua de sanidad, y los *guadaños* (1) de pasaje habian abordado el bergantin, recojiendo aquella la patente de sanidad, y otros documentos que las ordenanzas marítimas prescriben, y preparándose estos (los *guadaños*) á conducir á tierra los pasajeros. Sin embargo, yo que lo era tambien, y que en tal concepto habia atravesado igual número de leguas que los demas, debia por entonces verme privado de entrar en la hermosa poblacion que veia, que casi tocaba con las manos, y que era para mí otro suplicio de Tántalo. En cambio nos embarcamos en direccion á la fortaleza de la *Cabaña*, á la voz de un ayudante rígido y exacto si los hay, pero que por otra parte se condolió de nuestra suerte, segun tuvo la bondad de manifestarnos. Nuestros lectores habrán comprendido ya cual era nuestra situacion; nosotros que deseamos desechar recuerdos tristes, no esplicaremos la angustia de que estábamos poseidos al atravesar los innumerables fosos y rastrillos de aquella estensa mansion, sobre la cual la noche derramaba todas sus tinieblas.... habiamos dejado atrás el océano para variar de prision, y nada mas.

Doce dias estuvimos en la *Cabaña*, en los cuales tuvimos harta ocasion de observar lo soberbio, lo grande de esta fortaleza de que decia Carlos III lo siguiente: «Si desde mi palacio de Madrid hasta ella pusiéramos una hilera de pesos fuertes, no habria para pagar lo que me tiene de coste su construccion.» Colocada en frente de la ciudad, que domina y podria destruir en dos horas, sostenida por los no menos fuertes castillos del Morro y Principe, y capaz por sus anchos y espaciosos cuarteles de una inmensa guarnicion, seria la primer fortaleza del mundo, y el mas indestructible valladar de toda invasion por mar ó tierra, si una fatal circunstancia no tenida en cuenta por su arquitecto, no hubiera hecho conocer que dicha fortaleza es accesible por la última parte. A muy poca distancia de la Cabaña, se eleva una jigante loma que parece destinada á bombardearla y destruirla; esta altura colosal, una vez tomada por los enemigos, es la llave de casi to-

(1) Guadaños.-Este nombre dan en Cuba á unos botes pequeñitos que cruzan en grueso número y con mucha rapidez la bahia

dos los puntos de defensa edificados en distintas épocas, como en demostracion de cuanto han estimado siempre nuestros monarcas, la incomparable joya que el mar eternamente circunda. La *Cabaña* está guarnecida por un regimiento que se releva todos los años, y tiene un gobernador que es ahora el señor Brigadier Conti, persona que recordamos con ese imborrable agradecimiento que profesan los que se han encontrado privados de libertad, á aquellos que tan penosa condicion han sabido hacer llevadera. Por lo demas, la Cabaña es una especie de pueblo, con sus calles, plazas y paseos, y con sus bailes y tertulias que improvisan diariamente las familias de los oficiales, en que reinan por lo comun la franqueza militar, y la del pais: dos franquezas que mezcladas producen una de buenísimo efecto.

Dada por el Excmo. Sr. Capitan General la orden de soltura, y ejecutada esta por el mismo ayudante que nos habia conducido, revan-



Cristobal Colon (1).

cha que tomó con satisfaccion suya y nuestra, nos embarcamos en un guadaño que rápido como el pensamiento, y á traves de estrechos canales que formaban los innumerables y apiñados buques, nos condujo al hermoso muelle de *Caballería*, fabricado de rica caoba, que apenas puede sostener el peso de la azucar y onzas de oro que en las horas de faena le oprimen. El aspecto de tanta riqueza nos hizo convencer bien presto de que entrábamos en uno de los puertos mas florecientes y mercantiles del mundo.

Como sabíamos que la Habana no era notable por sus monumentos, sorprendionos mucho el erijido en memoria de la primera misa que en ella se dijo (2).

Está situado en uno de los costados que forma el cuadrado de la plaza de armas, junto al cuartel de la *Fuerza*, y frente al palacio de gobierno. Hasta 1754 no existia en dicho sitio otra memoria que recordase tan solemne acontecimiento, que una corpulenta *ceiba* (3), testigo de él, y que las injurias del tiempo, ó mas bien la falta de cuidado ha hecho que desaparezca. En el mismo año, y reinando D. Fernando VI, mandó construir el Mariscal de Campo D. Francisco Cajigal de la Vega, un bello obelisco que existe todavía. Nada se hubiera conseguido con esto, porque las casas labradas en derredor, y los escombros le habrian sepultado como á la sagrada Ceiba, si ganoso el general Vives de eternizar el primer tributo dado por nuestros padres á la religion en el suelo de Cuba, no hubiera mandado construir el hermoso templete de que nos ocupamos. Comenzó la obra el dia 21 de noviembre de 1827: su figura es la de un paralelógramo rectángulo, de treinta y dos varas este oeste, y doce norte sur, y está cerrada por una gran verja que tiene diez y ocho pilares de cantería; el obelisco de que hemos hablado sobresale en el centro. El *templete* se eleva sobre seis columnas toscanas con basamento ático y tiene veinte y seis pies de latitud, y treinta y seis de longitud. Cuatro sencillas pilastras de los mismos órdenes terminan esta delicada arquitectura. En el mainel de la portada, y en el escudo de las armas que ostenta, léese la siguiente inscripcion:

La siempre fidelísima ciudad de la Habana.

Al célebre cuanto virtuoso obispo diocesano D. José Diaz de Espada y Landa, se debe un busto que hizo construir á su costa, de Cristobal Colon, trabajado en marmol, y que puesto en un nicho es la primera cosa que se observa al entrar en el *Templete*. Hay ademas en él tres cuadros de poco valor artístico: el primero representa la instalacion del primer ayuntamiento de la Habana; el segundo el acto en memoria del cual se ha elevado el *Templete*, y el tercero, por último, la inauguracion de este.

En la actualidad el precioso monumento que hemos descrito, ne-

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia este retrato, que tiene el mérito de ser copia exacta de uno rarísimo, hecho del natural en Roma por mano maestra.

(2) No ha podido entrar la vista en el ajuste de este número.

(3) Arbol gigantesco por su elevacion y tronco gruesísimo, respetado del rayo, y perseguido de parásitas; es silvestre, muy comun, y de vida dilatada; sus hojas alimentan á los animales; su abundante lana se aprovecha para colchones, almohadas, y otros usos, etc.

(Diccionario provincial de voces cubanas.)

esta reparacion, para cuyo laudable objeto efectuó el Liceo una funcion hace algunos meses. Como entonces formábamos parte de la redaccion del *Diario de la Marina*, tuvimos el gusto de manifestar lo conveniente, lo indispensable de que el *Templete*, padron de tan santos y gloriosos recuerdos, se salve de la ruina que le amenaza.

EMILIO BRAVO.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

PRIMER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

II.

A la hora acostumbrada estábamos reunidos la mayor parte de los concurrentes de la tarde anterior en casa de nuestro amigo, cuyo nombre, que era don Antonio, no he dicho todavía á mis lectores. Faltando, sin embargo, algunas personas, se convino en suspender la prosecucion del cuento interrumpido, hasta que estuviésemos todos; y entretanto recayó la conversacion, como era natural, sobre el punto que estaba pendiente.

Don Diego, que no renunciaba fácilmente á sus opiniones, y que además estaba un tanto mortificado viendo que le combatia don Antonio, fué quien primero renovó la lucha diciendo:

—Dos cosas pienso de la historieta de ayer, señor don Antonio: la primera que es asunto trillado, y por lo mismo sin interés; la segunda que va á ser argumento *contra producentem*, como se decia en la universidad cuando éramos muchachos los dos.

—Contestaré, —repuso el interpelado,—que yo no prometí á Vds. una novela, y que los sucesos reales y verdaderos de esta prosáica vida que nos cupo en suerte, ofrecen rara vez el carácter dramático y original con que, á costa de la verosimilitud, nos interesan los libros de pura invencion. Esto en cuanto al primer punto; por lo que al segundo respecta déjeme V. concluir y juzgará luego.

—Yo,—dijo Alfonso,—quisiera á decir la verdad, que el señor don Antonio pusiera un poco mas en evidencia á sus personajes, que los hiciera hablar á ellos, y dejase á cada uno de nosotros el cuidado de deducir las consecuencias de los hechos.

—Lo que V. quisiera, amigo mio,—contestó el huésped,—es que yo con mis sesenta años y mi peluca y todo, le pintase muy al vivo los transportes de Sancho y Leonor, poniendo en primer término del cuadro á los dos amantes, y en el fondo, para dar sombra y por consiguiente realce á los culpables, al marido víctima, pintándole con tan negros colores, que todos á una voz clamáramos anatema y maldicion sobre el tirano! No por cierto: no lo haré, porque á mis años ya no se ven las cosas al trasluz del prisma de las pasiones; no lo haré, porque en mi entender pintar el vicio con los mismos colores que el heroismo es abusar criminalmente del talento; no lo haré, en fin, porque el objeto que me he propuesto es el de hacer un estudio analítico de dos épocas distintas, comparándolas entre sí, y no el de interesar con dos historietas que nada ofrecen de particular. Si Vds. creen que la cuestion pendiente vale la pena de que prosiga, lo haré; si no hablemos de la ópera de anoche; y de todas maneras tomemos café.

Rogámosle todos que continuase su cuento, y en efecto, lo verificó nuestro complaciente amigo de esta manera:

—Vamos á dar un gran salto, Señores, trasladándonos á unos tres siglos, poco mas ó menos, despues de la época en que ayer dejamos pendiente nuestra historia; y para que la transicion de sucesos á sucesos no sea tan violenta, digamos algo del teatro de la nueva escena.

Imaginen Vds. que estamos, como ayer, en Andalucía, pero no ya sobre un alto cerro sin mas edificio que un castillo feudal, sino en una villa de mediana poblacion, edificada sobre la vertiente del monte y coronada por una especie de palacio, en cuya fachada dórica se revelan los arquitectos del tiempo de Cárlos III; pero que con dos torres, ruinosa la una, si bien conservada la otra, da testimonio de su origen y uso primitivo. Al angosto sendero del siglo XVI ha reemplazado anchuroso camino practicable para los carruajes; orillas del arroyo antes solitario se levantan blancos molinos de aceite; y á la roja flor de la amarga adelfa, á la nieve de los salvajes lirios, unen su verdura y lozanía el naranjo, el limonero y el olivo. La mano de la civilizacion ha cambiado el aspecto de la que fué frontera del Moro; y si bien la guerra de la independencia, reciente en la época á que ahora me refiero, dejó estampadas sus huellas allí, como en toda España, con numerosas y humeantes ruinas; con todo eso, la accion de tres siglos hizo prodigios, y si los contemporáneos de Cárlos I resucitasen, difícilmente reconocieran aquella region.

Era una tarde del invierno, iba el sol á ocultarse entre cenicientas nubes, y sus tibios rayos coloraban apenas las ennegrecidas piedras de la antigua torre, cuando con asombro del cura, del médico y de algun otro personaje de la villa, que en el camino daban su acostumbrado paseo, comenzó á subir hácia el palacio, al trote de ocho rozagantes mulas, un coche de colleras, mole inmensa, mas propia para dar idea del reposo de los cuerpos que para instrumento de locomocion. Entonces no habia, señores, otros medios para viajar; hoy, merced al cielo, tenemos ya en España diligencias aunque pocas.

Feliz acontecimiento fué para los paseantes la llegada del coche, pero mas completa fuera su ventura si unas malhadadas persianas verdes no impidieran al mas curioso é intrépido de todos ellos (el barbero seria), que al efecto subió sobre uno de los guardacantones del camino, penetrar con la vista en lo interior de aquella máquina dorada y *estofada* á manera de retablo de Churriguera, y ver por consiguiente quien ó quienes eran el caminante ó caminantes que á la villa venian. Mas el zagal entre las dos mulas delanteras, y el mayoral sobre su pescante, corriendo aquel con estraña ligereza de piernas; voceando este con pulmones de bronce y descargando latra ya ya sobre la *Morota*, ya sobre la *Coronela*, que formaban su valeroso par de lanza, se dejaron bien pronto atrás á los curiosos envueltos en una nube de polvo, ocultándose á su vista en una de las muchas vueltas y revueltas del camino, merced á las cuales era posible al tiro arrastrar el coche hasta la cima del monte.

¡Oh, si yo fuera uno de aquellos bienaventurados narradores cuyo talento descriptivo estiende, deslie y, por decirlo así, disuelve los sucesos, en un mar de entretenidos y maravillosos pormenores! Entonces me los llevaria á Vds., mis caros oyentes, como por la mano á la casa del cura, haciéndoles asistir, ni mas ni menos que el ama de su merced, á la tertulia que bajo la campana de la chimenea, cuyo vuelo no se estendia á menos de un buen tercio de la cocina, tenian todos los paseantes y algunas personas mas de la villa. Faltábame entonces solo la pluma, festiva á par que docta y tan ligera en las formas como en la observacion profunda, de ese escocés llamado Walter-Scott, cuyas obras han dado á la novela una importancia que, desde Cervantes y Lesage acá, no tuvo nunca; faltábame, digo, esa pluma no mas, y yo entonces repetiria un coloquio en el cual se apuraron cuanto la ociosidad curiosa, la lógica desconcertada, y la mordacidad mezquina de un pueblo corto pueden inspirar á gentes, en el fondo buenas, pero escitadas por el impotente deseo de saber lo que ignoran. Y todo esto, amigos mios, porque el consabido coche habia entrado en el palacio, cerrándose tras de él la puerta cochera, y sin que ni los criados del conde San Justo, que lo habitaban ordinariamente, ni persona alguna saliera á dar noticia de quien eran los recien llegados.

No crean Vds. que voy á dejarles con igual curiosidad; antes al contrario, síganme al patio interior del palacio, cuadrilongo formado por cuatro pórticos ó soportales, en cuyas columnas, del mismo órden que la fachada, estribaba una galería, ostentando sobre el arco del centro de cada lienzo un escudo de armas ó esculpido con inteligencia en el blason y gusto en el dibujo; y si quieren Vds. llegar conmigo hasta el pié de una ancha escalera de piedra, donde la falta de uso dejó crecer la yerba entre sillar y sillar, verán abrir la portezuela del coche á un sumiso mayordomo, y bajar de él á dos personas: un hombre y una mujer.

Bajó aquel primero y tendió grave y cortés la mano á la segunda. Ella, alargando la suya y apoyándola apenas en la de su acompañante, salió del coche y con trémulos pasos comenzó á subir la escalera.

Alto de cuerpo, nervudo de constitucion, blanco el cabello, severo el aspecto, grave en el porte y envuelto en un gran *carrik* ó capote con muchas esclavinas que entonces era de moda, con planta firme subia el hombre en pos de la dama, siendo de notar que iba de media de seda blanca, calzon corto del mismo color, y zapato con hebilla, traje que ni en aquel tiempo ni en ninguno se ha usado para viajar. En cuanto á la señora, parecia tener la tercera parte de los años que el que iba en su compañía, es decir, unos 19 ó 20, y su rostro, singularmente pálido, era bello á pesar del sobresalto que en él se notaba. Por lo que respecta al traje no ofrecia menos contraste el de aquella señora con su situacion que el de su acompañante, pues debajo de una especie de capoton ó sobre todo de esquisito paño de Damas se dejaba ver ya por una parte ya por otra, un magnífico vestido de raso blanco guarnecido de primorosas artificiales flores. Todo

lo observaba el mayordomo con gran sorpresa, pero guardábase bien de hablar palabra y hasta de manifestar alteracion en el semblante; porque su amo el conde de San Justo, que era quien con su joven esposa acababa de llegar, gustaba poco de curiosos é impertinentes, y menos de que sus criados se metiesen en mas honduras que en cumplir con sus obligaciones respectivas.

Dos palabras sobre el Conde: militar desde sus mas tiernos años, como de tiempo inmemorial lo habian sido siempre todos sus abuelos, era ya coronel de un regimiento provincial y brigadier de infantería, cuando estalló la guerra de la independencia. En ella combatió como buen español y excelente soldado, obteniendo, mas aun que por su nombre y posicion social, por su valor intrépido y su inflexible firmeza en el mando, el empleo de teniente general y la gran cruz de san Fernando. Como militar era estimado, como jefe temido, y como funcionario público gozaba de la mas alta reputacion de integridad; mas como hombre pocos le amaban. ¿Por qué así? Su carácter taciturno, un espíritu de órden que frisaba en exagerado rigorismo, una severidad en hacer justicia que, no dando nunca oidos á la misericordia, parecia muchas veces crueldad, y es posible que algunas lo fuese, eran defectos que deslustraban dotes y buenas prendas que, por otra parte, nadie le negaba. Tan cierto es que en este mundo hasta la virtud misma ha menester ser amable para que la amemos. Tal era, Señores, el Conde de San Justo, esposo á los 60 años de una linda muchacha, gala y ornato de las riberas del Betis.

Bastó y aun sobró tanto tiempo como acabo de gastar en mi tosco retrato del Conde para que él y su mujer llegaran al piso principal, y fueran por el mayordomo introducidos en una espaciosa antesala oscura mas que por falta de luz, por sobra de tapices en las paredes y profusion de damascos en las ventanas.

Antes de pasar adelante, bueno será decir á Vds que conozco el lugar de la escena por haberlo habitado durante algunos meses, y que sé todos los pormenores del suceso de boca del mismo mayordomo, en quien hizo profunda impresion, y que gustaba de referirlo mas de lo que lo discrecion aconsejaba.

Habia, pues, en el fondo de la antesala una grande y tallada puerta de nogal que comunicaba con el estrado ó sala de recibo; á la izquierda, otra que daba paso á las numerosas habitaciones de la parte moderna del edificio; y otra, á esta frontera, ligaba al palacio con el antiguo castillo por medio de una inmensa galeria, cuyo estremo opuesto era ingreso á la mejor conservada de las dos torres de que me parece haber hecho ya mencion.

La hora, lo inesperado del arribo de sus amos, y mas que todo la sorpresa que lo singular de su traje le causaba, hicieron que, vacilando el mayordomo en cual de las puertas habia de abrir, la del estrado ó la de las habitaciones, y deteniéndose en medio de la antesala, se volviese á sus amos con intencion de tomar sus órdenes; pero el Conde sin darle mas tiempo que el necesario para que acabase de fijar en él la vista, señalando al mismo tiempo la entrada de la galeria:—Por allí, don José, dijo. — Es de advertir que en los veinte años que don José llevaba de mayordomo apenas habia tenido ocasion de abrir la puerta que se le señalaba, mas que para enseñar la galeria á alguno que otra curioso viajero; porque la habitacion de la torre, si bien conservada como histórico monumento de la familia, jamás fue ocupada por ninguno de sus individuos. Así no estrañarán Vds que, lleno de admiracion, dejase, acaso por vez primera, de obedecer instantáneamente la órden recibida; pero el Conde repitió con acento breve y enérgico tono: —Por allí don José por allí he dicho; —y el criado, buscando solícito en el manojo de sus llaves la de la antigua y maciza puerta, abriola de par en par con cuanta presteza pudo. Entonces, sombría como la incierta luz del crepúsculo de la tarde, silenciosa como un sepulcro, y lóbrega como una prision, mostróse á la pálida y aterrada dama aquella galería donde, ni aun en mas alegres momentos, osó nunca penetrar sin que un presentimiento indefinible, un terror vago de aquellos que hielan la sangre en las venas sin que la razon acierte á darnos cuenta de la causa que lo motiva, hiciera palpitar su corazon. Habia ya el mayordomo entrado en la que fué parte del antiguo castillo; sus pasos, aunque mesurados, resonaban en la maciza bóveda; y el Conde indicaba con severo ademan á su esposa el camino que debia seguir: mas ella, cual si sus plantas hubieran echado raices en el suelo, permanecia inmóvil. Conociendo que no le seguian, arriesgóse don José á volver atrás la cabeza, y vió á su señora mas pálida que nunca, levantar sus ojos arrasados en lágrimas al rostro de su marido, cruzar las manos en actitud de súplica, mover los lábios como si fuera á hablar; pero la fria severidad, la inflexible espresion de dureza que vió en el rostro del Conde y un ademan imperioso de este pusieron término al no empezado ruego, y la decidieron á obedecer. Decia el mayordomo, refiriéndome el caso, que su ama parecia víctima que al suplicio caminaba, y su señor, no verdugo, pero sí juez implacable que por sí mismo quiere asegurarse de la terrible ejecucion de su sentencia.

Los retratos de los ascendientes del conde, cronológicamente ordenados en la galeria, como yo los he visto aun, fueron mudos testigos de aquella escena; y en verdad que la reunion de tantos guerreros armados unos de punta en blanco, otros con el traje flamenco ó chambergo; de cortesanos ataviados con las ricas pomposas galas que de la corte de Luis XIV trajo á España su nieto Felipe V; de obispos y otros eclesiásticos; de caballeros de las órdenes militares; de graves togados; de discretos palaciegos en traje, que aun en nuestros dias hemos visto y se llamaba de corte; aquella reunion, digo, de tan extraños personajes, era una especie de congreso de los diferentes siglos, donde todas las profesiones de la nobleza tenian sus representantes. Mas no bajo ese aspecto debia de considerarlos entonces el Conde su nieto, sino como terribles jueces de su conducta que iban á pedirle cuenta severa del esplendor del nombre que le habian transmitido. Tales eran las ideas de los antiguos nobles dignos de serlo; y aquellos que solo se acordaban de sus blasones para fundar en ellos necia vanidad, en el desprecio de sus iguales y en la mofa que de ellos hacian sus inferiores hallaban merecido castigo. Nuestro conde era, como decirse suele, hombre *chapado á la antigua*, y caballero además á todas luces. Cuales serian los pensamientos de los esposos mientras el mayordomo abria la puerta forrada con planchas de duro hierro que, en el fondo de un arco de los que los arquitectos llaman arábigos y tienen forma de herradura, cerraba el ingreso á la torre, no puedo decirselo á Vds.; pero sí, que cuando aquel, concluida su operacion, dió algunos pasos atrás para dejar que pasaran sus amos, vió á la señora con los ojos clavados en tierra murmurando entre sollozos, como si al cielo dirigiera sus últimas plegarias, y al Conde cruzados los brazos y fija la vista en un retrato que con el uniforme de mariscal de campo, el manto de la órden de Santiago encima, y la mano apoyada en un libro que llevaba por título, «*Comentarios del marqués de Santa Cruz*» parecia que tambien por su parte miraba con airada compasion al heredero de su nombre y título, al hijo en quien fundó toda la alegria y esperanza de su vejez, al último vástago del antiguo ilustre tronco, al objeto de su postrer pensamiento en la tierra, acaso el primero de sus recuerdos en el mundo de la verdad.

Hay solemnes ocasiones en la vida en que lo presente es poco espacio para el pensamiento, y entonces estiende su vuelo á los pasados tiempos; entonces la imaginacion exaltada evoca las sombras de los muertos, se ve en su presencia, oye su voz grave y sonora como la del bronce, responde á sus cargos; entonces tambien un destello del porvenir ilumina el alma, y los que todavía no son, los que han de formar el ente moral que llamamos posteridad, vienen á pronunciar ante nosotros su tan temido cuanto incierto fallo. En esos momentos, por poca poesia que en suerte nos haya cabido, la vida se convierte en un anticipado paraiso, ó en un preludio del infierno, segun el orígen de la ilusion lo da de sí. Tal era la situacion del Conde, en quien, mientras contemplaba el retrato de su padre, luchaban las preocupaciones heredadas con las ideas adquiridas, la severidad del ánimo con los consejos de la razon, la violencia de los afectos con la templanza del juicio, la fogosidad del carácter con la madurez de las canas. ¿Qué diré de su esposa? El terror embargaba todas sus facultades mentales; lágrimas y no mas que lágrimas eran su único amparo, y en casos semejantes la fuerza del dolor hace imposible todo raciocinio. ¡Oh! si el pincel de Velazquez ó la pluma de Cervantes pintaran aquel cuadro, inútil me fuera continuar esta relacion; porque Vds. comprenderian desde luego las situaciones, y su talento deduciria fácilmente la consecuencia á que con mi prolijo cuento llegarémos mas tarde: pero pues que yo soy y no otro el que lo sucedido refiere, forzoso será que á mi manera lo haga.

Ya estamos dentro de la torre en un aposento que ocupaba la mayor y principal parte del ámbito de uno de sus pisos, iluminado durante el dia por altas ventanas, en todo semejantes á su puerta, y de noche, por lo menos en los antiguos tiempos, por una lámpara de plata, prolija y curiosamente trabajada al gusto italiano del siglo XVI, lámpara que pendiente del centro de la bóveda daba á aquella habitacion un aspecto de lúgubre regularidad. Cubrian sus muros tapices flamencos de esquisito trabajo, evidentemente contemporáneos de la lámpara, en los cuales con brillantes, aunque algun tanto desentonados colores, se veia tejida en realidad, si en la apariencia pintada, la historia de los trabajos de Hércules, y los personajes en ella representados, á escepcion del protagonista, vestidos á usanza de cortesanos y damas del tiempo en que la obra fué ejecutada. Un lecho cuadrado y macizo de nogal, con dosel y paramentos de tapicería, compañeros de la que adornaba las paredes, dos inmensos sillones de nogal cuyos altísimos respaldos terminaban en un primoroso adorno de talla, y una mesa sobre la cual lucia en rico marco de ébano una luna de Venecia, y por último, una alfombra moruna de dos dedos de espesor que cubria los toscos sillares del piso, eran, y son hoy, los principales muebles de aquel cuarto. Añadan Vds., para conocer la habitacion cual si en ella

hubieran estado, un crucifijo de plata sobre la mesa, con un candelero de metal á cada lado, y en frente del espejo un retrato de un guerrero, hecho, si no por el Ticiano, que no soy bastante inteligente para afirmarlo, á lo menos, y en eso no tengo duda, por algun pintor de sus discípulos ó imitadores. Debo añadir que el citado retrato no era de cuerpo entero, sino de cintura arriba, y que el personaje en él pintado lo estaba con su coraza y brazaletes de acero, la venera de Alcántara pendiente al cuello de una cadena de oro, la una mano apoyada en el pomo de la espada, la otra en la cimera del casco, colocado á su derecha cobre una mesa, alta la vista y despejada la calva frente, impasible el semblante, duro, en fin, el ademan y gesto.

Decia que estábamos ya en la torre, y debo añadir que tambien en ella habian entrado el Conde y la Condesa; pero es tarde y lo mejor que por hoy puedo añadir, es la sabida redondilla de Sarmiento.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el Portugués cayó enfermo.....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.»

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

CAPITULO III.

Insomnio.

I.

Naci de hidalga familia,
Mas no de tan noble origen
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos países
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asime,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba
Con esfuerzos increibles.
Recogióme una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.
Conocí allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo crian los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y unime
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que vísteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpurinos matices
Teñian las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un dia de abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor del Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplia los cinco abriles.
Sin ella aquel paraiso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
«Vé en paz, y que Dios te guie.»
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la córte establecime.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrian
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecia
En belleza, y que sutiles
Los egemplos de la córte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrones, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo
Y en soledad apacible,
Habito con Flor-del-Alba
Las estancias que permite
Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros:
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acaso el cansancio os rinde.
Y así diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del jóven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veia



Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitia;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viagero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huesped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cuyas maderas
Se filtraban aun en gotas frias
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precavido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pie pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos: — todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitiales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerias varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viage,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan continuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el dia
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesía,
Revestidas de formas celestiales
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que se acuerda amorosa y vagamente:
La encantadora imágen apacible
De otro viviente ser visto primero.
Y esta imágen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago: es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa muger con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño de él en alejar empeña;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha:
Es *Flor del Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.
Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.

Y así como un recuerdo vagoroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viagero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

Música.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan
Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viagero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquilo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora
Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oido en liz oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imágen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la trasparente imágen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado desciende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Vé que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le oréa, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel;
El ser terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia:
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un harpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas claúsulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras;
Y aun mal despierto — ¿Quién va? —
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla mústia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el Sopor le abruma;
Pues de él recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura
El son del harpa recuerda;
Y cree que se perpetúa
El ensueño pues de un arpa
Oye el acorde no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el son de un harpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave cantando
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraido,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Asomóse poco á poco
Por si á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cénit
Con pálida luz la luna
Plateó un huerto en que reinan
El abandono y la incuria!
Su tierra fértil un dia

Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se vé, que el dueño renuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su origen fué patio,
pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños
Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No posesores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El origen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitacion
A su avara vista hurtan.
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brota aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la transparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz:
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársela la hizo única.
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que les remedan
En las escondidas grutas,
Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial;
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaría
Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica cancion.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles,
Los martirios
Insufribles
De un amante corazon.

Blando son
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcon:
Y antes que suene en su oido,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazon.

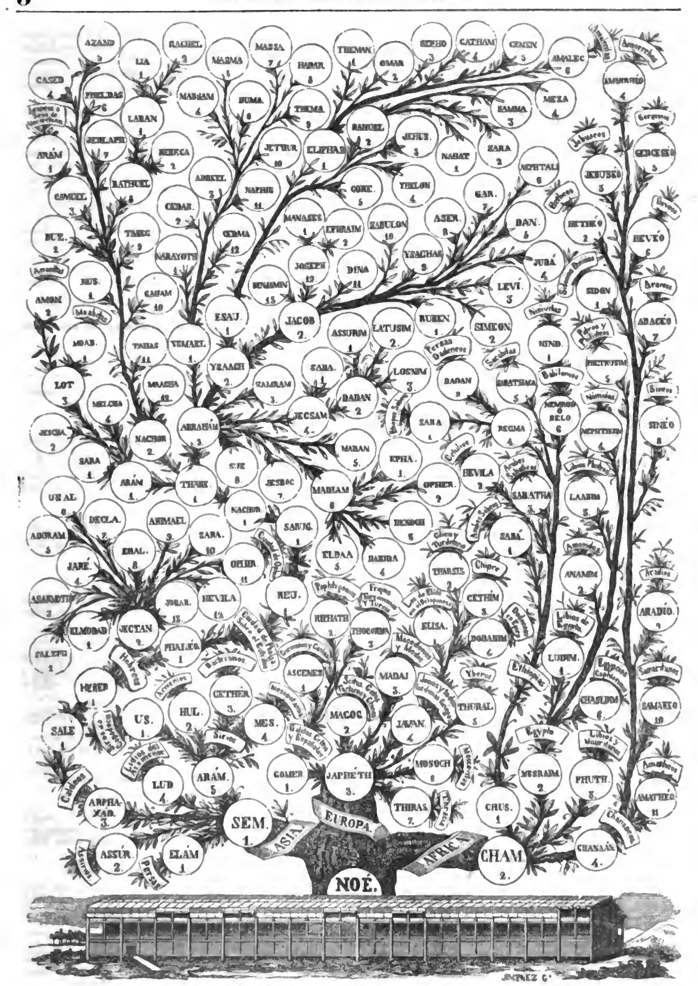
Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razon;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oir la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico son le envia
Del arpa y de la cancion.

(Continuará.)

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de embobarse mirando al prógimo donde retejan.



ARBOL GENEALOGICO DE LAS NACIONES PRIMITIVAS.

«Estos tres son los hijos de Noé, y de estos se propagó todo el linage de los hombres sobre toda la tierra.»
(«*Genesis*, cap. IX, v. 19.»)

Corria el año 1656 de la creacion del mundo, cuando Dios, indignado con las enormes iniquidades de los hombres, resolvió darles un castigo tan ejemplar y terrible, que quedase para siempre viva su memoria entre sus descendientes. *Llamó, pues, las aguas de los abismos, abrió las cataratas del cielo, é hizo llover el Diluvio* sobre los prevaricadores. Esta catástrofe, y la mas horribie aun que ha de sobrevenir al fin del mundo, fueran reveladas á *Adan*, nuestro primer

padre, (segun una antiquísima tradicion conservada entre los hebreos), y las trasmitió á sus hijos en esta fatídica profecía:

«El género humano será destruido dos veces en castigo de sus pecados. La primera por agua, la segunda por fuego.»

Para perpetuar el anuncio de tan espantosos cataclismos, erijió el primer hombre dos columnas, una de piedra que resistiese á la accion del agua, y otra de ladrillo que soportase el fuego. Los cercanos descendientes de Adan anotaban en estos primitivos monumentos el curso y revoluciones de los ástros, á medida que los iban observando, y Josepho, el célebre historiador Judío, asegura subsistia aun en su tiempo la columna de piedra.

Entre la multitud de hombres que en la época anunciada habitaban la tierra, solo encontró Dios una familia virtuosa, que recompensó libertándola del naufragio universal, y destinándola para repoblar el mundo. Era esta la del justo Noé, y se componia, ademas de este santo patriarca, de su esposa, sus tres hijos y las tres mugeres de estos. Las referidas ocho personas con algunas parejas de animales de todas especies se entraron en la grande *Arca*, especie de bajel cerrado que Dios mandara construir á Noé, y del que le diera las medidas y proporciones. Noé era 8º nieto de Adam, y su ascendencia es en la forma siguiente:

Nombres de los patriarcas.	Años del mundo en que nacieron.
Adan.	1
Seth.	130
Enós.	235
Cainan.	325
Malaleel.	395
Jared.	460
Enoch.	622
Matusalen.	687
Lamech.	874
Noé.	1056

Cuarenta dias y cuarenta noches duró el diluvio universal, y las aguas, que llegaron á subir 15 codos sobre la cima de las mas altas montañas, permanecieron como estancadas cubriendo la tierra por espacio de un año. Al cabo de este tiempo, el Arca posó en la cumbre de un monte de Armenia, llamado el *Ararat*. Noé y su familia salieron de ella con todos los brutos que la ocupaban, y aquel erijió un altar en que ofreció á Dios, en accion de gracias, un sacrificio solemne de algunos animales no reputados por inmundos. «Y bendijo Dios á Noé y á sus hijos, y dijoles: creced y multiplicaos, y poblad la tierra» (1).

Habian pasado 350 años desde el diluvio, cuando aconteció la muerte de Noé, que fué sepultado, segun la tradicion, en el monte Ararat, cerca del que habia fijado su residencia. Sus hijos que se multiplicaron en aquellas cercanias, y en la llanura de Senaar estendiéndose por las riberas del Eufrates y del Tigris, advirtieron que aquel pais no era bastante para alimentar á todos, y que era necesario separarse. Proyectaron, pues, antes de verificarlo construir una torre de prodigiosa altura *«que llegase al cielo,»* segun algunos, con el objeto de inmortalizar su nombre, segun otros, para que les sirviese de punto de reunion si algun dia querian volver á juntarse; y en fin, segun otros, para libertarse de otro diluvio futuro, menospreciando la solemne promesa que Dios hiciera á Noé al salir del Arca, de no volver á castigar á los hombres por medio de las aguas. Comenzose, pues, la fábrica de la torre el año 400 despues del diluvio, y emplearon los neomitas no menos que tres años en los preparativos. Consistian estos principalmente en cocer ladrillos de pié y medio de espesor, y en acopiar multitud de montones de cañas, las que mezcladas con el betun que producian los lagos cercanos, y que en aquellas regiones suple la falta de cal, daban consistencia á las fábricas. El edificio era en forma de piramide, se componia de ocho torres cuadradas dispuestas una sobre otra que iban disminuyendo á medida que se iban elevando, y tenia la subida por la parte esterior por medio de una rambla suave que le rodeaba en espiral. La altura llegó, segun san Gerónimo y otros escritores erúditos, no menos que á una legua. Este monumento colosal, fué despues el mas bello y grandioso adorno de la famosa ciudad de Babilonia; servia de templo á Belo, y tambien de observatorio astronómico. Muchos viageros aseguran se ven aun sus ruinas, y en varios periódicos de literatura las hemos visto representadas. Al llegar los obreros á la altura indicada, notaron con inesplicable asombro que ya no se entendian unos á otros, pues de repente habian olvidado el idioma comun y primitivo (2) que usaban, y hablaban otro diferente. Era este un doble milagro con que Dios castigaba á aquellos hombres soberbios, y destruia sus temerarios proyectos. Viéronse, pues, precisados á abandonar su comenzada fábrica, y reuniéndose los que hablaban una misma lengua, se dispersaron por familias por toda la tierra en número de 240.000 (1). El nombre de *Babel* que se dió á la famosa torre, quiere decir, *confusion, desórden*, ó segun otros, ciudad del señor (2).

(1) Véase el *Genesis*, cap. IX, v. 1.

(2) Los mas opinan era el hebreo.

Los nombres de los tres hijos de Noé eran, por el órden de nacimiento Sem, Cham y Japhet. El primero permaneció en Sennaar, y fué el progenitor de los pueblos de Asia y América (3). Japhet se dirigió al norte y occidente y pobló la Europa, y finalmente Cham pasó el Eufrates, y dió habitadores al Africa. La marcha progresiva de los neomitas, fué el objeto de ravisimas tareas para los mas éruditos teólogos, historiadores y críticos, pero caminando estos como á tientas en una senda subterránea, sin mas luz que las pocas noticias que da la Biblia y las historias profanas primitivas muy descarnadas y envueltas en fábulas, solo obtuvieron muy escasos resultados despues de improbos trabajos. En el árbol genealógico que va por cabeza de este artículo, y en el cuadro sinóptico que insertamos á continuacion, presentamos á nuestros lectores todos los nombres conocidos de los primeros descendientes de Noé, y los de las tierras que repoblaron.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Cuadro sinóptico de la poblacion de las naciones primitivas.

PATRIARCAS.	PAISES QUE POBLARON POR SI Y SUS DESCENDIENTES.
Noé, segundo progenitor del género humano, era octavo nieto de Adan, y vivió 950 años.	
HIJOS DE NOÉ.	
1 Sem.	Asia y América. En su familia se conservó la lengua hebrea y el culto del verdadero Dios.
2 Cham.	Africa. Vivió en Egipto, pais que se llama en la escritura Tierra de Cham.
3 Japheth.	Europa.
HIJOS DE SEM, PRIMER HIJO DE NOÉ.	
1 Elam.	Persia, llamada Tierra de los Elamitas.
2 Assur.	Asiria.
3 Arphaxad.	Chaldea.
4 Lud.	Lidia del Asia Menor.
5 Aram.	Siria de Capadocia y Mesopotamia. La Siria se llama Aram en hebreo.
HIJOS DE ARAM, QUINTO HIJO DE SEM.	
1 Us.	Ciudad de Damasco y el término circunvecino, llamado por los hebreos Tierra de Us, en la que vivió Job.
2 Hul.	Parte de Armenia.
3 Gether	La Bactriana, y segun otros el Reino de Caria.
4 Mes.	La Mesopotamia, á quien dió nombre, parte de Armenia y de Siria.
HIJO DE ARPHAXAD, TERCER HIJO DE SEM.	
1 Salé.	Chaldea.
HIJO DE SALE, HIJO ÚNICO DE ARPHAXAD.	
1 Hebér.	Chaldea. De éste tomaron nombre los hebreos sus descendientes.
HIJOS DE HEBER, HIJO ÚNICO DE SALÉ.	
1 Phalég.	Ciudad de Phalga, sobre el Eufrates. En su tiempo se verificó la dispersion de los Noemitas.
2 Jectán.	Chaldea.

(1) Este es el cálculo que hacen varios espositores de la Biblia, y algunos escritores profanos contando con la proporcion de la larga vida de los primitivos hombres.

(2) Segun Voltaire y otros, *Bel* quiere decir Señor, y *Bab* padre.

(3) Se cree que la América fue poblada por los habitantes del norte de Asia que pasaron el estrecho de *Beering*, que se supone con algun fundamento era en los primeros tiempos un istmo que unia la Rusia-Asiática con la Groenlandia. Hoy el estrecho ó paso de *Beering* tiene solo 10 leguas de ancho y esta perpetuamente helado. Su situacion es en la parte mas septentrional de la peninsula de Kamtchatka, y debe su nombre a un esforzado navegante dinamarqués, al servicio de Rusia, que lo descubrió a mediados del siglo XVIII.

HIJOS DE JECTAN, SEGUNDO HIJO DE HEBÉR.

1	Elmodad.	Regiones que se estienden desde el rio *Coplenes* hasta las Indias y territorios confinantes con el pais de los *Serios*. De *Ophir* tomó el nombre la region donde se iba en busca del oro, situada en el Oriente.
2	Saléph.	
3	Asar Moth.	
4	Jaré.	
5	Aduram.	
6	Uzal.	
7	Decla.	
8	Ebal.	
9	Abimael.	
10	Saba.	
11	Ophir.	
12	Evila.	
13	Jobab.	

HIJO DE PHALEG, PRIMER HIJO DE HEBÉR.

1	Reu.	Chaldea.

HIJO DE REU, ÚNICO HIJO DE PHALEG.

1	Sarúg.	Chaldea.

HIJO DE SARUG, HIJO ÚNICO DE REU.

1	Nachor.	Chaldea.

HIJO DE NACHOR, HIJO ÚNICO DE SARÚG.

1	Tharé.	Chaldea. Era de profesion escultor.

HIJOS DE THARÉ, HIJO ÚNICO DE NACHOR.

1	Abraham.	Tierra de Promision y Arabia.
2	Aram.	Chaldea.
3	Nachor.	Chaldea.

HIJOS DE HARÁM, HIJO PRIMOGÉNITO DE THARÉ.

1	Sara.	Tierra de Promision, como muger de Abraham.
2	Jescha.	Chaldea.
3	Lot.	Tierra de Promision y Arabia.
4	Melcha.	Chaldea, como muger de Nachor.

HIJOS DE LOT, TERCER HIJO DE ARÁM.

1	Moab.	Tierra de Moab, ó sea pais de los Moabitas.
2	Amon.	Tierra de Amon ó de los Amonitas.

HIJOS DE NACHOR, HIJO SEGUNDO DE THARÉ.

1	Hus.	Chaldea. Estos ocho hijos primeros de Nachor los hubo en su esposa Melcha, hija de Arán.
2	Buz.	
3	Camuel.	
4	Cased.	
5	Azau.	
6	Pheldas.	
7	Jedlaph.	
8	Bathuel.	
9	Tabee.	Chaldea. Estos cuatro últimos los hubo Nachor en su concubina llamada Roma.
10	Gaham.	
11	Tahas.	
12	Maacha.	

HIJO DE CAMUEL, TERCER HIJO DE NACHOR.

1	Arám.	Siria de Mesopotamia, llamada tambien Tierra de los Arameos.

HIJOS DE BATHUEL, OCTAVO HIJO DE NACHOR.

1	Laban.	Chaldea.
2	Rebeca.	Tierra de Promision como muger de Isaach.

HIJAS DE LABAN, PRIMER HIJO DE BATHUEL.

1	Lia	Tierra de Promision como esposas de Jacob.
2	Rachel	

HIJOS DE ABRAHAM, TERCER HIJO DE THARÉ.

1	Ismael.	Arabia, cuyos habitantes se llamaron Ismaelitas. Abrám tuvo este hijo de una esclava egipcia llamada Agar.
2	Isaac.	Tierra de promision. La madre de Isaac fué Sara, hija de Aram.
3	Zamram.	Arabia Desierta y Arabia Feliz. Estos últimos seis hijos de Abrám los hubo en su muger Cetura.
4	Jecsam.	
5	Madan.	
6	Madian.	
7	Jesboc.	
8	Sue.	

HIJOS DE ISMAEL, PRIMOGÉNITO DE ABRAHAM.

1	Nabayoth.	Las tres Arabias. Ismael tuvo estos doce hijos de su muger, que era egipcia, y cada uno de ellos fué caudillo ó gefe de una tribu, y dieron su nombre á los castillos y ciudades que fundaron en diferentes lugares, que eran mas bien aduares de cabañas de que usaron los árabes.
2	Cedar.	
3	Adbeel.	
4	Mabsam.	
5	Masma.	
6	Duma.	
7	Massa.	
8	Hadár.	
9	Thema.	
10	Jethur.	
11	Naphis.	
12	Cedma.	

HIJOS DE ISAAC, SEGUNDO HIJO DE ABRAHAM.

1	Esau ó Edon.	Idumea ó tierra de Edom y Arabia.
2	Jacob ó Israel.	Tierra de Promision. De su nombre se dijeron los hebreos israelitas.

HIJOS DE ESAU, PRIMOGÉNITO DE ISAAC.

1	Eliphan.	Arabia. De éste era madre Adaz primera esposa de Esaú, que era del pais de los heteos é hija de Elon.
2	Rahuel.	Arabia. Tenia por madre á Basemath que era hija de Ismael.
3	Jehus.	Arabia. Estos tres hijos los tuvo Esaú de su tercera muger Oolibama, hija de Ana, del pais de los hebreos.
4	Ihelon.	
5	Coré.	

HIJOS DE HELIPHAZ, PRIMOGÉNITO DE ESAÚ.

1	Theman.	Arabia.
2	Omar.	
3	Sepho.	
4	Gatham.	
5	Cene.	
6	Amalech.	Tierra de Amalec ó de los Amalecitas. Este tenia por madre á una concubina llamada Thama.

HIJOS DE RAHUEL, HIJO SEGUNDO DE ESAÚ.

1	Nahat.	Idumea. Estos cuatro fueron caudillos ó príncipes de los Idumeos y cada uno mandaba una ciudad ó territorio donde habitaba una de las tribus que procedian de Esaú.
2	Zara.	
3	Samma.	
4	Meza.	

HIJOS DE JACOB, SEGUNDO HIJO DE ISAAC.

1	Ruben.	Tierra de promision ó de Israel. Fueron hijos de Lia primera esposa de Jacob, y cada uno fué gefe de una tribu, escepto Dina que no tuvo sucesion.
2	Simeon.	
3	Levi.	
4	Judá.	
5	Dan.	
6	Nephtalí.	
7	Gad.	
8	Aser.	
9	Isachar.	
10	Zabulon.	
11	Dina.	
12	Joseph.	Tierra de Israel. Tenian por madre á Rachel, y tambien fueron gefes ó cabezas de tribus.
13	Benjamin.	

HIJOS DE JOSEPH, DÉCIMOSEGUNDO HIJO DE JACOB.

1	Manasés.	Tierra de Israel. Su madre fué Asenet, hija del sumo sacerdote de Heliópolis. Uno y otro fueron cabezas de tribus.
2	Ephraim.	

HIJOS DE JECSAN, CUARTO HIJO DE ABRAHAM.

1	Saba.	Arabia.
2	Dadan.	

HIJOS DE DADAN, SEGUNDO HIJO DE JECSAN.

1	Assurim.	Arabia.
2	Latusim.	
3	Loomim.	

HIJOS DE MADIAN, SESTO HIJO DE ABRAHAM.

1	Epha.	Tierra de Madian ó pais de los Madianitas. De Opher tomaron el nombre los africanos.
2	Opher.	
3	Henoch.	
4	Abida	
5	Eldaa.	

HIJOS DE CHAM, SEGUNDO HIJO DE NOÉ.

1 Chus.	Parte de Arabia y Ethiopia.
2 Mesraim.	Egipto llamado aun por los árabes y turcos Mesra.
3 Phuth.	Libia y Mauritania donde aun hoy se conserva en un rio el nombre de Phut.
4 Chanaán.	Tierra de Chanaam ó de promision, hoy Palestina.

HIJOS DE CHUS, PRIMOGÉNITO DE CHAM.

1 Sabá.	Ethiopia cuya capital era Saba.
2 Evila.	Getulia en África; otros con mayor fundamento el pais de los caveleos en Arabia.
3 Sabatha.	Pais de los sabatheos en Arabia.
4 Regma.	Arabia, donde habia una ciudad llamada Regma
5 Sabathaea.	Carmania en Persia. Otros el pais de los sacabitas.
6 Nemrod ó Belo.	Babilonia.

HIJOS DE REGMA, CUARTO HIJO DE CHUS.

1 Saba.	Ethiopia.
2 Dadan.	Ciudad de Daden ó Aden y el territorio comarcano llamado Dádena en Persia.

HIJO DE NEMROD, SESTO HIJO DE CHUS.

1 Nino.	Ciudad de Ninive. Fué su esposa la célebre Semiramis.

HIJOS DE MESRAIM, SEGUNDO HIJO DE CHAM.

1 Ludin.	Libia de Egipto.
2 Anamim.	Amouide; pais donde estaba el célebre templo de Júpiter Amon.
3 Laabim.	Libia ó pais de los phuteos.
4 Nephthuim.	Numidia.
5 Phetrusim.	Tierra de los Patros en la Tebaida y la parte de la Tierra de Chanaam que habitaron los philisteos.
6 Chasluim.	Egipto interior. Pais de los chaptorinos ó isla de Creta.

HIJOS DE CHANAAM, CUARTO HIJO DE CHAM.

1 Sidón.	Sidon, ciudad de Phenicia.
2 Hetheo.	Tierra de Chanaam ó Palestina. Cada uno de estos fué cabeza de un pueblo que llevó su nombre y que fueron esterminados por los israelitas.
3 Jebuseo.	
4 Amorrhéo.	
5 Gergeséo.	
6 Hevéo.	
7 Aracéo.	
8 Sinéo.	
9 Aradio.	
10 Samaréo.	
11 Amathéo.	

HIJOS DE JAPHET, TERCER HIJO DE NOÉ.

1 Gomer.	Galacia, Scitia, y España.
2 Magog.	Scitia, Gotia, Tartaria y China.
3 Madai.	Media, otros dicen la Macedonia.
4 Javan.	Grecia y en especial la Jónia.
5 Thubal.	Iberia del Ponto Euxino, y segun S. Gerónimo y otros, la España.
6 Mosoch.	Moscovia y segun muchos la Capadocia.
7 Thiras.	Thracia.

HIJOS DE GOMER, PRIMOGÉNITO DE JAPHET.

1 Ascenez.	Las Galias, Germania y Alemania, pais que aun hoy llaman los hebreos Askemsim.
2 Riphâth.	Paphlagonia y segun muchos la Bitinia.
3 Thogorma.	Pais de los Turcos y Turcomanos en Tartaria, otros la Frigia. Los descendientes de Gomer tienen los nombres de gomeritas, gálatas, gaulas, titanes, celtiveros, scitas, celto-scitas y celtas.

HIJOS DE JABAN, CUARTO HIJO DE JAPHET.

1 Elisa.	La Elide en el Peloponeso. Otros los habitantes de las islas Afortunadas, llamadas Elisæ.
2 Tharsis.	Cilicia, cuya capital era Tharso, otros Cartago y otros Tarteso, en Andalucia.
3 Cethim.	Isla de Chipre, cuya capital era Citiom.
4 Dodanim.	Pais de los Dodoneos, en Epiro; otros la isla de Rhodas.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

TERCER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

(Conclusion.)

III.

—Apostaria cualquier cosa,—decia D. Diego mientras tomábamos café la tarde que sucedió á las dos de que ya hemos hablado,—apostaria cualquier cosa, amigo D. Antonio, á que sin piedad nos ha descrito V. mueble por mueble, piedra por piedra, y paso á paso, el palacio, el castillo y la marcha de sus nuevos personajes, solo para contarnos lo que todos sospechamos, ó mejor dicho, vemos ya con evidencia, á saber: que la linda Condesa hizo ni mas ni menos con su grave marido, lo que la apasionada andaluza de antes de ayer con el áspero D. Rodrigo.

—Válgate Dios,—contestó, sin mostrarse picado el huésped—y que impaciente y poco tolerante es el señor D. Diego! Verdad es que me he estendido, algo mas acaso de lo que la ocasion requeria, en describir el lugar de la escena; pero, en primer lugar, he cedido al deseo de enterar á Vds. tan al pormenor, como yo mismo lo estoy, de lo que á la pendiente historia respecta; y luego, confieso sin rodeos que me deleito en recordar el lujo sólido de nuestros abuelos, en mi opinion á todas luces preferible á las invenciones modernas tan caras como poco duraderas, y que por otra parte suelen no tener mas valor intrínseco que el que por un instante deben al capricho de la moda.

—Yo,—interpuso el oficial,—sin aprobar ni combatir esa opinion de D. Antonio, he oido con gusto su descripcion, y aun quisiera ver estampadas muchas de su especie para que, á lo menos, quedase recuerdo de una porcion de antiguallas que nuestra negligencia y descuido dejan pudrirse en los desvanes.

—Aun eso fuera lo menos,—replicó D. Antonio,—pues de casas de grandes señores sé yo de donde han desaparecido, para fundirse en las herrerias ó pasar al estranjero, en mengua de nuestro patriotismo, ricas colecciones de armas y de libros que en otros paises fueran objeto de estudio y hasta de adoracion.

—Hasta ahí estoy con Vds.,—volvió á decir D. Diego;—y les aseguro que por mi parte he visto tambien, con indignacion, que algunos han entregado á las llamas colecciones enteras de retratos históricos, só pretesto de que eran en la casa un nidal de chinches.

—¡Inaudita barbarie!—clamó Alfonso.

—Severa es la calificacion, amigo mio: causas y circunstancias hay, sin ir tan lejos, para esplicar tal proceder, que á la verdad indica desde luego falta de ilustracion, y aun algun tanto de ese funesto individualismo, base de las doctrinas de nuestro siglo, que solo atiende á las necesidades del momento, sin cuidarse ni del respeto á los antepasados, ni del juicio de los venideros. Pero sea como quiera, usted tiene en el fondo razon: nuestro pais pasa en concepto de la Europa por bárbaro, mas aun que á causa del atraso en que realmente se halla, porque los españoles hacemos con los artísticos tesoros de nuestra patria lo mismo, ni mas ni menos, que los indios bravos con las ricas minas de su privilegiado suelo: pisarlas desconociéndolas ó despreciándolas.

—Todo eso está bien—interrumpió D. Diego;—pero V. no responde á mi pregunta. ¿Adiviné lo cierto ó no, suponiendo que la Condesa?....

—Si, adivinó V.; y no he tratado yo nunca de ocultarlo: acuérdese del objeto con que he empezado mi narracion, y verá que si algo hemos de deducir de ella en cuanto á la influencia de los distintos grados de la civilizacion social en las humanas pasiones, forzoso es que comparemos situaciones análogas en épocas diferentes.

—Yo lo confieso, y ahora prosiga V. y acabe hoy, si es posible.

—Así lo haré, porque en verdad, mas me he estendido de lo que quisiera.

Y, en efecto, sentámonos los oyentes y el narrador; encendimos nosotros los cigarros, y D. Antonio comenzó el fin de su cuento de esta manera:

—La primera cosa que el Conde hizo, así que en la habitacion de la torre hubo entrado, fué sacar del bolsillo una carta cerrada y entregársela á su mayordomo, mandándole que la enviase inmediatamente con un criado á la persona que el sobre indicaba, y que trajera luces, pues la oscuridad del lugar las hacia ya necesarias. Despues dejóse caer en uno de los dos sillones que estaba en frente al otro ocupado ya por la abatida condesa, y situado precisamente debajo del retrato de que ya he hablado á Vds. Así quedaron los dos esposos cuando el mayordomo salió á cumplir lo que se le mandaba, y de la misma manera estaban cuando con las luces pedidas volvió á la torre.

—Quisiera,—dijo Alfonso interrumpiendo aquí á D. Antonio,—quisiera que antes de pasar mas adelante nos esplicara V. cómo supo el Conde su desgracia, si es que no se reserva el hacerlo para mas adelante.

—En verdad,—contestó nuestro anciano amigo,—que no habia pensado en ello; pero puesto que V. lo desea se lo diré en breves palabras. Era el amante de la Condesa un jóven oficial de caballería, menos cauto que buen mozo; y sus imprudencias llamaron, no solo la atencion del marido, sino además la del Capitan General de la provincia, quien despues de haber inútilmente apercibido diferentes veces al fogoso seductor, acabó por enviarle á pasar unos dias en el castillo de Sancti-Petri. Precisamente el dia mismo en que por la mañana salió el amante para su destino, acompañado de un ayudante de plaza, que ni por un momento quiso apartarse de él, daba el Capitan General un baile, al cual estaban invitados y asistieron el Conde y la Condesa; y en él cierto amigo del amante entregó á la dama un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: «Laura »mia: la fuerza me obliga á separarme de tí; mas contigo queda mi »corazon, y poco tardaré, dejando la casaca, en romper los lazos que »ahora me aprisionan. Consérvame hasta entonces tu corazon, y olvi»daré en tus brazos las penas que ahora destrozan el mio. Laura, adios »por poco tiempo, etc., etc.» Ya he dicho que el Conde sospechaba su injuria, y la desdicha quiso que al recibir su esposa el billete, entrára él precisamente en el gabinete á donde con el confidente de los culpables amores estaba aquella. Sin proferir palabra, hizo una cortesía al mal avisado mensajero, quien por su parte se apresuró á salir del paso retirándose inmediatamente: en seguida, y tambien silenciosamente, arrancó de manos de la Condesa la fatal misiva; y leido que la hubo, salió dejando á Laura entregada á la mas penosa incertidumbre. Y sin embargo, hubo la desdichada de pasar tres horas aun en el baile, oyendo frios cumplimientos, con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazon..... Son necesarios mas esfuerzos, mas valor, mas sacrificios en la carrera del mal que en la del bien; y con todo suele elegirse la primera teniéndola por mas fácil. Entre tanto el Conde habia mandado disponer un coche de colleras, donde concluido el baile entró con su esposa.

—Estamos al cabo,—interrumpió D. Diego.

—Sí: ¿pero dónde estábamos antes? preguntó desorientado D. Antonio.

—Fué á llevar una carta y á traer luces el mayordomo, respondió Alfonso.

—En efecto, prosiguió el narrador, volvió D. José con dos bugías, y mandóle su amo, apenas sobre la mesa las hubo colocado, que se retirase y no volviera hasta ser llamado; pero el buen D. José, que era curioso como siete fregonas juntas, obedeciendo en la apariencia, quedóse agazapado y escondido en cierto retrete del castillo, contiguo al cuarto donde á sus amos dejaba; por manera que pudo oir toda la conversacion; y merced á su indiscreto proceder, me es tambien á mí posible referírsela á Vds.

Pocos instantes despues de haber salido el mayordomo levantóse el Conde de su asiento y durante un cuarto de hora midió la estancia en todos sentidos con agitados pasos, y sin duda buscando manera de entablar el diálogo, cosa difícil en verdad cuando entre marido y mujer se trata de lo que ya es inútil que yo repita. Entre tanto la Condesa suspiró primero tímidamente, luego con mas fuerza, y un sollozo lamentable preludió á un llanto tan amargo como sentido. Aquella esplosion del terror, ó del arrepentimiento, si no de ambos afectos unidos, que es lo mas probable, fué la gota que, llenando el vaso, hace que el licor se derrame; la ráfaga que convierte al viento en huracan, la oleada que rompe el dique, la chispa eléctrica, en fin, que determina la esplosion del rayo. Oir el llanto de su mujer y encendérsele la sangre al ofendido esposo, fué todo una misma cosa; la cólera halló salida, las palabras antes remisas, se agolparon á la lengua, los brazos, cruzados hasta aquel momento sobre el pecho, moviéronse convulsivamente, todo el sistema nervioso se puso en conmocion; y en una palabra, el estado del Conde era tal, que prolongado por sola una hora hubiera hecho de él un asesino ó un suicida. Por fortuna tan agudas crisis son, así en lo moral como en lo físico, de cortísima duracion: la naturaleza sucumbe y se aniquila á su influjo, ó ellas ceden y se modifican: no hay medio entre esos dos estremos.

Como quiera que sea, el Conde, con voz de aquellas que parecen sonar en las hondas cavidades de un subterráneo, mas bien que salir de humanos pulmones, interrumpiéndose á cada palabra, como si le abrasaran todas los labios al pronunciarlas, y tan pronto parándose como caminando con pasos acelerados, cuyo sonido repetia tristemente el eco de la bóveda, rompió al cabo el silencio y dijo:

—¿A qué viene ese llanto, hipócrita Señora? Y ¿á qué vienen esos pérfidos suspiros?.... ¡Llorára yo, pesia á mi vida, llorára yo por mis canas mancilladas, llorára yo por el nombre de mis abuelos infamado, por mi reputacion, á costa de cincuenta años de trabajos y sacrificios adquirida, y en un instante perdida, por la mas pérfida de las traiciones, por la mas negra de las ingratitudes!....

—¡Por compasion, Rodrigo, por compasion!....—esclamó la Condesa; y su marido sin dejarla acabar prosiguió:

—¡Compasion! Por cuanto el cielo tiene de mas sagrado juro que esta infame mujer ha perdido el juicio al mismo tiempo que la honra!.... Compasion me pide! Ella, compasion, ella á mí, en cuyo corazon acaba de clavar el puñal; ella que me condena á pasar envilecido los últimos años de mi vida, para bajar al sepulcro hecho fábula de las gentes y roido por la desesperacion..... ¡Compasion, miserable! ¿Por qué no la tuviste de mí al sacrificarme?.... ¡Compasion, ya que no gratitud, merecia el hombre que, huérfana y desvalida, te arrancó de la miseria, para colocarte en la mas alta esfera de la sociedad; que renunció por tí al retiro que sus años y estado le aconsejaban; que se hizo complaciente instrumento de tus placeres; que varió su manera de vivir cuando ya se acababa su vida, solo porque tú fueras dichosa!

—¡Rodrigo, Rodrigo!....—volvió á esclamar con moribunda voz la culpable esposa, y de nuevo tambien á interrumpirla el Conde con ira cada vez mayor:

—¡Llámame, llámame sí, con ese nombre que me pusieron en la pila en memoria del fundador de mi casa, y sin duda para que el primero y el último de los Condes de San Justo tuvieran en todo igual destino!!!...

Aquí, segun la relacion del mayordomo, calló el Conde, reprimió la Condesa sus sollozos, y tuvo lugar una de aquellas traidoras calmas durante las cuales recobra fuerzas la tempestad para estallar de nuevo y con mas furia que nunca. Sucede, sin embargo, que esas interrupciones en la espresion de la cólera, si en realidad no disminuyen su violencia, por lo menos hacen que de direccion cambie, como acontece al torrente que, salvando poderosos obstáculos, á veces muda de curso ante el mas flaco de cuantos se le oponen; y tal fué el caso con el Conde. Recordóle el nombre de Rodrigo una historia que la tradicion conservaba en la familia de padres á hijos, aunque bajo el sello del secreto; y sin perder precisamente de vista su propia desgracia, ocurriósele naturalmente ponerla en paralelo con la de su noble ascendiente.

Y esto no es suposicion mia, sino hecho demostrado por sus propias palabras, cuando al cabo de algun rato, cesando en su paseo, se dejó caer en el sillon, y con acento que él imaginaba tranquilo, pero que en realidad revelaba su pasion, volvió á decir:

—Sí Señora, sí: bien hace V. en llamarme Rodrigo; mejor aun de lo que V. piensa..... En efecto, el nombre y la suerte son los mismos..... El el primero, yo el último..... Infamada empezó y tambien infamada concluye la familia: nada mas justo....—¡Perdon, perdon!...—interrumpió la Condesa.

—Tres siglos hace,—prosiguió el Conde con un tono de voz (me decia el mayordomo) que helára la sangre en las venas al hombre mas esforzado:—tres siglos hace que aquí, en esta misma estancia, tal vez á la misma hora de la noche, una mujer hermosa como tú, Laura, como tú ingrata y traidora, clamaba tambien; «*Perdon, Rodrigo, perdon!*,» á los piés de ese guerrero, cuyo retrato está sobre tu cabeza..... Pero entonces no habia un Capitan General que sustrajese á los seductores á la justa venganza de los esposos ofendidos, enviándolos á un castillo bajo cualquier pretesto..... Entonces el noble que vengaba sus afrentas no era reputado asesino, ni cruel siquiera; ni le pedia cuentas la ley de la sangre que para vengarse derramaba..... ¡Oh! ¡la moderna civilizacion ha dulcificado las costumbres!. ¿No es cierto, Laura? Ahora el escarnio para los maridos engañados, si toleran su agravio; la execracion pública y el suplicio les esperan si se vengan... En los bárbaros tiempos de ese guerrero todo era distinto..... ¿Sabes tú, Laura, la suerte del amante?.... Ven, ven conmigo á esa ventana —y la arrastró á la que caia sobre el jardin.....—mira, bajo de aquel inmenso nogal está sepultado: tres veces se hundió en su seno el puñal de D. Rodrigo!.... Ni mi corazon ni mi brazo son mas flacos que los de aquel, y sin embargo, vive el que me ha ofendido, mi espada no está teñida en su sangre traidora..... ¡Perdon! Sí, ya te lo he dicho, perdon pedia Leonor..... ¿Sabes tú la misericordia de D. Rodrigo?.... ¡Mira otra vez el frondoso nogal: al lado yace la culpable de su amante!.... ¡Laura, yo soy nieto de D. Rodrigo: tú tan culpable como su esposa!!!....

—¡ Misericordia, Dios mio, misericordia!—clamó desesperadamente la infeliz Condesa, y el eco sordo de la torre repitió el golpe de su cuerpo que inerte cayó á las plantas del irritado esposo.

La impresion que en el mayordomo produjo lo que acabo de referir, fué tal, que olvidando á impulsos de la humanidad cuantas consideraciones de propio interés le aconsejaban permanecer oculto, salió del retrete que le escondia y llegó á abrir la puerta de la estancia en que sus amos estaban. Si el Conde le viera, es posible que le costára la vida el ser sensible; pero, dichosamente para el buen D. José, hallábase su señor de espaldas á la entrada del cuarto, y tan absorto en la contemplacion del bello é inmóvil cuerpo que á sus piés tenia, que no oyéra en aquel momento ni la trompeta del juicio final. Tambien por fortuna suya recapacitó el mayordomo que no solo se esponia probablemente á habérselas cuerpo á cuerpo con su amo, y con evidencia á perder su acomodo, sino que además, la presencia de un estraño en tales casos, es siempre mas perjudicial que útil á la persona misma á quien se propone defender; y tan prudente reflexion le detuvo en el umbral de la puerta primero, y le decidió luego á cerrarla de nuevo, si bien no tan por entero que no dejase un resquicio para ver lo que en la habitacion pasaba.

Volvamos al Conde. El desmayo de una mujer á quien amaba con la ternura del último amor, despertó en su corazon sentimientos que hasta entonces acallára la ira, y que la menor contradiccion, el mas pequeño viso de resistencia, tal vez las súplicas mismas, hubieran bastado á desterrar completamente de su alma. Contemplando, pues, á la exánime Laura, esclamó:

«Ayer tal vez, cuando en aquel funesto baile, adquirí la certeza de mi deshonra..... si, ayer hubiera podido castigarla.... Pero ahora.... ¿ Y qué se diria de mi? Las gentes me llamarian monstruo..... y yo mismo..... yo mismo tendria remordimientos de mi crueldad.... ¡ Ah don Rodrigo, D. Rodrigo, si hoy vivieras vacilarias como yo vacilo!»

Acabando de hablar asi, levantó á su esposa, y con mas blandura que era de esperar, colocóla en uno de los sillones.

Conoció el mayordomo que, comenzando la ira del Conde á calmarse, su posicion se hacia peligrosa, y con prevision acertada se retiró tan á tiempo, que un minuto despues salió aquel de la torre y en voz alta le llamó, volviendo en seguida á cuidar de la desmayada dama. D. José entonces se presentó como si nada supiera de lo ocurrido, y recibió la órden de traer él mismo un vaso de agua. Hízolo asi, y al mismo tiempo puso en manos de su amo la respuesta que á su carta habia traido ya el criado encargado de llevarla á su destino. Leyó aquel papel el Conde, mandó que á la media noche se le tuviera preparado el coche de camino, y haciendo venir á la mujer del mayordomo para que ayudase á la Condesa, ya vuelta en si, á mudar de traje, salió de la torre y pasó á ocupar su acostumbrada habitacion.

Fué aquella triste noche un siglo de angustia y amargura para Laura; mas ni una queja, ni una frase que indicára la causa de sus lágrimas, pronunciaron sus lábios, ordinariamente de coral, y entonces del color pálido de una marchita azucena.

Del Conde nada diré á Vds., porque solitario y encerrado, estuvo en su estancia hasta que dando la última campanada de las once, entró en la torre, y en tono severo, mas templado, dijo á su esposa:

—Laura, vamos.

Obedeció resignada y silenciosa la infeliz, y su marido se encaminó á una puerta secreta de la torre, que se abria sobre cierta escalera de caracol, sin uso desde que por ella bajaron los cadáveres de Sancho y de Leonor para ser enterrados en el jardin. Por ella tambien bajaron los Condes, precedidos del mayordomo, en cuya mano temblaba la bugía que á todos daba luz, dirigiéndose despues á la puerta que servia para pasar del jardin á un monte que hasta sus muros llegaba. Imaginen Vds. cuál seria el terror de Laura, cuando al pasar debajo del fúnebre nogal, se detuvo inesperadamente el Conde: cuál su angustia, cuando á la incierta luz de un pálido rayo de la luna que penosamente atravesó la espesa copa del árbol robusto, vió que brillaban los ojos del árbitro de su destino con siniestra espresion de ferocidad! Creyó entonces llegada su última hora, y con todas veras se encomendó mentalmente á aquel ante quien no hay culpa irremisible como el arrepentimiento sea sincero..... Tambien en el corazon del Conde tenian trabada cruelísima lucha el honor implacable y la humanidad indulgente..... Triunfó la última, y haciendo un penoso esfuerzo, continuó su marcha el descendiente de D. Rodrigo, siguiéndole la Condesa en la misma situacion de espíritu que aquel á quien, cuando ya el dogal ceñia su cuello, le anuncian el inesperado perdon.

—Espere V. aqui,—dijo el Conde á su mayordomo en la puerta del jardin, y asiendo el brazo de la Condesa, entró con ella en la espesura del bosque.

D. José, fiel á su insaciable curiosidad, en vez de permanecer en su puesto, echó á andar detrás de sus amos, siguiéndoles á favor de los árboles sin que ellos lo advirtieran, y vió que sin proferir palabra, llegaron á las puertas de un monasterio de religiosas Capuchinas, fundado por uno de los ascendientes del Conde, y de que éste era patrono nato. Un solo golpe dió en la puerta del convento el grueso aldabon de hierro, un solo golpe que resonó á un tiempo en las cavernas del monte y en el corazon de la Condesa; pero bastó para que la Abadesa, ya prevenida por la carta del Conde, hiciese abrir á Laura inmediamente. Rechinaron los goznes de la pesada puerta: despues se oyeron los tímidos pasos de la Condesa en el vestíbulo del religioso asilo; volvieron los goznes á rechinar, la ponderosa puerta al encajar de nuevo en sus quicios sonó siniestramente, y Laura no volvió á salir del monasterio hasta que dos años despues fué á unirse su cadaver con el de su esposo, que á los seis meses contados bajó al sepulcro á ocultar en el polvo de la nada su vergüenza y su dolor.

—¿Qué dice V. señor D. Diego? preguntó D. Antonio concluida su narracion.

—Digo y diré siempre que el último D. Rodrigo anduvo mas cuerdo que el primero, menos en eso de morirse á los seis meses por quien tan mal habia pagado su cariño.

—¿ Y V., D. Alfonso, qué opina?

—Yo, que el Conde se condujo con menos vigor, con menos fortaleza que su ascendiente, y que estoy de parte del primer D. Rodrigo.

—Pues yo, amigos mios, creo que entrambos se equivocan Vds. El Don Rodrigo de quien primero hemos hablado, hizo lo que, atendidos su carácter é índole violenta, no podia menos de hacer en tiempos como los que alcanzó. ¿ Por qué el Conde no menos irascible, no menos apasionado, mas que él inclinado acaso á la crueldad, no hizo otro tanto?—Porque lo mismo que se llamaba venganza honrada aunque terrible, en el tiempo antiguo, se llamaria bárbaro asesinato en el nuestro; porque la opinion absolvia entonces ¿qué digo absolvia? canonizaba lo que ahora condena. Esa y no otra es la verdadera causa, de que dos hombres parecidos, como acaso nunca los hubo tanto, y colocados en idénticas situaciones, obráran de tan distintas maneras.

En resúmen: el drama fué uno; dos y contrarios uno á otro los desenlaces; porque la civilizacion influye poderosamente en los hombres, porque las preocupaciones, las circunstancias, los tiempos, modifican, como dije al empezar nuestra controversia, si no la esencia de las pasiones, por lo menos sus efectos.

(Continuará.)

Patricio de la Escosura.

De los oráculos entre los antiguos.

Los oráculos eran entre los antiguos lo propio que los hechiceros entre nosotros. Toda la diferencia entre ellos estriva en que los oráculos se fingian inspirados de los dioses, y nuestros hechiceros pasaban por ser adiestrados del diablo. A los primeros se los honraba estraordinariamente, á los segundos se los quemaba sin piedad.

El oráculo de Delphos era el mas famoso de todos. Moraba en un lado del Parnaso, cruzado por mil maderos abiertos en la roca rodeado de peñascos que repetian mil veces al sonido de una sola trompeta. Descubriólo un pastor observando que sus cabras se sentian embriagadas por el vapor que exhalaba una gruta en cuyo torno pacian. La sacerdotisa pronunciaba sus oráculos sentada sobre el tripode de oro, colocado sobre la referida cavidad. El vapor que despedia la hacia caer en una especie de delirio. En cuanto se sentia inspirada, se alteraba la fisonomía de la pitia, inflábase su garganta, su pecho respiraba sin cesar, torcia su cabeza, hacia girar completamente su cuello, se agitaba su cuerpo todo, y dejaba oir sus oráculos sentada sobre el tripode delfico.

Los sacerdotes de Dódona decian que habian venido del Egipto á su bosque dos palomas que hablaban el idioma de los hombres, y que ellas habian sido las que habia ordenado que se erigiese alli un templo á Júpiter, que prometia hallarse en él y pronunciar alli sus oráculos. Pausanias dice que eran milagrosas jóvenes que se habian convertido en palomas, y que bajo esta forma pronunciaban los célebres oráculos de las palomas de Dódona. Las encinas hablaban en aquella maravillosa selva, y una estátua respondia á cuantos la consultaban.

Filipo, rey de Macedonia, fué advertido por el oráculo de Apolo que seria muerto por una carreta. Inmediatamente ordenó que se hiciesen salir todos los carros de su reino. No obstante, no pudo libertarse de la suerte que tan exactamente le habia predicho el oráculo: Pausanias, que fué quien lo mató, llevaba una carreta grabada en la guarnicion de la espada regicida.

Si se ha de dar crédito á Porfihiro, el oráculo de Delphos respondia á cuantos le preguntaban quién era Dios: Dios es el orígen de la vida, el principio de todas las cosas, el conservador de todos los seres. Existe en él una inmensa profundidad de luz. Esta luz lo produce todo El corazon no debe temer verse tocado por este fuego tan dulce,

cuyo ténue calor constituye la duracion y la armonía del mundo. Todo está habitado por Dios; se halla en todas partes; nadie lo ha enjendrado. Todo lo sabe, nada hay que pueda enseñársele. Es inmutable en sus designios. Hé aquí todo cuanto se acerca de Dios. No trato de saber mas. Tu razon no puede comprenderlo, por clara que la poseas. El malo y el injusto no pueden ocultársele, ni existe nadie que pueda ofuscar penetrantes miradas.»

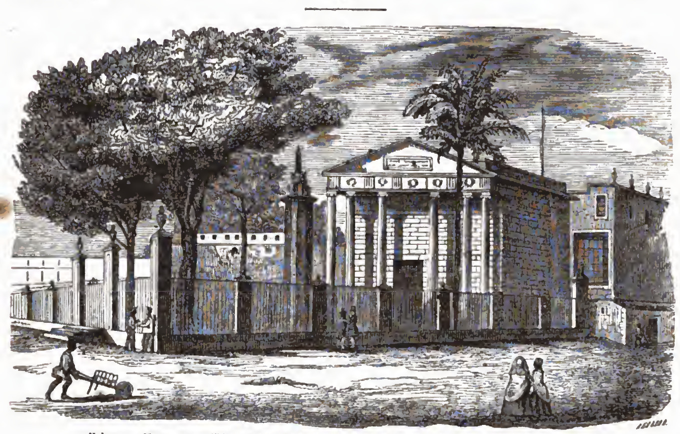
«En Suidas, el oráculo de Serapis dijo á Thulis, rey de Egigto: » Dios, el verbo y espíritu que los une, todos tres no forman sino uno solo. Este aun es el Dios cuyo poder es eterno. Mortal adora y tiembla, ó tendras mas por qué quejarte que el animal desprovisto de razon.»

Las exhalaciones que salian de la tierra y que agitaban á las pitias, eran miradas como una sagrada inspiracion por la mayor parte de los antiguos. Fernel las atribuye á los demonios: los cabalistas á los espíritus que habitan el aire.

Entre los oráculos mas considerados, es preciso citar los de Apolo en Milet y en Claros, el de Trophonio en Beatia, y el de Amphierao, entre los límites de la Beocia y de la Attica. Juno respondia en el territorio de Corinto, Hércules en Bura en Achai, Baco en Amphiclia en la Phocida. Roma consultaba mas que nada á Egipto y á la Grecia; sin embargo poseia los oráculos sibilinos de Abbunea y de Cumes, y los de Fauno y Prenestes, que se sorteaban. En Antium, habia estátuas de la fortuna que respondian por signos de cabeza. El oráculo de Trophonio se obtenia por menos, así como tambien el de Esculapio en Epidauro.

El conde de Gabalis, atribuyendo los oráculos á los espíritus elementales, añade que antes de Jesucristo se complacian estos espíritus en esplicar á los hombres lo que sabian de Dios y en darles prudentes consejos, pero que se retiraron cuando vino el mismo Dios á instruir á los hombres, y que desde entonces desaparecieron los oráculos.

J.



Habana. — Monumento erijido en memoria de la primera misa que en ella se dijo. — Véase el núm. anterior.

UN PINTOR Y YO.

Un cuadro concluia
cierto noble discípulo de Apeles,
y aun soltado no habia
el tiento, la paleta y los pinceles,
con que el grupo mas bello y delicado
que supiera idear habia pintado.

Y una vez y otras ciento
ya dejaba el pincel, ya le tomaba,
y con sentido acento,
su lienzo contemplando, así esclamaba:
«¡bello es el cuadro á fé! mas juraria
falta el mejor adorno á la obra mia.»

Entonces yo le dije:
«perdonad, noble artista, á quien comprende
la pena que os aflije,
si bien de nobles artes nada entiende,
que á indicaros se atreva lo que el sello
diera de animacion al cuadro bello.

«Tan solo una figura
cual la tengo en mi mente concebida
diera á vuestra pintura
encanto y brillo, entonacion y vida;
que ella es el dulce y envidiable ornato
de toda sociedad y humano trato.

—Decidla, pues, si os place.
—Pintad una muger.—Vedla bien bella.
—Mas no me satisface.
—¿Aun la quisiérais mas hermosa que ella?
—No, que si la hermosura yo pintára,
no en el cuerpo, en el alma la sellára.

Diérale mas talento,
siquier no os pareciese tan hermosa,
y fuera su ornamento
un alma grande y noble y generosa,
de esquisito sentir, de trato amable,
y fuera vuestro cuadro inimitable.

—Perfecto es vuestro tipo.
—Cierto que sí; ni hay nada que le esceda.
—Pero yo os anticipo

que no hay pincel que retratarle pueda,
que tal imágen en la mente propia
bien se concibe, pero mal se copia.

—¿Tan árdua hallais la empresa?
—Imposible direis al arte mia,
que ser obra confiesa,
mas aun que del pincel, de la poesía.
Vos, pues, de esa muger todo el encanto
pudiérais retratar en dulce canto.

—Tal obra acometiera,
si al pintar de sus dotes el conjunto
con razon no temiera
resultára harto débil el trasunto;
que si tales encantos se conciben,
muy bien se sienten, pero mal se escriben.»

Y el pintor y el poeta
convenimos en esto fácilmente;
que una mujer discreta,
grande en pensar, en el sentir vehemente,
generosa á su vez, dulce en su trato,
es del cuadro social el bello ornato.

Y si el pintor espuso
ser débil su pincel para copiarla,
el poeta repuso
su númen ser escaso á retratarla:
que si bien tales prendas se conciben,
empero mal se pintan y trascriben;

Si de tu libro ahora
pintára yo en las páginas primeras
la muger seductora,
quizá el original reconocieras:
mas esta imágen en la mente propia
muy bien se siente, pero mal se copia.

FRAY GERUNDIO.

La eleccion.

El arzobispo de Reims, hijo de Cárlos, duque de Guisa, amaba apasionadamente á Ana Gonzaga; no habiendo recibido aun las órdenes, queria, para casarse con ella, renunciar á todos sus beneficios. —«Meditadlo con seriedad, le dijo el cardenal de Richelieu; vos teneis cuatrocientas mil libras de renta, y quereis perderlas por una muger: otros darian cuatrocientas mil mugeres por tenerlas.»



Un jóven que promete para las artes y las letras.

Madrid: establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Dignidad é impudencia.

Poseia un labrador un perro de ganado y un gosquecillo, los cuales moraban en el mismo nicho. El enorme perro, apoyado sobre sus robustas patas como un leon, miraba pasar ante sí los hombres, los niños y los ganados con la calma de la fuerza; el gosquecillo al contrario, avanzaba arrogante su cabeza al menor ruido de pasos, gruñia desde que apercibia una sombra, y ladraba al primero que llegaba.

Un dia, uno de los caballos de labor, que volvía fatigado, al oir con impaciencia sus gritos.

—Por qué, dijo, el vigoroso perro que nos guarda á todos se está allí tan reposado y tan tranquilo, en tanto que este imprudente no cesa de aturdirnos?

—No se admire de eso, respondió un buey que rumiaba á algunos pasos del nicho, las verdaderas capacidades se recomiendan bastante por sus servicios sin tener necesidad de mover esos estrépitos; pero los necios inútiles arman escándalo porque no pueden hacer otra cosa.

¡Qué de hombres representan en esta vida el papel del gosquecillo!

Gritan porque no tienen la voz bastante fuerte, insultan porque se sienten menospreciados, enseñan los dientes porque tienen miedo de que los apaleen! La impudencia es la miseria de los débiles como el desden es la de los fuertes. Obsérvese bien, y en el fondo de todas esas insolencias sin pudor, se hallará solo el despecho de un impotente orgullo. Tengamos todos la estatura de Goliath y nadie volverá á erguirse sobre la punta de los pies.

27 de Enero de 1850.

Bien sabemos que existe otro medio mas seguro: la resignacion modesta acepta la parte distribuida por Dios, se contenta con el lugar obtenido, se coloca en él sin promover el menor ruido. Pero no á todos les es dado obtener en esta vida ese don de abnegacion y de paciencia; para obtenerlo, es preciso desprender las miradas de las cosas de la tierra y buscar mas arriba un objeto que no depende del juicio de los hombres. Para el que mira la sociedad como una casa de comercio, cuyos intereses deben ser saldados con poder, con oro ó con placeres, no puede ser la vida sino una escuela de egoismo, de exigencias y de orgullo; pero el que acierta á mirar en ella una prueba, en lo cual se revela el verdadero valor de nuestra alma, aquel se someterá sin murmurar al destino que le ha cabido, porque comprende que la gran ley del mundo es la abnegacion.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LISBOA.

> Then to the crowded, circus forth they fare:
> Young, old, high low, at once the same diversion share.
> CHILD HAROLD'S PILGRIMAGE
> CANTO THE FIRST, LXXI.

> ¿Cual vencerán á indómitos guerreros
> en lances verdaderos
> si estos sus juegos son y su alegría?
> MORATIN (D. Nicolas.)

¿Por qué la pintoresca Lisboa, cuna encantada de Vasco de Gama y Camoes yace olvidada de nosotros ahí á orillas del Occéano, de cuyas olas parece haber salido rica de mármoles y flores, como una ciudad de las ***Mil y una noches?*** ¿Por qué apartamos con desden los ojos de ese paraiso, que ha sido la mas rica joya de la corona de Castilla y que encierra las esperanzas de nuestra futura prosperidad? ¿Por qué esa reina del Tajo embellecida por la mano de Pombal y poetizada por el inspirado Almeida Garret, no ha tenido un Jouy que describiese sus costumbres, sus monumentos y sus jardines? ¡Ah! por lo que á nosotros toca, viene ya de muy antiguo y pasa de padres á hijos, cierta propension fatal á consumir nuestras fuerzas en empresas estériles, abandonando las útiles; y los Lusitanos no han cooperado menos activamente á esa indiferencia mútua, que nos aniquila, con sus hermosos y deslumbradores sueños de nacionalidad. La leccion que entrambos hemos recibido ha sido amarga; ellos pasando á ser colonos del Reino Unido y nosotros descendiendo al último escalon en la gerarquía de las naciones europeas.

Estas reflexiones me sugirieron mas de una vez el pensamiento de describir, en una série de articulos, esa córte tan alegre y tan risueña que algun dia me ha hecho parodiar aquellos versos de Boileau:

> *Lisbonne* est par *un peuple* un pais de cocagne,
> Sans sortir de la ville il trouve la campagne.

Y hubiera llevado á cabo mi propósito si no fuese demasiado atrevimiento escribir en ese género de literatura despues de Fígaro y del Curioso Parlante. Sin embargo, no siendo la timidez y la modestia los defectos de los que hoy pertenecemos al proletariado de la pluma, resolvíme al fin á echar á volar este artículo que yo considero desde ahora como una astilla mas, arrojada en esa inmensa hoguera que vá consumiendo todas las obras de este siglo, y de cuyas cenizas tan raras elucubraciones realizarán en los tiempos venideros el fabuloso renacimiento del fénix.

Solamente debo advertir, por lo que pueda importar, que lo que voy á referir es un trasunto fiel y verdadero de lo que yo he visto y presenciado; y hago esta salvedad porque la fiesta de toros es uno de los cuadros mas difíciles y delicados para un pintor de costumbres, pues desde el famoso Rui Diaz de Vivar que alanceó los toros á caballo hasta nuestro contemporáneo el célebre Montes que conversa con ellos, han manejado ese asunto poetas, historiadores y filósofos con tal abundancia de datos y con tanta riqueza de invencion que es harto difícil imitarles.

Mi buena ó mi mala estrella quiso que al llegar yo á la córte de María de la Gloria fuese á hospedarme á una fonda donde vivia cierto literato llamado Dionisio Sousa Magallaes Loureiro. Y antes de pasar adelante me permitirán mis lectores que diga dos palabras sobre la vida y milagros de esta notabilidad portuguesa, porque así conviene á la aclaracion de algunos pasajes de nuestra verídica historia. La envidia, la mordacidad y la calumnia han hincado su diente envenenado en la reputacion de Dionisio Sousa, así como en la de todos los que han despuntado en la república de las letras; pero yo, que á fuer de imparcial, doy al César lo que es del César, debo confesar que se asemeja en mas de cuatro cosas á muchos escritores justamente célebres. Algunos desalmados periodistas, sabiendo que desciende de un carnicero le han echado en cara su linaje, como si pudiera ser falta en él lo que nadie osó vituperar en Shakspeare: otros han creido injuriarle recordándole que habia sido lacayo, los cuales sin duda ignoraban que Rousseau ha llevado la librea de la condesa de Vercelis. Hubo quien se mofó de él porque es tuerto como Camoes y cojo como lord Byron, pero con tanta malicia que ni la triste figura de Juan Ruiz de Alarcon fué blanco de mas epígramas. Lo cierto es que á imitacion de Sofocles ha dado á la escena 120 tragedias, que por lo silvadas se parecen al Fedro de Racine: y aunque no faltó quien le acusára de plagiario y le calificára de loco, todos sabemos que tambien se ha dicho lo primero de Aristofanes y lo segundo de Cristobal Colon. Respecto á bienes de fortuna, pienso que no disfruta de sobradas comodidades, pues si bien no tengo noticia de que haya sido preso por deudas como Bacon, en escaséz de metálico y en abundancia de necesidades pudiera apostárselas al mismísimo Miguel de Cervantes Saavedra.

Sucedió, pues, que nos conocimos y que no tardamos mucho en estrechar nuestras relaciones, brindándose él con la galantería proverbial de los hijos de su pais á servirme de Cicerone. Acepté el ofrecimiento, y empezamos nuestras observaciones por la plaza de toros, que por ser toda de madera me trajo á la memoria el abandonado hipódromo de esta córte. Al ver la animacion de la multitud apiñada en palcos y tendidos, me hubiera creido trasladado á Madrid ó á Sevilla, si la falta de la airosa mantilla en las mujeres y la pesada y larga capa que la sustituye no viniesen á desengañarme. Despues de tomar asiento en un banco bastante próximo á la barrera, lo que primero llamó mi atencion fué la ausencia de la clase artesana que en el Mediodía de España sacrifica el trabajo de un dia y el sustento de dos ó tres para asistir, como juez inteligente, á ese sangriento espéctaculo que nos han legado los árabes. Rompió la orquesta con el himno de Riego, cuyas notas hacen siempre latir con violencia todo corazon español; y aquí debo referir de paso una circunstancia curiosa y significativa que mas tarde he advertido, no sin asombro, en los teatros de San Cárlos, de María II y del Gimnasio. En tanto la música toca ese himno, el público todo, sin distincion de sexos, se pone en pié. Singular homenaje tributado á las instituciones que simboliza y á la nacion humillada en Aljubarrota! Esta costumbre, que nos revelaba las simpatías del pueblo Lisbonense, habrá sido probablemente abolida con la reaparicion en el poder del conde de Thomar.

Cesó la música, sonaron los timbales, y la cuadrilla formada entró en el circo, segun antigua usanza, á saludar al presidente. Sorprendióme el ver una mula ricamente enjaezada y conducida por dos negros, y tuve mucha curiosidad de saber lo que contenian dos cajones largos y estrechos que sobre sus lomos sustentaba. Afortunadamente presto salí de la duda, porque el señor Sousa que sin duda comprendió mis deseos, se apresuró á decirme que ninguna de aquellas cajas era la de Pandora sino simplemente dos arcas llenas de rejones y banderillas. En efecto el que presidia la fiesta arrojó una llavecita á la plaza, y las misteriosas urnas fueron abiertas y desocupadas en presencia de todos. Retiráronse nuevamente negros y lidiadores, quedando solo y dueño del circo un ginete vestido á la antigua española, que nos entretuvo muy cerca de tres cuartos de hora haciendo saludos en todas direcciones. Montaba un gallardo alazan, de cabeza pequeña y erguida, ancho pecho y larga cola. Acostumbrado como estoy á ver en las corridas de mi pais cuartagos tan ruines que no los quisiera un gitano, estrañóme que así espusieran la vida de aquel precioso animal; y creció de todo punto mi asombro, cuando oí las siguientes palabras que con cierto énfasis me dirigió mi Cicerone.

—Ese potro pertenece á las caballerizas de S. M. el rey Fernando.

—¿Pues qué! repuse yo, ¿en tan poca estima tiene el rey sus caballos?

—Eh! se conoce que no ha visto V. lidiar á nuestros toreros. Ese caballo no corre el menor peligro guiado por tal ginete.

—Sin embargo, repliqué, esta es una funcion bárbara, y el que dirige el estado, ya que no pueda prohibirla no debe ser el primero á sostenerla.

—Que eso diga un español, me contestó precipitadamente, es cosa que yo no acierto á esplicarme. La tauromaquia ha sido ejercida en Castilla, hasta hace muy poco tiempo, por la nobleza que la consideraba como un medio de poner á prueba los ánimos esforzados, y no degeneró en entretenimiento vil y deshonroso sino por haberse convertido en oficio de gente ruin y villana. Don Fernando Pizarro no fué menos admirado de sus contemporáneos por rejoneador valiente que por conquistador del Perú: el duque de Medinasidonia mató, en celebracion de las bodas del imbecil Cárlos II, dos toros de dos rejonazos: el emperador Cárlos V mató otro de una lanzada en la plaza de Valladolid, y Felipe IV luchó con ellos en distintas ocasiones.

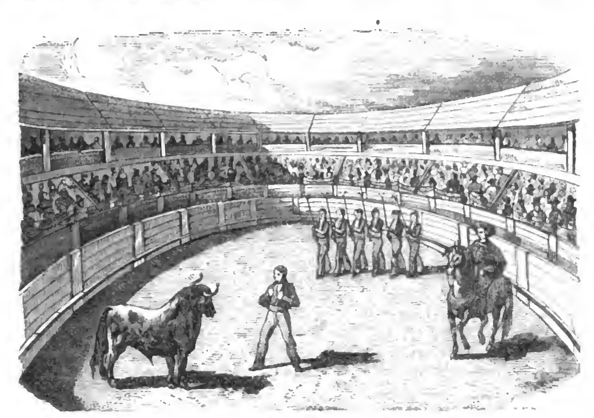
Aquí llegaba con su disertacion el bueno de Sousa Magallaes, cuando un clamoreo universal nos advirtió la entrada en la plaza de un toro pequeño, corni-abierto y embolado pero tan ligero y acometedor que parecia salamanquino. Quedó suspenso el concurso, púsose en guardia el ginete lidiador y todos los ojos se fijaron en él: salir al encuentro á la fiera disparada, clavarle el rejon en la cerviz quedándose con la mitad en la mano y sacar el caballo de entre las astas ileso y piafando, fué todo obra de un segundo. Recibió otro rejon de manos de un negro, y el toro bramando de ira y bañado en sudor se emplazó: inclinó el hocico hasta la arena, escarbándola y arrojándola sobre la espalda con su ardiente resoplido y se retiró algunos pasos encarado siempre al caballero que, aburrido de tanto esperar, emprendió un medio galope sobre el costado derecho y le clavó el segundo rejon con igual maestria y acierto. Resonó un aplauso general y prolongado; y Sousa Magallaes que no era de los que con menos entusiasmo palmoteaban, esclamó lleno de orgullo: — Qué tal! no decia yo bien que el caballo no correria ningun peligro? Yo lo creo! como que quien le monta sabe de cabo á rabo las *reglas de torear* escritas por el caballerizo don Santiago Bonifaz, tiene en la punta de la lengua las *advertencias para torear* que publicó en Madrid á últimos del siglo XVII don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero de la órden de Santiago, y no falta quien asegure que posee el único ejemplar, existente hoy en el mundo, de las *reglas de torear* compuestas por don Diego de Torres.

Iba yo á contestar á mi interlocutor cuando se lanzaron al circo algunos banderilleros que á tiro de ballesta revelaban ser españoles y de la tierra de María Santísima: con lo cual está dicho todo, y de sobra se entiende que cargaron de leña el bicho á su sabor. Concluida esta suerte, vimos algunos toreros irse colocando en dos filas al pie de la barrera, armados con picas muy parecidas á las horquillas que aquí se usan para conducir los santos en las procesiones. Divisólos el toro, y ciego y enardecido con el punzante dolor de las banderillas acometió aquella pequeña muralla de picas, que permaneció inmóvil como si fuera de hierro: retiróse para cobrar mayor impulso y arremetió segunda vez con tal furia y tenacidad que los del grupo se vieron precisados á tomar el olivo dejando sobre el campo sus armas abandonadas. En aquel momento se oyo un grito unánime que se alzó de todos los asientos como una sola voz: ¡*á uña*! ¡*á uña*! Yo que soy un tanto aficionado á todo lo que sea gresca y alboroto, uní toda la fuerza de mis pulmones al tumultuoso coro para repetir con la multitud ¡*á uña*! pero por mas que cavilaba no comprendia el significado de tales palabras. Pregunté á mi amigo Sousa lo que el público queria, y qué era lo que demandaba con tan descompuestas voces.

—Lo que el público pide, me respondió, es una suerte jamás vista en España, y bastante para acreditar el valor de los nunca vencidos portugueses: suerte que consiste en luchar cuerpo á cuerpo con el toro, sin otras armas que las naturales, hasta derribarle. Ve V. ese hombron de pantalon y chaqueta de tela listada, faja á la cintura y pecho descubierto? pues es un nuevo Theseo que va á vencer á ese Minotauro, sin tener otro hilo de Ariadna para salir de tan intrincado laberinto que sus puños y sus piernas.

Parecióme algo brutal el pugilato, y sin embargo me guardé de contestar una sola palabra porque temí, con sobrada razon, que habria de lastimar el orgullo nacional del señor Dionisio Sousa, Magallaes Loureiro. Este género de espectáculos, pierde en barbarie en proporcion que el hombre entra en la lucha haciendo uso de su superioridad intelectual. Los indios del Orinoco lidian con los caimanes pero esperando vencerlos á fuerza de destreza y sagacidad. Pelear con una fiera, cerrados los ojos y confiando únicamente en el valor es equipararse á ella. Montes ha dicho en su *tauromaquia* que un lidiador que practica las reglas del arte, no puede ser cogido; y esta es la mejor defensa que cabe hacer de las corridas de toros.

En efecto, el que Magallaes calificó de nuevo Theseo salió al medio del circo llamando con voces y palmadas al toro: este le observó



Una corrida de toros en Lisboa.

algunos segundos, acometiéndole en seguida con tal brio que todos le hemos creido muerto. Grande fué mi sorpresa al ver entre una nube de polvo, columpiarse fuertemente asido de las astas al temerario lidiador. El bruto sacudió su cabeza con una violencia tal que bastaria para levantar veinte arrobas del suelo, sin desprender de sí á su enfurecido adversario: emprendió la carrera sin direccion fija, y despues de algunos minutos logró echar por tierra su molesta carga, escitando un aplauso general de la multitud que parecia complacerse en la agonía del malparado torero. Cerré los ojos horrorizado, haciendo voto solemne de no asistir otra vez en mi vida á tan feroz diversion, á tiempo en que Sousa que habia notado mi emocion se espresaba así: — No es este el primer pueblo que rinde homenage á ese cuadrupedo! en Egipto se adoró á Apis bajo la forma de un toro. Y el animalito que V. ve ahí se mereceria mucho mas: cuando llevaba á aquel gandul en las astas se asemejaba á Júpiter robando la hija de Agenor.

Tales desatinos hiciéronme sonreir y fijar los ojos nuevamente en la fiera, entonces rodeada por todos los que momentos antes, la habian detenido con sus picas al pie de la barrera. ¿Habeis visto alguna vez un toro acosado por media docena de perros que se cuelgan de su cuello, de su cola y de sus orejas, y le fatigan hasta derribarle? pues esa es la sutil suerte que aquellos hombres hicieron, y la que piden los lisbonenses al gritar ¡*á uña*! Cuando al animal perseguido, golpeado y mordido le faltaron sus ya flacas y desmayadas fuerzas, dejóse caer lentamente en medio de los alaridos de aquellos salvages y de la griteria del público. La fuerza bruta de los diestros habia superado á la del toro; ¡y tamaño triunfo bien merecia ser celebrado por un pueblo culto! ¡Ah, esclamé yo, Jovellanos no ha

escrito esclusivamente para España su *Pan y toros*! No obstante, es justo confesar que las corridas de toros en Portugal son menos repugnantes que en nuestro pais. Jamás se ofrece á la vista del espectador el horrible y asqueroso cuadro de un caballo que al galopar arrastra y pisa sus propias tripas. Jamás se mancha con sangre la arena; lo cual bastaria para hacer mas tolerable entre nosotros esa bárbara diversion, porque las costumbres de un pueblo habituado á presenciar escenas sangrientas se endurecen y pervierten.

Salió luego otro toro: volvieron á rejoncarle y á ponerle banderillas y á echarle la *uña*; y así prosiguió la fiesta sin mas novedad que la representacion de algunas pantomimas muy comunes en nuestras corridas de novillos. Recuerdo que se colocó un columpio en medio del circo con cuatro caballos de carton; sobre los cuales montaron otros tantos negros armados de largas picas, y que en seguida se soltó un toro, siendo consiguientes los saltos y los sustos y las cogidas, que tanto escitan la risa de las gentes, y que son, por decirlo así, la sal de estas inocentísimas funciones.

Últimamente, y cuando ya la noche se aproximaba, hubo sus fuegos artificiales, que se van convirtiendo en un final obligado de todas las corridas, lo mismo en el reino vecino que en el nuestro.

A todo esto mi Cicerone no dejaba de hablarme, trayendo por los pelos algunas comparaciones mitológicas, citando trozos de Homero, y ensartando en fin tales sandeces que creo hacer un obsequio á mis lectores en no referírselas. Por otra parte como es provable que otra vez aun volvamos á ocuparnos de él, ocasion tendremos de oirle hasta la saciedad.

A. ROMERO ORTIZ.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

PROLOGO INTERCALADO.

Tanto nos entretuvo el pasado cuento, que por aclamacion decretamos emplear las tardes todas de la misma manera que las tres anteriores. Rióse don Antonio de corazon de la idea; mas no por eso dejó de aceptar la presidencia de nuestra *sociedad de las consejas*, que así la apellidamos desde entonces, y aun de exigir con escrupulosa severidad las libras de dulces que, por via de multa, se imponian á los socios, cuando, sin razon conocida ó con pereza notoria, faltaban á la reunion, ó dejaban pasar largo tiempo sin dar alguna muestra de su talento como narradores. Hiciéronme á mi secretario, cargo pesado en toda asamblea, y mas en aquella, pues era de mi obligacion llevar cuenta con el órden en que á cada cual tocaba hacer su relacion, amen de tomar nota y redactar las anécdotas y cuentos que la mayoría juzgaba dignos de memoria; pero confieso que llevaba con paciencia aquel trabajo, con tal de eximirme del de contar yo tambien mis cuentos, tarea que me agradaba mucho menos que la de oir con atencion los de mis amigos. Tal es el orígen de la série de estudios sobre las costumbres españolas que me propongo publicar, y á que he dado princ pio con el que los lectores supongo conocen ya. Una palabra, y termino este parrafillo de prólogo: siempre que crea necesario referir algunos de los diálogos que entre nosotros mediaron, me contentaré con indicar el nombre de los interlocutores, como en los dramas se hace, evitando así la eterna repeticion del dijo fulano, respondió, replicó, repuso citano, etc., etc.; *item mas*, cuando tambien mi persona intervenga en la conversacion, llamaréme el redactor; y con esto, amados lectores, proseguid si os place, y en caso contrario avisad, para que ni vosotros ni yo perdamos el tiempo.

¡Cuando el rio suena!

I.

ENTRADA EN EL MUNDO.

Don Diego. ¡*Cuando el rio suena!*...... Yo no digo que la opinion pública sea infalible; pero pocas veces dejan de tener fundamento sus juicios sobre las personas.

Don Antonio. La opinion pública exagera, no pocas veces, así lo bueno como lo malo.

Alfonso. Y lo peor del cuento es que suele el público acabar por satirse con la suya en lo malo que de un sugeto dice, si en ello se obstina.

Don Diego. Eso digo yo: *cuando el rio*....

Alfonso. No señor, no es eso lo que quiero decir.

Don Diego. Amigo, Vd. hace conmigo lo que el raton de la fábula con el gato; y dice despues de haber alabado una prenda: «¡*Olá! ¿La tienes tú? Ya no me gusta.*»

Estamos diciendo las mismas palabras: y, sin embargo, ¡pretende Vd. que no vamos conformes!

Don Antonio. Señores, no haya disputa ó intervendrá el presidente.

Alfonso. No permita el cielo que haya disputa entre nosotros, no señor; pero, en efecto, no nos hemos entendido, porque.....

Don Diego. Porque soy yo quien hablo.

Alfonso. No tiene V. razon en creer tal de mi buena amistad....

Don Antonio. Basta, señores, basta; que se hace tarde, ¿A quién le toca hoy el turno?

El Redactor. A don Alfonso.

Don Antonio. Pues manos á la obra, Señor oficial.

Alfonso. De buena gana, aunque no sea mas que para probarle al señor don Diego que mi opinion sobre la materia que discutiamos, estaba formada antes de oir la suya; y que por consiguiente.....

El Redactor. Al cuento, al cuento.....

Alfonso. Sea pues.

Y en efecto, tomando asiento en un sillon, que al lado de la chimenea y en frente al de nuestro don Antonio se le reservaba siempre al orador, comenzó Alfonso á decir, con mas señales de ruboroso embarazo que de su profesion y carácter pudieran esperarse:

«Voy á referir sucesos en que he sido actor principalísimo; así pues, verdad por lo menos habrá en mi narracion. Los nombres propios son los únicos que alteraré, y ruego á aquellos de los presentes que reconociéren á alguno de mis personajes, á pesar del disfraz con que deseo encubrirlos, que me guarden secreto.

—«Cuando salí de la casa de pages de S. M. á la edad de 18 años, no cumplidos, servia en el mismo regimiento de caballeria ligera á que fui destinado, y en clase de capitan como yo, un caballero madrileño, persona de tan buen parecer como equívoca reputacion. Esto, sin embargo, requiere explicarse. D. Cárlos, que así se llamaba, era de gallarda figura y agradable rostro, si bien un cierto aire, entre burlon y desdeñoso, hacia que desde luego se le mirase con desconfianza; gastaba mucho, mas no tenia deudas, porque su patrimonio era cuantioso; jugaba, pero por placer, no por intéres, pues, en efecto, cuando perdia no se picaba, y sus ganancias, sobre ser raras, mas eran para la turba parásita que en los gazapones vive del *alabo*, que para su bolsillo. Su valor era conocido, y su generosidad no dudosa. Si añado que, como oficial, era irreprensible, y como capitan, daba con su compañía ejemplo á todas las del cuerpo, me preguntarán Vds. señores, por qué dije que su reputa ion era equívoca. No sé en verdad qué responder; mas procuraré explicar á Vds. ese enigma, en el relato que me propongo hacerles. Al llegar al regimiento fui, como era de mi obligacion, á presentarme á su coronel, respetable veterano, que desde la clase de cadete habia subido escalon por escalon, y ganado cuchillada á cuchillada todos sus empleos; y que, por consiguiente, no podia menos de recibir con cierta prevencion á quien, como yo, entraba en la carrera con una graduacion que á los veinte años de servicio era aun para él una esperanza.

Sin embargo, como le hablé con todo el respeto debido á sus galones, y con la deferencia que sus honradas canas me inspiraban, á la media hora de conversacion renunció aquel generoso militar á sus preocupaciones; y aun acabó por tratarme con paternal ternura.—Parece que V. es dócil,—me dijo al despedirme,—y no trae la cabeza tan llena de viento como la han traido otros señoritos de Madrid que tengo en el regimiento: mas vale así. Supongo que le habrán enseñado á V. la ordenanza... ¿Si? pues entonces con observarla estamos del otro lado. Allí está todo, todo; y el que la sabe bien y la obedece exactamente, no necesita mas retóricas para ser buen oficial.... Ahora habrá dinerillo fresco, ¡eh! cuenta con el juego, caballero, cuenta con el juego: va V. á administrar los caudales del Rey...—¡Mi coronel!—repuse yo, mas encendido que una grana.—Bien, bien,—prosiguió el veterano;—torres mas altas han caido; y alguna vez el pan del soldado... Cuenta con el juego, digo: allí se empieza por dejar la piel y se acaba arrancándosela á los demás. Otra cosa. ¿A V. le gustarán las hijas de Eva? Vamos, yá se nos ruboriza la doncellita con charreteras: no hay para tanto; á todos nos han gustado. Portarse con ellas como hombre de bien: hablarles claro al principio, y luego no tendrán de que quejarse, si no hay *casaca*. Cuídeme V. los caballos de su compañia: eso antes que todo. ¿Estamos, señorito? En punto á amistades, pocas. Ea, á correrla.... Pero, oiga V.: no todos los oficiales del regimiento son buenos para tratados con intimidad... En el servicio no tengo amigos, fuera de él, soy uno de tantos, un compañero. A mas ver».— He repetido esa prolija arenga porque pinta al hombre; y porque tanta

impresion me hizo lo que relativamente á los oficiales del regimiento me dijo el bueno del coronel, que al salir de su casa, me fui en derechura á la del otro capitan (Mendoza le llamaremos), á quien mi familia me habia recomendado, moviéndome mas que el deseo de verle, el de que me explicase las enigmáticas palabras de nuestro gefe.

—Lo que el coronel ha dicho á V.,—contestó Mendoza á mi pregunta,—alude indudablemente al capitan don Cárlos de Sotopardo, de quien se apartan todos sus compañeros en cuanto pueden sin desairarle, cosa que á mi entender no consentiria él.—¿Pero y por qué se apartan?—pregunté.—Porque .. Yo acabo de llegar al cuerpo puede decirse, y dificilmente se lo explicaré á V... Todo lo que he observado se reduce á que don Cárlos no se intima con los demás oficiales; se burla, ó tal parece, del género humano; tiene á cara descubierta vicios que otros ocultan cuidadosamente; cree poco en la virtud de los hombres, menos en la de las mugeres, y desprecia soberanamente la opinion pública. En el cuerpo de guardia no se le ve mas que cuando está de servicio; en el paseo siempre solo; en las tertulias las mugeres, cuya edad pone su reputacion al abrigo de toda mancha, ó aquellas que tienen tantas en la suya que una mas ó menos les importa poco, son las únicas que con él pasan del saludo indispensable. En el juego es espanto de tahures, protector de novicios, y amparo de arruinados; pero las pocas veces que gana lo hace con tal extremo de fortuna, mira con una insolencia al banquero si apunta, á los puntos si talla, que realmente provoca y hasta insulta con los ojos. Por fin, la sala de armas está desierta el dia en que don Cárlos toma el florete ó el sable, porque, sobre no tener rival en ninguna de las dos armas, á los cinco minutos de tirar se inflama y acalora de suerte que una coraza bastara apenas para resistir sus reiterados y furibundos golpes. No hay potro cerril que no domen sus piernas, ni baratero que no le tiemble, y en resúmen á fin de que V. comprenda cual es su posicion en el cuerpo, le diré que para distinguir á Sotopardo de mí, que tambien tengo el nombre de *Cárlos*, le llaman á él *Cárlos el malo*. Confieso que no comprendo gran cosa del orígen de esa denominacion poco grata. A decir verdad, yo creo que las señoras son los principales enemigos de don Cárlos, quien las trata en general con tan poco acatamiento, que acaso justifica su odio.—¿Y V. como está con él?—Ni bien ni mal; nos saludamos cortesmente, y aquí paz y despues gloria. Soy casado, circunstancia que me aisla hasta cierto punto de mis compañeros; y por otra parte mi mujer... pero aquí la tenemos y ella dirá á V. lo que hay en el particular.»

Entró en efecto en la sala donde estábamos la muger de Mendoza, señora tan linda como amable, de finos modales y mucho de eso que hemos dado en llamar *mundo*, y pudiera traducirse por costumbre de tratar gentes. Luego que su marido me presentó á ella diciéndole que iba recomendado por mi madre que era muy amiga de la suya, añadió:—Hablábamos Matilde, de Sotopardo. ¿*De Don Cárlos el malo*?—preguntó la dama; y luego dirigiéndose á mí—¡Cómo! ¿Ya le conoce V.?—No señora,—respondí;—pero deseaba saber...—Es cuento largo, amigo mio, muy largo. ¿Y viene V. recomendado á él?—No señora.—Lo celebro, porque seria relacion peligrosa para un jóven que entra en el mundo.—Vamos, Matilde, vamos,—interrumpió Mendoza;—esa es mucha severidad.—¡Los hombres siempre defendiéndose unos á otros: ¡si hiciéramos nosotras lo mismo!—¡Ay de nosotros!—exclamó el marido.—¿Quién viviria tranquilo si la liga entre dos mugeres pudiera durar un mes siquiera?—Bien, bien, de eso hablaremos en otra ocasion; pero ahora, lo que importa es que el señor, pues que es hijo de una amiga de mamá, y como tal tiene derecho á nuestra amistad esté prevenido; don Cárlos es un hombre peligroso para un jóven; y seria lástima ó que pervirtiese al señor, ó que presentándole en la sociedad bajo sus auspicios, le hiciera pasar como su pupilo ó cosa así. Y le advierto á V. que no hay cosa que tanto le guste come el darse aires de pedagogo (aquí la sangre se me subió al rostro, porque entonces solo contaba 18 años de edad). V. no es un niño,—continuó la diestra oradora;—pero él tiene maña bastante para persuadir á las gentes de lo contrario... Luego debo añadir que ninguna muger decente quiere escuchar media hora á un amigo de Cárlos el malo. ¡Jesus, Dios me libre!»

(*Se continuará.*)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcon
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frio
Propio aun de la estacion.

Escuchaba él y seguia
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina
Que vibra, gorgea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un angel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las harpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevision:

Abrió el balcon entornado,
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Por que notando sin duda
Su presencia impertinente
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó.
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron albagueñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo, conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

EL VIEJO.

Acaso no habrá sido
Tan comodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho
Mas en fin; como en él habeis dormido?

EL FORASTERO.

La dulce paz y hospitalario techo
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido

EL VIEJO.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligára
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

EL VIEJO.

Sin que ese caso y precision viniere
Yo os le ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.

No plazca á Dios, que por antojo mio
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.

Fio
Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.

El forastero.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

El viejo.

Si, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

El forastero.

Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.

El viejo.

Servida
Le fué ya su racion.

El forastero.

¡Tanto cuidado!

El viejo.

Obligacion no mas de huésped. Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarin vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

Despedida.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella.
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

El viejo.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

El forastero.

Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre las dos eterna.

El viejo.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

El forastero.

Dios os la guarde señor
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

El viejo.

Solo uno, si no le logro
Amargará mi hora estrema.
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

El forastero.

Señor no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que lo mantenga
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

El Viejo.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. Pedro.

Decid.

El Viejo.

—Creo que digisteis
Que simpatia secreta
Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguia vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. Pedro.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.

El Viejo.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy séria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. Pedro.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea
Vivis con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

El Viejo.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa.
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

D. Pedro.

¡No por Dios! Digeos el nombre
De mi casa solariega,
Digeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os hé el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasion, si asi os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa.

El Viejo.

¡Oh de ese modo esplicándolo!

D. Pedro.

No dudo de que os convenza.

El Viejo.

Efugios son cortesanos.....

D. Pedro.

Lo serán, muy norabuena.
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.



Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun dia
Decis que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca,
A ampararse de mi venga:
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desantencion grosera.

D. PEDRO.

Con este permiso pues,
Tendedme niña modesta
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.
Y así diciendo D. Pedro
Tomola una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó el carmin de la rosa
Las megillas de azucenas
De Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
D. Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene

D. PEDRO.

Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta.
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ser con vergüenza
Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. PEDRO.

Escusa
Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prend
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.
Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
Mas ya basta: avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan.

Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda,
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda;
Y su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas,
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrio silencio
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que-haceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afan
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los dias de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal



Sin ser socorrido
Volviera pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males agenos
Diestro en aliviar.
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capáz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envidie su suerte
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condicion fué tál.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademán
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audáz,
No supo á su hija
Amante llegár.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demás
Zagalas que habitan
El mismo lugar:
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera
De un pueblo igualar,
De quién á las otras
Diferencia no hay
Si no en que posee
Un campo herial
Y un viejo palacio
A medio arruinar;
Tiene en la espresion
De su bella fáz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta magestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas opuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz
Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar.
Por mucho que de ella
Murmuren detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa,
Que quiera indicar,
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y asi en el aldea
Pasándose van
Los dias de mayo:
Y asi en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos, que viven
Sin oro ni afan.
¡Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¡Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

(Continuará.)

Las arengas.

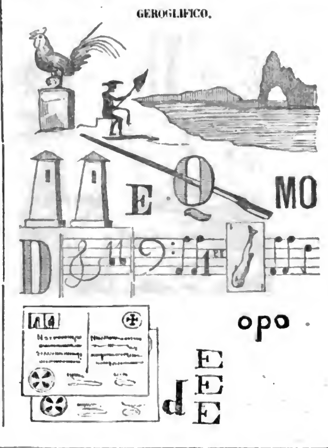
Luis XIII decia, que las arengas que le habian obligado á oir sus súbditos, le habian hecho encanecer antes de tiempo.

¿Qué es hermosura? ¿Qué es belleza?

Para definir la idea fundamental de estas dos voces, seria forzoso recurrir á la oscuridad de las ideas metafísicas, que en lugar de aclarar lo que se quiere definir, lo envuelven en nuevas dificultades. Ninguna de las definiciones que se han dado de la belleza pueden satisfacer á todos los hombres, porque los juicios que sobre ella formamos dependen del temple particular, del carácter, y de las inclinaciones de cada uno. Asi pues, remitiéndonos en cuanto á la esencia de lo bello y de lo hermoso al resultado de las sensaciones que cada cual esperimenta, fijemos los límites que separan las dos voces. Esta diferencia pende mas bien de la aplicacion que de ellas se hace, que de la idea primitiva que representan.

La hermosura es el objeto de deseo: la belleza lo es del gusto. Aquella conmueve nuestos sentidos; inflama nuestra imaginacion, y nos atrae con un encanto irresistible. Esta escita el aplauso, satisface y contenta nuestra alma, y pone en movimiento nuestras meditaciones. La hermosura produce impresiones mas vagas, mas rápidas que la belleza: la belleza pide mas exámen, y su contemplacion nos deja en un estado mas tranquilo que la hermosura. Caracterizamos un objeto de hermoso por cierta especie de instinto que no es dado al hombre moderar en su nacimiento; pero no damos el nombre de bello sino al objeto en que notamos una conformidad, mas ó menos exacta, con los principios que profesamos y los modelos que hemos forjado en nuestra imaginacion. La belleza es mas artística que la hermosura; estriva en teorías mas fijas, y observa reglas mas seguras. Cuando se dice que un edificio es hermoso, se indica la impresion del conjunto, sin considerar las partes que lo componen; cuando se dice que es bello se juzga la obra del arte, la sabidaría del plan, el mérito de la ejecucion.

GEROGLIFICO.



Oficinas y establecimiento tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



SANTO DOMINGO EL REAL.

El triste cuadro que ofrecen nuestros antiguos monasterios, reducidos unos á míseros escombros, amenazados otros de próxima ruina, y sumidos todos en lamentable estado, no ha podido menos de escitar el celo de varias personas amantes de las artes y fieles á las creencias de sus mayores, las cuales, por medio de la prensa y del buril, han procurado salvar algunos de aquellos venerandos edificios, ó cuando menos, trasmitir á las futuras generaciones, una exacta noticia de las preciosidades que encerraban.

Por nuestra parte, lo decimos con mucha satisfaccion, hemos contribuido á tan noble y santa empresa, consagrando algunas vigilias en obsequio de la religion y de las artes, hijas predilectas de aquella, formadas por su influjo, y á su benéfica sombra sostenidas tambien y fomentadas.

Continuando la comenzada y generosa tarea, presentamos hoy á nuestros lectores la historia y descripcion del insigne monasterio de santo Domingo el Real de Madrid, asilo de la virtud, depósito de bellezas artísticas, sepulcro de célebres personajes y honorífico blason de la coronada villa.

La historia de este célebre monasterio se remonta á la década segunda del siglo XIII, y su fundacion es la mas convincente prueba de que á la sazon tenia Madrid alguna importancia.

Era el año de 1217: resonaba en toda Europa el nombre de un español, dotado de profundo saber, de humildad aun mas profunda, de caridad, de elocuencia, de cuantas virtudes y cualidades, en fin, pueden adornar á un hombre distinguido hasta por el lustre de su cuna Fijada la época, y espresadas las circunstancias del sujeto, habrá conocido el lector que hablamos de Domingo de Guzman. Deseaba este varon esclarecido que se estendiese por la Península Española el instituto que habia fundado, y al efecto escogió cuatro virtuosos y sábios sacerdotes, los cuales, hallándose en Roma el Santo Patriarca, salieron del convento de San Roman de Tolosa, penetraron en España, cruzaron la Cataluña, el Aragon y la Castilla, y á escepcion de uno que se dirigió á Portugal, llegaron á Madrid en donde quedó al fin solo Fr. Pedro de Madin, natural del mismo pueblo, que habia sido canónigo de Osma.

La virtud de Fr. Pedro cautivó á sus paisanos, los cuales pusieron á su disposicion una casa para que fundase en ella un convento, contribuyendo igualmente con bienes para sostenerlo. Redújola en poco tiempo á la forma que su nuevo destino exigia, y dió algunos hábitos, segun indican varios cronistas. En el siguiente año de 1218, vino á España el santo Patriarca, y habiendo fundado en Segovia el convento de santa Cruz, llegó á Madrid por el mes de octubre.

Admirados los madrileños de su santa vida, le miraron con toda la veneracion y aprecio que tan esclarecido varon merecia. Correspondió el santo á los obsequios que se le tributaban reformando las costumbres, y al ver el estado en que el naciente convento se hallaba

determinó que se destinase para religiosas, lo que fué aprobado por el concejo y habitantes de Madrid. Dióse principio en virtud de esta medida á la construccion del monasterio trabajando entre los operarios el mismo santo.

Hízose el edificio con mucha pobreza, fuera de la puerta de Balnadú, en el mismo sitio que ocupa el que es objeto de esta memoria, y terminado que fué profesaron las primeras religiosas en manos del santo Patriarca quien las dió por regla la de san Agustin y dedicó la reducida iglesia á santo Domingo de Silos, dejando al frente de la nueva fundacion á su hermano el beato Manes ó Mamerto.

Opinan Echart y el M. Serafin que este se debe considerar como el primer convento de religiosas que tuvo en Europa la orden, fundandose en que no se redujeron las monjas de Roma al convento de san Sixto hasta que santo Domingo volvió á la capital del cristianismo despues de haber estado en España, é igualmente en que el convento del Prulliano siguió con la regla del Cister hasta el año de 1220. No es la mas recibida esta opinion por lo cual nos limitamos á consignarla.

Hizo santo Domingo tanta estima de los vecinos de Madrid que por sus informes el pontífice Honorio III escribió una carta muy honorífica para aquellos. Muchas señoras principales se acogieron al nuevo instituto citándose entre otras Doña Flor, que trajo en dote á este convento el señorio del lugar de Rejas. Poco tiempo duró el pobre edificio que santo Domingo labró, pues hallándose Fr. Domingo Muñoz al frente del monasterio, á mediados del mismo siglo en que se fundó, con las limosnas de los habitantes de Madrid y el producto de una indulgencia que al efecto concedió Alejandro IV se reedificó solidamente y por completo, quedando desde entonces confundidas como dice Castillo, las memorias de este santo varon con las del inclito patriarca.

Recios combates sufrió desde su fundacion el insigne monasterio, aprovechando sus enemigos cuantas ocasiones se les ofrecian para hacerle toda clase de perjuicios, ya privando á las religiosas de sus directores, ya poniendo límites á las donaciones de los fieles, ya por último queriéndole despojar de sus bienes injusta y descaradamente.

Menester fué que el Sumo Pontífice Gregorio IX y el rey de Castilla Fernando III tomasen bajo su especial proteccion esta santa casa pues aparentando unos que era dañosa al estado su prosperidad, y queriendo otros, como el infante D. Fadrique, usurpar la corta hacienda que un sujeto piadoso habia legado en su favor, hubiera dejado de existir sin el auxilio del gefe de la iglesia y el del estado. Llegó sin embargo ocasion en que las religiosas tuvieron que retirarse á las casas de sus padres y deudos, suceso que indican las historias de la órden aunque sin fijar la causa que le motivó ni el año en que tuvo lugar.

En medio de tantas y tan continuas persecuciones la fama de este ilustre monasterio se aumentaba, llegando á ser citada como ejemplo la virtud de sus moradoras.

Admirábala muy particularmente la infanta Doña Berenguela hija de Alfonso X y de la reina Doña Violante; y deseosa de llegar á tan alto grado de perfeccion, determinó tomar el hábito en esta venerable casa, escribiendo al efecto á la superiora repetidas cartas. Llegaron á noticia del rey los proyectos de la jóven princesa, y sospechando que las monjas tratarian de seducirla, fué al monasterio, y con palabras que mostraban su indignacion, afeó y reprendió á la priora la supuesta falta. Oyó con serenidad la inocente señora tan injusto y duro trato, y no pudiéndose levantar del lecho por el peso de los años, le dijo al monarca: «hijo caro, alcánzame aquel cofrecillo.» Hízolo asi el rey, quedando confundido, cuando la priora, mostrándole las cartas de su hija, le dió pruebas de la ninguna parte que tenia la comunidad en el asunto.

Quedó satisfecho el rey, conservando toda su vida á este convento particular afecto.

Desagradó á la infanta el proceder de la priora en tanto grado, que hallándose en Guadalajara determinó venir á Madrid y pegar fuego al monasterio. No llegó á realizarlo; antes bien le miró de nuevo con aprecio, y cuando ocurrió su temprana muerte le dejó entre otros legados, el Señorío de la ciudad de Guadalajara. Volveremos á ocuparnos de esta señora al describir el coro, donde está sepultada.

Reparaban los reyes con piadoso esmero los deterioros que las guerras y el transcurso de los tiempos hacian continuamente en los bienes del monasterio, que pareciendo rico en unas ocasiones, llegaba en otras á ser en realidad pobre. Sancho IV, Enrique II y otros monarcas se distinguieron por su laudable celo en sostener el espejo de la virtud, título que dá Medrano á esta ilustre casa.

Doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, desempeñó el cargo de priora en el siglo XV por espacio de 50 años, periodo el mas brillante de la historia de esta casa, que debió al celo de aquella señora un aumento considerable en rentas, en ornato y en celebridad. El cariño que la profesó doña Catalina, esposa de Enrique III, redundó en beneficio del monasterio que fué protegido por dicha reina y agraciado por su hijo don Juan II con 40,000 ms. anuales, á los que en 1465 la reina doña Juana esposa de Enrique IV agregó 10,000 «en alguna enmienda é remuneracion de los continuos servicios que mi parienta la priora doña Costanza ha fecho é face al rei mi señor», espresa el privilegio.

Todos estos beneficios y otros muchos que prelados grandes y varias personas hicieron, los recibió el convento por el influjo y buen nombre de la digna priora cuya vida ejemplar era admirada y alabada por todos.

Despues de haber trasladado á la iglesia de este real monasterio y colocado en sepulcros suntuosos los restos de su padre el titulado infante D. Juan y de su abuelo el rey D. Pedro, despues de haber dado tantos y tan buenos ejemplos, renunció el cargo de priora y en 1478 fué á recibir en la otra vida el premio que merecian sus virtudes.

La falta de la esclarecida prelada se hizo sentir bien pronto. Empezó á relajarse la observancia conservada únicamente por ejemplo y autoridad de aquella señora, y las religiosas, faltando el voto de pobreza, y viviendo aisladas é independientes, usaban mesa y traje particular, segun los posibles de cada una. Causaba este desórden muchos males al monasterio, y profundo sentimiento á las personas doctas, y á cuantos conocian la historia y circunstancias de esta venerable casa. El mal, sin embargo, habia echado raices tan profundas, que no bastaban á remediarlo el laudable celo de varones sábios, el prestigio de algunos prelados, y los mandatos del general de la órden. Hablar entonces á las religiosas de observancia, era, dice el obispo de Monopoli D. Juan Lopez, quererlas hacer entender que habian de batirse con leones. Y sin duda hubiera perecido el monumento que Santo Domingo de Guzman y los siempre honrados moradores de Madrid erijieron á la virtud, si la providencia no hubiese colocado en el trono de Castilla, una señora dotada por todos conceptos de las mas relevantes cualidades. Tomó parte en el lamentable asunto la inclita reina Doña Isabel la Católica, y escribió á las religiosas, recordándolas sus deberes con franqueza y dignidad, y espresando «quisiera ir á deciros esto, y porque no tengo agora disposicion y espacio quise escribiros.»

Para evitar que la pobreza de la casa pudiese presentarse como pretesto, espidió en union con su esposo un privilegio, fechado en Alcalá de Henares á 20 de diciembre de 1497, concediendo á este monasterio doscientos carneros al año, con la espresa condicion de que las monjas volviesen al cumplimiento de sus obligaciones, pues de lo contrario daba por nula y de ningun valor aquella gracia. Animáronse con el proceder de la reina las buenas religiosas que deploraban el estado á que las cosas habian llegado, y consiguieron atraer á las díscolas que tanto mal hacian.

Debióse el restablecimiento de la observancia á la prudencia y autoridad de Isabel la Católica, y un suceso que ocurrió despues de la muerte de aquella Señora, influyó mucho en que sus acertadas reformas se consolidasen, haciendo que la vida comun fuese mirada con aprecio por las mismas religiosas, que tanto se habian opuesto á ella. En el silencio de la noche, y al mismo tiempo que la comunidad estaba en el coro rezando los Maitines, se oyeron de improviso, bajo las bóvedas del solitario templo, unos golpes acompañados de voces lastimeras: pero tan confusas, y hasta cierto punto apagadas, que no era posible comprenderlas. Suspendiéronse los sagrados cánticos, la consternacion sucedió al fervor, y el coro quedó al instante desierto, continuando sin intermision los angustiosos quejidos. Sobrecogidas de terror las religiosas, pasaron toda la noche en vela, y al siguiente dia se dispuso que la comunidad tuviese un solo dormitorio. La causa del raro suceso fué un lamentable descuido. Poseian los descendientes de D. Juan de Castilla, hijo del rey D. Pedro, una de las capillas de la iglesia, sirviéndoles de panteon la correspondiente bóveda. Colocaron en ella el cuerpo de una señora llamada Doña Maria de Cárdenas, muger de un caballero viznieto del D. Juan, y habiendo vuelto en sí á las pocas horas, conoció su terrible situacion, rompió las ligaduras de la mortaja, salió del ataud, y subió la escalera del panteon, mas en valde, porque habia sido cerrado cuando terminó el entierro. Tres meses despues abrieron la funesta puerta para bajar otro cadáver, y quedaron sorprendidos y horrorizados al ver el cuerpo de la infeliz doña Maria, cuya espantosa muerte llenó de amargura á su esposo, que la idolatraba, y á la comunidad, que comprendió la verdadera causa de los tristes ayes que en el silencioso templo resonaron.

Hemos hecho mencion de este suceso que refiere Gonzalo Fernandez de Oviedo y reproduce Quintana, por la circunstancia de que sin duda contribuyó á estender y arraigar entre estas religiosas la vida comun.

No bien se habian remediado los males que el olvido de la observancia acarreó al monasterio, cuando estuvo á punto de perecer. Encendida la guerra civil de las Comunidades, y levantado á favor

de estas el pueblo de Madrid, retiráronse al fortificado alcazar los partidarios y soldados del emperador, que fueron vencidos por los madrileños á pesar de la valerosa resistencia que opusieron. Mientras duró la reñida y sangrienta pelea, recojieron y ampararon las religiosas de esta santa casa todas las jóvenes que por los compromisos de sus padres ó deudos se veian amenazadas de algun peligro: hallando estas afligidas señoras á la sombra del convento la seguridad que no podian prestarlas fuera de allí la inocencia y el sexo. Interpretaron mal tan generoso comportamiento algunos de esos hombres que solamente sirven para deshonrar las causas que abrazan, y en un momento de furor diabólico pegaron fuego al monasterio. Rodeábanle por todas partes las llamas, y en poco tiempo le hubieran reducido á cenizas, si los mismos vecinos que tuvieron suficiente brio para conquistar el alcazar, no hubiesen corrido á perseguir á los criminales, á cortar el incendio y á impedir que tamaña catástrofe cubriese á Madrid de luto.

Dignos son de particular mencion los funerales celebrados por el eterno descanso del príncipe D. Cárlos en la iglesia de este real monasterio á la que trasladaron su cadáver con estraordinaria pompa desde el régio alcazar el mismo dia en que falleció. El atahud guarnecido de terciopelo negro puesto en unas andas y cubierto de un rico paño fué conducido alternativamente por varios grandes de España, quienes le colocaron en un cadalso que se levantó en el centro de la indicada iglesia.

Despues de cantar un nocturno la Capilla Real y otro la comunidad los mismos grandes que trajeron el cuerpo de S. A. le introdujeron en el coro para lo cual habia sido rota la pared. Hizo la entrega el príncipe de Éboli descubriendo el cadáver, que fué reconocido por la priora, por los hijos del emperador de Alemania Maximiliano II y por otras personas. Terminada la ceremonia dos monteros de Espinosa metieron el féretro en el sepulcro «el cual dice Lopez de Hoyos se habia hecho artificiosamente á manera de bóveda» entre dos rejas iguales á las que existen á los lados del comulgatorio.

El dia 24 de Julio de 1568 á las 18 horas de haber muerto el jóven príncipe siendo ya de noche, y de la manera que hemos referido se depositaron sus restos bajo la custodia de las vírgenes consagradas al Señor. Ademas del novenario solemne que siguió al entierro, celebráronse en esta santa casa el 10 de Agosto exequias magníficas, desplegando en ellas Felipe II toda la pompa que en ciertas ocasiones sabia ostentar. Cubrian los muros del templo colgaduras de terciopelo adornadas de escudos de armas con lambeles atravesados como de primojénito que no llegó á heredar: en el medio de la iglesia campeaba un soberbio túmulo al que servia de bovéda el cielo por haber sido abierta la del templo, y delante del mausoleo de D. Pedro el cruel aparecia el altar con una cruz de oro, seis preciosos candeleros y todo el servicio de infinito valor. Completaban el sorprendente conjunto muchos y bien ideados geroglíficos é inscripciones compuestas en griego, latin y castellano por el M. Lopez de Hoyos, cuyo estudio, que era el de la villa, simbolizaba una matrona acompañada de esta inscripcion:

SOLA MANET VIRTUS LONGUM VICTURA PER ÆVUM
SOLAQUE POST CINERES VIVERE IN ORBE FACIT.
HÆC TE POST MORTEM UT VIVAS CLARISSIME PRINCEPS
EFFICIT, ET VIDEAS SIDERA CLARA POLI.

Dice el mencionado Lopez, como testigo ocular, en su minuciosa relacion de estos funerales pág. 38 que predicó doctamente el prior de Atocha Fr. Juan de Tovar y puso por tema «Sic et rex, hodie rex, et cras morietur» Véase cuán sin razon espresa Dávila y copia Quintana que en estas honras no hubo sermon.

Por no faltar á nuestro objeto y plan omitimos varias y muy notables circunstancias limitándonos á decir que así á las vísperas el dia 10, como á la misa y oracion fúnebre el siguiente asistió la reina doña Isabel de Valois, acompañada de la princesa viuda de Portugal doña Juana, y de las principales señoras de la córte. Últimamente, el ayuntamiento hizo las honras el 13 y 14 del espresado mes, sirviéndose del mismo aparato.

Hemos tomado estas noticias, que suponemos agradarán al lector, de la curiosa *«Relacion de la muerte y honras fúnebres del S. S., príncipe don Cárlos, compuesta y ordenada por el M. Juan Lopez, catedrático en el estudio de esta villa de Madrid:* obra sumamente rara en la actualidad.

Custodiaron las religiosas el cadáver del príncipe hasta el dia 7 de Julio de 1573, que fué conducido al monasterio del Escorial en union con el de la reina doña Isabel de Valois, que estaba en las Descalzas, por los obispos de Salamanca y Zamora y los duques de Arcos y Escalona. Indemnizó Felipe II á este monasterio los desperfectos que padeció su fábrica por el depósito y honras del príncipe, costeando el suntuoso coro que en la actualidad subsiste, aunque alterado en su decoracion como diremos al describirle.

Continuaron dispensando especial proteccion á este alcázar de la virtud los demas reyes, mereciendo ser citado en particular Felipe III, que hizo un donativo de 30000 ducados con los que se costeó el bello retablo mayor, la silleria del coro y la bonita coleccion de pinturas de los altares, objetos preciosos que se conservan en muy buen estado. Felipe V y Cárlos III repararon y reedificaron parte del templo y ampararon el monasterio.

Padeció este mucho detrimento y ruina durante la guerra de la Independencia, pues ademas de haber sido espulsadas las religiosas de su antigua y venerable morada, fué convertida en cuartel de zapadores del ejercito invasor, cuerpo que en su mayor parte se componia de jurados. Restablecido el legítimo gobierno volvieron á ocupar esta santa casa sus virtuosas habitadoras, á las que visitó Fernando VII el dia 4 de Agosto de 1814. No fué esta la única prueba de consideracion y afecto que debieron al augusto padre de la actual reina, pues en época posterior las concedió subsidios cuantiosos para la reparacion de la fábrica.

Corrió este ilustre monasterio despues de la muerte del rey, la misma suerte que los demas de la península, quedando sumido en la mayor miseria; y se hubiera completado su destruccion, si el Rejente del Reino, el ilustre duque de la Victoria D. Baldomero Espartero, considerando el asunto con el aplomo y rectitud que correspondian al que desempeñaba tan elevado cargo, no se hubiese opuesto á ello. Acto por cierto de verdadera ilustracion, que honra y honrará eternamente á este célebre personaje.

Dada una exacta, aunque sucinta noticia de la historia del célebre monasterio de Santo Domingo, pasamos á describirle, persuadidos de que la segunda parte de esta memoria ofrece á la curiosidad del lector mas interés que la primera.

(Continuará.)

JOSE MARIA DE EGUREN.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

PRÓLOGO, INTRODUCCION, Ó LO QUE SE QUIERA.

Era una de las mas frias noches del mes de Diciembre último: mientras la escarcha tendia su cristalino manto sobre los tejados de la coronada villa y corte de Madrid, gozaba yo de un bienestar infinito hallandome en un elegante gabinete, recostado en una cómoda butaca, junto á un magnífico fuego, y al lado de una señora no menos notable que por su peregrina hermosura, por su singular talento. —Seguramente ni los bienaventurados podrian apetecer nada mejor!

Como es natural, y como sucede siempre, lo mismo entre gentes que se tratan de ceremonia, que entre personas que se tratan familiarmente, la conversacion despues de haber girado sobre cien objetos distintos, fué á parar á ese asunto tan socorrido del tiempo.

—¡Que invierno tan horrible se prepara! dijo mi interlocutora.

—En cuanto á mí—repuse yo,—no me importa mucho; porque solo estoy en mi centro en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero.

—Si tuviese V. que viajar, á fé que no diria lo mismo.

—Por eso viajo unicamente en verano.

—Y á propósito de viages ¿por qué no ha escrito V. los suyos, segun hace todo el mundo?

—V. acaba de espresar la causa: porque lo hace todo el mundo.

—Sin embargo, debe ser una cosa muy agradable hablar al público de si propio.

—Y ¿qué le interesa al público saber lo que yo hice tal dia de tal año, y en tal parte?

—Nada verdaderamente; mas si le interesa la série de descripciones de costumbres, de usos, de trages, de monumentos, de los diversos paises que el viagero recorre.

—Y ¿crée V., amiga mia, que no hay mucha exageracion, mucha poesia, y llamandolo por su legítimo nombre, mucha mentira, en todas las narraciones de los viageros?—Nosotros podemos juzgar por lo que se escribe de España, y eso basta; pero no son los franceses los únicos que adolecen de igual vicio.

—En tesis general, es cierto cuanto V. dice; aunque...

—Mil gracias; ¿crée V. que yo seré mas verídico que los otros?

—Sin duda; porque si escribe algo será escitado por mí. Vamos, publique V. en el SEMANARIO, ó en LA ILUSTRACION sus *Impresiones de viage* al Rhin.

—Dios me libre! Desde que Alejandro Dumas publicó doce años há las suyas, no hay hombre que haga un viage á Chamberí ó á Pozuelo, á quien no le ocurra imitar al célebre novelista francés.

—Pues no las titule V. así; pero escribalas. Hablenos V. de Colonia, de Bonn, de Maguncia, de Wiésbaden, de Francfort, de todas esas pintorescas ciudades, llenas de grandes recuerdos y de monumentos grandes.

—Señora, cuando nada menos que un Victor Hugo ha tocado con hábil mano semejante asunto, ningun otro debe atreverse ya á profanarlo.

—Entonces, limitese V. á Holanda, á Inglaterra, á Bélgica, á Francia....

—Y ¿qué haria? ¿Una centésima edicion de lo que otros han dicho antes, y sin duda mucho mejor?

—¡Ah! ¡me ocurre una idea!—Le he oido hablar á V. con entusiasmo de su estancia el verano último en los Pirineos, en el pueblecito de Aguas buenas, y me parece que de ese pais no se ha escrito nada en castellano....

—Ciertamente que aquella corta escursion me dejó memoria dulcísima; y si V. lo desea...

—Si señor; lo deseo.

—Entonces nada opongo.

—Además, hará V. un verdadero servicio á la humanidad, publicando las virtudes y eficacia de unas aguas poco conocidas, y de efectos tan prodigiosos.

—Eso acaba de decidirme. Ahora digame V., puesto que solo trato de complacerla, ¿dónde daré á luz mis artículos?

—El SEMANARIO PINTORESCO.

—Y ¿cuántos quiere V. que escriba?

—Singular humildad la de V.! En gracia de ella, me contento con dos.—En el uno describa, pinte V. el pais; en otro háblenos del género de vida que se hace; de los goces, de los placeres, de las diversiones que se ofrecen á los estranjeros; en fin, dé V. aquellas noticias que puedan ser útiles á los enfermos, para que su permanencia allí sea mas agradable.

—Será V. obedecida, señora: si Alejandro Dumas no hubiese puesto en ridículo las cartas con las suyas celebérrimas sobre la España, yo adoptaria la forma epistolar, que mucho me gusta para este género de escritos, y que me procuraría el placer de dirigir á V. mis observaciones y mis pensamientos.

—Hágalo V. así, si quiere; pero que el público no lo sospeche al menos.

—Pierda V. cuidado.

—Y ¿cuándo empezará V.?

—Mañana mismo.

—Le cojo á V. la palabra.

Y he aquí, lectores mios, como yo, el hombre mas aficionado de la tierra á viajar, y el menos amigo de hablar de mis viages, me veo en la precision de quebrantar un propósito que há largo tiempo tenia formado, é incurro en la debilidad de narrar, segun dicen todos los viageros,—*lo que he visto, lo que he gozado, lo que he sentido*

ARTICULO 1.°

De Bayona á Pau.—De Pau á Aguas buenas.—De Bayona al mismo punto por Oloron.—Perspectiva general del pais—Establecimiento termal.—Mr. Darralde.—El viage á Aas.—Casas de hospedage y hoteles.—Mr. Taverne mayor.

Dos medios de verificar la espedicion á Aguas buenas se le ofrecen al viagero que se encuentre accidental ó deliberadamente en Bayona, esa ciudad medio española, medio francesa, que figura en el mapa de la vecina república, pero que vive y prospera con recursos puramente españoles.—¿Quién no ha visto Bayona? ¿Quién no ha asomado allí siquiera las narices, para decir luego que ha estado en Francia, y para ostentar un frac de Goll y Goersmann, un par de botas de Báron, ó un alfiler comprado en el *precio fijo*?—Así, no diré nada de su linda campiña, de los baños de mar de Biarrits, de las tiendas de la calle Pontmajour, de la sinagoga, *del Hotel du Commerce*, ni de otra porcion de cosas que el madrileño conoce mucho mejor que las de su residencia ordinaria.

Dos medios—decia antes de esta digresion—hay de trasladarse desde Bayona á Aguas buenas; el uno un poco menos rápido, pero infinitamente mas cómodo, que consiste en ir primero á Pau, la bella, la pintoresca ciudad de Enrique IV; y despues, al dia siguiente, dirigirse en una diligencia distinta, que tarda sobre seis horas, al pequeño pueblo donde muchos recobran la salud, y no pocos encuentran la muerte.—El otro ofrece la ventaja de hacer el viage de un tiron, y las desventajas de ir en pésimos carruages, que se cambian cuatro ó cinco veces en el camino; de visitar la ciudad de Oloron, tan triste como fea; de almorzar en el hotel de Mr. Condesse, tan sucio por lo menos como caro; y en fin de comer,—esto es, de no comer—en una miserable aldehuela llamada Bidache, y en un meson digno de figurar al lado de los peores de España.—En Pau por el contrario halla el viagero uno de los albergues mas comodos, mas limpios, y mas elegantes que pueden encontrarse, aun entre los de Suiza, Alemania, é Inglaterra, los cuales tienen la reputacion de ser los mejores de la Europa civilizada.—Nada se echa de menos en el *hotel de France*, situado en la magnífica Plaza Real, ó de la República, como se llama oficialmente ahora. Escelentes cuartos, escelente comida, y escelentes camas, he ahí lo que constituye la escelencia general de aquel establecimiento, y á lo que debe su justa y grande fama.

Si el espacio, si los límites en que he de encerrar mis observaciones me lo permitieran, ¡con que gusto haria aquí una ligera descripcion de la preciosa capital del Bearne! Con que placer llevaria á mis lectores al magnífico castillo del príncipe inmortal, cuya memoria aman y bendicen los bearneses tanto como sus ascendientes le bendecian y amaban!—Ese cariño, ese culto, esa admiracion se los trasmiten unas á otras las generaciones; en las largas veladas del invierno, en los lluviosos domingos del otoño, los ancianos congregan á sus nietos para referir y ensalzar las virtudes y las proezas de la ilustre víctima de Ravaillac. ¡Cuántas tradiciones, cuantas historias se repiten, se varian, y se comentan ¡Cuántos rasgos de valor, de clemencia, de generosidad se consignan y relatan en groseras pero elocuentes frases!—Inútil es decir si un pueblo que conserva tan vivo el sentimiento monarquico, que casi santifica á aquel rey, que despues de Dios es lo primero que admira y reverencia, podia acoger con grande entusiasmo la república. Así, á despecho de ella, continua siendo el Bearne el pais mas realista de la Francia, y acaso, acaso, del universo.

No salgamos de Pau sin dirigir siquiera una mirada al grandioso, al mágico é inmenso panorama que se divisa desde la bella Plaza Real. Seguramente que ni en Italia ni en las orillas del Rhin existe paisage mas brillante ni mas ameno; nada falta en él, ni mansos arroyos ni caudalosos rios; ni elevadas montañas, ni espesos bosques; ni perfumadas flores, ni risueños valles; ni verdes cañadas, ni rocas gigantescas..... Aquel cuadro esplendente, dorado por el sol, ó argentado por la luna, es mucho mas de lo que la imaginacion alcanza á concebir, de lo que la fantasia mas poética finge y sueña en sus ilusiones y en sus quimeras.

Era el 11 de agosto de 1849 cuando mi buen amigo J... y yo, encaramados en la banqueta de la diligencia para ver mejor el pais, salíamos de Pau á las 8 de la mañana, despues de haber tendido una postrera ojeada á las maravillas de que he hablado arriba.—Nadie hubiese creido que aquel dia nos hallábamos en los Pirineos, al esperimentar un calor de 30 grados, y al sentir sobre nuestras cabezas los rayos verdaderamente insoportables del sol. Nuestro conductor compadecido al fin de vernos sofocados, cual si nos hallásemos en los desiertos del Africa, nos formó un dosel de verde follage, gracias al cual pudimos consagrarnos á admirar aquellas deliciosas comarcas, que no seré yo tan osado que intente describir. Seria necesario el pincel de Villaamil ó de Ingres para copiar la serie infinita de alegres paisages, que se despliegan á cada paso ante los ojos del viajero.—Aquí es un repecho suave de blancas y azules campanillas vestido; allá una montaña altísima, que parece completamente inaccesible al hombre, y en cuya cumbre se vé una granja, una quesera, ó un kiosko; á nuestros pies miramos un lindo lugarcillo, con sus oscuros tejados de pizarra; y sobre nuestras cabezas se estiende gigantesco y terrible el Pico del mediodia, que semejante á una sombra, se aleja mas cuanto mas nos aproximamos.

Para ir desde Pau á Aguas buenas es menester subir continuamente por un camino que no dudamos llamar de caracol; tantas y tan rápidas son sus vueltas! A la derecha se encuentra la aldea de Laruns, de la que la hablaré algo detenidamente luego, y á la izquierda la de Aas, la cual tambien merecé singular mencion por otra circunstancia que esplicaré mas tarde.

El pueblecito que lleva enfáticamente el nombre de su benéfico manantial, ofrece un aspecto tan estraño como nuevo; compónese solo de una larguisima y empinada calle, que conduce directamente al establecimiento termál, ó mejor dicho, á la Capilla situada en último término.—Esa calle en su mayor parte no tiene casas sino en el lado izquierdo; en el opuesto hay un sombrío y verde bosque, condecorado con el título de jardin inglés, y adornado de cenadores, grutas, y bancos de tosca madera, para la comodidad y esparcimiento de los enfermos que habitan los edificios de enfrente, y para que descansen cuando van á beber ó á la iglesia. Porque Aguas buenas es un pueblo únicamente de *hoteles*; tengan ó no tengan muestra, en todas partes reciben huéspedes.—El primero que se halla subiendo es el de *la Posta*, propiedad de Mr. Taverne jóven, á quien califican de tal, aunque pasa de los cincuenta, para distinguirle de su hermano mayor, dueño del

de Francia.— Sigue luego el de Madama Cázeres, el mejor montado y dirigido; el de Casterán, administrador del correo, mas grande y espacioso que limpio y elegante; el de los *Estranjeros*, célebre por su cocinero y propietario Mirand; el de Francia, donde está el gran salon de baile; y por último, los de la Europa, de la Union, y de la Paz, llamados los hospitales, porque construidos en la parte mas alta del pueblo, y en la cercania de la fuente, allí paran los infelices que buscan un remedio tardío á su desesperada situacion, y que frecuentemente solo encuentran la muerte.— De ellos dicen las gentes del pais al verlos llegar pálidos, estenuados, cadavericos:

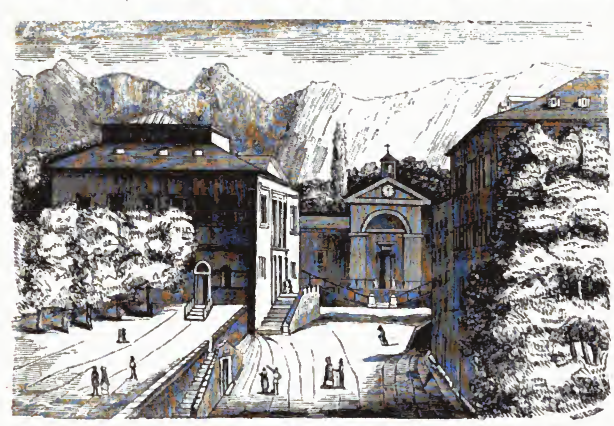
—Ese pronto hará el viaje á Aas.

Aas, cabeza del distrito, es la aldehuela de que hablé arriba, y donde está el campo santo de la comarca.

El establecimiento termal es un edificio pequeño, pero de forma elegante y sencilla; construido casi enteramente de mármoles, su pórtico sirve de abrigo y de paseo en los dias frios ó nebulosos; en el fondo está la *buvette*, segun llaman á la fuente mineral, que administran y dirigen dos jóvenes Ganimedes. A un lado y otro hay bancos, para que los valetudinarios reposen; á un lado y otro se ven en tablas un número fabuloso de botellas de jarabe de goma, con el que se mezcla el agua siempre. Unos pretenden que esta precaucion es indispensable para evitar funestos resultados de su grande eficacia, otros aseguran que es una industria del arrendador Cazaux, quien es al mismo tiempo boticario. Sea lo que fuere, lo cierto y positivo es que ninguno de los *bebedores* se atreve á desobedecer el precepto ó la costumbre, y que desde el primer dia remite su frasco de sirop, del que cuelga una tarjeta ó un papelito con el nombre de su respectivo dueño.

A la derecha del pórtico están los baños, cómodos y anchurosos, pero que son un verdadero lujo allí, pues generalmente no se hace uso de ellos, limitándose los enfermos á beber el agua dos veces al dia, por las mañanas de siete á nueve, y por las tardes de una á tres. No se infiera ni presuma que dicha agua sea suave ni que se tome en grandes cantidades: al contrario, se administra con muchas precauciones y en pequeñas dósis, refiriéndose infinitos ejemplos de personas que han sucumbido por haberla bebido sin régimen alguno, con notable esceso, ó sin consultar antes al sábio director monsieur Darralde, médico de reputacion europea, y sin duda digno de ella.

Mr. Darralde es un verdadero rey en Aguas buenas, siendo en ocasiones mas difícil hablarle, que conseguir ser recibido por el autócrata de todas las Rusias. A las once de la mañana se abre su gabinete de consultas, aunque estas no empiecen hasta la una ó las dos; y antes de aquella hora acuden á cojer sitio una multitud de personas, quienes suelen volverse á marchar dejando en una silla como señal un libro, un periódico, ó un cestillo de labor. Con frecuencia es preciso repetir la operacion dos ó tres dias, por concluirse la audiencia antes de que llegue su turno á muchos individuos. Semejante ceremonial previene, forzoso es confesarlo, en contra del ilustre profesor. Mas todo



Aguas buenas y Aguas calientes.

se olvida en cuanto se le vé, en cuanto se le oye, en cuanto se admira la atencion profunda y especial con que se dedica á conocer la dolencia de cada uno, antes de decidir si le será ó no conveniente el uso de las aguas.—La ciencia de Mr. Darralde y su larga práctica le han hecho adquirir una perspicacia admirable; rarísima vez se equivoca, y sus pronósticos, favorables ó adversos, se cumplen con una exactitud verdaderamente sorprendente. La probidad y el desinterés de Mr. Darralde son tan grandes por lo menos como su talento: no hay ejemplo de que haya aconsejado, por criminal codicia, la permanencia en Aguas buenas á ninguno á quien le fuese dañosa ó inútil; y muy á menudo, en lugar de exigir cantidad alguna á los pobres ó á los necesitados, les obliga á aceptar un socorro en dinero, para que puedan volver á su pais, á su casa.

Por la inmensidad de sus ocupaciones, y por sus estudios, que nunca abandona, Mr. Darralde va muy rara vez á visitar en los *hoteles*; pero cuando lo verifica, su llegada es un verdadero acontecimiento. En las escaleras, en los pasillos, en la puerta de cada cuarto se le espia y se le acecha: los unos se lo arrancan de los brazos de los otros; todos se lo disputan y se lo llevan; y al cabo de tres ó cuatro horas, el pobre doctor tiene que escaparse como puede, por una escalerilla oculta, ó por una salida secreta. Entonces son las quejas, las imprecaciones de los descontentos, que forman coro con los gritos de júbilo y de satisfaccion de los favorecidos.

Mr. Darralde, que reside habitualmente en Pau, á donde le piden consultas por escrito de los puntos mas lejanos de Europa, habla ya de abandonar su destino, y aun su profesion, aunque se halla todavía en muy buena edad. El asegura que está cansado, y es muy creible: sus enemigos pretenden, que dueño ya de una renta anual de 80,000 francos, quiere consagrarse al reposo y al goce tranquilo de sus riquezas.—Feliz el hombre á quien los envidiosos no pueden acusarle sino de una cosa tan natural!—Sin embargo, la retirada de Mr. Darralde será una pérdida grande para la ciencia, y una desgracia para los seis ú ocho mil enfermos que acuden todos los años, por término medio, á Aguas buenas.—La época de mayor concurrencia es desde el 15 de junio hasta el 15 de agosto: durante ella, los que no toman la precaucion de escribir con ocho ó diez dias de anticipacion pidiendo alojamiento, tienen que refugiarse en inmundos chiribitiles, en estrechos é insalubres cuartos, donde apenas se puede respirar, y que se pagan no obstante á precios fabulosos. Años ha habido en que familias enteras, ó han tenido que marcharse á los pueblos in-

mediatos de Aguas calientes y Laruns, ó resignarse á pasar las noches albergadas en sus propios carruages.

¡Qué animacion, qué movimiento, qué ruido hay en el pequeño pueblo hasta que pasa la primera mitad de agosto! En cualquier hotel se oye resonar el piano desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin mas interrupcion que las del almuerzo y la comida; á todas horas se encuentran alegres y numerosas cabalgatas de gentes que van ó vuelven de visitar los puntos mas célebres y pintorescos de los alrededores; á cada momento se ven llegar coches de posta ó diligencias cargadas de nuevos huéspedes, elegantes y jóvenes los mas, porque las enfermedades que se curan ó alivian en Aguas buenas proceden con frecuencia del género de vida que se hace en el gran mundo.—¿Y quién ha de presumir que son tísicos la mayor parte de aquellos seres que por el dia montan á caballo, y sufren el calor, el sol, ó la lluvia, y que por la noche polkan, walsan y juegan con estraordinario entusiasmo, con ardor infatigable?

El *hotel* de Francia, de Mr. Taverne mayor, es el mas favorecido de la alta sociedad, y al que van á apearse los parisienses y los estrangeros de distincion. Entre otras ventajas posée la de tener un magnífico salon, donde se verifican brillantes saraos, y donde todas las noches se reunen y bailan los huéspedes del establecimiento.

No poco trabajo nos costó hallar dos pequeñísimos cuartos en casa del buen Mr. Taverne, despues de haber recorrido en vano los otros principales hoteles. Madama Cazeres nos ofreció una guardilla; Mr. Taverne el jóven nos enseñó un palomar, y Mr. Mirand trató de convencernos de que estaríamos muy bien para dormir en un pasillo que solo conducia á la sala, á la cocina, y al comedor. Por fin, Mr. Taverne mayor despues de consolarnos con la promesa de una habitacion decente para el 16—y estabamos á 11—nos instaló en dos jaulas, que si eran estrechas y miserables, en cambio ofrecian la ventaja de ser dos verdaderos hornos, merced al sol que las calentaba desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Cierto es que cuando hiciese frio serian deliciosas, porque no tenian ni una mala chimenea.

En cuanto á lo primero, Mr. Taverne nos tranquilizó hablándonos de diferentes y muy lindos paseos donde podiamos pasar el dia; y en cuanto á lo otro nos aseguró que bien arropados en la cama debíamos desafiar todas las nieves y todas las escarchas del mundo.

Como mis lectores ya habrán conocido que nuestro huésped era un tipo singular, y que merece describirse, voy á bosquejarle ligeramente.... en el artículo segundo.

RAMON DE NAVARRETE.



PILAR ARABE.

En la parte norte de la **Alcazaba**, en la Alhambra de Granada, y al pié de la torre de la Vela, y cerca de un algibe célebre por la frescura de sus aguas, hay un sótano descubierto y en él está colocado entre escombro y basura el pilar que representa la lámina.

Es rectangular y de una pieza, y tiene 5 pies de largo y 3 de ancho

Es de marmol blanco de las celebradas canteras de Macael todo de una pieza, y en la cara esterior, que es la que hemos copiado, hay labrado un bajo relieve que representa una caceria. Cuatro leones despedazan á otros tantos venados, y en el centro se vé algun ramage. La ejecucion es grosera, como se observa en todas las esculturas árabes que representaban seres animados, pero el dibujo es mejor que el de los doce leones del palacio árabe, y el de los dos leones colosales que estuvieron en el hospital (casa de la Moneda).

Todos los grupos están en posturas iguales, en forma piramidal, y guardando perfecta simetria.

Al rededor corre una inscripcion árabe que apenas puede leerse por lo gastada.

Esta escultura, que es el mejor monumento de su género que se conserva en Granada, debió hallarse situada en la parte del palacio árabe que se demolió para construir el palacio del emperador Cárlos V.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(*Continuacion.*)

De todo cuanto dejo referido, y de todo cuanto añadieron marido y mujer en el dia que *velis nolis*, me obligaron á pasar con ellos, nada me hizo tanta impresion, nada me predispuso tanto contra Sotopardo, como el haberme insinuado que gustaba de aparecer como pedagogo rodeado de niños. ¡Niño, á un capitan de diez y ocho años! No sé si el epíteto de un *cobarde* me hubiera irritado mas. Lo notable es, que la persona de quien voy hablando tal vez ignoraba entonces hasta mi existencia; y por lo mismo no habia podido darme el menor motivo de queja. Sin embargo, cuando, llegada la noche, fuí con el matrimonio á la tertulia del regente de la audiencia, donde me dijeron que don Cárlos concurria, entré en ella con tantas ganas de reñir con él, como si, en efecto, me hubiera llamado niño diez millones de veces.

Pasaré en blanco la descripcion de la tertulia.....

Don Antonio, usando entonces de sus facultades de presidente, dijo:—No pase V. tal; pues ya sabe que hemos convenido en que nuestras conversaciones han de ser, además de un rato pasado agradablemente, un estudio ó análisis de las costumbres españolas.

Don Diego. Apoyo: una tertulia de provincia, y en casa de golilla, y pintada por un militar, no es cosa para pasada en silencio: no señor.

Alfonso. Cuando no sea mas que para aprovechar la ocasion de complacer al señor don Diego, voy á pintar como Dios me dé á en-

tender aquella reunion. Digo, pues, y duérmase el que de oirme se canse, que el regente habitaba en el mismo edificio en que tenia el tribunal sus salas y dependencias, y hasta la cárcel, por añadidura; por lo mismo ya comprenderán vds. que se trata de una maciza fábrica hecha de planta para el objeto, en aquellos felices tiempos en que las tesorerias españolas estaban apuntaladas; pero con el escaso gusto é indecisas formas de la pervertida arquitectura que en tiempo de Fernando IV reinaba en España. Las habitaciones eran vastas, espaciosas, altas de techo, y ventiladas por numerosos balcones; y en cambio tenia su conjunto ese aire que llamamos *destartalado*, y no sé como esplicar mejor. En una antesala, que las modernas casas de Madrid quisieran tener por solar, encontramos abismado en un sillon de baqueta á un estudiante en sotana, paje del señor regente, que tenia abierto delante de sí un libro en fólio, al parecer de su facultad; pero entre cuyas hojas acerté á divisar un tomito en rústica que por la desigualdad de sus renglones me olió de una legua a versos. Como quiera que sea, el gentil alumno de Astrea ó de las Musas, se levantó cortesmente á nuestra llegada, recogió el *manton* de la mujer de Mendoza, no sin mirar al soslayo su bello rostro, y nos abrió á todos una mampara que hácia nosotros tenia pintado un formidable granadero con la birretina austriaca de que aun habla la ordenanza; y á la parte de la sala estaba cubierta de damasco amarillo con guarnicion de cinta de seda de igual color, y claveteada con doradas tachuelas. Atravesando una sala de paso, que por lo larga bien pudiera llamarse galería, y en la cual una coleccion ahumada de antiguos cuadros representaba la vida de no sé qué santo mártir, entramos por fin en el estrado, salon espacioso y bien adornado á la usanza del tiempo de Cárlos III, con muebles macizos, de buenas formas aunque un tanto afectadas, y entonces mas que medianamente concurrido. Pero antes de llegar á las personas, acabaré con el campo en que han de maniobrar, diciendo que á cada uno de los estremos de la sala de recibo habia un gabinete, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver en el de la derecha dos mesas de tresillo; y en el de la izquierda otras dos, con tablero y juego de ajedrez la una, con una caja de lotería la otra. El alumbrado consistia en una grande araña de cristal con sus retorcidos brazos y lenticulares caireles; media docena de cornucopias en la sala, dos en cada gabinete, y bujías en candeleros de plata sobre todas las mesas; es decir, en las que ya he dicho haber en los gabinetes, y en otra mas grande que se me olvidó contar entre los muebles de la sala. En esta última habia un gran lienzo; en el cual, pintadas con tanta brillantez de colores como ignorancia del arte, se veian las caprichosas figuras del Bisbis.

Serian las ocho de la noche cuando nosotros entramos, y ya la mayor parte de ios concurrentes se hallaba reunida. En un rincon de la sala, y mas bien detrás que al lado de una copa de azófar llena de encendidos huesos de aceituna, apiñados artísticamente de manera que parecian un gajo de granada, estaba el ama de casa, señora anciana, de alegre semblante y tan estremada limpieza, que admiraba contemplarla. Sobre las no encubiertas canas tenia una escofieta de flamenco encaje; cubria su pecho un pañuelo de finísima batista, prendido con un alfiler de oro por bajo de la barba; el pañolon grande que llevaba sobre los hombros era de blanco merino, y de piel de martas el rico manguito en que abrigaba las manos. De asiento la servia un confidente, ó pequeño sofá cubierto de damasco, y sus pies se apoyaban en una banqueta forrada en tapicería. He descrito aquella figura con tantos pormenores, porque, recordándome la de mi venerable abuela, se me fijó hondamente en la memoria. Habria en torno de ella hasta una docena de señoras, todas de edad madura, sencilla y honestamente vestidas de negro las mas, y muchas con el hábito del Cármen. Fácilmente comprendí que aquel era el grupo de las mamás, viendo en el ángulo opuesto otro, en el cual se clavaron involuntariamente mis ojos. Diez y ocho ó veinte muchachas, en cuyos rostros vivarachos retozaba la risa, á pesar de los respetos que contenian la espresion de su alegria, formaban la interesante reunion á que aludo. ¡Qué bien me parecieron entonces aquellos talles colocados por la modista, y en despecho de la naturaleza, media vara mas arriba de la cintura! ¡Y como acusé de tiranos á los pañuelos, que severamente encubrian los palpitantes senos....!

—Señorito, señorito, interrumpió el presidente; no se nos deslice la lengua

Don Diego. Déjele V. decir, que aqui todos comulgamos.

— Que diga, que diga,— esclamó en coro toda la sociedad; y Alfonso prosiguió:

—Aunque quisiera, juro á Vds. que, á no hablar de memoria, no pudiera mi lengua deslizarse, pues jamás vi tan honesto prendido como el de aquellas señoritas, hijas todas, ó la mayor parte de los alcaldes y oidores de la Chancillería.....

Don Diego. Chancillería tenemos: pues en Granada ó en Valladolid estamos.

Alfonso. Sea donde quiera, ello es que tampoco por entoces tuve tiempo para otra cosa mas que para echar una rápida ojeada sobre el grupo encantador, porque Mendoza me travó del brazo para presentarme al señor Regente, que á la puerta del gabinete del tresillo conversaba con algunos de los ministros del tribunal. Confieso que el buen señor hizo un gesto al ver mis charreteras y mi cara imberbe, para él desconocida, que me desconcertó, ó poco menos. Los que no han vivido en las provincias ignoran que, hasta hace muy pocos años se ha mirado, y aun hoy, entre los togados, se mira á los militares como gente *non sancta*, hasta que personalmente se les conoce. Iba yo advertido de la tal prevencion, y viéndola tan en breve confirmada por la experiencia, holgárame entonces de haber perdido las piernas antes de subir la escalera de aquella casa. Entretanto que así discurria en mis adentros, fijó el Regente la vista en la cruz de Alcántara que yo llevaba al pecho y desarrugó un tanto el semblante; pero como á mi nombre y apellido añadiese Mendoza la calificacion de *Capitan-Paje*, volvieron á aparecer en el semblante del magistrado las señales de su anterior disgusto. Ya Vds. saben que los pajes pasan por un si es no es calaveras. Por fortuna mi introductor continuó diciendo:—El señor don Alfonso Tellez, trae para V., señor Regente, una carta de recomendacion del señor A.....Camarista de Castilla (aqui disminuyó el ceño en la mitad de sus arrugas), que fué muy amigo de este caballero.—¿Como se llamaba su señor abuelo? —El doctor don Alfonso Tellez respondi yo con bastante sequedad.—Tellez... Tellez... aguarde V. ¿No era alcalde de Corte su abuelo de V. en el año de 85?— Si señor y en el de noventa consejero de Castilla. —Cabal: entonces fuí yo á jurar mi primera vara, y conocí mucho al doctor.—Y al decir esto, respiró el regente como si le hubieran quitado de encima del pecho una montaña, y me llenó de agasajos, y me presentó á su señora, y, en una palabra, hallé en él, merced á la golilla de mi abuelo, uno cordialidad que todas las charreteras del mundo no hubieran bastado á granjearme.

Don Diego. ¡Cosa rara! ¿Porqué esa antipatía de los togados á los militares, y al contrario?

Don Antonio. Los antiguos togados debian generalmente su posicion á una vida estudiosa, consagrada al trabajo, y sobre todo á una conducta irreprensible. La carrera de las letras y de la judicatura ha estado en España abierta siempre para la aplicacion. De estudiante de farol, ó de paje como el que don Alfonso nos ha descrito, á camarista de Castilla la distancia es inmensa; y sin embargo, muchos son los que la han andado con paso tardo pero seguro. Siempre el favor obtuvo algunas plazas, pero en general en los buenos tiempos de la monarquia, el mérito se llevó las mas. La nobleza en esas materias corria parejas, ó poco menos, con la plebe, y renunciaba de hecho á sus privilegios desde que comenzaba á cursar en las aulas. Cierto es que los colegios mayores eran un elemento aristocrático; porque al cabo para entrar en ellos se exigia una justificacion de hidalguía, y aun para algunos el pertenecer á determinada familia, como por ejemplo, en el de los Manriques de Alcalá de Henares; pero al cabo el privilegio ni eximia del estudio, ni de ninguno de los egercicios literarios á la generalidad de los escolares impuestos; en resúmen, la carrera de la jurisprudencia exigia pasar considerable número de años manejando los libros; y renunciando á todo juvenil devaneo, encubrir con impenetrable velo las humanas fragilidades, desde que se declaraba un hombre pretendiente á varas ó á togas. Por el contrario, la carrera militar ha sido muchos años mirada en España como propia de jóvenes enemigos de todo estudio: deplorable error que la civilizacion es probable destruya, pero que, lo repito, ha existido y acaso existe aun, añada V. á esa consideracion la de que en punto á costumbres, no pasan los militares por capuchinos, ni mucho menos; y comprenderá facilmente, amigo don Diego, como una barrera difícil de salvar separó por muchos años á las armas de la toga.

Don Diego. Confieso que me ha esplicado V. claramente un fenómeno moral, que yo atribuia á mezquinas pasiones y á envidias recíprocas.

Alfonso Conviniendo con la esplicacion de nuestro amigo Don Antonio, creo, sin embargo, que lo que dice V. no va fuera de camino. Los militares brillan mas que los togados; especialmente á los ojos de las muueres un uniforme parecerá siempre mejor que una golilla; y esto algo es.

Don Antonio. Algo sí, amigo mio: pero no bastante para esplicar la separacion tan marcada que ha mediado entre los individuos de entrambas profesiones. Creame V., las pasiones mezquinas producen rencillas, alguna vez odios, pero efímeros como ellas. Estas preocupaciones que se transmiten de siglo á siglo, que se apoderan de clases ilustradas y respetables, arraigándose en ellas profundamente, tienen siempre mas hondas raices; proceden de una causa mas poderosa; son, para decirlo de una vez; de mas filosófico origen que todas las patrañas y hazañerias que el vulgo adopta para esplicarlas. ¿Sabe V. porque hoy se van aproximando los togados á los militares?

porque aquellos han perdido mucha parte de su seguridad de costumbres, y empezado á ilustrarse; porque, con el individualismo de nuestro siglo, el espíritu de cuerpo es imposible, y por lo mismo hay preocupaciones personales, pero dejan de existir las de las clases.

Redactor. ¿Saben vds., señores, que estan á dos mil leguas del cuento de Don Alfonso, y que además es la hora de separarnos?

Don Antonio. Pues hasta mañana entonces, y sea todo el mundo puntual, só pena de las consabidas yemas.

Alfonso. Hasta mañana, señores; que estoy de dia y la lista me espera.

(*Se continuará.*)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

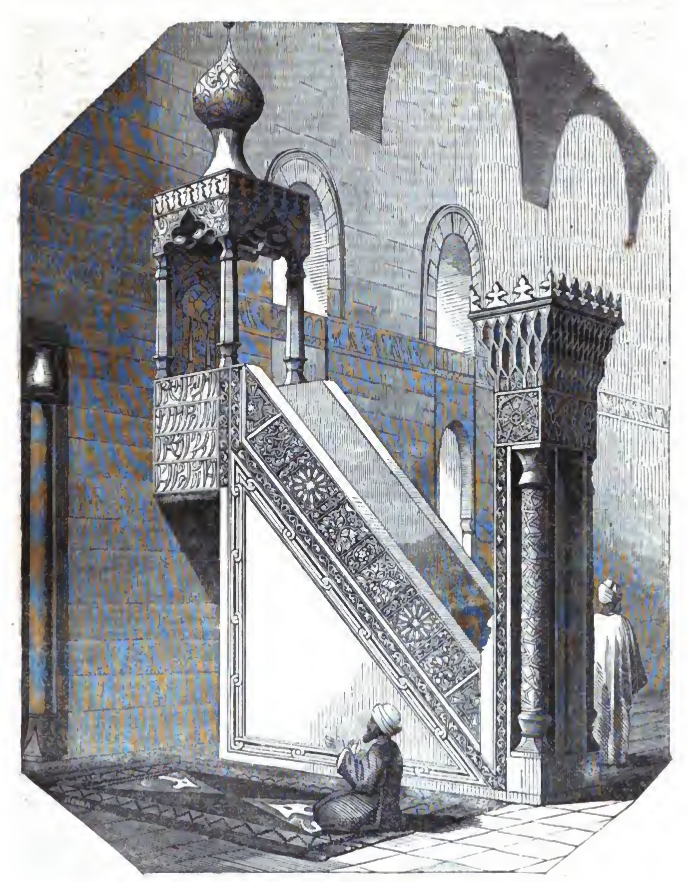
LAS ODALISCAS.

Fragmento de un poema inédito.

Plantel perene es la region caucasia
Del rijoso agareno á la lujuria.
Vírgenes de Mingrelia y de Circasia
Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,
Fuérais de la hermosura antonomásia,
Vosotras ¡ay dolor! cual raza espúrea
Perdeis, siervas de un déspota sombrío,
Hasta la libertad del albedrío.
Al menos al bozal de Mozambique
No se veda en el índico hemisferio
Que sus amores oiga y gratifique
La que con él comparte el cautiverio:
No á su libre eleccion muro ni dique
Del amo opone el absoluto imperio;
Y al fin, si es negro y su fortuna negra,
Tambien lo son la cónyuge y la suegra.
Mas ¿qué dolor á tu dolor iguala,
Expatriada, indefensa criatura,
Que condenada en arabesca sala
A aborrecida tétrica clausura,
De amor forzado alumna y colegiala,
Por premio á tu fatídica hermosura
Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano
Juntas la de un amigo ó de un hermano?
Surge tambien de la comun desgracia
Dulce fraternidad. La suerte esquiva
Que por diverso rumbo os lleva á Tracia
Os une en obligada comitiva;
Mas el hijo de Agar en su autocracia
Aun del fraterno amor ¡sátiro! os priva;
Que si en la servidumbre sois iguales,
De hermanas su capricho hace rivales.
Tiende la raspa sobre muelle pluma,
Y una el café le sirve, otra la pipa,
Otra peina su barba y la perfuma,
Otra á agitar el viento se anticipa
Si el calor ó algun tábano le abruma;
Y todas al antojo, á la chiripa
Son en aquella impura mescolanza
Deudoras de una efímera privanza.
Ni apenas desarruga el ceño torvo
En pro de la hermosura preferida;
Como quien dice: « de entre tanto estorbo
Hoy sola tú en mi gracia hallas guarida;
Y cuando puedo de mi alfanje corvo
Víctima hacer tu miserable vida,
De tu amor son mis brazos recompensa.
Bendice ¡esclava! mi bondad inmensa. »
Alguna habrá que el prepotente labio
Mas aborrezca cuanto mas sonria;
A alguna que agradezca á su astrolabio
Entre tantos de horror un fausto dia;
Mas ora tal favor repute agravio,
Ora con él su vanidad se engria,
No impune ha de gozar del privilegio,
Que en odio la tendrá todo el colegio.
Que, por mas que repugnen las caricias
De importuno amador rústico ó necio,
Si yerto el corazon no pide albricias
De triunfos que no anhela, harto mas recio
Que brindarle con fiestas y delicias,
Harto mas rudo golpe es el desprecio
A una mujer sensible, y mas á aquella
Que empadronada ha sido como bella.
Por dicha el beso y el desden alternos
Sus varias sensaciones neutralizan.
A á fuerza de veranos y de inviernos
Ó sus almas al fin se metalizan,
Ó acaban por formar vínculos tiernos
Las que en el noviciado se hostilizan;
Que es muy grande el poder de la costumbre
Y nadie muere ya de pesadumbre.
Gozosas cacarean las gallinas
Con un solo marido entre la parva,
Que tal vez galantea á las vecinas
Despues que en su corral triunfa y escarba.
Tal suerte os cabe, hermosas concubinas.
¡Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,
No hay diferencia entre el Sultan y el gallo
Y quien dice corral dice Serrallo.
Ni es mucho que á la impúbera rapaza,
Que aun de amor no sintió la flecha aguda
Cuando se vió vendida en una plaza,
Mas amable parezca y menos ruda
Que su avarienta abominable raza
La que de tosca jerga la desnuda
Y de seda la viste y de brocado
Y con perlas guarnece su tocado.
¿Qué portento si, mansa á quien la halaga,
Herido del amor late su seno?
De patria impía la memoria vaga
¿Será triaca al plácido veneno?
Si los suyos le dan tan mala paga
Y hace Édem su prision el Sarraceno,
Y si al fin el mandato es dulce y grato,
¿Qué mucho que obedezca su mandato?
El de infelice sierva adocenada
Puede hacerla sultana favorita.
Hoy la que ayer salía de la nada
Cuanto cumple á su gusto facilita;
Hoy al solo fulgor de su mirada
Tiemblan el babilon y el troglodita
Mientras muere quizá de hambre y cansancio
El padre atroz que la vendió á Bizancio.
Ni tanto es menester para que adore
Tarde ó temprano á su señor y amante:
Basta que en sus entrañas atesore,
Trasunto de papá, cándido infante
Que crezca y se rebulla y nazca y llore
Y pida teta ó que el ro-ró le cante,
Y ora su labio angélico sonria
Ora charle en donosa algarabía.
Que no hay pasion que el ánima trasporte
Como el materno amor, ni amarga pena
Que bálsamo tan dulce no conforte;
Y aunque, por culpa suya ó por la agena,
Muchas hay que aborrecen al Consorte
Con quien el sí nupcial las encadena,
Ninguna madre en corte ni en cortijo
Deja de amar al *padre* de su hijo.
Madre ó no madre, en tanto, la odalisca,
Que asegurada tiene la pitanza,
Transige con su estrella, y rie y trisca,
O toma el freno en celestial holganza;
O juega, ora al bisbis, ora á la brisca;
O pone faltas á la que entra en danza;
O del bajá se mofa y del eunuco
Saboreando golosa un almendruco.
Pero esto no del monstruo disminuye
La horrible iniquidad, la torpe infamia,
Que á la inocente niña prostituye
Y de angel puro la convierte en lámina,
Y con su propia sangre contribuye
De un alarbe á la inmunda poligamia.
¡Fuego de Dios en él!, que no en la moza,
Ni en el que la ha comprado si la goza.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Púlpito de la mezquita de Barkauk, en el Cairo.

Dos minaretes de elegantes proporciones y de tres filas de galerias, se elevan en el frente del edificio.

Aunque en buen estado todavia, esta mezquita se halla hace bastante tiempo abandonada por falta de medios para su conservacion. Un portero es su único guardian, y no se suplen siquiera los gastos mas necesarios cuando no produce para ellos la generosidad de los peregrinos y de los viageros.

SANTO DOMINGO EL REAL.

Descripcion.

Las casi continuas reparaciones y modificaciones que en este real monasterio se han hecho, si bien prueban la generosa piedad de nuestros monarcas, acreditan igualmente que los maestros encargados de la direccion de aquellas, eran hombres sin gusto ni talento. Ejemplo de ello es la iglesia cuya capilla mayor bastaron dos reedificaciones para despojarla del mucho interes que á los ojos de las personas versadas en la historia y amantes de las artes, ofrecia. Embozada á cons-

truir por Alfonso XI, y terminada (1) por la esclarecida y virtuosísima priora Doña Constanza, veíase enriquecida con los dos primorosos mausoleos de D. Pedro *el Cruel* y su hijo D. Juan. Ennoblecíanla asimismo diferentes inscripciones que inserta, Gratia Dei, en la historia manuscrita de D. Pedro I y sus descendientes del apellido Castilla.

Todo al fin, desapareció á manos de bárbaros operarios, como si tales objetos no pudiesen reponerse en los nuevos edificios.

Consta al presente la iglesia, de una clara y algun tanto espaciosa nave, con otra lateral en el lado del Evangelio, y tres capillas en el de la Epístola. Elévase en la capilla mayor un bello retablo construido por los años de 1613. Espresada la época, ya se deja conocer el estilo á que pertenece, que es el greco-romano depurado. Compónese principalmente de tres cuerpos; el primero sienta en un zócalo, y tiene tres intercolumnios, otros tantos hay en el segundo, y uno solo en el tercero. Decoran los tres indicados cuerpos, columnas entregadas de órden Corintio, con basas y capiteles dorados. Los fustes de las columnas, los cornisamentos, y otros miembros han sido pintados hace pocos años, imitando mármoles, pues eran dorados todos. En los nichos de los intercolumnios hay varias efigies razonablemente ejecutadas; y á los lados del último cuerpo, agujas ú obeliscos, segun costumbre de aquella época, de la cual no queda en Madrid mas retablo que éste; por lo que su pérdida seria lamentable.

Ocupa el centro del primer cuerpo un gran cuadro, que en tiempo del erudito Ponz estaba en un poste entre las capillas. Representa en la parte superior nuestra Señora del Rosario, y en la inferior san Pio V y santo Domingo postrados de rodillas ante la Señora. Esta hermosa pintura, cuyas figuras son mayores que el natural, se atribuye á Cárlos Marati, célebre pintor italiano, aunque no faltan datos para creer que solamente la terminó, habiéndola empezado Andrés Procacini.

Pasando á las capillas se halla bastante que observar en materia de pintura. Ostenta la segunda en el intercolumnio del retablo, una Sacra Familia con el Padre Eterno y el Espíritu Santo en lo alto rodeados de ángeles. Por bajo de este lienzo se ven las tres pinturas siguientes: 1.ª san Agustin: en el fondo hay dos pasages de su vida; 2.ª la Adoracion de los Magos, y 3.ª san Gregorio Magno, y á su izquierda en lontananza una procesion ó letanía con la imájen de nuestra Señora de Guadalupe.

El cuadro del ático espresa la Anunciacion ejecutada como los cuatro referidos asuntos, por el famoso pintor madrileño Eugenio Caxés. Las columnas de este altar tienen labrados los tercios inferiores.

No es menos rica en pinturas la siguiente capilla cuyo retablo se compone de un basamento de mármoles sencillo y de buena forma, en el que sientan cuatro columnas entregadas con las canales ó estrías en espiral, y el correspondiente cornisamento. Llena el intercolumnio central una adoracion de los Reyes, y los laterales san Bartolomé y san Mateo, figuras todas del natural. Cinco pequeños cuadros hay en el basamento colocados por este órden: 1.º el sacrificio de Isaac; 2.º Jesucristo en traje de hortelano se aparece á la Magdalena, que le pregunta por el cuerpo de su Maestro; 3.º una Sacra con las palabras de la consagracion escritas en una tarjeta, que sostienen dos ánjeles mancebos, y cobija un pabellon descubierto por dos ánjeles niños; 4.º nuestro Señor disfrazado de caminante se dirige en compañía de dos discípulos al castillo de Emaus; 5.º Abraham postrado ante los tres ánjeles.

Todas estas gallardas pinturas, la Encarnacion del coronamiento y los dos martirios que se obserban debajo de los arquitraves son obra del célebre Vicente Carducci quien hizo igualmente el cuadro de la Concepcion, con varios ángeles alrededor y un grupo de figuras de medio cuerpo en la base, el padre eterno del remate y las dos pequeñas pinturas del mismo altar de la Concepcion. Ultimamente obra del citado Carducci es tambien el cuadro que hay encima del retablo de la Soledad cuyo asunto es la entrega de un lienzo con la imágen de santo Domingo de Guzman hecha por la Vírgen acompañada de santa Catalina v. y m. y santa María Magdalena á un religioso del convento de Soriano en Italia.

Al espresar este pasage todos los pintores de que tenemos noticia han faltado á la exactitud, pues segun la historia que de la nombrada imágen de Soriano escribió Silvestro Frangipane y tradujo al castellano Vicente Gomez la pintura no se desarrolló hasta que fué entregada al superior del convento cuando ya habian desaparecido las señoras que la trajeron: lo mismo dicen los Bolandos en el tomo I de Agosto, pág. 538.

Es la capilla en que está dicho cuadro de buena arquitectura, al parecer del tiempo de Felipe IV. Decóranla pilastras dóricas y triglifos en el cornisamento que es de poco vuelo y muy ajustado á la severidad clásica. Las hornacinas, pechinas y cascaron acompañan á lo demas. Por último debe ser mencionado el cuadro que está sobre el comulgatorio en una decoracion de perspectiva terminada por un frontispicio con las armas reales.

Hemos indicado 23 cuadros de mérito que el público vé diariamente: cuando por desgracia desaparezcan de los lugares que ocupan, y para los cuales fueron espresamente ejecutados, tomando en cuenta las luces, los accesorios etc., ¿á dónde irán á parar? Es claro: á donde han ido los infinitos que adornaban los templos hasta que por las vicisitudes del presente siglo faltaron de los sitios en que podian ser vistos y estudiados por los inteligentes (1).

Apresurémonos por tanto á dejar una exacta noticia de las obras que nos legaron nuestros mayores para que vea la posteridad hasta qué punto llegó la riqueza que poseiamos.

En el friso del cornisamento por todo el contorno del templo hay una inscripcion que espresa varias épocas notables de la historia de este monasterio, no muy exactas algunas, como la de la traslacion de los huesos del rey don Pedro.

Es el titular de esta iglesia y casa el patriarca Sto. Domingo de Guzman, habiéndole sustituido las religiosas á Sto. Domingo de Silos cuando la iglesia autorizó su culto.

Dá ingreso á la descrita iglesia un pórtico de granito, compuesto de tres ingresos cerrados por arcos de medio punto con pilastras dóricas entremedias y el correspondiente cornisamento. Fué construido por Carlos III en 1788, habiéndose demolido al efecto el que describe Ponz, labrado en 1539 segun el estilo del renacimiento.

Coro.

Uno de los objetos mas notables que en los templos de Madrid existen es sin duda el soberbio coro (2) del insigne monasterio que vamos describiendo. Su construccion data de la segunda mitad del siglo XVI, mas habiendo sido reparado y adornado posteriormente, ha perdido en su ornamentacion la severidad clásica propia del tiempo en que fué erigido. Segun hemos dicho en la reseña histórica, por haber estado cinco años en depósito el cadáver del príncipe don Cárlos en el antiguo coro, Felipe II costeó el actual. Hizose con diseños y bajo la direccion del célebre Juan de Herrera, circunstancias que si no constasen por fidedignos datos que se han tenido presentes, bastarian para darlas á conocer, á pesar de las indicadas reparaciones, la estructura y escelente disposicion general de tan magnífica pieza y la ordenacion del fajado que decora sus muros y bóveda.

Al nivel de la iglesia, dando frente al retablo mayor, y separado de aquella por una pared, se halla este regio coro cuya planta es un paralelógramo rectángulo con cien pies de longitud (3) en direccion de Nord-Este á Sud-Oeste y treinta y dos de latitud. Constituyen la decoracion del alzado diez y ocho fajas resaltadas, sobre las que corre el cornisamento con cartelas, llenando los entrepaños diez y seis frescos que representan los asuntos siguientes, enumerados, no en clase de misterios, porque el primero no lo es, sino como aquí les corresponde: *Banda de la izquierda*: 1.º Sto. Domingo recibe el Rosario de manos de Nuestra Señora; 2.º la Encarnacion; 3.º la Visitacion; 4.º el Nacimiento; 5.º la Purificacion; 6.º el Niño hallado en el templo; 7.º Nuestro Señor en el huerto de las Olivas. *Testero*: 8.º los Azotes; 9.º el Ecce-Homo. *Banda de la derecha*: 10.º la Cruz á cuestas; 11.º el Calvario; 12.º la Resurreccion; 13.º la Ascension; 14.º la venida del Espíritu Santo; 15.º la Asuncion, y 16.º la Coronacion de Nuestra Señora. Estas pinturas tienen marcos de grotescos. Aunque en todas ellas se vé el mal gusto de principios del siglo XVIII, hacen sin embargo su efecto, notándose que las cinco últimas que espresan los misterios gloriosos, muestran mas severidad y son de otra mano que las restantes.

Corona y cubre este sagrado recinto una vasta y alta bóveda que arranca de un sotabanco, se eleva 48 pies sobre el pavimento y está profusamente adornada con fajas, querubines, grotescos, moldurage, adornos de talla dorados, etc, formando un conjunto armonioso y rico. En los rehundidos de las fajas, en las guirnaldas que los cubren, y en otros detalles se manifiesta el corrompido gusto del tiempo de Felipe V; pero sin causar confusion, ni impedir que se trasluzca la

(1) En 20 de octubre de 1441

(1) Muchas personas no conocen la inmensa diferencia que hay entre los cuadros del Museo del Prado y los del Nacional: por el distinto objeto conque fueron hechos unos y otros.

(2) La hermosa perspectiva que vá al frente de esta memoria, ha sido grabada por el hábil don Manuel de Burgos, habiéndola tomado con mucha facilidad y destreza en poco mas de una hora don Francisco Tomé, quien para sacarla se colocó en el interior muy cerca de la reja que está inmediata al púlpito desde donde el público puede reconocer cómodamente y por completo el suntuoso coro. Aconsejamos a las personas curiosas que vayan á verle.

(3) El coro del Escorial no pasa de 96 pies de fondo.

severa decoracion primitiva, que pertenecia, como queda referido, á la segunda mitad del siglo XVI, y desgraciadamente fué alterada.

Seis ventanas oportuna y simétricamente distribuidas, ocupan otros tantos lunetos, y en los restantes hay pintados al fresco santos y santas de la órden de santo Domingo: son de cuerpo entero, mayores que el natural y de buena ejecucion, atendida la época de completa decadencia á que pertenecen.

Una gran ventana de vano rectangular interrumpe el cornisamento en el testero, é ilumina mucha parte del coro, que asi por esta como por las mencionadas ventanas de los lunetos, recibe toda la luz que un departamento de esta clase y de tales dimensiones necesita.

Es digna de especial mencion una imágen de Nuestra Señora con varios ánjeles que ocupa un nicho en el testero debajo de la ventana. La materia es mármol blanco, y por su forma se conoce que fué labrada á principios del siglo XVII.

Réstanos hablar de la bonita silleria (1) hecha en el reinado de Felipe III, la cual, á pesar de tener 25 sillas en cada lado, no puede llenar el espacioso coro, y constituye un departamento en el centro; volviendo con su correspondiente reclinatorio por una y otra banda sin llegar al testero.

Cada silla forma una hornacina de planta cuadrangular con un cascaron en el cerramiento, y por el frente un arco de medio punto, que sienta en columnas dóricas, muy delgadas para las proporciones del dórico. En un todo corresponden á las mismas las contrapilastras del fondo. Hasta la clave de los arcos hay seis pies de elevacion, contados desde la linea horizontal que se imagina de una á otra basa de las columnas, las cuales figuran estar acanaladas ó istriadas por medio de embutidos de buenas maderas. Trazan estos igualmente los compartimientos de los cascaroncitos y los adornos de los tableros en los respaldos, labrados unos y otros con esmero. Termina el todo un coronamiento calado que corre sobre la cornisa general y está interrumpido por agujas ú obeliscos, en medio de los cuales campea el escudo de Santo Domingo. Vista desde la iglesia hace muy buen efecto la mencionada silleria.

Entre la misma y el testero queda un trecho que viene á ser el bajo coro con sus correspondientes sillas: en él, al frente de la entrada, y ocupando el lienzo de la pared se ven el baptisterio de los reyes, la estátua del rey don Pedro y el sepulcro de la priora doña Constanza. Por delante de la silleria cruza una grada de mármol, antes de llegar á la pared de la iglesia en la que hay dos grandes rejas, por donde las señoras religiosas pueden ver la capilla mayor y presenciar los oficios divinos. Aunque sirven de adorno y dan realce al todo, no hablamos de varios retablos, cuadros y otros objetos, porque artisticamente considerados nada tienen de particular. Si la vista de este hermoso coro es siempre grata, cuando la respetable comunidad aparece reunida, bajo su inmensa bóveda, entonando las alabanzas del Altisimo, es verdaderamente admirable.

Pila bautismal de Santo Domingo.

Al visitar nuestros antiguos monasterios, tan ricos en artísticas bellezas como en recuerdos y monumentos históricos, siempre el hombre sensato y estudioso halla mucho que contemplar. Despues de haber examinado el ya descrito coro, llaman la atencion las curiosidades que tan magnifico local encierra, figurando como la primera de todas la veneranda pila en que fué bautizado Santo Domingo de Guzman, la cual sirve para administrar el sacramento del bautismo á los hijos de los reyes é infantes de Castilla.

Perteneció esta notable y sagrada pila desde época remota á la iglesia parroquial de San Sebastian de la villa de Caleruega, patria del espresado santo. Cuando tan esclarecido varon fué canonizado, empezó á ser mirada con particular veneracion, y Alfonso X la trasladó al monasterio de religiosas que fundó en el año de J. C. de 1266, sobre la misma area que ocupaba la casa nativa de aquel santo patriarca; habiendo mandado poner otra pila en la mencionada parroquia.

Ignoramos el nombre de la primera persona real que fué bautizada en ella, pues solo refieren las crónicas de la órden que se llevaba al punto en que habia de tener uso, y finalizada la ceremonia era, restituida al monasterio de Caleruega, de donde fué sacada en 1605 por última vez con motivo del nacimiento del príncipe don Felipe IV de este nombre entre los monarcas de España. La solemnidad con que se celebró el bautizo y la parte que tuvo en tan ostentoso acto la órden de predicadores constan por la curiosa relacion que nos legó la diligente pluma de Maluenda.

En el año de 1606 vino á Madrid la córte y por mandado de Felipe III se depositó la régia pila en el célebre monasterio que sigue poseyendo esta preciosa joya. Es de piedra blanca, de pequeñas dimensiones, se halla engastada en otra pila de plata con adornos dorados y se custodia en una caja de madera pintada, que tiene su correspondiente cubierta de damasco (1). El convento de Caleruega que miraba esta pila como un blason que le ennoblecia desde su origen, conservó un trozo de la misma, segun espresa Medrano por lo que se redujo al tamaño que hoy tiene.

Estátua del rey don Pedro.

La bellísima estátua de D. Pedro, una de las mejores que del siglo XV pueden hallarse, es de mármol blanco, mayor que el natural, y está de rodillas sobre un almohadon, con las manos juntas. Ostenta sobre la primorosa cota de malla, que por el cuello en la parte inferior se descubre, una lindisima sobrevesta labrada con tanto gusto y perfeccion, como el airoso manto que en el lado derecho deja descubierta la figura, y en el izquierdo cae por debajo del brazo formando varios y bien estudiados pliegues. Cubren los brazos y muslos, piezas de armadura, y en las manos tiene guantes. La cabeza erguida y el rostro de buenas formas, pero de aspecto severo, producen completa ilusion en el ánimo del observador; pues sin violencia, y aun podemos decir, sin que lo parezca, supo el artista dar á esta correcta figura el movimiento y espresion convenientes.

A la izquierda del monarca y sobre el cojin en que está arrodillado hay una cabeza que sin duda representa la del diácono que el mismo D. Pedro asesinó en S. Clemente de Sevilla. Es de igual materia y estilo que la del rey. A no ser por ambas cabezas se dudaria mucho que la escultura de que tratamos fuese obra de mediados del siglo XV. ¡Tanta es su perfeccion! ¡Tanto el primor con que se halla ejecutada!

Ha perdido, sin embargo, este notable objeto artistico gran parte de su efecto. Las labores adamascadas de la que en nuestro concepto es sobrevesta y las flores del primoroso manto resplandecian con oro y azul, matices que harian resaltar los contornos de aquellas maravillosamente.

Una corona de metal ceñia la régia cabeza que conservando en el rostro la huella del cincel, segun practicaban con acierto los escultores del siglo XV, contrastaba con el dorado de la diadema, que pereció, y el bruñido de los ropajes y cota que aun subsiste. Ademas de la total desaparicion de tan interesantes accesorios, hay que lamentar la completa mutilacion de las piernas, la de parte de la nariz y la de casi todas las falanges de los dedos.

Estas últimas y la nariz han sido restauradas; en lo que no se ha procedido con acierto, pues cuando no se pueden reponer los mismos fragmentos que se desprendieron de una escultura, mejor es que siga mutilada, porque en tal caso restaurar es alterar.

Hállase al presente colocada con mucha decencia la referida estátua en el coro, entre el sepulcro de doña Constanza y la pila bautismal de las personas reales. Son varias las láminas que de aquella se han publicado.

La empresa del *Semanario Pintoresco* puso una en 1846 al frente del número 38. Bien sea porque el sitio en que á la sazon habia que sacar el dibujo careciese de luz, ó bien por cualquiera otra causa, no corresponde á los generosos esfuerzos de la empresa de este periódico la indicada lámina, y por ella poca idea se puede tomar del original.

En peor caso se halla la que hay al frente de la crónica de don Pedro, y fué dibujada por A. Carnicero en 1779. Aunque en el prólogo se espresa que copió exactamente las facciones y traje, no fue asi particularmente en cuanto al traje, y es lástima, porque el grabado es bueno.

Aventaja á las espresadas láminas la que han dado á luz los señores Gaspar y Roig en su esmerada edicion de la historia de España del P. Mariana, tom. II, pág. 248.

Si bien reducida al busto, desfigurado por cierto con una corona de capricho, merece atencion la estampa que ha publicado en Paris, al frente de la historia de don Pedro, Mr. Mérimée, pues en ella está la cabeza bastante caracterizada.

En todo tiempo se ha considerado el rostro de esta célebre estátua como el retrato mas exacto de don Pedro el Cruel, habiendo sido preferido en el pasado siglo por el señor Llaguno, cuyo voto es de mucha importancia en la materia, á dos copias remitidas de Sevilla, sacada la una de la série de retratos colocada en un friso del Alcázar que don Pedro terminó, y la otra del conocido busto de la calle del Candilejo, el cual fué labrado en el siglo XVII, reproduciendo fielmente la cabeza que habia en el mismo sitio y era del tiempo del rey don Pedro, segun refiere Zúñiga en sus Anales eclesiásticos y seculares.

(1) Durante la dominacion francesa, el gobierno intruso regaló esta silleria á una iglesia catedral; pero no se llevó á cabo la proyectada traslacion porque es imposible desarmarla sin destruirla á causa de sus muchos embutidos.

(1) Todos los años se expone al público en la iglesia el dia 4 de agosto.

En 1844 sacó un exacto dibujo del citado busto de la calle del Candilejo, el muy apreciable señor don Gaspar Sensi, quien ha tenido la bondad de ponerlo á nuestra disposicion; y cotejándolo con la estátua de que hablamos y con un vaciado del rostro de Enrique II, se halla muchísima relacion entre las facciones de ambos simulacros del monarca y el de su hermano y competidor. El bulto de don Enrique, ejecutado por órden de su hijo Juan I, existe en la capilla de reyes nuevos en Toledo, y de él se sacó el vaciado de que nos hemos servido, merced á la fina atencion de su dueño el Sr. D. José Mendez, autor del interesante y con el tiempo famoso cuadro de la batalla de Nájera. Terminamos estas observaciones sobre la estátua del rey don Pedro, espresando que el trage es propio del siglo XIV, y presenta al rey vestido de completa gala.

(*Concluirá.*)

JOSÉ MARIA DE EGUREN.

DESAFIO CELEBRE.

La bárbara costumbre de querer probar con la lógica de una espada la razon que asiste á dos contendientes, es indudablemente heredada de los tiempos supersticiosos y bárbaros, siendo por lo tanto inconcebible como subsiste y aun se fomenta entre los hombres de nuestros dias. La época en que mas en boga estuvieron los desafios en España y aun en Europa, fué en el siglo XVI, pues algunas veces eran tolerados por la ley y patrocinados por la justicia. Hojeando algunos manuscritos de aquel tiempo, hemos hallado una relacion curiosísima de un desafio que fué celebrado en toda España por sus raros incidentes y estraño desenlace. Escrita por un testigo ocular, no queremos alterar una sola palabra del original, que ofrecemos hoy en nuestras columnas, seguros de que inspirará á todos el mismo interés que supo despertar en nosotros. Dice así:

«En la ciudad de Zamora acostumbran los caballeros hijos-dalgo della á juntarse en su ayuntamiento, que hacen en la Iglesia de Santa María la Nueva; y el general ayuntamiento se hace dia de los reyes, y estando ansi juntos este dia algunos caballeros de la dicha ciudad, entre otros estaban dos, entrambos vecinos y naturales della: el uno llamado Francisco de Monsalve, y el otro Diego de Mazariegos, entre los cuales habia parentesco. Francisco de Monsalve era viejo, de mas de 75 años, y por esto y por las enfermedades que suelen traer tantos años, habiéndole desamparado las fuerzas corporales, andaba arrimado á una caña. Diego de Mazariegos era mozo gallardo y en muy florecient edad, y uno de los mas bien dispuestos caballeros y mas bien recibidos hombres que ha engendrado España, y muy estimado y respetado por el valor de su persona, hombre muy principal, hijo segundo de la casa, y mayorazgo de los Guadalajaras, caballeros muy conocidos en aquella ciudad, ansi por su mucha y antigua nobleza, como por vivir á la sazon tres hermanos de mucho valor y fortaleza, y que en muchos trances la dieron bien á conocer, saliendo siempre con mucha honra y ventaja de muchos encuentros que tuvieron con la gente mas principal y de gran valor de aquella tierra.»

»Pues tratándose en este dicho ayuntamiento cierto negocio, cuya determinacion estaba en opiniones, y fundando cada cual la suya, quien mas la porfiaba era Diego de Mazariegos, y pareciéndole á Francisco de Monsalve que era bien oir los pareceres de otros mas antiguos en edad que él lo era, dijo hablando con Diego de Mazariegos: Señor sobrino, dejad hablar en ese negocio á los caballeros hijos-dalgo mas antiguos, que despues hablareis vos. Respondió á esto Diego de Mazariegos: Yo soy mas antiguo caballero hijo-dalgo que vos. Entonces dijo Francisco de Monsalve: reportaos, caballero, que yo no trato de la antigüedad de nobleza, que bien notoria es la mia, sino de la edad, que estan aquí muchos caballeros de mas edad que vos, y seria bien que todos oyésemos sus pareceres. A esto dijo Diego de Mazariegos: yo soy caballero, y mas antiguo hijo dalgo que vos; y no hay aquí quien lo sea mas que yo. Francisco de Monsalve respondió á esto: Vos mentís como mal caballero. Asió luego Diego de Mazariegos de la caña que llevaba en la mano Monsalve, y quitándosela le dió con ella dos ó tres golpes. Acertó esto á ser en tiempo y sazon que Monsalve se halló sin deudos ni amigos que volviesen por su honra, y Mazariegos con tantos valedores y parientes, que pudo a su salvo salirse del ayuntamiento y irse á su casa sin contratiempo alguno. Monsalve se fué tambien á la suya tan afligido y congojado de tan gran desventura, que del dolor de verse afrentado, se alteró de manera que, estando bueno y sin ningun accidente, le sobrevino una tan gran calentura, que della y de su gran congoja y ánsia entendió luego que su mal era mortal, y estando tan anciano y cercano á la muerte, acordó de escribir una carta á su hijo mayor llamado Diego, que despues fué caballero de la órden de Calatrava, y Maestre de Campo y Gobernador, hombre que ganó y defendió muchos castillos en servicio de la corona de España, y uno de los doce caballeros que habia escogido el caballero D. Cárlos para hacer batalla con otros doce, en cuya batalla se entendió se pusieron las pretensiones de los reyes sobre la paz de Italia; y aunque el dicho Diego de Monsalve tuvo los títulos referidos, fué siempre llamado por escelencia el capitan Monsalve, cuyas famosas hazañas y servicios se verán en la historia del emperador Cárlos V.

Estaba Diego de Monsalve á la sazon que sucedió lo arriba referido, en Grecia en la ciudad de Coron, que la acababan de ganar, siendo soldado aventajado del Maestre de Campo Rodrigo de Machicao, hombre insigne y de gran valor. Tenia por sus camaradas á Alvaro de Sosa, hermano de D. Pedro de Vivero, natural de Toro, y á Bernardo Sotelo, caballero del hábito de S. Juan, natural de Zamora, y á Alonso de Cisneros, de Benavente, hombres muy principales y de mucha virtud y valor en sus personas, delante de los cuales dieron la carta de su padre á Diego de Monsalve, que decia así. «Muy magnífico señor; anteayer, dia de los reyes, hubimos ciertas palabras el señor Diego de Mazariegos y yo, y á las que me dijo por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirle: tomóme un pedazo de una caña que yo traia en la mano, y dióme con ella de palos, que como me han desamparado las fuerzas corporales para resistir y satisfacer á tan gran insulto y deshonor, y me ha quedado solo la memoria de mi obligacion, me ha causado tal dolor que me quita muy apriesa la vida, y he querido dar cuenta de este miserable suceso á vuestra merced para solo suplicalle que de aquí adelante no se llame ni tenga por hijo mio, sino de Francisco de Monsalve mi señor y mi padre, que acabó su vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado que la naturaleza le ha quitado las fuerzas, y la fortuna, la honra, todo á un mismo tiempo, y olvidado de mis injurias por solo Dios: por el mismo suplico á vuestra merced que en este negocio no se hable ni trate mas que si no hubiera sucedido, que yo perdono al señor Diego de Mazariegos, porque Dios perdone mis muchos y grandes pecados. Fecha en Zamora á 7 de enero.»

»Con esta carta escribieron otras á Diego de Monsalve algunos deudos y amigos suyos, haciéndole saber como su padre habia fallecido tres dias despues del suceso, con gran dolor de sus pecados, habiendo recibido los sacramentos y perdonado sus injurias. Tuvieron sus deudos gran dolor de su muerte, y ansimismo toda la ciudad por haber sido uno de los mas valerosos y honrados caballeros della, y que mas lo habia procurado sustentar toda su vida.

»Cuando Diego de Monsalve recibió esta carta y la leyó, cayósele de la mano y juntamente cayó él de un gran desmayo sobre una cama que estaba en aquel aposento donde á la sazon estaba con sus camaradas; los cuales como vieron aquel espectáculo tan sin pensar, alzaron la carta del suelo y vieron el miserable suceso que contenia y leyeron las que venian para ellos, en que les daban larga cuenta del caso y la ocasion de donde nació; y habiendo platicado gran rato los tres sobre lo que se debia hacer, acudieron á consolar y animar al amigo que todavia estaba desmayado y habláronle desta manera: «Señor Diego de Monsalve, cualquier sentimiento que hayais mostrado á tan gran dolor es muy disculpable y justo, mas ya es tiempo de mostrar vuestro gran corazon y valeroso ánimo y de levantar el pensamiento á la venganza de tan gran sin razon, y esperamos en vuestro valor que esta será tan aventajada cual pide tamaño esceso para que en todo el mundo sea conocido vuestro nombre. Bien sabeis que en este saco de Coron hemos ganado ocho mil ducados: creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, y habiendo vivido pobres y con muchos trabajos toda la vida, y que debe de permitir que con ellos y el mucho valor de vuestra persona se restaure la honra de vuestro honrado y viejo padre. La parte que á nosotros toca de esos ducados todos los entregamos y donamos para que dellos y de nuestras personas dispongais á toda vuestra voluntad y os prometemos y hacemos pleito homenaje como caballeros hijos-dalgo, de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfaccion vuestra recupereis la honra de vuestro padre y juntamente hacemos juramento de que si dentro de dos años no la satisfaceis á toda vuestra honra y poder, que os hemos nosotros de quitar la vida. Dicho esto, los unos en las manos de los otros juraron con mucha solemnidad. Quedó muy agradecido Diego de Monsalve del ofrecimiento de sus camaradas, y queriendo dar luego principio á su intento se retiró á su cámara sin quererse dejar ver de ninguno de sus amigos ni de todos los españoles que habia en el campo, que todos llegaban á ofrecerle sus personas y haciendas. Monsalve desde su retiro envió á sus tres camaradas á dar cuenta del caso al maestre de campo Machicao, y á pedir licencia para venir á España, la que él dió diciendo que le pesaba mucho no poderles acompañar en tan justa demanda por estar aquel ejército á su cargo, y habiendo visitado á Monsalve le hizo grandes ofrecimientos y le embarcó con sus tres camaradas, y habiendo llegado á España

escribió Monsalve una carta á Mazariegos y se la envió con Juan de Monsalve su hermano, y la carta decia de este modo:

«Muy magnífico señor.—En Coron de Grecia me dieron aviso y supe la diferencia que vuestra merced tuvo con Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre, y porque como vuestra merced vió él estaba tan impedido y acabado que apenas podia sustentar su cansado y flaco cuerpo, sino es arrimado á una caña, que vuestra merced tomó por instrumento de tan miserable suceso, he venido yo desde la Grecia á que vuestra merced entienda, que siendo quien es no podia dejar de mostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrevimiento como vuestra merced usó con él, y no pudiéndose averiguar este negocio sino es entre la persona de vuestra merced y la mia, le suplico me haga la merced que nos veamos en una isla que hace el Duero entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando vuestra merced el dia en que piense hacerme esta honra; y si vuestra merced quisiere traer consigo unos dos ó tres caballeros, podrá escogerlos, pues hasta este número vienen conmigo y pasarán á la isla tantos como vuestra merced señale, pues me acompañan los señores Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, que bien conoce vuestra merced y sabe quien son; y si otro sitio ó armas le pareciere á vuestra merced mas á propósito, lo podrá escoger como fuere servido; y la respuesta podrá vuestra merced dar al señor Cisneros de Sotelo, vecino de esa ciudad, que yo cumpliré lo que por él vuestra merced me mandare.»

Estaba Diego de Mazariegos muy descuidado cuando recibió esta carta, de que Diego de Monsalve estuviera en España, ni aun viviese en el mundo, y asi recibió notable alteracion con ella y fué tan grande que lo echó de ver Alonso Gonzalez de Guadalajara, su hermano mayor, y otros caballeros que estaban presentes cuando se la dieron; y aunque los dos hermanos se preparaban como caballeros á dar la respuesta, queriendo acudir á su deber los que alli se hallaban, dieron noticia del caso al corregidor para que lo remediase sin consentir que viniese en rompimiento este negocio como se pensaba vendria; y por este aviso comenzó á tener diferente espediente del que al principio se esperaba, y para apaciguallo se comenzó con gran cuidado y diligencias de la justicia á averiguar el paradero de Monsalve y sus camaradas, saliendo con mano armada por los lugares comarcanos donde se entendia estaba esperando la respuesta de Mazariegos; y aunque no fuera muy fácil cosa prendelle, era tanto el cuidado que se ponia en ello que un dia ú otro no podia menos sino que le cogiesen descuidado ó durmiendo, pero salvaba bien el cuerpo, valiéndole el ser emparentado con la mas principal gente de Zamora, que por horas le daban aviso con grande recato y secreto de todo lo que pasaba, y con estos avisos guardaban los camaradas sus personas y las ponian en cobro andando siempre cerca de la ciudad sin estar quedo en un lugar; y visto por Monsalve que á cabo de muchos dias no habia respondido á su demanda Diego de Mazariegos, como se lo pedia y debia á quien era, sino que antes andaba haciendo diligencias por prenderle, acordó de poner en los lugares públicos de Zamora los carteles siguientes.

(*Concluirá.*)

UNA NOCHE DE MASCARAS EN VILLA-HERMOSA.

Todo el mundo es mascaras: todo el año es carnaval.
FIGARO.

Yo he traido al mundo, entre otros mil alifafes, una aficion tan bien puesta, un gusto tan marcado y un entusiasmo tan decidido por esto que se llama máscara y broma, que hay quien dice que he nacido provisto de careta, á semejanza de aquel dios famoso que salió á luz armado de punta en blanco. Lo cierto es que desde el miércoles de ceniza hasta el domingo de sexagésima me acompaña una melancolia tan profunda y un desasosiego tal, que diera algo de bueno por pasar durmiendo ese prosáico y monótono intermedio. Hechas estas esplicaciones, no es dificil conocer el júbilo y el alborozo que retozarán en todo mi cuerpo hoy que los suntuosos salones de Villahermosa abren sus puertas de par en par á la sociedad carnavalesca y mascarera de esta muy heróica villa.

Son las diez de la noche y estoy disfrazado ya con un trage de *bobo*, papel que me gusta siempre representar, y que mas de cuatro representan contra su gusto. ¡Qué lentas pasan las horas!.... ¡las once! Abriré un libro para distraer mi inquieta imaginacion; pero mi cabeza vacila sobre la mesa y en blando y oscilatorio movimiento viene á caer sobre las hojas. No temo que el sueño embargue mucho tiempo mis sentidos, porque pasados algunos minutos me dirijo al salon, norte de mis ilusiones, centro de gravedad de todas mis esperanzas. ¡Ya soy feliz! el carruage que me conduce rueda muellemente; al resplandor del gas veo los edificios y las calles desaparecer con celeridad increible: el viento trae á mis oidos la fluctuante vibracion de un lejano concierto: ya piso el dintel y gratas ánsias oprimen mi corazon: apresuro el paso y.... ¡fatal peripecia! el ridiculo y estravagante espectáculo de cien arlequines es el primer cuadro que hiere mi afanosa vista. Esta es una comparsa, dige para mi: sigamos adelante. Otros cien y otros cien arlequines me salen al paso, ¿qué es esto? *¿Ubinam gentium sumus?* Adelante, volví á esclamar tenazmente, como el quimico á quien no detiene la inutilidad de los primeros ensayos, cuando busca un elemento nuevo. Vanos esfuerzos! estoy rodeado por una turba de payasos: unos empiezan á soltar carcajadas homéricas, otros á llorar, otros á cantar y todos á ponerse de palabras y obras como nuevos. ¡Victoria! gritan estos: ¡guerra! aquellos: ¡paz! los de aqui: ¡anarquia! los de allá; y sin suspender su infernal clamoreo se mezclan y barajan y enredan y confunden. Estos son los obreros de la torre de Babel, grité escandalizado: fuera, fuera de esta casa de locos.

—¡Detente! dice una voz penetrante que suena en el centro de mi cerebro, y una máscara sin máscara, cubierta de un denso é impenetrable velo asió mi brazo con mano vigorosa, y se crisparon mis nervios como si tocase el conductor de una máquina eléctrica.

—Déjame salir, le dige procurando desasirme; estos locos me ahogan con su algazara.

—¡Locos! ¿y tú qué eres mas que uno de tantos? y los que te rodean, ¿no son los que componen la gran familia española?

Estas palabras pronunciadas con una entonacion severa, me hicieron cerrar los ojos por no ver el espectáculo que ante mi tenia.

—No te avergüences, continuó, porque toda la Europa es una gran comparsa semejante á esta. Mira por alli la Francia haciendo el bobo, Portugal el oso, Asia figurando un rebaño, Africa tendida perezosamente y America diciendo «hacer que hagamos.» Todos sois arlequines, las naciones y los hombres. La ciencia diplomática es tan falaz como el semblante del médico ante el enfermo, para hacerle creer una ciencia que no tiene; como el del abogado ante el cliente para inspirarle una confianza engañosa; como el de la muger ante su amante para mentirle una pasion que nunca sintió; como el del militar en el campo de batalla para aparentar un valor que le ha abandonado. ¡Y este mundo te espanta ahora! Eso es que una embriaguez crónica os impide conocer lo que os rodea. La miseria emborracha al pobre y le hace ver en el rico, orgullo, insensatez, soberbia: el oro embriaga al poderoso y le hace distinguir en el pobre, bajeza, servilismo é ingratitud.

—Vámonos de aqui, le interrumpi: esta anarquia me sofoca y tus palabras me lastiman.

—Si, vamos, contestó con acento amargo y sarcástico. Si quieres independencia la hallarás en Polonia, si quieres pan en Irlanda, si orden en la América del sur, si paz en las manadas del Czar.

—Entonces, murmuré, solo la razon.....

—La razon, replicó indignado: esa es la gran máscara de los siglos, de las generaciones, de los hombres. Abre los códigos del mundo, lee las historias de los pueblos y no verás absurdo que no haya sido sancionado, iniquidad que no haya sido erigida en dogma. La libre Grecia cazaba los esclavos, la ilustrada Roma prostituia las mugeres y tus antecesores multaban al señor y azotaban al siervo.

—¡Terrible verdad! esclamé melancolicamente, pero siempre hubo apóstoles de la inteligencia, que al través de la ignorancia de los siglos, proclamaron doctrinas luminosas para el bienestar de la humanidad.

—Tambien á mi quieres bromearme, respondió. Mira hácia aquel lado ¿ves? ese es el carro de la muerte de *Angelo el malo*, y los ridiculos farsantes que dentro de él van son los apóstoles de la inteligencia. Son los cómicos de la legua de las naciones. ellos se ensalzan á si mismos y se deprimen: unos se visten á cuenta de otros, y todos de prestado. Observa ese anciano con trage de mogiganga que toma la palabra acaloradamente y todos le gritan «¡absurdo! ¡absurdo!» Repara ese otro de ropa talar que quiere responder y le interrumpen «¡plagio! ¡plagio!» y á nadie le falta autoridad con que acotar sus razones. Los primeros citan á Ciceron: *Nihil tan absurdum excogitari potest, quod non sit dictum ab aliquo filosoforum;* los segundos traen á Lamartine: *Tout ce qu' on fait á été fait; tout ce qu' on dit á été dit.* ¿Y aun quieres mas algarabia? ¿aun deseas mas farsa?

—Para ti, esclamé irritado, la armonia de la ciencia..... Y el estruendo repentino de una música discorde, de una orquesta de aprendices de violin me obligó á llevar las manos á los oidos.

—Esa es, repuso soltando una estrepitosa carcajada, la armonia! Eclepticismo y misticismo, escepticismo y credulidad, materialistas y espiritualistas, homeópatas y alópatas. Bonald y Fourier, Guizot y Proudhon.

—Y ¿dónde dejas los genios, sobre cuyas cenizas graba cada generacion el homenage de su respeto?

—No los veo, prosiguió moviendo la cabeza á un lado y á otro.

¿Quién no se burla hoy de la filosofía de Aristóteles y Platon? ¿Quién no se rie de Prisuliano y Raimundo Lulio? ¿Quién no azotará mañana la memoria de Pierre Leroux y Luis Blanc, modernos alquimistas que tratan de hacer con la sociedad lo que hacian aquellos con el azufre y con el plomo?

—Pero los que pertenecen al elevado magisterio de las ciencias y de la literatura, Cervantes.... Homero...

—Calla imprudente. Este anduvo de puerta en puerta, mendigando un obolo, no para el poeta, sino para el ciego, y vosotros ya os atreveis á disputarle la propiedad de su gran libro. A Cervantes solo le conocia en España el carcelero de Valladolid, como el último dependiente de los proveedores de la armada de Sevilla, mientras que los moros, á quienes haciais guerra como á sectarios del error y de la ignorancia, rendian parias á su consideracion é importancia. Cuando vivia os pidió pan y lo dejasteis morir de hambre; y ahora que se rie de vuestras locuras alzais estátuas á su memoria. Oh! sin duda alguna! Estais amasados con el sucio barro de las injusticias y de las inconsecuencias.

—Déjame, hombre pesadilla, que vine á divertirme y no á escuchar el proceso de nuestras flaquezas. ¿No tienes una pluma y una imprenta para publicar á la faz del mundo lo que me dices?

—Y si lo hago ¿quién me leerá? y si me leen ¿quién no se reirá? ¿no se sabe hasta por los niños de la escuela que uno es el hombre que escribe y otro el que obra? ¿que puede tenerse un pensamiento de oro y un corazon de lodo? ¿que cuando uno está redactando un articulo de moral, tal vez discurre como alzarse con la fortuna de su vecino? Y si yo anatematizo la impudencia de la sociedad actual ¿no me citarán á Salustio, que reprendia las costumbres estragadas de Roma, cuando el pueblo le acusaba de concusionario espoliador en su gobierno de la Numidia? ¿No me recordarán á Bacon, al célebre filósofo y jurisconsulto, que nos ha dejado unidos á su nombre los robos que hizo en las arcas nacionales? Y aun cuando asi no sea, si anuncio una idea nueva, si formulo alguna teoria luminosa, si proclamo algun principio que cheque con las doctrinas generalmente admitidas, con las creencias sancionadas por el uso, con eso que llamais razon, el que mas me aprecie me leerá con desden, y los demas, sin dignarse oirme, empezarán por llamarme loco. ¿Que esperas tú de una sociedad que hizo arrancar á uno de los hombres mas eminentes de este siglo, la siguiente esclamacion. *Toutes les grandes pensées sont reçues en etrangéres dans ce monde?*

Horrible era el efecto que en mi producian estas palabras acompañadas de una entonacion severa. Yo no podia resistir por mas tiempo este angustioso tormento.

—¿Quién eres tú, mascara fatal, que chupas la sangre que da vida á mis ilusiones, que secas el pensil de mis esperanzas como la lava que el volcan arroja?

—Aun no me conoces miserable! Bien que á todos os sucede lo mismo. No es estraña tal torpeza en unos hombres que pintan al amor ciego, cuando debian pintarle con los ojos de Argos, que colocan en la mano de la justicia una balanza, en vez de una bolsa de plata, que enseñan la sabiduria con un libro abierto, cuando debian ponerselo cerrado y durmiendo sobre él; y que no le dan á la caridad por atributos el interés, la codicia, el egoismo!....

—Es la verdad!!!

—Al fin me has conocido!

—¡Como!

—Si! ya se que me conociste por casualidad; como me conoceis todos vosotros cuando llegais á conocerme.... por supuesto, al traves de la careta, por entre los pliegues del disfraz: como quien dice, á medias; como quien conoce que no se verá nunca sin mascarilla.

—¡La verdad!

—Si! la verdad soy yo, que vosotros pintais en caricatura llena de gloria y magestad. ¿Te parezco mas fea que el retrato?

—Es que.....

—No: no lo estraño; por eso me volveis las espaldas; por eso nadie me ha pedido aun para esposa. Quien sabe si estaré sentenciada á morir virgen!....

—¡Santo Dios!

—Por qué no, si todos me despreciais, me pisais, me cubris de fango. Todos huyen de mi, como si temieran que el contagio de la verdad, aniquilara al mundo presente. Por eso, por mas que digan, todos pasan á mi lado sin conocerme. Por eso bromeo impunemente á los tontos y á los discretos, á las mugeres y á los hombres, á los niños y á los viejos; por eso soy la angustiosa pesadulla de las generaciones presentes pasadas y....

—Pues ahora no te escaparás, porque te tengo entre mis brazos.

Y fué tal la fuerza con que los he estendido para cojer por la cintura á la mascara—verdad, y fué tan grande la conmocion que se apoderó de mi en el instante de pronunciar casi maquinalmente aquellas palabras, que senti abrirse mis ojos, levanté mi cabeza y conocí que acababa de despertar, habiéndome servido de almohada el voluminoso libro de las MISERIAS HUMANAS.

Con trabajo pude reponerme de las angustias que un sueño tan incómodo me hiciera padecer. Senti dar las dos; y aun era tan viva la impresion del baile que mi fantasía forjára, que todos mis deseos se desvanecieron, como por encanto, y apenas me encontré con ánimo para articular esta blasfemia social y este desengaño desesperante: *Todo el mundo es máscaras: todo el año es carnaval.*

A. ROMERO ORTIZ.



La suerte del veterano.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(*Continuacion.*)

II.

Prosiguió Alfonso su relacion diciendo: — Apenas me hallé instalado en la tertulia, entraron el paje y un lacayo con sendas pilas de platos, que repartieron entre los presentes: vinieron en seguida las tazillas de *cabello de ángel* y de membrillo; en pos de ellas el agua y los esponjados; y en fin, los pocillos de espumante chocolate, labrado, por supuesto, á brazo y en casa del mismo señor Regente. Despues este y otras personas machuchas se apoderaron del tresillo; dos graves magistrados del tablero de ajedrez; gran parte de las mamás, de los cartones de la lotería, y el grupo angélico, las señoritas, quiero decir, vigiladas por el ama de casa, se instalaron en el Bisbis, cuyas puestas no podian pasar de á ochavo. ¿Necesito decir á Vds. que me fui al Bisbis? Me parece inútil; pero dos ó tres veces que me atreví á fijar los ojos en una linda morena, que me pareció demasiado bien, reparé que todas las demas muchachas se miraban unas á otras, como burlándose de mí; y desconcertado, á fuer de novicio, me retiré á un sofá, donde habia ya otra persona que entró en la sala despues de concluido el refresco. Era la tal, un hombre de edad como de 30 años, y estatura mas bien alta que baja; sus formas, sin ser abultadas, anunciaban gran fuerza muscular; tenia, lo que se llama un aire elegante, maneras fáciles, rostro expresivo, bigotes castaños, ojos casi negros, traje de paisano, entonces á la moda, es decir, calzon de punto, bota de campana, corbata y chaleco blancos, frac ceniciento....

Don Diego. A lo Maiquez, ni mas ni menos.

Alfonso. Precisamente, señor don Diego. Parecióme bien el desconocido, y yo no debí de parecerle mal á él, pues apenas me hube sentado, cuando me dirigió la palabra, diciéndome: — ¿Parece que no le divierte á V. el Bisbis? — No mucho, — respondí. — Sin embargo, los jugadores merecen la pena de que se les mire. — ¡Como no tengo el honor de conocer aun á ninguna de esas señoritas!.... — ¡Buena dificultad, por Dios, para un capitan-paje! Con esa figura y los dos hombros ya cubiertos, puede V. estar seguro de que las niñas le recibirán bien, y de que las mamás harán la vista gorda, gracias á la viudedad. — ¡Cómo! ¿Cree V. que tan ruines motivos?. .. — Sí creo, viven los cielos, si creo. Trueque V. sus charreteras por unos cordones de cadete, y verá como, en primer lugar, tiene mas dificultades para penetrar hasta las doncellas, que para tomar una batería; y en segundo, como las dueñas vigilantes me le ponen de patitas en la calle apenas trasluzcan sus intenciones. — Triste cosa debe ser entonces la suerte de los subalternos. — No tal; ellos se ingenian, y nunca falta un roto para un descosido. — Bueno: es decir que las mamás atienden al interés, las muchachas al mérito.... — ¿Cuánto tiempo hace que salió V. de la casa de pajes? — Seis meses, caballero. — Ya se conoce. — No entiendo. — Quiero decir, que le falta á V. lo que le valiera mas no tener nunca: — ¿Y es? — La experiencia, esa implacable enemiga de las ilusiones, esa despiadada madre del desengaño. Goce V., goce ahora que es un niño....

Esa palabra fué para mí como el relámpago que en medio de las tinieblas orienta al extraviado viajero. Al decirme *niño*, comprendí que quien me hablaba con tal causticidad, no podia menos de ser el capitan Sotopardo; y haciéndome el irritado orgullo olvidar todas las leyes de la prudencia, exclamé: «*¡V. es sin duda don Cárlos el malo!*» Miróme de alto á bajo con indecible expresion de ira el hombre á quien insultaba, y en la agitacion de sus labios, en la contraccion de todos los músculos de su fisonomía, conocí que la cólera no le dejaba hablar. Pero aquello fué obra de un solo instante, y en seguida una sonrisa irónica, un aspecto mas de compasion que de desprecio, reemplazaron á la pasada furia — Sí, — me dijo por fin, — sí; soy ese don Cárlos.... Ya me han dicho que la mujer de Mendoza ha presentado á V. aquí, y por consiguiente nada extraño: mas tenga V. entendido que entre colegiales pueden pasar los apodos, señor mio; entre hombres.... Pero no: no quiero creer que V. haya tenido la intencion de ofenderme.» Diciendo así, y sin darme tiempo para responderle, levantóse de su asiento, me saludó, grave mas que cortés, y fuese tranquilamente á ver jugar al ajedrez.

El sentimiento de la grosería que acababa de cometer, pudo mas que el amor propio ofendido, y aunque resuelto á no dejar pasar así lo que mi vanidad llamaba insulto, no hallé fuerzas para replicar á mi enemigo. Pasé lo que de la noche quedaba hasta las once de ella harto aburrido, y vi llegar con placer aquel momento que invariablemente terminaba la tertulia, pero que no terminó por aquella noche mis disgustos. En efecto, al salir á la calle ofrecí el brazo á la bella Matilde, y no solo tuve la mortificacion de que lo rehusara con notable desabrimiento, sino además la de que, volviéndose hácia Sotopardo, que precisamente salia entonces del portal, me dijese en alta voz: No se moleste V. en acompañarme, ya va mi marido que es lo que basta: el señor (señalando á don Cárlos), con quien ya parece que ha trabado V. amistad, podrá enseñarle el camino de su casa. — Complacer á V., señora, — contestó socarronamente Sotopardo, — es siempre una satisfaccion para mí. Si este caballero gusta, yo puedo servirle de guia, porque sé muy bien el terreno que piso. — Mil gracias: buenas noches, señores: vamos Mendoza, — replicó la bella Matilde. Y véanme Vds. á las once de la noche en un pueblo á donde apenas hacia treinta horas que me hallaba, sin mas compañía que la de un hombre, con quien ya habia tenido un altercado y pensaba batirme. No tuve, sin embargo, tiempo para hacer largas reflexiones; pues don Cárlos, llegándoseme, como si nada hubiera mediado entre nosotros, me preguntó: — ¿Dónde vive V. compañero? — En la fonda del Aguila verde, — contesté como si respondiera á un interrogatorio judicial. Conoció sin duda Sotopardo que mi ánimo era el de no trabar conversacion, pues sin decir mas palabra echó á andar, y yo trás él, hasta que al cabo de unos diez minutos llegamos á mi posada.

— Esta es la fonda, — me dijo entonces; y llamando á la puerta entró el primero así que nos la abrieron. Al llegar al número 7, del piso principal, añadió: — Y este mi cuarto, Buenas noches.

— Ya me tienen Vds. durmiendo bajo el mismo techo que aquel hombre, y resuelto á pedirle satisfaccion porque me habia llamado niño, cosa que sin embargo era verdad evidente y no para tenida por insulto. Consuélame de mi estravagancia que participan de ella cuantos hombres se hallan en la misma posicion que yo entonces, y es preciso no olvidarse de que el duelo debia ser entonces para mí un medio de probar que no era indigno de mis charreteras. Nada me diga V., señor don Antonio; en teoría opino como V., y en la práctica obraré siempre como militar, y pensé entonces como soldado bisoño, mas ganoso de acreditar su valor, que atento á adquirir fama de prudente. Sin embargo, cuando á la mañana siguiente pude desembarazarme del sargento primero de mi compañía, pregunté si don Cárlos se hallaba en su cuarto, y respondiéronme que habia montado á caballo muy temprano. En el cuartel supe que habia salido destacado á uno de los pueblos de la provincia, para auxiliar á su corregidor no sé en qué difícil operacion. Quedó, pues, defraudada mi esperanza por entonces. Dos veces me presenté inútilmente en casa de Mendoza: la señora habia salido y su esposo, á quien tuve ocasion de ver en actos del servicio, me trató con mas cortesía que cordialidad. Inferí, no sin razon, que mi diálogo con Sotopardo era causa de aquella frialdad, y aprovechando en la tertulia un instante en que pude acercarme á la bella Matilde, se lo dige con todas sus letras. Un poco pareció sorprenderla mi inocente franqueza; pero recobrándose bien pronto, me respondió: — En efecto, ya dije á V. que jamás un amigo de don Cárlos podria serlo mio. — Pero señora, — repliqué, — entre ese caballero y yo no hay la menor amistad. — Sin embargo, al verse por primera vez pasaron Vds. una parte de la noche en una íntima conversacion, — repuso Matilde. Yo entonces, refiriendo así nuestro diálogo, como su término, rebatí enérgicamente el cargo que se me hacia. Debí de hacerlo bien, pues no solo recobré en el acto la antigua benevolencia de la mujer de Mendoza, sino que antes de salir de la tertulia vino este á suplicarme que al dia siguiente los acompañase á comer la sopa. Acepté la oferta, y desde entonces nuestra intimidad fué cada vez mayor. Matilde era una mujer que se aproximaba á los 30, bella, como he dicho, graciosa en estremo, y hábil por demás. Ahora creo que su corazon era insensible; entonces, imaginando que contenia inagotable manantial de ternura, concebí por ella una pasion violenta, de esas que deifican al objeto amado, de esas que consagran la vida á solo amar, que se alimentan de suspiros, que todo lo desean y nada piden, que miran como crímenes hasta las esperanzas, que no hablan y se revelan sin embargo á todos. Sí, señores; me enamoré de aquella mujer, y jamás de mis labios oyó por entonces una sola palabra que descubriese mi pasion; pero en cambio, mis ojos fijos siempre en ella, mis manos continuamente prontas á servirla, sus pensamientos adivinados, sus caprichos previstos, la mas leve de sus sonrisas agradecida como un favor soberano, el mas injusto de sus desdenes aceptado como merecido castigo, mi sumision ciega á su voluntad, en fin, la revelaron bien pronto el omnímodo poder que sobre mí ejercia. Viéranme Vds. mortificar al sastre para que me hiciese instantáneamente un frac verde botella, porque oí una noche á Matilde que aquel color la agradaba: perseguir

al zapatero para que convirtiese en lancetas los razonables cimientos que debo á la naturaleza, porque la señora de mis pensamientos alabó no sé cuando unos piés angostos; y emperifollarme con tanto esmero como novia de aldea, ¿para qué? para ir en los saraos á colocarme en el mas oscuro rincon, desde allí contemplar á mi sabor al ídolo de mi corazon, y bramar furioso cada una de las infinitas veces que galanes menos enamorados y mas atrevidos, por lo mismo, que yo, cautivaban la atencion de Matilde, y obtenian ya una palabra, ya una sonrisa, ya una mirada; mientras que el pobre novicio no osaba levantar los ojos á otras mujeres por no ofender ni mentalmente á su diosa.

¡Oh! ¡y cuántas veces en mi furor celoso acaricié convulsivamente el puño de la espada, y tuve tentaciones de atravesar con ella el pecho de mis inocentes verdugos! ¡Cuántas veces juré apartarme para siempre de la muger que, como tigre satisfecho, jugaba cruelmente con mi lacerado corazon! Pero una mirada afectuosa, una frase almibarada calmaban la ira, y, encendiendo mas que nunca la llama del amor, soldaban el eslabon de la cadena pronto á romperse. Dos cosas he visto ensalzadas en los poetas: la belleza de la aurora, y las delicias del primer amor. En cuanto á la primera, les deseo que la admiren todos los dias, durante seis meses seguidos al toque de Diana; por lo que respecta á la segunda, diré que dudo de que haya suplicio igual al que yo sufrí mientras duró mi pasion por Matilde.

Un concurso de circunstancias, que nada tenian de extraordinario al parecer, pero que en realidad hubieran debido llamar mi atencion, hizo que en mas de un año no se incorporase Sotopardo al regimiento. Los dos primeros meses de su ausencia los pasó en la comision del servicio de que ya he hablado; ocurrió entonces que hubo necesidad de reemplazar algunos caballos, y el coronel mandó á Sotopardo que pasara á Córdoba á comprarlos. Concluyóse la remonta y una real órden le llamó á Madrid para que allí se encargase de dirigir la construccion del nuevo vestuario y monturas para el regimiento. Es de advertir que jamás, hasta entonces, pasó Don Cárlos por oficial de nota como remontista, ni menos por afecto á comisiones en que á lo militar se mezcla lo mercantil. ¿Cómo, pues, llovian sobre él tales encargos? A su tiempo lo veremos: entre tanto voy á presentar á Vds. á un nuevo personage; al teniente coronel mayor de mi regimiento, hombre de cerca de cuarenta años, pero bien conservado, minucioso en el vestir, afectado en el lenguage, pedante escribiendo, y siempre lleno de orgullo; pero amigo íntimo y protector de Mendoza, á quien trajo consigo al cuerpo cuando de comandante de otro regimiento fué ascendido al nuestro. Llamábase Don Pedro de Almazan, fué á la ciudad donde estábamos de guarnicion un mes antes que yo; y, gracias sin duda á mis buenas relaciones con Mendoza, me trató siempre con mas afabilidad que á otros dispensaba. No habitaba en casa de Matilde, pero comia diariamente con los esposos, y se le consideraba como á miembro de la familia. Con la dama le ví siempre nimiamente ceremonioso, con el marido protector y afable.

En resúmen, Mendoza, bonachon y confiado; el teniente coronel vano y protector; Matilde hermosa y coqueta, y yo ridiculamente enamorado, pasábamos la vida juntos, sin mas intervalos que los que el servicio militar exigia, que á la verdad no eran pocos; pues ademas de las obligaciones de nuestros respectivos empleos, se nos encargaron, á Mendoza la música y almacen, y á mí la instrucion de quintos, tarea de las mas divertidas que imaginarse pueden. Bien es, que á la entrada de la primavera y para descanso, se me mandó salir á cuatro leguas de la ciudad, á dar forraje á los potros del regimiento durante un mes. Si alguno de Vds. tiene la idea de lo que la operacion del forraje es para el que la dirige, se figurará facilmente lo por mí pasaria cuando á la fastidiosa prolijidad de mi encargo se agregaban las penas de la ausencia.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

ERRATAS.

En el número anterior, pág. 51, columna 2, línea 19, dice: *las religiosas, faltando el voto de pobreza*, léase: *las religiosas, faltando al voto de pobreza.*

En la poesía del señor Breton de los Herreros, publicada en el numero anterior, en la primera octava, verso sesto, dice: *espúrea*, léase *espuria*; en la última octava, verso cuarto se lee *lamina*, entiendase *lamia*.

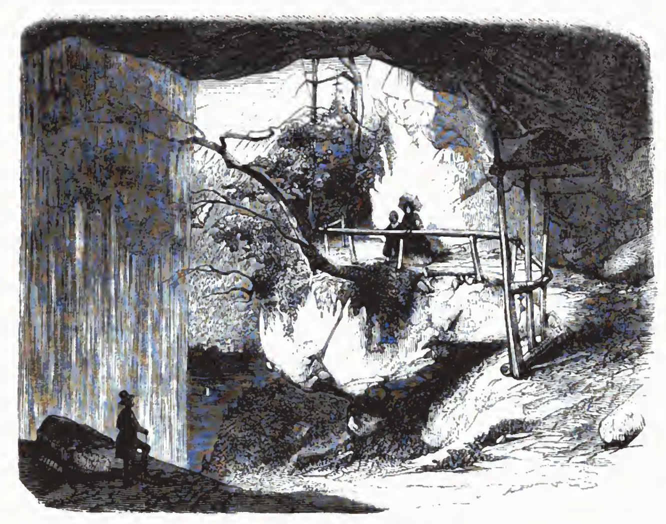
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. ANTERIOR.

El gallo y la margarita, se cuenta como una de las primeras entre las fábulas de Esopo.



Encuentro á la vuelta de una esquina, de un deudor con el autor de su gaban.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



La Cascada de Giessbach, en Suiza.

De todas las cascadas que hay en Suiza, ninguna es comparable á la de Giessbach. La de Reichenbach tiene aguas mas abundantes; la de Staulbach mas elevacion; la del Rhin es mas imponente y magestuosa: pero ninguna se arroja con tanta gracia, ni forma un cuadro tan pintoresco, tan grato á la vista del viagero. Desde una pradera situada enfrente de la cascada principal, se vé al torrente precipitarse entre la yerba, porque todo el terreno está tapizado de musgo y césped. Los árboles y los arbustos se inclinan sobre las espumosas aguas, y entonces parece que el Giessbach cae del cielo al través de la enramada del bosque. Poco despues el torrente agitado llega al término de su rápido curso, y se pierde en la tersa superficie del lago de Brienz. En uno de sus varios accidentes, la cascada de Giessbach se lanza desde la cresta de una roca saliente, y deja un hueco entre ella y la parte perpendicular del peñasco. Admirable es entonces el paisaje visto al través de aquella gasa transparente, y el aspecto de aquella masa de agua que se precipita con un ruido estrepitoso por encima de la cabeza del viagero admirado. Algunos estrangeros opulentos que han pasado por allí, han hecho iluminar el Giessbach. Por la noche se ponian hachas de viento y se encendian retamas entre la roca y la cascada, lo cual produce un efecto fantástico. Esto, sin embargo, ha ocasionado que las piedras se hayan ennegrecido con el humo y hayan perdido así las hermosas tintas con que la naturaleza las habia decorado. En una noche serena, cuando la luna despide sus rayos tibios y apacibles en medio de un cielo puro y diáfano, cuando el lago está tranquilo, y cuando todo está silencioso, escepto la voz atronadora de la cascada, no hay nada en el universo que pueda igualar á tan deleitoso espectáculo.

Pocos son los viageros que suben desde la cascada de Giessbach al Faulhorn, y sin embargo es una de las escursiones mas agradables que se pueden hacer en los Alpes. Durante mucho tiempo se sigue el curso del torrente, que se toma en el nacimiento y no se abandona hasta su última caida.

Entre el Faulhorn y el Wildgerst, á 2330 metros sobre el nivel del mar, un valle estrecho y sombrío conocido con el nombre de *valle de las perdices de nieve*, se estiende de Occidente á Oriente. Rodeada de montañas sombrías que se elevan verticalmente como muros gigantescos, esta garganta profunda no recibe nunca un rayo de sol; nunca tampoco se derrite completamente la nieve de aquel valle, ni aun en los veranos mas calorosos. Dos lagos solitarios que se deshielan solo durante algunas semanas en el rigor del verano, ocupan el fondo del valle. Negros, inmóviles, inanimados, cubiertos casi siempre de una corteza de hielo ó de una capa de nieve que sus aguas no consiguen derretir, se parecen á los lagos infernales descritos por el Dante. Uno de ellos se llama el Lago de las Brujas, y el otro de Granizo. Estos lagos son el manantial del torrente de Giessbach. Uno de los ramales sale á flor de tierra del lago de las Brujas, el otro es un arroyo subterráneo que sale del lago del Granizo. El 28 de julio de 1841 no se habia deshelado este lago, y así permaneció todo el año. La temperatura del lago de las Brujas era de 0°, 7, C.; la del Giesbach, al salir del canal subterráneo del lago del Granizo, era de 0°, 8; la de la atmósfera, 3°, 4.

Los dos ramales del torrente de Giessbach, se reunen muy pronto y forman la primera cascada cayendo sobre una de las peñas principales del Faulhorn, llamada en el pais el Tschinyelfed. Allí recibe el Giessbach varios afluentes y se mete en una hendidura profundísima quesepara dos mesetas y no deja mas trecho que el indispensable para el paso del torrente. Al salir de esta hendidura con impetuoso curso, sus aguas se serenan de repente y cruzan un valle reducido, poblado de hayas, arces y pinabetes, cubierto de fresco césped, y sembrado de cabañas que sirven para guardar heno. Parece entonces que el torrente quiere descansar de su curso tumultuoso; tal es la lentitud con que va serpenteando por entre las praderas; pero este reposo dura poco, pues al llegar al estremo del valle, se precipita otra vez de cascada en cascada hasta el lago de Brienz, desde una altura de 500 metros próximamente. Muchas de estas cascadas se ocultan al caer entre el follage de los árboles, y es dificil seguir constantemente el curso del torrente. Algunos montañeses de aquella comarca lo han hecho, y han dado á cada una de las catorce cascadas principales del Giessbach, el nombre de alguno de los ciudadanos ilustres que han honrado la república de Berna. Son estas:

Bertoldo de Zaehringen, fundador de la ciudad de Berna.

Cuno de Bubenberg, arquitecto de la misma.

Valo de Gruyeres, que salvó la bandera en la batalla de Schlosshalden.

Los nueve hermanos, que sacrificaron su vida en las aras de la pátria.

Ulrico de Erlach, el héroe de la batalla de Donnerbuehl.

Wendschatz, que salvó la bandera en Laubeckstalden.

Rodolfo de Erlach, vencedor de Laupen.

Hans Matter, uno de los héroes inmortales de la batalla de San Jaime.

Nicolás de Scharnachthal, héroe de Granson.

El tesorero Franklin.

Hans de Halwyil.

Adriano de Bubenberg, el héroe de Morat.

Franz Naegeli, que conquistó el pais de Vaud.

El abogado Nicolás Federico Steiger.

De este modo ha consagrado la gratitud del pueblo de Berna á la memoria de estos ciudadanos distinguidos, un monumento inmortal. Mientras las aguas del Giesbach caigan desde la region de las nieves eternas á esos valles habitados por un pueblo libre y feliz, se acordará éste con reconocimiento de los hombres que han labrado su felicidad é independencia. Harto pobre para elevar en honor de ellos columnas de mármol y estátuas de bronce, les ha dedicado un recuerdo que durará tanto como las leyes imperecederas de la naturaleza.

SANTO DOMINGO EL REAL.

(Conclusion.)

Memorias sepulcrales.

Han desaparecido completamente los interesantes sepulcros que en otro tiempo adornaban y enriquecian la iglesia de este ilustre monasterio. Hemos hecho mencion del panteon de los Castillas, cegado en la actualidad; ignoramos la época en que fué destruido el sepulcro del caballero Pedro Hurtado, que vino á reposar cerca del mausoleo de Pedro I, cuyo guarda mayor habia sido, y en vano hemos buscado el menor rastro de los antiguos monumentos que la piedad de algunas familias consagró á la memoria de sus ascendientes.

No sucede lo mismo en el interior del convento, donde se conservan memorias sepulcrales dignas de ser minuciosamente examinadas.

Sepulcro del rey de Castilla Pedro I, llamado el Cruel.

Cuando en 1369 ocurrió el trágico fin del rey don Pedro en el campamento de Montiel, fué su cuerpo depositado en dicha villa. Refieren algunos autores, que despues de haberle cortado la cabeza y enviádola á Sevilla, le colocaron sobre las murallas de Montiel entre unas tablas. Como quiera que sea, ya se deja suponer que el vencedor mas cuidaria de acabar con las fuerzas que acaudillaban los partidarios de don Pedro y conquistar las fortalezas que poseian, que de enterrar con aparato el cadáver de un hombre generalmente aborrecido.

Por la cláusula 19 del testamento de don Enrique, consta que en el año de 1374 aun existia en Montiel. Disponiase en la misma cláusula que cerca de la espresada villa se fundase un convento, en cuya iglesia y delante del altar mayor habia de ser enterrado el cuerpo del rey don Pedro. No habiendo tenido efecto la indicada fundacion, fué trasladado aquel á la iglesia de Santiago de la Puebla de Alcocer (1), *sin pompa*, espresa Mariana.

Ninguna ótra noticia se conserva hasta que fué traido á Madrid, constando solamente por auténticos manuscritos, que en virtud de una real cédula, espedida por Juan II á peticion de la priora doña Constanza, el dia 8 de Marzo de 1446 fué entregado al capellan Juan de Silva, por el comendador Gonzalo de Ronda, en la referida iglesia de Santiago como teniente del maestre de Calatrava, el cuerpo del *muy alto* rey don Pedro, colocado en un rico ataud guarnecido de tela de seda bordada de oro y tachonado de menudos clavos de plata.

El dia 2 del siguiente Abril, espidió en Avila el rey don Juan otra cédula, á fin de que la capilla real que residia en la Puebla, pasase á Madrid, autorizando competentemente á la priora doña Constanza, para que formase las nuevas constituciones que habian de rejir á la mencionada capilla, las cuales el monarca daba por aprobadas y confirmadas en todas sus partes. Componiase esta capilla de cuatro capellanes y un sacristan, é igualmente de un guarda mayor del sepulcro, cargo que siempre desempeñaba un sugeto de calificada nobleza, y dos porteros ó guardas subalternos.

(1) No de san Antonio como dice Quintana.

Estraño es por cierto el aparato con que por estos irrecusables datos aparece rodeada la tumba del rey don Pedro, y á la verdad no comprendemos quién pudo trocar en singular é inusitada ostentacion, el primitivo descuido y abandono. Tal vez se destinarian á la fundacion de esta capilla los fondos que habian de invertirse en la ereccion del proyectado convento de Montiel.

Llegó á Madrid el fúnebre cortejo, el dia 24 de Marzo del ya citado año de 1446, no 44 como dice Quintana, y fueron colocados los régios despojos bajo las bóvedas de esta santa casa, delante del altar mayor, en un sepulcro labrado á espensas de doña Constanza, y de cuyo mérito hace concebir la mas ventajosa idea la estátua que le decoraba, y que afortunadamente subsiste aunque de la manera que hemos referido A principios del siglo XVII fué colocado este precioso monumento junto á la pared; primer desatino. Por los años de 1721 estorbaba aun allí á los ignorantes discipulos de don Pedro Ribera, gefe de la escuela llamada churrigueresca, y un arquitecto, que de nobles artes entendia poco, al reedificar una parte de la capilla mayor, estropeó el bello mausoleo, y asi como estaba le llevó á la clausura mutilado y perdido. Cuando el señor Llaguno publicó la crónica del rey don Pedro, habia desaparecido ya la corona de metal que tenia la estatua en la cabeza, viéndose como al presente los agujeros en que estaba asegurada.

Durante la guerra de la independencia los franceses, ó mas bien los españoles al servicio del intruso José, terminaron la obra por el indicado maestro comenzada, y destruyeron por completo el por tantos títulos interesante sepulcro. Cuando la guerra terminó, existian los huesos del rey don Pedro en una caja de madera de pequeñas dimensiones, con la tapa semicircular, donde los vieron algunas personas fidedignas con quienes hemos hablado sobre el asunto. Fué colocada esta caja, y la que encerraba los restos de don Juan de Castilla, en un hueco de la sala del capítulo, pieza contigua al coro, donde permanecen.

Esta es la historia del sepulcro del rey don Pedro; historia en verdad que tiene bastante analogia con la del soberano cuyas cenizas custodia en su actual reducido espacio.

Sepulcro de don Juan de Castilla, titulado Infante.

Trasladáronse igualmente á la capilla mayor de esta iglesia, los restos del infortunado señor don Juan de Castilla, por la piedad de su hija la inclita priora doña Constanza. Habiendo muerto en la fortaleza de Soria, fué sepultado por mandato de Enrique III, no II como dice Quintana, en la iglesia de san Pedro de aquella ciudad. El monumento que erigió en el monasterio que nos ocupa, la esclarecida priora para colocar los restos de su padre, era de estraordinaria magnificencia. Ocupaba uno de los costados del presbiterio, y el bulto del finado tenia grillos recordando su triste fin. Siguió este sepulcro la misma suerte que el de don Pedro y aun peor, pues ni la estátua se conserva, y era del mismo tiempo y regularmente del mismo artista que la del rey. No insertamos la inscripcion que tenia éste sepulcro, porque ademas de no existir, se halla repetida en muchas obras. En 1814, los huesos de don Juan, colocados en una caja igual á la que segun hemos dicho contenia los de su padre, fueron depositados con aquellos en un mismo nicho.

Sepulcro de la priora doña Constanza.

Cerca del testero del coro y á la izquierda del mismo, se vé entregado en la pared un sepulcro de mármol blanco bien conservado, notable no menos que por su buena ejecucion, por ser el único que posée Madrid del siglo XV. Consiste principalmente en un sarcófago, cuya longitud, sin contar el vuelo del cornisamento, es de 7 pies y 3/4 con 3 y 2/3 de elevacion. En un sencillo basamento sientan seis figuras por el frente y los costados, de las cuales cuatro son alegóricas, en representacion de las virtudes que practicó la señora que en este monumento reposa, y las dos restantes, algo mayores que las referidas, tienen alas, ocupan el centro y son tenantes de un escudo con las armas del apellido Castilla (1); timbrado de la divisa de la Jarretière, no rodeándole, como en otros escudos se pone, sino descubierta solamente una parte sobre el jefe, en vez de yelmo ó corona. Dos de las cuatro lindas figuras, que segun hemos dicho representan virtudes, se hallan colocadas á los costados y aparecen de perfil, enteras y casi aisladas, bajo unos bonitos doseletes calados, en los que insiste el cornisamento por sus estremos. Las seis estatuitas merecen atencion y estima; viéndose en las actitudes y en el partido de paños aquel estilo de la escuela alemana que se hallaba

(1) Trae de gules de sinople y de plata terciado en banda, con un filete en lo alto de la misma, engolada de dos cabezas de dragon de oro movientes de los ángulos, y acompañada en jefe de un castillo de lo mismo, donjonado, adjurado de azur y en punta de un leon de púrpura.

muy generalizado cuando esta obra se hizo: estilo, aunque, no exento de faltas, digno de mucho aprecio.

Ocupando el espacio de un nicho, practicado en la pared, y colocada en el plano de la urna ó sarcófago, hay una estatua yacente, que representa la virtuosa priora de esta santa casa doña Constanza de Castilla, vestida de religiosa. Está ejecutada en marmol con perfeccion, relativamente á su época, y tiene de lonjitud algo mas de 6 pies. Entre las manos se descubre un objeto cuyo nombre y uso no son conocidos, del que penden varias cintas, perdidas unas y unidas otras á un libro. Finalmente, en el citado plano hay dos figuritas, que representan, puestas en oracion, dos sobrinas de doña Constanza, que fueron relijiosas en su tiempo. La altura de estos pequeños bultos es de 15 pulgadas.

En el fondo del nicho, cuyo arco es rebajado, se halla escrita con letras de oro la siguiente inscripcion:

AQUI YACE SEPULTADA
LA MUI NOBLE I MUI RELIJIOSA SEÑORA
DOÑA CONSTANZA DE CASTILLA,
HIJA DEL INFANTE DON JUAN,
NIETA DEL REI DON PEDRO.
FUE MONJA PROFESA DE ESTA CASA
I PRIORA DE ELLA MUCHOS AÑOS,
I MURIO AÑO DE CUATROCIENTOS I SETENTA I OCHO (1).

Sobre el arco se ven repetidas y sin exactitud en los colores las armas del apellido Castilla. Es el escudo de madera y muy posterior al curioso monumento, del que puede formar el lector alguna idea, por una lámina que publicó el Semanario (año de 1846, pág. 298), tomando en cuenta que las figuras del sarcófago están menos ligadas que en el orijinal.

Sepulcro de la infanta doña Constanza.

En el lado izquierdo del coro, é inmediato á la pared de la iglesia, hay un nicho, cuya decoracion de perspectiva tiene las armas de Castilla y Leon en la parte superior, y el siguiente epitafio en la base:

AQUI. JAZE. LA MUI. ALTA I PODEROSA. SEÑORA.
LA INFANTA. DOÑA COSTANZA.
IJA DEL REI DON FERNANDO.
HERMANA. DEL REI DON ALFONSO. EL XI.
TIA DEL REI DON PEDRO.

Observa Quintana que la única hija de Fernando IV y su esposa doña Constanza se llamaba doña Leonor, é infiere que se padeció equivocacion al escribir este epitafio, confundiendo el nombre de la madre con el de la hija. El erudito P. Florez dice que si la inscripcion fuese original, convendria con Quintana; pero que habiéndose informado, sabia que no existia.

Procedió con mucha ligereza quien dió al respetable P. Florez tan inexacta noticia. El epitafio en cuestion subsiste aun, le hemos visto, le hemos copiado exactamente, y salimos garantes de que se conserva en el mismo estado en que se hallaba cuando escribieron Gil Gonzalez y Quintana.

Es indudable que la hija de Fernando el Emplazado se llamó doña Leonor; lo es igualmente que el epitafio ecsiste; pero la facilidad con que resuelve la duda Quintana, está muy lejos de satisfacernos. La desgraciada infanta doña Leonor, hija única de Fernando IV de Castilla y esposa de Alfonso IV de Aragon, III entre los condes de Barcelona, despues de haber perdido á su buen esposo, y de haber visto morir trájicamente á sus dos hijos don Fernando y don Juan, el primero á manos del rey de Aragon Pedro IV, y el segundo á las del de Castilla Pedro I, fué asesinada en el castillo de Castrojeriz por mandato de su sobrino el citado rey don Pedro de Castilla: en cuyos estados, tan luego como quedó viuda, buscó un asilo que la pusiese á cubierto de las asechanzas de su hijo politico el monarca aragonés.

El cronista Francisco Brandan espresa que la indicada reina doña Leonor fué sepultada en el monasterio *de Sto. Domingo el Real de Madrid*. Bofarull hace mencion de un lucillo que habia en el convento de Franciscos de Lérida, antes de la guerra llamada de los Segadores, en el que, segun Monfar, se veia el bulto de aquella señora con hábito de religiosa; y por último, en el célebre monasterio de las Huelgas existe un sepulcro que encierra los respetables restos de la misma desventurada doña Leonor.

(1) Davila, Ponz y la lámina del Semanario, ponen unos numeros romanos que no existen ni han existido jamas.

En primer lugar, el voto del cronista Brandan no tiene toda la fuerza necesaria en este asunto, puesto que al consignar la noticia que en el anterior párrafo hemos insertado, comete la inexactitud de espresar que doña Leonor fué Abadesa de las Huelgas despues de la muerte de su esposo. Ninguna persona real ha desempeñado el cargo de Abadesa en aquel insigne monasterio, como prueba el P. Florez. Doña Leonor, antes de contraer matrimonio con el rey de Aragon, fué *Señora* del citado monasterio, titulo que, para honrar á tan ilustre casa y asegurar sus propiedades, se concedió sucesivamente á varias infantas, que en realidad eran protectoras. Disimulará el lector esta digresion que hemos hecho con el fin de probar que Brandan no estaba tan enterado en esta materia, como era preciso para dar completo asenso á lo que refiere, si bien tomamos acta de ello.

En cuanto á la estátua de doña Leonor que decoraba el lucillo de Lérida, opinamos que pudo muy bien colocarse en atencion á que estaba la de su esposo, cuyo cadáver yacia en aquel monumento, y fué trasladado solo á la catedral vieja, cuando á causa de la terrible guerra de los segadores en tiempo de Felipe IV, quedó arruinado el convento de Franciscos de la mencionada ciudad de Lérida

Tampoco es difícil que el sepulcro de las Huelgas sea en la actualidad un verdadero cenotafio, pues entre los que le acompañan bajo las bóvedas de aquel venerable cenobio, hay algunos que se deben considerar como tales, segun observan Moreno Curiel y Florez. Pero admitiendo que doña Leonor esté en el monasterio que nos ocupa, ¿no es muy choceante que al renovar el inesplicable epitafio, despues de la reedificacion del actual coro, en lugar de espresar *la reina doña Leonor* se pusiese *la infanta doña Costanza*? Poco probable parece que mientras duró la obra se hubiesen olvidado todos de que era reina y no infanta la señora de que se trata. ¿Y por el contrario si la inscripcion que hoy existe es una copia exacta de la que en el antiguo coro se leia? ¿cómo no ha quedado en ninguna obra la menor noticia de esta infanta? Aun suponiendo que hubiese sido habida fuera de matrimonio, debe tenerse presente que los hijos naturales y bastardos de los reyes son conocidos. Ademas el hacer semejante suposicion es ultrajar la memoria de don Fernando, porque no hay datos para ello.

Confesamos francamente que despues de consultar muchos autores y de haber sometido este trabajo á la censura de personas competentes, nos vemos precisados á dejar la cuestion en el mismo estado en que la hemos hallado.

Sepulcro de la infanta doña Berenguela.

Frontero al enterramiento de doña Constanza, é inmediato al órgano, hay un epitafio que dice:

AQUI YACE LA MUI ALTA I PODEROSA SEÑORA
LA INFANTA DOÑA BERENGUELA,
HIJA DEL REY DON ALONSO
INTITULADO EMPERADOR.

Esta señora fué hija de Alfonso X y de su esposa doña Violante, segun hemos dicho en la reseña histórica. Al trasladar su cadáver á una sepultura provisional, con motivo del derribo del antiguo coro, hallaron que se conservaba perfectamente hecho momia, al cabo de trescientos años: el vestido, recamado de oro, y el calzado no menos rico, permanecian asimismo intactos. La reina doña Ana, cuarta esposa de Felipe II, acompañada de varias señoras de la corte, vió el cadáver de la nieta de San Fernando en presencia de la respetable y numerosa comunidad.

Prueba esta circunstancia que los restos de doña Berenguela existen bajo las bóvedas de esta santa casa, y no en el convento de Santa Clara de la ciudad de Toro, como afirman Salazar de Mendoza en sus dignidades, y Nuñez de Castro en la historia de Guadalajara. Tal vez en un principio seria efectivamente sepultada en dicho convento como fundadora del mismo.

En la capilla de los santos reyes hay á los pies de la iglesia una lápida de mármol negro, con un epitafio escrito en castellano y dedicado á la memoria de Andrés de Rozas, secretario de estado y del despacho universal de Felipe IV y de la esposa del mismo doña Lucia Ortiz, patronos de la mencionada capilla. Al fin de la inscripcion se lee:

SOLA VIRTUTIS MONUMENTA MANENT.

Noticia histórica de D. Juan de Castilla

Son tantos y tan estrechos los lazos que unen al monasterio que describimos con los descendientes del rey D. Pedro, que no es posible referir la historia de este venerable convento sin hablar de la familia de los Castillas, de la que fué tronco el infeliz D. Juan. Muchas señoras de su apellido tomaron el hábito en esta casa. D. Pedro de Castilla, nieto de D. Juan, fundó, enriqueció y ennobleció con

preciosas reliquias, una capilla en la iglesia, destinando para enterramiento suyo y de los de su linage, la bóveda que á la misma correspondia. Por último, D. Pedro Laso de Castilla, hijo del anterior, deseando estar á la vista del insigne monasterio que encerraba las cenizas de su padre á la sombra de los monumentos de su piedad, se estableció en Madrid y edificó la gran casa de la plazuela de la Paja, propia en la actualidad del duque de Osuna y del Infantado.

Cabeza de la espresada familia fué D. Juan de Castilla, cuya historia, aunque ligeramente bosquejada, creemos oportuno insertar, seguros de que agradará al lector.

Consta que fué hijo del rey D. Pedro el Cruel; pero se ignora el nombre de la madre, pues si bien la mayor parte de los historiadores le consideran como hijo de doña Juana de Castro, padecieron grave error, porque no tenia mas apoyo esta opinion que el viciado testamento del rey D. Pedro; y la mayor parte de aquellos autores, inclusо el erudito P. Florez no le llegaron á ver. Zurita, habiéndole reconocido, observó que estaba alterado, y el señor Llaguno (1) hizo de él un detenido exámen, y prueba plenamente que el nombre de D. Juan está escrito con diferente forma y tinta que el resto de aquel documento, conociéndose por la torpeza de quien le vició, que el hijo llamado á la sucesion del trono era D. Ferrando, habido en doña Maria de Hinestrosa.

Faltos de caudillo los enemigos del rey Enrique II, se valieron de semejante medio para dar algun color de legitimidad á D. Juan. Hallábase éste en Inglaterra haciendo el triste papel que todo príncipe acogido en un pais estrangero indispuesto con el gobierno de su patria. Cuando las diferencias entre España é Inglaterra se compusieron, el pobre D. Juan fué entregado por los ingleses á Juan I, quien le encerró en la fortaleza de Soria bajo la custodia de D. Beltran de Eril, nombrado gobernador de tan importante punto por Enrique II.

Esperaba D. Juan conseguir el trono aprovechándose de nuevas desavenencias que hubo entre España é Inglaterra; y no hallando medio de lograr su libertad, pidió al gobernador la mano de su hija Doña Elvira, á la que sin esto dice, Gratia Dei, estaba aficionado. Accedió á la demanda el severo D. Beltran, porque tal vez no podia pasar ya por otro punto, añade el mismo autor, y doña Elvira, la amable carcelera que tantas veces habia consolado y asistido al infortunado preso, fué su esposa. No se ocultó al suspicaz gobernador el proyecto de D. Juan, y siendo antes súbdito fiel á su rey, que padre, redobló la vigilancia y tomó precauciones en el castillo para evitar la fuga de su nuevo hijo.

En vano doña Elvira se arrojaba á los pies de su padre bañándolos con sus lágrimas, en vano se le representaba la seductora perspectiva de un trono para su hija: D. Beltran habia empeñado su palabra, y la perspectiva de un trono y el amargo llanto no servian de otra cosa que de hacer mas pesadas las cadenas que á don Juan aprisionaban. Fruto de este matrimonio fueron D. Pedro y doña Constanza. Algunos autores, entre ellos Lopez de Haro, mencionan otra hija, espresando que fué religiosa. Acabó D. Juan sus dias en la prision, y Enrique III determinó encerrar igualmente á sus hijos; pero la reina doña Catalina, que los amaba y compadecia, vistió al jóven D. Pedro de clérigo y se le presentó al rey su esposo en un momento favorable. Accedió el monarca á los deseos de doña Catalina, permitiendo que siguiese en libertad si abrazaba el estado eclesiástico, pues de lo contrario le esperaba la suerte de su padre. Llegó á ser D. Pedro obispo de Osma durante la regencia de doña Catalina; y en 1449, Juan II le trasladó á la silla de Palencia. No fué su conducta correspondiente al respetable estado que abrazó contra su voluntad.

Lo contrario sucedió con su hermana Doña Constanza, en quien la politica nada tuvo que violentar al imponerla el hábito de religiosa en este monasterio, que ilustró con el ejemplo de su larga y santa vida, segun hemos dicho en la reseña histórica.

Sentimos tenernos que separar en un todo del artículo que se publicó en el Semanario Pintoresco el dia 20 de setiembre de 1846, porque su autor es un sugeto de mérito dotado de relevantes cualidades.

Tradicion

Muchas son las tradiciones que se conservan relativas á esta casa, y de ninguna podemos ocuparnos en obsequio de la brevedad, si se esceptúa una que atañe al rey D. Pedro.

Dos inscripciones subsisten grabadas en las piedras de este vetusto edificio. La primera se vé á la derecha de la porteria cubierta en parte con una escalera; y la segunda está en el portal de la casa núm. 6, á la izquierda de la entrada. Ambas inscripciones tenian relacion con una cruz colocada hasta los últimos años poco mas abajo de la indicada porteria.

Cuentan que el rey D. Pedro asesinó á un eclesiástico en el sitio donde estaba la Cruz, y al morir pronunció las palabras que en dichas piedras se hallan escritas, desde muy antiguo, aunque renovadas por el deterioro del granito.

Lo que en esto debe haber es lo siguiente: queriendo el rey don Pedro violar la clausura en el monasterio de religiosas cistercienses de San Clemente de Sevilla, se opuso á ello el diácono que estaba revestido para cantar el Evangelio, y el rey le asesinó. Añade á esto la tradicion que la sombra del diácono, mejor dicho, el diácono mismo, se apareció al Rey cuando en el silencio de la noche pasaba por delante del convento de Santo Domingo de Madrid, y le dijo lo que en la piedra de la porteria pone. Entonces D. Pedro recordó las palabras que el diácono pronunció al espirar, y se reducen al letrero de la casa núm. 6.

Esto es lo que aparece conciliando la tradicion madrileña con lo que espresa al fin de la obra el autor de la historia del rey D. Pedro, publicada en Sevilla, año de 1847.

Conclusion.

Terminamos esta memoria espresando que en el interior del convento hay un cláustro cuadrado, hecho segun el estilo del tiempo de Felipe IV, con varios arcos en cada banda, sostenidos por columnas de granito. Forman el pavimento grandes losas de piedra caliza, llamada comunmente de colmenar.

Entre las muchas muestras de aprecio que el Ayuntamiento de la M. N. y Coronada villa ha dispensado á esta santa casa, debe citarse que celebraba en ella las honras de los Reyes, haciendo alguna indemnizacion siempre que las costeaba en otra iglesia, como sucedió en 1829 cuando falleció la reina doña Maria Josefa Amalia. Correspondia el convento á las distinciones con que le honraba el respetable concejo, admitiendo sin dote alguno á las hijas de los corregidores que tomaban el hábito de relijiosas.

Referida la historia y hecha la descripcion del insigne monasterio de Santo Domingo el Real, omitimos toda clase de reflexiones: el lector dirá si un monumento que tales recuerdos ofrece y tantos primores encierra debe ser cuidadosamente conservado.

José Maria de Eguren.

DESAFIO CÉLEBRE.

(Conclusion.)

CARTELES.

«Notorio sea á todos los caballeros hijos-dalgo de esta ciudad de Zamora, como ha venido á mi noticia la diferencia que tuvo el señor Diego de Mazariegos con Francisco de Mousalve mi señor y padre, y que por sus muchos años, flaqueza y enfermedades, él no habia podido defender su persona, ni poner esta diferencia en estado cual convenia á su honra; y yo, como obligado á ello, he venido desde Grecia á tratarla y ponerla en razon y para ello le escribí llegado que fui una carta del tenor siguiente:—Aquí se copiaba la carta dicha arriba y continuaba el cartel.—Y habiéndola recibido el señor Diego de Mazariegos, no solo no cumplió como caballero lo que por ella se le pedia y suplicaba y estaba obligado á hacer y satisfacer, mas por su causa, y acaso por su órden se ha dado dello noticia á la justicia para que prendiendo mi persona se impida la satisfaccion que Dios permite se haga, porque semejante sin razon no quede sin castigo; pero el señor Diego de Mazariegos olvidado de sus antiguas obligaciones y valor, y temeroso de su consecuencia, no ha querido poner su persona donde se tratase el negocio y se vea que fué demasiado atrevimiento y temeridad el poner las manos en un pobre y desvalido anciano. Y para que á Zamora y al mundo conste que en esta causa no es mi fin proceder con ventajas ni demasias, sino con toda igualdad de persona armas y lugar, protesto que en cualquiera que el señor Diego de Mazariegos quiera verse conmigo, lo haré solo con que de ello me dé noticia respondiendo á este cartel dentro de dos meses, contados desde hoy, avisándome á la ciudad de Miranda del reino de Portugal, á donde voy á residir para esperar la dicha respuesta, ó sino quisiere mandarla fige carteles en Zamora en los lugares de costumbre ó mándelos poner en Miranda, si es que no quisiere entenderse conmigo por escrito; y declaro como caballero á quien han quitado la honra y muértole á su padre, que en pasando los dos meses y no haya respondido el señor Diego de Mazariegos, me satisfaré de tanto agravio de la suerte posible, con armas iguales, ó aventajadas,

(1) Véanse [illegible] Llaguno, [illegible] al fin de la crónica del rey D. Pedro, publicada en 1779.

ó de fuego, ó de cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de hombres.»

Y estos carteles asi puestos en los lugares mas públicos de Zamora dieron lugar á grandes discursos, pero no respondia Mazariegos y todos esperaban que trascurridos los dos meses, Monsalve, justamente irritado, tomase una cruel venganza. Sucedió que no se hicieron esperar nuevos lances, pues como pasára el plazo señalado sin que apareciesen carteles, llegó el domingo de Ramos y estando la justicia en la procesion, se pregonó á vista de todos por pregon público, que cualquiera persona que diese noticia á Diego de Monsalve del paradero de la persona de Diego de Mazariegos en parte donde él pudiese hablalle, le darian á la tal persona 100 ducados de albricias, los cuales pagaria y daria luego Gregorio de Sotelo vecino de Zamora y residente en ella. Dado este pregon á vista de toda la ciudad, el pregonero y otros tres que le acompañaban en muy buenos caballos y armas, se salieron de la ciudad y se fueron la vuelta de Portugal sin que nadie se atreviese á seguirlos. Prendió luego la justicia á Gregorio de Sotelo contenido en el pregon, y tomándole su confesion juró y dijo no haber sabido cosa alguna del dicho pregon, pero que él se tenia por tan amigo de Diego de Monsalve, que daria los dichos 100 ducados á la persona que habiendo cumplido con él, le trujese cédula suya. Con esto encerraron á Sotelo y conoció la justicia por su atrevida respuesta, que la parcialidad de Monsalve estaba dispuesta á llevar adelante una cruel venganza que pondria espanto y temor á cuantos andaban allegados á Mazariegos. Vivia al lado de la casa de este un amigo de Monsalve, y como la justicia observase que trascurrian algunos dias sin que se abriesen las puertas de la casa, se presentó de improviso, mandó derribarlas y no hallaron otra cosa sino azadones, picos y esportillas y mucha tierra sacada de una mina que se practicaba con direccion á la casa de Mazariegos; y con esto empezóse luego á publicar que querian volar la casa con pólvora y á los que estaban dentro della; esto puso tanto temor y miedo en los corazones de Diego de Mazariegos y sus valedores, que le pasaron por mas seguridad de todos, al monasterio de san Benito de la dicha ciudad, y era tanto el atrevimiento, la desesperacion y corage de Monsalve, que con sus tres compañeros se fué á la iglesia del dicho monasterio cerca del medio dia, y subió por las rejas arriba en busca de su contrario, y anduvo todo el convento y celdas de una en una. Pero como los frailes sintieron lo que pasaba, le pusieron de pronto un hábito y le sacaron por una puerta secreta, y cuando los cuatro camaradas vieron que no estaba en el convento se salieron y amparados de muchos deudos, pasaron de unas calles en otras hasta esconderse donde nadie daba con ellos. Haciánse mil discursos no sabiendo nadie á qué achacar el miedo de Mazariegos, tanto mas siendo un tan esforzado caballero, y crecian las diferencias y aumentábanse los bandos, no pasando dia sin que en las calles y plazas no hubiese algun choque entre unos y otros sin que ni la justicia, ni muchas personas de respeto pudiesen impedirlo. Quien mas cuidado ponia en esto era don Hernando de Toledo, gran prior de la órden de san Juan que allí residia, y desesperado de que todos los caminos que habia intentado le habian salido mal, se resolvió de escribir una carta á Bernardo de Sotelo, comendador de su órden, que era uno de los tres camaradas de Monsalve y que con él estaba ya en la ciudad de Miranda de Portugal, por la cual carta le pedia que se llegase á Zamora á hablarle, mandándole cierto seguro en que le daba palabra como caballero hijo-dalgo que no le seria hecha molestia de la justicia, sino que le volveria á poner en salvo en la dicha ciudad de Miranda. Vista por Bernardo de Sotelo la carta del gran prior, se vino luego á Zamora debajo del seguro que por ella le daba, y hablando con don Hernando en este negocio, le dijo éste qué medio podria haber para que cesasen tantos movimientos como habia en la ciudad, á lo cual respondió Bernardo de Sotelo que el medio que seria bastante, era que el señor Diego de Mazariegos se saliese á matar con Diego de Monsalve y que no podia haber otra salida. No será razon dijo el prior, que por una necedad hecha por Mazariegos quiera Diego de Monsalve procurar matarle: yo haré que Mazariegos se le rinda públicamente y con esto ha de quedar acabado este negocio, si vos señor Bernardo de Sotelo tratais de acabar con Monsalve que se dé por satisfecho. Yo lo acabaré asi y prometo que no se pondrán las manos sobre Monsalve, pero ha de ser saliendo al campo con armas donde las ha de rendir. ¿Y qué seguridad puede haber en eso? dijo el prior. Saber quién es Monsalve respondió Sotelo, que no pondrá las manos en un rendido, pues es gran caballero y cuando faltáre á su obligacion, yo me hallaré presente y mataré á Diego de Monsalve. Pues señor Bernardo de Sotelo, ordenad vos, dijo el prior, cómo se ha de hacer esto: yo pensaré esta noche, repuso Sotelo y vendré por la mañana á avisar á V. S. de lo que hubiere acordado y me pareciere. A otro dia de mañana fué Sotelo á ver al prior y le dijo: yo he pensado en el negocio y me ha parecido que por auto de justicia se provea de curador el sepulcro de Francisco de Monsalve y que á él se rinda el señor Diego de Mazariegos, diciendo que se atrevió á darle de golpes con una caña por verle viejo, sin fuerzas y sin armas, y que si las trajera ó pudiera traer, no solo no lo hiciera mas ni se atreviera á imaginarlo; y que ahora que sabia que de sus cenizas habia salido un hijo suyo de tal nombre que con las armas en la mano representaba el valor de su padre, que por sus años enfermedades y dolores estaba en él tan amortiguado cuanto estaba resucitado en el señor Diego de Monsalve su hijo; y que sabia que no podia haber en el mundo, ni alcanzar lugar seguro del dicho señor Diego de Monsalve donde amparar la vida, por tanto que él le rendia su espada en aquel sepulcro do yacia y le pedia perdon de su temerario y loco atrevimiento, confesando como confesaba todas las cosas arriba dichas y hechas contra razon y faltando en ellas á lo que debia á caballero por los respetos dichos. Accedió á todo el prior y proveyeron por curador del sepulcro, con autoridad de la justicia y toda la solemnidad necesaria, á Bernardo de Sotelo, y como tal curador recibió la espada desnuda de mano de Mazariegos, habiendo dicho y confesado todo lo arriba convenido.

Todo lo cual pasó en el monasterio de santo Domingo de Zamora sobre el sepulcro de Francisco de Monsalve delante de toda la justicia y ciudad y muchos forasteros que por curiosidad y favor habian venido á ver el fin de esta diferencia. Dióse á Bernardo de Sotelo un testimonio signado de escribano público de todo lo referido, juntamente con el auto de la curaduría y rendimiento de la espada y Diego de Mazariegos le dió una carta para Diego de Monsalve en nombre de Francisco de Monsalve su padre en que le pedia y mandaba fuese amigo del señor Diego de Mazariegos y le sirviese y ayudase en toda cosa como amigo que era suyo. De todo lo que pasaba en Zamora no sabia nada Monsalve, ni nadie se lo osaba decir, porque creian no vendria jamás en ningun género de trato con Diego de Mazariegos porque estaba resuelto á venir con él á batalla, y si esto no podia procurar matarle por el camino que le fuese posible. Llegó á Miranda Sotelo y dijo á su amigo que Diego de Mazariegos queria mantenerle el campo con una espada y daga en *calzas y camisa* (1) el dia siguiente en el campo de la verdad estramuros de la ciudad donde estaba hecha una estacada para el efecto, y queria sacar por sus padrinos al gran prior de san Juan y á D. Hernando Enriquez su sobrino, que despues fué conde de Alba de Liste. Recibió notable alegria de esta nueva Diego de Monsalve, pareciéndole que era llegada la hora de satisfacer la honra de su padre ó morir en la demanda, y asi se partio otro dia muy gallardo lleno de plumas y botones en compañía de sus camaradas, á quienes tambien Sotelo habia callado lo que iba á suceder en el campo.»

«Llegados á él los cuatro, escogió Monsalve por padrinos á Alvaro de Rosa, y á Bernardo Sotelo, y adelantándose hallaron en el puesto á Diego de Mazariegos con sus padrinos, y habiéndose todos saludado muy cortesmente, llegaron á reconocer á Monsalve, *que venia en camisa, con un boemio de martas muy bordado*. Los padrinos de Monsalve reconocieron á Mazariegos, y hallándoles iguales en armas les partieron el sol, y se retiraron á fuera, que estaban los campos llenos de gente, naturales y forasteros, y era tan grande la atencion y silencio que no parecia habia nadie en ellos. Cuando les hicieron la seña de la batalla, echó mano á su espada y daga Diego de Monsalve, y como quien mas lo deseaba se comenzó á ir con gentil y gallardo semblante á su contrario, el cual le dijo antes que echase mano á su espada y daga: suplico á vuestra merced lea este papel antes que pasemos á delante. Diego de Monsalve lo tomo y se apartó á un lado y habiéndole leido dijo: señor Diego de Mazariegos, aquí habla mi padre pero á vuestra merced cúmplele pelear como caballero porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo. Entonces, echó mano á su espada Diego de Mazariegos, y tomándola por la punta dijo: suplico á vuestra merced señor Diego de Monsalve, tome esta espada y haya misericordia de mi como de su rendido: entonces, Monsalve la tomó por la guarnicion y la lamió con la lengua por entrambos filos desde la guarnicion á la punta y dijó en voz que todos lo oyeron: doy muchas gracias á Dios que ha traido á vuestra merced á este conocimiento; viva vuestra merced en paz desde hoy en adelante, y si alguno le agraviase aviseme vuestra merced que yo le desagraviare y satisfaré á todo mi poder, y metiendo su daga en su vaina se quedó con entrambas espadas en las manos, y Mazariegos los brazos cruzados sobre el pecho y la vista al suelo, que presentaba todo el mas estraordinario expectáculo que ha habido en España; y asi quedaron todos maravillados del valor y valentia del uno y del poco ánimo del otro. Llegó luego D. Enrique Enriquez á pedir á Monsalve la espada rendida y presentándole este la suya, dijo: con ésta mia serviré yo á V. S. que ésta del señor Diego de Mazariegos fuera de mi poder no tendrá ningun valor de aqui adelante. Pesóle mucho á Enriquez se le hubiese negado la espada, y respondió: para eso mejor es la mia. A lo que replicó Mon-

(1) De malla.

salve: eso hasta agora está por averiguar; pero en parte está V. S. donde podrá salir de duda si quisiere, los cuales altercados cortó el prior D. Hernando poniéndose en medio y reprendiendo á Enriquez lo mal que hacia en enojar á Monsalve cuando todos procuraban contentarle para atajar tantas disensiones como habia en aquella ciudad y haciéndo que se abrazasen los sacó del campo con gran solemnidad y acompañamiento hasta la casa de Diego de Monsalve y en llegando á ella cogió el prior la espada de Mazariegos y colgola de un escudo que habia sobre la puerta, en cuyo sitio estuvo muchos dias sin que nadie se atreviese á quitarla hasta que Monsalve salió de Zamora, y fué la justicia y la descolgó, y despues Bernardo de Sotelo siguió pleito por ella á nombre de Monsalve y la cobró por la chancilleria de Valladolid y la guardó muchos años hasta que despues de casado Monsalve y con muchos hijos se la volvió á entregar en Toro donde ahora la tiene su hijo mayor y yo la he visto. Han presumido algunos que una espada que tienen los Monsalves en el blason de sus armas es ésta, lo cual es falso porque antes la traian sus antepasados; verdad es que tuvo licencia del emperador Cárlos V para poderla poner en sus armas, pero nunca quiso usar de ella por ciertos respectos.»

«De esta manera tuvo fin esta tan pesada pendencia en cuya duracion hizo Monsalve muchas cosas muy notables, andando en busca de su contrario muchas partes de España, engañado por falsos avisos. Aconsejarónle sus deudos y amigos no viviese en Zamora y asi se casó en Toro donde fué muchas veces Mazariegos á ser su huesped, y fué honrado y asi mismo por todos los caballeros de aquella ciudad que estimaron las grandes virtudes y merecimientos de Diego de Monsalve, honra de los caballeros españoles.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oirse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el ato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oir el paso
Del potro velóz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
De el soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió;
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor:
No suena en los sáuces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su son
Monótono lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cáuce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su son
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbra devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió:
Alzó repentino
Deleitable son
Vihuela punteada
Con diestro primor:
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Asi entre la sombra
Nocturna cantó.

«Flor-del-Alba que con ella
«Compites en resplandor,
«Y á la lumbre que destella
«Como tú tan pura y bella
«No halla en la tierra otra flor.
«Tu lecho de flores deja
«Mira que el alba refleja



«Desvélate ¡oh flor!
«Que llama á tu reja
«La voz del amor.»
«Tus hojas abre y dá al viento
«Su perfume embriagador
«Para que en él tome aliento
«Quien no tiene otro alimento
«Ni otro ambiente que tu amor.
«Mira que el alba refleja:
«Tu lecho de flores deja
«Desvélate, ¡oh flor!
«Que llama á tu reja
«La voz del amor.»

Con estas palabras
Callando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella cancion.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto giron
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugáz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un angel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmovil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió:
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasion:
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló
Viniendo hácia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreando del campo
La muda estension:
Y el mozo mostrando
Un noble valor
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion.
—«¿Quién vá?»—dijo el mozo.
Y el otro:—«Yo voy.»
—¿Quién sois?
—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy..... un caballero.
—Yo tambien lo soy.
—Yo D. Pedro Tellez.
—Y yo D. Leon
De Alba.
—¡Vos!
—Sin duda.
—¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
—Un misterio
Cuya esplicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.
—Hablad.
De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor.
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle D. Pedro,
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Frondoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
Prestadme atencion.

—«Murió nuestro buen rey Cárlos segundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que de la Francia amigos ó contrarios
El trono Hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas;
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que las unia
Cambiaron con furor en saña impia.
Mas bien que por defensa de sus reyes.
Mas que por sus derechos.
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una.
De la otra en recompensa
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.
El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto
Y la familia aquella vencedora
Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavia la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proscripcion, de la venganza
Del enemigo bando encarnizado.
Allí arrastró su mísera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste mediania ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entended, don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el dia
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mia.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impia
Parte no fuisteis; pero todavia
Vuestro padre, que es causa de mis penas,
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero
Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os dí: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasion á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traicion mi noble pecho;
Mas que nunca, don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviente sangre nos divide.
Hé aquí todo el misterio de mi casa;
Hé aquí mi historia entera.
Y ahora que conoceis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y así concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparicion
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos hiela el medroso
Mortal corazon:
Así la del viejo
Desapareció
En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva esplicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentia la accion.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazon.

III.

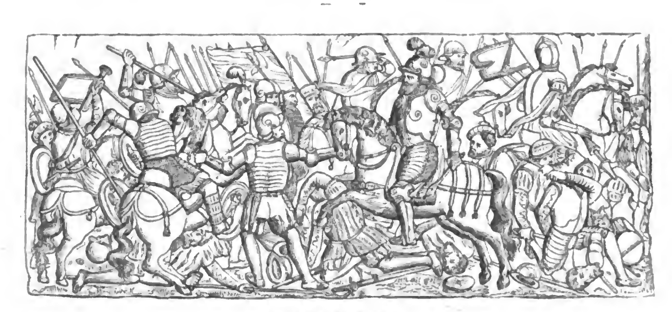
En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando
De angustia y afan,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confúndenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,
Lo supo él tan solo
De oirlo contar.
El, rico de ciencia,
Campeon de la paz,
Que vé de la vida
En el campo herial
Tan solo una flor
Fecunda no más,
La flor que produce
La fé conyugal,
La paz del tranquilo
Doméstico hogar.
El que por do quiera
Buscándola vá,

Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real,
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
El que huye dejando
princesa imperial,
por no ver en ella
La felicidad:
Que vé de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo yá
¡Ay! vé que es solo ésta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula además
La altiva y heróica
Generosidad.
Si; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otros
Gozándose están.
Y cuando podia
Venganza tomar
Pues á él á sus manos
Le trajo Satán,
(Como él se lo dijo
Con harta verdad,
Contar esperando
Con un crimen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibiéndole
Le deja ir en paz,
Y él ¿cómo le paga
Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! hallar en tal caso
Gentileza tal
En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No vé que vuelan las horas
El apenado galan.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y distraidos sus ojos
Como por oculto imán
Atraidos á los muros
Del palacio sin variar
De direccion, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya
Mas que una masa de sombra:
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Ahogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudo
Torbellino arrancará.
Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugáz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,
Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle rebentar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado: el vendaval
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasar:
Brotó la lluvia á torrentes
Fué la tierra un cenagal
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar.
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares don Pedro
Dándose prisa á apartar
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro y con afan
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su ímpetu parecia
Arrastrarle el vendabal.

(*Continuará.*)



Batalla de Pavía.

Este es el asunto que segun la comun opinion, representa el bajo relieve cuya copia ofrecemos, sacada de uno de los pedestales de la portada de la fachada de Poniente del palacio del emperador, en la Alhambra de Granada.

Esta escultura es de un trabajo prolijo y esquisito, y no parece hecha por la mano de Morell, Leval y Vera, que fueron los escultores en las restantes obras del palacio.

Es de mármol de Carrara, como las de los otros pedestales.

Su egecucion es de los últimos años del siglo XVI.

Los que sostienen que esta escultura representa la batalla de Pavia y la prision de Francisco I, se fundan con bastante razon: en la mezcla de trajes y armaduras españolas, alemanas y francesas; en el lugar preferente que tienen los dos personages que forman el hecho histórico; en la circunstancia de hallarse el uno á pié, vestido de simple soldado, y en actitud amenazadora, y el otro á caballo, vestido con rica armadura; y por último, en la irresolucion, tranquila majestad, y admiracion que se advierte en el personage que se representa como el desgraciado Francisco I.

Oficinas y establecimiento tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra



FORTALEZA DE BERTHAUME.

En la última punta del departamento de Finisterre (Francia), se veia antiguamente la famosa abadía de *San Mateo-fin-de-tierra*, cuyas ruinas existen aun, habiéndose construido en medio de ellas un faro. A corta distancia se encuentra la roca sobre la cual está edificada la fortaleza de Berthaume, que tiene por objeto defender la entrada del canal que conduce á la rada de Brest. La roca de Berthaume tiene 100 varas de elevacion, y está separada de la tierra por un canal de unas 95 varas. Antiguamente habian construido allí un

fuerte al cual se llegaba con mucho trabajo: habia que ir en lancha hasta el pie de la roca, á cuya cima se subia despues por una escalera abierta en la misma peña.

Cuando se construyó un fuerte sobre los restos de la antigua fortaleza, se quiso ponerle en comunicacion mas directa y fácil con la tierra: colocáronse dos calles paralelas tendidas entre la costa y el fuerte, y se estableció una especie de carrito que deslizándose por las calles, transportase los visitantes del castillo. Este puente estraño exsistia aun en tiempo del imperio. Las calles se mudaban cada 10 años. Seis personas podian pasar á la vez en el carrito, pero al llegar al centro del espacio, el peso hacia aflojar las cuerdas y habia un momento de cruel incertidumbre. Despues se colocaron planchas sobre las calles, formando un puente colgante que por falta de cuidado se ha inutilizado.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

Hallábanse los reyes católicos en Compostela para implorar la proteccion del Apostol en la conquista que se disponian á emprender contra los moros del reino de Granada. Era entonces la basilica del Cebedeo uno de los santuarios mas célebres de la cristiandad, y á depositar en ella las mas ricas ofrendas llegaban de todas las partes del mundo conocido los principes de la tierra y los mas eminentes personages. El Apostol Santiago no era solo el símbolo de la verdad católica entronizada en España, sino tambien el nombre de guerra que conducia á la victoria á los ejércitos de Cristo. La cruz de Jacobo habia reemplazado al lávaro de Constantino; y el hurrah de *¡¡Santiago y á ellos!!* se oia lo mismo bajo los muros de Toleınaida que bajo los minaretes de Córdoba. El hijo de María San Lomé

Armado de todas armas
á guisa de peleare,

tal como se le continúa pintando aun ahora, era el caudillo que en esa magnifica cruzada de ocho siglos hacia arrojados é invencibles á los soldados de Pelayo y Cárlos Martel. Por eso la piedad de Isabel y Fernando no podia menos de ir á invocar su eficaz auxilio para la última y gloriosa campaña que dentro de muy poco tiempo habia de lanzar al desdichado Boabdil de sus encantadores salones de la Alhambra.

Era tan inmenso el concurso de romeros que de lejanas tierras concurrian á Compostela, y tantos los que sin mas recursos que los de la caridad pública emprendian esta trabajosa peregrinacion, que el estenso recinto de la ciudad se veia atestado continuamente de gallofos, que así se les llamaba; y muchos que no tenian lugar donde acomodarse sentaban su hospedaje sobre el mismo pavimento de las plazas. No era poco comun que á algunos, afectados acaso con dolencias adquiridas en el transcurso de una marcha, hecha á la inclemencia de las estaciones, se les viese espirar y demandar amparo en medio de las calles, sin que la humanidad de las gentes pudiese venir en su socorro, por carecer de una casa de beneficencia donde recogerlos y asistirlos.

Este espectáculo tan triste y deplorable hirió vivamente el magnánimo corazon de los reyes, que ofrecieron, llena el alma de amargura y de lágrimas los ojos, fundar y dotar un hospital donde se atendiese á las necesidades de cuantos fuesen á visitar el Santo Sepulcro, y donde ademas se criasen y educasen los niños espósitos, para cuyo objeto no habia hasta entonces edificio á propósito en España. La escasez del erario era grande, pero era mucho mayor la voluntad de los dos regios esposos, y estaban seguros que este liberal propósito, el mas grato de todos á los ojos de Dios, contribuiria poderosamente á espulsar los mahometanos de la peninsula, y á atraer á ella muchas riquezas de paises no descubiertos aun. El pensamiento de un nuevo mundo vagaba entonces en sus cabezas, como una de esas ideas sin forma, que son los mensajeros de los destinos futuros que se han de realizar en el transcurso de nuestra vida.

La fundacion quedó resuelta y se confirmó cuando la toma de Granada. Comisionóse á D. Diego de Muros, dean de la Santa Iglesia de Santiago, y bajo el plano trazado por Enrique de Egas, maestro mayor de la Iglesia de Toledo, se comenzaron los trabajos. Este arquitecto era de los mas célebres de su época, y á él se deben el magnifico colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, que hoy sirve de museo de pinturas y arquitectura, el hospital de espósitos de Santa Cruz de Toledo y otros edificios notables en España.

Fué tal la asiduidad y buena direccion de los trabajos, que en 1509 se ejercia ya la hospitalidad en sus estancias.

En 10 de marzo de 1504, con insercion de bula que impetraron los reyes de Alejandro VI para la fundacion del hospital é institucion de su universal cofradia, otorgaron SS. MM. real instrumento de aceptacion, é instituyeron la mencionada cofradia bajo el título y advocacion del Santo Apostol. Hicieron tambien algunas ordenanzas para su régimen espiritual y temporal, las cuales, como veremos, fueron recibiendo sucesivas modificaciones.

En 24 de setiembre de 1524 dió Cárlos V la primera constitucion, en vista de los informes recibidos del Lic. Juan Sanchez Bribiesca, visitador enviado al efecto. Son sus disposiciones mas notables,

Art. 7.° Que hubiese cuatro capellanes estranjeros, de los cuales uno debia ser francés, otro aleman y otro flamenco ó inglés.

Art. 20. No solo se disponia que fuesen todos los enfermos pobres, escepto los de dolencia contagiosa, sino que dos personas debian ocuparse en recogerlos por las calles.

Art. 23. Se prohibe la entrada á todo el que no quiera confesarse y sacramentarse.

Art. 71. Se manda abrir una biblioteca pública.

Los peregrinos que vayan á visitar el cuerpo del Apostol, para quienes principalmente ha sido fundada la casa, tendrán albergue, comida y cama, por un tiempo determinado.

En 27 de diciembre de 1590 dió Felipe II la segunda constitucion. En su articulo 8.° se mandó construir un jardin botánico.

En 4 de setiembre de 1697 se dieron los mandatos confirmados por Cárlos II. En el 7 se mandaba que los peregrinos tuviesen por cama un jergon de paja, dos mantas de sayal, dos sábanas y un travesero de palma, y se les diese cada noche medio cuartillo de vino, media libra de pan, y leña en el invierno.

En 9 de agosto de 1804 dió Cárlos IV otra constitucion. En ella se fijó definitivamente el número de los ministros y dependientes del hospital, suprimiendo algunas plazas inútiles, y refundiendo otras en un número menor. Cesó la jurisdiccion espiritual y temporal que antes tenia el administrador, capellan mayor. Para su régimen económico, se creó una junta formada por dos prebendados de la iglesia metropolitana de Santiago; dos regidores y dos caballeros, bajo la presidencia del administrador. Se confirmó la real órden de 3 de junio de 1768, disponiendo que fuesen admitidos los atacados de enfermedades contagiosas, en salas al efecto. Se fijaron los deberes y salarios de los empleados.

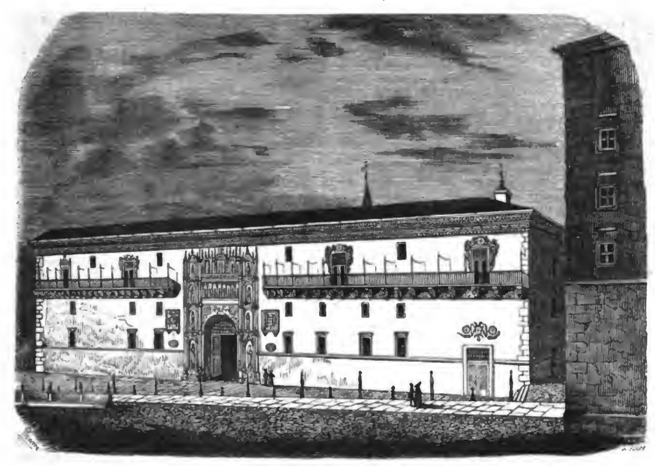
La insurreccion de las Américas, y las revoluciones de la peninsula, modificaron la organizacion del hospital, anulando casi por completo todas sus constituciones. La escasez de recursos debida á las consecuencias de aquellos acontecimientos obligó á dar una nueva forma al establecimiento, dejando solo de él la investidura esterior de su riqueza y magnificencia antiguas.

Segun una nueva plantilla aprobada por el Regente del Reino en 12 de junio de 1842, se redujeron los gastos de los empleados á 75,825 rs., resultando una economia de 106,000.

Las rentas de la casa á últimos del siglo pasado, eran las siguientes.

En 5 de mayo de 1492 concedieron SS. MM. perpétuamente á esta su real casa, la tercera parte del producto de votos viejos del reino de Granada, reales. . . .	176.000
Despues aumentaron con 500,000 mrs. de juro perpétuo en cada un año, situado en las alcabalas del arzobispado, por privilegio despachado en 2 de noviembre de 1502, que uno y otro se siguieron cobrando desde entonces. . . .	
Varias cartas de privilegio, igualmente de juro perpétuo, se dieron posterior y sucesivamente hasta el año de 1706, importancia.	37,488
Por real cédula de 27 de mayo de 1705 concedió Felipe V dos mil pesos sobre la tercera parte del producto de las vacantes de obispados del reino de Galicia, y provincias lo cual, á pesar de otras cédulas posteriores no llegó á cobrarse hasta 1760.	40,000
Por otra cédula de 16 de Julio del mismo año, concedió S. M. otros dos mil pesos de rentas en cada un año, situados en la tercera parte de las vacantes de obispados del Reino y provincias de España, que no principió á percibirse hasta 1746.	40,000
Desde 1738 se puso en uso admitir los soldados enfermos, debiendo al efecto pagar la Hacienda 3 1/2 rs. por cada uno diarios. El producto anual de dichas estancias, segun un quinquenio, asciende á.	22,000
El producto anual de las sinecuras, adquiridas desde 1507 hasta 1568 importaba 5,540 rs., debiendo restar de esta cantidad 10,000 que dejaron de percibirse desde 1808. .	24.540
La almoneda de las ropas que dejan los enfermos, muertos en el Hospital, suele ascender á.	2.246
Las demandas y petitorios de la Cofradia universal, fundada por los Reyes católicos producian mucho, pero limitadas desde 1757 al arzobispado de Santiago y obispado de Tuy, solo dan.	7.000

Siempre que usa el Hospital sus campanas, cruz, calderos de



Hospital de Santiago en Compostela.

plata etc. en el entierro de alguno que no sea dependiente de la casa, cobra algo. Esto suele valer al año. 220
Los foros y arriendos sobre casas y lugares. 16,000
Por censos redimibles. 10,000

Los foros que se pagan en fruto, ascienden á 1990 ferrados de trigo, 536 de centeno y 111 gallinas.

La pérdida de Méjico y Lima, y la supresion del voto de Santiago y diezmos, redujeron las pingües rentas del establecimiento hasta el punto de no bastar para cubrir sus mas perentorias necesidades. En vano se acudió al gobierno reclamando una indemnizacion, ya que no el abono de las cantidades que en los dias de su gran auge habia prestado el Hospital al erario; hasta que al fin, en el año de 1846 por una real orden, fecha 21 de Mayo, se declaró Hospital central de las cuatro provincias de Galicia, y que su déficit gravitase sobre los respectivos presupuestos.

Despues de la ligera reseña del nacimiento, prosperidad, decadencia y estado actual de este grandioso asilo de beneficencia, pasemos á dar un detalle sucinto de su edificio, que es uno de los mas vastos y soberbios que decoran la antigua metrópoli de Galicia.

Se halla en una hermosa plaza á que dió nombre y que desde 1836 se ha convertido en plaza de la Constitucion. Su estructura es gótica, resaltando la profusion de adornos y figuras que decoran su portada y una cadena primorosamente labrada en la piedra que ciñe todo el cornisamiento del edificio. Los canalones representan dragones, animales fantásticos y mil figuras caprichosas que hacen recordar la descripcion de Nuestra Señora de Paris hecha por Victor Hugo.

El frontis tiene de latitud 83 varas, y las paredes laterales 180. El recinto abraza cuatro magníficos cláustros, con dos fuentes; habitaciones para todos los empleados, corrales independientes y una espaciosa botica. Las enfermerias y el departamento de los espósitos se encuentran en los puntos mas apropósito para la salubridad y la ventilacion. En el crucero de los cuatro cuadros iguales, que forman los cláustros, se eleva la capilla construida con el mas fino y esmerado gusto. En el centro de la iglesia hay un retablo que elevándose desde el pavimento en forma de pirámide, y concluyendo en una efigie del crucifijo, sirve para que los enfermos de tres salas oigan desde la cama el santo sacrificio de la misa. El campanario es de una forma original y se compone de barras de hierro enlazadas entre sí, formando una figura cónica. El vestíbulo tiene los retratos de los reyes católicos, y á su alrededor varios cuadros pintados en la pared que representan pasages del Apocalipsis.

Debajo de la ventana que está sobre la puerta principal se lee la inscripcion siguiente.

MAGNUS FERNAND' : ET GRANDIS : HELISABET : PEREGINIS : DV : IACOBI CONSTRUI : IVSSERE : ANO SALUTI : M:D:I : OP' : INCHOAT DECENNIO ABSOLUTUM.

Se admiten toda clase de enfermos, sean de dolencias crónicas ó agudas, afectos internos ó esternos. Para su asistencia y curacion se cuentan dos médicos y dos cirujanos. Los que hoy dia desempeñan estas plazas son los mas notables en Galicia por su ciencia y reputacion. Uno de ellos, don Juan Gutierrez de la Cruz posee un gabinete ornitológico provisto de todas las aves del pais, y que es el primero que de esta clase se encuentra en aquel vasto territorio.

El monumento suntuoso que acabamos de describir tan someramente es todo de mamposteria, y á su espalda se estiende una ancha huerta provista de plantas y hiervas medicinales.

Hasta hace algunos años defendia su fachada principal una hilera de gruesas cadenas de hierro sostenidas por grandes pilastras de granito. Hoy desaparecieron aquellas, quedando solo éstas como un recuerdo del símbolo de la autoridad feudal de nuestros mayores.

Ojalá que los gobiernos civilizados del siglo XIX consagrasen á obras de interés tan práctico y beneficioso para los pueblos los medios de accion y fuerza que la nueva civilizacion y las formas sociales presentes han colocado entre sus manos. Acaso entonces seria una verdad para todos la inmensa distancia que se dice existe en el bienestar material de las gentes del año de 1501 y las del año de 1850.

R. R. FIGUEROA.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(*Continuacion.*)

Mientras esta duraba Sotopardo, concluida su comision en Madrid, regresó al cuerpo, segun despues he sabido, sin dar de ello aviso anticipado aunque perfectamente en regla, con su pasaporte

del capitan general, y una órden de la superioridad que daba por terminado su encargo. Un teniente de los que estaban á mis órdenes, y á quien permití pasar por un dia á la ciudad, me dió noticia de su llegada. ¿Por qué al oirla se aceleraron los latidos de mi corazon? Van Vds. á acusarme de alma rencorosa si les digo que el recuerdo de nuestra primera y única entrevista, vino desde luego á mi memoria, y que con él se renovó mi necia saña contra don Cárlos. En descargo de mi conciencia debo decir, que Matilde, el teniente coronel y Mendoza, personas que componian casi exclusivamente mi sociedad, no cesaron durante el año de la ausencia de Sotopardo, de alimentar la mala voluntad que yo le tenia. Almazan le acusaba de egoista é intrigante; la mujer de Mendoza, sin explicarse nunca claramente, habló enigmáticamente de solteras burladas, de una casada seducida y luego víctima de la locuacidad de don Cárlos; el marido de Matilde deploraba un matrimonio perdido, unas canas deshonradas; todos aludian frecuentemente á cierto desafio.... y aun hoy, señores, despues de bastantes años, aun hoy me estremece la idea que de mi compañero me hicieron formar. Con todo eso, mi corazon rehusaba dar crédito á ciegas á tanto crimen, y en cierta ocasion fui á mi honrado coronel á rogarle que me aclarase aquel misterio. — Tampoco yo, — me respondió el veterano, — puedo creer todo lo que me dicen. Ese hombre es caballero ó á lo menos lo parece; pero, amigo mio, en casos tales lo mejor es andar con pies de plomo, y no intimarse con personas cuya reputacion se halla tan comprometida como la de Sotopardo; porque cuando el rio suena!...

Don Diego. ¡Hola! parece que el coronel pensaba como yo.

Don Antonio. No se interrumpa al orador.

Alfonso. Ya juzgarán Vds. que la respuesta de mi coronel me dejó tan perplejo como me hallaba antes de consultarle; y disculparán, atendidos los antecedentes, el movimiento de odio que sentí al saber que don Cárlos se hallaba de nuevo en la ciudad. Ahora prosigo mi relacion. Habria unas dos horas que el teniente llegara, cuando ví entrar en mi alojamiento, no sin sorpresa, á uno de los capitanes del regimiento, llamado Gonzalez, con quien no tenia relaciones tan íntimas que debieran moverle á andar cuatro leguas á caballo solo por el placer de verme, ni tan escasas que exigiese la visita el grande uniforme que vestia. A esas razones añadan Vds. un saludo ceremonioso y cierto aire de preocupacion mal disfrazado, y comprenderán que debí prepararme á alguna comunicacion extraordinaria. En efecto, pasadas las primeras y usuales frases, Gonzalez me dijo que deseaba hablarme á solas, y dejándonos el teniente, que allí se hallaba á la sazon, entablamos el siguiente diálogo.

Gonzalez: Siento, compañero, ser embajador de malas nuevas, pero V. comprenderá que no he podido escusarme.... — *Yo:* sin rodeos, compañero, y vamos al grano. — *Gonz.* Tómese V. la molestia de leer primero esa esquela: — *Yo*, leyendo en alta voz un papel que me entregó el capitan: «Señor don Alfonso: el dador, nuestro compañero don Francisco Gonzalez, va encargado de pedir á V. en mi nombre ciertas explicaciones que mi reputacion exige. Deseando que este negocio se termine como debe entre personas que no solo visten el mismo uniforme, sino que ademas se honran entrambas con un mismo hábito (el de Alcántara), ruego á V. que no me obligue á traer la contestacion á términos mas duros. De todas maneras, tiene la honra de saludar á V. S. S. Q. B. S. M.

Cárlos de Sotopardo.

Algunos instantes confieso que hube menester para recobrar mi serenidad; porque habiéndome yo propuesto ser quien provocase á mi enemigo, tomar él la iniciativa trastornaba enteramente mi plan. Sin embargo, comprendí que mi conducta en aquel primer lance iba á decidir irrevocablemente de mi posicion en el cuerpo, y con la posible calma dije á Gonzalez:

—Esta es una credencial en regla: diga V. compañero, que le escucho—*Gonzalez:* Sin duda comprenderá V. que don Cárlos desea en cuanto con su honor sea compatible, terminar amistosamente el negocio.—Lo que no comprendo es cual sea el negocio, ni en qué, ni como se halla comprometido el honor de don Cárlos.—Sin embargo, amigo, hay cosas que por su peso se caen.... Cuando á un hombre se le pone entre la espada y la pared, ¡caramba! ó salta ó es de piedra.—Compañero, si V. quiere que le entienda, es preciso que hable mas claro.—Don Cárlos está ofendido.—¿Por quien?—Por V.—¿En qué?—Eso V. lo sabe y él tambien.—El es posible; yo lo ignoro.—Mire V., Tellez, hablemos como amigos; si V. quiere reñir de todas maneras, sea, pero dígalo francamente.—Señor de Gonzalez, ni quiero ni rehuso reñir: lo que sí quiero es saber de qué se trata; lo que rehuso es servir de juguete á nadie en este mundo.—No se trata de eso tampoco. — Pues sepamos de qué: ¿cuál es la ofensa que D. Cárlos supone? — La de haber arruinado su reputacion en el cuerpo y particularmente con los jefes. — ¿Y es á mí á quien de tal se acusa? — Si señor. — ¿Y con qué pruebas? — Lo ignoro.—¿Me ha oido V. alguna vez hablar de don Cárlos? —Jamás. — ¿Hay algun oficial en el regimiento, que pueda decir lo contrario?—No lo sé, pero el hecho es que don Cárlos ha llegado hace tres dias, que algun jefe le ha recibido muy mal, que en diferentes casas le han cerrado la puerta, y que hasta nuestro buen coronel le ha aconsejado que solicite el pase á otro regimiento. ¿Cuál es el orígen de tan desagradable acogida?—¿Y yo qué quiere V. que le diga?—Sin embargo, hay quien pretende que V. es causa de todo. —¿Y quién es?—Ignoro quién sea, mas sé que por diferentes conductos ha llegado don Cárlos á entender que V. se ha declarado su capital enemigo, que le difama en todas partes que se ha jactado de que le habia insultado....—Es una infame calumnia. Así lo creo y, en honor á la verdad, así lo cree tambien Sotopardo; pero en su posicion actual no le basta eso, si no que es preciso que al regimiento y á la ciudad entera conste su inocencia. Ese es negocio suyo.—Y por eso vengo á buscar á V. en su nombre.—¿Que pide?—Una reparacion.—Para darla seria necesario que hubiese agravio de mi parte.—Entendámonos señor don Alfonso: la fama atribuye á V. una ofensa que no ha hecho á la persona que aquí me envia. Cuanto esta diga será de poco peso; pero una palabra de V., imparcial en la materia, puede destruir en un instante la calumnia que oscurece la reputacion de Sotopardo.—Ya he dicho á V. que jamás me he ocupado en público de su persona.—Luego si privadamente.—No estoy dispuesto á dar cuenta á nadie, mas que á Dios, de las acciones de mi vida privada. —Pero cuando se trata del honor de su compañero....—El mio exige que no consienta un interrogatorio de esta especie.—Mire V., compañero, yo aquí soy agente de un amigo y mis instruciones son pacíficas cuanto serlo pueden. Tendria V. inconveniente en firmar esta declaracion? (y me presentó un papel que le devolví sin desdoblarlo).—Ni esa, ni otra, ni ninguna. He dicho cuanto tenia que decir en la materia, y no añadiré una sola sílaba, ni escribiré una letra. —Mírelo V. bien.—Está mirado.—¿Definitivamente?—Irrevocablemente.—En ese caso, la hora, las armas, y el sitio.—El teniente Leon se entenderá con V.—¿Cuando podré verle?—Dentro de una hora.—Le espero en la posada.—No faltará.—Pero ¿no será mejor..? —Beso á V. la mano, señor de Gonzalez.—Yo á usted la suya, señor de Tellez.

Don Antonio. ¡Ay Alfonso, Alfonso, qué orgulloso anduvo V.!

Alfonso. Necio é injusto ademas; pero los antecedentes, mi corta edad, mi carrera, y luego la violencia de mi carácter, sino disculpan, por lo menos explican mi conducta.

Don Diego. Por Dios no mas reflexiones y prosiga la historia.

Alfonso. Convenimos Leon y yo en que el duelo tuviera lugar al sable el jueves próximo (estábamos en martes), y en cierto bosque que á medio camino habia entre la ciudad y el lugar donde los potros forrajeaban; y luego mi padrino se puso de acuerdo con el de Sotopardo.

La reputacion de don Cárlos como valiente y diestro en las armas, ya he dicho á Vds. que era tremebunda; y sin embargo, como yo no me tenia á mi mismo por torpe tirando al sable, no me inquietaba mas de lo razonable el resultado del combate. Decir que alguna vez la *carne flaca* no se revelase contra el espíritu, seria necia fanfarronada; porque como dice Ercilla,

«El miedo es natural en el prudente,
El saberlo vencer es ser valiente.»

Pero repito que mis aprensiones, por lo que á la vida respecta, fueron de poca importancia, relativamente á las que por otros conceptos me dominaban. Desde luego se comprende que no acertaria yo á explicar como ni quien habia persuadido á Sotopardo de que su mala fama, ó por mejor decir la exageracion reciente de su mala fama, provenia de mí; porque en realidad jámas hice otra cosa mas que escuchar lo que de él quisieron decirme Mendoza, su mujer y Almazan. Pero tampoco eso me preocupaba altamente, no: mi pasion á Matilde era superior para mí á la vida y á la honra. La posibilidad de sucumbir en el combate con Sotopardo, me asustaba solo en cuanto podia separarme de mi amada; y la idea de bajar al sepulcro sin que antes supiese al menos mi pasion aquella que la inspiraba, era tormento superior á mis fuerzas. Tomé, pues, la pluma y pasé la noche del martes al miércoles escribiendo, no una carta, sino un proceso lleno de frases reducidas á pedir perdon á Matilde por el delito de idolatrarla; protestar que mi amor no ofendia su recato y virtud, y rogarla que, si la suerte me era contraria, derramase al menos una lágrima sobre mi tumba. Conservo cuidadosamente la tal carta, y siempre que un acceso de vanidad me acomete, la leo, seguro de hallarme humilde y manso como un cordero al concluirla. ¡Tantas y tales son las boberías é inocentadas que contiene!

Pero mientras la escribia y aun despues de escrita, confieso que me pareció obra maestra de ternura y de pasion, y tal vez no la trocara por todas las de Rousseau en la nueva Heloisa. Sea como quiera, la dificultad estribaba en que mis tres pliegos de papel, escritos de le-

tra menuda, llegaran á manos de la persona á quien los destinaba, cosa no fácil de conseguir, y comision que mi reserva no queria confiar á agenas manos. Devanéme los sesos, como vulgarmente se dice, durante un dia para imaginar arbitrio que de tal apuro me sacase, y al cabo, despues de haber adoptado y desechado sucesivamente mil proyectos á cual mas absurdos, elegí acaso el mas descabellado de todos, decidiéndome á ser yo mismo el portador de mi carta. Monté, pues, á caballo á la caida de la tarde, y sin mas compañía que la de mi asistente, partí al gran galope para la ciudad, á cuyas puertas llegué ya cerrada la noche.

Mientras duró el camino, pusieron límites el movimiento y la agitacion á las imaginaciones; pero cuando me ví solo en la calle angosta y sombria donde habitaba Mendoza; cuando traje á la memoria que, abandonando un destacamento, cuyo jefe era, sin licencia de los mios, sin disculpa ni pretesto ostensible, iba á entrar en casa de un amigo, ¿y á qué? nada menos que á declararme á su muger; la sangre se me heló en las venas, toda la imprudencia de mi conducta, todo lo descabellado de mi plan, se me hicieron patentes, y hasta los pies, como si hubieran echado raices en el suelo, rehusaron proseguir el corto camino que me quedaba que andar. Llovia á mares, la noche era oscura como boca de lobo, y ni un alma pasó por la calle en una hora que, envuelto en mi capote, y sin cuidarme mas del agua que me bañaba que de la que inundó la tierra cuando el diluvio universal, estuve inmóvil frente á los balcones de Matilde, no discurriendo, sino desvariando sin razon ni concierto alguno. ¿Creen ustedes que me acordaba entonces del objeto que allí me habia llevado, ni del duelo que me esperaba al siguiente dia, ni de mi desercion del destacamento? Si así es, se engañan, porque tal estuve, que yo mismo no sabré decirles qué era lo que por mí pasaba. Unas veces imaginándome á los pies de Matilde, declaraba mi amor con sentidas razones y ardientes lágrimas.... Otras veia á un rival favorecido, y era don Cárlos.... Ya Mendoza, descubriendo mi pasion, intentaba vengarse; y ya su mujer indignada con mi atrevimiento, me desterraba para siempre de su presencia. En tanto discurria veloz el tiempo y dieron las nueve de la noche; salió entonces de la casa de Matilde un asistente con una cesta y fiambrera. Mendoza estaba de guardia indudablemente. Cinco minutos despues brilló una luz detras de una vidriera, de mí bien conocida, la del gabinete de mi amada: abrióse la ventana, y ella misma asomó el cuerpo, miró á un lado y á otro de la calle, y volvió á retirarse, mas solo al dintel del balcon. Aun ahora, que hablo en el puerto de la pasada tempestad, quiere el corazon salírseme del pecho recordando aquella escena; imaginen Vds. lo que seria entonces, que lleno de amor y arrebatado por los celos imaginé desde luego que Matilde esperaba á un rival dichoso. No quiero repetir las locuras que se me ocurrieron, los crueles proyectos que forme, fácilmente se adivinan, y además, no tuve mucho tiempo que dar á mis imaginaciones, pues á poco entró en la calle, por mi derecha, un hombre embozado y con sombrero de paisano, encaminándose resueltamente á la casa de Mendoza. Mis sospechas eran evidencias; mas con ese deseo feroz que á veces tenemos de apurar las heces al cáliz de los agravios, sin duda para justificar la venganza que de ellos intentamos tomar, me oculté en una puerta cochera que á mi espalda estaba, y merced á la oscuridad de la noche no fuí visto por el mortal dichoso. Este dió un silvido particular, al cual respondió Matilde asomándose al balcon y diciendo «Arriba» palabra que me parece aun estar oyendo. Mi cólera entonces rompió los diques y como leon furioso me arrojé sobre el desconocido sable en mano y esclamando: «Defiéndete, miserable, ó eres muerto».

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

El dia siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos.
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Despues de posado
Su inmenso aluhion:
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó:
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido son
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo velóz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes
Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó.—
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador:
De fieles podencos
Seguido, el zurron
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y asi de la vida
Al ruido y accion
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nuevo
Placer no mostró.
En todo aquel dia
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro esterior
Ni nadie pasando
Vió abierto el porton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y asi pasó un dia,
Y corrieron dos,
Y asi la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,
Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildose en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo, un retiro
Tan nuevo: y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.
Y asi pasó en tal misterio
Del verano la estacion,
Y un templo alzado al silencio
El palacio semejó:
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torba fáz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevará un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

Flor-del-Alba.

Pasaron los ardientes
Calores del verano:
Del álamo las hojas
Amarillean vá.
Las eras están limpias
Y recogido el grano
La fruta sazonada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar:
Las ubas de los negros
Empiezan á ser rojas:
Los blancos trasparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia.
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazon.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega,

En bandas numerosas
Buscándose jornal;
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los dias
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época mas grata
Al corazon sencillo
Del franco labrador:
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
¡Cuál brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del dia
Parece que se templa
Con transparente tül.

El aire atravesando
Por la feráz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura
Vivifica y salubre
De las primeras flores
La mágica estacion:
Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del génio inspirador.
Sus auras son cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el criador.

Sí sí: la brisa fresca
Fugáz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del señor.

Sí; siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estacion:
Y aspiro yo con ánsia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiracion.

Si, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda
Cantares á inspirar,
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mio,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
Los árboles despoja
De un opulento y verde
Y ameno pabellon;
Tambien es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazon.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis lábios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oirte mis oidos,
Y aguarda que le orées
Mi rostro con afan.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuanto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Alhagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz.

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual;
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De fadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu ser sutil;
Cabalgas en el viento,
Emanacion ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;
Huir una tras otra
Entre suspiros roncos
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El rio que susurra,
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoroso arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;
Con que llorando implora
La compasion del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afan:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguaje misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender;
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi ser responde
Su misterioso ser.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en ti la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi ser espera
Cuanto en mi ser pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el harém:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará tambien.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mi comienza el año
Con mi estacion querida:
Yo vivo cuando mueren
El arbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiracion mi Edem:
Envidia tengo entonces

De Píndaro y de Homero...
¡Ven brisa de setiembre,
Para mi gloria, vén!

¿Mas dónde me arrebata
Mi loca fantasía?
¿Adonde vá buscando
Belleza y poesía
Perdida de los vientos
Sobre la azul region,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusion ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza



Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez.

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazon:
En una de esas horas
De insomnio y poesía
Cuyo beleño blando
En su aura nos envia
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus lábios hermosea;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.

Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma
Y á sus megillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazon abrume:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita,
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la herial campiña,
Llorando sus enojos
Tiende la pobre niña;
Vése acuitada y huérfana
Y ansía por morir.

CAPITULO VIII (1).

I.

Un año despues.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del rio
Se vé del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta;
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto teson se niega:
Que las comadres del barrio
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan;
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la Iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia
Ni sus rostros, que embozado
El en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron
Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espía
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la córte de Viena:
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su joven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

De indiferencias agenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II

El encuentro

Desempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera;
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los estremos remates
De las mas altas veletas;
El Dios marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena:
A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres mugeres y ancianos
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasagero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Vá cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estatua ecuestre animada,
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa;
A una esclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosías
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella
Que al triste náufrago anuncia
El fin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riéla
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una mujer: la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: « ¡Es ella! »
Esclamó: —la celosía
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: « no tardes
En volver que aquí te esperan. »
Y en el lenguage espresivo
De su mirada resuelta
Contestola él: « No haré falta. »
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Va por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

(*Continuará.*)



Origen de la palabra seis.

Entre la muchas voces que la lengua hebrea ha trasmitido á la nuestra, es digna de notarse la palabra con que designamos el numeral *seis* la cual no tan solo la ha adoptado el idioma español, sino que en casi todos los conocidos la hallamos. En efecto: el griego dijo *ex*: el latin *sex*: el italiano *sei*: el francés *six*; el aleman *sechs*: el belga *ses* el polaco *szescz*: el inglés *six*: el vascuence *sei*. Este paralelismo que guardan entre sí las lenguas respeto á la palabra que nos ocupa, manifiesta suficientemente que en el origen de ella, hubo alguna cosa de notable, en atencion á la cual todas sin vacilar la adoptaron para espresar la idea misma que motivó su formacion; no de otro modo se concibe como pueda esplicarse el hecho de haber recibido una misma palabra, idiomas de procedencia enteramente distinta, como lo son p. e. el inglés y el italiano, el aleman y el francés: no de otro modo se concibe como una palabra haya infiltrado por todas las lenguas, desde la antiquísima y acaso primitiva en que tuvo origen hasta los dialectos mas modernos. Pero lo mas particular es, que en ninguna ha podido esplicarse ni darse razon de esta palabra, en ninguna se ha podido decir por qué se llamó asi, en ninguna se ha podido observar la conveniencia del nombre con la cosa; siendo preciso acudir á la lengua hebrea para indagar su formacion y patentizar su origen, el mas natural, por cierto, que puede darse. Entre las letras del alefato hebráico hay una asi ש llamada *sin* y cuyo valor fónico ó de pronunciacion es nuestra *s*: á la simple inspeccion de este geroglifico, cualquiera echa de ver que su figura consiste en tres brazos; por consiguiente duplicándole, resultará caligráficamente una diccion formada por seis trazos y fónicamente la palabra *ses*: hé aquí ya el origen del *seis* de todas las lenguas, constituido del modo mas ingenioso, como acabamos de ver, y al mismo tiempo filosófico, como pasamos á examinar, todos los signos hebreos tienen además del nominal y el de pronunciacion, un valor ideológico; es decir, todos los signos hebreos representan un objeto en el órden moral: pues la letra ש (*sin*) envuelve en sí la idea de *naturaleza*, de modo que duplicada (la repeticion es uno de los modos de hacer el superlativo hebreo) equivaldrá á *naturaleza aumentada, cúmulo de naturaleza; naturaleza consumada y perfecta:* aquí tenemos la espresion mas sublime y mas concisas de las *seis épocas* de la creacion.

Convengamos, pues, en que la palabra hebrea *ses* no pudo ser otra cosa, caligráfica, fónica ni filosóficamente considerada, y que con razon las lenguas todas la han adoptado, si bien ya en ninguna de ellas existen las poderosas razones que presidieron á su formacion.

Mucho pudiera decirse, fundados en lo que acabamos de esponer, en favor de la primordialidad y originalidad del hebreo; pero seria estralimitarnos y alargar inoportunamente un artículo en que solo nos hemos propuesto presentar una belleza de las en que abunda estraordinariamente la lengua de David y de Salomon.

S. CATALINA.

El tiempo

No hay cosa mas larga que el tiempo porque es la medida de la eternidad; no hay cosa mas corta; porque nos falta para todos nuestros proyectos; no hay cosa mas lenta porque espera; no hay cosa mas rápida; porque huye; en grande se estiende hasta lo infinito, se divide hasta lo infinito en pequeño; todos le desperdician, todos sienten su pérdida; sin él nada se hace; olvida lo que es indigno é inmortaliza los grandes hechos.

Los médicos.

Los médicos son instrumentos de la cólera de Dios, con ellos nos amenaza en aquellas terribles palabras del Eclesiastes: « *Qui delinquit in conspectu ejus qui fecit eum, incidet in manus médici.* »

GEROGLIFICO.



Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



LA ROCA DEL MONGE.

En una de as provincias mas pintorescas de Francia, que lleva el nombre de Franco-Condado, hay un valle que escita mas aun la admiracion del viagero, no solo por los variados y agradables accidentes del terreno, sino porque al volver la vista algunos años atrás, se averigua que no era aquello mas que un sitio agreste y salvage; un terreno inculto, desierto y cubierto de bosques de pinos. Algunos monges penetraron con el hacha en la mano en aquella selva virgen, y despues de fundar un convento en la cresta de una colina que domina el valle, convirtieron aquel terreno en un delicioso vergel y un pintoresco paisage. Este es el valle de Morteau.

Para el estadista, aquel rincon de tierra aislado al pie de las cordilleras del Jura, sobre los límites de la Francia, es un punto curioso y digno de atencion; para el artista y el poeta, es un sitio de delicias. Por todos lados puntos de vista que halagan á la vez á los ojos y á la imaginacion, crestas de montañas magestuosas é imponentes, sitios salvages, un todo, en fin, delicioso. En el centro de los bosques que por varios lados rodean el anfiteatro de Morteau, se vé un monolito puesto sobre un banco que representa exactamente la imágen de un monge, con la capucha echada á la cara y las manos cruzadas debajo de la barba. Cuentan sobre este fenómeno que en el tiempo en que los habitantes de aquella comarca empezaban á decaer de su fervor primitivo y á apartarse de la línea trazada por los piadosos consejos de la comunidad, un monge que se habia retirado á un bosque solitario lloraba y gemia al ver estos indicios de incredulidad y de desórden, y rogó al Omnipotente que diera á aquellos seres á quienes habia dedicado su vida y que ya se mostraban ingratos, una señal duradera que les hiciera recordar sin cesar á quién debian su primera instruccion y sus primeros elementos de prosperidad. En el sitio mismo en que el monge habia hecho esta oracion, se vió aparecer aquella estátua de piedra que una mano invisible parecia elevar como un monumento imperecedero á la memoria de los piadosos arquitectos del claustro de los misioneros de la fé y de la civilizacion en aquella comarca, de los fundadores de aquella colonia agrícola é industrial.

Tradiciones hebráicas.

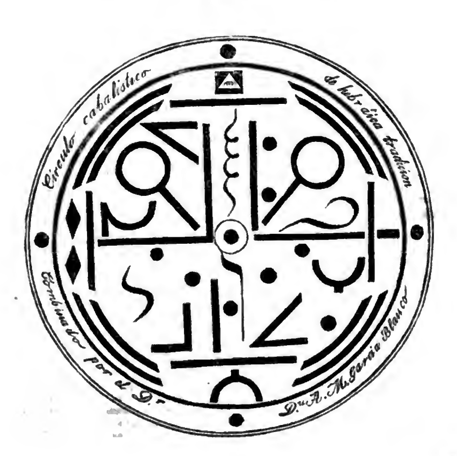
Los tradicionistas hebreos, llamados comunmente *masoretas*, que suben hasta el quinto siglo antes de nuestra era, nos han conservado varias noticias importantísimas, pertenecientes á ciencias, artes y literatura. Desconociéronlas en su mayor parte los griegos y demas naciones posteriores, ya por lo sublime de los conceptos, ya por las formas cabalísticas de que aparecian revestidas, acaso para mas enaltecerlas, si ya no entraba á la parte en aquel estudiado misterio el propósito de su conservacion por medio del misticismo y del aparato religioso. Estas recónditas noticias masoréticas yacen olvidadas unas, y obscurecidas otras en los mas antiguos manuscritos hebráicos que se salvaron de los malignos incendios de Alejandría, Atenas y demas metrópolis de la antigua Grecia; pero no por eso dejan de ser importantísimas, y de esparcir un inmenso resplandor, cada vez que se descubre ó se desentierra alguna de entre el polvo, y al través de una filosofía tan presumida como indigesta, que el tiempo y la desgracia echaron sobre ellas. El CÍRCULO CABALÍSTICO tradicional que vá intercalado en este artículo, creemos sea uno de esos destellos á que aludimos.

Los *masoretas* y *cabalistas* (tradicionistas y doctrineros) mas antiguos que se conocen, usaron en su hebráica escritura sagrada, no en la profana, ciertos signos ó figurillas que llamaron *mociones* ó *puntos*, porque realmente no eran mas que puntos, ya sueltos ya reunidos, corridos unas veces en línea recta, y otras en curva, ora en círculo, ora en espiral, trazando aquí un ángulo, allí una diagonal, allá dos

paralelas, dispuestos en fin, del modo mas conveniente para espresar el sonido y modificaciones del sonido de las palabras á cuya inmediacion se pintaban. Estos ligerísimos ápices eran la mas adecuada espresion de lo mas vaporoso, espiritual é imponderable de la palabra, cual es su vocalizacion, su velocidad ó detencion, su fuerza ó energía, su dulzura, su énfasis, su entonacion, su música en una palabra; pero desatendidas estas minuciosas consideraciones y su espresion en la escritura por algunos malos críticos, llegaron á ser desconocidas del todo, y sus signos reputados como innecesarios para la genuina lectura é inteligencia de la escritura hebrea, á pretesto de que no se hallaban en los mas antiguos manuscritos, y de que era invencion de los últimos tradicionistas, llamados *masoretas tiberienses*. Felizmente son ya muy pocos, merced á los adelantos de la ciencia crítica, los que persisten en tan grosero error: únicamente en Francia, y en una sola de sus escuelas, llamada por antifrasis *Crítica Capeliana* ó *Masclefiana* de su fundador Luis Capel, y restaurador *Masclef*, se aboga todavía por la abolicion de los *puntos ó mociones masoréticas*; mas todo el mundo sábio ha convenido en reconocer esta parte de la escritura hebráica, como necesaria para la lectura é inteligencia de sus palabras, y como muy anterior á los masoretas tiberienses; no faltando razones á nuestro juicio atendibles, para hacer á dichas mociones coetáneas de las letras, y como ellas parte integrante del habla de Moisés, David, Salomon, Isaias y demas escritores sagrados, anteriores y muy anteriores á los griegos. Todos admiten ya las *mociones* de la escritura hebrea como el último ápice de la perfeccion en un sistema de escritura geroglífico-literal; pero ninguno que sepamos, ha reunido todas aquellas distintas figurillas en una matriz comun para observar su conjunto, ni reflexionado sobre la filosofía que presidiera á su formacion, y que por lo mismo las aleja mas y mas de los siglos de ignorancia de nestra era, en los cuales, ó muy próximo á ellos se supone la existencia de los últimos *masoretas tiberienses*. Nosotros pues, al presentar *el círculo masorético cabalístico* que aparece estampado al pié de estas líneas, nos proponemos llamar la consideracion de los entendidos en la materia, no solamente sobre su conjunto en una figura perfectamente regular, y detalles de la mas severa filosofía, sino tambien, y mas singularmente sobre el campo vastísimo que aquella y estos ofrecen para investigaciones filosófico-críticas de suma trascendencia.

En efecto; cualquier hebraizante que se detenga un poco á examinar el *círculo masorético*, hallará en él comprendidas todas las *mociones* consignadas en la escritura hebráica sagrada; y él y cualquiera que reflexione no podrán menos de admirar, cómo la combinacion de aquellas produce una figura geométrica regular, cortada simétricamente, y entrecortada con sumo órden y claridad; dejando percibir con toda distincion un gran círculo con su punto céntrico y sus cuatro cardinales, mediante los cuales se tiran perpendiculares y horizontales, y se trazan ángulos rectos y agudos, rádios, semi-rádios, arcos, círculos, semicírculos, tangentes, paralelas, diagonales, y cuantas secciones admite el círculo, como asimismo cuantas figuras se juzgaron necesarias para espresar los varios cortes y recortes, secciones y partituras que pueden hacerse de la palabra dentro de su círculo sonoro ó fónico, ideológico, sintáxico y musical. Este gran círculo, puede preguntarse ahora, ¿tendria alguna otra cabalística significacion entre los hebreos, amigos del simbolismo, y cautos contra los bárbaros que de todos lados los acechaban esplotando su saber y sus tradiciones? ¿Seria tal vez algun gran emblema de lo mas etéreo, espiritual é imponderable del universo, como sus distintas partes lo son de lo mas sutil é influyente de la palabra, y como las *letras* á que acompañan, es ya casi demostrado, lo eran de lo mas grosero y sensible de esta, á saber: de los movimientos orgánicos necesarios para la locucion, y de las ideas fundamentales del mundo físico, moral é intelectual en que vivimos? Hé aquí un gran problema filosófico crítico, que convendrá resolver, para juzgar del mérito y originalidad de las naciones posteriores á la hebrea, apartadas del Oriente, y casi siempre sus enemigas: hé aquí un mundo ideal de inmensa estension é incalculables consecuencias, que se transparenta por entre ese nuevo, vistoso y agradable grupo de *figurillas masoréticas*: hé aquí, en nuestra opinion, uno de esos brillantes destellos á que anteriormente aludiamos, surgiendo de las amortiguadas cenizas del vasto y poco apreciado saber de los antiguos orientales. Por nuestra parte, y como para estimular á los demas á ulteriores investigaciones, consignaremos aquí los principales fundamentos que nos inducen á sospechar y casi á columbrar algo de lo indicado.

1.° Al ocurrirnos por primera vez, con no poca sorpresa la combinacion de las mociones hebráicas con su natural figura, posicion y lugar, en el círculo que finaliza este artículo, desde luego asaltó á nuestra mente el recuerdo del llamado *círculo masorético*. Todo el que ha manejado códices hebreos, ha visto que los *masoretas* ó tradicionistas, siempre que hicieron alguna observacion tradicional sobre el testo hebreo sagrado, pusieron encima de la palabra que comentaban, un círculo pequeño, asi (0); el cual servia de indicacion de la nota marginal en que consignaban su doctrina; y esto con tal tenacidad y estudiado aferramiento, que jamás se encontrarán ni una sola vez, ni en un solo pasage, indicadas las acotaciones y citas masoréticas con ningun otro signo ó llamada: ¿qué mérito pues? ¿qué carácter especial y privilegiado? ¿qué símbolo? ¿qué emblema vieron reflejar en el círculo, para preferirlo absoluta y constantemente á



todo otro signo en sus acotaciones y citas? ¿A qué hacerlas por un signo estraño y no mas fácil de pintar que un número, una letra, un asterisco cualquiera, signos comunes adoptados al efecto por antiguos y modernos?

2.° Aun mas nos afirma en nuestra opinion, especialmente respecto á la antigüedad del círculo *masorético-cabalístico*, el haber observado, como podrá observar cualquier hebraizante, que la figura circular es la única que descompuesta puede dar todos los ápices, fragmentos ó secciones que se hallan en la escritura sagrada hebrea, denominados en general *mociones ó puntos masoréticos*: y aumenta nuestra persuasion el que todos aquellos distintos *ápices* tienen un nombre, una figura y situacion las mas adecuadas á los oficios prosódico, sintáxico y musical que los reconocen los gramáticos; bastando una rápida ojeada para apercibirse cualquier hebraizante de que los nombres, figuras y situacion de tales notas prosódicas, sintáxicas y musicales, arrojan de sí las ideas de ¡alto! descanso, ó fin de pasage (*siluq* ,); primer descanso (*atnaj* ^); cubacion ó tetrángulo (*rébaj* ■); ereccion (*zaquéf* :); desmayo ó fatiga (*tiphjah ó mayeláh* .); espulsion (*gaéresch* ' ó ''); asiento (*yetib* <); estension (*paschtah* '); esparcimiento (*zaskah* ~); quebranto (*tebir* .) sostenido (*mecarbél* ,) ó levantado (*jilui* ,); cadena (*schalscheleth* ǀ); escala (*darga* ,); luna nueva (*yareaj* v); ideas todas y figuras que aisladas nada ó poco prometen para la filosofía de una lengua toda razonada é ingeniosa.

3.ª Además; en una escritura y lengua tan razonada, es imposible que se inventára al acaso, y se usára por mero capricho tanta variedad de figuras, sin un sistema general que sirviera de clave y fundamento á todas ellas: y si bien hasta ahora nadie, que sepamos, las ha reunido en un gran grupo, para estudiar sus recíprocas relaciones y el gran pensamiento de que originariamente pudieron ser emblema, eso mismo aumenta, al verlas por primera vez formando un todo regular, exacto, y aun armonioso y elegante, la grata sorpresa de tan homogéneo como vistoso conjunto; así como la vehemente presuncion, si es que no conviccion moral, de ser este un antiguo monumento perdido ó olvidado, bosquejo á la vez y emblema de algun gran pensamiento cosmogónico, sin que por eso desconozcamos que necesariamente habrá inexactitudes en combinacion tan reciente, ora por el largo transcurso de siglos desde su desaparicion ú olvido, ora por la ofuscacion que naturalmente causa un primer descubrimiento; como sucederia al que por primera vez viera una esplendente antorcha de luz á que su vista no estuviese acostumbrada.

4.ª Agrégase á lo ya indicado, la singular coincidencia de que por una parte el nombre propio de Dios en hebreo es *tetragramato* ó de cuatro letras, que tomadas como geroglíficos dicen *poder*, *amor*, *union*, *amor*, y por otra el círculo propuesto aparece presidido por una figura *tetrangular* ó cuadrada, con cuatro puntos cardinales, como si dijéramos oriente, occidente, sur y septentrion; su area está cortada en cuatro ángulos rectos; su circunferencia en cuatro curvas iguales; interceptadas estas por cuatro rectas que dicen: debilidad (*raphé* -), suspension enfática (*pesich* ǀ), hendidura (*pataj* -), y ¡alto! ¡descanso! (*siluq y soph-pasuch* :ǀ). Volvemos á preguntar otra vez: ¿si será este *círculo* emblema de algun gran sistema universal desconocido á los griegos, y por lo mismo inaudito é incomprensible para nosotros, acostumbrados á no inquirir mas allá de aquellos y de su intrincada filosofía? Rogamos á los sábios críticos tomen en cuenta esta figura, y los datos que espontáneamente arroja; y que mediten bien sobre la sabiduría de Salomon, de Isaías, de Esdras y demás escritores sagrados, y sobre el distinto modo que tuvieron estos de ver los objetos, de pensar y de espresarse, respecto de los sábios que muy posteriormente brotaron de la Grecia y del Lacio.

A. M. GARCIA BLANCO.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Mi adversario, dando un salto atrás, evitó una cuchillada que yo le tiraba, y al mismo tiempo vi que cerraban las vidrieras y contraventanas del gabinete. Bastó un minuto para que conociendo yo la deslealtad de mi proceder en atacar así á un hombre que tal vez estaba inerme, le dijera: — «En guardia si traes armas, en guardia; ó vamos á buscarlas sino las traes, que necesito tu vida. — No creí, respondió tranquilamente mi enemigo, que los caballeros de Alcántara acometiesen á sus enemigos, como los rufianes; esperándolos detrás de las esquinas. Señor don Alfonso Tellez, mañana nos batiremos, ahora sírvase V. dejarme atender á mis negocios.» Escuso decir que era don Cárlos de Sotopardo quien me hablaba...

Don Diego. ¡Ah pícaro! con que le quitaba el pellejo en público, y luego en secreto... ¡Para el tonto que se fíe!

Alfonso. Esa ú otra reflexion análoga se me ocurrió desde luego; pero tal fué mi sorpresa, tal mi indignacion, que durante algun tiempo me hallé incapaz de proferir un solo acento. Entre tanto don Cárlos, prescindiendo absolutamente de mí, volvió á colocarse frente al balcon, y tal vez iba á silvar segunda vez, cuando el ruido de los pasos de un hombre que á nosotros se acercaba presuroso, le decidió sin duda á retirarse con tal precipitacion que desapareció á mis ojos instantáneamente. Intentar seguirle en medio de la oscuridad, y siendo cinco ó seis las calles ó callejuelas que, á cuatro pasos á mi derecha se cruzaban, fuera en vano; por manera que, en la impotencia de mi rabia, no tuve mas arbitrio, para desahogarla de alguna manera, que el de encaminarme al hombre, inocente causa de mi último chasco. Sabido es que la cólera descarga no siempre sobre el que la produjo, sino muchas veces sobre el objeto que mas á mano encuentra. Así aconteció con la mia. — ¿Quién va? — pregunté con voz que seria sin duda de traidor de melodrama: porque el interpelado, retrocediendo algunos pasos, contestó con tono que anunciaba poca tranquilidad de espíritu: — Gente de paz: un vecino honrado. — ¿Y quién es? ¿á dónde va? — Voy á mi casa señor, dos puertas mas abajo, soy, como digo, un vecino honrado, y no me meto con nadie, voy por mi camino, y si V. gusta me volveré. — Vaya V. á los infiernos, perdurable hablador, — exclamé volviéndole la espalda; pero quiso mi mala suerte que inmediatamente entrara en la calle un tercer personaje, y así que el vecino honrado se creyó con las espaldas seguras, comenzó á dar tales voces, clamando: — ¡Al ladron! ¡al asesino! ¡favor al rey! ¡pícaro! ¡salteador! etc., — que por un lado, sacándome de tino, cosa fácil entonces, me obligó á hacerle sentir la suela de una de mis botas, y por otro no solo atrajo al que por la calle venia, sino que dió lugar á que como por ensalmo, se llenasen los balcones de las casas inmediatas de gentes con luces. El concierto de voces desentonadas, de gritos descompasados, que resonó en mis oidos, no hay para qué decirlo; mas lo que no puedo pasar en silencio es, que quien vino el primero en auxilio del azaroso y chillon vecino, fué nada menos que mi Teniente Coronel.

Su sorpresa al ver en el que juzgó ratero á un capitan de su regimiento, y que ese capitan era yo, solo es comparable á mi vergüenza y despecho. — Aquí hay, dijo Almazan, algun misterio que mas tarde aclararémos. V., paisano, váyase á su casa y otra vez aprenda á distinguir de colores... — Pero es que el señor ha llegado á vias de hecho, maltratándome de palabra y de obra. — ¿Quisiera V. que le diera las gracias despues de llamarle ladron? Vaya muy noramala el hablador, y por vida del Rey, que si sale de sus labios una palabra sobre este asunto... — Si el señor quiere una satisfaccion, interpuse yo, le daré las señas de mi casa. — Eso es, exclamó el honrado vecino, una estocada ó un balazo además del puntapié... Muchas gracias; pero yo veré si hay justicia en España. — Un gesto bastante significativo del Teniente Coronel hizo comprender á aquel buen hombre que podria costarle caro el insistir por entonces, y, obrando como cuerdo, nos dejó solos. «Sígame V., dijo Almazan, y á paso largo me sacó de la calle dirigiéndose hácia el cuartel de nuestro regimiento. Luego que ya nos vimos enteramente desembarazados de curiosos, volviéndose á mí con aire severo, preguntó mi jefe: — ¿Con qué permiso ha venido V.? — Con ninguno, mi Teniente Coronel. — ¿A qué ha venido V.? — A un asunto mio. — ¿Qué asunto? — Es un secreto. — ¿Que no pueden saber sus jefes de V.? — Ni nadie. — ¿Qué hacia V. en la calle donde le he encontrado? — Pasaba por ella. — Y al paso insultaba V. á las gentes pacíficas, maltratándolas de obra y de palabra ¡Digna conducta de un caballero y de un oficial! — Las apariencias me condenan. — Bien, bien; mas tarde se averiguará la verdad; por ahora vamos á la prevencion. — Mi Teniente Coronel, he cometido una falta abandonando mi puesto, y de antemano me someto resignado á su justo castigo: pero, de caballero á caballero, tengo mañana un lance de honor... — ¿Con quién? — Permítame V. que no lo diga, y consienta en retardar mi prision hasta mañana, que si salgo con vida, yo le empeño mi palabra de presentarme inmediatamente en el cuartel. — Imposible señor mio, imposible. La escena de esta noche ha sido demasiado escandalosa. — Señor Don Pedro de Almazan, se trata del honor... — Señor capitan, su *Teniente Coronel de V.* le arresta en la prevencion.»

Yo no sé hasta qué punto hubiéramos llegado con la discusion si por dicha, al pronunciar mi Gefe las últimas palabras, no nos halláramos ya á la puerta del cuartel, que á la órden de Almazan se abrió inmediatamente. Para colmo de mi desventura era Mendoza el oficial

de guardia de prevencion. El Teniente Coronel le explicó en breves palabras lo ocurrido, y dejándome en su poder, con especial encargo de que bajo ningun pretesto me permitiera salir del cuartel, marchóse prometiendo volver á la siguiente mañana. Desde luego llamó singular y desagradablemente la atencion de Mendoza la circunstancia de haber sido en su calle donde el Gefe me habia encontrado. Por mas confiado y bonachon que naturalmente fuese, era imposible que no sospechara la pasion que su mujer me inspiraba; y no hay fé que resista á los indicios, mas que vehementes, que contra mi deponian en la tal aventura. Sin embargo, estuvo cortés conmigo, y mandó que inmediatamente me tendieran un colchon sobre el sofá del cuerpo de guardia, invitándome á descansar un rato, oferta que acepté, mas por no estar frente á frente con aquel hombre cuya presencia era entonces para mi un remordimiento en cuerpo y alma, que por deseo de reposo. Acostéme, pues; y como llevaba dos dias sin pegar los ojos, habia andado cuatro leguas á galope y hecho dos horas de centinela á la intemperie, el cansancio físico pudo mas que la agitacion moral, y, en efecto, caí en uno de esos letargos que embargan los sentidos sin dar treguas á las penas del corazon.

Mañana diré á V. las consecuencias de mi malhadado sueño.»

Alfonso. A los agudos sones del clarin de guardia, tocando diana, salí de mi letargo, y me hallé solo en el pabellon de los oficiales, donde, por una ventana, con su reja de hierro correspondiente, comenzaban á entrar los primeros rayos del sol naciente. Sentíme acalenturado, y en vano quise levantarme; llamé con voz apagada, y el ordenanza no me oyó. ¿Dónde estaba Mendoza? ¿Cuánto tardó en venir? No lo sé todavía, porque á impulsos de la incomodidad física y de los tormentos morales, perdí el sentido; apoderóse de mí un vértigo espantoso; y cuando recobré la razon, despues de seis dias, me vi en una estancia enteramente desconocida, y rodeado de personas, á quienes en mi vida habia visto hasta entonces, si se esceptúa á mi asistente.

—García, dije á este; ¿dónde estoy?—En casa del coronel, mi capitan.—¿Y esa religiosa?—Una hermana de S. Vicente Paul, que ha venido á asistir á V.—¿Y aquel caballero?—El médico, servidor de V., me respondió entonces el mismo por quien yo preguntaba.—Para abreviar, diré á Vds. que permanecí largo tiempo delirando en el cuerpo de guardia, donde parece que no entró Mendoza sino acompañando al coronel, quien así que tuvo noticia de mi arresto por el parte de la mañana, pasó inmediatamente á enterarse de la causa. Mi estado era tal, que el respetable veterano no solo olvidó entonces mi culpa sino que enterneciéndose, mandó que en una camilla me trasladasen inmediatamente á su propia casa, donde me hizo visitar por el mejor médico del pueblo, en union con el cirujano del cuerpo, y asistir por una hermana de la órden de S. Vicente Paul, institucion por cierto bien digna de la caridad cristiana. Gracias á tantos cuidados y al esmero é inteligencia de los facultativos, la agudísima fiebre cerebral que durante los seis primeros dias me tuvo delirante y en peligro de muerte, comenzó á ceder al declinar el sétimo, en cuya noche recobré por fin el uso de mi razon, como dejo apuntado. El médico puso término á mis preguntas, declarándome sin rodeos que no podia responder de mi vida, si no guardaba silencio y me sometia á discrecion al régimen conveniente. La religiosa y mi criado añadieron que, si era necesario, emplearian hasta la fuerza para hacerme entrar en razon; y así pasé ocho dias mas, lleno de curiosidad y sin poder satisfacerla.

Una circunstancia, entre todas me llamó singularmente la atencion; á saber: que mi buen coronel no entrase ni una sola vez á verme en tantos dias; pero el obstinado silencio de mis guardias me dejó conjeturar lo que mejor me pareciese. Fuera de peligro, mas no, segun mi severo médico, en estado de soportar ninguna conmocion violenta, comencé á levantarme á los quince dias de enfermedad; y, en resúmen, hasta pasadas tres semanas no me entregó el médico la carta del coronel, que voy á leer á Vds. íntegra:

«Señor don Alfonso Tellez:

«La calaverada de abandonar el destacamento podia y debia costarle á V. su empleo; pero la ha pagado ya tan cara, que me parece le servirá de escarmiento para en adelante. Así, pues, he reducido al *paisano del puntapié* á que calle; logrado del Teniente-Coronel que retire el furibundo parte que justamente dió contra V., y echado tierra al negocio, del cual lo mejor es no volver á hablar en la vida.

»Parece que soñando dijo V. cosas que escocieron á Mendoza, quien, aunque pasa por un Juan Lanas, es hombre de honor. Su propósito era pedirle á V. una satisfaccion, mas yo, para probarle la inocencia de su mujer, me decidí á leerle un papelote que V. tenia en el bolsillo del uniforme. Esta indiscrecion ha restablecido la paz de un matrimonio; y creo, por lo tanto, que la dé V. por bien empleada.

»Por el mismo papel supe que debia V. batirse con Sotopardo; y como no gusto de que mis oficiales queden mal en tales lances, fui en persona al lugar de la cita (de que me informó el Teniente Leon, quien alarmado con la ausencia de V., se vino á buscarle) fui, digo, á manifestar á Don Cárlos su estado de V. y ofrecerme, en caso de que el andar á cuchilladas le urgiera, á reemplazar al enfermo, pero el capitan Sotopardo, que digan lo que quieran sus enemigos, es un caballero, rehusó la partida por razones poderosas, de las cuales me explicó algunas, y se reservó comunicarnos las demás en tiempo oportuno. Entre tanto V. y él han quedado bien puestos que era lo esencial.

»Creí con esto terminado el negocio: pero parece que hay algun demonio intrigante que se ocupa del cuerpo, pues hoy, á los siete dias cabales de su encartada de V., recibo por estraordinario la fulminante real órden de que acompaño á V, copia.

»Voy á montar á caballo y ponerme al frente de los escuadrones; Sotopardo ha salido para su destino, y será preciso que V. haga lo mismo inmediatamente que se restablezca, presentándose antes á ese Capitan general á quien le dejo recomendado.

»Tambien hay para mí, como verá V., su trocito de peluca: pero como á Dios gracias, no tengo por qué callar, he acudido al Rey, como la ordenanza me lo permite, *en representacion de mi agravio.* Luego que esto se zanje, me ocuparé en sacar á V. y á Sotopardo del mal paso en que estan.

»Entre tanto, si alguna vez le hace á V. falta un consejo sano, ó necesita cien doblones, escriba á su coronel, quien le hablará siempre con franqueza, y de buena voluntad le dará la mitad de lo que tenga.—Queda de V., etc.»

La real órden adjunta á la carta de mi Coronel y dirigida por el ministerio de la guerra al Capitan general del reino, en cuya capital nos hallábamos, decia de esta manera:

«Ha llegado á noticia del Rey N. S. por la via reservada del ministerio de mi cargo, que los capitanes del regimiento número..... de caballeria ligera, Don Cárlos de Sotopardo y Don Alfonso Tellez, causan con su conducta irreflexiva, repetidos escándalos en esa provincia, turbando el sosiego de los pacíficos habitantes de su capital. S. M. ha visto con el mayor desagrado la reprensible ligereza de los dos citados oficiales; y con sorpresa que, ni V. E., como jefe superior de sus reales ejércitos en ese reino, ni el coronel del cuerpo en que los capitanes sirven, hayan acudido en los términos que la ordenanza previene al remedio de unos excesos que perjudican no solo al buen nombre del regimiento de los culpables, sino al de las tropas todas de S. M. cuyos oficiales quiere el *Rey* que sean modelos de moralidad y decoro para todos sus vasallos.

«Es, en consecuencia, la voluntad del Rey N. S. que el regimiento de *** emprenda su marcha, á las doce horas de recibida por V. E. esta órden, para Badajoz; que Sotopardo salga en el mismo perentorio término, compañado por un oficial de confianza, á embarcarse en el puerto de Cádiz para las islas Canarias en clase de confinado; y Tellez, de quien S. M. cree que, atendidos sus cortos años, reconozca y enmiende en breve sus errores, á esperar órdenes en la ciudad de Ronda, presentándose sin demora á recibirlas del Comandante general de aquella Serranía.

«De real órden, etc.»

Figúrense Vds. qué efecto producirian en mí así la carta del Coronel, como la real órden; pero todavía recibí al mismo tiempo otras tres cartas, que es preciso conozcan Vds. tambien. La primera decia:

«La fatalidad, de que soy víctima ya hace años, acaba de descargarme uno de sus mas terribles golpes: el Rey, sorprendido por mis enemigos, me confina á las islas Canarias. Si algo puede consolarme es: primero, el testimonio de una conciencia pura y tranquila; despues, que esta forzosa separacion me evite el disgusto de hacer armas contra V., señor don Alfonso, quien si ha contribuido á denigrarme, es, no lo ignoro, á impulso de sugestiones que en su edad son omnipotentes.

«No sé por qué; pero es cierto que no puedo menos de profesar á V. un afecto, que seguramente no me paga. Algun dia quizá, deshaciéndose las negras nubes que hoy oscurecen mi reputacion, verá el capitan Tellez, cuán injustamente se me llama *Cárlos el malo.* Entre tanto reciba V. un aviso que le dá un caballero: huya V. de Matilde, si en algo estima la tranquilidad de su vida, si no quiere arriesgar hasta la honra.—Plegue al cielo que las preocupaciones que contra mí han logrado inspirar á V. no le hagan desoir el de éste su desdichado compañero y S. S., etc.—Cárlos de Sotopardo.»

Oigan Vds. ahora la segunda carta:

«Señor don Alfonso: en pago de la hospitalidad y cordial acogida que halló en mi casa desde que, en mal hora, vino al regimiento, meditaba V. seducir á mi honrada esposa. Si la enfermedad que ahora le agóvia no contuviese mi brazo, ya estaria V. castigado como merece: pero tenga V. entendido que no renuncio á la venganza, aunque la aplazo; y sepa que con la espada en la mano será como vuelva

á ver á quien se avergüenza de haber sido su compañero, y será siempre su implacable enemigo.—Cárlos de Mendoza.»

La tercera, en fin, decia:

«La misma persona que ha templado el ánimo del Rey con respecto á V., podrá rehabilitarle muy pronto, si se conduce con prudencia y cautela. Un hombre como V. no debe desalentar nunca; y lo que ahora padece se le tomará en cuenta para recompensarlo un dia de la manera que su corazon desea, sin atreverse acaso á esperarlo. No tenga V. la menor comunicacion con Sotopardo; espere resignado y sea discreto sobre todo.»

Este último escrito no tenia firma.

Don Diego. Dígole á V. que hay para volver loco al mas cuerdo.

Alfonso. Tal creí que me sucedia, porque al verme, aun no cumplidos los veinte años, con la carrera cortada; en mal predicamento con el monarca á cuya munificencia debia mi educacion y empleo; expulsado de mi regimiento, y separado acaso para siempre, de la que adoraba, confieso que era carga harto pesada para mis débiles hombros. ¿Quién habia dado cuenta á la superioridad de lo ocurrido, desfigurándolo además, pues que en realidad en cuanto á mí nunca hasta entonces hubo motivo de queja? ¿Qué mano poderosa habia en la corte para que, apenas cometida la culpa, cayera sobre nosotros el rayo del castigo? ¿Cuál era el protector invisible y desconocido que mitigó para mí la severidad del Rey, y que me ofrecia rehabilitarme? ¿Por fin qué recompensa era la que se me ofrecia? Tales eran las dudas que me asaltaban y á que ni entonces, ni mucho despues, pude dar solucion. En cuanto á la carta de Sotopardo, la esplicacion me pareció fácil: don Cárlos era el amante de Matilde, y celoso de mí, quiso al partir prevenirme de manera que nunca pudiera ocurrírseme la idea de suplantarle. ¿Pero y Matilde misma? Mis ojos habian visto, y con todo algunas veces el exceso de la pasion me hacia dudar hasta de aquel tan triste como irrecusable testimonio.

—Tal vez (solia decirme el pensamiento) tal vez supo Matilde que debiamos batirnos al siguiente dia, y por evitarlo llamó á don Cárlos, arriesgando hasta su honor. ¿Se rien Vds.? ¡Ay señores, que no se renuncia fácilmente á esas primeras ilusiones de la vida, no se consiente sino en el último extremo, en convertir al ente ideal que nos forjó la fantasía en una mujer cualquiera, y mucho menos en una mujer detestable! Como quiera que sea el exceso de mi buena fé, en vez de mitigar mis penas, las aumentaba, pues los intervalos en que me persuadia de la inocencia de Matilde, eran como aquellos cordiales que se daban á las víctimas del tormento, para que con las fuerzas recobrasen la facultad de padecer.

Las amenazas de Mendoza me parecieron harto naturales para dudar de su sinceridad, y las ofertas de mi Coronel, aunque sentidas, de todo punto inútiles por el momento. Así mi estado moral contribuyó no poco á prolongar la convalecencia; mas con todo eso, al mes de leidas las cartas de que vamos hablando, me hallé ya en disposicion de montar á caballo y, por consiguiente, de emprender la marcha al lugar de mi destierro.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO
POR D. JOSE ZORRILLA
Y
D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Conclusion.)

III.

La cita.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavura,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celages
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantísimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal gergon el pobre
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga
Del frio y del hambre ruda,
Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mia,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien...» Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, celoso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,



Y requiriendo la espada
Decidido;
Vá mas ligero que el viento
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

—¿Quién vá? ¿quién es él? ¿qué busca?
Pregunta la voz sonora
Del amante;
—Pregunta es esa muy chusca,
Señor don Pedro; en mal hora
Vuestra errante,

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo dia y noche velo
Mi tesoro.
Y cuidad que no descuido
Y sostendré contra el cielo
Su decoro!

—Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre mi corage
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultrage...
—Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
no asi artero
Del enemigo dormido..
—Sellad el labio injurioso
Caballero!

Si entre las sombras oisteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debisteis,
Ni herirme asi con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojo temerario
Que os aira:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—Os jactais de caballero,
Y asi labrais el desdoro
De una dama
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenia
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo....
—¡Perdonad al alma mia
Su impaciencia!

¡Oidme solo un instante,
Y os dolereis es seguro
De mi amor!
—Bien: y de aquí en adelante
Me obedecereis?—Lo juro
Por mi honor!

—«Venid pues!» gritó el anciano,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO II.

I.

Esperanzas.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas túrbidas
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera,
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, férvido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo brio esfuérzase
El triste por vivir!

Sin ti dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡Cuán poca la virtud, cuan poco fuera
El génio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del dia.

La luz que alumbra, el fuego fecundante
En el cual la creacion enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetráras tú, no hubiera infierno;
Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

Esplicaciones.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben, ambos
Sin hablar ni una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada
Entraron: y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
—«Ahora bien, don Pedro, dijo,
»Ya escucho vuestras palabras.»
El joven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:
—«Cuando estuve en vuestra casa
»De Villaldemiro, os dige,
»Segun creo, por qué causa
»Iba huyendo decidido,
»De amigos, familia y patria,
»Seis meses hará que aquella
»Dama de régia prosapia,
»Que mi padre, mas amante
»Que cuerdo, me destinaba;
»Casó con un archiduque
»De la corte de Alemania;
»Y el mismo tiempo ha que os busco
»Por los ámbitos de España.
»Anteayer volví á la corte
»Llena de dolor el alma,
»Y al borde, por Dios os juro,
»De una accion desesperada;
»Cuando esta tarde, por dicha,
»Descubrí en una ventana
»De esta casa al bien que adoro,
»A mi amor, á Flor-del-Alba!
»No querais, pues, ser mas duro
»Que la suerte: á nuestras ansias
»Os rendid!»
—¿Quién... Yo, don Pedro,
»Cometer la accion bastarda,
»De unir á sangre enemiga
»La sangre de mis entrañas?
»Mal me conocisteis, joven;
»Nunca perdonan los Albas!
»Y antes prefiero ver muerta
»A mi Flor idolatrada,
»Que consentir! duro oprobio!
»En que se unan nuestras razas
—«Pero señor!»
—«Nada escucho!»
—«Pensad...»
—«Pienso que fué harto
»Mi bondad. ¿Quereis que olvide
»Tanta sangre derramada?...»
—«Se derramó en buena guerra»
—«La fortuna hereditaria
»De mi Flor, que vuestros deudos...»
—«Os la devuelven intacta.»
—«¿Cómo?»
—«Mirad estas letras;
»Para vos fueron selladas,
»Y detrás de vos corrieron
»Conmigo, por toda España:
»En ellas, el rey Felipe
»Quinto, os devuelve su gracia,
»Vuestros títulos y honores,
»Vuestras haciendas y casas:
»Mi padre y yo esto pedimos
»Para vos, al buen monarca;
»Ved si consentis ahora
»En mi union con....»
—«Flor-del-Alba!
»Gritó gozoso el anciano,
»Flor, Flor!..... Ven aquí, muchacha,
»Despierta y vístete presto,
»Que gran sorpresa te aguarda!
»Sois todo un hombre Don Pedro!
»Flor-del-Alba! Flor-del-Alba!»

III.

Felicidad.

Bello es el ástro rey del claro dia,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría
Bon su pálida luz, su brillo amante;
Pero mas bella aun, mas seductora,
Es la muger que el corazon adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oir sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcacion que en calma vá indecisa
Cuando las lonas cándidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espertísimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonía,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al creador al fin del dia....
Pero mas dulce aun, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazon del hombre
Es ganar por sí mismos fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
Pero es mas grata aun y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado tambien Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
—«¡Y bien! ¡abraza á tu esposa!»
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rien y lloran:
Sus alientos se confunden,
Sus lábios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
—«¡Ay Tellez!»....
—«¿Por qué suspiras?»
—«Aquella mansion dichosa
»En que por la vez primera
»Te vi...
—«Qué?»
—«No es nuestra ahora.»
—«Por qué?»...
—«Vendióla mi padre»....
—«Mas la compró otra persona.
»¿Quieres volver?
—«Si es agena»....
—«¿Y si esa razon no importa?»
—«¿Cómo así?»
—«Porque es de un dueño
»Que con el alma te adora!»
—«Qué? el castillo?»
—«Y sus terrenos
»Son tu regalo de boda.»
—«¿Iremos allá?»
—«Muy presto.»
—«Cuando?»
—«A la próxima aurora!»

Conclusion.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con magestad esplende soberana:
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánto! ¡ay! por tí esperando desespera,
El méndigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida.

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo dia,
Alza á su Dios la creacion entera,
Grata por ti, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto univesal sube el rüido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Grato cor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortüosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombría,
Copuda y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guia
Semi-oculto en la f. rtil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio: — en la blancura
De sus tapias, imagen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla:
En cambiantes vivísimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en túrbidas quebradas
Há poco: — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen basta dos figuras

Un galan son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
Cuánta de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan

De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus lábios se sonrien
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

FIN.



Dios te ayude.

Antiguamente el estornudo era un signo augural: se le consideraba como un buen presagio. Los poetas decian, hablando de una muger hermosa, que los ángeles habian estornudado en su nacimiento. Despues, los estornudos por la mañana al salir del lecho, eran mirados como un mal presagio. Era menester entonces, para destruir su efecto volverse á acostar ó ponerse á comer.

Aunque Plinio dice que Tiberio fué el primero que quiso ser saludado cuando estornudára, es incontestable que los griegos espresaban alguno de sus buenos deseos en tales casos. La fórmula de tales cumplimientos, era esta generalmente: «Que Júpiter os conserve ú os asista.» Fórmula que han adoptado tambien los Cristianos, sustituyendo el nombre de Dios al de Júpiter.

En Africa, en el reino de Sennaar, cuando el rey estornuda, los cortesanos le vuelven la espalda, dándose una palmada muy fuerte en el muslo derecho.

En el Monomotapa cuando estornuda el soberano, los que están presentes pronuncian una aclamacion ruidosa que tienen que repetir en seguida los que están en la habitacion inmediata, y asi sucesivamente, de manera què de habitacion en habitacion llega el ruido á las calles y se estiende con rapidez por toda la poblacion. Por poco irritable que sea la membrana pituitosa del monarca, juzgue el lector cuál será el alboroto que se arme con tal etiqueta en la residencia real.

PENSAMIENTOS VARIOS DE UN AUTOR ANÓNIMO.

San Gregorio hace del hombre la siguiente pintura.

«Es un compuesto de todo lo mas raro y estraño que hay en la naturaleza, es desemejante á sí mismo; es una mezcla de calidades mortales é inmortales, su cuerpo está espuesto á mil géneros de enfermedades, el calor natural que mantiene su vida devora su propia substancia, tan luego como le faltan los alimentos para mantenerla; si reposa, la pereza le pone inmóvil; si se ocupa, el trabajo le aniquila; si ayuna, el hambre le consume; si come, los manjares le cargan; la sed le seca; el esceso de beber le entorpece; el sueño le rinde; las vigilias le fatigan; el frio le pasa; el calor le ahoga; el alivio de una incomodidad le conduce en breve á otra.»

«Los libros—decia Alfonso, rey de Aragon—son entre mis consejeros los que mas me agradan, porque ni el temor ni la esperanza les impiden que me digan lo que debo hacer.»

Escribia una dama á su amante, en un acceso de cólera, creyéndose ofendida, y le decia:—*«¡Pícaro!...Si se pudieran escribir los palos, tú no leerias mis cartas sino con las espaldas.*

Hay tres géneros de ignorancia: *«no saber; saber mal lo que se sabe; y saber otra cosa de lo que se debe saber.»*

Decia un sujeto, hablando de los ensueños y transformaciones *que él habia sido el Becerro de oro:* y esclamó una señora que le oia: *«Es lástima que haya V. perdido lo dorado.*

Entrando Casaubon en la Sorbona, le dijeron mostrándole la sala de las conclusiones: *«Cuatrocientos años hace que se disputa aquí»— Y al cabo de tanto tiempo*, preguntó él, *¿que se ha decidido?*

El comercio es el arte de robar los bienes agenos con permiso de las leyes.

Perder la juventud, la hermosura y las pasiones ó afectos, es ciertamente desgracia; por eso muchas mugeres se hacen devotas á los cincuenta años.

Los grandes imperios han empezado todos por barracas, y las potencias marítimas por barcas de pescadores.

El conquistador es un hombre, cuya cabeza se sirve con feliz habilidad de los brazos de otros: pero no hay conquistas sin grandes injusticias.

Desde los antiguos romanos hasta el presente, no hay un pueblo que se haya enriquecido con las victorias.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUM. ANTERIOR.

La muerte de los grandes hombres ha sido sensible en todos tiempos.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



La esclusa, cuadro pintado por Turner.

Una máquina tosca que un hombre pone en movimiento con su vigoroso esfuerzo, un paisage de poca variedad y estension, no son, al parecer, objetos favorables para la poesía. Pero mirando atentamente, tratando de comprender la idea del cuadro, la hermosura del colorido, se halla en esta escena un vigor armonioso que le dá un carácter particular. Las altas espadañas y otras plantas, el agua tranquila y sombria, los árboles apiñados y torcidos, la compuerta de un trabajo grosero, los hombres aplicados á su labor, hasta la nube que detiene é intercepta los rayos del sol, todo respira fuerza y enerjia. Se percibe cuasi la frescura de esa sombra estensa y de esa vejetacion poderosa, á cuya impresion se une un respeto profundo hacia la laboriosidad del hombre.

Sitios mas vulgares han inspirado sonetos preciosos á muchos poetas; júzguese lo que habrian escrito si hubieran sido inspirados por este paisage, é insensiblemente se asociara cualquierá imaginacion al sentimiento poético de Turner.

10 de Marzo de 1850.

Del origen é invencion de los Naipes.

No obstante que los infortunios y reveses de Francia habian sido algo aliviados tanto por el rey Cárlos V, llamado el Sabio, como por la valiente espada del condestable Beltran du Guesclin, pronto se perdieron estas ventajas bajo el reinado de Cárlos VI, no tanto por su cruel enfermedad, como por las luchas de los Armagnaques y Burguignones: y de estas guerras continuas de la reaccion real y popular contra el antiguo sistema feudal y caballeresco; de esta transicion de un poder á otro nacieron la impotencia del gobierno y la estension de la ocupacion inglesa en las mejores provincias del reino; y por último se borró por entero la autoridad de Cárlos VI al grito general de: « Roi ne chevauche » (el rey no cabalga ya) Desde entonces se encerró Cárlos VI en su alcázar de Paris, en donde quedó confinado por el resto de su vida, pasando su tiempo entre las estravagancias de la locura y las diversiones, que su servidumbre se esforzaba en proporcionarle; pero como la enfermedad duraba ya hacia años, se habian agotado todos los recursos de distraccion, y habiendo mandado los físicos divertir al rey como única curacion de sus dolencias, cada uno hacia lo posible para crearle nuevo recreo, cuando un dia la casualidad hizo que uno de los señores del palacio supo que en el mismo Paris vivia un loco, cuya demencia era: por medio de vidrios, muy bien pintados, dar batallas, combinar alianzas, etc. y esto por la reunion ó separacion de los referidos vidrios, segun reglas fijas, establecidas por el inventor. Pero antes de conducir dicho loco al aposento del rey vamos á contar su vida y la causa de su locura.

Cerca de la antigua puerta de San Antonio en el arrabal del Santo honrado, hoy barrio de San Honoré, vivia en una de las infinitas callejuelas angostas y sucias, que componian al principio del siglo quince la corte de Francia, un pintor llamado Jacquemin Gringonneur; su arte era pintor sobre vidrio, y pasaba entonces por el mejor en esta clase, lo que á pesar de su talento y mucha laboriosidad no le impedia ser muy pobre: sus padres se habian muerto hacia ya años y desde entonces vivia solo, dedicándose únicamente á la pintura sobre vidrio, que vendia en los conventos é iglesias para adornar los sobre-portales, etc. De este modo pasó varios años, cuando un dia un rico manguitero le llamó, mandandolo hacer cierta vidriera, ofrecida en voto á la Virgen, Nuestra Señora de Paris: la vidriera tenia que representar una Santísima Virgen de las dimensiones del ojo de la media naranja de su capilla en la iglesia de Santa Genoveva, con la particularidad que en su voto el peletero habia ofrecido, que su hija única, María, serviria de modelo. Jacquemin encontró el voto bastante original; pero como María era jóven y bonita, no puso dificultad ninguna en admitir la proposicion, y enterado de las dimensiones de la vidriera y de acuerdo sobre la retribucion por su trabajo, convino con el manguitero, que su hija, acompañada por su dueña la vieja Gertrudis, iria hasta la conclusion de la obra todos los dias por la mañana á su casa.

Siendo sumamente elevada la media naranja de la capilla de Santa Genoveva, la Virgen tenia que triplicar el tamaño natural, y Jacquemin no habiéndo hecho nunca una pintura tan grande decidió empezar su obra por hacer el retrato de María, para traspasarle luego con el aumento requerido á la vidriera. Al principio, todo dedicado á las inspiraciones de su arte, Jacquemin dibujaba sin preocupacion las facciones de María; pero al llegar á darlas el colorido y con él la espresion, á cada sesion conoció el pintor mas y mas la diferencia entre el arte y la creacion de Dios: cada vez le parecia la mirada de María mas dulce, los ángulos de su boca mas lindos, la tez de su rostro mas fresca y fina; las sesiones se prolongaban, se reiteraban, y siempre le parecia la copia llena de imperfecciones, mientras que en el modelo encontraba su bello ideal. Bajo tan felices inspiraciones se concluyó por fin el retrato de la hija del peletero y tres meses despues se colocó en el templo divino la vidriera de la Santísima Virgen, una de las mejores producciones de la edad media, y que llama todavía en el dia la atencion de los artistas por lo correcto de su dibujo y la fuerza de su colorido.

Como es natural, semejante regalo, ejecutado sobre todo con tanta maestria, llamó sobre el peletero las bendiciones del clero, y diversas consideraciones por parte de sus parroquianos, que se componian casi únicamente de las primeras casas de la córte: asi sucedió tambien que su vanidad proyectaba ya el enlace de su hija con un Consejero del parlamento, ó al menos con uno de los alcaides de Paris, olvidando en medio de sus vapores orgullosos, que no obstante su riqueza, el regalo de la vidriera, y la hermosura de su hija, no dejaba de pertenecer él á la clase de los villanos. Mientras que asi la ambicion carcomia el corazon del peletero, Jacquemin habia colocado a lado de su lecho el retrato de María, trasformada en Virgen con una corona entrelazada en sus cabellos, y alli, arrodillado delante de esta imágen, que era al mismo tiempo la patrona de su alma y el ángel de su corazon, rezaba fervorosamente á cada instante que la campana del convento inmediato tocaba la oracion. Cuatro meses se pasaron de este modo: el peletero, con sus deseos de engrandecimiento en categoría: María, con su inocencia é ilusiones de los 17 años, y el pintor con su pasion, cada dia mas fuerte: Jacquemin visitaba cada dos dias la casa del peletero, que le dispensaba la mayor franqueza, y la hija estaba cada vez mas amable, mas complacida, hacia las atenciones del artista; cuando por fin, la víspera de San German, declaró el pintor al peletero la intencion de casarse con su hija, rogándole admitiese favorablemente su peticion. Al oir semejante proposicion, el padre, que veia en ella desechos todos sus sueños de ambicion, hizo salir de su casa al infeliz Jacquemin, colmándole de injurias; y llamando en seguida á María, la prohibió rigorosamente volver á hablar ni á recibir al pintor: escuchó María á su padre sin articular palabra, y se retiró en seguida á su cuarto: echó el cerrojo por primera vez y prorumpió en llanto: Jacquemin al contrario, arrebatado de cólera y herido en sus mas tiernas afecciones, apenas llegó á su casa, cuando apoderándose de su daga, juró entre dientes al peletero una venganza sangrienta y cruel; pero levantando la cabeza se encontró con la cándida mirada de su ángel y virgen: ya no pensó sino en amar á su María; y entonces, arrodillado ante su Santa Patrona rezó con mas fervor que nunca sus oraciones de consuelo; luego ya mas tranquilo, recorriendo en su imaginacion lo pasado, fijó su atencion con particularidad en las últimas palabras del peletero: «No daré mi hija sino á un hombre rico.» Pues me falta oro; oro!—esclamó Jacquelin, y cayó sobre un banco de madera, único mueble de su cuarto.—Largo rato pasó asi el pintor sumergido en sus tristes ideas, cuando de repente, este mismo estado de abatimiento le inspiró el proyecto de formar una vidriera de las mayores dimensiones que se hubiese visto hasta entonces, y en este gran cuadro pintar á Cárlos VI, su familia real y su córte; y concluida, obsequiar con ella al rey, que al recibir tan grandiosa obra, no dejaria de recompensarle generosamedle. Algo tranquilizado con tan lisongero proyecto, empezó á ordenar su composicion y á bosquejar su obra acto continuo de haberlo concebido.

Dedicado con afan á la pronta realizacion de su cálculo, Jacquemin no salia de su casa, mientras que la pobre María pasaba sola con Gertrudis meses y meses, relegada en un cuarto interior, pensando siempre en su querido amigo; pero sin atreverse á hacer ni la mas leve pregunta sobre su paradero: en el trascurso de este tiempo la gran vidriera fué cubierta con los retratos del rey, su familia real, servidumbre y varios Señores de la córte; y solo faltaba para la conclusion del cuadro algunos accesorios indiferentes, cuando en la tarde del dia de San Cárlos del año de 1418, sea por casualidad ó hecho á propósito, el peletero contó á su hija que el pintor maestro Jacquemin Gringonneur se hallaba muy malo, y que regularmente á aquella hora Dios habria ya dispuesto de su alma. Como cierto presentimiento interior, ó quizá este espíritu de penetracion, tan desarrollado generalmente en las mugeres, aseguraba á María no ser cierto el dicho de su padre; pero si un lazo para hacerla olvidar mas facilmente su primera pasion, se conformó en apariencia con resignacion á la voluntad de Dios; y sin mas preguntas le recomendó en el momento su alma; pero en su interior se decidió repentinamente á ir aquella misma noche á la casa de su amado para averiguar el hecho y asegurarse por sí misma del estado en que se encontrase.

Hacia mas de dos horas que habia resonado la última campanada de silencio; las cadenas estaban ya puestas en las calles, cuando mientras que el padre descansaba sosegadamente en los brazos de Morfeo, María y la vieja Gertrudis huyeron silenciosas como una sombra por las desiertas encrucijadas de Paris. El camino era bastante largo, y mas temible sobre todo para dos mugeres, tanto por que en aquel tiempo el alumbrado de la corte consistia en algunos candiles, guarnecidos de resina, y colgados de trecho en trecho, cuanto porque á aquellas horas no bastaba la vigilancia de los arqueros del Gran Preboste para impedir que los transeuntes fuesen con frecuencia inquietados por los muchos ladrones que se ocultaban en los infinitos huecos que les ofrecia la irregularidad de las callejuelas. A esta misma hora, y sin embargo de la prohibicion rigurosa, de que despues del toque de silencio ningun villano pudiese tener luz ni fuego, Jacquemin, entusiasmado con su trabajo, estaba pintando todavia, concluyendo un escudo de armas, última pieza de su cuadro; cuando oyó pedir socorro, la voz le pareció la de María, y asi apoderándose de su daga, abrió la puerta y arrojóse sobre dos hombres, que maltrataban á una muger.

La aparicion súbita é imprevista del pintor; la fuga de los ladrones, y el recojer pálida y desmayada á la desgraciada María, caida en tierra, todo fué obra de un instante: Jacquemin la llevo en sus brazos á su casa, que era enfrente de lo ocurrido, y tanto por la

asistencia de Gertrudis como sobre todo por la voz y mirada cariñosa de su querido, pronto volvió en sí María. Ya no era alegria, sino una calentura de delicias voluptuosas que oprimia al pintor, su casa era toda una eternidad, un elíseo completo: Maria sentada delante del enorme caballete de la vidriera en el banco de Jacquemin, se apoyaba ligeramente sobre él, que de pie, enseñándola su obra, desarrollaba con complacencia y con santo entusiasmo todo su proyecto de felicidad próxima. Con un dia mas de trabajo la pintura se concluiria, y con ella se adquiriria la categoria y el oro que pedia el peletero; pues en medio de su cruel enfermedad Cárlos VI era grande y generoso, porque era por voluntad de Dios rey de Francia; tambien María contiaba en estas ilusiones, ya no habia ningun obstáculo á su enlace, y así los dos se consagraron únicamente á estas lisongeras ideas, cuando una voz demasiado conocida por ambos, llamó con imperio á la puerta. Era el peletero: Despertándose al cerrar la puerta de la calle, se habia levantado para averiguar el motivo de tan estraña salida, y no encontrando ni á su hija ni á Gertrudis, le ocurrió la idea de que solo el maestro Gringonneur habia podido robarla, y se fué al momento derecho á su casa. Al llamar á la puerta, María y Gertrudis conociendo al instante la voz de su padre y amo, se ocultaron detras de la vidriera: Jacquemin al contrario, fuerte en su conciencia, bajó á abrirle la puerta sin la menor turbacion; mientras que el peletero, animado por sentimientos de muy distinta naturaleza, no hizo mas que precipitarse dentro del cuarto, ver en seguida por la trasparencia de la vidriera á su hija y asirla del brazo; pero en este momento, la velocidad de sus movimientos derribó el caballete y con él la vidriera, que se rompió en mil pedazos: á la vista de esta desgracia Jacquemin titubea y cae en medio de los vidrios rotos. Este inesperado suceso y el rostro pálido del pintor, produjeron en el corazon del peletero tanto mas efecto, cuanto que en realidad era hombre de bien, y así él, lleno de cólera y venganza contra Jacquemin hacia un momento, no se ocupaba ya sino de socorrerle; pero el infeliz artista seguia en el suelo sin conocimiento; el golpe moral habia sido demasiado fuerte, y era ya de dia cuando volvió algo en sí, pero sin conocer á nadie, ni á su misma María; una sola idea tenia fija, la vidriera, que absorbia toda su inteligencia: Jacquemin estaba loco.

Desde entonces, sobre todo el peletero, informándose de lo ocurrido, cuando supo que habia sido la causa y el autor de esta desgracia, no pudo menos de compadecerse el lastimoso estado del infeliz pintor, y para reparar al menos lo que estaba á su alcance, se decidió recogerle en su misma casa y sacrificar todo cuanto podia para curarle, ó al menos aliviar un tanto su triste posicion. Pero desgraciadamente ya no era tiempo, sea que los hijos de Esculapio poseian entonces menos ciencia que en nuestros dias, ó que el mal era demasiado grave, lo cierto es que la locura del maestro Jacquemin Gringonneur seguia su curso: solo la imaginacion ingeniosa de la afeccion de María lograba algunas veces aliviar algo á su querido, cuando se asociaba á los caprichos de su demencia; no obstante que nunca volviese enteramente á la razon, ni jamás llegó á demostrar que conocia á María. Y si varios años despues manejó de nuevo sus pinceles, era solo para seguir trazando sobre otros vidrios ó sobre pedazos de fuertes pergaminos el objeto de su locura, que al principio de su enfermedad consistia en juntar todos los vidrios rotos de su grande vidriera, luego dividirlos en grupos aislados y hacer con ellos otros tantos retratros ó cuadros; y últimamente dar á cada pedazo una significacion y por la combinacion de sus grupos un valor, de modo que pudiesen formar entre sí alianzas, dar batallas, etc., y el todo segun reglas fijas.

Naturalmente, y sobre todo en aquel tiempo, que habia menos objetos de conversacion que ahora, poco á poco todo Paris se ocupaba de la locura del gran pintor, llegando á noticia, como hemos dicho, de uno de los señores del palacio, el maestro Gringonneur fué presentado al rey; y desde la primera noche este nuevo juego distrajo tanto á S. M., que siguió hasta su muerte jugando todas las noches con el pintor: y si damos fé á la crónica de aquella época, Cárlos VI se encontraba con este recreo *moult diverti* (muy divertido).

Reinando entonces como ahora, y como regularmente siempre reinará el espíritu de imitacion, muy pronto se puso en moda el juego del rey; todos los señores de la corte mandaban al maestro Gringonneur hacerles otros juegos, y así tomaron origen los naipes, que ya en el reinado de Cárlos VII se perfeccionaron mucho.

Ahora si consideramos filosóficamente la invencion de los naipes, naturalmente preguntaremos ¿ha sido ventajosa ó desgraciada para la sociedad?—En cuanto á nosotros nos contentaremos con observar: que los naipes han sido producto de la locura, y que fueron adoptados y propagados por dos locos é hicieron olvidar á uno su querida y al otro su reino y su pueblo.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT.

BILBAO.

La vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo de Bilbao, merece ciertamente ocupar las páginas del SEMANARIO, tanto por el agradable aspecto que presenta, como por su interesante historia: fieles nosotros en transcribir á nuestros constantes suscritores todo cuanto tienda á merecer su aprobacion, vamos á bosquejar estos monumentos de una de las villas mercantiles mas importantes de España.

El puente Viejo de San Antonio es sin disputa alguna, aunque ha variado completamente de forma, el mas antiguo monumento de Bilbao; existia antes de la fundacion de la villa, y servia en lo antiguo, como hoy, de comunicacion entre las dos opuestas orillas del rio: mas por mucho que hemos inquirido la averiguacion de la época en que se echaron sus cimientos, han sido vanas nuestras diligencias y no hemos sido mas felices que los que nos han precedido en este curioso trabajo. Entonces estaba Bilbao asentada en la villa izquierda, y sobre la derecha, elevábanse algunas torres y casas y la gótica iglesia de Santiago. Ya en 1335, D. Juan de Lara concedió á la villa la facultad de exigir pontazgos para conservar y separar el puente, y desde los primitivos tiempos de la villa, hubo de tomarle por distintivo de sus armas, pues «que estaba» *sellada con el sello »de dicho concejo de Bilbao, en el cual sello habia figura de puente de »un castillo é un lobo,»* la escritura de convenio que con el rey D. Pedro el Cruel celebraron los vizcainos en 1356, por la que se comprometian á elejirle por señor, en lugar de D. Tello.

Todas las noticias que del puente tenemos, convienen en que á la cabeza de él estaba el alcázar, comenzado á construir por el rey D. Alonso XI durante su corta permanencia en esta villa en 1332, y asimismo lo sienta Juan Muñoz de Villasan, en la crónica que del mismo rey escribió. Sabemos tambien que el concejo de Bilbao, le demolió en 1366, y que sobre sus cimientos levantó la iglesia de S. Antonio Abad, en la que se celebró la primera misa el dia 5 de agosto de 1433. A esta iglesia, pues, está ligado por uno de sus estremos el puente, que consta de tres arcos de medio punto, muy desiguales, con dos cepas, cimentada la una de ellas sobre firmísimos peñascos en la ria. Tiene el primero de estos arcos un claro de 110 pies y su altura no baja de cincuenta: es poco cómodo para el tránsito á causa de su gran montea, pero su robusta construccion y su singular forma, no dejan de presentar un aspecto, al par que de estudio para el arte, agradable á los ojos del espectador.

Las continuas avenidas, verdadero azote de la poblacion bilbaina, del rio Nervion ó Haizabal, que de ambos modos se le designa, han desmoronado con sus violentos embates, en diferentes épocas, la sólida fabrica del puente. El 15 de abril de 1380 quedó arruinado del todo: el 29 de abril de 1408 se llevó una riada la mitad de él: el 27 de junio de 1450 desapareció completamente, y diez años mas tarde en el mismo dia y hora se presentó semejante catástrofe á los consternados ojos de los bilbainos, sufriendo tambien perjuicios considerables en cada uno de los años de 1513, 1530, 1553 y en particular el 22 de setiembre de 1593. Pero por una de esas circunstancias que solo hallan esplicacion en la constancia del hombre, el mismo puente que en el transcurso de dos siglos, desapareció siete veces, reconstruyóse sin descanso, hasta afianzarle una vez de modo que desafiara el ímpetu de las aguas, sin temor de que conmoviera sus apretados cimientos. Bien es cierto que este empeño de sostenerle á todo trance dependia de la necesidad, porque sin el puente no habia comunicacion entre la parte antigua y nueva de la villa, y causaba esta falta, no pocas incomodidades á sus habitantes.

Campea gallarda ostentando su esbeltez en el claro azul del firmamento la torre de la iglesia de S. Antonio, que como hemos dicho, se construyó sobre los cimientos del alcázar de Bilbao. Es toda de piedra, con una giralda por remate, y se reedificó en 1775, arreglada al diseño del maestro Gabriel de Capelástegui. Aunque los adornos que la decoran son de mal gusto, y pesados y estan profusamente distribuidos, su situacion es tan favorable, que como puede ver el lector por la lámina que acompaña á este artículo, presenta el conjunto una vista en estremo pintoresca. Y subiria de punto su admiracion, si la contempláran al declinar su carrera el sol del mes de agosto, en el momento de la pleamar del Haizabal: ¡qué hermoso panorama se despliega y cuán bien combinados están sus colores! La pluma mejor cortada, no podria describirlos con perfeccion: esta clase de paisages no se pintan: es necesario verlos del natural para comprenderlos. Y á pesar de su bellísimo aspecto, considerados artísticamente los edificios que le dan vida, son de valor tan escaso, que ni merecen la pena de ocuparnos detenidamente de ellos. El alzado de la iglesia, cuya es la torre, pertenece á la escuela malamente llamada gótica: tiene tres naves, 98 pies de largo y los mismos de



Bilbao.—Vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo.

ancho; pero no vaya el curioso á investigar en su interior algo que conserve el caracter de la arquitectura del siglo XV, los complicados contornos de las ventanas ojivales, el gusto por los bordados y encajes de Opicora, tan comunes como admirablemente esculpidos, aquel sistema vertical seguido con exageracion por los mas afamados maestros, sistema que valió al arte, en el sentir de algunos, el Justo epiteto de *decadencia;* nada de esto: la iglesia de S. Antonio no pertenece á ningun género de arquitectura: ni aun en la fachada de su única puerta, ni en las grandes y espaciosas capillas, ni en los lienzos y retablos del altar mayor y de los laterales, pudo su autor legarnos algunos buenos destellos de su ingenio. Muchas veces hemos oido asegurar que el San Antonio Abad de madera que se habia colocado en el altar mayor, es de una talla esquisita: nosotros nos atreveremos á decir, no solamente que no le reconocemos el subido mérito que algunos le dan, sino que nos parece una escultura de inferior dibujo.

Por el claro del primer arco del puente, y en segundo término, se vé el puente colgante, levantado el año de 1829 por el arquitecto don Antonio de Goicoechea. Esta obra ofrece la singular circunstancia de ser la segunda de su clase construida en España, porque la primera, el puente de Burceña sobre el Cadagua, fué erigida tambien por el referido arquitecto en 1825: de manera, que Vizcaya poseyó antes que ninguna provincia de la península, dos puentes colgantes, que para aquel tiempo, no dejaban de ser una novedad harto curiosa.

El edificio que descuella en el fondo sobre el puente, y un poco mas en lontananza, es el convento de religiosos de S. Francisco. Comenzóse á labrar en 1501, y el emperador Carlos V concedióle en 1539 la facultad de usar de sus armas imperiales y reales: en 1808 fué incendiado por los franceses, y apenas se concluia en 1833 su reedificacion, empezada á luego de la guerra de la Indepencia, cuando se transformó en cuartel amurallado y artillado, y sufrió todos los desastres consiguientes á un cambio tan violento. Tenia una cómoda iglesia de 200 pies de longitud, hermosa sacristía, en la que se conservaba una magnífica copia de la Sacra Familia de Rafael, que existe en el museo de Paris, cuya copia forma hoy una de las prendas mas estimadas del museo de Bilbao, y algunas capillas que encerraban buenos sepulcros de piedra labrada, que aunque no han desaparecido del todo, hánse mutilado atrozmente. Reunia ademas este convento un estenso cláustro y un espléndido campo-santo, que fué destruido y profanado sacrílegamente, merced á la licencia que crearon nuestras civiles discordias. Desde la torre del convento, que se conserva en pié, aunque sin la cruz y la flecha de su remate, se enseñorea la vista en un dilatado paisage de sorprendente efecto. Es la mas elevada de la villa.

El fondo de la vista, somero al puente, le forman multitud de casas del barrio de la Naja, del que está una buena parte cubierta por el puente y la iglesia. Este barrio, que se estiende sobre la misma márgen izquierda del Nervion, posee un edificio, que aunque nada de singular representa su forma, es sin embargo, de muy elevado precio para los apegados á los recuerdos históricos. Hablamos de la casa conocida con el nombre de la Naja, en la que se reformó el Fuero de Vizcaya en agosto de 1526, por el Bachiller Martin Perez de Burgoa, Letrado del señorío de Vizcaya, y por Iñigo Urtiz de Ibargüen, síndico del mismo, siendo su corregidor el Licenciado Pedro Giron de Loaysa. Este es el famoso código de Vizcaya mandado imprimir de órden del rey D. Felipe IV, despues de haber confirmado sus privilegios, franquezas y libertades, así como lo hicieron de los antiguos, los reyes sus predecesores.

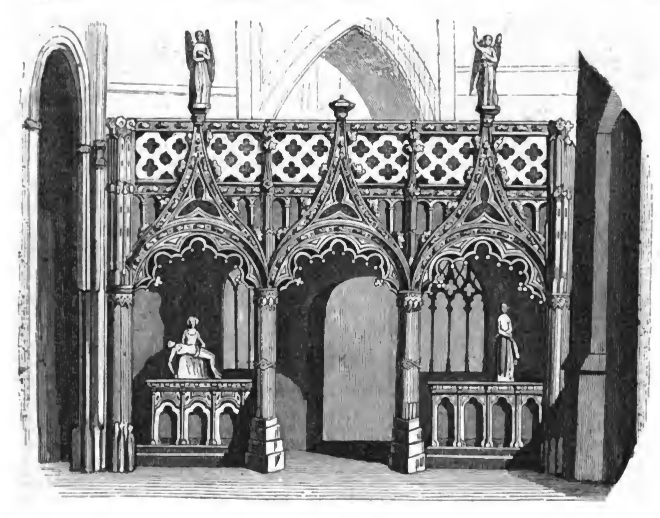
J. E. DELMAS.

Iglesia de Nuestra Señora del Falgoat.

Esta iglesia fué fundada en 1423 por Juan V, duque de Bretaña, como lo prueba la siguiente inscripcion esculpida en letras góticas angulares á la izquierda de la puerta grande: *Joanes V illustrissimus dux Britonum fundavit hanc.... (ecclesiam) anno MCCCCXXIII.* El nombre que lleva de Nuestra Señora de Folgoat ó Foll-Coat, significa en lengua bretona *Nuestra Señora del Loco del Bosque*, y tiene su origen en la siguiente leyenda.

Un pobre loco llamado Salaün, vivia entre Guic-Ellean y Lesneven, hácia el año de 1350. De todo lo que estudiára en otro tiempo solo recordaba estas palabras: *Ave-Maria*, y esta invocacion: *¡O ibron guerc' hes mari!* (en breton: *¡O Señora Virgen Maria!*) Consagró su débil existencia al culto exclusivo de la Virgen. Despues de su muerte se vió crecer un hermoso lirio blanco sobre su tumba. El pueblo lo acogió como un milagro; se abrió el sepulcro y vieron que el lirio salia de la boca de Salaün.

Dicen los cronistas de aquel tiempo, que el duque de Bretaña,



Interior de la iglesia de Ntra. Sra. del Folgoat.

para merecer la intercesion de la Virgen que habia manifestado de una manera tan esplícita lo grato que le habia sido el culto de Salaün, hizo voto de erigir una capilla á la divina protectora, y puso él mismo la primera piedra en 1364. Los trabajos fueron interrumpidos innumerables veces por las guerras contínuas que asolaban el pais. Este edificio precioso, á cuya construccion contribuyeron señores, príncipes y aun reyes, no ha sido nunca completamente concluido.

A la derecha de la iglesia se vé el priorato, compuesto de varios edificios ruinosos. Allí habitaban el Dean y los Canónigos de Folgoat; allí fué donde Ana de Bretaña, Francisco I, y otros muchos personages célebres é ilustres, hallaron hospitalidad cuando fueron en peregrinacion á hacer sus devociones. Aun existe el sillon de roble que se supone haber pertenecido á la reina Ana; está en la hospederia de los peregrinos.

El pórtico lateral, en el que se hallan las estátuas de los doce apóstoles, fué construido por órden de Ana de Bretaña y á su costa. Las esculturas, hechas en piedra de *Kersanton*, son de mucho mérito y producen un efecto singular.

En una capilla lateral hay unas pinturas de muy mal gusto, pero muy ingeniosas, que representan las principales escenas de la vida de *Salaün ar foll* (Salaün el loco).

El pórtico principal, donde se veia antes la estátua pedestre y en trage de ceremonia del duque Juan V, está en un estado lamentable de degradacion. Los ornamentos interiores de la iglesia, sus balaustradas caladas, y sobre todo su altar mayor, son dignos de llamar la atencion de los artistas y de los anticuarios. Sin embargo, el altar mayor que era de un solo trozo de piedra de *Kersanton*, de trece pies y cuatro pulgadas de longitud, tres pies y medio de anchura, y nueve pulgadas de espesura, se halla hoy en un estado deplorable, gracias al vandalismo de los habitantes de Falgoat que le han hecho embadurnar al óleo.

El coro es admirable, é iguala á lo mas bello que hemos visto de este género en otras iglesias de nombradia. Está profusamente adornado de arabescos elegantes, de pilares esbeltos, y de follage, y lleno de calados de una pureza increible. Su altura es de quince pies y tres pulgadas; su longitud, de diez y nueve pies, diez pulgadas y nueve líneas, y su latitud de nueve pies, diez pulgadas y diez líneas.

Un escultor breton ha ofrecido desmontar este coro que vacila sobre su base y volverle á colocar en su estado primitivo. Este trabajo que se ha sometido al exámen de una comision compuesta de cinco individuos, está presupuestada en 3500 francos.

Un erudito arqueólogo y bibliógrafo breton, Mr. Miorcerc de Kerdanet, afirma que este trabajo, lejos de lograr la restauracion del coro, ocasionará su completa destruccion, porque las piedras que le forman están enlazadas con garfios de hierro y se romperán infaliblemente á los primeros martillazos.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

ARTÍCULO 2.° Y ÚLTIMO.

Un solteron arrepentido.—Paseos.—El Kiosko.—Abundancia de tísicos.—Los bailes y los conciertos.—Grutas y cascadas.—La fiesta de Laruns.—Conocidos y desconocidos.—Aguas calientes.

Figúrense mis lectores un hombre pequeño, rechoncho y colorado, con ojillos vivos y pequeños tambien, ocultos entre unas mejillas abultadas y una frente prominente, resguardados además por gafas de vidrios azules; con un vientre que fuera sospechoso á ser otro su sexo; con una pierna tiesa y derecha como un huso, que para moverse necesita el apoyo de un grueso baston de roble;—figúrense mis lectores, repito, todo eso, y tendrán la *vera efigies* de M. Taverne el mayor, uno de los personages mas importantes y considerados del pueblo de Aguas buenas. El fué quien en el año de 1828 construyó el *Hotel de Francia*, que si no es una obra maestra de arquitectura, es al menos un edificio notable por su estension y comodidad: él fué quien estableció la primera mesa redonda; él quien atrajo otros especuladores, los cuales animados con su ejemplo vinieron despues á fundar diversas casas de hospedage: él, en fin, el que introdujo cierto lujo en las habitaciones, y el que abrió el primero el gran salon de reuniones en su Hotel mismo, mejora que los restantes han imitado, aunque sin privar á aquel de su superioridad, ni del favor que siempre disfruta. M. Taverne habla de estas cosas con un orgullo que podemos llamar legítimo, porque realmente ha sido el gran reformador

de Aguas buenas; y porque con M. Darralde y Mma. Cazeres forma el triunvirato que rije y gobierna á aquella pequeña república.—Aparte de esto, M. Taverne es el hombre mas recto y mas honrado del mundo; cualidades que van siendo raras en el siglo actual, que son ya rarísimas en un posadero, y sobre todo en un posadero francés. Sus cuentas tan módicas como claras, su buena voluntad nunca desmentida, su afable carácter, que jamás sufre alteracion, le conquistan el afecto de cuantos le conocen, y le han grangeado una fama envidiable de bondadoso y desinteresado; lo cual no impide que M. Taverne haya reunido á estas horas una fortuna crecida, que heredarán á su muerte dos jóvenes sobrinos que tiene en su casa, y que le ayudan un poco á dirigirla: un poco digo, pues á pesar de su cojera, tiene M. Taverne una actividad y una inteligencia prodigiosas.

Cierto dia preguntábale yo por qué no se ha casado, él á quien tan útil habria sido el apoyo de una compañera, de una amiga, de una esposa, que le ayudase en sus fatigas y en sus penalidades.

—¡Ah! me contestó exhalando un profundo suspiro: ahora conozco que fuí un gran animal en no hacerlo!

M. Taverne es el primer solteron arrepentido de que tengo noticia.

—¿Y por qué no se casa V. todavia? añadí yo.

—¿A los sesenta años? repuso.—Peor seria entonces el remedio que la enfermedad.

Este rasgo prueba que el dueño del *Hotel de Francia* no carece de juicio ni de talento.

—Al menos, dije continuando la misma conversacion, tiene V. á su lado dos jóvenes que le aman como á un padre.

—¿Como á un padre? me interrumpió melancólicamente el pobre anciano. ¡Ay! yo no tengo otro hijo que mi Hotel!

Y hablando asi dirigió una mirada cariñosa al inmenso edificio, mientras rodaba una lágrima por sus rubicundas mejillas.

Cito el ejemplo y las palabras de M. Taverne, porque pueden ser un saludable aviso, una leccion elocuente á los empedernidos solteros. —Con efecto, ¿de qué le sirven á aquel las riquezas que ha acumulado, las comodidades de que disfruta, si vive solo y triste, si en los dos niños que tiene junto á si solo vé dos herederos ambiciosos, que acechan sus enfermedades, que desean acaso su muerte para llegar á poseer lo que á su tio le ha costado tanto trabajo ganar?—¡Semejante idea es ciertamente desconsoladora!

M. Taverne es tambien un benévolo *Cicerone*, que desde la puerta de su gabinete de lectura, situado en el piso bajo del *Hotel*, indica á todos y á cada uno de sus huéspedes las curiosidades del pais, las espediciones que han de hacer tal y tal dia, las visitas que deben verificar á las cascadas de Valentin, del Gros-Hetre, y de Iskoo, á las grutas de Sarrans y de Louvies.

—¿Y á dónde iremos esta tarde?—le preguntamos la primera de nuestra estancia en Aguas buenas.

—¡Oh! por las tardes, nos contestó, es menester ir al paseo horizontal.

Hablando así, señaló con su áspera y callosa mano hácia un estremo del jardin inglés, á donde se encaminaba en confuso tropel casi toda la gente que á la sazon habia en el pueblo.—Hicimos, pues, como los demás, y nos dirigimos á aquel punto de reunion, que ofrece realmente una perspectiva muy agradable y pintoresca.

La construccion del paseo horizontal es de fecha muy moderna; data del año de 1841.—Hasta entonces solo se conocian los de Grammont y de Jacqueminot; mas como ambos están muy elevados, como ambos presentan una subida rápida y penosa, sucedia que siendo enfermos del pecho la mayor parte de los concurrentes á Aguas buenas, no tenian absolutamente donde pasear en llano, siendo el terreno por do quiera quebrado y montuoso. En el referido año de 1841, tres parisienses ilustres, agradecidos al efecto que las aguas minerales habian obrado en sus dolencias, quisieron dejar allí una memoria que atestiguara su gratitud. A este fin, y con sus propios recursos solamente, hicieron socavar la montaña, y abrir á su lado un camino ancho, cómodo, espacioso; al principio solo tenia un kilómetro de estension; pero luego ha llegado hasta tres, gracias á los generosos donativos de muchas personas que comprendian la utilidad y las ventajas de semejante pensamiento, y además su imponderable belleza.—A ninguno de cuantos paseos he visto se parece el horizontal; por la izquierda resguárdale el espeso monte en que se hallan los de Grammont y de Jacqueminot; y por la derecha se vé desde considerable altura el risueño valle donde está el pueblecito de Laruns, y el camino tortuoso que conduce á Aguas buenas. En frente se distingue la inmensa *montaña verde*, á cuyo pié aparece la aldea de Aas, triste, sombria, silenciosa cual un cementerio; á lo lejos se escucha el sordo rumor de las cascadas, ó el debil murmullo de los arroyos; y en fin, dominándolo todo se divisa el pico del mediodia, formidable, terrible y amenazador.

Bancos rústicos, miradores y kioskos edificados en los mejores puntos del paseo horizontal contribuyen á embellecerle y á ofrecer comodidad y recreo á cuantos lo frecuentan: una quesera construida hácia su término brinda con un benéfico y oportuno abrigo en caso de tempestad ó de lluvia; y en fin, un magnifico campo, alfombrado de fresca y perfumada yerba permite estender la vista en busca de nuevos horizontes, ó prolongar algo mas tan agradables escursiones.

Muchas veces, al regresar de ellas por la noche, se ofrecia á nuestros ojos un cuadro tan grandioso como poético: la luna en mitad del cenit destellaba sus rayos sobre el mundo tranquilo, mientras á nuestras plantas densas nieblas cubrian el valle de Laruns como un inmenso sudario, á través del cual se trasparentaban las luces de la humilde aldehuela. Al mismo tiempo la campana de la parroquia, tocando las oraciones, llegaba á nuestro oido cual un levísimo eco, que se confundia con el cántico triste del pastor ó del vaquero al volver los rebaños á sus desnudas cabañas, ó con el monótono son del caramillo y de la flauta tocados desde alguna roca vecina.

Los paseos de Grammont y de Jacqueminot derivan sus nombres del duque de aquel título y del general de aquel apellido, á quienes se deben en parte. El primero comienza en el horizontal, y rodea la montaña formando caprichosas vueltas hasta unirse con el segundo, que despues de llegar á una grande elevacion tiene una rápida bajada y termina junto á la capilla del pueblo.—Aquí debo hacer mencion del lindo kiosko construido en la cumbre de un montículo que domina á aquella, y desde donde se admira el vasto panorama que ofrecen Aguas buenas y Aas, Laruns y sus pintorescas cercanías.

Dícese que antes eran muy frecuentados esos diversos sitios; actualmente solo los recorren los artistas y los que gozan de buena salud.—Desde la apertura del paseo horizontal, á él van los valetudinarios generalmente tres veces al dia; por la mañana temprano, por la tarde despues de beber, y en fin, despues de la comida.—Muy á menudo el espíritu y el corazon se contristan al ver infinitos jóvenes, que llevan en su semblante señales infalibles de un fin próximo, dar algunos lentos y fatigosos pasos con el auxilio de un grueso baston; al mirar señoras bellas y elegantes arrastrarse trabajosamente apoyadas en el brazo de su marido ó de su padre; y por último al oir las toses hondas, secas, desgarradoras que revelan la horrible enfermedad de la mayoria de los forasteros.—En el establecimiento, y junto á la fuente, es aun mas espantosa y desconsoladora esta perspectiva: rostros amarillos, cuerpos encorvados, ojos ardientes, voces roncas y apagadas, son los crueles síntomas que á cada paso descubren un número inmenso de tísicos entre la totalidad de los pacientes.—Por cálculo aproximado se sabe que de aquellos infelices una tercera parte lo menos, en vez de mejorarse, aceleran su muerte con el uso tardío de las benéficas aguas.—En cambio, ¡cuántas curaciones rápidas y prodigiosas, cuántos resultados sorprendentes se obtienen todos los años, gracias á las virtudes imponderables del manantial, al celo inteligente, á la ciencia profunda de M. Darralde!

Por la noche todo muda de aspecto en Aguas buenas: los hombres que durante el dia van en trage desaliñado de campo, se visten, se acicalan y se perfuman; las señoras hacen lo que las francesas llaman *un petit bout de toilette*; los salones de los hoteles se abren é iluminan, y en todos ellos se baila —los jueves y domingos especialmente—desde las ocho hasta las once. Cuatro ó cinco veces cada temporada se verifican tambien magníficos saraos por suscricion, en los que nada falta; ni brillante orquesta, ni esquisitos helados, ni espléndido *buffet*.—En tales reuniones los enfermos y los que no lo son bailan hasta rendirse, y no es raro que á la mañana siguiente muchos de los bailarines tengan que sufrir una aplicacion de sanguijuelas ó de cantáridas, con lo cual sin embargo no escarmientan.

En el *hotel* de Francia es donde regularmente se verifican estas fiestas estraordinarias, y donde en otras ocasiones hay tambien *soirées* de prestidigitacion, de magnetismo, y de alguna cosa mas; luego, cuando las señoras se retiran á sus habitaciones, suele reemplazar el juego—el *lansquenet* ó sacanete—á las emociones menos vivas de la polka y del wals. El boston, el ecarté ó el whist, se juegan allí tambien á todas horas, é indistintamente por damas y caballeros.

La sociedad que se reunia en el salon de M. Taverne á nuestra llegada á Aguas buenas, era tan numerosa como brillante.—La marquesa de Roquemarél, parisiense linda y graciosa, parecia la reina de ella; madama de Long, su madre, lo habria sido con mayor motivo veinte años antes, porque es imposible imaginar maneras mas distinguidas, rostro mas noble y espresivo, ni talle mas suelto y elegante que los suyos.—Las señoritas de Maudre, hijas de un opulento banquero de Lyon, cautivaban por su candor casi infantil, por sus puras y dulces fisonomías, y por su afabilidad y buen tono.—Otras dos señoras figuraban tambien en primer término; madama Lasalle, á quien la palidez propia de su horrible enfermedad hacia mas interesante; y madama Jourdan, esposa de un fabricante de paños de Louviers, á la que cualquiera hubiera creido una lady inglesa, por

sus cabellos de un rubio plateado, por su tez nacarada, y en fin, por sus aristocráticos modales.

Como contraste—como antítesis, segun se dice ahora—pudiera bosquejar una série de caricaturas, que no seria sino una coleccion de retratos de tantos originales como albergaba el *hotel* de Francia. Entonces de justicia asignaria el primer lugar á cierta señora que habia adoptado para sus trages todos los colores del arco iris; para su adorno todas las piedras conocidas, desde el diamante hasta el ópalo; todos los encajes y todas las telas del universo, desde *la aplicacion de Bruselas* hasta la cachemira de Persia;—sobre su cuerpo se admiraba á un tiempo el raso rosa, el terciopelo verde y las blondas blancas; y sus manos cargadas de brillantes rielaban como fúlgidas estrellas.—Aunque supiera su nombre, no cometeria la indiscrecion de estamparlo aquí; allí todo el mundo la llamaba únicamente la *Reina de ópera cómica*.—El epigrama era sangriento, pero exacto.

El número de *lions* parisienses que se agitaban y movian en aquel pequeño círculo, era tambien considerable; merecen especial mencion el conde Dampierre, el marqués de Soissy; un jóven artista, habilísimo en la parodia, M. de Meade; y en fin, MM. Greté y de la Couderie, *vera efigie* de nuestros *pollos* madrileños.—Casi todas las naciones y todas las edades contaban además representantes; habia un ministro inglés; dos banqueros alemanes; un mayor polaco, que destrozaba el francés con la mayor gracia del mundo; un capitan húngaro, y en fin, dos italianos y un ruso.—La España estaba representada por tres individuos, mis amigos J... M... y yo, aunque en el pueblo teníamos otros varios compatriotas; entre ellos el marqués de Bedmar con su señora y sus hijos; el diputado don Pascual Pratosi; una estimable familia de Santander, la del señor Pedraja; el señor Ruiz del Arbol; el señor Zorrilla, caballero avecindado en Bayona; el señor Zaragoza, digno coronel al servicio de la Francia, y algun otro que acaso no recuerdo.

Con frecuencia se dan conciertos en el salon del establecimiento termal, y años ha habido en que los primeros artistas de Europa, madama Dorus,—Gras y Listz, la Malibran y Prudent, Thalberg y Duprez han ido á Aguas buenas á hacer olvidar á los enfermos sus dolencias con la mágia de su peregrino talento.—En 1849 solo tuvimos al pianista Barthe, muy conocido en Madrid, y á otro cantor de romances, llamado Labarre. Tambien estaba allí la Eugenia García, nuera del célebre Manuel, y digna ella misma por su magnífica voz y singular mérito de figurar en la ilustre familia de artistas que hace medio siglo admira la Europa; pero por desgracia la bella cantatriz padece del pecho, causa por la cual se ha retirado del teatro en el apogeo de su gloria y en la primavera de su vida. Así, aquel ruiseñor mudo y triste, si no cantaba ya, acompañaba al piano con una habilidad tan rara como su modestia.

Al llegar el 16 de agosto, es decir, en cuanto pasa la fiesta de Laruns, de que hablaré en seguida, todos los parisienses, como si se halláran de comun acuerdo, abandonan en dos ó tres dias los sitios donde recobraron quizá la salud; los *hoteles* se desocupan entonces rápidamente, y bajan el precio de sus habitaciones; las mesas redondas se acortan y disminuyen, pasando el número de sus comensales desde ochenta á veinte; los salones quedan silenciosos, y no se escucha ya en ellos el armónico piano, que antes lanzaba ora alegres, ora melancólicos sonidos desde la mañana hasta por la noche.—El 18 de agosto se bailó por última vez en casa de M. Taverne, y fué aquella una fiesta improvisada para despedir á la marquesa de Roquemarel, quien partia para su *Chateau* al dia siguiente, acompañada de su madre y de su marido; desde entonces las veladas fueron fastidiosas y monótonas; las señoras, ancianas y enfermas en su mayoría, cosian y bordaban hasta las nueve; los hombres, viejos tambien ó achacosos, leian periódicos ó jugaban al whist; á las vivas y picantes conversaciones de las noches anteriores, habia sucedido la historia poco grata de las dolencias y alifafes de cada uno, con espresion de sus alternativas, y el análisis de los remedios y métodos curativos.....—Algunas veces los pocos jóvenes que aun permanecian en el *hotel* se entregaban á un pasatiempo no muy divertido; al juego de la veintiuna, que hacia bostezar á los unos, y dormirse á los demás. Y para que nada faltase, desde el rigor del verano, habiamos pasado á lo mas crudo del invierno; densas y frias nieblas cubrian los valles y las montañas, deshaciéndose en impetuosas lluvias, que trasformaban en rios los arroyos, y en torrentes las cascadas.—Todas las chimeneas estaban encendidas; todos los enfermos habian sacado sus capas y sus gabanes; ni un solo coche, ni una sola cabalgata aparecia en la desierta y empinada calle de Aguas buenas; á las nueve de la noche todo el mundo buscaba el abrigo del lecho, que á las nueve de la mañana nadie habia abandonado.

Así pasó cerca de una semana, y al cabo de ella el sol tornó á brillar refulgente en mitad del límpido y azulado cielo; aquel dia no quedó un carruaje, un caballo, ni un borrico por alquilar en el pueblo; unos iban á Aguas calientes; otros emprendian la mas lejana espedicion á Panticosa, para decir que habian estado en España; y otros en fin se contentaban con llegar hasta Laruns.

Ya es hora de que describa á mis lectores lo que es la célebre romería de este lugar, de que tanto le hablan al forastero en cuanto arriba á Aguas buenas.—Verificase el 15 de agosto, fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora, y es la grande solemnidad del pais;—casamientos concertados ocho meses antes se aplazan para celebrarse entonces; los mas ricos dan espléndidas comidas; los mas pobres economizan durante el año para estrenar un jubon, una toca, ó un pañizuelo. Y nada mas pintoresco ni mas lindo que el trage de los vascos; los hombres llevan un calzon de punto de lana blanquísima, con botin de lo mismo; chaleco, chaqueta, y boina de paño encarnado, con adornos y botonadura de plata.—El vestido de las mujeres varía segun su edad y segun su estado; todas llevan el vistoso zagalejo de grana; todas lucen la graciosa mantilla forrada de tafetan ó de raso, con arreglo á su respectiva clase; pero los diversos colores indican la situacion de cada una: las solteras la usan roja; blanca las casadas, y negra las viudas. Elegantes delantales, ligeros pañuelos de muselina ó de tul completan el atavío y prestan mayor visualidad al conjunto.

Porque realmente esto es lo único que hay que ver en la decantada fiesta de Laruns: por la mañana despues de la misa bailan los jóvenes en la plaza de la aldea, si puede llamarse bailar á dar vueltas muy pausadas cogidos de las manos, y en derredor de un tabladillo de madera, donde un viejo Sileno toca el caramillo y la flauta, mientras la gente de Aguas buenas alquila sillas para contemplar tan monótono espectáculo, y aguardar la hora de la procesion algo mas cómodamente. A las 4 de la tarde, cuando aquella sale del templo, suspéndese el baile, y todos los habitantes de Laruns siguen la efigie de la santísima Virgen, entonando religiosos cánticos, ó rezando devotas oraciones.—Este cuadro sí es grande y consolador; este cuadro sí produce en una alma sensible y tierna una emocion tan profunda como grata. ¡Qué contraste entre esa piedad sencilla y verdadera, y la ridícula despreocupacion que suelen ostentar los moradores de las grandes ciudades! ¡Qué contraste entre la fé pura y sólida de los unos, y la impía indiferencia de los otros!....

Despues de terminada la funcion religiosa, los mozos vuelven á bailar, los ancianos se sonrien plácidamente mirándolos, y los forasteros regresan muy de prisa á Aguas buenas en busca de la comida que aquel dia se retarda una hora en todos los *Hoteles*, siendo á las 6 en lugar de ser á las 5 como de ordinario.—Los dueños de carruajes y de caballerías hacen entonces su agosto, porque obligan á pagar lo menos un doble del precio corriente por sus desvencijadas carretelas y sus macilentos jacos.

Además de esta hay tres espediciones que no deja de verificar nadie, como su estado no exija inalterable reposo;—á las grutas de Sarrans y Louvies, á las tres cascadas y al inmediato pueblo de Aguas calientes, donde existe un manantial no menos benéfico, aunque de distintas propiedades, que el de Aguas buenas.

En las primeras se admiran estaláctitas prodigiosas, y se dan soberbios batacazos; en las segundas se ven lindísimos saltos de agua, y para subir se suda el quilo; en la última ya es otra cosa, porque se vá en coche, y se almuerza opíparamente en un nuevo *Hotel* construido á la entrada de la poblacion.

¡Qué triste, qué miserable perspectiva ofrece esta al que la visita!—En vez de la animacion, del bullicio, del movimiento que se nota en Aguas buenas, reina allí siempre un silencio sepulcral! Las casas son pequeñas y miserables; las calles angostas y tortuosas; los *Hoteles*, escluyendo al que hé citado antes, mezquinos y súcios. A lo lejos se divisa el establecimiento termal, que aunque ha costado inmensas sumas, tiene por fuera la apariencia de un panteon, y por dentro la oscuridad de una cárcel.—No se ven allí tampoco damas elegantes ni jóvenes *lions*: la gente que concurre á Aguas calientes es por lo general del pais, y pertenece á las clases poco acomodadas.—En cambio en sus rostros no se advierten las huellas de dolencias tan graves ni tan mortales como en los de sus vecinos de Aguas buenas; porque los unos son éticos, y los otros gotosos ó reumáticos.

No obstante, al volver á nuestra residencia sentimos una alegría, un bienestar imponderables: M. Taverne nos pareció lindo; el pueblo suntuoso y ameno; y hasta las rancias beldades que á la fecha quedaban aun en el *Hotel*, se nos antojaron rejuvenecidas y hermoseadas. Y era que comparábamos lo que dejábamos con lo que volviamos á encontrar: la soledad terrorífica de una parte con la concurrencia heterogénea de la otra.

Cuando partimos de Aguas buenas, el 30 de agosto por la mañana, era ya muy escaso el número de personas que permanecian allí, y casi todos se disponian á seguir nuestro ejemplo. Algunos, sin embargo, á quienes M. Darralde habia ordenado pasar el invierno en Pau, nos miraban marchar con envidia: en cuanto á mí puedo decir que no sin sentimiento me alejé de aquellos sitios donde durante tres

semanas habia hecho la dulce y tranquila vida del campo, que los cortesanos hallan tan grata..... cuando no la hallan insoportable.

RAMON DE NAVARRETE.

El palo de sauco.

Un cazador y su hijo recorrian un bosque; entre ellos corria un riachuelo asaz profundo. El hijo quiso saltarle para reunirse con su padre, y como el riachuelo era demasiado ancho para que pudiera hacerlo sin ayuda, cortó una rama de un arbol, apoyó uno de sus estremos en el fondo del cauce y se elevó por un esfuerzo vigoroso. Pero la rama era de sauco, y se rompió bajo el peso del niño que desapareció en el agua.

Un pastor lo habia presenciado todo desde lejos: exhaló un grito y corrió espantado á salvarle. Cuando llegó á la orilla, el niño habia aparecido ya, y tomando aliento, nadaba sonriéndose hácia el sitio en que se hallaba su padre.

El pastor le dijo al cazador.

—Has instruido bien á tu hijo, pero entre las cosas que debes haberle enseñado has omitido una, que es sondear el interior antes de tener confianza; si hubiera examinado la médula del sauco, no se hubiera fiado en su corteza engañadora.

—«Amigo mio, respondió el cazador, he aguzado su vista y ejercitado su fuerza; es bastante para que le confie sin temor á las lecciones de la esperiencia; los hombres le enseñarán bastante pronto á desconfiar.»

Los dos cercados.

—«¡Papá, mira qué diferente aspecto tienen esas dos pesesiones! Aquí la única cerca es un vallado de lilas que ostentan ya sus racimos rosados, y cuyo perfume embalsama la atmósfera; allí, al contrario, un triste vallado de espinos negros se levanta erguido y sombrío, amenazando al pasagero con sus dardos.»

—«Es verdad, niño; es verdad; pero ¿no ves detrás de las lilas arbustos tronchados, cuadros de flores destrozados, céspedes mústios, mientras que tras el vallado de espinos negros todo está en órden, florece y prospera?»

—«¿Y por qué es eso, padre mio?»

—«Porque las lilas han dejado fácil paso á los vagamundos, y á los rebaños rechazados por el cercado de espinos.»

—«¿Entonces será necesario preferir este?»

—«No solamente para nuestros campos, hijo mio, sino tambien para nosotros mismos, porque la vida del hombre se parece á esas tierras: el que no quiere á su alrededor mas que flores está espuesto á los estragos de las pasiones y del acaso, y todo hombre, para defender todos los tesoros de su alma, necesita rodearse á menudo, por desgracia, de un vallado de espinos negros.»

SÍMBOLOS DE LA AMISTAD.

Entre los griegos, la estátua de la Amistad estaba vestida con una túnica sujeta con hebillas y tenia la cabeza desnuda; su mano derecha estaba puesta sobre el corazon; la izquierda sostenia un olmo, alrededor de cuyo tronco se enroscaba una viña cargada de racimos.

Los romanos representaban la Amistad bajo la forma de una hermosa jóven vestida con sencillez, coronada de mirto y de flores de granado entrelazadas con estas palabras que caian encima de la frente: *Invierno y verano*. En la franja de la túnica se leian estas otras palabras: *La muerte y la vida*. Con la mano derecha señalaba á su costado izquierdo que estaba abierto hasta el corazon, en el cuál se leia: *De cerca y de lejos*. Generalmente se colocaba tambien un perro á sus pies, como símbolo de la abnegacion y de la lealtad.

LONGEVIDAD DE LOS SABIOS.

Los hábitos del estudio, los trabajos de la inteligencia no son perjudiciales á la salud sino cuando no se sabe conciliarlos con un ejercicio suficiente de las fuerzas físicas, y una higiene conveniente. Los ejemplos de longevidad no son mas escasos entre los sabios y los filósofos que entre las demas clases de la sociedad. Boerhawe vivió 70 años; Locke, 73; Galileo, 78; Newton, 85; Tontenelle, 100; Bayle, Leibniz, Volney, Buffon, y otros muchos hombres ilustres del siglo pasado, han alcanzado una edad muy avanzada. Se podrian citar muchos sabios y erúditos alemanes cuasi seculares. El profesor Blumenbach murió hace pocos años á la edad de 88, y el doctor Olbers, el célebre astrónomo de Bremen era ya tambien octogenario.

La semana de tres jueves.

En el reinado de Luis XV, en Francia, varios viajeros habian salido de Paris prometiéndose mútuamente volver precisamente á aquella capital el júeves de Corpus-Cristi del año 1735. El viaje que emprendian era muy largo: trataban nada menos que de dar la vuelta alrededor del mundo, y los peligros que iban á correr en la navegacion, podrian muy bien quitarles la facultad de cumplir su promesa. A pesar de esto, varios amigos suyos que permanecieron en Paris, conservando el recuerdo del dia que habian fijado para su regreso, llevaban la cuenta del tiempo que tardaban dia por dia.

Los viageros se habian dividido en dos bandos; el uno se dirigió al oriente, y el otro al occidenle, teniendo ambos que sufrir los embates de las olas embravecidas, evitar los escollos, huir los paises inhospitalarios, sin tener mas guia que una brújula y los ástros, y para medir el tiempo, un reloj y el sol.

Por fin, el Ser supremo permitió que despues de todos los peligros que corrieron, volvieran á su patria. Todos estaban persuadidos de que iban á ser exactos á la cita, porque habia contado tambien escrupulosamente los dias transcurridos desde el momento de su separacion. Sin embargo, no se encontraron en el dia indicado: los que se habian dirigido al oriente, llamaban jueves al dia que era miércoles en Paris, y los que habian estado hácia el occidente, llamaban jueves al viernes siguiente. ¿Quiénes eran los que se habian equivocado? Seguramente que no podian ser los de Paris, puesto que no habian abandonado sus hogares. Los viajeros, por su parte, habrian apostado sumas colosales, seguros como estaban de la exactitud de su cuenta. Pero nada pudieron hacer entonces para aclarar la cuestion. Mas tarde, las observaciones astronómicas vinieron á despejar la incógnita, probando que un viajero que se adelante 15 grados hácia el oriente, arreglando su reloj por el sol, cuenta una hora mas que los que se han quedado en el punto de salida, y por consiguiente, cuando hubiere recorrido los 360 grados, contará 24 horas mas. Por la razon contraria, cuando hubiere recorrido la misma distancia hácia el occidente, contará á su regreso un dia menos que sus compatriotas.

LOS BUENOS MODALES.

Los buenos modales son la flor del buen talento: otro tanto puede decirse de los buenos sentimientos, porque cuando la ley de la benevolencia está grabada en el corazon, conduce al desinterés, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; inspira el deseo de agradar, y ese apresuramiento á complacer á los demás, que son el origen de los buenos modales.

El hueso de cereza.

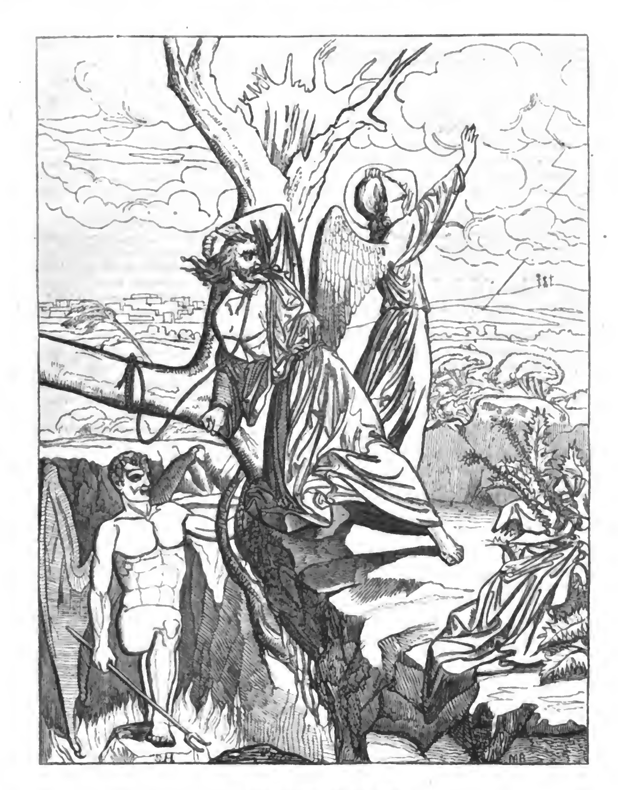
Un niño esprime una cereza con sus lábios y arroja el hueso: un anciano le recoje y le sepulta en un trozo de tierra labrada, á la vista del niño que se rie de su trabajo.

Algun tiempo despues pasa el niño por el mismo sítio, y vé que el hueso se ha convertido en arbusto: el anciano está allí tambien ocupado en podarle y en rodearle de espinos, para preservarle de cualquier lesion. — «¿A qué tomarse tanto trabajo?» pensó el muchacho.

Pero el muchacho llegó á ser hombre, y pasando un dia por el camino cubierto de polvo, agoviado por los rayos abrasadores del sol de agosto y por una sed devoradora, halló un árbol en el lugar del arbusto, un árbol que le cubrió con su benéfica sombra, y que apagó su sed con su grato y bellísimo fruto. Entonces comprendió por fin la prudencia del anciano.

¿Quién no ha hecho lo que este niño, este adolescente y este hombre? ¡Cuántos proyectos arrojados en el sendero de la vida, y recojidos por otros mas prudentes que nosotros! La mayor parte de los hombres viven á la ventura, sin pensar que todo el germen bien aprovechado puede ser el origen de una buena cosecha, y que la mas insignificante de nuestras acciones es el *hueso de una cereza*.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra



LA DESESPERACION DE JUDAS.

En la última esposicion de pinturas, llamaban la atencion del púplico dos cuadros que representaban, el uno *La inocencia perdida*, y el otro *La desesperacion de Judas*, debidos ambos á las inspiraciones de Don German Hernandez, jóven de brillantes esperanzas, que en la anterior esposicion (1848) se habia dado á conocer con otro cuadro en que pintó á *Jesus y la Samaritana*.

No nos proponemos hablar hoy de estas obras de arte, sino únicamente de la que representa *La desesperacion de Judas*, por haber dado ocasion á dos poetas justamente apreciados para escribir las composiciones que el lector va á juzgar. Un diario acaba de consignar acerca del trabajo del Sr. Hernandez el siguiente juicio, que por conformarse con el nuestro nos ahorra espresarle en otras palabras.

«*La desesperacion de Judas*. Considerado este cuadro bajo el punto de vista puramente material ó de forma, no carece de defectos, y entre estos podríamos contar, como uno de los mas esenciales, la poco feliz espresion de la figura del diablo y su actitud amanerada y prosáica. Pero prescindiendo de la parte material, en la que hay realmente errores disculpables de inesperiencia, el modo de concebir el asunto, la espresion de Judas y del ángel de su guarda, y sobre todo la grandeza y armonía del conjunto, dan á conocer que quien ha sabido imaginar un todo tan lleno de magnífica poesía; quien de tal suerte ha combinado los elementos del poema aterrador y sublime en el que el traidor discípulo de Cristo se entrega á la desesperacion y á la muerte, como en castigo de su crimen, en medio del trastorno de los elementos, sin ver la enseña salvadora que se levanta en el Calvario, no es en manera alguna hombre de vulgar entendimiento; antes bien podrá algun dia, si es alentado en su carrera y no abandona el estudio, producir obras que inmortalicen su nombre.»

Nosotros creemos que los lectores del SEMANARIO verán con gusto estos trabajos que son una nueva prueba del deseo que nos anima de ver enlazadas las letras y las artes españolas.

17 DE MARZO DE 1850.

ODA.

(Al señor don German Hernandez, con motivo del cuadro que sobre la desesperacion de Judas presentó en la última Esposicion.)

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubria
con funerario velo,
y en palpables tinieblas envolvia
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugia.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror; y ronco acento
cual de lejana tempestad ondosa,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio süave
se oye de fuente en bosques ó en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
tremente el corazon, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales; y ruina
de la mano del hombre y sus enojos.

Y ví tus negros muros,
triste JERUSALEN, pátria de llanto
y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el escelso GÓLGOTA pendiente:
padron de infamia á tu marchita frente:
perpétua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al UNGIDO, SION, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos.

¿Llegó acaso el momento,
maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la CRUZ en pago
dolor te envia y funeral estrago,
negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duerme todavía
libre, SION, mientras sus rayos ROMA
y su dogal te envia:
¡mísera mas que al perecer SODOMA!
y al despertar, adorna en adulterio
al impío tus doncellas, y el salterio
á TITO cante y al infiel MAHOMA.

¿Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, JERUSALEN, se apresta
de Dios al enemigo?
¿Contra quién el SEÑOR su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que á la tierra asombre
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del ETERNO;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamas oido, el corazon espanta.

Al pié de árbol añoso
que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
á la luz del relámpago indecisa,
á Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mésase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La luenga vestidura
en desórden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y á Dios amaga en su infernal despecho

El ala recogida,
junto á él de espaldas su custodio llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelde vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo
doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al HACEDOR envia,
y triste, á paso lento, se desvia
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrísonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan; y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebata.

Blanca, süave lumbre
sobre el CALVARIO sacrosanto esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el LÁBARO se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre SION horrenda se derrama,
y á pueblo y valle rápida desciende.

Del arduo monte erguido
cayó el traidor descoyuntado y roto

al lazo el cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmover el mundo,
así al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el empíreo y el confin remoto.

No á su presa mas listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legion sin cuento;
y allí le abraza; y en la torva frente
su garra imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el comun tormento.

A la mansion precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado
un acento infernal: *maldito*, exclama:
maldito el viento en los espacios brama:
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el angel bello
las alas tiende hácia el Calvario santo,
suelto el rubio cabello,
mustio en el rostro y desceñido el manto;
y allí ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pié se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

Rafael Maria BARALT.

ODA

Al mismo asunto y con igual motivo, dedicada á Don German Hernandez.

La cólera ha pasado
del Señor por el valle que estoy viendo:
¡cómo, roble tronchado,
como lo está diciendo
rayo que cruza con fragor horrendo!

¿Do hallar quien la resista?
El verdescente musgo convertido
en abrasada arista,
por el cierzo impelido
sube á espantar al águila en su nido.

Do quier horror de muerte,
do quier la destruccion alzando el vuelo
mueve su brazo fuerte:
¡ay! ¡cómo treme el suelo
y el sol se oculta en sanguinoso velo!

Mas hé allá en lontananza
la cruz de redencion, do ha muerto el Justo
que confundir alcanza
á Leviatan robusto,
paz dando al orbe desde el leño augusto.

¡Rugid, oh vendabales!
¡Bramad, oh truenos, con bramido bronco!
Potencias infernales,
¿qué sirve ahullido ronco
si el mundo abraza de la cruz el tronco?

Acuda el que al pecado
dobló la frente en ignominia ruda;
aunque sobrepujado
hayan á la menuda
arena sus delitos, corra, acuda.

Pero ¡ay! ¿quién es el triste
mortal que en medio á la feroz tormenta
desesperado asiste,
lívida y macilenta
la faz, que sello criminal ostenta?

Judas, Judas, detente:
aparta de tu cuello esa lazada;
tranquiliza tu frente
do bulle la encrespada
melena por los éuros contrastada.

Ese raudal precioso
de sangre derramada en el altura
del Gólgota riscoso,
fuente es de gracia pura:
dócil la implora y la hallarás segura.

Pero ¡oh dolor! mirando
el signo á todos de salud y vida,
el apóstol infando
la soga maldecida
convulso alhaga en su garganta asida.

Satan con ansia fiera
aguarda asirlo del dogal pendiente:
—«Misero, desespera....
¡Desesperó!»—Furente
grita, y lo impele á la mortal vertiente.

¡Oh sangre preciosa
de un Dios por Judas derramada en vano!
¡Oh escena lastimosa!
¡oh ingenio soberano
que al lienzo la llevó con hábil mano!

Joaquin José CERVINO.

ESTUDIOS HISTORICOS.

ESTABLECIMIENTO EN ESPAÑA DEL CRISTIANISMO: LUCHA ENTRE EL ARRIANISMO Y EL CATOLICISMO.—CONSTITUCION ECLESIÁSTICA DE ESPAÑA.—VICARIOS PONTIFICIOS.—DE QUIÉNES SE COMPONIA EL CLERO.—SILLAS METROPOLITANAS.—DERECHOS DE ESTOS.—IDEM DE LOS PATRONOS.—ELECCION DE LOS OBISPOS.—GERARQUIA ECLESIÁSTICA.—DISCIPLINA.—ESTABLECIMIENTO Y COSTUMBRES DE LOS CONVENTOS DE RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS.—SU APOGEO.—VÍRGENES VELADAS.—INMUNIDADES ECLESIÁSTICAS.—PENAS Á QUE ESTABAN SUJETOS LOS CLÉRIGOS.—CONCILIOS.—SU DIVISION Y ATRIBUCIONES.

I.

Nada de fijo nos ha conservado la historia en ciertas materias, y apenas si en ellas tenemos mas datos para guiarnos que ligeros apuntes de antiguas crónicas, ayudados casi siempre con la luz de un sano criterio, ó la consecuencia, las mas de las veces forzada, de los principios mas conformes con la razon. Tal vez, entonces como ahora, abundarian los anales de los diferentes pueblos, razas, sociedades ó familias en las que el mundo se divide: empero lo difícil de su conservacion, ora por tener que fiarlas al manuscrito, siempre difícil de guardar por luengos años, ora á causa de las continuas invasiones de otros pueblos mas dados al bélico ejercicio de las armas que al pacífico cultivo de las letras, han impedido, hasta que mas tranquilas las naciones se ha ido poniendo límite á las conquistas, el llegar á nuestras manos documentos ciertos é irrefragables de los hechos primitivos. La era cristiana, abriendo al mundo una senda nueva, y empezando con la tolerancia y grandor de sus doctrinas á dominar las pasiones del hombre, y ese lujo de vanidad, orgullo y poderío que devoraba á los conquistadores de otros siglos, habia de cambiar tambien los deseos del espíritu. ¡Empero cuánta sangre derramada y cuánta devastacion no ha dominado, hasta que las máximas consoladoras y pacíficas de un evangelio santo han ido penetran

do poco á poco y sin descanso hasta lo íntimo del humano corazon! Y sin embargo, para los señores de la fuerza, para aquellos que cimentaban su gloria y poderío sobre montones de cadáveres y rios de sangre, ha habido vítores y cantos y poemas; mientras que para el que con solo su cayado por arma mortífera, y su sayal por escudo, oponia al canto guerrero la fraternidad y el amor, la paz á la lucha y el perdon á la venganza, no ha habido una palabra de gracias, una sombra de recuerdo!

Ocupémonos, pues, aunque sea someramente y en cuanto lo permitan los límites de este ameno SEMANARIO, de la iglesia gótica y episcopado español en los tiempos primitivos.

Sin creer con algunos escritores que toda la raza goda hubiera abrazado las doctrinas de la inocente víctima del Gólgotha, á la vista solámente de los prodigios que obrara la cruz en favor de Constantino, es muy cierto que desde aquella época empezó el cristianismo á introducirse entre ellos por medio de los cautivos griegos y romanos. Entre las firmas de los obispos asistentes al concilio de Nicea, se encuentra la de Teophilo, obispo de la Gothia, y esto nos indica que el catolicismo era ya conocido y se hallaba establecido entre los godos antes que las doctrinas de Arrio se propagáran en sus ánimos. Ninguna noticia nos da ni nada nos dice la historia acerca de su primitiva religion; y aunque se crea que los godos antes de su conversion adoraban con los escandinavos á Odin ó Wodan, esta suposicion no tiene mas base que la florida imaginacion de algunos escritores.

Cualesquiera, empero, que fuesen sus primeros principios religiosos, no por eso dejaron de luchar con los de la nueva creencia, y las controversias sobre estas doctrinas dividieron hasta el reinado del emperador Valente las diversas ramas de la gran familia goda establecida en las orillas del Danubio. Los misioneros enviados por Valente para predicarles el arrianismo, fueron asaz bien acogidos al principio; empero luego uno de los gefes godos llamado Athanarico, tenaz defensor de su primitiva creencia, los persiguió cruelmente, derramando por esto su sangre de mártires de su fé. Otro gefe, sin embargo, llamado Friedegern, que significa *naturalmente pacífico*, acogió mejor á los piadosos enviados de Valente. Entre ellos se contaba el obispo godo Ulphilao ó Wolphilao, el cual, largo tiempo indeciso en definir los estrechos límites que separaban la fé católica de la arriana, acabó por firmar la profesion de fé del sínodo arriano del año 359, uniendo su influencia á la de los enviados de Valente para convertir á sus compatriotas al arrianismo.

Lo que mas caracteriza á la raza goda, así como á las demas razas bárbaras, es la facilidad que tenian en cambiar de creencia; pues que á la menor órden de sus gefes dejaban con la mayor indiferencia la idolatría por el cristianismo, ó bien una creencia cristiana por otra. Así Clovis, gefe de los francos, compra la victoria con el bautismo; Rechiar, rey de los suecos, abraza el catolicismo con todos sus vasallos; Rencismundo, uno de sus sucesores se hace arriano con el fin de lograr la mano de una de las hijas de Teodorico, arrastrando tras sí la móvil conviccion de los suyos. Menos de un siglo despues Teodorico vuelve al seno de la iglesia católica, y en pos de él la córte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia católica, y en pos de él la córte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia ortodoxa. En fin, los godos manchados con el arrianismo de su obispo Ulphilao, tornan á la ortodoxia invitados por su rey Recaredo.

Hay, en esta estraña flexibilidad para mudar de creencia, algo mas que indiferencia, porque todos aquellos bárbaros no eran escépticos ciertamente. Los godos, deteniendose y conteniendo su furor en medio del saqueo y pillage de Roma, para cantar los salmos de la iglesia y acompañar las reliquias de los mártires, no podian ser completamente insensibles á aquel gran prestigio de santidad que salvó á la ciudad eterna del furor de Atila; su fe naciente no se amedrentaba con la severidad del dogma; antes por el contrario, se complacia en contemplar la elegante y rica pompa del culto que habia abrazado. Empero tolerantes por descuido ó apatía, su buen sentido no tomaba parte en las frívolas aunque empeñadas disputas, dignas tan solo de entretener la afeminacion de las cortes corrompidas del bajo imperio. Antes de Eurico y despues de él, hasta Leovigildo, los reyes godos, aunque arrianos, no persiguieron á nadie, ni tampoco Alarico II persiguió al clero católico, aunque este llamaba en su ayuda al rey ortodoxo de los francos; y por cierto que hasta el mismo Eurico podia alegar en favor de sus mandatos de destierro el peligro de una invasion franca, que le amenazaba de contino, y la independencia del clero católico que predicaba altamente la rebelion contra un rey herege, segun mas detalladamente asegura el historiador Gregorio de Tours.

Pero el mismo clero sin embargo no tardó en conocer que no era el arrianismo lo que mas convenia á una sociedad bárbara todavía, que tenia respectivamente á la creencia, mas necesidad de obedecer que de argüir. Confirmábale mas en esta opinion el ejemplo del clero romano so la dominacion de los francos, reinando por medio de dogma sobre aquella raza rebelde á toda influencia, y esto, en verdad, era una seduccion irresistible. Así pues, no tardó mucho en comprender que no sería suyo el imperio del mundo, mientras permanecieran aislados del centro de la unidad católica, y de la poderosa accion que Roma empezaba ya á ejercer sobre el orbe entero.

De las 18 sectas en las que se hallaba dividido el arrianismo, la de Ulphilao y la de los godos eran las que mas se aproximaban al catolicismo; y en prueba de ello citaremos el hecho de la destruccion que mandó hacer Justiniano á su entrada en Constantinopla de todas las iglesias arrianas, esceptuando las de los godos. La diferencia entre estos y los ortodoxos era tan pequeña, que solo el espíritu de secta, siempre orgulloso, pudo impedir se efectuase la reconciliacion antes de Recaredo. Empero aun antes de esta época vemos al episcopado arriano fuerte con la proteccion del poder civil, tratar á fuerza de concesiones de amalgamar por medio de un solo símbolo el arrianismo con el catolicismo. El primero, sin embargo, aunque basado sobre el derecho de exámen, lo sostuvo mientras se halló en pugna abierta con la iglesia constituida, abjurándolo, ó mejor, desprendiéndose de él al momento que se le consideró como la religion dominante del estado: por consiguiente, era ya desde entonces mas fácil su reunion con el catolicismo que seguia el principio fundamental de su poderoso antagonista: esto es, la creencia pura y sin discusion de ninguna especie.

Empero estas concesiones que no indicaban mas que debilidad y falta de conviccion, se estrellaron contra la inflexibilidad del dogma católico, al que se trataba en vano de seducir por medio de promesas ó amenazas. Todo por consiguiente se conjuraba para destruir una creencia que carecia de lo que constituye la fuerza de todo poder sobre la tierra; esto es, la fé en sí misma y en su porvenir. Faltaba tan solo para derribarla completamente un impulso ó fuerza superior que reuniese todas las convicciones flotantes en derredor del catolicismo hácia cuyo centro las arrojaba su propio interés. La órden y ejemplo de Recaredo vino á cortar semejante malestar; y los láicos y el clero se apresuraron todos á entrar en el redil en pos de su pastor y soberano.

II.

Tras esta rápida ojeada sobre las causas que perdieron al arrianismo, tornemos al exámen de la constitucion eclesiástica de España, antes y despues de la conversion de los godos al catolicismo. Bajo el reinado de Constantino, queriendo el clero secundar al poder civil en su vigoroso esfuerzo de organizacion, modeló su régimen ó constitucion sobre la que regia entonces el imperio. La division de las diócesis era exactamente la misma que la política y la civil: el metropolitano (pues el nombre de *arzobispo* no se encuentra sino en tiempos posteriores á la invasion de los árabes), presidia á los obispos de una provincia, mas sin accion alguna sobre el gobierno interior de sus diócesis respectivas. En la iglesia española, donde mas arraigado se hallaba el espíritu de igualdad, la autoridad del metropolitano costó largo tiempo de establecerse, y hasta la supremacía del pontífice romano no adquirió su grande influencia, sino lentamente y por grados, segun lo afirma San Isidoro.

III.

El establecimiento y dominio de la creencia arriana junto con el catolicismo ortodoxo fué un poderoso auxilio para la supremacía papal. La iglesia española oprimida en el interior, conoció la necesidad que tenia de unirse mas y mas con el poder esterior, estrechando los débiles vínculos que la ligaban con la gran comunion de los fieles Roma, siempre dispuesta á aprovecharse de estas ventajas, acostumbró poco á poco al clero español á considerarla como el árbitro de sus controversias. Antes de la conversion de Recaredo y los godos sus vasallos, ya encontramos en el año 480 de la era cristiana un prelado español llamado Zenon, metropolitano de Sevilla, revestido del título de vicario de la santa sede, «para recompensar su notorio celo y su virtud,» segun dice el breve del santo padre (1). Si este título no constituia un poder real y efectivo, al menos era siempre un honor, y no se tardó, por consiguiente, en ver á estos mismos vicarios pontificios armados con la facultad de reprimir los abusos y convocar los concilios con todas las reservas de los derechos que pertenecian á los metropolitanos.

Tambien encontramos al comenzar el siglo sétimo el ejemplo de un legado ó juez enviado por el papa Gregorio el Grande, llamado Juan, y por sobrenombre el *defensor*, encargado de apreciar la validez de la deposicion de dos obispos hecha por un concilio provincial, los cuales habian apelado á la santa sede; aunque ya en los siglos quinto y sesto se echan de ver algunos ejemplos, aunque raros, de

(1) Coleccion de concilios, por Aguirre.

estas apelaciones, de las cuales se sirvió Roma para estender su autoridad. Empero no por eso debemos creer que el clero español animado del espíritu enérgico de independencia que distingue tanto la raza ibero-gótica, se sometió dócilmente á las usurpaciones que de ella intentaba hacer la autoridad papal; y aun podria citarse algun caso de la resistencia de esta iglesia, fuerte con la pureza de sus costumbres y su doctrina (1). Estas apelaciones y estos vicarios pontificios no se encuentran ya en la historia despues de la conversion de los godos, época en la cual se estableció ya el principio de poder acudir á la potestad real en último recurso en materias eclesiásticas; tan solo se nota á fines del siglo sesto el envio del palio á San Leandro, metropolitano de Sevilla. En cuanto á la concesion de dispensas, era peculiar á los obispos, al sínodo, ó al concilio.

IV.

Por lo demas, la iglesia católica española se mantuvo siempre en el estado mas floreciente aun durante la época de la dominacion del arrianismo. El número de los obispos ortodoxos era mucho mayor que el de los cismáticos, y las grandiosas pompas de su culto oscurecian las sencillas formas de su contrario. Tampoco se sabe que los concilios españoles hayan estado prohibidos por los reyes arrianos: estas cortes relijiosas que cabe á la España el honor de haber sido la primera nacion en convocar desde principios del siglo cuarto, y antes del famoso concilio de Nicea, segun nos lo atestiguan las memorias de la academia de la historia, fueron aumentando sin cesar su importancia y su grandeza, combatiendo victoriosamente la heregía que por todos los medios imaginables trataba de introducirse en la península. Los nestorianos primero, y luego los maniqueos, los priscilianistas y otras sectas menos conocidas, trataron, aunque en vano, de arraigarse en el suelo de la Iberia tan mortífero para el herege; y hasta el arrianismo traido á la península en brazos de la conquista, profesado y apoyado por el rey y las autoridades láicas, acabó por estrellarse contra la ortodoxia innata que indudablemente caracteriza la raza española.

A juzgar por los nombres puestos al pié de las actas de los concilios, es evidente que durante los primeros siglos de la conquista, el clero se compuso de romanos ó de españoles indígenas: es permitido creerse, y esta es nuestra opinion, que la raza conquistada, desposeida por sus dominadores de todos los empleos civiles y militares, buscó en el clero un asilo seguro, y el único sin duda que no habia tentado la ambicion del vencedor. Mas tarde, cuando la iglesia fué siendo el poder dominante del estado, los godos, en quienes se iba apaciguando ya el ardor guerrero, quisieron tener una parte en las dignidades eclesiásticas, y desde entonces se notan mayor número de nombres godos entre los obispos. El progreso que fué haciendo la España en la cultura del entendimiento, la hizo tomar inclinacion á un estado y carrera, donde se habian refugiado las artes y ciencias que escaparon á la destruccion del poder romano; empero tambien data desde esta época la relajacion de costumbres y la falta de disciplina del clero.

(1) Véase la respuesta que dió San Braulio en nombre de los obispos españoles al papa Honorio que los llamaba *perros mudos*, reprochándoles el no celebrar, cas nunca, concilios.

V.

La conversion de los godos al catolicismo cambió muy poco ó nada la gerarquia eclesiástica. La iglesia, que de oprimida se trocó en vencedora, no alteró despues de la victoria las formas del culto con que habia subyugado á sus mismos dominadores. Sin embargo, desde el dia de su triunfo comenzó la intolerancia á hacerse sentir, y de perseguida se trasformó en perseguidora. Sin que hagamos mencion de las tiránicas leyes de Sisebuto contra los judíos, vemos que Chintila, en el cuarto concilio de Toledo, manda espulsar de sus dominios á todo aquel que no sea verdadero y conocidamente católico. Recceswintho ó Recesvinto va todavia mas lejos consagrando la intolerancia por medio de una ley, segun se puede ver en el Fuero Juzgo, libro 12, tit. 2.º Ervigio y Egica muestran el mismo celo por la fé; y los reyes godos sucesores de Recaredo merecen todos el título de reyes católicos, con que mas tarde nuestros soberanos se adornaron con justo y noble orgullo.

VI.

La España gótica como la romana, se dividia en cinco diócesis metropolitanas correspondientes á las cinco provincias civiles y militares: el metropolitano de la Bética que tenia su sede en Sevilla, el de la Lusitania en Mérida; el de la Tarraconense en Tarragona, y el de la Galicia en Braga, hasta la mitad del siglo VI, que á causa de su aumento se dividió en dos, Braga y Lugo. Empero á la estincion del reinado de los Suevos, la primera tan solo conservó la dignidad. En la Cartaginesa, Toledo y Cartagena se disputaron largo tiempo la preeminencia: mientras que una parte de esta provincia caia en poder de los griego-bizantinos, desde el año 554 hasta el de 622, Toledo fué la metrópoli de los godos, y Cartagena de los griegos: mas despues de la salida de estos y estincion del poder imperial de Constantinopla en España, Toledo fué reconocida como la única metrópoli de toda la provincia. *(Concluirá.)*

LUIS MIQUEL Y ROCA.



Un paseo por el mar.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Pasé pues á Ronda, lindisima ciudad que probablemente conocen todos Vds., y cuyo famoso *Tajo*, y bellas cercanías llevan á ella todos los años á muchos viajeros ingleses, que ante el magnífico espectáculo que allí les ofrece la naturaleza, olvidan los tesoros de su nebulosa isla. Mi familia me recomendó tanto al Comandante general y á las principales casas de la ciudad, y aquellas gentes son de suyo tan hospitalarias, alegres y bien dispuestas para los forasteros, que, á pesar de mi melancolía y falsa posicion, no hubo medio de escusarme de fiestas y bailes en el pueblo, meriendas en aquellos deliciosos huertos, donde el azahar embalsama el templado ambiente de la tarde; y continuas excursiones á caballo á los pueblecitos de la circunferencia, cuya posicion pintoresca y agreste pudiera escusar á muchos españoles el largo y penoso viaje que hacen á Suiza para ver lo que no falta en su propio pais. De buena gana entraria en pormenores sobre las costumbres de aquel pueblo cristiano y, con todo eminentemente arábigo, á pesar de tantos años como han transcurrido desde la espulsion de los moros; pero la historia cuyo relato tenemos pendiente es ya harto larga de por sí, para que la prolonguemos con episódicas descripciones.

Don Antonio. Consiento en que por ahora dejemos tranquilos á los Serranos; mas con la expresa condicion de que V. ú otro se ha de ocupar mas tarde en hablar de ellos; porque es materia curiosa.

El Redactor. Así constará; y yo me encargo de recordar esa resolucion cuando y como convenga.

Alfonso. Siendo así, puedo yo proseguir libre del escrúpulo que de otro modo tuviera.—Iban ya corridos mas de siete meses en mi destierro, sin haber tenido en ellos la menor noticia de las personas que Vds. conocen, si es que á pintárselas he acertado, y sin atreverme á escribir á ninguna de ellas, pues la única que en buenas relaciones habia quedado conmigo era el coronel, á quien fácil es de comprender que no queria molestar. Al cabo de ese tiempo fuí convidado por un caballero de Ronda á pasar el dia en uno de sus cortijos, inmediato al pueblo llamado Arriate, que en árabe significa *jardin*, nombre tan á propósito para la situacion de aquella aldea que equivale á una exacta descripcion del pais que la rodea. Pasábamos de cincuenta las personas convidadas, entre señoras y hombres, unos de la ciudad, otros de los lugares inmediatos; y hasta una familia vino de Osuna que dista de Ronda por lo menos ocho á nueve leguas, que ahora no me acuerdo precisamente cuanto; pero salvar tales distancias en Andalucía para divertirse acontece con tanta frecuencia que á nadie asombra. Es de advertir, señores, que andaba entonces por aquellas sierras una famosa cuadrilla de hasta treinta *caballistas* ó ladrones bien armados; y que por lo mismo, todos los concurrentes llevaban, el que menos un retaco de dos cañones, muchos dos escopetas, y la mayor parte cuchillo de monte además. Yo por mi parte iba de uniforme con mi sable y mis pistolas de arzon. Preciso es hallarse muy familiarizado con aquel pais para comprender que haya quien se atreva á salir al campo á solazarse habiendo de correr peligros graves; pero tanto es el poder de la costumbre que no solo los hombres, sino hasta las mujeres mismas consideran el riesgo como dato invariable, y salen á los cortijos tomando las precauciones que alcanzan y dejando lo demás como ellos dicen *á la mano de Dios*.

Si un extranjero llegára al cortijo cuando á las tres de la tarde comiamos bajo un emparrado y viera al lado de aquellas mujeres de elegantisimos cuerpos, rostros morenos, y ojos que son afrenta del azabache á unos hombres riendo, cantando á otros, bebiendo los mas, no pocos requebrando á sus parejas; y todo eso con la canana ceñida y las escopetas á dos pasos; si viera tambien á los criados que nos servian dispuestos al combate; y en las vecinas eminencias á nuestros vigías en acecho de todos los caminos; dudo de que pudiera creer que éramos todos gentes honradas y en paz con las leyes. Como quiera que sea, el hecho es que aquellas precauciones eran absolutamente necesarias; pero antes de probarlo con la relacion de lo acaecido, convendrá, para la mejor inteligencia de mi cuento, que diga una palabra sobre mi posicion hasta entonces en la reunion. Ni el desengaño, ni la ausencia, ni el tiempo habian debilitado mi loca pasion; y si bien me prestaba á las diversiones, porque la juventud era mas poderosa en la esencia que las particulares circunstancias en que me encontraba, al mismo tiempo, y por una especie de capitulacion tácita entre el sentimiento y las inclinaciones, procuraba en la sociedad apartarme de las mujeres. En virtud, pues de ese mi propósito, hasta la hora de la comida no me reuní con las señoras y aun entonces colocándome en uno de los extremos de la mesa, atendí exclusivamente á las graciosas cuanto exageradas hipérboles de dos caballeros andaluces entre los cuales conseguí sentarme.

Llevábamos mas de dos horas de mesa: el Manzanilla y el Jerez habian circulado tanto y con tal presteza, que apenas habia allí un hombre que no comenzára á ver *candelillas* delante de sus ojos; y como para las señoras la conversacion iba haciéndose un si es no es cruda, fueron sucesiva y lentamente levantándose una despues de otra, bajo diferentes pretestos, y entrando en el cortijo propiamente dicho. Gracias á esta casualidad estábamos solos los hombres cuando un tiro disparado en la colina mas inmediata á nuestra frente impuso silencio aun á los mas locuaces. Una breve reseña de la topografía de aquel terreno nos es indispensable, y voy á hacerla sucintamente. Entre Ronda y Arriate hay un pequeño valle enteramente rodeado de colinas, cubiertas asi de encinas y chaparros, como de sus retoños, y otros arbustos, que forman lo que se llama monte, y en el fondo de aquel valle, de figura parecida á una elipse bajo cuyo rádio menor será de unas cien toesas á lo sumo, sin que al duplo llegue el mayor, está situado el cortijo, mas no en su centro, sino en la falda de la colina mas inmediata á la ciudad, hasta la cual va descendiendo el ondulante terreno. Sobre la opuesta eminencia se levantan, en anfiteatro, las cumbres del famoso monte de Tomillo, resultando el horizonte limitado en todos sentidos por una zona de oscuro color verde, cuyo melancólico aspecto contribuye poderosamente á realzar la belleza de la pura, trasparente, azulada bóveda que lo corona. El vallado de piedra bruta, sin argamasa, cal, ni otra liga que lo trabe y una, pero erizado de pitas é higueras chumbas, que rodea el corralon ó redil, frisa con el pié de la colina, y estendiéndose en figura de trapecio irregular, une los estremos de dos de sus lados, con la casa de labor á la derecha, y con los *Tinaones* ó establos á la izquierda; y ambos edificios componen el cuarto lado del cuadrilátero. A la puerta de la casa está el emparrado, debajo del cual comimos; y á su frente el valle, dividido en hojas de tierra labrantía, estaba ya entonces cubierto de abundante cosecha. Por fin, señores, algunas toesas antes de llegar á la eminencia que del monte Tomillo nos separaba, hay un olivar, que se estiende en una amplitud razonable, hasta mas de la mitad de aquella. Tal es el teatro de la escena que voy á describir, ó á lo menos así me lo recuerda ahora la memoria.

Sonó, como dije, un tiro, y *callaron todos Tirios y Troyanos*; quiero decir, así los que estaban ya casi avasallados á Baco, como los que, mas sobrios, conservaban entera su razon. Vimos inmediatamente bajar á rienda suelta por el escarpado y retorcido sendero que á la cumbre conducia, á uno de nuestros vigías, cuyo caballo así escapaba sobre las desnudas rocas y espesas malezas, como pudiera en el hipódromo mejor dispuesto: mas antes que á nosotros llegára, otro disparo primero, despues dos, luego varios, no nos dejaron duda de que íbamos á necesitar de nuestras armas mas que de otra cosa. Entonces, amigos mios, aconteció, lo que invariablemente, y así en grande como en pequeño, acontece en todas las ocasiones de inminente peligro, á saber, que aquellos á quienes la naturaleza ha dotado de mayor serenidad de ánimo, ó la costumbre familiarizó con el riesgo, de hecho y sin designio se constituyen caudillos y directores, sin que el amor propio de los demás, mientras dura lo crítico de la situacion por lo menos, se ofenda, ni resista la dominacion insólita que sobre todos pesa. En efecto, el amo del cortijo, hombre ya de cincuenta años, pero de un temple de alma á toda prueba; un Coronel retirado, á quien las balas conocian bien; y yo, que aunque bisoño, tenia todo el orgullo de mi profesion, nos reunimos como instintivamente para deliberar sobre lo que habia de hacerse, despues de habernos armado; y haciendo otro tanto los demas circunstantes, nos rodearon esperando en silencio, y no sin señales harto visibles de inquietud, á que resolviésemos. Urgia el tiempo; el fuego se nos iba acercando; las señoras, á la puerta del cortijo se habian agrupado, como banda de palomas que ve aproximarse al milano; y por otra parte, apenas nos quedaban dos horas de dia. —Señores, dijo el huésped, es indudablemente *Paquillo el majo* quien con sus facinerosos nos ataca. Hace un mes me escribió pidiéndome mil duros y una botonadura de oro: me he negado á lo uno y á lo otro.....—Y viene á prender fuego al cortijo y á las mieses, como es su costumbre, interrumpió el Coronel.—¿Qué gente trae? pregunté yo.—La que él tiene ordinariamente son unos treinta caballistas; pero bien pudiera ser que para esta espedicion se le hayan unido algunos de á pié, contestó el amo del cortijo.—¿Con qué gente contamos? volvió á decir el Coronel.—Aquí somos diez y ocho; respondí despues de haber contado.—Bien: los criados serán hasta doce; todo el mundo tiene armas......»

Cuando así decia el Coronel, llegó á donde estábamos el vigía de

que dejo hecha mencion, y nos anunció que la cuadrilla entera del *majo*, con algunos peones por añididura, venia en ala batiendo el bosque, y que nuestros hombres habrian precisamente de retirarse ante fuerzas tan superiores. Sin que nos lo dijera lo presumiamos así; pero ademas, ya entonces los malhechores coronaban la cima del monte, y nuestros criados se retiraban precipitadamente, de árbol en árbol, cargando sus armas á la carrera, y volviéndose á dispararlas siempre que cualquier accidente del terreno se lo permitia. Entonces por vez primera conocí las violentas pero nobles emociones del combate, donde el apego á la vida cede pronto el lugar, en los corazones bien nacidos, al deseo de la victoria. Me dirán Vds. que cuando se pelea contra malhechores no tienen lugar tales sentimientos: yo contestaré que el malhechor desaparece en el fuego, y que para el que ha de hacerle frente, no es menos importante vencerle que si se tratase del mas ilustre paladin. Vuelvo á mi cuento. —Las mujeres á Ronda, escoltadas por algunos de estos caballeros—Clamó nuestro veterano, ya de hecho general en jefe. Y tan bien pareció su idea, que casi todos *aquellos caballeros* se ofrecieron en el acto á ser de la escolta. Pero nuestro jefe escogió seis, á quienes llamó por sus nombres; y quiso darme el mando del convoy, mas habiéndome yo negado rotundamente, me reemplazó con uno de los que no habian tenido tanta ansia como los demás de apartarse del campo de batalla.....

Mientras que los nombrados, no sin afanes, y menos sin ejercitar la paciencia, se ocupaban en acomodar á las señoras en jamugas y, consiguiendo, merced al miedo, ordenar el pequeño convoy en minutos, emprendian su retirada: los malhechores, que á la cuenta, esperaban sorprendernos, hicieron alto en la cumbre de la colina; y nosotros, viendo un grupo de tres ó cuatro caballistas en el centro de su linea de tiradores, inferimos que tambien celebraban consejo de guerra. Entonces dispusimos que todos los criados, á mis órdenes, se apostasen en el olivar, sirviéndome de reserva el Coronel con ocho de los convidados, y entrándose el dueño del cortijo en él con los restantes, el aperador, algunos mozos de labranza y los pastores. Nuestro plan de batalla fué que yo resistiese cuanto razonablemente pudiera en el olivar; que, en caso necesario, me retirara, apoyado por el fuego que el veterano y los suyos harian desde un tapial frontero al cortijo; y que, en último apuro, nos encerrásemos en la casa, que su dueño abasteceria con cuantos víveres y agua encontrase á mano, tapando además con colchones todas sus ventanas.

A todos estos preparativos, ejecutados con la rapidez que las circunstancias exigian, y el silencio que los peligros graves imponen siempre, siguieron algunos minutos de inesplicable ansiedad y de cruel incertidumbre. La consulta de los jefes de los ladrones se prolongaba; sus tiradores estaban inmóviles, y nosotros teníamos fija la vista en ellos, esperando algunos que los bandidos se retiráran, pues que nos veian resueltos á resistirnos. Y en efecto, el ladron andaluz pocas veces se bate, sino cuando la necesidad de defenderse le obliga á hacerlo; mas por aquella vez hubimos de creer que variaban de sistema; pues á los pocos minutos de haber tomado posicion mi destacamento en el olivar, comenzaron á bajar en ala, prorumpiendo en feroces alaridos, música infernal, de que fué digno acompañamiento un fuego regularmente nutrido. Con todo eso, mis hombres, al abrigo de los árboles unos, otros tendidos tras de las matas, y todos bien municionados, respondieron como convenia á la salva de los ladrones, y pronto les obligaron á dejar la carrera y avanzar paso á paso con inimitable maña para aprovechar los accidentes del terreno. Yo, á caballo, corria de uno á otro flanco mi pequeña linea, tanto para animar á los que la componian, cuanto para cerciorarme de que ninguno de ellos recibia lesion alguna del fuego enemigo, como así fué, gracias á la prudencia con que todos se situaron.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Hospitalidad y sobriedad de los Arabes.

Cuando Volney, que habia salido de Europa para ir á recorrer el Oriente, hubo residido algunos meses en el Cairo, se fué al Libano en la Syria, permaneció algun tiempo entre los Drusos, y despues que aprendió lo bastante de Arabe con los monges, se lanzó á atravesar los desiertos, provisto de cartas de recomendacion para los gefes de las tribus.

Cuando llegó á la tienda de uno de estos á quien iba particularmente á ver, regaló un par de pistolas á su hijo que estaba presente, el que las admitió con gratitud.

Cuando el gefe concluyó de leer la carta que Volney le habia entregado, le cogió las manos y se las estrechó cordialmente diciéndole: —«Bien venido seas: puedes permanecer entre nosotros el tiempo que gustes. Despide tu guia, pues nosotros le reemplazaremos; considera esta tienda como tuya, á mi hijo como á un hermano tuyo, y todo lo que hay aqui como si te perteneciera.

Volney no vaciló en fiarse del hombre que se espresaba con tal sinceridad. Entonces tuvo ocasion de esperimentar la religiosidad con que observan los árabes las leyes de la hospitalidad. Vivió seis semanas en el seno de aquella familia errante, participando de sus ejercicios, y conformándose en un todo á su método de vida.

Un dia le preguntó el gefe si su pátria estaba lejos del desierto, y cuando Volney le hubo dado una idea de la distancia que habia de una á otra, le preguntó:

—¿Y para qué has venido aqui?

—Para ver la tierra y admirar las obras del Creador.

—¿Tu pais es hermoso?

—Mucho.

—¿Pero hay agua en él?

—Muy abundante. En una jornada la encontrarias muchas veces.

—¡Tanta agua hay! esclamó el Arábe sorprendido. Tanta agua hay en tu pais y la dejas!

Volney hubiera deseado pasar algunos meses entre estos árabes, pero queria viajar mas, y sobre todo le era imposible contentarse como ellos con tomar por alimento diario tres ó cuato dátiles y un puñado de arroz. Le hacian sufrir tanto el hambre y la sed que á veces se sentia desfallecer. Los cuidados eran solícitos, pero los alimentos eran malos y escasos. Volney tuvo al fin que despedirse de su huespede y recibió al marcharse mil pruebas de su cariño; el padre y el hijo le fueron guiando hasta una gran distancia, y no se separaron de él hasta que le hicieron prometer que volveria á verles. Pero la suerte lo decidió de otra manera, y esta despedida fué la última que se hicieron.

Sentencias y máximas.

No hay ni un libro que sea totalmente malo para quien tiene la paciencia de leerle hasta el fin, la facilidad de leer aprisa, y el talento como dice Sterne, de ir á caza de pensamientos.

El espejo es un libro que aflije ó divierte segun la edad. Se le consulta como á un profeta. Cuando la muger es jóven, se mira en él para ver si es muy bonita; cuando es vieja, para asegurarse de que tiene aun algunos atractivos. Se engañan siempre y mueren sin romperlos.

La providad es necesaría á los que viven en sociedad para tratar entre si con confianza; lo es igualmente al hombre que vive retirado en la soledad, para que pueda vivir en paz consigo mismo.

Lo que caracteriza al verdadero hombre honrado es la predisposicion á hacer el bien, aun cuando tenga la seguridad de que será ignorado de todos, y tenga al mismo tiempo la certidumbre de poder hacer el mal con impunidad y sin que ningun otro hombre lo sepa.

CONSECUENCIAS FUNESTAS DE UN RASGO DE AMOR FILIAL.

La princesa Amalia de Inglaterra sucumbió en 1811, á los estragos de una enfermedad larga y penosa. Esta pérdida tuvo consecuencias fatales. Adorada por toda su familia, recibiendo los cuidados mas tiernos y solícitos de todos los que la rodeaban, conmovida particularmente por el escesivo cariño del rey su padre, y queriendo dejarle una prueba y un recuerdo del que ella tambien le profesaba en tan alto grado, mandó buscar un joyero, y le hizo que delante de ella montara un rizo de pelo suyo en una sortija con esta inscripcion. *Remember me after I am gon* (acordaos de mí despues que yo no exista). Cogiendo despues el anillo, le colocó por sí misma en el dedo de su padre. Pero esta prueba era harto fuerte para que la pudiera resistir el que tenia su corazon desgarrado tanto tiempo hacia por el estado deporable de una hija tan querida, y aquella misma noche, mientras la princesa espiraba, el rey Jorge III. volvió á ser presa de sus accesos de demencia de los cuales nunca ya curó. Esto nos prueba que antiguamente podria existir aun el cariño entre los reyes.!

DIGNA PREROGATIVA DE LAS MUGERES EN EL ORIENTE.

En el Cairo, bajo el dominio de los mamelucos, cuando perseguian á un hombre para matarle y conseguia llegar huyendo á la puerta del Serrallo y gritar: *Fi ard el Harym* (bajo la proteccion de las mugeres), obtenia que le perdonaran la vida y le dejaran libre.

Los soldados de Tunquin.

Una muger condenada á muerte, en Tunquin, sufrió el suplicio con tanto valor que los soldados que la rodeaban se comieron su cadáver, no por bravata ó crueldad como los salvages del Canadá, sino para identificarse con aquel valor que tanta admiracion les causara.



Oficinas y Establecimiento tip. del Semanario y de La Ilustracion, a cargo de D. G. Alhambra.



Abadia de Holy-Cross, en Irlanda.

A ocho millas de Cashel, sobre la risueña orilla del Suir, que baña con sus aguas estensas praderas, se levantan las magníficas é imponentes ruinas de la Abadia de Holy-Cross, en el centro de una aldea miserable.

Esta abadía fué fundada en 1182 por Donald O'Brian, rey de Munster, en presencia de Gregorio, abate de un monasterio, del arzobispo de Cashel, y del obispo de Limerick. La iglesia, destinada á recibir un pedazo de la verdadera cruz que habia sido regalada á Murtagh, rey de Irlanda, por el soberano Pontifice Pascual II en 1110, tomó el nombre de Holy-Cross, que significa en nuestro idioma *Santa Cruz*. La reliquia preciosa, engastada en oro y guarnecida de pedrería, fué por mucho tiempo el objeto de la veneracion pública. Numerosos peregrinos, entre los cuales figuraron nombres ilustres, afluian constantemente á Holy-Cross. Hoy en dia los devastadores efectos del tiempo van reduciendo progresivamente á polvo el suntuoso edificio, y los vastos dominios que pertenecian á los monges han sido cedidos al conde de Ormond por la renta anual de 15 libras esterlinas!

La arquitectura de la nave es inferior á la del coro y á la de la torre alta y maciza que está sostenida en sus flancos por elegantes botareles. El techo está delicadamente trabajado, y hay en él cinco agujeros que daban paso á las cuerdas que servian para poner las campanas en movimiento. Las dos naves laterales estan trabajadas con el mismo gusto. La del norte está dividida en dos capillas; una de ellas que contiene la pila bautismal y un altar en forma de sepulcro medio destruido, recibia la claridad del dia por una ventana de figura y dibujos estraños.

En el coro hay dos monumentos de un estilo original y triste. Uno de ellos consiste en dos filas de arcos ogivados que surgen de los estremos de unas columnitas cuyas bases estan llenas de adornos, y cuyos cuerpos forman medias cañas en espiral. En uno de sus costados hay una pila para el agua bendita. Segun sus dimensiones, se puede creer que el indicado monumento era un cenotafio destinado á recibir los cadáveres durante la celebracion de las misas llamadas de cuerpo presente; ó tal vez seria la urna donde se depositara la santa reliquia para que la adoráran.

El otro monumento no es menos notable, ni menos incierto e uso á que se le destinara. Del remate de unas columnitas delgadas de mármol negro surgen tres arcos de forma elegante que sostienen un dosel de piedra sobrecargado de adornos que se hallan tambien en los pedestales. Hay en él cinco escudos: dos de ellos ostentan una cruz, y los otros tres tienen las armas de los Fitz-Gerald. Esto ha hecho suponer que aquel elegante mausoleo fué erigido á la memoria de la hija del conde de Kildare, esposa de Jaime IV, conde de Ormond (conocido comunmente por el *Caballero blanco*), la cual murió en 1405.

LOS GENIOS GEMELOS.

PRIMER PARALELO.

SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

Voy á buscar la analogía, la similitud, la identidad entre las dos mugeres que parecen en el mundo mas diferentes; y antes de empezar me dirijo esta pregunta: ¿Qué analogía, qué similitud, que identidad puede haber entre dos seres que nacieron separados por veinte siglos, entre una griega de la república y una española del absolutismo, entre una poetisa de Atenas y una doctora de Avila, entre la querida de Faon y la esposa del Redentor, entre una vacante y una virgen, entre una gentil y una santa, entre una suicida y una mártir, entre Safo y Santa Teresa de Jesus?

Safo.

Los escritores griegos se dividen en dos opiniones al hablar de Safo. Unos la presentan como una muger desordenada, que aun no

frias las cenizas de su esposo, corre livianamente tras de un ingrato amante; y otros bajo la imágen de una poetisa vehemente y desgraciada, á quien su propia elevacion de pasiones la conduce á la deshonra. Los enemigos de las poetisas claman contra la degradacion de su vida, sin fiarse en otro testimonio que en el eco de su fama; y los amigos de las poetisas defienden la fama de Safo, atribuyendo á la envidia de las otras mugeres la calumnia que pesa sobre su nombre.

En la sola oda que de los grandes volúmenes que escribió Safo respetaron los siglos, se han fijado con avidez los ojos de sus contrarios y de sus parciales para descifrar el enigma de su pasion terrible. Unos han creido hallar en cada palabra espresado distintamente el sentido de criminales deseos, y otros el amoroso delirio de una ternura insaciable.

En su busto esculpido sobre las monedas se han detenido tambien los contendientes á hacer un exámen rigoroso. Para unos las lineas de su perfil, la actitud de su cabeza y el desnivel de sus lábios, han sido claros indicios de su mala organizacion y de sus inclinaciones deshonestas; y para otros la soberbia de su frente, lo erguido de su cuello y la significacion de su gesto, han sido victoriosas pruebas de su carácter noble y de su imponente dignidad.

Así disputan los anticuarios sobre una inscripcion, cuyas letras ha borrado el tiempo; y así en un cementerio se duda si los huesos de una tumba sin epitafio pertenecen á una religiosa ó á una muger del mundo.

Yo no voy á aceptar ni la opinion de los que condenan á Safo ni la de los que la absuelven. Una oda y un busto no pueden ofrecer al estudio fisiológico ninguna razon segura acerca de la persona que pereció tantos siglos hace, ni revelar los profundos misterios de su existencia. Yo no distingo la figura de Safo sino reflejada en el espejo de la tradicion, que empañado por la niebla de los tiempos, ha podido deslucir su belleza mostrando una fisonomía distinta de la que fué; pero que no deja duda acerca de la que es, y que en tanto el cristal dure conservará la imágen de lo que será. Tal vez la Safo original no se parece en nada á la Safo traducida. Tal vez la Safo que conocemos es un fantasma, es una nube que ha levantado en las revoluciones de la historia el calor de la imaginacion del poeta, y que adopta formas y colores segun el punto de vista que ocupa sobre los pueblos. Yo ni dudo, ni creo, ni disputo acerca de semejante creacion: la considero tal como la presenta su gloria.

Tal como la presenta su gloria es una poetisa sensible que ha tenido la desventura de enamorarse de un jóven vulgar, y que emplea todos los recursos del amor para nivelar á su corazon el de su amante. Le instruye en la poesía, ilumina su entendimiento con las lecciones de su ingenio: es la maestra, la hermana, la esposa á un mismo tiempo, de aquel que adora con una incansable solicitud. Pero así como no es posible que un hombre ciego comprenda la belleza de la muger que no ve, así es imposible que un hombre vulgar comprenda el amor de una poetisa. El amor puede ligar á estos seres en tanto que el vago fuego de los sentidos mantenga la union de ambos; pero en el momento en que la poetisa hace uso de la facultad de sentir con el poder del entusiasmo, estos dos seres se divorcian moralmente. La poetisa siente con las creces de la fantasía amores ignorados al vulgo, y busca la correspondencia de ellos en la inteligencia poética de su amante. Si este no la posee, el amor de la poetisa se declara en viudez. Pero un corazon que ha adquirido el hábito de amar no se conforma con renunciar al objeto que eligió equivocadamente; y de aquí los esfuerzos de Safo por hacerse comprender de su amante, y de aquí su desesperacion por no ser comprendida. Un rayo de luna que bañase la frente de Faon era para la poetisa un manantial fecundo de inspiraciones y de placeres. Todas las noches de luna las hubiera dado Faon por una copa de Chipre y una hora de buen sueño. Y hay mas: el hombre que se vé amado con una pasion superior á la que él siente, se cansa del afecto que inspira. Su amor propio, que solo escita la contradiccion, busca otras difíciles conquistas y desprecia las que han sobrepujado á sus esperanzas. Una pasion, tal como la sentia Safo, no debia ser correspondida sino por un poeta tan sublime como ella misma.

Mas no es fácil que dos ingenios dotados de iguales facultades de sensibilidad y de imaginacion se encuentren en un mismo siglo á la distancia precisa para corresponderse. La naturaleza, que tan en armonía está para producir seres de todas especies entre los de segundo órden, que engendra en cada generacion millares de seres organizados perfectamente para corresponderse entre sí, es incompleta y estéril en la reproduccion de los seres superiores. Todos los hombres vulgares pueden lisongearse de hallar en el mundo su compañera. Y todavía en los irracionales es mas perfecta la armonía. Entre las aves nacen las palomas amantes de dos en dos. En el reino vegetal cada palmera tiene su palmera correspondiente. El consorcio de la inteligencia es mas difícil.

Los grandes ingenios nacen por lo regular aislados, y viven moralmente célibes. Esta soledad, este abandono del alma que ha producido en los tiempos modernos el sarcasmo de Biron, el hastío de Espronceda y el suicidio de Larra, debió ser la causa de la desesperacion de Safo.

Faon, aunque enamorado un instante por el deslumbramiento de los sentidos, reconoció bien pronto que Safo no era su compañera. Aquella sobreescitacion del entendimiento que la hacia producir cantos incomprensibles para Faon, debia maravillarle demasiado y alejarle cada vez mas de su cariño. La superioridad intelectual de una muger será eternamente una barrera que la separe del querer de los hombres. No aman los hombres sino lo que está al nivel de ellos. Lo que está mas alto ó lo admiran ó la desprecian. Para que Faon pudiera comprender y amar á Safo, era preciso que hubiese nacido con el alma de Homero.

¡Homero! ¡Safo! lejanos ástros que tardan siglos en describir su órbita, y que por eso no aparecen dos en una noche, dos en un año, ni dos en un siglo!....

Pero aunque es difícil que dos poetas de primer órden, de diferente sexo y con igual temple de sensibilidad se encuentren en una misma época, si por ventura aconteciera, no habria poder humano que evitase su reunion. Tengo para mí, que nacidos en apartados climas y sin haberse visto nunca, habian de presentirse y agitarse, y se habian de entender y amar por el misterioso impulso de sus almas. Esos fenómenos, que en el órden físico se observan, esa convulsion del mar por el movimiento de la luna, se repiten en el órden moral con las mismas incomprensibles relaciones. El ave que adivina la tormenta, la brújula que marca el polo, no son mas sensibles que el corazon humano en las fibras de su amor. Tambien en las regiones de la inteligencia hay una atmósfera mas ó menos cargada de electricidad, con su ambiente, sus nubes, su fuego, que sentimos en el espíritu, como en su cuerpo el ave. Tambien hay sustancias llenas de abstraccion, llenas de magnetismo, que nos inclinan al polo por la misma oculta maravilla que los hombres no saben esplicarnos. ¡Oh! si el siglo de Safo hubiera producido un corazon y un ingenio semejantes al suyo, no hubiera profanado su lira cantando á Faon.

Feliz quien junto á tí, por tí suspira:
Quien goza del placer de oir tu habla.

Pero Tirteo, Aleman, Arion, Lesches, eran poetas harto inferiores á Safo. Sterichore se hallaba en la decrepitud; y por lo que hace al *divino* Alceo, fué un cobarde que emprendió la huida en la primera batalla en que se halló, y un falso, que intentó vender la libertad de los griegos, despues de haber jurado defenderla. Safo no tenia en Atenas un poeta digno de ella.

Acerca del estraordinario ingenio de Safo estan de acuerdo todos los escritores griegos, y puedo citar las palabras de Demetrio y de Strabon.

«Muchas mugeres, dice el primero, han cultivado en Grecia la poesía; pero ninguna con el éxito de Safo.»

«Entre nuestros poetas, dice el segundo, no hay ninguno que merezca ser preferido á Safo. Ella ha pintado cuanto la naturaleza ofrece de mas bello.»

Todavía Plutarco la elogia con mas viveza.

«¡Qué fuerza de genio! esclama. ¡Cómo nos arrastra cuando nos describe los encantos, los trasportes, la embriaguez del amor! ¡Qué pintura! ¡Qué fuego!.... Dominada como la Pithia por el Dios que la agita, arroja en el papel sus espresiones inflamadas.»

Safo puso una academia para instruir en la poesía á las doncellas de Lesbos; y en pocos años logró hacer descollar á Erinna y á Damofila.

Enemigas numerosas, enemigas implacables halló Safo en las cortesanas de Atenas. Las que fundan en los pueblos el imperio de la moda, las que imponen á la juventud la ley del placer, las que no tienen otro don que el de la hermosura, arman contra Safo el ridículo y la calumnia. La belleza del talento ofrece su deleite como la belleza de las formas; y esas mugeres ignorantes y bellas han de irritarse siempre con la que pretenda inspirar á los hombres un sentimiento diferente al que ellas inspiran. Una poetisa es una rival terrible para toda una generacion de mugeres. La aparicion de una poetisa es siempre nueva, es siempre estraña, porque no se verifica sino de tarde en tarde, y la sociedad no tiene tiempo de acostumbrarse á su presencia

Ninguna muger ve en Safo al ingenio que ha de levantar la gloria de su sexo, y sostenerla por toda una eternidad, sino á la muger célebre que ha de atraerse las miradas de los contemporáneos: á la rival peligrosa, cuyo nombre se estiende por todas partes y despierta la curiosidad del jóven, atrae las simpatías del sábio, y reina en la mente de todos: ¿Qué remedio han de emplear las griegas contra el pensamiento que se apodera de las cabezas de la juventud, ni cómo han de librarlas del influjo de una rival que las domina por el espíritu?

Así se irritan los celos en un ejército de mugeres armadas contra

la enemiga universal. Así, por un movimiento espontáneo se forma una cruzada para destruir á la poetisa que se atreve á ostentar un encanto superior al de la hermosura. Así la envidia dirige los dardos de la calumnia y envenena el nombre que no puede anonadar. La ironía, ese agudo acero que abre con una sonrisa una herida de muerte en el entusiasmo, brilló en los salones de Atenas como en un campo de batalla. Las mugeres frias, calculadoras, egoistas, malvadas, se recogieron en el círculo de sus leyes femeniles para dejar sola en el ridículo á la que se presentaba á reclamar para su sexo el derecho de la gloria.... ¡Oh! ¡mucho debió combatir la hija de Mitilena para alcanzar sobre sus enemigas la gracia de poder ilustrarlas! ¡Para fundar una academia y pagarlas en lecciones sus infamantes calumnias! ¡Para consumir su vida con la fatiga del estudio y levantar del olvido veinte nombres que de otra suerte no conoceria la posteridad! ¡Para hacer inmortales los nombres de Damofila y de Erinna!

¡Oh! yo que he vacilado en absolver á Safo, prevenido mi juicio por las acusaciones de los escritores griegos, siento que un rayo de verdad aclara las tinieblas de la historia. Mi corazon ha palpitado por instinto al describir la guerra de las mugeres contra las poetisas, y descubro al través de las naciones el origen de ese infortunio que acompaña á las mas ilustres heroinas. Tal vez ¡pobre Safo! fuiste el modelo de la virtud, y tu amor sencillo y tu fé leal prestaron á tus calumniadoras el hilo sutil con que tejieron la red en que envolvieron tu vida. Ahora creo reconocer en tu canto un sentimiento inocente cuando dices: «que la de los diosea no iguala á tu dicha, si ves sonreir á tu amante!» ¡Ahora creo hallar en tu suicidio el arrebato de un corazon bueno y generoso, ciego de dolor y desesperado por tan duras ofensas y tan crueles decepciones!

No, Safo no era mala; y esas palabras de virtud que coloca en sus lábios el recto Aristóteles, no fueron hijas de la hipocresía. El alma de Safo era ingénua, y por eso su amor prestó fundamento á la calumnia. Safo nació para redimir á su sexo del desprecio en que le tenia la superioridad de los hombres, y como redentora fué mártir. En vano consultó á los oráculos. Las pitonisas engañaban su credulidad.

Sí, Safo era una muger llena de abnegacion, una muger sublime que consagró su existencia á las nobles pasiones. La inspiracion de la poesía no desciende á los seres innobles, á los seres degradados. Safo engrandeció las artes. Safo regeneró el entendimiento de las mugeres de Atenas, y esa estátua que Silanion famoso la esculpió en vida, y esas monedas que se acuñaron con su busto, y ese delirio de la Grecia por el nombre de Safo, no podian ser ovaciones á una muger envilecida!

Ahora recuerdo que los escritores que acusan á Safo son los mas posteriores á su siglo..... Ahora medito en que muchos hombres opinan contra la ilustracion del bello sexo, y trabajan por sofocar sus instintos de gloria..... Ahora comprendo que tambien la envidia se apodera de las almas varoniles.....

Yo aparto mis ojos de esos ingratos escritos, cierro mis oidos á esos vagos rumores que pretenden deslucir la aureola de Safo, y la veo y la escucho por la vision del entendimiento, y la juzgo por la conciencia del corazon.

Safo triunfa en la sábia Atenas, y la admiracion, el entusiasmo de un pueblo entero, y el amor de cien discípulas, premia el celo de sus tareas. Pero gloria y amistad abandona por Faon, á cuyos pies coloca la coronas con que ha sido premiada en el templo de las artes. Faon acepta su ofrenda para adornarse con sus laureles, desprecia al brillante ingenio y se une á otra.

¡Ay! el dolor que debió desgarrar las entrañas de Safo es inconcebible para las que tenemos el consuelo de la religion cristiana! Nosotras no podemos saber hasta qué grado de exaltacion llegó la fiebre de aquella inflamada cabeza, pocos momentos antes de cometer el suicidio. El mar de Grecia que apagó el ardor de su sangre hirviente y gangrenada por los celos, el mar de Grecia, que comprimió los últimos latidos de su pecho destrozado, que sofocó sus últimos sollozos, el mar de Grecia solamente pudo saber cómo hizo su tránsito á la eternidad esta triste alma enamorada!

Teresa.

Bajo tres puntos de vista distintos hay que considerar á Teresa. Como muger, como monja y como poetisa. Todo lo que tiene de la muger la eleva á la altura de las mártires santas. Todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter. Todo lo que tiene de la poetisa inmortaliza su nombre.

Noches enteras sobre el libro de Teresa he meditado en lo que debió sufrir esta muger grande, y me he identificado con su infortunio.

Teresa era por la inocencia de su alma niña todavía, cuando se enamoró de un jóven. Sus palabras amorosas se parecen á las del cantar de los cantares. Todo su amor eran *pláticas* «Las horas, dice, pasaba platicando, que cosas deshonestas las aborrecia.»

Pero su amante llega á pedir su mano, y Teresa se halla en un gran conflicto. Un sentimiento instintivo de repulsion la detiene. Por la primera vez piensa en su castidad. Compara su vida con la que le cuentan de su amante, y rehusa. Pero el corazon de Teresa lleno de ternura, vuelve á sentir la necesidad de amar, y torna á encontrarse en la misma lucha de contradicciones. ¿Qué son estas contradicciones? ¿Será que Dios ha puesto en el alma de las mugeres inteligentes y puras la conciencia de su valía, y temen degradarse con el contacto de seres menos puros que ellas?

En el siglo de la inquisicion todos los sentimientos humanos, todas las verdades fisiológicas se esplicaban por la teología. La mente de aquellos sábios no se ocupaba sino de ideas abstractas, que tuviesen relacion con la divinidad, y miraban con desden el estudio del corazon. Una doncella enamorada era cuando mas un objeto de compasion para los doctores de la iglesia, que no podian resolver el problema de sus afectos contrarios, sino por la *inspiracion de Dios y las sugestiones del demonio*. Una doncella que en sus perplejidades acudiese al confesonario, quedaba confundida y espantada del estado de su alma, y corria á hacerse la esposa de un hombre ó la esposa de Dios para evitar la condenacion eterna. Todo detenimiento en las contemplaciones del amor, que á la par deseaba y temia eran miradas como una llama impura que brotaba de las *hogueras del infierno* para arrastrarla á la perdicion. Amar espiritualmente, amar con las ilusiones de la inocencia, con el vago encanto de un corazon virgen que se sustenta de palabras, de miradas, de armonia, de luz, era un crímen para los frailes.... ¿Qué sabian los frailes de amor espiritual? Si la doncella defendia el derecho de vivir algunos dias mas de libertad embebecida en sus cándidos sueños, recuerdos aun de los dias infantiles, era la *tentacion de Satanás*, que escondia sus uñas entre las blancas muselinas de su lecho para mejor despedazar el honor de la doncella. El pudor que resistia era la *malicia* siempre del *enemigo*. El llanto que la arrancaba el sacrificio de su amor, era la *flaqueza de la criatura*.

Así debieron esplicar á Teresa los sapientísimos doctores las causas de sus aflicciones y de sus dudas, cuando enamorada todavia de un hombre, se decidió á consagrarse á Jesus. Creo veria en este supremo instante de renunciar á lo que amaba, indecisa y atormentada poner solemnemente la mano sobre su pecho y prorumpir en llanto. Represéntase la tierna felicidad de dos seres unidos con el lazo santo de una mútua pasion, y adivina que esta felicidad ha debido existir en el mundo. Vuélvese á pensar en su amante; pero de nuevo retrocede, de nuevo compara y pregunta á Dios: ¿Mi compañero dónde está?

Todavía arroja una mirada en la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo está desierto, el mundo la murmura, su honra padece, los confesores la estrechan, y Teresa se encierra en el cláustro.

Triste, muy triste debió ser el dia de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el mas claro espejo de las virtudes, el mas bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un cláustro, y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella muger heróica hubiera encaminado su enérjico instinto hácia la educacion de las familias, si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes, los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir á las madres, hubiera regenerado á España. Apartando de la corrupcion á mil doncellas, no hacia sino disminuir el número de las malas mugeres. Pero dando á la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de los buenos hijos.

Mas daño que los luteranos hacia á la religion el pervertimiento de las costumbres, y si Teresa hubiera aplicado su *camino de perfeccion*, á la perfeccion, no de las monjas, sino de las madres, hubiera hecho brotar una generacion ilustrada en vez de secarse en el corazon de sus vírgenes.

Esas mugeres superiores á su sexo son las que han de empezar la obra de la educacion. Esas grandes abejas que vienen de primavera en primavera al campo de la sociedad, son las que han de reunir á las abejas dispersas. ¡Oh! ¡qué rica hubiera sido la colmena si la maestra de estas pobres abejas que se devoraban en la inaccion y el desórden hubiera dirigido sus tareas á la utilidad del género humano! pero los frailes espantaron del mundo á la gran maestra, y la encerraron donde ni luz, ni agua, ni flores tenia para labrar sus panales.

La mano de los frailes detuvo el progreso de un siglo y esterilizó el mas productivo de todos los talentos de muger, y la mas fecunda de todas las virtudes. Felipe, á quien declara la historia por rey tan sábio, no comprendió mejor que los frailes la mision de Teresa. No la consideró sino como á una beata, que debia conjurar con sus rezos la invasion de los luteranos, y la protejió para que inspirase á otras vírgenes su beatitud, diezmando las familias con la institucion de nuevas órdenes.

El fanatismo ahogó aquel dia el noble impulso del genio, que pretendia abrirse camino por medio de los pueblos, para ilustrar á las gentes.

Remordimientos del amor y de la inteligencia sacrificados debieron agitarse con horribles tormentos en aquella organizacion vigorosa cuando la redujeron al estado que vamos á describir, copiando sus palabras.

«Quedé de estos cuatro dias de parasismo, de manera, que solo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentia en mí. La lengua hecha pedazos de mordida,»—hé aquí, advierto de paso, un magnifico verso endecasílabo:—«la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podia pasar. Toda me parecia estar descoyuntada, con grandisimo desatino en la cabeza. Toda encojida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviese muerta.....»

«Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin sentido cuatro dias, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la uncion, y cada hora ó momento pensaba espiraba, y no hacian sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teniame á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos.»

«Dia y medio tuvieron abierta la sepultura en el monasterio aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que.... muerto, para dar pena verle. El estremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenia: ya digo que estar así me duró mas de ocho meses: el estar tullida, tres años. Cuando comencé á andar á gatas alababa al Señor.»

Descripcion que horroriza, porque se ha visto al corazon, luchar, resistir, desbaratarse, y quedar con un resto de vida, para que la muerte no le dé descanso, para que sea larga la agonía.

¡Oh! ¡una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes se suicida en la belleza y asiste á los funerales anticipados de su juventud; y vé pasar la imágen de sí misma sin dejar á su amor una débil copia; y se levanta como una sombra sobre su propia tumba!

¡Oh Teresa! ¡Quién sino una muger podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras que sabemos como la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abrasa la pasion, nosotras, que sabemos cómo el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras, nosotras podemos comprender lo que sufriste hora por hora en esa gran batalla del espíritu contra el corazon! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral reunidos en nuestro desventurado cuerpo nos hace ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos como de un torrente lejano, como de una rueda que gira! ¡Esos vértigos, esos delirios, esas ánsias, esos desmayos, esa postracion que lentamente viene despues que hemos consumido gota á gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad, los comprendemos nosotras! Pero ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de alabar como tú á Dios enmedio de ese tremendo martirio, y quién sino tú puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros *tullidos y te permite arrastrarte por el suelo?*

He dicho que todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter: en efecto, se advierte en Teresa, como monja, una tendencia tan exagerada á rebajarse, una sumision tan esclava al saber de los hombres, un fanatismo tan exaltado hácia las preocupaciones absurdas de las órdenes religiosas, que altera la ingenuidad, desfigura la sencillez de su alma. Por muy humilde que sea una criatura, no hace abnegacion de la conciencia que Dios ha puesto en ella para que conozca su propia dignidad. Dejaria de ser sensible el ser que no conociera la satisfaccion íntima de sus virtudes, y seria despojar á la humanidad del derecho de estimarse si se la supusiera ignorante para juzgar sus propios actos. Teresa conocia el valor de las virtudes, puesto que las practicaba; y si las practicaba porque las conocia, debia saber que estaba en posesion de su tesoro. ¿Por qué declararse la mas ruin y pecadora de las criaturas? ¿Por qué afirmar que su maldad la espantaba? Por modestia, responderán los frailes. Pero esto no es exacto. La modestia es el silencio del orgullo. La modestia no es la ostentacion de la humildad.

Teresa atribuye cuanto escribe y cuanto habla á revelacion de las visiones. Teresa confia á un ignorante fraile el precioso caudal de una obra que ella misma cree inspirada por Dios, y le ruega que la destruya. ¿Si tanta era su fé en la gracia divina, por qué somete sus ideas á la aprobacion del fraile á quien se reconoce superior en talento y virtudes? Si duda de su propio talento, ¿por qué dice que le inspira la gracia divina!

La monja lo esplica así en el libro de su vida.

«Siempre que el Señor me daba una cosa en la oracion, si el confesor me decia otra, me tornaba el mismo Señor á decir que le obedeciese. Despues el Señor le volvia para que me lo tornase á mandar.»

No puede darse una solucion mas ingeniosa que esta conformidad entre Dios y el fraile para ponerse de acuerdo en lo que habian de mandar. El grande corazon de Teresa se comprime, su espíritu se amilana, su entendimiento su confunde, y hasta su buena fé vacila cuando habla como monja. Monja perfecta era, yo no lo niego; pero cuanto mas perfecta la monja, mas imperfecta la muger. Todo cuanto hace la monja es contrario á la naturaleza, á la verdad, á la inteligencia, al derecho de la criatura. Para ser buena monja hay que disfrazar las pasiones, abdicar la reflexion, y despojarse de toda legítima dignidad. No era dado á Teresa presentarse de otro modo en un siglo en que dominaba la supersticion y el despotismo eclesiástico. Pero es doloroso ver que ni la santa pudo librarse de aquella contagiosa humildad que prevenia el desprecio de sí misma hasta la bajeza de aquel abuso de la doctrina de Jesus, que hizo tantos hipócritas por hacer tantos santos. El monjío fué para Teresa como una careta que puso á su sencillo carácter. Teresa no habia menester el encierro para ser santa. Mugeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de descaminarse. Mas difícil debió ser á Teresa el conservarse pura en la inaccion y la soledad del claustro, que le hubiera costado entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de la virtud de las mugeres son la inaccion y la soledad. Tal vez Teresa no habia nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoría absorbe la facultad de la práctica, y le estaba vedado á Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educacion de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentracion de sus afectos, la vida célibe, la virginidad, para escribir esas inmortales obras llenas de conviccion profunda, llenas de virtud patente, que habian de instruir á generaciones de mugeres. Pero cercándola de yerros y escudándola con votos, no hicieron los frailes sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios la habia concedido.

Apartemos la vista de la monja para admirar á la poetisa. Teresa, como poetisa, no tuviera rival en el mundo si no existiera el nombre de Safo.

En vano las hijas de Bretaña y las eruditas francesas formarán un catálogo de ilustres mugeres que llenaron la Europa con el sonido de su fama. Una página sola del libro de Teresa encierra mas poesía que centenares de volúmenes de las estrangeras ediciones.

Empezando por el libro de su vida, esta sencilla historia escrita con la uncion de la verdad y de la fé, es un gran poema religioso. Cualquiera de los párrafos que parecen prosa, porque no tienen consonantes, es un canto por la entonacion de sus pensamientos.

Así esclama, despues de referir con la viveza del dolor sus continuas tribulaciones.

«¡Oh Señor mio! ¡Cómo sois vos el amigo verdadero, y como poderoso cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh! ¡quién diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh, Señor mio, que delicada, pulida y sabrosamente! ¡Oh! ¡quién nunca se hubiera detenido á amar á nadie sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el estremo del trabajo se entienda en mayor estremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mio! ¡y quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!»

Todo el libro está escrito con este poético entusiasmo.

El camino de perfeccion es un tratado completo de educacion, y es por lo mismo mas filosófico que poético. Pero cuando abandona Teresa la parte doctrinaria y deja volar su espíritu en la contemplacion de Dios, se la oye que esclama:

«¡Oh, Emperador nuestro! Sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo, de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras!..»

Las moradas interiores son otro poema; pero un poema épico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa trasforma las pasiones en guerreros, que combaten este castillo, y anima con el calor de las imágenes mas vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un fárrago de indigesta metafísica, para dar esta definicion del alma, que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

«Antes que pase adelante os quiero decir que considereis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios: cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan escura y negra, que no lo esté mucho mas.»

El pensamiento, la combinacion de formas de *las moradas interiores*, su desarrollo, y el feliz término que pone Teresa á esta obra

atrevida, colocan á su autora al nivel de los mas altos ingenios españoles.

Pero donde se comprende la inspiracion profética de Teresa, es en los *conceptos del amor de Dios*. Nada se ha escrito despues del *cantar de los cantares*, de mas tierno, de mas apasionado, de mas divino. *Los conceptos del amor de Dios* son un continuo arrobamiento, un deliquio de amores santos, que dejan el alma lánguida con su lectura. ¡Cómo debia sentir Teresa cuando escribia así sobre este versículo de la Biblia!

«*Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amor.*»

«¡Qué lenguaje tan divino este para mi propósito! ¿Cómo esposa santa, mataos la suavidad, porque segun he sabido, algunas veces es tan escesiva, que deshace el alma, de manera que no parece ya que la hay para vivir, y pedis flores? ¿Qué flores son estas? Porque este no es el remedio, salvo si no las pedis para acabar ya de morir, que á la verdad no se desea cosa mas, cuando el alma llega aqui.»

Bajo tres puntos de vista distintos he considerado á Teresa, y á pesar de eso no hemos visto de ella sino media fisonomía. Teresa es un genio medio desarrollado, y vale todavía mas por lo que no ha hecho y por lo que no ha escrito, que por su vida y sus obras. ¿Pero cómo esplicamos un mérito negativo? ¿Cómo en una pintura comenzada podeis elogiar la perfeccion de los rasgos que faltan al lienzo? Yo os lo diré. Si la pintura es de Murillo debeis adivinar cuando los ojos de la imágen estén dibujados, cómo debe ser la boca que armonice con ellos. Por esos acentos que se escaparon de los lábios de Teresa, podeis adivinar cómo hubieran sido sus cantos si los frailes no los ahogáran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura, podeis adivinar cómo fueron los que redujeron á cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba uno mano de plomo que no la permitia levantar sus ideas sino á la altura de las preocupaciones. Adivinad cuál habria sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mezquinas tapias que reducian á tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad á su vista campos de risueña vejetacion, la alegria de nuestros hermosos rios, la contemplacion del magestuoso occéano. Llevadla desde las columnas de Hércules hasta el golfo de Nápoles. Desterrarla como á Stael á la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas austeras montañas y de aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanohpe en los mares de Oriente, y que vaya á nutrir su pensamiento con la sávia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne mas tarde á Europa y oiga como Jorje Sand la voz de los sábios de Francia, y que termine su peregrinacion recorriendo los bosques de la América virgen. Entonces conocerá todas las grandezas de Dios, todas las miserias de la humanidad. Entonces se dilatará su mente comprensiva, y romperá en un canto, resúmen de todos los humanos ecos, y tan alto como el himno que los profetas elevaban á Dios. Entonces veriais la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunsion en el limitado círculo de un monasterio.

Safo y Teresa.

¡Cuánta diferencia parece que existe entre estas dos mugeres, y á pesar de eso qué analogía, qué similitud, qué identidad hay en las dos!

Allí veo á Safo enmedio de sus discípulas.

Allí veo á Teresa enmedio de sus hermanas.

Ambas regalan generosamente á esta pobre mitad del género humano el caudal de sus lecciones, y ambas sienten un amor intenso hácia sus discípulas y sus hermanas.

La caridad se revela en Safo por la ardiente solicitud con que cultiva el talento de sus compañeras de gloria.

La caridad se revela en Teresa por la severa disciplina con que conserva la virtud de sus compañeras de martirio.

Ambas forman una escuela para elevar á la muger.

Safo juzga que las eleva coronándolas de laureles.

Tereca vistiéndolas de silicios.

Safo las hace componer versos.

Teresa pronunciar oraciones.

Safo las habla de triunfos.

Teresa de penitencias.

Safo las lleva al Liceo.

Teresa las conduce al altar.

Y las dos creen trabajar para la virtud y la gloria.

Ambas luchan por el triunfo de sus doctrinas.

La hija de la república se emancipa del yugo que la sociedad ha impuesto á su sexo, y proclama en sus cantos la libertad.

La hija del absolutismo se encierra en el cláustro y abjura la independencia de la muger.

La poetisa de Atenas quiere establecer liceos en todas partes.

La doctora de Avila quiere fundar conventos.

Y ni á la una la contienen las calumnias de sus enemigos, ni á la otra las persecuciones de sus contrarios.

A las dos misioneras del bello sexo les faltó, para llevar á cabo su grande obra, á Safo la religion cristiana, á Teresa la libertad.

Safo vino al mundo demasiado temprano.

Teresa demasiado tarde.

Safo demasiado temprano, porque aun no se habia destruido el gentilismo, ni habia nacido la Virgen María, modelo de pureza, de castidad, de virtud.

Teresa demasiado tarde, porque ya los frailes habian falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la muger.

Los obstáculos que Safo halló en su siglo, fueron Baco, Venus y toda la inmoral caterva de dioses fabulosos.

Los obstáculos que halló Teresa fueron los frailes.

El deseo de las reformas, la aspiracion hácia un bien cuyo término era desconocido para ambas, agitaba sus cabezas y las hacia pensar en la regeneracion.

Safo en España, nacida en el siglo de la tiranía, á la sombra de Felipe II, hubiera hecho refluir su poesía en la religion, y ceñiria su cabeza con el capelo de doctora.

Teresa bajo el cielo de Grecia, en el siglo de la libertad, iluminada por los rayos de Solon, hubiera espaciado su fantasía y ceñiria la corona de laurel.

La misma analogía, la misma similitud, la misma identidad hay en sus corazones.

Abrasadas ambas de un amor innato, vivo, tierno, sublime, inapagable, ambas se enamoran en la juventud. Safo de Faon, Teresa de Jesus.

Sus escritos revelarán su pasion mejor que sus palabras.

Safo.

«Feliz quien junto á tí, por tí suspira;
quien goza del placer de oir tu habla.»

Teresa.

Mira que muero por verte,
y vivir sin tí no puedo.»

Safo.

«Siento de vena en vena, sutil fuego
discurrir por mi cuerpo al ver tu cara.»

Teresa.

«Todo es para mas penar
por no verte como quiero.»

Safo.

«Estiéndese una nube por mis ojos,
pierdo el sentido, oprímenme las ánsias.»

Teresa.

«¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros!»

Safo.

«Y pálida, sin pulso, sin aliento,
me hielo, me estremezco, exhalo el alma.»

Teresa.

«Y causa en mí tal pasion
ver á mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.»

Safo amaba á un hombre, y Teresa á un Dios; y á pesar de eso las emanaciones de su pasion son las mismas.

Tambien Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada.

Tambien Teresa es voluptuosa cuando al tocar la sagrada hostia de la comunion, siente que su sangre hierve, que sus oidos zumban, que se turban sus ojos, y que su lengua se abrasa.

Y es porque Safo diviniza á su amante; y es porque Teresa personifica á su Dios.

Si os repito los coloquios de Safo con Faon, cuando está separada de él, cuando lo ve en ideal, creereis que es el arrobamiento divino de Teresa con Jesus.

Si os cuento los coloquios de Teresa, delante de Jesus, cuando sueña que le habla y le responde, que le escucha y le admira, creereis que es Safo que habla con Faon.

Safo renuncia á la gloria.

Teresa al mundo.

Safo vaga por las noches, errante, trémula, desgreñada, en torno de la casa de Faon.

Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto, al pié de la Cruz.

Safo arranca sus cabellos llamando á Faon.

Teresa macera sus carnes invocando á Jesus.

Safo acude en sus aflicciones á las pitonisas, y cumple sus presagios.

Teresa se postra ante los frailes, y cree en sus revelaciones.

Religiosas ambas, segun sus creencias, llenas de unciones misteriosas, de aspiraciones sobrenaturales hácia la divinidad. Confiadas, crédulas, supersticiosas, son juguetes ambas de la malicia de sus falsos oráculos.

Las dos pasan su juventud en el éstasis de la pasion, y las dos sucumben al vértigo que las domina.

Ambas desean morir.

Safo busca la muerte en los mares.

Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.

Safo en la agonía, aun clama por Faon.

Teresa vuelve su postrera mirada al Santo madero.

La division del amor profano y del amor divino es en cierto modo una division falsa de la metafísica.

Muchas veces el amor se hace profano por el objeto sensual que elige. Muchas veces se idealiza el amor porque se consagra á un objeto inmaterial.

Si Safo, comprimida por la rijida estrechez de las leyes monásticas, se hubiera fijado en el Dios del cristianismo, hubiera amado como Teresa y hubiera muerto al pié de la Cruz.

Si Teresa, libres los sentidos, y familiarizada con las licenciosas doctrinas de los dioses paganos, hubiera elegido por su amante á un hombre, hubiera amado como Safo, y hubiera muerto en los mares.

Todas las desemejanzas que existen entre estas dos mugeres, las crearon sus diferentes religiones, la educacion, las costumbres de sus distintos paises.

Dotadas ambas de un talento flexible y comunicativo, hubieran dado iguales resultados, colocadas en un mismo siglo y en una misma sociedad. Sus almas se tocan, sus ingenios fraternizan. ¡Safo! ¡Teresa! sois un enjendro de la madre eternidad, para quien los siglos son minutos, que os dió á luz casi á un mismo tiempo. Sois dos *gemelas* que habeis recibido un mismo soplo de vida, y la misma inspiracion inmortal, que os hará marchar juntas en los siglos.

El mundo antiguo tuvo para Safo una estátua.

El mundo moderno tiene para Teresa un altar.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.—Mayo de 1848.



JUPITER Y LEDA.

Este medallon de figura elíptica, hecho de mármol de Carrara, se halla situado sobre el arco interior de un oscuro salon subterráneo por debajo del gran salon de Comaresk, en el palacio árabe de la Alhambra de Granada.

Representa, como se vé en la copia, la fábula de Júpiter y Leda; á los lados hay dos sátiros que con maligna sonrisa y actitud espian las caricias que hace á la bella ninfa el padre de los Dioses, convertido en ave.

El salon, se llama del *tesoro* por el de monedas árabes que en él se halló hace algun tiempo, y de las *ninfas* por dos estátuas de trabajo mas inferior que hay colocadas en los machones del arco, á los lados del medallon.

Algunos creen sin fundamento que estas esculturas son antiguas; otros las creen de la mano de Leval; pero las personas mas inteligentes aseguran que el medallon y otro adorno primoroso que hay sobre el dintel de la puerta del fondo son de Moreil. Esta es tambien nuestra opinion, y nos fundamos en la semejanza que hay entre estas esculturas y otras que el mismo artista hizo en el vecino palacio del emperador Carlos V, principalmente el robo de Anphitrite por Neptuno, y el triunfo de este Dios. Todas se hicieron en los últimos años del siglo XVI.

Es probable que cuando se suspendió la obra de este palacio, el citado medallon y las tres esculturas para evitar su deterioro, se colocasen provisionalmente en el sitio donde se hallan.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Continuacion.)

VII.

Los derechos de los metropolitanos entre sí eran iguales, y no existia marcada distincion: la presidencia la decidia la antigüedad de la fecha de su consagracion. Ya hemos dicho que no existia en nuestro suelo primado ó patriarca; y tan solo á mediados del siglo VII observamos que el metropolitano de Toledo comienza á reclamar de sus cólegas un derecho de supremacía, fundado en que en aquella ciudad se celebraban los concilios.

Los derechos de los metropolitanos consistian en fijar el lugar donde debian celebrarse los concilios provinciales anuales, confirmar y consagrar á los nuevos obispos, vigilar el mantenimiento y pureza de la disciplina eclesiástica en los obispados y parroquias, y ser el árbitro ó juez en las cuestiones suscitadas entre los obispos. En cuanto á estos, sus principales funciones consistian en consagrar las iglesias y conferir las sagradas órdenes, y el sacramento de la confirmacion. El número de los obispos se aumentó considerablemente bajo el reinado de los reyes godos católicos, contándose hasta ochenta, de los cuales solo ocho residian en la Gallia narbonesa. Tenian obligacion precisa de residir en sus respectivas cabezas de la diócesis, salvo el tiempo que empleaban en la visita anual, ó cuando el metropolitano los llamaba á su lado. A ellos pertenecia tambien la provision de los beneficios que eran propiedad de las iglesias, y cuyo usufructo ó renta entraba en la masa comun de bienes de las mismas, despues de la muerte del beneficiado.

VIII.

Los fundadores de una iglesia ó monasterio tenian el derecho llamado *jus patronatus*, de nombrar al cura ó abad; y si por malversacion ó pérdida de sus bienes caian aquellos en la indigencia, así como sus descendientes, debian ser mantenidos por la misma iglesia ó monasterio que habian fundado. Cargo era tambien de los obispos el vigilar cuidadosamente los capitulos y seminarios anexos á las catedrales: estos seminarios se poblaban de los hijos á quienes sus padres ofrecian á las iglesias para que los empleasen en su servicio. Un administrador ó ecónomo nombrado por el obispo, cuidaba de los bienes legados para servicio del altar, por los fieles y los mo-

narras. Estos bienes se dividian en tres partes; una para el obispo, otra para el beneficiado y otra para el culto. El obispo no podia enagenar estos bienes sin el consentimiento de la iglesia ó su capitulo; y unas leyes, asaz severas, protejian al clero inferior ó secundario contra las frecuentes exacciones de los obispos. El que se creia injustamente sentenciado por la potestad secular, podia apelar de aquella sentencia al obispo, el cual podia anularla ó reformarla: pero debia ser confirmada por el rey. El Fuero-Juzgo concedia á los obispos el derecho de inspeccion sobre los jueces, mas bien como un cargo que como derecho, segun dice un autor. Segun el cuarto concilio de Toledo, «los obispos han recibido de Dios la mision de protejer á los pueblos. Por consiguiente, cuando ven que los jueces y los poderosos oprimen á los débiles, deben ante todo hacérselo ver y reprenderles; y si menospreciasen sus avisos, deben dar cuenta al rey de esta insolencia, á fin de que los que no hayan sabido enmendarse con los consejos del sacerdocio sean castigados por la justicia real. Y si un obispo dejara de cumplir con su deber, puede ser acusado ante el concilio.»

IX

Desde el establecimiento del cristianismo en España hasta el sétimo siglo, la eleccion de los obispos pertenecia, segun se acostumbraba en la primitiva iglesia, al clero y al pueblo; las parroquias ó feligresías proponian el candidato, cuya eleccion debia ser ratificada por el metropolitano. Empero despues del siglo sétimo se pierde toda traza de esta eleccion popular, y el rey toma naturalmente el lugar del pueblo: la clerecía de cada diócesis presentaba los candidatos, y el rey elegia entre los presentados, salva la ratificacion del metropolitano: cláusula que bastaba por sí sola á crear una perpétua lucha entre dos poderes rivales, á la par que aparecian aliados.

Andando el tiempo, la necesidad que se presentaba á cada momento de proveer sin pérdida de tiempo las vacantes que ocurrian, ofreció al metropolitano de Toledo, cuya permanencia en la córte era casi fija, el adquirir el derecho de los nombramientos provisionales, salva siempre la confirmacion por el rey. De esta manera fué entronizándose esta verdadera *primacía*, no reconocida nunca por las constituciones de la iglesia gótica.

Despues de los obispos, la gerarquía eclesiástica se componia de los presbíteros, diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y *ostiarios* ó porteros, revestidos estos seis últimos de las órdenes menores. Mas tarde se añadieron el arcipreste, el arcediano y el dean, que debian residir precisamente dentro de las catedrales, y luego el tesorero y el ecónomo. Para poder llegar á ser diácono ó presbítero era preciso haber pasado por todos los grados inferiores.

Merced á esta rigorosa escala, la disciplina eclesiástica era muy severa. El comercio, que estaba permitido á los clérigos á causa de su pobreza, les fué enteramente prohibido despues del siglo sesto. La residencia en las iglesias era obligatoria, y el que la abandonaba sin consentimiento del obispo, se le espulsaba de ella, siendo además severamente castigado; y ni el mismo obispo podia trasladar á un clérigo de una iglesia á otra sin consentimiento del sínodo. Segun el concilio tercero de Toledo, el de Valencia en el año 546, y el de Tarragona en 516, se permitia el matrimonio tan solo á los que habian recibido las órdenes menores, pero por una sola vez y casándose con una vírgen, y en tal caso no podian recibir las órdenes mayores sino siendo de avanzada edad ó separándose de su esposa. Un sacerdote no podia tener en su misma casa ó vivir sino con su propia esposa, su hermana ó su hija. La union de un clérigo con una muger era castigada con la degradacion ó reclusion perpétua, y á la muger su cómplice se la encerraba en un convento ó se la vendia públicamente como esclava. Las severas leyes de los últimos concilios de aquella época, muestran sin embargo bastante el relajamiento de costumbres de la clerecía; relajacion que fué mas tarde autorizada por ciertos *fueros* ó inmunidades que se la otorgaron.

X.

Réstanos ahora para completar este sucinto cuadro dar una breve idea del establecimiento y costumbres de los conventos y monasterios.

Desde la mas remota antigüedad, y mucho tiempo antes de establecerse los conventos de regulares, se encontraban en España algunos individuos dedicados á la vida solitaria y contemplativa. Empero muy pronto principiaron las quejas contra estos cenobitas, seres anfibios que San Isidoro compara á los centauros de la fábula, pues que ni podian considerarse como clérigos, ni como monges, ni como laicos. El cuarto concilio de Toledo mandó que todos los ermitaños diseminados por los vastos desiertos de nuestro suelo, se reuniesen á vivir en comun en los monasterios. Hácia esta época, pues, debe considerarse el principio de la segunda edad de la vida monástica; esto es: la vida comun sin regla fija. Uno de los cánones del concilio de Tarragona, en el año 516, nos hace ver que la fundacion de los primeros monasterios de España data de fines del siglo quinto; empero ya desde la mitad del sesto aparecen ciertas fundaciones regulares. San Martin de Hungría, segun nos asegura San Isidoro de Sevilla, fundó en Galicia hácia el año 560, en el reinado de Teodomiro, rey de los suevos, el convento de Dunio, próximo á Braga; y pocos años despues, en 570, San Donato, uno de esos celosos trabajadores de la fé cristiana que andaban sin tregua ni descanso propagando por do quier las doctrinas del Salvador del mundo, vino del Africa á España á la cabeza de sesenta compañeros y discípulos, á fundar un monasterio junto á *Sétabis*, hoy Játiva, en el reino de Valencia. Ambos fundadores dieron regla fija á sus monges.

No tardaron, despues de estos, en erigirse en la península algunos monasterios, pais tan favorable á estos deseos por el carácter vivo y entusiasta que distingue á sus habitantes, cual tiernos hijos en derredor de una madre cariñosa. El ejemplo, el deseo de imitacion, y aun puede decirse la moda, derramaron en todas las clases de la sociedad, el deseo de entregarse á la vida contemplativa, siguiéndose á esto los votos, las profesiones monásticas; mientras que los obispos y el clero secular, naturalmente rivales de aquellos piadosos cenobitas, que sin tener las cargas de su estado recogian mayores y mas pingües beneficios, se apresuraron á reivindicar el derecho de vigilar los monasterios y casas de retiro, segun se echa de ver en los concilios de Toledo y de Mérida. Los monges, á quienes al principio se les consideraba como legos, obtuvieron hácia el siglo VII el permiso de poder ejercer el sacerdocio dentro de las iglesias de sus conventos, y aun algunas veces fuera de ellas: mas la rivalidad y celosa vigilancia de los obispos fué degenerando poco á poco en opresion; y los monges, viéndose forzados á abandonar un tanto su profesion para procurarse su sustento con sus trabajos manuales, apelaron á los concilios que reprimieron este abuso de autoridad. Desde aquella época el derecho de los obispos se circunscribió á vigilar la conducta de los monges, y á nombrar el abad y demas superiores de los monasterios.

XI.

Las reglas de las órdenes regulares variaban segun el capricho ó intencion del fundador, alejándose ó aproximándose á la de San Benito, que era la que generalmente regia en el occidente. Estas eran, por lo regular severas, prohibiendo las mas el trabajo manual, fomentando por consiguiente la doble inclinacion del pueblo á la pereza y á la contemplacion. De aquí resultó que la vida monástica llegó á alcanzar un alto renombre de perfeccion y de santidad; de manera que muchos de los que pertenecian al clero secular abandonaban su estado para disfrutar de los goces de otra vida mas tranquila, y de una devota ociosidad; tanto, que en el concilio cuarto de Toledo se mandó no pusieran los obispos obstáculo alguno al que quisiera retirarse á los cláustros, revocando las anteriores decisiones del concilio de Zaragoza, que en el año 380 prohibió á los clérigos semejante apostasía. Compréndense fácilmente estas órdenes prohibitivas de los primeros concilios, porque apenas comenzada á esparcir la luz del Evangelio, y por do quiera tambien combatida con furor, era preciso aumentar y fortificar las filas de los que por ella peleaban, para que, con sus consejos, sus máximas y su ejemplo asegurasen la naciente fé de los neófitos, y no abandonasen el campo para encerrarse en el rincon de una celda, lejos del mundo, pensando tan solo en su salvacion. Por eso, mas tarde, cuando la victoria ya casi podia llamarse asegurada, fueron los monasterios engrandeciéndose, y llenándose sus celdas de fervorosos cenobitas, que buscaban en el silencio y mística contemplacion de las verdades eternas el fortificar la luz de su razon, cuyo recogimiento y estudio fueron por el tiempo el áncora de salvacion, y el mas firme apoyo para la estension y propagacion de los conocimientos é investigaciones del saber humano. Sin embargo, las inmunidades que los papas, especialmente Gregorio el grande, este gran propagador de la milicia monástica, les concedieron, no fueron admitidas en España, y algunas con grande y obstinada prevencion: el espíritu independiente del episcopado español luchó con gran ventaja con las pretensiones de la Santa Sede.

Ademas de las profesiones monásticas que hacian los aspirantes por su propia voluntad, algunos padres consagraban ó dedicaban á sus hijos á la vida monástica; y estos votos, aunque contraidos sin conocimiento propio y por tercera persona, no por eso eran menos obligatorios. Este uso, que podemos llamar tiránico, fué modificándose andando el tiempo, prohibiéndose el *presentar* á nadie para el servicio del altar, antes de cumplir diez años de edad, como se puede ver en el concilio décimo de Toledo, como si en esta época se pudiese tener ya completo y maduro juicio y vocacion. En cuanto á las mon-

jas las estaba espresamente prohibido bajo las mas severas penas el abandonar sus conventos para entrar en la vida secular.

XII.

Los conventos de religiosas se hallaban con muy corta diferencia regidos por las mismas reglas. En los primitivos tiempos de su institucion las estaba prohibido el tomar el velo antes de los cuarenta años de edad, segun aparece por el concilio primero de Zaragoza. Sin embargo, bajo el nombre de virgenes veladas, podian pronunciar los mismos votos, mas sin salir de la casa paterna, ó viviendo en compañía de un eclesiástico anciano, con la obligacion, bajo las penas mas severas, de guardar castidad y obediencia. Los conventos de religiosas, asi como los de los hombres, se hallaban bajo la vigilancia de los obispos, los que nombraban algunos monges para que ejercieran el cargo de directores y administradores temporales. Existian tambien algunos conventos mistos, empero la iglesia ó templo era comun á ambos sexos.

XIII.

Habiéndose conservado el breviario godo, fácil es de presumir que los ritos del culto y la misa no debian sufrir una alteracion notable bajo el dominio de los godos. Dejando aparte el derecho de asilo, cuyo origen se remonta á la mas alta antigüedad, las inmunidades eclesiásticas eran en aquella época muy limitadas. El clero contribuia por su parte lo mismo que el pueblo con su cuota de impuestos públicos, naturalmente menos en las iglesias parroquiales que en las catedrales y alto clero, dependiendo de los tribunales ordinarios en las causas civiles y criminales, cuyo uso se conservó aun bajo el reinado de los reyes españoles sus sucesoros.

El Fuero-juzgo en su libro segundo señala las penas á que se hacian acreedores los clérigos que no querian reconocer como competentes los tribunales ordinarios, y no asistian á sus emplazamientos. El alto clero era el único que se hallaba exento de los tres castigos de rasuramiento, azotes y pena capital. El inferior ó secundario solo podia libertarse de los trabajos públicos ó presidio. En caso de invasion los obispos y demas clérigos sin escepcion debian tomar las armas en defensa del territorio, y entonces estaban sujetos á las mismas penas y castigos que los laicos. Tampoco estaban exentos los obispos de pagar los impuestos, teniendo por el contrario obligacion de ayudar al erario público con fuertes sumas.

Ademas de estar el clero sujeto á los tribunales ordinarios de justicia, tenia sus juicios particulares, ante los cuales podia un eclesiástico citar á otro de su misma clase. En la gerarquia eclesiástica cada grado era juez de los que se hallaban en el inferior; pero de su sentencia se podia apelar al metropolitano, y de este al rey, el cual nombraba jueces especiales que entendiesen en el asunto. Estos tribunales improvisados no podian imponer al reo pena alguna corporal, escepto los azotes. Empero esta jurisdiccion que podriamos llamar suplementaria, no podia arrancar las causas ni los culpables de manos de la justicia ordinaria, escepto en el caso de apelacion al obispo.

(Concluirá.)

LUIS MIQUEL Y ROCA.

PRUDENCIA DE UN ALCALDE.

Un regimiento pasaba por un pueblo y tenia que atravesar un bosque inmediato en que abundaban las cuadrillas de bandidos; el alcalde del pueblo se presentó al coronel del regimiento y le propuso que aceptara la escolta de cuatro agentes municipales para evitar las consecuencias de un encuentro desagradable.

UN BUEN CRIADO.

—Alberto.

—Mande V., señor.

—Ten cuidado mañana de despertarme á las cuatro, que tengo que marcharme á las cinco.

—Tendrá V. la bondad entonces de llamarme mas temprano que de costumbre.

Napoleon y Lord Biron eran delgados, pálidos y delicados antes de haber llegado al término de sus deseos. Engruesaron cuando llegaron á conseguir la posicion que habian ambicionado.

En las facciones de Lord Biron y de Napoleon, se veia marcada una sensibilidad profunda, y sin embargo su fisonomia tenia generalmente una espresion satirica y desdeñosa.



El Angel de la Guarda.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

Nuestra Señora, iglesia catedral de Paris, está situada en la estremidad oriental de la isla de la Cité. Mauricio de Sully, un pobre hijo del pueblo, que por efecto de las circunstancias se elevó á la dignidad de obispo, fué el que emprendió la reedificacion completa de la iglesia metropolitana de Paris. Los trabajos empezaron en el año de 1163. En 1182 fué consagrado el altar mayor por Enrique, legado de la Santa Sede.

Despues murió Mauricio, y un albañil llamado *Juan de Chelles*, fué el que continuó su obra. Otros muchos le sucedieron en la continuacion de esta obra gigantesca. Los trabajos duraron cerca de 200 años. Así es que esta iglesia ofrece en su estructura el resumen de las diversas transformaciones de la arquitectura en la edad media. Al hablar de la iglesia de Nuestra señora dice *Victor-Hugo:*

«Estos edificios de la transicion del estilo bizantino al gótico no son »menos preciosos para el estudio que los tipos puros. Espresan un es»tilo del arte que estaria perdido si no existieran: son el ingerto de la »ogiva sobre el semicírculo. Nuestra señora particularmente, es una »muestra curiosa de esta variedad. Cada frente, cada piedra del monu»mento venerable es una página, no solo de la historia del pais, si»no tambien de la historia del arte y de la ciencia. Así, para no in»dicar aquí mas que los principales detalles, mientras que la puerta »pequeña encarnada llega cuasi á los límites de la elegancia gótica

»del siglo XV, los pilares de la nave, por su volúmen y su gravedad, »retroceden hasta la abadia carlovingia de San German de los Prados. »Se creeria que hay seis siglos de intermedio entre la puerta y los »pilares. Hasta los herméticos hallan en los símbolos de la portada »grande un compendio satisfactorio de su ciencia. Así es que la aba»dia romana, la iglesia filosófica, el arte gótico, el arte sajon, el pe»sado pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo her»mético por el cual preludiaba Nicolás Flamel á Lutero, la unidad »papal, el cisma, todo está confundido, combinado, amalgamado en »Nuestra Señora. Esta iglesia central y generadora es cuasi una es»pecie de quimera entre las iglesias antiguas de Paris: tiene la ca»beza de una, los miembros de otra, la espalda de otra, algo, en »fin, de todas....»

El edificio de Nuestra Señora está fundado sobre cimientos de estacas.

La fachada tiene 120 pies de desarrollo. Presenta en su parte baja tres pórticos de forma y altura desiguales. Los pórticos que se ven en los dos estremos están coronados por dos torres cuadradas y corpulentas que tienen 204 pies de elevacion cada una, desde el suelo hasta la plataforma superior. Las puertas fueron construidas por un cerragero llamado *Biscornet*. Sú trabajo es tan maravilloso que creyeron generalmente que el diablo habia tomado parte en él.

Hé aquí el cuento popular que con este motivo circuló en la edad media:

«Un oficial de cerragero recibió el encargo de guarnecer de hierro »las puertas de Nuestra Señora. Asustado con este trabajo que con»sideraba como superior á sus fuerzas, estaba poseido de la desespe»racion mas violenta, cuando un hombre se le apareció y le ofreció »encargarse de llevarle á efecto si se entregaba á él en cuerpo y en »alma. La oferta fué aceptada, y al dia siguiente las dos puertas la»terales estaban concluidas.

»Aquel hombre era el diablo, y por eso trabajó en las dos puer»tas laterales; en cuanto á la del medio, como era por donde pasaba »la procesion del Santo Sacramento, el diablo tuvo miedo.»

En la torre del Sud está colocada la célebre campana llamada *el bordon*, que no se toca mas que en las grandes solemnidades. Pesa 32,000 libras. Fué bautizada solemnemente en 1685. Luis XIV y su esposa fueron sus padrinos. El badajo pesa 1952 Kilogramos.

El interior de la iglesia es vasto é imponente; presenta una nave, un coro, y 125 pilares gruesos que sostienen las bóvedas ogivales. Alrededor de la nave y del coro, y encima de los pilares, hay una galeria adornada con 108 columnitas de un solo trozo cada una; allí es donde los espectadores se colocan cuando hay ceremonias estraordinarias.

En el balcon de estas tribunas se colocaban antiguamente, en tiempo de guerra, las banderas tomadas al enemigo.

La iglesia recibe la luz por ciento trece ventanas de vidrios pintados. El coro, cuyo suelo es de marmol, tiene 115 pies de longitud y 35 de latitud. Seis ángeles de bronce, sosteniendo cada uno los símbolos de la pasion, y colocados sobre zócalos de marmol blanco, estan á los lados del altar mayor. Este santuario está rodeado por una hermosa verja de hierro bruñido y dorado, construida en 1809.

Las capillas situadas detrás del coro son notables, particularmente por los sepulcros que contienen. En una de ellas se vé el del conde de Harcourt fallecido en 1769; en otra han colocado el mausoleo de marmol del cardenal de Belloi, arzobispo de Paris.

La iglesia está embaldosada toda con losas cuadradas blancas y negras. La estension de la bóveda tiene 356 pies de longitud, 37 de latitud y 30 de altura; está cubierta con 1256 planchas de plomo; cada una tiene 40 pies de longitud, 3 de anchura y 2 líneas de espesura, formando un peso total de 420,240 libras.

Se está restaurando actualmente la capilla que dá al muelle y que está inmediata al claustro de Nuestra Señora. Esta capilla es notable por su arquitectura graciosa y esvelta, y es, en su mayor parte, de creacion moderna.

El grabado que encabeza este artículo representa la iglesia de Nuestra señora vista de costado.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

XIV.

Para concluir daremos algunas noticias sobre los concilios de la época.

Estos eran de tres clases: nacionales, provinciales y diocesanos. Al rey tan solo competia el convocar los primeros, y formaban parte de él los metropolitanos y los obispos y abades mitrados: los segundos los convocaba el metropolitano, y tomaban parte los obispos sufragáneos, los abades mitrados y cierto número de las dignidades de las catedrales; y el obispo convocaba los terceros, al que asistian los abades, presbíteros y diáconos de la diócesis. Estos últimos debian convocarse anualmente. Los sínodos se celebraron al principio dos veces cada año, y luego una tan solo. En cuanto á los concilios nacionales no tenian época fija, dependiendo enteramente de la voluntad del rey.

Uno de los objetos principales de estos sínodos era el coordinar entre sí las decisiones de los concilios, tanto nacionales como estrangeros, formando de este modo un cuerpo de doctrina que fuera comun á la iglesia de España y á la de Roma, centro de la unidad católica. La coleccion de cánones de la iglesia romana adoptada como ley y guia infalible para todo el orbe católico, exenta al mismo tiempo de toda discusion, no fué, sin embargo, ciegamente adoptada por la iglesia española, celosa siempre de conservar su independencia. Sumisa, ante todo, á las decisiones de sus propios concilios, se contentó con completar la coleccion formada por Martin obispo de Braga, con algunas decisiones de los concilios estrangeros, despues de armonizarlos y concordarlos entre sí. Al sábio San Isidoro, metropolitano de Sevilla, le fué encomendado tan importante trabajo, resultando de él una coleccion de cánones de la iglesia española tan interesante y preciosa como las que nos ha conservado la edad media.

XV.

Cuanto acabamos de notar acerca de la organizacion de la iglesia española basta para dar una idea del admirable espíritu de unidad que ha presidido desde los tiempos mas remotos á la construccion del vasto y grandioso edificio del poder eclesiástico. Se ha acusado y aun se acusa á la Santa Sede de demasiado ambiciosa; pero en verdad, ¿sin ella qué hubiera sido del catolicismo? Esparcido por el globo, luchando con los diversos climas, hábitos y costumbres á quienes tenia que combatir, ¿no hubiera perdido esta unidad en la que consistia toda su fuerza y poder, si se hubiera modificado al capricho y veleidad de las gentes, á las ideas de los pueblos, ó á la conveniencia particular de las diferentes especies de individuos? La iglesia tenia necesidad de reconocer una cabeza y un centro comun: poco la importaba que éste se hallara en Roma ó fuera de ella; lo necesario, lo indispensable era tener un pensamiento solo y un impulso fuerte, único y permanente á la vez, que la dirigiese y sostuviese en medio de tantas pruebas á que se hallaba espuesta. Una iglesia podia verse oprimida, perseguida, aterrada, y aun espuesta á perecer; empero era necesario, indispensable que la *iglesia* no pereciese: era preciso que una tradicion nunca interrumpida de doctrinas y de salud ligase unas con otras todas las generaciones de sacerdotes, sucediéndose al pie de los altares, presidiendo, infalible y eterna, á todos los concilios, que pasaban al través de los siglos cual las hojas de un gran libro.

Ademas, no era solamente la iglesia la que necesitaba de unidad, sino la edad media toda entera. El occidente, acostumbrado á vivir bajo el yugo de una sola ley, de una sola creencia, de un solo poder, se desmoralizaba á pasos de gigante con esa libertad ilimitada sustituida de repente al despotismo tutelar del imperio. Todos los grandes hombres de aquella época, Teodorico el ostrogodo, Carlo-Magno el franco, el feroz Atila, y hasta nuestra época Napoleon Bonaparte el vencedor, han soñado y tratado de establecer esa unidad apetecida; empero todos han sucumbido en su trabajo, y su obra imperfecta ha sucumbido con ellos: porque ese principio que bastaba al mundo antiguo, no satisfacia las exigencias del moderno, y porque los elementos varios que una invasion bárbara habia arrojado en la sociedad no podian plegarse á una uniformidad semejante.

¡Y bien! lo que aquellos genios con su voluntad de hierro no pudieron efectuar, la iglesia lo realizó: ella sola ha conseguido en la edad media el hacer revivir á la vez, y como un solo pensamiento y una idea fija sobre todo el orbe conocido, pueblos y generaciones diferentes, reinando y dominando siempre. Ella sola ha fundado en medio de esas tentativas abortadas de organizacion monárquica universal, una república federativa que tenia por parlamentos los concilios, por representantes á los obispos, y por gefe al Santo Padre: república esencialmente democrática, aunque de ella se halla escluida la igualdad; en cuyo seno se habia aprendido á obedecer antes que á mandar; y en la que la ley y la religion eran una misma cosa apoyándose y santificándose entre sí: fuertes á los ojos del vulgo con la obediencia y tolerancia de los mismos que la predicaban; en fin, en la que el ciudadano era el sacerdote; ciudadano tanto mas fiel á su patria adoptiva, cuanto que habia renunciado entera y voluntariamente á tal otra.

Roma, tal vez, al llenar su cometido traspasó los límites de la razon y de sus intereses; porque al dominio moral que ejercia, que en sí no dejaba de ser inmenso y poderoso, añadió las ambiciones ter-

restres: con el poder sobre el mundo de las conciencias quiso ejercer otro mayor sobre la libertad civil, sin pensar que abandonaba la posicion inespugnable del dogma, dejando descubierto el flanco á todos los ataques que como poder temporal, siempre débil, habia de ser siempre y por do quier fuertemente combatido. Lo que de esto resultó es bien sabido, y no tratamos en este lugar de relatarlo. En nuestro siglo actual, y cuando á voz en grito se propala el aumento y progreso de los conocimientos humanos, aunque afortunadamente los ataques contra la religion van encontrando menos sostenedores, hemos visto á un Pontifice movido de sanas y rectas intenciones, que creyendo apaciguar la tormenta que en su derredor se formaba, ha entrado en convenios con los que le exigian una parte de su autoridad, y su consecuencia ha sido verse combatido, y con escarnio y befa perseguido, dejando cubierto, por momentos, de denso humo el solio encargado por Jesucristo á su primer discipulo. La tormenta que amenaza á la navecilla de San Pedro se disipará enteramente? El tiempo solo puede decirlo. Si hay heridas de las que se puede curar, pero que siempre dejan un rastro doloroso, tambien hay pronósticos que se hallan fuera de todo alcance humano: y cuando la imaginacion puede perderse entre mil contradictorias conjeturas, tan solo debemos creer y esperar.

Pero aun cuando las empresas salgan fallidas, la historia debe hacer justicia á la grandeza y elevacion de los pensamientos; y el dominio ejercido en nombre de todas las inteligencias sobre todas las de una época tiene derecho, despues de su caida, á mayores simpatías que la orgullosa soberanía de Gregorio VII sobre los tronos de la tierra, por algun tiempo sus vasallos.

Luis MIQUEL y ROCA.

La empleomanía del siglo décimo nono en España.

Entre las cosas de que yo me rio, y que no son pocas por fortuna ó quizá por desgracia, pueden ser contadas las reglas de retórica que se refieren á las comparaciones. En efecto, ¿qué cosa no podrá ser comparada con otra bajo cualquier punto de vista ó relacion, por mas distancia y antipatía que medien entre ambos términos de que no se vale? Y si no hagamos la prueba con ciertas ideas y objetos que parecen enteramente faltos de analogía y similitud. ¿Qué contacto y semejanza puede haber entre un tonto y un hombre de gran talento y aun de un genio privilegiado? Mucho indudablemente: uno y otro andan solos repetidas veces, y tambien hablan á solas; uno y otro suelen generalmente ser de poca ó ninguna conversacion, padecer distracciones, alejarse del trato de gentes, aparecer en la sociedad como personas estravagantes, ó segun modernamente se dice, tener escentricidades. Sucede tambien que un tonto y un hombre de talento son despreciados en el mundo; no son comprendidos de los demás; son diferentes de cuantos los rodean, y se atraen la atencion de sus semejantes. En algunas ocasiones se tiene lástima de uno y de otro, y tambien acontece que quisieran cambiar mútuamente de circunstancias, dotes y cualidades; un hombre de talento deseará en ciertos casos y situaciones ser un tonto ó cuando menos aparentarlo, y un tonto cifraria en épocas determinadas su felicidad en ser un sugeto de talento eminente, ó cuando menos pasar con este concepto y prestigio. No debe admirarnos tampoco ver perecer como un loco ó de miseria en un hospital un talento de primer órden cual si fuese un pobre hombre, ó mendigar el sustento de puerta en puerta como un desarrapado.

Todo esto y mucho mas se ha verificado en siglos anteriores, y lo mismo será en el presente, porque siempre ha habido seres que por su mala estrella se consagraron esclusivamente á la mejora y bienestar de la humanidad, concurriendo á este laudable fin con su ingenio y conocimientos, olvidándose hasta de sí mismos, y librando su existencia y porvenir en el agradecimiento de sus compatriotas y del género humano personages que se creen autorizados para pagar con desengaños é ingratitudes. Aquellos hombres bien intencionados no conocieron el espíritu de la época en que han vivido. Por consiguiente el gran quid, la cuestion magna, el caballo de batalla es acertar con el espíritu é índole de la época actual.

¿Cuál podrá ser? ¿De empresas mercantiles de toda clase? Sin duda que ya era tiempo de que empezásemos nosotros á ponernos al nivel de las naciones que progresan: pero esto solo puede cuadrar á sugetos que tienen capitales, crédito, relaciones y se dedican á este género de vida. ¿Será de planes de estudios, de ciencias, de artes? De ninguna manera. Es verdad que dentro de poco tiempo cada jóven que salga de la universidad al concluir su carrera será de seguro una enciclopedia ambulante; podrá hablar con desenfado de cuantas materias y tratados son objeto del saber humano. ¿Será de hablar? Tampoco. Hoy en dia no hay un hombre que no crea á pié juntillas y con la mejor buena fé que es un orador, un diplomático, un político, y dispuesto á gobernar una provincia ó una nacion como quien se toma un vaso de helado. ¿Será acaso de viajar? Menos. Cierto que muchos salen hoy de España con este propósito, y se ha hecho moda ir á París; ya se sabe que en nuestra nacion nadie viaja no siendo por necesidad, ó solo pudiera hacerse para cumplir una pena ó una penitencia. Pues entonces ¿Cuál es la idea dominante de la época, la que caracteriza al siglo que recorremos, concretándonos á nuestra península; el pensamiento que gira en todas las cabezas, el elemento de todos los cálculos, y la suprema dicha en este mundo? Es, para acabar de una vez, la *empleomanía*.

Llega un jóven á cualquier pueblo, en especialidad siendo este pequeño; al instante empiezan á cambiarse noticias, notas y comentarios sobre el recien venido.—¿Quién es? ¿Será empleado?—Regularmente.—¿Cuánto tiene de sueldo?—La cantidad de.....—¡Ah! Se conoce que es muchacho muy fino, tratable y despejado. No siendo empleado, las hablillas se entonan por otra clave. ¿Quién es él, quién podrá ser no siendo empleado? Debe de ser sugeto de poca importancia, relaciones é influjo, puesto que no está empleado: tal vez es un hombre sin ninguna disposicion ni salida.—Amigo mio, ¿cómo está V. sin colocarse? ¿En qué altura se hallan sus pretensiones de V.? Compañero, ¡cuánto tiempo há que no nos hemos visto! Supongo que tendrás por aquí algun destinillo decente.—Sr. D. Busquillas, ¿á qué se dedica V.?—Ya puede V. hacerse cargo: he concluido poco há mis estudios y he solicitado una plaza de.....—Pero hombre, ¿qué necesidad tiene V. de empleos ni de sueldos, si posee V. bastantes bienes y riqueza?—¡Qué quiere V.! por estar empleado: ya conoce V..... es la época..... al fin siempre es uno un empleado. El hombre en tanto es hombre en cuanto es empleado: antes y despues no vive verdaderamente por ningun concepto: mientras dura el empleillo aparece en todas las reuniones, hace papel, todos le hacen tambien caso; mas se quedó cesante, ya no le visitan ni le saludan sus mismos co-oficinistas; el desempleado murió: y para saber lo que es el mundo, en lugar de decir «muérete y verás», será mas exacto «quédate cesante y verás». Hay un refran que dice: «de músico, poeta y loco todos tenemos un poco»: ahora es preciso intercalar una adicion en la forma siguiente: «de empleado, músico, poeta, loco y cesante todos tenemos talante».

El estado de empleado es una circunstancia esencial de todo ciudadano español: el que no estuvo empleado, ó lo está ya, ó lo estará en adelante: es un estado mas del hombre, y del que deben hacer mencion los códigos civiles, y un período de la vida que los fisiólogos se verán obligados á tener en cuenta.

Asi como el que se va debilitando por consuncion, cada dia enflaquece y pierde color y ánimos, asi tambien el empleado que queda cesante, empieza á demostrar en su porte y en su conducta la variacion de sus circunstancias. Antes iba siempre al teatro y á las tertulias: ahora se va retirando poco á poco: cercena el presupuesto de guantes y de planchado, se muda de casa ó posada á otra mas barata; ya no gasta botas de charol; ya no da paseos á caballo, aparece con frecuencia por las calles durante las horas que en otra época estaba en la oficina, sin que sea decir por esto, que sea incompatible ser empleado y andar corriendo de una parte á otra cuando se proporciona, sin que sea por comisiones del servicio. Todavia se van cobrando algunas pagas atrasadas, y esto es lo que aun da vida y esperanza: son los últimos resplandores de una lámpara que se apaga. Pero concluido este metálico, el cesante recurre á envolverse en su capa, si la tiene buena ó mala, y hételo ahí trasformado en otro hombre, mas que eso, en otro ente: de oruga pasó á crisálida, de crisálida á gusano de seda, y el gusano de seda murió despues de concluir su trabajo. La novia busca un pretesto para evadirse de él: está claro: ella contaba con los tantos miles de sueldo al año; esto es lo que valia el individuo: *tantum valet quantum sonat*, como decia cierto cura de lugar cuando le preguntaban cuánto le valia el entierro del difunto por quien clamoreaban las campanas de su parroquia.

La *empleo-manía* ha influido tambien en varias locuciones de nuestro idioma. ¿Sr. D. F.... V. qué hace? equivale á estas otras: usted no trata de ser empleado: V es un tonto, un majadero, ó no puede V. dejar de serlo aunque quiera. V. no hace cosa de provecho como no piense V. ser empleado.

Además la situacion de empleado supone generalmente la de pretendiente, la de recomendado, la de introducido: esto ofrece las ventajas de tratar con los porteros de varios establecimientos y dependencias, sugetos de trato muy amable: de sufrir algunas horas de plantones y antesalas, circunstancia muy conducente para la meditacion y el recogimiento: de conocer lo que son las oficinas; cosa bastante curiosa y entretenida.

El que se dirige á Madrid abriga siempre en la mente como pensamiento primario ó secundario el conseguir algun destino. Cuando

los amigos se ven en aquel punto, ya ni siquiera preguntan si solicitan algo, sino si han alcanzado algo: la primer parte ya se presupone. Cuando uno se despide de la corte, le rodean sus conocidos demandándole á qué provincia va destinado, ó si obtuvo alguna colocacion en una embajada, legacion ó consulado, etc. etc.

El tema cotidiano y favorito en las reuniones es el de empleos.—¿Quién es A? ¿Está empleado?—No señor.—¿Y eso? ¡Qué lástima! Porque es buen sugeto, de probidad y conocimientos.—Sr. D. Pantaleon Cabeza de Buey, yo vengo á edir su hija de V. para casarme con ella.—¿Y qué es V.?—Yo soy un propietario.—¿Pero es. V. empleado?—Nunca lo he sido ni pienso serlo.—¿Y entonces cómo presume V. que yo puedo acceder á su instancia de matrimonio? ¿Qué importa que sea V. propietario y tenga fanegas, si V. no tiene empleo? ¡Qué disparate!..... Sr. D. Agapito, ¿por qué no manda V. sus papeles á Madrid pidiendo alguna cosa, ahora que creo no le faltan á V. empeños?—¿Quién viene en lugar de B? ¿Cuánto aumentaron el sueldo á C? ¿A dónde va D? ¿Va con el mismo destino? ¿Fué su traslacion por intriga? ¿Fué por cambio? Creo que tiene buenos padrinos.—¿Qué hace V., Sr. D. Pánfilo? ¡V. se está quieto y tranquilo sin procurar coger lo que se proporcione! No sea V. loco: haga V. como los demas. ¿No vé V. que le tendrán por un hombre raro y de otro siglo, ó si no por un hombre falto de proteccion y arrimos?—No me decido, atendiendo á que esto de empleos es una cosa tan poco duradera...—Déjese V. de semejante modo de pensar, Sr. D. Pánfilo: sirva V. á la patria mientras se lo permitan; que despues, aunque se quede V. cesante, ya disfruta V. el honor de haber sido empleado; ya es V. una persona decente, y nadie podrá echarle en cara el no haber sido empleado. Con que animese V., si no precisamente ahora, á lo menos para mas adelante.



(Jarron árabe.)

Pero no son estos los mas tristes resultados de la empleo-manía. Los hay peores. El hombre, que acaso seria un artista eminente si en tiempo oportuno hubiese esplotado sus facultades y disposiciones, no pasa de ser un oficinista rutinario que no se dedica sino al despacho de su negociado. Circunscrito alrededor de una mesa, su inteligencia se apocó y anuló por falta de espacio y de ejercicio. Otro que poseia las mas brillantes dotes de orador, de escritor, ó para llegar

en fin á ser una notabilidad de este ó del otro género, consigue su empleo; abandona todas sus inspiraciones y pensamientos y se reduce á poner dictámenes de cajon en los espedientes que maneja. Ocupado la mayor parte del tiempo de esta manera, no tiene gusto ni humor de sacrificar unas pocas horas libres, que consagra á la distraccion y á la sociedad de sus amigos. De esto dimana lo que todos estamos viendo, y que es doloroso recordar, y que demasiado patente está con echar una rápida ojeada por el campo de las ciencias, de la literatura, de la administracion, de la política y de todo cuanto constituye nuestra nacionalidad. De las antiguas repúblicas de la Grecia salian varones eminentes, legisladores, filósofos, poetas á recorrer las naciones del Asia y el Egipto para instruirse. Los ciudadanos mas ilustres de Roma iban á Atenas á perfeccionarse en sus profesiones. Durante los siglos medios la juventud mas brillante se dirigia á Bolonia á estudiar las ciencias. Sin embargo, eran unos tontos. Nosotros hemos progresado mas. De los habitantes de las provincias que vienen á Madrid, las tres cuartas partes no traen mas objeto que pretender algun empleo. Repito que los antiguos eran unos

(Jarron árabe.)

tontos, porque Plinio murió entre las lavas del Vesubio, y le hubiera sido mejor que hubiese disfrutado el agradable calor de una chimenea ó estufa, sin meterse en profundidades. Ciceron fué asesinado por el mismo sujeto á quien habia salvado la vida con su elocuencia; mejor le hubiera sido tambien al orador romano que no supiese hablar, que por eso no dejaria de ser rico y de estar contento, como siempre sucedió en todas épocas Por este estilo pudiera citarse á otros muchos.

Ahora que venga cualquier mentecato esponiendo y afirmando que no estamos adelantados y civilizados.

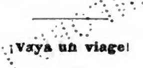
ANTOLIN ESPERON.

JARRONES ARABES.

Los dos preciosos jarrones que presentamos en este número, están tomados de las antigüedades árabes de Granada y Córdoba, que se publicaron en tiempo del Conde de Florida-blanca. Son de loza ó



porcelana muy fina, tienen de altura cuatro pies y trece dedos, y su mayor diámetro es de dos pies y seis dedos.



¡Vaya un viage!

—Señores al coche.

—Vamos allá, mayoral, que la noche convida y en el reloj de la *Redonda* acaban de dar las dos.

Era la víspera de San Juan (año de 1846) y hora en que la diligencia salia de la ciudad de Logroño para la capital de Burgos. La carretera que conduce á esta última poblacion, es sin duda alguna de las mas penosas y descarnadas de España.

El coche partió con la rapidez de un rayo y anduvo dos leguas de camino sin que ocurriese en su interior novedad alguna que mereciera la pena de contarse. Todos los viageros procuraron dormirse; y al llegar á la villa de *Fuenmayor* apareció la aurora y rompió el dia, con cuya circunstancia hubo de presentarse á nuestra vista (trascurrida otra legua) el célebre pueblo de Cenicero, tan famoso en los fastos de la pasada guerra civil; porque fué defendido heróicamente por cuarenta nacionales que pelearon (el dia 21 y 22 de Octubre de 1834) contra toda la faccion de Zumalacárregui. Semejante hecho de armas, acaeció dentro de la iglesia, y en medio del incendio y de la devastacion.

—Caballeros, dijo el mayoral, si Vds. gustan apearse pueden hacerlo porque vamos á mudar de tiro.

—Hombre, si, respondió el médico de Viana que iba en el interior del carruage; puesto que he salido del meson del Cristo nada menos que en ayunas y quiero tomar un refrigerio.

—Lo propio me ha sucedido á mí, esclamó su compañero de viage, Ramon el zaragozano.

—Y yo, gritó un niño de cinco ó seis años.

—Pues al parador á tomar chocolate.

—¡Chica! ¡moza! ¡qué diablos! ¿sales durmiendo? Demonio, haz fuego al instante.

—Venga una chocolatera con cuatro jícaras de agua é igual número de porciones de chocolate. Todo el mundo haga lo que pueda.

—Acá con el fuelle.

—Si, sople V. de firme.

—Pero hijo de Satanás, no apriete V. tanto la chocolatera sobre el fuego que sabrá el chocolate á humo; y segun dice Broussais.....

—Vaya, estése V. á esas flores, y verá como nos quedamos in albis si el mayoral se cansa de esperar.

—¿Qué hace V. señor médico de Viana, lo está V. probando ya?

—Hombre, si, queria ver si espesaba algo.....

—¡Si no ha hervido todavia!

—Muchacha, coge esa torta de pan; parte unas rebanadas anchas y delgadas y ponlas al fuego. ¡Lista! ¡lista¡ Lava tambien esos vasos.

—¡Señores, la diligencia se marcha! esclama con voz asustada Ramon el zaragozano.

—¡Mayoral! ¡mayoral! ¡Por San Pantaleon bendito, que estamos escudillando la pasta sólida del cacao! dice el médico de Viana.

—¡Al coche! ¡al coche! grita el zagal; y todo ser viviente echa á correr por las escaleras abajo, quedándose en la cocina del parador de Cenicero, la chocolatera en el hogar; las tostadas en la lumbre; el fuelle en el escaño; las tenazas colgando de un clavo de la chimenea; los vasos en la fregadera; el gato asustado en el borde de una ventana, y la criada poniéndose las medias azules al pié de la cantarera.

Colocado cada uno en su asiento y con la pesadumbre de llevar el estómago vacío, se notó en el interior del carruage un profundo silencio; y casi todos procuraron dormirse, á escepcion de un bayonés, viajante, de la nodriza que cuidaba del niño, y de una vieja de la antigua aristocracia, quienes no habian cesado de dormir desde su salida de Logroño.

Discurria el viajante bayonés el medio de emprender una animada conversacion; y rascándose largo rato la oreja, entró en materia y dijo por último á la señora.

—¿Es el *libro de los destinos* lo que lee V. con tanta reflexion?

—¡El libro de los destinos...! esclamó la vieja estupefacta: ¡vaya un entretenimiento dulce! ¡vaya un recreo que proporcionaria semejante obra!

—¿Pues qué es lo que V. lee?

—Una encantadora novela de Mad. Guizot. Ahora estoy leyendo un pasaje divino. La jóven *Cirila* sale de su cuarto á media noche para visitar.....

—Yo opino que esa señorita le hubiera sido mas útil acostarse que ir sola á tomar el fresco por la noche.

—¡Acostarse! ¡meterse en la cama! caballero bayonés, tiene V. muy malos pensamientos. ¿Pretende V. que se acostara una tierna víctima de las calenturas de un *Tenorio*? ¿Se figura V. que una inocente criatura podria dormirse en tal estado lo mismo que una criada de servicio?

—Yo creia, señora, que las mugeres eran todas iguales.

—¡Ah! bien se conoce que no ha sido V. amado de las cándidas señoritas.... ¡Pero qué olor! ¡qué gas tan endemoniado! ¡esto no se puede resistir! Abran Vds. las ventanillas, ¡Uf....!

El niño cortó semejante diálogo por uno de aquellos accidentes que tan comunmente acaecen á los de su edad. Con efecto, el olor era insoportable, y el médico de Viana se despertó y echó mano de la caja del tabaco; el viajante bayonés sacó un puro y lo encendió; y Ramon el zaragozano se cubria las narices con una petaca en la que se ostentaba el retrato de *Espartero*; mientras que la vieja haciendo mil dengues, profirió;

—¡Esto es el cólera morbo....! ¿Por qué han de ir los niños en el interior de la diligencia? ¡A la imperial con él! ¡Ay virgen de las Angustias, me voy á asfixiar...!

—Mejor seria colocarlo entre los equipages: ¿no es verdad? dijo la nodriza algun tanto ofendida.

—Cuando menos allí no nos infestaria.

—Pues V. hiciera lo propio si se hallara indispuesta; porque una vieja de sesenta abriles como su merced....

—¡Hum! silencio, moza; porque sino.... La rabia cortó la frase de la aristócrata señora, quien dirigió á la sencilla nodriza una buena dosis de apóstrofes y de insultos.

—Silencio todo el mundo: gritó el viajante bayonés; y todos callaron. Son Vds. muy inconsiderados, añadió: este niño tiene razon al hacer sus necesidades donde Dios le dá á entender, y no hiede como esa señora dice.

—¿Cómo que no? ahulló la vieja: apesta y corrompe como una alcantarilla.

La jóven niñera dirijió al Bayonés una espresiva mirada que queria decir muchas cosas

La calma se restableció de nuevo, y sin otro contratiempo, llegaron nuestros viajeros al delicioso pueblo de *Casa la Reina*, en cuyo parador se sirvió el almuerzo. Bajaron del coche unos detrás de otros; y la señora de la antigua aristocracia pidió á voces que recibieran un perrito dogo llamado *Calcetin* y una *Picaraza* colocada dentro de un sombrero de paja.

—Mas dá V. que hacer con sus bestias, que todo el tiro de mulas: esclamó amostazado el conductor.

—Pero criatura de Dios, es preciso cuidar de esos animalitos.

—Si, señora: mas si su merced hubiera dicho que traia consigo una casa de fieras, hubiéramos arreglado el asiento de otro modo.

Lleno de fastidio el mayoral por las impertinencias de la vieja, cogió á *Calcetin* de una pata y lo tiró al suelo. El animal principió á ladrar desesperadamente; y la aristócrata señora que ya tenia el pie en el estribo del coche llevando en una mano el gorro de paja con la *Picaraza*, suelta azorada el sombrero, y cae sobre él con violencia aplastando de ese modo el pájaro. ¡Oh colmo de infortunio! ¡qué horror! pronunció la vieja: ¡pobrecita de mi...!

—Al almuerzo, señora, y déjese V. de aspavientos: dijo el dueño del parador.

A cuyo precepto obedecieron todos y se sentaron en la mesa. Como la mayor parte de los viageros venian en ayunas, no cesaron de comer; llevando suma ventaja en la liza el médico de Viana, Ramon el zaragozano, y el pacífico é indiferente vecino de Haro.

—Caballero bayonés, ¡por el Cristo de Burgos! que vá V. á mortificar á mi *Calcetin* con la punta de su baston.

—Al demonio se puede V. ir con su perro.

—¿Saben Vds. que comen los dos mas de lo que parece? repuso la buena nodriza.

—¡Hay virgen de *los Modorios!* no quiere mi doguito comer el pan. ¡*Calcetin*! ¡*Calcetin*!

—Déle V. de mamar con doscientos mil diablos: gritó el médico de Viana montado en cólera. Ahí está ese chiquillo que dá menos molestia que su avechucho.

Con las copas de vino supurado y bien repletos los estómagos, fué restableciéndose el buen humor y se concluyó el almuerzo.

—¡Al coche, señores, al coche!

Y cada ser humano se apresuró á ocupar su puesto. El silencio mas sepulcral, la calma mas profunda, dominó en el interior del carruage; y un reloj de repeticion dió la hora de las ocho. Por el sonido de este mueble, que salió del bolsillo de la vieja señora, se pudo inferir que estaba quebrada la campana y que en tiempo de los godos habria sido muy claro y sonoro su eco.

—¡Ya estamos en *Pancorbo*! ¡Pancorbo con su telégrafo! gritaron todos los viageros á la vez.

—¿Pero no notan Vds. qué raro y estrafalario es este pueblo? ¿Qué cercado está de pericuetos y de peñascales? ¿Qué frio se siente en sus alrededores? ¡Santa Cristeta me valga! ¡si aun están las abas en flor! Esto iba diciendo la aristócrata señora.

—Alto, mayoral, que dos caballeros se quedan aquí: gritó un viagero que hasta entonces no habia proferido una sola palabra.

Con efecto, salieron ambos del carruage y se hospedaron en la venta que está á orillas del camino. Luego que hubo llegado la diligencia peninsular que caminaba de Burgos para Vitoria, se metieron dichos señores en el interior de la misma y terminaron su viaje haciendo punto redondo en la capital de Alava. Los demas transeuntes que iban en el otro coche siguieron su camino en direccion de Madrid y no podemos ocuparnos mas de sus aventuras.

«Porque ya entrambos ojos
á mas andar se me cierran
y se me afloja la mano
y se me apaga la vela.»

Madrid y marzo de 1850.

BERNABÉ ESPAÑA.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Ni una sola pulgada de terreno me habian hecho perder los bandidos, cuando una descarga cerrada, á mi espalda, y la fatal voz de *nos cortan*, resonaron en mis oidos, como el estampido del rayo pudiera en un sereno dia. ¿Lo confesaré? ¿Y por qué no, si al cabo soy hombre? Mi primer movimiento fué el de apretarle las espuelas al caballo; pero mi franqueza me da tambien derecho á ser creido cuando añado que no llegué á aplicárselas. La educacion y el pundonor dominaron al instante aquel natural instinto de la conservacion, y clamé en voz estentórea:—Quietos, muchachos, ó somos perdidos.—A pesar del aviso, mis gentes creo que opinaban por la estratajema de la fuga; mas, como al primero que hizo ademan de servirse de sus piernas le encaré el retaco, jurando en redondo que le levantaba la tapa de los sesos si proseguia su camino, los demás se dieron por advertidos. Todo esto fué obra de un segundo, y por dicha los ladrones que estaban á mi frente redoblaron su fuego de manera que mi gente hubo de atender exclusivamente á ellos.

Dejo á la consideracion de Vds. cuál seria mi inquietud sobre lo que á mi espalda habia pasado, y mas, cuando despues de la descarga y de las voces que les he dicho, no volví á oir ni el mas leve rumor. De buena gana hubiera enviado un hombre á informarse del suceso; mas temiendo, en primer lugar que no volviese con la noticia, y en segundo, que sus compañeros, á la menor sombra de recelo que en mi viesen, habian de tomar infaliblemente *las de Villa Diego*, preferí permanecer en mi incertidumbre.

Para colmo de desdichas, una bala habia atravesado el muslo á uno de mis soldados improvisados, y sus lastimosos ayes inspirando compasion y miedo á los demas, amenazaban dislocar la vanguardia del pequeño ejército.

Afortunadamente á poco vino á buscarme el Coronel; pero con un semblante que nada bueno anunciaba.—Diez de los caballistas, me dijo, corriéndose, á favor del bosque y sin ser vistos, sobre su izquierda de V., se han presentado inesperadamente en el valle.—Al verlos exclamaron los mios y los que nuestro amigo tiene ya en las ventanas:—¡Que nos cortan!—haciéndoles fuego al mismo tiempo. Pero los muy canallas, despreciando las balas, han pasado á escape por delante del cortijo, y proseguido á su espalda....—¡Dios mio, exclamé no pudiendo contenerme, y las señoras!—Tras de ellas van, prosiguió el veterano, tras de ellas van sin duda, y si las alcanzan, mas nos valiera no haber nacido.—Corramos á salvarlas, dije.—Todos los amigos esperan á V. á caballo; vaya V., que yo le seguiré así que haya replegado la gente al cortijo, con toda la que no sea indispensable á nuestro huésped para defenderse en él.—Apretámonos la mano, y sin decir palabra corrí á reunirme con los que impacientes me aguardaban.—A galope, caballeros, á galope, y sin volver atrás la cabeza, ni por la vida,—les dije apenas los vi—y dando el ejemplo con la órden, tomé la senda misma por donde media hora antes, vi partir á nuestro convoy.

Es preciso tener bien presente la naturaleza de aquel país, donde el horizonte sensible se halla continuamente limitado por los gigantescos accidentes del terreno, la frondosidod de la vegetacion y la abundancia del arbolado, para comprender nuestra ansiedad durante el camino. Y no olviden Vds. que únicamente yo, entre los que galopábamos, no volaba á la defensa de hermana, esposa, ó hija. Solo el galope de las herraduras en las piedras, solo el ardiente resollar de los caballos, y el son metálico de las espuelas se oia: los hombres, procurando en vano penetrar con la vista en las malezas, aplicando el oido, como si cada vez que una rama crujia ó una hoja caia al suelo, escucháramos las maldiciones del ladron, ó los lamentos de su víctima, pareciamos incapaces de hablar, y acaso en realidad, lo estábamos. Al llegar á un alto cerro, sin embargo, todos á una voz clamamos:—Allí, allí, estan: á ellos!—Y sin cuidarnos de lo escarpado de la pendiente, ni del cansancio de los caballos, salimos á escape tendido. En situaciones como aquella se viven siglos en pocos instantes; pero el hombre se engrandece á sus propios ojos tambien á medida que el peligro crece y las dificultades se vencen. Mas á todo esto, no he dicho á Vds. que la causa por que gritamos fué haber visto, en el cerro frontero al en que estábamos, dos grupos: el de delante ya en la cumbre, y el de mas atrás á media cuesta, á distancia de aquel como de un tiro de bala. Uno y otro caminaban á mas andar, y cuando nosotros llegamos al pié de nuestra colina, ya la que íbamos á subir nos los ocultaba á entrambos. Naufragar á vista del puerto es, señores, lo mas cruel que imaginarse puede.

Dos caballos cayeron al suelo apenas hubimos bajado la cuesta, y los demás, á excepcion del mio, animal excelente, rehusaron pasar adelante. Quisiera y no puedo pintar á Vds. nuestra situacion, y sobre todo la dificultad que tuve en hacerme escuchar y obedecer de aquellos hombres desesperados. Por fin, mezclando el ruego á la amenaza, y las razones á la pasion, logré que los dos desmontados se resignaran á abandonar los caballos y proseguir á pié su camino, y qué los demás comprendieran que nos era forzoro subir al paso la cuesta, ó renunciar á la marcha. Quizá, si el eco de los montes no nos hubiera traido á un tiempo el estampido de la pólvora, que sonaba así á la parte del cortijo como á la otra de la fatal colina, nada consiguiera mi autoridad: mas sea cual fuere la causa, lo cierto es que logré restablecer la disciplina en aquel reducido escuadron de voluntarios paladines.

—La noche, señores, se nos ha venido á toda prisa,—exclamó Alfonso, interrumpiendo su relacion,—y lo que me resta que decir de esta aventura requiere mas espacio del que tendrémos ahora. Suspendo, pues, hasta la próxima tarde, si es que, como yo, no empiezan Vds. á creer que mi historia se prolonga mas de lo justo.

Don Antonio. V. cuente, que cuando concluya se le dirá lo que convenga.

Don Diego. Segun veo tenemos tela cortada para rato.

Alfonso. En efecto, me queda que decir bastante; pero repito...

Redactor. Nuestro presidente lo ha dicho ya: cuando V. concluya se le dirá lo que opinamos; entre tanto, el que juzgue el cuento largo, puede no oirlo.

Alfonso. Siendo así en la próxima reunion proseguiré.

IV.

Rehabilitacion.—Vuelta á las andadas.

Alfonso: —Declinaba el sol á occidente, bañando el horizonte en purpúreos fulgentes rayos, cuando por fin nos vimos en la cumbre de la colina que Vds. saben, y desde ella contemplamos un espectáculo á la verdad poco grato. A media pendiente y sobre la derecha del camino, habia un corral de los que llaman parideras, porque á ellos se recogen las ovejas al efecto que la palabra indica, y á él se habia guarecido nuesto convoy desesperando de poder huir, ni resistirse en campo raso á los bandidos.

Siendo los muros de aquel asilo, bajos, de piedras sueltas, y coronados de pitas; para ponerse al abrigo de las balas, hubieron las desdichadas señoras de sentarse en el suelo; y en sus actitudes, que distinguíamos desde nuestra posicion, no nos fué difícil adivinar el terror que en sus almas reinaba. Nuestros siete amigos, arrodillados detrás de las tapias, se multiplicaban, por decirlo así, para oponer las bocas de las escopetas á los bandoleros, por donde quiera que se presentasen: y estos, convencidos de la dificultad de conseguir su intento mientras no lograran dividir á aquellos, echaron tambien pié á tierra, y formando dos pequeñas columnas ó mas bien grupos, visiblemente se disponian á dar el asalto por dos opuestas direcciones á un mismo tiempo. Tal era la situacion, poco menos que desesperada, de las cosas, cuando aparecimos nosotros, inspirando con nuestra presencia aliento á los cercados é inquietud á los sitiadores. Mas, en realidad y por lo quebrado del terreno, siendo la distancia que á vuelo de pájaro nos separaba tan corta, que la voz se oia de uno

á otro de sus estremos, la que los pies habian de andar hasta llegar al corral, no era para recorrida en menos de diez minutos, por el único camino practicable á los caballos. Calculando, pues, con esa dificultad que se nos oponia, se determinaron los ladrones á dar un golpe de mano contra las damas y su escolta, seguros de contenernos á nosotros, si una vez se apoderaban de aquellas. Así es que, rompiendo el fuego, como si nada tuvieran que temer de nosotros, marcharon á paso largo sobre la paridera, en dos grupos, como dejo apuntado: uno en la direccion de su entrada, otro en la opuesta. Las mujeres entonces, invocando en altas voces el favor de la Reina de los cielos, y el de todos los santos del calendario, se arrojoron de bruces al suelo, tapándose la mayor parte los oidos para no escuchar el, para ellas horrible y para nadie grato, silvar de las balas; y sus defensores, resueltos á perecer, se dividieron á fin de hacer frente, como mejor pudiesen, al enemigo.

Yo entre tanto habia examinado atentamente las posiciones respectivas, y conocido que nuestros amigos no podian resistir todo el tiempo necesario á mi gente para llegar á socorrerlos; y confieso que en toda mi vida me he visto tan indeciso. Sin embargo, lo esencial era no perder tiempo, y dignándose la Providencia inspirarme el único pensamiento capaz de salvarnos, me volví á los compañeros, que en mudo estupor contemplaban aquel espectáculo, y pregunté: —¿No hay quien sepa un atajo para la paridera? —Sí señor —contestó uno; —pero los caballos no pueden... —Pié a tierra, —clamé sin dejarle concluir; —pié á tierra: quédense los dos desmontados con los caballos, y síganme los que no quieran presenciar un desastre.»

Apenas los malhechores habian emprendido su ataque, y ya nosotros, luchando con las malezas, spartando á culatazos las ramas de las encinas, ya enredándonos los pies en las retamas, ya dejando parte del vesfido en las zarzas, ora resbalando sobre la yerba húmeda, ora caminando sobre agudas piedras, con dificultades inexplicaebles, en fin, marchábamos por el atajo siguiendo al que nos guiaba, y sintiendo resonar en nuestros corazones cada tiro de los que de hácia la paridera se oian. ¿Pero qué fué de nosotros, cuando á los cinco minutos de nuestra penosa marcha, cesó el fuego repentinamente? Señores, Vds. comprenderán lo que yo no acierto á esplicar: todos, todos los que me seguian hicieron alto y dejaron caer las cabezas sobre el pecho, como si el rayo los hubiera herido, á todos tambien, simultáneamente. ¡Desdichados! Temblaban por la vida y el honor de sus mas caras prendas. Yo, sin negar que concebí los mas funestos presentimientos, diré á Vds. que no hallándome tan personalmente interesado en el negocio como los demás, pude naturalmente conservar alguna mayor serenidad, y así, dando una gran voz, clamé: —Adelante, señores, adelante; si no auxilio, tengan venganza, por lo menos, las señoras. —Y rompiendo la marcha arrastré á mis compañeros en pos de mí. Dos pasos mas, y nos hallamos frente al corral.

Las municiones de los nuestros, allí encerrados, se habian agotado; y así que los ladrones vieron que no les hacian fuego, suspendiendo tambien el suyo, marcharon al asalto. Pero los defensores de las damas, penetrados de que despues de tan larga resistencia fuera locura esperar misericordia armaron los cuchilos de monte á guisa de bayonetas en los cañones de sus retacos, resueltos ya á morir peleando.

Casi tocaban las manos de los bandidos en las cercas de la paridera, cuando nosotros salimos del atajo, por la parte que al camino correspondia, hallándonos en tal posicion que de hacer fuego hubiéramos fusilado á un tiempo á amigos y enemigos. Era, sin embargo, preciso llamar la atencion de unos y de otros, para lo cual mandé hacer una descarga al aire, que produjo su efecto.

Por de pronto retrocedieron los que asaltaban y respiraron los asaltados, reuniéndose en el centro de la paridera, ya seguros de que el enemigo no podia penetrar en ella, y yo así que los vi separados mandé hacer fuego, resultando un ladron muerto y tres heridos en el acto.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

EL VIAGERO AMERICANO (1).

Del Anáhuac vastísimo y hermoso,
en una de las fértiles comarcas
de las que tienen por custodios fieles
al Pinahuizapan y al Orizaba,
que unidos por cadena inmensurable
de montañas agrestes y escarpadas,
con nieve eterna ornadas sus cabezas,
con fuego eterno ardiendo sus entrañas,
se alzan á ser de una region de encantos
inmutables y enormes atalayas:
en aquel punto do la vista mide
el horizonte de una gran sabana,
y á par la cumbre del vecino monte
que nombre lleva de perpétua fama (1):
allí el viagero atónito divisa,
bien que á través de la llanura vasta,
desenvolverse un nuevo paraiso
en perspectiva caprichosa y clara.
Modulan suspendidos en los aires
jardines bellos de abundantes galas,
con cenadores, parques, grutas, bosques,
y lagos mil de cristalinas aguas,
que parece sostienen silfos leves
sobre el matiz de sus movibles alas.
De rocas empinadas se derrumban
en silencio soberbias cataratas,
y en otra parte admíranse tendidos
arcos inmensos de zafiro y nacar.
Mas no le basta al caminante absorto
ver desde lejos maravillas tantas,
seducido por su estraño hechizo
á gozarlas frenético se lanza.
Ni duda ocurre á su exaltada mente,
ni sospecha de riesgo le acobarda,
pues solo atento al goce que imagina
vuela veloz, y la distancia salva,
llegando ronco, fatigado, inerte
al término feliz de su esperanza;
donde obtiene por fin ver con su asombro.....
¡un gran desierto que tapizan lavas!
Tal es la historia del viagero ¡oh jóven!
allá en tu pecho por tu bien la graba;
pues esa gloria que tu afan escita,
tan deslumbrante y bella en lontananza,
y esa ventura que en su goce finges,
son ilusiones ópticas del alma!

1846.

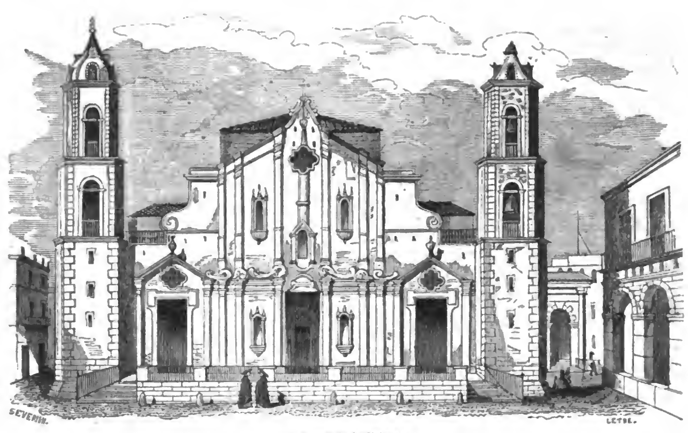
G. G. DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.

(1) Para la mejor inteligencia de esta composicion creemos conveniente advertir al lector que fue escrita en contestacion á otra de un jóven entusiasta por la poesía y ambicioso de celebridad literaria, el cual en los versos que dirigió á la autora de los presentes, felicitándola por sus obras, espresaba su opinion de que solo la gloria es un bien grande, capaz de llenar el alma, y de satisfacer los deseos del corazon humano.

(1) El monte de Pasorro.

Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Catedral de la Habana.

ISLA DE CUBA.

ARTICULO SEGUNDO.

Ya indicamos en nuestro anterior articulo que la Habana no es una ciudad notable por su aspecto monumental. Ni podia ser de otro modo. Acaso de cuantas poblaciones encierra hoy la estensa América, no hay sino una que pueda algun tanto enorgullecerse con edificios bellos y construidos en gloria del arte: la ciudad á que aludimos es Méjico. Capital de un magnífico imperio, destrozado hoy por civiles contiendas, inagotable manantial de riquísimas minas, cuya hermosa plata circula aun hoy por los mercados del mundo, Méjico fué la joya mas estimada de nuestros monarcas, y á la que principalmente, y con justo motivo, destinaron su munificencia. Cuando lleguemos á recibir algunas láminas curiosísimas que esperamos, consagraremos nuestra atencion en algunos artículos á la gran ciudad de Méjico, y conocerán nuestros lectores sus mas suntuosos edificios. Baste por hoy esta indicacion.

Despues del *Templete* que hemos ya descrito, interesante por su gusto y sencillez, como por el recuerdo que perpetúa, debemos hablar de la catedral de la Habana. A la concl: s on del siglo XVII era todavía este edificio una modesta ermita consagrada á S. Ignacio, y de escasa importancia. Llevados los jesuitas de su ambicioso anhelo de engrandecimiento y dominacion, cuya utilidad en ciertos casos no negaremos nosotros, pensaron sériamente en dar ensanche y fomento á la humilde casa que allí representaba su órden, convirtiéndola en un templo cómodo y rico. En 1724, y despues de haber puesto á contribucion la caridad del vecindario, comenzaron los propios jesuitas la construccion de las obras, que dieron á la citada capilla el aspecto que en la actualidad tiene; pues ejecutada por el gobernador Buccarelly su espulsion de la Habana, aquellas quedaron sin concluir. Esceptuando el altar mayor, fabricado de hermosos mármoles de Italia, y cuya construccion es de una sencillez elegante, la catedral tiene poco que admirar seguramente. Al artista Vermay se debe la pintura de las bóvedas, y al virtuosísimo y célebre obispo Espada y Landa el ornato y enriquecimiento que gradualmente ha ido adquiriendo.

Pero el gran tesoro que encierra, y que la hace ser visitada de cuantos estranjeros arriban á la culta capital de Cuba, es el sepulcro en que descansan los restos mortales del osado marino que dió un nuevo mundo á Castilla, del sábio genovés que por divina inspiracion del genio se embarcó modestamente en el puerto de Palos, del ilustre Cristobal Colon. A la izquierda del presbiterio, y en primer término, se nota una lápida poco suntuosa, sobre la cual está grabado el busto del grande hombre, y mas abajo se leen estos detestables versos consagrados á su memoria:

«¡Oh restos é imágen del grande Colon!
Mil siglos durad guardados en la urna,
y en la remembranza de nuestra nacion.»

Las autoridades locales de la Habana deberian mandar que se borrase la anterior inscripcion, colocando en su lugar otra que mas correspondiese á la grandeza del asunto. De otra manera, los infortunios y sinsabores de Colon no habrán terminado ni aun en la tumba en que para siempre yace. En cuanto á la historia de la traslacion de sus cenizas á Cuba, todos sabemos que desde Valladolid, en donde murió, fueron trasportadas á Sevilla, de esta ciudad á Santo Domingo, y finalmente á la Habana en 1796. No podemos resistir al deseo de insertar las siguientes palabras de un biógrafo estrangero al ocuparse de dicha traslacion: «Trescientos años despues de su muerte fueron estraidos sus restos de la isla de Santo Domingo, como sagradas reliquias nacionales, con pompa cívica y militar, con ceremonias religiosas, y disputándose con empeño la primacía de mostrarle reverencia los personajes mas ilustres y condecorados; y apenas cabe en lo posible la consideracion de que de aquel mismo punto saliera antes cargado de cadenas ignominiosas, perdida su fortuna, empañada su reputacion, y perseguido por los insolentes sarcasmos de la chusma soez que lo escarnecia. Esas honras no devuelven nada indudablemente al que murió; no son poderosas á espiar las injurias, las vejaciones, los sufrimientos morales que abren en el corazon profundas heridas, que abrevian á un héroe el término prefijado en que debe convertirse en polvo; pero sirven no obstante de dulce consuelo á las almas ilustres y calumniadas, alentándolas á que opongan la resistencia de una valerosa resignacion contra los baldones presentes, y enseñándoles con este ejemplo el medio, único por desdicha, de que el verdadero mérito sobreviva á la injusticia, y reciba una recompensa mas segura, mas merecida en la admiracion de las futuras edades.»

El escritor de quien las anteriores palabras copiamos, que contra la costumbre de los de su pais hace justicia á nuestras glorias nacionales, tendrá mucho de que admirarse en la historia de los hombres que mas lustre y prez han dado á España. Aquí ninguno estraña la suerte que cupo á Colon, á Hernan Cortés, á Cervantes y á tantos otros: el ejemplo de uno, que habiendo prestado servicios á nuestra patria, haya tenido siquiera la fortuna de no ser quemado por la inquisicion, ó vilipendiado y perseguido, es lo que en este pais maravillaria á las gentes.

7 de Abril de 1850.

No saldremos de la catedral de la Habana, á donde el buen lector ha tenido la amabilidad de acompañarnos, sin hacer mencion de un cuadrito al óleo que está colocado frente al sepulcro de Colon, y que es algo notable por su pintura y por haber sido hecho, segun al pié consta, catorce años antes de ser descubiertas aquellas regiones. Representa la ceremonia de bajar el crucifijo hácia la hostia por el pontífice, con asistencia del emperador, cardenales y obispos: el estilo que en dicho cuadro campea hace creer que fué pintado verosimilmente en Roma, al renacimiento de las letras y bellas artes. Ignórase por lo demás quién fué la persona que lo llevó consigo al nuevo mundo; y solo sabemos que desde 1823 está colocado en el referido sitio de la catedral.

La capitanía general ó palacio del gobierno, que forma uno de los costados de la lindísima *Plaza de Armas*, es un edificio poco notable y que de ningun modo corresponde á la alta magistratura que por razones especiales ejercen allí nuestros gobernadores. Dicha casa es elegante, espaciosa; pero sin salir de la esfera particular, hay muchas mejores en Madrid y algunas en la Habana. En el pórtico de este edificio se hallan establecidas las escribanías de número. A espaldas de la capitanía general está el convento de *Santo Domingo*, cuya iglesia nada notable tiene, y en cuyo recinto se han establecido las aulas de la universidad: universidad de escasísima importancia, que apenas logra reunir cien estudiantes de todos los cursos en cada año.

La iglesia de San Francisco merece que nos ocupemos de ella por ser quizá la mas notable en riqueza que tiene la Habana: su arquitectura, poco elegante, pertenece al gusto por las obras *macizas ó abultadas*, que prevaleció en la península despues de la decadencia del conocido por *gusto de Herrera*, ó sea imitacion exacta de los órdenes dórico y corintio y el compuesto. «La forma de la enunciada iglesia (1) es de una nave principal de buena altura, con dos órdenes de capilla á una y otra parte, siendo la techumbre de aquella y de estas iguales en la materia y arte. Levántase sobre los cuatro arcos forales de la mayor una espaciosa cúpula ó cimborio, desde donde corren por lo interior hasta el coro, sobre dos cornisas voladas, unas vistosas galerías matizadas de verde y oro. Su torre, que tiene cuarenta y ocho varas de altura, y en la que hay un hermoso reloj, es la mas linda de todas las de la ciudad, y carga encima de los muros de su fachada, ó sobre el arco de la puerta principal, siendo de bella simetría, y correspondiente al templo, que es hasta ahora el mas espacioso y adornado de retablos: sobre todos los que contiene, es el mejor el que dedicó un Illmo. obispo á San Francisco Javier, apóstol de la India. Su coro tiene una bien labrada sillería de caoba, y su sacristía está muy provista de ornamentos y vasos sagrados, debidos á la piedad de sus bienhechores. El convento se compone de tres cláustros espaciosos, con setenta celdas para cómoda habitacion de los religiosos. Hay ademas tres cuadros que representan la vida de San Francisco, uno que se intitula *la familia del Santo*, con otros varios que adornan la sacristía, y el del Illmo. Sr. obispo D. Fray Juan Laso de la Vega.» Réstanos decir respecto de este edificio, que comenzó á construirse en 1574, y terminó en noviembre de 1738, consagrándose en 1.º de diciembre.

Concluiremos el presente artículo con la descripcion mas exacta posible del gran teatro de Tacon, que es hoy la página mas elocuente de la rápida cultura, de la adelantada civilizacion, que vienen distinguiendo á la Habana de algunos años acá. La fachada de este teatro es muy sencilla, demasiado sin duda para la magnificencia interior, que de ningun modo revela: consiste en tres arcos anchos, arcos de poca altura, que rematan en una cornisa con pequeños obeliscos, sobre la cual se destaca desairada la montera que cubre el teatro. Pero una vez dentro de este, todo es elegante, espacioso, y admirablemente distribuido: todo pone en ridículo los principales teatros de España, y muy singularmente los de la coronada villa que la sirve de Córte. Inmediatamente despues de las tres grandes rejas que forman la entrada, hay un bellísimo patio circular con pilastras, fuente y dos lujosos cafés á los lados. Los corredores y pasadizos que conducen á las distintas localidades, son estensos, y en ellos pasea la gente sin molestarse: hay ademas un salon para fumar, y otro anchísimo patio para tomar el fresco. Las lunetas, que teniendo en cuenta el escesivo calor de aquel clima, no se han convertido en butacas, pasan de dos mil, y estan colocadas entre calles intermedias, que hacen sumamente fácil el trayecto. Hay tres órdenes de palcos, y estos son desahogados, teniendo por delante una barandita de reja, que permite á las señoras lucir desde el elegante peinado hasta el diminuto pie habanero. Hay además dos órdenes de galería alta, y la superior está destinada para la gente de color. El proscenio corresponde á lo demás por su estenso foro y lujosa embocadura, sobre la que hay un hermoso reloj: sentimos no poder decir lo mismo respecto de las decoraciones, que sobre haber muy pocas, son viejas y generalmente de poco mérito. El conjunto de este teatro, alumbrado por una magnífica araña, es verdaderamente suntuoso y digno de una capital floreciente. Nunca podremos recordar sin entusiasmo el aspecto que presentaba en noches de ópera, en que *Marini* y la *Steffenoni* hacian oir en él sus acentos..... Todas las localidades se encontraban ocupadas, y las mil habaneras que con sus trages claros y aéreos se veian en los palcos, parecian otras tantas Sílfides suspendidas lijeramente entre el cielo y la tierra, es decir, entre las lunetas y la techumbre.

Pero, nos preguntará algun lector, ¿hay gusto por el teatro en la Habana? No vacilaremos en responder afirmativamente. Durante la temporada de ópera, que comienza en octubre y acaba en abril, el teatro de Tacon se encuentra constantemente lleno, á pesar del subido precio de los abonos y localidades. El empresario de dicho teatro ganó el año próximo pasado mas de 30,000 duros, despues de cubiertos los enormes sueldos que se hacen pagar en América los artistas de algun mérito. Desgraciadamente no sucede lo mismo con las funciones dramáticas, y eso que los habaneros son esencialmente mas aficionados á la dramática que á la ópera; pero los detestables actores que tienen la desgracia de oir hace ya tiempo, son capaces de hacer odiar las obras mas aplaudidas de Hartzenbusch y García Gu-



(Estátua de Carlos III, en la Habana.)

(1) Memorias de la sociedad patriótica de la Habana.

tierrez, de Breton de los Herreros y Rubí. Cuando nuestra bella amiga, la distinguida actriz Sra. García Luna estaba en la Habana, y los carteles anunciaban su salida, el teatro se veia lleno..... hoy lo que allí queda es una turba de seres malhadados que no pueden servir ni de comparsas á los Valeros, á los Romeas y á los Arjonas.

EMILIO BRAVO.

EL VENERABLE PADRE CIPRIANO BARACE.

Aquel gran padre de familias, que segun el Evangelio no cesa á todas horas de enviar operarios á su viña, destinó en el siglo XVII, á trabajar en la inculta del Nuevo Mundo, á un navarro como San Francisco Javier, á un diocesano de Pamplona como San Ignacio de Loyola, y á un hijo y hermano de ambos en la Compañía de Jesus.

Isaba, villa del valle de Roncal situado entre las elevadas é imponentes masas de los Pirineos, en el estremo nordeste del antiguo reino de Navarra, fué la cuna del V. P. Cipriano Barace. Nacido este roncalés de labradores timoratos, recibió una educacion sólida en los principios de moral y religion, y aspirando al sacerdocio cual sus dos hermanos, estudió la gramática latina; pero faltos sus padres de los medios indispensables para costear la carrera literaria, viéronse obligados á retirarle de las escuelas para los ejercicios del campo. Tanto ellos como el jóven alumno se resignaron mal de su grado á semejante conflicto, y ocurriendo entonces con afectuosa piedad su hermano don Pascual, comprometióse á dividir sus alimentos con Cipriano, interin cursára los estudios mayores en la universidad de Valencia.

Concluido felizmente el curso de Filosofía, caminaba nuestro escolar con el mismo teson por el de la sagrada teologia, cuando don Pascual le escribió qne abandonase la Universidad, pues no podia continuar asistiéndole por la escasez de su renta. Esta noticia hirió en el corazon á Cipriano, quien sin embargo respondió animoso á su hermano: «que ya no era tiempo de dejar lo comenzado, y que fiaba de la Providencia Divina el socorro de sus alimentos.» Con esta resolucion determinóse á romper por la vergüenza de la mendiguez, si fuese necesaria, y por las molestias de una servidumbre á que se sujetó, sirviendo de ayo al niño de un famoso médico, que se enamoró de la virtud y modestia del jóven teólogo. El ayo cumplió exactamente con su cometido, sin que las atenciones agenas le embarazasen las propias de su estudio, compensando su discrecion y desvelo el tiempo que le robaban los cuidados estraños. Terminada con lucimiento la teologia, estuvo otros dos años de pasante en ella, y en tal situacion se hallaba cuando fué nombrado beneficiado de Isaba, á consecuencia de haberse transigido con esta condicion entre otras en el ruidoso pleito que se suscitó entre su citado hermano don Pascual y el electo para la abadía ó curato de dicha villa, sobre mejor derecho á semejante cargo. Cipriano tomó posesion del beneficio, pero lo renunció despues contento con ser medianero en la discordia, patentizando asi que los impulsos que sentia de entregarse á una vida perfecta, no le nacian de falta de medios humanos, sino de inspiracion divina.

Tres religiones se le ofrecian á su deseo, como mas célebres en la observancia de sus respectivos institutos, á saber: la Cartuja, los Capuchinos y la Compañía de Jesus. El retiro, la aspereza de las penitencias, y el empleo de ganar almas le tiraban el corazon á todas tres religiones; mas no hallando modo de combinar en una sola dichos tres fines, adoptó el partido de remitirse á la casualidad de una suerte, sin embargo de que este espediente es peligroso y está sujeto á inconvenientes, cuando la deliberacion no es entre estremos de igual seguridad. Al efecto echó tres cedulitas con el nombre de las tres religiones, y la primera vez sacó la Compañía; pero no satisfecho con la incertidumbre de la contingencia, volvió á barajar las cedulitas, y sacó la que tenia el nombre de la Cartuja. Repitiendo el sorteo tornó á salir la Compañía, y determinóse entonces á entrar en esta, por parecerle que á favor suyo habia mayores muestras de la voluntad divina. Pidió, pues, con grande anhelo su admision en tan célebre Orden, y no pudiendo apartar de sí el retiro y austeridad que veia sobresalir en los cartujos y capuchinos, quiso hermanarlo todo en la preferida corporacion religiosa, espresando que le recibiesen para alguna provincia de Indias.

Asi se realizó por los años de 1671 con el mayor alborozo de Cipriano, quien fué admitido en la Compañía con destino al Perú, por hallarse á la sazon en España el procurador de esta provincia americana, el cual andaba recogiendo operarios para la mucha mies que se ofrecia en tan remotas regiones. Dió principio el recien admitido á su noviciado en el de Tarragona, donde esperando oportunidad de embarcarse llenó seis meses de loables ejercicios de virtud, y los prosiguió con el mismo tenor en la navegacion. Cumplido el noviciado en la ciudad de Lima, al fin de los dos años de costumbre hizo con aprobacion comun é indecible alegria propia los votos religiosos, y en seguida trataron los superiores de que se ordenase; porque aunque se practicaba en la Compañía que nadie recibiera los sagrados órdenes hasta haber transcurrido cinco años de religion, la madurez y sólida virtud de Cipriano y la firmeza de su vocacion eran motivos poderosos para abreviar aquel plazo. Preparóse, pues, con ocho dias de fervorosos ejercicios espirituales para ascender al sacerdocio, y en 11 de junio de 1673 fué creado presbítero.

Despues de ordenado permaneció poco mas de año y medio en Lima, sin cesar de dia y de noche de atender al bien de los fieles, especialmente en el confesonario en que se mostró incansable. Refiriéndose entre tanto la gloriosa muerte de dos misioneros á manos de los infieles en Chile y las Marianas, el P. Cipriano, estimulado por tales ejemplos, pidió licencia para entrarse por aquellas naciones, y reducirlas todas á nuestro Criador. Otorgósele permiso para pasar á las misiones de Chile, á tiempo que se vieron señales de abrirse la de los Moxos en la misma provincia del Perú. Con esto los superiores echaron mano del fervoroso roncalés, conmutándole en la de los Moxos la mision de Chile, para donde poniéndose luego en camino, atravesó con la mayor presteza posible las quinientas leguas que median entre Lima y la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Diéronle por compañeros á otro sacerdote y á un hermano de la Orden, de igual vocacion y espíritu, y juntos partieron de dicha ciudad en unas débiles embarcaciones de los mismos gentiles, en las cuales es casi continuo el riesgo del naufragio.

Despues de diez ó doce dias de navegacion por el rio Guapay, tomaron puerto y posesion de la dilatada region de los Moxos en nombre del rey del cielo y de la tierra, el dia 20 de junio de 1675, habiéndose encargado de su hospedaje un indio que gozaba de autoridad entre los de su pueblo, el cual constaba de cien almas. La casa en que se les hospedó era la destinada para las públicas embriagueces; tenia diez varas de largo y menos de ancho, y se componia de una enramada, bastante solo para defender de los aguaceros y dar alguna sombra contra los ardores del sol. Dividiéronla los misioneros en cuatro piezas: tres para el albergue de ellos, y la otra para capilla en que levantar el altar portatil que llevaban; para lo cual purificaron aquel inmundo lugar y empezaron á celebrar el santo sacrificio de la misa, asistiendo á esta los bárbaros con la mayor admiracion y respetuoso silencio.

Tras los dias indispensables para inspirar confianza á los indios, el primer cuidado de los padres fué reconocer la tierra y tantear la esfera de las esperanzas que pudieran prometerse en su árdua empresa. Al efecto admitiendo las embarcaciones que les ofrecieron los indios amigos, procedieron á registrar las márgenes del rio Marmoré, fiados en la proteccion divina, sin camas, sin defensa de los abrasadores rayos del sol, sin reparo alguno á las inclemencias del cielo ni á las plagas de los mosquitos que atormentan en aquellos paises ardientes. Fué grande el gozo de los obreros evangelicos por la buena disposicion de aquellas gentes, que á la fama de su liberalidad acudian á las orillas del rio con regalos que les presentaban de los frutos de la tierra. Los padres correspondian con donecillos de cuentas de vidrio, anzuelos, agujas, cascabeles y otras bugerias; cosas todas nuevas y peregrinas para los indios, quienes por lo tanto las recibian con el mayor asombro y aprecio, habiéndose convencido los apostólicos varones ser de gran momento tales dádivas, pues si las omitian esperimentaban el desvio y apartamiento de aquellos idiotas. Sirvió tambien la jornada para reconocer que no se podia dar paso sin aprender la lengua de los naturales.

El P. Cipriano acometió con grande anhelo tal estudio, con la dificultad que se deja entender donde no habia maestro ni intérprete, ni la rudeza de los indios daba esplicacion á las palabras: empero, el celo y la constancia de los padres lograron al cabo de dos años hacerse dueños del idioma, y entonces empezaron á proponer eficazmente á los infieles el fin principal de su venida. Andaba el P. Roncalés de pueblo en pueblo, caminando muchas leguas á pié por los caminos ardientes y pantanos de aquella tierra, metiéndose intrépido por los peligros, sin mas armas ni compañía que la señal de la cruz; y no obstante, los pueblos que á veces le recibian con arcos y flechas en las manos, oian luego con alguna docilidad la embajada que de parte de Dios les anunciaba. En estas correrias se sacaba tambien la ganancia de los bautismos de algunos párvulos, que sin dificultad ofrecian los bárbaros en el artículo de la muerte, y fueron las primicias de aquella nueva iglesia. Pero el genio del mal logró persuadir á los gentiles, que la muerte que venia en pos del bautismo era efecto de este sacramento y no de las enfermedades, y asi principiaron á mirar con horror medicina tan saludable. Esta prevencion

de los naturales creció con el soplo de la malignidad de dos indios cristianos, quienes propalaban ser los padres espias de los españoles, y que estos entrarian á dominarlos y oprimirlos con las noticias que les diesen aquellos. Por mas esfuerzos y protestas que hicieron los obreros evangélicos contra la maledicencia, nada pudieron conseguir, y llegaron á quedar en el mas peligroso aislamiento y desamparo, viéndose obligados á ejercitarse en la pesca y en la caza con el uso del arco y de la flecha, para proporcionarse el sustento necesario.

Conociendo el P. Cipriano que en tan críticas circunstancias nada era posible adelantar en su apostólico ministerio, trató de atender á lo que hasta entonces habia desatendido, á su propia persona. Hallábase esta maltratada hacia cuatro años por unas cuartanas, en que degeneró la gravísima enfermedad que le puso al borde del sepulcro, originada de la estrañeza del clima, de lo insalubre y escaso de los alimentos y demas penalidades y privaciones. Con tan justo motivo trasladóse á Santa Cruz de la Sierra, donde durante la convalecencia aprendió el oficio de tejedor que despues enseñó á los gentiles, para que pudiesen cubrir su grande desnudez y presentarse con decencia y honestidad.

Poco le duraron la convalecencia y descanso de Santa Cruz, porque su gobernador echó mano de él para la reduccion de una nacion vecina llamada de los Chiriguanas, por los cuales fué bien recibido, habiéndose hecho en poco tiempo dueño de su idioma. Empezólos á catequizar; pero ellos correspondieron con tales abominaciones, que el padre se vió precisado á los siete meses á desampararlos y restituirse á sus antiguos Moxos. Halló á estos mas dóciles á sus consejos, á que ayudaron grandemente las persuasiones de un indio gentil de los mismos Moxos, llamado Iucu, á quien el cielo inspiró notable aficion á los misioneros, habiendo llegado por fin á comprender aquellos seres degradados las ventajas que les resultarian de unirse los pueblos pequeños y formar poblaciones grandes, sujetándose en todo á la direccion de tan buenos amigos. Juntarónse pues, de diferentes pueblecillos ó rancherías hasta seiscientas almas, y tratándose en seguida de su instruccion enseñabáseles cada dia muy prolijamente la santa doctrina. Con el conocimiento de esta avergonzáronse los salvajes de su ceguedad, condenaron al fuego todos los ídolos y demas instrumentos de la superstición, y manifestaron deseos de recibir el primer sacramento; sin que desistiesen de su santo propósito con las sugestiones de los malignos, que atribuyeron á la determinacion de abandonar las máximas de sus mayores, la fatal pestilencia que á la sazon hizo miserable estrago en las vidas de aquellos pobres. Pasada esta tormenta, al cabo de seis años y ocho meses de paciencia, con indecible júbilo del P. Cipriano y sus compañeros, dióse principio á la nueva cristiandad de los Moxos con el bautismo solemne de todo el pueblo, habiendo sido este memorable suceso á los 25 de marzo de 1682, dia de la anunciacion de Nuestra Señora, por cuya razon se dió el nombre de su santa casa á este primer pueblo, que por eso desde entonces se llamó Loreto.

Formado este pueblo, gastó el P. Cipriano cinco años en su aumento y establecimiento, habiendo conseguido reunir en él hasta dos mil personas y organizarlo todo con el debido órden. En el interin habia entrado socorro de nuevos operarios, y entonces marchó nuestro misionero á reducir otros pueblos, sin llevar consigo mas que un altar portátil, un indio nuevo cristiano que le ayudase á misa, un breviario, algunos papeles, un lienzo ó red para cama, y algunas bugerías para regalillos. Para la formacion de un nuevo pueblo escogió el parage en que años antes hicieron asiento dos padres de la Compañía, y tuvieron que abandonarle por la mala disposicion de los naturales, que entre todos los Moxos se conocian por mas irreducibles. El celo y la industriosa caridad del P. Cipriano hallaron modo de tratar con aquellos salvajes. Sentábase con estos, y se tendia en el suelo para conversar: dormia entre ellos con aquel desabrigo que á manera de fieras los acostumbra á las inclemencias del tiempo: comia con ellos sus viandas escasas y malas: no escusaba el acompañarlos y ejercitarse en sus cazas y pescas, ni omitia otras acciones en que se hacia por Cristo bárbaro con los bárbaros. Condolido ademas el infatigable misionero de la total falta de curacion de aquellos infelices en sus dolencias, aplicóse á conocer la virtud curativa de algunas yerbas, y buscó algunos papeles y libros ó instrumentos de medicina y cirujía. Con tales recursos dióse á ejercer los oficios de médico, cirujano, boticario y hasta de enfermero por la absoluta estupidez de aquellas gentes, y así acabó de cautivar su voluntad, consiguiendo que se congregasen en el parage escogido en número de dos mil personas.

Formó pues, un nuevo pueblo, al cual dió el nombre de Trinidad, y logró que en breve se pusieran los nuevos pobladores en disposicion de recibir las aguas del santo bautismo. Con la nueva ley introdujo el P. Cipriano nuevas costumbres, desterrando las públicas embriagueces á que eran muy aficionados los recien convertidos, y ordenando y variando los asquerosos y supersticiosos bailes con que las celebraban, y que comunmente terminaban en muertes, venganzas y otros delitos. Para que hubiese orden y decoro en tales diversiones era necesario algun instrumento, y no habia quien le tocara: no se dedignó el Padre hacerlo con una vihuela, en que adquirió alguna destreza en su mocedad; y proporcionándose un tamboril, aunque no le manejó jamás, merced á la caridad ingeniosa, supo tocarle en términos de inventar una danza tan exenta de inconvenientes, que pasaba de entretenimiento á celebridad y veneracion de lo sagrado. Accion fué esta semejante á la del grande apóstol Javier, cuando por ganar á Cristo una alma perdida aparentó ser jugador de náipes.

Atendiendo al bien temporal á la par que al espiritual de los nuevos cristianos, introdujo el venerable Padre las artes mecánicas, útiles al buen ser de la república, como el cultivar los campos con arado, y los oficios de arquitecto, carpintero, herrero y otros: igualmente trató de conducir ganado para que su carne sirviera á aquellos moradores en lugar de la de caza, que era con lo que principalmente se mantenian; pero no habiendo probado bien el cabrío, ni el de lana ni cerda, se tuvo que apelar al vacuno, á pesar de distar por la parte mas cercana setenta leguas por espesas montañas, sin que hubiese abierto camino alguno. No habiendo quien se encargara de tal empresa, embarcóse el mismo Padre para Santa Cruz de la Sierra, buscó hasta doscientas cabezas, invitó algunos mozos que le ayudasen, y empezando á caminar tuvieron que romper pedazos de montañas, franquear rios, y luchar con las reses que porfiaban por volver á sus querencias. Faltaban ya las fuerzas y en los ayudantes la constancia, porque cansados de pelear con las dificultades retrocedieron y dejaron al varon apostólico poco menos que solo. Ibase tambien quedando el ganado, que el Padre con increible teson lo rodeaba, metiéndose á veces hasta la rodilla por los pantanos y lodazales. Cincuenta y cuatro dias gastó en esta jornada, siempre por despoblado y con riesgo de fieras y de indios caribes, habiendo llegado por fin triunfante á la mision, aunque con menos de la mitad de las reses, con grande consuelo de todos y alivio de toda la tierra, en la cual se multiplicó dicho ganado.

En seguida pensó nuestro apóstol en fabricar templo al Señor, que hasta entonces moraba en una humilde ramada, la que apenas merecia el nombre de casa de cañas. Hizose él mismo maestro y oficial de la obra, animando á unos á que fuesen á cortar madera, y enseñando á otros á formar adobes; y yendo delante con el ejemplo de acarrear los materiales, levantó una aseada iglesia, que fue la primera que se edificó de adobes en aquellas tierras. Mas como con el tiempo creciese notablemente el número de los cristianos, construyó despues de algunos años con gran primor otra mayor de tres naves, de sesenta y tres varas de largo y veinte de ancho; edificio el mas vasto que hasta entonces habian visto aquellas naciones, las cuales acudian á contemplarlo como á una maravilla. Dispuso el infatigable Padre que se realizase con la mayor solemnidad posible la dedicacion del nuevo templo, á cuya ceremonia concurrió por lo tanto grande muchedumbre de cristianos y gentiles, y la tornó mas plausible el bautismo solemne de muchos adultos, reservado de propósito para mas celebridad del dia.

Puesto en buen órden el pueblo de la Trinidad, y reducidas á él y al de Loreto todas las poblaciones que al principio se registraron, aventuróse el P. Cipriano á descubrir otras naciones, acompañándole para mayor seguridad competente número de indios armados. Al cabo de seis dias sin hallar rastro de persona humana, ofrecióse á su vista la tribu de los Coseremonos, la cual se asustó con la novedad escondiendo con gran diligencia los niños y las mugeres, por suponer se los iban á arrebatar los descubridores. Con las muestras pacíficas y afectuosas del Padre aquietáronse aquellos infieles y dieron señales de escuchar con agrado las proposiciones religiosas que mas adelante aceptaron. Lo mismo aconteció con los llamados Cirionos y con los Guarayos, cuyo nombre se oia con horror entre todas aquellas naciones, por ser enemigos de todas ellas, á causa de su fiera costumbre de sustentarse de carne humana.

Con tales descubrimientos de gentes iba cada dia tomando cuerpo la mision, y al mismo paso crecia la necesidad de los medios de subsistencia y demas géneros, que habia que conducir desde doscientas leguas de distancia. Discurriendo el modo de abreviar tan largo camino, emprendió el fervor del P. Cipriano una trabajosa espedicion en el año de 1697 al través de una cordillera, en compañía de los indios de mas confianza y con los instrumentos necesarios para hacerse lugar en la aspereza de las montañas. Dieron luego en lo intrincado de estas, donde tropezaron con una nacion denominada de los Raches, los cuales, aunque recibieron bien al Padre, no le quisieron guiar en aquel laberinto. Con esta repulsa salió el infatigable misionero con sus indios á catar la serranía, donde todo fué desatinar y perder el tiempo, consumir los alimentos y padecer grandes trabajos, los cuales sin embargo proporcionaron el encontrar un manantial de agua muy salobre, que tomando cuerpo á fuerza de cocimiento, se convertia en

muy buena sal. Celebróse este hallazgo en la mision como noticia de grande utilidad para toda ella, pues asi podrian proveerse de artículo tan esencial aquellos pueblos, sin el afan de llevarle del Perú á distancia de doscientas leguas.

Al siguiente año volvió el P. Cipriano á la misma árdua espedicion; pero perdiéndose en lo enmarañado de los montes le fué forzoso retirarse, por no perecer con su gente. Acometiendo por tercera vez igual empresa, previno á otro misionero, que saliendo del Perú le fuese á encontrar por donde habia fama que entraron los conquistadores españoles, al paso que él subiria la serranía por la banda de los Moxos, y que ambos para ver si podian descubrirse mútuamente habian de hacerse señas encendiendo hogueras en lo alto de los cerros. El Padre que entraba por el lado del Perú no pudo aguantar mas que algunas jornadas, y retrocedió dejando algunas fogatas; pero estas no pudieron ser vistas por el P. Cipriano, el cual halló la cordillera muy doblada de subidas y bajadas inaccesibles, cuyas profundidades sombrías estaban ocupadas por diferentes rios y arroyos, siendo necesario valerse, por lo dificultoso de su paso, de la industria de buscar algunos palos, que entretejidos unos con otros sirviesen de mal segura barca. No se descubria en tan lúgubres contornos pisada alguna de persona humana, y solo se hacian reparar el ruido y rastro de las fieras, que tenian en contínuo desvelo el cuidado. El venerable Padre no llevaba mas abrigo ni ropa que sobre la interior la sotana, sin tener que mudarse, ni en qué reponerse de noche de las fatigas del dia, porque asi este como los demás caminos, los hacia contento á imitacion de los indios con colgar de un árbol á otro una red ó pedazo de lienzo en que suspender el cuerpo, á fin de que no cargase inmediatamente sobre el suelo mojado. Acabáronse los bastimentos y faltó tambien el alivio del fuego por la escesiva humedad, acostándose por lo mismo el Padre continuamente mojado, acosado á la vez por el hambre, la desnudez, el frio y el cansancio. Varios de los indios retrocedieron con tiempo: el Padre, aunque empezó á desfallecer, animaba á los demás con el socorro y la esperanza divina, y esforzándose todos con tan santas palabras pudieron volver á parage mas benigno que les libró del frio y de la humedad. Con este alivio lograron llegar á los pueblos de los Raches, quienes les dieron el reparo de alimento reclamado por su estrema necesidad. En seguida partió el Padre para su antigua mision, donde le miraron como resucitado; y en verdad, él que era muy medido cuando hablaba de sus trabajos, llegó á decir que nunca se tuvo por muerto sino en esta ocasion.

Por cuarta vez volvió á los mismos riesgos y fatigas, y entonces premió Dios su constancia, porque cuando creia estar tan enredado como antes en la espesura de las montañas, se halló en la ceja de estas y á la vista del Perú. Los indios esplicaron con gritería el alborozo, y el padre los envió con la nueva al colegio mas cercano de la Compañía, el cual la recibió con indecible alegría, al ver que se podia contar con un camino de solas quince jornadas, en lugar de las cuarenta que tenia el antiguo. En estas circunstancias dió pruebas de la mayor abnegacion el apóstol de los Moxos, pues siendo tan natural el reparar las quiebras de la salud causadas por tantos trabajos, y hacer una visita á las tierras de los cristianos y á los amigos y conocidos antiguos, en ausencia de mas de veinte y cuatro años, retrocedió á su mision por el nuevo camino.

Despues de muchos peligros y penalidades descubrió tambien la nacion de los Tapacuras, consiguiendo que se reconciliasen con los Moxos y con sus crueles verdugos los antropófagos Guarayos. Pero el descubrimiento de mas importancia fué el de los Baures, cuyas primeras tierras estaban á los ocho dias de camino del pueblo de la Trinidad. Eran aquellos gentiles menos rudos é incultos que los Moxos, pues tenian con alguna regularidad las poblaciones, eran agasajadores de los huéspedes, y las mujeres llevaban vestidos decentes. Prometiéndose, pues, el P. Cipriano fundar una florida cristiandad entre los Baures, entró en su pais sin mas comitiva que la de tres mozos y un muchacho que le ayudase á misa. Recibiéronle en el primer pueblo con indecibles muestras de alegría, y lo mismo sucedió en otros cinco á que pasó por convite de los mismos pueblos. Viendo que de la poblacion inmediata no le anticipaban igual convite, resolvió el Padre anunciar su visita, porque tenia esperiencia de que con la repentina llegada de hombres á caballo solian quedar desiertos los pueblos. Llevóse el mensage por los naturales, á pesar de la repugnancia con que lo hicieron, á pretesto de ser los vecinos gente muy esquiva y agena de las leyes de la hospitalidad, llegando á poco rato el intrépido misionero, quien fué recibido con muestras de buena voluntad, bastantes para sosegar cualquiera sombra de recelo.

Al dia siguiente hallóse convidado por los moradores de otra poblacion, los que le acogieron con señales de verdadera amistad, correspondiendo el Padre con las dádivas de costumbre y con palabras que fueron escuchadas con agrado, Por la noche alarmó al apostólico varon y á los suyos el sonido de unos tambores que tocaban en el pueblo de donde venian y en otro inmediato, habiéndose aumentado su cuidadoso desvelo al advertir que desfilaban algunas cuadrillas de gente del uno al otro pueblo. Juzgando que semejante movimiento indicaba alguna fatal novedad, mandó el Padre prevenir las cabalgaduras para la retirada; pero en el interin llegaron mensageros de otro pueblo cercano, pidiéndole con toda urbanidad que le favoreciese con su visita. No pudo negarse á tal invitacion, aunque los suyos se lo disuadieron, y asi el Padre no cabia de gozo al ver que los convidadores le recibieron con los mayores estremos de agasajo. A las pocas horas dió la vuelta al punto donde dejó las caballerías; pero hallándole yermo tuvo por cierto su peligro. Montó á caballo, y al entrar en la poblacion donde primero se habia tocado el tambor, le salieron al encuentro cuadrillas de gente armada de tres pueblos con arcos, flechas y macanas. El bárbaro que capitaneaba á los demás, instó al P. Cipriano que se quedase en su pueblo. Escusóse con razones de cortesía: prosiguió su camino, y el tropel de gente iba en su seguimiento con voces y ademanes amenazadores, hasta que al atravesar un mal paso que hacia un pantano, dispararon una lluvia de flechas. Sintióse herido el inofensivo apóstol en un muslo y en el brazo en que llevaba la cruz, y herida tambien la cabalgadura despidió al venerable ginete. Entonces huyeron los que le acompañaban, y los bárbaros arremetieron con furor, causándole muchas heridas que recibia repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y María, abrazado todavía con la cruz, que se la arrebató uno de aquellos verdugos. Descargándole en seguida un recio golpe de macana acabaron de quitarle la vida, preciosa por ser ofrecida en holocausto.

Los bárbaros rodearon el cadaver, y metiéndole entre el agua cenagosa le cubrieron de yerba. Estaba entonces claro y sereno el cielo; mas repentinamente cayó un fortísimo aguacero, que hizo retirar á los bárbaros á guarecerse en los montes, y dió lugar á que se salvasen los compañeros del Proto-Martir de aquella mision, á quienes guardaba Dios para testigos de su glorioso fin. Ocurrió este en el año de 1702, á los 27 años y dos meses y medio de apostol de los Moxos, y á los 61 de su edad, en el dia 16 de setiembre, en que celebra la iglesia el ilustre martirio de S. Cipriano: circunstancia que mas parece misteriosa que casual, por ser este gran santo el patrono de la Villa de Isaba, y por la semejanza del nombre, del ministerio, de la vida y de la muerte del V. P. Cipriano.

Llegó el eco de tan dichosa muerte á la ciudad de Santa Cruz, de cuyo presidio salió en la primera oportunidad un escuadron de soldados españoles á cargo del general D. Felix Cortés. Con ellos se incorporaron mil soldados de los indios amigos; y sin reparar en gastos ni en las muchas jornadas de mas de 140 leguas de camino, y llevando consigo dos misioneros que sirviesen de reprimir la licencia militar, llegó este pequeño ejercito á las tierras de los gentiles, á quienes escarmentó apresando á 250 de ellos, y ahorcando á uno de los principales agresores en el mismo pueblo donde se perpetró el delito. Por mas esquisitas diligencias que practicaron los dos misioneros no pudieron lograr el hallazgo de los venerables huesos del martir P. Cipriano, cuya muerte fué muy llorada de toda la mision, en la cual haciéndose todo para todos fué maestro, pastor, conquistador, descubridor, medico, cirujano, músico, cantor, baquero, carpintero, albañil y tejedor, y desempeñó otros oficios humildes.

A todo atendia el P. Cipriano durante su apostolado, menos á sí mismo. Cuando caminaba en los primeros años de él, no hacia mas prevencion que de unas yucas, que son unas raices propias de la tierra, á que añadia un pedazo de mono ú otro género de caza, sahumado ó mal asado, que le daban los indios de limosna. En los últimos años, cuando la crecida y fatigada edad pedia mayor fomento, y ya habia algun ganado vacuno, á la yuca añadia de provision un poco de vaca salada, tostada y molida para los dias de carne, y para los viernes un poco de harina de maiz. No usaba de reparo alguno ni contra las lluvias tempestuosas ni contra los ardores del sol, no obstante de haberlos esperimentado tan fuertes y tan contrarios, que le derribaron todos los dientes y muelas, y le hicieron mudar algunas veces el cutis de las manos y de la cara. No usaba de defensa alguna contra la plaga de los mosquitos, que solo sabe ponderar el peso de esta mortificacion quien se ha visto en aquella tierra tan rodeada de ellos, como solemos de una densa y oscura niebla. Todo su haber se reducia á un breviario muy viejo y al traje que usaba, y consistia en la ropa interior muy pobre, medias y zapatos de pieles de animales de caza mal curtidas, una montera de lo mismo, y una sotana de algodon teñida con barro negro descolorido: sombrero, sobreropa y manteo, en muchos años no los tuvo. Siempre se acostaba vestido sobre un simple lienzo de algodon: el sueño cuando mas largo, aun hallándose de asiento en el pueblo, no pasaba de cuatro horas, y despues que fabricó la iglesia durmió mas de dos años debajo de un altar de ella al sereno, sin mas abrigo que el vestido que traia encima. Su recato era cual convenia en un ministro del Evangelio. Pensaban los infieles ser gran miseria el carecer el hombre de muger, y asi

llevados de su afecto al padre, no una vez sola le ofrecieron alguna, para que viviese con gusto y comodidad. El negarse él á tan indigna propuesta le servia de estimacion y autoridad, como si en él se ocultase una virtud superior á que no alcanzaban las fuerzas de ellos.

Todas estas virtudes premió nuestro señor, no solo con fin tan glorioso como el martirio, sino con permitir á este su nuevo apóstol el ver y contemplar en vida una florida cristiandad. Dió las aguas del Santo Bautismo á mas de cuarenta mil personas: fundó dos numerosos pueblos: entró solo con un compañero, y dejó mas de treinta misioneros y registradas numerosas naciones para el empleo de muchos otros. Mereció pues, tan esforzado obrero evangélico, bien de Dios y de los hombres: digna es de perpetuarse de generacion en generacion la memoria de quien todo lo pospuso á la perfecta imitacion de Jesucristo, y á tan piadoso objeto dedican y consagran estas compendiosas noticias los que tienen el honor de contar entre sus ascendientes al V. P. Cipriano Barace.

MATÍAS EZQUER PEREZ Y BARACE.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Desde aquel momento cesó la resistencia; los bandidos se dispersaron, corriendo á sus caballos; y apoderándome yo, con otros de los que me seguian de las monturas que mas á mano encontramos, los seguimos de cerca. Es de advertir que con lo grave del peligro cesó tambien la subordinacion de los mios, y echando cada uno por donde mejor le pareció, halléme solo en persecucion de cierto salteador digno por su audacia de pertenecer á mas honrada clase. Aun en medio de la ira que entonces me dominaba, no pude menos de admirar la gallardía de la persona, lo rico y elegante del traje de campo, la destreza en la equitacion, el aplomo, la serenidad con que aquel hombre se conducia. Así que se vió directa y personalmente perseguido, sacó el caballo á ese aire que llaman unos galope sostenido y otros media rienda, abandonó esta sobre el cuello del animal, y echando mano á uno de los dos retacos que del arzon trasero de su albardon jerezano llevaba pendientes, requirió el cebo, tan despacio como si fuera á tirar al blanco. Yo por mi parte llevaba en la mano una pistola amartillada, y el sable desnudo pendiente de la muñeca. Volvióse el ladron hácia mi, girando sobre las caderas, como veleta en su eje, y echándose el retaco á la cara, dió, como ellos dicen, *gusto al dedo;* lo que significa en castellano que me hizo fuego. Tan buena fué la punteria que la bala atravesó el morrion y, aunque ligeramente, me raspó la parte superior de la cabeza.

Arrebatado de ira, disparéle la pistola, mas no logré herirle, y él entonces cogió el segundo retaco y volvió á tirarme. Tuve, por dicha, la precaucion de tenderme sobre el caballo, que sino, es probable que no pudiera ahora referirles á VV. el caso; pero la fortuna se declaró por mi, y á penas sonó el tiro, ya mi adversario habia recibido tan buena cuchillada en un hombro que dió con el cuerpo en tierra, y fin asi á nuestra contienda.

Al estrépito del combate acudieron los amigos, y reconociendo en el vencido nada menos que á Paquillo el Majo, capitan de la cuadrilla, comenzaron á ponderar mi hazaña con las acostumbradas exageraciones de aquel pais. Llegué, pues, en triunfo á nuestro cuartel general, la paridera, donde las damas vinieron á felicitarme, como si yo solo y no auxiliado por sus deudos las hubiera salvado. En esto nadie hasta entonces habia reparado, ni yo me acordaba del rasponazo de la cabeza, pero una voz, una voz, señores, cuyo eco sonoro y melodioso no se borrará jamás de mi memoria, esclamó: «Jesús, ese caballero está herido?» Creo soñar oyendo aquella voz, porque era la de Matilde, vuelvo la vista al punto de donde salia y veo ó imagino ver á la misma Matilde; y entonces, no sé como, perdí el sentido.

Recuerdan VV. que les he dicho que durante el dia no me reuni con las señoras, y que ni aun en la mesa reparé en ellas.

Al volver en mi, halléme tendido en el suelo, reclinada la cabeza en el regazo de una venerable *mamá*, que con volubilidad maravillosa, decia: «Jesus, pobrecito, ¡Dios quiera que no sea nada!... Si yo tuviera aqui mi bálsamo... ¡Y qué buen mozo es, Dios le bendiga! etc. Pero en compensacion unas manos blancas como la nieve, suaves como la seda, buscaban entre mi cabello el lugar de la herida: un pañuelo de batista me enjugaba el sudor y la sangre, y á menos de una pulgada de mi boca latia un corazon que debia ser muy puro, si lo era tanto bello como el seno que lo encerraba ¡Era Matilde! Creyendo que deliraba, no me atreví á desplegar los labios por no perder la ilusion, mientras me pusieron un vendaje improvisado; y cuando, terminada aquella operacion, iba en fin á romper el silencio, el galope de muchos caballos que se nos acercaban, llamando la atencion de todos, hizo que me dejáran solo con la respetable señora que me servia de almohada. Entonces, recobrando instantáneamente las fuerzas me levanté, y mas curioso que cortés, seguí la direccion de la mayoria, dejando alli, y absorta sin duda, á la caritativa matrona.

Los caballos que llegaban eran cuarenta, que el comandante general de Ronda, noticioso, aunque tarde, de nuestra posicion, nos enviaba. El oficial comandante de aquella fuerza me invitó á acompañarle hasta el cortijo, y aun sin su invitacion lo hiciera yo. Monté pues, á caballo, y tuve tambien parte en el socorro, que llegó á tiempo en que ya comenzaba á arder el cortijo. Alli se capturaron tres ó cuatro bandidos mas, que conduje á Ronda, donde el comandante general me recibió cual héroe de aquella jornada, sin razon repito, pero ya saben VV. que mas vale caer en gracia que ser gracioso.

Pero de nada de eso me cuidaba yo: habia oido, habia visto á Matilde, no una vez sola, sino dos, y de tan cerca que era imposible engañarme. ¿Mas cómo se hallaba en Ronda, sin saberlo yo? ¿Cómo no me habló en la mesa, y se hizo la desconocida en el campo? La primera de estas dificultades no tenia solucion, pues la ciudad es tan pequeña que, apenas llega un forastero, toda ella lo sabe; y además en el café se lleva cuenta y razon de las bellezas de diez leguas á la redonda. Por lo que respecta á mi segunda duda, ya era mas fácil esplicarla, pues por una parte la especie de misantropia que me alejaba del bello sexo, y por otra la aventura misma que motivó mi destierro, hacian posibles entrambos estremos de la dificultad. Ya se deja conocer cuál seria mi curiosidad, mas por la primera noche me fué imposible satisfacerla, siendo ya tarde cuando salí de casa del capitan general; á la mañana siguiente mi herida se habia empeorado y amanecí con calentura; y para decirlo de una vez, teniendo el mal su asiento en la cabeza, hube de estar incomunicado tres dias mas. Pasados estos, vino á visitarme el dueño del cortijo de la aventura, y como era persona de buen carácter y conocida reserva, no tuve inconveniente en rogarle me sacase de dudas.

«Eran tantas las señoras, que alli habia, me respondió, y las señas que V. me dá tan comunes á la mayor parte de ellas, que no sé cómo acertar á responderle. — Pero, amigo mio, repliqué, ¿no le digo á V. que era la mas hermosa? — Es decir la que á V. mas se lo parecia: pero ya V. sabe que de gustos... Vamos á ver si me dá V. alguna seña mas clara. — Tiene ovalado el rostro, trigueño el color, negros los ojos, arqueadas las cejas castañas como el cabello, pequeña la boca con un hoyuelo á cada lado, blancos los dientes como perlas ¿Quiere V. mas? — Ese es el retrato de la mayor parte de las andaluzas. — ¿Y aquella gracia? ¿Y aquel mirar que penetra los corazones? ¿Y su voz, comparable solo á la de los ángeles? — ¡Dios nos tenga de su mano! Ya echó V. por esos trigos de Dios, y no es para mis años seguirle en sus poéticos éxtasis. Pero vengamos á razones ¿Es esa Dulcinea de Ronda, ó forastera? — No lo sé — ¿En qué diablos ha estado V. pensando, que lleva aqui dos meses y no sabe ya de memoria los nombres de todas las muchachas del pueblo? — Sea por lo que quiera, ello es que no lo sé; y ademas... en realidad la persona por quien pregunto á V. no puede decirse que sea una muchacha precisamente. — Hombre de los diablos, ¿ha caido V. en garras de las *jamonas*? — Por ahora solo estoy en las del demonio de la curiosidad impaciente, de quien parece que V., amigo mio, se ha propuesto ser eficacisimo auxiliar. — Sosiéguese V. y pasemos revista á la seccion de veteranas hermosuras que nos favoreció en la broma del dia pasado. ¿Será Doña Ramona, la voluminosa matrona, que tiene, no un hoyuelo, sino una sima en la mejilla derecha, y en la izquierda un lunar de dos varas de diámetro? — Por Dios y por Santa Maria que se deje V. ahora de bromas. — Tal vez sea la Ignacia, que no cesa de hablar de que tuvo su cabeza de V. en sus rodillas, mientras le curaron... — ¿Quien fué la que me curó? por esa pregunto. — La viuda de Moron. — ¿Cómo se llama? — Concha. — ¿De apellido? — El de su familia no lo sé, el de su difunto marido sí. — ¿Y es, en fin? — Gomez Retama, un oidor de Indias. — ¿Qué edad tiene esa señora? — Unos veintiocho á treinta años: pero es arrogante moza. — ¿Cuánto hace que está viuda? — Dos ó tres años. — ¿Y habita en Moron? — Ordinariamente. Aqui vino hará tres semanas á pasar una temporada en compañía de cierta parienta mia, su grande amiga; y ayer salió para Ecija, desde donde parece que pasará á Madrid. ¿Era esa la que V. buscaba? — No, amigo mio, y no acierto á creer que

pueda haber tal semejanza entre dos personas, que la que yo vi y oí, sea la misma que V. describe. — No lo entiendo.» Aquí tuve que esplicar á mi interlocutor, como en la mujer que habia sido asunto de nuestra conversacion, creí ver á otra que era dueña de mi corazon.

«Cuando un afecto nos domina, me dijo el caballero de Ronda, despues de haberme escuchado atentamente, cuando un afecto nos domina, como á V. el suyo, es preciso desconfiar hasta del testimonio de los sentidos. Las pasiones son enfermedades del alma, y así como el hombre calenturiento no goza de la plenitud de sus facultades intelectuales, tampoco el enamorado de la de sus órganos físicos. Si esto le parece á V. una paradoja, el tiempo se la demostrará. Mas de todas maneras la Viuda de Moron no tiene hermanas, ni primas tampoco que yo conozca, y apenas hay familia andaluza cuya genealogía y relaciones ignore. — Sin embargo, acaba V. de decirme que no sabe el apellido de esa dama. — Cierto, pero de seis años á esta parte viene infaliblemente todos los veranos á pasar en Ronda un mes y á veces mas; y si tuviera hermanas ó primas, alguna vez la hubiéramos oido hablar de ellas. Con todo eso preguntaré á mi sobrina y mañana sabrá V. lo que haya.»

Cumplió su palabra aquel complaciente caballero, pero manifestándome que, no solo su sobrina opinaba como él, sino que además sabia de boca de la viuda misma que no tenia parienta alguna ni jamás tuvo hermanas.

Ya ven VV. que me engañé, ó al menos que todos los datos lo probaban, mas lo que es preciso que sepan es que llegó á apoderarse de mi un sentimiento supersticioso, tal y tan fuerte, que me hizo casi, casi, creer que habia habido algo de sobrenatural en todo aquel lance; pues, por una parte, me decia la conciencia que mis oidos y ojos me habian servido bien, y por otra era evidente que Matilde no se halló en el dia de campo, tan fecundo para mí en aventuras. Por si no bastaba eso todavía, recibí entonces precisamente una carta de mi Coronel relativa á asuntos de mi antigua compañía, pero que en posdata añadia:

«El regimiento está desconocido: Almazan acaba de ser promovido á coronel efectivo y nombrado oficial de la secretaría de la guerra: Mendoza á comandante de escuadron y empleado en la inspeccion general del arma. Dicen que son milagros de la mujer del último, quien salió para Madrid cuando nosotros para Badajoz. En su lugar de V. me han enviado un mostrenco, y se les conoce ya á los caballos de la compañía la estupidez de su capitan: pero si entra en vereda, nos entenderemos. No me han respondido á mi primera representacion; hoy la repito.»

Preocupado y descontento además, pasé en Ronda como quince dias, al cabo de los cuales recibí por conducto del comandante general una real órden alzando mi destierro y concediéndome además licencia para pasar á la córte á besar la mano á S. M.; es decir, *miel sobre hojuelas*. Atribuí, como era natural, tan inesperado favor á la aventura de los ladrones y á la singular proteccion del gefe de aquel distrito, y dándole gracias con toda mi alma, monté á caballo sin tardanza para Ecija, donde tomé la posta para Madrid. Mi ánime era solicitar que se me repusiera en mi empleo y regimiento, único medio para que la rehabilitacion fuese completa: pero de otra manera lo ordenó la suerte. Recibióme el ministro, no como persona convencida de mi inocencia, sino como gefe indulgente que olvida juveniles locuras, y en vano, con toda la entereza que el respeto consintió, procuré sincerarme: nada conseguí. Tuve la honra de presentarme al Rey, y S. M., sin dejarme hablar, me dijo: «Es preciso tener juicio: una calaverada puede pasar, la segunda no.» Ya VV. comprenden que con tales premisas, la prudencia me aconsejaba aguardar á mejor ocasion para entablar mis pretensiones.

Asi pues, dejando por entonces á un lado los negocios, me entregué esclusivamente, sino á los placeres, que mi alma en nada los encontraba, por lo menos á las diversiones de lo que se llama gran mundo. Matilde estaba en Madrid, preciso era, pues, encontrarla en el torbellino de la sociedad, y esa esperanza me hubiera hecho arrojarme á un precipicio, si necesario fuese. A la verdad mi cálculo no salió fallido, pocos dias despues de mi llegada á la corte, acosado por el calor, bajéme al Prado á las diez de la noche, y mas bien me tendí que me senté en las consabidas estacionarias y toscas sillas. Mas de una hora hacia que, reclinada la cabeza, meditaba en medio del incesante tránsito de las gentes, del vocear destemplado de los aguadores que llaman de nieve al tibio caldo de sus botijos, del atiplado acento de las desenvueltas naranjeras, y de los gritos sin tino, en fin, de los muchachos de la candela, cuando oí entre aquella babilónica gregueria resonar á dos pasos de mí la voz de Matilde, ó la de la viuda de Moron; que cualquiera de las dos podia ser. Sin pararme á averiguar cuál fuese, levanteme, y siguiendo la direccion que en el paseo estrecho, límite entre el salon y la calle de los coches, me parció traer la voz, llegué á un grupo de cuatro señoras que se despedian con los acostumbrados abrazos y besos, no siempre, segun dicen las gentes, muy sinceros. Una de ellas era Matilde, la estoy viendo, de basquiña de alepin con guarniciones de avalorio, mantilla blanca y una rosa en la cabeza. Iba á llegarme á ella, pero unos malaventurados petimetres se interpusieron entre nosotros, y á pesar de que yo, mas diligente que cortés, tardé poco en salvar aquel obstáculo, cuando lo hice, ya Matilde y otra señora con ella subian en un coche que á la cuenta las esperaba. Quedéme hecho estatua de nieve cuando las mulas salieron al trote, dejándome con mi curiosidad, llevándoseme el alma en pos del carruaje; y de tan mal humor, como es fácil de presumir, abandoné el paseo, subiendo por la carrera de San Gerónimo hácia la calle del Príncipe. En el teatro de ese nombre tenia palco mi familia, y casi maquinalmente di con mi persona en él. ¿Cual seria mi sorpresa, cuando frente por frente vi á Matilde, con su marido y Almazan; Matilde indudablemente, pero vestida de sala y no de calle, como un cuarto de hora antes la habia visto? ¿Será posible, esclamé, que por segunda vez me engañen asi los ojos? Mi madre y las demás personas que conmigo se hallaban, soltaron el trapo á reir oyendo aquel, en su concepto, despropósito; y aun yo mismo, procurando entrar en la broma, espliqué, no me acuerdo cómo, mi intempestiva esclamacion. Mientras duró la comedia no se apartaron mis ojos de la hermosa mujer de Mendoza, quien reconociéndome desde luego y sin dificultad, aprovechó un instante en que sus dos acompañantes tenian la vista fija en la escena, para hacerme con la cabeza un saludo imperceptible para todos menos para mí, y acompañar aquel movimiento con una sonrisa y una mirada que me elevaron al quinto cielo. Era aquella la vez primera que mediaba entre Matilde y yo un secreto, era aquel saludo la primera señal de que mi amor no la ofendia; y sin exageracion, puedo decir que acaso ninguno de los instantes de mi vida fué tan delicioso como aquel. De buena gana siguiera á mi amada al salir del teatro, y es probable que lo hubiera hecho, á pesar del riesgo de llamar la atencion de Mendoza ó la de Almazan: pero mi madre me suplicó que la acompañase á cierta sociedad, de una manera que el ruego equivalia á mandato.

Pocos dias despues del doble encuentro de que acabo de hablar, fuí convidado á un baile de máscaras que cierta señora daba en su casa, haciendo de la anual y constante prohibicion del señor Corregidor de Madrid, el poco caso que acostumbran aquellas personas cuya gerarquía y relaciones las ponen al abrigo de un golpe de autoridad; y confieso que, incomodado como yo lo estaba por no haber podido ver de nuevo á Matilde, vacilé algunas horas sobre lo que haria. Mas cuando ya me hallaba casi resuelto á pasar en la cama las horas del baile, recibí por el correo este billete (sacando uno del bolsillo), que conservo cuidadosamente como cuanto tiene relacion con aquella época de mi vida. Oigan VV. su contenido: «Haga usted por ir al baile que dá el domingo la marquesa de ***; y vaya disfrazado con dominó negro y ceñidor verde. Una dama que llevará traje de manola, y una sortija con una sola esmeralda en el dedo indice de la mano derecha, desea hablar á V. y lo hará, si no se quita la careta en toda la noche.»

Sin ser profeta podia muy bien cualquiera asegurar que quien aquel billete escribió era la mujer de Mendoza; y en efecto, persuadido de la exactitud de esa conjetura, que desde luego formé, creo que fuí la primera máscara que se presentó en casa de la marquesa, con dominó negro y un liston verde en la cintura, de la cinta mas ancha que hallé en la tienda de Cabañas. Despues de haberme descubierto á una persona á quien la dueña de la casa confió la penosa y delicada comision de reconocer uno por uno á todos los máscaras, calándome la sofocante careta, entré en los salones, casi desiertos aun, pero bien iluminados, y convidando ya con lo espléndido del adorno y la claridad de las bugías á entregarse á los placeres del baile. Eran las diez y media muy dadas cuando empezaron á llegar los convidados, ya sueltos, ya en comparsas que entonces eran esas muy de moda; y á la verdad siento que vaya perdiéndose la costumbre de formarlas, pues con la uniformidad de sus trajes, y lo compasado de sus ensayadas contradanzas, por una parte metodizaban en cierto modo el baile, dándole un aspecto dramático, y por otra tambien servian para que se viesen algunos destellos de ingenio en una diversion donde llegaremos, siguiendo la marcha que llevamos, á no bailar ni hacer cosa buena.

D. Diego. ¡Vean VV. el capuchino!

Alfonso. No lo soy: pero teniendo, como los demas hombres, mis debilidades, quisiera que por lo menos se cubriesen con el velo de cierta elegancia, y repito que las máscaras, cuando ni la imaginacion se ejercite en inventar los trajes y mudanzas de las comparsas, ni los ojos puedan recrearse en contemplar su espectáculo, se reducirán á una reunion por lo menos peligrosa para la juventud, y singularmente para el bello sexo.

D. Antonio. La careta, en efecto, dá libertad para decir y para

oir estupendas cosas: pero por una parte, el hábito de tales diversiones disminuye hasta cierto punto sus inconvenientes; y por otra, cuando las costumbres de un pueblo las consienten y favorecen, en vano es que el legislador les oponga la barrera de las prohibiciones. A ese y á otros males de la sociedad imposibles de combatir de frente, los paliativos son el único remedio.

El Redactor. Y el único arbitrio para que Alfonso prosiga su historia. ...

Don Antonio. Será el de que callemos.

Alfonso. Como mi principal, ó por mejor decir, mi único objeto era el de ver á Matilde, asi que la concurrencia fué bastante para que no pudiera fijarse la atencion en mi persona, fui á situarme en la antesala y de manera que cuantas máscaras habian de pasar, como en revista, por delante de mi, y cuando acertaba á hacerlo una manola, dejo á la consideracion de VV, si le examinaria atentamente las manos. Pero durante mas de media hora lo hice inutilmente, viendo si muy bonitos cuerpos, piernas torneadas, gargantas de marfil, y aun manos que desde mil leguas jurában en falso con el guardapiés y la mantilla de tira; pero en ninguna de ellas la cristalina piedra, símbolo y objeto de mis esperanzas. Comenzaba ya á impacientarme, cuando entró una comparsa de romanos, y romanas por supuesto, cuyo gefe coronado de ojas de talco y carton, figurando la diadema de los emperadores, se descubrió al encargado del reconocimiento, respondiendo de todos los que le seguian, por manera que esos no hubiéron de someterse al registro. En cuanto á los improvisados Gracos ó Escipiones, como VV. quieran, apenas concedido el pase, nó hubo dificultad en la entrada: pero las matronas ó vestales, que de todo tenia el traje, y de todo habria en la comparsa, no quisieron hacerla sin retocar antes los pliegues del velo, componer la túnica, alisar el cabello, y tal vez ajustar el ceñidor. Y digo, mal que les pese á los fanáticos encomiadores de las virtudes romanas, que otro tanto, ni mas ni menos que nuestras madrileñas, hubiéran hecho las Porcias y las Sabinas y las Camilas, si en el mismo caso se hubieran hallado. Pero sea de esto lo que fuere, ello es que á la parte donde yo estaba, como mas oscura y retirada de la antesala, se vinieron dos romanas gentilísimas, y no por eso digo que no fueran cristianas, una de las cuales se bajó tanto para ajustarse las cintas que, á una pierna digna de la Venus de Médicis, sujetában una sandalia brevísima, que la máscara sin duda mal sujeta, se le desprendió enteramente de un lado.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS TRES CUALIDADES INDISPENSABLES DE UNA BUENA MUGER.

Un escritor inglés ha espresado de una manera muy original algunas verdades incontestables.

«Hay tres cosas, dice, á las cuales debe parecerse una buena muger, y á las que tambien no debe parecerse.

»En primer lugar debe parecerse al *caracol*, que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como este animal, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

»En segundo lugar, debe parecerse á un *eco*, que no habla mas que cuando le hablan á él; pero no debe como el *eco* tratar de hablar siempre la última.

»Y finalmente, debe ser como el *reloj de la ciudad*, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe como el *reloj* hacerse oir en toda la ciudad.»

El arte de agradar en la conversacion.

¿Quieres saber en pocas palabras el arte de agradar en sociedad en la conversacion? No hables nunca de ti mismo, y escucha sin interrumpirlos á los que hablen de si. Despues suelta tu lengua; habla de cosas formales con los hombres sensatos, y de bagatelas con las mugeres alegres. Acuérdate, en una palabra, de que estás en sociedad, no para complacerte á ti mismo, sino para agradar á los demás. Si esto te cuesta trabajo, recoge velas y vete á un desierto.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 13.

Arco siempre armado, ó flojo ó quebrado.



La caridad.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

Cante la que mostrar la erguida frente
Pueda serenamente
Sin mancilla a la luz clara del cielo;
Cante la que á este mundo
De maldades fecundo
Venga con su bondad á dar consuelo.

C. CORONADO.

Hay en la vida de los pueblos épocas propicias para la poesía, que germina entonces donde quiera y ejerce su influencia con solo abrirla el alma, como abre una flor sus pétalos al rocío. A medida que las naciones adelantan en edad, la poesia se recoge en la imaginacion de algunos genios, que como cisnes estraños y de paso atraviesan cantando sobre una multitud que en su mayor parte no los comprende. Estos siglos prosáicos no son, como pudiera creerse, los mas funestos al arte; ellos, al contrario, engrandecen al poeta poniéndole á prueba y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto mas prosa haya colectivamente en los espíritus, mas poesia puede haber en algunas cabezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesia; porque los versos no esten en boga; porque la armonia haya hecho alianza con los discursos, ¿se ha de deducir que no puede haber poetas? Este es un error grave.

La poesía es un ministerio, un sacerdocio, un destino social y casi divino que no puede dejar de ejercerse con mas ó menos fortuna y fervor, con mas ó menos fé y entusiasmo. Cantar las maravillas de la creacion, espresar las afecciones nobles y generosas, los sentimientos virtuosos, los hechos heróicos; solemnizar las altas revelaciones del culto, no olvidar que la lira es un cetro pesado que es preciso llevar por deber, y el trípode un altar al que es necesario subir por sacrificio, hacer resonar en las edades esa voz solemne de Dios, de la cual son depositarios los labios del poeta, ser el eco de todas las doctrinas de vida y revelacion del porvenir, tal es la alta mision del arte.

En nuestra época, materialista y prosáica por escelencia, ademas de lucharse con todas las contrariedades que son consiguientes á la dominacion del sentimiento de realidad y positivismo en la sociedad, es condicion precisa constituirse en poeta y prosista infatigable, cultivar todos los géneros de literatura, producir volúmenes sobre volúmenes, no dejar, por decirlo asi, respirar al público, para distinguirse de tantos como á sí propios se llaman poetas en la época mas antipoética posible; porque la celebridad es actualmente las mas veces la recompensa del autor mas fecundo, no del mas escelente. Asi es que no podrá citarse un siglo que haya producido tantas obras literarias como ha visto aparecer el nuestro, y apenas alguno que otro genio del pasado podria vanagloriarse de haber escrito tanto como el último de los rimadores modernos.

Pero en medio de la indiferencia de la sociedad por la poesia, del desbordamiento de la prensa, de que la prosa ahoga los sonidos poéticos, aun hay almas privilegiadas en las cuales hallan eco los acentos del poeta, atravesando por la vocingleria de los versificadores del dia; aun hay personas, aunque no ciertamente en gran número, que acogen con interés los destellos del genio, aunque aparezcan sin la garantia de un nombre y con la inesperiencia de la juventud; todavia el verdadero talento puede dar á luz un libro de poesias con otra esperanza que la de verle sumergirse en el insondable mar de publicaciones sin importancia.

Y es que hay un género de poesía que vive inmutable en medio de las vicisitudes politicas, porque existe entre el alma y Dios, porque no es el sonsonete de la rima ni la disposicion métrica de las palabras, ni la descripcion pueril de un objeto, sino armonias del

corazon con la naturaleza, inspiraciones poéticas y filosóficas, revelaciones íntimas, fantasías profundas, desahogos del corazon, melodías perpétuas del pensamiento con el alma, acordes, en fin, del cielo con la tierra.

A este género pertenecen los cantos que el público conoce, de una de las poquísimas poetisas que por su genio y su inspiracion han llegado á hacerse un lugar tan distinguido como justo en la literatura española contemporánea. La popularidad de que goza en la península y en América el nombre de la señorita Coronado, y muy particularmente la lisongera acogida que acaba de hacerse al paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús que recientemente hemos publicado en el SEMANARIO, nos ha movido á trazar una ligera noticia biográfica de la autora de *Los genios gemelos*, que no podrá menos de ser leida con interés por cuantos hayan tenido ocasion de admirar las escelentes producciones de la señorita Coronado.

Nueve leguas al Oeste de la capital de Estremadura, que tiene su asiento en las márgenes del Guadiana, en una de las villas mas agradables del pais por su alegre y despejado cielo, y á cien pasos de distancia de la casa de Almendralejo en que vió la luz primera el malogrado Espronceda, nació en 1823 la señorita doña Carolina Coronado de doña María Antonia Romero y don Nicolás Coronado. Allí se deslizaron dulcemente los primeros años de la graciosa niña, destinada á ser mas tarde orgullo de su patria por las virtudes que la distinguen, no menos que por su feliz talento.

Las vicisitudes políticas vinieron á turbar el reposo que gozaba la familia Coronado; y cuando nuestra poetisa contaba cuatro años, hubo de trasladarse aquella á Badajoz, porque su abuelo, despues de haber ejercido cargos distinguidos, murió como otros muchos servidores del estado, víctima del encono de Fernando VII, y su padre fué perseguido y encerrado en un calabozo por sus antecedentes liberales. Lo que sufria cada dia para abrazarle con su madre, los insultos de los realistas y las tribulaciones de entonces, hicieron tan honda impresion en su memoria, aunque era niña por la edad, pero no por la precocidad de su entendimiento, que constituyeron el principio de su aversion á Fernando, y prendieron en su alma ardiente la primera chispa del patriotismo que se advierte en algunos rasgos de su vida y en muchos conceptos generosos y entusiastas de sus poesías. Aquellas desgracias de su familia, el haber morado mas en el campo que en las poblaciones, y la vida retirada que ha hecho siempre, han debido contribuir de consuno á formar el carácter melancólico, pero dulce, sencillo y afable de la señorita Coronado. A los nueve años ya se ocupaba en aprender dócilmente las labores propias de su sexo al lado de su madre; recibia una educacion la mas brillante que el pais permitia, y se distinguia de todas sus compañeras de la misma edad por su perfeccion en el bordado, que constituia su pasion favorita, mientras que por las noches satisfacia á hurtadillas su vehemente aficion por la lectura, y no ya por esas lecturas recreativas que todos emprendemos por entretenimiento en nuestra edad infantil, sino por obras tales como la *Historia crítica de España* por Masdeu, y las clásicas de nuestros poetas, hácia las cuales sentia una inclinacion irresistible. El estudio de estos modelos despertaba en su imaginacion el deseo de traducir al lenguaje poético lo que sentia en su alma, y la familiarizó con la versificacion, para la cual reunia las mas brillantes cualidades; de este modo, sola, aislada en un pueblo sin recursos artísticos ni literarios, completó en poco tiempo su educacion, dedicándose principalmente á la lectura de la *historia*, la *geografía* y la *literatura*.

Lo primero que escribió cuando aun no tenia diez años, fue una lamentacion con motivo de la muerte de una alondra, que enterró al pie de una encina: el papel en que trazó con lápiz aquellas frases sirvió de mortaja al pájaro. Catorce años contaba cuando trazó los primeros versos en una carta que dirigia á una amiga suya, y que terminaba de este modo:

Yo me siento violenta y comprimida
como el niño que hablar quiere y no sabe;
una cosa en mi alma está escondida.....
vivo abrumada por su peso grave.. ..
Un concierto suave
escucho en mis sentidos,
cual si dentro de mi hubiera sonidos.

Estos versos pintan con vivos colores el tesoro de poesía é inspiracion que animaba á la señorita Coronado desde tierna edad; no se resolvió sin embargo á dar pública espansion á sus pensamientos hasta un año despues, en que apareció su nombre al pie de la bellísima composicion titulada *La Palma*, que la valió un elogio del Sr. Donoso Cortés, en el periódico de Madrid que se titulaba *El Piloto*, y la siguiente poesía de su paisano Espronceda, el cual decia que dicha composicion á *La Palma* era *la música de la inocencia*:

Á CAROLINA CORONADO, DESPUES DE LEIDA SU COMPOSICION

A la Palma.

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.

Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.

Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente *palma*,
Y reposo tu virgen *soledad*.

Mas ay! perdona! Virginal capullo,
Cierra tu cáliz á mi loco amor:
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto; tú, la flor.

Ardia por el año de 1838 con todos sus horrores la guerra civil, y la señorita Coronado emprendió con entusiasmo el bordado de una bandera que debia servir á un batallon nuevamente creado para defender la causa de la libertad. La diputacion provincial de Badajoz la pasó con este motivo un oficio, que entre otras frases que hacian justicia á las virtudes pátrias de la señorita Coronado, y al esmero, delicadeza y gusto de su penoso trabajo, contenia las siguientes líneas: «No le es dado á la diputacion recompensarle, porque sabe que el mayor premio para V. será el que los valientes á quienes sirve de guia recuerden al regresar á sus hogares cubiertos de laureles, la mano delicada que bordó el emblema por cuya defensa derramaron su sangre.» A este oficio acompañaba una sortija de brillantes, que llevaba en el reverso el nombre de la corporacion.

Desarrollábase mientras tanto mas y mas en nuestra poetisa la pasion por la lectura, hasta un estremo que parecia en abierto desacuerdo con las costumbres del pais, donde no podia menos de llamar la atencion, la escepcion inaudita de una jóven que se esforzaba en romper el estrecho círculo á que se halla limitada en España la educacion del bello sexo, por mas que dentro de él se ahoguen en gérmen talentos privilegiados. Creia necesario su madre poner coto á aquella aficion desmedida, y trataba de que se consagrára esclusivamente á ayudarla en los quehaceres domésticos, consiguientes á una familia de ocho hermanos; pero ella se desquitaba de tal prohibicion leyendo con avidez cualquier libro de nuestros poetas que hubiese á las manos, y aprendiéndole bien pronto de memoria para poder devolverle, segura de no verse ya privada de disfrutar las bellezas del poeta. De este modo, sin estudios sólidos, sin modelos, sin método y hasta sin papel y sin tiempo, iba la poetisa dando vuelo á los arranques de su fantasía en composiciones hechas en las primeras horas de la mañana antes que las tareas cotidianas vinieran á sacarla de sus meditaciones, ó en las postreras de la noche, cuando aquellas la dejaban en libertad de recojerse dentro de sí misma; ora en un instante de silencio en que mientras las manos se ocupaban de las labores de su sexo, el pensamiento se remontaba á las regiones ideales de la poesía, ora en un momento de inspiracion, producido por las bellezas de la naturaleza, admiradas en un paseo solitario.

Es ciertamente bien difícil de comprender cómo de esta manera misteriosa y clandestina, por decirlo así, pudo formarse una coleccion de poesías como las que, precedidas de una introduccion por el señor Hartzenbusch, apareció en Madrid en 1843; pero este hecho se esplica sabiendo que la señorita Coronado tiene la mayor facilidad para crear versos de memoria. La dificultad que ofrece este trabajo se comprenderá mejor despues de leer las siguientes observaciones, que ocupándose de esta misma materia, hace con muchísimo acierto aquel apreciable literato. «Solo quien haya probado, dice, á componer de memoria, es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo, descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa mas que en seguir creando: el que compone de memoria tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener; y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy íntimamente enlazadas, ni la espresion del concepto con la claridad suficiente para el lector,

para el cual cada pensamiento de una obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que la acompañen las otras ideas auxiliares, ó simultáneamente concebidas, que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltacion de ánimo, el poeta, con la mas leve espresion se comprende y satisface á sí mismo: el lector, que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender: el uno es el ciego, que por su finísimo tacto conoce un náipe sin verlo; y el otro es el hombre que ve, pero que necesita la luz para distinguir la figura estampada en la carta.» Esta exactísima pintura de las dificultades que ofrece la versificacion de memoria, no existe para la señorita Coronado: hállalas sí estraordinarias para escribir en prosa, por la tenacidad con que se le agrupan los consonantes, y lo que la desconcierta es el trabajo que tiene que emplear para descartarse de ellos.

La señorita Coronado, cuyo nombre habia figurado ya en 1843 en todos los periódicos literarios de alguna valía de Madrid y de las provincias, al pie de escelentes composiciones que eran reproducidas con elogio en los de la Isla de Cuba y Estados-Unidos, fué sucesivamente admitida en el Instituto Español, cuando esta corporacion tenia algo de literaria, y en casi todos los Liceos de España, inclusos los de Madrid y la Habana.

Pero como dice Mr. Gustavo Déville en el artículo relativo á las poetisas publicado en la *Revista de Madrid*, «cuando su animoso empeño iba á recibir la debida recompensa, en el momento en que debia empezar la vida real para ella, y en que los obstáculos con que habia tenido que luchar su noble vocacion, quedaban vencidos por los esfuerzos de su voluntad perseverante, se repitió por la prensa la noticia de su muerte.» Esto era al comenzar el año de 1844, y los periódicos vistieron luto por una pérdida tan sensible para las letras: tales demostraciones de simpatía, y los versos que se imprimieron á su memoria, fueron á sorprenderla á su casa de campo, donde vivia una gran parte del año; mas afortunadamente, como añade el citado Deville, la voz de la jóven poetisa se hizo oir desde el fondo de la tumba para probar á su pais que lo que bajaba á ella eran los despojos de su laborioso aprendizaje, pero que sobrevivia su alma, rica de fuerza, de gracia y de inmortalidad. El sentimiento manifestado por su supuesta pérdida la hizo concebir la idea de escribir un libro titulado: *Dos muertes en media vida*, que debe ser su obra póstuma.

Las continuas vigilias literarias, los estudios incesantes, una laboriosidad, en fin, estraordinaria, debian arruinar su salud; y en 1847 se vió atacada de un mal grave: teniendo entonces que trasladarse á Andalucía, visitó á Cádiz, en cuya ciudad permaneció algun tiempo, despidiéndose con una bellísima inspiracion *Al mar*, que reprodujeron todos los periódicos de la Península y de América.

A una enfermedad nerviosa que la dejó baldada y la obligó á buscar su curacion en unas aguas próximas á Madrid, debió tambien la corte el tener en su seno á la distinguida poetisa que nos ocupa: el Liceo artístico y literario la dedicó una sesion, donde fue premiada con una corona de laurel y oro en cuyas cintas se leian su nombre y el del Liceo, y en el mismo leyó su lindísima composicion: *Se va mi sombra; pero yo me quedo*. En la sesion régia que este celebró despues para obsequiar á SS. MM. se representó *El cuadro de la esperanza*, una de sus obras dramáticas, en cuyo género ha escrito ademas un drama histórico titulado *Alfonso IV de Leon*, y otro, inédito aun, cuyo título es *Petrarca*.

Su vida es tan sencilla como sus versos: pásala rodeada de flores y pájaros, y distribuye habitualmente las horas del modo siguiente: se levanta á las siete, escribe hasta las once, se ocupa de las labores de su sexo hasta las dos, vuelve á escribir hasta las cinco, da leccion de geografía á sus hermanos, y se dedica nuevamente á escribir hasta las diez de la noche, en que la fatiga mas bien que el sueño la obliga á recogerse para continuar componiendo versos de memoria. Sufre con frecuencia fiebres mas ó menos fuertes; pero aun en medio de sus padecimientos trabaja mentalmente, porque el mal, que se la fija en el pecho, la deja siempre libre y despejada la cabeza.

¿Hay quien desee visitar el gabinete de la poetisa, quien quiera echar una mirada por los objetos mas notables que la rodean? Hé aquí pues la lista de ellos para satisfaccion de su curiosidad: un cuadro del *divino Morales* que representa en actitud de escribir á Santa Teresa de Jesus, con cuyo hermoso rostro tiene marcada semejanza el de nuestra escritora, por una coincidencia notable; dos coronas por bajo; dos tórtolas en un ángulo que la arrullan mientras escribe; algunas flores sobre su mesa que se renuevan todos los dias, y exhalan continuamente su perfume.

¿Necesitamos engolfarnos ahora en el exámen de unas poesías tan conocidas y tan justamente apreciadas por su originalidad, por su espontaneidad y por su belleza, como las de la señorita Coronado? No ciertamente; porque sus escritos estan juzgados, y nosotros no podríamos añadir nada al fallo del público y de los hombres entendidos. Hemos dicho al principio de estos renglones que pertenecen á un género que no perece nunca, porque tienen su origen en los sentimientos generosos del corazon, en la admiracion de las riquezas de la naturaleza, porque son impresiones del poeta causadas por *la soledad*, por un acceso de *melancolía*, por la contemplacion de las *nubes*, por la *palma*, que *alza gallarda su cabeza al viento*, por el dolor de *una despedida*, por las brisas del *otoño*, por el brillo de *una estrella* que luce en el firmamento, por una *gota de rocío* que riega la flor en la aurora, por un *pájaro perdido*, por la vuelta de *las golondrinas*, esas encantadoras mensajeras de la primavera, por recuerdos del techo paterno, de los lugares en que hemos dejado alguna cosa de nuestra infancia, por memorias de los primeros latidos del corazon, por el aspecto de las flores, por el canto del ruiseñor, por la mariposa de cuerpo dorado y alas de gasa, que muere en la corola de la rosa recien abierta. Si alguna vez alza el tono de sus acentos y canta *La fe cristiana*, ó se lamenta de la suerte de *Mérida, la que opulenta fue grande y señora*, ó se indigna hablando del desenfreno de *El marido verdugo*, ó hace resonar su lira con el brio y energía de Espronceda, al elevar su voz á la Reina en una oda de la cual no conoce el público mas que algunas estrofas, pronto recobran sus versos el carácter de dulce melancolía, de candor y de ternura que les presta su principal encanto, su gracia, su donaire; pronto vuelven á adquirir la blandura, la sencillez de conceptos, la brevedad en el desarrollo, y á distinguirse por la delicadeza en la eleccion de asuntos, que prueban la pureza de espíritu de la poetisa, cuyos ecos conmueven, interesan y deleitan de tal modo, que apenas puede el crítico reparar en tal cual incorreccion ó desaliño, imposible de evitar en composiciones hechas de memoria.

Despues de publicado el tomo de poesías de que dejamos hecha mencion, ha dado á luz de diez á doce mil versos en varios periódicos de Madrid, de las provincias, del estrangero y de América. Los escritores han pagado el debido tributo al mérito superior de la señorita Coronado, que posee ochocientas veinte y nueve composiciones escritas en su obsequio, entre las que se cuentan algunas italianas y francesas; á una de las españolas, debida al señor Rubí, acompañaba la corona que este recibió al estrenarse *La rueda de la fortuna*.

En el pasado año ha comenzado á cultivar la novela con tan feliz éxito como era de esperar de su talento privilegiado. Tres hemos visto impresas en la isla de san Fernando, y precedidas de un prólogo de don Adolfo de Castro, cuyos títulos son: *Paquita, La luz del Tajo, Adoracion*; á estos ensayos ha seguido otra titulada *Jarilla*, y en la actualidad concluye un trabajo del mismo género, pero de mas pretensiones, cuyas dos primeras partes tenemos en nuestro poder; titúlase *La Esclaustrada* y es una concepcion sumamente original, en la que se hallan dibujados caractéres interesantísimos, tipos caprichosos algunos, pero pintados todos de mano maestra, escenas llenas de candor y de inocencia que cautivan al alma y entusiasman al lector. El estilo es satírico, festivo, aunque á veces la autora (que tal vez ha tenido el mayor trabajo en ocultar una historia con el velo de la fábula) deja conocer el sentimiento con que escribe: el cuadro tiene pocas sombras negras, pero sí medias tintas que le dan una entonacion admirable. Si algun lector lloron se va enterneciendo, le distrae de pronto con alguna jocosidad, y para el que se entrega á la alegría tiene alfileres en cada palabra, que le clava sin piedad. En suma, *La Esclaustrada*, nos atrevemos á asegurarlo, es uno de esos libros destinados á producir una sensacion profunda, y á hacer época en la vida literaria de la autora. Esta acaba de remitirnos ademas los primeros capítulos de una linda novelita titulada: *la Sitgea*, escrita para nuestro periódico.

En él nos ha dispensado la honra de publicar el magnífico paralelo entre *Safo y santa Teresa de Jesus*, que con tanto placer han leido nuestros suscritores. Complacémonos en anunciar que este precioso escrito no es hijo de un pensamiento aislado, de un mero capricho del momento, sino que tiene por el contrario su origen en las observaciones filosóficas y fisiológicas que la señorita Coronado ha hecho en sus estudios sobre la historia de la literatura; y que es, en fin, parte de un libro, destinado á resolver mas de un problema literario, que con el título de *Los genios gemelos*, se irá formando con los artículos que vayan apareciendo en el SEMANARIO, los cuales vendrán á ser los capítulos de la obra. La observacion ha sugerido á la poetisa la idea de que los genios nacen de dos en dos. No basta que se interpongan entre ellos los siglos, ni que los separe la educacion, ni la diversidad de pueblos, climas, costumbres y religiones: *Safo y Santa Teresa de Jesus*, *Schiller y Hartzenbusch*, *madama Staël y Donoso Cortés*, *Byron y Quevedo* (estos dos últimos hasta en aquella pierna torcida, que segun decia el primero: «nunca le perdonaban las mugeres» y que le hizo esclamar al segundo: «como tu alma tengo la otra pata») ofrecen para la autora innumerables puntos de semejanza que ella pone de relieve con la irresistible lógica, con el ingenioso artificio, con la profunda filosofía, con la gracia, con el talento de que nuestros lectores tienen ya una brillante prueba.

Recopiladas desaliñadamente las principales fases de una de las existencias literarias mas laboriosas y mas brillantes de nuestra época, réstanos añadir un rasgo mas al ligero boceto que hemos ensayado para hacer el retrato de la señorita Coronado: á la alta reputacion que sin pretenderlo, y hasta sin desearlo, ha adquirido como poetisa y como escritora, ha sabido añadir otra fama mas modesta, pero no por eso menos digna de referirse: la de caritativa, la de bienhechora. Su nombre no es desconocido para ningun infeliz, para nadie que padece cerca de ella; su celo por la educacion es tan grande, que se la vé con frecuencia en las escuelas de primera enseñanza animando y premiando á los alumnos; su cooperacion ha contribuido en gran parte al estado brillante en que se encuentra la escuela de párvulos de Badajoz, sostenida por una sociedad para mejorar la educacion del pueblo, á la cual ha prestado servicios de la mayor importancia. En resúmen, y para decirlo de una vez, sus versos, como ha hecho observar el señor Hartzenbusch, son ella misma, porque pintan su corazon, su gusto, su edad, su estado, su posicion social, y hasta la noble compostura de su semblante: sus ideas, sus rasgos de patriotismo, los escelentes artículos que ha escrito demostrando la necesidad de una union entre los dos reinos que forman nuestra península (cuya felicidad es tal vez un sueño mientras aquel hecho no se verifique), retratan á la hija del pueblo que ambiciona á toda costa la prosperidad de su pais; los arranques caritativos y generosos de su corazon ponen en evidencia la pureza de su alma, la escelencia de sus sentimientos. Dos títulos ha llegado á adquirir que la caracterizan perfectamente: los escritores la damos el nombre de *hermana*; los desgraciados la llaman su *ángel!*



LA COLADA,

ESPADA CÉLEBRE DEL CID CAMPEADOR.

En el número 19 de este periódico, correspondiente al 13 de mayo del año anterior de 1849, se incluyó un artículo destinado únicamente á hablar de la famosa TIZONA, espada que compartió con la COLADA el honor de que la empuñase el siempre celebrado Rodrigo Diaz de Vivar, llamado por sobrenombre el *Cid Campeador*. Como no es posible hablar de la Tizona sin mencionar á la Colada, el erudito autor del citado artículo, y amigo nuestro, pone en duda la existencia de esa tan célebre antigualla en la Armería Real, apoyado, y con razon bastante, en las observaciones hechas por Mr. Jubinal sobre una espada descrita en la lámina 30 del tomo I de su coleccion intitulada la *Armería Real de Madrid*.

Justa en verdad fué la duda, recayendo las observaciones del escritor francés sobre el objeto que describe; pero precisamente está muy lejos de ser la *Colada* la espada que allí se cita. Razones poderosas tuvo para decir lo que dijo de la supuesta arma, y hubiéramos querido que hubiese empleado la misma crítica respecto á otras piezas que no forman menor anacronismo que el de la susodicha lámina 30 de su obra.

La verdadera *Colada* existe en la Armería Real, y es la que está dibujada en la lámina 10 de la obra de Jubinal como perteneciente á Felipe II, y la que encabeza la viñeta de este artículo.

Encargados hace algun tiempo de la redaccion de un catálogo descriptivo, artístico é histórico de todos los objetos existentes en la Armería de S. M., hemos tenido que examinar con una detencion tan penosa como prolija cuantos documentos y antiguos inventarios hemos podido encontrar en los archivos, que tratan de la procedencia de dichos objetos. Con su revision, y juntamente con la confirmacion de *Berganza* en sus *Antigüedades de España*, tomo I, pagina 575, hemos conseguido determinar de una manera indudable á la Colada.

Segun los escritos antes citados, la hoja tiene en un lado las palabras SI, SI, y en otro NO NON, como aparece en el dibujo anterior. En esa espada, efectivamente estan las palabras NO NON; pero se han equivocado en creer que dice SI SI en el otro lado. Examínense las palabras referidas, y se conocerá que si no cabe duda en cuanto á las últimas, la hay, y mucha sobre las primeras, pues estas, en vez de decir SI SI indican claramente componerse de una R y tres III con adornos interpuestos. Acaso haya quien presente alguna interpretacion mas acertada que la nuestra.

Consta tambien que la guarnicion de la Colada era de cruz; la que hoy tiene no es así; pero esto no es un motivo para dudar de su autenticidad; pues ha sido costumbre de gente ignorante y profana, quitar empuñaduras antiguas para sustituirlas con modernas, de lo cual se dan muchos ejemplos.

Téngase, pues, entendido, que existe en la Armería la célebre COLADA, y que el curioso que quiera verla la encontrará señalada con el número 1727, entre los hermosos objetos de aquel brillante museo.

La Colada la ganó el Cid al conde don Berenguer Ramon II, *el fratricida*, en 1089 en las batallas de Almenara ó del Pinar, segun la crónica del P. Belorado.

Bofarull, autor de *Los condes de Barcelona vindicados*, dice en la página 143 del tomo II de su obra, lo siguiente: «Deben, pues, tenerse por ciertas las victorias que el Cid Campeador alcanzó de su competidor y antagonista don Berenguer el *fratricida*, su prision y la pérdida de la famosa espada *Colada*.»

El autor del poema del Cid publicado por don Tomás Sanchez, ensalzó el mérito de la *Colada* diciendo:

«Al conde don Remont á prison le han tomado,
Hy ganó á Colada, que mas vale de mill marcos de plata;
E venció esta batalla, poró ondró su barba
Prisolo al conde, pora su tierra lo levala:
A sus creenderos mandarlos guardaba, etc., etc.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ORIGEN DE VARIAS FLORES, LEGUMBRES, FRUTAS Y PLANTAS.

Flores.

El clavel proviene de Italia.—El lirio de Siria.—La margarita de China.—El tulipan de Asia.—El laurel de la Isla de Creta.—La rosa



comun de Europa.—La rosa de cien hojas del Cáucaso.—La berdolaga del Asia.—La escorzonera de Africa.—La tuberosa de Ceylan.—El narciso de Italia.—La yerba doncella de Madagascar.—El geráneo del Cabo de Buena-Esperanza.—La granada de Africa.—La hortensia de la China.—El heliotropo del Perú.—La siempre-viva de

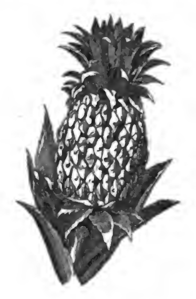
Oriente.—El lirio-cárdeno de Francia.—El jacinto de Turquía.—El lila de India.—El mirto de Asia.—El olivo de Grecia.—El naranjo de China.—La sensitiva de América.—El girasol del Perú.—El aneto de Italia.—La anémona de la India.—La ogiacanta ó espino blanco de Francia.—El almendro de Asia.—La balsamina de la India.—El lirio purpúreo de China.—La madre-selva de Italia.—El ababol ó amapola de Turquía.—La kalmia de América.—El ciprés de la Isla de Creta.—La centaura de Oriente.—La digital de Francia.—El hipericon de Tartaria.—La jeringuilla de Francia.—El jazmin de la India.—La acacia de Berbería.—El gamon de Italia.

Legumbres.

La patata proviene del Brasil.—La judia ó abichuela de la India.—La alcachofa de Andalucía.—El espárrago del Asia.—Las lentejas de Francia.—Las espinacas del Asia menor.—La cotufa ó patata de caña de América.—La linca del norte de Europa.—La lombarda de Egipto.—La coliflor de la Isla de Chipre.—El pepino de España.—La calabaza de Rusia.—El nabo de Francia.—El melon de Africa.—El perifollo de Italia.—El berro de la Isla Candia.—La carrota ó zanahoria de Francia.—La lechuga de la Isla de Cos.—El peregil de Cerdeña.—La chalota ó escaluña de Siria.—El ajo de Oriente.—El hinojo de las Islas Canarias.—El cardo de Italia.—El ápio de Francia.—El tomate de América.—La cebolla de Egipto.—El rábano picante de China.

Frutas.

El albaricoque proviene de la Armenia.—El melocoton de Persia.—La uva del Asia.—La pera de Francia.—La ciruela de Siria.—El membrillo del Asia.—La castaña de la Lidia.—La cereza del Asia Menor.—La almendra de la Mauritania.—La manzana de Francia.—La manzana reneta de Siria.—El anana de América.—La fresa de



anana de la Luisiana.—La frambuesa de Francia.—La mora del Asia.—El limon de Egipto.—La naranja de India.—La granada del Asia.—La aceituna de Grecia.—La avellana del Asia.—El higo de la Mesopotamia.—La capuchina ó mastuerzo de Indias.—La nuez del Asia.—La nabina del Asia menor.

Plantas.

El cacao proviene de Méjico.—El anís de Egipto.—El café de la Arabia y de las Antillas.—El clavo de la India.—La caña de azúcar de la India y de las Antillas.—El té de China y del Japon.—El tabaco del Brasil.—La borraja de la Siria.—El cáñamo del Asia.—El pimiento de América.—El lino del Asia.—El arroz del Oriente.—El trigo y el alforfon del Asia.—El sahuco de la Persia.—El centeno de Rusia.

CUENTOS DE VIEJA.

El caballito discreto.

Habia un rey que tenia una hija; pero tan discreta y hermosa que, sin haber nacido princesa, hubieran pedido su mano los príncipes mas arrogantes. Como era discreta y hermosa, tenia caprichos muy estraños; y se le antojó no casarse, á no ser con un príncipe que tuviera los ojos verdes. El rey, su padre, se desesperaba viendo tan singular antojo, pero esperaba resignado á que algun príncipe de ojos verdes se presentára en la palestra. Transcurrieron meses y meses sin que apareciera el deseado; y una tarde, no dice el cuento si era de verano ó de otoño, salió el rey, con su hermosa hija, á dar un paseo á caballo. Cruzaban una estensa plaza, cuando vieron venir hácia ellos un arrogantísimo ginete, que cabalgaba airosamente sobre el caballo mas fogoso y de mejor estampa que habia pisado aquella tierra. El caballero y el caballo llamaron al punto la atencion del rey y de su hermosa hija; pero quedaron asombrados, cuando, emparejando el caballero con la real comitiva, vieron que tenia hermosos ojos verdes, como el verde de la esmeralda.

La gallardía del desconocido y el gran mérito de su corcel, les hicieron comprender al punto que se las habian con un príncipe, deseoso de alcanzar la mano de la caprichosa princesa; y que no podia menos de conseguirlo, teniendo la rara cualidad que la dama habia deseado.

Llamó el rey al bizarro jóven, y desde las primeras palabras supo que el ginete era un príncipe, venido de muy luengas tierras, solo á pedir la preciosa mano de tan incomparable beldad. El rey quedó muy satisfecho de tan singular adquisicion, y la princesa, de buen ó mal grado tenia que cumplir su palabra.

Los preparativos de la boda no fueron largos, aunque sí tristes para el rey, porque el príncipe les habia impuesto una penosa condicion. Consistia esta en que el mismo dia del matrimonio habia de seguirle la esposa á sus estados, sin llevar otra comitiva que la compañía de su esposo. Puso el rey algunos obstáculos, pero al fin hubo de ceder y se realizó el casamiento.

En las reales caballerizas habia un caballito alazan, muy querido del anciano rey por su docilidad y brio, al cual la princesa miraba con la misma predileccion. Ocurriósele que al dejar sus dominios y su palacio, quizás para siempre, debia despedirse de aquel caballo, y bajó á la cuadra con las lágrimas en los ojos y un pedazo de pan en la mano, que debia ser el último obsequio hecho á tan precioso animal.

¿Te vas, princesa? le preguntó el mimado alazan, viéndola llegar á su pesebre. La princesa le respondió afirmativamente sin asombrarse, ya porque en aquel tiempo habláran todos los caballos, ó ya porque el CABALLITO DISCRETO hubiera dado pruebas en alguna solemne ocasion de aquella rara habilidad. Repuso que sí la princesa, y el caballo continuó:

Ya que te marchas con tu esposo pídele á tu padre que te permita ir montada sobre mi lomo, y por mas instancias que te haga el príncipe de los ojos verdes, no cabalgues en su caballo. En vano pretendió la princesa averiguar por qué razones queria el caballo acompañarla; pues éste se empeñó en no decirlas, y la dama hubo de contentarse con seguir á ciegas su consejo.

El príncipe de los ojos verdes y el anciano rey calificaron la exigencia de la princesa de un nuevo y estraño capricho; pero tan perseverante y resuelta se manifestó, que esposo y padre la concedieron su demanda.

Llegado el momento de partir, cabalgó la hermosa princesa en el CABALLITO DISCRETO; caballo que se distinguia, entre otras raras cualidades, por una cruz blanca en la frente, y salió á la plaza de palacio, en donde su esposo la esperaba sobre el arrogante corcel que le habia traido de su reino. Apenas se mostró la princesa, cuando el caballo del príncipe de los ojos verdes se encabritó violentamente, y al acercársele el alazan dió un salto tan estraordinario que salvó una buena parte de la plaza, partiendo luego á trote largo.

Siguió el CABALLITO DISCRETO la marcha del otro corcel, guardando siempre la misma distancia, y de este modo se alejaron de la ciudad. Mas de una legua habrian corrido por sendas poco transitadas, cuando el príncipe de los ojos verdes empezó á rogar á su esposa que, abandonando el alazan, montase á la grupa de su poderoso caballo, mucho mas veloz y seguro. La princesa se resistió, y el príncipe, para obligarla, comenzó á saltar anchos fosos, altos vallados, y á correr por ásperas breñas con portentosa rapidez. Seguia el CABALLITO DISCRETO la misma direccion que el príncipe; pero esquivaba los precipicios y caminaba por las sendas.

Comenzó en esto á anochecer, y el esposo instó nuevamente á la esposa á que abandonara su caballo; fundándose en que si no corrian con la velocidad del rayo, se haria enteramente de noche y no encontrarian alojamiento. No se conmovió la princesa al escuchar tales razones, y continuó en su CABALLITO DISCRETO.

A la escasa luz del crepúsculo, divisaron poco distante en la cima de una montaña un edificio, hácia el cual el caballo de la princesa comenzó á marchar rectamente, mientras el del príncipe se alejaba, como por temor de encontrarlo. No te acerques á ese edificio: gritaba á la esposa el esposo, que es un asilo de ladrones: pero la princesa continuaba abandonándose al instinto de su caballo, y muy en breve se encontró á la puerta de un monasterio. La dijo el caballo que pidiera

hospitalidad por aquella noche; y pocos momentos despues era conducida por un fraile á la presencia del prior. Hallábase este en un salon magnificamente adornado, y le acompañaban muchas personas, frailes las unas y la mayor parte caballeros.

Distinguíase entre los caballeros un jóven de marcial continente, alta estatura y ojos negros; el cual vestia, lo mismo que sus compañeros, un lujoso traje de caza. Cuando se presentó la viajera todos quedaron admirados de su soberana hermosura, y particularmente el jóven, que se levantó inmediatamente y se adelantó á recibirla.

Preguntó el prior á la princesa quién era y donde venia: y la princesa respondió que era una dama de alta clase y que al pasar de una ciudad á otra, se habia desbocado su caballo, metiéndose en medio de las breñas y conduciéndola á aquel lugar.

Sus maneras y sus vestidos probaban manifiestamente la calidad de su persona: los caballeros y los frailes dieron completamente crédito á su narracion, y la tributaron á porfia las mas galantes atenciones. Cenó la princesa tan opíparamente ó mas que si hubiera estado en su palacio; sentada entre el padre prior y el jóven de los ojos negros, y despues de reposada la cena, se acostó en un lecho de púrpura, que no obsequiaba menos á sus huéspedes la opulenta comunidad.

Intentó dormir la princesa, pero no pudiendo conseguirlo, se arrojó del lecho y abrió la ventana de su aposento. Tendió sus miradas por las sombras y sobre un pico de la sierra, frente por frente al que ocupaba el monasterio, descubrió al principe de los ojos verdes, siempre á caballo; vió en sus ojos una llama azul, parecida á la del azufre, y oyó que la estaba llamando con voz estentórea y tonante. Cerró la princesa la ventana convulsa y pálida de horror, se ocultó en su lecho amedrentada, y siguió viendo toda la noche la fatídica luz de aquellos ojos y oyendo el eco de la voz.

Muy larga pareció la noche á la desconsolada dama; al momento que amaneció abrió de nuevo la ventana, vió al principe de los ojos verdes en el mismo paraje que la víspera, é inmediatamente bajó á ver al *caballito discreto* para consultarlo en su apuro. El caballo la respondió que no saliera del convento, y la dama subió á los cláustros, precisamente cuando la buscaban para que desde el balcon de la celda abacial viera salir una procesion que se habia de hacer aquel dia. Dirijióse al balcon la dama, acompañada solamente del jóven de los ojos negros, y lo primero que desde él vió fué al principe de los ojos verdes, que no abandonaba su atalaya.

Comenzó á salir la procesion, y segun costumbre, iba delante una preciosa cruz de plata: á su vista, el fogoso caballo del principe de los ojos verdes se alzó de manos y lanzó un relincho espantoso. Despues de la cruz fueron saliendo los caballeros y los frailes en dos hileras, y con sendos cirios en las manos; y por último unas ricas andas cinceladas en las cuales iba el Santísimo Sacramento. Al aparecer las ricas andas se oyó el estampido de un trueno, el principe de los ojos verdes y su caballo se convirtieron en una columna de humo, y la princesa, que no habia separado su vista del caballo y el caballero, cayó al momento desmayada.

Cuando volvió en sí, se encontró en el lecho que habia ocupado aquella noche, rodeada de los caballeros y frailes, á los cuales contó llorando los pormenores de su boda. Reconvínola el padre prior por haber tenido el antojo de casarse con un principe de ojos verdes; haciéndola considerar que en el pecado habia hallado la penitencia, y el jóven de los ojos negros, que era el señor de aquella comarca, la ofreció su mano de esposo. Admitióla la hermosa princesa, contentándose con unos ojos menos estraños, y el padre prior los bendijo en nombre de las tres personas.

Al siguiente dia marcharon todos á la corte de la princesa, y su padre la recibió con el mayor júbilo, admirándose de tan rara y peregrina historia.

Todos habrán adivinado que el principe de los ojos verdes era Lucifer en persona: lo que no ha podido averiguarse es quien era el buen CABALLITO DISCRETO.

JUAN DE ARIZA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

«¡Es ella!» esclamé sin poder contenerme, porque el rostro que á cortísima distancia de mis ojos acababa de ver era el de Matilde; y apresurándose ella á ocultarse de nuevo bajo de la careta, se me acercó y me dijo en voz baja: «Máscara, si me has conocido, hazme el favor de no decirlo, porque me quitarias la diversion.» Dichas esas palabras y sin esperar respuesta, corrió á incorporarse con los suyos, que componian ocho parejas, sin contar el emperador que hacia funciones de bastonero, cuatro músicos, y dos esclavos que llevaban los escudos de los hombres y unas guirnaldas de flores para las señoras.

Entraron, pues, en los salones, marchando al son de una música triunfal, hasta que despues de haber dado vuelta para que todos admirasen la propiedad, buen gusto y riqueza de los trajes, tomaron el centro de la mayor de las salas y allí bailaron la ensayada contradanza, complicadísima máquina de cadenas, enteras y medias, desmayos, arcos, y toda la demas nomenclatura de figuras en que nunca estuve muy ducho y ahora tengo casi olvidada. Yo, entre tanto, procuraba en vano distinguir entre tres ó cuatro de las máscaras, cuyo talle y apostura, atendida la identidad del traje, se asemejaba lo bastante para confundirlas, cual fuese la reina y señora de mis pensamientos: pero al cabo, fatigado de tan inútil tarea, y además ocurriéndoseme la idea de que la que habia visto no era Matilde, sino la viuda de Moron, regresé á mi atalaya á examinar impertinente á cuanta manola pasó por mis inmediaciones. Pocas cosas hay mas desagradables en el mundo que hallarse en medio del bullicio, algazara y alegria de un baile de máscaras con el corazon triste y oprimido. Uno pasa y le dice á V.: ¿Te diviertes, Máscara? Y haciendo un gesto ridículo, suelta una impertinente carcajada y prosigue su camino. Otro se acerca y esclama: ¿Quién te ha engañado? Anda á dormir, estafermo.—«Este es marido, me dijo un Templario, y ha perdido á su consorte. Consuélate que á mas de cuatro les sucede lo mismo.» Una ladina maja, despues de contemplarme á su sabor, y con socarrona sonrisa, volviéndose á su acompañante esclamó: «Mira, el traje no es bonito: pero el pico lo suple todo, porque ahí se está como un poste hace mas de una hora.» Y así sucesivamente cuantos tropezaban conmigo y no iban bastante agradablemente ocupados para prescindir de la tristísima figura que estaba haciendo. A la una de la noche renuncié á la esperanza de ver á la suspirada manola, y me hubiera marchado del baile, si no se me ocurriera que, acaso por circunstancias imprevistas, no habia Matilde podido traer el traje ni la señal convenida, y que tal vez era ella la Romana á quien habia visto. Quien se ahoga no examina si lo que ase es cable ó raiz flotante, asir algo y ese algo con fuerza, eso le aconseja el instinto de la conservacion y eso hace. Entré, pues, de nuevo en los salones y esa vez con *pié derecho*, porque apenas anduve cuatro pasos se me llegó la Romana y entabló ella misma la conversacion, dándome gracias por la discrecion que observaba.

«No sé, le respondí, si puedo yo darte á ti tambien las gracias, ó si, por el contrario, quejarme del planton.—No te entiendo, Máscara.—Sin embargo, el dominó y la cinta...—¡Ah! el dominó y la cinta.... ¿Fué esta esclamacion de persona que cae en la cuenta, ó espresion de sorpresa? Tal vez ni lo uno ni lo otro, mas yo interpretándolo del primer modo, repuse: «¿En fin te acuerdas?—Sí, sí, me contestó riéndose.—Pues aquí me tienes: porque tú me lo has mandado vine, que mi alma no está para bailes. Desde que me fui de Ronda.....—¡Ah! volvió á interrumpirme la bella Romana; ahora te conozco.—¿Y hasta ahora no? Luego no eres tú quien me ha escrito.—En mi vida.—¿Quién pues ha sido?—Tú y ella lo sabreis.—¿Quién es ella?—Tu querida.—Tú sola eres á quien adoro.—Muy de repente te ha entrado.—¿De repente? Te engañas: eres dueño de mi corazon desde que te vi por vez primera.—Y última.» Esta palabra no me dejó duda de que hablaba con la viuda del cortijo, y si alguna tuviera me la disipara una desenvuelta manola que, poniéndome la mano sobre el hombro y dirigiéndose á la Romana, con voz entera dijo: «Esta prenda tiene dueño, máscara.»—Si eres tú ya puedes llevarte tu alhaja, respondió la interpelada: pero bueno será que le pongas un collarcito con tu nombre, por si se pierde.—No necesita collar para seguirme.—Sin embargo, pierde con facilidad la pista.—Señoras, señoras, esclamé yo, temiendo que la broma pasase los límites racionales.—La Romana soltó mi brazo y me dejó libre con la manola, quien mostrándome la mano derecha y en ella la esmeralda á guisa de talisman, me arrastró en pos de sí, bien fácilmente.

Por mas que Matilde quiso no alcanzó en mas de una hora á hacerme entablar otra conversacion que la de un amor que durante dos años habia encerrado en el pecho y entonces desbordaba ya incapaz de contenerse. O estuve elocuente, y no lo estrañaria, porque el lenguaje de las pasiones lo es siempre, ó el terreno estaba bien dispuesto; ello es que fui escuchado con indulgencia y que no se me negó alguna esperanza. Calmado mi primer ardor, confieso que renacieron las sospechas del pasado lance, y entre todas la mas vehemente, la para mi mas terrible, quiero decir, mis celos de don Cárlos. Matilde

respondió á eso lo que ya en un tiempo imaginé yo: el capitan Gonzalez habia hablado á Mendoza del desafio que debia tener lugar entre Sotopardo y yo: Matilde alarmada, no pudiendo verme y sabiendo ademas que yo era inocente de lo que se me acusaba, habia preferido arriesgar su reputacion y comprometer su existencia, al peligro que me amenazaba; y dado, en consecuencia, una cita á don Cárlos, esperando probarle que no tenia razon para batirse conmigo, y resuelta á acusarse á sí misma, si necesario fuese.—En cuanto á mi destierro, he aquí la esplicacion que me dió la encantadora sirena: Almazan, por complacer al coronel, retiró su parte contra mí, pero reservadamente avisó al ministro lo ocurrido, no por perjudicarme, sino para evitar un lance inescusable entre Mendoza y yo, si continuábamos en el mismo regimiento. A mayor abundamiento, Matilde escribió por el mismo correo á una amiga suya, casada con cierto personaje muy en favor en palacio, por manera que el golpe cayó sobre mí amortiguado, y en la primera ocasion oportuna fué fácil conseguir que se me levantara el destierro. Ya ven VV. que todo se esplicaba con claridad y lisura.

«Pero, continuó Matilde, Mendoza sabe de una manera tan positiva tu inclinacion.. ..—Mi amor, Matilde, mi amor delirante.—Acabarás por hacérmelo creer, embustero. Pero óyeme: mi marido sabe tu amor, te repito, de una manera tan positiva, que yo misma, para no aparecer tu cómplice, he tenido que convenir en que fué cierta aquella pasion, y solo he obtenido su palabra de honor de no provocarte donde quiera que te vea, en cambio de la promesa formal de no volver á hablarte en mi vida.—¿Y la cumplirás? interpuse yo con estúpida candidez.—Como vés; tontisimo personaje; respondió burlona mi hechicera manola: como ves. Ya tú sabes que Almazan y Mendoza son dos amigos íntimos; si el primero te vé conmigo....—¿Seria tan villano que....—No lo sé, Alfonso, y el mejor de los dados..... En resúmen, si hemos de vernos...—¡Matilde! ¿No he padecido ya bastante?—¡Ah! quién ha de fiarse de un hombre tan jóven!—¿Quieres mi vida en prueba de la sinceridad de mi amor?—¡Tu vida! no por cierto, por ella daria la mia.—¿Conque me amas?—Buena pregunta: no me interrumpas, por Dios. Te digo que el mas impenetrable misterio ha de encubrir nuestras relaciones. ¿Serás discreto?—Como un mudo, alma de mi vida.—¿Me obedecerás sin réplica?—Como á Dios.—¿Te conformarás con las condiciones que te imponga?—Sean las que fueren.—No has de ir á sociedades que yo frecuente.—Duro es: pero acepto.—Ni seguirme en los paseos, ni colocarte donde seas visto en los teatros, ni.....—¡Cuanto quieras con tal que yo te vea, y tú me ames!

Quedó, pues, convenido entre nosotros un plan de vida en el cual, por una á dos horas al mes de felicidad, me condenaba yo á privaciones continuas y sacrificios no interrumpidos. ¿Pero en qué repara un amante de veinte años que, al cabo de dos de tormentos, vé acercarse el momento de ser dichoso?

En aquella conversacion, que duró hasta con el alba hubo de retirarse del baile Matilde, me preguntó esta, como celosa, por la Romana con quien me habia hallado. Mi respuesta fué referir lo sucedido en el lance de los ladrones de las cercanías de Ronda, así como en el Prado, y recientemente en el baile donde estábamos. «Si, me respondió mi amada, he oido hablar de esa mujer y de su gran semejanza conmigo..... Pero oye, Alfonso, no quiero que te espongas á equivocarte. ¿Me prometes huir de ella?—Y del mundo entero, si lo deseas.—Júramelo.—Por tus ojos.—Por tu honor.—Por mi honor.» Una dulce presion de mano en el brazo que servia de apoyo á Matilde fué la recompensa de mi aventurada promesa.

Inútil es decir á VV. que cumplí religiosamente todas mis promesas, y que Matilde fué en lo sucesivo apretando cada vez mas los hierros que á ella me ligaban. De mí pudo decirse literalmente, lo que en estilo figurado, aunque vulgar, se dice en Madrid de los jóvenes que se enamoran: *me hundí*. Dejé de concurrir á paseos y tertulias, al teatro iba poco, y se me pasaban dias sin ver la calle. Entonces, señores, dí en hacer versos, y al menos para mi educacion literaria, aproveché aquella temporada de retiro.

Basta por hoy: mañana proseguiremos.

V.

Si uno de los preceptos del arte de la narracion es que la persona que la hace no salga á la escena sino en contadísimos casos, ciertamente que no podrán quejarse nuestros lectores de que hasta ahora lo haya infringido el redactor de los *Estudios sobre las costumbres españolas*: pero un incidente que ocurrió en nuestra reunion la quinta de las tardes destinadas á oir el relato de don Alfonso Tellez, le obliga á tomar la palabra, y en su propio nombre referir lo acaecido.

Sucedió pues, que siendo pasada, y con mucho, la hora en que soliamos, dejando la conversacion general, comenzar nuestros cuentos, sin que se presentase don Alfonso á continuar su pendiente historia, recibió don Antonio una concisa esquela del oficial á quien impacientes esperábamos, anunciándole que por aquella tarde le era imposible acudir á la cita, pero que acaso en la próxima hallaria medio de compensarnos ámpliamente la privacion, si lo era, que entonces se veia precisado á imponernos.

«¡Vive Dios! esclamó don Diego, que es tan enigmático ese billete, como el resto del prolijo cuento de nuestro militar.

«Que el billete sea enigmático, respondió don Antonio, no lo niego; pero en cuanto, no al cuento, sino á la historia de Alfonso, digo que no me parece prolija por dos razones, á saber: primera, que como estudio de costumbres, una intriga tan profunda y hábilmente combinada como la que envolvió en su juventud á Tellez, conviene perfectamente á nuestro propósito.. ..»

Don Diego. Sea; ¿pero á qué referirnos tan al pormenor todos sus incidentes, como por ejemplo, la aventura de los ladrones?....

Don Antonio. Porque aun en una novela de pura invencion, si se quisiera dar cabal idea de las costumbres del pais, asi fuera necesario hacerlo; mucho mas cuando se trata de sucesos realmente acaecidos. Ademas, amigo mio, tenga Vd. un poco de paciencia; quizá con el tiempo, y esta es la segunda de mis razones, veamos que el lance de las cercanías de Ronda no es tan episódico como á primera vista lo parece.

Don Diego. Entre tanto Vd, segun veo, tiene alguna idea de la vida de don Alfonso.

Don Antonio. Mas de lo que él mismo imagina.

El Redactor. Pues en ese caso ¿por qué no prosigue Vd. la narracion pendiente?

Don Antonio. No lo dije por tanto: mas ya que Alfonso no viene, ni hay quien le reemplace, oigan Vds. una historieta.

Don Diego. ¿Dividida en dos siglos como la de marras?

Don Antonio. No, amigo mio, no; toda ella reciente, casi contemporánea, aun cuando con mi acostumbrada pesadez, la tomaré desde su origen.

Encendiéronse los cigarros, arrellanóse cada cual en su poltrona, trageronnos luces, animóse la llama de la chimenea, y cuando, libres de cuidados, nos vió con nuestras respectivas tazas de café en las manos, dijo don Antonio:

«Va de cuento. Habia en Sevilla, reinando el señor don Carlos III de felice recordacion, un magistrado de ilustre prosapia, ex-colegial del mayor de Santa Cruz de Valladolid (establecimiento debido á la ilustrada munificencia del gran cardenal Mendoza), y que á la edad de poco mas de veinticinco años, casándose con cierta camarista, ni jóven ni bonita, pero bien emparentada y muy favorecida del conde de Aranda, obtuvo una vara de alcalde del crimen en la real audiencia de la ciudad que, segun la leyenda, «Hércules edificó, y el Rey Santo ganó de las moriscas escuadras.»

»El doctor don Fadrique de Vargas, que asi se llamaba nuestro alcalde, era uno de los hombres que, como ciertas montañas, bajo la fria corteza del áspero granito, encubren un volcan de pasiones tanto mas violentas, cuanto mas comprimidas. Contrariado en sus inclinaciones desde que comenzó á tener uso de razon por un padre inflexible que, imbuido en las máximas de la legislacion romana, su favorito estudio, se creia poco menos que con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, vióse obligado á vestir los manteos en vez del uniforme militar, á cursar las aulas y apartarse de los campamentos, á manejar libros, en fin, cuando anhelaba empuñar las armas.

Semejante opresion enerva infaliblemente las almas de un temple comun; pero las que le tienen superior, con la esclavitud se endurecen, y adquieren, acaso, nueva fuerza. Tal le sucedió á don Fadrique: la firmeza natural se le trocó en obstinacion; la perseverancia se hizo en él porfía, la severidad dureza. Con tales elementos era de temer que se rebelase contra la autoridad paterna: pero cuantas palabras habian resonado en sus oidos desde que nació, cuantos libros habian caido en sus manos desde que pudo descifrar las sílabas, todo, en fin, habia conspirado á grabar en su corazon la máxima de que resistirse á la voluntad del autor de sus dias era equivalente á rebelarse contra el cielo mismo; y de ahí procedió que, sin murmurar, se dedicase á la carrera de las leyes. Una vez resuelto á ello, pisó las aulas con el propósito de sobresalir en sus estudios y llegar á magistrado, para lo cual no economizó vigilias ni perdonó sacrificios.

Aplicado é inteligente, grave é irreprensible en su conducta, graduado á claustro pleno con universal aplauso de doctores y estudiantes, y, ya bachiller, obtuvo sin dificultad una beca en Santa Cruz, donde fué modelo de colegiales. Pero ¡cosa singular! estimábanle sus maestros, respetábanle sus compañeros, y nadie le amaba. Su padre mismo, á quien obedecia como á Dios, no le mereció jamás una caricia, á ninguno de sus superiores pidió gracia alguna en el discurso de su carrera, y jamás tuvo entre sus iguales un amigo.

Era don Fabrique, volviendo á mi primera metáfora, como las formaciones volcánicas en la naturaleza: imponente, magestuoso, grande: pero melancólico, agreste, frio en la apariencia. Al parecer consideraba á la especie humana como el pedagogo á los jóvenes que gobierna. De su justicia podia esperarse todo, de su bondad nada. Defendia sus derechos con obstinacion, cumplia escrupulosamente sus obligaciones; nunca ofendia á los demas, y nunca tampoco disimulaba el mas pequeño agravio.

Sus condiscípulos jamás pudieron intimarse con él; á ninguno tuteaba, ni preferia, ni desdeñaba. Obligado por las reglas del instituto á no salir del colegio sino con otro compañaro, hacialo pocas veces, y esas llevando consigo á un fámulo, si le era posible, y en otro caso al primero que se le presentaba; y en resúmen, su rigidez inflexible, su severidad caracteristica le valieron el apodo glorioso de *Caton* del colegio.

Asi se pasaron, enteramente consagrados al estudio de una ciencia que profundamente aborrecia, los primeros años de la vida de don Fadrique, vida que no tuvo primavera, ni por consiguiente las lozanas flores que la embellecen, vida que en vez de provechosa para la humanidad y brillante para él, fué estéril, oscura y hasta culpable, no por haberle departido la suerte un alma viciosa, sino porque no hubo quien le encaminara con tino, quien cultivara las escelentes dotes que al cielo debia.

Y aqui, amigos mios, habrán VV. de perdonarme la digresion, pero no puedo menos de dolerme de que de todo se escriba, todo se estudie, todo se perfeccione, menos lo que en mi concepto fuera mas esencial, la educacion moral del hombre en sus primeros años.

La legislacion moderna ha hecho quizás bien en limitar en ciertas materias la autoridad paterna, quizás mal en facilitar, dando sobradas riendas á la juventud, que esta se pierda por inesperiencia: no es ahora ocasion de discutir esa materia; lo que sí me asombra es que la sociedad, en mi concepto privilegiada acreedora del hombre que en ella vive, no intervenga mas eficazmente que lo hace en los primeros pasos del niño, que, con el tiempo, ha de influir en sus destinos.

Don Diego. Por Dios, señor mio, que habremos de decirle á usted lo que *Maese Pedro* al muchacho del retablo...

D. Antonio. Pues para que V. no me lo diga, seguiré yo mi *canto llano* y vuelvo á don Fabrique.

«Así que este, graduado de doctor *in utroque*, concluyó su carrera, envióle su padre á Madrid, con buenas cartas de recomendacion, el bolsillo bien provisto, que siempre ha sido el dinero en las cortes indispensable compañero, y la órden de pretender una toga. ¡Una toga en los tiempos de Carlos III y siendo primer ministro el conde de Aranda! La empresa era poco menos que imposible, y precisamente por eso agradaba á don Fadrique. Vestirse la garnacha, como algunos años despues pudiera, sin mas trabajo que adular servilmente á algun insolente favorito, parecíale indigno de su carácter: arrancársela á la entereza del gran ministro, sentarse bajo el sólio del tribunal y oirse tratar de *Alteza*, jóven aun, cuando casi todos los oidores y alcaldes peinaban canas, era triunfo que le lisonjeaba, pero como lo he dicho, casi imposible de conseguir.

Es admirable que, lanzado repentinamente en el tumulto de Madrid, puesto en relaciones con la grandeza, merced á su buen nacimiento y á las muchas recomendaciones que llevaba, y, en una palabra, colocado á la orilla del precipicio de las vanidades mundanas, no se le desvaneciera desde luego la cabeza y diese al traste con su catoniana severidad: pero seis meses resistió valerosamente á la tentacion, seis meses fué en la metrópoli de las Españas lo que habia sido en el colegio y en la universidad: irreprensible en la apariencia. Sin embargo, el volcan hervia, la lava iba hacinándose, el fuego socarrando las rocas, y la esplosion era inminente.

Un hombre habia entonces en la corte, mucho mas jóven todavia que nuestro pretendiente, pero de carácter en muchas cosas análogo al suyo; y ese hombre de cuya vejez he hablado á VV. en otra ocasion, era el conde de San Justo...

El Redactor. ¿El descendiente de don Rodrigo?

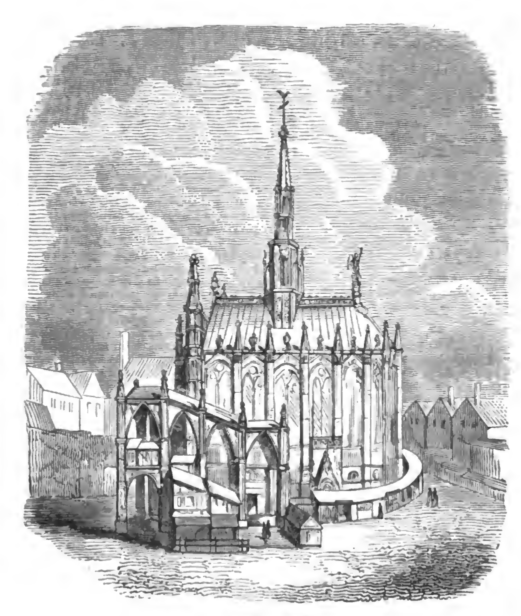
Don Antonio. El mismo, entonces alferez de Guardias españolas; y voy á referir á VV. cómo hizo amistad con don Fadrique, que fué de esta manera: Encontráronse ambos un dia en las *Platerias*; iba el conde hácia la plaza, el pretendiente á togas en direccion de los Consejos; llevaba el primero la derecha, pero el segundo tenia prisa y no quiso, ó no pensó en cederle el paso. Paróse San Justo y paróse don Fadrique; miró aquel á éste de alto abajo, como provocándole, y miró el estudiante al oficial todavia con mas insolencia. Ni el uno ni el otro eran hombres de dar un escándalo en la calle; pero al militar su uniforme le imponia no ceder el terreno; al presunto magistrado su carácter la de no pasar por pendenciero. Callaban, pues, entrambos; callaban y mirábanse de hito en hito como dos rabiosos tigres prontos á despedazarse, pero que recíprocamente se acechan esperando ocasion oportuna de asegurar la presa. Perdió el conde primero la paciencia, y, en voz baja, pero con iracundo acento, dijo á su antagonista: «Paisano, si no me cede V. el paso, le arrojo al arroyo.—Este paisano, replicó Fadrique sin perder un punto de su serenidad, es por lo menos tan caballero como el oficial insolente.....» Pero no pudo decir mas, porque el brazo vigoroso del conde, alzándose súbitamente, amenazó su rostro tan de cerca que, á no acudir rápidamente á la parada, recibiera la última afrenta que y un hombre pueda hacerse. Personas organizadas como los dos actores de la escena que describo lo estaban, pueden dejarse arrebatar un momento por la cólera; pero llegados al punto estremo en que por el insulto y palabra del uno y el amago del otro se hallaban, recobran al instante el imperio sobre sí mismos, dándoles la sed de venganza que les abrasa paciencia bastante para diferirla hasta poder obtenerla completa. Asi es que, como si precediera convenio entre ellos, tan luego como don Fadrique hubo contenido el brazo del conde, lanzándose una mirada de ódio implacable, se tendieron estrecharon las manos. «Al amanecer de mañana en San Blas, dijo el doctor.—Con la espada y un amigo, replicó el oficial.—Yo no tengo amigo, repuso don Fadrique, basta la espada.—Sea, contestó el de San Justo.» Y se separaron al instante.

A ser nuestro alcalde lo que en realidad parecia, es decir, inesperto en el manejo de las armas, pudiera decirse que era hombre muerto, atendida la destreza de su enemigo; mas don Fadrique bajo un nombre supuesto y en una casa por él alquilada á ese solo efecto, habia tomado lecciones de esgrima del mejor maestro de la corte, y tanta era su aficion, tales sus naturales disposiciones, que hizo en seis meses progresos sorprendentes. Por lo mismo aquel duelo no le aquejaba en manera alguna por el riesgo que correr pudiera su persona, sino por el evidente de arruinar en un solo momento el edificio de su ambicion y esperanzas. Carlos III quiso ¡estraño error! acabar con los desafios imponiéndoles penas aflictivas é infamantes, como si quien por no quedar infamado en la sociedad arriesga su vida, se arredrara ante castigos judiciales; Carlos III, digo, detestaba el duelo, y ya que Don Fadrique esperase salvar, aunque con dificultad, su cabeza de manos del verdugo, en caso de triunfar del Conde, estaba seguro de que jamás seria admitido en la magistratura española, mientras viviese el monarca reinante, un hombre culpable de haberse batido en desafio. La alternativa era cruel: ó quedar por cobarde con su contrario, ó renunciar al fruto que podia prometerse de haber sacrificado su juventud é inclinaciones á la voluntad de su padre. Mas triunfó el amor propio de la ambicion, y á la hora y en el sitio convenido, halláronse los dos contrarios, cada uno con su espada, dispuesto á lavar en sangre los agravios hechos y recibidos. Al verlos saludarse cortés y ceremoniosamente y encaminarse á las tapias del Buen Retiro, nadie digera sino que reinaba entre ellos la mas perfecta armonia: mas á los cinco minutos las espadas se habian cruzado, y pocos instantes despues uno de ellos bañado en sangre, yacia en tierra sin sentido. Era Don Fadrique, á quien el hierro de su contrario habia herido en el pecho. Acudió el Conde solicito á vendar la herida con lienzos que á prevencion llevaba, y luego que estuvo seguro de que su valeroso enemigo no corria riesgo de desangrarse, recogiéndole la espada, bajó presuroso del lugar del duelo, que era el castillo de san Blas, á la vecina ermita del Angel; despertó al ermitaño, y diciéndole desde afuera lo que ocurria, montó en el caballo que uno de sus lacayos le tenia prevenido, y salió á escape por el Prado. Cuando el ermitaño llegó donde estaba Don Fadrique, habia este recobrado el sentido, y con él toda su presencia de ánimo. Dijole, pues, que habiendo salido, como acostumbraba (y era verdad) á dar un paseo al rayar el dia, le habian acometido dos hombres pidiéndole la bolsa ó la vida; que en la lucha le hirieron con un estoque; y que á vista de la sangre, los rateros á quien sin duda la necesidad sola obligó á llegar á tal estremo, renunciando á su mal propósito, acudieron á restañarle la sangre, huyeron en seguida temerosos. Esta fábula, dicha con naturalidad, creida de buena fé por su primer oyente, y esparcida despues de boca en boca sin escitar dudas, porque la profesion y carácter de Don Fadrique le ponian á cubierto de toda sospecha, salvó la ambicion á este y la vida del Conde, que generoso y noble como pocos, fué desde entonces el mejor, ó mas bien el único amigo del hombre á quien habia herido. Por su parte el futuro alcalde cobró grande afecto al Conde, y la muerte sola pudo desatar los lazos de una amistad cimentada en hierro y sangre.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA SANTA CAPILLA.

En los cuadros de los pintores antiguos están representados generalmente los artistas de la edad media arrodillados á los pies de Cristo con una catedral ó un monasterio en la mano, como si arrancaran por un momento de la tierra para enseñársela á Dios, la casa que le habian construido. Este símbolo dulce, al par que grave, lo recuerda siempre el que vea la *Santa Capilla*. Parece una mezquita árabe comprendida entre los regalos hechos á San Luis por un califa amigo, y traida por él al regreso de una cruzada, cubierta aun de arena del desierto, para trasplantarla entre la nieve y el lodo de París. Consultaremos la crónica de su fundacion, y se verá que esta metáfora es casi una verdad.

En 1239, Baudouin, emperador de Constantinopla, se hallaba sin dinero y sin recursos ante una invasion temible de búlgaros que amenazaba á su capital. En tal conflicto el emperador hizo servir la corona de espinas de Jesucristo para rescate de su corona de oro. No fué al papa á quien se la ofreció, sino al que sus contemporáneos proclamaban «mas santo que los sacerdotes,» es decir, al rey de Francia. San Luis la compró en la cantidad de 160,000 libras. «La recibieron, dice un cronista, como se hubiera podido recibir al mismo Cristo.» Una embajada de obispos y barones salió á buscarla. El mismo rey salió á su encuentro hasta el pueblecillo de Sens, y la acompañó hasta Paris, en donde, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, y con una soga ceñida á la cintura, la llevó á la iglesia de Nuestra Señora. ¿Qué cabeza pudo haber mas digna de ceñir la corona sagrada y ensangrentada de la Pasion que la que habia derramado su sangre durante veinte años bajo el casco de las cruzadas?

Sin embargo, Baudouin le habia tomado el gusto á su comercio simoniaco. La capilla imperial de Constantinopla poseia aun gran parte de los despojos del Calvario. Propuso á San Luis otra adquisicion, y fué un espectáculo singular el de un emperador cristiano convirtiéndose en mercader de reliquias, serrando el árbol del Gólgotha, despedazando la túnica del *Ecce-homo* y el sudario del Santo Sepulcro, traficando vergonzosamente á la faz del orbe cristiano con la herencia de su Dios! Un prendero judío que hubiera comprado por mayor á Pilatos la víspera del Viernes Santo los instrumentos de la pasion, para venderlos al por menor á los discípulos y á las santas mugeres, no se hubiera hecho mas digno de vituperio!

La edad media se escandalizó, y el mismo San Luis vaciló. Pero la tentacion era harto fuerte: arrojó sacos de oro al griego en su contrato judáico, y la lanza de Longinos, la esponja empapada en hiel, y la caña de la coronacion burlesca, fueron á formar un trofeo religioso con la corona de espinas. Entonces fué cuando mandó construir la Santa Capilla á Eudes de Montreuil que le habia acompañado á las Cruzadas.

El cristianismo oriental de las cruzadas no tiene tipo mas exacto y esquisito que aquel relicario brillante de piedra. Al ver su arquitectura fina, delicada y esvelta, llena de audacia, de espontaneidad y de capricho, se conoce al instante que es un producto puro y perfecto de la arquitectura árabe, que parece tomar siempre por modelo la tumba de Mahoma, suspendida eternamente en la atmósfera de iman de la mezquita de Medina. La iglesia es muy fuerte; pero no se tiene ninguna idea de su fundamento y cimientos al penetrar en el piso bajo de ella; las frágiles columnas que la sostienen demuestran una audacia loca y atrevida hasta el último estremo. Al subir á la capilla superior, todo apoyo, toda ley geométrica desaparece. Delgadas columnillas recorren la pared como ramas de yedra petrificadas; ningun obstáculo estorba las miradas que se dirigen al instante al azul constelado de la bóveda, y hacen creer al espectador que está

bajo la influencia de algun sueño al ver que los vidrios de colores constituyen por sí solos mas de la mitad del edificio! Estos vidrios son quizás los mas admirables y hermosos que nos ha dejado la edad media. Su color dominante es un rojo subido. El antiguo y el nuevo Testamento estan allí completos, pintados capítulo por capítulo sobre aquella tela límpida y transparente. Iluminacion mística y maravillosa! Los ojos de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de las vírgenes filtran la luz á la nave. La ley antigua y la nueva se alumbran la una por la otra. Unas veces brillante y otras sombrío, el libro sagrado brilla siempre por alguna página. Cuando se apaga el Génesis, se enciende la Apocalipsis, y al hablar de la Santa Capilla se puede decir sin metáfora que el sol penetra en ella al través de la Biblia.

Lo que sorprende particularmente en estos vidrios es su altura prodigiosa. Forman cuasi la mitad del edificio, y sin embargo han resistido á los embates del viento. Hace ocho siglos que los azota el viento, y no ha conseguido abrir aun en ellos ni la mas mínima brecha. Cuando hizo Eudes de Montreuil su viage á ultramar, ¿no pudo hacer tal vez un pacto con alguno de aquellos nigrománticos orientales que encerraban á las sultanas en torres de vidrio transparente y sólido como el diamante, que hubieran estado recibiendo todo un dia los golpes repetidos del ariete sin saltar ni una chispa? Se inclina la imaginacion á creerlo al ver aquella arquitectura frágil y paradójica en que la piedra es tan fina, que parece cristalizada, y el vidrio tan duro, que parece petrificado.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que el arquitecto debió asustarse de su atrevimiento y arrepentirse de haber construido una iglesia, como el operario que fabrica una copa con su soplo vigoroso. Rouillard refiere que la Santa Capilla en los primeros dias de su existencia oscilaba sobre el terreno al menor impulso del viento, como se balancea el frágil barquichuelo sobre las olas. El campanario temblaba con los sacudimientos de la cuerda que agitaba el sacristan, y seguia los movimientos de la campana. Fue tan grande el miedo de ver caer el edificio encantado, que todos los operarios que habian trabajado en él emigraron al estrangero temiendo que les hicieran aprender las leyes de la gravedad en el estremo de una horca. Sin embargo, el tiempo ha dado la razon á la temeridad de Eudes de Montreuil: la iglesia frágil y oscilante se ha sostenido, y se ha visto que aquella flor de Oriente tenia raices de corpulento roble.

San Luis colmó de riquezas y privilegios á su iglesia predilecta. Instituyó para su servicio un clero particular que dependia directa y únicamente del Papa, y que se componia de diez y siete curas, de los cuales cinco eran canónigos, cinco sub-canónigos, cinco clérigos y tres mayordomos de fábrica. Les asignó rentas considerables, las que fueron aumentadas en algo por cuasi todos sus sucesores. La iglesia baja era servida por un vicario perpétuo nombrado por el tesorero. El tesoro de la Santa Capilla era de una magnificencia que rayaba en fabulosa. El catálogo espléndido de sus riquezas deslumbraba la vista, como si penetrara en el interior de los armarios inmensos de las catedrales góticas, especie de minas de ébano esculpido que contenian los adornos suntuosos de las fiestas de Navidad y Semana Santa. Ademas de la urna grande de bronce sobredorado que contenia las reliquias vendidas por Baudouin, se veian relicarios de oro macizo, viriles recamados de diamantes, misales con encuadernaciones guarnecidas de perlas, filácteros recargados de carbunclos, cálices, custodias, copones, cruces, bustos de oro, de plata, de marfil y de cristal. Parecia que se leia el inventario del templo de Salomon.

Pero la joya principal, la perla de todas estas joyas era la famosa apoteosis de Augusto, doble maravilla, en cuya confeccion habia sido la naturaleza colaboradora del arte, y que es al mismo tiempo la ágata mas hermosa y el camafeo mas notable que puede hallarse en el universo. Traida de Constantinopla con la corona divina, se creyó por mucho tiempo que representaba el triunfo de José en Egipto. Estaba colocada sobre un pedestal guarnecido de reliquias, y la canonizacion pagana unida sencillamente á la cristiana, se esponia en los dias de fiesta al culto y veneracion de los fieles, hasta que en 1619 el sábio y erudito Peiresc conoció el asunto verdadero que representaba. Hoy en dia el camafeo de la apoteosis de Augusto se halla en el gabinete de antigüedades de la Biblioteca Real.

Al construir la Santa Capilla, San Luis quiso crearse un oriente cristiano que le recordára la pátria de su fé y de sus ilusiones. Habia dado á las calles que rodeaban la Santa Capilla, nombres de los pueblos y aldeas evangélicas: Belen, Galilea, Jerusalem, todo un rincon de la Judea estaba embutido en Paris á la sombra de la Santa Capilla. Allí era donde trataba de adormecer la profunda tristeza de su alma, consumida por la nostalgia de la Tierra Santa. Aun se ve en un ángulo de la iglesia la celda reducida que le servia de oratorio. Los viernes santos sacaba de la urna la corona de espinas y la mostraba á su pueblo. Pero estas evocaciones no podian curar aquella alma, enferma de amor religioso. Pronto llegaron hasta él los gritos de dolor que proferian en el fondo de la Palestina: los peregrinos referian la humillacion de Jerusalem, que habia vuelto á ser musulmana. Esto era demasiado: el hombre del Gólgotha se habia crucificado en el reverso de la Cruz, y se desangraba por todas las heridas de la cristiandad. Emprendió de nuevo el camino del Santo Sepulcro, ese objeto místico por cuya consecucion se habian perdido treinta ejércitos en las arenas de los desiertos, y donde él mismo fué á enterrarse con la última cruzada.

La parte histórica que representó la Santa Capilla cesó con la muerte de San Luis. Desde entonces su crónica es meramente interior y claustral. Pronto se introdujo la relajacion entre los canónigos. Se decia que su capítulo superaba en holgazanería y molicie á la indolente Cluny que era entonces la Cápua monástica.

La revolucion fué una época terrible para la Santa Capilla; y sin embargo, la delicada basílica que parece que debiera haber saltado como vidrio al primer roce de aquellos brazos tan rudamente destructores, que solo con unirse hacian rechinar las Bastillas, ha sobrevivido á su arrebato. El motin la manchó, la marchitó, la violó; pero no la dió la muerte. Pero si las heridas no fueron mortales, en cambio fueron profundas. Las esculturas delicadas y misteriosas del pórtico, que tanto han dado que pensar á los herméticos, fueron arrancadas brutalmente para dejar su lugar al exergo sombrío con que la república purificaba todo, lo mismo una catedral que una moneda de cobre. Las estátuas de santos, de obispos y de reyes, que adornaban las dos naves, fueron todas decapitadas; las primeras por sus aureolas, las segundas por sus mitras, y las últimas por sus coronas. En la imparcialidad ridícula de su innoble cólera, la revolucion cortaba lo mismo las cabezas de mármol que las de carne; y la guillotina del cantero trabajaba tanto entonces como la del verdugo. Despues que el edificio estuvo *convenientemente purificado*, le transformaron en depósito de archivos.

La restauracion de la Santa Capilla se ha efectuado con la regularidad posible. El museo de la calle *des Petits-Augustins* era en la época del terror el panteon de las estátuas mutiladas; han encontrado en él muchos trozos del edificio amputado, que ha resucitado lentamente miembro por miembro. Las estátuas de los entrepaños se levantan de nuevo sobre sus pedestales; las columnas toman otra vez su vestidura dorada, cuyo dibujo borrado y rascado ha tratado de adivinar el artista. La noche oriental que estrellaba la bóveda, despojada de la nube asquerosa de vermellon y almazarron que la ofuscaba, ha vuelto á resplandecer. Algunos vidrios han sido borrados y otros se han roto, y se ha abierto un concurso para su restauracion; pero será ésta harto incompleta, porque hemos perdido el secreto magnífico de cristalizar el arco iris. No se puede formar aun un juicio definitivo del conjunto de los trabajos, pero hasta ahora parecen concebidos y ejecutados con inteligencia y gusto. Deseamos que prosigan así, y sobre todo que no se construya en lugar de restaurar. Los anacronismos de piedra son los peores. En la frente de un monumento antiguo y venerable, vale mas ver una herida que un emplasto.

LA HISTORIA DEL GENIO.

Ars longa, vita brevis.
HIPOCRATES.

Pour tout peindre il faut tout sentir.
LAMARTINE.

Chaque pas qui l'enfonce en de sublimes voies par un douleur est compté.
VICTOR-HUGO *Le Poete*.

Si recorremos una por una las páginas de la historia del mundo, vemos inscritos en ellas mil nombres que, repetidos de boca en boca en el transcurso de los siglos, van creciendo en esplendor al través de tantas generaciones, hasta que el último dia de la humanidad apague para siempre su fastuoso brillo. Seméjanse á las olas del mar agitado que aumentando de vólumen á medida que recorren la estension del occéano, vienen por fin á deshacerse sobre las arenas de una remota playa. Esos nombres, esparcidos como al acaso entre las sombras del pasado, son el faro de las futuras inteligencias erigidos en las atalayas del mundo intelectual. Verdaderas pirámides de la historia puestas de trecho en trecho para imprimir á ese gran libro un sello eternal que sin eso no tendria. Ese sello es el de la mano de Dios sobre la frente del hombre;..... es el culto que la humanidad tributa al *genio* sobre el altar de la historia. ¡El genio! ¡Emanacion celeste que identifica la divinidad con el hombre! ¡Lazo invisible que une la vida con la muerte, lo perecedero con lo eterno! Pero, desposeed á esos nombres del brillo que los reviste; hundios con ellos en los tiempos en que florecieron, penetrad en los pliegues del

corazon de los que los llevaron, y vereis sus arterias corroidas por la carie del dolor y del desengaño. ¿Creeis que el talento solo lleva en pos de sí la felicidad y la ventura? ¡Triste error! Los grandes hombres son como el sol: su luz deslumbra y no se pueden observar sus manchas. Colocad por un momento ante vuestra vista el lente escrutador de la severa crítica y recorred los pasados siglos. Allí vereis á Aristarco acusado de irreligioso por haber determinado la distancia del sol á la tierra; á Tyco Brahe perseguido por los Aristotélicos por esplicar varias leyes astronómicas hoy dia reconocidas; á Galileo sentenciado á reclusion perpetua por defender el movimiento de la tierra; á Campanela aplicado al tormento por afirmar la multiplicidad de mundos; á Regiomontano asesinado en Roma por envidia de su saber.

El mundo está lleno de semejantes ejemplos y la historia del genio no es otra cosa mas que un inmenso catálogo de mártires. ¡Terrible condicion la del talento! Cada haz de luz que derrama sobre la tierra para fecundizarla, es un dardo de fuego que lanza sobre su cabeza. La ignorancia, la preocupacion, el fanatismo, esos tres poderosos enemigos de la inteligencia, se opusieron siempre con tenaz empeño al progreso intelectual, y amamantados con los errores de otro tiempo, creian impiedad, sino blasfemia, el disipar esos errores con la luz de la verdad; de ahí el que Aristóteles hubiese abandonado á Atenas denunciado como irreligioso por el sacerdote Eurimedon; de ahí la horrorosa prision de Rugerio Bacon, acusado de *mágico* por haberse separado de las ideas de los filósofos contemporáneos; de ahí el afrentoso castigo de Prineli por haber afirmado la estabilidad de las estrellas; de ahí, en fin, la hoguera levantada por Alejandro VI para quemar á Savonarole por haber escrito su *Trimphum Crucis* cuya obra sirvió siglo y medio mas tarde, para que le diesen el renombre de *santo*.

Por eso el árbol de la gloria nace siempre sobre las cenizas del genio y este jamás logra tronchar una de sus ramas para ornar con ella su abatida frente. ¿Qué importa que el hombre, arrastrado por fogosas y recientes impresiones, coloque sobre la frente de sus héroes las coronas que teje en su entusiasmo, si entre sus hojas se ocultan siempre numerosas espinas que han de abrasar la frente del coronado? ¿Qué han hecho si no con Arquimedes, ese hombre enciclopédico que decia á Hieron: *da mihi punctum et terram movebo*, mirado como divino por sus contemporáneos y asesinado en su aposento cuando meditaba un plan para salvar su patria? ¿Qué con Milciades, acogido en todas partes con la palma de la victoria y sepultado despues en una prision para aguardar en ella su muerte? ¿Qué con Napoleon, proclamado como un Dios sobre la tierra y olvidado mas tarde en el remoto peñon de santa Elena?

¡Sin duda que la sociedad cree patrimonio suyo la inteligencia de sus grandes hombres! Sin duda cree suyo el derecho de atormentarles y arrancarles la vida como lo ha sido el dársela ¡Funesta idea! Nada es suyo sino la gloria que le cabe al abrigarlos en su seno, como lo es tambien el menosprecio de sus descendientes si han comprado esa gloria con las lágrimas de un nuevo martir. ¿Por qué, pues, habeis ultrajado al talento? Por qué habeis ocultado sus cenizas á las generaciones posteriores? Nosotros tenemos derecho á demandároslas. En donde estan los restos de Homero, de Cervantes, de Camoens, de Bocaccio, del Gran Capitan, de Cortés, de Lope de Vega, de Herrera, de Solis, de Moreto, de Tellez, de Velazquez, de Mme. Cottin, de Mirabeau y de otros mil confundidos para siempre entre el polvo de nuestros antepasados. ¿Creeis que basta á su memoria el monumento de sus obras? No; porque ese monumento le habeis reducido á pavesas cuando no estaba construido con las reglas de vuestro capricho y vuestra ignorancia. No, porque la presencia de las cenizas de un genio puede dar nacimiento á otro. ¿Quién sabe las ideas que habrán brotado en el cerebro de Napoleon al ver delante de sí el sepulcro del Gran Federico, al coger entre sus manos la espada de aquel rey-soldado? ¿La humilde tumba del Tasso, no es deudora á Lord Byron de una de sus mas sentidas composiciones? La Francia cuenta en su diadema literaria una de sus mas brillantes perlas nacida sobre las tumbas de distinguidos héroes.

Desviados un poco de nuestro objeto hemos dejado á los siglos de la antigüedad sin desentrañar de sus páginas los hechos que á las nuestras nos atañen. Tomemos desde la creacion del mundo la esposicion de esos hechos. Los primeros capítulos de la historia están envueltos en las sombras del misterio, como lo están los primeros siglos de la vida humana; pero en medio de esa incertidumbre histórica, en medio del oscuro horizonte del tiempo, brilla un ástro puro y radiante como el sol en el horizonte del mundo. Este astro es Homero. Coloso de la inteligencia que marcó con su brazo la senda del saber y el camino de la desgracia. Cantando los versos de su inmortal Iliada recorria los pueblos de la Grecia para ganar un miserable óbolo. Despues de Homero, todos los filósofos griegos, todos los profundos oradores, todos los hombres distinguidos de esa nacion, cuna de la civilizacion del mundo, sufrieron por su talento las mas crueles privaciones y algunos de ellos la muerte. Díganlo sino Arquíloco, cuyos versos fueron prohibidos en Atenas; Esópo, que despues de haber vivido en la esclavitud murió despeñado en Delfos; Cimon, condenado al ostracismo por intrigas del famoso Pericles; Anaxágoras, acusado de querer esplicar las obras de Dios y encerrado en una prision; Sócrates, sentenciado á muerte y envenenado; Platon acusado por las alusiones de sus escritos; Demóstenes silbado en la tribuna y abofeteado en público. No he concluido todavia; la historia del genio es un manantial inagotable de semejantes hechos. Despues de algunos de los sabios que hemos citado y coetaneo de otros, aparece el divino Sofocles, uno de los escritores mas fecundos de la antigüedad y del cual solo muy pocas obras han llegado á nuestros dias. ¡Acaso hayan hecho con ellas lo que con las obras de Arquíloco y de Protágoras! ¡Acaso hayan servido sus ilustres páginas para iluminar la plaza pública de Atenas! Sofocles, pues, acusado de demente por sus hijos, compareció ante el Areópago, ante ese inflexible tribunal que hizo justicia al poeta trájico condenando á sus detractores al oprobio. ¡Primera y única victoria del talento sobre la calumnia! No sucedió asi con Hisperides, rival de Demóstenes, que cayendo en poder de Antiparos le hizo matar; con Menandro muerto de pesadumbre por verse injustamente pospuesto á todos los escritores de su tiempo; con Ciceron asesinado cerca de Fornies; con Ovidio muerto en el destierro; con Teócrito, mandado degollar por Hieron, rey de Sicilia; con Pitágoras, asesinado en una conmocion popular; con Anaxandrido, sentenciado á morir de hambre; con Juvenal, el primer satírico de la antigüedad, desterrado por quejarse de la miseria en que yacian los que á las letras en su tiempo se dedicaban:

cum jam celebres notique Poëte
Balneolum Gabiis, Romæ conducere furnos
Tentarent; nec foedum alii nec turpe putarent
Præcones fieri (1)

Por eso aconsejaba á su amigo Telesino que si su hijo tenia ingenio le diese la carrera de *músico*, y si no le hiciese *pregonero*. ¿Y no era mejor *alquilar los baños* de Roma ó de los Gabios que verse, como Jenócrates, encerrado en una carcel por no poder pagar el impuesto que en Atenas se exigia á los estrangeros? ¿No era mejor hacerse músico ó pregonero que pedir una limosna, como Jenofanes en el destierro, para sostener á su familia? El mismo Juvenal se acuerda en la sátira que hemos citado de la llorosa Clio, á quien suponen inventora de la historia, que abandonando los valles de la fuente Aganipes, llamaba á los palacios de los grandes mendigando su sustento muerta de hambre y de cansancio. Por eso los que en su corazon rendian culto á esa diosa, pagaban con sus desgracias un tributo á esa divinidad.

Muchos y muy ilustres hombres hemos citado, los cuales bastarian por sí solos para probar que *el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida;* pero ¿olvidaremos á Herodoto que, aun cuando su existencia sea problemática, se quiso que compusiese en el destierro los primeros libros de su famosa historia? ¿á Píndaro multado por haber alabado á los atenienses en una de sus odas? ¿á Séneca calumniado y sentenciado á abrirse las venas? ¿á Horacio confiscado su patrimonio? ¿á Eurípides desacreditado por el eco de la envidia? ¿á Eratóstenes..... mas ¿á qué cansar á nuestros lectores con tan prolija como dolorosa tarea? Escritos están en la historia los nombres de Eurípides, Fidias, Democrito, Aristofanes, Piteas, Esquilo, Safo, Jenofonte, César, Epaminondas, Tueldides, Bruto, Casio y tantos otros que ocultan bajo el velo de su celebridad el cuadro de sus padecimientos.

Dejemos ahora esa época tan remota como floreciente; atravesemos el Gólgotha, aunque arranque nuestras lágrimas el ver allí espirar al mayor genio del mundo, al Hombre-Dios, y escribamos segun el órden con que nuestra memoria nos los reproduzca, los nombres de los que llevaron en su corazon el sello del genio y en su frente el anatema del réprobo. En el mismo siglo que J. C. floreció el ilustre Plinio, general y compilador infatigable que deseando leer en las entrañas de la tierra la causa de sus fenómenos, fué envuelto entre la lava del Vesubio que arrebató del mundo las ciudades de Herculano y de Pompeya. Despues de esta época hay un vacío inmenso en la bibliografía del saber, y las horas de muchos siglos sonaron al compás de las batallas de que era teatro el universo entero. La voz del genio se apagaba con el ruido de los combates, y los que llevaban la palma de la inmortalidad y de la victoria al frente de sus legiones, cayeron mas tarde agoviados por el peso de sus lauros. A la guerra universal sucedió la paz, al ruido el silencio y la voz imperecedera del poeta cantó entonces la historia de tantas luchas. El Tasso describió la marcha de las huestes de Godofredo al través de las llanuras de la Tierra-Santa, y el autor de la *Jerusalen libertada* fué sentenciado á muerte á la edad

(1) Satira VII.

de ocho años y anduvo proscrito toda su vida. Ariosto, llamado por Voltaire *el mas grande de los poetas modernos*, cantó los fabulosos hechos Carlovingianos, y el autor del *Orlando furioso* hubiera muerto de hambre si el duque de Ferrara no le protejiera. Camoens concurriendo al descubrimiento de las Indias escribia su inmortal poema con la enérgica entonacion de estos versos:

Cesse tudo ó que á Musa antiga canta
qu' outro valor mais alto se levanta,

y el autor de *Las Lusiadas* abandonó á su patria con las sentidas palabras que muchos siglos antes vertiera Escipion al salir desterrado:

Ingrata patria, non possidebis osa mea.

El vate lusitano no fué profeta; volvió á Lisboa para morir en un hospital y para que sus cenizas se perdieran entre el polvo de las pasadas generaciones (1). Ercilla pintaba la insurreccion de Arauco y el primer épico español salió desterrado de la ciudad de Chile, despues de haberle conmutado la pena de muerte. Y Ercilla, el poeta guerrero, el protagonista de *La Araucana*, habia blandido tambien su espada, como Garcilaso, que cantaba sus versos de amor peleando sobre la candente arena del Africa y en su destierro en una isla del Danubio. Como Lope de Vega, inagotable ingenio que á pesar de haber recibido inmensos lauros en el campo de batalla y de la escena, legó á sus descendientes la pobreza inherente al genio (2). Como lord Byron, que despues de haber sido el blanco de la gaceta de Edimburgo, fué á combatir por la independencia griega, abandonando para siempre á su patria en la cual *no queria morir:*

.....if for the and cloudy clime
Where I was born, but where would not die (3).

Como Cervantes que regó con su sangre las aguas de Lepanto y vino á escribir á un inmundo calabozo su inmortal poema. Como Cervantes cuyas cenizas yacen ignoradas y cuya efigie han rodeado de hierros cual si no bastase á sus padecimientos la cautividad de su vida. Con razon, al ver la estátua de este grande ingenio, esclamó un poeta moderno:

Si es pedestal ó túmulo se ignora:
mas sin duda temieron que indignado
de la piedra en que está salte á deshora
segun se ve de hierros circundado.

¡Ah! Y si el infortunado autor del Quijote hubiera existido medio siglo antes, las páginas de su obra servirian para alimentar las hogueras de la superticion que las cortes de Valladolid levantaban para todos los libros de su época (4). ¡Oh mares de la inteligencia que han llenado el mundo de cenizas sin tener en cuenta que sobre la lava que rodea los volcanes la vegetacion es mas frondosa y mas lozana! Ellos son los que han proscrito la Biblia, ese poema universal que tiene por base el Génesis y por cuspide el Apocalipsis, que tiene por cuna el primer dia de la creacion y por sepulcro el último de los siglos; ellos los que han querido compartir la gloria de Erostrato para llevar á la posteridad el renombre de *incendiarios*. Por eso la corte de Roma redujo á cenizas los escritos de Juan Huss y de Giordano Bruno mientras subian al patíbulo estos célebres reformadores. Por eso los tribunales del óscurantismo mandaron quemar por mano del verdugo la obra del famoso historiador Mariana «*De rege et regis institutione.*» Por eso el congreso republicano de Ginebra condenó al *Emilio*, y Rousseau, el lacayo de la condesa de Vercelis, abdicó los derechos de ciudadano. Por eso, en fin, los jesuitas del tiempo de Pascal, anatematizaron á este filósofo profundo. Con otros emplearon distintas armas sacadas del provisto arsenal de su rencor y su ignorancia. ¿Qué han hecho sino con Cagliostro, que despues de recorrer proscrito toda la Europa, fué denunciado á la inquisicion de Roma y encerrado en el castillo de san Angelo por toda su vida? ¿Qué con Schubart, olvidado trece años en la fortaleza de Asperg, cuando habia de ser mas tarde el genio tutelar de la Alemania? ¿Qué con fray Luis de Leon sepultado cinco años en las cárceles del Santo Oficio por haber traducido *el cantar de los cantares*? ¿Qué con Harrigton, Cardan, Vanini, Telesio, Ramus, Spinosa, Montaigne, Santa Teresa de Jesus y otros mil apóstoles de la humanidad, que han corrido perseguidos la senda de su vida, sin hallar, como los fugitivos israelitas, una tierra de promision?

Sobre la sociedad que así ha tratado á los hombres mas ilustres de los pasados tiempos, debia recaer la execracion de las futuras generaciones, como sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra ha recaido el fuego del cielo, digno castigo de su depravacion y su molicie. ¿Con qué derecho nuestros antecesores han borrado del acta testamentaria de sus prohombres el catálogo de sus obras, el patrimonio de sus hijos, la herencia secular de la humanidad entera? ¿Con qué derecho han grabado sobre las puertas del saber esta inscripcion con que el Dante, poeta divino, condenado á ser quemado vivo, describia la senda del infierno?

Per me si va nell' eterno dolore.

¡Genios del porvenir! romped el padron de vuestra gloria si habeis de seguir la huella de vuestros predecesores. ¿A qué la inmortalidad, si ese nombre es la venda que encubre una vida de amargura?.. Arrojad al fuego vuestras obras, como Bocaccio y Figueroa antes de mendigar su luz pública como Saint Simon. Bajad á la tumba sin revelar al mundo vuestro ingenio como Andréa Chenier, antes de que os echen de vuestra cátedra como á Gall y Paracelso, ó de que os apedreen en medio de la calle por enseñar vuestras doctrinas, como á Raimundo Lulio. ¿Esperais, acaso, alguna recompensa por vuestros afanes? Acordaos de Wethneys, que hizo la fortuna de los Estados-Unidos y murió de miseria en un granero: de Murillo, que legó á su patria un renombre en las bellas artes, y recorrió descalzo las calles de Sevilla: de Cristobal Colon, que dió un mundo á Isabel I, y á quien la misma reina mandó cargar de cadenas. ¡Cristobal Colon! ¡oh! dadme la historia de esos famosos viageros que han impreso su nombre sobre el mapa del universo. Abramos ese libro por cualquiera parte y leamos: Magallanes, rechazado de su patria y alanceado por los salvages de Maltau: Cook, muerto á traicion en una escaramuza entre los indios: Hudson, victima de su tripulacion y abandonado sobre el mar en una chalupa: Mungo Park, asesinado cuando quiso descubrir el desagüe del Nilo: Le Vaillant, encarcelado como sospechoso, y próximo á subir al cadalso: Bering, La Perouse, Nuñez de Balboa, Le Maire, Dufresne, Urhille, Badia, todos han demostrado con un fin trágico la suerte reservada al genio. Y si en vez de ese libro cogemos el de los hombres que han brillado en las ciencias y en las artes, de los que con sus teorias y sus aplicaciones mecánicas han dado á la civilizacion un impulso gigantesco, vereis reflejado siempre el mismo cuadro, la misma imágen con colores mas ó menos vivos. Y en prueba de ello ved á Fulton espulsado de Francia como un charlatan: á Silvestre II acusado de mágico por haber inventado los relojes de muelle: á Brunnel y Papin espatriados: á Sennefelde morir en la mayor miseria: á Dolomieu sepultado en los calabozos de Sicilia: á Harbey perseguido por haber descubierto los misterios de la organizacion humana: á Condorcet suicidado; y por último, á Kepler, Pilatre des Rosiers, Agricola, Leibnitz, Francoeur y otros muchos que en este articulo llevamos ya citados.

En vano es querer ahogar á la inteligencia en su cuna, como es vano intentar detener á la humanidad en su marcha. Para el vuelo del pensamiento no hay cadenas, como para el giro del sol no hay obstáculos. ¿Qué importó haber sumido en hondas y lóbregas prisiones á Milton, Silvio Pellico, Voltaire, Marmontel, si de la oscuridad de un calabozo ha salido la brillante aureola del autor del *Paraiso perdido*; si de la fortaleza de Spilzberg brotaron *Mis prisiones*; si dentro de los antiguos murallones de la Bastilla se han escrito *La Henriada*, *Edipo*, *Los Incas* y otras muchas obras? ¡Ah! El recuerdo de la Bastilla ha llevado mi memoria á una época azarosa para el genio y á una nacion fecunda en sangrientas revoluciones. Lacroix, Malesherbes, Lavoisier, Cazotte, Baylli, Carnot, Mad. Stael. ¡Qué de nombres bullen en mi cabeza! ¡Genios ilustres que han llenado con su fama al orbe entero, y que han sido el blanco de los vaivenes políticos de su patria! ¡Y cuántos descendieron de la tribuna parlamentaria, el cenit de su reputacion futura, para arrodillarse en el patíbulo revolucionario, e ocaso de su borrascosa existencia! ¡Cuántos desde el Capitolio marcharon á la roca Tarpeya!.... Apartemos la vista de semejantes horrores, aunque en el cuadro que intentamos bosquejar no hallemos donde fijarla sin estremecernos.

Y en verdad, ¿á dónde dirigirnos que veamos al genio sobre los altares de la estimacion pública? ¿Le hallaremos en la escena, en ese daguerreotipo social sobre el que Maiquez reprodujo las costumbres de su época, caminando mas tarde para el destierro, falto de salud y de medios de subsistencia? Quizá bajo la máscara de Thalia se oculte la alegría de Momo. Alcemos el telon de las reputaciones dramáticas. En el proscenio vemos á Shakespeare silvado en un teatro de provincia: á Calderon reputado por *loco* despues que ha escrito *la vida es sueño*: á Goethe huyendo del mundo para encerrarse

(1) El terremoto que asoló a Lisboa en 1755 hizo desaparecer la sepultura de Camoens bajo los escombros de la iglesia de santa Ana. Despues nadie se acordó del depósito que aquella iglesia contenia.

(2) En su testamento, otorgado la víspera de su muerte, se lee lo siguiente: «..... y la dicha mi muger trajo por dote suyo a mi poder 22,382 rs. de plata doble, é yo la hice de arras 500 ducados, de que otorgué escritura ante Juan de Pina, *y de ellos soy deudor* a doña Feliciana Feliz del Carpio, mi hija única y de la dicha mi muger.....

—«Declaro que la dicha doña Feliciana, mi hija, esta casada con Luis Usategui, y al tiempo que se trato dicho casamiento le ofrecí 3000 ducados de dote, comprendiendose en ellos lo que a dicha mi hija le toca de su abuelo materno..... *y respecto de haber estado yo alcanzado* no he pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote maravedis ni otra cosa alguna.. ..»

(3) Byron--The prophecy of Dante. Dedication.

(4) En las cortes de Valladolid de 1555 se pidió (peticion 107) que en atencion al daño que habia hecho y hacia a los hombres mozos y doncellas y otros generos de gentes leer libros de mentiras y vanidades como un Amadis y todos los libros que despues de el se han fingido de su calidad y lectura, y coplas y farsas de amores..... manda S. M. que ninguno de estos libros, *ni de otros semejantes*, se lea ni imprima so graves penas, y los que ahora hay los mande recoger y quemar, etc.

en el castillo de Weimar. En segundo término aparecen: Corneille, el gran dramático de Luis XIV, suspirando por alimento antes de espirar: Lope de Vega, que pide en su testamento un empleo para su hijo político: Sabage entregándose á la corrupcion para olvidar su miseria: Racine silvado en su tragedia *Fedro:* Moratin, que abandona á su patria y exhala su postrer aliento en pais estrangero: Moliere, que lleno de disgusto espira haciendo el papel de *el enfermo imaginario* en su comedia de este nombre. ¡Ah! Los bastidores de la escena teatral simbolizan la escena del mundo: á lo lejos la ilusion asombra: de cerca la verdad conmueve.

¿Hallaremos la felicidad del genio en el seno de la vida privada, en los brazos del amor? No; porque allí nos encontramos con el *that fatal she* del cantor de Childe Harold y los nombres de Macías, Rodriguez del Padron, Petrarca, Byron, Schulze y Larra nos demuestran lo contrario. ¿La hallaremos en la festividad de su estilo? Ved á Etienne Joui, que bajo el seudónimo de la *Chaussée d'Antin* describe las costumbres de su época, abandonando á la Francia por no subir al patíbulo. A Quevedo, que despues de siete años de encierro escribia con la hiel en el corazon y la risa en los lábios el sabido romance:

Parióme adrede mi madre:
Ojalá no me pariera.....

A Walter Scott, sucumbiendo bajo el peso de los trabajos que se habia impuesto para reparar su fortuna. A Lafontaine, que hubiera caido en la miseria si M. La Sabiiere no le tendiese una mano protectora. A Larra, que salpicando de gracias sus inmortales artículos, describia de una plumada el corazon del hombre, leyendo en el suyo este espantoso letrero: *aquí yace la esperanza.* Larra, que con un escepticismo devorador solia esclamar: *mi vida es una cadena de males,* y que por eso rompió sus eslabones con el plomo mortífero de una pistola. ¡Genio infortunado que debe á la amistad el oscuro asilo en donde reposa, y á la imprudencia un epíteto que pesa sobre sus cenizas!....

Recorriendo los relieves de la Historia, trazando nuestra pluma los contornos de las figuras que mas en sus páginas sobresalen, hemos llegado al siglo actual, y si bien citamos algunos personages que en él han florecido, otros nos quedan todavía para dar la última pincelada al primer término de nuestro lienzo. Tomemos de la paleta las tintas del dolor y escribamos el nombre de Espronceda! El Byron español que, semejante á un meteoro atravesó raudalmente la órbita de su existencia para dejar en pos de sí un rastro de luz radiante, inestinguible. *Desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria,* ha dicho Chateaubriand; y la gloria del autor del *Diablo mundo* ha acrecido con su muerte prematura. Víctima de las discordias civiles, emigraba en la flor de su edad, arrojando en las playas de Lisboa el pequeño caudal que le restaba. Las continuas vicisitudes de su existencia agostaron su cansado corazon, y lleno de esperanzas murió como Chenier, golpeando su cabeza y esclamando: *¡Es lástima! ¡Algo tenia yo aquí!*

La Rusia posee tambien su Býron, que ha llamado Lemortoff; genio destinado á heredar el talento y la trágica muerte de su antecesor Pouchkine. La Alemania perdió á principios de este siglo al fecundo Kozebue, asesinado por el estudiante Sand: la Hungria á Cazincy, encerrado durante siete años en las prisiones de Viena, y mutiladas sus obras por un inicuo tribunal.

Si dejamos el terreno de las letras para entrar en el de la ciencia política, veremos á Pitt en los matorrales de Pulteney, abrumado de deudas y muriendo en la mayor pobreza: al *Divino* Argüelles concluyendo sus dias en una estancia miserable: á Rossi asesinado en Roma; y aunque por incidencia retrocedamos algunos años mas, no queremos olvidarnos de Campomanes, que ha muerto en la desgracia: de Jovellanos, que insultado, proscrito y enfermo, apenas halló un asilo donde poder espirar: de Francisco Bacon, calumniado y preso por deudas repetidas veces: de Maquiavelo, en fin, decretado de complicidad contra el cardenal de Médicis, y aplicado á la tortura. Como un coloso que abarca la literatura y la política, colocaremos al autor de *Los mártires*, á Chateaubriand, que le habreis creido feliz porque ha ocupado los puestos mas distinguidos de su patria; pero que no lo era porque al mismo tiempo escribia en el prefacio de sus *Memorias de Ultra-tumba* lo siguiente: «Despues de haber vestido la piel del oso, »que usa el salvaje, y el caftan de seda del mameluco, despues de »haber padecido la pobreza y el hambre, la sed y el destierro, me »he sentado como ministro y embajador, cubierto de oro, insignias y »condecoraciones, á las mesas de los reyes, en funciones de príncipes »y princesas, para caer luego en la miseria y probar los horrores de »una prision.» Sus cenizas descansan en un rincon de la costa de Saint Malo, cual si hubiese querido huir del panteon que *á los grandes hombres* erigió *la Francia reconocida.* Panteon que hasta ahora ha dejado vacío el rencor de los partidos; pero que ofrece al genio la dulce tranquilidad de la muerte (1). Italia ofrece en su suelo las tumbas de sus hombres mas ilustres, cual otros tantos panteones que son las fuentes de la inspiracion del genio. Inglaterra nos presenta un Westminster, para encerrar dentro de sus envejecidas paredes las cenizas de los Newton y los Shakespeare. España tiene la fosa comun y encima de ella la losa del olvido. Los hombres que han derribado la casa de Cervantes, y que quizás en estos momentos hacen lo mismo con la de Hernan Cortes, aunque se vea sobre su fachada la lápida en que consta su desgraciado fin: los que han escondido bajo la sombría columnata de un cementerio los restos de Calderon, Larra y Espronceda, solo tienen bronces para grabar sus títulos, nunca los títulos del poeta: solo tienen mármoles para alzar monumentos en holocausto suyo, nunca en holocausto del genio.

Esta es la historia del saber, este es el catálogo de los mártires del talento. ¡Desgraciados aquellos á quienes no se les puede decir estas palabras de Lamennais, del divino Lamennais, que el clero calificó de impío: *Vous n'avez qu'un jour á passer sur la terre, faites en sorte de le passer en paix!....* ¿Y la suerte del genio será eternamente la misma? ¿Su historia se escribirá siempre con sangre como las leyes de Dracon? Entre las sombras de la lucha á que el orbe entero indudablemente se prepara, ¿no habrá un faro de salvacion para esos hombres que en medio de las borrascas conducen á salvo la humanidad errante.? ¿Perecerán con ella?.... Entonces esclamemos como Latour (2). *¡Ah! ¡Sálvese al menos el culto del talento del naufragio de todas las ideas!*

R. RUA FIGUEROA.

EL PUENTE DE CURZUL.

Las montañas del Cebrero dividen la vega del Vierzo del territorio perteneciente á la provincia de Lugo. Villafranca es la primera poblacion que recibe al viajero, despues de subir las laderas de un puerto donde se encuentran los vestigios de una elevada temperatura, y los frutos de una maravillosa vejetacion. La sierra del Cebrero no es una elevacion árida y pizarrosa como la que separa al Vierzo de la tierra de los maragatos, como Fuentebadon, donde elevándose el camino progresivamente, describe un arco de círculo, que el sol hace subir á una latitud tropical, ni tampoco es un apilamiento de montañas cónicas como Guadarrama, donde la nieve hace perpétuo asiento sobre la greñuda cabeza de los pinos seculares.

Bien dijo un célebre poeta de nuestros tiempos:—una montaña es un paisage, lo mismo que una vela en el mar.

La sierra del Cebrero, inmenso remolino de cumbres unidas por derrumbaderos inaccesibles, pero revestidos de la sublime poesía de una naturaleza agreste y primitiva, presenta el carácter de esas montañas seculares donde el arte no se atreve, no sabemos si por miseria ó debilidad, á levantar sus pequeños monumentos.

El viajero, que dotado de una vigorosa organizacion, desea seguir con la vista la linea alterada á trozos por un escaso riachuelo, que aquí es pozo, allí cascada, mas allá álveo caudaloso por las corrientes despeñadas durante el invierno entre robles y castaños, y comprendiendo la magia irresistible de esas perspectivas espontáneas de la naturaleza, sube ó baja la espiral formada por la carretera en Piedrafita, pareciéndose á una culebra colosal descansando al sol, encontrará en la sierra del Cebrero témpanos de hielo entre escarpadas rocas, y oasis de verdura al lado de bosques ruidosos, divisando en lontananza el humo de algunas chozas que no se ven, y el cual baja en tumbos perezosos por los derrumbaderos hasta desparramarse sobre el lino que el sol blanqueará. Entonces se perciben tambien acentos humanos que salen de entre las retamas, y que pasando de peña en peña se multiplican hasta perderse en una melancólica modulacion.

Las chozas de los habitantes del Cebrero tienen una apariencia primitiva, que contrasta con la feracidad de la sierra. En medio de un follage que dobla sus ramas sobre la carretera, ó bajo una cantera de granito, va ensanchándose un cono formado por cuatro maderos cubiertos de paja. Cada uno de estos es la choza de un pastor. Apenas tiene puerta: un pequeño muro cierra el espacio necesario para conservar los aperos de la labranza. Al revolver por un desfiladero ó subir por una ladera se encara el viajero con un semblante humano, grave y reposado, donde el sol ha marcado grandes y profundas arrugas. Es un habitante del Cebrero: en su fisonomía se echa de ver el reposo de esas organizaciones que combaten la canícula y la escarcha

(1) Los restos de una gran parte de los hombres mas distinguidos de la Francia, yacen confundidos con los de los mayores criminales. Entre aquellos citaremos á Mirabeau, el primer orador de los tiempos modernos, cuyo cadaver trasladaron dos agentes de policía desde el panteon al cementerio de Clamart.

(2) Biografía de Silvio Pellico.



Vista del puente del Curzul.

con el pecho descubierto y los pies descalzos. Para completar esta perspectiva de miseria en el hombre, y de esplendidez en la naturaleza, es sorprendido algunas veces por una bandada de palomas silvestres, que rompen su vuelo cerca de sus pies con el atolondramiento de un ave herida, que se precipitan por aquellos derrumbaderos, ó por dos milanos que, remontándose en círculos concéntricos hasta una inmensa elevacion, caen con una prodigiosa violencia sobre el mismo lugar donde habian ascendido, reposando sobre una peña de figura caprichosa, que ya se parece á un leon, ya á una pirámide truncada, sobre su base. Los bueyes descansan en los remansos: los pastores haraposos parecen algunas veces por su inmovilidad la terminacion de una cristalizacion calcárea donde estan sentados.

En el pequeño lugar *do Castelo* empiezan las montañas del Cebrero, territorio celebrado por los quesos que llevan su nombre, y que formados á la caida del otoño entre pedazos de un lienzo, que podia competir con el empleado en las velas de las embarcaciones, presentan la informe esterioridad de una elaboracion salvaje. La carretera, á pesar de las revueltas que forma para hacer mas llevadera la elevacion de las montañas, empieza á subir desde el puente de *Senra*. El viajero atraviesa los lugares del *Cerezal*, *Nogales* y *Becerreá*. Desde que se llega á *Doncos*, pueblecillo que corona la parte mas elevada de la sierra, empieza la bajada hasta *Villafranca del Vierzo*. En mulo de maragato es la jornada de un dia: en la silla de postas, de algunas horas: se almuerza en *Villafranca* y se come en la *Coruña*. Entre los *Nogales* y *Doncos* se encuentra el celebrado *puente de Curzul*, cuya vista exacta y pintoresca presentamos á nuestros lectores al frente de esta página.

El puente de Curzul está situado á seis leguas y media de la antigua ciudad de Lugo, sobre el rio que lleva su nombre. El camino que lo empalma con las dos montañas sobre que está asentado, ha sufrido frecuentes y repetidas renovaciones, porque la poca solidez con que habia sido construido y las grandes corrientes de agua que, desprendidas de la nieve caen en el invierno de la cumbre de la sierra, hacian intransitable uno de los desfiladeros mas peligrosos de la carretera de Castilla. De esta suerte se construyeron gruesos paredones y se desahogó el camino con espaciosas alcantarillas que permiten curso rápido y seguro á los torrentes que aumentan el cauce del rio Curzul.

En 1792 el ingeniero don José Machado, que dirijia la carretera de Castilla, para evitar que el camino bajase por una pendiente escabrosa y de difícil acceso, sobre unos fuertes pilares de remota antigüedad, y que habrian quedado tal vez abandonados por lo atrevido del pensamiento, concibió el colosal proyecto de elevar un puente que, salvando el precipicio, uniese las dos colinas, como el que mas tarde se habia proyectado sobre el rio Ulla en S. Juan de Coba. Este proyecto, á pesar de los inconvenientes que presentaba, no solo por su coste, sino tambien por su desempeño, fué llevado á cabo bajo una direccion hábil é inteligente. A pesar de que los materiales de construccion estaban en las próximas canteras, y que en la obra se emplearon mas de trescientos operarios vizcainos, la construccion del *puente de Curzul* duró mas de veinte años.

Al revolver el viajero por la espiral que forma la carretera delante de sus arcos, reconociendo la sima estrecha sobre que está colocado, se admira el arranque atrevido de sus arcos y la linea de perspectiva que forman sus andenes. Durante el invierno no es un puente para un riachuelo, como se echa de ver durante las templadas estaciones, sino el dique de una corriente agitada por el sacudimiento del agua sobre las quiebras de las montañas, y briosa con los deshielos que se precipitan de las laderas.

La elevacion del *puente de Curzul* es de 102 pies sobre el nivel del rio que lleva su nombre; pero su construccion es sorprendente por los andenes de piedras grandes de caliza azulada, dos plazuelas circulares en sus entradas, y seis pilares que le dan un realce estraordinario.

Despues de presentar á nuestros lectores la descripcion pintoresca de la sierra del Cebrero, para reconocer con mayor exactitud la importancia y elevacion del *puente de Curzul* como una construccion maestra del arte, debida al célebre ingeniero gallego don José Machado, terminaremos esta relacion refiriendo un suceso que ha podido comprometer la solidez y duracion de esta obra. En la retirada que hicieron las tropas españolas al comenzar la guerra de la Independencia en la provincia de Galicia, el general Mahy mandó volar uno de los arcos del *puente de Curzul* para evitar que el enemigo le alcanzase antes de rehacerse y prepararse á la defensa. Esta resolucion no revelaba otro inconveniente que la falta de conocimientos topográficos, por cuanto á la pequeña distancia de unos cuarenta ó cincuenta pasos, el rio Curzul tiene un vado practicable, por el cual no solo podian atravesar los soldados, sino tambien las cureñas de la artilleria y los carros de las provisiones.

Posteriormente fué renovado el arco reventado, y en la actualidad se presenta al viajero con el carácter de duracion y solidez que imprime á las obras de arquitectura el aplomo y la inteligencia.

Setiembre—1849.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

UN DIA DE CAMPO.

—Digo á Vds. que me es imposible: lo siento; pero...

—Vamos, no hay remedio: vendrá V., ó de lo contrario perderemos las amistades. ¡No faltaba mas!

—¡Pero si no puedo!....

—¡Pues no ha de poder V.! Esas son disculpas. ¿Qué tiene V. que hacer?

—He dado palabra á un amigo de estar en su casa á las dos y media.

—Con los amigos siempre se tiene cumplido.

—Pero es preciso, porque acaba de llegar de provincias y....

—Nada: el muchacho irá á decir á ese amigo que le han comprometido á V. á quedarse á comer en cualquiera parte.

—No, no: es inútil. Tengo tambien que hacer dos visitas.

—¿No está V. siempre diciendo que le empalagan las visitas, y que primero se dejaria emplumar que....

—Si: pero hay circunstancias en que es indispensable hacerlas.

—Concluyamos: V. no quiere venir con nosotros porque tal vez le desagrada nuestra compañía: en ese caso no hay mas que hablar.

—Me ponen Vds. en un grave compromiso.... Iré donde Vds. gusten: desde este instante estoy á su disposicion.

Este diálogo tenia lugar en Madrid, dia 24 de junio á las diez de la mañana, poco mas ó menos (soy partidario de la exactitud en las fechas) en casa de don Toribio de..... Interlocutores: el supradicho señor y mi humildísima humanidad. Testigos presenciales: la muger de don Toribio y su hija Pepita. Por aquí he debido empezar, pero ya no hay remedio.

Fáltame decir lo que motivó la escena anterior, y lo haré en breves palabras. La casualidad, que dispone las cosas á su antojo y no siempre á nuestro gusto, hizo que yo me hallára el referido dia en casa de mi amigo don Toribio, y que llegára en la peor ocasion del mundo, cuando estaban tratando de un dia de campo. Asi me lo dijeron, invitándome al propio tiempo á que formára parte de la caravana. Me escusé como pude, pero en vano. Despues de una acalorada discusion me vi obligado..... pero esto ya lo saben mis lectores..... ¿Dónde estábamos?.... ¡Ah! pronunciando yo aquellas terribles palabras:—Desde este instante estoy á su disposicion.

—Asi me gusta,—esclamó don Toribio:—ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos. El dia se presenta hermosísimo. Tomaremos un coche y saldremos á las once, porque hemos de ir lejos, lejos, al aire libre. ¡Oh! el campo es lo mas delicioso.... ¿No es V. aficionado al campo?

—Si: me gusta.... Alguna que otra vez he salido á pasear.... Pero hace tanto calor....

—¡Quiá! no diga V. eso; en el campo siempre hace fresco.... Vamos, vamos: son las diez dadas y no hay que perder tiempo. A ver, Juan; á buscar un coche, pronto, que sea cómodo, capaz, bien suspendido....

—Voy corriendo, señor.

—Mira: si pudieras encontrar aquel en que fuimos á Vallecas hace dos meses.... ese seria el mas á propósito; tiene buenos caballos.... Pero no te detengas, trae el primero que encuentres.

—Bien, señor.—Y salió el criado.

—Se ha de divertir V., estoy seguro.... ¡Ah! ¿dónde está Juan?

—Ya marchó á buscar el coche, dijo doña Andrea, es decir, la muger de don Toribio.

—¡Voto va! se me olvidó.... Aun puede que se le alcance á ver desde el balcon.... Alli va.... ¡eh! ¡muchacho! ¡Juan!.... Que no vaya á traer un tres por ciento.... ¿Cómo?.... Bien, si; pero no tardes.

—Hombre, no des esas voces, que alborotas la calle.

Me olvidé decir que don Toribio habitaba un tercer piso, y que aquella casa tenia entresuelo.

—¡Qué importa!—dijo don Toribio entrando en la sala;—pues no faltaba mas, que no tuviera uno libertad para llamar á su criado desde el balcon.... Pero ¿qué haces que no vas á aviarte? ¡Qué calma teneis, Dios mio!... es para desesperar á cualquiera.... Y V. ¿piensa ir en ese trage?—añadió dirigiéndose á mí.—¡Qué disparate! Para el campo la peor ropa. Si le viniera á V. una chaqueta mia de tela.... Probaremos.... A ver, quítese todos esos adefesios, la levita, el chaleco, los guantes, la corbata.... ¿Le oprimen á V. las botas?

—No señor, no: me están bastante desahogadas.

—Porque se las podia V. quitar y ponerse mis zapatos de caza.

—No hay necesidad.

A los dos segundos me hallé en mangas de camisa; y tal era mi turbacion, que habia empezado á desabotonar los tirantes para desnudarme tambien los pantalones; pero salí de mi estupor al ver aparecer á don Toribio trayendo en la mano una especie de chaqueta de mahon.

—Ea, aquí está. Algo ancha le será á V., pero eso no importa: estará V. mas desembarazado.

Envolví mi cuerpo en aquel saco sin decir palabra pero sudando tinta.

—¡Eh!... ¡magnífico!... Le sienta á V. divinamente... Voy ahora á buscar una gorra de camino, ó cualquier cosa....

—No: no hay necesidad.

—¡Pues no faltaba mas! ¿Quiere V. estropear el sombrero en el coche?

Don Toribio era hombre de una estatura colosal (habia sido Guardia de Corps) y de una crasitud mas que mediana: añadid á esto que era sumamente aficionado á gastar holgada la ropa, y formareis una idea aproximada de la rara figura que haria un individuo de cinco pies escasos y robusto como una prima de guitarra, dentro de una chaqueta de mahon del uso del referido señor. Ademas, la esposa de don Toribio era toda una muger de gobierno y económica, y habia sabido utilizar estas cualidades aplicando á una levita azul del mayorcito de sus hijos los botones de la chaqueta de mahon de su marido.

—Esto será bueno,—dijo don Toribio, volviendo á aparecer con un grotesco gorro de algodon, de figura cónica, encarnado y blanco, y cuya descripcion seria agena de este lugar y mas propia del *Journal des Tailleurs*.—Perfectamente: ya está V. hecho un milord.... Pero ¿qué hará mi muger?..... ¡Qué calma, Dios mio! ¡Andrea!

—¿Qué quieres, hombre? ¡Si nos dejarás en paz!—dijo doña Andrea entrando en la habitacion con su hija Pepita, que tendria unos once años. Ambas venian hechas unas miladys, segun la espresion de don Toribio; con esto me dispenso de hacer una pintura de sus trages.

—¿Está todo corriente?—preguntó su esposo.

—Si: ya está todo.

—¿Y los chicos? ¿están vestidos?

—Si: ya están.

—¿Habeis arreglado *la prevencion*?

—Si, hombre, si.

—¿La habeis colocado por último en el cesto grande?

—Si: ya está.

—Bien: pues entonces ya podemos echar á andar.

—Pero ¿ha venido Juan con el coche?

—¡Voto va!.... pues tienes razon.... ¿Qué diablos hará aquel gaznápiro tanto tiempo por allá?.... Y ¿cómo habeis puesto el pavo? ¿En pepitoria?

—¿No te he dicho ya que no; que le hemos mandado asar?

—Tal vez no le gustará asado á don Fernando.... ¿Cómo le gusta á V. mas el pavo, asado ó en pepitoria?

—De cualquier modo, contesté.

—Bien, pero díganos V. francamente....

—¿No le digo á V. que me gusta de cualquiera manera?

—Pero ¿á que le gusta á V. mas en pepitoria?

—Si; es verdad: en pepitoria....

—¿Lo ves, muger? Si en cosa que vosotras pongais mano lo habeis de echar á perder siempre. Y eso que se lo dije: ponle en pepitoria; pues no señor; por lo mismo ha de ser asado....

A este tiempo entraron los dos hijos de don Toribio.

—Papá, ¿cuándo nos vamos?—dijo el menor, que tendria unos seis años—yo quiero ir en coche contigo....

—Si, hijo, si.... Pero ¿dónde mil rayos estará aquel badulaque? Ya hace tres cuartos de hora que salió.... Me parece que para buscar un coche no se necesita tanto tiempo.

—Di, mamá: ¿viene con nosotros don Fernando?—preguntaba Federico, el mayor y el mas travieso de los dos:—¡ay!... mira papá... don Fernando se ha puesto tu chaqueta.... Papá....

—¿Qué quieres, hijo?..... ¿Si le habrá sucedido algo?.... ¡tanto tardar!

—¡Papá!... mira....

—Me parece que tendré yo que salir, porque si no....

—¡Papá!—repetia Federico, cada vez mas impacientado y tirando á su padre de los faldones de la levita.—Papá....

—Hijo, por Dios.... ¿qué quieres?... Me estás atormentando la cabeza con tus chillidos.

—Que don Fernando se ha puesto tu chaqueta.

—Bien, si: ya lo se: déjame en paz.

—Y el gorro que llevó Juan á las máscaras, añadia Carlitos.

—¡Qué mal parece don Fernando con la chaqueta de mi padre!—esclamaba Federico.—Y no se le ven las manos....

—Vámonos, papá, que ya es tarde—decia Carlitos.—¡Ay! mira... dice Federico que yo no voy á comer tortilla con jamon.... ¿Verdad que si?

—Si, hombre, si. ¡Ya estás pensando en comer!

A este tiempo sonó la campanilla.

—¡Gracias á Dios!—esclamó don Toribio, lanzándose hácia la puerta.—¡Ya era hora!.... Pero hombre ¡qué pelma eres! Una hora para buscar un coche, que es cosa de diez minutos.... Vamos, vamos,—añadió dirigiéndose á nosotros.—Son las once y no hay que perder tiempo .. ¡Juan!

—¡Señor!

—¿Digiste que esperára á la puerta?

—¿Quién, señor?

—¡Qué torpe eres!... ¿Quién ha de ser? el coche.

—Pues eso iba á decir: que no le he encontrado.

—¿Cómo que no?

—Me he cansado de correr por todas partes, y no he podido dar con ninguno: todos están tomados.

A estas palabras, don Toribio dió una fuerte patada en el suelo, echó un voto, se puso pálido, y con un temblor convulsivo tomó el sombrero y se dirigió á la puerta.

—¿Dónde vas?—preguntó su esposa.

—A traer una docena de coches antes de cinco minutos:—contestó furioso y salió.

Los muchachos que empezaban á ver desvanecidas sus esperanzas de ir en coche y comer tortilla con jamon, dieron principio á un duo de lamentos en octava alta, que no habia timpano cristiano que pudiera escucharle. Doña Andrea se esforzaba inútilmente en ponerlos unísonos por medio de amenazas que de cuando en cuando les dirigia. El concierto se hacia de todo punto insoportable, hasta que la mamá-directora tomó el partido de marcar el compás con un zapato alternativamente sobre las espaldas de los jóvenes cantantes. Con aquella leccion de solfeo las disonancias se hicieron menos desgarradoras; pero continuaba el duo *sotto voce*; y solo despues de mucho tiempo se pudo lograr que llegáran al *allegro*, y fué cuando entró don Toribio, y con voz de bajo profundo debutó: «el coche espera.»

Todos nos pusimos en movimiento á esta señal. Bajamos la escalera.... Efectivamente, á la puerta de la la calle vimos parado un coche (por lo menos asi le llamaba don Toribio).

—Ea, ir subiendo, dijo este.—¿Se olvida algo, Andrea?

—Me parece que no... ¿Has dicho á Juan que baje la prevencion?

—Aqui está.—Y apareció el criado cargado con un enorme canasto.

Fuimos entrando en aquel cajon con ruedas, que, aunque bastante espacioso, no lo era tanto que pudiera dar cómoda acogida á cuantos iban subiendo. Doña Andrea, muger de una *humanidad* mas que regular, necesitaba la mitad del carruage: se acurrucó con su hija en la testera, con lo que quedó aquel asiento inhabilitado para contener ningun otro ser viviente, aunque hubiera sido una lagartija. Era preciso ver cómo se acomodaban las personas restantes, á saber: don Toribio (por Dios, no olvidarse que habia sido Guardia de Corps); Federico, Carlitos, el cesto (este no sé si habria sido Guardia de Corps, pero tenia para ello escelentes cualidades), y una chaqueta de mahon de don Toribio, dentro de la cual iba perfectamente metido el que relata. Todos estos objetos entraron en el coche; yo no os diré cómo, pero es lo cierto que entraron. Don Toribio y yo ocupamos el asiento vacante; Carlitos se acomodó sobre las rodillas de su hermana; Federico sobre las de su padre, y el cesto sobre las mias.

Toda la gente que pasaba por aquella calle, que es de las mas transitadas de la corte, se detenia alrededor del coche á gozar del espectáculo que tan oportunamente se les presentaba. Yo estaba corrido al ver aquella turba de importunos que celebraba con grandes risotadas el cuadro vivo del género grotesco con que les obsequiábamos gratuitamente. Deseaba, por verme libre de sus insolentes miradas, que estallara una revolucion, que hubiera un terremoto, un huracan, un diluvio, ó que echara á andar el coche. Al fin sucedió esto último, que era á mi modo de ver lo mas dificil, y que me hizo creer en la posibilidad de ver algun dia volar á un buey sin alas, y moverse una diligencia sin caballos: tan débiles me parecieron los que aparentaban tirar de nuestro coche. Los alegres espectadores de la calle nos despidieron con una salva de aplausos, y nuestro carruaje empezó á rodar magestuosamente en direccion de la Puerta de Toledo.

Entonces don Toribio sacó su reloj de caja de concha y dijo: las doce, aun tenemos tiempo.

Hacia un calor horroroso. El coche no tenia cortinas ni persianas, ni cosa alguna que pudiera debilitar al menos la luz del sol, que entraba por la ventana mas próxima al sitio que yo ocupaba. Asi es que el sol por una parte; las rodillas de doña Andrea, colocadas en frente de mí, por otra; los pies de Federico, que me acariciaban de vez en cuando las espinillas con sus bruscas sacudidas, el humo del cigarro habano que fumaba don Toribio; y mas que todo el descomunal canasto, al que iban sirviendo de cimientos mis rodillas, y que me abrumaba bajo su peso; todo esto me hacia renegar del genio campestre de don Toribio, y me tenia cargado hasta no mas.

—¿Qué es eso, hombre? No parece sino que vá V. disgustado..... ¿Le incomoda á V. el canasto?

—No señor, no: voy perfectamente.

—¡Qué diablo! Es preciso sufrir un poco: todo es una hora de mal camino. No le pesará á V.: ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—¡Qué calor!—esclamaba doña Andrea agitando su abanico.—Ha sido una locura salir á estas horas: ¡es insoportable!... En metiéndosete una cosa en la cabeza aquello ha de ser... Voy á ponerme mala... ¡Uf! ..

—Mira, Andrea, si has de empezar con tus letanias mas vale que te vuelvas á casa... Es tonteria, donde hay mugeres ..

—Mamá tiene razon, decia Pepita: yo estoy sudando...

—Pues, hija, aguantarse: tambien yo sudo y soy tan bueno como vosotras. No: si sé yo esto, nos hubiéramos venido solos don Fernando y yo.

—Y yo, papá, decia Federico con muy mal gesto.

—Y yo tambien, añadia Carlitos...

—Sí, hijos, sí: pero con vuestra madre y hermana no se puede ir á ninguna parte

(Concluirá.)

FERNANDO MARTIN REDONDO.



Una posicion dificil de conservar.

El artista no nos dice por qué concurso de azares ó de imprudencias ha llegado su héroe al estremo en que se halla. Se contenta con mostrárnosle sentado sobre los abrojos de hierro que guarnecen una barrera, sin poder bajar hácia la derecha porque un toro amenaza enristrarle con sus astas: hácia la izquierda porque dos mastines ladran con furor mostrándole sus aguzados dientes: hácia adelante porque hay un pantano, ni hácia atrás porque hay un cartel que le advierte que hay trampas! En esta posicion delicada, nuestro desgraciado personage dirige tristes miradas al cielo, único camino que le aparece espedito, pero en el que busca inútilmente el medio de salvarse.

¿Qué será de él rodeado por tantos peligros? Lo que les sucede á tantos necios ó aturdidos colocados como él entre pasiones que amenazan, acreedores que ladran, humillaciones que manchan, y bribones que están tendiendo siempre trampas.

¡Cuántas personas se reirán de este individuo, sin imaginarse siquiera que no están ellos mejor colocados en la vida que este pobre hombre en su barrera! Pero el ridiculo necesita chocar á la vista para ser conocido fácilmente. Nadie comprende, por ejemplo, lo profundamente cómicas que son las oscilaciones de la inteligencia humana á caballo en el razonamiento, y cualquiera se reirá del labriego borracho que Lutero le dá por símbolo, y que, echado sobre su bucéfalo, se levanta del derecho para caerse al izquierdo.

LA HISTORIA.

Soneto

DEDICADO Á MI QUERIDO CATEDRÁTICO DON EUSTAQUIO LASO.

De un olmo rey, señor de la espesura,
Bajo el ramaje descansaba un dia,
Y mi mente feliz se adormecia
En dulces sueños de eternal ventura.
Del sol la llama rutilante y pura
Se hundió en los senos de la mar bravia;
Y ya la estrella en el cenit lucia,
Fiel precursora de la noche oscura.
—Tal es del hombre la existencia vana,
En rudo acento prorrumpí anhelante:
Nacer, brillar un punto, y al oscuro
Hondo abismo rodar; cuando cercana
Oigo una voz que me responde amante:
Mira á mi Cielo y le verás mas puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

Madrid—Febrero 1849.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra

NAVIO DE GUERRA.

Entre las creaciones del hombre mas dignas de maravilla, ocupan uno de los primeros lugares, sin duda alguna, esos inmensos armazones de madera destinados á surcar atrevidamente los mares, desafiando el furor de las olas y rigor de los vientos. Por este medio el hombre ha salvado las enormes estensiones de agua que separaban antes los pueblos, y se han puesto en comunicacion, estableciendo lazos de fraternidad que de otro modo no existirian nunca, regiones condenadas, á no ser por la navegacion, á vivir eternamente ignoradas unas de otras. Una vez facilitado el tránsito libre por el mar, hizose necesario atender á la seguridad recíproca de los navegantes y á los medios de su defensa, y de ahí el origen de la marina de guerra, que ha venido á ser uno de los mayores elementos de fuerza y de poder de las naciones.

Los navios que son la mayor y mas importante especie de los buques de aquel género, merecen por mas de un concepto fijar la atencion, no ya de los que tengan conocimientos ó relaciones marítimas, sino de todas las personas curiosas. El grabado que encabeza este número dá una idea completa de la cubierta de una embarcacion de este género: el que estampamos en la página 133 la dá mas detallada aun de todas las divisiones y distribuciones de un navío de guerra, cuyo corte perpendicular representa. Estas láminas hacen superfluo todo género de esplicaciones.

NOTA

DE LAS PERSONAS QUE INTERVIENEN EN LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

El cura del lugar de don Quijote, *Pero Perez.*

El barbero de idem, *maese Nicolás.*

(1) El único objeto que nos hemos propuesto al formar esta nota ó estracto, y un resúmen, por órden cronológico, de las principales aventuras de Don Quijote, cuyo resúmen se insertará mas adelante, es el de que muchos de nuestros lectores recuerden con facilidad las bellezas de todas clases en que abunda el libro del inimitable manco de Lepanto.

Aldonza Lorenzo, ó sea *Dulcinea del Toboso*.

El *dueño* de la venta donde se armó caballero.

Las *mozas* del partido que iban á Sevilla y que se hallaban en la citada venta, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera*.

Juan Halduedo, el rico vecino de Quintanar.

El muchacho *Andrés*, criado del anterior, á quien su amo tenia atado á una encina y le estaba pegando muchos azotes con una pretina, por suponer que por su descuido le faltaba cada dia una oveja de las que guardaba.

Los seis *mercaderes toledanos* que iban á comprar seda á Murcia, y uno de los mozos de mulas que llevaban.

El *labrador* que le encontró en el suelo sin poderse mover de los golpes que le pegó dicho mozo de mulas, y que por compasion le llevó al pueblo.

El *ama* de don Quijote.

La *sobrina* de idem.

Su escudero *Sancho Panza*.

Mari Gutierrez ó *Teresa Panza* ó *Cascajo*, muger del anterior.

Los *dos frailes* de la órden de San Benito, á quienes encontró en el puerto Lápice, y sus mozos.

La *señora vizcaina* que iba á Sevilla en un coche á reunirse con su marido.

Don Sancho de Azpeitia, escudero, tambien vizcaino, que dijo á don Quijote aquello de «anda caballero, que mal andes, etc.»

El *muchacho* que fué á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero de el Alcana de Toledo.

El *morisco* aljamiado que tradujo al castellano por dos fanegas de trigo y dos arrobas de pasas la «Historia de don Quijote, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli,» cuya historia comprendia uno de dichos cartapacios, los cuales y los demás papeles compró el autor por medio real.

Los *cabreros* que obsequiaron á don Quijote.

El *zagal* compañero de aquellos llamado *Antonio*.

Los *seis pastores* vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa, que concurrian al entierro de su compañero *Grisóstomo*.

Los *dos gentiles hombres* de á caballo, llamado uno *señor Vivaldo*, que iban con los anteriores y con tres mozos de á pié que los acompañaban.

Los *veinte pastores* que por la quiebra de dos altas montañas bajaban, todos con pellicos de lana negra vestidos, seis de los cuales conducian en unas andas el cuerpo de *Grisóstomo*.

La hermosa pastora *Marcela*.

Los *arrieros yangüeses* que llevaban una manada de hacas gallegas.

El *ventero* á donde fueron á parar don Quijote y Sancho Panza despues de apaleados por los anteriores, y cuya venta se imaginó el primero que era castillo.

La *muger* é *hija* de dicho ventero.

La moza asturiana llamada *Maritornes*.

El *arriero rico de Arévalo* que se encontró en la repetida venta, algo pariente de Cide Hamete Benengeli.

El *cuadrillero de la Santa Hermandad vieja de Toledo* que asió de las barbas á don Quijote despues de lo ocurrido en el camaranchon con Maritornes y los demás.

Los *cuatro perailes* de Segovia, los *tres agugeros* del potro de Córdova y los *dos vecinos* de la heria de Sevilla que mantearon á Sancho Panza.

Los *pastores* y *ganaderos* de los dos rebaños de ovejas que se le figuraron ser los ejércitos del emperador Alifanfarrón y de su contrario Pentapolin.

Los *encamisados* que, de noche, á caballo y con hachas encendidas, llevaban desde Baeza á Segovia un cadáver dentro de una litera.

El bachiler *Alfonso Lopez*, natural de Alcovendas, uno de dichos encamisados, á quien tanto mal trató *Don Quijote*, si bien luego le pidió perdon del agravio.

El *barbero* á quien quitó la vacia de azofar que llevaba en la cabeza, por suponer que era el yelmo de *Mambrino*.

Ginés de Pasamonte, ó *Ginesillo de Parapilla* y los otros once galeotes, á quienes dió libertad.

Los *dos hombres* de á caballo y *los dos* de á pie que custodiaban y conducian á los anteriores.

El *cabrero de Sierra Morena*, que dió razon del sugeto de quien eran el cogin y la maleta que se encontraron.

Cardenio.

La bella *Dorotea*

Don Fernando y su esposa *Luscinda*.

Los cuatro hombres que iban á caballo á la gineta, con lanzas y adargas y con antifaces negros, y los dos mozos de á pie, todos los cuales entraron en la venta donde servia *Maritornes*.

Lela Zoraida y *Rui Perez de Viedma*, capitan cautivo, que la acompañaba.

El licenciado *don Juan Perez de Viedma*, hermano del anterior, oidor de la audiencia de Méjico, su hija *Doña Clara* y los hombres de á caballo que acompañaban á ambos.

El caballero *don Luis*, supuesto mozo de mulas, novio de la doña Clara, «*que de tal manera cantaba que encantaba.*»

Los *cuatro hombres* de á caballo muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones, que iban en busca del *don Luis*, de órden del padre de este.

Los *dos huéspedes* que habian intentado irse de la venta sin pagar lo que debian.

Los *tres cuadrilleros* que entraron en la venta y que tomaron parte en la gran contienda que se armó sobre la vacia y albarda que quitó *don Quijote* al barbero que encontró en el camino.

El *Canónigo de Toledo* y los otros cinco ó seis criados suyos que encontraron á *don Quijote* metido en la jaula y á los que le custodiaban.

El cabrero *Eugenio*, que iba *tras la hermosa cabra que tenia toda la piel manchada de negro, blanco y pardo*.

Los *hombres vestidos de blanco*, á modo de disciplinantes, que llevaban en procesion y rogativa á la Virgen.

El *boyero* del carro donde iba don Quijote metido dentro de la jaula.

El bachiller *Sanson Carrasco*.

El *mozo de mulas* criado de un labrador rico del Toboso, que iba cantando el romance de

«Mala la hubiste, franceses,
en esa de Roncesvalles.»

Las *tres labradoras* del Toboso que iban sobre tres pollinos ó pollinas, las cuales supuso Sancho que eran Dulcinea y dos doncellas suyas.

Los cómicos de la compañia de Angulo el malo.

El Caballero del Bosque ó de los Espejos.

Tomé Cecial, escudero del anterior.

Don Diego de Miranda, ó el caballero del verde gaban, y su esposa *doña Cristina*.

Don Lorenzo, hijo de los anteriores.

Los pastores que estaban junto al camino ordeñando unas ovejas, á los cuales compró Sancho unos requesones, que metió, por la prisa, en la celada de su amo.

El conductor del carro donde iban los leones que el general de Oran enviaba á la corte, presentados á S. M.

El leonero á quien obligó don Quijote á que abriese la jaula donde iba el leon macho.

Los dos labradores, *el Licenciado* y el bachiller *Corchuelo*, que iban caballeros sobre cuatro bestias asnales.

Camacho el rico.

La hermosa Quiteria.

El despechado *Basilio*.

Los músicos regocijadores de la boda de los dos primeros.

Los muchos que andaban ocupados en levantar andamios de donde, con comodidad, pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer para celebrar las bodas de que se ha hablado antes.

Los *cincuenta ó mas cocineros y cocineras* que estaban preparando la opípara comida de las referidas bodas.

El otro *cocinero* que dió á Sancho tres gallinas y dos gansos, indicándole que se desayunase con aquella espuma, en tanto que se llegaba la hora del yantar.

Los *doce labradores* que sobre doce hermosisimas yeguas y con ricos y vistosos jaeces dieron muchas carreras por el prado.

Los *veinticuatro zagales* que componian la danza de las espadas, y *el que las guiaba*.

Las *doncellas hermosisimas* que componian la otra danza, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, y *el venerable viejo* y *la anciana matrona* que las guiaban, y tambien *el que las hacia el son* con una gaita zamorana.

Los que representaban ocho *Ninfas*, y el dios *Cupido*, y el *Interés* que guiaban á aquellos.

Los *cuatro diestros tañedores de tamboril y gaita* que hacian igualmente el son á los anteriores.

Los que figuraban los *cuatro salvajes* que tiraban del castillo de madera llamado del buen recato.

La parentela de los novios *Camacho* y *Quiteria*, el *Cura* y toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta, que acompañaban á los primeros.

El *famoso estudiante*, primo del licenciado que acompañó á don Quijote á la *Cueva de Montesinos*.

El *sota-ermitaño* á quien pidió Sancho de lo caro, y le respondió

que no lo tenia su amo, pero que si queria agua barata se la daria de muy buena gana.

El *hombre* que llevaba un macho cargado de lanzas y de alabardas, y que luego contó en la venta la historia del rebuzno.

El *mancebito* que iba á sentar plaza, y que, entre otras seguidillas, cantó aquella de

«A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdad.»

El *muchacho* criado de Maese Pedro, intérprete y declarador de los misterios del retablo de aquel.

El *dueño de la venta* donde, entre otras cosas, ocurrió el destrozo de las figuritas de dicho retablo.

Los *doscientos ó mas hombres armados* de diferentes suertes de armas, como lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, picas, arcabuces y rodelas, del pueblo del rebuzno, que por no haber salido á la batalla sus contrarios se volvieron á sus casas regocijados y alegres.

Los *molineros* que detuvieron el barco donde se metieron don Quijote y Sancho.

Los *pescadores* dueños de dicho barco.

El *Duque*, la *Duquesa* y los *cazadores* del primero.

Las *dos hermosas doncellas* que al entrar en el gran patio del castillo de los Duques echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manton de finísima escarlata.

Los *criados* y *criadas* que en un instante coronaron todos los corredores del patio de dicho castillo.

La dueña *doña Rodriguez de Grijalva* y las otras que la acompañaban.

Las *seis doncellas* que desarmaron á don Quijote y le sirvieron de pajes.

Los *doce pajes* que con el maestresala le llevaron á comer con los Duques.

El *grave eclesiástico* que se hallaba en el castillo de aquellos.

Las *cuatro doncellas* que, acabada la comida, se presentaron con una fuente de plata y otras cosas, y empezaron á lavar y jabonar el rostro de don Quijote.

Los *muchos mozos*, ó por mejor decir pícaros de cocina, y otra gente menuda que fueron persiguiendo á Sancho con un artesoncillo de agua que, en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar.

Los *monteros y cazadores* que concurrieron á la caza de montería que dispusieron los duques.

El que hacia de postillon, que en trage de demonio, anunció que iba á buscar á don Quijote.

Los que componian las supuestas tropas de encantadores, diablos, etc. incluso el mayordomo que hacia de Merlin y que anunció en verso el raro modo de desencantar á la simpar Dulcinea del Toboso.

Los que figuraban los *tres tristes músicos* que acompañaban á los supuestos Trifaldin el de la barba blanca, la condesa Trifaldi y sus doce dueñas.

Los que igualmente figuraban *cuatro salvajes* vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros llevaron el gran caballo de madera llamado Clavileño el aligero.

La mucha gente que con el maestresala acompañó á Sancho cuando fué á tomar posesion de la Insula Barataria.

Emerencia y *Altisidora*, doncellas de la duquesa.

El regimiento de la *Insula Barataria*.

El *sastre*, el *labrador*, los *dos hombres ancianos*, la *muger* y el *hombre*, vestido éste de ganadero rico, á quienes administró respectivamente justicia Sancho Panza el primer dia que tomó posesion de su gobierno.

Los *cuatro pajes* que al entrar en su palacio el gobernador Sancho salieron á darle aguamanos.

El que parecia *estudiante* que echó la bendicion en la mesa.

El doctor *Pedro Recio de Aguero*, natural de Tirtiafuera.

El *correo* portador de la carta del duque.

El *secretario* de Sancho Panza.

El *labrador* de Miguelturra que, entre otras cosas, pidió á Sancho trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de su hijo el bachiller.

Los *corchetes y demás* que acompañaron á Sancho en su ronda.

Los *dos hombres* que encontró aquel riñendo en la calle.

El *mozo* que, así como vió la ronda, empezó á correr como un gamo.

La *hija* y el *hijo de don Diego de la Llana*, hidalgo principal y rico de la Insula Barataria.

La *criada* que abrió á los dos primeros la puerta de su casa.

Sanchica, hija de Sancho, y la cantidad de mugeres que en el arroyo del pueblo de aquellos estaban lavando cuando se presentó el paje de los duques preguntando por Teresa Panza.

El *forastero* que hizo á Sancho la pregunta ó consulta de si habia de castigarse ó no al que pasó cierto puente y dijo la verdad.

Las *veinte ó mas personas* que con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas iban gritando á grandes voces por los corredores del palacio del gobernador Sancho.

Ricote el morisco, tendero del lugar de Sancho, y los *cinco peregrinos* que le acompañaban.

El *estudiante* que al sacar á Sancho de la cueva donde habia caido dijo «que así habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores.»

Los *muchachos* y la mucha gente que rodearon á don Quijote y á Sancho, cuando, fuera ya este de la cueva, se llegaron al castillo de los duques.

El lacayo gascon llamado *Tosilos*.

Los *doce hombres* vestidos de labradores que encima de la yerba de un pradito verde estaban comiendo, los cuales conducian, para un retablo que hacian en una aldea, unas imágenes de relieve y entalladura, cubiertas con unos lienzos.

Las *dos hermosísimas jóvenes* vestidas como de pastoras que al ir á romper sus redes se presentaron á la vista de don Quijote y de Sancho.

El *hermano* de una de las anteriores, vestido asimismo de pastor.

Las *treinta ó mas personas*, vestidas tambien bizarramente de pastores y pastoras, compañeros de las anteriores, que se estaban holgando en el campo, y con las cuales comió don Quijote y su escudero.

La muchedumbre de hombres á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, que conducian toros bravos y mansos cabestros, que otro dia habian de correrse en su lugar.

El *ventero* que cenó con Sancho dos manos de ternera cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino.

Los huéspedes de la venta, *don Juan* y *don Gerónimo*, con quienes habló don Quijote sobre la segunda parte de su historia, compuesta por Avellaneda.

El capitan *Roque Guinart* y sus cuarenta bandoleros.

Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, singular amigo de Roque Guinart.

Don Vicente Torrellas, hijo de Clanguel Torrellas, y prometido esposo de Claudia.

Los *criados* que acompañaban al anterior.

Los *dos capitanes* de infantería española, sus *dos mozos* de mulas, los *dos peregrinos*, *doña Guiomar de Quiñones*, muger del regente de la vicaria de Nápoles, *su hija pequeña*, *la doncella*, *la dueña* y los *seis criados* que la acompañaban, á todos los cuales detuvieron en el camino los bandoleros de Roque Guinart.

Los *soldados* de las galeras que estaban en el puerto de Barcelona cuando llegó don Quijote, y que disparaban infinita artillería á primera hora del dia de san Juan.

Don Antonio Moreno, caballero rico y esperto, amigo de Roque Guinart, y los que salieron con él á recibir á don Quijote.

La muger del don Antonio.

Los *muchachos* que á la entrada de Barcelona, alzando el uno de la cola del rucio, y el otro de la de rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Los *amigos* de don Antonio Moreno, que honraron y trataron á don Quijote como caballero andante.

El *castellano* que, yendo de paseo don Quijote con su *huésped* y con los *amigos de este*, leyó el rétulo que le pusieron en las espaldas, y esclamó aquello de *«válate el diablo, etc.»*

Los *muchachos* y toda la gente que se daba prisa á leer dicho rétulo.

Los *amigos* de la muger del don Antonio y las demas personas que concurrieron al sarao que hubo en la casa de este para honrar á don Quijote, y para que todos gustasen de sus nunca vistas locuras.

Las *dos damas*, de gusto pícaro y burlonas, que sacaron á danzar á don Quijote, moliéndole no solo el cuerpo, pero el ánima.

El *sobrino* de don Antonio, estudiante agudo y discreto, respondiente de la famosa cabeza encantada.

Los *oficiales de la imprenta* donde entró don Quijote, y el *autor* que estaba en la misma viendo componer el libro toscano llamado *«Le bagatelle»* que habia traducido en nuestra lengua castellana.

El *general*, el *cómitre*, la *chusma*, y todos los demas de las galeras que habia en el puerto de Barcelona, en las cuales tanto se obsequió á don Quijote.

El *virey* de la ciudad.

Las *treinta y seis* personas que habia en el bajel turco apresado por dichas galeras.

El arraez del citado bajel, que se descubrió era *Ana Felix*, hija de *Ricote el Morisco*.

Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que te-

CORTE PERPENDICULAR DE UN NAVIO DE GUERRA.

(Las siguientes indicaciones corresponden, con la mayor exactitud posible, por medio de las distancias conservadas entre ellas, á los diversos detalles del grabado; subiendo ó bajando con la vista línea por línea, se hallará fácilmente cada uno de los títulos en relacion con la parte del navío en que se halla la escena que debe esplicar.)

Marineros bajando de rizar una vela. — Marineros rizando una vela.

Marineros poniendo velas al sol para secarse. — Grumete izando banderas de señal.

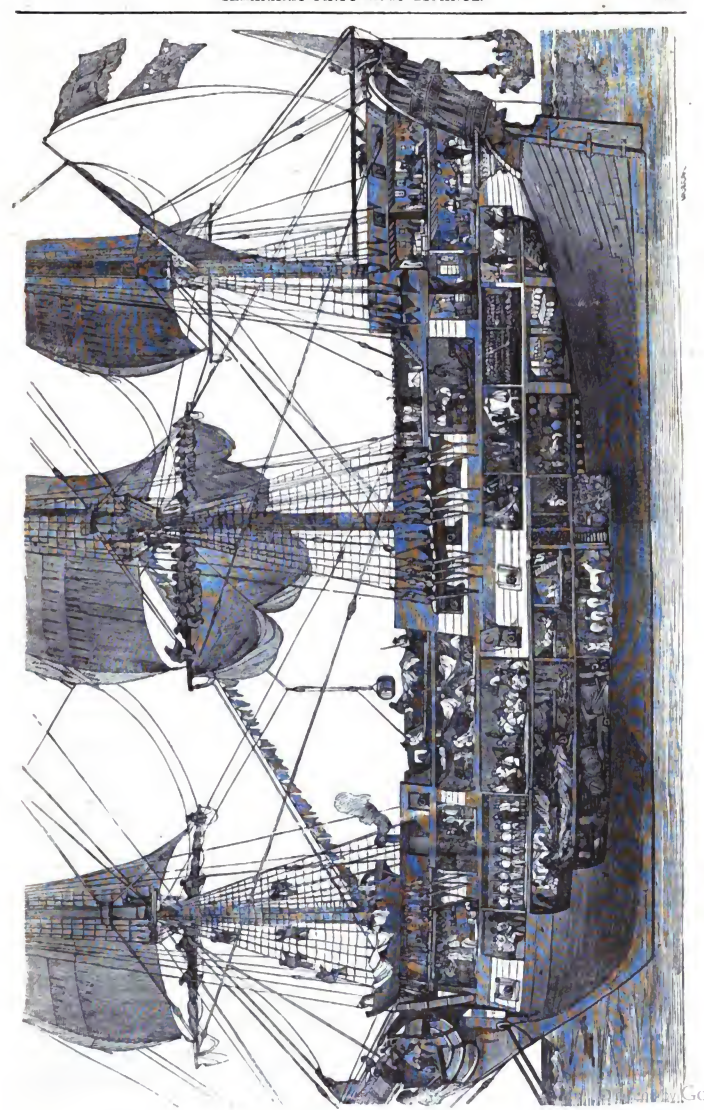
Marineros pintando la proa. — Marineros bajando un tonel de agua. — Visita del cirujano. — Comedor y camarote del comandante del buque.

Cocina. — Cámara de los guardias marinos. — Marineros levantándose. — Ejercicio de cañon. — Camarote de los oficiales. — Comedor y sala de los oficiales.

Cura de un herido. — Ejercicio de fusil. — Rancho de los marineros. — Composturas del velámen. — Almacen de carnes saladas. — Almacen de pan y galleta. — Enfermería. — Marineros echando una lancha al agua.

Almacen de velámen y cordage. — Calabozo. — Marineros en el cepo. — Almacen de balas. — Despensa. — Santa Bárbara. — Almacen de poleas.

Almacen general. — Caballos en la sentina. — Almacen de paja y heno.



nia su lugar muy cerca del de don Quijote, amante de Ana Felix.

El *renegado español* que fue á Argel á por el don Gaspar Gregorio.

La mucha gente que por ser fiesta se estaba solazando á la puerta de un meson, inclusos los labradores que consultaron con don Quijote la apuesta de los dos convecinos suyos, el uno que pesaba cinco arrobas y el otro once.

Los *hombres* que llevaban á vender á una feria mas de seiscientos puercos.

Los *diez hombres* de á caballo y *cuatro ó cinco* de á pie que, arbolando sus lanzas se apoderaron de don Quijote y de Sancho.

Don Alvaro Tarfe, caballero de Granada, y los *tres ó cuatro criados* que le acompañaban.

El *alcalde* y el *escribano* que entraron en el meson donde se hallaba don Quijote y el don Alvaro, y que intervinieron en la declaracion que á instancia del primero rindió el segundo, sobre que él no era el don Quijote que andaba impreso en una historia intitulada *segunda parte de don Quijote*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Los *dos mochachos* que estaban riñendo en las eras del lugar de don Quijote.

Los *cazadores* que iban persiguiendo la liebre que se agazapó debajo de los pies del rucio.

El *médico* que asistió en su última enfermedad á don Quijote.

El *escribano* que autorizó su testamento, y los demas que se hallaron presentes al acto.

REMIGIO SALOMON.

UN DIA DE CAMPO.

(Conclusion.)

Al terminar este diálogo de ternura conyugal llegamos á la puerta de Toledo. Yo me habia colocado en la postura menos incómoda posible, y hacia los mayores esfuerzos para atraer el sueño, esperando de este modo hacer mas llevadera la incomodidad del viaje; porque aun resonaban en mis oidos aquellas palabras de don Toribio: *una hora de mal camino*. Efectivamente, á poco rato conseguí dormir, y creo que otro tanto hicieron las personas que me acompañaban. Pero no habria transcurrido un cuarto de hora, cuando un inesperado accidente nos hizo despertar á todos sobresaltados.

Nuestro cochero, confiado sin duda en la sensatez y cordura de sus caballos, habia abandonado el látigo (que por otra parte era inútil, tratándose de aquel par de rocinantes) y se habia encomendado á Morfeo de todo corazon, y ¡rara coincidencia! igual determinacion habia tomado el conductor de dos ó tres galeras que venian por el mismo camino, pero en direccion opuesta á la que nosotros llevábamos. Encontráronse frente á frente las mulas de la galera y los caballos de nuestro coche, aquellas decididas á no abandonar un punto la linea que se habian trazado, y nuestros jamelgos por un acto de deferencia al sexo femenino, ó porque la ley del mas fuerte impera lo mismo entre los animales irracionales que entre los *racionales animales*, ó en fin, sea por lo que quiera, cedieron un poco de su derecho y se desviaron á un lado; pero no lo bastante para dejar espedito el paso á la primera galera. Sucedió lo que no podia menos de suceder: que las ruedas delanteras del coche chocaron contra las de la galera, produciendo un sacudimiento que nos hizo despertar, como he dicho mas arriba.

La que primero sacudió el sueño fué doña Andrea, y lo hizo dando un grito terrible, que fué para los demás la señal de alarma. Pepita tambien gritaba, creyendo que habia sucedido alguna desgracia. Federico y Carlitos lloraban porque veian consternadas á su madre y hermana. D. Toribio preguntaba refregándose los ojos qué habia sucedido. Y yo quise asomar la cabeza por la ventanilla para informarme de la causa de aquel choque violento é inesperada detencion; y al hacerlo ¡desgraciado de mí! me olvidé de que tenia sobre mis rodillas el canasto... Me pongo en pié, y entonces ¡ay! entonces aquel almacen ambulante de comestibles, aquel inmenso edificio de mimbre, verdadero museo de cazuelas, pucheros, platos, tazas, vasos y botellas, rueda con estrépito horroroso, magullando los pies de aquella gente, sobresaltada ya por el anterior fracaso, y viene á dar la última mano el cuadro desolador que ofrecia el interior del coche... Me quedé petrificado y sin saber qué hacer ni qué decir... Entre tanto se oian fuera voces como de una acalorada disputa entre nuestro cochero y otra persona que no podiamos ver.

—V. será el bárbaro:—decia uno.—Si V. no se hubiera dormido no hubiera sucedido esto.

—El bárbaro será V.: no hubiera sucedido esto si V. hubiera estado despierto.

—Lo que le digo á V. es que no me hable mucho, porque.....

—Si dice V. una palabra mas, le cruzo la cara.....

—¿V. á mí?

—Si señor.

—Veremos quién lleva el gato al agua.

—Pues ya se ve que lo veremos.....

Y dieron principio á sacudirse sin compasion sendos garrotazos: lo que aumentaba mas y mas el conflicto en que nos encontrábamos. En vano voceábamos cuanto nos era posible para que nos informáran del lamentable suceso que allí tenia lugar: en vano D. Toribio se esforzaba por levantar de entre las piernas de los circunstantes el objeto de su mas tierna solicitud: en vano tentaba yo por abrir la portezuela del coche..... Aquello era un laberinto imposible de describir. Doña Andrea y Pepita gritaban desaforadamente: los chiquillos se desgañitaban á llorar: D. Toribio votaba como un carretero; y yo..... yo estaba mudo, atónito, espectador pasivo de aquel concierto infernal.

Poco á poco fueron sosegándose todos: los de afuera, despues de una acalorada sesion de competencia, volvieron á ocupar sus respectivos puestos, sin dejar de lanzarse provocativas palabras y desvergonzados epítetos. El conductor de las galeras arreó sus mulas y siguió su camino; y lo mismo hizo nuestro cochero, despues de contarnos el lance ocurrido y sufrir una peluca de don Toribio. Por su parte, el canasto volvió á ocupar, con harto sentimiento mio, el lugar que le correspondia, y volvimos á emprender nuestro viaje.

A las dos llegamos al sitio que habia elegido don Toribio, y donde, segun nos habia repetido cien veces, habiamos de divertirnos. El cochero detuvo sin mucho esfuerzo los caballos á una voz de don Toribio, y corrió á abrirnos la puerta de aquel calabozo con ruedas. Por primera vez en mi vida sentí que se me dilataba el corazon al ver el campo; efecto sin duda de las torturas que habia sufrido en el carruage.—De seguro, dije para mí al ver mis buenos ánimos, de seguro me voy á divertir.

El que saltó primero á tierra fué don Toribio, quien recibió en sus brazos el malhadado canasto con mas pulso que si se tratára de un castillo de mazapan. Sucesivamente fuimos saliendo los restantes de aquella huronera, cubiertos de sudor, llenos de polvo, jadeando y entumecidos los pies, de manera que apenas podiamos sostenernos en pié; pareciamos una tropa de inválidos ó una asamblea de gotosos. El sol vertia á torrentes sus rayos abrasadores sobre nosotros, la arena del camino chamuscaba nuestros pies como si caminíran sobre un horno de fundicion; no se movia el mas ligero soplo de aire, y profundo silencio reinaba á nuestro al rededor. Yo tendí la vista á todas partes buscando un parage donde pudiéramos estar á cubierto de los ardores del sol, y divisé á poca distancia una pradera de corta estension y dos ó tres árboles de escaso follage, pero que al fin proyectaban alguna sombra. Se lo hice notar á don Toribio, y allá nos dirigimos.

Don Toribio marchaba delante, orgulloso con su carga, y decidido á no abandonarla hasta colocarla en parage seguro. Pero sin duda el génio protector de los dias de campo nos habia jurado guerra á muerte. Es el caso que D. Toribio llevaba el cesto abrazado de tal manera, que le era imposible ver el terreno que pisaba... De repente dimos un grito espantoso al ver al hombre-canasto hundir primero una pierna en un hoyo que se hallaba á su paso, balancearse despues como una torre agitada por las sacudidas de un terremoto, y en fin, perder el centro de gravedad, y desplomarse con estrépito... Todos corrimos á impedir la catástrofe... ya era tarde! Don Toribio se habia puesto en pie, sin lesion alguna afortunadamente; pero el desgraciado canasto no habia tenido igual suerte: apenas daba señales de vida, y la sangre salia á borbotones de sus profundas heridas. Del mejor modo que nos fue posible procuramos levantarle; y despues de penosos esfuerzos logramos conducir al cadáver al sitio *de descanso*. Allí quiso don Toribio que se procediera á la autopsia, para ver qué vísceras habian sufrido mayor lesion, y ocurrir á la cura con toda la prontitud que las circunstancias exigian; pero despues de una detenida consulta y atento exámen de las causas que podian haber producido la copiosa hemorragia que se habia manifestado, se decidió que convenia dejar obrar á la naturaleza y no agravar el mal con extemporáneos remedios. Así se hizo por consentimiento unánime de los asistentes, y volvieron á quedar las cosas en el mismo estado que tenian anteriormente.

Ahora bien quisiera pintar minuciosamente los actos, cuadros, escenas y diálogos tan *divertidos* que tuvieron lugar desde que ocurrió el lamentable suceso de que teneis noticia, hasta la hora de comer. Deciros cómo nos sentamos á la sombra de un árbol, fatigados de nuestra quijotesca espedicion; cómo don Toribio, consolado en parte del trágico suceso, queria que nos divirtiéramos á todo trance, y proponia para ello, entre otros medios, el de jugar á la gallina ciega; cómo los chiquillos se pronunciaron en favor de la opinion y del gusto de su papá; y en fin, cómo se echaron suertes para ver quien habia de ser la gallina; y cómo me tocó ser la víctima; y cómo me vendá-

ron los ojos con un pañuelo de algodon; y cómo me sofocaron y cargaron y estrujaron por espacio de media hora; y cómo me... *divertí*. Pero ya que nada de esto pueda referir, en obsequio de la brevedad, figuráoslo como podais, mientras yo repaso los apuntes de esta historieta (que ya va haciéndose algun tanto pesada) para proseguir su narracion.

—Las seis. Ea! A comer! dijo D. Toribio.

—A comer! repetimos en coro; y nos colocamos alrededor del aporreado canasto.

—Mira, Carlitos: tú aqui con D. Fernando; y tú, Federico, á mi lado. Y juicio! porque si no...

Mientras don Toribio llamaba al órden con estas palabras á los traviesos muchachos, iba destapando con sumo cuidado las provisiones de boca almacenadas en el canasto. De allí fueron saliendo, como de otra arca de Noé, multitud de bichos de todas especies, de que se irá haciendo mencion mas adelante. Pero á medida que se iba penetrando en el fondo, una esclamacion de pesar salia de entre los circunstantes, y acompañaba á cada nuevo objeto que don Toribio sacaba del cesto y colocaba con esquisito tacto sobre la yerba. Y aquella esclamacion era motivada ciertamente; porque apenas se encontraba plato, vaso, puchero ni cazuela que no hubiera sufrido los trágicos efectos del camino. Doña Andrea contenia las lágrimas que se asomaban á sus ojos, sin duda por no turbar la alegria de un dia de campo; contentándose con lamentar la torpeza de su marido y la malhadada ocurrencia de pensar en diversiones campestres. Por su parte don Toribio paraba menos su atencion en los estragos sufridos por las vasijas que en las alteraciones de lo que contenian, que eran de bastante consideracion.

—Jesus!—esclamaba doña Andrea—no ha quedado cosa con cosa! Mira, mira lo que ha durado la jarra de china!... Bien decia yo que hubiera sido mejor traer la otra mas ordinaria..... Pues no digo nada!... las botellas hechas añicos; y el vaso tallado que en cuarenta años no habia sufrido el menor tropiezo!... Vamos... es cosa de desesperarse.. . Todo se lo ha llevado el diablo! ¡Lo ves, hombre?

—Si; ya lo veo...—decia con mucha flema D. Toribio.—¿Qué se ha de hacer?... Es una desgracia; pero ya no tiene remedio... No hay mas que conformarse.

—Buena conformidad! Si tú no fueras terco, nada de esto hubiera sucedido...

—Otra vez!...

—Pues tengo razon...

—Ya escampa!...

—Todas tus cosas son asi!...

—Mira, Andrea; tengamos la fiesta en paz... No me inquietes con tus impertinencias, porque...

Y en este altercado, que llevaba camino de no parar en bien, dió principio la comida. Aqui se abrió á doña Andrea nuevo campo para renegar de la torpeza de su marido, y á don Toribio para dar al diablo la poca memoria de su muger.

Todos advertiamos que don Toribio, despues de haber estraido cuanto contenia el cesto y colocádolo en buen orden sobre el santo suelo, buscaba todavia alguna cosa que no podia encontrar.

—Qué buscas?—preguntó doña Andrea,—si ya no han quedado ahí mas que pedazos de cristal y loza, gracias á tu torpeza?

—Busco los cubiertos, que sin duda se han quedado en casa, gracias á tu prevision...—Y añadió dirigiéndose á mí:—Si viera V. qué muger tan previsora me ha dado Dios!... Y que haya insensatos que se fien de mugeres para maldita la cosa!...

—Cómo ha de ser!—esclamaba doña Andrea con irónica sonrisa.—Es una desgracia... pero ya no hay remedio... No hay mas que conformarse...

—Papá!—decia Federico, poniendo la cara mas triste que podia:—papá!

—Qué quieres, hijo?

—Que me des de otro pan, porque este sabe mal... sabe á vino... Fú!... Yo no quiero de este pan...

—Hijo, agradéceselo á tu padre, que ha dado al traste con las botellas de Cariñena y de Champagne,—decia doña Andrea.—Toma, hijo... pero qué!... si todo el pan está empapado en vino, que no se puede comer!...

—No os faltarán escrúpulos,—decia don Toribio.—A que yo no dejo de comerlo por eso?

—Tú puedes hacer lo que quieras; pero yo no lo probaré... Solo el olor me ataca á los nervios...

—Y á mi tambien,—esclamaba Pepita, aplicando á la nariz el pañuelo.

—Huele como aquello que trajo papá de la botica para matar las chinches,—decia Federico.

La ocurrencia del niño escitó la risa general, que bien pronto fue interrumpida por un agudo grito de dolor que lanzó Carlitos, quien, llevándose ambas manos á la boca, empezó á chillar desaforadamente.

—Qué es eso, hijo?... qué tienes?—esclamó sobresaltada doña Andrea.

—Ay! ay! ay!...

—Te has mordido la lengua?—preguntaba su papá.—Vaya!... eso no es nada...

—Ay! ay! ay!...—y arrojó un pedazo de tortilla que tenia en la mano.

—Pero qué es eso?... No te gusta?...

—Ay! ay!...—y sacó de la boca un fragmento de botella que sin duda iba envuelto en la tortilla que comia, y con el que se habia herido la lengua.

—Jesus! Jesus!—esclamaba azorada doña Andrea.—Reniego de los dias de campo y de... A ver, hijo, escupe, escupe... Dónde te duele?...

Pero el chico seguia llorando de todas veras y sin hablar una palabra.

—De todo esto tiene la culpa tu padre,—decia doña Andrea enjugándole las lágrimas.

—Pues ya escampa!—decia su marido;—conque yo tengo la culpa de que...

—Sí, tú: y nadie mas que tú! Si tú no hubieras sido torpe, no se hubiera caido el cesto, y no se hubieran hecho trizas las botellas, y no se hubiera lastimado Carlitos, y...

—¿Quieres callar con mil pares de...—la interrumpió colérico su esposo.

—No: no quiero callar!...

—Pues es que ya se me va calentando la cabeza; y si se llenan las medidas...

Entonces me creí en el deber de interponer mi mediacion entre los avinagrados esposos, aventurando algunas frases de paz y concordia, que afortunadamente fueron tomadas en consideracion. Restablecióse un poco la calma, dejó de llorar el muchacho, y siguió la comida, que no describiré minuciosamente por no abusar de la paciencia de mis lectores. Y asi, pasaré por alto los *divertidos* episodios á que dió lugar, concretándome á decir que apenas probamos bocado de ella, porque la tortilla estaba incrustada de pedazos de cristal y vidrio, nuevo género de mosáico, desconocido hasta el dia; el pabo asado se convirtió en una ensalada particular, de un sabor indefinible porque habian caido sobre él al naufragar el buque que le llevaba á bordo, todas las plagas de la cocina, el aceite, el vinagre, la sal, la pimienta, con mas, un frasquito de rom y un tarro de dulce de cabello: las truchas escabechadas y el jamon en dulce se habian casado sin dispensa: las frutas se habian hecho tortilla sin intervencion de la cocinera: las aceitunas habian formado estrecha alianza con los quesos helados, desafiando la audacia de los golosos: en fin, reinaba allí la anarquia culinaria mas completa. Asi es, que á escepcion de don Toribio, que, segun decia, era poco escrupuloso, los demás apenas tocamos á la comida.

Finalizada esta, con gran satisfaccion por mi parte, recogidos los pocos utensilios de loza que se habian salvado de la catástrofe, y renegando cada cual á su manera de las inocentes *diversiones* del campo, volvimos á entrar en el coche; y antes de hora y media nos apeábamos á la puerta de la casa de don Toribio.

Y no se crea que aqui dieron fin las diversiones del dia: aun nos faltaba la mejor de todas. Despues de veinte minutos empleados en subir la eterna escalera que conducia á la habitacion de don Toribio, nos encontramos con que doña Andrea se habia olvidado de tomar la llave de la puerta, y el criado se habia acordado de sacar á pasear á la criada, contando con que los señores no volverian de su campestre espedicion hasta las nueve ó las diez de la noche.

Esperamos un cuarto de hora... media hora... los criados no parecian.

Don Toribio fue de parecer que bajáramos al cuarto segundo mientras aquellos venian; pero su muger lo creia escusado, creyendo que doña Prisca (que era la inquilina) habria salido á pasear con sus hijas. En esto oimos cerrar una puerta, que don Toribio dijo era la del cuarto segundo.

—Pues es señal de que estan en casa,—dijo— y echó á andar hácia el cuarto segundo, y nosotros tras él.

Tiró del cordon de la campanilla, y se abrió la puerta... Otra *diversion* nos esperaba. Doña Prisca daba aquella noche un baile á sus contertulios, para celebrar los dias de una de sus hijas.

—Tanto mejor,—dijo don Toribio en ademan de entrar:—con eso nos divertiremos un rato... Vamos... ir entrando.

Si mis lectores no han olvidado que yo llevaba puesta la chaqueta de mahon de don Toribio y el gorro que sirvió á su ayuda de cámara para ir á las máscaras (segun declaracion de Federico), podrán formar una idea del apuro en que me encontraria, en vísperas de presentarme en un baile, si no de gran tono, decente por lo menos.

Don Toribio nos instaba á entrar; pero yo me resistia tenazmente, mostrándole mi trage poco adecuado.

—Qué escrúpulos! Aqui puede V. entrar como en mi casa: son personas de confianza.

—Pero hágase V. cargo...

—No hay cargo que valga... Ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—No, no: es imposible.

—Cómo imposible?—Y me cogió por un brazo, decidido á arrastrarme consigo á la sala del baile.

—Por Dios! D. Toribio...

—Adentro!...

—Ya estan aqui!—gritó desde fuera doña Andrea.

Aquellas palabras me volvieron la vida. Efectivamente los criados subian la escalera.

Don Toribió me soltó para ir á echar una peluca á sus domésticos, verificado lo cual, volvimos á subir á su habitacion. Alli arrojé la chaqueta y el gorro, tomé mi ropa, me despedí de mis compañeros de fatigas, dándoles las gracias por los *ratos divertidos* que me habian proporcionado, y salí de allí con propósito firme de no volver á ver el campo lo menos en un año, voto que he cumplido hasta el presente sin gran trabajo.

No concluiré este artículo, amables lectores, sin daros un consejo. Si en algo apreciais vuestro bienestar, no asistais jamás á un dia de campo; y si lo haceis, pensadlo bien antes; y si lo pensais bien antes, no vayais despues. Dos cosas hay en la vida que exigen meditarse mucho, porque despues de hechas no tienen remedio: una es el casarse; otra asistir á un *dia de campo*.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Cántiga primera.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, ¡dulce amor mio!
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envio?..
A tí, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningun hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí; que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?
Aqui estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mia;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venia?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
¿Y por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!
¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están tambien con sus amores ciegas?
Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.
Y no temas si alguna se despierta;
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque despues lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

Cántiga segunda.

Como lirio, del sol descolorido,
Ya de tanto llorar tengo el semblante;
Y cuando venga mi gallardo amante
Se pondrá al contemplarlo entristecido.
A cada instante lavo mis mejillas
Del fresco manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar mas impaciente
Cruzando con afan las dos orillas.
A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera,
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para tí de la ribera.
Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya has visto que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.
Tú pensarás tal vez, que desdeñosa,
Por no enlazar mi mano con tu mano,
Si te me acercas correré hácia el llano
Y á los pastores llamaré medrosa;
¡Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el Adios postrero!!
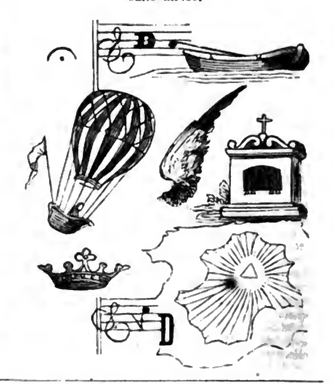
Cántiga tercera.

Pero ¡te llamo yo, dulce amor mio,
Como si fueras tú mortal viviente!
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del rio.
Eres la sombra de la nube errante,
Eres el son del árbol que se mueve;
Y aunque á adorarte el corazon se atreve,
Tú, solo en la ilusion eres mi amante.
Mi amor, el tierno amor por el que lloro,
Eres tan solo tú, señor, Dios mio,
Si te busco y te llamo, es desvario
De lo mucho que sufro y que te adoro.
Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma ni presencia;
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mia como amante vienes.
Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.
Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido,
Tú me darás la gloria prometida.
¡Y entonces, al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial que darte anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma!

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.

GEROGLIFICO.



MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CUEVA.

Entre los mil panoramas sorprendentes que en el risueño pais de Asturias se ofrecen por todas partes á la admiracion del viagero, es digno de especial mencion, y de ser recordado en las columnas del SEMANARIO, el Santuario de la Virgen de la Cueva, rival, no en memorias históricas, sino en poética rusticidad, del celebrado de Covadonga, y cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores. Es tan original y variado, y al mismo tiempo tan bello y romancesco el paisage en que está enclavado, que mas bien que realidad parece el capricho de un pintor para ocupar la primera página del album de su amada. Nada hay en efecto que mas cautive la atencion que este cuadro singular que quisiéramos acertar á describir. Por donde quiera se encuentra la vista con montes elevadísimos que esconden en las nubes su escarpada cumbre de continuo envuelta en nieve, y por entre los que serpentea un estrecho, pero feracísimo valle, salpicado aqui y allá de aldeas, torres feudales, peñascos y espesos bosques. Torrentes embravecidos brotan de entre las rocas, y aumentados por las lluvias y las nieves, caminan despues magestuosamente convertidos ya en rios y fertilizando el valle. Uno de ellos lleva un nombre histórico, y protegió con su rico caudal de agua la vida del gran Pelayo, cuando solo y acosado por numerosos enemigos corria á Covadonga en busca de una corona de laurel, que legó como diadema á los reyes de España. Hablamos del antiguo *Pionia*, hoy *Piloña*, que corre á pocos pasos de la Cueva, y que dió nombre al territorio que atraviesa (1). Un puente rústico formado por maderos cruza el rio Ranera, llamado tambien de la Cueva, y franquea el paso al agreste Santuario de la Virgen. Ocupa éste el interior de una inmensa gruta de boca triangular, y formada por un peñasco enormísimo que, ademas de servir á la ermita de dosel, sustenta risueñas praderias donde crecen corpulentos árboles y retoñan numerosos rebaños pastoreados por niños que juguetean y se suspenden sonriendo sobre un precipicio de cien pies.

El interés que inspira la santificada Cueva que hoy nos ocupa, seria ligero si á ella no estuviese apegada alguna de las leyendas piadosas ó recuerdos caballerescos tan comunes en Asturias. Hé aquí el romántico origen que atribuye la tradicion al devoto monumento. En una época lejana, y no consignada en las crónicas, un noble paladin de origen portugués que se hiciera célebre por su esfuerzo en las batallas contra los moros, al regresar á su castillo de una espedicion guerrera encontró muerta á la jóven que amaba, y á la que iba en breve á llamar esposa. Tan inesperado desastre hizo casi perder la razon al enamorado adalid, que suponiéndolo castigo del cielo por sus numerosos pecados, huyó lejos de su morada y de su pais con objeto de esconderse á la vista de los hombres en algun lugar oculto é inaccesible, y consagrarse allí á una vida de dolor y penitencia. Encerróse, pues, en esta Cueva, cubierta á la sazon de jarales y maleza, y vivió en ella largo tiempo alimentándose de yerbas y orando continuamente. El cielo se apiadó del devoto paladin, y premió su arrepentimiento con un precioso presente, que consistia en una imágen de la Virgen que en el sitio mas retirado de la gruta se le apareció milagrosamente. No confió á nadie ni el secreto de su existencia ni la del sagrado tesoro que encontrara; pero la Madre de Cristo lo reveló en sueños al piadoso castellano de la cercana Torre de Lodeña, señor feudal de aquel territorio. Acudió éste en el instante á la Santa Cueva para certificarse por sí mismo de la maravilla, y con sorpresa inesplicable reconoció en el solitario un antiguo hermano de armas. Prometióle no dar á conocer su nombre, é hizo alli construir una capilla que confió al cuidado del antiguo caballero portugués, que en trage de ermitaño consintió ya dejarse ver á los hombres.

Los señores de la torre de Lodeña ó Ludueña conservaron por muchos siglos el patronato de la ermita de la Virgen de la Cueva, como consta de la escritura de fundacion de la capilla del Cármen, sita en el mismo santuario, otorgada á 26 de noviembre de 1706, en la que se lee que «D. Diego Alonso de Ribero y Posada, del órden de Santiago, caballero de Cárlos II, señor de la Torre de Lodeña, etc.... funda en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cueva, del que es patrono por ser fundacion de sus pasados, una capilla á la vírgen del Cármen, etc.» Al presente recayó este patronato en el marqués de Vista-Alegre; y la ermita corresponde á la parroquia de Santa Eulalia de Inés.

La cueva tiene de boca 106 pasos, como unos 50 pies de altura y 96 de fondo. El techo es de peña áspera y desigual, y su forma se asemeja á una gran concha. La capilla de Nuestra Señora, que dá nombre al Santuario, es la mas antigua, pero tambien la mas pequeña y humilde, y la imágen que se dice allí aparecida, es de talla toscamente esculpida, y demuestra remota antigüedad. Está formada de madera, y tendrá media vara de alto. El pobre altar en que está colocada parece ser obra del siglo XVII, y en el frontal se ven pin-

(1) El Ranera ó rio de la Cueva, que nace en la collada de Arnicio, despues de recoger en su curso los riachuelos de Cobayon, Fontoria, Moera y Pendon, se reune muy cerca del Santuario que nos ocupa al *Piloña*, que dá nombre al concejo y lo atraviesa en su mayor parte. A la salida del Infiesto, en el lugar llamado la *Corredoria*, hay un vado que, asi como las tierras inmediatas, se denomina *Pialla*. Este nombre, segun la tradicion del pais, proviene de que cuando D. Pelayo huyó de Gijon á Covadonga acompañado de un solo escudero, se vió perseguido de multitud de moros, y para libertarse de ellos atravesó el vado y gritó á su escudero para animarle: *pie halla*, pues el rio iba tan crecido que no se atrevieron á seguirle. Mariana, en el lib. VII, cap. I, refiere esta tradicion, y á ella alude el escudo de armas del concejo de Piloña, que es en campo azul dos guerreros á caballo atravesando un rio, y saliendo de la boca de uno de ellos las palabras *pie alla* y en *gefe* la cruz de la victoria, insignia de don Pelayo.

adas las armas de la casa de Lodeña. Contigua á la capilla de la Virgen de la Cueva de que acabamos de hablar, y mas cerca de la entrada se vé la de San José, de fábrica mas moderna y grandiosa, y al frente de ésta, otra muy semejante dedicada á la Virgen del Cármen, y construida, como ya digimos, en 1706. Las tres capillas están cerradas con gruesas verjas de madera que dejan ver el interior, y que solo se abren en el acto de celebrar la misa; y la del Cármen está apoyada á la casa de su capellan, que es bastante capaz, y cimada de un terrado que rodea un balconage de madera. A la vivienda del capellan sigue hácia el fondo la del ermitaño, hoy deshabitada y casi derruida, y desde ésta á la capilla de la Virgen de la Cueva parte una linea de confesonarios de madera apoyados en la peña. Finalmente, un pretil que recorre toda la boca de la Cueva cierra el Santuario, y deja en su centro una abertura que forma la entrada. Queda, pues, trazado por las capillas, pretil, casa del ermitaño y confesonarios, un rectángulo de 32 pasos de longitud y 26 de latitud, en cuya superficie se elevan algunos árboles que vegetan protegidos por la bóveda natural. Esta rareza adorna y presta mas variedad á este lugar poético. El todo del Santuario respira pobreza y abandono, y es de lamentar nada haya hecho allí notable la mano del hombre, donde la naturaleza acumuló tantas bellezas.

El 8 de setiembre presenta el Santuario de la Virgen de la Cueva un vistoso y animadísimo espectáculo, pues á causa de la solemne fiesta religiosa que allí se celebra, concurre multitud de gentes de todas clases y condiciones. El eco de los cánticos sagrados repetido mil veces por la inmensa peña, y aquella misa ofrecida por un pueblo sencillo y de costumbres inocentes en el hueco de una gruta, hacen recordar al observador los tiempos de los primeros cristianos, que tenian por altares los sepulcros, y por templos las mas retiradas cavernas.

La romería ó reunion que se verifica en el gran bosque que se estiende á orillas del rio á pocos pasos de la Cueva, es de las mas famosas del pais, y solo rinde parias á la de Covadonga. Los romeros ó peregrinos que van á aquel famoso santuario visitan á su regreso el de Ntra. Sra. de la Cueva, que tal vez hubiera ya desaparecido sin las dádivas de aquellos, que son el único recurso con que se sostiene este antiguo y religioso monumento.

Nicolás CASTOR de CAUNEDO.

Santuario de la Virgen de la Cueva, 14 de nov. de 1848.

D. ALBERTO LISTA.

Muy pobre servicio prestaríamos á las letras y á nuestros lectores, si el objeto del presente artículo fuese solo hacer un análisis mas ó menos detenido de las obras del concienzudo pueta y eminente matemático, honra y prez de la escuela sevillana; pues sobre ser esta una tarea que exigiria no vulgares conocimientos, y que tal vez no se acomodaria bien sino en una historia de nuestra literatura, escritores distinguidos de quienes tenemos mucho que aprender, han acometido ya este trabajo, y han escrito del sábio don Alberto Lista páginas que deben leerse con detenimiento. Las que ahora ofrecemos al público, incorrectas y desautorizadas, como que salen de nuestra pluma, no tendrán otra pretension que la de consignar un débil recuerdo á Lista, ni otro interés que dar á luz una magnífica égloga suya, hasta ahora inédita, y que debemos á la esquisita amabilidad de un amigo nuestro. Desde el momento en que hicimos tan preciosa adquisicion, comprendimos que estábamos en el deber de hacerla del dominio público. Jamás hemos sentido el placer egoista que constituye en algunos amantes de la literatura la posesion esclusiva y misteriosa de originales, respecto de los que la sociedad entera tiene un derecho, ni creemos que la pérdida casual de un manuscrito ú otras circunstancias lamentables, deben proporcionar á un autor la eterna proscripcion de una de sus concepciones. Al silencio ha reemplazado la publicidad: la imprenta, al sueño tranquilo de los envejecidos estantes.

Las diversas fases que tuvo don Alberto Lista en su larga y laboriosa existencia, no pudieron menos que influir en la suerte de sus composiciones literarias, dejando unas sin el honor de la estampa, y otras reducidas á completa desaparicion. Hasta se habla en Sevilla con bastante seguridad de una coleccion numerosa de poesías que le fueron distraidas de un armario á las pocas horas de su fallecimiento, y que en vano los muchos amigos y apasionados del sábio maestro han pretendido buscar. No diremos una sola palabra mas sobre un punto delicado de suyo; pero sí recomendaremos á este verdadero *plagiador*, si existe y puede oirnos, la consideracion de la grave responsabilidad que sobre él está pesando. Si el interés pecuniario le ha inducido al robo, no es tan sensible y las letras recuperarán algun dia lo que les pertenece: si ha sido la ambicion de hacer pasar como suyas las concepciones de Lista, ¿quién no conocerá la verdad? Pero si han caido en manos de algun *curioso*, como suele llamarse á los que estas joyas esconden, las poesías póstumas de Lista tardarán en salir á luz mas de lo conveniente.

Cuando adquiramos otras noticias de esto que envuelve hasta ahora un profundo misterio, seremos mas esplícitos, en obsequio lo que la verdad reclama, y á la literatura que forma nuestro encanto.

En todas las obras de don Alberto Lista resalta la moralidad, principio fundamental de toda belleza, como el mismo autor se complacia en repetir en el curso de literatura dramática que esplicó en el Ateneo. Los sentimientos de su noble corazon y el pensamiento religioso que llenaba su alma, se reflejan con toda su pureza como en un espejo, hasta en la mas insignificante de sus poesías. Y este amor profundo á la virtud, y esta fé religiosa que sustentaba su espíritu, fueron los móviles que lo impulsaron á oponerse como un valladar insuperable al torrente impetuoso de la escuela romántica, que iba destruyendo á su paso las antiguas creencias sociales, religiosas y políticas. Sin la voz elocuente y el claro entendimiento de aquel sabio respetable, que dirigia á la juventud por el verdadero camino del buen gusto y de la civilizacion, es probable que la mayor parte de los esclarecidos talentos que hoy honran nuestra España, se hubiesen dejado arrastrar por la pendiente resbaladiza, aunque seductora, que presentaba á sus ojos la nueva diosa que á la sazon dominaba en la literatura de Alemania, Francia é Inglaterra.

Aunque nuestra patria no tuviera que estar reconocida á Lista por la multitud de obras cientificas y literarias con que tanto ha contribuido al adelanto de las letras, siempre tendria que venerar su nombre, y consagrarle un lugar distinguido entre nuestros primeros sabios, por la sola consideracion de haber rechazado con todas sus fuerzas la invasion de la nueva escuela romántica, y haber evitado por cuantos medios han estado á su alcance la corrupcion de la literatura del siglo diez y nueve.

A continuacion insertamos la égloga de que hemos hecho mencion, de cuyo mérito podrán juzgar nuestros lectores.

EGLOGA.

ARISTO.

Poeta, Elisio.

Poeta.

Del Garona en la márgen estrangera
Su pobre manadilla
Apacentaba Elisio el desterrado:
Pastor que en la olivífera ribera
Do el sol de ocaso sobre el Bétis brilla,
Vivió otro tiempo en venturoso estado.
Mas enemigo el hado
Le arrojó de aquel suelo floreciente
Al clima de los cierzos bramadores,
Y en solo un dia le robó inclemente
Su choza, su rebaño y sus amores.

Solo su triste corazon consuela
Liberio caro amigo;
Hijo de aquel, cuyo subido canto
Por las llanuras de Occitania vuela:
Que lamentó de Elisa y su enemigo
La amarga historia y de Cartago el llanto;
El hijo, aunque no á tanto
Su verso eleva, en la templada arena
Canta el amor, las selvas y las flores;
Y la pura virtud que lo enagena
Cándido enseña á cándidos pastores.

Mas entre tanta pena dolorosa
La que de Elisio el pecho
Con mas duros recuerdos atormenta,
Es de Aristo la muerte lastimosa;
Aristo, so el pajizo humilde techo
Del Bétis dulce amigo. La tormenta,
Con que el prado amedrenta
El aquilon, lanzándose á deshora
De las heladas cumbres de Calipso,
No es tan triste á las hijas de la aurora
Como á Elisio la muerte de su Aristo.

Ya la agradable pompa del otoño
Deslustraba el noviembre, y las airadas
Ondas temen los fuertes gobernalles:
Marchito en el frutal muere el otoño;
Y las hojas del árbol desgajadas
Forman en el vergel pálidas calles;
Por cenagosos valles
Derramaba el Garona sus riberas,
Cuando al son de la rápida corriente
La cancion funeral y lastimera
Asi Elisio empezó con voz doliente:

ELISIO.

Recibe, Aristo, un túmulo estrangero,
Solo del triste Elisio frecuentado:
Aqui el clamor de mi sollozo fiero
Oirá solo la sombra de mi amado.
Y pues del Bétis el hermoso otero
Para honrar tus cenizas me es negado,
Atiende compasiva al llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

No de mustio arrayan, ni blandas flores
La tierra con mis lágrimas bañada
Regarán suspirando los pastores
Cuando al aprisco vuelvan su manada;
Al túmulo vacio, mis amores,
Un pobre césped cerrará la entrada;
Testigo del eterno llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

¿Por qué la muerte en el fatal momento
Del lecho funeral me ha dividido?
Elisio hubiera tu postrer aliento
En tus amigos labios recogido.
Hubiera con su abrazo el movimiento
Por tus helados miembros esparcido;
Y el poder de la muerte suspendiera:
A tanto alcanza la piedad sincera.

Y si era el hado que en tu edad florida
Al amor y amistad fueses robado,
Por mis manos la tierra conmovida
Hubiera el blando túmulo formado;
Y luego aquella rama entristecida
Lo entoldara del jóven malogrado:
Cuando aqui en ocio ingrato el dolor mio
La ninfa ve del Occitano rio.

Vinieran los pastores, y entre ellos
Fileno, honor del Bétis; y lloroso
Aquel divino que en los campos bellos
Cantó el amor sencillo y generoso.
Destrenzados los nítidos cabellos
De las lindas zagalas coro hermoso,
A su amador perdido lamentáran,
Y con fúnebres himnos te invocáran.

Y desparcido en la pintada vega
El cándido rebaño, sus amores
Olvidará el pastor que al alba llega
Por escuchar mi queja y sus loores:
En cuanto el Bétis cristalino riega
Templando al can estivo los ardores,
Se estendiera la voz del canto mio,
Que apenas oye el Occitano rio.

Y del liquido seno levantando
Ninfas tartesias, vuestra ovosa frente,
El nombre de mi Aristo celebrando,
Al piélago volara de Occidente:
Y moviera á piedad mi lloro blando
Al rey feroz del húmido tridente.
Lleva á los mares, lleva el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

Y tú, Cratilo, ejemplo de amadores,
Gloria de la amistad, que perseguido
Del áspero infortunio á sus rigores
El fuerte pecho opones no vencido;
Tú al esparcir las merecidas flores
Desatarás el llanto reprimido;
Cual si el voraz incendio se avecina
Por sus estremos la troncada encina.

¿Y qué llanto igualará el sentimiento
O de tu Iberia ó de la Emilia mia?
Aquella triste en amoroso acento,
Esta con blanda voz de amistad pia,
Enfrenarán el vuelo al raudo viento;
Pararán la corriente al agua fria;
Y de sus tiernas ansias conmovidos
Dieran los montes lúgubres gemidos.

¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera
Unir al vuestro su afligido canto!
El grato amor y la amistad sincera
Templarán dulces mi mortal quebranto.
Al amor sepultó la ausencia fiera:
No escucha la amistad mi tierno llanto;
Y solo eres testigo al dolor mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

¡Ay! ¿Dónde huyeron las alegres horas
Que á tu lado gozaba en la pradera,
Cuando al nacer las cándidas auroras
Tu cítara templabas lisonjera?
El dulcísimo acento las pastoras
Escuchaban con risa placentera,
Y el nombre de la ninfa que adorabas
En el tronco del álamo grababas.

Y yo á la sombra del frutal tendido
Tu lira oyendo entre las frescas flores,
De la vecina fuente al blando ruido,
El placer meditaba y los amores:
Mi apacible solaz no interrumpido
Envidiaron zagalas y pastores:
Trocarse á tanto bien, destino impío,
La odiosa márgen de estrangero rio.

¡Momento duro aquel ¡oh dulce amigo!
Que me arrancó de ti! ¿Quién me dijera,
Cuando fue á nuestras lágrimas testigo
La triste noche de mi ausencia fiera,
Que el Cielo, á tantas dichas enemigo,
En muerte y en dolor las convirtiera;
Y aquel abrazo, el último seria,
Que al cuello de mi Aristo estrecharia?

A horfandad rigurosa condenado,
Sin placer, sin amores, sin cantares;
Llevando á la ventura mi ganado,
Repetiré á las selvas mis pesares.
Empero el nombre de mi Aristo amado
Resonarán los campos que bañares;
Pues oyes compasiva el llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

Ya, ¿qué me resta? Adios choza inundada
De mi llanto. Liberio generoso,
Adios: adios redil; adios manada.
La aborrecida luz dejo gozoso.
Solo en el seno de la tumba helada,
Junto á mi Aristo encontraré reposo;
Mas no olvides jamás el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano rio!

POETA.

Aquí calló el pastor; que desmayado,
Sobre la arena fria
Sus doloridos miembros palpitaban:
Los ojos derramados
La postrer luz del dia,
De palidez cubiertos contemplaban:
Despedidos rodaban
El cayado y la arena
De la ya incierta mano; y al tormento
De su perdido bien y mal presente
Terminára en morir su cruda pena,
Si el áspero lamento
No oyera diligente
El mayoral Liberio, y en sus brazos
Al lecho pastoral lo condujera.

Entre tanto, de Tetis los abrazos
Buscaba el rojo Apolo: blando el sueño
Por la tendida esfera
Los hombres y animales recreaba;
Y bajo el manto de la noche umbría,
De su tormento Elisio descansaba;
Y aun descansando el infeliz gemia.

ALBERTO LISTA.



La Primavera.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

La herida no fué ni profunda ni peligrosa; la cura se hizo con habilidad, y, en consecuencia, á los dos meses estaba perfectamente sano el doctor, y lo que es mas, muy adelantado en sus pretensiones; porque San Justo, que era algo pariente y habia sido page del conde de Aranda, las tomó por su cuenta.

La entereza, probidad, ilustracion y grave porte del pretendiente agradaron al primer ministro; la dama de que al principio hablé, estaba por casar; vacó una alcaldía del crimen en Sevilla, la cámara no halló motivo racional para oponerse á los deseos del privado; y en fin, Don Fadrique obtuvo la toga.

Su muger no era ni hermosa, ni amable; pero el agraciado la aceptó como cargo de su empleo, y se condujo con ella cual debia un caballero. Amor ni ella lo esperaba, ni él sabia entonces qué cosa fuese: todo en aquel matrimonio era artificial; hasta las caricias estaban reglamentadas; no habia para Don Fadrique y su muger goces sino derechos y obligaciones; en una palabra, la coyunda de himeneo para aquellos esposos, podia no ser cadena de hierro, pero tampoco lazo de rosas. Por parte de la esposa, muger compasada y geométr ca, si jamás las hubo, tal estado de cosas no ofrecia graves riesgos, y tal vez podia prolongarse hasta el término natural de su vida; por lo que respecta al nuevo magistrado, los hechos nos dirán hasta qué punto se conformó con su suerte.

Los dos primeros años de su residencia en Sevilla pasaron monótonos y sin tempestades. La sala y su cuartel le ocupaban una parte del dia, la comida y la siesta le llevaban hasta al anochecer; un largo y solitario paseo á orillas del Guadalquivir le abria el apetito para tomar chocolate; despues de este rezaba el rosario en familia, y retirado en seguida á su gabinete, estudiaba hasta la media noche. Creerán VV. que con semejante vida no habia riesgo que temer.... ¿Dónde no lo hay para el hombre arrojado fuera del camino á que la naturaleza le llamaba? La posicion que habia ambicionado era para Don Fadrique un continuado suplicio, la necesidad de disfrazar siempre y siempre sus sentimientos, un tormento insoportable; la actividad inmensa de su alma, no hallando alimento, le devoraba; y has-

ta el ascetismo de su conducta, servia de pábulo al inmenso fuego que ardia en su corazon. Su refugio fué la lectura, y su lectura, los *libros prohibidos;* los de la escuela filosófica de Francia en el pasado siglo, libros que á un hombre en lucha perpétua consigo mismo, á un hombre que no habia sido niño, ni jóven, que jamás hizo su gusto, ni tuvo devaneos, ni en la esperiencia de sus propios deslices aprendió lo que vale la virtud, no podian menos de seducirle y corromperle. Entonces se obró en el secreto de aquel alma esclava una reaccion violenta, uno de esos trastornos horrorosos que cuando afectan el cuerpo, como visibles que son, nos horripilan, pero que cuando solo gangrenan el espíritu, pasan las mas veces inapercibidos, y casi siempre mal esplicados.

Aquel hombre sin vicios, educado en las mas severas máximas del cristianismo, sumiso sin límites á la voz de su padre, esposo fiel de una mujer á quien no amaba, magistrado de una monarquía, vasallo obediente de un rey absoluto; sin que en su manera de vivir hubiera la mas leve alteracion, sin que trastornos de fortuna vinieran á perturbar el equilibrio de su existencia, fué perdiendo una á una sus preocupaciones primero, luego sus virtudes, y por último sus creencias. Si práctico en las cosas de la vida y en la marcha de las pasiones, pudiera apreciar en su justo valor las teorías disolventes de los libros que en mal hora cayeron en sus manos, con el claro entendimiento que al cielo debia, fácil le fuera, no solo evitar el contagio de tan malas doctrinas, sino hasta sacar de ellas algo bueno; pero su inesperiencia le fué fatal á todas luces.

Es verdad que en la época á que me refiero, se preparaba en Europa la revolucion que estalló en Francia el año de 89; es verdad que Federico II, arrastrado por una fatalidad inconcebible, arrojaba tambien su cetro en la balanza filosófica para precipitar la ruina de las antiguas monarquías; y es verdad, en fin, que el mismo Cárlos III, sin darse cuenta de ello, esparcia en España una semilla de que ya hemos visto retoños, y acaso veamos pronto robustísimos tallos: (1) pero Don Fadrique se adelantó á su siglo, y á la desmoralizacion unió la hipocresía.

Referir los secretos desórdenes de una vida, en la apariencia santa; esplicar la tiranía doméstica disfrazada con el pérfido velo de la dominacion patriarcal; enterar á VV. en fin, del asqueroso pormenor de la existencia de un hipócrita corrompido, ni es mi ánimo, ni lo consiente la ocasion. Así, pues, baste lo ya dicho para muestra del gran riesgo en que los padres ponen á sus hijos, ya contrariando sus inclinaciones racionales, ya creyendo que basta hacerlos sábios sin curarse de inculcarles sólidamente, con el ejemplo y los preceptos, las sanas máximas de la moral; baste tambien como indicacion de que la juventud requiere cierto prudente ensanche, y de que es, por consiguiente, tan poco cuerdo reducirla á un régimen severo en demasía, como dejarla sin rienda; y hablemos del mayor crimen de Don Fadrique, que es al mismo tiempo la historia que con la de Alfonso se enlaza.

Tuvo el alcalde dos hijas de su mujer, nacidas ambas antes del reinado de Cárlos IV; la mayor, llamada Laura y hermosa por estremo, casó, muerto su padre, con el Conde de San Justo, que ya VV. conocen parte de su historia y trágico fin; de la segunda, que se llama Inés, hablaremos á su tiempo; pero antes conviene sepamos que tuvieron otra hermana bastarda, cuyo nombre es Matilde.

Don Diego. ¡Matilde!

Don Antonio. Sí, amigo mio.

El Redactor. ¿La muger del capitan Mendoza?

Don Antonio. La misma: pero hasta mañana habrán VV. de tener paciencia para saber lo que de ello puedo decirles, pues por hoy llegó la hora de separarnos.

El despeñadero.

«Alfonso, nos dijo don Antonio la tarde siguiente, me ha escrito esta mañana avisándome de que, siéndole forzoso pasar en comision del servicio á la Granja, donde actualmente se halla la córte, habremos de esperar por unos dias la continuacion de su pendiente historia; por consiguiente, amigos mios, habrán VV. de atenerse á mí, á menos que haya quien tenga cosa importante que referirnos.»

—«Como V. acabe la relacion que ha empezado, replicó don Diego algo mohino, nos daremos por satisfechos, pues en verdad, los misterios, enigmas y dilaciones del oficialito van cansándome.»

Don Antonio. Yo, señor don Diego, diré á V. lo que sé de las aventuras de don Fadrique y sus hijas: V. verá si le basta, y si así no fuere, procurará informarse en mejores fuentes. Pero vamos á lo que importa.

Nunca estuvo nuestro Alcalde enamorado, y mucho menos de su muger: pero mientras enfrenaron sus pasiones el temor de ¿qué dirán? y la barrera moral de sus creencias, cumplió con ella las obligaciones de marido, mostrándose cortés ya que no galan. Llegó la época en que, sacudiendo su entendimiento todos los lazos que hasta allí le habian encadenado, se puso en secreta, pero enconada guerra, con la religion y las leyes, y el yugo doméstico fué entonces, naturalmente, el que le pareció mas pesado. Si por dicha no fuera la antigua camarista una de esas mujeres en quienes la semilla de la cristiana educacion echa profundas raices; si no tuviese hondamente grabadas en el corazon las máximas de obediencia y respeto á su esposo; si, en resúmen y para explicar su carácter con una sola frase, no mirase á don Fadrique como á su *señor natural*, es de creer que pronto se arruinara el fantasmagórico edificio de la catoniana reputacion del Alcalde. Pero la esposa que, en el silencio de su estrado, reconvenia severa, agria, altaneramente, al hombre que ningun género de consideracion guardaba con ella en la vida interior, en presencia de los demás le trataba con el mayor respeto y deferencia, y cuando ausente, hablaba de él con elogio. Lo que aquí digo á VV. no es, desdichadamente, nuevo ni estraordinario; hay muchos matrimonios donde en mayor ó menor escala sucede otro tanto, y si no todos encubren, tan por completo como el que nos ocupa, sus intestinas disensiones, debemos atribuirlo, tanto á que rara vez se reunen dos personas tan temerosas ambas de dar que decir á la gente como don Fadrique y su mujer lo eran, cuanto á que las modernas costumbres han aflojado los vínculos de familia y hecho menos temible el escándalo.

Estábale, empero, reservada á la camarista una de las pruebas mas amargas á que la suerte puede someter la paciencia de una esposa. Don Fadrique puso los lascivos ojos en una de sus propias criadas, y con tan poco respeto á la moral como á su mujer, llevó las cosas á tal punto que las consecuencias del ilícito trato fueron pronto harto visibles. Parecia natural que el infiel esposo tratára de apartar á su cómplice de la vista de su mujer; mas no fué así; y aunque, cuando no hubo otro recurso, salió de casa la frágil doméstica, fué para volver tan luego como hubo dado á luz el fruto de sus criminales amores. Así, profanado el hogar doméstico, la muger y la manceba habitaron bajo el mismo techo; así, la infeliz camarista apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, sin que sus lamentos llegaran hasta el público, sin que la opinion del alcalde perdiese un átomo siquiera. Don Fadrique se cansó pronto de la que solo habia sido objeto de un capricho, y olvidando entonces su habitual prudencia partió por medio y trató de despedirla de su casa: amenazó la que tan mal tratada se veia con publicar la aventura, y entonces la alcaldesa, siempre por evitar escándalos, sirvió de intercesora y obtuvo que su esposo revocara su primera resolucion á costa de un nuevo sacrificio, el de recibir en su casa á la bastarda hija de Vargas, á Matilde, que ella es, señores, el fruto de aquella fragilidad.

Pero si el espíritu de la mujer de don Fadrique se prestaba á los esfuerzos necesarios para tan sublime abnegacion de sí mismo, la carne flaca no pudo resistirlos, y dos años despues de haber recibido en su casa á Matilde, bajó su cuerpo á la tumba y fué su alma, pensando piadosamente, á recibir en mejor vida la recompensa de sus virtudes.

Quedaron entonces las tres niñas, de quienes su padre se curaba muy poco, bajo la tutela de la madre de la ilegítima, y fueron las que no lo eran, tratadas con dureza suma é injusticia cruelísima. Descuidada su educacion moral, como no podia menos de estarlo en tales manos, imbuidas en perniciosas máximas, con lamentables ejemplos á la vista, y pospuestas en todo y por todo á la que en realidad era intrusa en su familia; Laura tuvo el fin que VV. conocen; Inés, merced á un natural privilegiado, logró salvarse del contagio, y Matilde, heredando los vicios de entrambos sus progenitores, fué liviana como su madre, y profundamente hipócrita cual su padre. Mas no nos anticipemos á los sucesos. Con la muerte de su mujer perdió don Fadrique la mas firme columna de su usurpada reputacion, y las imprudencias de la que en el gobierno de la casa reemplazaba á la pobre mártir difunta, la discordia entre las tres niñas, y mil circunstancias, que fueran prolijas de esplicar y se comprenden fácilmente, pusieron al público en el secreto de la verdadera conducta de nuestro alcalde. ¡Al público, inflexible con los hipócritas, y que en ellos se venga del respeto á que la verdadera virtud le obliga! Terrible fué la tempestad, implacable el encono contra don Fadrique, y llegando las quejas hasta la corte, á pretesto de ascenderle, desterráronle á Filipinas con nombramiento de oidor. Comprendió Vargas la intencion del ministro, pero tuvo que obedecer, y haciéndolo con la firme resolucion de no volver mas á Europa, redujo á metálico toda su hacienda, depositó en poder de un comerciante de Cádiz la suma que creyó suficiente para la manutencion de las tres niñas durante dos años, y con el resto se dió á la vela para su destino.

Dejemos por un momento navegar al padre y desarrollarse á las

(1) Hablaba don Antonio antes de la revolucion de 1833.

hijas, y hagamos conocimiento mas íntimo con uno de nuestros personages que hasta ahora solo de paso hemos mencionado. Quiero decir, amigos mios, que voy á procurar describirles á VV. á la muger que fué causa de la muerte de la esposa de don Fadrique. Ella misma ignoraba su patria, el dia de su nacimiento, sus padres, y hasta si tenia en realidad derecho al cristiano nombre de *Milagros* que usaba. Héla oido decir.....

Don Diego. ¿Conque V. la ha conocido?

Don Antonio. Y mucho: á su tiempo verá V. cómo y cuándo. Héla oido decir, repito, que no comenzaba á tener memoria de sí misma sino desde la edad de cinco ó seis años, recordando que en aquella época moraba con unos gitanos ambulantes, de aquellos que de feria en feria, de yermo en despoblado, y de robo en mosto, mas bien atraviesan la vida que en realidad la viven.

Don Diego. Pues diga V. de una vez que era gitana, y acabemos.

Don Antonio. Dijéralo si así fuese ó yo lo creyera: pero el hecho es que, en cuanto por las apariencias, esto es, por los caracteres físicos, puede juzgarse, Milagros estaba muy lejos de pertenecer á la proscrita vagabunda raza. En efecto, desde luego el color, ó, como dijera un pintor, la *encarnacion* del rostro, la nobleza de la fisonomia, regularmente bella en el conjunto, suave y delicada en los pormenores; la fiereza del mirar orgulloso, y la flexibilidad del cabello, negro si, pero rico, abundante, aristocrático (pásenme VV. el epíteto), daban inequívocas muestras de que los autores de sus dias, ó al menos uno cualquiera de ellos, pertenecia á una clase de la sociedad mas avezada á plumas y holandas, que á inmundos establos, ó incultas sierras, único albergue de los desdichados gitanos.

Don Diego. Alto ahí, amigo mio, aunque me acuse V. de interrumpirle á cada paso.

Don Antonio. Por interrumpido y conforme: pero ¿qué duda le asalta á V. para que así me interpele?

Don Diego. Una y muy grave: de las últimas palabras que V. nos ha dicho en su relacion, pudiera inferirse cierta máxima no muy conforme con el espíritu del siglo, y, á mi entender, agena de una persona tan ilustrada como es V. ¡Cómo! ¿Es posible que el señor don Antonio crea que la cuna mas ó menos aristocrática influya hasta en las formas corporales del hombre? ¿Pues qué, la mano del Supremo Artífice no es igualmente poderosa con el pobre que con el rico? ¿Los tesoros de belleza que el Creador encierra en su seno, no los reparte entre sus criaturas, sin atender á quiméricas distinciones? Imposible es que V. dude de verdades tan claras, tan demostradas por la esperiencia, que á cada paso nos ofrece deplorables ejemplos de vástagos procedentes de muy ilustre tronco, y que, segun su sistema de V., debieron pertenecer á las clases mas abyectas.

Don Antonio. Nada de lo que V. dice ignoro, en efecto; pero nada de eso contradice tampoco mi opinion. Yo no he hablado de aristocrácia moral, no: aunque si quisiera llevar adelante una que parece paradoja, sin serlo tal vez, no me faltarian razones para probar que la posicion social, por ejemplo, influye tan poderosamente en los hombres, que acaba hasta por modificar profundamente sus primitivas formas. Pero, dejando esto aparte, lo que yo queria decir es que, no precisamente la belleza ó la fealdad, sino el género de belleza ó de fealdad de una criatura humana, pueden hacernos juzgar, hasta cierto punto, de la condicion física, y social tambien, de los que la engendraron.

El hombre, en cuanto animal, está sujeto á las mismas leyes naturales que rigen á los demás seres orgánicos dotados de la existencia activa: el clima, los alimentos, el método de vida y otras mil circunstancias, ya le robustecen, ya le debilitan, ora embellecen su persona, ora le privan del mas ó menos agrado que primitivamente tuvo. Que los hijos han de ser, físicamente hablando, muestras inequívocas del estado fisiológico de sus padres cuando les dieron la vida, no me parece dudoso, ni bastan á ponerlo en cuestion excepciones, esplicables unas, si todo pudiera decirse, y efecto otras, ya de circunstancias estraordinarias, ya de aberraciones de la naturaleza, si es que la naturaleza las tiene.

Sin salir de España, váyase V. á Castilla la Vieja y compare los rostros avellanados, amarillos, escuálidos, la estructura vidriosa de los cuerpos, el mirar humilde, la flojedad de las maneras de sus habitantes, con los que la historia, las descripciones de los poetas y los lienzos de nuestros museos, nos dicen de aquellos invencibles tercios de *infantería castellana* que asombraron al mundo antiguo con su valor, y conquistaron el moderno. ¿Quiere V. saber la causa de la enorme diferencia física que advertirá entre el castellano actual y el de hace poco mas de tres siglos? Pues pregúntesela á la historia de las generaciones que nos separan del reinado de don Fernando y doña Isabela, de gloriosa memoria, y ella le dirá que los cuerpos de los que conquistaron á Granada no pueden parecerse á los de sus degenerados descendientes, y que....

El Redactor. Y que en la real Academia de la historia estuviera muy en su lugar ese discurso; pero aquí se trata de que sepamos algo de esa señora Milagros, y de que el señor don Antonio prosiga su cuento.

Don Antonio. Sea, pues; que lo dicho basta para mi defensa.

Don Diego. Y para mi satisfaccion.

Don Antonio. Digo entonces, anudando el cortado hilo de mi narracion, que Milagros era, no como quiera hermosa, sino altanera, aristocráticamente bella, y que, á mi entender, si en vez de caer, Dios sabe por qué ni cuando, en poder de gitanos, fuera criada con esmero y tuviese á la vista en su juventud virtuosos modelos, tal vez se hiciera notable entre las mas notables mugeres de su época. La suerte lo quiso de otro modo, y las mismas prendas que en otra posicion la ensalzáran, determinaron su ruina en la humildísima á que se vió condenada. Porque es cierto, amigos mios, hasta las virtudes son relativas y de posicion; y con las mismas inclinaciones se pierde ó se engrandece el hombre, segun que son ó no conformes á la situacion que en la sociedad ocupa.

Hasta la edad de 16 años vagó Milagros con la egipcia tribu, diciendo la buena ventura, cantando playeras, aderezando bestias ó preparando empíricas medicinas con sus visos de mágicos filtros, segun la ocasion y la necesidad lo requerian. Notable por su belleza y apostura, de ingenio agudo y varonil resolucion, tuvo infinitos adoradores, y de aquellos cuyo lenguage no suele ser el de los idilios: así, moralmente hablando, dejó muy luego de ser casta en el alma: pero por un efecto mismo del esceso de libertad de que gozaba, efecto que á primera vista parece estraño y es, sin embargo, rigurosamente lógico, ni en sus sentidos, ni en su corazon hacian mella los groseros requiebros y brutales tentativas á que se veia espuesta; y así como hay desdichados que, víctimas de la seduccion ó de fatales circunstancias, pierden la castidad del cuerpo y conservan la del alma, Milagros por el contrario, era á los 16 años doncella en el hecho, con un espíritu profundamente pervertido.

La mujer mundana me parece el mas despreciable, pero al mismo tiempo el mas digno de compasion de los seres todos: la que se halla en el caso de Milagros, es lo mas parecido que en la humana naturaleza puede hallarse á Luzbel, á quien el señor hizo ángel, y él mismo la personificacion del mal.

Tal era la jóven de que voy hablando, al tiempo en que su cuadrilla, por una especulacion de las suyas, en pollinos, reducida á la adquisicion de unos cuantos de esos utilísimos animales sin consentimiento de sus primitivos dueños, y á su venta despues de disfrazados á beneficio de artísticas supresiones, aumentos, pinturas y otras niñerías semejantes, llamó tanto la atencion de la justicia, que entre Sevilla y San Juan de Alfarache cayó toda entera una funesta noche en poder de los corchetes.

La suerte probable de aquella gente honrada no es difícil de prever: los hombres debian, desnuda la espalda, caballeros en desorejados asnos, «con chilladores delante y envaramiento detrás,» recibir todo un colegio de cardenales en las calles de Sevilla, y pasar despues al Africa en servicio de S. M.; las mujeres mas *escotadas* que dama en sarao, es decir, completamente desnudo el busto, barnizadas con mas miel que buñuelo en dia de Todos Santos, y engalanadas de pluma corta, con mas el adorno de una gentil coroza para las viejas (como si las arrugas no les bastáran) habian de pasear triunfantes la ciudad del Betis, y hecha provision de las berengenas, pepinos, tronchos y otros primores semejantes que los muchachos regalan con generosa mano en tales ocasiones, ir luego á pasar unos cuantos años en la galera. Tan halagüeño era el porvenir que á Milagros le esperaba, cuando, flor lozana, comenzaba á desarrollarse su belleza. Esta hubiera podido, desde luego, valerle para suavizar sus hierros; pero un instinto, seguro en ella siempre, que el orgullo no lo sofocaba, la advertia de que el fin no era proporcionado al sacrificio; y desde el escribano hasta el llavero que todos quisieron protegerla, la hallaron inflexible. De tanta entereza resultó, no solo que redoblasen con ella su rigor los que en vano la solicitaban, sino que las matronas de la cuadrilla, Megueras espantosas, desahogaron en ella su comprimida rabia, acusándola de hacer voluntariamente mas amarga la suerte de todos. Y como si no bastaran tantas penas, una noche que en la soledad de su hediondo calabozo lloraba amargamente la desdicha de no haber conocido los maternales alhagos, vinieron á intimarla que iba á comparecer ante el mas inflexible de los magistrados de Sevilla, el severo alcalde don Fadrique de Vargas, conocido y temblado entre los gitanos, mas que Pizarro en las Indias. Hombre que bajo su férula caia, rara vez se libertaba del grillete, por mas que el escribano fuera amigo; mujer que por su desdicha le tocaba en turno, estaba segura de hilar un año por lo menos, para el hospicio. Con tales antecedentes y el convencimiento de que no podia menos de probársele la complicidad en los hurtos de la cuadrilla, compareció Milagros en la sala de declara-

ciones de la cárcel ante don Fadrique de Vargas, que sentado en un sillon cuadrangular forrado de terciopelo carmesí, al testero de la pieza y bajo la imágen de bulto del Salvador crucificado, vestido el sombrío trage de la magistratura española, calado el bonete, y apoyada la frente en la mano izquierda, tendia la derecha sobre el libro de los santos Evangelios. Su distraccion ó recogimiento eran tales, que no reparó en la acusada, ni aun cuando el escribano, con el monótomo aplomado acento peculiar á su profesion, comenzó á leer la fórmula por donde empiezan todas las declaraciones, y que de antemano tenia escrita en el peor papel del mundo, despues de la bula, es decir, en el del sello de oficio. Quizás estaba resuelto á dejar del cargo de su subalterno el tomar la declaracion; pero como el juramento ha de prestarse necesariamente en manos del juez, fuéle preciso encararse con la acusada, en la cual esperaba ver, ó una inmunda vieja, ó cuando mas una moza de color atezada, lácio cabello y desaliñado porte. ¿Cuál no seria su sorpresa al contemplar una de las mas acabadas y perfectas hermosuras que jamás imaginarse pudieron, realzada entonces con cierto brillo que el dolor presta siempre á los encantos del sexo débil? Milagros estaba en uno de aquellos lúcidos intervalos del vicio, durante los cuales los penetrantes rayos de la luz del arrepentimiento traspasan los mas endurecidos corazones; las miserias del calabozo habian herido su mente; la proximidad del castigo daba lugar á la consideracion; y á la indiferencia de los seres, por su mal nacidos en la cenagosa atmósfera de la crápula, habia por un instante sucedido la aprension, ya que no el convencimiento de su verdadero estado. Y como, salvas contadas escepciones, la fisonomía es el espejo del alma, veíanse en la de Milagros retratadas las primeras huellas del temor y del remordimiento. ¡Ah, si entonces una mano caritativa y diestra viniera en auxilio de la infeliz! Acaso jóven como lo era, una educacion moral sabiamente entendida, un régimen severo, porque las grandes enfermedades del alma no se curan por paliativos, y una série no interrumpida de buenos ejemplos, pudieran aun traer al redil la oveja descarriada, convertir á la cómplice de los gitanos en una buena madre de familia, ó por lo menos evitar su perdicion completa; pero no fué así: Don Fadrique, prendado de tanta hermosura y tanta gracia, mas que conmovido por la dolorosa espresion que en el rostro de la víctima se leia; don Fadrique, para quien, como he dicho antes, la religion era un vano fantasma y la moral una quimera; don Fadrique, por otra parte, convencido de que aquella mujer, atendida su crianza y posicion, no habia menester seducciones, resolvió, apartándose por vez primera de su rectitud inflexible, salvarla de la justicia humana para hacerla todavía mas delincuente ante la divina.

Con asombro le oia su escribano dirijir el interrogatorio en pró de la acusada, y esta comprendiendo con su natural agudeza todo lo que habia de significativo en la blandura del severo magistrado, pareció entrar por completo en sus miras, y aprovechó con gran maestría el camino de salvacion que tan inopinadamente le deparaba la suerte.

Pero no era Milagros una mujer vulgar: otra se hubiera apresurado á ceder á las manifiestas intenciones del alcalde, creyendo apresurar así el instante de su libertad; ella por el contrario, comprendió que aquel hombre, esclavo hasta entonces de las consideraciones á que su destino le obligaba, si una vez llegaba á entregarse al dominio de una pasion, todo, por satisfacerla, seria capaz de intentarlo, y que la resistencia era el único medio de inflamar sus deseos.

De aquí una lucha en la cual la ventaja no podia menos de ser, como lo fué en efecto, de la jóven acusada; porque Vargas peleaba trabado por los vínculos que á la sociedad le ligaban, mientras que Milagros lo hacia libre de todo freno y consideracion.

Durante el discurso del proceso, don Fadrique despues de haber mejorado desde luego la condicion material de la acusada, mandándola poner en lo que llaman *cuarteles*, que es cierto departamento de la cárcel destinado á los presos de clase media y delito menos grave, ya bajo uno, ya bajo otro pretesto tuvo diferentes entrevistas con ella, de las cuales salia unas veces seguro de la victoria, otras temeroso de no conseguir su fin, pero cada vez mas y mas aficionado, hasta que al llegar el momento de la vista de la causa, en la sala del crimen, estaba lo que se llama realmente enamorado y por la primera vez de su vida.

Decano de todos sus compañeros, ocupaba aquel dia la silla de la presidencia, y usando de las facultades que aquel puesto le concedia, dirigió todas las preguntas, que despues de oida la relacion de los autos, se hicieron á los acusados, á un solo fin, el de probar la inocencia de Milagros. Ya el relator, que aspiraba á serlo del consejo real, y contaba para ello con la proteccion de don Fadrique, habia en su memorial ajustado hecho una pintura tan patética como el estilo forense lo consentía, de la desdichada jóven, *robada sin duda á padres de noble condicion*, y criada por aquellos miserables (los Gitanos) como lo acostumbran con sus hijos, sin temor de Dios ni de la justicia del rey; pero á mayor abundamiento, de entre los abogados de pobres, que de oficio defendieron á los demás presuntos reos, se levantó con asombro de todos los jueces, menos del presidente, el mejor, el mas elocuente jurisconsulto de Sevilla: «Que no pudiendo »ver con indiferencia, dijo, confundida entre malhechores, mancillada »con el impuro contacto de la hedionda tribu, á una criatura, que »sin metáfora, podia compararse á la perla del muladar, habia to»mado sobre sí demostrar su inocencia á tan ilustrado tribunal.

«Y V. A. (prosiguió) se servirá sin duda reconocerla, porque la »tierna edad, la esclavitud forzosa de mi cliente, y su completa ig»norancia hasta de aquellos principios de moral que son á los salvajes »familiares, la absuelven de toda culpa.

«Dígnese V. A. fijar por un instante los ojos en esa infeliz, cuyas »lágrimas riegan con abundancia el funesto banquillo; dígnese con»templarla, y vea si en tan bellas formas, si en tan candoroso angé»lico rostro halla vestigios del envilecimiento y degradacion, con que »la mano del comun enemigo sella la frente de sus esclavos.»

A este apóstrofe, los ojos de los jueces se fijaron en efecto en Milagros, á quien, si fuera rubia, pudiéramos comparar á cualquiera de las mas bellas imágenes de la Magdalena penitente: tal estaba, en efecto, de hermosa y de afligida.

El abogado, que pretendia entonces una tenencia de asistente en Sevilla, y á quien don Fadrique habia insinuado simultáneamente que el conde de San Justo, su amigo íntimo, tenia mucha mano en gracia y justicia, y que la defensa de Milagros era digna de gran talento, entendió la trova, y echó, como suele decirse, el resto, en aquella ocasion, apurando todos los recursos de su elocuencia y forense habilidad.

No estaban empero vencidas todas las dificultades; porque los alcaldes compañeros de Vargas, avezados á las formas oratorias por una parte, y por otra habituados á prescindir de apariencias, á considerar los hechos con abstraccion de las personas, y sobre todo á no dar crédito nunca á lágrimas y suspiros, sino á lo que de los autos resultaba,

Secundum alegata et probata,

los alcaldes, digo, cuando se trató del fallo, aunque á la verdad compadecidos de Milagros, estaban resueltos á condenarla por lo menos á algunos años de reclusion.

Vargas lo habia previsto y tomado en consecuencia su plan.

Cinco eran, incluso él mismo, los jueces llamados á fallar la causa; de estos uno inflexible; otro, buen hombre á todas luces, solia dormirse durante la vista, y fallaba constantemente con el que primero emitia su voto, fuese cual fuese; el tercero era grande amigo del protector de Milagros; el cuarto grandísimo pedante; y el quinto y mas moderno, un alcalde cortesano, hechura de la dama del ayuda de cámara de cierto favorito.

Del voto de este, que por razon de ser, como he dicho, el mas moderno habia de darlo el primero, dependia todo, porque el de *Reata* (así le llamaban sus mismos compañeros) era seguro que seria el mismo, y por consiguiente, de inclinarse á la parte del inflexible la sentencia, condenaba infaliblemente á la pobre Milagros.

Era el pedante elemento neutro en aquella combinacion, y para hacérselo propicio, tuvo muy buen cuidado el astuto de Vargas de decirle cuando, despejada la sala, se quedaron solos los jueces para fallar:

«¿Qué dice V., compañero, del alegato de N. (el abogado de »Milagros)? Yo no conozco en España otro jurisconsulto capaz de ha»cerlo tan bueno, como V. no sea.»

Este baño de incienso produjo su efecto, y la habilidad con que el presidente, al resumir el proceso y proponer la absolucion de la *infeliz doncella*, supo darle á entender que allí el juicio mas importante era el suyo, acabó de resolver al buen pedante á absolver al mismo Barrabás si necesario fuere.

Por lo que al primer votante respecta, quiso la suerte que tuviese entonces pleito pendiente ante aquella audiencia un su primo tercero ó cuarto; y Vargas, sin comprometerse á las claras, le prometió su valimiento con algunos oidores de los que en revista habian de fallarlo.

Votó, pues, el mas moderno absolviendo á Milagros; vacilaba aun el pedante, cuando don Fadrique esclamó: «Veamos qué opina la lumbrera de nuestra sala; pobre de la acusada si tan sabio magistrado la condena.» El delito está probado, esclamó enojado el inflexible; diga el señor y el mundo entero lo que guste.« *Amicus Plato*, respondió el pedante, *sed magis amica veritas*: absuelvo.»

Respiró Vargas como si le quitaran de encima del pecho una montaña.

¿Qué ha votado N. (el primer votante)? preguntó bostezando el de *Reata*.

«La absolucion,» respondió el presidente.

«Absuelvo,» dijo el preguntante.

«Seis años de galera,» dijo con voz firme el inflexible, fijando los ojos en Vargas que hubo de bajar los suyos; pero Milagros fué absuelta por cuatro votos contra uno.

Decia Anibal despues de la batalla de Cannas: «Otra victoria como esta y soy perdido;» don Fadrique hubiera podido esclamar: «esta victoria minó mi reputacion de integro magistrado.»

Y por entonces tampoco logró el fruto que esperaba de tan inmenso sacrificio.

El gravísimo riesgo de que maravillosamente acababa de salvarse, habia abierto los ojos de Milagros, y desarrollado en ella el gérmen de un profundo egoismo hasta entonces latente como el fuego en el pedernal. Decir que se resistiera por virtud seria falso; si luchó, lo hizo por cálculo, con ánimo de ceder; pero á su tiempo, es decir, cuando tales prendas hubiera dado el que imaginaba su seductor, que no fueran de temer los caprichos de su inconstancia.

La vida que aquella infeliz habia llevado hasta entonces, esplicará á VV. como en tan tiernos años cupieron tanta astucia, tan pertinaz perseverancia.

Apenas libre, pagadas que hubo don Fadrique por tercera mano las costas del proceso, el carcelage, las otras mil escandalosas socaliñas con que los subalternos de los tribunales arruinan al misero que en sus garras cae; apenas libre, digo, la bella Milagros, ¿adónde les parece á VV. que se encaminó? — A la casa de su protector, sin duda; y así fué, mas no á buscarle á él, no; á su esposa, sí, á la devota, á la severa camarista, y arrojándose á sus piés como pudiera á los del soberano pontífice, pidióla con sentidas voces y cristianas razones, que completase la obra de su piadoso marido, acogiéndola bajo el amparo de su acrisolada virtud, si no queria que hallándose de nuevo sola en el mundo y espuesta á todo género de tentaciones, sucumbiera al cabo al rigor de sus desdichas

Señores, era una niña de 17 á 18 años la que hablaba, bella como la rosa mas temprana de la primavera, y astuta cual la funesta serpiente del paraiso; la que la oia una muger sinceramente devota, caritativa mas aun por caso de conciencia que por sensibilidad, ignorante de las pasiones, y de las arterías del mundo. ¿Qué habia de suceder? Lo que sucedió: Milagros fué admitida entre las sirvientes de la esposa de Vargas, y esta creyó aquel dia haber rescatado un alma de entre las garras mismas del enemigo.

Dejo á la consideracion de VV. el asombro de nuestro alcalde, viendo instalada en su propia casa y bajo salvaguardia de su muger, á la que habia sabido inspirarle un frenético deseo que él confundia con el amor.

Mas de un año todavia duró la lucha, no sin que la ofendida esposa la advirtiese; pero creyendo inocente á Milagros, y deseando ponerla á cubierto de los impúdicos conatos de su marido, dijola cierto dia que era forzoso se retirase por algunos meses á un convento de que era superiora cierta dama de su familia.

Colocada entre el claústro y la pasion de don Fadrique, que por otra parte llegó á creer sincera, escogió la cuitada lo que peor le estaba; y las consecuencias VV. las saben, al menos hasta el momento en que Vargas partió para Filipinas.

Aquí llegaba con su narracion don Antonio, cuando lo escesivamente avanzado de la hora le obligó á suspenderla.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

La interpretacion del Evangelio.

Un fraile capuchino pasaba un puente, y fué insultado por un soldado medio borracho que se dejó llevar de su cólera, hasta el estremo de pegarle una bofetada. El religioso, fiel á los preceptos del Evangelio, presentó el otro carrillo, sobre el cual el bárbaro aplicó otra bofetada. El capuchino, que era un hombre vigoroso y de una estatura aventajada, cogió entonces al insolente por la cintura y con muy poco esfuerzo le arrojó al rio, diciendo tranquilamente: «El Evangelio nos previene que al recibir una bofetada presentemos la otra mejilla, pero no espresa lo que hay que hacer despues.»

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 17.

Calderon de la Barca descendió á la tumba coronado de gloria.



Mendigos irlandeses.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



NAUFRAGIO DE UN NAVIO DE LA ARMADA TITULADA LA INVENCIBLE, SOBRE LA COSTA DE ESCOCIA.

La escena de uno de los episodios mas tristes de la historia de la marina española, es lo que representa la lámina que damos hoy. Una rivalidad política, tenaz, agravada por la diferencia de religiones, preparaba la guerra hacia tiempo entre el rey de España, Felipe V, é Isabel, la reina *virgen* de Inglaterra. Esta guerra estalló finalmente con uno de los muchos ataques arteros é innobles que dieron los ingleses á nuestros galeones. En 1586 el almirante Drake destruyó en Cádiz, sin prévia declaracion de guerra, una flota entera de buques de transporte. Felipe quiso vengarse con la conquista de la Inglaterra, y al efecto equipó la escuadra mas fuerte que se ha conocido en Europa. Contaba 22,000 hombres de desembarco distribuidos sobre 152 navios; debia tomar en Flandes 25,000 soldados veteranos, mandados por Alejandro Farnesio, y en Normandia habia 12,000 franceses prontos á reunirse con ellos. La Inglaterra, en cambio, no pudo reunir mas que 114 buques, de los cuales el de mas porte tenia trescientas toneladas, y sobre ellos embarcó sus 15,000 marineros. Uno solo de estos buques, el *Triumph*, llevaba 40 cañones. Pero esta escuadra, que carecia de fuerza material, tenia la fuerza inteligente en mas alto grado que la española.

Sabidos son por demás los sucesos que acarrearon la pérdida de nuestra escuadra, con gran detrimento del erario y de la gloria nacional. El gefe esperimentado que debia mandarla, el célebre marqués de Santa Cruz, adelantado de la Florida, que unia á su pericia y valor militar la prudencia de un marinero consumado, falleció antes de acometer aquella empresa gigantesca, encareciendo al morir que se asegurara un puerto que sirviera de refugio á la escuadra en caso de tormenta ó de derrota. Reemplazado por el duque de Medina-Sidonia, marino de corte, cuya presuncion igualaba á su ignorancia, á pesar del consejo de Santa Cruz, ratificado por el duque de Parma que proponia apoderarse de Flesinga, declaró que eran inútiles las precauciones, y aparejó el 19 de mayo de 1588. Desde entonces empezaron las desgracias de la *Invencible*. Combatida en el cabo de Finisterre por un huracan furioso, careciendo de buenos prácticos, tomando por este motivo unos parages por otros, ostigada en su marcha lenta y pesada por los ligeros buques ingleses, el fin de esta empresa colosal fué la destruccion casi total de la armada, naufragando muchos buques en las costas de Irlanda y Escocia, cayendo otros en poder de los ingleses, y escapándose algunos al estrangero con las tripulaciones sublevadas.

MEMORIA

SOBRE LA CONVENIENCIA DE ESTABLECER POR PRIMERO UN MERIDIANO DISTINTO DE LOS QUE HASTA AHORA SE HAN ADOPTADO COMO TALES POR LOS GEÓGRAFOS.

Desde los primeros tiempos en que los hombres convirtieron su atencion á conocer el globo que habitaban, echaron de ver la necesidad de arbitrar un medio para determinar la posicion geográfica de los puntos de la tierra; empero no poseian un conocimiento perfecto de la figura de ésta, ni se tuvo en muchos siglos despues; y asi, conceptuándola mas estensa desde Occidente á Oriente que de Septentrion á Mediodia, como se conoce del mapa que trazó Agathodemon, llamaron latitud á lo que habia entre estos dos últimos puntos, y longitud lo que se comprendia entre los primeros, en cuyo sentido solo pudieron adoptarse estas palabras, puesto que un globo no tiene ancho ni largo, cuando ya se acercaron á tener una idea mas conforme de la figura de nuestro planeta.

Para tener pues un término fijo desde donde principiar á contar los grados de longitud, establecieron los geógrafos un primer meridiano, y desde él numeraban hasta los 360, uso que ha durado hasta nuestros dias, en que se ha distinguido la longitud para mayor comodidad en oriental y occidental, dando á cada una 180 grados. La mas antigua posicion del primer meridiano, segun Piteas de Marsella, célebre cosmógrafo que floreció por los años de 320 antes de Jesucristo, estaba en la isla de Jule, que en lo antiguo se reputaba por la mas apartada de las tierras en el Océano hácia el Septentrion (1).

La segunda posicion del primer meridiano es la de Erathóstenes, natural de Cirene, que nació 276 años antes de Jesucristo, y fue dis-

(1) Los geógrafos antiguos unen esta isla con las Británicas, que Virgilio y Séneca llamaron *ultima Thule*. Ortelio cree que es aquella region de la Noruega que los naturales nombran Tilemark; Cambdeno las islas Schitlandias del mar de Escocia, que los navegantes dicen Thylensel; otros finalmente la Islandia.

cípulo de Ariston y de Calimaco, y bibliotecario de Alejandria en tiempo de Tolomeo Evergetes, que lo situó en las columnas de Hércules, lo que tambien hicieron algunos árabes.

La tercera posicion es la de Marino de Tiro, que floreció por los años 70 de Jesucristo, y Tolomeo, que lo colocan en las islas Fortunadas, hoy Canarias, como el último término del mundo entonces conocido.

La cuarta posicion es la de Ismael Abulfeda, célebre príncipe que reinó en Siria en el siglo XIV, y compuso en árabe una geografía, el cual lo pone en el estrecho de Gibraltar, 10 grados al Oriente del meridiano de Tolomeo. Alfaras y Albiruni, autores tambien árabes citados frecuentemente por Abulfeda, ponen allí mismo su primer meridiano; y Naain Eddin y Ulg-Beg 10 grados mas occidental, que corresponde á las islas Canarias.

Los chinos cuentan la longitud desde el meridiano de Pekin, y de este modo están calculadas las tablas geográficas del atlas chino del P. Martini.

Los indios, y á su imitacion algunos árabes, eligieron por primer meridiano el de Cancadora, y contaban desde Oriente á Occidente.

Los astrónomos españoles que siguieron las tablas alfonsinas, y los autores de estas, pusieron por primer meridiano el de Toledo, tanto por ser ésta una de las ciudades mas notables del reino, como porque era el lugar de sus observaciones.

Quisieron otros que la *línea de demarcacion*, llamada tambien de Alejandro VI por haberla establecido este pontífice á fin de evitar las discordias entre las coronas de Castilla y Portugal ocasionadas con motivo de los descubrimientos hechos á fines del siglo XV y principios del XVI; quisieron otros, decimos, que esta línea (1) fuese el principio de donde se contase la longitud.

Algunos náuticos, creyendo que la brújula no declinaba en las islas Azores, tuvieron este motivo para fijar en ellas el primer meridiano. Janson, en su Mapa-mundi del año 1604 y en el de 1607, y Nicolás Fischer, en su obra titulada *Orbis maritimus*, y otros lo establecieron en las islas de Corvo y Flores, que están casi bajo el mismo meridiano. Roberto Dudley, en su *Arcano del mar*, pone su primer meridiano en la isla del Pico, desde donde calcula las longitudes de esta obra, y pretende que la aguja no tiene declinacion en el meridiano de esta isla. Por la misma razon pusieron el primer meridiano en la isla del Fuego, una de las del Cabo-Verde, Ortelio en su mapa-mundi, Pedro Bercio en su *Europa contracta*, y Janson en sus planisferios. Otros, en fin, le hacen pasar por la isla de San Vicente.

Tolomeo y los árabes que le siguieron colocaron su primer meridiano en las Canarias; pero no estando estas islas bajo uno mismo, pues hay mas de 5° y medio de diferencia entre las que mas distan entre sí, se ofrece la dificultad de determinar por cuál de ellas ha de pasar este círculo. Romualdo Mercator y otros empiezan á contar sus longitudes desde la costa occidental de la isla de Palma por la falsa persuasion en que estaban de que ésta era la isla mas occidental de las Canarias. El P. Ricciolo puso tambien en esta isla su primer meridiano, y dice que lo hizo con el motivo de haber partido de ella como término el mas occidental de las Canárias, Cristobal Colon al descubrimiento del nuevo mundo; y que de los navegantes que abordan á las Canarias son mas los que van á esta isla de Palma para dirigir desde allí sus rumbos. No son estas ciertamente razones muy fundadas, porque Cristobal Colon antes se habia dado á la vela en Palos, y Palma no es la mas occidental de las Canarias, como erróneamente se señaló en algunos mapas antiguos; y si los navegantes van á aquella isla es porque en ella se proveen mejor y hallan mas comodidad que en la del Hierro, que es ciertamente la mas occidental de este archipiélago.

Los geógrafos franceses pusieron su primer meridiano en la parte mas occidental de la isla del Hierro (2), para cuyo establecimiento juntó el cardenal Armando Juan du Plessis de Richelieu los mas famosos matemáticos de Europa en el arsenal de Paris en 1634, los cuales determinaron fijarlo en dicha isla; resolucion que confirmó Luis XIII espidiendo un decreto en que mandó que los geógrafos franceses adoptasen éste por primer meridiano; mas sin embargo de esto muchos mapas hechos por geógrafos de esta nacion ponen por primero el de Paris.

Todavia hubo mas divergencia en adelante, porque despues que el arriba citado Janson en sus *Cuatro partes del mundo*, obra publicada en 1624, adoptó, no ya el de las islas de Corvo y Flores, como habia hecho antes, sino el que pasa por el Pico de Teyde; Guillermo Blaeu en su Atlas, y Nicolás Vischen en su mapa-mundi, y otros muchos holandeses hicieron lo mismo, por lo que algunos le llamaron á éste *meridiano holandés*, y ha sido seguido por algunos españoles.

Finalmente, desentendiéndose de las consideraciones que tuvieron estos geógrafos, principió cada nacion á establecer por primero el meridiano de su capital, ó el de sus observatorios astronómicos: los franceses el de Paris, como ya antes habian principiado á usarlo; los ingleses el de Greenwich, cerca de Lóndres; en Alemania el de Dentin; los españoles el de Madrid y señaladamente el que pasa por el seminario de nobles de esta córte, como lo hizo don Isidoro de Antillon; los marinos de esta nacion el de Cádiz, etc., etc. De toda esta variedad no ha podido menos de resultar una confusion que seria conveniente desapareciese para comodidad de todos los que se dedican al estudio de la geografía y de los constructores de cartas. Porque si bien no es difícil reducir los cómputos hechos por un meridiano á los formados por otro, para lo cual aun se encuentran tablas en algunas obras geográficas, este trabajo se escusaria conviniendo todas las naciones en admitir unánimemente un primer meridiano, lo que deberian promover las sociedades científicas de cada una de ellas, especialmente las que tienen por objeto los progresos de los conocimientos geográficos.

Para esto, en vez de fijar el primer meridiano en consideracion á las varias razones que, como hemos espuesto, han tenido algunos geógrafos antiguos y modernos, ó de adoptar cada nacion el suyo particular por una especie de egoismo ó de pretension vana de dar la ley en esta materia, deberian escoger para este fin un lugar el mas señalado de toda la tierra por cierta circunstancia particular que no se hallase en ninguna otra parte. Esta circunstancia deberia ser la elevacion. El punto mas alto del globo sobre el nivel del mar, ese deberia ser el término de que se principiase á computar la longitud, estableciendo en él el primer meridiano. Este punto mas alto está en el dia determinado despues de haber medido los geógrafos y viajeros las alturas mas elevadas de toda la tierra. No se conoce en toda ella mayor elevacion que la del pico de Dawalagiri, situado en el Tibet, en el Asia, el cual llega á tener 24,780 pies franceses sobre el nivel del mar (1). Y si un geógrafo español no muy antiguo (2), hablando del pico de Teyde, dice *que parece que el autor de la naturaleza lo crió para esta importante funcion* por razon de su altura, ¿con cuánta mas podremos decir esto de la cima de Dawalagiri, que es el gigante de todas las cordilleras que erizan la superficie de la tierra?

Establecido así por primer meridiano el que pasa por la cumbre de Dawalagiri, no seria necesario indicar en las cartas el que cada geógrafo seguia, como es indispensable hacer ahora, si se quiere escusar el adivinarlo al que estudia ó examina un mapa. Todos sabrian que habian de calcular desde aquella altura sin igual la longitud de todos los lugares, y cualquiera que fuese la carta que se presentase, no dudarian el meridiano, que no habia podido menos de tenerse presente al tiempo de su formacion.

La uniformidad en todas las cosas para facilitar la comunicacion y el trato de las naciones seria de la mayor utilidad y no tan difícil de conseguir como á primera vista parece. Ya hubo un sabio distinguido que quiso lo que era menos practicable, ó por mejor decir imposible, esto es, el uso de un idioma universal; pero si aquello no es asequible, lo es la uniformidad en el sistema monetario, en el de pesas y medidas, y mas todavia en adoptar un primer meridiano, pues esto está al arbitrio únicamente de los hombres de letras. El lenguaje de las ciencias es universal en todas las naciones, y el de la geografía no deberia serlo menos; por lo que á las palabras *primer meridiano* deberia corresponder en todos los pueblos cultos una sola y única idea, y entenderse *el círculo máximo que pasando por los polos toca en la cima del elevado Dawalagiri*.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.
De la Real Academia de la Historia.

CASA CONSISTORIAL DE LUGO.

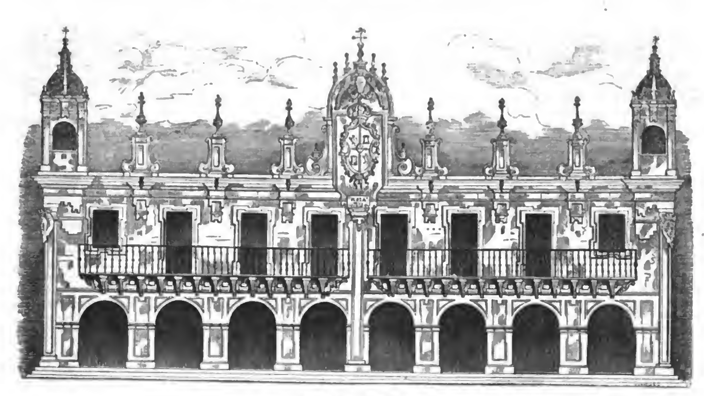
Hace cerca de tres siglos no tenia Lugo casa propia para ayuntamiento, porque era pueblo que estaba subordinado á la influencia del obispo, quien como señor jurisdiccional y territorial nombraba los alcaldes, merino y regidores que lo rigiesen y gobernasen, aunque el órden municipal no era complicado ni exigia los cuidados de ahora. Con todo, la justicia y regidores de entonces, conocedores de la independencia que debian tener para el ejercicio de sus funciones, teniendo presente lo importante que les era la adquisicion de un local donde establecer la casa de la ciudad en un pueblo que habia gozado

(1) Dividió el globo de polo á polo por el meridiano de las Canarias en dos hemisferios, de los que el oriental se señaló á Portugal, y el occidental á Castilla.

(2) El meridiano de la isla del Hierro no pasa por la misma exactamente, sino 30' hácia el Este.

(1) Es de advertir que el pie francés es mayor que el castellano en la proporcion de 7 á 6.

(2) Don Tomás Lopez, geógrafo de S. M.



(Casa consistorial de Lugo.)

títulos de honor en la antigüedad romana, que tenia voz y voto en Córtes, y que hacia de capital en una de las siete provincias de Galicia, celebraron contrato con el obispo D. Fernando Belosillo en 4 de setiembre de 1570 ante el escribano Pedro Lemos, permutando la hacienda del Burgo, que pertenecia á los propios, por el solar que en la plaza de las *Cortiñas* (1) ocupaban las casas da *Feirabella*, que eran de la mitra. Sobre estas casas muy luego fue levantado un edificio á la verdad poco digno de pertenecer á la grandeza de su destino; pero subsistió por cerca de dos siglos, hasta que por el buen gusto de los tiempos pareció mezquina su permanencia; y asi es que hácia el año de 1735 se proyectó y llevó á cabo la nueva casa consistorial que le sustituye, y que hoy descuella con orgullo en la mejor localidad del pueblo, formando la principal testera de su estensa plaza mayor, de cuya fachada presentamos una vista á nuestros lectores, no quedando del anterior edificio sino la fábrica interior de los soportales. Su interior es vasto con un buen salon de sesiones, y otros departamentos que pueden necesitarse para la administracion municipal, teniendo la circunstancia de que sus anchos soportales sirven de abrigo para la entrada principal, y á la guardia para prevencion permanente. En el ancho de su fachada, adornada de molduras y escudos, corren dos balcones que se utilizan para decoraciones en casos de regocijos, y á sus estremos tiene dos torres. En su centro, sobre un cuerpo elevado con bastante gracia, tiene las armas reales, y en las esquinas que hacen lado á dos calles, están esculpidos los escudos de las armas de la ciudad, que cuartelados representan una torre colocada en medio de dos leones rapantes, y sobre la torre un cáliz con su hostia radiante en medio de dos querubines, y la cima con corona. La reforma interior que se dió á esta casa en 1841 aumentó su importancia, asi como las dos escaleras que la dan subida desde el patio presentan un aspecto propio del objeto de su destino. En el archivo de esta casa, que poco mas data de tres siglos, pues sus documentos históricos han desaparecido con la venida de los ingleses en tiempo de D. Enrique de Trastamara, cuando la guerra con D. Pedro el Cruel, sospechándose existan en la universidad de Oxford, solo hay varios privilegios de exencion concedidos en favor del ayuntamiento y vecinos, entre los cuales pueden contarse el de yantar tributo de vasallage, el de portazgos de sus vecinos, almotacen, pesos y medidas que seria prolijo referir; pero no puede omitirse que el todo del edificio es digno del pueblo que lo conserva, y que debe ser mencionado en las páginas del SEMANARIO. En la secretaria se conserva la série de los retratos de los reyes de la dinastia actual, desde Felipe V, alguno de bastante mérito; y en un gran cuadro el dibujo del mosáico romano, descubierto en una de sus calles en 4 de setiembre de 1842, de que se dió noticia en el SEMANARIO del mismo año, facsimil exacto que van á reconocer y admirar todos los sugetos que no tuvieron la satisfaccion de ver aquel vestigio antes que se cubriese.

Lugo y junio de 1849.

JOSE TEIJEIRO.

(1) La denominacion de las *Cortiñas* indica que lo que hoy es Plaza Mayor fué en anteriores épocas terreno cultivado.

COSTUMBRES DE LAS ABEJAS.

Al escribir este artículo, no trataremos de entrar en las brillantes consideraciones á que induce el exámen del órden maravilloso que reina en las ciudades habitadas por estos insectos, porque nuestro objeto es esclusivamente dar á conocer á nuestros lectores las costumbres de la abeja, esa especie que el hombre ha aprendido á gobernar para utilizar en provecho suyo sus trabajos. La tomamos en el estado salvage; la mostramos estableciendo su habitacion, yendo á buscar las sustancias con que construye sus celdas, y las que le sirven para la composicion de la miel; la hacemos ver despues observando los cuidados mas minuciosos é inteligentes para la conservacion de sus huevos, la educacion de sus crias, y la preparacion de sus alimentos; finalmente, la seguimos en su emigracion, cuando un número harto considerable de crias obliga á las abejas de una colmena á buscar otra habitacion.

La abeja doméstica tiene el cuerpo velludo y de un color pardusco; tiene cuatro alas membranosas y seis patas; está provista de un aguijon para defenderse, de una especie de trompa con la que recoge la miel, y de dos estómagos, uno de los cuales la sirve para ejercer las funciones del estómago comun, y el otro le usa para la preparacion de la cera y de la miel.

En una colmena se distinguen tres clases de abejas: 1.ª Las abejas trabajadoras, designadas tambien con los nombres de neutras, ó mulas, á cuyo cargo está todo el trabajo, y que no son ni machos ni hembras, siendo su empleo construir, hacer la cosecha y educar las abejas jóvenes; todas tienen una trompa para el trabajo y un aguijon para el enemigo: 2.ª Los machos ó zánganos falsos, que no tienen aguijon, y que son de un color mas oscuro que las trabajadoras, y una tercera parte mas abultados que ellas; y 3.ª Una abeja única encargada de la multiplicacion de la especie, que está armada de un aguijon, y que es mas fuerte y mas larga que los machos; produce ella sola individuos suficientes para poblar, no solo una colmena, sino varias: la llaman *la reina* de la colmena.

En el estado salvage, las abejas establecen sus colmenas en los huecos de los árboles, donde observan la misma policía que en las colmenas que les prepara la mano del hombre; en cuanto una colonia de abejas ha tomado posesion de una habitacion, empiezan á calafa-

tear interiormente las paredes con una cera ó betun blando llamado *propoleos*, que recogen las trabajadoras en las plantas resinosas; en seguida construyen las celdas, que han de contener un huevo cada una de los que pone la *reina*; el conjunto de estas celdas, que toma despues el nombre de *panal*, está compuesto de una gran cantidad de alveolos de forma exágona, y cada uno de sus lados ó paredes constituye á su vez la pared de otros seis exágonos iguales que la rodean, y cuyo fondo angular da tambien paredes semejantes á las casillas que tiene debajo. Hay tres clases de alveolos: los que contienen los huevos de las trabajadoras, que son los mas numerosos; los que han de contener los huevos de los machos, que son un poco mayores; y finalmente, los que estan destinados á las hembras, que son tres ó cuatro, y que tienen mayores dimensiones que todos los demas.

De las flores estraen las abejas trabajadoras las sustancias con que construyen sus celdas; se revuelcan en sus cálices y con los tarsos ó raspas que tienen en las patas, y particularmente con los cepillos que tienen en las últimas, desprenden de los estambres el polvo llamado *pollen*, forman con este polvo una especie de glóbulos y con las segundas patas ponen estos glóbulos en una especie de cestita ó paleta que tienen en las últimas patas de atrás; regresan con esta carga á la colmena; allí la reciben otras abejas que se tragan este polvo, lo preparan en su segundo estómago de que hemos hablado antes, y producen la materia conocida con el nombre de cera.



Las mismas abejas trabajadoras van despues á buscar en el fondo de las flores un zumo mas dulce que se tragan y van á derramar una parte de él en las celdas, con lo que forman la miel: este zumo le estraen con la trompa que las airve para dividir los cuerpos sólidos y sacar de ellos los líquidos que contienen.

El dardo á aguijon de la abeja exige una descripcion particular. La base de este aguijon es un conjunto de nueve escamas cartilaginosas ó córneas, de las cuales, ocho parecen estar destinadas á impulsar vivamente hácia fuera la punta del aguijon por medio de los músculos que tienen, y la novena que tiene la forma de una V, y cuya parte mas ancha está colocada hácia adelante, parece deber operar la retiracion de la punta indicada; el cuerpo del aguijon es redondo y largo; se compone de dos porciones semi-cilíndricas, pegada una á otra, y de dos hojas muy agudas que estan movibles en el interior de esta especie de vaina y que dejan entre ellas su ranura diminuta vuelta hácia la base. No es solo la picadura de la abeja la que produce el dolor, sino el efecto químico de un veneno que introduce el dardo en la herida; no se conoce sin embargo la naturaleza de este veneno, por no haber podido adquirir la cantidad suficiente de él para examinarle y descomponerle.

Mientras dura el trabajo de las celdas por las abejas trabajadoras, los machos fecundizan á la abeja madre: en cuanto ésta deposita sus huevos en las celdas, cuando ya las trabajadoras, que hasta entonces los habian estado alimentando con el mayor cuidado, los echan inhumanamente de la colmena, y los matan si rehusan salir. Como estos no tienen aguijon para defenderse, hacen poca resistencia. Dejan la habitacion y se ven obligados á derramarse por el campo, donde mueren muy pronto.

Una sola fecundizacion de un macho á la hembra la deja en estado de poner huevos durante dos ó tres años. Todos los huevos que pone en los seis meses primeros, producen abejas trabajadoras: los meses siguientes pone huevos de machos; y finalmente, en un dia solo, pone algunos destinados á producir las hembras que la han de suceder ó que han de ser reinas de otros enjambres: una abeja madre puede vivir seis años y producir en cada uno 60,000 huevos: en cuanto la ha fecundizado un macho, pone en cada celda un huevo oblongo y algo curvo y de un color blanco azulado: tres dias despues de puesto se convierte en *larva* ó gusanillo, y ya desde aquel momento se le confia al cuidado de las trabajadoras. Sus nodrizas estan entonces recogiendo miel y *pollen*, y el gusanillo se alimenta durante cinco dias con una composicion de estas dos materias que le presentan: el sesto dia teje el gusanillo en 36 horas un capullo de seda, en el cual queda encerrado: tres dias despues se convierte en *ninfa* ó *palomilla*, permaneciendo siete dias en este estado; y al vigésimo dia de haber sido puesto el huevo se convierte definitivamente en insecto: el número de veinte dias es el necesario para el desarrollo completo de los huevos que producen abejas trabajadoras: los que producen machos exigen veinticuatro dias; y los que producen hembras solo requieren diez y seis. Entonces es cuando las trabajadoras prodigan cuidados prolijos á los nuevos habitantes de la colonia: los limpian y lamen, y les ofrecen miel: las abejas jóvenes se dejan llevar pronto de su instinto, y se dedican al trabajo á que nacen ya destinadas.

Cuando nace un número tan considerable de abejas que la habitacion no puede ya contenerlas, y ha nacido tambien entre ellas una reina nueva que reemplace á la que va á marchar á la cabeza de la emigracion, entonces una gran porcion de estas abejas, con su reina al frente, dejan la colmena para ir á buscar otra habitacion; pero antes de fijarse definitivamente en un sitio, y mientras esperan á que las que han ido de descubierta ó vanguardia hallen un alojamiento cómodo y conveniente, la banda emigrante no tarda en posarse en alguna parte, lo que suele suceder sobre una rama de algun árbol.

El órden con que se colocan entonces unas sobre otras es una cosa verdaderamente curiosa: las primeras que llegan se agarran á la rama en toda su circunferencia, poniéndose unas junto á otras:



cuando han formado la primera corona, todas las que van llegando enganchan sus patas delanteras en las patas traseras de las que estan agarradas á la rama, y forman la segunda corona ó círculo de abejas, que presentan igualmente sus patas traseras á las que van llegando; y así sucesivamente, hasta que todos estos círculos tienen la longitud que quieren dar al enjambre. Entonces las que van llegando se agarran á la rama, mas arriba de las que forman la primera corona, y se enlazan unas á otras hasta que forman otra especie de sábana, sobre la que habian formado las anteriores; finalmente, todas se colocan del mismo modo y presentan una masa compacta de una multitud de sábanas amontonadas unas sobre otras, que constituyen lo que se llama un enjambre, el cual se compone generalmente de 15 á 20,000 obreras, 1,200 á 1,500 machos y una sola hembra; y se han visto algunos mas numerosos. Ha habido enjambre que ha pesado hasta ocho libras: segun las esperiencias de Reaumur son necesarias 336 abejas para formar una onza de peso, lo cual hace que un enjambre que pese ocho libras debe tener precisamente 43,000 abejas: se han llegado á ver enjambres que tenian hasta 50,000 abejas entre machos y trabajadoras.

Cuando se quiere coger un enjambre, se aprovecha el instante en que todas las abejas estan aglomeradas como hemos dicho arriba, en una sola masa, y se le hace caer en un saco ó en una cesta, ya sea sacudiendo el árbol ó cortando la rama, y se le encierra al momento en una colmena que se tiene preparada al efecto. Las abejas se fijan en ella generalmente sin dificultad y empiezan en su nueva habitacion todos los trabajos que hemos descrito.

Hay varias clases de abejas en las diferentes partes del mundo, conocidas con los nombres de *Cardadoras*, *Abejarrones*, *Carpinteras*, *Canteras*, *Corta-Rosas*, *etc.*; varian generalmente en su organizacion y ofrecen algunas diferencias sensibles en sus trabajos; pero todas tienen proximamente el mismo grado de instinto é industria.

RESUMEN,

POR ÓRDEN CRONOLÓGICO, DE LAS PRINCIPALES AVENTURAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

La de los dos arrieros, que cuando estaba velando sus armas en el corral de la venta la noche antes de armarle caballero, se las ti-

(1) Véase la nota puesta al final del folio 129.

raron de la pila del pozo, al ir á dar de beber sus caballerias, de cuyas resultas, alzó la lanza á dos manos y dió con la misma tan gran golpe á uno de aquellos en la cabeza, que le derribó al suelo, muy mal trecho, y tambien al otro abriéndosela por cuatro pedazos.

La chistosa y estupenda de armarle caballero el ventero, á presencia de las recatadas damas del partido, que iban á *Sevilla*, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera*.

La del muchacho *Andrés*, á quien, atado á una encina, estaba pegando muchos azotes su amo, y al cual obligó á que le desatase y pagase sesenta y tres reales de soldada sin que consiguiese otra cosa que el que dicho su amo le maltratase luego mas, burlándose asi de su inesperado y oficioso protector.

La de los mercaderes toledanos que iban á comprar seda á *Murcia*, los cuales, pero en particular uno de los mozos de mulas que llevaban, le molió á palos, despues que le tiró al suelo *Rocinante*, quedando en tales términos, que no pudo moverse hasta que un vecino suyo, que venia del molino, le encontró y le llevó á su casa; y todo porque se empeñó en que aquellos confesasen que no habia en el mundo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par *Dulcinea del Toboso*.

La de no encontrar la puerta del aposento donde tenia sus libros, despues del famosisimo escrutinio que hizo el cura, creyendo que todo se lo habia llevado su enemigo el sabio encantador *Freston*.

La de los molinos de viento del campo de Montiel, que se le figuraron treinta, ó pocos mas, desaforados gigantes.

La de los dos frailes de la órden de san Benito, á quienes halló en el *Puerto Lápice*, y suponiendo que llevaban forzadas en un coche que seguia el mismo camino á altas princesas, arremetió contra el primero de aquellos con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula en que iba, él le hiciera caer al suelo mal ferido ó muerto.

La del escudero de la señora vizcaina que iba á *Sevilla*, con el cual peleó y á quien descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza, que empezó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oidos: prometiendo no hacerle mas daño si iba, como se lo ofreció, á presentarse ante la sin par *doña Dulcinea*.

La del encuentro de los pastores que conducian el cadáver de su compañero *Grisóstomo*, á los cuales amenazó con caer en la furiosa indignacion suya si se atrevian á seguir á la hermosa *Marcela*.

La de los arrieros yangüeses que cojiéndole en medio y á *Sancho Panza*, menudearon sobre ellos con grande ahinco y vehemencia sus estacas, y dieron con ambos en el suelo.

La de la moza asturiana *Maritornes*, á la cual detuvo y sentó en su cama cuando iba á refocilarse con el arriero de *Arévalo*, de cuyas resultas este descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies mas que de trote, se las paseó todas de cabo á rabo; á cuya aventura se debe el que no se haya perdido la receta del *bálsamo de Fierabrás*.

La de haberse salido sin querer pagar el gasto que hizo en la venta, á que se refiere la anterior, que por de pronto se imaginó que era famoso castillo, y de cuyas resultas fué manteado *Sancho Panza*, como perro en carnestolendas, y se quedó el ventero con las alforjas en pago de lo que se le debia.

La de los dos rebaños de ovejas que figurándose eran los ejércitos del grande emperador *Alifanfarron*, *señor de la grande isla Trapobana* y de su contrario *Pentapolin del arremangado brazo*, *rey de los garamantas*, quiso prestar su poderoso apoyo al segundo, porque era cristiano y el otro no, y sin mas razones y á pesar de las advertencias de *Sancho Panza* para disuadirle de su error, se metió por medio de dichas ovejas y comenzó á alancealas con mucho corage y denuedo, de cuyas resultas los pastores y ganaderos desciñéronse las hondas, y le saludaron con piedras como el puño, una de las cuales, dándole en el lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo.

La de los encamisados, que de noche, á caballo y con hachas encendidas en las manos, iban custodiando y acompañando una litera, cubierta de luto, dentro de la cual iba el cadáver de un caballero que murió en *Baeza* y que llevaban á su sepultura de *Segovia*, á los cuales detuvo para que le diesen cuenta y razon de quiénes eran y á donde iban; advirtiendo que como gente medrosa y sin armas, se desbandó al instante por aquellos campos, despues de acometidos, lanceados y desbaratados todos por su perseguidor; por cuya aventura *Sancho Pansa* le llamó por primera vez *el caballero de la triste figura*.

La no vista y tan temerosa de los seis mazos de batan, que con sus alternativos y acompasados golpes, con un cierto crugir de hierros y cadenas y acompañados de la noche y del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazon que no fuera el de *don Quijote*, quedando todo reducido á la nada cuando amaneció y se vió lo que era; durante cuya noche *Sancho* ató con el cabestro de su asno ambos pies á *Rocinante*, y contó á su amo el cuento de la pastora *Torralva* y el paso de sus cabras por el rio *Guadiana*.

La del barbero que iba por el camino sobre un asno pardo y que llevaba una vacia de azofar puesta sobre la cabeza y á quien arremetió por quitársela, como lo consiguió, por figurarse que era *el yelmo de Mambrino*.

La de los doce galeotes á quienes dió libertad y los cuales tan mal parado le dejaron y á *Sancho* por empeñarse en que habian de ir cargados con la cadena que les quitó á la *ciudad del Toboso*, á presentarse ante la *señora Dulcinea*.

La del hallazgo, en las entrañas de Sierra-Morena, de un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, de una mula ensillada y enfrenada en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, y del dueño de todo, llamado *Cardenio* ó el roto de la mala figura, quien por su locura y por las imprudencias de *don Quijote*, le dió tal golpe en los pechos con un guijarro, que le hizo caer de espaldas, abrumando tambien, muy á su sabor, las costillas de *Sancho Panza*.

La de *Dorotea*, supuesta *princesa Micomicona*, á la cual prometió irse con ella y no entrometerse en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darla venganza de un traidor que la tenia usurpado su reino; cuyo medio se discurrió é inventaron el cura y el barbero de su lugar, para llevársele á casa y que concluyese con las locuras que estaba ejecutando en la peña pobre de *Sierra Morena* por desdenes de su señora.

La de las cuchilladas á los cueros llenos de vino tinto que habia á su cabecera en el cuarto de la venta, por figurarse, estando soñando, que ya se encontraba en pelea con el gigante que tenia usurpado su reino á la *princesa Micomicona*; de cuyas resultas el aposento se llenó de vino y el ventero tomó tanto enojo, que arremetió á *don Quijote* y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si *Cardenio* y el *cura* no se le quitaran, él acabara la guerra de dicho gigante.

La de la burla que le hicieron las semidoncellas, la hija del ventero y *Maritornes*, cuando estando haciendo la guardia del que él se figuró castillo, le llamaron por el agujero del pajar y le ataron la muñeca con el cabestro del jumento de *Sancho Panza*, cuyo percance atribuyó á que le habian encantado.

La de la gran contienda que hubo en la venta sobre si eran ó no tales vacia y albarda, ó jaez y yelmo, las que quitó al barbero que encontró en el camino, de cuyas resultas los cuadrilleros quisieron prenderle, pero desistieron de su propósito por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, el *capitan Rui Perez de Biedma*, *don Luis*, *Cardenio*, *don Fernando*, etc., y por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar ellos lo peor de la batalla.

La del cuadrillero, que conociendo que convenian sus señas con las que rezaba el mandamiento que tenia de la *Santa Hermandad*, para prenderle, por la libertad que dió á los *Galeotes*, intentó verificarlo, de cuyas resultas, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, alli dejara la vida antes que el otro la presa, sin que las cosas pasasen mas adelante porque el cura persuadió á los cuadrilleros de que era un loco rematado.

La del enjaulamiento en el carro de bueyes que tan pasmado le dejó, y mas despues de la célebre profecía que con voz temerosa le dió consuelo y le dijo entre otras cosas «*que su prision se acabaria cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yaciesen en uno, etc.*»

La del cabrero *Eugenio*, que por haberle dicho que tenia vacios los aposentos de la cabeza, le replicó que estaba mas lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta, que le parió; y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á si tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remachó las narices, advirtiendo que como aquel no sabia de burlas, sin tener respeto á la alfombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre *don Quijote* y le asió del cuello con ánimo de ahogarle.

La de los disciplinantes que llevaban en procesion y rogativa á la *Virgen*, y á los cuales arremetió por suponer que aquella era una hermosa Señora á quien llevaban contra su voluntad, y que la habian hecho algun notorio desaguisado; y de cuyas resultas uno de aquellos le dió tal golpe encima de un hombro con los restos de una horquilla ó baston, que el pobre *don Quijote* vino al suelo muy mal parado.

La del encuentro de las tres labradoras del *Toboso*, las cuales le hizo creer Sancho que eran *Dulcinea* y dos doncellas suyas, y cuya figura rústica atribuyó á la malicia y ojeriza que, segun él, le tenian los encantadores, quienes por tal causa le habian querido privar del contento que pudiera darle ver en su ser á la Señora de sus pensamientos.

La de la carreta que salió al través del camino, cargada de los mas diversos y estraños personages y figuras que pudieron imaginarse, y en la cual iban *un feo demonio, un ángel, un emperador, una reina, la muerte, Cupido, un caballero armado de punta en blanco y otras personas de diferentes trages y rostros*, todos los cuales componian la compañia cómica de *Angulo el malo*, incluso uno vestido de bojiganga con muchos cascabeles, que llevaba en la punta de un palo tres vejigas de vaca henchidas, quien con sus saltos y visajes alborotó á *Rocinante* y dió con *don Quijote* en tierra.

La del caballero *del Bosque ó de los Espejos*, á quien á salva mano y sin peligro alguno, encontró con tanta fuerza, que mal de su grado, le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto, y confesar, entre otras cosas, que la sin par *Dulcinea del Toboso* aventajaba en belleza á *Casildea de Vandalia*; advirtiendo que como se descubrió que dicho caballero y su escudero eran *Sanson Carrasco* y *Tomé Cecial*, compadre y amigo de *Sancho Panza*, tanto éste como su amo, creyeron que los encantadores habian mudado la figura de ambos.

La de los requesones que metió *Sancho* en la celada de su amo, la cual, con toda prisa se encajó este en la cabeza, de cuyas resultas, apretándose y esprimiéndose aquellos, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas, de lo que se asustó por parecerle que se le ablandaban los cascos, ó que se le derretian los sesos, ó que sudaba de los piés á la cabeza.

La del encuentro del carro donde iban los leones para S. M., á cuyo encargado obligó á que abriese la jaula de uno de aquellos, con el cual trabó batalla bajándose de *Rocinante*, embrazando el escudo y desenvainando la espada, sin que tales arrojo y osadia tuviesen ningun mal resultado, porque *el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerias ni de brabatas, despues de haber mirado á una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula*, por cuya aventura se llamó á sí propio el *Caballero de los Leones*.

La de la bajada á la cueva de *Montesinos* por entre una infinidad de grandísimos cuervos y grajos que salieron de las malezas de la boca de aquella, de cuya cueva contó á *Sancho* y al primo del Licenciado cosas estupendas é increibles, habiendo dicho antes al primero las memorables palabras de «*ata y calla, que tal empresa como aquesta para mi estaba guardada.*»

La del encuentro en la venta de *Ginés de Pasamonte*, disfrazado y convertido en titiritero, quien enseñando su famoso retablo que trataba de la libertad que dió el señor *don Gaiferos* á su esposa *Melisendra*, que estaba presa en la ciudad de *Sansueña*, desenvainó la espada y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, viniendo por fin, despues de haberlo destrozado todo, á decir que los encantadores que le perseguian le mudaban y trocaban lo que ellos querian, cuyo destrozo de las figuritas y demas de dicho retablo se graduó y moderó, por jueces árbitros, en cuarenta reales y tres cuartillos, los cuales desembolsó Sancho, y ademas, dos reales por el trabajo de tomar el mono sabio.

La del encuentro del escuadron de gente del pueblo del rebuzno, que llevaba un estandarte ó girón de raso blanco, en el cual estaba pintado, muy al vivo, un asno con un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando, y escritos alrededor con letras grandes los versos de

«No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde»

á cuya gente trató de probar que no debia darse por ofendida de sus contrarios; pero creyendo que Sancho se burlaba porque, *puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente que todos los cercanos valles retumbaron*, los de dicho escuadron descargaron sobre caballero y escudero un nublado de piedras, amenazándoles con mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces.

La del encuentro, en una de las orillas del rio *Ebro*, de un barco, en el cual se metió con *Sancho*, suponiendo que le estaba llamando y convidando á ir á dar socorro á algun caballero ó á otra necesitada y principal persona que debia estar puesta en alguna gran cuita, de cuyas resultas los molineros de unas aceñas inmediatas salieron con varas largas á detener dicho barco para que no se embocase por el raudal de las ruedas, advirtiendo que como les llamase canalla malvada y otras cosas y no hiciese caso de ellos y se trastornase aquel, dió con caballero y con su escudero al través, en el agua, llevándoles al fondo por dos veces, á causa de no saber nadar, de cuyas resultas y si no hubiese sido por los molineros que se arrojaron por ambos y los sacaron como en peso, alli habria sido *Troya*; pero sin que pudiesen evitar que se les tuviese por locos hasta por los pescadores dueños del barco que hicieron pedazos las ruedas y á quienes, por tal destrozo, tuvieron que dar cincuenta reales que valia aquel.

La del encuentro de los *Duques* con sus cazadores, en cuyo castillo tanto le obsequiaron y se divirtieron á su costa y á la de *Sancho*, figurando y suponiendo como naturales y sencillas otras muchas aventuras, tales como *la de la noticia sobre el modo de desencantar á Dulcinea, la de la Dueña Dolorida, la de Clavileño el aligero, la de la enamorada Altisidora, la del temeroso espanto cencerril y gatuno, etc.. etc.*

La del encuentro con *Sancho*, cuando desde dentro de la cueva donde se cayó despues de concluido su gobierno de la *Insula Barataria*, le tuvo por muerto y que estaba alli penando su alma, poniéndose por lo tanto á conjurarle, de cuyo error salió asi que oyó rebuznar al Rucio.

La de la descomunal y nunca vista batalla, que por defender á la hija de la dueña *doña Rodriguez*, empezó á sostener con el lacayo *Tosilos*, sin que ocurriese por fin nada, porque dicho lacayo se dió por vencido.

La de las redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y entre las cuales, y sin pensar en ello, se enredó, y supuso que los encantadores que le perseguian tenian la culpa, viniéndose luego á apurar que dichas redes eran de dos hermosísimas jóvenes que se presentaron, quienes con sus muchos parientes y amigos se estaban holgando en aquel sitio; todos los cuales le convidaron á comer, y le honraron dándole el primer lugar en las mesas.

La del reto que hizo en la mitad de un camino real á los pasageros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo que por aquel pasasen ó hubiesen de pasar los dos dias siguientes, asegurando que estaba alli puesto para defender que, dejando á un lado á la Señora de su alma, *Dulcinea del Toboso*, *las Ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques*, refiriéndose á las disfrazadas pastoras de la anterior aventura, *escedian á todas las hermosuras y cortesias del mundo*, de cuyas resultas, porque la suerte hizo que pasase un tropel de toros bravos y de mansos cabestros conducidos por una muchedumbre de hombres, y porque despreció el aviso que le dieron los vaqueros para que se apartase á un lado, pasaron unos y otros sobre él y sobre *Sancho*, *Rocinante* y *el Rucio*, dando con todos en tierra, y quedando *molido el segundo, espantado el primero, aporreado el cuarto y no muy católico el tercero*

La de los dos caballeros que en otro aposento de los de la venta junto al suyo estaban leyendo un capitulo de la segunda parte de su historia, compuesta por *Avellaneda*, á quienes convenció de que él era el verdadero *Don Quijote*.

La de los cuarenta ó mas bandoleros de la partida de *Roque Guinart*, que de improviso le rodearon y á *Sancho*, hallándose el primero á pie, el caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y en una palabra, sin defensa alguna, por cuyo motivo tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura; advirtiendo que como el Guinart conoció que su enfermedad tocaba mas en locura que en valentia, se holgó en estremo de haberle encontrado, y despues de varias cosas estraordinarias que pasaron y que presenció *Don Quijote*, le recomendó á su amigo *Don Antonio Moreno*, vecino de Barcelona, encargándole diese noticia á los *Niarros* para que con él se solazasen, y para que carecieran de tal gusto los *Cadells*, sus contrarios.

La de los muchachos que, á la entrada de Barcelona, alzando la cola del *Rucio* y la de *Rocinante*, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas, de cuyas resultas, y sintiendo los pobres animales las nuevas espuelas y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera que, dando mil corbos, dieron con sus dueños en tierra.

La de la cabeza encantada de la casa de *Don Antonio*, que tan admirado le dejó con sus respuestas, que se le erizaron los cabellos de puro espanto.

La de las dos damas, de gusto picaro y burlonas, que en el sarao que hubo en la repetida casa del *Don Antonio*, le sacaron á danzar, moliéndole el cuerpo y el ánima, y á las cuales viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite partes adversæ*», sentándose en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

La del supuesto caballero de la *Blanca Luna*, á quien halló una mañana al ir de paseo por la playa de *Barcelona*, y con el cual peleó en singular batalla, con condicion de que si era vencido se habia de recoger y retirar á su lugar por tiempo de un año, donde habia de vivir, sin echar mano á la espada en paz tranquila y en provechoso sosiego, advirtiendo que como por desgracia sucedió asi, partió el amo desarmado y de camino y *Sancho* á pie, por ir el *Rucio* cargado con las armas.

La del atropello que sufrió estando durmiendo á un lado del camino por los seiscientos ó mas puercos que unos hombres llevaban á vender á una feria, y cuya afrenta atribuyó á pena de su pecado, porque, segun él, *era justo castigo del cielo que á un caballero andante*

vencido le comiesen adivas, le picasen avispas y le hollasen puercos.

La del encuentro de los hombres de á caballo y de á pie que, arbolando sus lanzas, sin hablar palabra, se apoderaron de caballero y escudero y les llevaron al castillo del *Duque*, en cuyo patio ocurrió, á poco, la chistosa escena de la supuesta muerte y resurreccion repentina de *Altisidora*, advirtiendo que en el camino, como cerrase la noche y apresurasen aquellos el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: *«caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, etc.*

La del encuentro en el meson con el caballero Don *Alvaro Tarfe*, á quien hizo declarar ante el alcalde del pueblo y un escribano que no le conocia y que no era aquel que andaba impreso en una historia titulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*, con cuya declaracion quedaron muy contentos amo y criado, como si les importase mucho la misma y no mostrara claro la diferencia de los dos Quijotes y la de los dos *Sanchos* sus obras y sus palabras.

La de los dos mochachos que, á la entrada de su lugar, vió estaban riñendo, y oyó que el uno dijo al otro: *«no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida»*; cuya palabra aplicó á su Dulcinea, sin cesar de repetir aquello dé *malum signum, malum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece*; advirtiendo que despues de llegar á su casa acompañado del *Cura* y del *Bachiller Carrasco*, cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo que asi lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en cama, al cabo de los cuales murió despues de confesarse y de hacer testamento, en cuyos actos *Alonso Quijano el Bueno dió pruebas evidentes de hallarse cuerdo y muy arrepentido de las pasadas locuras que hizo con el nombre de Don Quijote*.

REMIGIO SALOMON.

EL DUENDE
DE VALLADOLID.

(Tradicion yucateca.)

ROMANCE I.

En mil quinientos sesenta,
Poco menos, poco mas,
Pisó Francisco de Vargas
Las playas de Yucatán.
A Valladolid pasó,
Disponiéndose á tomar
Posesion de una encomienda
Que le dió Su Magestad.
Y para que le conozcan
Mis lectores, este tal
Es un mancebo cumplido
Tan bizarro como audáz;
Andaluz de los tremendos:
De estos que con el mirar
No dejan el sol á oscuras
Por desidia ó caridad.
Gran rascador de vihuela,
Y no reconoce igual
En los sabrosos cantares
Y en la gracia del danzar.
Ojos severos y ardientes
Tiene, y resalta en su faz
Ancho y torcido bigote
Mas negro que el alquitran.
Inclinado á la milicia,
Ganoso de pelear,
En Flandes pasó diez años,
Los mejores de su edad.
Allí, con notable esfuerzo,
Bizarro como el que mas,
Ganó, vertiendo su sangre,
La banda de capitan.
Soldado de aquellos tercios
Que supieron conquistar
En esos tiempos de gloria
Tanto laurel inmortal,
Y que mas tarde pusieron
Con valerosa lealtad
A los pies del leon de España
Las Quinas de Portugal,
Era Vargas respetado
En la guerra y en la paz,
Y el coco de los valientes,
Que buscaban su amistad.
Cortés y bizarro á un tiempo,
Afable y osado al par,
De flamencas y alemanas
Era el encanto y solaz.
Si era el mozo enamorado
El decirlo está demás,
Que no indican tales prendas
Corazon de pedernal;
Y nació en aquel dichoso
Paraiso, en que la edad
De la infancia se desliza
Entre ilusiones, fugaz,
Y donde envuelto entre ráfagas
De rosas y de azahar,
Respira el céfiro amores
En primavera eternal.
Asi que, no bien llegado
A la villa, aquel rapaz
Cieguezuelo le robó
El alma y la voluntad.
Juanita, la hermosa hija
Del noble Pedro Guzman,
Supo con una mirada
Esta conquista acabar.
Es la niña peregrina!
No es mas esbelto ni mas
Gracioso el tronco flexible
De la palma tropical.
Sus ojos son dos luceros
De radiante claridad
Que abrasan los corazones
Con su reflejo vivaz.
Limpio, anacarado cutis,
Que no es mas terso el cristal,
A su rostro portentoso
Divinos encantos dá.
En perfumadas madejas
Sus rizos cayendo ván
Sobre un cuello, que los cisnes
La pudieran envidiar.
Tal es la graciosa niña
Hija de Pedro Guzman:
Sol de la villa la nombran,
Y reina de la beldad.
Asi, cuando sale á misa
A la iglesia parroquial,
Va robando corazones
Por donde quiera que vá.
Pero no sin propio daño
Prendió el de nuestro galan,
Que ella tambien quedó herida
Perdiendo su libertad.
Tal mozo, bien merecia
El cariño de hembra tal:
La suerte los puso enfrente,
Y amor hizo lo demas.
Por eso todas las noches
Dando muestras de su afan,
El no abandona la calle,
Y ella en su ventana está.

II.

Pero en vano ambos amantes,
En sus esperanzas locas,
Sus deseos alimentan
De ilusiones engañosas.
En vano turbando el aire
Con mil canciones sonoras,
Pinta Vargas á Juanita
Sus mal sufridas congojas.
La niña calla, y sus penas
En el corazon ahoga,
Bebiendo las tiernas lágrimas
Que de los ojos le brotan.
Mal haya el tirano padre
Que de tal pasion se enoja,
Y la riñe porque vela
En la ventana a deshora!
¿Y por qué si es tierna jóven,
Y su corazon no es roca,
Y están diciendo sus ojos
Que no nació para monja?
Mas no es otra la razon,
Sino que Pedro ambiciona
Un enlace para Juana,
Que á su gusto se acomoda.
Con Alvaro Osorio, hombre
Viejo asaz, de cara torva,
Avinagrado carácter
Y catadura espantosa,
Arregladas tiene Pedro
De nuestra niña las bodas,
Porque diz que el novio es rico,
Y lo demás es bambolla.
Maldito metal! maldito
Mil veces quien lo ambiciona,
A precio de su conciencia,
O de su ventura á costa!
Maldita razon del oro
Que tantas dichas estorba,
Y por la cual mi Juanita
Penosa lágrima llora!
Mas no por eso se arredra;
Que ha jurado, si no logra
Su amor, buscar en un cláuatro
La calma que ya no goza;
O al menos, si esto le niega
Su fortuna rigorosa,
Que no han de ser para Osorio
Los encantos que atesora.
Por mas que Pedro amenaza,
Y el nombre de padre invoca,
Ella permanece firme
Como piedra entre las ondas;
Que no es padre quien asi
Su voluntad aprisiona,
Entregándola en los brazos
Del viejo amante á quien ódia.
Y fuera en verdad un crimen
Que aquella cándida rosa
Rica de vida y perfumes,
Que descuella sobre todas,
Vendida y sacrificada
De su existencia en la aurora,
Morir viera de sus gracias
La pura, espléndida pompa!
Que llorara en el encierro
De su mansion en mal hora,
Encantos desvanecidos
De una imaginada gloria:
Que viera á cada momento
De la noche entre las sombras,
Como al claro sol, la imágen
Que alma y vida le roba,
Y que hubiese de enjugar
Las lágrimas que rebosan
De sus ojos. Pobre niña!
Primero el cláustro te acoja!
A tanto llegó la saña
Del padre, á tanto la cólera,
Que á Vargas amenazó
Porque la calle le ronda;
Y armado de luenga espada,
De arcabuz y de pistolas,
Pasaba noches enteras
A la puerta, de custodia.
Con eso logró por fin
Ver la calle otra vez sola,
Sin que turbasen su calma
Cantinelas amorosas.
¿Perdió Vargas su esperanza?
¿Tal vez con alma traidora
Ha olvidado á la Juanita
Como ha olvidado á mil otras?
¿Tuvo miedo al arcabuz
De Pedro? Cuestiones hondas
Son, que resolverse pueden
Cuando se acabe mi historia.

Lo cierto es que á pocas noches
Se oyó en la calle á deshora
Rumor triste y espantoso
Que alarmó la villa toda.
Ayes, tremenda albaraca,
Gemidos y voces roncas
Por todas partes se escuchan,
Con que el barrio se alborota.
Cien raquíticos candiles
A las ventanas asoman,
Y mas de trescientas caras
Espantadas y medrosas.
¿Pero qué ven? un fantasma
Tremendo, de horribles formas,
De colosal estatura
Y ancha cabeza pelona.
Jamás, jamás sobre el lienzo
Trazára el pincel de Goya
Tan horrible catadura,
Vision tan aterradora.
Sus ojos como luciérnagas
Relumbran con luz fosfórica,
Profundamente escondidos
En las descarnadas órbitas.
Sus flacas piernas, cual cañas,
Flexiblemente se doblan,
Y las altas azoteas
Sus manos á veces tocan.
Al ver tan fiero espectáculo
¿Qué valiente no se asombra?
¿Qué niña no se desmaya?
¿Qué vieja no se alborota?
Así fué, pues se cerraron
Luego las ventanas todas,
Y asustados los vecinos
Corrieron á las alcobas.

III.

Así fueron transcurriendo
Un mes y otro mes y otro,
Siendo la villa teatro
De escándalo tan insólito.
No bien la hora de la queda
Como señal de reposo,
De la lúgubre campana
Marcaba el tañido ronco,
Cuando las calles cruzando
El alto y horrible mónstruo,
Turbaba el tranquilo sueño
Del vecindario medroso.
Luenga cadena arrastraba,
Lanzando del pecho cóncavo
Ahullidos é imprecaciones,
Suspiros, quejas y votos.
Ora semeja un lamento
Triste, doliente, amoroso,
Que entre el silencio vibrando
Llega al corazon, sonoro;
Ora remeda al feroz
Rugido de hambriento lobo,
O del Buho solitario
El graznido melancólico.
Pero cuando acaso llega
A las ventanas de Osorio,
La luenga cadena arrastra
Con desusado alboroto.
Puertas y rejas sacude,
Y con acento diabólico,
Ya por su nombre le llama,
Ya le denuesta furioso.
Y sin respeto á los años
Que goza, que nó son pocos,
Las ventanas le golpea
Con peladillas de á folio.
Signos coloca en su puerta
De horrible y fatal pronóstico
Para el miserable viejo
Con presunciones de mozo;
Y pulsando una vihuela,
(Que el duende era filarmónico),
Cantaba estas seguidillas
Con triste y pausado tono.

«Alvaro, no te cases
Con niña hermosa,
Que es prueba, aun para mozos,
Muy peligrosa:
Si á ello te inclinas,
Cuenta que en vez de flores
No halles espinas.
Ejemplo es Juan Chamorro
De lo que digo,
Y su cara costilla
No es mal testigo:
Odios eternos
Produjo su bodorrio
Palos y.............»

Perdone el lector benévolo
Si, cronista fiel, espongo
La exactitud de los hechos
Sin melindres ni rebozo.
Si fué calumnia del duende,
No sé, ni de ello respondo;
Pero hubo gran zurribanda
En casa de Juan Chamorro;
Y aun diz que llegando el punto
A escándalo de divorcio,
Quedó reputado el duende
Por brujo de tomo y lomo.
Es lo cierto que cansados
De bullas y trampantojos,
Resolvieron los vecinos
Poner á estos males coto.
Hubo junta á que asistieron
Los mancebos mas briosos,
El cura y el boticario
Y los alcaldes de voto.
Propusiéronse mil medios;
Mas desecháronse todos,
Por desatinados unos,
Por impracticables otros.
Hubo confusion horrenda,
Gritos, horribles propósitos,
Y aun diz que á alguna razon
Sirvió un trancazo de apoyo,
En fin; por zambra y paliza
Iba á acabar el negocio,
Segun iban ya cruzándose
Las pullas y los apodos,
A no remediarlo el cura
Que con acento estentóreo
Llamó al orden, con que fueron
Calmándose los furiosos;
Y con voz alta y solemne
Ofreció al concurso atónito,
En un soberbio discurso,
Notable por el exordio,
En aquella misma noche
Remedio poner á todo;
Y aun dijo que buscaria
Al duende de solo á solo.
Admirado y confundido
Escuchóle el auditorio,
Dudando que consiguiera
De tamaña empresa el logro.
Y era de admirar, por cierto,
Aquel valor asombroso
Que centellando brillaba
Del viejo cura en los ojos.
Oh! cuando tantos mancebos
De crudo semblante torvo
Su torpe miedo mostraban
En la palidez del rostro,
El solo allí consultando
Su corazon animoso,
Pensó acabar esta empresa
Contra el astuto demonio.
Oh insigne varon! la historia,
En sus páginas de oro,
Tu ilustre y preclaro nombre
Hará á los siglos famoso.
Oh noble Tomás Lersundi,
Tan valiente como docto!
Tu memoria y remembranza
Volarán de polo á polo!
Qué valen, pues, á tu lado
Los héroes que el mundo loco
Ensalza sobre cadáveres,
Y entroniza sobre escombros?
¡Nada! con razon te admiran
Tus feligreses, y en coro
Pregonan tus alabanzas
Sin ocultar su sonrojo.
Todos la palma te ceden;
Mas no te la envidian todos,
Que no falta quien murmure
De tu victoria dudoso.
Llega por fin la tremenda
Noche, y con su manto lóbrego
Envuelve plazas y calles
En misterio tenebroso.
Se oye la lenta campana,
Y á la par se oyen de pronto
Cien puertas que se aseguran
Con aldabas y cerrojos.
Solo el cura no ha temblado:
Antes sacudiendo el ocio,
Prepárase á la contienda
Palpitando de alborozo;
Y echándose á la salud
Del espíritu, dos sorbos,
(Segun unos, de agua pura,
Aunque hay quien diz si era mosto),
Abalanzóse á la calle,
Llevando bajo el embozo
Las armas con que va espera
Vencer al trasgo diabólico.
Y no lleva luenga espada,
Ni daga, ni alfanje corvo,
Que para tales contiendas
Tales medios fueran pocos;
Mas lleva fé y esperanza
En el corazon brioso,
Y ademas va prevenido
Del ritual y del hisopo.

(Concluirá.)

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL NIÑO DE NIEVE.

Un mercader turco se vió obligado á hacer un viaje de dos años para arreglar sus asuntos mercantiles: su muger, que era jóven y bonita, tomó un amante para esperar con mas paciencia su vuelta.

Sin embargo, el mercader llegó de improviso, y halló á su muger ocupada en criar un hermoso niño. Con melifluo tono se informó pacíficamente de la causa que le habia proporcionado un aumento de familia. Su muger le contestó astutamente: «Preciso es que el gran Mahoma sea el padre de este niño, porque un dia estaba yo echada en un banco del jardin, cuando vino una nube á colocarse perpendicularmente encima de mi cabeza. Al mirar al cielo vi que empezó á nevar. Entonces me puse á orar: un copo de nieve me cayó en la boca, y nueve meses despues di á luz este hermoso niño.»—Doy gracias al Santo Profeta, dijo el mercader, yo deseaba un heredero, y él me le ha enviado. Estoy satisfecho: es menester que tengamos mucho cuidado del descendiente del padre de los fieles.»

Este mercader sabia disimular perfectamente: era amigo de la paz conyugal, y nunca reprendió á su muger, manifestando al mismo tiempo mucho cariño al hijo del Santo Profeta. El niño creció: apenas tenia quince años, cuando su padre adoptivo propuso llevársele á un viaje que iba á emprender. Efectivamente, le condujo á Alejandría, y allí le vendió á un mercader que hacia el comercio con las Indias orientales.

A su regreso, su muger se desesperó con la pérdida de su hijo. «Modera tu dolor, «la dijo el mercader: »Del profeta es de quien debes quejarte. Un dia que hacia mucho calor, tu hijo y yo pasábamos por la cresta de una montaña muy alta: de pronto le vi disolverse y derretirse á mi vista. Yo hubiera tratado de socorrerle, pero me acordé de que me habias dicho que habia sido engendrado por un copo de nieve, y creí que no debia tomarme un trabajo inútil.» Su muger comprendió y calló.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



JUAN GOUJON.

Juan Goujon, apellidado el Phidias Francés y el Correggio de la escultura, nació en París en el siglo XVI. No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento; se ignora tambien dónde y cómo aprendió su arte; pero lo que nadie puede dudar es su género estraordinario que le hizo ser, no solo el restaurador de la escultura en Francia, sino el mejor escultor con que puede honrarse la época que le vió nacer, y de quien su patria podrá glorificarse eternamente.

Mr. Alejandro Lenoir, el distinguido autor del libro titulado *Museo de los monumentos franceses*, dice, hablando de él: «Daba »tanta gracia y animacion á las actitudes de las mugeres que esculpia, y habia tal perfeccion en el manejo de su cincel, que se le pue»de comparar imparcialmente con los artistas mas hábiles de la an»tigüedad, sobre todo al admirar sus bajos relieves, que era la parte »de escultura en que mas sobresalia.»

Por lo demás la vida de Juan Goujon fué como lo son las de casi todos los hombres de génio: una continuacion de obras maestras in-

terrumpida por una catástrofe. Pereció de un tiro de arcabuz el 24 de agosto de 1572, el dia de San Bartolomé !.... Goujon era protestante. M. Lenoir dice que fué muerto estando retocando la fuente de los Inocentes; pero la opinion mas acreditada es que le alcanzó el balazo estando subido en el tablado en que trabajaba en los adornos del Louvre.

De todos los trabajos de Juan Goujon, el mas conocido y el que merece mas aprecio es, sin contradiccion alguna, la fuente de los Inocentes, que fué construida por él en 1550, en la esquina de una casa de la calle de *Saint Denis*, y que fué trasladada despues al centro de una plaza, de la que constituye hoy el mejor adorno.

Efectivamente, es imposible producir bellezas mas nobles y graciosas que las náyadas que hay en aquella fuente. ¡Qué simplicidad tan noble en el conjunto de la composicion, qué buen efecto! Aquellas figuras de bajo relieve no parecen fijadas en un fondo, sino que se cree percibir todos sus contornos. Esto consiste en que pocos escultores han comprendido tan bien como Juan Goujon las reglas de la óptica y del bajo relieve, porque fué inimitable en el arte de modelar un cuerpo poco saliente y darle redondez, fijando la luz en las partes salientes, y haciéndola deslizar sobre las que deben permanecer ocultas. ¡Qué seductora y circunspecta es á un tiempo la disposicion púdica de los ropages!

En el palacio *Carnavalet*, en la calle *Culture-Sainte-Catherine*, donde Mme. de Sevigné escribió tanto, se pueden admirar tambien las esculturas de Juan Goujon. La puerta principal está adornada con bajos relieves que representan leones, victorias y famas, y en el patio hay una cornisa preciosa compuesta de niños jugando con festones. Tambien es suya la tribuna de la sala de los *Cien Suizos*, sostenida por cariátidas de proporciones algo gigantescas, es verdad, pero de un gusto esquisito, y de un dibujo admirable. Tambien habia adornado el pórtico de la iglesia de San Antonio con cuatro bajos relieves que representan el *Sena*, el *Marne*, el *Oise* y *Venus* saliendo de las olas. Los cuatro se hallan hoy en el museo, donde se pueden admirar varias obras suyas salvadas por M. Lenoir del huracan revolucionario de 1793. Tambien son suyas las figuras cronológicas que rodean las ventanas circulares del Louvre.

El rincon de tierra en que reposa Juan Goujon de sus magníficos trabajos, exigia un monumento digno de él. M. Lenoir se ha encargado de erigirle de una manera tan delicada como ingeniosa: empleando para la composicion del monumento las obras mismas del artista, cuyas cenizas van á cubrir. Dos ninfas representando la Victoria y la Paz acompañan el busto del gran escultor grabado por Michallon. El bajo relieve está sacado de la fuente de los Inocentes.

HISTORIA DE LA LETRA DE CAMBIO.

De todas las operaciones á que se entregan en nuestros dias el comercio y la industria, ninguna atestigua mejor los progresos inmensos que se han hecho que los contratos de cambio en su aplicacion principal; es decir, la sustitucion de los valores de crédito á los valores de numerario, ó en otros términos, la negociacion de los efectos.

Para buscar su origen, si nos remontamos á la antigüedad y nuestra vista se detiene en la Grecia colonizada por el Egipto y la Fenicia, la historia nos presenta un gran número de ciudades enriquecidas por el comercio, pero que no han conservado mas que el recuerdo de su celebridad. Para conocer la legislacion que favoreció los progresos del comercio helénico, es preciso consultar á Atenas: el testo completo de sus leyes no ha llegado á nuestros dias; pero hallamos en los escritos de sus historiadores célebres el fondo de su legislacion. De su contesto se infiere que los atenienses tuvieron banqueros, cuyo oficio consistia en cambiar las diferentes monedas, encargarse del cobro de créditos, hacer pagos por cuenta de un tercero, y tambien hacer que se encontrasen fondos en un lugar por medio de un contravalor dado en otro. Esta última operacion viene á ser el objeto de nuestro contrato de cambio, y los atenienses no tenian para obtener sus ventajas mas que hacer un solo progreso; inventar las letras de cambio.

Lo mismo sucede con esta invencion que con otras muchas: admira al considerar su aparente sencillez, que el hombre haya tardado tanto tiempo en descubrirlas. ¿Cómo los griegos, conducidos por las necesidades del comercio á la práctica del contrato de cambio, han podido ignorar un medio tan fácil de ejecucion como la letra, que no es otra cosa que la órden escrita de hacer una operacion en cierta época y en un lugar determinado?

En el derecho romano no se encuentra vestigio alguno de este contrato. En Roma se sabe que el comercio, abandonado á los libertos y á los estrangeros, no progresó apenas. Si un ciudadano pudiente tenia relaciones ó necesidades en cualquiera pueblo vecino, enviaba á un esclavo, y así continuamente se veian los caminos de Roma plagados de correos esclavos ó libertos portadores de mensages. Ciceron, para hacer que llegase á Grecia el dinero suficiente á su hijo, que estudiaba literatura y filosofía, habria tenido que enviar un esclavo si no hubiese encontrado un amigo que le hiciera este servicio. Así es como los romanos, que tan desdeñosamente miraban al comercio, fueron castigados de su indiferencia por la privacion de uno de sus principales beneficios: la facilidad de las comunicaciones. ¡Felices aun si no hubiesen espiado mas duramente este error! Pero en la Roma republicana, ¿cómo era posible hallar hombres libres sino en el número de los patricios? Envilecido y miserable, porque era estraño á todo comercio, el pueblo rey, no hallaba su libertad sino en los campos ó sobre el monte Aventino, en la revolucion ó en la guerra. No busquemos, pues, en Roma el origen de un contrato eminentemente comercial: las costumbres de Roma nos esplican el silencio de sus leyes.

Que la letra de cambio es de un origen moderno, no admite duda; pero ¿en qué época comenzó á ponerse en uso? Dos opiniones hay distintas, aunque igualmente respetables. Segun la una su invencion pertenece á los judíos refugiados en la Lombardía despues de su espulsion de Francia: la otra la atribuye á los gibelinos arrojados por los güelfos, de Florencia su pátria. En una y otra opinion la letra de cambio se inventó para evitar la espoliacion.

No hay quien ignore la lucha de los güelfos y gibelinos que despues de haber, por espacio de dos siglos, servido á la Italia en los horrores de una guerra de odio y venganza, causó la espatriacion de un gran número de italianos. Por lo demas es cierto que estos proscritos refugiados en Alemania, Francia y Holanda se entregaron al comercio, y practicaron toda clase de operaciones de cambio; pero la historia coloca la espulsion de los gibelinos hácia el fin del siglo XIV y la letra de cambio entonces era ya conocida y estaba en uso. Esto es lo que demuestran las sabias investigaciones practicadas por Mr. Pardessus; dice así: «El estatuto inédito de Aviñon de 1243 contiene un párrafo titulado *De Litteris Cambii*; en 1246 el papa Inocencio IV depositó en el banco de Venecia una suma considerable para hacerla llegar á un banquero de Francfort. Un estatuto de Marsella en 1253 ofrece tambien alguna ilustracion; una negociacion de este género está atestiguada por un acta relativamente á Inglaterra. En fin, una ley de Venecia de 1272 designa claramente las letras de cambio.»

Todo lo que puede decirse respecto á los gibelinos, es que han estendido y vulgarizado el uso de las letras en los paises donde buscaron un asilo.

Montesquieu en *El Espíritu de las leyes*, y Savary que puede citarse con Montesquieu, porque el comercio le debe la ordenanza de 1673 y otras muchas obras, y porque si no fué un grande hombre, fué al menos un buen ciudadano; Montesquieu y Savary señalan á los judíos como inventores de las letras de cambio, por medio de las cuales llegaron á conseguir sustraer sus bienes á la confiscacion. Hemos dicho en otra ocasion que esta opinion fué adoptada por un sabio profesor de economía política, y despues la ha sostenido y desenvuelto Mr. Nougier, abogado del foro de Paris, en una memoria publicada recientemente.

El autor de esta memoria llama la atencion sobre que en las ciudades donde se han refugiado los judíos, la mayor parte originarios de Lombardía, las plazas públicas y las calles que frecuentaron han tomado su nombre. Así se ve en Lóndres, en Viena, en Amsterdam y en Paris que la plaza *Lombarda*, la calle de los *Lombardos*, y el cuartel ó barrio de Lombardos son los sitios donde hacian las operaciones de cambio. Esta denominacion universal es, en concepto del autor de la memoria, un homenaje tributado á los judíos inventores de la letra de cambio, y que refuta la opinion que atribuye su invencion á los gibelinos. «¿Los gibelinos, dice, hubieran querido consagrar la memoria de una patria que los habia diezmado y proscrito?» Contra esto puede decirse que las facciones son las que proscriben, no la patria, y así la memoria del pais es siempre cara á los proscritos: pero puede creerse que haya querido hacerse en esto un homenaje á los judíos ¡Si se ha olvidado su historia, las tradiciones de la edad media no se han borrado todavía: muy cerca de nosotros, en el dia mismo, en 1835, la Suiza los proscribe, y los proscribe en masa, cualquiera que sea su patria, su carácter y la posicion que ocupen en la sociedad! ¡Y en Inglaterra la eleccion popular, que habia elevado á un judío á las funciones de la magistratura municipal, se estrella con una ley antigua que declara á la nacion judía indigna de ejercerla! Esa ley está derogada en Inglaterra, se nos contesta con mucha gravedad; pero ¿lo son mas esplícitamente esas leyes abominables, que reduciendo los judíos á la condicion de bestias, los ponian en circulacion como una mercade-

ria? Vil rebaño que el rey Enrique III vendia á su hermano Ricardo: *¿ ut quos rex excoriaverat, comes evisceraret?*

Todas estas denominaciones, que nada prueban en cuanto á las letras de cambio, son por lo demás muy posteriores en fecha á la época de la espulsion de los judios, que tuvo lugar en el reinado de Felipe Augusto; es verdad que fueron aun espulsados de Francia en otras dos épocas; en el siglo VI por Dagoberto, y por Felipe el Largo en 1316; pero en la primera época apenas se conocia la escritura en Francia, y la tercera se refiere al siglo XIII, en que ya el comercio, como acabamos de demostrar, hacia uso de las letras de cambio.

Es menester considerar tambien que no se trata de uno de esos acontecimientos sencillos, cuya revelacion hiere la imaginacion de los pueblos, y que la misma utilidad de las letras de cambio no podia conocerse por una nacion que no se aprovechaba de ella.

Como quiera que sea, se nos dirá, no cabe duda en que los judios inventaron las letras de cambio para guarecerse de las persecuciones de sus enemigos, eludiendo las leyes de proscricion y confiscacion. Aquí es donde Mr. Pardessus recuerda con vigor que el contrato de cambio exige una doble confianza en la solvencia del que debe hacer el pago (el girado), y el que dá la órden de pagar (el girador). Ahora bien, hallándose proscriptos y amenazados de confiscacion, ¿qué crédito presentaban los judios, cuyo infortunio, segun la espresion de Montesquieu, era el consuelo de los pueblos? Se pretende que se valdrian «de los viajeros y peregrinos;» y aunque puede concebirse que los peregrinos hayan podido encargarse de letras giradas por los judios desde los lugares donde se habian refugiado, no se alcanza cómo pudo echar en olvido el poder fiscal las cantidades inmensas que se suponen necesarias para estas letras de cambio, ni qué poderoso interés movia á los portadores de estos ménsages á infringir las leyes rigorosas concernientes á los judios y sus adictos. ¿No habian de haber despertado la desconfianza de la autoridad estos frecuentes viajes, mayormente en una época en que las relaciones de un pais con otro eran tan escasas? Y por último, ¿la esportacion de valores moviliarios, monedas ó metales, no estaba prohibida bajo las penas mas severas?

Mas conforme á la verosimilitud y al mecanismo del contrato de cambio, será creer que ó los judios, advertidos del golpe de estado que les amenazaba, confiaron sus valores á algunos comerciantes, recibiendo letras de cambio para corresponsales suyos en otros paises, ó que girasen desde el estrangero contra sus deudores de Francia; pero los deudores fueron perdonados por un decreto del rey, escepto un quinto que les fué reservado; y en la otra hipótesis las relaciones que se suponen, tan fáciles en el dia, y comprendidas universalmente, exijen un estado comercial que no existia entonces; ¡y en tiempo de tanta ignorancia habia de haber sido inventada la letra de cambio por el desventurado pueblo judáico para venir á ser inútil en sus manos! Nos parece imposible que se pueda atribuir el honor de esta invencion individualmente á ningun hombre ni á ningun pueblo, y creemos que este vehiculo del comercio moderno, ha nacido del desarrollo progresivo del comercio y de la civilizacion.

Dirijamos la vista á la Europa en la edad media, y veremos que el sistema politico tuvo por base la fuerza; que los soldados solamente se consideraban, despreciando toda clase de trabajo, y que el poco comercio, indispensable á este estado social, fué abandonado á los estrangeros, y los judios se apoderaron de él.

Para él se necesitaba todo el valor de una vocacion decidida, porque en aquella época la condicion de siervo, villano ó ganapan era aun mejor que la del comerciante, que para ejercer su industria, no solo tenia que arrostrar el peligro de caminos sin abrir y la dificultad de las comunicaciones, sino que otros muchos riesgos le aguardaban: aquí, desde un alto torreon que domina el camino, detente, mercader, le dicen, y paga el precio que te se exije por el paso: allí son fosos profundos los que interceptan el tránsito y ejercen para un dueño menos poderoso, pero no menos altivo, el oficio de los torreones ó castillos á quienes el mercader paga de nuevo si quiere seguir adelante. Una nube de polvo, adelantándose, indica la aproximacion de un gran señor seguido de sus criados, que recorre el pais y detiene al viagero. Algunas veces, el pobre mercader, dicen las crónicas, tenia que acudir al recurso de ir precedido de músicos y animales curiosos, y llamando la atencion de los compradores se conciliaba la benevolencia del déspota feudal: solo al cabo de largos y constantes esfuerzos pudo salir el comercio de tal estado de envilecimiento; los mercaderes se reunieron, se armaron, y abriéndose paso con la fuerza, desde luego preludiaron su independencia.

Puede decirse que la Italia es la cuna del comercio moderno; en medio de las hostilidades casi permanentes, entre los estados en que estaba dividido el territorio, el comercio obtuvo para ciertos parages una especie de franquicia y de inviolabilidad por medio de la cual se olvidaron un instante las enemistades particulares y los odios nacionales, y á favor de esta traba comercial, los mercaderes de todos los paises se entregaron con seguridad al ejercicio de su industria. A ejemplo de Italia se formaron en Francia sitios de depósito para el comercio, á quienes se llamó *ferias*; cada comerciante llevaba mercaderías de su pais y algunos metales acuñados: entre estos comerciantes, de naciones, de lenguage y de industria diferentes, se conoció la necesidad de intermediarios, y nació una nueva industria, que consistió en facilitar las relaciones entre comerciante y comerciante, y cambiar sus valores respectivos; esta negociacion es la que constituye el *cambio*, y tomó el nombre de *banco*, de la palabra italiana *banca*, que designa la tienda ó mostrador de madera sobre que se ejecutaba. Otros intermediarios nacieron de otras necesidades; estos se ocuparon de la colocacion de las mercaderías, de la recaudacion de los fondos, y de los pagos que habia que hacer segun la órden del comerciante.

Estos servicios se limitaban á las localidades, quedando á los comerciantes una nueva dificultad, la de llevar á su pais el precio de sus mercaderías, ó llevarle consigo en otros viajes; es verdad que este precio no solia consistir en metales de peso; habíase acordado dar un curso universal al numerario que pareció mas perfecto ó que estaba mas estendido: los *sequies* de Venecia habian obtenido esta distincion; y por este medio, el viajero de retorno iba menos embarazado, pero no menos espuesto.

Entonces fué cuando los ingenios auxiliares del comercio imaginaron dar en cambio de la plata ú el oro que se les confiaba, letras dirijidas á amigos ó corresponsales en el lugar á que marchaba, conteniendo la órden de pagar la suma que se espresaba. A nuestro parecer asi es como el comercio por el curso natural de las cosas, y las necesidades cada vez mayores de su desarrollo, fué conducido de progreso en progreso, hasta la invencion de la letra de cambio.

La autoridad, á quien este modo invisible de circulacion habia antes alarmado, no vió en la práctica mas que un medio de retener el numerario, que consideraba como la única riqueza del pais. Gracias á este error, la letra de cambio, libre en su curso, ha obrado maravillas, y el comercio ha llegado á ser con su auxilio el agente mas poderoso de la civilizacion de los pueblos, y de la prosperidad de los imperios.

LAS ALPUJARRAS DE CAMEROS.

En la parte mas elevada de la industriosa sierra de Cameros, existen varios pueblecitos que llaman las *Alpujarras*, y cuyos habitantes viven en la mayor pobreza. Una casita tal como se presenta á la vista del transeunte, con las paredes desnudas y los pocos muebles estropeados: una puerta frágil que tiembla al menor golpe del viento: un establo de aspecto triste y miserable, y un tejado cubierto de piedra losa sin la menor armadura de yeso: hé aqui diseñada en pocas palabras la vivienda del rústico camerano.

Las bestias estan allí entre el polvo mas infecto, y el corazon del viajero se oprime á la vista de una de aquellas pequeñas mulas ó machos, cuyo estado de estenuacion y de hambre le hace recordar toda la desnudez de sus dueños. Despues de subir con suma dificultad una escalera de palo, se encuentra ordinariamente á la entrada de la cocina una vieja sentada en el suelo. Es la muger del dueño de tan mísero albergue. Su rostro presenta un aspecto degradado por la miseria: largas mechas de cabellos grises flotan sobre su cuello amarillo y arrugado como un pergamino; y muda, inmóvil y sentada sobre los alones, dirige una mirada sombría hácia unos cabritos que tiene tendidos á sus pies.

Luego que el viajero penetra en la cocina, advierte delante del hogar en que se consumen algunos pedazos de leña, una especie de criatura humana, masa inerte, cubierta de harapos y comida de piojos, abrumada bajo el triste peso de la indigencia, del oprobio y del dolor. Esta persona es el marido de la anciana que está á la entrada de aquella ahumada habitacion. Parece que aun no siente el humo repugnante y denso, cuyas oleadas apenas logran escapar por los agujeros de la chimenea. Muy cerca de él duermen ú hormiguean media docena de chiquillos, todos mal vestidos y acostados en tierra sobre algunos montones de paja seca, y á quienes la muerte arrebata por lo regular antes que hayan llegado á la adolescencia; porque su estómago, debilitado por las privaciones, no puede soportar los trabajos y alimentos groseros de la familia, cuando les es preciso renunciar al pecho. Si á este hombre se le habla, se levanta: la estenuacion y el hambre estan impresas en sus ojos.

Algunas veces se lamenta de la inconsideracion del gobierno que le saca mucha parte del sudor de su rostro. Otras veces calla..... y la apatia y el embrutecimiento son los únicos que se pintan en su sem-

blante, cuya espresion lastimosa y glacial es aun mas terrible que la cólera del cielo y la desesperacion de la criatura.

Pues bien: tan espantosa como es semejante existencia, este ser humano que no tiene mas que sus brazos para mantenerse y para dar de comer á su numerosa familia, se considera muy feliz cuando, al espirar el año, ve que no ha padecido enfermedad alguna, y que se encuentra en disposicion de ir al monte á coger leña; porque el sistema prohibitivo no le permite dedicarse á ocupacion mas provechosa.

Los alpujarreños y las alpujarreñas de Cameros, desde que amanece hasta que anochece Dios, no ponen los pies en casa. Tanto varones como hembras hacen los mismos oficios y disfrutan de la misma miseria. Ellos y ellas se van á dar de comer á sus cabras; van á arar con sus bueyes las tierras; marchan al monte á partir leña; se presentan en los pueblos granados á vender el combustible, y adquieren algun dinero despachando los huevos de gallina, los quesos y la leche de cabra.



(Alpujarreños cameranos.)

Las alpujarreñas visten una saya corta de paño pardo y burdo, jubon de lo mismo, pañuelo de percal en los hombros con las puntas metidas dentro del jubon; van calzadas con abarcas y peales de bayeta pajiza, y su cabeza la cubren con un pañuelito blanco de tres picos. Los hombres visten calzon corto, chaleco largo de solapa, chupa y anguarina sin cuello; y todas estas prendas son de paño pardo ordinario. Calzan abarcas con peales blancos, y cubren su cabeza con una montera de tres picos y de color de paja seca. Los que son individuos de ayuntamiento, ostentan ademas en las funciones religiosas de sus pueblos una tohalla de lino blanco atada al cuello y con las puntas salientes. Pasma y admira el que para dos y tres pueblos de las Alpujarras no haya mas que un solo cura, un simple barbero que desempeñe las funciones de médico y cirujano, y un mal maestro de escuela.

¡Singular contraste! Los españoles que pueblan las solitarias y míseras Alpujarras de Cameros, pagan escesivos tributos y continuos repartimientos; sufren la cruel y odiosa contribucion de sangre entregando al Estado los hijos que le son tan necesarios y precisos para el monte y para la labranza como lo es el pan cuotidiano para el sustento de la humanidad. Son menoscabados en sus escasos y pobres productos con el pago de ciertos derechos que tienen que satisfacer cada vez que van á la capital de su provincia, que es Logroño, á vender los huevos de gallina, los cabritos, la leche y los quesos; de cuyos miserables artículos se ven precisados á dejar en la alhóndiga la tercera parte de lo que en sí valen. ¿Y no es dura y terrible semejante situacion, puesto que los infelices alpujarreños no pueden sostener ellos solos á un triste sacerdote que en sus respectivos pueblos les auxilie en los últimos momentos de su vida, ni pueden dar el salario correspondiente á solo un médico, ni siquiera á un cirujano, y todavia menos á un boticario? Solo resta ahora que los hombres que disfrutan de las delicias de los paises privilegiados por la naturaleza, formen una idea exacta del cuadro sombrío que presenta aquella comarca en la estacion rigurosa del invierno. Hagamos, pues, su pintura.

Un fúnebre capuz enluta la tierra: todo parece muerto. Unicamente reinan el frio, la tristeza y el silencio, como si el fin del mundo hubiese ya llegado. Apenas el silvido agudo del cierzo se deja oir de cuando en cuando, para manifestar que la creacion de las Alpujarras de Cameros no está enteramente helada y privada de movimiento. Las aguas se hallan cuajadas, y el sol encapotado y sustituido por una luz empañada y cárdena. Solo el alpujarreño queda abandonado á sus propios recursos; y destituido de la tutela de la naturaleza, labra él mismo su suerte. Si algunas dificultades se tienen que superar, no puede confiar para sostener su vida sino en sus propias fuerzas y en la de sus hermanos: la naturaleza viene á desconocerle.

Todos los alpujarreños reunidos en sociedad, no alcanzan á contrastar el invierno. Los desampara y los apersona cara á cara con la naturaleza en aquella fria estacion. Yacen los desventurados y se ven reducidos como los irracionales y salvajes del Norte, á socavar en la tierra un hoyo donde sepultarse con alguna corta provision. ¡Qué estado tan trabajoso! Pero aun acaece mas.

Dejando al alpujarreño entre sus paisanos, le quita adustamente la mejor parte del fruto de sus sudores: le imposibilita en sus afanes provechosos, y le priva al propio tiempo de todo auxilio y resguardo. Entonces sí que se presenta acreedor á toda nuestra compasion. Si el invierno, en medio de un pais triste, escabroso y despojado de todos sus habitantes y de toda vegetacion, parece haberse convertido en el dominio de la muerte: si el invierno, repetimos, en medio de los espantosos desiertos que forma la nieve, infunde, á nuestro juicio, los mas sublimes conceptos de aniquilamiento y ruina: visto en la vivienda del pobre alpujarreño, ¡no traspasará mas hondamente nuestro corazon!

Despues que en la morada del rico hemos visto un mundo desconocido á la naturaleza misma y no menos magnífico que aquel que campea en sus dias mas despejados y hermosos, podriamos, entreabriendo algunas puertas que dan tambien á las calles de los lugares alpujarreños, fijar nuestras miradas sobre un mundo de afliccion, de desamparo y de padecimientos, muy distinto del primero, y al que nada de cuanto existe iguala en tristeza.

Si se debiesen justipreciar los objetos por sus meras apariencias, se podria decir que por un lado hemos visto el paraiso y por otro el infierno. ¿Pero á qué seguir mas adelante una relacion tan triste y desconsoladora? ¿Hay por ventura alguno tan estraño á los quebrantos de la sociedad de ciertos paises, que no haya columbrado, aunque no sea mas que por un estremo, el teatro de los pobres en invierno, y que la volandera vislumbre de aquella perspectiva no le haya impresionado mas que todos los cuadros que pudiera exhibir un jóven escritor? Si nos complacemos en decantar los primores y regalos de la humanidad, tambien nos duele sobremanera el tener que contar sus llagas y retratar sus desventuras. Es una cuenta que cada uno se forma fácilmente á sus solas, y que es muy sagrada para que entablemos sobre ella una vana declamacion.

BERNABÉ ESPAÑA.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

VII.

Antecedentes.

Una indisposicion de nuestro huésped interrumpió durante algunas tardes las acostumbradas reuniones, y en consecuencia la narracion de la pendiente historia, cuyos complicados y varios lances nos tenian á todos suspensos y aun curiosos. Asi es que, restablecido que se hubo el bueno de Don Antonio, acudimos puntualísimamente á la

cita que para proseguir nuestro habitual recreo, nos dió aquel excelente amigo.

«¿Ha vuelto Alfonso?» preguntó el impaciente Don Diego, apenas servido el café.

«Ha vuelto», contestó Don Antonio; «y no tardará en venir.»

Don Diego. ¿Con ánimo sin duda de proseguir su cuento, que va para mi siendo un laberinto?

Don Antonio. Con ese ánimo viene, en efecto.

Don Diego. Y quiera Dios que tambien traiga el de ser mas claro y ordenado en las cosas que refiere, pues, á decir verdad, van confundiéndose de tal manera en mi memoria personages y sucesos, que dentro de poco habré perdido completamente el hilo de la historia.

Don Antonio. Es V., amigo don Diego, el oyente mas descontentadizo y el censor mas agrio que imaginarse puede.

Don Diego. Seré lo que á V. se le antoje: pero el hecho es que nuestro cuento que, por lo largo, ya puede llamarse *cuento de cuentos*, está embrolladísimo.

El Redactor. No me lo parece así, pues, descartados los episódios y descripciones accesorias, redúcese todo á pocos lances y no muchos personages.

Don Diego. Eso era lo que nos faltaba;—¡Pesia mi vida!—que se nos viniese V. encomiando la sencillez del relato.

El Redactor. ¿Quiere V. que, en prueba de la exactitud de mi aserto, le refiera en breves palabras lo esencial de cuanto hasta aquí nos han dicho Alfonso y el señor don Antonio?

Don Diego. Si quiero, aunque no sea mas que para ver si así ordeno las ideas.

Don Antonio. Pues manos á la obra, hermano Redactor, que ya esperamos su compendio.

Redactor. Digo, pues, tomando por base el órden cronológico, que don Fadrique de Vargas, contrariado desde niño en sus inclinaciones, fué un mal magistrado habiendo podido ser quizá un militar escelente. Hipócrita fatalmente, casó sin amor con una camarista ascéticamente virtuosa, tan buena en el fondo como poco amable en las formas; y de aquel infelice matrimonio procedieron Laura, la esposa del conde de San Justo, é Inés, cuya historia ignoramos hasta ahora. Pero como las violentas y comprimidas pasiones de don Fadrique habian de tener forzosamente algun mal desahogo, prendóse de Milágros, la casi gitana, y hubo en ella á Matilde, esposa del capitan Mendoza, y primer amor de nuestro Alfonso. Este al salir al mundo se halló en contacto con la hija bastarda de Vargas, y ya por intrigas de ella, ya por sus propias imprudencias, se indispuso con Sotopardo, á quien, sin que tampoco sepamos la causa, se conocia en su regimiento con el nombre de *don Carlos el Malo*, para distinguirle de su tocayo y compañero Mendoza.

Tenemos, pues, á Don Fadrique castigado de su inmoralidad con el destierro de la patria.....

Don Antonio. Andando el tiempo verán VV. que fué aun mas severo el castigo.

El Redactor. Me limito á decir lo que sé, y prosigo: la camarista, dejando este pícaro mundo, salió de penas; Laura, frágil ó infeliz, espió con temprana muerte culpas quizá de su mala estrella; Sotopardo fué desterrado á Canarias; y Alfonso tuvo la que yo llamaré desgracia de encontrarse de nuevo á Matilde y entablar con ella culpables relaciones. ¿No es esto en resúmen lo que sabemos? ¿No está clara la historia?

Don Diego. Para V. podrá estarlo: mas yo quiero que me emplumen si comprendo....

Sonó en esto la campanilla de la puerta, y pocos instantes despues vimos entrar en la estancia en que nos hallábamos á Alfonso acompañado de un hombre cuyo cabello, sembrado ya de plateadas canas, anunciaba, sino precisamente la vejez, al menos muy entrado el otoño de la efímera vida humana. Sin embargo, el aire resuelto, el paso firme, la mirada límpida y serena, los ademanes nobles, y un cierto *no sé qué* de marcialidad templada por una escelente educacion, nos hicieron comprender que nuestro nuevo sócio tenia mas de avejentado que de viejo, y que su profesion debia de ser la misma de Alfonso.

Poco tardamos en saber á qué atenernos, porque como era natural, procedió el amante de Matilde á la presentacion de su amigo segun las reglas, diciendo á don Antonio:

«Cumplo á V. mi palabra, y le traigo á mi mejor amigo el brigadier Don Carlos de Sotopardo.»

Dejo á la consideracion del lector la curiosidad con que todos nosotros contemplaríamos á un hombre del cual, aunque pocas, teníamos ya bastantes noticias para desear conocer mas á fondo los lances de su vida: pero don Antonio, comprendiendo cuán embarazosa es la situacion de aquel que sabe fijar en sí la atencion de toda una sociedad, acudió al remedio con tacto y rapidez, diciéndonos:

«¿No contaban ustedes con el señor? Alfonso y yo les hemos preparado esta sorpresa, de la cual estoy cierto que no les pesa, ni mucho menos; así como sé que ha de complacerles aun mas saber que el señor (Sotopardo) lleva la complacencia hasta el punto de ingresar en nuestra sociedad, y encargarse de ser en ella su propio coronista.»

Dicho esto, y prévios los usuales cumplimientos entre gentes que se ven por vez primera, concedió nuestro presidente la palabra al brigadier Sotopardo, quien la usó de este modo:

«Nací, señores, rico y noble; y dígolo no por vanagloria, sino porque acaso de esas dos mercedes que debí á la fortuna proceden en gran parte los disgustos que amargaron mi juventud. Quizá, si la suerte me obligase á luchar desde luego con los obstáculos que á un oscuro nacimiento y escaso caudal son consiguientes, perdiera mi carácter su altivez excesiva, y amoldárase mi espíritu á las exigencias del mundo; mas ello es que fué de otra manera, y que huérfano, y heredando, por tanto, desde mis primeros años, entré en la vida, como en la mar procelosa el bajel al salir del dique de construccion; con mas alientos que idea de los riesgos que me esperaban. Escojí la carrera militar, porque ella habia sido la de mis antepasados, y porque á ella tambien me arrastraba mi propia inclinacion, además de que la guerra de la independencia, con cuyos últimos años coincidió mi tránsito desde la infancia á la juventud, llamaba á los campos de batalla á cuantos del nombre de españoles eran dignos.

»Hubiera podido entonces comenzar á servir con alguna graduacion, mas preferí tomar los cordones, porque, en mi inexperiencia y caballerescos instintos, creia yo mas noble hacerme la carrera que debérsela al favor ó al dinero.—La guerra es, como todo en este mundo, mas ó menos poética vista de lejos, horriblemente prosáica en la práctica. Los combates son lo de menos, porque en ellos el pundonor ó el orgullo, la sed de gloria ó la ambicion, compensan mas que suficientemente riesgos y fatigas; pero las marchas largas, penosas y repetidas; el sol que abrasa y la lluvia que hiela; el hambre que debilita y la suciedad que repugna; la ineptitud de un gefe y la brutalidad de otro; la obscenidad del lenguaje y lo salvaje de las maneras; la rapacidad en el saqueo y lo feroz en el incendio; las mil y una decepciones, en fin, que halla en cada paso de su militar existencia, el que entra en ella, como yo lo hice, con los comentarios de Cesar, la retirada de Jenofonte, y las descripciones de Quinto Curcio impresas en el alma, esas son las difíciles de soportar, esas las que desencantan, esas las que hacen de muchos militares otras tantas máquinas tácticas en vez de hombres pensadores.

»Tengo la desgracia de ser de aquellos á quienes las dificultades incitan y los desengaños enardecen; mi desdichado espíritu, al menos en los primeros años, que en los que ya tengo es otra cosa; mi desdichado espíritu, digo, se revelaba contra la realidad, porque desmentia sus quiméricas esperanzas, y así desde el principio de mi vida comenzó tambien entre el mundo y yo una lucha que ya me ha costado amarguísimas penas, y si continúa podrá costarme infinitas.

»Cuando vi que, aun entre soldados, la adulacion servil solia obtener inicua preferencia sobre el mérito sólido y positivo; cuando advertí en mas de una ocasion pospuesto el valor real á la habilidad de un fanfarron escamoteador de balas; cuando comprendí, en fin, que aun en los campos de batalla era necesaria la charlatanería para medrar, apoderóse de mi corazon una violenta ira que me condujo al borde del precipicio, si bien por distinta senda de aquella en que, si mis ideas fueran otras, hubiera corrido riesgo de lanzarme.

»Permítanme VV., señores, pues que su objeto en estas conversaciones es, segun Alfonso me ha dicho, mas bien el estudio de las costumbres y el análisis de las influencias sociales en la humana naturaleza, que el de entretener con inverosímiles relatos algunos momentos de ócio, que les diga en pocas palabras cuál era mi situacion moral al lanzarme al mundo.

»Mi tutor habia cuidado solo de prepararme convenientemente para la carrera de las armas, si bien por via de lujo, y para que no fuese enteramente lego, me hizo aprender el latin, que en aquellos tiempos se enseñaba *en latin tambien* para mayor suplicio de los desdichados aprendices. En cuanto á la educacion moral, creyóse bastante enseñarme el Ripalda y el Fleuri; y con eso y las matemáticas elementales ya se me dió por completamente endoctrinado. Mas yo, señores, tuve desde niño una deplorable aficion á los renglones desiguales, que me impelia á leer, y lo que es peor, á encomendar á la memoria hasta los romances de *Juan de la Encina* y *Pedro Cadenas*, con todos los demas en que se ensalzan y encomian las virtudes y hazañas de los héroes patibularios.

»Dichosa ó desdichadamente, que aun no sé cosa cierta, entre los libros de mi difunto padre, tambien amante de las letras, hallé á mano una copiosa coleccion de comedias de nuestro teatro antiguo, á cuya lectura me entregué con avidez insaciable.—Calderon fué desde luego mi autor favorito, y sus escritos me inocularon, por decirlo así, aquel espíritu caballeresco convertido casi en religion por el autor inmortal de *La vida es sueño.*—No quiero cansar á VV. con

ociosas disertaciones, ni la ocasion consiente tampoco profundizar la materia: bástemeindicar que imbuido en la *teología del honor* que Calderon desenvuelve con singular maestría en todas sus obras, debí á ella no haberme arrojado sin freno en la senda del mal luego que comenzó el mundo á azotarme implacable con la vara inflexible de los desengaños.—En cambio, empero, creime autorizado, pues que todo en la sociedad chocaba con mis ideas, á considerarme en guerra abierta con los hombres y las cosas, y á proceder en consecuencia. —Con tales disposiciones el hábil se hace intrigante, el cobarde traidor; y el que ni hábil ni cobarde ha nacido, maldiciente y duelista: tal fué, señores, dígolo con vergüenza y sentimiento, el papel que desde muy niño comencé á representar en el mundo.

»Y esplicados asi los fundamentos morales de mi carácter, tiempo es ya de darles á los sucesos y á las personas la parte principalísima que de derecho reclaman en mi relato.»

Respiró D. Diego al oir las últimas referidas palabras de D. Cárlos, como si de encima le quitáran enorme peso; y Sotopardo, despues de una brevísima pausa, prosiguió diciendo:

«Sin embargo de lo que dejo indicado acerca de cuánto influye el favor en materia de recompensas militares, mi buena fortuna y el gran consumo de oficiales que hacian las balas francesas, dispusieron de modo las cosas que á los pocos meses de servicio obtuve en el campo de batalla el ascenso á alférez en mi propio regimiento y con destino á la compañía que mandaba el entonces capitan D. Pedro de Almazan.»

Don Diego. No me parece que oigo ese nombre por vez primera.

Don Antonio. Alfonso nos ha hablado ya de ese sugeto.

Alfonso. Asi es; y dije á VV. que él era teniente coronel del regimiento á que fuí destinado al salir de la casa de Pages.

El Redactor. Pues que sabemos ya quién es, dejemos al señor que continúe.

Sotopardo. Almazan tenia en la época á que yo me refiero algunos años menos que cuando le conoció Alfonso; pero su carácter y proceder eran idénticos en el fondo.

»Minucioso y prolijo en el servicio interior, desconocia completamente la índole de su noble profesion, creyendo que saber de memoria la fórmula de los *ajustes*, y la distancia de boton á boton, bastaba para ser buen oficial.—*Papelista* ademas, es decir, de esos que malgastan los dias y las noches en formar estados y alinear guarismos, ni la guerra era su elemento, ni yo el subalterno que en manera alguna le convenia: pero ni en su mano estaba terminar la lucha contra la Francia, ni en la mia eximirme de obedecerle.—Si aquel hombre y yo nos hubiéramos encontrado y visto unidos en cualquiera otra carrera, no tengo la menor duda de que al segundo dia, sino al primero, estallara entre ambos una guerra encarnizada: mas la profesion militar tiene la buena propiedad, entre otras, de ennoblecer hasta la esclavitud, haciéndosela soportable y llevadera aun á los ánimos mas independientes.

Don Diego. ¡Ya lo creo: al que respira fuera de la regla le fusilan!

Sotopardo. Perdóneme V., señor mio: la severidad necesaria de las leyes militares en materias de disciplina no esplica el fenómeno de que trato, ó al menos no basta á esplicarlo por sí sola. No niego yo que para el soldado, en general ignorante y traido mal su grado al servicio, sea el temor del castigo, al menos al empezar la carrera, el único freno que le contenga: pero si otro principio mas noble, mas espiritual sobre todo, no obrase en el ánimo de la oficialidad, me atrevo á asegurar sin temor de ser desmentido por ninguno de mis compañeros, que en breve tiempo se relajarian los vínculos de la disciplina, hasta llegar á la disolucion del ejército.—¿Y sabe V. por qué el hombre de mas altiva condicion tolera en la milicia las injusticias y durezas de sus gefes? Pues es en virtud de una que pudiéramos llamar ficcion legal, sino fuese un sentimiento lógico; es porque la *graduacion* escuda al hombre, es porque la severidad con que se observa el órden gerárgico ofrece siempre la *compensacion* al lado del disgusto. No es *don Fulano de Tal* el que reconviene ó castiga; no es *don Mengano* el reconvenido ó castigado, sino el *Coronel* quien pesa sobre el *Capitan*, que sabe ocupará cuando á su vez sea *Coronel*, y mientras con respecto á todos sus subalternos ocupa la mismísima inviolable posicion que de sus iras defiende al gefe que por el momento le mortifica.—En resúmen, en asuntos del servicio no se vé á los hombres, sino á los empleos, y en virtud de esa consideracion, mas ó menos ilusoria en el fondo, pero en sus efectos omnipotente entre militares, pude yo resignarme á sufrir meses y aun años las impertinencias continuas, las cavilosidades incesantes, las injusticias patentes, la exigencia inesplicable del capitan que me cupo en suerte.—Y es de advertir, señores, que desde el punto y hora que nos vimos nos repugnamos instintiva é invenciblemente el uno al otro, sin que de tal fenómeno sepa yo dar otra esplicacion mas que la de compararlo á la antipatía que reina entre perros y gatos.—Y ya que esa comparacion se me ha ocurrido, sirva tambien para que de lo que entonces éramos entrambos puedan VV. formar cabal idea.—Almazan, siempre atildado y compuesto como una dama: yo desaliñado como un filósofo, aunque, gracias al cielo, no sucio; él, formalista, metódico y prolijo: yo aturdido, desordenado y negligente; él cauto, yo ligero; él callado y yo locuaz con esceso, no estamos mal simbolizados en el gato diplomático y el perro de suyo turbulento y alborotado.

»Como quiera que sea, Almazan espiaba con ánsia y aprovechaba con delicia las ocasiones de arrojar sobre mí el peso de su autoridad, mientras que yo, adivinándole sus no muy sanas intenciones, me propuse defraudarlas siendo lo que se llama *un Suizo* en los cuerpos de guardia, quiero decir, para que lo entiendan los legos, una especie de cronómetro militar, que ni falta ni sobra un punto en la ejecucion de cuanto la Ordenanza previene.—Difícil, muy difícil es no caer nunca en falta, pero al cabo posible cuando se hace de ello punto de honra, y el amor propio nos sostiene; y esa dificultad posible de vencer, yo alcancé á superarla durante dos años consecutivos. Pero de los esfuerzos y sacrificios que yo hacia, y de las decepciones que encontraba en ellos mi capitan, resultó que la repugnancia primitiva se convirtiese primero en antipatía, y al cabo en ódio violento, implacable.

»Sin embargo, mientras duró la guerra la ventaja estuvo de mi parte, porque, y siento decirlo, al frente del enemigo era opinion comun que el subalterno valia alguna cosa mas que su capitan. Cuando la lucha estalló entre nosotros fué una vez libre España de la invasion francesa.

»El año de 15 era Almazan comandante de escuadron, y yo capitan en el propio regimiento, que fué destinado de guarnicion á Sevilla.

»Pero antes de referir los sucesos que allí me ocurrieron, conviene sepan VV. que ya entonces mi mala reputacion de maldiciente y duelista habia adquirido proporciones verdaderamente escesivas con relacion á los hechos que de fundamento le servian.—Algunas ocurrencias satíricas, mas ó menos felices, contra *patronas* menos ó mas fáciles; tal cual epigrama contra las ridiculeces ó torpezas de algunos gefes; y la apreciacion, poco benévola á la verdad, que en general solia yo hacer de las cosas del mundo, no merecian que se me hiciese pasar por un Zóilo implacable. Hice locuras, como todos los militares jóvenes las hacen; jugué con lealtad sobrada; hube de batirme en desafío unas cinco ó seis veces; pero como ni por las locuras olvidé nunca las obligaciones de mi empleo, ni el juego me envileció, ni en los desafíos fuí desgraciado, y como á mayor abundamiento el bello sexo *de campaña* no me trataba con rigor escesivo, creyeron oportuno aquellos á quienes puse en ridículo, convencí de tahures, vencí con las armas, ó desbanqué con las damas, forjarme una reputacion de *D. Juan Tenorio* que estaba muy lejos de merecer; y dígolo, señores, ahora ya pisando los límites de la vejez, con toda la sinceridad de un alma hondamente arrepentida, sin embargo, de los juveniles estravios.

»Pero mi mala estrella, y la peor voluntad de Almazan, habian ordenado las cosas como dejo dicho; porque mi antiguo capitan, con su aspecto jesuítico, sus formas corteses y sus palabras melosas, era en efecto el motor y cabeza de la conjuracion contra mi urdida.

»Sucedió, pues, que pedí y obtuve, concluida la guerra, la cruz de Alcántara que llevo al pecho, y una Real licencia para Madrid, con el doble objeto de cruzarme y de poner en órden mis negocios personales, durante la campaña completamente abandonados; y mientras á lo uno y á lo otro atendia yo en la Corte, mi regimiento se instalaba en Sevilla, y Almazan con los demas oficiales mis enemigos echaba los cimientos de la mala fama que por desgracia lograron darme en aquella ciudad, con perjuicio no solo mio, sino de terceras y muy respetables personas.

»Pero, señores, la noche ha cerrado, y me parece que convendrá dejar para otro dia la prosecucion de los sucesos de mi vida.»

(*Continuará.*)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Temores de un marido.

Dos labradores estaban hablando del buen aspecto que presentaba la estacion.

—«Si continúa esta lluvia quince dias, dijo uno de ellos, todo saldrá de la tierra.»

—«¡Ay Dios mio! ¿qué dices? contestó el otro; yo que tengo dos mujeres en el campo santo...»

EL DUENDE
DE VALLADOLID.
(Tradicion yucateca.)

(Conclusion.)

IV.

En silencio está la villa;
Triste y lóbrega es la noche,
Que envuelta en negros celajes
La tibia luna se esconde.
Dormido el viento parece,
Y del cerrado horizonte
Rasgan el oscuro seno
Fugaces exhalaciones.
La atmósfera encapotada,
Permite apenas que asomen
De algun errante lucero
Los trémulos resplandores.
Solo el silencio interrumpen,
Con lento y sonoro toque
Las postreras campanadas
Que dá el reloj de la torre.
A intervalos se desprende
De los negros nubarrones
Leve lluvia que en su seno
Sedienta la tierra absorbe,
Y entre ráfagas de fuego,
Que ardientes la descomponen,
De sus calientes entrañas
Brota en húmedos vapores.
Es este el solemne instante
En que el corazon del hombre
Con pavorosa tristeza
En sí mismo se recoge.
Hora en que al mezquino cuerpo
El alma se sobrepone,
Y de la materia inerte
La frágil corteza rompe,
O bien en los lazos presa
De negras supersticiones,
Se repliega amedrentada
Dentro de su cárcel torpe.
Dichoso aquel que arrullado
De mágicas ilusiones,
Con blando reposo duerme
Sin penas que le devoren!
Mas ¿quién dormirá en la villa
Oyendo el rumor discorde
Con que ya turba el silencio
El torvo duende disforme?
¿Quién dormirá, si no tiene
Hecho el corazon de bronce,
Cuando á tan grandes peligros
El cura su vida espone?
Pero ¡ay, su afan es en vano!
En vano el buen sacerdote
Con indomable constancia
Plazas y calles recorre;
Que el fantasma, temeroso,
Ante sus pasos veloces
Huyendo se desvanece
O en las tinieblas se esconde.
Y Tomás, por todas partes
Su hisopo blandiendo, corre,
Bañando en agua bendita
Puertas y guarda-cantones;
Y así caminando, á vueltas
De uno y otro *Pater Noster*,
Apostrófale irritado
Con esta y otras razones:
Lánzate al abismo, lánzate,
Negro espíritu!—*Ipse vobis
Imperat*...—Huye maligno!
*Vade retro!—Qui per mortem
Suam vos, principem vestrum
Mortemque devicit*...—¿Me oyes,
Maldito?—*Et ligavit atque
Eterne gehenne*...—Responde,
Perro!—*Mancipavit ignibus*.
—¡Se hace flamenco!—*Ipse vobis
Imperat*...—¿No tengo frio?
¿Se habrá declarado norte?
¡Valor!—*Qui inferno spoliato*...
¡Jun! ¡jun!—*Surrexit á mortuis*.
¿Mas si es miedo por ventura?
¡San Ruperto, san Onofre!
Y así pasó largas horas,
Hasta que ya en los relojes
Oyó, con ardiente júbilo,
Sonar completas las doce.
¡Abatido está el maligno!
¿Qué mucho, pues, que rebose
El corazon del buen viejo
Latiendo de orgullo noble?
Enagenado y triunfante
Hácia su morada corre;
Abre las puertas y.... quédase
Helado, confuso, inmóvil!
¡Oh! nunca, nunca creyera
Escándalo tan enorme,
A no atestiguarlo unánimes
La tradicion y los códices.
Y es el caso que Lersundi
Sobre la mesa encontróse
De su acostumbrada cena
Los resíduos, en desórden:
Envueltos halla entre estiércol
Los vizcochos y alfajores,
Y por el suelo vertida
La *jícara* (1) del *posole* (2).
En vez del Jerez balsámico,
La turbia limeta esconde
Un licor que... no lo digo:
Perdónenme mis lectores (3).
Al ver tan fiero espectáculo
El dolor le sobrecoge,
Que resistir no ha podido
La crudeza de este golpe.
De sus ojos espantados
Brotaron dos lagrimones,
Y, al fin, en su pobre lecho
Sin ánimo desplomóse.

V.

Bienes y males son breves,
Verdad que no admite duda,
Tamaña como diez puños,
Y vieja, mas no caduca.
Todo tiene fin: ya nadie
La paz de la villa turba:
Ya del maligno cesaron
Las incursiones nocturnas.
Nada interrumpe el silencio
De la triste noche oscura,
Y los vecinos reposan
Con tranquilidad profunda.
¿Acaso el duende, aterrado
Por el valor del buen cura,
En los antros del infierno
Con su vergüenza se oculta?
¿O qué poder sobrehumano
Del torpe espíritu triunfa,
Si del valiente Lersundi
Inútil fué la bravura?
Fué el caso, segun se afirma,
Que el clero adoptó por suya
La causa, y juró vengar
Del pobre Tomás la injuria.
Citóse al punto á cabildo,
Y salió de la consulta
Buscar un santo abogado
Y solicitar su ayuda.
Mas hubo tal discordancia
En la eleccion, que por mútua
Aquiescencia se dejó
El negocio á la ventura.
Encerráronse las cédulas
En la misteriosa urna,
Y un monago rapazuelo
Sacó de entre todas una.
San Clemente Papa fué
El agraciado, aunque juzgan
Autores que hubo cohecho;
Mas no falta quien lo impugna.
Ello es lo cierto, que el santo,
Sin oposicion ninguna,
Fué aclamado por el pueblo
Con repiques y aleluya.
Y fué eficaz el remedio:
Ya no hay miedo que interrumpan
El reposo de la villa,
Demonios, trasgos ni brujas.
Por esta razon se guarda
En una antigua pintura
La memoria del milagro,
Cuya fama perpetúa.
El santo papa está en pié,
Y á aquel padre de la culpa
Atado tiene á sus plantas,
Odio respirando y furia.
Del templo de san Francisco
Aun hoy el retablo ocupa,
Y tan propio está el rebelde,
Que solo el mirarlo asusta.
Mas ya te oigo, lector mio,
Que curioso me preguntas
Si de mi Juana han cesado
Las amorosas angustias.
Tal vez de su adversa suerte
Compadecido te ocupas,
Y culpando mi abandono
De inconsecuencia me acusas.
Plugiera á Dios que así fuese,
Y que, aunque tosca y difusa,
De esta verdadera historia
Guardases memoria alguna.
Respira, lector: Juanita
No ha encerrado en la clausura
Del convento, los hechizos
Con que seduce y deslumbra.
Tampoco del viejo Osorio
El ciego amor la atribula;
Que Pedro Guzman, al cabo,
A su pretension renuncia.
¿Mas cuál el motivo fué
De semejante conducta?
Trastornaron al buen padre
De Juana las garatusas?
¿Es cierto que el mismo dia
Que conoció su locura
Y habló á Vargas, se acabaron
Del duende las travesuras?
Es cierto; y con tal motivo
Mil opiniones circulan,
Muy problemáticas todas,
Pero fundada, ninguna.
La verdad del caso, nadie
La sabe, aunque la presuma;
Porque todo ello no pasa
De chismes y congeturas.
Piensa tú lo que te agrade,
Lector; mas si fué ó no astucia
De Vargas, es lo seguro
Que se salió con la suya.
Llegó el venturoso dia
En que de tanta amargura
Logre el premio, sin que nadie
Sus ilusiones destruya.
Del zaguan del noble Pedro
Con dignidad y mesura
Sale ya la comitiva,
Que toda la calle inunda.
Amigos los mas de Pedro
Son, viejos de cara enjuta,
Venerables calvas grandes,
Redondas como la luna.
Y va el desdichado Osorio,
Y en su faz lúgubre y mustia
Lleva el dolor retratado....
Respetemos su locura.
Basquiña de chamelote
Lleva la novia, con puntas
De albo y primoroso encaje,
Mas liviano que la espuma.
Va la niña hecha un portento,
Peregrina como nunca,
Toda perlas y caireles,

(1) *Fruto del jícaro, arbol silvestre en Yucatán. Produce con tal abundancia, que fructifica hasta en el tronco y en las raices salientes. La jícara es del todo esférica, teniendo las mayores cerca de un pié de diámetro: la corteza es muy sólida, como de línea y media de espesor. Se asierra por la mitad cuando ha sazonado perfectamente, y se mete en agua para que se desprenda toda la parte interior que guarda la simiente. Estas medias esferas se destinan á varios usos, y hacen especialmente el servicio de nuestras tazas: son muy blancas, limpias y de gran duracion, encontrando en ellas un gran recurso la clase indígena y proletaria por lo insignificante de su precio.*

(2) *Bebida comun y necesaria á los indios. Se hace de maiz, cocido primeramente en legía de cal, y despues en agua pura hasta que revienta el grano. Se tritura groseramente entre dos piedras, y siempre que la masa deba guardarse por algunos dias, se la carga de cal, evitando de este modo que la fermentacion sea muy activa. Para usarla se disuelve en agua clara, y se suele endulzar con azúcar y miel de abejas.*

(3) *El Dr. D. Pedro Sanchez de Aguilar, en su* Informe contra idolorum cultores *que publicó en Madrid en 1639, dice que el cura «halló en la fuente mucho estiércol de su mula, y la limeta llena de orines añejos.» Son palabras textuales.*

Toda encantos y hermosura.
Lágrimas de ardiente gozo
Sus claros ojos anublan,
Y el amor y la vergüenza
Tiñen su frente de púrpura.
Por donde quiera que pasa
Mil bendiciones escucha
Que sus mejillas encienden,
Aunque el corazon la adulan.
Vargas, radiante de gozo
Y respirando ventura,
Vá á su lado, y de su amada
La ardiente mirada busca.
Calado lleva el sombrero,
Todo erizado de plumas;
Almidonada valona,
Rico gaban de gamuza.
Y su luenga espada lleva
Con arrogante apostura,
Colgada en la roja banda
Que el ancho pecho le cruza.
Precede á la comitiva
Ronca y discordante música
De stuches (1) y sacatanes (2),
De tunkules (1) y tortugas (2).
Detrás de los novios siguen
Los convidados en turba:
Detrás de los convidados,
Los muchachos y la chusma.
Llegan por fin á la iglesia,
Donde la nupcial coyunda
Vá á anudar el fuerte lazo
Que solo rompe la tumba.
Estasiados de alborozo,
Con las diestras manos juntas,
Delante del sacerdote
Constancia eterna se juran.
¡Sí! con varonil acento
Francisco Vargas pronuncia:
¡Sí! reprimiendo su gozo,
Turbada Juana murmura.
Dios los haga bien casados,
Sin que jamás se destruya
Esa ilusion engañosa
Que los encanta y deslumbra.

Conclusion.

Despues de la ceremonia
Empezó la baraunda:
Hubo arroz y gallo muerto;
Corrió el licor de la uva.
Mas como todo es preciso
Que en este mundo concluya,
Se dispersó por la noche
La concurrencia importuna.
Pedro saludó á los novios:
Juanita quedó confusa,
Y nuestro Vargas ..—¡Hay hombres
Con insolente fortuna!

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.



(1) *Instrumento músico de los indígenas. Se hace de una jícara pequeña y entera, despojada de toda la sustancia interior. Por el agujero por donde se ha estraido ésta, que se hace en el lugar del pezon, se introducen algunos pequeños guijarros, tapando despues el agujero con el estremo de un palo corto y labrado, que le sirve de mango. El movimiento de los guijarros dentro de la jícara forma el sonido sordo y monótono de este instrumento.*

(2) *Especie de caja de guerra, con la diferencia de ser mas larga que las nuestras, y de no tener mas que un parche. Se toca con las palmas de las manos. Llámase tambien sacatan un baile grotesco de una á dos personas cuando mas, que se ejecuta al son de este instrumento con esclusion de cualquiera otro. Ignórase si el baile ha dado su nombre al instrumento, ó al contrario.*

(1) *Si se ha de juzgar por el nombre de este instrumento, debe creerse que fué inventado por los indios para solemnizar sus fiestas religiosas. Tan-kul, que era su nombre primitivo, quiere decir delante del templo ó se está adorando. Se hace de un trozo de madera sólida y hueca, de figura cilíndrica, con dos hendiduras que corren á lo largo del cilindro, y una transversal cortando por mitad de aquellas, de suerte que las tres forman una H prolongada. El tunkul no es otra cosa que dos teclas encontradas y firmes, que se hacen sonar por medio de dos baquetas encasquilladas de hule ó goma elástica.*

(2) *Es el carapacho entero de este crustáceo, que pendiente de un hilo sujeto con la mano izquierda, se hiere con la derecha por medio de un asta de ciervo con golpes suaves y pausados. En lengua maya se llama thoroch-ac, voz compuesta de una onomatópica, que es thoroch, imitacion del sonido que forma el instrumento, y del sustantivo ac, que significa tortuga ó galápago.*

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de la ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



(Sepulcro de Ali-Pachá.)

ALI-PACHA.

«Un visir es un hombre vestido de pieles, sentado sobre un barril de pólvora, y que tiene miedo á una chispa.» Cuando Ali-Pachá pronunciaba estas palabras, habia llegado al apogeo de su poder. Hijo de un pobre Aga de Tepelini, se habia elevado á uno de los primeros puestos de la gerarquía musulmana por medio de su valor y de su inteligencia, pero tambien merced á su astucia y crueldad. Desde su palacio de Janina, á la orilla del hermoso lago de Acherusia, en el que gozaba fastuosamente de inmensas riquezas, fruto de su tiranía y su rapiña, dominaba el Epiro, la Acarnania, las montañas del Pindo, la Focia, una parte de la Etolia, de la Thesalia y de la Macedonia. El sultan le daba el nombre de Leon (*arslan*) en los firmanes. Bonaparte, al principio de su carrera gloriosa, habia fijado la vista en él, y quiso hacerle entrar en los planes de su política. Los periódicos de Paris publicaban cartas del Pachá del Epiro al general del ejército de Italia. Alí espresaba una simpatía fingida hácia una revolucion que no comprendia: se declaraba discípulo fiel de la religion de los jacobinos; pero poco tiempo despues hacia traicion á la Francia, y la Inglaterra, cuyos intereses servia incidentalmente, le prodigaba á su vez las lisonjas. Nelson detuvo su escuadra en medio de la mar Egea, y mandó una comision á cumplimentar al que denominaba «el héroe del Epiro.» Durante las prolongadas guerras del imperio francés, su alianza fue solicitada por cuasi todos los soberanos europeos. En medio de las revoluciones que sufrian los reinos cristianos, y la misma Turquía, sabia, no solo conservar su influencia y autoridad, sino aumentarlas. Los viajeros ilustres que recorrian la Grecia y el Bósforo, no dejaban nunca de visitar á Ali-Pachá. Lord Byron, á quien toda superioridad intelectual ó material escitaba tan vivamente la curiosidad, mostró mas interés por ver al soberano de Janina, que por visitar á Constantinopla. Tuvo varias entrevistas con Ali-Pachá en 1803, y en el canto segundo de *Childe-Harold* ha dado una descripcion brillante de la corte del tirano del Epiro. Hay tambien en sus memorias una carta dirigida á su madre, en que refiere sus impresiones con menos poesía, pero con tanta gracia y elegancia.

«He atravesado, dice, el interior de la Albania para ir á visitar al »pachá. He ido á Tebelen (Tepelini), sitio real de S. A., en el que he »permanecido tres dias. El nombre del pachá es Ali, y tiene fama de »ser un hombre de mucha habilidad y astucia. Su hijo Veli-Pachá, »para el cual me ha dado una carta de recomendacion, gobierna la »Morea y ejerce una influencia grande en Egipto. En resúmen, Alí es »uno de los hombres mas poderosos del imperio turco. Cuando llegué »á Janina, que es su capital, despues de un viaje de tres dias por las »montañas, en un pais de una belleza agreste admirable, supe que »estaba en Iliria con su ejército, sitiando á Ibrahim-Pachá en la for»taleza de Bénat. Habia sabido que un inglés de distincion iba á vi»sitar sus estados, y habia dejado la órden de que se me preparara »una casa y se me diera gratuitamente cuanto me fuera necesario. »He hecho algunos regalos á los esclavos, pero no han permitido que »pagara nada de lo que se gastó en mi casa. He montado los caballos »del visir, y he visto sus palacios y los de sus nietos; son espléndi»dos, pero estan harto sobrecargados de oro y seda. He estado en las »montañas de Zitiza, pueblecillo que tiene un monasterio griego en »el sitio mas hermoso que he visto hasta ahora, escepto el de Pin»tra, en Portugal. Al cabo de nueve dias llegué á Tebelin. Nuestro »viaje se prolongó porque los caminos habian sido cortados por los »torrentes que caian de las montañas. Nunca olvidaré la escena sin»gular que se ofreció á nuestra vista al entrar en el patio del pala»cio á las cinco de la tarde, cuando el sol descendia al horizonte. »Salvo alguna diferencia en los trages, aquel espectáculo me hizo re»cordar el tiempo feudal y la descripcion que hace Walter Scot en la »*Endecha del último Ministril*, del castillo de Branskome. Los Alba»neses, con su trage magnífico, que se compone de un tonelete blan»co muy ámplio, de un sobretodo bordado de oro, de una chaqueti»lla y de un chaleco de terciopelo carmesí, cubiertos de galones de

»oro, dispuestos con un gusto esquisito, y formando toda clase de »arabescos y dibujos variados; sus pistolas y sus puñales montados »en plata; los tártaros con sus gorros altos y puntiagudos; los turcos »con sus pellizas largas y sus turbantes; los soldados y los esclavos »negros teniendo caballos del diestro; los primeros formados en una »galeria inmensa que habia en la fachada del palacio; los segundos »reunidos en una especie de soportales; doscientos caballos ensilla»dos, prontos á echar á andar á la primera señal; correos que entra»ban y salian con pliegos; el ruido de los timbales; los gritos de los »muchachos que anunciaban la hora desde lo alto de los minaretes; »el aspecto bizarro del mismo palacio, todo ello ofrecia á la vista del »viagero el conjunto mas pintoresco y bello que puede imaginarse. »Fui conducido á una habitacion suntuosa, y el secretario del Pa»chá vino á informarse de mi salud, segun la costumbre turca. Alí »me recibió al dia siguiente. Me puse un uniforme completo de ofi»cial de estado mayor y un sable magnífico. El visir me recibió de »pié, lo cual es una distincion muy honorífica de parte de un musul»man, y despues me hizo sentar á su derecha. He tomado para mi »uso particular un intérprete griego, pero entonces, un médico de »Alí, llamado Temlario, y que comprendia el latin, hizo sus veces. »La primera pregunta del pachá fué que por qué habia dejado mi »pais siendo tan jóven. (Los turcos no tienen ni la menor idea de un »viage de placer.) Añadió despues que el representante inglés, el »capitan Peake, le habia dicho que yo pertenecia á una familia dis»tinguida, y me encargó que ofreciera sus respetos á mi madre: se »los transmito á V., pues, en nombre de Alí-Pachá. Me dijo que »estaba seguro de que yo era una persona de calidad, porque tenia »las orejas pequeñas, el pelo rizado, y las manos blancas y peque»ñas. No me ocultó tampoco que mi porte y mi trage le agradaban. »Me rogó que le considerára como un padre mientras permaneciera »en Turquía, asegurándome que él me miraría como un hijo. En fin, »me ha tratado como á un niño, enviándome veinte veces por dia »almendras, sorbetes y dulces. Me encargó que le visitára con fre»cuencia, y por la tarde, que era cuando se hallaba mas desocupado. »Me retiré despues que nos dieron café y pipas. Le volví á ver otras »tres veces. Es raro que los turcos, entre los cuales no existen ni »dignidades hereditarias, ni familias ilustres, escepto las de los sul»tanes, hagan tanto caso del nacimiento de los estrangeros. Noté »que mi genealogía pasaba siempre antes que mi título.»

Pouqueville, que ha sido mucho tiempo cónsul en Janina, Hobhouse y Luart Aughes, han dado tambien en sus descripciones de la corte de Alí una idea brillante de su lujo y de su poder. Pero en la época de su mayor prosperidad, cuando su fama, su riqueza y los numerosos aliados que se habia asegurado parecian permitirle que confiára en una vejez y una muerte tranquilas, Alí no tenia confianza, sin embargo, en el porvenir: su pelliza de honor pesaba mucho ya en sus hombros, y temia la chispa. A pesar de su habilidad para trastornar los proyectos hostiles de los que tenian que vengarse de alguna de sus injusticias ó crueldades, á pesar de ser perseverante é implacable en sus venganzas, no ignoraba que se urdian tramas incesantemente contra él. En vano sus emisarios recorrian disfrazados la Grecia y el Asia menor: en vano sostenia una policía secreta en Constantinopla: bastaba que uno solo de sus enemigos, inteligente y determinado, consiguiera escaparse, para que viera cambiar toda su fortuna. Este hombre le hubo. Pacho-Bey, despojado por Alí de sus bienes y echado de Janina, despues de esfuerzos inauditos, consiguió formar en Constantinopla una conjuracion temible. Inspiró sospecha al sultan contra la ambicion del pachá del Epiro: interesó su codicia mostrándole como una presa fácil los tesoros sepultados en Janina y Tepelini.

Alí, inquieto é irritado, trató de hacer asesinar á Pacho-Bey; pero uno de los asesinos fué cogido, y Alí recibió la órden de ir á dar cuenta de su conducta á Constantinopla. Este adivinó el peligro y no quiso obedecer: desde aquel momento fué resuelta su muerte. Un ejército, mandado al principio por Pacho-Bey, y despues por Kourschid-Mehemet-Pachá, fué á sitiarle en su capital. Resistió mucho tiempo. Mas de una vez hizo cobrar desaliento á sus enemigos; pero la traicion le quitó el apoyo de sus aliados y de una parte de su familia. Despues de dos años se vió obligado á abandonar la ciudad y el palacio de Janina y á retirarse á la ciudadela. Era su último refugio: se defendió aun mucho tiempo; pero al fin, ya fuese cansancio y desaliento, ó política desgraciada y ciega confianza, se entregó á sus enemigos. He aquí cómo refiere uno de sus biógrafos (M. Beauchamp) la última escena de la vida de Alí-Pachá.

«Alí, encerrado en el castillo del Lago con un número escaso de »hombres determinados á morir, declaró á Kourschid que su inten»cion era pegar fuego á doscientos millares de cartuchos, y hacer »saltar la fortaleza. Era esta una resolucion formal é irrevocable. Dia »y noche, un turco llamado Selim permanecia en el almacen de pól»vora con una mecha encendida en la mano, pronto á dar fuego á la »primera señal de su amo. Los tesoros de Alí estaban amontonados »encima de los barriles.

»Kourschid recurrió á la astucia. Consiguió convencer á Alí de »que el sultan le perdonaba con la condicion de que se sometiera á »él. Le indujo así á que se trasladára á la isla del Lago.

»Alí no tardó en arrepentirse de esta confianza, que tan solo pue»de esplicarse por la triste posicion á que se hallaba reducido. Kours»chid le pidió que diera las órdenes para que Selim entregára la »mecha.

»Alí respondió que al salir de la ciudadela habia recomendado á »Selim que no obedeciera sino á una órden verbal suya, y que una »intimacion por escrito no produciria efecto alguno en aquel servidor »fiel; que era preciso, por consiguiente, que le dejáran á él ir á dar »la órden.

»Kourschid rehusó prudentemente devolver á Alí su libertad.

»Despues de repetidas y prolongadas instancias, sostenido Alí »por un resto de esperanza, sacó del pecho la mitad de una sortija, »cuya otra mitad estaba en poder de Selim. «Id, les dijo, presentadle »esto, y aquel leon feroz se cambiará en tímido y obediente cordero.» »Efectivamente, al ver la señal convenida, Selim se prosternó, apagó »la mecha, y fué muerto á puñaladas en el momento mismo. La guar»nicion, ignorante de este asesinato, que tuvieron buen cuidado los »enemigos de ocultar, é informada de la órden de Alí-Pachá, enar»boló al instante el pabellon imperial y fué relevada por otro cuerpo »de tropa.

»Era entonces la hora del medio dia, y Alí-Pachá, retirado en la »isla del Lago, sufria una opresion de corazon espantosa; pero sin »embargo, su semblante no revelaba la menor alteracion. En aquel »momento solemne mostraba un continente firme y enérgico en medio »de sus oficiales, que la mayor parte estaban desanimados y desfalle»cidos. Frecuentes bostezos que no podia reprimir, eran la única señal »evidente de su impaciente incertidumbre y ansiedad. Miraba con fre»cuencia el puñal, las pistolas y el trabuco de que estaba armado. Esta»ba sentado enfrente de la puerta de entrada de la sala de conferencias. »Hácia las cinco de la tarde vió llegar con sombrío aspecto á Hassan»Pachá, Omer-Bey, al *selictar* de Kourschid-Pachá, y algunos otros »gefes del ejército turco, con su séquito. Al verlos se levantó Alí »con la impetuosidad de un jóven, apoyadas las manos en sus pisto»las de cintura.

—«¡Deteneos! ¿qué me traeis?» gritó con voz de trueno.

—«El firman de S. A.: ¿conoces estos caractéres sagrados?»

—«Sí, y los respeto.»

—«Pues sométete al destino: encomiéndate á Dios y al Profeta: »tu cabeza es lo que pide.»

—«Mi cabeza, replicó Alí, ébrio de furor, no se entrega tan fácilmente.»

»Estas palabras, dichas con rapidez, son acompañadas de un tiro »de pistola cuya bala rompe un muslo á Hassan. Rápido como el re»lampago, Alí tira otros dos pistoletazos que matan á dos de sus ad»versarios; ya se habia echado á la cara su trabuco cargado con infi»nitas postas, cuando el *selictar* en la refriega (los partidarios de Alí »defendian á su amo con furor), le atraviesa el abdómen de un »balazo. Otra bala le atraviesa el pecho, y cae gritando á uno de sus »sicarios: «Vé... corre... amigo mio, vé á matar al instante á la po»bre Vasiliki, para que no sea esclava de estos perros.» Apenas hu»bo pronunciado estas palabras, espiró, despues de haber muerto ó »herido á cuatro de los principales oficiales del ejército turco. Su »cabeza fué separada del cuerpo, embalsamada, y remitida á Cons»tantinopla por Kourschid. El sultan la hizo llevar al serrallo, y la »mostró al divan reunido; la pasearon en triunfo por toda la capi»tal. Despues fué colocada á la vista del público encima de la puerta »grande del Serrallo con esta inscripcion: «Hé aquí la cabeza de Te»pelenli-Alí-Pachá, traidor á su culto y á su soberano. Los sectarios »del islamismo están libres por fin de su astucia y tiranía.»

EL TEMPLO DE SANTA MARIA DE LA ASUNCION,

EN MEDINA DE RIOSECO.

Era el siglo XIV: tiempo habia que la vencedora espada de los reyes de Leon incorporára á su corona las fecundas tierras de *Campos de los godos*, dejando florecer tranquila y libremente en ellos la fé de Recaredo. La guerra sonaba lejana en otras comarcas, y los hijos del Profeta iban cediendo palmo á palmo el campo inmenso de su rápida y sangrienta conquista. Y los pueblos castellanos, repuestos en parte de las pasadas malandanzas, y desarrollándose al impulso de las victorias, diéronse á erigir nuevos altares al Dios de los cristianos, al son de los ecos triunfales que desde las márgenes del Tajo y del

Guadiana traian los vientos á las fértiles campiñas del Duero y del Arlanza. Este era, en efecto, un suceso de muy natural esplicacion. Dominando en el espíritu de aquellas generaciones el entusiasmo religioso, identificado con el elemento uacional, las fuerzas de la sociedad se empleaban en la espresion formal de aquel doble principio de vitalidad. Por eso, al arrojarse en la pelea los héroes de la antigua monarquía, invocaban al Apóstol del Señor; y por eso tambien cada triunfo arrancado á las huestes del Califa se celebraba con la ereccion de un templo, de un monasterio, de una catedral, cual otra nueva página en la inmensa epopeya de la España heróica, como eterna ovacion de gratitud nacional al Dios de Covadonga y de las Navas.

A estas influencias generales de la época, unidas si acaso á otras circunstancias de relacion local, debió sin duda su origen el antiguo y suntuoso templo de Santa María de la Asuncion en la entonces villa de Medina de Rioseco. Obliganos á recurrir á la inteligencia filosófica de aquella civilizacion, para deducir mas ó menos aproximadamente el fundamento de esta notable obra, la falta absoluta de datos y documentos en que apoyar nuestros juicios. ¡Mentira parece



(Templo de Sta. Maria de la Asuncion, en Medina de Rioseco.)

hayan llegado el abandono y el desórden hasta el punto de no existir los antecedentes históricos de la fundacion del templo! Y sin embargo, nada mas cierto. Asi, pues, nuestro artículo no puede llevar la riqueza de datos, que tanto se aprecia en esta clase de descripciones. Porque, á pesar de nuestro deseo y diligencias, nos vemos, con profundo sentimiento, reducidos á la mas completa oscuridad respecto de aquellos particulares, y sin mas guia que las pequeñas noticias que hemos podido deducir de las tradiciones vulgares, y de nuestras propias observaciones artísticas sobre la fisonomía y carácter de la obra en sí misma.

La construccion del templo se remonta, como hemos querido indicar, al siglo XIV. La villa entonces pertenecia á la corona; y aunque en el último tercio del mismo salió del poder realengo para entrar en el señorial, por donacion que hizo cerca del año 1370 don Enrique II á doña Juana de Castilla, su hermana, en calidad de dote, cuando contrajo matrimonio con don Felipe de Castro, ricohome aragonés, estos nuevos señores no parece contribuyeron en nada á la construccion, que fué costeada por el Concejo y vecinos de la opulenta y populosa villa.

La situacion topográfica del templo fué, por cierto, discretamente

elegida. Asentada la poblacion en un terreno desigual y señoreado por dos pequeñas lomas, ocupa aquel la mas prominente de ellas, que se alza en lo que era entonces el punto céntrico y culminante de la localidad, resultando de aqui que el edificio se eleva sobre ella como un coloso, á cuyas plantas se agrupan en humilde falange los vetustos y multiformes edificios de la ciudad. Ocupaba esta en aquel tiempo considerable estension, y sus moradores podian concurrir cómodamente á la nueva parroquia, que, por razon de su asiento, tenia una capilla donde se venera aun la imágen de *Nuestra Señora de Mediavilla.* Esta circunstancia hace creer que los fundadores de *Santa María de la Asuncion* la erigieron como única iglesia parroquial para el servicio, asi de la villa como de los arrabales. Y tal sucedió, efectivamente, durante el transcurso de dos siglos. Vamos á au parte material.

La planta general del templo es un espacioso cuadrilátero, cerrado en su parte superior por una curva que quiebra la rectitud de sus ángulos. Su decoracion es gótica, caracterizada con pureza y severidad. Divídese el vastísimo perímetro en tres zonas longitudinales, divididas por sendos pilares en forma de robustos fasces, que forman dos galerias paralelas, donde se sostiene la elevada bóveda de traza elíptica, fortalecida con aristas, dispuestas en graciosos y variados dibujos, y guarnecida con medallones de estuco. No se halla el templo recargado de adorno en su tipo ni en sus accidentes de ejecucion: antes bien, realzan mucho su belleza artística la magestuosa sencillez y severa elegancia de su perspectiva. Las dimensiones interiores son de 170 pies castellanos de longitud por 80 de latitud, y proporcional elevacion; dividiéndose la proporcion transversal en tres naves, de las cuales tiene la central dos cuartas partes, y una respectivamente cada lateral. En el primer tramo de la derecha está la famosa *capilla de los Benaventes*, construida por *Alvaro Alfonso* en 1546: primoroso monumento del arte, construccion admirable de una piedad opulenta, cuya descripcion omitimos aqui por tenerla ya consignada en las columnas del Semanario con un artículo especial.

Sobre la plataforma del presbiterio álzase el magnífico retablo mayor, que merece particular y detallada mencion. Es obra del famoso Jordan, y hace mucho honor á su nombre. Consta de tres cuerpos de arquitectura perfectamente ejecutados. El primero es *corintio*, el segundo *compuesto*, sustentado por una pilastrada de *cariátides*, y el último *toscano*. Contiene porcion de targetones en alto y medio relieve, con pasages de la historia de la Vírgen á quien está consagrado, y considerable número de estátuas de apóstoles y de reyes hebreos, todas buenas y algunas escelentes, un primoroso grupo de la coronacion de María Santísima, y una hermosa y colosal imágen de la Asuncion. En los relieves se hallan deliciosos trabajos, asi por la concepcion de los cuadros como por la habilidad y gusto de su desempeño. Nos detendriamos demasiado si fuésemos á especificar todas las bellezas de escultura que atesora esta hermosa creacion de *Stéfano*, ya bien conocida por los hombres del arte. Pero no podemos dispensarnos de decir que estos preciosos detalles, resultando sobre la decoracion rica y magestuosa de su arquitectura, forman un conjunto lleno de grandeza, de hermosura y de perfeccion. Dos inscripciones que hay esculpidas en sendas targetas dan á conocer claramente la época y el autor de la obra. En la del lado derecho se lee

STEPHANUS JORDAN PHILIPPI II REGIS CATOLICI SCULTOR EGREGIUS FACIEBAT ANNO DOMINI MDXC.

Y en el lado opuesto hay la siguiente letra, que por su sentido es un período de continuacion á la anterior.

ET PETRUS DE OÑA PICTOR EJUS GENER. DEPINGEBAT EXPENSIS ECCLESIÆ ANNO DOMINI MDCIII.

La parte esterna del templo corresponde en magnificencia á su vista interior. La perspectiva pintoresca está en la cortina izquierda, de E. á S. sobre la antigua plaza de la *Contratacion*. Entre dos grandes agujas cónicas, talladas de escarolados y recortes, ábrese un espacioso arco de punto menor, guarnecido por una série de elipses sobrepuestas, de las cuales se desprende la última en ángulo sumamente agudo, que termina por un elegante floron. Está además sembrado en toda su linea superior por una sarta de rosetones de filigrana, que se destacan ligeros y diáfanos sobre una galeria de lindísimos ojivos, que arrancan á su vez desde la curvatura del arco fundamental, en los ángulos que forma en su confluencia con las pirámides laterales y ascedentes hasta el último tramo de la portada. Sobrepónese á esta galeria otra de diminutos semicírculos; y entre esta y la anterior llena los intersticios de los arcos un collar de florones del mejor efecto. Continúa la obra tomando la elevacion y variedad con un tablero de casetones, en cuyo centro se ostenta el escudo del Almirantazgo de Castilla flanqueado por dos águilas rapantes, y colocado entre otros dos escudos con el blason de la ciudad. Y termina la vista por un cornisamento exornado con un gracioso feston y coronado por tres capiteles de flexibles y ligeras formas. Elegante es en verdad el dibujo de esta portada que damos en el grabado, y hay en su desempeño notable limpieza y esquisita prolijidad. Asi las esbeltas agujas enlazadas con remates de lozana cresteria, y que flanquean toda la decoracion, como los florones, grecas y follages afiligranados de su adorno, reunen, á un gusto muy puro y distinguido, una disposicion perfectamente estudiada y un efecto de muy agradable impresion.

Al estremo derecho de la vista, que vamos describiendo, se eleva la gallarda y arrogante torre, que se apoya en el muro inferior del templo. Bien merece singular espresion. Derruida en principios del siglo pasado la primitiva, que debia ser una hermosa aguja gótica, se trató de reemplazar su falta con una nueva construccion. Y efectivamente, sobre los mismos arranques de aquella, se erijió la que hoy existe, con tan feliz estrella que, á pesar de haberse fabricado en una época que la arquitectura española se hallaba en lamentable estado de mala ventura y degeneracion, hay noble sencillez en su estilo, decorosa bizarria en su forma general, y bastante inteligencia en sus detalles de adorno, en sus accidentes de composicion. No es en verdad una obra griega: pero es una bien imaginada reminiscencia de los tipos puros; hay en ella un sello, una asimilacion de los buenos tiempos del arte. Consta de seis cuerpos de arquitectura, que tienen por base superficial un cuadrado de 30 pies castellanos, y lo mismo en su zócalo, constituido por el primero de aquellos alzados. Desde el nivel del cornisamento, que corona los muros de la iglesia, desarróllanse el segundo y tercero muy semejantes en su forma y adorno, que consiste en una pilastrada que tiende á la raiz greco-romana, y en cuyos intersticios se abren arcos de medio punto bajo leves y sencillos cornisamentos. En esta altura la torre hace una espaciosa plataforma circuida por un vistoso antepecho, en cuyos cuatro ángulos descuellan elegantes flameros en jarrones de primorosa hechura, ostentando en cada centro respectivo un lindo adorno, donde el artista esculpió algunas místicas alegorías.—Abandonando aqui el cuadrado por el polígono, levántase una especie de templete octógono sostenido por medias pilastras, calado por lindos arcos y coronado por un fileton, de donde arrancan unos floroncitos á guisa de heráldica corona. Un tanto recargado de guarnicion este cuerpo, presenta, sin embargo, muy agradable aspecto por la gallardia de la pilastrada, la buena imaginacion de los detalles, y la transparencia y osadia que le prestan sus bonitos y bien cortados medios puntos, que dando paso á la luz, y combinando en aérea perspectiva la variada contraposicion de sus lineamientos, la dan la apariencia de una glorieta diáfana y vaporosa, de un fanal suspendido en los espacios del viento y de la claridad. Montada sobre este tramo se halla la esbelta cúpula, en forma de campana, exornada con graciosa sencillez; y á la cual se sobrepone un precioso cupulino ó literna, que, por su gallardia, por la riqueza de su estilo y por lo delicado de su fábrica, parece há de quebrarse al soplo del viento, cual frágil arbusto mecido sobre la cumbre de las montañas. Es imposible sacar en un dibujo de pequeña escala su prolija y esmerada exornacion, asi por la multiplicidad de sus accidentes como por la inmensa altura que no permite registrar todos sus detalles. La torre, en fin, termina cónicamente con una piramidilla muy bizarra, donde se sostiene el enorme globo de la colosal veleta, que forma una flámula tendida á los aires, cual sobre el mástil de un poderoso navío pronto á cruzar la inmensidad del espacio.—Tal es en suma la celebrada torre de *Santa María de Medina de Rioseco*, que no tememos clasificar como una de las mas bellas y ostentosas de España; y que quizá seria la primera si hubiera tenido lugar su creacion en una época que la arquitectura hubiese podido imprimirla un tipo radical y puro. Pero aun asi, sin ser una obra característica de las grandes escuelas, todavia hace honor al arte. Hay en ella tanta lozanía y noble traza, es tan esbelta y graciosa, se halla en su decoracion, á pesar de su falta de filiacion típica, cierta tendencia clásica y cierto aire de buena inteligencia y distincion, que la hacen digna de un buen lugar en el album de los artistas.—El autor de ella debió ser don Pedro Sierra Oviedo, arquitecto, —hijo de esta ciudad—que lo es tambien de un plano alzado para ella en 1737, aunque la obra no está ajustada á él, lo cual es muy de sentir.—Reconstruyóse, á costa del vecindario y fábrica de la iglesia, por los mismos años, en hermosa silleria, y por una altura de muchísimos pies castellanos

Circunda el templo un órden de pilastras, que en su parte superior tienen elegantes festones entrelazados en forma de colgaduras, que hacen muy bien al conjunto de la decoracion. Entre ellos hay dos jarrones de gran mérito, uno en particular: pues situado en el ángulo superior izquierdo del templo, sostiene todo el peso de la fábrica, y se pierde en el muro, al aire, sin basamento ni arranque alguno sobre el terreno.—Es muy sencilla la portada de O. á N.

que se compone de un fileton de mensolas góticas coronado de su simple cornisamento.—Le falta al templo un andan calado de rosetones, que debia coronar todo el murallaje, y los botareles que habian de dar remate á las pilastras esteriores, segun el sistema de construcciones recibido en la edad media.—¡Lástima es por cierto que la ausencia de estos pequeños detalles no permita á la obra todo el lucimiento y elegancia que son propios de su índole! ¡Y lástima tambien que la incuria mas vituperable nos prive de saber el nombre del artífice, que ideó y dirijió esta notale obra, como de otros muchos pormenores curiosos y dignos de la memoria de las gentes!... El olvido les cubre con su manto de sombras. Y solamente queda á nuestra vista el monumento de su genio, como un testigo secular de la piedad y de la opulencia de nuestros abuelos, como una reminiscencia elocuente de lo que fuera en otros dias la antigua EMERITA, y cual una página, en fin, de su misteriosa crónica escrita en granito por la mano de las artes para el viagero y para el historiador.

V. GARCIA ESCOBAR.

FR. BARTOLOMÉ DE LAS-CASAS.

Enojosa tarea hemos emprendido al querer bosquejar la biografía de un hombre, cuya celebridad es tanto mas estraña, cuanto que siendo para unos objeto de encomios y alabanzas, y para otros de vituperio, no puede fijarse con certeza un juicio razonado é imparcial acerca de los actos que le han valido semejante celebridad; pero uniendo nuestras fuerzas con el deseo que nos anima de esclarecer la verdad, acometimos la empresa por si al menos sirve de estímulo á otra pluma, que mejor cortada, pueda vindicar el honor ultrajado de nuestra nacion.

Cuando los españoles llegaron al nuevo mundo, desde luego fundaron algunas poblaciones en los puntos mas ventajosos, ya para el comercio, ya para su seguridad; pero siendo su número muy limitado para llenar todas las necesidades de las colonias, echaron mano de los naturales del pais para los trabajos del campo, y principalmente para el laboreo de las minas, que entonces se reputaba el principal objeto de las espediciones. Los gobernadores de aquellos paises habian autorizado la especie de esclavitud en que se ponia á los indígenas, distribuyéndolos como en la antigua Roma á proporcion de los méritos y valer de los conquistadores y colonos, á lo cual se dió el nombre de *repartimientos*. Mas, á pesar de conservarse en Europa muchos restos de esclavitud, levantaron su voz en favor de los indios la mayor parte de los eclesiásticos residentes en América, distinguiéndose mas particularmente los PP. Dominicos, cuyos esfuerzos secundó Bartolomé de las-Casas.

Nacido en Sevilla en 1474, pasó la primera vez á las Indias en compañía de su padre Antonio, á los 19 años de edad en el de 1493, permaneciendo en aquellos paises por espacio de cinco años, pues en 1498 volvió á España á continuar sus estudios, decidido á abrazar el estado eclesiástico. Recibidas las sagradas órdenes, volvió á embarcarse para América en 1510, y muy luego le encargaron el curato de Zaguamara en la Isla de Cuba; pero el deseo de trabajar en la libertad y alivio de los indios le hizo abandonar su parroquia en breve tiempo. Desde luego trató de oponerse á los nuevos repartimientos; pero viendo que sus amonestaciones eran infructuosas, se vino á España á representar sobre este negocio al gran Cisneros, regente del reino á la sazon, por muerte de Fernando el Católico. Ya en tiempo de este rey se habian espedido algunos reglamentos para bien de los indios y tranquilidad de la colonia, turbada por estas disensiones; por lo cual, considerando el cardenal la importancia del asunto, despues de un maduro exámen resolvió enviar á América tres comisionados revestidos de ámplios poderes para poner fin á la cuestion, escogiendo como agenos al espíritu de partido tres sugetos de la órden de san Gerónimo bastante probos é ilustrados, á los cuales asoció á Zuazo, jurisconsulto de singular mérito, encargando á Las-Casas los acompañase con el título de Protector de los indios. Llegados á su destino, mostraron un conocimiento profundo de los negocios, oyendo á todos, comparando los informes, y resolviendo, despues de un maduro exámen, que el estado de la colonia hacia impracticables los deseos de Las-Casas, porque siendo el número de españoles muy corto para el beneficio de las minas y cultivos, y teniendo los indios por su anterior vida una aversion natural al trabajo, era preciso valerse de la autoridad para obligarlos á él; además que en libertad, su indolencia no les dejaba instruirse en las verdades de la religion, por lo que entre dos males estremos era prudencia permitir los repartimientos, pero suavizando por medio de reglamentos el trato de los indios, y amonestando los colonos en los sentimientos de dulzura y equidad para con aquellos cuyos trabajos eran tan necesarios.

La feliz solucion de este negocio no pudo menos de agradar á todos, escepto Las-Casas, á cuyo celo exagerado no pudieron convencer las consideraciones que movieron á los comisionados. Tan vehementes fueron ya sus declamaciones, que mas de una vez se vió espuesto, teniendo que refugiarse á un convento; pero viendo que nada adelantaba en aquel pais, partió para Europa, resuelto á proseguir sus gestiones con mas tenacidad. Recibido por el emperador Cárlos V., no pudo obtener sino algunos reglamentos para alivio de los indios. ¡Tan convencida estaba ya la córte de lo descabellado de los proyectos de Las-Casas! Pero éste, por una de aquellas aberraciones del entendimiento humano, llegó á proponer se reemplazasen los naturales en el laboreo y trabajos agrícolas por medio de negros trasladados del Africa, queriendo de este modo, por libertar á un pueblo, esclavizar á otro. Su plan, para desgracia de la humanidad, fué adoptado, y aquel mismo hombre que se tituló protector de los indios, puede decirse fué el opresor de los africanos. Los filántropos estrangeros que han puesto á Las-Casas sobre las nubes, no han reparado en esta inconsecuencia; se encontraron en él armas para calumniar á la España, y esto bastó.

No cejó, sin embargó, Bartolomé en sus continuas representaciones y proyectos durante el reinado de Cárlos V.; pero no sacó mas fruto que algunas leyes conducentes al mejoramiento de condicion de sus protejidos. Leyes, que el celo de los monarcas sucesivos, sin necesidad de otros Las-Casas, ha procurado tengan debido cumplimiento en cuanto lo han permitido la distancia y vicisitudes de las colonias. Oprimido finalmente del sentimiento que le causó el asesinato de los colonos y el saqueo que los indios ejecutaron en una especie de falansterio que habia establecido en Cumana, bajo la proteccion del Gobierno español, se encerró en el convento de Dominicos de la Española, en el cual tomó el hábito en 1522.

Pero un suceso ruidoso, en aquella época de controversia, hizo que el nombre de Fr. Bartolomé de Las-Casas resonase en toda Europa. La corte de España se encontraba en Valladolid, y el Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, queriendo patrocinar la causa de los que estaban por la esclavitud de los indios, escribió un libro en el cual se sostenian proposiciones algo avanzadas. Su obra en forma de diálogo salió á luz en Roma, y jamás pudo obtener el permiso de imprimirla en España, tanto por los obstáculos que le suscitó Las-Casas, cuanto por las decisiones de las universidades de Alcalá y Salamanca, que declararon que su doctrina no era la mas sana. Informado Cárlos V de que á pesar de sus prohibiciones, se habia impreso en Italia, trató de impedir su circulacion, mandando recoger todos los ejemplares, lo cual se verificó, á escepcion de unos pocos que se salvaron. Bartolomé, que en el año de 1544 se habia visto en la precision de aceptar el obispado de Chiapa en Nueva-España, tomó por provocacion el libro de Sepúlveda, y escribió en su refutacion unas memorias intituladas *Breve relacion de la destruccion de los indios etc.*, la cual traducida en francés por Santiago Mignodde, fue impresa en 1582, además de otra version que se imprimió en Paris en 1697. Esta misma obra en latin, se publicó en Francfort en 1598 y en italiano de la traduccion de Santiago Castellani en Venecia en 1643. Este libro, que puede decirse el arsenal de donde los enemigos de la España han tomado armas para combatir sus glorias, contiene primeramente una noticia de las crueldades ejecutadas por los españoles en los reinos y provincias de Indias. En segundo lugar, un memorial del autor á Cárlos V, en el cual se queja de las injusticias, vejaciones y crueldades de los gobernadores de aquellos paises, concluyendo con treinta proposiciones acerca del poder del Papa sobre las naciones infieles, etc.

El abate D. Juan de Ruiz en sus *reflexiones imparciales*, dice que se puede dudar si és apócrifa está obra atribuida á Las-Casas, y cita el parecer del I. P. Fr. Juan Melendez en su *verdadero tesoro de las Indias*, de que algun francés enemigo de nuestras glorias la imprimió bajo el nombre de Las-Casas, no en Sevilla como se quiere hacer creer, sino en Leon de Francia. No nos desagrada esta opinion, y aun nos atrevemos á decir que dicha obra parece escrita por algun protestante solapado, no tanto para calumniar á nuestra nacion, que entonces era el azote de la heregía, cuanto que para disminuir el efecto que produjese una obrita publicada en latin en la misma época, titulada *Theatrum Crudelitatum Hæreticorum*, en la cual se pintan con los colores mas vivos las crueldades cometidas con los católicos por los secuaces de la reforma en los Paises-Bajos, Inglaterra y Francia.

Mas aunque el mismo Las-Casas hubiese escrito la obra en cuestion, examínese su contesto, y se verá que ninguna fé merece, por los hechos fabulosos é increibles que en ellas se encuentran, y por oponerse sus relatos á autores mas dignos de fé, colocándole sus disparatadas ponderaciones fuera de toda verosimilitud. Pero nótese otra

inconsecuencia: los émulos de nuestras glorias, y entre ellos el abate Raynald, creen como un oráculo cuantas atrocidades se imputan en ella á nuestros compatriotas, y tienen por un absurdo las patrañas que contiene de cálculos de poblacion, riquezas y cultura de los americanos. En ella se pintan á los españoles tan crueles y sanguinarios, que dudamos haya salido de las prensas escrito mas horripilante; por el contrario los indios, segun el autor, eran inocentes, sin maldades ni dobleces, humildes, pacientes y pacíficos; pero véase el retrato que de estos hombres candorosos hace un célebre historiador de nuestros dias (1), que no ha dudado en dar crédito á las falsedades del supuesto memorial.

«Conservábanse feroces (los Indios) caprichosos y tenazmente aferrados á sus supersticiones, escuchaban las palabras de los Padres con apatía ó desconfianza, y luego cuando no sabian qué razon oponer á sus instancias para que renunciasen á sus costumbres salvajes, la mayor parte de ellos desaparecian. Internábanse de nuevo en sus bosques y montañas con riesgo de caer entre las manos de los españoles, prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos goces de la civilizacion cristiana. A veces tambien dejándose llevar por su crueldad instintiva, concebian criminales sospechas y se sublevaban contra los misioneros, quienes se esponian á todos los ultrajes, á fin de preservarlos de los insultos esteriores. Esa existencia de tribulaciones, á que se condenaban los Padres en su favor, no producia en su alma mas que una impresion pasagera. Admiraban su caridad siempre activa, pero sin dejarse vencer por ella: para ellos el derecho de ser libres no era mas que el de hacer guerra á sus vecinos y de vivir en el abandono; y por lo mismo se aprovechaban de todas las circunstancias para volver á su existencia errante.»

Nos detendríamos con gusto en analizar y poner á la vista de nuestros lectores las falsedades que se contienen en la referida memoria; pero no es de este lugar, y basta el buen juicio de cualesquiera, sea español ó estranjero, para su completa refutacion, llevando dicho libro en sí mismo el correctivo. Baste decir que las crueldades y tormentos que leemos con asombro en las persecuciones del Cristianismo, en las cuales al menos se descubre un fin político, son niñerias comparadas con las ejecutadas por los españoles en América por mero pasatiempo. Que en toda conquista se han cometido escesos por algunos particulares, todo el mundo conviene, y convenimos tambien que en la de las Indias se propasaron algunos españoles: pero, valiéndonos de las palabras de un hombre respetable, «¿Quiénes eran estos hombres atroces que merecen la indignacion de la humanidad? A escepcion de un corto número de capitanes apreciables por su buena conducta, los ejércitos no se componian entonces sino de gentes vagas, bárbaros aventureros, reos condenados por sus delitos á estas espediciones: esta canalla indisciplinada solo respiraba revoluciones y pillages ¿Pero esta junta monstruosa era la Nacion? ¿Y se le pueden atribuir delitos que detesta y procura reprimir con los reglamentos mas severos? Fernando el Católico y sus sucesores acudian todos los dias al socorro de los infelices indios; pero la distancia impedia la observancia ó duracion de las leyes. Todos convienen hoy en la inexactitud de Fr. Bartolomé de Las-Casas; su celo no le puede justificar de sus exageraciones: por otra parte él carecia de los conocimientos necesarios.» Permítasenos esta digresion á que nos ha llevado ver reproducidas en nuestros dias las imposturas del memorial.

Tambien escribió Las-Casas una obra en latin, en la cual se examina la cuestion de «*Si los reyes ó príncipes pueden en conciencia en virtud de algun título ó derecho enagenar los súbditos de la corona sometiéndolos al dominio de cualquier particular.*» Esta obra que se ha hecho muy rara, se imprimió dos veces en Alemania, la primera por Wolfango Griesteter, y la segunda en Tubinga en 1625 en la imprenta de Bernardo Weldio. Mr. Dupin dice que el autor ha tocado en esta obra unos puntos muy delicados y curiosos, ventilando los derechos de los príncipes y los pueblos, y aduce algunos principios y máximas que el autor sostiene contra las decisiones de los derechos civil y canónico y la autoridad de los jurisconsultos y doctores. Se cuentan tambien de Las-Casas otras obras que no han visto la luz pública, y entre ellas una *Historia general de las Indias*, de la cual se aprovechó Antonio Herrera para componer sus *Décadas* (2). Finalmente Bartolomé de Las-Casas, este hombre de funesta celebridad para su patria, despues de cincuenta años de trabajos llevados á cabo con un celo exajerado, despues de muchos viajes y algunas persecuciones que se acarreó, renunció su obispado en manos del Papa y se retiró á Madrid, donde murió en 1566 á los noventa y dos años de edad.

Francisco W. Plaza.

(1) Cretineau Joli, Historia de la Compañía de Jesus.

(2) Asi no debe estrañarse el hallar referidos por los historiadores nacionales, entre ellos Herrera, algunos hechos conformes con los que contiene el memorial.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

VIII.

El Garito.

Despues de una discusion harto viva entre don Antonio que defendia á Sotopardo del cargo de prolijidad y aficion á las disertaciones, y don Diego que sostenia la acusacion con su acritud acostumbrada, acudiendo juntos á la reunion Alfonso y su amigo, tomó este la palabra para proseguir su historia en la forma siguiente:

Sotopardo: No sorprenderá á VV., señores, que un hombre jóven, ya capitan, y con medios para vivir holgadamente, aprovechase la oportunidad que le ofrecian la paz, la licencia de que disfrutaba, y su estancia en la Corte para lanzarse con avidez á todo género de placeres y distracciones. Aunque atacado ya de la enfermedad de la misantropía, los instintos juveniles luchaban aun entonces con ventaja, y si mi lengua era satírica, mi corazon no por eso dejaba de ser harto impresionable. Digo esto por via de esplicacion prévia á lo que por decir me queda, y voy á ser hoy mas económico de reflexiones que lo fui la tarde anterior.

«Tengo, con todo, que confesar á VV. que, despreciando yo el dinero, ó por lo menos no sintiéndome hácia él inclinacion ninguna, el juego me agradaba mucho mas de lo que fuera razon. —¿Por qué?—No acierto á esplicarlo si no digo que, necesitando mi espíritu de violentas emociones, las buscaba donde mas fácilmente podia encontrarlas; pues, en efecto, los lances del juego, cuando no la codicia, interesan siempre y poderosamente el amor propio. Por otra parte, como al jugador no se le pide, donde se juega, mas de que lo haga y pierda ó gane sin molestar á nadie ni con la insolencia del triunfo, ni con el abatimiento de la derrota, la juventud halla en las casas de juego una libertad omnímoda, incompatible con las reglas del simple decoro en cualesquiera otra reunion de gentes civilizadas. En ninguna parte es mas poderoso el espíritu de individualidad que en el juego, donde el egoismo se hace siempre cínico y hasta feroz. No hay allí consideraciones de ninguna especie; cada cual está por sí y contra todos; y como el bien de uno no puede menos de ser el mal de los otros, sucede que, con el transcurso del tiempo, el jugador infeliz se convierte en el mas degradado de los hombres, y el afortunado en el mas altanero y empedernido de los seres. — Si algo puede dar idea del supuesto estado salvage de la especie humana, es el juego; pues en él la fortuna ó la fuerza lo son todo; la fortuna porque dá el dinero, la fuerza porque ella sola proteje contra la insolencia del que gana y la desesperacion del que pierde. — Como quiera que sea, yo tuve la desdicha de aficionarme al juego, en el cual, ya por buena suerte, ya porque los Griegos no quisieran esponerse á las consecuencias de un lance con quien pasaba por diestro en las armas, no llegué nunca á perder sumas cuantiosas, si bien tampoco gané dinero para acrecentar mi caudal. Con eso, con mi mal genio, y con no ser avaro, llegué á tener entre los jugadores una importancia de que hoy me avergüenzo, pero que entonces me agradaba, sirviéndome ademas para que no se estableciese partida alguna sin que conmigo se contara en primer término.

Aconteció, pues, ya muy entrado el año 16 del siglo que corre, que me avisaron cierto dia de que en la noche del mismo debia inaugurarse una partida en la casa de cierta *Señora de circunstancias*, donde, amen del monte, se nos ofrecia la sociedad de una linda muchacha. Si lo primero me atraia, lo segundo ciertamente no me alejaba, y por tanto acepté desde luego y con gusto el convite. ¡Pluguiese á Dios que nunca tal casa pisara! Pero estaba sin duda *escrito*, como dicen los musulmanes, y acudí puntualísimo á la cita.

Son ya bastantes los años que de lo que voy á referir á VV. me separan, y sin embargo, y ápesar de las canas que cubren mi cabeza, palpítame el corazon al recuerdo de aquella noche que tan triste influencia tuvo en mi vida, como si del dia de ayer se tratase.»

Mientras así decia, conocíase, en efecto, que Don Carlos se hallaba sinceramente afectado; pero despues de estrechar cariñosamente la mano que Alfonso le tendió por su parte con sincera efusion, anudó el hilo á su interrumpido cuento, con voz serena y sosegado tono.

«Serian como las nueve de la noche cuando salí del café con uno de mis compañeros que á la sazon se hallaba en Madrid tambien con licencia.

Alfonso. ¿Mendoza?

Don Diego. ¿El marido de la Matildita?

Sotopardo. El mismo; y digo que salimos juntos del café para di-

rigirnos, como lo hicimos, á casa de la *Señora de circunstancias*, que ninguno de nosotros conocia de vista siquiera. Pero las *Señoras de circunstancias* que tienen juego en su casa, son siempre bastante amables para recibir á todo cristiano que quiere arriesgar su dinero á un albur ó á un *entrés*.

Así, cuando penosamente, y á la luz de un farolillo de una cuarta en cuadro, y compuesto de opacos verdosos vidrios, hubimos subido hasta setenta escalones mas elevados que limpios, en cierto casuco de la calle de la Sarten, fuimos acogidos con cordial hospitalidad en el piso tercero que habitaba la tal señora.—La antesala era chica, pero como en cambio no habia en ella mueble alguno, estaba desembarazada; la sala, el gabinete y la alcoba, sin esterar aunque nos hallábamos en el invierno, tenian sin embargo la temperatura de un horno de porcelana, porque siendo ellas capaces de contener hasta una docena de personas, encerraban ya tres veces aquel número cuando nosotros entramos; y á mayor abundamiento se columpiaban graciosamente entre las bovedillas del techo y los sombreros de los circunstantes (todos estaban cubiertos) ciertas nubes de humo de tabaco no muy refrigerantes. Añádase el alumbrado de sebo y mal aceite, y se tendrá idea de la atmósfera caliente, crasa y mefítica de aquella espelunca de jugadores.

La mesa estaba en medio de la sala: tallando en ella un vejezuelo arrugado y frágil como si de vidrio fuera, en cuyas descarnadas manos parecian los naipes cabalísticos signos de conjuro, pero que cuando alzaba los ojos del tapete para fijarlos en la concurrencia, producia, al menos en mi produjo, una impresion análoga á la que causan las eléctricas pupilas del gato en la oscuridad contempladas. Si digo que la cara de aquel hombre me pareció una calavera cubierta con una malla hecha de tendones y cartílagos, no exagero, señores; pues tan descarnado tenia el rostro, tan prominentes los huesos, tan marcadas las cuerdas, que pudieran muy bien contársele estas y dibujársele aquellos. A primera vista le tuve por pequeño: una ó dos veces que se enderezó, alzándose sobre los *puntos* como la víbora entre las yerbas que la ocultan, parecióme de aventajada estatura. Su mirar y acento habituales eran insignificantes, bajos, hasta serviles, si se quiere: pero en las *tallas* felices brillaba en sus ojos un gozo, dilataba sus labios una sonrisa, en que la espresion maligna dominaba sobre la de la natural satisfaccion en el que gana; y si por el contrario la suerte le maltrataba, Lucifer pudiera envidiarle el aspecto iracundo y ponzoñoso que tomaba.

Dejémosle por ahora, y hablemos de otros personages no menos importantes.—Detrás del banquero, en segundo término, y siguiendo con inquieta y evidentemente interesada curiosidad todos sus movimientos, veíase á una muger de dudosa edad, bien conservada, friamente bella, y mas compuesta de lo que el lugar y la ocasion prometian; y á su lado otra mucho mas jóven, hermosa como hasta entonces no habian mis ojos visto muger alguna.

Mirélas á entrambas con la insolente curiosidad á que el parage me autorizaba: la de mas edad hizo frente á mis miradas con el aplomo que da la esperiencia; la mas jóven bajó los ojos, como si se ruborizara; pero hízolo de modo que no se le escapase una sola de mis sucesivas ojeadas.

Yo, sin embargo, iba á jugar, antes que á todo, y sabia á mayor abundamiento que beldades de garito nunca son de difícil conquista, sobre todo cuando se gana: así pues, no curándome del bueno de Mendoza, que se quedó como en éxtasis ante la desconocida hermosura, ni tampoco mucho de ella misma, abríme paso hasta la mesa, codeando á unos y empujando á otros, y merced á la deferencia de todos tardé poco en hallarme sentado á la izquierda del banquero. Este no se dignó siquiera mirarme; pero en cambio las dos damas, de las cuales la de mas años era tambien la mas inmediata á mi persona, aprovecharon la ocasion para examinarme á su sabor.—Entre tanto los *puntos*, por su parte, tambien observaban con atencion cuanto yo hacia, pues ya he dicho á VV. que gozaba entre aquella gente honrada de gran celebridad.

—¿No juega V., don Cárlos? Me preguntó un comerciante á quien el *monte* habia devorado el capital.—Jugaré, le respondi.—¡No se da juego!—esclamó mohino un capellan que acababa de perder en el *gallo* diez ó doce misas de un golpe.

El banquero, levantando la cabeza, miró entonces al pobre presbítero con una espresion de irónica lástima, que me encendió la sangre: callé, empero, y dedicándome á observar á aquel mal viejo, tardé poco en descubrir que sus descarnados dedos conservaban todavia mucha mas flexibilidad de la que á los puntos conviniera.

Al cabo de dos tallas, y sin que lo advirtiese mi hombre, puse á la carta que parecia ser la *descargada* lo que se llama un *embuchado*, es decir, algunos duros en plata, y entre ellos ocultas hasta diez ó doce onzas en oro, cantidad de consideracion en aquella *banca*.

Creia el banquero que ganando mi carta, él tambien ganaba, y tomó sus medidas en consecuencia, es decir, dispuso los náipes de manera que fuésemos ambos los favorecidos: yo, por mi parte, encendí tranquilamente un cigarro, y mientras todos los demás puntos, encorvados sobre la mesa, fijos convulsivamente los ojos en la baraja para ver *la pinta*, y en lo penoso de su respiracion dando testimonio de la ansiedad con que esperaban los decretos de la suerte, yo, digo, examinaba con insolente galanteria á mis dos vecinas.

Hay cosas en el mundo frecuentes y sin embargo inverosímiles, y una de ellas es que, en ciertos parages y en determinadas situaciones, las mugeres que se llaman vulgarmente *jamonas*, agradan ó por lo menos escitan mas los deseos, que las jóvenes. ¿Será porque la juventud conserva siempre, aun en condiciones abyectas, cierto aspecto de pudor y encogimiento que rechaza, por decirlo así, al libertinage?—Quizá; y quizá tambien porque la muger de cierta edad tiene en las formas físicas como en los ademanes, en las miradas como en el acento, cierta fuerza de magnética provocacion, que á las jóvenes les falta dichosamente; sea por eso, sea porque el desenlace parece y suele ser mas rápido con las *jamonas* que con otras, ello es innegable que los mancebillos, y los hombres que buscan mas la satisfaccion de los sentidos que los goces del alma, prefieren de hecho la muger de esperiencia á la que comienza la vida. En resúmen, he observado que se *desea* á la jamona, y *se ama* á la jóven.

Todo eso lo he dicho, señores, para esplicar, ya que no para justificar, la confesion que voy á hacer á VV. de haber, en la noche á que me refiero, fijado mucho mas la atencion en mi próxima vecina que en la mas jóven de ellas, á pesar de que ésta, hábil y mas que hábil en la estratégia de la coqueteria, no se descuidó en lanzarme de cuando en cuando algunas de sus mas mortíferas miradas. Entre tanto la otra, comprendiendo sin dificultad tanto la preferencia que lograba, cuanto lo poco lisonjero de sus causas, tomó cierto aire entre burlon y desdeñoso, cuyo natural efecto fué el de hacerme tomar en aquel juego mucho mas interés que en el otro á que acababa de arriesgar mi dinero. Mas el banquero, que habiendo *tirado* y ganado el *albur*, contaba de seguro con que otro tanto habia de acontecerle en el *gallo*, que era donde yo tenia puesto mi *embuchado*, prosiguió tirando las cartas una á una, estrujándolas, observando la *pinta*, y con todas las apariencias imaginables de jugar *limpio*, si se esceptúa cierta sardónica, casi imperceptible sonrisa, que jugueteaba en sus labios por instantes, como revolotea sobre los sepulcros el fuego fátuo en los cementerios.

Yo me hallaba en el estado de beatitud mas completa que consiente la vida del jugador: al lado de dos mugeres hermosas, de las cuales la una con evidencia debia de ser de fácil conquista, y la otra se me mostraba benévola; interesado en el juego por una razonable cantidad, seguro de ganarla; con el aditamento y goce de ser castigando á un *griego* con sus propias trampas; y en fin, aspirando, en el mas cómodo asiento del garito, el suave aroma de un escelente tabaco habano de la vuelta de abajo. Añadan VV. á esas satisfacciones la seguridad íntima de mi superioridad sobre toda la grey en cuya pésima compañía me hallaba, y comprenderán que entre el demonio del orgullo y mi estraviado espíritu mediaba entonces escasísima diferencia.

En tal estado, y en el momento de decidirme yo á hacerle á mi vecina la jamona una mas significativa y galante que respetuosa y enamorada insinuacion, que ella esquivó con muestras de risa y no de enojo, cierta especie de inarmónico destemplado coro, en el cual se distinguian las palabras:—«*Maldita sota.*»—«*No hay as que venga*» y otras del mismo jaez, me anunció que habia realmente *venido* la primera de las dos citadas cartas, á saber: la *sota* que era la *mia*, y en concepto del banquero la *descargada*.—Volví á la mesa los ojos que antes tenia fijos en mi presunta conquista, y mirando al viejo vile recoger con la destreza de una garduña las puestas del *as*, y comenzar el pago de las pocas que habia en la *sota*, por las de menor cuantia.—«Un duro», dijo, y la voz de un humilde *orejero*, que así llaman á los que juegan por sistema las cartas descargadas, repitió sumisa: «*Un duro.*» En la misma forma fué el viejo llamando y pagando las otras puestas, sin contarlas, porque su vista, habituada á aquel manejo, las apreciaba sin equivocacion alguna; hasta que llegó á la mia que era aparentemente la mayor, aun sin contar con el oro que ocultaba.—«*Una onza*», esclamó el bueno del banquero, y yo permanecí mudo.—«¡*Una onza!*» repitió ya amostazado, y tampoco obtuvo respuesta.—«¡*Una onza!*» volvió á decir con visible impaciencia, y ya inquieto: pero yo, guardando silencio, me limité á desmoronar modestamente la pila de mis monedas, descubriendo así á la vista del banquero y de los puntos todas las de oro hasta allí ocultas.

El que quiera, señores, estudiar y conocer á fondo la ciencia *fisionómica*, no sé yo que pueda hacerlo con tanto fruto en parage alguno como en las casas de juego; porque allí los rostros muestran casi siempre al descubierto las llagas internas del alma: allí las malas pasiones ni conocen freno, ni dejan de salirles á los hombres á la cara por consideracion alguna.

El viejo, al comprender con la vista del oro no solo que perdia

dinero en la jugada que creyó feliz, sino que tenia á su lado un hombre que habia sorprendido y descubierto el secreto de su mal juego, palideció instantánea y horriblemente, lanzándome una mirada de venenoso basilisco; y los puntos que de perder acababan, manifestaron en los ojos, en el semblante y con la palabra, todo el gozo que les causaba verse tan pronto y tan completamente vengados. Sin embargo, el viejo, no tardando en recobrar la serenidad que exige el oficio de jugador, y él poseia en alto grado, pagó mi puesta sin proferir palabra, cambió de baraja, y dispúsose para tirar otra talla, como si nada hubiera pasado.

Mas la jamona que habia observado cuidadosamente mi proceder en aquel lance, comprendiendo desde luego que conmigo no habia términos medios, y que era preciso tenerme por amigo ó por enemigo, hubo á la cuenta de optar por lo primero, pues que se resolvió á dirigirme la palabra para felicitarme por mi buena suerte.— No deseando yo otra cosa, entablé desde luego la conversacion, entre galante y marcial, convenciéndome á poco de que las habia con persona de talento y práctica en tales lides. Sin perjuicio, empero, del galanteo, seguí jugando cuantas cartas salian, y en pocas tallas volvió á la banca el dinero que en una le habia ganado, con mas algunas onzas de mi bolsillo.

No era aquella la vez primera que yo jugaba y galanteaba simultáneamente; y á mi costa sabia ya que las mugeres en los garitos suelen ser un señuelo para los incautos, una distraccion peligrosa aun para los diestros; y como la impresion que mi vecina me habia causado no pasaba felizmente de los sentidos, pude conservar y conservé en efecto bastante libertad de espíritu para no desatender del todo mis propios intereses. Advertí, pues, muy pronto, no solo que la conversacion me iba costando muy cara, sino que el viejo solia volverse de cuando en cuando á mirar á las damas, y que estas respondian con cierta burlona sonrisa á un guiño no mas caritativo que él les hacia.—La cosa no podia ser mas clara: se me daba cordelejo para que, jugando yo sin la necesaria atencion á los dedos del banquero, pagase con lassetenas mi primer triunfo.

Una vez descubierto aquel manejo, comprenderán VV. que un hombre de mi carácter no vacilaria en resolverse á tomar la revancha, y solemne, es decir, escandalosa, que el escándalo es la solemnidad de los garitos: pero como para conseguirlo era forzoso que mis contrarios me creyesen completamente fuera de combate, dejéme en la apariencia llevar mas que nunca de la aficion á la bella jamona, y del deseo de desquitarme de lo perdido. Duraria tal manejo como una hora, en cuyo espacio de tiempo, me dejé robar, que es la palabra, como unas cincuenta onzas, poco mas ó menos, dando muestras de sentirlo profundamente, pero sin dejar por eso de estar apasionado de mi diestra vecina.

Asi las cosas, llena de oro la banca, aterrados los puntos, ensoberbecido el banquero, y burlándose de mí casi á banderas desplegadas las dos damas, Mendoza, que se habia libertado de perder su dinero por estar en extásis contemplativo ante la mas jóven, creyó, con la inoportunidad característica de todo tonto cuando presume que sus consejos son necesarios, que era llegado el caso de que su discrecion me salvase de la ruina que en su concepto me amenazaba. Llegóse pues á mí, y en tono de necia suficiencia, me dijo:

—Me parece que haria V. bien en dejarlo, porque esta noche está muy desacertado.—Precisamente andaba yo buscando un pretesto para precipitar el desenlace de aquella comedia, cuando llegó mi sandio compañero á proporcionármelo con su intempestivo consejo, dado, para mayor tonteria, de manera que lo oyesen las dos mugeres. Hiceme, en consecuencia el picado, y respondí:

—«Compañero, ya yo soy mayor de edad y sé lo que me hago: conque déjeme V. en paz con mil de á caballo.»—A la sazon empezaba una talla, acabando el viejo de echar el *albur*, en el cual habia á la derecha un *dos*, y á la izquierda un *caballo*, que era por consiguiente el mas inmediato á mi persona. Levanteme, como si hubiera perdido ya los estribos, puse la mano sobre el caballo, y esclamé en voz estentorea: *¡¡ Copo!!* palabra mágica, que como el famoso *Quos ego* de Neptuno, calma siempre instantáneamente las turbulentas lenguas de los jugadores.

—¿*Con resultas*? me preguntó el banquero. Con resultas, respondí brevemente, autorizando asi á cuantos quisieran á jugar al *dos* en contra mia.—Todo al parecer estaba arreglado; mas el viejo que desde la célebre *sota* que yo le habia ganado me miraba siempre con cierta instintiva desconfianza, añadió brutalmente:—*¡ Aquí se juega dinero!*

En cualquiera otra ocasion creo que le hiciera yo un mal partido á quien asi dudase de mi palabra: pero entonces, ya porque la jamona me tenia picado, ya porque quise representar hasta el cabo mi papel, contentéme con lanzar al viejo una mirada de profundo desprecio, y sacando un bolsillo lleno de oro lo vacié sobre la mesa al lado del *caballo* por mí elegido. A tan significativa insinuacion no habia réplica; asi el banquero, sin proferir una sílaba mas que la palabra sacramental: *tiro*, tomó en la mano la baraja, y comenzó en efecto, á tirar las cartas.

El bueno del viejo no solo *amarraba*, es decir, reunia al barajar las cartas que le convenian, sino que dotado de finísimo tacto, ligereza de manos prestidigitadora, y vista de lince, solia *correr* el naipe que le perjudicaba, esto es, ocultarlo, bajo del que encima estaba, á las miradas de los puntos, que merced á tales mañas perdian las suertes que en buena ley hubieran ganado.—Ambas habilidades le sorprendí, y asi como él libraba en ellas la seguridad de despojarme, yo en su conocimiento la de darle, en primer lugar, una severísima leccion, y en segundo la de rendir á discrecion á mi codiciada jamona.

(*Continuará.*)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

PROFANACION.

La casa de Hernan Cortés no existe ya. La España del siglo XIX ha visto derribar con indiferencia los últimos cimientos de las tapias de aquel edificio digno de respeto. Escribennos de Medellin que estaban arando el solar; enviamos una flor que han cogido entre los surcos: trataban de salvar el escudo de Cortés; esto es todo lo que quedaba de su gloria! Los diarios políticos que tan apurados se ven para llenar sus columnas, no han dedicado una sola línea á pedir la conservacion de aquellos restos venerandos!... Hacen bien los estrangeros en compadecer el estado de un pais que no se ocupa mas que de discursos ridículos, de artículos de fondo y de gacetillas necias: hacemos muy mal los españoles en quejarnos de la manera que acostumbran á juzgarnos los estraños, puesto que lo tenemos bien merecido por el desprecio con que miramos lo único que nos queda ya, el recuerdo de nuestras pasadas glorias!

SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Un pedante tiende mas á decirnos lo que el sabe, que lo que nosotros ignoramos.

No se debe estrañar la prosperidad de los malos y la decadencia de los buenos, porque la vida es un libro en que la *fé de erratas* está al fin.

Un pedante pocas veces es valiente, porque el que mas se estima se espone menos.

Se suele decir: «Si yo fuera rico haria. ..» Mentira! Se tiene mas apego al último escudo que se ha reunido, que al primero que se ganó.

De tanto alabar el charlatan las virtudes de su pomada, concluye por creer en ellas y usarla tambien para sí.

Una buena cualidad se deja ver, pero un vicio se pone de manifiesto: la primera se descubre con mas ó menos trabajo, pero el segundo choca al instante.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No teniendo mas que unos doscientos ejemplares del SEMANARIO de 1848, y ciento escasos del de 1849, advertimos que nuestros suscritores podrán adquirirlos á 40 rs. en Madrid y 50 en provincias hasta el dia 15 de junio. Pasado este dia, el precio de los tomos, si queda alguno, será invariablemente 60 rs. en Madrid y 80 en provincias.

En las oficinas de este periódico se compran los tomos del SEMANARIO pertenecientes á los años del 36 al 39, estando en rústica y en buen estado, al precio de la suscricion.

GEROGLIFICO



MADRID.—Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de [illegible]



EL PLEITO DE LOS PERROS.

Esta lámina es una fábula dibujada por Freeman, y que representa, como todos sus dibujos, una escena de la vida humana parodiada por animales.

El asunto es un gran pleito que ha dado lugar á largos debates, y cuyo resultado esperan ambas partes beligerantes. El juez es un perro de aguas del mayor tamaño, y cuya larga melena ha respetado el dibujante para recordar la peluca inmensa de los magistrados ingleses. Acaba de quitarse las gafas, cual si renunciara á *ver mejor*, y, recogido en su fuero interno, con la mirada tranquila, apoyando una pata sobre el libro de la ley, pronuncia la sentencia!

A la derecha se halla el grupo de los litigantes á quienes favorece su fallo. Uno de ellos, perro perdiguero, colocado en la parte mas baja de la lámina, reflexiona con el hocico apoyado en el suelo, comenta en su imaginacion las palabras del juez, y espera con calma la conclusion de los interminables *considerandos*. Mas arriba uno de sus consortes, perro de presa grande con la cabeza negra, confiando en su fuerza, que considera sin duda como el mejor derecho, se ha dormido tranquilamente; mas adelante otro perro escucha encantado: la causa ha sido hábilmente manejada, y esa es la verdadera justicia. En fin, en la parte superior, y medio oculto por el sillon magistral, otro interesado parece convertirse todo en ojos y oidos; se sonrie muy contento. Ha ganado su pleito.

A la izquierda están los litigantes derrotados.

El que está en la parte inferior de la lámina levanta los ojos al cielo; pone á los dioses por testigos de la sentencia inicua. A su lado un perro enorme de pastor aprieta los dientes con fuerza: sus orejas pequeñas, sus ojos medio cerrados, su aspecto feroz y ladino á la vez, le hacen aparecer como un enemigo temible. Una galga, personage discreto y melancólico, le mira cautelosamente; sin duda teme hallarse comprometida por alguna violencia de su peligroso consorte.

Inmediato á la galga, un gozquillo que se conoce á sí mismo, harto débil para rebelarse contra el juez, le insulta sacando la lengua y haciendo muecas; detrás de él un perro grande rechina los dientes; le dice á su vecino con una fisonomía muy poco mansa: «¡Ya lo veis, nos condenan! ¡Permita Dios que yo muera si no consigo vengarme del gran juez!» El vecino trata de apaciguarle con el ejemplo de su propia resignacion.

Completan la escena el portero de estrados, que con las patas apoyadas en la barandilla que hay en el fondo de la sala, grita dirigiéndose al público: «¡Silencio!»; el alguacil, trayendo entre los dientes una pieza justificativa que llega ya muy tarde, y el escribano actuario colocado delante del juez y perteneciente a la misma casta, aunque mas pequeño.

La malicia y la variedad de las espresiones han hecho célebre esta composicion entre los ingleses, cuya aficion á la especie canina es tan conocida.

GUADALAJARA,

REPUBLICA MEJICANA.

Ciudad grande, populosa y magnífica, capital del departamento de Jalisco, se halla á los 21 grados de latitud septentrional, y á los 101 de longitud occidental de Madrid; fué fundada por Nuñez de

Guzman al principio de la conquista. Francisco Cortés, que invadió todo el territorio de Jalisco, la llamó Espíritu Santo, que en obsequio del gefe conquistador se mudó en el año 1530 en el de Guadalajara, por ser Nuñez de Guzman natural de Guadalajara de Castilla: tuvo este vecindario por primer gefe español á Juan Oñate, y el último fué el general Cruz, á quien la ciudad le debe una gran parte de su ornato.

Contiene 60,000 habitantes, 762 calles, 13 edificios públicos con numerosas casas, catedral 1, parroquias 5, monasterios 12, recogimientos 1, hospitales 2 (Belen y San Juan de Dios), 1 cementerio público, 1 teatro y 4 colegios. Al exámen prolijo del ojo del observador, se percibe un cierto aspecto oriental en la construccion de la ciudad. Las casas, como todas las de las ciudades de la América española, estan dispuestas en manzanas cuyas casas generalmente tienen solo un piso cubierto con una azotea. Todas las manzanas tienen casi igual tamaño, y forman calles rectas, anchas y largas tiradas á cordel. Las mejores casas se hallan en el centro de la ciudad. La descripcion de una de las primeras bastará para formar tal vez una idea de la planta usual de las de Guadalajara. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana, y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguan muy alto, forma el frente de la calle, escepto cuando lo convierten en tiendas que no tienen comunicacion con el interior de la casa. Los cuartos ocupados por la familia estan bien distribuidos y amueblados con lujo, segun las proporciones de los que habitan. Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcon ó corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y á la parte esterior tienen grandes balcones adornados con tiestos de flores odoriferantes de todas estaciones que los dan una forma muy pintoresca y graciosa.

Por el centro de las calles principales de Guadalajara corre un arroyo que contribuye esencialmente á llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales reciben el agua por medio de una presa que atraviesa la ciudad hácia el molino de las Beatas hasta los baños de los Colegiales, que se hallan en el NE. de la poblacion.

La catedral es un hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura: su fachada ocupa el lado N. de los portales, que es un magnífico cuadrado adornado de arcos, pero sin ningun mérito artístico. A lo largo de estas galerías se encuentran bellas y bien surtidas tiendas de toda clase de mercancías, y numerosas pilas de frutas del pais, cuya esportacion se hace particularmente para los departamentos interiores. Su pavimento se cubre en las horas de la noche de señoritas que con sus madres y allegados concurren á verificar sus compras. Reúnense muchos á *pasar el rato*, convidando su fresco apacible á departir sus cuitas y sus placeres con otros seres de la especie humana, que son las huris de este eden, á quien el sol mas puro baña con su lumbre y les comunica inspiracion.

Entre los conventos descuellan los de San Francisco y el Cármen: el primero por sus altas y sólidas paredes, sus cómodos y ventilados claustros, aunque en el mayor desaseo; el segundo, que se halla al O. de la ciudad, por su dilatada y productiva huerta. Tambien es digno de mencionarse el monasterio de monjas de Santa María de Gracia, cuyas prácticas religiosas no son tan severas como en los demas establecimientos de esta clase; hay muchas religiosas, las cuales viven separadas en sus celdas; trabajan, bordan y hacen dulces esquisitos; son primorosas para adornar con flores artificiales las piezas de barro de Tonalán, como tinajas, cántaros, jarros, etc., destinados á mantener fresca el agua, darle un sabor y olor tan agradable y particular, que escita á beber, y aun á comer el barro de que están formadas las vasijas.

Las parroquias, que como tenemos indicado son cinco, comprenden las del Sagrario, Santuario de Guadalupe, Jesús, Mejicalsingo y Analco, que al transcurso del tiempo han sufrido la suerte que ha cabido á los paises cristianos con ocasion de la indiferencia que en materias religiosas ha sustituido al fervor de los antepasados, bien que la indiferencia no es tan absoluta que llegue á la incredulidad. No se ven allí en esta época á los jóvenes con el entusiasmo que tenian en el cumplimiento de las prácticas nuestros abuelos. Estos templos en los dias feriados sirven de cita para los amantes, en vez de ser lugares solo de veneracion á Dios y á sus santos.

El palacio es la residencia del comandante general del departamento: es de buen aspecto; el ayuntamiento, la cárcel y otros edificios públicos no merecen particular mencion. La alameda, á pesar de su frondosidad, no está de moda por ser muy poco usado entre las damas el ejercicio á pié, puesto que para ellas no es pasear el caminar. No obstante, este paseo es concurrido los dias de fiesta; ameno y delicioso, sus calles de altísimos árboles con sus asientos correspondientes de trecho en trecho, ofrecen solaz y placer.

La temperatura de Guadalajara es moderada; no está sujeta á ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan á los cincuenta años cumplen generalmente los ochenta. Parece que el clima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios, y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Los Leperos miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si comparamos sus goces con los que disfrutan los hijos del pais. Son los Leperos generalmente de bastante estatura; se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mugeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras; tienen buen humor y son obsequiosos; pero al mismo tiempo tan altivos, que si alguien les levanta la mano bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo ó el machete para vengar la afrenta: llevan pintada en la frente la libertad que gozan, y en sus acciones y movimientos la independencia en que se criaron. El tímido indígena, criado en una grande esclavitud, es tan sumiso que escasamente parece pertenecer á la especie humana; durante la guerra de la independencia observaron los indios de Guadalajara una estricta neutralidad á pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas para ganarlos y seducirlos á que obrasen contra los patriotas: no son inclinados á ningun partido, y solo se dedican á sus trabajos y á sus familias. Los que han recibido la religion son adictos al culto y solemnizan las fiestas; los padres son muy amantes de sus hijos, y éstos de sus padres: los esposos son mas fieles que los de otras naciones. Casi toda esta casta pertenece á la clase ínfima del pueblo ó á la de los campesinos.

Los *criollos* y los estrangeros, que componen el tipo blanco de la ciudad, son muchos y predominan la sociedad por su instruccion y riqueza. Las mugeres en general carecen de instruccion. Las primeras clases de la sociedad son de nobles inclinaciones, sociables é instruidas. La virtud de la hospitalidad desterrada por el lujo y refinamiento, se presenta en Guadalajara como en los paises internos bajo formas tan nobles y agradables que tanto el filósofo como el fatigado caminante ven que se aproxima al refinamiento de la facticia, hija de la civilizacion, y temen que no se contagie con las maneras afectadas que van reemplazando á la sencillez primitiva, hija del corazon.

La agricultura en Guadalajara, como en Méjico, es la fuente principal de su riqueza, y ha adelantado notablemente desde fines del siglo pasado. En la república mejicana los campos mas bien cultivados son las llanuras que se estienden desde Salamanca hasta Sinaloa, Guanajuato y la ciudad de Leon. En estos terrenos se saturan con profusion todos los frutos de la zona tórrida, asi como la caña, el maiz, el tabaco, el frijol, el plátano, la batata, el añil, el arroz, el algodon (lo hay muy escelente en las costas occidentales desde Acapulco hasta Coluina). En Santiago se conocen las máquinas que sirven para despepitar. Se hacen ademas buenas cosechas de centeno y de cebada, y muy abundante de *chile*, artículo de general consumo. Cultívase tambien en grande abundancia el *maguey*, de cuyo jugo se hacen el *pulque* y el aguardiente *mezcal*. Esta bebida se tiene por estomacal, fortifi ante, y sobre todo muy sana, y la recetan á los enfermos.

Las frutas prosperan tambien, particularmente en las tierras calientes y en las costas. La piña, la naranja, la cidra, la lima, el limon, la granada, la guayaba, se encuentran con abundancia en las cercanías de Guadalajara y en sus huertas. Solo falta la multiplicacion del trabajo, para hacer inagotable la retribucion de la tierra.

El ramo de la ganadería se propaga con mucha facilidad á causa de la abundancia de buenos pastos, especialmente el vacuno, de que se hace el mayor consumo.

El ganado lanar es menos numeroso que en otros departamentos.

Hay abundancia de caballos y son de mucha estimacion.

Tambien son numerosas las bestias mulares, y las hay de muy buena calidad; algunas de mucho precio por su fortaleza y paso cómodo, llegando á valer hasta quinientos duros.

La labor de los campos se practica por lo general con bueyes; el acarreo de las producciones agrícolas se hace con mulas, y el servicio menor con burro.

Hay muchas haciendas de labor en el departamento de Jalisco, particularmente en las cercanías de Guadalajara. La que sobresale sobre todas las demas es la de San Clemente, que pertenece en el dia á D. Manuel Luna, rico comerciante de la capital, que la hace productiva con su buena administracion. La cria de ganados se fomenta. Los brazos dedicados á lo material de las labores son los de los indios y rancheros (gente del campo y grandes ginetes); el trabajo es recio, muy especialmente en las labores de minas.

Las minas principales en el departamento de Jalisco son las de Bolaños, de Asientos de Ibarra, de Hostosipaquillo de Copala. Los ingleses con sus locas especulaciones creyeron enriquecerse apoderándose de la minería, y han recibido crueles desengaños, debidos á la nueva introduccion que han hecho para la esplotacion, sustituyendo al antiguo método de malacates, las máquinas de vapor para el desagüe, cuya importacion cuesta otro tanto que la plata que es-

traen de las vetas. La mayor parte de las riquezas metálicas pertenecian á los particulares, quienes las vendieron ó arrendaron á las compañías inglesas que se establecieron al principio de la independencia para convertir en meros monopolios y especulacion particular este ramo.

El gobierno en el dia no tiene mas mina que la del Fresnillo (en el departamento de Yacatecas), y Santa Ana en 1838 la arrendó por doce años á la compañía de minas Yacatecano-Mejicano.

Los dueños de minas *pagan al gobierno el diezmo, al derecho del uno por ciento, y el de monedage y señoreage.* Parte de las minas de Méjico estan ya agotadas, y parte se hallan ya tan profundas que no pueden beneficiarse con utilidad: agréguese á ello los gastos, que son exorbitantes, y la mala direccion de los trabajos, y tendrá el lector una idea de la pobreza de sus productos, que en un tiempo han sido tan cuantiosos que causaban envidia y admiracion á las potencias estrangeras. Cuando el territorio de Méjico era colonia española, las provincias de Guanajuato y Yacatecas daban ellas solas mas de la mitad de toda la plata que hoy se estrae en todo el continente de Méjico.

Las minas de la Valenciana y Rayos, Fresnillo y Sombrerete son las que estan en la actualidad mas en boga. En el artículo de Guanajuato daremos una noticia mas circunstanciada de las dos primeras. Tambien en el interior se ha descubierto en 1840 una rica mina en los cerros de Cuhacian (departamento de Sinaloa), llamada Nabogame ó Guadalupe Calvo. Pero no es aquí donde debo dar una noticia de ella, y me limitaré á indicar las que se hallan en el derrotero del itinerario de Guadalajara á Méjico.

El comercio es la vida de la república mejicana, y los tapios (así se llama á los hijos de Guadalajara) han esperimentado grandes beneficios desde la abolicion de las antiguas leyes. El movimiento mercantil va adquiriendo actividad progresiva; la emulacion se propaga; los consumos se aumentan, y se van percibiendo hasta la evidencia las ventajas susceptibles del comercio libre. A medida que se estiende el giro mercantil de los puertos de San Blas y Mazatlan, las necesidades de las pequeñas comodidades de la vida crecen, el consumo de las manufacturas europeas se multiplica á un grado incalculable, y la Inglaterra, que es la nacion mas manufacturera del mundo, saca la debida ventaja de circunstancias tan favorables. En el dia los vinos y objetos de gusto de Francia y muebles de los Estados-Unidos no pueden entrar en parangon con los percales de Manchester, los lienzos de Glasgow, los paños finos de Leeds ó la quincallería de Birminghan; todo lo cual está probado por la mayor proporcion de metales remitidos á Inglaterra en el banco de Escocia, comparados con las remesas hechas á otras naciones.

Hasta el presente se limitan las producciones de este suelo á sus minerales, á sus productos industriales, que consisten en reboserías, cordobanes, mantas de Jato, sombreros ordinarios, jabon y otros renglones peculiares del pais, que sirven al consumo interior y se esportan para otros departamentos y territorios; tales son la harina, el maiz, el frijol (ó judías), los dulces secos, etc.

Guadalajara es cabeza de partido, tiene ayuntamiento de primer órden, era residencia de los intendentes, en el dia lo es del comandante general, y dista de Méjico 200 leguas. El partido es de mucha estension, llega hasta las barrancas de Mochiltilte, hasta un poco mas allá de San Juan de los Lagos; comprende muchos pueblos como Zapotlan, Atotonilco el Chico, Saplotanejo, Tepatitlan, etc. Tiene á una legua un pueblecito que sirve de recreo á los vecinos de la capital, llamado San Pedro, cuyo camino es llanísimo y muy concurrido en la temporada de fiestas: estas principian en setiembre y se concluyen á mediados de octubre. Varios particulares tienen casas de campo. La sociedad durante las ferias es numerosa y agradable. Hay bailes públicos y particulares, y en todos ellos, así como en funciones particulares, se hallan tanta belleza, elegancia, gracia, y quizás mas alegría y jovial franqueza que se encuentra en muchas reuniones de Europa. Además, en este pueblo de reducido vecindario, la llegada de un forastero á una hacienda aislada, como en todo el departamento de Jalisco, es un motivo de satisfaccion, y su apariencia no dá motivo á prevenciones: el carácter de forastero es título bastante para ser bondadosamente recibido, sin que el ser rico ó pobre influya lo mas mínimo en su acogida.

VICENTE CALVO.

CAPRICHO CLASICO.

Letrilla á Ursula.

Que el buen don Lázaro
con disimulo
combata émulo
á don Facundo
porque *retrógado*
contra él depuso
en cierta célebre
causa que hubo
cuando gritábase
rey absoluto,
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que Celia tímida
oiga con susto
la tierna súplica
de Veremundo,
y luego intrépida
y sin escrúpulos
con otros *diálogo*
tenga nocturno,
que nunca habláronla
del santo nudo....
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el bajo Sátrapa
con fiero orgullo
hoy sea frenético
audaz tribuno,
y al fin *satélite*
de nuevo influjo
con vida opípara,
con mando y lucro
hable católico
del *santo nuncio....*
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el que malévolo
en grado sumo,
menguado hipócrita
de innoble uso,
al poder téngale
amor profundo,
y si la crónica
muda de rumbo
diga famélico
yo me pronuncio...
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que la aristócrata
de nuevo cuño
condesa *in partibus*
con don Abundio,
notorio vástago
de origen turco,
trate á los prójimos
con altos humos,
y haga en su círculo
prudente espurgo,
esta son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el buen Demóstenes,
de quien me burlo
al verlo enfático
hablar en público,
se juzgue célebre
magnate culto,
porque un periódico
que llama *suyo*
crudas filípicas
pone á *exabrupto....*
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el ruin don Próspero,
taimado y brusco,
abrigue ínsulas
de hombre sesudo,
de su metálico
haciendo anuncios,
cuando en sus trápalas
es, y su lujo
tacaño y misero
como ninguno,
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que con andróminas
y con dibujos
de amor volcánico
y celos *crudos*
doña Gerónima
hable con susto...
cuando ya sábese
que tiene en Burgos
la mala *pécora*
nietos barbudos....
esta son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el pobre acólito
que nunca supo
cual yo los términos
de lo que apunto,
letrillas fáciles
pretenda insulto
escribir clásico
sin dar en rudo...
tambien son, Ursula,
cosas del mundo.

J. GUILLEN BUZARAN.

Badajoz y Setiembre, 1844.

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

Es indudable que en todas las naciones han precedido las composiciones poéticas á las de prosa, porque la poesía es ciertamente el fruto de la imaginacion y del sentimiento. Una especie de instinto inclina á los hombres á cantar sus placeres, su felicidad, los dioses que adoran, los héroes que admiran, los hechos que quieren grabar en la memoria; y les enseña á servirse de la medida ó del ritmo como medio poderoso para espresar sus ideas con mas adorno, energía y vehemencia. Por esto se han encontrado y encuentran todavía versos entre los salvajes, especialmente de las comarcas americanas. El estímulo de las pasiones ha contribuido á los progresos del bello arte poético; pero su objeto debe ser el progreso y perfeccionamiento de la humanidad.

Así es que al recorrer los anales de los antiguos pueblos se ven ciertos hombres cuya principal ocupacion era dedicarse á la versificacion y al canto, porque la poesía estaba íntimamente unida á la mú-

sica; de modo que eran á un mismo tiempo cantores y poetas. Como en las épocas primitivas la primera de las artes fuese ese sublime destello de la mente humana llamado poesía, y en verso se escribiesen las leyes que debian regir á los pueblos, la historia, las máximas puras de la moral, y los preceptos de la religion, los hombres inspirados ó los legisladores que redactaban en verso esos preceptos, sabian que solo cantándolos al pueblo podian conseguir hacerlos mas enérgicos, y que quedasen grabados en la memoria para que se pudiesen recordar con mas facilidad. Entonces no se conocia otro medio mas eficaz para trasmitir de padres á hijos, y de generacion á generacion los conocimientos y reglas que forman el fundamento de las sociedades. De aquí se originó la necesidad de que existiesen públicos cantores, los cuales, bajo diversos nombres, principiaron en el Oriente, cuna y origen de todos los prodigios y de todos los portentos increibles, concluyendo en el Occidente á fines del siglo XVI, degenerados ya y sin la importancia que tuvieron en los antiguos tiempos, pues indudablemente es inmensa la distancia que separa á los últimos de los primeros.

Si en los principios se ocupaban estos cantores en cantar las leyes y la religion al mismo tiempo que en suavizar con la música la condicion del hombre rudo de la naturaleza, los cantores ambulantes de los últimos siglos no se les parecen en nada; no eran otra cosa que unos farsantes histriones ó juglares, que con sus bufonadas mendigaban su sustento y el de sus familias; verdaderas bordas ó tribus de gente musical, picaresca y embaucadora, cuyos escesos tuvieron que ser puestos á raya muchas veces por las leyes.

Vamos á presentar esa serie de poetas cantores, verdaderos tipos originales, cuyas costumbres sirven para revivir el pasado, para poner de manifiesto mucha parte de la fisonomía de los antiguos tiempos, y son datos que hay que tener presentes para la historia general del mundo.

I.

PROFETAS.

Remontándonos á las primeras épocas marcadas por la Biblia, nos encontramos con los profetas, que son como si digésemos los



Bardos de los pueblos de Israel. No fué esta ocupacion esclusiva de os hombres, pues se encuentran tambien varias mujeres que la tenian. Por lo que se deduce del capítulo XV del Exodo, Miryan, hermana de Moisés, era una profetisa que debia tener mucha práctica en la versificacion y en la música, pues que cantaba á la cabeza de un coro de mugeres, acompañándose con el Tof ó sea tamboril. Mas tarde, despues de la muerte de Moisés y de Josué, encontramos á la profetisa Debbora, célebre por un himno de triunfo que compuso y entonó en alabanza de Youáh.

En los tiempos de Saul vemos á muchos profetas reunidos por él en escuelas ó colegios, en donde aprendian bajo su direccion la literatura hebrea, que por entonces consistia en la poesia y en la música. Estos profetas acompañaban sus profecías y sus cantos con la cítara y otros instrumentos, y á veces sorprendian con su habilidad, llegando muchos á alcanzar alto renombre y lugar distinguido en las córtes de los reyes de Asiria.

Luego que Samuel hubo unjido á Saul como rey de Israel, al predecirle lo que debia suceder en aquel dia, le añadió: «Al punto que vayais á entrar en la ciudad encontrareis una banda de profetas que bajarán profetizando y llevando consigo el salterio, el tímpano, la tibia y la cítara.»

Sabido es que la mayor celebridad de David la debe á la composicion de sus salmos y cantos lúgubres, que él mismo se acompañaba con su harpa; y el profeta Jeremías compuso lamentaciones que se cantaron en Israel durante mucho tiempo por los demás profetas. Los israelitas tenian tambien colegios proféticos en otros varios puntos: en Najoth, en Rama, en Betbel, en Jericó, en Jilgal y en Jerusalem.

El profeta marchaba con la cabeza descubierta, calzaba unas sandalias de cuero, y vestia una túnica de lana burda, cubriéndose todo con una especie de capa corta llamada melota, hecha de pieles de carnero.

Se dice que hubo verdaderos y falsos profetas; pero como nosotros no tenemos necesidad de entrar en el exámen de este punto, nos limitamos solo á decir que hubo profetas, y que además de ser cantores antiguos de Israel y de Judá, influyeron demasiado en las costumbres y en las cosas de aquellas tribus.

II.

RAPSODAS.

En los dias bellos de la Grecia antigua, y aun antes de que Homero reuniese en sus poemas toda la gracia, fuerza y magestad del mejor, mas elocuente, rico y armonioso idioma que ha pronunciado la lengua humana, se conocian cantores ambulantes, que pulsando la lira heptacordos, formada de una concha de tortuga, y componiendo trozos poéticos, paseaban las ciudades y los campos, cantando el amor ó celebrando las hazañas de los grandes guerreros. Es-



tos cantores eran muy estimados, y los escuchaban con placer, porque sabian recorrer las cuerdas de su instrumento para sostenerlas entonaciones de sus yambos y troquéos, por los cinco modos de su música y de su melopea. Sus modos principales eran el *frigio*, que espresaba un carácter religioso; el *lidio*, melancólico; el *dório*, guerrero; el *jonio*, festivo y alegre, y el *eólio* sencillo; pero el modo empleado con preferencia en los campos de batalla era el *órzios*, en el que dichos cantores entonaban 864 años antes de Cristo, el *embaterion* ó canto belicoso con que Tirteo, pobre cojo y maestro de escuela de Atenas, inflamó los ánimos de los lacedemonios que derrotaron completamente á los mesenios.

Pero luego que pasó el tiempo de Homero y Hesiodo se aumentó

el gusto á la poesía, y salieron unos nuevos cantores llamados *Rapsodas*, cuya ocupacion era cantar ó recitar en los juegos y fiestas públicas las composiciones de los poetas antiguos, comentar su mérito y esplicar su doctrina. Algunos de estos fundaron escuelas, y recibian de sus discípulos el nombre de *Sofistas* ó instructores de la sabiduría. La mayoría de ellos, sin embargo, iba por las calles y las plazas de las ciudades populosas cantando trozos de la Iliada, á la manera que muchos siglos despues se cantaron en Italia las estancias del Ariosto y de la GERUSALEMME LIBERATA. Es un error conocido la opinion de los que creen que la Iliada en su origen no era un solo poema ligado en todas sus partes, y que su forma actual es debida á Pisistrato, soberano de Atenas, que los reunió; pero es mucho mayor error el de los que creen que Homero tomó su Iliada de los rapsodas, cuando lo que estos hacian era recitarlos por mandato de Hiparco en los panateneos, que era la fiesta de la diosa tutelar de la ciudad. La Iliada es un poema que tuvo por objeto ahogar entre los griegos una discordancia fatal, escitándolos al heroismo por el espectáculo de los altos hechos de sus antepasados.

III.

SCALDAS.

Separándonos mucho de los tiempos de los profetas y de los rapsodas griegos, debemos creer que en una dilatada série de años no habrán faltado en todas las naciones públicos cantores que entretuviesen á las gentes con sus poemas y narraciones, siendo éste tambien entonces el único medio de perpetuar las tradiciones antiguas á falta de los muchos y poderosos recursos que ahora tenemos para hacerlo. Pero la historia no los menciona hasta épocas algo cercanas á nosotros; pues que solo aparecen hácia fines del siglo IX unos hombres llamados scaldas entre los septentrionales y sajones, y de los cuales vamos á hacer la siguiente reseña.

Los scaldas ó *pulidores de la lengua*, segun su significacion islandesa, eran unos poetas escandinavos que poseian todos los conocimientos que habia en la nacion, pues hacian de historiadores, conservaban las genealogías de las familias ilustres, y escribian en verso el panegírico de los héroes. No teniendo los escandinavos ninguna clase de libros hasta la mitad del siglo XI, y componiéndose toda su biblioteca de algunas inscripciones rúnicas y varios versos grabados en pieles de cabras ó varas cuadriláteras, suplian los scaldas esta falta con su memoria y tradiciones orales. Por esta causa, y por considerárseles unos sacerdotes inspirados, gozaban de las mayores consideraciones y preeminencias entre los gefes de aquellos pueblos belicosos, y participaban hasta de los banquetes entre los miembros de la familia del rey. Montados sobre las mismas serpientes, como llamaban á las naves en su lenguaje enfático, cruzaban la mar, acompañando á los caudillos en sus espediciones y aventuras; celebraban sus combates, honraban cantando su muerte, y trasmitian á la posteridad en sus *sagas* ó canciones las proezas de sus campeones esforzados que habian triunfado del enemigo ó que estaban en el Walhalla, paraiso destinado á los héroes que morian en la guerra. Santolaf, un rey escandinavo, llevaba á su alrededor cuatro scaldas en la batalla de Sticlarstadt, y antes de principiar les dijo: «Colocaos cerca de mí para que podais ver bien los altos hechos que habeis de cantar.»



El origen de su arte se atribuia á Odino, el Marte de la Escandinavia, el conquistador y legislador del Norte; y segun el EDDA, libro de poesías mitológicas y cosmogónicas que contienen los dogmas religiosos de los escandinavos y otros pueblos septentrionales, Odino es el primero y el mas antiguo de los dioses. En el diccionario poético de los islandeses le llaman entre otros nombres *el padre de los versos*; por esto el estro poético de los scaldas se reputaba allí como un don de la divinidad.

Los scaldas llevaban un trage peculiar suyo: en los principios iban cubiertos de una túnica corta de piel de oso y un manto negro de una tela grosera; despues su ropage fué enteramente talar y parecido al de los druidas, cubriéndose la cabeza con el mismo manto.

La poesía de los scaldas era de tres clases: sagrada, guerrera y de cantos satíricos, designados bajo el nombre de *Nidungr viru*. Unian la música á la poesía, y el instrumento con que se acompañaban era el *crwth* de los bardos, ó mas comunmente el harpa, palabra gótica é instrumento de origen septentrional, traido á Europa por la irrupcion de los bárbaros.

El scalda, semejante al levita entre los hebreos, se encontraba al frente de las batallas animando á los combatientes con sus canciones y algaradas belicosas, produciendo en las filas el mismo efecto que ahora producen en nuestros ejércitos las marchas guerreras y el entusiasmo de nuestros himnos nacionales. No parece, dice Pecchio (1), sinó que en todas las edades y casi en todos los pueblos se ha necesitado siempre un estímulo poderoso que venza en el hombre el amor á la vida y la repugnancia á quitársela á los demás. La música y la poesía, semejante á los licores, embriagan la mente.

Estos scaldas se refugiaron en Islandia en 874 con una colonia de noruegos que abandonaron las orillas del Báltico por la atroz tiranía de Haraldo Harfager, rey de Noruega; y á ellos se deben algunas poesías y monumentos de los tiempos anteriores, que llevaron consigo al fugarse. Allí continuaron ofreciendo holocaustos de sangre á su númen tutelar, el dios THOR, con su férrea almadana, emblema de la fuerza. Siguieron en correspondencia con los otros pueblos del Norte, y sus agas ú odas, que corrian de boca en boca, fueron el medio principal por el que se libertaron muchas noticias de la destruccion del tiempo; pües aunque los libros mas antiguos que se conocen en caractéres rúnicos, parecen escritos unos dos siglos despues del principio de la era cristiana; pobres, y escasas memorias podian conservarse luego, ya en pieles ó cortezas de fresno, único medio de escribir conocido entre ellos, y que demuestra que antes de la era comun los escandinavos y otros pueblos del Norte hacian poco uso de las letras.

Los celtas grababan tambien sus poemas en varillas cuadriláteras, poniendo una sola línea en cada lado. Las tradiciones poéticas de los escandinavos tuvieron mejor suerte que las de los druidas, que perecieron antes de perpetuarse con la escritura conocida.

Los anglo-sajones y daneses condujeron y dieron asilo á estos scaldas, los cuales continuaron en el pais aun despues de la conquista por los normandos (1066). Sin embargo de no haber quedado de ellos mas que un corto número de toscas composiciones, no puede dudarse de su existencia dilatada, primero como scaldas, despues como *Gleemen* (músicos en lenguaje sajon), y por último, confundidos como *Minstrels*, ministriles, mimos y juglares, así llamados indistintamente en las historias y crónicas latinas, que con frecuencia los mencionan. De las dichas crónicas resulta que la profesion de scalda continuó en uso en Inglaterra, y que los reyes de aquellos pueblos, no solamente honraban esta ocupacion, sino que se creian ellos mismos honrados con protejerla é imitarla. Canuto el grande gustaba ir siempre acompañado de muchos scaldas en sus espediciones, y él mismo cultivaba la música y la poesía á imitacion de otros reyes.

Estos scaldas, sin embargo de que continuaron hasta la conquista, y en el bajo pueblo hasta algun tiempo despues, su arte habia decaido de su primera y noble institucion, no tenian ya aquel respetable carácter de un scalda escandinavo, y terminaron por último con el desprecio de la opinion pública.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) Storia della letteratura inglese.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Si VV. no han sido nunca jugadores, como yo por su bien lo deseo, difícilmente se harán cargo del silencio ansioso, del ardiente anhelo, de la atencion intensa con que los puntos asisten á uno de esos lances decisivos, en que entre la banca y uno de ellos se lucha por la victoria definitiva. Cada *pinta* es un lance, cada *carta* una peripecia, y así se camina, de susto en sobresalto, hasta la catástrofe final, sin que se oigan mas que ahogadas interjeciones y el angustioso eco del agitado laborioso sobrealiento de tirios y troyanos.—Yo, sin embargo, estaba sereno, y no tanto por la costumbre de figurar en tales dramas y el desprecio que al dinero profeso, cuanto porque es dote mia sentirme mas frio y entero cuanto mas grave se hace la situacion en que me encuentro. Mi único cuidado fué no perder de vista un solo instante ni los ojos ni los dedos del banquero, quien á pesar de sus esfuerzos casi sobrehumanos, no acertaba á ocultar por completo la desazon que aquella mi pertinaz y hasta insolente perseverancia en observarle le causaba.

Una ó dos veces fijó en mí sus ardientes profundas miradas, pero me vió tan tranquilo, tan dueño de mí, tan resuelto, sin duda, que hubo de comprender que se habia dejado enredar en sus propios lazos, pues que un movimiento convulsivo en las manos, y un morderse continuamente los labios me revelaron su desasosiego.

Por su parte la jamona, viendo el lance en mal estado, y no atreviéndose á dirigirme la palabra, porque el silencio era tal que se hubiera oido volar una mosca, como vulgarmente se dice, acudió á espediente menos ruidoso pero mas directo, girando hábilmente en su asiento de manera que desapareciese por completo la distancia que antes separaba nuestras rodillas. Parecióme diestra la maniobra, pero como, si no aquella precisamente, esperaba ya alguna de su especie, correspondí al interesado favor en cuanto la galantería podia exigirlo, sin perder para ello de vista el entonces privilegiado objeto de mi atencion, las manos del banquero. Con todo eso, hube de volverme á pagar siquiera con una mirada rápida al par que tierna, la gracia que se me dispensaba; y el viejo, al parecer dotado de la *doble vista* de algunos bardos del Norte, quiso aprovechar la ocasion, corriendo con destreza suma un *caballo* que venia á hacerme legítimamente dueño de su dinero.—Advertilo yo, pero dejéle sosegadamente tirar las dos cartas, es decir, la mia y la que la ocultaba; y cuando el muy tahur respiraba con delicia, sugetéle el brazo izquierdo con mi mano derecha, y en el tono mas cortés del mundo, le dije:

—Perdone V., pero ha tirado dos cartas á un tiempo.—Y diciendo y haciendo, descubrí con gran cachaza el eclipsado caballo.

No hay golpe de teatro que produzca en el público asombro tan grande, como el que mis palabras y acciones causaron en los circunstantes todos. Un murmullo de admiracion y de ira salió de entre los puntos; el banquero se quedó helado é inmóvil como si súbitamente se hubiera petrificado; mi jamona retiró su rodilla cual si un áspid la picára; y la dama jóven apenas pudo á duras penas sofocar un ¡Ay! salido de lo mas hondo de su pecho.

Yo solo, porque tenia previsto aquel desenlace, permanecí frio espectador de tal escena, aguardando á que el viejo recobrase su presencia de ánimo, lo que aconteció luego, porque en aquel hombre la fuerza de voluntad era grande.

—*¡El dinero es de V.!* me dijo al cabo de algunos segundos, doblando la baraja, y lanzándome una mirada de tigre.

Entonces, señores, mas por orgullo que por generosidad, hice que cada punto recogiese lo que habian jugado contra mí en aquel albur, y amontonando el resto del dinero, volvíme hácia la jamona, que pálida como un cadáver me miraba con ira, y dije:

—Espero que estas señoras me harán el honor de aceptar *barato* de mi mano, guardando ese dinero para comprarse un par de guantes.

Levantéme sin esperar respuesta, trabé del brazo á Mendoza, y sin mas despedida que un: *buenas noches, caballeros*, marcialmente dicho, dí en la calle conmigo y con mi asombrado compañero.

—¿Está V. loco? me dijo éste. ¡Ni siquiera desquitarse!—La jamona vale el dinero, le respondí.—Y la jóven un Potosí, me replicó.—Bien, repuse, con eso nos auxiliaremos.—Está dicho.—Está dicho.»

IX.

Calaveradas.

Habia, sin duda alguna, nuestro amigo Alfonso informado al brigadier Sotopardo del carácter bilioso de don Diego, y tenia el segundo ganas de oir al último, pues apenas nos hubimos reunido la tarde siguiente, cuando le dijo:

—¿Qué le va pareciendo al señor don Diego de mi historia?

—Francamente, contestó el Aristarco de nuestra sociedad, la primera tarde me ha parecido el cuento sobrado prolijo en las consideraciones morales; y aunque la segunda me ha interesado algo mas, creo, en conciencia, que pudiera V. habernos ahorrado y ahorrarse á sí mismo no poca parte de su relato, y sobre todo, economizar las voces técnicas de los gazapones.

Don Antonio. No soy de su opinion de V.—Don Cárlos ha debido, una vez resuelto á confiarnos la historia de su vida, darse en primer lugar á conocer moralmente; y en cuanto al *garito*, yo creo que como el juego es el vicio acaso dominante en España, y en todos paises el de mas funestas consecuencias, gentes que, como nosotros, se reunen aquí para dedicarse al estudio de las costumbres, si bien en una forma amena y en la apariencia fútil, no puedan menos de hacerse cargo de todos los aspectos que aquel cáncer social presenta.

Don Diego. Pero, señor, ¿Qué tienen que hacer el vejete tramposo del garito, ni las dos malas pécoras que flecharon al brigadier y á su compañero Mendoza, con el embrolladísimo cuento que ya Alfonso tiene pendiente, y en que V. mismo, amigo don Antonio, ha echado su cuarto á espadas? ¿No fuera mejor, y sobre todo mas claro, que terminásemos un asunto antes de pasar á otro?

Alfonso. Un poco de paciencia, amigo mio, y V. verá que no vamos tan descaminados como parece.

El Redactor. En todo caso creo que lo conveniente es continuar nuestra jornada, porque el café está servido, la chimenea ardiendo, y la sociedad reunida.

Don Antonio. Ya lo oye V., señor don Cárlos, siéntese y manos á la obra.

Sotopardo. Digo, pues, que Mendoza, hombre de mejor índole que claro entendimiento, salió del garito completamente enamorado de la jóven, y yo *antojado* y no mas de la jamona; pero en aquella época eran en mí los antojos tan poderosos y vehementes, como en otros las mas hondas pasiones. A mayor abundamiento, la manera dramática en que hice conocimiento de aquella muger, fué un cebo mas para mi deseo, y cebo que contribuyó no poco á lanzarme en desdichadísimo camino. Pasamos el dia siguiente á la noche de que tan largamente he hablado á VV., en un estado de febril impaciencia, contando los minutos, que nos parecian siglos, hasta las ocho de la noche, hora de la partida; porque en aquella época todavia no comenzaban tan tarde como ahora las reuniones. Llegó el suspirado momento: Mendoza y yo nos dirigimos á paso *de carga* desde el café á la calle de la Sarten; y llegados á ella, subimos de dos en dos los peldaños de la sucia escalera del garito. ¡Cuál seria nuestra sorpresa al echar de menos la campanilla del consabido cuarto! Cayéronsele á Mendoza las alas del corazon; y ya comenzaba á bajar la escalera con aire contrito, cuando yo, mas impaciente, si bien menos enamorado, dí en aporrear la puerta con la contera del sable, produciendo un estrépito capaz de despertar á los siete durmientes, si en aquel barrio reposáran. La primera salva, que duró como dos minutos, fué completamente inútil; mas no por eso me dí por vencido, antes, volviendo á la carga segunda y tercera vez, conseguí, no que se abriese la cerrada puerta, sino poner en alarma y sobresalto á la vecindad entera.

»Vanamente me suplicaba Mendoza que nos retirásemos: yo tenia mi plan y estaba resuelto á llevarlo á cabo.

»En efecto, los vecinos del piso principal, temiendo sin duda que íbamos á desmoronar el edificio, salieron á decirnos que no habitaba nadie en el cuarto á que llamábamos.

»¡Cómo que no habita nadie! (esclamé yo). Anoche hemos estado aquí de tertulia.—¡Buena está la tertulia! gruñó entre dientes un vejezuelo, que en calzoncillos de bayeta amarilla, gorro de algodon blanco, y envuelto en una capa parda, figuraba en el grupo de los vecinos.—Buena ó mala, repliqué yo, á V. ¿qué le importa, paisano? Anoche habia aquí gente. ¿Se han mudado esta mañana?—Se los han llevado, me respondió con acritud una muger, que segun las trazas, debia de ser el ama de gobierno del hombre de los calzoncillos.—¡Cómo! (esclamó Mendoza) ¡Se los han llevado! ¿Y quién?—El señor alcalde del cuartel, replicó el ama de gobierno con satisfaccion visible.—¿A dónde? pregunté yo.—A la cárcel, respondieron en coro los vecinos.—¡Vamos, compañero, grité entonces; y lanzándome con Mendoza escaleras abajo, creo que derribamos á dos ó tres de aquellas honradas gentes, segun los alaridos, imprecaciones y denuestos que á nuestra espalda se oian; pero yo, sin curarme de otra

cosa que de la idea que me preocupaba, me vi en breve en la calle, tirando de Mendoza, no menos asombrado que los otros de mi estraña precipitacion.

»Si creen VV. que al oir que estaban en la cárcel el banquero y las dos damas, dando el negocio por perdido, me apresuré á salir de la casa de la calle de la Sarten solo por libertarme de las harto justas quejas de sus inquilinos, se engañan grandemente; porque mi destornillada cabeza habia instantáneamente formado un proyecto descabellado en la esencia, aunque lógico, atendida la obstinacion y violencia de mi carácter.

»La verdad es que me habia propuesto ver aquella noche á la *jamona*, y me era indiferente que fuese en su casa ó en la cárcel. A la de Córte, pues, dirigí mi carrera, y en pos de mí arrastré al cuitado Mendoza, que en su asombro, ni acertaba á resistir á mi locura, ni aun á proferir palabra.

Don Diego. Pues dígole á V., señor brigadier, que era entonces todo lo que se llama un calavera.

Sotopardo. Aguarde V. un poco, y lo dirá acaso con mas fundamento, por desdicha mia.

»Aunque precisamente á las ocho de la noche era la hora en que se cerraba entonces la entrada á la cárcel, por respeto al uniforme consintió el alcaide recibirnos en su cuarto, para responder á las preguntas importantes que dije tenia yo que hacerle. Pero cuando echó de ver que se trataba simplemente de satisfacer una curiosidad, al menos intempestiva, y que ignorábamos hasta el nombre de las personas por quienes nos interesábamos, el bueno del hombre se encastilló en su obligacion, y aunque con escelentes modales y mil urbanas atenciones, trató de ponernos de patitas en la calle.

»Rubor me causa referirlo, pero la verdad histórica lo exige: en vez de comprender la razon que al alcaide asistia, me impacientaron sus juiciosas réplicas, y fui subiendo tanto el tono en las mias, que llegué á las amenazas, y es posible y aun probable que llegára á las vias de hecho, si Mendoza, mas prudente que yo, no interviniera pronto en la disputa en calidad de conciliador. Secundóle el alcaide mismo que, como perro viejo que era, y acostumbrado á lidiar por su oficio con lo peor de cada casa, hubo de comprender que yo estaba dispuesto á intentarlo todo, y celebrando una especie de tácito armisticio, dimos á la cuestion nuevo y mas pacífico giro, poniéndola en el terreno de las mútuas concesiones. Entonces acudí al espediente por donde quizás debiera haber empezado; á la llave del oro; pero ya era tarde: encontré inflexible al cancerbero madrileño.

»Como era natural volví á enfurecerme, y á su vez el alcaide á replicarme con mas acritud que lo hizo en la primera disputa: perdí los estribos, con lo que yo llamaba su insolencia, y ya iba á ponerle la mano, cuando apareció en la estancia en que estábamos el oficial de guardia, seguido de algunos números de la misma con sus correspondientes armas.

»El bueno del alcaide habia hecho conmigo el humilde solo para dar tiempo á que le llegase aquel refuerzo, enviado á buscar por él sin que yo lo advirtiese.

»Mandaba la guardia de la cárcel de Córte aquella noche un oficial procedente de la clase de sargentos, cuyo bigote canoso daba claro testimonio de haberle costado su modesta charretera mas años de servicio que los que yo de edad tenia entonces. Toda su ciencia se reducia á saber de memoria la táctica y la ordenanza, y siendo honrado, bueno y humano, hubiera creido, sin embargo, pecar mortalmente y hasta deshonrarse, relajando en solo un ápice la aplicacion literal de su consigna.

»Otro oficial de mas mundo hubiera tratado, por espíritu de cuerpo siquiera, de transigir el malísimo trance en que mi locura me habia puesto: mas él, sin faltar al respeto que debia á mis dos charreteras, no solo me obligó á salir de la cárcel en el acto, sino que pidiéndome el nombre, que yo por de contado no le negué un solo instante, redactó y dió á los gefes de la plaza un parte circunstanciado de aquella ocurrencia.

»Lo único que de su inflexibilidad acertaron á conseguir las súplicas del alcaide unidas á las mias, fué que no hiciese en su parte mencion de Mendoza, quien, en efecto, lejos de haber tratado como yo de atropellar al funcionario público, procuró, aunque en vano, oponerse á mi necia cólera.

»En resúmen, salí de la cárcel, ya comprometido en un mal paso, y lo que yo mas sentia, ignorando completamente lo que saber deseaba.

»¿Creerán VV. que me daria por satisfecho con la primer calaverada? Nada de eso: aquella misma noche, recorriendo cuantos garitos conocia, é interrogando en ellos á los jugadores mis conocidos ó no, llegué por fin á adquirir algunos datos con respecto á las personas cuyo paradero me habia propuesto averiguar á toda costa.

»Quiso, pues, mi mala estrella que diese con cierto capellan de quien incidentalmente creo haber hecho mencion, aunque muy ligera, al hablar á VV. del garito de la calle de la Sarten. Aquel mal sacerdote era uno de tantos clérigos bandoleros, que ordenándose, Dios sabe cómo, sin mas vocacion que la de vivir en la posible holganza, hacen vil grangería de su santo ministerio, y desacreditan á un tiempo el altar que sirven y la clase á que pertenecen.

»Aunque no viejo todavía en la época á que me refiero, habia el tal capellan corrido la *Ceca y la Meca*, y siempre por malos caminos, siendo unas veces clérigo nómada de los de misa y olla, capellan de cuerpos francos otras, y en fin, ejerciendo igual cargo en la marina de guerra, de la cual fué despedido por sus malas mañas.

»De aquel hombre, pues, supe que el viejo banquero que en Madrid se pasaba por un *don Juan de Retama*, intendente jubilado, era realmente ex-oidor de Filipinas y se llamaba don Fadrique de Vargas.

Don Diego. ¡Oiga! ¿Con que el bueno de don Fadrique habia venido á parar en tahur?

Don Antonio. Fueron tantos y tales los despilfarros, escándalos y fechorías de su vida en Manila, que depuesto de su destino, pobre y despreciado, llegó á España bajo partida de registro en el reinado de Cárlos IV, sin que le fuese posible obtener colocacion alguna hasta el año de ocho. Entonces se declaró don Fadrique, mas por hambre y deseo de venganza que por otra cosa, partidario de los invasores de su patria, y obtuvo una plaza de oidor en uno de los tribunales por José Napoleon establecidos. A consecuencia de la batalla de Vitoria emigró á Francia; mas por razones que á su tiempo sabrán VV. cometió la temeridad de regresar á España bajo el supuesto nombre de don Juan de Retama: lo demás don Cárlos nos lo irá diciendo, sin duda, y lo que él ignore ú olvide, quizá podré yo suplirlo.

Sotopardo. En efecto, el capellan, que habia conocido á Vargas en uno de sus viages á las islas Filipinas, me refirió, circunstancia mas ó menos, lo mismo que el señor don Antonio ha dicho á ustedes; añadiendo que la jamona era ó pasaba por ser su esposa, y madre de la jóven de quien Mendoza estaba prendado. Llamábase entonces la primera *Antonia*, y era *Matilde* el nombre de la segunda.

»Difícil será para los que no recuerden muy bien el estado de la opinion pública en la época á que me refiero, comprender el efecto que causó y causar debia en mi espíritu el saber que, no solo habia asistido á una reunion en casa de un *afrancesado*, sino que por él, en la apariencia, llegó mi locura hasta á querer atropellar al alcaide de la Real cárcel de Córte.

»España habia obrado en la guerra de la Independencia obedeciendo al impulso de un noble y generoso sentimiento, lanzándose inerme, en desórden y sin gobierno, á luchar contra el vencedor de la Europa entera; y los *afrancesados*, por favorablemente que juzgárseles quiera, ahogaron, cuando menos, aquel heróico sentimiento, bajo el peso de razones poderosas quizá, pero al cabo razones frias y no otra cosa. Yo quiero creer y creo, que la idea de hacer traicion á su patria estaba muy distante de los mas de aquellos infelices que sirvieron al usurpador: yo no les niego ni la ilustracion superior, ni los buenos deseos; pero el hecho es que de parte de los defensores de la independencia de España, estan y estarán siempre todas las almas generosas.

»Como quiera que sea, *traidor* y *afrancesado* eran palabras sinónimas en el tiempo á que aludo, y desde el Rey hasta el mas oscuro de los españoles, todos estábamos entonces de acuerdo, ya que no en perseguirlos encarnizadamente, que era sin embargo el sentir comun, al menos en evitar con ellos todo contacto. En consecuencia, amigos mios, confieso á VV. que pasé una noche mas que inquieta, y que cuando á la mañana siguiente recibí una órden para presentarme en casa del Gobernador de la plaza, hubiera dado de buena gana cualquier dinero por no haber ido jamás á la calle de la Sarten, y mucho menos á la cárcel de Córte. Pero la cosa no tenia remedio: la locura estaba ya hecha, y hube de resignarme á sus inevitables consecuencias.

»Quiso, empero, mi buena suerte que el General Gobernador entonces de Madrid, me conociese ya por haber yo servido á sus órdenes en el ejército, y que á mayor abundamiento tomase en consideracion la amistad que en su juventud le habia unido con mi difunto padre; resultando de todo ello que, despues de oir la franca confesion que de mi atropellado proceder le hice, y de reprenderme severa pero caballerosamente, limitase el castigo á imponerme quince dias de arresto en mi propia casa, y bajo mi palabra de honor de observarlo escrupulosamente.

»Acaso parecerá á VV. que un arresto, sin mas garantía que la palabra del penado mismo, es un castigo ilusorio; mas yo les diré que ninguno me parece tan eficaz, severo y conducente á conservar en la milicia el espíritu caballeresco y el pundonor *poético*, pásenme VV. la palabra, de que tanto necesitan los ejércitos. Porque, en verdad, el oficial que semejante arresto quebranta, destruye su propia reputacion, mientras que aquel que en algo estima su fama, mas-

preso está por su palabra, que si mil centinelas le pusieran. En la Prevencion de un cuartel, como en los pabellones de un castillo, la astucia lucha con la fuerza, y ya la maña del arrestado, ya la complacencia de un compañero, cuando no la venalidad de un carcelero, facilitan las escapatorias: mas cuando el oficial pundonoroso ha menester, para quebrantar el arresto, pisar su propia honra, entonces creo que ni por evitar la muerte faltará á lo prometido.

Don Diego. Por Dios, señor don Cárlos, que ese es un comentario á las leyes penales del ejército, y aqui no somos competentes en la materia.

Sotopardo. Verdad es que me he dejado arrastrar por el afecto á mi honrosa profesion: hagan VV. cuenta que nada he dicho, y volvamos á la pendiente historia.

»Apesar de lo asiduamente que Mendoza y otros amigos me acompañaban en mi arresto, confesaré á VV., no solo que al tercer dia estaba ya aburrido, sino que con la falta de distraccion y ejercicio, mi malhadado antojo por la jamona fué sucesivamente creciendo de punto hasta frisar en los límites de una pasion, no diré sentimental, pero á lo menos ardiente. Y si tales eran mis naturales disposiciones, no contribuia por cierto á combatirlas Mendoza con sus sentidas elegiacas quejas por la ausencia y desaparicion de la que le habia flechado.

»Pero yo no podia salir de casa; y mi compañero, de suyo tímido, irresoluto, torpe, y ademas atemorizado por el escarmiento que en mi cabeza tenia, no acertaba á dar paso útil para la averiguacion del paradero de nuestras Dulcineas.

»Tal era nuestra situacion al anochecer del cuarto dia de mi arresto: Mendoza, sentado al brasero, con la cabeza baja y las manos cruzadas, cavilaba melancólicamente, mientras que yo, paseándome inquieto por la estancia, me daba á todos los diablos del infierno, cuando uno de mis asistentes entró y puso en mis manos un billete cerrado con lacre, pero escrito en malísimo papel y con caracteres dignos de figurar en cualquiera antiquísima paleografía.

»¿Quien ha traido esto? pregunté sin abrir el billete.—Una vieja, mi capitan, respondió el soldado.—¿Esperan respuesta?—No señor, se ha marchado.—Respondiendo asi, fuese el asistente; yo arrojé el billete sobre la mesa, creyendo seria de alguna de las infinitas ninfas parásitas que lloraban mi ausencia y cautividad, y volví á continuar mi paseo.

»Mendoza, sin embargo, porque es curioso como una monja, despues de darle al billete unas cuantas vueltas entre los dedos, me dijo:—¿Por qué no abre V. esta carta?—Porque, le respondí, sé de antemano lo que dice.—¡Ah! esclamó mi buen tocayo: ¿conque sabe V. lo que dice?—Si por cierto, repliqué; dirá que me echan de menos, que no pueden vivir sin verme, etc. etc. y se habrá escrito probablemente á presencia del que me reemplaza.—¡Qué cosas tiene V.! ¿Por qué no ha de ser sincero el sentimiento que dicta esta carta?—Por la sencillísima razon de que la mayor parte de las mugeres carecen de sentimientos sinceros.—¡Allá va eso! ¡Pobres mugeres, y cómo las calumnian! Las hay malas, no lo niego, pero tambien hay muchas muy buenas: por ejemplo...—¡La Matilde! ¿Verdad, compañero?—¿Y por qué no? Con aquel rostro angelical, aquel aire candoroso...—Y la educacion de un garito, añada V., debe de ser un angel—Difícil es, pero no imposible.—¡Bienaventurados los que asi creen! esclamé con irónica risa, y por entonces cesó la conversacion entre nosotros.

»Mas el demonio de la curiosidad aguijoneaba de tal suerte á Mendoza, que sin ser poderoso á contenerse, tardó poco en insistir de nuevo y con tantas veras en que leyese el billete en cuestion, que, por no oirle, le dije que lo abriera él mismo.

»Apenas lo hube pronunciado, cuando el sello estaba roto, el papel desdoblado, y la vista de mi compañero recreándose en su contenido. Óiganle VV., pues que, como ven, lo conservo, y luego podrán deleitarse con su ortografía, que es por lo original á lo menos, digna de particular aprecio.

»Dice asi:

«Señor de Zotopaldo: zu generoziá do usté, y el paso imprnen»te que dió en favor de 1.ª familia desgraciá, le an conquistao el a»precio de una Muquer ha quien no mira con malos ogos—Ella zabrá »agraecerselo algun dia—No aga uste ná por eza familia; y ezpere y »tenga fé, que todo ze compondrá con el tiempo.»

»Sin necesidad de grandes esfuerzos de ingenio comprendí que tal billete no podia ser de otra persona mas que de mi jamona; y aunque, como VV. han visto, en vez de sacarme de dudas, solo contribuia á acrecentarlas, confieso sin rodeos que casi me causó tanto placer su lectura, como al mismo Mendoza, el cual, como realmente enamorado que estaba, creyó ya ver el cielo abierto ante sus ojos. Mas pasados los primeros momentos, y mucho mas cuando vimos transcurrir un dia y otro, sin que al tal billete siguiese ningun otro, tanto Mendoza como yo llegamos á figurarnos que la jamona habia tratado simplemente ó de darme las gracias por mis buenos deseos, ó de burlarse de mi capricho por ella.

»Era, entre tanto, notable que, presa aquella muger, hubiese llegado á saber mi espedicion á la cárcel de Córte, el arresto que sufria á consecuencia, y lo que es mas, la casa en que habitaba. Si la ortografía del billete es tal como VV. la han visto, en España la mayor parte de las mugeres tenian entonces una personalísima, y no mejor por cierto; y en cuanto á las frases y concepto, justo será confesar, que si no dignos de elogio, no ofrecen tampoco causa para que se censure.

»En estas y otras análogas conjeturas empleamos Mendoza y yo muchas de las largas horas de mi arresto, que ya tocaba á su término, faltando tres dias solos para el de mi libertad, cuando en fin, recibí, y entonces por el correo, una segunda carta del mismo puño y letra que la anterior. Reducíase su contenido á decirme que el miércoles próximo, dia en que salia del arresto, me hallase una hora despues de anochecido y *solo*, en la plazuela de Santo Domingo, y siguiese á la persona que me mostrára un pedazo de cinta azul celeste igual á otro que por muestra me remitian. Dejo de encarecer, por parecerme inútil, los estremos de Mendoza, al oir que yo debia de ir solo, y el trabajo que me costó consolarle con la promesa de emplearme eficazmente en su obsequio; y tampoco diré gran cosa de la impaciencia con que aguardé el suspirado momento de la cita. Aunque perezoso para mis deseos, llegó el miércoles: salí á dar las gracias al General Gobernador, comí con Mendoza, y apenas se ocultaba el sol en al occidente, cuando, vestido de paisano, y embozado en mi capa, ya me dirigia á la plazuela de Santo Domingo. Mas de hora y media hice de centinela, al cabo de la cual se me acercó una vieja, que despues de reconocerme prolijamente, llamándome por mi nombre, me enseñó la cinta consabida. Seguíla en direccion á la calle Ancha de San Bernardo, y en la esquina de la de la Estrella encontramos un coche de alquiler, en el cual entramos ambos. La vieja levantó las persianas, el *Simon* echó á rodar, y despues de unos quince á veinte minutos, paramos á la puerta de una casa de modesta apariencia, en una calle que la oscuridad de la noche no me permitió reconocer de modo alguno.

»Llamó mi conductora en el primer piso, abriónos instantáneamente una mano invisible, entré, volvióse á cerrar la puerta, la mano invisible asió la mia, y guiándome en la oscuridad, porque en tinieblas estábamos, fui llevado sin proferir ni escuchar palabra, hasta el pié de un sofá, en el cual, con dulce violencia me obligaron á sentarme.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

INFANCIA.

Hubo un tiempo en que era yo muy pequeño; no tenia mas de dos pies de alto. Cuando pienso en aquel tiempo derramo dulce llanto, y pienso en él con frecuencia.

Jugaba en los brazos de mi tierna madre, y me montaba á caballo en las rodillas de mi abuelo; no conocia ni turbacion, ni fastidio, ni sentimiento, ni mas ni menos que el dinero, el griego ó Galatea.

Me parecia que nuestra tierra era mucho mas pequeña y menos mala. Veia brillar cual chispas las estrellas, y hubiera deseado tener alas para ir á cogerlas.

Veia á la luna bajar hácia la isla, y decia: ¡por qué no he de estar yo en aquella isla! Asi veria cómo es la luna de grande, redonda y bonita.

Veia al sol de Dios sepultarse al occidente en el dorado seno del Océano, y por la mañana temprano salir por el oriente y cubrir de púrpura la superficie del cielo.

Pensaba en el Dios generoso que me ha criado á mí y á ese sol hermoso, y esas líneas de astros celestes que culebrean bajo sus manos de un polo á otro.

Con mi devocion infantil, mis lábios murmuraban la oracion que me habia enseñado mi piadosa madre: ¡Oh Dios mio, decia, haz de modo que me esfuerce yo siempre para ser juicioso, bueno y obediente á tus preceptos!

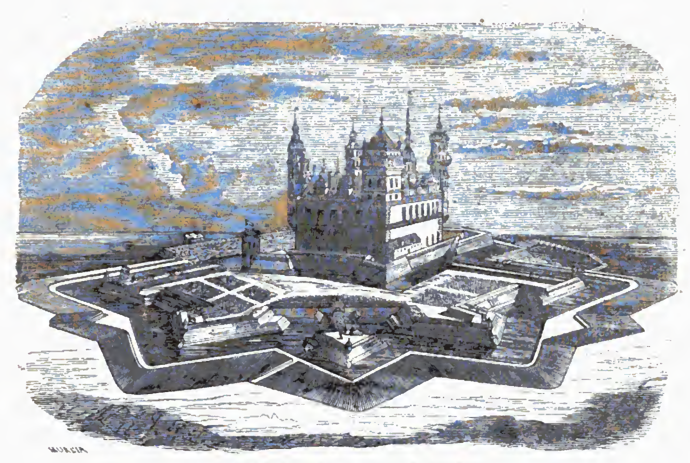
Oraba por mi padre, por mi madre, por mi hermana, por toda la ciudad, por el rey, á quien yo no conocia, y por el mendigo infortunado que pasaba suspirando por delante de mi.

¡Han huido, han huido aquellos dias felices de la infancia: mi tranquilidad y mi reposo se han marchado con ellos, no quedándome mas que el recuerdo! ¡Dios mio, haced que no le pierda nunca, nunca!

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 21.

Sobre lo que no nos toca punto en boca.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO Y ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



LA CIUDAD DE ELSENEUR Y EL CASTILLO DE CRONSBORG.

En la punta de la isla de Seeland, á la orilla del estrecho llamado el Sund, y que une el mar del Norte con el Báltico, está situada la risueña ciudad de Elseneur, poblada de mercaderes, de corredores de comercio, de armadores y de marineros. La poblacion de aquella costa dinamarquesa no cuenta arriba de 6,000 almas. Pero la cantidad de buques que afluyen alli en verano, los estrangeros de todas clases que la atraviesan, los negocios y operaciones mercantiles que se efectuan con el mundo entero, hacen que sea durante cinco ó seis meses del año una de las poblaciones mas animadas y mas interesantes que pueden hallarse. Cada buque dinamarqués ó estrangero que entra en el Sund, está obligado á detenerse allí á pagar un tributo á la Dinamarca, tributo antiguo y gravoso, contra el cual han protestado ya varias naciones, pero que fué asegurado por los tratados de 1815, y que subsiste aun en toda su estension. En los meses de junio y julio llegan alli 100 y hasta 200 buques por dia, de Inglaterra, España, América, Francia, Rusia, etc., de los paises mas remotos y de los mas próximos. Cada embarcacion, para satisfacer el tributo que la es impuesto, debe hacer constar en la aduana de Elseneur la estension y valor de su cargamento. Es una operacion que, á pesar de los muchos aduaneros que hay empleados, y de la celeridad con que se efectúa, ocasiona con frecuencia un retraso de dos ó tres dias, y hace entrar en la ciudad un gran número de marineros que permanecerian ociosos inútilmente á bordo de los buques. Estos derechos que percibe la Dinamarca de tantas embarcaciones, la producen una renta anual de unos doce millones: es el mejor ingreso de su erario. Fueron establecidos hace muchos siglos, en la época en que tantas bandas de piratas infestaban los mares Báltico y del Norte. La Dinamarca emprendió entonces el protejer á todos los buques mercantes contra aquellas hordas temibles, con la sola condicion de que cada uno daria una indemnizacion. La indemnizacion se ha convertido paulatinamente en un impuesto regularizado: los piratas han desaparecido, y la Dinamarca no tiene que hacer sino un gasto insignificante para tener estacionada una fragata á la entrada del estrecho, sostener la farola de la costa y la fortaleza de Cronsborg.

Este castillo está edificado al estremo de la punta de la isla que se adelanta hácia el mar. Habia alli, desde la época mas remota, una torre y algunas murallas toscamente construidas. En el siglo XV se empezó á construir en aquel sitio tan notable por su topografía, un edificio mas estenso; y en el siglo XVI Federico II hizo levantar á su costa el castillo que hoy existe. Es un edificio estenso, cuadrado, de piedra de sillería, muy semejante por su forma esterior á los antiguos castillos de los príncipes que se encuentran en el Norte de Alemania, y defendido por todos lados con anchas contraescarpas é imponentes baluartes.

Se enseña á los estrangeros que le visitan una sala inmensa llamada Sala de los Caballeros, y casamatas, bóvedas profundas en que varios regimientos podrian hallar un refugio en caso de guerra, y reunir provisiones para varios meses. Pero cuando se visita á Cronsborg, lo que llama la atencion mas aun que la suntuosa Sala de los Caballeros y las bóvedas sostenidas por enormes pilares de piedra, es un cuarto húmedo y lóbrego, que recibe la luz por una sola ventana, cuyos vidrios, resguardados por espesas barras de hierro, se abrian casi al nivel del mar. Allí fué donde la reina Matilde, arrancada por una catástrofe sangrienta del trono que embellecia con su juventud y sus gracias, esperó durante largas horas y aun largos dias, la fragata inglesa que debia transportarla á Alemania.

Si hubiera podido subir á la plataforma del castillo ó á las azoteas de las torres, quizás su imaginacion se hubiera distraido, sus miradas se hubieran recreado en el espléndido panorama que se estiende alrededor de aquella fortaleza: enfrente de las murallas está la villa de Helsingborg, las costas de Suecia con las montañas ondulosas, las pendientes azuladas de Kullen, que, segun la opinion de Rudbesk, el sábio intrépido, son las verdaderas columnas de Hércules; entre aquellas playas de Suecia y las de Dinamarca, la inmensa mar, brillando con infinitos colores, sembrada de lanchas, de embarcaciones mercantes y de buques de guerra; y al mirar el terreno de la Seeland, bosques de ayas, praderas deliciosas, una colina poblada de árboles, que se llama aun como en el tiempo del paganismo, Scandinava, y al pie de esta colina una piedra, un sepulcro, ante el cual deben descubrirse é inclinarse todos los amigos de la buena poesía: ¡es la tumba de Hamlet! Los habitantes de Elseneur lo aseguran. Shakspeare lo sabia, y mucho antes que Shakspeare, Sajon, el gramático, habia descrito prolijamente la muy dramática historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca.

LOS GENIOS GEMELOS. (1)

NOTAS PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DEL PARALELO DE SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

De Safo.

1.ª

La historia de Safo está envuelta en la oscuridad, y confundida con la de otra Safo, griega tambien y poetisa célebre. Algunos autores, y entre ellos los que con mas seguridad afirman que hubo *dos Safos*, son *Suida* y *Eliano*. Dicen que la primera floreció en los tiempos de Alceo; pero no señalan la época de la segunda, ni espresan con claridad cuál de las dos fué la mas célebre. A una de estas atribuyen por *tradicion costumbres deshonestas*, y todo nos induce á creer que no es á la Safo autora de la oda á Faon; porque está afirmado, con el testimonio de escritores respetables y por la inscripcion que se lee distintamente sobre el mármol (2) en la crónica de Patos, que esta fué la contemporánea de Alceo; que huyó á Sicilia entre los desterrados de Mitilene enemigos de Pirtaco. La otra, á quien tambien suponen inventora de los sáficos, era la casada con Cérecla, Andrio de nacion, de quien tuvo una hija llamada Clida. Es evidente que mezclan las obras de una con los hechos de otra, cuando siendo la autora de la oda la contemporánea de Alceo, suponen que otra Safo, muger de Cérecla, era la inventora de los sáficos. Las invectivas de algunos escritores griegos contra la Safo cortesana, madre de Clida é infiel á Cérecla, y el silencio que guardan otros acerca del estado de la Safo, amante de Faon, ofrecen nuevas razones para creer que existieron dos Safos. Porque era natural que al referir la historia de la amante de Faon, sus infortunios y su trágica muerte, se hiciese mencion de su hija y ningun escritor la hace.

2.ª

No hay en los libros griegos que hablan de Safo, ninguna acusacion que tenga probabilidad siquiera para suponerla muger deshonesta. Las acusaciones que existen de escritores muy posteriores á Safo, es decir al siglo VI, segun unos y VII segun otros antes de J. C., se fundan solo en el rumor de las tradiciones.

3.ª

Hay muchas razones para creer que la Safo, autora de la oda, era severa en los puntos de honra y amiga de la virtud. Son las siguientes. Que Aristóteles (3) dice:

«Alceo habia concebido por Safo un tierno amor. Un dia la escribió:—Quisiera esplicarme pero el rubor me lo impide.—Safo contestó:—Tu frente no tendria rubor si tu corazon no tuviese culpa.»

Si Safo fuese una muger envilecida, ni Alceo la hablára con tanto respeto, ni ella contestára con tanta dignidad, ni el sábio Aristóteles escribiria este hecho. Las máximas de Safo que han pasado á la posteridad son:

«Yo he recibido el amor de los placeres y el de la virtud en partes iguales. Sin ella nada es tan peligroso como la riqueza; y la felicidad consiste en la reunion de ambas (4).»

«Esta persona se distingue por su belleza: aquella por su virtud. La una parece bella á primera vista. La otra no lo parece menos á la segunda.»

Una muger infame no podia espresarse de este modo ante el pueblo de Atenas, el mas indulgente con la corrupcion, el mas implacable con la hipocresia. Aristóteles (5) dice que los griegos estaban llenos de *veneracion* hácia Safo. Los griegos *amaban* á los héroes y *admiraban* á los sábios, pero no *veneraban* sino á los dioses. Esta *veneracion* consagrada á un mortal, envuelve la idea de un mérito superior en el *ser venerado*.

En un libro de escritores anónimos se dice, que *Euchyr* esculpió la primer estátua.

Ciceron (6) asegura que la estátua que se elevó á Safo fué esculpida por Silancoid. Las monedas que se acuñaron con su busto demuestran hasta qué punto llegaba la *veneracion* hácia Safo.

4.ª

Safo fué victima del odio de las cortesanas de Atenas (7), y se quejó de sus persecuciones. Un epigrama de Safo, que existe y cuya traduccion ha hecho con tanto tino un literato contemporáneo, alude á esta enemistad. La ofendieron, respondió con la ironia y acabó de imitarlas.

(1) Para no entorpecer la lectura de cada paralelo con esplicaciones y testos, ponemos estos al fin de cada uno en artículo separado.
(2) Bartelemi
(3) Lib. 1.°, l. 3, cap. 9, p. 331.
(4) Sapph. ap. Athu. lib. 13, p. 687. Pind. olimp. v. 96 Ead fragm Crist. Wolf. p. 73.
(5) Rnet. lib. 3, cap. 23.
(6) In. van. lib. 4, cap. 37, p. 403.
(7) Hort. lib. 3, od 13.

5.ª

Safo no huyó á Sicilia tras de su amante. En la nota primera esplicamos la razon de su huida (1). Safo se vió obligada á buscar un asilo contra las persecuciones. En un libro de inscripciones hallamos aludiendo á la crónica de Safo esta voz αυάχιζις que á nuestro entender dice *sufrimiento*.

6.ª

Safo era altamente religiosa segun las creencias de aquellos tiempos, como puede juzgarse de ello por los versos en que pide auxilio á la diosa Venus y que emplezan.

Ποικιλοϑ.......

«¡Eterna y hermosa Venus. Diosa hija del grande Júpiter.»

7.ª

El crimen del suicidio no está comprobado por el salto de Leucades. El salto de Leucades era mas bien una ceremonia religiosa del pueblo griego. Un sacrificio consagrado á Apolo.

Bartelemi hace la descripcion de esta memorable fiesta, que reunia todos los años en el templo de Apolo á los pueblos mas fanáticos de Grecia.

Safo fué á Leucades (2) á buscar el remedio contra su pasion desgraciada. Tres oráculos habia consultado y estaban conformes. La adivina Manto (3) se lo habia predicho. Un sacrificio que se consagraba á un dios y que era aprobado por los oráculos y bendecido por los sacerdotes, no era en Grecia un crimen sino una virtud heróica. Safo no fué, no pudo ser criminal sino con relacion á nuestras doctrinas, segun la religion que desgraciadamente profesaba, por no conocer la luz del catolicismo, Safo descendió á los mares para subir al olimpo.

La ignorancia pues, ó la injusticia de los hombres, pueden solamente condenar á Safo por su sacrificio, juzgándola como á los criminales que se suicidan siendo cristianos y sabiendo que ofenden á su Dios.

Safo por lo que resulta de nuestras investigaciones hechas en las entrañas de la historia á través de la fábula, fué la heroina mas ilustre, la amante mas infortunada y la poetisa mas gloriosa del mundo.

De Santa Teresa.

1.ª

El ingenio literario no lo creó en Teresa como suponen los frailes su vida monástica. Ni sus inspiraciones fueron solo para escribir sobre el arreglo de conventos. La primera obra que escribió Teresa fué una novela caballeresca que fué condenada á las llamas por la censura. El padre Ribera (4) en su libro anotado al márgen de su propia letra dice:

«Dióse al estudio de estos libros, y como el ingenio de Teresa era tan escelente, ansi bebió aquel lenguaje que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro con sus ficciones caballerescas. . . . .

«Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, comenzó á traer galas y olores y á cuidar cabellos y manos y desear parecer bien, aunque sin mala intencion ni deseando jamás ser ocasion á nadie de ofender á Dios.»

Por el elogio del ilustrado padre Ribera, vemos cuánto era el ingenio de Teresa, aun antes de ser iluminada por la gracia divina; pero no conocemos el peligro en que se hallaba su alma por haber escrito aquel libro, puesto que lo que sacó no fué sino aficion *á los perfumes y curar cabellos y manos con deseo de parecer bien: todo sin intencion de ofender á Dios*. Creemos que el estremado celo por la salud de las almas, hace que los temerosos padres hallen peligros en las cosas inocentes. La obra á lo que parece no tiene mas tacha que ser *ficcion*. ¡Oh! cuántas ficciones hay en las crónicas de aquel tiempo, que hacen mas daño á la religion, con ser escritas por religiosos, que la sencilla y cándida fábula que podia inventar Teresa á la edad de 13 años! Por lo que hace á los *perfumes*, perfumes exhalan las flores que Dios hace brotar bajo nuestra planta. *Perfumes* ofrecemos al Señor en los altares. El *curar cabellos y manos* tampoco podia conducir á Teresa á la *perdicion*. La limpieza que con tanto terror miran los de la orden no puede ser un vicio sino cuando la suciedad sea una virtud. Esta no

(1) Marm. Oxon. epoch. 37.
(2) Menand. ap. Estrab. lib. 10. p. 453.
(3) La mas celebre de las adivinas de Grecia. Deciase que Venus la iniciaba en los profundos secretos del porvenir.
(4) Vida de la madre Teresa de Jesus.--Salamanca 1590.

obstante fué la primera *culpa* de Teresa para ser *severamente reconvenida* por los confesores, y el primer motivo de *arrepentimiento* que la llevó á huir de la sociedad. ¡Ay que quebradiza juzgaban los frailes que era la virtud! Tal vez la esperiencia de los vicios del mundo traiga esta suspicacia que la inocencia no tiene ni necesita. Pero mejor que nosotros defiende Teresa su gusto por los perfumes en la respuesta que dió al venerable padre Yepes cuando al ir á limpiarse las manos en un paño oloroso, reconvino ágriamente á las monjas (1). Asi dijo Santa Teresa con mucha humildad y gracia:

«Sepa, padre, que esa imperfeccion han tomado mis hijas de mí. Pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al Fariseo, en el convite que le hizo, porque no le habia recibido con mayor regalo, querria desde el umbral de la puerta á la iglesia que todo estuviera bañado en agua de ángeles, y mire, mi padre, que no se le dá ese paño por amor de V. R., sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, para que se acuerde de la *limpieza* y *buen olor* que ha de llevar en la conciencia: y si esta no *fuese limpia váyanlo siquiera las manos.*»

2.ª

Antes de ser *santa*, porque la *santidad* no es una *cualidad* con que se *nace*, sino que se *adquiere* con el ejercicio de las virtudes, con una vida pura, con un una muerte perfecta, Teresa de Jesús sufrió todas las turbaciones que afligen el corazon de las criaturas, y todos los combates que prueban la fortaleza de la virtud. Léase su vida en donde dice, que el enemigo le despierta los sentidos para pensar en cosas que no son de Dios, y cómo con la gracia de este Señor las vence y sale triunfante. Esa impasibilidad humana, esa bienaventuranza divina no la conquistó sino despues de grandes luchas. Su alma se hallaba á veces confusa con las sensaciones diferentes que esperimentaba.-La santa lo dice (2).

«Vienen algunos dias que me parece que todas las cosas buenas, fervorosas y visiones, se me quitan y aun de la memoria, que aunque quisiera no sé que cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, al menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Túrbaseme el entendimiento que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo.»

A la hora de su muerte todavia le asaltaba el temor de ser vencida. Asi hasta que la criatura muere no se la puede llamar *santa*. Teresa como muger sufrió mucho y solamente cuando murió para ser *santa* se realizó la union de su alma con Dios, que en tanto la criatura existe, aunque sea muy pura, le está aproximada pero no unida.

3.ª

Para que se conozca mejor el gran mérito de la constancia de Teresa, lo que padeció en la vida de reformadora y como era combatida por la soberbia de los frailes, y hasta qué punto llegaban las demasias de estos, copiamos algunas lineas de la carta que la madre dirigió á Felipe II:

«.....Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenian, segun me han dicho. Y sobre todo háles quitado este los confesores y tiénelos presos en su monasterio: y descerrajaron las celdas, y tomáronles lo que tenian, los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, como no siendo perlado ni mostrando por donde hace esto (que ellos estan sujetos á comisario apostólico) se atrevan á tanto, estando este lugar tan cerca de donde está V. M.....» (3)

En efecto aun ahora nos escandaliza que en aquel tiempo pasára esto, y si no lo supiéramos de la boca divina de la santa que adoramos, creeríamos que era calumnia de gentes poco piadosas. En otra carta al padre Gracian dice:

«Me tienen espantada las cosas que han hecho con estas pobres. Y he procurado con ellas que obedezcan, porque era ya mucho el escándalo.»

Estos clamores de la doctora de Avila, nos parecen á nosotros justos, pero los frailes lejos de respetarlos los comentan asi:

»Las monjas que son fuertes y en lo que emprenden saben sentirlo bien, se lo llorarian bien llorado á la santa; y en estos lamentos se fundan algunas cláusulas tan amargas como aquellas lágrimas que escribe al principio y fin de su carta. «*Que procuró con ellas obediencia porque ya era escándalo.* ¿Y quién duda que lo era ya tanto resistir aunque tuvieran mil razones?» (4)

¡Oh cómo se trasluce aqui el corage de Fr. José, y qué poca razon muestra en querer que las monjas *obedezcan* á la *fuerza* aunque no haya razon!

(1) Vida de la Santa madre Teresa de Jesus por al padre Yepes, lib. 3 cap. 3.º
(2) Cartas de Santa Teresa.
(3) Cartas de la Santa madre Teresa de Jesus.
(4) Notas de fray Antonio José, carmelita descalzo, á las obras de santa Teresa

Asi lo conoció la santa, y á pesar de la sumision que se veia obligada á tener, en la dominacion de ellos, era tal el temor que últimamente les tenia, que hay mas de ocho cartas en que pone estos avisos.

«Si algun fraile ha de quedar allí, vuestra reverencia le avise mucho que tenga poco trato con las monjas (1).»

4.ª

Era tanto el martirio que daban los confesores á la purisima conciencia de la monja, que una vez se vé precisada á esclamar con estraña energía.

«....Aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrian hacer creer que esto es *demonio*, porque no puedo (2).»

Poco miramiento tenian con la santa los padres cuando no se prestaba ciegamente á los mandatos de ellos; porque tambien vemos que hasta el nuncio la llama (3) *muger inquieta* y *andariega*.

Teresa de Jesus era una víctima colocada entre los ejércitos de las órdenes enemigas, que se hacian una encarnizada guerra. De sus escritos sacaban provecho comentándolos. Esto sospechamos al ver la tortura que daban á los escritos de la santa, comentándolos y recargando cada espresion con una nota. ¿Para qué? ¿podian sus comentarios darles mas claridad que la luz de la gracia divina que los inspiraba? Poco la estimaron y mucho la persiguieron. Dos veces estuvo como prisionera.

5.ª

Teresa no habia menester de los fatigosos consejos de sus directores, que la suponian estraña á la prevision de las cosas terrenales, y fácil de ser sorprendida del enemigo. Teresa era por el contrario una vigilante y rígida censora de ellos, que descendia á juzgar los hechos profanos y darles consejos, como hacemos observar en la carta dirigida al P. Gracian, y cuya conclusion puede leerse en sus obras. En la boca de oro de Teresa de Jesus toda palabra resplandece, ninguna está fea, pero nosotros no nos atrevemos á copiarla integra.

«En lo que toca á esotra doncella ó dueña, mucho se me ha asentado que no es tanto malenconia como demonio que se pone en esa muger para que haga esos embustes, que no es otra cosa, para si pudiese engañar á V. P., y asi es menester andar con gran recato en este negocio, y no ir V. P. á su casa: en ninguna manera no le acaezca.........» (4)

Esta no es la monja entregada al *éstasis contínuo*, y cuya mision es únicamente traducir á las monjas el *sentido* de sus *visiones*: es la muger indagadora y de razon serena que fija su penetrante mirada en la sociedad para descubrir las malas costumbres y corregirlas. Teresa ha sido acaso la única muger en el mundo que por su sabiduría infalible y por su maravillosa fortaleza ha reunido en sí las dos raras y diferentes cualidades de conocer por teoria todas las pasiones, todos los vicios de las criaturas, y de conservar por práctica toda la pureza, todas las virtudes de loa ángeles.

6.ª

Es tan pueril Teresa cuando habla como monja, y la tenian tan acostumbrada sus directores á que diese cuenta de las menores circunstancias que la acaecian, como vemos por esta carta al padre Gracian:

«¡Oh mi padre! ¡qué desastre me acaeció! que estando en una parba, cabe una venta que no se podia estar en ella, entrásemе una gran salamanquesa ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó y y dió con ella á Alonso Ruiz en la boca........» (5)

Fray José pone á este párrafo una nota mayor que la carta, en a cual, despues de haber hablado de lo natural que era este *susto*, aunque la *sabandija* no *podia morder* á una *santa*, y de la *Virgen*, y de la *serpiente*, y de los *Apóstoles*, y de otras cosas, concluye:

«Y cuando hubiera faltado su hermano, la misma Santa, como otro Pablo á la serpiente de Malta, la hubiera arrojado, no á la boca de Alonso Ruiz, sino al fuego de la venta *ó á la venta del fuego* (6), donde pagasse su osadia. La casualidad de dar con ella en la boca de otro seria materia de recreacion, como accion indeliberada, consiguiente á la prisa que dan lances semejantes.» (7)

(1) Cartas de Santa Teresa de Jesus.
(2) Id.
(3) Id.
(4) Cartas de Santa Teresa, fólio 440, tomo IV.
(5) Cartas de Santa Teresa.
(6) No lo entendemos
(7) Notas de Fr. Antonio José, carmelita descalzo, á las obras de Sta. Teresa.

¡Que tan sábia doctora diese cuenta de esto, y que tan doctos varones se ocupasen en comentarlo!

7.°

La fé piadosa que los frailes afectaban tener en los escritos de Teresa como obras que *Dios mandaba escribir*, no está justificada con sus actos. Para que se conozca cómo todos los escritos de Teresa eran alterados, véase que ni los *estatutos* que formó *auxiliada del Espíritu Santo* se salvaron de ser *examinados*, *correjidos*, *suprimidos* y *aumentados*. Léase la *Bulla ó propio Motu* del papa Sixto V.

8.°

Reuniendo todas las noticias que existen de los escritos de la santa, se puede calcular que escribió mas de 2,000 cartas. Pero muchas de las que escribió á Felipe II, han desaparecido, y, segun afirman los mismos padres, San Juan de la Cruz rompió todas las que habian sido dirigidas á él. Se ignora la suerte de las otras, asi como de infinitas obras que no han visto la luz.

9.°

A Santa Teresa no se la puede comprender sino estudiando en sus escritos, sin atender á las interpretaciones y comentarios que tienen la mayor parte de ellos. Los frailes han presentado una Teresa de Jesus que no es la verdadera, porque la verdadera es mas fuerte, mas grande, mas sábia, mas sublime, mas espiritual y Santa que la que presentan ellos. Solo el elogio del sábio Fr. Luis de Leon y el de alguno otro que han hecho justicia á su gran talento y á sus virtudes, pueden iluminarnos para comprenderla como muger y como escritora. Como santa basta con la fé para adorarla en los altares.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla, mayo de 1848.

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

IV.

MINISTRILES.

Hemos dicho antes que las crónicas latinas llegaron á confundir el nombre de scalda con el de ministril y juglar, y seguramente no es de estrañar, porque el ministril fué llevado á Inglaterra por sus nuevos conquistadores. Luego que los normandos adoptaron la lengua *romana-francesa*, ya los cantores scaldas no se llamaron sino *menestriers*, hoy *minstrels* en inglés, y en nuestra lengua ministriles ó menestrales; y es indudable que de los primeros salieron los últimos, adoptando su ejercicio y sus costumbres, ó si se quiere no eran mas que unos scaldas degenerados. Los ministriles no dejaban de estar bastante en boga, pues se dice que los habia en gran número en el ejército de Guillermo el Conquistador (1066); citándose entre ellos por sus proezas al célebre ministril Tallaferro, que entonando la cancion de Rolando (1), rompió con la lanza las apretadas filas de los sajones, armados de mazas y hachas en la batalla de Hastings, y cayó muerto peleando.

Del normando al acercarse
Los ingleses dispersarse.....
Tallaferro el buen cantor,
Sobre alazan corredor,
Iba delante cantando
A Carloman y á Rolando,
Y á Olivero y sus *vasalls*
Muertos allá en Roncesvalles (2).

Los ministriles ó cantores públicos del tiempo de Enrique II cantaban en sus baladas las gracias y encantos personales de Rosamunda Clifford, una de las queridas de dicho rey, y la muger mas hermosa que hasta entonces se habia visto en el pais. Estos cantores continuaron honrados en Inglaterra, como se ve por la brillante acogida que un siglo despues daba Ricardo I, llamado *Cœur de Lion*, corazon de Leon, á los muchos ministriles y trovadores que acudian á su corte de varios puntos de Europa. La historia refiere que Ricardo, como muy aficionado á la música y á la poesia, y poeta él mismo, llevaba consigo en su espedicion á la Palestina muchos ministriles, y además dos poetas que cantaron en latin sus hazañas novelescas. Refiere además, que habiendo concluido Ricardo su espedicion con mas gloria que ventaja, trató de volverse á Inglaterra; pero obligado á atravesar la Alemania en trage de peregrino, fué arrestado por Leopoldo, duque de Austria, quien le puso en estrecha prision para venderlo al emperador de Alemania. Por mucho tiempo se ignoró el paradero de Ricardo, y solo llegó á descubrirse porque Blondel de Nesle, ministril francés y favorito de dicho rey, despues de recorrer varias capitales, acertó á pasar inmediato á un castillo perteneciente al duque de Austria; y habiendo llegado á saber que en él estaba encerrado hacia tiempo un alto personaje, se colocó debajo de una ventana, y acompañado de su harpa, principió á entonar una cancion francesa, que Ricardo y él habian compuesto. Luego que el rey, que en efecto estaba allí encerrado, oyó la mitad de una estrofa, conoció que era Blondel, y en la primera pausa que este hizo, continuó con su harpa la otra mitad. Convencido Blondel de que habia hecho un descubrimiento importante, volvió á Inglaterra y participó á los barones el lugar del destierro de Ricardo, del cual salió por último, mediante un rescate de 150,000 marcos.

Si se ha retratado al ministril románticamente como un jóven de bella figura, sentado sobre el césped á las orillas de los rios y de las cascadas, ó cerca de una fuente cubierta de tilos y madreselva, con la vista fija en las torrecillas de una habitacion señorial, suspirando amorosas endechas, dirigidas á una castellana que finge desdeñar su amor y sus baladas; los ministriles de la edad media, como dice Mazuy (1), no permanecian siempre en una actitud tan amorosa y lánguida: seguian á sus señores, y con una voz mas resonante que el trueno en los bosques silenciosos, entonaban á la cabeza del ejército cantos de gloria y de conquista. Cuando dos tropas enemigas se ponian delante una de otra, los ministriles tomaban ya sus vielas ó violines, ya sus rotas ó laudes, como los scaldas y los bardos sus harpas de oro, y recitaban, acompañándose, las hazañas de los caballeros que habian muerto peleando, ó vencido en las grandes refriegas.

Esta fué, pues, con corta diferencia, la ocupacion del ministril en toda Europa antes de la edad media. En Inglaterra siguieron siempre con la misma preponderancia; pero llegó su número á ser tan crecido, que asi por esto como por haberse convertido en bufones, no eran ya apreciados como antes, aunque todavia se buscasen por recreo y pasatiempo. Eduardo II en 1315, se vió obligado á dar un decreto para refrenar la desvergonzada intrusion de los ministriles, que se metian en las casas sin llamarlos, y los trató de vagabundos y trapaceros, cuya intemperancia era ya demasiado repugnaante. Un siglo despues (1464) habian crecido de tal manera estos abusos, que aun el corrompido y cruel Eduardo VI se lamentaba de ellos. Todavia en tiempo de Enrique VIII (1546) continuaban en Inglaterra los ministriles, pues los habia al servicio de los nobles y de las familias ricas y poderosas; pero habiéndose hecho unos verdaderos saltimbanquis y charlatanes, perdieron su antigua reputacion. Walter Scot en *The lay of the last minstrel*, la cancion del último ministril, hace que un anciano y enfermo harpista se queje de la suerte del pobre ministril, y recuerde los antiguos tiempos felices.

El trage de los ministriles ha sido diferente en casi todas las naciones donde los hubo. Geffry de Monmouth refiere que los anteriores á la edad media tenian un aspecto clerical, pues iban tonsurados; pero que despues, á pesar de no llevar ya la barba antigua, vestian de un modo elegante y lujoso. Cubríales la cabeza un caprichoso y lindo birrete: el cuello de la camisa se elevaba rizado con pliegues: una túnica de mangas dobles, unas perdidas y otras ajustadas al brazo, se abrochaba en el cuello por medio de un boton de oro: zapatos encarnados con ricos lazos: el harpa colgada por delante con gracia, y la llave á un lado pendiente de un cinturon; finalmente, las armas de su señor suspendidas al pecho por una brillante cadena de plata. Es indudable que no todos los ministriles llevaron este trage, ni tocaron el harpa solamente; pero tal era al menos el ministril que el conde de Leicester hizo que se presentase en las fiestas dadas á Isabel de Inglaterra (1575) en el castillo de Kenilworth, vestido segun el antiguo trage que aquellos cantores llevaban en la córte, los cuales en las principales solemnidades aparecian montados en magníficos caballos.

Estos eran los ministriles en Inglaterra; pero si en algunos puntos de Europa han quedado noticias de ellos, en ninguna parte tantas como en Francia. Luego que se firmaba una tregua, dice el antes citado Mazuy, ó se concluia un tratado de paz que permitia á los barones el vulver á ver sus hogares, la belleza de sus damas y la

(1) Singing the song of Roland, one of famous chiefs of their country.—GOLDSMITH, *History of England*.

(2) «Quand ils virent Normans venir
Mout veissiez Anglais fremir....
Taillefer ki mout bien chantait
Sur un cheval ki tost allait
Devant eux allait chantant
De Karllemaigne et de Rouellant
E d'Olivier et des vassaus
Ki morurent à Rainschevaus.»
(WACE)

(1) *Types et caractères anciens.*

gentileza de sus pages, todos los ministriles acudian á los castillos. A su llegada se bajaban los puentes levadizos, el enano hacia resonar los ecos de su corneta, los escuderos abrian las hojas de las pesadas puertas de bronce, la castellana y sus hijas acudian en tropel, y el ministril, orgulloso con tantos honores, feliz con tantas atenciones, se adelantaba prometiendo alegres trovas y festivas narraciones durante su morada en el castillo. Con el rostro lleno de insinuante sonrisa les decia:

Por amor de mi amiguita
Cuanto ordene cantaré,
y en su elogio compondré
la cántiga mas bonita.

Soy tañedor de vielas,
sé lindas cosas narrar,
y en mi laud entonar
serventesios, pastorelas (1).

Despues de estas ofertas y cumplimientos, el ministril era introducido á la presencia del orgulloso castellano, y agasajado en recompensa de sus muchas habilidades. Semejante honor, tributado á estos poetas aventureros, podrá quizá parecer exagerado al que no se haga cargo de lo caballeresco de aquella época. De cierto se sabe por las crónicas francesas que los ministriles andaban errantes sin tener una residencia fija, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, en tropas mayores ó menores, con sus mugeres é hijos, buscando por todas partes cómo divertir á los grandes y á los ricos con elogios, á las mugeres con adulaciones, y con torpes bufonadas á la clase baja del pueblo. Contaban fábulas é historietas, cantaban, hacian de bufones y otras cosas; y segun sus varias ocupaciones, se llamaban *Trouveres*, *Troubadours*, *Romanciers*, *Conteurs*, *Chanterres*, *Jongleurs*, *Menestriers*, etc.



El que queria ser un hábil y distinguido ministril, y no un juglar, debia ser músico, narrador y sábio á la vez; estar dispuesto á sostener tesis amorosas ó científicas; en una palabra, á responder *de omni re scibili*. Debia saber contar los sucesos en lengua romana y latina, ó en idioma provenzal, cantar de memoria una gran cantidad de *Lais*, y tocar los instrumentos entonces en uso.

Habia las *chansons de gestes*, canciones de gestas, de contenido histórico; los *romans d' aventures*, en que se cantaban los hechos de los caballeros; poemas nacionales sobre la valentia de los paladines; pero las canciones mas usadas eran las Lais ó cántigas sobre objetos alegres, tristes, eróticos y devotos, las cuales se acompañaban con el laud ó el harpa.

El ministril francés salmodiaba los milagros de san Benito, ó las crónicas de san Maglório; deploraba las desventuras de Baudvilda la de las cejas rubias, victima de las asechanzas de Veland, ó la suerte lamentable de la castellana de Vergy; era jovial y burlon; popularizaba las canciones de Tibaldo, conde de Champaña y rey de Navarra; ponia en verso la fábula de Aucassin y de Nicolasilla su amiga, la del lego fray Dionisio, ó la del sacristan y la mujer del caballero.

Los *Rotruenges* eran unas coplas cantadas en coro ó círculo, y acompañadas con el instrumento llamado *rota*. Lós *servantois* ó *sirventes*, serventesios, eran cantos de contenido histórico, y las *Pastourelles*, lo que nosotros llamabamos villanescas ó pastorales. Los ministriles franceses, y los que de Francia venian á España, en especial á Aragon y Cataluña, ademas del harpa tenian otros instrumentos, empleados en ocasiones solemnes, ó en las casas de los ricos. Dichos instrumentos era la *Viele*, viela, la *Muse* ó *Musette* ó *cornemuse*, cornamusa, la *Chifonie* (1), el *salteire* y la *Rote*.

Llegándose á pervertir las costumbres de los ministriles hácia la mitad de la edad media, y rehusándoles los señores y las castellanas la hospitalidad, se acarrearon el desprecio por todas partes, viéndose reducidos á una vida aventurera y á confundirse con toda clase de jente perdida. En Alemania, dice Lichtenthal (2), los escomulgó la iglesia, y las leyes los declararon como infames; sus hijos no podian aprender ningun oficio, siendo calificados como bastardos. En otros paises europeos, y particularmente en Francia, tuvieron por mucho tiempo una suerte igual. Por todas partes fueron acogidos por los hombres, mientras que las leyes los perseguian y los trataban como á la hez mas vil. Tal fué la consecuencia de su vida desordenada; pero la cultura siempre creciente, y un gusto algo refinado por diversiones mejores produjeron poco á poco una reforma. Viendo los ministriles que con una vida errante iban siempre á menos, elijieron habitaciones fijas, y su estable domicilio les dejó tiempo para perfeccionarse en el arte, conociendo bien pronto cuán absurdo era el entregarse á arlequinadas y charlatanerias (3). Con semejante mudanza salieron de los prostituidos ministriles tocadores de toda especie, los cuales, despues de sujetarse al órden civil, se emplearon unos en las músicas de iglesia, y otros en las fiestas y danzas públicas. De estos charlatanes nacieron poetas, que si al principio no llegaron á un alto grado de perfeccion, trazaron la senda de la verdadera y perfecta poesia que mas tarde continuaron los provenzales, como precursores del Dante, Petrarca y Boccaccio.

De este modo, continúa el citado Lichtenthal, se alzaron dos nobles artes del fango, donde estaban sepultadas, por decirlo asi, y manejadas por hombres distintos, llegaron al grado de poder servir noblemente para recreo del espíritu y del corazon. Asi es que nacieron clases de verdaderos poetas, y se formaron cuerpos musicales que comenzaron á crearse bajo la proteccion de los magistrados en los siglos XIII y XIV.

La primera de estas reuniones se fundó en Francia hácia el año 1330, bajo el nombre de *Confrerie de S. Julien des Menestriers*. Sus individuos ó cofrades se llamaban *Compagnos*, *Jongleurs*, *Menestreux* ó *Menestriers* y *Menestrels*. Esta reunion fué autorizada y confirmada por los majistrados en noviembre de 1331. La sociedad elijió no solo un santo protector como fué san Genest (jugador de cubiletes, romano, el cual vuelto cristiano, murió como martir en 303), sino tambien un Prepósito, bajo el nombre de *Roi des Menestriers*: pues en aquellos tiempos casi todas las hermandades tenian un jefe con el titulo de Rey; como se decia tambien *el rey de los locos*, en la antigua fiesta de dicho nombre (4).

Toda la cofradia habitaba en una sola calle, llamada *Rue de San Julien des Menestriers*; y si alguna persona queria dar música en ocasion de bodas ú otras fiestas, acudia á aquella calle por tocadores.

A la nueva sociedad le sucedió lo que á casi todas, llegó tambien á entregarse á una vida disoluta, y despues de varias órdenes severas se dividió en dos partes: una tornó á su antigua manera de vida, bailando en la cuerda; otra se unió nuevamente bajo la tutela de los magistrados, y estando entonces en moda una especie de violin de tres cuerdas, llamado *Bebec*, tomó el titulo de *Menestrels. joueurs d' instrumens*, *tant haut que bas*. El rey Cárlos VI confirmó este titulo en patente de 14 de abril de 1401, la cual comienza de esta manera:

(1) Je chanterai
Et je ferai
Chanson joliette
Pour l' amour m' de amiette.

Car je suis joueur de vielle,
Je sais narrer, je sais fabliaux,
Je sais conter beaux dits nouveaux,
Et servantois et pastourelles.
(Marty)

(1) Véase lo que es este instrumento en el diccionario de nuestra lengua, en la voz *sinfonia*. Todavia lo usan los gallegos y asturianos.

(2) Dizionario della Musica.

(3) Entiéndase que la voz *Charlataneria* es derivada de la palabra francesa *Charles*. Como los ministriles franceses que andaban de una parte á otra, ademas de sus *lais* deshonestas no cantasen comunmente otras hazañas que las de Carlomagno, los italianos les denominaron los *ciarles* ó *ciarlatani*, viniendo á convertirse esta palabra en *charlatanes* para nosotros, pero con otra significacion distinta.

(4) Quant au titre de roi,... on sait qu' au Moyen-Age les chefs de certaines corporations étaient ainsi designés: il y avait un roi de la basoche, un roi des menetriers, un roi des archers, un roi des merciers, un roi des barbiers, et des rois d'armes, *reges armorum*, parmi les hérauts et les poursuivants d'armes.
Marty.

«*Charles, par la grace de Dieu, roi de France: savoir faisons á tous présens et á venir. Nous avons recu l'humble supplication du rodes Menestrels et des autres Menestrels, Joueurs des instrumens, tan haut comme bas, contenant comme dés l'an 1397 pour leur sciencie de Menestradise, faire et entretenir selon certaines Ordonnances, par eux autrefois faites, et tous Menestrels, tant joueurs de hauts instrumens comme bas, seront tenus de aller pardevant le dit roi des Menestrels, pour faire serment d'accomplir toutes les choses ci-aprés declarées, etc.*»

Las ordenanzas arriba indicadas se referian á bodas y á otros casos en que los ministriles podian tocar. Ignórase la suerte ulterior de esta sociedad despues de dicha patente; pero consta de que tuvo una larga série de reyes, entre los cuales hubo un Guillermo I y un II, un Dumanoir, un Constantino, y finalmente un Jean-Pierre Guignon (1). El último se llamó *roi de violons*, rey de los violines, el cual queria tener bajo su dominio no solo á toda clase de música, sino tambien á los maestros de baile; así es que sostuvo un pleito muy serio que perdió, y que indujo al verdadero monarca á abolir en 1773 semejante dignidad musical. Los trámites de esta causa singular se imprimieron de real orden en 1774 con el título de: *Recueil d' Edits, Arrets du conseil du roi, Letres-Patentes, etc. en faveur des Musiciens du Royaume.*

Una institucion musical semejante á la anterior existia tambien en Alemania, en donde llamaban á los ministriles *Spielleute*, tocadores. Se ignora precisamente la época de su creacion, pero parece que el supremo oficio musical en Viena, llamado *Ober-Spiel-Grafen, Amt*, bajo cuya jurisdiccion estaban los *Mimos*, *Histriones* y músicos de toda el Austria, existia ya en el siglo XIV.

Por último, los ministriles inundaron tambien la Italia; y Muratori cita una antigua historia de Bolonia en el año 1288 en donde se lee, que esta clase de gentes hormigueaban en las calles de tal modo, que tuvieron que prohibir los magistrados que se pusieran á cantar en las plazas públicas. Refiere igualmente que en 1334 en una fiesta celebrada en Rimini, en ocasion de armar caballeros á algunos nobles italianos, se hallaron presentes mas de mil y quinientos histriones.

En España, como en otras muchas partes, se confundieron á menudo los nombres de ministriles con los de juglares, que indudablemente no eran unos mismos, como tampoco eran iguales los ministriles á los trovadores, aunque de ello se encuentren ejemplos. Entre nosotros el ministril ó juglar tuvo algunas preeminencias por ser cantor, músico y poeta al mismo tiempo. Así se deduce de lo que se lee en el privilejio de la confirmacion del *Fuero de los Francos*, dado por don Alonso VII en Burgos, cuando recibió la corona en dicha ciudad. En este privilejio, formado no solo por don Alonso sino para varios personages, en la cuarta columna se halla la firma de un juglar ó músico de profesion, llamado Palea, en estos términos: *Palea juglar confirmat*; lo cual indica que los tales cantores tenian por entonces en España alguna importancia.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

A decir verdad, ya yo estaba preparado á una cita fuera de las reglas ordinarias, pensando que mi jamona, como casi todas las mugeres de sus años, trataria de suplir con el aparato escénico todo lo que á sus encantos faltaba de juventud y lozania; pero íbame pareciendo sobrado misterio y maquinaria escesiva, lo de tenerme en tinieblas y privado de oir humana voz. Así, pues, que hube tomado asiento, y asegurádome con el suave contacto de unos rizos perfumados y ondulantes, de que tenia á mi lado, en efecto, á un individuo del bello sexo, resolvíme á entablar vigorosamente la conversacion; mas apenas hube pronunciado la primer palabra, y al mismo tiempo estendido el brazo derecho para tomar con él la medida de la cintura de la invisible belleza, cuando esta, dando un ligerísimo salto, se puso fuera de mi alcance, y con su mano suave y pequeña, pero firme al mismo tiempo, me tapó la boca, diciéndome en voz algo conmovida:

—«¡Silencio! Espérese V. aquí y no se mueva hasta que venga la persona que busca.»

La mordaza que me habian puesto me pareció tan linda, que no pude menos de entretenerme en besarla mientras la voz hablaba; pero como aquel ejercicio era incompatible con la necesidad de contestar á la desconocida, hube de ponerle término para decir:

«La que yo busco eres tú.»—¡Silencio, me interrumpieron, si nos oyera! La que V. busca vendrá. Adios.»

Mientras tal me decian habia yo dado con la cintura que antes se me escapára, y sentido latir bajo un corpiño admirablemente ajustado al talle de su portadora, un corazon que no debia de estar muy sereno; por manera que, sin fatuidad, pude persuadirme de que, fuese ó no fuese aquella muger la que me citaba, mi persona no le era indiferente.

A mis años entonces la consecuencia de observaciones semejantes es la de mostrarse, cuando menos, agradecido á la buena voluntad de una muger; y yo, señores, olvidando ya á todas las jamonas del mundo, quisiera probarle mi gratitud á la invisible silfide; mas ella, ó comprendiendo el riesgo, ó temiendo otros peligros, desasióse de mis brazos, no sin que, no sé cómo, se rozasen muy de cerca nuestros rostros, y salió del cuarto en que estábamos cerrando tras de sí una puerta.

—«Basta por hoy, dijo don Diego, que es tarde; y el brigadier va complaciéndose demasiado en cuadros sobradamente peligrosos.»

Y con tal observacion de nuestro Aristarco se terminó la sesion de aquella tarde.

X.

Una hija tan buena como su madre.

Sotopardo. Una hora ó mas tiempo acaso, estuve solo, y no sosegado por cierto, en el oscuro gabinete: mas al cabo, oido un portazo, y la despedida en voz gangosa y acento nasal de un prójimo, cuya visita sin duda era causa de mi planton, entró á sacarme de penas con una luz en la mano la jamona del garito, la Antonia que pasaba por mujer del supuesto don Juan de Retama, la *Milagros*, en fin, causa ocasional, sino fundamental, del descrédito, ruina y envilecimiento de don Fadrique de Vargas.

No quiero, señores, no debo tampoco molestar ni escandalizar á VV., y en particular al severísimo señor don Diego, con relatos profanos y ocasionados: fácilmente adivinarán que entre un capitan de caballería jóven y fogoso, y una *Aspasia* de origen egipcio, por no decir gitano, ni el concierto seria difícil, ni lánguida la conversacion: pero lo que no puedo menos de indicar, siquiera en disculpa de mi estragado gusto, ó en prueba de la instabilidad de ciertas inclinaciones, es que á poco tiempo de entrevista se apoderó de mi ánimo un sentimiento mas fácil de comprender que de esplicar. ¿Han tenido VV. hambre alguna vez, y necesidad absoluta de satisfacerla en la ahumada cocina de un ventorrillo?—Pues figurénse, si por ello no han pasado como yo, que se han comido un plato de sopas hechas con ajo, cebolla y cominos, cuyas primeras cucharadas afectaron agradablemente su paladar escitado: pero que satisfecho el apetito recobran el gusto perdido, y sienten un asco invencible, que les hace echar de menos hasta el hambre misma. Tal me sucedió con la veterana Aspasia, y como nunca he sido muy diestro en disimular mis afectos, ella, á pesar de mis esfuerzos para ocultar el aburrimiento que me dominaba, hubo de conocerlo sin duda alguna. Precisamente su situacion era la contraria: en general donde la pasion para el hombre comienza á declinar nace la de las mujeres; y las *ultra-equinocciales*, sobre todo, se pagan de sus galanes favorecidos y á ellos se aferran como el marisco á la roca en que nace.

Dicho esto, amigos mios, comprenderán VV. que desde nuestra primera entrevista se convirtieron aquellas relaciones en una lucha en que, si estaban de mi parte la fuerza y la juventud, de la suya tenia mi adversaria la habilidad y la esperiencia, bastantes por algun tiempo á equilibrar el combate: pero un tercer personage, oculto por el momento en la sombra del cuadro, habia resuelto complicar el negocio y supo conseguirlo en efecto.

No sabia yo cómo defenderme del cargo de tibieza que con harta justicia se me hacia, y acudí á los celos, que hice recaer—¿Por qué? Yo mismo lo ignoro, pero que, en fin, hice recaer sobre la voz gangosa, cuya despedida fué preludio á mi supuesta ventura—Milagros que no esperaba tan brusco ataque se turbó un instante, mas recobrando en breve su serenidad, dijo riéndose que aquella voz

(1) Ducange habla tambien de un documento de 1338, en el que se lee: *Je Robert Caveron roi des Menestrels du Royaume de France*; y de otros documentos de 1357 y 1362 en los que se menciona á un tal *Copin du Brequin* como rey de los ministriles del reino de Francia. Estos reyes recibieron tambien coronas de plata, como se deduce de los gastos ocasionados en la libertad del rey Juan I en 1367, hecho prisionero en 1356 cerca de Poitiers, pues entre otras cosas se lee: *Pour une couronne d'argent qu'il donna le jour de la Tiphanie au roy des Menestrels.*

era la de un *buen religioso*, padre jubilado de cierta órden monástica, y protector de la familia, á quien debian ella y su hija la libertad de que gozaban, y por cuya intercesion esperaban conseguir la de *su marido* que aun continuaba preso. Una vez ya la conversacion en tal capítulo, naturalmente entraba la novela sentimental de las desgracias de la *familia*, la brutalidad de su gefe, la desdicha de la pobre *víctima*, y la dura necesidad de *descender* de la altura en que se habia nacido, etc.—Todo lo escuché con el aire de compuncion conveniente, y como el deseo de que no se variase de tema por el momento me hizo amable y hasta cariñoso, Milagros recobró pronto la perdida confianza.

Yo entonces, tanto por cumplir mi palabra, como por proporcionarme compañía en aquella aventura, traté de hacer algo por Mendoza, y para ello empecé preguntando á la Gitana por su hija.—Un relámpago de celosa desconfianza brilló en sus negros rutilantes ojos al escuchar mi pregunta, pero tan rápido como venenoso; y si bien en el momento lo atribuí solo al sentimiento de envidia natural en todas las jamonas galantes contra las mugeres jóvenes y hermosas, aunque sean sus propias hijas, mas tarde me he dicho muchas veces que debí haber adivinado á la *Víbora* en aquella sola mirada.—Como quiera que sea, Milagros, dominándose, consintió con dificultad en que Mendoza visitara su casa, pero anunciándome que le vigilaria muy de cerca: no queriendo, me dijo, que su hija se perdiese, aunque ella misma no era buena.—Parecióme tal sentimiento sobrado natural y justo para contradecirlo; pero aun con ser jóven entonces se me ocurrió la idea de que le estuviera mejor á la madre, y fuera mas eficaz para la virtud de la hija, que diese aquella á ésta buenos ejemplos con su vida, que guardarla con celoso esmero.

La verdad era que hija y madre, dignísimas la una de la otra, habian comprendido el bestial candor de mi compañero, y resuelto en consecuencia encaminar el negocio por la senda del santo matrimonio, para lo cual era escelente medio multiplicar los obstáculos y persuadir al pretendiente de que aquella fortaleza era poco menos que inespugnable.

Semejante táctica hubiera sido conmigo de poco provecho; con Mendoza, mortal predestinado á la beatitud que procede de una ceguedad moral incurable, debia ser y fué al cabo omnipotente; pero no anticipemos los sucesos.

Convenidos Milagros y yo en un plan de vida mas que regocijado, si bien cauto en estremo, mientras *su marido* salia de la cárcel, y presentado Mendoza en la casa, entablóse un cuarteto en el cual la armonía resultaba solo de las disonancias.

Mendoza hacia el amante sentimental de pais de abanico; Matilde la coqueta risueña, la virtud alegre aunque invencible; mi jamona la mujer de mundo apasionada; yo el calavera francamente escéptico. Esto en las apariencias, que en el fondo de los corazones otra cosa pasaba, á escepcion de mi pobre compañero, que era víctima de una pasion sincerísima. En efecto, Matilde, despreciando á Mendoza, me lanzaba las mas espresivas ojeadas siempre que á hurtadillas de su madre podia hacerlo; yo, recordando la cintura que habia medido la noche de mi primera entrevista con Milagros, y, lo que era peor, comparando la beldad sin artificios, fresca, aromática, por decirlo así, de la hija, con los encantos *industriales* de la madre, me sentia á mi pesar arrastrado hácia la primera de tal modo, que solo por no privarme de verla me resignaba á no romper con la última. ¿Qué diré á VV. de Milagros? Entonces la creí ciega; hoy me encuentro convencido de que veia claramente lo que en mí pasaba; mas por lo mismo, conociendo que una sola queja la hubiera perdido, se resignaba á dejarse abrasar por la llama que otra encendia. Y cuando digo que se resignaba, quizá no me esplico con toda propiedad, porque de vez en cuando el volcan contenido hacia su esplosion, ya contra mí, ya con mas frecuencia contra Matilde, y casi constantemente contra el pobre Mendoza, que se desvivia, sin embargo, por complacer á la madre de la reina y señora de sus pensamientos.

Sentiria que se figuráran VV. que, al menos por lo que á mí respecta, la situacion que he procurado describirles, fuese en la época á que me refiero tan clara y paladina como hoy la pinto. No: en mi cabeza no entraba la idea de hacer una felonía á mi compañero, ni por consiguiente una infidelidad á Milagros con su propia hija; pero la fatalidad me arrastraba insensible, aunque poderosamente, á cometer ambas faltas.

Con las dos mugeres que en aquel drama intervenian las peripecias y las catástrofes mismas no podian hacerse esperar mucho tiempo. En las venas de entrambas circulaba la sangre ardiente de los hijos del Desierto: el amor en sus corazones participaba del frenesí del ódio; y el ódio mismo se sublimaba. La una y la otra eran incapaces de virtud: el vicio y aun el crímen su vocacion; hasta entonces estuvieron de acuerdo, porque nunca aspiraron á una misma cosa; desde el momento en que la una poseia á un hombre que la otra deseaba, debian ser y fueron implacables enemigas.

A los dos ó tres meses de nuestras relaciones ya no nos unian á unos con otros los lazos del placer, sino los de un sentimiento verdaderamente infernal, que afectando diversas formas segun la índole especial de cada uno de nosotros, era, sin embargo, uno en la esencia, uno que todos conocemos, ninguno acierta á esplicar, y á que yo mismo no sé poner nombre. La verdad es que á las leyes de la moral no se falta nunca impunemente, y que el mas cruel de los castigos que por culpas de tal naturaleza se imponen al hombre, es en mi concepto ese malestar indefinible, ese desabrimiento consigo mismo, ese anhelo insaciable de nuevos deleites, esa instabilidad en sus gustos, que le amargan los que logra, le empalagan con los que gozó, y le inhabilitan para los que son objeto de sus aspiraciones.

La inmoralidad es una harpía que hace inmundo todo aquello que toca.

Pero, volviendo á mi cuento, pasaron unos tres meses, durante los cuales el don Juan de Retama, á ruego de buenos, logró, segun me dijo su digna *esposa*, que la pena durísima que le amenazaba se conmutase en destierro de la monarquía española. Milagros y su hija permanecieron en Madrid á pretesto de arreglar negocios y recoger algunas cantidades que, decian, les adeudaban ciertos sugetos, mas en realidad porque ni á la una ni á la otra convenia salir por entonces de la Córte. La madre tenia para ello, fuera de la pasion de que yo era objeto, otras razones que pronto conocerán VV.; en cuanto á la hija, ¿Cómo habia de renunciar á la esperanza de casarse, aun sin tomar en cuenta su diabólica inclinacion á mi humilde persona?—Mas en medio de todo, lo que entonces me asombraba y ahora supongo que admirará á VV., amigos mios, es que aquellas mugeres á quienes poco tiempo antes conocimos en un gazapon inmundo y en la mayor miseria, viviesen, como vivian, en decente, desahogada medianía, sin aceptar ni de Mendoza ni de mí aun aquellos regalos que son como de tabla en semejantes casos. *¡Cálculo!* pensará alguno; y es posible que por parte de Matilde lo hubiese, mas por lo que respecta á Milagros el desinterés era sincero entonces, y no se me rian ustedes, porque digo la verdad entera. Si, aquella muger, como todas las de su misma edad y circunstancias cuando se apasionan, sintiendo instintivamente cuanto les falta en atractivos y les sobra en años para cautivar un corazon jóven y ardiente, procuran, y sin cálculo, elevarse por medio del mas completo desinterés á la region de los nobles sentimientos. En tal situacion las hay que, en una necesidad estrema, preferirian prostituirse á un estraño á recibir una sola moneda de manos de su amante.

Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que en materia de dinero no es posible conducirse con mas desinterés que aquellas dos mugeres se conducian con nosotros. Así Mendoza, enamorándose mas y mas cada dia, y hallando un muro de hielo que rechazaba el ardor de sus deseos, resolvió, en fin, casarse, pero ocultándome aquella determinacion cuidadosamente, porque cuantas veces me la habia insinuado, recibió en respuesta ó severas advertencias ó amargos sarcasmos. Matilde, por su parte, ya de malísima fé con su madre, y con su plan formado á mayor abundamiento, nada nos dijo á Milagros ni á mí; por manera, que ya mi compañero tenia conseguida la Real licencia para contraer matrimonio, cuando, ignorándolo absolutamente nosotros, ocurrió la escena que voy á referir á VV. seguidamente.

Antes, empero, conviene advertir que el *Padre jubilado*, protector de aquella *desgraciada familia*, tenia costumbre de visitarla dos veces á la semana, siempre á la misma hora, que era la del anochecer. Recibíale Milagros, en general, á solas; pocas veces Matilde; y cuidábase infinito de que ignorase nuestras visitas; porque era preciso, se nos decia, que el santo varon no pudiese ni sospechar siquiera los deslices de aquellas á quienes por buenas tenia y en tal concepto amparaba. Mi naturaleza ha sido siempre singular: siendo muy poco creyente, es, sin embargo, facilísimo engañarme, porque aquello que juzgo absurdo ó que me es antipático, me parece en todos imposible. Así juro á VV. que, considerando á un fraile como una especie de animal neutro, jamás me pasó por la cabeza la idea de recelar nada de aquellas entrevistas periódicas, á solas, y en general muy largas. Verdad es que, no estando enamorado, ni mucho menos, de Milagros, la sensibilidad del órgano de los celos estaba lejos de ser entonces esquisita en mí; y verdad tambien que, como una ó dos veces, ausente Mendoza, no recuerdo por qué motivo, me hallé á solas con Matilde mientras su madre daba conversacion al reverendo, lejos de sentir las visitas de este, sospecho que las deseaba, ó cuando menos que con placer las veia.

Y sin embargo, como en las posiciones falsas es todo contradictorio, nada conduce al fin deseado, yo, que anhelaba hallarme á solas con Matilde, cuando lo conseguia dejábame dominar por una timidez, ó mas bien perplejidad, tanto mas penosa cuanto mas agena

á mi carácter naturalmente audaz y osado. Ella por su parte no parecia tampoco mas satisfecha que yo, y llegó á acontecernos haber pasado hora y media sin testigos, ambos sentados cada uno al estremo de un mismo sofá, sin habernos dicho mas de media docena de palabras, y esas insignificantes, ó inoportunas, ó necias. Asi, mal contentos el uno del otro, nos cogia la llegada de Milagros y de Mendoza, y en aquel momento era cuando con una mirada nos deciamos: «¡Qué lástima! ¡Ahora que ya ibamos á entablar la conversacion!»

Matilde, á quien Alfonso ha conocido bastante hermosa para justificar la frenética pasion que supo inspirarle, era en la época á que me refiero una perfecta hermosura, y mas que bella graciosa; y sobre la hermosura y la gracia, tenia ese don de seducir, esa atmósfera de voluptuosidad que irradia de ciertas privilegiadas mugeres, y trastorna el juicio de cuantos se les acercan. En punto á juicio ya saben VV. el poco que por entonces tenia mi pobre cabeza: figúrense, pues, cómo me puso aquella irresistible sirena.

Pero todavia no comprenderán VV. bien las situaciones si no se hacen cargo de que la hija de Milagros estaba (confieso que parece inmodesto decirlo) perdidamente enamorada del amante de su madre.

Don Diego. ¡No estaria malo el amor de aquella Pécora! Por Dios, Brigadier, que no me parece que se ha curado V. aun radicalmente.

Sotopardo: Tan radicalmenre, que hablo del *Cárlos* de entonces, como pudiera de Cárlos de Suecia, ó de cualquiera otro difunto há siglos: pero Matilde me amaba, es verdad y debo decirlo.

Espliquémonos: sin embargo: si por amor entendemos aqui los primeros ardientes latidos de un corazon puro é inocente, una llama eterea como la *Psiquis*, la aspiracion de una *santa Teresa* á los brazos de su divino esposo, entonces digo que Matilde era incapaz de amar ni á mi ni á nadie. La voluptuosidad carnal era el elemento dominante en la constitucion orgánica de aquella mujer, y las circunstancias de su nacimiento, familia y educacion lejos de espiritualizarla, contribuyeron á robustecer su natural índole: pero Matilde podia amar y me amaba positivamente con el frenési de una *Safo*, con la intensidad de una *Fedra*, con la saña de una *Clitemnestra*. No era á mi, si VV. quieren, á quien realmente amaba, sino á si misma: no fui yo el autor del fuego que la devoraba, sino la causa ocasional que de su estado latente fui á sacarlo: pero como objeto de sus deseos, ó como posesion para ella vedada, el hecho es que por mi y para mi vivia entonces, y que para llegar hasta mi hubiera sido capaz de locuras, y hasta de crimenes.

Escasa era la moralidad de aquella mujer, escasa por no decir nula, pero no obstante hay en todas las conciencias un grito de reprobacion para ciertas acciones que dificilmente se sofoca; y ese grito decia á Matilde: «*Aparta los lascivos ojos del amante de tu madre.*» Oida esa voz, un corazon entero y virtuoso aparta de si la tentacion; el débil se refugia en brazos de la religion ó huye del objeto de su mal deseo; el imprevisor sucumbe inopinadamente; mas el impio se dice: «Cúmplase mi voluntad y ábrase el abismo para tragarme.»

Tales debian de ser los raciocinios de don Juan Tenorio, tal fué el de Matilde, que no ignorante, no alucinada, sino á sabiendas, y con lógica resolucion, se propuso ser mia, por no decir que yo fuese suyo.

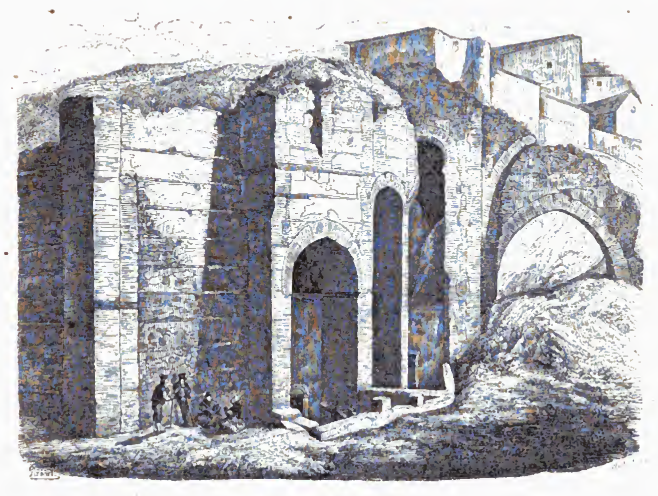
(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



(El Centinela.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



Los palacios de Villena.

I.

En la parte oriental de la ciudad de Toledo y plazuela que llaman del Tránsito, existen todavia unas venerables ruinas, que por la solidez de sus arcos y machones parecen ser de fábrica muy remota, y restos quizá de algun palacio de reyezuelo moro. La devastadora mano del tiempo, que nada perdona, ha hecho tales estragos, que solo quedan de su primitiva grandeza algunos sótanos, especie de catacumbas, cuya terminacion nadie hasta el dia ha podido descubrir.

Se conserva la tradicion que sobre esas bóvedas y subterráneos se alzaba, hace mas de quinientos años, un suntuoso edificio, que fué morada, por concesion de los reyes, del célebre marqués ó duque de Villena y conde de Cangas y Tineo, D. Enrique de Aragon, maestre de Santiago y primo hermano del rey D. Juan II. Los que hasta nuestros dias han habitado aquellos laberintos y oscuras cavernas, no vacilan ni temen asegurar que en estos tenebrosos lugares era donde el hechicero marqués hacia sus terribles evocaciones y conjuros, y ponia en juego las diabólicas artes que habia aprendido de la magia negra, hasta quedar metido en la redoma, como lo refieren nuestras consejas. Sea de esto lo que quiera, y no tratando de disputar á estas buenas gentes su creencia, que trasmitida de padres á hijos la conservan religiosamente, lo cierto es que los palacios que allí hubo, cuyas ruinas conservan hasta hoy el título de *Palacios de Villena*, pertenecieron al estado de ese nombre y al ya citado don Enrique.

Devuelto aquel á la corona por la muerte del infante, parece que el rey D. Pedro, llamado por unos el Cruel, por otros el Justiciero, los dió á su tesorero mayor, el judío Samuel Levi, quien despues de haber servido fielmente á su señor, sufrió un crudo tormento, quizá en las mismas cuevas que aun subsisten, para que entregase hasta la última dobla de sus hacinados y muy ocultos tesoros. Posteriormente, queriendo dar una prueba solemne de su aprecio el rey D. Enrique IV á su gran privado D. Juan Pacheco, y premiar los muchos servicios que le habia prestado, á mas de hacerle duque de Escalona, le dió el honroso título de marqués de Villena, y con él los palacios en cuestion, que pertenecieron al primero que llevó ese nombre, y en el año 1525, que es al que se refiere nuestro artículo eran propiedad de su hijo D. Diego Lopez Pacheco, segundo duque de Escalona, y tambien marqués de Villena. Muy suntuosos debian ser estos edificios, y muy rico y costoso el adorno de sus habitaciones y dependencias, pues el dia antes de cierta entrevista del emperador con el condestable, se encontraba nuestro D. Diego muy tranquilo y descuidado en su morada, sin el menor antecedente de lo que habia de suceder, cuando recibió un mensaje del monarca en que le hacia presente, con los términos mas corteses y galantes, que seria muy de su agrado que durante la residencia de la corte en Toledo hospedase en su mismo palacio al duque de Borbon, que por lo esclarecido de su sangre y eminentes servicios prestados á la España era muy digno de ocupar las casas de un tan gran caballero como el duque de Escalona. Sorprendido quedó el noble castellano de tan intempestiva demanda, y acordándose de la no interrumpida lealtad de sus ilustres antepasados, y de las muchas heridas que él mismo recibiera en la conquista de Granada defendiendo lealmente á su rey, no pudo contener su indignacion al verse comparado con el traidor infame que habia vendido y hecho armas contra su soberano y pariente hasta un estremo tan escandaloso. Pasado el primer ímpetu, y ya un poco mas tranquilo, con la mayor energía y serenidad contestó al mensajero de Cárlos lo siguiente: —«Decid al emperador que el duque de Escalona nada puede rehusar á S. M., y así desde este momento puede contar con la casa y cuanto en ella se contiene para honrar al condestable, á cuyo fin su dueño y toda su servidumbre la abandonarán al punto; pero que si el condestable de Borbon pone los pies en ella, no estrañe S. M. abrase hasta los cimientos, y reduzca á cenizas, luego que salga de él, un palacio manchado é inficionado con la presencia del mas pérfido de los traidores, y por consiguiente no pueda volverlo á habitar en adelante sin mengua y baldon un hombre honrado.» Respuesta digna de un noble, que, como todos los de su estado, veia con el mas profundo sentimiento la régia acogida é inmerecidos obsequios que se tributaban á un criminal abyecto y envilecido.

El mensagero llevó la contestacion al monarca, que no pudo concebir cómo el pundonor y delicadeza castellanos llegasen hasta el punto de detestar de este modo el crimen de Borbon, á pesar de sus

importantes servicios; pero una vez ya mandado, no se revocó la órden; el condestable pasó á ocupar la casa de Villena, quien, no sin gran sorpresa, la encontró desierta y abandonada de su señor, que á pocos dias salió de Toledo á ocupar su puesto de general en gefe del ejército de Italia, vacante por la prematura muerte del célebre Pescara.

II.

En uno de los primeros dias del mes de enero de 1526 se alzaba sobre el horizonte por la parte superior de la casa del duque de Escalona, marqués de Villena, una columna de humo espeso y negruzco, que, estendiéndose á medida que se elevaba por la atmósfera, oscurecia los rayos del sol. En pocas horas, á pesar de los esfuerzos del vecindario que acudió con precipitacion á apagar el fuego, quedó reducido á cenizas uno de los edificios mas suntuosos y antiguos de la imperial Toledo. El público se echó á discurrir como tiene de costumbre en estos casos, sobre el origen y causas que habian motivado esta catástrofe. Unos lo achacaron á descuido é impremeditacion de los criados; algunos lo atribuyeron á la perversa intencion de enemigos ocultos, y para estos fué el resultado de una monstruosa venganza; pero otros, observando con estrañeza la impasibilidad y poco empeño de la familia porque se contuviesen los estragos del fuego, suspendieron el juicio y tuvieron este accidente por un misterio que solo el tiempo podia aclarar; la noticia llegó á palacio, y recordando el emperador las palabras del duque y la asombrosa exactitud con que las habia realizado, se amostazó un poco, no sin llenarse de asombro al considerar la diferencia entre el modo de pensar de un noble español y el de un príncipe gantés. La nueva de este suceso llegó igualmente hasta el fondo mismo de la prision de Francisco I, y tuvo gran placer en saber la leccion que habia dado el altivo castellano al pérfido é infame condestable.

Andando el tiempo, llegó el año de 1527, y el 6 de mayo, en el asalto de Roma por los imperiales, murió malamente de un mosquetazo el condestable. Sus tropas tomaron la ciudad santa, y ni los paganos, y bárbaros hunnos, vándalos y godos, la trataron con tanta crueldad como lo hicieron entonces las tropas que acaudillaba el apóstata Borbon. La historia carga sobre este perjuro la infamia y abominacion de un dia tan horrible: dia de luto y de desolacion para toda la cristiandad. El duque de Escalona, D. Diego Lopez Pacheco, sirvió lealmente á sus reyes, y contribuyó eficazmente á la rendicion de Granada, y lleno de honores y mercedes, falleció tranquilamente rodeado de los suyos el 6 de noviembre del año de 1529.

De tan grandes recuerdos, de tanta magnificencia y ostentacion, no queda al presente, como dejamos indicado, mas que una mole informe y ruinosa, sobre la cual crece la yerba en abundancia, habitada en sus interiores laberintos por alguna familia indigente, que á no encontrar otra morada para libertarse de la inclemencia, se conforma en tener por huéspedes á los murciélagos y demas aves nocturnas que han fijado allí su domicilio.



(Vista general de Toledo tomada desde las ruinas del circo Máximo.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

(Conclusion.)

V.

BARDOS.

Uno de los pueblos setentrionales mas notables de la antigüedad es sin duda la gran nacion de los celtas, que llegó á estenderse desde las orillas del golfo Adriático hasta las fronteras de la Tracia, atravesó la Germania para penetrar en las Galias, en Irlanda, en Escocia y en España, y acabó por relegarse á la Armórica ó Bretaña francesa y al pais de Gales, en Inglaterra, en donde todavia se habla su lengua.

Los celtas tenian por ministros de su culto á unos hombres llamados druidas, que eran consultados como oráculos y constituian la primera de las dos clases del estado; la segunda la formaban los caballeros; y los hombres de la plebe eran mirados como esclavos.

Estos druidas, que celebraban sus misterios en los bosques, tenian por principal ocupacion propagar sus leyes, sus doctrinas y sus historias por medio de pequeños poemas y cantos que debian aprenderse de memoria. Los druidas curetes eran los intérpretes de las leyes, y sus sentencias se miraban como sagradas. A los druidas estaban subordinados los bardos, los cuales existieron entre los irlandeses y los montañeses de Escocia ó caledonios, y entre los habitantes del principado de Gales, resto de los antiguos bretones de Inglaterra, y pueblos todos de raza céltica, como lo eran los galos. Si los dialectos de estos paises juntamente con el de la baja Bretaña tienen gran semejanza, mucho mas se parecen sus bardos en sus ocupaciones y en otras cosas á ellos referentes.

El druidismo fijó su asiento principal en Chartres, que se consideraba como la capital de la Galia céltica; en ella tenian su colegio los druidas. Estos sanguinarios sacerdotes celebraban allí sus asambleas generales, bajo el nombre de *Autricum*, y mantenian una escuela para que solo los jóvenes de la nobleza acudiesen á instruirse en los misterios de su órden. Tenian ademas en aquel punto y en otros varios del reino muchos colegios para la educacion de los bardos, en donde les enseñaban su poesía mística ó fabulosa, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el alumno habia concluido el curso de sus estudios, que á veces duraba doce años, tomaba el grado de *Ollmach* ó doctor, y entonces estaba apto para desempeñar todas las dignidades de su órden, y llegaba á ser *Filea, Breitheamh* ó *Seanacha*, dignidades que en un principio recaian en una misma persona, pero que despues fueron separadas por la dificultad de llenar sus deberes á un tiempo mismo.

Los bardos de la primera de estas tres clases, especialmente en los paises en donde estaban subdivididos, eran esencialmente poetas druidicos. No todos estos vates componian solo himnos religiosos ó cánticos guerreros, sino que hacian tambien poesías satíricas. Diódoro

de Sicilia dice positivamente que los bardos alababan á unos y se burlaban de otros. Estos bardos principales, rodeados de una guardia propia, marchaban á la cabeza del ejército, ó seguian de cerca al caudillo ó régulo de quien dependian. Iban vestidos de largos ropajes blancos, con arpas en las manos, y rodeados de una multitud de artistas músicos. Estaban presentes en la batalla para escitar el valor de las tropas con odas y cantos guerreros, y dar tambien la señal con sus gritos en los momentos del peligro ó de la victoria. El *irish cry*, grito de Irlanda, que es una especie de música guerrera, acaso traiga ese origen.

En el mismo campo y acompañándose con los instrumentos, cantaban de repente las alabanzas de un héroe muerto delante de su cadáver, inmortalizando de esta manera su nombre y su alma (1). Sus canciones eran la mejor recompensa para las hazañas de un valiente, el consuelo en la última hora, y el requisito necesario para el tránsito á la otra vida.

La segunda clase, llamada *Breitheamh* ó *Brehoms*, se componia de legistas. Estos bardos promulgaban las leyes, cantándolas á manera de recitado ó de canto monótono, poniéndose para ello en un paraje elevado, y sosteniendo la voz con una especie de bajo ejecutado en el arpa. En adelante tuvieron el doble oficio de jueces y legisladores.

Los *Seanachu* ó bardos de tercera clase eran anticuarios y genealogistas; conservaban en la memoria los acontecimientos notables, y en verso la genealogía de sus protectores.

Ademas de estas tres órdenes habia otra inferior de bardos *instrumentistas*. Tenian cinco títulos diferentes, segun el uno ó el otro de los cinco instrumentos que tocaban; pero su título general era el de *Oirfidigh*, y acompañaban los cantos de las tres clases superiores.

Esta es la clasificacion mas precisa que podemos hacer de los bardos, especialmente de las Galias, suelo clásico de tales poetas y cantores antiguos. Sin embargo, en este pais es en donde menos vestigios han quedado de ellos; pues á pesar de haberse retirado todos á la Armórica, última provincia que nunca fué completamente sometida á la potencia romana, no se sabe mas sino que la existencia de los bardos armoricanos estuvo íntimamente ligada á los druidas. Como la institucion del bardismo haya existido en pueblos diferentes aunque de orígen comun con la Galia céltica, cuales son el pais de Gales, Irlanda y Escocia, vamos á dar de él mas pormenores, principiando por el punto mas cercano á la antigua Francia, esto es, por el principado de Gales, pueblo güelcho *(welsh)*, llamado por los ingleses Cambro-Bretones, siendo este pais donde mas se perfeccionó aquella órden, donde estuvo mas organizada, y en donde por mas tiempo se conservó.



Por las tradiciones del pais de Gales ó Cambria se sabe que la existencia de los bardos es antiquísima en la Gran-Bretaña, atribuyéndose su fundacion á Tydan, inventor del canto y de la música, personaje fantástico ó puramente mitolójico, y padre igualmente de las musas. Su institucion en este pais se enlaza originariamente á la mitolojía céltica.

Poseyendo los bardos en un principio el espíritu pacífico y conciliador de los primeros druidas, no podian tomar parte en la guerra; y bastaba que uno lo hiciera para que se entendiese abjuraba de su condicion ó dignidad. Pero el tiempo y la fuerza de las circunstancias trocaron esta condicion apacible en batalladora, y ya el bardismo perdió su sencillez primitiva. El bardo cantó primero las deidades de la mitolojía druídica; mas luego que triunfó el cristianismo y desapareció el culto idolátrico y los misterios de los bosques sombríos, cantó los himnos de la iglesia y la salmodia de la relijion que vencia. Los himnos de David se sobrepusieron á los de Osián, y los preceptos del Edda callaron cuando habló el Evangelio; la cruz sustituyó á la encina venerada.

Entre los primeros bardos galeses ó güelchos que reverenciaron los misterios y adoptaron los dogmas cristianos, se cuentan varios, cuyos nombres han llegado hasta nosotros llenos de celebridad y fama; tales son Aneurim, Llywarch, Taliesim y Merlin ó Myrddlim de quien tantas cosas y cuentos se refieren.

Sin embargo, los bardos y el clero cristiano no estaban en aquella época en la mejor armonía, pues intolerantes los sacerdotes del Evangelio, hablaban encolerizados contra aquellos hombres que preferian la sensualidad del ritmo de la música profana á la monotona severidad del canto sacro; en tanto el bardo Taliesim manifestaba el desprecio que le inspiraba la ignorancia de los primeros monjes, diciendo: « No saben distinguir lo que es crepúsculo de lo que son los primeros rayos de la aurora, ni conocen la direccion de los vientos, ni lo que mueve las ruidosas ajitaciones del aire. » A pesar de esto Taliesim decia: « Ayúdeme Cristo y esté conmigo. » El bardo Merlin mirando igualmente de mal ojo á los tales monjes, decia resueltamente: « No quiero los sacramentos de mano de esos hombres de ropas negras; adminístreme el mismo Dios los sacramentos. »

Bastó por lo tanto el que el bardo Merlin tuviese tanta ojeriza á los ignorantes monjes de su tiempo para que le hiciesen pasar por hechicero, si ya no fué la causa de ello sus muchas y raras predicciones que tanta celebridad le dieron en la edad media. Estas predicciones tenian por objeto la nueva venida del rey Artús ó Arturo, cuyo reino habian destruido los sajones; el rey Artús debia dar la libertad á su pais oprimido, y revivir la nacionalidad bretona. Los bardos cámbrios se trocaron por esta causa en una especie de profetas como los de los hebreos, anunciando un Mesias que vendria á libertarlos, y Merlin fué el principal de ellos, cuyas profecias estuvieron por mucho tiempo en boca de los demas bardos. La siguiente poesia es traduccion de una de ellas:

Canto profético de Merlin.

Dia vendrá en que una sus varones
De Gales el pais, y un eco solo
Y un solo corazon impere en ellos.
Entonces las naciones
Que nos oprimen, perderán su gloria,
Y dejarán el yugo nuestros cuellos;
Y huirá el pagano; — siempre en la pelea
Contad con el laurel de la victoria
Aunque sangrienta y peligrosa sea.

—

Arrójense los cambrios al encuentro
Como el oso feroz de la montaña,
Para vengar la muerte de su padres.
En poderoso centro
Hazes de acero muéstrense sus lanzas:
Ninguno sepa sino herir con saña,
Ni cuide de salvar amigo ó deudo
Cuando suene el clarin de las venganzas.

—

Todos á hacer con cráneos de Jermanos
Sus copas de festin vayan briosos,
Y dejen inhumanos
Mujeres sin esposos;
Dejen sin caballeros
Sueltos al campo los bridones fieros;
Y hambrientos cuervos sigan á bandadas
El paso de los ínclitos guerreros. (1)

Queriendo el rey Hoel-le-Bon reorganizar la existencia antigua del pais de Gales en el siglo X, formó un cuerpo de legislacion en donde hay una parte considerable que pertenece á los bardos, la cual por lo notable y curiosa merece que la refiramos.

(1) Lucano, *Farsalia*.

(1) Cambrian Register. 1796.

El bardo no debia ocuparse de otra cosa que de su arte. Habia catorce personas con derecho á sentarse en la mesa del jefe, contándose entre ellas dos bardos: el bardo de familia, llamado *Teulu*, cuya situacion era semejante á la de los bardos parásitos, que dice Posidonio tenian los reyezuelos galos, y el bardo del escaño ó sitial, llamado *Cadeiroc*, especie de poeta coronado, y príncipe de los bardos, como hubo despues un rey de los ministriles. La condicion del bardo *Teulu* tiene una importancia particular en el código de Hoel, pues dice (1): «El bardo poseerá una tierra libre; el rey le dará una vestidura de lana y la reina otra de lino. En las tres fiestas principales se sentará al lado del prefecto de palacio, á quien toca ofrecerle el arpa para cantar (etiqueta muy honrosa para el bardo de familia). Cuando se pida el canto principiará el bardo á quien corresponda el derecho del sitial á cantar, primero las alabanzas de Dios, despues las del rey en cuyo palacio esté, y si allí no se encuentra para ser celebrado, entonará las alabanzas de otro rey. Luego que el bardo del sitial haya cantado, el de familia empezará el tercer cántico diferente de los dos primeros. Si la reina quisiese oir algun canto, el bardo de familia está obligado á entonarlo, aunque á eleccion suya, pero en voz baja y como al oido para que no se moleste la corte.»

Los emolumentos del bardo Cadeiroc eran los siguientes: «Cuando el bardo del rey vaya al botin con los servidores reales, tendrá el mejor toro de la presa, si les canta; y en el dia del combate estará obligado á entonarles el himno de la monarquía bretona. El rey le dará un tablero de marfil, y la reina un anillo de oro.» Y segun otra version un arpa (*Clear-seach*) «que no cederá á persona alguna ni regalada ni por el dinero.»

«Conducirá á la presencia del rey al hombre que injurie á otro, y á toda persona que necesite de su auxilio»—Prerogativa muy en armonía con la dignidad de sacerdote pacificador que el bardo tenia en los principios.

«Si el bardo pide algun favor al rey, que entone un cántico; si á un hombre noble, tres; y si á un plebeyo, que cante hasta la noche.»—¡Singular disposicion! esclama un escritor. ¿Querrá la ley manifestar con esto que el bardo no es solo el hombre del príncipe, sino que el poeta pertenece á todo el pueblo?

Veamos la importancia que tenia el bardo en la pena impuesta por el mal que se le hacia. «La injuria hecha al bardo de familia está tasada en seis vacas y en ciento veinte dineros; y su muerte se estima en ciento veintiseis vacas.» Multa es esta sumamente crecida si se atiende á la que se pagaba por otros personajes, segun la tarifa de la ley cámbrica.

Las leyes jermánicas, y entre ellas las de los ripuarios, establecen penas análogas á las anteriores: «Todo el que hiera la mano de un arpista, pagará cuatro veces mas que por cualquiera otro.»

El Cadeiroc ó príncipe de los bardos estaba mejor considerado que ninguno por la ley cámbrica. «Ha de recibir doble parte del botin: la tendrá tambien doble en los regalos del rey y en los que se hicieren por el casamiento de la hija de su gefe; y recibirá ciento veinticuatro dineros de todo cantor que dejando la cuerda de seda ascienda á cantor áulico.

El harpa estaba tambien incluida en la ley como el bardo. «El harpa del gefe de los bardos vale ciento veinte dineros, tanto como la del rey.» Una ley esceptuaba el harpa de la almoneda que se hacia del ajuar á la muerte del poseedor. En fin, el uso de dar la investidura á un bardo por medio del harpa se conservó por mucho tiempo, siendo un derecho feudal, como se vé en los títulos de algunas tierras, concebido en esta forma: «*Cytharæ argenteæ dispositio pertinet ad hanc baroniam,*» esto es, el derecho de conferir el harpa de plata pertenece á esta baronía.

La órden de los bardos fué reformada por Gryffyd-ap-Cynam, príncipe de Gales, hácia el año de 1080, con objeto de corregir no pocos abusos que se habian introducido en ella; y así continuó durante algunos siglos hasta Eduardo I, encontrándose en todo este periodo bastante número de pequeños gefes cámbrios que eran tambien bardos, y de los cuales aun se conservan algunas poesías. Se vé por lo tanto que ya la condicion de guerrero estaba unida á la de bardo.

Así seguian siempre estos cantores, sin dejar de alimentar esperanzas de independencia, y reproduciendo de cuando en cuando las respetadas profecías de Merlin, para mantener latente el patriotismo cámbrico, hasta que la atroz conducta de Eduardo I los hizo ahorcar en masa para libertarse de unos hombres que tantos temores le causaban. Pero si no es cierto, como algunos pretenden, que hiciese en los bardos tan espantosa carniceria, sin duda alguna dió principio á la persecucion que, continuada por sus sucesores, ocasionó la destruccion completa de aquella institucion.

En los principios del siglo XV un gefe cámbrio insurreccionó por última vez el pais de Gales contra la Inglaterra; los bardos entonces apelaron á las poesías proféticas y cantos de Merlin, anunciando que ya habia lucido el hermoso dia de la libertad para la Bretaña; pero la insurreccion se sofocó, y el pais quedó para siempre bajo la dominacion inglesa.

Enrique IV (1407) prohibió las reuniones de los bardos; Enrique V (1417) las volvió á tolerar, y continuaron hasta los tiempos de Isabel de Inglaterra, que las suprimió enteramente. Pero en 1765 varias personas instruidas del pais de Gales, llevadas del amor á las antiguas glorias históricas y literarias de su pátria, formaron una sociedad con el fin de dar á luz la coleccion de sus documentos históricos y poemas guelchos, y hacer renacer, si era posible, el genio de los poetas y músicos de otros tiempos. Esta idea era ciertamente un anacronismo, pero anacronismo que encontró eco en el corazon de la nacionalidad cámbrica. Las reuniones de los nuevos bardos galeses, por cierta reverencia ó supersticion á los usos pasados, se tenian como antiguamente en la cima de las colinas al aire libre y en derredor de algun monumento druídico. En Lóndres se dan á veces conciertos de harpistas galeses en conmemoracion de los antiguos bardos güelchos; y nosotros hemos asistido en Cardigan, año de 1831, á un *estedvod*, en donde los bardos modernos tocaron varias piezas de harpa y *crevth* (1), cuyo carácter era el mismo que el de la música de los antiguos cámbrios ó bretones, que aun se conserva en el pais.

Hablemos ahora de los bardos de Irlanda. El orígen del bardismo en Irlanda es tan antiguo, que se pierde entre las épocas fabulosas de aquel pais. Dícese que un rey llamado Cormac instituyó mucho tiempo antes de la introduccion del cristianismo diez cargos para otras tantas personas que no debian apartarse de su lado; y entre ellas aparece en primer lugar un druida, y en tercero un bardo para cantar las acciones de los reyes antepasados. Cada noble tenia tambien además de un druida, un bardo, cuyas funciones estaban dotadas con tierras que eran hereditarias en las familias, como las mismas funciones que desempeñaban. Sea esta organizacion obra del citado Cormac, ó bien institucion de las primeras tribus irlandesas, es lo cierto que la profesion de bardo fué hereditaria; pero un derecho tan absurdo estaba sin embargo corregido con la prescripcion de que cuando un bardo moria, no se trasmitia su dignidad á su primogénito, sino á aquel varon de su familia que demostrase mas génio para la poesía y la música.

Luego que el cristianismo se estableció en Irlanda, desaparecieron los druidas como en las otras partes; pero la órden de los bardos conservó todas sus prerogativas, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á Eso, su divinidad principal, reverenciada bajo la imágen de una encina, los dirigieron al Dios de los cristianos.

El bardo irlandés no era inclinado á las profecías como el del pais de Gales, y se contentaba solo con celebrar el pasado y las glorias fabulosas de la antigua Erin ó Isla Verde, como llamaban á la Irlanda. Todo régulo ó gefe de tribu tenia á su servicio uno ó mas bardos, que eran como maestros de coro; cada bardo de estos podia tener bajo su dominio treinta subalternos, y cada subalterno otros quince para acompañarle en sus cantos.

Los bardos irlandeses eran tambien heraldos ó reyes de armas como los Kerukes de Homero. Su carácter pacífico y conciliador en un principio era respetable y sagrado aun para los mismos enemigos: si se presentaban en medio de dos ejércitos en el momento de ir á acometerse, y aunque se hubiese empezado la pelea, se suspendia para escuchar sus proposiciones.

El bardo irlandés ha sido tambien objeto de las leyes, como lo fué el del pais de Gales: sus vestidos y los de su muger se tasaban en tres vacas, precio bastante subido para aquella época (2).

Continuando, pues, el bardismo reverenciado en Irlanda como lo era en otros paises, la preponderancia de sus individuos llegó al estremo mas escandaloso. Colmados en todas partes de honores, riquezas y poderio; revestidos de privilegios estraordinarios, y poseedores de dos artes que tanto influjo tienen sobre el hombre, la música y la poesía; y respetados por los grandes y por el pueblo, los bardos se hicieron insolentes y su corrupcion intolerable. ¡Notable semejanza la de estos bardos con esas instituciones que la fuerza de la civilizacion ha destruido en España.!

Sus riquezas eran inmensas, y escesivos é irritantes sus privilegios: las mismas tierras que se les regalaba, fueron consideradas como sagradas y exentas de todo tributo. Además de estas posesiones tenian tambien los bardos el derecho de ser mantenidos á espensas del estado durante la mitad del año. Iban á demorar á donde mejor les parecia. Bajo el reinado de Hugo tuvieron la arrogancia de pedir

(1) Leges walliæ ecclesiasticæ et civiles Hoelibani.—Londini 1730.

(1) Instrumento de arco, de seis cuerdas.
(2) Walker, Historical Memories of the Irish bards, 49.

ornamentos como los que el rey llevaba sobre su trage. Injuriaron á la nobleza, y se hicieron culpables de mil escesos. Su número se aumentó hasta el punto de componer la tercera parte de la nacion. Las artes morian por falta de operarios, y la agricultura por no haber labradores. Finalmente, el rey se vió obligado á convocar en 580 una asamblea nacional cuyo objeto principal debia ser la estincion de la órden de los bardos; pero se redujo á disminuir considerablemente su número y privilegios, y á desterrar á los mas culpables.

La irrupcion de los daneses á mediados del siglo IX detuvo en Irlanda los progresos de la inteligencia, y redujo el pais en breve tiempo á la ignorancia mas profunda. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de bardos y quemaron sus libros. Los bardos que pudieron salvarse se escondieron en los bosques ó en las montañas; otros fueron hechos cautivos.

Despues de la espulsion de los daneses, los graves daños ocasionados por éstos los reparó O'Brien Boiromh, muerto en 1014. Este rey restableció los colegios de los bardos, y abrió nuevas academias y bibliotecas, cuidando especialmente de la música por ser músico él mismo. El harpa de O'Brien figuró mucho politicamente en la historia de Irlanda del siglo XI (1), pues llevada á Roma permaneció en poder de los papas hasta el siglo XVI. Roma entre tanto la confió á Enrique II como señal del derecho que le asistia sobre Irlanda, pues esta isla debia someterse al poseedor del harpa y la corona de O'Brien. Despues el harpa se envió desde Roma á Enrique VIII, como defensor de la fé, cuyo rey, dice un historiador, no supo merecer este título por mucho tiempo, y desde esta época solamente fecha el que la Irlanda tenga un harpa por blason y por símbolo.

Se cree que el harpa teutónica, depositada en el colegio de la Trinidad de Dublin, es la de O'Brien. Despues de haber pasado por un gran número de manos, fué á parar á las del *Rigth Honourable*, William Cunyngham, el cual en 1782 la depositó generosamente en el museo del indicado colegio.

A semejanza de los *Juegos florales*, creados mas tarde (1323) en Tolosa de Francia, habia una antigua costumbre en Irlanda y Escocia, y era que los bardos en un certámen aniversario recitasen sus poemas y compitiesen en el mérito poético y músico. Las canciones que merecian la preferencia eran dignas de conservarse, se enseñaban cuidadosamente á los niños para trasmitirlas de este modo á la posteridad. La série de estas canciones formaba la historia tradicional de los caledonios. Todo esto es tambien aplicable á los bardos galeses, quienes (dice Pecchio) eligieron el monte Snowdon para su Parnaso, y creian que todo el que se durmiese allí, despertaria inspirado.

El título de bardo, tan reverenciado antiguamente en Irlanda y en el pais de Gales, decayó de su importancia en el reinado de Isabel de Inglaterra (1565); porque aborreciendo ésta el imperio que aquellos cantores conservaban en el ánimo de los gefes de la nacion, les quitó todos sus privilegios, confiscó sus bienes, y reducidos muy luego á una vida errante como la de los últimos ministriles, las leyes inglesas los trataron como vagabundos.

Los bardos antiguos se sustituyeron en Irlanda con mendigos ciegos, que pasaban la vida entonando canciones y componiendo otras nuevas, pidiendo pan á los labradores del campo, en vez de tomar asiento en la mesa de los reyes. En 1736 vivia en Londres un tal Maguire, mendigo, ciego, músico, cantor, poeta, fiel al culto y á las tristezas de su pátria, y fué el último de los bardos de Irlanda.

Pocas lineas bastarán para hablar de los bardos de Escocia, siendo estos en todo semejantes á los anteriores. Representaban como ellos ya el papel de mensajeros de paz y concordia, y ya el de cantores belicosos. Si un peregrino llegaba al hogar del bardo caledonio, antes de preguntarle su nombre le daba hospitalidad y lo sentaba á su mesa; y si anunciaba la guerra, subia entonces á la montaña inflamando con sus cantos el ardor de los valientes. Despues de la victoria, sentado el bardo cerca de su caudillo sobre el cesped ó la maleza al rededor de un tronco ardiendo, celebraba su gloria y la de sus mayores.

Entre todos los bardos de la Caledonia, el nombre del mas célebre que ha llegado á nosotros es el de Osián. La Irlanda ha disputado á la Escocia la propiedad de este poeta, y su reclamacion no parece justa si se atiende á que Fingál, padre de Osián, vivió casi siempre en las islas Hébridas, y á que existe en una de ellas, llamada Staffa, la célebre y admirable gruta ó caverna con el nombre de Fingál.

Es cierto que se conocen unos cuantos poemas atribuidos por largo tiempo á Osián; pero los trabajos de muchos críticos han hecho conocer que casi todos son obra de la supercheria de Macpherson, quien dió como auténticos del bardo los que él habia confeccionado de fragmentos tradicionales, teniendo la habilidad de retocarlos y alterarlos. Con este motivo dice un escritor que la supercheria mas insigne fué el retraducir Macpherson en dialecto gálico el testo inglés que habia publicado, creando de este modo un original embustero, sacado de una copia falsificada.

Discutida, sin embargo, esta interesante cuestion literaria por Villemain y otros escritores de nota, se puede fallar, que si bien no son auténticos los poemas presentados por Macpherson, la poesia osiánica existió ciertamente; pues ni él ha podido crearla en el fondo, ni inventar las costumbres bosquejadas en tales poemas, cuya memoria se ha conservado por la tradicion.

No es nuestro objeto hablar aqui del carácter triste y melancólico de la poesía bárdica. La personificacion del verdadero bardo caledonio se encuentra en Osián. Figurémonos verlo en un guerrero ya anciano, ciego, el postrero de su raza, que se levanta á tientas por la noche porque sintió el roce de las armaduras de sus abuelos, colgadas en los desmantelados salones, ó creyó escuchar la voz suspirante de ellos en los ámbitos del edificio; que lleno todavia de estro poético, descuelga su harpa del lado de sus armas, y canta privado de la luz al ruido del torrente, las proezas de su padre y de Fergus su hermano, la muerte de su hijo, las hazañas de su juventud; y celebra los banquetes y los combates de los dias venturosos que ya no tornarán.

Queremos no obstante presentar como una débil prueba del carácter de la poesia bárdica, la traduccion de un canto del norte, cuyo orijinal tiene toda la sombria amargura de los del hijo de Fingál.

El harpa rota.

Oye tú, que en tus cuerdas cien veces,
Desde el fondo del bosque sombrio,
Repetistes el cántico mio
De afanosa, perdida ilusion;
Harpa fiel, apagóse tu acento
Y murieron tus cantos de gloria,
Mientras llena de afan la memoria
Busca en vano tu plácido son.

—

Turbio el cielo y helada la noche
Mi postrero claror de esperanza
A romper esos nublos no alcanza
Y á la vez que tus ecos huirá;
Y con ellos huirá mi ventura,
Y de penas el alma oprimida
Pronto rota, ¡oh! mi harpa querida,
A par tuyo mi alma será.

Terminaremos la noticia de Osián presentando un diálogo que manifiesta bajo la forma mas interesante y sencilla la lucha que debió sostenerse en la Caledonia entre los bardos y los misioneros cristianos. Encuéntrase ya Osián sin padre, sin hijo y sin amigos, y quieren hacerle adoptar una creencia nueva. El anciano bardo se vé obligado á aceptarla porque la aceptan los demas; solo se permite murmurar algunas veces....; se queja de que le hagan ayunar, y de que le atormenten con antifonas y campanas, porque cree que no valen tanto como los cánticos guerreros de su juventud. Osián manifiesta un dia su mal humor á san Patricio, tenido por el apóstol de Irlanda, y este como diestro misionero quiere oirle sus cantos; Osián aprovechándose de la condescendencia de Patricio, le recita con placer las proezas de su juventud y las grandes hazañas de Fingál. Patricio entonces le interrumpe bruscamente diciéndole que Fingál está en el infierno; pero Osián lleno de noble firmeza le responde: *«Si vivieran los héroes de mi tiempo, le arrancarian del infierno á pesar de tu Dios. ¿Crees tú ciertamente que trate Dios de esa manera al magnánimo Fingál? Pues bien, Fingál es mejor que él, pues si tu Dios estuviese cautivo, Fingál le libertaria!»* (1)

VI.

MAESTROS CANTORES.—JITANOS MÚSICOS.

Una tribu musical, compuesta la mayor parte de artesanos y que tomó el título de *Meister-Sænger*, maestros cantores (2), existia ya en Alemania en el siglo X, colmada de privilegios por el emperador Oton I y por el papa Leon VIII. Estos *maestros cantores* se estendieron mucho por la parte occidental de la Germania, y supieron atraerse la atencion del pueblo aleman por mas de cinco siglos. Cantos sagrados, poesias eróticas, otras sobre asuntos históricos y populares, y mas tarde los dramas heróicos, eran los frutos de su musa. El que sabia componer al mismo tiempo la poesía y la melodía se llamó *Meister* maestro.

(1) Walker, ibid 61.

(1) Mis Brooke, Reliks of Irish poetry.
(2) *Tractat von der edlen Kunst der Meister-Sænger, von Adam Puschmann.* 1572.

La ciudad de Maguncia era, por decirlo así, el centro ó universidad del *canto maestro*, y en donde se conservan los estatutos y privilegios de la asociacion; pero los principales puntos de la misma eran



Strasburgo, Ulma, Augsburgo y Nuremberg. Esta sociedad perdió mucho de su nombradia en el siglo XV, porque tambien se echó á perder, pero volvió á recobrarla á fines del mismo, gracias á los esfuerzos de Hans Sachs, zapatero de Nuremberg; de manera que floreció aun por todo el siglo XVI. Estos maestros cantores han desaparecido en estos últimos tiempos á consecuencia del rápido vuelo que tomó la música en Alemania, pais cuyos individuos son esencialmente armonistas; pero su memoria tendrá un lugar señalado en las páginas que hablan de Herder, de Mozart, de Hayen y de Beethoven.

Hay todavia otra clase de tocadores y cantores ambulantes en varios puntos del norte de Europa, la cual se compone solamente de familias jitanas. Esta raza vagabunda, bastante conocida entre nosotros, y en especial en nuestras provincias meridionales, por su destreza en ser los hombres cuatreros y las mugeres decidoras de la buena ventura, y confeccionadoras de maleficios, segun la creencia vulgar, goza en Rusia, en la Moldavia, la Valaquia, la Alemania y otros paises, ademas de esa mala reputacion, de otra que no tiene en España, y es la de haber entre ellos sobresalientes músicos. Los jitanos andaluces, que son el verdadero tipo existente entre nosotros, se hacen notar por su viveza, por sus ocurrencias y chistes y por sus jaleadas canciones, como son, el polo, la caña, las playeras, etc.; pero los jitanos que recorren las frias comarcas de la Hungría y los campos nevados de la Rusia, son tambien músicos y poetas. Las canciones y baladas populares que cantan en lenguage rommani, que es el originario de la raza, les dan una grande importancia entre las gentes de aquellos paises. Provistos del violin, su instrumento ordinario, del clarinete, de la cobra, que es una especie de bandurria de cuerdas dobles, tocada con una pua, del nayú ó especie de salterio tudesco, y del *moscala ó haborn-sip*, que es á modo de pífano, caramillo ú oboe, emprenden sus largas correrias cantando y bailando por las aldeas y poblaciones notables. Al llegar á los pueblos sientan sus reales en las cercanías, pues les está prohibido recorrer las calles, sin duda para que no tengan ocasion de ejercer la principal de sus habilidades. Se ven entre ellos individuos, que no conociendo ni una nota de música, improvisan en el violin algunos pasages, cuya dificultad daria que hacer á los instrumentistas mas hábiles.

En la edad media estos jitanos quisieron asemejarse á los ministriles, recorriendo los castillos, y entonando las cántigas y los serventesios; pero sea por la fama de rateros que han tenido en todos tiempos, y de que todavia disfrutan, no fueron admitidos por los barones, ni merecieron las atenciones de las castellanas orgullosas, que tenian mas confianza en los demás cantores ambulantes de la época que no estaban tan prostituidos. Esto sin embargo no impedia que fuesen los músicos y cantores mas diestros, de los cuales quedan aun varios restos notables, que con el nombre de *Ui-Ma-*



giar en Rusia, y de *Zigenner* en Alemania, son los depositarios de las viejas tradiciones del pais, de sus cantares y de sus danzas primitivas.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Don Diego. Pero señor, ¿cuándo llegamos á los sucesos?

Sotopardo. Ahora: mas sin las esplicaciones ni VV. comprenderian sus causas y efectos en el órden moral, ni se cumpliera el própósito de esta sociedad.

Aconteció, pues, que estando ya ella y yo en el apogeo y paroxismo de la pasion, lograra Mendoza, Dios sabe con qué trabajos, esfuerzos y hasta supercherias, que se le concediera la licencia para casarse, único requisito que esperaba para pedir, segun las formas habituales, la mano de su amada, y consumar aquella disparatada union. El bueno del hombre corrió con la real órden en la mano, y rebosando júbilo por todos sus poros, á los pies de Matilde, á suplicarla que le permitiese hablar á su madre: ella que por una parte estaba resuelta, como no podia menos de estarlo, á adquirir casándose una posicion social, si no elevada, por lo menos mucho mas respetable de lo que esperar le era lícito; y que por otra tenia con respecto á mí formado un plan irrevocable, respondió á Mendoza, que ni pareciera bien, ni aconsejaba la prudencia que él mismo pidiese á su novia, y que no teniendo en Madrid parientes, era natural y decoroso que yo fuese el encargado de tal comision, pues que, á mayor abundamiento, nadie podria tampoco ser mas á propósito que yo para captar la benevolencia de Milagros.

Sabia muy bien la diestra Matilde que su madre, con quien por lo que respecta al noviazgo obraba de acuerdo, no habia de oponer dificultades á lo que tanto deseaba, y entonces por sus celos mas que

nunca: sabia igualmente que Mendoza tendria mas dificultad en encargarme tal comision que á ningun otro hombre; mas por lo mismo se lo propuso.

En vano el cándido novio habia ocultado mis sarcasmos y mis raciocinios contra aquel enlace: Matilde los adivinaba, ya por el conocimiento que de mi carácter y de mis ideas tenia, ya, y esto equivocadamente, suponiendo mi oposicion efecto de la pasion que sabia me inspiraba, aunque yo hasta entonces procuré ocultársela.

Las premisas produjeron la consecuencia que ella esperaba: Mendoza, con medias palabras y necias disculpas, trató de disuadirla de aquel pensamiento: insistió primero Matilde, y por último hizo de manera que su enamorado la rogase que fuera ella quien conmigo se entendiese.

Háganse VV. cargo detenidamente de la situacion: Matilde, de acuerdo con Mendoza, ó mas bien á ruego suyo, iba á citarme para hablar conmigo largamente; y la entrevista habia de ser completamente á solas, pues que habia de ignorarla Milagros por el momento, y el novio no osaba asistir á ella.

Plan mas hábil, fria y cínicamente combinado no salió nunca de cerebro diplomático.

Y en efecto, puestos enteramente de acuerdo los dos futuros cónyuges, vínose Mendoza á mi casa cierta mañana, y de pié, sin dejar el sombrero ni mirarme á la cara, dijo:

«Compañero: Matilde tiene que hablar con V. á solas y despacio de un asunto importante. Esta tarde sale su madre de casa: váyase usted por allá; que yo estaré en la esquina y le diré cuándo encontrará el campo libre.»

Pronunciadas esas palabras, y sin aguardar respuesta, dió Mendoza media vuelta á la izquierda, y oíle bajar dos á dos las escaleras, como si encarnizados enemigos le siguiesen. El pobre mortal (díjomelo despues) temia que adivinando yo de qué se trataba le abrumase con sermones ó á pullas le abrasára el alma. Engañóse, empero; fué tal mi asombro, mi estupor mas bien, al recibir aquel mensaje y por semejante conducto, que en minutos ni estuve capaz de proferir palabra ni de coordinar siquiera mis ideas. Escusaré á ustedes la relacion de mis cavilaciones durante las horas que tardó en sonar la señalada, y yo en acudir al parage de la cita, donde puntualísimo Mendoza, me dijo:

«Ya ha salido la madre: suba V. descuidado, que yo silvaré tres veces de este modo (silvó en efecto) con anticipacion bastante para que salga V. sin ser visto.»

Mientras el novio decia de esa manera, mirábale yo con esa atencion estúpida habitual en el ignorante cuando le hablan por vez primera en un idioma desconocido, es decir, escuchaba sin comprender, casi sin oir sus palabras.

Porque yo tambien sabia que Matilde me amaba; porque yo, señores, presentía que de aquella entrevista iba á resultar ó la ruina de las esperanzas ó la anticipada deshonra de mi compañero; y aunque no con moralidad bastante para dominarme, aunque con pasion sobrada para resistirme, horrorizábame hasta el punto de embrutecerme, el aspecto de aquel hombre cómplice en la obra inicua de su propia infamia.

No obstante, el vértigo de la pasion triunfó, y triunfó fácil y prontamente de los honrados escrúpulos de mi conciencia; y cuando llegué á la estancia de Matilde y la ví, mas bella que nunca pareció á mis ojos, no quedó en mi alma otro sentimiento que el del infernal deseo que ella me inspiraba.

No es ya para mis años pintar á la hija de Milagros tal como en la tarde á que me refiero la ví: su trage era tan elegante como sencillo; su magnífico, ondulante, negro cabello, formaba en torno de su linda cabeza un marco encantador, del cual se destacaba el rostro animado por una tinta roja que el palpitante deseo encendia, y alternaba con cierta palidez, efecto de los temores inseparables de aquella entrevista; sus negros ojos húmedos, casi cerrados, irradiaban una llama abrasadora; su aire, en fin, lánguido y voluptuoso.....

Don Antonio. Señor Brigadier, señor Brigadier; alto ahí, que la pintura va siendo demasiado viva.

Don Diego. Si digo yo que estos militares....

El Redactor. Por el cielo santo, señores, que son VV. los mas inexorables censores que he conocido. ¿Cómo hemos de comprender los efectos, cómo de buscar el antídoto, si no se nos describe el veneno con sus propios y naturales caractéres, tales como ellos son en sí? Si el vicio, si el crímen, se presentaran al hombre en su genuina intrínseca deformidad, claro está que no serian peligrosos: pero sucede precisamente lo contrario: vulgar es la metáfora, pero exacta: el camino de la virtud está erizado de precipicios, sembrado de abrojos; su angostura [illegible]rosidad rechaza á unos, y desalienta á otros.

¿Qué sucede con la senda del vicio? Que parece ancha, espaciosa, llana, y de fácil acceso; sembrada de flores, llena de encantados oásis, de plácidas fuentes, de frescas sombras; por eso atrae á sí concurso numeroso.

Verdad es que en el término de la primera está la bienaventuranza; verdad que en la segunda el piso minado, las flores envenenan, los oasis se convierten en ardientes llamas, la sombra mata, las aguas corrompen. Sí, todo eso es verdad; pero ¿quién desconfia de lo bello, quién no huye de lo agreste, si no se le advierte el riesgo?

Preciso es, pues, que se pinten como son las cosas; y el brigadier eso ha hecho y no más.

Don Diego. Hay algo de cierto y bastante de exageracion en lo que V. dice, señor Redactor: pero á bien que hablamos entre gentes ya formadas, y que si alguien leyese estas conversaciones, se hará cargo de que no se escribieron para niños ni mucho menos.

Continuada la conversacion en el mismo tono por algun tiempo, suspendióse el cuento de Sotopardo hasta la próxima tarde.

XI.

Prosiguen las hazañas de la madre y de la hija.

Viages, negocios y sucesos que al público importan poco, hicieron al redactor de estos Estudios interrumpir su trabajo durante algunos años; y debilitada con ellos la memoria, aunque merced á notas con esmero tomadas, le sea posible proseguir la narracion pendiente, no alcanzará á escribirla con la minuciosidad que hasta aquí lo ha hecho, sobre todo en la parte relativa á las reflexiones de los concurrentes á la casa de don Antonio.

Desde ahora, pues, y quizá al lector no le pese, suprimiendo, en general, los accidentes de la conversacion, refiere el redactor en forma de relacion la historia comenzada, que prosigue de esta manera:

La hija de Milagros esperaba á Sotopardo con no menos impaciencia que aquel anhelaba verla á ella. De Matilde se habia apoderado una pasion del mismo género de las de Fedra por Hipólito, ó de Safo por Faon; pasion física, pasion de energúmeno, de esas que poniendo en ebullicion la sangre, someten una existencia á sus leyes, pero que no subliman el alma, sino que por el contrario la degradan. Trocados los papeles, la muger aspiraba á la posesion del hombre; éste era el que luchando con su inclinacion procuraba resistirse. Pero ¿quién á la edad y en las circunstancias de don Cárlos se hubiera resistido mucho tiempo? Ni la naturaleza humana, ni la educacion moderna de nuestro sexo producen la castidad del hijo de Teseo ó del de Jacob. Sotopardo, pues, antes de haberse podido dar cuenta á sí mismo de la situacion en que se encontraba, *era ya de Matilde* y en sus brazos la tenia.

Pasados, empero, los instantes de la primera embriaguez, dijo el galan á la dama:—Y bien, Matilde, ¿cómo vamos ahora á significarle al pobre Mendoza su desdicha?—¿Estás en tí? replicó ella con asombroso aplomo. ¿Qué necesidad tiene ese babieca de saber lo que pasa, Cárlos mio?—Pues no sé yo, volvió á decir Sotopardo, cómo hemos de hacerlo; porque él me espera, sin duda para saber cuándo pido tu mano, para él se entiende.—Cabal: dile que mañana.—Pero mañana llega pronto, y entonces.....—Me pides á mi madre, en efecto.—¡Ah! ya entiendo: tu madre niega su consentimiento...—Al contrario: lo concede y dá las gracias encima.—Pues entonces.....—Nos casamos.—¿Quién?—¿Quién ha de ser sino Mendoza y yo?—¿Y yo, Matilde, y yo?—Y tú, vida mia, serás lo que eres....—¿Conque tú insistes en casarte con Mendoza?—¡Pues no!—Antes os haré á él y á ti mil pedazos, Matilde, tenlo entendido.

Mientras con toda la violencia de los celos, con toda la energía de la honradez pronunciaba Sotopardo esas palabras, mirábale la hija de la gitana de hito en hito, con una espresion de sincerísimo asombro, mezclada á cierta inevitable satisfaccion de orgullo que esperimenta toda muger siempre que vé estimada su posesion por el favorecido amante. Sin embargo, como su pasion ya hemos dicho que nada tenia de platónica, y como á mayor abundamiento no se habia educado con ideas de escrupulosa moralidad ni mucho menos, pareciale que don Cárlos la hablaba hebreo. Así, pues, al cabo de algunos segundos de silencio tomó la palabra, y con la severidad mas completa, con aquel tono natural y sosegado, propio de quien la mas clara razon sostiene, dijo:

«Entendámonos, Cárlos: tú no te has de casar conmigo... No me »contestes; ni quiero oirlo de tus lábios, ni tampoco que trates de »engañarme: tú no te has de casar conmigo, lo repito, ni yo te querria »para marido. Y si no me caso, ¿qué será de mí, pobre, en la situa»cion en que me encuentro, y con unos padres como los que tengo? »No me queda mas arbitrio que la miseria y la prostitucion: para la »primera no sirvo: la segunda repugna á mi orgullo. Mendoza es de

»buena familia, jóven aun y ya capitan: tiene algun caudal, poco »talento, buena índole, gran docilidad, y está ciego por mí. ¿Qué »proporcion mejor puedo esperar? Me caso, pues, con él, y á tí te »quiero porque me gustas; mas para marido no sirves.»

Al oir Sotopardo tan cínica arenga, aunque criado en los cuerpos de guardia y en los campamentos, aunque casi misántropo por carácter, aunque prevenido, y no favorablemente, con respecto á la familia de don Fadrique, quedóse atónito, confundido, fuera de sí, como el hombre que inopinadamente cae de grande altura sobre un cuerpo blando, que no se estropea pero sí se aturde. Y á la verdad que el discurso de Matilde valía la pena de admirarse; porque con tan cortos años y con tanta hermosura parecia incompatible corrupcion tan profunda, y sobre todo tan friamente lógica, tan lógicamente infame, como la que sus frases revelaban.

Trasladar al papel el violento altercado que tuvieron los dos amantes en consecuencia, no solo seria prolijo, sino ademas ocasionado: baste, por tanto, la ligera muestra que del carácter y moralidad de la hija de Milagros hemos dado, y el conocimiento que de Sotopardo tenemos ya, para que el lector adivine lo que por respetos á él mismo le callamos.

En resúmen: ni caricias, ni razones, ni aun amenazas bastaron á que Matilde desistiera de su propósito; y ya Sotopardo, exasperado, llegó á decirle:

—Pues bien, Matilde, si en tal te empeñas, no volveré á verte en mi vida.—Hasta mañana, replicó ella con descarada coquetería.—Haré mas; iré á Mendoza y le revelaré lo que entre nosotros media.—Y no te creerá, ó si te cree será hasta que yo pueda hablarle; y entonces.... parece que no le conoces.... entonces le haré ver que lo blanco es negro.—Es posible, pero con tu madre la partida ya es mas igual: á ella no lograrás engañarla.—No por cierto, ni lo intentaré. Mi madre te creerá con media palabra que la digas, y tanto mas, cuanto que ya está celosa de mí como una furia.—¡Ah! por fin dí con el medio de contenerte.—Buen medio por cierto. Mira, Cárlos, una de dos: ó mi madre, por lo mismo que está celosa, apresura mi boda para salir de mí, y entonces nada consigues....—O yo consigo, y no me será difícil, que no te deje cometer esa infamia.—No lo conseguirás.—¡Bah! ¡Bah!—¡Fátuo! ¿Cuentas con el amor de mi madre? No digo yo que no esté encaprichada por tí; lo está y mucho: pero no conseguirás tu intento.—Lo conseguiré aunque sea á costa de continuar mis relaciones con ella.—No las continuarás, porque te sacaria yo los ojos si tal hicieses: pero, en todo caso, ni aun asi.—¿Piensas asustarme con fanfarronadas?—Te digo que no se atreverá á contrariarme, y si se atreviese.... Pero no se atreverá.—Lo veremos.—No lo intentes, Cárlos: soy capaz de todo.—Vuelvo á decir que lo veremos: conozco á tu madre y sé que no teme á nadie.—Mas que á mí, porque sabe que soy su hija, es decir, incapaz de dejarme pisar.—¿Pero qué has de hacerle?—¿Qué te importa?—Matilde, adios: te digo que no te casarás con Mendoza.

Al pronunciar Sotopardo esas palabras, vió, con la sorpresa que era sobrado natural esperimentar, que se entraban por las puertas de la habitacion en que estaba, Milagros y el cuitado de *don Cárlos el Bueno*.

—¿Y por qué no ha de casarse conmigo, traidor, desleal? Esclamó furioso el engañado novio.

—Calma, le interrumpió Milagros, quitándose al mismo tiempo los alfileres de la mantilla; calma, y no demos escándalos inútiles: hablando se entienden las gentes.

Antes de proseguir, espliquemos la inesperada peripecia á que hemos llegado.

La primera conversacion entre Matilde y Sotopardo fué larga, como lo son las primeras entrevistas á solas entre amantes cuando están poniéndose de acuerdo; la segunda, no corta, que es el comun achaque de las disputas, y como el pobre Mendoza no pasaba el tiempo por su parte agradablemente, ni mucho menos, hiciéronsele eternas las tres horas que entre uno y otro diálogo consumieron. Sin embargo, su naturaleza paciente de marido *predestinado* le hizo soportar con heróica constancia el prolijo planton: mas eran tales á lo último de él su cansancio y marco, que olvidándose de la prudencia, en vez de pasearse de uno á otro estremo de la calle, apoyóse en el quicio de la puerta de la casa misma donde tan mal le estaban tratando, y allí se quedó como enagenado.

Asi, ya al anochecer, que era la hora en que ordinariamente acudia Sotopardo á ver á su jamona, sorprendió al infeliz novio su futura suegra, que con paso diligente, y esperando llegar antes que su amante, regresaba al hogar doméstico. Ver Milagros á Mendoza como petrificado, y adivinar en la estúpida candidez de aquel rostro de bienaventurado que era víctima de alguna diabólica astucia de Matilde, fué movimiento súbito é instintivo. Trabóle, pues, del brazo, y preguntóle imperiosamente qué era lo que allí hacia, por qué no habia subido, dónde estaba Sotopardo. Ante la presencia de aquella muger, de cuya decision pendia su destino, volviendo en sí del letargo en que estaba, solo para ser víctima de un vértigo de otra especie, el triste capitan creyó que Milagros no venia de la calle, sino que de su casa bajaba, y que por consiguiente era inútil tratar de ocultarle cosa alguna. En tal concepto confesó de plano la verdad de las cosas, tal cual él la creia á lo menos; pero como Milagros sabia á qué atenerse en punto á la timidez de su hija; como estaba, y no podia menos de estar, completamente de acuerdo con ella en cuanto á su enlace con Mendoza, inesperado y gran favor de la fortuna para entrambas; y como, en fin, los celos la tenian ya sobresaltada de antemano, á media palabra comprendió todo lo que pasaba, es decir, que Matilde habia dado una cita á su amante por medio de su novio. Si de Sotopardo no se tratara, Milagros quizá, y sin quizá, habria admirado lo ingenioso de la invencion, y contribuido á su buen éxito: mas aquella flecha que iba encaminada al punto en que su alma era mas sensible, tocó en el blanco, hiriéndole tan dolorosamente, que olvidando la jamona por un momento su habitual prudencia, dijo á Mendoza:

—¡Pobre hombre! sígame V.; y con ligereza admirable en sus años, subió la escalera, abrió la puerta de su casa con llave y picaporte que al efecto llevaba, y penetró sin ser esperada en la estancia de su hija.

Su cólera era inmensa, casi rayaba en la desesperacion (trátase de una muger que frisando en los límites de la vejez, vé huirse un amante cínico y jóven); pero, sin embargo, en lo esterno nadie adivinaba la violenta agitacion de su alma.

Al oir la interpelacion de Mendoza, Sotopardo, acercándosele, poniéndole las manos sobre los hombros, y fijando en él sus penetrantes ojos, contestó:

—¿Por qué no se casará con usted?.... Porque yo no quiero.

Y en seguida, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalon, y silbando entre dientes un toque de ordenanza, se puso á pasear de uno á otro estremo de la sala.

En cuanto á Matilde, sin levantarse del sofá en que voluptuosamente estaba recostada, no obstante la disputa, sin variar de postura, sin que en su rostro y ademanes se advirtiese la menor turbacion, le dijo á su novio:

—Déjele V. decir: nos casaremos y tres mas que son cinco.—Y seguidamente á su madre:—Tiene V. razon que los escándalos para nada sirven; pero mas fácil es no provocarlos que tratar de evitarlos una vez provocados.

Con tales frases y una miradita de víbora que á morder se prepara, contestada con otra de basilisco venenoso, se declararon la guerra aquellas dos dignísimas rivales, mas dignas aun del estrecho parentesco que las enlazaba.

Aquí, por segunda vez, y siempre por respeto á consideraciones de moralidad, compendiaremos en pocas líneas una escena de violencia, de cinismo y de procacidad, de esas que no son para espuestas al público.

Las esplicaciones eran inevitables: Mendoza las pedia con derecho y con calor: aquel hombre era necio, incapaz, nacido para víctima de todos los que engañarle se propusieron, mas no bajo, y mucho menos dispuesto á aceptar á sabiendas la infamia.—¡Cuántas veces acusa el mundo de tolerar su deshonra, á desdichados que solo son culpables de una invencible ceguedad moral!—En fin, Mendoza queria esplicaciones; Milagros las exijia igualmente; y Matilde tarareaba, y Sotopardo silbaba en respuesta.

Semejante método de conversar, poco placentero para el que no lo emplea, exaltó los ánimos de los desairados, que comenzaron á prodigar las injurias á sus contrincantes; estos á su vez perdiendo los estribos, tomaron parte activa en el diálogo, de modo que al cabo de diez minutos, la discusion toraba en los límites de la riña descarada é insolente.

(*Continuará.*)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Oracion espeditiva.

Un devoto lleno de cristiana sumision, temiendo pedir á Dios alguna cosa injusta, se contentaba con pronunciar todas las mañanas y las noches, las 24 letras del alfabeto, y añadir despues: «Hélas ahí todas, Dios mio: arregladlas como mejor os plazca.»

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA ISLA DE HONG-KONG EN CHINA.

La isla de Hong-Kong cedida á la Inglaterra á consecuencia del tratado estipulado entre la reina de la Gran-Bretaña y el emperador del celeste imperio, está situada á la embocadura del rio de Canton, á la distancia de unos 134 kilómetros de la poblacion del mismo nombre y á 52 kilómetros de Macao; su longitud es de 11 kilómetros y su anchura varia desde 3 hasta 7 kilógramos. La isla vista desde cierta distancia, presenta un aspecto poco agradable, pero al acercarse á ella, se ven fértiles terrenos y numerosos riegos. Su nombre, derivado de palabras chinas que significan torrente rojo, alude al color de la tierra, por la cual corre un riachuelo que se arroja en la rada formando una cascada vistosa. La rada es magnífica, su profundidad es tanta y de tal igualdad, que un navío de 74 cañones puede andar á la distancia de un cable de la costa.

Al norte de la isla, cerca de la costa, se estiende una cordillera de montañas cuya mayor altura es de 150 metros sobre el nivel del mar. Estas montañas desiertas é incultas estan formadas de masas enormes de granito, interrumpidas tan solo en escasos trechos por algunos prados y arbustos; se inclinan cuasi todas hácia el mar y apenas dejan espacio suficiente en sus bases para construir algunas habitaciones.

Al mediodia de la isla hay algunas bahias bastante grandes, particularmente dos designadas con los nombres de Ty-tam y de Churple-ivan. Los ingleses han colocado un destacamento ó avanzada militar en la playa de la primera de estas bahias y fundarán en ella, sin duda, algun establecimiento importante; la segunda presenta un local al abrigo de los vientos y muy favorable para establecer un estenso astillero.

Una península bastante estensa, sembrada de aldeas chinas, se estiende hácia el sur desde la poblacion de Clow-loon; el terreno de ella es muy fértil, y hay muchos abetos corpulentos.

En la costa oriental de la isla, que dá frente al continente, hay valles pequeños y angostos, cultivados con el minucioso esmero y la paciencia inalterable del agricultor chino. El valle principal no tiene mas que una entrada muy estrecha hácia el lado del mar, obstruida por una roca inmensa que ha rodado de las montañas inmediatas, pero de la que, gracias á la industria, se ha sacado un partido ventajoso; en su parte superior se ha abierto á pico un estanque que recoge el agua de las referidas montañas por medio de conductos de bambú y se distribuye por el mismo mecanismo en el valle.

Este valle es el mas poblado, pintoresco y frondoso de la isla. Si los ingleses no se ven obligados por alguna revolucion á abandonar la isla, antes de pocos años se verán al lado de los estrambóticos edificios chinos, con sus tejados azules y adornos con dragones y delfines, cómodas y elegantes casas de campo inglesas.

Esceptuando la parte de la costa en que está situada Clow-loon, el clima de Hong-Kong es generalmente demasiado húmedo; pero es posible mejorarle.

Bajo el punto de vista militar, la isla de Hong-Kong es una prolongacion de la línea de bastillas marítimas con que los ingleses van rodeando los mares. Con una escuadra estacionada principalmente en la bahia, esperan poder dominar todo el comercio de la China, y vigilar al mismo tiempo las islas Filipinas y las del Japon. Los establecimientos militares de Singapor y de Hong-Kong colocan la navegacion de los mares de la China bajo la inspeccion inmediata de la Inglaterra.

La apreciable literata francesa madame Amelie Richard, ha tenido la galantería de dirigirnos el artículo crítico que ha escrito sobre el Paralelo de *Safo* y *Santa Teresa de Jesus*.

La dama francesa, herida en su orgullo nacional, se queja de que no hallemos otra rival digna de Safo que Santa Teresa, habiendo en

su concepto tantos nombres ilustres cuyo mérito literario escede al de nuestra Santa.

Nosotros, sintiendo ser de tan diversa opinion respecto á Santa Teresa y á las poetisas de Francia, hémos traducido, no obstante, el artículo de madame Amelie Richard con todo el esmero posible, para que luzca su talento, y nos proponemos contestar en el mismo número.

Sobre el Paralelo de Safo y Santa Teresa.

Es defecto de españoles no hablar con justicia de los estrangeros. —Los críticos españoles se forman un mundo aparte, y si hablan de su teatro, dicen que es el primero.—Si hablan de sus líricos, nunca son los segundos.—Perezosos para estudiar, no conocen los nombres sino por tradicion.—Sus anteojos literarios no alcanzan mas acá de nuestros Pirineos.—Por eso no nos ha mancillado ver á una poetisa española contemporánea, aludir con irreflexion á las de Francia, que *llenaron el mundo con el eco de su fama*, y que al parecer ha estudiado poco cuando no las cree dignas de ser comparadas con la monja española.—La obra que anuncia de los *Génios Gemelos*, cuyo primer paralelo ha fijado nuestra atencion, es, lo confesamos, un pensamiento original y bello. El desempeño del primer paralelo, notable por su rica poesía, sería escelente si *su* autora no lo hubiese escrito preocupada con la supremacía de su compatriota.

No desdeñamos seguramente el mérito de una muger, que como santa Teresa, escribió sin educacion literaria.—Sus obras son en Francia estimadísimas.—¿Pero es posible que ni madama Cotin, ni madame Deshouliers, ni Mlle. Estaél, ni otro gran número de francesas ilustres, hayan podido merecer la comparacion con Safo?—¡Oh que injusticia!

La doncella española ha debido esperar á que madurase su juicio crítico para escribir este paralelo.—Ha debido estudiar antes á nuestras escritoras, y fijarse muy principalmente en la poesía de madame Deshouliers, adoptada en Francia para esplicar los principios de literatura.

He aquí lo que dice Mr. Batleux, de la academia francesa, hablando de madame Deshouliers.—De madame Deshouliers celebridad europea.

«Madame Deshouliers no cede á nadie en el género de que hablamos (los Idilios). Sus obras tienen ese fondo de dulzura y de madurez que recomienda Horacio, y una y otra en un grado esquisito. Con un arte admirable posee el secreto de espresar los sentimientos mas delicados. Tan sencilla como Teócrito, tan delicada como Virgilio, tan espiritual como Byron, ha hecho de todas estas cualidades una dichosa mezcla.»

Esto dice el respetabilísimo académico de nuestra célebre literata, y despues cita dos de sus idilios, cuya perfeccion demuestra cuán inteligente era en las combinaciones del arte y qué correcto llegó á ser su estilo.

Citaremos uno. El mas débil, para suavizar la rudeza de nuestro ataque á los que desconocen nuestra poesía nacional.

LE RUISSEAU.

Ruisseau : nous paraissons avoir un même sort:
D'un cours précipité nous allons l'un et l'autre,
Vous à la mer, nous à la mort.
Mais, hélas! que d'ailleurs je vois peu de rapport
Entre votre course et la nôtre.
Vous vous abandonnez sans remords, sans terreurs
A votre pente naturelle,
Point de loi parmi vous ne la rend criminelle
. . . .

No sé,—pero digo ingénuamente que estos versos me parecen mejores que aquellos de

»Muero porque no muero»

de la monja española.

Y he citado á madame Deshouliers porque conozco la aficion de los españoles á los consonantes.—Otras poetisas pudiera citar.—Es verdad que no tienen ni la filosofía ni el gusto de madame Deshouliers.—Madame Deshouliers, lo repetimos, es un modelo.—¿Y Luisa Labé que nuestra jóven poetisa española no conoce? A Luisa Labé, escritora de últimos del siglo XVI, se debe la sola comedia de su siglo, escrita en griego, cuyas formas clásicas, cuyas partes armoniosas, cuyo conjunto la hagan digna de ser comparada á las comedias griegas.—Un estudio profundo, un conocimiento exacto de los autores griegos y latinos, la hizo adquirir estas ventajas sobre sus contemporáneas *Clemencia de Bourges* y *Pernet Guillet*. A Luisa Labé la eran familiares las lenguas doctas.—¡Qué gusto antiguo tiene su oda á Venus!

Luisa Labé ha sido injustamente olvidada en Francia.—Luisa Labé superior á todos los poetas del reinado de Francisco II!

Si quisiéramos recorrer por otra parte la galería de mugeres distinguidas, pronto hallaríamos tambien la noble fisonomía de madame de Montespan.

«Madame,—decia el inmortal Racine en una carta dirijida á esta, —mas estudio en vuestros pensamientos que en los libros.»

¿Y quién duda que las cartas de madame la Valiere son una obra sublime?

Los escritos de madame Motteville, á pesar de lo alterados que se presentan por las diferentes ediciones que de ellos se han hecho, están nutridos de esa sabia que presta á los pensamientos mas sencillos la sensibilidad esquisita de la muger.

Pero sería eterno recorrer la lista de nuestras celebridades.—Solo añadiré, que un rayo de luz de madame Estaél, eclipsa la gloria de estas que hemos citado.

¡Madame Estael!—¿Ha estudiado sus obras la autora de los *Génios Gemelos*?

Es estudio grave.

—Confesémoslo.—España no es la que puede hablar alto en cuestiones de saber.—Como dice uno de nuestros concienzudos escritores, «la España *vegetaba* hasta que la mano de Napoleon gravitando de repente sobre la península, la dió movimiento.»

—Su civilizacion no ha llegado aun á aquel grado que se necesita para producir grandes literatas.

Yo admiro á las españolas por sus rostros graciosos.

Pero las mugeres célebres pertenecen á la Francia.

Francia tiene un ejército de literatas.

MADAME AMELIE RICHARD.

Paris 15 de mayo de 1850.

Contestacion á Madame Amelie Richard.

Sin darnos por ofendidas de las alusiones punzantes que madame Richard dirije á nuestra falta de saber, empezamos preguntando á madame Richard: ¿por qué acusa á los españoles de ser injustos con los franceses? ¿De no estimar su literatura? ¿Es porque de nuestras librerías se han arrojado los libros españoles, para ocupar los estantes con las novelas de Soulié, de Janin, de Balzac, de Sué y de Dumas? ¿Es porque en nuestros teatros se representan los pedazos de estas novelas? ¿Es porque leemos á *Martin el Espósito*, y aplaudimos la *Monja Alferez*? ¿Es porque sufrimos las cartas de Dumas, en que pinta á nuestros *Nobles* como *Bandoleros* y á nuestras *Damas* como *Manolas*? ¿Es porque nuestro delirio por la literatura francesa esteriliza la facultad de los ingenios españoles, y los obliga á traducir las malas obras francesas para ser atendidos de los editores y leidos del público? ¡Ah! ¡ójala que nuestros *anteojos literarios no alcanzáran mas allá de los Pirineos!* Así fijaríamos la vista en nuestra literatura nacional, y estudiaríamos á Cervantes, á Quevedo, á Mariana, á *Santa Teresa*, cuya alabanza de nuestra boca humilde ha irritado á madame Richard.

No hay razon para ello. La alabanza que hemos tributado á Santa Teresa, es débil. Santa Teresa merece mas. Santa Teresa y Safo son las primeras *Poetisas* del mundo, y merecian ser elogiadas por el primer crítico de la Francia, por madame Estael...

¡Oh madame Estael!

¿Y por qué no hemos comparado á madame Estael con Teresa ó con Safo? pregunta madame Richard.

Vamos á decirlo.

Porque un *hombre* no puede ser comparado sino con otro *hombre*. Porque un poeta grave, un filósofo profundo, un político eminente, un erudito, un sábio, en fin, no pueden ser comparados con una poetisa. Porque las cualidades de sus talentos son diferentes.—Porque son opuestas.

Entremos en el fondo de la cuestion.

La *Literata* no es la *Poetisa*. La *Poetisa* no es la *Sábia*.

La facultad poética es un talento innato. Rudo como el de Ossian, que cantaba en los bosques á la llama de un tronco de encina; cultivado como el de Lord Byron que escribia desde el fondo de la butaca, el talento poético se robustece ó se debilita en la instruccion segun su índole, pero no se adquiere.

En España no hay *educacion literaria* para las mugeres. Madame Richard lo confiesa hablando de nuestra Santa.

Teresa de Jesus ha escrito por *génio* por *inspiracion*, Teresa de Jesus es *Poetisa*.

La literatura es un arte. Se *aprende* á *escribir* prosa, se *aprende* á *versificar*, se pueden componer libros sin ser poeta.

Madame Richard lo ha dicho hablando de madame Deshouliers. «Su conocimiento en el arte era profundo.»

En *Francia* hay *educacion literaria* para las mugeres. La mayor parte de las francesas son *Literatas:* son muy pocas las *poetisas*.

Allí donde la *inspiracion* brota espontáneamente y se abre paso á través de la ignorancia, allí está el *génio*, allí está la *Poetisa*, allí está *Santa Teresa*. Allí donde el estudio ha cultivado el talento, fecundado las ideas, allí está el *Arte*, allí está la *Literata*, allí está *madame Deshouliers*. Allí donde el *génio*, la *inspiracion* y el *talento* se han apoderado del *arte* y de las *ciencias*, allí está el *Sábio*, allí está madame Estael.

Solo una *Poetisa inspirada* improvisa como Santa Teresa, loa *Conceptos del amor de Dios*.

Solo una *Literata esclarecida* produce como madame Deshouliers *Idilios tan correctos*.

Solo un *Sábio* escribe como madame *Estael* sobre la *Alemania*.

En cuanto á madame *Cotin* es menos *Poetisa* que madame Deshouliers, y las demas literatas francesas menos *Poetisas* que madame Cotin.

De *Luisa Labé* dice madame Richard que «su nombre está olvidado en Francia.» Si su pátria la olvida ¿cómo quiere madame Richard que nosotros la recordemos? Pero ya que su cita viene en apoyo de nuestra opinion, coloquemos á Luisa Labé, que *escribia comedias en griego*, al lado de las *Literatas* mas *Eruditas*.

Un escritor tiene la Francia, que en nuestro concepto, es mas *poetisa* que madame Cotin y madame Deshouliers y Luisa Labé. Jorge-Sand.

Jorge-Sand tiene pretensiones de parecer *hombre* como madame Estael las tenia de parecer *muger*. ¡Hombre Jorge-Sand! El autor de la *Valentina* y de *Consuelo!* Una inteligencia tan fina, tan apasionada, tan entusiasta, tan tierna! ¡Unas ideas tan *femeniles*, un númen poético tan ardiente y delicado! *Muger* madame Estael! ¡Un génio tan vasto, tan analítico, tan matemático! ¡Una razon tan fria, tan varonil!... Mas parece muger Mr. de Lamartine en el *Adios* que dá á la *Francia* al embarcarse para Oriente, que madame Estael en el *Adios* que dá á sus hijos al huir desterrada á Suiza. Mr. de Lamartine se acuerda de los *árboles de su huerto*, madame Estael de la *política de Inglaterra*.

Si alguna poetisa francesa puede compararse con Safo, es solo Jorge-Sand. Y debió haberlo hecho madame Richard, ya que tanto la ha gustado la idea del *gemelismo*. Asi hubiera *ilustrado* nuestra *ignorancia*, mejor que calumniando á los españoles de haber *vegetado* hasta que nació *Napoleon*.

Es verdad que la mano de *Napoleon*, gravitando de repente sobre la *península*, imprimió un *movimiento* á *España* que produjo el terremoto del *Dos de Mayo*, donde se hundió la planta de *Napoleon;* pero esto fué en lo político. En lo literario ya primero se habian movido las inmortales ruedas de Calderon y de Cervantes, para pasear por toda Europa el carro triunfal de nuestra literatura.

Esto hicieron los ingenios españoles. Por lo que hace á las españolas, no ambicionamos *ejércitos* de Literatas; nos basta con haber tenido *una Poetisa* mas inspirada que las francesas, y que esa haya sido Santa.

CAROLINA CORONADO.

Badajoz 6 de junio de 1850.

TIPOS PROVERBIALES DE ESPAÑA.

LA CASA DE TOCAME-ROQUE.

INQUILINOS.

EL DE ENE.	VILLADIEGO.
EL DE MARRAS.	EL TIO PERANSULES
EL OTRO.	EL REY QUE RABIÓ.
EL P. COTOS.	CALAINOS.
PERO GRULLO.	LA TIA MARIZAPALOS.
JUAN LANAS.	MARIQUITA LA PELONA.
PEDRO BOTERO.	PERICO EL DE LOS PALOTES.
LA MARIMORENA.	LA TIA CANDONGA.
JUAN DE LAS VIÑAS.	PERIQUITO ENTRE ELLAS.
JUAN PORTAL.	JUAN FERNANDEZ.
EL TONTO DE CORIA.	LA TIA PENDANGA.
EL TIO LILAILA.	LA RABICORTONA.
CRIBAS.	

El reloj del Buen-Suceso señalaba las ocho de la noche, y las melancólicas vibraciones de su campana eran interrumpidas por un murmullo prolongado que se parecia á la agitada respiracion de la Puerta del Sol. Cuando el invierno sacude sobre Madrid la blanca cabellera de Guadarrama, los habitantes de la coronada villa no andan, no corren por sus aceras, sino que se deslizan como sombras Tienen algo del lagarto en los pies: suben y bajan por los planos inclinados con la mayor velocidad. El frio, ese duende obstinado y malicioso que despierta á los médicos en alta noche en nombre de una pulmonia aguda, hace del hombre un ser ambiguo entre mono y pájaro. El habitante de Madrid, durante las noches de invierno, no pasea, salta; no habla, gesticula; no escucha, adivina. Cuando vá solo, tampoco salta, vuela; —volvemos á decirlo— vuela como las alondras sobre el tomillo, vuela á grandes plazos. Es una falsificacion humana con dos zancos cubiertos con un pantalon corinto que terminan en un sombrero ladeado. La cintura, las manos, la barba, la cara, son objetos para ser vistos en las noches de verano: durante el invierno los sacos, las mangas locas, y las pieles de chinchilla suprimen hasta las habitaciones estas particularidades del cuerpo humano.

La inmovilidad en la Puerta del Sol es un contrasentido.... Hasta los puestos de los fosforeros varian de posicion segun se acerca la hora de entrada en los teatros ó de salida en los cafés. Los cesantes conjuran el frio detrás del mostrador de una tienda ó de los cristales de un café, con el estoicismo de la desgracia aceptada como un nuevo merecimiento: lo alejan con un cigarro, y lo rechazan con la aproximacion de diez semblantes, cuyos lábios exhalan bocanadas de calor mezcladas con principios de política nacional.—Diez bocas hablando de política en el pequeño círculo de un corrillo equivalen á una estufa.

En la noche á que llevamos la atencion de nuestros lectores distinguimos en medio de la Puerta del Sol un desconocido envuelto en su capa, con el reposo y la inmovilidad de una estátua. Acercámonos á él, instigados por la curiosidad, y sorprendimos en su fisonomía una mirada investigadora —Es un inglés, murmuramos; y volvíamos á seguir por la calle de Alcalá, cuando pasaron dos jóvenes por delante de ambos, diciéndose mútuamente:

—Mañana á las siete en las tapias del cementerio de Fuencarral.

—*Ahora lo veredes*—dijo el desconocido á media voz.

—¿Los conoceis? — le preguntamos para reconocerle mejor.

—Son dos locos: se batirán por una muger.

—Tal vez á muerte....

—*Ahora lo veredes.*

—Será á pistola.

—O... á café!

—No os comprendo.

—*Ahora lo veredes.*

—La policía evitará.....

—Que se sepa, pero no que se haga.

—¡Quién sabe!

—*Ahora lo veredes.*

—Os habia tomado por un inglés, pero ahora me pareceis *Agrages*.....

—Ni lo uno ni lo otro. Yo os conozco y vos no me conoceis. Sois periodista, escritor ó literato, cualquiera de esos nombres que representan entre nosotros al hombre de letras, y vos me tomais por *Agrages*. Voy á revelaros mi nombre y á esplicaros mi vida. Despues me hareis justicia. Me llaman *el de Ene:* vivo en la casa de *Tócame-Roque*, ó mejor sea dicho, duermo en esta morada, porque vivo en la calle. Soy el primer guarismo con que se forma aquella suma tan grata para los empresarios de teatros cuando se llama *público*, y tan terrible para los gobiernos cuando se llama *pueblo*. Soy el hombre-calendario. Hace cincuenta años que asisto á una misa de hora en Santo Tomás, y que ocupo el mismo número de grada en la plaza de toros. A una hora señalada paso por una calle durante veinte ó treinta años, y al cruzar por su acera siempre ha de tener lugar algun suceso. El carro que coje á un niño, el ratero que se guarda un pañuelo contra la voluntad de su dueño, una riña de aguadores, un albañil que cae de un andamio, un caballo que se desboca, un entierro que pasa, un tiesto que cae de un balcon, la visita de cárceles, el desfile de la parada, todo lo veo, todo lo presencio, todo lo observo. No soy individuo de ninguna sacramental, y lo parezco en todas las iglesias: el sacristan me halla durante las *minervas* ó el primero ó el último, siempre formando ó concluyendo el gentío. En los aniversarios presencio el arreglo del catafalco, ó la primera misa de la madrugada. En la puerta de San Pedro tropiezo con dos novios que van á recibir la bendicion matrimonial; en la calle de Colon encaro con el capitan general de Madrid que vá á pasar una revista de cuarteles, y en la puerta de Atocha me desvio para qué no me atropelle el caballo de un posta, del cual aun no tiene noticia el mismo gobierno. Si llego á un pésame, he de subir la escalera cuando la baja ó se la hacen bajar al difunto; si voy á dar dias, he de entrar en la sala cuando sale la señora del gabinete ya vestida por la doncella; si *hago pié* en el tresillo, he de sentarme cuando se acaba de *poner una puesta*, y he de llevarla cuando *le estaba dando* con fortuna al que tiene que *darme la*

mano... ¿Saludo á un amigo? ¿Paso á la acera de enfrente para oprimir su mano amistosamente? En este momento iba á cruzar hácia donde yo venia para ver á un agente de negocios que le interesaba hablar antes de perderlo de vista. ¿Vuelvo la esquina de una calle? Encuentro á la bella Marcelina que desea llegar á la iglesia de Santiago, donde la espera su amante. Soy amigo de la casa, y la acompaño á la iglesia, á una tienda de blondas, al despacho de su padrino, al pasage de la villa de Madrid .. á todas partes. El amante se desespera, y la jóven se inquieta, porque no se hablan á la salida de la misa como se habian prometido desde la víspera.

—Ahora recuerdo—le interrumpimos—que cada uno de nosotros tiene en esta vida su testigo providencial, su estorbo, su paréntesis misto de acreedor y espia, personage misterioso entre observador y convidado de piedra... verdadero parásito de las calles.

—Ahí estoy yo... uno de esos polizontes de la providencia... el de siempre... *el de Ene*. Si el frio no hubiese entumecido mis pies helados, os revelaria los misterios de mi existencia. Me retiro; voy á mi casa.

—Os acompañaré.

—Enhorabuena... No creais que la casa de *Tócame-Roque* es el hospedaje de los rateros y de los truanes. Os equivocais. Allí vereis la armería viviente de los siglos pasados: es una nacion bajo el techo de una casa.

Dominados por el carácter original y aventurero de esta visita nocturna á la flor y nata de las casas dominguéras de Madrid, á la casa de *Tócame-Roque*, ofrecimos nuestro brazo al desconocido, y tomamos por una de las aceras de la calle de Alcalá.

Llegamos á la plaza del Rey, y la proverbial animacion de la Puerta del Sol fué reemplazada por un sepulcral silencio. Entramos en la calle del Barquillo, y largos paredones se levantaban como las tapias de un cementerio. Los faroles colocados de trecho en trecho, bajo la penumbra de una noche oscura, parecian una hilera de hachas mortuorias. Preocupada nuestra imaginacion con los diversos pensamientos á que daba lugar la representacion fantástica de aquella hilera paralela de luces simétricas, nuestro *Cicerone* nos oprimió el brazo diciendo:

—Aquí teneis la casa de *Tócame-Roque*.

Levantamos los ojos, y en el fondo oscuro de una puerta angosta y desigual distinguimos algunos rayos de luz vacilante que salia de las rendijas de los cuartos, como los fuegos fátuos de un pantano.

De pronto una confusa gritería rodó por el pavimento del portal como la esplosion de un pistoletazo.

—Bien, perfectamente—esclamó nuestro acompañante—encontramos la casa revuelta.

—¿Corremos riesgo?

—Adelante.

Y al pronunciar estas palabras salió de lo interior del patio una muger de pequeña estatura, pálida, desmelenada, sacudiendo los brazos con mal disimulado enojo y golpeando el suelo con los pies.

Ocultámonos en la sombra, y aquella fantasma, alumbrada por la claridad que salia de su habitacion entreabierta, llamó á todas las puertas, subió y bajó las escaleras, porfió con los unos y riñó con los otros, volviendo á su habitacion con aire risueño y orgulloso, y escurriéndose entre las diversas personas que habian salido de sus cuartos, como una comadreja perseguida.

—¡Travesuras suyas!

—¡Muger original!

—Es una viuda histérica—repuso nuestro *Cicerone*.—Padece jaqueca en invierno y tercianas en verano. Es menester hablarle siempre de su mal... sobre todo permitirle que riña. Para su carácter la riña es una especie de espectoracion: es su tos, su desahogo.

—¿Cómo se llama?

—*La Marimorena*. Observad á la derecha... ¿No veis un hombre que atraviesa el patio con sigilosa magestad?... Ese es mi hermano.

—¡Vuestro hermano!

—Sí; el hombre-*souvenir*: el hombre de ayer, nunca de hoy. Es *la autoridad* de lo que sucedió... personage filosóficamente visible y materialmente invisible en todos los acontecimientos públicos y privados. Hijo de aquel anciano que con la cabeza inclinada al suelo y el brazo apoyado en la manga de aquel Padre, sube ahora por la escalera; es una especie de anteojo humano... vé desde lejos. Me esplicaré. ¿Observásteis cómo no salió de su habitacion hasta que *la Marimorena* se retiró á la suya? Pues bien: dentro de algunas horas recorrerá los cuartos de la vecindad, y será el primero que revele algunas circunstancias ó repita algunas palabras que habian pasado desapercibidas para los demás. Todo lo esplica. Yo frecuento los espectáculos: él los observa; y véalos ú obsérvelos, él los juzga. Viene despues nuestro padre y aplica una sentencia, una máxima, un refran, un proverbio. De esta manera cuando se habla de un suceso dudoso y de un acontecimiento increible, todos responden de su existencia porque hubo un mortal que lo observó. Lo dijo él, y es menester creerle. Se preguntan despues unos á otros: ¿dónde aconteció? ¿cómo sucedió? ¿quién lo vió?... ¡Y quién habia de ser!... *el de Marras*. Y todos callan.

—Abusarán tambien de su nombre...

—Entonces viene nuestro Padre, y con un proverbio, un equivoco, una sonrisa, llega en auxilio de una idea mal recibida ó de un suceso desgraciado. Nuestro Padre tiene por esta circunstancia un nombre... de relacion.

—Se llama...

—*El Otro*. Este ó aquel pueden equivocarse; pero el de mas allá, el que está lejos, el que nadie vé, el que no habla con nadie, la sombra del suceso .. *el Otro*... ese es infalible. La filosofía tiene *el Otro*; la observacion *el de Marras*; la casualidad *el de Ene*. Nuestro Padre es el hombre-refranes. Una palabra, una mirada, una ambigüedad suya, son recogidas y aplicadas por los vecinos, mañana, pasado mañana... cualquiera dia. ¿Se casan dos amantes?... Como dijo *el Otro*, ¡ello habrá de ser! ¿Se encuentran dos vecinos reñidos por un desaire? Como dijo *el Otro* ¡quién sabe! Con el tiempo maduran las uvas. ¿Hay eclipses de sol?... Como dijo *el Otro*—esclaman los vecinos asomados á las ventanas—el que está arriba todo lo puede. Algunas veces—para haceros ver la autoridad de sus palabras—terminan los inquilinos de esta casa un duelo ó una boda diciendo: «como dijo *el Otro*...» y aunque nada se repite, todos se convencen de la razon de un presagio alegre ó triste, porque aunque no se dice lo que dijo *el Otro*, éste nunca debió decir una simpleza.

—Y el Padre que le acompaña será tal vez su consejero.

—Mejor diriais su rival. Es el *Padre Covos*: el observador malicioso y zumbon de la vecindad. Pesado y rebuscador, tarda ocho dias para soltar una gracia que no es suya. Hace largas visitas, registra las habitaciones, husmea los secretos de familia, y descubre los quebrantos de los demás. Es el egoista á los cincuenta años: indolente, gloton, avaro. Mira á las personas como un anticuario á sus monedas: con las cejas fruncidas y los lábios prolongados. Despues de *sus tiempos* todo merece su censura. Dice una gracia en un duelo, y pronuncia un sermon en una comida de campo. Goza con aguar la agena satisfaccion, y cree una vulgaridad, cree que nadie le conoce cuando la vecindad ya llama á la imprudencia *indirecta del Padre Covos*. Considerad cuál podrá ser el aprecio y la estimacion que tiene entre los inquilinos de esta casa, cuando el mismo *Pedro Botero* varió de habitacion por no vivir á su lado.

—Entonces *Pedro Botero* será el vice-versa del *Padre Covos*.

—Debian vivir pared por medio. Se parecen en el color, pero se distinguen en las líneas. Cuando el *Padre Covos* vá de lado, *Pedro Botero* cruza por enfrente. El primero se parece á la culebra porque se adelanta rastreándose sobre el suelo: el segundo se asemeja al javalí porque marcha en línea recta sin que nadie pueda pararlo en su carrera. *Pedro Botero* es el perdona-vidas de la casa. Embustero y trapalon, hay que creerle bajo su palabra, y se le debe dejar la derecha en la escalera, aunque baje en camisa, trage que no puede reclamar la consideracion de sus vecinos. A juzgar por lo que habla, se cuenta con él para todo, cuando nadie se acuerda de él; se temen sus revelaciones cuando nada sabe, y se respetan sus presagios cuando sobre nada reflexiona. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Vive hablando de sí y de sus enemigos. Por lo regular tiene, segun él, muchos enemigos cuando ni aun cuenta con amigos... Solo puede tener indiferentes, y se apropia entonces una numerosa clientela. Habla de todo, comenzando de esta suerte: *¡si yo fuera!... ¡si yo estuviera en lugar de!*... Es el D. Quijote de la vecindad: en sus célebres *calderas* bien puede cocer nabos de Fuencarral y palominos de la plazuela de San Ildefonso... Ahora bien: ya conoceis algunos inquilinos de la casa; subid conmigo y observareis despues el vecino mas original y sorprendente que podeis representaros en la imaginacion.

Subimos la escalera principal y encaramos con una puerta cuya cerradura permitia reflejar en la pared de enfrente un boton de oro esmaltado por la luz que salia por el ojo de la llave. Aplicamos el semblante á la cerradura, y distinguimos un personaje escuálido, macilento, de ojos hundidos y prolija barba, sin movimiento en las pupilas ni articulacion en las manos. Vestia un holgado capisayo de lienzo, corona de laurel en la cabeza, y calzaba sandalias.

—¿Es un comediante?

—Es *el Rey que rabió*.

—Entonces será el primer rey constitucional.

—Observad á su derecha...

—¡Oiga!... á juzgar por su trage y su apostura parece hermano del *Rey que rabió*.

—Es su amanuense, su secretario particular; es *Calaínos*; es el hombre-crónica. Vive en todos los siglos menos en el presente. Presenció el diluvio, dirigió la inscripcion del obelisco de Luxor; Lon-

gino y él disputaron en Egipto sobre el tratado de lo sublime; se hartó de dátiles en las costas de Africa en compañía de la reina Dido; tuvo en las manos la loba disecada que dió de mamar á Rómulo y Remo; conserva la primera muela que le cayó al emperador Augusto despues de cerrar el templo de Jano; fué escribiente de Ataulfo; condiscípulo de San Isidoro, maestro de Alonso X, consejero de Cristobal Colon, revisador de las cuentas del Gran Capitan... De Napoleon no refiere ningun acontecimiento... porque aun no cree en su existencia, porque aun no llegó á él... Por ahora está apostado en la era MCCCCCLXVIII (1).

—Será inmortal.

—Lo fué, porque Calainos no existe. Su vida es una cosa pasada: es un ser privilegiado que solo vé lo que aconteció. Asi, pues, no tiene un libro, un pergamino, un monumento, un relieve, una medalla: su historia no es escrita ni es hablada; es una historia suya, propia, original, esclusiva: una historia soñada. La vecindad se rie con sus relaciones, y ha dado en llamar á todo lo irrealizable é inverosímil *las coplas de Calainos*.

—Siento pasos, y no estaremos muy seguros de que atraviesen el corredor sin descubrirnos.

—¡Bah!... son *Pero Grullo*, *Juan Portal*, *Juan Lanas*, *Juan Fernandez* y *Juan de las Viñas*: los amigos inseparables de la vecindad. Cada cual se cree dichoso con la consideracion que se merece entre los inquilinos de esta casa: *Pero Grullo* como filósofo, *Juan Portal* como amigo, *Juan Lanas* como marido, *Juan Fernandez* como amante, y *Juan de las Viñas* como particular. Si *Pero Grullo* dice una trivialidad, *Juan Fernandez* toma una mirada de *Mariquita la Pelona* por la sincera y pura espansion del amor. Al encontrar *Juan Lanas* en su casa el sombrero de Villadiego, no se imagina que *toma una de las suyas*, temeroso de ser sorprendido al lado de su muger, sino que cree en una nueva gracia de su provocativa jovialidad. *Juan Portal* es, segun la vecindad, un hombre que no le vá ni le viene en nada. Es amigo de todos porque es un viviente que se encoge de hombros á tirios y troyanos. Los sentimientos humanos son distracciones para él: la ingratitud, la repulsa, el desprecio no existen, no pueden existir; porque no representan para él ningun objeto conocido. Solo cree en las debilidades humanas cuando acaba de escuchar algunas máximas y sentencias de *Pero Grullo*; pero aun así comienza y acaba las conversaciones con el *quién sabe*. *Juan de las Viñas* toma las maliciosas miradas de los vecinos por el curioso reconocimiento de sus bellas proporciones y la muda admiracion de su privilegiada suerte. Es el hombre-escrúpulo: esclavo irresoluto del *qué dirán*. Reunidos estos amigos entre sí, forman un corrillo mugeriego y enredador: al pasar algun vecino por delante de ellos lo abruman con sus gestos, sus codeos insinuantes, sus reticencias y sus palabras al oido. Cualquiera creerá que se burlan, pero ni aun consiguen reirse: su conversacion es como la baba de los caracoles: señala su paso y esplica su pesadez. *Pero Grullo* es su director espiritual y temporal, su maestro, su oráculo. Lo que dice *Pero Grullo* lo repiten los otros, y, lo que es peor, lo repiten mal. Los vecinos ya llaman á sus agudezas y travesuras... *perogrulladas*. El inquilino que mas los zumba y aburre es *Villadiego* con sus chillidos y piruetas, sin que puedan alcanzarlo, aunque se apostaron repetidas veces en los rincones de la casa.

—Será el diablo-cojuelo del barrio.

—¡Oh, no!... es el pillastre de la vecindad. Es proteo. Hoy parece un jóven juicioso en la habitacion de *Calainos*; mañana llega al cuarto de *la tia Candonga* como un muchacho travieso y voluntarioso. Es á la vez astrónomo, poeta, abogado, médico, ingeniero de minas, literato, prestidigitador, albeitar... todo lo que sea la persona con quien habla. A cada persona la dice su profesion; á cada inquilino le revela las debilidades de su vecino. Galantea á la una, requiebra á la otra, dá palabra de casamiento á ésta, desprecia á aquella: ya es D. Juan Tenorio; ya es el lindo D. Diego. Desafía y no parece; cita y no viene. Vá á sorprendérsele y escapa; parece que volverá mañana á la misma hora que hoy, y no sale de casa. Su aparicion y desaparicion es proverbial entre la vecindad; de suerte que cuando uno marcha antes de tiempo ó no viene á la hora señalada, dice *que tomó las de Villadiego*.

Seguimos por el corredor del piso principal, y llegó á nuestros oidos una confusa gritería que debia salir de la última habitacion de la casa.

—Es la tertulia de confianza del *tio Peranzules*, dijo nuestro acompañante al comprender nuestra muda interrogacion.—Enfrente vive la mala lengua de la casa: la *tia Candonga*.

—Mala compañía para vecinos pacíficos.

—Y sobre todo para la tertulia donde se reunen el *tio Peranzules*, su muger la *tia Marizápalos*, sus hijos *Mariquita la Pelona* y *Perico el de los Palotes* y el compuesto y afeminado *Periquito entre ellas*..

—Jugarán á la lotería antigua.

—Hablan, ó mejor sea dicho, charlan. Unicamente el dia de cumpleaños ó del patron de la parroquia bailan unas boleras despues de ir de campo á la pradera del canal. El *tio Peranzules* es el hombre pundonoroso, reservado cuando no le importa y charlatan cuando no le viene á cuento. La mejor alhaja de su cuarto es un grande espejo con el que consulta sus gestos y movimiento. La vecindad le califica por esta circunstancia de.... *muy mirado* en sus acciones. Para su familia es el tipo de la honradez, pero los inquilinos le llaman un infeliz, un santo varon. No es el amo de la casa; allí cambia de sexo la cabeza doméstica; *el marido* es *la muger*. La *tia Marizápalos* es hacendosa, uraña, cuentera, quisquillosa, lleva y trae, rezadora en los dias feriados y murmuradora en las noches de labor. Su hija, *Mariquita la Pelona*, es el correveydile de la vecindad: empieza por ser envidiosa y esquivana; y segura de que su padre no la reprenderá, dominado por el carácter gruñon y descontentadizo de su muger, hace burla de los viejos y se familiariza con los jóvenes. La *tia Marizápalos* ve por los ojos de su hija; la consiente que alborote la casa, que amenace á su padre por detrás, que vaya mal acompañada á los lavaderos de la Virgen del Puerto.... es la chiquilla desvergonzada que la espera mas tarde un puesto de fósforos en la plaza de Lavapies, ó un cesto de naranjas cerca de san Juan de Dios, ó lo que será peor, el mismo san Juan de Dios. Su hermano *Perico de los Palotes* es el gracioso de su familia; perezoso, indolente, dominguero: toca por cifra la guitarra y juega á la barra en el portillo de Embajadores. No tiene oficio: pasea. Los vecinos le llaman un *acerero*. Es un misto de pretendiente y observador. Anda: hé aquí su oficio. Asiste á las paradas militares: hé aquí sus hechos de armas. Lee los carteles de toros: hé aquí sus estudios. Silva por los corredores: hé aquí su educacion. Dice siempre que va de prisa por la calle, y se detiene en las tiendas de blondas, en las lonjas de géneros ultramarinos, en los almacenes de cristales, en los pasages, en las obras que se construyen, en las puertas de los teatros, en las afueras de Madrid, é insensiblemente vuelve á su casa, despues de describir repetidas espirales por las manzanas de la coronada villa.—Ahí sale *Periquito entre ellas* que va á la habitacion de la *tia Candonga*. Este inquilino es el hombre-neutro: no tiene sexo. Borda, escribe, canta, lee, cose zapatos, baila, revuelve un guisado, lava un jabon, se afeita el bigote y deja crecer las patillas, se viste de muger por el Carnaval y acompaña sin guardian á las muchachas del barrio. Es ave que nunca lleva en el pico alguna rama para su nido. Ni pesca, ni caza, ni arma: las mugeres de mundo le llaman *un espantajo*; las jóvenes le toman por *una pantalla*. Se sospecha que sea hombre; solo se sospecha de su sexo. En cambio la *tia Candonga* es un huracán: viva como la centella y ruidosa como la pólvora comprimida. No habla, grita;—es poco—vocifera. Pone sobrenombres á los vecinos, se brinda á ocultaciones maliciosas, seduce á los incautos, insulta á los pacíficos y rechaza á los prudentes. Vive con el barullo y el escándalo. Busca las ocasiones donde puede herir de nuevo á sus vecinos, y con los brazos en jarras espera para salir de su cuarto que rechine la cerradura de la habitacion del *tio Peranzules*, le mira de reojo y cantando con aire malicioso deja entornada su puerta para observar la desazon de su enemigo.

El interés y la curiosidad crecian en nuestra fantasía al escuchar la relacion de nuestro *Cicerone*, y nos resolvimos á seguir por un estrecho corredor que desembocaba al lado del cuarto del *Tonto de Coria*, el pupilo sin voluntad del desalmado *Cribas*, cuando la luz de un farol reflejó en la pared de enfrente la sombra agigantada de un personaje desconocido.

—Retiraos—esclamó nuestro acompañante—porque si os reconocen, sois perdidos. De seguro os mantearis *Pedro Botero*, el cual siempre está de semana voluntariamente para registrar la casa.... Deseaba hablaros de la tia *Pendanga*, del tio *Lilaila*, de.... pero corre de mi cuenta el volver á buscaros.

—No acertaremos á salir... guiadnos.

—Enhorabuena... Mañana, pasado mañana os encontraré en el cementerio, en la iglesia, en los toros, en palacio, en las córtes, en el prado, en el café, en vuestra redaccion... en vuestra misma casa si os place.

—La ignorais.

—Os seguiré desde la calle.

Y golpeando nuestras espaldas con humilde familiaridad nos acompañó hasta la puerta de la casa de *Tócame-Roque*.

Respiramos el relente de la calle, y á la media hora ocupábamos una silla en el café Suizo, donde acudian los *dilettantes* cansados de aplaudir á la Persiani y á Ronconi, y los jóvenes elegantes que se preparaban para las *soirées* de buen tono. Por nuestra parte aun creiamos reconocer algunos inquilinos de la casa de *Tócame-Roque*.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, mayo 4 de 1850.

(1) Año de J. C. 1520.



(Vista de la roca Tarpeya, Toledo.)

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Tratemos de resumir el espíritu de los dichos de cada uno: Mendoza queria esplicaciones sobre la oposicion de Sotopardo á su enlace con Matilde, cuando precisamente se le habia llamado para que lo facilitase; Sotopardo se contentaba con declarar que se oponia á tal matrimonio y que no habia de verificarse; Matilde, comprendiendo que un sentimiento de delicadeza no permitia á su nuevo amante revelar ni al novio ni á la madre los secretos de la reciente entrevista, abusaba de aquella generosidad, con respecto á Mendoza, desdeñándose de darle satisfacciones, con respecto á su madre, tratándola como el fuerte al débil, sin misericordia; y Milagros, finalmente, que sin que nadie se lo dijera, sabia, como si lo hubiera visto, lo pasado entre su hija y Sotopardo, procuraba escitar á este por todos los medios posibles á que de su reserva saliese.

En cuanto á los dos militares el término de su disputa era fácil de prever: empezada la discusion con violencia, pasó pronto á las frases duras, de estas á las irónicas provocaciones, y últimamente de boca de Mendoza salió un denuesto, á que replicó Sotopardo con un: «Me dará V. satisfaccion» que atajó el debate.

Pero Matilde no queria que le matasen á su amante y menos aun á su novio, y si el desafío se verificaba, probablemente se quedaba sin marido.

Milagros, que sabia tambien la superioridad de Don Carlos en las armas, temblaba que Mendoza sucumbiese, pues libre su hija, era claro que ella habia de perder el amante.

La hija y la madre acudieron, en consecuencia, á contener á los hombres que, tomando los sombreros, se encaminaban ya hácia la calle; pero al querer estorbar el combate acusáronse la una á la otra de haberlo provocado, y al defenderse de aquella acusacion se dijeron tales cosas que escandalizáran á un tambor de cuerpos francos.

Advirtamos, y es importantísimo, que seguras la una y la otra de disponer de Mendoza á su arbitrio siempre que se les antojara, las dos se encaminaron de preferencia y al mismo tiempo á Sotopardo para contenerle, y en tanto el novio, á quien la mostaza se le habia subido por completo á las narices, como vulgarmente se dice, salió esclamando:

—«Señor don Cárlos, abajo espero.»

Con lo cual, como Bustos Tavera con el famoso *«afuera voy á esperalle,»* bajó cuatro á cuatro los escalones hasta dar consigo en la calle y respirar el aire libre de que no necesitaban poco sus agitados pulmones.

En tanto Milagros acusaba á Matilde de que no contenta con su novio, y con mas de una aventura sin consecuencia, perseguia hasta al amante de su madre; y su dignísima hija le replicaba, con una modestia encantadora, que con el ejemplo que se le daba desde que nació no podia ser otra cosa que lo que era; que no tenia nada de estraño que Sotopardo prefiriese la jóven á la *vieja*; y que, en fin, bien podia tolerársele á la *jóven* que tuviese *amante*, ademas de novio, cuando la *vieja* ademas de *amante* tenia un *fraile* con quien iba á confesarse casi todas las tardes, amen de las noches que el fraile iba á confesarla á ella.

Semejante conversacion, de suyo amena é instructiva, produjo en nuestro don Cárlos el efecto que era natural atendidos su carácter y antecedentes: abriendo los ojos á la luz por completo, vió á la madre y á la hija en toda la horrible desnudez de su hedionda corrupcion. Diéronle asco primero, y luego acabó por divertirse en su riña, cual si asistiese á una de gallos ú otros animales cualquiera.

Desde aquel momento, pues, hizo firme propósito de renunciar para siempre á todo trato con tales infames gentes, renovando la resolucion de impedir á toda costa el enlace de Matilde con Mendoza.

Sin despedirse, sin mirar siquiera á las dos viles criaturas, salió Sotopardo de aquella casa: en la puerta le esperaba Mondoza, que ciego de cólera, y cerrando los oidos á las esplicaciones, ya francas, benévolas, cordiales y hasta humildes —¡fenómeno singular! —de su compañero, obstinose en medir con él las armas.

—«Mendoza, le dijo éste, es inútil que V. se cause: no me bato.

—Le insultaré á V. en público.

—No me bato.

—Le llamaré cobarde.

—¡Vive Dios!—Pero nó: no me bato.

—Le pondré á V. la mano en la cara.

—¡Miserable!

—Batámonos.

—No me bato.

—Pues entonces.... esclamó el novio, levantando la mano y acercándosela al rostro á Sotopardo.

Ante tan cruel afrenta cedió la resolucion de nuestro don Cárlos, y en el acto, perdida toda prudencia, tiró de la espada. No se hizo de rogar el otro que se abrasaba por batirse, y los hierros se cruzaron al punto.

La calle era escusada, y ya las nueve de la noche: dos ó tres personas que por allí pasaban, prudentes ó temerosas, apretaron el paso para evitar contingencias; y el combate ademas fué breve.

Mendoza siempre inferior á Sotopardo en el manejo de las armas, estaba ciego de ira; y á su enemigo le abrasaba todavia la cara con la amenaza sola del bofeton.

Al minuto, pues, don Cárlos *el bueno* estaba desarmado y herido de una estocada en el brazo derecho por don *Cárlos el malo*. Entonces el último, envainando su espada, y acudiendo á vendar la herida con su propio pañuelo, dijo á Mendoza:

—«Me ha obligado V. á batirme, y sin embargo siento lo que ha sucedido: mañana hablaremos despacio, que estaremos ambos mas sosegados. Entre tanto créame V. y levántese la tapa de los sesos antes de casarse con Matilde.

—¿Pero por qué, señor, por qué?

—Porque es una muger indigna de serlo de un caballero.

—Sotopardo, en curándome volveremos á batirnos y á muerte.

—Adios Mendoza, V. está loco.

Dichas esas palabras volvió Sotopardo la espalda y retiróse á su casa.

Apenas solas la madre y la hija, comprendiendo el riesgo inminente que corrian de perder el noviazgo de Mendoza, hombre por su candor y buena fé para ellas irreemplazable, cesaron, como de comun acuerdo, en su riña; y abriendo el balcon de la sala pusiéronse á él en observacion de lo que en la calle pasaba.

Ya hemos visto la brevedad del diálogo y lo rápido del combate de los dos capitanes; así que, si bien apenas les vieron tirar de las espadas, bajaron Milagros y Matilde las escaleras con gran celeridad, tratando de interponerse entre ellos, cuando á la calle llegaron ya el daño estaba hecho, y Mendoza herido, sobre celoso; acongojado sobre tonto, fué el único á quien hablar pudiera.

A la verdad él era allí el personage importante; en cuanto al otro, la madre y la hija se decian, cada una para sí, se entiende: «hágase la boda, que despues él será mio.»

¿Habremos de esforzarnos mucho para persuadir al lector de que fácilmente se apoderaron aquellas dos infernales mugeres del ánimo del herido? Mal habriamos desempeñado, muy mal, nuestro oficio de cronistas si así fuese.

Cuatro zalamerías de Matilde, otras tantas frases hipócritas de maternal interés en boca de Milagros, sobraron para que Mendoza se rindiese á discrecion, y se dejase llevar como un cordero al ara del sacrificio, esto es á la casa de las ninfas, de la cual desde entonces no volvió á salir hasta que fué marido de la encantadora doncella.

¿Cómo le esplicaron la escena que de presenciar acababa?—Muy fácilmente: Sotopardo con villano abuso de la confianza de Matilde, habia querido triunfar de su *virtud* aquella tarde, poniendo tal infamia por condicion precisa de su intervencion en favor de los novios, y declarando que si la *niña* no accedia á su mal deseo, él haria de modo que nunca con Mendoza se casara. Milagros que, como muger de mundo, tenia conocimiento, mas bien que sospecha de la pasion de D. Carlos por su hija, pasion que esta *en su inocencia*, no sospechaba siquiera, apenas supo por Mendoza mismo que Sotopardo estaba á solas con Matilde, receló cuanto pasaba, y de ahí la sorpresa, etc. etc.

Resultaba, pues, con evidencia probado: primeramente, la inocencia, el candor, la fidelidad de Matilde; en segundo lugar la cuerda prevision de su madre; en tercero la infamia del capitan Sotopardo; y finalmente que Mendoza, á pesar de su herida, era el hombre mas feliz de la tierra en haber hallado una esposa como Matilde, y una suegra como Milagros, tan tierna, tan solícita, que no vacilaba en sacrificar sus propios amores á los de su hija. Verdaderamente no es fácil reunir dos hembras de tan infernal condicion como lo eran aquellas harpías.

Todo se arregló, todo se convino la noche misma en que tuvieron lugar los últimamente referidos sucesos: mas aunque la real licencia estaba corriente, la vicaria necesitaba tiempo, siquiera una semana, para poner en regla á los contrayentes, y durante esa semana Sotopardo era hombre de remover cielo y tierra, de poner en juego irresistibles resortes para impedir aquel casamiento. Milagros, conociendo la actividad incansable, la tenacidad inflexible de su amante, temblaba, y con razon sobrada, que estorbase la realizacion de aquella su esperanza suprema, porque, en efecto, salir de Matilde y casándola bien, era inmensa fortuna para la Gitana.

Confesémoslo en gloria suya: si algun resto de naturales y honrados sentimientos quedaba allá en las profundidades de su empedernido corazon, ese resto era para Sotopardo, su último y acaso su mas sincero amor, á que se agregaba la harto fundada prevision de que para ella no podian repetirse en lo sucesivo tales aventuras. Por tanto vaciló y mucho, pasando por crueles alternativas, antes de resolverse á sacrificar el sentimiento á la conveniencia: pero esta triunfó al cabo, como triunfar debia.

Matilde era su madre perfeccionada: es decir, una muger en quien la corrupcion aparecia como ingénita, y una muger que educada por otra de igual especie, y respirando desde su primer instante una atmósfera envenenada, solo de ponzoña vivia, pero tan natural y en la apariencia plácidamente, como el ave en el aire, como el pez en el agua. Dueña de los secretos de su madre, y de los de su padre, secretos de vergüenza, de infamia y aun de crimen, no se hubiera detenido un solo instante en usar y abusar de ellos para vengarse de Milagros, en el momento de recelar siquiera que por culpa ú omision de esta dejaba de realizarse un enlace á cuyo favor iba ella, bastarda y corrompida criatura, sin familia, sin posicion, sin nombre legítimo, y sin fortuna, á conquistar en solo un dia todo lo que le faltaba.

«Si yo, se decia Milagros, me viese en tal situacion, capaz seria hasta del asesinato. ¿Que hará, pues, Matilde que es mucho peor que yo lo he sido nunca?»

A mayor abundamiento D. Fadrique ya viejo, pobre, proscrito, acababa de salvarse milagrosamente del cadalso, ó cuando menos del presidio, merced á la intervencion del *santo director espiritual* de aquella *santa familia*; y lejos de hallarse en estado de prestar proteccion á nadie, la necesitaba él no poco para sí mismo.

El fraile en cuestion habia sido guerrillero durante la guerra de la independencia en Andalucía: Milagros y su hija, niña entonces, viajando en cierta ocasion sin escolta desde Sevilla á Moron, cayeron en poder de la partida que el religioso acaudillaba, y como familia de *afrancesado*, parecia probable que fuesen duramente maltratadas á pesar de los fueros é inmunidades de su sexo. Las pasiones estaban tan exaltadas en aquella época, los ánimos tan enconados contra los *traidores* que al *intruso* servian, que los gerrilleros los trataban, cuando en sus manos caian, poco mas ó menos como los *israelitas* á los *cananeos*. Añádase que el *fraile* era conocido por su feroz exaltacion, y se comprenderá que Milagros se encontraba en inminente peligro.

Sin embargo, ni su serenidad, ni su buena estrella la abandonaron en tan crítica ocasion: apenas en presencia del guerrillero, y sentenciada ya, por de pronto, á ser azotada *coram pópulo*, y su

perjuicio de lo que ulteriormente pudiese de ella disponerse, la Gitana, con gran presencia de ánimo, solicitó que el fraile la oyese antes de la ejecucion algunos instantes á solas, gracia que obtuvo, porque al presbitero-soldado no le habian parecido del todo mal sus bigotes.—La audiencia que debia ser de cinco minutos, duró dos horas, al cabo de las cuales, con asombro y no sin murmuracion de aquellos que los franceses llamaban *Brigantes*, y los españoles *Patriotas* ó *Empecinados*, Milagros y su hija obtuvieron libertad completa, y fueron por el fraile mismo escoltadas casi hasta dar vista á las avanzadas del ejército invasor.

En concepto de sus soldados dejóse el fraile seducir por los encantos de aquella Armida, y hasta cierto punto acertaron: pero es justo añadir que por el placer no olvidó el cabecilla los intereses de los suyos, ni menos los de la causa que defendia. Milagros se hizo manceba, pero además espía del guerrillero, doble oficio con el cual ganó algun dinero por entonces, preparándose un protector para los dias aciagos de la derrota.

En efecto, á la vuelta del rey Fernando VII á España encapillóse el fraile de nuevo la cogulla, y desplegando contra los liberales y *Fragmasones* el mismo celo, ferocidad tanta, como contra los franceses y sus partidarios desplegara durante la guerra, obtuvo, amen de un puesto importante en su órden, gran favor con el monarca. Gracias á esa posicion, y á la consecuencia que siempre guardó á Milagros, cuando ésta con D. Fadrique y Matilde llegaron á Madrid, á pesar de la proscripcion que sobre el ex-magistrado pesaba, y fueron presos, no solo por el juego, sino porque contra Vargas aparecian indicios de mezclarse en tramas políticas, consiguió el fraile, y acaso él solo pudiera conseguirlo, que se limitase el rigor del gobierno á estrañar del reino al culpable, dejándose en completa libertad á su *familia*.

De tales antecedentes, y de la habitual frailuna parsimonia, se desprende que si, el tal religioso era un protector necesario, importante, y á mayor abundamiento temible; por lo respectivo al dinero poco ó nada podia Milagros prometerse de él, y mucho menos exigirle. Los frailes todo lo querian y tomaban como de limosna.

Mas, mucho mas, podia esperarse de la buena índole de Mendoza, y por lo tanto, tan interesada estaba Milagros, si no mas que Matilde, en que el matrimonio se realizase; porque la vejez se le acercaba á pasos agigantados, y con ella la miseria mas espantosa.

En virtud de tales consideraciones, y si bien reservándose la esperanza para lo futuro de enredar de nuevo en sus lazos á Sotopardo, resolvióse la Gitana á obrar contra él, al menos en lo indispensable para que á sus planes no estorbase; y tan buena maña se dió, que con el auxilio del fraile, á quien pintó las cosas como á su propósito cuadraba, logró que al tercer dia despues de la escena que hemos referido, saliese D. Cárlos para el castillo de las *Peñas de San Pedro*, acompañado por un ayudante de plaza para seguridad mas completa.

(Continuará).

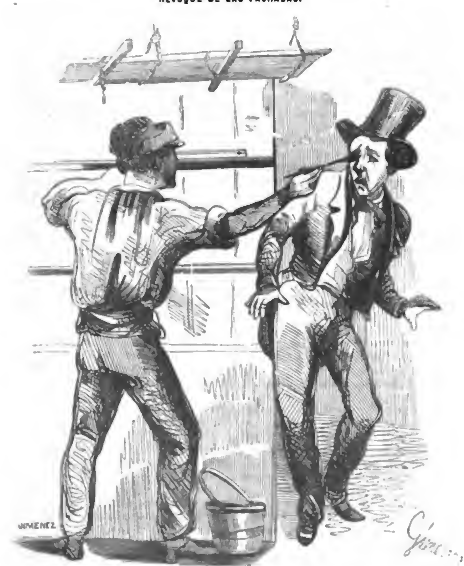
PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UNA LECCION DE ORTOGRAFIA.

Despues de la primera representacion del *Orestes*, de Voltaire, una celebridad femenina de Francia le mandó una carta de cuatro páginas conteniendo críticas sobre su obra. El célebre escritor se contentó con responderla estas pocas palabras: «Señora, no se escribe Orestes con *h*.»

PELIGROS DE MADRID.

REVOQUE DE LAS FACHADAS.



Una línea tirada con garbo y desenvoltura á la vuelta de una esquina.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



ADARGA EXISTENTE EN LA ARMERIA DE MADRID.

Hé aquí la descripcion que de este objeto encontramos en el escelente catálogo de la Armería que acaba de publicarse:

«Asunto: campo dividido como en cuatro cuarteles: en uno de los superiores se vé un ejército de guerreros castellanos con el pendon de Castilla y Leon, poniendo en huida al ejército moro granadino; en el otro van entrando en Granada los reyes Católicos y sus tropas por una puerta, mientras que Boabdil y su madre salen por otra. En el cuartel inferior derecho desembarca Cárlos V y su ejército en Africa con direccion á la jornada de Tunez; la figura armada del emperador y su caballo fardado están copiadas exactamente del cuadro del Ticiano que se halla en el Museo de pinturas con el número 685; en el cuartel que queda se representa la batalla naval de Lepanto, en una de cuyas naves está de pié D. Juan de Austria, y á un lado se vé á Felipe II sentado bajo de un dosel, teniendo delante de sí dos guerreros arrodillados que le presentan palmas de victoria. En el centro de la adarga hay un óvalo en que se distinguen los objetos siguientes: dos ibis coronadas, una serpiente con alas, un sapo muerto, una corona de espinas, y un liston ó cinta con la inscripcion latina SERÆ SPES VNA SENECTÆ. Orla con varios adornos y cuatro cabezas de leones. Todo lo descrito está hecho de plumas de colores, constituyendo un verdadedo *mosáico animal*; por lo que, y por la prolijidad del trabajo y ejecucion, es una de las piezas mas raras é interesantes en su género.

Hemos examinado detenidamente esta adarga, y creemos que ha debido pertenecer á Felipe II, segun la esplicacion que se nos ocurre del emblema contenido en el centro. Dice la mitologia que todas las primaveras salian de la Arábia multitud de serpientes aladas que iban á caer sobre Egipto, cuya destruccion hubieran causado si las ibis no las mataran, como igualmente á los demás insectos ponzoñosos y reptiles inmundos. Por esto dichas aves eran allí reverenciadas. La serpiente alada de la adarga representa la heregía que amenazaba caer sobre España y sus estados de Flandes: está mordiendo la corona de espinas en que aparece simbolizado el cristianismo: las dos ibis coronadas representan: la mayor á Cárlos V, que ya habia peleado contra los sectarios de Lutero, viendo á la menor, que es Felipe II, acometiendo al mónstruo y matándole: el sapo muerto es

la representacion de la ponzoña que se supone vertia la serpiente: la leyenda latina SERÆ SPES VNA SENECTÆ, «una esperanza es el báculo de la senectud,» parece manifestar que Cárlos V, despues de haber combatido por su parte á la heregia, habia entregado el cetro á Felipe, y fiaba en que triunfaria de los herejes, esperanza que sustentaba la vejez del padre viendo la dura y cruel persecucion sostenida por el hijo.»

UN QUID PRO QUO.

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relacion y el trasladante que va á poner en letra de molde lo que recogió, que no lea, puesto que si supiéramos que ibamos á ser leidos con prevencion, se tornaria la ligera y ágil pluma que tenemos en la mano en un pesado é inamovible barron.

Hay en uno de los pueblos de Andalucia, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias *al progreso de las ruinas.* Situado sobre una elevacion del terreno al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre de San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hácia el pueblo, y estiende su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles. ¡No hay voces con que espresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celestes, entre los cuales solo el sacrificante está visible.—La iglesia es de una altura portentosa, y tan apaciblemente alegre que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum* y el no menos sublime cántico del *Gloria*.—El altar mayor, primorosamente esculpido en el género Churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusion y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gusto.—¿Para qué sirve el oro hoy en dia? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirme que sí, tendrá el lauro de convencernos de que fué acertada la supresion de los conventos. Mientras no, lloraremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, frio y vacío como el corazon del incrédulo. ¡La incredulidad!! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu; la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de yerba: allí sueltan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el compás, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mamposteria, al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la órden de los terceros; á la izquierda se sigue para buscar la porteria.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aun está en pié la iglesia; aun vejetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la escueta iglesia: aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se aparea lo religioso y lo festivo con esa buena fé y sanidad de corazon del niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su mágia, como para vengarlas.

El tercer dia de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ageno de que un refran su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un martes, pues, ageno de toda influencia ó mira hostil, como si fuese un domingo, subia la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigia al convento vacío para oir la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su augusta magestad. Cuando llegó, aun no habia venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavia cerrada. Sentóse en el compás sobre uno de los poyos de mamposteria, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca que hacia dulces los rayos del sol. Al frente de ella veia descollar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban sin doblarse ni humillarse su persecucion y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcaparras, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celages, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir: tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afan, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca: el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultan Harum-Aralschid, si hubiese reinado en Andalucia, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo y sin imponerle cortedad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Asi fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque habia otros asientos, aquel les pareció el mas bonito y en aquel se sentaron á *platicar* sin cuidarse de ser oidos.

En los paises del norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla menos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue: pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos dias sin mayor molestia; pero callados dos minutos eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan. Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traia aquí todas las noches á rezar el rosario que á la oracion rezaban los hermanos —¡Cristianos!! y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay de aquella cantera!

—¡Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de haraganes, sin mas devocion que la de San Rorro, patron de los borrachos.—Decia mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro.—Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento.—Acudia toda la gente de este barrio á los frailes para que asistiesen á bien morir.—Hoy en dia mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos.—Quedábase pues, todas las noches un padre velando, y listo por si lo requerian, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien quisto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la porteria, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se habia cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vendar los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué habia de hacer el santo varon sino agachar las orejas? Porque aunque era un moceton como un trinquete, que tenia buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente de bronce y venia armada. Además, tampoco podia su merced desatender á su ministerio, y solo Dios sabia cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vendar y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hácia un rincon de la estancia. ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo.—Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar despues que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme V.

Hija, y ¿cómo podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin conciencia?

En primer lugar desáteme V., dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los pies; pero estaban apretados, no se veia, y el tiempo corria como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta. ¿No ha despachado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Ea! no dar prisa, contestó el padre, que tenia el corazon bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente ¿Qué hacemos? decia el pobre señor condolido y asombrado. Como las mujeres son

capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de los hábitos del padre Mateo, que como ya dije era un bombron que no cabia por esa puerta. Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púsose cerca de la puerta, llevando á la muger debajo de sus hábitos.....—¿Acabó V., padre? preguntaban los desalmados aquellos.—Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo.—Señor, no me desampare V.! gemia la muger, mas muerta que viva.—Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera! contestaba este.—A vendarse, y ligero! dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el parage en que se hallaban.

Despues de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo. Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la muger:—Eh, ahora, hija mia, pon los pies en polvorosa, y vé dónde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le habia pasado, añadiendo que aquella gente precisó era que viniese al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó.—¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó.—Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una muger.—No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna muger.—¿Que no? ¡pues si se la ha traido aquí por mas señas!—¿Qué estais diciendo, deslenguados? ¡Una muger al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimacion al padre Mateo é infamar al convento?—No, no, señor, no lo decimos con esa intencion, sino que.....—¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una muger al convento? Los hombres se miraron unos á otros.—Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa.—Si, si, dijo otro: esto es obra de Dios ó del diablo.—Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta.—Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

—No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella muger.

—Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Mas vale asi, pues son gentes temibles: están furiosos.

—Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero deme vuestra paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.

FERNAN CABALLERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

XII.

Recuerdos de una historia antigua.

Dejemos á Sotopardo dándose á todos los diablos en el castillo de las Peñas de San Pedro, mas que por la severidad de su prision, que era bastante, aunque no toda la que por Real órden se le habia encargado al gobernador; mas desesperado, decimos, que por la severidad de su prision, por la causa que la motivaba, y por la mano de donde tal golpe le venia; y hablemos, segun nuestra costumbre, de otra cosa al parecer inconexa, pero en realidad íntimamente enlazada con el principal asunto de estos estudios.

El lector recuerda, sin duda, y si no se lo recordaremos nosotros, que Vargas tenia ademas de Matilde, dos hijas legítimas, habidas en su esposa la Camarista.

La primera de las dos cautivó por su belleza el afecto del conde de San Justo, quien habiéndola conocido en Cádiz, abandonada con su hermana y en la última indigencia, hizo de ella su esposa.—Laura, huérfana de madre desde sus primeros años, criada en poder de la manceba de su padre, víctima del mal carácter de la bastarda Matilde, y viendo padecer á su hermana Inés igual suplicio, aunque pudiera ser, no solo hija, sino hasta nieta del Conde, aceptó su mano como un don del cielo, y fué, en efecto, condesa de San Justo, llevándose consigo, como era natural, á Inés. Vargas, que á su regreso de Manila habia vuelto á enamorarse perdidamente de la Gitana, llevó, no ya la debilidad, sino la infamia, hasta el punto de abandonar á sus dos hijas legítimas, señalándolas una escasa pension, que satisfizo poco tiempo, para vivir asi mas á sus anchas con Milagros y Matilde. Laura se casó uno ó dos años antes de terminarse la guerra de la independencia.

Hecha la paz estableciése el conde en Sevilla, donde cierto oidor jubilado, ya hombre provecto tambien, prendándose de la cuñada de aquel, solicitó y obtuvo sin dificultad su mano.

Dos palabras sobre las dos hermanas: entrambas habian recibido la peor educacion posible; para entrambas las nociones de lo bueno y de lo malo eran, al casarse, en parte erróneas, en parte completamente desconocidas; pero Laura, sentimental, débil de carácter, prendada de su propia belleza, y con una vanidad desmesurada, entró en el mundo mucho peor preparada que Inés, sencilla y candorosa, pero muger de juicio recto y de sensibilidad moderada.

Por otra parte la transicion, que para Laura fué violenta y repentina desde la miseria al fausto, de la abyeccion al sitial aristocrático, del aislamiento al apogeo de la sociedad culta, para Inés tuvo lugar sucesiva y gradualmente, y á término menos distante del punto de partida.

Considérese, en efecto, lo que vá de la niña huérfana y pobre en poder de la manceba de su padre primero, despues á sí misma abandonada, á la joven condesa, muger de un Teniente general, bella por estremo, rica, elegante, rodeada de todos los prestigios del lujo y de la posicion elevada, y en su calidad de esposa de un viejo, considerada por los seductores de oficio como blanco natural de sus tiros, y se verá fácilmente cuántos mas riesgos la amenazaban que á la que humildemente entraba en el gran mundo, como satélite de su hermana, en segundo término, eclipsada por ella, con la modestia de la soltera, y que en fin se enlazaba con un hombre provecto y no anciano, respetable pero no de opulenta ni brillante condicion.

Como los antecedentes fueron las consecuencias; y aunque ya conocemos la catástrofe de la triste historia de Laura, nos permitirá el lector que para la mejor inteligencia de esta complicada narracion, volvamos atrás la vista, y la fijemos en algunos pormenores de aquel lamentable suceso.

Era el Conde uno de esos hombres que, por desdicha suya y no para la ventura de aquellos que les rodean, proceden en todo de estremo á estremo; cuando confiados, llevando la fé hasta el absurdo; cuando recelosos, incrédulos como los ateos. Casóse con Laura persuadido de que era un ángel, sin esperanza á la verdad de inspirarle amor, pues la rectitud de su juicio no consentia tan descabellada ilusion, pero seguro de ser de ella bien quisto y respetado, ya por gratitud, ya por efecto del buen natural y santa índole de la doncella. ¿Engañábase en la última suposicion?—No por cierto: Laura, ya lo dijimos, era sentimental, débil y vana, mas no corrompida, no de malas inclinaciones: pero Laura no habia amado aun entonces, porque la miseria y el odio á Milagros, y la aversion á Matilde, hicieron que hasta casarse rebosára en hiel su corazon. Lo que sucedió, y el Conde debiera haber previsto, y acaso evitar pudiera con un grano menos de caballeresca confianza, fué que el incienso de las adulaciones trastornó aquella débil cabeza; y que, comparando su naciente belleza con la avanzada senectud de su esposo, se persuadió la hija de Vargas de que el Conde en vez de hacerle un beneficio inmenso sacándola del estado de abyeccion en que la habia hallado, era un egoista que sin misericordia enlazaba el lozano y tierno vástago al ya caduco tronco.

No diré yo si con razon ó sin ella, pero el hecho es que para la mujer la hermosura y la juventud son dotes de tal precio, que no hay sacrificio, cariño, ni adoracion que las paguen. Para ellas no hay mas aristocrácia que la de la mucha belleza y los pocos años: eso les basta para que aspiren á las mas altas posiciones, y una vez conquistadas, se crean allí como por derecho hereditario, sin que nunca, ó pocas veces á lo menos, vuelvan atrás la vista, y mirar piadosamente se dignen á quien les facilitó el camino.

Pero, aparte la filosofía, volvamos á nuestro eterno asunto.

El Conde introdujo á su esposa en la sociedad sevillana con todo

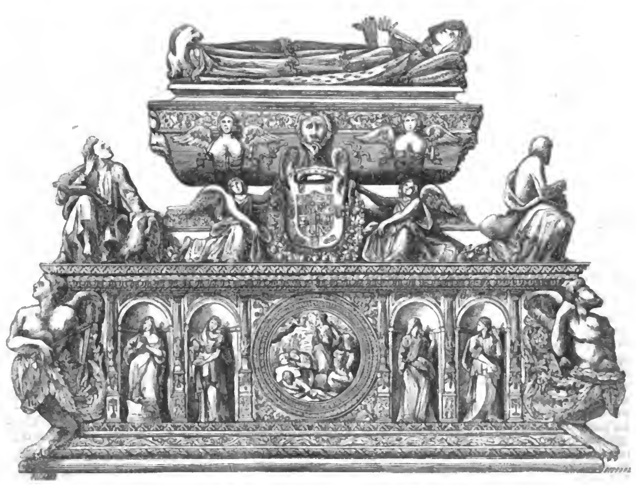
el lujo que su opulencia consentia, y en vez de ser rémora de sus placeres, apresurábase á proporcionárselos. Banquetes y saraos ya en su casa, ya aceptados de otras personas; partidas de campo, continuos paseos á pié, en coche y á caballo; tocados y trages de suma elegancia; aderezos y joyas de gran precio, todo le sobraba á Laura, y la libertad, además, para gozar de todo. Acompañábala su esposo siempre que ella lo deseaba y su salud lo permitia; y cuando no, sin la menor sombra de recelo la invitaba á que en compañia de una amiga saliese. — Jamás hubo mujer tan complacida ni mas libre que la del conde de San Justo; jamás beldad tan á la moda y tan incesante y continuamente festejada é incensada.

Durante algun tiempo, sin embargo, embriagada con los goces esternos del gran mundo, Laura escuchaba las lisonjas, los cumplimientos, las galanterias y hasta las declaraciones de amor, con esa especie de vago sentimiento de placer sí, pero exento de interés, con que en el silencio de los bosques se oye el canto de los pintados pajarillos. Aun no se habia presentado ante su vista el ruiseñor que habia de conmoverla con sus dulces melodiosas notas hasta lo mas hondo del corazon.

Por otra parte, en su hermana Inés tenia una compañera utilísima, y un consejero que sin aspereza, sin pretensiones, y esclusivamente guiada por el infalible instinto de virtud que á la Providencia plugo darle, acertó á preservarla, sin que acaso ni ella misma lo advirtiese, de mas de un lazo en que de otro modo quizá hubiera caido.

Tal era la situacion de Laura, y acababa de casarse Inés con el oidor de Moron, marchando con su esposo á aquel pueblo, cuando fué destinado y llegó á Sevilla de guarnicion el regimiento á que pertenecian Sotopardo, Mendoza y Almazan, entonces comandante y antes capitan de nuestro don Cárlos *el malo*.

El tal Almazan era uno de esos buenos mozos que parecen cortados de una pieza, sin movimiento, sin flexibilidad en lo físico, sin poder simpático en lo moral. Su fisonomia de santo de retablo, sus maneras de elegante por fuerza, su vestir de modelo de sastre, su conversacion de pedante sin instruccion, y su carácter minucioso, lleno de cavilaciones, entremetido y chismoso, le hacian, cuando conocido, el mas insoportable de los mortales. Gozaba, sin embargo, de gran reputacion de formalidad y buena figura en el mundo. ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Porque sí, y no sabemos otra cosa. Los tontos, que somos los mas en este pícaro mundo, se pagan del esterior atildado, de la compostura afectada, de la preñez de las frases, de lo hueco del tono, de lo grave del porte; y como los discretos desdeñan en general á los que tales prendas tienen, resulta que éstos, que cuidan siempre de elogiar sus ínclitas personas, acaban por usurpar en la sociedad un puesto que no les pertenece.



(Sepulcro de los Reyes don Felipe I y doña Juana en Granada.)

Almazan, ademas, poseia realmente el genio y las dotes malas y buenas (si alguna tiene que tal sea) del intrigante de visita y tertulia.

Siempre al corriente de las modas, de los espectáculos y de la crónica escandalosa; siempre vuelta la cara al sol naciente, y la espalda al ástro pronto á eclipsarse: diestro en la observacion, avezado á la calumnia que no compromete, bordando los sucesos hábilmente hasta desfigurarlos por completo, haciendo propalar por otros las perfidias que él inventaba; y en una palabra, sabiendo mejor que nadie *tirar la piedra y esconder la mano*, y asir la ocasion por el cabello, aquel militar era un gran diplomático en toda la fuerza de la palabra.

Pero tenia una debilidad que hubo mas de una vez de perderle, y esa era la de creerse un seductor irresistible, y proceder en consecuencia. Mientras se limitó á la patrona en campaña, á la tendera y á la criadilla, en paz; y aun cuando hizo escursiones hasta el pais de las *procuradoras*, *escribanas*, etc. etc., los triunfos y los reveses se compensaron, sin mas inconveniente en los últimos, que el del desaire del amor propio, ó el de retroceder ante el nudoso garrote de algun mancebo de mercader inquietado en la tranquila posesion de su prosáica querida. Ya nos ha dicho Sotopardo que el valor no era la prenda mas relevante de su antiguo capitan.

Pero al llegar á Sevilla el regimiento, viéndose ya gefe, se dijo Almazan que en adelante solo se dignaria fijar los ojos en aristocráticas bellezas, y hallando, con razon, que la primera entre todas era entonces la condesa de San Justo, propúsose conquistarla, y no solo se lo propuso, sino que acometió la empresa de propósito deliberado y con ánimo resuelto, prodigando en ella todos los tesoros de su tocador, guardaropa, joyerla, discrecion y gracias.

Sotopardo y Mendoza estaban á la sazon en la Corte, como ya sabemos.

Almazan se presentó en la palestra con todas las pretensiones, y no sin gran parte de la destreza de un campeon veterano, empezando por hacer la corte al anciano general, quien á pesar de la dureza y severidad de su carácter, era como todos los mortales, sensible al incienso de las lisonjas, y le admitió desde luego á su intimidad. Dado aquel primer paso, es decir, ya dentro de la plaza, restaba sin embargo por conseguir lo mas importante: apoderarse de la ciuda-

dela. Ser complaciente con la Condesa, aprobar cuanto decia, adivinarla los pensamientos, prevenir sus deseos, fuera del marido, habia por lo menos hasta media docena de galanes que con perseverancia lo hacian: Almazan necesitaba hacerse necesario, y para ello tiempo, constancia y habilidad. Hagámosle justicia: ni lloró el tiempo, ni se mostró inconstante, ni fué inhábil: dia por dia y paso á paso iba ganando terreno lentamente; hoy vivo anuncio de espéctaculos; mañana tomando el palco en el teatro ó en los toros; por la mañana leyendo al general la Gaceta, por la tarde presentando el ramo de flores á la Condesa; ya teniendo el abanico mientras la señora bailaba una contradanza, ya abrigándola cuidadosamente al terminarse un violento wals. Amigo de la casa, acompañante del marido, factotum de la muger, su posicion era envidiada por todos los aspirantes á Laura. ¿Mas habia, en efecto, por qué envidiarle? No lo creemos: Almazan sabia la *táctica*, pero ignorando la *estrategia:* sus movimientos eran precisos y geométricos, mas faltábale al conjunto de ellos para ser fecundo en resultados, la profundidad de las miras; faltábale á él para ser un seductor el genio, que es lo que les falta á los generales rutinarios para ser grandes capitanes. Así, pues, con todas las ventajas imaginables, á fuerza de improbo trabajo y de no pocas humillaciones conquistadas, consiguió al cabo hacerse necesario; pero como *instrumento* y nada mas que como *instrumento* de las diversiones de Laura. Su intimidad con ella era poco mas ó menos la de un ayuda de cámara favorito con su amo: todo prestigio, toda ilusion son incompatibles con situacion tal; y Almazan, en resúmen, ni era ni podia ser ya el amante de la condesa. Él, sin embargo, esperaba lo contrario, mas con resignacion, y llevando las cosas con gran despacio.

En tal estado de cosas, nuestro don Cárlos de Mendoza, ya feliz esposo de la honradísima Matilde, se incorporó en Sevilla á sus estandartes. Milagros, por convenio mútuo, se quedó en Madrid recibiendo de su yerno, que como creemos haberlo dicho era hombre de algun caudal, una módica pension, bastante á subvenir á sus primeras necesidades. No le era posible á la Gitana, por una parte, separarse de su bendito protector el fraile guerrillero, ni por otra, presentarse en Sevilla donde su juventud habia sido sobradamente estrepitosa, para que dejase de haber algunas personas que pudieran recordarla. Matilde, ademas, modelo de amor filial como de castidad, estableció como base fundamental de todo trato entre ella y su madre, la separacion de casas y personas; de manera que, no solo la conveniencia, sino la necesidad tambien forzó á Milagros á que aceptase el partido que hemos dicho. Corta era la pension de Mendoza, escaso el fraile en todo lo que no fuesen bendiciones é indulgencias;



(Sepulcro de los Reyes Católicos don Fernando V y doña Isabel, en Granada.)

pero como en cambio tenia gran favor en la corte, y ese lo empleaba de buena gana en obsequio de su penitenta, ella, que no carecia de habilidad en nada, se propuso esplotar, y en adelante esplotó en efecto, la inagotable mina de los pretendientes y perseguidos. A costa, pues, de las desdichas de unos, y á espensas de la ambicion de otros, vendiendo la *gracia* y *la justicia*, la buena de Milagros se hizo una rentita mas que mediana, y bastante á vivir con desahogo, y aun á poner á un lado algunas onzas para un apuro. Pero dejémosla por ahora ingeniarse como pueda, y volvamos á Sevilla.

El conde de San Justo era un señor muy cumplido, es decir, uno de esos bienaventurados que no olvidan jamás la visita de cumplimiento, el retorno de la misma, las páscuas, el santo, los años, etc., etc. No llegaba, por tanto, á Sevilla persona alguna decente, y sobre todo de la clase militar, á quien conde y condesa no visitáran: Mendoza y su muger fueron comprendidos en la regla general. No estaban en casa cuando fueron visitados: tampoco hallaron á los Condes al pagarles la visita; y por consiguiente no tuvieron ocasion de verse las dos hermanas. Matilde sabia muy bien quién Laura era; mas la última ignoraba completamente la suerte de la primera, y estaba muy lejos de sospechar que la *linda* recien llegada fuese la hija de Milagros. De saberlo no la visitara.

A pocos dias dió un baile el Conde, con motivo de ser el de su cumpleaños: hízose la lista de convite por la de las visitas, y Mendoza y su muger, que en la postrera figuraban, fueron naturalmente inclusos en aquella.

Otra muger, al recibir la esquela de invitacion, pretestando cualquier cosa, hubiérase escusado de asistir al baile; pero Matilde, que no era una persona de términos medios, y comprendia que no estaba en lo posible que ella y Laura residiesen mucho tiempo en una ciudad de provincia sin encontrarse al cabo, aceptó con gusto la ocasion de terminar de una vez sus dudas, aclarando las situaciones respectivas.

Llegada la noche del sarao prendióse con la sencillez que á la esposa de un simple capitan correspondia; pero con tan buen gusto en trage y tocado, que al entrar en los ricos salones de la Condesa, un murmullo general de admiracion acogió al matrimonio, que con ademan modesto se encaminaba á saludar al ama de la casa.

Laura, ocupada en aquel momento en hacer los honores de su fiesta á varias personas, volvió el rostro hácia la puerta, y figúrese

el lector cuáles serian su asombro y disgusto al reconocer en la muger del capitan Mendoza nada menos que á su bastarda hermana. Todo su orgullo se reveló; todas las amargas memorias de su corazon se renovaron súbitamente en su corazon: sus plantas se fijaron en el suelo cual si hubieran echado raices, y retirándose de sus mejillas la sangre, palideció espantosamente su bello rostro.

No sorprendieron á Matilde aquellos síntomas de mal agüero: contaba con ellos y habia revestido su mas impenetrable coraza de impudor para hacerles frente.

Hizo, pues, como si no advirtiese que su primera ceremoniosa reverencia se quedaba sin respuesta, y soltando el brazo de su marido, acercóse á Laura, tomó su mano y dijole en voz baja estas palabras. «No nos conocemos: en este momento, por vez primera nos vemos: á entrambas nos tiene cuenta el silencio, y no seré yo quien lo rompa.»

Recobrada Laura, y libre, con tales palabras, del sobresalto que naturalmente debia causarle el temor de que Matilde quisiera presentarse en la sociedad como su hermana, en un instante se puso sobre sí misma, y con no menos desembarazo que la muger de Mendoza, hizole los honores de su casa cual pudiera á una señora completamente desconocida. Al dejarla en su asiento díjole, sin embargo: «Es preciso que hablemos cinco minutos á solas para que nos pongamos de acuerdo.—Como V. quiera y cuando V. quiera, condesa (contestó Matilde sosegadamente): por mí estoy á las órdenes de V.—Mas tarde tendremos ocasion, repuso Laura: y separáronse así las dos hermanas.

Una vez convenidas en no reconocerse, parece á primera vista que entre aquellas dos mugeres todo estaba terminado: en realidad aconteció lo contrario; la guerra quedaba declarada, guerra sorda, subterránea, pero terrible, esterminadora, en que la calumnia habia de reemplazar al escándalo, y el veneno al puñal.

¿Por qué tanta saña, encono tan cruel? Nada mas obvio y comprensible.

La presencia de Matilde era para Laura el recuerdo y renovacion de su triste infancia y miserable juventud, y una amenaza constante para el porvenir; porque ¿cómo resignarse la altiva condesa de San Justo á reconocer por hermana á la hija de Milagros, y revelar á la sociedad, cuyo ástro mas rutilante era, que hubo un tiempo para ella de abyeccion y de hambre? Poco importaba que por entonces Matilde se abstuviese de hablar: podia hacerlo cuando se le antojase: podia especular con su secreto, imponiéndose, por decirlo así, á Laura. ¿No habia ya tenido la insolente audacia de presentarse en su casa?

Por lo que á Matilde respecta, desde que la razon comenzó á despuntar en su infantil cerebro, habia odiado con toda el alma á las hijas lejítimas de su padre, por el solo hecho de ser lejítimas: la posicion de Laura, infinitamente superior á la suya por inesperada que fuese la última, era otro motivo mas de envidia y saña para la esposa de don Cárlos el bueno; y en fin, el recibimiento que la Condesa le hizo, debemos confesar que nada tenia de calmante ni de conciliador.

Separáronse pues, las dos hermanas con la sonrisa en los lábios y lleno el corazon de ponzoña: Laura no tenia fuerzas para medirse cuerpo á cuerpo con Matilde y sucumbió al cabo.

Mas por entonces todas las ventajas parecian estar de su parte, y la muger de Mendoza dió una gran prueba del imperio que sobre sí misma ejercia, disimulando con perfeccion absoluta la honda envidia que su corazon devoraba al contemplar á Laura, no mas hermosa que ella misma, pero si mas aristocráticamente hermosa, radiante de orgullo, deslumbrando con su riqueza, y eclipsando, en fin, á todas las demas bellezas de aquel sarao, como el sol eclipsa en el cielo á las estrellas.

Por demas casi está decir que Almazan, fiel á las obligaciones de su empleo de *cavalier servente* de la Condesa, la seguia como su sombra ya llevando el abanico, ya el chal, ya la lista de las contradanzas prometidas.—Al contemplar tal asiduidad brillaron un momento los ojos de Matilde iluminados con gozo infernal: habia creido que aquel hombre podia ser amante de Laura, y resolvió arrebatárselo y perderla ademas: pero á la media hora su infalible femenino instinto la persuadió de que se engañaba.—«Ese hombre, se dijo, será cuando mas el confidente de Laura: amarle es imposible.»—Tenia razon: Almazan era un vehículo inagotable de antipatía.

Sin embargo de aquella primera decepcion, el plan de Matilde quedó intacto: aquel no era el amante de la Condesa, pero ésta, casada con un viejo y lanzada en el torbellino del gran mundo, no podia menos de tener alguno (así raciocinaba la hija de Milagros); y ese *alguno* no tardaria en presentarse, y en presentándose, con él se haria lo para Almazan antes dispuesto.

Ya sabemos que por entonces y hasta entonces Laura ni tenia ni habia tenido amante: no negaremos que fuese ya materia dispuesta para amorosas aventuras; mas el hecho es que se hallaba todavia inocente y pura. No estaba lejos el instante fatal predestinado á su ruina: pero no nos anticipemos á los sucesos, y prosigamos narrándolos por su órden.

Habíase comenzado el sarao á las ocho de la noche, y eran ya pasadas las once sin que le hubiera sido posible á Matilde, á pesar de toda su maligna perspicacia, señalar un hombre, fuera de Almazan, á quien la Condesa distinguiese de esa manera que, por mas que las mugeres pretendan ocultarlo, revela siempre que tienen interesados los sentidos cuando no el corazon.—«¿Será posible, se decia, que no tenga amante? Pues es preciso que lo tenga; y lo tendrá.»

Tales eran sus reflexiones, cuando Laura, que por su parte no la tenia olvidada, ni mucho menos, se le acercó con el aire mas amable del mundo, y tendiéndole graciosamente la mano, dijo:—«¿Quiere V. venir al tocador un momento, amiga mia? Me parece que el último wals le ha descompuesto los rizos, y es lástima porque le están á V. admirablemente.»

Levantóse la muger de Mendoza, respondió con una sonrisa de esfinge y una cortesía á la francesa al lisongero cumplimiento del ama de casa, y tomando su brazo, siguióla en efecto á la pieza del tocador.

Allí, á solas, y en voz baja para no esponerse á ser oidas, pero con acento animado, tuvieron las dos hermanas media hora de conversacion para fijar sus respectivas posiciones. La lógica fria de Matilde triunfó sin dificultad del orgullo exaltado de Laura: era preciso tratarse ni mas ni menos que dos estrañas: las relaciones entre la muger de un Teniente general y la de un Capitan de caballería, no podian ni debian ser íntimas; pero tampoco era justo ni conveniente hacer á Mendoza de peor condicion que á los demas de su clase y calidad. Ambas estaban interesadas en callar. ¿Qué mas garantía para cada una de ellas de ser tratada con miramiento y consideracion? Si alguna era tan imprudente que á la otra provocase, no tendria por qué quejarse de las consecuencias. La fortuna las habia colocado en la situacion de dos hombres, cuyas manos derechas encadenadas una con otra, empuñasen dos espadas, teniendo cada cual de estas la punta inmediata al pecho del compañero: cualquiera de ellos que intentase herir, se castigaria hiriéndose irremisiblemente.

Tales fueron, en resúmen, las razones de Matilde, á las que no hubiera encontrado Laura cosa racional que replicar, cuando no se convenciera; pero convencióse y quedando tranquila, volvió al salon dando el brazo á Matilde, y dispuesta á verla si lo menos posible, pero á verla sin temor ni sobresalto.

La hija de Milagros salió del tocador como en él habia entrado, con firme propósito de aniquilar á su legítima hermana.

Todavía no se habian separado aquellas dos ejemplares hermanas cuando vieron entrar por las puertas del salon á un capitan jóven, elegante y de varonil aspecto, cruzado de Alcántara, y á quien hasta entonces la Condesa no habia visto en su vida.

Matilde, á pesar de su habitual aplomo, no pudo al ver al recien llegado reprimir un movimiento de sorpresa, que la Condesa hubiera advertido á no haberle llamado la atencion el mismo personage tan poderosamente que á él solo miraba.

Era aquel hombre don Cárlos de Sotopardo, entonces en todo el vigor de su juventud, y lleno de ese poder magnético que solo alcanza á inspirar las grandes pasiones.

¿Cómo se hallaba en Sevilla y en el baile del conde de San Justo? Brevemente lo diremos.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

DIOS Y EL HOMBRE. (1)

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa,
Levanta apenas con incierta mano
Un estremo no mas, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Estrecha viene á su saber, y ufano
Erige audaz á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

—«¿Quién eres? dice á Dios. ¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no lo esplica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,

(1) La lectura del libro de Job inspiró la idea de escribir esta composicion á su autora, que confiesa deber muchos de los pensamientos é imágenes que en ella se hallan, á las admirables páginas del libro sagrado.

Y en ellas nada de tu ser me indica
La inefable substancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quien deba tributar culto,
Y al genio siempre y á la ciencia oculto,
Dejarás en problema
Ante sus luces tu verdad suprema?»
«Origen te proclaman
Del órden y del bien, y cuanto veo
Es desórden y mal. Justo te llaman,
Y me consume estéril el deseo
De comprender de tu justicia oscura
La marcha silenciosa.
En baldo por tu gloria te conjura
Mi mente, codiciosa
De la eterna verdad, que tus arcanos
Le descubrás sublimes:
Sordo te encuentran mis clamores vanos,
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
El sello augusto de tu nombre imprimes,
Cual si gozases en mirar las dudas
Luchar del hombre en el inquieto seno,
Tú, que te llamas poderoso y bueno!»

«No mas, no mas en ignorancia ciega
Adoraré rendido
A un Dios desconocido
Que á concordar con mi razon se niega.

Si no eres vano nombre
Haz que yo sepa sin tardar quién eres;
Pues nace altivo, inteligente el hombre;
Y si su amor y su homenage quieres,
Debes hacer que su razon lo mande,
Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo
Dicta leyes su hechura limitada,
Y de bondad por inefable estremo,
Para curarla de su orgullo infando,
Así confunde á la razon osada
Allá en su propio seno resonando
Aquella voz que fecundó á la nada.
»Tú, que cuenta me pides
De mis hondos designios, tú que dudas,
Si á tu razon se esconde,
De mi propia existencia, tú que mides
Mi justicia eternal, y en mis dominios
Juzgas del órden y del bien, ¡responde!
Tus sábios, tus astrónomos profundos,
¿Podrán decir cómo hago inalterable
La eterna ley, que de infinitos mundos
Que corren el espacio inmensurable,
El movimiento y curso determina,
Sin que choquen jamás en rudo encuentro,
Y por qué los fecunda é ilumina
Encadenado un sol en cada centro?»

»¡Loco mortal, á quien hinchado miro
Del prestado poder que de mi tienes!
¿Puedes del Orion turbar el giro,
O á las brillantes Pléyadas detienes?
¿Puedes siquiera conocer la tierra
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase
Los tesoros que encierra....?
Un imperio tras otro desparece,
Y mil generaciones
Pasan por ella, y en su seno se hunden;
Ella sola no cambia ni envejece,
Y sus preciosos dones
Con órden inmutable se difunden
Por las varias regiones
Que fertiliza el sol. Aquí presenta
Prados herbosos, selvas primitivas;
Allá el capricho de su fuerza ostenta
En colinas altivas,
que decora con rasgos pintorescos;
Allá borda de valles las honduras,
Mas acá ofrece los asilos frescos
De grutas silenciosas;
Ora se estiende en plácidas llanuras;
Ora se ensancha en playas arenosas;
Allí se muestra en sotos y florestas,
Acá en bosques sombríos,
Y allá ostentando sus potentes brios
Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,
Qué sábia providencia,
Con tal magnificencia
Dotó al grosero y despreciado suelo
De ese globo que habitas?
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
¿Quién lo cubrió de especies infinitas
De útiles vegetales
Apropiados á climas diferentes?
¡Mira mecer las palmas y las cañas
Las brisas de los trópicos ardientes,
Mientras en selvas y ásperas montañas,
Resistiendo al teson de vientos fieros,
Negros abetos, pinos seculares,
Se levantan austeros
Bajo los crudos círculos polares.

»¿Quién te dirá cómo del hondo seno
Que mi espíritu henchia,
Brotó con voz de trueno
La mar amenazante,
Y cómo yo de nieblas la cubria
Cual envuelve la madre al tierno infante?
Alzó arrogante la espumosa frente
Robando al sol fulgentes aureolas;
¿Mas quién se halló presente
Cuando la dije: tu soberbia enfrena
Y á romper vé tus atronantes olas
En aquel dique de movible arena?
¿Sabes por qué, vapores incesantes
Que recoge la atmósfera encendida,
De ese su seno líquido se exhalan,
Y en las nubes flotantes
La masa de las aguas suspendida,
Solo desciende al suelo gota á gota
En bienhechora lluvia convertida;
Mientras de las altísimas montañas
Se precipita en rápidos torrentes,
Penetra de la tierra las entrañas,
Y formando con linfas trasparentes
Arroyos mil y rios caudalosos
Recorre murmurando el campo verde
Con giros tortuosos,
Hasta volver al mar en que se pierde?»

«¡Juez de mi providencia, que me intimas
Su imperfeccion y que mi plan corriges!
¿Eres tú quien diriges
Segun conviene á los diversos climas
Los vientos voladores,
Y á disipar mefíticos vapores
Lanzas al rayo, que estallando dice
Con su hórrido estampido,
¡Gloria, Señor, ya estás obedecido!
¿Coronada de flores
Sale á tu voz la primavera hermosa
A preparar la tierra que reposa
Del abrasado estío á los ardores?
¿O acata, acaso, tu poder visible
El invierno aterido,
Haciendo le preceda
Con órden infalible
El otoño de pámpanos ceñido?»

«¿A las linfas saladas
Y á las ondas insípidas del rio,
Lanzaste las especies animadas
Con variedad que pasma al pensamiento,
Y á cada cual con diligente mano
Preparaste sustento...?
¿Por ti, de aceite saludable llena,

Se agita entre el hervor del Oceano
La colosal ballena?
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas
Si la distancia de la presa mide!
¡Mira si airada heriza las escamas
Montes alzar en ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide
Darle de la vejez el color cano!»

Por las libres regiones
Del aire que respiras,
¿Esparces con tu diestra creadora
Las volubles legiones
De tantas aves que indolente miras?
¿Les concediste tú la voz canora?
¿Te deben los instintos
Porque se multiplican y alimentan,
Y los colores vívidos que ostentan
En matices distintos
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O es tu saber quien guia
A las que al ver las invernables brumas
Dejan del norte la region sombria,
Y atraviesan el mar tras los ardores
Del refulgente sol del mediodia?

Mira cómo desprecia los furores
Del caprichoso viento
El águila real: las soledades
Surca del Eter: en sublime asiento
Para el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades
Labra el robusto nido,
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Mientras el avestruz, de pluma poca,
Que nunca se alza á la region vacia,
Por otro instinto poderoso y cierto
Su cara prole fia
A la infecunda arena del desierto.

»Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre:
En ninguno verás que falte ó sobre
Un miembro necesario.
Estos de imponderable mansedumbre,
Aquellos de carácter sanguinario,
Timidos unos, otros atrevidos,
Pesados unos, otros diligentes,
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,
El destino especial que les señalo
Y el clima y el lugar dó los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso:
Ni el corcel generoso
Que sufre lo domines,
Te debe aquel valor con que, al sonido
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera,
De espuma y de sudor huellas dejando.

»Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del Universo en el grandioso seno;
Mas tú, ¡mortal! que de mi ser divino
Inquirir osas, de arrogancia lleno,
Secretos inefables, confundida
Verás por las partículas mas leves
Tu razon desvalida,
Si á analizar ese átomo te atreves.
De la naturaleza que presumes
Iluso conocer, el ser mas pobre
Comprender y esplicar quieres en vano:
Esa flor que te brinda sus perfumes
Ese mosquito que aplastó tu dedo,
Ese que huellas, mísero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

¿Y no eres un abismo,
¡Oh átomo pensador! para ti mismo?
Naturaleza doble en ti se encierra:
De un rayo de mi mente iluminado,
Eres rey de la tierra,
Y de esa tierra mísera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspenso entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razon tan pobre y limitada,
Llevas augusto privilegio escrito.

Trémulo ante tan grandes maravillas
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡Mortal! sumiso las rodillas
Prosternando la frente,
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano;
Mas no alces atrevido
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el ástro de fuego
Su luz te envia en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar quedarás ciego,
Sombras no mas hallando en sus fulgores.

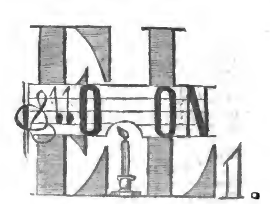
En tu alma de mi Ser grabé la idea,
Y rindiendo á su autor digno homenage,
Naturaleza emplea
Universal, magnífico lenguage.
De un polo al otro en sus miserias claman
Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los dias,
Mi poder y bondad do quier proclaman,
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías
Que ofuscan, sí, de tu razon el brillo,
Y confunden tu ciencia;
Mas para el corazon tienen sencillo,
Poderosa elocuencia.

Es mi nombre ¡El que es! que confundido
Ante el misterio de tan alto nombre,
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre,
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
Al conocer su pequeñez el hombre.

—1842.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

En las oficinas del SEMANARIO se compran por el precio de la suscricion (56 reales) los tomos que se presenten de los años 1836, 38, 48 y 49, siempre que estén en estado de volverse a vender; los tomos de 1839 *que costaron* 56 *rs.*, SE PAGAN A CINCUENTA.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
a cargo de D. G. Alhambra.



TREMECEN.

La ciudad de Tremecen está edificada sobre uno de los machones al N. del Atlas pequeño y de la meseta del centro de las montañas que separan el desierto de Angad de las tierras de labor. Está dominada al S. por montañas altas, de las cuales la mas elevada es la del Nador, situada á mas de cuatrocientas varas sobre el nivel del mar, y desde cuya cima se estiende la vista hasta la plaza de Orán, y se descubre el desierto de Angad ó desierto pequeño que solo dista cuatro leguas hácia el S. Debajo del Nador está la montaña de Djebel-Tierné, dominando una meseta cruzada por un rio que despues de dirigirse al E., se precipita formando una cascada magnífica, toma el nombre de Sefsal, y riega una parte del territorio de Tremecen. Esta meseta termina en su parte inferior por dos montes: uno se llama Ahsrhad y el otro Lelia-Setti, que está cortado hácia el N. por una caida brusca de roca viva. Al pie de estos montes nace un declive muy dulce y cubierto de una tierra vegetal escelente, un plano inclinado y onduloso sobre el cual está colocada Tremecen.

Esta ciudad está situada á trescientos metros sobre el nivel del mar. Su longitud por el meridiano de Paris es de 3° 6′ O., y su latitud de 35° N. Su superficie era antes muy estensa; tenia varios circuitos formados por murallas de tierra apisonada, muy sólidas, teniendo la última esterior cuatro mil varas de circunferencia, segun se infiere de los trozos de muralla y torres cuadradas que se ven aun ahora. La parte antigua de la ciudad tiene mucha irregularidad, las calles són tortuosas, estrechas, desprovistas de uniformidad en los edificios, y refrescadas algunas de ellas por fuentes abundantes. Se dividia en cuatro cuarteles, cuyos destinos respectivos han sido alterados por la ocupacion francesa, pues los europeos ocupan con los judios el cuartel del centro del S. al N., mientras que los coulouglis (descendientes de los turcos) habitan el E. y el S., y los hadars (árabes) estan situados en el N. E.

La ciudad está rodeada por una sola muralla aspillerada y tiene una ciudadela llamada Méchonar, que está situada al S. lindando con la poblacion, á la que domina imperfectamente. La Méchonar está formada de murallas de tierra apisonada que con el transcurso del tiempo ha adquirido una solidez equivalente á la de la piedra. Al N. por el lado de la ciudad, y al S. por el lado de la montaña, los muros de la ciudadela presentan una plataforma donde se colocan varias piezas de artillería destinadas á defenderla contra el enemigo esterior y contra los habitantes de la poblacion si fuere necesario. Se cree que la Méchonar fué construida por el sultan Goumzassen, cuyas cenizas reposan al pié de sus murallas. Estaban encerradas en un mausoleo cuadrado, que hoy se halla destruido y que llamaban los árabes *Marabout*, atribuyéndolas la propiedad de curar los dolores de los buenos creyentes que hacian oraciones prolongadas. La Méchonar estaba mandada antes de 1836 por Mustafá, que se hallaba entonces á la cabeza de los coulouglis. Este gefe era enemigo personal de Abd-el-Kader, y fué nombrado general por Luis Felipe, en recompensa de los servicios que habia prestado á la Francia. Murió alevosamente cayendo en una emboscada que le prepararon sus enemigos, cuando volvia de una espedicion victoriosa con los franceses, los cuales sintieron mucho su pérdida.

En 1836 la Méchonar fué ocupada por 600 franceses que dejó en ella el mariscal de campo Clausel bajo las órdenes del capitan Cavaignac, al que dió el grado de comandante de batallon. A la cabeza de estos voluntarios y con la ayuda de los coulouglis, este militar valiente resistió durante 18 meses á las tropas de Abd-el-Kader.

La Méchonar tiene actualmente edificios que sirven de hospital (mientras se construye uno en la ciudad), de almacenes, de graneros, de parque y de polvorin, y un cuartel nuevo que puede contener hasta 1800 hombres. Todo el circuito de la Méchonar ha sido convertido en plaza pública que está plantada de árboles, y que tiene en el lado opuesto una fila de casas europeas. De esta plaza salen varias calles rectas y formadas de casas nuevas, que dan un aspecto francés á la poblacion. Estos edificios han sido construidos desde el año de 1842, época de la segunda ocupacion de Tremecen por los franceses á las órdenes del teniente general Bougeaud.

Hay tambien en Tremecen un gran palacio para el general, un hermoso círculo para los oficiales, dos cuarteles de infantería y uno de caballería. Enfrente de la Méchonar hay una capilla provisional hasta que se construya una iglesia que domine toda la llanura, de manera que yendo de Orán ó de la mar se vea desde algunas leguas la cruz, emblema de la cristiandad, campear mas alta que la media luna, emblema del mahometismo.

Hay en la poblacion un gran número de mezquitas, pero la mayor

parte de ellas se hallan en muy mal estado, y no se van á conservar mas que trece, que es todavia un número harto considerable. La parte árabe de la poblacion está formada por casas cuadradas, con una galeria interior; son de un solo piso y cubiertas con azoteas, en las que se pascan las mugeres por la noche, y se suelen efectuar citas tambien entre personas de sexo diferente. Las habitaciones no tienen mas que una ventana interior que dá al patio, en el que hay generalmente un pozo ó una fuente, y enormes cepas de viña ó algun árbol frutal que dá sombra y frescura en verano á los habitantes.

La poblacion de Tremecen era antes muy considerable y ascendia, segun algunas tradiciones, á 200,000 habitantes, entre los cuales habia 80,000 ginetes cuyos caballos estaban cubiertos con monturas y aparejos recamados de oro y plata.

En un tiempo menos remoto, en el año 960, se contaban hasta 16,000 casas, y se celebraba uno de los mercados de Africa mas abundantes en tiblar (oro en polvo), esclavos, almizcle y ámbar.

Hoy se calcula que la poblacion ascienda á 3,000 coulouglis, 3,500 hadars, 1,500 judios y 1,000 europeos. Hay ademas una guarnicion movilizada de 4,000 hombres. Tambien se ven turcos, habitantes de la llanura y de las montañas, y negros libres y esclavos. Los habitantes de la ciudad son generalmente fuertes, de una estatura regular y de buena salud; los niños son muy hermosos, tienen el cutis tan blanco, fino y sonrosado como los europeos, pero con la edad pierden la hermosura de sus facciones, su semblante se adelgaza y se prolonga, y se ponen mas morenos, aunque siempre son mas blancos que en el resto de la Argelia. Los naturales de los alrededores que llevan al mercado granos y mercancias, son fuertes, altos y robustos. Entre los habitantes de la ciudad hay algunos que padecen enfermedades escrofulosas y de los ojos.

Para probar la antigüedad de Tremecen, un autor árabe ha escrito la crónica siguiente: «Despues del diluvio, habiendo tocado el arca »de Noé en una serie de rocas llamada Lella-Setti, donde se edificó »despues un marabout, Soliman ó Salomon, hijo de David, preguntó »á una paloma que habia soltado Noé la edad de la ciudad cuyas ruí»nas tenia á sus pies. La paloma le dijo que se lo preguntara á una »águila de edad de 400 años, que habitaba en la cima de un monte in»mediato llamado Hhanif. Soliman mandó que buscaran el águila; la »hallaron desplumada y sin fuerzas por su mucha vejez. La hablaron »del tiempo pasado, y la dijeron que fuera á ver á Salomon. «No »puedo ir, respondió el ave, á no ser que Dios me devuelva las plu»mas y las fuerzas.» Llevaron su respuesta á Salomon, y este pidió »al criador que hiciera este milagro, lo cual le fué concedido. El »águila fué al instante á ver á Salomon, y este le preguntó la edad »de aquella ciudad arruinada. «No lo sé, pero mi abuelo te lo dirá; »vive aun, habita en el Hhanif y tiene 730 años» Salomon fué á ver »al abuelo del águila, quien le dijo: «La ciudad estaba muy poblada, »y apruntaba un contingente de 25,000 guerreros. Pero un dia se »fueron los habitantes á Dured, entre las montañas Hhanif (donde hay »una cascada que cae de mas de 200 pies de altura y presenta un »golpe de vista magnifico), y pasaron alli el dia entregados á diver»siones sencillas y propias del campo. Uno de ellos que estaba pa»seándose, vió siete vívoras pequeñas que estaban jugando unas con »otras, y las mató. Cuando volvió la vívora madre, que era muy grande »y tenia siete cabezas, y vió sus hijuelos muertos, se puso furiosa, »buscó por todas partes alguien en quien satisfacer sus deseos de ven»ganza, y no hallando á nadie, fué al manantial y le envenenó con »su propio veneno. Este manantial, que surtia de agua á la ciudad, »causó la muerte á todos los que bebieron de ella, por medio de una »calentura pútrida que se comunicaba á las personas que se aproxi»maban á los enfermos, de modo que pereció totalmente la pobla»cion.» Aun se vé una escultura que representa la serpiente, encima de la puerta de la mezquita de Aghadir.

Las aguas de la ciudad son buenas y abundantes. El manantial mas importante surge al pie de la montaña del S. llamada Aharhad, que continúa al E. con el Hhanif. Esta agua entra en un acueducto cubierto que la lleva á la ciudad por un lado y por el otro se pierde en las montañas. Dice Aboutfeda que este acueducto tiene seis millas de largo para que no puedan cortarle y quitar las aguas á la ciudad. Segun la opinion del mismo autor, Tremecen era en 1240 la capital de un reino estenso. El origen del conducto de agua ha dado lugar á varias crónicas de las cuales la mas original es la siguiente: «Un árabe »del desierto fué á comprar grano á la ciudad, y bebió agua de una »fuente pública, hallándola exactamente el mismo gusto que al agua »de un manantial que existia en la base de una montaña en su pais, »lo que comunicó á varios habitantes de la ciudad. Le aconsejaron »que echara salvados y paja en el manantial cuando volviera á su pais, »para ver si estas sustancias llegaban á Tremecen con el curso del agua. »El año siguiente se dirigió de nuevo el árabe á Tremecen, y echó una »cantidad de paja y salvados en el manantial. A su llegada preguntó »si no habian visto nada en el agua durante su ausencia. Los habi»tantes recordaron efectivamente que en aquella época habian visto »salir el agua turbia, y dieron parte del descubrimiento al *Caid* (gefe »de la policia indígena), el que hizo comparecer á su presencia al ára»be del desierto. El funcionario público le hizo poner incomunicado, »despues de haberle obligado á esplicarse y haber conocido que decia »la verdad; reunió al instante á los *dgemmaa* (consejo de los principa»les), y comunicó lo que acababa de averiguar y los temores que te»nia de que los habitantes del desierto cortaran las aguas á la ciu»dad. Dijo en seguida que era necesario, en su concepto, deshacerse »secretamente de aquel individuo á fin de que no pudiera divulgar el »origen del manantial que surtia de aguas á Tremecen. Se adoptó su »opinion, y aquella misma noche fué asesinado el árabe en su cala»bozo.»

Sea cual fuere la parte de verdad que haya en esta historia, lo cierto es que el agua que sale de la montaña viene de sus entrañas, puesto que tiene una temperatura constante de 15 grados.

Al O. de la ciudad y á una distancia de dos mil varas hay un estenso recinto cuadrado, llamado Mansourah, que tiene una superficie de 12,000 varas sobre 900, rodeado por una muralla coronada de almenas. Hay torres cuadradas distribuidas de 40 en 40 varas, y cuatro puertas en los cuatro frentes.

El interior del Mansourah contiene dos manantiales muy buenos de agua, las ruinas de una mezquita y los restos de un minarete adyacente. Este minarete parece haberse rajado de arriba abajo por la mitad de las caras del N. y del S., y toda la parte del E. se ha hundido, mientras que la del O. resiste hace algunos siglos á los vientos impetuosos que parece deberian derribarle con facilidad, segun la poca solidez que aparenta tener el edeficio. La singularidad de esta destruccion parcial ha dado origen á una crónica bastante curiosa: «Los »indígenas pretenden que un judio y un mahometano fueron los en»cargados de la construccion del minarete. Cuando estuvo concluido, »los mahometanos no quisieron que bajara el judio por las escaleras »para que no las manchara con su presencia y con sus pisadas. Le di»jeron entonces que inventara un medio de bajar por los aires. Des»pues de haberles reconvenido ágriamente por su ingratitud, se hizo »un par de alas, y las adaptó del mejor modo posible á sus hombros. »Antes de lanzarse como Icaro á los aires, rogó á Dios que le vengara »si le sucedia una desgracia. Sus temores no eran infundados, pues »las alas se desarreglaron en cuanto salió del minarete, y fué á caer »á un barranco en el que se rompió una pierna, y que se llama aun »en el dia el *barranco del judio*. Sin duda acogió Dios sus ruegos be»nignamente, pues castigó á los ingratos: al mismo tiempo que el »judio se rompia la pierna, se hundia la parte del minarete que él »habia construido, arrastrando la parte adyacente de la mezquita. »Este egemplo de la justicia divina aterró de tal manera á los musul»manes, que no se atrevieron á reedificar lo que Allah (el todopode»roso) habia destruido.»

Hay varios egemplos de esta intolerancia religiosa entre los musulmanes; pero desde que estan en contacto con los europeos se han corregido mucho de este defecto, hasta el estremo de permitir á los cristianos que penetren en el interior de sus mezquitas con la simple condicion de descalzarse á la entrada.

Mas arriba del Mansourah hay en un sitio llamado Lella-Setti una cascada enorme, cuyas aguas movian antiguamente varios molinos, pero actualmente solo sirven para regar los campos inmediatos que estan cubiertos de olivos ó higueras. Entre el Mansourah y Tremecen hay un estanque que está actualmente seco y tiene 200 varas de longitud y 100 de anchura; es de tierra apisonada y servia antiguamente para regar la llanura. Desde la cima de la montaña del S. corre un riachuelo que mueve varios molinos de trigo y de aceite, algunos de los cuales han sido edificados por los europeos. Antiguamente habia tambien entre dicha montaña y la ciudad algunos monasterios cristianos. La vegetacion es hermosa en los alrededores de Tremecen. Hay nogales de una corpulencia prodigiosa, cerezos, manzanos, perales, ciruelos, membrilleros, almendros, albaricoques, melocotones, olmos, fresnos, chopos, sauces, saucos, frambuesos y otros arbustos europeos; tambien hay un poco mas lejos limoneros, higueras, granados, olivos, viñas, etc.

En cuanto á ganados hay hermosos caballos, bueyes corpulentos y robustos, vacas, ovejas, cabras, mulas, asnos y camellos.

Los animales feroces como el leon y el tigre escasean, pero hay muchas hienas y chacales. La caza abunda estraordinariamente.

La industria está poco desarrollada; sin embargo fabrican telas de lana y aun de hilo, tapices bastante hermosos, sillas de montar bordadas de oro y plata, armas, alfareria, etc.

Se dice que hay minas de plata en la comarca de los Beni-Ameirs y de los Trarahs, y minas de cobre en la de los Beni-Lenous. Tambien las hay de antimonio.

Hay aguas termales en varios puntos del territorio de Tremecen, y en algunos de los manantiales se ven aun baños de piedra que pare-

cen haber sido construidos en el tiempo de los romanos. Hay un camino bastante bueno desde Orán á Tremecen.

Tremecen tiene buena fama por la salubridad del aire y la abundancia de aguas. Esto se confirma por la buena posicion que ocupa, pues parece un *oasis* en el desierto, particularmente en el verano cuando se ha hecho ya la cosecha, y yendo de la parte del mar está la tierra seca y árida.



DON JUAN AROLAS.

El dia 20 de junio de 1805 nació en Barcelona el celebrado poeta Arolas, de una acomodada familia del comercio de aquella capital. Allí corrieron los nueve primeros años de su infancia, hasta que en 1814 se trasladó á Valencia en compañía de su padre, que se estableció en ella por efecto de sus operaciones mercantiles. Estudió en las Escuelas Pias la gramática latina, manifestando desde luego una tan decidida vocacion por el estado religioso, que en vano procuraron combatirla sus padres haciéndole presente las graves consecuencias de su resolucion. Firme siempre en su idea, se trasladó á Peralta de la Sal, punto que le fué destinado para cumplir los dos años de noviciado que la regla de los Escolapios ordena, y adonde se entregó con tanto ardor al estudio de los autores clásicos y sagrados, que sus maestros se vieron mas de una vez obligados á esconderle los libros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, para templar el ardoroso afan de ciencia que lo devoraba.

En esos dos años de prueba, en esos años en que su ardiente imaginacion, escitada por la soledad, y enardecida por un alma de fuego, necesitaba mas aire, mas espacio que el que podia ofrecerle la monótona vida monacal y el aspecto de un pueblo de sencillísimas costumbres, compuso sus primeros ensayos poéticos. No nos permitiremos descorrer el velo que encubre el lacerado corazon del jóven Arolas en aquella época para él de amorosas y ardientes ilusiones: no buscaremos en las vivas imágenes y delirante lenguaje de aquellos versos, el misterio de su retiro; ni profanaremos el secreto de su alma, y el casto amor de sus primeros años. El *Libro de amores*, las *Poesías pastoriles* y las *Cartas amatorias*, son tres tomos escritos con una pluma que destila amorosos pensamientos, ideados con una imaginacion llena de entusiasmo febril, y con un corazon exhalando desde su infancia los ayes de amargas y enérgicas pasiones. El arpa de Osian era el consuelo de su existencia, su único amigo, su familia: él lo confiesa cuando dice:

En medio de las sombras del espanto
Que rodean la vida, en sus abrojos,
Dos dichas nos concede el cielo santo:
La lira, y la mirada de unos ojos,
Que son todo mi encanto.

La poesia y el amor; hé aquí los dos poderosos agentes del corazon del malogrado poeta que nos ocupa: ¡cantar! ¡cantar los grandes hechos! ¡cantar á la naturaleza, á Dios, á las pasiones! ¡Amar! ¡amar al Ser supremo, al hombre, al campo, á la flor! ¡Cantar, amar y morir! hé aquí el secreto de su vida, la historia de su alma!

Las *Cartas amatorias* están escritas con una dulcísima entonacion que revela la melancólica esperanza y los dorados ensueños en que se mecia el corazon de su autor.

Las *Poesías pastoriles* respiran la naturalidad y sencillez de Jáuregui, sazonada con la miel de Melendez. Son dulces y fáciles como la *Aminta* del Tasso.

El *Libro de amores*, que dice ser una traduccion, contiene quince capítulos en prosa, á los que ha dado el autor el título de *Besos*. El alma dominó á la cabeza en estas composiciones voluptuosas y acres, como llama Saint-Preux al beso de Julia: el corazon del novicio rompia con sus ardientes latidos el negro sayal de Calasanz; la edad triunfaba de la razon, el poeta del hombre.

El dia 25 de agosto de 1821 profesó, y pronunció sus votos al pié de los altares, dedicándose al estudio de la filosofía y de la teología, hasta el mes de octubre de 1825, en que se encargó de las cátedras de sintáxis y rudimentos de latinidad, que estuvo esplicando á los alumnos de la Escuela Pia hasta el año de 1842.

Durante estos catorce años, la poética imaginacion de Arolas acabó de remontar su vuelo, robustecida con el estudio é inflamada por la meditacion. Escribió, borró, volvió á escribir, limitando su ambicion literaria á merecer el aplauso de sus amigos; hasta que impulsado por éstos fundó en 1833, en union con su compañero de religion D. Pascual Perez, el *Diario Mercantil* de Valencia. Escribió en él algunos artículos en prosa; pero desengañado de que su vocacion no era esa, se dedicó esclusivamente al folletin, que enriqueció con un millon de bellísimas poesías, copiadas y celebradas por toda la prensa española, y de las que nos ocuparemos con alguna detencion.

La época por que ha tenido que atravesar Arolas ha sido una época vaga, incierta, indefinible para nuestra poesía, al revés que las anteriores, en las cuales se advierte un carácter mas vivo, y un reflejo de la civilizacion que domina en ellas. La poesía castellana, aunque informe, fué épica en su cuna, porque la epopeya era una necesidad en aquellos dias heróicos; y en el siglo XVI se convirtió en erudita galante, adoptando los nuevos elementos y bases sobre que iba á reformarse la civilizacion de los pueblos. En el dia nuestra poesía, lejos de tener un carácter fijo, se agita en un caos sin creencias, sin brújula, y trabajada como la política por las ideas mas contradictorias. Relajado el gusto, y desdeñado el estudio indispensable de los clásicos, la fraseología suple á la erudicion, y la osadía á la ciencia. Y no se crea que neguemos la existencia de poetas modernos llenos de inspiracion y de genio; pero el número es escaso, y casi se pierde entre el vocingleo de esos plagiarios ó rimadores, que á fuerza de hablar en un tono y en un idioma nuevos, han logrado encontrar admiradores, justificando la célebre sentencia de Boileau: *Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.* A esta causa mas que á otra alguna debe atribuirse el que no resuenen como debieran los nombres de jóvenes llenos de tanta modestia como talento, y poetas tan notables y dignos de llamar la atencion de la moderna España literaria, como el Presbítero D. Juan Arolas. Este poeta, que en medio de la corrupcion y del mal gusto, se ha conservado casi siempre en el buen camino, quedando sano y salvo del contagio, como la paloma del Diluvio.

Hase dicho mas de una vez, y con razon, que el alma del poeta se descubre casi siempre en sus cantos. Los del P. Arolas son espejo de su corazon, y el eco de su fantasía siempre exaltada y ardiente. En vano ha pretendido descender al terreno de las cosas ó de las pasiones mezquinas; en vano ha acudido á su gran talento para cantar un hecho vulgar: su lira ha desentonado; su imaginacion se ha secado; la pluma ha caido sobre el papel como un mazo de hierro. ¿Ha querido, por el contrario, elevarse hasta el Hacedor, y reconocerlo y adorarlo ante la sublimidad de sus obras? ¿ha querido penetrar en los alcázares de Oriente, y bosquejar sus riquísimas pedrerías y hermosísimas sultanas? ¿ha querido atravesar los siglos pasados, y bosquejar los altos hechos y esclarecidos nombres de que están sembrados? ¿ha querido pintar un amor profundo, ardiente, inmenso? Su imaginacion ha aparecido rica de ideas y de brillantes galas: su pluma ha corrido menos veloz que el pensamiento; y el público, al leer esas poesías, ha podido contar los latidos de amor, de orgullo, ó de entusiasmo que ha dado el corazon del poeta al escribirlas.

Las poesías de Arolas pueden dividirse en caballerescas, religiosas, orientales y amorosas; pues si bien es cierto que ha escrito algunas por efecto de acontecimientos políticos, ni este es el género que mas le agradaba, ni se han elevado á una altura digna de fijar la pública atencion.

Costumbre ha sido en estos tiempos, y costumbre debida á los delirios del romanticismo, empeñarse en escribir la historia de nuestros castillos feudales, las tradiciones de nuestras ciudades, y las hazañas de los casi fabulosos paladines de la edad media; pero bien

analizados estos trabajos, solo se encuentran inexactos recuerdos y falta de conocimientos y de erudicion para juzgar y hablar de los usos, de las artes, del lenguaje de aquella sociedad. El P. Arolas ha salvado estos escollos, y en multitud de bellísimas poesías, en que ha descrito ora á nuestros trovadores provenzales, ora al justiciero D. Pedro de Castilla; bien aquellos ardientes amores, ó aquellos caballerosos ceremoniales, ha guardado la fidelidad histórica, ha escrito en aquella habla, y ha sazonado sus leyendas con un sabor tan adecuado, que trasporta al lector, y por decirlo mejor, lo identifica con aquellos tiempos y aquellos hombres. En donde especialmente resalta el mérito de estas poesías, haciendo olvidar la incorreccion que se nota en algunas, es cuando describe á sus personajes.

Hablando del rey D. Pedro, dice:

Ostenta rojo y guarnecido manto,
Y rica toca, cuya pluma inquieta,
Mecida al aura del nocturno espanto,
Con broches de diamantes se sujeta.

En el cinto se ve una daga fuerte,
Que en lindo pomo juegos mil retrata;
Obra prolija de lijera muerte,
Desnuda brilla, y deslumbrando mata.

¿Quién será tan apuesto caballero?
Bien lo dice el crujir de su rodilla
Siempre que mueve el pie tardo ó ligero:
Es D. Pedro el Cruel, Rey de Castilla.

Y hablando del caballo del Rey D. Sancho:

Monta el Rey un alazan,
Cuyas crines prolongadas,
Parece que á besar van
Las estriveras doradas
Dó los régios pies están.

Lleva petral de cadena,
De malla los paramentos,
Su ferrado casco suena,
Bebe los helados vientos,
Y ellos rizan su melena.

La misma facilidad en la versificacion, la misma frescura de las ideas, el mismo buen uso de los adjetivos, se notan en sus otras composiciones á *Felipe II*, á *Florinda*, á *Blanca de Borbon*, y otras infinitas que ha escrito de este género, y de las cuales no pocas pueden competir con los célebres romances del Duque de Rivas.

La imitacion es uno de los caracteres que determinan la poesía de nuestra época; y si bien los señores Zorrilla, Rubí y otros notables poetas han escrito no pocas veces con originalidad, siguiendo en otras las huellas, y hasta el pensamiento de los buenos modelos, cosa dificilísima, y que prueba una erudicion vasta y un estudio profundo, la mayor parte de los jóvenes dedicados al cultivo de la poesía, seducidos por un falso oropel ó por una deslumbrante fraseología, han caido en el error de imitar lo malo á causa de sus exageraciones, y de desdeñar lo bueno por la misma naturalidad y sencillez de su belleza. El P. Arolas en sus composiciones orientales se ha separado de esta regla general; no ha tenido modelos, no ha imitado á nadie, y solo en alas de su fantasía ardiente, á quien no servia de bastante alimento ni la severidad de nuestras costumbres, ni lo conciso de nuestra lengua, ha buscado entre las Sultanas de Estambúl vida para sus amorosos pensamientos; entre los diamantes y topacios de los haremes, galas para vestir sus descripciones; entre las ardientes arenas del Asia, fieras para cantar las bravuras del hijo del desierto; bajo aquel sol de fuego, fuego que comunicar á sus ideas; en aquel idioma tan simbólico, exaltacion y poesía para sus bellísimas imágenes. Las *Orientales* de Arolas han sido reimpresas en todos los periódicos, y celebradas en toda España; pues si bien es cierto que podrá existir en alguna de ellas demasiado abandono, en ninguna dejará de encontrarse belleza ó novedad: el poeta se olvida de cuanto le rodea, hasta de la rima á veces; y en sus éxtasis poéticos, ya sube á la cumbre del Gabár, ya atraviesa los torrentes del Soeta, ó llora en las soledades del Hebrón.

Imposible nos seria detenernos á elegir entre sus orientales: cada una tiene su mérito y su estilo particular. ¿Quiere describir una sultana? Oidlo:

Las esclavas que allí moran
La quitan vestido y lazos,
Sosteniéndola en sus brazos
Como un ídolo que adoran;

Y el tesoro de brillantes
Que desciñen de su frente,
Vale una ciudad de Oriente
Con cien torres arrogantes.

Junto al bien mullido lecho,
La beldad de nieve y rosa,
Reclinó su faz hermosa
Sobre su desnudo pecho.

Como el ave, cuya gala
Son las plumas de color,
Que para dormir mejor
Pone el cuello bajo el ala.

. . . .
. . . .

La fruta de Damasco muy querida
Son tus lábios purpúreos; es tu frente
Pluma de cisne en el Jordán caida,
Lirio mecido en oloroso ambiente.

Tus ojos son el arco y la saeta,
Paraiso de amor de el alma habita,
Grata vision de celestial profeta,
Ojos de victoriosa sulamita.

Oidlo tambien cuando llora sobre las ruinas de Jerusalen:

¡Siempre arenal!.... por fin una colina
Con la silvestre higuera;
Y la Santa Ciudad allí vecina,
Cual triste prisionera.

¡Ciudad de las tristezas!... á tu lado
Su calva sien levanta
El Gólgota sangriento despojado
De vividora planta.

Desnudo está su pedregoso suelo,
Porque en funesto dia
Tuvo sobre su cumbre al Rey del cielo
Desnudo en su agonía.

¡Cuánta voluptuosidad en la descripcion de la sultana! ¡Cuánta sencillez y melancolía en su invocacion á la Santa Ciudad!

Hé aquí cómo describe á Albin-Hamad en unas fiestas dadas por el rey chico de Granada:

Para alancear un toro
Pide licencia, la alcanza;
Y despues de hacer mesura,
Afirmase bien, y aguarda.

Prontamente le soltaron
Un retinto de Jarama,
Que envistió como un leon,
Con los ojos hechos brasas:

Besó el petral de la yegua,
Y entonces con honda llaga,
Mas abajo del testuz
Le entró la temible lanza.

Fué el bote de pronta muerte:
Vacila, tiembla, desmaya:
Con su mole dá en el suelo:
Tiende la cerviz, y acaba.

En todos sus romances moriscos se advierte la misma facilidad, sencillez y elegancia.

La poesía religiosa ha sido otro de los géneros en que ha descollado el P. Arolas; esa poesía, que le basta tener á Dios por objeto para que marche ataviada con las mas riquísimas galas, ya se la vista con la túnica real, con el velo de las vírgenes, ó con el harapo del mendigo. La poesía religiosa, mirada con tanto desden por nuestros modernos poetas, es á nuestro entender la única que debia ser el objeto de su estudio, y la destinada para marcar la actual época literaria: no la poesía mística de San Juan de la Cruz, sino la poesía animada en su fondo é intencion por las glorias del Eterno, adornada con el rico manto que el gusto de la buena escuela romántica ha creado para la literatura, y cantada en el idioma de los ángeles, que es el de la verdad y el corazon. Nuestros poetas, detenidos en su camino por falta de una estrella que los guie, tienen en la poesía sagrada ó religiosa un faro de interminable luz, y un riquísimo manantial donde beber inspiraciones, que brotan engalanadas de oro y púrpura, como dice el inmortal cantor de la batalla de Lepanto, el *divino* Herrera.

Oigamos si no al P. Arolas en su himno á la Divinidad.

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,

Dó en noches tranquilas mi símbolo leo,
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,
Delante del trono tus ángeles ves:
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Y al mar señalaste linderos prescritos:
Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, dó están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:
Tú miras el caos, la luz nace entonces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes,
Alzaste los montes, gigantes dormidos,
Poniendo en algunos á guisa de reyes,
Diademas de fuego, volcanes temidos.

. . . .
. . . .
. . . .

¡Qué belleza en las imágines! ¡cuánta poesía y grandeza en los pensamientos!

. . . . ¿quién cuenta tus galas,
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

¿Quién sino Dios, diremos nosotros, puede inspirar tan poético, tan sublime, tan atrevido pensamiento?

Quisiéramos poder copiar ó citar la multitud de hermosas composiciones que nos ha legado el fecundo y brillante estro del P. Arolas: allá en la soledad de su celda, entregado á la meditacion y al estudio, ha recorrido todos los metros, y ha herido todas las cuerdas del humano corazon. Se detiene ante las ruinas de un convento, y esclama:

Era un templo, era un altar,
Donde llora el desvalido
Yo lloré, volví á pasar,
Y era polvo consumido,
Que tambien me hizo llorar.

El artífice construye
La morada de Sion,
El Levita en ella instruye,
Dá la paz, pide el perdon,
Llega el pueblo, y la destruye.

. . . .
. . . .
. . . .

Contempla la tumba de Napoleon, y dice:

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz, hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,
Fundido para la guerra;
Con la frente allá en la luna,
Y por pedestal la tierra.

. . . .
. . . .
. . . .

Duerme en quietud eternal,
Sin sepulcro cincelado,
Tu lucillo funeral
Es el pecho del soldado.

¡Duerme!.... necia profusion,
¿Para qué la quieres, dí?
Duerme sin mas pretension,
Tu nombre te basta á tí.

. . . .
. . . .
. . . .

Que abortó naturaleza
Peñasco en el hondo mar,
Lecho para tu cabeza
Donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,
Mientras que tu fama zumba,
Soportar el continente
Todo el peso de tu tumba.

Los anteriores cuartetos son dignos del talento del poeta que los escribió, del guerrero inmortal á quien iban dedicados; y el mismo Manzoni, que es el poeta que mejor ha cantado las glorias del vencedor de Europa, no los hubiera desdeñado para sí.

En estas composiciones se vé el corazon del poeta, bien agitado por amargas y filosóficas contemplaciones, bien palpitante ante la gloria y las hazañas del gran capitan de los modernos tiempos.

Sigámosle ahora en esos momentos de dulce melancolía y de arrobamiento amoroso, en que se figura uno ver sus versos y sus imágenes humedecidos con las lágrimas de ternura que han brotado de sus ojos: oigámosle en la poesía que titula *Amar, creer.*

El insecto del estío,
Que en cáliz de rosa fria
Tiene un lecho de rocío,
Y una mesa de ambrosía;

Que ébrio de aroma y placer
Sobre rama de abedúl,
Se mece al anochecer
Retratado en lago azúl.

. . . .
. . . .

Las graciosas yerbecillas
Que entre las paredes duras,
Con sus flores amarillas,
Brotan en las hendiduras.

. . . .
. . . .

El rio que en vasallage
Busca al mar continuamente,
Cual si su grito salvage
Le llamase sordamente;

Que responde á sus clamores
Con sonidos menos fieros,
Y al pasar besa las flores
Que nacen en sus linderos:

Rio, flor, insecto y ave,
Pensiles y soledad,
Sombra leve y aura suave,
Nos están diciendo: amad.

. . . .
. . . .

Ese sol, mina que encierra
Ricos diamantes de un Dios,
Que por no abrasar la tierra
No quiso que hubiera dos;

La fresca y rosada aurora,
Que á las matinales flores
Con las lágrimas que llora
Dá perfumes y colores:

Luna, sol, aurora, estrellas,
Nos están gritando: «¡Ved
»Quien formó luces tan bellas.... »
»Hombres, *amad* y *creed.* »

Estos bellísimos pensamientos nos recuerdan el no menos bello de un sábio de este siglo, que reasume la misma idea en los tres versos siguientes:

Ama el pez, ama el ave,
Ama la agreste fiera,
Y la planta y la flor á su manera.

Para hacer el análisis de las obras de Arolas, se necesitarian un tiempo y un espacio de que carecemos, lo cual nos reduce á la necesidad de limitarnos á hacer una breve reseña de ellas.

En 1840, su íntimo amigo Don Mariano de Cabrerizo, publicó en limpios caractéres un tomo de sus poesías *Caballerescas y Orientales*, impresion digna de las bellas producciones que contiene.

En 1843, tres tomitos en la imprenta de Mompié con poesías pastoriles y amatorias.

En Barcelona, y en una publicacion denominada *Jardin Literario*, un tomo, en donde tal vez se halla recopilado lo mas selecto y limado de sus versos.

Otro tomo con una leyenda en diversidad de metros, y con el título de *La Sílfide del acueducto*, cuyo argumento está tomado de una sangrienta tradicion que se conserva en los anales del célebre convento de los Cartujos de Porta-celi, propiedad hoy del señor Don Vicente Bertran de Lis.

Otro tomo, que contiene las poesías de Chateaubriand y la trajedia *Moisés*, del mismo autor, traducidas al castellano, y en verso fácil y elegante. Este trabajo literario, hecho con suma conciencia y profundo estudio, es uno de los mas notables del P. Arolas. El vate español ha sido digno intérprete del ilustre cantor de los Mártires.

Un periódico literario, titulado *La Psiquis*, que enriqueció con multitud de producciones en prosa y verso.

Muchas y muy bellas poesías, de que se halla sembrado otro periódico literario, denominado *El Fenix*.

Y varias traducciones de obras religiosas.

La aglomeracion de trabajos mentales á que por muchos años se vió dedicado; la monotonía del cláustro en un alma ardiente y entusiasta; graves y penosos disgustos ocasionados por un exagerado celo; la turbacion, los escrúpulos que se introdujeron en su alma cándida y sencilla como la de un niño, le produjeron en 1844 una dolorosa enfermedad, acompañada de agudos dolores en la cabeza Desde esta época hasta 1846 publicó varias poesías, suscritas con las iniciales de su amigo M. C., por no atreverse á verificarlo con las de su respetable y esclarecido nombre. Pero el P. Arolas estaba herido de muerte: su cabeza se debilitaba por momentos, y en vano con el objelo de tranquilizarlo, se le nombró capellan de la Escuela Normal, pues tuvo que abandonar este encargo, volviendo á la Escuela Pía, adonde empeorándose por momentos, llegó por fin el dia en que cundió por Valencia, y se repitió de boca en boca, la terrible noticia de que el P. Arolas estaba loco. ¡Si! el vate predilecto del Túria, el poeta brillante, cuyos versos estaban en la memoria de todos; cuyo nombre habia resonado con aplauso por todos los ángulos de España; cuyo talento creador y modesto era la envidia y la admiracion de sus amigos; cuyo carácter bondadoso y angelical inspiraba el respeto y el amor, yacia entre las cuatro paredes de una celda, perdida la razon, y apagada en su mente la chispa divina con que se vió inflamada tantos años!

Dios que lo habia criado para la poesía, no quiso robarle la inspiracion al decretar en su sabiduria la estincion de su juicio. No hacia versos; pero sus pensamientos y manias eran raudales de brillantes y poéticas ideas.

Ora se creia en el Asia revolcándose entre esmeraldas y topacios, y respirando la esencia de aromáticos pebeteros; ora penetraba en la morada del Eterno y proclamaba sus glorias en éxtasis deliciosos; ora inflamado de honor y gloria cantaba las hazañas de Polonia ó las esperanzas de Abd-el-Kader.

El dia 23 de noviembre de 1849 fué atacado de una apoplegía fulminante, y el 25 entregó su alma al Criador, cercado de sus hermanos y amigos, á cuyas lágrimas y suspiros hacia mucho tiempo que respondia con la ronrisa del inocente.

Jamás accedió á los deseos de los que en diferentes ocasiones le aconsejaron la esclaustracion: creia deshonrarse.

Jamás solicitó ni obtuvo la menor recompensa por sus notables producciones; decimos mal:

Obtuvo un diploma: el de Socio de la Nacional de San Cárlos de Valencia.

Obtuvo una cruz..... ¡la del martirio!

RAFAEL DE CARVAJAL.



(Una ruina de la isla de Ischia.)

IMPRESIONES DE VIAJE. (1)

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Sin pretensiones de ningun género voy á escribir algunos recuerdos de una parte de las provincias septentrionales de España, haciendo solamente algunas reflexiones con la rapidez del que camina de paso y nota alguna que otra particularidad que escita su atencion.

El primer pueblo digno de mentarse al entrar en la provincia de Santander por la carretera de Valladolid es Reinosa, si bien se ven antes Aguilar de Campó y alguno que otro lugar, en el camino. Aquella villa está situada en una grande altura: de donde quiera que se vaya, preciso es ir subiendo por una cuesta sensible durante unas cuantas leguas. A uno y otro lado no se distinguen sino montañas, sin embargo, algo lejanas, pues que la poblacion se encuentra rodeada de una gran llanura. A tres cuartos de legua está el nacimiento del rio Ebro, en un lugarcito que llaman Fontible, cuyo verdadero nombre es *Fontibre (Fons Iberi)*. Alli se ve aparecer el Ebro, atravesar luego un prado del ex-convento de S. Francisco, y cruzar la carretera por el mismo pueblo, bajo un puente de piedra, dirigiéndose despues por varios territorios y provincias, hasta desaguar en el Mediterráneo. Como todos los rios, insignificante, menguado en su origen, se ostenta profundo é impetuoso á medida que se prolonga y que va recogiendo las vertientes y los arroyos que encuentra en su curso: luego á su entrada en el mar, se ostenta orgulloso y soberbio. Tal es el hombre en muchos casos: oscuro, pobre en su cuna, sin ilustres progenitores, y que encumbrado por cir-

(1) Se advierte que estos artículos fueron escritos en el verano de 1848, en cuya época recorria su autor el pais que describe, no siendo, por tanto, de estrañar que no tengan en cuenta las variaciones que desde entonces hayan podido realizarse. De esta serie de artículos, aparecieron los primeros en un periódico literario de esta Córte, que cesó antes que sus impresiones se [illegible].

cunstancias inopinadas, se enorgullece, se olvida de su nacimiento y se cree grande y poderoso; y sin embargo, no reflexiona un momento que el Nilo, con toda su importancia, no se sabe todavía dónde ha nacido: que la gran catarata del Niágara, cuyo aspecto y cuyo estruendo asombran al viajero, no es mas que una reunion de aguas, las que, debido á varias casualidades ó combinaciones, ora forman un charco cenagoso y hediondo, ora una corriente pura y cristalina, ya una playa sosegada y apacible, ya, en fin, un Océano alborotado y turbulento.

Otro rio nace cerca de Reinosa en el sitio que dicen las *Heras;* se denomina las Fuentes, y aparece como de repente al pié de un cerro de poca elevacion. Este manantial permanece oculto hasta aproximarse uno al gracioso estanque natural en que brotan los diferentes chorros, cuyas aguas van despues á dar movimiento á una de las fábricas de harina que hay á cincuenta brazas del nacimiento.

¡Cuán diversa y caprichosa se muestra la naturaleza en sus obras, productos y dones! Cria una flor hermosa cual ningun artífice puede imitar, y esto espontáneamente, sin trabajo, sin mucho tiempo; mientras que el hombre, para llegar á poseer alguna ciencia, para ser especial en alguna materia, para adquirir alguna celebridad, ¡cuántos años, cuánta paciencia, cuánta constancia no tiene que emplear, aun suponiendo que tenga las disposiciones mas felices! Pues qué, ¿Demóstenes, se improvisa orador en la plaza de Atenas? Mirabeau, ¿se hace repentinamente el coloso de la tribuna? Y ¿Chateaubriand y Lamartine, lo mismo que todos los hombres consagrados á las ciencias y al estudio, no han gastado su dinero y la época mas preciosa de su vida, y no se han espuesto á perecer víctimas de sus investigaciones, y no han pasado noches enteras en medio de los desiertos, y no han abandonado su pátria en busca de grandes escenas y monumentos, y de lejanos paises, conducidos como por un destino providencial?

Reinosa es uno de los puntos mas elevados y mas frios de la Península; la nieve dura mucho tiempo en las calles del pueblo, lo que hace necesario que los habitantes anden con un calzado de madera que llaman *albarcas* y que mas propiamente son *abarcas*, parecidas á las almadreñas de la provincia de Leon, á los zuecos de Galicia y á los galochos de Navarra. Sin el motivo de la nieve, en Reinosa es indispensable valerse de aquel medio para andar por las calles, porque si bien algunas, ó á lo menos la principal y las dos plazas, tienen bastante buen pavimento, se ponen, sin embargo, intransitables con el inmenso fango que se reune á consecuencia de lo mucho que llueve, de la humedad del pais, y sobre todo, del continuo tránsito de carros, carretas y toda clase de vehículos con que se hacen los trasportes de harinas, desde la conclusion y desembarcadero del Canal de Castilla en Alar del Rey hasta la ciudad de Santander. Asi es que al principio causa impresion el ver una señorita lujosamente vestida y ataviada, marchar á cualquier parte con sus respectivas abarcas, haciendo un ruido de tinieblas: costumbre que, concontribuyendo al aseo y limpieza, especialmente por el invierno, no contribuye menos á evitar catarros, reumas, etc., á que por otra parte parece que este pais debiera estar sujeto; y no obstante, es de un temple sano, y sus habitantes son robustos y bien formados, como generalmente lo son, pero aqui mas notablemente, en toda la provincia de Santander. Con todo eso, se les da á las abarcas mas influencia saludable de la que merecen quizá, pues sabido es que en las montañas y terrenos muy elevados, los aires son mas puros, las enfermedades mas raras y las personas mas vigorosas: ejemplo la Suiza, la tierra de *Pas*, de que hablaré mas adelante, etc.

Puesto que he mentado el Canal de Castilla, no puedo menos de recordar cuánta ventaja y beneficios ha acarreado á las provincias del interior de España, poniéndolas en comunicacion y contacto con el litoral, verificando asi una esportacion de harinas en grande abundancia y de un lucro seguro á la isla de Cuba, aumentando el valor del trigo, hermoseando las estensas planicies de Palencia y de Valladolid, ofreciendo ocasion y pretesto para la construccion de un gran número de fábricas que bordan las márgenes del Canal, y por el que se ven surcar las góndolas que conducen á los transeuntes, las barcas que llevan los granos: todo esto acompañado de movimiento, de vida, de animacion, que se notan en toda su orilla, y en particular en las cercanias de aquellas dos ciudades, donde están los embarcaderos y esclusas, las que tambien aparecen de trecho en trecho cuando el desnivel del terreno lo exige.

Al contemplar un momento este medio de viaje, de comercio y de riqueza, asaltan á la imaginacion mil ideas análogas: ¿por qué en nuestra patria se halla tan atrasada la canalizacion? ¿por qué no se trata de darla todo el impulso posible? Y si nuestros rios presentan dificultades ó imposibilidad de navegacion, en sentir de los inteligentes, por el rápido curso con que se precipitan, ¿por qué no poner espeditas tantas otras vias como indican las cualidades topográficas y demas que existen en nuestro suelo?

En esto, preciso es confesar que la ignorancia de la economía política y el predominio de antiguos hábitos y rancias preocupaciones han sido fatales entre nosotros. Arribaban de América las flotas cargadas de oro y plata; nunca se pensaba en abrir una carretera, en construir un canal de riego, de navegacion, una obra hidráulica: las líneas generales y cuanto hay adelantado sobre esto es moderno. ¿Qué nos quedó de aquella época? Algunos monumentos artísticos; pero en cambio vemos en la actualidad esos puertos de la costa de Cantabria, que en un tiempo fueron un emporio, adonde arribó Cárlos V cuando vino de Alemania para retirarse al monasterio de Yuste; donde ancló la grande escuadra de Felipe II; puertos tristes, muelles cegados, de donde salen algunos pobres pescadores que lanzan á duras penas sus barquillas en medio de las aguas para procurarse una subsistencia precaria; donde hasta parece que la mar se retira y huye por no ver tanto decaimiento y tanta miseria; puertos en algun modo semejantes á aquellas antiguas capitales marítimas de Grecia y Asia, cuyas ruinas sumerjen al viagero en una meditacion profunda, y cuyo nombre apenas resuena en la soledad del desierto, ó en sus playas abandonadas y silenciosas, en las que únicamente se oye el melancólico susurro de las olas que espiran blandamente en la arena ó al pie de los muros derruidos y tapizados de yedra!!....

En cambio, vemos que no hay carretera que vaya desde la córte á una de las ciudades principales de España, bajo algun concepto, cabeza de departamento marítimo, Cartagena, pues solo llega hasta Albacete. Tampoco tenemos una carretera á Francia por Soria y Logroño, que seria la mas corta. Tampoco la hay por la costa septentrional que atreviese desde Portugalete, Santander, Asturias y Galicia. De suerte, que una carta dirigida de Laredo á Castro-Urdiales, que distan cuatro leguas, no va rectamente, sino que hace un gran rodeo yendo á parar al interior y volviendo otra vez, tardando mas de un dia ó dos. Tambien sucede en varios parajes de Castilla, que los caminos reales no son mas que la tierra llana, que con el incesante tránsito se fué practicando poco á poco.

No obstante, la provincia de Santander no es la que tiene menos carreteras, pues cuenta cinco, cuales son, la de que va hecho mérito, la que se dirige desde Burgos á Laredo por Ampuero y Limpias, la que va desde Balmaseda á Castro-Urdiales, aunque esta es muy corta, pues casi toda corresponde á Vizcaya; la que pasa por Arredondo y sigue por el Real Sitio de la Cabada por un trecho de algunas leguas y se halla por concluir; por último, la general por donde anda la silla de correo, por el puerto del Escudo, Ontaneda, Carandia, hasta la capital, uniéndose con la que va de Torrelavega, una legua antes de aquella, en el punto de Peñacastillo. La configuracion del terreno exige muchas mas comunicaciones para evitar los caminos escabrosos, pendientes, y las cuestas casi perpendiculares; y además, para hacer espedita la entrada y relacion con algunos pueblos que tienen alguna importancia bajo cierto aspecto, ó pueden tenerla si las circunstancias les favoreciesen: por ejemplo, Santoña, una de las plazas fuertes mas notables del reino, se encuentra aislada sin que le sea posible progresar en comercio ni industria, á pesar de su puerto cómodo y seguro y de su espaciosa playa. San Vicente de la Barquera tampoco tiene mas camino para el interior que uno de carro; asi es que esta villa, en otros tiempos tan floreciente, ahora está sin vida y hasta sin medios de adquirirla. Toda la parte de Liébana, esa provincia de este nombre y ahora comprendida poco mas ó menos en el partido judicial de Pótes, tan abundante y rica en bosques y arbolados de todo género, tan codiciados por los estranjeros, sobre todo para construccion naval, se ve privada de esplotar estos recursos por falta de salida y esportacion, pues necesita una carretera hácia la costa: se halla ya empezada, y otra hácia Reinosa para enlazarla con la general. No faltan proyectos para ocurrir á estas exigencias, pero no pasan en su mayor parte de proyectos.

Si el suelo de esta provincia ofrece incomodidades é inconvenientes, en cambio presenta al observador y al curioso una naturaleza variada y lozana, perspectivas y cuadros vistosos y encantadores. ora una cadena de montañas de aspecto imponente y salvaje, seguidas de una hoz ó garganta que da paso á un valle delicioso y ameno, regado por algun rio ó arroyo, decorado de árboles frondosos y de casas de campo. Ora se ve el caminante rodeado de elevadas cumbres y estrechado en una cañada, y de repente se improvisa una llanura inmensa, un vasto horizonte, ó la mar inmensurable en lontananza, que viene á bordar de una ancha faja azul el estremo del panorama. Ora se va paseando por la costa, recreando la vista con una escuadrilla de lanchas de pesca que tienden las olas en algun puerto que todavia conserva un resto de su pasada grandeza. Aqui espesos y continuos robledales, allá prados y florestas; ya un establecimiento de baños, ya un castillo ó torreon arruinado, ya la quinta de algun indiano ó título de la comarca. Siempre respirando ó la brisa de la mar, aun en las horas de mas calor, ó el aire de la montaña; de suerte

que no se conoce el verano, en particular para los que estan acostumbrados á sufrir los vapores del estío en las provincias del interior y en las meridionales.

Estos cambios sucesivos é inesperados, estas situaciones caprichosas y pintorescas, esa pronta mutacion de campiñas, de cerros, de colinas, de encañadas, predisponen la mente y la imaginacion para la poesía. Y sin embargo, y haciendo la cuestion mas ámplia sin circunscribirme á ningun territorio, se dice comunmente que en las regiones del Mediodia hay mas instintos poéticos que en el Norte: aseveracion que creo muy dudosa, cuando no falsa, si es que la razon y la historia deben ser escuchadas imparcialmente por los hombres pensadores. ¿Han resonado quizá en el Mediodia los ecos del arpa de Ossian? No; que vibraban en medio de los vientos del Norte, de la bruma y de las ásperas montañas de la Escocia. ¿Acaso lord Byron esperó á ser poeta, á escribir su *Farewell to Fessy*, el *adios* á su esposa; á enumerar los sentimientos melancólicos y desgarradores de un alma violentamente conmovida, cuando se dirigió al suelo fatal de Missolongy? ¿Eran del Mediodia Milton, Shakespeare, Pope, Goethe, Klostoph y toda esa brillante galería de poetas de fama universalmente reconocida, cuya enumeracion fuera prolija é interminable? Pues qué, ¿no hay poesía en las nieves eternas del polo, en las embarcaciones encalladas en el hielo, en las eminentes cimas de los Andes y del Monte Blanco; en esa naturaleza ruda, severa y aterradora? ¿Era del Mediodia Odino, el bardo y el gefe de los escandinavos? ¿Tal vez no se prestaron igualmente á la poesía el viento que zumba, el huracan que derroca los árboles, la tormenta que estrella al bajel contra una roca, el rayo que desmorona la torre feudal, una montaña de nieve que se desploma, como una bella mañana de primavera, una tarde serena del otoño, una noche tranquila y silenciosa, cuando la luna alumbra con su luz pálida y amarillenta? Esto es por lo que hace á la poesía descriptiva; mas tocante á la sentimental, ¿no estan los gérmenes de ella en el corazon humano, en toda clase de afectos, pasiones y simpatías; en todas las escenas de la vida, independientemente del clima?

Estoy persuadido de que la poesía, como la ciencia, como el genio que las comprende y vivifica, no pertenecen esclusivamente á ninguna nacion, á ningun dominio. Son cosmopolitas, universales, son el patrimonio mas pingüe y envidiable de la especie humana. El genio no está condenado como un imperceptible insecto á ocultarse y oscurecerse, sino que su destino es á semejanza del águila altanera, que encumbrada á una altura inaccesible, mira desde allí con arrogancia las nubes, el trueno y las tempestades, la grande estension de la tierra y la inmensidad del Océano.

Vuelvo, pues, á mi propósito, y con este motivo haré una salvedad que debí haber puesto al principio; sin embargo, supongo que aquí no será inoportuna. Esta no es una descripcion formal de viages; mucho menos lo es científica ni artística; por eso la frase inicial del primer artículo es «sin ningun género de pretensiones.» Así que omitiré la relacion de muchos objetos y monumentos: algunos los describiré á mi manera. Lo mismo sucederá con lo que se refiera al pais: no me he propuesto hacer un itinerario metódico. Ademas, estoy convencido de que para saber geografía, segun decia Fígaro, lo que conviene es llevar dinero, porque el postillon ya sabrá el camino. Tambien intercalo varias reflexiones y observaciones que parecerán intempestivas en este lugar. He adoptado esta conducta, puesto que de otro modo ningun interés pudiera ofrecer esta série de artículos. Con todo eso, tal es la triste y estravagante condicion humana, que prefiere saber lo que hay y lo que pasa en paises lejanos mas bien que en el propio: antes se estudia el mapa de Asia ú Occeanía que el de la provincia donde uno ha nacido ó donde vive. Antes de saber la lengua española, aprendemos la francesa, inglesa y demas: antes de haber aprendido y practicado las leyes patrias, queremos informarnos de las estrangeras.

Reinosa, aun cuando es el sitio mas adecuado por su temperatura para veranear, sin embargo, no es al que suelen concurrir los *dilléianti y fashionables* de la provincia y de fuera de ella: en otra parte, como veremos luego, es el *rendez-vous*.

Por consiguiente, no hago sino mentar ligeramente las curiosidades que Reinosa y sus cercanías contienen. La Colegiata de Cervatos á una legua antes, en la carretera de Madrid; edificio notable por su antigüedad, arquitectura y las figuras en relieve. La mina de carbon de piedra en Orbo, á tres leguas y á poca distancia de dicha carretera. Otra hay en las Rozas, á legua y media de Reinosa, y allí está una magnífica fábrica de cristales de los señores Collantes, Murga y compañía.

Los hábitos y costumbres de todas las provincias bañadas por la costa de Cantabria, tienen mucha semejanza y puntos de contacto; no obstante, respectivamente de Santander, hay algunas diferencias, algunos rasgos peculiares. Uno de ellos es el carácter pacífico de sus habitantes, escepto los *pasiegos* que merecen un párrafo especial. Apenas hay dos compañías de guarnicion en toda la provincia, comprendiendo á la capital, pero no á Santoña. Las autoridades no encuentran las resistencias, entorpecimientos y obstáculos que son debidos en otras á los instintos de desórden y revolucion que abrigan en su seno. Otro rasgo que predomina es la creencia que todos tienen de su nobleza: recuerdan con orgullo la antigua aristocrácia montañesa.

Una palabra ó una accion que en otras partes pasaria desapercibida, aquí dá motivo á una querella, á una contienda, á una enemistad. Los paisanos son muy pleiteantes y un tanto cavilosos. Todas sus quimeras y altercados, deseos y pretensiones, se convierten en litigios, y solicitudes en oficinas. No se ven, como en otras provincias, delitos de todo género; se cometen pocos; los grandes crímenes son muy raros: el asesinato alevoso es un suceso que horroriza á toda la comarca, y queda de él una tradicion conducente para contener á cada uno en los límites de sus deberes. Los partidos políticos, las enemistades legadas entre las familias unas contra otras, las persecuciones tienen poco ó ningun ascendiente: lo mas que hay son rencillas, dimes y diretes propios de pueblos pequeños, lo mismo que se verifica donde quiera; pero es bastante para impedir entre los vecinos y las personas de igual clase el trato frecuente y la intimidad que debieran mediar. Tal es la sentencia que gravita sobre los pueblos pequeños: una vida uniforme, monótona, rutinaria; murmuracion constante por no haber de qué hablar y por conocerse la gente mas de lo que es preciso; abundancia de mugeres, y de mugeres solteras, porque los jóvenes regularmente no permanecen en poblaciones que no les prometen porvenir; atraso é ignorancia consiguientes á semejantes circunstancias. Una cosa, asimismo, es harto notable en esta provincia. La moral pública y privada de sus moradores, en especialidad por lo que respecta á la religion. Las costumbres puras, inocentes de esta porcion de la península contrastan con la corrupcion é inmoralidad que se ostentan descaradamente en otros puntos.

Otra particularidad se advierte desde luego: el buen estado y adelanto en que se encuentran las escuelas primarias; ningun ayuntamiento deja de tener una, y algunos tienen dos, muy concurridas porque los padres quieren que sus hijos aprendan á leer, escribir y contar, para mandarlos á América ó á Andalucía. Generalmente no tienen que envidiar en establecimientos de segunda enseñanza. En la capital hay el Instituto Cántabro, anterior al plan de estudios de 1845; además un colegio de internos y esternos, en Villacarriedo, regido por Padres Esculapios, al que van de provincias distantes por la reputacion que goza. Tambien existia otro instituto de segunda enseñanza en Potes; creo que hace tiempo se cerró. Estas observaciones dan lugar á otras muchas de grave peso; y si bien no es posible esplanarlas aquí, las enunciaré rápidamente.

Las provincias septentrionales de España son las que mas leen, las que mas se suscriben á periódicos. Las naciones del norte son en las que se han realizado esos admirables inventos que han trastornado la faz del mundo; y lo mismo relativamente á los grandes sacudimientos y sucesos que han producido un efecto análogo.

(*Continuará.*)—ANTOLIN ESPERON.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

El rey de Prusia Federico II era apóstol del ateismo, y se alababa de ello un dia delante del sábio Amaud Baculard, cuyo silencio era muy significativo.

—¿Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aun á esas antiguallas?

—Señor, lo soy, porque necesito tener la conviccion de que existe un ser superior á los reyes.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

El soldado.

Suena el ruido lúgubre de los tambores destemplados. ¡Ah! ¿Cuándo estaremos en el sitio en que ha de reposar en su atahud? ¡Creo que mi corazon se vá á desgarrar!

¡Yo no tenia en el mundo mas que un amigo, y éste es el que conducen al suplicio con armas brillantes y al través de las calles! ¡Y yo soy uno de los que le conducen!

Por última vez contempla el sol que Dios ha creado. Ya está en el sitio fatal, le vendan los ojos... ¡Señor, tened piedad de su alma!

Nueve hombres dirigen sus armas contra él. Ocho de ellos desvian sus tiros, porque el sentimiento les hace temblar el pulso: solo yo le he herido exactamente en el medio del corazon.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 26.

La solucion en el número próximo.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA BATALLA DE AUSTERLITZ.

A pesar de ser tan conocido este brillante hecho de armas del primer guerrero de nuestro siglo, daremos una leve reseña de él para la mejor inteligencia de la lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Napoleon sale de Paris el 24 de setiembre de 1805. La vanguardia del gran ejército pasa el Rhin el 25 por el puente de Kehl. El 29 anuncia el emperador por medio de una proclama que va á empezar la guerra contra la tercera coalicion, y hace un llamamiento al pueblo francés «para confundir y disolver esa nueva liga urdida por el ódio y el oro de la Inglaterra.» Napoleon desconcierta los planes de los austriacos por la direccion que da á sus ejércitos y la rapidez de su marcha. Wertingen, Guinzbourg y otros muchos puntos son testigos de combates que cubren de gloria á los ejércitos franceses. Por una maniobra de hábil estratégia obligan al general Mack á que capitule y se rinda con 33,000 hombres, 60 cañones y 40 banderas. Viena abre sus puertas el 13 de noviembre, y el emperador de Austria se ve obligado á refugiarse en Moravia, en donde se reune con el Czar y el segundo ejército de Rusia.

Despues de algunas maniobras que le producen ventajas sobre el enemigo, se detiene Napoleon en Wischau para dar algun descanso á sus tropas, y confiado en que los rusos le presentarán la batalla. Efectivamente, los rusos vuelven á tomar la ofensiva el 28: Napoleon abandona las alturas de Pratzen, posicion importante en que se habia atrincherado, y que deja ocupar por el enemigo. «Si yo quisiera, dice el emperador, impedir al enemigo que tomara mi derecha, me colocaria en esas alturas magníficas, en las que solo tendria una batalla comun. Si, por el contrario, ciño mas mi derecha retirándola hácia Briinn, y abandonan los rusos esas alturas, son perdidos sin remedio.» Entonces se establece en la llanura de Austerlitz, apoyando la derecha en los estanques helados de Menetz, cubriendo su centro con terrenos pantanosos, y apoyando la izquierda en el monte Bosenitz. Todo acaeció como lo habia previsto. Dueños los rusos el 1.° de diciembre de la posicion de Pratzen, la abandonan lentamente y desfilan sobre su izquierda por una marcha de flanco, prolongando la derecha del ejército francés. Napoleon ve este movimiento con indecible alegria. «Mañana por la noche, dice, será nuestro ese ejército!» y una proclama elocuente divulga entre sus soldados su plan de batalla. «Mientras los batallones rusos vayan marchando para envolver mi derecha, me presentarán el flanco... Que se penetre bien cada uno de la idea de que es preciso vencer á esos merce-

narios de la Inglaterra que tanto ódio tienen á nuestra nacion! Esa victoria concluirá la campaña... La paz que yo estipule será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.»

El 1.° de diciembre á las nueve de la noche quiso visitar el emperador, de incógnito, su campamento; pero apenas ha dado algunos pasos, cuando ya le conocen todos. Imposible seria describir exactamente el entusiasmo de aquellos soldados. Por un movimiento espontáneo que caracteriza el espíritu que los animaba, colocan haces de paja encendidos en la punta de palos clavados en tierra, y 80,000 hombres rodean al emperador saludándole con sus aclamaciones. Napoleon, que conoce la organizacion de cada regimiento, dirige una palabra á cada uno, y esta palabra es luego el grito de guerra en medio de la accion. «Emperador, le dice uno de los granaderos mas viejos, yo te prometo que no tendrás que batirte mas que con la vista, y que te traeremos mañana las banderas del ejército ruso para celebrar el aniversario de tu coronacion.» Al regresar el emperador á su tienda, que no era mas que una mala choza de paja, sin techo, que le habian hecho los granaderos, dijo: «Esta es la mejor noche de mi vida; pero me entristece el pensar que perderé muchos de esos hombres escelentes. Por el sentimiento que produce esta idea en mí, conozco que son verdaderamente hijos mios.»

Napoleon toma al instante sus disposiciones para la batalla; el 2 de diciembre á la una de la mañana monta á caballo y se hace dar cuenta de los movimientos de los rusos. Por fin amaneció, y salió el sol brillante y despejado; aquel aniversario de la coronacion, en que iba á efectuarse uno de los hechos de armas mas notables del siglo, fué uno de los dias mas hermosos del otoño. El emperador rodeado por todos los mariscales, esperaba á que el horizonte se hallara completamente iluminado para empezar las operaciones. A los primeros rayos del sol, se dan las órdenes, y cada mariscal marcha á galope á reunirse con su division. Eran próximamente las ocho y media de la mañana. Al pasar el emperador por delante de algunos regimientos formados en batalla, esclama: «Soldados, es preciso concluir esta campaña con un rayo que confunda el orgullo de nuestros enemigos.» Al oir esto, todos los soldados ponen sus chacós en las puntas de las bayonetas, y gritando: *Viva el emperador!* dan la verdadera señal de principiar la accion. Al instante suena el cañoneo al estremo de la derecha; el mariscal Soult se lanza con el 4.° cuerpo á las alturas de Pratzen, corona la meseta, rompe el centro del enemigo, y se sitúa en la retaguardia y flancos del ala izquierda. El ejército aliado se encuentra cortado en tres divisiones aisladas, empujadas dos de ellas hácia barrancos y pantanos, y teniendo por todas partes á los franceses de frente y de flanco. La artillería truena espantosamente en toda la línea; 200 cañones y cerca de 200,000 hombres hacian un ruido aterrador. Era un verdadero combate de gigantes, segun decia el 30.° boletin. A la una de la tarde ya no era dudoso el éxito. «He dado muchas batallas como esta, decia el emperador, pero en ninguna he visto tan pronunciada la victoria, ni tan poco dudosa la suerte.»

El ejército ruso es puesto en completa derrota; algunos miles de hombres, 36 cañones, y varios furgones y caballos empiezan á atravesar los estanques helados; pero las 24 piezas de artillería de la guardia imperial, al paso que vomitan la muerte con sus proyectiles, rompen el hielo, y columnas enteras se hunden y ahogan. Los emperadores de Austria y de Rusia presenciaron la derrota de sus ejércitos desde las alturas de Austerlitz.

Tuvieron 8,000 muertos, 15,000 heridos, 23,000 prisioneros, de los cuales 273 eran oficiales, 10 coroneles, y 8 generales, y perdieron 180 cañones, de los cuales 145 eran rusos, 150 furgones y mas de 50 banderas. El ejército francés que solo contaba 65,000 hombres contra mas de 100,000, tuvo 1,500 muertos y 4,000 heridos, entre los cuales habia 9 oficiales superiores.

Esta batalla memorable, designada por unos soldados con el nombre de *accion del aniversario*, por otros con el de *batalla de los tres emperadores*, y por Napoleon con el de *batalla de Austerlitz*, produjo la estipulacion del tratado de Presburgo, que se firmó el 26 de diciembre de 1805, y por el cual ademas de reconocer á Napoleon como rey de Italia, se concedieron muchas ventajas importantes á los aliados del belicoso emperador.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Ya se me alcanza que Montesquieu ha asentado un error clásico al aseverar que los pueblos del Norte son mas valientes que los del Mediodia, y que los primeros siempre habian subyugado á los segundos; Filangieri y otros muchos escritores han demostrado la falsedad de aquella proposicion, aduciendo datos irrecusables. Pero no se podrá impugnar que la destruccion del imperio romano y la trasformacion de toda Europa, que el Juicio por Jurados y el régimen representativo, que los primeros albores de la reforma religiosa en la época de Wiclef y Juan Huss; que la reforma declarada en Lutero; que el descubrimiento de la pólvora, de la imprenta; que las múltiples aplicaciones del vapor; que los caminos de hierro, los telégrafos comunes y eléctricos, las ascensiones y proyectos de viajar en globos aereostáticos, la circulacion de la sangre, la invencion de los logaritmos, los conductos metálicos ó para-rayos, la litografía, la invencion del cristal, todos han tenido su orígen en el Norte de Europa, ó cuando menos, allí se han desenvuelto y esperimentado.

Comparemos las naciones unas con otras. En la actualidad, ¿cuál puede competir con Alemania en los adelantos de todas las ciencias sociales, especialmente la legislacion, sobre todo la penal, la estadística y la política? Aun en filosofía, en filología, bibliografía y otros muchos ramos, ¿puede la Francia reclamar la preferencia? ¿la Francia, que ordinariamente no hace mas que apoderarse de las ideas emitidas, y de las escuelas dominantes allende el Rhin, dándoles nueva forma, apropiándolas, asimilándolas, para hacerlas difundir con cierta originalidad, valiéndose de ese carácter *comunicativo* que Mr. Guizot atribuye á sus compatriotas? ¿Y cuál nacion podrá ponerse al nivel de Inglaterra, en lo que concierne á la perfeccion de la industria, de la maquinária, á la esplotacion de las ciencias naturales en sus relaciones con las necesidades del hombre, en la ciencia de gobierno, y en especialidad en la generalizacion de la economía política, de la que hay mas de cuatro mil cátedras en todo el Reino-Unido; en tanto que en Francia se mira con indiferencia esa materia de tan incalculables consecuencias; siendo esto una de las concausas, en la opinion de altas capacidades, de tanto sistema socialista y utópico como pulula pasado el Pirineo? Hasta la Rusia puede servir hoy dia á las naciones meridionales; su diplomácia y su política esterior son el desenvolvimiento y la práctica del testamento de Pedro el Grande. ¿Qué antítesis no forman con estos Estados la España, Portugal, Italia y Grecia?

Siguiendo mi ruta, y habiendo hablado de Reinosa, tomo mi pasaporte, documento sin el cual no puede uno ser hombre de bien, *conditio sine qua non* para moverse una persona; me encamino á Torrelavega, en cuyo intermedio es de notar alguna que otra particularidad. Durante cinco leguas, se va casi continuamente cuesta abajo hasta llegar á Bárcena de pié de Concha, donde la temperatura es mas benigna, mas templada, el terreno mas seco, ó no tan húmedo y fangoso, y los vientos menos fuertes. A un cuarto de legua está el parador de Santa Olalla, que proporciona bastante comodidad y buen trato, y tiene una mesa de villar, cosa no despreciable en una aldea para el que tenga que pernoctar en ella. Despues de atravesar los deliciosos valles de Iguña y de San Felices de Buelna, y comprendido en este último y situado en la carretera, á una legua de Torrelavega, se encuentra el establecimiento de las Caldas, donde hay baños termales, cuya detallada descripcion es objeto de una memoria redactada por su médico director.

Referiré, pues, solamente como de paso, que la casa para los huéspedes es bastante espaciosa, capaz y bien distribuida interiormente, con habitaciones claras y ventiladas: el comedor puede contener treinta personas con holgura; hay en frente un edificio recientemente concluido, que está destinado para cochera, caballeriza y otros usos: al lado de éste se halla el departamento donde estan las pilas y los retretes para los bañistas: el año pasado se estaba todavía haciendo obra, agrandando el local, y aumentando las bañeras; pues los dueños no perdonan medio de ponerlo en el mejor pié que sea posible. Mucha jente se reune mientras la temporada de verano; á lo cual favorece, no solo la virtud de las aguas, sino tambien el camino real que brinda con trasporte fácil á todos parajes, y la situacion pintoresca, la proximidad de varios pueblecitos, cuales son, Riocorbo, Cártes, Santiago, todos en la carretera, y en donde residen á la par algunos bañistas; otros paran en Torrelavega, yendo al baño en un carruaje que hace la travesía ex-profeso. Paralelamente á la carretera, y desde mucho atrás, corre á la derecha el rio Besaya, que si bien cria sustanciosas truchas, cria asimismo atronadoras ranas, cuyo cotorreo ó castañeteo uniforme y destemplado atormenta un poco por las noches á los bañantes que tengan delicados tímpanos; bien que de esto no se hace caso, como tampoco de la repetida cantinela de un pretendiente de empleo, ó de un pretendiente amante, cuando no se le quiere oir. En la villa de Cártes se vé un castillo antiguo, llamado el torreon ó torrejon, con un prolongado arco sobre el camino, en cuyo monumento aparecen las armas de los señores marqueses de Santillana, nombre que figura grandemente en la historia del pais, donde ejercieron poder militar y jurisdiccion señorial.

Torrelavega destaca desde lejos su torre de la casa del señor duque del Infantado, la que se eleva sobre toda la poblacion, y en medio de la gran llanura que la circunda. Esta villa ha progresado considerablemente de algunos años á esta parte, y probablemente llegará á ser una de las principales de la montaña, porque se vé halagada por circunstancias que la prometen gran porvenir. Su posicion en una carretera tan frecuentada, cerca de Santander y entre esta ciudad y Reinosa, regada por dos rios, el Saja y el Besaya que hacen su confluencia en sus inmediaciones, y luego confundidas sus aguas en abundancia, pasan por la Requejada, á una legua, donde llegan buques de hasta **120** toneladas, y donde se hacen los embarques de trigos, harinas y otros granos, que salen al Océano, desembocando por la ria en Suánces. Con un buen parador en la plaza, con nuevas construcciones y establecimientos de comercio, lo que mas realce da á Torrelavega es la campiña estensa que llaman la Mies, por cuyo recinto cruzan y serpentean los rios espresados; en él se levanta la fábrica de harinas de los Sres. de Hornedo; contigua á ella hay una cascada artificial, que formada por una figura de puente echado que constituye el lecho, obliga al agua á desprenderse con ímpetu y en arco con motivo del desnivel: próxima está tambien otra fábrica del Sr. Duque del Infantado; en otro tiempo trabajó en tejidos; ahora está parada é inutilizada desde la guerra de la independencia, en la que sufrió estragos; todavía se conservan algunos husos, ruedas, cilindros y otros enseres mecánicos. Por los senderos de esta Mies es el paseo de verano; y de noche en los soportales de la plaza, donde se lucen alguno que otro *dandy* de las cercanías ó forastero, y las señoritas del pueblo y de afuera que aparecen muchas. Torrelavega es uno de los puntos en que se refugian los que van huyendo de los calores del estío, quienes disfrutan de las diversiones propias de la estacion y que pueden proporcionarse, pues las familias particulares allí avecindadas ó naturales, son de buen trato y amabilidad.

Algunas reformas y mejoras debieran ponerse en planta para que el pueblo corresponda á lo que puede ser. Necesita del empedrado de las calles, á lo menos de alguna, sobre todo en la plaza, cuyas prominencias y mal colocados guijarros privan de instalar en ella el paseo. Tampoco tiene iglesia parroquial, puesto que la que sirve para celebrar la misa y demas solemnidades, es una capilla del palacio del duque del Infantado, que aparte de ser poco decente, está amenazando desmoronarse en un dia de tormenta.

Sin embargo, el ingeniero don José Moreno, que permaneció allí algun tiempo, ha levantado un plano de una iglesia de una arquitectura sencilla y á la par elegante. La falta de casa de ayuntamiento es notable; pues si bien en la que celebra sus sesiones y tiene la secretaría es de propios, está muy lejos de lo que debe ser por muchos conceptos. Achaque harto comun en otros ayuntamientos y en otras provincias.

Este mal es en parte producido por el inmenso número de ayuntamientos, por los escasos recursos con que cuentan algunos, y por las demas consecuencias que son naturales, y que no presentan ninguna ventaja para el bien de los pueblos, solo perjuicios de distinta índole. Cuando son de reducido vecindario, no hacen sino originar gastos con un presupuesto estéril y gravoso, distraer de sus labores y ocupaciones á los hombres dedicados al cultivo del campo, de la industria etc., dar ocasion á intrigas, rencores y venganzas entre los vecinos del distrito; haber á veces municipalidades compuestas de sugetos faltos enteramente de instruccion é inteligencia, que confian ciegamente en los secretarios, quienes, como sucede en algun caso, por disfrutar un sueldo mezquino, ó estar distraidos por atenciones preferentes, ó por serlo de mas de una corporacion, ó acaso por carecer de disposicion y aptitud para instruir los espedientes, tampoco cumplen con sus obligaciones, dando lugar á conminacion y á multas de las autoridades superiores, sin que adelanten y ganen cosa alguna los intereses de los administrados. Estas reflexiones son aplicables á toda la nacion. Hay capital de segundo y tercer órden que tiene á su alrededor y en una corta circunferencia seis ú ocho ayuntamientos. Muchos de ellos fueron creados en la época en que las diputaciones los erigian y disolvian á su arbitrio á peticion de los mismos y de sus representados, segun la ley de 3 de febrero de 1823; pero ahora, en algunas partes, se han convencido de los males que les acarrea la separacion, y desean reunirse, bien á la cabeza de partido, bien á otros limítrofes.

En Santander hay algunos de bien poco vecindario, segun el estado escrito en **1842**, y que rige en las oficinas de la provincia; resulta que el de San Vicente de Leon y los Llares comprende cincuenta vecinos; el de Pujayo cincuenta y tres; lo mismo el de Bárcena de Pié de Concha; el del Astillero tiene sesenta; en tanto que en el de Piélagos asciende á seiscientos sesenta y tres, estendiéndose por una grande porcion de terreno.

Tambien faltan cárceles de partido en casi todos los juzgados de la montaña. Reinosa la tiene con habitaciones altas para casa de ayuntamiento y para audiencia judicial. Tocante á este incidente, preciso es omitir el conjunto interminable de consideraciones, que me alejarian demasiado; y por otra parte, nadie desconoce cuán atrasados estamos en el sistema carcelario, en parangon con el resto de Europa, y aun de América. Unicamente mencionaré algunas especialidades relativas á esta cuestion y otras accesorias, á que me conducen la situacion y demas circunstancias de este pais. Desde luego salta á la vista una práctica hasta cierto punto indispensable aquí, en la administracion de justicia: los presos suelen estar en algunos juzgados á un cuarto de legua de la morada del juez, promotor fiscal y escribanos, por no haber local mas cercano, ó no proporcionarse. Así acontece en el juzgado de Carriedo: la cabeza y los funcionarios de partido viven en Villacarriedo: la cárcel está en las Bárcenas, poco menos de un cuarto de legua.

Si á los pasiegos de San Roque, que son los que peor concepto merecen por ser contrabandistas, desalmados y asesinos, se les antoja bajar de las montañas colindantes, pueden llevarse los arrestados sin que nadie lo sepa ni lo impida, ó coger al juez y dependientes, y los protocólos que gusten. Esto se remediaria en gran manera siendo la cabeza del partido Selaya, villa de **900** almas, de mas comodidad y seguridad para todo, y que siempre se ha reputado como la capital de la tierra de Pas. Mas chocante es en Entrambasaguas; allí todos estan diseminados: el juez, los escribanos, la cárcel, la casa de ayuntamiento, como que es una aldea esparcida en barrios. Además, este juzgado tiene muy mala division é influye en que la tengan otros varios de la parte oriental de Santander. Llega hasta la costa, incluyendo á Santoña y algunos concejos confinantes. Cuando las facciones carlistas infestaban los términos de Entrambasaguas, hubo que trasladar el juzgado á aquella plaza fuerte, la que ha obtenido del gobierno que, en atencion á la lejanía de la cabeza del partido, pudiese organizar un oficio de hipotecas correspondiente y á cargo del secretario de su ayuntamiento, formando una seccion aparte, á la cual están sujetos varios ayuntamientos comarcanos. Esta es una anomalía, pero justa, porque desde Sontoña, Noja, Meruelo, etc., hay unas cinco leguas, de malos caminos, intransitables por el invierno, y esto era un obstáculo para la toma de razon de las escrituras: la anomalía consiste en la defectuosa division de los juzgados. El de Entrambasaguas no debiera abarcar el territorio de la costa; éste debia construir un nuevo juzgado en Santoña; el de Ramales quedar suprimido, distribuyéndole entre Laredo, Castro y Entrambasaguas, poniendo la capital de éste en el pueblo de la Cabada, que tanto va progresando, y donde podria colocarse convenientemente, y donde estuvo en **1822**, agregándole á la par algo de Ramales por el lado que son fronterizos; de este modo desaparecerian algunas irregularidades. Que el de Laredo no tiene actualmente sino **2049** vecinos; Castro-Urdiales **1358**, y Entrambasaguas **4366**, y que el primero de estos coge á dos ayuntamientos situados á la otra parte de la ria de Limpias, que está visiblemente indicado por la topografía, deben ser incluidos en el de Santoña, cuales son Voto y Marron.

Empero, no siempre la exactitud, la conveniencia y la igualdad de los habitantes son principalmente acatadas y oidas en las divisiones de territorio: á veces pesan mucho en la balanza las influencias locales de poblaciones ó de personas, resultado de rivalidades é intereses encontrados é inconciliables, lo mismo que sucede entre los individuos. Tal pueblo disputa con otro por alcanzar ó retener la ayudantía de marina, la cabeza de partido judicial ó administrativo, ó la comandancia de armas: ora la capitalidad de la provincia, la universidad, la capitanía general, el tribunal superior, etc., llegando á veces poco menos que á las manos. No es la envidia la que olvida su papel en estas contiendas; esa pasion rastrera, miserable, infecunda, y que tan sábiamente simbolizan los antiguos por una serpiente que se muerde á sí misma. Hay un error profundo en creer que las ciudades y los pueblos de todas categorías no pueden adelantar y enriquecerse no siendo con la ruina de los demas que le rodean, y que á su parecer, les hacen sombra siniestra. Posible es que esto sea cierto en ocasiones dadas; pero absolutamente es falso y perjudicial. Verdad es que en la opinion comun la ciudad de Santander se ha engrandecido desde la guerra de don Carlos, con motivo de los muchos comerciantes de diferentes puntos, y notablemente de Bilbao, que han ido allí á establecerse con sus caudales y giros, con motivo del decaimiento de este último, al que ha causado una mala obra. Verdad es que Santander ha eclipsado y confundido con su riqueza y con su esportacion de harinas á la isla de Cuba á todos los demas puertos de la provincia, y aún de toda la costa de Cantabria, los que, ó algunos de ellos, si bien le superan en la seguridad de su bahía y de su entrada, no pueden rivalizar con las restantes circunstancias que dan á Santander la esclusiva de aquel tráfico, á pesar de que su puerto no es de los mejores ni aun de los buenos, pues adolece de

varias contras y defectos: el viento Sur es temible y tempestuoso, y contra el cual no tiene ningun abrigo ni resguardo: tres rios estan continuamente amontonando en la bahía gruesas cantidades de arena en sus avenidas, y la entrada tampoco es de las mas apetecibles, en particular por el invierno. Mas remontando la cuestion á mayor altura, me persuado de que hay ciertas rivalidades y pugna de intereses entre las naciones, que por mas que sean tradicionales, vendrán á desaparecer algun dia. La Francia y la Inglaterra están en competencia casi constantemente desde el siglo décimoquinto con lijeras interrupciones, y no obstante no es imposible, ni aun muy difícil, que sus intereses se avengan y concilien. Tal vez no seria asequible esa conformidad perpetua entre Inglaterra y Holanda, porque ambas coinciden ó han coincidido con determinadas situaciones y existencias. Lo que mas se opone á esta *entente cordiale*, son las pretensiones de querer influir en la política de los demas gabinetes, de ejercer este ó aquel monopolio, de dominar de uno ó de otro modo. Esto esplica el antagonismo proverbial de Roma y Cartago, de Grecia y Persia, de Atenas y Esparta, y el de las naciones modernas.

No es probable que Torrelavega llegue á ser de funesta vecindad para la capital, aun suponiendo que arribasen buques de alto bordo hasta la Requejada, y que se construyese el camino á la orilla del rio. Todas las presunciones estan por ahora en favor de la supremacia y preponderancia de Santander, á no ser que sobreviniesen accidentes y trasformaciones que no se pueden calcular ni presumir. Sin embargo, el comercio activo entre ésta y la América podria sufrir algun contratiempo ó descalabro por cualquiera de las novedades siguientes: la apertura de caminos de hierro que acercasen el canal de Campos á la parte navegable del Duero, ó que le pusiesen en comunicacion con alguno de los puertos de Asturias ó del Mediodia de la Península, ó algun acontecimiento trascendental y funesto respectivamente á la isla de Cuba; no su pérdida, la cual, atendido el estado de Europa y América, es punto menos que imposible, sino otro de importancia comercial: por ejemplo, la introduccion de las harinas de los Estados-Unidos, si con el tiempo, por cualquiera medio no previsto, llegase á tener efecto.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.



EL CASTILLO DE CAÑETE DE LAS TORRES.

La villa de Cañete, cognominada de las Torres por las que tuvo en su fortaleza para distinguirla de otras poblaciones del mismo nombre, está situada en parage llano á siete leguas al Oriente de Córdoba, y á dos de la orilla izquierda del Guadalquivir. Es tenida comunmente por la Calpurniana que menciona Tolomeo, y estaba sobre el camino romano que desde Córdoba conducia á Cástulo, entre Onuba y Obulco (Porcuna), y algunos escritores atribuyen su fundacion al pretor de la España ulterior L. Calpurnio Pison, de quien dicen tomó el nombre; mas la dificultad de establecer con certeza su topografía ha dividido los historiadores y anticuarios, y cada uno la coloca en diverso sitio. Sin embargo, en Cañete no han dejado de hallarse vestigios de edificios al parecer romanos, y las lápidas sepulcrales siguientes:

D. M. S.
P. CORNEL
FELIX. ANN. LX
ET P. CORN. VALE
RIANVS. F. ANN. XVIII
PIVS. IN. SVIS H. S. E. S. T. T. L.

TI. IVLIVS. PHILOPONVS
ANN. LXXXV. PIVS. IN. SVIS
H. S. E. S. T. T. L.

El nombre actual de esta villa parece de orígen arábigo; pero el señor Cortés en su Diccionario geográfico, dando por supuesto que Cañete fué la Calpurniana, quiere derivar su nombre de *Calat* y de *Purgus*, y de aquí Calpirgiana ó Calpurniana, que interpreta *Castillo con Torres*; mas fuera de ser poco fundado que esta villa deba reducirse á la Calpurniana, querer adaptarle un nombre de tal etimología porque despues de la conquista se le diese el sobrenombre *de las Torres*, es manifiesto desacuerdo como otros muchos de este escritor que se muestra muy apasionado á las pruebas fundadas únicamente en el apoyo tan débil de las etimologías.

Que Cañete existiese durante la dominacion de los árabes no es dudoso, pues se hace mencion de ella en los primeros años despues de la conquista de Córdoba, que se verificó en 1236, desde cuyo tiempo estuvo sujeta á la jurisdiccion y señorío de aquella ciudad, hasta que á instancia del rey don Sancho IV el consejo de Córdoba hizo donacion del Castillo de Cañete y su término en 8 de junio de la era 1331 (año 1293) á don Alonso Fernandez de Córdoba, señor del Castillo de Dos-Hermanas, adelantado mayor de la frontera, cuya donacion fué confirmada por el mismo rey en 8 de julio del citado año. Despues el rey don Enrique II concedió á don Gonzalo Fernandez de Córdoba la jurisdiccion civil y criminal de esta villa en 30 de julio de 1370.

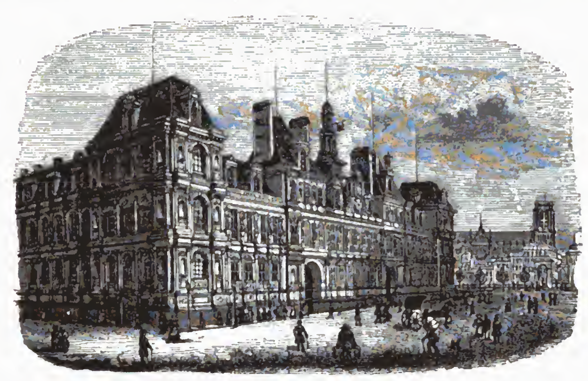
En la primavera del año de 1296, habiendo entrado el rey de Granada Muhamad II en el reino de Jaen, cerca de Arjona desbarató con su caballería las gentes del infante don Enrique, tutor del rey don Fernando IV, que despues de haber sido socorrido por don Alonso Perez de Guzman, adelantado mayor de la frontera, y por don Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Cañete, á quien debió la vida, fué acogido en la fortaleza de esta villa.

En 1333, cuando el rey de Granada Muhamad IV invadió el reino

de Córdoba y puso sitio á Castro del Rio, que no pudo tomar, se apoderaron los moros de Cañete; pero no permanecieron en ella mas que algunos dias, porque habiéndolos obligado los cristianos á levantar el sitio de Castro, los que habian entrado en Cañete abandonaron tambien esta villa y tomaron el camino de Cabra. Esta fué la última vez que los moros pisaron el territorio de Cañete, de lo que se infiere la equivocacion de los que, como el señor Madoz en su Diccionario geográfico, han dicho que en 14.... los moros sorprendieron y tomaron esta villa, mataron y cautivaron á los que se hallaban en ella, quemaron las casas y arrasaron todos sus edificios; pues esto no sucedió en Cañete de las Torres, sino en Cañete la Real, y habiendo confundido la una con la otra, han atribuido á aquella lo que pertenece á ésta.

En medio de la plaza, que es muy espaciosa y está casi en el centro de la poblacion, se halla el castillo, que no puede menos de ser una pequeña parte de la antigua fortaleza, edificio de los árabes que reedificaron los cristianos despues de la conquista. Tiene una sola torre, ya muy alterada con los reparos que se le han hecho en diversos tiempos, á que está unido un muro fortalecido de cubos ya muy desfigurados, como lo está igualmente lo que aun queda del edificio, con las obras y nuevas habitaciones que se ven pegadas á él. En la puerta están colocadas á uno y otro lado dos estátuas ya muy mutiladas, las cuales fueron descubiertas en Porcuna, y el marqués de Priego don Pedro Fernandez de Córdoba las mandó llevar y colocar en este su castillo.

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.



CASA DE LA CIUDAD EN PARIS.

La casa de la ciudad está situada en la plaza de Gréve. La primera piedra de este edificio fué colocada en 1533 por Pedro Viole, preboste de los mercaderes. Su arquitectura es una mezcla del estilo griego y gótico. Las salas de la casa de la ciudad sirvieron de asilo á las deliberaciones populares en casi todas las asonadas que han agitado á Paris. La clase de vecinos tuvo varias asambleas en ellas durante la guerra de la Fronda: en la sala grande tenian sus sesiones los representantes del cuerpo municipal de Paris durante la revolucion. En 1797 el consejo municipal de Paris habia sido sustituido por los consejos de guerra permanentes de la 17.ª division militar, que permanecieron en ella durante muchos años. En 1801 restablecieron allí las oficinas de la prefectura del Sena, y en julio de 1830 se constituyeron tambien en ella la comision municipal y el gobierno provisional.

Al lado de la sala grande está la del Zodiaco, adornada con bajos relieves y cuadros alegóricos á esta denominacion. Despues está la sala Verde y la estensa habitacion practicada en las galerías de san Juan, á la que se transfirió en 1817 la biblioteca de la ciudad. En esta habitacion se celebró la asamblea de los israelitas llamada el *Grande Sanhédrin*. Varias sociedades científicas se reunen en ella, particularmente la sociedad central de agricultura.

El origen de la casa de la ciudad, segun Dulaure, es el siguiente: «El 13 de julio de 1357, los vecinos de Paris compraron una casa »situada en la plaza de Gréve, que perteneció á Felipe Augusto, y »que era conocida por el nombre de *Casa de las Columnas*, porque »estaba sostenida en parte por columnas gruesas. Tambien la llamaban *Casa del Delphin*, porque Felipe de Valois, que se la habia »dado á la reina viuda de *Luis le Hutin*, la despojó despues de esta »propiedad para hacer merced de ella á Guy Delphin del Viennois y »sus sucesores, príncipes soberanos del Delfinado.

»Esta casa, aunque poseida ó habitada por soberanos, era muy »sencilla y no se diferenciaba de las demás casas que la rodeaban mas »que por dos torrecillas. Fué hasta el año de 1532 el punto en que »los concejales tenian sus sesiones, y en que habitaba el preboste »de los mercaderes. En cuanto entró en posesion de ella el cuerpo »municipal, hizo ejecutar varias obras de reparacion y adorno; y en »una cuenta del año de 1338 se lee que en aquel año fué encargado »Juan de Blois de adornarla con pinturas. En 1532 se emprendió la »reedificacion de la casa de la ciudad bajo un plano mas vasto.»

La fachada de la casa de la ciudad, tal cual hoy existe, presenta un cuerpo de edificio flanqueado por dos pabellones mas elevados. En el primer piso tiene 13 ventanas y varios nichos. La fachada está coronada por una linterna en que fué colocado el reloj de la ciudad en 1781, obra del célebre relojero Juan Andrés Lepaute. La esfera de este reloj está iluminada de noche por un sistema tan sencillo como ingenioso. Desde que ha sido convertido este edificio en oficina de la prefectura del departamento del Sena, ha recibido un ensanche considerable, debido á la demolicion de la iglesia y hospital del Espíritu Santo, situados al N., y de una parte de la antigua iglesia de san Juan en Gréve.

Las habitaciones son muy grandes y están bien decoradas. La sala de san Juan, particularmente, es notable por su estension, por el lujo de sus adornos, y por el mérito de sus pinturas. En esta tienen lugar las grandes ceremonias.

En la casa de la ciudad fué proclamado el gobierno provisional el 24 de febrero de 1848. En el trascurso de dos meses numerosas diputaciones fueron á felicitar á la república, y eran recibidas en aquellos salones magníficos que atravesaban con admiracion.

Ahora ha vuelto á ser la residencia del prefecto del Sena, que habia tomado durante algunos meses la denominacion de alcalde de Paris.

Con motivo de una peticion del prefecto, le ha sido concedido un crédito de 36,000 francos para la ejecucion de doce estátuas destinadas al adorno de la casa de la ciudad, que representarán las figuras de cuerpo entero de Moliere, Papin, Lavoisier, Catinat, Voltaire, Monge, Boideau-Despreaux, d'Alembert, Condorcet, Lafayette, Colbert y Ambrosio Paré.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Milagros habia querido imposibilitarle en su oposicion al casamiento de Mendoza, mas no perderle; porque en realidad y en los términos que su pervertida naturaleza le consentia, le amaba sinceramente. Por eso ella dijo al fraile, y el fraile repitió al ministro de la Guerra, que Sotopardo era un calavera que, enamorado de una *señorita de buena familia* y no correspondido, intentaba oponerse á que se casase con otro á quien la doncella amaba, habiéndose ya de hecho opuesto y batido con el novio su rival. Consiguióse, por tanto, una órden de arresto temporal, aunque severo, en el castillo de las Peñas de san Pedro; y á los dos meses fué puesto don Cárlos en libertad.—Ya hemos dicho que sus relaciones en la Corte eran muchas y buenas, y que un pundonor, acaso exagerado, era la base de su carácter; por manera que fácilmente se concibe que apenas de vuelta de su prision, minase, como vulgarmente se dice, el mundo entero para poner en claro el negocio, y que hasta cierto punto lo consiguiera. Decimos hasta cierto punto y no mas, porque en efecto, presentado al ministro de la Guerra por el General Gobernador de la plaza, que le conocia y estimaba, consiguió que no pudiese servirle de mala nota ni de perjuicio en su carrera el arresto sufrido, y volver á ingresar en su antiguo regimiento, del cual se trataba de trasladarle á otro.

Milagros, á cuyas amorosas reiteradas tentativas para renovar las antiguas relaciones se resistió constante don Cárlos, no quiso, mas bien que no pudo oponerse á su rehabilitacion, y esperando que con el tiempo se calmase el enojo de aquel su último amado, resignóse á dejarle partir á Sevilla, no sin formar un plan para el tiempo venidero.

La casualidad hizo el resto: Sotopardo llegó á Sevilla la tarde misma del dia en que tuvo lugar el baile del Conde, y habiéndole dicho su coronel, al presentársele, que San Justo habia invitado á toda la oficialidad, por ociosidad, ocurriósele al salir del teatro irse á dar una vuelta por el sarao.

Mendoza y su muger ignoraban, como es fácil de presumir, la llegada de nuestro protagonista, y bueno será decirle al lector para su inteligencia, que Matilde habia arrancado á su esposo formal juramento de no volver en su vida á darse por entendido de su lance con Sotopardo, de tratarle como á persona desconocida, y de no revelar directa ni indirectamente á quien quiera que fuese aquella desagradable historia. Por su parte don Cárlos el malo habia tenido que empeñar al Ministro su palabra de honor de observar una conducta semejante con respecto á Mendoza, por manera que existia entre ambos una barrera insuperable para hombres de honor como los dos lo eran.

Eso supuesto, volvamos al baile. Sotopardo buscando á su coronel se hizo presentar por él al Conde y á la Condesa; el primero, de suyo poco comunicativo, oyó el nombre del capitan entonces por vez primera, y recibióle convenientemente y nada mas; en cuanto á Laura el negocio varió de aspecto. Como muger á la moda, ó mas bien reina de la moda en Sevilla, estaba muy al corriente de la crónica escandalosa, en cuyas páginas, aunque nunca hasta entonces habia en aquella ciudad residido, ocupaba Sotopardo un lugar señaladísimo. Su fama de misántropo, burlador, duelista, maldiciente, y para las mugeres irresistible, esparcida por Almazan con el objeto de perderle de reputacion antes de que Sevilla le conociese, produjo, por lo menos en las sevillanas, el efecto contrario del que se proponia el maquiavelista comandante. Todo el bello sexo

«De la mejor ciudad, por quien famoso
«Alzas igual al mar la altiva frente,
«Claro Guadalquivir,»

ansiaba ver, tratar, provocar, y rendir ó rendirse acaso, al nuevo don Juan Tenorio; todos los hombres en la sociedad conocidos parecian pigmeos comparados con el incógnito gigante; y no hubo marido previsor que no temblase el momento de la llegada del formidable seductor.

Laura, pues, al oir el nombre de don Cárlos de Sotopardo recibió una impresion análoga á la que un troyano esperimentara reconociendo al famoso Aquiles, y recibióle no como á un presentado ordinario, no cual lo hacia al comun de los fieles, sino con aquella cortesía pretenciosa, con aquella afabilidad que lleva envuelto el desden y la provocacion, y que las mugeres á la moda reservaron siempre y reservan hoy para los hombres que en el reino de la galanteria constituyen la clase aristocrática.

Por su parte don Cárlos, que acabando de salir de una prision, á la cual habia pasado desde la mefítica atmósfera de los *gazapones* y de las *Aspasias* de segundo órden, regresaba aquella noche á su natural elemento, el de la sociedad culta, perfumada, galante, rica y privilegiada: don Cárlos que ademas tenia ya conocimiento de la reputacion que su torpe enemigo, el comandante Almazan, le habia por decirlo así fabricado, al ver á Laura, y reconociendo en ella á primera vista el ídolo del gran mundo, la deidad incensada, el sol en fin, de aquel cielo, díjose á sí mismo:

«Cárlos, esta ha de ser tu conquista, ó ninguna: pero procedamos con cautela.»

Matilde apenas vió juntos á Sotopardo y á Laura, se dijo tambien: «Si este hombre no rinde á Laura, mi hermana es invencible; pero la vencerá, y entonces yo me vengaré de su altivez sin límites.»

XIII.

Prosiguen los recuerdos.

Dibujada, como queda, en cuanto las fuerzas del artista lo permiten, la situacion y fisonomía de los personages del drama, así como los proyectos que cada cual de ellos acariciaba en su mente, redúcese nuestra tarea á desenvolver las consecuencias naturales de semejantes premisas.

Sotopardo turbó completamente el equilibrio de la culta sociedad sevillana: su aparicion en ella fué un verdadero fenómeno de primer órden, un suceso importante, la tea de la discordia en las familias y entre los amantes; y eso lo mas inocentemente del mundo por su parte, en la mayor de los casos.

Sabia ser amable, y quiso serlo: pero no amable de esos desleidos en almivar, que son un compuesto empalagoso de reverencias amaneradas, frases laudatorias, y sonrisas de careta; sino ameno en la conversacion, atento con dignidad, complaciente sin bajeza, y siempre y sobre todo, hombre y caballero. De ahí su gran popularidad entre las mugeres; porque á las niñas solteras las requebraba, para las jóvenes casadas tenia miradas y palabras de amor mas sentido; con las jamonas iba derecho al negocio; y hasta las viejas mismas le hallaban pronto, ya á reconocer los vestigios de su belleza, ya las ruinas de su elegancia, ya en fin, lo chistoso de sus recuerdos.

Y de la popularidad con las mugeres, su inmensa impopularidad entre los hombres, singularmente los padres, los maridos y los amantes celosos.

Hagamos, sin embargo, dos excepciones á la regla general, una en cada sexo, que son la del conde y condesa de San Justo. El primero echó de ver desde luego en nuestro Don Carlos, bajo el aspecto frívolo del galan á la moda, al hombre de altas dotes en talento y ánimo; al militar que considera su honrosa profesion no como un arte mecánico, sino como ciencia vasta y profunda; á la persona instruida en cuanto la sociedad exige y algo mas; al caballero, en fin, que pagando tributo á la flaqueza humana, que no pudiendo eximirse de los vicios de su época, conserva no obstante intactos, puros y siempre vivos en el fondo de su corazon los instintos del honor y la virtud. Por otra parte el Conde vió con cierta especie de satisfaccion indistinta pero profunda, que Sotopardo se limitaba con Laura á ser respetuosamente galante, sin mostrar pretensiones que los mas no disfrazaban, y que en Almazan revestian las formas de la servidumbre. El Conde, por tanto, estimaba á Don Carlos, y solia defenderlo, cuando en su presencia se le trataba duramente por los muchos enemigos que en la sociedad tenia.

¿Aprovechóse Sotopardo de las benévolas disposiciones del Conde para intimar el trato en su casa, desbancar á Almazan de sus funciones de *cabalier serrente*, y asentar sus baterias á mansalva dentro de la plaza misma?

Tal hubieran hecho los mas de los hombres en su situacion: Sotopardo hizo lo contrario, mas por instinto que por cálculo.

Laura, en efecto, habia producido en él gran sensacion; y Laura era además la mejor *conquista* posible en Sevilla; por manera que la inclinacion y el orgullo le arrastraban de consuno hácia ella. Procurar, con tales intentos, la amistad de su anciano esposo, era una infamia, infamia que todos los hombres cometen sin creerse deshonrados; pero infamia al cabo, y no mas que villana infamia, en la cual hay tanto, por lo menos, de doblez como de cobardia.—Del seductor que prescinde del marido al que le adula, hay toda la diferencia que del enemigo injusto pero declarado, al traidor alevoso: Sotopardo sentia esa diferencia, y la traicion no estaba en sus hábitos, menos aun era compatible con su generosa altivez. Por tanto, repetimos, escaseaba sus visitas al Conde, y cuando la ocasion le ponia con él en contacto, encastillábase en el respeto debido á sus canas y gradua-

cion para escusar de toda especie de intimidad con el marido de Laura.

Esta, y llegamos á la segunda excepcion, que no estaba por decirlo asi á la altura de la estrategia de Sotopardo, tomó su reserva por altaneria, su cordura por indiferencia; y picada en lo mas vivo de su amor propio, resolvió devolver en desdenes al osado capitan todos sus aires de hombre á prueba de seducciones. De buena fé llegó á creer la pobre muchacha que le detestaba; de buena fé, era la única que hacia coro contra Sotopardo con los celosos; y de buena fé tambien, disputó mas de una vez con el Conde, en ocasion de hacer este el panegírico del maltratado Don Carlos.

Tales síntomas tranquilizaron al necio de Almazan, en un principio mas que alarmado; mas si á tan superficial observador podian deslumbrarle las apariencias, no asi á Matilde, cuya penetracion veia la tempestad que se preparaba bajo la pérfidamente tranquila superficie de las aguas.

Para ella la buena opinion que el Conde tenia de Sotopardo, era el signo inequívoco de la predestinacion conyugal; para ella los desdenes de Laura, eran el frio que precede á la fiebre, frio tanto mas intenso cuanto mas abrasadora ha de ser aquella. Y tenia razon Matilde, á pesar de que no viendo á la condesa su hermana mas que en ocasiones solemnes, ó en visitas de cumplimiento, solo de oidas podia, en general, juzgar de lo que pasaba.

El trato y la guerra misma que se hacian fueron sucesivamente ahondando la flecha en los corazones de Laura y Sotopardo: del tono ceremonioso pasaron al de la broma con sus puntas de amargura; de la broma al sarcasmo indirecto; del sarcarmo indirecto á la lucha declarada. Luego dieron en huirse el uno al otro, y en hallarse entonces mas que nunca; últimamente, convencidos ambos de que eran detestables y recíprocamente se detestaban, acudieron al remedio heróico, á los celos, última razon de los amantes, como la artilleria lo es de los reyes.

Almazan tuvo una temporada de estar en el paraiso, de creerse próximo á coger, en fin, el fruto de sus afanes, sacrificios y humillaciones; porque Laura se mostraba con él tan amable, tan complaciente, que en el sereno cielo de la imperturbable confianza del Conde, no diremos que llegó á cuajar la tempestad, pero si á condensarse algunas nubes.

Y verdaderamente somos de la opinion del Conde; el despecho suele conducir á las mugeres no solo tan lejos, sino con frecuencia mucho mas que el amor mismo. La razon es sencilla: el amor que es una pasion que procede de un sentimiento natural, aunque en ocasiones se pervierta y en otras se exagere, por lo mismo que penetra hasta el fondo del alma, se encuentra siempre con la virtud, cuya voz ya que no triunfe, se deja oir por lo menos: pero el despecho que no pasa de ser una forma iracunda del orgullo ofendido, no conoce límites ni respeta barreras.

En fin, Almazan, creyendo ser amado, fué un solemne majadero: Almazan, esperando triunfar, no anduvo en nuestro concepto muy descaminado

Sotopardo, vivamente herido con la conducta de Laura, conducta provocativa, insulto continuado, en que el desprecio y la soberbia se disputaban la preferencia, entró en sí mismo, examinóse seriamente como solo los hombres dotados de una gran fuerza de voluntad saben hacerlo, y vió con terror profundo que estaba enamorado; pero sincera, ardientemente enamorado, y eso por vez primera de su vida, pues hasta entonces no derramaron sus ojos lágrimas por los desdenes de muger alguna.

Don Cárlos el malo, el hombre cuya fama rivalizaba ya en Sevilla con la del protagonista del *Convidado de piedra*, lloró en efecto de celos y de *miedo*, de miedo de perder á Laura, al salir de un baile en que esta, por su parte, ya en el apogeo del despecho, habia estado con respecto á Almazan mas que amable coqueta, mas que coqueta rendida.

¡Pero las debilidades de los fuertes suelen pagarlas muy caras los débiles que las originan: el triunfo de un instante suele costarles á estos la paz de toda la vida! Tal suele ser en compendio la historia de las mas de las mugeres.

Tres dias de encierro en su casa, de insomnio, de cavilaciones, hubo menester Sotopardo para dominarse y formar su plan; pero triunfó de sí mismo y salió con un proyecto completo, con deliberado y firme propósito de llevarle á cabo.

Presentóse á consecuencia en la sociedad armado de punta en blanco, con la sonrisa en los lábios, aunque con la muerte en el corazon.

Laura, que habia adivinado en los tres dias de ausencia de don Cárlos el efecto de su audaz maniobra, recibióle radiante de gozo, ébria de orgullo, rebosando desdenes por los ojos: él opuso á tales baterías el porte cortesano mas esquisito, la galanteria mas indiferente, la igualdad de humor mas completa que imaginarse pueden.

Semejante táctica desconcertó un instante á la altiva belleza, y el cuitado Almazan, vehículo de todas las reacciones de aquella lucha, se vió maltratado con tan poca justicia como hubo pocos dias antes para ensalzarle. En cambio, y sin que él acertára la causa, dos dias despues volvió á su antigua privanza, en la cual vió don Cárlos una muestra inequívoca de que, si la enfermedad no era de muerte, solo el remedio heróico podia salvarle.

Entonces, dejándose llevar demasiado de su pasion, fué mas allá de lo que la razon debiera aconsejarle; porque no solo pagó celos con celos, que en eso en su derecho estaba, sino que eligió para rival de la condesa á Matilde; y don Cárlos sabia que Matilde y la condesa eran hermanas por habérselo la primera revelado en Madrid.

Matilde, á su vez, abrasándose siempre por Sotopardo, precisamente porque él la desdeñaba, incurrió en la flaqueza de prestarse á sus galanteos, tanto por humillar á Laura, como por ver en fin á sus pies al hombre indomable que en Madrid recientemente acababa de humillarla.

En cuanto á Mendoza, como solo por los ojos de su muger veia, fácil fué deslumbrarle, diciéndole ella que su compañero, arrepentido al parecer de su conducta en la córte, trataba de reconciliarse con ambos esposos; pero que Matilde, sin negarse abiertamente á la reconciliacion, porque al cabo no era bueno tener enemigos, y menos como Sotopardo, alargaba las negociaciones hasta estar segura de la buena fé de aquel.

Asi las cosas, casi celoso el Conde de Almazan; alucinado éste con quiméricas esperanzas; Laura desatinada con la pasion que en vano luchaba ya contra el orgullo; D. Cárlos, jugado el resto á muerte ó á vida; y Matilde tomando cartas de dos barajas para satisfacer su venganza, ó triunfando de Laura de mujer á mujer, ó perdiendo para siempre á su hermana si en amor era vencida: la catástrofe no podia hacerse esperar mucho tiempo.

El Capitan general de Andalucia con motivo de los dias del rey, dió un gran baile en su casa, al cual como de razon fueron convidadas todas las personas notables de Sevilla, y entre ellas los personages cuyas vicisitudes y pasiones refiriendo vamos.

Iban entonces transcurridas mas de tres semanas desde que Sotopardo habia comenzado á galantear ostensiblemente á Matilde; y la Condesa á favorecer mas que nunca en público á Almazan, sin perjuicio de hacerle sufrir privadamente un martirio de alfilerazos, con sus caprichos, mal humor é incomprensibles desigualdades de caracter. El pobre hombre que no sabia ya donde dar con la cabeza, á pesar de su ingénita longaminidad, y no obstante el natural servilismo de su cobarde espiritu, aguijoneando por la tiranía intima de que era victima, y alentado por los públicos favores que le valian felicitaciones tan numerosas como infundadas, creyó al fin que era llegado el momento de una solucion definitiva, y llevó la audacia, hasta declararse en forma por escrito, y pedir una respuesta que su suerte decidiese.

La Condesa, sin mostrar enojo ni turbacion alguna, limitóse á decirle á su *Patito:* «Esta noche en el baile hablaremos» —¿No podré yo saber mi sentencia? Preguntó Almazan con un aire que pretendia ser sentimental, y no pasaba de contricion de aparato—En el baile repitió la Condesa; y ahora vaya V. á traerme el ramillete que tengo encargado, y déjeme en paz, por Dios.» —La respuesta no admitia réplica, y el asendereado comandante tuvo que bajar las orejas, irse á media legua de la ciudad á buscar el ramillete, y devorar su impaciencia hasta que sonase la hora del baile. Verdad es que Almazan se creia dichoso.

Matilde y Sotopardo habian llegado tambien al momento crítico, mejor dicho, ella habia resuelto que aquella noche y en aquel baile hiciese crisis su galanteo, porque en honor de la verdad, el rendimiento y fuego de don Cárlos eran grandes únicamente en presencia de la Condesa ó cuando á noticia de esta presumia que llegar pudiesen. Lo demas del tiempo hacia un galan lo mas tibio posible.

Ya sabemos que la posicion de la mujer de Mendoza era distinta; y como no estaba en su caracter soportar largo tiempo la incertidumbre, ni detenerse ante miramientos de ninguna especie, escribió al que conocimos ya Brigadier el siguiente billete:

»Aunque su conducta de V. en Madrid, solo á mi desprecio ó á »mi odio debiera hacerle acreedor, no quiero cerrarle la puerta al »arrepentimiento, y en el baile de esta noche me prestaré á escuchar»le, para que terminando de una vez nuestras disensiones, cesen »apariencias que el público no comprende y puede interpretar con»tra mi buena fama. —M. V. de M.

Lo singular fué que Matilde, habiendo redactado su misiva en forma tan diplomática, que lo que para Sotopardo se referia claramente á relaciones amorosas, para Mendoza no pasaba de tratar de la conducta de su compañero en la corte, hizo confidente y consentidor del paso que daba á su propio marido. La hija de Milagros era digna de su madre en todo y por todo.

Al entrar, pues, en el baile del Capitan general, nuestros personages iban preparados al último combate; sobresaltado el corazon por el temor y la esperanza, y menos dispuestos á los bulliciosos placeres del gran mundo, que á las desgarradoras emociones de la pasion.

Sin embargo, las dos hermanas habian hecho gran *Toilette*, cada cual segun su posicion social y propio carácter.

Laura resplandeciente de pedrería, ostentando en un trage azul y plata la riqueza aristocrática, exhalando en torno de sí un suave aroma de flores exóticas de valor escesivo, entró asida del brazo de su anciano esposo, de grande uniforme por de contado, y llevando en pos de sí, á guisa de page, al comandante Almazan, de uniforme tambien, porque era de rigor, pero rizado minuciosamente el cabello, apestando á almizcle, con una rosa en el ojal de la casaca, y con una manteleta de magnífica blonda en el brazo, para que la Condesa se abrigase despues de cada contradanza.

Matilde se propuso, ya que en lujo no podia rivalizar con su hermana, ser en la sencillez su total contraste.

El peinado á la griega, sin mas adorno que el de una cinta de raso color de fuego rematada en borlas de caneloncillo de oro, destacaba admirablemente su bella cabeza, y daba realce á su trigueña espresiva fisonomía. Su trage era negro con bordados ligerísimos de oro; pendientes, collar y brazaletes de coral abrillantado, y un pequeño ramo de rosas naturales en el pecho, completaban su adorno; y con ser él tan poco y de valor tan escaso, estaba la mujer de Mendoza verdaderamente seductora.

Si Sotopardo, elegante y no mas, como de costumbre tenia, no conociera ya de antemano á Matilde, es posible que Laura sucumbiese aquella noche; pero lo brillante de la piel no bastaba á que Don Carlos olvidase el veneno de la víbora; y por otra parte su orgullo y su corazon estaban en conquistar á Laura irrevocablemente empeñados.

Durante las primeras horas del baile, aunque era grande la impaciencia de Laura, Sotopardo, Matilde y Almazan, por entrar en explicaciones, estas fueron imposibles: la Condesa tenia que cumplir con los compromisos contraidos de antemano, y que contestar á las galanterías de todo el *feo-sexo* sevillano; á Matilde no le faltaban negocios de la misma especie; Almazan apenas tenia tiempo para recibir y volver el abanico, poner y quitar la manteleta, y dirimir los conflictos entre los bailarines que se disputaban las contradanzas y los valses de Laura; y Sotopardo, por una especie de indefinible presentimiento que le oprimia el corazon, casi casi deseaba que la crisis se retardara.

Yo no sé lo que son los presentimientos, ni creo que sean comunes; pero sí que los hay y seguros, sobre todo cuando vaticinan desdichas.

Por otra parte Don Carlos no habia provocado directamente la crisis: su objeto en galantear á Matilde con las apariencias se llenaba, y no podia ocultársele que, si por segunda vez, ofreciéndosele la muger de Mendoza tenia que desdeñarla, la hija de Milagros era capaz de todo género de excesos y quizá de crímenes.

En tal situacion limitóse aquella noche á cumplir respecto á Matilde los mas extrictos deberes de la cortesana galantería, y reconvenido hasta cierto punto por ella á causa de su tibieza, contestó:

«Señora, no se yo de reo que tenga mala causa y espere sereno su sentencia.—La misericordia de Dios es infinita, le replicó ella lanzándole una mirada que nada tenia de severa; y en voz mas baja añadió: «A las dos de la mañana en el gabinete azul» Inclinóse profundamente Sotopardo por toda respuesta; y allí se terminó la conversacion. Matilde refirió á su marido la cita que de dar acababa.

Breve fué el diálogo que hemos escrito, mas ni aun así se escapó á las celosas miradas de la Condesa, que en medio de un enjambre de aduladores, y envuelta en una nube de incienso, tenia sin embargo siempre fijos los ojos del cuerpo y del alma en su bastarda hermana y en Don Carlos, nunca mas seductor, nunca mas temible que aquella noche, justo es confesarlo.

En su persona sola no se advertia en la concurrencia nada de extraordinario ni de afectado en el atavio. Vestido de uniforme con cierta elegancia en el corte y manera de llevarlo que dá el cielo á pocos militares; peinado el cabello lo bastante para revelar esmero, sin tocar los límites del afeite; la cruz de Alcántara y la de San Fernando al pecho; digno el porte, espresivo el rostro, y con cierta tinta melancólica en la mirada que armonizaba maravillosamente con su varonil conjunto, no le faltaba siquiera cierto grado de palidez que muy lejos de la valetudinaria, dá á la persona un aire interesante.

La pobre Laura buscaba con ánsia y sinceramente un hombre que en aquella reunion le superase, y no le halló que se le igualara, y ni aun que á mucha distancia se le acercase. Uno era mejor mozo: pero ¡tan necio! otro discreto, y pedante tambien. Este afectado; aquel con aire de doncella. Al militar le sobraba fanfarronería, al paisano le faltaba resolucion en el aire. Los muy jóvenes, inadmisibles por niños; los ya provectos, por sobrado formales. Sotopardo, en fin, era allí único incomparable, y además, además de todas codiciado.

Tales eran los devaneos, que no consideraciones de Laura, y la especie de aire de intimidad que su celosa perspicacia habia advertido entre Matilde y Don Carlos, al hablarse como los hemos visto, teníanla de todo punto exaltada, cuando Almazan con la oportunidad que á los tontos caracteriza, tuvo la feliz ocurrencia de llegarse á ella todo compungido y decirle—«Condesa ¿y mi sentencia?—Váyase V. á paseo con su sentencia, hombre insoportable. Contestó ella furiosa. —¡Yo, señora, (tartamudeó él desconcertado) como V. me habia dicho que esta noche...—Pues bien: mas tarde, ó mañana. En fin, veremos. ¿Que se baila ahora?—Un vals, Condesa, le tiene V. ofrecido al marqués de Motril.—Está V. equivocado no es con ese con quien bailo—¡Oh, Condesa, perdone V. no puedo equivocarme, porque llevo la lista por escrito.—Pues, por escrito y todo se engaña V.—Señora, mire V...—No miro nada; y haga V. el favor de no impacientarme: este vals se le tengo ofrecido á Sotopardo.—¡A Sotopardo!!!—Si señor ¿Y bien? ¿Y qué? ¿No puedo yo bailar con quien me acomode?»

Es imposible describir el efecto que produjo en el desdichado Almazan tan inesperado, tan súbito, tan incalculable golpe. Que sus apuntes no le engañaban era evidente: Sotopardo, además, faltaba de casa de San Justo mas habia de una semana; y Laura, á quien Almazan puede decirse que no perdia de vista, tampoco pudo hablar con él ni en paseos, ni en tertulias. ¿Cómo, pues, y cuándo se le habia prometido aquel vals? ¿Qué revolucion era aquella? ¿Por qué la Condesa que no hablaba sino muy mal de don Cárlos, le favorecia repentinamente hasta el punto de desairar por él al jóven marqués de Motril, rico, elegante, buena figura, educado en Paris, y que sobre todas esas dotes tenia en el mundo una alta posicion aristocrática y la fama de un duelista de primer órden? La verdad es que habia para volver loco á cualquiera, aunque tuviese mucho mejor cabeza que la del comandante Almazan, y este que no era hombre ni para aquella muger ni para lance tan crítico.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

El crepúsculo de la tarde.

Mirad, la tarde está tranquila, y el cielo es tan azul! Los pájaros y las flores se duermen ahora. Se estremecen y sueñan; no turbemos su alegría. Hay un mundo entero en sus pechos diminutos. La alondra se lanza en sueños al aire puro y fresco, y lo que esperimenta cada flor, lo exhala en sus perfumes. El mundo estenso y variado, y todos los mundos pequeños que le encierran, y el cielo y el espacio están en mi corazon. Corren lágrimas por mis megillas, y sin embargo estoy ébrio de placer. En mis transportes de felicidad, quiero estrechar en mis brazos á cada uno de mis semejantes. Ya brillan las estrellas, el dia se borra y desaparece. Dormid, soñad pajaritos; soñad, lindas flores, mi corazon está tranquilo y el cielo está azul.

Reglamento interior del palacio de un rey de Inglaterra en el siglo XVI.

El reglamento del palacio de Enrique VIII, rey de Inglaterra, ofrece artículos muy curiosos, de los cuales copiamos los mas notables.

«Ordenamos que el barbero del rey vista con limpieza, y que no frecuente mugeres de mala vida para no comprometer la salud del príncipe.»

«El cocinero no empleará pinches que estén cubiertos de harapos ni que pasen la noche en el suelo delante del fuego.»

«La comida se servirá á las diez y la cena á las cuatro.»

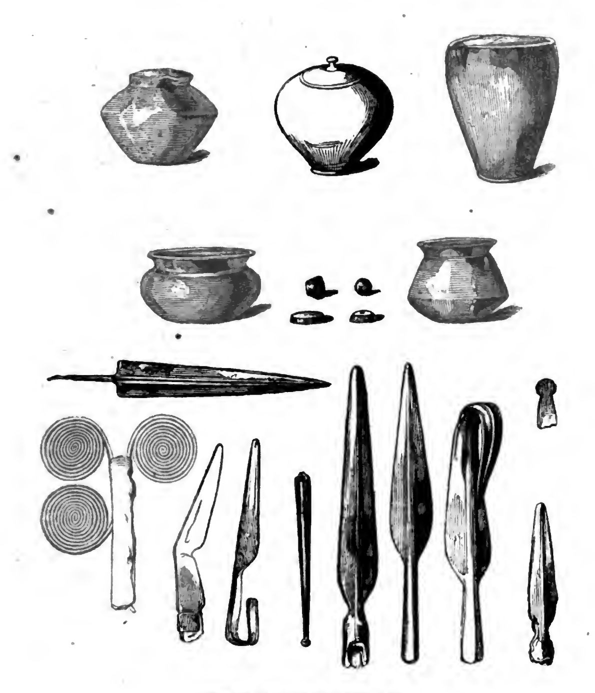
«Los oficiales del cuarto del rey vivirán en buena inteligencia entre sí, y no hablarán de los pasatiempos de su amo.»

«No retozarán con las muchachas en las escaleras, porque esto ocasiona frecuentemente que se rompa mucha loza. Cuidarán con el mayor esmero de los platos de madera y de las cucharas de estaño.»

«Cualquier page que haga un hijo á alguna de las muchachas de la casa del rey, pagará una multa de dos marcos en beneficio del erario, y estará privado de cerveza durante dos años.»

«Los mozos de cuadra no robarán la paja del príncipe para ponerla en sus camas, porque se les da ya la suficiente.»

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION.



ANTIGUEDADES DESCUBIERTAS EN HIJES.

En la villa de Hijes, provincia de Guadalajara, como á distancia de media hora de dicha poblacion, á dos leguas de Atienza y á catorce de esta capital, se encuentra una pradera en la cual existen enterramientos á la profundidad de dos varas á dos y media. Grandes losas de piedras arenosas y pizarras colocadas de canto y que forman una especie de callejon, sirven de reparacion de las ollas en que se encuentran depositadas las cenizas de los guerreros, pues no parece deben ser otra clase de difuntos los que allí se colocasen, atendido á que en lo general se halla bajo la urna armas, si bien se encuentran en algunas de aquellas urnas varios adornos de alambre, que se cree lo serian de mujeres. Las urnas colocadas de saliente á poniente, se ven perfectamente conservadas y en varias se hallan bolas de barro de diferentes figuras, cuya significacion se ignora.

La villa de Hijes, llamada antiguamente Illes, poblacion judáica, segun se cree, está del alto Rey, punto en que los templarios tenian su convento fuerte á la distancia de dos leguas, y cerca de este sitio se dice por tradicion entre los habitantes de Hijes, que existió en aquella parte una gran poblacion, la cual desapareció sin que se sepa en que época, ni se encuentra escrito alguno que dé indicios de ello.

El secretario del gobierno de provincia don Francisco de Paula de Nicolau y de Bofarull, en el mes de marzo de este año ha practicado varias escavaciones, y ha hallado una infinidad de ollas ó urnas cinerarias, alfanges, lanzas, dagas, bocados y otras diferentes armas, y fragmentos de lámparas inestinguibles, y si hubiese continuado la escavacion por la parte donde se dice desapareció la poblacion, en cuyo punto se encontraron por el mismo señor secretario algunos cimientos, quizás el resultado hubiese sido tan feliz como lo ha sido el de los desenterramientos de que hemos hablado; pues entonces á mas de poderse encontrar objetos de estudio interesantes por todos conceptos, se hubieran hallado tal vez algunas monedas que indicarian la época de los citados enterramientos, ó bien algunas inscripciones, que diesen alguna luz sobre el particular; no dejándonos en la oscuridad como ha sucedido ahora por la falta de las precitadas monedas é inscripciones.

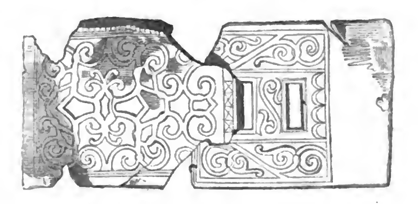
Al frente de este artículo presentamos una copia, tomada del natural, de los principales objetos encontrados en Hijes: las cinco vasijas que se ven en la parte superior que eran las destinadas á conservar las cenizas, son de barro cocido y tienen el color encarnado de los cacharros de ahora; la del centro se halla cubierta por un tapon que ajusta en la boca de la olla; los cuatro objetos mas pequeños que se ven entre los dos segundos son tambien de barro y se ignora su uso.

Los cuchillos y lanzas de la parte inferior son de hierro ó acero; uno de ellos está doblado por la punta como aparece en el grabado. No sabemos á punto fijo qué sean las piezas que se ven al principio de la última fila: lo primero es un hierro con tres espirales de alambre perfectamente templado, que acaso serian parte de algun adorno de muger; las dos piezas siguientes debian formar unas tigeras.

En otra viñeta hallarán tambien nuestros lectores la copia de un

broche del cinto de una espada, hallado tambien entre los objetos de que nos ocupamos. Es de bronce y se halla tan deteriorado como lo indica el dibujo; las labores que le adornan son de bastante buen gusto y participan no poco del bizantino si se observa la combinacion de los enlaces, que es igual á la que se vé en las cornisas de varios templos construidos en época en que dominaba aquel estilo.

Es de lamentar que la junta de monumentos artísticos no haya hecho algo por su parte para que prosigan las escavaciones empezadas por el señor Nicoláu y de Bofarull, que por de pronto ha prestado un servicio digno de ser apreciado por todas las personas ilustradas.



LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA.

No sin razon han fijado los críticos en el siglo XV el último periodo de la edad media. En él nace de golpe la moderna civilizacion y muere para siempre la sociedad romántica y caballeresca, esa sociedad que con mas ó menos ostentacion habia subsistido por espacio de algunos siglos consecutivos, y no basada como la de los anteriores en un principio de unidad casi absoluta; su principal emblema era el esclusivismo por el cual lucharon continuamente el poder democrático contra el aristocrático; y si aquel llegó á acogerse al abrigo del monárquico, el otro atrincherado en fuertes castillos no reconocia mas ley que Dios y su espada, y hé aquí el feudalismo, esa forma de gobierno temible y despótica que creada por los reyes para reconquistar de algun modo la antigua monarquía subyugada por los sarracenos, contribuye á la desmembracion de la misma monarquía.

Los grandes son remunerados por la corona con las mismas tierras que ellos habian conquistado y la adquisicion de estas propiedades inflama ambiciosamente los pechos de toda la nobleza cristiana. Por dó quiera de la nacion española se levantan fortalezas cuyos castellanos ni á la dignidad real conocen como á superior, pues si hasta cierto punto la acatan, no puede esta demostrarles ningun agravio porque les es de derecho, estan en la posicion de retractar la obediencia, y lo hacen pública y solemnemente librándose con tal acto de la pena que como traidores les debia ser merecida. De esto vinieron á formarse un sin número de pequeños soberanos sin ninguna igualdad entre sí, señores de *horca* y *cuchillo* de *pendon* y *caldera*, que por guardar los campos que para protejerlos se les habian confiado y que ellos consiguieron poner bajo su dominio absoluto, batallan no solo contra la morisma, sino tambien contra cualquiera de ellos mismos con quienes mantengan desavenencias; otras veces se confederan y establecen estrechas relaciones. Cuando lo miran necesario á su interés particular, porque solo el intérés particular les mueve en sus actos, no desdeñan tampoco el aliarse con los árabes, franqueándoles sus villas y castillos ó saliendo á campaña á combatir á su pátria y á la misma religion de J. C. que ciegamente profesan al lado de los mas encarnizados enemigos.

Aun no es esto lo mas notable, sino que revestidos todos oligárquicamente de una voluntad arbitraria y omnímoda, instituyesen tribunales de justicia en su propio nombre, si es que tales puedan llamarse ciertos caprichos horrorosos; acuñan moneda, fijan derechos y deberes, y oprimen, por fin, con mano de hierro á los que tienen la desdicha de ser sus vasallos, quienes servilmente les rinden feudo y les prestan pleito homenaje.

No hay mas que estender la vista sobre las antiguas demarcaciones del principado de Cataluña ó reinos de Galicia, Aragon, Leon y Navarra y se verán en las del primero, señalados como á señoríos territoriales con título de condados, Pallás, Rosellon, Ampurias, Besalú, Urgel y otros; en las del reino de Galicia, Deza, Gayoso, Ramos, Lemos, Mesia, etc. y así en la de los demas citados en donde el feudalismo habia sentado mas aplomadamente su rígida dominacion. En cada una de estas circunscriciones de terreno, muchas de las cuales aun conservan hoy el mismo nombre, subsistia en la época á que nos referimos, un encumbrado castillo con el carácter de casa solariega, que siendo en su esterior una fortaleza imponente y sombría, rodeada de foso con puente levadizo, presentaba en las habitaciones interiores toda la suntuosidad de un palacio.

La media luna habia invadido la nacion y rebullia pujante en muchas de sus provincias; para contrarrestarla desde un principio, para poder ganar terreno palmo á palmo, no podia hallarse otro sistema mas que el feudal. Era, pues, indispensable que á los gefes que se iban distinguiendo en la conquista se le confiase el mismo terreno para no perderle otra vez, y esos capitanes y troncos de familia, habiendo adquirido su propiedad á bote de lanza, la aseguran en cuanto les es posible. Corren á agruparse y establecerse en torno suyo los soldados que voluntariamente les acompañaron en el campo de batalla y que siguen prestándoles obediencia por emanciparse del yugo mahometano. El predominio de aquellos sobre estos se trasmite por completo en los descendientes de unos y otros hasta rehacer la independencia del pais y tornar á un poder general sobre él.

La unidad española habia de erigirse de nuevo, pues nada absolutamente existia de los siglos anteriores, hasta las leyes debian sufrir una notable transformacion, que vino á realizarse amoldándolas al régimen feudal, tendencia dominante de la época, y la legislacion se redujo solo á marcar los derechos del señor y los deberes del vasallo. Pero esa sociedad de esclusivismo y propiedad particular, toma muy anárquicas pretensiones, y un vuelo demasiado orgulloso; se choca entre sí misma obstinadamente y sus correligionarios mas potentados se hallan divididos con sangriento rencor.

Sujeto todo el feudalismo, los señores defienden su propiedad juzgándola enteramente indispensable para sostener su nobleza, y la traspasan por herencia de familia como en posesion perpétua é indestructible: el monarca lo tolera y les dispensa para ello ilimitadas facultades. Así, de noble alcurnia, ricos y propietarios, dominados de un pensamiento absoluto, sin tener quien en rigor pueda poner cortapisas á sus voluntariedades, se entregan á toda clase de desenfreno; enristran la lanza ó desenvainan la espada por vengarse unos de otros á causa de una sola espresion mal entendida, muchas veces quitan la existencia á cualquiera de sus vasallos nada mas que por capricho y sin que nadie pueda demandarles cuenta de ello, y oprimen en fin, á sus mugeres é hijas celosamente cuando no estan complacidos de su conducta.

En cambio sus mugeres les guardan generalmente poca ó ninguna fidelidad, y como las de la nobleza romana en tiempo de la república ó del imperio, se entregan á quien mejor les parece en amores disolutos. Sus hijas tambien de ardorosa imaginacion no la pueden guardar comprimida, y siéndoles el amor una necesidad, atienden solo el impulso de su pecho y no desdeñan un instante el jurar eterna constancia al venturoso doncel, que aun no siendo como ellas de noble alcurnia, sabe entonar las dulces trovas y defenderlas con denuedo en trances arriesgados. Mal soportan los encumbrados caballeros tales demostraciones y luego procuran labar la mancha de su afrenta poniendo el claustro y hasta la muerte entre la lealtad de los amantes. No por lo primero cede el esforzado doncel y poco tarda en penetrar en el santuario de las vírgenes, arrebatando de allí á aquella cuya imágen está grabada en lo interno de su corazon de poeta y por la cual verteria gota á gota la sangre de sus venas. De todo ello se originan escenas, difíciles de describir, en las cuales combaten los instintos del alma, los sentimientos religiosos, el honor, la supersticion, la fidelidad y el orgullo: he aquí el romanticismo.

La iglesia, sin embargo, toma la iniciativa en aquella sociedad

que es el eslabon intermediado entre la barbarie herida de muerte en el siglo X y la civilizacion que desde el XV, á pesar de deshonradas trabas, aun vemos que sigue avanzando con toda lozanía hácia su apogeo, donde no es difícil que pueda llegar pronto. Por do quiera se hallan, pues, respetables monasterios, no hay castillo feudal que no tenga su gótica capilla, el noble señor toma el sacerdote por principal confidente, y éste, como ministro de una religion de paz y consuelo, ilustrado y lleno de moralidad evangélica, le amonesta de continuo y muchas veces consigue refrenar su tiranía. El pechero halla tambien en la iglesia una guia segura, un punto donde arrimarse para no naufragar en medio de las opresiones y desdichas que le afligen, y si no puede mejorar su condicion logra á lo menos conformarse; la iglesia, en fin, esa iglesia de Jesucristo cuya fuerza moral no tiene límites, así como habia triunfado de la idolatría y barbarie, es la predestinada para triunfar á su vez del esclusivismo feudal y romper al pueblo los grillos con que aquel le tenia amarrado. Así es que la religion esparce los rayos de su luz hermosa y vivificante, y el señor y el pechero, reconociendo en ella una causa superior, la adoran por igual hasta el fanatismo, formando el espíritu religioso de la época. Pero todo esto no son mas que materiales reunidos por espacio de siglos para echar los cimientos de la grande reforma que debida tambien á la religion debe levantarse al espirar la edad media en el XV, pues en esta no podia hacerse mas de lo que se hizo, clasificar solamente, dar á conocer al pueblo que podia ser mas de lo que era, y contener el exagerado orgullo de los señores para no caer en una disolucion social.

El feudalismo tal como era en sí encerraba tambien mucha grandeza, y por ella latian los corazones con placer y las almas se enardecian; las discordias civiles y nacionales de que el pais era teatro necesitaban hombres de valor personal y todos los nobles le tenian. Las armas les eran compañeras inseparables y hasta en las diversiones que se procuraban en los cortos intérvalos de paz que permitia la dureza de aquellos tiempos, resplandecian las armas estrepitosamente. El magestuoso aparato de los torneos, de las justas y carroseles, en los cuales tanto los caballeros como las damas se complacian haciendo alarde de su amorosa pasion, los primeros con su destreza y gallardo porte, y con sus galas y hermosura las otras; la caza de montería y cetrería donde concurriendo asimismo las damas á caballo y vestidas lujosamente se mezclaban con los cazadores á lanzar el halcon y muchas veces el venablo; vencer á un toro en público dándole la muerte á lanzadas; ¿que era esto sino una verdadera imágen de la guerra? Si buscaban un recreo mas pacífico y menos peligroso, las armas se lo proporcionaba tambien; no habia mas que variar la forma sin dejar el objeto primordial y entonces se solazaban ostentando su maestría en romper tablados con el bofardo y en correr cañas y sortijas.

Es verdad que las fiestas palacianas estaban coetáneamente muy en voga: pero era como para dar un tinte mas admirable y romantico á las costumbres caballerescas, como un descanso por la noche á la agitacion del dia, ó como una tregua al ejercicio de las armas. Los convites y saraos que siempre tenian lugar con la mas rica mágnificencia, daban pábulo al galanteo y ocasion al amor para recibir todas las atenciones y homenajes de parte de uno y otro sexo. Allí solamente quedaba inútil el valor y la ostentacion de fuerza, y lo suplian el delicado trato, la finura, la gracia de ingenio, el espresivo comportamiento y la amabilidad, alternando con la música, la danza, los brindis y el entusiasmado canto de los trovadores.

Otra cosa notable habia en aquella sociedad, la predileccion que se daba á las mugeres, sin embargo de que muchas eran víctimas del orgullo de sus familias, predileccion que hoy se las niega con dañosa y ridícula diferencia en la educacion moderna, no permitiéndolas estralimitarse mas allá de un círculo reducido en estremo. Las mugeres recibian como en holocausto su pasion y sinceridad todos los triunfos del hombre que las amaba, y este debia de ser valiente de precision para que fuese correspondido. En las diversiones públicas eran las mugeres consultadas para la adjudicacion de premios que por su mano se entregaban á los vencedores: en las cortes ó tribunales de amor ellas proferian las sentencias á que ciega y sumisamente se sujetaban los mas apuestos paladines: ellas, en fin, consideradas como dechado de candor y hermosura, como obra indispensable y perfecta de la naturaleza y admiradas con leal respeto, eran el árbitro soberano del corazon del hombre.

En el reinado de D. Juan II de Castilla fué cuando las costumbres de la edad media tomaron todo su vigor y fuerte colorido, como si se resintieran de que llegaba su última hora y quisiesen hacer tambien su último esfuerzo. Al mismo rey se le vió justar de aventurero, dando impulso á los nobles de su época. La corte era una continua academia en donde el *gay saber* resaltaba con la mas rica preponderancia y esplendor. Los mismos que poco antes se habian bizarramente batido unos contra otros en el campo de batalla ó en la arena de un palanque se congregaban para recrearse con la divina inspiracion y componer dulces trovas. El rey, su condestable D. Alvaro de Luna, los ricos-hombres, infanzones y demas palaciegos hacian alarde de su talento, poniéndole en parangon con el de los mas ilustrados poetas con quienes departian holgadamente. Los convites y saraos, el orgullo feudal, el amor y la galantería, el heroismo caballeresco, el espíritu religioso y las ideas románticas, todo llegó á su mas alto grado.

Pero D. Juan II dejó de existir, feneció la edad media, cayó el sistema feudal y las costumbres esperimentaron súbitamente un grande cataclismo. Poco despues cantaba Jorge Manrique, al mismo tiempo de deplorar la muerte de su esclarecido padre el maestre de Santiago:

«¿Qué se hizo el rey D. Juan?
los infantes de Aragon
¿que se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan?
¿qué fué de tanta invencion
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras,
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿que fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se hicieron las damas?
¿sus tocados, sus vestidos
sus olores?
¿que se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar
las músicas acordadas
que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traian?»

JOSÉ MARIA PAULI.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuacion.)

Las condiciones é interioridades de esta provincia de Santander, dan motivo á hondas cuestiones históricas y económico-políticas, cuya dilucidacion importante ocuparia muchas páginas, dado que fuese este su lugar oportuno: apuntaré con todo eso algunas ideas. Generalmente, la Montaña es reputada como pais pobre, y se cree que este es el motivo de esas grandes emigraciones á América, y tambien de esos numerosos viages á Andalucía. No me parece enteramente fuera de duda esta aseveracion tan generalizada. En verdad que el suelo es poco fértil, escepto algunos valles, y que todavía se hace mas estéril por la falta de hombres que lo trabajen; pero la mayor parte es ingrato é infecundo, lo cual depende de sus cualidades constitutivas. A pesar de este inconveniente, hay riqueza; y esto que parece una paradoja, no es sino una verdad palpable. No pudiendo los naturales prometerse un halagüeño bienestar y porvenir, se embarcan para el Nuevo-Mundo, donde hacen cuantiosos capitales; no será ahora lo mismo; mas los han acaudalado muchos comerciantes y los infinitos indianos que de vuelta á sus hogares edifican una buena casa, á la que van agregando las propiedades que pueden adquirir. De suerte que se ven á veces en poblaciones rurales, quintas y caserios magníficos, en que los jornaleros ganan el sustento, quedando el dinero entre los comprovincianos. Así es que hay muchos particulares opulentos de las varias clases de la sociedad: con todo eso, las rentas territoriales son reducidas y mezquinas, y se requiere un radio de estadales ó de yugadas doble que en otras provincias para que reditúe el mismo producto. El valle de Torrelavega es quizá, despues del de Cabezon, el mas abundante y pingüe de toda la montaña. Los habitantes del campo se dedican poco al cultivo y á la agricultura, pues los de la costa son matriculados de marina y estan atenidos á la pesca ó á la tripulacion de los barcos mercantes; y los de las cercanías de las carreteras, con especialidad á la de Reinosa, se emplean en la carretería, la que no deja de proporcionarles una

ganancia regular, siendo ademas una vida mas alegre y variada que la de estar un dia entero con la azada en la mano.

Considerable número de montañeses van á establecerse por algunos años en Andalucía, mayormente en Sevilla y Jerez de la Frontera, donde ponen tienda; y los jóvenes de disposicion entran de mancebos en los comercios y lonjas: en aquel último pueblo hacen algunos fortuna ejerciendo el oficio de catadores de vinos. Trascurrido cierto plazo, retornan al seno de sus familias, vestidos ya al estilo curro, sombrero gacho, capilla corta, llevando su respectiva jaca, y cambiando al hablar la *c* con la *s*, y la *r* con la *l*. Unos van solo á gastar lo que han juntado, y parten de nuevo cuando se les acaba el peculio; otros se quedan definitivamente en su casa; y otros se avecindan en las ciudades del Mediodía.

¿Esta incesante emigracion será efecto de que no pueden alimentarse en su tierra, ó será, al contrario, la esterilidad, consecuencia del abandono de brazos productores, acarreando este vacío la despoblacion que se advierte? ¿Podrían obtener iguales ó mayores ventajas, no saliendo á climas lejanos?—Haré tan solo algunas observaciones generales. Se me figura que el hombre no es cosmopolita por voluntad, por capricho ó por instinto; es decir, que no deja su casa para lanzarse á la ventura á parages desconocidos, á no ser por la triste conviccion de que de otro modo no podrá acallar sus necesidades: esta presuncion sube de punto entre los artesanos y campesinos, faltos de conocimientos científicos, de aspiraciones y deseos ficticios. Santander contiene una poblacion harto escasa: segun el estado á que me refiero anteriormente, solo monta en toda la provincia á la cifra de 129,918, y ademas 7,500 hombres de mar. Si atendemos á ciertas apariencias, en toda España sobra la poblacion, y al mismo tiempo es insignificante la que hoy dia existe, comparativamente á la que sostuvo en otros siglos: ademas está mal repartida: Cataluña y Galicia comprenden mas almas por legua cuadrada, que cualquiera otro territorio en el mundo, no contando la China: y en el interior de Castilla hay ciudades casi desiertas; y aquí resalta una anomalía singular: se atraviesan inmensurables llanuras ricas en cereales; apenas se encuentra gente, y no por eso deja de verse el viajero acometido de un enjambre de mendigos y pordioseros que le interrumpen el paso, no bien desciende del carruage.

Como quiera que sea, la cuestion de poblacion es el problema colosal de la economía política. Y por lo que se observa en el decurso de los siglos y en la época presente, todavía está por descifrar y resolver en la práctica satisfactoriamente. Él es el cáncer què corroe los pueblos modernos; él concita las masas que demandan pan, para no morirse de hambre; él es espectador de la muerte horrorosa que devasta á los infelices irlandeses: y no solo en Irlanda, sino tambien en Inglaterra, no es la primera vez que el cadáver de un ahogado que flota en la superficie de las aguas, sirve de pasto y manjar á los hambrientos ciudadanos de una potencia de primer órden y de una nacion libre; él no prodiga recursos para evitar que en el condado de Sussex el impuesto de los pobres absorba la mitad de las rentas del propietario, y que en Saftesbury hubiese al principio de este siglo casi triple número de pobres que de vecinos, quienes estaban sujetos al gravámen de alimentarlos.

En suma, ese problema completo y profundo no desata las dificultades sin cuento que pesan sobre los estados modernos, asi agrícolas como industriales, no menos continentales que marítimos, ya débiles, ya poderosos. Parece que la terrible sentencia de Malthus está inscrita en la frente de millares de individuos condenados á las privaciones, á la miseria, á la desesperacion y á una muerte prematura y desconsolada.

A unas dos leguas de Torrelavega, no por la carretera de Reinosa, sino atravesando parte de la montaña, está el puente de Carandia, que antes era de barcas, y ahora es colgante, de bonita visualidad, pero no de mucha solidez, sobre el rio Pas, que por aquel parage corre ancho y hondo. A poca distancia, y á la izquierda, en direccion á Santander, se descubre en el pueblecillo de Renedo una fábrica de paños de nueva planta. El edificio es vasto y espacioso, con una distribucion adecuada, en departamentos llenos de claridad, en los que estan montadas las máquinas venidas de Inglaterra.

Entre los varios establecimientos de baños que hay en la provincia de Santander, merecen especial mencion los de Ontaneda. En el camino real de Burgos y en el valle de Toranzo, aparece una gran casa con un vistoso jardin, donde se ofrecen todas las comodidades á los bañistas. El sitio es ameno y delicioso: por un largo trecho en la carretera se encuentran á uno y otro lado quintas y caseríos, y siguiendo la direccion de aquella, internándose mas en la Montaña, estan los pueblos de Alceda, San Vicente y Puente Viesgo á donde concurren muchos elegantes, durante la estacion del estío, pues que tambien hay baños en el primero y en el último de esos puntos. Los de Ontaneda son sulfurosos y de grande virtud para las afecciones cutáneas. Hay tambien baños de vapor, y chorro de agua para beber. Los locales de las bañeras son bastante capaces y acondicionados, aunque pudieran admitir alguna mejora. La temperatura del agua es de unos 28 grados: entran en su composicion, entre otros varios cuerpos gaseosos, ácido hidrosulfúrico, hidroclorato de sosa, subcarbonato de magnesia, etc.

Las habitaciones para los huéspedes son espaciosas. El comedor sirve á la par de sala, donde está un piano que funciona mientras la temporada; despues se queda cesante, á imitacion de los que estan empleados en cuanto tienen proteccion; á diferencia de otros que lo estan siempre y en todos los partidos, y de otros que no lo estan nunca, sobre lo cual no púede darse regla fija. Creo que se ha evitado ya el inconveniente de que unos quisiesen comer ó cenar, y otros tocar ó bailar, pues que esto sucedia muchos dias: se ha dejado la sala, que es muy grande, para las diversiones que se proporcionan los bañadores que viven dentro y fuera del edificio.

Otro establecimiento de baños muy notable en las provincias del norte es el de Carranza, en Vizcaya, á cuatro leguas de Balmaseda, en medio de ásperas montañas de un aspecto salvaje, y tan elevadas que su horizonte se encierra en un reducido espacio. Los caminos que allí conducen de todas partes son costaneros, escabrosos, atravesando montes desiertos, en el pais que llaman las Encartaciones; parece que la naturaleza se ha complacido en depositar un tesoro en uno de los terrenos mas imponentes é inaccesibles de la Península.

Estos baños han estado mucho tiempo abandonados y aun ignorados, hasta hace poco que el pueblo, su propietario, ha contratado con la empresa que ahora está al frente de ellos, acerca de su administracion, innovaciones y reformas que deben verificarse.

Son tres las casas de los baños; mejor se les llamará tres chozas; muy bajas y tan estrechas, que apenas puede estarse de pié y con incomodidad estar sentado: representan el aduar de una poblacion nómada; estan pobremente pergeñadas, á teja vana y en remedo de albergue rústico. Las pilas son grandes á modo de estanques, su lecho ó asiento es la misma tierra y peña en que nace el agua, pues el baño está practicado en el manantial; se ve salir aquella formando burbujas que producen un cosquilleo apacible y se disuelven en la superficie exhalando el gas ácido carbónico que contienen en gran parte, ademas de no pequeña cantidad de goma, cual se percibe á la simple vista y al tacto en el resbalar y escurrirse por el cuerpo el líquido, con un movimiento pausado y quedando un lagrimeo pegajoso. Cerca de ellos está la casa preventivamente levantada para los huéspedes, en la que mora el cirujano del partido; la única que existe mas próxima, pues de lo contrario forzoso es ir á Molinar, algo lejos, y donde sin embargo residen muchos por no haber mas viviendas en lugar conveniente. En dicha casa, en el repartimiento de sus dormitorios, en el trato de los forasteros y en todo lo restante no peca por demasiado *confortable;* y no estaria por demas que se introdujesen algunas mejoras conducentes.

Todos estos obstáculos y contratiempos desaparecerán en breve, porque la empresa que administra los baños, y particularmente el señor don Rafael Guardamino, uno de sus individuos, propietario del pais, consagra su celo y laboriosidad á dar al establecimiento y á sus adherencias y accesorios todo el valor y la comodidad que se requieren, para que llegue á ponerse en el pié que se encuentran los mas acreditados. Con este objeto hace ya tiempo que se construyó un malecon para evitar que el rio que por allí cruza hiciese daño en sus avenidas á los retretes de las bañeras, y á la casa de que acabo de hacer mérito. Tambien en diferentes épocas se dieron pasos para llevar á cabo la roturacion del camino de ruedas que atravesando por Carranza enlace el de Laredo con el de Balmaseda y puedan llegar los coches hasta el mismo baño. Varias dilaciones y entorpecimiento han promediado, originados de varias causas; mas al presente el predicho señor Guardamino, convencido de la urgencia y necesidad de dar cima á su pensamiento, no perdona medio ni gasto para adelantar y concluir las obras proyectadas. Entre ellas son las principales: una nueva casa de huéspedes, contigua al manantial, que por conducto de una galería ó patio comunique con los baños, á fin de que se pueda entrar en ellos sin salir á la calle ó al aire libre; poner espeditas y corrientes mas pilas, diseminadas por el recinto en que nace el agua, el que todavía se estiende por una circunferencia regular, empleando en la formacion de aquellos cuando menos la decencia y la comodidad deseables; dar principio al camino precitado, lo que va á darles una importancia y un prestigio de un éxito feliz y decisivo.

Conspirarán tambien á estos resultados los trabajos del entendido profesor don Hilarion Rugama, quien ha presentado una memoria sobre el asunto y ha promovido eficazmente el espediente respectivo, ya en el ministerio de la Gobernacion, ya en las demas oficinas y corporaciones á que incumbia su conocimiento. Nombrado médico director, si ya no lo está; hecha la verdadera análisis química de las aguas, pues creo que aun no se ha verificado de un modo auténtico y facultativo; terminadas que sean las reformas preludiadas, que

probablemente lo serán para el verano siguiente, ó á lo menos ya en buen estado, estoy persuadido y puede asegurarse que los baños de Carranza gozarán de mas fama y reputacion que todos cuantos hay en las provincias septentrionales de España, y atraerán una concurrencia inmensa, la que en ciertas dolencias verá conquistar la salud prontamente y como por ensalmo. En el reuma artrítico nervioso su influencia curativa es pasmosa: aquí han llegado enfermos imposibilitados, y á los nueve baños andaban solos y sin ningun apoyo. La naturaleza es próvida y generosa; donde quiera que hay un mal endémico ó dominante, prodiga los preservativos ó sino los remedios. Ni los pasiegos mas fornidos y vigorosos se escapan del reuma: como tienen sus escentricidades, segun se dice ahora á la inglesa, cuentan de ellos algunas anécdotas, entre las que merece mencionarse la que sigue: Habiendo ido uno á los baños, al saber que generalmente todos tomaban nueve, de una hora cada uno, entendió esto á su manera; se metió en la pila, permaneció en ella nueve horas continuas, y luego salió, cogiendo su hatillo y diciendo que ya habia tomado los nueve baños de costumbre.

Otros muchos establecimientos de este género tiene el pais vascongado: San Juan de Azcoitia; Santa Agueda; Arechavaleta; Cestona, donde el lujo, la mesa y el servicio son muy esmerados y superiores, y del cual cuentan las buenas ó malas lenguas que la virtud medicinal de los baños ha decaido sensiblemente; y aun no falta quien diga que anda la caldera, como si fuese cosa de telégrafo; *non pcno casa de mea.*

En la provincia de Santander hay los de Hermida, cuya temperatura al salir de la tierra el agua es de 45 grados, Reaumur; pero el manantial es inabordable, y por eso hay que valerse de cubos en que la conducen á las casas, pues se halla todo abandonado á la naturaleza. Los que no son aficionados á beber agua potable, no siendo en las tardes del estío, podrán tener en cuenta que el vinillo de Pótes, en cuyo territorio estan estos baños, es el mejor de estas comarcas; tanto el clarete como el tostadillo, un poco ágrio, á la verdad, para el que guste de lo dulce: despues de estos obtiene la preferencia el chacolí de Castro-Urdiales, Noja, Concha y otros varios.

Una rareza se advierte en los pueblos de Limpias y Colindres, juzgado de Laredo. En ellos nadie usa papel sellado en sus transacciones, documentos, pleitos, instancias, etc: todo se redacta en papel blanco igualmente que en las provincias vascongadas. Dió esto márgen mas de una vez á oposicion y contestaciones por parte del juez, del gefe político y otros funcionarios públicos que no querian tolerar semejante práctica. Pero examinada la cuestion se ha decidido que aquellos pueblos continúen en ese privilegio como las provincias vascongadas de las que en un tiempo formaron su division territorial: y desde entonces solo les quedó la exencion del papel sellado; aunque en lo atinente al tabaco, á la sal y demas ramos de la administracion estan gobernados como los otros ayuntamientos sugetos á la capital de Santander. Este es un resto y una tradicion de lo que pasaba en otras épocas; pues las franquicias y prerogativas alcanzaban hasta el barco de Oriñon, y anteriormente mucho mas acá todavía, siendo cercenadas y restringidas de dia en dia hasta el estado actual, respecto de la demarcacion de los paises favorecidos.

Despues de tantas incursiones y escursiones, pues á mí se me antoja denominarlas así, vuelvo á Torrelavega, á decir por último que su mercado semanal que se celebra el jueves, es el mejor, mas abundante y concurrido de la provincia. A poca distancia se celebra la feria anual de San Miguel, de bastante renombre, si bien no tanto como la de San Mateo en Reinosa. Aquella se hace en el lugar cuyo puente así se apellida. El sitio es hermoso, no menos que todos los barrios y caseríos esparcidos por el valle de Reocin, de buenos y copiosos pastos, del mejor ganado de la montaña. Y puesto que voy acercándome á Santillana, justo es dirigirle un vistazo; y así iré caminando no rectamente sino haciendo vueltas, desviaciones y rodeos, como lo ejecutan algunos sujetos en el dramático y escénico viaje de la vida humana.

La villa de Santillana se parece á una muger en otro tiempo hermosa, rozagante, que recibió inciensos y adoraciones, y que ahora vieja, arrugada, todavía se le figura que está en sus verdores, y que se acuerdan de ella, y que impone su personalidad á cuantos la rodean, para espresarme con una frase moderna. A su aspecto hubiera podido esclamar Volney cual si estuviese al frente de las ruinas de Palmira: Aquí fué una poblacion importante y populosa, metrópoli de las antiguas Asturias que comprendian casi las tres cuartas partes de la moderna provincia de Santander; cuna y morada de la aristocracia cántabra que en ella poseia sus palacios y sus feudos: entonces animada y bulliciosa y ahora triste, solitaria, rodeada de un silencio sepulcral, interrumpido de vez en cuando por el siniestro graznar de alguna ave nocturna que se anida en los torreones y en las murallas carcomidas y ruinosas. Aquí se conservan como en trofeo fúnebre las paredes del famoso castillo de Vispieres, de los marqueses de Santillana, duques del Infantado; estos últimos descendientes de Don Iñigo Lopez de Mendoza, primer título de aquel nombre, debido á la munificencia del rey de Castilla Don Juan II. Aquí hay todavía en buen estado la casa consistorial en la plaza; pero por aquellas calles apenas se vé una persona; el forastero cree á pocas horas de hallarse allí que está en medio de un cementerio. Villa sin comercio ni comunicaciones, parece condenada á la nulidad y á la impotencia. Y sin embargo, está situada en un valle fértil, cerca de la costa y del punto de San Martin de la Arena y de la ria de Suánces, con una poblacion de 1300 almas; con una colegiata que merece la atencion del estudioso, por la originalidad de su arquitectura. Tal es la suerte de todos los imperios, de todas las capitales, y de todos los pueblos. ¡Qué era Paris cuando se llamaba Lutecia! ¡qué era hasta hace poco la Pensilvania! Por el contrario, ¡qué han llegado á ser Tyro, Sidon, Tébas, Persépolis! ¡Destino fatal é inflexible que lanza sobre la humanidad el suplicio de Sísifo y de Ixion! círculo eterno del que jamás puede desviarse: de la grandeza á la nada, de la opulencia á la miseria!... En tanto las generaciones de los hombres, con todas sus obras é ilusiones, con todos sus proyectos y esperanzas van pasando y desapareciendo, á semejanza de las olas de la mar que amontonadas unas tras otras se estrellan contra las rocas y los peñascos. Y nada hay que pueda sustraerse á la influencia destructora del tiempo y de la naturaleza; y los monumentos de los hombres no son mas que edificios construidos sobre cimientos frágiles y deleznables, porque hasta el coloso de Rodas, símbolo de la firmeza y de la solidéz, fué derrumbado por un terremoto; y algunos siglos despues, los árabes del desierto cargaron sus camellos con los restos y fragmentos de aquel gigante portentoso.

Aproximándose á Santander, no por tierra cuya entrada y aspecto nada valen, sino por mar, partiendo de los embarcaderos del Puntal y Pedreña, se descubre toda la ria sembrada de barcos de todos portes y cabidas, y al último el magnífico muelle nuevo, en el que se hace la carga y descarga, á pocas varas de los almacenes y despachos de los comerciantes, formando una especie de rambla, que sirve de paseo, hermoseado por la estensa acera de casas sólidas, alineadas, de buen gusto y construccion, en cuyo punto reina la vida y el movimiento de una ciudad mercantil; la que por este punto de vista aparece como esas poblaciones de Alemania, Holanda é Inglaterra, que surgen del medio de las aguas. Santander ha progresado desde la guerra de Don Cárlos; no hace mucho que los edificios acababan en la Aduana, y actualmente ya han ocupado todo el muelle y se pretende ir desalojando la pequeña ensenada comprendida hasta el castillo de San Martin, conquistando y disputando el suelo al océano, como se ha ido ejecutando desde muy atrás. Este pueblo se engrandeció de repente; así ha sucedido y sucede á varias personas con la diferencia de que aquel ostenta las causas de sus adelantos, en tanto que estos otros son un enigma en sus medros y riquezas, á lo menos para el vulgo, aunque no para los iniciados en los misterios de Eléusis. Se atraviesa la ria en unas barcas de pasage, por el que paga dos reales cada individuo, por mas que sea baja mar y sea con motivo de la arena, la mitad del viaje ordinario y menos de media legua. De Portugalete á Bilbao cobran tambien dos reales pero son dos leguas, y la góndola no es lo mismo que una lancha de pescar. Si bien esto es una bicoca, no debe pasar desapercibido para tener en cuenta que en Santander todo cuesta mas caro que en Madrid, á lo menos tanto posadas, paños, hechuras de ropa, etc. etc.: á la verdad no debiera ser así: se cuenta que con ocasion del ejército espedicionario de Flores han encarecido todos los objetos, y desde entonces quedaron in *statu quo;* las alzas de los géneros hacen como las contribuciones é impuestos gravados sobre las naciones: una vez llevados á efecto, continúan siendo permanentes y perpétuos, de temporales y transitorios que habian sido en su origen. Sin embargo, algo barato hay en Santander respectivamente á Madrid: los baños templados de agua salada, eran á tres reales, y ahora á cinco, poniendo el establecimiento el recado de limpieza, tocador, etc.; y en esta villa coronada, prescindiendo de las casas de baños contra los que nada hay que objetar, las hay en donde no obstante de llevar 7 rs. por cada quisque, se puede ocurrir al mas torpe si la cuestion es de lavarse ó ensuciarse, atendiendo al color, olor y sabor del líquido, pues fácil le será sostener dicha cuestion por la afirmativa ó negativa, segun se practicaba con el tema que antes del plan de estudios de 1845 se proponia en el grado de Doctor; y sea dicho de paso no dejaba de ser graciosa semejante formalidad y costumbre; sin duda se queria simbolizar que el graduando se hallaba en disposicion de argüir en pró y en contra, de hacer ver que lo blanco era negro, y *vice versa*, en lo cual no iban descaminados sus autores.

Sentada ya la planta en el muelle de Santander y á pocos pasos que se dén hácia las calles á él paralelas, cualquiera preguntará ¿dónde está el pueblo que se veia desde lejos? Aquí no hay sino di-

seño de calles, plazuelas en boceto, proyectos de ciudad, manzanas de casas en pretension. Asi es lo cierto: si Santander tuviese algunas calles iguales, parecidas ó imitantes á la del muelle, seria una de las ciudades mejores de Europa: mucho se adelanta para ir llenando los vacios de la nueva poblacion, la que presenta grandes esperanzas de coronar el pensamiento.

No todas las embarcaciones pueden arrimar al muelle; las que miden arriba de 160 toneladas tienen que trasbordar el cargamento en pinazas ó gabarras y gabarrones. Para remediar el mal causado por el amontonamiento del fango y arena de los rios que alli desaguan, se ha encargado á Liverpool una máquina para limpiar el fondo, la que se llama *draga*, que debe operar auxiliada de una porcion de gánguiles, especie de barcas largas, con unas válvulas en medio para verter la arena y unas bombas para arrojar el agua; haciendo el principal oficio las grandes cucharas que deben extraer la primera, todo remolcado por un vapor; el cual se ha estado esperando hace algunos años. Dicha maquinaria, la de la draga, ha ascendido su coste á 400,000 reales, y el casco fué construido en el astillero de Guarnizo que dista dos leguas de la capital. Se calcula que podrá levantar en cada hora unas 300 toneladas de lodo ó arena. En la parte mas extrema del muelle y formada tambien por el de las Náos esta la dársena, de bastante cavidad: no tiene compuertas. La ciudad antigua es calles estrechas y costaneras, comprende desde el castillo de San Felipe, la Catedral, las dos alamedas, si bien la mayor es moderna, la calle de Atarazanas, que es la mas recta y despejada, etc., y estuvo circundada de una muralla ó de los romanos, ó de los godos, ó de los castellanos, segun las diversas opiniones, de la que apenas se percibe algun que otro resto arruinado.

Santander es una antitesis de Santillana: aqui todo es viejo y antiguo; alli todo nuevo y moderno: las mejores casas, el teatro, los mercados cubiertos, etc. Tambien forma contraste con Madrid bajo cierto aspecto: en la primera toda la gente concurre por el verano, y de la segunda es por la misma estacion cuando abandonan las orillas del Manzanares, y cuando los círculos y las sociedades quedan como en cuadro y en esqueleto. Sabido es que desde el mes de junio comienza la emigracion en esta córte: hay sugeto que durante abril y mayo piensa, segun dice, ir á tomar los baños ó las aguas á Biarritz, á Bath, á Aix ó á Plombiéres, y lo mas, lo mas no pasa de San Lorenzo del Escorial, ó tal vez de Carabanchel, y no toma mas aguas que las de la Casa de Campo ó las de la fuente del Berro, ni mas baños que los de aire y polvo en el Prado y en la plaza de Oriente. Y nunca faltan mentiras para significar la imposibilidad de realizar el viage, lo mismo que tampoco faltan ardides y evasivas á un deudor tramposo para no cumplir con su acreedor. El principal motivo, ó diré mejor, el único que arrastra tanto ciudadano á las provincias litorales del Norte, como del Sur, aunque mas á aquellas, es el de los baños; cuando no asi, se puede aseverar sin temor que apenas habrá dos docenas que solo tengan la mira de recorrer la península. Por demás está decir que entre nosotros se viaja únicamente en situaciones especiales: un empleado público que marcha á tomar posesion de su destino, ó es trasladado ó separado; los estudiantes al empezar el curso académico; algunos novios que se ausentan los primeros dias de su desposorio, sea por malicia, sea por vergüenza, aunque lo último es raro ya en un tiempo en que no hay ninguna ni de ninguna clase; los tratantes que andan en ferias y mercados, y otros por el estilo. Como quiera que sea, en obsequio á la verdad, preciso se hace no olvidar que seria poco divertido transitar por varias provincias de España: en algun modo venia á ser una pena que es lástima que el nuevo código penal no se haya acordado de ella, porque seria de buen efecto; en todo caso seria divisible, ejemplar, contentiva, moralizadora y correccional.

Santander ofrece de notable el faro, digno de verse, mucho mas habiendo tan pocos en nuestras costas, contradiccion chocante en el siglo de las luces, pero en cambio abundan los faroles, y de diferentes géneros. Dicho faro es de segundo órden segun su aparato por el sistema de Fresnel. La parte superior é inferior forma la luz fija, la del centro es luz intermitente: 100 espejos superiores y 60 inferiores forman la luz por reflexion, y ocho grandes lentes la producen intermitente por refraccion. Ha costado 8,000 pesos fuertes. La posicion de la torre es imponente hácia el lado de la mar: elevada á mas de 300 pies sobre el nivel de ésta, encima de unas rocas, en las que se rompen con estrépito las olas encrespadas del Océano cantábrico, que se confunde al parecer y en lontananza con el horizonte; la luz se avista á unas veinte millas de distancia. Los buques que por alli pasan pagan un real por tonelada siendo españoles ó franceses, y dos siendo de otras naciones; impuesto señalado para indemnizar de sus adelantos á la empresa por cuya cuenta se construyó el faro.

Entre los edificios públicos el mas notable es la catedral. Sobresale en lo mas alto de la ciudad vieja, dominando desde el claustro toda la ria. Su arquitectura es gótica con ligeras variaciones en los trabajos modernos: nada que merezca atencion presenta su esterior, y puede casi decirse que no tiene fachada principal, que no tiene cara; bien estraño por cierto cuando hay tantos hombres que tienen dos cuando menos. Las tres naves están sostenidas sobre pilares estriados. El pavimento es de mármol blanco y azul, compuesto de baldosas de una cuarta en cuadro. Debajo de la iglesia hay otra oscura, baja, la que no escita la curiosidad, lo mismo que la verdadera catedral, que es de las mas pequeñas de España, y que menos se presta á las indagaciones de cualquier viajero.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Llegando á tales estremos el hombre entendido, juega el todo por el todo, porque en realidad nada arriesga. Almazan, amado, diciendo simplemente á la condesa: *«Señora, yo no quiero que baile usted con ese hombre,»* triunfaba en el golpe; y si sucumbia, claro está que no le amaban. Mas para saltar precipicios se necesitan las fuerzas y la resolucion de los *Alvarados*, y Almazan, que era de la casta de los Pigmeos, bajó la cabeza como la del cardo tronchado por la vara de un muchacho travieso, alargó el hocico, y quedóse como petrificado.

No asi Laura que, ya fuera de sí, y á todo resuelta, hizo seña á don Cárlos que no la perdia tampoco de vista un solo instante, para que se le acercase. Palpitábale el corazon á nuestro galan al obedecer á la bella dama, como pocas veces le habia palpitado, y hubo menester todas sus fuerzas morales para dominar la profunda emocion que le agitaba, hasta el punto de que le fuese posible ocultársela hasta á la misma que la producia.

Llegóse, pues, con aparente desembarazo á la Condesa, á quien hasta entonces aquella noche solo de lejos habia saludado, y dijo con la sonrisa en los lábios:

—«¿En qué puedo yo tener la dicha de servir á la reina del baile?

—«¡Oh la reina del baile, es mucho decir! Replicó Laura con voz un tanto trémula. Aqui, cuando menos, cada cual tiene la suya.

—«Los que no sean vasallos, de V. condesa, son dignos de lástima por su mal gusto.

—«Cumplimientos con V. no faltan: pero no se trata de eso, sino de una disputa que tengo con el señor (Almazan) que es un terco.

—«Mucho me admira (dijo entonces Don Carlos con acento de amarga ironía) que *el señor* se atreva á pensar de otro modo que V., Condesa.

—«Pues se atreve y se obstina.

—«Yo, señora, interpuso el pobre comandante; mas Laura no le dejó acabar y prosiguió:

—Si señor, se obstina V.; y Sotopardo va á probarle que... En fin Don Carlos ¿No es el quinto wals de este baile el que tengo á V. prometido hace tiempo?

Diciendo asi la Condesa guiñaba graciosamente el ojo á Sotopardo y él que de todo menos de torpe tenia, respondió con admirable aplomo:

—«En efecto, señora, es el quinto wals el que V. me ha hecho el honor de prometerme, y yo iba á reclamar ahora mismo.

—¿Lo vé V. santo varon? exclamó Laura encarándose con el cada vez mas atónito Almazan.—¿No es el quinto el que ahora se baila?

—Si señora, el quinto es, respondió enteramente mareado el comandante; y ella; dándole al entregarle el abanico, y con gracia seductora, un golpecito con él en los nudillos de la mano, concluyó de este modo:

—«Pues sirva de aviso para que otra vez sepa V. que mi memoria vale mas que su lista, y no dispute conmigo. Espéreme V. aqui ¿Sotopardo, quiere V. llevarme á tomar un helado?»

Don Carlos ofreció el brazo en que se apoyó voluptuosamente la Condesa, y ambos desaparecieron en el acto de la presencia de Almazan, dejándole convertido poco menos que en estátua: tales eran su asombro é impotente cólera.

Por su parte Sotopardo, á quien habia sorprendido, como era natural, la audaz maniobra de la Condesa, iba absorto en sus cavilacio-

nes, para averiguar, si aquello era un favor ó un lazo; pues para lo primero presentábase en forma sobrado desnuda, y para lo segundo, fuera preciso suponer en la Condesa una esperiencia de que carecia.

Ella, cuyo plan, aunque instantánea y acaso indeliberadamente formado, era, sin embargo, completo, apenas estuvieron á alguna distancia de Almazan, dijo:

—«Amigo mio, es un gusto tratar con gentes que nos entienden á media palabra. No pude negarle este wals al Marqués de Motril, que es un fátuo que me apesta, y no sabiendo como salir del paso, me acordé de V. Sentiria haberle comprometido. ¿Quizá debia V. bailar ahora con otra? ¿Era el vals próximo, lo que le ofrecia á V. hace poco la muger de ese capitan? ¿Como le llaman? ¿Mendoza?»

Respiró Sotopardo al oir tales palabras como si del peso de la Giralda le hubieran descargado el pecho; y despues de haber lanzado á la Condesa una mirada de fuego, que la obligó á un tiempo á clavar los ojos en el suelo, y apoyarse con mas fuerza en el brazo de su feliz acompañante, contestó:

—«Fuese el vals, ó fuese otra cosa, Laura (llamola entonces la vez primera por su nombre), una palabra, una mirada, un deseo de V., me harán á mi abandonar á todas las mugeres del mundo.»

—«Si eso no es verdad ¿á que decirlo?

—«Mis lábios, Laura, no se han manchado nunca con la vil mentira: mi corazon y mi vida son de V. desde que la he visto...

—«Lo mismo dice V. á Matilde.

—Si he tenido la flaqueza de usar con *esa muger* de vulgares galanterias, ¿tengo yo la culpa, ó tiénela aquella que se complace en desesperarme con celos que pueden conducirme á la desesperacion?

—¿Celos V., y celos de Almazan? Déjeme reirme.

—¡Oh Laura, Laura! ¡No juegue V. con la vida de un hombre que la adora!

—¿Y la prueba es galantear á Matilde?

—Déjeme V. á mi reir tambien.

—Nos estamos riendo de lo que puede costarnos eternas lágrimas, *Cárlos*. (Tambien ella le llamaba asi por vez primera.)

—Laura, ¿no obtendré ni una palabra de esperanza siquiera?

—¿Y qué dirá Matilde?

—A mi á lo menos nada; porque si V. se deshace de Almazan..... de Almazan y de todos sus adoradores, ni á ella ni á otra volverán á mirar mis ojos.

—¿Y eso quien lo fia?

—Mi palabra de honor, y el jurarlo por esos divinos ojos que son la luz de los mios.

—¡Pues lo siento por Almazan!

Quien no haya oido palabras semejantes, ni puede comprender la mirada que trocaron entonces Laura y Sotopardo, ni menos la voluptuosidad con que bailaron el vals famoso.

Al salir del baile, Almazan, que habia recibido un *no* seco y definitivo, con la órden de escasear sus visitas á la Condesa, tropezó con Matilde, que rebentando de ira, ni con sus abrigos acertaba.

«Comandante, le dijo la hija de Milagros sin que Mendoza la oyese, déme V. el brazo, que tengo que decirle.

Almazan obedeció, y en el camino oyó estas palabras de boca de Matilde: «La condesa y Sotopardo se han puesto de acuerdo esta noche, desairando á V. y ofendiéndome á mi mortalmente. Un sentimiento comun nos liga, el deseo de la venganza. Unámonos; obremos de acuerdo; y ¡ay de ellos!—¡Cuente V. conmigo! respondió el comandante.

Desde aquella noche fechó la alianza de aquellos dos seres dignos el uno del otro: desde aquella noche, que Laura creia la mas dichosa de su vida, quedó decretada su muerte, la desdicha de los últimos dias del anciano conde, y la infelicidad de Sotopardo.

XIV.

Pormenores y causas inmediatas de una catástrofe ya conocida.

Por no interrumpir la parte mas importante de la pendiente narracion hemos omitido de intento, hasta ahora, algunos sucesos incidentales, pero de graves consecuencias, ocurridos en el baile, que funestamente decidió de la suerte de la primogénita hija de don Fadrique de Vargas.

Sucedió, pues, que el Marqués de Motril, jóven aristócrata de quien hemos dado hace poco sucinta idea, y que, en efecto, contaba con bailar el quinto wals con la Condesa de San Justo, habiendo ido á buscarla á su asiento apenas preludió la orquesta, y no encontrándola, dirigióse á Almazan, que tenia, por decirlo asi, caracter oficial y en la sociedad reconocido de secretario íntimo de Laura. Nuestro comandante, aunque mohino y mas que mohino por la conducta de la Condesa, recibió al Marqués con todas las atenciones á que para él le daba derecho inconcuso su reputacion de diestro y feliz duelista, y con el acento mas amable que en el complaciente diapason de su voz acertó á encontrar, dijole que *la Condesa se habia equivocado*, prometiéndole aquel wals que ya antes á otro habia ofrecido.—¿Y ese otro (preguntó amostazado el marqués) sabe que yo estaba de por medio?—Ese otro, respondió Almazan siempre con la mayor dulzura, pero con las intenciones de una hiena, ese otro es el capitan de mi regimiento don Cárlos de Sotopardo.—Bueno es saberlo; pero lo que yo pregunto...—Si, Marqués, yo le he dicho (mentira) que á V tambien...—No necesito saber mas, yo me entenderé con él: pero entre tanto, señor comandante, V. que me habia garantizado este wals...—Yo, Marqués, ni entro ni salgo: la Condesa y Sotopardo...—Tenga V. la bondad de no interrumpirme: la Condesa es una señora, y ya V. comprende que con ella no puedo entenderme. Con V. que es hombre, y *militar*, ya es otra cosa.—Pero, señor, ¿yo qué tengo que ver con eso?—Estando V. de por medio, no ha debido consentir que se me hiciese tal desaire, señor mio. Mañana á las dos de la tarde, tendré el honor de esperarle con mi espada y dos amigos junto á Torreblanca.—Pero, Marqués...—¿Prefiere V. que por la noche le llame cobarde en el café? Hasta mañana.»

Volvió el Marqués la espalda, y el triste Almazan esclamó allá en sus adentros:—«¡Ahora solo me falta que este bárbaro me pegue una estocada, y estoy lucido!»

Entre tanto el Marqués, que era hombre espeditivo en los negocios, aprovechó un momento en que por respetos humanos se habian separado Laura y Sotopardo, para hablarles á entrambos sucesivamente.

A ella, solo le dijo:—«Condesa, tengo el honor de presentar á V. mis respetos y de darle gracias por lo bien que me ha tratado esta noche: pero creo que en lo sucesivo haria V. bien en no favorecer á nadie á espensas de otro; porque no todos respetan tanto como yo las faldas.»

Sin esperar respuesta y dejando á Laura encendida como una granada, partió el Marqués en busca de Sotopardo que, sentado en un sofá, saboreaba silenciosamente las delicias de su triunfo.

—¡Don Cárlos! le dijo el de Motril.—¿Qué hay, Marqués? contestó el favorecido amante.—Siento que un hombre como V., prosiguió el Marqués..

—Comprendo, comprendo, le interrumpió Sotopardo, como si se tratase de una partida de villar. ¿A qué hora, dónde y con qué armas?

—A las dos de la tarde; en Torreblanca; con la espada y dos amigos, contestó el jóven haciendo una ceremoniosa reverencia.—No faltaré, repuso don Cárlos; y se terminó el diálogo.

—«¡El escándalo es una fatalidad que me persigue! (se dijo Sotopardo). ¿Qué culpa tengo yo de que este títere tenga el furor de los desafios? Pues, de seguro, que en sabiéndose nuestro lance, y se sabrá antes aun de llevarse á cabo, dirá todo el mundo que son cosas del calavera de don Cárlos. ¡En fin, como la reputacion de Laura no padezca, del mal el menos!»

Y tenia razon nuestro caballero: la suerte se habia empeñado en labrarle una fama poco envidiable, y sobre él diluviaban los azares y aventuras, la mayor parte de las veces sin que las buscase de modo alguno.

Pero prosigamos nuestra relacion: el dia siguiente al del baile cuyas consecuencias nos ocupan, á cosa de las ocho ó las nueve de la mañana, recibieron simultáneamente el Capitan general, el Regente de la audiencia, y el Asistente de Sevilla, el siguiente aviso anónimo.—«Por resultado de varias imprudencias y provocaciones del capitan don Cárlos de Sotopardo en el sarao que tuvo lugar anoche en casa del Excmo. señor Capitan general de este ejército y reino, deben hoy á las dos de la tarde verificarse dos duelos en las inmediaciones de *Torreblanca*; el primero entre el comandante Almazan y el Marqués de Motril, y el segundo entre el mismo Marqués y Sotopardo. Un buen vasallo del rey N. S. (Q. D. G.), y cristiano de Dios temeroso, cree de su obligacion ponerlo en conocimiento de V. E. para que empleando su autoridad evite tan escandalosa infraccion de las leyes divinas y humanas.»

Inútil es casi recordar aquí que en aquellos tiempos estaba en su fuerza y vigor la tan famosa como absurda é inútil pragmática de Cárlos III contra los desafios, sin embargo de la cual se batian en duelo cuantos en tan triste necesidad se encontraban, ó tenian la desdicha de haber nacido con carácter pendenciero. Era el *duelo* en la época á que nos referimos, es aun hoy, y tememos que lo sea durante largo tiempo todavia, una tristisima, pero evidente necesidad social, sobre todo entre militares; porque la ley no alcanza ni alcanzará nunca á cicatrizar las heridas de la honra, y mientras esta consista, como no puede menos de consistir, en la opinion que todos forman de cada individuo, á la individualidad misma toca sostenerla con sus propias manos. Cuéntase del mismo Cárlos III, que habiéndosele presentado, poco tiempo despues de publicada la pragmática, uno de sus guardias de Corps á pedirle que le sostuviese contra sus

compañeros que se negaban á alternar con él por haber rehusado un desafío en obediencia de la reciente ley, contestóle: «eres un *buen vasallo*, pero muy *mal caballero*;» y le ofreció una prebenda eclesiástica, es decir, declaróle incapaz de la honrosa carrera de las armas. ¡Tal es el poder de la opinion, ó si se quiere, de las preocupaciones! Así la pragmática, como todas las leyes que el sentimiento universal contradicen, era un arma en manos del gobierno, inútil para su ostensible objeto, y en cambio á propósito para oprimir y vejar á los mal quistos de los magnates, favoritos y magistrados. Estos, por causas obvias, pretendian ejecutarla rigurosamente; las autoridades militares, por el contrario y generalmente hablando, trataban de eludirla y contribuian no pocas veces indirectamente á su infraccion.

En tal supuesto, nadie se asombrará cuando digamos que el Capitan general, leido el anónimo, rasgólo con gran flema, diciendo á su secretario: «que no se hable de este negocio: las tres personas »que se me dice van á batirse son mayores de edad, y saben manejar »las armas: allá se las avengan con ellos los golillas.»

Pero los golillas no estaban del mismo parecer de S. E.; y así el regente, apenas recibido su aviso, trasladóse en persona á casa del *Asistente*, tambien jurisconsulto de alta esfera, á quien halló con el anónimo en la mano, dándole vueltas y pensando en la manera de hacer justicia.

La pragmática desaforaba á todos los iniciados del crímen de duelo; porque durante el gobierno absoluto en España sucedia precisamente lo contrario que desde la existencia del sistema representativo, es decir: ahora se cree mas robusta la autoridad con las comisiones militares, y entonces con los tribunales ordinarios.

Pero á pesar del desafuero legal, ni el Regente ni el Asistente tenian muchas ganas de habérselas con los militares, clase importante entonces, tanto por los recientes recuerdos de la guerra de la independencia, como porque se pensaba en la reconquista de América, y se la necesitaba además para sosten del régimen absoluto. En consecuencia resolvieron los dos magistrados ir juntos á visitar en el acto al Capitan general y proceder de consuno con él en todo aquel negocio.

A su vez el Gefe de las armas era entonces, y sospechamos que sigue siéndolo todavía, la primera autoridad civil en las provincias; en lo legal como presidente del Real Acuerdo, especie de junta de la Audiencia plena en que debian tratarse y resolverse los asuntos graves de gobierno, y de *hecho*, porque disponiendo solo de la fuerza, claro está que en un sistema político exclusivamente fundado sobre la fuerza misma, debia de ser elemento preponderante.

Colocado asi en una doble y á veces consigo mismo contradictoria posicion, el alto funcionario militar encontrábase en mas de una ocasion, como por ejemplo la que nos ocupa, en graves conflictos que cortaba cuando violento, ó cuando hábil salvaba con mas ó menos dificultades.

Ya hemos visto que el Capitan general de Sevilla no les daba grande importancia á los duelos: mas cuando se vió atacado á un tiempo por el Regente y el Asistente, personas ambas que tenian en la corte favor tan grande como los destinos que ocupaban lo suponia, varió desde luego de tono, y haciéndose de nuevas, tomó á su cargo cortar el lance por el anónimo denunciado. No era eso precisamente lo que los golillas quisieran: una causa criminal hubiera colmado sus deseos, pero como tambien el general tenia buenas relaciones en *Palacio*, cedieron por su parte, y quedó convenido que la autoridad militar tomase sola las medidas preventivas que estimase oportunas.

Nada mas sencillo que las tales medidas: en España, entonces, como ahora y siempre, se prendia á las gentes habiendo ó no motivo para ello, facilísimamente, y sin andarse con las formalidades, repulgos y ridículas informaciones que allá usan los atrasados ingleses, por ejemplo. S. E. el Capitan general, llamando á tres ayudantes de plaza, dió á uno la órden de arrestar en su casa al comandante Almazan; á otro la de conducir á Sotopardo en calidad de preso é incomunicado á la prevencion de su propio cuerpo; y al tercero la de llevar á su presencia al marqués de Motril.

(Continuará).

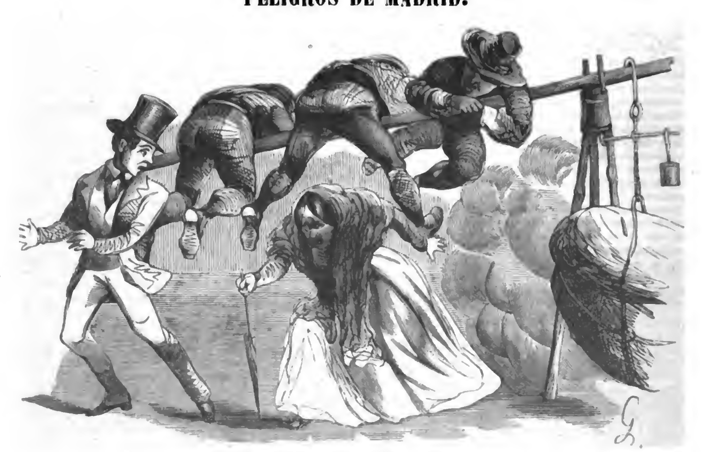
PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LA BUENA COMPAÑÍA, APÓLOGO ORIENTAL.

—«¿Eres ambar? preguntaba un sábio á un pedazo de tierra que habia cogido en un baño y que era muy odorífera. «Me encanta tu perfume.»

—«No,» dijo el pedazo recogido; «no soy mas que vil tierra, pero he habitado algun tiempo con la rosa.»

PELIGROS DE MADRID.



Modo de pesar el carbon y hacer ver lo que pesan los carboneros.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm 26



(Los Portales de Matanzas.)

ISLA DE CUBA.

ARTICULO III.

Pero si como hemos dicho antes, no es la Habana una ciudad en que haya edificios hermosos que admirar, porque es una ciudad sin recuerdos, salida de las olas hace pocos años, su movimiento mercantil, su lujo y su creciente y rápida civilizacion la elevan á una altura mayor de la que por aquí se le concede generalmente. Por desgracia el decir que un pais está en algunas cosas mas adelantado que el nuestro, no es hacer su apologia; pero siendo la isla de Cuba una simple colonia de España, es notable que esceda á la metrópoli en ciertas ventajas de ilustracion y progreso. Apenas cuéntase entre nosotros un camino de hierro recien hecho, y otro en obra, y ya parten de la Habana para distintas direcciones de la isla. La Real Junta de Fomento se ocupa con tanto celo é inteligencia en la prosperidad de Cuba, y dispone al mismo tiempo de recursos tan inmensos, que no vacilamos en asegurar que la preciosa Antilla española será dentro de breves años uno de los paises mas poblado de caminos de hierro. De aquí la frecuente y cómoda comunicacion de la capital con los departamentos: de aquí tambien el activísimo comercio entre los puertos y tierra adentro, que se engruesa despues y sube á un punto inconcebible por toda Europa.

No vacilamos en decir que la Habana es una ciudad deliciosa; sus afueras, que esceden en estension á la parte primitiva, cerrada por débiles muros, ostentan casas nuevas y quintas magníficas con jardines encantadores; su bahía está constantemente llena de buques, los cuales forman por su crecido número una especie de montaña sembrada de las banderas comerciales del nuevo y viejo mundo; sus paseos son floridos, estensos y de un gusto esquisito; sus costumbres blandas y hospitalarias; las mugeres, en fin, de atractivos irresistibles. Cuando un europeo ha llegado á *aplatanarse*, voz con que allí se espresa la aclimatacion, no puede olvidar nunca la Habana: las reyertas constantes y sin fundamento que hemos observado allí entre criollos y peninsulares, no pueden compararse sino á las de los muchachos que no se reunen mas que para reñir, pero que no dejan de reunirse nunca.

La índole de estos artículos no nos permite estendernos mas hablando de la capital de Cuba; basta á nuestro propósito la lijera idea que de ella hemos dado á nuestro lectores, quienes nos acompañarán en una escursion por la isla.

Matanzas es sin duda la poblacion de Cuba, así en su importancia comercial y territorial, como en el trato y cultura de sus moradores. Su posicion topográfica será sin embargo una rémora constante al aumento de aquellos; está construida casi sobre la ribera del mar, entre varias alturas que la sepultan y roban la libre circulacion atmosférica. Corren por ella dos poéticos rios llamados *San Juan* y *Yumurí*. Este último se dilata por el hermosísimo valle del mismo nombre, que es una de las obras mas grandes de la naturaleza. Matanzas es pátria de los poetas cubanos mas distinguidos; en ella nacieron Plácido y Milanes. Heredia, aunque nacido en Santiago de Cuba, residió en Matanzas desde muy niño, y allí bebió sus grandes inspiraciones. Hé aquí las noticias históricas que de esta poblacion he podido recoger. Desde siglo y medio atrás sobre poco mas ó menos data su fundacion, llamándose desde aquella época *San Cárlos Alcazar de Matanzas*. Su nombre primitivo, que aun tiene hoy en la poesía, es el de Yucaya: así se llamó el terreno en que está situada y que estaba habitada por los indios, segun escribia el mismo Diego Velazquez. Hasta 1809 en que se le concedió el libre comercio, su tráfico habia sido casi nulo, reduciéndose en su mayor parte á remesas que hacia á la Habana de sus frutos; pero desde la mencionada época tomó aquel un vuelo tan grande, que ya comercia directamente con los principales mercados de Europa, y cuenta las mismas relaciones mercantiles que la capital. Segun el Sr. Paey, hábil geógrafo cubano, asciende á doce mil habitantes el conjunto estadístico de la ciudad. Dista 22 leguas de la Habana, y se comunica con esta por una linea de hermosos vapores que hacen la travesía en cuatro horas y media, por el ferro-carril que adelanta cerca de una. Entre las eminentes lomas que circundan á Matanzas, distinguese por su elevacion y fama la del *Pan*, que rivaliza con el Peñon de Gibraltar, y el Pico de Tenerife, y que forma con el *Chimborazo* las dos eminencias mas pronunciadas de América. El *Pan*, cantado tan tiernamente por el autor de la Oda al Niágara, es uno de los primeros puntos que reconocen los navegantes al entrar en las aguas del mar de las Antillas. Ningun edificio regular tiene aun el pueblo de que nos ocupamos, si se esceptua un ancho y cómodo hospital que se está construyendo, á la izquierda del Paseo de Cristina, notable solo por la rectitud de sus largas calles y la melancolía de sus innumerables cipreses. Cuando nosotros abandonamos estos lugares, que hará exactamente un año, se pensaba sériamente en la creacion de un buen teatro, que reemplazase al actual, tan mezquino y pobre como no recocordamos haber visto otro. Su local es tan reducido, y las puertas que conducen al escenario tan estrechas, que hubo en cierta ocasion que rescindir una contrata, á causa de no poder entrar por ellas una actriz que se habia permitido engruesar mas de lo ordinario.

Esta es la ocasion de que satisfagamos el deseo que hace tiempo

abriga nuestro corazon; al hablar de Matanzas no olvidaremos á una pobre niña que vive ignorada á cuatro leguas de la poblacion, en la confluencia de los rios Moreto y Canimar, y cuya disposicion para la poesía es estraordinaria. Su nombre es Luisa de Molina, y sus versos corren ya en manos de todos los hombres entendidos de Cuba, que anuncian á la autora un brillante porvenir en las letras. Un amigo nuestro, compañero de redaccion en la Habana, le hizo una visita en 1847, que describe de este modo: «Crecia nuestra curiosidad con estos indicios (la fama que Luisa habia ya adquirido); para satisfacerla escojimos un hermoso dia de primavera, y acompañados de dos amigos, nos dirijimos al *tumbadero de Canimar*, distante cuatro leguas de Matanzas. Allí desagua el rio Moreto. Vadeámosle donde mezcla sus aguas con las del Canimar, y tomando un camino que parte de su ribera derecha, y que sigue luego cortado en las rocas de un cerro montuoso, salimos á un llano lindísimo, donde á poca distancia nos señaló un pasagero el *Sitio de las Molinas*, entre nosotros y el rio. Diónos entrada en él una senda áspera y angosta, que por entre la espesura de alta maleza nos llevó hasta el patio ó batey del *sitio*. Era reducido y estaba sembrado de rosales de Jericó y de mosquetas, y de algunas plantas aromáticas. En medio estaba la casa toscamente fabricada con maderas y guano. Tendria sobre treinta pies de largo y quince de ancho. Su aspecto indicaba suma pobreza. A la puerta nos recibió una señora como de 45 años, quien luego que supo el objeto de nuestra visita, nos invitó cordialmente á que entrásemos en su casa. Estaba dividida en dos partes iguales; entramos en la una que servia de sala, y serian hasta cuatro las jóvenes que vimos allí ocupadas en labores de costura. Nuestra mirada curiosa se fijó en una, que sin ser la mas agraciada, se distinguia por su fisonomía altamente espresiva de inteligencia y de modestia. Preguntamos por Luisa, y su madre nos señaló á la que habiamos ya adivinado. La historia de su vida es breve y sencilla. Tras largos y constantes afanes de industria y economía, su padre habia proporcionado á su familia una subsistencia libre de inquietudes, si no de trabajos. Pero contrastado por la fortuna, desapareció un dia, y la madre de Luisa ignora si debe llorar su viudez ó su desamparo. Puede colejirse de lo que llevamos dicho cual seria la educacion que aquella recibiera. Reducíase á saber la existencia de un Dios, y á dar malas puntadas con la aguja. Pero su alma templada para vibrar en otra escala mas alta, daba claras muestras de lo que llegaria á ser. Desde muy niña se gozaba en la contemplacion de la naturaleza, en emitarla, y aun en arrancarla algunos secretos. Así es que se paraba algunas horas á la orilla del arroyo Moreto, de los mas pintorescos de Cuba; ó bien se ocupaba en estraer el zumo de algunas plantas, y valiéndose únicamente de los medios que le sujeria su ingenio, hacia tintas de varios colores, con las que pintaba ya una rosa, ya un pájaro, ya, en fin, una figura humana... Pero el verdadero talento se ilustra á sí mismo, y la niña pensativa, conoció que necesibaba estudiar. Con increible constancia aprendió sola y en poco tiempo á leer y escribir tan bien como la señorita mejor educada; aunque estos conocimientos, que tantas vigilias le costaron, no le sirvieron entonces sino para hacer apuntes familiares, ó leer tal cual novelilla, lectura asáz, insípida para su delicado gusto, si hemos de juzgar por la repugnancia con que nos ha dicho las leia. Una mañana en que se paseaba por las orillas del arroyo, delirando con sus sueños de poetisa, halló junto al tronco de una ceiba un libro viejo y desvencijado. ¡Qué hallazgo! era un volúmen de las obras de san Agustin; y ved aquí la primera lectura jugosa que saboreó su espíritu. Este suceso, que hubiera sido casi indiferente para los que tenemos alguna preparacion, y la ventaja harto desaprovechada de poder leer casi todos los libros que deseamos, fué para ella de suma importancia, porque elevó el curso de sus pensamientos á una region que le era desconocida hasta entonces, despertando en ella el deseo de hacer buenas lecturas; porque selló su alma con ese espíritu religioso que se vé en la mayor parte de sus composiciones; y porque detuvo y anudó sus ardientes fantasías, señalándoles un camino ancho y ameno; á la manera que muchos arroyuelos impetuosos que bajan turbios por enriscados montes y ocultas honduras, se pintan en un manso lago para salir luego á fertilizar la llanura, unidos en un solo rio de abundante, limpia y sosegada corriente.»

A las anteriores palabras de nuestro ilustrado amigo el señor Aguiar, añadiremos que Luisa de Molina llegó á hacerse de algunos libros de escojida lectura, que varios jóvenes aficionados á las letras le remitieron desde Matanzas; que con esta ayuda, y los consejos de personas entendidas que se han apresurado á imitarla, sus facultades han tomado un desarrollo notable y que espanta á cuantos la ven y oyen, si se tiene presente que no ha salido nunca del sitio anteriormente bosquejado; y que en fin, la situacion lamentable en que se halla, y lo que su genio promete, están reclamando un pronto auxilio de la providencia, que confiamos la sacará algun dia de allí, y mejorará su suerte. Luisa de Molina tiene 27 años de edad: su talle es agraciado, su rostro pálido y trigueño, sus ojos negros é inteligentes. El conjunto que forman su modestia, talento y gracia, la hace vivamente simpática para cuantos la tratan. Aunque plagadas de defectos, harto disculpables en verdad, no podemos resistir al deseo de insertar á continuacion algunas décimas de una larga composicion de Luisa Molina, que obra en poder nuestro.

A la márgen de Moreto
tortuoso y oculto rio,
que peñascoso y sombrío
presenta silvage aspecto:
allí el divino decreto
nos inspira amargas penas
y en sus márgenes amenas
su desdicha están gimiendo
tristes lágrimas vertiendo
en sus corrientes serenas.

En su ribera sombría
y su raudal pobre y lento,
la imagen de su tormento
y de su desdicha impía;
tristezas, melancolía
por sus contornos vagando,
han pasado suspirando
con temores y esperanza,
el iris de la bonanza
siempre del cielo esperando.

Allí vi la luz primera,
allí el dolor conocí,
allí misera jemí
en situacion lastimera;
allí vi la primavera
con sus galas florecientes,
del Moreto las corrientes
y sus bellas clavellinas
y en sus aguas cristalinas
lloré lágrimas ardientes.

En la gruta misteriosa
de árboles coronada,
yo, tórtola infortunada
lloré triste y congojosa;
y en la vega silenciosa
de alta loma suave falda,
entre alfombras de esmeralda
que riega veloz Moreto,
¡cuántos amargos secretos
ay Dios esta vega guarda!

La apacible tarde llega
y un céfiro delicioso
vierte encanto misterioso
en la solitaria vega:
á la tristeza se entrega
la mente, y sin confusion,
en dulce cavilacion
envuelve el pesar profundo;
¡cuán engañoso es el mundo!
¡cómo halaga el corazon!

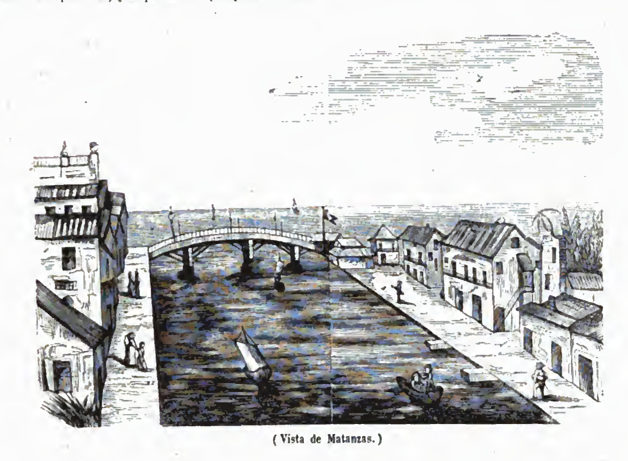
Si es dulce esta soledad,
y el céfiro aquí recrea,
y la brisa errante ondea
de plantas la variedad;
¿por qué la felicidad
aquí no tiene su asiento,
y el ánimo turbulento
en sí no encuentra reposo?
¡sentimiento misterioso
que no alcanza el pensamiento!

El lector habrá notado que en los anteriores versos brilla un tinte de suave y poética melancolía, y una facilidad que revelan buenos dotes naturales en la inculta poetisa del Canimar. Nosotros al ser los primeros que de ella hablamos en España, sentimos un verdadero placer, al par que desempeñamos un deber de justicia. Sépase cuando menos que existe Luisa de Molina.

Comprometido ya el susodicho lector á acompañarnos en nuestro viage por la isla, pudiéndose dar por muy satisfecho de no tropezar con los inconvenientes que nosotros mismos esperimentamos, y de no hacerlo por las mismas idénticas razones, nos apartamos de Matanzas y sus cercanías para ir á los famosos baños de San Diego, y los Portales delpropio nombre que representa la precedente lámina.

En el siguiente artículo daremos la categórica esplicacion de este sitio admirable, y de los baños de San Diego que tanto recomiendan los médicos de aquel pais, y de que cuentan prodijios. Nos hemos estendido mucho, y es justo suspender la narracion hasta el próximo número.

EMILIO BRAVO.



(Vista de Matanzas.)

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Castro-Urdiales es sin duda alguna la poblacion mas importante de toda la montaña de Santander, despues de la Capital. En otro tiempo fué mucho mayor que al presente, como lo demuestran algunos vestigios de casas y otros edificios, é igualmente varias ruinas de iglesias, fuera del recinto que hoy ocupa. Estrechándose cada vez mas, los acontecimientos de la guerra de la independencia le dieron el último golpe. Los franceses se dirigieron sobre esta Villa, el año de 1813; Palomini con su division italiana y Clausel con la francesa, á las que se reunió despues la del general Foy. Los sitiados se defendieron con un valor y una constancia admirables; no quisieron entregarse aun cuando conocian el número muy superior de sus enemigos mas aguerridos; hasta que, abierta brecha por los sitiadores y verificada la escalada por varios puntos, los sitiados se refugiaron al castillo, y de allí se fueron embarcando á bordo de los buques ingleses, muriendo gran parte de ellos, porque se lanzaban de una altura imponente y en medio de peñascos, cayendo en la mar sin que pudiesen ser socorridos en medio de la confusion y del tumulto. Los franceses entraron á saco; pasaron á cuchillo á muchos habitantes, y pegaron fuego á las casas, presentando la poblacion un espectáculo de horror y de sangre. En la sala de sesiones del ayuntamiento hay un cuadro bastante largo y tambien bastante mal pintado, pero que ofrece á la vista el deplorable suceso á que me refiero. Desde entonces acá se han construido casas elegantes y del gusto moderno, que forman una bella perspectiva hácia la mar, en figura de una concha bañada por las olas embravecidas y tempestuosas de la costa de Cantábria, pues este es uno de los puertos en que baten y se estrellan con mas fuerza; y á pesar de esto y de las tormentas que allí reinan por el invierno, los navegantes que no pueden arribar á ningun otro muelle ni bahía del litoral del norte de la Península, van á buscar abrigo y tranquilidad en la dársena de Castro-Urdiales, en la que se hallan con toda seguridad como en un gran estanque, y en la que se ven embarcaciones de varios portes, especialmente polacras, balandras, lugres y queches. Lo que perjudica mucho al puerto es la reunion de dos rocas escarpadas y unidas artificialmente por dos grandes arcos de piedra, que son una prolongacion avanzada sobre el mar y contigua al peñasco en que están situados el castillo y la iglesia. Aquellas aberturas dan entrada á la fuerza del oleaje, que en aquel sitio se levanta y arremolina y tambien facilita el ímpetu de los vientos que soplan con fuerza por aquella parte. Se ha tratado hace ya tiempo de cerrar dichos boquerones; se han hecho asimismo algunas diligencias para construir un muelle espacioso, en cuya obra ha trabajado un entendido ingeniero; pero creo que todo esto, como el muelle de Laredo, como la realizacion del plano de la ciudad de Vigo, como tantos otros proyectos de especie análogas, quedarán por ahora en ciernes sin llegar á su complemento. No obstante lo que llevo manifestado, Castro-Urdiales es un pueblo pequeño; la vecindad de todo el distrito municipal no pasa de unas 3000 y pico de almas. Una porcion numerosa de los naturales del pais se dedica a la pesca: hay gremio de navegantes y pescadores, compuesto de cerca de 500 individuos que tripulan 80 lanchas sin cubierta. La ordenanza vigente de matrículas de 1802, hace espresa mencion de este puerto concediendo á sus marineros matriculados un privilegio raro de que no gozan los demas de la nacion, y es que en las convocatorias de leva para la real armada, solo estén obligados á contribuir numéricamente permitiéndoles ademas la sustitucion, como se ejecuta en los quintos para el ejército. En cambio no poseen el fuero de marina como en las demas provincias; sabido es que donde quiera que un matriculado tiene que presentarse en juicio contestando á una demanda ó acusacion, lo hace ante el ayudante de marina, por via de comparecencia ó juicio verbal, ó ante el comandante del tercio naval, ó gefe del departamento segun los casos y las circunstancias. En Castro no es así; un matriculado tiene que apersonarse á responder ante el juez de primera instancia, no menos que lo haria un terrestre ó paisano.

La pesca es por consiguiente la industria principal y mas lucrativa y el comercio mas seguro de estos moradores. Suben á muchos miles los quintales de varios pescados, entre ellos de bonito que es el mas abundante, de merluza, de besugo, sardina y chicharro, que se cogen cada año; y se esportan á lomo por las recuas de los maragatos y arrieros que lo conducen á Madrid y otros muchos lugares de Castilla, en particular á Burgos, Aranda, Rioja, etc., á lo cual contribuye la carretera de Castro y Balmaseda hasta aquella ciudad. Hay fábricas de salazon, y de escabeche que proporcionan una riqueza sólida á sus dueños, que generalmente suelen ser

los mas acaudalados de la comarca, agregando á estos algunos comerciantes ó propietarios que han hecho su fortuna en América, entre quienes está repartido el dinero, y por tanto el poder y la influencia.

En los dias en que se ha pescado, se llenan despues del anochecer las fábricas de mugeres, que se ocupan hasta el alba en las labores y faenas de la limpia, escamadura, salazon y escabeche, constituyendo esto una especie de velada que incomoda á los vecinos de aquellos establecimientos, con una música vocal no nada agradable, por ser compuesta de voces un tanto desafinadas y aguardentosas, de las nereidas que nocturnamente se reunen.

Esta clase de vida es en parte la causa de que la juventud femenina de Castro no quiera servir en las casas de los particulares, sino que prefiere el trabajo en los escabeches ó el tráfico de pescado que compran fresco y le llevan á vender á los pueblos limítrofes, formando cuadrillas de 10 á 12 que caminan á paso de Luchana, contándose recíprocamente anécdotas y pasages curiosos y divertidos, acompañados de una accion tan espresiva y marcada, que pudiera servir de modelo á los que estudian oratoria: por eso ha dicho un escritor francés, que se aprendian mas figuras de retórica en una riña de verduleras, que en todos los libros de los preceptores; y eso que no sé si dicho señor presenció algun diálogo acalorado entre damiselas del rastro ó entre los personages que viven en la casa de Tócame Roque en esta corte. Y con este motivo naturalmente tengo que hacer algunas observaciones acerca de las costumbres de los habitantes de esta villa. En el ayuntamiento consta como parte de su presupuesto, la asignacion que se da al tamborilero público; lo propio sucede en casi todos los demas distritos de la Montaña. Este oficial concejil es un músico antiguo, ó un veterano de regimiento, ó un labrador, ó cualquier otro sugeto que puede cogerse aquella plaza, que poco trabajo da á quien la desempeña; circunstancia por la cual no se desecha con facilidad, sino que se pretende; cosa nada estraña en este siglo y en este pais en que la empleomania es el carácter distintivo y prominente. Sucede á veces que el tamborilero no es el mas digno, ¡flaquezas humanas!: bien es verdad que para lo que tiene que hacer, cualquiera sirve. El tamborilero tiene que ejercer su destino en los domingos y restantes fiestas de guardar. Aparece por la mañana temprano saludando á los conciudadanos que todavía se hallan en cama; á guisa de canario, tocando el pífano con su correspondiente acompañamiento; porque es de advertir que este empleado ejerce á la par dos cargos, el de tamborilero y el de *pifanista* ó flautista; él lo hace todo; aquí no hay incompatibilidad de profesiones. Cierto que no cobra por todo mas que un sueldo; no se practica lo mismo en algunos puestos y regiones, y respecto de algunos sujetos. La reunion de ambos instrumentos tocados por una sola mano y bajo una sola direccion produce mas armonía: es como un negociado que dividido en dos, se destruye su unidad y manejo, y gobernado por uno solamente, marcha mejor. Por manera que el dios Pan cumple su mision durante la mañana, con andar tocando de tiempo en tiempo y por las calles, haciendo las paradas que conceptua oportuno. Llega la tarde y entonces es cuando entra en el lleno de sus funciones: se aglomera la gente en la plaza, que es de forma bastante regular y espaciosa, delante de la casa consistorial; empieza la bulla y la algazara; se espera con impaciencia; parece que un gran espectáculo va á tener lugar; se duda si habrá una mision religiosa, ó si se presentará algun orador á perorar al pueblo. Pues nada de esto: se aguardaba la llegada del tamborilero y el comienzo del baile, entremezclado de fandango, seguidillas y zorzico; continuando los bailarines y bailarinas con entusiasmo y perseverancia hasta el toque de oraciones. La plaza se convierte en un palenque en que á porfía cada uno demuestra sus conocimientos y disposiciones coreográficos; se asemeja á un circo en el cual todos los concurrentes estuviesen picados de la tarántula. El orfeo municipal es el primer papel; á sus ecos melodiosos se mueven y brincan los jóvenes de ambos sexos, ardientes y juguetones, ó descansan y cobran nuevos brios. Entiéndase que esta diversion es única y esclusivamente del pueblo bajo, ó sea de marineros, artesanos, criadas de servicio, etc. Con respecto al baile de las señoras me ocuparé mas adelante. Con dificultad se falta al sarao de la tarde; será un pesar no asistir á él. Las muchachas abandonarán todos sus quehaceres antes que perder el baileteo dominical. Entre las tonterías y mentiras que los estrangeros dicen de nuestra nacion, recuerdo haber visto en una «Guia en España» escrita en Francia, la noticia siguiente: «los españoles son tan aficionados al fandango, que donde quiera que le oigan, empiezan á bailar aunque sea en una iglesia ó tribunal.» Esta ridícula exageracion casi podia aplicarse á la clase del pueblo de Castro, de que ahora estoy hablando.

Hay tambien dos músicas de jóvenes de la villa; una representa la aristocracia y otra la democracia: por consiguiente entre ellas existe rivalidad. Una es el partido Tory y otra el Whig; son los Guelfos y los Gibelinos; las facciones verde y azul, del imperio de Justiniano. No es posible entre ambos cuerpos filarmónicos avenencia ni reconciliacion. Es un sueño dorado, si bien un deseo laudable, pensar siquiera que desaparezca el antagonismo, la competencia y el espíritu de partido en todas las instituciones humanas; donde hay dos hombres, hay desde luego dos partidos.

Es notable que haya dos orquestas militares en una poblacion tan reducida: esto indica los hábitos y las costumbres de sus moradores, generalmente amigos de toda especie de diversiones, animados y alegres, de un carácter igual á los vascongados con quienes estan continando y mantienen mútuas comunicaciones, formando asi contraste con algunos otros pueblos de la provincia, en donde falta la agitacion y la vida. Esta aficion á la música no puede menos de influir un tanto en el trato y en el modo de vivir de las gentes: y sin recurrir á la eficacia y á los resultados de la música en las antiguas repúblicas, aun en las leyes y en el gobierno; se observa en Castro que los crímenes son raros, sobre todo el homicidio, el asesinato y otros de igual gravedad, y hasta los marineros no son quimeristas, ni se embriagan ni se dan puñaladas como sucede en otros puertos de la Península.

Los bailes de las personas de buen tono suelen instalarse en una plazuela, donde está una fuente y hay árboles enfrente á la dársena; ó sino en los soportales de la plaza mayor, sitios ambos que sirven de paseo en las noches de verano. Con bastante franqueza, al aire libre y con gran concurrencia se celebran estos *routs* á los que asisten las bellas y elegantes de la villa, y tambien las muchas personas que por la temporada de baños permanecen allí para tomar los de mar, á cuyo objeto van de provincias distantes y aun de la corte; de manera que á veces en los meses de julio y agosto trabajo cuesta hallar habitaciones y posadas en que alojarse.

A pesar de esto, el sitio para los baños de mar es poco á propósito; es una casita hecha provisionalmente de madera con varios departamentos en medio de peñascos á donde llega el agua en la pleamar; fuera de este parage apenas se encuentra otro menos incómodo lo alrededor del pueblo, puesto que por todos lados está guarnecido de peñas y rocas á cuyo pié hay una gran profundidad y las olas sacuden sus espumas con mucha fuerza. El mejor es junto al hospital, lejos de la villa, como un octavo de legua, en el arenal, en cuyo espacio pueden tomarse muy bien los baños de ola, que de poco acá se han ido introduciendo de moda.

El aspecto del océano es imponente en este puerto. Casi nunca está apacible y tranquilo; parece el alma de un hombre violento, avasallado por pasiones tumultuosas. Casi nunca se ven aquí las ondas serenas y con un movimiento dulce y acompasado venir unas tras otras á espirar en la playa. Siempre olas embravecidas, estrellándose con estrépito; ordinariamente oscuras y turbulentas como la atmósfera que reflejan. A veces despunta el dia con una mañana deliciosa; los mareantes aparejan sus lanchas para ir á la pesca, salen en formacion á modo de una flota; pero no bien se alejan del muelle, no bien doblan el peñon donde está la ermita de Santa Ana, soplan los vientos, se ennegrece el horizonte, se revuelven y se levantan las aguas, se arma la tempestad, y los pescadores tienen que refugiarse al puerto, resignándose á perder todo el dia que pensaban esplotar con sus faenas. Y las lanchas que á su partida iban ufanas con sus velas desplegadas, se retiran adentro de la dársena, en la cual quedan arrinconadas, un tanto semejantes á una familia rica y opulenta que muestra su grandeza, y que luego se ve sumergida en la indigencia y la oscuridad por algun contratiempo de la fortuna.

La temperatura de esta villa es sumamente vária; generalmente húmeda mas que en ningun otro distrito de la montaña. En los dias mas calurosos del estío, suele de repente bajar el termómetro á 18 grados, y los vientos fuertes que dominan, comunmente el Sur, son pegajosos como neblina.

Entre los objetos y monumentos curiosos deben contarse el castillo y la iglesia, ambos por su antigüedad y ésta por su arquitectura: sin embargo en este concepto no merece una atencion singular. Dicen que el castillo, llamado Castro antiguamente, dió el nombre á la villa: Urdiales es un barrio cerca de las afueras; de ahí se formó Castro de Urdiales. Dentro de la iglesia y detras del altar mayor hay una capilla, en la que se ve una hermosa efigie del Santísimo Cristo de la Aparicion, de tamaño natural, pintada al óleo, que segun los inteligentes en la materia, tiene gran mérito artístico. Al lado de dicho altar mayor hay otra capilla con la imágen del Santísimo Cristo de los Remedios, tambien de tamaño natural y de una escultura perfectamente acabada.

Entre las producciones naturales merece especial mencion el chacolí, que es de la mejor calidad que se hace en la Montaña, escepto el de Potes que le lleva ventajas, segun he espuesto antes de ahora. No obstante en el partido de Castro no es igual en todas partes; el de Sámano, Guriezo y Oriñon no es tan bueno como el de Cérdigo, Islares

y de la misma cabeza de partido. Ademas este territorio contiene muchas minas de hierro, de galena platífera y otros minerales; lo que dá motivo á que abunde tambien en ferrerías. La principal de ellas es la que existe en el lugar de Guriezo; está montada á la moderna, con hornos de fundicion y cilindros. Sirvió para la construccion de cañones del ejército de Don Cárlos y despues fué destruida. Poco tiempo há que ha sido restaurada y reedificada por una sociedad de capitalistas españoles y estrangeros, y ahora fabrica herrajes de todas clases y figuras.

Una de las distracciones mas capitales y características de esta provincia, como de todas las demas de la costa de Cantábria, es la de las romerías que se celebran durante el verano; entre las mas afamadas se cuentan la del Cármen, en las cercanías de la ciudad de Santander y en Sopeña, partido de Cabuérniga; la de San Pedro en Mazcuerras, idem; la de la Aparecida, en el partido de Laredo; la de los Mártires, en el de Ramales; la Virgen de la Balbanera, en San Vicente; y otras muchas cuya enumeracion seria prolija é interminable.

Un autor muy leido en el siglo anterior, y actualmente casi olvidado, llamaba *ramerias* á las romerias. Cierto que estas reuniones tan numerosas ofrecen motivos y recursos á la crápula y á la disolucion. Cierto que en varios puntos de España suelen concluir con palos, navajazos y aun muertes. Cierto que pueden distraer de las labores agrícolas á los habitantes de los campos. A pesar de estas reflexiones creo que las romerías en un pais pacífico y laborioso como las montañas de Santander, no causan aquellos desagradables resultados. En cambio proporcionan algunas ventajas: fomentan el tráfico y consumo de varios artículos que se crian ó manufacturan en la comarca; favorecen el trato y á la sociabilidad por medio de esos *meetings* religioso-profanos celebrados periódicamente; sirven para espaciar el ánimo y alegrarse, dando treguas á la tristeza y al aburrimiento, en especialidad para los moradores de aldeas, villorrios y caserios donde las relaciones son pocas ó ningunas. Y por último, las romerias, no menos que cualquier otro divertimiento, satisface este deseo, casi diria innato de los hombres, de bromas de todo género: el pueblo romano pedia pan y espectáculos; el pueblo español pide pan y toros; y todos los pueblos quieren regocijos sean buenos ó malos, quieren grandes asambleas, grandes juntas, ora se trate de oir á O'Connell, ora de asistir á un hipódromo ó á un circo olímpico, ya sea una compañía ambulante de animales irracionales, ya un combate de gladiadores ó de fieras. Son las horas que consagramos al solaz y al esparcimiento, para desentendernos mientras tanto y como se pueda, de las incomodidades y de los sin sabores que nos aflijen. He tenido el gusto de hallarme en algunas de estas romerías, y me han ocurrido algunas reflexiones.

Una romería es anunciada con mucha anticipacion por los aficionados. Las mugeres son las que mas preparativos hacen al efecto: una se corta un vestido; otra encarga un sombrerillo; ésta compra un lujoso pañuelo; aquella piensa estrenar unos pendientes. Hay persona que seis meses antes se ocupa en arreglar el viaje al santuario y todo lo demás que concierne al dia de la zambra; así como no hace mucho en España, que habia ciudadano que para salir de su casa y trasladarse á diez leguas de distancia por unos cuantos meses, estaba muy azorado desde dos ó cuatro antes, poniendo ropa en la maleta y despidiéndose de sus amigos. Un dia de romería es deseado, cual una jóven soltera está esperando casarse; cual un jugador querria todo el dinero que atisba en una banca; cual una buena madre pretende que sus hijas contraigan matrimonio con sugetos de provecho. Llega en fin el momento feliz de ponerse en marcha, y entonces empieza la peregrinacion por todas las cercanías. De una y otra parte van desembocando oleadas de creyentes, cuyo mayor número no se acuerda de que se dirije á rezar á un santo. Cada uno abriga sus intenciones y miras particulares; ó para tener un rato de broma, comer de campo, hacer ejercicio, etc; ó para hacer el amor á determinada prójima. Entre los paisanos la principal diversion es estar bailando con furor por espacio de horas enteras, dando sendas patadas y coces; haciendo mil visajes y contorsiones y rebuznando á su modo, segun los usos y los ritos de cada lugar. El tamborilero municipal está perenne en medio del holgorio cumpliendo su mision armónica. Cuando la romería es de tono y de fama, en tal caso las señoras tienen tambien sus entretenimientos conforme á su clase; pero si la romería es de poco nombre, entonces toda la algazara es para la gente de menor cuantía, en tanto que las señoras se contentan con estar sentadas mirando los diferentes bailes de los lugareños al son de un chirriante violin ó de una guitarra con mas remiendos que capa de pobre, de algun ciego ó antiön tronado que vive sobre el pais.

Todo esto no es incompatible con la devocion y religiosidad de muchos romeros que llevan por objeto capital adorar al santo de la fiesta. Otro de los puntos mas atendibles de esta última, es la gastronomía: fuera una cosa muy tonta descuidar esta parte de la diversion. Como decia Fígaro ¿hay que celebrar algun misterio? pues comamos; el estómago se encarga de solemnizarlo. Esto sucede en todos paises y en todas épocas. Una perspectiva variada ofrecen en la romería las mesas y las fondas improvisadas al pié de un árbol bajo la frondosidad de las ramas, á la orilla de un arroyo en medio de los calores del estío, convertida una gran robleda en un templo de Baco, en donde no se oyen sino ocurrencias graciosas, bromas ó brindis y una algazara general: es un recuerdo de las antiguas fiestas de los romanos, aunque las nuestras nada tienen de inmoral ni reprobado. Cada uno se esmera en que su respectivo banquete sea espléndido; cada lugareño hace un sacrificio en aquel dia por mas que lo pase mal en lo restante del año. Asi como en esta villa coronada es costumbre inmemorial que aun los mas necesitados han de comer besugo, mazapan y turron la noche buena, tocar la zambomba, los niños la chicharra; el dia de san Isidro comer los buñuelos; la víspera de san Juan ir á la yerbena, etc.

Hay ciudadano que no habla una palabra en todo el dia, que no hace mas que andar mirando hecho un majadero: y sin embargó dice que se divierte, como aquel que vá de máscara y despues de haber estado durmiendo profundamente, se despierta diciendo: «¡qué bromazo hemos corrido!» punto menos que el cazador á quien dejaron sus compañeros metido entre la nieve, y á las preguntas que le dirigian, contestaba: «dicen que me divierto.» En todos sitios acontece lo propio. Nunca falta en las tertulias algun títere que está reparando el dibujo del papel pintado cuando le hablan, ó que permanece como una estátua de rinconera, ó en medio de dos parejas amantes que aprovechan el tiempo, y de cuando en cuando le llaman la atencion con un «¿no es verdad, don Fulano? es V. muy amable.»

En todas las provincias del Norte las romerias se suceden sin interrupcion durante el verano, y forman las principales diversiones, así como en las del mediodía lo forman las ferias.

(Continuará).

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

El primer ayudante encontró á nuestro comandante ya vestido é inquieto por demas, asomándose de continuo al balcon de su cuarto, con signos de visible impaciencia; y fué recibido, no cual suelen serlo los encargados de tales misiones como la suya, sino como un ángel libertador. Tanta amabilidad como la de Almazan no pudo menos de sorprender al *ministril* de la justicia militar, mas habituado á las quejas y aun á las groserias de los pacientes, que á lisongeros cumplimientos; pero con sorpresa ó sin ella, porque el ayudante de plaza es una máquina impasible, significó al comandante que quedaba arrestado en su casa bajo palabra de honor, sin que por ningun pretesto le fuese lícito salir de allí hasta nueva órden de sus gefes.—«Dígale »V. á S. E., contestó Almazan, que me tiene tan seguro y mas, que »si estuviese en una fortaleza; y que no solo no quebrantaré el ar»resto, sino que á nadie recibiré en mi casa»—Perdone V., mi comandante, replicó asombrado el ayudante, pero el general no me ha dicho nada de incomunicacion.—No importa, no importa, repuso Almazan, yo me incomunico.»—El hombre tenia para ello sus razones, y no hubo quien de tal propósito le apartase.

Sotopardo estaba aun en la cama, durmiendo á pierna suelta, cuando se presentó á prenderle el segundo ayudante de plaza, quien con militar laconismo le significó la órden de que era portador.»

«Está bien, dijo despues de oirla el preso: tómese V. la molestia »de pasar á la sala, que voy á vestirme.—Lo siento, contestó el ayudante, pero se me ha mandado no perder á V. de vista ni un solo instante, hasta entregarle en la prevencion de su regimiento.

El Capitan general conocia á los hombres: contentándose con arrestar en su casa á Almazan, hacia prender severamente á don Cárlos; y la razon se alcanza fácilmente: para no batirse, bastábale al comandante el mas leve pretesto; para impedirle á Sotopardo que lo hiciese, no estaba de mas precaucion alguna.

Nuestro Capitan fué, en consecuencia, conducido á su cuartel, y preso é incomunicado por el momento.

Por lo que respecta al Marqués, que estaba tirando al florete con los que habian de ser sus padrinos cuando se le presentó el tercer

ayudante de plaza, el negocio ofreció al principio sus dificultades.

«Yo no soy militar, decia el jóven título; váyase V. por donde ha »venido, y déjeme en paz con mil de á caballo.»—«Señor marqués, »replicaba el ayudante, yo no conozco mas que mi consigna; el Gene»ral me manda conducir á V. S. á su presencia, y eso ha de ser.—»Veamos cómo, esclamó furioso el de Motril; si V. no se larga, le ar»rojo por la ventana.—Señor marqués, volvió á decir impasible el »ayudante, no empeore V. S. su causa, y sígame.—Le digo á V. que »no me da la gana.—¿Resueltamente?—No me rompa V. la cabeza, »con dos mil demonios, y váyase, vuelvo á decirle, si no quiere que »le tire por el balcon —En tal caso, lo siento, pero usaré de la fuer»za. ¡Hola, muchachos, adentro!»

El tercer ayudante, que era hombre tan ducho en su oficio, como cuerdo y prevenido, adivinando que el *señorito* opondria alguna resistencia, se habia hecho acompañar por dos ordenanzas, robustos granaderos, que á su voz y con el sable al lado penetraron en la estancia del rebelde marqués. La presencia de los dos soldados y las reflexiones de sus dos amigos los padrinos le resolvieron, en fin, á obedecer la órden del Capitan general.

Conducido, pues, á su presencia, oyó de la boca de la autoridad militar cuanto ocurria, y convencióse de que en vez de tener motivo de queja, estaba en la obligacion de agradecerle sus buenos oficios. Prestóse, en consecuencia, el Marqués á dejar á Sevilla en el acto, y permanecer ausente de la ciudad algunos meses. Por forma, mas que por otra cosa, quiso el general exigirle su palabra de honor de no batirse con Almazan ni con Sotopardo.—«En cuanto al primero, respondió el jóven, me parece que costará sus dificultades sacarle al campo; por lo que respecta al segundo, mucho me engaño si, apenas le sea posible, no me busca; y en ese caso... En fin, mi General, V. que es militar y hombre de honor, no querrá ponerme en el conflicto de faltar á mi palabra ó quedar mal puesto.»

Dióse el General por satisfecho, salió el Marqués de Sevilla, y por entonces conjuróse aquella tempestad, ó mas bien dilatóse la tormenta, pues las nubes continuaron aglomerándose, y el horizonte presentando un aspecto cada instante mas amenazador y sombrío.

Ni podia suceder humanamente otra cosa: en una ciudad de provincia el arresto de un gefe de la guarnicion, la prision del hombre á la moda, y el destierro de un marqués, no son acontecimientos que pasan desapercibidos y sin comentarios. La sociedad se apoderó de ellos como de legítima presa; recordáronse la posicion de Almazan en casa del Conde, las pretensiones no disfrazadas del de Motril, y la intimidad en que se habia visto á Sotopardo con Laura hácia el fin del baile, y se convino unánimemente en que la *coquetería* de la Condesa y el *calaverismo* de don Cárlos eran el orígen de aquel conflicto. Almazan fué considerado como víctima; el Marqués poco menos, y la irónica compasion que completa siempre la infamia de los maridos, cupo en suerte al desdichado conde de San Justo. Por abstraido que éste viviese de las intrigas amorosas y de las murmuraciones de salon; por grande que fuese en Laura su confianza, y ya entonces su fé en ella á vacilar comenzaba, era imposible que el acontecimiento á que nos referimos no le llamase la atencion; y en efecto, tanto se la llamó, que sin decir nada á su muger, fuese á ver al Capitan general, su antiguo amigo y compañero, para inquirir de él lo cierto en el negocio, al tercer dia del arresto de los dos oficiales.

Sabia el General lo que todos en Sevilla, y deploraba amargamente en el fondo de su corazon la suerte del venerable Conde: pero era caballero, y como tal incapaz de la infamia de abrir los ojos al que solo ciego podia ser dichoso, y de perder al mismo tiempo á una infeliz muger, mas desdichada que culpable, al menos á los ojos de los indiferentes, que comparando la vejez ajada del marido con la bella juventud lozana de la esposa, no podian en realidad ser jueces muy severos de la última. Toda la sociedad conspira á engañar á los maridos; y estamos casi por decir que hace bien, pues el mal de los engañados no comienza hasta que el desengaño les hace conocer su desdicha.

Como quiera que sea, el Capitan general dijo al Conde:

—Parece, amigo mio, que el marqués disputó á Sotopardo no sé si un wals ó una contradanza; que Almazan intervino torpemente para poner paz, y que de resultas trataban de batirse, cosa que yo les hubiera dejado hacer á sus anchas; pero intervinieron los *golillas*, ya tú los conoces, y he tenido que hacer el Nerón.

—¿Y esa contradanza ó ese wals (replicó San Justo ya picado de la víbora de los celos) con quién habian de bailarse? No seria estraño que fuese con mi muger.

—No lo creo, Conde; nadie ha tomado, ni en mi presencia se atreverá á tomar en boca á la Condesa: pero aun cuando así fuese, ¿Ella qué culpa pudiera tener de las locuras de esos botarates?

—En realidad ninguna: mas el mundo es inexorable con las mugeres, y sobre todo con las mugeres de los viejos.

—¿Darias ahora en ser celoso?—Serias injusto, tu muger es una linda muchacha que gusta de lucir la persona y de divertirse: nada mas natural; pero al mismo tiempo honrada y juiciosa.

—Hace bien Pepe, porque sinó.....

—Vamos, Rodrigo, un poco de juicio: á nuestros años las cosas no se toman ya de esa manera. Tu muger es buena, lo repito; solo si te empeñas en tirar demasiado de la cuerda....

—En fin, ¿tú me aseguras que no se ha hablado de ella en este lance?

—Nó, al menos que yo sepa.

—¿Tu palabra de honor?

Un instante vaciló en responder el bueno del Capitan general, porque, en realidad, constábale que, como vulgarmente se dice, todo el mundo le colgaba á Laura el milagro de aquella aventura; y dar su palabra de lo contrario era perjurio á sabiendas cometido. Sin embargo, puestas en un plato de la balanza la tranquilidad de un venerable anciano, de un amigo de su juventud, con el sosiego y acaso la vida de una muger bella, y en el otro los escrúpulos del pundonor, pesaron mas aquellas consideraciones que estos, y el General respondió resueltamente:

—«Mi palabra de honor, Rodrigo.»

Con lo cual el Conde, que por salvar la vida á su propio padre, si para ello solo resucitase, no diera en vano su palabra, retiróse tranquilo á su casa.

Almazan y Sotopardo recobraron su libertad á los quince dias de arresto, y, como de su deber era, fueron á presentarse al general.

El primero, deshaciéndose en espresiones de gratitud, añadió para terminar su jaculatoria:—Y por mi parte puede V. E. estar seguro de que en ningun tiempo faltaré á la pragmática....—Está bien, le interrumpió el General, mirándole con el mas soberano desprecio: ya eso me lo figuraba yo.»—Y volvióle la espalda.

Para colmo de ignominia, Laura, y en ello de acuerdo con su marido, le escribió diciéndole que, con el fin de evitar hablillas, creia conveniente que por algun tiempo cesase de favorecer la casa con sus visitas.

Sotopardo se presentó á su gefe con subordinacion, pero con dignidad, y fué recibido cortés, aunque severamente.

—Señor don Cárlos, le dijo el General, en poco tiempo, y tanto en la córte como en Sevilla, ha tenido V. varios lances, ruidosos todos, y quizá por la fama exagerados: es preciso que trate V. de vivir con gran prudencia, si no quiere perderse de reputacion, y aun comprometer su carrera, á pesar de las prendas de caballero y buen soldado que no pueden negársele.

—Mi General, contestó con entereza el interpelado, V. E. exagera tanto mi escaso mérito, como la fama mis desdichadas aventuras: mas, en todo caso, no olvidaré nunca ni la indulgencia con que me juzga como soldado y caballero, ni las amonestaciones de V. E.

—Lo espero así; y ahora un consejo, no de General, sino de caballero á caballero, del viejo al jóven..... Digo, si V. quiere admitirlo.

—Lo oiré, mi General, con respeto y gratitud.

—Y yo lo daré en breves palabras. Señor don Cárlos: si no quiere V. emponzoñar su vida con inestinguibles remordimientos, respete el reposo y la honra de... es inútil pronunciar nombres propios.—El caballero ha cumplido su obligacion; si sus advertencias son desoidas, el General sabrá usar de su autoridad.»

Si el General hubiera conocido bien á fondo al Capitan, omitiendo la última frase de su breve y juicioso discurso, consiguiera que el resto produjese mejor efecto: pero amenazar á Sotopardo era precipitarle en vez de contenerle.

Como quiera que sea, el lance con que sus amores principiaron, hizo cautos á Laura y á Sotopardo, que á costa del sacrificio para ellos inmenso de no verse sino muy de tarde en tarde, y eso con esquisitas precauciones, y de imponerse el martirio de tratarse ostensiblemente con la mas severa etiqueta, lograron que el público en general apartase de ellos la atencion, y hasta que se creyese que lo ocurrido en el baile no habia pasado de coquetería por parte de la Condesa, y aturdimiento por la del Marqués y Sotopardo.

Dos personas solas pensaban de distinta manera que el resto de la sociedad sevillana: Almazan y Matilde, primero unidos por los vínculos de una comun venganza, á poco por adúlteros lazos, sin amor en ella, sin mas que brutal deseo en él. Pero la naturaleza los habia formado al uno para el otro, y, amen de eso, no tardó mucho el crímen en hacer su union poco menos que indisoluble.

Matilde, pues, y Almazan espiaban continua aunque infelizmente á los dos amantes. Laura en nada habia alterado su anterior sistema de vida, mas que en desembarazarse de su obstinado pace y desdeñado adorador; Sotopardo, afectaba tambien la manera de ser de un hombre libre de todo compromiso. Esceptuando á Matilde, veíasele galante y obsequioso con todas las bellas de la sociedad; jamás faltaba á los paseos, teatros, tertulias y saraos, estuviese ó no

en ellos la Condesa; y con esta ni pasaba, ni dejaba de llegar á los limites del trato cortesano. Si se entendian ¿Cómo?— si se veian ¿Dónde?—Imposible averiguarlo: mas para Almazan y Matilde era indudable que Laura y don Cárlos se entendian y veian á solas.

Tres ó cuatro meses burlaron asi los dos amantes la vigilante y enconada suspicacia de sus dos enemigos: pero ¡á costa de cuántos riesgos y privaciones!

Habitaba el Conde una gran casa, que bien pudiera pasar por palacio, la cual constituia el frente principal, y no menos que la cuarta parte de un macizo de edificios, cuyo conjunto formaba lo que suele llamarse una *isla ó manzana de* casas. Como en Sevilla los patios son una absoluta necesidad, atendido el calor del clima, tiénenlos todas las habitaciones, y asi tambien las manzanas ocupan una superficie mucho mayor que la que relativamente ocupáran en cualquiera otra ciudad, de Castilla, por ejemplo.

Aprovechando esa circunstancia, alójose Sotopardo á espaldas del Conde, y tomando para él una casa entera, singularidad en un militar soltero que, como él era rico y los inquilinatos no caros en Sevilla, á nádie llamó la atencion. La morada del Conde no tenia ventana ni punto alguno de comunicacion ostensible con la de Sotopardo; las calles eran distintas; nunca el Capitan pasaba por la del General, tampoco se retiraba antes de pasada la media noche, ni dejaba de acudir diariamente, como lo dijimos ya, á los puntos habituales de reunion, sin perjuicio del cumplimiento de sus obligaciones militares, en que era no solo exacto sino celoso; á mayor abundamiento ibase con gran frecuencia al campo á pasear á caballo de manera que todo el mundo le viese. ¿Quién habia de sospechar que hubiese escogido aquella casa solo para entenderse con la Condesa? Ni á Almazan, ni á la misma Matilde se les ocurrió tal idea; y sin embargo era asi: Sotopardo habia hallado medio de ponerse en comunicacion con Laura sin comprometer su fama.

Las noches sin luna, las lóbregas y tempestuosas, eran para don Cárlos las únicas *buenas* del año; entonces, y cuando Sevilla entera reposaba, él, ligeramente vestido, aunque bien armado, sin que ni sus asistentes mismos pudiesen advertirlo, de azotea en azotea, salvando pretiles, escalando los desniveles, y saltando vacios que aterráran á quien su corazon y amor no tuviese, llegaba á la azotea de Laura, en donde la delicada, elegante y rica dama, le esperaba descalzo el pié menudo, y mal envuelta en una bata, y tanto mas satisfecha cuanto mas encapotado el cielo, aterradores los truenos, y abundante la lluvia; y en una corta hora de dulce intimidad, le daba á él y cobraba ella tambien fuerzas, para soportar las futuras inevitables privaciones.

Y, sin embargo, aquellos dos desdichados se creian felices: la vejez del Conde y la mala educacion de sus primeros años escluian de la mente de Laura hasta la idea del remordimiento—sí es que hay mujer que cuando de veras ama los tenga. En cuanto á Sotopardo ¿á que hombre jóven, apasionado, correspondido, y capitan de caballería, que ha hecho seis años de campaña además, se le ha ocurrido nunca escrupulizar en tales casos?—Amábanse de veras, si la suerte los colocara en otras circunstancias hubieran podido unirse legítimamente y ser felices. El Destino fué con entrambos implacable, y la moral que ofendian, vengóse con crueldad sobrada.

Tres ó cuatro meses, ya lo dijimos, pararon de tal suerte; al cabo de ellos un acontecimiento, en sí sencillo, y de la voluntad y juicio de todos los interesados en esta historia independiente, fué causa ocasional de la catástrofe que el lector conoce, si ha leido y recuerda los *Dos desenlaces de un mismo drama*.

Murió el dueño de la casa que habitaba Sotopardo: repartiéronse sus bienes entre varios herederos; tocole la habitacion de nuestro Capitan á un *quidam* que quiso vivir en ella; y como no habia escritura de por medio, tuvo el amante de Laura, muy mal su grado que desalojarla en breves dias. Tan simple suceso trastornó todos los planes de los dos amantes, porque no se halló casa, ni era fácil que se encontrase, con las circunstancias de la que perdian; y so pena de renunciar á entenderse, habia que acudir á otros medios, que no podian dejar de ser los por comunes ya conocidos, y por tanto peligrosos.

El amor es, ademas, como la ambicion y la codicia: cuanto mas tiene á mas aspira; y como, á mayor abundamiento, la fortuna los habia hasta entonces protejido, creyeron los amantes que podian contar siempre con sus favores ¡Funesta ilusion que fué causa de su ruina!

XV.

Catástrofe y sus consecuencias.

Despues de largas reflexiones y penosas dudas, escogieron Laura y Sotopardo un pésimo camino sin duda alguna, mas tambien el único para su situacion posible; que eso tiene la culpa de malo, engendrar otra y otras, hasta que el conjunto de todas acaba por abrumar al culpable.

Para evitar el que. viéndose de una manera ostensible, se fijase en ellos la atencion pública, decidiéronse á tener un confidente, y como Laura no quisiese de modo alguno ponerse á merced de sus criados, y menos aun revelar su secreto á muger ninguna de la sociedad, la eleccion recayó en el teniente de Sotopardo, buen muchacho, reservado, pundonoroso, y que profesaba á su Capitan el mas entrañable afecto. Don Rafael de Betanzos, que así se llamaba el tal Teniente, era uno de tantos hombres como en el mundo se encuentran, ni bellos ni feos, ni discretos ni tontos, ni ignorantes ni instruidos, y que pasan y se ven sin dejar huella ni recuerdo. Sales neutras de la sociedad, ni dan ni reciben olor, color, ni sabor; fondo de la tapiceria, sirven solo para destacar las figuras de la historia que aquella representa; comparsas del drama social, obran cuando se les busca, y no estorban cuando no se les necesita. Desempeñó, por tanto, su papel de correo con prudencia y puntualidad: oyendo y olvidando en seguida lo que se le decia; no procurando jamás indagar el misterio que se le ocultaba. La eleccion, pues, fué escelente, pero la correspondencia no podia ser mas que un medio para concertarse, ni el concierto tener otro fin que el de verse, de tarde en tarde seguramente, pero verse al cabo. La Condesa, por consiguiente, tuvo que alterar alguna vez que otra su método de vida; que salir sola; que detenerse fuera sobrado tiempo; y el público, que no tiene que hacer otra cosa que ver lo que no le importa y comentar malignamente lo que vé, vió y comentó, usando y abusando de su derecho.

¡Figúrese el lector si, viendo el público, verian Almazan y Matilde! En breve aquella pérfida pareja tuvo seguridad de la inteligencia clandestina de los amantes, y de que Betanzos era su confidente. Su primer plan fué hacer hablar á éste: toda la astucia del comandante se estrelló contra la honrada cautela del fidelísimo teniente.—Matilde se encargó de la segunda bateria, lanzándole sus mas espresivas miradas, prodigando para él lo mas selecto del tesoro de sus seducciones: ¡inútiles esfuerzos! Betanzos estaba enamorado en su pais; tenia empeñada palabra de casarse asi que fuese graduado de capitan, y no mirara ni á la misma Armida, si seducirle se propusiese.

En tal conflicto se dijeron Almazan y Matilde que era preciso acudir á los estremos, jugar el resto, arriesgarlo todo, en fin, ó resignarse á quedar sin venganza. Como en lo último ni querian pensar, resolviéronse naturalmente á lo primero, y hecha la resolucion pusiéronla por obra sin escrúpulo ni misericordia.

Matilde, por medio de una modista, sedujo á la doncella de su hermana, á quien desesperaba saber que su ama tenia un secreto—¿A qué criada se escapan tales cosas?—y al mismo tiempo que no se la hiciese de él confidenta. Pero la doncella no pudo hacer mas que decir que algunas veces salia sola su señora, sin periodo fijo en las tales salidas, y cada vez con pretesto diferente. Poco era eso, mas como añadió que avisaria, si le era posible, la primera vez que su señora saliese, no podemos decir que robase el dinero que fué premio de su traicion.

Por lo que á Almazan respecta, Matilde logró, y nadie mas que ella lo consiguiera, logró, decimos, y no sin trabajo, resolverle á seguir él mismo los pasos á Sotopardo.

Organizóse, en consecuencia, un sistema completo de espionage contra la infeliz mas que culpable pareja, y al mismo tiempo, por medio de anónimos diestramente escritos al Conde, sembráronse en el corazon de éste la alarma y la desconfianza.

Cada vez que en los anónimos pensamos, danos ganas de maldecir la invencion de la escritura; porque entre todas las infames maneras hasta hoy conocidas de hacer daño, ninguna mas villana, cobarde y ponzoñosa conocemos que la de los tales escritos, con deplorable frecuencia usados en nuestra moderna sociedad.

Despreciarlos, se dice, y se dice fácilmente: pero no es posible hacerlo cuando el pérfido instrumento, ó nos revela la verdad que nos estuviera mejor ignorar, ó calumnia con visos de verosimilitud.

No leerlos es el único antídoto que contra ellos se conoce; porque una vez leidos, el mal es ya irreparable.

Así el Conde, luchando consigo mismo, queriendo despreciar los anónimos, indignándose contra ellos, dominándose hasta el punto de no exhalar ni una queja, padecia sin embargo horrible suplicio; porque observando la conducta y porte de su mujer, no podia menos de decirse en toda la amargura de su corazon: «Esta Laura no es aquella de los primeros dias de nuestro enlace!»

Callaba, no obstante, padeciendo en silencio; lo cual no estorbó que el Capitan General llamase dos ó tres veces á Sotopardo para intimarle que, si proseguia comprometiendo á la Condesa, seria severamente tratado.

Don Cárlos hizo de tales amonestaciones el caso que todos los enamorados acostumbran de cuanto su pasion contraría; y abando-

uándose á ella cada vez mas, así él como Laura, hiciéronse poco menos que públicas sus relaciones.

En tal estado de cosas, una tarde ya despues de anochecido, al acudir á una de las citas de su amada, advirtiendo Sotopardo que un embozado le seguia obstinadamente, y cansándose de dar vueltas por la ciudad, sin fruto alguno, para libertarse de su persecucion, súbito giró sobre si mismo, y arrojóse como un leon sobre el importuno, derribándole con una mano el sombrero, y con la otra quitándole el embozo.

Era Almazan el que le seguia, y tanta fué la ira que al reconocer á su villano gefe se apoderó del amante de Laura, que olvidadas todas las consideraciones, tiró la espada, arrójola á sus piés, y con la vaina dió al menguado Comandante tantos y tales golpes, que le dejó por muerto en la calle.

El escándalo que semejante escena causaria en Sevilla no hay para que encarecerlo; lo que si diremos es que hizo la fortuna un milagro en que don Cárlos no perdiese entonces su empleo y tal vez la vida.

Salvóle quizá el exceso mismo de su osadia. Apenas hubo terminado el justo castigo de Almazan en presencia de un centenar de curiosos, cuando se fué en derechura á casa del Capitan General, y sin circunloquios, sin comentarios, le refirió él mismo y puntualísimamente lo acaecido.

Ya el lector habrá advertido que la autoridad militar de Sevilla era entonces persona de mundo, y que simpatizaba tanto con los hombres de honra y corazon, como detestaba á los cobardes: pero aunque en realidad aprobase la conducta de Sotopardo, no hizo poco en no mandarle en el acto formar causa, que fuera lo mismo que condenarle á muerte segun el espíritu y letra de la ordenanza.

Tomando, por tanto, un término medio, hizo que en el breve plazo de dos horas saliese don Cárlos para *Sancti Petri*, acompañado por un ayudante de plaza, y dispuso que apenas lo permitiese su estado dejara tambien Almazan á Sevilla.

Entonces fué cuando Sotopardo escribió á Laura el malhadado billete que confió á Betanzos, y que este, con mas desdicha que torpeza, puso en manos de la Condesa, tres ó cuatro dias despues de la salida de su Capitan para el castillo, y precisamente en un baile: que en uno se vieron por vez primera; en otro se pusieron de acuerdo los dos amantes; y en el tercero debia consumarse su ruina.

Laura, por lo mismo que con la ausencia de su amado tenia lacerada el alma, hubo de asistir á aquel baile; y á Betanzos que no habia osado en tales circunstancias presentarse en casa de la Condesa, parecióle la ocasion oportuna para entregar el billete.

Quiso la mala suerte que Matilde oyese al teniente decir: «Condesa, tengo un encargo para V.;» y á Laura responder: «Pues vaya V. al gabinete que yo le sigo.»

No necesitaba tanto la hija de Milagros para comprender de lo que se trataba, y furiosa con la desgracia de su cómplice, resolvió aprovechar la ocasion que la fortuna le deparaba. Buscó pues, al Conde, y en el momento en que vió que Laura se encaminaba al gabinete en que el teniente Betanzos la esperaba, díjole:—«Señor Genenearal, la Condesa espera á V. en aquel gabinete donde ahora entra, y le ruega que vaya al momento.»

Saludó el General, como dando gracias á la malvada que acababa de clavarle el puñal en el corazon; corrió al gabinete, ageno de lo que allí le esperaba; y halló, el lector lo sabe, su infamia, la muerte de Laura, y al cabo la suya propia.

Conocemos ya el lamentable fin de la desdichada hija primogénita de don Fadrique de Vargas y de la Camarista, así como el de su esposo el Conde, mas no las consecuencias que para los restantes personages de aquel triste drama tuvo la catástrofe ocurrida en Sevilla: tal es la tarea que aun nos resta por desempeñar en este segundo cuadro de nuestros estudios.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS TRES PREGUNTAS DE FEDERICO EL GRANDE.

Este monarca, cuando veia algun soldado nuevo entre sus guardias, tenia la costumbre de hacerle éstas tres preguntas: «¿Qué edad tienes? ¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército? ¿Recibes la ropa y el prés como tú deseas?» Un francés jóven deseó entrar en la compañia de los guardias reales. Su hermosa figura hizo que fuera admitido al instante; pero no entendia el aleman. Su capitan le previno que el rey le haria las tres preguntas de costumbre en cuanto le viera, y le hizo aprender de memoria, en aquel idioma, las tres respuestas que habia de dar. Pronto las aprendió, y el primer dia que estuvo de servicio, el rey, al pasar por su lado, se detuvo para interrogarle, pero invirtió el órden de las preguntas y tuvo lugar el siguiente diálogo:

—«¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército?»

—«Veinte y un años», respondió el soldado.

—«¿Qué edad tienes?» dijo el rey sorprendido al verle tan jóven y presumiendo que era imposible que hubiera llevado tanto tiempo el fusil.

—«Un año.»

Federico, cada vez mas sorprendido esclamó:

—«O tú ó yo hemos perdido la cabeza.»

—«Uno y otro, señor,» respondió impasible el soldado creyendo que era esta la tercera pregunta.

—«Hé aquí la primera vez que me veo tratar de loco á la cabeza de mi ejército, dijo Federico.» El soldado que habia agotado su provision de aleman, se calló entonces, y cuando el monarca le dirigió de nuevo la palabra, le confesó en francés que no entendia ni una palabra de aleman. Federico entonces se echó á reir con toda su alma, y le aconsejó bondadosamente que aprendiera la lengua que se hablaba en sus estados, y que cumpliera siempre bien con su deber.

El alcalde de Reims.

Pasando Luis XIV por Reims en 1666, fué arengado por el alcalde, el cual presentándole unas botellas de vino y unas peras esquisitas, le dijo: «Señor, ofrecemos á V. M. nuestro vino, nuestras peras, y nuestros corazones, que es lo mejor que tenemos aquí» El rey le dió un golpecito en el hombro diciéndole: «Así me gustan á mi las arengas.»

EL COCHERO DE FEDERICO EL GRANDE.

El cochero del rey de Prusia, no pudo dominar un dia el brio de los caballos y volcó el carruage. Federico se encolerizó en estremo y el cochero para tranquilizarle le dijo:

—«Señor, es una desgracia que siento sobremanera, pero..... V. M. no ha perdido ninguna batalla?»

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del Semanario y de la Ilustracion,
á cargo de D. G. Alhambra.



(Franklin.)

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE LA EDAD MEDIA.

LA CAZA.

La caza! he aquí la verdadera imágen de la guerra, clasificacion que la han dado muchísimos escritores. La caza de fieras ó de montería podemos decir que pierde el orígen de su uso en la mas remota antigüedad, pues el primer estado salvage á que han debido estar sujetas todas las naciones, la harian necesaria á sus habitantes para librarse lo posible de las bestias dañinas que les disputaban sus viviendas.

En el Génesis ya se hallan como aficionados á la caza á Cain y Lamec antes del diluvio y despues de él á Nemrod, primer rey de Babilonia, á Ismael y á Esaú. El primero que la trató por escrito, haciéndola un símbolo de la milicia fué Venofont, autor de la escuela filosófica eleática. Homero, el príncipe de los poetas griegos, la halla útil á los jóvenes para adquirir espíritu y robustez, y Horacio, el príncipe de los latinos, la considera retraente del amor, tenido entonces como indigno de la sociedad que solo miraba á la muger con esclavitud. El historiador Julio Polux persuadia al emperador Cómodo á que la ejercitase, manifestándole ser empleo animoso y varonil. Tulio Ciceron espresa vivamente el afan y fatigas de los cazadores, *pernoctant venatores in nive*, dice, *in montibus uri se patiuntur*; y en otro pasage: *labor inventu, sudor cursus ob eurota, fames sitis*. Virgilio, Ovidio, Séneca y Valerio nos presentan sobre el mismo objeto escenas preciosísimas en sus obras inmortales.

La historia nos cita como muy aficionados cazadores á los emperadores Domiciano, Marco Antonio y Alejandro Severo. No paraba aquí la inclinacion que tenian los romanos á la caza de monte, sino que llegaron á presentarla en el circo como una diversion pública. para ello figuraban un bosque en donde dejaban sueltos toros, osos, lobos, y otras fieras que para el caso eran traidas hasta de regiones distantes; luego saliendo los cazadores se principiaba la funcion resumida en perseguir y dar muerte á las fieras, lo que tambien alguna vez reportaba inmensas desgracias en los actores. Dice Seutonio en la vida del emperador Claudio que en las fiestas del circo romano, despues de cinco corridas de carros ó caballos, se interpolaba una *venacion*, y que concluida ésta volvian á continuar las carreras.

Es cierto que la desmesurada aficion de los romanos á la caza llegó á introducir en ella muchos vicios y mucho lujo. San Agustin la reprende en varias partes de sus escritos, ya por abandonar la obligacion á que no se debe faltar, y ya tambien por complacencia en las crueldades con que se ejecuta y por el inmoderado dispendio.

Esto último, hablando de la liberalidad, lo condena asimismo Ciceron, diciendo que el crecido gasto en las cacerias es de pródigos, no de liberales.

La caza de aves, llamada de cetreria, quizás ea mucho mas moderna; de todos modos algunos hacen remontar su antigüedad hasta Ulises que la puso en práctica al volver de la destruccion de Troya: sin embargo, los romanos apenas la conocieron y la única noticia demarcada que se conserva referente al tiempo de la dominacion de estos, es de Plinio el jóven que en el libro 10 c. 10 y 11 de su *historia natural*, hablando de las aves de rapiña, describe la costumbre de cazar con ellas en un lugar de Tracia junto á Amphípolis. Los bárbaros del norte, al invadir la Europa en el siglo V, fueron sin duda alguna los que trajeron el grande afan por la caza de aves considerada como á pasatiempo y diversion, y nadie mejor que ellos, pues sin la caza mal hubieran empleado los momentos de ocio ó los intervalos de descanso intermediados con los horrores de las batallas: ningun otro solaz ni ejercicio se hubiera adaptado con mas simpatia á su carácter violento, feroz é inculto; así es que las leyes establecidas en tiempo de su dominacion tratan de la caza muy estensamente. La 16 de entre las longobárdicas decretadas por el emperador Ludovico Pio, esceptúa de los embargos el halcon y la espada como los objetos mas preciados y usuales de los caballeros tanto en la paz como en la guerra: entre las ripuarias el precio legal de un halcon se estimaba para las composiciones en tres sueldos si era bravo y en doce si estaba domado, de donde se infiere que uno de estos últimos valia por doce buenas vacas que solo se preciaban en un sueldo cada una.

En España fué puesta en uso la caza tambien por los godos, aunque no se menciona en sus leyes. Despues de alzar don Pelayo el trono de Asturias, ya hallamos comprobado ser diversion de los reyes y grandes señores, pues la historia nos revela la desastrosa muerte de Fabila, hijo y sucesor de aquel grande monarca, quien hallándose en una caceria de monte en los de Cangas, fué despedazado por un oso que perseguia con demasiado empeño. Florez y Sandobal dicen que en el capitel de una de las columnas de la iglesia de San Pedro de Villanueva en Asturias, construida á voluntad de Alfonso I el católico, se halla entallado el trájico suceso de Fabila; mas el ilustre Jovellanos observa que despues de haberlo él mismo reconocido y copiado tiene alguna duda sobre la opinion emitida por aquellos dos historiadores, porque tales alegorias son repetidas y hasta comunes en otros edificios de aquel tiempo y posteriores sin suceso determinado. «Pero sea lo que fuere, añade, siempre servirán para confirmar que los artistas de entonces echándose á imitar cacerias en sus ornatos, representarian probablemente las que eran conocidas y usadas en su tiempo.» Otra razon hay para no seguir el parecer de los padres Florez y Sandoval y es que en el capitel de Villanueva se vé á un caballero con un halcon en la mano, lo que tiene referencia á la caza de cetreria y no á la monteria en que murió el hijo de Pelayo: luego despues si bien es verdad que se halla representado un oso peleando con un caballero, se vé claramente que este es quien le domina teniéndole clavada su espada en las entrañas. De la misma época se conservan numerosos privilegios y donaciones otorgadas por los reyes de Asturias y otros nobles principales en las que se trata de *venaciones astoreras y gavilanceras*, quedando en ello manifestado que se iba dando incremento tanto á la caza de monteria como á la de cetreria.

Alfonso el Sábio, en la ley 20, tít. 5 de la segunda de las Partidas, formaliza y recomienda encarecidamente á los príncipes y señores de su reino el ejercicio de la caza; y Alfonso XI se reconoció muy entendido en él escribiendo *El libro de la monteria*, que mas tarde publicó Gonzalo Argote de Molina, y en el cual se dá una completa reseña de la *venacion*. En el antiguo manuscrito de esta obra, que segun Jovellanos pertenecia á la cartuja de Santa Maria de las Cuevas de Sevilla, hay preciosas iluminaciones sobre el mismo asunto. Poco antes un tal Geraldo habia formado otro libro de la de *voluteria*, y otro don Juan Manuel, cuñado del citado Alfonso XI, con el título de *Libro de la caza*, que sin duda seria un tratado general de toda ella.

Estendido el uso de la caza en la edad media, y enriquecido todo lo posible su aparato, salian públicamente los reyes y grandes señores á dar batidas con numeroso acompañamiento, armados y vestidos unos y otro con lujo y espresamente. En pos iban muchos monteros, ballesteros y halconeros, adornados tambien con hermosas libreas, cuidando los sabuesos, los gerifaltes, azores y neblíes, los primeros sujetos á las traillas, y las otras en los capirotes, cubiertas de cuero que se ponen á los halcones y otras aves de cetreria en la cabeza, tapándolas los ojos para que estén quietas en la mano ó en la alcándara, y se les quita cuando son lanzadas al aire. Las trompas, vocinas y atabales llenaban los bosques de ruidosa armonia: mientras tanto los cazadores se internaban por la espesura persiguiendo á los osos, ciervos y otros animales, con los venablos, ó bien lanzando las aves de rapiña á otras mas inocentes que volateando se les presentaban. En un principio salian solo los caballeros, y en privado, resonando en los montes el áspero son del cuerno; pero en breve se introdujo la forma de que hemos hecho mencion: las nobles damas tomaron tambien parte en ello, acompañadas de sus dueñas y doncellas, y vestidas ricamente y montadas en adiestrados palafrenes hacian la diversion mucho mas grata y brillante. A propósito para las señoras se levantaban andamios en los parages de mejor vista, desde donde pudiesen admirar los arriesgados lances de los cazadores; pero luego ni casi era necesaria tal precaucion, pues privilegiadas por las costumbres de la época, que las infundian varonil animacion, seguian á los caballeros hasta lo mas enmarañado de los bosques, atreviéndose no solo á lanzar los halcones, sino el venablo, á las fieras, azuzando á los perros al mismo tiempo; y lo hacian sin melindre, sin inmutarse siquiera. «Estas monterias, dice Jovellanos, que por aparatosas y caras estaban de suyo reservadas á los poderosos se quedaron al fin esclusivas para su clase, cuando la legislacion, ampliando los derechos señoriles, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos y la facultad esclusiva de perseguir las fieras.» Esto, sin embargo, únicamente puede referirse á Castilla: hemos visto varios documentos que lo comprueban, y entre otros tenemos presente la escritura de donacion de la villa del Pinell hecha por los templarios á los habitantes de la misma en 1223, en la cual se reservan aquellos solo la cuarta parte de los osos, puercos-espines, cabras, jabalies y demas bestias silvestres que libremente matasen los vecinos cazando.

Mas amplitud que en la de monteria se daba en Castilla y Leon á la caza de aves, pues como no era posible prohibir á los villanos que criasen secretamente aves de rapiña, haciendo uso de ellas cuando mejor les pareciese, quedó esta diversion como derecho comunal, y salieron buenos y costosos halcones adiestrados por los mas infelices pecheros, supliendo al arte el ingenio y la paciencia. Sin embargo, no por ello dejó nunca la cetreria de ser ejercitada por los reyes y grandes de la nacion; antes al contrario, fué de cada dia tomando preponderancia, particularmente bajo los reinados de don Juan II y de don Enrique IV, quienes fueron en estremo apasionados á este ejercicio. Pedro Lopez de Ayala, canciller de Castilla, que murió el mismo año de sentarse en el trono el primero de los dos monarcas que acabamos de citar, ya habia llevado el arte al mas alto grado de perfeccionamiento, publicando una obra con el título *de la caza de aves, é de sus plumajes, é dolencias, é melesinamientos*, que fué dedicada á don Gonzalo de Mena, obispo de Burgos. Por el mismo tiempo se creó en palacio el empleo de halconero mayor, que fué una de las principales dignidades de la córte; el que lo obtenia mandaba á los halconeros, y á su cuidado y direccion se hallaba todo lo perteneciente á la caza de cetreria.

Las aves de rapiña que se adiestraban para el efecto eran el halcon, propiamente dicho, el coronado, el gentil ó nebli, el alfaneque y el borni, conocidos uno y otro por lanero, el marino, el sorgaleyon amarillo, el alcotan, el azor, el gerifalte, el ferre, el gabilan y otras.

De los perros para la caza de monteria ya habló Ciceron ponderando sus inclinaciones; Barron en su tratado *De re rústica* los distingue de los demás que sirven á otros usos; Ovidio determinó varias especies con sus propios nombres, y nuestro ilustre Columela al dividir todas las castas en tres clases, determina una con el nombre de *caza*.

Tanto la caza de monteria como la de cetreria estuvieron en boga hasta el siglo XV, de lo que se halla constantemente memoria en muchas crónicas; pero como todas las otras costumbres de la edad media, murió al nacer la moderna civilizacion. Contribuyó sobradamente á ello lo comun que llegaron á hacerse las armas de fuego quitando gran valor á los perros y halcones; y aun no es esto lo principal, sino que repartiéndose mas la propiedad, estendiéndose el cultivo y entrando los montes en reglamento, se destruyeron los bosques y por consiguiente desaparecieron las fieras.

José María PAULI.

LOS CABALLEROS DEL PEZ,

CUENTO POPULAR DEL REPERTORIO ANTIGUO.

Refundido por Fernan Caballero.

> En fait de bêtises, les plus grosses sont les meilleures.
>
> *Axioma francés.*

Erase una tierra en que hicieron tantos caminos de hierro, tantos canales y barcos de vapor, tantos globos aereostáticos, que las gentes llegaron á no andar nunca á pié, de lo que resultó una ban-

carota general de todos los zapateros y remendones. — El equilibrio social es como el de la tierra: si por un lado viene la mar con sus grandes tragaderas y se engulle un terreno, por otro lado lo suelta; lo que tiene es que lo devuelve bien digerido y mas seco que un esparto. — Como hace el mar, habia hecho la civilizacion al apoderarse de todas las vias de comunicacion: habia abandonado á los zapateros remendones, secos como esparto, á su triste suerte!

Uno de estos infelices víctimas de los locomotores, tiró indignado sus hormas al primer tren de wagones que se echó á la cara; sus lesnas al mas arrogante barco de vapor; su mandil al globo mas finchado; compró una lanchilla y una red y se metió á pescador. Cada vez que pasaba un vapor cerca de su vetusta lanchilla, se ponia el dueño á cantar á gritos, apropiando al caso una cancion de Arriaza.

En su lancha con valor
un remendon á sus solas,
como la roca á las olas,
así burlaba al vapor.
No pretendas, no, traidor,
que te doble la rodilla:
siempre será mi barquilla
mi solo locomotor.

Así cantaba nuestro pescador; pero en cuanto á pescado, no cogia ninguno: su desaforado canto y las paletas de los vapores los ahuyentaban todos; y habia en la mar tan pocos peces como en la tierra zapatos rotos. El remendon pensó tirarse al mar de corage, haciendo esta reflexion: — «si yo no puedo comer pescados, ellos me comerán á mí: váyase lo uno por lo otro.» — Pero la mar tenia aquel dia tan mala cara, estaba tan verdi-negra, tan toscona y groserota en sus movimientos, que nuestro zapatero de viejo difirió su desesperado intento para mejor ocasion. Tornó á echar la red, y al sacarla la sintió pesada. — ¡Ola! pensó: ¡bien hice en diferir la zambullida! — Tiró la red y sacó de ella un pez de San Pedro.

Haremos aquí una reflexion: el campo de las reflexiones es un baldío: cada cual puede pasearse por él á su sabor, sin que nadie se lo estorbe. Tenemos un amigo íntimo que cada vez que salimos con una reflexion se pone á bostezar. Pero no nos intimida por eso: — nuestra intrepidez en punto á reflexiones está á prueba de bostezo.

Llamóse el mencionado pescado por las gentes de mar *de San Pedro*, á causa de dos manchas redondas, negras, que como la impresion de los dedos del santo, conserva la especie desde el milagro de los panes y peces. — Si bien la etimología de este nombre no encierra en sí ningun devoto sentimiento religioso, ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al menos una cosa, y es que los españoles que califican las sociedades bíblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, saben de memoria el Santo Evangelio, y podrian ir á enseñárselo de viva voz á John Bull.

Volvamos á nuestro cuento. Conforme tuvo en su mano el remendon al hermoso pez, le dijo éste (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie): — «Llévame á tu casa; córtame en ocho pedazos, y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerba-buena. Dale á comer dos pedazos á tu muger; dos á tu yegua; dos á tu perra, y los dos otros los sembrarás en tu jardin.» — El remendon hizo al pié de la letra cuanto le dijo el pescado, tal fué la fé que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran mas fé y confianza en sus palabras que los que hablan mucho. A los nueve meses parió su mujer dos niños, su yegua dos potros, su perra dos cachorros, y en el jardin nacieron dos lanzas que por flor llevaban dos escudos, en los que se veia un pez de plata en campo azúl. Medró todo esto en amor y compaña maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de en casa del remendon dos gallardos ginetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos. — Eran los hermanos tan en estremo parecidos, que dieron en llamarlos *el caballero doble*, y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, despues de abrazarse estrechamente, dirigiéronse el uno al Poniente y el otro á Levante.

Despues de unos dias de marcha llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolacion, y supo que todos los años, un fiero dragon, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella jóven, y que aquel año infausto habia tocado la suerte á la princesa, buena y bella sin segunda, hija del rey. — Preguntó en seguida el caballero que dónde se hallaba la princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecia al caer las doce, para llevarse su presa. Fué el caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló á la princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de piés á cabeza.

— ¡Huid! gritó la princesa al caballero del pez cuando lo vió llegar; ¡huid, temerario, que vá á venir el mónstruo, y si os vé pobre de vos!

— No me iré, contestó el bizarro caballero, porque he venido á salvaros.

— ¿Salvarme? ¿cómo, si esto no es posible?

— Allá veremos, contestó el valiente campeon: ¿hay aquí alemanes?

— Sí, señor, respondió con estrañeza la princesa; ¿á qué es esa pregunta?

— Ya lo sabreis.

Y echando á escape su caballo partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que habia comprado en una tienda de aleman. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la princesa, puso á ésta delante, advirtiéndole que cuando estuviese cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo; dicho lo cual hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragon y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que solo le faltaba el lente para igualar á otros culebrones menos temibles que él. Cuando ya estaba cerca, la princesa, segun le habia prescrito el caballero del pez, descorrió el velo y pasando detrás del espejo desapareció á los enamorados ojos del fiero dragon que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas á un dragon como él. Frunció el gesto. — Su igual hizo lo mismo. — Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubís — no se quedaron en zaga los de su contrario que se pusieron como dos carbunclos. — Aumentóse con esto su furor y herizó sus escamas como un puerco espin sus pecas — las del otro dragon hicieron otro tanto. — Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie á no haber sido porque el amenazado, lejos de intimidarse abrió otra idéntica — Furioso se abalanzó el dragon contra su intrépido contrario, dándose tal calamochazo en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido, y como habia roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se habia hecho él mismo pedazos. — Aprovechó el caballero este momento de mareo físico y asombro moral, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al caballero del pez trayendo á ancas á la princesa mas contenta que unas pascuas y al dragon atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola de un manto de una órden de caballería.

Colegiráse tambien que tal hazaña no se podia pagar al caballero del pez sino con la blanca mano de la princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas y que yo fuí y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos dias despues de casados, que queria ver todo el palacio que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. — Hízose así, y echaron tres dias en verlo. — Al cuarto subieron á las azoteas — El caballero se quedó admirado ¡qué vista, amigo! jamás has visto tú una igual ni yo tampoco. — Se veia toda España y hasta los moros, y al emperador de Marruecos que estaba llorando por el dragon su amigo.

— ¿Qué castillo es aquel, preguntó el caballero del pez, que se vé allá á lo lejos tan solo y tan sombrío?

— Ese es, respondió la princesa, el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El caballero calló al oir estas razones: pero como era valiente y emprendedor, á la mañanita siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su sabueso y se encaminó hácia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. — Mas sombrío que una noche de truenos, mas engestado que un facineroso y mas callado que un difunto. Pero el caballero del pez no conocia el miedo sino de oidas, y no volvia la espalda sino á los enemigos vencidos: así pues tomó su corneta ó clarin y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya mas cerca ya mas lejos, ya mas suave ya mas hueco, los sonidos de la sonata — pero en el castillo nadie se movió.

— ¡Ah del castillo! — gritó el caballero ¿No hay quien atienda á un

caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero, anciano, ni page mozalvete?

¡Vete!—¡vete!—¡vete!—clamaron los ecos.

—¿Que me vaya?—dijo el caballero del pez. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

¡Ay!—¡ay!—¡ay!—gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entonces el rastrillo y asomóse la punta de una larga nariz que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja mas fea que el mengue.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? preguntó con voz cascada.

—Entrar, contestó el caballero. ¿No puedo acaso gozar aquí algun descanso en esta tarde de estio? Si ó no.

No—no—no—dijeron los ecos.

Habia levantado el caballero su visera porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que sereis atendido y bien cuidado.

¡Cuidado!—¡cuidado!—advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo: yo no temo sino á Dios.

¡Adios!—¡adios!—¡adios!—suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana.......

—Me llamo doña Berberisca, interrumpió la vieja, muy amostazada, al caballero; y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! ¡atroz! le gritaron los ecos.

—¿Quereis callar, malditos vocingleros? esclamó con corage doña Berberisca; soy vuestra servidora, prosiguió haciendo una cortesia á la francesa al caballero; y si quereis seré vuestra esposa, y vivireis conmigo aquí como un bajá.

¡Ja!—¡ja!—¡ja!—¡ja!—rieron los ecos.—¿Que me case con vos, que teneis cien años?—Esta es loca, y tonta tambien.

Bien—bien—dijeron los ecos.

—Lo que quiero, prosiguió el caballero es registrar el castillo é irme despues que haga ese examen.

¡Amen!—¡amen!—suspiraron en latin los ecos. Doña Berberisca, picada hasta el corazon, echó una torva mirada al caballero del pez, é intimándole que la siguiese le enseñó todo el castillo en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejon oscuro en que habia una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros, que la pícara Berberisca habia castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro caballero del pez que habia seguido viajando y que vino á parar á Madrid.—Al entrar por las puertas de esta corte, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real y muchos criados de palacio le rodearon diciéndole que la princesa se deshacia en lágrimas al ver lo que se habia prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

—Preciso es, pensó el caballero, que me tengan por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha cabido—callemos, y veamos en qué vienen á parar estas misas.

Lleváronlo casi en triunfo al palacio, y fácil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fué objeto por parte del rey y de la princesa—¿Con que fuiste al castillo?—preguntaba este.

Si—si—contestaba.

—¿Y qué viste?

—No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

—¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tú único y solo que jamás haya vuelto de él?

—¡Me precisa!

Cuando se fueron á acostar, pasó el caballero su espada en la cama.

—¿Por qué haces eso? preguntó la princesa.

—Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz—y al dia siguiente montó su bridon y se encaminó hácia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido á su hermano.

Llamó al castillo y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecia un pez espada.—Pero apenas hubo visto la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque la pareció que los muertos resucitaban y huyó invocando al objeto de su devocion, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella vision de carne y hueso salido de la mansion de los muertos.

—Señora senectud, le gritaba el recien llegado ¿No ha venido por acá un caballero que viste así?

Sí—sí—sí—respondieron los ecos.

—Y qué habeis hecho con ese caballero tan cumplido, tan rematado?

¡Matado!—¡matado!—gimieron los ecos. Al oir esto y al ver á la vieja que huia, el caballero del pez no fué dueño de si, corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte á parte quedándose sujeta en la espada, y como hacia mucho viento y era la vieja muy delgada y ligera se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un cohete volador.

—¿Dónde esta mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo?—preguntaba el caballero.

—Yo os lo diré, respondió la bruja; pero como voy á morir y estoy mareada de las vueltas que doy mal mi grado, no lo diré, hasta que me hayais resucitado.

—¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

—Id al jardin, respondió la vieja. Cortad siempreviva, eternas, moco de pavo, y sangre de dragon; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, preparad con él un baño en el que me metereis—y diciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesus.

Hizo el caballero todo como se lo habia prescrito la bruja, la que efectivamente resucitó, y mas fea que antes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas que parecian un colmillo de elefante.—Dijole entonces al caballero dónde estaba su hermano. Bajó al abismo, en que halló á éste y otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fué metiendo una tras otra en el caldero, y todos iban resucitando, y conforme resucitaban venia alegre el eco que era su voz, tomando posesion de sus gargantas, y lo primero que decian era: —¡maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡malvada sin entrañas! — Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se habia llevado el Dragon, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al caballero del pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se acabó de morir de envidia y de corage. Marchárónse en seguida todos á Madrid, donde fué tal la alegria general al verlos llegar, que todos los madrileños se pusieron á bailar un galop en amor y compaña, sin distincion de categorías ni de opiniones, sacando á bailar con mucha atencion *el Heraldo* á *la Nacion*, *el Clamor* á *la España*, *el Pueblo* á *la Epoca*, *el Popular* á *la Esperanza*; porque la pícara vieja que se murió de rabia era la *discordia*, y el dragon que mató nuestro héroe, hijo de ella, era la *guerra civil*.

Era de ver con qué noble y coreográfico ímpetu arrastraba *el Clamor* en sus brazos á *la España*, que llena de pudor y de decoro se sonrojaba y sonreia aristocráticamente.—Con qué furor terpsicoreano revoleteaban unidos como la Fuoco y la Guy *el Heraldo* y *la Nacion*! ¡Qué vueltas tan simultáneas y airosas daban *el Popular* y *la Esperanza*, *el Pueblo* y *la Epoca*!, ¡Qué cortesias á la francesa hacia *la Patria* al *Católico*, que correspondia á la fineza ofreciéndole un polvo de rapé!—Al ver este encantador espectáculo, los ingleses abrieron los ojos y la boca mas de lo necesario para estar bonitos. —Los franceses, llenos de envidia, esclamaron: *¡cest incroyaable!*— Los prusianos se entusiasmaron tanto, que se tiñeron sus rubios bigotes de negro para parecerse á los españoles.—El Austria, de gozo y simpatia dió un abrazo al gran Turco.— Minerva, que vió su culto olvidado y desatendido en Europa, renacer bajo los auspicios del de Terpsícore, declaró á los españoles sus hijos predilectos, y colorin colorado, cate V. mi cuento acabado.

CUARTEL DE INVALIDOS EN PARIS.

Este edificio magnífico, situado en la orilla izquierda del Sena, fué fundado por Luis XIV. El 30 de Noviembre de 1670 se empezaron los cimientos. En 1674 estaba ya el edificio en estado de habitarse por los soldados y oficiales. En 1675 se empezó la construccion de la iglesia, pero esta y la media naranja no fueron concluidas sino despues de 30 años de trabajos. Liberal Bruant hizo los planos de la iglesia y del cuartel, y Julio Hardonin Mansard continuó los trabajos é hizo tan solo el plano ó dibujo de la media naranja. La aguja que termina la media naranja está á 323 pies de elevacion. Alli existe el sepulcro de Turenne y una cúpula pintada por Cárlos Delafosse, cuyo diámetro es de 50 piés.

Esta media naranja era dorada antes, y ofrecia á la vista del viagero atónito un aspecto admirable, pero, como sucede con todos los adornos de esta clase, la vestidura esplendente de la media naranja ha tenido que ceder á los efectos destructores de la intemperie. Hoy solo ofrece á los ojos de los curiosos una masa sombria y severa que parece estar en armonia con las glorias pasadas cuyas heróicas cenizas encierra y proteje.



Cuartel de inválidos en Paris.

El cuartel de Inválidos y sus dependencias ocupan una superficie de 19,000 toesas próximamente. La fachada tiene 100 toesas de estension; está dividida en cuatro pisos y tiene 133 ventanas.

Dos salas estan adornadas con los retratos de cuerpo entero de los mariscales de Francia. En el pavellon del centro hay una biblioteca de unos 20,000 volúmenes, y en las habitaciones de la derecha los modelos en relieve de las principales plazas fuertes de Francia. El cuartel de Inválidos está destinado á recibir 7,000 defensores antiguos de la patria. Entre estos veteranos de la gloria se vé uno de mirada enérgica y penetrante, cuerpo recto y erguido y aire marcial, que tiene mas de 109 años; este resto, el mas anciano de los antiguos combates, nació en el reinado de Luis XV y ha visto nueve reinados diferentes.

La cúpula estaba adornada antes de la restauracion con 1,400 banderas cogidas en los campos de batalla. El mariscal Serruvier las hizo quemar y echarlas al Sena, pero sus restos fueron recogidos y conservados cuidadosamense por franceses dignos de este nombre, y entregados al gobierno en 1824. Se debia haber elevado un monumento para recibir en su seno estas reliquias gloriosas, pero no se ha pensado siquiera en ello hasta ahora.

La parte mas notable de este edificio y la que los curiosos visitan efectivamente con mas interés, es el sepulcro del emperador Napoleon. Pronto se va á erigir en el centro de la capilla y debajo de la cúpula un mausoleo de proporciones gigantescas para encerrar estas cenizas ilustres.

Todos los planos y dibujos están ya concluidos, y se ha traido con grandes gastos de Finlandia un monolito enorme destinado á servir de basamento al mausoleo

Este monolito cuya descripcion pomposa han hecho algunos periódicos franceses como el ejemplar mas hermoso de granito rojo que se haya conocido y mencionado en los anales de la mineralogia, no es, segun la opinion del sábio cuanto irónico M. Francisco Arago, sino un trozo de asperon rojo que no difiere de los que se hallan en el bosque de Fontainebleau mas que en el color. Llega hasta el estremo de suponer que dividido en cubos de 20 céntimetros no produciria mejores adoquines que los que forman el empedrado famoso de las cenagosas calles de Paris. Sin embargo, creemos que no se debe mirar con tanto desprecio aquel producto de Finlandia, porque es muy parecido por su calidad, y de mas vólumen aun que el celebrado trozo en que descansa la estátua ecuestre de Pedro el Grande en san Petersburgo.

Lo que ha bastado para Pedro el Grande creemos que podrá ser suficiente tambien para Napoleon, sin que por ello padezca el orgullo nacional de los franceses.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Desesperábase Sotopardo en su pabellon de *Sancti-Petri*, y llevaba ya hechas hasta media docena de solicitudes, la mas moderada de las cuales sobraba para que, en vez de la licencia absoluta que pretendia, le mandase el Ministro de la Guerra por lo menos á las islas Marianas, cuando el teniente Betanzos, obteniendo bajo cualquier pretesto una licencia de sus gefes, ó mas bien casi incitándole á ello el benévolo Capitan General, corrió á referir á su capitan con lágrimas en los ojos y angustia en el pecho, la terrible desdicha ocurrida á la Condesa.

La constitucion de don Carlos era de hierro, como vulgarmente se dice, pero Laura fué su primero y único amor sincero y profundo; pero Laura solo á él se habia rendido; pero Laura era bella, jóven, apasionada, y por él acababa de perder posicion, riquezas, libertad

y honra ¿Qué mucho, pues, que ante tamaña desdicha flaquease su corazon y su fibra sucumbiese? Produjo la fatal nueva en su ánimo el efecto de un rayo; agolpósele la sangre toda á la cabeza, y cayó, para decirlo de una vez, postrado al rigor de una fiebre inflamatoria, que por de pronto le condujo al borde del sepulcro, y que en mas de un año no le permitió salir del castillo, aunque el arresto le fué levantado seis meses antes, es decir, á poco de haber el infeliz Conde sucumbido al peso de su acerbo disgusto.

Betanzos, gracias siempre á la oculta pero eficaz proteccion que el Capital General dispensaba á Sotopardo, obtuvo la gracia de asistirle en el castillo durante su enfermedad y convalecencia; y es indudable que sin la esmerada solicitud, sin los juiciosos consejos de aquel escelente compañero, difícilmente hubiera don Cárlos salvado la vida.

Apenas en disposicion de disfrutar de su libertad, y enterado solo entonces de que Laura era viuda y por tanto libre, don Cárlos escribió á su amada, cuya residencia en el monasterio todo el mundo conocia, pidiéndole su mano y ofreciéndole toda una vida de amor y respeto, en espiacion de los disgustos que hasta entonces le habia causado.

El momento de recibir aquel escrito fué para la desdichada Condesa el solo instante de felicidad que desde el funesto baile le concedió la suerte: tan clara prueba, en efecto, de que no solo era *amada* sino además *estimada*, no podia menos de ser un bálsamo consolador para las llagas de su corazon. «¡Me juzga digna de darme su nombre, de confiarme su honra! ¡Alma noble y generosa! ¡Ya que de mi culpa deba arrepentirme, no al menos de la eleccion que hice: pero no seré yo la que abuse de tus caballerescos sentimientos, nó. Laura deshonrada á los ojos del mundo; Laura que ha asesinado con su conducta á un venerable anciano, que de la miseria la sacó para elevarla á la mas alta posicion social, es indigna de ser esposa del noble, del caballero por excelencia don Cárlos de Sotopardo. Los contados dias que de vida le restan, debe consagrarlos Laura, y los consagrará, á la penitencia, al llanto, al arrepentimiento, á implorar de la bondad divina el perdon de sus culpas, y la felicidad de su Cárlos.»

La desgracia, como se vé, habia obrado en la Condesa una sorprendente metamorfosis. ¿Quién conociera en la religiosa—porque al recibir la nueva de la muerte de su marido tomó el hábito de novicia—quién conociera, repetimos, en la capuchina de tosco sayal vestida, macerado el rostro, lívida la color, apagado el fuego de los ojos, surcadas las mejillas por el ardiente continuo llanto, á la bella, lozana, aristocrática, triunfadora dama, reina y señora en Sevilla de todos los corazones? ¡Terrible y saludable leccion pudiera ser para muchas, la de considerar como acaban, y no del peor modo posible, los estravíos de una sociedad que se llama culta porque es corrompida! Pero ¿quién se acuerda de la muerte cuando la vida comienza?

Laura, en resúmen, contestó á la carta de Sotopardo con otra, tan sentida, tan melancólica, tan tierna y apasionada al mismo tiempo, que el pobre enamorado creyó perder el juicio al leerla. Mas la resolucion de permanecer en el convento, y profesar en su religion que Laura le anunciaba, veíase que era tan honda y sincera, que en vano fuera intentar disuadirla de ella. Resignóse, pues, don Cárlos, y pretendió solo, aunque tambien vanamente, ver todavia una vez á la que idolatraba: «No (le escribió Laura); no, Cárlos, no debemos vernos: ofenderíamos á Dios inútilmente, porque cuando mi arrepentimiento no fuese tan sincero y doloroso, como lo es en realidad, gracias al cielo, la vergüenza sola bastaria para que jamás desistiese de mi irrevocable resolucion de terminar la vida en el cláustro. Olvídame, si puedes, ó conserva mi recuerdo como el de un fugitivo ensueño: tu Laura, la que amaste, la que te sedujo por su belleza y juveniles atractivos, ya no existe, se desvaneció como los poéticos fantasmas de tu imaginacion ardiente. La que hoy te escribe es una desdichada que viste el áspero cilicio, consumida mas por el dolor que por el ayuno, y que lleva ya clavado en el pecho el puñal que ha de terminar sus dias.—Felicítame, Cárlos: mi suplicio no será largo: estoy *ética*, y en vano con mal entendida caridad, pretenden aquí todos ocultármelo: estoy *ética*, y antes de dos años habré comparecido en presencia del juez supremo. ¿Quiéres que con la pesada carga de mis culpas, no emplee siquiera el poco tiempo que me resta en prepararme para responder de ellas, de la vida del Conde, y de tu propia desdicha?—No: Cárlos, no: tú que eres bueno y generoso, no puedes querer que á una existencia tan dolorosa como la mia, siga una eternidad mas cruel todavia.—Olvídame, pues; déjame llorar en paz, si olvidarme no puedes; y cree que mi último acento será tu nombre, porque solo de haberte amado, no acierto á arrepentirme.»

¡Olvidarla! Nunca menos que entonces: si Laura en el apogeo de la social ventura le pareció seductora, Laura con el cilicio, y arrastrándose en el polvo, y previendo á sangre fria su próxima muerte, y llorando su flaqueza sin renegar de su amor, se mostraba á sus ojos y era, en efecto, sublime: pero Laura tenia razon; la nobleza ingénita de los sentimientos de Sotopardo, impuso silencio hasta á sus quejas, y comprendiendo que no le era lícito interponerse, como el ángel de tinieblas, entre la pecadora arrepentida y la misericordia del Hacedor supremo, aceptó en silencio su parte de aquel cáliz de amargura.

Solo se permitió acudir á Inés, la hermana de la Condesa en Moron casada, que apenas tuvo noticia de las desgracias de Laura se habia apresurado á verla y consolarla, para que ella dijese á la víctima que tambien su cómplice gemia, que tambien él y para siempre renunciaba al amor y sus delicias. Cumplió Inés fidelísimamente tan triste encargo, y por su conducto recibió Sotopardo la última prueba del amor de Laura, su magnífico cabello de que fué despojada al pronunciar en el templo sus definitivos votos. Depositada aquella prenda de un amor infeliz, en un magnífico estuche, fué inseparable compañera del desdichado don Cárlos *el malo*, hasta el dia de su muerte.

Al ocurrir la de Laura, hubo un momento de recrudescencia en las penas de don Cárlos: pero como la sublimidad del arrepentimiento de su amada habia, por decirlo así, inoculado al amante, en breve degeneró su dolor en una melancolía profunda, pero resignada, de la cual jamás curó, ni curar quiso nuestro Brigadier completamente.

Volvamos ahora, que ya dimos fin á la triste historia de los amores de la condesa de san Justo, á tomar las cosas en el punto mismo en que las dejamos al salir de Sevilla Sotapardo.

La paliza, la palabra es vulgar y cruda, pero la única propia en tal caso, la *paliza*, pues, por Almazan recibida, fué tan de mano airada, tan solemne, tan pública, que en primer lugar, costó al paciente ocho dias de cama, y un consumo de estopas y aguardiente para *bizmarse* mas que razonable. En segundo lugar, y no sabemos qué es peor aun para un menguado como el comandante, Sevilla entera dió en llamarle el *apaleado*; y la oficialidad de su regimiento, desde el coronel hasta el último alférez inclusive, resolvió unánime y lo verificó, en efecto, presentarse al Capitan General á declararle que, no permitiendo el decoro de el cuerpo ni el de cada oficial en particular, que continuasen alternando con un miserable de tal especie, suplicaban á S. M. ó que á Almazan separase del servicio, ó que se dignára admitirles á todos sus despachos que á entregar estaban prontos.

La cosa era grave, pero no absolutamente peregrina: la oficialidad española, ni aun en los tiempos del mas descabellado absolutismo, ha consentido nunca en alternar con hombres sin honra; y nosotros hemos visto durante los famosos diez años cejar alguna vez la prepotencia de generales y aun de ministros, ante la actitud firme, si bien subordinada, de oficiales pundonorosos, resueltos á todo menos á degradarse.

El Capitan General, pues, que ya desde el instante en que tuvo conocimiento de aquel desdichado lance, habia dispuesto que el *apaleado* saliese provisionalmente de Sevilla, contestó al coronel del regimiento, en presencia de toda la oficialidad: que como militar y caballero no podia menos de simpatizar con los honrados sentimientos del cuerpo; que él tampoco se prestaria nunca á alternar con un gefe sin pundonor; que en fin, en el fondo, su solicitud era justa: pero que la forma le parecia exagerada y cuando menos prematura. Ya su autoridad habia puesto lo ocurrido en conocimiento del Rey, por la via reservada del ministerio de la Guerra, y solicitado la separacion del comandante, sin perjuicio del castigo que en interés de la subordinacion era indispensable imponer al capitan Sotopardo. ¿A qué, pues ofrecer los reales despachos? ¿Quién mas interesado que S. M. en el decoro de los oficiales del ejército?

A tales razones respondió el Coronel, que la oficialidad no habia dudado ni un solo instante de la rectitud y acertadas providencias de S. E; y que estaba aun mucho mas lejos de osar tanto que á las sábias miradas del Rey pretendiese adelantarse, pero que en interés del cuerpo no habia podido menos de dar aquel paso, del cual la prudencia del General haria el uso que estimase oportuno.

Conciliados así todos los estremos, quedó Almazan irrevocablemente condenado por el momento, y tanto que á vuelta de correo se recibió real órden separándole del servicio activo, prohibiéndole residir en la Corte, sitios reales, y treinta leguas en contorno, y confinándole á Badajoz. Con respecto á Sotopardo, gracias, en primer lugar á los buenos oficios del Capitan general, y á influencias ocultas que espontáneamente trabajaron á su favor en la córte, limitóse el castigo á imponerle seis meses de prision en Sancti-Petri, y á que á su término quedase tambien separado del servicio activo, hasta que *con su buena conducta*, se hiciese de nuevo digno de ingresar en las filas del ejército.

Permítanos el lector que insistamos en que fué don Cárlos mas que blandamente tratado, pues segun las leyes penales del ejército,

cuando la cabeza salvase, debió de costarle el empleo y algunos años de presidio el atentado de apalear á un oficial superior en graduacion á él, y además gefe en su propio cuerpo.

¿Y Mendoza, preguntará alguno, cómo se condujo en aquel suceso? Como á su muger le plugo, le contestaremos; porque el menguado no tenia voluntad propia.

Matilde no amaba á Almazan, pero si veia en él un cómplice ya en la pérdida infame de su desdichada hermana, y un hombre además por su bajeza y cobardia tan á propósito para secundarla en sus torpes habituales intrigas, como capaz de perderla, quitándole la máscara el dia en que se presumiese abandonado.

Asi que, por interés y por cálculo á un tiempo mismo, resolvió serle fiel en tan critica ocasion; y para empezar era preciso que Mendoza no tomase parte en la cruzada universal contra el apaleado, y eso sin comprometerse tampoco personalmente.

Dificil parecia conciliar tales estremos, mas, como Matilde no era muger que se ahogaba en poca agua, supo conciliarlos sencillamente, haciendo que su marido, fingiéndose enfermo, se metiera en la cama, y se diese de baja para todo servicio el dia mismo de la paliza por Almazan recibida. Un médico complaciente, de los que nunca les faltan á las mugeres bonitas, apoyó utilisimamente aquel engaño, diciendo dia y noche desde el campo de Tablada hasta la Campana, que Mendoza padecia un *Tiphus* horrible y *contagioso*, con lo cual los curiosos limitábanse á llegar á su puerta, sin pretender siquiera la entrada.

Los capitanes del regimiento, sin embargo, diputaron á uno de ellos para que fuese á comunicarle lo resuelto; pero Matilde, revistiéndose de una armadura á prueba de bomba, de amor conyugal, deberes de esposa, etc. etc., defendió la puerta del cuarto de su marido, como el dragon de la fábula el Jardin de las Hespérides, y aun con mejor fortuna, pues no halló un Hércules que la venciese. Sotopardo estaba preso.

Entre tanto un agente, sin duda tan hábil como poderoso, y sobre todo activo, conseguia en Madrid y remitia á Sevilla á correo tirado, una real licencia por un año para que el capitan Mendoza pasase á *restablecer su salud* al punto que mejor le conviniese, inclusa la Corte, y apenas recibida la órden desapareció el matrimonio de Sevilla, sin ver á nadie, sin anunciar su partida á alma viviente, fuera de Almazan, mal trecho aun por sus dolores, aunque con menos honrados pensamientos que el ingenioso hidalgo manchego en el caramanchon de la venta, despues de habérselas habido con el moro encantado en forma de arriero.

Madrid fué el punto que para restablecer la *excelente salud* de Mendoza escogió Matilde; y ya que en la Corte estamos de vuelta despues de nuestra larga escursion á Sevilla, quizá no les pese á los lectores que averigüemos la vida y paradero de Milagros y consortes, á quienes al salir nosotros de la coronada heróica villa dejamos abandonados á su suerte.

Para Milagros la pérdida de Sotopardo fué lo que para el avaro la de su última moneda. Cuando á una muger jóven se le vá un amante, por amado que sea, el amor propio queda á salvo; el reemplazo es posible, la venganza fácil, tómese ó no se tome: mas para la jamona, y sobre todo para la jamona en su postrer periodo, la infidelidad ó la ausencia del objeto de sus últimas ilusiones es la muerte social, y muerte como la del paralitico, que, por decirlo asi, se sobrevive á si mismo. Quédale á la infeliz ese plazo tan breve como angustioso, en que agostándose los ya maduros encantos de su otoño, progresa el hielo de la vejez, como la marea, sensiblemente; y entonces cada dia es una congoja, cada cana una herida, cada arruga una afrenta. Por eso se aferra la jamona desesperadamente á su último galan, por eso suele ser hasta feroz en sus postreros amores.

Milagros, sin embargo, no desmintió el resto de su vida en tan critica ocasion: impasible en las apariencias, aunque en realidad volcánica, resignose á la marcha de Sotopardo á Sevilla; y si, cuando Matilde la escribió los amores con Laura del seductor capitan, destrozaron su alma los celos, consolose con la no quimérica esperanza de que estando su hija en la ciudad reina del Guadalquivir, caros pagarian algunos momentos de efimera felicidad la Condesa y su favorecido galan.

Entre tanto, al abrigo de la proteccion del reverendo fraile que conocemos de oidas á lo menos, de acuerdo y á medias con él, constituyóse en agente de negocios, especulando, ya se dijo, tanto con la *gracia* como con la *justicia*, ó mas propiamente dicho, con el *temor* y la *injusticia*. Milagros los hacia tales, que por lo prodigiosos bien pudieran servirle en su dia para canonizarse: ya el reo convicto era absuelto; ya el pleito inicuo se ganaba; ora el abogado de bohardilla se convertia en corregidor; ora el comerciante quebrado en intendente. El lúnes una linda pretendiente obtenia para su sexagenario esposo un destino en América, á condicion de dejarla á ella en la córte; y el mártes un marido celoso alcanzaba el destierro de algun galan importuno, sin mas delito que el de sus pocos años y muchas gracias.

Impasible en los negocios, como al comerciante conviene, la Gitana no tenia mas criterio para juzgar de si eran buenos ó malos, que el interés que de ellos reportar podia. «Tantos pasos que dar, »tantos obstáculos que vencer, y tantas influencias que conquistar, »valen tanto dinero. ¿Me lo dan? Trabajo. ¿No me lo dan? Me estoy »quieta, ú obro en sentido contrario al que se desea.» Tal era su fórmula invariable.

Asi, mientras en Sevilla ocurrian los referidos sucesos, Milagros, prosperando rápidamente, era ya casi rica, vivia con independencia, comodidad y hasta lujo, y comenzaba á figurar en la sociedad madrileña, bajo el supuesto nombre de la baronesa de *Ramaseca*. Entonces, como ahora, al que vive, figura, gasta y triunfa, pocas personas en Madrid se tomaban el trabajo de averiguarle la alcurnia.

En tal estado se encontraba cuando á Madrid regresaron Mendoza y Matilde

Ni la madre ni la hija deseaban mucho reunirse, pero en cambio tampoco enemistarse abiertamente: Milagros necesitaba que Matilde no revelase los sucios misterios de su vida pasada y presente; Matilde que Milagros callara tambien en cuanto á ella, y sobre todo que no destruyera su posicion social. Asi, pues, de comun acuerdo vivieron separadas, viéndose con frecuencia, pero de ceremonia, y ocultando su intimo parentesco; á lo cual Mendoza se prestó tanto mas fácilmente, cuanto que, á pesar de su ceguedad por Matilde, ser yerno de una gitana no era lo que mas podia lisongearle.

Casi es inutil consignar aqui que Milagros fué la secreta influencia que templó los rigores del gobierno para con Sotopardo, y eso no solo por tierna reminiscencia, sino por armarse para lo futuro con aquel servicio importante, pues el Capitan era hombre agradecido, y la madre de Matilde muger que no renunciaba facilmente á sus proyectos.

Tampoco la muger de Mendoza estaba, ni mucho menos, curada de su afecto á don Cárlos; y con todas las esperanzas que legitimamente debian inspirarla su juventud, belleza y habilidad, aspiraba á recoger la herencia de la hermana á quien traidoramente habia inmolado. Por consiguiente, aprobó con callar, la conducta de su madre; y en vez de apresurarse á terminar los negocios de su marido, dióles largas, en la prevision de que mas tarde ó mas temprano habia Sotopardo de parar en la córte.

Por residir en ella pugnaba Almazan, escribiendo á su amada carta sobre carta, mas entreteniale Matilde con buenas palabras, sin perjuicio de lograr que se diese órden á las autoridades de Badajoz, punto de la residencia del comandante, para que vigilándole muy de cerca, no le permitiesen de ningun modo salir de aquella capital de Estremadura.

XVI.

Ir por lana, etc.

No era solo Almazan quien vanamente importunaba á su amada para que le consiguiese el permiso de residir en la córte: don Fadrique de Vargas, proscrito ya, no solamente como afrancesado, sino además como tahur de profesion, mas que sospechoso de falsificacion de letras, y lo que entonces era peor, como agente subalterno de una conspiracion, cierta ó falsamente supuesta, contra la vida del rey Fernando VII: don Fadrique de Vargas decimos aspiraba sin embargo á regresar á Madrid, ó á que Milagros en la emigracion se le reuniese.

«Lo primero, decia en una de sus cartas, comprendo que sea di»ficil, aunque no imposible para la muger hábil que ha sabido en»lazar á nuestra hija con un hombre de buena familia, rico y capi»tan, á pesar de la bastardia que mancha su cuna, y de las aventu»rillas un tanto arriesgadas de su primera edad. Tú, Milagros, te »has hecho influyente y rica desde que yo, por tí principalmente »perdido, desciendo rápidamente á los mas hondos abismos de la »pobreza y de la degradacion: justo será que hagas ahora por mí al»go de lo mucho que yo hice por tí, cuando tú eras la pobre Gitana »predestinada al lupanar y á la galera, y yo el Magistrado noble, ri»co y de envidiable fama.—La mezquina pension que me has seña»lado basta apenas para subvenir á mis primeras necesidades: por »cierto que ayer perdí al juego el trimestre que acabas de enviarme, »y es preciso que á vuelta de correo vuelvas á librarme su importe. »Mas aparte de todas esas consideraciones, y conociéndote como te »conozco por la mas infernal de las hembras de la especie humana, »ya sabes que eres, como has sido siempre, mi único, mi ines»tinguible amor. Te sacrifiqué á mi muger, como te he sacrificado »mi honra; por tí he abandonado á mis dos hijas; á la tuya he con-

»sentido que ahora inmole á una de ellas—porque estoy seguro »que Matilde es quien ha asesinado á Laura — por tí estoy pronto »aun á todo menos á renunciar á tí.—Trata, pues, ó de que yo va»ya pronto á tu lado, ó de venir tú al mio.—Ya me conoces: reso»lucion que tomo es irrevocable: para llegar al fin que me propongo »nunca reparo en los medios.»

Milagros, que en efecto conocia bien á don Fadrique, no pudo menos de estremecerse al leer las últimas frases que transcritas dejamos; porque el oidor no era hombre que amenazase en vano, ni se parase en escrúpulos para conseguir el fin que se proponia.

Y, sin embargo, no era posible por el momento llevarle á Madrid, ni menos abandonar la córte para reunirse con él.

A lo primero se oponia, en primer lugar, la repugnancia que desde sus relaciones con Sotopardo inspiraba á la Gitana su antiguo y viejo amante; repugnancia tan natural que no ha menester esplicaciones. En segundo lugar, el fraile no queria tener quien dificultase su trato con la penitenta, y aunque la bajeza del ex-oidor era á tal punto llegada que no se dudaba de que, conociendo la cuenta que le traia, cerrase complacientemente los ojos, con todo eso, así Milagros como el reverendo, además del estorbo, temian la sanguijuela insaciable, y lo ocasionado á escándalos de los vicios de la embriaguez y del juego que á don Fadrique dominaban. Pero sobre esos dos obstáculos de primer órden descollaba otro casi invencible, á saber: las causas de la proscripcion de aquel mal hombre, cada una de por sí sobrado grave para dificultar su indulto hasta lo sumo; las tres juntas, realmente superiores á toda la influencia de que disponian los dos cómplices.

Quedaba el arbitrio de que Milagros marchase á Francia: pero á eso el Fraile oponia su reto soberano; y ella el temor á reunirse con el hombre aborrecido, apartándose del amado, y para sumirse además de nuevo, para siempre, y saliendo de una vida cómoda, en la mas espantosa miseria.

Todo bien reflexionado acordaron Milagros y su director espiritual dar á don Fadrique esperanzas, aunque remotas, de conseguir su indulto; demostrarle que no era difícil; que la marcha de Milagros equivalia á renunciar á ellas, y á condenarse entrambos á la mendicidad; y por último á prometerle un aumento no despreciable en su pension, siempre que por su parte se comprometiese á tolerar resignadamente su destierro.

Contra toda probabilidad don Fadrique respondió aviniéndose de plano á cuanto se le proponia, y, lo que es mas, reconociendo que la impaciencia de estrechar en sus brazos á la que amaba, le habia hecho ser demasiado exigente.

La primera impresion que en Milagros causó tan juiciosa y sumisa respuesta, fué un estremecimiento de pánico terror; nunca son los malvados mas terribles, en efecto, que cuando mas inofensivos aparecen: pero luego se dijo que el aumento de la pension deslumbraba al oidor; y luego.... luego..... Sotopardo acababa de volver á Madrid, y el deseo de cautivarle otra vez en sus redes, absorvió completamente su existencia.

Tambien Matilde supo la llegada de Sotopardo; y tambien ella se propuso reconquistar aquel corazon rebelde: Almazan pagó los primeros gastos de aquella guerra.

La licencia de Mendoza, bien hallado con la holganza, de prórroga en prórroga iba entrando en su tercer año, y el sufrimiento del comandante agotándose en Badajoz, cuando el último recibió de Matilde una carta en que le decia:

«Un sacrificio mas, amigo mio, que será tomado en cuenta el dia de las compensaciones. Imposible conseguir que sea V. colocado por ahora en España: menos que se le permita volver á Madrid. Todo lo que ha podido lograrse con indecible trabajo es que, en su propio empleo, se le destine á V. á la Habana, y la promesa de que pronto volverá con ascenso á la península. Si yo, que soy quien mas padece, he aceptado tal partido ¿podrá V. rehusarlo? No lo creo, y vuelvo á decir que todo se le tomará en cuenta el dia de las compensaciones. A Dios, mi corazon vá con V. etc. etc.»

Duro era el *partido*, pero Almazan sentia que, para su fama en el ejército todavia se le trataba con favor escesivo: resignóse, pues, y partió para la Habana, jurando por todos los Dioses del Olimpo, que no habia de tener reposo hasta perder á su implacable apaleador.

Desembarazadas así la madre y la hija de aquellos de sus amantes que estorbarlas podian, y recatándose esmeradamente la una de la otra, asestaron sus baterias al infeliz Sotopardo, á quien la reciente muerte de Laura habia causado impresion tan honda, que sus mas íntimos amigos le encontraban en la calle sin reconocerle.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LUIS XIV Y EL ALMIRANTE DUGUAY-TROOIN.

Luis XIV rey de Francia se divertia mucho con oir al almirante Duguay-Trooin referir las acciones en que habia tomado parte. Un dia que este marino célebre contaba los pormenores de una accion en que habia mandado un navio llamado *la Gloria*, dijo:

—«Mandé á *la Gloria* que me siguiese.....»

—«Siguió,» le interrumpió el rey sonriendose.

CHAPELAIN Y RICHELIEU.

El cardenal de Richelieu compuso una comedia y rogó al escritor Chapelain que se declarára como autor de ella.

—Prestadme vuestro nombre, le dijo el cardenal, y os prestaré mi bolsa.

EL TASSO Y EL ARIOSTO.

Un caballero napolitano tuvo catorce desafíos para sostener que el *Tasso* valia mas que el *Ariosto*. Este entusiasta del *Tasso*, cuando estaba muriéndose, esclamó dolorosamente: ¡Ah, y sin embargo no he leido ni uno ni otro poeta!



Virgen de la Concepcion que existe sobre la puerta de los Leones en la catedral de Toledo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 30.

Sé pulcro y económico, y la fortuna te mimará.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





VISTA DE UNA ENTRADA DE ARNEDILLO.

La pintoresca vista que encabeza estas líneas, es de una de las entradas del pueblo de Arnedillo, en la Rioja, famoso por los escelentes baños que se hallan á poca distancia de él, y á los cuales dá su nombre. La naturaleza parece haberse complacido en reunir todas sus bellezas en este precioso punto de vista, que mas que como una realidad se presenta á la vista como un capricho de un pintor de paises.

EL MUSEO DE ARTILLERIA EN PARIS.

No es este un museo como otro cualquiera, y este dulce nombre griego, de etimología divina, no conviene al fronton de este edificio severo; los pintores, los escultores, los poetas que al ver la primera palabra de la inscripcion pasaran la puerta, volverian á pasarla bien pronto, porque no hallarian á la entrada ni el sarcófago antiguo, ni la esfinge del antiguo Egipto, ni la estátua de noble ademan, guardianes ordinarios de los templos de ídolos pacíficos, de los *Museos*. Hallarán en su lugar cañones colocados en fila, montones de balas y bombas, cadenas de hierro de toscos eslabones, en fin, todo lo que constituye la sombria y amenazadora tristeza de las plazas fuertes. Pero que vaya en cambio á visitar Paris un bárbaro, un salvage, un gefe de tribu, y mirará con indiferencia los dioses de mármol y los cuadros del Louvre, prefiriendo siempre la grotesca imágen de su ídolo, ó las toscas pinturas de su rodela; mas al entrar en este arsenal inmenso se escita su curiosidad, se enciende su semblante, se anima su mirada, alarga la mano para manejar aquellas armas desconocidas, y no pedirá de todos los tesoros, de toda la pompa y opulencia que encierra la capital de Francia, mas que uno de aquellos pabellones de fusiles y sables para llevársele al desierto y distribuirle entre los atónitos individuos de su tribu.

Es indudable que al hallarse en aquel templo de la guerra, el instinto belicoso innato en el hombre, que está adormecido por los hábitos pacíficos, pero que un cañonazo, un toque de clarin bastan para alarmarle, se despierta sobresaltado con todo su fuego vivo y febril. Esta consagracion de la muerte, esta apoteosis de la destruccion, concluye por fascinar con la mágia de sus terrores. Todos los instrumentos terribles que han confeccionado las fraguas de la guerra en el espacio de 3,000 años, estan reunidos allí: nada falta en aquel trofeo universal, al que cada siglo ha llevado su arma familiar; uno su flecha, otro su lanza, otro su hacha, otro su cañon. De campo en campo de batalla, desde Bouvines hasta Waterloo, se ha ido desarmando á los muertos pieza por pieza de sus armaduras para colocarlas en aquella *Walhala* heróica. Allí, glorioso y justo privilegio, la herida adorna, la mutilacion decora, la espada que no tiene mas que un trozo de hoja, la bandera que no es mas que un andrajo, el casco que no es mas que un pedazo de hierro abollado y enmohecido, ocupan el sitio mas distinguido y honroso, el coronamiento del trofeo; la armadura es como el soldado: las cicatrices le honran.

La primera sala llamada *Sala de las armaduras* evoca los recuerdos y pone en accion la estrategia de la época feudal, con una especie de fantasmagoria teatral de originalidad poderosa y fascinadora. Una fila de caballos esculpidos ocupa toda su longitud, y estos trotones pacíficos estan montados por maniquíes de aspecto feroz, cubiertos de pies á cabeza con armaduras que han sido de reyes ó príncipes. La ilusion no puede ser mas completa. Desde la cimera del

casco hasta la uña del caballo, lo cubre todo el hierro. En el centro cabalga, con la lanza en la cuja y la espada al costado, la armadura de Francisco I, es decir, una de sus armaduras, porque aquel rey caballeresco usaba sus armaduras como jubones, y las ha sembrado á trozos en los campos de batalla de su época. A su alrededor, en pié y formando hileras, estan colocados espectros de hierro cuyas cabezas son yelmos, los pechos corazas, las piernas mantingalas, las manos manoplas: parece que está pasando una revista en Marignan. Esta reconstruccion del hombre armado de la edad media es de un efecto raro; hace resucitar las batallas de aquella época terrible en toda su originalidad bizarra y salvage. Estas estátuas espantosas de hierro debian dar un prestigio formidable á los que las revestian. ¡Al estar frente á frente con ellas en la matanza de la accion, se debia creer que no se combatia con hombres! Y cuando el vencido caia cediendo al impulso vigoroso de uno de ellos, y sentia su espuela raspar rechinando su coraza, debia comprender que no le quedaba otro recurso que tender su garganta con resignacion á la punta de la espada, porque la visera de su casco estaba alzada y el vencedor no tenia ojos ni oidos; no era un semblante humano lo que tenia, sino una máscara impasible de metal; ni los gestos suplicantes ni los angustiosos gritos penetraban aquella ceguera y aquella sordera de hierro.

Algunas veces la escultura trabajaba aquella masa inerte y la daba una forma bestial ó fantástica, como para hacerla mas terrible aun. Hay un casco en aquella sala que representa una cara de una hediondez grotesca y terrible á la vez. La visera de otro tiene una prolongacion en figura de canalon de tejado; á la altura de la boca, se entreabre el hierro formando una figura espantosa. Hay una armadura llamada *Armadura de los Leones*, porque todas sus piezas terminan en cabezas de leon, de manera que la cabeza del que la llevaba desaparecia bajo el mascaron del animal feroz. Hay otras blasonadas que ostentan en relieve toda la coleccion fantástica de animales que se ven en los escudos, como unicornios, dragones, leones *marinados*, que son leones cuya parte posterior es una cola de pescado, águilas, etc. Esto prueba que el vestuario era digno de las tragedias que se representaban. Por lo demas, el capricho variaba en todos sentidos estos adornos; unas veces eran violentos y feroces, otras veces graciosos y llenos de coquetería, porque el triste vestido de hierro admitia tambien el lujo y la pompa. Hay algunos cuyos cincelados recorren todos sus contornos como el lapidario que graba una alhaja. Hay una armadura, que aunque pertenece ya al siglo XVI, es decir, al tiempo en que ya la artillería acababa de destruir las panoplias feudales, trata de imitar en sus adornos las modas nuestras de aquella época. Los pesados broches que la cierran por delante tienen forma de botones, los adornos figuran las cuchilladas que se usaban entonces en los jubones, y es muy curioso ver el macizo hierro parodiar pesadamente las ondulaciones y la elegancia del terciopelo. En otras armaduras, el corte es verdaderamente marcial y heróico. Francisco I llevaba en Marignan, para que le conocieran mejor, una coraza recamada de flores de lis y de carbunclos. Era como un blanco de oro que hacia relucir en lo mas fuerte de la pelea para atraer los mandobles y las flechas de los combatientes. Considerada bajo su verdadero punto de vista, esta opulencia belicosa tenia por objeto el fascinar. Los soldados del tiempo de Napoleon recuerdan el prestigio que le daba á Murat el trage estravagante de rey sarraceno del Ariosto con que se enmascaraba los dias de batalla.

Pero lo que sorprende y desconcierta mas las ideas, es la altura colosal de aquellos trages de hierro. A primera vista se resiste la imaginacion á creer que cabezas humanas hayan podido soportar aquellos cascos, y que haya habido miembros que hayan podido revestir las diferentes piezas de aquellas armaduras. Sin embargo, la reflexion ayuda poco á poco á comprenderlo: la amplitud del yelmo, por ejemplo, se esplica por la necesidad en que se veian de dejar un intervalo entre la cabeza y el hierro del casco, intervalo que ocupaba la larga cabellera recogida, y algunas veces un capacete de malla, pues de lo contrario un solo golpe de maza dado con fuerza, al abollar la cimera del casco hubiera roto el cráneo como una cáscara de nuez. Lo mismo sucedia con la coraza y las demas piezas que se mantenian á cierta distancia de la carne para dejar á los guerreros la movilidad posible en sus ademanes y gestos. La costumbre hacia lo demas. Desde el principio de su noviciado militar vestia el caballero la armadura para no quitársela ya; crecia con él, y modelaba sus miembros gradualmente para que soportara la opresion de su corteza de hierro, que concluia por convertirse en una segunda epidermis mas sólida que la natural. La constitucion misma de la feudalidad imponia aquella etiqueta rigida y continua de estar armado de piés á cabeza. La caballeria con los votos que hacia pronunciar, con los privilegios que concedia, era una especie de sacramento, un sacerdocio militar y belicoso cuya vestimenta sacerdotal era la armadura, y tan cierto es esto, que tenia como la iglesia su excomunion, ceremonial terrible al que se asociaba la religion. Cuando un caballero habia faltado al honor, se le hacia subir á un cadalso; el verdugo le arrancaba su armadura pieza por pieza con una lentitud siniestra; empezaba por el casco, que tiraba al suelo diciendo: «¡Este es el casco de un cobarde!» y este anatema lúgubre acompañaba al despojo sucesivo del guerrero degradado. Entonces el heraldo de armas preguntaba tres veces á la turba del populacho con una ironia aterradora: «¿quién estaba delante de él?» Tres veces nombraban al caballero, y tres veces negaba el heraldo, y decia: «Eso no es cierto: aquí no hay ningun caballero; solo hay un cobarde y un perjuro.» Al mismo tiempo los curas salmodiaban alrededor del cadalso el canto de difuntos como si estuvieran alrededor de un catafalco, porque estaba bien muerto, muerto para su rey, para su raza, y para su patria; y aquella ejecucion de su honor equivalia en el concepto de todos á la ejecucion de su cuerpo. La armadura era, pues, un símbolo consagrado por el blason, como la cruz y las iniciales de la inscripcion del Golgotha consagran la casulla y la dalmática. Un cronista refiere una historia tan estraordinaria que parece una leyenda. En una guerra que hubo en el Hainaut, una banda de caballeros encontró una turba de pecheros que venian contra ellos armados con horquillas y palos, y por no rozar sus corazas con los toscos vestidos del paisanage ni cruzar sus lanzas y espadas con los instrumentos de labranza, prefirieron morir, suicidándose la banda entera por inercia. Su pesada caballería hizo alto, y se dejó derribar fila por fila, inmóvil como un peloton de estátuas ecuestres, sin que saliera una lanza de su cuja ni una espada de su vaina. Aquellos despojos nobles de las batallas son como una parte de la historia de la caballería, y esta idea aumenta el interés que inspira su vista.

Imposible nos seria dar una idea exacta de la pertenencia de cada armadura y cada casco de los que encierra aquel arsenal inmenso, aunque no tan rico en curiosidades como la Armería de Madrid, á pesar de los saqueos que ha sufrido; nos contentaremos con indicar la armadura de Enrique III, la del duque de Guisa el *Acuchillado*, la del condestable de Montmorency, la del duque de Mayenne, y la de Federico V el Conquistador, rey de Bohemia. Hay una allí que seria una reliquia inestimable para los franceses, si fuera cierta su autenticidad; es la armadura de Juana de Arco. Pero desgraciadamente los arqueólogos contradicen aquella tradicion seductora, lo cual es muy sensible, porque seria muy grato el poder tocar con un respeto piadoso la coraza bajo la cual latió aquel corazon virginal y heróico, la armadura casi milagrosa de aquella hada, de aquella santa, de aquella Clorinda de la historia de Francia.

Hasta ahora hemos hablado de las armas defensivas y resistentes del guerrero; ahora describiremos el confuso trofeo de armas ofensivas que encierra la sala siguiente. Despues de la pluma del águila y de la piel del leon, necesitamos las garras y las zarpas.

La primera es la espada, la mas noble, antigua y universal de todas las armas, el arma que decidia y concluia las batallas, el arma de la pelea general y del combate singular, el símbolo del mando y del heroismo. Para el caballero, la espada era el talisman de su vida y de sus privilegios; ella le habia hecho ser lo que era. El espaldarazo de su hoja consagraba su recepcion en la milicia gloriosa, como el bofeton simbólico que da la mano del obispo consagra la concesion de uno de los sacramentos de nuestra religion. Una vez ceñida á su costado, no la dejaba ya: se constituian en compañeros inseparables. El hablaba en nombre de ella, obraba por ella. El lenguage metafórico de aquella época habla de la espada como de un ser viviente. Frecuentemente se la bautizaba con un nombre marcial y sonoro. La espada de Carlomagno se llamaba *la Placentera*, la de Rolando *Durandal*, la de Oliveros *Hauteler*, la de Reinaldo *Ardiente*, la del Cid *Tizona*. Bayardo habló á la suya despues que armó caballero á Francisco I. Algunas veces tenian una divisa grabada en la hoja. Estas divisas eran generalmente súplicas ú oraciones; *In te Domine speravi*, se lee en una de ellas; en otra, *Ne movear in terra ad dexteram Jehova*; en otra, *Ave Maria*. Su empuñadura en forma de cruz era como un crucifijo militar que los paladines heridos de muerte abrazaban al espirar. Un prestigio religioso estaba unido á aquella arma de las luchas supremas y últimas.

Esta parte del trofeo que hay en el Museo es de una riqueza inmensa. Se pueden contar casi sin interrupcion todas las edades y metamórfosis de la espada, desde la espada Franca de los primeros reyes, hasta los sables de honor del Imperio y de la Restauracion. Algunas de ellas son verdaderas reliquias guerreras; se conoce la de Francisco I, rendida en Pavía á las tropas españolas y entregada por Fernando VII á los franceses. Las de Cárlos IX, Enrique IV y Luis XIV llaman tambien la atencion por las evocaciones reales que suscitan en la imaginacion. Citaremos tambien un recuerdo precioso de una costumbre sencilla y tierna del tiempo de la caballería: son dos espadas gemelas, fabricadas simétricamente, de manera que pueden entrar juntas en una misma vaina; sus hojas reposaban asi una al lado de otra como en un lecho fraternal. Habrán pertenecido probablemente

á dos de aquellos hermanos de armas que como Clisson y Du Guesclin, se juraban una alianza armada y vigilante. Desde entonces dormian en una misma tienda, cuartelaban sus escudos, confundian en uno solo sus gritos de guerra, y eran el uno para el otro una rodela encantada, una armadura viva, y la muerte sola tenia la facultad de romper esta fraternidad militar.

La espada es casi la única arma ofensiva que la edad media ha legado á los tiempos modernos. Las otras armas proporcionadas á las luchas gigantescas, al inmenso cuerpo á cuerpo de las batallas de aquel tiempo, asustan por su aspecto bizarro y feroz; se las ve casi sin poderlas comprender. Allí estan aquellos espadones gigantescos de hojas ondulantes que aclaraban los batallones como si fueran sierras dobles; aquellos látigos de guerra, de correas apretadas, que arrebataban á los ginetes de las sillas y los tiraban á tierra á impulsos de su pesada flagelacion; aquellas *misericordias* que, puesta su punta en la garganta del guerrero vencido, le obligaba á decir su nombre; aquellos arcos desmesurados cuyas cuerdas nos desollarian hoy las manos al quererlos tender; aquellas mazas de armas que de un solo golpe hacian entrar el hierro del casco en el cráneo; aquellas picas de 12 pies. No es esto todo: en la edad media, todos los instrumentos agrícolas abandonaban sus pacíficas labores para ir á la guerra. La hoz de las cosechas segaba lo mismo los pelotones de hombres en una pelea, que los manojos de espigas en los sembrados; las podaderas de la vendimia cortaban lo mismo las manos de los hombres y los corvejones de los caballos que los sarmientos de las viñas: finalmente, como hemos dicho antes, los látigos de los carreteros con alguna pequeña reforma, se convertian en látigos de guerra qua mataban y deshonraban á un tiempo. Todo el aparato agreste de los georgios está allí transformado en trofeo de armas mortíferas, como una parodia terrible.





Armas asiáticas y africanas salpican bizarramente aquel trofeo caballeresco. Ya sea que las naciones bárbaras inventen estas armas ó las imiten, las dan una forma y un aire que las hace distinguir entre todas: el Asia las hace magníficas, el Africa terribles. Asi es que por una parte se admiran los magníficos sables de Damasco con empuñaduras guarnecidas de perlas, y que producen vibraciones sonoras cuando se les toca como si fueran instrumentos de música, reflejándose la luz en sus hojas como una agua límpida y tranquila; aquellos khandjiars turcos con sus vainas de pedrería, que hacen recordar las venganzas nocturnas de los harems; aquellas lanzas indias cuyos hierros se separan en tridentes brillantes y dorados; aquellas aljabas del Mogol recamadas de esmeraldas, y herizadas de flechas guarnecidas de plumas de pavo real; en otro lado la Oceanía y el Africa ostentan á nuestra vista los *rompe-cabezas* de sus negros; los *scalps* de los salvages y aquellas dagas ó *kryts* del Malabar, ondulantes y venenosas como serpientes, cuyos mangos estan esculpidos y representan grotescos ídolos. Las civilizaciones y barbaries antiguas son generalmente estacionarias, y han rechazado casi siempre las ofertas y los adelantos de la Europa; es probable que no cambien nunca sus mitologías sensuales ó feroces por la religion de Cristo, y que no abandonen su soñoliento letargo ó su vagamundez nómada para abrazar la vida normal, activa y regular de nuestras ciudades. Pero si rechazan el crucifijo del misionero, y aun algunas veces el fardo del mercader, en cambio, ¡con qué avidez tan furiosa se echan sobre las armas de los soldados europeos! No fué necesario mucho tiempo, en la edad media, para que la Turquía, que no era nacion todavía, sino caravana, y que interponia entre la Europa y ella su Coran y su cimitarra, adoptara el descubrimiento de Bertoldo Schwartz (1); desde el sitio de Constantinopla, vemos á Mahomet II batir en brecha los muros de aquella ciudad con una artillería prodigiosa, de que nadie tenia razon entonces. Hoy en dia, los salvages del mar del Sur y de la América del Norte se matan unos á otros con carabinas inglesas; pronto el cañon á la *Paixhans* pasará el Oceano y le oiremos tronar en las guerras de los rajahs indios con los reyes de Abissinia. Solamente el soldado chino hace girar aun la ruedecilla del arcabuz primitivo detrás de su mampara de 600 leguas.

RASGO HISTORICO.

TENTATIVA DE ASESINATO CONTRA JOSÉ I DE PORTUGAL: ESPULSION DE LOS JESUITAS (1758).

La misteriosa singularidad de este suceso, las personas que en él se vieron comprometidas, la horrenda pena que sufrieron, y la parte que tocó á los jesuitas, forman un episodio muy notable entre los muchos que la historia de Portugal refiere. Destina la providencia á cada siglo un trabajo en la inmensa obra del progreso; los operarios varian, pero el arquitecto y el fin son inmutables. En el pasado tocó muy de lleno su vez á los reyes; aquel siglo inaugurado con una guerra dinástica y concluida por una revolucion aciaga á tantas dinastias, fué impelido en su marcha por los monarcas que in-

(1) Fraile aleman que inventó la pólvora.

vocaban el auxilio de los filósofos. La campaña principal se mantuvo contra el poder eclesiástico, y señaladamente contra los jesuitas, ejército que llegó algo tarde al campo de batalla. Como á los antiguos templarios culpábaseles de muchos crímenes; cometieron al menos *graves faltas* haciendo frente al movimiento y tomando la apariencia de conspiradores, tan fácil de creer en corporaciones esclusivas y poderosas cuando entran mano en los asuntos políticos. Agrupáronse pues en su daño muchas antipatías, y vinieron á ser espulsados entre el grito de maldicion que repetia el épico brasileño José Basilio de Gama.

«Vai filha da ambizao, onde te levan
ó vento é os mares; possam teus alumnos
andar errando sobre as aguas; possa
negarlhe á bella Europa abrigo é porto.»

Este espíritu de la época hizo que José I diese su confianza á Sebastian José de Carbalho y Melo, despues conde de Oeiras y marqués de Pombal, que trató ahincadamente de desentorpecer á la nacion por los medios de mando absoluto puestos en voga entre los hombres de gobierno á ejemplo de Richelieu. El temple de su alma se reveló cuando la catástrofe de Lisboa. «¿Qué hemos de hacer?» esclamaba aterrado el rey. «Enterrar los muertos y pensar en los vivos», le contestó el ministro. Brillante fué su administracion: el comercio, la industria, la marina, la agricultura, la instruccion se mejoraron, no sin tener que arrollar obstáculos; y para ese fin de desembarazar el camino trató Pombal de humillar á la nobleza, y declaró guerra sin treguas á la Compañía. Imponente esta por sus riquezas, temible por la fuerza de su ciega disciplina, inspiraba profundos recelos á todas las córtes, y mas á la de Lisboa, exasperada por la resistencia que opuso al cambio de la Colonia del Sacramento con el Paraguay. Estaban pues, frente á frente los enemigos, buscando el futuro marqués una ocasion propicia de aniquilar á los suyos, é intrigando ellos para derrocarlo. La familia de los marqueses de Tabora era de las que mas resentimientos abrigaban, por haber perdido el valimiento que en el reinado anterior disfrutára á la sombra del padre Gaspar de la Encarnacion. Luego se añadian piques entre ellos y Carbalho, cuya alianza desecharon, y ofensas de honor por la condesa jóven, á la que el rey visitaba con frecuencia. El jesuita Malagrida servia de oráculo á los descontentos; y el jesuita Malagrida *que en el seno de su madre hacia llorar á los querubines que la acompañaban*, y que contaba otras visiones por el estilo, estaba muy lejos de simpatizar con el hombre árbitro del gobierno.

Tales andaban las cosas y los ánimos, cuando en la noche del 3 de setiembre de 1758 salió el rey á visitar á la condesa de Tabora, acompañado de su confidente Pedro Tejeira. La noche era oscura, y á través de sus sombras se divisaban varios grupos colocados en el espacio que mediaba entre la estremidad setentrional de la quinta llamada *del Medio*, y la meridional de la titulada *de Arriba*, por cuyo camino acostumbraba el rey á recogerse. Apenas habia doblado el coche la esquina de la primera quinta, cuando un hombre salió de improviso, y encarando al cochero la boca de un trabuco ó carabina amartilló sin que saliese el tiro, visto lo cual aguijó aquel los caballos é hizo que partiesen al galope. Otros dos hombres que un poco mas abajo se habian ocultado en el boqueron de un muro, salieron velozmente tras del carruaje, sobre cuya espalda hicieron fuego. La carga que era de municion gruesa, acribilló la caja, hiriendo al rey en la parte esterior del hombro y brazo derecho hasta el codo, y causándole varias lesiones en la interior por donde pasó rozando con el pecho. Aturdido el cochero no acertaba á tomar resolucion; pero el rey le mandó retroceder y marchar á toda prisa á la casa de su cirujano. Mientras tanto reuníanse en las tierras inmediatas al camino los agresores, y refiere el proceso que uno de ellos (el marqués de Aveiro) esclamó rompiendo su carabina: «Válgate el diablo, que cuando yo te quiero no me sirves.»

Guardóse por de pronto el mayor sigilo: solo se escuchaba ese sordo rumor que siempre llega al público hasta en las cosas mas reservadas que ocurren en el recinto de los palacios. Súpose por fin que los principales miembros de las casas de Aveiro y Tabora habian sido encarcelados, instituyéndose para juzgarlos un tribunal llamado de *inconfidenza*; y que se le habia concedido la terrible facultad de *poder estender las penas merecidas, de modo que tuviesen la posible proporcion con las execrables y escandalosas culpas que se imputaban á los reos.*

Los acusados fueron doña Leonor de Tabora, marquesa de ese título, de belleza célebre y alma varonil; su marido, antiguo virey de las Indias; Luis Bernardo, su hijo, marqués jóven; José María, hermano de este; el duque de Aveiro José Mascareñas, cuyo apellido han hecho célebre algunos versos de Camoes; don Gerónimo Ataide, conde de Altouquia, y otros cuatro que figuraban como agentes subalternos. La sentencia, que contiene un ámplio resumen del proceso, declara la complicidad de los jesuitas, y señaladamente de los padres Juan Mattos, Francisco Alejandro, y Gabriel Malagrida. *Prometian los religiosos*, dice, *indemnidad al reo en la ejecucion de aquel infernal parricidio, opinando que no pecaria ni levemente.* Preciso es confesar que la doctrina de algunos miembros de la Compañía daba márgen para creerles capaces de semejantes máximas. El ódio exageraba en verdad, pero ellos ofrecian tambien mucho campo á los ataques. Francisco Javier Damiens, su pensionista y discípulo, habia herido al rey de Francia en 5 de enero del año anterior. ¿Era pues, estraño que se hiciese pesar sobre ellos la responsabilidad directa ó indirecta de tales atentados? Decíase, probablemente sin fundamento, que habian hecho cundir á estilo de profecía, el anuncio de hallarse próxima la muerte del monarca portugués; y tambien lo que es mas cierto aun cuando no sirva de prueba en contra suya, que los de Roma tuvieron noticia exacta del suceso, al mismo tiempo que la legacion declaraba ser la indisposicion del rey efecto de una caida.

La sentencia de aquella ruidosa causa dá como plenamente demostrado el delito: los pasos de los reos, sus ocultos móviles, sus conciliábulos, el dinero que cada uno habia aprontado, el punto donde se compraron las armas... todo se refiere allí y especifica. Y eso no obstante, ¡cuántos motivos hay para dudar de la exactitud de un proceso que respira crueldad y encono, —del mérito de conjeturas vagas y falibles que se equiparan á la evidencia, del valor de confesiones arrancadas por el tormento! Merced á esto ha llegado á ponerse en duda el hecho mismo; no hay empero fundamentos para negarlo. Mas difícil es afirmar si fué efecto de una conspiracion con miras políticas. Cualesquiera que fuesen los reos, el plan no tenia estensas ramificaciones; y tal vez á resentimientos privados se unieron solapadamente miras de mayor trascendencia.

Pronuncióse por fin el fallo en el palacio Ntra. Sra. de la Ayuda, en junta de 12 de enero de 1759. Algunas líneas bastarán para que se forme juicio de su atroz severidad. «Condenan, dice, al reo José Mascareñas á que como uno de los tres cabezas ó gefes principales de esta infame conjuracion, y del abominable insulto que de ella se siguió, sea llevado con soga al cuello y público pregon á la plaza del lugar de Belem, y que en ella en un cadalso alto, que estará levantado de suerte que el castigo sea visto de todo el pueblo, á quien tanto ha ofendido el escándalo de su horrible delito, *despues de ser roto vivo, quebrándosele las ocho canillas de las piernas y brazos, sea puesto en una rueda, para satisfaccion de los presentes y futuros vasallos de este reino, y que despues de hecha esta ejecucion sea quemado vivo...»* *Geme offendida á natureza*, debe esclamarse con el épico antes mencionado.

Parecida fué la suerte de los demas: solo á doña Leonor de Tabora, *por algunas justas consideraciones* (relevándola de mayores penas) se la condenó únicamente «á morir de muerte natural para siempre, separándole la cabeza del cuerpo, el cual despues será reducido á cenizas.»

El anciano Malagrida, entregado á la inquisicion, vino á perecer en la hoguera: la Compañía fué espulsada en 3 de setiembre de aquel año. La carta que con este motivo dirigió el rey al cardenal patriarca de Lisboa, contiene una larga y poco templada enumeracion de quejas: «En estas indispensables circunstancias tengo determinado (dice por conclusion) que los sobredichos regulares corrompidos, lamentablemente estraviados de su santo Instituto, é incapacitados manifiestamente por tantos, tan abominables, y tan inveterados vicios de volver á la observancia.... sean pronta y efectivamente exterminados, desnaturalizados, proscritos y espulsados de todos mis reinos y dominios, para que nunca puedan volver á entrar en ellos.» (1)

Tal fué el desenlace de un suceso, cuyos graves pormenores son hoy poco conocidos. El vapor de aquella sangre, el humo de aquellas hogueras anubla algo la memoria de Pombal, hombre nacido para el mando, y cuyas reformas estensas, si bien prematuras, no olvidan los portugueses.

Muerto José I, su hija doña María mandó reveer la causa de la conspiracion, y en 3 de abril de 1781 fueron los antiguos reos declarados inocentes «por los mismos jueces (refiere M. J. Denis) que firmaron la sentencia de condenacion!»

A. GIL SANZ.

(1) Estimulado de causas urgentes, justas y necesarias «*que reserva en mi real ánimo.*» Asi hablaba en idéntico caso nuestro buen Carlos III.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

No era facil, en verdad, adivinar al bullicioso, intrépido, seductor capitan, en el hombre de aspecto melancólico, sembrada la cabeza de prematuras canas, desfigurado el rostro por cárdenas ojeras, huyendo de las gentes, dejándose codear impunemente, y vistiendo con un desaliño estremado, aunque sin tocar ni de lejos en la falta de limpieza.

Vagaba por las calles y paseos de Madrid huyendo de si mismo, como los espectros de los insepultos, segun las paganas creencias, por las orillas del Egetonte. Habiale Laura, al espirar, impuesto el precepto no solo de vivir, sino de procurar reconciliarse con la vida, y cumplialo severa aunque dolorosamente.

«Cárlos, dijo la moribunda religiosa á su hermana Inés, en cuyos brazos exhaló el último suspiro: Cárlos es un hombre escepcional, que se debe á su pais y á la humanidad entera, y que al saber mi muerte es capaz sin embargo de cualquier atentado. Dile que, como se lo tengo ofrecido, mi postrer pensamiento es para él y sin remordimiento alguno, porque mi antiguo amor, espiado está con el sacrificio de mi vida, y el que tengo ahora no ofende al Criador. Dile que no trate de vengarme; dile que viva; dile que se consuele; y dile que no renuncie ni á ser dichoso, ni á hacer la felicidad de una muger honrada. Cárlos será el modelo de los maridos, y yo desde el cielo, á donde ir espero por la misericordia divina, velaré por él, si cumple mis últimos votos.»

Pocos instantes despues espiró Laura, y no muchos dias tardó Sotopardo en saber aquel su amante testamento de los labios de la escelente Inés, modelo de amor fraternal, como de castas esposas.

Deseando morir, érale preciso resignarse á la vida; y en literal supersticiosa observancia de la postrimera voluntad de su amada, en vez de estarse en la soledad que su corazon apetecia, andaba don Cárlos, como dijimos, vagando cual sombra sin cuerpo, de calle en calle, de paseo en paseo, de reunion en reunion.

Indiferente á todo, sin alegrarse nunca, siempre melancólico ¿Cómo no habia de llamar la atencion pública? ¿Cómo no se le habia de calificar de un original sin copia?

Asi fué, en efecto, y á su primera y no buena reputacion, se agregó la de estravagante de mal género; porque el mundo, con su habitual benevolencia, dijo que no contento don Cárlos con haber perdido á la Condesa, y deshonrado á su esposo, causando la muerte de entrambos, queria llevar el escándalo mas allá de la tumba, singularizándose con su afectada melancolia.

No hay cosa como cobrar buena fama, ni juicios tan imparciales y caritativos como los de la culta sociedad.

Durante algun tiempo, sin embargo, como era pública la destreza en las armas de Sotopardo, y su valor notorio, abstúvose todo el mundo de demostrar en su presencia el mal concepto en que se le tenia; pero, habiendo observado los inteligentes que habia completamente desaparecido su antiguo caracter quisquilloso, y que se le codeaba y pisaba, ó se le quitaba la palabra de la boca, sin que se diese por entendido, estendieron la voz de que al leon se le habian caido las uñas.

Sin embargo, las primeras que osaron acometerle fueron las mugeres, temibles cuando osan, porque precisamente su debilidad las hace implacables. Poco á poco, de pulla en pulla, pasaron á las indirectas; de ellas á los sarcasmos; de ahí, en fin, al desprecio sin rebozo. Al mismo compás, los *leones* del gran mundo, entonces llamados *petimetres*, y adviértase que la tal raza se hace siempre justicia buscando el nombre que la distingue fuera de la lengua española; los *leones*, decimos, al compás de sus hembras, fueron sucesivamente empleando la pulla chocarrera, la indirecta del padre Cobos, el sarcasmo desvergonzado, y el desprecio insultante contra el triste don Cárlos, quien, sin dignarse fijar en ellos ni en ellas la consideracion, proseguia concurriendo á todas partes, porque tal era la voluntad postrera de su Laura.

En tanto Milagros y Matilde simultáneamente, aunque cada una segun su posicion, medios y carácter, no perdonaban arbitrio ni ocasion para reconciliarse con Sotopardo.

Ya se hacian las encontradizas; ya, cuando todos le huian, le buscaban ellas; ya por medio de billetes misteriosos le citaban; ya con amenazas querian asustarle. Todo fué inútil: don Cárlos vivia solo para la memoria de Laura; y no hallando recurso ni la madre ni la hija, convenciéronse de que solo el tiempo podia sacar á aquel hombre de la atonia moral en que se encontraba.

Para Matilde la cuestion de tiempo solo exigia paciencia; mas para Milagros la dilacion era la muerte, porque la vejez se iba de ella apoderando á pasos agigantados.

En tal estado de cosas llegaron á Madrid dos personages de los episódicos de esta complicada narracion; pero que episódicos y todo provocaron una crisis decisiva en la vida de Sotopardo.

Fué el uno su Teniente y amigo Betanzos, á quien negocios de ajustes del cuerpo llevaban á la corte; y el otro, que de regreso de un viage á Paris aparecia en Madrid, el famoso duelista marqués de Motril.

La primer diligencia de Betanzos fué buscar á su antiguo capitan; mas al contemplar su lastimoso estado cayéronsele las alas del corazon. Sin embargo, y por lo mismo, acompañole mas que nunca, tanto que llegaron á hacerse inseparables, y á ser asi llamados en Madrid.

En cuanto al marqués que aun no habia podido digerir ni el wals que no bailó, ni su destierro de Sevilla, constituyóse naturalmente en gefe de la cábala contra don Cárlos, y con aplauso universal de la buena sociedad anunció el propósito de arrojar de ella á tan mal caballero, indigno en todos conceptos de alternar con gentes que se respetasen á sí mismas.

Digamos que en Matilde, muy popular en el gran mundo por su belleza, elegancia y aventuras, y que aunque muger de un simple capitan tenia derecho á figurar en los altos círculos, por la familia y caudal de su marido, halló el marqués un aliado celoso y ardiente, tanto mas ardiente cuanto mas ofendida la tenia la reciente indiferencia á sus *avances*, no equívocos por cierto, del desventurado proscripto.

Dispuestos de tal modo los ánimos, capitaneados los hombres por el marqués de Motril, y las mugeres por Matilde de Mendoza, faltaba solo para vengar la *moral ultrajada*, dando al culpable el golpe de gracia, una ocasion oportuna; y como esa se deseaba con ansia no podia tardar en presentarse.

Presentóse, en efecto, y pronto; digamos cómo.

En aquel tiempo la reunion mas elegante, culta y escogida de la corte, era la de la Duquesa del Puente de Oro, magnífica ruina de los tiempos de lúbrica memoria, en que Madrid al finalizar el último pasado siglo y comenzar el que vá hoy mediado, rivalizaba en cortesana corrupcion con la misma Persépolis. Habia la duquesa desde sus primeros años escandalizado á los contemporáneos de Cárlos III, y no pudiendo, ya madura, hacer otro tanto con los felices vasallos del señor don Cárlos IV, porque eran gentes á quienes nada podia asombrar, consiguió á lo menos rayar tan alto, tan alto en materia de aventuras galantes, que fué como maestra y vencedora de todas sus coetáneas, particulares, duquesas y princesas y aun mas que princesas. Para cualquiera que tenga idea de las *descostumbres* de la época á que aludimos, hemos dicho bastante y aun sobrado.

Andando el tiempo envejeció la Puente de Oro, y en vez de entregarse, como otras muchas, á la devocion, constituyóse en observadora inteligente, en juez filósofo del campo de la galanteria, y en protectora de todas las principiantas de elevada esfera ó altas esperanzas. Amena y fácil en el trato, aunque sin descender nunca de su trono aristocrático, ligera en el decir, ingeniosa en el sarcasmo, y sobre todo laxa sin límites en las doctrinas, vieja y todo tenia no sabemos qué encanto, en cuya virtud hombres y mugeres, ancianos y jóvenes, discretos y poco avisados, buscaban todos con anhelo su sociedad. El núcleo de ésta lo formaban las hijas, nietas, sobrinas, y parientas, mas ó menos remotas, de la duquesa misma, y algunas pocas, privilegiadas señoras, jóvenes y bellas por descontado, que por favor especialisimo eran al círculo de su intimidad admitidas, prévia severa informacion que justificase su calidad de mugeres á la moda. Mas condescendiente con los hombres, recibia la duquesa los de todas clases y condiciones, dentro del círculo de la *buena sociedad* por supuesto, con tal de que alguna singularidad, buena ó mala, los distinguiese del comun de los mortales. A Sotopardo, su cuna le daba incontestable derecho á ser admitido, pero cuando esa y sus dos charreteras, y su hábito de Alcántara le faltasen, restábale su reputacion de *Lovelace*, y le sobraba entonces la *originalidad* de su melancolia, para ser no solo recibido, sino buscado. Betanzos entró en casa de la duquesa como una *posdata* inseparable de don Cárlos.

¿Necesitamos decir que el marqués de Motril era y debia ser individuo nato de aquel privilegiado cónclave? No por cierto, pues le sabemos título, rico, gastador, á la moda, y duelista por añadidura.

Mas difícil le fué penetrar en el santuario á la bella Matilde, y no sin grandes esfuerzos lo consiguió al cabo de muchos meses; pero desde su vuelta á Madrid comenzaron sus aventuras galantes, y la duquesa, como muger que lo entendia, echó de ver en ella tanto aplomo, desembarazo tal, y tan profunda maestria, que en cierta oca-

sion dijo á uno de los pocos contemporáneos que ya le quedaban: «Esta muchacha parece de nuestros tiempos: lástima que no sea »mas que mujer de un pobre capitan, porque ella tiene alientos para »manejarse aunque fuera con un Grande. Me han dicho que desea »mucho venir á casa, y voy á decir que me la presenten.»

Matilde, pues, por su propio mérito, sin favor alguno, fué admitida y hasta llamada al primer círculo de la sociedad madrileña, y una vez rota la valla, que era la mas difícil, supo con tal tino conducirse, que á poco figuraba en él en primera línea, y como si para eso solo hubiese nacido.

«¡Cuándo yo lo decia! Esclamaba algunas veces la duquesa, cada »vez mas encantada con su protejida: ¡Cuándo yo lo decia! Esta »muchacha debiera haber alcanzado los buenos tiempos, porque adi»vina lo que no ha visto.»

Ese círculo, esa sociedad privilegiada, ese *Sanhedrin* de la moda, ese santuario de la galanteria, fué el teatro escogido para lanzar sobre la cabeza de don Cárlos *el malo* el anatema que su *inmoralidad* merecia.

No se bailaba ni se jugaba en casa de la duquesa: un espacioso gabinete suntuosamente adornado era el tabernáculo donde la deidad de la moda, sentada en un cómodo sillon, rica y sencillamente vestida, cubiertas apenas las no ocultas canas bajo una nube de sutiles amarillentos encajes, envuelto el cuerpo en una mantellina de martas, apoyados los pies en la dorada barandilla de la chimenea francesa, y las manos metidas en un caliente manguito, recibia á sus sacerdotes favoritos. Libros, grabados, un piano siempre abierto, un tablero de ajedrez esclusivamente reservado para el uso de dos ó tres veteranos, seductores de los tiempos de Godoy, y la libertad absoluta de ir, venir, y mezclarse ó no en la conversacion, á eso se reducia la tal tertulia, y con eso solo cautivaba á todos sus concurrentes.

La noche para la ejecucion del culpable señalada, la reunion fué mas numerosa que nunca; la duquesa dejaba ver en su frente una imperceptible nube, de aquellas que solo la vista del piloto esperimentado divisa, pero que son infalibles precursoras de la tempestad. Una de sus nietas preludiaba en el piano ya un tema aleman, ya una melodia italiana; los viejos jugaban al ajedréz, y el resto de la sociedad, dividida en corrillos, conversaba en voz baja aunque animadamente.

Matilde, sentada en un taburete á los pies de la duquesa, que jugaba distraida con los bellos rizos de su protejida, no daba mas signo de agitacion que el de mirar de cuando en cuando á la puerta, hasta que ya á las diez dadas, anunció el portero de estrados al señor Marqués de Motril. Todos los ojos se fijaron en el jóven duelista, quien entrando con su aire el mas mortífero, repartió á derecha é izquierda tres ó cuatro desdeñosas cabezadas, besó la mano de la duquesa, de quien se pretendia algo pariente, y lanzó á la muger de Mendoza una mirada de inteligencia, que suponia aun mayor intimidad que la natural entre conjurados.

—«Ahora se acaba el teatro, dijo Motril, y me parece que no tardará en venir nuestro hombre—Paréceme, contestó la Duquesa, que fuera mas cuerdo dejarle en paz—¿Y alternar con persona de mal tono? replicó Matilde con el eco mas dulce de su voz: Yo por mi parte le tengo lástima, pero no puedo olvidarme de aquella pobre Condesa...—¡Su conducta con ella fué infame! esclamó Motril, cuya indignacion se comprenderá muy bien, sabiendo que llevaba seducidas y abandonadas hasta media docena de desdichadas mugeres, á la verdad de baja estraccion.—Es infame, clamaron en coro, vestales y no vestales; es infame y merece castigo, por lo menos la espulsion de ese hombre de entre nosotros.»—Vista la unanimidad de la opinion, la Duquesa, aunque no estaba de acuerdo con ella, bajó la cabeza y dejó seguir á los sucesos su curso natural.

Antes de dar las once Sotopardo, seguido por supuesto de su inseparable Betanzos, hizo su entrada en la tertulia. El ama de la casa fué la sola que le dió las buenas noches, el resto de la sociedad permaneció en profundo silencio, silencio que unido á la alteracion de los semblantes, á la estudiada gravedad de las actitudes, y á ese indefinible aspecto que toma toda reunion de conjurados en presencia de su futura víctima, debieran haber revelado á Sotopardo si no lo que se tramaba, al menos que algo contra él se tramaba: pero su preocupacion era tan constante y profunda que, sin advertir cosa alguna, tomó asiento al lado de los jugadores de ajedréz; y fijando los ojos en el tablero, sin ver las piezas, quedóse en su habitual melancólico éstasis.

No estaba Betanzos tan tranquilo; su buen sentido suplia en gran parte la práctica del gran mundo que le faltaba, y los síntomas del cataclismo eran ademas tan evidentes, que apenas se concibe que á la ceguedad misma de don Cárlos se ocultasen. Como quiera, el buen teniente, alarmado y mucho, propúsose observar nimiamente cuanto ocurriese, acudir á parar los golpes que pudiese, y en último caso sacar á su amigo de su letargo, con una franca vigorosa advertencia.

El Marqués, despues de pasarse la mano por el rizado cabello, ajustar el nudo artístico de la corbata, echar un poco atrás la parte superior del frac, y meter el dedo pulgar de la mano derecha por la bocamanga del chaleco, dejóse caer en un sillon, y con acento ya provocativo dijo:

«Duquesa, veo la gente desanimada esta noche; y si V. me lo »permite, voy á aprovechar la ocasion para despacharme á mi gusto. »Deliro por contar *cuentos*, y voy á relatar uno interesantísimo.» —«Sí, respondió Matilde sin dar lugar á que hablase la Duquesa, »en cuyo semblante creyó adivinar la intencion de oponerse todavía »al infernal proyecto; sí, Marqués, yo me muero tambien por los »cuentos, sobre todo si son tristes.—El mio, Señoras, es lamenta»ble, se lo prevengo á VV., siguió diciendo el Marqués—Mejor, »repuso Matilde, cuente V. que ya estamos impacientes.»

Entonces los tertulianos de ambos sexos, agrupándose en silencio en torno de la chimenea, como comparsas bien ensayados, ocuparon cada cual la posicion que creyó mas cómoda ó mas segura. Sotopardo quedóse aislado junto al velador del ajedrez, porque los jugadores mismos interrumpieron su partida, y el teniente Betanzos, colocándose de pie á espaldas del sillon de la Duquesa que estaba en frente del que el Marqués ocupaba, clavó en este los ojos de una manera casi impertinente. En cualquiera otra ocasion hubiérase dado el jóven aristócrata, y muy luego, por entendido de aquella casi provocacion, mas entonces, como los caballeros andantes en una importante aventura empeñados, creyó oportuno no comprometer otro lance hasta terminar el que era su principal objeto.

Con calma imperturbable, en consecuencia, y adoptando desde el principio el tono de provocador sarcasmo propio de la ocasion, tomó la palabra de este modo:

«Capitan Sotopardo ¿por qué no se acerca V.? Mi cuento le dis»traeria.—Atiendo, atiendo, contestó don Cárlos, sin mudar de pos»tura, ni curarse de lo que le decian.—Yo le aseguro á V. que me »atenderá; replicó el duelista con una sonrisa digna de una buena »estocada; y luego prosiguió:

«Pues, señoras, una vez era una dama jóven, bella, encanta»dora, y casada con un gran señor, anciano por desdicha suya. Pero »la tal dama tuvo el mal gusto de fijar los ojos, pudiendo escoger »entre mil galanes de lo mas florido del punto en que residia, en »un *menguado*. Sotopardo ¿me atiende V?—Lo que el capitan no »oiga, interpuso con socarrona flema Betanzos, lo oiré yo que no »pierdo sílaba, señor Marqués, de ese interesante relato. Conque no »tema V. perder el tiempo.—Amigo mio, contestó Motril, su aten»cion de V. me lisongea infinito, pero aspiro á la del señor don Cár»los.» La provocacion era tan directa que Betanzos no pudo menos de llegarse á su amigo, y decirle en voz baja, aunque todos los ojos estaban en él clavados:—«don Cárlos, el Marqués se ha propuesto »infamar á V. en presencia de esta reunion; y está refiriendo villana»mente desfigurada la historia de Laura.....

«¿De Laura?—Exclamó Sotopardo sin poder contenerse, cual si un áspid en el corazon le mordiera.—Sin duda,» replicó Betanzos.

Entonces don Cárlos, dejando su asiento y súbitamente transformado, acercóse á los demás tertulianos, y encarándose con el Marqués, con su antiguo sereno continente díjole:

«Perdone V., Motril, estaba distraido, como acostumbro, pero »lo que Betanzos me ha dicho de su cuento de V. me interesa sobre »manera. Sírvase V. proseguir, que yo me encargo de la conclu»sion, que V. no conoce—¡Bah, si la conozco! contestó con sobe»rano desprecio el duelista.—Le digo á V. que no la conoce: pero en »todo caso prosiga y veremos.»

La nueva actitud de don Cárlos prestó al drama un interés de que hasta entonces carecia; contábase con el sacrificio de una víctima incapaz de defenderse, y el que se juzgó tímido cordero, apenas aguijoneado comenzó á mostrar las garras de leon; era ya, por tanto, una lucha la que se preparaba.

Motril fué el primero á reconocer que se habia engañado, mas ya era tarde para retroceder, y así prosiguió diciendo:

«Estábamos en que la dama fijó sus ojos en un *menguado*, de »esos que no buscando lances mas que con *gallinas*, y huyendo el »cuerpo siempre que con un hombre tropiezan, adquieren reputa»cion de valientes entre los cobardes; el cual perillan, una vez hon»rado con sus favores, hizo lo que no podia menos de hacer; *com»prometerla villanamente*, *abandonarla en la desgracia*, y luego »andarse *por el mundo llorando como una mugercilla* para hacerse el »interesante. ¿Qué dice V. de esta historia, señor don Cárlos de »Sotopardo?»

Nuestro capitan habia escuchado al Marqués de Motril, como los mártires del cristianismo en tiempo de Diocleciano recibian en sus lacerados cuerpos el hirviente plomo fundido que sobre sus llagas derramaban los verdugos con dolor intenso, agudísimo, inexplicable, pero sereno el semblante, inmutable el corazon. Así, cuando

pálidos todos los circunstantes, y brotando fuego por los ojos Betanzos, con la sonrisa de la esfinge en los labios Matilde, y con el insulto pintado en el rostro el Marqués, mirábanle de hito en hito, esperando que habia de responder furioso, ó de humillarse cobarde: él contestó con extraordinario sosiego:

«Paréceme, lo que dije antes, que no conoce V. el desenlace »final de esa *historia*: pero entre tanto advierto que le faltan los »*nombres propios*.

«¡Los nombres propios!! Exclamaron con asombro dos ó tres personas, no concibiendo tanta audacia, cinismo tanto.»—«Los nombres propios, repitió friamente don Cárlos:» sin ellos no se completan ni el escándalo, ni la *calumnia*—¡*La calumnia!* capitan Sotopardo, prorumpió lívido de cólera el de Motril: *esa palabra*... —Es la propia, le interrumpió siempre con la moyor frialdad don Cárlos: «*calumniador* se llama al que á sabiendas desfigura los he»chos, como al que los inventa; *calumniador y calumniador infame*, »señor Marqués, *calumniador infame* es el que, no respetando ni las »cenizas de los muertos, ni el profundísimo dolor de un alma desgar»rada, osa llamar seduccion á la desgracia, abandono al respeto, »llanto de mugercilla á las lágrimas de la desesperacion incurable. »Y ademas de *calumniador infame* es un *fanfarron cobarde*, señor »Marqués, el mal caballero que atribuyendo á falta de valor la indi»ferencia que por la opinion y miramientos del mundo siente el que »hondamente padece, conjura con mugeres, y con hombres que va»len menos que mugeres, contra un ser inofensivo, á quien si tenia »ganas de buscar encontrára facilísimamente.

La energía varonil, la noble exaltacion, la inmensa superioridad moral que irradiaban de Sotopardo al hablar de esa manera, impusieron de tal modo á sus oyentes, que todos bajaron los ojos al suelo no pudiendo soportar sus miradas, á escepcion del Marqués, que dominando sus emociones, no menos profundas que las de los demás, consiguió á duras penas conservarse, ya que no á nivel de su adversario, al menos muy superior á sus demás cómplices. Betanzos, que con la *resurreccion* de su amigo se bañaba en agua rosada, estrechóle afectuosamente la mano; y don Cárlos despues de esperar en vano algunos instantes una respuesta que nadie osó darle, añadió con el tono de la mas perfecta elegancia.

«Pero estas señoras, me parece que estan ya mas que satisfechas de los *cuentos del señor Marqués* y de mis moralidades: Duquesa á los piés de V. — Motril, no olvide V. que mañaua almorzamos juntos ¿prefiere V. pasarse por casa, ó que yo vaya á buscarle á la suya?»

La indirecta no admitia dudas, y el Marqués contestó:— Yo tendré el honor de ir á buscar á V.—Bien: Betanzos *almuerza* con nosotros.—Y yo, convido á uno de estos caballeros.—Tempranito, Marqués.»

Y haciendo una graciosa reverencia salió Sotopardo de la tertulia, seguido por su inseparable Teniente.

«Salimos de él.»—Esclamó en aire que queria ser triunfante el Marqués de Motril, quien con no carecer de valor, era sin embargo insoportablemente fanfarron.

«¡Hum! ¡Hum! contestó la Duquesa meneando la cabeza: paré»ceme que han ido Vds. por lana... y... no digo mas. Marqués ¿us»ted tira bien las armas? —¡Oh Duquesa! hasta ahora no he hallado »superior, y son pocos los *maestros* á quienes no he batido.—De»seo que mañana por la noche pueda V. decir otro tanto.»

La tertulia concluyó aquella noche mas temprano que nunca; la conversacion fué lánguida; los ánimos estaban preocupados.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuacion.)

Despues de Castro-Urdiales por la parte del este y siguiendo el camino real, pronto se entra en el territorio de Vizcaya: pero antes de hablar de este pais, no olvidaré á dos pueblos de la Montaña que son Laredo y Santoña, que merecen algunas observaciones.

Las cuatro leguas que hay entre Castro y Laredo son de un suelo malísimo en su mayor parte: es bastante llano desde la salida de la primer villa hasta pasar el barco de Oriñon; mas luego se empieza á subir el monte Candina, que es uno de los mas escabrosos, largos é inaccesibles de la costa, y eso que hace algun tiempo que se ha compuesto, pues anteriormente era una travesía propia solo para cabras. Por fortuna las mulas de alquiler de este pais, á diferencia de las demas mulas de otros muchos, trepan, se encaraman y bajan con seguridad y firmeza por vericuetos y despeñaderos, sin dar una caida, ni siquiera un tropezon; cosa rara en mulas de alquiladores, de suyo frágiles y espantadizas, si bien debemos hacernos cargo que la costumbre y los peligros á veces dan aliento á los mas cobardes.

Pasado el monte Candina, se destaca á la vista el hermoso valle de Liendo, que aun cuando reducido, es uno de los mas vistosos y fértiles de la provincia de Santander. En seguida se vuelve á subir otro monte, cuyo descenso en su último trecho, pavimentado de guijarros, concluye con una cuesta muy penosa y pronunciada, en la misma puerta de la villa de Laredo.

Estas cuatro leguas serian un paseo delicioso si hubiese un buen camino, una especie de arrecife, en muchos puntos á la orilla de la mar, y siempre avistándola mas ó menos lejanamente; que podria ser como un muelle un tanto parecido al que va desde Portugalete á Bilbao, y del cual hablaré mas adelante.

Y si bien una carretera de esta clase seria de mucho costo, á lo menos que hubiese un camino de herradura, para que se pudiese transitar á caballo con mediana comodidad. De suerte que á pesar de la proximidad de las dos villas á que me refiero, apenas hay comunicacion entre los habitantes de una y otra; pues ahora no se computan las leguas, sino las horas que se tarda en llegar y las condiciones del viaje. La dificultad de las comunicaciones acarrea un entorpecimiento y un perjuicio irreparables al tráfico de una nacion. Esta es una de las causas porque se halla atrasado el comercio interior de la península: hay provincias donde sobran ciertas producciones que escasean ó de que carecen los que están limítrofes; y por no haber caminos se pierden en las unas los frutos por falta de salida, los propietarios se ven privados de la ganancia que seria segura si pudiesen despachar sus granos y demás artículos sobrantes, despues de cubierto su consumo; y en las otras no pueden aprovecharse de los productos de un suelo que dista pocas leguas, y tienen á veces que ir á buscarlos á puntos lejanos cuando no al estrangero: en todo lo cual influye grandemente la dificultad y carestía de los trasportes y de los medios locomotores y de conduccion. Ahora se empieza á trabajar en tan útiles mejoras; se atraviesa algun que otro canal, las relaciones de las provincias con la corte son mas continuas y rápidas que en ningun tiempo; hay empresas de diligencias que hacen su viaje á los estremos del reino con tanta prontitud y baratura, cual no acordamos en ninguna época. No hace muchos años que salir de una provincia litoral para venir á Madrid era un proyecto atrevido, y solo se ejecutaba por algun motivo apremiante: hoy ya no es así: se vá introduciendo ese espíritu de variedad y de observacion, cuyo resultado es la asimiliacion, la unidad y la armonía de las provincias sujetas á un mismo poder supremo y central; la destruccion y el olvido de tradiciones locales, de pretensiones encontradas, de intereses opuestos que tanto perjudican todavía á nuestro pais, y la preponderancia del sentimiento de la nacionalidad, al que deben subordinarse los instintos y las aspiraciones de un vasto territorio, pues solo así se pueden acometer obras colosales, solo así las naciones se muestran poderosas y temibles en ocasiones solemnes.

La asamblea constituyente de 1790, reorganizó toda la Francia borrando las huellas de provincialismo; y de este modo, no presidiendo en la nacion mas que una idea uniforme, hizo frente á la coalicion de la mayor parte de Europa. Napoleon afirmó despues la reforma proclamada por aquella asamblea, y contribuyó decididamente á la unidad nacional, con la promulgacion de su código y de su sistema administrativo. En España el origen y el fundamento de tanta diversidad de lenguajes, usos y costumbres, radican en causas muy hondas y arraigadas que fueron apareciendo en el trascurso de los siglos, y cuyos efectos se han estado reproduciendo tambien durante el curso de nuestra historia; por tanto se necesitan asimismo algunos siglos para que esas divergencias desaparezcan completamente. Algo se ha hecho y se procura hacer con este objeto fecundo y grandioso: la declaracion de la lengua castellana como pública y oficial data del siglo décimo tercio: y lo mismo el laudable empeño de generalizar la legislacion. La enorme diversidad de pesos, medidas y monedas dió lugar á varias leyes, y en varias ocasiones con el fin de uniformarlas. El código penal vigente concurre á este propósito: el civil que se publique, alguna influencia surtirá á la larga é insensiblemente. No creo muy distante el dia en que se releguen al silencio los diferentes dialectos de algunas provincias, siguiéndose á esto la desaparicion de odios ó cuando menos de desvíos entre habitantes de una misma nacion, de acentos marcados y espresiones determinadas, quedando únicamente el idioma general español. Y no se crea que esta manifestacion sea insignificante: no lo es bajo ningun aspecto; ni en el político, ni en el científico y literario, ni en el social.

Sabido es cuánto cooperó á los adelantamientos del saber humano en Grecia, la perfeccion de su lengua. Los Romanos hicieron con su jurisprudencia un lenguage técnico y universal; y su lema era: «donde se hable nuestra lengua, allí está nuestra dominacion.» Por eso era lo primero que prescribian en los paises conquistados. Los que descubrieron y gobernaron el nuevo mundo, siguieron aquella máxima. Napoleon llevó la lengua francesa con sus ejércitos y victorias por toda Europa, y desde entonces su importancia é influjo han ido aumentando, á pesar de los reveses de la Restauracion: y hoy es indudable que donde quiera que se cultive el francés, allí hay predominio, allí hay ventaja de algun modo para la Francia: verdad por desgracia demasiado palpable entre nosotros. Por consiguiente la existencia de los dialectos en España, la repugnancia que en algunas provincias demuestran á la lengua nacional y el desprecio con que se mira el estudio de ésta, son de una trascendencia incalculable y perjudicialísima. Mas adelante y con motivo del vascuence, y de los Fueros de Vizcaya, trataré detenidamente esta importante cuestion.

Una nueva division territorial, no ensayada aun en España, seria de un éxito feliz y seguro: la division no como está, sino por distritos ó con cualquiera otro nombre, que este nada vale para el caso, pero tomando en cuenta las demarcaciones naturales, haciendo que se mezclasen y confundiesen los límites en la actualidad existentes, por ejemplo: Provincias septentrionales, divididas segun mejor convenga á su gobierno interior, por los Pirineos, por las montañas de Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia, y por el curso del Ebro y y del Miño. Provincias del centro, por el curso del Duero y del Tajo, por las montañas de Guadarrama y Somosierra, de Búrgos y del bajo Aragon. Provincias del mediodia; por el curso del Guadiana, del Guadalquivir y de otros varios rios que corren por Andalucía en varias direcciones; por las montañas de Sierra Morena, las Alpujarras, la sierra de Cazorla y otras. Reunido esto á las disposiciones legislativas que procediesen de acuerdo, dentro de cierto periodo de años, acarrearia grandes beneficios.

Vuelvo, pues, á mi propósito. Se entra en Laredo por la puerta llamada de Bilbao, yendo de Castro-Urdiales.

La villa de Laredo ofrece un aspecto desagradable en su conjunto: las calles son de guijarros desiguales y salientes, sin aceras; la mayor parte de ellas en cuesta hácia el norte, que es por donde se estiende la poblacion, aunque en lo llano hácia el mediodia tiene algunas calles, entre ellas la mejor, que es la calle Real y la plaza de la Constitucion donde está el ayuntamiento. Las casas tienen en lo general balcones de madera, de construccion antigua y pésimo gusto; hay algunas buenas, de cantería y bastante ornato. Desde luego se percibe que es un pueblo en decadencia; no se vé una obra reciente, una fabricacion moderna; carece de alumbrado público, lo cual no sucede en Castro.

Este decaimiento es el resultado lento del tiempo que todo lo trasforma y destruye. Esta villa fué de las principales, si no la principal, de la costa de Cantabria, por todos conceptos y desde muy antiguo. Ya en el siglo XIII salen de ella varias naves tripuladas por sus marcantes, que gozaban en todos los puertos de acreditada reputacion; y mandadas por el almirante don Ramon Bonifaz rompió una de ellas la cadena del Guadalquivir, en la reconquista contra los moros. Por cuya accion el rey san Fernando les concedió como blason de sus armas, la pintura de aquel hecho, símbolo de la hazaña.

Laredo fué el único puerto designado entre cuantos habia desde Bilbao hasta Avilés, como habilitado al principio del siglo XVI, para las espediciones de América. Dentro de su ensenada y de la ria, hubo un astillero en que se construyó á fines del XVII el mayor navío hasta entonces conocido, que hizo de capitan en las guerras de Felipe V y en la batalla de Tolon.

Llegó á tener mas de 14.000 habitantes. Su decadencia tuvo origen en el siglo XIV en la terrible hambre que sufrió: ademas estuvo espuesto á los estragos de una peste, que le asoló por segunda vez. En el XVI padeció muchos perjuicios á consecuencia de las guerras con Francia, y especialmente de un incendio de que fué víctima. Posteriormente á tantos desastres, en 1639, desembarcaron allí los franceses, arribados en una escuadra al mando del arzobispo de Burdeos, y saquearon la villa, llevándose los documentos del archivo del ayuntamiento, y hasta el hierro de los balcones. Tambien aceleró su pérdida y destruccion el engrandecimiento de otras poblaciones que no eran nada cuando Laredo estaba en el apogeo de su prosperidad, cuales son Bilbao y Santander.

No obstante, aun en el comienzo de este siglo significaba mucho Laredo; aun era la capital de las cuatro villas de la costa, con residencia del gobernador político y militar, dependiente de la provincia de Burgos; aun conservaba la capitalidad del regimiento provincial de su mismo nombre, que habia tenido desde el arreglo de las milicias, y á cuyo efecto hiciera un cuartel á sus espensas. Pero en el último plan y sistema de provincias, cual se hallan divididas, pasó la capital á la ciudad de Santander; y Laredo se quedó reducido á partido judicial, ayudantía de marina, y á una aduana de cabotaje. En 1841 se le privó tambien de su regimiento, que igualmente tomó el nombre de la nueva cabeza de la provincia. De suerte que Laredo es una villa llena de recuerdos satisfactorios y gloriosos, pero cuya existencia presente es incómoda y precaria, y cuyo porvenir no es quizá muy altagüeño, si hemos de atenernos á las probabilidades mas razonables y prudentes. Se parece un tanto á una muger entrada en dias, que en la primer noche de matrimonio se va despojando de sus adornos y postizos, se quita la peluca, los dientes y las cejas, las almohadillas y el colorete, y se queda desconocida y en esqueleto: el efecto es análogo en ambos casos: tristes memorias por lo que fué, desconsuelo por lo que es. La diferencia consiste respecto á lo futuro, porque la suerte de los individuos no es como la de los pueblos: aquellos, recorrido un término, no pueden esperar mas que la tumba: mas éstos se rejuvenecen, cobran nueva vida, y vuelven á ostentarse fuertes y pujantes por cualquiera contingencia ó acontecimiento imprevisto. A pesar de todo, Laredo está combatido por algunas dificultades y contratiempos que en mi juicio le impiden que salga del estado de abatimiento en que se encuentra, segun luego demostraré.

Sea como quiera, es algo estraño que en el siglo de las luces no trate Laredo de poner algun farol público, pues esto, lo mismo que la composicion de las calles, lo hacen poco á poco otros concejos que cuentan con menos recursos: y por lo que se vé, hace mucho que permanece estacionario, pues que la plaza, donde se pasea por las tardes, y por las mañanas en los dias festivos, no está embaldosada, sino que está compuesta de guijarros que forman un piso muy molesto.

Entre las varias cosas que escitan la atencion aun en la actualidad, es la hermosa alameda, acaso la mejor de la provincia, sin olvidar la de la ciudad de Santander. Está situada á la salida de la puerta principal que conduce á la carretera de Burgos; en la orilla de ésta, desde donde se divisa cual un magnífico panorama la mar, y la gran ensenada entre Laredo y Santoña surcada de barquichuelos que se dirijen á Limpias y Ampuero por el lado opuesto, y en el fondo del cuadro los diversos buques que atraviesan el Océano cantábrico.

La alameda es un campo dilatado y espacioso: contiene unos mil árboles, la mayor parte álamos, algunos plátanos y una que otra acacia, todos colocados simétricamente y formando calles, en las que se pasea la gente de las clases superiores del pueblo, en los dias festivos del verano; los artesanos, marineros y criadas instalan su baile en la plaza. Las señoritas tambien disfrutan de la misma diversion en la alameda, cuando el tiempo lo permite, que por desgracia de los interesados, no es muchas veces al año, á causa de las continuas lluvias y humedades. En el recinto de la predicha alameda hay un juego de bolos, que es muy comun en la Montaña, al que se dedican con aficion los hombres de todas categorías y condiciones; lo cual contribuye á darles agilidad y salud, como que es un ejercicio que equivale á los gimnásticos de los antiguos, y que tanta falta hace que se generalicen en España.

Tambien suele haber paseo en la carretera de que vá hecho mérito, desde la cual se descubre la mar; á cuyos dos sitios concurren las jóvenes elegantes y amables á gozar uno ó dos dias á la semana de la suave brisa y de la apacible temperatura del clima, propio sobre todo para no sentir las calores del estío. Los bailes del alto coturno son animados por una música de aficionados, que tocaba con la mejor armonía: pero segun se cuenta, alguno ó algunos empezaban á desafinar; se introdujo el desconcierto, quisieron representar la ópera de *Y Montechi é Capuletti*; hubo un lance de honor ó cosa parecida, segun en este siglo ilustrado acontecer suele, no solo entre músicos, sino tambien entre danzantes, y creo que la orquesta se concluyó como el rosario de la aurora. No doy esto por cierto, puesto que he oido esta anécdota con variantes y respectivos comentarios, por via de chismografía, la cual, siendo de pueblo pequeño, es causa de tantas enemistades entre las familias. La armonía filarmónica no menos que otra especie cualquiera de armonía es arto difícil de sostenerse en villas de reducido vecindario, en particular si el número de niñas y de doncellas casadas de su estado no guarda proporcion con el de los varones.

(Continuará).

ANTOLIN ESPERON.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
a cargo de D. G. Alhambra



RECEPCION DE UN EMBAJADOR EN CONSTANTINOPLA.

La puerta del primer patio del serrallo se llama *Babi-Humaioun* (puerta Augusta), y es la que ha hecho dar el nombre de Puerta Otomana al imperio del Gran Señor. La segunda puerta dá entrada á la sala del Divan, y lleva su nombre.

El embajador, en el dia fijado para la audiencia de recepcion, entra á caballo con su comitiva en el primer patio, en el que varios cuerpos de tropa están formados en batalla para hacerle los honores, y echa pié á tierra delante de la segunda puerta, por la que solo el Gran Señor tiene derecho para pasar á caballo.

Entonces se presenta el primer intérprete del Divan, é invita al embajador á que se siente en el gran vestíbulo á que da entrada la referida puerta. Pocos momentos despues le introducen con su comitiva en la sala del Divan, llamada *Coubbéalti* (debajo de la cúpula). El camarero mayor sale á su encuentro. En el fondo de la sala hay un banco cubierto de tisú de oro; el gran visir se sienta en él, teniendo á su derecha al gran almirante, y á su izquierda á los dos kasiasker ó jueces superiores del ejército. En banquetas menos lujosas estan sentados los ministros de contabilidad imperial y hacienda. El embajador se coloca en una banqueta forrada de terciopelo, y situada enfrente del gran visir. A su lado estan, en pié, los intérpretes de la Puerta y de la embajada, y el primer secretario de legacion, que tiene las credenciales en la mano. Toda la comitiva rodea al embajador. Encima del asiento del gran visir hay una ventanita cubierta con un enrejado, desde la cual puede el Gran Señor presenciar la recepcion sin ser visto.

Despues de algunos cumplimientos dirigidos por el gran visir al embajador, se dispone el Divan ó consejo. Se leen los documentos, y el gran visir los autoriza con su rúbrica, añadiendo el sello imperial.

El ministro de negocios estrangeros entrega en seguida al gran visir una comunicacion dirigida al Gran Señor, en la cual espone que el embajador solicita ser recibido por S. A. Mientras se espera la contestacion del Gran Señor, sirven una comida espléndida en que abundan los manjares mas raros y esquisitos, los que apenas tocan los convidados.

Despues conducen al embajador al patio, bajo una galería practicada entre la sala del Divan y la puerta del Trono, *Babi el Suadet*. Allí el gran maestro de ceremonias le pone una pelliza de marta zibelina, y se distribuyen otras pellizas de menos lujo á las personas mas notables de la comitiva. Entonces entran en la sala. El Gran Señor está sentado en un trono que tiene la forma de un lecho antiguo: el oro y las perlas finas realzan el brillo del precioso tapiz que le cubre; las columnas son de plata sobredorada.

Despues de los discursos de costumbre, el embajador entrega las credenciales al *mir-alem* (príncipe del Estandarte); éste se las pasa al gran almirante, que se las dá al gran visir, el cual las pone en el trono.

Entonces concluye la audiencia. El embajador se retira, monta á caballo en el mismo sitio en que se apeó, y regresa á su palacio de Pera.

FILOSOFIA SOCIAL.

LA LITERATA.

No es el talento, es el abuso que hace de él; no es la aplicacion, es la estravagancia la que satiriza; no es la instruccion, es la impropiedad de sus conocimientos la que repugna.

CAROLINA CORONADO.

¡Cuántas reflexiones se agolpan á la imaginacion del escritor cuando reconoce á la literata—tipo original, fisonomia privilegiada en la cual se retratan las pasiones de la muger y las impresiones del talento; el amor y el orgullo! La literata de antaño se curaba poco de las aberraciones de la sociedad y de las utopias de la filosofía: era una muger que se distinguia por su vana erudicion y pedante galanteria; la desdeñosa de *No hay burlas con el amor* de Calderon de la Barca ó la Leonor de *El lindo don Diego* de Moreto. La literata de ogaño conserva el presuntuoso orgullo de las *Preciosas ridículas* de Moliere y la abigarrada erudicion de aquellas *Calepinos* de Quevedo, «tan airosas de hipérboles y tan nebrisenses de palabras que tenian »mas nominativos que galanes.» Es francesa en la cabeza: española en el corazon.

Para dar un buen rato á mis lectores traeria á cuento á la marisabidilla anciana, medalla casi borrada, edicion estereotípica de su siglo, antítesis problemática entre lo antiguo y lo moderno, categoría sin adoradores, pero es mas oportuno y regular reconocer á la marisabidilla de nuestros dias alegre, vivaracha, decidora y epigramática. ¡Tiene tantos atractivos una niña, cuando reune á una palabra aguda una sonrisa hechicera! ¡Existe en sus pensamientos tanta timidez maliciosa y tanta resolucion incierta: lucha entre la edad y la reflexion. La marisabidilla núbil baila, canta, lee, sabe de memoria aquellos cuentos de colegios que son epigramas en sus lábios, habla de la república romana y de la guerra de la independencia por las reminiscencias de sus lecciones de historia, diserta con una monería académica sobre el amor y la gramática castellana segun los consejos de su antigua rectora y de su moderno pasante, y recuerda con habilidad el papel de conjurado ó arquero de palacio que representaba todos los años en el drama, mutilado por el profesor de geometría y trigonometria, para los colegiales de su devocion.

Esta niña alegre y vivaracha á vueltas de una temporada de baños, ó de un carnaval bullicioso se cambia en calculadora y reflexiva con la contradiccion de una muger de sentimiento y la prevision de una muger de talento. ¿Qué mágico poder ha cambiado el corazon de esta hermosa y delicada gacela? ¿Qué mano ha podido dominar esta frivolidad que hacia inútil todo exámen? La lectura trivial y presuntuosa de las novelas y el orgullo alhagado por las primeras impresiones que ha recibido en el gran mundo. ¡Desventurado gondolero que se cree seguro de las tormentas, porque su barca es la envidia del golfo!

La marisabidilla es la escepcion de la edad y el equívoco del sexo. Ahora se separa con mirada displicente de sus compañeras de colegio y recorre el jardin con semblante melancólico. Una mariposa la detiene; una sombra la espanta; una tórtola la hace suspirar *envidiosa* de aquella *envidiable* libertad. ¡Interesante *Emilio* de Rousseau con capota de *Madama Victorina* y guantes de *Monsieur Dubost!* Su imaginacion está dominada por ese vago espíritu de sentimentalismo que si fascina cuando es producido por la amargura es pesado é insoportable si fingidas pasiones ensayadas al tocador, lo cambian en una escuela de coqueteria. Esta niña busca la soledad, se aleja del mundo y para ser consecuente con sus amigas se apropia las exijencias de la edad viril y participa á la vez de las preocupaciones de ambas edades. Es el embrion de la virtud y del vicio. Podrá ser un ángel pero tambien podrá llegar á ser un diablo... pero siempre será un ánjel... porque es muger... porque es hermosa... porque es discreta... y los hombres... ¡Oh! los hombres se engañan á sí propios con hipérboles y metáforas, gracias al sublime tratado de los tropos de amor. Las vivas impresiones de la literata son hábilmente desfiguradas, sus deseos diestramente contrariados, y sus pasiones débilmente iluminadas por el prisma color morado de los desgraciados.

En pocas líneas está perfilado el original de este retrato:—si se trata de reir ó burlarse, ella misma se copia al esclamar con angustiado acento: «¡Oh, quién pudiese como vosotras!» (estas vosotras son las amigas que la acompañan); y si se habla de amores ó novelas, que en mucho se parecen, ella interrumpe á las demas diciendo: «La lámpara de la fé se ha apagado, y, como dice *Arlincourt*, el amor es la fé de un alma á otra, es la mitad de la fé religiosa.» Por esta mezcla de indiferencia y vanidad se adelanta la melancólica indolencia del corazon. Desde los primeros años de su juventud apetece dudar de los sentimientos tiernos y apasionados, y asegurada en el aislamiento que un dia despertará á la voz de las pasiones, corren los años, estos sentimientos que habian sido obra del estudio, de repetidos ensayos, de frecuentes mohines, crecen, se renuevan, el alma se acostumbra á estas vigilias innecesarias, y los sueños anacreónticos se tornan en fantasías á lo *Faust* ó *Manfredo*. ¡Prólogo terrible para una tragedia.... ó un *vaudeville*! Algunas veces concluye con una comedia casera: un alferez ó un meritorio en aduanas se encarga de ser el marido de esta *especialidad* del sexo.

Abismada la literata en sus propios sinsabores, que salen de su espíritu como el disco luminoso que forma un espejo, cree en la amistad, y valen para ella mas que un billete perfumado ó una cita de amor, las revelaciones que hace á su íntima amiga entre tanto que le enseña el último vestido que le ha venido de Paris; ó duda de la amistad y desconfia del hombre, pero cree en el amor y corresponde con una negligencia casi oriental á un jóven de elevadas aspiraciones. Otras veces desprecia la mitad fea del género humano, abandona las *soirées*, deja los teatros, no asiste á los conciertos, se olvida de la aguja de bordar en cañamazo, cierra los compendios de historia y geometria, está enferma para el profesor de francés, y pasa las mejores horas del dia retirada en su gabinete, sin componer las rubias trenzas de su hermoso pelo, ni acariciar la nívea cabellera de su perrito de lanas. ¡Infeliz *Lindoro... Chispa... Almizcle...* cualquiera nombre... lo mismo importa para que lo conozcan nuestros lectores! Bien podeis decir con el poeta Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
. . . . :
cuán presto se va el placer,
cómo despues de acordado
dá dolor,
cómo á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

En estos dias de horrible pesadilla encuentra la literata recursos para hacer alarde de sus continuos pesares, revelando el penoso dia que ha sufrido, y conoce tambien que da cierto aire de tierna coqueteria un rizo que se desprende por una nevada garganta, ó un pálido semblante adornado con un *petit-bonné* de blonda y flores. ¡Qué poeta enamorado no improvisará una estrofa... á su *sonrisa escéptica!* ¡qué agente de Bolsa no esclamará con fanatismo amoroso-financiero:—¡oh! descolorida, como los billetes del banco de San Fernando! Una jóven con esta interesante morbidez se parece al genio de la melancolía; es la Safo mitológica de una casa á la francesa, y como interesan estos caprichos de la casualidad ó del arte, tiene la literata oportunidad para hacer alarde de su *tema* de costumbre con *variaciones* de ataques de nervios ó sueños espantosos. Los hombres y los nervios son la pesadilla de la marisabidilla contemporánea. ¿Tendrá que emplear para su bienestar la higiene médica, ó la higiene moral?—Nosotros creemos que ambas.

Cada paso que adelanta en el camino de la vida agitada y bulliciosa de nuestros dias, es un nuevo desengaño que recibe y una espina que lastima su delicado pié. Comprende á su modo la vulgaridad de nuestras aspiraciones, y quiere recatarse, mentir, confundirse entre todos; pero es tarde ya, y no se retrocede con facilidad cuando los primeros años han decidido de nuestra suerte. Despues no es la muger que todo lo desea en el mundo para despreciarlo, sino la que todo lo desprecia para desearlo; ya no es la enamorada paloma que se consume á solas, atormentada por los placeres agenos, sino el águila poderosa que se cree con fuerzas para sorprender los secretos de la vida, y tocar sin mancharse las miserias del mundo. ¡Pequeña Crisálida que se cree brillante mariposa! Ahora brotan de su entusiasmo burlado violentas contradicciones, impresiones terribles: hace algunos años era el mundo la víctima: despues la víctima es ella, ¡ella! que se creia libre del influjo de las convenciones sociales; ¡ella! débil muger, que se miraba sin ese torcedor que llevamos en la vida cuando el alma apetece mucho y el corazon está desfallecido para las violentas emociones.

La literata se decide por la exageracion, y el mundo, que siempre disminuye la óptica de los sentimientos estraordinarios, la condena á un aislamiento que pasa por contradictorio á los ojos de la multitud. Durante esta íntima abnegacion, en este profundo *adios* que pronuncia con la conviccion de un desprecio irrevocable, adquiere una orgullosa superioridad que atormenta y la atormenta: pero sucede á veces que se deja lugar un pálido destello de la ter-

nura sentimental de la muger, de esa frívola ternura que encuentra en todas partes belleza y calma, y al comprender de una mirada este resuello del corazon, este *¡ay!* del alma, reconoce el filósofo ó el poeta una amarga verdad, y observa el duelo á muerte que hay entre las necesidades de la costumbre y las impresiones de un alma de muger... destinada á amarlo todo en la vida. En esta lucha sin treguas se borran las primeras impresiones de la infancia, como la mariposa pierde el esmalte de sus alas cuando lucha por desprenderse de una espina que la ha herido, pero gana mucho en talento previsor y en sagacidad emprendedora. Es menos muger, pero mas hombre.

Hasta aqui la moralidad de la literata. Ahora copiaremos los principales rasgos de su vida, en la cual juegan á la vez las impresiones de la juventud y el desden de la edad viril.

La niña literata sabe el lenguaje de las flores y el sentido de los colores, lee los folletines de los periódicos, tiene en su cartera de dibujo lineal algunas escenas ó capítulos copiados en borrador y conserva en su memoria el prólogo y el desenlace de todas las catástrofes que ha presenciado... bajo unas sábanas de holanda y reclinando sobre la almohada el mas bello semblante que podria pintar Murillo. ¡Oh! ¡qué conjunto fascinador de gracia y coquetería! Cuando sale á paseo se detiene á leer los carteles de teatros y anuncios de obras, con cierto desvanecimiento orgulloso con un sí es ó no es de inteligencia que por su gesto podrá juzgar cualquiera si es de su agrado el título de la nueva obra ó de la funcion prometida. Si es aficionada á la música se decide por el piano... ó por el arpa, por el arpa mejor, porque es un instrumento apasionado y melancólico: la marisabidilla encuentra en sus cuerdas un mágico resorte para los sentimientos elegíacos de su alma. Lo sublime y lo tierno la conmueven: lo bello y lo nuevo la seducen: todo lo que está de moda. Hoy aboga con la puerilidad mas encantadora por la ópera nacional: mañana se entusiasma con la música italiana: las calificaciones que pronuncia no serán suyas, pero en sus lábios seducen y deciden favorablemente porque son dichas con una satisfaccion orgullosa y decidora, que ponerlas en duda seria herir de muerte su vanidad.—Para la literata es bella la vida despertando con la idea de sus lecciones en el picadero donde puede burlarse del celoso amante, y acostándose con los recuerdos del teatro del Circo, de ese panteon de los desvarios de una noche.

Si visita su casa algun jóven poeta de esos hervorizadores del escepticismo en las tertulias de buen tono, la marisabidilla escribe versos y compone alguna fantasía ó silva, que se titula *Mi porvenir.—El Geráneo.—Adios!!*—Es necesario advertir á nuestros lectores una equivocacion involuntaria.—El título de la poesía *Adios!!* no tiene únicamente dos admiraciones; esto es poco, es prosáico, es de mal gusto. La literata escribe el título de su poesía filosófico-político-relijiosa de esta manera—*Adios!!!!*—Hé aquí una columna cerrada de muda religiosidad! Tarde ó temprano *El Geráneo* es leido por el jóven poeta, verdadero Macías de pantalon colasí y botas de charol y aplaude los pensamientos de esta ignorada poetisa. En la noche de esta lectura se habla mucho del génio, de las noches de luna y de los melodramas. *La palidez de la luna* en particular, merece algunas metáforas y diversas miradas. Al otro dia se lee en cualquiera periódico político ó literario—corredores de oreja fáciles y baratos—una poesía á C. A. M., y la marisabidilla que la lee y que conoce al que firma—el poeta que aplaudió sus versos—descubre el sentido de sus iniciales, se sonrie orgullosa de su victoria y guarda el número del diario entre aromoso *pajouli*. En la primera entrevista ambos amantes, mejor sea dicho, ambos compañeros de inspiracion no hablan de los melodramas ni de la luna ni del génio: se entretienen con el porvenir y la gloria. ¡La posteridad! ¡La reputacion de un Sakespeare que se pronuncia Sakespir, aunque se ignore todo lo demás del idioma inglés! ¡La fama póstuma de Madama Stael! ¡Byron, Lamartine, Chateaubriand, Espronceda! ¡Safo, Madame Cottin, Santa Teresa de Jesus! ¡cuántos nombres se cruzan en la conversacion! ¡cuántas sentencias y parábolas y quintillas! La marisabidilla escribe entonces en su diario dos ó tres páginas con este epígrafe *dos liras acordes*.

La literata jóven observa con mas indiferencia, calcula con mas sagacidad y seduce con mas talento. En el teatro se aburre con las tumultuosas demostraciones de entusiasmo y en la ópera usa de los gemelos para observar... la *tersitura* de los cantantes: entonces recuerda á *Rubini*, *Listz*, *Artot*, *Moriani y Tamberlik*; á las notabilidades cuyos retratos guarda entre los borradores de la letra inglesa. «Cantaban admirablemente» dice la literata con voz intensa: algun *lyon* que se encuentra á su lado *debutando* una pasion volcánica, no acierta á contestar, pero dá á sus párpados la mayor estension, suspira, se compone una de las puntas de la camisola y repite inspirado, sí, verdaderamente inspirado.—«¡Oh! cantaba admirablemente.»

La marisabidilla es un gabinete: siempre seduce, siempre convence porque siempre se la escucha con benévola prevencion. En filosofía y literatura está por la exageracion, y hoy dia tiene un nuevo campo donde triunfar de todos; monumento moderno con mas puertas que el Escorial: la política. No pertenece á ningun término medio; ó hace visitas en palacio y tiene una amiga empleada en la *real casa*, ó su amante es periodista de la oposicion, ó su padre fué de los constitucionales de 1820. Colóquese donde quiera, hace una decidida oposicion: no hay que combatir sus palabras con argumentos y comparaciones, porque pertrechada con los artículos de fondo de la mañana, espresa sus acriminaciones como un orador de la antigüedad. *Ingrata pátria no poseerás mis huesos*, esclama la marisabidilla no pudiendo resistir... la temperatura de 29 grados sobre cero. ¡Qué anarquía! (aparte) ¡Qué calor!

La literata que ha sufrido por mucho tiempo los desengaños del mundo entrega hoy su corazon al hombre que ha adivinado sus sufrimientos y que puede adormecerlos copiando las vulgaridades de los demas. Entonces el amante de la marisabidilla es una especie de *cavaliere servente* que la acompaña á todas partes; eco fiel de esta mujer, claro espejo de sus tormentos. Si llora, debe llorar; si rie debe reir. La literata concluye por casarse por razones de orgullo ó de conveniencia, y sigue en sus afecciones desvanecidas por la union recíproca de dos voluntades que serena las mas ardientes imajinaciones. No renuncia á sus antiguas costumbres y en medio de las faenas domésticas se imagina que ha descendido un escalon en el templo de la fama póstuma. Por un bello pensamiento que concluye al doblar la página de un libro, su adorado Abelardo viene al suelo—la marisabidilla pone á sus hijos nombres de novela—repitiendo con amargura una quintilla de una poesía *á un niño* y mirándose de paso al tocador. Las caricias de su marido son precursoras de alguna infidelidad; lo ha visto muchas veces en las novelas. La indiferencia del nuevo confidente de sus abstracciones morales y literarias, cree que señala una época de indiferencia amarga y sombría; así lo ha descubierto en las sociedades donde se murmuraba y se jugaba á *l'ecarté*. Si se retira al anochecer y la acaricia, clasifica este aislamiento de clásico, casi de antidiluviano, y cuando la última hora del dia le sorprende en la calle, tiene zelos de su esposo y llora y deplora su desgracia. La alegría la entristece: la soledad la aburre. Nunca se cree feliz, y oprime demasiado su mano aquel lazo que la une por toda la vida á una voluntad estraña. «A un tirano»—esclamó la literata á media voz.

Todo lo grande la fascina y lo nuevo la arrebata: desearia amar en el desierto ó aborrecer en las catacumbas de Roma; ser Napoleon ó Jorge Sand; tener una brillante carroza de seis tiros lujosamente enjaezados, ó vestir el tosco sayal de los mendigos. Reconoce que nuestro siglo busca las grandes emociones, y ella que queria ser el objeto de todas las conversaciones la deidad soberana de todos los círculos, el personaje misterioso de todas las anécdotas, aceptaria con resolucion la virtud ó el vicio, la opulencia ó la miseria, el valor ó la inteligencia.

La literata sabe representar todos los papeles: es una excelente actriz en su gabinete. Es celosa, enamorada, susceptible, tierna, apasionada, condescendiente, insinuante, sarcástica, grave,—la gravedad es el fondo de las diversas modificaciones de su carácter. Conoce á los hombres y apela á las lágrimas; conoce á las mujeres y apela á la ironía. Llora y despues rie, se burla y despues besa y abraza á su rival, se hace dueña de sus secretos y rechaza al amante que se creia á cubierto de su astuta inteligencia. El observador que contemple á la literata en estas emociones, de su amor propio resentidos, la tomará por un ser fantastico, por una pesadilla de *Hoffman* ó una caricatura de Goya. Su arma favorita son las cartas y para leer las palabras mas incisivas y severas, para convencerse nuestros lectores de lo *artistico* que es la marisabidilla en sus pasiones, les advertimos que se proporcionen una de estas bellas páginas de su diario. Cada palabra que costaria en otra pluma un borron, en otros labios un suspiro, y una lágrima en otros ojos menos bellos pero mas sensibles, es para la literata facil y espontánea: es un artículo no una carta: no solo se debe pensar en la retórica sino tambien en la puntuacion. La literata debe escribir bien y sobre todo..... con ortografía.

La marisabidilla contemporánea desaparece á los cuarenta años. A esta edad ya viene á reemplazarla otra niña con las nuevas exigencias de su época y las impresiones de sus primeros años. Detrás de esta viva espresion de las preocupaciones sociales de un siglo—algunas veces de un lustro—existe la verdadera literata, la elevada mujer de melancólica imaginacion y de íntima filosofía: despues de la poetisa, encontramos la mujer, tipo privilegiado, hoy amante, mañana madre, fecundo manantial de delicados placeres, y creacion misteriosa donde se reservó á la Providencia el derecho de juzgarla con acierto.—Publicado en Paris.—1845.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



Castillo de Guadamur, provincia de Toledo.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuacion.)

Si Laredo, igualmente que los restantes puertos de esta costa, son muy convenientes para veranear por razon del clima, en cambio tiene en contra el abundar en ciertos insectos que los naturalistas denominan *hemypteros* y que los naturales que no son naturalistas llaman con otro término mas vulgar, y que siendo de caballería ligera, á manera de ayudantes de campo galopan y cruzan rápidamente el lecho del que no puede dormir por efecto de tan continua maniobra. No obstante, sea dicho en honor de la verdad, Laredo tiene que ceder la primacía en este punto á san Vicente de la Barquera, si es que puede sacarse alguna consecuencia comparando las dos mas célebres posadas de ambos pueblos. Forzoso es confesar á la par, que ni en uno ni en otro se siente el mordicante y porfiado insecto nocturno que en esta córte despierta á sus pacíficos moradores: insecto, enemigo del género humano, é incompatible con la ilustracion, pues tan pronto vé la luz, huye ó se queda pasmado, sin saber lo que le sucede, á guisa de jugador sorprendido en un garito esperando un entrés. No sé cuál de esta tropa es peor, si la de caballería ó la de infantería: me inclino no obstante á preferir la primera, y me persuado asimismo que en Laredo, y aun mas en san Vicente, establecen sus cuarteles de verano esos escuadrones, porque les pasa allí lo que pasaba á los facciosos carlistas en ciertos lugares, esto es, que no los persiguen, no procuran destrozar sus madrigueras, y por eso salen de noche á verificar sus escursiones.

No se piense que Laredo es ahora un pueblo despreciable, y que no vive sino con lo pasado. Todavía tiene alguna importancia: su poblacion actual ascenderá á unos 600 y pico de vecinos, 3000 y tantas almas. Conserva fama por su pescado con que surte en gran cantidad á la córte. Posee 62 lanchas de pesca; 474 matriculados y da 40 á la real armada: en otros tiempos presentaba para esta, hasta 500 individuos. En la batalla de Trafalgar todavía tenia 100. Siempre fueron estimados como marinos y marineros inteligentes. No hace muchos años que sostuvieron su buen predicamento en la toma de Bilbao, en el paso del puente de Luchana y en la formacion del que armaron provisionalmente con barcas.

Hay tambien algunos propietarios ricos y algunos dueños de establecimientos de salazon y escabeche, el que despachan en numerosas cargas conducidas al interior á lomo, en recuas de maragatos y arrieros, que es el único medio de trasporte. La pesca mas gruesa es de sardina, y tambien de bonito y de besugo. Este género de industria ha sufrido baja de algunos años acá, porque los puertos de Colindres de abajo y Limpias le han sacado mucha ganancia en los escabeches y en la remesa de pescado fresco, pues mucho del que traen á vender á Madrid, pertenece á esos lugares, aunque ordinariamente no se acuerdan de ellos, y dicen á todo, pescado de Laredo. En Colindres hay quizá mas fábricas de escabeche que en el mismo Laredo; asi es que los particulares de esta villa van de vez en cuando á comer las ostras aderezadas perfectamente en Colindres. Pero al fin la pesca es el preponderante cuando no el esclusivo ramo de riqueza en Laredo.

Pasando revista á los edificios notables no debo omitir la iglesia de la Ascension que es la parroquia matriz, y una de las mejores de la provincia, si bien en mas de una consideracion es inferior á la de Comillas, que describiré oportunamente. La iglesia, pues, es digna de observarse por su estension y su arquitectura. Fué construida en el siglo XIII: tiene dos facistoles de bronce en el presbiterio, y cuya parte superior está formada de dos águilas del propio metal con las alas desplegadas y sobre las que se colocan los misales. Esto fué un regalo del emperador Cárlos V de Alemania cuando estuvo en Laredo. En la nave mayor existe una parte de la cadena que rompieron los conquistadores de Sevilla, de que he hablado ya. Este resto de su valor se conserva como trofeo. El altar mayor figura tener de jaspe unas columnas aplanadas, de tal modo que es preciso tocarlas para convencerse de que no son de aquella materia. La sacristía es de construccion moderna, es del siglo pasado, y por su espaciosidad, comodidad y buena forma no puede ser comparada con ninguna otra de los templos de la Montaña.

La casa consistorial presenta bastante buen aspecto: el primer cuerpo de la fachada descansa sobre cinco arcos de grandes columnas que forman los soportales de la plaza. La pieza principal tiene otros tres arcos que dan lugar á una especie de galería descubierta al frente, ó salon corrido con vistas á la plaza. Los locales que comprende son capaces y cómodos. El gran salon en que se celebran las quintas y otros actos públicos sirve tambien para los bailes de carnaval.

En lo mas encumbrado de la villa está el castillo llamado el Rastrillar, regularmente construido y artillado; tiene estacada y defiende á varios puntos, pero en especialidad la entrada de las rias de Laredo y de Santoña, hácia cuya última plaza fuerte está mirando con algunas de sus baterías.

En general poca distraccion se proporciona en Laredo á cualquier transeunte. No hay reuniones esceptuando la que se tiene por las noches en la secretaria del ayuntamiento, y es compuesta esclusivamente de unos cuantos sujetos instruidos que leen los periódicos y cuya conversacion es bastante amena. Tampoco hay círculo de recreo, que no falta hoy dia aun en pueblos de menor importancia: hay sí un café que por casualidad tiene un piano y consiste en que el dueño es el organista de la parroquia. El trato entre las personas y las familias apenas existe; cada uno está retirado en su casa, siguiendo su sistema de vida acostumbrado que suele alterarse cuando una romeria ú otro suceso por el estilo viene á ponerlas en movimiento.

No es decir por esto que carezcan de amabilidad y de finura los habitantes de esta villa: al contrario, el forastero se encuentra obsequiado y se complace en la compañía de varias personas notables en el pais, cuales son entre otras que pudiera citar, los señores don Juan Oceja y don José Manuel de Cacho y Tagle, abogados y propietarios; y este, asesor de marina y promotor fiscal del juzgado de primera instancia.

Varias circunstancias existen simultáneamente para impedir que Laredo progrese y se engrandezca. Los antiguos muelles hasta cuya orilla abordaban las escuadras de Cárlos I y Felipe II se hallan al presente cubiertos y cegados; la mar se ha ido retirando visiblemente, y en donde en otro tiempo habia agua y andaban embarcaciones mayores, está ahora atasrado de arena, de tal suerte que para poder embarcar es preciso hacerlo á pleamar, ó sino alejarse un buen trecho la tierra atravesando fango. Los pescadores esperan la pleamar para salirá sus faenas; pero al retirarse al anochecer y estando la mar baja, tienen que emprender una pesada maniobra, empujando las lanchas á fuerza de brazo para que entren en el puerto, y sino tienen que dejarlas á fuera con guardas y con alguna esposicion, ocupando en ambos casos tiempo y gente que se ahorrarian sino tuviesen que luchar con este obstáculo. Para obviarle se ha tratado de construir un muelle hácia la parte N. E. de la villa; se han empezado los trabajos; están colocados los cimientos de una porcion de la obra, la que va adelantando durante la bajamar, que es cuando el sitio queda en seco; se ha instruido espediente y arreglado la contrata. Mas supuesto ya el muelle concluido y el camino que segun dicen deberá ser cubierto perforando un monte que media entre aquel y la poblacion, todavía el puerto no puede adquirir importancia, pues creo que este muelle solo valdrá para la mejor arribada y abrigo ya de los barcos pescadores, pero no para los mercantes de todos portes. Ademas Laredo tiene contra si á Colindres y á Limpias; aquel le compite y quizá le supera, especialmente en los escabeches; y éste es un puerto situado á una legua de distancia en la espresada carretera de Búrgos; es una pequeña villa de unos mil habitantes, formada por una linea de casas casi todas grandes, de buena perspectiva, de construccion y gusto modernos. Es el verdadero punto de carga y embarque de la ria de Santoña, y á donde van á comprar el trigo y las harinas para otras provincias y para el estrangero. El puerto es seguro y hermoso lo mismo que todo lo que constituye su término; tiene ademas cómodos y espaciosos almacenes en las márgenes del rio. Segun las probabilidades este pueblecito naciente, lleno de animacion y en el cual hay establecidos algunos emprendedores capitalistas, está destinado á representar un gran papel en este pais menguando y perjudicando los intereses de Laredo. Por otra parte la ciudad de Santander con motivo del canal de Castilla, con sus dos carreteras á la Corte y lo demas que le favorece segun he espuesto antes, se opone aun, cuando no sea voluntariamente, pero si por la fuerza de las cosas, á que ningun otro puerto de su provincia llegue á obtener la supremacía.

Cerca de Limpias y sobre la misma ria en el lugarcito de Marron, hay fábricas de anclas, palanquetas y otros artefactos de hierro.

En el distrito judicial de Laredo se encuentran minerales de hierro de varias clases, entre ellas el persúlfuro de hierro; tambien hay minerales de plomo platífero ó galena.

Respecto de ciertas costumbres y usos hay bastante uniformidad en toda la provincia. Entre doce y una se come de mediodia, ó yanta como se decia antiguamente, y como es lástima que no se diga ahora: á las diez de la noche se cena, con ligeras escepciones. Aquí no han entrado en el modo de comer á la francesa, segun vulgarmente se cree, y que en la corte va siendo general.

En verdad que sin necesidad de recurrir á los traspirenáicos, tenemos nosotros dentro de casa á quien imitar y en donde fundar ese método. Los frailes, muy sabios en todo y particularmente en lo que á la vida animal concierne, comian á las doce, tomaban chocolate por la mañana temprano y cenaban poco despues del oscurecer. Los arrieros y maragatos, gentes de quienes puede afirmarse que viven para comer y no vice-versa, en cuya cualidad les igualan muchos sin ser una cosa ni otra; cuando andan de viage que es casi constantemente, ora van durmiendo sobre los machos ora van meneando las mandíbulas con algun condimento sólido, ó entreteniendo las fauces con algun producto líquido; pero la hora de comer de mediodia es para ellos de noche despues de llegar al término de cada jornada. Cuando llevan viageros, lo que sucedia con frecuencia en los tiempos en que no habia mas diligencias que las de los escribanos, almorzaban entre once y doce en las ventas y posadas de muy atrás conocidas, que eran y son comunmente aquellas en que la cebada está mas barata y la recua mejor alojada, aunque el caminante manduque mal y duerma peor; haciendo siempre su comida diaria en el parage en que pernoctaban, sirviendo ésta de cena al mismo tiempo. Nuestros artesanos comen tambien de mediodia á las doce de la mañana, en cuya hora cesa por algun intervalo la tarea.

¿No viene á ser esto poco mas ó menos comer á la francesa? ¿No es esto lo que se hace en Madrid; no cenar, hacer dos comidas al dia, y tomar ó no un ligero desayuno por la mañana temprano? ¿No es cierto que hay almuerzo que algunos hacen á las doce, que es mas abundante y apetitoso que la comida que otros tienen á la misma hora? Y ¿quién duda que la cena que se hace á las oraciones, como acostumbran los catalanes, sobre todo en el verano, viene á ser casi la comida de mediodia de los que dicen que están montados á la francesa? Por manera que en vez de ir á buscar fuera de la nacion costumbres que se pretende hacerlas pasar por nuevas, seria mas exacto decir que se adoptaban con ligeras modificaciones, las que existen de tiempo inmemorial entre nosotros; descartando asi esa mania de querer *estrangerizarlo* todo.

Saliendo de Laredo por el camino real empieza un valle ancho, cultivado y fructífero, que se estiende hasta Ramales y es uno de los mejores de la provincia por la variedad de sus producciones y por las vistas deliciosas que ofrece. Este camino es muy poco frecuentado; no atraviesa por él ningun carruage; apénas se percibe un viagero; solamente cruzan los mulos de los maragatos y alguno que otro carro cubierto ó descubierto al estilo del pais. Dicho camino se encuentra en mal estado, con prominencias y baches en varios sitios y con el firme endeble en otros, si bien se está trabajando en recomponerle. Por la parte opuesta, al E. S. E. de Laredo y á dos leguas cortas está la villa de Santoña, internada en un gran arenal que impide verla hasta que se desembarca y se llega á las fortificaciones.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

A la siguiente eran ya las once y el Marqués no parecia.—Cerca de las doce se presentó Sotopardo de grande uniforme, salia de palacio y de la cámara del Rey, de quien obtuvo una audiencia que duró cerca de una hora.

«¿No saben Vds. la noticia del dia? dijo con la sonrisa en los labios: el Marqués de Motril ha sido hallado junto á San Isidro del campo atravesado el corazon de una estocada; y es lástima, porque no podrá acabar de contarnos la historia de anoche.—Quizá alguno de estos caballeros la sepa. Vamos, señores ¿no hay entre VV. alguno que crea que el Marqués no fué anoche un *infame calumniador*?»

Un silencio glacial, efecto del cobarde estupor que coaguló la sangre en las venas de todos sus oyentes, respondió solo á Sotopardo, quien prosiguió diciendo:

«Ya vé V., Duquesa, cuán aventurado es contar ciertos cuentos: aconsejo á V. que prohiba en su casa tan inocente diversion.»

Nadie osó replicarle, todos los semblantes femeninos tuvieron para él una sonrisa, todos los hombres un cumplimiento.

El dia despues don Cárlos de Sotopardo, reemplazado en un regimiento de su arma en virtud de órden autógrafa del Rey, salió para Granada, dejando á la *buena sociedad* de Madrid literalmente aterrada.

Su resolucion nunca desmentida se salvó en aquel amargo y difícil trance: mató al Marqués cuerpo á cuerpo y no facilmente, porque era adversario valeroso y diestro, y no pudo menos de matarle despues del insulto recibido.

En seguida, por medio de un favorito de Palacio con quien le unian antiguas relaciones, obtuvo del Monarca la audiencia que hemos dicho, y en ella con lisura, con franqueza, sin disfrazar sus faltas, sin exagerar sus méritos, refirió á Fernando VII las estrañas vicisitudes de su vida, entregándole su cabeza para que de ella dispusiera. No se trataba de política, y por tanto el Rey, conmovido por tama desdicha y franqueza tan poco usual, indultó á don Cárlos y mandó que en el acto fuese colocado.

Así se hizo, y entonces entró, por decirlo así, en el segundo periodo de su vida, íntimamente enlazado con el de don Alfonso Tellez; cuyo relato tenemos tiempo hace interrumpido, y nos proponemos terminar en el menor número de páginas posible.

XVII.

La justicia divina.

Verdaderamente con el anterior artículo don Alfonso Tellez estaba desempeñado del compromiso con sus contertulios contraido al empezar su larga y aun pendiente narracion, porque habiéndose solo propuesto demostrar que el vulgar proverbio que sirve de lema á este *segundo cuadro* de los *Estudios sobre las costumbres españolas*, en muchas ocasiones carece en su aplicacion de exactitud, bastábale lo referido de las aventuras de Sotopardo para llenar aquel propósito.

En efecto, no era el caudal del rio de la vida de don Cárlos la verdadera causa de lo que el agua de su mala reputacion *sonaba*, sino que por el contrario, allí el *agua del rio* de su *sonar procedia*, pues que, la mala fama de aquel caballero fué el orígen de la mayor parte de sus desdichadas aventuras, y el incentivo de los escándalos que las coronaron.

Mas, por una parte, don Alfonso comenzó narrándonos la propia vida, y por otra en el discurso de su narracion han aparecido en la escena personages varios, que tenemos la inmodestia de suponer hayan interesado al lector lo bastante para que no nos sea lícito abandonarlos así de repente á su destino, y sin dar á lo menos sumaria cuenta de su final paradero. Tal será el asunto de los dos artículos, que incluso el presente, van á finalizar el segundo cuadro por nuestro tosco pincel trazado.

Milagros y don Fadrique reclaman por su antigüedad la preferencia, y vamos á dársela.

Al salir Sotopardo de Madrid, á consecuencia de la muerte del Marqués de Motril, víctima espiatoria, aunque no la mas culpable en la triste historia de la Condesa de San Justo, comprendió la Gitana que aquel hombre habia para ella definitivamente desaparecido de la escena, y la amargura de tal convencimiento, poniendo en acre fermentacion toda la levadura de su perversa índole, detestable carácter y viciosas inclinaciones, hizo de ella á banderas desplegadas uno de los séres mas infames de cuantos infinitamente viles produce la especie humana; la avaricia, la sed inagotable de riquezas, la ausencia total de las nociones elementales de toda moralidad, condujéronla á lanzarse á un tiempo, ademas de en las intrigas de gobierno y en el tráfico de gracias, empleos y honores que ya cursaba, en la usura, en la corrupcion de las mugeres inespertas, en introducir, para decirlo de una vez, en el seno de las familias mas recatadas, el veneno de la seduccion, la ponzoña de la lubricidad infame, la usura, la calumnia, el juego y el anónimo. La delacion y la tercería, y al mismo tiempo la mas desordenada crápula, señalaron el tránsito de Milagros á la vejez: con tal escándalo, con desenfreno tan cínico, que el Fraile mismo, hasta entonces su protector, hubo de renunciar, por no perderse de reputacion, á todo trato con aquella despreciable muger.

Matilde, su propia hija, no por moralidad, que no la conocia, sino por cálculo profundo, cesó de verla igualmente, y en cambio intimó las relaciones con el *venerable protector de la familia*.

A la verdad, rompiendo con aquel, perdió la gitana la clave de sus altas influencias en la córte, y por lo mismo el mas rico filon de la abundante mina que su caudal principalmente constituia; mas por una parte habia hecho ahorros cuantiosos en los dias de su prosperidad; por otra, quedábanle siempre las relaciones subalternas, amen de la necia credulidad de los pretendientes; y en fin, otro pingüe manantial, á saber: el generoso desprendimiento de las damas y galanes de alta esfera, cuyos culpables amores patrocinaba y favorecia. Con tales elementos y su habilidad consumada pudo Milagros, á pesar de su ruptura con el fraile, continuar su antiguo tren de vida durante mas de dos años, contenta y satisfecha en cuanto los malos pueden estarlo; porque no teniendo, decia, *á quien guardar consideraciones*, entregábase sin freno ni medida á todos los vicios.

No conocemos, y por desdicha hemos visto mucho de malo en el mundo, espectáculo mas hediondo, repugnante y diabólico, que el desenfreno absoluto de una muger en los últimos años del otoño de su vida; tan repugnante es, que no nos sentimos con fuerzas para describirlo con los pormenores que acaso exige la índole del escrito que trazamos. Por desventura los originales abundan en todas las clases de la sociedad, y pocos serán aquellos de nuestros lectores cuya memoria no les recuerde alguno ó algunos; los que en tal caso no se encuentran:—¡bienaventurados ellos!—deben agradecernos el silencio que en la materia guardamos.

Baste añadir, resumiendo lo dicho, que Milagros, comerciante con la venalidad de los cortesanos, esplotando la miseria de los pródigos, favoreciendo á la esposa infiel, á la soltera liviana, al marido crapuloso y al galan libertino; sirviendo á la policía secreta al mismo tiempo, y atesorando sin escrúpulo el fruto de tanta bajeza, de inmoralidad tan grande, se veia reducida á pagar á los miserables instrumentos de sus torpes placeres y cómplices de sus infames orgías.

Si por una parte buscaba y hallaba en los vicios de los demás el manantial en que saciar su sed de riquezas, por otra los suyos propios eran la insondable sima que sus tesoros devoraba; porque sus mancebos, ó mas bien sus rufianes ¿qué podian ser sino individuos de la detestable monstruosa raza, fruto de la hez de nuestra corrompida civilizacion, que prostituye y mancha la dignidad viril hasta el punto de hacerla esclava de las caducas Mesalinas?

La holgazanería, la falta absoluta de educacion moral, las delirantes aspiraciones á todo género de goces, y la incapacidad para las ocupaciones útiles y sérias, lanzan á Madrid todos los años, desde los villares á los garitos, desde los garitos á los brazos de mugeres como Milagros, y desde ellos al crímen, para terminar en los presidios, á un número considerable de jóvenes, que sus familias abandonan culpablemente á su fogosidad é inesperiencia, y que muchas veces se hallan completamente perdidos antes que la barba anuncie en ellos la virilidad completa.

Valetudinarios en la adolescencia, caducos y aun inespertos, corrompidos antes de madurar, candorosamente perversos, por decirlo así, esos infelices de la virtud desheredados, se ofrecen á nuestros ojos diariamente en los cafés, en las calles y en los paseos, sin que en ellos nos dignemos fijar la vista, sin que haya quien piense que esa llaga reclama pronta y enérgica curacion, si no ha de propagar su gangrena al cuerpo social entero. Los hospitales y los presidios se los tragan: otros vuelven á reemplazarlos, y la sociedad indiferente prosigue su camino al compás de la polka!... Pero, viven los cielos, que moralizamos sobrado gravemente; volvamos á nuestro cuento, que es lo que al lector interesa y á nuestra obligacion cumple por ahora.

Mientras Milagros se entregaba desenfrenadamente en Madrid á la crápula, don Fadrique de Vargas en Francia corria rápida y aprovechadamente la carrera del crímen. El juego y la embriaguez devoraban facilísimamente su pension, y gastada ésta era preciso acudir á los *espedientes*: obtener dinero prestado es uno que dura poco; ganarlo al juego con *trampas* suele aprovechar, pero no por mucho tiempo en el mismo punto: hay que acudir á la *estafa*, pero la *estafa* es delito previsto en el *código-Napoleon*, y los franceses han dado en aplicarlo severamente. Para evitar la aplicacion del código hay que huir de la policía; para no caer en garras de esta, que asociarse con los que allí padecen persecucion por la justicia, y toda asociacion exije que los asociados contribuyan á su existencia y bienestar. Ahora bien, como los perseguidos por la justicia, de la especie á que nos referimos, no blasonan precisamente de un respeto escrupuloso y nimio á la propiedad, ni cuentan para existir y pasarlo bien mas que con lo ageno, síguese lógicamente que, como asociacion, están en guerra abierta contra todo legítimo dueño de cualquier cosa que dinero valga; y supuesta la guerra, claro es que los golpes dados y recibidos son consecuencia legítima. La fuerza unas veces, la astucia otras, pero la hostilidad siempre; el poseedor defiende su alhaja, el perseguido por la justicia trata de conquistarla. A lo primero se llama *derecho*, á lo segundo *robo*: el propietario es un *ciudadano* mas ó menos honrado; su enemigo un *ladron*. Don Fadrique de Vargas, despues de haber sentenciado á no pocos andaluces allá al terminarse el reinado de Cárlos III, por ladrones ó estafadores, acabó por ser él en Francia, primero tahur, luego tramposo, despues estafador, por último falsificador y ladron. La policía y los tribunales franceses dieron en que habian de hacer con don Fadrique lo que don Fadrique habia hecho con los andaluces, salva la diferencia de cortarle el pescuezo con una ingeniosa máquina, en vez de hacerle espirar bajo el peso de un corpulento verdugo, ó de marcarle la espalda con una candente *flor de lis*, y enviarle luego á los arsenales de Tolon ó de Brest, en vez de sacarle á la vergüenza y destinarle á Ceuta ó á Melilla. Sin embargo de esas diferencias apreciabilísimas, fruto de la adelantada civilizacion de nuestros vecinos, tuvo Vargas el mal gusto de no prestarse á que le estamparan en el homoplato el

blason de la rama primogénita de los Borbones, ni mucho menos á que en su cuello se ensayase el invento humanitario del doctor Guillotin; y para conseguirlo, no sin correr graves riesgos y dar muestras de una habilidad consumada y de una robustez en los trabajos agena de su edad avanzada, atravesando el Pirineo, volvió á pisar los límites de la madre patria. Gracias á un pasaporte de su propia fábrica pasó en España como un comisionista francés, y pudo llegar sin tropiezo á la villa y córte de Madrid, centro natural de las gentes de su estofa, *pozo airon* donde todo cabe, confusa Babilonia en donde la vista mas perspicaz distingue dificilmente lo blanco de lo negro.

Es de advertir que con la dilatada ausencia y la vida airada, Milagros habia en tanto hecho una adquisicion y una pérdida, poco ventajosas ambas para don Fadrique. La adquisicion era la de un amor sin límites á su personal independencia, y la pérdida la de la costumbre de tolerar á su antiguo amante. Añádase á esas dotes positiva y negativa la accidental circunstancia de un capricho declarado por cierto galan, héroe de los villares, columna de los garitos y aprendiz de baratero, cuyos años no pasaban de veinte, y cuya desfachatez y depravacion afrentaran al mismo Sardanápalo, y se comprenderá que la aparicion, tan inesperada como desagradable de don Fadrique en la morada de Milagros, produjo el mismo efecto que la visita del casero en la de un cesante cualquiera. No hallamos comparacion que mejor esplique nuestro pensamiento, con esta diferencia, sin embargo: que el cesante ante el casero se humilla y anonada, mientras que la Gitana con la presencia de Vargas enfurecióse, recibiéndole de la peor manera posible

En honor de la verdad, el ex-oidor, que no se habia lisongeado con otras esperanzas, opuso, por tanto, á la tempestad una frente serena, á las injurias la paciencia, á las violentas órdenes de desocupar el puesto una fuerza de inercia de todo punto incontrastable. «En Francia no le era posible residir; sus años le imposibilitaban para el trabajo; ¿qué habia de hacer sino refugiarse al »amparo de la muger á quien todo lo habia sacrificado? Ella, pasado »el primer momento de ira, se haria cargo de la razon, y compren»diendo que no iba á sujetarla en lo presente, ni á pedirle cuentas »de lo pasado, ni á estorbarla en sus proyectos para lo porvenir, si»no á servirla, á respetarla y á auxiliarla en cuanto pudiese, no le »negaria un rincon de su casa en que se albergase, ni los restos de »su mesa para que el hambre aplacara.»

Tal dijo en resúmen el envilecido caballero á la insolente cortesana, y ésta, reflexionando sobre las posiciones relativas, comprendió que lo mejor era avenirse pacificamente con aquel hombre, el peor de todos para enemigo, precisamente por lo mismo que nada que perder tenia.—Celebraron, pues, aquellos dos seres despreciables un tratado de esos que deshonran á la humanidad, en virtud del cual aceptó él la complicidad en su propia infamia, por asegurar la subsistencia y algun dinero; y sacrificó ella algo de su avaricia á la seguridad de su desordenada vida.

Don Fadrique pasó por tio de su antigua manceba: fué en calidad de tal presentado á la *sociedad* de Milagros; y hecho tercero de las disoluciones de esta, llevó la degradacion hasta el punto de mediar con frecuencia entre ella y su amante, cuando reñidos los veia.

Al llegar aqui, pésanos casi de haber acometido la empresa de pintar cuadros de costumbres, porque virtualmente nos hemos impuesto la obligacion de retratar asi las buenas como las malas; y las ultimas abundan, y repugnan á las almas bien templadas.

¿Seria justo sin embargo, que, copiantes infieles, trazásemos cuadros de imaginarios paraisos, ó de flores cubriésemos los abismos que circundan la senda de la humana vida?—No ciertamente, y todo lo que hacer podemos en obsequio del pudor público es pasar rápidamente sobre ciertos fragmentos del camino, trazando nuestros bosquejos á grandes rasgos, y omitiendo en lo posible todo asqueroso pormenor.

Por lo demás, si alguien juzga exagerada la pintura de la degradacion de don Fadrique, rectifique su error, que sobran en el mundo originales de aquella copia, y originales harto mas repugnantes aun que nuestro mal trazado dibujo.

Volviendo á la historia, durante algunos meses, vivió pasablemente la dignísima pareja que nos ocupa: don Fadrique sangraba á Milagros suavemente al principio; Milagros aflojaba el bolsillo tambien sin resistirse demasiado. Mas con el tiempo él fué aumentando sus exigencias, y ella al mismo compás la resistencia; él contrajo deudas, ella pagó las primeras, no sin prévio escándalo y crudo maltrato al deudor; y acabó, en fin, por escandalizar y maltratar sin pagar un maravedi.

Entonces fué la discordia, entonces las recriminaciones, insultos, amenazas y golpes: últimamente la Gitana espulsó de su casa al ex-oidor, quien al marcharse se llevó las alhajas que encontró á mano y del importe de su venta vivió algunas semanas.

Agotado aquel recurso, el juego suplió algun tiempo el exhausto bolsillo: pero tal mina, que no podia durar mucho, se agotó en efecto muy pronto.

Un momento esperó Vargas enternecer á su ingrata con el espectáculo de la miseria en que yacia, espectáculo verdaderamente hediondo y lastimoso; porque el noble caballero, el grave magistrado, el hombre de una pulcritud nímia en su persona, habiase convertido en un vejezuelo andrajoso que, ralo el cabello, sucio el vestido, descompuesta la fisonomia, cavernosa la mirada, cadavérico el aspecto, y vacilante el paso, mas aun por los efectos de la embriaguez que por los años, vagaba de taberna en gazapon, y de gazapon en lupanar incesantemente, siendo objeto de los groseros sarcasmos, de las cínicas bromas, y de las malignas burlas de tahures y prostitutas. Mas en vano escribió don Fadrique á Milagros repetidas cartas, pidiéndole con sentidas frases, no ya un socorro, sino una *limosna*: á las primeras no recibió respuesta, las últimas ni recibidas fueron. Todavia no quiso con tal desaire darse por vencido el que no acertamos á llamar desdichado, pues que en él fué la desventura justo castigo de su mal proceder; todavia, decimos, no satisfecho con aquellas repulsas, quiso intentar é intentó, en efecto, el postrer desesperado esfuerzo, esperando á la Gitana en el zaguan de la suntuosa casa que habitaba, y llegándose á ella con el sombrero en la mano, humilde el ademán, bajos los ojos, trémulo el acento, á pedirle, *por el amor de Dios*, un socorro que de perecer de inanicion le libertase.

Iba Milagros en aquel momento del brazo de su mancebo, ataviada y compuesta como una novia, *estofada*, como un santo de retablo, hueca como un prócer improvisado, y en vez de enternecerse á vista de la profunda miseria, del inconcebible abatimiento de aquel cuya mano la habia sacado á ella del fondo de un calabozo de la cárcel de Sevilla para encumbrarla hasta el punto en que se hallaba, considerando como un atroz insulto su presencia, y queriendo de él vengarse, sacó del bolsillo una moneda de cobre, y poniéndosela a Vargas en la mano con desfachatez nunca vista, díjole al mismo tiempo:—«Tome, hermano, y no vuelva por aquí, que no me gusta mantener á holgazanes.»

La introduccion de un hierro candante en un vaso de agua helada, poniendo el líquido en súbita violenta ebullicion, suele á veces hacer estallar el vaso mismo; tal fué el efecto de la horrible insolencia de las crueles palabras de Milagros en el ánimo de don Fadrique. Al verse tan horriblemente tratado por aquella muger origen de su ruina, Vargas volvió á ser por un momento el hombre mismo que en los primeros pasos de su carrera habia dignamente cruzado el acero con el conde de San Justo: la ira purificó instantáneamente su alma de la bajeza que la infamaba; su corazon palpitó, como salta el leon herido; sus ojos se inyectaron de sangre; su mano, entonces de ordinario trémula, buscó, halló, empuñó, vibró segura un puñal que siempre le acompañaba; y sin pronunciar ni una sílaba, sin lanzar un grito, sin vacilar ni un segundo, arrojándose sobre la pérfida gitana, arrojóla á sus plantas exánime de un solo certero golpe en el corazon clavado.

Trémulo, aterrado, pensando solo en salvarse á si mismo el vil rufian que á Milagros acompañaba, huyó despavorido, clamando «*Al asesino! Al asesino!*» y en breve, congregada numerosa muchedumbre y acudiendo la justicia, hallaron á don Fadrique que, en pié é inmóvil al lado del cadaver de su víctima, la contemplaba con una feroz sonrisa en los labios, para dar idea de la cual, confesamos no encontrar recursos en la lengua.

Tiene el crimen, por desgracia de la humanidad, un punto de apogeo, llegado al cual se confunde á los ojos del vulgo con el heroismo; y precisamente la accion de Vargas era por sus circunstancias de las que á tal punto llegan.

Su aspecto horriblemente tranquilo, su mirada de tigre vencedor, su serenidad infernal, impusieron á todos los circunstantes, y él mismo, sintiéndose de nuevo en cierta elevacion de mala especie, infame sin duda, pero elevacion al cabo, engrandecióse instintivamente.—¡Dichosos aquellos á quienes departe el cielo las dotes de la modesta medianía! Ellos, si nunca se elevan, nunca tampoco se precipitan, mientras que el hombre escepcionalmente organizado, como Don Fadrique, si yerra el camino de la gloria se abisma en las profundidades del crimen.

En fin, Vargas, cayó en poder de la justicia como asesino preso *in fraganti* y fué por el momento sepultado en un hondo calabozo, y sometido á la jurisdicion de la sala de Alcaldes de Casa y Corte.

Era la época en que su crimen cometió una de las muchas en que, por desdicha, se ha creido en España que el verdugo es un poderoso agente de moralidad; era un tiempo en que se ahorcaba por robar el valor de una peseta; figúrese el lector qué suerte le esperaba al homicida.

Ni él, en honor de la verdad, hizo esfuerzo alguno para defender

su cabeza: la soledad y el ayuno de la prision hiciéronle volver en sí, considerarse tal cual le habian sus vicios hecho, y comprender que la tumba era ya su único posible refugio. Así, pues, confesó desde luego y de plano su delito, cuidando solo de ocultar su verdadero nombre, porque en aquellos momentos supremos renacieron en su alma, por efecto de un fenómeno que á primera vista parece absurdo y es sin embargo tan natural como frecuente, los instintos aristocráticos.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

SONETO.

El mal sin esperanza.

La tierra rompe con la ruda reja
El labrado que en la cosecha fia;
Su vida al ponto el mercader confia,
Y en bienes rico las borrascas deja.

Al gran guerrero emulacion aqueja
Que en lauro y gloria le reviste un dia;
Y Nevtun sabio, con tenaz porfía,
Celeste arcano en la atraccion despeja.

Al trabajo sucede así, el contento,
Alivia el padecer feliz templanza,
Y es corona la ciencia al sufrimiento.

Mas ¡ay de aquel! ageno de esperanza,
Que amando sufre perenal tormento,
Sin retorno á su amor, ni en sí mudanza.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

Todas las mujeres son aficionadas á hablar; ¿en qué consiste que las viejas lo son mas aun? En que no tienen ya otra cosa que hacer.

La mayor parte de las mujeres bonitas pierden tanto en dejarse conocer como ganan en dejarse ver.

La rigidez de una jóven casadera no es mas que un velo muy transparente que no encubre nada.

El arte de agradar es para las mujeres un oficio que saben las bonitas sin haberle aprendido, y que no pueden saber las feas sino despues de largos estudios y de un aprendizage mas largo aun.



(El pobre.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.



FEDERICO SOULIÉ.

En el momento en que se cierra el sepulcro sobre el cuerpo inanimado de un escritor ilustre, hay una hora misteriosa y llena de piadoso recogimiento, en que enmudecen las cien parleras bocas de la crítica. Esa hora, en cuyo transcurso se inclinan las frentes de los hombres pensadores para meditar, marca un tiempo de reposo entre las luchas apasionadas del pasado y el juicio imparcial del porvenir. El escritor no pertenece ya al pasado ni pertenece aun al porvenir. Es la hora de las lágrimas y del sentimiento, la hora en que los amigos se reunen en la residencia del amigo que ya no existe, y dan libre curso á su dolor. Y cuando han derramado mucho llanto alrededor de aquel hogar apagado ya, cuando han hecho resonar con el eco de sus gemidos aquella casa, vacia ya como un sepulcro antiguo, desierta, muerta tambien, porque el que la animaba no existe ya, buscan un consuelo en la narracion de las buenas acciones, en el recuerdo del buen corazon y de las virtudes domésticas del difunto; porque, ¿quién seria capaz de evaluar los tesoros de amor y de amistad que derraman á su alrededor, en el secreto del hogar doméstico, esos seres privilegiados que hizo Dios buenos como corderos porque fueron fuertes como leones? El poeta desaparece entonces para dejar en su lugar al hombre. Por esto no hablaremos casi nada del autor de los cien volúmenes y de los veinte dramas que el mundo literario ha leido y aplaudido, sino que haremos como los amigos, hablaremos solamente de sus virtudes, y trataremos de referir la historia de ese hombre de bien, de ese grande hombre que se llamaba Federico Soulié.

Nació en Foi, en el departamento del Ariege (Francia). Su padre, que fué ayudante general, y despues empleado en Hacienda, le hizo estudiar en Poitiers, en Nantes y en Tolosa. Apenas hubo acabado Federico sus estudios preparatorios cuando su padre fué tachado de bonapartista y destituido, y se trasladó con su hijo á Paris. «Estudié »leyes bastante regularmente» decia Federico en un *auto-biografía* que envió á uno de sus biógrafos, «pero con la turbulencia suficiente »para ser espulsado de la universidad. Habia firmado peticiones libe»rales y tomado una parte activa en el alboroto contra el decano, que »me hizo conducir, así como á mis camaradas, á la universidad de »Rennes, en la que concluimos de estudiar leyes como presidiarios, »bajo la vigilancia inmediata de la policía.» Cuando concluyó su carrera se reunió con su padre en Laval y fué empleado en la administracion civil, en la que permaneció hasta el año de 1824.

Nada hay hasta aquí que anuncie al escritor, pero se ve ya despuntar el espíritu de independencia que Federico Soulié conservó toda su vida. Por lo demas, la existencia algo nómada debida á la instabilidad de las funciones de su padre, fué despues de mucha utilidad para el novelista, porque habiendo habitado varios puntos estremos de la Francia, pudo variar fácilmente la escena de sus narraciones.

Al salir de la administracion en 1824, publicó un tomo de poesías titulado: *Amores franceses*, y este fué el primer paso que dió en la literatura; pero no estaba decidida aun su vocacion, porque entró de director en un molino de serrar madera. Sin embargo, no por eso dejaba la literatura. «Siendo fabricante de vigas y tablas, dice, fué cuando escribí *Romeo* y *Julieta*.»

Esta escursion limitada que hizo en el dominio de la industria, no fué inútil para Federico Soulié. Aprendió á conocer las clases trabajadoras á las que queria por instinto, porque todos sus sentimientos eran buenos. Su simpatía hácia el pueblo se encuentra en casi todas sus obras. En esto estuvo conforme con la mayor parte de los escritores modernos, porque todas las inteligencias elevadas de esta época se inclinan á favorecer al pueblo.

Desde la representacion de *Romeo* y *Julieta* en 1827, que fué muy aplaudida en el Odeon, se dedicó Federico decididamente á la literatura. No le seguiremos en esta carrera harto corta, que cuenta menos años que triunfos. Ademas la vida del literato es poco fecunda generalmente en episodios dramáticos, porque se gasta entre el trabajo y la meditacion. Solo un evento notable interrumpió la tranquilidad de su existencia pacífica, que fué la revolucion de 1830. «Tomé »parte en ella, dice, y me batí. Estoy condecorado con la cruz de »Julio, lo cual no prueba nada, pero en fin me batí.» Esto prueba al menos que Federico Soulié sabia manejar en caso de necesidad la espada tan bien como la pluma.

Todos los que han conocido á Federico Soulié estan de acuerdo en pintarle como un hombre de buen carácter, afable en su trato social, y modesto, á pesar de su elevado talento. Su complexion revelaba un temperamento sanguíneo, y su fisonomía enérgica no desmentia el vigor de su imaginacion.

En Bievre, todas las personas de la clase baja le querian. Era un padre para ellas. Dispuesto siempre á distribuir socorros, y organizar loterías de beneficencia cuando no bastaban sus fondos propios, tenia

el raro privilegio de unir las buenas acciones á los buenos sentimientos. Sus amigos saben cual fué su abnegacion y desinterés con el jóven H. L., de quien fué un bienhechor constante. Su muerte prueba su generosidad. Despues de haber ganado cantidades inmensas, sin que se hayan notado nunca en él locas disipaciones, Federico Soulié ha muerto sin bienes de fortuna. Trabajaba sin descanso, y trataba de ganar mucho, porque segun sus deseos nunca podia dar lo suficiente.

Uno de sus amigos mas íntimos nos ha confiado varias anécdotas que prueban que la generosidad literaria de Federico Soulié era tambien escesiva. Permitia á cualquiera que sacara dramas y comedias de sus libros. Harto rico para cortar, dejaba sacar á manos llenas los tesoros de su inteligencia.

Nos han referido una accion, que en el tiempo actual del egoismo hace demasiado honor á Federico Soulié para que dejemos de publicarla. Cuando Alejandro Dumas resolvió consagrarse esclusivamente al teatro Histórico, su retirada dejó un vacío en el teatro del Ambigú. Se trataba de llenar este vacío, y el director de dicho coliseo vacilaba sobre la persona que habia de elegir, pero se presentó Soulié é hizo cesar la indecision del director designándole á Paul Feval á quien Federico no conocia, pero cuyo talento dramático habia comprendido. Para cualquiera que haya estudiado las costumbres literarias en estos tiempos de penuria, el proceder de Soulié en este caso adquiere proporciones colosales que el público no sabria apreciar.

M. Jules Janin escribia en una ocasion con motivo de los funerales de Federico Soulié:... «Excelente hombre que no ha sido toda su vida mas que un literato.» Efectivamente, el autor de tantos dramas y novelas hubiera podido mendigar como otros muchos el favor ministerial, pero no era ambicioso ni cortesano. Solo una vez, instigado Soulié por sus amigos, dirigió una pretension á un ministro. Se trataba de un viage á la Bretaña costeado por el gobierno. Su Escelencia le recibió perfectamente, y enterado del asunto le ofreció *seiscientos francos* para un viage del que debia resultar ademas una buena obra.

—«Señor Ministro,» respondió Federico, «cuando necesito seiscientos francos, lo cual me sucede muchas veces, me levanto á las seis de la mañana y trabajo hasta mediodia.»

Federico Soulié ha muerto como sabe todo el mundo, de una enfermedad del corazon, y este debia ser su fin, puesto que habia permanecido bueno, sencillo y cariñoso hasta su último momento, y no supo nunca dominar una emocion. La costumbre del teatro y sus triunfos repetidos no le curaron de su estremada *impresionabilidad*. En la primera representacion de su mejor produccion dramática, la *closerie des Genets*, estaba tan conmovido como un autor que pone en escena su primera obra. Sentado entre bastidores, esperaba el fallo del público con una ansiedad estraordinaria, tratando inútilmente de calmar su agitacion violenta con libaciones frecuentes de agua de nieve.

En el año de 1845 fué un director de un periódico á pedirle una de aquellas obras suyas que hacia la fortuna de una publicacion cualquiera. Estaba entonces Federico en el delicioso valle de Bievre, en una mansion apacible que habia hecho construir para él á la orilla del agua y á la inmediacion de un bosque frondoso. Recibió perfectamente al director, y le dijo que aquel trabajo era ya superior á sus fuerzas. «Cuando escribo, me dá calentura,» añadió mostrándole sus manos temblorosas aun de la emocion del trabajo. Parecia preveer que la muerte no le dejaria el tiempo suficiente para concluir una obra nueva. Su semblante marchito, en que se veian aun algunos vestigios de una salud que debió haber resistido mucho tiempo á la accion del trabajo, manifestaba una melancolía profunda que no se podia atribuir únicamente al cansancio. Desde lejos el espeso bigote que cubria su lábio superior, le daba el aspecto de un militar; desde cerca era un sábio abatido por sufrimientos prolongados, engañado quizás en sus ilusiones mas gratas, y que conservaba en su frente una mezcla indeleble de bondad y misantropía.

Estuvo enfermo mas de dos meses antes de morir; pero presintió al instante que habia llegado su última hora. Entonces pidió fervorosamente al Todopoderoso que le concediera dos años mas de vida, un año siquiera, para bosquejar las ideas que habian germinado últimamente en su imaginacion; pero Dios, en sus inescrutables designios, no accedió á sus ruegos. Federico se resignó á morir, su agonía fué muy lenta pero muy tranquila y serena. Rodeado de amigos cariñosos que le cuidaban con un esmero difícil de describir, dejó á cada uno de ellos algun recuerdo sacado de los objetos que usaba generalmente. Una señora á quien habia dado una sortija, quiso ponerla en uno de sus dedos diciéndole que la volveria á cojer mas tarde, despues que muriera. «Mas tarde!..... dijo el moribundo. «Oh! no señora, no se toma nunca una joya de encima de un cadáver, eso acarrea desgracias.» En sus últimos momentos cuando ya se iban embrollando sus ideas empezó á hablar en verso á los que le rodeaban! Versos sublimes, últimos destellos de un genio fértil de conceptos admirables!

Dejó de existir á los 46 años. Su cadáver fué acompañado á la Iglesia de Sta. Isabel del Templo por una multitud de personas; la iglesia estaba colmada de gente, las ventanas y balcones de las calles por donde pasó para dirigirse al cementerio del Pere-Lachaise estaban llenos de espectadores, y al llegar al cementerio se halló invadido ya por una multitud de personas. Parecia que todos los que habian leido sus obras y aplaudido sus dramas se habian citado allí para tributarle el último homenage de respeto y admiracion. Al depositar el ataud en el fondo de la huesa, un caballero, vestido de negro, de porte grave y magestuoso se separó de la multitud y subió á una pequeña eminencia desde la cual dominaba á la concurrencia: era Victor Hugo. Al ver al poeta eminente, cuyo pálido semblante revelaba su inmenso dolor, reinó un silencio profundo, en medio del cual pronunció un sentido discurso, sucediéndole despues el Baron Taylor, M. Antonio Beraud, Adolfo Dumas, Pablo Lacroix y Belmontet.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

La estincion de la monarquía austriaca con la muerte de Cárlos II, fué para España como una bendicion del cielo. Dominada la reina regente, viuda de Felipe IV, de ambiciosos favoritos, que mas que en el pueblo español pensaban en engrandecerse, habia sido mayor la culpa de aquella lastimosa decadencia en que sumiéronse con el reinado de su hijo las artes liberales. A no tener en nuestro apoyo la historia, imposible nos pareceria que la viuda de Felipe IV, de aquel rey poeta y artista, hubiera espedido un decreto cerrando los teatros de la corte *hasta que su hijo llegase á mayor de edad*. La musa castellana enmudeció, pues, para despertarse al estruendo de las guerras de sucesion. Prolongárase mas el reinado de Cárlos, y se hubiera perdido hasta la semilla de los laureles de Calderon y Lope.

Cuando los pueblos caen en uno de esos tristes paroxismos que se llaman interregnos, regencias, ó guerras civiles, puestas sus mientes en su interés personal ó en su patriotismo, desdeñan de todo cuanto no les adula en estos sentimientos. Es casi probado que siempre suceden á tan tristes periodos épocas de noble agitacion y renacimiento, épocas en que como el fenix, se levantan de sus cenizas brillantes y deslumbradoras. Las aspiraciones elevadas ocupan el puesto del gastado egoismo, la juventud reemplaza á la vejez, la vida reemplaza á la muerte. Transiciones lógicas en el órden moral como en el físico, en los hombres como en los pueblos. Siempre queda en el árbol carcomido que fué grande y frondoso, algun resto de savia que brote lozanos retoños. A Dios toca el fecundizar esta savia con su rocío.

Felipe V fué para nuestro pais este rocío vivificador. Su benéfico influjo desarrolló de una manera prodigiosa el genio español hasta entonces ahogado por la imbecilidad de los dos anteriores gobiernos. Fallárale al primer Borbon para su justa fama otras recomendaciones, y diéraselas la copia de los hombres célebres que florecieron bajo su mando. Prueba de que sus ojos protectores alcanzaban á todas partes, es que todos los ramos del saber humano tuvieron quien dignamente los representara.—Luzan introdujo la filosofía en la literatura con su *poética* imitada y en puntos traducida de Aristóteles;—Feijoo, satirizando los vicios de la administracion y los de las costumbres, dió el primer golpe mortal á las absurdas preocupaciones de la época;—Don Jorge Juan mereciendo por sus escritos el honor de *académico de las Ciencias* de Paris, destruyó en el estrangero la opinion de que apenas conocíamos las físicas ni las naturales;—Zamora, Cañizares y Martí, dean de Alicante, mantuvieron, aunque á duras penas el lustre de nuestro celebérrimo teatro (1);—el padre Rodriguez, satirizando las escuelas médicas, dió un notable impulso á la medicina:—Macanaz, profundo político, sábio economista, escritor inteligente, regeneró la administracion del reino;—y otros muchos, menos notables, que seria proligidad enumerarlos.

Con ellos ha pasado á la posteridad, aunque sin razon tenido solamente como *aura mediócritas*, el poeta satírico Eugenio Gerardo Lobo, entre sus contemporáneos el *capitan coplero*.

Al empezar á ocuparnos en él nos ocurre la idea de que presintió la injusticia de su siglo, y aun de los futuros, cuando dijo:

Yo, aquel capitan Gerardo,
de cuya infeliz historia

(1) Aunque este escritor es muy poco conocido como poeta dramático, compuso algunas comedias de mérito. Las que han llegado á nuestra noticia son: *Amar y no amar á un tiempo.*—*¿Qué mas infierno que amor?*—*Tener de sí mismo celos.*—*Ulises y Penépole.*—En verso escribió ademas una silva, imitacion de Góngora, titulada *La Soledad*.

no tendrá el mundo memoria,
aunque lea el Anacardo...

En efecto, apenas hemos encontrado memoria de él, y nuestros articulos, mas que biografia serán juicio critico de sus obras. A pesar de lo interesante que es para nuestra literatura todo lo concerniente á su época, tan cercana como desconocida, sentimos esta contrariedad, porque su vida debió de ser por demas aventurera, y agradaria con mas estremo á nuestros lectores.

Habia pasado ya el tiempo de Garcilaso y de Ercilla, que escribian

tomando ora la espada, ora la pluma.

La literatura fria y descolorida de los frailes habia vuelto á sustituir á la de los cortesanos y á la de los héroes. Para la nacion del padre Froilan Diaz eran grande cosa los cánticos rimados. El recuerdo de Quevedo estremecia. El de Villamediana, que en sus versos dejaba traslucir la alteza de su amor, ponia en trance de temblar. Entonces nació en Toledo (1), de padres tan honrados como poco ricos, Eugenio Gerardo Lobo,

el soldado mas cabal,

y el ingenio mas valiente, (1)

que muy pronto habia de ser gran paladin de la musa satírica, rival del autor de las *Zahurdas*, y mantenedor dignisimo de las glorias poético-militares de España.

Apenas se comprende cómo entonces habia quien se atreviese á mirar las cosas sino por el lado que indicaba el rey despues de la inquisicion. Bien, que á decir verdad, la sátira á la sazon iba mas en mantillas que en los tiempos de Quevedo; porque de todos los géneros de literatura es este el que mas necesita de omnimoda libertad é independencia. Asi vemos á los poetas que lo cultivaron en tiempos de reyes absolutos, buscar los ridiculos en su misma esfera social, para no herir susceptibilidades, atacar á las personas, no á las instituciones, únicas cuyos vicios pueden ser trascendentales, y son menos dignos de disculpa; y revolverse en fin en un círculo mezquino, mortal para su talento, y para el público comunmente enojoso; porque, como hemos dicho en otra parte: «sátira que no tenga su poco »de sainete politico ha de ser insulsa de por fuerza, y se caerá de las »manos.»



Eugenio Gerardo Lobo.

Al volver Gerardo Lobo á España despues de la muerte de Felipe V, á mediados del siglo XVIII, encontró la literatura de nuestro pais dividida entre el afrancesamiento importado por el nieto de Luis XIV, y el *culteranismo*, que por su indole de todo punto meridional, tardará mucho en desarraigarse de la poesía española. El teatro, que es la espresion mas completa, mas filosófica de la literatura, y que la resume por decirlo asi, hallábase bajo la dominacion de Cañizares y Zamora, talentos medianos que habian tenido que pedir de prestado á Moliere y á otros autores franceses la mayor parte de sus triunfos. Luzan, amalgamando en su *Poética* las doctrinas de Aristóteles con las que habia emitido en Francia el padre Lebossu en su *Ensayo sobre el Poema Epico*, todas las cuales predominaban en aquel pais sostenidas por Boileau Despreux, iba logrando que entrase nuestro irregular genio poético por un carril semi-clásico. Las costumbres se resentian de esta misma vacilacion. Reemplazada la córte jesuitica

(1) Aqui debemos hacer mencion de una prueba mas que hemos adquirido de la ligereza con que se ocupan los estrangeros en cuanto nos atañe. Desesperados de encontrar en escritos españoles datos históricos de la vida de nuestro poeta, recurrimos, aunque con pesar, á la *Biographie universelle, ancienne et moderne*, obra tenida por escelente; y en ella, entre otras curiosidades prolijas, dicese de Gerardo: *que nació en un pueblo de Castilla la Vieja en el reinado de Felipe III ó Felipe IV; que estudió en la universidad de Alcalá de Henares; que Felipe IV, rey que andaba á caza de poetas con un candil, topole, como habia topado con Calderon, Rufo de Molina y D. Juan de la Noz; que desde entonces fué grande amigo del rey, con lo que se familiarizó tanto con las musas, que improvisó comedias en el Buen Retiro, y hablaba siempre en verso, no acertando algunos dias ni aun á saludar en prosa tan siquiera; y que murió por los años de* 1668. *(T. XXIV, Paris, 1829.)* Esta relacion no es del todo inexacta, si esceptuamos lo del nacer en Castilla la Vieja, pues nació en Toledo, como lo reza la esplanacion del titulo de *El triunfo de las mugeres*, loa sagrada que compuso en aquella ciudad cuando solamente contaba catorce años; y como se deduce bien á las claras de muchos versos suyos, y en particular de aquella carta en que dice al tesorero del rey, pidiéndole socorros pecuniarios:

En Toledo mi caracter
En casa de un mercader
Importará un par de guantes.

O pruébenlo estos otros:

Del Tajo en las arenas
Piadosisima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero.

No es inexacta esa relacion, si esceptuamos lo de la fecha, pues no tan solo no alcanzó á Felipe III, sino que ni á Felipe IV tampoco, y apenas á Cárlos II, porque era ya capitan en las guerras de sucesion, y estuvo en los sitios de Lérida y Montemayor, y en la conquista de Orán, acciones que cantó en sus versos, y fué á Italia con Felipe V, como lo prueban varios sonetos italianos, su composicion *A la prodigiosa incorruptibilidad del cuerpo de Santa Catalina de Bolonia*, aquella en que cantó las maravillas de la iglesia de la *Rotunda de Roma*, su correspondencia con poetas italianos, entre ellos el célebre Maffei, y la carta que escribió desde Bolonia al Rmo. P. M. F. N. á fecha 20 de mayo de 1743. Aparte de esto, no es inexacta la relacion de la *Biographie universelle*, si se esceptúa lo de la amistad con Felipe IV, pues mediaba medio siglo entre los dos; pero á bien que esto es disimulable en libro que nos regala al lado de Calderon dos poetas hasta hoy desconocidos (Rufo de Molina y D. Juan de la Noz), aunque nos acibara este gozo el pensar que la ocasion de la dádiva quizás ha sido el tergiversar por ignorancia los nombres de dos poetas castellanos. Tras estas exactitudes viene la del año de su muerte, pues claro está que toda la maña transpirenaica no podria conseguir que un hombre muerto en España en 1668, escribiera en Italia una carta en 1743, y peleara con los austriacos despues de muerto como el Cid.

Ahora bien, hablando Gerardo Lobo en sus obras de Felipe V, de Luis XIV, de Staremberg, de Gallovay, de otros personages ilustres de aquel tiempo; habiendo dedicado una al malogrado Luis I, ¿en dónde han bebido sus noticias biográficas los autores de la *Biografia universal antigua y moderna?*

Y puesto que en esta refutacion hemos dado nosotros algunas, justo es que las completemos en lo posible, aunque crezca esta nota demasiado, pues por su escasez las noticias que nos restan no merecen otro lugar.

Como á la mitad de su vida hallábase Gerardo Lobo, cuando hubo de enemistarse con Felipe V por estos versos afrancesados, que tomó el rey por satírica alusion á los de su pais, y por los cuales lo llamó con desden airado *capitan coplero.*

Dos cochinos al entrar
Me dieron la enhorabuena,
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

(Alcala Galiano, Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.)

Era Gerardo por aquel entonces, coronel, capitan del regimiento de guardias españolas de infanteria, y sin duda por el enojo que escitara en el discipulo de Fenelon, vióse postergado en su carrera, pues por la carta de Bolonia que citamos, se vé que aun no era mariscal de campo, «*cuando ya han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchísimos en el ejército, no solo mas modernos en el grado, pero sin comparacion en los antecedentes empleos.*» Despues, al volver á España en el navío *S. Isidro*, sufrió una gran borrasca que le puso en trance de ser pasto de peces, con todos sus sonéticos garrafales, como dice graciosamente. Habia muerto ya Felipe V, y subido á su trono Fernando VI, que olvidado de los enojos de su padre, ó agradecido de nuevos servicios de Gerardo, le ascendió hasta Teniente General con habito de Santiago y con el mando de Barcelona, donde tuvo desgraciado fin, cayendo de su caballo, por los años de 1756 ó 57, segun la coleccion de sus obras de 1758, donde algunas se incluyen como póstumas.

Su vida, antes de la época en que nosotros la describimos brevemente, está pintada por él en este soneto, uno de los pocos medianos que entre ciento treinta escribió:

De dos lustros y medio no cabales,
Yo del monte Parnaso en los vergeles,
Me sentaba entre murtas y laureles
A mondar sonéticos garrafales;
Y chupando los jugos principales,
Mas pueriles numéricos papeles
Como gozques, sonando cascabeles,
Por tertulias corrian magistrales.
La mitologia me prestó candiles,
Y no pocos la lógica faroles
Para entrar en empresas juveniles;
Pero haciendo en mi mente caracoles,
A la escuela pasé de los fusiles,
Donde estudio en sufrir riesgos y soles.

(1) El marqués de la Olmeda, poesia en elogio de Gerardo.

de Cárlos II por la córte francesa de Felipe V, caballeresca y pretenciosa de sabia, fácil hubiera sido hacer surgir la civilizacion de estos elementos, y lográralo aquel monarca de claro talento y protector de las artes, á gozar de mas tranquilo reinado y de mas perfecta salud.

Tan desdeñosa mostróse aquella época de su poeta satírico, que no podemos señalar seguramente cuales de las obras de Gerardo Lobo fueron las primeras. Entonces, que se escribia la vida de todo el mundo, y de los indigestos comentadores de Góngora en particular, nadie se tomó el trabajo de escribir la de nuestro capitan. Ni él tampoco se cuidó de poner en sus obras el prólogo correspondiente; sin duda las tenia en menosprecio, porque hubo razon para que lo hiciera, segun se deduce de este soneto con el cual se las remitió á un su amigo, y que es sin disputa como el que ya hemos citado, uno de los mejores que escribió, á pesar de lo oscuro del último terceto, y de las faltas gramaticales que cometió colocando el verbo de la primera oracion tan lejano de sus agentes, y poniendo la disyuntiva *ó* en vez de la conjuncion negativa *ni* en el sesto verso:

Esas que el ocio me dictó algun dia
Con leve aplicacion, rimas sonóras,
No en las rosadas ó purpúreas horas
Como el Horacio cordovés (1) decia;
Sino en aquellas en que yo podia
Sin cuidados de tardes, ó de auroras,
Dedicar á las musas, mis señoras,
Un pedazo de vana fantasía;
Te remito en los propios borradores
De la pluma fugaz, porque se vea
Cuales son en su fuente mis errores,
Ya que á conceptos de mayor idea
El capricho de varios impresores
Al público sacó con mi librea.

(Continuará).

VICENTE BARRANTES.



(La catedral de Reims.)

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

Matilde residia en Madrid cuando fué su *madre* por su *padre* asesinada; Matilde supo, como la corte entera, la fatal nueva á las pocas horas de acaecida; y Matilde que no podia concurrir á sociedad alguna donde no le instruyesen punto por punto de los trámites de la causa criminal que contra el autor de sus dias se estaba instruyendo, permaneció, sin embargo, impávidamente indiferente al trágico suceso, tomando parte en las conversaciones que sobre él de contínuo se suscitaban en su presencia, como si los actores del funesto drama le fuesen completamente desconocidos. En vano el honrado Mendoza, cediendo á los piadosos naturales sentimientos de su co-

(1) Góngora.

razon sobrado tierno, quiso un momento mostrarse parte para dulcificar en lo posible la suerte de Vargas: la dignísima hija de Milagros supo convencerle de que seria sacrificar inútilmente su posicion en el mundo, pues que don Fadrique no podia escapar de la horca, á cuyo suplicio le sentenció, en efecto, la Sala de Alcaldes á los quince dias de haber perpetrado el crimen.

Una circunstancia, que para cualquier preso á la pena capital no sentenciado fuera gran desdicha, alargó los dias del ex-Oidor: al notificarle la sentencia para ponerle en capilla, el alcalde que lo verificaba, por ausencia ó indisposicion del que su proceso habia instruido, reconoció en el *reo* al que bajo el nombre supuesto de don Juan de Retama estuvo preso años atrás por tahur, y despues de libre apareció complicado en cierta conjuracion contra la vida del Rey, sobre la cual obraba en los tribunales un proceso tan voluminoso como importante. Concluida, pues su comision y puesto el reo en capilla, porque eso no estaba en su mano dejar de hacerlo, dió cuenta á la Sala de su descubrimiento, la Sala al Rey, y el monarca mandó suspender la ejecucion de la sentencia, hasta que se terminasen los procedimientos en la causa *de Estado* contra Vargas incoada. ¿Por qué (se nos preguntará) puesto que en ningun caso podia la pena esceder de la de muerte? ¿No era mas sencillo dejar que se le ahorcase desde luego? Mas sencillo, respondemos, sin duda alguna: pero el reo podia, en la esperanza de salvar su vida, hacer importantes revelaciones que comprometiesen á unos cuantos desdichados, no ya vulgares criminales, sino honrados conspiradores, cuya pública ejecucion sirviera de saludable escarmiento á los liberales y de entretener el fuego sacro en el corazon de los buenos realistas. Don Fadrique, pues, salió de manos de la filantrópica asociacion de la *Paz y Caridad* y de las de un confesor, para volver al dominio de jueces y carceleros. Con la misma estóica resignacion, ó mejor dicho, empedernida indiferencia con que se dejó conducir á la capilla, salió de ella á las veinticuatro horas; y mas diremos, si en el primer momento el instinto de la propia conservacion le hizo alegrarse, á poco casi tuvo pena de que se le alejara del fin de una vida para él insoportable, desde que iluminando su espíritu la antorcha de la desgracia, se habia visto á sí mismo en toda la plenitud de la infamia que le manchaba.

Como quiera que sea, al primer interrogatorio que se le hizo despues de la suspension de su sentencia, comprendiendo de lo que se trataba, mostró ser otro hombre enteramente distinto del que fué durante el proceso del asesino. Entonces brutalmente franco, ahora sútil y cauto como buen jurisconsulto, primero inspiró desprecio á sus jueces, despues acabó por imponerles respeto. Sin contradecirse jamas, aparentando una franqueza sin límites, pintando sin embargo los hechos como á su propósito convenia, y no comprometiendo sino á los muertos ó á los ya emigrados, supo dar á la causa colosales proporciones, y á su persona interés é importancia; los alcaldes decian que seria lástima tener que ahorcar á hombre tan hábil; y eso que siempre ignoraron su verdadero nombre.

¿Háse olvidado el lector de que le quedaba á Vargas, ademas de la bastarda Matilde, otra hija legítima en Moron casada?

Don Fadrique se acordó de ella en la soledad y miseria de su calabozo, y como á sus años las penalidades de una cárcel son difícilmente soportables, quiso probar fortuna, rogando á Inés que le amparase.

¿Por qué no acudió á la muger de Mendoza que residia en la Corte, y que habia sido la hija de su predileccion? Porque Vargas conocia sobradamente el fruto de sus criminales amores con Milagros para esperar de ella nada bueno; y, por el contrario, presumia, y no se engañó, que la hermana de Laura habia de ser á sus desdichas sensible.

Inés, en efecto, apenas recibida la carta en que su padre le pintaba la situacion calamitosa en que se encontraba, voló á la corte en compañía de su escelente esposo; obtuvo á fuerza de ruegos y sacrificios pecuniarios que se mejorase su situacion material en la carcel; y constituyóse casi en su compañera de prision, cual si nunca de su lado se apartase, cual si don Fadrique hubiera para ella sido el mas tierno de los padres.—«Es criminal sin duda, muy criminal, decian »los dignos esposos, pero si á los Alcaldes toca juzgarle, á nosotros »solo compadecer su desdicha, tratar de aliviarla; porque es *padre* al »cabo, y bueno ó malo, nosotros somos *sus hijos*.»

Sublime cuanto sencilla espresion de una pura evangélica moral que no hemos querido omitir, siquiera para darle un rayo de luz celeste al sombrío cuadro que no es forzoso ir bosquejando.

La presencia y compañía de su hija y yerno, la simple y candorosa piedad filial de Inés, y la filosófica cristiana cordura del oidor su marido, acabaron la obra que la soledad habia comenzado: penetró, en fin, el arrepentimiento humilde, sincero y confiado en la misericordia divina, en el alma de don Fadrique, y como en ella nada era posible á medias, la revolucion fué instantánea y completa. Advirtiéronla primero que nadie sus jueces, al ver que cesaba en sus tergiversaciones, y que declarando con firmeza su propósito de no comprometer á persona alguna, precipitaba él mismo el desenlace de la tragedia.

Vista su causa política, fué por segunda vez condenado á muerte en horca, con las horribles circunstancias agravantes, entonces aun en uso, de ser hasta el suplicio arrastrado, y luego por mano del verdugo descuartizado.—No cogió á Vargas tal sentencia de sorpresa, antes la tenia muy de antemano prevista, tan prevista que el dia víspera de pronunciarse, despues de una larga y secreta conferencia á solas con su yerno, de la cual salió este con lágrimas en los ojos y demudado el semblante, escribió, ó mas bien terminó, una verídica aunque sucinta relacion de los sucesos de su vida, que cerrada y sellada, puso en manos de Inés, pidiéndola al mismo tiempo que en nombre de su santa madre la camarista, y de su infeliz hermana Laura, le absolviése de sus crímenes y estravíos como esposo y como padre. Jamás fué calabozo alguno teatro de tan tierno espectáculo: don Fadrique de rodillas á los piés de su hija, imploraba el perdon de sus culpas; Inés en lágrimas desecha, la voz interceptada por los sollozos, y partiéndosele el corazon, respondiale impetrando la intercesion de su madre y hermana, para con el Dios de las misericordias en favor de su infelice padre; y el oidor, no menos conmovido aunque procurando dominarse, contemplaba aquel cuadro, bendiciendo á la providencia que al depositar en el corazon del hombre el gérmen del arrepentimiento, le ha dado el medio de purificarse hasta de los crímenes mas atroces.

A la siguiente mañana el carcelero atónito halló á don Fadrique de Vargas cadáver en su propia cama. Durante la noche, por medio del fuego de carbon encendido en un anafe que para calentar la comida tenia en el calabozo, habiase asfixiado, mas que por sustraer su persona al suplicio, para libertar á su hija de tal infamia.—El marido de Inés, echándose á los pies del Rey, consiguió que la sentencia no se ejecutase tampoco en el cadáver como la ley lo mandaba.

Tal fué el deplorable fin de la estragada vida de don Fadrique; tales las consecuencias de la falsa direccion dada en sus primeros años á aquel espíritu ardiente á par que inflexible.

XVIII y *último*.

Necesitamos en este artículo ser concisos sin perjuicio de la claridad, porque terminados los sucesos de mayor interés de este cuadro, si es que alguno hemos sabido darle, tiene el lector derecho á que abreviemos, pero al mismo tiempo no nos es lícito tampoco dejar, como vulgarmente se dice, ningun cabo suelto.

Procedamos con órden lógico. Poco tiempo despues del suicidio de don Fadrique, consiguió Matilde, por medio del Fraile consabido, primero: que Mendoza fuese destinado al mismo regimiento que Sotopardo; y segundo que á don Pedro de Almazan, entonces Comandante en la isla de Cuba se le nombrase Teniente Coronel del mismo cuerpo. Su plan era ó conquistar á don Cárlos, en cuyo caso no le parecia difícil deshacerse de Almazan, ó si no lograba aquel objeto, perder un dia ú otro á Sotopardo por medio del último su enemigo y gefe.

Cuando tan hábil combinacion llevaba algunos meses de realizada en su primera parte, esto es, en la reunion en un mismo regimiento de Mendoza, Sotopardo y Almazan, verificóse la salida de la casa de Pages, y destinó á aquel cuerpo de don Alfonso Tellez, y casi simultáneamente perdia Inés á su excelente anciano esposo.

Sabemos ya las aventuras del Capitan page en Granada, en las cuales hay solo un misterio que esplicar, á saber: el encuentro de Alfonso con Sotopardo en la calle de Matilde, la noche-víspera del desafío que entre aquellos dos capitanes debia verificarse, y la presencia de la muger de Mendoza en su balcon.

Supuestos los antecedentes que ya el lector conoce, nada mas fácil que enterarle de aquel suceso.

Todos los esfuerzos de Matilde para conquistar á don Cárlos habian sido vanos hasta entonces: el corazon del amante de Laura por una parte, se habia para siempre al amor cerrado; y por otra aun cuando asi no fuese, jamás hubiera puesto Sotopardo los ojos en una mujer cuya villana condicion conocia, y que á mayor abundamiento era en su concepto y, á no dudarlo, la que el puñal clavara en el pecho de su inolvidable condesa.

Casi convencida de la inutilidad de sus cínicos *avances* y hábiles maniobras, preparábase la hija de Milagros á entablar su plan de venganza provocando un acto de insubordinacion de su ingrato contra el apaleado teniente coronel; lo que una vez logrado, que no parecia difícil, el rigor solo de las leyes militares dejaria satisfecho su ódio implacable: mas llegó don Alfonso á Granada, jóven, casi niño, buena figura, rico, galan simpático, y la lubricidad de Matilde por

una parte, y su incurable manía de triunfar del *invencible* por otra, la indujeron á variar por el momento de pensamiento.

Entonces fué cuando cautivó al inesperto jóven para dar celos á su ingrato, y entonces cuando don Cárlos de regreso de su expedicion, ideada por el veterano Coronel para apartarle por algun tiempo del cuerpo que su presencia agitaba, hallando que se renovaba la antigua conjuracion contra su fama urdida, y sintiendo, sobre todo, la ruina que preveia de don Alfonso, resolvió poner término á las tramas de sus enemigos.

Era excelente el corazon de don Cárlos, á pesar de su misantropía; miraba en Alfonso reproducidos el candor y las poéticas ilusiones de los primeros años de su propia vida, adivinó ademas en él un alma noble y generosa; resultando de todo que le cobrase singular y por el momento muy mal pagado afecto. Indignóle, pues, ver á aquel jóven arrojarse desatinado; como la deslumbrada crisálida al fuego, en las redes de la pérfida Matilde; y al propio tiempo afligióle profundamente, acaso por vez primera de su vida, considerar la mala fama que le abrumaba.

Poca ó ninguna importancia tenia á sus ojos la opinion de las gentes ya por el mundo corrompidas; quizá se envanecia con su mal querer; pero Alfonso era tan caballero, tan bueno, tan leal, y mucho mas capaz, infinitamente mas poético, que su excelente amigo Betanzos, el cual, habiendo heredado á cierto cura su tio materno, retiróse del servicio y vivia feliz tranquilo y casado en una ignorada aldea.

No quiso, por tanto, Sotopardo consentir la ruina de Alfonso, ni resignarse á que aquel le odiara; y venciendo, en gracia de fin tan santo como evitar uno y otro escollo, su repugnancia á tener con la mujer de Mendoza relacion alguna, buscóla en una tertulia, y díjole: — «Tengo que hablar á V., señora, de negocios importantes; »mañana está Mendoza de guardia; por la noche tendré el honor de »ir á ponerme á los pies de V.»

La fórmula era brusca, dura, insolente tal vez: cualquiera otra señora viera en ella un insulto: *Matilde* misma, si cualquier otro hombre osara hablarla así, le hiciera sentir sin contemplaciones su torpeza: pero Sotopardo lo podia todo con Matilde: Matilde no concebia siquiera como rechazar á Sotopardo.

Nuestro don Cárlos era el azote de Dios, sobre aquella mujer impía, sin corazon y sin conciencia; y el amor que ella le tenia, como preludio del fuego del averno que como legítima presa la reclamaba.

Calló pues, la muger de Mendoza, calló mirando á Sotopardo con una espresion indefinible de asombro, temor, deseo, y provocacion; y él, sin dignarse mirarla, volvió la espalda, dió una vuelta por la sala y retiróse á su casa.

¿Cual era el plan de don Cárlos? — Muy sencillo; declarar á Matilde que solo por respeto á la última voluntad de la desdichada Laura se habia hasta entonces abstenido de tomar justa y terrible venganza, no ya de los propios agravios, sino del asesinato de aquella. Prometerla absoluta impunidad en lo sucesivo, con solas dos condiciones: la primera renunciar para siempre á Alfonso, desahuciándole al siguiente dia; la segunda, no volver nunca á pronunciar su nombre (el de Sotopardo), ni á calumniarle como de continuo lo hacia.

Si Matilde se prestaba á tan razonables como moderadas exigencias, nada le quedaba que hacer á Sotopardo; pero si rehusaba las condiciones propuestas, ó aceptándolas de mala fé las quebrantaba, iba resuelto á notificarle á aquella incorregible mujer, y lo que es mas, á llevar á cabo su resolucion, que se proponia revelar á la sociedad granadina, por entonces, y mas tarde á toda España, la negra historia de la vida de Milagros y de su bastarda hija, sin omitir ni atenuar ninguno de sus horribles y hediondos pormenores, ó lo que es lo mismo á lanzarla ignominiosamente del círculo de la gente honrada ó cuando menos decente.

No es facil calcular cual hubiera sido el efecto que produjera en Matilde tan fulminante *ultimatum:* lo único que á conjeturar nos atrevemos, es que primero habria ensayado la seduccion, y siéndole inútil, llamara en su auxilio la hipocresía, prometiéndole todo, con ánimo, no solo de no cumplir nada, sino de vengarse ferozmente del nuevo insulto hecho á su belleza y encantos.

En todo caso ya sabemos que el febril aturdimiento de don Alfonso dió por el pié á las combinaciones de uno y otro, y que precipitando la catástrofe, separó á los actores de aquel drama. Sotopardo fué desterrado á Canarias; confinado Tellez á Ronda, donde conoció á Inés ya viuda; promovido Almazan á coronel, y nombrado oficial de la secretaría de la Guerra; y Mendoza, finalmente, con el ascenso á comandante, empleado en la Inspeccion general de su arma. Milagros todos de la intrigante Matilde, por medio del Fraile de marras y de otros protectores que en la córte tenia.

Tambien ella fué la que logró que á don Alfonso se le alzase el destierro y se le permitiese ir á la córte, sin mas objeto que el de hacer de él su segundo ó tercer amante, como lo hizo, en efecto, segun nos lo ha contado el capitan page mismo.

Tal era la situacion de cosas y personas en el momento en que, interrumpida la narracion de Tellez al finalizar el IV articulo de estos Estudios, comenzó don Antonio, nuestro huésped, con el V, la historia, ya melancólicamente terminada en el anterior, de don Fadrique de Vargas.

En tanto que Alfonso aprisionado en las redes de Matilde, como Reinaldo en los jardines de Armida, olvida, voluptuosamente adormecido por la perversa hechicera, que no debia al cielo el talento, la elevacion de sentimientos, y el instinto de las generosas acciones, para dejar que tales dotes se malograsen en estéril ociosidad, si en la sima de los vicios no se corrompian; Sotopardo en las *islas afortunadas*, meditando honda, aunque dolorosamente, en las vicisitudes de su vida, sentia á un tiempo que no habian tenido poca parte en ellas sus propios errores, estravíos y hasta culpas, y por otra que era de su obligacion reparar el tiempo hasta entonces mal gastado. —*Conviccion*, *resolucion* y *ejecucion*, son tres cosas separadas entre sí para la mayor parte de los hombres por distancias casi siempre considerables, muchas veces infinitas: mas para don Cárlos ideas conjuntas, actos inseparables. Ocupóle, pues, esclusivamente la indagacion de los medios necesarios para llevar su plan á cabo; y una vez escogitados aquellos la manera de ponerlos por obra.

Hasta entonces Sotopardo, como un bajel sin rumbo, habiase dejado arrastrar por las corrientes de la vida no oponiéndoles mas resistencia que la inercia de su especifica gravedad, fuera de los casos contadísimos de animarle pasion violenta. Almazan cobarde, mal oficial, apaleado además, era ya coronel; Mendoza, aunque pundonoroso, inútil, comandante; y don Cárlos, que en campaña ascendió rápidamente de alferez á capitan, se encontraba aun en la misma graduacion al cabo de muchos años de servicio. Arrestado en Madrid una vez, otra en el castillo de *Sancti Petri*, separado luego del servicio activo, en fin, deportado á ultramar, no habia dado ni un solo paso para rehabilitarse. ¿Originaba tal fenómeno su posicion social? ¿Carecia de relaciones importantes? Ni lo uno, ni lo otro: su cuna fué noble, su padre General, sus rentas eran considerables, sus relaciones de parentesco importantes, las que de los antiguos amigos del autor de sus dias pudiera cultivar útilmente, altas y numerosas. ¿Por qué, pues, dejarse así maltratar impunemente por la fortuna? — Por efecto de la estravagante exageracion de un sentimiento en la esencia honrado y bueno. — Aquella alma generosa odiaba la intriga, y pareciale intriga todo lo que no fuese dejarse juzgar por sus hechos, olvidando que aun estos, siendo buenos, necesitan en la vida comentarios para ser conocidos, defensa para ser apreciados. ¡Cuánto mas cuando, como los de don Cárlos y los de la mayor parte de los hombres, aparecian muchas veces de por sí con los colores del vicio, y habia personas á ennegrecerlos pertinazmente consagradas!

Tales reflexiones hizo Sotopardo en Canarias, y como era para él llegada la época de la vida en que la razon comienza á sobreponerse á las pasiones y hasta á las ilusiones, no fueron estériles. Ordenó en consecuencia y puso por escrito una relacion, comentada, de los sucesos de su vida, en cuanto con su carrera se enlazan; y con cartas respetuosas á par que dignas y enérgicas, remitió copias al Capitan General que era de Sevilla en la época de sus amores con Laura, y al que tenia á su cargo el gobierno de la Plaza de Madrid cuando conoció á Matilde. El último habia sido íntimo amigo de su difunto padre; el segundo le habia mostrado simpática indulgencia en Sevilla; y ambos se hallaban entonces en la córte terminando su carrera en el supremo Consejo de la Guerra. Sotopardo obtuvo de aquel paso todo el fruto que se prometia y quizá mas: los dos Generales, examinando el negocio imparcial y severamente, le aconsejaron que acudiese al Rey con una reverente esposicion en súplica de que el supremo consejo examinase su conducta y propusiera en consecuencia á S. M. lo que tuviese por oportuno. Hizo don Cárlos lo que se le aconsejaba, y Fernando VII, recordando al instante con su envidiable singular memoria, lo ocurrido en ocasion del desafío que costó la vida al marqués de Motril, concedió lo que se solicitaba. Una vez el asunto sometido al Consejo, los dos Generales protectores de nuestro protagonista sirviéronle eficazmente: aquel tribunal, despues de tomar muchos informes reservados, pesándolos en la balanza de su equidad, halló que Sotopardo era solo culpable de aturdimientos y acaso de algunos estravíos, escusables todos en sus pocos años, y que por severamente que juzgarse quisieran, estaban ya mas que duramente castigados con los disgustos, arrestos y destierros que sufridos llevaba. En cambio su hoja de servicios era brillante, su valor notorio, su capacidad escepcional, su celo é inteligencia en las filas recomendadas por cuantos gefes á sus órdenes le habian tenido, á escepcion de Almazan. Por tanto consultó al Rey el Consejo que se levantase á don Cárlos el destierro, y que se le promoviese al empleo inmedia-

to, no solo por via de remuneracion de sus pasados servicios, sino como señal inequívoca de que S. M. consideraba que ninguno de los castigos y persecuciones hasta entonces por aquel oficial padecidos, debia de servirle de mala nota ó perjuicio en su carrera.

Conformándose el Rey con lo propuesto por el consejo, Sotopardo recibió á un tiempo, copia de la consulta de aquel supremo tribunal, su real despacho de comandante de escuadron, y una licencia para pasar á Madrid á besar la real mano.

Almazan, como oficial de la secretaría de la guerra, tuvo noticia de tal resolucion antes que el interesado mismo; mas no solo carecia de medios de oponerse á ella, sino que, no bastándole todo el favor de que gozaba para luchar con el Consejo, recibió en fin una pequeña parte de su merecido. En efecto, en el espediente de Sotopardo, su antiguo capitan y despues sucesivamente comandante y teniente coronel, forzosamente hubo de figurar, y de figurar como sus hechos lo exigian: en malísima luz.

Su cobardía, sus intrigas, la *paliza* en Sevilla recibida, sin que apareciese ni rastro de que intentara obtener reparacion de tal insulto al encontrarse con su ofensor en Granada, eran hechos que examinados por jueces imparciales, no podian menos de provocar un fallo severo. Mas interponiéndose el Ministro su gefe, á quien con serviles adulaciones tenia la voluntad ganada, limitóse el castigo á jubilarle como oficial de secretaría, aunque sin carácter alguno militar, ni el de retirado siquiera.

Matilde, presintió que su estrella comenzaba á eclipsarse, brillando sobre el horizonte la de Sotopardo; y aferrose mas que nunca á Alfonso, con cuya ciega pasion creyó que podia contar para siempre. Bien quisiera deshacerse de Almazan, mas no pudo, tanto por que el bueno de Mendoza amaba á aquel hombre como un hijo á su padre, considerándole como su generoso protector: cuanto por que, si algunos lazos hay en la tierra indisolubles, son seguramente los del crimen; y esos unian á Almazan y Matilde desde que en Sevilla asesinaron de consuno á la condesa de San Justo; desde aquel suceso, además, juntos y de comun acuerdo habian perpetrado mas de una infamia; y no podia la hija de Milagros, en resúmen, romper con su cómplice.

Sin embargo, ya porque su destino la precipitase, ya porque le pareciera que, en su nueva y desventajosa situacion, Almazan habia cesado de tener derecho á grandes miramientos, relajó Matilde la reserva primera de sus relaciones con Alfonso, y como el incauto apasionado jóven por su parte, quisiera que el universo entero le contemplase á los pies de la que idolatraba, en breve se rasgó el velo del misterio que á los ojos de todos ocultaba hasta entonces los adúlteros amores.—Siempre lo mismo: tarde ó temprano la imprudencia de los mas cautos culpables acaba por revelar su delito y atraer sobre sus cabezas el justo castigo que les imponen ó la opinion pública ó las leyes.

Así las cosas, llega Sotopardo á Madrid, y su aparicion conmueve hondamente á las personas cuya vida escribimos. Almazan siente renovarse en su villana frente el sello de la ignominia; la *memoria* de Matilde, decimos la *memoria*, no osando escribir *conciencia*, reproduce una tras otra las sombras de sus víctimas: pálida, resignada, con la palma y la corona del martirio la de Laura; amenazadora y de amargura llena la del ofendido conde de San Justo; orgullosa aun y con sardónica sonrisa la del marqués de Motril; tinta en sangre, con el cinismo y la desesperacion pintados en el rostro la de Milagros; lóbrega, ceñuda, arrastrando sus hierros, y muriendo por el suicidio, por no espirar en la infamia del suplicio, la de su padre!!... Porque de todas esas muertes era, en el fondo, responsable Matilde.

Alfonso mismo, el generoso Alfonso, culpable solo de amar á la malvada que no conocia, supo con desagrado la llegada de Sotopardo; mientras que éste, por la desgracia purificado, y considerándose como encargado por la divina providencia de salvar á Tellez en espiacion de sus propias culpas, pensaba solo en la manera de llevar á cabo tan noble designio.

El Destino que, cansado de perseguirle, secundaba sus miras, ó para espresar con propiedad nuestro pensamiento, la divina providencia, aceptando la pureza de sus intenciones, dispuso las cosas de suerte que casi sin la intervencion de don Cárlos, y por sus propias manos, prepararon los delincuentes su castigo.

Matilde dijo un dia á Tellez: —«Alfonso mio, *don Cárlos el malo* »está en Madrid: sé que te busca, sé que no trata de provocarte, si »no por el contrario de sincerarse contigo á espensas mias, valién»dose de su medio favorito, del que con tan buen éxito acaba de »emplear contra nuestro buen amigo Almazan: la calumnia. Ruégo»te, si no quieres perderme, que no rechaces duramente á ese hom»bre; que le oigas con resignacion. Es capaz de todo, y si Mendoza »sospechase nuestras relaciones... ¿Me prometes hacer lo que te »digo?»

Prometió y juró Alfonso, como hubiera jurado y prometido y cumplido además, arrojarse por un despeñadero con solo insinuárselo Matilde. Así cuando, en efecto, le buscó don Cárlos, hallóle ceremonioso, frio, reservado, pero en rigor cortés.

Para Alfonso tenia nuestro capitan otra relacion de su vida, juntamente con la de Matilde y su familia, que es la que de pauta nos ha servido en estos artículos; mas hallando al jóven revestido de una armadura completa de recelos y desconfianzas, limitóse por entonces á esplicaciones cortesanas sobre el duelo intentado en Granada, dejando así abierta la puerta para el porvenir, sin comprometer cosa alguna en lo presente.

Sorprendió á Alfonso y sorprendió á Matilde tal conducta, mas el primero dejó pronto de pensar en ello, y la segunda, que por el contrario no cesaba de cavilar en el asunto, se dijo: «¿Será, en fin, »llegado el dia de que ese hombre se me rinda, ó es tanto su des»precio á mi persona que ni hacerme la guerra se digna?»

Singular raciocinio, á primera vista considerado, fué el de la hija de Milagros; y sin embargo, á poco que en él se medita, se advierte que tiene esa lógica de sentimiento, esa intuicion casi profética, don peculiar de las mugeres, en virtud del cual aventajan casi siempre al hombre en prevision y sutileza cuando de pasiones se trata.

Tenia razon: dadas las posiciones relativas entre ella y Sotopardo, este no hablando de ella ni bien ni mal, cuando la ocasion no solo le brindaba, si no que casi le imponia la obligacion de hacerlo, revelaba uno de dos sentimientos, á saber: ó el deseo de hacer la paz, que allí equivalia al de enamorarla; ó el mas profundo de los desprecios. Y no lo olvidemos, la transformacion verificada en don Cárlos por los años, las vicisitudes y las penas, ignorábala Matilde, para quien, en consecuencia, era siempre aquel el hombre que se dejaba dominar por sus afectos completamente, desdeñándose hasta de disfrazarlos.

No obstante, Matilde debiera de haber creido mas en el desprecio que en el amor de Sotopardo, porque de los antecedentes no se desprendia otra cosa; y error fué en ella, si no ceguedad providencial, persuadirse mas tarde de que era amada, si bien por entonces, suspendiendo el juicio, quedóse á *ver venir*, como dicen los jugadores de tresillo.

Poco duró aquella su espectante situacion: la primera vez que la muger de Mendoza y el amante de Laura se hallaron en el teatro, los anteojos *de él* casi no tomaron otra direccion que la del palco *de ella*. A la salida, don Cárlos estaba en la escalera, y con una espresiva ojeada, solo para Matilde perceptible, dijo mas que pudiera con largas frases. Mendoza, Almazan y Tellez que acompañaban á la infernal ninfa, casi tuvieron que defender á Sotopardo: tantas y tales fueron las infamias que ella les dijo del *aborrecido don Cárlos*.

A la mañana siguiente don Cárlos pasaba á caballo por la calle de Matilde, y ella estaba al balcon *por casualidad*: por la tarde en el *Prado* se encontraron igualmente *por casualidad*: y *por casualidad* tambien, á los quince dias, en toda reunion á que Matilde concurria, era seguro hallar á don *Carlos el malo*.

Las miradas iban y venian; siguieron las sonrisas; luego las palabras al vuelo; en fin, la declaracion en regla en un momento de inesperada libertad: últimamente, á las pocas semanas de aquel manejo obtuvo don Cárlos una cita para las diez de la mañana, en cierta casa de modestísima apariencia en la calle de los Negros, cuya llave maestra le entregaron al citarle.

Mientras aquella intriga corria los ordinarios trámites de todas las de su especie, Matilde, para deslumbrar al amante á quien vendia, mostrábase con él en público mas cariñosa que nunca, maniobra vulgar sin duda, pero eficaz sin embargo generalmente hablando, y entonces particularmente con el cándido Alfonso eficacísimo. Mas si él se pagaba de las pérfidas apariencias, éstas encendian los celos rabiosos de Almazan á quien Matilde miraba y trataba como á especie de segundo marido. Desesperábase el menguado, mas como habia perdido con su empleo la fuerza moral, apenas desplegaba los lábios para quejarse ó le tapaban la boca unas veces alegando la necesidad de llamar la atencion de Mendoza con un falso ataque, otras barajándole la conversacion, y las mas tratándole con el desden y el menosprecio que merecia.

Y á medida que Matilde veia acercarse el momento por ella durante largos años anhelado, y á costa de tantos crímenes comprado, en que de nuevo y definitivamente fuera suyo el único hombre que en su empedernido corazon habia acertado á abrir profunda brecha, repugnábale mas y mas el cobarde Almazan; y su repugnancia, traduciéndose en amargos sarcasmos y en manifiestos desaires, encendia en el alma vil de su cómplice la llama de la venganza.

Para disponerla segura comenzó Almazan por suprimir las quejas, manifestándose tranquilo, y dejar en plena libertad á Matilde, la cual, como toda muger en situacion análoga, dándose por satisfecha

con el alivio del yugo, curóse muy poco de inquirir la causa que tal beneficio le procuraba. Almazan la espiaba sin perderla de vista un solo instante, y la víspera del dia para el cual estaba Sotopardo citado, vióla entrar en su casa de la calle de los Negros á las diez de la mañana; á poco en pos de ella á Tellez, que bajando embozado desde la plazuela del Cármen, entraba en el mismo portal que la muger de Mendoza. A las once y media salió esta; á las doce Alfonso; cinco minutos despues estaba Almazan en conferencia con el zapatero remendon del portal, y con el sacrificio de un par de duros averiguaba mas de lo que saber quisiera. La *señora* y el *caballero* entraban una ó dos veces á la semana en aquella casa, siempre á la misma hora, y subian al piso segundo que no tenia inquilino. El y ella llevaban cada cual su llave maestra, y por consiguiente no necesitaban quien les abriese la puerta; el *cerragero*, ademas, habia ido á probar dos dias antes otra *tercera llave* maestra igualmente. No dijo ni sabia mas el zapatero: pero, en honor de la verdad, para Almazan bastaba y aun sobraba lo referido.

(Concluirá.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CASTILLO DE ORIS, (CATALUÑA.)

Entre los muchísimos desmoronados y ruinosos monumentos del feudalismo que nos quedan en la antigua Cataluña, cuna de los invencibles Ausetanos, Lacetanos y otros pueblos acérrimos defensores de la independencia nacional, es notable el castillo de Orís, y por lo mismo parécenos será bien recibida una suscinta idea de la parte arqueológica de él, de su situacion y actual estado.

Este castillo se eleva en un eminente peñasco, y sobre su cumbre, en medio de los montes que cubren la parte superior en el Norte del corregimiento de Vich, en la izquierda del camino que de esta ciudad dirige á Ripoll.

Prescindiendo de la localidad que ocupa y reparando solamente su forma esterior, se asemeja á otros que se divisan en el mismo corregimiento, como el de Besora, Montesquiu, etc; mas diferénciase de ellos en que se halla un tanto mejor conservado en su interior, efecto sin duda de que no hace muchos años que los señores territoriales vivian en él; en el dia corresponde al marqués de Sentmanat.

Se sube por una escalera, (que no da indicios de ser la primitiva) cuyo declive corresponde á la elevacion del peñasco, y despues de muchas ondulaciones se llega á la única puerta, la cual mira hácia el occidente, registrándose desde ella la limitada plazuela del castillo.

Hasta aqui no se ve nada de particular que pueda llamar la atencion de ningun observador, no siendo las ruinas de la antigua iglesia que se presenta al tomar la subida, la cual á principios de este siglo (año 1805) se trasladó á un sitio mas cómodo y menos elevado; pero entrando en la plaza se ve á la derecha la iglesia ó capilla de S. Pedro, que en la actualidad se encierra en ella el ganado de un colono que mora en aquella eminencia.

Sin embargo, consérvase todavia el retablo de aquel santo Apóstol con los principales sucesos de su vida y martirio: es antiquísimo, y si mal no me acuerdo, data de principios del siglo XV, son dignos de notarse los trages y uniformes militares que alli se ven, muy distintos de la antigua armadura romana. Por lo demas no hay otra cosa notable sino la bóveda gótica, de tal construccion que no es dable flaquee el edificio por su parte; solo los cimientos presentan algun riesgo, por estar demasiado inmediatos al borde del peñasco, que siendo calcáreo y petrificado por capas, se desmorona todos los dias.

El resto de aquella antigua fortaleza es igualmente sólido; pero el tiempo que todo lo arruina, y el abandono nos privan de dar una exacta descripcion de sus tramos y salones, entre los cuales uno de menos capacidad sirve de dormitorio al inquilino. Las paredes están adornadas con los nombres de algunos soldados, que estando acuartelados en él durante la guerra de la independencia, se entretuvieron en describirlos con carbones y trazar toscas naves, etc. El artesonado del techo tiene pintados unos cuadritos de muy buena mano, siendo notables algunas figuras de pájaros, cuadrúpedos y otros animales estraños en estos paises. Sobresalen unos letreros con caracteres góticos; pero como es tanta su elevacion no se pueden leer, por no distinguirse perfectamente á simple vista. El resto no presenta cosa alguna de particular; habiendo cisterna y carcel al modo que las acostumbra haber en casi todas las fortalezas antiguas. Un amante de la historia mineral tal vez hallará buenos ratos en que ocuparse; como el viagero que nos comunica estas noticias careciese de inteligencia en semejantes materias, ó quizás le faltase tiempo para ello, solo reparó muchas pechinas petrificadas en los escombros de la roca.

EN UN ALBUM.

Perdona, album de amor si la belleza
De tu seno feliz mancha mi pluma,
Y en tu cielo de gloria y de grandeza
Es mi negro borron, revuelta espuma
Que en el estanque cristalino vaga,
Ya mancilla su pompa y su riqueza.
Perdona, si que gratitud le dicta;
Y al través de sus sombras, el tesoro
De mi ámistad se oculta;
Como la roca del desierto inculta,
Rica fuente de oro
Guarda tal vez en su ignorado centro.
No desdeñes mi nombre
Si en bullicioso y plácido ruido
No le escuchaste aun, nombre es oscuro:
Mas deja con mi amor que entretejido,
Como la yedra que al rosal se abraza,
Quede en las hojas de tu caliz puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

El espejo, en lo que concierne á la hermosura y al adorno, es el único juez absoluto que reconocen las mujeres, y del cual no apelan nunca mas que á él mismo.

Ciertas súplicas agradan siempre á las mujeres, aun cuando no les agraden los suplicantes.

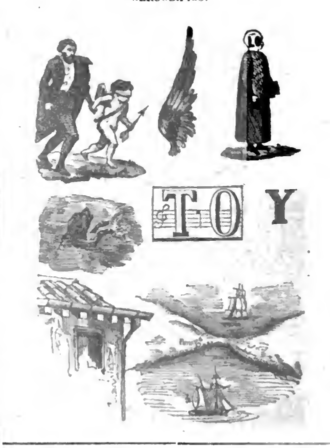
Un murmurador empieza por hablar bien de los que vá á criticar, y una mujer empieza por hablar mal de los que va á elogiar. Cada uno consigue sus fines á su manera.

Las mujeres aborrecen mas á los que las llaman feas que á los que las tachan de tener mala conducta.

Una coqueta habla de su virtud, como un cobarde de su valor: sin creer en ella.

Las mujeres son tan aficionadas á murmurar como á oir galanteos.

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



CASA DEL ALQUIMISTA ESPAGNET, EN BURDEOS.

En el número de los filósofos herméticos mas distinguidos que florecieron á fines del siglo XVI, merece ser citado Juan de Espagnet, presidente del parlamento de Burdeos. Sus estudios profundos en la parte misteriosa de la química que tiene por objeto descubrir la transmutacion de los metales y la piedra filosofal, han salvado su nombre del olvido. Es de sentir que con tan vasta erudicion, y conociendo la física mejor que ningun hombre de su época, su loca creencia en la alquimia, le hiciera emplear tan mal un talento que bien dirigido hubiera sido muy útil á su país. Esto lo prueba una obra sumamente curiosa titulada: *Enchyridion physicæ restitutæ nec non arcanum hermeticæ philosophiæ opus.* (*Parisiis*, 1623 in 8.°) En el último de estos tratados, que fueron traducidos al idioma francés por Juan Bachon, en 1623, y reunidos en un solo volumen, Espagnet trata de esplicar la manera de hacer el oro á su voluntad. ¡Cuánto talento é instruccion

prodigados inútilmente! Es verdad que entonces no era conocida aun la California, y muchos hombres notables participaban de la loca creencia de nuestro filósofo.

El prólogo que puso Espagnet en la obra de Pedro Aucre titulada: *Cuadro de la inconstancia é instábilidad de todas las cosas de los ángeles malos y demonios, en que se trata estensamente de los nigrománticos* (Paris 1607), es tambien muy original y singular. El alquimista Bordalés afirma con la mayor formalidad, que en Francia acostumbraban los nigrománticos ó brujos á robar los niños pequeños para consagrarlos al culto del demonio.

Este hombre sábio al par que estravagante habitaba en Burdeos en una calle reservada entonces á los Israelitas. Está designada en los títulos del siglo XVI con los de *Judas*, *Pozo del Infierno y Bauleros*: este último á causa de los muchos fabricantes de cofres que tenian tiendas en ella.

Su casa, cuyo grabado encabeza este artículo, estaba aun muy bien conservada hace 60 años. Un anticuario de Burdeos posee un dibujo de ella hecho á la pluma en aquella época, y este dibujo es el que reproducimos hoy presentando este edificio en su estado primitivo. Hace diez años que se ha derribado esta fachada curiosa, y ha sido muy sensible, porque aun prescindiendo del recuerdo histórico que conservaba, el estilo de su arquitectura tenia un sello original y casi misterioso que no se encuentra en los pocos edificios antiguos que existen en aquella parte de la Francia.

No nos atreveremos á distinguir si fué el capricho del artista ó el espíritu caballstico lo que inspiró la idea de esculpir los emblemas enigmáticos que se ven en ella; nos limitaremos únicamente á describir los adornos mas ó menos bellos que la decoran, y que carecen en concepto nuestro de todo sentido místico ó cabalístico.

En el piso bajo, consiste la entrada en una portada ancha cuyo arco rebajado está sostenido por dos adornos que representan una loba sosteniendo con sus dientes un lobezno.

La puerta propiamente dicha es de madera de roble sembrada de clavos de cabeza cuadrada; el aldabon, aunque es del siglo XVI, carece de la elegancia y riqueza de los aldabones del renacimiento. Debajo de la cornisa que sirve de coronamiento á la portada hay dos columnas sembradas de aves mutiladas, y las bases formando espiral, están flordelisadas. En el centro hay dos pilares de un trabajo muy delicado sosteniendo tres arcos, y en cada intérvalo de estos hay un angel tocando un instrumento. El primero de la derecha toca la trompeta; el segundo el laud; el tercero el rabel, y el cuarto el triángulo. En el arco del centro, que es el mas ancho, hay un sol debajo del cual se estiende una banderola en forma de *filáctero*. Mas abajo hay una triple cara de viejo barbudo que un anticuario bordalés supone representar á *Mercurio Trismegisto*; pero creemos mas bien que sea un símbolo de la Trinidad semejante en un todo á las que se ven en las viñetas de los libros de devocion de los siglos XV y XVI y en muchas esculturas de las basílicas antiguas.

Cuatro figuras acompañan al referido símbolo en el centro del arco que son: El águila de S. Juan Evangelista, con un filáctero entre sus garras: enfrente hay un Angel con un filáctero tambien en las manos; despues S. Lucas con su buey presentando el testuz armado de hastas, al leon de S. Marcos; mas abajo hay dos figuras fantásticas con cabezas humanas dirigiéndose cada uno hácia un lado opuesto.

En los intercolumnios hay dos escudos: en el de la izquierda, que está superado por un casco ó cimera, hay un cabrio con tres medias lunas, una cabeza en el centro y dos flores en la parte superior. El escudo de la derecha tiene la forma de un rombo ó *Losange*, está rodeado de cordones y separado en banda: á la derecha tiene cabezas de pájaro, y á la izquierda una flor.

Al lado de la puerta grande que acabamos de describir hay otra mas pequeña. El estilo tosco de los dos mascarones y de los dos postes que la adornan, anuncian que fué reedificada en el reinado de Luis XIII.

Cada uno de los dos primeros pisos recibe la luz por tres ventanas de arco rebajado, cuyos cruceros son de piedra. Los vidrios están sostenidos por fajas de plomo. Entre cada dos ventanas hay una faja de piedra formando saliente, y terminada por un monstruo fantástico. Entre las dos ventanas de la derecha, en el piso segundo, hay un animal grueso, muy raro, que está tocando una especie de zampoña. El tercer piso no tiene mas que dos ventanas; son cuadradas y sin ningun adorno.

El techo de este edificio, que no es menos bizarro por su forma que por sus adornos, termina en dos puntas agudas, en cuyos lados hay esculpidas hojas de col muy anchas. En el remate de la punta mas elevada hay un hombre decapitado sentado sobre un monstruo, y en el remate de la otra una estatua de S. Pedro con su célebre llave en la mano. Sin duda como es el *portero del cielo*, esta es la causa de que ocupe el punto culminante de la habitacion.

A la izquierda de la punta mas pequeña hay un Hércules sosteniendo una rodela con la cabeza de Gorgona; en el estremo opuesto hay un soldado con una lanza; en el intermedio de las dos puntas hay un zócalo con la salamandra de Francisco I y su divisa: *Nutrisco et estinguo*; debajo del zócalo hay un mascaron ó tarasca de una forma estrambótica.

Hay quien supone que en la parte superior de la casa de Espagnet habia un observatorio que le servia para sus investigaciones astrológicas.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

(Continuacion.)

En dos épocas debió dividirse la vida de Gerardo:—una en que fué *gongorino* acérrimo;—y otra en que fué *afrancesado*, ó como si dijéramos nacional. A esta época pertenecen sin duda sus primeras inspiraciones, juzgando por *El triunfo de las mugeres*, de que hablamos ya en una nota del artículo anterior. Otra razon tenemos para imaginarlo. Las poesías que escribió en España son las mejores, es decir, las mas inteligibles, las de mejor gusto, de lo que se puede inferir que le corrompió su amistad con los poetas estrangeros, quienes como Maffei y el duque de Noailles le escribian cartas en redondillas cuyos dos últimos versos eran latinos, obligándole por consiguiente á contestarles del mismo modo, alambicando su elegante pensamiento, que se vé degenerar palpablemente en una de las que escribió á Maffei:

Vuela, gira, y sepa el viento
Que alas le ciñen mayores,
Pues desatando primores
Unidamente contrarios,
Tu pluma *mille trahit varios*
Adverso sole colores.

En tal estado ya, dióle el golpe de gracia su viage á Italia, adonde estaba el foco del *alteranismo*, y de donde lo habia importado á nuestro pais D. Luis de Góngora, como prueba con muy claras razones nuestro erudito amigo D. Manuel Cañete, en sus *estudios* sobre este poeta y su secta literaria.

Las poesías de Lobo, únicos trabajos en que se ocupó, tienen el sello magnífico y estrambótico de todos los grandes poetas de su siglo y del anterior. A escepcion del *Sitio, ataque y rendicion de Lérida*,—de *el Sitio de Campomayor*,—y de *la Conquista de Oran*, rasgos épicos que ni merecen citarse; y á escepcion de dos traducciones de Ovidio, incorrectas y de mal gusto, las restantes se dividen en poesías religiosas y satíricas. Rival de Quevedo en la burla, no pudo, como éste, acomodar en su lira todos los tonos. Cuando queria levantarse á conceptos altos, faltábale aquella facilidad prodigiosa de su númen, y daba en los delirios mas estravagantes que pudieron ser envidia del mismo Góngora. Pruébase esto con los poemitas que hemos citado, primeras muestras y ocasiones quizás de su corrupcion, donde se le ve luchar vanamente porque su vuelo se remonte, y conseguir tan solo, en vez de la entonacion épica porque anhelaba, perderse en tal dédalo de metáforas retumbantes y ridículas, que daba compasion. Véase si no la merece quien llamaba al rey Felipe V:

. . . . Edipo
De toda esfinge.....

quien, hablando de los fuegos de la artillería, dice:

Articule la bélica energía
Locucion del calibre...

y quien dejó por último muy atrás quellos versos del *Horacio cordovés*:

Cuando el mentido robador de Europa
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Mentido honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas.....

con esta sorprendente metáfora, en que esplica que intentaron los portugueses, en el sitio de Campomayor:

. . . . . al golpe de martillo rudo
A los férreos tenaces escorpiones
Cerrar los poros.....

Lo que traducido por nosotros en lengua miserable castellana, á costa de penosos estudios y vigilias, quiere dar á entender que los portugueses *pretendieron clavar la artillería española.*

Hijos estos desbarros de la imaginacion de sobra de talento, ó de otras causas que no podemos esplanar aquí, fueron parte á que se amoldára el culteranismo de tal manera al carácter castellano, que, co-

mo dijimos en el artículo anterior, aun vive, aunque con distintas formas y muy degenerado, en nuestra poesía lírica. En aquella época particularmente todo coadyuvaba á su triunfo. ¿Qué mas poderosos corruptores del gusto que los temas que se elegian para los certámenes entonces? Dos recordamos en que concurrió Gerardo. Propuso el primero la Real Academia de Lisboa, y por asunto las cinco palabras de la consagracion del pan, pidiendo sobre cada una la obra poética que placiese á los autores. Gerardo escribió de la segunda palabra, reduciéndose á *esplicar*, segun las condiciones de la Academia, *la sustancia del Eucarístico Sacramento, sobre la palabra* EST, *verbo sustantivo.* ¡Ridiculez atea! ¡Los misterios mas sagrados puestos en tela de poética discusion! ¡Y aquellos siglos se llamaron por escelencia religiosos, y osaban analizar la sustancia del verbo divino! ¡Y entonces habia censura inquisitorial que habia encausado á Mariana, quemado á Miguel Servet, y proscrito, en fin, todo pensamiento que se presentaba con aire de osadía!

Gerardo por su parte trató tan á la moda el asunto, que aun no hemos comprendido palabra de su composicion. Literariamente considerada es detestable, y teológicamente, tejido de blasfemias. Véanse sino algunos versos copiados al azar:

Hombre Dios embozado
Definitivamente
En blando trage de comun comida.
. . . .
Corporal perfeccion de tierno amante.....
. . . .
De la sagrada escritura
Las arcanidades....
. . . .
Cinco palabras de eficaz sentido,
Adonde sumergido
El humano discurso,
A creer se conforma
En la visible forma
De invisible virtud....

Tambien escribió Gerardo para *esplicar los porqués del Sacramento sobre la palabra* ENIM; pero tanto de esta obra, como de la del otro certamen que al principio mentamos, mas ridículo aun que el de la academia de Lisboa, no nos ocuparemos por no dar á estos artículos demasiada estension. Bástenos decir que un censor religioso medianamente ilustrado se hubiera opuesto á la impresion de estas poesías, ó mejor á los certámenes mismos, porque pintaban á Dios tal como le comprendieron los inquisidores siempre, mónstruo de cien bocas, que solamente acertaba á devorar cristianos, es decir, hijos suyos. Pobres gentes que abominaban de la mitología cuando Saturno los pudiera acusar de plagiarios....

Lléganos la ocasion de decir grandes elogios de nuestro poeta. Habíamoslos guardado de propósito para este punto, porque creemos que así será mas notado el contraste que forma como poeta satíricos y como poeta de otros géneros. Hemos dicho que nos parecia superior á Quevedo, y vamos á intentar probarlo. Si no en correccion de lenguage, porque esto era humanamente imposible en tiempos tan franceses, le supera Gerardo Lobo en estro, en cortesanía, en finura y en decencia. Solamente muy rara vez se deslizó Gerardo á pensamientos *verdes* (1), pero de manera tan levísima que mofára su blandura el autor del romance á doña *Dinguindaina*. Dígase, para prueba, si Quevedo escribió algo tan chistoso, tan oportuno, tan valiente, y de versificacion tan fluida como la famosa carta que ponemos á continuacion. (Y cuenta que hasta el único rasgo gongorino de bulto que se advierte en ella es tan poético y chistoso que merece disimulo.)

A DON LUIS DE NARVAEZ, SU TENIENTE-CORONEL, DÁNDOLE CUENTA DE LA INFELICIDAD DE LOS LUGARES DE *Bodonal* Y *Elechosa*, DONDE ESTUVO DE CUARTEL.

Despues, amigo, del dia
Que entre kiries y alleluya
Te apartaste con la tuya
Dejando mi compañía:
Despues que de Andalucía
Te dió el viento en las narices,
Por mil sierras infelices
Fatigaron mis trabajos
Los caminos de los grajos,
Las sendas de las perdices.
En busca de mi cuartel
Anduve de cerro en cerro,
Hecho un lobo y hecho un perro,
Porque no daba con él.
El lugar del coronel
Pasé, como fué notorio;
Tambien pasé el refectorio
De Montalvo, de Esporrin,
De Soler, y pasé, en fin,
Las penas del purgatorio.
Con industria artificiosa
A cualquiera que encontraba,
Como enigma, preguntaba
Por Bodonal y Elechosa.
Oyendo esta quisicosa,
Dijo un Fulano de Tal:
«De Elechosa y Bodonal
»Se llevó los habitantes
»Un arroyo, mucho antes
»Del diluvio universal.»
Con esto andaba sin fin,
Sin término ó paradero,
No teniendo mas dinero
Que los cuartos del rocin.
Por uno y otro confin,
Investigando destinos,
Militantes peregrinos
Me seguian mis soldados,
Los caballos desherrados,
Pero errados los caminos.
Quiso Dios que á puro andar,
Hecho racional huron,
Atisbé la situacion
En donde estuvo el lugar:
Empecé á brujulear,
Y entre quemadas encinas
Vi unas casas como ruinas,
Que hicieron catorce en todo,
Pegadas á un cerro, á modo
De nido de golondrinas.
Aquí trepando, se embasa
La tropa, mi concolega;
Pero hallaba sola.... riega
A la una y otra casa;
Cuando en este instante pasa
Una muger por aquí,
Un javalí por allí:
Y ya no supe qué hacer,
Si tirar á la muger
O apuntar al javalí.
—¡Tan bella fué!—pero ahora
No la pinto, que es de noche:
Aguarda que desabroche
Cándidos pechos la aurora:
Deja que destile Flora
Aljofarados candores;
Que desenvaine fulgores
El mayorazgo del dia,
Y que enarbole Talía
Tabla, pincel y colores.
¿Pero dónde lo elocuente
Me lleva? Con dos tizones
Tirando cuatro borrones
Se pinta mas fácilmente.
«¿Dónde, dige, está la gente
»De este village tan bueno?»
Y ella con lábio sereno
Respondió: «Todo el lugar
»Salió esta tarde á limpiar
»Una parva de centeno.»
Maldiciendo mi destino
Hice boletas de valde,
Siendo yo escribano, alcalde,
Alojamiento y vecino.
Para mi casa examino
Una como ratonera,
Que tenia en la cimera
Con industrias esquisitas

(1) Aludimos al romance *A una viuda, joven, rica y hermosa*, donde lo único reprochable que se encuentra, son algunos versos como estos si de sobra maliciosos bastante embozados:

Si era tu marido anciano,
Y quedas tan fresca y mora,
Aunque con algo *de menos*
De mas con otras mil cosas....

Muchas cruces de cañitas
Por techo ó por cobertera.
Parecia portalillo
De Belen, pues acumula
Buey cansado, flaca mula,
Y al margen un jumentillo.
Ella tiembla, y no me humillo
Al miedo, pues considero
Que aunque el techo todo entero
Sobre mí venga á caer,
Lo mas que me puede hacer
Es ensuciarme el sombrero.
Me embutí en un cuarto estrecho,
En cuya tuerta pared
No hay balcon, ventana ó red;
Pero sobran en el techo.
Con vanidades de lecho,
Sobre un jergon requemado
Ético y estenuado,
Un débil colchon se hilvana,
Que algun tiempo fué por lana
Y se volvió trasquilado.
Yace de madero burdo
Mal descotillado un cofre;
Cuelga un medio San Onofre
Y un San Gerónimo zurdo.
Al verle empuñar me aturdo
De la piedra el chicharron;
Roto tiene el corazon,
No de golpes que se ha dado,
Sino de haberle tirado
Dos pellizcos un raton.
Una silleta de paja
Y un bufetillo se espresa,
Que tiene por sobremesa
Un pedazo de mortaja.
Debajo un galgo se encaja
Que me regala con roscas;
Y entre telarañas toscas
Vive medio tarro infiel
Que era archivo de la miel
Y ahora es reclamo de moscas.
De mi patrona el matiz
Al alma causa vaivén:
Trae por frente una sarten
Cuyo rabo es la nariz.
Sus ojos ¡cosa infeliz!
Por niñas tienen dos viejos;
Se descuelgan rapacejos
De la boca á las pechugas,
Y entre el vello y las arrugas
Se pueden cazar conejos.
En dos varas de sayal
Su humanidad embanasta,
Y unas como medias gasta
De pelo muy natural.
Uno y otro carcañal
Es de galera espolon;
Y en la circunvalacion,
Patrimonio de Girones,
Cirios, borlas, y pendones
Caminan en procesion.
En el sobaco derecho
Mete un mico racional
Envuelto en medio pañal
Y lo restante deshecho.
Cuando lo enarbola al pecho,
Una, á modo de ala floja
De murciélago, despoja
Por resquicios del jubon,
Y al niño asesta un pezon
Como tabaco de hoja.
Con su donaire, su aseo,
Y su agasajo esquisito,
Se retira el apetito
Dos mil leguas del deseo.
Su antorcha apaga Himeneo,
Y el afecto sensual
Se esconde en un carcañal
Huyendo la inquisicion,
Que aquí la propagacion
Es un pecado bestial.
Esta es la casa en que vivo
Y la patrona en que muero,
Esta la gloria que espero,
Y el galardon que recibo:
Ahora el lugar te describo,
Pues la ociosidad abunda: —
Sobre un chinarro se funda,
Solo un candil le amanece,
Un tomillo le anochece,
Y una gotera le inunda.
Su término son cien jaras
Con seis colmenas, que apenas
Darán miel las seis colmenas
Para lavarse dos caras.
Para el gasto de las aras
Vino no tributa el suelo,
Porque no tiene majuelo,
Guindo, peral, ó castaño,
Ni allí se vé mas rebaño
Que las cabrillas del cielo. (1)
Encontré por conjetura,
La Iglesia, donde esquisitas
Lloraban mil candelitas
Sobre triste sepultura.
Jamás tal arquitectura
Hallé en el vocabulario:
De almagre tiene un calvario,
Y allá en el propiciatorio
Dos almas del purgatorio
Se columpian de un rosario.
Una cesta el dia de fiesta
Pone el cura, y los pobretes
Le van echando zoquetes:
Yo temí entrar en la cesta.
. . . .
Si me paseo se apura
El ánimo fatigado,
Que es lugar mas intrincado
Que lugar de la escritura.
Tal vez hablo con el cura
De Dédalos, de Faetontes,
De Astrolabios, de horizontes,
De diamantes, de esmeraldas,
Y al fin, porque tienen faldas,
Hablo tal vez con los montes.
Aquí nació la carencia,
Madre de la poquedad,
Parió á la necesidad
En brazos de la abstinencia.
Si de Dios la omnipotencia
Me saca de esta ensenada,
Quedará glorificada
Otra vez, pues es lo mismo
El sacarme de este abismo
Que el hacerme de la nada.
Aristóteles decia,
Filósofo el mas profundo,
Que en los ámbitos del mundo
No se dá cosa vacía;
Mas, vive Dios, que mentia
En su sistema ó su chanza,
Porque tengo confianza
Que lo contrario dijera,
Si en este tiempo viviera
En mi cuartel ó en mi panza.
De puro sutil me quiebro:
Mis ojos sobresaltados
Tristes están y arrimados
A la pared del cerebro.
Allí les dice un requiebro
La amistad del colodrillo,
Y recelo que Ronquillo,
Presidente vigilante,
Mande prender mi semblante
Porque le traigo amarillo.
Del alma enemigos tres,

(1) Aquí suprimimos una décima, y en el final dos, en gracia de la brevedad.

No dan aquí testimonio,
Porque si viene el demonio
Se le resbalan los pies.
El mundo busca interés,
Y fué á otra parte por eso:
Y para que en lo travieso
Liviandad ninguna encarne,
Ya no me tienta la carne,
Que solo me toca el hueso.
Corren haciendo remansos
Las tripas en sus campañas,
Sortija, estafermo y cañas:
¡Ojala corrieran gansos!
Si de burros ó de mansos
Cencerros oyen tal vez,
Presumen que es almirez,
Y hay tripa que se adelanta
A subirse á la garganta
Donde me come la nuez.
Es tanta mi laxitud,
Que en muriéndome, me obligo
A que una paja de trigo
Me sirva para ataud.
La necesidad virtud
Hace mi dolor acerbo,
Y dejando lo protervo
Mis penitencias entablo
Para imitar á San Pablo,
Pero no me viene el cuervo.
Emboscado en la aspereza
El hambre conmigo lucha:
Bien sabia que era mucha,
Mas no tanta mi flaqueza.
La fantasia tropieza
En una y otra vision,
Y á costa de la oracion
Por comerme todo entero
Al hermano compañero
Ser quisiera San Anton.
. . . .
. . . .

A escepcion del *Murciélago alevoso* no conocemos nada escrito con mas ligereza ni con tan bello colorido. Leida esta carta, nadie vacila en colocar á Gerardo Lobo entre los primeros poetas satíricos de nuestro Parnaso. Y ademas de esta escribió algunas poesías del mismo género bastante notables, con la misma sencillez y el mismo estro, como *A un amigo dándole cuenta de un alojamiento*, *La carta desde Berlanga al Padre Joseph Herrera*, *Las irónicas instrucciones para ser buen soldado*, y algunas de las que escribió sobre el *Chichisveo*. Unicamente le aventajó el autor de las *Musas* en la profundidad filosófica; pero esto se disimula en un soldado que vivió y murió tan aventureramente. Júzguese de los dos escritores con relacion al carácter literario de sus épocas; júzguese de Quevedo, como nacido en tan poético siglo, con amigos que eran la admiracion de Europa, con libertad mas ámplia para esplayar sus pensamientos satíricos, y júzguese de Gerardo, como de un militar calavera, entregado á sí mismo, de vida nómada, dedicado á un género que es siempre peligroso, porque ataca lo ridículo, y lo ridículo es segunda faz de todas las sociedades. El mismo sábio rey Felipe V nos dió una prueba.

Tambien compuso Gerardo dos poesías bucólicas, tan notables por su sencillez apacible, por la ternura de la diccion, y por la lozanía de las imágenes, que traen á la memoria á Gil Polo. En las regiones de la verdadera filosofía—y aquí escluimos de la cuenta todo lo que compuso sobre temas sagrados,— solo penetró una vez y para triunfar.

A un amigo que se convidó á venir á celebrar el cumpleaños del autor á su casa.

Fabio, de tu amistad quedo dudando
En esta persuasion que estoy leyendo, (1)
Porque me induces á aplaudir riendo
Aquel instante en que nací llorando.
Aquella pobre cuna contemplando
Lágrimas de dolor estoy vertiendo,
Y en el cuando pasado estoy temiendo
Las amenazas del futuro cuando.
Fúnebre consecuencia, mas precisa,
Que á nuestros vanos pensamientos aja,
Y en el mismo nacer se nos avisa.
¡Ah, cuánto, oh Fabio, á la razon ultraja
El que consagra cánticos de risa
Al dia que le enseña la mortaja!

(1) Sin duda su amigo se convidó por escrito.

En nuestra humilde opinion Gerardo Lobo, con mas reposado carácter, y con nacer en mas clásico siglo, hubiera dado mucha honra á las letras castellanas, porque su númen era inagotable, lozanísima su imaginacion, su facilidad estremada, sus conocimientos no vulgares, y le adornaban en fin casi todas las dotes de los grandes poetas.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.

CASCADA DE LAUFEN EN SUIZA.

A corta distancia de Schaffausen, que es el primer pueblo considerable que se encuentra, entrando por el Norte de la Suiza, presenta el Rhin esta cascada, que es la mayor de Europa si no por la altura de la caida, por el grueso volumen de las aguas. El rio corre manso y apacible antes de precipitarse, y nadie adivinaria en la corriente pérfida el cercano desastre, sin el terrible trueno que lo denuncia, y que desafian hasta muy cerca en botes aun las mugeres y niños. Sin embargo, la caida es violenta; y el rio, en una anchura como de sesenta pies, se precipita de una vez, de una altura de ochenta, que forma una sola grada hasta el álveo profundo que lo recibe.

En esa grada superior se levantan tres rocas enormes, que parecen desnudos fragmentos de algun dique con que en vano pretendería la naturaleza enfrenar el ímpetu de las masas. Fué deshecho y precipitado en la sima; y horadados, maltratados y cruelmente batidos hoy los quebrantados restos, subsisten aun solo tres rocas como tres columnas de ruinas, que solo sirven para dividir en brazos los raudales furibundos, y para hacer levantar mas alto la voz de aquel rey embravecido de las selvas.

La cascada tiene diferentes perspectivas, vista de frente y por los costados de ambas orillas; pero la mas portentosa y sorprendente es sin duda la que se goza desde la ribera izquierda. De esta parte la caida es perpendicular, mayor el grueso de las aguas, y el hombre ha hecho un esfuerzo de artificio para gozar á placer todo el efecto de aquel terrible juego de la naturaleza. Debajo de la grada superior de donde se precipita el rio, y encima de la inferior que lo recibe, se ha construido entre uno y otro cauce un tablado ó balcon en la misma orilla, tan cercano de la vertiente que casi está debajo de ella, y aun es salpicado continuamente por los últimos ramales de la corriente. El espectador tiene que cubrirse con capas enceradas, que se tienen allí preparadas á el efecto, para que no sean empapados sus vestidos; pero prevenido ya de esta manera desafía al furor del elemento, y se arroja, no sin algun temor al principio, al húmedo balcon incesantemente regado por las amenazantes aguas de la catarata.

Allí el efecto es magnífico, pero terrible. Se alzan los ojos, y se ven despeñarse aquellas masas enormes, en cantidades tan inmensas con un ruido tan espantoso y con tan asombrosa violencia, que parece vienen á caer sobre la cabeza, y arrebatar consigo y hundir en los abismos á la insensata curiosidad del viagero. ¿Quién se podrá creer seguro sobre frágiles maderos, debajo de aquellas inmensas moles, precipitándose tan de cerca? Las gotas de agua que caen sobre el rostro estupefacto, parecen avisar incesantemente el peligro; y sin embargo, nada basta para aterrar al espectador y arrancarlo de aquellos lugares antes de saciarse en la contemplacion de la maravillosa escena.

Arriba el torrente despeñándose; delante corriendo las aguas con una velocidad inconcebible; y abajo estrellándose en las rocas del fondo con un fragor tan estrepitoso y terrible, que apaga todas las voces y ensordece todos los sonidos. En vano intentaria hacerse oir allí el debil grito de la admiracion ó de la sorpresa. ¿Qué es la voz del hombre comparada con la de aquel gigante hijo de las montañas? Allí no se vé mas que el rio, no se oye mas que su estruendo, no se hace mas que ver, oir y contemplar en silencio aquel rugido sobrehumano, eterno, infatigable, que nunca cesa ni se cansa, como los inmensos raudales siempre renacientes que lo alimentan. Solo se deja embebecido aquel lugar para pasar á otro.

El otro es la ribera opuesta. ¿Quién osará pasar en esa débil barquilla, confiada solo á los remos y esperiencia de dos hombres? ¿Cómo atravesar la corriente tan cerca de la bramante catarata? ¿Cómo no ser arrebatado y envuelto en la irresistible violencia? ¡Vanos temores! El cauce inferior, nivelado como el superior, no impele la corriente con ímpetu incontrastable, y un fragil barquichuelo cargado de curiosos, atraviesa el ancho álveo con mas temor que peligro, aunque es menester mantenerse dentro inmóviles para no esponerse á un fracaso.

El rio hace una sinuosidad en aquel mismo punto, y así en la ori-



Cascada de Laufen.—Suiza.

lla opuesta se vé de frente la cascada, y el espectáculo es mas completo.

Se ven en el cauce superior las azuladas aguas del rio, correr tranquilas y silenciosas, como ignorantes de la catástrofe que les espera: se las vé estrellarse en las tres rocas de la grada, convertir en cristales el azul, dividirse en cinco brazos de espumas; arrojarse bramando los raudales, desenvolviendo anchas cortinas blanquísimas, coronadas con las tres puntas caprichosas de las rocas; caer con furia en un lago de leche que las recibe con mayor estrépito y movimiento, y elevar hasta sobre las laderas el blanco polvo de las espumas, revestido con los variados colores del iris. De aquí la perspectiva es mas completa, mas bella, mas grandiosa; de allá es mas original, mas sorprendente, mas terrífica.

Se dice que algun osado ha intentado y conseguido, cuando las aguas estan bajas, navegar en la barquilla sobre el cauce inferior del rio hasta el pie de la roca del medio; escalarla; subir á ella, y de sobre la copa de un pino que antes se conservaba, dominar triunfante los dos cauces, y contemplar á sus pies el vencido furor de la caida.

En esta ribera, sobre la misma orilla, hay una cámara oscura que refleja la imájen de la catarata; y en la otra, en la quinta llamada de Laufen, un gabinete con cuadros y pinturas de todas las diferentes vistas de la caida, al sol, al crepúsculo y á la luna. El viagero no se cansa de admirarle de todos modos, en la realidad, en el papel, en la sombra, y le deja al fin satisfecho, pero no saciado; siempre presente aquel espectáculo que ya no vuelve á borrarse de su memoria; siempre en los oidos aquel trueno eterno y terrible que lo persigue por todo el camino, que se oye hasta el vecino canton de Zurich, y algunas veces hasta Egliseu, cerca de cuatro leguas de distancia.

C. BERNAL.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Conclusion.)

Matilde hacia lo que otras muchas; con pretesto de salir *á tiendas* á primera hora de la mañana, á la *aurora* para la gente del buen tono, esto es, á las diez poco mas ó menos, dejaba *sola* el hogar doméstico, vistiendo un elegante pero modesto trage de seda de color oscuro, envuelta en la discreta mantilla de tafetan, cuyo velo caido, sin ocultar precisamente el rostro, vá diciendo á las gentes: «Hagan VV. como que no me conocen;» y en tal forma daba con su persona en la calle del Cármen. ¿Habia allí personas sospechosas? La señora iba á tiendas, y entraba en efecto en las que creia conveniente ¿Estaba libre el campo? Deslizábase como una exhalacion hasta la casa de la calle de los Negros, casa no por cierto única en su especie, numerosa mucho mas de lo que á los maridos conviniera. De ese modo se conducen las mugeres galantes pero cautas, que no quieren *dar escándalo*, dicen ellas, ni ponerse á merced de sus criados.

Años de impunidad, repetidas aventuras felizmente desenlazadas, la confianza de predestinacion de Mendoza, la apasionada ceguedad de Tellez, y la aparente tranquilidad del mismo Almazan, hicieron creer á Matilde que nada que temer tenia, y osar hasta el punto de escoger para verse con Sotopardo el teatro mismo de sus citas con Alfonso.

Y á la verdad el ex-teniente coronel ni recelaba siquiera que don Cárlos fuese su rival; con tanto secreto, habilidad y rapidez condujeron Matilde y Sotopardo su intriga. Alfonso era con evidencia quien le suplantaba, y Alfonso quien con la pérfida debia pagar la pena de su culpa.

En tales ideas y resuelto á no diferir su venganza, Almazan despues de bien calculado su plan, y tomadas las medidas conducentes á realizarla, colocóse á las nueve de la mañana del dia siguiente al del descubrimiento de la traicion de que era víctima, dia que era precisamente el señalado para la primera íntima conferencia entre don Cárlos y Matilde, frente á la casa de esta, oculto en un portal, y á mayor abundamiento oculto bajo los paños de una ancha capa y el ala de un sombrero portugués.

Minutos antes de las diez vió, en efecto, salir de su casa á la hija de Milagros; mas — ¡oh sorpresa! — acompañábala su marido.

«Vamos, se dijo el celoso: no se verán hoy, y la taidama se lleva á Mendoza á tiendas para ocultar mejor su juego.»

Y en verdad el buen esposo, dando el brazo á su muger, y hecho con ella una jalea, encaminóse en derechura al emporio entonces, y aun en gran parte ahora, de los géneros de moda: á la calle del Cármen Almazan los seguia de lejos, sin esperar él mismo fruto alguno de su espedicion; maquinalmente por decirlo asi.

Ya en la puerta del Sol, dijo Matilde á su esposo: «Ahora señor don Cárlos, V. á su oficina, yo á mis tiendas.—¿No quieres que te ferie un vestido? replicó él con estúpida candidez.—Anda á cumplir con tu obligacion, y déjame á mí despacharme á mi gusto.—Pero el

vestido que vas á comprarte lo pago yo.—Si, hombre sí, tú pagas los gastos de esta espedicion.» —concluyó la redomada cortesana riéndose á carcajadas; y Mendoza, mirándola con ternura, resolvióse, en fin, no sin pena á marcharse en busca de sus espedientes.

Ella, que era muger precavida y aprovechada, primeramente entró en una tienda á comprar un vestido, encargando que la factura se la enviasen á su casa á la hora de la comida; luego pasó á una platería donde ya tenia encargada la sortija de ordenanza, con la fecha de aquel dia grabada en lo interior del anillo; y recogida que la tuvo, fuese, en fin, al modesto paraiso de la calle de los negros.

Hasta allí, con toda la habilidad de un polizonte consumado la espió puntualísimamente Almazan; y al verla, en fin, desaparecer en la penumbra del oscuro zaguan, esperimentando diabólico júbilo, y dilatada la fisonomía por el infernal sentimiento de su cobarde venganza, esclamó entre dientes:—«¡Un momento, pérfida, un momento, y tú verás lo que vá de Almazan á Mendoza!»— Desahogada un tanto así la hiel de sus rencorosos sentimientos, dirigióse en rápida marcha á la inspeccion de caballería, donde halló ya á Mendoza, puestos los manguitos de negra percalina, caladas las gafas, la pluma detras de la oreja, y leyendo gravemente la Gaceta, único periódico que con el diario de Avisos partia entonces el monopolio de ocupar las primeras horas de la vida del vecino honrado, y de distraer á los oficinistas de sus *penosas* tareas.

¡Pobre Mendoza! En el momento de estallar el rayo sobre su cabeza, creíase, y era en efecto, pues que lo creia, el mas feliz de los mortales. Almazan fué el verdugo que, arrancando sin misericordia la venda que sus ojos cubria, le hizo conocer el abismo de su infamia.

—«Compañero, le dijo, véngase V. conmigo al instante.—¿Qué ocurre? preguntó el marido lleno de zozobra, pero creyendo que *su amigo* era el desdichado.—Un negocio de honra: sígame V. no perdamos tiempo.—Bien, voy á decírselo al secretario... —Nada; vámonos ó se pierde la ocasion para siempre.»

Mendoza obedeció como solia; salieron juntos los dos *amigos*, y Almazan, ya en la calle, rompió en fin la valla, diciendo:

—«Don Cárlos, yo que soy su mejor amigo de V. no puedo consentir su infamia. Hace dias que sospechaba, y hoy sé con evidencia que su muger se vende.... —Mentira, esclamó pálido como un cadáver el honrado Mendoza; «¡Almazan V. miente, y le arrancaré la lengua y el corazon á estocadas en castigo de su calumnia!!!»

El ex-teniente coronel, sin desconcertarse, replicó: — «Yo diria lo mismo en su lugar de V.; sus insultos, por consiguiente, no me ofenden: pero es de mi obligacion, repito, abrirle los ojos á mi mejor, á mi mas querido amigo. Sígame V. y verá lo que solo despues de visto puede, en efecto, creerse.»

Suelen las leyendas alemanas pintarnos con frecuencia á un hombre que arrastrado por la candente mano de un espíritu de tinieblas, atraviesa mal su grado en rápido vuelo, y sin conciencia apenas de su posicion, inmensos espacios, vertiginosa la cabeza y helado el corazon de espanto; en estado semejante seguia Mendoza á don Pedro de Almazan hácia la calle de los Negros. Sofocado por el dolor y la ira, penetró en el zaguan de la nefanda casa; presa aun de congojosas dudas era cuando su guia abrió la puerta del cuarto segundo con llave que á fuerza de oro consiguió hiciese en las últimas veinticuatro horas el cerragero mismo que á Matilde habia servido, y del cual le dió noticia al traidor celoso el zapatero del portal.

No oyeron los de adentro abrir la puerta, ni era fácil que lo oyesen en el estado en que se hallaban, porque en vez del cuadro criminalmente voluptuoso que Almazan tenia seguridad, y Mendoza temor de hallarse en aquella casa, y el desengaño habia ya comenzado á esgrimir allí su implacable azote.

Para que se nos entienda forzoso será retroceder algunos pasos en el camino á cuyo término tocamos.

Matilde á su llegada halló ya á Sotopardo en el tabernáculo de sus culpables placeres, puntualidad que le pareció de buen agüero; mas nuestro protagonista, grave, y ceremonioso como la ocasion no lo requeria ni la dama lo esperaba, recibióla compasada y melancólicamente. — «Será, se dijo la hija de Milagros, la turbacion natural en la primera entrevista; el temor acaso de que yo quiera vengarme de tantos y tan largos desprecios como de él tengo recibidos.»

En tal persuasion, y para animarle, manifestóse ella tan espansiva y cariñosa como él reservado y grave: mas, deteniéndola á la primer caricia, preguntóle Sotopardo:

—«¿Es verdad, señora, que por amor á mi persona viene V. á esta casa?» —«¡Buena pregunta!» esclamó Matilde cada vez mas convencida de que la preocupacion del galan era efecto de tímida desconfianza. «¡Buena pregunta! ¡Hay tal niñada! ¿Pues qué cosa, »si no un amor que V. no merece, señor mio, pudiera obligarme á »dar este paso?»

—«Entonces, contestó Sotopardo cada vez mas grave, entonces, »señora, Laura está vengada, y Alfonso se salvó milagrosamente del »precipicio á que caminaba.»

Pronunciando esas palabras, cuyo efecto en la hija de Milagros dejamos á la consideracion del lector, abrió don Cárlos la puerta de una alcoba hasta entonces cerrada, y sacó de ella por la mano á Tellez, en quien la ira, el dolor y el asombro, disputándose la posesion de su alma, paralizaron hasta la lengua por el momento.

Matilde, por el contrario, comprendiendo al ver á Alfonso la red que Sotopardo le habia tendido, recobrada súbitamente la cínica serenidad que la distinguia, miró primero con lástima irónica á su jóven engañado amante, luego á su implacable enemigo con todo el veneno de un irritado basilisco, y prorumpió al fin en estas voces:

—«Alfonso habia creido sin duda que yo era su mayorazgo: ¡cosas de niño! El dia que yo quiera volverá á mis pies. En cuanto á »usted, por quien confieso haber tenido un capricho, señor don »Cárlos, le creí caballero y me he engañado. ¡Cómo ha de ser! Pe»ro á fé que tiempo tenemos delante, y no seré yo quien soy si no »le pago con usura cuanto le debo.»

—«Señora, replicó Sotopardo con el tono de un juez inflexible »cuando se dirige al criminal empedernido: años hace que soy vícti»ma, y que lo han sido muchos que valian mas que yo, de la perfi»dia de V.; años hace que tolero, por efecto de mal entendida gene»rosidad, que sea V. el tizon de mi fama, el veneno que emponzoña »mi existencia, y que goce en paz el fruto de sus repetidos críme»nes.—No replique V. y oiga una vez siquiera la verdad desnuda.— »Una palabra mia hubiera bastado en Madrid como en Sevilla, en Se»villa como en Granada, hace años como ahora, para hacer que la fal»sa posicion de V. en el mundo se disipase como una sombra, y que »la bastarda hija de una gitana y de un asesino, la impúdica doncella, »la esposa adúltera, la hermana alevosamente traidora, la hija des»naturalizada, fuese ignominiosamente espulsada del seno de la so»ciedad. Esa palabra no la he pronunciado, por respetos culpables á »mí mismo, porque no se me acusara de faltar á la ley de caballe»ro, porque no se dijese que abusaba de mi fuerza con un ser débil. »—Hice mal, hago mal ahora mismo limitando el castigo de V. al »desengaño de Alfonso; porque si yo soy caballero, eso mismo me »impone el deber de estirpar en V. un cáncer social; porque si V. pa»rece débil y lo es para luchar conmigo cuerpo á cuerpo, es tam»bien una víbora ponzoñosa cuya mordedura es mortífera.—Deme »usted, pues, las gracias porque me limito solo á arrancar á este »desdichado de sus garras, y vuelva al mundo en que brilla, segura »de mi silencio si respeta á Alfonso, si de mí no se acuerda; segura »tambien de mi implacable venganza en el momento de que á una »de esas dos condiciones falte.»

La actitud, el tono, la elevacion casi inspirada de Sotopardo mientras así hablaba, hicieron descender al corazon de Matilde el hielo de la muerte; por vez primera de su mala vida sintió la malvada, ya que no las amarguras del remordimiento, sí las congojas del miedo. Pálida, pues, como petrificada, creyéndose bajo la cruel ilusion de una funesta pesadilla, oia las palabras de su juez, que una á una, á manera de agudos puñales iban en su pecho clavándose, cuando de súbito abrióse la puerta de la sala en que aquella escena ocurria, y se precipitó por ella el infeliz Mendoza, seguido de su maléfico genio el villano Almazan.

Renunciamos á pintar al pormenor el triste cuadro que el conjunto de aquellos seres produjo, limitándonos á decir que el mas desdichado, inocente, y de lástima digno era el esposo ultrajado.

La vista de Matilde en tal casa y compañía, sacó á aquel infeliz del paraiso de su engaño para conducirle sin transicion, sin preparacion, al averno de su infamia. Herido á un tiempo en el corazon y en la honra, y herido de muerte cuando menos lo esperaba.

¿Qué mucho que la voz y el sentido, le faltasen á un tiempo?

Perdió en efecto el sentido, y quizá cayendo al suelo desplomado acabaran sus penas, si Almazan no acudiese á recibirle en sus brazos.

Alfonso, incapaz hasta entonces de pronunciar un acento, recobra el uso de la palabra al entrar Mendoza, y dirigiéndose á Sotopardo, díjole iracundo:—«Al marido tambien, señor don Cárlos. ¡Es una »infamia!—¡Ampárame Alfonso! Esclamó Matilde aprovechando la »ocasion hábilmente. ¡Ampárame, mi corazon es solo tuyo; y si he »sido frágil un momento, harto castigada estoy por ese villano.»

No pudo por el momento replicar don Cárlos, porque ayudaba á Almazan á reclinar sobre un sofá el inerte cuerpo de Mendoza, y á desabrocharle el uniforme: pero así que aquel piadoso deber hubo cumplido, dijo.—«Si, Alfonso, revelar al marido las flaquezas de su »muger es una infamia, y doble infamia en el que la ha cometido; »porque este hombre (asiendo del cuello al trémulo Almazan), este »hombre siempre cobarde, siempre villano, siendo el amante ordi»nario de esa muger digna en todo de él, este hombre es el que la »ha vendido, y hecho la desgracia de Mendoza.—Confiesa miserable. »¿Es cierto lo que digo?—Matilde nos ha engañado á todos, supe

»que me era infiel con don Alfonso.—¿Y la has delatado, monstruo? »le preguntó brotando fuego por los ojos el capitan page.—Los ce-»los me han trastornado el juicio...»

Tambien el de Alfonso se trastornó un instante al considerar tanta infamia, y tirando de la espada iba ciego de cólera á clavarla en el corazon del traidor: pero Sotopardo deteniéndole esclamó:—«La »espada no, Alfonso; si acaso, la vaina. Ese villano es indigno de otra »cosa.»

En fin, la serenidad de don Cárlos acabó por triunfar de las pasiones buenas y malas, violentas todas, de las personas en la calle de los Negros entonces reunidas. Mendoza recobró el sentido, y despues de querer matar uno por uno y todos juntos á cuantos delante veia, acabó por deshacerse en lágrimas de fuego, lágrimas sinceras, lágrimas que no mancillan. Porque ¿si el hombre no llora su honra sin culpa perdida ó por lo menos mancillada, qué le será lícito llorar en este mundo?

Una vez los espíritus predispuestos á la discusion, Alfonso propuso que Matilde y Mendoza se separasen sin estrépito; el mismo Mendoza se prestaba á ello desterrándose á América; Almanzan osó decir, que él pagaria una pension á la culpable.... Sotopardo opuso su veto soberano á tales proyectos, diciendo:

«No, Alfonso, no Mendoza: su generosidad de VV. les engaña, y vá á hacerlos cómplices en los nuevos crímenes de ese monstruo, si libre la dejan. En cuanto á V, señor Almazan, lo que ha de hacer es libertarnos de su presencia en el acto, y tener entendido que si revela un solo ápice de los secretos que sabe, á pesar de mi repugnancia á servirme del acero contra los cobardes, le cortaré infaliblemente la lengua.»—Desapareció Almazan y prosiguió Sotopardo.—»Mendoza, su muger de V. no es una de esas desdichadas víctimas de la pasion que delinquen, sin infamar por completo su alma; no: es una criatura envilecida, que de soltera le disputaba los amantes á su Madre, y de casada se entregó desenfrenadamedte al libertinage. La sociedad no conoce los misterios de su vida, pero sabe de sus aventuras lo bastante para que V. pasara por lo que no es, mostrándose indulgente con ella.—¿La he de matar? ¡Dios mio! esclamó el infeliz bondadoso marido.—No, pero sepárela V. del mundo, enciérrela para siempre en un cláustro.—¡Cómo Laura! prorrumpió aterrada la culpable.—Si, prosiguió Sotopardo, como Laura, menos el candor del alma, menos la sinceridad del arrepentimiento, menos la nobleza de los sentimientos.»

El consejo de Sotopardo fué aceptado, á las cuatro de aquella tarde ya Matilde yacia reclusa en un convento de ascética severa disciplina.

El tiempo y la reflexion curaron á Alfonso de su desdichada pasion; Mendoza al cabo huyó á nuestras posesiones ultramarinas; y don Cárlos... don Cárlos se casó con Inés, sin amor decia él, sin amor repetia su feliz esposa riéndose: pero sin amor probó con su ternura conyugal, con su escelente carácter y sincera aunque tolerante moralidad, que no siempre que en mal *suena el Rio*, es porque lleve gran caudal de aguas en efecto.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

El gobierno de una muger.

Le pedian á Milton que esplicara la razon de que en algunos paises pueda el rey ceñir la corona á los catorce años y no pueda casarse hasta los diez y ocho.—«Porque es mas dificil, contestó el poeta, gobernar á una muger que un reino.»

Milton y el duque de York.

Aunque el poeta Milton habia representado un papel importante en las guerras civiles, no se le persiguió despues de la restauracion de Cárlos II. El duque de York, que despues reinó con el nombre de Jaime II, fué un dia á visitar á Milton y tuvo la groseria de decirle:

—«Señor Milton, ¿no creeis que el haberos quedado ciego sea un justo castigo del cielo por los muchos escritos que habeis publicado contra mi padre?»

—«Si las desgracias son castigos del cielo, respondió el poeta, V. A. me permitirá le haga observar que yo no he perdido mas que la vista, pero el rey su padre ha perdido la cabeza.»

Sentencias y Máximas.

Reprimir todo lo posible los signos esteriores de mal humor y de violencia, es un medio poderoso para dulcificar gradualmente la irascibilidad del alma, y de hacerse asi, no solamente mas agradable para los demas, sino tambien menos insoportables para sí mismo. Es tan estrecha la dependencia que hay entre el cuerpo y el alma, que basta imitar la espresion de una pasion violenta para escitarla en sí mismo, y por consiguiente, la supresion de los signos esteriores tiende á calmar la pasion que indican.

La creencia en un Dios soberanamente bueno y sábio, introduce en nuestra alma una satisfaccion muy dulce. La sola idea de que el órden y la felicidad prevalecen en este mundo, aplaca en nosotros la discordia de las pasiones. Lo mismo que se serena nuestra alma cuando desde un sitio apartado y tranquilo contemplamos la calma apacible de una noche de verano.

El filósofo Carneade decia: «Los hijos de los ricos y de los grandes no aprenden bien mas que una cosa: la equitacion. En los demas estudios y egercicios sus maestros los engañan con elogios falsos inspirados por la hipócrita adulacion, y sus antagonistas les ceden bajamente todas las ventajas; pero el caballo, que ignora si sostiene sobre su lomo á un simple particular ó á un alto funcionario, á un rico ó á un pobre, arroja al ginete que se tiene mal en la silla.»

Inscripcion persa.

Se ha descubierto un sepulcro en un sitio remoto de la Persia, en cuya losa se lee la inscripcion siguiente; «El que no tiene dine»ro no tiene crédito; el que no tiene una muger sumisa y dócil no »tiene reposo; el que no tiene hijos no tiene fuerza; el que no tie»no parientes no tiene apoyo; pero el que no tiene nada de todo es»to, vive exento de cuidados.»

El Mausoleo de Federico el Grande.

M. Tassard, hábil escultor de Berlin, á pesar de hallarse pensionado por el Rey de Prusia, creyendo que no tenia bastante ocupacion, pidió licencia al Rey para marcharse al estrangero. Federico le dijo entonces: «Si solo deseas tener ocupacion, no te vayas: ponte al instante á hacer mi sepulcro.» El artista, satisfecho en estremo al ver que iba á tener á su cargo un trabajo de tanta importancia, respondió al Monarca: «Señor necesito lo menos diez años para concluir ese trabajo.»—«Yo te doy veinte de término,» respondió Federico presuroso.



Estatua de Garcilaso de la Vega.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 34.

El amor conduce al hombre á la locura, al anonadamiento y al heroismo.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



MURILLO.

Bartolomé Esteban Murillo nació en Sevilla y fué bautizado el dia 1 de enero de 1618. Habiendo manifestado desde muy temprano su aficion á las artes, entró á ser discípulo de Castillo y tardó poco en comprender que su maestro no podria darle lo que él necesitaba. Al ver los progresos que habia hecho su condiscípulo Pedro de Moya, que acababa de estudiar con Van Dyck, fijó repentinamente su resolucion, y se vino á Madrid en 1643, desprovisto de dinero, pero sostenido por la confianza que tenia de sí mismo. Acogido bondadosamente por su compatriota Velazquez, permaneció dos años absorvido en las obras de Ribera y de Ticiano hasta que las supo de memoria y se hubo penetrado bien de ellas. Regresó en 1645 á Sevilla, habiéndose negado, muy oportunamente en concepto nuestro, á ir á Italia como se lo aconsejaba Velazquez; así pudo dar su nacionalidad frutos puros de toda mezcla estrangera, y su genio original se eximió del pedantismo cuasi clásico de los Cortonis y Marattis. Apareciendo como un ástro nuevo en su ciudad nativa, se elevó de pronto al primer puesto, y continuó á la cabeza del arte hasta el 3 de abril de 1682 en que murió rico de gloria, pero pobre de intereses, de resultas de una caida de un castillo.

Las tres fases de la juventud, la virilidad y la vejez de este artista eminente, presentan tres divisiones de su escuela. La primera que se estiende desde 1645 hasta 1650, basada sobre el estudio de las obras de Ribera y del Ticiano, se distingue por contornos trazados con vigor y cuasi duros, por un colorido que á veces era harto sombrío, y por la eleccion de asuntos sérios, que era el resultado del patronato de los frailes Franciscos, de quienes era el pintor especial y absoluto, así como Roelas lo era de los Jesuitas, y Zurbaran de los Cartujos. Su segunda época la practicó hasta 1660. Teniendo entonces ya el conocimiento de su capacidad y de sus fuerzas, y abandonándose al impulso natural de su genio, renunció Murillo, como Andrés del Sarto, á seguir las huellas agenas. Sus composiciones fueron menos severas, sus toques mas ligeros, sus colores mas vivos, sus tonos mas trasparentes, sus contornos mejor trazados y más lijeros, como por interposicion del aire, sin apartarse sin embargo de la correccion concienzuda del dibujo. Su tercera época *la vaporosa*, ha recibido esta denominacion por sus líneas que parecen fundirse en vapores, y por la mágia de sus tintas brillantes, sombreadas con una armonía que procede de una ejecucion delicada. Esta última época es la que caracteriza mas su escuela; sus cuadros de mendigos y de muchachos vagamundos son tan familiares y populares, que su nombre está cuasi identificado con estos asuntos. Son empero los mas desconocidos en España porque fueron los que se esportaron los primeros; no era posible entonces procurarse sus cuadros sérios y de mayores dimensiones, porque estaban en poder de corporaciones ó sujetas á sustitucion, al paso que sus estudios y caprichos, que eran el fruto de sus ratos de ócio, y que no se estimaban en España en su valor verdadero, eran muy apreciados en el estrangero, y particularmente en Inglaterra. Así es que transcurridos solamente ocho años desde su muerte, menciona Evelyn la venta en Whitehall de los *Muchachos de Murillo el Español* en la cantidad, exorbitante entonces, de 80 guineas. Los tiempos son mejores ahora para las artes, porque un conocedor en pinturas pagó no hace mucho 3900 guineas por un *Divino Pastor* que uno de sus antepasados habia vendido en 30 monedas de plata.

Fácil es indicar los caracteres distintivos de Murillo sin equivocarse. No solo era el pintor fiel y exacto de lo que veia todos los dias, sino que sufria la influencia de la parcialidad de España. Todas sus obras llevan el sello de la Andalucía, alegre como su cielo, y de Sevilla, pátria de la Venus Andaluza y de Fígaro. Parece que los habitantes de su paraiso son todos compatriotas suyos. El tipo de la Vírgen, tipo encantador, que segun la espresion de Pope «los judíos pueden comprarle y los infieles adorarle,» existe aun en las facciones de la hija de Triana; los apóstoles y los Santos son la familia de esta jóven; en las obras maestras con que decoró el convento de Capuchinos de Sevilla se reconoce al fraile que le sirve de Cicerone en su recinto al viagero. Sus grupos de mendigos obstruyen aun las puertas de las iglesias situados á orillas del Guadalquivir: el pincel del artista los ha hecho dignos de figurar en los salones de las Duquesas. En una palabra, la naturaleza fué el guia constante de Murillo: todo lo que habia hecho el Criador era bueno á sus ojos y le gustaba reproducir las formas de la vida. El arte con que sabia unir la humanidad con las cosas mas estraordinarias, el orgullo con la humildad, la opulencia con la miseria, la hermosura con la fealdad, realzaba el efecto por medio de los contrastes, y completaba la ilusion, así como la verdad material de los accesorios, observada hasta el estremo de despreciar las conveniencias de la geografía y de la cronología, confirmaba la creencia en las leyendas y tradiciones de la supersticion local. Murillo queria sobre todo hablar á la imaginacion de los que le rodeaban. Ponia sus elevados conceptos á la altura de su capacidad. Sus santas familias reproducen escenas sencillas de la vida doméstica, en que se ven preciosos niños alegrando con sus travesuras inocentes á sus padres afectuosos. Conociendo bien donde estaba su fuerza verdadera, Murillo no pensó nunca en imitar las grandezas sublimes de Miguel Angel ni la gracia ideal de Rafael; su Cristo, niño aun, no es un Dios que medita y lee ya en el porvenir, sino un hermoso niño que debió hacer sonreir á una madre mortal. Su vírgen, aunque es la única soberana del cielo y de la tierra, no es sino una madre de Andalucía, aun en su Concepcion inmaculada, esa obra maestra misteriosa de Sevilla. Y sin embargo ¿qué artista ha sabido representar mejor que Murillo á la dulce criada del Señor, vestida de paños de un blanco purísimo y de azul, elevándose en una atmósfera dorada, rodeada de querubines semejantes á los que deben poblar el cielo, y de flores parecidas á las que deben perfumar el paraiso; todo esto pintado con tintas tan puras, tan suaves y brillantes como las

del arco iris? Todos sus asuntos tan dramáticos y llenos de interés, los trató Murillo con una habilidad consumada en el empleo de sus materiales y un poder de colorido sin el cual no puede haber pintura. Su colorido fascina, tanta es su armonia y con tal delicadeza reproduce la hermosura femenina y las gracias infantiles. Lleno de una gravedad dulce, é inspirándose de todas las simpatías humanas, Murillo participaba mas de la *morbidezza* del Coreggio que ninguno de los pintores Españoles; y sin embargo no habia visto ninguna obra original del Coreggio sino las copias que de él habia hecho Roelas. Pero, existe una simpatía misteriosa é internacional que constituye el espíritu y el gusto de cada época, una coincidencia de espresiones y necesidades que triunfando de la imperfeccion de las comunicaciones, se transmite como una especie de fluido eléctrico de un artista á otro al través de los Alpes ó de los mares. Algunos dicen, refiriéndose á la belleza de las carnes que pintaba Murillo, que estan pintadas con *leche y sangre*; pero á esta última palabra se puede sustituir la de *rosas*, porque nadie representaba mejor que él á estas reinas de las flores, dignas de ser ofrecidas á la mas pura de las vírgenes. Se complacia en realzar el efecto de los tonos claros con los velos oscuros, de hombres morenos, con la piel bronceada por el sol: para producir estos tonos empleaba el *negro de hueso*, color que él mismo preparaba.

El apogeo del talento de Murillo fué desde 1670 hasta 1680. Su genio se hallaba entonces en toda su madurez, y en este periodo ejecutó sus producciones mas admirables. En 1674 concluyó sus grandes cuadros de la Caridad, entre los cuales deben citarse el de *santa Isabel*; el del *Hijo pródigo*, el del *Milagro de los panes y de los peces*; el de *Abraham recibiendo á los tres angeles*; *Moisés sacando agua de la roca*; y *Jesucristo en la Piscina*. Pintó tambien en aquella época el *san Pedro* como su mejor obra, el *niño Jesus distribuyendo pan á los pobres*, y los 25 cuadros que habia emprendido para el convento de capuchinos de Sevilla.

Dejó esta ciudad y fué á Cadiz á ejecutar para el altar mayor de la iglesia de los capuchinos su magnífica composicion de los *desposorios de santa Catalina* que debia costarle la vida. Trabajando en esta obra, á la que se habia aficionado estraordinariamente, cayó del castillete ó tablado y se rompió la espina dorsal. Esta herida horrorosa le privó de continuar su obra, y el cuadro fué terminado por su discípulo Meneses Osorio. Desde entonces no fué su vida sino un sufrimiento largo y cruel. Se hizo transportar á Sevilla, pues queria verla por última vez, y murió el 3 de Abril de 1682 á la edad de 64 años. El caballero Nuñez de Villavicencio, su discípulo predilecto, recibió su último suspiro y le cerró los ojos.

La muerte de Murillo causó un sentimiento universal y profundo, porque tenia ademas de un gran genio, cualidades escelentes. Era el amigo y protector de todos los artistas jóvenes, y se consideraba muy dichoso con poderles abrir una carrera. Fundó en Sevilla una academia pública de dibujo, é instituyó el primer estudio de modelos vivos que produjo una verdadera revolucion en la escuela española. Entre sus discípulos se pueden citar como los mas notables Antolinez, Tobar, Villavicencio y Meneses Osorio. Murillo que se inmortalizó por sus grandes composiciones, tenia un talento particular para los paisages y flores. Dicen que al principio hacia ejecutar al célebre Triarte los paisages de sus cuadros, y en compensacion le pintaba á éste las figuras de los suyos. Un dia que iban á pintar un cuadro entre los dos, se suscitó una discusion sobre cual de ellos habia de principiarle, se acaloraron y concluyeron por regañar y separarse. Murillo entonces ejecutó el paisage y las figuras, y su cuadro fué, segun el testimonio de sus contemporáneos, una de sus mejores composiciones. Desde entonces, Murillo hizo profundos estudios sobre los paisages, y sus cuadros fueron pintados por él solo.

La vida de este artista célebre fué sencilla y dedicada esclusivamente al trabajo. Se casó en 1645 con doña Beatriz de Cabrera, tuvo un hijo que siguió la carrera de las letras y adquirió en ella cierta celebridad.

Los dos grabados que ofrecemos hoy á nuestros lectores y que representa uno la *infancia de Cristo y de san Juan*, y otro *la Virgen de las flores*, son copiados de dos cuadros originales de Murillo. La naturalidad de las posturas, la suavidad de los contornos, la frescura y armonia del colorido, cualidades distintivas de aquel maestro de inmortal nombre, no brillan en mayor grado en ninguna de las numerosas obras que le valieron el nombre de rival de la naturaleza. Por eso hemos querido dar hoy una copia de estas dos obras maestras poco conocidas, ejercitadas por el émulo de los Van-Dick y los Velazquez.



La infancia de Cristo y de san Juan.



La Virgen de las Flores.

ESCRITOS ESPAÑOLES ANTIGUOS.

Genealogias redactadas en el reinado de San Fernando por autor anónimo.

REYES DE CASTIELLA.

En la sazon que regnó el Rey Ruderich en España, vinieron de Africa el Rey Haboali, et Abozubra, et era Rey en Marruecos Amiramozlemin, et estonce vino Taric et Nucer en España, et arribó á Gibaltaric. Estos Reyes Abozubra é Aboali é Amiramozlemin, con otros Reyes muchos, é con grandes poderes, vinieron lidiar con el Rey Ruderich en el campo de Sagnera. Et en la primera facienda fueron los Moros malandanses, et despues recobraron, et fueron los Christianos vencidos, et desbaratados. En esta batalla fué perdido el Rey Ruderich, et non lo fallaron muerto ni vivo. Mas despues á luengo tiempo en Viseu en Portugal, fallaron un sepulcro en que yacie escrito: «Aquí yace el Rey Ruderich, el que fué perdido en la batalla en el tiempo de los Godos.»

Quando fué perdudo el Rey Ruderich, conquerieron Moros toda la tierra hata Portugal et Galiza, fuerassen de las montañas de Asturias, ó se acollieron todas las gientes de la tierra, et ficieron hi Rey por election al Rey don Pelayo, que estaba en una cueva Asseva. Este Rey don Pelayo fué muy buen Rey et leal: et los Christianos, que eran en las montañas, acolléronse todos á él, et guerrearon con él á los Moros, et ficieron muchas batallas, et venciéronlas. Murió el Rey don Pelayo. Dios aya su alma. Amen. Et regnó su fillo el Rey don Fafila: et fué avol hombre: et lidió con un oso, et mató el oso á él. El Rey don Pelayo ovo una filla, et diéronla por mugier á don Alfonso, fillo del señor don Pedro de Cantabria, et levantaronlo Rey. Este Rey don Alfonso guerreó bien á Moros, et fizo con ellas muchas batallas, et venciolas: et conquerió luego de los Moros á Tuy, et Portugal, et Braga, et Viseu, et Flavia, et Ledesma, et Salamanca, et Zamora, et Astorga, et Leon, et Sietmancas, et Saldanna, et Segovia, et Setpulvega, et Maya. Todas estas otras prisó de Moros, et poblolas de Christianos: Galiza, Asturias, Alava, Bizcaya, Vidoña, Edearri, Barrueza, en todos tiempos fueron de Xpños., que nunca las perdieron.

Murió el Rey don Alfonso: Dios le dé vida perdurable. Amen. Et regnó su fillo don Fruella, et fué avol ome, et mató á su ermano, et por un avoler que fizo matáronlo sus omes, que ficiera á muchos dellos cornudos. Quando fué muerto el Rey don Fruela, regnó el Rey don Alfonso el Casto, el que poblo Ovedo, et fizo la Eglesia en honor de Sant Salvador: et fizo hi xij. altares en honor de los xij. Apostolos, é cuando murió soterraronlo hi, é allí yace. Este rey don Alfonso non dejó fillo ninguno, ni fincó ome de su linage que mandase el reino: é estudo la tierra assi luengos tiempos.

Despues acordáronse: escogieron dos Judices que los juzgassen et que los acabdelassen. Destos dos Judices el uno ovo nombre Nuño Rasuera, el otro Layn Calvo. Del linage de Nuño Rasuera vino el Emperador de Castiella. E del linage de Lain Calvo vino mio Cid el Campeador. Nuño Belchidez ovo fillo á Nuño Rasuera. Nuño Rasuera ovo fillo á Gonzalvo Nuñez. Gonzalvo Nuñez ovo fillo al Conde Ferrand Gonzalvez. El Conde Ferrand Gonzalvez ovo fillo al Conde Garcia Fernandez. El Conde Garcia Fernandez ovo fillo al Conde don Sancho, el que dió los bonos foros. El conde don Sancho ovo fillo al Infant don Garcia, el que mataron en Leon, é una filla que ovo nombre doña Alvira. E esta doña Alvira fue casada con el Rey don Sancho el Mayor, que fué Rey do Navarra, et de Aragon, et fué Señor hata Portugal. Despues vos diremos deste Rey don Sancho, cuyo fillo fué.

Este Rey don Sancho el Mayor ovo tres fillos: los dos duna muger, el tercero dotra. El uno ovo nombre el Rey don Ferrando, é el otro el Rey don Garcia de Navarra: el otro fué el Rey don Ramiro de Aragon, el que mataron en Grados. Mas los otros dos ermanos lidiaron ambos en Atapuerca, et mató el Rey don Ferrando al rey don Garcia. Este Rey don Ferrando ovo tres fillos: el Rey don Alfonso, é el Rey don Sancho, é el Rey don Garcia, el que dixieron de las particiones. Et ovo dos fillas: la Infant dona Urraca, et la Infant dona Alvira.

El Rey don Sancho é el Rey don Garcia, ambos ermanos, lidiaron en Santaren en Portugal: é prisó el Rey don Sancho al Rey don Garcia, et metiolo en prision en Luna, é allí murió en los fierros, e con los fierros se fizo soterrar, é con los fierros yaze soterrado en Sant Isidro de Leon. Despues se combatió este Rey don Sancho con el Rey don Alphonso el otro su ermano, en Golpillera, cerca de

Carrion. E prisó el Rey don Sancho al Rey don Alphonso, et tovolo gran tiempo priso, é despues soltolo que se saliese de toda su tierra, et fizolo assi, et fuesse para Toledo, que era estonces de Moros.

Despues este Rey don Sancho cercó á su ermana la Infant doña Urraca en Zamora, é ella fabló con un su caballero, et fizo matar á su ermano el Rey don Sancho: et matolo Bellit Adolphes en traycion. Quando fue el Rey don Sancho muerto en Zamora, tornóse á la tierra el Rey don Alphonso, que era en Toledo: et fué Rey de Castiella, é despues ganó á Toledo de Moros. Este Rey don Alphonso tomó mugier Mora, que decian la Zayda, sobrina de Avenalfage: é ovo della al Infant don Sancho, el que dixieron Sancho Alfonso. Despues lo mataron Moros en la batalla de Uclés. Despues ovo este Rey don Alfonso otra mugier, que ovo nombre Xemena Muñoz: é ovo en ella dos fillas: la Infant dona Alvira, et la Infant dona Teresa. Et la Infant dona Teresa casó con el Conde don Enric: é ovieron fillo al Rey don Alphonso de Portugal. La Infant don Alvira casó con el Conde don Raymon de Sant Gil, el que fué á la prision de Jerusalen, é ovieron fillo al Conde don Alphonso, al que dixeron Alfonso Jordan, que fué padre del otro Conde Raymon. Murió Xemena Muñoz, et pues prisó otra mugier el Rey don Alfonso á la Reina Doña Costancia. Et ovo en ella filla la Reyna Dona Urraca: é casaronla con el Conde Ramon, fillo de Alfonso Jordan: et ovieron fillo al Emperador de Castiella: é una filla la Infant dona Sancha. Murió el Conde Ramon, et casóse la Reyna dona Urraca madre del Emperador con el rey don Alphonso de Aragon, et non ovieron fillo ninguno.

El Emperador tomó por mugier la ermana del Conde de Barcelona, é ovo en ella estos fillos, al Rey don Sancho de Castiella: et el Rey don Ferrando de Galiza: et la Reyna de Navarra: et la Reyna de Francia. Murió esta hermana del Conde de Barcelona, et tomó el Emperador otra mugier sobrina del Emperador de Alemaña: é ovo en ella una filla, la Reyna dona Sancha, et Casaronla con el Rey don Alfonso de Aragon, que fué fillo del Conde de Barcelona. El Rey don Sancho de Castiella fillo del Emperador, tomó mugier la Reyna dona Blanca, filla del Rey don Garcia de Navarra, é ovo en ella fillo al Rey don Alfonso de Castiella.

Este Rey don Alfonso de Castiella tomó por muger á la filla del Rey de Inglaterra, dona Alionor: et ovo en ella estos dos fillos: el Infant don Ferrando, et el Infant don Enric: é ovo della muchas fillas et casó la mayor dona Berenguiela con el Rey de Leon: é ovieron dos fillos, el Infant don Ferrando, é el Infant don Alphonso: et casó la otra filla con el Rey de Franza: et la otra con el Rey de Portugal: et dejó las otras en el Monesterio de las Huelgas cerca de Burgos.

Murió el Rey don Alfonso, et regnó su fillo don Enric. Mas trefelló con sus mozos, et ferieronlo con una piedra en la cabeza, et murió: et regnó su ermana dona Berenguiela: et dió el Regno á su fillo don Ferrando: et regnó don Ferrando. Da aqui adelant será lo que Dios quisiere.

REYES DE NAVARRA.

Hata aqui fablamos del linage de los Reyes de Castiella como viene del linage de Nuno Rasuera, é hata el Emperador, é hata el Rey don Ferrando, que es agora Rey de Castiella. Agora vos diremos de los reyes de Navarra como viene su linage del Rey don Sancho el Mayor: ond vos diremos como viene derechamient del linage del Rey Sanch Abarca.

El Rey Ennec Ariesta ovo fillo al Rey don Garcia, al que dixeron, Garcia Eneguez. Este prisó por mugier la Reyna dona Urraca, é ovo en ella un fillo, que ovo nombre Sancho Garcez: mas despues ovo nombre el Rey Sancho Abarca: et direyvos como mataron Moros al Rey Garcia Eneguez, et fincó su mugier pregnada la Reyna dona Urraca, et firieronla duna lanzada, et murio la madre, et nasció el fillo por la lanzada. Este fillo tomolo un ric ome de la montaña, et crinlo muy bien lo mejor que el pudo, et pusol nombre Sancho Garcez. Quando este mozo fué grand, fué mucho esforzado, et muy franco, é acogió assi todos los fillos dalgo que falló en las montañas: et dioles quanto pudo aver. Et sus omes quando vieron que era mucho esforzado é ome de muy grand trabajo, pusieronle nombre Sanch Abarca. Et ayuntáronse todos los ricos omes de la tierra, et por la bonda que entendieron en el, et por su esfuerzo, ficieronlo Rey.

DEL REY SANCH ABARCA.

Este rey Sanch Abarca metiose en Cantabria, et guerreó á los Moros, et conquerió desde Cantabria hata Nájara, é hata Muent de Oca: et hata Todela, et conquerio toda la plana de Pamplona, et gran partida de las montañas. Despues conquerió tod Aragon, et fizo muchos Castiellos por la tierra, por aguerrear á los Moros, et fizo muchas batallas con Moros, et venciolas, et fué leal Rey, et piadoso, et temie mucho á Dios, et guardaba bien justicia. Este Rey Sanch Abarca casó con la Reyna dona Toda, é ovo della un fillo, et quatro fillas: el fillo ovo nombre el Rey don Garcia, el tembloso: et de las fillas la una ovo nombre dona Urraca la otra dona Sancha la otra dona Maria: et la otra dona Blasquita. Dona Urraca casó con el Rey don Alfonso de Leon, é ovieron fillo al Infant don Ordonno, el que mataron en Cordoba. Dona Maria casó con el Rey don Ordonno. Dona Sancha casó con el Rey Ramiro. Casó dona Blasquita con el Conde don Nunno de Bizcaya.

Regnó el Rey Sanch Abarca XX. años, et murió: et regnó su fillo el Rey don Garcia en so lugar: et fué muy buen Rey, et leal, et franco, et mucho esforzado, et fizo muchas batallas con Moros, et venziolas. Mas quando avie grand cuyta tremblaba todo: et quando oie algunas nuevas grandes et quando se amataba la candela de noche, tomábalo grand miedo, et por ende le digieron el Rey don Garcia el tembloso. Regnó este Rey don Garcia XXX. anos, et murió: et regnó su fillo el Rey don Sanch el Mayor, et tomó por mugier la filla del Conde don Sancho de Castiella, el que dió los buenos fueros, dona Alvira, ermana del Infant Garcia, que mataron en Leon, et ovo della dos fillos, al Rey don Fernando, é al rey don Garcia de Nájera. Estos dos ermanos lidiaron en Atapuerca, et mató el Rey don Fernando al Rey don Garcia. Este Rey don Garcia dexó dos fillos, al Rey don Sancho, que mataron en Peñalen, et el Infant don Sancho. El rey don Sancho, el que mataron en Pennalen, ovo fillo al Infant don Ramiro. Este Infant don Ramiró tomó por mugier la filla de mio Cid Campiador, et ovo della fillo al Rey don Garcia de Navarra, al que dixieron Garcia Ramirez. Murió el Infant don Ramiro, et regnó su fillo el Rey don Garcia: et tomó por mugier la Reyna dona Margelina, sobrina del Conde Dalperches: et ovo en ella fillo al Rey don Sancho de Navarra, et la regna de Secilia, et la Regna dona Blanca, mugier del Rey don Sancho de Castiella. El Rey don Sancho de Navarra tomó por mugier la filla del Emperador de Castiella: é ovo en ella fillos al Rey don Sancho, é al Infant don Ferrando, et la Regna de Englatierra, et la Infant dona Blanca, et la Infant dona Constancia, que murio en Daroca. Agora tornemos á decir onde viene el linage de los Reyes de Aragon, et Navarra.

DE LOS REYES DE ARAGON.

El Rey don Sancho el Mayor, fillo del Rey don Garcia el Tembloso el que fué Rey de Navarra, et Daragon, et fué Sennor hata Portugal, ovo un fillo dotra mugier, que ovo nombre el Infant don Ramiro, et fué muy bueno, et mucho esforzado. Este Infant don Ramiro por el salvamiento que fizo á su madrasta la Regna don Alvira mugier del Rey don Sancho su padre, diol ella sus arras, é otorgola el Rey, et ovo el Regno Daragon, et fué Rey. Este Rey don Ramiro lidió muchas veces con Moros, et venciólos. Despues en la postremeria vino sobre el Rey don Sancho de Castiella con grand poder de Moros, et con tod el poder de Saragaza que era de Moros, et de toda la tierra, et vinieron á el á Sobrarbe, et degastáronle toda la tierra, et vino lidiar con ellos, et mataronlo hi en Grados. Este Rey don Ramiro ovo fillo al Rey D. Sancho Daragon, que fué muy buen Rey, et leal, é ovo muchas facendas con Moros, et venciólas. Despues cercó á Huesca que era de Moros, et feriéronlo hi con una saeta: et fizo jurar á sur ricos omes et á su fillo Pedro Sanchez, et fizo jurar á él que non descercase á Huesca hata que la prediese ó lo levantassen ende por fuerza.

Murió el Rey don Sancho, et soterráronlo en Muentaragon, et despues leváronnlo á Sant Johan de la Peña por medo de los Moros. El Rey don Pedro tovo cercada á Huesca: et vinieron grandes poderes de Moros lidiar con él, et vino con ellos el Comde don Garcia de Nágera, et el Rey don Pedro lidió con ellos en Alcoraz delant Huesca, et venció la batalla, et mató muchos dellos, et prisó al Conde don Garcia, et metiolo en su prision, et tomó la villa.

Murió el Rey don Pedro, et regnó su hermano el Rey don Alfonso que fue muy buen Rey, et muy leal, et mucho esforzado, et muy buen Christiano et fizo muchas batallas con Moros, et venciolas: et conquerió Zaragoza de Moros, et Daroca, et Calatayub, et rio de Tarazona, et rio de Borga, et Tudela, et Soria, et otras muchas.

Murió este rey don Alfonso, et non dexó fillo ninguno, mas sacaron á su ermano don Ramiro de la Mongia, et ficiéronlo Rey: et diéronle por mugier la nieta del Conde de Peytena, é ovo della una filla que ovo nombre dona Perona, que casaron con el Conde de Barcelona: é ovo el Regno Daragon: et el Rey don Ramiro tornose á la Mongia. El Conde de Barcelona ovo en esta mugier fillos al Rey don Alfonso Daragon, é al Conde don Sancho, et la mugier del Rey don Sancho de Portugal.

El Rey don Alfonso Daragon tomó por mugier la filla del Emperador de Castiella, la Regna dona Sancha, é ovo en ella tres fillos et tres fillas. Los fillos ovieron nombre el uno el Rey don Pedro Daragon que ovo por mugier la filla de don Guillem de Montpeller, et ovo en en ella un fillo que ovo nombre don James, que es agora Rey Daragon. El otro ermano del Rey don Pedro ovo nombre el Infant don San-

cho, que fué Conde de Proenza. El otro ovo nombre Infant don Ferrando, que fué Abbat de Muentaragon. De las fillas, la una casaron con el Rey de Secilia et la otra con el Conde de Tolosa et la tercera con el fillo del Conde de Tolosa.

ESTE ES EL LINAGE DE LOS REYES DE FRANZA, QUE FUERON ANTES DE CARLOS MAGNE, ET DESPUES DE CARLOS MAGNE.

En Franza ovo un Rey, que ovo nombre de Moroveus, et fué del linaje del Rey Pryamus de Troya, este Moroveus ovo fillo á Cilderic, Cilderic ovo fillo á Clodoveus. A este Clodoveus baptizolo San Remijio, et fizolo Christiano, que antes Pagano era. Clodoveus ovo fillo á Clotario; Clotario ovo fillo á Chilperic; Chilperic ovo fillo á Clotario el II; Clotario ovo fillo á Dogavert; Dogavert ovo fillo á Clodoveus el II; Clodoveus el II ovo fillos de Scta. Baytilde la Regna, el uno ovo nombre Clotario el Joven, el otro Cilderic, el tercero Terrin; este Terrin ovo fillo á Cildevert; Cildebert ovo fillo á Dagovert el Joven; Dagovert el Joven ovo fillo á Terrin el Joven; Terrin ovo fillo á Clotario el IV. Despues que pasó esta generacion de Clotario el IV el Rey Childebert ovo fillo á Arnoldum; Arnoldum ovo fillo á Sacnt. Arnolf, é otro fillo á Mencensen Epm.; Sacnt Armolf ovo fillo á Anchises; Anchises ovo fillo á Pepin el Mayor; este Pepin á Charle Martel; et Charle Martel ovo fillo á Pepin el Petit; Pepin ovo fillo á Carle Magne; Carle Magne el Emperador ovo fillo á Lodois; Lodois ovo fillo á Carlo Calvo; Carlo Calvo ovo fillo á Lodois el II; Lodois ovo fillo á Carle el Simple; Carle el Simple ovo fillo á Lodois el tercero; Lodois ovo fillo á Clotario; Clotario ovo fillo á Lodois el IV. Murió Lodois, et non dexó fillo ninguno, et los nobles franceses levantaron Rey á Hugon el Duc, fillo de Hugon el grand Duc. Este Rey Hugon ovo fillo al Rey Robert; el Rey Robert ovo tres fillos: al Rey Hugon que fué muy bueno, et mucho amado, et al Rey Henric, et al Duque Robert de Borgoña; el Rey Enric ovo fillo al Rey Philip, et al grand Hugon; et el Rey Philip ovo fillo á Lodois; et el Rey Lodois ovo cinco fillos de la filla de Syire Albert: el primero ovo nombre Philip, el segundo Lodois, el tercero Enric, el quarto Robert, el quinto Philip, otro assi Philippo el Mayor, que era ya Rey coronado, murió por ocasion en vida de su padre, et regnó Lodois su hermano et coronolo el Apostoligo Innocentius en la Cibdad de Rems: este Rey Lodois ovo fillo al Rey Philip, que agora es Rey de Francia.

DEL LINAGE DEL MIO CID CAMPIADOR.

Este es el linage de Roy Diaz, el que dixieron mio Cid el Campiador, como vino derechiamient del linage de Layn Calvo, que fué compañero de Nuño Rasuera, et fueron ambos Judices de Castiella.

DE NUÑO RASUERA.

Del Linage de Nuño Rasuera vino el Emperador: del linage de Layn Calvo vino mio Cid el Campiador. Layn Calvo ovo dos fillos, Ferran Laynez, et Bremunt Laynez: Ferran Laynez hovo fillo á Layn Fernandez. Bremunt Laynez ovo fillo á Roy Bremundez: Layn Fernandez ovo á Nuño Laynez, Roy Bremundez ovo á Ferrand Rodriguez; Ferrand Rodriguez ovo fillo á Pedro Fernandez, é una filla que ovo nombre Donelo. Nuño Laynez tomó por mugier á Donelo, et ovo fillo della á Layn Nuñez. Layn Nuñez ovo fillo á Diago Laynez, padre de Roy Diaz el Campiador; Diago Laynez prisó mugier la filla de Rodrig Alvarez de Asturias, que fué muy buen ome, et muy ric home, et ovo en ella fillo á Roy Diaz. Quando murió Diago Lainez, padre de Roy Diaz priso el Rey don Sancho de Castiella á Roy Diaz et criolo, et fizolo Caballero, et fué con él en Saragoza: et quando lidió el Rey don Sancho con el rey don Ramiro en Grados, non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz. Dalli tornose el Rey don Sancho á Castiella, et amó mucho á Roy Diaz, et diole su Alfericia, et fué muy buen Caballero, et cuando lidió el Rey don Sancho con el Rey don Garcia su ermano en Santarem non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz, et segudio su Señor, que levaban preso, et prisieron al Rey don Garcia Roy Diaz et sus compañeros. Et quando lidió el Rey don Sancho con su hermano el Rey don Alphonso en Golpillera á cerca de Carrion non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz el Campiador.

Et quando cercó el rey don Sancho á su hermana en Zamora, alli se combatió mucho Roy Diaz, et desvarató grand compañia de Caballeros, et prisó muchos dellos, et quando mató al Rey don Sancho Bellit Adolphes, corrió tras él Roy Diaz, hasta que lo metió por la puerta de la Cibdad de Zamora, et diole una lanzada. Despues se combatió Roy Diaz por su señor el Rey don Alphonso con Xemene Garcen de Torrellas, que era muy buen Caballero, mas plogó á Dios que ovo Roy Diaz la mejoria. Despues se combatió Roy Diaz con el Moro Harizu no por otro en Medina Celim, et venciolo Roy Diaz y matolo; pero que era Moro muy buen Caballero. Despues lo echó de su tierra el Rey don Alfonso á Roy Diaz á gran tuerto, que el non lo merecie mas fué mesturado con él, et ovose á salir de su tierra: et despues Roy Diaz pasó por grandes trabajos, et por grandes aventuras. Despues se combatió Roy Diaz en Tovar con el Conde de Barcelona, que habia grandes poderes, et lo aviel caido de su parabla, et venciolo Roy Diaz et desvaratolo, et prisole grand campaña de caballeros, et de ricos homes, mas por muy grand bondad, que habie mio Cid soltolos todos. Despues cercó mio Cid á Valencia, et fizo sobre ella muchas batallas, et venciolas. Despues ayuntáronse grandes poderes de Moros dallend et daquend el mar, et vinieron á acorrer á Valencia que tenia cercada mio Cid, et fueron hi Xiiij. Reyes y la otra gient no avie cuenta; et lidio mio Cid con ellos, et venciolos, et prisó Valencia.

Murió mio Cid el Campiador en el mes de Mayo. Dios haya su alma: et aduxiéronlo sus vasallos dalla de Valencia, et soterraronlo en San Pedro de Cardeña, cerca de Burgos.

Este mio Cid el Campiador ovo por mugier á dona Eximera, meta del Rey don Alphonso, filla del conde don Diago de Asturias, et ovo della un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Royz, et matáronlo en Consuegra los Moros: de las fillas la una ovo nombre dona Christina, la otra dona Maria. Casó dona Christina con el Infant don Ramiro: casó dona Maria con el Conde Barcelona. El Infant don Ramiro ovo en dona Christina fillo al Rey don Garcia de Navarra, al que dixieron Garci Ramirez. El Rey don Garcia tomó por muger á la Regna dona Magelina, et ovo della fillo al Rey don Sancho de Navarra. Este rey don Sancho tomó por mugier la filla del Emperador Despana, et ovo della fillo al Rey don Sancho, que agora es Rey de Navarra.

LOS PRESTAMOS.

«Con sus lágrimas amasan
el pan que no han de comer.»

Cuando yo entré en la cocina de mi arrendador Juan Fernandez, su muger volvia y revolvia con una rasera, dos pimientos secos y colorados que se freian en una sarten sin cabo. Un niño hermosisimo, á gatas sobre el poyo costero al hogar, enredaba con un gatillo rodado, y la mayor de las hijas, rayana en los cinco años, sentada con gravedad ante el fuego vivisimo de oliva, despizcaba en una servilleta apozada en su falda el pan que habia de servir para el ajo. Juan Fernandez con los brazos cruzados sobre el pecho miraba atentamente los movimientos variados de la llama rosada y azul que salia en lenguas desiguales por entre los hierros de las trévedes formando vistosa corona alrededor de la sartencilla.

—Buenas tardes, Juan, le dije.

—Buenas se las dé Dios á su merced.

—Alégrate hombre, todo se ha despachado: el sustituto de José ha sido reconocido, y como ya estaba gratificado el facultativo que lleva la voz, fué declarado útil el mozo: á estas horas habrá ingresado en caja.

—Nos lo habia dicho el zapatero de ahí bajo que trapichea en tales cosas.

—Siéntese su merced, y dése un calenton, asi le pague Dios con la gloria el bien que nos ha hecho: ¡pobre Joseillo!... ¡Me parece mentira!... dijo la madre enjugándose una lágrima.

—Se libró y no hay que pensar en las turbaciones y penas pasadas.

—Su merced no sabe lo que viene detrás.

—Supongo que te habrás empeñado.

—Me he metido en un ahogo del que solo Dios puede sacarme

—La virgen del Cármen no nos abandonará, añadió la muger con esa santa conformidad de nuestros honrados campesinos.

—¡Las quintas son una contribucion horrible! murmuré entre dientes.

—¡Como que se paga con sangre!...

—Dios dará fuerzas para todo: el tiempo comienza á removerse, y si llueve...

—Nosotros tenemos mal sino: barbeché casi todas mis tierras el año pasado y hubo una cosecha mediana en el ruedo: he sembrado hasta las laderas en el que corre, fiado en la buena simienza, y Dios no quiere enviarnos una gota de agua: las ovejas se me están muriendo, los animales no encuentran bocado y las siembras ni verdeguean. Esta luna ha entrado con sequía y saldrá sin que veamos un nublo: el aire es solano. Un comisionado estuvo en la huerta de mañana y pide cuatrocientos y tantos reales del trimestre; me han revisado el depósito y quieren que pague mas de cien reales de arbitrios, porque el aforador midió mal al hacer el depósito y ahora mide mejor al cobrar, y para colmo y cobertera de todo he de pagar de aquí á un año doce mil cuatrocientos tres reales y maravedises.

—Pues hombre, ¿cuánto te ha costado el sustituto?

—Ocho mil reales con todos gastos, que ha sido fuerza dar ahora porque no ha habido otra avenencia y es cambio de número.

—¿Y para qué han sido los cuatro mil cuatrocientos y tantos restantes?

—De la usura, me contestó con naturalidad.

—¡Un cincuenta por ciento de la cantidad prestada! esclamé dando un brinco sobre la silla.

—Su merced lo sabrá mejor que nosotros, aquí está la escritura que todo lo reza. Y me alargó la copia de un documento público.

—No hay escritura que pueda autorizar semejante estafa, nuestras leyes...

—Vea su merced el papel, que lo ha hecho un escribano muy leido, y nos decia que habiamos tomado el dinero con comodidad y que debíamos estar agradecidos.

—No lo puedo creer, dije. ¡Inocente de mí, que por tales cosas me admiraba entonces!

Comencé á recorrer los garrapatos infernales de la copia, y descifrar pude lo siguiente que copio como modelo de ese estilo bárbaro y ridículo que no puede menos de hacer reir á todo lector de buen gusto.

«En la ciudad de *tal*, á *tantos de tantos*, ante mí el escribano público numerario de esta ciudad y su vecindario, partido judicial y testigos, Juan Fernandez del propio domicilio, á quien doy fé conozco entera y realmente, dijo: que promete pagar en una sola y única partida á don Canuto Miseria de igual vecindad, ó á quien tenga su derecho en representacion legal suya ó mejor sea, la cantidad de doce mil cuatrocientos tres reales y veinte y dos maravedises que por *hacerle merced* y compadecido de sus apuros le da prestados en este acto solemnísimo y legal para sus estremas urgencias que no relata, sin el *mas leve interés ó rédito alguno como lo jura en la mas solemne forma de que doy fé*, en varias monedas de plata y oro, metales preciosos, que sumadas y suplidas sus faltas segun el premio tienen y con que corren en estos tiempos los importaron, de cuya *efectiva entrega doy asimismo fé solemnemente haber sido á presencia mia* y de los testigos que en su tiempo y hora se espresarán: en cuya atencion formaliza en favor del dicho don Canuto Miseria el mas firme y duradero resguardo que á su firmeza y seguridad convenga, obligándose á devolvérselos y á ponérselos en su casa y poder por su cuenta y riesgo para el dia tantos de tantos en buena moneda de plata ú oro y no en otro metal, cosa ó especie, y en caso de no cumplirlo, *aunque justas razones tuviere para ello, quiere ser apremiado* por todo el rigor del derecho é igualmente á la satisfaccion de todas las costas y daños que se causen y *puedan* causar y *haga constar por su relacion jurada á que se difiere, relevándole de otra prueba* y á la responsabilidad de esta deuda, sin que la obligacion general de bienes derogue ni perjudique á la especial, ni por el contrario esta á aquella, sino que antes bien ha de poder el llamado acreedor usar de ambas á dos á su arbitrio, voluntad y libre alvedrío, hipoteca el otorgante un cortijo suyo propio que posee» (y despues cuatro pliegos donde se detallaban con heregias matemáticas y agrícolas los linderos, términos y ruedos, calidad de las tierras, de los árboles y de la casa, con una relacion por contera toda salpimentada de barbarismos que ocupaba otro tanto papel, de todos los poseedores y dueños habidos y por haber, cargas, servidumbres, etc. etc. etc., seguia) «y grava la dicha finca especial y espresamente á su seguridad y confiere al acreedor ámplia facultad y estensa cuanto baste para que cumplido el citado plazo dirija su accion contra ella y de su *propia autoridad la venda á quien quisiere y por el precio que le conviniere*, sin que por ello incurra en pena, ni para hacerlo tenga precision de avisar al otorgante, ni tampoco hacer lo que previenen las leyes» (y renunciaba de seguido el escriba todo el derecho vigente y hasta los códigos que han de venir) «y se obliga á la eviccion y á no reclamar en tiempo alguno....»

—No puedo mas: esclamé arrojando la copia de la que restaban aun seis fojas. ¿Tú solo has recibido ocho mil reales?

—Sí señor: contestó Fernandez.

—¿Pues cómo confiesas doce mil cuatrocientos tres?

—Porque de otro modo no me hubieran dado un ochavo.

—Tienes razon: acrecen los intereses sobre la cantidad prestada y el cartulario cínicamente dá fé de que no ha mediado el *mas leve interés*, luego el prestamista lo *jura* solemnemente, y es preciso creer ó reventar.... ¡Insigne fé pública! ¡Moralidad acendrada!.... Y estos testigos ¿cómo afirman haber presenciado la entrega del dinero completo, si solo tomaste las dos terceras partes?

—No hubo ningun testigo delante: los que firman son de aquella gente de pluma que anda por la escribanía.

—¿Y tú renunciaste á todo lo que la escritura espresa?

—Eso fué á gusto del escribano.

Guiado por ese instinto salvage que nos hace examinar con ávida curiosidad los instrumentos del mal, volví á repasar aquel papelucho infame donde se violaban los vínculos mas sagrados, las leyes divinas, los preceptos morales, el derecho establecido y hasta lo que dicta el honor, que es la máscara hipócrita con que cubre sus vicios y su falta de sanas creencias la sociedad moderna.

—No es solo el cincuenta, dije con mayor admiracion, hay ademas cuatrocientos veinte y tres reales.

—El coste de la escritura, papel de ilustres, toma de razon, derechos del escribano y las copias....

—¿Cargado tambien el cincuenta por ciento de tan corto adelanto?....

—Como yo no podia dar ahora ese dinero.... y si no se llevaban á mi José.... al hijo de mis entrañas.

—Tienes razon: le contesté profundamente afectado.

Todos callamos, abrumados los labriegos por su desgracia y yo exasperado por las amargas reflexiones que se agolpaban á mi mente.

Tres años despues volviendo de Madrid, en el ruedo de mi ciudad natal vi sobre la derecha mano un magnífico seto de rosales rodeando la que antes era miserable casa de labor, y la hacienda de Juan Fernandez toda convertida en una magnífica quinta.

Pregunté á los colonos lindantes y me dieron las siguientes noticias.

Mi arrendador tuvo malas cosechas y muchas contribuciones, no pudo pagar en tres años, renovó su escritura en cada uno de ellos aplazándose para el siguiente, pero acumulados los intereses resultó que al cuarto debia á don Canuto Miseria *cuarenta y un mil ochocientos sesenta y un reales* con *seis maravedises* (le habia prestado *ocho mil trescientos*). Procedieron ejecutivamente contra él, se quedó el prestamista con la finca que produjo cinco mil reales limpios de polvo y no de paja el año que la labró su nuevo dueño.

La muger de Juan Fernandez habia nacido en aquel cortijo, en él se habian criado todos sus hijos, y se murió de pena al ver salir de la familia aquella su única propiedad; pero en cambio el escribano acababa de obtener los honores de secretario de S. M. en vez de la cadena temporal de la inhabilitacion y de la multa que merecia; el prestamista crece como espuma de esencia de jabon, visita en carricoche su cortijo que ha obrado con elegancia arquitectónica, y cuando admira el robusto pez de trigo en la era, cobra el dinero del aceite, ó se calienta con la leña que del monte le envian, esclama tomando un polvo.

—Bonito y redondeado negocio hice con el cortijillo, es menester para las quintas de este año ver si sale algo bueno.

Como este hecho se repiten ciento que pueden servir de argumento contra los economistas: ellos no viven sino en las grandes ciudades donde la concurrencia *es posible* ya que *no cierta*. Pero hay préstamos mas escandalosos en los pueblos agrícolas.

Se dá dinero en mayo á pagar veinte y cinco dias despues en trigo ó cebada, computándose el valor en dos reales menos de como corra en el mercado el dia del pago: operacion que se hace á cuarenta y cinco dias y produce á veces un veinte y cinco por ciento al mes en la cebada, un ocho ó diez en el trigo y nunca menos de un ciento por ciento al año.

Se presta al *renuevo*: es decir se dá trigo picado en enero, á cobrar de interés por Sta. María de Agosto, tres celemines por fanega, ganando por lo menos, á pesar de la diferencia de precios un cincuenta por ciento al año.

Se presta en fin sobre alhajas (y esto en la misma corte donde debia existir la soñada concurrencia de los economistas) al cinco por ciento al mes, y al año se venden las prendas sin previo anuncio, ó no se venden porque los plateros se entienden con los prestamistas y los aprecios se hacen en la quinta parte del valor de la alhaja.

De este modo los labradores no pueden sufrir los años malos y se arruinan, porque las reservas de las buenas cosechas son devoradas por los prestamistas que dan sus capitales á un crecidísimo interés, y los mas honrados y los mas laboriosos pierden mas.

¿El gobierno no podria protejer el establecimiento de bancos agrícolas? ¿No deberá ocuparse de crear un crédito territorial é hipotecario, ya que tan buenos modelos tiene en el norte de Europa?

¿Los pósitos que son bancos imperfectos no han producido grandes resultados? ¿No reclaman una reforma? ¿Se necesita algo mas que el fiat?

Pero son demasiadas honduras estas para un articulista que solo ha querido presentar un cuadro de costumbres: si por tales casos y cosas discurriendo sigo, mucho me temo que he de fastidiar á mis lectores; en último resultado nosotros no tenemos que tomar dinero y los mas carecemos de fincas para hipoteca: aquí en Madrid nos divertimos y ancha Castilla ¿qué nos importa la ruina de un labrador miserable? ¿Faltará por esto en la corte aceite vino ó pan?.....

J. GIMENEZ-SERRANO.

EL BUEN RETIRO.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Que para vivir conmigo
Me bastan mis pensamientos.
LOPE.

No es mi ánimo escribir un articulo descriptivo del real sitio que lleva el nombre puesto al frente de estas pobres lineas: tampoco pretendo remontarme á la corte caballeresca del viznieto de Cárlos V, ni desenterrar de los cimientos del antiguo palacio real memorias perdidas ó tradiciones romancescas, que se levanten como esqueletos evocados. Para desempeñar lo primero tendria que estudiar los edificios, estanques, estátuas, jardines, árboles y flores, páginas vivas ó petrificadas de su historia contemporánea; para realizar lo segundo tendria que respirar el polvo de apolillados manuscritos, páginas muertas ó moribundas de la historia de su otra edad. ¿Qué sacariamos de lo primero? descripciones desaliñadas de edificios poco notables, de jardines nada magnificos. ¿Qué produciria lo segundo? una enseñanza, como todas, bastante amarga; pocos ejemplos que seguir, muchos escollos que evitar. Nada ganarian los literatos con oir de nuevo la voz sarcásticamente burlona de don Francisco de Quevedo; nada con recordar los conceptos galañamente metafisicos de don Pedro Calderon de la Barca. Nada ganarian los ministros midiendo su influencia con la del Conde-Duque de Olivares. Nada los cortesanos siguiendo la carroza de Villamediana, para verlo morir asesinado. Nada los galanes viendo cruzarse las espadas en amorosas aventuras; porque el mismo estridor del acero los animaria á emprenderlas mas caballerescas y arriesgadas. Nada las damas oyendo los suspiros y viendo las lágrimas de mas de una amante burlada; porque la vida de la muger ha de correr siempre entre ayes y lágrimas, ya sean de risa ó de dolor. Nada la sociedad, que olvida las generaciones pasadas y no piensa en las venideras; y nada, por último, el filósofo, que querria cambiarles la chamberga por el frac negro para juzgarles con arreglo á la moderna filosofia. A un lado, pues, modernas descripciones y antiguas historias; flores y esquelinos á un lado; quiero pisar el Buen Retiro á solas con mi pensamiento: quiero que despliegue sus alas; que se remonte ó que se abata; que se deje arrastrar por las brisas como una ligera mariposa, ó se detenga sobre una rama deshojada y seca, como una tórtola viuda que vive de su pasado amor.

No soy clásico ni romántico, triste ni alegre, sarcástico ni sentimental: me parezco mucho á la flor de la vida que cambia tres veces de color desde su nacimiento á su muerte; y mis horizontes son nacarados, negros ó rojos; segun predomina la linfa, la bilis ó la sangre en mi sistema orgánico. Asi es que tengo semanas deliciosas; semanas de profunda melancolia, y semanas de horrenda desesperacion. Tampoco es estraño que una mañana me levante desesperado, queriendo reñir con todo el mundo, y riñendo con mis cabellos: que por la tarde ria como un loco, y por la noche huya de las gentes para entregarme sin estorbos á mi negra melancolia. Esplicado, pues, mi carácter, no deben estrañar los que tengan la benevolencia de leer lo que yo tengo la malevolencia de escribir, que mis aticulos varien, siguiendo los cambios de mi humor; que llore ó ria sin saber un minuto antes cual de ambas cosas he de hacer. Basta de preámbulos, y comienzo.

Era el año de la era cristiana 1850, el mes de abril del citado año el dia veinte y siete del dicho mes, las cinco y media de la tarde del mencionado dia. Yo habia escrito algunas redondillas, haciendo los versos uno á uno; prueba incontrestable de que los versos eran malos y de que me costaba no poco trabajo el darlos á luz. Me sonreí desdeñosamente de mi estupidez, como los tontos de la agena; tiré la pluma, que habia estado cortando media hora; tomé mi baston y mi sombrero, y al pisar la calle, decidí dar un pàseo por mis soledades, acompañado, como el gran Lope, de mis soporiferos pensamientos. Estaba nublado, hacia viento, no era buena tarde de paseo, y podia estar casi seguro de que muy pocas personas se atravesarian en mi camino, para turbar con su presencia mis lúgubres meditaciones. «¿A dónde voy?» me pregunté. «Al Retiro» me respondí: y bajé la calle de Alcalá mas ligero que un calesin en tarde de toros. Quien anda de prisa llega pronto, y yo tardé muy pocos minutos en saludar á la emperatriz Cibeles; que, sin devolverme el saludo, permaneció magestuosamente sentada sobre su gran carro de piedra, tirado por dos leones menos bravos aun que el que lidió con CARAMELO. Me indignó que la emperatriz no me devolviera el saludo, por aquello de que cuanto mas elevada se encuentra una persona debe mostrarse mas cortés; pero recordé que me las habia con una estátua, con un ídolo, y que cuando la cabeza de un ídolo se inclina no vuelve á levantarse mas. Yo no sé cuantos comentarios hubiera hecho á la precedente observacion, si no me hubiera distraido una risita cariñosamente burlona, que me pareció muy conocida. Volví la cara hácia todos lados en busca de la que reia; pero solo vi tres ó cuatro aguadoras feas y maldicientes; algunos gallegos gandules, que retozaban como terneros, y un tiro de mulas que bebia agua con la gravedad de un gallego cuando no cocea como un mulo. Una risita tan graciosa no podia proceder de las mulas, que eran los seres mas inmediatos á los racionales de cuantos estaban á mi alrededor, de los gallegos ni de las aguadoras, y quedé confuso queriendo averiguar qué húmedos labios habian mostrado dos sartas de perlas al producir la blanda risa. Todo era ilusion, fantasia, delirio.... La muger á quien yo acriminaba la risita estaria casi seguramente comiéndose una pechuga de perdiz ó una ensalada de escarola; y lo que yo tomé por risa era el murmullo de la fuente. Si las mulas que bebian agua, los gallegos que tiraban coces, y las aguadoras que echaban sapos y culebras por sus bocas de mascaron hubieran podido adivinar mi torpe engaño, ¡cómo me hubieran atormentado con sus grotescas contorsiones y estrepitosas carcajadas! Por buena suerte las mulas estaban pensando en el pienso; las aguadoras murmurando, y los gallegos eran incapaces de pensar.

Dejé á la emperatriz Cibeles tan séria como la encontré; y á pesar del desengaño que habia tenido, me dirigí, pensando siempre en la misteriosa risita, á la Puerta del Buen Retiro, muy próxima á la de Alcala. Sentado en un banco de pino estaba el portero y fumaba con mucha calma un cigarrillo de papel. Mi estremada preocupacion no me permitió parar mientes en la librea de Casa Real que vestia el buen hombre, y haciendo un cambio de lugares, y tomando á este ciudadano por otro, le pregunté muy marcialmente: ¿Está la señora? El portero me miró con atencion, dió una chupada á su cigarro, arrojó el humo en dos bocanadas, y alzando los hombros de una manera que queria decir: Con su pan se lo coma; él sabrá por que lo pregunta: me respondió sencillamente: No señor. La pantomima del portero me habia hecho volver en mi acuerdo, y conociendo que habia preguntado una tonteria, pasé de largo, dándome aires de Gentil-Hombre, ya que no me era fácil dármelos de hombre gentil; y riñiendo en mi interior porque no solamente confundia el murmurio del agua con la risa de una muger, sino, lo que era mucho peor, los porteros de los Reales Sitios con el portero de la casa número..... Iba á hacer una barbaridad escribiendo un número que yo sé y debo callar por ahora.

Apenas entré bajo las bóvedas que forman los copudos árboles, empecé á sentir un bienestar muy semejante al que esperimenta el viajero, cuando despues de haber andado por arenales ó llanuras sin vejetacion, entra en un bosque poblado de gigantes olmos y cruzado de cristalinos arroyuelos. Nunca me habian parecido tan delicadas las pequeñas flores de las aromáticas acacias rosas; y aquellos gigantes ramilletes contrastaban con el suave verde y blancas flores de los copudos castaños de indias, como dos mugeres hermosas con la fresca belleza del norte la una, y la otra con la hermosura meridional. Agradablemente preocupado, me dejé caer sobre un banco, y fijo siempre el pensamiento en la muger idolatrada, prosegui mis hermosos sueños, que hizo mucho mas seductores una lejana melodia. ¿Será su voz dulce y sonora? preguntaba mi sentimiento á mi razon, en unos de esos misteriosos diálogos que la pasion y el juicio entablan con harta frecuencia en lo mas intimo del hombre, cuando una voz bastante dulce, aunque no tanto como la lejana melodia, dijo á mi lado: Picarona, tienes el corazon de bronce. Me levanté como empujado por un resorte, y me encontré á uno ó dos pasos de dos lindas jóvenes, que paseaban poco distantes de sus madres. Una de ellas, la menos hermosa, tenia puesta su pequeña mano sobre el corazon de la otra, y naturalmente comprendí que la mas bella era la que ocultaba duro corazon de diamante. Muy dispuesto me encuentro siempre á pensar mal de la muger, y arrancaria á todas el corazon, sino temiera hacerlas daño; pero la dulce fisonomia de la llamada corazon de bronce, me pareció tan bondadosa, que desde luego la creí dotada de un corazoncito de cera, ó cuando mas de mazapan, capaz de recibir la forma que le preste cualquiera molde. «¡Ay! dije para mi, quien tiene un corazon de berroqueña es la muger alma de mi alma, cuya risita he confundido con el murmurio de una fuente; cuya casa he creido pisar al entrar en estos jardines, y por cuyo canto he tomado los trinos de ese ruiseñor, que prosigue haciendo gorgeos, y que me hubiera detenido aquí largo rato, con peligro de coger un reuma, si no hubieran roto mi éstasis esas dos lindas paseantas.» Y como si con la velocidad de mi marcha hubiera querido romper el encanto de mi sirena de los bosques, eché á correr hácia el estanque, con no poca risa de las dos niñas que no sabian cómo esplicarse una fuga tan precipitada.

Aunque la preocupacion existe, si no me engaño en el cerebro, no sé por qué un hombre preocupado pierde mucho de su habitual lijereza, y lo cierto es que á los veinte y cinco ó treinta pasos me encontraba tan fatigado como si hubiera corrido poco mas ó menos, lo que el judio errante desde que murió Cristo acá. Yo no sé si la vo-

luntad mandó á los pies que se detuvieran ó si los pies se detuvieron sin que se lo mandára la voluntad; cuestion es esta demasiado árdua para que intente esclarecerla: pero no tengo la menor duda de que me paré junto á un estanque rodeado de diez ó doce acacias rosas. Estas acacias se habian entretenido en sembrar de flores la verde superficie del agua; de modo que mas parecia una pradera matizada de un solo color que el trasparente cristal de un lago. Entre una pradera y una alfombra bordada de pequeñas flores existe la mas perfecta semejanza, de modo que no costó á mi fantasía mucho trabajo convertir el florido estanque en alfombra, y como solo me faltaba un ligero ruido de pasos y el aristocrático crujido de la seda para completar mi ilusion, vino á proporcionarme ambas cosas el susurro que hacia al caer sobre las florecillas agrupadas el pobre surtidor del estanque; tan pobre en verdad, que se interrumpia por intervalos, como una amante que detiene su marcha para contar mejor los latidos de su inflamado corazon: y creí un momento que venia hácia mi la muger causa de mi eterno delirio. No se acercaba ella, pero sí las dos jovencitas que se habian encargado de cortar el vuelo de mis mágicos sueños; y señalándome la mas bonita con cierta espresion de burla y lástima, dijo á su amiga:

—¿Estará loco ese caballero?

—Creo que no; pero es un poeta: respondió la menos hermosa manifestando una profunda compasion.

—Y tú crees que todos los poetas tienen un ramo de locura? insistió la primera.

—Si por cierto. Andan siempre con unas señoras llamadas *Musas*, y estas tales damas les vuelven los cascos.

—A propósito, ¿te casarias tú con un poeta?

—No, hija mia: los poetas son pobres; ganan poco, y lo que ganan se lo gastan como si cayera del cielo. Yo me casaria de buena gana con un banquero, un mayorazgo ú otra cosa por el estilo.

Asi se esplicaba la niña que acusó á su amiga de tener el corazon de bronce, y tenia razon en acusarla porque poseyendo un corazon de oro podia despreciar el que era de menos precioso metal. La mas hermosa replicó:

—Pues si dicen que ha mejorado la condicion de los poetas; que los han sacado de entre el polvo de las oficinas, y que rivalizarán en fausto con los ministros de la corona.

—Eso es pintar como querer. Hasta el presente todos viven como vivian; es decir, pudiendo ser enterrados de valde por no encontrarles una peseta: andará el tiempo y veremos lo que sucede.

Se alejaron las dos amigas, y yo me quedé meditando sobre la suerte de los poetas. No sé á donde habrian llegado mis meditaciones, si un grupo de niños y niñas, de tres á seis años lo mas, no hubiera llamado mi atencion, como me la llaman siempre los niños, flores predilectas de mi alma. Corrian todos bulliciosamente, haciendo rodar sus grandes aros; y entre los lacayos y niñeras caminaba magestuosamente una niña de cinco años que reprendia á sus compañeras la irregularidad de sus juegos, amenazándolas con denunciarlas á sus respectivas mamás. Las niñas no hacian el menor caso de la pequeña predicadora; corrian cada vez mas contentas, y yo las seguí hasta el estanque, sintiendo no participar de su bulliciosa alegría.

Tiene Madrid un cielo hermoso, que sonrie como una casta virgen en su primer estasis de amor; pero tiene un suelo que llora, como una madre desfallecida, que quiere y no puede alimentar al tierno fruto de su amor. La tierra de Madrid tiene sed; el aire de Madrid está sediento; las plantas de Madrid piden agua; los habitantes de Madrid desean ver agua en abundancia, y de aquí la gran reputacion que goza el ancho estanque del Retiro. Yo lo saludo con amor, como á un antiguo compañero, porque me recuerda la mar que arrolló mi sueño de niño con sus embravecidas olas; la mar que me recibió en su helado seno; la mar cuyas espumosas montañas trepé tantas veces, nadando con la agilidad de un delfin; la mar sobre cuya mansa superficie reposé, burlándome de los tímidos, que median temblando su profundidad ó no se atrevian á recorrer sus limpias llanuras, temiendo el ataque del tiburon que solo conocian de fama. ¡Que hermosa es la mar en su calma y que imponente en su soberbia! Cómo envidio á las paviotas que, viviendo entre el cielo y la mar, mojan las puntas de su alas, arrastrándose como una flecha, y se remontan despues derramando una copiosa lluvia de perlas, que los rayos del sol colora. Pero quiero olvidar la mar para ocuparme del estanque. Fija mi vista en su cristal, queriendo descubrir su fondo, olvidé á los niños que corrian como una tropa de monteses: y en aquel espejo latente empezé á buscar un objeto, que yo no veia, pero que esperaba descubrir. Mi esperanza no quedó fallida: la superficie de las aguas se agitó en un punto, y percibí distintamente un rostro, velado por una gasa de hilos de plata, mucho mas hermoso que el de la ondina mas seductora; porque era el rostro de la mujer de mis ensueños. Me eché sobre la barandilla, con peligro de caerme al agua, y esperaba con suma impaciencia que desapareciera la gasa para ver el rostro divino, mas radiante que el sol de oriente y mas delicado que las rosas de los *Cármenes* de la Alhambra: cuando oí la voz de la niña corazon de bronce, que decia á su amiga:

—Mira, mira aquel pato como nada entre aguas.

—Es verdad: contestó la corazon de oro: y yo, lanzando un *maledetta* mas enérgico que el de la Lucia, eché á correr renegando de las dos jóvenes, que con intencion ó sin ella, habian destruido mis mas halagüeñas ilusiones.

Como un caballo desbocado pasé por el estanque chino, pareciéndome el ruido que hacian sus campanillas un doble de muerte, y huyendo de sus pececillos, como si fueran los mónstruos marinos que no habia temido en las mares. Bajé al Parterre tropezando en cuanto encontraba á mi paso, y tan ciego que me ahorré dar un suspiro, porque no vi siquiera el pedestal del grupo de Daoiz y Velarde; pero reparando, no sé como, en una rosa medio aterida, que estaba oculta entre las ramas del rosal su padre, la cogí con cierto delirio, y dijé, no sé si en voz alta ó con la voz del pensamiento. «Ya que he visto por todas partes á la mujer de mis amores; ya que »me ha perseguido su imagen en mi solitario paseo; ya que los paja»ros, los árboles y los estanques del Retiro me la han presentado de »mil modos, ya que todo ha sido fantasía, quiero que haya algo de »real y positivo, y esta rosa, hija del Retiro como mis doradas ilu»siones, ha de cambiar su rico perfume por el aroma mas suave de »los lábios de mi adorada, y ha de reposar sobre el seno de la her»mosa flor de mis encantos.» Del Parterre hasta el Dos de Mayo no hay mas que un vuelo; desde el Dos de Mayo al Botánico hay otro vuelo, y en dos vuelos me puse delante de la verja con el presentimiento de encontrar real y positiva á la que fantástica y aérea habia visto por todas partes. Mi presentimiento fué fiel: me habia dicho que la encontraria y la encontré corpórea y bella. Pero cómo la encontré, ¡Dios mio! Rodeábanla diez adoradores, y ella respondia á las galantes frases de todos diez con un coquetismo capaz de hacer que se aumentara el número hasta la docena del fraile. No esplicaré lo que sentí, porque hay sensaciones tan fuertes que no pueden ser esplicadas; diré si que seguí avanzando con la esperanza de eclipsar á los diez satélites que giraban en torno del sol de mi vida; pero, ¡quimérica esperanza! la ingrata no cambió de tono, de aire ni de color siquiera: pagó el saludo que la hice con una ligera inclinacion, y prosiguió su marcha triunfal como si á nadie hubiera visto. Loco de celos y de enojo, arrojé la rosa lejos de mí, y la rueda de un coche *Simon* pasó sobre ella, sepultándola en el lodo del arrecife. «¡Ay! (esclamé, dando un suspiro capaz de ablandar al mismo tiempo los corazones de oro y bronce de las dos jóvenes del Retiro) »despues de haber soñado tanto, lo único real que habia traido de »mi solitario paseo era esa rosa que la rueda ha aniquilado en un »segundo: si lo real queda sepultado, para vergüenza y pena mia, »entre el lodo inmundo ¿en dónde deberé sepultar las quiméricas »ilusiones que me han perseguido esta tarde?»

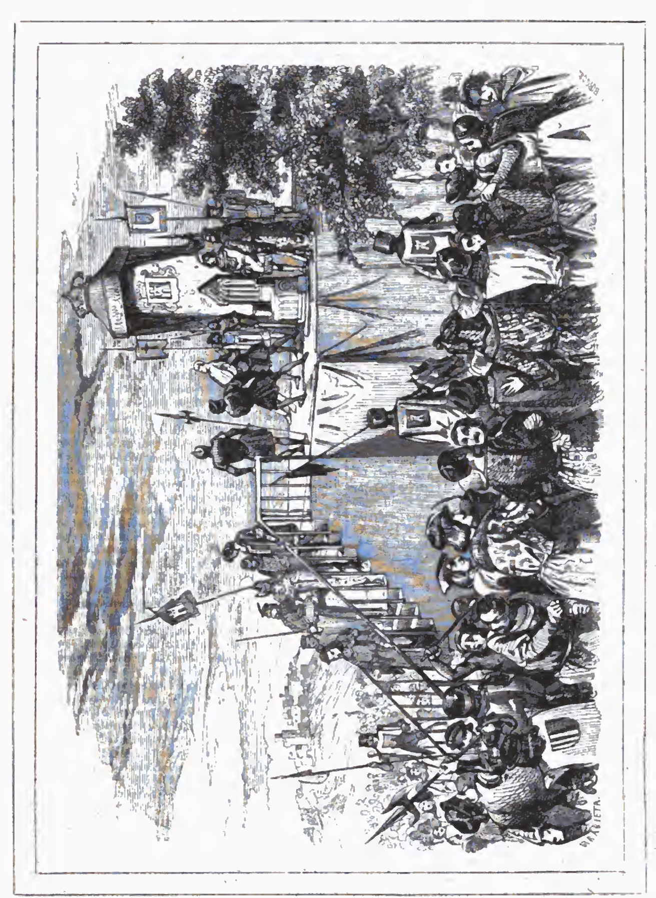
¿En dónde deberé sepultarlas, carísimas lectoras mias? Respondedme por compasion. ¿Deberé continuar pensando en la hermosísima sultana, que se presenta rodeada de una corte de adoradores, ó deberé olvidarla y buscar otra mujer menos hermosa que se contente con una rosa, cogida por mi mano en el Parterre del Retiro? No os hagais las sordas, lectoras mias. Esta pregunta, que os parecera una broma de fin de artículo ó una estravagancia de mi carácter, bizarro siempre por lo triste ó lo jugueton, necesita, pide y espera una respuesta meditada, concienzuda y, lo que es mas apremiante, pronta: respuesta que pueden dirijirme á la redaccion del Semanario, ó á mi casa, como les parezca. Sé que exijo mucho, que dedos rozados y manos blancas podrian ennegrecer un tanto; pero lectoras, nada pido que no haya dado con usura. Yo he formado millones de letras para entreteneros ó fastidiaros: justo es que alguna de vosotras forme un millar siquiera, pues con un millar me contento, para sacarme de un apuro He dicho.

Juan de ARIZA.

Diderot perplejo

Diderot habia sido llamado á Rusia por la emperatriz. En una de las cenas á que asistió en la Ermita, el filósofo estuvo declamando violentamente contra los aduladores, y terminó diciendo que debia haber para ellos un infierno especial. Catalina interrumpió la conversacion para preguntarle qué pensaban en Paris de la muerte del último Zar (víctima suya). Diderot, que conoció al instante la perfidia de semejante pregunta, balbució algunas palabras de necesidad política... razones de estado..... «Tened cuidado, Diderot, le dijo fríamente la emperatriz; estáis cuando menos en camino del purgatorio.

Oficinas y Establecimiento tip. del Semanario y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



El destronamiento del Rey Enrique IV en estátua en los campos de Avila.

EL REY DEPUESTO EN ESTATUA.

Atravesaba un elegante y gallardo caballero la espesa muchedumbre reunida frente el palacio del Rey don Enrique; y tanto la riqueza de su vestido como la grave apostura de su continente, demostraban el alto sentimiento de dignidad é importancia que le poseia. Abríanle paso todos los cortesanos; posternábanse ante él los humildes pretendientes de los favores reales, oyéndose por do quiera las mayores alabanzas y encomios, dirijidos á favor del obsequiado valido.

—Es el Conde de Ledesma! repetian los palaciegos con admiracion yrespeto, y hasta algunos pocos que no le conocian parecia que se hallaban penetrados de la mas profunda veneracion hácia el depositario de la soberana privanza. Pero el Conde apenas mostraba apercibirse de semejante homenaje, recibiendo los acatamientos de aquellos miserables como un tributo justo y legítimo, por el cual en nada debia escitarse su reconocimiento ó sorpresa.

Junto á la puerta principal del palacio, habia un grupo compuesto de tres caballeros cuya traza les señalaba por personages de alta importancia. En cuanto vieron estos que se aproximaba el Conde, dieron tregua á sus coloquios, tomando al momento sus semblantes una manifiesta espresion de rencor.

—¡Héle ahí! esclamó cautelosamente uno de los tres hidalgos. ... ¡Aquí está este perverso advenedizo, ese vil y abominable gusanillo!

—Silencio, señor de Benavente, respondió otro.... Todavía no ha llegado el momento de mostrar nuestra indignacion.

El Conde de Ledesma irguió orgullosamente la frente al acercarse á este grupo, puesto que si bien sabia que no podia prometerse de él iguales sentimientos que de las innobles turbas que poco antes le festejaran, enseñárale la esperiencia á arrostrar el desdeñoso talante de sus enemigos, pagando con usura sus insultos. Verificóse pues, una escena muy digna de llamar la atencion de un observador desinteresado: el Conde y sus enemigos tomaron á cual mas un espresivo aspecto de arrogancia lanzándose mútuamente ciertas miradas, en las que se pintaba sin rebozo, el recíproco odio, desden y deseo de venganza que animára á todos ellos.

—¡Insolente!.... ¡zarrapastroso!.... ¡menguado!.... barbotó el conde de Benavente ya que hubo pasado el execrado favorito..... ¿Será posible que los grandes y prelados de Castilla toleren con paciencia la dominacion de este miserable?

—En efecto, respondió don Pedro Giron, Maestre de Calatrava..... En efecto, es vergonzoso ya el sufrimiento con que se aguantan la insolencia y desmanes de este miserable aventurero.

—Todo vendrá á su tiempo, razonó el Conde de Palencia: los negocios van tomando un aspecto muy favorable, y es de esperar que tanto la arrogancia de este mal llamado conde de Ledesma, como la debilidad del Rey y la escandalosa vida de la Reina, alcanzarán muy en breve la debida recompensa. Supongo que no faltareis á la reunion que hay esta noche en casa del Arzobispo de Toledo: allí están convocados todos los grandes de Castilla, y por cierto que han de tratarse asuntos de grave interés para todos nosotros.

—No faltaremos, respondieron Benavente y Giron con ahinco; y despues de haberse dirigido algunas palabras mas, separáronse los tres hidalgos hasta el momento de la cita convenida.

Este Conde de Ledesma, tan acatado de las turbas como abominado de los grandes, era hombre de baja condicion, aunque no tanto como han pretendido algunos de sus enemigos. Conocíasele antes de que obtuviera el título de Conde, bajo el nombre de D. Beltran de la Cueva, y gracias á su diestra y mañosa conducta, habia sabido ascender desde una posicion bastante subalterna, al pináculo del favor real, logrando un grado de valimiento comparable en cierto modo con el que alcanzára en el anterior reinado, el malogrado Condestable de Castilla. Sin embargo, solo en esto se limitaba su punto de contacto con el magnánimo D. Alvaro de Luna, puesto que D. Beltran no poseia ninguno de los conocimientos y prendas que tanto distinguieran á aquel y nunca pudiera presentar á su Soberano, ni aun remotamente, un conjunto de servicios tan esclarecidos como los prestados por el infelice Condestable.

Todos los merecimientos del de Ledesma se reducian al uso de una desmedida adulacion, cuyos lisonjeros halagos le valieran su elevacion á confidente y ministro del Rey; y á sus atractivos personales que le captáran la benevolencia de la Reina, la cual, siguiendo los desordenados impulsos de su corazon, no habia vacilado en abandonar los miramientos que debia á su honra, admitiendo en la mayor privanza al favorecido D. Beltran.

Estos eran los cimientos de la grandeza del Conde de Ledesma, y por estos detestables servicios lográra el grande y no merecido favor de que ahora gozaba. Pero lo que habia mas de singular en este caso es que la rápida elevacion de este privado fuese obra de aquel mismo D. Enrique que en vida de su padre, el Rey D. Juan, fuera siempre apoyo de los conjurados contra las demasías de D. Alvaro de Luna, personage incomparablemente mas merecedor y respetable, que este indigno ídolo de la debilidad de un Soberano y de los vergonzosos amores de su esposa.

Sabido esto, nadie estrañará que toda la grandeza castellana estuviese declarada contra el favorito, mayormente cuando muchos de los principales magnates tenian sobradísimo motivo de queja por varios agravios particulares. El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena habian sido separados de la Real Persona para ceder su lugar á D. Beltran, el cual acababa de ser colocado al frente de los negocios del Estado, concediéndosele el título de Conde de Ledesma y una infinidad de riquezas y distinciones.

Tenia el Rey D. Enrique una multitud de defectos, y apenas poseia alguna que otra rarísima prenda que pudiera paliarles. Incapaz de dirijir las riendas del Estado por su escesiva indolencia y nulidad, entregóse al primero que supo halagar su espíritu, originando con su indolencia una larga serie de desgracias y trastornos en el reino cuyo gobierno le encomendára la providencia.

Aconteció á la sazon el alumbramiento de la Reina, la cual dió al mundo una niña, á quien se llamó Doña Juana. Pero como desde el mismo instante consideraron todos á aquella Infanta hija adulterina de D. Beltran, por este motivo la asignaron el feo mote de la *Beltraneja*; bajo el cual fué conocida desde entonces. Sin embargo, á pesar de la pública voz y fama, empeñóse el Rey en hacer reconocer á Doña Juana como heredera de su corona, cuya imprudente medida fué la señal del general levantamiento de todos los grandes y potentados del reino.

La noche no habia cerrado aun del todo, cuando una multitud de caballeros y prelados acudian ya á la cita que les fuera dada en casa del Arzobispo de Toledo. Reunidos los congregados, pronunciáronse varios discursos en los cuales el resentimiento aumentaba los fuegos de la elocuencia; sin embargo era inútil todo auxiliar cuando la conviccion se mostraba tan unánime, y ciertamente no habia necesidad de inflamar el ánimo de unos hombres ajitados ya por las pasiones mas fuertes. Quizás nunca se viera una asamblea en que reinase mas armonía en punto á las intenciones; pero al propio tiempo menos conformidad con respecto al mejor modo de llevarlas á cabo. Abogaban unos por la adopcion de medidas violentas; rechazaban otros este parecer, originándose de esta encontrada lucha de opiniones diversas, una confusa y turbulenta algarabía.

En este estado pareció en la sala donde se celebraba la junta un personage de traza noble y severa, cuya presencia ejerció el saludable influjo de restablecer la tranquilidad entre los asistentes. Todos los ojos se dirijieron al punto sobre el recien llegado, quien encaminándose hácia el estrado donde se hallaba el Arzobispo de Toledo, tomó asiento á su mismo lado, con muestras de reconocida superioridad. Ahora bien, el hombre que habia operado este súbito cambio en los espíritus, era el Marqués de Villena, varon muy famoso en toda España, tanto por su manifiesta ambicion, como por su grande talento y saber.

Privado el Marqués del favor del Rey, merced á los manejos del Conde de Ledesma, jurára eterno é implacable rencor á su rival, mostrándose como puede suponerse uno de los miembros mas activos de aquella temible liga. Móvil de todas las maquinaciones y tramas dirijidas contra el detestado favorito, convocára el Marqués por medio del Arzobispo la presente reunion, seguro ya de antemano de la buena acojida que debia alcanzar el plan de operaciones que trataba de proponer. Llevado pues, de la conviccion de su superioridad é importancia personal, dirijió al momento la palabra á los conjurados, hablándoles en los siguientes términos:

Nobles señores y amigos, ha llegado por fin el instante, no diré si feliz ó adverso, en que debemos poner en planta un proyecto, el cual hace largo tiempo que me ocupa en mis vigilias. La ciega prevencion del Rey y los desmanes de su indigno favorito, exijen ya de nosotros semejante proceder. No creais que me anime un mezquino resentimiento personal; nada de esto, trátase aquí solo del bien general de nuestra patria, bajo cuyo concepto espero que prestareis un poco de atencion á mis palabras.

—¡Hablad, hablad! esclamaron unánimemente los nobles conjurados.

—Está bien, amigos mios, prosiguió el Marqués: ante todas cosas es preciso enviar al Rey una diputacion compuesta de los principales personajes del reino, para que en nombre de toda la nacion le hagan presente las desgracias que la aflijen, y el urgente remedio que exijen sus males, los cuales nunca podrán cesar, sin la separacion de D. Beltran de la Cueva, ahora llamado Conde de Ledesma, no solo de los empleos que obtiene, sino tambien de la privanza del Soberano. Este será el primer punto de reclamacion. El segundo ha de ser la formal promesa del Rey, de escluir á la *Beltraneja* de la sucesion á un trono del cual la aleja la ilejitimidad de su nacimiento: si D. Enrique se empeña en negar estas dos importantes demandas, inútil será insistir acerca de otros puntos de menor cuantía, y en tal caso ya no habrá otro partido que el de negarle el uso de la potestad real.

—¿Mas cómo se logra esto? preguntó el impaciente Giron.

—Haciendo cuanto en nosotros quepa para colocar al Infante D. Alfonso en el trono de D. Enrique, respondió el de Villena con una fria sonrisa.

—¡Qué decis! esclamó el Marqués de Santillana lleno de asombro..... ¿Creeis acaso que pudiera surtir efecto una empresa tan arriesgada? ¿Acaso tomaria la nacion parte en esta atrevida rebelion?

—Esperad, esperad, amigo mio, dijo el Marqués de Villena, interrumpiendo al de Santillana..... Habeis de haceros cargo de que no estamos aquí para examinar la gravedad de los remedios, sino para buscar uno que pueda aplicarse á nuestros males. Desde luego estoy convencido de que no lograremos nuestro intento sin tener algunos tropiezos; pero pónganse todos la mano en el pecho, y digan si puede haber situacion mas triste y dura que la que en el dia oprime á los nobles castellanos. ¿Por ventura es cuestion que tan pocos sacrificios se merezca, la de salvar nuestras vidas y fortunas, librando á la propia sazon á todo el reino de manos de un vil advenedizo, amante de una Reina sin pudor? ¡Castellanos! esto no puede ya soportarse. Los tiempos de la dominacion del Condestable de Luna, lo fueron de gloria en comparacion de este en que vivimos; ahora bien,

si aquel grande hombre, á pesar de los servicios prestados á la nacion, fué considerado digno de muerte por sus usurpaciones y escesos, ¿qué no merecerá ese vil favorito, ese azote de Castilla, ese insolente privado, oprobio del reino entero? No es posible que difiramos un solo instante empresa tan necesaria: ¡las cosas han llegado á su término, y si son impotentes nuestros medios de persuasion, no hay otro arbitrio que recurrir abiertamente á la fuerza de las armas!

El discurso del Marqués de Villena fué pronunciado con la mayor vehemencia y calor, lo que no deberá estrañarse, sabiendo ya que era el enemigo mas encarnizado del favorito real. En efecto, su alma ambiciosa y arrogante no podia ver sin grave encono los progresos que á sus espensas habia hecho D. Beltran, siendo muy natural su deseo de dar principio á una pugna que tal vez podria traerle de nuevo el perdido favor que un dia le dispensára el Soberano. Pero de todos modos, aun en el caso de que D. Enrique no accediese á las reclamaciones cuya esposicion habia hecho á los conjurados, quedábale aun al Marqués la esperanza del entronizamiento del Infante D. Alfonso, cuya gratitud por el importante servicio que le prestára colocándole en el trono, no podia serle dudoso bajo ningun aspecto.

Sin embargo, no todos los nobles conjurados participaban del egoismo de sentimientos del Marqués. Tanto el reinado anterior como el presente pudieran haberse llamado épocas de favoritismo y cabala, y asi no dejaban muchos de deplorar los males que agoviaban al Estado, deseando en lo íntimo de su corazon una reforma que pusiera coto á tales demasias. Bajo este supuesto habiendo sido aprobada la proposicion de Villena, gracias al artificio con que supiera encubrir el interés personal que le animaba en este punto, nombróse en el acto la comision que debia presentar al trono las quejas de los grandes de Castilla. Componíanla el Arzobispo de Toledo, los Condes de Alba y Benavente, y algunos otros miembros influyentes del Estado; pero por lo que concierne al Marqués de Villena, tuvo la astucia de evitar todo compromiso, eludiendo el tomar parte en un acto de que era el verdadero autor.

La mañana siguiente, pasó la comision á desempeñar el encargo que le fuera cometido, y presentándose solemnemente en palacio, esplicó los motivos de su embajada con tono respetuoso aunque decisivo. Al principio se mostró el Rey indignado de la presuncion de una grandeza que de tal modo intentaba dictarle leyes; pero la actitud firme y resuelta de los diputados, escitó en breve otros sentimientos en su alma débil y apocada. Manifestáronle los emisarios con espresiones muy enérjicas los escesos que se cometian en la administracion de justicia, y los males que sufria la nacion por el despotismo vil del indigno favorito, añadiendo despues de estos lamentos, otras muchas quejas de menor importancia.

La traza intrépida y hostil de los diputados hizo entrar al receloso Monarca en una especie de negociacion, que por el momento pudo desarmar á los descontentos. Con este objeto declaró que tomaria muy en cuenta los artículos que se le habian espuesto, resultando despues de las conferencias habidas entre las dos partes, un convenio en que se estipulaba que el Rey pondria en libertad á los Infantes don Alfonso y doña Isabel; que el primero seria reconocido heredero del trono, pero bajo la condicion de casarse con la Infanta doña Juana llamada la *Beltraneja*, luego que esta hubiese llegado á una edad á propósito; y por último, que seria separado el Conde de Ledesma del alto destino que ocupaba en palacio.

Desde este instante pareció que iba á establecerse una perfecta armonía entre el Rey y la grandeza. El Infante D. Alfonso salió de su prision sin pérdida de momento, realizándose de este modo la primera parte de lo pactado; pero no se mostró el Rey tan celoso en el cumplimiento de los demas puntos del convenio. Fuérale este arrancado por la imperiosa ley de la necesidad, y ya que se habia conjurado la borrasca, halagábale el engañoso pensamiento de poder faltar impunemente á sus empeños. Asi pues, el Conde de Ledesma no fué removido, y su administracion se hizo aun si cabe mas dura y escandalosa que antes, orijinándose con sus escesivos desmanes, nuevo encono en los ánimos, por desgracia ya sobradamente irritados.

A la sazon tomó la liga de la grandeza un aspecto mas imponente y hostil, pues exasperados todos con la falta de palabra del Rey, y plenamente convencidos de que el de Ledesma únicamente podia ser derrocado por fuerza de armas, trataron de recurrir á este partido estremo, para deshacerse de una vez del insolente privado.

En estas coyunturas entabló el Marqués de Villena una secreta negociacion con el Infante D. Alfonso, á quien se queria obligar á aceptar la corona de Castilla, que todos los grandes del reino trataban de adjudicarle.

—¿Y qué puede conteneros? decia al Infante el de Villena.... ¿Ignorais que es la voz de una nacion ultrajada, la que os llama á un trono hoy dia mancillado? Aceptad, señor, nuestra proposicion, y todos los castellanos sin distincion de jerarquias ó clases, bendecirán un suceso tan glorioso y placentero.

Convencido por fin D. Alfonso, dió muestras de aceptar, aunque con bastante repugnancia, la corona que se le ofrecia. Sabido es cuán raras veces suelen resistir á sus halagos los mismos lazos del mas estrecho parentesco; pero si hubo nunca rebelion que tuviese visos de legitimidad, fué sin duda alguna la que ahora se tramaba. Muchos de los conjurados se hallaban realmente animados de un sincero y verdadero patriotismo, puesto que no todos participaban de las ambiciosas cuanto interesadas miras del marqués de Villena y demas personalmente agraviados.

Advertidos los de la liga del buen resultado que obtuvieran las instancias de Villena para con el Infante, desecharon ya todo miramiento, declarándose á la faz del dia contra el Rey y su favorito. La lista de los conjurados habia aumentado de tal modo, que apenas podia citarse un solo nombre de influencia ó consideracion que no estuviera en ella comprendido. Los espíritus estaban muy irritados, tanto por los escesos de este reinado, como tambien por los cometidos en el anterior; pero habia llegado ya el momento de estallar la indignacion general, y la corona del Rey de Castilla vacilaba sobre sus débiles sienes. Sin embargo, como á pesar de la reconocida flaqueza moral del Rey, era de suponer que haria este alguna resistencia antes de abandonar su diadema, quedó acordado que se procederia inmediatamente á su solemne deposicion, en vez de contentarse con vanas y estériles declamaciones.

Bajo este supuesto se convocó una asamblea general de la nacion, la que debia tener efecto en las llanuras de Avila, invitándose especialmente para su asistencia á todos los prelados y personages de valimiento del reino. Al mismo tiempo se levantó con gran presteza un cuerpo de tropas formado de los descontentos y sus parciales, cuyas providencias ya tomadas, tratóse de llevar á cabo el plan antes concertado.

Levantóse un inmenso catafalco junto á la ciudad de Avila, y en él se colocó un magnífico trono, suntuosamente adornado y decorado con las armas de Castilla, á imitacion del verdadero trono de don Enrique. Encima fué colocada una estátua que representaba á este Monarca, vestido con el manto real, y ceñida la corona. En sus manos tenia la espada de la justicia y el cetro soberano, quedando representados cual convenia todos los demas atributos de la réjia potestad. Rodeaba por fin á este aparato una numerosa tropa de soldados, entre cuyas filas ondeaba el pendon de Castilla luciendo ademas las particulares divisas de los nobles conjurados.

Habiase reunido una inmensa multitud para presenciar el espectáculo que iba á ofrecerse. Circulaban por todos los corrillos propósitos muy estravagantes con respecto al desenlace de aquella escena: pero todos se estrañaban de que no figurase tambien la imágen del odiado D. Beltran, cabe á la de su soberano protector. Llegada por último la hora de la cita, reuniéronse los conjurados, entre los cuales figuraba el Infante D. Alfonso, y al son de mil belicosos instrumentos salieron de la Iglesia en donde habian asistido á los oficios divinos, dirijiéndose con grande acompañamiento hácia el lugar de la ceremonia. Engrosábase á cada paso el número de espectadores, demostrando todos con sus alegres gritos, la simpatía que les causaba el acto que iba ya á consumarse.

En cuanto hubieron llegado los confederados al lugar donde estaba erijido el catafalco, subieron en él el Arzobispo de Toledo y otros prelados, igualmente que los Condes de Palencia y Benavente y otros magnates de valía, con gran número de heraldos y alguaciles. Los demas caballeros se colocaron espada en mano alrededor del tablado, poniéndose á cierta distancia los soldados, con objeto de contener á la inmensa muchedumbre que ocupaba toda la llanada. Entonces tocaron los clarines y atabales cual para llamar la atencion de la asamblea, y habiendo sucedido un profundo silencio, presentóse un pregonero, quien desde lo alto del estrado comenzó la lectura de las quejas que se elevaran contra el Rey, y la consecuente sentencia de su deposicion.

—«¡Castellanos, esclamó con fuerte voz, grandes prelados, ricos hombres, hidalgos y plebeyos de Castilla!.... ¡Escuchad, atended todos la declaracion que voy á haceros!.... El Rey D. Enrique IV de Castilla se ha hecho indigno de la corona que deshonra con sus crimenes, en cuya vista place á Dios por la empresa de cuantos se hallan animados del noble deseo de mantener la prosperidad del reino, que sea desposeido del elevado puesto que tan mal sabe ocupar. Primeramente dicho rey es indigno de ceñir una corona cuyo peso no puede resistir, puesto que es el funesto D. Beltran de la Cueva, hoy dia Conde de Ledesma, quien en su vez gobierna y oprime con su tiránico despotismo á esta nacion desventurada. Ahora bien, ya que el Rey no puede soportar el peso de la diadema, es muy justo que sea colocada en una frente mas capaz de poderla ceñir..... ¡Caiga pues la corona de Castilla de las sienes del Rey D. Enrique!»

Aqui se detuvo el pregonero, y acercándose en tanto el Arzobispo de Toledo á la imájen del Rey, quitóle la corona de la cabeza, al

estrepitoso son de los aplausos de la muchedumbre. El Prelado volvió despues al lugar que antes ocupaba, é inmediatamente prosiguió su lectura el pregonero.

—En segundo punto, el Rey D. Enrique de Castilla no merece llevar la espada de la justicia, puesto que tanto descuida su recta y cabal administracion, permitiendo que los apasionados sentimientos de algunos hombres venales la ejerzan con mengua del honor é interés comun de todo el reino..... Ahora bien, ya que el Rey no sabe dirijir la administracion de este importante ramo, es muy justo que pase esta espada á otra persona que sea mas digna de llevarla..... ¡Pierda pues este emblema de la justicia, el señor Rey D. Enrique el cuarto!

El pregonero volvió á guardar silencio: entonces se levantó el Conde de Palencia, y dirijiéndose á la estátua, arrancó con muestras de indignacion la espada que tenia en una mano. Nuevamente resonaron los aplausos de los espectadores, y restablecido ya el silencio, continuó el pregonero del modo siguiente:

—En tercer lugar, el actual Rey de Castilla es indigno de empuñar el cetro, puesto que su flaqueza, prodigalidad é indolencia se avienen mal con las prendas que deben distinguir á todo Príncipe..... Quítese pues al Rey D. Enrique un cetro que tan mal sabe regir!

El Conde de Benavente imitó el ejemplo de los dos magnates que le precedieran, y arremetiendo á la estatua, arrancóla el cetro que llevaba en la otra mano. Luego que hubo cesado el tumulto de las turbas concluyó el pregonero su lectura hablando del modo siguiente:

—«Por último el Rey D. Enrique de Castilla no es merecedor de sentarse en un trono cuyo lustre tanto ha mancillado con sus vicios y torpezas. Tampoco puede permitir Dios, que lo ocupe una Princesa ilejítima, vergüenza y oprobio de la majestad real.. Ahora bien, siendo su verdadero heredero y sucesor el nobilísimo Infante D. Alfonso, es muy justo que ascienda este el trono que aquel ha perdido, y del cual ahora será vilmente arrojado!

Al momento se ejecutó este estremo, pues apoderándose D. Diego Lopez de Zuñiga de la estátua real, arrojóla con gran fuerza á los pies del trono. Al mismo tiempo fué mostrado al público el Infante, y á las voces de ¡Castilla! ¡Castilla por el Rey D. Alfonso! fué inaugurado en el propio sitial que antes ocupára la destituida imágen de D. Enrique, por entre universales gritos de aclamacion y alegria.

Acto continuo prestaron homenage al Infante en calidad de Rey todos los grandes congregados, incluso tambien el marqués de Villena; y habiendo montado despues D. Alfonso en un hermoso caballo blanco, ricamente enjaezado, dióse á recorrer las principales calles de Avila, escoltado de todos sus parciales y de una regocijada y numerosa muchedumbre.

Luego que llegó á noticia de D. Enrique este acto de tan inaudita audacia por parte de sus grandes, pareció salir de su natural apatía, llevado del ardiente deseo de reprimir aquel desman. Afirmáronle en esta resolucion los consejos de D. Beltran, y persistiendo mas que nunca en su propósito de legar el trono á la *Beltraneja*, reunió un numeroso cuerpo de ejército con objeto de oponerse á los confederados.

Despues de una série de operaciones militares bastante acertadas, dieron vista los realistas á las huestes del Infante junto á Olmedo, y allí fueron estas completamente derrotadas. Pero no decayó el ánimo de los descontentos con tan terrible revés, ni aun con la insigne desgracia que poco despues sufrió su bando con la pérdida del Infante D. Alfonso, el cual falleció al cabo de muy poco tiempo despues de su mentida coronacion. Persuadidos los conjurados de que los derechos del difunto Infante habian pasado á su hermana Doña Isabel, dirijieron una solemne diputacion á esta Princesa, rogándola que aceptase la corona de Castilla; pero doña Isabel se negó á sus pretensiones, con grave sorpresa y disgusto de los confederados.

—¿Es posible, señores, esclamó la Infanta, es posible que olvideis de tal modo vuestros deberes, hasta llegar al estremo de proponerme la usurpacion de la corona de Castilla? Sabed que mientras viva D. Enrique, nunca podré dar mi apoyo á ningun proyecto contrario á sus derechos soberanos. Cuando haya muerto el Rey, será ya caso muy distinto: solo entonces consentiré en reclamar el trono, que en efecto me pertenecerá de derecho.

Esta manifestacion decidió á los conjurados á que depusieran las armas, entrando en negociaciones con el Rey para que reconociese por heredera del reino á la Infanta doña Isabel. Felizmente se realizaron estos deseos, y habiéndose proclamado un olvido general de todo lo pasado, volvieron á prestar juramento de fidelidad al Rey todos aquellos que habian abrazado el partido de la rebelion, comenzando desde entonces una época de aparente paz y concordia, entre el Príncipe y sus vasallos.

No hay por qué encarecer el furor de la Reina y del caido Conde de Ledesma, cuyos intereses quedaron tan perjudicados con esta reconciliacion. Pero la mala suerte de Castilla quiso que ya que los grandes se vieron libres del horror que les inspiraba el detestado favorito, comenzaron á cobrar celos de la pujanza que adquiria uno de sus mismos aliados, el famoso Marqués de Villena, orijinándose de esta rivalidad nuevas maquinaciones é intrigas, contrarias siempre al reposo y prosperidad de la nacion.

Poco tiempo despues de estos sucesos murió en Segovia el Rey D. Enrique, quien antes de espirar permitió que le visitáran la Infanta doña Isabel y su esposo el Rey D. Fernando de Aragon; pero como si quisiera dar Enrique otra muestra de la singular inconstancia que le caracterizaba, declaró con general sorpresa, heredera del trono á la *Beltraneja*.

Fué D. Enrique IV el último descendiente masculino del célebre Enrique de Trastamara. A pesar de los esfuerzos con que algunos apologistas han querido vindicar su memoria, proclamándole Príncipe manso y piadoso, no es posible disimular los graves daños que trajo al reino su escesiva indolencia, causa principal de las escandalosas escenas que alteraron con tanta frecuencia la tranquilidad y sosiego de Castilla.

LA CASCADA DEL TOJA.

Acababa de tornar á mi pueblo natal despues de algunos años de ausencia. Los azares de una revolucion me habian arrojado de sus muros, y los huracanes de otra me habian vuelto á traer; así como las tempestades lanzan del puerto al buque en él anclado, para traerle de nuevo en brazos de las olas y precipitarle sobre sus muelles, roto y desmantelado, sin timon y sin jarcias.

Aficionado desde mis primeros años al estudio de la naturaleza, de ese inmenso libro que nunca se acaba de leer ni de descifrar, como todas las obras que salen de la mano de la Providencia, entreteníame una tarde en relatar á uno de mis mas fieles y antiguos amigos, las bellas escenas que en el curso de mis peregrinaciones habia admirado y aplaudido. Nos ocupábamos de la cascada de Gaverny, que á semejanza de los artísticos surtidores que adornan los vistosos jardines de Aranjuez, brota y se desata por entre los precipicios de los gigantescos Pirineos. Acordándome de la prodigiosa elevacion de su caida, y de la magestad que despliegan sus aguas, formando un abanico de espuma al derribarse, me atrevia á llamarla la reina de esos espléndidos y sorprendentes saltos de lluvia que decoran nuestro globo, desde el Niágara hasta el Nilo.

Mi amigo me dejaba hablar. Se entretenia en ver cómo la imaginacion aglomeraba sobre la paleta de mis lábios las mas severas entre las mas risueñas tintas. La memoria de la cascada de Gaverny prestaba á mi lengua, naturalmente torpe, inspiracion, verbosidad y poesía. Pero, no bien habia concluido de hablar, cuando esclamó:

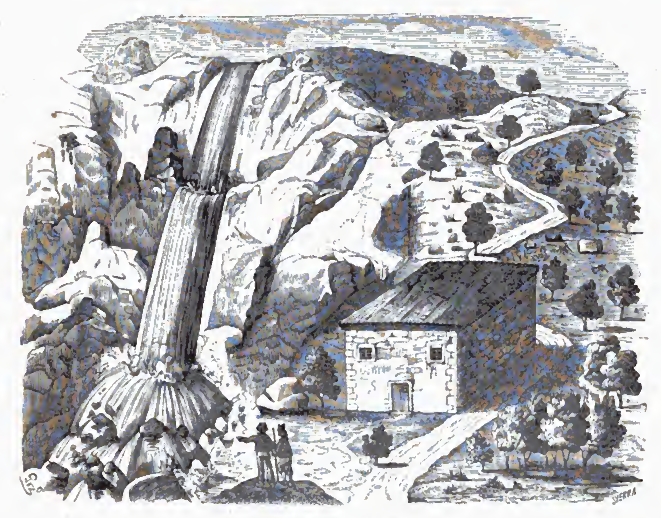
—Voy á pagar pintura por pintura, cuadro por cuadro, imágen por imágen; solo que lo que tú me ofreces es una hoja arrancada de un *souvenir* de viaje, y lo que yo te prometo es un lienzo que hemos de ir á contemplar mañana á un museo que tiene por galerias todo el universo, á la divinidad por su dueño y por guardianes el santo respeto que inspira la solemnidad de sus maravillas.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente montábamos á caballo en el campo de la Estrella de la ciudad de Santiago, punto de partida de nuestra espedicion improvisada. Cojimos las riendas, apretamos los hijares á nuestros potros y nos dirigimos hácia las corrientes del Ulla.

La variedad es la belleza de Galicia, pais formado por las mil ramificaciones de las montañas que elevó la mano de Dios para servir de dique al Occéano occidental. Sus valles, generalmente de corta estension, sucédense con asombrosa rapidéz ante los ojos del viajero. Ceñidos por la sombria faja de los montes bastan algunos pasos para cambiar el cuadro mas triste en la mas halagüeña perspectiva, y una colina, una simple roca operan á veces este cambio prodigioso.

Al ver cómo aparecen en continuada alternativa las blanquecinas moles de granito, las espesas selvas y los profundos valles que ostentan una vejetacion rica y variada, créese uno transportado á la pintoresca Suiza, y se detiene, mal su grado, para contemplar desde el borde de un precipicio un pueblo laborioso que habita en su fondo, sobre una alfombra de verdura, y para oir el rumor acompasado de sus instrumentos de labranza y el eco melancólico de su canto que trae el viento en desiguales ondulaciones.

Mas adelante desaparece todo; á la floreciente campiña reemplaza una llanura árida: y al murmullo del lejano cantar, el ruido monótono del torrente. Ya no hay bosques ni praderas, ni se vé la recortada hoja del roble, ni la elegante forma del americano maiz que mece en la estremidad su panoja dorada; fíjase la planta en un suelo desmenuzable, y la vista en un horizonte desnudo sobre el cual asoma como el crater de un volcan antiguo, el circular oratorio de los celtas, en donde un tiempo resonaban las plegarias de la multitud,



Cascada del Toja, Galicia.

y hoy solo se escucha el susurro del insecto que pasa rozando la amarilla flor del Toja ó la rojiza campanilla del brezo.

Tal es Galicia, la verde Erin de España, con sus montañas y sus valles, sus grutas sombrías, sus bosques poblados de fantasmas, y sus hombres valientes y supersticiosos que llevan todavía en el rostro el tipo de las razas del norte, y en los cantares su melancólico recuerdo.

No es en las espaciosas llanuras de uniforme vejetacion, donde se revela el caracter peculiar del suelo gallego, sino en las situaciones de imponente sublimidad que agovian el ánimo bajo el peso de reiteradas y opuestas impresiones.

Desde los elevados picos de Ancares, cubiertos de nieve una gran parte del año, hasta las templadas orillas del océano pobladas de vid y de naranjos, la estraordinaria desigualdad del terreno ha multiplicado estos cuadros sublimes de que la pluma solo puede dar una lijera idea. Vese á veces una elevada montaña, cuya pendiente rápida, cubierta de redondeados peñascos asemeja una cascada de granito: algunos caidos en el fondo se esparcen aqui y allá, mientras otros medio inclinados en una inmensa altura, tan solo esperan la mas ligera conmocion para precipitarse. Oprimese entonces el corazon aterrado al descubrir al pie de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se rie y se duerme tranquilamente bajo la gigantesca mole, casi suspendida en el espacio, midiendo su seguridad por cada año que transcurre y sin reflexionar que cada dia, cada hora, cada minuto quizá arrebata al abismo una arena de su base. Son como el fragil nido de la abubilla formado en el lecho seco de un torrente, que cuando retumbe el trueno será arrebatado por las aguas de la tempestad.

Allí, á su presencia, ante estos contrastes imponentes que fatigan la imaginacion presentando la inmovilidad al lado del movimiento mas rápido, el silencio perturbado por el estruendo mas espantoso, la tranquilidad bajo el peligro mas inminente, allí es donde el pensamiento se niega á la realidad y llega á poner en duda su misma existencia.

Habia ya cuatro horas que estábamos andando. Todo cuanto acabo de decir cruzaba por nuestras mentes, todo cuanto acabo de trazar se iba desplegando, como un vistoso panorama, á nuestro frente y costados.

Nos hallábamos á cinco leguas al S. E. de Santiago. Aun ignoraba el objeto de nuestra direccion. Mi amigo observó en mi semblante la interrogacion de la ansiedad, y se apresuró á satisfacerme.

—Vamos á ver la cascada del Toja.

Quedé sorprendido. Soy galiciano y jamás habia oido hablar de semejante espectáculo.

Y sin embargo entre los varios puntos que mas merecen fijar la atencion del viajero, ninguno de una magnificencia mas salvaje que la cascada del Toja. Situada á dos leguas mas arriba de la confluencia del Deza y del Ulla, siguiendo la corriente del primero, y en el centro de un pais quebrado y lejano de toda poblacion, quizá á esto debe el ser casi desconocida tan imponente perspectiva.

Nace el Toja en la montaña de Candais en el punto en donde este estribo poderoso se aparta de la Cordillera. Formado por los arroyos que salen por entre las grietas del granito ó las cenicientas capas del gneis, y aumentado por las vertientes de los montes de Gestoso que le dominan al oeste, desciende á la fertil parroquia de Grava, y corre hácia el norte, atravesando el pais de Trasdeza en direccion al Ulla, á cuya region hidrográfica pertenece.

A cada paso se hace el terreno mas pintoresco. Deslízase el rio oculto y silencioso bajo la entretejida rama de los sauces, ó la sombria bóveda de los sotos de castaños; ó bien aparecen ceñidas sus orillas de estensas praderas, en donde alterna, como en un vistoso mosáico, la verde yerba, el pétalo rojo de la digital y la flor blanca y amarilla de las radiadas. Los campos cubiertos de lino, se estienden á uno y otro lado, como alfombras de terciopelo; embalsámase el aire con el olor de la madre-selva y algunas chozas esparcidas á uno y otro lado, dejan ver sus techos rojizos por entre las hojas de los frutales. Por último, allá en el occidente, sobre una considerable altura, aquel bulto que parece una roca es la capilla de San Sebastian de Meda, que da nombre á la montaña y corona este cuadro.

Mas adelante, dos cadenas de montes poco elevados avanzan hacia el rio y estrechan su cauce. La de la derecha divide sus aguas de las del Deza, que corre á corta distancia en un lecho mucho mas profundo, y la de la izquierda termina en la espaciosa meseta del Campo-marzo.

Este monte cubierto de una tierra rojiza, y coronado de una llanura esteril, parece estender su influencia nociva á todo cuanto le rodea. Al llegar á su pie, el rio se desnuda de sus adornos de flores, y sus aguas chocando con una enorme peña, penetran por varias grietas que ha abierto su incesante roce. Aquella peña se llama el Molino del Moro. Entre el ruido del agua que se desliza debajo de

la roca, el oido atento cree percibir el rumor de una rueda de molino, y la supersticion supone en aquel punto la existencia de un molino subterráneo.

Allí el pais se vuelve repentinamente áspero y agreste. Desde los bordes del Toja se descubren las laderas de la meseta de Campo-marzo, erizadas de enormes grupos de rocas angulosas y obscuras que se esparcen tambien por la pendiente, como los restos de una escalera de gigantes. El rio corre dificilmente entre trozos de hermosa y pulimentada serpentina, y recibe algunas fuentecillas, cuyas aguas, cargadas de partículas de hierro y de azufre, brotan por las endiduras, tapizadas de cristal de roca, y bajan culebreando.

Al llegar á este punto, se nos hizo el terreno intransitable y nos vimos precisados á abandonar la orilla, subiendo un poco la pendiente del Campo-marzo, y perdiendo de vista al rio que gira hacia la derecha para costear un estrivo del mismo monte.

Despues de atravesar una dilatada arboleda de castaños, el ruido del rio que no ha cesado un momento de oirse bastante próximo, se convierte de pronto en un rumor sordo, como un trueno lejano, que parece salir de una profundidad espantosa.

Alli está la cascada; pero la escabrosidad del terreno, y las malezas que crecen por todas partes, no permiten aproximarse y, sobre todo para disfrutar del lujo de su grandeza, es preciso descender hasta su pié.

Poco á poco se desvanece el ruido, y un silencio sepulcral le sucede, silencio que solo interrumpe el movimiento de las hojas; pero al terminar la arboleda, otro cuadro sorprendente é inesperado, se desenvuelve, como por arte mágica, ante nuestros ojos. Nos hallamos casi en la cumbre de una montaña, y en frente de otras dos separadas por un estrecho pero profundo espacio; y allá en el fondo á una prodigiosa distancia, descubrimos tres fajas de agua espumosa que se tocan en el intermedio de las tres montañas, y dejan llegar al oido un susurro casi imperceptible. La que corre á nuestros pies es el Toja, la que por el frente ciñe una montaña desnuda de vegetacion es el Deza, confundiéndose los dos rios para formar juntos el brazo que se dirije á la izquierda y lleva sus aguas al Ulla en el pintoresco valle de Cira.

Para bajar al fondo de aquellos precipicios fuénos forzoso alejarnos un poco de la cascada. A la derecha hay un sendero que baja serpenteando por entre los peñascos de granito; pero un suelo que se desmorona bajo los pies en una pendiente casi vertical, á mas de trescientos pies de elevacion, nos ofrecia demasiado peligro para que no prefiriésemos seguir otro camino mas ancho, que aunque obligándonos á dar largos rodeos, nos permitia llegar á caballo hasta corta distancia de la orilla. Sin embargo, nos apeamos y tomamos esta última direccion, tambien bastante estrecha y desigual y cortada á cada paso por los arroyos que penetran por la garganta de las montañas.

El ruido sordo en un principio, como el zumbido de una legion de tábanos, aumenta rápidamente á medida que nos vamos aproximando. Cada paso nos trae mayores oleadas de agreste y pavorosa armonía. De repente hiere nuestra retina una mancha blanca, como la cresta de una montaña nevada; es el principio de la catarata, mientras que el resto permanece todavia oculto detras de un enorme grupo de peñas que avanza atrevidamente desde la orilla izquierda; mas al trasponer este grupo, operacion que llevamos á cabo, casi á la carrera, es cuando se presenta con toda su magestad y hermosura el imponente espectáculo de la cascada del Toja.

¡Oh! no hay palabras en el pensamiento, no hay colores en ninguna lengua del mundo, no hay lineas bastantes en la geometría que lleguen á retratar un conjunto tan perfecto de grandeza y sublimidad. No es el imponente estruendo de las aguas, no es el espectáculo de aquellas gigantescas columnas de granito, no es aquella disforme manga de espuma que se desgaja por el espacio, como si fuera el horrible resoplido de uno de los disformes cetáceos antidiluvianos, no es el contraste de aquellos canastillos de verdura, aquí y allí esparcidos, como un manojo de flores derramado sobre la tumba de los héroes fabulosos que yacen enterrados bajo el Pelion y el Osa, no es ninguno de estos detalles lo que absorve el ánimo, y hace enmudecer los labios; es el todo, es ese vapor que despiden los espectáculos suntuosos de la naturaleza, y que como la respiracion del azoe, producen en nosotros esos deleites que regocijan el cerebro, pero que angustian el corazon.

Estrechado el Toja por las montañas, entorpecido su curso por los peñascos, se lanza con furia contra estos obstáculos. Sus aguas se confunden, avanzan y retroceden, y ya giran en las obscuras concavidades de las rocas, ya resbalan por una superficie desigual blanca y lustrosa. De pronto falta el lecho del rio, y este se precipita desde una altura de sesenta pies.

Imposible es esplicar la impresion de profunda melancolía que se siente en aquel lugar. A la derecha grupos estraños y caprichosos de rocas húmedas y ennegrecidas se adelantan, apoyándose unas sobre otras, como si fueran las ruinas del Pandemonium de Milton; á la izquierda una pared elevadísima deja ver entre sus grietas algunos arbustos que se sostienen con trabajo y asemejan la yedra de aquel muro de la naturaleza, y á dos tercios de la altura de esta pared, una peña saliente sostiene una pirámide de rocas que parece levantada por la mano del hombre.

En el fondo de aquel abismo sombrío sobre cuyos bordes parece apoyarse la bóveda del cielo, ante aquella masa de espuma que se desprende como una masa atronadora, apodérase del alma una sensacion de vaga é indefinible tristeza, que perturba la razon y confunde todos los objetos.

Agrúpanse entonces en la mente todos los recuerdos de la vida que han conmovido alguna de las fibras de nuestro ser, y las amargas meditaciones que borran el pasado y el presente, para reducir á un solo punto, ante la duracion de los siglos, el relámpago de nuestra existencia.

Desde que una fuerza poderosa rasgó aquellas montañas pasaron las generaciones, empujándose unas á otras, como aquellos copos de espuma, para precipitarse en el abismo de la nada, á presencia de aquellas rocas duras inmóviles y eternas para el hombre, pero deleznables tambien y perecederas ante la eternidad del tiempo.

La cascada del Toja presenta un aspecto muy diferente, segun la estacion en que se observa.

Si se aprovecha uno de esos alegres dias que suceden á las lluvias copiosas tan frecuentes en el pais durante el invierno, lo que se siente no es una impresion de tierna melancolía, sino de terror y de disgusto inesplicable.

Entonces el ruido es tanto mas violento cuanto que el Toja, triplicado el caudal de sus aguas, cubre las peñas que se oponen á su curso, y se desliza silencioso hasta el momento en que se desploma. Entonces tampoco se desprende verticalmente, doblándose como una cinta de gasa blanca, sino que se lanza con furor, describiendo una curva, como el inmenso chorro de una fuente prodigiosa.

Para admirarla bajo esta nueva forma, es preciso cubrirse perfectamente y resolverse á entrar en una atmósfera húmeda y penetrante. Conforme se adelanta el observador por el sendero que conduce al fondo, trae el viento á su rostro algunas gotas que cubren tambien sus ropas, como el rocio, y que al llegar al grupo de peñas que oculta la cascada, se convierten en una lluvia menuda y copiosísima. Allí se vuelve el cielo de un color ceniciento, una densa niebla llena aquel recinto y cubre todos los objetos, y de su centro sale aquel estruendo horrísono que ensordece y atemoriza.

De tiempo en tiempo, violentas ráfagas, producidas por el descenso del agua, azotan la cara: á su impulso se vé girar circularmente aquella gran mole de niebla, romperse, dispersarse por entre los precipios, y salir en fin, formando espirales por la boca del abismo, como la columna de humo de un volcan, para volver á caer convertida en lluvia.

Hay un momento entonces en que por entre los densos torbellinos de niebla se percibe como una cortina negra el agua de la cascada y los peñascos que vierten por sus ángulos la incesante lluvia que reciben.

El estruendo, la oscuridad y el conjunto sombrío de aquellos objetos medio velados, producen en el cerebro del espectador un vértigo tal, que como entregado á un sueño pavoroso, ó al delirio de una fiebre ardiente, cree ver estremecerse las rocas sobre sus bases, y oir cómo acrece y se aumenta el ruido de las aguas, cual si se conjurasen para inundar el valle y arrebatarle á él, átomo imperceptible de entre aquella inmensidad.

Este espectáculo solo se goza un momento. La lluvia que penetra y empapa los vestidos, así como el deseo de respirar con libertad, obligan bien pronto á retirarse. A pocos pasos se vuelve á ver el limpido azul del cielo, y un hermoso arco iris terrestre que apoya en los peñascos los estremos de su semicírculo de colores, nuevo nuncio de paz para el alma fatigada de tan terribles sensaciones.

Hasta hace algunos años ninguna señal revelaba allí la presencia de un ser humano; hoy crecen los árboles sobre una pradera esmaltada de flores; trepa la vid por los emparrados rústicos, y desaparece el sendero bajo las flexibles ramas del mimbre; una choza rústica completa el monstruoso contraste y la linda variedad del paisage. La mano del hombre ha penetrado ya en aquellas soledades.

Tal es la cascada del Toja. Al Sr. D. Antonio de Valenzuela Ozores, mi ilustrado *cicerone*, y uno de los mas inteligentes mineralogistas de Galicia, debe el pais el descubrimiento y la publicidad de este cuadro sublime de la naturaleza, y mi amistad el recuerdo indeleble de su sublime perspectiva.

J. R. FIGUEROA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

I.

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo y el sétimo desde que, por abdicacion del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razon plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque de Froya, varon de escelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la antigua provincia Cartaginense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y sécretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el duque de Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala como quien se disponia para discurrir sobre un importante negocio: el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabia de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya diciéndole sencillamente: lee esa carta y dime tu voto.

Desarrollóla el duque y leyó en alta voz. «Al gloriosísimo señor Nuestro Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:»

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel ademas lo gobierna todo, segun nuestra ley nos enseña. Siendo esto asi, acaso el pensamiento que tratamos de sujeriros, será tambien una de las inspiraciones del cielo. Oid pues de buen talante, benigno príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intencion os dirijen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, escusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atencion en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste, nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza; hemos resuelto pediros lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias: á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y Señor, á Recesvinto vuestro hijo y súbdito que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Mas contenia la carta; pero el soberano interrumpió aquí la lectura, diciendo á Froya:

—Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia: los demas obispos siguen ó seguirán su dictámen: á él se inclina tambien gran parte de los gobernadores y próceres; dime tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

—Mal, respondió secamente Froya.

—Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado Rey el hijo del que reina que cualquiera otro varon de linage ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo el católico Recaredo.

—Pero se urdió contra él una conjuracion de que se salvó por milagro.

—Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

—A los dos años le mató Viterico.

—Recaredo el segundo fué tambien exaltado al trono de su padre Sisebuto.

—Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronacion. A Suintila, que se asoció su hijo Recimiro, le depusimos y arrojamos de España; y al pobre Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á encerrarse en un monasterio...... y á morirse.

—No se dejaria destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavia no me has dicho si tu oposicion á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para Rey?

—Creo que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Yo no acuso á nadie sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.

Llegó el Rey á una puerta con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el régio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente: su rostro menos regular y magestuoso que el de su padre, tenia cierta espresion de noble dulzura que cautivaba: su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucia poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el gobernador repugnancia, el monarca susto, el príncipe amor.

Froya va á acusarte (prorumpió el anciano clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

—Diga Froya pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente de su padre.

—Dime primero tú, replicó el duque poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos nuestros antecesores conquistaron la España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales: spartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigorosas penas que pudiera casarse godo con española ni española con godo. Este afan de mantener aisiados al pueblo vencedor y al vencido, pudo ser justo en su origen, y aun indispensable, porque existia entre ambos entonces el muro de separacion mas fuerte, la diferencia de fé: los godos eran arrianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino, desde que la raza señora se hizo por el vínculo de la religion hermana de la raza sometida ¿qué razon hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Península levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¡Cómo! esclamó el Rey, acaso con mas admiracion que disgusto.

—Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distincion de clases en España: no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y nuestro valor nos ha conservado: quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, estan destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza que puso el pie sobre la cerviz de la altiva Roma: yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: tú que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doscientos años, contestó friamente el príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nacion capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros profesamos el culto católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenian; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan ínclito nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun asi los ingenios superiores que entre ellos se crian, se refugian ins-

tintivamente en torno de las aras: desde allí su saber y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en el palacio por la puerta del templo: franqueémosles tambien las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado como yo en el hogar doméstico de los españoles: si hubieras visto como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias.....!

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

¿Quién es esa mujer? preguntó el Rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas. ¿Quién es esa mujer, repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademan de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habian dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin despues de unos momentos de agitacion y duda.

Floriana es mi esposa.

—¡Una española! ¡El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció á esa jóven, repuso Froya, no eras tú nuestro Rey todavía.

—De todas maneras.....

—De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenere en heditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al jóven monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazon Recesvinto de órden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hácia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podria permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podria ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unian en medio del llano: el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendian por dó quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habian rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas cuyos vástagos nunca encentados por el hierro, habian adquirido, una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedian la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo estensos tremedales ó charcos cubiertos de bellísimo y engañoso verde, praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponia el pie en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el curso incesante de las aguas, habian caido en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habian convertido en raices allí, y habian producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podia descubrirse desde uno ú otro punto; y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, agenas de cuanto pasaba en el mundo, habian dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraiso* (1).

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Somos los dueños de la tierra, pero tal vez no seremos sino los siervos de seres gigantescos que nos sean desconocidos. La mosca que aplastamos con el mas leve esfuerzo de uno de nuestros dedos, nò conoce al hombre ni tiene el convencimiento de su superioridad sobre ella hasta que sufre sus efectos. Lo mismo puede acontecernos á nosotros: podemos estar rodeados de seres dotados de la facultad de pensar que nos sean invisibles, y por consiguiente desconocidos. Sabemos muy poco, y sin embargo tengo la conviccion de que sabemos lo suficiente para esperar la inmortalidad, pero entiendo la inmortalidad siendo individual de la mejor de las partes que no constituyen.

Hay libros que es menester probar solamente, otros que se deben devorar, y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso mascar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente, la poesía le hace ser mas despejado, las matemáticas mas penetrante, la filosofía natural mas profundo, la moral mas serio y reflexivo, la retórica y la dialéctica mas contencioso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

RESERVA EN LA OPINION.

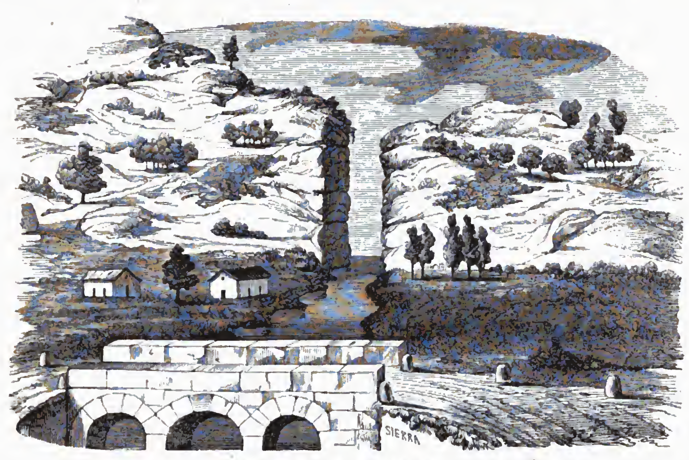
Un abate célebre decia que nunca se debia sostener que se tenia razon, sino decir: —«Esta es mi opinion por ahora.»



Granada.—Puerta principal de la fortaleza de la Alhambra.

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá, pero hace mil años era otra cosa.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO E ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



PASO DEL ULLA EN SAN JUAN DA COVA.

Favorecido nuestro pais por la naturaleza, no se encuentran en él ni las elevadas montañas del Asia, ni los caudalosos rios de América, ni los abrasadores desiertos del Africa, ni los terribles volcanes de la Oceanía. La montaña mas elevada de España no escede de 11,000 pies sobre el nivel del mar (1), el curso del mayor rio que la riega es de 137 leguas, los desiertos han desaparecido bajo el influjo de un clima benéfico, y los volcanes que, segun vestigios, pudieron en algun tiempo desolar su fértil suelo, aparecen hoy apagados sin indicios de que vuelvan á inflamarse sus cúspides ignivomas. Esto no obstante, fenómenos se presentan á nuestra vista que, aunque de distinto género que los indicados, no carecen de la imponente magestad con que están revestidas esas obras del Criador, y cuya presencia hubiera hecho detener los pasos de Humbold al atravesar la cordillera de los Andes y de Saussure al remontarse á la cima del Monte Blanco. Uno de estos fenómenos es, sin disputa, el que motiva este artículo, y cuya vista meridional aparece á su frente. En otro pais, fuera el paso del Ulla en San Juan da Cova, objeto de bellísimas teorías acerca de su formacion; teorías que, aun cuando no para otra cosa, servirian para enriquecer la ciencia de Cárlos Lyell, aclarando un hecho geognóstico; en España permanece ignorado porque no hay viageros que lo describan, ni geólogos que lo espliquen, porque el territorio que le abriga es desgraciadamente tan desconocido como vilipendiado, y porque el rio á quien debe su origen figura tan solo en el mapa del antiguo reino de Galicia.

Este rio, que lleva por nombre el Ulla, tiene su origen en dos manantiales cerca del lugar de Soengas, en el obispado de Lugo, recibe en su curso las aguas de numerosos afluentes y va por fin á perderse en la dilatada ria de Arosa, pagando su tributo al Océano Atlántico. Al S. O. de Santiago atraviesa este rio el valle á quien presta su nombre, uno de los mas hermosos de aquel pais, y en el que nada falta á la imaginacion mas exigente para creerse transportada al mas risueño paisage de la pintoresca Suiza, ó delante de una de esas variadas florestas que Wande-Velde inmortalizó en sus cuadros. Allí vamos á conducir á nuestros lectores y á desarrollar ante sus ojos uno de los panoramas mas sorprendentes de la naturaleza, digno de los idilios de Gesner y de Garcilaso.

A nuestra izquierda se presenta, como el marco de tan vistoso cuadro, el antiguo *Mons Sacer*, llamado hoy dia con poca corrupcion *Pico Sagro*; enorme promontorio de cuarzo semi-cristalizado, que elevándose 1,920 pies sobre el nivel del mar, alza su elevada cúspide sobre las colinas que le rodean como la piramide de Cheops sobre la arena del desierto. Pero este cono inmenso, cuya base se pierde en un mar de verdura, y cuya cima se dibuja en el azul del firmamento, aparece cortado por la banda del Sur, como si una raza de gigantes hubiera intentado abrirse paso al través de aquella mole para buscar en su seno los tesoros que encerrar podria (1). Las paredes de este corte, casi verticales, se elevan como unos 200 pies sobre el nivel del rio, adornadas en toda su altura de numerosos picachos cual otros tantos fantasmas envueltos entre las brumas del Ulla, y arrullados por el graznido de las aves de rapiña que buscan en ellos su recóndita guarida. ¡Sublime espectáculo, que alumbrado por el sol de Escocia hubiera servido para embellecer las páginas del *Enano misterioso* ó de la *Dama del lago*! Al través de este tajo prodigioso pasa el humilde Ulla, y estrechándose allí su alveo, crece su corriente y el murmullo de sus aguas como si desease traspasar luego aquel estrecho que amenaza unirse y detener su curso. Despues, ufano con tal victoria, ensancha su cauce, mitiga su rapidez, cruza el sólido puente que lleva su nombre, y separándose en dos raudales vuelve á juntarse mas adelante, formando una vistosa isla que la naturaleza adornó con todas las galas de una vegetacion lozana y variada. Hácia esta parte la vista divaga en una fértil llanura dividida por una cinta de plata, que se confunde culebreando con el lejano horizonte; elévanse aquí y allí numerosas casas de campo, rodeadas de frondosos jardines, en los que á la par de la silvestre y olorosa madreselva, alza su encendida corola la aristocrática é inodora reina de las flores. Por un lado cierran este paisage las ondulantes copas de un bosque de encinas, y atravesando los rayos del sol poniente el tejido de sus hojas, parecen sus haces de luz mariposas de oro que se ciernen sobre un campo de esmeralda. Por el otro, el paso del Ulla en San Juan da Cova limita el horizonte, como si en sus paredes estuviera trazado un *non plus ultra* para el observador que vuelve hácia aquel punto su vista ávida de mas bellezas ¡Fenómeno sorprendente trazado quizás por la mano de Dios en el curso de muchos siglos!

(1) El pico de Mulhacen en Granada, que es el mas elevado de nuestro pais, está á 10,800 pies sobre el nivel del Mediterraneo, mientras que el Dabalaguerre, el mas elevado del Asia, escede de 28,000 pies.

(1) Dice Justino que el Pico Sagro fué llamado por los romanos Mons Sacer a causa del mucho oro que criaba, estando vedado arrancar dicho metal, escepto cuando el rayo abria la tierra, lo que sucedia con frecuencia, que entonces era lícito coger el oro puesto así de manifiesto como una dadiva á la divinidad. Tambien añade que posteriormente se destruyó dicha prohibicion, por lo que los mismos romanos minaron el monte para sacar el oro que encerraba. Sin dar entero crédito á este aserto, diremos que en la actualidad aparece perforada la cima del Pico Sagro, y cerrada esta abertura por entretejidas malezas que impiden su esploracion.

Si acerca de su origen discurrimos un momento, la imaginacion se pierde en conjeturas presentándose como mas culminantes las siguientes: ¿Será este prodigioso corte la obra de una generacion atrevida, que se haya abierto paso al través de esa montaña, así como Annibal y Napoleon minaron los Alpes para trazar un camino á sus ejércitos? No hay motivos fundados para creerlo. La generacion que eso hubiera ejecutado debia de estar fuera del dominio de la historia, puesto que esta nada cuenta de semejante hecho, y en las épocas que la historia no comprende, los hombres no conocian medios suficientes para practicar esa abertura al través de una roca cuarzosa, abertura que aun hoy dia se resistiria al poderoso auxilio de la pólvora. Aun cuando esto pudiera verificarse en el tiempo á que aludimos, no se concibe el objeto de tal empresa, y el único admisible seria el de suministrar un abundante riego al valle que hemos descrito, si su situacion hidrográfica no le dispensase de cualquiera afluente.

¿Será, pues, este tajo colosal la consecuencia de un cataclismo geológico? El estudio del terreno que le rodea y constituye viene á demostrarnos lo infundado de esta conjetura. No pensemos ni por asomo en esos sacudimientos terribles llamados terremotos, agenos á ciertas latitudes y en cuyos efectos jamás se ve un hecho solo, aislado; un hecho que, como el que nos ocupa, aparezca con el sello de un tranquilo origen. Pudiera ocurrírsenos que el Ulla, á semejanza del Ródano, el Adige, el Loven, el Ganguer y otros muchos rios se hubiese perdido en algun tiempo bajo las crestas poderosas que hoy aparecen abiertas á su curso, y que el puente natural que las aguas habian formado haya cedido á su peso formando esa portentosa abertura. Pero no, porque en los rios citados y en todos aquellos en que se ha notado el accidente descrito, se ha visto que el terreno por ellos atravesado es generalmente calizo, nunca cuarzoso que, como hemos dicho, es el que constituye en su totalidad al Pico Sagro, y aun cuando este hecho quisiera ser una de las escepciones de regla, esta escepcion estaria en abierta contradiccion con los principios de la ciencia.

Aun cuando bajo estos dos puntos de vista negamos á las aguas del Ulla su influencia en el paso de su nombre, no podemos menos de concedérsela bajo otro, el cual, en nuestra opinion, es el único que satisface todas las condiciones de ese misterioso problema. Este rio debió en algun tiempo despeñarse desde la falda del Pico Sagro, formando una elevada cascada, cuyas aguas corroyendo su lecho abrieron paulatinamenfe ese portentoso canal hasta nivelarse los dos alveos. Nada mas probable que esta teoría confirmada por la estructura misma de las rocas adheridas á ambos cortes como otras tantas estaláctitas depositadas sobre un abismo; por la profunda ensenada que forma el rio al traspasar el citado corte, que indica la accion corrosiva de una caida de agua en aquel punto, y por la ignorancia, en fin, del periodo de su formacion. La marcha de los siglos trazó esa profunda sima, y el hombre no pudo fijar su principio ni su fin como no puede el geólogo marcar los límites de las épocas en que divide el desarrollo de nuestro globo.

El paso del Ulla en San Juan da Cova no es el único ejemplo en España de esta abertura singular formada por la mano del tiempo: el Miño mas abajo de Lugo, el Ebro en Mequinenza, el Tajo en Vilavella, el Duero en la raya de Portugal, el Guadiana en el Salto del Lobo, el Guadalete en la angustura de Bornos y otros varios, ofrecen perspectivas análogas en el fondo pero diferentes en la forma. Al visitar el viagero esos lugares, le hará detener su marcha, en unos la belleza oriental de sus paisages, en otros la magestad imponente de semejantes fenómenos, y despues de recorrerlos todos, cuando trate de pintarlos en su imaginacion con los colores que le preste su fantasía, no podrá menos de esclamar con el poeta italiano:

per troppo variar natura é bella.

J. Rua FIGUEROA.

LAS TRES FEAS,

cuento muzárabe.

Al norte de Granada, en el espacioso y amenísimo valle que forman las ásperas sierras de Alfacar y el volcánico Gebel-Elveira, entre majuelos de viña cercados de zarzamoras, de rosales silvestres, de silvadoras cañas y de espinos coronados de yedra, se asienta sobre dos alcores el lugar de Peligros: sus vinos, sus frutales y sus olivos (que por lo verdinegros y copudos á macetas de albahaca se asemejan) le dan fama y renombre en los labrados campos de la Vega y en los concurridos mercados de la ciudad.

No como todas las aldeas de la llanura forma Peligros un apiñado grupo con su plaza real en el centro, su Iglesia y sus casas de ayuntamiento; ni tampoco á semejanza de poblacion serrana se eleva en anfiteatro, coronada por un elegante castillo ruinoso: los ciento sesenta y tres vecinos que en el año presente componen este concejo, habitan en cuatro barrios, tan separados entre sí, que parecen desgarrados girones de una ciudad antigua. Para fundar esta descuadernada colocacion, relatan los ancianos un cuento, que adornado á mi modo y con sabrosa moraleja darte quiero por hoy, lector carísimo, sea el mal para quien lo busque y el entretenimiento para ti.

Sabrás, y asi Dios te dé felicidad sobrada, que allá en tiempo de moros habia en las collaciones que ahora ocupa Peligros las alcarias mas ricas y mejor cultivadas del ruedo de Granada: las mejores frutas de las traidas por los infieles salian de sus vegas, y sus flores eran buscadas para los jardines de los Reyes. En estas caserías, que por pasar de cuarenta y estar graciosamente agrupadas formaban ya una pequeña aldea, habitaban familias de una tribu venida del Asia, cuyas mugeres fueron siempre admiracion de naturales y estrangeros por su hermosura y discrecion, al par que los hombres ostentaban vigor sobrenatural y raro ingenio.

Los peregrinos que por acaso cruzaban cercanos ó promediando esta colonia, encantados con la belleza de sus campiñas y de los naturales, se detenian una semana y otra, se enamoraban locamente de alguna garrida labradora, y acababan por avecindarse entre tan seductora compañia y en tan deliciosos albores.

Creció con esto el poblado, creció tambien la fama del naciente lugarcillo, y por ser agradablemente peligroso para la libertad de los viandantes se le dió el nombre de *Peligros*: llamábase antes *Mira Flores* ó *Espejo de jardines*.

Cincuenta años pasaron, y visos llevaba de ser una populosa ciudad la que poco antes parecia modesta aldea. Mas no se crea que con el cruzamiento de las razas, ni con el aluvion de forasteros que casaron en el pueblo se aminorase una pizca la perfecta donosura de las mugeres, ni la osadia y vigor de los mancebos: aquel sol, aquellas auras embalsamadas y aquellas huertas y fuentes tenian la virtud de hermosear el rostro humano y de inspirar, cual la *fuente castalia*, sagrada inspiracion y valeroso aliento.

Con el crecer de las gentes vino mayor riqueza y mayor adelantamiento: las doncellas que en otros tiempos robaban corazones por su natural y sencilla hermosura, arrebataban despues por su destreza en las muelles y picantes danzas orientales, por su agudeza en el decir, su ingenio para improvisar trovas, su gracia en el cantar y tañer dulcísimos instrumentos y en el componer sus trages y cabellos. Los mozos se habian tornado aventajados en las ciencias, bizarrísimos y diestros en la guerra, maquinadores de grandes empresas en la paz. De todas partes acudian á las ferias y fiestas de Peligros magnates y gente de valia al entrar la estacion, en las ferias y fiestas se veian en las heras y plazas, cañas, luchas y bailes, certámenes de ingenio donde las forasteras sufrian vencimientos, saliendo á veces avasalladas por los gallardos habitantes del encantado pueblo. Hasta de las playas africanas llegaban señores que volvian haciéndose lenguas para encomiar tan celebrado Edem.

Con tantas alabanzas y tanta valia cierta vino el orgullo y se apoderó del ánimo de los habitantes de Peligros. Muchos de los peligreños habian ocupado puestos preferidos en el consejo y la milicia, y no pocas doncellas habian trocado su cesta de vendimiadora por la corona de flores de la favorita; con esto las mugeres todas aspiraban á mayor engrandecimiento, y los mancebos unidos por el vínculo del paisanage conspiraban por avasallar al reino entero. El orgullo les hizo caer en todas las malas pasiones, y para encumbrarse realizaron ellos y ellas fabulosas intrigas. Por último un peligreño fundó secta, se proclamó profeta, y ayudándose de los paisanos logró derribar por una noche al rey ó emir granadino. Era mal geniado el monarca, digámosle así, y como su vida anduvo en aprieto, teniendo que refugiarse en un muy húmedo sótano, juró en aquella oscuridad acabar no solo con los habitantes del peligroso Peligros, sino talar sus huertos, arrasar sus caserios, y sembrar de sal el area toda de tan inquieta poblacion.

Como gracias á los esfuerzos de su guardia de etiopes y mamelucos, logró recuperar el mando, no olvidó á fuer de buen monarca sus proyectos de venganza, y despues de hacer justicia en el profeta y demas conjurados y conjuradas degollándolos con su real alfange trató de realizar lo meditado en el sótano, enviando para ello un cuerpo de Lamtunis todos zahareños, salvages y crueles.

Llamó pues, al gefe de estos tigres hircanos, que era un soldadote gigantesco, con el cútis de color de estezado, la barba arremolinada y los ojos sanguíneos, y le dijo el emir:

—Si no quieres que tu cuerpo sea mañana devorado por mis sabuesos, sal con tu mas fiera gente, y antes que otra alborada venga destruye como un torrente cuanto en Peligros halles: tala sus panes, quema sus huertos, y el agua de los rios que fecundan sus campos

sirva para barrer las cenizas y lavar la sangre de tan perversa y rebelde gente. Si un niño, un anciano, una casa, arbol ó planta quedan allí con vida, tu cabeza caerá á los pies de mis caballos y tus soldados serán ahorcados del mas alto de los álamos que sombrean la ribera del Genil.

Inclinóse el capitan, y al tiempo mismo sus ojos brillaron iluminados por un rayo de alegría feroz: ya se figuraba el bárbaro estar en medio del incendio y con la sangre hasta los codos.

Apenas habia tenido tiempo el rey para asomarse á uno de los miradores de la torre de Cornarech, y un numeroso escuadron de ginetes se dirigia á todo escape por medio de la rauda ó panteon que ahora se llama plaza del triunfo.

—¡Ah bravos servidores! dijo á media voz, ¡cómo os hé de hacer los primeros entre mis vasallos!

Eran las dos de la tarde y el sol caia á plomo sobre sus agostados campos: un viento solano, ardiente como el *siroco*, recorria formando turbillones de polvo salitroso las llanuras y los montes. Los lamtunis habituados al clima de los desiertos seguian corriendo á rienda suelta con el desórden salvaje y pintoresco de los kabilas. Ya casi tocaban el término de su viage y comenzaban á requerir las armas; ya el fiero capitan de aquella horda habia descolgado una porra de hierro guarnecida con puntas de pedernal, que era su arma favorita, cuando al bajar á un barranco vieron que el horizonte se cambiaba y que el camino de áspero se tornaba en mullido lecho de arena fina y colorada. Copudas acácias sombreaban el sendero, y los setos que le guarnecian eran de rosales que entre claveles, mejorana y alhelíes descollaban. Un vientecillo fresco como las auras de la mañana circulaba por la cañada, y lleno venia de aromas penetrantes y embriagadores. Los caballos empezaron á relinchar y á detenerse en la carrera para saborear tan grata temperatura; los ginetes dejaron las lanzas de hierro pendientes del arzon, se aflojaron un tanto los sacos de lana que cubrian sus carnes y abrieron los labios para aspirar el suave y delicioso ambiente, refrenando de paso las cabalgaduras. Mientras mas se adelantaban el encanto crecia mayormente: las flores de lis, las dalias, los adornos y las azucenas sobresalian entre los prados de albahaca; y con las acácias se entremezclaban granados floridos, manzanos aromáticos, arqueados cipreces y altísimos y gallardos servos: á cada paso se encontraban cascadas, corrientes puras y murmuradoras, cristalinos remansos. Los lamtunis iban ya al paso sin darse cuenta de lo que hacian, y sus ceñudos semblantes retrataban una satisfaccion brutal si se quiere, pero espresiva y grata.

De repente por entre el ramaje comenzó á difundirse una armonía dulcísima: los guerreros se miraron unos á otros creyéndose trasladados al paraiso. La música se acercaba y cada vez mas agradable, mas viva, mas rica en melodias hechizeras. Sintiéronse pasos y rumor de vestiduras entre los ramos; pruntos como el rayo los lamtunis enristraron las lanzas.

Una tropa de hermosísimas doncellas, vestidas de blanco, tejidos los cabellos con sartas de coral les salió al encuentro pulsando guitarras de pinabete, ébano y plata, panderetas doradas con orlas de flores, repicando castañuelas de marfil y granadillo, y cantando al compás y en coro la cancion mas voluptuosa y provocativa de cuantas inventar pudiera el demonio de la tentacion.

La música las fieras domestica y la hermosura es un talisman que conjura la mas recia tormenta; los zahareños africanos tenian su alma en su armario, y al ver á aquellas sirenas perdieron los estribos, y el capitan, en respuesta á las punzantes alusiones, dió el primero con su cuerpo en tierra, abrazó sin recato á la mas picaruela y gallarda de las cantadoras, y entonces, formando corro, con el gefe en el centro, trabóse la mas animada danza de cuantas vieron los campos: bailaron á su vez los soldados animados con el ejemplo de su capitan, eligiendo para ello una vastísima glorieta que parecia labrada para el caso; y hasta un cronista malicioso refiere que despues del baile á vueltas de sabrosas ojuelas con miel, de pastelillos del Cairo, de alfajor y alajes con refrigerio de frutas esquisitas, repartieron las muchachas á los lamtunis una bebida aromática de color de rubí, que así era riquísimo vino como el sol es claro.

Veinte y cuatro horas despues los temibles africanos terror de Granada, los buenos servidores del rey estaban ocupados con fervor en trillar con sus magníficos caballos de batalla, en acarrear jerpiles de paja ó en tirar á la barra con sus lanzas en las heras de Peligros: el capitan no habia despertado de cierto sueño pesado que le sobrevino con el licorcillo añejo.

Ya te puedes figurar, amigo lector, cuál seria la cólera del emir al saber que en sus reales barbas habian sido desobedecidas sus órdenes. Ebrio de furor devoró hasta una docena de pollos con tomates, dió una horrible patada á su perro favorito, mandó apalear al maestro de cocina y azotar á todos los pinches, abofeteó al mas grave de los muftíes, mandó empalar á un sastre que se atrevió á penetrar en la real estancia demandando justicia contra un acreedor, y torciéndose los brazos, pellizcó, para fin de fiesta, á la mas hermosa de sus esclavas.

Calmóse con este último desahogo, y dando á su cólera direccion fija, pidió con voz de trueno sus armas y caballo, ataviése de guerra, y con la velocidad del viento se plantó en la plaza de armas ó de los Algibes. Tocó una corneta de oro que pendia de su cinturon, y al punto le rodearon ochocientos negros, el que menos de seis pies, vestidos de grana, con armas embutidas de plata, y montados en potros de las lomas de Ubeda, apelados todos y tigres. Era la famosa guardia de Etiopes que habia salvado al emir en aquella noche cruda en que durmió su escelsitud altísima con las ratas y las cucarachas del sótano; ¿quién pues, mejor para acabar con el pueblo maldito? Otra consideracion prudentísima movió tambien al rey para ayudarse de los etiopes en la peligrosa empresa que intentaba; estos buenos esclavos, á pesar de su esterior robusto y varonil, eran todos eunucos y entendian mal la lengua del pais: ni la hermosura ni la discrecion podian ablandarlos.

—¡A Peligros! dijo el rey satisfecho al ver lo brillante de su guardia, y partió á galope con riesgo de despeñarse por la cuesta que daba derecha á la puerta de Leuxar.

A pesar de la confianza que en sí mismo tenia el señor de las tierras granadinas, no se atrevió á tomar el sendero que causó la perdicion de los lamtunis, y dando un largo rodeo comenzó á subir por Albolote hácia el pueblo encantado.

La noche se venia entrando por las puertas del horizonte, y una neblina caliente oscurecia los últimos términos.

El emir ordenó que sus ginetes marchasen al trote, y que avanzasen veinte á fuer de guerrilla ó descubierta.

Pronto regresaron los esploradores, trayendo en prisiones y con bárbaro tratamiento á una espigadera de quince abriles, bella como un ramo de flores escogidas. Toda llorosa llegó á los pies del Emir, que como buen conocedor apreció en lo que valia la hermosura de la campesina, y mandó al punto que la dejasen libre para interrogarla sin duda.

—El grande entre los fuertes, el misericordioso sobre todos, premie, señor, tanta bondad: al veros tan gallardo reconocí á mi salvador, que quien es galan en la persona no puede abrigar entrañas de tigre.—Esto dijo llorando la espigadera.

Alegráronsele los ojos al emir con el requiebro (las mugeres fueron siempre su escollo y perdicion), y dulcificando su voz enronquecida con la ira, preguntó á la doncella refrenando el potro:

—¿De dónde vienes, hermosa niña, por estos campos perdida como una mariposa entre zarzales?

—Soy huérfana, señor, y me dan, por lástima, casa y hogar en una alcaria de este ruedo: gano el negro pan de mi sustento rebuscando rastrojos por estas vegas, y hoy volvia llorando, con el delantal vacío, cuando dí en manos de vuestras tropas.

La voz acongojada y doliente de la niña penetró en el corazon del emir, y viendo éste que no podia seguir los apresurados pasos del caballo de guerra, le dijo sin parar mientes en su dignidad, magnetizado con el resplandor de las pupilas de la espigadera:

—Apóyate en mi estribo, niña donosa, abrázate conmigo, y sube al delantero de mi arzon que de prisa vamos y no quiero dejarte abandonada: tu desgracia ha conmovido mi pecho, como el viento de otoño sacude las marchitas hojas de los álamos.

Ligera como una gacela, graciosa como una sillide, saltó la zagala sobre el delantero del bruto que hizo dos airosas corbetas, orgulloso con tan preciada carga. Las corbetas como imprevistas descompusieron al ginete, la espigadora, asustada toda, abrazó al emir para no caer, y el enamorado rey bendijo á su caballo y se olvidó de su reino y de su venganza al sentir tan cerca el turgente seno de la niña y los blancos y torneados brazos.

Afortunadamente para Peligros el terreno iba siendo cada vez mas escabroso, y muchos los barrancos eran en que el noble corcel del emir tenia que saltar con gran ímpetu. La espigadera á cada bote daba un grito que mas parecia amoroso suspiro y se abrazaba del Emir: hasta sostienen los maldicientes cronistas ya citados, que los labios se encontraron casualmente en mas de uno de los brincos de la cabalgadura.

Oyóse en esto un grito de guerra que asordó los campos y aterró á los valientes guerreros de la guardia real: una nube de azagayas pasó silvando por ante el pecho del emir, sobre su cabeza, y cayendo en las estrechas filas de sus soldados dejó tendidos por tierra hasta una veintena. Súbita claridad iluminó el horizonte: encendida la paja de los rastrojos en rededor de los etiopes, desordenáronse los caballos, comenzaron á chamuscarse los ginetes, y siguiendo la lluvia de flechazos y azagayas todo fué en un punto confusion, huidas, ayes, efusion de sangre y mortandad.

El fuego avanzaba como ejército de nubes rojas impelido por el

huracan, las llamas ceñian con sus remolinos los troncos de las olivas, asaltaban las copas y cada árbol era una gigantesca pira de atalaya. Con el chisporrotear de las rastrojeras y el crujir de los árboles, con el grito salvage y la algarada de los lamtunis, pues no eran otros los de la encelada, y el resplandor de las llamas que en los atezados rostros de los etiopes se reflejaba, parecia el haza de la escaramuza un abrasado infierno.

El rey sobresaltado con el ataque y la encelada quiso poner en órden á sus esclavos, pero el caballo se espantaba con las hogueras crecientes, y la espigadora de modo estaba colgada al cuello del emir que este no podia sujetar al bruto ni hallaba medio de empuñar su alfange. La zagala, ademas, no estraña á la emboscada, desprendió la corneta de oro del cinturon del enamorado soberano y la arrojó bonitamente al suelo.

Cada vez rodaban mas soldados negros, sin poder tomar venganza los que lograban sobrevivir: cada vez marchaban mas amenazadoras las llamas, y la guardia real con su gefe estaba á punto de morir picada y asada luchando contra un enemigo fantástico que ni evitar le era dado. El rey sin corneta no podia mandar á su tropa.

Viéndose impotente decidió el emir tomar el prudentísimo recurso de la fuga. Dicho y hecho, ganando el cauce del rio, chamuscándose las ricas vestiduras, pero abrazado con su traidora campesina, logró salvarse, entrando á deshora y por escusada puerta en su palacio del Alhambra.

Luego que se hubo bañado y perfumado la rizada barba, hizo cólera doble contra Peligros y los traidores lamtunis; mas creyó prudente tomar serias disposiciones antes de emprender nueva espedicion, pues era probable un desastroso fin.

Subió, pues, al salon, ahora llamado de *las dos hermanas*, y para entregarse con mas delectacion y descanso á la meditacion, mandó que subiesen á la espigadera para contemplarla ataviada con el rico trage que le habia mandado poner.

Hermosa parecia con su trage de labriega, mas á las mil maravillas le sentaba el suntuoso vestido de las favoritas. Sus cabellos negros como la noche lucian recogidos en una red de oro, entretejidos con perlas, abrochados con diamantes: su cuerpo, gallardo como el tallo de los claveles, parecia magestuoso con la túnica persa de lana blanquísima rayada de seda carmesí: sus piececillos, en fin, breves á manera de las humanas dichas, provocaban encerrados en bolas de tafilete marroquí bordado de oro y pedreria.

Desarrugóse el ceño del emir, y una sonrisa inefable apareció en sus lábios contraidos: así con la alborada se tornan alegres los peñascos mas áridos.

Graciosa como un niño arrodillóse voluptuosamente la espigadera, y dijo con una humildad que avasallaba:

—Permitid, señor, que bese vuestras plantas, y que mis lágrimas sinceras de arrepentimiento rieguen vuestro camino, pues me habeis dado plaza entre las esclavas de vuestro palacio, á mi, pobre flor de los campos, que no merezco ni una benigna mirada de vuestros hermosísimos ojos de águila.

—Señora de mi alma eres ya, donosa labradora, y doy por bien recibido el mal de la jornada; mas gano contigo que cuanto adquirir pudiera con la conquista del mundo.

Al pronunciar el rey estas palabras amorosas, contemplaba estasiado á su esclava y se abrasaba en el fuego de sus ardientes pupilas, brilladoras como el lucero de la tarde.

—Reposad, señor y dueño mio, que para distraer vuestra melancolia quiero danzar á uso de mi pais, acompañándome con la sonora pandereta: si no logro agradaros, Alá permita que mis pies queden inmóviles como las raices de una encina, y tullidos mis brazos como si fuese una momia.

El emir oprimió el labrado remate de un timbre, y al punto desaparecieron los esclavos que guardaban puertas y ventanas, cerráronse las maderas sin estrépito, comenzaron á saltar con agradable murmurio los surtidores del marmóreo y nacarado pavimento, las torneadas celosías se entreabrieron, dando paso á los melancólicos rayos de la luna, aparecieron en los ángulos de la estancia nuevas luces guardadas por vasos de China y de agata, y los pebeteros escondidos entre las flores exhalaron suavísima nube de aromas delicados.

Una esclava negra, privada de la vista, pero diestra en tañer el laud, entró y sentóse en una piel de leon que habia al pié del lecho real.—El emir se arrellenó entre dos almohadones de seda.

Comenzó á preludiar la negra en el laud, cogió un chal riquísimo la donosa campesina de Peligros, dejó caer el manto (mostrando así escondidas bellezas), y al compás de las inspiradas armonías del arpa empezó á tejer con sus piececillos menudos un baile provocativo y aseñoreado que compararse pudiera con la *tana* del pasado siglo ó con el picante *olé* de nuestros dias. Ligera como una paloma, fácil y gallarda en los movimientos, marcaba los brazos cual las alas de tórtola enamorada, inclinaba la cabeza, sacudia la cintura, iba, venia con el entusiasmo de la doncella amorosa que corre á abrazar á su amante, se alejaba desdeñosa, brincaba ágil, se enlazaba y desenlazaba con el chal, formaba círculos rapidísimos, como si tuviese en el centro una pareja fantástica, y en tanta vuelta y revuelta mostraba y dejaba adivinar las mas bellas formas que concebir pudiera el renombrado Praxiteles.

Al emir se le bailaban los ojos, que nunca tan ardiente fuego sintió correr por sus venas: pero mayor fué su admiracion al ver á la espigadera que ciñéndose al talle el chal de Persia, recogia la pandereta, y acompasando con ella el baile, tomaba magnífica animacion, mas viveza, verdadera locura: no era muger, sino una hada, una nube blanca, la luz del alba: bañaba la luna su frente, y las flores como que se inclinaban para admirarla. El pobre emir granadino estaba embobado, á la manera que un niño hambriento cuando contempla ancha cesta de sabrosas frutas...

Pues señor, íbamos diciendo que la espigadera, leve como las nacaradas brumas de los altísimos saltadores, hacia girar la brillante y sonora pandereta entre sus manos al compás de la danza, ya coronándose, ya hiriendo el tímpano de cuero con sus dedos de marfil, arrojando al aire el pastoril instrumento, recibiéndole con las puntas de sus bordadas botas, en el estremo afilado de su dedo índice, en el codo, en la purísima y serena frente: siempre en movimiento, siempre graciosa la danzarina.

Al fin, viendo la exaltacion del emir, arrojó la pandereta, y sin saberse el cómo, empezó á repicar improvisando, variado el paso y las posturas, unas castañuelas cuyo chasquido alegre, penetrante, clarísimo y estraño tenia algo de infernal.—Un sábio musulman que habia pasado su vida estudiando la mágia en una cueva de los *Montes de la luna*, habíaselas regalado á la doncella á cambio de una sola mirada cariñosa que hizo morirse de amor al buen anciano, sin que le valiese su profundo estoicismo filosófico.

El eco de las castañuelas conmovia todos los nérvios, los irritaba como el cerdear de las planchas metálicas ó el estampido de las bombardas y de los timbres chinescos, despues producia una suavísima molicie que paraba en sueños voluptuosos á la manera de los producidos por el opio y el *hatchis*.

Nuestro enamorado y colérico reyezuelo saltó sobre los blandos almohadones carmesíes al oir aquel inesperado y mágico repiqueteo, sus encendidos ojos se dilataron, se le oprimió el corazon como le acaecia en las dulces horas de sus primeros amores, y estendió los brazos hácia la gallarda bailarina, que semejante á un pájaro marino se balanceaba radiante de juventud, de hermosura y brillantes sus ojos con el fuego del entusiasmo y del deseo.

Disminuyó el chasquido de los crótalos, y el rey sintió placentero decaimiento, dulce sopor: reclinóse en los cojines. Un rayo de alegria asomó á las pupilas de la espigadera, y mas cuando observar pudo que la negra languidecia y pulsaba con negligencia el laud.

Lentamente fué la jóven conteniendo sus giros y paseos, poco á poco fué apagando el eco hechizado de sus castañuelas: lo que antes parecia redoble de tambor pastoril convirtióse en murmullo de música en lontananza; luego era suave ruido de las auras entre las mieses.

Grave pesadumbre circundó la frente del emir y oprimió sus párpados que se cerraron insensiblemente: cielos azulados con bandas de oro y estrellas de plata, aparecieron en el horizonte de su imaginacion: cayeron sus manos una sobre el ceñidor bordado, otra por el costado del lecho: su cuerpo quedó inmóvil, y comenzó á respirar con amplitud é igualdad: estaba dormido como un tronco gracias á las castañuelas hechizadas. La negra del arpa se habia hecho tambien un ovillo; y en la puerta entreabierta del salon, roncaba fieramente un nubio como un roble.

La espigadera de Peligros al ver conseguido su diabólico objeto, con osadia punible y sacrílega, se acercó al lecho del emir Almuminin y sacando unas tijeritas de oro, repeló á su sabor las reales barbas del monarca granadino (loado sea); le desaló el turbante, labróle con entrambas puntas unas orejas de burro, que sujetó con destreza suma sobre las sienes otras veces coronadas. Despues agarró el riquísimo laud de la ciega y lo arrojó á la fuente que en el centro saltaba, desordenó los cojines y las otomanas, arrancó las flores, apagó las luces, derramó aceite en los pebeteros, todo con la viveza de una chiquilla traviesa, y asomándose al ajimez, dió un agudísimo grito imitando el canto de la abubilla. Contestóle en el bosque otra ave de la misma especie; pero con voz mas entera, como de pájaro macho, y la bailarina ató el chal de Persia á la columna del doble arco y se deslizó al bosque donde fué recibida por los robustos brazos del capitan fiero y zahareño de los lamtunis. El guerrero de la porra de hierro condujo á la campesina por estraviados senderos, hasta que saltando por un portillo cercano á la puerta de Guadix la colocó en el delantero de su caballo árabe, partió á escape con direccion á Peligros y con la ayuda de Dios llegaron felizmente.

Pasadas algunas horas, cuando se venia entrando el alba por las puertas del Oriente, despertó el rey de su dulcísimo letargo y abriendo con torpeza los mortecinos ojos, se halló en la mas profunda oscuridad, con no poco sobresalto de su ánimo. Otra vez se creyó en el pantanoso sótano de marras. Alzóse del lecho, despues de recorrer con sus convulsas manos el lugar donde se hallaba recostado, empezó á andar con atentados pasos, y tuvo tan negra fortuna que tropezando con la esclava del arpa, dormida aun, pegó la mas soberana de las caidas, cogiendo no una liebre como decir suelen los cazadores, sino dos famosos chichones en la frente y algunas magulladuras en manos y narices.

Gritó viéndose en tan duro trance, con la cólera de un elefante derribado, y á sus voces acudieron gente de armas, criados y señores todos ignorantes de las tinieblas del aposento real, dieron de bruces al llegar á la puerta interceptada con el cuerpo del etiope. Al fin los creyentes y el emir lograron ponerse de pié: vinieron luces y con terror contemplaron los cortesanos el desórden de la estancia y con mal reprimida burla las orejas de burro del monarca y sus respetadas barbas. El emir se lanzó al ajimez de donde pendia aun el chal riquísimo de Persia, conoció que el pájaro habia volado, y con esto su furor y sus estremos crecieron.

Salióse de la cuadra magnífica y mandó soltar las fieras de su real palacio para que devorasen á todo mortal, quiso incendiar con su propia mano la torre de los Príncipes donde habitaban sus mugeres, represar las aguas del Darro y con ellas inundar la ciudad: mas por fortuna un furioso leon libio, se acercó con demasiada confianza al emir y se dieron contraórdenes ejecutivas que calmaron la conturbacion que en todos los semblantes se leia.

Despues quiso el diablo que hallase á mano una luna de bruñido acero y que echase de ver su rapadura trasquilada y sus orejas de asno el asendereado señor de las tierras granadinas. Lo que entonces tramó de crueldades y de horribles desahogos, no es para contado de pasado, y bien merecia historia aparte, si con ella no temiera afligir á mis lectores demasiado benévolos.

Pues, siguiendo nuestro relato, como todo en la tierra calma y atempera, al menos en lo esterior, el buen emir consolóse tambien, gracias especialmente á la mediacion de un negro, famosísimo cocinero que desvelóse en aquellos dias por ofrecer sabrosos platos al irritado señor.

—No alcanzo, decia reflexionando en calma, cómo haya hombres y mugeres tan sagaces que engañar puedan á mi real perspicacia; magos y encantadores egipcios habitan ese lugar de Peligros, y con artes del diablo, que no con fuerzas humanas es preciso labrar su completa destruccion y borrar mis afrentas.

Con esta idea fija, mandó llamar á todos los magos naturales y estrangeros y les consultó el caso. Ninguno respondió satisfactoriamente, y el soberano sin respeto á derechos naturales ni de gentes, dió con todos ellos en la plaza de Bib-Rambla, y les mandó aplicar quinientos azotes de buena mano, á telon corrido, y á presencia de la espantada muchedumbre.

La venganza trabaja mucho el corazon de los Reyes, porque acostumbrados á no sufrir contrariedad, si algo se les antepone, luchan de continuo por destruirlo con refinado encono. Asi el emir granadino no podia dormir tranquilo pensando en los medios de acabar con los peligreños que seguian divirtiéndose sin dárseles un ardite de la cólera real.

Una noche de octubre, martes era por cierto, observando que no le habian crecido las tonsuradas barbas, esclamó desesperado:

—Al diablo diera cuanto pidiese si me ayudase á vengarme, y por las cenizas de mi padre lo juro.

Aun no habia acabado de pronunciar el apóstrofe, cuando apareció ante su vista un guerrero de hermosa presencia, rodeado de un vapor color de escarlata.

—Aqui me tienes, dijo el recien venido con voz entera y varonil, soy el diablo: no te espantes, que aunque gozo de mala fama lo hago bien con mis amigos y no me como los niños crudos. Serénate y hablemos en razon.

Tan política arenga produjo buen efecto en el monarca; pero no podia desplegar los labios. El diablo prosiguió sin parar mientes en tan descortés turbacion.

—Lo que pides vale gran recompensa y exige un razonable estipendio para reparar solo mis daños y perjuicios. Peligros es lugar consagrado al placer, y recojo entre sus habitantes crecida cosecha; pero si tu generosidad iguala á tus deseos de venganza haremos trato.

—Qué deseas, balbuceó el monarca.

—Poca cosa: arrancaré de patilla el pueblo con todas sus alcarias y haré polvo entre los torbellinos del huracan todo lo que ahora crece, vive y se asienta sobre el arca de aquellos alcores.....

—¡Ah! te concedo de antemano cuanto pidas..... esclamó el emir ébrio de gozo y saboreando en sus mientes la venganza horrible.

—Quiero tu alma y tu cuerpo, esclamó prontamente el diablo, y un barrio de Granada en via de indemnizacion.

—¡Imposible!

—Lo has jurado por las cenizas de tus padres.

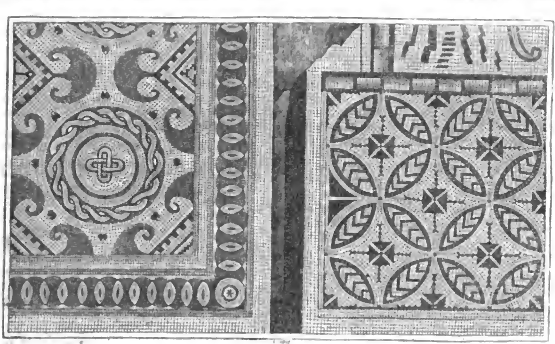
Desapareció el guerrero de la brillante armadura, como un grano de arena si al mar se arroja, y el emir quedó ensimesmado recordando su imprudencia; mas al verse retratado en la clara superficie de la fuente, al considerar sus barbas trasquiladas dijo para sus adentros algo consolado:

—Al menos acabaré con esa raza maldita.

¿Qué hizo el diablo? Segunda parte requiere el caso.

(*Concluirá.*)

JOSE GIMENEZ SERRANO.



ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.

MOSAICO ROMANO DE LUGO.

La arqueología encuentra en la Península diversas ciudades monumentales que perpetúan entre nosotros la civilizacion de sus dominadores. Los escombros de los anfiteatros y de los arcos triunfales recuerdan la omnipotencia de los Césares; las ruinas de aquellas basílicas alumbradas débilmente por la escasa luz de las ojivas, y de los desmoronados rastrillos cubiertos de yedra como la greñuda cabeza de un gigante derribado, traen á la memoria la ambigua nacionalidad española de la edad media, y los restos de las arabescas mez-

quitas que la religion cristiana ha bautizado con el nombre de catedrales, y de los voluptuosos baños donde la luz de los cristales abigarrados era un nuevo deleite hábilmente combinado, esplican la molicie oriental de un pueblo que habia castigado la alevosía en las márgenes del Guadalete.

De los romanos solo nos han quedado escombros, sobre los cuales han pasado los hordas de Alarico y las tribus del Africa: lo necesario para hacer desaparecer un pueblo. Los monumentos de los godos y de los árabes los adoptó el cristianismo porque encontraba en sus formas la analogía de las artes, pero la cosmogonía romana era severa y árida, y mal se avenian las condiciones del politeismo con la revelacion espiritual y poética de la arquitectura que los cruzados aperían á la Europa cristiana.

Hé aquí la razon por qué derribados los monumentos romanos merecen el estudio y la consideracion de los arqueólogos los pueblos que han guardado entre el polvo de sus construcciones sucesivas los restos de sus primitivos dominadores. La ciudad de Lugo pertenece al número de las poblaciones que no han podido borrar su carácter romano á pesar de sus numerosas reconstrucciones. Sus murallas son romanas; el magnífico puente sobre el rio Miño, cortado durante la guerra de la Independencia, es romano; en las tapias de las huertas no se encuentra el nombre de una calle ó la lápida de un aniversario, sino la inscripcion del sepulcro de un pretor ó las iniciales votivas á Diana ó Jove.

Entre los monumentos que revelan su antigüedad merece particular mencion el mosáico romano descubierto en 1842 en la calle de Batitales. El fragmento principal de esta obra se compone de 67 pies y 9 pulgadas de longitud, y 3 pies de latitud, sin tener en cuenta la estension de uno de los costados que se estiende á 11 pies y 8 pulgadas. Compuesto de piezas cúbicas é iguales entre sí, que sirven para la distribucion gradual de los colores pardo, gris, encarnado, rosa, apizarrado y amarillo sucio, sobre un fondo de blanco amarillento que revela la condicion caliza de los materiales empleados en esta fábrica, presenta la conservacion venerable que las demoliciones conceden con frecuencia á los vestigios de una remota grandeza.

Para apreciar en su verdadero valor el delicado trabajo del mosáico de Lugo, se debe hacer particular mencion de los detalles de que se compone (1). Aparte de un airoso ciervo saliendo de una oja de acanto y un tigre saltando sobre otra oja de igual naturaleza destruidos por la piqueta de los albañiles al remover los escombros, se distinguen en los grandes tableros del mosáico dos orlas cortadas por diversos modillones. La graduacion de los colores tiene la combinacion artística de la perspectiva. La faja principal que forma un ángulo de 45 grados con el eje de la calle y en la próxima direccion de N. á S., ocupando la parte central del templo por la estension de sus líneas y la significacion de sus atributos, es el fragmento mas importante del mosáico de la calle de Batitales. En medio de sus diversos compartimientos se reconoce una cabeza colosal de 3 pies de altura con larga y al parecer mojada cabellera, barba pródiga, la frente mitológicamente caracterizada con dos airones encarnados y dominados por dos trompas terminadas en medias lunas imperfectas que arrancan de las sienes, y cerca de cuyas trompas se reconocen dos orejas como de caballo, de un color encarnado que gana en armonía para el conjunto lo que pierde en naturalidad. Dos barbos caracterizados con la mayor exactitud salen de debajo de su barba cruzando de derecha á izquierda. En las proporciones de esta cabeza se reconoce la magestad sobrehumana, tal cual la comprendia la cosmogonía antigua. En sus líneas no se echa de ver la suavidad de las personificaciones del cristianismo: es una divinidad pagana. El desorden de algunas hileras de mosáico colocadas sin órden ni armonía cerca de los delfines que por su carácter é importancia aparecen cerca de la divinidad aplican el flujo y reflujo de la mar donde se sostienen barbos, conchas y erizos marítimos. La cara colosal debe representar á una divinidad marítima. Cuando el viajero se hace romano, es decir, cuando pisa este mosáico con la respetuosa veneracion que lo contemporáneo concede á lo remoto, parece esta cabeza un trabajo ingrietado y adulterado por una desigual combinacion de piezas, pero al tornarse transeunte el forastero, esto es, cuando hace gravitar sus pies sobre la nueva calle de Batitales, desaparecen las grietas, el surco de los colores sin medias tintas y la holgada combinacion de las piezas: entonces parece una escogida miniatura.

Uno de los fragmentos del mosáico que merece una particular mencion por la regularidad de sus filetes y modillones compartidos con simetría, es el que posee el apreciable farmacéutico Sr. Rodriguez, cuyo reconocimiento facilita él mismo á los viageros con la mas atenta y benévola condescendencia. Nuestros lectores podrán reconocer el minucioso trabajo del conjunto calculando que la copia de esta parte del monumento que para la mayor apreciacion del presente artículo ha dibujado el jóven laborioso don Ramon Armesto, está delineada segun la proporcion de una parte por cada diez y seis del orijinal.

(1) La mayor parte de estos datos están tomados de una memoria que el autor ha escrito sobre este grandioso resto de las artes romanas.

La estension con que hemos procurado describir los detalles mas importantes del mosáico no nos permite presentar las diversas memorias arqueológicas é históricas que algunas personas inteligentes han formado sobre la significacion de los accesorios del pavimento y la advocacion del edificio que debieron embellecer en los buenos tiempos de Augusto. El Sr. D. Francisco Armesto, de la comision de la Sociedad Económica de Lugo en 1842, se inclina á creer como verosimil que debió pertenecer á un templo dedicado á Diana; pero la colosal cabeza del Occeano complica esta apreciacion arqueológica. El Sr. Castro y Martinez, en una memoria manuscrita que hemos tenido á la vista, presenta la opinion de que la cabeza simboliza la transformacion de Acteon ó tal vez el rio Miño, asegurando que los accesorios del mosáico como son las medias lunas que nuestros lectores pueden observar en el primer comportamiento de la copia publicada al frente de este artículo, y los barbos, pez dedicado á esta diosa segun el testimonio de Ateneo y Platon, declaran por otra parte que el templo estuvo dedicado á la protectora Diana.

Nosotros creemos que la colosal cabeza representa el Occeano, porque si bien es cierto que muchas veces las divinidades marítimas eran representadas caminando ó sentadas sobre las aguas por los restos de la estatuaria y pintura romanas que se presentan en *L'antiquité expliquee* y en *Le pitture antiche d'Ercolano*, echamos de ver muchos de los accesorios que encierra esta delicada obra de mosáico. *Lucus Augusti* era la primera ciudad de Galicia durante el imperio romano, de aquel aguerrido y rebelde territorio que hizo beber las aguas del Leteo á los soldados de Bruto y tener abiertos por mucho tiempo á Augusto las puertas del templo de Jano. Los romanos consideraban á Galicia como una provincia favorecida por el Occeano, y consecuentes entre sí la religion y la política era digno de la primera ciudad de su territorio un templo dedicado al Occeano.

No terminaremos esta rápida reseña histórica y arqueológica sin consignar los diversos proyectos anunciados para la mas duradera conservacion de este mosáico. En 1842 una comision de la Sociedad Económica de Lugo intentó levantarlo para evitar que el enlosado de la calle lo destruyese; pero se desistió de este pensamiento por lo arriesgado y costoso. La comision presentó tambien un presupuesto de las obras necesarias para el facil reconocimiento del mosáico, las cuales consistian en una rotunda de 24 varas de largo sostenidas por 20 columnas de hierro con los bastidores de vidrieras de 6 pies de alto, y sostenidas las aceras por un cornison apoyado en el fondo de la calle; pero este pensamiento cuya realizacion costaba 13,248 rs., no se ha llevado á cabo hasta lo presente. Por el ministerio de la Gobernacion se dirijió entonces una real órden al Gefe político de Lugo, Sr. Gattel, en la cual se aplazaba la determinacion de adquirir los terrenos que apareciesen cubiertos de mosáico.

Desgraciadamente este maravilloso fragmento de las artes romanas permanece en la actualidad sujeto á las eventualidades de una escasa duracion, porque recibiendo las aguas de la calle, á la cual no se ha podido dar un desahogo regular que seria interrumpido por el mismo mosáico, sufre una frecuente infiltracion que hará degenerar sus animados colores, ó desunir sus numerosas piezas. El transeunte se vé obligado á preguntar si la arqueta que se encuentra en uno de los estremos de la calle de Batitales sirve para la entrada de un aljibe, ó para la galería de un mosáico romano.

Lugo—enero—3—1850. ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apeóse del caballo que estaba enseñado á seguirle: rodeóle las riendas al cuello, y apoyado en la lanza, comenzó á sondear el terreno por todos lados para descubrir por donde podria caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez á un árbol caido que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas cuando el agua era poca y el fondo firme; llegó á un parage donde un peñon altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se estendia delante de él, le servia de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no habia mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, á manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso.

Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco: antes aquella inconsiderada resolucion le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar hácia la orilla haciendo como antes hincapié en la lanza; pero la lanza se le hundió tambien y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecia salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñon inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas sin que se viese de qué mano venia echada. Asió del torcido cáñamo el apurado jóven tan alegre como atónito, subió ligero por las firmes travesias, y al llegar á la cima de la peña, su pasmo rayó en lo inesplicable. Tras el borde del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro á semejanza de pretil ó parapeto, de donde pendia la escalera enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de nueve ó diez años, la cual echada de pechos sobre el pretil, tendia cariñosamente los tiernos brazos á Recesvinto. Maquinalmente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña: la agitacion producida por el riesgo pasado y la aparicion presente, le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decia con acento de inefable dulzura:

—Bien pensaba que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

—Dime por Dios quién eres, celestial criatura, prorumpió enagenado Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

Soy Floriana, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

—¿Son esas las únicas personas que conoces?

—Conozco ademas al sacerdote Agivario; pero yo jamás he salido de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios tragera para mi un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé á donde, me dije á mi misma: si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenérsela preparada. Inspiracion fué seguramente del cielo: apenas la arrojé por encima del peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

—Tú sí que estabas destinada por él para salvarme la vida, repuso Recesvinto estrechándola en sus brazos, como se abrazaba á un niño.

—Ven á que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Despues de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perderia en aquel laberinto mil veces el que no llevara guia, porque la frondosidad del ramage se condensaba por parte en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrian mieses, por otro viñedos, y árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena: una ligera columna de humo que se elevaba por los aires indicaba una habitacion: indicábanla tambien numerosas bandadas de palomas que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atencion de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu, era su encantadora guia. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia esquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La mágia nativa de su lenguage se realzaba con la espresion celeste de la fisonomía: el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus megillas virginales, con la finura indefinible de sus labios; parecia ageno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecian la blanda armonía del todo: la hija del valle tal como brillaba á los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera próxima á ser una gran beldad.

Salia de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle, pero oyó con benignidad la relacion de su entrada. Al repetir Floriana aquella espresion «este es el compañero que Dios me envia,» sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo y le abrió en seguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los mas apacibles de su vida.

Fulgencio, español de origen, atropellado en su juventud por un general orgulloso, se habia retirado á aquel valle inculto, cuyo terreno le pertenecia. En él habia pasado largos años solo con un esclavo: una casualidad le hizo conocer mucho despues á la virtuosa y bella Pomponia, con quién se unió al pie de los altares y vivió feliz algunos años: fruto de su casto seno fué la inocente Floriana. Al cumplir la hija el primer lustro, falleció la madre.

Conoció Recesvinto durante su permanencia en el valle lo que jamás antes hubiera creido posible, que un individuo de la clase villana ó plebeya, un español, ó como se decia entonces un romano, poseyese las luces y el valor que la clase vencedora consideraba como patrimonio suyo. Fulgencio ocultando su estirpe, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. Conocida su cuna, le habia sido quitado con ignominia el cíngulo de guerrero. Fulgencio leia y esplicaba á César, á Virgilio y á San Isidoro: Floriana, enseñada por su padre, habia estudiado *las Geórgicas* y los *Varones ilustres*.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española. Tú eres sin duda, repetia Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

—Sí, ángel mio, esclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, irresistible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuando volveré á verte, pero yo volveré. Espérame y no desconfíes aunque tarde.

Partió.—Tardó.—Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero:—Partió.

Quindasvinto fué elevado al trono de España: las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo:—Tardó.

Pero los cuidados de su gerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacio:—Volvió.

Floriana crecia en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repetia cada vez con mas frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretesto. Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto que ya era una pasion vehemente: recordó la ley que le impedia recibir en su tálamo á una romana, recordó las obligaciones de príncipe y quiso cumplirlas. El rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del Rey y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavía era posible escusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al príncipe á pensar en lo que si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraiso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvio que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad: el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya por altanería ó por prudencia no habia querido pedir cuentas al Rey. El príncipe acudió al valle, como ya dije, y se casó secretamente con Floriana sin revelarle su gerarquía: para ella Recesvinto solo era un romano natural de Toledo: esto es lo que habia dicho á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su cabaña: el nombre con que se habia disfrazado era Eliodoro. Fulgencio no existia ya.

Todas estas cosas hubo de referir ó esplicar Recesvinto á su padre, despues de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana y aun las de todas: yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

—¡Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana..... si tuvieras ocasion de conocer sus virtudes!.....

—Si esas virtudes se sujetaran á una prueba......

—Hazla.

—Tú me desafias.

—Sí.

—Insensato, repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen lo que piensa, retírate á tu cuarto y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

(*Continuará.*)—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



COSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

EL CIEGO.

Aquí en discordes acentos
el corazon nos desgarra
un ciego con sus lamentos
y tambien con su guitarra.
Ciudadanos de zamarra
ó caballeros de frá
¿quién de vosotros será
tan mezquino ó tan borrego
que no dé limosna al ciego?

En verdad le causa grima
cuando corre el diapason:
una vez salta la prima,
otra vez falla el bordon.
Lances de su estado son
que toda humana persona
con alma y vida perdona
cada vez que oye este ruego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Por ver si su suerte mala
se aleja con la propina,
cuando no canta la Atala,
canta la triste Corina.
¿Cuál será el alma mezquina,
cuál el corazon de esparto
que no dé siquiera un cuarto
cuando oye gritar con fuego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Ved que el pobre se incomoda
sin hallar cura á sus males
desde que acabó la moda
de los himnos nacionales.
No eran tiempos tan fatales
como los que andando van,
pues el mas pobre patan
oyendo el himno de Riego
largaba limosna al ciego.

Acabó aquel estribillo
y desde entonces, es llano,
es su boca un baturrillo
de sagrado y de profano.
El pobre se esfuerza en vano,
y si canta no es victoria;
mas si aprende de memoria
un pliego tras otro pliego
¿quién no dá limosna al ciego?

Cuando llega la cuaresma
con pésames y pesares,
el pobre saca una resma
de religiosos cantares.
Echa el bofe y los hijares
cantando coplas famosas
y hay personas tan piadosas
que escuchan y se van luego
sin dar un ochavo al ciego.

Viene despues Noche Buena
y se hace el pulmon añicos
cantando con voz serena
los sublimes villancicos.
Hombres, mujeres y chicos
amparar al pobre quieren,
y ¡ay de los que no lo hicieren!
porque no tendrán sosiego
si no dan limosna al ciego.

Por reyes á los mancebos
dá tentaciones y afanes
despachando «motes nuevos
para damas y galanes.»
Mas de cuatro perillanes
con papel tan puro y casto
dan á su amor rico pasto
y de su amor no reniego
si vale limosna al ciego.

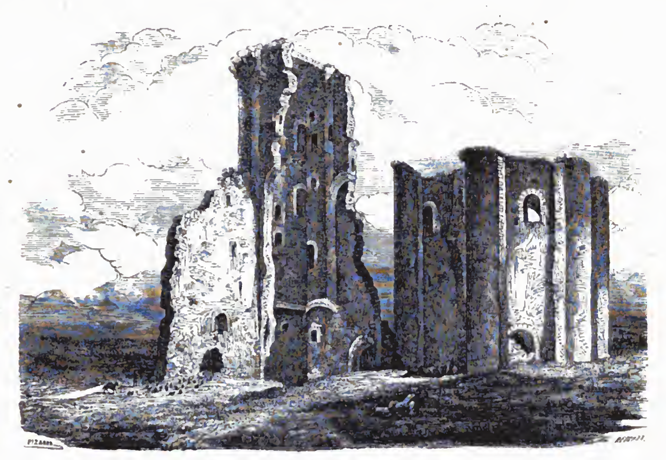
Vende entre tiempo otras cosas
buenas y malas, creedme;
como romances y glosas
que están diciendo comedme.
Hazañas cuenta famosas
de Oliveros y Roldan
con otros que allá se van
y cuya bondad no niego
si valen limosna al ciego.

Vende tambien á porfia
cuando es cosa necesaria,
números de loteria
ó *Gaceta* estraordinaria.
No es de gente visionaria
mirar esto con desden
pues no produce otro bien,
como comprende el mas lego,
que dar la limosna al ciego.

A la caridad convida
en fin, su afan inocente,
pues tiende á ganar la vida
tranquila y honradamente.
Y por eso es evidente,
ya lo tengo decretado,
queda de hoy mas declarado
que es un solemne borrego
quien no dá limosna al ciego.

J. M. VILLERGAS.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION
a cargo de D. G. Alhambra.



(Ruinas del Castillo de Polán, provincia de Toledo.)

COSTUMBRES.

YO EN VENTA.

Asi que me vi en la calle, que era la de *Los Estudios de San Isidro*, empecé á dar grandes voces diciendo:—¿Quién compra un hombre, que por estar desesperado, ha resuelto venderse á cualquier precio y sin reparar en condiciones?—Y era verdad; estaba desesperado, porque nada debia esperar de mi bolsa, lastimosamente agujereada por la polilla, insigne amiga de la quietud y del retiro; y hubiérame pasado al moro, como suele decirse, cansado de ser cristiano pobre, ya que no viejo, si el moro hubiese tenido á bien pagarme el viaje hasta Gibraltar, y de allí hasta donde *Allah* fuese servido.

A las voces que yo daba, acudió al punto gran multitud de gentes ociosas y desocupadas, y por lo tanto curiosas. Prenderos muchos, estudiantes algunos, y tunos todos ó casi todos, dieron desde luego en seguirme, cercarme y aburrirme con tal empeño y tan dañada intencion, que en poco estuvo el que me retirase, confuso y avergonzado, renegando de la publicidad y de la fama, como antes habia renegado de la oscuridad y la pobreza.

—¡Lléveme el diablo si este hombre está en su juicio!—decia un viejecillo ruin y corcobado, salido al parecer del fondo de uno de aquellos miserables tenduchos, en donde tanto epigrama de trapo eclipsa y oscurece los de Marcial, aunque famosos.—¡Miren qué ojos, señores, qué rostro y qué ademanes! No, si no déjenle ir por ahí á su albedrio, que él hará alguna de las suyas.—Jurára que antes de llegar al Rastro, dijo otro, ya la habia hecho, segun vá de perdido y desatinado. Ténganle, ténganle por amor de Dios, que el hospital es grande, y no ha estar allí peor que entre nosotros.—Ese prójimo va á dar contra una esquina—gritaba un estudiante, muy satisfecho de sí y de su latin, aunque menos bien hablado que Ciceron, si he de creer á mis oidos, que oyeron cosas que él dijo y yo callo, y que seguramente no habia leido en Salustio, Tito Livio, ni el buen Cornelio Nepote.—¡Asi beberá menos!—añadió otro estudiante, algo duro de cascos y macizo de entendimiento, segun comprendí mas tarde. No he visto hombre como él; apenas pasa dia que no le tope por esas calles, tropezando y cayendo como quien sale del bodegon; y sin embargo, cualquiera que en mejor ocasion le viese, acaso le tomaria por un filósofo, un sabio, ó por uno de esos entes ensimismados, de quienes comunmente se dice que les sopla la musa.—¿Quién duda que á este le sopla volvió á decir el que habló primero, despues de haber visto y leido este papel que ha dejado caer el sin ventura? —*Lege, amice, lege*, gritaron á una voz varios estudiantes, apiñándose cada vez mas y mas á mi alrededor, sin temor de Dios ni del diablo, que en aquel momento quizás ni se acordaban de mi nombre. El estudiante primero, y no se crea que esto es comedia, al oir el *lege* escolar, desdobló el papel de què hablado habia, y que acababa de alcanzar del suelo, y con indiscreta prontitud leyó lo que sigue:

Es el hambre de vil naturaleza
Mónstruo feroz; aunque le ataques, Fabio,
Armado de los pies á la cabeza,
No lograrás vencerle, que es muy sábio;
Y mejor que tu padre y tú conoce
Tu parte flaca, sin hacerte agravio.

Al llegar aquí, y no sé por qué, estudiantes y prenderos, manolos y mugercillas soltaron la carcajada, clavando en mí sus ojos con tanta admiracion como alegria.—No es tonto, dijeron unos.—No está loco, murmuraron otros.—Ni borracho, añadieron los que nada habian dicho hasta entonces. Hé aquí el pueblo, la multitud, las *masas*, dije yo para mis adentros cuando vi y entendí lo que pasaba; ya son mios, y no há mas que un momento que me escarnecian, acosaban y malquerian. Aprovechemos la ocasion favorable que se nos presenta, antes que cambie el viento, que nada hay mas inconsecuente que esto que llaman *público*, sin duda porque las cabezas *ligeras y mal sentadas* abundan en todas partes.

Algunos segundos despues de hechas estas reflexiones, que otro llamará juiciosas, si se lo parecen y quiere ser sincero, lo cual no es muy comun por cierto; subido sobre un banco vacilante, que manos caritativas sujetaban y traian á la razon como mejor podian, de esta manera, y con voz firme y sonora, hablaba yo á aquellos lobos, convertidos como por encanto en mansísimos borregos:

—Señores: una vez que el vulgo díscolo (iba á decir bárbaro) ha enmudecido, y que los hombres de sano juicio y recta intencion me escucban.... (estas pocas palabras acabaron de restablecer el silencio) voy á deciros quién soy, y cómo soy, cómo y á qué he venido. Y para no mortificar vuestra curiosidad, empiezo ahora y digo: que soy el bachiller Sanson Carrasco, de quien mucho se ha hablado por el mundo, desde Benengeli acá; hijo de mi padre, como no podia menos de ser; salí del vientre de mi madre como Dios quiso, siendo bien recibido de cuantos me esperaban, tal vez por aquello de *bien vengas mal si vienes solo*.

Muy incauto y ternezuelo era yo todavía cuando *Erato*, una de las nueve hermanas, á quienes conocereis—y fijé la vista en la estu-

diantina, que quedó *haciendo memoria*— me puso entre las manos la lira, y soplándome la leccion al oido, me dijo: «canta»—porque Erato nunca ha dicho: «toca»—y canté, si no como un ruiseñor, como otra ave mas modesta.

Años despues, no muchos, llamábanme poeta las gentes, y yo no me picaba por ello si he de decir verdad; pero ¡ay! cuán poco duran las glorias humanas, y con cuánta razon han escrito los sábios de todos los tiempos y paises, que son *humo*, *viento*, *polvo* y otras cosas tan fugaces como esas! Alegrábame los oidos el rumorcillo de las alabanzas, y sonreia mi vanidad halagada como dama cercada de adoradores, ó como florecilla á quien adula el céfiro, lo cual, si no tan exacto, es sin disputa mucho mas galano y poético; cuando hé aquí que llama un dia á mis puertas el *Hambre*, vestida de luto, pálida y desencajada. Preguntéle quién era, porque no le conocia, y me respondió que abriese, pues al fin tendria que hacerlo, al mas antiguo é inseparable compañero de los poetas.—¡Buen compañero serás tú, le dije, cuando todo en tí respira desolacion, miseria y hambre!—Ese es mi nombre, respondió con gravedad el enlutado. Di un grito y en seguida un portazo, corri el cerrojo, eché la llave, y entré apresuradamente en mi cuarto, por el cual comencé á dar cortos paseos, porque la estrechez en que vivo no los consiente largos, buscando y rebuscando en el laberinto de mi imaginacion *planes*, *pensamientos*, *recursos*..... que no pude encontrar por mas que hice. El Hambre, en tanto, con la mas santa paciencia, seguia llamando suavemente, y como quien sabe que le han de abrir, affigiéndome no poco con su constancia y tenacidad. Pasó aquel dia y pasaron varios, sin que *el antiguo compañero de los poetas*, cansado de llamar á mi puerta siempre en vano, se retirase en paz y me dejase contento y tranquilo como hasta entonces, que mas no deseaba yo ni queria.

Una mañana, harto de él, que en toda la pasada noche me habia permitido pegar los ojos, é irritado hasta conmigo mismo, corrí á la puerta, quité el cerrojo, di una vuelta á la llave y abrí. Rióse el Hambre al verme, y muy cortesmente, y con el sombrero en la mano, me preguntó *si podia pasar?* Díjele, mirándole atravesadamente por supuesto, que iba á salir, y respondió *que iria conmigo*, con esa dulzura y cordialidad que rara vez echamos de menos en los que mas nos molestan. Vencíme y callé; cerré mi puerta; guardé la llave, y eché á andar con tal priesa y furor, que mas parecia caballo desbocado que persona que va ó viene.

Medio Madrid corrí aquel dia: visité á dos altos personajes y digo *altos*, porque ambos vivian en dos guardillas, las mas elevadas acaso de la Corte—é imploré su proteccion como un favor del cielo; y á fé que no iba mal en esto, pues mis dos hombres se andaban tan por las nubes. Ambos eran usureros, judíos ó malos cristianos, como mejor llamarlos se os antoje, y, como todos los de su especie, bellacos y desconfiados. Pedíles y me miraron: volví á pedirles, é hicieron como que no me entendian; despedíme, y entonces por encubrir su ruindad, me pidieron ellos. Fuí en seguida á la casa de un editor amigo, y luego á la de otro, y mas tarde á la de un tercero, y todos gimieron y lloraron tanto, sospechando que iba necesitado, como era la verdad, que olvidado de mí y enternecido, juré solemnemente no volver á visitarlos hasta que tuviese algunos reales de sobra, con que socorrer su miseria y aliviar su desgracia.

Volvíame ya á mi morada, mohino y cabiloso, cuando el Hambre, que hasta aquel momento habia ido detrás de mí, respetuosa y humilde, se adelantó francamente hasta ponerse á mi lado, y empezó á tratarme con tanta confianza, apeándome ya el tratamiento, que desde entonces me creí perdido con tales veras, que ni aun se me ocurrió llamar en mi ayuda á la esperanza. Llegamos por fin á casa, porque no tuve fuerzas para rechazarle, juntos y asidos del brazo como dos buenos amigos. Entré y entró; sentéme y sentóse; pasó una hora, pasaron dos, y hubieran pasado ciento mirándonos las caras—no sé bien si al sol, ó á la luna, ó á la luz de algun farol vecino, que en la ventana de mi cuarto daba, que tal me hallaba yo que ni aun de mí sabia—si mi nuevo compañero, el que era antiguo de los poetas, y á quien Dios confunda, no me hubiera preguntado: «¿qué piensas?» con cierto interés que me llenó de asombro.—Pienso, le dije al cabo de algunos momentos, que no hay que pensar ya en vivir, sino en los medios de acabar mas pronto.—Ten calma, aunque me tengas á mí—respondió el Hambre; y siguió preguntando:—¿Tienes muebles que vender?—Los he vendido ya, contesté, por alejarte á tí cuando dabas aldabonazos á mi puerta.—¿Qué ropa te queda?—La que vés—y señalé á la que tenia puesta, que es esta misma.—¿Qué has hecho de tus libros? ¿dónde están?—En el Rastro; estaban tan mal tratados que ni aun allí los querian.—¿Qué te resta pues?—Dudé un instante antes de responder.—Mi talento.—El Hambre meneó la cabeza.—¡Pobre hombre! y... ¿nada mas?—Ambicion, amor á la gloria..—¿Absolutamente nada mas?—Sí, mi honradez, mi.....—¡Talento!.. ¡amor á la gloria!.. ¡honradez! esclamó el Hambre: ¡Desgraciado! corre al Rastro con ellos, á ver si allí tienen salida como tus libros.

En cualquiera otra ocasion me hubiera hecho reir este consejo: pero hay momentos en que la risa, escondida en algun rincon del alma, ni deja que la vean los otros, que algo importa, ni, lo que importa mucho, que la sintamos retozar nosotros. Esta vez, no solo no me reí, sino que me faltó poco para llorar. Híceme, sin embargo, la cuenta que llaman del perdido, y me dije:—«ánimo; las lágrimas no salvan sino á la hora de la muerte; y sobre todo ¿qué es la vida? La vida es sueño; y esta miseria, que á mí me parece vigilia, es sueño tambien. Sea lo que Dios quiera; Dios hizo el mundo de la nada, y nada soy yo; y todo es nada, por mucho que á mí me haya parecido.»

Con este y otros consuelos se fué aliviando mi pena, hasta que, sin saber cómo, me hallé dormido, y real y verdaderamente soñando. ¡Pero que sueños, Dios mio, tan estraordinarios aquellos! Tan pronto iba corriendo tras de un editor, que al tiempo de ser cojido, se me convertia en piedra, como exhalando ayes, y lleno el corazon de susto, veia á mis pies un abismo hácia el cual me empujaba un horrible mónstruo. Caia en él al cabo de algunos momentos de resistencia; bajaba una, dos y aun tres leguas antes de llegar al fondo; todavia estaba este lejos cuando un gran ruido que sobre mí venia, me hacia estremecer de repente y encomendar á Dios de todas veras. Causábale un enorme pájaro que, compadecido de mí, al verme tan cerca de la muerte, cojíame con su pico como si fuese un grano de cebada, y me levantaba hasta la orilla del precipicio, donde me dejaba á poco despues de haberme *dicho*, ó cantado en la lengua de la volatería, que él se llamaba: Rastro, *y que era un pájaro de muy mal agüero: pero que no siempre cumplia lo que ofrecia como habia visto, pues acababa de hacerme un beneficio que no á todos hubiera hecho.* Desaparecia luego el pájaro, y el editor volvia á aparecer, y yo á seguirle, y él á convertirse en piedra.

Tambien volvia á aparecer el abismo y con él el monstruo; empujábame nuevamente, caia yo, tornaba á sacarme el pájaro, y otra vez me decia su nombre, con todo lo demas que habeis oido. Una vez sola cambió la escena, y fué como sigue: iba yo siguiendo á mi editor como de costumbre; de pronto se para, vuélvese á mí y me grita:—«¡la bolsa ó la vida!»—¡Aquí del rey, que me roban! díme priesa á decir; pero inútilmente: el editor me despojó con mucho sosiego, y al acabar me habló así:—«sois unos nécios todos vosotros; siempre os pasa lo mismo, y jamás escarmentais; pero á bien que si no hubiera tontos, no habria pícaros; anda con Dios, y hasta otra.»—En esto desperté, y recordando lo que habia oido al Hambre antes de dormirme, y pensando en el pájaro de mi sueño, me eché fuera de casa y me vine aquí, entre vosotros, donde ha ocurrido lo que sabeis, y por sabido callo.

Y callé; y el gentío, que era inmenso, empezó á murmurar á modo de *pueblo de comedia*, con gran satisfaccion mia, que oia, mas ó menos confusamente, palabras como estas:—¡Bien decia yo que era un sábio!—La cara le vende.—La cara y la calva.—¡Gran cosa es una cabeza sin pelo!—Tiene un pico de oro.—No tiene tal, aunque lo parece; si él tuviera de oro el pico, ya se habria quedado sin pico por aprovechar el oro.—Hombres como este no debian morirse nunca.—Si yo pudiese algo en esta patria de buenos, habia de colocar á este hombre mas alto que las estrellas.

—Hoy hago negocio—dije entre mí al escuchar esto; y púseme á gritar como al principio: «¿quién compra un hombre, etc.?—¿Véndese por mayor, amigo? me preguntó uno de los mas próximos.—Véndome todo, respondí.—Hará mal, replicó el otro; véndame el *hombre moral*, como le aconsejó su huésped, y guárdese el *físico*, que, segun es, tengo para mí que no han de querer comprársele.—Miréme y remiréme bien, algo picado, con ánimo de dejar mal á aquel hombre; mas despues de un maduro exámen, tuve que darme por convencido, muy á mi pesar, conociendo el valor de aquella ruda, pero fundada advertencia.

—Puesto que ya me habeis conocido, y cada cual me estima en lo que le parece, dije despues de una breve pausa á los que me rodeaban, compradme, que no nos engañaremos.—Nada perderiamos en ello, respondió un estudiante, si tuviéramos tanto oro como vales, ó como pesas.—Fácil os sería lo primero, dije yo, mas no así lo segundo, pues muy rico tendria que ser el que al peso me comprase.—Eres modesto; me espanta.—Véndote esa modestia que te asombra.—No seré yo el que te la compre.—¿Por qué?—Porque para nada me serviria; antes me estorbaria para mucho.—¿Qué dices?—Que la modestia es un obstáculo, que es preciso destruir para medrar.—Si así lo crees, no la compres.—No hayas cuidado; nunca la he echado de menos.

Hizose á un lado mi estudiante, y yo, sin apesadumbrarme, alzando la voz de nuevo, *modestamente* dije:—¿Quién compra una

modestia que nada vale?—¡Buena será ella cuando así la pondera! oí murmurar junto á mí.—¡Imbécil! repliqué irritado sin saber á quien; si yo mismo encareciese su mérito, ¿tendria alguno mi modestia?—Nada respondió el murmurador, y no pudo hacer mejor cosa. Yo tenia razon, razon sobrada; mi modestia, sin embargo, no se vendia, y yo empezaba á desesperarme.

—Allá va eso dije por último, dejando la modestia á un lado; y saqué á luz otra prenda que, en mi humilde opinion, merecia comprarse.—¿Que es ello? preguntaron todos.—¿Pues no lo veis? grité asombrado de que ninguno conociese el género; es un pedazo de honradez, de hombría de bien, que siempre va conmigo. Esto vale algo. ¡Miren que fortaleza!... No se romperá á dos tirones.—Eso es lo peor que puede tener su honradez, la fortaleza, dijo uno al parecer comerciante; la mia es muy poca cosa... muy sencilla... mucho! pero ha resistido mas que si fuese de bronce.—¡Es posible! —Es... *de goma*—¿Eh?—Digo que es elástica.—¡Báh!—Pues no hay otras.—Hay esta.—Ya; pero es antigua...—¿Antigua?—Há mas de treinta años que no estan en uso las que se le parecen.

Un *si* general acabó de convencerme; metí mi honradez en el cajon de mi conciencia, y fui á hacer otro tanto con mi modestia; pero ¡ay! habiase caido al suelo, y un gallego hombre, de peso, pisoteábala á su sabor, sin advertir, como tan leve, lo que tenia debajo.—Aparta, quita, ahullé sobresaltado. Aturdido el gallego hizose atrás, llevándose de camino media modestia entre los clavos ásperos y *montañosos* de sus sonoros zapatos.—¡Virgen del Puertu! ¿para qué es estu? esclamó con el acento de la ignorancia y de *la tierra*.—Para eso mismo, respondió un rapaz que acercádose habia en aquel instante, y que, á juzgar por las señas, no era tan simple como el gallego.

Y ahora que vuelvo á hablar de mi modestia, no estará de mas advertir, aunque de paso, que por ella no pregoné mi talento, (sea el que fuere) por entonces en voga entre la gente del Rastro; y que acaso hubiera vendido, digo yo, á algun ropavejero de aquellos, que lo hubiera puesto como nuevo con cuatro remiendos y alguno que otro corte de tijera, magistralmente dirigido por la sábia mano de su cara consorte. ¡Hé aquí los beneficios de la juiciosa modestia! ¡lectores! escarmentad y alabaos, que todo es alabar á Dios.

Empeñado en sacar dinero á aquella gente, vendo, volví á decir, una franqueza castellana, á prueba de disgustos y enemistades; y la daré por la mitad de su valor al que me compre esta fé religiosa. Y mostré una y otra.—¡Estan los tiempos tan malos! dijeron unos.—¡Si vendiera cosas mejores! hablaron otros.—¿Nadie les dice nada? pregunté entonces. El silencio era profundo.—¡Ah! ¡quién habia de creer esto! esclamé con el corazon desgarrado; mi muerte es inevitable, segura. ¡Ya no tengo una hilacha de virtud que vender, y, sin embargo, no he despachado nada!—Empecé á rejistrarme, y buscando y rebuscando por aquí y acullá, tropecé con una cajita que saqué y abrí al momento. Me he salvado, dije al ver unas cerillas que contenia, y encendiendo una, grité con toda la fuerza de mis pulmones:—¡Santiago, cierra España!—Pasmáronse todos al oirlo y yo añadí.—¡trescientos maravedis por un millar de *patriotismos*!

Pocos minutos despues me encontré solo, sin compradores, sin admiradores.—Estaba escrito, murmuré resignado, vamos á San Bernardino; pero antes probemos el último recurso, y di una gran voz diciendo: vendo mi alma al diablo!—Un hombre muy feo que á la sazon pasaba, y que, si no era cosa mala, no parecia buena, se acercó á mí con las manos en los bolsillos como quien tiene frio, y casi entre dientes y como recatándose, me preguntó *si fiaba*. Miréle de arriba abajo con reconcentrada furia; él se encojió de hombros, y haciendo un gesto estraño, siguió su camino sin hablar mas palabra.

—¡Loado sea Dios! esclamé, y tomé el de la Plaza improvisando un rosario á la madre de los desamparados, la santísima Virgen María.

El Bachiller SANSON CARRASCO.

POESIAS POLITICAS INEDITAS

del Conde de Villamediana.

Don Juan de Tarsis, Conde de Villamediana, ha escrito una coleccion de poesías politicas que la prévia censura de su tiempo y la violencia de sus conceptos satíricos no han permitido su publicacion, para agravar los motivos que ocasionaron su muerte deplorable, descrita en la siguiente copla vulgar de aquella época, entre los habitantes de la coronada villa:

A Juanillo han dado
Con un estoque,
Quién le ha mandado
Salir de noche.

Algunas colecciones manuscritas de estas poesías, aunque en reducido número, se conservan publicadas en su menor parte en diversos periódicos literarios de 1837 y 1843, y nosotros insertamos á continuacion algunas de las composiciones del malogrado Conde, con diversas notas históricas y literarias debidas á nuestro colaborador y amigo el Sr. Neira de Mosquera.

A LA JORNADA QUE HIZO EL REY Á SEVILLA.

Décima.

Sacra magestad real
¿A qué venis, cómo, á dónde?...
Dígalo el privado Conde (1)
Si el que priva habla verdad.
A ver la primer ciudad
Del mundo, por mil razones
No, ni á ver sus escuadrones
Ni sus fiestas, ¿pues á qué?
Escuchad, yo os lo diré:
A setenta y dos millones.

A DON RODRIGO CALDERON, ESTANDO PRESO.

En jaula está el ruiseñor
Con piguelas que le hieren (2)
Y sus amigos le quieren
Antes mudo que cantor.

A LA PRISION DE DON RODRIGO CALDERON.

Un pilar han derribado
Con tanta fuerza y ruido,
Que de un golpe se han caido
Siete iglesias de su estado; (3)
Y si el pilar ha faltado
Y rompido tanto el quicio,
No es mucho que un edificio,
Si fuerte bravo y bizarro,
Sobre columnas de barro
Haya hecho tan gran vicio.

LLEGÓ Á LA CIUDAD DE SIGUENZA, Y PARA MOSTRAR QUE LAS MUJERES DE ALLI ERAN DAMAS DE LOS CANÓNIGOS, IMPROVISÓ ESTA REDONDILLA:

Llegué leguas caminadas
Por dar descanso á mis plantas,
Al lugar de menos Santas
Y de mas canonizadas.

A VERGEL.

Redondilla.

Bien las sortijas están
En los dedos esmaltadas,
Ganadas á cavalgadas (4)
Como si fuera en Orán.

A JOSEFA VACA. (5)

Oye, Josefa, á quien tu bien desea,
Que es Villa-Nueva aquesta vida humana

(1) Don Gaspar de Guzman, duque de San Lucar de Barrameda y conde de Olivares. Nació en Roma en 1587, y murió en 1645. Fué primer ministro, gran canciller de Indias, tesorero general de Aragon, consejero supremo de Estado, caballerizo mayor, capitan general de toda la caballería de España, grande de España y privado del rey Felipe IV.

(2) *Piguelas* significan metafóricamente los grillos ó cadenas de los presos. Tambien se dice *pihuelas*. Esta palabra es tomada de la cetrería, donde espresa la correa con que se sujetan los pies de los halcones ú otras aves.

(3) Alude al título de marqués de Siete-Iglesias que llevaba don Rodrigo Calderon antes de ser encausado y muerto en el cadalso el dia 21 de octubre de 1621.

(4) Equívoco satírico. Este Vergel era alguacil de córte, y de esta manera la palabra *cabalgada* significa los malos botes que sufriria en las tardes de despejo en la plaza de toros ó en los paseos de solemne proclamacion. Sobre este mismo Vergel escribió otra redondilla muy ingeniosa por el uso que hace de la analogía de terminacion entre diversas palabras:

Qué galan que entró Vergel
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron antes
De amantes de su muger.

(5) Comedianta de la época de Villamediana, de la que hacen mencion Lope de Vega en *Las almenas de Toledo*, y Andrés de Claramonte en su *Letanía moral*. Vino á Madrid en compañía de su marido José Morales. Asistia á las representaciones del Buen-Retiro, donde recibia numerosos aplausos. Fué galanteada por el conde-duque de Olivares, aunque se decia que el verdadero amante de Josefa Vaca era uno *de*

Y á Villa-Flor se pasará mañana,
Que es flor que al sol que mira, lisongea.
Muéstrate peña fiel al que desea
Si en ferias te da ferias y apastrana
Que anda el diablo suelto en Santillana,
Y en barca rota tu caudal se emplea:
Que es rio seco aquesta corte loca
Que lleva agua, Salibre, y á Saldaña
Que pica el gusto y el amor provoca
Que á tu marido el tiempo desengaña.
Que mucha prevencion con edad poca
El valor miente y al valor engaña;
Que callaras si plantares
Fáciles alcañices, no olivares.

AL PRIVADO Y PRINCIPALES MINISTROS DEL REY FELIPE III.

Ocillejo en su caida. (1)

El duque de Lerma
Está frio y quema;
El duque de Ucéda
Esconde la mano y tira la piedra,
Mas viendo su engaño
El mal de los otros ha sido su daño.
El duque de Osuna
Nápoles llora su buena fortuna,
Mas ya que está preso
Mucho se alegra de su mal suceso.
San German
No tenia un pan cuando fué á Milan;
Si allá lo hurtó,
No lo sé yo.
Si desta escapa Calderon
Bástale una racion.....
En galera, digo,
Aunque esta le sobra á tal enemigo.
El Confesor
Si Martin muriera, fuera mejor.
Tomás de Angulo, su hacienda toda trajo
En un mulo.
Juan de Viriza
De miedo se hervia.
El padre Bonal
A sí se hizo bien, á todos mal;
Y su mujer
Lo que ha rapado procura esconder.
Pedro de Tapia
El premio es la escarpia.
Jorge de Tovar
Vallóle el hablar. (2)

[illegible] *de la córte*, el cuarto monarca austriaco en España. El mismo conde de Villamediana escribió otro soneto acerca de ella, aunque ya publicado, muy poco [illegible] que copiamos a continuacion:

[illegible], Josefa, y mire que ya pisa
Esta corte del rey: cordura tenga,
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.
(*Muestra un Cristo.*) (*)
Por esta santa y celestial divisa
Que de hablar con los principes se abstenga,
Y aunque uno y otro duque a verla venga....
Su marido no mas, su honor y misa.»
Dijo Morales, y rezó un poco;
Mas la Josefa le respondió airada.
«¡Oh! lleve el diablo tanto guarda el coco,
Mal haya yo si fuere mas honrada.»
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

(1) Esta poesía es un resúmen de otra composicion del conde de Villamediana, dedicada a los príncipes y ministros del rey Felipe III, la cual tiene por estribillo:

Dilin dilon
Que pasa la procesion.

Esta poesía es una coleccion de semblanzas escritas con el sarcasmo y la intencion de las poesías políticas del conde-poeta. En 1837 se ha publicado en un periódico literario de Madrid.

(2) Alude a las revelaciones que ha facilitado a la córte para el mejor esclarecimiento de algunos antecedentes.

(*) En otra copia hemos leido:
(*Muestra un palo.*)
concluyendo el verso de esta manera:
Por esta dura y eficaz divisa.

AL REY NUESTRO SEÑOR COMENZANDO Á REINAR.

Glosa del Ave María.

Ya que con acuerdo santo
Vas castigando ladrones,
Hasta apurar sus blasones
De su hechizo ó de su encanto
Dios te salve.
Mil castigos intentar
Puedes, Philipo divino,
Que ya te enseña el camino
Y siempre te ha de ayudar
María.
Tu gobierno no te engaña,
A ninguno no perdona
Que ha usurpado tu corona,
Verás de riqueza á España
Llena.
Con brevedad los castiga,
No gocen mas de lo hurtado,
Pues que Dios salud te ha dado
Que estas lleno, el mundo diga
De gracia.
No dilates el consuelo,
Deshágase el calderon,
Mira que en esta ocasion
Supremo poder del cielo
Es contigo.
Acábese tanto Rey
El Patricofre (1) y Buldero (2)
No se ha de encarecer el postrero,
Pues que se llama tu ley
Bendita.
Por ignorante te digo
No se quede el Burgalés,
Y podrán decir despues
Que quien dió justo castigo
Tu eres.
Los regidores, señor,
Tan conocidos ladrones,
Quitales las ocasiones
Que esta es la órden mejor
Entre todas.
No hallen en ti clemencia
Los que de nuestro sustento
Fundaron torres de viento;
Hallen en ti resistencia
Las mugeres.
La justicia has ensalzado,
Y por ser recto y prudente,
Eres de toda la gente
En la comun voz llamado
Bendito.
Tanto ignorante destierra
Que ha destruido tu reino,
Mira que su mal gobierno
Ha quitado de la tierra
El fruto.
No tengas mas sufrimiento,
Échalos en el profundo,
Que se tragan todo el mundo
Y te faltará el sustento
De tu vientre.
De todas intercesiones,
Procura, señor, librarte,
No sean contigo parte
Y di en todas ocasiones
Jesus.
Mira señor que es dolor
Que roben á tus vasallos,
Si comienzas castigallos
Siempre será en tu favor
Santa María.
Si acabas de restaurar
Tus reinos, que es grande hazaña,
Harás con esto que España
Nunca cese de invocar
Madre de Dios.

(1) Patriarca de las Indias: pone *cofre* en vez de *arca* para desfigurar el título.
(2) Comisario de cruzada.

Ya las voces de este reino
Han penetrado los cielos,
De ellos vienen los consuelos,
Que tengan tan buen gobierno
Ruega.
La malicia has de acabar,
Quita malos consejeros
Que nos hurtan los dineros;
Como Rey has de mirar
Por nosotros.
Darasles crueles sustos
Quitando los embarazos,
Quiebra, para hurtar, los brazos,
Mira que destruyen justos
Los pecadores.
No se dilate un momento
Restauracion tan notoria,
Si has de salir con victoria
No se te acabe el aliento
Ahora.
Ya suena divina fama
De un niño viejo en la tierra,
Pues que los malos destierra
Va imitando antigua rama
En la hora.
Si en el reino tantos males
Duran, cuasi lo pasado
Presto se viera acabado,
Pues se miraban señales
De nuestra muerte.
Restaurador conocido
Philipo, vivas mil años,
Donde sin temor ni engaños
Seas del mundo temido
Amen Jesus.

AL MAL GOBIERNO. (1)

Soneto.

Los ingleses, Señor, y los persianos
Han conquistado á Ormuz; las Filipinas,
De holandeses padecen grandes ruinas,
Lima está con las armas en las manos.
El Brasil en poder de luteranos,
Temerosas las islas sus vecinas,
La Bartolina y treinta Bartolinas,
Serán del turco en ser de los romanos.
La liga junta y todo el horizonte
Vuestro imperio procura se trabuque,
El daño es pronto y el remedio tardo.
Responde el dueño, destierren luego á Ponte
Llamen el conde de Olivares duque,
Case su hijo y vámonos al Pardo.

AL PERRO DE LA FUENTE DE SANTA CRUZ.

Tanto poder tiene el trato
De las malas compañias,
Que dentro de pocos dias
Este perro será gato. (2)

(1) En este soneto está resumida la historia de los contratiempos que ha sufrido la España durante la privanza del conde-duque de Olivares. La pérdida del Portugal, la ruinosa compañía para España de las Indias, formada por los holandeses, las funestas consecuencias de la Liga en Francia, la separacion del Brasil y de Ormuz, la pérdida de doscientos navios, y el despilfarro de sumas crecidas para una guerra desacertada en los Paises-Bajos, son las desgracias previstas en esta composicion literaria. El terceto final es un rasgo satírico escrito con profunda verdad: es el sistema político de Felipe IV puesto en un epigrama: es la monarquía austriaca entre el matrimonio del hijo de un privado y la cacería del Pardo.

(2) Villamediana ya habia escrito en una poesia aun inédita, y dedicada á unas fiestas dadas por el ayuntamiento á San Isidro, este equívoco picaresco sobre las armas de Madrid, que fueron quemadas por los fuegos artificiales del tablado:

. . . .
Y pues quemásteis el oso,
Poned por armas un gato.
. . . .

Doble satira para el ministro-privado y para los representantes de la villa de Madrid.

A DON JUAN DE ESPAÑA.

Jura España por su vida
Que nunca cenó en su casa,
Y es que sin cenar se pasa
Cuando nadie le convida.



Encuentro de un acreedor y un deudor.

LAS TRES FEAS,

cuento muzárabe.

SEGUNDA PARTE.

El montecillo que cae á la derecha mano de los dos sobre que se asienta Peligros, por su parte mas agria y pendiente está guarecido de un torrente que en el invierno se derrumba rápido y cenagoso, mientras que en el verano á cinta de bruñida plata se asemeja.

Orillas de este barranco habia en tiempos de entonces un barrio entero de aspecto salvage y pintoresco, todo formado por cuevas taladradas en la arcillosa ladera del arroyo. Parras, ataubies y albanes, olivos loaimes, granados reales, albérchigos y espinosos azofaifos, naranjos del Magreb y acerolos sombreaban las blanqueadas puertas de aquellos antros. Las gallinas, los palomos, los patos de cuello turquí y los perdigones andaban picando entre las flores que cercaban la meseta: vacas de leche, caballos árabes, asnos de Córdoba, cabras de grandes ubres, corderos marinos, ciervas y gacelas domesticadas pastaban por los alrededores, y un olivar alfombrado de cepas ricas en pulgares y de ramos estendidos coronaba este paisage sencillo y agradable.

Habitaban este barrio las familias *muzárabes* que habia en Peligros; mas no se crea que fuesen mas virtuosos los cristianos que los musulmanes: tambien la corrupcion llegaba hasta ellos y se mezclaban en las *zambras* y en las giras, olvidándose de la moral de Jesucristo que tanto les habian encomendado sus padres.

Tres huérfanas mellizas, Dolores, Augustias y Martirio, eran las únicas que se entregaban con fervor á la virtud y á las buenas obras en la vasta y corrompida piscina de Peligros, y estas huérfanas tenian la desgracia de ser objeto de las injurias mas crueles y de la pública animadversion: veamos el por qué.

Era el caso que las tres huérfanas habian sido dotadas de una hermosura de alma singular, de ángeles en la tierra merecieran título si sus buenas acciones se enumerasen; pero tambien su fealdad física calzaba tantos puntos, que mirarlas de cerca ó de lejos, por detrás ó al desgaire, causaba malestar, hastio, horror.

Dolores, la mayor, pues habian nacido con intérvalo de doce mi-

nitos, era tuerta de un ojo, vizca del sano, jorobada, pelona, con dos feroces berrugas en el guardacanton que le servia de nariz, y por su exigua estatura hacia con su segunda hermana estraño y repugnante contraste. Angustias se elevaba cinco pies de rey sobre el nivel de dos enormes canastos que ella tenia por sus pies, y con los ojos saltones, la frente calzada, las cejas arremolinadas y la boca aportillada y rasgadísima adornaba el cutis de su rostro, que tenia color de acelga, con manchas aberengenadas: estas facciones tan desconformes se veian en continuo baloteo, gracias á la perlesía. Martirio, la menorcita, cuadrada de gorda, negra como el cordoban, llena de lunares con cerdas enroscadas, fétida en su aliento, con la vista hundida, llorosa y sin párpados, lunanca y con voz de tambor, siempre gozaba de un avinagradísimo gesto. ¡En Peligros, en el paraiso de la hermosura famoso del Atlas á la frontera cristiana! ¿cómo sufrir en paciencia aquellas tres feísimas doncellas que deshonraban y manchaban el puro renombre del pueblo?

Escitaron cuando niñas la curiosidad, cual feto de cuatro manos y dos cabezas, porque jamás se vieron en Peligros sino bellísimos niños que hubieran tenido plaza, por lo hermosos, entre los mismos arcángeles; pero luego que crecieron, al cruzar por las plazas y las ferias iban siempre envueltas entre nubes de chicos que como serpientes silvaban, y con escolta de zagalones que las saludaban con groseras invectivas, con barro y tronchos de col.

Todo lo sufrian por el amor de nuesto Señor Jesu-Cristo y encerradas en sus cuevas, pues ocupaban tres en los tres estremos del pueblo, pasaban el dia trabajando, orando, visitando á los enfermos y desvalidos, y partiendo sus escasos haberes con los pobres

Una tarde (la misma en que el diablo finiquitó su contrato con el emir granadino) retirábanse mas temprano que de costumbre á sus pobres moradas, porque en el pueblo se preparaba una gran fiesta para la noche, y querian retirar sus castas miradas, de tan mundanales pompas, y pedir por los que asi se encenagaban en el vicio; pues señor.....

Mas dejémoslas proseguir su camino que voy á contaros la algarada y el festejo.

Habian llegado las vendimias, y los árabes, como todos los pueblos labradores, celebraban con gran boato y riqueza esta época del año. Las fiestas de Peligros en tales dias eran famosas en toda la comarca, y las del año á que nos referimos rayaron en lo estremado (1). Comenzaron por un baile ó zambra que debia durar desde ponerse el sol hasta el alba.

En la vasta llanura de las eras se habia levantado un pabellon de lona blanca y azul, que podia cobijar bajo sus alas mas de diez mil personas. Cortinages de damasco carmesí, tejido en el barrio de los judíos, chales de púrpura y azul, labrados en las Alpujarras, cintas del barrio del sol, ricas guirnaldas de flores naturales, gallardetes, estandartes, feámulas y banderolas de mil colores bordadas de oro y plata adornaban el esterior de aquella gigantesca tienda de campaña.

Al rededor habia una espaciosa calle formada por las barracas de los forasteros, de los feriantes, de los vendedores y de los ricos habitantes de Peligros. ¡Qué pintoresca vista formaba aquella elipse! Unos pabellones eran de color de grana con pasamaneria de oro, otros remataban á la usanza chinesca, aquellos en cúpula redonda como las del Cairo. Muchos señores se abrigaban bajo una alfombra persa suave como el terciopelo, sujeta en las largas lanzas de hierro de sus esclavos africanos y los vendedores de frutas, de pastelillos de crema, de alaja, de alfajor, de garbanzos, de especeria y de confites, habian levantado palacios de ramage con labor primorosa de flores, decoraciones de papel y telas de colores. Todo cuanto recrea la vista y el paladar se hallaba allí junto y revuelto con un estraño aparato de grandeza. Al lado de la tienda de un Wali rodeado de guardias y de esclavos, freia sus rubios buñuelos una negra que pregonaba su mercancía desgañitándose, aquí un mercader genovés, allá un renegado insigne para condimentar pasteles de nata despolvoreados con especeria, gente de Tunez y Alejandria, de Castilla y de Navarra, traficantes de Cataluña. Sedas murcianas, paños de Almeria, tanas alpujarreñas, armas manchegas, tafiletes y cinteria granadina, orfebreria cordobesa, dulces de Priego y Lucena, cecinas de Montefrio y de Trevelez, frutas de la Vega de la Sierra y de la costa se veian en azafates de ramos, de madera olorosa, de mimbrera teñida, de plata segun el género requeria. Teas de pino, velas de cuatro mecheros, hachas embreadas y grandes hogueras, hacian que la noche fuese clarísimo dia.

El gran pabellon del centro era el lugar del baile, el corazon del festejo, el núcleo de la alegria. Estaba el suelo cubierto con una alfombra jerezana que se habia construido para una mezquita, y que un emir impío regaló á una de sus favoritas de Peligros. Almohadones de trin, de raso y de sarga malagueña, pieles de leon y de pantera negra servian para descansar: en los ocho ángulos de la tienda habia cascadas y juegos de aguas olorosas: el techo era como una parra, que parecia natural, con racimos de uvas de todas clases y con vasos trasparentes de ágata, de marmol de Macael y de China entre los pámpanos.

Cuando cerró la noche, á un mar de cabezas se asemejaba el gentío, y la danza agitaba todos los pies y volcanizaba todas las cabezas. Bajo el cielo de pámpanos de esmeralda con estrellas de nacar, tropas de gaditanas, de ubedeñas y almerallas bailaban con delirante ardor la *jacarandina*. En el centro, una gran rueda de Peligreñas, enlazadas con gallardas granadinas y hermosísimas costeñas repicando castañuelas y panderetas, con bandas y chales, con ramos y cintas trenzaban, giraban, saltaban formando círculos, grupos, figuras, jardines fantásticos y caprichosos, madejas indeterminadas, laberintos de flores. Gritaban las negras en estotro lado y gesticulaban en sus lascivos bailes. Palmoteaban los hombres para el compás, repicaban sus armas, y la sangre de todos se encendia con aquella atmósfera radiante formada por los reflejos rojizos de las teas, de las hogueras y de las luminaras, por los rayos de los provocativos ojos de las bailarinas.

Mientras que así bullia el contento por las eras de aquellas deliciosas alcarías, aparejábase el cielo con medroso manto y desatábanse los huracanes en la vega penetrando con ruidoso mugido por las gargantas de los puertos. Los pájaros y las fieras se agazapaban bajo las ramas y en las hendiduras de las rocas y de las guajaras: las plantas estaban inmóviles y como que reconcentraban sus fuerzas para luchar con los vientos, con las aguas y el rayo: los animales domésticos ahullaban medrosamente, mugian, relinchaban, pugnando por deshacer sus ligaduras y trabas.

Estrellas azufradas, lenguas de fuego, haces de chispas brotaban á veces de las peladas puntas de Sierra-Elvira y de las rocas de los montes de Huetor. Una nube de color indefinido, como el fango de los pantanos, avanzaba desde las sierras de Loja, su manto de fétidos vapores se plegaba y desplegaba arrollándose, desgarrándose, comprimido y azotado en sus flancos por las olas de un huracan que bramaba en las alturas con mayor pujanza que las irritadas aguas de las corrientes del Océano.

Nublos negros y espesos sin forma determinada rodaban por la bóveda celeste: de pronto como trailla perseguida á latigazos, se agruparon en disciplinada falange, tomaron la figura de un águila, y apoyando sus alas en los cerros del Padul y de Alfacar, su centro en los picos nevados del Veleta, Solaira y Muley-Hacem, partieron al encuentro de la nube que por el lado opuesto amenazaba.

La inmediacion del huracan crecia con estruendo y daño nunca vistos. Sus remolinos arrancaban los árboles, levantaban la tierra, estraviaban la corriente de los rios, talaban las yerbas y los llanos. Gritos desconocidos y salvages, ahullidos prolongados, quejidos de agonía, baladros estridentes y chillones se oian entre las columnas del viento como si en ellas viniese cabalgando una legion de diablos.

Juntáronse las nubes como dos alborotados y crecidos torrentes: al choque brotó un relámpago que llenó de luz bronceada los anchos espacios del cielo y las sinuosidades de la tierra, sonó un trueno pavoroso, crujiente y los senos de las montañas retumbaron desgajándose las peñas y partiéndose los picos y los tajos.

Comenzó la tormenta. Los Peligreños no se arredraron por el trastorno de los elementos, antes con impío desacato animaron sus festejos, y con el rostro al viento y á las anchas gotas que empezaban á caer desafiaban los furores del cielo.

Una ráfaga del huracan arrebató como una pavesa el pabellon del baile y las tiendas de la feria, dejando al raso á los actores de aquella orgía gigantesca.

Retembló la tierra: las crestas de los montes se inclinaron, oscilaron los bosques como las plumas de un penacho, se cerraron las cañadas, se grietearon las llanuras y chocáronse las rocas produciendo un ruido semejante al de los esqueletos, si se sacuden: este rumor formaba coro terrible con los truenos y sus ecos, con los silvidos del huracan y de la lluvia.

En medio de aquella destruccion y de tantos horrores las eras de Peligros seguian pobladas de bailarinas, de músicos, de sibaritas, de curiosos, de gente ébria y delirante. Exentos de temor, al reflejo de sus casi estintas hogueras formaron corro las mugeres y los mancebos y acompañándose con lúbricas canciones, descompuestas las ropas con el viento y con la danza, empezaron una zarabanda tan picante, escandalosa y desenfadada que de ella se hubieran avergonzado hasta las prostitutas africanas.

Es fama que el diablo, aunque ocupadísimo en dirigir con acertada mano los golpes de la tempestad, asomó su almenada cabeza por entre las nubes y se sonrió compasivo al contemplar aquella fe-

(1) Nuestros lectores no estrañarán que en este cuento se hable de vino y de vendimias, pues á pesar de cuanto en contrario se cree vulgarmente, los árabes se embriagaban, y usaban el vino como lo probaremos en artículo separado.

roz bacanal en medio de las tinieblas, entre el retemblar de la tierra, los rayos del cielo, los mugidos del huracan y la creciente de las aguas. Se sonrió, y aun se dice que quiso conservar el pueblo donde tenia tan buenos y tenaces servidores; mas picándose de honrado y recordando su palabra empeñada:

—Sus, dijo, cumplamos lo estipulado y perezca por siempre ese pueblo.

Tendió su látigo de cadenas y el barranco que cercaba á Peligros creció y rodeando las eras como una culebra que se enrosca al cuello de su contrario, estrechó y arrebató en ondas quebradas y fangosas á todos los del festejo: haces de rayos cayeron en los viñedos y en las olivas convirtiendo en hogueras sus altivas copas: abrióse por mitad uno de los alcores donde se asentaba el pueblo y tragóse dos barrios con sus mezquitas, albóndigas y jardines. Cuatro remolinos de viento mandados por Satanás en persona, llegaron empujándose furiosos por el que hoy es *Cerrillo de la Cruz*, y animados con los gritos y blasfemias de su gefe, arrancaron de raiz lo que del pueblo quedaba y se lo llevaban por los aires.....

Las TRES FEAS en tanto, oraban con recogimiento y santo temor en sus cuevas que estaban en tres estremos del pueblo. Al sentir los baladros de los remolinos que arrebataron las casas, aquellas virtuosísimas doncellas gritaron con acento: ¡JESUS! ¡JESUS! ¡JESUS! ¡SALVADNOS, DIOS MIO!

Llegó su voz hasta el diablo y sobrecogido con aquella divina palabra, talisman de los cristianos, soltó tres pedazos de pueblo que son los que hoy se conservan..... Y aquí, lector amantísimo, se acaba lo que del caso me contaron, mas te juro por lo mas sagrado, que tendrá conclusion el cuento y de ella te enterarás si paciencia tienes para leerla.

CONCLUSION DEL CASO.

Con que íbamos diciendo, que dejó Satanás tres pedazos de pueblo, los cuales cayendo sin destruirse formaron lo que hoy se llama en Peligros *barrio bajo*, *barrio de enmedio y barrio alto* y de tan mal talante le cogió al espíritu rebelde la sagrada esclamacion de las TRES FEAS, que haciendo un lio de nubes y dando de puntillones á los vientos fuese derecho á la que hoy es *Golilla de Cartuja* y se zampó de cabeza con toda su corte por la misma cima de aquel montecillo, y aun cuentan las comadres mas sabedoras que allí van las brujas á verle los sábados, porque suele aparecer en forma de un macho cabrio respetabilísimo.

Angustias, Dolores y Martirio, pasada la inundacion, salieron de sus cuevas y recorrieron espantadas y contritas aquel hacinamiento de cadáveres destrozados, las balsas de cieno, los arenales, los troncos pelados y las rocas que cubrian la que fué ciudad, los campos fértiles y bellos «*¡Vanidad de vanidades!*» dijeron con el Rey sábio, recordando las grandezas pasadas, viendo la desolacion presente, y se encaminaron á los tres pedazos que se habian librado milagrosamente del temblor de tierra, del huracan y de la inundacion. En estas casas (habitadas todas por los mas pobres) respiraban algunas criaturas y otras se quejaban de los golpes recibidos; mas las que conservaban algun resto de vida oraban con arrepentimiento y fervor: llegaron las tres mellizas socorrieron á aquellos desgraciados que estaban á punto de perecer de hambre, proporcionaron bálsamos y bebidas, consuelos para el ánimo. Tanto hicieron, que con lágrimas en los ojos las pidieron perdon de las injurias que antes les habian hecho y entrando á su ejemplo en el temor de Dios lograron volver la fecundidad á los campos, estenderse nuevamente, multiplicarse y con la sucesion de los años llegó á ser Peligros lo que es hoy, un amenisimo lugarejo, poblado de industriosos y honrados labradores.

Impacientes estareis por saber qué fué de nuestro furioso emir granadino, y en verdad que su misterioso fin es digno de relatarse.

La tormenta y el terremoto pusieron miedo en los corazones granadinos: los supersticiosos creyeron que se aproximaba el fin del mundo, y los enemigos del emir propalaron que aquellos males eran castigo del cielo por las desafueros del soberano.

Serenóse el horizonte y aparecieron los primeros albores de la mañana; el Rey dormia á pierna suelta (era descreido de suyo) y mucho sintió que le despertasen de súbito, aunque aseguróle el eunuco causante ser cosa de importancia lo que participarle tenia.

En efecto cubierto de fango, descompuestas las vestiduras, ensangrentadas las puntiagudas ruedas de sus espuelas, penetró un mensagero en la cámara real y prosternándose con respeto dijo:

—Ensalzado seas, señor, sobre todos los reyes de la tierra. El que todo lo puede, Alá, cuya justicia se iguala á su grandeza, ha derramado la copa de su ira sobre tus enemigos y los ha destruido como la sal en el agua. Peligros no existe, sus casas y campos son un cenagal. El fuego del cielo solo ha respetado tres grupos de casas miserables.

—Toma en albricias, vasallo fiel, dijo el monarca rebosándole el contento, y le alargó una gumia con la empuñadura de oro y corales.

Despues entregóse el emir á todos los escesos de una alegria delirante, regaló espléndidas joyas á todas sus favoritas, repartió confites á sus soldados, tiró zequíes al pueblo..... turbóse su contento con la aparicion imprevista del diablo.

Apareció éste por el techo con gesto muy avinagrado y todo descompuesto con el tragin de la pasada noche.

—Vamos, esclamó con una voz áspera como el ruido de las carracas, ya estás servido: arregla tus cosas, desígname el barrio con que has de indemnizarme y prepárate para viajar en mi compañia.

—¡Perdon! déjame al menos gozar del triunfo del vencimiento.

—No estoy para perder tiempo, que en Castilla me esperan los ricos hombres con el fin de emprender una magnífica guerra civil: tengo que ganar al hijo del Rey. El trato es trato y lo prometido deuda: cumplí acabando con mis mejores amigos (á este punto se le saltaron las lágrimas á Satanás recordando sin duda la orgia), con que no te espongas á que tome por fuerza lo que me has de dar voluntariamente.

—No has cumplido, no, dijó el emir, fiero al encontrar una idea para salir del apuro, me ofreciste arrasar todo el pueblo y quedan en pié tres pedazos y en ellos viven y alientan muchos de mis enemigos, con que acreedor soy á un largo plazo

—Eres un villano mal nacido como todos los de tu ralea, contestó colérico el diablo que sintió el aguijonazo en lo mas vivo: te llevaré arrastrando badulaque.

—Acércate si puedes, repuso orgulloso el Rey desembainando un alfange de dos hojas que habia servido al profeta y se tenia entre los creyentes por talisman seguro.

Sonrióse ferozmente el demonio y estendió sus manos con cierta magestad dramática. Al punto perdió el monarca su forma humana y convirtióse en caballo salvage, mas como si conservase todavia sus dañinos pensamientos, el emir-bruto se arrojó sobre el diablo con los cascos levantados y relinchando ferozmente. Satanás entonces desembainó su espada y de un tajo cortó la cabeza al desmandado potro: el caballo descabezado dió á correr con asombro de guardias y magnates, salvó las puertas del palacio y aun se ignora su paradero: si bien algunos inválidos, no pocos borrachos de la torre de los siete suelos, un remendon gran jugador de loteria y mi lavandera aseguran que á las doce de la noche sale constantemente á desentumir por aquellas alamedas del recinto de la Alhambra y desaparece con el alba llevándose para alimento algun niño crudo y para solaz la doncella de quince abriles que halla mas á mano.

¿Qué barrio de los de Granada se llevó el señor Satanás? Es punto controvertible.

Las TRES FEAS murieron en olor de santidad y bendecidas por todos los habitantes del nuevo Peligros.

Con que ya veis, amigos mios, como *vale mas tener la hermosura en el corazon que no en el semblante.*

J. GIMENEZ SERRANO.



(Trage de pescador en Normandía.)

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

III.

Veinte dias despues todo era confusion en el valle; sus desembocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha: huéspedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de aquel recinto la antigua paz: las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales, las palomas torcaces que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba recatadamente una noche en una humilde casita del arrabal de Toledo Los soldados habian sido enviados al valle por el rey: Floriana habia salido de él por disposicion del principe.

Cuando ponia el pie en el umbral de la estancia que iba á ocupar, Recesvinto penetraba en ella por la puerta de enfrente. Arrojáronse los enamorados consortes el uno en los brazos del otro: mil honestas caricias y lágrimas de júbilo espresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. ¡Esposo mio! ¡Esposa mia! fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

—Ya ves que me he sujetado á tus órdenes ciegamente: me enviaste una carta mandándome venir á Toledo, y he venido: me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolucion, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque antes la idea de sacarme del valle te estremecia.

—Floriana mia, ármate de valor.

—¿Cómo ha de faltarme á tu lado?

—Tengo que hacerte una confesion penosa.

—¿Vas á decirme que no me amas?

—Esa no seria confesion, seria mentira.

—Entonces nada importa cuanto me digas. Habla.

—Mi padre vive, es muy poderoso, y yo me he casado contigo sin su noticia.

—Mal hecho; pero á tu edad no necesitabas su licencia.

—Sí la necesitaba, sí. El puesto de mi padre y el mio..... En fin, él ha sabido mi matrimonio, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona.

—¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

—Tanto, que dificilmente he podido enviarte un mensagero que te hiciera salir del valle, antes que los emisarios de mi padre penetraran en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por caminos estraviados: aqui estás mas segura que en otra parte, porque de cierto no te buscarán aquí.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué de peligros nos rodean! Sin embargo, dices bien, en ninguna parte estoy mejor que cerca de ti. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿por qué le irrita nuestro matrimonio?

—Tú eres española..... y yo.....

—Acaba.....

—Perdóname, bien mio, perdóname un engaño, hijo del amor. Cuando te vi por primera vez, fué una precaucion necesaria encubrirme con un nombre supuesto: cuando te ofrecí la mano, temí que si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

—¿Por qué? ¿Pues quién eres? Dímelo, dí pronto. ¿Quién eres tú? ¿quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el príncipe y apareció Flavio, con manto de púrpura y corona, trayendo de la mano á Teodosinda. Detras venian Froya y algunos grandes, esclavas de Teodosinda y guardias de la real persona.

—El padre de tu ilegítimo esposo, dijo Flavio adelantándose magestuosamente en la sala, soy yo.

—Es el Rey, dijo Froya con ronca voz.

—Es el Rey, dijo Teodosinda con una sonrisa que hacia temblar.

—¡Es el Rey! esclamó aterrada la infeliz Floriana y cayó de rodillas en el suelo, cubriéndose con las manos la cara.

—¡Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió Flavio, dirigiéndose á su hijo: has pretendido ocultar de mis ojos á tu víctima, y has quebrantado el arresto en que te puse. Vete de aquí.

—¡Señor! replicó el príncipe con una arrogancia que jamás se habia visto en él en presencia de su padre: yo necesito defender á... *A mi esposa* iba á decir; pero una mirada fulminante de Flavio y la palabra ¡SILENCIO! pronunciada de una manera indefinible, le forzaron á callar. Te he dicho que te retires: obedece, añadió en voz baja acercándose á él. Era irresistible la fuerza de esta espresion en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

Alzate, española, continuó el Rey asiendo de un brazo á Floriana, álzate y levanta ese rostro. Floriana se puso en pie maquinalmente. Hermosa es, prorumpió el Rey como para sí, contemplándola. Hermosa es, susurraron todos, menos Teodosinda, que sin embargo, no pudo menos de corroborar el voto espontáneo y unánime de todos los circunstantes con un *sí*, dificultosamente articulado.

—¿Sabes, jóven infeliz, que nuestras leyes vedan el consorcio entre un godo y una romana?

—Sí lo sé. Pero... yo... Mirad... vuestro hijo... Concededme unos momentos de descanso para volver en mí.

—Bien, hija, bien.

Al oir el dictado de *hija*, Teodosinda se mordió de rabia los labios.

Floriana se preparaba á mentir por la primera vez de su vida.

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

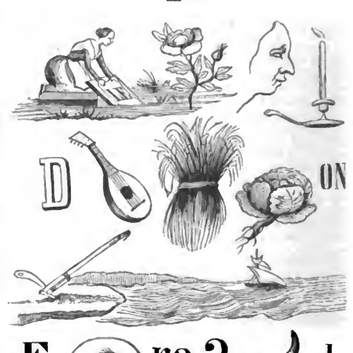
FOX Y LOS JUDIOS.

El célebre Fox habia tomado á préstamo á varios judios sumas considerables, y contaba con la herencia que le debia dejar un tio suyo para pagar sus infinitas deudas. Desgraciadamente para él, su tio se casó y tuvo un hijo. Cuando Fox lo supo, esclamó: «Ese chico es el Mesias: ha venido al mundo para ocasionar la ruina de los judios.»

LA SORPRESA DOBLE.

Un conde que tenia siempre muy desarreglados sus asuntos, fué á ver un dia á un banquero y le dijo: «Caballero, os sorprenderá que no teniendo el honor de conoceros venga á rogaros que me presteis 200 pesos. Caballero, le contestó el banquero, mas os sorprenderá todavia, el que teniendo yo el honor de conoceros, os preste esa cantidad.»

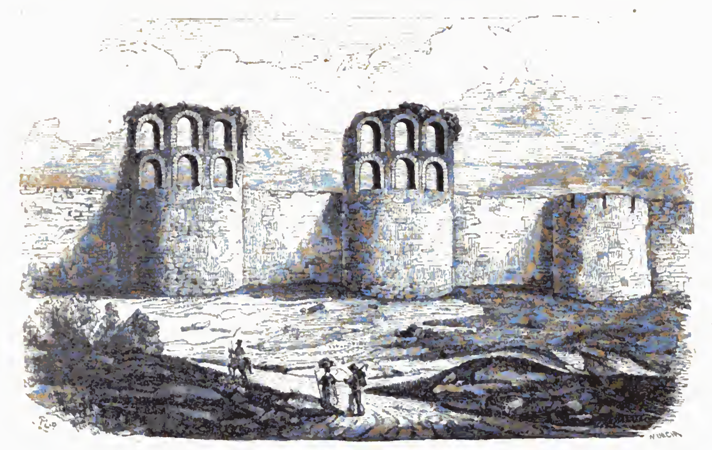
GEROGLIFICO.



E ra 2 . d



Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



(Muralla romana de Lugo.)

LA MURALLA ROMANA DE LUGO.

El monumento cuya copia presentamos á nuestros lectores, segun debió existir durante la dominacion romana, y como se encuentra en nuestros dias, completa el carácter histórico de la ciudad de Lugo. Sus murallas revelan la significacion política de la poblacion, asi como el delicado mosáico de la calle de Batitales, cuya descripcion hemos publicado en las columnas de nuestro periódico, justifica la escelencia artística de sus dominadores. Las mutilaciones de los hombres han rebajado las dimensiones atrevidas de esta obra tan maravillosa como duradera, como se puede reconocer por la lámina que acompaña á este artículo; pero lo secular de su construccion ha conservado hasta nosotros los restos venerables de sus cubos ingrietados por el tiempo y cubiertos de yedra como heraldos envejecidos que sostienen con sus hombros la moderna poblacion.

En la cumbre de una loma que corre de Oriente á Poniente, situada entre las riberas que forman el rio Miño y el arroyo Paredes, se eleva la muralla romana que circunda á Lugo, sirviendo de no interrumpido paseo á sus habitantes. Su altura comun es de doce á catorce varas, su espesor de cinco á seis, y su estension geométrica alcanza hasta dos mil quinientos cuarenta y seis. Antes de las reparaciones que se hicieron en los años de 1809, 1823 y 1837 para hacerla servir de punto de defensa, tenia ochenta y cinco torreones: sobre algunos de estos cubos de igual salida al grueso de la muralla se elevaban las almenas correspondientes á dos pisos con ventanas de arco, las cuales servirian de retenes para la gente de armas que velaba durante la noche por la tranquilidad de la poblacion. En la actualidad apenas se reconocen los vestigios de estas almenas que podian presentarnos detalles mas curiosos de la organizacion militar de los romanos. La orilla esterior de la muralla está sostenida por un parapeto de cinco pies con aspilleras en los cubos para fusilería, y en algunas partes de la fábrica tiene establecidas troneras para baterías. Su construccion llama la atencion de los inteligentes, porque formada de pizarra sentada en durísima argamasa, parece que su petrificacion secular rechaza la destruccion del tiempo. Hácia la parte que cae sobre el campo de san Roque, á consecuencia de un próximo hundimiento en la muralla, se ha construido una nueva cortina de fortificacion para la defensa de Lugo, durante la última guerra civil. En uno de los vértices que forma la nueva cortina se lee la siguiente inscripcion abierta á nuestro modo de ver en mármol de uno de los pueblos de la provincia, en mármol de Bolaño:

CUERPO NACIONAL DE INGENIEROS. A ESPENSAS DE LA EXCMA. DIPUTACION DE LA PROVINCIA DE LUGO SE HA EDIFICADO ESTA PARTE DEL RECINTO PARA LA DEFENSA DE ESTA CAPITAL CONTRA LA USURPACION. AÑO DE 1837.

Esta muralla sirve del mas ameno y pintoresco paseo de la ciudad. La vista se dilata desde su elevada posicion y recorre sucesivamente las márgenes floridas del rio Miño y los sotos poblados de la Gándara baja. Las casas de Lugo se acercan á su orilla interior, y mas que una ciudad parece un inmenso caserío que descubre sus huertas y corrales al transeunte. Algunas veces llega la poblacion hasta el mismo asiento de la muralla y desembocan en un cubo los balcones de una sala, como acontece en la plaza del Castillo, al lado de la cárcel del Obispo; mas allá la muralla sube á medida que desciende la ciudad, y desde la puerta de san Pedro—hoy puerta de la Coruña—la calle del mismo nombre es rejistrada casi á vista de pájaro, cruzándose las personas sobre el pretil de la puerta como las sombras de la fantasmagoria. Es una perspectiva fantástica y orijinal la que ofrece Lugo al observador, siguiendo el viajero con la vista aquellas cabezas que los tejados de las casas separan de sus cuerpos para el que se encuentra sobre el pavimento de una de las calles de la poblacion: la niebla se encarga involuntariamente de dar á este espectáculo la mágia de una balada alemana ó de una vision escocesa.

La construccion de la muralla romana de Lugo debe pertenecer á los tiempos de Augusto ó Trajano: las inscripciones mutiladas que se descubren en algunos cubos de esta antigua fortificacion son restos de lápidas votivas que no revelan la época á que debe remontarse su fundacion. La dedicatoria de *Lucus* á Augusto—*Lucus Augusti*—y su clasificacion de colonia romana esplican la importancia de la ciudad y el empeño de resguardarla de la invasion de los enemigos con una muralla almenada. Durante esta época, en la cual permanecieron en la poblacion dos cohortes de la sétima legion, como centro del gobierno romano en la Galicia septentrional, con legado augustal, tribunal, y mas dependencias de un *convento jurídico*, debió tener lugar la construccion de la muralla que se ha conservado hasta nuestros dias como un resto grandioso de los señores del mundo.

Sobre este monumento de la antigüedad han pasado los romanos, los suevos, los árabes, los normandos y los franceses de 1808: desde el ariete impelido por los soldados escudados, hasta el cañon de á veinte y cuatro disparado por invasores temerarios, las murallas de

Lugo han rechazado la agresion armada de diversos pueblos beligerantes. Sus almenas derruidas y cubiertas de flotante yedra, como los velos rotos de un aniversario fúnebre, han visto pasar por sus esplanadas á veinte generaciones, ya con la tranquila oliva de la paz, ya con el lábaro sangriento de la guerra.

La muralla de Lugo, como el acueducto de Segovia, el sepulcro de Escipion y otras obras romanas de España, esplican la historia monumental de un pueblo que en la marcha impetuosa de sus legiones creyó encontrar en Galicia á *Finisterre*, cuando la Providencia lo tenia reservado para las caravelas españolas de Colon en las apartadas riberas de la América.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Coruña—febrero—7—1850.

COSTUMBRES DE LOS SEÑORES INGLESES EN EL SIGLO XV.

Las siguientes líneas estan sacadas del diario de Isabel Woodeville antes de su casamiento con sir John Grey. El orijinal se conserva en el antiguo castillo de Drummom. Es un cuadro curioso del método de vida que llevaban los señores ingleses en aquella época ann no muy remota. Despues de la muerte de sir John, Isabel Woodeville se casó en 1665 con Eduardo IV; cuando Enrique IV, que se habia casado con la hija de aquel, subió al trono, fué encerrada Isabel en el monasterio de Bermondsey, donde murió; sus cenizas, sin embargo, fueron llevadas á Windsor.

«*Lunes*, 9 *de marzo*. Me levanté á las 4 de la mañana, y ayudé á Catalina á ordeñar las vacas. Raquel, la segunda moza de patio, se escaldó una mano ayer noche: he hecho una cataplasma para ella, y he dado un dinero á Roberto para que la compre algunas golosinas en casa del boticario.»

«*Las* 6. El lomo de vaca estaba demasiado cocido, y la cerveza era demasiado añeja. *Memorandum:* reprender al cocinero por la primera falta, y remediar yo misma la segunda abriendo otra pipa de cerveza.»

«*Las* 7. He acompañado á mi señora madre en su paseo por el patio grande, he distribuido alimentos á 25 personas de ambos sexos, y he reprendido á Rogerio por haber mostrado enfado al dejar su almuerzo para acompañarnos.»

«*Las* 8. He ido al cercado que está detrás de la casa con mi doncella Dorotea, he cogido yo misma el potrillo Thomp, y he andado una distancia de 6 millas sin ponerle silla ni freno.»

«*Las* 10: *la comida*. Juan Grey es un jóven agradable, pero ¿qué me importa? Una hija virtuosa debe estar enteramente á la disposicion de sus padres. Juan ha comido poco, me ha mirado mucho, y ha dicho que las mugeres que no tenian buen genio no le parecian hermosas. Yo creo que mi carácter no es insufrible; nadie se queja de él mas que Rogerio, que es el criado mas perezoso de la casa. Los dientes blancos le gustan á Juan Grey, los mios no me parecen desagradables; me parece tambien que mi pelo es muy negro, y Juan piensa lo mismo si no me equivoco.»

«*Las* 11. Se han levantado de la mesa y todos han querido ir á pasear al campo. Juan Grey me ha ayudado á saltar las barreras y dos veces me ha apretado la mano con ardor. No puedo decir que tenga ningun reparo que poner contra Juan Grey; tira la barra tan bien como cualquier otro jóven distinguido del condado, y no deja de asistir á la iglesia ningun domingo.»

«*Las* 3 *de la tarde*. La casa del pobre labrador Robinson acaba de quemarse; Juan Grey ha propuesto una suscricion á favor de aquel infeliz, dando él mismo nada menos que 4 libras para esta buena obra. *Memorandum:* nunca me ha parecido Juan tan bien como en aquel momento.»

«*Las* 4. He hecho mis oraciones.»

«*Las* 6. He dado de comer á los cerdos y á las aves.»

«*Las* 7. La cena está en la mesa; se ha atrasado por la desgracia del labrador Robinson. *Memorandum:* el pastel de ganso ha estado demasiado tiempo en el horno, y el tocino está deshecho de tanto cocer.»

«*Las* 9 *de la noche*. Todos se han acostado; estas horas postreras del dia son desagradables. He hecho mis oraciones por segunda vez, pues en la primera me ha causado muchas distracciones Juan Grey. Me he dormido y he soñado con Juan Grey.»

EL LABRANTIO NIVERNENSE.

La lámina que acompaña á este artículo representa dos arados tirados cada uno por seis bueyes vigorosos y conducidos por labradores nivernenses. El primer tiro ocupa el centro de la composicion, y el segundo, que está á corta distancia, un poco escorzado, completa esta escena imponente donde se vé al hombre condenado providencialmente al trabajo mas duro, y sometiendo los animales á su yugo para dividir la tierra, fertilizarla y sacar de ella su alimento y el dè su familia.

Seria imposible reproducir mejor los esfuerzos combinados del hombre y de los animales para fertilizar una tierra naturalmente rica, pero que parece prestarse á pesar suyo á la voluntad obstinada



del labrador. Entre el esfuerzo penoso de los seis bueyes de cada arado, la mirada inquieta y atenta de los que los guian, y los terrazgos enormes que erizan simétricamente la tierra á medida que se las arranca, reina una armonia de los seres vivientes con la resistencia de la tierra inerte, que afecta al espectador. Aquí, bajo una forma sencilla, hermosa é imponente, está caracterizada la condicion del hombre, á quien dijo Dios: —«La tierra será maldita por tu culpa,

y no sacarás de ella tu sustento sino con mucho trabajo.» Así esta composicion de *género*, este cuadro de *animales*, como podrian designarle los fabricantes de clasificaciones, presenta de hecho un objeto bíblico de los mas elevados, y bosquejado con una superioridad muy notable.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

—Yo no sé, dijo, lo que os habrá contado el príncipe acerca de nuestros amores; pero yo estoy pronta á declararos la verdad.

Nada sé, contestó el Rey, disimulando con la mayor naturalidad.

FLORIANA. ¡Ah! me alegro de poder justificar á vuestro hijo sin que nadie me fuerce á ello. Señor... sabedlo... yo hice creer al príncipe que mi nacimiento era ilustre.

(Froya y Teodosinda se miraron atónitos y descontentos.)

FROYA. Pero á Recesvinto le consta que su mujer es española.

(Bien le vino á Floriana que le dijesen el nombre verdadero del príncipe, porque ella no sabia mas que el fingido de Eliodoro.)

FLORIANA. No he declarado á mi esposo el secreto de mi cuna hasta mucho despues de nuestro casamiento.

EL REY. De esa manera, mi hijo no ha delinquido en...

FLORIANA. La delincuente he sido yo.

TEODOSINDA. No dejeis ignorar por mas tiempo á la española la verdadera culpa del príncipe. Decid á esa mujer ambiciosa que Recesvinto estaba tratado de casar conmigo.

FLORIANA. ¡Tratado de casar con vos! ¡Madre de misericordia!

FROYA. Decidle, por si no lo sabe, puesto que se ha criado en un desierto, que en habiéndose celebrado unos esponsales y dado el anillo, ya no puede ninguno de los contrayentes celebrar otro matrimonio, á menos que de comun acuerdo se anule el desposorio primero.

TEODOSINDA. Mis esponsales con el príncipe no se han anulado.

FLORIANA. ¡Justo Dios!

FROYA. El desposado que celebre otras bodas, queda segun la ley por esclavo de la desposada á quien es infiel.

TEODOSINDA. Y la mujer con quien se case, queda por esclava igualmente.

FLORIANA. Luego yo... luego el príncipe...

EL REY. La ley os condena á emtrambos á la servidumbre.

TEODOSINDA. ¡Oh! yo perdono al príncipe.

FROYA. ¡Donoso seria ver con una argolla al cuello y rapada la cabeza al pretendiente de la corona!

FLORIANA. ¡Oh! si señora, bien haceis en perdonarle: no haceis mas que justicia, porque toda la culpa es mia: yo he seducido al príncipe, yo me he valido de todos los artificios posibles para poseer su mano.

(Cuando Floriana decia esto, no creia mentir. Su deseo de salvar á su esposo le hacia mirar en aquel momento como artificios de seduccion todas las espresiones de cariño que involuntariamente le habia dirigido desde la primera vez que le dijo: «tú eres el compañero que me está destinado.»)

EL REY. Teodosinda, el perdon que concedes á mi hijo, te honra sobre manera, y yo te lo agradezco en el alma. Pero desearia que tu generosidad se estiendese tambien á esta infeliz, que acaso no sabria que mi hijo estaba ya desposado: entonces el mas culpable era él.

FLORIANA. Señor, nada puede disculparme, yo lo sabia.

(¡Mentira harto noble!)

TEODOSINDA. Ya lo veis: la verdadera culpable es esta: ella lo confiesa, y todas las apariencias lo confirman: ella era la que ganaba en casarse con Recesvinto, al paso que vuestro hijo lo arriesgaba todo al casarse con ella. Pido pues, que perdoneis á vuestro hijo y me entregueis por esclava esta mujer.

FLORIANA. Yo os lo pido tambien: castigadme á mí sola y perdonad á vuestro hijo.

El Rey ocultando su profunda conmocion, asió de la ropa á Floriana y haciéndola dar un paso hácia Teodosinda, dijo con voz solemne:—esclava, hé ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo:—llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana os diré lo que habeis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca esplicacion. Flavio habia descubierto que su hijo habia mandado que Floriana fuese conducida secretamente á Toledo, y habia querido sorprender á los dos esposos llevando en su compañía á Teodosinda, con quien aparentaba querer reconciliar á su hijo: Froya se habia prestado á la sorpresa, porque creia que todo cuanto concurriese á humillar al pretendiente del solio, le alejaba mas y mas de sus gradas. Las miras de Flavio iban mucho mas allá. No le daba cuidado ninguno el riesgo de esclavitud en que habia puesto á su hijo, ni el desconcepto que pudiera seguírsele: la autoridad del padre estaba muy afianzada y las prendas del hijo eran sobrado conocidas para que pudiese perjudicarle la noticia de haber celebrado un casamiento desigual, grave crimen en un godo pobre, pero cosa de menos valer en un poderoso. Flavio, aunque rey electivo, habia sabido hacerse respetar mucho y temer aun mas: tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para ser tirano le faltaba muy poco.

IV.

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre y venturosa consorte, habia pasado en pocas horas al estado de mujer divorciada, á la condicion de sierva: rápida como un relámpago habia pasado por su mente la idea de estar casada con un príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de esposo, de libertad, de esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué seria de ella entregada á los caprichos de un rival? ¿Qué seria de ella cuando la mirase Recesviuto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué seria de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brio habia sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora? Recesvinto no la habia amado nunca:—y sin embargo, Floriana á pesar de todo no podia menos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormian encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina el dolor. Velase infeliz; pero se sentia inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Velase esclava; pero en Toledo no habia nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se habia criado en un retiro, no le causaba rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido: sentia pues su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor del que padece. No tenia padres ni deudos á quienes afligiese su desventura: tambien es parte de consuelo padecer solo. Por último, se habia esforzado á salvar ó disculpar al hombre que amaba; se habia sacrificado por él; no podia dudar á pesar de las apariencias, que su sacrificio seria justamente apreciado por el hijo del monarca, y le quedaba la dulce complacencia que produce una accion noble. Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heróico valor. Yo haré ver, dijo interiormente con una resolucion del todo española; yo haré ver en el estado de esclava que la muger en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender á se lecho. Una fervorosa oracion acabó de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situacion permitia: la tranquilidad de la resignacion, que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente, las esclavas hicieron tomar un baño á la nueva compañera, la vistieron el hábito de su clase, corto y sin mangas; pero rico segun convenia á la opulencia de la casa; y con el cabello tendido la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardia y gusto á los ojos de la mujer que habia reinado en el corazon de Recesvinto. La satisfaccion del triunfo animaba su rostro, blanco sí, pero ordinariamente descolorido: era Teodosinda, alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca: era hermosa muger, y sin embargo le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale á los ojos, brota en el lábio y vibra en el acento: faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez habia podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces la favorecian tan poco como si se hubiesen empleado en una estátua inmóvil; ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardia á sus ademanes y desusado tono á su habla; prestaban á su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolucion suficiente para aventurar una mirada furtiva hácia su señora, húbole de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por

aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: había comprendido el secreto de aquella sonrisa, y había visto tambien en una mesa trípode á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

—Ven, muger, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente á su disposicion á un contrario: yo he querido honrar la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe; y asi la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de suerte, será la que te despoje de tu cabellera y ciña tu garganta con el collar que te declare por mia. Lástima es por cierto que esa rica madeja haya de sujetarse al hierro: lástima es que ese cuello de alabastro haya de cubrirse con un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea esta la suerte que te ha cabido, suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona, me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre, y dormirás al pié de mi cama.

—Gracias, señora, respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies á su ama: toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse empero, se hincó de rodillas, sus largos y hermosísimos cabellos ondearon por el suelo, cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pie de Teodosinda, quien desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó bondadosamente la mano: un ardiente beso y una lágrima aun mas ardiente comunicaron á aquella mano un temblor convulsivo. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella muger, que aun sabia enternecer á una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura, y sus facciones, que por primera vez acaso habian brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asió pues el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: —derecho tengo sobre ti casi de vida y muerte; mira cómo me sirves.—En seguida, dejando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porcion del cabello, y tirando suavemente de él hácia atrás, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á si misma: —¿pero es en efecto esta muger tan hermosa? —No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá menos todavía: —y sin perder tiempo empuñó las tijeras y quedó despojada de su natural adorno aquella hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósole, cerró el candado, y entonces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus lábios que traducida en palabras significaba: bien estás así. El collar tenia la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podian servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basílica: Froya enojado se negó con dureza —Anda, le contestó, sola con tus esclavas, anda á lucir por las calles la nueva adquisicion que has hecho. Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir y mandó á Floriana que la llevase la piel sobre que habia de arrodillarse en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya habia una porcion de gente agolpada, pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querian conocer á la romana que habia osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todas las opiniones de los que la miraban en estas dos esclamaciones: ¡cuán desgraciada! ¡Cuán hermosa! Froya, asomado á un balcon, siguió con la vista á la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre la noche antes le habia mandado salir á sosegar á los vascones que principiaban á alborotarse.

V.

Jamás habia mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenia en su poder á Floriana: la señora competia con la sierva y se valia del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

—Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un dia su hermano.

—Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviria de mala gana, pero he visto que no. Nacida para la servidumbre, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas estraordinariamente obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus adentros y se dice á si misma: —Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa para hacerle ver que valgo mas que ella.

—¡Si tal supiera! ¡Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinion respecto de los españoles, á quienes tanto despreciabas antes?

—Los desprecio aun lo mismo.

—¿Y á las españolas?

—Tambien.

—¿A todas sin escepcion?

—¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

—Locamente.

—Cuidado cómo me la tratas entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba grangeando.

Mientras tanto pasaban dias y dias, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del príncipe. Si Teodosinda le habia perdonado, habia sido con la esperanza de que el Rey haria que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey y no habia cartas del príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oidos á ciertos próceres descontentos que atizaban en secreto la rebelion de los vascones. Decidiéronse en fin á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente dia se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya bastante tiempo para que el príncipe conociera su yerro, le habia escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla: á Froya le mandó restituirse á su gobierno; con esto quedó la conspiracion deshecha en un punto. Froya separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos: Teodosinda, esperanzada de ser esposa del príncipe, no habia de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlonamente *su futura reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el duque una joya de gran valía, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposeerse de la sierva; pero el gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo siendo amo de Floriana consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le habia prestado: Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el príncipe, en la cual, segun las instrucciones del Rey, le permitia aspirar de nuevo á su cariño: la turbada amanuense tuvo que trazar entre otras estas durísimas espresiones: —«Creo que habrás olvidado completamente á la villana que fué tu esposa: de ella puedo asegurarte que ya no se acuerda de tí.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona: por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor, pero salió de Toledo con alegria.

Caminaban en direccion de Segóbriga el duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles: venia la noche y el duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un bullicioso rio, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres: iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados de espeso ramage, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se estienden por espacio de una milla en forma de *Hoz* ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya habia observado que les habian ido siguiendo mañana y tarde unos hombres á caballo que aparecian á lo lejos en lo llano, y desaparecian entre las fragosidades. El sitio era peligroso y la hora mala: por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir á sus esclavos una arca; púsose una ligera armadura de aros y un casco romano antiguo de finísimo temple que presentó sonriéndose á Floriana para que lo reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guia con los caballos del diestro: detrás á cierta distancia habian de caminar dos soldados: Floriana en el centro y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pie, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballeria. Las precauciones que el duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano izquierda, dió de pronto un grito que puso en cuidado á los cinco viajantes: le habia parecido ver un hombre en lo mas alto de

las peñas. Tranquilizóse Froya al momento reparando que realmente en la cima del cerro por aquel lado descollaba una peña alta, estrecha y redonda (1), que de improviso y en aquella hora podia sin duda parecer una persona á los ojos de un medroso: Floriana sin embargo creyó que habia visto ondear una capa, infiriendo de aqui que detrás del peñasco estaria el hombre. Sin mas detencion se internaron en la hondonada: ya allí la oscuridad era mayor por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrian á trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida, de modo que por la lentitud de su marcha los soldados que habian de guardarles la espalda, los alcanzaban á cada instante y tenian que detenerse. Froya, ageno ya de temor porque habian caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa del estrecho, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reuniesen con los esclavos: queria coger del brazo á Floriana y no gustaba que nadie lo viese.

—Asete aqui, le dijo froya con cierta aspereza fingida: si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

—¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡una esclava!

—La esclava cuyos cabellos ornan mi capecete, bien puede rozarse con mi persona.

Floriana modesta y confusa tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al parage mas desahogado del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca perpendicularmente cortada: en ella, á la altura de cinco á seis estados, se veia un nicho natural casi lleno de guijas tiradas allí por los caminantes: al pie, un monton de cantos que dirigidos al nicho no habian entrado en él, ó habian rodado cuando entraban otros.

—¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero? preguntó afablemente Froya á Floriana señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria; parecióle que se hallaba en el Valle del Paraiso, libre y feliz, traveseando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brio y desapareció en el fondo del nicho.

—¡Bien, dijo entusiasmado Froya, no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

—Lo ignoro completamente, señor.

—Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este pais á cerca de ese nicho. El viagero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

—Es decir que por lo menos saldrá de este paso con vida. Ese es el primer agüero: ¿y el segundo?

—La jóven que introduzca allí una piedra, se ha de casar antes de un año.

—No se verificará ese agüero en mí: yo no puedo ser casada.

—¿Por qué?

—He sido divorciada porque mi matrimonio era nulo: he confesado que le contraje nulo á sabiendas: justo es que pague la pena de mi culpa: para mí no hay casamiento posible.

—No es justo eso, porque no es verdad: Recesvinto es el verdadero culpable, porque él sabia que no podia ser tu esposo, y te ocultó el obstáculo. Todo me lo ha confesado el sacerdote que os desposó, que es por quien yo tuve noticia de ti antes que fueses á Toledo. Tú puedes en conciencia casarte; Recesvinto no.

—El rey falló ya en virtud de mi declaracion.

—Tú puedes y debes declarar otra cosa: Flavio debia haber sido menos precipitado y haber apurado la verdad del hecho. Pero aun no es tarde para reparar una injusticia. Flavio poco puede vivir: y aunque viviese mucho tiempo, aunque subsistiera el fallo injusto que tú has provocado locamente, Recesvinto se halla en una provincia inquieta.... y puede morir.

—¡Oh! ¡No lo permita Dios!

—¿Le amas todavía? Despues de su indigno porte contigo ¿pudieras conservarle inclinacion alguna? ¡Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hacer nada por ti, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan infeua traicion, tan horrible abandono?

—Yo no puedo creer que el príncipe sea tan inhumano.

—¿Qué motivos tienes para dudarlo? Quien principió engañándote ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiera amado, si tuviese corazon de hombre ¿te hallarias tú ahora aqui al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava (añadió con un entusiasmo que amedrantaba) el duque Froya, enemigo despreciador constante de tu raza, el duque Froya que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque Froya tu amo, que jamás ha mentido, y que jamás ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama y te pide tu amor.

—¡Ah señor, señor, qué dices! Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fé en que me he criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mio es tan solo y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mia.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus pies mil amantes, ninguno debiera darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todas las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí: yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente y superar sin embargo tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar sin embargo elevada sobre tu clase y obligar á que te respetáran tus compañeros, tu señora y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco: no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo como mereces.

—¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creia feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis mismos ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable, cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesion mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriana: mi carácter es adusto y silvestre: mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona: sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades: aborrezco á tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve á los tuyos mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protejido por la ley el casamiento *yuras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriana, acabemos. ¿Recesvinto vale mas que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

—¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

—No.

—Mas valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

—Y yo lo creo.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—He sido su esposa.

—¡Floriana! ¡Floriana! esclamó aquí arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasion el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentacion era terrible. El amor embellecia, divinizaba en aquel momento el rostro, la espresion, la voz, el ademan, hasta el aliento de Froya, tenia la magestad del leon que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razon que se estraviaba, dijo al duque con inefable dulzura, y arrasados los ojos de lágrimas:

—Señor, el dia que con la faja blanca y roja me enlazaron á Recesvinto, le prometí no ser nunca de otro, aunque le sobreviviera: él me ofreció lo mismo, y no lo ha cumplido: yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo rugiendo como un tigre. Asió entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subia serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana al desaparecer en la espesura dos ó tres gritos de angustia que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

(1) Saliendo de Tarancon, se descubre aun al entrar en la Hoz de Paredes una peña como aqui se describe.

(1) No tengo noticia de que se usase este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino del que se hablará al fin de la leyenda. *Nota del editor.*

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya espresion era indefinible: un momento despues salió corriendo Floriana de entre los árboles á la senda: entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento despues apareció Froya retirándose hacia la senda, reciamente acosado por un desconocido en trage de mercader oriental: los cabos del turbante revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos, los golpes de su alfange eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana, que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unian por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

—¡Piedad! esclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás y asió de la mano á Floriana.

—Suéltame, quien quiera que fueres, dijo Floriana á su libertador: yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

—Déjala venir conmigo si quieres, juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habian caminado en un profundo silencio, subian la cuesta de Segóbriga, el casco romano del duque habia quedado en el sitio de la refriega.

(Continuará.)

Juan Eugenio HARTZENBUSCH.

ESOPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

¿No parece fatalidad que los hombres que mas han contribuido al progreso del género humano, los hombres que mas honran al pueblo que los vió nacer no hayan encontrado apologistas, ni tan siquiera biógrafos, mientras príncipes imbéciles, mientras guerreros sanguinarios y salvages han encontrado quien trasmita á la posteridad los detalles de su vida tan pródiga de horrores? ¿No es una mengua para la humanidad que se llama sábia á sí misma que sepamos á ciencia cierta de las devastaciones de Atila y las piraterías de Barbarroja, é ignoremos casi enteramente las mas importantes acciones de Homero, de Cervantes y de Esopo?

Nada mas cierto, y nada mas natural. Es uno de los tristes privilegios de que el génio goza. Vivir en lucha mortal con sus semejantes que no gustan de ver sacadas á plaza sus miserias por los sábios, y morir sin una lágrima de reconocimiento, sin un aplauso, y á veces sin una página en la historia.

Homero y Esopo, los dos génios que mas han merecido de la posteridad, no han sido evocados de su tumba por esa caterva de biógrafos modernos que han sentado en los cementerios sus reales. Y cuenta que Homero, que no es solamente padre de los Dioses, sino tambien de los buenos poetas, y Esopo, en mi opinion debiera colocarse en el número de aquellos sábios griegos tan celebrados, porque él enseñaba la verdadera sabiduría, y la enseñaba mejor que ellos sin reglas, sin silogismos y sin definiciones.

Cierto que han escrito algunos la vida de este grande hombre, pero los entendidos de nuestros tiempos las tienen por fabulosas:—la que escribió Planudio en particular. Debemos, sin embargo, tener presente que cuando Planudio vivia no estaban aun olvidados los recuerdos de Esopo, y debió saber por tradicion lo que nos cuenta. Aparte de las inverosimilitudes y las trivialidades en que dá, me parece el biógrafo mas merecedor de crédito.

Esopo era frigio, natural de una aldea llamada Amonium. Nació en la quincuagésima séptima olimpiada como doscientos años antes de la fundacion de Roma. Difícil fuera decir si debió mucho ó poco á la naturaleza, que al dotarle de sobrenatural talento, le hizo tan feo y deforme, que apenas tenia figura humana, sobre tener en la lengua un impedimento físico que le estorbaba el hablar. Aunque no hubiera nacido, como nació, esclavo, con estos defectos lo hubiera llegado á ser irremediablemente;—pero debemos advertir que su alma fué siempre libre.

Su primer dueño le encomendó la labranza de los campos, ó por que le creyó incapaz de otras tareas, ó porque no quiso tener en su presencia á todas horas un objeto tan desagradable. Sucedió, pues, que le regaló un dia uno de sus arrendadores higos que le agradaron de tal manera que mandó á su criado Agathopo llevárselos despues del baño. Quiso el azar que Esopo tuviese que abandonar los campos aquel dia, y aprovechándose Agathopo de tan buena coyuntura se comió con sus camaradas los higos echando la culpa á Esopo, en la creencia de que no podria justificarse. Los castigos que daban á sus criados los antiguos eran crueles, y esta falta de las mayores. Postróse Esopo á los pies de su señor, y dándose á entender lo mejor que pudo, le pidió por toda gracia que retardase un momento su castigo. Concedido que le fué, corrió á buscar agua caliente, la bebió en presencia de su señor, y con meterse los dedos en la boca arrojó cuanto en el estómago tenia. Ni el menor rastro de higos. Justificado así pidió por señas que se obligase á sus acusadores á otro tanto, y como su dueño por curiosidad aprobó aquella feliz idea, viéronse descubiertos por el idiota, y recibieron el merecido de sus calumnias y de su gastronomía.

Ocupado en sus trabajos estaba el dia siguiente cuando se acercaron á él algunos viageros estraviados, Sacerdotes de Diana, segun biógrafos de nota, y le suplicaron por Júpiter hospitalario que les mostrase el camino del pueblo. Obligólos primeramente el Frigio á descansar á la sombra, y despues de darles frutas y cuanto tenia, puso empeño en acompañarlos, por lo cual rogaron los viageros á Júpiter que recompensase aquella caridad. Esopo á su vuelta se durmió, rendido por el calor y el cansancio, y vió en sus ensueños que la fortuna le sanaba de la lengua, otorgándole el don magnífico, que llegó á ser en sus manos una ciencia universal. Gozoso con la aventura despertó sobresaltado, y al conocer que no habia sido ilusion;

—¿Que es esto? esclamó—mi lengua es libre... ya puedo pronunciar todas las palabras que antes solamente comprendia.

Esta maravilla fué ocasion de que cambiase de dueño. Habiendo Zenao, sobrestante ó gefe de esclavos, castigado rigorosamente á uno por una falta muy leve, Esopo le reprendió amenazándole con publicar sus injusticias. Por venganza Zenao contó á su dueño que el frigio hablaba, pero que solamente hablaba blasfemias de él. Dióle crédito el señor, y fué tan allá en lo agradecido que le regaló á Esopo, sin restriccion alguna, para que dispusiera de él á su capricho. Como un comerciante quisiera algunos dias despues comprar á Zenao una bestia de carga, el sobrestante le respondió:

—No puedo venderte animales que son de mi dueño, pero si te venderé si quieres, uno de nuestros esclavos.

Llamó, pues, á Esopo, y el mercader dijo al verle.

—¿Me propones por burla este negocio? ¿comercio yo en elefantes?

Esopo le llamó y le dijo:

—Cómprame sin temor, que te seré muy útil. Si tienes hijos, charlatanes y juguetones, mi cara los hará callar, y los criados los asustarán conmigo como si yo fuera *el coco*.

Esta ingeniosa sátira de sí mismo agradó al comerciante, que al fin le compró por tres óbolos diciendo:

—¡Prez á los Dioses! la alhaja no vale la pena; pero tambien me cuesta poco dinero.

El comerciante, que traficaba en esclavos, vendió en Efeso cuantos poseia reservándose únicamente un cantor, un gramático y Esopo, á quienes llevó á la feria de Samos; pero antes de presentarlos al público vistió á los dos primeros con todo el lujo posible,—como hacen los mercaderes para deslumbrar,—y cubrió á Esopo con un saco para qué, situado entre sus dos compañeros aumentase su esplendor.

Presentáronse varios compradores, y entre ellos un filósofo llamado Xanto, que preguntó al gramático y al músico qué sabian hacer.

—Todo,—respondieron ellos con la arrogancia característica á los de sus profesiones.

Riolo el frigio, y tan feo debió de ponerse con la risa, que Planudio pondera lo poco que faltó para que el filósofo tomase asustado las de Villadiego, pero por no volver á casa sin feriarse, sus discípulos le aconsejaron la adquisicion de aquella especie de hombre que de tal manera reia, y Xanto, persuadido, compró el poeta en sesenta óbolos. Al preguntarle como á sus compañeros—antes de cerrar el trato, para qué le serviria; Esopo respondió:

—Para nada. Esos egoistas lo han aprendido todo, y cuando vine al mundo ya tenian privilegio esclusivo del saber humano.

El cantor valió á su dueño mil óbolos, y el gramático tres mil.

La muger de Xanto tenia tan esquisito gusto que nadie la agradaba, de manera que el filósofo como era todo un sábio creyó que para que su muger no se le enojase necesitaba de una chanza al anunciar su compra, y la avisó que llevaba un esclavo el mas bello del mundo. Con este anuncio las doncellas de su servicio se le disputaban para amante; pero al verle una se tapó los ojos, otra huyó despavorida y otra prorumpió en lastimosos gritos. No fué tan comedida la

muger del filósofo que lo tomó en cuenta de burla, y aun dijo que su marido desde antaño queria deshacerse de ella, con que hubo quejas y lágrimas, y se acaloraron á punto que pidió su dote sin los gananciales, por supuesto, y se quiso retirar á la casa paterna.

Sin embargo, recurrió el filósofo á su paciencia, que era como de casado, y Esopo á su buen talento, y ajustaron la paz.

Pero en verdad que si fuéramos á referir todos los arranques sublimes de su génio, seria cuento de nunca acabar y aun no podria por ellos juzgarle la posteridad como merece. Diremos, no obstante, uno de los que mas fama le ganaron, porque le puso en parangon con su ignorante dueño.

Un hortelano, á quien el filósofo habia querido comprar ensalada por sí mismo, le rogó, que le sacase de una duda que tocaba muy de cerca á la filosofía... y á sus hortalizas. ¿Por qué, le preguntó, los frutos que planta el hombre, aun cuidados con esmero, no producen ni crecen tanto como los que la tierra produce naturalmente sin cultura? Xanto lo atribuyó á la Providencia, como hacemos con todo lo que no alcanzamos á comprender; pero Esopo llamó aparte riéndose á su dueño, y le aconsejó dijera al hortelano, que le habia dado tal respuesta por no rebajarse á pensar en aquello, que asuntos de tal ralea los dejaba él por lo comun á su esclavo. Retiróse, pues, el filósofo de allí, y el frigio comparó la tierra á la muger que casada en segundas nupcias con un viudo con hijos prefiere los suyos propios á los de él, y aun les quita el pan á los unos, para dárselo á los otros. Así dedujo que la tierra adoptaba forzadamente los plantíos del hombre, y reservaba su ternura que es su savia para sus hijos naturales, madrastra y madre cariñosa á un tiempo. Tan contento quedó el hortelano con el apólogo que ofreció al poeta todos los frutos de su cercado.

En otra ocasion se renovaron las hostilidades entre el filósofo y su muger, porque Esopo, á quien habia dicho el primero en un festin, dándole algunas fruslerías, lleva esto á mi buena amiga, se las dió á una perra en quien Xanto adoraba. Y como preguntase á la vuelta á su muger que le parecia el regalo, hízose esta de la maravillada, y Esopo por consiguiente fué llamado á declarar.

Xanto que aprovechaba todas las ocasiones para castigarle, le preguntó:

—¿No te dige terminantemente: lleva esto á mi buena amiga?

—Sí señor, respondió el frigio; pero yo no tengo por buena amiga á la muger que habla de divorcio por un quítame allá esas pajas. La perra por lo contrario siempre es buena amiga, aunque la castigueis ó la acaricieis.

Abochornado el filósofo dióse por convencido; pero no así su muger que montó en cólera, y se separó de él. Ni ruegos de parientes ni de amigos le bastaron, conque el pobre filósofo estaba tan triston y descolorido que daba grima. Y mas adelante hubiera llegado en las ideas de suicidio que le empezaban á apuntar en el cerebro, si Esopo no hubiera inventado un espediente digno de su chirúmen. Hizo aprestos y compras como para un festin, y haciéndose encontradizo con un criado de su señora, le dijo que como ella no queria volver al redil nupcial, Xanto pensaba casarse.

Al otro dia por celos, ó por espíritu de contradiccion, tornó á casa del filósofo la oveja descarriada.

VICENTE BARRANTES.

ROMANCE SEMI-ESDRÚJULO. (1)

DESPEDIDA DE UN TEOLOGO.

Bellísima doña Próspera,
Que entre celages de tul
Sois en esa reja émula
De la aurora y de la luz.

Perdonad si con voz tímida
Y con humilde actitud
Me acerco á vos, aunque trémulo,
Ya sin disfraz ni capuz.

No me vengais con escrúpulos
Ni severa rectitud,
Que como sabeis no sírvele
A perro viejo el *tús tús*.

Mañana me voy á Córdova
Con un pariente andaluz
Que torna al hogar doméstico
Desde la villa de Irún:

Y no fuera hombre político
Ni de sentido comun,
Si á veros no adelantárame
Para deciros... *agur*.

Espero, pues, vuestras órdenes,
Señora, y ellas segun,
Obraré en todo solícito
Con la mayor prontitud.

Yo ya sé que de los jóvenes
Vuestra terrible segur
Ciega las amantes súplicas,
Roba la paz y quietud;

Pero sois tan hermosísima,
Que á jugar voy el albur
De deciros... ¡voto al chápiro!
Mi tierna solicitud.

Bien sabeis que tengo crédito
De formal, y que... ¡Jesús!
Jamás he sido romántico,
Petardista ni tahur.

Como estudiante teólogo
Os juro por Belcebú
Que soy de lo mas pacífico
Que se halla de Norte á Sud,

Y aunque leí muchos párrafos
De Dumas y de Arlincourt,
Hace tiempo que á este género
Le tengo puesta la cruz.

Yo jamás en cuanto á música
Supe el *sol la mi ré ú*;
Pero sino canto óperas,
Suelo cantar el Mambrú.

Y aunque no entiendo las fórmulas
De la *trent* y de la *poul*,
Sé bailar bien una jácara
Y á veces un *padedú*.

En charlar soy algo pródigo,
Y en escribir mas aun,
Y si no le llamo *céfiro*
A los vientos de *Estambul*,

A la huerta triste *páramo*,
Ni á don Anselmo *Monsieur*,
Ni al oro metal *purísimo*,
Ni al blando fango *betun*,

Fruta *opípara* á los *nísperos*,
A la morera *abedul*,
Ni acompaño en eco tétrico
Mis quejas con el *mas piu*,

Hablo en castellano esplícito,
Escribo versos en u,
Al *rábano* llamo *rábano*,
Al altramuz altramuz;

Nunca hablo en estilo *bíblico*
De David y de Saul,
Y si alguno dice *Lásaro*
Yo lo respondo *ego sum*.

Sin que pretenda poético
En *vapores de tisú*
Llamar á mi pluma cítara
Y á mi garganta *laud*.

Esta, señora, es mi índole,
Que os muestro con amplitud,
Para que no me creyérades
Estúpido ó avestruz.

Perdone de vuestra mágica
Belleza la escelsitud
Si trato de mi amor sincero
Como de un *almoradús*....

(1) Esta composicion, que acaso podra chocar por insustancial y chavacana, la hizo el autor á consecuencia de una apuesta y en un corto termino dado, sosteniendo contra la opinion de algunos amigos suyos, que se podia hacer un romance de estension con este difícil asonante y el esdrújulo alternado.

Pero sois tan bizarrisima
Que, por San Vicente Paul,
Quien por vos no esté frenético
Es un pedazo de atún

Ya veis que me he puesto súbito
Todo el fondo del baul
Con el frac, y por apéndice
Rico baston de *bambú*.

Y si militar hallárame
Yó don Lázaro Agramunt,
Acercárame aquí bélico
Con espada y bericú.

No juzgues que esto es andrómina
De mi galante habitud,
Pues he perdido la *brújula*
Buscando de vos en buz;

Y así sin creerme *sátrapa*
Mirad por el cielo azul
La sentencia que me diérades
Para calmar mi inquietud.

Sois á los ojos ¡Oh Próspera!
De nuestros amantes clubs
La joya mas enigmática
Que ha producido el Perú:

Y aunque para vuestra ínsula
Yo soy un pequeño *mur*,
Me arastra, señora, el mérito
Que tiene vuestra virtud

No exijo que en tierna *hipérbole*
Me conteis ahora.... ¡uff..!
Mataríame un monosílabo
Lanzado con acritud.

Suplicoos, pues, que en epístola
(¡Ay por vuestro *canesú*!)
Me remitais presto á Córdova
Con el amor la salud:

Pues si mi suerte no es *próspera*
Ser puede que *pour amour*
En vez de viajar intrépido
Me vaya monge á *Saagunt*.

O en lugar de ir en *acémila*
Que me lleve un atahud
Al hoyo, que de este tráfago
Es el término común.

—

Esto dijo un Escolástico
Entre *galante* y *gandúl*
A cierta viudita rijida,
pero *rozagante* aun.

J. GUILLEN BUZARÁN.

EL CASAMIENTO.

Le aconsejaban á un padre que no casara á su hijo tan pronto, sino que esperara á que tuviera mas juicio.
—Se equivocan VV., contestó el padre, si se espera á que mi hijo tenga juicio no se casará nunca.

ORGULLO DE UN BANQUERO.

Un marqués le dijo á un banquero: «Debe V. saber que soy hombre de calidad.» El banquero le contestó: «Y yo soy hombre de cantidad.»
Ha llegado la época en que la aristocrácia financiera compite en orgullo con la nobleza.

EL AMOR Y LA LUNA.

El amor se parece á la luna: cuando no crece, es preciso que mengüe.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Los hombres dicen de las mujeres todo lo que se les viene á la boca: las mujeres hacen de los hombres todo lo que se les antoja

UNA SINCERIDAD CRUEL.

Una viuda que hacia poco habia perdido á su marido, lloraba su muerte derramando abundante cuanto amargo llanto: quisieron consolarla pero ella contestó:
—Dejadme ahora que llore todo lo que quiera, que despues no volveré á acordarme de mi difunto.

LA HERENCIA DE LA GULA.

Un hombre muy gloton decia: «Mi padre comia mucho, y mi madre comia mucho tiempo, yo participo de ambas cualidades.»

LA VELETA.

Una señora sostenia en una tertulia, que la muger era mas perfecta que el hombre, porque siendo la última obra que Dios habia hecho, se debia creer que habia reunido en ella todas las perfecciones de las demas criaturas. Un bromista dijo entonces que Dios era un gran arquitecto, porque despues de haber concluido su edificio, habia puesto en la cúspide una veleta.

EL PORTERO EXACTO.

Le preguntaron á un portero si estaba su amo en casa, y contestó que no. ¿Cuándo volverá? Le preguntaron otra vez. El portero respondió: «Cuando el amo manda que se diga que no está en casa, no se sabe cuando volverá.»

EL CUADRANTE

Un sujeto mandó á su criado que fuera á ver qué hora señalaba un cuadrante solar que habia en el jardin encima de un pedestal porque queria arreglar su reloj con el sol. Despues de dar varias vueltas alrededor del cuadrante, sin poder encontrar el medio de conocer la hora, cargó con el cuadrante, y se le llevó muy oficiosamente á su amo diciéndole: «Señor, tenga V. la bondad de verlo V. mismo, porque yo no lo entiendo.»

RUEGO DE UN MARIDO.

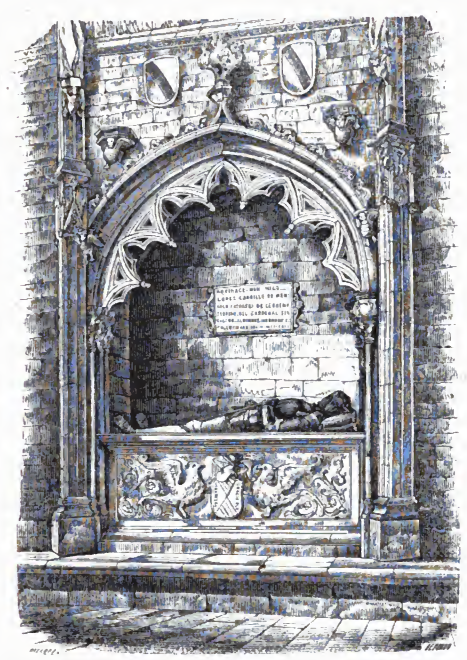
Un sugeto muy devoto estaba leyendo un dia la Santa Escritura, y llegó á un párrafo que decia que un hombre, por castigo de sus pecados, fué poseido por un demonio mudo. Entonces el devoto con todo el ardor de su alma, se arrodilló diciendo: «¡Dios mio, si un demonio de esta clase se apodera de mi muger, no la libreis de él, os lo ruego!»

OCURRENCIA FELIZ DE UNA SEÑORA.

La fueron á decir á una Señora que tenia mas de 80 años que otra señora de mas edad que ella acababa de morir
—«¡Cielos dijo aquella, ya no habia mas que esa muger entre la muerte y yo.!»



Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, *á cargo de* D. G ALHAMBRA, *Jacometrezo*, 26.



EL SEPULCRO DE D. IÑIGO LOPEZ CARRILLO DE MENDOZA.

En la catedral de Toledo y en la capilla llamada de San Ildefonso, se halla el precioso sepulcro cuya copia exacta presentamos hoy, como una de las obras mas notables que en su género posee nuestro pais. Aunque de diversos gustos el enterramiento y el arco que le contiene, forman un conjunto de escelente efecto. En la lápida que se descubre al centro, se halla grabada la siguiente inscripcion:

Aqui yace Don Iñigo Lopez Carrillo de Mendoza, Visorey de Cerdeña, sobrino del Cardenal Gil de Albornoz y hermano del Obispo. Falleció año de 1491 en el Real de Granada.

ESOPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

II.

Hasta aquí, como se vé, la fortuna, sino alhagaba á nuestro poeta, tampoco le perseguia.—¡Que era esclavo! en cambio él lo sabia, y hay ahora tantos que lo son, y ni lo saben, ni lo creen si lo sospechan.—¿Que daba siempre con tontos? gran fortuna para los hombres de talento, que los pueden traer y llevar á su capricho como si jugaran los cubiletes.—Bien que si vamos á cuentas, esclavitud por esclavitud, y tontos por tontos, muchos fabulistas modernos se cambiaran por el Frigio.

Solamente una cosa pudo dar que hacer á Esopo, y hasta desesperarse, á pesar de su chispa: el ódio cordial que desde entonces le profesó la muger de Xanto. Cualquiera de sus mejores fábulas—que escribió despues—hubiera dado el pobre poeta por no haberse metido nunca en aquella matrimonial camisa de once varas; pero lo hecho estaba hecho, y habia salvado de la muerte á un marido, filósofo por añadidura, que ya era accion para tranquilizar su conciencia.

Aparte de estos sinsabores caseros, la vida de Esopo se deslizaba mas tranquila que un arroyo sobre la alfombra de los campos, como diria un *revistero de Madrid*.—Su fealdad se aumentaba en proporcion del desarrollo de su inteligencia, y su amo seguia castigándole sin ton ni son, ni mas ni menos que si conociera lo que habia perdido en felicidad ganando de nuevo á su muger.

Quiso un dia convidar á varios de sus amigos, y Esopo recibió órden para comprar las mejores viandas del mercado.

—Yo te enseñaré, dijo el Frigio para su capote, á especificar lo que deseas y á no sujetarte al capricho de un esclavo.

Y con esta piadosa intencion compró solamente lenguas, que hizo alheñar de los diversos modos conocidos. Los convidados loaron la eleccion del primer *principio*, y aun la del segundo; pero al ver que el tercero y el cuarto y todos los restantes eran lenguas, manifestaron paladinamente su disgusto.

—¿No te mandé, dijo el filósofo, comprar lo mejor que hubiese en el mercado?

—¿Y qué mejor que la lengua?—respondió Esopo.—La lengua es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, intérprete de las pasiones, órgano de la verdad y de la razon. Ella reune los pueblos y los civiliza; ella reina en las asambleas; ella instruye; ella persuade; ella cumple el mayor de nuestros deberes, que es alabar á los Dioses.

—¡Pues bien!—dijo Xanto que queria cazarlo en sus propias

redes;—compra para mañana lo peor.—Señores, os convido tambien para mañana.

Al dia siguiente les sirvió Esopo la misma comida, y como la concurrencia casi se amotinara, dijo que la lengua es la peor cosa del mundo, madre de todos los pleitos, ocasion de todas las riñas, origen de todas las guerras; que las menos veces era órgano de la verdad, y las mas del error y de la calumnia; consejera de crimenes, destructora de pueblos; que si sirve para alabar á los Dioses tambien sirve para blasfemar de ellos. No faltó uno de los presentes que dijo á Xanto, para su mayor desesperacion, que venia como de molde un criado como aquel para dar al traste con la paciencia de un filósofo.

No era solamente en la compañia de su dueño donde Esopo hacia muestra de su donaire y de su agudeza. Un dia que cierto negocio le tuvo fuera de su casa, se encontró en la calle al magistrado que le preguntó adonde iba. Ya por distraido, ó ya por otra razon cualquiera, Esopo le respondió que no lo sabia, con que el magistrado, teniendo por desprecio ó por irreverencia esta contestacion, le mandó prender. Cuando le llevaban á la cárcel esclamó:

—¿Por qué me prenden? ¿no he respondido bien? ¿sabia yo que me llevarian adonde me llevan?

Convencido el juez le puso en libertad, y felicitó al filósofo por tener tal criado; pero Xanto por su parte no necesitaba de estos elogios para conocer cuánto le honraba su posesion. De todos sus apuros le sacaba Esopo. Su talento, verdaderamente sobrenatural, aunque cubierto con aquella apariencia tosca, brillaba á cada paso, desluciendo el del filósofo.

En cierta ocasion enseñaba Xanto á sus discípulos el arte de embriagarse.... con la práctica. Esopo los servia, y cuando vió que empezaban á perder la razon discípulos y maestro, les dijo:

—El esceso del vino produce tres resultados:—El primero la voluptuosidad; el segundo la embriaguez, y el tercero el furor.

Riéronse todos de su observacion, y continuaron bebiendo. Xanto perdió la razon, y comenzó á decir que era capaz de beberse toda la mar. Burláronse de él sus discípulos, y enojado quiso sostener su proposicion, y apostó su casa á que se beberia la mar entera.—Y en prenda depositó el anillo que llevaba en el dedo.

Cuando, disipados los vapores del vino al dia siguiente, echó de menos el anillo, se sorprendió sobremanera, y fué necesario que Esopo ayudase á su memoria para que recordase su locura. El pobre Xanto se desesperó y maldijo de su apuesta; pero, como siempre, recurrió á su esclavo para salir del compromiso.—Y él efectivamente le salvó.

A la hora señalada para la ejecucion de la apuesta, todos los habitantes de Sama corrieron á la orilla del mar á ser testigos de la humillacion del filósofo. El discípulo de la apuesta creia ya segura su ganancia, cuando Xanto dijo en alta voz:

—Señores, he apostado con efecto que beberia todo el mar; pero no los rios que desembocan en él. Que haga variar su curso mi discípulo, y yo cumpliré mi apuesta.

Admiráronse todos de la disculpa de Xanto, que le salvaba el honor. Confesó su vencimiento el discípulo, pidiéndole mil perdones, y el pueblo le llevó á su casa casi en triunfo.

Pidióle Esopo en recompensa su libertad; pero se la negó el filósofo, diciendo que aun no era tiempo; que se la concederia cuando los Dioses se lo aconsejaran con un agüero feliz. Por ejemplo, si al salir el poeta de su casa veia dos cornejas, le otorgaria la libertad; pero si una solamente, seguiria siendo esclavo.—Esopo salió inmediatamente, y vió dos cornejas que se posaron en la copa de un arbol. Corrió á decirselo á Xanto, que quiso verlo por sus ojos; pero tardó en salir de casa, y una de las cornejas huyó mientras tanto.

—¿Me engañarás tú siempre? dijo á Esopo. Yo te daré tu merecido.

Castigando estaban al pobre poeta por esta accion, cuando vinieron á convidar á Xanto para una boda.

—¡Ay de mi!—esclamó Esopo—¡Qué embusteros son los presagios! A mi, que he visto dos cornejas, me están castigando, y á mi señor, que no ha visto mas que una, le convidan para una boda.

Esta sátira agradó tanto al filósofo, que ordenó treguas en el castigo; pero de ninguna manera accedió á darle libertad.

En otra ocasion se paseaban amo y criado entre monumentos antiguos, leyendo con placer las inscripciones que encontraban. Vió Xanto una que no pudo comprender, á pesar de toda su ciencia, como que solamente se componia de las primeras letras de algunas palabras, lo que le obligó á confesar ingénuamente su poquedad.

—¿Si encontráramos un tesoro por estas letras—dijo el fabulista—qué recompensa me dariais?

—La libertad y la mitad del tesoro.

—Significan—prosiguió el poeta—que á cuatro pasos de aquí encontraremos uno.

Y con efecto, hicieron una escavacion y lo encontraron; pero el filósofo no queria cumplir su palabra.

—Librenme los Dioses de tal idea—dijo—hasta que me descifres el enigma de esos caracteres.

—Son—dijo Esopo—los primeros de estas dos palabras:—*Apidas*, *Bemala*, etc.—Es decir:—«A cuatro pasos de este lugar hay un tesoro escondido en la tierra.»

—Eres muy sábio y me pesaria de darte libertad. No la esperes.

—Yo os denunciaré al rey Denis—repuso Esopo enojado—porque la mitad de este dinero le pertenece.

Intimidado Xanto dijo al Frigio que tomase la mitad del tesoro á trueque de callar; pero Esopo declaró que nada le debia, puesto que el letrero tenia este doble significado:

«Partid el tesoro antes de regresar á Samos.»

Por temor de que publicara este suceso, Xanto le mandó encerrar cargado de cadenas.

—¡Ay de mí!...—esclamó el Frigio.—¿Asi cumplen sus promesas los filósofos?—Pero tú me darás libertad tarde ó temprano, de grado ó por fuerza.

El vértigo de la libertad es el verdugo, el torcedor de todos los hombres grandes. Esto sucedia doscientos treinta años antes de la fundacion de Roma.

III.

Dios ha puesto en el corazon de los hombres de genio el presentimiento de la verdad. Sin que pretendamos con esto dar á entender que adivinen los sucesos, como los augures y las pitonisas de la antigüedad, creemos, sí, que la razon de los hombres superiores posee el don de penetrar las brumas de lo porvenir, sino de desvanecerlas enteramente. Los de vida agitada y borrascosa,—el Tasso, Camoens, Cervantes,—¡cuántas veces no presagiaron sus tristes desventuras, cuántas veces no vieron abierto su sepulcro, aun en su edad mas juvenil, cuando la humanidad imaginaba gozar de ellos largos años!—En nuestros tiempos modernos, en el siglo XIX, ¿no hemos oido á Byron presagiar su triste fin, en medio de su existencia de orgias intelectuales? no hemos oido al autor del *Diablo mundo*, pronunciar á los treinta años su sentencia de muerte?

......un doliente gemido
mi dolor tributaba á mis cabellos,
que canos se teñian,
pensando que ya nunca volverian
hermosas manos á jugar con ellos.

Asi se realizó la profecía de Esopo por un prodigio que puso en gran aprieto á los Samitas: un águila, descendiendo de las nubes, robó el anillo público (1) dejándole caer en el seno de un esclavo. Consultado el filósofo como sábio y como uno de los primeros personages de la república, pidió treguas para la respuesta, y recurrió á su oráculo de siempre, á Esopo. Aconsejóle éste que le llevase á la plaza pública, fundándose en que si salia airoso del compromiso seria gran honra para su dueño, y sino solo él, solamente el esclavo sufriria la rechifla de las gentes. Xanto aprobó la idea, y le hizo subir á la tribuna. Al verle tan feo, el pueblo se amotinó casi, acogiendo el exordio de su discurso con carcajadas de befa; pero restablecido el silencio, y puesta la atencion general, mal su grado, en lo que decia, todos se admiraban de que pudiese raciocinar tan bien un ente tan despreciable. Dijoles Esopo que era grave error apreciar la forma del vaso mas que el licor que contiene; y como los Samitas se empeñaban en saber su opinion sobre el suceso que allí los reunia, Esopo se escusó por su situacion de esta manera.

—La fortuna—dijo—ha dado ocasion á una lucha de gloria, entre el señor y el esclavo. Si el esclavo sale vencido será castigado, y si queda vencedor será castigado tambien.

Comprendiéronle todos, y rogaron á Xanto que le diese por libre; pero el filósofo no accedió sino por órden espresa del magistrado. Ya libre, dijo Esopo que aquel suceso amenazaba á los samitas con la esclavitud, y que el águila y el sello significaban que un rey poderoso iba á intentar dominarlos.

Con efecto, poco tiempo despues, Creso, rey de Lidia, pidió un tributo á los samitas, amenazándoles con imponérselo por la guerra. Divididos andaban en Samos los pareceres, sobre pagar el tributo ó no pagarle, cuando dijo Esopo:

—Siempre la fortuna presenta á los hombres dos caminos: uno, el que los hace libres, está erizado de inconvenientes en su principio, pero despues es llano y agradable; el otro, el de la esclavitud, agradable al comenzar, pero triste y afanoso en la conclusion.

Esto queria decir á los samitas que defendieran su libertad, y ellos lo comprendieron. El embajador de Creso volvió á su córte con mal talante.

Al momento se puso el estado de Creso en pié de guerra; y con la noticia que le dió el embajador de que mientras tuviesen los de

(1) Una especie de sello, alegoria del poder, como el cetro de los monarcas de Europa.

Samos por consejero á Esopo, no los reduciria al cumplimiento de su voluntad, les exigió por condicion de su libertad que le entregasen al Frigio. Los magnates de Samos tuvieron por ventajosa esta exigencia que les aseguraba la paz; pero Esopo les hizo mudar de opinion contándoles que en cierto tiempo las ovejas habian hecho un tratado con los lobos, entregándoles en rehenes los perros, su única defensa; y al punto mismo fueron todas devoradas por los lobos sin ningun trabajo.—Aunque por esta fábula mudaron de opinión los Samitas, quiso el poeta ir á la córte de Creso, asegurándoles que en aquellas circunstancias mejor serviria sus intereses al lado de aquel monarca.

Admirado Creso al verle, esclamó:

—¿Será posible que tan ruin criatura sea el único obstáculo que mis intentos hallan?

Esopo se arrojó á sus pies y le dijo:

—Ocupábase un labrador en coger langosta, cuando cogió por azar una cigarra. Iba á ahogarla como hacia con las langostas, y ella le dijo:—¿Qué daño te puedo yo haber hecho, yo, que no talo tus campiñas, ni te causo mal alguno? Yo no tengo mas armas que mi voz ¿y esas pueden ser mas inofensivas?—Yo, gran rey,—repuso Esopo,—soy la cigarra: no tengo mas que voz, y no me sirvo de ella para hacerte daño.

Admirado y conmovido Creso, no solamente le perdonó, sino que le hizo formal promesa de no inquietar á los Samitas.

En este tiempo compuso Esopo sus fábulas. Dióselas al rey de Lidia por quien fué enviado con un mensage á Samos, donde obtuvo casi una ovacion. Por este tiempo tambien, tentóle el deseo de viajar y de conocer á los grandes filósofos del mundo. Los reyes de entonces se remitian unos á otros problemas sobre diversos asuntos, y el que no lo resolvia obligábase á pagar una especie de contribucion. Lycerio, rey de Babilonia, con quien Esopo trabó estrecha amistad, llevaba siempre ventaja en estos certámenes con el auxilio del poeta.

Creyendo sin duda que la suerte no le habia tratado muy mal, *casóse el frigio* Esopo: pero no tuvo sucesion, y adoptó á un jóven de la nobleza llamado Enno, con tan mala ventura que dió con un villano que mancilló su lecho nupcial. Súpolo Esopo y le arrojó de su casa; y Enno por vengarse falsificó una correspondencia entre su padre adoptivo y los reyes émulos de Lycerio, con que persuadido este monarca, mandó á Hermippo, uno de sus oficiales, que diese la muerte á Esopo. Hermippo por fortuna era amigo suyo, y dando la noticia del cumplimiento de su orden á Licerio, le mantuvo encerrado en una sepultura hasta que Necténabo, rey de Egipto, teniendo por muerto á Esopo, creyó poder hacer su tributario al de Babilonia. El desafio fué muy singular. Provocólo á que le mandase arquitectos capaces de construir una torre en el aire, ó que le mandase un sábio que respondiese á cuantas preguntas se le hirieran. En vano recurrió Lycerio á sus filósofos, que se daban de cabezadas, con lo que sintió la muerte del fabulista. Entonces, Hermippo le confesó su engaño, y sacó por su orden de la tumba á Esopo, que fué recibido con agasajo, y perdonó al vil Enno.

Al saber la proposicion del rey de Egipto, rióla Esopo como una sandez, y aplazó su resolucion para la primavera, en cuyo tiempo se puso en camino para Egipto con una comitiva compuesta de buitres enseñados por él á remontarse en el aire con una especie de globo y un muchacho dentro (1). Necténabo, que se arriesgó á tal fantasia porque creyó muerto á Esopo, cuando le vió llegar á sus estados se tuvo por vencido. Preguntóle, no obstante, si llevaba los arquitectos y el sábio que respondiese á todas las preguntas. Esopo por respuesta le llevó al campo y soltó los buitres. A regular distancia del suelo gritaron los muchachos desde los globos que se les diera cal, piedra y maderas, con lo que Esopo dijo al rey:

—Ya están prontos los arquitectos: mandadles los materiales para la torre.

Necténabo se dió por vencido en esto; pero mandó venir de Helliópolis unos famosos sábios célebres en proponer enigmas. Durante una comida que el rey les dió propusieron á Esopo muchas adivinanzas de las cuales era esta la mas difícil:

—Existe un grandioso templo edificado sobre una columna cercado por doce ciudades. Cada una de estas ciudades tiene 30 arcos, y por entre ellos pasean sin cesar una detrás de otra dos mugeres, una rubia y la otra negra.

—¡Bah! contestó Esopo.—Adivinanzas como estas las resuelven sin trabajo los niños de mi pais. El templo es el mundo; la columna es el año; las doce ciudades los meses; los arcos los dias; y las dos mugeres el dia y la noche.

Uno de los amigos de Necténabo, picado del honor, dijo que Esopo no seria capaz de proponerles una cosa de que no tuvieran conocimiento alguno. El Frigio escribió una carta que puso cerrada en manos del rey. Antes de abrirla aseguraban los sábios de Helliópolis que el asunto no debia ser cosa nunca vista ni oida; pero abrióla Necténabo, y al ver que era una cédula por la cual confesaba deber á Lycerio, rey de Babilonia, dos mil talentos, esclamó:

—Señores, todos sois testigos de que esto es una calumnia.

—Tan calumnia, respondieron todos, que nunca hemos ni aun imaginado cosa como ella.

Necténabo despidió á Esopo de su pais colmándole de presentes.

Algunos autores de la antigüedad atribuyen su permanencia en Egipto á la esclavitud material ó amorosa, que tambien indican esto, en que le tuvo Rodophea, la célebre Aspasia egipcia, que con las liberalidades de sus amadores construyó una de las tres pirámides que subsisten aun, la mas pequeña, pero la de mas mérito. Nosotros, humildes biógrafos del siglo XIX ¿podriamos resolver una duda histórica que data del tiempo de las pirámides?

Recibióle Lycerio en Babilonia con gran alarde de júbilo, y aun le mandó construir una estátua. Por ver y aprender renunció á todos los honores, y partió á Grecia por última vez.

A su paso por Delfos, como no le tributáran homenages, comparó á las gentes del pais con esas cañas que flotan en las superficies de los rios: todo apariencias y por lo interior huecas y podridas. Costóle caro la metáfora, porque los de Delfos determinaron tomar venganza con su muerte. Con tal fin ocultaron en su equipage los vasos sagrados, y cuando volvió á emprender su camino en direccion á la Fócida, salieron en su persecucion, y aunque juraba que no habia cometido tal crimen le convencieron de él registrándole (1). Cargado de cadenas como un criminal volvió á Delfos, donde le sentenciaron los jueces á ser precipitado. Por aquella vez usó vanamente de sus felices armas: la sátira y el apólogo. Los jueces se burlaban de ambos.

Pudo escaparse al marchar al suplicio, y acogerse á una capilla dedicada á Apolo; pero le arrancaron por fuerza de allí. Entonces esclamó:

—¿Violais este asilo santo? dia ha de venir en que vuestra maldad no esté segura ni aun en los templos. Un águila mató á una liebre que se habia refugiado en su nido, á pesar de las súplicas de un escarabajo, y Júpiter castigó al águila destruyendo todas sus crias (2). Esto mismo os sucederá.

Poco tiempo despues de su muerte, una peste violenta devastó aquellas comarcas. Consultados los oráculos sobre el medio de aplacar á los Dioses, respondieron que era el único honrar los manes de Esopo. Al punto le elevaron una pirámide; pero los Dioses no se dieron por satisfechos, y dejaron á los hombres el castigo de aquel crimen. Con efecto, la Grecia envió á Delfos una comision indagatoria, que descubrió á los culpables de la muerte de Esopo, y los castigó severamente.

VICENTE BARRANTES.

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

I.

Los mendigos en las calles.

Lóndres tiene proporciones harto gigantescas, y la intervencion de la poblacion flotante es necesariamente harto imperfecta, para que sea posible citar un número exacto de los mendigos de las calles. Sin embargo, un ministro del culto, llamado Baptiste Noel, que se ha ocupado de esta cuestion, ha publicado un escrito en que hace ascender este número á 8,000, sin contar los pobres vergonzantes que ejercen su profesion á domicilio. Como estos mendigos no están inscritos en los registros de las parroquias, y componen lo mas flotante de aquella poblacion inmensa, se vé que el ministro ha debido establecer sobre datos bastante vagos la estadística de su noticia; lo cual no le impide que emita la opinion, quizás aventurada, ya que no muy caritativa, de que los nueve décimos de estos mendigos son unos bribones. Sea como quiera, una suposicion mas verosimil es que, uno con otro, recoge cada mendigo 20 chelines (unos 100 reales) por semana, y que las limosnas de esta clase ascienden anualmente á mas de 32 millones de reales. El habitante de Lóndres tiene mendigos que han llegado á sacar un diario de 16 á 20 rs. Hace poco tiempo, el hijo de un artesano honrado, que tenia cerca de 14 años,

(1) El mismo autor de quien tomamos esta aventura dice con mucha candidez que le parece inverosimil.

(1) Esta aventura parece invencion de algun escritor moderno, porque es semejante a la de los hermanos de José. Y lo parece con tanta mayor razon, cuanto que de los escritores que hemos consultado, solo Lafontaine la trae.

(2) Este argumento es el de la fábula de Esopo *El Aguila y el Escarabajo*, traducida por Lafontaine en el L. II de las suyas (*L'Aigle et l'Escarbot*, p. 74 *de la edicion de Tours*) y por Samaniego en el L. I. p. 20 de la edicion de 1812.

comparecia por undécima vez ante el tribunal de policía, bajo la inculpacion de mendicidad. Habia sido castigado ya diez veces por el mismo delito, y acababa de sufrir dos semanas de cárcel en Bridwell. Se habia sentado en la puerta de la iglesia con un papel en el pecho, en el que se leian estas palabras. «*A poor orphan boy*» (un pobre niño huérfano) y confesaba que en cada uno de los cinco dias que habia escapado á la vigilancia de la policía, no habia recogido menos de 6 chelines. Lo mismo le habia sucedido antes de sus arrestos precedentes. Por lo demas, no mendigaba sino impulsado por una pasion irresistible á ver comedias. Le era preciso ir cada noche al teatro, y si se lo permitia el estado de su bolsillo, se llevaba consigo uno ó varios de sus compañeros.

Algunos hechos publicados durante los 12 últimos años (y estos hechos no serán seguramente los únicos que se hayan presentado en una ciudad tan vasta como Lóndres) demuestran cuán productiva es la mendicidad de las calles. Una muger que habia estado 25 años seguidos barriendo una encrucijada de Charing-Cross, dejó al morir una fortuna de 3500 libras esterlinas (350000 reales): preciso es decir, en honor de la verdad, que no habia recogido todo aquello con su escoba: sus compañeros y otras muchas personas la conocian con el nombre de la *Banquera*: prestaba con usura, pero la escoba era la que habia creado el capital, y un paquete voluminoso de billetes sin valor; aunque preciosamente conservados no obstante, probó de una manera evidente que el capital habia sufrido varias brechas ocasionadas por pérdidas.

Otra muger que habia estado barriendo mucho tiempo en Kent-Street, legó poco antes de su muerte á un dependiente del banco de Inglaterra «*porque me daba cada vez un penique,*» 1500 libras en dinero contante, y el resto de su fortuna, que eran unas 70 libras, «*al panaderote Morton*, porque no me ha dado nunca nada, lo cual le perdono, y con el fin de que en lo sucesivo piense en los pobres barrenderos de las calles.» La coleccion del *Blackmood-Magazine* del mes de agosto de 1837, habla de un negro que en el espacio de 30 años habia recogido mendigando, una cantidad de 8000 libras esterlinas, que se hallaron en dinero, despues de su muerte en su miserable albergue. Todos los periódicos cuotidianos de su tiempo mencionaron un anciano tuerto, con la cabellera blanca como la nieve, que, despues de haber manejado la escoba durante algunos años en la encrucijada de Fleet-Street, legó 700 libras esterlinas á la hija de Alderman Waitman, y esto no solo porque le habia dado con mas frecuencia medio penique, sino tambien porque le sonreia siempre amistosamente. Hace dos ó tres años un negro se hizo á la vela para la



América, su pais nativo, con 1800 libras esterlinas (unos 16000 reales) que habia reunido mendigando.

Esto no puede suceder sino en fuerza de mucha economía, y no es esta la cualidad característica de los mendigos de Lóndres. En su esfera, sus necesidades ordinarias son cuasi una prodigalidad. La mayor parte de ellos gasta por la tarde lo que ha adquirido por la mañana. Hacia tres años enteros que un mendigo pagaba cada semana á un tabernero de Oxford-Street una cantidad de veinte chelines por surtirle de alimentos y bebidas, cuando uno de sus compañeros de escuela le conoció bajo sus harapos, y le ofreció un destino con 60 libras anuales, y casa de valde. El mendigo rehusó rotundamente, diciendo que se hallaba mucho mejor en su estado. Sin embargo, este oficio no debe ser ya tan lucrativo como antes. Ultimamente, en un teatrillo de esos de calle en que se dá un penique, y están representadas frecuentemente con tanta exactitud las costumbres y la vida de las clases íntimas, preguntaba un mendigo jóven á un anciano: —«¿Qué tal ha sido el dia?»—«¡Ay! contestó el anciano con un hondo suspiro, muy malo, Tommy hijo mio, la mendicidad no es ya en el dia lo que era en mi juventud: es 50 libras por año peor que antes!»

Si *todo eso demuestra la necedad de practicar la caridad* (esclama un autor aleman de Morgenblatt), los mendigos por su parte, no olvidan nada de lo que pueda escitarla. Todas las clases de bribones que hay en Lóndres tienen una reputacion proverbial de astucia: pero ninguno de ellos es mas diestro ni mas inventivo que el mendigo de las calles. Esplota todas las enfermedades. La ceguedad y la paralisis se encuentran principalmente bajo todos los aspectos y máscaras imaginables, sobre las cuales se cuentan por docenas anécdotas chistosas y dolorosas á un tiempo; desde que la enfermedad de las patatas hizo subir el precio de los víveres, y que los periodistas han amenazado á Lóndres con los pronósticos de la escasez y el hambre, se ha hecho esta el tema favorito de los mendigos, y la decadencia de la salud, el testo estraordinario de sus lamentaciones cuotidianas.

En la última escursion que hice en la *Cité*, vi en las gradas de la iglesia de san Andrés de Holborn, uno de los barrios mas animados de Lóndres, un hombre acurrucado sobre los talones, cubierto de harapos miserables, y á su lado un sombrero con estas palabras escritas en carácteres abultados: «Mis hijos y yo nos morimos de hambre.» La miseria y la desesperacion estaban retratadas en su rostro pálido y enfermizo; un pañuelo blanco que le rodeaba la cabeza y estaba atado debajo de la barba, le daba el aspecto de un cadáver; hallábase agobiado y parecia encontrarse en la imposibilidad de mover ni brazos ni piernas; el dia estaba frio y nebuloso. Las monedas de cobre y plata llovian en el sombrero del desgraciado. Manifestaba su gratitud entreabriendo los ojos ó moviéndose cuasi imperceptiblemente; muchas personas se paraban á su alrededor: «el pobre espira,» decia uno. «No le resta una hora de vida,» decia otro. «No hay nadie aquí que.....?» dijo un anciano de semblante bondadoso, y espiró la palabra en sus lábios. El moribundo aparente, arrancando su pañuelo, le habia echado en el sombrero y se habia puesto éste, y atravesando el círculo de espectadores, subió á todo correr la cuesta de Holborn. ¿Habia resucitado? La sorpresa llegaba á su colmo, pero se despejó la incógnita pocos momentos despues. Nuestro pillastre vagabundo habia visto de reojo y á lo lejos un oficial de la Sociedad de Mendicidad, y la perspectiva de una reclusion de algunas semanas en Bridwell le habia restituido de improviso el uso de sus miembros.

En el número de los mendigos ciegos, hay muchos, sin embargo, que están privados efectivamente de la vista. Se hacen guiar generalmente, en su peregrinacion por la ciudad, por perros tan bien enseñados por lo general, que miran á los transeuntes con un aspecto cuasi tan suplicante como podrian hacerlo sus mismos amos: el instinto ó la sagacidad les enseña á conocer las personas que están mas dispuestas á dar. Una tacita de estaño que sostienen en la boca y presentan á los transeuntes, recibe las ofrendas de la caridad, las que entregan despues á sus amos. El artículo del *Blackwood-Magazine* que hemos citado ya, habla de un mendigo que se enriqueció por medio de su perro. Este ciego se llamaba Cárlos Wood, y existia aun, cuando se escribió dicho artículo. «Wood, dice, se llegó á convencer de que su perro era un animal estraordinario, el perro francés Robert (por diminutivo Rob), y tenia la costumbre de arengar así á los transeuntes: «Señores y señoras, tienen vds. ante su vista al perro sábio »francés Robert, ¿quiéren vds. hacer la prueba? Echenle algo, y »verán con qué prontitud lo recoge para dárselo á su pobre amo ciego. »¡Atencion! ¡Rob, está vigilante! ¡abre el ojo, Rob!» Las monedas caian con profusion: Rob las recogia y metia en el bolsillo de su amo. «Lo agradezco infinito, almas caritativas, añadia este último; si quie»ren vds. recompensar al pobre animal, está pronto siempre á traba»jar, y cogerá lo que le arrojen sin dejarlo caer al suelo.»

Otro ciego célebre y de una época mas reciente, era Jorge Dyball, hijo ó sobrino, no lo sé á punto fijo, del mendigo de este nombre que sirvió de modelo á Flaxmann para su estátua tan conocida, del mendigo alegre *(the jolly beggar)*. Jorge conoció que convendria á sus intereses el llevar un traje de marinero, á pesar de que nunca habia puesto los pies sobre la cubierta de un buque, y sin temor de ofender el orgullo nacional de los ingleses, puso á su perro el nombre de Nelson. Refiérese de aquel animal una multitud de rasgos de astucia de que solo el hombre es capaz. Deciale su amo la calle á que queria dirigirse, y no solo le llevaba á ella directamente, sino que escogia el camino mas corto y practicable para un ciego. Si proferia Dyball su grito habitual: *¡Pray pity the poor blind!* (¡tened piedad del pobre ciego!), Nelson le contestaba con un ahullido lleno de espresion, y miraba á su alrededor con el aspecto mas lastimoso si los que pasaban no hacian caso de ellos, aproximándose á su amo á quien tocaba ligeramente en la rodilla con su taza de estaño. Si recibia una limosna, dejaba la vasija en el suelo al instante, cogia con los dientes el dinero y lo ponia en la mano de su amo meneando la cola.



Un perro que servia de guia á un soldado que habia perdido la vista en Waterloo, y al que designaba éste por especulacion con el nombre de Blücher, no ha dejado recuerdos tan gloriosos. Hacia muchos años que le encontraba siempre con su amo, en Bond ó en Regent-Street. Viendo un dia al soldado solo, le pregunté involuntariamente: ¿Dónde está Blücher?—¡Ha desertado el traidor! me respondió con amargura. Poco tiempo despues, dejé de ver al soldado: habia muerto repentinamente.

Muchas trampas y embustes de los mendigos de las calles se arreglan segun las estaciones. Se ha llegado ha probar evidentemente que solo por astucia están completamente vestidos y abrigados en el verano, y cuasi desnudos en el invierno. Parece maravilloso particularmente y solo por resultado de una *atraccion* inconcebible, el cómo se sostienen juntos los andrajos que cubren sus miembros, y su ropa es tanto mas ligera cuanto mas intenso y penetrante es el frio. Tuve ocasion, en uno de los últimos inviernos, de observar un mendigo de esta clase. En los dias mas rigurosos, permanecia con la cabeza descubierta, sin medias ni zapatos, con una chaqueta acribillada de agujeros y un pantalon de lana muy ligera, á la entrada del pasage avobedado, y muy espuesto á la corriente de aire que conduce de Ansen-Córner, en Pater-Noster Row, á la plaza de Hall-Court. Prestaba oido atento al mas mínimo ruido de pasos, y cuando conocia que se acercaba alguna persona, empezaba á temblar con todo su cuerpo, con engañosa propiedad, imágen muy natural del frio que aparentaba sentir interior y esteriormente. Cuando estaba solo, se restregaba algunas veces las manos, y parecia hallarse muy contento. Podria tener unos 30 años y debia estar ya á prueba de los vientos enfilados, porque sino faltó nunca de su sitio cuando podia fingir con alguna apariencia de verdad que temblaba y se estremecia, en cambio no se le veia nunca en los dias templados y serenos de que tan escaso es el invierno.

Aunque todo esto se hace con perjuicio de la salud, no por eso deja de ser una supercheria odiosa y digna de severa censura, con mucha mas razon cuando madres sin corazon y padres feroces hacen servir á sus hijos para estas trampas repugnantes y vergonzosas. No existe hipocresia en aquellas pobres criaturitas, cuando acurrucados en un rincon, medio desnudos, agita el frio todos sus miembros, cuando con los lábios cárdenos y los ojos preñados de lágrimas, imploran una limosna y tienden á los transeuntes sus manitas amoratadas é hinchadas por el frio; están obligados á ofrecer en sacrificio el dolor de su jóven existencia, al temor de los castigos y á la codicia. Es cierto que la Sociedad de Mendicidad se opone con laudable actividad á estas infamias; pero las 6,000 calles de Lóndres desafian á una vigilancia universal, y si los hechos numerosos dados á la publicidad por la *Society* escitan una simpatía profunda hácia aquellos niños desgraciados, y el horror mas profundo hácia sus padres, ¿cuántos hechos habrá de esta clase que no serán conocidos nunca, fuera de un círculo muy reducido?

Una averiguacion practicada hace pocas semanas aun, reveló que una madre desnaturalizada colocaba sus dos hijos, de edad de 8 y de 10 años, apenas vestidos, y con los pies descalzos, en el tiempo mas crudo, ya en una calle ya en un pasage; que sacaba cuotidianamente cuatro schelines de la sola venta de los zapatos que les daban á sus hijos; que les pegaba hasta bañarlos en sangre, si, en el transcurso de un dia, no recogian por lo menos seis schelines; que gastaba la mayor parte de este dinero en bebidas espirituosas; que habiéndosele helado los pies á uno de sus niños, fué necesaria la amputacion, y la muerte le arrebató el otro.

He dicho mas arriba que los mendigos de las calles eran los bribones mas astutos de Lóndres. Un individuo de esta clase, y que en caso de necesidad podia contar con su habilidad en el arte de la natacion, se precipitó tres ó cuatro veces al Támesis, aprovechando siem-

pre el momento en que se hallaba cerca alguna lancha que pudiera pescarle. Tenia cuidado de que se hablára de la miseria mas espantosa que habia motivado su tentativa de suicidio, y de que se hiciera inmediatamente despues una colecta *en favor del pobre desgraciado*, de cuyo producto hacia partícipes en seguida á sus compadres. La astucia de las mugeres no se queda atrás nunca. Una muger se sienta en el dintel de una puerta teniendo en brazos dos niños de pecho que nunca son hijos suyos; los pellizca, lloran, y cuando le preguntan el motivo del amargo llanto de las tiernas criaturitas, contesta que no tiene leche para amamantarlos, porque desde la víspera no ha tomado alimento alguno. Otra estrecha contra su seno un paquete de trapos que debe representar un niño en mantillas *(the dear baby)*, que está agonizando, y no tiene ni un penique para comprarle medicamentos. No son estos sin embargo los medios mas vergonzosos empleados por los mendigos para sangrar los bolsillos de las personas caritativas, pero la pluma se resiste á narrarlos.

La especulacion que esplota tan activamente todos los ramos del comercio, se ha apoderado igualmente del oficio de mendigo, y cuando no bastan los recursos pecuniarios, recurren á la asociacion. Hace algunos años que los periódicos alemanes de Lóndres hablan con indignacion contra el alistamiento de esos centenares de muchachas apenas nubiles, que remiten á aquella ciudad, y que, al servicio de su amo, y únicamente por no ser arrestadas como mendigas, andan vendiendo escobas ó azafates, cantando baladas de la Suabia y del Rhin, y son conocidas bajo el nombre de vendedoras de escobas de Alemania *(German broomgirls)*, pobres infortunadas que se ven obligadas á abandonar á sus amos lo que han ganado con sus mercancias ó por cualquier otro medio, en cambio de un mal alimento, de un pésimo albergue, pero de un bonito traje. Ya se habian publicado estas protestas en el mes de abril de 1834, con motivo de persecuciones entabladas contra dos hombres que albergaban en su casa, situada en el barrio de Saffran-Hill, treinta y tantos muchachillos italianos que enviaban á correr por las calles con zampoñas, ratones blancos, monas, galápagos y otros mil pretestos para encubrir la mendicidad. Cada uno de estos niños no llevaba por la noche menos de seis schelines; los castigaban con golpes y hambre, y sus malos tratamientos ocasionaron la muerte de uno de estos desgraciados. Reproduciéronse de nuevo las citadas reclamaciones, cuando un mercader italiano llamado Lucioni, reveló á los tribunales que la Inglaterra no encerraba menos de 4000 de estos niños, que estaban repartidos sobre toda la superficie del reino, y sumidos en una profunda depravacion física y moral. Las revelaciones de Lucioni se insertaron en todos los periódicos; pero todo esto fué inutil: los vendedores de escobas y los saboyanos se ven continuamente en las calles de Londres y en crecido número.

Los mendigos celebran asambleas en que acaecen algunas veces cosas muy singulares: Archendolf las ha referido detalladamente en su obra titulada *England and Italy*, y publicada en Leipsic en 1787. Otros sabian ya esto por la célebre ópera de Gay *El Mendigo*. Existen aun en el dia estas asambleas, pero han sufrido variaciones esenciales en sus reglamentos interiores. Son rigorusamente secretas sobre todo, y están organizadas con la mayor regularidad: tienen un gefe, director supremo, un sistema electivo y leyes de recepcion. Estas sujetan al candidato á una prueba de su habilidad, y la eventualidad de no ser admitido. Otra novedad que se ha introducido en los estatutos de esta sociedad es la division de Lóndres entre los miembros que la componen. Cada uno de ellos tiene su distrito especial, limitado, y cualquiera usurpacion ó irrupcion es castigada con la mayor severidad. Por lo demas, las costumbres y el método de vida de los mendigos son probablemente aun los mismos que en la época en que el príncipe de Gales, despues Guillermo IV, frecuentaba de incógnito y acompañado de su edecan el mayor Hanger aquellas asambleas ó reuniones nocturnas, de que ha hablado este último en sus memorias.

(Concluirá.)

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

VI.

Nada de particular ofrecieron los quince primeros dias que pasó Floriana en Segóbriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus azoteas se descubrian, mirando hácia el mediodia, los cerros que cercaban el Valle del Paraiso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué seria de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana despues del fallecimiento de Pomponia? ¿qué seria de tus fieles Nebridio y Laureano? ¡Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! y ¡si hubiera sabido su suerte...! ¡oh! entonces, Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana, cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirijir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni la buscaba ni huia de su vista. La noche que entraron en la ciudad, le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi esposa; has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los gefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segóbriga, y otros se mantenian esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambicion y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazon de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

—¡Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente: véngame.

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo, ó mas bien por órden del Rey, escribí una carta á su hijo.

—Di que se la hiciste escribir á Floriana.

—Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dímela lisa y llanamente y escuso de figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desabaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envia, porque Flavio, aunque tardío en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos en fin á minar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunica.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el haberse ceñido la corona: á mí me deberá tambien su caida. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Oprime y escarnece á los que le han servido.

—Es un mónstruo sanguinario. A fuerza de suplicios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambicion y rapacidad del clero. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veinte y siete reyes llevamos los godos desde Ataulfo, no contando al que hoy reina: de estos entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, sí: tú estás llamado á ser rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurreccion quedan á tu cuidado: al mio queda sastisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarlo? Para quitarla la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado: de ese yo te vengaré

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mia si no me libro de una rival?

—¿Y cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mia. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

—¿Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?

—Con el de tenerla por esposa no, porque no puedo. Pero aunque me casára legítimamente con ella ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena y á él sí: Como te creyera yo capaz de unirte á un hombre degradado, aquí mismo te daria de puñaladas despues de haberte escupido al rostro.

Teodonsinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un doméstico que avisó á Froya de que tenia que hablar con el verdugo Sisberto.

Es mi mejor espia, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atencion en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo ó inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.*

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta carrera la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Centola; el padre aprobaba la inclinacion del hijo; ella recibia de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los 15 años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo. El gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano físico que la habia educado, falleció de pesadumbre: júzguese cuál seria la de su hijo. Dió á luz una niña Centola un año despues de su conocimiento con el gobernador de Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Escusóse Sisberto confesando francamente que aborrecia tanto á la madre despues de su perfidia y envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco prudentes), que temia no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del culpable trato. El gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de estimar esta confesion ingénua, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija: Sisberto hubo de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el gobernador puso acusacion al físico haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, segun la ley, debia ser puesto á disposicion de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto lo negaba y no podia probársele: el gobernador discurrió un tormento inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar á Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso en que á una fuerte nevada sucedian agudísimos hielos, y cuando aflojaba el frio del hielo volvia á caer nieve: el gobernador decia mofándose que no se podia guardar mas estrictamente al físico su prerogativa: la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel y cierto que no era cárcel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que puede haber en aquella region destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus estremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida: el gobernador alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes ó semejantes razones: De envilecida has tratado á la mujer que honro con mi cariño: si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi combleza, tú que la has injuriado, has de servirme de verdugo. Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado del don de la profecía, dicen que respondió sin detenerse: Mónstruos como tú y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, es imposible que no encontreis al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un dia á parar á mis manos. Rióse descaradamente el gobernador; mandó abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo á realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un gobernador tan inhumano subsistiese en su puesto: incurrió ademas en el crimen de traicion, y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado. Centola, abandonada del gobernador, se abandonó á todos: el conde ó gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió 300 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mundana reincidente debe el conde de la ciudad entregarla por esclava á un hombre de ínfimo estado, Sisberto, despues de ejecutada públicamente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo gobernador que se la diese á él como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debia tambien con arreglo á la ley salir desterrada: otorgó el conde la súplica, y Sisberto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de morirse, no de enfermedad, no de desesperacion ni de vergüenza, sino puramente de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad las terribles obligaciones de su empleo, las cuales sin embargo nunca le obligaron á teñir de sangre el cuchillo, merced á la sábia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte: con todo, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un esclavo ó un pobre, y sentian una ruin complacencia en el castigo de un reo de superior gerarquía; por lo menos es cierto que aborrecia á los condes inhumanos y á las mujeres orgullosas. Curaba empero con humanidad á sus víctimas, era hábil en la composicion de venenos, y los condes de Segóbriga le solian emplear para sonsacar á los esclavos y gente humilde, entre quienes su presencia producia el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permaneciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: Mira no vengas á parar á mis manos!

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo donde tenia su habitacion, subia la *verduga* á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El príncipe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

—Entré.

—¿Sin que te viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará olvidarse de que me vió: en fin, callará.

—¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero adelante: iba provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitacion uno como de mercader africano ó sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

—Precisamente. Un alfange corvo..... una coraza flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arqueta, envuelto con mucho cuidado un capacete romano antiguo... adornado con una magnífica cabellera femenil.

—Él es sin duda: él era: no estaba entre los vascones, me estaba siguiendo los pasos: ama aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas espresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas ó se hizo el sordo.)

—¿Y dices, siguió el duque, que solo le acompañan dos ó tres esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á su lado.

—Esta noche ¿á qué hora le esperan?

—A media noche y vendrá solo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo á los calabozos del castillo. Tú, prorumpió dirigiéndose al verdugo, vas ahora á permanecer en tu habitacion sin salir de ella ni hablar con ninguno.

—¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado verdugo: antes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente del príncipe.

Separáronse con esto: el duque á buscar á sus cómplices, y el verdugo á Centola.

VII.

El alcázar destinado á los gobernadores de Segóbriga, situado como ya hemos dicho en lo mas alto del cerro donde tiene su apoyo esta ciudad menos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto: un estrecho y largo cochitril le servia de almacen para los trastos de su oficio. En un rincon se veian una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo: mas á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado, cuando deseoso de hacer algun bien tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche: daba luz al cuarto una lámpara que cuanto mas visible hacia el menage de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto silencioso y mustio se paseaba de un estremo á otro: la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad por qué no suponia él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóla con desagrado que entrase y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióle Centola, tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasion que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo, sus ojos habian cobrado una espresion espantadiza: una palabra fuerte de su marido bastaba para que se la espeluzara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza abatida siempre, símbolo de la servidumbre que se ha merecido.

Balbuceando, interrumpiéndose y grancándosele el cútis de todo el cuerpo cada vez que veia á su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardara secreto, porque sino le mandaria echar un lazo á la garganta. Centola con tan benigna advertencia habia prometido todo lo que se exigia de ella; Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó que si Centola; le encargó Teodosinda que fabricase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo moririan á la primera ocasion sin remedio. Hé aqui por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponia. Felizmente Sisberto escuchó la noticia con mas estrañeza al pronto que desagrado: echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrírsele al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto: al dia siguiente habia de salir de Segóbriga el duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su rival detestada. Trató Sisberto de avisar al duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo por donde se salia de su habitacion, á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto mientras la suerte del príncipe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer y afectando serenidad se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo: Sisberto se enojó veinte veces con su muger diciendo que lo equivocaba todo, echóla por fin del laboratorio y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era en efecto el príncipe que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo á quien Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él amarrándole á una fuerte cadena.

(Continuará.)—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PELIGROS DE MADRID.



—Vea V., don Lucio: hemos ido a ver la salida de los toros, han empezado las apreturas, y Carmen se me ha estraviado. ¡A los diez y siete años perderse!... ¡Tan bonita como es!.... ¡Y yendo conmigo!!
—¡Que quiere V., doña Severa, peligros de Madrid!

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.



(Ruinas de la Iglesia de Aunceray, en Francia.)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

POR DON MODESTO LAFUENTE.

Difícilmente podria emprenderse trabajo mas importante, mas útil, ni mas espinoso al mismo tiempo, que el de escribir una historia nacional capaz de satisfacer las condiciones que en la época actual deben exigirse de una produccion histórica. Quien hubiese intentado llevar á cabo obra tan grande, contaria con nuestra simpatia y apoyo, aun cuando no hubiera sido tan afortunado en su trabajo como el autor de la *Historia* cuyo titulo figura á la cabeza de estas lineas. Dos tomos van publicados de ella; el primero casi ocupado esclusivamente por un escelente discurso preliminar, base y cimiento de la obra, ha sido lisongeramente acogido por toda la prensa de alguna importancia literaria. El segundo, que acaba de repartirse abarca la série de los sucesos de ocho siglos y medio, desde Sertorio hasta la destruccion del reino godo, en una narracion clara, metódica y amena, llena de consideraciones filósoficas, profundas, lógicas y convincentes, que revelan la disposicion especial del autor para este género de escritos, tan opuesto al que hasta ahora ha cultivado habitualmente el Sr. Lafuente, infundiendo la confianza de que sabrá llenar la laguna que en el actual movimiento histórico-filosófico de Europa, se echaba de ver en la literatura española En prueba de la justicia de nuestros elogios, trasladamos á continuacion uno de los capítulos del tomo segundo, que como el primero se halla impreso con suma correccion, esmero y elegancia en el establecimiento del Sr. Mellado.

EL CRISTIANISMO.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolucion social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una trasformacion física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislacion, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existian ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupcion, de inmoralidad, de desenfreno habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolucion y los vicios tenian ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veianse todavia algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oirse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroismo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajacion. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazon de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organizacion social.

Asi desde Augusto que aparentó querer contener la inmorali-

dad, corre despues y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le habia faltado. Desde entonces no se vé sino una depravacion profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulacion, la crápula y la sensualidad erigidas en sistema. Emperadores malvados disponian de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudian, divinizaban al que esperaban les hiciese mas distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese mas espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habian sido los mas pródigos para él. «El pueblo, dice elo»cuentemente un escritor español (1), el pueblo siempre mendigo y »siempre seguro, decia al tirano: tenga yo dinero, y tú confisca: »tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú harás »cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe ha»bia una tácita convencion, mediante la cual el déspota daba el tri»go y el pueblo los aplausos...... Cuando los tiranos salian de sus »palacios, y oian las salutaciones y agradecimientos del pueblo, »imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el mas floreciente »estado, y tenian las interesadas y compradas aclamaciones de la »canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.—¿Ha»cíase, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pue»blo, y mas que todos los ricos se matasen. ¿Subia un emperador á »la escena, ó descendia al palenque con los gladiadores? Pan al pue»blo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador »comediante, citarista ó cochero. ¿Volvia el príncipe de la guerra »sin haber visto al enemigo, ó despues de haber hecho una paz ver»gonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho pa»dre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamacio»nes y bajo los arcos de triunfo. ¿Moria una cortesana, una vil pros»tituta, esposa del emperador y muger de todos los hombres? Pan »y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial »era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y »sus estátuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupcion del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los príncipes.

¿Pero era solo el pueblo ignorante y estúpido el que así adulaba á sus tiranos? ¿No hacian lo mismo los hombres de letras, los sábios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo, á vos de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra, y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, Cesar, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Neron, el que mejor escribia de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras habia amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios (2); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca ¿no le decia á Neron que «*podia vanagloriarse de un mérito que ningun otro emperador tenia, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto (3)?*»

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vió la humanidad agoviada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenia tanto desórden? ¿Qué causas habian producido aquel refinamiento de disolucion y de maldad? La religion y el culto, la organizacion política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuia á fomentar la corrupcion intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndoselo despues. Habia dioses para todas las virtudes, pero habia tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellas. «*Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro*, decia Terencio en una de sus comedias (4), *seduce las mugeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?*» Y como si el politeismo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á protejer y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituian públicamente las mugeres, si en el de Corinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma habiá de haber vestales? Nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistian con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigian que estos escogieran para morir las posturas mas lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenian adoradores. A ningun vicio le faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «*Hermosa Laverna*, decia Ho»racio (1), *enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y »santo.*» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ó olvidados ó desiertos: los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No estrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeismo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego otra cosa que oponer al desautorizado paganismo que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecia la corrupcion, no la fomentaba menos la organizacion política del estado. El imperio romano era un gigante que tenia abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se habia estendido tan lejos la opresion de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoismo tan universal, relajacion tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los escesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de mónstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullian esclavos, ó prisioneros, ó mugeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampréas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecia el delito de lesa magestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionage, á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podian deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podia haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social, y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenia que adular y servir? Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregacion de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existia esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media donde suelen residir la ilustracion y la virtud. No habia mas que un número inmenso de miserables que se morian de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (2), y cuyos criados se contaban por millares (3). Plinio menciona un ciudadano, que despues de lamentarse de las

(1) Malgorza y Aznar, Discurso sobre el comercio de los romanos.
(2) Tacit. ann. lib. XIII.
(3) Sen. De Clementia.
(4) Eun. Act. III.

(1) Epist. XVI, L. ib I.
(2) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados la enorme suma de seis millones de sextercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.
(3) *Familiarum Numerum et nationes* los llama Tacito. Annal. lib. XI.-Plinio dice que era necesario un nomenclator para conocerlos y llamarlos; y Ateneo, que habia quien poseia quince ó veinte mil. Dignos. L. VI.

pérdidas que habia sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras (1). Patricios habia que poseian mas vasallos que súbditos algunos monarcas.

(Continuará.)

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

II.

La mendicidad por cartas.

Los mendigos por cartas tienen una fisonomía aparte y distinta de los mendigos de las demas clases. ¿Quién podria apreciar con exactitud el número á que ascienden en vista del misterio en que está envuelto su oficio? Una noticia bastante curiosa hallada entre los papeles de lord Holland que murió en 1840, dá sin embargo algunos datos sobre este punto. Hace observar en ella que recibia anualmente unas 530 cartas de esta clase, fechadas todas en Lóndres. Lord Holland, era un hombre generoso, un verdadero bienhechor de la humanidad. Lóndres le conocia en este concepto: es muy probable que los mendigos *epistolares* le conocieran igualmente por tal, y por consiguiente se dirigian con preferencia á él, y dando por supuesto que un mismo individuo le hubiera escrito dos ó tres veces en el transcurso de un año, puede ascender todavía el número de los mendigos de esta clase á 400. Que varios individuos, agoviados por los golpes de la adversidad recurran á este espediente, que una pluma hábil y amaestrada, trazando el cuadro de una miseria espantosa, conmueve mas profundamente el corazon que lo que podria hacerlo la farsa mas ingeniosa, no es dudoso; pero es tambien positivo que la mendicidad por escrito es desde hace mucho tiempo una profesion que se ejerce metódicamente, y mantiene al que la practica. La noticia citada dá á conocer igualmente en cierto modo la proporcion que existe entre los que se circunscriben á los límites de la verdad, y los que recurren á la ficcion. Lord Holland, á consecuencia de las numerosas pilladas de que habia sido víctima, consideraba como un deber suyo el tomar informes sobre el individuo que solicitaba sus beneficios, antes de acceder á su pretension, y descubrió, no sabe definir si con placer ó sentimiento, que de cada diez cartas de esta clase, nueve eran inventadas por pillastres. La tercera cuestion hubiera sido el averiguar cuánto puede reunir anualmente un individuo que se dedica á esta especie de rateria. Aquel mismo José Noel de qué he hablado en la primera parte de este artículo, pensaba que podia evaluarse esta ganancia en 100 libras esterlinas, y lo que á continuacion esplicaremos justificará este aserto. Es de esperar que en estas limosnas sean iguales por lo menos la parte de la limosna y la de la mentira, lo cual dá por resultado en cada 400 mendigos *epistolares* una renta anual de 40,000 libras esterlinas, ó, lo que es lo mismo, de 1 000,000 de francos.

Los petardistas que, segun su propia espresion, se dedican á la *casa mayor*, ciñéndose á la nobleza y á los particulares mas ricos, pueden lanzar solo algunas cartas en un círculo razonablemente estrecho, y contentarse con tanta mas razon, cuanto que el resultado es abundante y lucrativo. Los hechos han probado que con cinco de estas cartas recoge rara vez un individuo menos de dos libras esterlinas, y consigue frecuentemente hasta diez. El que se contenta con asestar sus certeros tiros á la *casa comun*, que comprende entre otras clases los eclesiásticos, las mugeres caritativas, y los particulares ociosos que disfrutan una fortuna regular, recibe rara vez de cada carta mas de dos libras ni menos de diez chelines; y generalmente una sola contestacion por cada diez cartas. Esto requiere doble actividad, y como esta se ejerce continuamente, resulta que se hallaron recientemente en casa de uno de estos mendigos 16 cartas corrientes, que confesó haber escrito aquel mismo dia y que tenia intencion de haberlas remitido todas á sus direcciones respectivas en el mismo plazo. Considerado todo esto escrupulosamente, resulta que deben circular diariamente en Lóndres millares de cartas *limosneras*.

No es estraño que en este laboratorio inmenso se haya hallado escritores de mendicidad (ignoro si existen aun en la actualidad, pero los ha habido hasta una época muy reciente), que tenian secretarios, caballos y carruages. Guillermo el Tuerto, llamado asi porque habia perdido un ojo no se sabe dónde y llevaba una venda negra, fué un individuo de esta especie. Murió hace 10 años de un modo sumamente elegante: cayó del caballo en el centro mismo de Hyde-Park y se desnucó. Su ganancia anual variaba desde 600 á 800 libras esterlinas, y preciso es que fuera un administrador muy diestro, puesto que pagaba 80 libras á un secretario, y 40 libras á sus escribientes; pero tenia caballo y cabriolé, y una querida que en Lóndres no es un artículo insignificante. Esta última, despues de la muerte de Guillermo, se casó con su secretario José Unterwood, y llevó en dote, como heredera del difunto, los preciosos archivos de éste, que consistian en una porcion de modelos de pretestos como embargos, papeletas del monte de piedad, etc., una estensa lista de personas *crédulas* con las señas de sus habitaciones, un diario autógrafo, y una coleccion de notas escritas del puño y letra de Guillermo, cosas todas cuyo valor supo apreciar perfectamente Unterwood.

Este, convertido así en sucesor legítimo de su principal, era hijo de un alderman de Lóndres; habia recibido una buena educacion y parecia dedicado á ocupar una posicion mas honrosa, cuando la muerte le privó de su padre, y su mala conducta le quitó la esperanza de obtener un empleo en la Cité. Entró entonces al servicio de Guillermo, y desplegó tan estraordinaria habilidad, que cuando emprendió el oficio por cuenta propia se colocó á la cabeza de sus colegas y se creó una renta anual de 1000 libras esterlinas. Sus invenciones, ó mas bien sus pilladas, eran inagotables; no era suficiente para él el copiar cada carta; sabia escribir todos los motivos, identificarse con todos los caractéres, y espresarse segun el espíritu y las costumbres de cada una de las personas á quienes se dirigen. Despues de haber estado detenido varias veces, pero sin embargo sin haber sufrido ninguna condena, murió en 1843 durante su último arresto en la cárcel de Cold-Faltield.

Las dificultades y las persecuciones, asuntos judiciales que estorbaban á Unterwood en la práctica de sus funciones tramposas, y que al mismo tiempo le comprometian, le sugirieron la idea de que la formacion de una sociedad era un medio eficaz de disminuir unas y sustraerse á las otras. Constituyó pues una sociedad de la que fué gefe supremo con una remuneracion magnífica. No se disolvió la compañía por su muerte. Pedro Hall, que era ya sub-director, ascendió á ser su gefe, y aunque la parca haya cortado el hilo de su vida al cabo del corto espacio de dos años, no por eso dejó de egecutar cosas realmente estraordinarias. Hábil sobre todo en el arte de disfrazarse, de variar su voz y su porte, llevaba él mismo las cartas mas importantes, y le sucedió con frecuencia conversar con la misma persona con un intérvalo de muy pocas horas, sin que le conociera. Está probado que se presentó una mañana en casa del conde de Harwaly como un pobre eclesiástico escocés destituido de sus funciones, y por la tarde del mismo dia como un retratista convaleciente de una enfermedad larga y penosa. El eclesiástico obtuvo cuatro guineas y el pintor obtuvo dos. Cada vez estuvo hablando bastante tiempo con el conde: el mismo portero le abrió la puerta á la entrada y á la salida: el mismo lacayo le anunció ambas veces, y sin embargo, ni el amo ni los criados le conocieron. Halláronse en su herencia, cosa muy fácil de comprender, patillas y bigotes de todas clases, una coleccion de pelucas, y un guarda-ropa que hubiera podido rivalizar con los almacenes de ropas hechas confeccionadas en Holy-Wel-Street.

Los mendigos por cartas de primera clase ejercen su oficio con la mas perfecta regularidad, y llevan sus libros de cuenta y razon tan escrupulosamente como el comerciante mas concienzudo. Tienen un borrador para registrar provisionalmente las notas, un libro copiador de cartas, un libro de caja, etc. En el mes de agosto de 1844 publicó el *Times* fragmentos del diario de un bribon de esta clase llamado Juan Douglas, condenado por sus fechorías á varios meses de encierro en una casa de correccion. Sus anotaciones son muy breves y no contienen mas que la sustancia del asunto: 1.º La fecha. 2.º Las señas de la persona. 3.º El nombre imaginado. 4.º La desdicha que alegaba. 5.º El resultado. Citamos por via de egemplo los estractos siguientes: «8 de febrero, Almirante Curron, del navío Palas, el gaviero Samuel Bowdeu;—embargo por un alquiler de 4 libras y 4 chelines, inutilizado á consecuencia de una herida;—resultado dos libras.»—«12 de marzo. Condesa de Mansfield; Elisa Turner, viuda; nueve niños, con tos ferina, escarlatina, cólera;—resultado 3 libras esterlinas.»

Los testos de estas cartas son los que, llenos de pormenores edificantes basados en la probabilidad y adornados con ámplias adulaciones, motivan las liberalidades; por eso la destreza del escritor *pordiosero* reside en su invencion de pretestos y en la de frases sentimentales y laudatorias. Que las notas ó apuntes de que se ha hablado mas arriba sean indispensables para que la memoria no engañe, y que no se incurra en repeticiones u otras equivocaciones que, inspirando sospechas, no solo harian fracasar los proyectos del autor, sino que comprometerian tambien su libertad, se comprende fácilmente; pero lo que sorprende mas es el cómo consiguen conocer estas gentes las circunstancias mas prolijas concernientes á las personas á

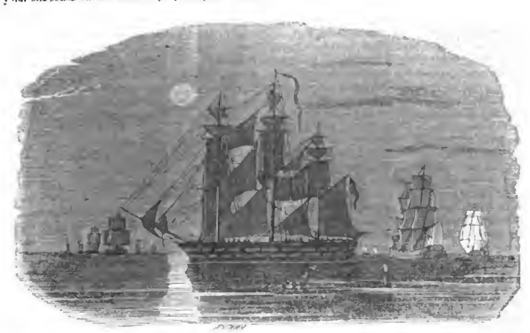
(1) Citado por Cantu, Hist. Universal, Epoca VI. cap. V.

quienes se dirigen, y que saben emplearlas ó modificarlas de tal suerte que el que recibe las cartas no halla pretesto para resentirse, sino que por el contrario, se siente inclinado á la generosidad. Problemas de astucia son estos, cuya solucion duplica desgraciadamente el abuso del talento. Estos bribones llevan algunas veces su audacia á tal estremo (un hecho de esta clase fué el que le ocasionó á Unterwood su último arresto), que imitan la letra y la rúbrica, escriben cartas enteras con una semejanza engañadora, bajo el nombre de personas de quienes han conseguido procurarse algun escrito autógrafo, y se las dirigen á otras que conocen su letra. En una ocasion muy reciente todavia, un general célebre envió un billete de banco de 20 libras á un teniente que habia militado á sus órdenes y que le habia espuesto en una carta, la posicion crítica en que se hallaba. El tribunal de policía rogó al general que le transmitiera esta carta; así lo hizo, aunque haciendo observar con bastante brusquería que no habia trampa en esto, porque conocia la letra del teniente Prattan tan bien como la suya. Sin embargo, la letra del teniente habia sido imitada con la mayor perfeccion por un falsificador, y á este habia ido á parar el billete de banco.

Ya sea que se quiera evitar el que descubran la trampa, ó que deseen no promover duda alguna sobre la identidad del autor con el que toma su nombre, la letra es en la práctica de este oficio una cosa de tan colosal importancia que cada uno se esfuerza por apropiarse una porcion de letras diferentes. Parece que Unterwood escribia diez letras distintas con la mayor habilidad. El minimun de ellas que debe poseer un mendigo es el de cuatro: una habitual para los casos ordinarios, otra para las personas ilustradas, de edad avanzada, perseguidas por la desgracia, otra para las muchachas jóvenes, y otra para las mugeres casadas. Cuanto mas elevada es la clase de la persona en cuyo nombre va escrita la carta, mas importante es proceder con cuidado en lo concerniente á la remision de la carta y de la contestacion. Una carta suscrita por un supuesto oficial, ó por su viuda, promueve mas indagaciones que cuando aparenta ser de un artesano ó de su hija. Solo cuando tiene el autor motivos poderosos para creerse seguro de sí mismo, es cuando lleva en propia mano la carta, y espera la contestacion; lo mas frecuente es mandarla por el correo y dar sus señas en una hostería, un café, ó un sitio cualquiera de reunion. Pero antes de presentarse en el sitio indicado, espía mucho tiempo y con cuidado si está en acecho algun agente de policía ó de la *Sociedad de Mendicidad* para arrestarle, y toma sus disposiciones con arreglo á las circunstancias del momento.

Cuando vá dirigida la carta á una persona distinguida, y que ésta es bastante bondadosa para unir alguna esquela consolatoria á su envio de dinero, el petardista sabe sacar muy buen partido de esto. Manda inmediatamente este testimonio de compasion á algun amigo ó conocido benéfico del autor de la esquela, suplica que se la restituyan, porque aquella esquela es *sagrada para él*, y la hace circular asi de mano en mano. Rara vez sucede que este manejo deje de producir resultados lucrativos. La esquela es auténtica y hace creer, segun las apariencias, que el autor de ella está convencido de la realidad del hecho que compadece. Un iluso hace ciento. El escritor de estas cartas de mendicidad practica todavia otra astucia: en lugar de pedir auxilios para sí mismo, los solicita para su prójimo; refiere una historia sencilla, se atribuye un nombre honroso y para demostrar su buena voluntad se suscribe el primero por una cantidad razonable á la cabeza de una *lista* de suscricion que se abre á favor del *desgraciado*, y cuyo importe está destinado á aliviarle de sus penas y trabajos, ó mejorar por lo menos su situacion.

Citaremos aun, en el número de las trampas practicadas por estos mendigos, *embargos judiciales* de que hemos hablado ya, y las papeletas de empeño del Monte de Piedad. Son pruebas de miseria, y si el petardista lo cree necesario, sabe fabricar perfectamente un certificado del rector de su parroquia ó de algun médico del barrio. Sobre todo, cuando aparecen en escena las *papeletas de empeño*, es en el caso de ocurrir un incendio en algun Monte de Piedad. En las circunstancias normales se trata de socorros destinados á desempeñar los efectos mencionados en la papeleta del Monte de Piedad; pero en caso de incendio de éste y de los efectos empeñados, se trata de una miseria espantosa, como consecuencia de la destruccion completa de los últimos recursos. Parece que Guillermo el Tuerto fué el primero que esplotó asi los incendios de esta clase, y que consideró siempre como un acontecimiento feliz la destruccion de un Monte de Piedad.



EL OCCEANO Y SUS MARAVILLAS.

I.

Descripcion general.

Si nos es grato contemplar las escenas risueñas y variadas que ofrece una campiña feraz y pintoresca, mas interesante nos parece aun el aspecto de la naturaleza cuando se presenta á nuestra vista ceñida con esa cintura inmensa y flotante que llamamos OCCÉANO. ¡Qué carrera tan magnífica nos presenta, abierta á nuestras investigaciones y admiracion! ¡Qué manantial inagotable de conocimientos útiles! ¡Qué prueba tan sublime de la munificencia del criador!

El Occéano cubre mas de la mitad de la superficie del globo terrestre. Sorprende al pronto esta estension. Quizás la prevision humana se hubiera contentado con manantiales y aguas corrientes, ó con rios alimentados por los vapores que se detienen en las elevadas cumbres de las montañas; pero la providencia divina ha querido que las aguas, ademas de los manantiales y rios que las producen propios para nuestro uso, formasen un vastísimo estanque que se estiende de continente á continente, de un polo al otro. Este elemento líquido cede bajo el peso del hombre, y en los mares, lejos de aliviar la sed, la irrita por su amargor y sus cualidades salitrosas. Algunas veces invade sus costas el Occéano, destruyendo y llevándose los trabajos que la audacia del hombre ha osado hacer en sus orillas; despues arroja á la playa sus despojos, como para insultar á la debilidad humana. Sin embargo, los desastres que produce solo son casuales, al paso que sus beneficios son constantes y generosos.

El Occéano es una estension muy dilatada de agua que cubre la superficie del globo del Norte al Sur, y del Este al Oeste, de modo que un buque, avanzando siempre y evitando los obstáculos que encuentre, vuelve al punto de que habia salido. El sinnúmero de islas y continentes que hay en el Occéano no interrumpen su continuidad. Los mares son ciertas porciones del Occéano que toman sus denominaciones generales de los diferentes paises que bañan. Las subdi-

visiones de estos mares forman los golfos, las bahías y los estrechos que están figurados en nuestros mapas.

Se ha calculado que la superficie de las aguas esparcidas en el globo es de unos nueve millones y medio de leguas cuadradas. En cuanto á su volúmen, difícil es evaluarle ni aun aproximadamente, porque en muchos paragea, la sonda no llega al fondo; pero suponiendo que el término medio de la profundidad del Océano sea de media milla inglesa, será el volúmen de la masa de las aguas de 2,300,000 leguas cúbicas.

Entre nuestros lectores habrá sin duda algunos que hayan estado en las orillas del mar, y que por esta sencilla razon se crean ya con derecho para decir que *han visto el mar*. Mas cierto seria decir que han visto una parte de él infinitamente pequeña. Supongamos en una llanura un lago de forma irregular y de una media legua de diámetro; algunas hormigas se pasean por la arena de la orilla; allí se adelantan por una lengua de tierra en la que el agua baña sus pies: ¿es creible que en esta situacion puedan descubrir una gran parte del lago? Y sin embargo, proporcionalmente, su vista abrazará mas espacio que la nuestra cuando contemplamos el Océano, aunque sea de un punto muy elevado, porque el lago puede ser considerado con una superficie recta, al paso que la del Océano es curva ó esférica como la de la tierra, circunstancia que limita naturalmente el horizonte del observador.

La idea del mar en su estension imponente confunde la inteligencia, como la idea de lo infinito. Lejos de las costas y en un tiempo sereno ofrece un espectáculo monótono, pero en sus momentos de furor, asocian los marinos el sentimiento de su poder al del peligro y quizás en ninguna otra circunstancia siente el hombre un recogimiento tan solemne y religioso.

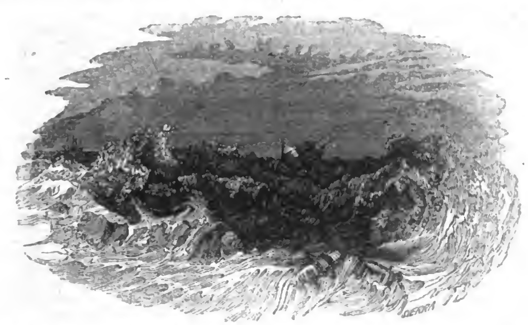
Estamos generalmente inclinados á juzgar las cosas mas bien por lo que parecen que por lo que el estudio podria enseñarnos fácilmente. Esta es la razon de que algunas personas, á quienes no les falta ni inteligencia ni sagacidad, se hayan formado una idea errónea del tamaño de la tierra. No hay nada mas útil sin embargo, que el aplicar su inteligencia á la contemplacion de las escenas naturales para llegar á comprenderlas tales cuales son realmente. Estos esfuerzos sucesivos, sostenidos por el interés siempre creciente de la verdad, alimentan y desarrollan las facultades intelectuales y las hacen superiores á las fruslerías despreciables en que pasan tantas personas su existencia entera.

Hemos dicho arriba que las aguas del mar son saladas, lo cual las hace diferenciarse de las aguas de manantiales y rios que generalmente no tienen sabor alguno. Esta propiedad ha sido atribuida á diferentes causas; algunos físicos suponen que hay en el fondo del Océano capas espesas y aun montañas de sal; otros creen que los rios que hace tantos siglos arrastran al fondo del mar los despojos de animales y vegetales, que contienen todos cierta cantidad de sal, son los agentes verdaderos de este fenómeno. En esta hipótesis, los cuerpos se descomponen por la accion disolvente de las aguas; la evaporacion no les quita mas que las partículas que constituyen el agua potable, para devolverlas á la tierra en forma de lluvias ó de corrientes. Que obren estas causas aisladas ó unidas es lo que la ciencia no ha podido resolver aun; pero deduciremos una observacion, y es que la naturaleza es un laboratorio estenso donde se combina todo hasta lo infinito, segun las reglas constantes que perpetúan en sus propiedades y en su conjunto las obras del criador.

Si las causas de los fenómenos se sustraen á las investigaciones del hombre, su objeto, es decir, su utilidad, basta para hacernos admirar la sabiduría de la providencia. La sal contenida en el agua del mar libra á esta de esas alteraciones nocivas á que se halla espuesta el agua potable; evita ademas la congelacion de esos estanques inmensos, escepto en las latitudes próximas á los polos.

Por eso casi todas las partes del Océano están abiertas á la navegacion y al comercio. Sin embargo, como el agua del mar no es potable, y que no solo es nauseabunda sino perjudicial tomada en cierta cantidad, los marinos, y aun los que han nacido sobre el mar, tienen que proveerse de agua dulce.

La escasez de agua no es menos temible que la falta de los demas alimentos; para obtenerla se recurre á varios medios. Se estienden lienzos con cubos debajo para recoger el agua llovediza ó la del rocío. Otras veces se cuece el agua del mar para utilizar el vapor que exhala (1). Solo cuando el tormento de la sed es ya intolerable, beben los marinos el agua del mar, porque saben que ocasiona una muerte inmediata en este caso.



El aspecto general del mar varia segun el estado atmosférico y las horas del dia, pero conserva siempre un carácter grandioso, ya sea que el sol saliente adorne con una tinta plateada el nivel del horizonte, ó que, próximo á ocultarse, sus rayos interrumpidos por las olas parezcan encenderse en ellas como las llamas de un gran incendio; pero no hay nada que iguale á la belleza de este espectáculo en las noches polares, cuando alguna aurora boreal hace brillar la superficie de las aguas con una luz tranquila y trasparente. El color del mar suele ser un verde bajo en ciertas ocasiones, y un azul hermoso en otras; pero el menor soplo de viento, la reflexion del cielo, la presencia de una nube, la de los animales ó vegetales que contiene en su seno, la naturaleza misma del fondo, la dan accidentalmente tintas variadas, y que seria imposible indicar con precision.

Algunas veces se pone la mar luminosa, y por la noche es cuando se manifiesta particularmente este fenómeno. Se la ve brillar en algunos parages en toda la estension que abarca la vista; suele suceder que solo esté luminosa al chocar con los costados del buque, ó al ser batida por los remos. En algunos mares es mas frecuente este espectáculo que en otros; hay mares en que se manifiesta cuando reinan ciertos vientos; hay otros, finalmente, en los cuales se percibe en muy pequeña escala

El capitan Bonnycastle, al subir el golfo de san Lorenzo, presenció este fenómeno, pero con circunstancias sumamente notables. Era el 7 de setiembre de 1826. A las dos de la mañana, el piloto segundo bajó muy alarmado á despertar al capitan. El cielo estaba estrellado, pero de improviso apareció entoldado en cierta direccion, y salió del mar una luz súbita y brillante, parecida á una aurora boreal. Era tan viva aquella luz que iluminaba todos los objetos, hasta los topes-masteleros. El contramaestre, despues de haber dado la alarma, aseguró la barra del timon, rizó el velámen, y puso toda la tri-

(1) Últimamente se ha hecho un descubrimiento importante y harto conocido para que hagamos de él una descripcion detallada. Consiste en un aparato destilador para separar el agua dulce, procedente de las lluvias y de los rios, que está mezclada con el agua salada del mar. En la actualidad casi todos los buques que hacen viages largos, van provistos de una de estas máquinas, utilísimas por cuanto evitan la falta de agua dulce.

pulacion pronta para maniobrar. La mar estaba luminosa desde una á otra orilla, y las aguas, que hasta entonces habian estado tranquilas, empezaron á agitarse. Los marinos de la tripulacion afirmaban que no habian visto nunca semejante cosa. Con la claridad se distinguian muchos peces grandes cuyos movimientos rápidos parecian indicar el aturdimiento del susto. Amaneció y salió el sol; su disco estaba todo de color de fuego. El capitan hizo sacar un cubo de aquella agua; ofrecia el aspecto de una masa luminosa en cuanto se la agitaba con la mano, se echó una parte de ella en una vasija descubierta, y conservó durante algunos dias, aunque en menor grado, aquella cualidad fosfórica.

Se ha tratado de esplicar la causa de este fenómeno que se atribuye, ya sea á masas inmensas de animalillos pequeños cuyo cuerpo tiene la misma propiedad que el del gusano de luz, ya á la irradiacion de alguna materia fosfórica, tal como la que emana de la Sarga y de algunos otros pescados cuando se les observa por la noche. En todo caso, la irradiacion que aumenta por el movimiento que se imprime al agua, revela suficientemente la presencia de un fluido fosfórico. Los marinos tienen la creencia de que cuando la mar se pone luminosa, es indicio de la proximidad de una tempestad.

Por muy interesantes que sean las escenas que ofrece la superficie del mar, es muy probable que lo que pasa en las profundidades de sus abismos escitaria la curiosidad en mayor grado, si esos arcanos no fueron impenetrables á las investigaciones del hombre. Sin embargo, con el auxilio de un aparato ingenioso, se consigue sustraer al mar algunos de sus secretos y hasta una parte de las riquezas que oculta á que ha sepultado en su seno. Esta máquina, muy conocida, se llama campana de buzo. Su utilidad se comprenderá fácilmente haciendo el siguiente esperimento. Colóquese un pedazo de corcho en la superficie del agua contenida en un barreño grande; métase en el agua un vaso boca abajo, en cuya cavidad esté el corcho, que por su ligereza se mantendrá flotante; váyase sepultando con precaucion el vaso en el agua, y se verá que el nivel del agua bajará sucesivamente debajo del tubo, y se elevará alrededor y por encima de sus paredes esteriores; en esta operacion, el corcho bajará al mismo tiempo que el liquido que le sostiene, y á pesar de la inmersion completa del vaso, la parte superior del corcho permanecerá seca. El mismo resultado se obtendrá sumergiendo el aparato á la profundidad que se quiera. El aire rechazado ligeramente hácia el fondo del tubo impide al agua que suba, de modo que una mosca podria permanecer á pié enjuto encima del corcho; sin embargo, comprimido el aire de este modo, deja de ser propio para la respiracion, y en esta posicion, cualquier animal que no volviera pronto al aire atmósférico, moriria asfixiado en poco tiempo. Una cáscara de nuez, puesta á flote en el barreño, sobre su quilla, daria una prueba mas sensible todavia de la resistencia del aire; el vaso que la cubriera podria ser sumergido en el agua á la profundidad que se quisiera, sin que entrara ni una gota de agua en esta embarcacion pequeña.

Se han construido campanas de buzo bastante espaciosas para contener cinco personas; el nombre de esta clase de aparatos indica la forma que tienen generalmente; sin embargo se ha tratado de hacerlos cuadrados como un tablero. El doctor Cothodon bajó en 1821 en un aparato cuadrado, formado de una sola pieza de bronce. La parte superior ó techo tenia varias ventanitas redondas formadas de cristales muy espesos y que cerraban herméticamente. Un tubo ponia en comunicacion el interior del aparato con la superficie del agua; una bomba pneumática obligaba al aire esterior á que bajara por el tubo para renovar el del interior de la máquina. Dejemos hablar al mismo doctor.

«Bajamos tan lentamente que no notamos el movimiento de la campana hasta que estuvo sumergida en el agua; entonces sentimos alrededor de los oidos y en la frente una especie de presion; mi compañero sufria de tal modo con este malestar, que nos vimos obligados á detenernos un rato. Por fin seguimos bajando; yi la palidez de mi compañero; particularmente sus lábios estaban sumamente descoloridos, como si estuviera próximo á desmayarse. En cuanto á mi, sufria alrededor de la cabeza una presion fuerte, muy semejante á la que podria producir una corona de hierro, pero no tenia ninguna otra incomodidad. Sin embargo, mi voz dejaba de ser sonora, y aunque hablaba bastante alto, apenas podia yo distinguir el sonido de mis propias palabras»

La presion que cita el doctor puede esplicarse del modo siguiente. Sin la porcion de aire que se oponia como un obstáculo al agua, esta hubiera llenado naturalmente toda la cavidad del tubo: el esfuerzo que hacia el liquido para ponerse al nivel reducia el aire interior á un espacio menor que el que ocupaba antes, y este aire comprimido asi ejercia una presion análoga sobre las personas colocadas en el interior de la campana: de aqui proviene el malestar que padecian. El compañero del doctor se habia puesto en los oidos dos bolitas de papel; penetraron tan profundamente por la accion del aire, que le costó mucho trabajo á un cirujano el estraerlas. Del mismo modo se puede esplicar la razon de que la voz fuera haciéndose tan insonora. En primer lugar el aire que penetraba por la abertura de la boca, estorbaba los sonidos en el momento de imitarlos; despues la porcion de aire que producia estos sonidos debilitados tenia que recorrer un espacio mas denso; en fin el organo del oido el tímpano fuertemente dilatado por una presion constante, debia perder naturalmente una gran parte de su elasticidad y de sus propiedades de repercusion.

El doctor Halley que bajó en una campana de buzo á hacer esperiencias científicas, penetró á una profundidad de 30 toesas próximamente. Con un sol hermoso y una mar tranquila, podia leer y escribir y distinguir los objetos que queria coger en el fondo. Pero cuando el agua estaba turbia, tenia que encender una vela, circunstancia que á pesar de lo estraordinario que parezca, no lo es mas que la de entregarse á observaciones científicas á 300 pies bajo el nivel del Océano. La mar que vista desde arriba, presenta un color verdoso parece tenerle rojo oscuro cuando se la mira desde abajo, y refleja un resplandor rojizo sobre los objetos. La razon de esto es que de los colores primitivos de que se compone la luz, solo el rojo penetra hasta aquella profundidad. Es probable que mas abajo todavia, cese este efecto, y reine una oscuridad completa. Los buzos afirman que cuando los vientos amontonan las olas en la superficie del Océano las aguas del fondo permanecen tranquilas. El frio parece tambien mas intenso á medida que se va bajando hasta el estremo de ser insufrible en cierta profundidad. No es esta porque la temperatura positiva sea alli mas rigurosa que la de los inviernos de las regiones templadas, sino que la presion del aire hace que sea mas sensible su efecto.

Las campanas de buzo no han sido usadas generalmente mas que para sacar del agua algunos de los objetos perdidos en los naufragios, ó para esplorar el fondo de los rios, operacion indispensable cuando se trata de construir ciertas obras, como puentes, malecones, etc. En el Támises se hizo uso de una campana de buzo para reconocer la abertura por donde habia entrado el agua en el tunnel.

Debemos señalar un hecho notable que parece contradecir las leyes generales del peso. Los cuerpos pesados, empleados como sondas, bajan con rapidéz al descender del nivel del mar, pero al cabo de cierto tiempo, parece que cesa su movimiento de descenso mucho tiempo antes de haber llegado al fondo. La causa que se supone haya para esto es la presion del agua que á cierta profundidad y en razon á la pesadez del cuerpo, obra de modo que le sostiene en equilibrio, pero esta esplicacion no se resiste á un exámen detenido. Efectivamente, si la presion del agua bastara para suspender cuerpos pesados en medio del abismo seria preciso deducir de aqui que no podrian existir en el fondo del mar, en los sitios á que no ha podido llegar la sonda, mas que masas enormes; todos los demás cuerpos, como corales, guijarros, arena, etc., deberian obedecer necesariamente á la misma ley que los suspenderia en el seno del mar. Se nos dirá que por qué deja de bajar la sonda aunque no haya llegado al fondo. Esto es porque la sonda está formada de dos partes de una naturaleza muy distinta; de una masa de metal, que suele ser plomo, y de una cuerda que se mantendria flotante en la superficie, á no ser por el peso que la arrastra. Asi es que la cuerda opone una resistencia al plomo, y siendo mayor esta resistencia á medida que se ha dejado correr mas cuerda, debe llegar necesariamente un momento en que neutraliza el efecto de la pesadez y mantiene al cuerpo en equilibrio. Nuestros lectores podrán hacer esta esperiencia atando un alfiler de un tamaño regular á un hilo delgado y haciéndole bajar al fondo de una vasija de cristal de bastante profundidad.

Sea la causa cual fuere, el obstáculo no es menos cierto. Hay ciertos limites que nunca podrá el hombre traspasar, y asi como no podria elevarse en un globo mas allá de cierta altura por falta de aire respirable, asi tambien tiene que detenerse, ya sea que quiera sondear los abismos del Océano, ó que trate de profundizar las entrañas de la tierra.

La configuracion del lecho del Océano se parece á la de un continente: se encuentran en él montes, valles, colinas, bancos de roca, precipicios, cavernas y grutas. Una gran porcion de esas islas sembradas en el mar, no son mas que las crestas de las montañas que salen del agua. Los parages inaccesibles á la sonda son, sin duda, valles ó hendiduras ó llanuras profundamente encajonadas, mientras que los escollos ó bajios que hay cerca de las costas solo son proximidades de esas eminencias que llamamos TIERRA.

En las regiones polares, la mar se presenta bajo un aspecto que difiere enteramente del que ofrece en otras latitudes. Flota alli el hielo bajo la forma de islas ó montañas. Algunas de estas masas superan en estension á una porcion de las islas figuradas en nuestros

mapas: las hay que se elevan á mas de 1,000 pies sobre el nivel del mar, y que tienen varias leguas de estension. Generalmente, están inmediatas ó unidas, forman como una cadena en un espacio de varios grados. Los marinos temen mucho mas los hielos á flor de agua que los que sobresalen del mar; posible le es á un buque evitar el choque de estos últimos, porque se ven desde lejos, pero puede ser sorprendido en medio de aquellos, y estar detenido el tiempo suficiente para que la tripulacion perezca de hambre, ó hacerse mil pedazos entre aquellas masas flotantes.

Una montaña de hielo suele tener un color verde muy claro; otras veces toma un color gris ó negruzco. Este hielo tiene mezcla de tierra, piedras y arbustos arrancados de la orilla. Se hallan con frecuencia en las escabrosidades de aquellos, témpanos inmensos de hielo nidos de pájaros con sus huevos, á pesar de hallarse á una distancia considerable de la tierra.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Muerte próxima amenazaba á los esposos del Valle del Paraiso. Froya á escondidas de su hermana queria acabar en aquel mismo dia con Recesvinto: Teodosinda se proponia envenenar á Floriana, asi que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar Froya el candado que habia mandado poner á la puerta del verdugo, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la órden y quedarse en el tránsito. Mandó á uno de sus satélites que hiciera despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido profundo terror. Vistióse dócil y siguió al soldado encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo: abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja que daba á la prision del príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo seña á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, previniéndose ya á un espectáculo funesto.—Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele el corazon á la noble jóven, porque en él subsistia siempre el cariño á su perdido esposo; pero supo contenerse sin dar un grito: cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevósela á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del duque la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

—Recesvinto ha caido en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aqui, á pesar de ser él hijo del rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á esplicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: yo voy á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los mas en número son los mas poderosos, se han resuelto á deponerle, como él hizo deponer á su antecesor el malogrado Tulga: hoy es la reunion de los coligados que vendrán á acamparse con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga: allí voy á ser hoy alzado sobre el pavés monarca de los godos hoy mismo: desde aquí podrás verlo. Flavio, que aunque tan viejo es muy temible, morirá si se deja prender: inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—¡Ah señor! esclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos. Misericordia con él.

—Alzate y cesa de pedir en su favor, porque de seguro te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy á decírtelo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado: tal creia entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

—¿Es posible?.... ¿es verdad?.... ¿seré tan dichosa?....

—Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras, no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo á decir que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento: el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detrás de nosotros: esto indica que se hallaba en la córte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

—¡Cielos! ¡y yo que dudaba.... yo que le acusaba de infiel...! Pero señor, entonces tú debes á Recesvinto la vida.

—No: te la debo á ti: primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa, favor que necesito pagarte: el premio será una corona.

—¡Cielo santo!

—Si, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confia en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularte nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras mi cariño, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir sino lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera muger haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose sin embargo á ser fiel esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio: sino eres mi esposa, el padre y su hijo perecen, el hijo al momento. Contempla tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: habia comprendido que Recesvinto la amaba todavia y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demas ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. ¡Padre de los que lloran! esclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

—Su rey, su rey: ¿qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo seria su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida: si el gefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto ya no existiria: la loca pasion que me inspiras, le vale. Puesto que soy mas humano que seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio: este eres tú: sé mia, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increible.—¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas: basta con una palabra mia, que será la espresion de mi voluntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, yo juro que no.

El primer impulso del colérico duque, fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana asi que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia; tenia una ventana á cada lado: al una daba al campo; la otra á un patio del castillo: ambas estaban

provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podia pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces: no acudió ninguno. Froya habia mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del duque con intencion de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda ¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos que ahora me pueden servir para tejer un lazo que termine mi deplorable existencia! Arrancó pues la trenza y fue á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltacion frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducia al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podia hablar Floriana, no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contra-órden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caida sobre el escalon de la ventana, y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida: sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

—Procura sosegarte, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que yo no me contento con que vivan: quiero ademas que no se les deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenia en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará: no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele: solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque: eso que pides, es imposible por ahora; mas adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme mas condiciones.

—¡Oh! si, falta todavia la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que fué mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipacion de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oir esta súplica. ¡Pedirme á mi, decia, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso.

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querian sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visogodos. En mi es esta determinacion mucho mas meritoria que lo fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolicion de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipacion de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mi motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para ti de consuelo, añadió Froya con inesplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué aun mas amarga. Las reinas como yo, dijo: deben durar menos.

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El duque en vista de un aviso que le daban, tenia que salir fuera de la ciudad para verse con algunos coligados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuese con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz liberta en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la órden que acababa de darles el duque. Por entonces, Floriana se salvó del veneno que para ella habia mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la seña convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quienes debian entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitacion sorda á esperar la venida del gobernador, que habia de ser aquel mismo dia saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habian de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes: al descubrirlas desde el castillo, habianse de tocar los clarines en la ciudad, se habia de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que seria recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharia el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defenderia, porque sabian de fijo que Flavio no estaba en ella. Alli se renovaria la eleccion para que fuese válida, y seria el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recien llegados, que conocian á Teodosinda, se presentaron á saludarla: noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarian en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos gefes á las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucia el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella espectacion, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio dia se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venia á pié, era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué habia salido y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que habia salido con un encargo del duque y venia de desempeñarlo: no podia decir cuál era por habérsele encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Ademas habia otra pregunta que hacerle que era la que mas importaba á todos, á saber: ¿si no habia visto tropas por aquel lado? Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

—Ya están aquí, ya no hay ruidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenia dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

—¿A quién dices? esclamaron todos atónitos

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venian del Valle del Paraiso, y se dirigian aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí: deben ser, prorumpió Teodosinda enagenada. Retírate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente asi que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inesplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey habia pasado algunos dias en el Valle del Paraiso; mientras tanto la conjuracion habia dado pasos de gigante; Flavio no sabia nada y venia incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que habia prometido Froya á Floriana, y persistian en la determinacion que antes se habia tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey que lentamente se iba encaminando á Segóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenia un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de enmedio aquel embarazo, en designándole el sugeto: una muerte mas ó menos en un dia de tumulto era cosa en que no debia repararse. El veneno pues quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

(Concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MAXIMAS PROVECHOSAS.

Decia un filósofo antiguo: —«Desconfia de la delantera de un carro, de la trasera de una mula, y de un fraile por todos lados.»

Un observador moderno dice: —«Desconfia de la cubierta de un libro, del pañuelo de una muger bonita, de la muestra de una tienda, y de las buenas palabras de un personage, porque las esterioridades suelen ser engañosas.»

Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, *á cargo de* D. G. ALHAMBRA, *Jacometrezo*, 26.



EL TEMPLO DE SANTA CRUZ EN MEDINA DE RIOSECO.

Hay tiempos que hacen época en la historia de la humanidad, y siglos que cambian la fisonomía de las naciones. Para el espíritu superficial que no mira las cosas sino en globo, estos sucesos no tienen significacion, ni son mas que fortunas ciegas: pero el hombre pensador, el filósofo, encuentra en ellos un enlace íntimo, una providencial armonía de causas y efectos, de recíprocas influencias. Esto es lo que debemos á la filosofía de la historia, á la admirable y fecunda ciencia de Vico, que tan grandes horizontes ha franqueado en la existencia universal.

Si á la luz de esta moderna antorcha contemplamos el siglo XVI, hallamos sin duda que fué una de las épocas mas decisivas del mundo, una de las fases mas profundas y vehementes de la civilizacion. Con dificultad se podria distinguir en los anales modernos, desde la caida del imperio de los Césares, otra circunstancia tan importante y poderosa sobre los destinos del Occidente como la edad de Leon X. No es cosa de engolfarse en investigaciones críticas en un trabajo como el presente. Pero si la ocasion lo permitiera, habíamos de ver que el decantado siglo de Luis XIV en el mundo teutónico, ni el de los Augustos y Mecenas en la civilizacion latina, tuvieron tan elevado carácter y fuerza de accion, ni tantos títulos á las atenciones de la posteridad como aquel tiempo de grandezas de todo género.

Aquel siglo merece, cual otro, el antonomástico dictado de *grande;* porque todo en él lo fuera: nombres, hechos, invenciones, descubrimientos; las ciencias y las artes, fortunas y desdichas, verdades y errores, todo respiraba grandeza; todo tuvo grandes, si bien respectivos, resultados. Es verdad que, llevando por precursores de su advenimiento la invencion de la imprenta, la toma de Granada y el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo, no podia menos de ser un tiempo fecundo y digno de patente de primer órden. ¡La invencion de la imprenta, que, segun la feliz definicion de un escritor francés, « es el mayor lucero de la historia! » Y el triunfo de la Alhambra y la conquista de América, proezas inmortales, junto á las que la guerra de Troya y las campañas de Alejandro son deslustradas y mezquinas páginas que desaparecen ante el esplendoroso nombres de Colon y de Gonzalo, como las estrellas á los primeros rayos del sol en el horizonte!...

El siglo XVI fué, á nuestro juicio, la inauguracion de una nueva y vivificante era para la Europa; varió de todo punto su faz, y señaló el principio de su propia é inteligente existencia. Donde quiera hubo animacion y progreso, movimiento y espontaneidad, genio y aspiraciones al porvenir. Prescindiendo de las hondas luchas que le agitaron, encontraremos allí grandes conquistas para la humanidad, á pesar de tiránicas aberraciones del poder material. En las ciencias aparece una generacion de talentos superiores, que descubre arcanos magníficos á la asombrada muchedumbre; y hacen frente á las preocupaciones y á la ignorancia sábios insignes que arrancan prodigios á la inspiracion. La literatura, regenerada por la fecunda Italia, toma un vuelo deslumbrador; las artes hacen renacer los hermosos dias de la Grecia, y bajo la sombría atmósfera del Occidente brilla el rayo creador de Zeuxis, el destello de la gloria de Pericles!....

Las artes. Ved aquí el punto relativo á nuestro actual propósito, y donde ya debiéramos estar si el inmenso campo que á la meditacion presenta la época bosquejada no hubiese arrebatado la fantasía sobre los límites del pensamiento. Y efectivamente, las artes, y en particular la arquitectura, sintieron una revolucion completa en el curso del siglo XVI. En él descuellan nombres inmortales, que llevaron las obras de la paleta y del cincel á lo mas acabado de la antigüedad clásica. El Pantheon rivaliza con el Parthenon; Miguel Angel arrebata el cetro á Phidias; Roma nada tiene que envidiar á la floreciente Atenas.

La arquitectura cambió de ropages, y se presentó ataviada como una jóven mórbida del Epiro gentil, donde habia brillado cual matrona severa y espiritual de la Jerusalen cristiana. Este fenómeno tiene su esplicacion filosófica en la historia del arte: mas su desenvol-

vimiento no cuadra al actual objeto. El arte que durante el bajo imperio representaba la inmovilidad latina; que, regenerado por la conquista del Santo Sepulcro, se convirtió en espresion multiforme y simbólica, en fórmula esflorescente, copiosa y atrevida de la idea progresiva, y que durante los siglos medios escribió, á falta de otros agentes, en el granito filigranado de las catedrales y monasterios la historia elocuente de muchas generaciones, con sus heróicas virtudes en las esculturas de los túmulos, con sus vicios misteriosos en los pórticos dibujados de monjes con pies de sátiros, y de obispos y magnates llevados en carretas tiradas por el diablo; este arte, en fin, que ha revelado siempre desde la India y el Egipto el espíritu y organizacion de las sociedades, como un geroglífico reservado á los sacerdotes de la iniciacion, debia participar, y participó en efecto, de la vicisitud omnímoda de aquel prodigioso siglo. En su consecuencia, pues, á la variedad y fantástico vuelo de la ojiva germánica sucedió la severidad, la acompasada armonía de los semicírculos clásicos; los pórticos multiformes de riquísima cresteria, donde el osado artista bordaba con luminosos encages los delirios felices del genio, fueron pospuestos á los peristilos inflexibles, á las líneas de simétrica magestad que cortaron el horizonte de Poestum; y aquellas naves aéreas, aquellas agujas trasparentes de Burgos y de Reims, aquellas delicadas fasces de pilares perdidos en el espacio son reemplazados por redondas cúpulas, y macizas torres y poderosas pilastras de enérgica y varonil belleza. La revolucion está consumada en el arte. Una nueva página se abre en el album del jaspe y del metal.

Existe en esto un singular fenómeno. Cuando la sociedad en los tiempos casi feudales yacia inactiva y monótona, sin accion espiritual ni aspiraciones profundas, la arquitectura era la síntesis de todo pensamiento progresivo, de toda tendencia innovadora. Y despues, cuando ya Europa habia tomado movimiento y empezaba la obra de su regeneracion con recursos activos y fuerzas íntimas, entonces el arte cesa de ser simbólico y significativo para convertirse en puramente técnico, ritual.

Sea de ello cualquiera la razon crítica, el resultado es indudable. El renacimiento de la forma griega y romana destronó del altar del gusto á los tipos elípticos de los artistas cristianos.

Entre los grandes nombres que, resucitando las tradiciones de Callimaco y Metágenes, pusieron en desuso las vaporosas formas de los artistas de Leon y de Toledo, forjándose una aureola de glorioso recuerdo, descuellan, por lo que hace á nuestra España, dos figuras de primer órden, dos hombres de superior merecimiento: Herrera y Bautista de Toledo. En este maestro insigne y este discípulo tan digno de su maestro se simboliza el *renacimiento* de nuestra arquitectura, se cifra la nueva escuela, la revolucion del arte, en fin. ¡Magníficos vestijios dejaron sobre el pais; hermosas firmas tienen estampadas en los anales de la arquitectura! Herrera particularmente, el célebre creador del Escorial, es el favorito de los apasionados al *renacimiento* clásico. Con religioso celo se guardan y enumeran sus obras distinguidas; y la poblacion que posee uno de estos monumentos, le conserva cual un timbre envidiado de nobleza y mérito.

Medina de Rioseco, la villa opulenta, centro del comercio castellano en aquellos, para ella, florecientes tiempos, espléndida y bizarra en la ereccion de monumentos religiosos, quiso tener una obra del grande artista de sus reyes, y vió alzarse en su recinto bajo aquella inteligente mano el hermoso templo parroquial dedicado á la Santa Cruz. La obra fué digna del autor y del objeto.

Vedla ostentarse magestuosa y bella sobre el suave declive de una de las dos ténues prominencias donde asienta la ciudad, á la derecha de su calle mayor en una bonita placeta que permite desarrollar toda su gallarda perspectiva. Disfrútase de ella en un solo golpe de vista de admirable efecto y sorprendente impresion, desembocando por las bocacalles superior é inferior. Desde este punto cuentan que esclamó Napoleon, sorprendido á la vista de tan hermoso espectáculo:— *¡Oh, tambien anduvo por aquí el famoso Herrera!....*

Precédela un átrio espacioso de forma casi rectángula, ceñido con balaustrada de fierro, sostenida por sendas pilastras, que coronan leones de granito con escudos heráldicos, é intercalados de graciosos pedestales con esféricos remates. En el fondo de este vestíbulo preséntase la elegantísima fachada del templo (que damos en lámina) al frente septentrional del perfecto paralelógramo que forma su planta general, donde compiten la magestad atrevida y la sencillez voluptuosa de las mas puras tradiciones griegas. Compónese de dos cuerpos, rematados por un inmenso frontispicio. El primero pertenece al estilo corintio. Diez pilastras de medio resalto, implantadas sobre basamentos áticos, formando en los centros de su línea recta una especie de saliente, ceñidas de primorosos capiteles con flexibles caulículos, y coronadas de un cornisamento completo, constituyen el frente inferior, terminado á los estremos superiores con dos cartelas recibidas sobre pedestales robustos con sus enormes globos. En el punto céntrico y sus inmediatos intercolumnios se rasgan la puerta principal del templo y las dos laterales, de forma rectangular, adornadas con jambas y sobrejambas, dinteles y coronamientos de selecto gusto. Un espacioso medio punto cobija la central, haciendo una especie de pórtico cubierto, sencillamente decorado. Sobre cada cual de las portadas menores se dibuja un targeton cuadrangular, primorosamente abierto en medio relieve. El asunto del de la derecha es la Invencion de la Santa Cruz; y el opuesto representa la muerte de Santa Elena. Al pie de ellos abrieron los constructores dos letreros, que maltratados por pueriles manos, no ostentan legible su íntegro contesto. Tan solo se entiende en uno de ellos «....á costa de los feligreses, siendo cura...» y en la otra nada mas que «eclesiástico merino mayor de cuar... año de 1727.» Esto es, sin duda, muy posterior á la época del templo. En los intersticios inmediatos se hallan bajo semicirculares nichos las sibilas Cumea y Sámia, esculturas en piedra de talla menor que natural, pero de buena egecucion. El resto de los claros está cuajado de grandes casetones rectángulos, que guardan consonancia con el adorno general.

Surge el segundo tramo con un zócalo que sirve de asiento á una decoracion *compuesta*, perfectamente armónica y proporcional á la precedente. Ocho pilastras en banda, correspondientes á otras tantas inferiores, con su espaciosísima lucerna cuadrilonga, y cuatro nichos de medio punto, adornados (menos los estremos) con filetes y fajas, y coronados de airosos capirotes del tipo romano, con recuadros en los blancos restantes, y una cornisa clásica son los constitutivos de esta combinacion. Danle empero mayor realce y noble arrogancia cuatro estátuas colosales, en los nichos, que representan á nuestro Rey don Alfonso, el de las Navas; á Heraclio, emperador bizantino; á Constantino el Grande, y á su madre la Emperatriz Santa Elena. Y hacen juego con estas las imponentes figuras de Isaias, profeta, y David, Rey, establecidas, como las anteriores, encima de lindas peanas, y colocadas sobre el cornison del primer cuerpo. Asi como apeado en el del superior, cierra la obra esterna un frontis triangular, adornado por dobles pedestales corridos con cuatro globos pareados, y concluido por un elegante pedestal, que sirve de pié á la inmensa cruz de piedra, que perdida en el espacio, parece á la luz del sol el sagrado Lábaro, donde inscribió la mano de los ángeles el victorioso lema del primer Emperador cristiano.

El conjunto de la construccion, que alcanza 145 pies de altura, por 122 y 88 de anchura en sus dos alzados, revela desde luego al grande arquitecto. Nada falta y nada sobra. Todos los detalles se dejan ver en su lugar y proporcion, y siendo los mas que podrian ser, aparece sencilla y rica, severa y elegante. Es una belleza griega, es una jóven Peloponesiaca vestida y coronada para los misterios del Bosque Sagrado. En ella se amalgaman con inefable encanto la blandura con la dignidad, la sencillez con la pompa: sin confundirse, sin perjudicarse, y formando un delicioso contraste, una especie de claro-oscuro de mágica inspiracion.

En nada se debilita este efecto cuando el curioso desemboca en lo interior del templo. Desarróllase ante los ojos la suntuosa basílica, de una sola nave, coronada por la inmensa bóveda semicircular, que monta sobre dos gigantescas galerias laterales, y encaja entre vastísimos y delicados medios puntos de silleria. No hemos visto cosa asi en España, y acaso no tenga rival. Comprende su ámbito 155 pies de longitud, por 95 de elevacion, y 104 de anchura, inclusas las galerias de los costados, las cuales se forman por dos órdenes de elegantísimos arcos romanos, sostenidas por bizarras pilastras de orden corintio, por el tenor de la fachada, cuyos capiteles parecen modelados de cera. ¡Tal es, y tan flexible y primorosa la forma de sus flores, caulículos, hojas y demas accesorios! Un cornisamento de gran vuelo corre por todos los abacos de la pilastrada, resaltado de innumerables modillones, ejecutados con la mayor limpieza. El fondo de ambas galerias le forman ocho capillas, que si estuvieran corridas harian dos naves menores; pero el arquitecto las cerró, y acaso fué su idea hacer lucir mas la gran nave, dando una inteligente prueba de combinacion y conocimiento de los efectos. Cierra el templo en la parte superior central la capilla del presbiterio, coronada por una cúpula mezquina para tan suntuoso cuerpo. Es un gigante con cabeza de niño. Y á sus lados, en los ángulos del cuadrilongo, se alzan la torre y la sacristía, tambien desproporcionales y menguadas. Estos defectos se esplican fácilmente con saber que la obra no está concluida. Debió, á nuestro sentir, el artista imaginar un crucero vastísimo, segun el tipo occidental de los templos: pero no se construyó mas que el tronco y un brazo, que le forma la torre, faltando el otro y la cabeza. En cada cual de las alas se trazó una aguja, que debia ser de grandes proporciones, á juzgar por la que existe, aunque sin concluir. Su planta es un cuadrado que sirve de fundamento á los dos primeros cuerpos actuales, de los que el inferior es una especie de basamento liso, siendo el segundo un pabellon cuadrado, de órden toscano, con pilastras intercaladas de arcos me-

dios puntos, y cerrado inoportunamente por un tejado piramidal con su frágil capitel. En su lugar parécenos habia de arrancar de aqui un nuevo tramo en forma poligona, conforme á las torres del Escorial y de la catedral de Valladolid. La del estremo opuesto no se halla ni tiene mas que el fundamento, que es la actual sacristia: en lo demas solamente anuncian su proyectada colocacion los arranques vivos de la fábrica. Los planos que parece existian en el archivo de la parroquia, cuya desaparicion nos priva de apurar la mente del arquitecto, júzguese que estaban conformes con nuestras inducciones artísticas.

Hay en Santa Cruz esculturas y cuadros de mérito: pero su mejor tesoro, el cuadro de los Pastores, original de Murillo, fué vendido por gentes inespertas y profanas al arte, casi de valde, para una reparacion de la fábrica.

Aqui teneis, en suma, el famoso templo de Santa Cruz, que ha ocupado dignamente á Ponz y otros investigadores nacionales y estranjeros, que toman codiciosos muchas vistas y estudios en este hermoso recuerdo de nuestro primer arquitecto; la basílica, que forma una de sus mejores glorias; la obra, por fin, del *renacimiento* mas bella de la vieja y religiosa Castilla. Tendria quizá una belleza demasiado bizarra y seductora para templo cristiano, si la bien combinada distribucion, la sábia economia de sus accesorios y la inteligencia de sus lineamientos no templasen la molicie ática, fundiéndola con la gravedad y el carácter místicos, en armonioso y admirable conjunto, semejante al que produciria la tierna vírgen de la encantada Elida con el traje sacerdotal de las Vestales misteriosas.

Medina de Rioseco alzó á sus espensas esta colosal fundacion. ¡Gran muestra de piedad, y no menor testimonio de opulencia de cultura y bizarria! ¡Heu!... ¡ cuantum mutatus ab illo!

¡Cuántas veces, perdidos por el átrio solitario, hemos contemplado á la blanda luz de la luna la hermosa perspectiva, remontando la fantasia á las regiones de lo desconocido, para encontrar un soplo de purísima inspiracion, lejos de las cenagosas realidades del mundo, como el viagero fatigado del desierto bajo la sombra de la palma incorruptible, que dió abrigo á los profetas de Israel! Otras tambien, y en dias del arrobamiento, veiamos la lumbre de la inmortalidad circuyendo la blanca imágen del genio, recreándose en su gloria y alzándose imperecedera sobre su propio altar! .. Solamente las almas entusiastas, no mas que los corazones de grandes fuerzas, comprenden el misterio inefable de semejantes imaginaciones, que son el aliento mas puro del espíritu, el himno sublime del sentimiento, la única é inmaculada poesia de la existencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

EL OCCEANO Y SUS MARAVILLAS.

II.

Movimientos del mar y sus efectos.

Es muy creible que si el Occéano estuviera privado de sus movimientos periódicos, se convertiria muy pronto, á pesar de la sal de que está impregnado, en una masa de agua insalubre. Han notado los marinos que despues de una calma de varios dias, empezaba á corromperse el agua del mar, y que sus exhalaciones no dejaban de ser peligrosas para la tripulacion.

Asi pues, los movimientos impresos al agua del mar son necesarios. Por eso ha dispuesto la Providencia que unos fueran constantes, y otros casuales. Los movimientos constantes toman los nombres de *mareas* y de *corrientes*. Los casuales son muy variados. Los hay producidos por el viento, ya sea que rice ligeramente la superficie de las aguas, ó que las conmueva en olas inmensas. Hay despues los remolinos, los surtidores, los temblores de tierra en el lecho del Occéano, la evaporacion que se efectúa en su superficie, y el tributo continuo que le rinden las nubes y los rios.

No es raro el ver al mar traspasar sus límites, abandonando una parte de sus dominios para invadir nuevas playas. A consecuencia de revoluciones submarinas, surgen islas de improviso, al paso que otras desaparecen. Consideraremos separadamente estos fenómenos diferentes.

Las aguas del mar obedecen á una fuerza invisible pero constante, avanzando durante cierto número de horas del sur al norte. Mientras dura este movimiento de progresion, se inflan y elevan bastante sensiblemente para detener en sus embocaduras el desahogo de los rios. Esta fase primera de la marea, llamada *marea alta, subida de la marea ó flujo*, dura seis horas. Al cabo de este periodo, la mar parece quedarse en un estado de reposo durante un cuarto de hora próximamente. Despues vuelven á bajar las aguas durante otras seis horas, y los rios siguen su curso. Esta fase segunda, periódica y regular como la primera, se llama *marea baja, bajada de la marea, ó reflujo*. Este movimiento es seguido tambien de un cuarto de hora de reposo, despues del cual se efectua de nuevo el *flujo*, y asi sucesivamente. Se vé por esto que la mar avanza y retrocede dos veces por dia, pero no exactamente en horas determinadas, por los momentos alternativos de reposo; de modo que las mareas del dia están retrasadas cerca de tres cuartos de hora de las del dia anterior.

¿A qué poder, á qué influencia atribuiremos este fenómeno? Le es estraña la accion de los vientos: es preciso pues, buscarle otra causa. Recordemos que la tierra gira sobre si misma en veinte y cuatro horas. Por consiguiente este movimiento de rotacion no corresponde á la fluctuacion periódica de las aguas. Veamos si la luna nos dá algun medio de resolver este problema. Efectivamente, un dia lunario es precisamente de doce horas y cuarenta y ocho minutos, es decir, que este ástro se vá retrasando cada dia cuarenta y ocho minutos antes de alcanzar el mismo punto aparente del firmamento en que se le observa la víspera. Se vé, pues, que hay en cuanto al tiempo una correspondencia exacta entre los movimientos de la luna y los de las mareas. Se ha observado además, que los efectos de las mareas varian segun los diferentes aspectos de la luna. Esta relacion bastaria para hacernos admitir, en lo concerniente al flujo y reflujo, la influencia de nuestro satélite, aun cuando no vinieran otras causas á apoyar esta deduccion. Siendo general en la naturaleza la ley de la gravedad, que hace que nuestros cuerpos busquen siempre la tierra, resulta que la luna atrae las aguas de nuestro planeta, á pesar de su lejania, y que la atraccion terrestre no basta para neutralizar completamente este efecto.

El agua, por su naturaleza, es particularmente muy propia para manifestar los efectos de esta influencia; reunida en volúmen considerable, cede á la atraccion de la luna, y se eleva ó vuelve á caer á medida que el movimiento de la tierra la somete ó la sustrae á la accion atractiva de aquel ástro. El sol, aunque dista unos 34 millones de leguas de nuestro globo, conserva sin embargo cierta fuerza de atraccion, y cuando el sol y la luna se hallan, con relacion á la tierra, en una misma direccion, las mareas son mas considerables.

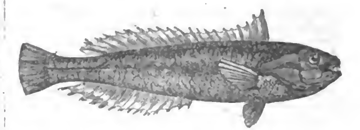
El Mediterráneo, el mar Negro, y otras masas de agua encajonadas en sus costas, no están sometidas en tanto grado á los fenómenos de las mareas como los mares grandes. Esta es la causa de que los pueblos de la antigüedad, que rara vez navegaban en el Occéano, ignoraran los efectos del reflujo, y debió ser grande la sorpresa de los soldados de Alejandro cuando vieron las aguas del Indus elevarse y bajarse en su embocadura unos 30 pies. El efecto de las mareas es muy sensible particularmente cuando la embocadura de los rios es considerable, y que su corriente tiene la misma direccion que la del mar. En Chepstonv, en la provincia de Monmouht, en Inglaterra, la marea se eleva á una altura perpendicular de 60 pies.

La mar tiene movimientos de otra clase, llamados corrientes. Corren en todas direcciones y deben su origen á diferentes causas, tales como la prominencia de la costa, el espacio angosto de los estrechos; las variaciones de los vientos, y las desigualdades del fondo. Con frecuencia ofrecen las corrientes peligros inmensos á los marinos, ya sea que les arrastre insensiblemente lejos de su derrotero, ó que los lleve hácia los escollos, arrecifes ó bajios. En las costas de Guinea, si pasa un buque de la embocadura de cierto rio, se vé impedido por la corriente de acercarse á ella de tal modo, que tiene que volver á alta mar y hacer un gran rodeo, para volver al punto de entrada. Las corrientes mas notables son las que reinan en el Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar, y á la salida del mar Negro, cuando se entra en el Archipiélago. Ademas de las aguas que hay en el Mediterráneo, recibe este mar rios considerables, como el Nilo, el Ródano, el Poo, etc: sin embargo, no tienen sus aguas salida conocida, y este acrecimiento continuo, no les hace sumergir sus costas. Se ha tratado de hallar la razon de este fenómeno, y se esplica con circunstancias probables. Se supone que existen en esta

corrientes submarinas, ó que desahoga sus aguas por conductos subterráneos. refiérese que un árabe que habia pescado un delfin en el Mediterráneo, le puso un anillo de hierro, y le volvió á arrojar al agua. Algunos años despues cogieron un delfin que tenia el referido anillo puesto en el mismo sitio, por lo cual se conoció que era el mismo. Pero como nada puede comprobar la veracidad de este aserto, es preciso atenerse á conjeturas.

Las corrientes mas peligrosas son las que giran alrededor de un punto céntrico, y forman una especie de embudo donde todo lo que flota es arrastrado al fondo del abismo: esto es lo que se llama un remolino conocido vulgarmente en los rios con el nombre de olla. El de Malstron, en la costa de Noruega, está considerado como el mas terrible. La masa de agua que pone en movimiento forma un círculo de cuatro leguas de circunferencia. En medio hay una roca contra la cual se estrellan las olas con gran violencia á la subida de la marea: entonces el remolino traga inmediatamente todo cuanto se halla en su esfera de actividad, árboles, embarcaciones, etc. Ni el esfuerzo de los remos ni las maniobras pueden sustraer los navegantes á este peligro. El piloto conoce al instante que el buque marcha en direccion contraria á la que debia seguir; el movimiento del buque, que antes era lento, se hace cada vez mas rápido, describe círculos que van disminuyendo progresivamente de circunferencia, hasta que va á hacerse pedazos contra el peñasco para desaparecer completamente, á no ser cuando el reflujo arroja fuera los restos. Hasta los animales se ven en la imposibilidad de librarse de la voracidad de aquel torbellino. Se han visto algunos que luchaban y arrojaban mujidos terribles al aproximarse al obispo como si tuvieran la conviccion del peligro; esto les sucede con frecuencia á los osos que procuran pasar á nado á la isla inmediata para devorar el ganado. Se afirma que el ruido que produce el remolino de Malstron se parece al de los truenos.

Siendo conocidas la naturaleza y posicion geográfica de estos es-



collos, pueden evitarlos los navegantes, pero tienen que luchar frecuentemente contra los movimientos irregulares de la mar que la imprimen los vientos y las tempestades. Si la fuerza del viento arranca árboles grandes y derriba los edificios mas sólidos, ¡cuán terrible debe ser cuando ejerce su poder sobre el Océano! Amontona olas sobre olas, y abre simas sin fondo al lado de estas montañas líquidas;



los palos, las velas, los aparejos son arrancados muchas veces y rotos en mil pedazos, y el buque es volcado sobre un costado ó con la quilla hácia arriba, y en estos momentos terribles, parece que solo un milagro puede librar á la tripulacion de una muerte segura.

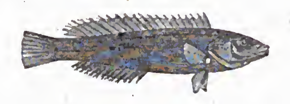
Sin embargo las tempestades por violentas que sean no asustan á los marinos esperimentados, con tal que les cojan en alta mar, y que no tengan que temer las rocas, los escollos y los bajos. El buque puede subir á la elevada cresta de una ola y bajar en el mismo instante á las profundidades del abismo, puede estar como sumergido en la espuma de las olas, y resistir sin embargo á todas estas pruebas, porque el agua cede atacándola; pero cuando es arrastrado con todo su peso contra una roca, ó cuando se halla en una posicion en que sirve de obstáculo á las olas, es inevitable y pronta su pérdida. Los escollos y los arrecifes ó rocas á flor de agua ocasionan la mayor parte de los naufragios. Referiremos á nuestros lectores las relaciones siguientes, que no dejarán de interesarles.

Hace ya muchos años, envió el gobierno inglés el navio la *Bondad* al mar del Sud, á buscar algunos pies del árbol del pan que crece en Otahiti, y que debia transportar á las colonias inglesas de las Indias Occidentales. Ya estaban embarcados los árboles, y marchaba el navio hácia su destino, cuando se amotinó la tripulacion y obligó al capitan y á 18 hombres á que se embarcaran en una lancha, abandonando á aquellos desgraciados á su suerte. El peso de su cuerpo y el de los objetos que les habian permitido que cogieran, ponian á la embarcacion en el peligro de que se hundiera á la menor agitacion del mar; la costa ó tierra mas inmediata de la que pudieran esperar auxilios, distaba 1500 leguas, y calculando el tiempo necesario para hacer esta travesía, sus provisiones se reducian, por dia y por cabeza á una onza de pan y medio cuartillo de agua. Por via de estraordinario podian tomar de vez en cuando un poco de carne de cerdo y algunas gotas de rom. Con recursos tan insignificantes, era probable que no pudieran soportar las fatigas de navegacion tan larga. Cuando cogian con la mano algun pájaro, lo dividian en 19 partes que eran devoradas crudas al instante. Sin embargo consiguieron llegar á la isla de Tamor, donde hallaron toda clase de auxilios en los establecimientos europeos que les facilitaron los medios de regresar á Inglaterra.

Los sublevados se habian establecido en una de las islas de la Sociedad, donde la ley inglesa no tardó en alcanzarles. Al regresar á Lóndres algunos marinos de la tripulacion de la *Bondad*, dieron queja, y el gobierno envió la *Pandora* á buscar á los sublevados. El viage de este buque fué casi tan desastroso como el anterior, aunque por causas distintas; el capitan consiguió apoderarse de 14 de los criminales, pero naufragó á su regreso en la estensa cadena de arrecifes que se estiende por la costa oriental de Nueva-Holanda, y en cuyas inmediaciones son generalmente tan violentas las corrientes.

La trompa marina es otra clase de fenómeno que se manifiesta, aunque menos veces, en el mar, y cuyos efectos pueden ser funestos á los navegantes. Al pronto se vé formarse como una nube espesa, blanca en su parte superior y oscura en la inferior. Baja de ella una especie de tubo ó columna que vá disminuyendo de volúmen hácia su base. Este cono gira rápidamente sobre sí mismo con un ruido que á veces se asemeja al que produce la rotacion de la rueda de un molino. Una trompa marina dura hasta que un golpe de viento, ó cualquiera otra causa accidental la rompe; entonces, el agua que se habia elevado cae de pronto con una fuerza suficiente para sumergir un buque que se hallara en su base. Cuando los marinos ven

desde lejos una trompa marina, disparan contra ella un tiro de fusil cargado con postas, con lo que consiguen disiparla al momento. Formada la trompa marina, segun se infiere, por el aire que, girando en columna cilíndrica, obra en el agua como podria hacerlo una bomba aspirante, cuando una ruptura en el tubo deja penetrar el aire esterior, obedece el agua á la ley general de gravedad, y tiene que caer otra vez al mar.



Algunas veces abandona la mar cierta estension de sus playas para invadir otros terrenos. Una gran parte del continente americano anuncia que las aguas han hecho en él una estacion prolongada; las estensas llanuras que hay en la Rusia meridional, al norte y al este del mar Caspio, están cubiertas de plantas marinas, que hacen suponer que á consecuencia de alguna grande inundacion el Mediterraneo, el mar Negro y el mar Caspio formaban un lago dilatado, del que salian las cumbres del Cáucaso como islas.

Los temblores de tierra obran algunas veces debajo del Océano y las erupciones lanzan mas arriba de su superficie las materias que estaban ocultas en el fondo del abismo. Las mismas causas hacen refluir las aguas del mar sobre algunas partes del continente.

En 1831 se vió salir de improviso una isla en las costas de la Sicilia. Era notable por la elevacion de sus escabrosidades, de las que salian vapores y humo. Era probablemente el cráter de un volcan formado por algunos fuegos subterráneos. Al cabo de algunos meses, aquella isla se hundió poco á poco, y actualmente forma un escollo á pocos pies debajo de la superficie del agua. Varios terrenos habitados han sido arrebatados al dominio del Océano. Uno de ellos es el terreno que ocupa la Holanda. Sin embargo, no dejaria la mar de recuperarle sin los malecones y diques que la contienen en ciertos límites. La superficie de la tierra está allí generalmente mas baja que el nivel del mar; al aproximarse á sus costas parece que se hunden como un valle. A pesar de esto el terreno de Holanda se eleva cada dia mas por los objetos de diferentes clases que acarrean los rios, y por los trabajos del hombre. Las inundaciones son una de las plagas mas terribles de la naturaleza; algunas veces sepultan provincias enteras; aldeas y ciudades han desaparecido así, dejando solo fuera los tejados de las casas y las veletas de los campanarios como testimonio de su desastre. En el siglo XI, las propiedades del conde de Godwin, en el pais de Kent, en Inglaterra, fueron sumergidas enteramente.



En 1546, las aguas hicieron perecer unas 100,000 personas en el territorio de Dort, y un número mas considerable aun en los alrededores de Dullast. En la Frisia y la Zelandia fueron sepultados mas de 300 pueblecillos, y hace todavía pocos años, cuando estaba sereno el tiempo, se podian distinguir sus ruinas en el fondo del mar.

Las cuatro marinas que damos, dos en el primer artículo publicado en el número anterior, y las dos de este, representan: la primera *Un dia de calma*, la segunda *Una borrasca*, la tercera *El remolino de Malstron en la costa de Noruega*, y la cuarta *Un buque invernando entre los hielos del mar del Norte.*

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Dejaron los conjurados que el Rey entrase en Segóbriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le dispusiera y lo tomaria despues. Se dispondrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormia, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rato despues cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion que se estendia hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey, y aun recordándolos, temblaba con estraño frio al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio dia: Froya no habia vuelto; pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los estremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa: siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienes parecia que iban á saltársele: el

Rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda: Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viage.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliese la órden del Rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los estremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oirle:

—Yo he venido á Segóbriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oir cósas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habeis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda: no hay culpa que no haya querido cometer: he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un órden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio: solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!

Este exordio, cuya última mitad habia sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

—Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido; males he hecho; pero he hecho grandes bienes tambien: he sabido lo que han ignorado muchos: he gobernado á España con acierto, con gloria; por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mi mismo, no es estraño que sea tambien severo para con los demas, contigo. Oyeme, Teodosinda.

Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces: tu hermano solicitó el enlace: nada podia yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio: yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho no se le podia mandar como á un muchacho. Tú hasta entonces habias sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo queria que mi hijo me sucediese en el mando: yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca: Teodosinda esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Recesvinto se habia prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo: él para olvidar su pasion á una muger cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como áscuas)

—Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasion y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasion habia vuelto á embravecerse, me servia sin pensarlo: Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su casamiento: esto último lo sentí, porque para con muchos próceres debia perjudicarle. Desde entonces mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espias. No te estremezcas, Teodosinda: te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer: ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos: yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder: tú ansias la grandeza: yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ánsia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su esposa: tú por el contrario necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes, y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo, te dió palabra de esposo; y por el bien del pais, no debe cumplirla, ni él quiere, ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagraviar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo: pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazon de Teodosinda).

—Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibirás, te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y dá la mano á tu marido.

—¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decia á sí propia Teodosinda.—Imposible: ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo no lo seré. Pero ¡es tan dulce vengarse!

—Señor, dijo por fin sin atreverse á tender el rey la mano, ¿qué hareis de Floriana?

—No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja. Floriana volverá á ser esposa de Recesvinto.

—¡Su esposa!.... esclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse. ¡Su esposa!

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcon de la sala, numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oian claramente los instrumentos bélicos: ya cundian dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion; Teodosinda se repuso, y espresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la esclamacion de «¡su esposa!» añadió solo esta breve palabra:—¡Bien!

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mia, le dijo benignamente el Rey: yo he necesitado tiempo para esperimentar y conocer tus virtudes: ha llegado el dia en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela Floriana.

Floriana aletargada, alelada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente: ni la presencia del Rey allí ni el tono en que le hablaba, le causaron impresion ninguna: solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

—Hija mia, prosiguió el Rey, hazme tú la salva para que beba. —Floriana no lo entendió.

—Bebe tú primero, Floriana: bebe en la copa en que va á servirse tu Rey, repitió Flavio poniendo á la hija dal Valle la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se habia dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival: ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

—Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturdidos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oir estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos.... inmóviles

—Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad, están en tu favor, aunque han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los mios. Moriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

—¡A mi lado! clamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habian quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito:—¡Muera el traidor!

—¿No he de vengarme? dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda señalando á Floriana, que perdido el conocimiento caia en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

—¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes.

(1) En efecto, estas y las espresiones con que terminan el parrafo, se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de san Eugenio.

yo mataré al que es objeto del tuyo.—Salióse de la sala corriendo.

—Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.

Los que no habian seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

—Animo hija mia, ánimo, le decia el Rey sosteniéndola: van á socorrerte; aun es tiempo: tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua paralizada:—¡Perdon, perdon! esclamó la misericordiosa jóven, y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió á entender que de aquella estáncia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habian seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si soy yo el que perezco, contestó el príncipe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al príncipe, les habia descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, habia entrado Froya, hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espias del Rey, mientras éste habia fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien habia tenido amor; el resultado del combate habia de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á estraviarse: agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crujir de las espadas estremecia; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del príncipe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien. Véndose entonces á Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado, Froya sin vida; Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey desatentado, llorando como un niño, cojió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el parage en que habia caido, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

(Concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

A un pretendido retrato del Autor, y al Autor del pretendido retrato.

SATIRA.

¡Mientes! *Tú* no eres *yo*. ¡Mientes, bellaco!
Pudo ser el de Gestas ese gesto;
Pudo ser el de Judas ó el de Caco:
¿Mio? ¡Jamás! lo juro y lo protesto;
Y para dar mi nombre á tal blasfemia,
Ni en la Instituta hay ley, ni en el Digesto.
Pregunten en mi casa, en la Academia,
En el café, en el Prado, si mi cara
Espanta como el trueno ó la epidemia.
No es que blasone yo—¡Dios me librara!—
De venusto y donoso y pulcro y lindo;
Mas... ¿figura de proa ó de mampara!...
No á las deidades del sublime Pindo
Culto daria tan aciago busto,
Que ruibarbo destila y tamarindo.
¿Cuándo fui yo tan áspero y adusto?
¿Cuándo fui tál que la muger en cinta
Se esponga al verme á malparir del susto?
¿Quién reconoce en tan aviesa pinta
Al que, si no presume de Narciso,
Tierno fué, y lo es aún, como un Aminta?
A hombre encarado así, fuera preciso
Que Pedro, sin mas trámite, la puerta
Tapiara del celeste Paraiso.—
Y una vez la impostura descubierta,
¿Será mucho un porvida á cada rasgo
Y por cada faccion una reyerta?
Español ó francés, suizo ó pelasgo,
¿No he de llamar calumniador infame
Al que así me trasforma en fiero trasgo?
¿He de sufrir sin que á los cielos clame
Que un temerario á engendro tan alevo
Manuel Breton de los Herreros llame?
¡Cómo! ¿justicia habrá para el que aleve
Injuria en una accion ó en un vocablo
A inferir á su prógimo se atreve,
Y no para el que en público retablo
Tal á un vecino honrado desfigura,
Que no osaria prohijarle el diablo?—
¡Feliz yo si tan ruin manufactura,
Ya que mi cara nó genuina y propia,
Fuese de ella mordaz caricatura!
Siquiera al troglodita de la Etiópia
El maligno pintor me asimilase,
Pudiera brujuleárseme en la copia.
Nadie contra el pintor pide un *ukase*,
Que, aun ridiculizándole en estampa,
Le distingue entre el vulgo de su clase;
Y hay mas de un presuntuoso que se alampa
Porque su oscura faz caricaturen
Si así el mochuelo entre los cisnes campa.
Mis defectos propalen y censuren;
Lleven hasta la hipérbole la mofa:
Mas no, sin ton ni son, me desnaturen.
Pues no me juzgo de mejor estofa,
Y á un rey he visto convertido en pera,
Hagan de mí una col ó una alcachofa;
Mas ó diga: «he pintado una quimera,»
O el pintor en la que haga á su capricho
Deje algo de mi cara verdadera;
Y no se diga de él lo que se ha dicho
Del que al pié de sus torpes mamarrachos
Ponia: «este es un gallo; este es un micho.»
Rian de mí en buen hora los muchachos;
Pero rian *de mí* cuando en petacas
Me vendan, ó aleluyas, los gabachos.
Cuando á la feria mis facciones sacas,
Pintor, yo no te pido que me lóes
Ni que indulgente seas con mis macas.
Tengo una que ni Celso ni Averróes
Pudieran corregir; la que siquiera
Me iguala en esto al inmortal Camóes:
Y el pincél detractor—¿quién lo creyera?—
Hasta en la ausente luz me falsifica

Trasladando el eclipse á la otra acera.
Porque cargue en lo feo no me pica,
Que fuera necio y femenil orgullo,
Quien me forja esa faz con que trafica.
Esopo — es ya verdad de Perogrullo —
Romo, giboso y de infeliz pergenio,
No brindaba de amor al blando arrullo.
Lindos no fueron Alarcon, Celenio,
Ni otros cien que á la cumbre del Parnaso
Se alzaron en las alas de su genio.
Mas algo de ese genio nada escaso
Hubo de traspirar; algo el oculto
Fuego brilló á través del tosco vaso.
Yo, mediocre poeta, no en mi bulto
Pienso escrito llevar *Deus in nobis*;
Pero ni soy feroz, ni soy estulto;
Y tanto á mí semeja el *corum vobis*
Con que cual *vera effigies* se me vende
Como á Ataulfo, ó Recesvinto ó Clovis. —
Pero el que tanto con su brocha ofende...,
Al arte mas que á mí, no es compatriota
Sino un *quidam* anónimo de allendé.
Y es maravilla que fandango ó jota
Bailar no me haga en traje charanguero
Con un trabuco al márgen y una bota:
Que, ya sea rufian ó caballero,
Para pintor de extrangis solo un tipo
Tiene el pueblo español: el *guerrillero*.
Y mienten; que, aunque yo no participo
De tan precioso dón, hay aquí talles
No indignos de Timantes y Lisipo.
Y si España en los campos y las calles
De horribles catadura no escasea,
Hartas hay mas allá de Roncesvalles.
No es español quien tan vitanda y fea
Me la atribuye á mí; del mal el menos;
Ni habrá español que tan bestial me crea. —
Mas ¿quién con ojos ¡ay! miró serenos
Otra profanacion ruda, inaudita.....
¡Y esta no hay que achacarla á los ajenos!
Mi humilde cara al fin, fea ó bonita,
Porque algun Orbaneja la adultere
Poco al lustre español pone ni quita;
Pero que á un hombre excelso se vulnere
Hasta el punto ¡oh dolor! de que su rostro
En despreciable trasto degenere,
Es atentado atroz que ni Cagliostro
Osara concebir, y á su memoria
Herido en cuerpo y ánima me postro.
Aquel *Fenix* de España, cuya gloria
No es ignorada ya ni del mas drope:
Tal le encumbra en sus páginas la historia;
El mimado de Clío y de Calíope
Y Talía y Melpómene y Erato;
Lope de Vega, en fin, *Lope*, el gran *Lope*,
Largo tiempo ¡oh baldon! ¡oh desacato!
De molde de pelucas ha servido,
Comprado no sé á quién en un barato. —
Cuenta al honrado artífice no pido
De aplicar á tan sucio ministerio
El busto de aquel hombre esclarecido.
Ignoraba que hacia un vituperio
Al poeta amenísimo y fecundo
Que con su nombre llena el hemisferio
Culpo, sea quien fuere, al que de inmundo
Interés arrastrado, hizo á sabiendas
Tráfico vil del vate sin segundo.
¡Tú, *Lope* mio, tú por esas tiendas
Sirviendo de irrision al transeunte!
¡Así han hecho de ti carnestolendas!
¡Tú con bucles cosidos á pespunte
Sobre esa frente que de lauro Febo
Ciñó, y de nardo y rosas Amatunte!
¡En guisa tú de frívolo mancebo
Ostentando risibles papillotes
Sobre greñas robadas al Erebo!
¿Quién de tu ingenio las preclaras dotes
En ese maniquí reconociera
Que ya sirvió para dos mil cogotes?
¿Cabe suerte mas triste y lastimera?
¡Peladas viera yo todas las nucas
Antes que befa tál de ti se hiciera!
¿Qué se suele decir de Juan ó Lucas
Para acusar de huero á su meollo?
«¡Soberbio molde para hacer pelucas!»
Por dicha ¡oh *Lope*! el lacio perifollo
Del postizo sacrílego pelambre
Que tu cabeza convirtió en repollo
No te atormenta ya, ni el duro alambre
Que, aun formada de leño inanimado,
Diera á tu noble sien fiero calambre.
Tan baja servidumbre mal tu grado
No ha de afrentarte más; que un buen patricio
Digno de alto loor te ha rescatado. (1)
Vates iberos, por tan buen servicio
Gracias le dad inmensas, y el Museo
Galardone tan alto beneficio.
Yo, pedestre individuo del febeo
Claustro insigne; yo, el último del banco,
A mi modo lo aplaudo y victoréo.
Y si en la libreria no me estanco,
A los nombres de ilustres españoles
Se añadirá de hoy más el de *Taranco*. —
Vista pues la ruindad de tres bemoles
Que al buen *Lope* injurió, la que me ensaña
No vale, á la verdad, tres caracoles. —
No como quiera al público se engaña,
Y quien por muestra tan soez me busque,
De fijo no me encuentra; no me araña.
No mas la ciega cólera me ofusque,
Que habas cuecen abondo en todas partes,
Y mi oracion no pase del ¿*quousque*.....
Contra ese *Catilina* de las artes.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL CRIADO PRUDENTE.

Uno de los criados de Federico el Grande le hizo impacientarse de tal modo en cierto dia, que el monarca le pegó una bofetada, y le desarregló el pelo. El criado, con la mayor sangre fria, se fué á colocar delante de un espejo que habia en la cámara del rey y se atusó los rizos que se habian deshecho. «¡Qué es eso, bribon, dijo Federico, tienes atrevimiento?...» — «Señor, respondió el criado, lo hago para que las personas que hay en la antecámara no conozcan lo que ha pasado entre nosotros dos.» El rey no pudo menos de echarse á reir y se marchó á otra habitacion.

EL REY DE PRUSIA Y SU MEDICO.

El gran Federico le dijo un dia á su médico: — «Háblame V. con franqueza, doctor, ¿cuántos hombres ha matado V. en toda su vida? «Señor, respondió el discipulo de Galeno, próximamente 300000 menos que V. M.»

GEROGLIFICO.



SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

La valerosa caravela del audaz Colon surcó mares ignorados hasta dar con América.

(1) El señor don Cárlos Ortis de Taranco, sugeto muy apasionado á las bellas artes, que posee un selecto gabinete de curiosidades artísticas, y entre ellas una copiosa coleccion, única tal vez en su clase, de retratos de cortas dimensiones, debidos en gran parte á los mas célebres pintores.

Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, *á cargo de* D. G. ALHAMBRA, *Jacometrezo*, 26.



(Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tonny Johannot.)

EL CRISTIANISMO.

(Conclusion.— Véase el número 42.)

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podia matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura, y la legislacion prescribia los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntarlos los huesos. Un pueblo en que el homicidio se habia convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertia con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres dias, en cuyo espacio morian en la arena diez mil gladiadores, ¿podia tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejerciase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuian el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la union á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitucion. Habiendo caido en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzguese cuál deberia ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecian antes de nacer, ó los dejaban abandonados, esponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislacion que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducian á la disolucion de costumbres, vino la filósofia de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregaróuse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer aun, atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Caligula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodia, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenia una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminacion: las ricas matronas, además de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacian gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitucion. De Neron dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popéa tal copia de bálsamos esquisitos que toda la Arabia no podria producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungüentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripcion que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba (dice) á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus

»perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus »leones papagayos y faisanes. El comia carcañales de camello, cres»tas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseño»res, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras »de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos »de ámbar, y arroz mezclado con perlas... Un dia ofreció á sus pa»rásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro..... Eliogá»balo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rocia»das de bálsamos los mas esquisitos, y hacia derramar el nardo á »calderadas.... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas, nunca »usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija, ni la misma »túnica: no conoció jamás dos veces una misma muger. Los al»mohadones con que se acostaba llenábanse de una especie de vello »de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido »de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), »uncia dos, tres, y cuatro mugeres hermosas con el seno descubier»to, y hacia que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba des»nudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos, »sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Ho»ras (1).» No sabemos cual irrita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajacion, en la plebe de la imitacion y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á que conducia el estoicismo? ¿á que guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, les decia Séneca, *suicidaos*. La escuela estóica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentia la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estóicos morir y no sabian vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los peones.* ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupcion nueva en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendia al vulgo, que no entendia la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos, y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer ó crueldades ó estravios: echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Habia una necesidad de creer, y nadie creia: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeismo habia recorrido todas sus faces, y se encontraba desacreditado; se recurria á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincon de la Judea habia nacido el que tenia la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia.... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y ademas al embrutecimiento intelectual y moral, vivia sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusion de sangre.... Vése aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los escesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mútuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo y el mundo oyó por primera vez: *«no hay mas que un solo Dios verdadero.»* Habian pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: *«todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos;»* hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: *«todos los hombres son iguales ante Dios:»* y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: *«todos los hombres son libres:»* y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: *«los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo»* y á los estóicos: *«no os suicideis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de este mundo:»* y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: *«bienaventurados los humildes:»* y los consoló. Y á los ricos: *«la mayor de todas las virtudes es la caridad:»* Los sábios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la muger compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religion, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeismo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribia la tiranía, abolia la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decia á los súbditos: *«obedeced, pero sin servidumbre:»* y á los príncipes: *«gobernad, pero sin tiranía:»* el que prescribia, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislacion eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sábios, de allí se trasmitian á las inteligencias de segundo órden, y poco á poco se difundian por el pueblo. Este es el órden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sábios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenia que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguian practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian anualmente al sepulcro de Diócles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenian que discurrir como escitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificacion y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula; vestian modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenian esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, esponian sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacian de la ley del divorcio un comercio de prostitucion, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacian de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educacion de los hijos, estre-

(1) Lamprid. Hist. Aug. in Vit. Eliog.

chaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistian con placer á las gemonias, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistian á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado habia un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partian entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusacion, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podian menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, inclusos los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No habia medio para los cristianos de librarse de la persecucion. Si se congregaban á la luz del dia con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el estado. ¿Afligia una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenia una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decia el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrian la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heróicas que tan rudas pruebas sufrian sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos, á quién se fatigára primero, y á quién faltára mas pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años, eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habian desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habian probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminaran al festin de las bodas: no por hastío de la vida como los estóicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundia tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiracion los conducia al heroismo?

El pueblo lo veia, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querian ser menos héroes que las mugeres, y acababan por convertirse á aquella religion que parecia tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oia por primera vez sonar en sus oidos una doctrina filosófica que comprendia, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducia cuánto iba á mejorar su condicion en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningun filósofo habia enseñado todavía, ni él se habia imaginado nunca que podia dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los goces materiales á que estaban apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de exámen y de discusion entre los sábios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesus, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparacion que los sábios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habian llamado por desprecio *stultitia*, *insipientia*, *insania*, era lo mas sublime que habia salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la mision de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologéticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandria, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. «*Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios*, les decia Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon. *Cantemos, Homero, tu magnífico himno:* Los AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS: *pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu....*»

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdeñaban de creer: el sentimiento religioso se habia ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se habia atrevido á poner la imágen de Jesús entre las de Abrahan y Apolonio. Marco Aurelio se habia hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se estendia la nueva fé por las provincias romanas, sino que habia franqueado los límites y barreras del imperio; ya cundia por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no habia llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabia que existia Roma, y que habia un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las mas importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicacion con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que habia venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradicion, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensagero de la fé cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarian hasta los confines de la tierra. El *rayo*, *el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde siete de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalen, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, dias de regocijo á la iglesia española y dias de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porcion del globo, España tuvo tambien la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Neron habia logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hácia las regiones de la Península á que no habia podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto habia de prevalecer, y donde tanto habia de fructificar la semilla de la fé. A pesar del influjo que en España ejercian los opulentos patricios, que atraidos de la belleza de su clima la habian hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida. (Discurso sobre el estado del universo á la aparicion del cristianismo).» Solo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religion cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

(1) Véanse Florez, España Sagrada, tom. III. Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masdeu, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los estrangeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicacion en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones solo porque las nieguen los estrangeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo diremos en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalen, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) Tambien hay estrangeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicacion del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intencion de venir á España la manifestó el mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cœpero, spero quod præteriens videam vos*. Cap. XV. ver. 24. *Per vos proficiscar in Hispaniam*. Ibid. vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía 13 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Gerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 5 sobre el profeta Amós; San Teodoreto en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo habia hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecucion movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del crucificado. En el segundo siglo imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto por la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecucion de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano ministro mas sanguinario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios; entonces fué cuando España acreditó que vivian en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafian entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la poblacion cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (2). La ciudad que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Mas no eran solamente mártires los que producia la naciente iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producia ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiéra en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante, ni en España, ni en las demas provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavia los emperadores; idólatra se mantenia el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavia á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

Conclusion.

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada rodeada de sacerdotes, pages, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero á donde Floriana tiró la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcaide: la prediccion que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese por aqui viva ó difunta: el agüero queda cumplido. El alcaide se sonrió; pero corroboró la idea del soldado diciendo: en efecto, la prediccion de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza goda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el banquete y á mas de la media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandila y el conde Evarico, amigos suyos con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

—Continúa, dijo Venderio al príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

—Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió asi:

—Cuando yo dije á mi padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una muger de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre; mi padre me tomó la palabra y me juró que si echas con Floriana rigorosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decia, se rehabilitaria mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre porque conocia muy bien el inmenso valor de mi esposa: despues temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mi si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reis como de una cosa estraña, inaudita! os parece que el temor de perder el cariño de una muger no es digno de albergarse en el corazon de un hombre: yo os juro que Floriana merecería que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me mantendria siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas me hubiera hecho traicion á mi mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fui preso y conducido á Segóbriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaría con vida si consentia en ser su esposa.

—Su esposa esclamaron con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

—¿Eso prometió Froya? volvieron á esclamar los amigos de Recesvinto.

—Asi lo dijo Froya á nuestro amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frandila: mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, dijo Venderio, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

—Si, si, gritaron todos á una voz.

—Decis eso, replicó el príncipe, porque no existe: si viviera, pensaríais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fé, por el honor, por nuestro nombre.

—¿Jurais, repuso el príncipe, que si viviera Floriana, no llevaríais á mal que revalidase mi boda con ella?

—Si, si, si, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, cubierta con un gran cortinage, descorrióla de golpe y presentó á aquella juventud entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa esperaba el fin de la conversacion.

—Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á mi esposa.

—¡Viva, gritaron todos; viva nuestra reina!

(1) Acta primorum martyrum, etc.

(2) Prudent. in Hymn. Martyr, Cæsar Aug.—Actas de los Mártires.—Depping. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporaneo de San Ireneo, en el escrito que presenta á Escapula, presidente de Africa, refiere como entonces se ejercia la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun, es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judios al c. 7 donde hablando de las regiones que habian abrazado la religion cristiana aplica el todo á la nacion española. *Maurorum multi fines; Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes.*

(Sisberto habia confeccionado un narcótico para Floriana en lugar de un veneno y habia dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraiso disponiendo la manera de frustrar la sublevacion tramada por el duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blancos tambien, tenia un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegria. A aquella misma hora quisieron que se hiciese la proclamacion de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la poblacion que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto dia, corrió, voló se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y de Zaragoza, á los lados de estos y detras en cuanto el balcón lo permitia, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica, los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipacion de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompian los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batian las palmas: los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiera de repente quedado desierta.

Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asocieis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedeis.

—Si, gritaron los próceres que se hallaban en el balcon principal: si, dijeron los que estaban en los balcones contiguos: si, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—Viva el príncipe, viva el Rey, viva Recesvinto.

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que habia mas que saber: el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me ois, dijo con esforzada voz el obispo: hasta ahora por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido: desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que veis á su lado, renueva hoy su enlace con ella: la ley lo autoriza, la iglesia lo bendice, y yo me complazco en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro pais, la corona de su sexo, y la mas virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inesplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguia la voz de *¡libertad!* ya la de *¡igualdad!* ya los nombres de *Flavio* y *Recesvinto*; pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de FLORIANA. Aquella esclava que habian visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escalados todos los balcones del pretorio, en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los hierros de la fachada; el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruicion inefable que siente el corazon de donde ha salido una accion magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pie del balcon donde agrupadas las personas de los reyes, los pontífices y la hija del Valle, se reunia en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fé verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heróica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel dia Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser nuevamente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenian los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podian hacer dar un paso á sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existia en una capilla, que cogia al paso, la caja ó concha de un carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo fundador de la capilla habia ganado al Rey de los francos Gontramo en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo asi en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el dia en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como habia sentido el mal sin esceso, dejábase conducir aventurando una ú otra mirada tímida á los lugares que habian sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los pies del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigia: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR Ó ORDENADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo: su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia: los mónstruos nacidos para azote de la humanidad, inmortalizan su memoria.

El nombre de FLORIANA, que lleva la heroina en esta narracion, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano D. Julian Antonio Martinez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de S. Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas que tenia en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traduccion de un códice latino que se descubrió, y pude haber á las manos cuando se hicieron las escavaciones en el cerro* Cabeza del Griego, *donde existió la antigua ciudad de Segóbriga.* Al pié de la primera página, que como era natural principiaba con el titulo de la obra y decia: *Historia de la Reina* (aqui un nombre borrado) *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal Segobrigense en la Celtiberia*, se leia la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbitero. *Es obligacion mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos despues el pueblo de mi naturaleza Valparaiso de Abajo, distante 2 leguas de Cabeza del Griego.* Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mi poder algunos escritos de mi tio D. Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traduccion mencionada, he practicado constantes y esquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto, pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á cuyo testo me he arreglado fielmente en la relacion de los sucesos, bien que no asi en el estilo. Para muestra de este y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aqui la introduccion á la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la santa Iglesia episcopal de Segóbriga, me propongo referir compendiosamente las heróicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina ...., española de linage, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las soberanas régias de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamas igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de ver la admiracion que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros; pero confundidos ya con nosotros), profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de......... aparezca en este breve libro que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija como la que he empleado en el códice ó en cualquiera de los muchos que tengo hechos como escribiente de esta santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré, Dios mediante, siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comienzo asi. En el año 686, etc.

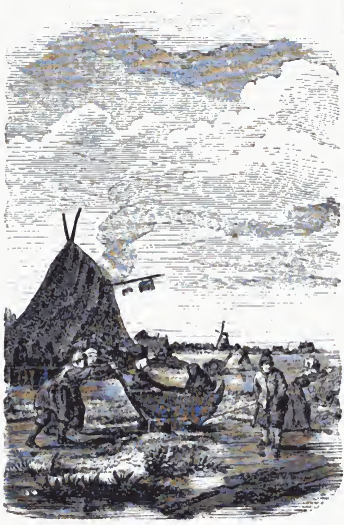
Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo recelaba; bien fuera porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara mas adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, segun advierte mi tio, que el códice original estaba plagado de huecos dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina, siempre que la narracion lo exigia, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea por ser mas delicada; no llegó á principiarla; y la Reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Reciberga que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fé á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tio las circunstancias con que se verificó el bautismo de la princesa, las cuales justifican el titulo que lleva la obra.

Pareciendome una profanacion (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personage verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia.

Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1585; llamé á la hija de mi hermano, María, niña de pocos años que aun no sabia leer entonces, y le entregué el libro mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el indice por la pagina 251 y los dedos restantes por la 681. Preguntéle entonces cual de las dos paginas me designaba; y la criatura con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos, en ambas paginas habia dos santos de un mismo nombre, San Floriano martir, de quien se hace mencion á 4 de mayo, y San Floriano martir tambien, de quien se lee á 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó: de suerte que me persuadí con toda certeza de que por divina permision habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrupulo ninguno planté á mi traduccion por titulo *Historia de la reina Floriana*. Borré poco despues el nombre; porque una reflexion me aguó todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano* para indicar una persona cuyo nombre se ignora ó omite, y discurriendo sobre la etimologia de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente. Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilaneos que todo es uno, abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos: quizá (como ahora, porque abundan los Pedros, llaman Pedro Fernandez á cualquiera) llamarian entonces un *Froilano* á todo desconocido; y de aqui mas adelante se formaria el *fulano*. El *Froilano* gótico probablemente seria el *Floriano* latino: y si esto es asi, indudablemente esta de Dios que no tenga nombre nuestra heroina, puesto que ni aun se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana* en nuestro país no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito *Historia de la reina Floriana*, equivale á escribir *Historia de la reina Doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*.

FIN.



(Los placeres del invierno en Rusia.)

LA BARAJA INTERPRETADA.

ANÉCDOTA INGLESA.

Estábase celebrando el servicio divino en la iglesia de Glascow cuando Ricardo Midletton, soldado raso, que asistia á él con la mayor devocion, en lugar de sacar del bolsillo el ejercicio cuotidiano ó cualquier otro libro devoto para buscar como sus compañeros las oraciones propias del caso, estendió delante de sí una baraja. Esta conducta singular llamó la atencion del sacerdote celebrante y del sargento de la compañía, el cual ordenó á Ricardo que guardara la baraja, pero habiéndose negado este á hacerlo, le condujo el sargento al salir de misa, ante el magistrado principal de la ciudad, y dió queja de la conducta inconveniente del soldado. «Qué escusa puede usted dar, le preguntó el juez á un proceder tan estravagante y escandaloso? Si tiene V. razones lejítimas que alegar, le escucharé, pero de lo contrario, esté V. seguro de que le haré castigar severamente.»

—«Ya que la bondad V. S. me permite sincerarme, contestó Ricardo, le suplico que me escuche. Acabo de hacer una marcha de ocho dias con un pré de seis *peniques* (1), los cuales, como V. S. conocerá, apenas alcanzan para suministrar á un hombre el alimento necesario, y permitirle que satisfaga las primeras necesidades de la vida; no le estrañará, pues, á V. S. que carezca de Biblia, libro de oraciones y demas obras. Ahora bien, véase como me compongo.» Entonces sacó otra vez Ricardo su baraja, y la estendió delante del juez, esplicándose de este modo: «Cuando veo un *as*, permitidme que lo diga, me acuerdo de que no hay mas que un Dios. Cuando veo un *dos* ó un *tres* recuerdo al Padre y al Hijo, ó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; el *cuatro* me hace pensar en los cuatro Evangelistas san Marcos, san Lucas, san Matías, y san Juan; el *cinco* me representa á las cinco Vírgenes juiciosas que debian echar aceite en su lámpara, debian ser diez, pero V. S. recordará que habia cinco Vírgenes juiciosas y otras cinco que no lo eran. El *seis* me dice que en seis dias creó Dios la tierra; el *siete* que descansó el séptimo dia; el *ocho* que hubo ocho personas virtuosas que se salvaron del diluvio universal, y fueron Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras; el *nueve* los nueve leprosos purificados por el Salvador; eran diez,



(Los placeres del invierno en Rusia.)

pero solo uno se lo agradeció; el *diez* los diez mandamientos de la ley de Dios.» En seguida cogió Ricardo la sota (2), y la puso aparte; pasando despues a la reina (3), continuó: «Esta reina me hace recordar á la reina de Saba que vino desde el estremo del mundo para admirar la sabiduría del *rey* Salomon; y el *rey* me hace recordar al rey de los cielos y á nuestro monarca Jorge III.»—«Muy bien, dijo el magistrado, me ha dado V. una esplicacion satisfactoria de todas las cartas menos de la *sota*.»—«Si V. S. tiene á bien no incomodarse conmigo, le esplicaré esta carta con la misma oportunidad que las demas.—No por cierto, no me enfadaré.

—Pues bien las *sotas* son los *pícaros*, y el mayor de todos es el sargento que me ha traido á presencia de V. S.—No sé, dijo el juez, si es el mas pícaro, pero al menos es el mas tonto de nosotros dos. —El soldado prosiguió: «Cuando cuento el número de puntos que

(1) Seis peniques ingleses que vienen á ser 21 cuartos españoles.
(2) Llámase en inglés la sota Knave, y significa esta palabra sota ó pícaro.
(3) En la baraja inglesa como en la francesa, en lugar de un caballo hay una reina.

marcase las cartas hallo un total de 365, igual al de los dias que tiene el año; cuando cuenta el número de cartas, halló 52: estas son las semanas que tiene el año. Cuando cuento el número de bazas, encuentro 12 que son los meses que hay en el año. Ya vé V. S. que mi baraja es para mí al mismo tiempo una biblia, un libro de oraciones, y un almanaque.» Escusado es decir que fué perdonado Ricardo, y que recibió del juez una buena propina.

De la edicion-príncipe de la Historia de España del P. Juan de Mariana, fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusion de Monfort y de Ibarra, y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mundo.

ARTICULO I.

Pues aconteció que amanecieron un dia embadurnadas las esquinas de toda ciudad y toda aldea en los anchos confines de las Españas, y todo el que tuvo ojos para ver y ciencia para deletrear cartelones, topó con un anuncio que en buena abreviatura y compendio venia á decir lo que acabamos de poner por título y epígrafe de este artículo. La renta de correos subió notablemente aquel mes con los productos de tanto *fardo* de prospectos como fueron á invadir (¡nueva y voracísima langosta!) las arcas y bolsillos de estos buenos y á veces simples moradores de nuestra tierra. No hubo calle ni plaza adonde no pregonaran *la buena nueva*, el evangelio de los señores Gaspar y Roig, algunos de sus amigos, no movidos del tanto por ciento de ganancia, no deseando suscricion numerosa para hacer ricos á los editores-gemelos, ni queriendo tampoco dar eso que ahora llaman *puff* á las gentes, sino ansiosos por traer mas renombre á Mariana, mas gloria á España, mas envidia y admiracion al universo. Ni faltaron algunos de ellos que condolidos al ver incompleta y manca la obra del gran padre Mariana, se ofrecieron á corregirla y continuarla. Toda la España literaria y artística se puso en movimiento; allí fué el rebuscar y compendiar *homeopáticamente* los estudios y notas de otros editores menos famosos, allí el copiar á diestro y siniestro trages y máquinas de guerra, que acaso para los cartagineses se tomaron de libro estrangero que figuraba á los francos, y acaso para los godos se imitaron y dibujaron de aquellos valientes Cruzados que á la voz de Pedro el Ermitaño se levantaron de sus tierras para rescatar á Jerusalen. Decia un fabulista francés para defender ciertos hurtos que debia á la literatura española que aquello que se toma de los estrangeros no ha de llamarse *robo*, *sino conquista*. Pues dando por buena la sentencia del fabulista, nadie podrá negarnos que Alejandro y Cesar y Thames-Khoulis-Kan fueran pueriles infantes ó *niños de teta*, como dice otro, para medir y comparar las suyas con las conquistas que para su obra hicieron los señores Gaspar y Roig entre propios y estraños.

Pero (¡funesta conjuncion adversativa!) murieron los cartelones y nacieron las entregas y tomos de la nueva edicion y *edicion—príncipe*, salida á luz en mal hora para tantas docenas de ediciones anteriores. En vano aquel triste de Monfort publicó los tomos de su nombrada edicion de Valencia; todo aquel mérito tipográfico lo eclipsaron los Sres. Gaspar y Roig con la incomparable tipografía de su edicion novísima. Tal vez diga algun escrupuloso que la edicion de los Sres. Gaspar y Roig es de mal gusto y en nada comparable á la de Monfort y otras por la poca gallardía de los caracteres, la ridícula estrechez de las márgenes, lo sobrado ancho de cada página, si se compara con el largo de ellas, y otros peros por el estilo; mas lo cierto es que los *editores gemelos*, han dado y declarado su edicion por la mejor de todas, y siendo ellos hombres de verdad no es de sospechar siquiera que hayan pretendido engañar al público con ninguna insigne mentira. Otros mal intencionados podrán decir que las pocas notas que contiene la obra están malamente estractadas de la edicion de Sabau, habiendo suprimido muchas que si no absolutamente las que mas, eran sin duda de las que mas importancia tenian; pero á bien que los señores Gaspar y Roig dan por *enriquecida* de ellos la historia de Mariana con *notas históricas* y *críticas*, y no es posible que neguemos del todo al todo cosa que tan graves personas afirman. Para confusion de maliciosos, para vindicacion de la obra de los señores Gaspar y Roig, para que conste y se dé por cierto de hoy mas que con efecto su edicion del *Mariana* es tal *edicion—príncipe* y que con ella han levantado un monumento de gloria al célebre jesuita y á la nacion española, vamos á dar vuelta por algunos capítulos y á recorrer algunas páginas, comenzando por la vida del autor. Era de suponer que el biógrafo y los editores del Mariana defendieran al docto y elocuente jesuita de las imputaciones falsas y de las apasionadas críticas que se le han dirigido en los últimos tiempos. Su historia, así por lo elocuente, castizo y clara del estilo, como por la buena disposicion de las partes, las profundas máximas y sentencias que lleva mezcladas en la narracion, otras cualidades de tan alto precio como estas, habrá de ocupar siempre lugar de preferencia en la biblioteca de todo estudioso y amante de las cosas de España. Pero aun no es lo hermoso del estilo ni lo grave de la sentencia el mérito mas grande que hay que atribuir á Mariana en la composicion de su obra. Cuantos hayan tenido ocasion de compulsar antiguos cronicones y papeles viejos pueden haberse maravillado al contemplar cuán rigorosamente sacada de ellos está la narracion de Mariana. Él estractó y presentó bajo una forma mas elegante y mas noble, con unidad, con conciencia las largas páginas y la multitud inmensa de noticias esparcidas por aquí y por allá en los historiadores latinos de la república y del imperio, en los narradores godos que, aunque con brevedad, nos dan harta noticia de las cosas de su tiempo, en los pergaminos ocultos durante algunos siglos por los monasterios y catedrales; en los cronistas que ya abrazando en sus obras todo lo general de España desde las mas remotas edades, ya ciñéndose á contar los hechos de una provincia ó ciudad solamente, ora describiendo campañas de dentro de la península, ora narrando las acontecidas del otro lado del mar, se multiplicaron, abundando mucho, en los tres siglos que le precedieron. Parece nimia á veces la exactitud con que ajusta su relacion á las páginas antiguas que estracta, pero mas bien mueve á maravilla y sale sin querer la alabanza de los lábios al mirar cuánto trabajo, cuánta constancia, cuánta vigilia hubo de costarle por esta traza el componer su historia.

En estos y otros razonamientos semejantes se cifra la justificacion y defensa de Mariana contra sus imprudentes detractores. Ninguno de ellos podrá negar que el juicio de Mariana fuera grande para distinguir y separar el error de la verdad. Allí donde el sábio jesuita encontró dos versiones de un mismo suceso eligió casi siempre la mas verosímil, la mas fundada. Ni podia pedírsele mas. Era arriesgado y ageno aun del juicio severo de Mariana, y de su propia conciencia desmentir con hipótesis mas ó menos aventuradas, con razonamientos mas ó menos ajustados á la exactitud lógica lo que hombres de gran seso, y autorizados los mas de ellos habian dado y transcrito como cierto en sus libros. En los dias de Mariana el cristianismo llenaba de fé la tierra, y era imposible que él, católico y mas aun sacerdote de aquella religion santa, se levantase y clamase contra las creencias de todos los escritores que le precedieron en tal camino, y antepusiera un juicio escéptico fundado en su propio orgullo, al juicio venerable siempre de la antigüedad. Si quieren decir los detractores de Mariana que no tuvo valor para romper enteramente las trabas de la autoridad, no hay por cierto que defender á nuestro autor de semejante cargo; dentro de los límites de lo justo fué acaso el pensador mas libre de su siglo; fuera de aquello que entonces no lo era, ni pudo, ni quiso, ni debió echar á volar su pensamiento. Un siglo entero de revolucion en las ideas y otro de revolucion en los hechos han venido á poner al género humano en muy diversa situacion que estaba cuando vivia el padre Mariana. Hemos sustituido un criterio á otro criterio, hemos puesto en lugar de la razon antigua una razon nueva, que aun se duda, y no sin motivo por cierto si es superior á la otra.

Algo de esto que hemos apuntado, y perdónesenos que nos hayamos dejado distraer del amor á las cosas de España y al hombre ilustre que levantó para ella monumento tan alto, algo de esto, repetimos, hubiéramos querido ver, ó mas bien hemos echado de menos en la biografía de Mariana que vá de introduccion á la edicion de los señores Gaspar y Roig. En el estado que alcanza la crítica, y en el punto de duda á que ha llegado la reputacion de Mariana, para hacer una gran *edicion* de su historia era de obligacion manifiesta el poner al frente de ella un estudio severo y concienzudo que así revelase las bellezas de la obra escondidas para muchos, como colocara los errores bajo su verdadero punto de vista, combatiendo y refutando las amargas diatribas de algunos críticos modernos. Pero por el contrario, nos hemos encontrado con una biografía que en nada se parece por cierto á las de Plutarco, y algunos párrafos superficiales y en poco castizo estilo conque se pretende llenar el vacío que nosotros, mas largamente, dejamos señalado. Casi toda la defensa de Mariana se reduce en la edicion de los Sres. Gaspar y Roig á llamar al célebre Cárlos Romey «injusto, severo y el mas desautorizado de los censores de Mariana.» Lo de injusto no nos admira, solo que en nuestra opinion falta el haberlo probado, como pudo y debió el biógrafo; lo de severo es cierto; pero llamar *desautorizado* á uno de los hombres mas ilustres y mas sábios que han tratado de las cosas de la España, es injusticia notoria, si ya no es que podamos apellidarla ignorancia. Cárlos Romey, como otros muchos críticos de su nacion y de su época, es injusto, sobradamente injusto con lo pasado; pretende ajustar vanamente á su *criterium* las concepciones y los hechos de hombres y siglos que se encontraban en muy diversa situacion que él. Pero de aquí á negarle que sea uno de los escritores mas autorizados en materias españolas, vá una diferencia grande, como nunca el amor pátrio debió ocultar, al biógrafo de Mariana. Tras de esto el mismo

biógrafo acusa á Mariana de no haber tratado de las cosas de los árabes con toda estension, y aun de haber olvidado muchas veces las mas simples nociones de sus leyes, costumbres y organizacion civil. De todas las impugnaciones que han hecho los estrangeros á la historia del Padre Mariana, ninguna nos parece ni mas injusta, ni mas impropia, que esta que prohija quien pretendió escusar sus errores en la nunca bien ponderada edicion que vamos recorriendo. Ya sabemos que el argumento y la impugnacion no pertenecen al biógrafo, le acusamos de haberlos prohijado tan simplemente. Para nuestros padres, los árabes no fueron nunca españoles, sino solo un pueblo estrangero que ocupaba y tiranizaba tierras de España. Exigir al padre Mariana que hubiera tratado de las cosas de los árabes como de las de los cristianos, porque se encontraban y peleaban en un mismo terreno, vale tanto como decir que el Conde de Toreno, y cualquiera otro historiador de la guerra de la independencia, debió de tratar de las cosas de Francia como de las nuestras, dada la usurpacion casi completa de nuestro territorio. Los árabes eran para nuestros antepasados un ejército enemigo, acampado siempre en sus campos y posesionado de sus fortalezas; aquellos pueblos no eran hermanos, aquellas *nacionalidades*, como ahora se dice, nada tenian de comun, y el escritor castellano lo propio, ó mas sin duda que de los hechos de los árabes, pudo tratar de las instituciones y los hechos de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia.

Algo mas fundada habria parecido la crítica de los escritores estrangeros y del novel biógrafo de Mariana si se hubieran fijado en el olvido en que dejó á veces el padre Mariana las cosas de otros reinos mas allegados á nosotros que los árabes, como que eran hermanos nuestros y profesaban el propio culto y tremolaban la misma bandera que nosotros en los combates. Navarra, Aragon, Cataluña, Portugal y otras provincias tuvieron príncipes é instituciones que Mariana olvidó tanto ó mas que las cosas de los árabes. Pero tanto para esta como para la otra objecion hay que tener presente el alto pensamiento que tuvo Mariana en la composicion de su obra. Allí la unidad es Castilla, la idea de la superioridad que al fin alcanzó en los dias prósperos del siglo XVI se nota y advierte desde los primeros pasos. Todo lo que acontece en los demas reinos de España viene á servirle al historiador como para mas aclarar y poner de manifiesto la marcha triunfal de Castilla por enmedio de los siglos, y cuando le viene á cuento para ello trae tambien á colacion los sucesos de las naciones estrangeras puestas del lado allá de los Pirineos.

Y al tratar de omisiones haremos notar una cosa que en nuestro segundo artículo habrá de verse mas de manifiesto. Si los señores Gaspar y Roig querian publicar una edicion del Mariana nada menos que *completada y enriquecida con notas históricas y críticas* ¿por qué no repararon semejantes omisiones? y ¿por qué no pusieron la obra en el punto que exigen de ella las necesidades y las opiniones del siglo? ¿Por qué el biógrafo que acusó al célebre jesuita de no tratar bien de las cosas de los árabes no puso y añadió á la nueva edicion en lugar de tantas notas inútiles algunas que revelasen los profundos conocimientos que tendrá sin duda en las historias que los mismos árabes nos dejaron escritas? Bien pudieran haber aprovechado para ello los estudios de ese mismo Romey, á quien osa llamar desautorizados; buena materia le habrian dado los escritos de Gayangos, de Dozy y otros célebres orientalistas. Pero este asunto de las notas que faltan y de las notas que hay, requiere mas estension y es digno de que le tratemos en artículo aparte, ya que fué tanto el escándalo y tales las ponderaciones de los señores Gaspar y Roig sobre su edicion de la historia de Mariana, que nosotros y con nosotros muchos de sencillez y bondad de corazon llegaron á pensar que se trataba de hacer una verdadera edicion *príncipe*, así por la nunca vista riqueza tipográfica, como por lo sábio, grave y estenso de las anotaciones críticas que habian de acompañarla.

Solo diremos para concluir este artículo que desde la portada está revelando la nueva edicion cuán poca conciencia se ha puesto en ella. Allí se dice que es *la enmendada* y *añadida* por Mariana, sin cuidarse de que se encuentren en tal caso nada menos que tres ediciones una de 1608, otra de 1617 y la última de 1623, publicada tambien en vida del autor y corregida por él.—Sobre cuál de estas correcciones merece mas fé han andado discordes hasta aquí los eruditos, pero los nuevos editores sin pararse en *pelillos* han dado por resuelta ya la cuestion, sin dar siquiera satisfaccion de su conducta.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 42.

En boca cerrada no entran moscas.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el número próximo recibirán nuestros lectores un nuevo prospecto del SEMANARIO, *de* LA ILUSTRACION *y de un periódico diario que vamos á fundar, para hacer un obsequio á nuestros suscritores que le recibirán* gratis.



Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.



EL TEMPLO DEL APOSTOL SANTIAGO EN MEDINA DE RIOSECO.

La arquitectura, hemos dicho mas de una vez, fué por mucho tiempo la espresion del pensamiento humano. Por eso las construcciones monumentales reflejan el espíritu de cada época. El arte es el símbolo gráfico, la fisonomía psicológica de la sociedad. Cuanto mas analizamos esa significativa combinacion, conforme se aumenta el rádio de los estudios, tanto mas de armonía tiene aquel idioma misterioso y filosófico! Mentira pareceria, si no estuviese en evidencia, que pueda la piedra inerte ser constituida en fecundo emblema, en intérprete leal de las mas elevadas abstracciones de la civilizacion. Pero ¡tan poderoso es el genio; tan próvida la inspiracion!

Cada obra del artista lleva en consecuencia la filiacion natal. Y no solo esto. Su conjunto es la fórmula sintética de una idea. Y cada cual de sus detalles una letra de la gigantesca inscripcion. Allí nada hay á la ventura, nada vago ó incoherente al pensamiento absoluto. Todo es necesario y oportuno. Pudiera el edificio ser comparado á una máquina, donde cualquier cilindro, la menor rueda, forma parte de su funcion; á una sinfonía grandiosa, en que cada relieve es un compás, cada pieza de granito una nota de indispensable efecto; al cuerpo humano, en fin, que no existe en su prodigioso complemento sin la concurrencia simultánea de todos sus miembros. Por eso el caracter típico de estas obras es la unidad, la pureza esclusiva de su generacion. Desde el ápside hasta el pavimento, lo mismo en las basas que en los arquitrabes todo debe ser homogéneo y consecuente, al modo de un árbol donde no se ha ingertado rama de diverso matiz. Cualquiera violacion de su originalidad es una superfetacion profana, una mezcla bastarda de familias y tradiciones.

No podia ser de otro modo. El arte es un idioma, el edificio un libro, la forma un pensamiento. Desfigurar sus tipos, trastornar sus elementos, es lo mismo que intercalar en la lengua dialectos impuros, que ingerir en el album páginas disímiles, que destruir la armonía de la idea con heterogéneas é inaplicables adherencias. Ved aquí por qué la unidad fué desde la cuna del arte el núcleo de sus obras. En Egipto se las distingue por su pesadez é inamovilidad; en la edad media de Europa por su fantástica y caprichosa originalidad, reflejo vivo de la escentricidad feudal; y los antiguos griegos, idólatras de la armonía, hicieron de sus templos y obeliscos una belleza geométrica, donde la imaginacion estaba normalizada por el módulo y el compás.

Pero la unidad compleja, ese principio cardinal, esa concordancia profunda del edificio, al tenor de su significacion social, hubo de sufrir, como todas las reglas generales, sus escepciones y trastornos. Ya porque faltara el autor de la idea durante su revelacion sobre el mármol y la pizarra; ya porque la escasez de recursos no proveyese á la grandeza de la concepcion, achaque muy comun en aquellas obras arquitectónicas; bien por el trascurso de los tiempos, ó por la sobrevencion de nuevas vicisitudes sociales, lo cierto es que varios monumentos son un contraprincipio para la unidad típica y sacramental del arte.

Hay en verdad construcciones singulares que son el Proteo de la fábula, un prisma de cien colores, un ramillete pintoresco de inconexos matices, un mosáico de enérgicos y misteriosos contrastes. Nada mas bello sobre este punto que las poéticas palabras de Victor Hugo al frente de la catedral de Paris. Bien conocidas son del mundo inteligente para que nos ahorremos su reproduccion. Pero no puede esplicarse con mas vigorosas pinceladas, con mas elevacion de criterio y mas filosofía de genio el fenómeno artístico.

Sobre esto puede suscitarse una delicada controversia. Esa heterogeneidad ¿es un nuevo tipo de belleza? Problema es, por cierto, que para ser resuelto necesita de grave cuanto ilustrada discusion. Y como en el presente artículo no es posible empeñarse en ella, habremos de omitir nuestro juicio facultativo, ateniéndonos tan solo á los efectos visibles sobre el objeto artístico del actual propósito.

El templo del Apostol Santiago, cuya vista interior acompaña al presente trabajo, es uno de los edificios mistos, una de esas construcciones híbridas, que forman escepcion indefinible contra la unidad técnica y generadora. Esta es, en efecto, la mas importante singularidad entre las grandes circunstancias de su magnificencia.

Figúrense los curiosos un edificio oblongo, cuyas cuatro faces, mas bien que partes de un mismo todo, parecen fragmentos inadherentes de diversas creaciones, amalgamados en un compuesto multiforme, á pesar de los siglos que separan su filiacion. Aquí las eflorescencias de la imaginacion gótica le presentan cual un templo de las Cruzadas; allí los delicados recortes y puras fantasías sobre el fondo griego nos hacen disfrutar la época plateresca en su ideal mas bello; en otra portada se desplega una decoracion clásica con acantos de Corinto y pedestales áticos, que respira el perfume del renacimiento. Y si penetran en el fondo de la gigantesca y magestuosa casa de Dios, sentirán una impresion inefable al considerar las aéreas elipses del ogivo septentrional sobre inmensos pilares imaginados á la ventura sobre la magestad dórica y la belleza romana.

Visto por tan diferentes perspectivas, aparece con cada cual la imágen de una civilizacion singular, y hiere la imaginacion una série de ideas y de impresiones que no tienen de comun sino la influencia sucesiva de unas sobre otras épocas. Así es que no acertamos á definir filosóficamente esta construccion: porque si cada retazo de vario tipo hubiera tenido origen en su tiempo, fácil era colegir la complexion gradual del conjunto. Pero no es eso. Lo anómalo y enigmático es que el templo parece pertenecer en su obra á una sola época: la del renacimiento. Y bien ¿cómo el arquitecto, en lugar de un edificio greco-romano, lleno de armonía y unidad, trazó esa mole ataviada con tan diferentes galas, y sellada con el sobrescrito de tantas razas?... No lo acabamos de comprender: ni aun como un capricho, como un sueño del artífice puede esplicarse tamaña singularidad. Los hombres del arte en aquella época eran esclusivistas, fanáticos por la arquitectura clásica. Hubieran tenido cual nefando desafuero y sacrílega profanacion la mezcla de las bizarrías germánicas con los austeros lineamientos, la libertad multiforme de la elipse con la pauta dogmática del hemiciclo, y hubieran lanzado al profano del seno de la iniciacion artística, como en lo antiguo se espulsaba al estrangero impuro que penetraba con intruso rito en las sacerdotales confidencias de Eleusis. De manera que el templo es en casi todos sus aspectos un jóven con fisonomía de anciano, una evocacion solitaria de la antigüedad iluminada con los modernos resplandores.

Su descripcion á grandes rasgos auxiliará para la inteligencia de nuestros discursos.

El recuerdo mas alto de su origen no se remonta mas que hasta el año de 1543 en el libro de fábrica mas antiguo que existe en el archivo, y en él se halla una cantidad de 19,836 mrs. «gastada en abrir el banco de la cantera de Buena-Vista.» Este becerro prueba dos cosas. Primera: que en su fecha la Parroquia ya estaba constituida formalmente, con fondos, administracion y culto. Segunda: que antes de la fábrica actual habia otra para el servicio parroquial, que fué sustituida por aquella. Tenemos otra razon para pensar así. Es la bóveda de la sacristía perfectamente gótica, guarnecida de aristas y florones. Este monumento, que se eleva lo menos al siglo XV, fué á nuestro juicio un pequeño santuario, donde debió recibir culto el Santo Patrono, y ser erigida primitivamente la parroquialidad. Cierto es que hay en aquellos muros una cifra de 1565; pero esto significa que fué reparada en tal tiempo, como lo demuestran las paredes esteriores, que contrastan bien con el color, traza y corte de los sillares interiores, y las ostensibles introducciones de la moderna sillería; y por último la forma de los guarismos árabes y la del cascaron gótico establecen claramente entre ellos la diferencia de mas de un siglo.

Esto sentado, la obra general del templo nuevo debió empezar por el primer tercio del siglo XVI, y no se ha concluido aun, ni es probable se termine jamás. No existen los planos ni las memorias de los arquitectos. Las bóvedas son del año 1673, y construccion del maestro Felipe Berrojo, que tenia un gusto muy recargado para la exornacion. Los florones y targetas que las esmaltan fueron vaciados en 1673 por el artífice Lucas Gonzalez, en precio y coste de 15,000 reales los primeros, y 1,800 los segundos. Y el dorador Antonio Tellez enlució las bóvedas por 3,853 rs., que añadidos á 18,330, coste de su fábrica, las elevan á un gasto total de 22,183. Los colosales cubos del testero tienen la fecha de 1607. La fachada plateresca del S. es cosa de 1565. El difícil arco del bajo coro fué construido en 1628, y en el siguiente la escalinata que sube al coro alto. El citado profesor Berrojo trazó la torre existente, erijida en lugar de la primitiva, que se arruinó en 1662, siendo terminada en 1678 bajo la mano del maestro Obregon. Y por último, el átrio principal fué fabricado en 1752. ¡Véase, pues, la obra durante el trascurso de dos siglos y medio! ¡Cuánta fé y cuánta perseverancia! ¿Y qué diremos de la piedad de nuestros abuelos y antiguos conciudadanos, á cuyas limosnas y generosa mano se debe esta construccion costosísima, en auxilio de los fondos parroquiales?.... Hoy que todo lo queremos al vapor, apenas se concibe esa constancia en un objeto cuya consagracion pasaba de padres á hijos cual herencia de honor y de respeto! Ahora que apenas tenemos para disipar en efímeros gustos, ¿cómo esplicar aquella insondable largueza de caridad? ¡Qué contraste ofrece el fútil positivismo de nuestras vanidades con aquella espansion del sentimiento cardinal del hombre!

Dejemos, pues, las reflexiones para los espíritus graves, y fijemos otra vez los ojos en la morada del pescador de Genezaret, á guisa de fieles y entusiastas pintores.

La planta general del edificio es un perímetro cuadrilátero, semicircular por su parte superior, y rectilíneo en la inferior. Aquella curva está formada por tres cubos gigantescos, obra magistral por su grandeza y esquisita ejecucion, que fija la atencion de los artistas. Tres portadas prestan ingreso al seno de la obra. La del N. hace una perspectiva gótica del mejor tipo. Forma su luz un arco menor, flanqueado por dos robustas agujas cónicas que se enlazan en el segundo tramo con la graciosa decoracion, cuyo rico dibujo exornado de filigranas, encages y delicadas invenciones, está adherido al colosal muro cual una mariposa trasparente y frágil al tronco sombrío de un roble poderoso y arrogante. Por esta parte estamos al frente de un pórtico de los tiempos caballerescos. Mas si, atravesando el espacio de N. á S. nos establecemos sobre el vestíbulo cuadrangular, guarnecido de verjas y leonadas pilastras, el teatro muda de aspecto. Hemos llegado de un vuelo al interregno entre la antigua y la nueva edad; nos vemos contemplando la época artística de Egas y Cobarruvias en una fachada plateresca, de tan buen gusto como hábil desempeño. Alzada sobre el basamento una galería cerrada sostenida por columnas incrustadas en la pared, sostiene otro cuerpo análogo, terminado con graciosa sencillez por un frontis angular, de cuyo fondo surge la grave figura del Eterno en actitud de bendecir á los fieles. Ocupan los intercolumnios las efigies en piedra de los cuatro Evangelistas, esculturas, como las anteriores, de buena mano, pero bárbaramente mutiladas por el vandalismo de las tropas francesas cuando vinieron en vano con su grande hombre á arrebatarnos nuestra independencia. ¡Y decian que nos iban á civilizar!... El Apóstol se halla representado tambien: mas este bulto de escultura es gótico, segun la dureza de sus paños, el amaneramiento de sus formas, la poca fuerza de sentimiento que revela su ejecucion. Tambien hay allí un bajo relieve anterior á los buenos tiempos. Las columnas, los arquitraves y todos los constitutivos de la obra están bordados de flores y adornos, donde compite el primor de la mano con la gracia del dibujo. Hay en la exornacion mucha pureza y escelente inteligencia, cuyas dotes, unidas á la elegancia del conjunto y de los detalles, hacen de esta vista una belleza en su género.

Pero el encantador con su talisman poderoso trasforma la perspectiva. Y cual si en alas del viento nos hubiese conducido á la línea occidental del templo, desplega allí un panorama que no se podia esperar. Los tiempos de la arquitectura gentil han renacido. Ved ahí una inmensa cortina de sillería, dividida verticalmente en tres zonas correspondientes á las naves interiores. Las laterales son de estremada sencillez, decoradas con dos órdenes de pilastras toscanas. La central forma para el primer cuerpo un peristilo resaltado, de órden corintio. Flanquéanle dos pilastrones que sirven de fondo á una línea de hermosas y fuertes columnas pareadas, que sostienen el arquitrabe sobrepuesto de ancho friso, donde se destacan los vigorosos modillones del vasto cornisamento. En el intermedio de la columnata se rasga la puerta principal, guarnecida de dobles jambas, y coronada por una lumbrera esférica. El segundo alto es igual en la idea y distribucion, aunque pertenece al órden compuesto. Y en su centro, sobre una gran ventana orlada de filetones, se eleva un nicho de traza dórica, ocupado por otra imágen del Apóstol, bien esculpida, en piedra, y de colosales proporciones. Cuatro luceras semejan-

tes á la central, y coronadas por la cruz militar de Santiago, resaltan el decorado general. Debió tener ademas dos torres sobre los cuerpos laterales: pero solo existe el primer cuerpo de una, sobre el ángulo del N., y hace un imponente cuadrado de toscano gusto, cubierto con un tejado piramidal. Falta, pues, la aguja de esta torre, toda la del opuesto lado, y el gran frontispicio que deberia coronar la zona griega del intermedio, la cual tiene en su segundo alzado el defecto de mala proporcion en las columnas. Se conoce aqui la decadencia del arte, que siguió al renacimiento. Sin embargo, esta fachada es magestuosa y noble, teniendo la singularidad de estar en ella los cuatro órdenes clásicos, sin deslucirse ni perjudicarse: antes formando buen efecto de contraste y rica combinacion. La severidad es el carácter, el sello distintivo de esta decoracion.

Entrad ahora en la basílica del *Hijo del trueno* por la sombría y aplastada bóveda del bajo coro, que hace el efecto de un anteojo sobre el iluminado espacio de las gigantescas naves. Ahi teneis una remembranza sintética, el compendio abreviado de las épocas célebres del arte. La cimbra ogival de los arcos algo desfigurada de su tipo familiar por el arranque prolongado de las elipses; las bóvedas montadas sobre ellos que, en lugar de la desnudez teutónica, están bordadas de prolijos estucados arabescos; los pilares colosos de granito, que, si en sus cañas, á guisa de apiladas fasces, recuerdan los machones góticos, llevan en sus cornisas y boceles el corte moderno; el arco romano del coro, contrastando con la portada, al gusto medio, de la sacristía; el corte general de vetusta apariencia, revestido de cierta tintura moderna; la imaginacion y la simetría; la vaguedad con la precision; el genio inspirado junto al arte pautado... todo esto, en fin, hace un conjunto tan singular, tan anómalo é imaginario, que cautiva la fantasía sin dar espacio al exámen, y hace ceder la pretension del criterio ante la impresion del alma, y al artista ante el poeta.

Concluiremos ya con alguna observacion. Este monumento insigne, de quien hemos dicho en otro lugar que «causa el efecto de una estátua antigua retocada de nuevo y flamante colorido,» es una especie de museo, donde todas las escuelas del arte tienen su alarde, un registro secular en que se lee la firma de todas las razas célebres; un arco triunfal erigido á la gloria de todas por la piedad opulenta de estos viejos castellanos. Quizá su idea primitiva se debió á las últimas aspiraciones del arte ogival, segun lo indica la disposicion de su planta y formas generales, con su testero oblongo, sus muros flanqueados por pilastras, al tenor de las que suelen sostener los botareles de nuestras catedrales, y su talante absoluto en fin. Por ventura la puerta gótica del N., contigua á la sacristía, fuera el principio de la construccion. Pero transcurriéndose años, y sobreviniendo nuevos gastos, los arquitectos, sin mirar al trazado fundamental, variaron la parte del adorno, amoldando cada uno al gusto de su tiempo la concepcion fundamental. Es decir, que aquel modeló la estátua y estos la fueron revistiendo sucesiva y parcialmente el trage de variados tiempos. La forma esencial quedó la misma: los detalles variaron con las fases de la civilizacion. Y al cabo de casi tres siglos tuvo en esta leal tierra un altar de gloria y magnificencia el hijo del Zebedeo, el Apóstol de Clavijo, el númen tutelar que guió tantas veces con su nombre al campo de victoria las caballerescas mesnadas de nuestros abuelos, cuando arrancando á lanzadas de las sangrientas manos de Mahoma los pedazos de su herencia, nos conquistaron la patria, la libertad, y un nombre sin igual en los anales humanos, que vivirá mientras el sol de los héroes alumbre las esferas de la inmortalidad, y produzcan eternas flores las palmas del honor.

V. GARCIA ESCOBAR.

De la edicion-príncipe fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusion de Ibarra y de Monfort y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mundo.

ARTICULO II.

Dijimos en nuestro artículo anterior que la edicion de la historia de España del jesuita Mariana publicada por los señores Gaspar y Roig, á pesar de las pretensiones inauditas con que fué anunciada, carece de los principales elementos y cualidades que constituyen una *edicion príncipe*, ó siquiera una edicion preciada. Probamos esto diciendo que su esmero tipográfico era escedido con mucho en otras ediciones, y citamos como ejemplo la de Monfort de Valencia, la de la Real Biblioteca, y aun habriamos podido citar la de Sancha, la de Benito Cano; y en cuanto á grabados ya dijimos que en muchos de ellos andan cambiados los tiempos y las cosas, á trueque de que no aparezca ningun suceso notable aun de los tiempos, en que trages y armas son completamente desconocidos, sin representacion en láminas. Tambien hablamos de la vida del Padre Juan de Mariana que precede á esta edicion, obra de escaso mérito, y entrando á tratar ya de los anotamientos puestos á la Historia por los editores, dijimos primeramente que faltaban en los puntos mas esenciales, para aparecer numerosos é importunos allí donde ninguna necesidad habia de ellos. Hoy vamos á proseguir en esta materia de anotaciones, que es por demás curiosa, y dá á conocer á pocos ejemplos cómo y de qué manera ha sido *enriquecida é ilustrada* por los señores Gaspar y Roig la historia de España del Padre Mariana.

¿Qué debian proponerse con estas *ilustraciones* y anotaciones los nuevos editores? Corregir todos los errores de Mariana, suplir todas sus omisiones, aclarar las citas y poner bajo un verdadero punto de vista los hechos desfigurados por el autor. Si esto no ¿qué habian de significar tales notas? Ya de antemano se habian publicado otras ediciones del Mariana con notas, y notas verdaderamente sábias y oportunas; pero en lo que va de siglo, y á pesar de las calamidades de los tiempos, han adelantado mucho los estudios de nuestra historia, merced á los esfuerzos de la Academia, y á la laboriosidad y talento de algunos particulares. Faltaba y falta aun una edicion de Mariana, que recojiera los mas preciosos de estos adelantos y se hiciera cargo de todos ellos para enmendar el testo en cosas que no pudó evitar el sábio Jesuita, dada la época en que escribió su historia. Y no hay duda en esto: ó el anotar á Mariana, traia consigo semejante obligacion, ó era inútil y acaso perjudicial que se le anotara. Obra es esta que no debe mirarse sino bajo dos conceptos; como un monumento de alta estimacion literaria por las prendas incomparables de la narracion y del estilo, ó como un libro propio para aprender y conocer la historia de nuestros mayores. Bastaba para el primer objeto con publicar el testo sin nota alguna; dado tambien el otro objeto era preciso ponerle notas, pero al alcance de los conocimientos modernos. Pues bien, véase la edicion de los señores Gaspar y Roig. Ella no contiene puro el testo, para que sirva de monumento literario, puesto que se le ha confundido y profanado con añadidos y continuaciones de tales ó cuales personas que en prendas de estilo sobre todo nada tienen que ver con el famoso jesuita. Ni puede servir tampoco para enseñanza de la historia de España, puesto que hay muchísimos errores y muchísimas omisiones en Mariana que no aparecen advertidos siquiera en la edicion de los señores Gaspar y Roig. Asi pues, ni como monumento literario ni como libro de historia merece figurar en los estantes y bibliotecas del curioso la nueva y tan ponderada edicion de Mariana de los señores Gaspar y Roig.

Pero hay mas todavia, y tan notable que quisiéramos callarlo por honra de nuestras letras. De las notas puestas á la historia de España en la edicion de que vamos tratando, apenas hay una que no esté copiada ó estractada de ediciones anteriores, particularmente de la de *Sabau*, y en lo poco original añadido se notan errores que denotan mas que mediana ignorancia. Como esta materia es de suyo tan delicada, vamos al punto á poner ejemplos de lo que decimos, sacados del primer tomo de la nueva edicion, para que todo aquel que se sienta con curiosidad para ello, pueda de por sí mismo consultarlo.

Sirvan primeramente para muestra de la fidelidad, las siguientes. En la edicion de *Sabau* se lee á propósito de la destruccion de Tarragona, libro 5.°, cap. 5.°: «Ningun escritor antiguo que merezca fé, habla de esta destruccion de Tarragona, y asi debe tenerse por supuesto este hecho.» Y la de Gaspar y Roig dice, tomo 1.° pág 217: «Debe tenerse por supuesto este hecho, porque ningun historiador fidedigno lo acredita.» En la edicion de Sabau libro 2.°, cap. 22 se lee: «Livio dice: *duodécimo anno port bellum initum, quinto postquam P. Scipio provinciam et exercitum accepit:* doce años despues que se empezó la guerra; y cinco despues que Scipion tomó el mando del ejército y de la provincia.» Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.°, pág. 89: «Segun Livio fué doce años despues que se comenzó la guerra y cinco despues que Scipion tomase el mando del ejército y de la provincia.»—En la edicion de Sabau, libro 9, cap. 13, se lee: «Los escritores árabes dicen que Hiaya llamado Jahia Aldhapher, fué hijo de Hissem y nieto de Almanzor ó Almenor. Véase Casiri Bibl. Arab. etc. Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.° pág. 442: «Hiaya, llamado Jaia Aldhaper, hijo de Hissem, *segun los escritores árabes.*» Como verán nuestros lectores, fuera de haber empeorado el estilo y de haber espresado con menos claridad las ideas, nada de nuevo se encuentra en las anteriores anotaciones. Nosotros habriamos querido mas franqueza en los señores Gaspar y Roig, y ya que no sabian ó no podian poner anotaciones originales, que las hubieran copiado fielmente.

Pero si no nos parece bien la manera con que los nuevos editores de Mariana han copiado las anotaciones de otros editores, por peor tenemos aun la precipitacion que demuestran las notas enmendadas y originales. Sirva de ejemplo entre otras la nota puesta debajo de la lámina que representa el puente de Alcántara. En la edicion de Sabau pág. 59, tomo 3.° dice en la nota: «Tenemos varias inscripciones por las cuales consta que Trajano hizo construir no solo-

mente los dos puentes sobre el Danubio y el Tajo, sino otros muchos. En el de Alcántara se leen las inscripciones siguientes:—El puente de Alcántara es una de las obras mas magníficas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo seiscientos setenta pies, y ancho, comprendidos los parapetos, veinte y ocho. Tiene solo seis arcos: los dos de enmedio son maravillosos por su anchura, pues cada uno de ellos tiene de ancho ciento y veinte pies castellanos, y las pilastras donde estriban treinta de circunferencia. La altura es de doscientos cuatro pies y medio. Desde el fondo del rio hasta la superficie del agua treinta y siete pies, desde la superficie hasta los arcos ochenta y seis, desde el principio de los arcos hasta el piso setenta y siete, y los parapetos cuatro y medio. En medio del puente hay un arco de once pies de ancho, y se levanta sobre el piso cuarenta y siete. Sobre el arco hay una torrecilla en la cual están grabadas las dos inscripciones que hemos copiado. Por la primera consta que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano, y el año nueve de su potestad tribunicia que corresponde á los 106 de la era cristiana; en la segunda están puestos los nombres de las ciudades que contribuyeron para su construccion. En la estremidad del puente hay un pequeño templo cuadrilongo: los dos muros de los lados y el de atrás son de un peñasco solo. El techo es de varias piedras que hasta ahora, despues de tantos siglos, no ha penetrado el agua. La frente se compone de tres piedras, las dos laterales y una transversal. El templo tiene veinte pies de largo y diez de ancho. Estaba dedicado á todos los Dioses de Roma, y á Trajano Emperador, y ahora lo está á san Julian. En la lápida transversal de la frente del templo, se hallan las dos inscripciones siguientes:—Este magnífico puente que habia subsistido tantos siglos y resistido á las invasiones de tantos bárbaros, ha sido destruido por los ingleses en el 13 y 22 de mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que les perseguian. Y en la edicion de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pág. 160, se lee: «Es una de las obras mas magníficas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo 660 pies y de seis arcos, los dos de enmedio son maravillosos, pues cada uno de ellos tiene de ancho 100 pies castellanos, y las pilastras donde estriban 30 de circunferencia. La altura es de 204 pies y medio: desde el fondo del rio hasta la superficie del agua 37, hasta los arcos 86, hasta el piso 77; y los parapetos 4 y medio. Hay en medio del puente un arco de 11 pies de ancho, de alto sobre el piso 40, y en él se levanta una torrecilla con dos inscripciones, y por la primera se vé que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano y en el año octavo de su imperio, es decir á los 103 de la era cristiana; en la segunda estan puestos las nombres de las ciudades que contribuyeron para su construccion. El arco mas pequeño fué reedificado por Cárlos I, destruido por los portugueses y vuelto á reedificar. El arquitecto Cayo Julio Lacer.—Este magnífico puente que desafiara tantos siglos y resistiera á las invasiones de los bárbaros habia sido destruido por los ingleses en mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que los perseguian. Afortunadamente en nuestros dias un ex-jesuita, aunque su reedificacion se creia difícil y costosa, sino imposible, lo ha logrado con muy escasos medios.»—Como nuestros lectores conocerán cotejando estos párrafos, las enmiendas de los señores Gaspar y Roig no son de lo mas escojido, ni de lo mas honroso tampoco para sus autores. Por una parte aparecen equivocadas las medidas, puesto que en la edicion de Sabau se dice que el puente tiene de largo 620 pies, y en la de Gaspar y Roig 660. Sabau es en esto apoyado por el autorizado Diccionario de Madoz que dá en todo iguales medidas al puente. El señor Sabau señala tambien la fecha de la conclusion del puente año 9 de la potestad tribunicia de Trajano y 106 de la era cristiana. Semejantes errores se coronan dignamente en la nota de los señores Gaspar y Roig con asentar que el puente de Alcántara, destruido en la guerra de la independencia, haya sido reedificado por el célebre jesuita Ibañez. Escepto los nuevos editores del Mariana todo el mundo sabe en España y fuera de España, que el reedificado no fué el puente de Alcántara sino el de Almaraz, y que el de Alcántara permanece aun intransitable y asi permanecerá mucho tiempo si Dios no remedia nuestra incuria.

Nos haremos tambien cargo de una nota que verdaderamente pueden reclamarla para sí como original los señores Gaspar y Roig, la cual se refiere á los famosos toros de Guisando. Sabau dijo poco sobre estos estraños monumentos de la antigüedad, y los nuevos anotadores creyeron caso de honra el poner una amplia y detallada noticia de ellos. Pero quiso el diablo que se entrometiesen á hacer referencias históricas, y luego tiró de la manta y los dejó espuestos, no diremos á la risa, pero sí á la admiracion pública. Allí se nos aparece Paulo Emilio haciendo campañas *en la Persia*, por mas que el famoso romano ni corriera nunca por aquellas partes ni menos se entremetiese á guerrear contra ellas. Tan grosera es la naturaleza de este error que caritativamente hemos llegado á sospechar que hablasen los editores de las campañas de Paulo Emilio contra Perseo, rey de Macedonia, y que algun funesto cajista mal avenido con las citas históricas hubiese trocado el Perseo en Persia. Pero á mas de que la construccion de la frase parece rechazar semejante suposicion puesto que dice claramente en la *Persia* y el sentido, dado el error de la idea, aparece perfecto, notamos que á ser cierta nuestra sospecha no la habrian dejado pasar sin ponerla en fé de erratas los editores, puesto que aspiraban á hacer una edicion notable, y es imposible tratándose de esto olvidar la parte de correccion. Por otra parte, tanto este error gravísimo como el no menos famoso del puente de Alcántara podrian haberlos corregido los editores en la segunda edicion del tomo primero, que dieron á luz el año pasado, si algun escrúpulo les hubiera quedado de acierto. Parece pues evidente que desde 1847, que fué cuando salió á luz el error hasta 1849 en que hicieron una segunda edicion, ninguna persona caritativa les advirtió lo de Almaraz ni averiguaron ellos que Paulo Emilio no gobernara nunca en *Persia*.

De omisiones no se diga. Ya hemos hablado de algunas de ellas muy trascendentales en general, y ahora para muestra y sin salirnos del principio de la obra, queremos apuntar ó señalar otras. En la edicion de Sabau, libro 13, pág. 34, hay una nota sobre la escomunion de don Jaime, la cual se omite en la edicion que nos ocupa y dice así: «El rey don Jaime castigó con una pena tan atroz á don Berenguel Castelbilbal, obispo de Gerona, porque reveló algunos secretos de estado que le habia confiado, como se deduce de la carta que Inocencio IV escribió al rey reprendiéndole con palabras bastante graves esta accion. Los historiadores no dicen qué secretos fueron los que este obispo reveló; mas como vemos el levantamiento de don Alonso, hijo mayor del rey, y de los grandes que seguian su partido, porque supieron que iba á dividir sus estados entre sus hijos, no es inverosímil que esta determinacion la hubiese consultado antes con el obispo á quien tenia particular aficion, y éste que no aprobaria una resolucion dictada mas por el amor que tenia á sus hijos que por la sana política, no pudiendo disuadírsela, lleno de celo por el bien del estado y del trono procuraria hacerla saber á los grandes y á don Alonso. Viéndose pues don Jaime envuelto en una guerra civil que acaso le haria perder la corona, sospecharia que el obispo habia revelado el secreto de la division, ó lo llegaria á saber por los mismos levantados. ¿Qué estraño es pues, que se llenase de furor, y en este estado le mandase cortar la lengua, para castigar un delito tan atroz? Sin embargo, cuando se puso mas tranquilo detestó esta accion, pidió perdon al Papa y se sometió á la penitencia.....» En la pág. 28 del mismo libro se halla esta otra nota, omitida tambien por los Sres. Gaspar y Roig. «Consta por una escritura que publicó el maestro Berganza que Ramon Bonifaz era rico hombre de Burgos y alcalde de la misma ciudad.» En el tomo 8.º, pág. 211 de la misma edicion de Sabau se anota el original de una inscripcion acerca del sepulcro de Lucio Silon que se halla en castellano en el testo de Mariana, la cual se suprime tambien en la edicion de los Sres. Gaspar y Roig. Y asimismo podriamos hacer una larga enumeracion de las infinitas notas, importantes muchas de ellas, que se omiten en la edicion que nos ocupa.

Hemos sido un tanto duros con los nuevos editores de Mariana, porque en verdad, quien tanto prometió, y quien tanto se ha dejado pagar por sus tareas, mucho mas debió de hacer para cumplir con el público. No hay edicion ninguna que haya costado la mitad que esta que someramente acabamos de examinar, y cede á muchas de ellas en mérito, tanto por lo que mira á la parte tipográfica, como á las anotaciones y correccion. Hemos ya dicho y debemos repetirlo, que mal que pese á toda la *estampería* y *muñequería* de la nueva edicion, nadie la cambiará pelo á pelo, ni aun dando algunos reales encima, con la soberbia edicion de Valencia, apreciada por su correccion tanto como por su lujo, y que figura en los estantes de todo erudito de nota nacional y estrangero. Ningun hombre de seso la cambiará tampoco por la edicion que anotó el señor Sabau, con la cual *han enriquecido* (palabra testual) los señores Gaspar y Roig la grande obra del jesuita Mariana. Diremos, para concluir este artículo, que, aparte cierta pueril esterioridad, ni merece, ni debe, ni nosotros cambiariamos nunca la nueva edicion por aquellas famosas de Sanchá, de Ibarra, de Benito Cano, y otras que dejamos por nombrar y que se encuentran por muchísimo menor precio en el mercado.

LA HILANDERA.

Hace mucho tiempo, dicen los narradores campesinos, murió una buena anciana en una aldea de Galicia, dejando una hija que estaba casada hacia algunos años. Esta habia prometido á la difunta mandarla decir antes de un mes una misa, cuyo precio ganaria con



el producto de lo que hilara en su torno. Pero los corazones jóvenes son olvidadizos, y la misa no fué dicha. Una noche, treinta y tres dias despues de la muerte de su madre, ambos esposos estaban acostados con su niño. De pronto creyeron oir en el cuarto el ruido que produce un torno de hilar cuando está girando su rueda, y el niño despertando sobresaltado esclamó:

—«¡Oh! ¡abuelita! ¡abuelita!»

Despues se escapó de la cama.

El padre y la madre se levantaron á su vez, llamaron á su hijo sin obtener respuesta alguna, le buscaron por todos los rincones de la estancia, pero no consiguieron hallarle. Sin embargo, el ruido del torno, que continuaba sonando, estimulaba mas y mas su inquietud, y aumentaba su espanto. Por fin amaneció, y se detuvo el torno; hallábase cargado de un hilo finísimo y suave, y el niño fresco y risueño, jugueteaba al pié de la cama. Renovóse otras dos noches el mismo prodigio. La hija de la difunta, que habia oido referir otros muchos acontecimientos del mismo género, conoció que el descuidar la promesa hecha á su madre era lo que ocasionaba estos episodios nocturnos. Apresuróse pues, á hacer decir la prometida misa; y con este acto de piedad, restituyó á su madre el reposo de una buena muerte, y á su hijo la paz de un sueño inocente.

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE,

cuento popular.

Pues señor, han de saber Vds. que habia una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fé que á nadie le pudo venir peor el nombre, porque el pobre no tenia mas que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad. — Pero en cambio tenia un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Díjole un dia Juan Holgado á su múger: — Esas criaturas son un hato de tragaldavas capaces de engullirse las estopas del óleo: no tomaria mas, sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan.—Su muger, que era una bendita (mejorando lo presente), por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habian puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al dia siguiente por la mañanita le dijo á su marido: — Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: vete á comértelas al campo, y buen provecho te hagan.—No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato, y echó á correr que no veia la vereda. Despues que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó al pié de un olivo mas satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer.—Pero cate V. que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y mas fea que un voto á Dios; era mas amarilla y mas descarnada que un pergamino de Simancas; tenia los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aqui estuvo: no habia nada, ni memoria, perdone V por Dios.—Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compaña llovida del cielo; ¿pero qué habia de hacer? —Como que no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer. —¡Toma! como que la vieja no queria otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitia el favor: se sentó y empezó á comer. —¡Caballeros! aquello no era comer, sino devorar. —¡Qué agallas, cristianos! — En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

—¡Por vida del dios Baco, que es el Dios de las vacas — decia para sí Juan Holgado; —¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

— Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

— ¡Ya lo he visto! — suspiró Juan Holgado.

— Quiero pagarte la fineza — dijo la vieja.

—Viva V. mil años—contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelage de la vieja.

—Sí haré—respondió esta;—algunos mas tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo, en gracia de Dios!!

—No te descuajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo: métete á médico, que por mí la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro mas afamado y que mas pesetas gane.

—Señá muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demas, eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latin, ni *Diego* (1).

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera la *hora fria* (2).

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar mas que la *humildad* (3).

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale, bola, dale!—dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades—¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que *no importa*, desde una hora? Te digo que me dá un pito del saber de los médicos: yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me dá mi real gana, y me rio de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no habia médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los metusalemes. Serás médico y tres mas, y si te niegas, te llevo conmigo mas fijo que el reló.—Ahora atiende y chiton. En tu vida de Dios, has de recetar mas que agua de la tinaja; ¿estás?

Bien está, contestó Juan Holgado que estaba con la muerte que trinaba y con mas ganas de darle una guantada que de escucharla.

Si cuando entres en una alcoba me ves sentada á la cabecera del enfermo, di resueltamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparen.—Si por el contrario yo no estoy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta mas ver*, y espero que su mercé tan poco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebres con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la muerte; mientras no veas tu casa desconcharse, no aportaré por allá.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su muger cuanto le habia pasado, y su muger, que era mas lista que él, le dijo, que cuanto le habia dicho la vieja lo podia creer, porque nada habia mas verídico y cierto que la muerte.—En seguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenia mas que mirar á un enfermo á la cara para saber si se moria ó se vivia.

Un domingo que estaban una porcion de mozalejas á la puerta de una casa mas alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus años se nos la viene echando de médico.—¡Pues mire V. que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego!!—Si se habrá imaginado ese vejestorio que tiene unas luces como un eslabon de madera, que no hay mas sino él decir, y las gentes creer, y no es mas sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar.

> *Don* Juan Holgado
> Allí en la esquina
> Parece un ramo
> De clavellinas.

¿Vamos á darle una chasco á ese presumido? dijo una de las muchachas: me finjo mala ¿y á que se lo crée?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa.—Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama mas seria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entonces Juan Holgado y se vá.—¿Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podian contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraquina de higos de tuna, y los higos de tuna son como las mugeres en misa, entran una á una y quieren salir todas á la par. Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo á la consideracion de Vds., caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ellas Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabia qué hacer con ellas: compróle á los hijos un Usía y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detras. En cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan despelotado, que daba gusto el verlo; tenia mas cara que el sol de Dios, mas popa que una cerca holandesa; las piernas como columnas; las manos como embuchados, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habian hecho de chicos algun descostrado, le habia hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaria por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren mas, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponia muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas (1), otro le encorbó el espinazo que parecia una hoz, y y el otro le obsequió con una cojera.—Un dia se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro dia le acometió la pituita y la muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto lo visitaria; Juan Holgado le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro dia le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta* (digo *asta* por no gastar una voz mas cruda, pues sé ante quien hablo, y aunque basto, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre me la enseñó con una cartilla de acebuche). Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija. Señá muerte, la dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me digisteis que no vendriais mientras mi casa no se desconchase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé. Y qué respondió la muerte, ¿no te se han ido la fuerzas? ¿no te se han caido los dientes y el cabello? tu cuerpo ese es tu casa. No sabia tal, señora, dijo el enfermo, así es, que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.

Peor para tí, Juan Holgado, respondió la muerte, puesto que el que está siempre prevenido nunca le sobrecoje ni turba mi venida, pero vosotros ciegos estais, cuando no conoceis, que nací para padecer, y morir para descansar.

LOS CINCO SORDOS,

CHASCARRILLO.

Vivia un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenian una hija y un hijo sordos. Iban mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca les mandó mudar. Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de manos á boca con el amo de la casa ¿Qué tal le va á V. en su casa nueva? le preguntó este al verlo.

¿Que me vá V. á embargar por lo que le adeudo? esclamó asustado el sordo. No hombre no, no digo eso. ¿Que hoy mismo? tornó á esclamar el sordo estremecido, y echó á correr que bebia los vientos hácia su casa, á la que llegó desalado. Su muger estaba mala: muger, la gritó al entrar, manda fuera de casa las cosas de mas valor, que hoy nos van á embargar. Tu padre dice que no se halla el jarabe de malva loca blanca, que es el solo que me alivia el pecho! dijo la pobre enferma á su hijo. Madre dice que no me puede coser la chaqueta; sin ella no puedo salir, conque cósemela tú, dijo el hijo á su hermana. Su hermana se echó á llorar y le dijo á su abuela: mi her-

(1) Griego.
(2) Geografía.
(3) Unidad.

(1) Dientes.

mano dice que José le habla á Petrola !! siempre pensé que ese mal nacido nos hacia cara á las dos.—¿Conque al fin se ha sabido que fué el monacillo que le robaba las velas á san Pancracio? me lo sospeché y se lo dije al sacristan, contestó la abuela.

El lector. ¿Esto es lo que llaman los andaluces un chascarillo? confieso que no le hallo ni chispa, ni sentido.

Fernan. Lo poco nunca dió mucho, Señor; pero no deja de ser este chascarrillo un proverbio puesto en accion, y es el de: *cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros agenos.

EL CONVIDADO,

ejemplo.

Habia dos hermanos, de los cuales el uno era pobre y el otro era rico. Muchas veces pedia el necesitado socorros á su hermano el rico. Un dia este impacientado, porque tenia malas entrañas y no le gustaba dar, le tiró la moneda á su hermano á la cara; este que era bueno y humilde la recogió, se la llevó á su muger y le dijo. Toma ese dinero que será el último que le pida á mi hermano. Compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á Nuestro padre Jesus Nazareno á que la venga á comer. En seguida se fué á la iglesia, se arrodilló ante el Señor y le dijo: Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso os vengo á rogar que en ella entreis para santificarla; bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero quien dá lo poco, daria lo mucho si lo tuviese.»

Al oirlo, inclinó el Cristo la cabeza en señal de que otorgaba la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en el corazon, que no podia hablar de alegría, y solo podia llorar, tanto que parecian sus ojos dos fuentes. ¡Jesus! mi dulce ¡Jesus vendrá á la mesa del pobre? le dijo á su muger cuando pudo hablar: prepara la casa, sobre todo que este limpia.

La muger se puso á arreglar y asearlo todo en su pobre casa. Antes de medio dia llamaron á la puerta; era un pobre que pedia limosna y tenia necesidad. Nada tengo, dijo la buena muger; pero la comida está lista, pues hay, pero quiere decir que le daré mi parte á este desvalido. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla, y se los dió al pobre. Que lo comió y la bendijo.

Cuando vino su marido, viendo que la hora de comer se habia pasado, y que Jesus Nazareno no venia, se fué á la iglesia, se arrodilló y le recordó al Señor la promesa que le habia hecho. Fui á tu casa le respondió Jesus, en ella me acogieron y dieron de comer, y la he bendecido.

El hombre se volvió tan glorioso á su casa y le contó á su muger lo que el Señor le habia dicho. Desde aquel dia en la casa bendecida por el Señor, todo prosperó, todo fué felicidades.

Su cuñada que era muy envidiosa, deseaba saber el origen de la prosperidad del hermano de su marido, y se fué á visitarlos, haciéndoles mil carantoñas, y acabó por preguntarles lo que saber deseaba. Como sus cuñados tenian buena fé y sinceridad, le contaron como que habian convidado á Jesus Nazareno á su casa, y como este Señor misericordioso habia venido á ella y la habia bendecido.

Cuando la cuñada supo lo que saber queria, se lo dijo á su marido, y tan luego prepararon un suntuoso festin y en seguida fué el marido á convidar á Jesus. Que no rehusó, porque á nadie rehusa el Señor. Mientras lo estaban aguardando, llegó un pobre á la puerta y pidió una limosna; se la negaron, y como insistiese una y otra vez, la muger cojió una bara y le dió con ella en la cabeza, y tan fuerte que lo hirió. El pobre se fué.

Viendo que Jesus no venia, se fué el marido á la iglesia y se arrodilló ante el Señor: notó entonces que tenia una herida mas en la cabeza.—Señor, le dijo, ¿no me habiais prometido de venir á mi casa?—Y fui, respondió el Señor, pero no habeis querido recibirme, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado:—al llegar á su casa, no halló sino escombros; á la casa se le habia prendido fuego y todo lo habia consumido.

FERNAN CABALLERO.



LA CAZA DE LA MADRE HARPINA.

La Madre *Harpina* (cuyo nombre, segun algunos monógrafos, deriva de *Proserpina*; pero que creemos mas bien lo sea de la palabra normanda *Harpin*) (1) es una de esas hadas maléficas mas conocidas en Normandía. Óyesela por la noche, en medio de los aires, conduciendo una caza horrible, con gran gritería y espantosos ladridos de su traílla. Si se la dice: *Parte en la caza*, os arroja un trozo de cadáver del que no podeis desembarazaros ya en nueve dias. Inútil es que se entierre en el campo ó que se sepulte en las aguas, la espantosa presa vuelve por sí misma á engancharse en vuestra puerta.

Existen en Normandía varios demonios cazadores, ademas de la madre *Harpina*. Puédese citar, por ejemplo: la caza de la *Mesgnie Hennequin*, supersticion muy antigua, puesto que se halla indicada en las obras de Juan Chartier. Háse escrito mucho sobre esta última. Unos han hecho proceder el nombre de *Henerequin* de Cárlos quinto, otros de las dos palabras alemanas Helle Koenig (rey de los infiernos.)

M. Paulin Paris ha sostenido en una larga disertacion que la *Mesgnie Hennequin* ó *Herlesquin*, confundida con el fantasma de la muerte, se habia convertido insensiblemente en el personage de arlequin. ¡Si la transformacion es real y verdadera, preciso será convenir en que es sumamente grotesca.

Estas cazas, que pasan en el aire con gran gritería, son llamadas generalmente *honailles* en Normandía. Cuando cualquiera las oye, bástale, para evitar toda desgracia, trazar en derredor suyo un gran círculo con el brazo estendido. Si los *huards* se atreven á salvar esta linea preservadora, quedan prisioneros hasta que se haya trazado en sentido inverso.

(1) *Harpin* pertenece al francés antiguo, y sobre esta palabra compuso Molière su Harpagnon. Usase aun en Normandía para espresar un avaro, y por estension, una persona mala y de dañada intencion.

ADIOS A LA LIRA.

IMITACION DE LAMARTINE.

Hay en el brillante estío
Lánguidas inertes calmas;
De luz y vida la tierra
Parece hallarse cansada.
En las horas mas ardientes
El movimiento hace pausa;
Su cáliz plegan las flores,
Sus alas encoje el aura.
Asi del hombre en la vida
La edad mas fuerte y lozana,
Parece que al pensamiento
Marchita las frescas galas.
La ilusion se descolora,
Languidece la esperanza,
Y á los tonos de la lira
No se presta la garganta.
El ave de voz mas dulce
No siempre gozosa canta,
Que en el ardor de la siesta
Yace muda en la enramada.
Solo saluda su acento
La luz benigna del alba,
Y en la tarde se despide
Del crepúsculo que pasa.
En vano ¡oh lira! tus cuerdas
Armónicos sones guardan;
Llegó para mí el estío,
Y goza su siesta el alma.
¡Ven! ¡de mis ojos recibe
Esta lágrima... y descansa!
Sobre tus cuerdas sonoras
Corrieron ¡oh lira! tantas!
Es el tesoro que abunda
En aquesta tierra ingrata,
Tú tienes por solo adorno
De ciprés mustia guirnalda.
Toda voz que al viento envias
Es melancólica, infausta,
Que el ruiseñor y el poeta
Para lamentarse cantan.
Enmudeces en las dichas,
Que solo sabes llorarlas,
Y eternizar sus recuerdos
Despues que volaron randas.
Asi mi fiel compañera
Siempre fuiste en la desgracia,
E ibas conmigo entre sombras
A una tumba solitaria,
Do en tanto que yo gemia,
Besando la losa helada,
Los céfiros de la noche
En tu centro suspiraban.
Jamás cautiva te tuve
Al umbral de regia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.
Libre como el pensamiento,
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De afectos nobles del alma.
¡Cuántas veces en las selvas
Saludaste la alborada,
Y despertando á tu acento
Respondió el ave en las ramas!
¡Cuántas el ástro fulgente
Tu despedida oyó blanda,
En tanto que lo cubrian
Nubes de púrpura y gualda!
Tambien del mar en los llanos
Buscando estrangera playa,
Al silbar el viento ronco,
Al mugir las olas bravas,
Tus agrestes armonías
Volaban sobre las aguas,
Como el pájaro atrevido
Que se mece en la borrasca.
Tal vez ¡oh lira! á volverte
A la mano que hoy te lanza,
Del porvenir llegue un dia
Que ya el destino señala:
En aquellos años tristes
Que anteceden á la parca,
Que se acerca silenciosa
Su quietud brindando larga.
A los hombres el olvido
Juventud nueva prepara,
Y luce siempre mas viva
La lámpara que se apaga.
Igual el céfiro puro
Sopla en la tarde y el alba,
Y juega en nacientes rizos
Como en cabellos de plata.
La vejez no abate á Homero
Aunque de nieves cargada,
Y la luz del pensamiento
Al ciego Milton le basta.
Asi yo... mas ¡ay! acaso
Me seduce ilusion vana,
Y el triste adios que articulo
Será eterno, lira amada!
Acaso el destino impío
Que tan tenaz me maltrata,
En el piélago del mundo
Naufragio horrible me guarda.
Del huracan al bramido
Será mi voz sofocada,
Arrastrándome las olas
Cual á esas ligeras algas.
¡Mas vive tú, lira mia!
¡Sigue el curso de las aguas,
Sigue el impulso del viento
Y escollos y sirtes salva!
Y la huella armoniosa
Que traces, siguiendo vaya,
En los aires suspendida,
De cisnes la turba alada!

G. G. DE AVELLANEDA.

Traduccion inédita de Heredia.

Para que nuestros lectores puedan juzgar del mérito de la traduccion, ponemos enfrente de ella el original italiano.

IL PINO É IL MELOGRANATO.

«Fausta ti fu la sorte,
Che sotto l'ombra mia nascer ti feo,»
Diceva un ampio ed orgoglioso pino
Ad un melogranato suo vicino;
«Allor che vien mugghiando il nembo orrendo
Tu di lui non paventi, io ti difendo.»
Rispose l'arboscello: «É vero, é vero;
Ma mentre un ben mi dai,
D un maggior ben mi spogli;
Mi difendi dal nembo, é il sol mi togli.»
Cosi talvolta un protettor sublime
Par che ti giovi, é le tue forze opprime.»
AURELIO BERTOLA

EL PINO Y EL GRANADO.

«Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mia»
Asi altivo decia
Un elevado pino
A un humilde granado, su vecino.
«Por mas que brame el huracan horrendo,
No tienes que temer; yo te defiendo.»
«Cierto es, dijo el arbusto; me protejes
Cuando tal vez el huracan se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita.»
Asi tal vez un protector sublime,
Bajo apariencia de favor, oprime.
JOSÉ MARIA HEREDIA.

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LAS SALINAS DE CARDONA, VISTA TOMADA DESDE EL PUNTO LLAMADO LAS GUIXERAS.

La parte del mineral de las salinas de Cardona en que se vé la sal descubierta, tiene media legua de estension, y de ancho sobre un cuarto de hora; pero teniendo en cuenta las señales que existen, tanto en la montaña como en sus alrededores, no se puede calcular hasta dónde puede llegar la sal, pues se manifiesta en la parte del Cierzo en la Coma, que dista del mineral once horas, en cuyo punto tiene principio el rio Cardoner, que pasa por debajo de las salinas con direccion á Suria; en épocas de trastornos, á un tiro de fusil del nacimiento del rio se ha sacado sal de piedra. A las vertientes de la Coma y pueblo de Cambrils, distante dos leguas escasas, hay una fuente abundante de agua salobre, que se calcula sea procedente del mineral de la Coma; y por la parte del Mediodia en Suria, que dista unas cuatro horas, hay otra mina de sal á la orilla del rio, siendo de advertir que es de buena calidad y produce cristales como la del mineral. La montaña del Castillo por la parte de Levante se halla situada encima de la sal, tanto que en el dia para construir la carretera que pasa por debajo del castillo á la orilla del rio, se ha tenido que quitar una gran porcion de sal para hacer el firme, y aun así en épocas de mucha humedad padecerá, pues una beta de la misma pasa por el rio. Sin embargo, en nada puede perjudicar al castillo y su montaña por tener éste una media legua de elevacion.

Dícese que la sal de esta roca es la primera conocida en el globo, pero no se puede decir el principio de su uso por el estravio de los documentos, ocurrido en las guerras y quemas de los edificios antiguos de las salinas; pero lo que puede afirmarse es que Plinio, por los años 78 de Jesucristo, hace mencion de este mineral. De todos modos, no cabe duda que es la mayor maravilla de la naturaleza que posee nuestro pais, pues á mas de no dar ningun gasto el arranque de la sal para el público, por hacerse éste con barrenos como en las canteras comunes de piedra, por su flexibilidad es mas fácil aun la esplotacion, cuyo gasto hace en la actualidad el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, y para ello y demás recompensas el gobierno de S. M. le dá mensualmente 21,019 rs. 21 mrs. vn.

A mas de la sal comun, hay las montañas de sal de colores, al frente del mineral, formando varias montañitas de diversos colores, y en medio de éstas se encuentran algunas cristalizaciones que forman diferentes paises; y en las montañas de las mismas hay minas que producen unos ramos de sal de espuma mas blanca que la misma cal, lo cual sorprende á todos los que vienen á visitarlas, tanto estrangeros como nacionales, habiendo formado un Museo de ellas el presbítero D. Juan Riba, que causa la admiracion de todo viagero.

Antiguamente los duques daban anualmente á los habitantes de la villa la sal de Ayminas, que tenian para el consumo de un año, como asimismo á sus empleados y á los de la hacienda, la cual percibieron hasta el año de 1714. Esto mismo confirma lo que dice el conde Borrell en su carta-puebla de Cardona, concediendo á los vecinos de la misma la sal que se sacase ó vendiese el jueves de cada semana, como ya de *tiempo antiguo* la disfrutan. Y si en 900, que es la fecha de dicha carta, decia ya el conde Borrell la disfrutaban *ab antiquo*, claro está que el descubrimiento de estas salinas se pierde en la memoria de los tiempos.

Con el mineral se elaboran diferentes objetos de lujo: D. Antonio Viñas y sus ascendientes se ocupaban ya en la misma operacion, de manera que puede decirse, que así como el Museo del Presbítero Riba es la admiracion de todos los naturalistas, así los trabajos de Viñas lo son de todos los artistas, ya por la habilidad que demuestran, ya por la facilidad en la ejecucion de cuanto elabora.

Cardona 3 de setiembre de 1850.

Luis MACIA

DON ANTONIO DE ACUÑA.

Entre los caudillos que se distinguieron en la guerra civil que en Castilla se llamó de las comunidades, fué uno el obispo de Zamora don Antonio de Acuña, célebre así por esto como por las circunstancias que acompañaron á su desgraciado fin. Nació este prelado en 1459, y fué hijo natural de D. Luis Osorio de Acuña, cuyos apellidos manifiestan el lustre de su familia, y de una noble doncella. Dióle su padre por ayo en su tierna edad á Juan de Zuazo, quien acaso lo crió consigo por el defecto de su nacimiento, y tal vez por esta misma causa lo dedicaron á la carrera eclesiástica, á que no debió de ser muy inclinado, como lo manifestó la conducta que observó en el tiempo sucesivo. Llegó á obtener el arcedianato de Valpuesta, en la santa Iglesia de Burgos, y de esta dignidad fué promovido por el Pontífice Pio III en 1507 al obispado de Zamora, sin preceder la presentacion del rey, por lo que el consejo, yendo él mismo á tomar posesion, mandó que el dean y cabildo no le tuviesen por obispo y proveyese en todo como en sede vacante, y suplicó de las bulas por el perjuicio que se hacia al real patronato; pero al fin el rey D. Fernando vino en la eleccion, valiéndole á D. Antonio el modo con que manejó el negocio, en que dió ya indicios de su carácter bullicioso, inquieto y mal sufrido. Su ambicion y deseo de dominar, que no supo reprimir cual á su estado convenia, lo empeñó en hacerse el árbitro de Zamora donde moraba el conde de Alba de Liste D. Diego Enriquez, caballero de valor y amigo de ganar honra. Indispusiéronse el obispo y el conde, y tuvieron fuertes encuentros de que nació tal enemistad, que jamás fué posible avenirlos ni traerlos á reconciliacion. El obispo, que á las cualidades que hemos indicado, reunia ser inclinado á las armas y á las revueltas, y era por tanto mas propio para manejar la espada que el báculo pastoral, aprovechó la ocasion que se le presentó de hacerse superior á su enemigo y lanzarlo de Zamora con las alteraciones de Castilla. Habiéndose formado la comunidad y estando sublevada Zamora, seguia la voz de la Junta llamada Santa, y el obispo y el conde, cada cual por su parte, procuraban captarse la voluntad del pueblo, al cual era el último mas acepto por sus liberalidades, que le grangearon mayor número de valedores y amigos. Viendo el obispo en mas valimiento á su competidor, salió de Zamora, si bien Juan Ginés de Sepúlveda escribe que le arrojó de ella el conde porque trataba de tumultuar á los zamoranos, y tomando una resolucion desesperada se dirigió á Tordesillas, donde estaban los procuradores de la Santa Junta, se confederó con ellos, y pidió le diesen favor para echar de Zamora al conde de Alba de Liste.

Fué recibido el obispo por los de la comunidad con grande aplauso, porque juzgaban que con haberse unido á ellos un prelado tan principal en Castilla, acreditaban su causa. Diéronle gente y artillería con que el obispo volvió orgulloso sobre Zamora, de lo que avisado el conde de Alva no le quiso esperar por no dar ocasion á los males que de su permanencia hubieran resultado á la ciudad, y se marchó con los imperiales.

El obispo, declarado por la comunidad y esperando verse arzobispo de Toledo por premio de su alzamiento, juntó 300 clérigos de su diócesis bien armados, y además 1500 hombres, y se restituyó á Tordesillas. De aquí salió con D. Pedro Giron para Villabraxima con intento de arrojar á los imperiales de Rioseco, y despues de haber estado á vista de esta villa sin que los contrarios aceptasen la batalla á que los provocaban, volvió á Villabraxima, á donde el presidente de la chancillería de Valladolid fué á persuadirle se apartase de la comunidad, aunque sin fruto. Despues el mismo presidente y oidores volvieron á intentar la reduccion de los comuneros, enviando á Villabraxima á Fr. Antonio de Guevara repetidas veces, y la última haciéndoles varios partidos: el obispo de Zamora le contestó en nombre de todos y le despidió diciendo: «Padre Guevara, andad con Dios y guardaos no volvais mas acá, porque si venis, no tornareis mas allá, y decid á vuestros gobernadores que tienen facultad del rey para prometer mucho, no tienen comision para cumplir sino muy poco.» Tal fué el resultado de la mision del P. Guevara, debido en parte á las peroratas y arengas del obispo, en que manifestaba tener gran confianza en la comunidad.

Despues marchó á Villalpando, se halló con sus clérigos, que se batieron denodadamente en la defensa de Tordesillas, que fué tomada por el conde de Haro: entró en Palencia, quitó las varas á la justicia, prendió al corregidor y alcaldes y puso otros de su mano. Con el favor de la mayor parte de la ciudad se tituló obispo de ella; le ofrecieron de la iglesia y obispado 16,000 ducados, y dejó en ella guarnicion de 2,000 hombres, como tambien en Carrion y Torquemada. Dá luego sobre la fortaleza de Fuentes de Valdepero: la combate y la rinde. Hace despues una escursion á tierra de Campos, vá á Ampudia y espugna su castillo; pasa á Cordobilla cometiendo violencias y desafueros; marcha luego á Zamora y Monzon, que gana y dá á saco, aunque perdonando á las personas, y toma la vuelta de Torquemada y Magaz, devastando las poblaciones de los señores, y, saqueada la iglesia de esta última villa, torna á Valladolid. De aquí partió para el reino de Toledo y á escitar los ánimos de los habitantes de esta ciudad, y sale á batir á D. Antonio de Zúñiga, gran prior de San Juan, que ostigaba á los sublevados, y estaba en Yepes con una compañía de toledanos. Cuando llegó el obispo á esta villa, ya estaba Zúñiga en Ocaña, que habia reducido al servicio del emperador. Entonces hubo escaramuzas con varia fortuna, y aun, segun D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga (1), fué derrotada la gente del obispo; mas sabida la catástrofe de Villalar, éste marchó apresuradamente á Navarra y al real de los franceses que habian invadido este reino, para escapar á Francia provisto de muchas riquezas; pero estando en la raya y lugar nombrado Villamediana, fué conocido y preso por un alférez llamado Perote, el cual lo entregó á D. Antonio Manrique, duque de Nájera. Avisado el emperador de la prision, mandó que lo custodiasen en la fortaleza de Simancas con ánimo de perdonarlo á su tiempo, y durante su prision mandó á D. Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, que administrase el obispado de Zamora, y diese á D. Antonio de Acuña lo bastante de sus frutos para su manutencion, y lo restante fuese repartido en hospitales y obras de misericordia, como en efecto lo hizo.

Cinco años habia que el obispo estaba en Simancas, y ya se le iba haciendo insufrible la prision; cuando desconfiando salir de ella por otro medio, trató de fugarse. Para esto juzgó necesario quitar del medio al alcaide de la fortaleza, nombrado Mendo Noguerol, y resolvió darle muerte en ocasion oportuna. El licenciado Rodrigo Ronquillo, alcalde de casa y córte, que, como despues veremos, entendió en la causa del obispo, refirió al cronista Juan Ginés de Sepúlveda el medio de que se valió D. Antonio de Acuña para llevar á cabo su intento, que fué el siguiente: iba diariamente el alcaide, que era hombre anciano, al aposento del obispo á conversar con él y á jugar á las damas; y un dia para cuando fuese, segun costumbre, se previno el obispo de un palo del grueso de una lanza, al que hizo dos hendiduras en los estremos, donde fijó dos cortaplumas atándolos fuertemente. Entrado el alcaide en el aposento le acometió el obispo, y dándole un terrible golpe en la cabeza que lo derribó aturdido al suelo, lo degolló con los cortaplumas. Salióse apresuradamente, y ya llegaba á la puerta del alcázar, cuando le vió una criada del alcaide á cuyas voces acudieron los demas criados y vecinos, y el obispo fué vuelto á mas estrecha prision.

Corria el año de 1526, y el emperador se hallaba camino de Sevilla, cuando se le dió noticia de que el obispo de Zamora habia dado muerte al alcaide de Simancas, de cuya nueva recibió grande enojo, refrescándosele ademas en la memoria las fechorías que habia cometido, y encargó para que conociese en la causa al licenciado Rodrigo Ronquillo, el cual rehusó por algun tiempo la comision que al fin tuvo que aceptar, y principió el proceso en 20 de marzo. Para averiguar el hecho, acaso sin necesidad, hizo dar tormento al obispo, el cual confesó de plano la muerte del alcaide, y Ronquillo á los tres dias pronunció la sentencia y dijo: que visto como despues de haber el dicho obispo D. Antonio de Acuña hecho muchos escándalos y bullicios en estos reinos estando el emperador y rey nuestro señor ausente dellos, haciéndose capitan general, haciendo y juntando ejército de mucha gente de á pié y de á caballo en Castilla, y haber entrado y ocupado lugares y ciudades de la corona real y quitado las justicias de S. M. y puesto otras, combatido castillos y fortalezas peleando contra los gobernadores y capitanes y ejércitos, y pendones reales de S. M. y saqueado lugares y hecho otros muchos insultos en el tiempo de las alteraciones y comunidades destos reinos, y siendo principal persona en ellos; y aun despues de haber sido preso por ello, y puesto en la fortaleza de esta villa de Simancas donde agora está por mandado de S. M., y seido muy bien tratado y con mucha libertad de su persona, y como agora últimamente seyendo ingrato á las mercedes y buen tratamiento que S. M. le habia hecho y mandado hacer, en la dicha fortaleza habia muerto á Mendo Noguerol, alcaide de la dicha fortaleza, muy cruelmente y por maneras nuevas y nunca pensadas; y cumpliendo y ejecutando lo que S. M. le mandó hacer del dicho obispo, le manda dar un garrote al pescuezo apretado á una de las almenas por donde se quiso huir, de manera que muera su muerte natural, y mandó que se lo notificasen y á los aguaciles que lo ejecutasen.»

Era cosa no vista en España tratar así á un obispo, aunque delincuente, y por eso para que fuese menor el escándalo mandó el alcalde que la muerte se ejecutase en la prision. Cuando se le notificó la sentencia no se le notó turbacion, sino mas bien alegre, sin duda porque con la muerte ponia fin al tedio de una vida calamitosa,

(1) Epítome de la vida y hechos del invicto emperador Carlos V.

prorumpió en aquellas palabras del salmo: *Lactatus sum in hic quæ dicta sunt, in domum domini ibimus.*

Pocas horas antes de morir otorgó testamento ante Juan de Cuellar, por el cual fundó varias memorias: una en la iglesia de san Ildefonso de Zamora para que se dijesen misas por su alma, por las de sus padres y la del alcaide Mendo Noguerol, á cuya mujer é hijos señaló doce mil maravedís de renta, é hizo otras mandas. Es de notar, como dice Gil Gonzalez Dávila en el teatro eclesiástico de la iglesia de Zamora, que en esta muerte no se hace mencion de sacerdote que le confesase y que lo auxiliase para morir.

Los alguaciles ejecutaron la sentencia, y el verdugo que fué de Valladolid y se llamaba Bartolomé de Zaratan le dió garrote en medio de un repostero, dando fé de la ejecucion el escribano de la causa Gerónimo de Atienza. Falleció á los sesenta y seis años y fué sepultado sin pompa ni acompañamiento alguno en la iglesia del Salvador, donde yace.

Esta muerte dió mucho que hablar en todo el reino por no haber sido degradado el obispo, ni condenado por sus jueces lejítimos y competentes, sino por seculares, y así el emperador pidió su absolucion al pontífice, la cual se le negó al alcalde Ronquillo, y se vió obligado á hacer dimision de su destino. Al cabo de once meses vino el breve de Roma dirijido á D. Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, para absolver al alcalde y á los demas ministros á quienes se impusieron ciertas penitencias y recibieron la absolucion en hábito penitente yendo desde el convento de san Francisco hasta la Iglesia catedral en 8 de setiembre de 1327.

Luis Maria RAMIREZ y las CASAS-DEZA,
de la real Academia de la Historia.

La limpia de Burguillos, que lavaba los huevos al freillos.

Una mujer algun tanto reñida con el agua, y que no gasta á menudo sendas libras del jabon de Lucena ó de las jaspeadas barras de Málaga, es el finiquito de lo desagradable, el rigor de las desdichas para un marido, descoyunta las ilusiones de un amante, y pone párrafo aparte entre sus amistades mas íntimas.

La hembra que se espanta del agua clara como los burros, gasta caireles en las uñas, rastras en el vestido, arambeles en la nagua, y tobá amarillenta en el nacar de sus dientes, aunque tenga un palmito como pino de oro, cara de rosa y garbo de clavelito primal, es un ramo de flores marchitas, una granada ácida, uno de esos hermosos pajarracos de plumas verdes y doradas que pican lo que huele y no á ámbar.

¡Bendita sea la tierra, gloria del mundo y mapa de lo perfecto, donde vi la luz al levantar por la vez primera mis párpados, que allí se ponen las casas enjabelgadas como palomas, se aljolifan los suelos de búcaro, se bruñen con zumo de oliva las puertas y el agua corre y salta en hilos de plata y aljofar por todas partes convidando á jugetear con ella!

Dios crió las nubes para que se bañasen los espíritus puros del aire, como decian mis abuelos los árabes, y puso el agua en la tierra para que las mujeres se purificasen antes de ver á su amado: que la limpieza del cuerpo es espejo de la pureza del alma y dá contento á los corazones, y soltura y garbo á los torneados miembros.

Venid acá las desaliñadas y entecas, las perezosas y sucias. —¿No habeis visto mas de una vez, que á pesar de vuestra *empañada* belleza os ha dejado el galan, que ya picaba el cebo, por seguir el vientecillo fresco de unos bajos como el hampo de la nieve que pasaban murmurando de un modo provocativo y suave?.... ¿Donde está el intríngulis y el item del aura popular que gozan las floreras, las floristas, las ribeteadoras, las costureras y bordadoras con toda la graciosa pleyada de aguja fina?... En esas caras frescas y limpias como la propia rosa primaverál, en aquellos dientes que bruñe el modesto pan quemado, en los rizos lustrosos hechos sin aliño y tan sentados como el raso, en el pañuelo que ostenta los pliegues de la plancha y rivaliza en blancura con lo que deja ver y adivinar, en las randas de Almagro y las puntas de feston color de espuma que las revueltas del garbo descubren, y en fin en aquellas medias inglesas blancas á la manera del vellon del arminio, que parece estan diciendo arriba está la gloria....

—Bueno es lo bueno: ponga contera en su panegírico que mis razones tengo y por esperiencia hablo.

Así me interrumpió un mi compadre y paisano, hombre de buen humor, en sus tiempos de libre albedrio; pero asustadizo y meditabundo desde que inclinó la cabeza para sufrir la coyunda matrimonial.

—¿Compadre, cómo tal, le dije: pues no es su esposa modelo de las del pueblo en esto de pulcritud?...

—Quieto el perro, buen amigo, que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y será V. capaz de hacerme saltar por los cerros de Úbeda.

—Si entiendo un ardite de su intempestivo mal humor que me enmelen.

—Al fin lo diré, que me salta del pecho y me revolotea en la lengua, como bocado que quema. Oígame V. en confianza y por Cristo que no lo haga merienda de la botica. Encendamos un cigarro y derramaré el costal de mis cuitas.

—Tome V. el sillon.

—Soy todo oidos.

—Pues, señor, V. sabe que juntos pasamos los primeros años y juntos hubiéramos seguido, á no haber V. tomado con mi hermano Frasquito el camino de la Universidad para gastar la mitad del caudal en traer cuatro papelajos y muchas ínfulas de Madrid, lo digo por mi hermano...

—Adelante.

—Me quedé al frente de la labor. En cuidar de la hacienda, domar potros, tentar toros y matar reses pasé el tiempo que ustedes, bien lo decia mi padre, empleaban en aprender de buena tinta que nosotros éramos unos bárbaros, porque no tomábamos café, ni jugábamos al billar, ni nos emborrachábamos con rom. Yo agenciaba lo que el mayor jugaba y trabajaba con entusiasmo mientras él hacia otras cosas que lo tienen enclenque.

Murió el abuelo y todo siguió lo mismo: no aprendí nunca lo bastante para llevar los bigotes como Frasco, ni para ser diputado, y me alegro, pero él no comeria si yo no anduviese dando sombra de amo á sus tierras, ni crecerian sus rentas; ni gritaria tan alto contra los ministros en aquel salon para parlar si este cura no prestase trigo á los electores para salir de la cimienza, ó no pagase los trimestres de todo el pueblo en el invierno para cobrar ó no cobrar en el agosto... mas al cuento volvamos: con veinte y cinco años á la cola, buena hacienda, humor alegre y mano franca; andando de feria en feria, de romeria en romeria pasaba la mejor vida del mundo; y Frasquito me envidiaba, porque eso si, nos queremos como las alas al corazon.

Dióme una mañana la tentacion de casarme, nunca hiciera tal, y tropiezo, al poner los pies en la calle, con la hija del administrador de rentas.—Todos dicen que Sofia es un ángel...

—Y dicen la verdad.

—Pues á mí me pareció la reina del imperio celeste: la miré, me miró, la seguí, la hablé, consintió, y me casé.

—Compadre, eso fué un relámpago.

—Así salió ello. En los primeros meses todo iba bien; pero luego llegó la tragedia. Siempre ando en el campo ó en mis tratos y contratos, mas los ratos cortos que paso al lado de mi mujer valen por cien siglos de infierno. Como no tiene que hacer y se halla á qué quieres boca, le ha entrado la pulcritud, la limpieza y el arreglo con tal fuerza que las entrañas se me achicharran.

—Compadre, no puedo creer...

—Oígame V. hasta el *laus deo* y juzgue:—En mi casa se friegan y aljolifan suelos, puertas, poyos y ventanas todos los dias: y cáteme V. doblado con dolores reumáticos. El piso alto se bruñe con cera: se puede uno mirar la cara, eso sí; pero es menester entrar con el óleo á la espalda.—La semana pasada me resbalé y se me dislocó la muñeca izquierda, pues mas se asustó y conturbó mi mujer porque desordené las sillas que por verme tendido á la larga y con los huesos molidos. Dijo que era castigo de Dios por no haber avisado para que segun costumbre viniese detrás una criada con plumero y cepillo limpiando las huellas que en el rojo encerado dejan mis zapatos de campo.

Si la traigo un manojo de rubias espigas, un tallo de oliva escarchado de trama, un apiñado grumo de las primeras cerezas, un ramo de flores frescas y esmaltadas con el rocío temprano para que bendiga á Dios conmigo viendo tanta hermosura, paga mi cariñosa memoria con un grito nervioso, manda á una criada quitar al momento las frutas ó las flores de la mesa, y mientras me llena de improperios viene el carpintero á barnizar de nuevo la tabla de caoba.

Fumar en su presencia es un sacrilegio y cuenta que yo lo gasto de la Habana; al venir del campo me he de enjuagar con un brebaje infernal si ha de consentir que la hable. Escupir es necesidad desterrada en mi domicilio; mas de una vez he tenido tentaciones de hacerlo en la cara de mi suegra que es lo único negruzco y puerco que allí se encuentra.

¿Subir sin mudarme la ropa de calle? ¡Que si quieres!... ¿Sacar un pañuelo de mi cómoda, aunque la destilacion me riegue? ¡Boberia!—Una tarde empecé á arrojar sangre por las narices y tiré de un cajon con violencia trastornando alguna cosa de lo guardado, pues

entró Sofía y le dió tal patatus que abortó á los dos dias y cáteme V. sin heredero.

Jamás toca con sus delicadas manos las llaves del granero, ni las de la bodega, y todo anda en poder de esos ladrones domésticos que llaman criados. El frutero, la despensa y la cocina, parecen teatro de una merienda de negros; pero en cambio mis zapatos viejos guardan correcta formacion en sus roperos y se hallan cubiertos de blanquísimo paño, cual si fueran ojuelas moriscas ó bolas de requeson fresco de mayo.

Maldito si lleva cuenta alguna con lo que entra ni lo que sale en una casa de buque como la mia, mas numera rigorosamente guiñapos y retal que despreciaria un trapero. Por conducto de una criada, que ha de lavarse despues, muda los libros de asiento de la labor, y confinados los tiene á sitio donde perderse pueden, mientras que guarda, cose y empapela los periódicos que nos envia Frasquito.

No oye misa, ni cumple con sus amigas por arreglar los chineros, las baratijas de las consolas y las cortinas: se afana en coser flecos y ne-esito que me envie Frasco camisas de Madrid, porque la ropa blanca que una vez se me descose no hay quien le ponga coto con media puntada.

De la comida no hablemos: come lo que vé cocinar, el pan lo guarda en su baul, los manteles se estienden siempre de un mismo lado para que no se pongan los platos sobre lo que pudo estar en contacto con la mesa que es de marmol blanco. La confitería no trabaja para ella: huevos han de ser de sus gallinas, y lavados; leche, ni verla. La fruta se ha de cortar por una de sus criadas de confianza y recibir en paño limpio. Ya no toma el brazo de nadie, ni aun el de su madre. Y hasta ha perdido el gusto que tenia para vestir, porque cuida menos de su persona desde que tanto arregla los alrededores.

—Compadre, repuse entonces con cierta malicia, pues está V. fresco.

—Con decirle, esclamó ofuscado, que para darla un beso necesito poco menos que sacar los lábios por un agujero para que no se manche con mi contacto. Vea V. si tengo razon para quejarme de la pulcritud.

—Eso no es mas, amigo, que el consentimiento.

—Bonito genio ha descubierto con las pulcritudes: hace á cada hora que me acuerde de Antoñuela la Corsaria.

—Cuidado, hombre.

—Aquella al menos, segun dice un cuento, era ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la cara y demonio en la cama... (1).

—Ponga V. remedio y aparte tan negros pensamientos y tan infames memorias.

—No hay pararayo para semejante tormenta

—Muger mia habla de ser, y perdonen sus mercedes el que me meta donde no me dan vela, pero he oido sin querer lo que pasa á mi amo y como lo veo con estos ojos que han de pudrir la tierra y somos hermanos de leche tambien, tengo roido el hígado.

Con estas ó semejantes razones nos interrumpió un mayoral de mi compadre que venia á traerle un mandado del cortijo.

—¿Y qué harías?

—Un remedio casero.

—Algun ensalmo de brujas.

—¡Cá!... la esperiencia dice que no falla.

—Pues te juro que lo he de ensayar si...

—Mire su merced, con un chupon de olivo como este, y cimbreaba el campesino una bordasca capaz de poner en gobierno á doce potros cerriles, se pone la señorica como una malva. Por probar: dele su merced dos tomas esta tarde y por la noche una en el bodegon por darle gusto y fume virginia aunque se maree y trasiegue las madres del vinagre mañana y mida pasado los turbios.

—Se ofrece á V. la receta del sainete Los deseos: es ocurrencia peregrina.

—Vete y no digas bestialidades ¡A Sofía que es tan delicada! ¡A mi mujer!...

—Búrlese su merced cuanto quiera; pero porque es señorica y delicada le sentará mejor: apuesto á que engorda y se pone como un clavel veraniego.—Aparaditamente el remedio tiene las propiedades de la yerba betónica que cura á todo el mundo y todas las enfermedades. Por la mesma mesmedad le habia de venir á las mil maravillas, pues no estará hecha á salvas. Mi Basilisa era un basiliaco; pero con mi prudencia y un solfeo ya no me sirve el látigo mas que de respeto y autoridad, y lo que es el aperador tiene á la *Culebra*, mas blanda que las natillas. En fin, su merced ha de besar la vara y la señorica tambien.

Mi compadre oia atentamente y reflexionaba.

A poco salió acompañado del mayoral.

(1) Cervantes en La Tia fingida.

Quedéme filosofando sobre las pulcras. Ello es lo cierto que todos los estremos son viciosos y que las mujeres exageran lo malo como lo bueno y todas son *muy* superlativas en sus acciones, sin que jamás tropiecen en el medio.

Voy á concluir este articulejo y de seguro lector que quisieras te dijese antes si mi buen amigo y compadre aplicó el pararayos de olivo á la pulcra Sofía, y cuál fué el efecto de las diversas tomas de tan heróica medicina.

Misterio hubo en el lance: de parte de noche sintióse turbacion (segun las comadres de la vecindad) en la casa solariega de mi paisano. La suegra salió desmelenada y sin mantilla, vino el administrador de rentas con un baston muy grueso y quiso desafiar á su yerno; pero temiendo Sofía quedarse huérfana tomó partido por su esposo, que estaba gallardo en su actitud de cólera, y despidió á su padre con cajas destempladas.

Llegaron á poco las cuñadas, la dieron consuelos murmurando de mi compadre á quien no podian tragar porque siendo el mejor partido del pueblo nunca les dijo, de soltero ó casado, ahí te pudras, y Sofía conociéndoles la intencion, se conformó con la estension que al dominio marital habia dado mi amigo, trazó de él un brillante panegírico y concluyó con esta banderilla de fuego:—«En fin, mas vale sufrir *un rasgo de mal humor, que todo es cariño en quien tiene buen corazon*, que no andar hecha una pelafustrana y tener un Juanlanas al lado: yo me entiendo.» De cuya posdata nació una soberana tormenta que produjo la espulsion de la suegra y cuñados del esposo.

No quiero creer (por miedo á mis lectoras) que la medicina del retoño de olivo haga milagros contra antojos y manias, pero ello es lo cierto que Sofía desde entonces sale asida cariñosamente del brazo de su marido y en el campo y el hogar se recuesta voluptuosamente en su hombro: monta á caballo con brio y buen parecer, caza, tiene la llave de graneros, bodegas y pajarea, gobierna la casa con la majestad de una reina y la gracia de un niño, come en el campo sobre el césped cuando la ocasion llega, y bebe á bruces las puras linfas de los nacimientos, cuida mucho del orden en los gastos de la casa, y no tanto de los chineros y de la sala: trabaja menos y con mayor provecho, se hace adorar de los criados que la aborrecian por sus dengues, se adorna con gusto y riqueza y ha conquistado á todas sus envidiosas. Tiene un hermosísimo color, sus ojos arden, sus lábios provocan y hacen perder el juicio al mas sensato si se sonrien, sus formas han tomado la belleza de Niobe, y aun sospecho que mi amigo está con esperanzas fundadas de tener un heredero.

Se supone que le rebosa la alegría por todos los poros y suele aconsejarse en ocasiones contadas y graves con el mayoral médico.

El barbero, insigne bellacon, sostiene haber visto en la sala de estrado una vara de olivo con seda y flores vestida cual si fuera mano de santo ó respetuoso monumento de gloriosas hazañas.

Nada sé mas, lector carísimo, y me lavo las manos: lo que acabo de escribir es un sucedido y no pura invencion mia: si haces *aplicaciones* con tu pan te lo comas y no caiga sobre mí la indignacion de tu *cara* mitad.

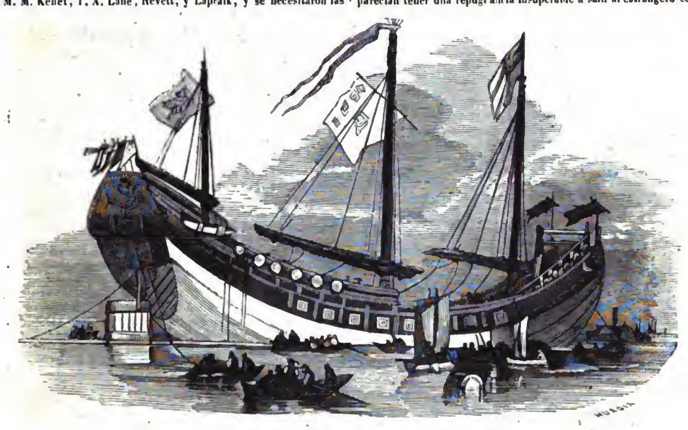
J. GIMENEZ-SERRANO.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

Al visitar á Lóndres en el mes de agosto último, estábamos bien lejos de sospechar que podriamos visitar tambien un buque chino, con su tripulacion de habitantes del celeste imperio, con sus muebles, sus armas, sus ídolos, con todos los objetos, en fin, que lleva ordinariamente á bordo una gran embarcacion china. Es este uno de los objetos mas curiosos que hemos visto en nuestro último viaje al estrangero, y su recuerdo nos hace esperar que podremos ofrecer á los lectores del Semanario una descripcion curiosa y entretenida del «*Keying*» ó junco chino.

Si cualquiera hubiera tenido hace algunos años la audacia suficiente para predecir que Lóndres habia de tener dentro del recinto de los Doques de la India del Este, un junco chino con su tripulacion y aparejos, el profeta hubiera sido tachado de visionario. Sin embargo, ello es que Lóndres ha llegado á tener uno, sometido á la inspeccion pública, despues de haber recorrido en su viaje desde el celeste imperio hasta las islas británicas, una longitud igual á la del circuito del globo. No hace mucho tiempo aun que estaba espuesta cerca del Kyde-Park una coleccion rica é interesante de curiosidades chinas. Estas eran cosas, sin embargo, que podian ser empaquetadas y trasportadas con una facilidad regular de una parte del mundo á otra: la dificultad de traerlas á Inglaterra dependia mas bien de las preocupa-

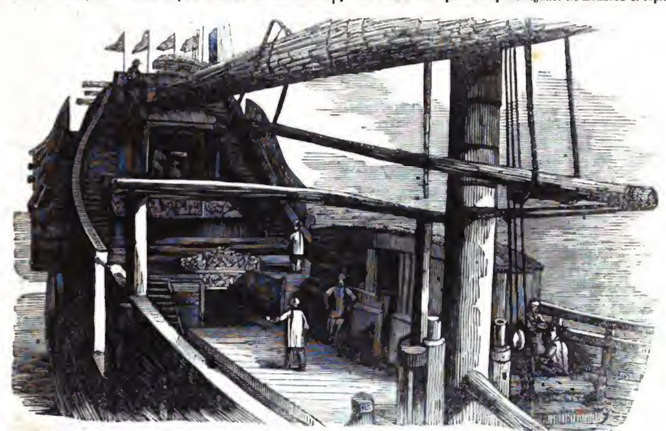
ciones de sus dueños que de cualquiera otra causa. No sucedia asi con la adquisicion del Junco: el dinero era lo menos importante de este asunto. Los verdaderos compradores de este buque fueron M. M. Kellet, T. A. Lane, Revett, y Lapraik, y se necesitaron las mayores precauciones, tanto para comprarle como para traerle. Sin embargo, ningun obstáculo pudo retraer á estos señores: perseveraron en su intento, y un éxito feliz coronó sus esfuerzos. Los chinos parecian tener una repugnancia insuperable á salir al estrangero con



Esterior del junco chino.

sus buques escepto para el comercio. El atrevido proyecto de traer uno de estos á Europa para enseñarle, no entró nunca en el limitado círculo de sus cálculos. Pero en cuanto se supo que estaba cargado solo con lastre, se suscitaron sospechas sobre su destino verdadero, y se empleó toda clase de esfuerzos para impedir el viaje.

El soborno es muy eficaz en China, como sucede en todas partes, y por este medio fué como se consiguió que el «*Keying*» pasára por los fuertes de Boque sin tropiezo alguno. Le mandaba el capitan



Vista sobre cubierta en el junco chino.

Kellet, y solo á su habilidad, valor y perseverancia, practicadas en el mas alto grado, debemos agradecer los que no hemos visitado nunca aquellas regiones remotas, el tener la grata ventaja de ver este objeto de curiosidad desconocido hasta ahora. En todas las dificultades y peligros que ocurrieron con suma frecuencia en el viaje, halló el capitan Kellet un firme apoyo en Mr. Reveff, que permaneció constantemente con él, y fué partícipe de los peligros.

Su tripulacion consistia de 15 chinos y 12 marinos ingleses con

sus oficiales Como los chinos no habian emprendido nunca hasta entonces un viaje tan largo, era necesario conservarlos de buen humor y hacerles tomar su trabajo con aficion. Sin embargo, antes de que firmaran la escritura de su enganche, tuvo que comprar el capitan Kellet, por un precio exorbitante, hoja de estaño, papel plateado y otros objetos, para las prácticas de su culto. Al principio eran muy escrupulosos en las ceremonias de sus costumbres idólatras, quemando papel, tocando los gongos, etc., en honor de sus dioses; pero paulatinamente se fueron descuidando considerablemente. Mejor se puede decir que se abandonaron voluntariamente, cediendo á las instigaciones del capitan Kellet. Una de las supersticiones mas comunes y de mas impotancia para ellos, era la de creer en la eficacia de atar girones encarnadoa en la obra muerta, cablea, mástiles y partes principales del buque, considerándolo como una salvaguardia contra el peligro. En una ocasion en que temian ser atacados por una embarcacion de Malaya, ataron girones encarnados á los cañones, y aparentaron una seguridad completa. Uno de los objetos de su mayor veneracion era la brújula. Se acostumbraron gradualmente á la brújula europea, y dejaron todas las suyas, menos dos, que fueron marcadas á peticion suya, con los 32 puntos en figuras chinas y 8 divisiones.

Acostumbrados solo á la navegacion costera, como les sucede á la mayor parte de los marineros chinos, están poco prácticos en la vigilancia y cuidado que requiere un viaje en alta mar. Sin embargo, al principio, el Ty Kong ó piloto, acostumbraba cojer tres rizos en la vela mayor, y arriar la mesana. Toda la tripulacion se iba entonces á la cámara, dejando solo al timonel sobre cubierta. A media noche se preparaba una cena, cuando se despertaba á los que estaban durmiendo, y despues que concluian de cenar, se relevaba al timonel, y los demas regresaban á sus camas Hicieron fuertes objeciones, é intentaron una insubordinacion, cuando se reformó este sistema vicioso.

Como el *Keying* es el único junco que ha llegado á cruzar el Atlántico desde la creacion del mundo, parece oportuno mencionar detenidamente las épocas en que salió y entró en ciertos puertos en su viaje largo y sorprendente. —Se dió á la vela de Canton el 19 de octubre de 1846: de Hong-Kong el 6 de diciembre del mismo año; pasó por Java el 26 de enero de 1847; dobló el Cabo el 30 de marzo, y echó el ancla en Sta. Elena el 17 de abril. Aquí fué visitado por sir Patricio Ross y sir Cárlos Hotham con sus acompañamientos respectivos. «Todo el dia 19 de abril, dicen los asientos del diario de navegacion del buque, hubo una afluencia tal de curiosos á visitarle que pasaron de 3,000» Aquí permaneció hasta el 23, en cuyo tiempo tuvo el capitan Kellett algunos disturbios entre su gente, tanto ingleses como chinos, negándose algunos de los primeros á trabajar, y deseando los últimos marcharse del buque, y solo con la intervencion del magistrado de policía de la isla, el mayor Barnes, volvieron al cumplimiento de sus deberes. Pasó la *línea* en la longitud de 17° 40' O el sábado 8 de mayo.

La intencion del capitan Kellett era que el *Keying* fuera directamente á Inglaterra, y se espusiera allí antes que en ninguna parte; pero el estado revoltoso de su tripulacion, y la escasez de víveres le obligaron á hacer escala en algun puerto americano. Eligió Nueva York, adonde llegó el 9 de julio de 1847. Despues de una permanencia de siete meses, cuya última parte fué invertida en Boston, salió de aquel puerto el 17 de febrero de 1848, en cuya ocasion recibió el capitan Kellelt las mayores atenciones y favores de M M. Forbes, Lamb y Weekes, caballeros americanos. Los primeros prestaron su buquecito de vapor para remolcar el *Keying* hasta unas 60 millas.

En el curso total de su aventurero viaje, probó el *Keying* que era un escelente buque; sufrió varias tormentas violentas, y todas las aguantó perfectamente. En los 17 dias primeros variaba de ligereza desde 2 á 8 nudos por hora; la mayor parte de las 3 últimas semanas escasamente andaba dos nudos. El 16 de marzo de 1847, estando el tiempo en calma, y la brisa tan débil que apenas andaba el junco un nudo por hora, todos los hombres estaban ocupados en bajar al timon á examinar las cuerdas de él que estaban en buen ó mal estado, precaucion necesaria para poder aguantar la mar de leva que tenian la seguridad de hallar al doblar el cabo de Buena Esperanza. Poco despues empezaron unos vientos fuertes con tiempo borrascoso, y en la noche del 22 de marzo redobló el viento su furor; hubo relámpagos y truenos, y volviendo repentinamente el viento hácia el sudoeste, estalló un verdadero huracan; se arriaron todas las velas, escepto la de trinquete, hasta que aplacándose un poco el tiempo, permitió que se soltara mas trapo. En esta ocasion se necesitaron 25 hombres para manejar el buque. El 10 cogió un viento favorable que le llevó hasta Sta. Elena.

El 2 de julio de 1847, cerca de la costa de América una ráfaga violenta les obligó á echar al mar 8 toneles de agua de algibe, y todo lo que habia sobre cubierta tuvo que ponerse á buen recaudo. El buque llevaba una marcha muy pesada, pero no hacia agua

(*Continuará.*)

EL POETA LIRICO.

Los poetas son unos sublimes ignorantes.
Houssaye.

El poeta nace como nace el carbonero, *ser* con quien tiene mas semejanza de la que parece Esto no admite duda. Todos nacemos del mismo modo, salvo las posturas con que salimos á la luz pública; pero ello es que todos salimos de una misma parte, así como todos en una misma parte entramos al concluirse los dias de nuestra mezquina existencia. Sin embargo, el poeta se distingue de los demas hombres hasta en el nacer y en el morir. El poeta, pues, no es hombre. Asistid al parto de una muger que tiene la fortuna de arrojar al mundo un hijo de Apolo, y no se nos pongan hoscos los maridos, que estos nenes son hijos de su padre-Dios, no por obra de varon, sino milagrosamente. Asistid al parto, digo, y vereis al alumno de las musas que aparece al mundo en una postura que indica á las claras, si no quién es, quién ha de ser al menos. La mano izquierda apoyada en la mejilla, la pierna derecha estendida sobre la izquierda, el cuerpo inclinado hácia atrás, el lábio superior ligeramente plegado, y la mano derecha acariciando la blonda cabellera, porque es de advertir que todos los poetas nacen ya con pelo, á imitacion de varios animales que deben á la naturaleza tan estraño beneficio. Su llanto es espeso y su quejido bronco, sus movimientos bruscos y su tamaño desmesurado para los fetos de la raza humana. No nos cansaremos en pintar los dos primeros meses de su carrera vital; baste decir que nadie dudaria que fuese poeta al oirle decir con voz cavernosa: —*mamá*, *coco*.

Su papá, que conoce que el chico ha de ser poeta, retarda su educacion, porque los poetas no necesitan estudiar. A los ocho años empieza á leer, y á los dos meses lee de corrido las fábulas de Iriarte, único libro que pillan sus manos durante su vida. Ya á los diez años dirige á su abuela la siguiente copla la noche de Navidad:

Tengo que echar unos versos
Por encima de una jarrita,
Para que Dios dé mucha salud
A mi querida abuelita.

¡Brabo! ¡brabo! esclama asombrado el auditorio; ¡qué precocidad! ¡qué talento! ¡qué instruccion! y otras cosas por el mismo estilo, dedicadas todas á dar á conocer al chico que ya ha llegado al templo de la inmortalidad. Desde entonces no pierde ocasion: el perro que ladra, el canario que pia, la criada que barre, todo cae bajo su númen poético, y todo halla en la frente del poeta digna interpretacion. Su cuarto no es el *telar de comedias*, como dice Moratin, sino la *fábrica de buñuelos*. Llueven versos como chinches y chinches como versos; y entre los buñuelos-versos y el poeta-chinche, se arma tal galimatías poético, que ni Apolo le entiende ni el mundo le admira En cambio la madre del génio elogia sus elucubraciones, el genio toma cierto aire de suficiencia, los versos cierto sabor de barbaridad, y la musa castellana una indigestion que solo puede compararse al torrente poético del poeta lírico de 12 años.

Hemos llegado á la edad crítica del poeta. A los 15 años, término medio de su carrera literaria, escoje entre Arolas y Espronceda, entre la dulzura pastoril y el ardor bélico: puede pasar en el primer caso, en el segundo es insufrible. Hasta esta época el poeta lírico no ha publicado composicion alguna; todas han muerto en su gabinete, y todas, una por una, han caido en el olvido hasta del mismo ser que las dió la vida.

El poeta ya en este estado aguarda una ocasion propicia, un momento oportuno en que poder llamar á las puertas del templo de la gloria. Llega por ejemplo el dia 2 de mayo, y gracias al aniversario de la muerte del valor español, publica en un periódico de la tarde su primer *vello vagido*. Si el poeta elige el género de Garcilaso y Melendez Valdés, empezará así.....

Sabroso dia del valor sabroso,
Recuerdo ameno de la grata historia
Del hispano mortal: dulce regalo
De la tranquila gloria.....

Esto no enseña nada, es verdad, pero en cambio demuestra que su autor ha de ser siempre melifluo y pegajoso, que en un entierro como en una batalla, que en una elegía como en una oda, sus frases serán miel, sus palabras jalea y sus composiciones ni mas ni menos

que sustancia de arroz. (Salva la parte insustancial de dicha sustancia).

Si el poeta en cambio prefiere á Ercilla y á Plácido, cantará á los mártires de la independencia española del modo siguiente:

¡Roto el rojo pendon, raudo el estruendo,
Rimbomba por do quier! cabe el profundo,
Ruje la tierra, y se desgaja el mundo!

Esto en poesia se llama fibra.....

El poeta, apenas publicada su composicion, compra 80 ejemplares del periódico, que conserva cómo oro en paño en lo mas recóndito de su armario, y destina ya un sitio esclusivamente dedicado á colocar en él todos los déstellos de su fecunda musa.

Puede darle al poeta lírico tambien por filosófico, y entonces, sin que esto tenga nada que ver con los dos géneros arriba dichos, la religion, la sociedad, el hombre, todo es para él poco menos que ridículo, en todo vé miseria, en todo lodo, en todo inmundicia. No raya tan alto como el escritor fiel del alma, pero en cambio es mas constante, asiste á un bautizo y dice:

¡Los hombres nacen! miseria.........

Va á un entierro y añade:

¡Mueren! miseria tambien.....

Y es cosa de nunca acabar.

De todos modos, apenas el poeta vé y remira en letras de molde, su nombre celebérrimo, se estira y perfila, se compone y se peina; el dia 3 de mayo se pone camisa limpia, y vá mirando á todos como diciendo «*Ego sum*»: yo soy el feliz mortal, yo el que te espantó ayer con sus bramantes pensamientos, ó el que te adormió con sus suaves melodias... yo soy en fin el poeta.

De 15 á 16 años y en algunos casos, muy pocos, hasta los 16 y medio, las composiciones se reproducen y se multiplican al infinito; en un mismo dia suele tener el poeta *esperanza*, *desesperacion*, *melancolia*, *idrofobia*, y otras mil cosas que llevan por título sus infitas composiciones. El poeta en cambio es uno de esos hombres que tienen *cosas*. Puede faltar á una promesa, olvidar un juramento, apostatar de una creencia, todo es lícito porque haga lo que quiera, el mundo ha de esclamar «*cosas de fulano, ya se vé, es poeta*».. Y como si la poesia estuviese reñida con la formalidad y la hombria de bien, todo lo malo, lo descabellado y lo informal está disculpado en el poeta.

Hemos dejado al *ser* que nos ocupa, en la edad crítica; á los 16 años se hace ya preciso publicar un tomo de composiciones: seguimos todavia esplicando al poeta segun sea fuerte ó dulce. Si es lo 2.°, empieza á hacer visitas á todos los escritores de nota: por la mañana en la cama, por la tarde en la mesa, por la noche en el teatro, á todas horas al lado de algunos de esos *non plus ultra* literario, no para, no sosiega hasta que no consigue que le hagan un prologuito, cuatro palabritas, una advertencia preliminar ó un prefacio para colocarlo á la cabeza de su libro. Suele suceder que como nunca se toma el prologuista el trabajo de revisar lo contenido en el tomo suele equivocarse y decir que las poseias del autor Z.° son de lo mas virulento que se conoce, que lo que hay mas que admirar es la valentia, el fuego y otras cosas que ni el autor las ha sentido nunca, ni piensa sentirlas en toda su vida.

Tambien acontece que el encargado del prólogo es un hombre que tiene por enemigos al género humano, ó que él es del género humano el único enemigo. Entonces ya le ha caido la loteria al editor del tomo. Seis pliegos contendrá el prólogo, lleno todo él de improperios contra los que no conocen el mérito (del prologuista), contra los infames (enemigos del prologuista) que tienden á ocultar el saber (del prologuista) y contra los mezquinos seres que despremian (al prologuista) todo lo bueno (del prologuista.)

De esto resulta, que nadie tiene valor para tragarse tres mil versos tras tres mil párrafos de prosa, y el poeta muere olvidado en el rincon de las librerias.

Si el poeta pertenece al género fuerte, entonces renuncia á la idea de prologuear su obra. Encabeza él mismo un tomo diciendo:

«De nada sirve que digan que mis poesías son buenas, si no lo son; por consiguiente, juzgue el público.»

Esto tiene una contra tambien; y es que el lector, apenas lee los dos renglones citados, adivina el género de todas las composiciones y no se molesta en leerlas. De ambos modos un tomo de poesías es un eclipse de sol invisible. El autor es el único que le vé, asi como Dios es el único que puede ver el eclipse.

El único consuelo que tiene el poeta, es el de regalar á diestro y á siniestro tomos, y hacer que su nombre se aprenda gratis. Aquel literato que ha recibido la obra, declara en *pleno café* que el poeta Z.° es el único regenerador de la literatura española, y hay casos en que hasta se imprime semejante elogio.

Desde este momento, el poeta lírico no habla mas que en verso, improvisa en todo y por todo, y hace la oposicion en todos los premios poéticos. Esto ya pertenece al *poeta certámen* de quien otra vez nos ocuparemos. Por hoy, baste decir, que probablemente no se ganan nunca los premios con la pluma, sino con la boca. Esto es, que el poeta necesita mas bien de empeños que de versos para merecer la gloria del combate.

Toda la vida del poeta lírico se reduce á la reproduccion de lo citado, y por consiguiente, es inútil que nosotros nos entretengamos en pintarla.

En otro tiempo, el poeta lírico, ó moria de hambre ó se ahorcaba; ahora, ó se muere de una pulmonía al salir del café del Príncipe, ó fallece podrido. Esto es segun la *fibra* del susodicho.

De todo esto se deduce, que el poeta lírico es en el dia, ni mas ni menos que un reló de sol en una noche de diciembre.

L. Mariano de Larra.

EN EL CASTILLO DE SALVATIERRA.

¿Por qué vengo á estas torres olvidadas
A hollar de veinte siglos las ruinas
Espantando al subir con mis pisadas
Las felices palomas campesinas?

¡Oh! Walia! ¿no es verdad que prisioneras
La esclava del feudad y la del moro
Pobres mujeres de remotas eras;
Regaron estas torres con su lloro?

¿Qué perdido tu trono por *Rodrigo*
Y derrotado el moro por Fernando
De tan largas batallas fué testigo
La misma torre donde estoy cantando?

¿Que inmóviles aqui tantas mujeres
Tanto llanto vertieron de sus ojos
Como sangre vertieron esos séres
Que arrastraron de Roma los despojos?

¿Y que tendiendo sus amantes brazos
Al árabe y al godo que morian
Y arrancando sus tocas á pedazos
En inútil dolor se consumian?

¿Y que tras tantos siglos de combate
Que empedraron de fósiles la tierra
Subo á la misma torre de la Sierra.
Aún á pedir tambien nuestro rescate?

¡Ay! Que desde aquellas hembras que cantaron
Pidiéndolo, cual yo, desde esta almena
Ni un eslabon los siglos quebrantaron
A nuestra anciana y bárbara cadena.

Y ya es preciso para hacer patente
La eterna condicion de nuestras vidas
Unir las quejas de la edad presente
A las de aquellas razas estinguidas.

¿Quién sabe si en la choza y el castillo
Contemplando estos bellos horizontes
Fuimos por estas sierras y estos montes
Mas dichosas en tiempo mas sencillo?

¿Quién sabe si el fundar el ancho muro
Que libertad al pueblo le asegura
No nos trajo á nosotros mas clausura
Quitándonos el sol y el aire puro!.....

Palomas que habitais la negra torre,
Yo sé que es mas risueña esta morada
Y ya podeis bajando á la esplanada
Decir al mundo que mi nombre borre.

Yo soy ave del tronco primitiva
Que al pueblo se llevaron prisionera
Y que voló á esconderme fugitiva
Al mismo tronco de la edad primera.

No pudo el mundo sujetar mis alas;
He roto con mi pico mis prisiones
Y para siempre abandoné sus salas
Por vivir de la sierra en los peñones.

Yo libre y sola, cuando nadie intenta
Salir de las moradas de la villa,
He subido al través de la tormenta
A este olvidado tronco de Castilla.

Yo la gigante sierra traspasando,
Lastimados mis pies de peña en peña,
Vengo á juntarme al campesino bando
Para vivir con vuestra libre enseña.

Comeré con vosotras las semillas,
Beberé con vosotras en la fuentes,
Mejor que entre las rejas amarillas
En las tablas y copas relucientes.

Iremos con el alba al alto cerro,
Iremos con la siesta al hondo valle,
Para que el sol al descender nos halle,
Cansadas de volar en nuestro encierro.

Nadie vendrá á decir qué fué de Roma (1),
Ni llegará el francés á la montaña,
Y las nubes que bajan á esta loma,
Me ocultarán tambien la faz de España.

Aquí no han de encontrarme los amores,
Aquí no han de afligirme las mugeres,
Aquí no pueden los humanos seres
Deshacer de estas nubes los vapores.

Es un nido que hallé dentro una nube,
Mis enemigos quedan en el llano
Y miran hácia aquí, ¡Miran en vano!
Porque ninguno entre la niebla sube.

Yo he triunfado del mundo en que gemia,
Yo he venido á la altura á vivir sola,
Yo he querido ceñir digna aureola
Por cima de la atmósfera sombría.

Por cima de las nubes nos hallamos,
¡Libertad en el cielo proclamamos!
Las mismas nubes con los pies hollamos
Las alas en los cielos estendemos.

Bajen hasta el profundo mis cadenas,
Circule en el espacio el genio mio,
Y haga sonar mi voz con alto brio
La libertad triunfante en mis almenas.

Mas.. .. ¿por qué me dejais sola en el cielo
Huyendo del castillo á la techumbre?
¿Por qué se agolpa aquí la muchedumbre,
De pájaros errantes en el suelo?

¡Oh! que estrépito es ese que amedrenta,
La torre se estremece en el cimiento.....
He perdido de vista el firmamento.....
Me envuelve en sus entrañas la tormenta.

La torre estalla desprendida al trueno.....
La sierra desparece de su planta.....
La torre entre las nubes se levanta
Llevando el rayo en su tonante seno.....

El terrible fantasma hácia mi gira!.....
¡Tronando me amenaza con su boca!.....
¡Con ojos de relámpago me mira!...
Y su luz me deslumbra y me sofoca!....

El rayo esta á mis pies y en mi cabeza!...
Ya me ciega su lumbre ya no veo!!
¡Ay! sálvame, señor, de este mareo
Que le falta á mi orgullo fortaleza!!

Bájame con tus brazos de la altura
Que yo las nubes resistir no puedo!
Sacáme de esta torre tan oscura
Porque estoy aquí sola y... tengo miedo!!!

CAROLINA CORONADO.

Castillo de Salvatierra 1840.

(1) Era cuando el bombardeo de los franceses.

EL MISSISSIPI.

Un Europeo se paseaba á la orilla del rio Mississipi, cuya corriente es muy rápida, y preguntó á un natural del pais:

—¿Cómo se *llama* ese rio?

—«Señor, le respondió el Indio, no es necesario *llamarle*, bastante de priesa viene.»

RASGO HEROICO DE UN CONFESOR.

Enrique IV, rey de Francia, decia un dia á su confesor el Padre Coton:

—«Padre, ¿revelariais la confesion de un hombre, que os hubiera anunciado la resolucion de asesinarme?»

—«No, respondió el virtuoso eclesiástico, no la revelaria; pero corr ria á ponerme entre V. M y el puñal del regicida.»

Respuestas como ésta no necesitan comentarios ni elogios

ASTUCIA DEL CARDENAL MAZARINO.

Sabido es que la pasion dominante de aquel hombre era la avaricia. Habian escrito contra él libros terribles, fingió estar muy irritado, y mandó recoger todos los ejemplares posibles, los cuales hizo vender despues secretamente, sacando de ellos un producto de 10,000 escudos.

EL AUMENTO DE FAMILIA.

Luis XV, rey de Francia, le preguntó á un artesano por la mañana que cuántos hijos tenia. «Cuatro, señor.» El rey le volvió á dirigir en público aquel dia la misma pregunta otras tres veces, y el cortesano contestaba siempre. «Cuatro, señor.» Ya por la noche estando jugando, le volvió á preguntar el rey: «¿Cuantos hijos tienes?» Señor, contestó esta vez el cortesano, «tengo seis.» ¿Cómo? pues yo creí que me habiais dicho que cuatro. «Señor, es que he temido fastidiar á V. M. si le decia siempre lo mismo.

LA GRAVEDAD.

La Rochefoucault ha dado esta definicion: «La gravedad es un misterio del cuerpo inventado para disimular los defectos del alma.» Confucio, filósofo chino, la considera bajo distinto punto de vista y dice: «La gravedad no es mas que la corteza de la sabiduría; pero la conserva.»

DIVISIONES DE LA IGNORANCIA.

Hay tres clases de ignorancia; que son: no saber nada; saber mal lo que se sabe; y saber cosas distintas de las que se deben saber.

EL COCHERO DE FELIPE II.

Felipe II, monarca cuyo carácter nos pinta la historia como severo é imperioso, le dijo á su cochero en una ocasion, al salir de Madrid para el Escorial, que queria hallarse en este punto á cierta hora que le indicó. Estando ya el cochero en la mitad del camino, vió que se aproximaba la hora; prodigó sendos latigazos á sus mulas, y se enfadó con ellas hasta el estremo de dirigirlas nombres con la misma furia que un carromatero. Furioso ya, las dijo golpeándolas con la fusta: «Arre, mulas de alcahuete.» El rey oyó esta frase. Cuando llegó al Escorial le preguntó al cochero: «¿De quien son esas mulas?» Acordóse entonces felizmente el cochero de lo que habia dicho en el camino y contestó: «Señor, son mias.»—«Si son tuyas, replicó el rey, guárdatelas; no quiero yo tener en mi coche mulas de alcahuete.» La sangre fria del cochero le valió un tronco de mulas magnífico, y le salvó la vida, porque si hubiera contestado que *las mulas eran del rey*, sin duda le habria hecho castigar.

ADVERTENCIA.

Con el número anterior se remitió á los suscritores de provincias y con el presente se reparte á los de Madrid, el nuevo prospecto del SEMANARIO é ILUSTRACION, y del periódico diario que con el título de LAS NOVEDADES fundamos para distribuirle por via de obsequio á nuestros suscritores. Hoy tenemos la satisfaccion de anunciarles, que entre otros elementos ventajosos reunidos despues de hecha la primera tirada de prospectos de LAS NOVEDADES, hemos logrado adquirir para la seccion satírica, crítica y de costumbres, que se publicará todos los lunes, la colaboracion eficaz de los señores D. MODESTO LAFUENTE *(Fray Gerundio)*, D. ANTONIO MARIA SEGOVIA *(El Estudiante)*, D. JUAN MARTINEZ VILLERGAS Y D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



PORTADA DEL CONVENTO DE MONJAS DE SANTA ISABEL DE GRANADA.

Es de estilo gótico, algo duro. Pero su efecto es bueno, á pesar de haberle faltado siempre las estátuas en los nichos que se ven vacíos.

No guarda proporcion con la fábrica de la iglesia, ni con la del convento, porque en la primera se vé el bizantino corrompido mezclado con el gótico, con el greco-romano y el churrigueresco; y en el segundo se vé el gótico de la decadencia al lado de la fábrica árabe, por haber sido el edificio en su origen el palacio de la madre del rey moro Boabdil, llamado por esta razon *Darla Horra* (casa de la honesta).

Despues de conquistada Granada, habitó este palacio morisco Fernando de Zafra, secretario de la Reina Católica, y fundó en él un convento de monjas, que cedió á la Reina para que fuese retiro de ilustres señoras que abandonasen el mundo.

En 1507 se empezó la fábrica, demoliendo al efecto mucha parte del palacio de Darla Horra, y se concluyó á los pocos años.

Doña Luisa de Torres y otras veinte monjas que con ella fueron de Córdoba, fueron las primeras que lo habitaron.

Sobre la puerta del jardin del convento se lee todavía esta inscripcion africana: — «*No hay Dios sino Dios viviente, que siempre está despierto: él es criador de los cielos y de la tierra.*

Se ignora cuál fué el arquitecto; los giros góticos de la portada no se parecen á los tallados en otros edificios por los artistas de aquella época.

La plazuela que sirve de entrada al convento tiene arbustos y jardines, y es risueña y pintoresca.

La portada y la iglesia son magestuosas, principalmente la segunda, cuya cúpula, construida de maderas olorosas, es de lo mas grandioso que puede verse.

En la iglesia y convento hay buenas esculturas de Becerra y de Mora; varios cuadros de Juan de Sevilla; otros de escuela granadina, y en el retablo algunas tablas de la severa escuela alemana

24 de Noviembre de 1850.

El convento está situado en el Albaicin, al borde de la grande colina que domina la parte de la ciudad que cae á la derecha del rio Darro.

CARTA INÉDITA DE HEREDIA.

Manchester 17 de junio de 1824.

Mis ojos se han saciado contemplando la maravilla de la creacion, el espectáculo mas sublime que ofrece la naturaleza salvaje sobre la tierra.

El 15 del corriente salí de Lewinston á las seis de la mañana. Desde las alturas se goza de una estensa vista sobre el Niágara, que corre estrechado entre barrancas altísimas; Newark y el fuerte Niágara que están á su embocadura, como á siete ú ocho millas de distancia; el lago Ontario y las costas de la otra parte que se dibujan sobre el horizonte, como una ligera zona azul, y á ocasiones parecen una nubecilla trasparente estendida sobre las aguas.

El cielo estaba clarísimo, y solo hácia el Sud se divisaban dos nubes que variaban á cada momento de figura, se disolvian á veces en el aire, pero á pocos segundos volvian á aparecer en el mismo sitio. Pregunté la causa de aquel fenómeno, y me dijeron que eran los vapores ó rocíos de las cataratas. Yo lo habia oido decir, pero no creia que á distancia de mas de dos leguas presentasen aquella figura.

Continuamos nuestro camino, siguiendo á alguna distancia las márgenes del Niágara, y al volver un repecho se obtiene como á dos millas la primera vista de las grandes cataratas.

Llegamos á Manchester, me apeé en la posada del Aguila, y sin perder un momento, corro á satisfacer mi ansiosa curiosidad, muy mas encendida con la vista momentánea que habia gozado de la magnífica escena.

Tomé una vereda que me condujo á la estremidad del puente que une á Goat-Island con la orilla americana, y los furiosos rápidos me guiaron al precipicio. A medida que avanzaba por la orilla, se iba desenvolviendo á mis ojos, por detrás de Goat-Islan, la catarata inglesa ó de la Herradura, y al obtener una vista completa de ella me hallé al borde de la catarata americana, y no pude menos de estremecerme al considerar que sin advertirlo habia llegado á pocos pasos del tremendo abismo.

Paréme, y por algunos minutos me fué imposible distinguir mis propias sensaciones en la confusion que me causó el sublime espectáculo. El inmenso rio pasaba rugiendo por delante de mí, y casi á mis pies se despeñaba desde una altura prodigiosa: las aguas, deshechas en ligero rocío al golpe violentísimo, subian remolinadas en tremendas columnas, que á veces se estendian por todo el abismo, y ocultaban parte de la escena. El trueno profundo de las cataratas asordaba mi oido, y el arco iris alzado sobre el precipicio, era el único que veia distintamente en aquella confusion espantosa.

El rio Niágara es propiamente un canal, por donde el lago Erie descarga sus aguas en el Ontario. La diferencia de nivel entre uno y otro es de unos 400 pies: el largo del rio es de unas 35 millas, y su anchura varía, segun el terreno, desde 6 á 7 hasta media. Contiene varias islas; pero la principal es Grand-Island, cedida á los Estados de Nueva York por los indios Sénecas, que tiene 12 millas de largo y de 2 á 7 de ancho. La altura de las márgenes del rio al salir del lago Erie hasta las cataratas, varía de 4 á 100 pies; pero de las cataratas á Lewinston termina de repente por ambos lados del precipicio; se ensancha el rio, y hasta el lago Ontario, que dista unas 7 millas, sigue el terreno casi á su nivel. De aquí han inferido los geólogos, que las cataratas existieron primeramente junto á Kimston y Lewinston, y que la fuerza del torrente ha ido derrumbando su lecho, ha abierto aquel larguísimo precipicio, y hecho retroceder las cataratas al lugar en que hoy se hallan y lentamente van abandonando.

Por la lentitud con que vá destruyéndose el borde actual del abismo, calculan el transcurso de tiempo que habrá sido necesario para hacer igual operacion en el espacio de 7 millas sobre el fondo de la misma materia. Despues de Grand-Irland se encuentra New-Island, y pasada esta, como á 2 millas de las cataratas, acaba la navegacion de la parte superior del Niágara, porque la corriente es ya tan violenta, que ningun barco estaria seguro si se aventurase hasta mas allá.

Sin embargo, al principio no se vé ninguna señal de esta aceleracion. Ni se oye ruido, ni cuando está tranquila la atmósfera se vé en el rio movimiento alguno. Al contrario, aparece terso como un espejo, y estaria uno tentado á bañarse en sus cristales pérfidos, si algunas ramas de árboles no avisaran el peligro por la velocidad con que pasan arrebatadas de aquel torrente irresistible, imperturbable, como el órden eterno de los destinos.

Pero se encuentra Goat-Island á la mitad del rio, y lo divide en dos brazos. Aquí el lecho se torna desigual y áspero, y las aguas se precipitan bramando entre los peñascos cortados á manera de escalones, y los cubren de espuma con un estruendo y violencia superiores á todo encarecimiento. Estos rápidos duran como media milla, y se calcula que en ellos baja el rio 80 pies; pero lo que mas me maravilló fué ver que al acercarse las olas al precipicio, toman una direccion oblicua al declive, y chocan unas con otras, como si quisieran evitar la fatalidad irresistible que las impele, hasta que vencidas al fin, se dispersan en el abismo, tronando hondamente y lanzando á los aires columnas inmensas de vapores, entre los cuales resplandece el iris con los mas vivos colores.

Por el rudo bosquejo que acompaña á esta carta, conocerás mejor que por la mas menuda descripcion, la forma de las cataratas y sus inmediaciones. La altura perpendicular de la del Oeste ó inglesa, es de 150 pies, y la del Este ó americana, 1.100, que con 980 que tiene el frente de Goat-Island, hacen una anchura de mas de 4.000 pies en el espacio ocupado por las cataratas. En la americana y los bordes de la inglesa, el agua deshecha por la fuerza de la caida, baja en largos lienzos de espuma; pero en la seccion del círculo que forma el centro de la última, como que se suspende una bóveda inmensa de cristal verdoso, cuya base se confunde en la nube de vapores que levanta en golpe en el fondo del precipicio. Lo que mas me admiró, fué ver que en esta parte, en vez de despeñarse las aguas con violencia, descendian con magestuosa lentitud, como si se sostuvieran unos á otros los torrentes acumulados del borde al fondo del abismo.

Siempre que hay sol se ven los colores prismáticos dispersos aquí y allí sobre las cataratas; pero cuando el aire está sereno, y el sol en ciertas porciones, se vé completamente el arco iris, como lo he visto yo dos mañanas, empezar en el fondo de la catarata inglesa, y acabar á mis pies al borde de la americana, encerrando bajo de sí, toda esta magnífica escena.

Se disputa mucho sobre cuál es la mejor vista que hay de las cataratas. Yo prefiero la de Table-Rock al lado canadiense. Al pié de cualquiera de las cataratas, se encuentra uno mas aislado, puede apreciar mejor el volúmen tremendo de agua que se despeña, y se siente incomparablemente mas la fuerza de su trueno; pero es tal la agitacion de los vapores que no puede verse mas que una de la escena. Yo al pié de la catarata americana, nunca pude distinguir nada de la inglesa, aunque el sol brillaba sin nubes, y hacia resplandecer las aguas despeñadas como una lluvia de diamantes; solo de cuando en cuando vi confusamente los árboles que bamboleaban en la cima de Goat-Island.

Los rápidos objetos, quizá son tan dignos de admiracion como las cataratas. Las olas del Océano azotadas de las tempestades, apenas dan una idea del tremendo error de los rápidos del Niágara; sin embargo el general Porter ha echado un puente sobre ellos, entre Goat-Island y la orilla americana Bat-Island, que contiene una casa de baños, refrescos y villar, y divide en dos el puente. Mas de una vez me he parado sobre él, he mirado abajo el furor de las ondas, se me ha trastornado la cabeza, y apenas he podido comprender como subí. Entre los rápidos hay algunas islitas, jamás holladas de pies humanos, socavadas por debajo por el continuo impulso de la corriente, y no será estraño que desquiciadas al fin, vayan á parar con todos sus árboles al fondo del abismo.

Pasé á Goat-Island, y la bajé toda para obtener diferentes vistas de las cataratas y los rápidos. En otro tiempo ponian las águilas sus nidos en ella creyéndose en absoluta seguridad; pero se han retirado desde que la mano atrevida del hombre ha abierto una comunicacion, que pareceria imposible si no se viese realizada. Lo que hallé fué un sinnúmero de palomas torcaces que me hicieron echar menos la famosa escopeta que tantos sustos dió á las cotorras de Jesus María.

Despues de haber errado en los bosques eriales de Goat-Island, me senté al borde de la catarata inglesa, y mirando fijamente la caida de las aguas y la subida de los vapores, me abandoné libremente á mis meditaciones. Yo no sé que analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecia ver en aquel torrente la imágen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Así como los rápidos del Niágara hierve mi corazon en pos de la perfeccion ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo á temerlo, no son mas que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?

Allí escribí apresuradamente los versos que te incluyo, y que solo espresan débilmente una parte de mis sensaciones (1). ¡Cuántas

(1) Estos versos son la magnífica oda del Niágara, que se halla en la coleccion de sus poesías.

cavilaciones sublimes y profundas puede escitar aquella situacion en una alma serena y tranquila! ¡Qué campo á la imaginacion de fuego del entusiasmo religioso! ¿Quién, á despecho de todas las demostraciones de la física, no creerá que la mano que por tantos siglos ha alimentado la fuente de aquella masa espantosa de agua dulce, alzó el Occéano á la cima de los Andes, cuando un diluvio universal sepultó la tierra? Dios que se mira en el mar, y habla en medio de las tempestades, puso tambien sus manos en los desiertos del Norte de América, y en el Niágara grande y sublime como los truenos, y el Occéano dejó una huella profunda de su omnipotencia. ¿Veis esas columnas de vapores, que alzándose con un movimiento espantoso de rotacion van á confundirse con las nubes brillantes del estio que pasan con lentitud sobre este teatro maravilloso? Así suben al señor las preces de los hombres justos, que en su fervor sagrado unen la tierra con el cielo. ¿Veis cómo rasplandece el íris gloriosamente sobre ese abismo insondable y tenebroso? Así brilla la luz de la inmortalidad que la esperanza y la religion encienden sobre las tinieblas del sepulcro.

Al otro dia continué mis paseos. En la barranca perpendicular del lado americano hay una escalera de tablas para bajar al pié de la catarata: bajé por ella, y té aseguro que á la mitad de la distancia miré arriba y abajo y me sentí herido del mas profundo terror. Ademas, el rocio de la catarata que se levantaba con furia, me venia arriba como una fuerte lluvizna y me incomodaba sobremanera.

Atravesé en un bote el lado canadiense, y subí por otra escalera hasta el lugar llamado Table-Rock, que verás marcado en el bosquejo. Es una gran meseta de piedra, que se estiende horizontalmente como 40 ó 50 pies sobre el precipicio. Desde allí podia apreciarse la anchura de la catarata americana, la cantidad ó grandeza de los peñascos amontonados en fila á su pié, como trofeos de furor, la altura del frente precipitoso de Goat-Island, que cortado perpendicularmente como una muralla, divide las aguas, la estension y furia de los rápidos, y en fin toda la grandeza de la catarata inglesa. La imágen de Chateaubriand es tan verdadera como bella: «no parece rio sino un mar, cuyos torrentes se agolpan á la anchurosa boca de un abismo.»

Hace algunos años que se derribó un pedazo del precipicio que seguia Table-Rock, y este por su forma, y las anchas grietas que le ha abierto la filtracion de las aguas, no está muy lejos de igual suerte. Se necesita un poco de nervio para acercarse á su borde y mirar desde allí el golpe de la catarata que cae debajo. Yo aunque con recelo lo hice, y solo vi confusion y vaporosa oscuridad.

Seguí la orilla en el rio hácia arriba, y subí á una posada magnífica, llamada el pabellon, desde cuyos balcones se obtiene una vista muy estensa de las cataratas, los rápidos, y la parte superior del rio hasta New-Island, con todos los campos vecinos. Empero es preferible la de Table-Rock para los que gusten de emociones mas fuertes y solemnes.

Al volver por la orilla del rio, alcancé á ver un bote que habia salido de New-Island y se dirigia á la orilla canadiense. Le encaré un anteojo, y vi un hombre solo, que se esforzaba en luchar con la corriente que le llevaba hácia el rápido con una velocidad espantosa. Si desmayaba un momento, su pérdida era inevitable. Seguí sus movimientos con una estrema ansiedad, y no creo que él sufriria la mitad de las angustias que me hizo padecer hasta que aportó á la orilla, poco mas arriba de los rápidos.

Contáronme que un indio dormia en su canoa atado á un árbol en la parte superior del rio, y que algun malvado la desató al pasar. El sin embargo, solo despertó al rugir tremendo de los rápidos. Lleno de horror hizo algunos esfuerzos para llegar á la orilla; pero viendo su inutilidad, abandonó el remo, se cubrió la cabeza con su manta y se abandonó á su espantoso destino!.... ¡Oh! ¿Qué poeta podria espresar los sentimientos del infeliz en los fugaces instantes que precedieron á su aniquilacion?

Volví á Table-Rock, y bajé la escalera que conduce al borde del rio. De allí me adelanté hácia el pié de la gran catarata, resuelto á llegar á él. Empero el estruendo, el rocio que me inundaba, el sentir las piedras deslizarse bajo mis pies, al ver que nadie me seguia y la especie de temblor que causa el Niágara á cuanto le rodea, me hicieron renunciar á mi proyecto. Paréme, y eché una ojeada sobre su terrible y magnífica escena, que sin duda no olvidaré jamás. Aquel mar, desenvolviéndose en lienzos brillantes de espuma y nieve, se despeñaba á pocos pasos de mí, asordando mis oidos con su estruendo. El borde de la catarata se estiende horizontalmente como el Table-Rock, de que es una continuacion; y el vasto lienzo de agua tendida delante, deja suficiente lugar para que se entre por aquella especie de galeria, que es el verdadero palacio del Niágara. Muchos han entrado y hacen maravillosas relaciones; pero yo no quise imitarlos. Por mas que digan no puede haber seguridad donde un paso en falso, que es facilísimo en aquella oscuridad, ó resbalon entre tanta piedra cubierta de muzgo, conduce al curioso á una muerte instantánea, inevitable.

Es indescriptible la impresion que me hacia el estruendo de la catarata repetido en el hueco de aquellos peñascos informes. Quien solo lo ha oido desde arriba, apenas tiene una idea. En vano se han esforzado á espresarla sus admiradores. Los cañonazos, los truenos, solo son un momentáneo estallido para poder compararse con aquel fragor tremendo, invariable, eterno, que en vano quiere figurarse la imaginacion del que no ha estado al pié de la catarata del Niágara. Antes de echar la última mirada sobre las maravillas que tenia delante, arranqué un pedazo de una piedra cargada de hermosas cristalizaciones y volví á atravesar el rio.

Desde su mitad debe obtenerse una espléndida vista de las cataratas en los dias serenos; pero yo tuve la desgracia de que me tocase uno oscuro y tempestuoso. Hé aquí la descripcion del viaje Howinson que visitó el Niágara y el lago de las mil islas con todo el entusiasmo de un poeta.

«En medio del rio..... Hallábame en medio del area comprendida en el semicírculo de las cataratas, que es de mas de 3,000 pies, y flotaba en la superficie de un golfo enfurecido, sin fondo..... precipicios magestuosos, arcos iris espléndidos, árboles altísimos y columnas de rocío, eran las decoraciones de aquel teatro de maravillas, mientras un sol resplandeciente esparcia refulgente gloria sobre toda la escena. Rodeado de nubes de vapor, y lleno de confusion y temor por el fiero estruendo, miré hácia abajo, y á la altura de 150 pies, vi torrentes vastos, densos terribles y estupendos, que se quebrantaban furiosamente sobre el precipicio, y rodaban de él sonidos fuertísimos, semejantes á descargas de artillería ó esplosiones volcánicas, que se distinguian entre el tumulto de las aguas y aumentaban el horror del abismo de que salian. El sol mirando magestuosamente por entre los vapores que se elevaban, estaba rodeado de un círculo radioso, en tanto que fragmentos del iris flotaban por do quiera y se desvanecia momentáneamente para dar lugar á otros mas brillantes. Miré atras, y vi el Niágara, tranquilo otra vez, recorrer magestuosamente por entre los precipicios que lo encierran, y recibir gotas de rocio por los árboles que se encorvan sobre su seno trasparente. Una brisa ligera rizaba sus aguas, y pájaros hermosos revoloteaban sobre él, como para felicitarlo por su salida de aquellas nubes de rocio, que son los iris y truenos con los anuncios de su despeño en el abismo de la catarata.»

Hasta aquí Howinson. Yo no pude gozar de la brillantez de la escena, porque, como dije, pasé el rio en un dia oscuro y tempestuoso. El cielo estaba enteramente cubierto de nubes tan espesas, que ni aun se distinguia el paraje donde estaba el sol. El viento de la tempestad, rugiendo entre aquellas cavernas, revolvia con tal furia alrededor de mí el rocio de la catarata, que entre sus torbellinos apenas me dejaba ver los precipicios altísimos y las grandes masas de agua despeñadas desde la cumbre. Empero aquella misma confusion y la lúgubre sombra del cielo, daban su peculiar sublimidad al espectáculo. De cuando en cuando calmaba un poco el viento y podian verse las nubes negras que pasaban volando sobre el precipicio, y desde abajo parecian tocar á los torrentes y desatarlos de su seno tenebroso. Pareciame que veia á Dios indignado abriendo otra vez sobre el mundo criminal las cataratas del cielo.

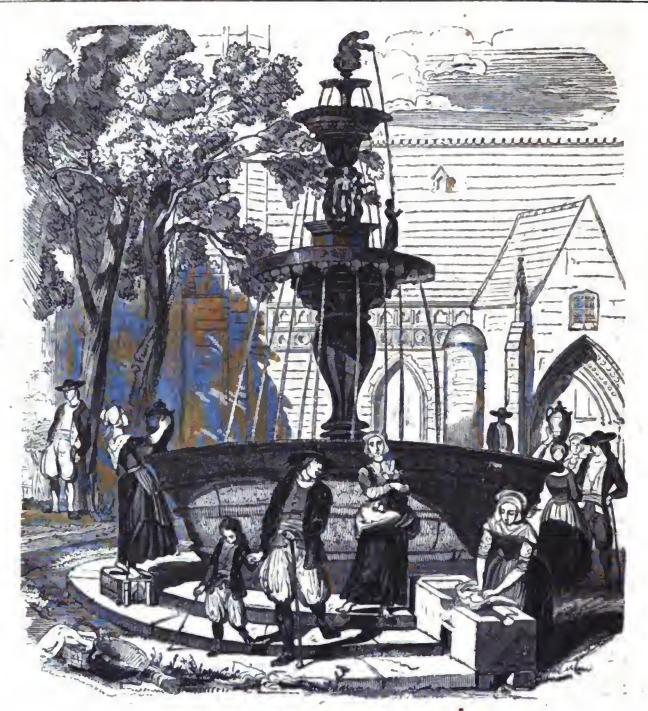
Hasta una larga distancia de las cataratas, está la superficie del agua cubierta de espuma, que con su estraordinaria consistencia, mas bien que de rio, le dá el aspecto de un campo cubierto de nieve, agitado por las tempestades invariables.

Me pesaba apartarme de aquel lugar; y antes de retirarme volví al borde de la catarata americana. La estuve contemplando un rato; y al irme, apenas me aparté de la piedra en que habia estado parado, la ví desprenderse y rodar al abismo con solo el leve impulso que al levantarse le dieron mis pies. Aquella piedra, sobre la cual me habia creido seguro algunos segundos antes, estaba ya donde no volverian á hollarla pies humanos: enfrióse un poco mi insaciable curiosidad: subí la escalera con mas que regular cuidado, y me retiré á descansar de las fatigas del dia.

José María HEREDIA.

LA FUENTE DE SAN JUAN DEL DEDO.

San Juan del Dedo está situado en el distrito de Morlaix, departamento del cabo de Finisterre, en Francia. La iglesia, que es una obra maestra por su esbeltez, está dominada por un hermoso cam-



(Fuente de S. Juan del Dedo.)

panario cubierto de zing. Hé aquí la leyenda del Dedo de S. Juan:

Cuando se quemaba su cuerpo en Samaria, una lluvia milagrosa apagó la pira y permitió sustraer un dedo, que fué enviado al patriarca de Jerusalen. Tecta, vírgen normanda, le trasportó á su patria. Un jóven breton de Plougasnou hízose tan vivamente devoto de esta reliquia, que quiso arrebatarla; el dedo le eximió de este hurto, yendo él mismo á colocarse en su mano entre la epidermis y la carne, y el breton, que se habia dormido, se encontró transportado milagrosamente á su parroquia. Allí el mismo dedo milagroso se desprendió y fué á colocarse en el altar. El duque de Bretaña, sabedor del milagro, hizo edificar la iglesia actual de S. Juan del Dedo, cuya primera piedra se puso el año de 1440, y cuyo edificio se concluyó en el 1513 por las liberalidades de la reina Ana.

Esta princesa, que padecia enfermedad de ojos, quiso un dia que le llevasen la reliquia para ponerla en contacto con el órgano enfermo, pero el dedo mismo milagroso volvió de nuevo á su sitio. Aconteció lo mismo cuando los ingleses lo arrebataron en el año 1450.

Un cáliz de plata sobredorada, regalado por la reina Ana, existe aun en el tesoro de la iglesia de S. Juan del Dedo. Este cáliz tiene trece pulgadas de elevacion; su copa tiene cinco pulgadas, seis líneas de diámetro. En esta base hay ramos sostenidos por un ángel. La copa está adornada por ocho medallones que representan á los Apóstoles, en esmalte. En la patena hay un niño Jesús, á cuyos lados la Virgen y S. José están en adoracion. Dos pastores atentos bajo un arco abovedado contemplan aquella escena. Este lindo trozo está esmaltado sobre un fondo de color rogizo. Un retrato, sin duda el de uno de los maridos de la reina Ana, se ve en relieve sobre esta patena.

Un manantial que existia contiguo á la iglesia de S. Juan del Dedo habia adquirido, segun se decia, una parte de las virtudes milagrosas de la misma reliquia. Los peregrinos concurrian en gran número, y concurren aun para curarse por medio de esta agua que, como el dedo de S. Juan, es sobre todo escelente para las enfermedades de los ojos. Háse erigido sobre el manantial la hermosa fuente que representa nuestro grabado. Está construida de piedra de Kersanton y de cing. Tres recipientes sobrepuestos y decorados de cabezas de ángeles están dominados por una estátua que representa á S. Juan Bautista. Nunca se podrá alabar suficientemente la belleza de este monumento, cuyos pormenores aparecen á través de una lluvia de agua cristalina que cae á manera de cascada en tres pilones.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

(Continuacion.)

El tiempo, aunque con frecuencia borrascoso durante el paso del junco á América, no fué nada malo, comparado con la continua série de tempestades que sufrió en su viage desde aquellas regiones á Inglaterra. En esta ocasion la Sra. Hellett iba de pasagera, y sufrió los mismos disgustos y azares que la tripulacion, y manifestó mas



希生廣東老爺

valor y serenidad en el peligro que muchos hombres. El asiento del diario correspondiente al 25 de febrero de 1848 refiere que la ráfaga que habia sido fuerte durante la mañana, aumentó tanto á la 1 de la mañana, que hubo que coger dos rizos al trinquete. A las 3 habia una ráfaga muy fuerte, y se arrió el trinquete. Durante este temporal se perdieron los cables del timon. Una tormenta mayor aun, ocurrió tres dias despues.

Hemos mencionado estas circunstancias para demostrar las cualidades del *Keying* como embarcacion marinera, porque muchos opinaron, tanto en Inglaterra como en China, que no podria atravesar nunca los mares borrascosos que tendria que hallar necesariamente.

El 15 de marzo echó el ancla en las aguas de Jersey, donde se atrevieron á aventurarse fuera del puerto. El 25 de marzo salió de Jersey remolcado por el buque de vapor «Monarca,» y llegó el 28 cerca de Gravesend.

Un personage muy interesante á bordo del junco es *Hesing*, un mandarin de quinta, cuyo distintivo es un boton de cristal en la cúspide de su gorro. Tiene 46 años, y es inteligente, amable y caballeresco. Durante el viaje aprendió un poco de inglés; pero el acento y estilo chino que dá á aquel idioma, asi como la dificultad que esperimenta al pronunciarle, hacen muy dificultoso el entenderle, aunque él lo desea con mucha vehemencia. El capitan Kellett le enseñó á escribir su nombre con caracteres ingleses, con lo cual estaba sumamente vanidoso. Nosotros conservamos entre otros objetos que nos ofreció cuando le visitamos, un ejemplar de su retrato (del cual es copia fiel el que representa el grabado) en el que escribió nuestro apellido con caracteres chinos primero y europeos despues, sin que fueran obstáculo para él las letras y terminaciones duras á la pronunciacion que le componen. Como acontece á todos los chinos que han recibido cierta educacion, escribe su propio idioma con suma perfeccion y elegancia. Es natural de Canton, y hasta la época de su navegacion no se habia apartado arriba de 10 millas de aquella ciudad. Sus amigos trataron de disuadirle por todos los medios posibles de que hiciera el viaje, diciéndole por último que el *Keying* se iria á pique en alta mar, ó naufragaria antes de doblar el cabo de Buena Esperanza. Cuando supo que habia pasado dicho cabo, se manifestó muy complacido y dijo: «aquel hombre en China no decia la verdad; aseguró que me ahogaria antes de pasar el cabo. He pasado el cabo y estoy vivo.» La inscripcion que hay en caracteres chinos al pié del retrato significa: CANTON: MANDARIN HESING.

Los juncos chinos son de varios tamaños; la mayor parte de ellos están dedicados á los rios y numerosos canales que interceptan cada parte del celeste imperio. Los vapores tienen unas 1000 toneladas; el *Keying* es del segundo tamaño. Los chinos hacen raras veces viajes largos, pues aunque hace muchos siglos que están acostumbrados al uso de la brújula, pocas veces pierden de vista la costa. Dos juncos van á Calcuta cada año; pero en este caso, asi como en su comercio de Singapore y Batavia, emplean capitanes estrangeros, que son generalmente portugueses.

Tienen asimismo los chinos una supersticion singular, y es que pintando un ojo grande á cada lado de la proa, puede el buque de este modo ver su camino. Cuando se les preguntaba con que objeto lo hacian, contestaban:—Tiene ojo, puede ver; no tiene ojo, no puede ver.» En el dia de cualquiera de sus festividades religiosas, adornan los ojos con tiras de trapo encarnado.

El *Keying*, llamado así en obsequio del comisionado chino en Canton, está construido enteramente de *Teak* (1), y se cree que ten-

(1) Especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales.

ga ya 100 años. Esto parece muy probable, puesto que un individuo de su tripulacion anterior habia navegado ya anteriormente en este junco mas de 50 años. Su longitud mayor es de 150 pies; anchura entre los baos, 25 y medio pies; ondura de la bodega, 12 pies; altura de la popa sobre el agua, 38 pies, altura de la proa 30 pies.

El medio de construccion es muy particular: en lugar de poner primero las cuadernas y ligazones, como se hace en Europa, son los únicos que se colocan, y el buque se pone junto primero, sosteniéndole con clavos inmensos. El último procedimiento es embonar y empalmar las cubiertas. Dos baos inmensos ó dos cadenas se ponen entonces debajo, delante y detrás, para sostener los otros baos en sus sitios. Las cuadernas de la cubierta son un arco, y se erige encima una plataforma que la proteje del sol y demas injurias del tiempo. Las costuras de los tablones son calafateadas con hilachos de redes de pescar, viejas, ó con astillas de bambú, y embreadas despues con una argamasa llamada *chicam*, compuesta de conchas de ostra quemadas en cal, con una mistura de madera de bambú fino machacado con un aceite vegetal estraido de una clase de nuez que hay en el pais. Cuando esta composicion se seca se pone escesivamente dura, no se deshace nunca, y las pinturas, aseguradas de este modo, están perfectamente seguras y no dan entrada al agua.

Toda la obra del buque es completamente sólida, cuando se encuentran los árboles del tamaño necesario, los cortan, los despojan de la corteza, los sierran en la longitud conveniente, sin cuadrar los costados si no dejándolos tal cual han nacido. No se usa ningun medio artificial para ninguna de las ligazones de las cuadernas; se encuentra un arbol ó una rama de él con la curvatura requerida, y se emplea para el objeto deseado.

Alegan los chinos para justificar su conducta en este concepto, que no pueden hallar razon alguna para emplear ó buscar y elaborar á mano y con escrupuloso cuidado las piezas para un sitio en que no es necesario esto; y que es absurdo hacer los puentes de la bodega muy finos y pulidos, cuando solo se han de poner allí efectos ó lastre: y que las cuadernas de los costados ó la cubierta, si es un junco de guerra, son bastante buenas para recibir los tiros, sin que sea necesario gastar mucho tiempo en labrarlas.

Aun el trabajo del interior de la cámara es de la peor clase, y forma un contraste singular con la belleza de los adornos y el trabajo y gracia de ellos. Esta diferencia se puede conocer perfectamente en el salon de *Keying*. Los chinos, en todas sus cosas, parecen hacer una distincion marcada entre lo que ha de ser objeto de lujo, y los objetos de uso. A tal estremo llevan esta idea, que hasta sus puertas carecen de quicios estando reemplazados con una especie de muesca.

Es una circunstancia particular, y que requiere verlo para creerlo, que no hay en la construccion, aparejos ni adornos de un junco chino ni una sola cosa que se parezca siquiera á lo que vemos á bordo de los buques europeos.

Cada cosa es diferente: el modo de construirle, la falta de quilla, bauprés y obenques, los materiales empleados, los mástiles, las velas, las vergas, el timon, la brújula, el áncora, todo es distinto de lo europeo. No es menor la diferencia que hay entre los marineros chinos y los de Europa. Todos son hombres, y los respectivos buques que tripulan están destinados á surcar los mares; pero este es el único punto de contacto que tienen: aqui comienza y concluye toda su semejanza. Millares de años habrán transcurrido quizas desde que se botó al agua el primer junco, y todavía, si pudiéramos verle, hallaríamos en los de ahora exactamente el mismo aspecto, diferenciándose tan solo quizás en el tamaño. Centenares de buques europeos, con toda su elegancia de formas, belleza y esbeltez de aparejos han estado constantemente ante la vista de los chinos, sin que hayan manifestado éstos reconocer la inferioridad de sus buques, ni deseos de imitar los nuestros. La irreducible prevencion, el innato y escesivo desprecio á todo lo que es estrangero, son obstáculos poderosos que estorvan todo progreso. A tal estremo llega esta preocupacion, que si se hace un junco chino apartándose en lo mas mínimo de las reglas antiguas y establecidas, se le carga con un nuevo gravámen, por decreto del emperador, considerándole como si fuera construccion estrangera. Quizá el continuo roce con los ingleses y con otras naciones efectúe dentro de algun tiempo cierta variacion en los hábitos y costumbres de este pueblo singular, y probablemente llegaremos á ver en sus buques notable semejanza con los nuestros.

COCINA.

Al saltar á bordo del *Keying*, lo primero que se encuentra es el *fogon ó cocina*, tan diferente en todos conceptos de las que se usan en nuestros buques, y hasta colocada de tan distinto modo. La parte inferior está construida de ladrillos, y los dos agujeros cuadrados que hay en su frente son para el fuego. Enfrente de estos dos hornillos hay dos pilones llenos de agua, dispuestos de tal manera que cualquier combustible encendido que salga de aquellos se apaga en seguida en el agua que contienen estos. El combustible que usan es de leña. Mirando al interior del fogon, se ven dos cazuelas de hierro rodeadas con tejas encarnadas; éstas están colocadas encima del fuego. Una de ellas se halla cubierta con una especie de medio casco; esta cazuela se emplea para cocer las raices, siendo la cubierta para impedir que al cocer el agua se evapore, lo cual hace que las raices salgan divinamente condimentadas; impide asimismo la cubierta que se vuelque el contenido de la cazuela cuando el buque tiene mucho movimiento. La otra cazuela la emplean para freir pescado, carne, etc. Las raices y los pescados son los principales alimentos que gastan los chinos. La cantidad diaria de raices para cada individuo es de unas tres libras. El labado de los platos, etc., se efectúa en un tablado que hay á la parte de afuera de la cocina, de modo que tienen siempre la loza en un estado de perfecta limpieza. A la izquierda, y muy inmediato á la cocina, hay un algibe construido de madera, que está pintado por fuera imitando al ladrillo, capaz de contener 27,000 cuartillos.

El curioso pasará entonces á la entrada dorada y cubierta de molduras del SALON ó cámara principal, protejida por una especie de claraboya, cuyos costados están formados con la preparacion de las conchas de ostras empleadas tan comunmente en China en lugar del vidrio, siendo este muy caro para los usos comunes. Tiene 30 pies de larga, 25 de ancha, y 11 de alta.

Del techo cuelgan muestras de algunas de las diferentes clases de LINTERNAS en cuya frabicacion son tan hábiles los chinos. Las hay de diferentes formas y tamaños, y los materiales de que se componen son muy variados. Asta, vidrio, seda y papel se usan indistintamente en su construccion, y algunas veces una obra de malla, de seda fina, está cubierta con una capa de barniz capaz de encerrar y transmitir la luz al esterior. Los bastidores ó marcos están cincelados y dorados de una manera espléndida, mientras que la cubierta transparente está bordada ó pintada, según el material de que se componga, representando paisages verdaderos ó ideales, ó figuras de flores ó animales existentes ó fabulosos.

De todas las particularidades que tiene esta nacion singular, no hay ninguna tan notablemente distintiva como su parcialidad escesiva por las lámparas y linternas. Cada calle, iglesia, casa, y barco, las tiene con abundancia, y despues de entrada la noche, seria tan estraordinario encontrar á un chino sin su linterna como sin la cola que forman con su pelo en la parte posterior de la cabeza. Hay una razon poderosa para esto, y es, que si se encuentra en las calles despues de la queda á un chino que no lleve su linterna encendida, con espresion del nombre y sitio en que vive, está sujeto á que le arresten los funcionarios de policía. A tal estremo llevan esta costumbre, que cuando una de las baterias que habian hecho fuego sobre el buque inglés «Alcestes» á su paso por la Boga, fué destruida por una andanada de dicho buque, y huyeron los artilleros chinos que la servian en el mayor desórden, en vez de procurar escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, cada soldado cogió su linterna y escaló las escabrosidades que habia detrás del fuerte. Los grandes globos luminosos y pintados que elevaban, formaron escelentes punterias para los marinos ingleses que querian hacerles fuego á los chinos que se retiraban, olvidando todo el temor de las consecuencias que habia de producirles necesariamente en aquella ocasion la práctica de su singular costumbre nocturna.

Las paredes y el cielo del salon son de fondo amarillo, y estan cubiertas de pinturas que representan flores, follage, frutas, insectos, pájaros, monos, perros y gatos. Esto, así como los demas adornos del buque, está pintado por un chino natural de Canton, llamado Sam-sing, que está á bordo del junco, y que dejó su pais y su familia para acompañar el «*Keying*» donde quiera que vaya, con el objeto de ejecutar otras pinturas, ó retocar y dorar cuanto sea necesario. Es digno de mencionarse tambien aqui un incidente que muestra la supersticiosa veneracion que tributan los chinos á sus idolos. Sam-sing es un hombre muy religioso, y muy exacto y escrupuloso, para hacer sus devociones y leer sus libros sagrados. El gran Joss, ó imágen de la divinidad que se halla en el salon, y que describimos á continuacion, perdió una parte de sus dorados; se le pidió que los reparase y dorase de nuevo el ídolo, pero se negó rotundamente á hacerlo, alegando como motivo poderoso para su negativa, que no era él de esfera ó categoría bastante elevada para aventurarse á tocar lo que para él, en su desdichada ignorancia, es cosa tan santa.

Al estremo del salon está el nicho del Yos, en el que se halla el idolo Chin-Tee, que tiene 18 brazos, con su compañero Tung-Sam y Tung-See. Una cosa parecida á este grupo forma invariablemente una parte del coronamiento de cada casa y buque de China. La escultura de este grupo es de mucho mérito; está pintado de encarna-

do y tiene profusion de dorados, y los calados están adornados con flores y hojas azules. El ídolo principal y mejor dorado está hecho de una sola pieza de madera de alcanfor, y tiene por encima un paño de seda encarnada.

El altar que hay enfrente del ídolo, donde se quemaban los perfumes, es tambien de madera de alcanfor pintado de encarnado.

El incensario para quemar maderas aromáticas y papel dorado, está colocado encima. El frente de este altar es de fondo encarnado, enriquecido con dorados y adornos de flores é insectos, y los dragones imperiales con las llamas figuradas. A cada lado hay una especie de escudo verde, en que se ven palabras Chinas, invitando á los idólatras á que eleven muchas ofrendas de oro y piedra de ágata.

CUBIERTA.

Saliendo del salon y subiendo unos cuantos escalones del alcázar, se vén colocados á los costados varas y distintivos de honor, usados en ocasiones solemnes; lanzas y picas de abordage, rodelas redondas hechas de roten ó caña; las usan muy diestramente los chinos, y son bastante fuertes y sólidas para resistir á un sablazo y aun á una bala de fusil.

Yendo hácia popa, y bajando á un puente inferior, se ven las piezas de dormir de los marineros chinos. Inmediata á esta, se halla la parte mas sorprendente del buque, el enorme timon no colgado sobre los hierros conocidos con el nombre de machos y hembras del timon, porque el buque no tiene esteriormente apoyo ninguno para él, sino colgado de dos molinetes por tres cables largos hechos de cáñamo y juncos: uno está arrollado al molinete en la última cubierta, y los otros dos rodeados á un molinete que hay en la cubierta superior, de modo que puede subirse ó bajarse con arreglo á la profundidad del agua en que navega el junco. Cuando el timon desciende en toda su estension para emprender una navegacion, cala unos 24 pies, que son 12 mas de los que cala el buque, y es gobernado en esta cubierta. Está sujeto en la popa en una especie de concha, por medio de dos cuerdas inmensas de bambú, atadas á la parte posterior de él, que corren por la parte inferior del buque, y subiendo por la serviola á la primera cubierta, están amarradas y fijas. Cuando se baja el timon á su mayor profundidad, requiere generalmente la fuerza de 15 hombres para mover su larga caña, y aun así, con la ayuda de la potencia de un aparejo de bolinear y un juego de garruchas. Sin esto, necesitaria 30 hombres. En una ocasion, corriendo el junco con una ráfaga fuerte y chubascos de granizo, un guardin de caña de 9 pulgadas de circunferencia se rompió por la mitad como una hebra de hilo. El timon permanece subido en la actualidad, y tiene montada una caña pequeña en la cubierta superior. Está hecho de palo de hierro y de otra especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales, y guarnecido de hierro; su peso es de 7 y media á 8 toneladas, y se halla perforado con romboidos.

SEGUNDA CUBIERTA.

Al subir á la cubierta inmediata, se pasa bajo un toldo hecho de conchas de ostra, semejante al de la entrada del salon; debajo cuelga un pendon, llevado delante del emperador en una de las procesiones religiosas mas solemnes; aquí se vé la cabeza del timon, con la caña pequeña, así como uno de los molinetes mencionados antes, con el cable rodeado. Enfrente hay un pedazo de madera en que están escritas estas palabras. «Plegue al cielo que las aguas del mar no pasen nunca sobre este junco.» Los marineros chinos consideraban esto como un encanto, y le cosieron dos trapos encarnados. En la parte trasera se vé el templete del Dios de los marineros, que contiene la divinidad del mar con sus dos acompañantes, provisto cada uno de una banda encarnada. Cerca de la Diosa principal hay un pedazo de madera de la primera cuaderna que se puso del *Keying*; fué llevado á uno de sus templos principales, donde le consagraron y entonces le trajeron á bordo, y le colocaron como símbolo de la totalidad del buque, bajo la proteccion de aquella deidad. Enfrente hay un bote pequeño de barro, que contiene la tierra y raices chinas sagradas, en el cual se quema el perfume, talco, etc. Hay igualmente una lámpara encendida, que estuvo ardiendo en todo el viaje, porque si se hubiese apagado habríase considerado como un mal pronóstico. A derecha é izquierda antes de entrar en el templete, hay pinturas de Sam-Sing. Una de ellas representa las abluciones del mandarin, otra una señora china en su tocador, la tercera un globo con peces dorados. En las hojas de las puertas de los camarotes hay pintadas una señora de Canton, otra de Pekin, un chino desmenuzando raices, la muy estimada flor Leichee, y un pote de flores chinas. Hay varios camarotes para pasageros, sobrecargos, etc.

CUBIERTA TERCERA Ó DE POPA.

Al subir á esta cubierta se halla uno á 38 pies sobre el nivel del agua. Aquí se disfruta la mejor vista del buque, y se vé tambien el otro molinete que sirve para subir y bajar el timon, y el palo de mesana, que tiene unos 50 pies de largo, y está puesto en un costado, para dejar maniobrar la caña del timon, cuando navega en poca agua.

CUBIERTA MAYOR.

Bajando ahora y pasando por la cocina, se llega al PALO MAYOR, que tiene 35 pies de largo y 10 de circunferencia en su pie; es tal cual nació el arbol, sin mas diferencia que haberle quitado la corteza. No es perfectamente recto; pero esto que seria considerado entre nosotros como un defecto, no lo es para los chinos, que prefieren un mastil que tiene una comba al que carezca de ella, creyendo que asi tiene mas fuerza, y es evidente la buena calidad del árbol. Este palo está rodeado de aros, á consecuencia de haberse rajado cuando le estaban curando. El procedimiento que usan los chinos para esto, consiste en enterrar el arbol en un terreno pantanoso, con lo que dicen que se hace la madera tan fuerte como si fuera hierro. Los mandarines que navegaron en este junco á Cochin-China, apreciaban mucho el buque por la comba del palo que hemos mencionado. El mastil no se introduce en el casco arriba de 4 pies, porque el *Keying* no tiene sobrequilla, pero está fuertemente sujeto entre dos pedazos de madera. No tiene estais ni obenques. Las vergas mayores son de una madera muy fuerte, y lo mismo que el mastil, no tienen mas preparacion que haberlas despojado de la corteza. La verga superior tiene 75 pies de larga y la inferior 60.

Las velas están hechas de un tejido tupido de tela mas sútil que el cañamazo, que coje el viento mucho mejor, que rara vez se rompe pues nunca la sacude el viento con fuerza. Estas velas duran mucho tiempo si se tiene cuidado con ellas. La vela mayor de *Keying*, pesa 9 toneladas, y cubre una superficie de 1100 varas. Una mole de tal peso requiere mucha potencia para izarla: para hacerlo á bordo del *Keying*, eran necesarios 40 hombres con la ayuda del cabrestante: sin este, necesitaríanse 80 hombres. Estas velas enormes, que no pueden ser izadas sin tal colosal potencia, producen frecuentemente consecuencias sérias y fatales. No hace mucho tiempo que un junco grande, de 1000 toneladas, fué arrojado á la costa y naufragó porque la tripulacion de una falúa de guerra unida á la del junco no pudo izar la vela mayor.

Estas velas cuelgan de 4 cuerdas largas, y están estendidas en una verga de bambú, teniendo rizos hechos á distancia que varian desde dos á cuatro pies. Cada bambú está asegurado al mastil, al que sujeta por todas partes de arriba abajo, dándole doble fuerza. La vela mayor del *Keying* tiene 18 rizos. Se hizo por medio de dos solas cuerdas, y con la ayuda de molinetes. Las velas se rizan bajándolas, y esta peculiaridad hace innecesario el mandar gente arriba, de modo que en la noche mas oscura y con el peor tiempo, los cuatro hombres que se hallaban constantemente de cuarto sobre cubierta, podian hacer esta maniobra sin pedir ayuda, y aun tres hombres solos podrian muy bien rizar las velas. Los marineros chinos, probablemente porque el aparejo de sus buques lo hace innecesario, son muy opuestos á subir á las gabias. Algunos juncos grandes llevan una mesana y una gavia de lienzo, únicas velas altas usadas entre ellos: ponen la última cuando navegan con viento contrario, y entonces la llevan tan floja que hinchada por el viento parece un globo.

La grimpola tiene la forma de un pescado fabuloso, con dos prolongaciones como las antenas de una mariposa. Forman la cola largas flámulas y gallardetes pequeños pegados al cuerpo contribuyen á darla una apariencia estrambótica. Tiene pintados algunos caracteres chinos en el cuerpo, que significan: «Buena fortuna al junco.»

(Concluirá.)

HISTORIADORES ANTIGUOS ESPAÑOLES.

Polibio y Floro dejaron escrito bastante sobre la historia de los Cartagineses.

Ambrosio de Morales, natural de Córdoba y cronista de Felipe II, escribió la guerra y dominacion de los romanos, continuando la Crónica de España por Florian de Ocampo, á quien copiaron en lo que pertenece á esta parte de nuestra historia Esteban de Garibay y el padre Juan de Mariana.

Florian de Ocampo, natural de Zamora, floreció en el siglo XV. Fué canónigo de su patria y empezó á trabajar la historia de España

de órden de Cárlos V. Don Francisco Cerdan y Rico en sus comentarios al Vosio le señalaba un distinguido lugar. Dice que fué muy instruido y versado en la lectura de los autores griegos y latinos, medallas y antigüedades, y que con el socorro de estos monumentos intentó aclarar el origen de nuestros primeros reyes y pobladores. El marqués de Mondejar alaba su estilo y método, y sobre todo las noticias topográficas de los lugares, de los pueblos y de los parages antiguos á que corresponden los modernos, aconsejando que se empiece á estudiar por él la historia de España.

Sobre el dominio de los romanos en España, tambien escribieron siguiendo el arzobispo don Rodrigo en el tratado que publicó con el título de *Ordo Romanorum*, Florian de Ocampo y Mosen Diego de Valera natural de Cuenca, Maestre-Sala y del consejo de la reina doña Isabel de Castilla, por cuya órden compuso la crónica de España abreviada.

Los sucesos acaecidos en España despues del nacimiento de Jesucristo, están relatados por Ambrosio de Morales, dando tambien noticia de los mas célebres prelados que florecieron en los primeros siglos de la iglesia.

Idacio, obispo de Lamego, Paulo Odosio, Olimpicodoro, Fosio, Próspero, Aquitánico, y especialmente San Isidoro, escribieron el reinado de los vándalos, de los suevos y de los godos.

El arzobispo don Rodrigo Jimenez de la Rada, cuya historia se conserva con el nombre de *Rebus Hispani*, aunque en los manuscritos antiguos se conocia con el de Crónica gótica, habló largamente de los godos, y en esta parte le siguieron Juan Magno, arzobispo Upsalense, Ambrosio de Morales, Garibay y el padre Mariana, á quienes critica Mondejar que empezasen á contar por principe nuestro á Ataulfo, porque murió fugitivo en Barcelona, y Walia y Sigérico que mantuvieron su corte y dominacion en Tolosa; que dieron por seguro, cuando es muy dudoso, el parentesco de los cuatro hermanos San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina con el Rey San Hermenegildo, y que hablasen de la supuesta jornada del rey Teodorico por España, y de la falsa predicacion de Mahoma que refiere el arzobispo de Tuy en la vida de San Isidoro.

Isidoro Pacense, compuso su cronicon del ingreso y conquista de los árabes, cuya obra y las de Fray Prudencio de Sandoval y del arzobispo Pedro Marco, sirvieron de base para que el padre Pedro Abarca y don José Pellicer formasen la relacion de la conquista de los árabes mejor que Luis del Mármol y Fray Jaime Bleda, el primero en la historia de Africa, y el segundo en la de los moros.

De los hechos y victorias de don Pelayo y de sus sucesores los primeros reyes de Asturias, Oviedo y Galicia, se encuentra muy poco escrito, pues el Cronicon de don Pedro III el Magno, rey de Leon, que publicó Sandoval como de Sebastian, obispo de Salamanca, es muy breve, pero sin embargo, pertenece al mismo tiempo al cronicon de Albelda, ó de san Millan que dió á luz don José Pellicer, con el nombre de Dulcidio, obispo de Salamanca.

De estos materiales y de los Cronicones de Sampiro, obispo de Astorga, de D. Pelayo, obispo de Oviedo, del de Isidoro Pacense y de algunos privilegios y documentos antiguos, formó Ambrosio de Morales el tercer tomo de su Crónica.

De los condes de Castilla escribieron Fray Gonzalo de Arredondo abad del Monasterio de S. Pedro de Arlanza, Fernan Gonzalez y Fray Juan de Arévalo.

Fray Prudencio de Sandoval, continuando la crónica de Ambrosio Morales, escribió el reinado de don Fernando, que fué el primero que se tituló rey de Castilla y de sus inmediatos sucesores. Por aquel tiempo se publicó la crónica del Moro Rasis, llena de fábulas y de faltas de cronologia, é igualmente parece supuesta la que publicó don Juan Perez, arcipreste de Sta. Justa de Toledo.

Don Antonio Nuñez de Castro continuó la crónica de Sandoval, aunque son poco seguras las noticias que dá de los reyes don Sancho el deseado y don Alonso el Noble. Dice Mondejar que el supuesto Lupian Zapata escribió con poco acierto acerca de la reina doña Berenguela, hallándose iguales defectos en las crónicas de San Fernando, su hijo, y de don Alonso el Sabio su nieto, cuyos autores se ignoran; y que tambien son poco seguras las crónicas de D. Sancho el Bravo, y de don Fernando IV que se suponen escritas por don Juan Nuñez de Villay-san. Las de don Pedro, don Enrique III, D. Juan I, están escritas por don Pedro Lopez de Ayala, chanciller mayor de Castilla.

Hernando del Pulgar, escribió el reinado de los reyes Católicos, pero su crónica no está conforme en todas sus partes con los manuscritos que se conservan.

De nuestros principales historiadores, esto es, de los que han escrito la historia general de España, solo falta hacer mencion de don Juan de Ferreras, del marqués de Mondejar y del Padre Juan de Mariana.

El doctor don Juan de Ferreras, cura de San Andrés y bibliotecario de S. M., compuso un cuerpo de historia de España, que algunos aprecian, aunque don Francisco Cerda y Rico, no le numeró entre nuestros escritores. Muchas de las noticias que refiere han sido impugnadas por el padre Fray Diego de Mecoleta en la obra titulada Ferreras contra Ferreras.

Don Gaspar Ibañez de Segovia Peralta y Mendoza, marqués de Mondejar, compuso diferentes obras históricas que son muy conocidas y apreciables, aunque su estilo no merece alabanzas.

El Padre Juan de Mariana, nació en Talavera de la Reina el año 1537; enseñó varias ciencias en Roma, Sicila, Paris y en algunas partes de España, y murió en Toledo el año de 1622. Escribió en latin la historia de España, y despues la tradujo al castellano; alcanzando esta obra únicamente hasta el año de 1516, ha sido adicionada en diferentes épocas.

Hasta aquí los que han escrito la historia general de nuestra patria; pero seria notable injusticia no hacer mencion de algunos ilustres historiadores que escribieron la de una provincia.

El Padre Pedro Abarca escribió con mucha erudicion la historia particular de Aragon; Fray Gualberto Fabricio de Bagad, publicó una crónica, y Gerónimo Zurita, aragonés, una historia de su patria.

El rey don Jaime el conquistador; compuso la crónica de sus hechos que Pedro Carbonell incorporó á la suya del rey don Pedro el Ceremonioso; esta obra escrita en lemosin ha sido vertida al castellano con singular acierto por el señor Bofarull y dada á luz en Madrid hace muy poco tiempo, ella basta á colocar á don Jaime en el número de los mejores historiadores.—Fernando de Enbot escribió la crónica de algunos reyes de Aragon y condes de Barcelona, y Ramon Montaner, compuso otra de los hechos del rey don Jaime I, y de muchos de sus descendientes.

El padre Abarca, el arzobispo Pedro de Marca, y Arnaldo Obienart; escribieron la historia de Navarra, pero se les nota el gravisimo defecto de que se equivocaron en señalar el origen de Iñigo Arista, y que fingieron varios reyes de Navarra contra el sentir del arzobispo don Rodrigo, de don Alonso el Sábio, de don Jaime el Conquistador, de don Pedro IV de Aragon, del príncipe don Cárlos de Viana y de Zurita, pues todos aseguran contestes que Iñigo Arista fué el primer rey de Navarra y de Aragon.

Garibay compuso una historia del reino de Navarra. Despues se publicó la de Torreblanca: la de Góngora, la de Andrés Tabino y la del padre José Moret.

El documento mas antiguo que se ha encontrado de los primeros condes de Barcelona, es la historia que recopiló el regente Vila. Gerónimo Pujades imprimió la tercera parte de la crónica de Cataluña, y otra igual Pedro Tomie, las cuales solo alcanzan hasta la invasion de los infieles, pero fray Francisco Diego dió mas estension á su historia.

Don Diego Hurtado de Mendoza, hombre de mucha erudicion, escribió la historia de la conquista de Granada.

Don Antonio de Solis, compuso la historia de la conquista de Méjico, obra apreciabilisima que ha sido traducida á varios idiomas.

Don Antonio de Herrera, historiógrafo de las Indias, en tiempo de Felipe II, publicó en cuatro volúmenes en folio una historia general de Indias que comprende desde el año de 1492 hasta el de 1554.

EL AMOR PROPIO.

El amor propio, dice un escritor, es como la avaricia: no deja nada en el suelo. Esta se baja para recoger el guiñapo mas despreciable; aquel se baja para alcanzar el elogio mas insignificante.

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del Semanario y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



IGLESIA DE SANTA RADEGUNDA EN POITIERS.

Santa Radegunda es una de las santas á quienes se venera con mas devocion en Poitiers; damos hoy á nuestros lectores el grabado de la iglesia que se la ha consagrado. Hé aquí la descripcion que hacia de ella Thibaudeau antes de la publicacion de su historia del Poitou.

«La iglesia, tal como hoy está, fué edificada en tiempo de Carlo Magno. Es bastante hermosa, construida en forma de cruz; las bóvedas son espaciosas; los pilares redondos y elegantes. La nave sirve de coro á las religiosas, quienes tienen en cada silla un cuadro de Flandre, pintado sobre bronce, que el príncipe de Orange envió á madama de Nassau, su hermana, que era abadesa de ella. Todos estos cuadros son piezas acabadas, y no tienen precio. La antigua iglesia subsiste aun al lado de una capilla que se llama el *Paso de Dios*. Fué edificada en el sitio en que estaba situado el cuarto que ocupaba Santa Radegunda Muéstrase en ella, en una bóveda cerrada por una reja de hierro, los restos de la muela de que se servia la Santa para moler el trigo que conceptuaba necesario para su alimento, y el de que hacia las hostias para que se consagraran. Hay tambien en ella, en el mismo sitio, un mortero, en el cual pretenden algunos que machacaba las drogas necesarias para el alivio de los pobres enfermos.

Esta capilla fué adornada por los cuidados de Ilandrina de Nassau, abadesa de Santa Cruz. Ha hecho hacer en ella ventanas magníficas. Véese allí la estátua del Salvador del mundo apareciendo á Santa Radegunda. No se dice cuál fué el motivo de esta aparicion. No fué referido apoyándose en el testimonio de una religiosa de Santa Cruz. Léese en el manuscrito ya citado la pretendida aparicion de Jesucristo á Santa Radegunda; se puede dudar sin embargo si fué esta una aparicion verdadera ó una simple vision; en la lámina que hay en la misma hoja del manuscrito, se la representa dormida.»

La abadía de Santa Cruz, fundada por Santa Radegunda, ha sido una de las mas célebres de Francia. Luis el Piadoso y sus sucesores la concedieron un número considerable de privilegios.

Léese en la *Historia del rey Clotario*, atribuida á Bouchet, que el duque de Berry, conde de Poitou, hizo abrir la tumba de Santa Radegunda, en el año de 1412. Encontróse en ella el cuerpo de la santa, cubierto, coronado y con las manos plegadas, á pesar de que hacia ochocientos veinte años, menos dos meses que habia sido colocado en ella. El duque quiso cortarla la cabeza para llevarla á Borges; pero habiendo sido heridos los trabajadores ó apoderádose de ellos en terror pánico, se contentó con tomar uno de los anillos de la santa.

Los protestantes que saquearon á Poitiers, en el año de 1562 quemaron el cuerpo de Santa Radegunda delante de la iglesia y desfiguraron sus imágenes pintadas al fresco sobre las paredes del coro alto.

Cuando Luis XIV estuvo enfermo en Calais, la reina madre, Ana de Austria, mandó hacer rogativas públicas en la iglesia de Santa Radegunda, y fundó en ella dos misas. Regaló tambien el cabildo una lámpara de plata que está encendida dia y noche delante de la tumba. Luis XIV regaló despues á esta iglesia un adorno magnífico, y ofreció el primer Delfin, su hijo á Santa Radegunda.

El príncipe de Conti, la ofreció igualmente al conde de la Marche, su hijo, nacido el 13 de agosto, festividad de Santa Radegunda. Envió un cuadro en el que está representada la princesa de Conti, ofreciendo el hijo á la Santa que aparece en una nube. Fijóse este cuadro en el pilar derecho. Por la otra parte hay una reja que encierra el retrato en miniatura del primer Delfin, hijo de Luis XIV.

Hoy dia aun, dice M. Ch. Arnoldo, continúa el mismo fervor en la tumba de Santa Radegunda. Las almas piadosas fatigadas por las desgracias de este mundo van á reposar en ella sus momentos. Los cirios encendidos arden siempre bajo las bóvedas de esta antigua basílica, en la puerta de la venerada iglesia, se agrupan mugeres que ofrecen á los peregrinos los cirios y las oraciones. La iglesia de santa Radegunda tan concurrida por la muchedumbre, es de una arquitectura notable. En la entrada se vé la arquitectura del siglo XV; es una puerta elegante, llena de bordados, de festones; es una torre cuadrada que les domina y que representa la época bizantina en toda su perfeccion. Despues cuando se entra en la iglesia, vése aparecer ante sí, primeramente la arquitectura del siglo XV y sus anchas ventanas; despues, á medida que se pasa mas adelante, una arquitectura mas antigua. Por último, al aproximarse á la cripta hundida en la roca, al llegar á la tumba decorada de follages, descuella la arquitectura del siglo XII allí el conjunto de la capilla de Santa Radegunda está lleno de elegancia y armonía.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

(Conclusion.)

Entre el palo mayor y el de proa hay dos molinetes grandes y toscos en medio de la cubierta. Su objeto es para levar las anclas: los cables están rodeados á ellos, y se les dá movimiento por medio de grandes alzaprimas metidas en los agujeros de los molinetes.

A cada lado de la cubierta, por la entrada del castillo de proa de los marineros, hay dos depósitos de agua pintados, imitando ladrillo, y de capacidad de 13,500 cuartillos cada uno. El palo de proa tiene 75 pies de altura desde la cubierta, y 30 pulgadas de diámetro; está inclinado hácia adelante, y sostenido en su parte posterior por un gran trozo de madera, y asegurado del mismo modo que el palo mayor. Un poco mas lejos, á cada costado, están las áncoras de madera; el asta de una de ellas tiene 32 pies de larga. Las lengüetas están calzadas con hierro y atadas al asta con fuertes amarras de bambú. El cepo del ancla se compone de tres piezas de madera separadas y atadas juntas con cuerdas de caña. Las lengüetas son de las mismas dimensiones que las de nuestras anclas de igual tamaño. Las áncoras chinas aguantan muy bien, y como prueba de la confianza que tienen en ellas, diremos que suelen estar sus buques anclados en sitios bastante malos con tiempo borrascoso, sin que las tripulaciones manifiesten el mas leve temor. En el costado de estribor, y á la parte de fuera del buque, hay un anclote con una sola lengüeta.

Los cables, que como todo lo que hay á bordo de este buque, merecen fijar la atencion del observador, son de bambú ó de roten. Uno de ellos, que está sujeto al áncora en el costado de estribor, es todo de bambú. El junco no tiene bitaduras, pero para suplirlas las robustas baos que cruzan la cubierta tienen anchos agujeros para las bozas. El molinete que hay en el balcon del coronamiento, usado para izar el ancla á bordo, es de madera muy fuerte, y de difícil manejo.

En el salon se ven colgados los objetos siguientes:

1.—Flauta china, llamada *seau*.

2.—Una especie de guitarra, llamada *yent-kum* ó lira de la luna aludiendo á su forma.

3.—Otra especie de guitarra, llamada *sau-heen*, y que está forrada alrededor con piel de culebra.

4.—Violin, llamado *ye-yin*; tiene solo dos cuerdas, y se toca introduciendo el arco entre ellas.

5.—El instrumento músico chino mas antiguo, así como el mas científico, está construido de una madera particular, y la edad le añade mucho valor. Hay muy pocas personas que posean la habilidad suficiente para tocarle. La madera está barnizada, y hay varios caracteres encima del barniz; tiene siete cuerdas, y los trastes son de marfil. Se llama *woo-tung*, y se toca corriendo la uña arriba y abajo por las cuerdas.

6.—Una especie de timbal, llamado *suy-koo*, de una forma semicircular, cubierto con piel de vaca, cuyos estremos están sujetos á la madera con un número considerable de clavos; está colocado en un pié, y se toca con dos palillos. Raras veces se usa sino por una clase de mendigos que se colocan enfrente de una tienda, y con el ruido inarmónico y estrepitoso que producen, obligan muy pronto á los tenderos á que les den algun dinero para que se marchen.

7.—Grandes castañuelas de madera que producen mucho ruido, pero ningun sonido músico.

8.—Un tambor, llamado *cham-koo*.

9.—Otra especie de tambor, con hilos de hierro en el interior, llamado *mun-too-koo*.

10.—Guitarra, llamada *yih-pa*, de un uso muy comun, y tocada en general, ya que no esclusivamente, por el bello sexo.

11.—Violin, cuya caja está hecha de coco.

12.—Un instrumento parecido al harmonicon, llamado *yang-kin*, los tonos, que son muy claros y melodiosos, se producen hiriendo las cuerdas con palillos de bambú.

En las cuerdas de los instrumentos usan plata y seda, reemplazando esta última materia á la tripa de gato que usamos en las nuestras.

13.—Mosquetes de rueda ó mecha.

14.—Sables dobles para desjarretar al enemigo.

15.—Idem sencillos.

16.—Idem de mandarin.

17.—Bastidores grandes y rectos, donde están inscritas, en caracteres chinos modernos, algunas de las máximas de sus filósofos, como:

«El tiempo corre como una saeta; los meses y los años como una lanzadera de tejedor.»

«La pobreza pura siempre es dichosa, al paso que la riqueza impura traerá consigo mil disgustos.»

«Como el chillido del águila se oye despues que ha pasado sobre nuestras cabezas, así el nombre de un hombre queda despues de su muerte.»—Etc.

18.—Pergaminos cubiertos de caracteres chinos antiguos.

19.—Dos pinturas muy antiguas, en relieve sobre seda.

20.—Retrato de Keying, el comisario de Canton, por un artista indígena.

21.—Fuerte cerca de Canton, en cuyas inmediaciones fondeaban los navíos ingleses de 84, por no haber mas arriba agua suficiente.

22.—Pintura á la aguada representando las hijas solteras del emperador con su ciervo favorito.

23.—Un anciano con un melocoton en la mano, rodeado por un grupo numeroso de personas entregando regalos.

24.—Ballestas y flechas. La cámara de la ballesta puede contener 24 saetas, que pueden ser disparadas de dos en dos, y con tal rapidez, que en menos de medio minuto se disparan las 24.

25.—Modelo del timon del *Keying*.

26.—Perro chino que murió en Boston.

27.—Escultura de raiz de bambú, representando pescadores con sus casacas de yerbas. Esta clase de adorno es muy apreciado entre los chinos. Cuanto mas torcidas son las raices y mas hediondas las figuritas esculpidas, mayor es la estimacion en que están.

28.—Esculturas de raices: una representa un hombre cabalgando en un venado; la otra un sacerdote.

29.—Modelo de una falúa de mandarin.

30.—Sombreros chinos comunes, hechos de bambú, usados por los soldados y gente baja.

31.—Saco chino para las cartas.

32.—Linternas suntuosamente adornadas con figuritas delicadamente trabajadas en su interior; cuando está encendida dentro la luz hace que se muevan estas figuras.

33.—Linternas de cristal con marcos de ébano.

34.—Varias linternas de seda y de papel.

35.—Sombrilla de ceremonia, de seda amarilla, con flores y mariposas bordadas.

36.—Modelo de un templo chino de ébano y vidrio.

37.—Una escultura china en mármol.

38.—Modelo de una lancha contrabandista china.

40.—Un abanico de plumas, magnífico.

EN LA CUBIERTA SUPERIOR.

Caja primera.

40.—Tetera comun, de la clase mas barata, y de coste de unos cuatro reales.
41.—Pote para contener el *samshoo* caliente que se usa para comer.
42.—Tazas pequeñas.
43.—Tazas comunes para thé.
44.—Jarras de adorno.
45.—Platos comunes.
46.—Idolos hechos de piedra de jabon.
47.—Taza de tocador, usada por las señoras para tener los aceites.
48.—Jarras para ópio.
49.—Veladores para los palitos y perfumes que se queman ante los idolos.
50.—Tazas para thé con tapas. Se usan para los thés de superior calidad, sirviendo las tapas para impedir que se evapore el aroma
51.—Juguete de niños, que cuando está lleno de agua hace salir una figurita.
52.—Un par de Idolos blancos muy antiguos, y por esto muy estimados.
53.—Figuras de jabon pintadas.
54.—Rollos redondos de thé muy añejo ensartados en un pedazo de bambú. Se usan como medicamento, y son apreciados por su mayor ó menor número de años.
55.—Copa con tapa y plato para vino, usada solo en las grandes ceremonias por los individuos de la mas esclarecida nobleza.
56.—Una especie de incensario colocado delante de un Idolo, en el cual se queman maderas aromáticas.
57.—Tiesto para flores artificiales.
58.—Pié para tener las varillas y pala de bronce, usadas para colocar y arreglar las maderas que se queman.
Los tres últimos artículos se usan en el servicio del Idolo.
59.—Una figura de bronce que representa á *Chea-Con*, divinidad del tercer órden.
60.—Un par de figuras de bronce usadas como candeleros, y que sostienen las bujías en las manos.
61.—Timbales.
62.—Espejo circular de metal y pié de ébano esculpido. La parte posterior de éste está adornada con numerosas figuras, que se reflejan desde la pulida superficie en un pedazo de papel ó en una pared cuando se espone el espejo á los rayos del sol.
63.—Un pedazo de la muralla de Canton.
64.—Monedas chinas.
65.—Un par de zapatos de señora, de los que usan las de clase mas elevada.
66.—Brújula marítima, que tiene inscritos en el respaldo el nombre y residencia del constructor.
67.—Pié de ébano para adornos, con planchas de mármol.
68.—Figura esculpida, hecha de una raiz de bambú.
69.—Tarjeteros.
70.—Candados chinos.
71.—Cajas de thé medicinal de la provincia de Tockien.
72.—Zapatos y trage de una señora que fué fusilada en Amoy.
73.—Boya china de salvamento, hecha de una madera muy ligera llamada *suie-poo*.

Caja segunda.

74.—Un par de timbales: tienen caracteres chinos que espresan el nombre del constructor.
75.—Sombrero de verano de un mandarin de segundo grado.
76.—Botella comun para agua.
77.—Idolos de jabon-piedra.
78.—Jarras de adorno muy antiguas.
79.—Figuras esculpidas, hechas de la raiz de un árbol.
80.—Un par de zapatos pequeños, usados por señoras de la categoría mas elevada, como los de la caja primera.
81.—Figura de un anciano con un melocoton en la mano, hecha de una madera muy fuerte llamada *woong-yong*, de la que se hacen peines, etc.
82.—Jarra de adorno.
83.—Madera de Canton petrificada en un pié de ébano.
84.—Tazas para thé, con caracteres chinos que espresan las escelentes cualidades del thé.
85.—Sombrero de verano de un mandarin del sesto grado.
86.—Tarjeteros.
87.—Caja de thé medicinal, al que se le atribuye la virtud de curar todas las indisposiciones.
88.—Brújula pequeña sobre un pié de ébano.
89.—Timbales.
90.—Un pár de *gongs* pequeños.
91.—Servicio que contiene todos los chismes necesarios para fumar el ópio:—1.° Tubos de pipas.—2.° Pié con tres pipas.—3.° Instrumentos usados para poner el ópio preparado en el agujerito de la pipa.—4.° Recipiente de metal para las cenizas del ópio.—5.° Cuchillos para sacar el ópio quemado de la pipa.—6.° Vaso de aceite para la lámpara del ópio.—7.° Paleta para limpiar la bandeja.—8.° Pié de bronce para el pote del ópio.—9.° Varilla de acero para limpiar el bambú de la pipa de ópio.—10. Caja de bambú para los instrumentos, núm. 3.°—11. Vasija para la arena en que se limpian los instrumentos núm. 3.°—12. Jarra de ópio.
92.—Servicio de thé, con thetera, pote para vino, tazas, etc. Este servicio acompaña siempre al del ópio.
93.—Un par de zapatos de los que usan las mujeres de la clase ínfima.
94.—Un par de zapatos de los que usan las mujeres de la clase media.
95.—Sombrero de un mandarin de primer grado, usado en las grandes celebridades cuando asiste á la córte.
96.—Sombrero comun del mismo.
97.—Sombrero de un mandarin militar.
98.—Sombrero de un caballero que no tiene el rango de mandarin.
99.—Pipas de metal para tabaco: en su parte curva se coloca agua, al través de la cual pasa el humo.
100.—Chaqueton de yerbas usado por los marineros y hombres del pueblo bajo cuando llueve.
101.—Tazas para thé, compuestas con gatos ó clavos remachados, en cuyas composturas tienen mucha habilidad los chinos.

Puente.

102.—Cañones chinos llamados *gin-galls*. Las recámaras son movedizas, de modo que cuando están en una accion tienen recámaras de repuesto, y en cuanto se descarga un cañon le ponen otra.
103.—Varios distintivos de empleos.
104.—Atahud.
105.—Escudos de caña redondos para la guerra.
106.—Idem oblongos.
107.—Cañas usadas para gobernar el timon.
108.—Cachulas que se fijan á cada lado de la caña del timon despues que está montada para darla mayor fuerza.
109.—Ancoras chinas de madera.
110.—Cable de bambú.
111.—Cuerdas del timon.
112.—Picas de abordage.
113.—Cuerdas de bambú, caña y cáñamo.

EL PARAISO Y LA PERI.

Creemos interesante la publicacion de este poema del célebre Tomás Moore que forma parte de su Lala Rookh. Esta obra es una de las mas celebradas de la moderna poesía inglesa. La Peri es en la mitología india un espíritu que no goza del Eden, pero tampoco sufre la degradacion humana: son graciosos y delicados seres femeninos parecidos á las hadas, á las elfas y á las silfides; descendientes de espíritus medio caidos y desterrados del paraiso hasta que espien. La espiacion de una Peri y su reinstelacion en el Eden es el asunto de este poema que forma parte de los cuatro que componen el de Lala Rookh. Para la aclaracion del testo se han puesto varias de las notas con las que el autor ha enriquecido su obra. Para entrar en la gloria un ángel piadoso dice á la Peri que debe traer una ofrenda que satisfaga á la divinidad. La Peri trae tres, y la última, que es la lágrima de arrepentimiento de un pecador, es tan grata á la divinidad que le abre las puertas del paraiso. Este asunto cuyo espíritu es eminentemente cristiano, está vestido con todas las galas de la poesía oriental, y aunque en tales materias preferimos la sencillez de las leyendas católicas, no obsta esto á que admiremos con entusiasmo la magnífica poesía, la esquisita dulzura de esta encantadora creacion mista. Creemos que las lágrimas de arrepentimiento, el perdon de Dios, y la espiacion, son escelencias esclusivamente católicas, puesto que los protestantes no admiten la espiacion negando el purgatorio;

en el paganismo acompaña al delito, no el arrepentimiento penitente, sino la desesperacion; vemos en sus anales castigos eternos irremisibles, pero no vemos ni la misericordia ni el perdon, las Eumenides, y no los ángeles y santos intercesores;—mas esto no obsta, pensamos á que de estos sublimes móviles pueda valerse el poeta para crear tan pura, bella, ascética y poética vision como lo es su poema, *la Peri.*

Lástima que la gran profusion de nombres orientales hagan detenida su lectura, y distraigan la atencion acudiendo á leer las notas esplicativas.

Para poder dar la mas exacta idea de esta obra, nos parece el mejor medio esta traduccion estrictamente literal, aun á costa de parecer raro el lenguaje, y forzado el giro de las frases; esta traduccion no la hemos hecho, sino una persona querida y allegada que ya no existe; por lo tanto y por ser de una señora tiene sobrados titulos á la indulgencia del público que reclamamos en favor de este trabajo que no hizo la traductora para el público sino para sus hijos.

Creemos que tambien interesará una pequeña noticia sobre el poeta inglés autor de la Peri, la que hemos estractado de una alemana hecha por el profesor L. Rubens.—

FERNAN CABALLERO.

Sir Tomás Moore fué uno de los poetas contemporáneos mas apreciados y queridos en su pais: era irlandés y nació en Dublin el año 1780. Su padre, que era un comerciante muy estimado de sus conciudadanos, determinó, puesto que su fortuna se lo permitia, el dar á su hijo aquella educacion que mas se adaptase á sus gustos é inclinaciones. Samuel Whyte, que habia sido el maestro del famoso Sheridan, fué tambien maestro del jóven Moore.—Ya á los doce años trabajaba este en una traduccion en verso de Anacreonte; pero hasta que llegó á los 20 años no la publicó, llevando en lugar de prefacio una oda á Anacreonte en versos griegos.—Esta obra le valió el sobrenombre glorioso de *Anacreonte británico.*—Visitó la universidad de Dublin y tuvo la honra de ser nombrado por ella el 15 de noviembre de 1799 miembro de la sociedad científica de *Middle-Temple*. En 1801 dió á luz bajo el seudónimo de Mr. *Little*, que se puso por ser pequeño, y de formas aniñadas, el primer tomo de sus odas y canciones; fué acogido con universal beneplácito y general aprobacion.—En 1803 obtuvo una colocacion de escribiente en una oficina de las islas Bermudas.—Fué á América, pero muy luego abandonó su prosáico destino, y lleno de entusiasmo por la república americana, la visitó toda regresando á su pais con muy distintas ideas acerca de su presunta arcadia. Escribió varias epístolas y odas satíricas sobre aquel pais, repitiendo con frecuencia las palabras de Horacio: *¡miseri quibus intentata nites!*

Moore emprendió entonces una tarea á la que se sentia impulsado, y fué la de adecuar á las conocidas melodias populares testos compuestos por él, lo que obtuvo un inmenso éxito, é hizo á su autor muy popular; pero la obra maestra con la que labró un monumento á su fama fué su Lala-Rookh, (nombre que en árabe significa *megilla de tulipan*).—Es esta obra una relacion oriental; las multiplicadas ediciones que de este poema se han hecho, la aceptacion que alcanzó de todo el público ilustrado, los encomios que de él hicieron en competencia todos los periódicos crítico-literarios, atestiguan el grande é indisputable mérito de la obra. La afamada *Revista de Edimburgo*, ese alto tribunal científico y literario se espresó en estos términos sobre esa composicion: «no hay en ella, dice, una descripcion, »una comparacion, ni un rasgo histórico que pueda adaptarse á Eu»ropa; tal es la exactitud de su fisonomia y colorido oriental; nada »que no sea sacado de la naturaleza, del íntimo sentir del hombre, y »de los mas profundos y minuciosos estudios orientalistas.» Si bien estos mismos críticos hallaron prodigalidad en colores é imágenes, el autor se defendió él mismo con solo nombrar su poema *oriental*.

Sheridan solia decir de Moore que trasponia su corazon en su fantasía.—Existió un estrecho lazo de amistad entre el autor de Lala Rookh y lord Biron; basta á probarlo la dedicatoria que le hizo el autor, de Childe Haroldt, del *Corsario*, en la cual no solo enaltece á Moore como poeta, sino que pone en una brillante luz su carácter como amigo y patricio. Sabido es el testimonio de amistad y confianza que dió Lord Biron á su amigo antes de morir haciéndole depositario de sus escritos póstumos.

Entre las obras de Moore merecen señalarse: *los Amores de los Angeles;* las tres biografías de Biron de Jheridan y de Fitz-gerald; una coleccion de epístolas que dirigió el autor á los principales personages de la córte.—En prosa hay de él una novela titulada: el *Epicúreo*; unas supuestas memorias del capitan *Rookh* contra los abusos que existen en Irlanda, y sobre todas sus obras la que es para nosotros de un inmenso interés es la titulada Viages de un caballero irlandés en busca de una religion, en la cual con asombro general de sus paisanos declaró *ser la iglesia católica la única cristiana.* Hoy dia no hubiese causado esta espontánea y terminante declaracion en un hombre tan eminente, el asombro que entonces, en vista de los inmensos progresos que va haciendo en Inglaterra nuestra santa fé católica, apostólica romana, en cuyo gremio entran diariamente las personas mas distinguidas por su saber, su virtud ó su clase.—De cierto estrañará esto á los frios ó indiferentes católicos de la Península, así como asombraba á los indios el precio que ponian los españoles al oro que ellos tenian por cosa de poco valor y solo para usos comunes.—Permítasenos tan material y vulgar comparacion

LALA ROOKH.

TRADUCIDO DEL INGLES DE TOMAS MOORE.

Lala Rookh, hija de Aurungzebe, comprometida con el jóven príncipe de Bucharia, parte de Delhi acompañada del gran Nazir ó camarero del halaram y de una magnífica escolta para reunirse á su esposo. Despues de la primera novedad que hizo á la princesa la grandiosa variedad de las escenas que se le presentaban, empezaron á parecerle pesadas las horas de este largo viaje; entonces se acordaron que en el séquito que el augusto novio habia enviado para acompañar á la princesa, se hallaba un jóven poeta, muy célebre en el valle de Cachemir por su modo de recitar los cuentos del Oriente. Al nombrar un poeta, Fadladeen el camarero (que juzgaba de todo, desde el diseño de las pestañas de una bella Circasiana hasta las mas profundas cuestiones de ciencia y literatura) frunció el ceño, pero, sin embargo, mandó que viniese el poeta. Este era un jóven poco mas ó menos de la edad de Lala Rookh y hermoso como Crishna (1) el Idolo de las mugeres. Entre varios cuentos con que divierte á la princesa, traduzco á V. uno en malísima prosa.

El Paraiso y la Peri.

Desconsolada una Peri, escuchaba á la puerta del Eden las fuentes de vida derramándose como música, y cogía en sus alas la luz que se escapaba por el ardoroso y entreabierto portal. Lloraba al pensar que su raza infiel hubiese por jamás perdido aquel glorioso lugar.

—

«Cuán felices, esclamó esta hija del aire, son los santos espíritus que vaguean aquí entre las flores que nunca se marchitan ni caen! Aunque sean mios los jardines de la tierra y del mar, y aunque las mismas estrellas me ofrecen flores, un solo pimpollo del Cielo es mas hermoso que todas ellas.»

—

«Por cristalino que sea el lago del fresco Cachemir al reflejar su isla de plátanos (2), y el dulce caer de las fuentes de aquel valle; por transparentes que sean las aguas de Sing-su hlay (3) y las corrientes de oro que allí se derraman, ¡ah! solo los bienaventurados pueden decir cuánto mas brillantes son las aguas del Cielo.»

—

«¡Vé! y eleva el vuelo de estrella á estrella, de mundo á luminoso mundo, hasta dó se estiende la ardiente muralla del Universo; abraza todos los placeres de todas las esferas y multiplícalos por años infinitos; un solo minuto del Cielo los vale todos.»

El Angel custodio de las puertas de luz, la vió llorar; y como escuchase su triste cantinela, brilló una lágrima en sus párpados semejante á la espuma de la frente de Eden cuando reposa en la flor azul que, dicen los braminos, solo florece en el Paraiso.

«Ninfa de una raza culpable, aunque bella, la dijo con blandura, aun te queda una esperanza. Está escrito en el libro del destino: *La Peri que traiga á esta puerta el don mas grato al Cielo podrá ser perdonada.* Vé, búscalo y redime tu pecado—¡Dulce es dejar entrar á los perdonados!»

—

Con la rapidez que corren los cometas á los abrazos del sol; mas veloz que las estrellas incendiarias que en la noche lanzan los angeles á aquellos negros y osados espíritus que procuran ascender las imperias alturas (4), bajo la azulada bóveda, vuela la Peri; y alumbrada su derrota hácia la tierra por una centella que en aquel instante despidieron los ojos de la mañana, cernióse sobre la anchura de nuestro mundo.

(1) El Apolo indio.

(2) El Lago de Cachemir tiene muchas pequeñas islas. Una de ellas se llama Cerchenaur por estar cubierta de plátanos.

(3) El Altan Kol ó rio de oro del Tibet que corre al Sing-su--hay tiene abundancia de oro en sus arenas.

(4) «Los mahometanos suponen que las estrellas que caen son incendiarias, que los angeles lanzan á los malos cuando estos se acercan al Empireo»--Fryer.

Pero ¿dónde irá la Peri en busca de este don para el Cielo?... « Yo sé, dice, cuanta es la riqueza de cada una de las urnas en las querarden inumerables rubies debajo de las columnas de Chilminar (1). Yo sé donde se hallan las islas de perfume en el fondo del mar, al sud de la gloriosa Arabia (2). Yo sé tambien en donde los genios escondieron la copa de brillantes de su rey Jamsclid (3) centelleando en ella el elixir de la vida.—Pero semejantes dones no son para el Cielo. ¿Qué piedra ha brillado jamás como el escabel del trono de Alá? y las gotas de vida... ¡Ah! ¿qué serian en el abismo infinito de la eternidad? »

—

Mientras asi discurria, sus alas movian el aire de aquella dulce tierra india, cuyo aire es bálsamo; cuyo Océano se estiende sobre rocas de coral y camas de ámbar; cuyas montañas empreñadas por el rayo del ardiente sol, producen diamantes; cuyos hermosos riachuelos corren con oro; cuyos bosques de cendal y arómaticas bóvedas pudieran ser paraiso de las Peris ... pero en este momento corren sus rios rojos de sangra bumana—sus perfumados boscages exhalan olor de muerte, y el hombre, sacrificio del hombre, mezcla su infeccion con los hálitos de las inocentes flores! ¡ Tierra del sol! ¿Qué pié invade tus pagodas y tus sombrías columnatas, tus cavernosas aras y tus ídolos petreos, tus monarcas y sus mil tronos?... Es el de Gasna (4)! Fiero llega en su ira, y en su devastada senda se ven desparramados los diademas indios.—Adorna á sus sabuesos con las joyas arrancadas del cuello de muchas jóvenes y amadas sultanas (5), violadas, asi como las Virgenes, dentro de su pura Zenana, asesina á sacerdotes en el Templo mismo y obstruye con brillantes ruinas las sagradas aguas de las Aras de oro.

—

Inclina sus miradas la Peri y al través de la ensangrentada neblina del campo de batalla vé á un jóven guerrero, solo, parado en la orilla de su rio natal, quebrada en su mano la espada roja, y la última flecha en su carcax.—«¡ Vive! le dice el conquistador, ¡ vive para partir conmigo los trofeos y coronas que he conquistado! »—Enmudece el jóven guerrero y señala, con silencio, la corriente toda teñida de la sangre de su Patria y en respuesta arroja su último dardo al corazon del invasor.

—

Falsa voló la saeta, aunque bien asestada.—Vive el tirano, pero cae el héroe. Empero la Peri bien marcó el sitio y cuando hubo pasado el tumulto de la pelea, bajando veloz en un rayo de la luz de la mañana, recogió la última gota que derramó aquel corazon antes de emprender su vuelo el libre espiritu.

(1) Las cuarenta columnas, asi llaman los persas á las ruinas de Persepolis. Imaginan que este palacio y los edificios de Balbec fueron edificados por genios con el fin de esconder, en sus subterráneos, tesoros inmensos que todavia contienen.--Volney.

(2) Las islas de Panchaia.

(3) La copa de Jamschid que dicen se descubrió al cavar los fundamentos de Persepolis.--Richardson.

(4) Mahmood de Gazna ó Ghizni que conquistó la India en principios del siglo XI.--Dow.

(5) Se dice que el equipage de caza del sultan Mahmood era tan magnífico que tenia 400 galgos y sabuesos con collares de pedrerias y mantas con oro y perlas.-- Historia universal.

Este sea, esclamó al desplegar sus alas, mi grato don á las puertas de luz. Aunque sean impuras las gotas que suelen destilar los campos de batalla, sangre como ésta, derramada por la libertad, es tan santa, que no manchará el arroyo mas puro de los que brillan en los bosques de la felicidad. ¡ Oh! si tiene esta esfera terrenal un don, una ofrenda que sea grata al Cielo, deberá ser la última libacion que saca la libertad del corazon ensangrentado y destrozado en su causa. »

—

« Dulce, dijo el angel al recibir el don en su radiosa mano, dulce es la bienvenida que nos merecen los valientes que asi mueren por su tierra natal, pero..... ¡ Ah! no se mueve la cristalizada vara de Eden... Muy mas santo todavia que esta gota ha de ser el don que te abra las puertas del Cielo! »

—

Agostada su primera y grata esperanza de Eden, bajó la Peri muy al Sud de las montañas lunares (1) del Africa y alisó sus plumas en las fuentes de aquella corriente egipcia, cuyo manantial se oculta á los hijos de la tierra en lo profundo de aquellas solitarias selvas, donde los genios de las aguas suelen bailar en derredor de la cuna del Nilo, celebrando la sonrisa del recien nacido gigante (2). De alli voltea el desterrado espiritu sobre los bosques de palmas del Egipto sus grutas y los sepulcros de sus reyes; y ya cerniéndose en el ameno valle de Roseta, escucha á sus tórtolas (3), ó ya se deleita en observar la luz de la luna en las alas de los pelicanos blancos que rompen la azulada calma del lago de Mœris (4). ¡Era una bellísima escena! ¡Jamás ojos vieron tierra mas espléndida! ¿Quién, al ver en esta noche, esos valles y sus doradas frutas solazarse en la mas serena luz del Cielo; esos grupos de hermosas palmas inclinando languidamente sus cabezas coronadas de hojas, semejantes á jóvenes virgenes cuando baja el sueño y las invita á sus sedosas camas aquellos virginales lirios que bañan toda la noche sus bellezas en el lago, para levantarse mas frescos y resplandecientes al despertar de su amado sol; aquellas aras y torres arruinadas que parecen reliquias de un magnífico sueño, en cuya encantada soledad solo se oye el ahullido del ave fria, solo se vé (cuando las sombras, al desvanecerse la luna descubren su esplendor) alguna Sultana (5) de purpúreas alas, sentada en una columna inmóvil y radiosa como un pájaro, ídolo; ¿quién habria pensado que alli, alli mismo, entre tan bellas y tranquilas escenas, el negro genio de la peste habria de arrojar de su abrasadora ala un soplo mas asolador y mortal que jamás despidieran las ardientes arenas del rojo desierto, y tan rápido que todo ser de forma humana, tocado por aquella ala, al instante cayese negro y agostado como la planta sobre la cual pasa el Simoon?

(Continuará.)

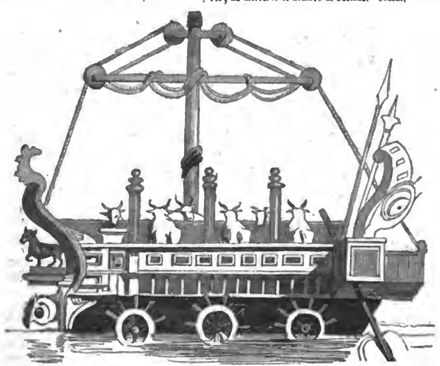
(1) Las montañas de la luna ó los montes Lunæ de la antigüedad, á cuyo pie se supone que nace el Nilo.--Bruce.

(2) El Nilo, que los de Abisinia llaman Abey ó Alarray ó el gigante.—Asial: recherches.

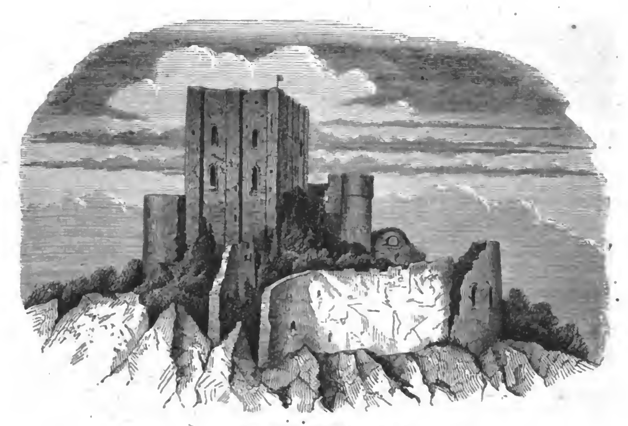
(3) Los Vergeles de Roseta están llenos de tórtolas.--Sonini.

(4) Savary hace mencion de los pelicanos en el lago de Mœris.

(5) Es aquel hermoso pájaro que por sus plumas del azul mas hermoso y brillante, patas y pico de esplendente púrpura, forma el natural y vivo adorno de los templos y palacios de griegos y romanos y que por su altivo porte y el esplendor de sus colores, ha merecido el nombre de Sultana.--Sonini.



(Buque de ruedas en tiempo de los romanos.)



(Ruinas del castillo de Montrichard.)

MADRID DE TAPIAS AFUERA.

Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente.

Larra.

El mundo material se presenta á nuestra vista bajo tres fases diferentes, segun las tres distintas edades en que le consideremos. En la infancia le vemos cruzar por delante de nosotros con la misma indiferencia con que vé un niño aparecer y desaparecer las diversas figuras de una linterna mágica; en la adolescencia, es á nuestra vista lo que la luz del sol descompuesta por la influencia del prisma; en la senectud, es para nosotros lo que los bastidores de un teatro para los actores que en él estén representando. En el mundo moral la escala de sensaciones es la misma. Apenas conmueve nuestro pecho el hálito de la vida, oimos ya zumbar en nuestros oidos el rumor de la lisonja, que dejamos correr con el frio desden de la niñez. Llegamos á la edad de las pasiones, y el velo de la ilusion se estiende ante nuestros ojos, y el eco de la mentira discurre por nuestros labios. Tocamos al sepulcro y en la última sonrisa de la vida divaga aun el postrero resplandor de la esperanza. Este es el mundo. Jamás sabe el hombre la posicion que ocupa en el derrotero de su borrascosa existencia; jamás la verdad se le opone á su paso, porque la verdad huye del hombre, así como el hombre huye de ella, y porque, como ha dicho el mejor satírico de nuestros dias, todas las verdades del universo pueden consignarse en un papel de cigarro; verdades que si yo tuviera encerradas en mi mano, haria lo que el *avaro* Fontenelle... no la abriria nunca.

¿Quereis hallar la verdad? Arrancad al amigo que os adula, á la querida que os ama, al protector que os aprecia,.. la careta de sus adulaciones, de su cariño, de sus ofrecimientos; y en pos de esa máscara bañada con el sudor de la lisonja encontrareis un rostro frio, impasible, que nada os dice, que nada siente... Ese es el rostro de la verdad!

La sociedad como el individuo tiene tambien su careta. Esas poblaciones inmensas, á las cuales acuden de todas partes infinitos viageros con la velocidad del vapor y de las sillas de posta, como si temiesen llegar tarde al festin del mundo, esas son las vastas crugias donde la sociedad celebra sus mascaradas. Ese ruido vago, confuso, que se pierde en el espacio, como el revuelto guirigay de un salon de baile, es el bullicioso eco de ese pandemonium social. Vapor humano que, como el agua en ebullicion, es despedido á la atmósfera y cubre con el baño de la mentira los cuerpos sobre que se deposita. Observad esos seres que su vanidad ha fraccionado en comparsas. Todos gritan y ninguno se entiende; todos creen conocerse y ninguno sabe á quien habla. Todos llevan el trage que mas cuadra á su posicion, el antifaz mas adecuado á su trage, y si alguno cansado de embromar á los demas depone ante las aras del desengaño el disfraz que le ocultaba, la sociedad le rechaza de su seno á los gritos de *ecrasser l'infame* que inventó la escuela filosófica del siglo XVIII para escarnecer tambien la virtud. ¡Esa es la sociedad!

Acudian estas reflexiones á mi imaginacion con la misma rapidez con que me conducia una silla-correo desde uno de los estremos de la península al centro de ella: á Madrid. Habia cruzado multitud de leguas y no habia visto un solo pueblo de consideracion. En unas partes se alzaban mezquinas casas de barro, como revelando la miseria de nuestras clases productoras; en otras notábanse los vestigios de remotas ciudades, como el panteon de nuestras antiguas glorias. ¡Por todas partes ruinas! ¡do quiera el silencio de los muertos! Esas murallas que defendian en otro tiempo una ciudad opulenta, son hoy dia un muro de yedra que guarda un recinto de cipreses; esos torreones en que esculpieron nuestros antepasados los ilustres blasones de su alcurnia, son ahora el oscuro padron de nuestra pobreza; esos acueductos, que el hombre no respeta porque no respeta nada, y que llevan la vida á algun desierto pueblo, como un arroyo que riega á un cementerio, son el mentis mas solemne de nuestros adelantos y la prueba de nuestra insuficiencia. ¿En donde están nuestras creaciones? ¿dónde nuestro saber? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hacemos?.... Incapaces como Omar de añadir un tomo mas al catálogo de nuestras obras reducimos á cenizas las que existen... El templo mandado erigir por Jonio fué quemado por Erostrato.....

La guia del viagero en España no es mas que un libro de recuerdos, un rejistro mortuorio, y el curioso arqueólogo que le lleve entre sus manos debe leer sobre las ruinas de cada ciudad que encuentra á su paso, el *aquí yace* de una losa sepulcral. Nuevo Volney debe sentarse en los capiteles de nuestras derruidas basílicas y meditar sobre la instabilidad de las glorias humanas. Viajando por España, dice Larra, se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el pais; y el carruaje vaga solo como el arca. en la inmensa estension del mas desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos ¿dónde está la España?

¡Terrible verdad! La España está envuelta entre las ruinas de Sagunto y Numancia, de Toledo, Segovia, Mérida, Leon, Lugo, Medina del Campo, Granada y otras mil y mil ciudades antes florecientes, yermas ahora. La España es un album que el tiempo ha ido rasgando hoja por hoja. En su portada se lee el *non plus ultra* de las columnas de Hércules; su última página es el fac-símile del olvido.

Bullian estas ideas en mi mente cuando llegamos á la empinada sierra de Guadarrama que con diferentes nombres se estiende desde los montes Pirineos hasta las aguas del Atlántico El carruaje, per-

diendo su antigua velocidad, permitióme descender de aquel nuevo lecho de Procusto, y subí lenta y perezosamente la revuelta senda, cual si sintiera descansar sobre mis hombros el peso de la vida. El leon que separa ambas Castillas me indicó habia arribado á la cumbre de la montaña. No sé por qué... pero las reflexiones que el viage hasta entonces me sugiriera, me hicieron leer en el pedestal de aquel obelisco los mismos versos que el inmortal Miguel Anjel grabó bajo su estátua del sueño:

Grato m'e il sogno e piu l'hesser di sasso
mentre qu'il danno é la vergogna dura;
non veder, non sentirm'é gran ventura
pero non mi destar. .¡deh!.. parlar basso.

Crucé por delante de ese mudo vigia de las llanuras que á sus costados se estienden, y un nuevo espectáculo se presentó ante mis ojos.

Era una mañana serena y tranquila. El sol alejándose de un mundo que dejaba en tinieblas, cubria con sus rayos horizontales una gran ciudad que á lo lejos perfectamente se divisaba. Cansado de contemplar ruinas, agoviado el corazon con el peso de una atmósfera sofocante que gravita sobre las llanuras de nuestras Castillas, esparcióse el ánimo al distinguir á Madrid y al respirar el aire puro, dilatado de aquella sierra. Entonces balbuceé maquinalmente, y como inspirado por idénticas sensaciones, los sublimes versos del Tasso, tan bellos como repetidos, que comienzan:

Ecco apparir Jerusalem si vede....

Pero la capital de España, como la antigua capital de la Palestina, aparece sola, aislada, como esas plantas que vemos crecer en nuestras playas sobre un suelo arenoso y miserable, y cuyas hojas están recubiertas con el polvo corrosivo que las rodea. No era este el aspecto que presentaba Madrid en la edad media. Entonces, ciudad mezquina y de revueltas callejuelas, rodeábala una vegetacion frondosa y variada. Bosques inmensos, entretejidos matorrales, selvas umbrias poblaban esa llanura que se estiende á nuestros pies desde lo alto de Guadarrama hasta la antigua Mántua. Los *cazaderos* de Segovia y Manzanares eran la escuela práctica de la cetrería y montería, y á ellos acudian los monarcas de aquel tiempo, seguidos de sus cortesanos como otros tantos satélites sujetos á la esfera de atraccion de un ástro superior. Las contingencias de esa diversion, que espiró con el reinado de Cárlos IV, eran el origen de numerosas escenas que de amor llevaban el nombre y en las que la ambicion jugaba una no pequeña parte. Un caballo desbocado, la despedida oportuna de un nebli ó un gerifalte, el grito de alarma de los *catariberas*, eran muchas veces, como el *vaso de agua*, origen de altas cuestiones politicas. El hacha debastadora borró todos sus recuerdos grabados tal vez sobre la corteza de mil añosos árboles, al ruido sucedió el silencio; á la vida la nada; el velo del olvido cubrió para siempre el teatro de tantas aventuras. La civilizacion, como el fuego, devora para alimentarse...

Encerrado de nuevo en el estrecho vehículo, sucedió á su lentitud ascendente una velocidad compensadora, y aquel ingrato panorama que por todas partes se estendia, parecia jiraba alrededor de mi como una rueda inmensa que tuviese por llanta á el horizonte y por centro mi temblorosa púpila. El efecto óptico que en esos casos esperimentamos es el efecto óptico del mundo. Todo lo vemos al revés.

El aire conmovido azotaba mi semblante, mi vista, á impulso de los violentos vaivenes de la silla, pasaba vagarosa de la ciudad al despoblado, del libro de la naturaleza al libro de los hombres, como el reflejo del sol producido por un espejo que un niño ajita á su alvedrio.

El pensamiento seguia mis miradas.

Aqui, decia, la brisa de los campos baña con un hálito fujitivo la espontánea y escasa vegetacion de estas llanuras; y allí el huracan de las pasiones seca con su aliento abrasador el anhelante corazon humano. Aqui el aroma de las silvestres plantas purifica el ambiente y promueve al descanso la respiracion fatigada; allí el veneno de las palabras imbuido en la atmósfera penetra en nuestras arterias y corroe nuestras entrañas. Aquí, sin mas impresiones que las que Dios nos comunica esponiendo ante nuestros ojos las portentosas páginas de su obra, el corazon se acerca á los labios y sale de ellos el lenguage de la verdad; allí, fascinado el hombre con la máscara de los objetos que por primera vez circulan en monton ante su vista, solo encuentra para su falso elogio palabras de adulacion y de hipocresia. Aquí que desaparecen las consecuencias del engaño, do quiera fijemos nuestras pupilas, solo vemos por atavios la verdad de la naturaleza, allí que el punzante escalpelo de las pasiones hizo de la sociedad un esqueleto, todo se presenta recubierto con el oropel del arte. Aqui la verdad; allí la mentira.

Asi discurriendo, acercámonos á la capital de España hasta reconocer perfectamente sus edificios mas notables, que se elevan sobre los demás que los rodean como el olmo sobre la zarza que á sus pies se arrastra.

Descuella entre todos ellos el palacio real: edificio inmenso con mas vicisitudes que monarcas ha abrigado en su seno; obra imperfecta como humana, incompleta como nuestra.

A su frente meridional divisase la Armeria, cuyo aspecto tétrico y oscuro dá á conocer las antigüedades que encierra. Seméjase á un códice empolvado que oculta entre sus páginas la historia de la edad media con sus justas, sus pasos honrosos y sus torneos. Urna funeraria que encierra las frias cenizas de nuestras pasadas glorias.

Entre estos dos edificios se oculta, mas bien que se percibe, un teatro mezquino; aberracion artistica pegada al alcazar régio como una lapa á una concha de bruñido nacar. Enano de piedra colocado sobre pies de gigante, la cabeza de David sobre las piernas de Goliat.

Da frente á otra fachada de palacio el suntuoso teatro real, antes Congreso de los diputados. La careta de Talia, ha reemplazado á la careta política. ¡Por todas partes teatros!

Siguiendo el perímetro de la córte de España, tropieza nuestra vista con el hospital general; hospital hasta en lo roto y descoyuntado de la obra. Alli, antesala de la eternidad, acumulamos enfermos sobre enfermos, cual si quisiéramos evitar los efectos del contagio. ¡Imposible! Todos arrojamos del fondo de nuestro pecho los lastimeros ayes de una dolencia; allí reposa un enfermo.... ¡El corazon! Haced la autopsia del hombre que mas feliz se crea, y en pos de la risa encontrareis el dolor. El anatómico para descifrar los enigmas de la vida hace la diseccion de un cadáver.

Sigue al hospital el cuartel de los inválidos; espejo de nuestras disenciones civiles. La nave de su capilla es como la columna de Trajano: en ella está esculpida la historia de nuestras conquistas. Falta un Napoleon que duerma á la sombra de tantas banderas.

Despues y rodeado de precipicios aparece el observatorio meteoreológico; junto al templo de Zoroastro la sima que ha sepultado al astrónomo. ¡Leccion severa! Vivimos rodeados de misterios y queremos arrancar al cielo las verdades que encierra.

Vese mas abajo el Museo real; tesoro inapreciable que los siglos consumen y que no cuidamos de reponer, museo de pinturas encerrado en otro de antigüedades, que tiene por puertas los Pirineos y por límites el Occéano. Obra que ha comenzado Carlos III, que continuó Carlos IV y que concluirá.... el tiempo.

Divisase, por fin, el Real sitio del Buen Retiro con mas recuerdos que esperanzas, como sucede al hombre esperimentado. Los repliegues de sus hiladas de árboles ocultan la historia amorosa de la corte de Felipe IV.

Nada percibimos en el interior de la heróica villa; todo es confusion, desórden. La anarquia que reina en sus edificios es la que reina en sus calles, en sus habitantes. Verdadero estanque, se reproducen en su superficie las bellezas y las imperfecciones de la obra levantada en sus orillas. Numerosas cúpulas se elevan de todas partes descollando entre ellas la torre de Santa Cruz; especie de atalaya morisca desprovista de esa magestad cristiana de que estan revestidas la mayor parte de nuestras basilicas. Mas bien que el simbolo de la redencion debiera ostentar sobre su cima el juego misterioso de una torre telegráfica, reuniendo en una solo los muchos que en el rádio de la capital existen.... Si son telégrafos ¿para qué tantos en tan estrecho circulo? Rotas las distancias ¿para qué sirve el vapor?

¡Tenemos el don de la oportunidad! Fundamos una ciudad en medio de un desierto; derribamos la casa en que *vivió y murió* el principe de los ingenios españoles, y colocamos su busto en la que erigimos de nuevo; trazamos un enorme puente para dar paso á un miserable rio; levantamos cinco telégrafos en una ciudad de 200 mil almas; construimos un magnífico teatro para asistir á los funerales de nuestra literatura dramática.

La España marcha á la cola de la civilizacion europea. Tendremos telégrafos comunes, cuando los eléctricos los hayan reemplazado en todas partes. Tendremos carreteras cuando en otras naciones haya solo caminos de hierro. Tendremos ferro-carriles cuando las máquinas locomotoras pueden correr libremente por los caminos ordinarios. Tendremos carruages de vapor cuando la accion *electro-química* haya hecho pasar á los estantes de un gabinete de física la obra de Watt y las aplicaciones de Stephenson, ¡Siempre llegamos tarde!

Envuelve á la capital de España una muralla inútil como una carta de recomendacion, mezquina como la limosna de un avaro; parece, sin embargo, que contiene á los edificios que encierra y que oprimiéndolos en su base, se elevan desparramándose como un pu-

ñado de arena comprimido por la mano de un niño. Nueva Babel cada uno coloca los ladrillos de su vivienda lo mas elevado que puede, hasta que ofendido el cielo de su osadia, destruya la obra de tantos siglos. Para que esos hijos de Noé dejen de entenderse, no tiene Dios necesidad de aumentar el número de sus idiomas.

Los alrededores de la capital ofrecen por todas partes las sombrias columnatas de un cementerio como un reto de la vida á la muerte, de lo efímero á lo eterno. Un cementerio, de esperanzas rodeado de muchos cementerios de cadáveres! Hé aquí el punto de contacto entre la capital y sus alrededores... En esa ciudad que la ambicion social enriquece con nuevos palacios, reina el bullicio de los vivos; en esos nichos que la vanidad humana ha dispuesto tambien por gerarquías, reina el silencio de los muertos! He aquí la disparidad entre ambos cementerios.....

A nuestra derecha corria silenciosamente y como avergonzado el humilde Manzanares, objeto de mofa de todos nuestros poetas satíricos, antiguos y modernos, y tan bien apostrofado por uno de aquellos en su famosa redondilla:

Como Alcalá y Salamanca
tienes y sin ser colegio,
vacaciones en verano
y curso solo en invierno.

Sus orillas, donde en otro tiempo acampaban los cazadores del soto de Manzanares, vénse hoy cubiertas de infinitas lavanderas que se disputan un palmo de terreno y un arroyo de inmundicia. A las tiendas de campaña han remplazado los *sucios* lavaderos, al ruido de las armas, la confusa griteria de un sexo que no es bello ni feo pero que participa de ambos á la vez. Si quereis recorrer las sinuosidades del rio, seguid esa multitud de mugeres que como una serpiente de multiplicados colores se pliega á sus sedientas márgenes. Ambas están puestas en comunicacion por medio de numerosos y variados puentes; escala gradual de los adelantos del arte, desde las sencillas y resbaladizas pasaderas hasta los mas seguros y atrevidos arcos; desde el frágil puente de madera hasta el sólido de granito. El de Segovia se distingue entre todos por sus dimensiones colosales; la obra de Herrera es como el sepulcro de Cheops: un puente gigante para dar paso á un rio enano; una inmensa pirámide para encerrar las cenizas de un hombre. ¡Dónde no hallarémos despropósitos! O puentes que de nada nos sirvan por su magnitud ó que temamos pasar por ellos por su ruindad. El Manzanares tomó por feliz intérprete al fecundo Lope de Vega cuando, *quejándose del gran puente* que gravita sobre su seco alveo, esclamó:

Quítenme aqueste puente que me mata,
señores regidores de la villa;
miren que me ha quebrado una costilla,
y aunque me viene grande me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata,
que no le alcanza á ver mi verde orilla;
mejor es que lo lleven á Sevilla
si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la casual y el argumento
de que en las tempestades tengo brio.
Pues yo con la mitad estoy contento
tráiganle, sus mercedes otro rio
que le sirva de huésped de aposento.

Siguiendo el mas frondoso y pintoresco paseo de la coronada Villa, atravesamos en breve la puerta de San Vicente, cruzamos la plaza de Oriente y fuimos á apearnos á la Casa de postas y despues... hice lo que Cervantes al fin de su viage al Parnaso:

busqué mi antigua y lóbrega posada
y arrojéme molido sobre el lecho
que cansa cuando es larga una jornada.

RAMON RUA FIGUEROA.

La Providencia.

En la balanza del bien y del mal físico, la superioridad del bien es evidente, puesto que es evidente que las leyes del mundo material son bienhechoras en su tendencia general, mientras que los inconvenientes que provienen de ellas no son mas que accidentales.

Y aun entre estos males accidentales, ¡cuántos hay que se deben atribuir á los obstáculos que la imperfeccion de las instituciones humanas opone al órden natural!

Pero no es solamente en las leyes que aseguran al hombre la satisfaccion de sus necesidades mas imperiosas donde se encuentra la intencion benéfica de la Providencia. ¡Qué provision tan abundante de felicidad nos ha facilitado al darnos los placeres de la inteligencia, de la imaginacion y del alma! ¡Y qué poco sujetos están estos placeres á los caprichos de la fortuna! La aplicacion de los órganos de nuestros sentidos al teatro en que estamos destinados á vivir es aun mas admirable. ¡Qué armonía entre el olfato y los perfumes del reino vejetal; entre el gusto y la profusion de manjares deliciosos que le ofrecen á porfía la tierra, el aire y el agua; entre el oido y el canto melodioso de los pájaros; entre la vista y las bellezas sin número, los esplendores infinitos de la creacion visible!

Entre los favores que ha dispensado al hombre en su organizacion, hay uno que no debe olvidarse: es el poder de la costumbre. Es su influencia tan poderosa, que conceptuo difícil imajinar una situacion con la cual no consiga reconciliar poco á poco nuestros usos. y en la que no lleguemos á conseguir asimismo mas felicidad que en otras que envidia la multitud. Esta facultad de acomodarse á las circunstancias equivale á un remedio conservado en reserva en nuestra constitucion contra la mayor parte de los males accidentales que pueda causar la accion de las leyes generales.

La verdadera educacion.

Preguntándole á Agésilas qué se debia en su concepto enseñar á los niños, respondió: Quisiera que se les enseñára lo que habian de hacer cuando llegáran á ser hombres.

Los tres problemas.

«Hay tres cosas, decia un escritor, que siempre me han gustado y que nunca he podido comprender: son la pintura, la música y las mugeres.»



AVISO IMPORTANTE.

Los recibos de renovaciones por el año próximo se presentarán á los suscritores de Madrid del 5 al 10 de este mes, á fin de saber oportunamente quienes adquieren derecho á recibir gratis los 15 números de LAS NOVEDADES que aparecerán en diciembre. Entretanto suplicamos á los señores abonados, que no se anticipen á renovar en nuestras oficinas, como lo están haciendo, sino que remitan á ellas ó entreguen á los repartidores una papeleta espresando cómo desean que se entiendan sus abonos, para 1851.

Los de provincias que gusten continuar favoreciéndonos, nos harian un obsequio muy señalado dando aviso de sus abonos lo mas pronto posible, por medio de los corresponsales.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 47.

A grande mal remedio grande.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION.
a cargo de D. G. Alhambra.



LA SOMBRA DE APRIGNY.

La sombra de Aprigny pertenece á las hadas maléficas ó sombras blancas de que la supersticion ha poblado los campos de la Normandía. Si hemos de dar crédito á los narradores campesinos, estas sombras se encuentran en considerable número en las encrucijadas y parages solitarios, á los que procuran atraer á los viageros. «Pudiera creerse, dice el autor de *la Normandía novelesca*, que hay mucha coqueteria en sus hechos, porque basta un ademan gracioso ó una complacencia cortés para seducirlas. Si se las presta la mano por ejemplo para figurar un baile ó si se las dá el brazo para atravesar un puentecillo, dan las gracias con muchas cortesías y desaparecen súbitamente, como hace una actriz respecto del público que la aplaude. La sombra de Aprigny acostumbraba entregarse á estos pasatiempos nocturnos en una especie de barranco tortuoso y estrecho que ocupaba en otro tiempo el solar de la calle de San Quintin en Bayeus. Cuando un viagero se atrevia á presentarse en medio de este camino sospechoso, era seguro que la sombra de Aprigny le saliese al encuentro. Ingeniábase al principio de manera que le obstruia el paso por medio de las figuras del baile, y luego le ofrecia graciosamente su mano para que tomase parte en su loco placer. Si el viagero accedia al mudo deseo de la sombra, quedaba en libertad por espacio de algunos minutos; pero si el temor le hacia retroceder, la hada encolerizada se apoderaba de él, le arrojaba á los fosos inmediatos, donde se veia imposibilitado de salir por una red espesa de malezas y de espinas, de *espinas hadas*, como las que defendian el castillo de la *Bella durmiente del bosque*.»

EL PARAISO Y LA PERI.

(CONCLUSION.)

Cae el sol de las cimas que, llenas de vigor y frescura, y ya ahora llenas de putrefaccion, jamás volverán á percibirlo, y ¡ah! al ver esos rimeros sin enterrar, sobre los cuales duerme la solitaria luz de la luna... los buitres mismos se alejan y repugnan tan inmunda presa; solo la hiena (1) camina por los desolados paseos de la Ciudad á media noche... Infeliz del pobre moribundo que tropieza con el brillo de aquellos ojos en medio de la oscuridad de las calles!

«¡Pobre raza del hombre! dijo el apiadado Espíritu, ¡muy caro pagas tu primera caida, todavía heredas algunas florecillas de Eden, pero el rastro de la serpiente yace sobre todas ellas!»—Lloró, y mientras corrian las brillantes gotas, el aire en sus derredores se hizo claro y puro, tal es la mágia de cada lágrima que espíritus tan benignos derraman por el hombre.

Entonces, debajo de algunos naranjos, cuya flor y fruta juntas se solazaban en la brisa, libres como la ancianidad jugando con la infancia; debajo de aquella frondosa y fresca bóveda, á la orilla del lago, oyó el gemido de alguno que, en esta callada hora, llegaba allí para morir en soledad: era uno que dó quiera que iba, ganaba los corazones; pero que ahora, como si nunca hubiera sido amado, moria aquí sin ser visto ni llorado de nadie, nadie que lo cuidase, nadie que apagase el fuego que ardia en su pecho con una porcion del agua que tan fresca brillaba á sus ojos, ninguna voz bien conocida que pronunciase el último adios que, como música, resonase cuando ya todos los demas sonidos se hubiesen desvanecido, aquel tierno adios que, en la ribera de este mundo cruel, cuando todo se ha acabado, anima el espíritu antes que la barquilla se lance en desconocida oscuridad.

¡Abandonado jóven! un solo pensamiento es el que infunde consuelo en su alma. La que ha conocido y amado por años, que iba á llamar suya, se hallaba fuera del alcance de este pestífero hálito de la media noche en las regias salas de su padre, donde los aires frescos de las fuentes perfumadas con el incienso del dulce palo de la tierra india eran puros como la frente que refrigeraban.

(1) Jackson hablando de la peste que hubo en la Berberia del Oueste cuando él se hallaba allí, dice: «los pájaros huyeron de las habitaciones del hombre; las hienas al contrario visitaron los cementerios, etc

Pero ¿quién viene furtivamente hácia este melancólico boscage, semejante á un jóven plenipotenciario de la salud, con dones rosados en sus mejillas?... Ella es; en la distancia y al través de la anublada luz de la luna, reconoce el jóven á su amada.—Ella es, que prefiere morir con él á vivir para ganar un mundo; ya sus brazos cercan á su amante, comprime su cárdena mejilla con la suya y moja en él fresco lago sus trenzas para atarlas en sus ardientes sienes, ¡ah! qué poco imaginaba él alguna vez que llegaria una hora en que rechazaria con horror aquel caro abrazo, aquellos dulces brazos que eran para él santos como el lugar dó se mece el infante Querub de Eden, y ahora, ya cede, ya huye temblando como si veneno estuviese en aquellos ofrecidos lábios que, en este momento tan osados, nunca antes se allegaron á los suyos.—«¡Oh! déjame aspirar el aire, el bendito aire que tú respiras: sea muerte ó vida que traiga en sus alas, dulce es para mi, toma, bebe mis lágrimas, mientras todavía caen, ojalá fuese la sangre de mi pecho un bálsamo, y, bien lo sabes, toda la verteria para dar un solo momento de alivio á tus sienes; no, no huyas tu amado rostro, ¿no soy tuya? ¿tu amada? aquella elegida tuya, cuyo lugar en vida y muerte es tu lado? ¿piensas que aquella, cuya única luz en este opaco mundo ha dimanado de ti, pudiese soportar la larga y desabrida noche que seria suya, cuando hubieses tú desaparecido? ¿Qué, yo he de vivir sin ti que eres mi misma vida?—no, no.—Cuando muere el vástago, la hoja que brotó de su corazon debe morir tambien.—Pues vuélvete hácia mi, mi único amor, vuelve antes que, como tú, me marchite y agoste. Cuélgate de estos lábios que todavía están frescos, y participa de la última vida pura que aun conservan.»—Se desmaya, cae, como espira la lámpara en los aires cadavéricos de las húmedas cuevas, tan pronto se apaga la dulce luz de sus ojos en aquellos funestos suspiros, un esfuerzo mas, y su pena pasó, ya no existe su amante, un beso le dá la jóven, un beso largo, último, y espira dándoselo.

—

«¡Dormid! dijo la Peri; mientras que con suavidad robó el suspirado adios de aquella alma tan fiel, ¡dormid! reposad en visiones de fragancia, en aires mas balsámicos que los que despide la encantada pira de aquel pájaro solitario que canta su muerte y espira entre música y perfumes (1).»

—

Diciendo esto, vertió de sus lábios hálitos etéreos por aquel sitio, y sacudiendo su brillante guirnalda, derramó tal esplendor sobre aquellos pálidos rostros que parecian dos hermosos santos, sacados de sus oscuros sepulcros en la víspera del dia de juicio, durmiendo entre fragancias, mientras que la benévola Peri resplandecia como su buen ángel, custudiándolos dulcemente hasta el despertar de sus almas.

—

Pero la mañana se sonrosea en el cielo. Vuelve á encumbrar su vuelo la Peri llevando al cielo el precioso suspiro del puro y desprendido amor. Su corazon latia con la elacion de la esperanza. Pronto ganará la palma elisea, pues el brillante Espíritu á la puerta se sonrió al recibir la ofrenda. Oye los árboles de Eden con sus campanillas de cristal tañidos por la brisa de ambrosia que despide el trono de Alá, vé las copas de estrellas en derredor del lucido lago, en cuyas márgenes beben el primer dulce trago de gloria, las almas admitidas en Eden (2).

—

Pero ¡ah! todavia son vanas las esperanzas de la Peri. Los hados las prohiben.—Vuélvese á cerrar la inmortal barrera —«Todavia no, dijo el ángel mientras cerraba aquella vislumbre de gloria; fiel fué aquella Virgen y su historia, escrita con luz encima del trono de Alá, siempre estarán leyendo los serafines .. pero... mira, Peri, la vara de cristal de Eden no se mueve—mucho mas santo que este suspiro ha de ser el don que te abra las puertas del cielo.»

Ya reposa dulcemennte la luz de la tarde sobre el pais de rosas de la Siria (3); y el ancho sol, semejante á una aureola, cuelga sobre el consagrado Líbano, cuya frente se eleva en invernal magnificencia blanqueada con eterna nieve, mientras el estio, en un valle de flores duerme sonrosado á sus pies.

—

¡Qué bello aparecerá al que mira desde alturas etéreas á estas regiones encantadas, el ardor de vida, el brillo de abajo! ¡los hermosos jardines, los rios cristalinos orlados de dorados melones, mas dorados cuando les cae encima la luz del sol!... Lagartos alegres brillando (1) entre las aras arruinadas, activos y centelleantes como si toda su vida fuese luz; y aun mas esplendentes los enjambres de palomas posándose en las peñas, luciendo la variedad de sus ricas y agitadas alas en el rojo rayo del ardoroso Oeste, como si de adentro de la tierra sacasen brillantes de las minas, ó estuviesen formadas de Arco-iris semejantes á los que ciñen los claros cielos del Peristan—y luego los sonidos del pito del Pastor (2) mezclados con el susurro de las agrestes abejas de la Palestina, banqueteando por los floridos valles—y las dulces orillas del Jordan y sus selvas tan llenas de ruiseñores.

Pero nada enagena á la malhadada Peri... Su alma está triste—sus alas cansadas—desalentada vé el sol mirar aquel gran templo, alguna vez suyo (3), cuyas solitarias columnas permanecen sublimes arrojando sus sombras desde lo alto cual si fueran cuadrantes que el tiempo adivinador hubiese erizado para contar por ellas sus siglos.

Pero quizá yace escondido, bajo estas salas del sol, algun amuleto de piedras preciosas, estampado con altos fuegos, algun libro de memoria sellado con el grande nombre de Salomon que, descifrado por sus iluminados ojos, puede enseñarle en donde, debajo de la luna, en la tierra ó en el Océano, esté el don, el talisman, que pueda reintegrar tan pronto un espíritu estraviado á los cielos.

Animada con esta esperanza, allí se dirije—aun se rie el radioso ojo de los cielos, todavia no han empezado á desvanecerse las doradas bóvedas de la tarde en el magnífico Oeste—cuando, cerniéndose sobre el valle de Balbec, vé á un niño jugando entre las selváticas florecillas rosadas, cantando y riendo, tan selvático y rosado como ellas—cazando con manos y ojos ansiosos las brillantes virgen-moscas azules (4) que aletean en derredor del jazmin, semejantes á flores aladas ó á voladoras pedrerías—y cerca del niño que, ya cansado de jugar, se recostaba entre las rosas, vió á un hombre fatigado apearse de su fogoso caballo y arrojarse con impaciencia á beber en la rústica fuente de un pequeño Imaret—luego volvió su zahareña mirada hácia el hermoso niño que se estaba sin temor, aunque jamás tostó el sol frente mas fiera que aquella—sombriamente fiera, presentaba una horrorosa mezcla como tempestuosos nublados la ofrecen de oscuridad y fuego, en la cual los ojos de la Peri podian leer negras historias de crueles hazañas, vírgenes violadas, altar profanado, votos quebrantados, umbrales manchados con sangre del huésped, todo allí estaba escrito, negro como las maldicientes gotas que caen de la pluma del ángel denunciador, antes que la misericordia las haya borrado, empero ya sosegado aquel hombre de crimen (como si la balsámica estacion de la tarde hubiese suavizado su espíritu), miraba y observaba el juego del rosado niño, aunque siempre que sus ojos por acaso se encontraban con los del muchacho, su sombria ojeada chocaba con aquella mirada clara y alegre, como cuando las antorchas que han ardido toda la noche durante algun rito impuro, encuentran los gloriosos rayos de la mañana.

—

¡Pero atended! la campana de vísperas llama á la oracion, al paso que lentamente se oculta la órbita de la luz del dia y su sonido se eleva dulcemente en el aire sobre los minaretes de la Siria, el muchacho salta de su cama de flores y se arrodilla sobre el fragante suelo; con la frente hácia el Sud, balbuciendo el eterno nombre de Dios por la querube boca de la pureza misma, y elevando manos y ojos á los ardorosos cielos, parece un niño errante del Paraiso que acaba de posarse en aquella florida campiña y que suspira por su perdida mansion—¡Oh qué espectáculo! aquel cielo—aquel niño—era una escena que hubiera podido arrancar un suspiro aun al orgulloso Eblis (5) por las pasadas glorias y la paz perdida.

—

Y que sintió aquel hombre miserable, allí recostado; mientras la memoria recorria muchos años de crimenes y volando sobre la oscura corriente de su vida, no encontraba un claro, ni un ramo de gracia.—«Hubo un tiempo, dijo en tonos tiernos y humillados, hubo un tiempo, ¡oh! ¡bendito niño! que yo era jóven y quizá puro como tú, en que tambien miraba y oraba, pero ahora...» Bajó la cabeza, en aquel instante se agolparon en su mente todo noble esfuerzo y esperanza y sensacion que habian dormido en él desde su juventud y lloró, lloró!

(1) En el Oriente suponen que el fenix tiene 50 orificios desde el pico a la cola, y que despues de vivir mil años, se fabrica una pira funeral, canta un aire melodioso con las diferentes armonias de sus cincuenta pitos organicos, y bate sus alas con una precipitacion que enciende la pira donde se consume. -*Richardson.*

(2) En las margenes de un lago cuadrilongo estan millares de vasos formados de estrellas, en los cuales las almas predestinadas beben de esas cristalinas aguas. *Descripcion del paraiso de Mahoma por Chateaubriand.*

(3) Richardson piensa que Siria tomó su nombre de Suri, una hermosa especie de rosa por la que siempre ha sido afamado aquel pais. *Suristan, pais de rosas.*

(1) El número de lagartos que vi un dia en el patio del templo del sol en Balbec, subió á muchos miles: el suelo, las paredes y las piedras de los edificios arruinados estaban cubiertos de ellos. *Bruce.*

(2) El Syrinx ó pito de pan todavia es un instrumento pastoril en Siria.-*Russel.*

(3) El templo del sol en Balbec.

(4) Allí se ve considerable número de especies estraordinarias y hermosas de insectos, cuya elegancia y atavio les ha merecido el nombre de señoritas. *Sonnini.*

(5) El demonio.

¡Benditas lágrimas de la penitencia del alma, en cuya benigna y redimidora corriente se tiene el primer, el único sentir de inocente goce que le es dado conocer al delito!—«Hay una gota, dijó la Peri, que cae desde la luna por los resecantes aires de junio, sobre la tierra de Egipto (1) de tan vigoroso poder, de tan balsámica virtud, que en la misma hora que cae, muere el contagio y la salud reanima la tierra y los cielos. Y ¡ah! ¿no es àsi tambien, hombre pecador, como caen las lágrimas del arrepentimiento? Por mucho que ardan las llagas interiores, una gota celestial las apaga todas!»—Y ya, miradlo postrado junto al niño en humilde oracion, mientras el mismo rayo del sol brilla igualmente sobre el criminal y el inocente, é himnos de alegría proclaman por el Cielo el triunfo de una alma perdonada.

—

Ya el orbe de oro se habia ocultado y aun permanecian postrados, cuando cayó una luz mucho mas hermosa que la que jamás despidiera el sol ó estrella alguna sobre la lágrima que, ardiente y humillada, humedecia el rostro del pecador penitente; á ojos mortales podria parecer un rayo del norte, un destello de algun meteoro, pero la enagenada Peri bien conoció que era una clara sonrisa que vertia el ángel de la puerta del Cielo para acoger aquella lágrima precursora de su cercana gloria.

—

¡Goce eterno!—ya se cumplió mi tarea—pasé las puertas y he ganado el cielo. ¡Oh! ¡qué feliz soy! ¡lo soy!—para contigo dulce Eden, ¡qué oscuros y tristes son los torreones de brillantes de Shadukian (2) y los fragantes bosques de Amberabad!—Adios, olores de la tierra que feneceis, como muere el suspiro de un amante—mi festin es ahora el árbol de Tooba (3) cuyo olor es el hálito de la eternidad! ¡Adios vosotras pasageras flores que luciais en mi encantadora guirnalda, tan brillantes y rápidas! que son las mas bellas que hayan florecido, con el Lote que nace junto al trono de Alá (4) cuyas flores tienen un alma en cada hoja?

¡Gozo! ¡Gozo eterno!—¡mi tarea se cumplió—y he ganado el cielo!

—

«¿Y esto? dijo el gran camarero, ¿y esto es poesía? ¡Esta floja manufactura del cerebro que, en comparacion de los elevados y perenes monumentos del génio, es como trabajo de filigrana de la Zamara junto á la eterna arquitectura de Egipto!»

Despues de esta suntuosa sentencia que, con algunas otras de la misma clase, tenia en reserva para ocasiones estraordinarias é importantes, siguió á la anatomía del pequeño poema que se acababa de recitar.

«El género de fácil y lacio metro en que estaba compuesto deberia denunciarse, dijo, como una de las principales causas de la alarmante propagacion de la poesía en nuestros tiempos. Si no se le ponia alguna traba á esta ilegal facilidad, pronto nos veriamos inundados de una raza de poetas, tan numerosa y vacia como las ciento y veinte mil corrientes de Basra (5). Los que sobresalian en este estilo, merecian castigo por eso mismo, asi como se han castigado guerreros, aun despues de haber conseguido la victoria, porque habian tomado la libertad de ganarla de un modo irregular, y no establecido—pues ¿y qué se habia de decir de los que la perdian? aquellos que pretendian, como en el presente lamentable caso, imitar la licencia y facilidad de los mas atrevidos hijos del canto, sin ninguna de aquella gracia y vigor que daba cierta dignidad hasta al desórden; que, asi como estos, arrojaban negligentemente el Jereed (6), pero, no como estos, alcanzaban el blanco?... Y porque, prosiguió elevando la voz para escitar el debido grado de atencion en sus oyentes, y porque se ha de procurar parecer pesado y constreñido en medio de toda la latitud que se han permitido, semejantes á estas jóvenes paganas que bailan delante de la princesa que, metidas en los calzones mas ligeros y anchos del Masalipatan, tienen la habilidad de moverse como si todos sus miembros estuviesen trabados.»

Continuó diciendo: que no le pertenecia á la grave marcha de la crítica seguir á esta fantástica Peri en todos sus vuelos y aventuras entre el cielo y la tierra—pero que no podia dejar de advertir el concepto pueril de los tres dones que se la supone llevar al cielo: ¡una gota de sangre, un suspiro y una lágrima! Confesaba que no podia descubrir cómo se entregó el primero de estos artículos en la *mano radiosa del ángel*—y por lo que era el salvo-conducto del suspiro y la lágrima, que semejantes Peris y semejantes poetas eran unos entes demasiado incomprensibles para él, para que ni aun adivinar pudiese cómo manejaban estas materias—pero en fin, dijo, es desperdiciar el tiempo y paciencia, detenerse en una cosa tan incurablemente frívola,—ruin; aun entre su linage ruin, y solo adecuada para el hospital de insectos enfermos en Bangan (1).

En vano procuró Lala-Rookh ablandar á este inexorable crítico; en vano recurrió á su dulce elocuencia, recordándole que los poetas eran una raza tímida y sensitiva, cuya dulzura no se estraia, así como la del fragante césped junto al Ganjes, estrujando y pisoteándola—que la severidad muchas veces destruia toda probabilidad de la perfeccion que se exigia; y que en fin, la perfeccion era como la montaña de Talisman, nadie todavia alcanzó su cumbre (2).—Pero ni estos suaves axiomas, ni aun las mas suaves miradas con las que se inculcaban, pudieron disminuir por un instante el ceño de Faldaleen, ni atraerlo á nada que se pareciese á estimular ni tolerar al poeta.

A pesar del crítico, siguieron los cuentos, hasta que llegados á Palacio, reconocieron en el jóven poeta al augusto novio de la Princesa—prontó mudó el crítico de lenguaje!

EL PANTEON REAL DE OVIEDO.

—

«Esta capilla es de gran devocion y venerada con antiguas memorias y ceremonias particulares.»
CARBALLO.—*Antigüedades de Asturias.*

La célebre catedral de Oviedo, que los antiguos nos legaron como un vivo testimonio de su piedad y magnificencia, puede considerarse como un riquísimo Museo de bellezas artísticas, y memorias históricas. En efecto, son tantos los objetos de la mas alta importancia que por do quiera ofrece al exámen del arquitecto, del paleógrafo ó del anticuario, que bastaria apenas un abultado volúmen para mencionarlos todos. Uno de los mas notables es sin duda el panteon donde se guardan los restos de los renombrados reyes de Asturias, de aquellos esforzados y piadosos guerreros de glorioso recuerdo, que conquistaron á España, á costa de proezas sin cuento, su libertad, su independencia y poderio, y que con mano fuerte plantaron la cruz de Cristo donde antes campeaban las medias lunas del Islam.

Antes de presentar á nuestros lectores la descripcion del enterramiento real de Oviedo en su estado presente, consagraremos algunas líneas á su historia, tal cual nos la muestran las antiguas memorias asturianas, á las que nos referimos.

Era el año de Cristo de 802, cuando el celebrado Alfonso el Casto, que ocupaba á la sazon el trono de los españoles cristianos, deseando ennoblecer la jóven ciudad de Oviedo (3), en que habia nacido, la eligió para córte y cabeza de su reino, y para que reposasen en ella sus cenizas. Alzáronse de repente, y como por encanto, multitud de edificios magníficos en la nueva *ciudad real*, los que merecieron los mas señalados elogios á nuestros antiguos cronistas (4), que encarecen sobre todo el real palacio, los baños ó termas, las iglesias de San Tirso, San Julian, y la suntuosísima basílica del Salvador (5), monumento en que el piadoso y magnífico príncipe os-

(1) El *nucta* ó gota milagrosa que cae en Egipto precisamente el dia de san Juan y se le supone el efecto de destruir la peste.

(2) El pais de delicias, es el nombre de una provincia en el reino de Jinnistan ó pais de los genios, cuya capital se llama la ciudad de las joyas. Amberabad es otra ciudad del Jinnistan.

(3) El árbol Tooba que está en el Paraiso en el palacio de Mahoma. Salo-tonba, dice d'Herbelot, significa beatitud ó eterna felicidad.

(4) Mahoma esta pintado en el capítulo 53 del Alcoran, como habiendo visto al ángel Gabriel junto al arbol del Loto, mas allá del cual no se pasa—á su lado está el jardin de la eterna mansion—este árbol, dicen los comentadores, esta en el sétimo cielo á la derecha del trono de Dios.

(5) Se dice que los rios ó corrientes de Basra se contaron en el tiempo de Belal-Ben-abi Bordeh y llegaron á ciento y veinte mil.—*Ebn Hassauld.*

(6) Nombre de la javalina con la que se ejercitan los Orientales.

(1) Se puede ver una descripcion de este hospital en los viages de Parson.

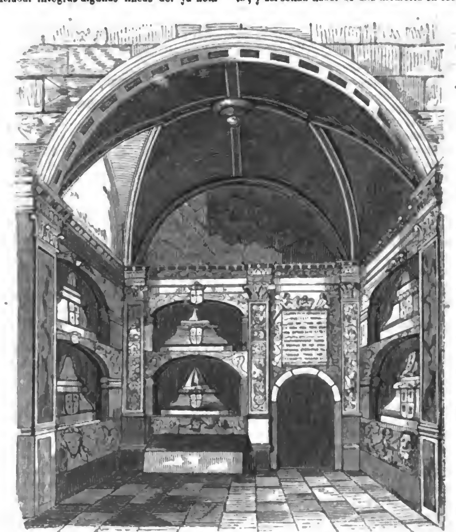
(2) Es una montaña llamada Koh-talisman, porque, segun tradicciones del pais, nadie jamas llegó á su cumbre.—*Kinnier.*

(3) En 762 el Rey D. Fruela I hizo donacion á dos santos monges, *Fromestano*, Abad, y su sobrino *Maximo*, del monte cubierto de árboles y maleza, que decian *Oveto*, para construir en el una basílica «al mártir y levita de Cristo Vicente.» Alrededor de este templo se fabricaron algunas casas que despues formaron la ciudad de Oviedo. Risco, España Sagrada; Carballo, Antigüedades de Asturias, etc. etc. En una escritura original de Alfonso el Casto que se conserva en el libro gótico de la catedral de Oviedo dice este príncipe «que nació en aquella ciudad, y que recibió las aguas del bautismo en la Iglesia del Salvador que su padre Fruela habia fundado.»

(4) Véase la crónica del Rey D. Alfonso el Magno, la de Alvelda, la de Pelayo, obispo de Oviedo, y todas las posteriores. El arquitecto del Rey se llamaba Tiuda, y á él se deben las obras referidas.

(5) Comenzóse á reedificar este templo en 802, y se acabó en 842. El privilegio ó acta de fundacion puede verse en Risco, continuacion de la España Sagrada. El Altar mayor fue dedicado al Salvador, y otros doce en torno suyo en honra de los doce apóstoles. La consagracion se celebró el 12 de octubre de 802, solemnemente por cinco obispos, y se colocó en memoria de este suceso en la misma catedral una lápida en que se leia una muy notable inscripcion alusiva al mismo. Los nombres de los prelados que concurrieron á la solemne ceremonia son: Ataulfo de Iria, Suintila de Leon, Quindulfo de Salamanca, Maydo de Orense, y Teodomiro de Calahorra.

tentó profusamente su grandeza, su buen gusto y sus tesoros. Al lado occidental de este gran templo se elevó otro mas pequeño destinado á panteon, que se bendijo con el título de Santa María, y se veian en él tres altares. En el principal fué colocada una antigua y muy devota efigie de la Virgen que se denominaba *de las Batallas* porque la llevaba siempre el belicoso rey en sus continuadas y gloriosas guerras. Aquella advocacion fué despues cambiada por la de Nuestra Señora del Rey-Casto, y hoy, con ligera alteracion, se llama aquella imágen, y la capilla en que se venera, Nuestra Señora de Recasto. Los otros dos altares, colaterales, fueron dedicados á los Santos mártires Esteban y Julian, con quien Alfonso tenia particular devocion, y el todo de esta iglesia de Santa María constaba de tres naves. Los escritores contemporáneos y posteriores á su fábrica, encarecen contestes su mérito artístico, y Carballo, que la describió prolijamente en el siglo XVII, nos dice que era bellísima y que se conservaba en su tiempo «lo mismo que la dejó el casto rey.» Al presente, y segun nuestra opinion, desde los años de 1383, en que se comenzó la fábrica de la nueva catedral que hoy persevera (1), la iglesia de Recasto está unida á aquella, y forma una de sus principales capillas, pero no un templo separado como en los antiguos tiempos. Aquí deberemos trasladar íntegras algunas líneas del ya nombrado Carballo: —«En lo postrero de esta iglesia de Santa María mandó el rey don Alonso hacer una capilla, ó por mejor decir una cueva, pues no tiene altar ninguno, para su entierro y los demas reyes que le sucediesen, pues no se permitia á nadie enterrarse en la iglesia. Tiene este sótano de ancho otro tanto como la capilla mayor, que serán 20 pies y 12 de largo. El techo es muy bajo, de madera, sin labor alguna, y sirve de suelo á un aposento que está encima, como tribuna ó coro de la iglesia. Tiene hácia la capilla mayor unas puertas de red de hierro á lo antiguo, y una pequeña ventana por donde entra bien poca luz, y así está muy lóbrega la pieza. El suelo está todo lleno de sepulturas de reyes, antiguas, y altas del suelo cosa de dos pies, y tan llegadas unas á otras que no se puede andar sino por encima.» Añade tambien el historiador asturiano habia en este enterramiento, ademas de los sepulcros de los reyes, otras sepulturas «llanas» que se ignoraba á quién pertenecian. Ambrosio de Morales, que visitó de órden del devoto Felipe II todos los santuarios célebres de Asturias y Galicia, nos hace del antiguo y modesto panteon de los reyes de Oviedo una descripcion muy semejante á la que acabamos de repetir. Acendrada devocion mereció á los sucesores de Alfonso la iglesia de Santa María y su enterramiento, y así solian hacer de ella memoria en casi todos los privilegios de



(Panteon Real de Oviedo.)

donacion que concedian á la catedral, como demuestran las siguientes palabras que se leen en muchos de ellos:

Necnon Sanctæ Dei Genitricis Virgines Mariæ cum bis titulis in honorem Sancti Stephani et Sancti Juliani Martirum (2).

Apenas acabada la fábrica del panteon real, fueron en él colocados con solemne pompa los cadáveres de Fruela I el fundador de Oviedo, y el de Bermudo el Diácono, inmediato antecesor de Alfonso el Casto. Muerto este gran rey en la misma ciudad en 843, se depositaron sus restos en una grosera tumba de piedra inmediata á la de Fruela su padre. Este lucillo, que ocupaba el centro del antiguo enterramiento, subsiste aun: se alza sobre el pavimento dos pies, y no tiene adorno ni inscripcion alguna, pues aunque el monge anónimo de Albelda dedicó á este rey un elocuente epitafio que insertó en el apreciado cronicon que redactó, no llegó á escribirse sobre el sepulcro á que estaba destinado. El único y digno adorno que lo decoraba, eran, segun leemos en el libro gótico de la catedral, «las armas reales,» por las que deberá entenderse, dice un historiador, la espada, lanza y arneses que el rey usaria, y no su blason, por ser, segun opinion comun, invento mas moderno. La buena memoria que quedó del piadoso Alfonso el Casto, hizo que sus restos fuesen un objeto de profunda veneracion, y casi de culto, por lo que los monges de los vecinos monasterios de San Pelayo y San Vicente (1) guardaron desde tiempo inmemorial la costumbre de venir todos los dias en comunidad á orar sobre esta tumba mirada como sagrada. Para llegar al panteon se valian de una puerta misteriosa que aun hoy se vé, aunque tapiada. En nuestros dias el respetable cabildo de Ovie-

(1) Era obispo de Oviedo en esta época D. Gutierre de Toledo.

(2) Estos eran los altares colaterales de la iglesia de Santa María, de lo que hablamos arriba.

(1) Ambos pertenecian á la orden de San Benito. El de San Pelayo era de monjas y aun subsiste en el dia.

do, fiel conservador de las venerandas tradiciones de su memorable iglesia, vá en cuerpo y con frecuencia á visitar la tumba de su noble fundador, y celebra en su memoria un solemne aniversario el 22 de marzo.

Ramiro I, sucesor de Alfonso, murió tambien en Oviedo por los años de 850, y ocupó un lugar en el mismo panteon. En su sarcófago se leia este epitafio:

Obit divæ memoriæ Ranimirus die
Kalend. Februarij, Era
DCCC.LXXXVIII. Obtestor vos
Omnes qui hæc lecturi estis, ut pro
Requie, illius orare non desinatis. (1)

En el sepulcro de Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro, se leia tambien una inscripcion que no reproducimos aqui por parecernos de escasa importancia; mas no podemos dispensarnos de referir una particularidad de la del lucillo del célebre Alfonso III apellidado el Magno. Edificaba este monarca su Palacio en Oviedo, y sobre la portada puso su acostumbrada insignia de la cruz de la Victoria con esta leyenda:

Signum salutis pone domine in domibus istis ec nom permitas...

y dejando pendiente el sentido hizo esculpir en su tumba, que se labraba al mismo tiempo que el Palacio, entre las de sus antepasados, otra vez la cruz de la victoria, y lo restante de la truncada leyenda en esta forma:

Introire angelum percutientem.

Ambas inscripciones se leen aun reunidas, y formando una sola, alrededor de la repetida cruz de la victoria, en una lápida de la fortaleza de Oviedo fábrica del mismo. Alfonso el Magno. Carballo la traduce así:

Pon Señor en estas casas
La señal de la salud
Y no permitas entre ellas,
El ángel percuciente (pecador).

El sepulcro antiguo de D. Garcia I, se veia tambien en este panteon, pero no tenia epitafio; ofreciéndose por esta circunstancia á un devoto historiador la piadosa reflexion «que ni aun era digno de esta memoria, por haber sido rebelde á su padre.»

Trasladada la córte á Leon despues de la muerte de Garcia, ninguna otra persona real fué sepultada desde esta época en el panteon de Oviedo, que ademas de los siete reyes espresados, fué ocupado por algunas de las reinas sus esposas, y por varios principes de ambos sexos. En tal estado subsistió por largos siglos este histórico monumento, hasta que entrado ya el próximo pasado, y por los años de 1712, siendo obispo de Oviedo Fr. Tomás Reluz (que habia sido religioso dominico) fué totalmente reedificado. Profesaba el prelado, singular devocion á la antigua imágen de la virgen del Rey Casto, cuya Iglesia ó capilla se hallaba en estado ruinoso, y emprendió á sus espensas, su completa renovacion, aunque desgraciadamente, y siguiendo el estilo de su tiempo, sustituyó á la antigua y magestuosa arquitectura bizantina, la estravagante de Churriguera, que entonces reinaba. La virgen de Recasto fué instalada con la mayor solemnidad en su nuevo altar, y los huesos de los reyes turbados en el reposo que desde tantos siglos gozaban en sus modestas tumbas, por la mano profana y atrevida del arquitecto de Reluz, que los encerró en las nuevas urnas que al intento fabricára. Solamente permanecieron en su antiguo sarcófago los restos del ilustre Rey, Alfonso el Casto, qué al menos merecieron el justo respeto de no ser tocados.

El nuevo panteon fabricado de piedra de silleria ocupa el mismo lugar que el primitivo, y aunque campea en él, como hemos dicho, la justamente reprobada arquitectura churrigueresca, no carece de magestad, y encontramos en sus adornos alguna semejanza con los de la Capilla de san Isidro en la Parroquia de S. Andrés de Madrid. Su planta es un rectángulo, y su decoracion consiste en varias pilastras (cuyos capiteles se inclinan al órden Corintio), que sustentan un cornison laboreado que rodea toda la pieza, y una bóveda cruzada de fajas ó cintas al estilo gótico. Entre las pilastras corren una sobre otra, dos hileras de nichos formados por pilares que sostienen arcos semi-elípticos, donde están colocadas seis urnas sepulcrales, que encierran los cuerpos de otros tantos reyes, y de varias reinas. Interrumpe la armonia de toda la pieza, el tosco túmulo de Alfonso el Casto que está posado en el suelo, y se asemeja un poco á un cajon abandonado, y una puerta tapiada que daba paso en otro tiempo á los monasterios de S. Vicente, y S. Pelayo, como ya dijimos. Sobre esta puerta, se vé una gran lápida rectangular surmontada de una corona real á la moderna, sostenida por dos ángeles de relieve, en la que se lee el prosáico epitafio siguiente:

«En este real panteon yacen los cuerpos de los señores reyes y reinas siguientes: el señor rey don Fruela I de este nombre, hijo del señor rey don Alonso el Católico, I de este nombre, quien pobló á esta ciudad, y trasladó esta santa iglesia al sitio que hoy tiene. El señor rey don Bernardo, llamado el Diacono, sobrino del señor rey don Fruela. El señor rey don Alfonso el Casto, hijo de dicho señor rey don Fruela quien fundó esta real capilla para su real sepulcro y de sus projenitores. El señor rey don Ramiro I de este nombre, hijo del señor rey don Bermudo. El señor rey don Ordoño I de este nombre, hijo de dicho señor rey don Ramiro. El señor rey don Alfonso el magno, III de este nombre, hijo del dicho señor rey don Ordoño. El señor rey don Garcia I, hijo del señor rey don Alfonso el Magno. La señora reina doña Gelaira, muger del señor rey don Bermudo. La señora reina doña Urraca, muger del señor rey don Ramiro I, y otros muchos cuerpos de señores principes, infantes, é infantas. Reedificóse el año de 1712, reinando la magestad católica del señor rey don Felipe V de este nombre (1).

Todo el panteon desde el pavimento hasta la cornisa está sobrecargado de querubines, cariátides, cabezas de leones, flores, frutas, y finalmente tiene un escudito de armas con la cruz de la Victoria. Las urnas sepulcrales son lisas, y sin otro adorno que el escudo de armas de Castilla y Leon timbrada de una corona parecida á la condal, ridículo adorno para el sepulcro de reyes que no lo fueron jamás de Castilla ni de Leon. Solamente el primero de la izquierda ostenta la cruz de los ángeles, armas de la ciudad y catedral de Oviedo y especial insignia segun se cree de Alfonso el Casto. Recibe el enterramiento la luz por una sola ventana practicada en lo alto de la bóveda, y está resguardado por una alta verja de hierro siempre cerrada, y en la que se ven las armas de Felipe V, que como queda relatado arriba, vivia en la época de la restauracion de la capilla de nuestra señora de Recasto, y del real panteon de Oviedo.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo 10 de noviembre de 1848.

Simbolismo de la palabra hebrea שמש (sol).

Si no nos fuesen ya conocidos otros sublimes rasgos de las sapienciales combinaciones, profundos sentidos y analógicos significados de los elementos de la escritura hebrea, de las palabras y de las oraciones y monumentos literarios de esta por tantos conceptos veneranda lengua, el que hoy ofrecemos al público literato y verdaderamente filólogo fuera suficiente en nuestro juicio para probar, que no solo el idioma hebreo es una verdadera representacion por escrito de los pensamientos é ideas con verdad natural y adecuada, sino que sus radicales, palabras y espresiones encierran, sobre los mas profundos y delicados arcanos de la filologia, los misterios mas eternos é inefables de religion, cosmogonia y filosofia, que forman la base del órden que rige los destinos del mundo.

Aunque esta verdad (que así la juzgamos) parezca exagerada, á mas de otros anteriores, la confirma el ejemplo que hoy tenemos que proponer para demostracion de la misma, y confiamos en que la esperiencia diaria y consecutiva, dimanada de la observacion de otros mil fenómenos, no menos curiosos que el presente, y del mismo ó semejante órden, acabará por demostrar á cualquier filósofo concienzudo que el simbolismo del universo se halla ingénito en la escritura y lengua hebrea.

Fijemos ya nuestra mirada en la figura que ocasiona este relato, y observemos primero su disposicion y significado material, y en segundo lugar el espiritual ó simbólico.

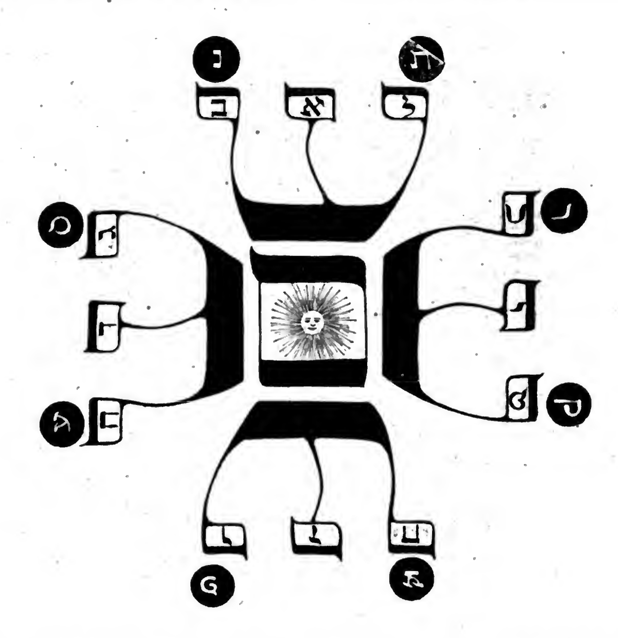
Todo hebraizante sabe que la voz hebrea שמש que significa sol (poniendo ó sustituyendo en lugar de las tres radicales sus valores ideológicos, valores que tales observaciones como la actual acabarán por confirmar y esclarecer de una manera evidente) equivale á decir «naturaleza, ministerio, naturaleza;» y por tanto unidas ó rigiéndose ó construidas en el órden en que se hallan, dicen: «ministerio ó agente entre naturalezas, ó enmedio de naturalezas;» y como la naturaleza es el símbolo de la abundancia, significa tambien la fórmula «agente que dá la abundancia á la naturaleza, agente de abundancia,» y naturalmente «agente en medio de la naturaleza ó de una naturaleza,» ó lo que es lo mismo, «sol de un sistema solar,» y en una palabra «sol».

(1) Murió la divina memoria de Ranimiro el dia 1.º de febrero, era de 888. Ruego á todos los que esto leais no dejeis de rogar por su reposo.

(1) Ademas de las reinas aqui espresadas se sepultaron en este panteon segun la historia nos muestra las siguientes: Munia, Munia Donna y Ximena, esposas de Fruela I, Ordoño I y Alfonso III.

Ahora bien, empecemos á hacer sobre este significado etimólogo-ortográfico de la palabra observaciones acerca de la combinacion á que la misma dá lugar, y que por fortuna se ha llegado á descubrir. La radical media, que es מ, es la letra mas cuadrada del alfabeto hebreo, y cuando se escribe aislada es un cuadrado geométrico, y una vez que la palabra dice, como hemos visto, מ ó agente en medio de naturalezas, sigamos esta indicacion y coloquemos el מ en un papel, y aplicándole con ש por sus cuatro caras, de suerte que las aspas ó cuernos queden por todas partes en derredor hácia fuera; formarán de esta suerte los cuatro ש como los rádios de un sol, y el מ queda en el centro como el sol, que rádia luz ó que derrama abundancia y vida como el agente que es de la naturaleza, agente de luz, agente y foco de atraccion, agente de fluidos aun desconocidos para nosotros. Pero aun hay mas: la luz y la abundancia se derraman y difunden para ir á parar á los doce ástros prototípicos de un sistema regular, que representan las cabezas de las aspas ó estremidades de los rádios de cada *schin*, y á los satélites de estos planetas, que son los puntos, asi izquierdos como derechos, de la letra ש, que son ocho, y es el mayor número de los que pueden rodear á un solo planeta. Si sumamos estos dos números 8 y 12 resultan veinte de las veinte y dos letras del alfabeto hebreo, cuyo número se completa agregando el מ y el ש del núcleo de la figura. Se vé, pues, de una manera evidente, y que parece no poder dar lugar á género alguno de duda que las letras de la palabra que en hebreo significa *sol*, no solo contienen en su significacion aislados y reunidos los elementos de la idea material y la idea misma del sistema solar, sino que colocándola del modo mas natural y simétrico, y como quien sigue las indicaciones de este sagrado lenguage, forman el exacto cuadro geroglífico, y aun mas, la fiel representacion y original estampa de un sistema, ó sea de un universo, y aun si se quiere de todos los universos.

Pero pasemos al profundo sentido metafísico-simbólico de esta



espresion y representacion gráfica, á saber: «el movimiento (1) es foco de la abundancia,» «el movimiento es causa de la abundancia,» «*el movimiento ó atraccion* es la ley *central y capital*, como si dijéramos *focal ó unitaria del universo* (físico, moral é intelectual):» ó de otro modo, como si observáramos la misma verdad mirada por otro prisma, «el ministro debe estar en medio de los administrados, como en el punto equidistante de todos los estremos de su esfera de actividad;» de otro: «la actividad es la esencia de un sistema, de un gobierno ó de una sociedad;» finalmente: «el medio es el contacto de los estremos, la vida está en el centro, las ramificaciones de la ciencia dependen de su unidad ó principio central y universal, etc.»

(1) Siendo el מ una radical que significa «ministerio ó agente en lo material,» nos ha inducido á creer la figura que tambien podria significar en lo espiritual é ideológico el movimiento ó la causa que lo produce, motor, y el cotejo de radicales nos ha confirmado en esta opinion. En prueba de ello cotéjense las radicales de las palabras *agua*, *dia*, *madre*, *paz* y otras, y la misma que es objeto de este artículo.

Creemos, en una palabra, ver simbolizada en la figura que llenos de respetuosa admiracion hemos tenido el gusto de observar á propuesta de nuestro ilustrado catedrático, la ennunciacion geroglífica y muda, pero elocuente y poética, armoniosa y divina de las verdades mas capitales y trascendentales en la ciencia, en la religion y en la política.

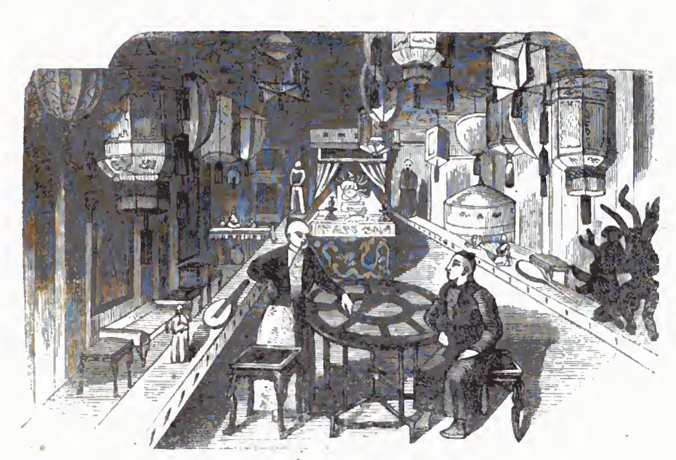
Dios es el agente de la creacion y de la naturaleza, es su foco, su centro, y preguntamos ahora: ¿y dónde está la demostracion divino-tradicional, físico-espiritual y emblemato-geroglífica de esta verdad increada ó inconcusa? En la escritura hebrea, respondemos sin titubear; en la misteriosa figura que forma la mas bellísima á la par que sencilla combinacion de signos literales que pudiera ofrecerse en lengua alguna: bellísima por su elegancia gráfica, por su simetría matemática, por su correspondencia emblemática, artística, científica y religiosa; en una palabra: por divina combinacion cabalística y profética.

Este descubrimiento nos dá una ocasion para celebrar los exactísimos juicios del inmortal Lourdueix, el cual, antes de haber conocido estos simbólicos misterios, dice que el lenguage es el verbo divino que se revela de una manera inmediata por tal medio á los hombres; lo cual, con otras muchas verdades relativas á este principio general, prueba en su preciosa obra de «La verdad universal, ó sea introduccion á la filosofía del verbo.» Mucho tendriamos que decir en esta parte, pero por ahora nos contentamos con indicar el autor y la obra, y añadir por remate que seguramente se halla poseido de un genio verdadero y de un talento superior el sábio que descubre verdades tan importantes antes de llegar á conocer el fenómeno, del cual aquellos se desprenden directamente, como es el que acabamos de describir.

No podemos dejar la pluma sin hacer al lector algunas observaciones que la fé íntima de nuestra conciencia nos sugiere. No creemos de modo alguno que este rasgo de sublimidad, genuinidad, gracia y verdad elocuente de la lengua sagrada de Moisés sean de las últimas que ha de ofrecernos su estudio, antes por el contrario conocemos que él dará lugar á mayores descubrimientos que el que pudieran prometerse de esta noticia aquellos lectores que no hayan cultivado este ramo de la oriental sabiduria: pero al mismo tiempo reconocemos nuestras escasas fuerzas, sentimos no poder dar á tan fecunda y agradable tarea todo el tiempo que otras ocupaciones sociales nos arrebatan á nuestro pesar, y por esto creemos inseparable de nuestro deber, y esto desechando todo género de egoismo y toda tendencia al monopolio científico: el exhortar á nuestros lectores á que, dedicándose á tan saludable y prolífera fuente matriz de conocimiento y erudicion sin límites, nos ayuden á elevar la gloria literaria de nuestra nacion hasta un punto que no en vano podrian envidiar en breve los mas eruditos filólogos de las estrangeras, sin escluir de su catálogo á los de la culta Alemania, pues ya radican entre nosotros las mas preciosas semillas de una inmortal escuela de filología y lingüística.

Por lo demas, lejos de apellidar invencion al mero descubrimiento que motiva este artículo, creemos que no pasa de una observacion estricta, de uno de los tantos hechos naturales y fenomenales que constituyen el inagotable caudal de las bellezas bíblicas.

F. G.



(Cámara principal del buque chino.—Véanse los núms. 46, 47 y 48.)

CONTIENDA ENTRE EL TRABAJO Y LA OCIOSIDAD.

CUENTO MORAL.

Quince abriles habian pasado por el jóven Luis, este era su nombre, sin abrigar en su tierno corazon mas pensamiento, ni otro deseo, que el de la gloria y las esperanzas de un lisongero porvenir. Todo se le presentaba risueño, todo lo apreciaba en muy poco, pues su natural desinterés le impelia únicamente á buscar enredos pueriles que le dieran nombre entre sus conocidos.

En medio del tropel de ideas que invaden á la juventud cuando esta empieza á sentir la violencia de las pasiones, el constante anhelo, el pensamiento esclusivo que predominaba en Luis, no era otro que meditar profundamente sobre el aprecio que dispensa la sociedad al *hombre de bien* y el disgusto con que mira al *hombre malo*; la vida azarosa que es inherente al último, y la vida apacible y tranquila que goza el primero.—Este era, en resúmen el argumento, del cual partian todas las ideas del fogoso jóven para escoger la carrera que habia de emprender.

Muchos dias se presentaba á sus amigos triste y pensativo porque su entusiasmo declinaba. Otros, por el contrario, muy alegre y en estremo contento por el mundo ideal que él mismo se creára.

Si alguna vez concurria á las reuniones donde el bello sexo ostenta sus naturales gracias, se alejaba de allí muy luego, porque el trato superficial y la vana coqueteria le disgustaba: en su ardiente imaginacion no habia cosa que pudiera llenar el vacío de aquella alma pura.

Con grande admiracion parábase á contemplar la variedad de fisonomías en la criatura, y de este arcano secreto de la naturaleza deducia consecuencias que le elevaban á Dios, sin tratar de investigarlas.—Veia una muger hermosa; la miraba con interés, elogiaba aquella blancura trasparente como el nácar, observaba el conjunto de gracia que tanto recreára su vista; pero le asaltaba al propio tiempo el canto terrible del paciente Job, cuando compara al hombre con la flor del heno que nace por la mañana, por la tarde se marchita y por la noche perece.—Pues bien; si esto es tan cierto que su verdad confunde al mas atrevido, si las generaciones desaparecen al frágil vientecillo de un soplo... ¿por qué, se preguntaba á sí mismo, tantos afanes en el mundo?—Me dejaré arrastrar de mis pasiones, decia el desventurado, y aprovechando los minutos disfrutaré cuanto permitan mis fuerzas. Pero no..... se contestaba, que el tiempo vuela y si yo me entrego sin freno á una vida licenciosa, el carro de la locura se despeña fácilmente, la sociedad me aborrecerá y no encontraré punto donde ocultar mi persona.

Estas y otras reflexiones de igual naturaleza, atormentaban fuertemente el espíritu del jóven Luis, siempre en lucha abierta sobre el camino que habia de emprender, si el del *ocio* ó el del *trabajo*.

Una tarde de verano, de aquellas tardes en que el polvo no deja respirar libremente en las grandes poblaciones, fúese al campo en busca de una atmósfera mas pura, y como para dar una tregua á su cansada imaginacion. Llega á un ameno sitio que ofrecia algun recreo: sentado sobre la yerba mira con avidez dos hormiguillas que rodaban un grano de trigo, y esta leccion elocuente, que la naturaleza habia puesto delante de sus ojos, hizo renovar con mas vehemencia el pensamiento que por muchos dias no le habia dejado.

Cuando mas distraido se encontraba, cuando tenia fija su idea en el trabajo que enseña el débil insectillo, hé aquí que oye á lo lejos un ruido que por su constancia é igualdad parecian pasos. Notando que el eco se aproximaba, levantó la vista, quedando sumamente admirado al descubrir á muy corta distancia dos hermosas mugeres que se dirigian hácia él.—Una de ellas honesta y de noble presencia, adornada de un vestido blanco que á la pluma del cisne eclipsára, los ojos humildes, su figura angelical y en la que todo aparentaba modestia y dignidad. La otra, por el contrario, llena de blandura, los ojos bulliciosos y con un ropage que demostraba ser mas artificiosa que natural: muchas veces se miraba á sí misma y se remiraba en su propia sombra.

Luis, que las contemplaba atentamente, no podia persuadirse del objeto de aquella rara aventura, ni sabia á qué atribuir una aparicion tan inesperada en aquella soledad; mas como le vieron asombrado, corrió hácia él la mas audaz y le habló de esta manera:

—Considérote, noble mancebo, que estás dudando cual de los dos caminos has de tomar, si el del *Trabajo* ó el de la *Ociosidad*. Si tú me amas y me sigues yo prometo llevarte á un lugar que llaman deleite, en donde vivirás sin ningun cuidado, gustarás lo que te agrade y siempre estarás alegre. No tendrás mas ocupacion que la de disfrutar.

Asombrado el jóven con una declaracion tan seductora la preguntó sin vacilar,

—¿Qué nombre es el tuyo, muger?

—Mis amigos, le contestó, me llaman *felicidad* y los que me aborrecen me nombran *Ociosidad*.

Apenas concluyó de hablar se acercó, tranquila y magestuosa, la virtud que representaba el *Trabajo* en contienda con el ocio.

—Yo tambien, bizarro jóven, le dijo, me vengo para ti porque conociendo á tus padres y considerando tu natural ingenio, creo, que siguiendo mi doctrina, serás amigo de la virtud, ejercitarás obras buenas y harás de este modo mas honrado é ilustre mi nombre. No te engañaré, como esa muger, comenzando por deleites, pues quiero decirte cual es la naturaleza verdadera de las cosas. Ninguna de las que son buenas y virtuosas se dió á los hombres sin trabajo y diligencia.—Si quieres que te amen mis amigos procura hacer bien á todos; si buscas que te honren las gentes, enséñales con el ejemplo empezando por respetar á los demas; si pretendes ser bien mirado en la sociedad no escandalices con los actos de tu vida pública y moral; si deseas que la tierra te dé fruto, cultívala primero; y últimamente, si te dejas llevar de la inclinacion propia de la edad y quieres ascender en la carrera de las armas, ó poseer las artes y las ciencias, no seas negligente y compórtate con valor siguiendo constante en los trabajos y privaciones.

Sonriéndose la *Ociosidad* al escuchar consejos tan saludables de la virtud laboriosa,

—¿Entiendes, jóven, le replicó, cuán largo y áspero camino te enseña esta muger para llegar á los deleites? Yo.... por mas fácil y breve senda te conduciré á la felicidad.

—¡Desventurada!... esclamó el *Trabajo*; ¿qué bien ofreces tú, ó qué es lo que te parece suave?—Ninguno de tus pasos se dirigen á este fin, porque nunca esperas á tener deseo: comes sin hambre, bebes sin sed. En el estío buscas la nieve, en el invierno el calor; no apeteces el sueño por dormir, sino porque no tienes qué hacer.

En esta forma, muger menguada, enseñas á tus amigos, ocupando la noche y malogrando lo mejor del dia. Los hombres virtuosos te afrentan.... nunca oiste tus alabanzas, que es lo mas dulce que se puede oir; ni tampoco has visto jamás obra buena tuya, que es lo mas satisfactorio que se puede ver. ¿Quién, pues, te creerá hablando tú ó teniendo necesidad?... ¿quién, á no perder el juicio, querrá ser contado entre tus amigos para pasar lo florido de la vida en un torbellino, reservando para la vejez las enfermedades y las amarguras?—Yo, jóven sencilla, añadió, siempre me encuentro tranquila; ayudo á los artistas; soy la que mas honra tengo como defensora de la paz: fiel custodio de los *hombres de bien*, estrecho los lazos del amor y participo de la verdadera amistad. Últimamente, á mis amigos les es mas dulce el trabajo que la ociosidad; y si recuerdas, jóven bizarro, las proezas que nos han legado los antiguos y tratas de seguir mi consejo, no dudes un minuto que gozarás felicidad. Tu nombre ocupará un lugar esclarecido en las páginas de la historia, que florece eternamente.

Enagenado, y sin poder articular una sola palabra, quedóse Luis al escuchar las razones alegadas por aquellas dos mugeres, que mas parecian deidades. Sin embargo, algun tanto enternecido por la pintura del vicio que le habia bosquejado la virtud, se presentron á su imaginacion, clara y precoz, las consecuencias desgraciadas del que adopta este camino. Esto mismo conocia en su semblante el *Trabajo*, cuyos rayos de luz penetraban en lo mas recóndito del corazon del jóven. Miraba con placer á la *Ociosidad*, porque sus halagos le hacian vacilar, pero no podia soportar la idea del desprecio que es anejo en sociedad al hombre holgazan.—Las dos misteriosas mugeres no apartaban sus ojos de aquel jóven feliz.... se disputaban á la vez la victoria, y cada una de por sí juzgaba suyo el triunfo, viendo lo perplejo que estaba en resolver. Impelidas, en fin, por un mismo sentimiento, le preguntaron con energía:

—¿Por cuál de las dos te decides, noble jóven?—Responde, añadió la virtud laboriosa; mira que de ello pende tu felicidad en la vida ó tu desgracia.

—Me decido por el *Trabajo*, contestó con el fuego propio de la juventud, porque... ¿quién hay que no se enamore de tu razon, digna muger, y que no tome ojeriza á la poltrona *Ociosidad*? ¡Tan cierto es que sin él no hay verdadero deleite en el mundo!

Declaracion tan libre y espontánea no pudo menos de escitar la ira del vicio, mientras que llenaba de alegría á la virtud. La *Ociosidad* no podia ocultar su enojo, y viéndose vencida en la lucha tiró al suelo la guirnalda de flores que orlaba su cabeza, retirándose con precipitacion.

La virtud que representaba el *Trabajo*, con aquella magestad que ofrece la victoria, cuando la batalla es aventurada, le habló por última vez en estos términos:

Sigue constante, noble jóven, en tu propósito, y nunca dudes de cuanto te dejo manifestado. Mi clemencia es grande; aprecio á los hombres de corazon generoso como el tuyo. Yo te protejeré de las asechanzas que te ponga el vicio, pero no te canses jamás en el honroso camino que has emprendido.

Un sueño le pareció á Luis cuanto habia presenciado. Resuelto á emprender una carrera que le diese aprecio en la sociedad, manifestó á sus padres la inclinacion que tenia por el arte encantador de la pintura, y locos estos de alegria al escuchar declaracion tan franca de su querido hijo, no omitieron medio ni gasto alguno para alentar su firme decision.

No tardó mucho tiempo en corresponder á las esperanzas que sus venerables padres concebieran; con su talento precoz bien pronto se distinguió entre los condiscípulos, así en el dibujo correcto como en la composicion, dando á conocer su nombre al público por los cuadros históricos que ejecutó á los pocos años.

Se hablaba, pues, con respecto al jóven Luis en el círculo de sus amigos. Llegó por último á formar la completa delicia de sus padres, y cada vez que recordaba su posicion independiente en el mundo social, bendecia la hora feliz en que se decidió por el *Trabajo* volviendo la espalda á la *Ociosidad*.

JULIAN S. MILANÉS.

SONETO.

¡Ultimas horas de mi amarga vida,
Que en desamparo y soledad huyendo
Arrastrándome vais al fin horrendo
De una carrera en el dolor corrida!

¡Ay! de mi dulce esposa desvalida
Borradme por piedad, la que estoy viendo
Imágen dolorosa, que gimiendo
Colma de mi infortunio la medida!

Ni oiga del hijo tierno idolatrado
El acento de amor, con que inocente,
Yendo á perderme, llámame á su lado;

Y tranquilo, implorando á Dios clemente,
Víctima de constante adverso hado,
Rendiré al polvo la cansada frente.

Campo de Vizcaya, donde oculto creia inevitable y próxima mi muerte, en octubre de 1841.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION
á cargo de D. G. Alhambra.



(Túmulos de Bougon, vista tomada por un ángulo.)

EL CAPITAN PEDRO CARROS. (1)

Fué hijo el capitan *Pedro Carrós*, de un conde aleman, que bajó con el emperador Federico á las guerras de Italia, desde donde vino á España al servicio del rey D. Jaime, movido de sus hazañas en las guerras que sostenia contra los moros.

Pasó *Carrós* con el citado rey á la conquista de Mallorca, llevando, por su cuenta, una gruesa nave, que fué almiranta de aquella armada, y sus hechos de armas y su arrojo fueron tan valerosos y singulares, que merecieron que el mismo rey le armase caballero el dia de la natividad de mil doscientos veinte y ocho.

Sirvió y acompañó al rey en todas sus jornadas, y en particular en la conquista de Valencia y en las demas fortalezas del reino.

Ganó, por su pericia, valor y acertadas disposiciones, el castillo de Rebollet y el lugar de la Font, que en la actualidad, con el nombre de Fuente Encarróz, pertenece al partido judicial de Gandia, de cuyo pueblo le hizo el rey merced y donacion.

Deseando D. Jaime ser Señor de Denia, villa entonces, y aun desde la época de los romanos, renombrada y famosa, en cuyo recinto, y en su escelente fortaleza, se habia reconcentrado la morisma del rey Zaen, encomendó su conquista á *Carrós*, en quien, mas que en ningun otro, tenia la mayor confianza.

Al instante partió aquel con lo mejor del ejército; puso cerco á dichas poblacion y fortaleza, y como éste se prolongase demasiado, asentó sus reales en un montecito inmediato, en cuya cima construyó un castillo, en donde alojó sus tropas, y del cual nos hemos ocupado ya en otro artículo.

La proximidad á Denia del nuevo castillo, hizo que el capitan *Carrós* molestase de continuo á los sitiados, á quienes logró tomar por asalto una torre avanzada, que fué cuartel de los marselleses y que aun hoy sus ruinas se conocen con el nombre de torre de *Carrós*, si bien aquellos la recuperaron luego, con grande pérdida de los sitiadores.

Ganó por fin *Carrós* á Denia, en mil doscientos cuarenta y cuatro, despues de quinientos veinte y ocho años que estuvo en poder de los moros, siendo la escogida compañía de Almugávares la primera que se apoderó de una de las puertas y que entró en su recinto, aunque algunos aseguran, que hubo traicion por parte del alcaide moro de dicha puerta y secretas inteligencias entre éste y *Carrós*, por suponer que el rey Zaen vejaba bastante á sus súbditos con pecherias insufribles, que deshonraba mugeres y que, en aquellos dias, habia agraviado mucho al citado alcaide, en la persona de una hija suya, de rara y singular hermosura.

Todavia se defendieron algun tiempo los sitiados que lograron replegarse á la fortaleza, hasta que faltándoles el bastimento, hubieron de rendirse á *Carrós*, de quien exigieron y les permitió que se retirasen á Alacant, ó Alicante, con la ropa de su uso y con dos sueldos cada uno.

No nos parece fuera de propósito consignar en este artículo, que, segun se refiere por varios historiadores, *Alazarch*, caudillo de los moros sublevados que sustentaban la guerra en el reino de Valencia, estaba apasionadísimo de una hija del capitan *Pedro Carrós*, ó que al menos así lo aparentaba y suponia, en términos, que desde el castillo de Rugat mandó una embajada al rey D. Jaime suplicándole con la mayor humildad y á la reina influyesen personalmente, con *Carrós*, á fin de que le diese por muger á su citada hija, en cambio de lo cual prometia hacerse cristiano y rendirse con sus tropas.

Don Jaime y su esposa nada recelaron de una peticion sospechosísima bajo todos conceptos, y por el contrario fueron tan demasiado crédulos y confiados, que sin mas escolta que veinte y cinco caballeros montados en mulas, con alguna gente de á pié y con varias mugeres al servicio de la reina, partieron á la ligera desde Játiva, al

(1) Nuestros lectores nos permitiran que en el presente artículo nos ocupemos, aunque lijeramente, de la conquista de Denia, emprendida de órden del rey D. Jaime, y llevada á cabo, por el capitan Carrós.

campamento de *Carrós*, sabedor de lo cual *Alazarch* les rogó de nuevo, que pues se dirigian á las cercanias de Denia, fuesen servidos de pasar antes por el valle de Gallinera, donde él les esperaria y tendrian los tres una larga conferencia, beneficiosa para todos; pero en realidad abrigando ya en su pérfido corazon, sino desde un principio, malísimas intenciones.

Accedieron, tambien, por desgracia, nuestros reyes á las mentidas súplicas del poderoso y temible moro, su encarnizado enemigo, y pudo costarles muy cara tal conducta, porque al estar, con su pequeña comitiva, en un llano cerca de Rugat, le salieron, de improviso, de una emboscada y por distintos puntos, siete compañías de la morisma de *Alazarch* de órden de éste y con intento de matar, ó por lo menos, prender á don Jaime y á su esposa; mas como afortunadamente el primero y su gente, hiciesen prodigios de valor y lograsen desembarazarse de sus contrarios, llegaron, sin perder un hombre, al campamento de *Carrós*, desde donde, considerando lo que se tardaria aun en apoderarse de Denia, regresaron á Játiva con las debidas precauciones, y desde allí partió el rey á la conquista de Biar.

Dueño ya don Jaime y señor de la Villa de Denia y de su fortaleza, despachó cinco privilegios en favor de los conquistadores, nuevos pobladores y vecinos de dicha villa. Uno desde Biar, en primero de octubre de mil doscientos veinte y cuatro; el segundo desde Valencia en cuatro de febrero de mil doscientos cuarenta y cinco; el tercero y cuarto desde Alaguar ó Laguar en veinte y seis de mayo del propio año, y el quinto desde Valencia, en veinte y ocho de mayo de mil doscientos cuarenta y nueve, en virtud de los cuales, les libró de pagar derechos por las mercaderías y los de lleuda, peaje y otros; dió facultad y comision al capitan *Pedro Carrós*, para hacer el repartimiento y division de las tierras, casas, baños, hornos, molinos, etc. á su arbitrio y voluntad, entre dichos conquistadores, nuevos pobladores y vecinos; concedió á los mismos todas las leyes, fueros, costumbres y usajes de la ciudad de Valencia, el ser sentenciados en lo civil y criminal del propio modo que estos, y que no pudiese encarcelárseles en otras prisiones que en las de Denia; y por último, les permitió que pudiesen vender, trocar, enagenar etc. libremente, cualesquiera tierras, casas, molinos, hornos y demas posesiones ó heredades que disfrutasen de las adjudicadas cuando la conquista.

No hemos podido apurar, sin embargo de nuestras investigaciones, la época y el punto donde falleciese el capitan *Pedro Carrós*; pero, segun todas las probabilidades, es de creer fuese á principios del último tercio del siglo décimo tercero, en Valencia, á donde se retiraria, como lo verificaron, despues de pacificado el Reino, sus compañeros de armas, los bravos *Calatayudes, Alapons, Moncadas, Villarrasas, Espinosas, Eslavas, Ramos, Lopez, Señores de Carcer, Masparrotas, Almunias, Colandas, Escolanos, Condes de Castellar y de Sinarcas, Marqueses de Aytona y otros*, todos ascendientes ilustres de la mayor parte de la actual renombrada, culta y poderosa nobleza valenciana.

Remigio SALOMON.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA.

(TRADICION.)

El 5 de marzo de 1600 caminaban de mañana, por el tristísimo carril que conduce al monasterio de la Cartuja granadina, un clérigo y un rapazuelo que jadeaba abrumado con el peso de un lienzo de dimensiones colosales.

Alto, enjuto, aguileño de rostro y fiero en la mirada, era el clérigo: sus manteos derrotados tenian un color medio entre la aceituna de agua y el ala de la moscarda; su porte parecia de soldado, su andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones. Tan estraño conjunto se comprende revelando el nombre del clérigo, que no era otro sino Alonso Cano, insigne pintor y escultor, famoso entre naturales y estranjeros.

—Vamos, Juan, que preciso es hablar con el P. Gerónimo antes de que pruebe un bocado, pues se pone intratable á los postres. Poco resta, hijo mio, con que ánimo, valiente.

Esto decia para alentar al jovenzuelo, con tan paternal acento, que, á pesar de su arrugado entrecejo y escéntrica catadura, bien demostraba, á su pesar, un hermoso y caritativo corazon al través de sus rudas maneras.

Apretó el paso el aprendiz, y llegaron amo y mozo á la portería, que les fué franqueada por un barbudo donado.

Atravesaron el *compás* melancólico, poblado de cipreses y madreselvas, y dejando á un lado la iglesia, que por aquellos tiempos no se habia concluido, penetraron en el claustrillo gótico labrado por los primitivos fundadores. Con silenciosa cortesania los recibió un monje, en cuyo rostro demacrado revelábanse la abstinencia y el ascetismo mas severos, y Cano mientras, díjole con acento conmovido y estrechándole la enjuta mano:

—¡Bien purgais, capitan, vuestras locuras!

—¡Morir tenemos! contestó con tono reposado, pero terrible, el monje, despertando como herido por aquel mundano recuerdo, de sus pasadas aventuras.

—Si, encomendadme á Dios, que gratas le serán las oraciones de tan arrepentido y valiente corazon.

Abrióse á este punto delante de los tres la puerta de la celda del P. Gerónimo: el convertido capitan se inclinó sin mirar al pintor, y retiróse.

Alonso Cano penetró en la habitacion que le franqueaban, y colocó su cuadro á buena luz, con la coqueteria de los artistas, descorrió el lienzo blanco que cubria la pintura y, sin mas preámbulos, dijo al reverendísimo:

—Veamos qué le parece á vuestra merced.

Era el P. Gerónimo un monje con puntos y collar de mundano. Administraba los bienes de la comunidad, tenia el derecho de salir á la ciudad, y de hablar con todos, y sin duda, por el trato ó por otras razones que el cronista ignora, habia engordado tan desmesuradamente, y tan colorados eran sus mofletes, tan anchos y curtidos, que mas parecia flamenco bebedor que ascético eremita; sus hábitos blanquísimos y su cabeza rapada, daban á lo chiquito de su figura cierta semejanza con un bote de pomada.

—Bien, señor racionero, aunque dejadme poner las anteojeras. Dijo el padre, y sacó una caja enorme de plata, y de ella unos anteojos con aro dorado, que mas parecian dos cedazos de tahona. Colocóselos sobre las abultadas y romas narices, acompañando la operacion con un sordo gruñido, y se puso á contemplar la obra del artista.

Representaba la pintura el sagrado misterio de la Trinidad. Entre fúlgidos celages de oro, púrpura y topacios, entre resplandores vivísimos y agradables como la claridad del alba, estaba el padre con el grave y sublime continente del Creador del mundo, del Uno eterno, indivisible, sin principio ni fin: su rostro y su mirar, mas sublimes que los del Júpiter de Fidias, revelaban la purísima y ardiente inspiracion cristiana, del hombre del espíritu y no de la forma. Entre sus brazos estaba el Hijo de Dios, Cristo, desnudo y manifestando en los llagados miembros humanos las huellas que en su santísimo cuerpo habian dejado las impias manos de aquellos á quienes habia venido á redimir á este valle de lágrimas. El Espíritu Santo con la vívida lumbre de su amor iluminaba la figura del Padre y del Hijo, y como que los rodeaba con una aureola de fuego, que partia de su corazon de paloma blanquísima.—Era una obra acabada como las del Creador por esencia, y al verla por mano de hombre trazada, era preciso esclamar: «Cierto que el espíritu del hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios.»

Mas nuestro reverendísimo cartujo, despues de mirar y remirar, refunfuñó no muy conforme con nuestras opiniones.

—¡Bien! ¡phs! bien; pero yo hubiera puesto mas almagre en las nubes, y hubiera pintado mayor al Espíritu Santo.

—Si, á vuestra merced le gustan grandes las palomas, y sobre todo para la mesa; dijo Cano con aire sarcástico y lastimado, al ver tan mal comprendido su grandioso pensamiento.

—¡Oh! si, las aves todas deben ser cebadas; pero á nosotros nos las prohibe la regla, y dió un suspiro al proferir la última palabra el monje.

—Ello, en fin, como está ¿os acomoda? porque jamás retoco mis obras, repuso el pintor.

—No se irrite vuestra merced, que mas ven cuatro ojos que no dos. ¿Y cuánto vale su cuadro?

—Dos mil pesos, y diez ducados que dareis de propina á este mi aprendiz.

—¡Dos mil pesos! ¡Voto vál... y se mordió el padre los labios por no echarlo redondo; y con diez ducados de coleta, ó *post scriptum*; pues no cuesta tanto el mantener un mes á la comunidad, aunque el señor Arzobispo venga á comer los cuatro jueves.

—Digoos, P. Gerónimo, contestó colérico y desencajado el bilioso pintor, que soy el mayor de los mentecatos cuando sufro que taseis mis obras como si fuesen jamones alpujarreños, ó seron de peras guadiseñas. Juro por lo mas sagrado, que si no estuviérais ordenado, y yo con estas hopalandas, habiais de pagarme cara tal demasía.—Encubre, Juan, la pintura, y vamos con ella á casa, que no es digno de la gran imágen de Dios, quien tan mal comprende.

—Sosiéguese el señor racionero, que le daré hasta mil y quinientos pesos, y un ducado para el portador con tal que no se vaya descontento; pues algo ha de quedar para el pintor del convento, que mas que os pese, le dará un toquecito de rojo á esas nubes, para su perfeccion.

Oir tal sacrilegio artístico, y revolverse como un leon Alonso Cano hácia el obeso cartujo, obra fué de un punto; mas contúvose, y

contentóse con arrojar tan tremenda mirada sobre aquella mole de carne, que el buen P. Gerónimo se embebió en el anchuroso sillon de baqueta, con la misma timidez que si hubiese sentido venir sobre su pecho dos furiosas puñaladas.

—Razon en vuestra cólera teneis, porque el cuadro es hermosísimo, pero aplacaos un tanto, que el padre vendrá á la razon. Esto dijo un fraile remendado, guardian de san Diego, que al caso allí se encontraba, y con tal dulzura que el racionero se sintió desarmado y repúsole con cariño:

—Perdonad, reverendísimo; pero cosas se han razonado aquí, que mas debieran ser asunto de espadas que de lengua.—Y comenzó sin reparo á envolver su cuadro dando la espalda al prosáico monje.

—Dejadme que acabe de contemplarle; no todos pensamos como el P. Gerónimo: cada figura, cada nubecilla, cada pincelada es un tesoro de bellezas, dijo el fraile modesto de san Diego.

Alonso Cano, apartó la cubierta y observó no sin complacencia, que el guardian se habia colocado en el mejor punto de vista.

—¡Oh sí! esclamó con entusiasmo el fraile, despues de una larga contemplacion; habeis comprendido la divina elevacion del profundo misterio de la Trinidad: así le comprendieron los padres; así tal vez creyó adivinarla la filosofía pagana de Platon. Esa es la luz, el fuego del Amor, la Omnipotencia, la Sabiduría. Obras tan grandes no tienen precio. ¡Quisiera poder ser rico como un emperador romano, para vaciar mis tesoros en vuestras arcas! Colocaría despues ese cuadro en el modesto altar de mi convento, y allí las almas de los fieles se elevarian ante esa imágen altísima de la Celestial Trinidad. Estasiado y enaltecido de noble orgullo oyó el pintor estas palabras, que partieron de un varon en aquellos tiempos célebre por su ardor en la fé, por su meditada sabiduría y su religioso fervor, y reflexionando un rato, dijo con jocosa solemnidad:—Tambien podeis darme, padre reverendísimo, algo que yo aprecio en mas que el dinero, y sereis dueño de colocar ese cuadro en el altar de san Diego.

—Decid.

—La economía del pobre es mas á mis ojos, que la hacienda espléndida del rico.

—Economías no tenemos, señor, los que vivimos de la pública caridad, y partimos coñ los mendigos nuestro pan; contestó humildemente el guardian de san Diego.

—¿Pero al menos, no podríais darme hoy un plato de chanfaina para comer.

—Sí, señor racionero, que no es viernes, y para todo el convento se guisa.

—Pues tomad ese cuadro, que ya es vuestro, y acompañadme al convento, que allí cobraré el precio sentado en la mesa del refectorio.

Dudó al principio el guardian de la sinceridad de tan estraño contrato; pero en los ojos del racionero Cano vió pintada la franca generosidad de un artista, y se apresuró á mostrarle su agradecimiento.

—Fuera bernardinas, señor Alonso, os daré los dos mil pesos, dijo algo turbado el P. Gerónimo, cuya codicia se habia despertado con los elogios del fraile.

—Guardadlos enhorabuena para engordar á la comunidad, si es tan poco ascética como vuestra paternidad, y callo.... por no traspasar el antemural del decoro que mi cólera combate desesperada.—Vamos, padre guardian.—Hijo, añadió dirigiéndose á Juan, vé á casa y que vendan ese dibujo para el gasto de hoy, que yo haré mi comida con los frailes de San Diego.

Dicho esto, se asentó á una mesa, trazó con la pluma la mas picante caricatura que verse puede, donde se retrataba al buen P. Gerónimo con el parecido de dos cosas iguales entre sí, y salió sin despedirse del monasterio de la Cartuja.

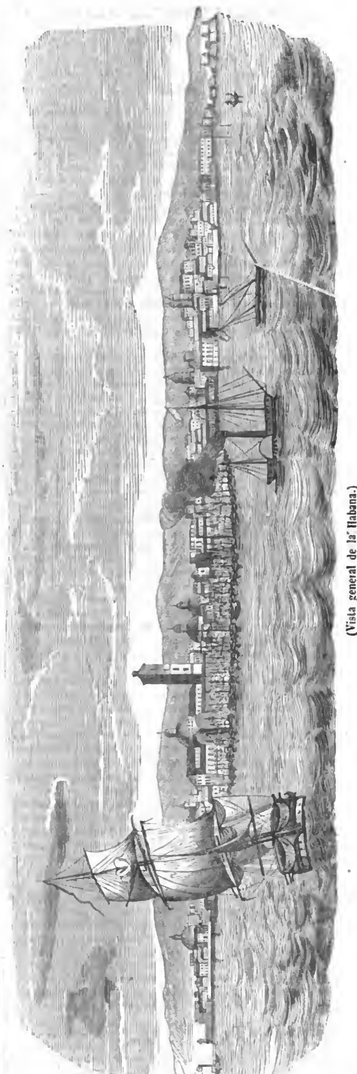
Quince dias despues, se celebraba una fiesta en san Diego para inaugurar un famosísimo cuadro de la Trinidad, que acababa de colocarse en el altar mayor. Asistieron todas las personas de valía que por entonces ennoblecian á Granada; predicó el Padre Guardian un elocuentísimo sermon, y de boca en boca corria la historia que acabamos de referir, ensalzando todos la generosidad del racionero Alonso Cano.

Desde entonces, aquella pintura que se habia vendido por un plato de asadura condimentada, se llamó *el cuadro de la chanfaina*, y hasta nuestros dias ha conservado su nombre.

El P. Gerónimo sufrió tal sofocon de envidia al ver en otro convento tan riquísima alhaja, que murió de una apoplegía fulminante, aunque otros atribuyen su horrible fin á una cazuela de arroz con atun: sea de ello lo que quiera, á nuestra honra cumple manifestar entrambas opiniones (1).

José GIMENEZ SERRANO.

(1) El cuadro, origen de esta tradicion, se trasladó al *Museo provincial* cuando la estincion de los conventos, y de allí fué robado durante un baile de máscaras. Ahora, con baldon de España, adornará alguna *galería* estranjera.



(Vista general de la Habana.)

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

I.

Solita.

Entre las fragosas sierras de las Alpujarras, ó sea *Montes del sol y del aire*, hay frondosisimos valles cruzados en todas direcciones de riachuelos y torrentes, en cuyas profundas cuencas no se puede penetrar de noche, sin peligro de tropezar con el espíritu errante de algun moro que, con cimitarra en puño y los ojos encendidos como brasas, guarda los tesoros que allí escondió antes de abandonar aquella tierra, ó de morir en ella combatiendo por su ley.—Estos espíritus solo se aparecen de noche; pero de dia se les oye en las soledades de los campos, y siempre donde corren las aguas, donde los árboles crecen robustos y espesos, y en los parages cercados de altas montañas y de peladas rocas: cuando el pastor vocea llamando á alguna cabra descarriada, la voz de los espíritus invisibles contesta desde lejos en las angosturas de las ramblas, y otros repiten sus palabras como los centinelas la voz de *¡alerta!*— cuando el viento sopla, los espíritus gimen entre las hojas; y cuando las aguas corren por entre altas peñas y cauces angostos, los espíritus hablan á una, diciendo con acento chillon y destemplado: «¡Alá akbar! ¡Alá akbar!»

En una de las aldeas que, cual toscos ermitaños, reposan en medio de aquellas solitarias montañas se celebra la fiesta de S. Juan con mucho regocijo. Bajo un ancho entoldado de copudos castaños, bailaban, al compás de dos guitarras y un violin tañidos por bizarros aunque agrestes mozos, las jóvenes del lugar con sus compañeros de infancia: los ancianos hablaban de sus campañas y tradiciones, apurando panzudas botas de moscatel ó de albillo: los zagales subian á los frondosos cerezos, y doblando sus ramas, las bajaban hasta el alcance de las muchachas, que cogian el colorado fruto: los niños triscaban por el prado jugando con los perros y los cabritos, traviesos como ellos. Entretanto algunas jóvenes, sentadas á la sombra, daban quejas á sus novios, porque las alcachofas, cuya flor habian quemado la víspera para consultar su horóscopo amoroso, no habian amanecido floridas, lo cual es indicio de frialdad en el amante. Otras, por el contrario, á quienes habia salido bien la prueba, se sonreian lánguidamente, y acercaban tanto sus morenas cabezas á las de sus amantes, que estos se estremecian de cuando en cuando al sentir el contacto de sus negros cabellos.

Todo era contento y amor en el castañar: nadie habia que no gozase: unos con sus inocentes alegrías, otros con sus mútuas satisfacciones, otros en fin con sus penas amorosas. Unicamente Solita la jorobada estaba triste y abatida, sola en medio del gentío, abandonada de todo el mundo, pero no de Dios, ni de la Virgen su abogada.

Solita era una infeliz criatura sin familia, que un dia se apareció en la aldea, cuando solo contaba seis años, sin que nadie, ni ella misma, supiese de dónde venia ni quiénes eran sus padres. Pobre, sin mas amparo que la caridad, la desdichada niña era enfermiza ademas y contrahecha. Tal vez hubiera sido hermosa, si su negra fortuna no hubiese influido en su raquítica naturaleza; pero desheredada por naturaleza y fortuna, era un sér feo, muy feo, que servia de burla y chacota á todos los muchachos del lugar, y de espantajo á las madres para acallar á sus pequeñuelos.

Acurrucada detrás del tronco de un árbol, seguia la pobrecita con sus ojos inflamados el bullicio de la fiesta: sus miradas se animaban al ruido de los panderos y de las castañuelas; agitábase su pecho al contemplar los deliquios amorosos de las otras jóvenes; porque ella soñaba ya tambien con el amor, con el amor que consumiria su corazon sin exhalar llama, y á cuyos generosos latidos no corresponderia jamás ningun hombre.—Solita tenia ya diez y seis años; pero nadie lo hubiera creido, y solo á ella no le alcanzaba el adagio que dice: «¡No hay quince años feos!»—¡Pobre Solita!

Temerosa la jóven de provocar las burlas de los insolentes campesinos, y acaso los golpes con que los muchachos se complacian en atormentarla, permanecia agazapada y silenciosa; pero llorando, llorando mucho; pues para ella el mundo era un desierto lleno de abrojos. El alborozo general aumentaba su melancolía, de tal modo que para dar libre curso á sus sollozos, determinó alejarse de allí, no fuese que llamando la atencion aumentase sus pesares.

II.

El Niño de Oro.

La pobre jorobadita comenzó á caminar sin rumbo cierto por la ladera del monte, procurando sustraerse á las miradas, protejida por los troncos de los árboles; y andando, andando se internó entre dos montañas de piedra cortadas á pico, por cuyo seno tortuoso corrian transparentes y espumosas las aguas de un torrente. De cuando en cuando traia el viento el rumor placentero de la fiesta, que resonaba en las alturas quejumbroso y entrecortado como una algazara de brujas; pero Solita no escuchaba nada, y seguia caminando como una sombra, sin volver atrás la vista. Con sus descarnadas manos se apretaba el corazon, y algunas veces alzaba una de ellas para enjugarse las lágrimas que le impedian ver. Bien tenia por qué llorar: entre tantos séres llenos de salud y de esperanzas, ella sola era raquítica y asquerosa, y veia en su presente su porvenir.

En lo mas solitario del monte formaba el torrente una elevadísima cascada que se desprendia con mucho ruido desde lo alto. Solita vió entonces que no podia pasar mas allá, y se sentó abatida junto á un bosquecillo de lentiscos que lozanos crecian en la orilla del agua. Apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre sus manos, entregándose á su dolor.

Era la última hora del dia, y algunas nubes se acercaban al poniente para recibir en sus lábios dorados los postreros besos del sol. La jóven dió rienda suelta á su llanto, hasta que, cansados sus ojos, se cerraron, y se quedó dormida.

Pasaron así las horas, y el eco repitió en los peñascos las últimas campanadas de la *queda*. Solita oyó entre sueños aquel sonido lejano, y cruzó sobre su pecho los enflaquecidos brazos; porque la humedad habia penetrado sus débiles vestidos, y estaba tiritando de frio. La pobre jóven, acostumbrada toda su vida á dormir sobre el duro suelo, teniendo cuando mas un pajar por alcoba, no echaba de ver, ni su molesto descanso, ni el peligroso lugar en que se hallaba.

Con efecto, apenas se hubieron desvanecido en el aire los últimos ecos de las campanadas de la queda, la luna, que hasta entonces habia derramado su plateada luz sobre la tierra, se cubrió de espesas nubes, y las espumas del torrente dejaron de brillar con ese bello reflejo nocturno que es la sonrisa del agua. Sonó ruido, como de armas que se chocan, debajo del cristalino arco de la cascada: iluminóse ésta de repente con una luz azufrada, y Solita creyó oir la voz de un niño que, como salida de las entrañas de la tierra, cantaba, al compás de una guitarra ténuamente pulsada, estas palabras:

Solita que sola estás,
¿adónde vas?
Desamparada criatura;
no llores tu soledad,
que solo vive tu amante
como la perla en el mar.
Solita que sola estás
¿me amarás?

Creia la infeliz huérfana estar soñando, pues nunca palabras tan dulces habian resonado en su oidos. Llena de inquietud se frotó los ojos, miró á su alrededor, evocó sus embrollados recuerdos, y reconoció el lugar adonde le trajera su desventura; pero no acertaba á comprender de dónde provenia la luz estraña que entre las aguas brillaba.

—¿Si habrá aquí duendes? dijo para sí llena de miedo; y comenzó á temblar como un azogado.

Entretanto volvió á sonar la música misteriosa, y la voz de niño entonó esta segunda copla:

Solitaria está la luna,
Solita, en el cielo azul;
y en los campos crece el lirio
solitario como tú.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

A medida que el sér invisible cantaba esta trova, la humilde niña sentia disiparse su temor y un suave bienestar fortalecer sus cansados miembros.

—¿Si será cierto que hay en el mundo quien pueda amarme? dijo: ¡á mí, que soy el espantajo de los muchachos traviesos! ¡Ah! yo solo sé amar á cuantos me han hecho bien: si alguien me amase, no lloraria nunca mas.

La voz cantó por tercera vez:

¡Murmurando van las aguas,
murmurando van, mi amor!
No habrá, Solita, en el mundo
quien te adore como yo.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

—¡Si! esclamó la jorobada, no pudiendo reprimir una lágrima de placer, la primera de esta especie que habia refrescado sus ojos en toda su vida.

Como si la breve palabra pronunciada por Solita hubiese sido un talisman poderoso, las aguas de la cascada se dividieron inmediatamente que la pronunció, formando dos trasparentes cortinas, y del seno de la roca, iluminada como un horno de alfarero, se vió salir primeramente un hermoso niño de oro enteramente desnudo, y detrás de él una llueca con doce pollos todos de oro y los picos de diamante. La llueca decia *¡clo! ¡clo!* y los pollos *¡pio! ¡pio!*; y despues de haber dado tres vueltas meneando las cabezas á compás, rodearon á Solita y al niño de Oro.

El cual, acercándose mas á la jóven que temblaba de placer, le tomó una mano, y con una voz atimbrada y sonora, como el sonido de una moneda de ocho duros, le dijo:

—Bien venida seas, amiga mia, si vienes para mi ventura: la tuya no tendrá igual si accedes á mis deseos.

Solita estaba encantada de la amabilidad de aquel estraño sugeto; y aunque sentia un vago temor al percibir caliente aquella mano de oro, y al oir la voz humana que de unos lábios metálicos salia, era tal la delicia que esperimentaba, que contestó con placentera sonrisa:

—Vuestra voluntad será mi ley: mandad, que vuestra sierva os escucha.

—No, sino mi señora habrás de ser, repuso el niño. Pero atiende á lo que aspiro. Hace ya muchos años que vivo aquí sepultado por la malicia de un mago, el cual, sabedor de que yo habia enterrado en este parage mis tesoros, en lugar de transportarlos al Africa (porque has de saber que soy moro), me condenó á permanecer envuelto entre mis riquezas, y en la forma que estás viendo, hasta que encontrase una doncella que me amase y me fuese fiel tres meses.—Yo tengo para ti cuanto de mas rico y bello puede concebir tu imaginacion: tengo placeres sin cuento que ofrecerte; ricas galas y perfumes, y esclavas para que te sirvan: tengo un palacio con baños y jardines deliciosos, y en ellos risueñas fuentes que brotan entre rubíes. Todo es para ti, si consientes en vivir á mi lado y en amarme con fina constancia.

Contentísima quedó Solita de oir este razonamiento, y aunque hubiese querido rehusar los dones que se le ofrecian, no hubiera podido hacerlo; porque su corazon palpitaba ya de amor, y sus ojos húmedos habrian hecho traicion á sus palabras.

—Tuya soy; dispon de mí: fueron los únicos acentos que osaron pronunciar sus lábios. Y en el mismo instante se sintió llevar por los aires á una mansion desconocida, en cuyo embellecimiento habian trabajado la maravilla y el encanto.

III.

Bay.

Erase un palacio sin limetes aparentes, pues los muros, de cristal de roca, no cerraban el espacio á la vista, la cual se perdia en una inmensidad sin término; la techumbre era infinita y profunda como un cielo de verano: basábase el edificio en un zócalo de rosas, y las delgadas columnas de diamante parecian ondular al soplo del aura, como los juncos á la orilla del rio. Cantaban las aves en amenos bosquecillos de frescas flores siempre lozanas, pero sin olor, ni gérmen; y los mismos pájaros no se juntaban nunca en amoroso nido. En los jardines habia fuentes bullidoras, pero sin murmullo, y las balsas de agua, lo mismo que los baños, no reflejaban ninguna imágen, porque las lustrosas tazas y el pavimento del edificio mágico eran tambien diáfanos, y ningun cuerpo opaco interceptaba su trasparencia. Los árboles no daban sombra: sin haber sol, habia luz, y el ambiente aromatizado por esencias artificiales era fresco y suave. Aquella era la mansion de la opulencia: todo allí estaba dispuesto para gozar sin amar.

Sobre la cúspide aguda de un centenario ciprés tenia su morada un cuco, el cual, cantando una vez cada veinte y cuatro horas, anunciaba los dias; y un negro sentado al pié del tronco, los apuntaba haciendo rayas en un libro de anchas hojas. Sin esto era imposible conocer el transcurso del tiempo, pues allí nunca anochecia.

Embelesada estaba Solita en contemplar aquel encantado palacio, que no lo hubiera soñado jamás tan hermoso su fantasía, y al contento que esperimentaba de hallarse tan bien aposentada, vino á unirse el de verse vestida de riquísimo brocado, llevando en su cuello sartas de blancas perlas, y en sus cabellos flores de oro montadas de piedras preciosas.—¿Qué invisibles hadas habian tan de improviso atendido á su tocado? ¿Quién habia cambiado sus pobres harapos en elegantes y opulentas ropas?—Esto no se sabe; pero ello es que Solita no necesitaba molestarse ni aun para desear, pues todo se le proveia antes que lo apeteciese, y ella misma ignoraba los medios desconocidos que se empleaban en su servicio.

El Niño de Oro, si bien era galante y previsor, no por eso molestaba jamás con sus atenciones á su amada: una hora antes de cantar el cuco venia siempre á visitarla, y en el momento de oirse el agorero canto de aquel ave fatídica, que siempre era á las doce de la noche, abandonaba el *dorado* amante á su amada, para no volver hasta otro dia á la misma hora.

El infeliz encantado tenia en aquel momento que obedecer á la dura ley de su destino. Apenas se apartaba de Solita, oia ésta el cacareo de la llueca y el piar de los polluelos, y en medio de su diabólica algazara tristísimos y profundos ayes, lúgubres quejidos y rechinar de dientes.

—Está visto, dijo para sí la jorobada, que no es todo oro lo que reluce.—Pero como esto se repitiese varias veces, la jóven comenzó á tener miedo, y participó su sobresalto á su Niño en la primera ocasion.

—Cuando *me cante el cuco*, le dijo él, sígueme con precaucion, y no pases de aquella puerta que conduce á la *Galería de los Arcanos*: desde allí podrás presenciar mi triste suerte.

Pasado un rato cantó el cuco. El Niño de Oro echó á correr, y Solita le siguió por muchos pasadizos, siempre corriendo, hasta que ambos llegaron á la puerta de la *Galería de los Arcanos*. El Niño pasó adelante: Solita se quedó en la puerta, desde donde presenció el espectáculo mas estraño que imaginarse puede. Una inmensa mano de hierro cogió por mitad del cuerpo al Niño de Oro, y le tendió sobre un monton de joyas y pedrería: dos enormes serpientes de plata ondeaban por la galería, produciendo con el choque de sus escamas un sonido metálico estridente, las cuales, enlazándose luego, una á los pies y otra á los brazos del paciente, lo encadenaron al monton de riquezas, mientras la llueca y los pollos de oro le taladraban el corazon con sus picos de diamante. Daba el Niño tristísimos gemidos; pero la llueca cloqueaba y los pollos piaban, ensañándose con mas furor, á medida que eran mayores los ayes del encantado. Este castigo terrible duró hasta el tercer canto del gallo; entonces desapareció de repente todo el cruel aparato, y la galería quedó oscura como bolsa de usurero.

Solita pasó llorando todo el tiempo que tardó en ver á su dorado amante.—¡Desdichado! decia ella: ¿de qué le sirve tanta opulencia, si todo se le convierte en acervo tormento?

Cuando el Niño volvió la encontró llorosa y la consoló diciendo:

—No te aflijas, vida mia, por mis pesares, pues no son tan grandes que no tengan alivio. Si tu amor de doncella me es fiel hasta que se cumplan tres meses, todos mis tormentos cesarán, y tú serás muy dichosa.

—Toda mi dicha consistirá en verte libre de tu odiosa esclavitud, contestó la doncella.

Y olvidando por una hora la pena que le causaban los dolores de su amante, Solita se entregó toda entera á esos deliquios puros que solo siente quien adora una quimera; porque el Niño era solamente un espíritu palpable.

Pero este espíritu era egoista. Solita amaba sin ser correspondida, y su amor era un sacrificio, un tesoro que debia servir para el rescate del encantado. Sin embargo, ella se creia amada, y esta ilusion la hacia dichosa; de modo que su sacrificio no era costoso, y el triunfo de su pretendiente parecia seguro.

No obstante, el Niño de Oro tenia contra sí dos enemigos poderosos, capaces de robarle el amor de la doncella, tales eran la ociosidad de ésta,—pues mujer desoficiada no piensa en nada bueno,—y el negro contador de los dias. Era éste un espíritu envidioso de la dicha agena, é incapaz de disfrutar goce alguno. Desde que Solita puso los pies en el palacio encantado, el negro concibió el proyecto de arrebatar al Niño de Oro su esperanza. Llamábase este negro *Bay*, es decir, *Serpiente*, nombre que le cuadraba muy bien por su astucia y sus negras intenciones.

En una ocasion en que Solita estaba pensativa y algo hastiada de su soledad, acercósele el negro, se arrodilló, tocó tres veces el suelo con la frente, y dijo:—Perdóname, sultana, mi atrevimiento; pero si te ofende tu esclavo, poder tienes para hollarlo con tus plantas, en lo que le harás merced.

—¿Qué es lo que quieres, Bay? dijo Solita.

—Todos los espíritus te obedecen, y las huries te proclaman sultana de este paraiso.—¿Por qué te ven mis ojos pensativa? Mi sumision te ofrece recreo y esparcimiento. Dígnate aceptar el homenaje de tu mas ínfimo siervo.

—¿De qué modo, Bay?

—En este edén hay fuentes que tienen suspensas sus aguas; flores que lloran tu ausencia cubiertas de eterno rocío; aves que ensayan sus cantos y no aciertan á formularlos, porque no han oido tu voz. ¿Serán dignas de que las visites una vez sola?

—Si, llévame, Bay; comienzo á sentir necesidad de recreo.

La doncella y el negro pasearon largo rato por mágicos jardines colgados en el aire: donde quiera que la jóven ponia un pié brotaba una azucena; las flores, á su paso, sacudian coquetamente sus cálices llenos de aroma; el agua congelada de las fuentes se derretia á su vista, como el hielo á los rayos del sol de abril, y las aves silenciosas prorumpian en armoniosos gorgeos.

Solita sintió por primera vez germinar en su cabeza el espíritu de vanidad.—¡Mucho valgo, dijo para si, cuando la naturaleza me rinde culto!

El negro penetró este pensamiento de la doncella, y asomó á sus lábios una horrible sonrisa. Con efecto, su obra de destruccion estaba comenzada.

—Sígueme ¡oh reina de las flores y de las aves! dijo el maldito; descansaremos al pié de aquel antiguo roble.

Sentáronse ambos al pié del árbol, sobre cuyas ramas habia una urraca y una golondrina entretenidas en sabrosa plática.

Decia *la golondrina*: —«Chirrichi, —chirrichí, —chirrichí, —¡vaayá!... ¡No es mala moza la novia!...—Chirrichi!—¡vaaayá!

Decia *la urraca*: —¡Si no fuera jorobaada!

La golondrina:—Chirrichi, vaaayá, que no es tan maaalá!

La urraca:—¡Si no fuera negra y flaaaca!

La golondrina:—Calla, calla, compañera, que hay moros en la frontera, y la novia es pasadera... ¡chirrichí, chirrichi, vaaayá!

La urraca:—¿Y una joroba no es falta?.. ¡Giba! ¡giba!.. ¡Jah! ¡jah! ¡jah!.

Los dos pájaros echaron á volar, mientras Solita ofendida en su amor propio, permanecia muda de cólera y de vergüenza. ¿Era posible que dos pájaros negros se atreviesen á echarle en cara sus faltas, cuando las mas hermosas aves, las fuentes y las flores le rendian homenage? Pero bien mirado, no era culpa de aquellos pájaros si ella tenia defectos visibles. Bay acudió á consolarla diciendo:

—No te aflijas, sultana de las flores, por tan leve causa. Esas aves son parlanchinas de suyo y mal criadas. Si á costa de mi salud me fuera dado remediar esos males y hacer que la urraca se desdijese...

—¡No prosigas! esclamó despechada la doncella. ¿De qué puede servirme una retractacion lisonjera, si llevo encima mis faltas?

—Confúndame tu grandeza señora mia: esas faltas pudieran desaparecer, dijo Bay.

—¿Cómo? esclamó Solita respirando júbilo y esperanza.

—Solo tu amante tiene poder para ello, pero no lo hará por temor de que le abandones al verte hermosa.

—¡Oh! ¿yo abandonarle? ¡Nunca!.. Pero dices que puede...

—Ruégaselo.

—Si haré, dijo la jóven con resolucion, y se marchó impaciente á esperar que viniese su amante.

El negro, sentado al pié del ciprés, se reia entretanto á carcajadas, sin producir ruido.

A la hora de costumbre vino el Niño de Oro, y encontró á Solita enojada, por lo cual la dijo:

—¿Qué tienes, amada mia? ¿Seré tan desdichado que haya perdido tu gracia?

—¡Ingrato! dijo la picarilla casi llorando; bien lo merecias. A lo que contestó él,

—¿Pues en qué te he faltado amor de mis amores? ¿No tienes cuanto apeteces?

Entonces ella sonriéndose y tomándole la barba, le dijo:—tengo mas de lo que apetecer quisiera... Esta giba....

—¡Tontuela! esclamó el Niño afectando tranquilidad. ¿Y eso te entristece? ¿Acaso no te quiero yo así?

—Eso no me basta, repuso la jóven poniéndose séria. Si tienes poder para todo, ¿por qué no satisfaces mi deseo?

Echó á temblar el Niño de Oro, y con voz insegura preguntó:

—¿Con quién has hablado, Solita? Tú has oido los consejos de Bay...

—Es verdad. Pero, ¿qué mal hay en eso?

—No te fies de ese negro, lucero mio: es un infame que nos perderá á los dos.

Solita insistió sin embargo, lloró, suplicó, rabió; y tal poder tuvieron sus ruegos, y sobre todo sus amenazas, que el Niño no pudo resistir por mas tiempo al temor de perder la fortuna que entre las manos tenia y dijo:

—Si yo supiese que no me habrias de abandonar al verte hermosa, te haria la mas perfecta de las mugeres.

—¡Niño! contestó ella; pues si me haces hermosa, ¿no tendré eso mas que agradecerte?

—Eres muger, contestó el niño. El cual, sin embargo estendió su brazo derecho, primero hácia el norte y luego hácia el mediodia, despues hácia el oriente, y en fin hácia el occidente. Poblóse el aire de espíritus invisibles, que aleteaban como mariposas alrededor de Solita; quien cediendo al prestigio de ciertas armonías sordas, y de los soporíficos arómas que la envolvian como entre una nube, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó la jóven era mas hermosa que un serafin.

IV.

Vires acquirit eundo.

«No te fies de ese negro.»

Estas palabras murmuraba Solita entre sueños en el momento de despertar. En seguida se miró las manos y las vió blancas, torneadas y regordetas: tocóse la espalda, y la encontró derecha como una vela de cera: contemplóse toda, y se sonrió diciendo:—¿Por qué no me habré de fiar de él, cuando debo á sus consejos mi hermosura?

Esto decia Solita, sin saber todo lo hermosa que se habia vuelto de la noche á la mañana; porque ella no podia verse el rostro blanco y suave como una azucena, sonrosado y gracioso como una rosa de mayo, ni sus lábios encendidos y tersos como dos cerezas, ni el hechizo de sus miradas penetrantes y halagüeñas, ni el alabastro de su frente pura, ni otros mil atractivos que solo el espejo podia reproducir de una manera imperfecta: y ya se sabe que, á no mediar un prodigio, los espejos eran imposibles en aquel palacio encantado.

Mientras la jóven se recreaba en la contemplacion de sí misma, un deseo vago de agenos elogios cruzaba su entendimiento.—«Debo de ser muy hermosa, pero nadie me lo dice,» pensó en su vanidad: y al mismo tiempo oyó repetidas voces que de todos los ángulos de la estancia salian, diciendo: «Es hermosa! Es hermosa sobre todo lo creado.»

Además, un coro invisible, que acaso era una alucinacion de la doncella, cantaba muy quedo estas palabras:

Para alumbrar la hermosura
de tan celestial doncella
no es la luz bastante pura:
Porque es ella
mucho mas bella
que el matutino arrebol,
primer hálito del sol.
¡Viva, viva la hermosa!
¡Viva, viva su amor!
¡Vergüenza tiene la rosa,
pues no hay flor como esta flor!

Saltó Solita del blando lecho y eligió sus mejores vestidos; despues de lo cual salió á pasear por los jardines, ganosa de oir los elogios de las aves, las cuales á su paso enmudecian de admiracion, y replegaban sus alas.

Pero estas demostraciones no satisfacian al amor propio de Solita. Necesitaba ver todo el esplendor de su belleza, y con este pensamiento se acercó á una fuente; mas aunque las aguas se quedaron paradas, aquel cristal no reprodujo su imágen.

La urraca comenzó á cantar en tono burlon desde el roble donde estaba encaramada:

¿Quién es esa que viene
fresca y lozana,
mas bella que el lucero
de la mañana?

Solita se paró á escuchar, saltándole el corazon de contento. La urraca continuó:

¡Vaya una perla!
Quiero cerrar los ojos
para no verla.

—¿Se estará burlando? esclamó Solita. Pero recobrándose luego, añadió: «Eso es envidia!—La urraca, que sin duda era inspirada por el maligno espíritu de Bay, entonó esta otra seguidilla:

Los bultos de la espalda,
sol sin segundo,
no son los mas rebeldes
que hay en el mundo.
Pero es simpleza
querer sanar las gibas
de la cabeza.

Trémula de terror y de impotente ira, en presencia de aquel terrible enemigo, que con tanta desfachatez le echaba en cara sus defectos, púsose la jóven á llorar, y se volvió de repente como si buscára un sèr que la amparase. Clavado detrás de ella encontró al cauteloso negro, y no pudiendo mantenerse en pié, se dejó caer entre sus brazos acongojada.

La hermosa Solita tenia un corazon bueno y sencillo, un corazon de ángel inocente y confiado; cual pedazo de cera flexible dispuesto á recibir todas las impresiones; tan fácil de seducir por los atractivos del orgullo, como blando para las aspiraciones generosas; tan dispuesto á empedernirse bajo la esclusiva armadura del amor propio, como á franquearse sin reserva con toda la candidez de un alma virgen: tenia en fin un corazon de mujer, término medio entre el cielo y el infierno; materia dispuesta para labrar un ángel ó un demonio. Como todas, Solita era capaz de ser buena, si por buen camino la guiaban; hubiera sido mala sin sospecharlo siquiera, y como si el serlo fuese la cosa mas natural. Su imaginacion no comprendia que hubiese ningun mal en recrearse en la propia hermosura, y asi dijo á su consejero sollozando.

—¿Qué daño he hecho á ese animal para que me persiga con sus graznidos? ¿Por qué me ofenden tanto sus burlas insolentes? Yo he sufrido siempre con resignacion la risa y aun el desprecio agenos, cuando era jorobada y fea; pero ahora que soy perfecta, ¿qué mal hay en que me glorie de serlo? ¿Acaso, tengo defectos que no veo?

A lo cual contestó el negro con voz melosa:—¿Defectos puede tener la señora de la hermosura? Siempre fué achaque de maldecidores ensañarse en deprimir el mérito, cuya posesion envidian. Gózate, reina y señora, que bien puedes gozarte en tu perfeccion sin tacha, y si á tu felicidad estorba esa negra bruja que se complace en murmurar de tus hechizos, habla y á tu voz la verás convertida en cenizas.

—No, eso no, repuso la doncella: no quiero causar la muerte de ese pobre animal.

La urraca dió una carcajada diciendo: —¡jah! ¡jah! ¡jah! *Piquito de verdades* nunca muere.

—¿Vés? dijo entonces el negro: desafia tu poder, y se burla de tu compasion. Permíteme castigarla.

Solita se encogió de hombros.—Bay tomó un pedreñal, y apuntando con él á la urraca, disparó el tiro, antes que la jóven hubiese podido impedirlo: verdad es que esta sintió, al ver el ademan del negro, una vaga satisfaccion.

El tiro retumbó en los bosques acompañado de centenares de carcajadas huecas, que hicieron estremecerse á Solita. El cuerpo de la urraca descendió pelado del árbol, cayendo sobre una mata de claveles blancos que tiñó con su sangre. Las negras plumas revolotearon por el aire, y antes de llegar al suelo se convirtieron en otras tantas urracas habladoras, que entonaron en coro esta copla:

Cuando la verdad te ofenda
súfrela y no te impacientes:
haz propósito de enmienda,
y asi no hablarán las gentes.

En seguida toda la negra banda batió las alas á compás, y se alejó de aquel sitio.

Solita se quedó pensativa. La leccion que acababan de darle aquellos pájaros hizo penetrar en su alma un rayo de luz, pues comenzó á comprender que la vanidad en la mujer es una mancha que cubre sus mayores perfecciones. Pero este feliz pensamiento duró poco, pues el negro Bay acudió presuroso á desvanecerlo con sus palabras lisonjeras:—«¡Malditas brujas! dijo: no sirven sino para turbar la alegria. ¿En qué puede emplear mejor sus dias la mas bella huri del paraiso, sino en admirarse y procurar que la admiren? No dirán mal de ti las hermosas aves que reciben sus galas de tus miradas.»

Pasando dias y viniendo dias Solita contrajo un indefinible fastidio: estaba siempre sola, sin que la distrajese nada nuevo: no tenia mas rato bueno que mientras su dorado amante la visitaba, y esto no duraba sino una hora. El negro, despues de haber sembrado la semilla de la vanidad en el corazon de la doncella, no se dejaba ver; de modo que aislada entre riquezas de incomparable magnificencia, no se consideraba Solita mas feliz que en sus antiguos tiempos de pobreza y desamparo. Poco tiempo despues de su regeneracion física, obtuvo de su amante, á fuerza de ruegos y mediando un prodigio, un hermoso espejo de acero, ante cuya tersa luna pasaba la jóven horas enteras contemplando sus graciosas formas, y sonriéndose de mil modos, ya poniéndose flores artificiales de preciosas materias construidas, ya tirando estas y sustituyéndolas por otras naturales; unas veces brincando y saltando con loco regocijo, y otras reclinando en la mano la mejilla y quedándose lánguidamente absorta y concentrada en sí misma. Pero estos pasatiempos llegaron á cansarla, y ¡cosa estraña! cuando tan inconstante se mostraba su fantasia, su corazon permanecia fiel al amante que por tan estraordinario camino la habia deparado la suerte.

La soledad en que el negro Bay dejaba á su protejida, como se deja conocer, era calculada, y debia producir naturalmente sus efectos. Como queda dicho, el primero fué el fastidio: despues vino un vago deseo de objeto indeterminado; esa inquietud, ese afan de algo desconocido, que se ignora lo que es, pero que desazona y molesta: mas tarde vinieron los recuerdos de tiempos pasados, y aunque estos no tenian para la jóven ningun atractivo, pues eran recuerdos de dolor, sin embargo formulaban en su alma una aureola de orgullo, basado en su ventajosa posicion presente. Este sentimiento podia resumirse en estas palabras:—«¡Cuánto se admirarian, si ahora me viesen, los que antes me conocieron raquítica, enfermiza y pobre!»

Al concebir este pensamiento, Solita dió un suspiro; y al suspirar, apareció Bay en el umbral del aposento.

—Dichosos los ojos que te ven, mi buen amigo, dijo la jóven, pudiendo apenas echar el habla del cuerpo, y sin moverse de la pila de almohadones donde estaba recostada.

El negro se arrodilló y tocó el pavimento con la frente, diciendo:—«Caigan sobre mi tus iras, reina y señora: reconozco mi grave culpa, y me rindo á tu voluntad.

—¡Qué tétrico! esclamó Solita con acento burlon. Si al cabo de tanto tiempo, añadió, me vienes con zalamerias y lamentaciones, puedes volverte. No es eso lo que quiero. Estoy fastidiada.

—Bien lo sé, generosa princesa, contestó Bay. La vida que llevas no es la que conviene á una hermosa de tus años; y á decir verdad, otra que tú, maldeciria esa fortuna que te hace prisionera y esclava del capricho de un amante exigente.

—Si supieras cuánto me ofenden esas palabras, repuso la doncella incorporándose, no tendrias la avilantez de pronunciarlas. La voluntad de mi amante y tu señor es la mia; y lo que él dispone está bien dispuesto.

El negro se encogió de hombros é inclinó la cabeza. Despues dijo:—Soy desgraciado, puesto que mi señora no comprende el generoso móvil de mis palabras. Guárdeme el grande Alá de concebir un pensamiento ofensivo á mi señor y dueño. Solo he querido decir que para conservar el amor de una doncella no es necesario aprisionarla.

Solita abrió desmesuradamente sus hermosos ojos, púsose el dedo índice sobre la barba y dijo:

—Esplícate, Bay: te lo permito.

Bay se sonrió, tomó cautelosamente asiento á los pies de la doncella, y alzando hácia ella los ojos con bien fingida timidez continuó diciendo:

—Lucero de la mañana: las flores que bordan el aire necesitan esponjar sus frescas hojas; el ruiseñor enamorado no vive entre dorados hierros; el sol que asoma por el Oriente arrolla las sombras, que son cadenas de la luz, y dispersa las estrellas para que nada estorbe su carrera; el amor entre prisiones es el sol ofuscado por negras nubes: la luz allí está, pero alumbra macilenta; el fuego allí se supone, pero no dá calor. ¿Por qué ha de vivir aislado y solo el modelo de la hermosura? ¿Por qué no habrá de llenar el mundo de sus encantos y de su fama?—Escucha un romance que me contó mi padre, que lo oyó de su abuelo:

«Alhamar, rey de Granada... una paloma tenia,
»de ojos tiernos y albas plumas, su consejera y su amiga:
»guardábala cauteloso,.......... que por demas la queria,
»y si algun hombre la viera..... costárale á éste la vida.
»Marchó Alhamar á la guerra... contra gentes de Castilla.
»y la paloma en su jaula......... de pena se consumia:
»confiada la ha dejado........... el rey á la hermosa Alija,
»que cuidadosa la guarda,........ y la regala y la mima.
»Mas la paloma encontróse..... abierta la jaula un dia,
»y al campo salió afanosa. ...... de libertad y de brisas.
»Cuando Alhamar de la guerra.. para Granada volvia,
»la paloma fué á su encuentro,.. y asi le dijo sumisa:
»—En prisiones me dejaste,..... que en prisiones me tenias;
»la libertad he cobrado;......... pero vuelvo á tus caricias.»
»El rey le tendió la mano,........ que ella besó enternecida.
»y él sin contestar palabra...... la pasó con su gumía.

Tales son los hombres, prosiguió diciendo el negro; exigen injustos deberes, y si una vez son quebrantados, sacrifican lo que mas aman á su capricho ó á su cólera. Si la paloma de Alhamar hubiera permanecido encerrada, se habria muerto de tristeza: cobró su libertad y buscó á su dueño, y éste le dió la muerte. Tal es el porvenir que te aguarda, señora mia, si no logras hacer á tu amante esclavo de tus antojos.

—Me asustas, Bay, dijo Solita consternada; pues entre tus razones y tus ejemplos hallo cierta oscuridad misteriosa que me espanta. ¿Qué debo hacer?

—¡Te espanta, repuso Bay, morir de tristeza ó morir á mano airada! Para evitar lo uno y lo otro, no hay mas que un medio. Pídele

á tu amante la libertad; ruégale, estréchale, amenaza si es preciso, y cuando te falte otro recurso, llora. Serás libre por su voluntad; y entonces no podrá quejarse de ti.

—Mi buen Bay ¡cuánto te debo! esclamó la jóven: y luego se preparó para recibir á su amante. El cual vino á la hora de costumbre y ella le hizo muchas zalamerías y luego le dijo: «Estoy muy triste.»

—¿Por qué, vida mia? contestó el Niño.

—Porque todos mis dias son iguales y el horizonte que veo es siempre el mismo.

—¡Ay, que no está en mi mano transformar ese horizonte!

—No lo dudo; pero al menos, puedes trasladarme á otro lugar.

—Te comprendo: ¡deseas abandonarme! dijo el Niño con suma tristeza.

—Eso nunca, contestó Solita; pero bien conoces que no hay triunfo donde no hay combate; y mal se concibe la fidelidad sin el libre albedrío.

—¡Solita! ¡Solita! esclamó el encantado; mucho arguyes para lo poco que sabes. ¿Qué maligno espíritu te inspira esas razones?

—Te engañas, querido mio, repuso ella: solamente me inspira el temor de fastidiarme en mi soledad, y perder el cariño que te tengo.

—Si no es mas que eso, te daré otras compañeras: no quisiera que salieses de aquí.

—Solita se levantó orgullosa y dijo resueltamente: «O la libertad, ó nada: tal es mi determinacion.»

El Niño bajó la cabeza y suspiró: —«Si ha de sufrir violencia tu fidelidad, dijo, prefiero antes perderte. ¿A dónde quieres ir?»

—A la aldea.

—¿Y volverás?

—Cuando quieras.

—Pues bien, repuso el Niño sollozando; al tercer canto del gallo quedarás hoy libre. Si te acuerdas de mí, vuelve á buscarme cuando suena la queda.

Solita hizo dobles caricias á su amante, y luego que éste se despidió, entretúvose en arreglar su tocado.

El negro acudió á darla la enhorabuena por su triunfo, trayéndola para adornar su cabeza un clavel disciplinado. Este clavel era de la mata que habia manchado la sangre de la urraca.

La doncella esperaba impaciente los cantos del gallo. Ya se habia oido el primero, y el segundo no podia tardar. El horizonte se comenzó á teñir de color de rosa: cantó el gallo otra vez, y todo el cielo se cubrió de color encarnado. Al tercer canto del gallo, Solita se encontró en otro mundo, rodeada de los ramos de una adelfa.

(Concluirá.)

FRANCISCO DE ORELLANA.

LA ESTATUA DE LA VERDAD.

La reina Cristina de Suecia contemplaba un dia una estátua de la Verdad perfectamente ejecutada y espresaba su admiracion á los que la rodeaban. Un cardenal la dijo entonces: «Señora, V. M. es la primera testa coronada á quien la Verdad haya tenido la dicha de agradar.»—«Señor cardenal, todas las Verdades no son de mármol.»

DIOS Y EL TASO.

—«¿No es verdad, le preguntaban á un italiano entusiasta del *Taso*, que si Dios quisiera hacer un poema épico, compondria uno como la *Jerusalem libertada*?»

—«*Se potesse* (si podia), *signor*, *se potesse*,» respondió aquel entusiasta.

EL SOLDADO DEL REY DE PRUSIA.

Federico el grande viendo á uno de sus soldades con una cicatriz muy profunda en la cara, le preguntó: «¿En qué taberna te han puesto ese distintivo?»—«Señor, en una taberna en que S. M. pagó el escote: en Kolin.» Esta fué una batalla que perdió aquel monarca, el cual, se sonrió á pésar de lo mordaz que era para él la respuesta, y le dió al soldado una gratificacion.

UNA ESPRERION DE SAN VICENTE DE PAULA.

Un caballero, en un momento de impaciencia y de cólera, decia delante de San Vicente de Paul:—«Quiero que el diablo me lleve.»—«Señor,» le dijo el santo religioso «os retengo yo para Dios.»

ADVERTENCIA.

Todos los suscritores de Madrid y nuestros corresponsales de provincia habrán recibido gratis *el número de* LAS NOVEDADES *de ayer y recibirán el de mañana, que contendrá artículos de los colaboradores de la parte satírica y una caricatura litografiada.*



Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26



EL CASTILLO DE ANGERS.

El castillo de Angers es uno de los edificios mas singulares de todos los del mismo género que se conservan al oeste de la Francia. Su aspecto participa un tanto de monótono y regular que cansa la mirada; sin embargo, tiene su carácter especial, y, con este título, merece ser visitado por los viageros.

No sabríamos dar una descripcion mas exacta, mas completa, ni mas elegante del castillo de Angers, que la que se halla en el libro titulado: *Angers pintoresco.*

Si algunos edificios feudales, como los que dominan amenazadores el Rhin, ó coronan con toda su coleccion de leyendas, las fragosas márgenes, ofrecen en su aspecto, y especialmente en su posicion un golpe de vista mas pintoresco, hay pocos que puedan mejor que el castillo de Angers, presentar este carácter formidable, aquella idea de solidez eterna que es tan perfectamente adecuada á semejante construccion. Aquí, no contento con dar á las murallas una base inconmovible, la misma roca ha formado muralla para elevar, cuanto fuese posible la primera hilada de piedras, y contra esta invencible masa es con la que hubieran chocado en vano en otro tiempo los golpes del ariete. Por la parte del rio, veíase, en tiempo de san Luis, como hoy dia (salvo las ruinas) los palacios de los condes y los escombros esparcidos de las construcciones precedentes. Descendiendo hácia la cadena baja, una de las torres sombrías está unida á un bastion que comunicaba con otro elevado su frente, en la orilla derecha; una cadena cerraba el paso de la Mains entre ambos. Los restos de una escalera que bajaba del castillo á esta obra, cayeron hace mucho tiempo en un subterráneo que atravesaba al rio y salia al campo. Subiendo hácia el sud, se empezaba á contar á la distancia de cien pies próximamente, el ámbito de los fosos; las diez y siete torres macizas que describen un pentágono irregular terminaban en la elevada torre, como hoy dia, bajo el nombre de *torre del Diablo*, *torre del Molino ó del Norte*; su vasto perímetro aumentado aun por el bastion de la puerta de los Campos.

»Cada una de ellas, como esta *torre del Diablo*, de la que ofrecemos el grabado, descollaba á mucha altura sobre la dilatada muralla negra, sirviendo de cortina. Su enorme circunferencia estaba de distancia en distancia, circundada, por decirlo así, de cordones de toba blanca, semejantes á los que ciñen los dos torreones del castillo de Durtal. Al Este dos torres idénticas se elevaban con gracia sobre la puerta ogival, dando entrada á la fortaleza; entre ella se bajaba el rastrillo, último de los medios de defensa, y su doble masa parecia querer ocultar bajo su sombra el dilatado brazo del puente levadizo con sus pesadas cadenas.

»Enrique III mandó demoler el castillo de Angers, desde la puerta Toussain hasta el puente Ligny; salvo la torre del norte que se conservó probablemente á merced al molino de viento que descollaba sobre ella, todas fueron demolidas. Felizmente, poco despues otros cuidados sobrevinieron en el momento de demoler la muralla que constituye el cuerpo de la fortaleza, y se suspendió la destruccion.»

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

(Conclusion.)

V.

El clavel de la Virgen.

Era la hora del amanecer de un hermoso dia de setiembre, y las campanas del lugar vecino tocaban á fiesta. Solita oyó con júbilo aquellos sonidos que la recordaban pasadas aflicciones, porque el corazon ama sus penas como sus alegrias, que son su propiedad, y se complace en la memoria de unas y otras.

Salió la jóven de entre las ramas, como Venus de las aguas, hermosa y sencillamente vestida de blanco. En su cabeza no llevaba mas adorno que el clavel disciplinado; el cual, por una misteriosa influencia, enloquecia de orgullo su cerebro, haciéndola concebir los proyectos mas descabellados.—«Voy á transformar las cabezas de todos los mozos del lugar, y á burlarme de ellos, pensaba en su interior: me llamarán hermosa, y yo me haré la gazmoña, para que mas se enamoren de mis hechizos. Las mozas me tendrán envidia, y cuando sepan quien soy, me halagarán con falsas caricias, para que les comunique el secreto de mi hermosura; pero me reiré tambien de ellas, y patearán de corage.»

Con estas malignas intenciones entró Solita en el lugar, cuando la gente se encaminaba á la iglesia para oir la misa mayor, que se debia cantar solemnemente, por ser el dia de la Natividad de la Virgen. Pasó la jóven por delante de la iglesia, y le dió deseo de entrar en ella; pero un mal pensamiento la detuvo, y pasó de largo.—«Está eso muy oscuro, dijo, y no repararian en mí.»—En seguida se fué á una de las casas donde solia parar en otro tiempo.

Desde que Solita faltaba del lugar, las gentes se habian hecho lenguas con motivo de su desaparicion repentina: unos decian que se habia marchado de cantinera con unos soldados que pasaron por el pueblo, otros aseguraban que se la habian comido los lobos; no faltaba quien dijese haberla visto volar montada en una escoba tocando un pandero; y algunos, mas cuerdos, opinaban que se habia caido en un pozo. Pero una vieja que andaba buscando yerbas en la montaña, la tarde de San Juan, dijo que la habia visto cuando se la llevaban los duendes. Prevaleció esta opinion, y todavia, cuando los muchachos eran traviesos ó llorones, sus madres les decian para intimidarles:—«¡Que viene la jorobada!»

Sin embargo, en los últimos dias, grandes novedades habian ocurrido en el pueblo, lo bastante para que se diese al olvido la misteriosa suerte de Solita. El señor del lugar habia muerto, y su hijo y sucesor, jóven de veinte años, arrogante mozo y muy galan, quiso visitar sus dominios, y á la sazon se hallaba en el pueblo. Con motivo de su venida hubo danzas públicas para festejarle, repiques de campanas, salvas de trabucos y escopetas, y por dos ó tres noches consecutivas iluminacion de candiles y cohetes. El ayuntamiento dió un banquete al señor y otro á los pobres del lugar, y un baile de máscaras en las casas consistoriales. Con estas cosas, nada tiene de estraño que las gentes se olvidasen de la jorobada.

Pero, ¿cuál no seria el asombro de aquellos sencillos habitantes, cuando la hermosa jóven se presentó en las casas que mas habia frecuentado en otro tiempo, y dijo á sus conocidos su nombre, llamándolos á todos por el suyo, y dándoles tales señas, que no habia medio de dudar de la identidad de su persona. Inútil es decir que nadie la reconocia, y que las mugeres se hacian mil cruces al verla tan hermosa y transformada. Entonces no quedó ninguna duda de que algun espíritu del otro mundo habia tenido que ver con Solita, por lo cual se la miraba con cierto respeto supersticioso, que mas tenia de miedo que de admiracion.

Sin embargo, los mozos comenzaron á mirarla con apetito, y las muchachas con envidia, y Solita que otra cosa no deseaba, se ponia mas hueca que un pavo real, aunque, con el afan de oscurecerlas á todas, se mezclaba familiarmente con ellas, y asi era mayor el realze de su belleza.

Llegó la tarde, y se dispuso, segun costumbre, la rifa del mejor clavel que habia nacido de planta, y que, como cosa rara en una estacion tan adelantada, escitaba la codicia de todas las jóvenes. Los mayordomos de la Virgen paseaban la plaza de la iglesia, publicando en alta voz el precio en que habia sido puesto el *clavel de la Virgen*, y convidando á los mozos á subir la puesta, para que fuese mayor el lucro que resultase para el culto de la imágen que lo habia tenido en su altar. Todos los jóvenes que tenian novia decian sus pujas al oido de los mayordomos, y estos publicaban en seguida el precio del mejor postor.

En un grupo de las personas principales del lugar se paseaba el arrogante conde de la Rosa, señor de aquellos dominios, sin fijar su atencion en la rifa del clavel, sino con una curiosidad indiferente, cuando apareció en la plaza Solita, acompañada de otras jóvenes. Todas las miradas se fijaban en la hermosa criatura, y movióse un murmullo general, en el que solo se distinguian estas palabras:

—¡La jorobada! ¡la jorobada!

Solita habia desembocado en la plaza en el momento en que el condecito de la Rosa terminaba su paseo vuelto de frente hácia la calle por donde ella venia. Causó al jóven conde tal impresion la hermosura de la prodigiosa doncella, que se quedó parado algunos momentos, sin poder apartar la vista de ella, y cuando recobró su serenidad, preguntó á uno de los que le acompañaban:

—¿Quién es esa jóven? ¿de quién es hija?

Nadie pudo responder á la segunda pregunta, y en cuanto á la primera, solo se dieron contestaciones ambiguas, pues no era fácil atinar con la solucion del misterio que á la hermosa niña envolvia. Ella por su parte sintió un estraordinario orgullo, al ver que habia promovido la admiracion de todo el gentío; pero cuando observó las miradas del condecito, sus preguntas y su arrogante apostura, subió el carmin del rubor á sus mejillas, y se turbó, sin comprender la causa de su indecision.

A este tiempo gritó uno de los mayordomos:—«En tres ducados está el clavel de la Virgen.» ¿Hay quien dé mas.?

El jóven conde se acercó al mayordomo y le habló al oido. El mayordomo gritó:—«El clavel de la Virgen está en treinta ducados.» ¿Quién dá mas.?

Los mozos del lugar comenzaron unos á remolinear y otros á dispersarse, confesándose derrotados. Nadie creia posible que hubiera quien pujase mas; pero fué general el asombro, cuando se oyó la voz del mayordomo, que gritaba:—«Hay quien da cien ducados por el clavel. ¡Que se remata.!

Fijáronse entonces las miradas en un jóven desconocido, de vulgar apariencia, pero de interesante fisonomía, que miraba el clavel con ojos codiciosos y á la jóven Solita con tristeza. ¿Quién podia ser aquel forastero que á competir se atrevia con el señor del lugar?—Este hizo una seña al mayordomo, el cual proclamó en seguida que el clavel de la Virgen habia sido puesto en mil ducados, pero inmediatamente se le acercó el forastero, y á la proposicion que le hizo no pudo menos el mayordomo de contestar que necesitaba una garantia.

Sacó el jóven de su bolsillo un riquísimo medallon de oro guarnecido de innumerables diamantes, y lo puso en las manos del mayordomo, quien lleno de asombro, esclamó:—Dan cien mil ducados por el clavel.

La gente del pueblo presenciaba con pasmo esta competencia nunca visita. No estrañaban que el conde, por un capricho, arriesgase cuantiosas sumas; pero no podian comprender que hubiese un hombre capaz de pujar mas que él. Preguntábanse unos á otros si alguien conocia al forastero, de dónde habia venido; pero nadie acertaba á dar respuesta.

El conde, irritado de la oposicion que se le hacia, se acercó lleno de cólera al mayordomo, y le habló en voz baja:

—¡El clavel es mio! le dijo; te va la cabeza si lo das á otro. ¡Pónlo en quinientos mil ducados

El pobre mayordomo no pudo resistir á los argumentos concluyentes del conde, y declaró que el clavel de la Virgen quedaba adjudicado al mejor postor, en quinientos mil ducados.

—¡Hay quien dé mas! gritó una voz en medio del gentío. Pero el mayordomo sostuvo que era ya tarde, y que estaba cerrada la rifa. Levantáronse rumores contra la parcialidad del mayordomo; pero al ver que éste se acercaba al conde para entregarle el disputado clavel, nadie se atrevió á rebelarse contra su señor.

Casi á un mismo tiempo se dirigieron el conde y el forastero hácia el grupo donde estaba Solita: el primero, con el clavel en la mano, se acercó á ella y le hizo presente de él con suma galanteria; el segundo pasó rozando los vestidos de la jóven, y la dijo al oido:—*¡Hasta la queda!*

Solita se turbó al oir estas palabras, y el clavel que acababa de recibir, se le cayó de la mano. El forastero continuó rápidamente su marcha, y el conde gritó á sus servidores:

—¡Seguid á ese hombre!

Pero esta prevencion fué inútil, pues á los pocos pasos el forastero habia desaparecido, sin que bastasen para dar con él las mas minuciosas indagaciones.

Creció con esto el pasmo de las gentes, y no faltaba ya quien se atreviese á murmurar, diciendo que aquel forastero era el demonio en figura de lugareño; y esta suposicion adquirió crédito cuando, acordándose el mayordomo del riquísimo medallon que aquel habia dejado en su poder, llevó la mano á su bolsillo y solo sacó de él un puñado de carbones y ceniza, que arrojó lleno de terror. Cundió en

seguida la voz de que la hermosa Solita tenia inteligencias misteriosas con el diablo, y aquella misma noche partieron emisarios secretos á Granada con el objeto de denunciar los hechos referidos al *Santo* tribunal de la inquisicion.

VI.

La enferma imaginaria.

Favorecida Solita con el clavel de la Virgen, á ella le correspondia, segun costumbre, el honor de llevar la banderola de la Virgen en la procesion del Rosario, que debia efectuarse en seguida, y presidir el baile que aquella noche daba la cofradía en la plaza, bajo un entoldado de ramas verdes. Lo primero tuvo sus inconvenientes, pues las personas mas timoratas del lugar reputaban sacrilegio depositar en manos de una jóven bruja las insignias de la Madre de Dios. Nadie, sin embargo, se atrevió á formular la negativa, por temor de atraerse la cólera del señor conde; pero algunos se acercaron al cura, manifestándole el escrúpulo de sus conciencias; y el venerable pastor reunió en junta al teniente de la parroquia, á otro clérigo de misa y olla, al sacristan y al alcalde, para consultar lo que convenia hacer en tan apurado trance. Todos opinaron que no se debia conceder á Solita el favor que le correspondia de derecho; pero ninguno se creyó con valor suficiente para arrostrar las iras del señor del lugar, y como el tiempo no daba treguas, resolvieron contemporizar con las circunstancias, sin perjuicio de hacer despues rogativas públicas en descargo del pecado que cometian. Para no incurrir en las penas del Santo Oficio, se acordó que el señor cura oficiase aquella misma noche al inquisidor provincial refiriéndole el caso y lo que habia sido preciso hacer para evitar mayor escándalo.

No fueron las mozas del lugar tan condescendientes como la sábia junta, pues ninguna quiso encargarse de llevar las borlas del estandarte, y fué menester comisionar al efecto á dos monacillos.

Despues de terminada la fiesta religiosa, comenzó el baile, que presidió Solita en compañía del conde, el cual no se apartaba de su lado. Llevaba la jóven el clavel disciplinado en la cabeza, y el de la rifa en el pecho; y, no se sabe si á causa de la influencia misteriosa de aquellas flores, ó como resultado de las nuevas emociones, la hermosa huérfana sufria una lucha estraña que la tenia en continua distraccion.—Asaltábanla pensamientos livianos; ideas de vanidad la enloquecian, y al mismo tiempo la modestia la obligaba á bajar los ojos cuando alguien la miraba, y una graciosa timidez la embellecia si el jóven conde la dirigia la palabra.—Bullian en su cabeza proyectos ambiciosos, y temblaba al considerar su pequeñez comparada con la grandeza del señor que la honraba con sus distinciones. En medio de esta lucha, nueva para ella, y que confundia su razon, pasaba por su memoria de cuando en cuando, y como la luz de un relámpago, el recuerdo del Niño de Oro, y entonces se entristecia; pero el ruido de la fiesta, una palabra del conde, un murmullo de admiracion ó de envidia producido por su hermosura, devolvian á sus lábios la sonrisa, que, ora aparecia cándida y placentera, ora contraia sus mejillas con cierto desden malicioso.

—Distraida os encuentro, hermosa jóven, le dijo el conde en una ocasion: ¿acaso no estais contenta de vuestra suerte, ó vuestro pensamiento divaga lejos de aqui?

—No es nada de eso, contestó Solita; mi suerte no puede mejorarse, pues alcanzo favores que no merezco: y en este instante nada me falta para ser dichosa.

Esto dijo la jóven, y sin embargo se puso triste al decirlo. Reparólo el conde y repuso:

—Quiero creerlo; y si no sospechase que dais mucho valor á ese clavel disciplinado..

—Este clavel, dijo Solita interrumpiéndole, no vale nada.

—De otro modo lo apreciaria yo si fuese mio, contestó el conde.

La jóven se ruborizó, y quitándose el clavel de la cabeza, lo presentó al conde diciendo:

—Clavel por clavel, tomad este, si os agrada; pero no vale tanto como el vuestro. Tomó el jóven conde la flor, y la colocó sobre su corazon.

—No hay duda, me ama; pensó con alegria Solita: y no bien hubo formulado este pensamiento, cuando se oyó el canto de un cuco sobre la enramada que adornaba la plaza. La jóven sintió un dolor agudo, y se desmayó.

La turbacion del conde no se puede esplicar. La fiesta se descompuso; los criados del jóven señor corrian en todas direcciones, buscando auxilios que prodigar á la hermosa Solita, y no siendo posible restituirla el sentido con los remedios que inmediatamente se la administraron, el conde, informado de que la jóven no tenia casa conocida, dispuso que la condujesen con mucho miramiento á la suya. El médico y el boticario del lugar se colocaron á la cabecera de la hermosa enferma: cuatro mujeres fueron destinadas á su cuidado: se envió á buscar los médicos de los pueblos vecinos; hízose cuanto en lo humano cabe para destruir aquel terrible parasismo, pero todo fue inútil, y la jóven no volvió en sí, hasta que comenzó á rayar el alba. Entonces abrió los ojos y miró con estrañeza la baralunda de gente que la rodeaba, los innumerables potingues que habia sobre una mesa, y el aspecto consternado de los servidores del conde.

—¿Qué significa todo esto? dijo: ¿Hay aquí algun enfermo? Que me dejen sola.

Los médicos mandaron despejar, y ellos mismos se retiraron, para consultarse, á una estancia inmediata, satisfechos de su ciencia No dudaban que la jóven sufriria un ataque de fiebre, y dieron las órdenes convenientes para este caso previsto.

Entre tanto, Solita se vistió apresuradamente, abrió una ventana, y al ver la luz del dia, se retiró abatida, cayendo consternada en una silla.

—¡Es ya tarde! esclamó. ¿Cómo es que he podido dormirme? ¡Pobre Niño! ¡qué será de él!

Los médicos, desasosegados, volvieron á entrar en la habitacion de Solita; la cual con sus razones y mas aun con su normal y tranquilo continente, les probó que estaba buena y sana; y hasta pretendió probarles que nunca habia estado enferma: pero ellos no lo creyeron, aunque esto dió pávulo á nuevas conjeturas, y á mayor convencimiento entre el vulgo de que Solita era bruja.

Dispuso el conde nuevas fiestas para las noches siguientes, á fin de obsequiar á su amada, pues era mucho el cariño que la habia cobrado, y proyectaba hacerla su esposa; si bien su mayordomo, como hombre de esperiencia y rigoroso partidario, que era, de las distinciones sociales, trabajaba para impedir esta grave determinacion, y pretendia trocar el amor de su amo en liviano apetito.—La segunda noche aconteció lo mismo que la primera, con lo cual creció al dia siguiente el desconsuelo de la jóven, que tomó la firme resolucion de no faltar a su palabra dada.

VII.

Quien echa pan á perro ageno.....

Llegó la tercera noche y con ella nuevos bailes y diversiones; pero no tardó el regocijo en convertirse en alarma, cuando al entrar el conde en el aposento de Solita para ofrecerla su brazo, encontró desierta la habitacion. Llamó á sus criadas, y estas le informaron de que la jóven se habia hecho ataviar con sus mejores galas, y adornado con el clavel de la Virgen que conservaba en agua, despues de lo cual habia mandado que la dejasen sola. Inmediatamente se hicieron diligencias para buscarla por toda la casa, donde no fué encontrada: el conde comenzó á tener celos y estaba inconsolable, motivos ambos por los cuales resolvió perseguir á todo trance á la fugitiva hasta encontrarla, aunque fuese menester remover las entrañas de la tierra. Salieron esploradores por todo el pueblo, con encargo de averiguar con maña el paradero de Solita, á quien seguiremos nosotros, mejor enterados del camino que habia tomado; pero no sin decir antes que, al poco rato de andar preguntando, volvieron dos de los servidores del conde y le dijeron:

—Señor, varias personas han visto á la hermosa Solita encaminarse hacia *el torrente del Diablo*, acompañada del jóven que compitió con Vuecelencia en la rifa del clavel, y han observado que ambos iban entretenidos en sabrosa conversacion.

El conde, que tal oyó, dispuso en el acto una batida, para perseguir á su hermosa ingrata, muy resuelto á matarla con su cómplice, si lograba alcanzarlos; al mismo tiempo que otra comparsa de cuadrilleros del Santo Oficio, le seguia la pista á Solita por diferente camino.

La ex-jorobada, entre tanto, pesarosa de haber engañado involuntariamente al dispensador de su hermosura, habia salido con cautela de la casa de su nuevo amante, para estar, á la hora convenida con el Niño de Oro, al pié de la cascada prodigiosa, y poder corresponder á los favores de que era deudora.—Sola, absolutamente sola se habia internado en la cuenca del torrente, sin encontrar á nadie en su camino, y sin embargo, era evidente que la habian visto acompañada del jóven desconocido. El pícaro encantado se habia valido seguramente de este ardid, que le permitian sus malignas artes, para conservar la presa que veia próxima á serle arrebatada por el amor del conde.

Cuando llegó la jóven al pié de la cascada, se sentó y aguardó; y al cabo de una hora, vió aparecer un resplandor siniestro y oscilante que á intervalos iluminaba los dobleces de las rocas, por entre cuyo seno corria espumoso el riachuelo.

Este resplandor intermitente llenó de pavor á Solita, pues le veia irse acercando de la parte del lugar, y no comprendia la causa. Pasado un rato oyó pisadas de caballos en la arena, cuyo estridente chasquido se reproducia pavoroso en los ecos de la montaña, y percibió rumor como de gente que hablaba quedo, por lo cual comenzó á sos-

pechar que la andaban buscando, y se ocultó como mejor pudo entre los arbustos de la ribera.

Con efecto, el conde y su gente llegaron en breve, esploraron todo el terreno con bastante miedo, y ya fuese por esto, ya por una casualidad providencial, á poco volvieron las espaldas convencidos de que no habia nadie en aquel sitio, y de que no era posible pasar adelante. Cambiaron de direccion, y minutos despues viérose ondear sobre la montaña las cabelleras de fuego de las antorchas que llevaban en la mano peones y caballeros, destacándose sobre el fondo negro del cielo, y ofreciendo á la vista perfiles rojizos de hombres y caballos. Este espectáculo fantasmagórico parecia el de una cabalgata de diablos, en medio de la oscuridad de la noche.

Solita temblaba de miedo, mucho mas que cuando se encontró en aquel sitio por la vez primera. El ruido de los caballos retumbaba al pié de las rocas, semejante al rumor de una fragua subterránea: mezclábanse á este sordo estruendo los agudos silbidos con que se citaban los esploradores distantes entre sí; y para hacer mas pavorosa y al mismo tiempo mas estraña esta escena, comenzó á resonar en los peñascos el eco de las campanadas de la queda, cual si fuesen los lamentos de un enfermo de bronce, al paso que suaves armonias brotaban entre los cristalinos pliegues de la cascada.

Solita sintió á la vez alegria y tristeza, pues por una parte gozaba con la idea de cumplir como agradecida, y por otra deploraba la pérdida de su libertad, y la afligia el recuerdo del conde. Despues de un arrobador preludio, lleno de dulce melancolia, se oyó una voz que cantaba:

¡Ay de mí, que confiado,
y esperando galardon,
en tierra ingrata he sembrado
la flor de mi corazon!
Fecunda era la semilla,
mas dá por flores abrojos!
por esô no es maravilla
que viertan llanto mis ojos.
¡Pobre corazon mio
llagado sin piedad!
tu antiguo poderio,
¿adonde, adonde está?

Solita reconoció la voz de su antiguo amante, y una lágrima de compasion humedeció sus pestañas. Comenzó á temer que no fuese ya reparable su involuntaria infidelidad. La voz entonó otra estrofa:

Esperanzas lisonjeras
humo desprendido son
del fuego que abrasa enteras
las alas del corazon:
y la muger es el viento
que activa la roja llama,
sirve al humo de alimento
y luego lo desparrama.
¡Dulce esperanza mia,
llevóte el viento ya!
Virgen de mi alegria,
¿en dónde, en dónde estás?

—¡Aquí, fiel como siempre! esclamó Solita sollozando.

Al decir esto, sintió la jóven un frio de hielo sobre su cabeza, llevóse la mano á ella y solo encontró el clavel de la Virgen como causa de aquella sensacion, que fué momentánea. El clavel estaba mojado de rocio. Hubiera querido la cándida niña reflexionar sobre tan estraño accidente, pero le faltó tiempo; pues levantada en alto por una fuerza invisible, pronto vió como las negras rocas se tornaban trasparentes, cual si de purisimo aire fuesen hechas, y como su cuerpo ligero las penetraba. A lo lejos descubria la cabalgata del conde, y andando sobre su cabeza unas figuras de hombres vestidos no negro, con espada en el cinto y largas varillas de autoridad en las manos.

Asi entró Solita en el vasto recinto del palacio encantado, en donde fué breve su permanencia; pues sin sospecharlo ella, llevaba consigo un talisman poderoso, que debia deshacer aquel hechizo. Y, con efecto, apenas se esparció por el palacio el aroma del clavel de la Virgen, comenzaron á temblar las diamantinas columnas, deshaciéndose como la sal en el agua, y el terso pavimento á levantarse, como la niebla que de una laguna se alza á los primeros rayos del sol. Mil espiritus invisibles cruzaban el espacio, produciendo con sus alas agudisimos silbidos.

La deliciosa mansion convirtióse pronto en negro y espeso humo; y únicamente alrededor de Solita lucia una brillante aureola, pareciendo la jóven un ástro en medio del caos. De entre las densas y vertiginosas tinieblas, en cuyo profundo seno se oian rumores de terremotos y estallidos como de leña verde que tuesta el fuego, brotó una nubecilla blanca, semejante á una columnita de incienso, la cual se transformó poco á poco en un arrogante mancebo vestido á usanza morisca: siete lucecillas revoloteaban como fuegos fátuos alrededor del hermoso jóven, y se convirtieron luego en otras tantas doncellas de voluptuosas formas; de las cuales doncellas unas sostenian un azafate de flores sobre el que quedó recostada Solita, otras tañian instrumentos armoniosos, otras con alas de mariposa revolaban sobre la jóven, arrojándola frescas rosas y jazmines y alguna de ellas, envidiosa de su triunfo, se apoyaba de codo sobre un antepecho de nubes. El hermoso mancebo dobló una rodilla delante de Solita, y la dijo:

—Sin terminar tu sacrilicio, reina de la hermosura, has puesto fin á mi cautiverio, por la sola virtud de ese clavel que ostentas con gallardia. Para ti quise conquistarlo, y me lo arrebató la injusticia; pero no le guardo rencor al que, mas afortunado, lo ganó para ti; pues por él reconquisto la libertad que anhelaba. Dóite millones de gracias por este señalado favor, ángel querido, y por la bienaventuranza que me espera te juro que no seré ingrato á tamaño beneficio.

—¡Infeliz! ¡esclamó Solita con acento inspirado; aguardas la bienaventuranza de tu falso Profeta, mientras crees en la virtud de este clavel, que solo por haber tocado el altar de Maria, tiene fuerza bastante para deshacer tu encanto! ¡Abre los ojos á la luz y sé cristiano!

—Sultana, tus labios derraman la verdad, comó los panales la miel, respondió el mozo. Pero dime, te ruego, ¿quién me hará cristiano?

—¡La gracia de Dios! contestó Solita: é incorporándose en el lecho de flores, se quitó el mistico clavel que estaba todo él empapado en rocio, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo, y vertiendo sobre ella las celestiales perlas, bautizó al moro en nombre de la Virgen.

Desaparecieron en el momento aquel todas las visiones fantásticas y Solita se quedó profundamente dormida. Del encantado hecho cristiano con las gotas de rocio de un clavel y por la mano pura de una doncella, solo se percibió en los aires un suspiro de alegria.

En vista de tan inesperados prodigios, el negro Bay diz que se comió á si mismo de corage, lo cual es muy posible, siendo como era tan envidioso, y de la ventura del Niño echó la culpa al cuco que, en su sentir, no habia contado bien los dias.

Entre tanto, la cascada y el torrente del Diablo habian cesado de existir. Al penetrar Solita en la montaña, un espantoso terremoto habia sacado de sus cimientos los montes y las rocas de la comarca: las aguas del torrente habian subido por los aires, resueltas en una densa cortina de nubes, de cuyo seno entreabierto y resquebrajado brotaron llamas opacas y angulosos relámpagos: esta nube se deshizo en un destructor pedrisco que arrasó las campiñas, y al amanecer solo quedó en el lugar del torrente una turbia laguna, cuyas bituminosas y amargas aguas no alimentan á ningun ser viviente. De los cuadrilleros que andaban en busca de Solita nada se supo, y se presume que están sepultados, para escarmiento de pícaros, en el fondo de la laguna.

El furioso vendabal y el gran terremoto que precedieron á la tempestad hicieron que la cabalgata del conde se dispersase, sin que fuera posible que se reuniesen mas los esploradores en toda la noche; los caballos espantados huyeron en direcciones diferentes; cual arrojando al ginete se precipitó en los abismos formados por enormes tajos; cual guiado por su fiel instinto trepó ligero por las breñas y empinadas rocas, sacando milagrosamente á su dueño á punto de salvacion; cual encabritándose y relinchando de terror fué á estrellarse juntamente con su caballero en el fondo de crecidos barrancos, cuyas aguas arrastraron sus mutilados cuerpos hasta el mar.

El jóven conde permaneció algun tiempo acompañado de dos de sus mas fieles servidores; pero en breve se quedó solo y á la ventura de su fogoso potro; el cual bufando y con las crines erizadas, mas que pies parecia tener alas: el huracan encubria el ruido de sus pisadas, de las cuales brotaban sin embargo cuádruples manojos de chispas. Solo de cuando en cuando aparecian caballo y caballero sobre los picachos de las altas rocas, destacando su perfil negro, como el de la salamandra en medio del fuego, en el ancho cráter de las nubes incendiadas por los rayos.—Luchó cuanto pudo el jóven contra la fatiga; pero rindióse al fin, y casi asfixiado por la velocidad del aire que cortaba, perdió el conocimiento y se echó de bruces sobre la silla. Su muerte era segura; pero el generoso bruto, como si conociese el peligro de su dueño, se contuvo en su carrera, procurando conservar la carga hasta que, reventado, fué á caer á la puerta de una cabaña, en la cual dió dos golpes con las manos, cual pidiendo socorro, y espira en el momento.

Salió de la cabaña un anciano pastor, que al ver al caballo muerto y al ginete desmayado, acudió al socorro de éste, por si podia tor-

narle á la vida; y quiso la buena estrella del conde que aquel pastor fuese hombre esperto en el conocimiento de yerbas medicinales, con cuyo auxilio y el del agua fresca con que le roció el rostro y le mojó los pulsos, reanimóse aquel, y pudo comprender lo que le pasaba.

VIII.

Entre paréntesis.

(No sé lo que te irá pareciendo este cuento, lector crédulo; pero cualquiera que sea tu opinion me satisface. Sin embargo, estoy por que pienses bien de él, y para ello quisiera que no echaras nada de menos. Esta consideracion me ha detenido, pues ahora recuerdo que le faltan á mi obra dos cosas esenciales: el *Prólogo* y la *Dedicatoria*. Pero nunca es tarde, si la dicha es buena. El primero puedes hacerlo tú á tu gusto, y es el modo de que seas bien servido: por que yo no sirvo para el caso. La segunda si la haré con mil amores...

¿Y á quién dedicaré este *clavel*?.. ¡A quién!

A la *hermana* de la deliciosa *Jarilla*,

A LA INSPIRADA POETISA DOÑA CAROLINA CORONADO;

pues aunque no tengo la dicha de conocerla personalmente, confio en que lo aceptará, porque las hermosas nunca desdeñan las flores.)

IX.

La herencia del moro.

La del alba seria cuando se oyó fuera de la cabaña el relincho de un caballo. El condesito que, abrigado en la humilde cama del pastor recobraba sus alientos, al oir aquel relincho no pudo resistir á su impaciencia, y se levantó presuroso, anhelante de saber noticias de sus pobres gentes y de abrazar á alguno de sus compañeros de infortunio. Efectivamente, allí habia un caballo, pero sin ginete, y receloso, barruntaba desde lejos al overo muerto del conde.

Acercósele éste y lo montó, resuelto á recorrer las montañas siguiendo á la ventura el instinto del animal, para ver si lograba encontrar á alguno de los suyos; y aunque con lágrimas en los ojos le rogó el pastor que se quedase hasta restablecerse completamente, no cedió de su intento y emprendió su camino antes que la luz de la aurora alumbrase lo bastante para distinguir los objetos.

Transparente y puro estaba el cielo, como suele estarlo despues de una tempestad de verano: la luz del alba bordaba las montañas del Oriente con su blanca y risueña claridad, y un vientecillo fresco y apacible parecia regenerar á la tierra maltratada.

El jóven conde caminaba con rumbo incierto; pero con el corazon, aunque triste, lleno de inesplicables esperanzas. Pareciale, sin saber por qué, tener próxima la realizacion de su felicidad, y la memoria de sus penas presentábasele confusa, y como el recuerdo de fútiles y quiméricos disgustos.

Al doblar la vertiente de una loma, detúvose el caballo y aguzó las orejas: metióle espuelas el conde, pero el bruto, aunque dió algunos pasos, volvió á pararse respirando fuerte, y se apartó hácia un lado de la vereda. Tendió la vista el jóven señor y solo vió delante de sí y á su izquierda un ameno sitio, poblado de arbustos aromáticos, de gayombas y zarza-rosas: pero imaginando que entre aquellos arbustos podia estar el objeto que barruntaba su caballo, echó pié á tierra y penetró en los matorrales.

En medio de ellos le aguarda una sorpresa. Tendida sobre el musgo encontró á su adorada Solita, y creyéndola muerta, dió un grito de dolor y se lanzó hácia ella. Ninguna idea de resentimiento ni de celos atormentó en aquel instante á su corazon generoso. Tocar á su amada, cerciorarse de su existencia, socorrerla si aun era tiempo, fué lo único en que pensó. Arrodillado junto á ella, puso temblando la mano sobre el pecho virginal, y acercó sus labios á los de ella, para percibir los latidos y aspirar el aliento que para él eran la vida ó la muerte. Pronto se incorporó con el semblante risueño, y dando un dilatado suspiro, esclamó:

—¡Vive!

El jóven reparó entonces en un objeto que antes no habia visto: era una caja de madera primorosamente labrada, y embutida de oro, concha y nácar, sobre cuya tapa se leian, en letras formadas de mosaico bellísimo, estas palabras:

«DOTE DE SOLITA.»

Esta caja estaba junto á la jóven dormida, la cual tenia pendiente del cuello una cinta con una llave; y presumiendo el conde que seria la de la caja, quiso tomarla sin ser sentido, para enterarse de lo que aquella contenia.

No fué tanta su destreza que, al intentarlo, no despertase la jóven sobresaltada, y fué grande el asombro de ésta, cuando se vió abandonada en el campo y sola con su noble amante. Pasóse Solita la mano por los ojos, como para cerciorarse de que estaba despierta; mientras que el conde la miraba turbado, vacilando entre opuestos sentimientos. Por una parte se abrasaba de amor, pues nunca le habia parecido la jóven tan hermosa; por otra renacian en su alma los amortiguados celos, y esta pasion cruel predominó en su razon, pues reconviniendo á su amada la dijo:

—¡Por fin os encuentro! ¿Qué habeis hecho de vuestro amante?

—¡Ah! ¿sois vos realmente? dijo Solita incorporándose con alegria, como quien sale de una pesadilla: ¿es cierto que estoy en el mundo? Hablad, amigo mio, hablad.

—¡Vuestro amigo! esclamó el conde con amargura; ¿qué significa esto?-¿Dónde se oculta el infame que os acompañaba anoche?

Solita se quedó estupefacta; púsose el dedo índice sobre el labio inferior, y alzando los ojos al cielo se quedó pensativa, y luego dijo:

—¡Anoche! .. ¡Ah! ya recuerdo. Anoche vine sola, hasta la cascada que está allá abajo...Despues... No recuerdo nada mas.

—¿Y vinisteis cargada con este cofre? preguntó el conde, señalando á la caja misteriosa.

—No conozco ese cofre.

—¿Ni tampoco esa llave?

—¡Esta llave! Verdad es que tengo aquí una llave. ¿Será la suya?

El Conde no sabia qué pensar de la ignorancia que Solita demostraba de todo cuanto veia. Ella entre tanto probó la llavecita en la cerradura de la caja, é inmediatamente saltó la tapa, dejando á la vista multitud de joyas de inestimable valor. Grande fué la sorpresa del conde al ver aquellas riquezas; pero Solita, por el contrario, dándose una palmada en la frente, esclamó:—«¡Ya lo comprendo todo!»

En seguida contó al Conde sus aventuras subterráneas, sus estraños amores con el Niño de Oro, el desencanto de éste por la virtud del clavel de la Virgen, y todo lo demas que ya sabemos. Inútil es decir que el conde puso en duda tan estraña historia, y quiso pruebas que le convenciesen de su veracidad. Pero no era fácil encontrar estas pruebas.

Examinando las ricas joyas que la caja contenia, vió Solita un pliego cerrado y sellado en medio de ellas. Tomólo con curiosidad, y abriéndolo, se lo entregó al Conde, el cual halló en él escritas estas palabras:

«*Herencia de Aben-Mequenun-ben-Chalid-el-Tuzani.*

»Lo que á los muertos molesta es alegria y bienandanza de los vivos. — Goce con salud, paz y amor estas riquezas Solita, mi «salvadora, hija *natural* de Luisa, marquesa de Flores-Altas, y de..»

Lo restante estaba escrito en caracteres arábigos, de modo que el condecito no pudo entenderlo: y era bastante lo que quedaba por descifrar. Otro portento hirió la vista del jóven amante: el clavel de la Virgen se habia transformado en otro en la cabeza de Solita: sus hojas eran de topacio rojo, y los nombres de MARIA y SOLITA resaltaban en ellas, formados de pequeños diamantes imitando á gotas de rocío. Con tales pruebas quedó el amante tan satisfecho, que ambos entraron en el lugar aquella misma mañana, montados él en la silla y ella á las ancas del caballo. (Empero la mejor prueba de fidelidad diz que se la dió Solita al conde la noche de novios, aunque no dice la crónica cuál fué esta prueba; pero ello es que vivieron despues muchos años en amor y concordia.)

El tesoro, que habia quedado oculto en el monte, fué recogido llegada la noche, y al dia siguiente el conde y los que habian quedado vivos de sus servidores tomaron el camino de la corte, llevando en su compañía á la hermosa Solita, y un mes despues se celebró el matrimonio de los dos amantes, asistiendo á la boda la marquesa de Flores-Altas, que con sumo regocijo habia reconocido á su hija. Hubo muchos bailes, muchos dulces, mucho jolgorio, y yo fui y vine y no probé nada, por culpa de la suegra.

Pero logré robar el pliego misterioso que se encontró en la caja, y en la parte escrita en caracteres arábigos leí: que la marquesa habia tenido, cuando soltera, una hija; que la dió á criar á una aldeana del campo de Guadix, pero la abandonó despues completamente, habiendo contraido un enlace ventajoso: que la niña, siéndole gravosa á la aldeana y ademas inútil por su complexion enfermiza, habia sido dejada en aquel lugar á la ventura del cielo, y que habiendo enviudado sin hijos la marquesa, lloraba la pérdida de su Solita.

De modo, que el pícaro del moro encantado lo sabia todo, y si hubiera muchos moros encantados y escribieran de cuando en cuando algunas cartas á los vivientes, no habria por esos mundos de Dios tantos niños sin padres conocidos ni tantas madres desconsoladas. Pero, como esto no es muy comun, la bondadosa Solita, viéndose rica, noble y considerada, empleó parte de sus riquezas en la fundacion de un hospital de espósitos, con destino especial á los niños jorobados—y colorin colorado, cata aquí el cuento acabado.

FRANCISCO J. ORELLANA.



PEDRO EL ERMITAÑO.

Pedro el Ermitaño, cuya accion se hizo sentir tan profundamente en el siglo XI, nació en la diócesis de Amiens (hoy departamento de la Somme). Ignórase su apellido; empezó sus estudios en Paris, siguiólos en Italia, y sirvió en Flandes bajo las órdenes del conde de Boloña. Abandonó despues la carrera militar para contraer matrimonio con Ana de Roussi; pero habiéndola perdido, el pesar le hizo renunciar al mundo; retiróse á un desierto, de donde salió poco despues para una peregrinacion al Santo Sepulcro. La cautividad de Jerusalen y los malos tratamientos para con los peregrinos le traspasaron de dolor. El patriarca Simeon escitó aun esta indignacion: volvió Pedro á Italia y se apresuró á arrojarse á los pies del papa Urbano II para suplicarle convocára al pueblo cristiano y libertara al Santo Sepulcro de la esclavitud en que yacia. Urbano recibió á Pedro como á un hombre inspirado del cielo, y lo alentó para que llevara á cabo su mision. «El cenobita, dice M. Michaud mayor en su reseña que de ello hace, atravesó la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y la mayor parte de la Europa, infundiendo en todos los corazones el mismo celo de que estaba devorado. Viajaba montado en un jumento, con un crucifijo en la mano, los pies desnudos, la cabeza descubierta, ceñido su talle con una cuerda gruesa, ataviado de un largo hábito y de una capa ermitaña de la tela mas tosca. Era recibido por todas partes como un enviado del cielo. Juzgábanse los cristianos felices al tocar sus vestidos; el pelo del jumento en que cabalgaba era conservado como una preciosa reliquia. En medio de la agitacion general de los ánimos, producida por la elocuencia de Pedro, Urbano II convocó un concilio, en un principio en Plasencia, despues en Clermont en Auverña, en el cual el apostol de la guerra santa habló de los ultrages hechos á la fé de Jesucristo, de las profanaciones y sacrilegios de que habia sido testigo, de los tormentos y persecuciones que un pueblo enemigo de Dios y de los hombres hacia sufrir á los que iban á visitar los santos lugares. La vehemencia de sus palabras y el dolor de que parecia penetrado despertaron en todos los corazones la indignacion y la piedad.»

Pedro continuó sus predicaciones despues del concilio; los hombres se armaban á su voz; las mujeres y niños le seguian en tropel; púsose á la cabeza de las cruzadas, y emprendió el camino de Oriente. Este ejército, en número, segun se dice, de cien mil hombres, estaba dividido en dos cuerpos: el uno mandado por Gautier (sans avoir) caballero Borgoñon; el otro por Pedro el Ermitaño. Habiendo llegado á Hungria, fueron atacados por todas partes, y el cuerpo que dirigia el cenobita fué destruido en parte. El resto de las cruzadas, reunido con dificultad, llegó á Constantinopla, donde Alexis, emperador griego, les proveyó de bajeles para pasar el Bósforo. Pero las armas, la disciplina y la direccion faltaban en este ejército que fué destrozado fácilmente por los musulmanes.

Desde entonces volvió Pedro á óscurecerse. Cuando tuvieron lugar las nuevas cruzadas y empezaron la guerra, no ejerció al parecer influencia alguna en un movimiento que habia creado. Durante el sitio de Antioquia, pareció tambien que desconfiaba del éxito favorable de la empresa, y se escapó del campo. Persiguiósele y se le condujo á viva fuerza. Antes del ataque de Jerusalen pronunció un discurso ante los cruzados reunidos en el monte Olivete. Habiendo vuelto á Europa, se retiró al lado de Huy, en la diócesis de Lieja, donde fundó un monasterio y murió el 7 de julio del año 1115.

EL DIABLO ALCALDE,

Imitacion de nuestros antiguos entremeses (1)

PERSONAS:

EL VENTERO. EL ALCALDE.
LA VENTERA. VILLANOS.

(*Entra el alcalde*)

ALCALDE. ¡Ah de la venta! ¡Oh, cómo el sol calienta!
Éntrome á descansar. ¡Ah de la venta!
VENTERO (*dentro*). ¿Quién dá voces?
ALCALDE. Quien nunca las dió en valde.
VENTERO. ¡Oh necio! ¡Por san Gil, que es el alcalde!
(*Sale y se echa á los piés del alcalde*)
Los pies á su grandeza besar quiero.
ALCALDE. ¿Soy santo yo?
VENTERO. Es alcalde y yo ventero.
ALCALDE. Un alcalde es un hombre.
VENTERO. ¿Hombre? No es tal, aunque lo diga el nombre.
ALCALDE. ¡Oh rústica inorancia! Traiga vino,
que vengo hecho un Agosto del camino.
VENTERO. ¡Oh qué estraña ventura!
¿Que ha de servir tan baja criatura
á un alcalde? Voy loco de contento. (*Vása*)
ALCALDE. ¡Pardiós, que es el ventero mas jumento
que el que me trujo acá! Pero en josticia
mas homilde es que aquel, y sin malicia.
(*Vuelve á salir el ventero con una enorme tinaja que vendrá empujando cautamente hasta ponerla en medio*)
VENTERO. Ya está aqui el vino.
ALCALDE. Yo me maravillo.
¿Dónde?
VENTERO. En este jarrillo.
ALCALDE. ¿Jarro nombra
á aquese tinajon? Eche un cuartillo.
VENTERO. ¿Un cuartillo un alcalde ¡esto me asombra!
cuando sin pesadumbre
cualquier escribanillo
se remoja la sed con media azumbre?
ALCALDE. Un cuartillo me basta.
VENTERO. Ved que es bueno.
No se bebe en la casa
del rey vino mejor. Siempre que pasa

(1) El autor dedica este modesto trabajo á su querido amigo D. JUAN [illegible].

por aquí algun señor, cien cubas lleno
para él y sus criados (Dios los guarde),
y no sobra una gota.
ALCALDE. Ande, que es tarde
y va subiendo el sol.
VENTERO. ¡Quién lo dijera!
¡Quemar en mayo el sol de esta manera!
No ha seis dias aun que un aire crudo
tronchó aquel roble que se vé desnudo
allí, y aun no ha tres noches que de frio
diz que murió un pastor orilla el rio.
¡Y agora se nos viene el señor Mayo
con esto! Es una hoguera cada rayo
del sol; deje ese asiento
y véngase hácia acá, que corre un viento
que consuela. Es posible
que llueva todavía.
ALCALDE. (*ap.*) ¡Hay mas terrible
ventero! ¡ay de mí triste! ¡he de sofrillo!
¡oh brava lengua dina de un cochillo!
(*Alto.*) ¿De dónde es este vino? (*Bebe.*) Me dá gozo.
VENTERO. De Ciudad-Real, señor, lo trae un mozo.
ALCALDE. Bien hizo en alaballo.
VENTERO. ¿Échole otro cuartillo?
ALCALDE. Pues que callo
¿qué duda? échelo luego.
(*Echalo el ventero y bebe el alcalde.*)
¿Ya hay estrellas?
¿Qué hora es?
VENTERO. Las diez son.
ALCALDE. ¿Ya há doce horas
menguadas y traidoras
que estoy aquí? ¡Mas qué se me dá de ellas!
¿no soy alcalde yo?
VENTERO. ¿Vá otro cuartillo?
ALCALDE. Vaya, que aun hay adonde recibillo. (*Bebe.*)
¡Famosa cosa es el vino añejo!
Tráigame acá un pellejo.
VENTERO. ¿Un pellejo?
ALCALDE. Un pellejo. Dése priesa.
VENTERO. (*Ap.*) Traerésele del agua de la fuente
que mana entre la espesa
yerba del prado aquel que véo en frente.
ALCALDE. Espere; ¿dónde vá?
VENTERO. Voy por el vino.
ALCALDE. ¿Qué vino? asiéntese, que es desatino
ir por vino. Si el vino, ¿no es locura
salir de aquí á buscalle?
VENTERO (*ap.*) ¡Oh sin ventura!
borracho está. (*Alto.*) Eso es llano.
ALCALDE. ¡Pese á mi honor, que me llamó villano!
¡Pardiós! con esta vara
he de desalojalle de la cara
los ojos. (*Cae.*)
VENTERO. En el suelo dió consigo
¡lindamente logróse! Empiece agora
mi venganza, y con ella su castigo.
¡Ah señora muger! ¡ah mi señora!
venid presto.
VENTERA (*dentro*). ¡En mi casa
estas voces! habrá que poner tasa
en el beber á arrieros y estudiantes.
¡Oh mala gente! allá voy yo, bergantes.
¿Mas vos estais aquí, señor marido?
(*Sale*).
VENTERO. Mirad ese colchon que os he traido.
Mullilde, varealde
bien.
VENTERA. ¿Es colchon aqueste? ¡Ah seor alcalde!
¿quién así os puso?
ALCALDE. Un vino mal nacido.
VENTERA. Pues no es moro, señor, que mi marido
y yo lo bautizamos cada hora.
VENTERO ¡Ah señora mujer! ¡ah mi señora!
deje eso: ¿no decia
que la abrazó el alcalde el otro dia?
VENTERA. Es cierto.
VENTERO. Y que con pena
dijo al partiros vos: ¡qué esa azucena
sea mujer de un cardo!
delante de Antolin, Tirso y Bernardo?
VENTERA. Es cierto.
VENTERO. ¿Y hasta el valle
no os acompañó ayer por esa calle
de árboles intrincada,
del lugar apartada
y de la venta, que se vé allá lejos?
VENTERA. Es cierto.
VENTERO. ¿Y no es verdad que el escribano
hoy puso en vuestra mano
unos papeles viejos,
que la firma traian
del alcalde?
VENTERA. Así es.
VENTERO. ¿Y qué os decian
de ojos, talle y cabellos?
VENTERA. Ya es sabido.
VENTERO Dadme un palo, muger.
VENTERA. Tomad, marido.
VENTERO. Cerrad la puerta aquella, que entra viento.
VENTERA. Cerrada está.
VENTERO (*dando al alcalde*). ¡Ah ladron! ¿y mi jumento?
¿Qué hizo de él? ¡así calla!
sus huesos me dirán dónde se halla.
ALCALDE. ¡Ay! ¡ay!
VENTERO. Asnillo mio,
¿quién al mirar tu gentileza y brio
hubiera imaginado que un villano
ladron, á quien detesto,
vendria hoy á poner en tí la mano?
Mas juro á Dios que aquesto
le ha de salir al rostro (*sin dejar de darle*).
ALCALDE. A las espaldas
dirá mejor. ¡Oh maldecidas faldas!
¡un mal ceñido abrazo,
antes que recibido
tornado, esto me cuesta?
VENTERA. ¡Ah falsa lengua! ¡Ah vil picaronazo!
¿de una muger honesta
así empaña la honra?... dad, marido.
VENTERO. ¿Cuántos?
VENTERA Doscientos.
VENTERO. Vayan los doscientos.
VENTERA. ¿Qué vá á hacer?
VENTERO (*dándola*). ¡Vos tambien robais jumentos!
tomad, endemoniada, echad la cuenta;
doscientos me pidió, ya van cincuenta.
VENTERA. Yo lo diré á mi padre.
VENTERO. Ochenta y nueve.
VENTERA. ¿Y á esto un hombre se atreve
como vos?
VENTERO. Ciento son.
VENTERA. Señor alcalde,
no os abracé de valde
yo, ni en la huerta de Pascual Manzano
os di á besar mi mano
para esto: ved que ese hombre me derrienga.
VENTERO. Ciento sesenta y dos.
VENTERA. ¿No hay quien lé tenga?
VENTERO. Doscientos.
VILLANOS, (*dentro*). En la venta es el roido.
¡Ah señor Gil! decí qué ha sucedido.
(*Entran.*)
VENTERO. Este hombre me robaba
un asno y yo le vi; mas él juraba
que el asno le seguia
por amor, y probéle que mentia
con tan graves razones,
que hice en él, sino mella, costurones.
VILLANO 1.° ¿Mas por qué se quejaba
voestra mojer?
VENTERO. ¡Mujer! ¿dónde se hallaba?
VILLANO 1.° Aquí; ¿no la habeis visto?
VENTERO. Ahora mi error advierto, ¡vive Cristo!
Mujer del ladronazo
la creí y con gentil desembarazo
¡ah corazon de peña!
un haz encima la arrojé de leña.
Mas yo os pondré, mis ojos,
pues que tan ciegos sois, unos antojos

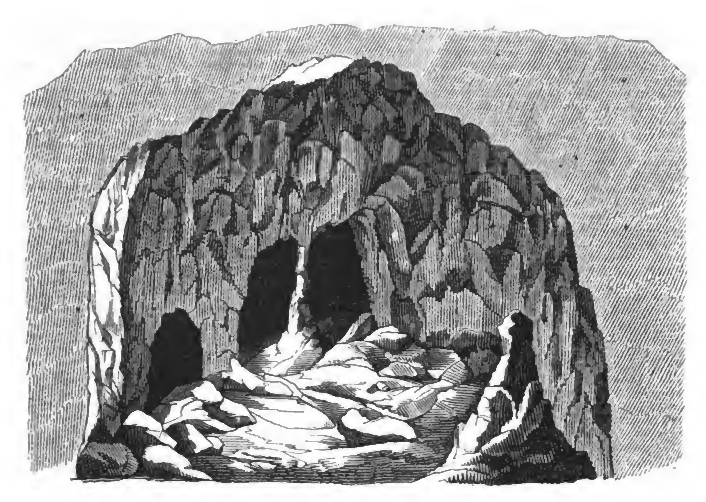
de letrado ú poeta,
que á tanto obliga una conciencia inquieta.
VENTERA. ¡Oh, qué bien lo ha fingido!
¿cómo no ven, señores,
que el asno de ese cuento es mi marido?
mas sí verán, mirando
que este el alcalde es.
VENTERO. ¿Hay mas rigores?
viendo estoy y dudando
lo que veo; no quiero, no, creello:
¡ay mujercita mia!
alcalde es este como vos camello:
si él fuera el que decis, ¿asi estaria?
VENTERA. Pues ¿qué es, marido?
VENTERO. Oid: há mas de quince
años que un diablo lince
por dó quiera que voy me vá siguiendo,
unas veces vestido
de fraile, otras en buitre convertido
que de encendida nube está saliendo;
otras en un dragon, ó en una vieja,
que todo se asemeja,
y otras, en fin, en niña melindrosa..
que no es la misma cosa,
pero que mas valiera
que vieja ó dragon fuera;
y este diablo que digo
es tan mi amigo y es tan mi enemigo
que no hay medio que cuente
dia sin que le vea y él me tiente.
Al alcalde la vara hurtó sin duda,
traje y figura ruda,
y á tentarme á la venta
se vino; mas erró, por Dios, la cuenta.
Acérquense, que si este fuere el diablo,
él lo dirá.
VILLANO 1.° Yo huyo.
VILLANO 2.° ¡Guarda, Pablo!
VILLANO 3.° La cruz si se levanta
le he de hacer, que es señal bendita y santa.
VILLANO 1.° Pues yo haciéndola voy.
VILLANO 2.° Yo estaré un dia
haciendo cruces.
VILLANO 4.° Yo un Calvario haria
si tuviera aquí manos.
VILLANO 3.° ¡Hay tal loco!
¿manos no tiene?
VILLANO 4.° Téngolas en poco.
VENTERO. Vengan acá. Figura de retablo,
(*Al alcalde.*)
Dime si eres alcalde ó si eres diablo.
(*Le pincha disimuladamente.*)
ALCALDE. ¡Diablo! (*revolviéndose*).
VILLANO 1.° ¡Jesús! ¡Jesús!
VILLANO 2.° Llamen al cura.
VENTERO. No llamen sino en él, que es gran ventura
y ocasion brava aquesta.
VILLANO 3.° Pues hacello
es asir la ocasion por el cabello.
VENTERO. Dénle todos.
(*Lo hacen.*)
VILLANO 4.° ¡Pardios! se ha levantado.
VENTERO. (*Poniéndosele delante*).
Diablillo enalcaldado,
¿dónde vas?
ALCALDE. Al infierno, do os espero.
(*Sale corriendo.*)
VILLANO 1.° ¡Vive Dios que el dimoño es caballero
y que mos desafia!
VILLANO 2.° El vá sin tino.
Jurára que no deja en el camino
huella su pié.
VILLANO 3.° Tal corre; no me espanto.
VILLANO 1.° Yo sí; mas es de ver que dura tanto
un pícaro entremés.
VENTERO. Pues no se espante,
y para darle fin, conmigo cante.
Cantan: La mujer que uno escoge
no quiera cuatro;
á dama antojadiza
galan de palo.
VENTERA, *cantando*:
Maridito del alma
y señor mio,
la mujer es costilla
de su marido.
VENTERO, *cantando*:
Mujercita del alma,
señora mia,
todos echan las cargas
á la costilla.

EL BACHILLER SANSON CARRASCO.



(Abadia de Noirmoutiers—Francia.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.



LA CUEVA DE ANDREUET.

En el número cuarenta y cuatro del Semanario, correspondiente al 4 de Noviembre de 1849, indicamos *que en la grande estension que ocupa el monte Mongó (1) y las cordilleras próximas que dan vista al Mediterráneo, existian multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiraban los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetraba en aquellas reconcentrase al instante su espíritu y que se agolpasen á su imaginacion mil y mil ideas y consideraciones inesplicables*; y al hablar así, nos referíamos entre otras, á la titulada de *Andreuet*, que es acaso la mas bonita, de mejor descenso, y de la cual vamos á dar algunas noticias á nuestros lectores.

Se descubrió hace unos veinte años al sacar un huron que se habia introducido por un pequeño agujero persiguiendo á un conejo.

El amo del primero, sin prestar el menor mérito, ni la mas pequeña atencion al espectáculo grandioso y sublime que la obra de muchos siglos debió ofrecerle á la vista, guardó sigilo, se apresuró á comprar el terreno inmediato, y destinó la nueva cueva, por su proximidad á la costa y escelentes ventajas, para depósito de contrabando; siendo por lo tanto ignorada de todos, por bastantes meses, menos de dos ó tres contrabandistas, incluso su dueño llamado *Andreuet*, de quien tomó el nombre y con el cual se la conoce y designa en el pais.

Procesado y preso el *Andreuet*, por atribuirle un asesinato horroroso que tenia relacion intima con los carachines de tabaco que se custodiaban entonces en la cueva, hemos oido que sus compañeros de fraude, para evitar mayores y sucesivos compromisos, pegaron fuego una noche á dicho tabaco á la entrada de aquella, y que atraidos los pastores y otros sugetos por el grande humo y las llamas que se distinguian á lo lejos, se hizo pública la existencia de la repetida cueva, desde cuyo entonces no ha cesado, ni un dia de mutilársela y destruírsela por las infinitas personas que la visitan, quienes por puro capricho y por una curiosidad mal entendida, ó acaso algunas, sin mas objeto que la triste y poco envidiable complacencia de destruirlo todo, no han dejado de llevarse las cristalizaciones de variados colores y formas que, á fuerza de repetidos golpes, han podido desprender de la bóveda y paredes.

(1) Monte notable del reino de Valencia, frente á la isla de Ibiza, cuya descripcion puede verse en el núm. 48 del SEMANARIO del año 1848.

Sin embargo de tan sensibles y continuos destrozos, aun quedan que admirar en la cueva de *Andreuet* innumerables estalactitas que solas ó agrupadas imitan la filigrana y el estilo ojival en toda su perfeccion y gusto.

La cueva que describimos, cuyo final ó remate representa con exactitud suma el grabado que va á la cabeza de este artículo, está situada en término de la ciudad de Denia, tiene unos doscientos pasos de largo, diez ó doce de ancho, otros tantos de elevacion y su piso y entrada no son incómodos.

REMIGIO SALOMON.

ANTIGUEDADES.

Creemos curiosa la siguiente relacion que tomamos de un manuscrito antiguo:

En el término de la villa de Alcalá de los Gazules, á legua y media de distancia de ella, como á dos mil pasos al Oriente del puerto llamado Vizcaino, un labrador advirtió hace algunos años en la hacienda que á la sazon labraba, unos signos en una piedra, que cercada de un palmarcito, yacia casi enterrada.

No comprendiendo éste el significado de los signos, comunicó la especie á un yerno suyo, menos ignorante que él; pero sucediendo lo mismo con éste, acompañado de la gente del cortijo mas inmediato, propio de D. Francisco Landino, de dicha villa, desenterraron la losa ó piedra para conducirla á él, y la destinaron á usos domésticos.

Hallándose en el mismo cortijo el P. Fr. José de Aya'a, advirtió

en la piedra la incripcion que contenia, y leida dió parte al señor vicario de la villa.

Hallándome yo á la sazon en comision de órden superior en la misma, recibí el 27 del propio mes un oficio del señor corregidor para que pasase á reconocer la piedra é inscripcion. Evacuada la comision, di mi informe declarando ser la piedra un pedestal que indicaba antigüedad y digno de todo aprecio.

Mientras acordaban en la villa lo que se debia hacer, movido de curiosidad, pasé al sitio de donde se estrajo el pedestal, y empezando con varios peones, á mis propias espensas, la escavacion por la linea de puntos A que manifiesta el adjunto plan, que atendidas las circunstancias locales, me pareció el mas oportuno para la investigacion, di con la pared en el mismo A, que distaria de la superficie como media vara. Con ánimo de abrazar toda la obra seguí el rumbo señalado por las letras A hasta G desde la cual volviendo al punto del principio encontré la alveola ó sepulcro núm. 4, la que dejando para reconocer continué hasta la letra Y. Aquí fué donde dispuse escavar desde la superficie de la pared, y como á media vara hallé una soleria que cubria todo JJJJ. Desbaratada la soleria seguí la escavacion y como á otra media vara se encontraron las losas señaladas por los números 1, 2, 3.

Para poder dar parte á la villa con algun fundamento, determiné levantar la losa núm. 1, que estaba entera; pero apenas estendimos la vista para mirar lo que contenia dentro, cuando movido de un impulso que no sabré como esplicar, prorrumpí en las voces de los *santos de Cádiz* y sobrecogidos todos los circunstantes de un terror santo, no fuimos dueños de otra cosa que para volverla á cerrar.

Reanimados de la especie de enagenacion ó susto que nos infundió la primera vista, y movido de las súplicas de todos, para satisfacer nuevamente se levantó segunda vez la losa, en cuyo acto se distinguieron mejor que en el primero, dos esqueletos de cuerpos humanos. No fué posible continuar el trabajo aquel dia.

En estas circunstancias, suspendiendo todo trabajo, envié á D. José Antonio Inchausti (que casualmente se halló presente) á la villa para dar parte verbalmente al vicario y corregidor de lo ocurrido, á fin de que dispusiesen lo conveniente para proceder con la circunspeccion y formalidad que requeria el asunto, al reconocimiento de los sepulcros, y al mismo tiempo al citado padre Ayala á Cádiz para que como testigo ocular informase igualmente al gobernador y cabildo eclesiástico, en consideracion á ser cabeza del obispado, juzgar que las reliquias vistas eran de sus patronos y que podrian enviar sugetos mas idóneos que Alcalá para el exámen y reconocimiento.

Aquel mismo dia vinieron de Alcalá los cabildos eclesiástico y secular al sitio de la escavacion, acompañados de multitud de personas del pueblo y de los inmediatos, y en presencia de todos se levantó por tercera vez la losa núm. 1, cuyo acto causó el mismo gozo que el referido antes á todos los presentes: pero antes de proceder á reconocimiento alguno espuse que seria conveniente suspender todo acto hasta la concurrencia de anatómicos y otros sugetos que pudiesen dar luz y autoridad en semejantes casos. Así se hizo, y dejando para custodiar el sitio varios sugetos, tanto eclesiásticos como seculares, se retiraron ambos cabildos.

Los dias 3, 4, 5 de noviembre se emplearon en nuevas escavaciones, en formar en el mismo sitio una chocita donde guarecerse.

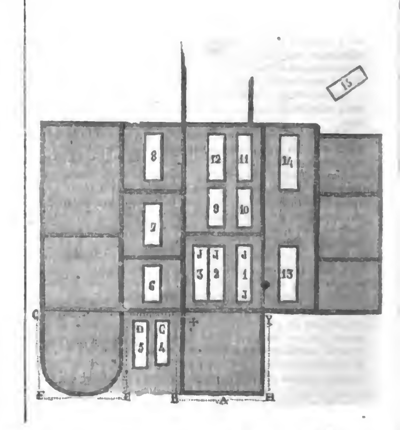
El 6 concurrieron el estado eclesiástico, corregidor, alcalde, capitulares, dos escribanos y un anatómico, con mucho acompañamiento del pueblo y de los circunvecinos, conduciendo cajas decentes para colocar y trasladar las reliquias de las tres alveolas ó sepulcros de cuadro JJJJ. Mandó el corregidor su apertura y sabiendo yo por el P. Ayala que á la sazon habia vuelto de Cádiz, que su cabildo eclesiástico habia dispuesto dar la comision de este reconocimiento al vicario de la ciudad de Medina, hice presente estas noticias al corregidor, pero no produciendo efecto mis operaciones, se levantó la losa núm. 1, y un sacerdote estrajo la osamenta de los dos esqueletos, entregándolos al anatómico para su reconocimiento, y manifestándolos á los escribanos para la certificacion. Se notó en una de las calaveras que tenia 2 heridas, la una en el cráneo que formaba un ángulo obtuso y la otra sobre una de las cejas de una linea, sin que se advirtiese otra señal ó herida en los dos esqueletos: cada una de las calaveras tenia á su lado una redoma de barro que no se pudo distinguir si contendrian alguna cosa, y entre la osamenta varios pedazos de hierro llenos de moho que no comprendí que instrumentos podrian ser.

En el cuerpo de la obra se encontró un instrumento de hierro que como un cuchillo ó machete ovalado de dos mangos con otros distintos pedazos de instrumentos cortantes, que no puedo declarar de que uso serian.

En seguida se abrieron las alveolas núms. 2 y 3, y guardando en la estraccion de los huesos el mismo órden y circunspeccion que en la primera se sacaron del núm 2 dos esqueletitos, cuyas calaveras se hallaban al frente una de otra, en las dos cabeceras del sepulcro manifestando por lo diminuto del tamaño ser de personas de tierna edad. De la 3.ª se estrajo un esqueleto de mucha magnitud. Se encontraron igualmente redomas de barro en las dos, y en la última una de vidrio, en cuyo fondo se advirtió una masilla carminada que indicaba ser sangre. No se notó en estos esqueletos señal alguna de herida ó martirio, pero podria ser que el hallarse estas arcas menos resguardadas que la 1.ª, pues sus tapas estaban en varias piezas, de cuyas junturas allojadas por el transcurso del tiempo habia penetrado mucha tierra, fuese la causa de ello.

El 7 á presencia de los cabildos se levantaron las losas de algu-





nos sepulcros, pero sin estraer cosa alguna, se continuó la escavacion hasta el dia 10, que con existencia del cura D. Pedro Lopez, alcaldes y escribanos se estrajeron los esqueletos ó huesos de los sepulcros núm. 4 hasta el 11 colocándolos en cajas con separacion. Este mismo dia se abrió el núm. 12, pero solo se estrajo de él una cruz ó pectoral, dejando la estraccion del esqueleto para otro dia.

El 13 se estrajo este esqueleto que por contener dicho pectoral indicaba ser obispo, y tambien la osamenta del núm. 13 que contenia 3 calaveras con esqueletos no completos.

Con este acto se retiró la villa de toda operacion y seguí yo continuando las escavaciones y formando zanjas para resguardo de un sitio tan respetable, hasta el dia 17 que descubrí (como á 600 pasos de distancia de los sepulcros) y saqué un suntuoso pedestal que indicaba ser triunfo de algun pueblo.

Continué el trabajo hasta el 23 que descubrí los sepulcros 14 y 15 de los que estraje por mi mismo los huesos que contenian y conservo en mi poder, como tambien varios otros del sepulcro núm. 1, que con nuevo examen encontré confundidos con tierra.

Llegado aquí se me acabaron los medios para mantenerme y pagar á la gente que empleaba en la obra, aunque solicité de la villa me entregase siquiera los honorarios de mi primera comision; no lo pude conseguir de pronto y me ví precisado á restituirme á mi destino de Cádiz, con harto dolor por ver en el abandono en que quedaba aquel sitio fuera de las zanjas que hice, que solo podian servir de resguardo á animales, y que perdia la ocasion de hacer un servicio, á mi parecer importante á la nacion, continuando las escavaciones, de las que precisamente habia de resultar mucha luz y materiales á los anticuarios é historiadores, pues ademas del órden maravilloso que manifiesta la obra de esta relacion, he descubierto señales ó rastros de alguna poblacion que muy bien pudiera ser la de la antigua Sidonia.

Esto es lo que segun mi inteligencia y facultad puedo declarar, remitiendo á los que deseen relacion circunstanciada del número y particularidades de las reliquias estraidas á las autoridades de Alcalá, que procedieron en el caso conforme dejo referido.

Cádiz 29 de diciembre de 1800.

P. A. DE ALVISU.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS.

El que llora será consolado.
S. Mateo.

Lo que vamos á referir no es ficcion, es realidad; es una sencillísima historia que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leida; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazon que por algunos, aunque pocos, será leida esta relacion con simpatía: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño, vendedor de tagarninas. Dice Bulwer, ese escelente moderno inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso*, lo que quiere decir que se puede mover al corazon y captivar la imaginacion sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y espresarlo.— Este pensamiento aplicado al poeta, se puede aplicar igualmente en su pequeño circulo al sencillo narrador.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplia bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tenia cinco años.— Érale á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballo que lleva una carga de oloroso heno para su propio sustento. Pero el guarda se habia grangeado la animadversion de unos cabreros que tenian sus cabrerizas en un coto limítrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega. Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos,—y esto bastó, ¡Dios mio!! para que un dia, al pasar Ortega cerca de un vallado, se disparase entre las zarzas un tiro cuya bala atravesó su pecho.—¡Oh!! en qué mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos!!—Avisóse al lugar de que yacia un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime é inmenso interés que despierta, sacudiéndola hasta en sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra ella el delito de *sangre*, empezando por el sacerdote, que viene en nombre de la religion en caso que aun luche el alma con la muerte (que exhalada el alma cesa su intervencion);—sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magnífica institucion, bella obra de la ilustracion hecha con la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría;—acompáñala el facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesús por lema la palabaa *hermandad*,—y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre á tributar su compasion y lágrimas á la víctima, sus imprecaciones al asesino, pues puro existe en el corazon del hombre el sentimiento de la justicia cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose al muerto sobre unas angarillas, y se ofrecieron á llevar esas angarillas de la muerte aquellos mismos andaluces altivos que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas el sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una proteccion y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda que estaba criando tuvo un retroceso y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña perecian; la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros los habitantes de las ciudades no sabeis cuán bella y espansiva es la caridad en los campesinos! y cuán verdaderno hacen aquel bello refran de: que mas hace el que *quiere* que el que *puede*. No hubo una sola mujer en el pueblo que no estuviese criando que no viniese á dar el pecho á la pobre criaturita para la cual se habian secado las fuentes de vida que le señalára la naturaleza. La niña fué criada *á traguitos* segun la espresion consagrada para indicar esta clase de crianza, y como generalmente todas las lugareñas son sanas se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recien parida, tan pronto la de una muger que creen cria á pesar de tener su hijo dos años, ¡y correr tras de su madre; pero no le hace, medran, y si lo estrañais os responden: *que Dios hace la costa*. Miguelito era el que se veia á todas horas descalzo de pies y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con su hermanita, con la que apenas podia, llevándola por todas las casas del lugar y sofocado y jadeante en verano, encogido y arrecido de frio en invierno; pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada y ese niño bendito, á pesar de su corta edad era su providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermana que ni una ni otra se podian valer. Él todo lo hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incompatible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para acallarla ¡Qué humilde era, y que incansable! y cuando su madre la bendecia no comprendia ese alma dulce y modesta el por qué merecia esa merced ángel de Dios, que cual su criador solo abrojos habia de pisar en este suelo! Miguel tenia ya seis años, y con el afan de ayudar á su madre iba como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á cojer tagarninas al campo. Salia por las mañanas y volvia á la oracion sin haber probado bocado en todo el dia, y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban mas, habian vuelto antes y le habian quitado la poca venta que tenia la silvestre legumbre. ¿Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz exhausto de cansancio hambre y frio.

No.

Y el infeliz niño se rastreaba á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

¿Se quieren tagarninas?

No.

Y seguia humilde y resignado á otra puerta en que le aguardaba otro *no*, pero estaba tan connaturalizado con el *no* que parecia que no le cogia de nuevo. ¡Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contentu si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su espuerta.—¡Tres ó cuatro cuartos por todo un dia de improbo trabajo, para su corta edad, en parajes frios y húmedos, y hecho en en ayunas! ¡Misericordia de Dios! ¡Divina justicia! ¡qué magníficas compensaciones guarda tu diestra, prometidas en las bienaventuranzas! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premiador del bueno que sufre, no te creyera padre; si no te creyera castigador del cínicamente malo que goza, no te creyera señor. ¡Sí, todo eres, y esta santa creencia todo lo esplica! ¡Oh! ¡dichosas criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! arrancais lágrimas á nuestros ojos, y nos podriais contestar á nosotros, ricos, soberbios, y frios; ¡no lloreis sobre mi, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre queria retenerlo, porque su corazon se partia de ver ir á ese angelito, solo, desabrigado, en dias frios y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; ¡los dias se habian hecho tan cortos! ¡las noches venian tan de prisa, y tan frias! pero nada detenia al pobre niño, y la infeliz madre decia llorando: *¡si no va, ni él comerá ni la niña!* y lo veia ir, con tan desgarradora pena, que vertia su corazon sangre por todos sus poros, hasta que lo veia entrar con un cuarteron de pan y unas pocas tagarninas.

Una fria tarde de Diciembre tocó solemne la oracion, y el niño no habia venido; y tocaron lúgubres las ánimas, y el niño no habia vuelto; y la madre estaba baldada y no podia salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenia á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la angustia no mata, porque la angustia es una tremenda agonia sin el descanso de la muerte; como el castigo de los condenados: y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una senda apartada, vió sentado al pie de un árbol á un niño; tenia los brazos cruzados, la cabecita caida sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó, ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frio, de necesidad, de cansancio, y de miedo! Lo que he contado no es ficcion es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, tus hijos, padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y no desesperarse? ¡señor! ¡señor! consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea mas que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignacion otras nuestro corazon. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *el que llora será consolado* (1).

FERNAN CABALLERO.

(1) Tercera bienaventuranza de las ocho que prometió el señor en el evangelio de san Mateo, que lee la iglesia el dia de Todos Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo esplica, pero solo al cristiano.

EL LOCO DE LA MONTAÑA.

IMITACION DE LAS BALADAS.

I.

TERESA.

Teresa es la inocente tortolilla
que no puede vivir sin su adorado;
es el ástro nocturno que no brilla
sino va del lucero acompañado.

—

Es la flor que se cierra en la mañana
si el sol no vivifica su corola;
mariposa fugaz que va liviana
á morir en la luz si vive sola.

—

Ama á Bernardo como á su alma misma,
y el dia que á sus ojos no aparece,
tan grande es la tristeza en que se abisma,
que como flor marchita desfallece.

—

Libre como las aves, su cabaña
tiene en la cumbre de la ruda sierra:
alli solo su madre la acompaña,
y no vé mas allá mundo ni tierra

—

Lame un arroyo con liviano arrullo
las negruzcas paredes de su huerto:
¡qué armonioso parece su murmullo
perdido en la estension de aquel desierto!

—

A su orilla, que esmaltan lindas flores,
conducen los amantes su ganado;
¡cuántos secretos cándidos de amores
su corriente purisima ha guardado!

BERNARDO.

Es Bernardo zagal noble y apuesto,
que no cede á Teresa en donosura;
de alma amorosa, de espresivo gesto,
rico de fuerza y rico de ternura.

—

Tres lustros antes, bullicioso niño,
pidió pan á la madre de Teresa.
Recogiólo la anciana, y con cariño
le dió su lecho y le sentó á su mesa.

—

Y fueron desde entonces los infantes
hermanos, como hermanos se querian....
¡con qué placer sus senos palpitantes
al oirse nombrar se estremecian!

—

Pero crecieron ambos, y ya el hombre
estaba mal bajo el virgineo techo
de aquella niña que su dulce nombre
gravó muy hondo y adoró en su pecho.

—

Dióle la anciana parte de su tierra:
le regaló una choza en la colina,
que corona la falda de la sierra,
y á do el arroyo su raudal inclina.

Alli encerró sus ricas ilusiones
el dichoso zagal: de noche y dia
cantó á Teresa en su rabel canciones
que el coro de las aves repetia.

—

Una vereda á orillas del torrente
ambas viviendas del amor juntaba:
¡cómo sintió la yerva amargamente
el pié de los amantes que la hollaba!

—

¡Oh! si en la noche cuando el ruido cesa
sus lenguas el arroyo desatára....
¡pobre Bernardo! ¡mísera Teresa!
¡cómo el rubor sus frentes sonrosára!

II.

AMARGURA Y SOLEDAD.

¿Por qué ahora la doncella
alza las manos al cielo,
y suspira?
¿Por qué una lágrima bella
desde sus ojos al suelo
rauda gira?

—

¿Por qué corre desolada
por la estension de los prados
tan queridos,
como el ave en la enramada
cuando sus pollos amados
son cogidos?

—

Antes sus pueriles penas
en el pecho de la anciana
desahogando,
con sus palabras serenas
ibase su alma cristiana
consolando.

—

Ya de su madre á los besos
su corazon no palpita
dulcemente.
Mas queridos embelesos
la suerte airada le quita
de repente.

—

Testigos de sus enojos
las flores besan sus plantas
y se inclinan,
porque en sus párpados rojos
advierten que penas tantas
la asesinan.

—

Su corazon desahoga
con sus mudas compañeras
que bendice,
y con voz que el llanto ahoga
y se pierde en las riberas
asi dice:

—

«¿Por qué, queridos claveles,
»jazmin de bello ramage,
»y amapola,
»por qué me presta doseles
»y alfombra vuestro follage
»si estoy sola?

—

»¿Por qué embalsamais el viento
»meciendo vuestros capullos
»en la brisa,
»si ya no aspiro su aliento,
»ni siquiera los murmullos
»de su risa?

—

»Recoged vuestros olores,
»no me alhagueis los sentidos
»como un dia.
»Basta á la que sus amores
»vé tristemente perdidos
»tumba fria.

—

»¿A dónde está mi Bernardo?
»¿Cuál de vosotras le ha visto?
»Un mes pasa,
»y vanamente le aguardo...
»¡Y á mis pesares resisto
»tan sin tasa!..

—

»¡Maldito rey, que nos lleva
»nuestros queridos amantes
»á la muerte!...
»¡Bien mi corazon lo prueba!..
»y él me lo anunciaba en antes...
»¡triste suerte!

—

»Ayer pregunté á su perro
»que guardaba la cabaña
»dolorido:
—»¿A dónde fué?—Corrió al cerro,
»y haciendo una cosa estraña
»dió un ahullido.

—

»A la orilla del riachuelo
»condújome un grito ronco
»como de hombre;
»¡ay! creció mi desconsuelo,
»que vi la cifra en un tronco
»de su nombre.

—

»Musgo que nos diste alfombra
»cuando en las tardes de estio
»nos sentábamos
»de las hayas á la sombra,
»ó en el cristal de ese rio
»nos bañábamos:

—

»Peñascos de esta ribera,
»arenas innumerables
»de su lecho,
»que igualó con voz sincera
»á las prendas adorables
»de mi pecho:

—

»Selva que oiste sus votos,
»olmos que nos visteis juntos,
»pajarillos,
»cordero fiel, dulces chotos,
»de nuestra niñez trasuntos
»por sencillos:

—

»¡Oh! ¡qué lúgubres ahora
»me pareceis sin mi amante!
»¡Qué terrores
»me daia sin el que me adora!
»Teneis un velo delante
»de dolores.

»Desgarradoras quimeras
»forjo, no viendo á Bernardo,
»en mi mente...
»Mis queridas compañeras,
»un mes hace que le aguardo
»vanamente.»

Y con planta presurosa
huyó de aquellos lugares,
y escuchaba
si alguna voz amorosa
para curar sus pesares
la llamaba

Mas ¡ay! que llega á su gruta
sin oirla, toda en llanto
sumergida,
mientras Bernardo disfruta
del mas halagüeño encanto
de la vida.

Arrancado á su retiro
por unos fieros sayones,
y llevado
á la ciudad, dió un suspiro
al verse en negras prisiones
encerrado.

Pero volvió la alegria
en su pecho á despertarse,
cuando á poco
volvió á ver la luz del dia
y en esperanzas gozarse...
¡pobre loco!

Solo le tiene el profundo
recuerdo de su Teresa
afligido;
mas en el vaiven del mundo
¿qué alma se mantiene ilesa
del olvido?

¡Era tan vivo el contraste
que con su campo y su choza
presentaba,
tanto y tan precioso engaste,
tanta y tan bella carroza
que miraba!...

Aquellas lindas mugeres
cargadas de pedrerias,
tan livianas
que iban brindando placeres
con pérfidas arterias
cortesanas:

Aquel huracan hermoso
de oro y plata reluciente,
deslumbrante,
¿en su ímpetu poderoso,
no arrastrará á un inocente
niño amante?

¡Oh! si es tan grato su brillo,
que hasta al corazon mas seco
halagara,
¿cómo al del zagal sencillo
su oropel pomposo y hueco
no engañára?

¡Ay! sin saber lo que hacia
se sumergió en tus hervores,
torbellino.
Del hado á merced ponia
de Teresa y sus amores
el destino.

. . . .
. . . .

Sonaba el clarin guerrero
y dió la última mirada
á su tierra.
¡Ay del infeliz cabrero!
¿volverá á ver á su amada
de la guerra?

III.

AGONIAS DE MADRE.

Como la pared, si siente
que la yedra se marchita,
parece que pierde el báculo
que en antes sostenia,
la pobre anciana, que triste
ve á Teresa y abatida,
con ella parte sus penas
pues sin ella moriria.
Insomnios, suspiros, lágrimas,
que su juventud marchitan
por lo poco que le queda
de existencia trocaria.
¡Con qué ternura sus ruegos
intentan sondar la sima
que en el pecho de la virgen
abrió su amante desdicha!
Mas ¡ay! que no curan bálsamos
del corazon las heridas;
siendo por amor abiertas
él solo las cicatriza.
Años tras años pasaban,
meses tras meses corrian,
llorando la halló la aurora,
la noche en llanto sumida
junto al lecho de Teresa
en afanosa vigilia.
¿Cómo el dolor no la mata
cuando la cuitada niña
entre sollozos le dice
estas palabras tristísimas?

Teresa.

No bastan, madre, consuelos
á quien llora tal desdicha.

La anciana.

Hija, esperemos en Dios,
que es la bondad infinita.

Teresa.

¡Ay! ¡esperé tanto tiempo
que mi razon desconfia!..

La anciana.

El cielo manda á los seres
bienes á su antojo ó cuitas.

Teresa.

Sobre mi cabeza entonces
descarga todas sus iras.

La anciana.

¡Habrá tantos infelices
que mas que tú penen, hija!..

Teresa.

El dolor de los dolores
es perder amante y vida.

La anciana.

¡Oh! ¡vive para tu madre!

Teresa.

Dadme el poder, madre mia.

La anciana.

Ten esperanza.

Teresa.

¡La tuve,
y ya está desvanecida!

La anciana.

Hija, esperemos en Dios
que es la bondad infinita.

Teresa.

Dios, madre, escucha á los justos;
pero en su presencia misma.

Y desgarrador silencio
á sus palabras seguia
solamente interrumpido
por un alma que suspira.
Alma fiel y enamorada
que lentamente camina
al sepulcro, cuyo hielo
quizá su pasion no estinga.
¡Triste era de ver aquella
antorcha de amor purísima
apagarse entre los rayos
del foco que la dió vida!
Dulce gota de rocío
que sobre la flor destila
en las frescas alboradas
murmuradora la brisa.
Estrella que en Occidente
húndese tras las colinas
antes que rompa las nieblas
la luz del padre del dia.
Y sus ojos se consumen
y su voz se debilita,
y su semblante se arruga,
y se secan sus mejillas.
No lanzan fuegos de amores
sus exánimes pupilas...
¡feliz ella si se heláran
de su pasion las cenizas!
¡Ay! pero la mente vuela,
y la esperanza la aviva,
y en soñar con esperanzas
los amantes se estasian.
Quien pide alas á la mente
labra su propia desdicha,
porque destrozan el alma
las esperanzas perdidas.

IV.

DESESPERACION.

¡Oh! ¡quién parar pudiera
la rueda voladora
que arrastra en su carrera
los dias hora á hora,
la vida del mortal!
¡Y quién gozar sentado
sobre la inmoble rueda
pudiera alborozado
tanta ventura leda
que fué soplo fugaz!

Sueño de un alma amante
que vió nacido y muerto
su amor en un instante...
mas infeliz despierto;
Dejáranme soñar:
Para llorar desvelos
de un ángel de hermosura,
para cantar sus duelos,
sus ayes de amargura,
es triste despertar.

¿Por qué di-tanto tardas,
Bernardo? ¿de Teresa
olvidaste? ¿qué aguardas?
¡no vuelves! ¿te embelesa
acaso otra mujer?
¡Ah! no: quien tanto adora
no olvida fácilmente:
será de tu demora
la causa mas potente;
amor no puede ser.

Si, vuelve al arroyuelo
guiando tu ganado,
¡tanto ha que sin consuelo
Teresa te ha esperado
en tan feliz lugar,
llorando en la vereda
por dó venir solias!..

¡oh! ¡no hay dolor que esceda
de amantes agonías!..
¡horrible es su pesar!

—

¡Y tanto tiempo pasa
sin acabar tu ausencia..!
y el pecho la traspasa
tristísima impaciencia,
presentimiento atroz.
Frenético letargo
su corazon oprime;
las quejas de su amargo
destino, ya reprime
porque la falta voz.

—

Sentada junto al tronco
en que tu nombre brilla,
lanza un suspiro ronco...
su mano en la mejilla,
blanquísimo cendal,
Enjuga lentamente
el abrasado llanto
que en sus mejillas siente;
¡pero la alivia tanto
aquel dulce raudal!

—

Y no la conocieras
si, en la adelfa escondido
cual otro tiempo, vieras
aquel rostro querido:
¡qué encantadora fué!
Sí, fué: y hoy todavía
adviértese que lo era,
como una estátua fria
hermosa pareciera
de otra animada al pié.

—

Destellos postrimeros
de llama moribunda:
suspiros lastimeros
de que nuestra alma inunda
la muerte presentir,
Lanzando se adelanta
á la fugaz corriente:
su delicada planta
la tierna flor no siente...
¿por qué quiere morir?

—

Tan jóven y tan bella,
¿por qué aborrece el mundo?
¿el que cebóse en ella
dolor fué tan profundo?
¿y allí llega el dolor?
¿Ni aquel santo retiro
respetan sus furores?
¿escúchase un suspiro
en la mansion de amores?
¡y es bien desgarrador!

—

¿Por qué ese pensamiento
que fíjase en su mente
la hace ir rasgando el viento
á orillas del torrente
que la iba ya á sorber?
¿Templó el hado la saña
con que tenaz la aflige?
¿Por qué hácia la cabaña
lijera se dirije?
¡Ay! ¿qué es lo que va á ver?

—

La anciana, que á la muerte
sus pasos apresura
está allí casi inerte,
y santa prez murmura
ya próxima á espirar.
En vano su mirada
con ademan ansioso
busca de su hija amada
el rostro candoroso;
huyó de aquel lugar.

—

¿Y sola dará el alma
al Dios que la redime?
Al recibir la palma
de su virtud sublime,
¿no ha de encontrarla allí?
¿Quién cerrará sus ojos
en el supremo instante?
sus míseros despojos,
¿quién sino la hija amante
de tierra ha de cubrir?

Ambas á un tiempo mismo
la muerte cerca miran:
del no ser al abismo
llegan y se retiran
en un punto las dos.
Y allá en su pensamiento
se buscan y no se hallan...
¡De aquel fiero tormento
con que las dos batallan
librarlas quiera Dios!

V.

EL ULTIMO DOLOR

¡Ay de los pueblos que á ambiciosos viles
se entregan confiados,
para dejarse hollar como reptiles
en su ceguera vil aletargados!
¡Ay! instrumentos de mezquina saña,
combaten entre sí sin ley ni freno,
azotes de sus tierras,
do sin cesar derraman el veneno
de las civiles guerras!
¡España! ¡dulce España!
¡pátria de bendicion! fuérame dado
con lágrimas borrar de la memoria
del mundo, que han echado
esa mancha tus hijos en tu historia.
Ni el templo de las vírgenes se libra
de tan funesta plaga:
el que la tea de discordia vibra
en todas partes hiere antes que amaga.
¿Quién en su lecho dormirá tranquilo
en medio á las ciudades,
si de Teresa el solitario asilo
allá junto á las nubes asentado
las turbas destructoras invadieron?
En tiempos de revueltas populares,
¿quién ¡ay! del porvenir no desconfia
cuando sus ojos vieron
manchar las blancas tocas de las vírgenes
al pié de los altares,
y el anciano que todos bendijeron
por su sabiduría
espirar arrojado de sus lares?

—

Soldadesca feroz que al cielo irrita
blasfemando y votando de contino,
cual raudo torbellino
en la mansion de paz se precipita.
Todo cae á sus pies. Ya su carrera
el incendio pregona por do quiera:
pero aun sus furores no saciados
el alta sierra escalan
y el lindo huerto y los vistosos prados,
consuelo de Teresa,
con fiera mano talan.
Ansiosos de rapiña
la casa no perdonan,
mas antes ¡ay! mas antes ...
con otro, por si no eran ya bastantes,
sus crímenes coronan.

—

Tras la ancha puerta pobre y carcomida
en ruin lecho de paja
yace un humano ser falto de vida,
medio oculto en el seno de una jóven
que murmura palabras celestiales,
y á cuyos lábios el Eterno baja.
Preces de amor que por el alma envia
de la que fué su madre; ¡y no lograron
tener la planta impía
de aquellos forajidos!—Con voz ronca
albricias dánse por tan buen hallazgo,
al santo grupo avanzan,
y lúbrico fulgor sus ojos lanzan.
—Hora que el capitan, el uno grita,
se fué á filosofar por esos riscos,
veamos qué tal .. baila esta morita.
—Dice, y con torpe mano
del casto seno de Teresa, quita
el lijero cendal: menos humano
destroza el esqueleto
otro sayon, por separarlo de ella,
y la infeliz burlada sin respeto
con sangre y llanto su deshonra sella.

—

Huyó... vedla... sin juicio,
por no escuchar la cínica algazara,
y el lúgubre chasquido de los huesos
de su madre, que ardian,
y al borde se sentó de un precipicio,
porque sus pies en sangre se teñian.
Fijos los ojos en el alto cielo,
cual si de allí esperára
el de sus males único consuelo,
el eco percibió de una sonrisa
feliz recuerdo de su bien perdido,
que repitió la brisa
como el canto de un ángel en su oido.
Alzóse... pero ¡guay de la que espera
abrazar á su amante,
y entre los dos gigante
álzase de repente una barrera!
Allá en la opuesta orilla
Bernardo con amor la contemplaba;
pero el torrente entre los dos pasaba,
rugiendo cual carnívora traílla.

—

—¡Alma del alma!-la infeliz murmura.
—¡Alma del alma!-el capitan responde,
¿disfrutaste sin mí mucha ventura?
¿cómo te miro por mi mal tan lejos?
Sin ti siempre muriendo yo he vivido,
¡y á mis brazos no vienes!
¿No me amas ya, Teresa?
¡Ay! ¿cuál la causa ha sido
de que mi amor me pagues con desdenes?
—Antes la luz se apague de mis ojos,
antes del sol los rayos en invierno
nos quemen, y en estío,
Bernardo, nos den frio,
y deje el Criador de ser eterno,
antes que yo te mire con enojos.

—

Al postrímer reflejo del crepúsculo
Teresa distinguió las llamaradas
de su choza; el rugiente
voto del militar.,. bañada en llanto
doblóse su cabeza...
¡todo lo vió con fiero desencanto!
¿A dónde está su virjinal pureza?
¡Adios, sueños de gloria
que dorásteis diez años su memoria!
¡Adios, adios, quimeras
de dicha y de placer..! La desventura
lecho de boda hará la sepultura.
Y estendiendo los brazos adelante
para abrazar por último á su amante,
desgarrada su mente
por el recuerdo atroz, fuera de juicio,
quiso correr, y... ¡la tragó el torrente!
¡Habia entre los dos un precipicio!
—Las ondas se entreabrieron
como gozosas de tan dulce presa,
y unas tras otras á besarse fueron
sobre el marchito cuerpo de Teresa.

—

¡Ay! sin saber que todos en el mundo
son cebo de la parca destructora,
¿qué hiciera el hombre en su dolor profundo
viendo morir á la mujer que adora?

CONCLUSION.

En las tinieblas de la noche umbría
siniestros resplandores
la incendiada cabaña despedia,
y en torno de ella, al son de fiero canto,
desgreñado el cabello,
harapos el vestido,
el capitan danzaba... parecia
fea vision del reino del espanto.
Hondas heridas en su blanco cuello
revelaban la lucha
que trabó con su tropa y el torrente ..
¡oh! le fuera el morir ventura mucha,
á manos de su gente.
No su razon perdiera
viendo en la orilla el cuerpo de su amada
por las punzantes rocas destrozada,
ni el nocturno silencio interrumpiera
con loca carcajada.

—

Desde entonces el valle solitario
antes de paz y amor mansion tranquila,
con su lúgubre aspecto funerario
al caminante débil horripila.
Solo interrumpe el buho entre las rocas
la triste soledad que reina en torno,
y la natura lanza por cien bocas
ayes de horror por su perdido adorno.

Quien osa en él aventurar la planta
oye el confuso son de un alarido
y de la sierra en la feraz garganta
el grito de «*Teresa*» repetido,
y duda que es un hombre
el ser que fieramente
surje de la maleza,
mal cubierto de harapos, denegrido,
pálido y lleno de mortal tristeza,
á veces souriendo,
ó las manos al cielo levantando,
ó al aire largos brazos estendiendo,
ó con júbilo atroz palmoteando;
y sin cesar llamando
con voz hueca y doliente
á su querida, que tragó el torrente.

VICENTE BARRANTES



CRUZADA DE SAN LUIS.

Esta cruzada se decidió en el año 1245 con motivo de una enfermedad del rey Luis IX. Este reunió los príncipes y principales magnates del reino, quienes se cruzaron en su mayor parte. Notábase sobre todo entre ellos á Pedro Manclere, antes duque de Bretaña; Carlos, conde de Anjou, que fué despues rey de Sicilia; Alfonso, conde de Poitiers; del hijo de Chatillon, conde de San-Pol y de Blois; el duque de Borgoña, los condes de Flandes y Artois, etc. Muchas mugeres se cruzaron igualmente y siguieron al ejército; la misma reina Margarita acompañó á su esposo con todo el aparato régio.

El ejército se embarcó en el año 1248, y fué á tomar á Damieta; pero allí se interrumpió el curso de sus victorias. A pesar de la opinion de Pedro Manclere, se quiso pasar adelante, y la batalla de la Manllore desconcertó completamente el plan de los cruzados. Cuando el antiguo duque de Bretaña volvió de la refriega, las riendas de su caballo rotas y cortadas pendian del arzon de la silla. Su caballo era un veloz corcel, de poca talla pero de buena estampa. Manclere, herido en el rostro, y perdiendo mucha sangre se apoyaba con sus manos en el cuello, por de que los enemigos que le seguian le hicieron caer: no manifestaba por lo demas temor alguno, y se volvia de vez en cuando hácia ellos para insultarles.

Cuando todos los principales y magnates fueron hechos prisioneros, Manclere quedó encargado de contestar á nombre de toda la nobleza á los enviados del sultan: hízolo con dignidad y energía. Por último el rey convino en el rescate que debia pagar por él y su ejército, y todos los que habian escapado al hierro de los infieles se embarcaron para Europa. Pero las fatigas y la enfermedad hicieron morir muchos de ellos, y Pedro Manclere contose en este número.

En el Album de la Sra. doña Adelaida Torres.

Orillas del mar cántabro
Se alza modesta y linda
Y mil deleites brindas
Al céfiro y á Flora,
Mil sueños al poeta,
Mil celos á la aurora
La rosa de *Zubieta*.

A tí bajo este símbolo
Bella Adelaida canto
Ni es mucho que tu encanto
A quien te mire asombre
Ni es mucho que te nombre
La rosa de *Zubieta*.

¿Qué es del clavel la púrpura
Si al color de tu cara
¡Oh! bella se compara?
Mustio el jazmin se humilla
Y áspera es la violeta
Donde tu frente brilla
¡Oh! rosa de *Zubieta*.

Sin tí, son yertos páramos
Aranjuez y Versalles.
¿Sin tí qué son los valles
Que ostenta Andalucía
Y envanece á Edeta?
¡Ay! falta á su alegría
La rosa de *Zubieta*.

Digera que era Náyades
Cuando tu planta pisa
La arena, y á la brisa
Del mar nítido y bella
Cual palma de Damieta
Ondea tu cabello
¡Oh! rosa de *Zubieta*.

Y si el batel impávida
Riges cual blanda pluma
Nacer de entre la espuma
A la Diosa de Gnido
Veo en ti, y la saeta
Y el arco de cupido
¡Oh! rosa de *Zubieta*.

¡Ay! vuelve, zumba el ábrego,
Vuelve, portento hermoso,
Mira que es proceloso
El golfo de Vizcaya
Deja la mar inquieta,
Vuelve á la enjuta playa
¡Oh! rosa de *Zubieta*.

Vuelve, que entre los árboles
De la apacible quinta
Que mayo eterno pinta,
Tu igual en lo galana
Sin par en lo discreta
Te espera dulce hermano
La Reina de *Zubieta*.

BRETON DE LOS HERREROS.



FIN DEL TOMO DE 1850

SEMANARIO
PINTORESCO
ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1851.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLI.

INDICE.

TABLA DE ARTÍCULOS.

VARIEDADES.

HISTORIA NATURAL.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

ANTIGUEDADES.

ESCENAS DIVERSAS.

RETRATOS.

TIPOS POPULARES.

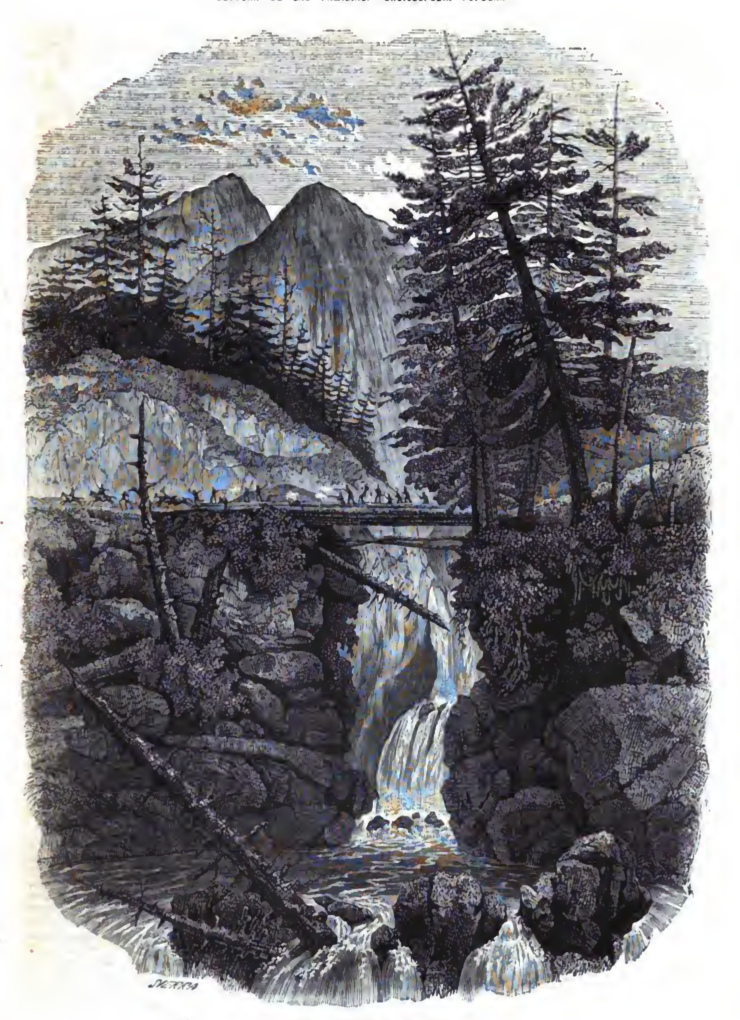
BELLAS ARTES.

GRABADOS VARIOS.

GEROGLIFICOS.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

LECTURA DE LAS FAMILIAS.---ENCICLOPEDIA POPULAR.



(El puente de España en los Pirineos.)

El SEMANARIO entra hoy en el décimosesto año de su existencia. Cinco hace que nos fue confiada su direccion, tres que adquirimos su propiedad: desde aquella época las introducciones con que hemos tenido la honra de abrir los tomos de nuestro periódico, han menguado notablemente en tamaño, á medida que los deseos que manifestábamos en las primeras se han ido viendo realizados al redactar las siguientes.

Hoy nos bastan muy pocas palabras para que desempeñen las veces de prólogo del tomo de 1851. Apoyados en la colaboracion mas numerosa y mas escogida que ha tenido jamás periódico alguno en España, favorecidos con una suscricion estraordinaria en nuestro pais, y seguros de la simpatía que el público profesa al SEMANARIO, nos limitaremos á llamar la atencion hácia el índice del volúmen anterior que se reparte hoy, para que puedan examinarse á un golpe de vista las materias de que se ha ocupado, y los nombres de los escritores que las han tratado, y tambien el aumento de lectura que ha tenido nuestro periódico.

Las mismas plumas que han enriquecido el tomo que concluye, tomarán, como de costumbre, parte activa en el que empieza. Esta seguridad nos mueve á confesar que, en cuanto á la parte literaria, estamos muy próximos á ver satisfecha nuestra ambicion. Quedan aun obstáculos que vencer en la artística y material para que esten ambas en armonía; á esto se encaminarán nuestros esfuerzos, ya que hoy nos creemos conderecho para poder decir, sin pecar de inmodestos, que hemos logrado que el SEMANARIO *sea el primer periódico literario de España.*

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL PUENTE DE ESPAÑA EN LOS PIRINEOS.

La lámina que colocamos al frente del SEMANARIO de 1851, es una de las vistas mas pintorescas que ofrece esa vasta cordillera interpuesta entre España y Francia, y designada con el nombre de Pirineos. Este paisage en que la naturaleza se ostenta en toda su magnificencia inculta y salvage, ha sido repetidas veces teatro de acciones y escaramuzas, con motivo de encuentros entre los habitantes de las dos naciones, en cuya linea divisoria se halla, y por choques tambien entre los aduaneros y los contrabandistas, que frecuentan aquellos parages quebrados para introducir sus mercancias: una de estas escenas, es la que representa la magnífica lámina con que inauguramos el presente tomo.

MARZO.—1835.—(INÉDITO). (1)

REPRESENTACION DE LA TRAJEDIA TITULADA LA MUERTE DE ABEL, LARGO TIEMPO PROHIBIDA.

La ilustracion de nuestro gobierno parece haber dejado en pie las trajedias en cuaresma por este año, y algunas otras representaciones; solo han quedado escluidos del ensanche dado al arte, los bailes nacionales: efectivamente la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvarse: lo que parece estar todavia en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera *El Guillermo*, que se sigue representando, tienen otro ver: los nacionales son los especialmente desagradables á los ojos de Dios, con la circunstancia de que Su Divina Majestad parece llevarlos mas en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta dias, llamados cuaresma. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun á los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las ostras, las cuales solo son buenas en los meses de *erre*. Un historiador podria inferir de aqui que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del Arca del Testamento, no eran bailes nacionales, sino bailes del Guillermo, bailes suizos. Es probable que fuese asi.

Convengamos en que hay pocas cosas mas ridículas, ni mas insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequeñeces.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta trajedia, una de las *acreditadas* obras literarias del repertorio de Maiquez. Muchísimo mérito deberia tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó á ellas mismas.

(1) Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores, que el SEMANARIO publicará algunos articulos *inéditos* del malogrado Larra, que debemos á la buena amistad de su hijo. Entre ellos se cuentan uno titulado *Adelante*, que prohibió la censura, y otro escrito en vista de esto con el titulo de *Atras* que sufrió igual suerte que el primero.

Entre todos los dramas representados por Maiquez, no recordamos uno bueno.

Es preciso tener muchísima precision de hacer una trajedia, para hacer la Muerte de Abel. Advertimos que no vamos á hablar del asunto consignado en las Escrituras Sagradas, que respetamos; vamos á hablar solo de la trajedia, y de los medios de que, para llevarla á cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empiezan á poblar el mundo. Adan parece un buen sujeto; Eva, al fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, tierno, rubio y adamado. Delicado y poco trabajador, ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae sus ovejas; reza y duerme, y como es feliz, quiere á todo el mundo. Es natural. Cain es robusto, fuerte, rehecho, feote, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustenta con su fruto á toda la familia: mata á los leones, y les roba la piel para abrigar á todos con ella: si esto es malo, venga Dios y vealo. No tratamos de hacer la apologia de Cain; ya es pleito perdido; pero si de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarian las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es mas zalamero, y siempre tiene la risa en los lábios, quiérenlo mas. Cain gasta mal humor y quiérenlo menos. Hé aqui la ventaja de los buenos modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinas, pasa el primero y segundo acto, sobre si Cain quiere, sobre si no quiere á su hermano. Tantas veces se lo dicen al pobre, que ya da al diablo á Abel y á sus parientes: dicele á su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no habia pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de alli á poco vuelve en sí, oye un sermon del gran papá, pide perdon, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuélvense á Dios, que anda por alli cerca, segun luego se ve, y depone cada uno su ofrenda en su respectivo altar, de inútiles flores Abel, de productivas espigas Cain.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha descubierto despues no ser mas que aire, sobre el don que mas agradaba á Dios. Asi es, que de alli á poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. Hé aqui á Cain furioso de nuevo. ¿Es esta, clama, la justicia? Ostigado y frenético, jura ódio y venganza eternos. *¿A qui la faute?*

En el tercer acto ha soñado Cain: es muy comun en los héroes de trajedias el soñar: véanse Dido, Edelmira, Malvina: en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavia con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, hagan malas digestiones, sea que cenen demasiado tarde, sea, en fin, lo que sea, el hecho es indudable. Cain, pues, ha soñado que veia á la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, á costa de la suya, atareada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: *sueños hay que verdades son*; porque ha sucedido *ce por be* todo lo soñado por Cain. Con este motivo este mata á Abel de un porrazo. El autor ha sustituido en este lugar á la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadon. ¿Por qué? Esta es alteracion notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fué quijada, y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levante aire; pero otros tiempos, otras costumbres. Este es uno de los muchos secretos, que se han perdido y que mueren con el poseedor. Cain se horroriza y mas su familia. De allí á poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro, cuyo triángulo habla, y le pide cuentas á Cain, condenándole á vida vaga y execrada. El delincuente no sabe qué responder y toma las de Villadiego, terminándose la funcion con una divertida y copiosa lluvia, efecto tambien sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparent rari nantes in gurgite vasto.*

Nos ha chocado mucho que se usára del adjetivo *sangriento*, en tiempo de Adan hasta con abuso; pero mas que todo que el buen señor Adan incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus *cenizas*, aludiendo á su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos despues no se quemaron los cadáveres: no es de sospechar que el respetable anciano, de suyo poco pedante, estuviese tan al corriente de la historia Egipcia, Griega y Romana; lo uno porque Adan fué un tanto anterior, lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las *cenizas* está pues inoportunamente colocada en boca de Adan. Es verdad que en el dia tambien se llama *cenizas* á los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adan.

Y esta es la ocasion de decir de paso que la lengua de los primeros hombres deberia ser poco rica y nada á propósito para largos parlamentos metafisicos de teatro, deberia reducirse á unos pocos nombres

propios. Pocas sensaciones, pocas ideas, pocas palabras. Y esto dado caso que hubiesen llegado ya á formarse y fijarse palabras, y que no fuese mas bien sonidos casi inarticulados, toda la conversacion gastada en los primeros tiempos de este mundo perecedero y de pura conversacion, ya en el dia, merced á los adelantos de los hombres.

FIGARO.

DOLORES.

CARTA PROLOGO.

Sr. Director del SEMANARIO PINTORESCO:

Dos noches de desvelo me ha ocasionado V., Sr. Director del SEMANARIO, con su peticion de una novela para aquel lindo periódico. Deseaba yo complacerle, y me devanaba los sesos, como suele decirse, por encontrar en los escondrijos de mi imaginacion algo que me satisfaciese: pero todo era en balde, pues no parecia sino que aquella rica abastecedora de balagüeñas mentiras se declaraba *en quiebra*, en quiebra que segun las apariencias nada tenia de fraudulenta. En medio del vivísimo dolor que produjo en mi aquel descubrimiento imprevisto, recordé que mi primera tragedia, *Alfonso Munio*, tan feliz para con el público, habia debido su existencia á otro momento de inercia de la facultad creadora; á un momento de cansancio y de aburrimiento, en el que no hallando cosa mejor me habia entretenido revolviendo viejos documentos suministrados por el archivo de mi familia. De ellos habia sacado la noble y caballeresca figura del alcaide de Toledo, y en ellos esperaba encontrar algun otro tipo de los pasados tiempos, que por el contraste que ofreciese con los de nuestro siglo alcanzase la dicha de interesar algunos momentos á los benévolos lectores del ameno periódico cuya prosperidad deseo. Mi esperanza no quedó frustrada del todo, ni del todo satisfecha: los personages que he escogido para componer este pequeño cuadro que hoy va á juzgar V., no son acaso los mas interesantes que hubiera podido proporcionarme en aquel vasto museo de figuras colosales, si se comparan con las de nuestra época; pero confesaré una flaqueza: la circunstancia de llevar mi apellido los principales actores del drama sencillísimo que copio á continuacion de estas líneas, pudo tanto en mi que les concedí desde luego la preferencia, no obstante el justo recelo que instantáneamente concebia de que el interés que me inspiraban mis héroes, nacido en gran parte por las simpatías de la sangre, no fuese comunicable á los indiferentes, que solo buscasen en esta historia el interés de los sucesos.

Combatida de dicho temor, pero arrastrada por el afecto del corazon que se recreaba en bosquejar rasgos que se le hacian queridos, escribí los adjuntos capítulos, y aunque cada uno de ellos lleva mi nombre al pié, he creido conveniente encabezar su conjunto con esta *carta prólogo* en que declaro que ninguna *pretension*, segun se dice ahora, me anima al dar publicidad á *Dolores;* que nada he inventado, que ningun esfuerzo de ingenio ha sido menester para presentar bajo las formas de una novela la estraña y dolorosa historia de aquella pobre criatura que existió realmente, como todos los personages que en torno de ella se agrupan en este breve cuadro, y que el lector encontrará tambien si le place buscarlos, en las crónicas mas conocidas del reinado de D. Juan II de Castilla. Mi trabajo, pues, se ha reducido á copiar con fidelidad, y de vez en cuando á llenar algun pequeño vacío que solia advertir en el original, escrito con bastante descuido y con menos pormenores de los que se me hacian necesarios para llenar mi objeto. Por lo demas, ninguna gloria puede resultarme del mérito que haya en la presente historia, y al confesarlo humildemente, ruego á los suscritores del SEMANARIO, á quienes la dedico en muestra de mi aprecio y buena voluntad, que tampoco se quejen de mí si no alcanza *Dolores* la fortuna de agradarles, toda vez que he comenzado por eximirme de los *honores*, y por consiguiente *de la responsabilidad* de inventadora.

Dicho esto, nada tengo que añadir, sino que formo sincerísimos votos por la dilatada vida del SEMANARIO, y por las ventajas de todo género que merece su ilustrado director, y porque proporcione su lectura completo solaz y entretenimiento á sus constantes suscritores, y principalmente *á sus bellas suscritoras*.

B. S. M. de V.
G. G. DE AVELLANEDA.

CAPITULO I.

EL BAUTIZO DE UN PRINCIPE HEREDERO.

Apenas serian las nueve de la mañana del dia 12 de enero de 1425, y por cierto no habia salido el sol á regocijar la tierra con todo el esplendor y la pompa que requeria la gran solemnidad que iba á verificarse en aquel dia. Nebuloso se mostraba el cielo, y fria y punzante la atmósfera, cosas no estraordinarias en aquella estacion, pero asaz desagradables y hasta inoportunas cuando toda la ciudad de Valladolid se aprestaba llena de júbilo á festejar grandemente al sagrado bautismo del primer fruto masculino que se dignaba conceder la providencia al feliz himeneo de don Juan II de Castilla y de doña María de Aragon, su esposa y prima.

Desde los primeros albores del alba habia comenzado en los barrios mas tranquilos por lo comun en aquella hora, desusado movimiento, que iba aumentándose considerablemente á medida que se veia mas próximo el instante solemne de la augusta ceremonia: mas donde se hacia mas notable la afluencia de gente y el tumulto consiguiente á ella, era en la calle conocida con el nombre de *Teresa Gil*, honrada entonces por habitar en ella los reyes, y en la Plaza Mayor, donde casualmente tenian vecinas sus respectivas moradas los tres poderosos magnates á quienes cabia la alta honra de sacar de pila al heredero del trono. Eran estos el condestable D. Alvaro de Luna, conde de Santisteban; el almirante D. Alonso Enriquez, y el adelantado de Castilla D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro-Xeriz, acompañándoles, como madrinas del escelso recien-nacido, sus esposas doña Elvira de Portocarrero, doña Juana de Mendoza y doña Beatriz de Avellaneda.

Cada uno de aquellos felices personages tenia, como era consiguiente, numerosos adictos y enemigos (que nunca faltan ni unos ni otros á los que ejercen autoridad y se encumbran por cualquier mérito real ó caprichosa fortuna), y segun sus sentimientos particulares cada uno de sus apasionados ensalzaba ó censuraba la nueva distincion régia que colmaba de gloria á los que eran objeto de sus esperanzas ó envidias. Aquí se oian lamentaciones; allá aplausos: unos se escandalizaban de que se llevase á su complemento el orgullo de D. Alvaro de Luna, con honras de que le declaraban indigno, y complaciéndose en recordar la oscuridad de su origen, pronosticaban desastres increibles en el reino, á causa del favor en que parecia establecido aquel dichoso advenedizo. Otros, por el contrario, ponian en las nubes las cualidades del valido, y aseguraban la creciente prosperidad de Castilla si continuaba dirigiendo con su prudencia y talento el ánimo del monarca. Algunos se admiraban de que no fuese solo D. Alvaro el honrado con el padrinazgo; muchos llevaban á mal que aceptasen la asociacion de aquel favorito personages tales como D. Alonso Enriquez y D. Diego Gomez de Sandoval.—El viejo almirante, decian los primeros, solo debia ocuparse de preparar su viaje á la otra vida; y el bueno del conde de Castro, que siempre se ha mostrado mas celoso por el servicio del rey de Aragon que por el bien de Castilla, no merece en verdad que se le conceda hoy la mas señalada muestra de estimacion que puede ambicionar el súbdito mas leal por premio de sus sacrificios.

Un nieto de reyes, esclamaban al mismo tiempo los de otro bando, un varon tan ilustre en todos conceptos como lo es D. Alonso Henriquez, no debia tener por compañero en esta merced á un D. Alvaro de Luna. ¿Y el Adelantado? prorumpian otros: ¿es justo que el rey iguale á este digno caballero con el aventurero afortunado que no alcanza otra gloria que la de haber seducido el corazon de S. A.? Nadie mas que D. Diego Gomez de Sandobal merecia sostener en la pila bautismal al Infante que debe gobernarnos algun dia. El mismo almirante, magüer en sangre real, no deja de ser un bastardo, que no puede adornarse con blasones tan legítimos y tan puros como los que honran la casa del conde de Castro-Xeriz.

Tales eran las pláticas que por dó quier se escuchaban, y hasta las damas, que iban apareciendo en los balcones entre cortinajes de seda, discutian acaloradamente en pró y en contra de la eleccion real.

Las otras madrinas, decian unas, van á quedar deslucidas por la mujer del condestable. Nadie sabe como él ser espléndido cuando quiere: ni dama brilla en la córte que pueda competir en gracia y en bizarría con su jóven esposa doña Elvira.

Doña Beatriz de Avellaneda vale cien veces mas, replicaban otras: aunque menos jóven es mucho mas hermosa, y nunca podrá adquirir D. Alvaro el buen gusto y la natural magnificencia del conde de Castro-Xeriz, que al fin nació siendo lo que es, y no ha menester aprender los aires de personaje.

¡Callad! esclamaba otra: ni la condesa de Castro, ni la de Santisteban, por bellas que las pinteis y por riquezas que ostenten, se harán notar tanto como doña Juana de Mendoza, la esposa del almirante. Porque tiene 60 años, la juzgais fuera de toda competencia: pues sabed que ni Elvira de Portocarrero, con su rostro afiligranado y su juventud florida, ni Beatriz de Avellaneda, con su aspecto arrogante y su orgullosa hermosura, alcanzarán la dignidad natural de la ilustre matrona, que perdiendo con la edad las gracias de la figura, parece haber acrecentado dotes preciosísimas del alma, que se reflejan en aquella, y que la hacen todavía la muger mas amable de Castilla.

En tanto que estas conversaciones se tenian, la calle de Teresa Gil y la Plaza Mayor iban llenándose mas y mas de curioso gentío, y volando rápidamente los instantes se acercaba á mas andar la hora señalada para trasladarse los padrinos al palacio de los reyes. Verlos salir y examinarlos de cerca era el impaciente anhelo de aquella multitud que se agitaba en los pórticos, que comenzaba ya á posesionarse de todo el ámbito de la Plaza, y que bien pronto debia refluir y dilatarse por las calles del tránsito, hasta las puertas de la real morada, delante de las cuales eran ya numerosos los grupos de cortesanos. Pero ni en el mismo palacio habia tanta agitacion como en las casas de los padrinos. Todo era en ellas movimiento y alegria, todo entrar y salir escuderos y pajes, que en aquel gran dia ostentaban la opulencia de sus señores con el lujo inusitado de sus costosos trajes. Adornábanse los primeros con terciopelos y damascos; y hasta los criados de inferior categoria se pavoneaban ufanos con sus véstidos de finísima grana; mientras que los principales actores de aquella fiesta solemne se disponian á aparecer en público deslumbrantes con la profusa copia de brocados ly pedrerias que á competencia cargaban en aquellos momentos sobre sus personas, mas ó menos adornadas de antemano por la pródiga naturaleza.

Eran las diez y media: treinta minutos solo faltaban para el instante señalado por los reyes para la ceremonia, cuando, comenzando á satisfacer la inquieta curiosidad del gentío, se presentaron antes que los otros, el almirante y su esposa, saliendo á pié de su morada en medio de una brillante comitiva. Magníficas eran las galas de doña Juana de Mendoza, aunque apropiadas á sus muchos años, y con magestuoso continente llevaba todavia el buen D. Alonso Henriquez su rico manto recamado de oro, y forrado de riquísimas pieles; pero todo su lujo y la verdadera dignidad que podia notarse en aquella venerable pareja, no pudo fijar sino un momento de atencion general, llamada poderosamente hácia la casa del condestable, cuyas macizas puertas se abrieron con ruido de par en par en el instante en que D. Alonso y su muger atravesaban la plaza. Digno de príncipes era ciertamente el lucido séquito que comenzó á salir precediendo á D. Alvaro, y el concurso de espectadores tuvo necesidad de retroceder y oprimirse para dejar campo al tropel de numerosos servidores de aquel suntuoso valido, que se dejó ver por fin, dando la mano á su Elvira, resplandecientes ambos con el doble brillo de la juventud y de la dicha, que hacian parecer inútiles los otros esplendores que les prestaba la opulencia. El condestable pasó con gracioso desembarazo por entre las oleadas humanas, sin que un momento se apartase de sus delgados labios la sonrisa algo desdeñosa que le era característica, mas llevando en su erguida frente y en sus ojos vivaces y penetrantes una espresion de alegria y benevolencia, que no le era tan comun como aquella. Su elegante consorte repartia mientras tanto saludos afectuosos por la triple hilera de balcones que coronaba la plaza, y en los cuales innumerables ojos, negros y fulgurantes, se clavaban en ella ávidamente, para recojer los mas insignificantes pormenores de su magnífico tocado. Cuando hubieron pasado aquellos personajes y sus respectivas comitivas, todas las miradas se dirigieron únicamente hácia la casa del conde de Castro; pero nada anunciaba en ella la próxima salida de sus dueños. Ya pisaban los otros padrinos los umbrales régios, y todavia no habian visto aparecer los concurrentes de la plaza al adelantado de Castilla, cuya inconcebible tardanza comenzaba á dar pábulo á mil suposiciones mas ó menos verosímiles.

Nosotros, en vez de fatigar al lector con la noticia de ellas, le haremos salir de duda, introduciéndole sin ceremonia en lo interior de aquel edificio delante del cual tanto se afanaba la curiosidad, sin atinar ni remotamente con la simple y verdadera causa del retardo que la sorprendia é impacientaba. En uno de los departamentos de aquella gran casa, mas notable por su capacidad que por su construccion, se nos presenta á la vista, amables lectores mios, una graciosa estancia compuesta de pequeña sala de forma oval, gabinetito redondo y espaciosa alcoba casi cuadrada. Los dos primeros estan tapizados de damasco azul celeste: á la tercera la reviste coquetamente (pásesenos esta palabra) una seda mas ligera de color de perla sembrada de grandes rosas. Todos los muebles de aquel elegante aposento son de un gusto sencillo y esquisito, poco comun en la época: se ven esparcidas por las sillas del gabinete en agradable desórden varias labores femeniles no terminadas aun; sobre la mesa del tocador abundan tambien mil lindas baratijas que anuncian el sexo del dueño de aquella estancia, y al fondo de la alcoba se descubre un lecho blanco, delante del cual ha olvidado sin duda la negligente camarera dos zapatillas de terciopelo verde, cuyas breves dimensiones dan testimonio de haber calzado los mas pulidos pies que pueden haber hollado la tierra de Castilla.

La puerta de cristal de aquella alcoba tiene enfrente otra igual, pero tan cerrada y cubierta por sus cortinillas de tafetan púrpura, que no nos es dado por ahora penetrar mas adentro. Nadie aparece por allí: cuando en toda la casa reina el bullicio mas alegre, aquel aposento yace en calma y en silencio, no interrumpiendo este sino los gorgeos de dos jilguerillos que en sus jaulas doradas celebran la claridad del dia desde las dos ventanas que dan paso á la luz en la sala y en el gabinete. La de este último, no aclarando la alcoba por su frente, pues está situada á su lado izquierdo dando vistas á un jardin, deja el recinto del lecho en una semioscuridad que place á la vista y á la imaginacion, prestándole un no sé qué de vago y misterioso que armoniza con aquel dormitorio virginal endonde el mismo sol parece penetrar respetuoso.

El frio intenso de la estacion no se percibe en aquella estancia: se encuentra uno envuelto en tibia y perfumada atmósfera, en aquella atmósfera especial que distingue en todos los paises del mundo la mansion habitual de una muger hermosa y delicada. La que examinamos nos parece tan característica, que hasta inferimos de ella la edad, la índole y las inclinaciones de su modesta habitadora; y tanto es asi, que cuando vemos entrar de repente á una matrona hermosísima cubierta de espléndidas galas que sabe llevar con desdeñoso desembarazo, nos sentimos dispuestos á esclamar sin vacilacion: *¡no es ella!*

Pero al nombre de Dolores que en alta voz articula al lanzarse al gabinete, se abre de súbito la puertecita de cristal, hasta entonces cerrada, y aparece como encuadrada en su centro la casi ideal figura de una jóven de diez y seis años, blanca, esbelta, con sencillísimo arreo, y con tal espresion de delicadeza y sensibilidad y modestia en la melancólica mirada de sus grandes ojos pardos, que no nos es posible dejar de reconocerla por la apacible deidad de aquel modesto santuario.

—¿Me llamábais, madre mia? dijo al presentarse, dejando oir una voz que tenia algo de musical, tanta era la suavidad de sus modulaciones.

—¡Siempre encerrada en tu oratorio! esclamó la dama con tono de reconvencion. ¿Has olvidado, Dolores, que estamos á 12 de enero, dia en que entrará en el santo gremio de la Iglesia el heredero de Castilla? Son mas de las diez, añadió vivamente, y aun no te encuentro ataviada.

—Creia, repuso la jóven, que mi dueña os habria hecho saber la mala noche que he pasado, y que sintiéndome indispuesta esperaba de vuestra bondad y de la de mi señor padre el permiso de no salir de mi cuarto.

—¡Te sientes indispuesta! dijo con demudado semblante la condesa de Castro, acercándose á su hija con maternal solicitud; pero al notar el nacarado brillo de su hechicero rostro, calmóse indudablemente su zozobra, pues añadió con acento menos afectuoso y casi severo:—No estás mala, no, gracias al Cielo: lo que te retrae de las distracciones propias de tu edad; lo que nos priva de la compañía de nuestra hija haciéndola amar el aislamiento en el propio seno de su familia, es esa tristeza con que te empeñas en afligirnos, y cuyo origen tan cuidadosamente nos recatas.

Dolores se puso pálida y bajó los ojos con muestras de turbacion. Doña Beatriz de Avellaneda prosiguió con mas blandura:—Sí, hija mia, estás triste hace algunos meses: todo te enfada: hasta la ternura de tus padres y las caricias de tus hermanos en cuyos juegos te recreabas antes. De cariñosa y jovial que eras, te has convertido en displicente y desprendida de los tuyos; pero no imagines que á pesar de tu reserva me es desconocida la causa de tan sensible cambio: comprendo el loco afan que fatiga tu pecho: conozco la idea que se ha apoderado de tu mente y que tanto la domina.

Dolores se puso encendida como la grana y levantó hasta el semblante de la condesa una mirada tímida y medrosa. La matrona continuó diciendo: Eres muy niña, mi querida hija, para pensar en resoluciones tan graves é irrevocables: hemos hecho mal tu padre y yo en confiar tu educacion á la buena abadesa de santa Clara de Tordesillas: de los años que has pasado en aquel convento nace el desagrado que te inspiran hoy todas las cosas del mundo: sin reflexionar que el esceso es malo aun en lo bueno, que en todos los estados se puede servir á Dios, y que su Providencia al hacerte nacer de padres ilustres y opulentos, y al dotarte de mil prendas preciosas, ha hecho conocer que no te destinaba á las oscuras virtudes de la vida monacal. Pero en la exaltacion peligrosa de tu inesperiencia solo suspiras ahora por volver al convento, y estoy muy segura de que no concibes otra felicidad que la de tomar el velo, abandonando á unos padres que cifran en ti su gloria.

Dolores respiró con mas libertad al oir estas palabras, y aunque la emocion con que pronunció las últimas doña Beatriz enterneció el corazon de la niña, era fácil conocer que se habia disipado de su pecho alguna inquietud dolorosa.

—No deseo separarme de vos, madre mia, dijo inclinándose para besar sus manos: Dios me es testigo de que me reconozco muy indigna del santo título de esposa suya.

—Si asi es, repuso la condesa, ¿por qué causa esta mudanza que tanto llama la atencion de todos los de la casa, y que...—no pudo terminar la frase, pues en aquel instante entró presuroso en el aposento el adelantado de Castilla.

—¿Dónde está mi hija? esclamaba: hanme dicho que se encuentra enferma...—Dolores le salió al encuentro con amable sonrisa, y el conde de Castro la estrechó en sus brazos diciendo entre enfadado y alegre.—¡Maldita sea esa dueña que me hizo creer que mi ánjel padecia!

—No ha sido nada, le aseguró la jóven acariciando sus manos: un poco de dolor de cabeza que ya ha calmado.

—Es que la echamos á perder, D. Diego, con el demasiado mimo, pronunciaba al mismo tiempo la condesa. Ya lo veis, Dolores no quiere participar en este gran dia del júbilo de sus reyes y de sus padres.

—¿Por qué pues, vida mia? la preguntó el adelantado con tan afectuoso acento que contrastaba con su figura varonil y vigorosa y con el gesto marcial que le era característico. El rey *hace sala* (1) á su corte; se celebrarán justas esta tarde, y por tres dias consecutivos tendremos numerosos y brillantes regocijos.

En efecto hoy es *un gran dia*, respondió Dolores con particular espresion: un dia muy grande para mí... para todos, añadió turbándose: por eso mismo os pido el permiso de pasarlo en soledad y oracion.

—¡Eso es! ¡en oracion! prorumpió casi enojada doña Beatriz de Avellaneda: nuestra hija, D. Diego, no piensa mas que en el cielo, y desprecia todas las cosas de la tierra, inclusos nosotros.

—¡Despreciaros! esclamó la jóven. ¡Oh! bien sabeis que os amo y os reverencio, madre mia. Os aseguro nuevamente que no pienso en dejaros; pero necesito orar hoy mas que nunca para que Dios bendiga este gran dia, para que todo lo que acontezca en él sea próspero y favorable.

Rumor de voces y de cercano tumulto hizo que apenas entendiesen los condes las últimas palabras de Dolores; y volviendo los tres sus miradas hácia los corredores de donde venia el ruido, vieron venir presuroso y casi sofocado un caballero de buena presencia y lujosamente vestido, el cual gritaba con estentórea voz á los criados que le seguian:—¡Vive Dios que todos pareceis tontos! ¡Llamad á mi cuñado! ¿Dónde está? ¿dónde diablos se esconde? ¿en qué piensa mi hermana? ¡Los buscaré!... ¡van á dar las once!

Descubrió entonces á los que procuraba y se lanzó á ellos diciendo con mayor impaciencia todavia que la que antes espresaba.—Van á dar las once ¡vive Cristo! El condestable y el almirante estan ya en palacio; el obispo de Cuenca espera en la capilla al augusto niño que va á cristianar. Solo por vosotros se aguarda: ¿qué es esto? ¿qué os detiene?

—¡Cómo! ¿decís que van á dar las once? esclamaron á la vez los dos esposos.

—¿Tan descuidados estais que no lo sabeis? ¡voto á sanes que vuestra calma es admirable! ¡A palacio, señores, á palacio: sus altezas esperan!

—Es que, como ya veis, dijo el conde volviendo los ojos á su hija, esta niña no se ha ataviado; rehusa asistir á los régios festejos, y temiendo por su salud....

—Esa niña, interrumpió bruscamente el impaciente caballero, hará en buen hora su voluntad ya que no sabeis imponerla la vuestra: sois demasiado blandos con ella: pero no es menester por tanto que seais desatentos con vuestros reyes. ¡En marcha todos! ¡en marcha!

El adelantado abrazó tiernísimamente á su hija; doña Beatriz la dirigió todavia una última reconvencion, aunque acompañándola de una mirada benévola. Don Juan de Avellaneda, señor de Izcar y de Montejo, alférez mayor del rey, y hermano de la condesa de Castro, que este era el personage que entrara á turbar la conversacion de los condes con su hija, se sonrió desdeñosamente al observar tantas muestras de paternal cariño, y aun el leve indicio de la materna ternura. Aquella sonrisa y todo su aspecto y toda su fisonomía, aunque notables por su nobleza, parecian declarar que los sentimientos tiernos no hallarian fácil entrada en el alma de aquel personage, cuya única pasion debia ser el honor, y su única flaqueza el orgullo. Todos, escepto Dolores, salieron presurosos para dirigirse al palacio, y apenas se vió sola nuestra heroina volvió á encerrarse en su oratorio, donde puesta de rodillas ante una imágen de la Santa Vírgen, repetia con indecible angustia:—«¡Este es un gran dia! ¡Todo vá á decidirse! ¡mi dicha ó mi desgracia! ¡mi vida ó mi muerte! ¡Protejedme, divina María, protejedme!

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.



Casas árabes de Córdoba.

En una de las ciudades de España mas ricas en vestígios de la dominacion de los árabes atendido lo poco que nos queda de un pueblo que por tanto tiempo habitó en la península y que tanto edificó, en Córdoba decimos, en la populosa capital de los califas de occidente, solo en dos casas quedan recuerdos de la construccion civil de los árabes, siendo cosa estraña que se hayan conservado hasta nuestros dias por espacio de seis siglos, sobreviviendo á tantos monumentos notables como se han ido destruyendo. Esta singularidad nos ha movido á dar noticia de ellas.

Existe de la una solamente una galería sostenida de columnas de jaspe con capiteles bizantinos y sin basa, de la cual se pasa á una sala, cuya puerta es un arco primorosamente labrado con inscripciones en su parte interior, ya casi borradas, como igualmente los delicados arabescos, con los repetidos blanqueos de cal. La otra, que es la que conserva mas de lo que fué, y la que representa el dibujo, perteneció á alguna familia principal (como tambien la otra) segun lo revelan las suntuosas piezas que aun quedan. Estas son una galería y sala baja, una estrecha escalera muy decorada que conduce al piso superior y galeria alta, de la cual se pasa á una pequeña sala cuya puerta en forma de arco es semejante en sus ornatos á la de la baja; pero en lo demás se ven otros añadidos segun nos parece, en los siglos XIV ó XV, como es una chimenea y varios escudos en los muros y techos.

(1) Llámase *hacer sala* cuando el rey daba de comer á sus cortesanos, admitiendolos a la mesa, lo cual no solia hacerse sino en grandes solemnidades.

Se ha creido que las casas de los árabes no tenian mas que un piso, como dice el señor Tápia en su obra de la civilizacion de España, porque acostumbraban habitar en lo bajo, ya sea, escribe «por tener mas á mano los baños, ó ya para no subir escaleras, que no usaban ni aun en los altos castillos.» Las razones indicadas de no usar altos los árabes no nos parecen las mas concluyentes, siendo la principal y acaso la única que los árabes propiamente asi llamados habitantes del Asia, del mismo modo que los que vinieron á establecerse al Africa y luego pasaron á España, eran naturales de paises ardientes donde es una necesidad habitar en lo bajo durante la estacion calorosa del estío, al mismo tiempo que los inviernos son muy templados. En cuanto á no usar los árabes escaleras en sus edificios, esto no puede admitirse con la generalidad que el señor Tápia afirma, pues lo contrario se ve en esta casa y en varios castillos construidos indudablemente por los árabes ó por maestros de esta nacion al servicio de los cristianos, en los cuales hay escaleras aunque formadas de escalones muy bajos y suaves.

La casa que nos ocupa está demolida en gran parte, y reducido á patio y huerto ó corral mucho de lo que estuvo edificado en otro tiempo; y aunque no sea del mismo que la casa, para complemento de su carácter oriental descuella una palma delante de las habitaciones.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.
de la Real Academia de la Historia.

MADRID EN EL AÑO DE 2851.

NUEVO PORVENIR DEL MUNDO.

La primera labor que hago yo al despertar por las mañanas, es leer de cabo á rabo ese periódico tan instructivo y tan bien redactado que llaman *diario de avisos*. Siguiendo esta antigua costumbre, cojile ayer de madrugada, casi maquinalmente y medio dormido todavia. Sorprendióme ver en su primer renglon y en gruesos caracteres la siguiente fecha: ENERO DE 2851. Frotéme los ojos, desconfiando de mi vista, pero no habia duda; estaba perfectamente claro ENERO DE 2851. Prosegui leyendo, y confieso que entonces fué creciendo mi sorpresa gradualmente, porque estaba tan bien escrito el diario y anunciaba cosas tan nuevas para mí, que lo primero que se me ocurrió fué si la providencia habria vuelto locos á los redactores, despues de haberlos enseñado la gramática castellana y en castigo de las infinitas y descompuestas majaderias que hasta el presente habian insertado en las columnas de su periódico.

Un tanto confuso ya alargué la mano al almanaque que tengo siempre á la cabecera de mi cama, y ¡ cuál fué mi asombro al leer en su portada CALENDARIO PARA EL AÑO DE 2851!—Esto se va complicando, esclamé para mis adentros, y vistiéndome precipitadamente me puse el gaban, cojí el sombrero y me salí á la calle. Tomé á lo largo de la Carrera de San Gerónimo, y ¡cosa estraña! no tropecé con ser viviente: Ni el mas leve rumor llegaba á mis oidos que denotase movimiento de gentes ni sonido de voces. Admirado con tan desusada soledad me pregunté si se estaria verificando á aquellas horas la entrada de Montemayor en Madrid cabalgando en su Eolo, ó si se habria renovado la aparicion de un segundo ballenato en las nauseabundas aguas del sediento Manzanares.—Algo debe llamar y á alguna parte en estos momentos la presencia de los curiosos habitantes de esta coronada villa. Seguí mi camino y me dirijí á la puerta del Sol. ¡Singular fenómeno! No se encontraba alma humana, ni para un remedio siquiera. —¿Si habré equivocado las horas, tomando la noche por dia y por sol la luna?—Miré para arriba, y los radiantes rayos del alegre hijo de Apolo me hicieron cerrar los ojos mas que de prisa. Enojoso y casi irritado asime de la barba como quien quiere meditar. Sentilas largas y me ocurrió la idea de raparlas. No podia haber concebido pensamiento mas acertado.—Vámonos á casa de Reigon, mi antiguo maestro. Allí podrán sacarme de dudas: ¿qué cosa hay que se ignore en una barberia?

Subí de prisa y observé que estaban de muda; mas que esto me estrañó ver caras nuevas. Ningun oficial conocido se encontraba allí. Pregunté qué cambio era aquel, y un mozalvete como de veinte años me enseñó estendiendo el brazo, el único sillon para el uso del arte que habia en la sala. Me hallaba ya en el primer enjuagatorio y volví de nuevo á dirigirle la palabra.—¿Adónde se muda el maestro? El aprendiz siguió enjabonándome la cara: no hizo mas que darme la callada por respuesta.—¿Si no me habrá oido? ¿Si tendrá órdenes para no hablar? ¿Si habrá establecido Reigon este sábio sistema en su establecimiento?

Distrájome de este soliloquio la entrada de un nuevo parroquiano. Estrañóse de verme, y yo me estrañé de verle entrar sin decir oste ni moste.—Este conoce los usos de la casa, sin duda; pero ¡vive Dios, que yo he de romper un silencio tan monotono y tan pesado! ¿Qué hora es, muchacho?—El muchacho me estaba ya enjugando la cara y siguió su operacion sin contestar ni esta boca es mia.—¿ No oyes, bruto? — Y acompañando este interrogante con un trastazo á la vacia que tenia en la mano, se la puse por casquete—dejándole como quien acaba de tomar baños hidropáticos. El barberillo se limpiaba pausadamente con la tohalla, sin dignarse ni aun mirar para mí.—Voto á tal, que ya raya en insolencia y quiero castigarla á puñadas.

Al oirme y al verme tan incomodado, el tercer personage que se hallaba asomado al balcon que cae sobre la calle de la Montera, se acercó á mí diciéndome:

—¿De dónde viene V. hombre? ¿no sabe V. que este jóven es sordo-mudo de nacimiento?

—¿Y qué motivos tenia yo para saberlo?

Una estrepitosa carcajada salió de las fauces de mi interlocutor, y por un buen trecho de tiempo no hacia mas que mirarme y reirse. Repuesto al fin dió la vuelta al rededor de mí, y se paró á contemplarme por la espalda.

—¿Qué es lo que mira V.?

—¡Nada! Estaba examinando si seria V. un areolito, algun objeto caido de las nubes.

—¿Pues qué no sé yo quien soy, ni en dónde estoy?

—No lo parece, al menos.

—¿No es este Madrid?

—Asi lo apellidan de algunos siglos á esta parte.

—¿No estamos en el año de gracia de 1851?

—¡Hombre, V. no está en su cabal juicio! V. se equivoca en la friolera de mil años.

—¡Mil años! esclamé, y al instante se me vinieron á las mientes las fechas del *diario de avisos* y del *calendario* que tanto me habian sorprendido al despertar.—¿Viviremos acaso en el de 2851?

—Pintiparado.

—¡Este hombre está loco!

—¡Este hombre está demente!

Estos dos apartes no fueron pronunciados en voz tan baja que no los oyésemos los dos. Se parecieron á los apartes de los teatros cuando los cómicos los vomitan á la cara unos de otros.

Yo que en nada creo, ni aun en las mugeres siquiera—estuve muy lejos, á pesar de cuanto acababa de pasar por mí, de persuadirme de que hubiese pasado mil años durmiendo; pero como hombre de humor quise seguir la broma, y con aire risueño é inocenton supliqué á mi interlocutor me esplicase el motivo por qué se hallaban tan abandonadas de transeuntes las calles de la capital.

—¿Tampoco lo sabeis? Ya veo que sois uno de los siete durmientes.

—Acaso.

—¿Pues quién ignora que hoy es el solemne dia en que va á realizarse el acontecimiento providencial de la humanidad; en que va á organizarse el mundo bajo una nueva y salvadora forma; en que va á constituirse la sociedad bajo un pensamiento fecundo de felicidad y de armonia?

—¡Tate! ¡tate! Si serán ya una verdad práctica los delirios de Cabet ó los sueños de Fourrier? ¿Si en esto consistirá el busilis de los mil años de aumento con que hoy me he visto cargado de repente? Como los socialistas son tan ingeniosos, acaso habrán descubierto otra escuela basada en la reforma del calendario.

—¡Pobre hombre que sois! ¿Creeis acaso tan estúpida á la generacion presente que pueda fascinarse con el espectáculo de una *república* platónica, de una *Icaria* ó de un *Falansterio*? ¡Qué locura! Nuestros antepasados han imaginado reorganizar el mundo con las virtudes de la humanidad, esto es, con cantidades negativas; nosotros, mas positivos y mas prácticos, vamos á reorganizarlo con sus vicios, esto es, con cantidades positivas.

—Esplicadme.

—Nuestro sistema está cimentado en el órden mecánico de los pueblos, asi como los de los socialistas pasados estaban fundados en el órden moral de las sociedades. Ellos querian dividir la propiedad; nosotros dividimos á los propietarios. Ellos querian distribuir los trabajos en grupos, nosotros distribuimos los oficios en secciones. Ellos querian reunir en una todas las clases; nosotros las separamos y aislamos unas de otras. Ellos querian imprimir ciertas y determinadas pasiones al corazon humano; nosotros queremos utilizar y santificar las buenas y malas que cada persona tenga. Ellos querian levantar nuevas ciudades; nosotros respetamos las antiguas, y el nombre de sus plazas y sus calles es la base de nuestra gran reforma.

Atónito me tenian las palabras que estaba escuchando. Mi incredulidad se desvanecia por momentos.—Continuad, le dije.

—Ya he concluido. Hoy es el dia en que va á sonar la hora, esa hora que tanto ha ocupado á los agitadores insustanciales y á los fabricantes de innovaciones, esa hora que hacia decir á tantos charlatanes *¡Ha sonado la hora de la emancipacion! ¡Ha sonado la hora de la li-*

bertad! ¡Ha sonado la hora de la regeneracion! ¡Pues bien! hoy real y verdaderamente va á sonar la hora destinada por la providencia para la constitucion social de que acabo de daros una breve idea. Las gentes se han reunido en Chamberí, lugar consagrado á los sabios de la antigüedad, porque los columpios que en él se levantaban eran una imágen del alto vuelo intelectual de nuestros mayores, y porque la estrepitosa música que resonaba en su plaza era la fiel espresion de los sublimes acentos del génio de nuestros padres. En dicho Chamberí, cuyo nombre hemos conservado por un sentimiento de respeto arqueológico, se señalará á cada habitante su cuartel, su barrio, su localidad, su uniforme y sus deberes; y ahí teneis á Madrid reglamentado bajo el verdadero socialismo, en el corto espacio de algunos minutos, y con Madrid á todos los habitantes del globo, porque es operacion que se verifica hoy de comun acuerdo en toda la redondez de la tierra.

—¿Y á qué autoridad sujetais el supremo arreglo, la recomposicion del pueblo bajo las nuevas bases de que me habeis hablado?

—A un director de escena. El es el que distribuirá los papeles, el que determinará los trajes, el que señalará las salidas para representar cada uno la parte que le toque en este nuevo teatro del mundo.

—¡Ah, ya amigo! El director de escena es vuestro primer magistrado, vuestro poder público....

—¡Eso es!

—¡Oh sociedad bien organizada! Mil y doscientos años han tenido que pasar por tí para que llegase á ser una realidad tan tanjible á todos, los versos de un famoso poeta que decia por espíritu profético sin duda:

El mundo comedia es,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles
y á veces el entremés.

Sacóme de mi meditacion un confuso rumor de voces é instrumentos pue parecia venirse acercando poco á poco por las calles de Fuencarral y Hortaleza. ¿Qué es esto?

—Son los actores ó llámese vecinos de la coronada villa que vienen de vuelta y celebrando de paso que se retiran á sus respectivos departamentos, la nueva y felicisima era en que acaban de entrar. Buen sitio tenemos para verlos. ¡Acercaos!

El ruido era cada vez mayor. Asomé la cabeza y vi bajar por la Red de San Luis inmenso tropel de gentes. Alegróse el ánimo y recreóse la vista con la perspectiva de dos larguísimas filas de personas que venian cubriendo las aceras.

Rompian la marcha los músicos de la murga; los socios de mérito que componen la orquesta en toda funcion ó academia lírica y dramática de aficionados, los ciegos que arañan la guitarra en las esquinas, los principiantes de violin y figle que estan aun con la escala y los que gastan una hora en templar los instrumentos. Esta música iba acompañada de un nutrido coro de ambos sexos compuesto de muchísimos de los que cantan las zarzuelas, tonadillas y operetas españolas; de los mendigos que pregonan las hojas volantes; de los areneros, aguadores, hueveros, rabaneras, bolleros y mas comerciantes de calle; de los autores de obras que escriben é imprimen en los periódicos sus propias alabanzas; de los filarmónicos que tararean la *Lucía* ó el *Moisés* en cafés y paseos; y de las jóvenes que nos embisten en todas las reuniones con la *Jardinera* del *Duende* ó la *casta diva* de la *Norma*.

—¿Y adonde se dirige esta gente?

—Los músicos á la calle de la *Sarten* y los cantantes á la del *Burro*, y á la del *Perro* y á la del *Cuervo*.

Seguian tras los músicos y cantantes una falange de esas señoras que llaman mayores, metidas en sillas de manos y cubiertas de plumas de pavo, como brujas en poder del santo oficio. Las sillas iban conducidas por hombres, jóvenes en su mayor parte, compuestos y vestidos como para un sarao. Preguntéle al del lado qué significaba aquello, y respondióme sonriéndose.—Estas son las viejas locas de Madrid, las que se tiñen las canas y se untan las barbas, las embusteras de años como las calificaba un escritor satírico de hace doce siglos, y los que las llevan son los que andan á caza de sus amores y mercedes; gente que como los traperos especula con los deshechos de la vida y las porquerias del tiempo. Reparareis cómo llevan librea: esto es para que se les reconozca cuando salen á la calle, bien que tampoco les es permitido atravesarlas sino mientras andan con los sabatinis á cuyo oficio se les destina.

—¿Y cuál es el departamento que se les ha designado?

—A ellas la calle de la *Sierpe*, y á ellos la del *Pozo*.

En esto estábamos cuando me llamó la atencion una estrepitosa algazara que se desprendia de un numeroso grupo, el mas descompuesto y desordenado de la procesion.

—¿Quiénes son estos?

—Son los secretarios políticos, religiosos y literarios: son los creadores de escuelas y los confeccionadores de sistemas. ¿No los conocisteis por el trage de arlequin cubierto de cascabeles y campanillas con que vienen cubiertos?

—Es verdad; pero sus voces sobrepujan al ruido de sus sonajas.

—Lo que ellos quieren es hacer ruido, que todo el mundo los oiga, que se hable de ellos en todas partes; por eso alzan la voz en los cafés, declaman en los clubs y predican en los libros y periódicos. Nosotros los destinamos para mayorales y mozos de mulas, que es gente que no sabe estar callada, para tambores de regimiento, para pregoneros y para memorialistas. Este último oficio lo desempeñan admirablemente los maniáticos por escribir. Mirad mas adelante; esos son todos los niños de colegio y de academia que marchan de dos en dos, llevando sus directores á la cabeza; pues estos forman parte de los sectarios. Hay entre ellos algunos que no saben hablar sino del inmenso séquito de sus afiliados, de la muchedumbre que marcha en pos de ellos, de los numerosos conscriptos que escuchan sus voces y siguen sus mandatos; pues á los tales se les destina para dirigir los hospitalarios, incluseros y colegiales. Cuando ya no hay plazas vacantes se les manda de gefes de batallon á los que sirven, y á los que no, se les ocupa como conductores de ómnibus y capataces de recua. Sus moradas son las calles de *Cabestreros*, *Soldado* y *Niñas de Loreto*.

Contraste formaban con los secretarios los que los seguian, aquellos por lo alborotados y estos por lo silenciosos; aquellos por turbulentos y estos por lo pacíficos. Parecia que habian sido colocados los unos al lado de los otros como vivo ejemplo de una antitesis palpitante.

—Ya veo que no caeis en quién es esta gente, aunque parece fácil de adivinar.

—No será por lo que digan.

—Pero sí por lo que callan.

Pertenecen al gremio de que es individuo el mozo que os ha afeitado.

—¡Efectivamente!

—Son los sordo-mudos. Entre ellos se escojen los que han de componer las asambleas deliberantes, los cuerpos lejislativos, las congregaciones, comisiones, y toda clase de juntas en que en las pasadas edades se hablaba tanto y tan poco se hacia. Aquellos en quienes se nota afan por querer espresarse, aficion á darse á entender por señas, y manía por esplicarse por medio de las manos, de los ojos ó del cuerpo entero; se reservan para barberos y para horteras, en los cuales parecen mas idisculpables tales arrebatos, porque se tiene por imposible que ejerzan bien su oficio sin meterse á conversar en lo que no les vá ni les viene.

—¿Y á dónde van á vivir?

—A *Puerta Cerrada* por alusion al estado de sus orejas y como una enseñanza de lo que debe ser su boca. ¿Vé V. aquellos jóvenes que se acercan con trajes tan holgados como si vistiesen de prestado, cubierta la cabeza de penachos y con grandes tijeras en las manos?

—Esos serán sastres, dije yo.

—Quiá, no señor. Esos son periodistas. Traen por atributos plumas y tijeras, porque con plumas y tijeras viven.

—¿Y á dónde se dirijen todos juntos? ¿Van acaso á la gefatura política ó á Canarias?

—Van á la calle del *Perro*, porque se acaba de descubrir que el periodismo no es otra cosa que una série de ladridos. Pero fijad la vista en los que vienen detrás con el escudo de Medellin al pecho y llevando en andas una imágen.

—Esos serán hermanos de alguna cofradía, le interrumpí.

—Esos son los casados que se retiran con su patrono *san Marcos* á las calles del *Infierno* y del *Desengaño*, que han escojido para establecer en ellas sus viviendas.

¿Y los que vienen en pos?

Esos son los que creen en la hidropatía, en la alopatía ó en la homeopatía: los que creen en sueños y en el calendario, los que creen en la influencia de los planetas y en las palabras de los hombres: los que de todo se admiran y todo les parece bien, tienen sus cuarteles en la calle de *Belen*, y por eso se dice de ellos que están siempre en Belen.

(*Concluirá.*)

J. Rúa Figueroa.

LA CARGA CONCEJIL,

ROMANCE

ESCRITO EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA.

A un escritor *cabildero*
que hoy no puede *escritorear*,
perdona, amable señora,
que firme deprisa y mal.

Sí, que van á dar las dos,
y hay que vestirse y trotar,
pues ya suena en mis oidos
la campana comunal;
La campana concejil,
que me llama á *concejar*
de la coronada villa
en sala consistorial.
Allí me esperan muy sérios
cuarenta consortes mas,
para hacer, juntos conmigo,
la comun felicidad.
Allí, en banco carmesí
y elevado el espaldar,
haciendo como el que piensa
(y pensando en no hacer mas)
Tengo que pasar tres horas
entre las *piedras* y el *pan*,
entre *basura* y *limpieza*,
entre el *aceite* y el *gas*.
Allí catorce abogados
que tienden el paño ya,
á propósito del riego
nos citan el Alcorán.
Allí ocho ó diez candidatos
que ensayan el *candidar*,
entonan el *¿quousque tandem?*
porque un cuarto subió el pan
Allí otros tantos comparsas,
cuando hubieren de votar,
por no alzarse del asiento
reprobarán el Misal.
Y hay allí *interpelaciones*,
y *bills de indemnidad*,
y discursos *sobre el fondo*,
y *para rectificar*;
Y *alusiones personales*,
y *votacion nominal*,
y *escrutinios embolados*,
y *voto particular:*
Todo, en fin, el aparato
escénico y algo mas
del *sublime mecanismo*
parlo-constitucional.
Ahora bien, si este buen rato
me espera en llegando allá,
si este chaparron de ciencia
va sobre mí á descargar,
¿Cómo pretendeis, señora,
que espere un minuto mas
sin ir á beber el chorro
de tan próvido raudal?
Perdona, mas no es posible,
y la razon me darás
al saber que en aquel *tutti*
suelo á veces alternar.
Yo, que canté siempre solo,
tengo ahora que acompañar,
y parlar con rostro feo
que es lo que me asusta mas:
Hasta que al cabo del año
entone el rondó final
y me vuelva á mi luneta
para reir y silvar;
Entonces... pero callemos,
que ahora tocan á observar;
luego vendrá la parlancia
tras de la curiosidad.

—1848.

EL CURIOSO PARLANTE.



(Italia.—Castillo de Ferrara.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



COVADONGA
1. PELAYO el Montesino ó el Romano. Duque de Cantabria. Gaudiosa. 718.
Reyes de Asturias
2. Favila ó Fáfila. Froiliuva. 737.
3. Alfonso 1.º el Católico ó el Tonido. Hermenesenda. 739.
4. Fruela. Munia. 757.
5. Aurelio. 768.
6. Adosinda. Silo. 768.
7. Mauregato. R.U. Creusa. 783.
8. Bermudo 1.º el Diácono. Numilona. Uzenda. 788.
9. Alfonso 2.º el Casto. Berta. 795.
10. Ramiro 1.º Paterna. 843.
11. Ordoño 1.º Munia. Domno. 850.
12. Alfonso 3.º el Magno. Jimena. 913.
13. García. Nuña. 910.
14. Ordoño 2.º Elvira Aragonta. Sancha. 913.
Reyes de Leon.
15. Fruela 2.º el Leproso. Nuña. 923.
16. Alfonso 4.º el Monje. A. Jimena. 924.
17. Ramiro 2.º Urraca. Teresa. 930.
18. Ordoño 3.º Urraca. Elvira. 950.
19. Sancho 1.º el Gordo. Teresa. 955.
20. Ordoño 4.º el Malo. R.U. Urraca.
21. Ramiro 3.º Urraca. 967.
22. Bermudo 2.º el Gotoso. Velasquita. Elvira. 982.
23. Alfonso 5.º el Noble. Elvira. 999.
24. Bermudo 3.º Jimena. 1028.
25. Sancho. Fernando 1.º Rey de Castilla el Grande. 1037.
Reyes de Leon y Castilla
26. Sancho 2.º Alberta. 1067.
27. Alfonso 6.º el Bravo. 1073.
28. Urraca. Raymundo Conde de Borgoña. Alfonso 1.º Rey de Aragon. 1109.
29. Alfonso 7.º el Emperador. Berenguela. Rica. 1126.
30. Sancho 3.º el Deseado. Rey de Castilla. Blanca. 1157.
31. Alfonso 8.º el Bueno. Rey de Castilla. Leonor. 1158.
32. Enrique 1.º Beata Mafalda. 1214.
33. Fernando 2.º Rey de Leon. Urraca. Teresa. Urraca. 1157.
34. Alfonso 9.º Rey de Leon. Sta. Teresa. 1188. Berenguela la Grande. Reyna de Castilla. A.
35. Fernando 3.º el Santo. Beatriz. Juana. 1217.
Reyes de Castilla y Leon
36. Alfonso 10. el Sabio. Blanca. Violante. 1252.
37. Sancho 4.º el Bravo. R.U. Maria la Grande. 1284.
38. Fernando 4.º el Emplazado. Constanza. 1295.
39. Alfonso 11.º el Justiciero. Maria. 1312.
40. Pedro el Cruel. Blanca. Maria. Juana. 1350.
41. Enrique 2.º el Bastardo. Juana. R.U. 1369.
42. Juan 1.º Leonor. Beatriz. 1379.
43. Enrique 3.º el Doliente. Catalina. 1390.
44. Juan 2.º Maria. Ysabel. 1407.
45. Enrique 4.º el Ympotente. Blanca. Juana. 1454.
46. Ysabel la Católica. Fernando 5.º Rey de Aragon. 1474.
Reyes de España
47. Juana la Loca. Felipe 1.º el Hermoso Duque de Borgoña. 1504.
Reyes de la casa de Austria
48. Carlos 1.º Emperador de Alemania. A. Ysabel. 1516.
49. Felipe 2.º el Prudente.
50. Felipe 3. el Piadoso. Margarita. 1598.
51. Felipe 4.º el Poeta. Ysabel. Maria. 1621.
52. Carlos 2.º el Hechizado. Maria Luisa. Mariana. 1665.
Maria Teresa Infanta de España. Luis 14. Rey de Francia.
Luis Delfin de Francia. Maria Cristina.
53. Felipe 5.º el Animoso. A. Maria Luisa. Ysabel. 1700.
Reyes de la casa de Borbon
54. Luis 1.º el bien Amado. Luisa Ysabel. 1724.
55. Fernando 6.º el Pacífico. Maria Barbara. 1746.
56. Carlos 3.º el Grande. Maria Amalia. 1759.
57. Carlos 4.º el Cazador. A. Maria Luisa. 1788.
58. Fernando 7.º el Deseado.
59. Ysabel 2.ª la contrariada. Francisco Duque de Cadiz. 1833.
Fruela.
Pedro Duque de Cantabria
Redondo. G.

ARBOL GENEALÓGICO DE LOS REYES DE ESPAÑA.

Presentar á un golpe de vista el catálogo y ascendencia de nuestros monarcas, fué el objeto que nos propusimos al realizar este trabajo histórico. Al efecto hemos consultado detenidamente las crónicas antiguas y modernas, pues deseábamos sobresaliese en él la mayor exactitud, única circunstancia que puede revestirle de interés. Omitimos trazar los nombres de los reyes godos, pues, aunque nacidos en España en su mayor parte, pertenecian á una raza estrangera, y siendo ademas en su época electiva la corona, eran de distintos linages, que las mas veces no tenian entre sí parentesco ni relacion alguna. Involuntariamente venimos con este motivo á tocar una de las mas importantes y debatidas cuestiones que dividen á los historiadores y juristas, así nacionales como estrangeros, á saber: fijar la época en que el trono español se declaró hereditario. Muchos no titubean en señalar los primeros tiempos de la restauracion, y otros, en mas número, fijan el año 850, en que falleció Ramiro I. Mas dirigiendo una mirada á nuestro árbol, notaremos que tampoco puede sostenerse esta última opinion, puesto que desde entonces aun se presentan ejemplares de suceder al rey muerto los hermanos con preferencia á los hijos. Lo que se deduce es que en aquellos dias borrascosos, aunque estaba vigente el *fuero-juzgo*, ó sea el Código de leyes godas, no se observaban las que trataban de la eleccion de los reyes, siendo ya la corona patrimonio de una familia, aunque sin regla fija en el modo de obtenerla, hasta que definitivamente se hizo hereditaria desde Bermudo II el Gotoso. Entonces, y no antes, vemos ya en práctica la sucesion regular, que largo tiempo despues sancionó Alfonso el Sábio en el célebre libro de las Partidas (1). Otra consideracion no menos interesante se desprende de la simple inspeccion del dibujo que encabeza estas líneas, y es que los actuales reyes españoles no proceden de Pelayo, como generalmente se cree, sino de Pedro, duque de Cantabria, habiéndose estinguido la descendencia de aquel príncipe inmortal en su biznieto Alfonso el Casto. Ciertamente nos repugna presentar aquí dos árboles en vez de uno (aunque enlazados por el casamiento de Alfonso I el Católico con Hermesinda), y no contar al heróico restaurador de la gloriosa monarquía de España entre los ilustres abuelos de Isabel II: pero habremos de respetar la opinion de los historiadores de mas valía, impugnada, á nuestro modo de ver sin fundamento, por algunos modernos como el conocido crítico marqués de Mondejar (2).

Para la mas fácil inteligencia de nuestros lectores en el asunto que nos ocupa, creemos deber recordarles algunos de los principales sucesos de nuestra historia. Corria el año 718 de la era vulgar, y habian pasado siete desde la desgraciada jornada de Guadalete, que diera al poderoso Islam el dominio de la península, cuando los asturos, secundados por algunos cántabros y godos, concibieron el grandioso pensamiento de recobrar la libertad y la independencia de la nacion, y se agruparon en torno de Pelayo el *Montesino* ó el *Romano*, como le llamaban los escritores árabes (3), y le aclamaron primero por caudillo y luego por monarca.

La descarnada historia de aquellos tiempos calamitosos ni aun nos indica el título que llevó el restaurador; pero se cree con probabilidad que fué el de rey de Asturias, siendo su divisa ó enseña guerrera una tosca cruz de madera de roble, que hoy se llama *de la Victoria*, y se guarda con veneracion en la catedral de Oviedo. El mismo dictado é insignia llevaron sin duda sus sucesores, hasta que Alfonso II el Casto, habiendo engrandecido y mejorado aquella ciudad en que fijó la córte, tomó el título de *rey de Oviedo*, como consta de sus cartas y privilegios, y pintó en sus sellos la figura de la cruz llamada *de los Angeles*, rica joya que habia ofrecido á la catedral. Alfonso III el Magno conservó el título de rey de Oviedo, pero adoptó por insignia la cruz de Pelayo, aunque en la nueva forma que él le habia dado al revestir de oro y piedras preciosas aquel primer trofeo de nuestros monarcas pintando á uno y otro lado de la cruz las letras griegas *alpha* y *omega*, representacion del nombre de Dios. Al abdicar este monarca la corona en sus desleales hijos en 909, dejó á García, el mayor de ellos, las tierras situadas entre Asturias, el Duero y los Campos Godos (hoy tierra de Campos) con título de rey de Leon, por ser esta ciudad la metrópoli ó capital de aquel pais. El nuevo monarca tomó entonces por armas ó divisa un leon rojo coronado, alusion al nombre de la ciudad, que conservó Ordoño II, su hermano y sucesor, y todos los otros reyes que en pos de este vinieron. Sancha IV, nieta de este Ordoño, transmitió con su mano la corona de Leon á su esposo Fernando el Grande, primer rey de Castilla, hijo de Sancho el Mayor, que lo era de Navarra, y entonces se sentó en el antiguo trono edificado por Pelayo la dinastía de Iñigo-Arista (1). El escudo de armas de Sancha y Fernando se componia del de los reyes de Leon y el de los condes de Castilla (un castillo de oro en campo rojo) mezclados, dando la preferencia al primero, y su dictado era *reyes de Leon y Castilla*. Separáronse estas monarquías y las divisas que las representaban, primero á la muerte de Fernando el Grande en 1065, y luego á la de Alfonso VII, llamado el Emperador, que ocurrió en 1157, y que dejó los estados de Castilla, á la sazon los mas considerables, á su primogénito D. Sancho, y los de Leon al segundo, llamado D. Fernando. Mas habiendo recaido los primeros el año 1217 en Berenguela la Grande, esposa de Alfonso IX, rey de Leon, volvieron á reunirse ambas coronas en Fernando III el Santo, hijo de estos, en 1230. Por haber este gran monarca poseido antes á Castilla que á Leon, le dió la preferencia, así en los dictados como en el blason, lo que se observa aun en el dia. Llegó por fin el glorioso reinado de Isabel la Católica, y con él la época de la grandeza y del poderío de España, pues por su matrimonio con el príncipe de Gerona D. Fernando, se incorporó á la corona de Leon y Castilla la de Aragon, que se componia, ademas del reino de este nombre, de los de Valencia, Sicilia, Mallorca y del condado de Barcelona. Las córtes del reino, reunidas en 1469, acordaron que Isabel y Fernando tuviesen igual autoridad, que firmasen ambos todos los instrumentos públicos, que llevasen los mismos títulos y un mismo blason compuesto de los cuarteles de Castilla, Leon, Aragon y Sicilia, dando siempre el lugar preferente á los primeros como de reinos mas antiguos. En 1492, cuando estos belicosos príncipes espulsaron de España á los árabes, añadieron á su escudo una granada, como divisa del reino de este nombre, último que poseyeron aquellos. La temprana muerte de su primogénito D. Juan puso sus coronas en la cabeza de doña Juana, apellidada la Loca, en 1504 y 1516, la que por su casamiento con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de Flandes y gran maestre del toison de Oro, unió estos á sus antiguos estados, y aumentó con las respectivas armas de cada uno de ellos el escudo real de España. Felipe fué el tronco de la casa Austriaca-Española, y padre del célebre Cárlos V. Elegido éste emperador de Alemania, añadió los dilatados estados de este nombre y la mayor parte del Nuevo Mundo á sus antiguos dominios. Por esto puso por *soporte* á las armas de España el águila negra de dos cabezas, insignia del imperio, y añadió como *empresa* las columnas de Hércules con el mote *plus-ultra* en alusion al descubrimiento y conquista de América. Felipe II, su hijo y sucesor, usó las mismas armas, aunque eliminó la águila imperial, y añadió en 1580 las de Portugal, reino que adquiriera por derecho de herencia y de conquista. Su biznieto Cárlos II, último vástago de la raza austriaca, habiendo reconocido la independencia de Portugal, que se habia rebelado en tiempo de Felipe IV, dejó, como era natural, de usar la enseña de este reino. La vida de este imbécil monarca terminó con el siglo XVII, y la circunstancia de no haber dejado hijos dió lugar á la desastrosa guerra de sucesion que tuvo por resultado el advenimiento al trono español de Felipe V, duque de Anjou, hijo segundo del Delfin de Francia, y nieto de María Teresa de Austria, hija de Felipe IV. Desde entonces figuran en las armas de España las tres lises de la casa de Borbon. Cárlos III, hijo de Felipe V, alteró por última vez el blason real, acrecentándolo con los cuarteles de Parma y Toscana (ó sea los de las familias de Farnesio y Médicis), estados que poseyó por los derechos que le transmitió su madre doña Isabel de Farnesio. La casa de Borbon es aun la reinante en España, siendo Isabel II el sétimo monarca de tan ilustre dinastia, y tataranieta de Felipe V.

(1) «...... ...los homes sábios é entendidos catando el pro comunal de todos é conosciendo que esta particion non se podria facer en los reynos, que destruidos non fuesen segun N. S. J. C. dijo que todo reyno partido seria estragado, tovieron por derecho que al señorio del reyno non lo oviese sinon el fijo mayor despues de la muerte de su padre........«E por escusar muchos males, que acaescieron, é podrian aun ser fechos, pusieron que el señorio del reino heredassen siempre aquellos que viniesen por la liña derecha. E por ende establescieron, que si fijo varon hi non oviesse, la fija mayor heredasse el reino»..... Segunda partida, título XV, ley II.

(2) Para probar que los reyes modernos de España provienen de Pelayo, inserta el erudito marqués en su advertencia núm. 187 á la historia general del P. Mariana, la genealogía siguiente, que no nos ha sido dable averiguar en qué datos se funda:—«Hubo dos Bermudos: el primero fue hijo de D. Fruela, hermano de Alfonso el Católico; y de este D. Bermudo pensó Morales, y despues Duchesne, que era hijo don Ramiro; y así es muy claro que hubiera faltado la sangre de Pelayo en don Ramiro y reyes siguientes, porque descenderian del hermano de un yerno de D. Pelayo, que no tenia con él parentesco alguno de consanguinidad. Pero este Bermudo, hijo del príncipe D. Fruela y sobrino de D. Alfonso el Católico, no tuvo hijo alguno. El segundo Bermudo es biznieto de D. Alfonso el Católico, que de su mujer Hermesinda, hija de D. Pelayo, tuvo al rey D. Fruela I: éste tuvo dos hijos, á D. Alfonso el Casto y al infante D. Fruela: D. Alfonso el Casto no tuvo hijo alguno: su hermano D. Fruela tuvo por hijo al príncipe D. Ramiro, por donde se vé que va corriendo la sangre de Pelayo en nuestros reyes.»

(3) Belay el Rumi, ó sea Pelayo el Romano, quiere decir que pertenecia á la raza de los antiguos españoles ó solariegos, á diferencia de los godos, como se llamaban aun en el siglo VIII los que descendian de estos conquistadores. Era hijo de Favila, duque de Cantabria, y de una señora que se dice hermana del rey Rodrigo, llamada por algunos *Luz*. En cuanto al nombre de su abuelo difieren los historiadores, señalando unos al rey *Chindasvinto*, otros á *Recesvinto*, y otros con mas acierto á *Veremundo*, duque de Cantabria.

(1) Fernando el Grande era cuarto nieto de *Iñigo-Arista*, conde de Bigorre y fundador del reino de Navarra, llamado por algunos Reino Pirenayco.

Esplicacion del grabado.—El nombre de cada rey va escrito en una tarjeta circular, fijada cada una en la correspondiente rama del gran árbol, cuyo tronco nace en Covadonga. Ademas va escrito en cada círculo en cifras romanas el número que corresponde á cada rey en la sucesion general, y en arábigas el año de J. C. en que tuvo lugar su advenimiento al trono, y el número que le toca entre los del mismo nombre. Tambien van allí escritos los dictados y sobrenombres con que la historia distingue á cada uno, y sus respectivas consortes. Cuando el monarca usurpó la corona, lleva las iniciales R U, y cuando abdicó una A. De cada tarjeta circular salen tantas ramas cuantos hijos tuviese el en ella escrito que hayan ocupado el trono, escluyendo á los demas, escepto aquellos que es necesario mencionar por ser ascendientes de reyes, cuyos nombres van escritos en tarjetas cuadradas, pero sin número alguno. Cuando algun monarca varió de dictados, bien por aumentar sus dominios ó pertenecer á distinta prosapia que su antecesor, se espresa en otra tarjeta cuadrilonga que va debajo de la circular, la que rige para sus sucesores hasta que ocurre otra alteracion. Tambien las insignias ó blasones van señalados siempre que se mudaron ó acrecentaron. Como nuestros reyes descienden unos de Pelayo, y otros de Pedro, duque de Cantabria, fué necesario poner dos troncos. Para mayor claridad hemos dispuesto el siguiente

RESUMEN *de la genealogía de los reyes de España por las líneas de Oviedo, Leon y Castilla.*

Razas ó dinastías.	N.º de reyes que produjo cada una.	Años de C. en que empezaron.	Años en que terminaron.
1.ª Asturiana ó de Pelayo.....	7	718	843
2.ª Cántabra ó del duque Pedro...........................	18	768	1069
3.ª Navarra ó de Iñigo-Arista, conde de Bigorre............	4	1037	1126
4.ª Borgoñona ó del conde Raimundo......................	19	1126	1504
5.ª Barcelonesa ó del conde Wifredo el Velloso..........	2	1469	1555
6.ª Austriaca ó del archiduque Felipe el Hermoso..........	5	1555	1700
7.ª Borbónica ó del duque de Anjou Felipe V...............	7	1700	»

Nicolás CASTOR de CAUNEDO.

JUAN BAUTISTA MONEGRO.

Juan Bautista Monegro, insigne escultor y arquitecto, nació en Toledo, como dicen Llaguno y Cean: no se sabe la época de su salida al mundo, ni tampoco quiénes fuesen sus padres, aunque se sospecha pudo haber sido hijo del arquitecto Alvaro Monegro, que se encargó de la obra de cantería en la nueva capilla de Reyes, que por el de 1531 se construyó en la catedral de Toledo, con aprobacion de Cárlos V. Monegro se dedicó á la escultura y arquitectura, distinguiéndose muy pronto en ambas artes, tanto, que fué llamado de órden de Felipe II para hacer las siete estátuas colosales que estan colocadas, una en la fachada principal, y las otras en la de la iglesia del suntuoso edificio del Escorial, cuyo trabajo acabó Monegro el 1584. El 1587 fué nombrado por el mismo Felipe II aparejador de las obras del alcázar de Toledo, que se estaba por entonces reedificando, habiendo fallecido Diego Alcántara, que tenia ese encargo con sueldo de 100 ducados al año, y á mas 7 reales diarios, y con este destino dirigió las obras del citado alcázar, que lentamente se construian con diseños de Juan de Herrera, Jauba, Lizargarate y otros, supliendo por él muchas veces Andrés Montoya, ayudante que se le dió posteriormente en atencion á su avanzada edad.

Desde Toledo volvió al Escorial á esculpir las otras cuatro estátuas de los Evangelistas que estan en medio del cláustro principal del convento, y habiéndose perdido en el ajuste, y recurrido al rey, mandó este en 1593 se le abonasen 300 ducados, en atencion á su mérito y mayor coste que habian causado.

Todas estas obras, en que dió á conocer Monegro su grande habilidad, le acreditaron mas y mas, tanto, que habiendo quedado vacante la plaza de maestro mayor de la catedral de Toledo, por muerte de Nicolás de Vergara, el cabildo le nombró inmediatamente el 29 de diciembre de 1606 para ella, y tambien para el cargo de escultor. Cuando esto sucedió se trataba de la construccion del nuevo sagrario en esa catedral, cuyo diseño habia hecho el citado Vergara, el cual dió principio á la obra, colocándose la primera piedra en 23 de junio de 1595. Caminaba esta obra con tanta lentitud, que por el de 1610 solo estaban construidos los muros del cuadrilongo. En este año era ya prelado de esa iglesia el cardenal Sandobal y Rojas, quien pidió ese sitio para su enterramiento, y concedido por el cabildo, tomó á su cargo la conclusion de la capilla del Sagrario, mas rica y costosamente que se pensó en un principio, valiéndose para la nueva idea y direccion de toda la obra de Juan Bautista Monegro, ya maestro mayor de la catedral. Este hizo nuevos diseños con arreglo á las grandiosas ideas del cardenal, y para satisfaccion del cabildo dió una certificacion firmada de su puño, y autorizada por escribano, de la mayor utilidad y ningun peligro que resultaba de secundar en un todo los deseos del prelado, en la construccion de la capilla, y en virtud de eso, satisfecho el cabildo, se empezó la obra, ajustando Monegro el asiento de los mármoles con Bartolomé Abril y Juan Bautista Somoza, prévias las condiciones, que firmadas por ellos y Monegro, constan en un documento que está en el archivo de la obra y fábrica de la catedral. Se concluyó esta suntuosa capilla el 1616, y su construccion rica y elegante hará siempre honor á Monegro. Para la traslacion de la santa imágen á su nueva morada se dispuso una solemne procesion, á la que asistieron Felipe III y toda la corte. Era preciso subir y bajar cuestas, y para conducir la imágen ideó el mismo Monegro un carro ó máquina, sobre la cual fuese recta sin ladearse en la declinacion de las calles (1).

Siguió luego este artista en la direccion de lo que comprendia el nuevo sagrario, como son el patio y casa llamada del Tesorero, sacristía mayor y demas piezas adyacentes, que se finalizaron por el de 1618. No así con la pieza llamada el ochavo ó relicario, que Llaguno atribuye igualmente á Monegro, pues este no hizo nada en ella, dejándola en el propio estado que quedó al fallecimiento de Nicolás de Vergara, que habia planteado la fábrica, y se vino á concluir en 1653 guiándose por diseños de Teutocopuli y otros arquitectos. Igualmente se equivocó ese autor en decir que eran obra de Monegro las estátuas de mármol que están en el trascoro, y la de San Julian Arzobispo, que está colocada en el puente de San Martin, pues las primeras son obra de Nicolás de Vergara el mozo, su antecesor en el cargo de maestro mayor, y la segunda es escultura del insigne Berruguete.

Con el buen desempeño de las obras que hemos dicho hizo el cardenal Sandoval la mayor confianza en el arquitecto Monegro y le encargó la construccion de otros edificios de consideracion, tal como la iglesia de las monjas Bernardas de Alcalá de Henares, fundacion del mismo prelado, la de Santa Clara de Jaen, y la capilla de la Concepcion en la parroquia de la Guardia, que costeó D. Sebastian de Huerta, racionero de Toledo (2) y secretario de cámara del arzobispo.

Ademas de esto ejecutó otras obras de menos consideracion en Toledo, tales como la capilla de San José, con sus retablos, que mandó construir el venerable Martin Ramirez de Zayas, y los retablos de la iglesia del convento de Santo Domingo el antiguo, que se habia construido nuevamente, y adornado por disposicion de la noble señora doña María de Silva. Tambien le atribuye Llaguno la capilla del palacio arzobispal de Ventosilla.

En sus últimos años gozó Monegro de poca salud, y aunque enfermo vivia en Toledo en 1621, falleciendo en 16 de febrero de ese año. Otorgó su testamento en 12 de diciembre del año anterior, dejando por heredera á su muger doña Catalina Salcedo, que falleció en 14 de marzo del mismo año, y cuya partida de entierro, que no transcribió Llaguno en sus apéndices como lo hizo con la de Monegro, dice así: al folio 6 del libro de partidas de la parroquia de San Lorenzo, que empezó el 1620: *El 1621 murió la muger de Juan Bautista Monegro en 14 de Marzo, hizo testamento. Albaceas Cristobal de Toledo y Blas Gomez. Llevó los sacramentos. Enterróse en la sacristía. Dió de la cuarta de misas, doscientas y cincuenta.*

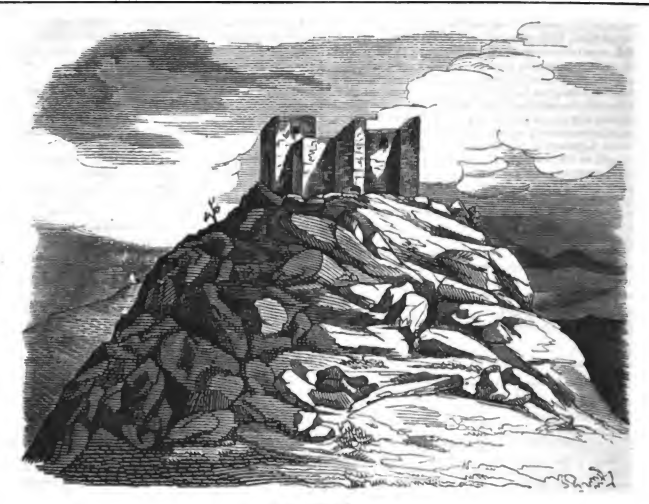
Tanto Monegro como su mujer en 18 dias de febrero de 1605 fundaron en la parroquial de san Lorenzo de esta ciudad una capilla nombrando para primer capellan á Francisco Salcedo, sobrino de la doña Catalina. Ademas pensó se edificase una capilla en la misma parroquia para su enterramiento, y cumplimiento de las cargas de la memoria que fundó. Esta capilla se hizo despues de la muerte de ambos cónyujes, en lo que antes era sacristía, y en la cual yacen sepultados.

De este insigne y celebrado artista dice Llaguno que fué gran matemático y noticioso de las antigüedades de Toledo. El P. Sigüenza, á quien transcribe Cean hablando de él en la descripcion del Escorial, le «apellida escelente artista, *de quien hiciera mas caso la antigüedad: »y aun España si fuese Italiano ó venido de Grecia...* En otro lugar, »*Que las estátuas* (ya dichas del Escorial) *están tan bien acabadas que »se pueden comparar con lo mejor de la antigüedad*, y todos los demas escritores que con algun motivo le nombran, no pueden menos de tributarle el elogio, de haber sido un escelente artífice, y de lo mejor de su época.

N. MAGAN.

(1) El mismo Monegro escribió luego una descripcion artística de esta capilla que imprimió luego el Licenciado Pedro Herrera el 1617 en la obra que compuso con motivo de la dedicacion y fiestas que se hicieron para la traslacion de la imagen.

(2) Cean le llama por equivocacion Sebastian de Herrera, y dice fué canónigo.



San Nicolás.

Próximo á desaparecer, por su estado ruinosísimo, el edificio que representa el grabado que va á la cabeza de este artículo, nos ha parecido conveniente hacer mencion de él en nuestro SEMANARIO, sino por su merito artístico, por lo menos porque recuerda una de nuestras pasadas, glorias, pues que sirvió de punto de apoyo para la conquista de Denia y de albergue, en el largo tiempo que duró la misma, al ejército del Rey Don Jaime.

Encomendada, aquella, á su famoso Capitan Pedro Carrós, de quien publicamos algunos apuntes biográficos en uno de los números anteriores, puso cerco á la citada poblacion y á su inespugnable fortaleza, y asi que reconoció los puestos inmediatos, sentó sus Reales en el Montecillo, conocido vulgarmente por de San Nicolás, sitio muy á proposito para el caso, por su aislamiento y elevacion por lo penoso y difícil de su súbida, por estarle batiendo el mar por uno de sus lados, por distar solo dos mil pasos de Denia, por el grande y despejado horizonte que se descubre desde su cima, y en fin porque desde la época de los romanos y de otra algo posterior, existian, un bien conservado aljibe, las ruinas de una atalaya y las de un Convento de Benitos.

Calculando, el Capitan Carrós, todas estas circunstancias y ventajas, se aprovechó de ellas, y tanto para que no estuviese ocioso su ejército, como para ponerlo al abrigo de la intemperie, porque el sitio se prolongaba demasiado, á causa de que Zaen, Rey moro de Denia, contaba con grandes elementos de resistencia, hizo que dicho ejército construyese, segun se realizó en poco tiempo, el edificio que describimos, que es un Castillo cuadrilátero, con una buena torre cuadrada á cada una de sus esquinas y con cuatro lienzos que unen y ligan aquellas entre sí, quedando, en el centro una espaciosa plaza de armas; obra, toda, de mampostería, con sus troneras correspondientes, altas y bajas, en donde se fortificó, y desde cuyo punto estrechaba á los sitiados, hasta que por fin, en mil doscientos cuarenta y cuatro, se apoderó de Denia, llevándolo todo á sangre y á fuego, si bien los Moros que pudieron replegarse á la fortaleza, capitularon con Carrós, quien les permitió se retirasen á Alicante, sacando la ropa de su uso y dos sueldos de moneda cada uno.

El Rey Don Jaime, desembarazado de las graves atenciones que le rodeaban en Valencia, vino á Denia en mil doscientos setenta, y entre otras cosas reconoció el montecillo de San Nicolás y el Castillo construido en su cima por el Capitan Carrós, y viendo cuán importante era este para la defensa de su nueva poblacion y para guarda del paso forzoso por aquella parte de la Costa y Marina, fundó allí mismo, á la falda de la colina hácia el mar, un lugarejo que llamó *Olimbroy*, del que solo quedan un monton de escombros y un aljibe inútil; habiéndose despoblado, dicho lugarejo, por su inmediacion á otros mejores y por la paz tan larga y duradera que hubo, por fortuna, en nuestra España.

Despues de tantas y tan varias vicisitudes, quedó convertido, con el transcurso del tiempo el Castillo de Carrós en Ermita dedicada á San Nicolás, hasta que arruinados algunos techos y parte de los paredones y torres del edificio, por su poca solidez, efecto de la prisa con que se construyó este y de las manos inespertas que lo verificaron, fué preciso abandonar la recordada Ermita; y asi es que desde entonces, únicamente, es visitado aquel por algun curioso y por los pastores de los contornos al ir á apacentar sus ganados, no habiendo faltado sugetos de gusto, entre ellos algunos ingleses, que habrian adquirido el pintoresco monte de San Nicolás para convertirle, como podria hacerse á muy poca costa, en un paraje de recreo de los mas amenos y deliciosísimos.

REMIGIO SALOMON.

DOLORES.

CAPITULO II.

DON JUAN II Y SU CORTE.

Terminada que fué la augusta ceremonia, y mientras el tierno príncipe D. Enrique, ya miembro de la iglesia, dormia apaciblemente en los brazos de su escelsa madre, que aun no dejaba su cámara, la nobleza mas brillante de Castilla llenando los salones de la real morada, se apresuraba á felicitar al venturoso padre, cuya sincera y espansiva alegría no podia dejar de comunicarse á sus ilustres cortesanos.

Veinte años contaba solamente aquel monarca, y su afabilidad y agradable fisonomía le atraian el afecto de aquellos mismos que se hallaban menos dispuestos á sentir por él la consideracion y el respeto que como á soberano le debian. La inercia y debilidad de su carácter y el desmedido favor que dispensaba á D. Alvaro escitaban, como era consiguiente, ostensible descontento en sus mas grandes vasallos; pero toda clase de desavenencias y de quejas parecia olvidada

en el fausto dia de que hablamos, siendo el júbilo y la esperanza los únicos sentimientos que animaban á todos.

El rey se gozaba observándolo, y recorria ufano las salas de su palacio por entre la multitud de caballeros y damas, á quienes dirigia de continuo frases lisonjeras y cariñosas.

—Vuestro tocado es admirable, decia alargando su diestra á la bella esposa del condestable. Ese brocado verde con estrellas de plata os sienta á maravilla, y si produjese flores la estacion en que estamos, las mas encendidas rosas y las azucenas mas cándidas se marchitarian avergonzadas al verse vencidas por los colores que ostentais en el rostro.

Impaciente estoy porque llegue el momento de comenzarse las justas: añadia volviendo sus halagüeños ojos al jóven heredero de la ilustre casa de Hurtado de Mendoza: sereis de los mantenedores segun tengo entendido, mi buen Ruy Diaz, lo cual equivale á decir que veremos tan mal parados á muchos de los contendientes como lo quedó el embajador de Portugal en el último torneo. ¡Valiente bote le disteis! Yo espero que me concedereis el gusto de preferir hoy el magnifico alazan siciliano, que me ha regalado mi primo el rey de Aragon, á vuestro revoltoso tordillo árabe: aquel no ha sido todavia regido por ninguna mano castellana, y me place que sea la vuestra la primera.

Antes que pudiera tributarle gracias el que tal obsequio recibia, se apartaba presuroso el rey para cumplimentar al bizarro caballero Rodrigo de Narvaez, que hablaba en aquel instante con el doctor Diego Rodriguez.

—Mucho me agrada que hayais venido á participar de nuestros regocijos, le decia: pero no puedo menos de decir allá en mis adentros que por suntuoso que sea el banquete á que tenemos el gusto de convidaros, ha de pareceros menos satisfactorio y honorífico que el que celebrásteis en honor nuestro y del Infante nuestro escelente tio, cuando tomásteis posesion del gobierno de Antequera. La sombra que os prestaban aquel dia las banderas conquistadas debió seros mucho mas grata que la que gozais ahora bajo nuestro régio techo; y ningun vino os presentaremos que pueda saberos tan bien como aquel que os suministraron para brindar por la gloria de Castilla las propias viñas de los moros.

Terminando tan lisonjeras palabras saludaba el rey en latin al doctor Diego Rodriguez, y corria á asirse del brazo de su primo el Infante D. Juan, no sin echar un piropo de paso á una de las hermosas hijas del señor de los Cameros, recien casada entonces con su Alférez mayor Avellaneda.

Hablaba familiarmente con el Infante sobre caza y montería, sin dejar por eso de atender á cada uno de los que llegaban á cumplimentarle, teniendo para todos palabras oportunas y corteses, que probaban que si la naturaleza no le habia dispensado altas cualidades de príncipe, no le negára al menos las de discreto y galan caballero.

Entablaba con los prelados graves y eruditas pláticas; se entretenia con los mancebos en conversaciones de amores y de torneos; daba zumbas sobre sus ciencias ocultas á D. Enrique de Villena, encargándole jovialmente sacase el horóscopo del recien nacido príncipe, y se interrumpia de vez en cuando para sermonear severamente al brillante conde de Niebla, por el abandono de que se quejaba su consorte doña Violante, desgraciada beldad que no habia logrado fijar el voluble corazon de su esposo ni con las gracias de su figura, ni con las virtudes de su alma, ni con el brillo de su cuna régia (1).

En medio de todo no echaba en olvido á su privado: trataba con él de trovas y de música, pues ambos se preciaban de hábiles en rimar y en tañer la vihuela, y terciaba en aquella conversacion el apuesto Rodrigo de Luna, sobrino del Condestable, jóven de 18 años, de mediana estatura, bellas proporciones, ojos negros y rasgados, delicada tez, ensortijados cabellos y muy graciosos modales. Era tambien alumno de la *gaya ciencia*, y por esto como por su parentesco con D. Alvaro, alcanzaba del rey particular distincion, que sabia justificar mostrándole tanto afecto como deferencia y respeto.

Nada agradaba tanto á D. Juan II de Castilla como hablar de poesía, mayormente si tenia por oyentes á su muy querido Condestable y al amable deudo de aquel valido; pero en el dia que nos ocupa sabia violentarse abreviando aquellas dulces conferencias para no disgustar á su córte, y ora se acercaba al conde de Medinaceli, ora al de Benavente; aqui informándose de la salud del Maestre de Calatrava que aun se hallaba convaleciente de unas cuartanas; allá chanceándose con D. Pedro Hernandez de Velasco que parecia algun tanto meditabundo y mohino. En efecto, los aprestos de guerra que hacia el rey de Aragon contra Castilla, mientras el monarca castellano solo pensaba en divertirse, traian pensativo al camarero mayor, hombre en quien el esfuerzo siempre se hermanó con la prudencia. Aunque el Infante don Juan permanecia cerca de su escelso primo, y no aspiraba á mas que á derrocar á D. Alvaro y á alzarse con el poder que este ejercia casi esclusivamente en aquel reino, su hermano Alonso V, cansado de reclamar en balde la libertad de D. Enrique de Aragon, preso hacia mas de dos años en el castillo de Mora, se preparaba á vengar con las armas el rigor usado contra un príncipe á quien le unian tan estrechísimos vínculos; bien porque le lastimase realmente su desgracia, no obstante haberla merecido, bien que exacerbado el aragonés por sus recientes desastres en Italia, buscase en quien desfogar los enojos de sus fallidas esperanzas. Como quiera que fuese, poco se curaba el castellano de todo aquello, mayormente cuando solemnizaba el nacimiento y bautizo de su heredero, y veia lleno de satisfaccion que un gozo sincero y franco unia en torno suyo á tantos magnates turbulentos cuyas ambiciones y discordias, que iban convirtiendo su córte en un campo de batalla, parecian calmarse en aquel próspero dia, dejándole en libertad de creerse el mas feliz de los hombres y el mas venerado de los príncipes. D. Juan II, que jamás dejaba de bostezar grandemente siempre que se le hablaba de asuntos graves del estado, se hubiera enojado hasta el punto de no perdonar nunca, si alguno hubiera tenido la inoportunidad de mencionar aquel dia la menor cosa que tuviese relacion con el gobierno y los intereses públicos; y conociéndolo así su camarero D. Pedro Hernandez de Velasco, prefirió atribuirse una terrible jaqueca, á confesar indiscretamente que le asaltaba un pensamiento grave en presencia de la imprevision y regocijo de su jóven amo.

Este, por instantes mas complacido y jovial, continuaba entreteniéndose con sus cortesanos, procurando dejar satisfecha la vanidad de cada uno, pero particularizándose de notable modo con una persona cuyo adaparente favor en aquel dia causaba placer á unos, recelos á otros, y miracion á todos. El conde de Castro era objeto, á no dudarlo, de preferentes atenciones, y pocos minutos antes de sentarse á la mesa el rey D. Juan con sus ilustres convidados, se le vió conversar familiarmente con aquel personaje en el hueco de una ventana donde se habian retirado, pudiendo observar todos que era su alteza quien mas gasto hacia en la plática, tomando en ella vivísimo interés. Aquella conferencia que no pudieron oir los cortesanos, vamos nosotros á referírsela á los lectores, en términos muy semejantes á los que debieron emplearse entre nuestro buen Adelantado y su augusto interlocutor.

—Muy complacido estoy, dijo el rey, de haber contraido con vos un parentesco espiritual que nos una mas desde este dia. Dícenme algunos que sois mas adicto á mis primos de Aragon que á mí que soy vuestro príncipe; pero no temais, querido Sandoval, que os haga un cargo por ello. Os criásteis desde niño en la casa de mi buen tio D. Fernando; nos hicisteis durante mi minoría y su tutela señalados servicios que él os recompensó debidamente; le seguisteis á Aragon cuando la Providencia le deparó aquel trono en premio de sus virtudes, y considero muy justo que muerto el Rey, favorecedor vuestro, conserveis por sus hijos los sentimientos de adhesion y gratitud propios de un corazon generoso. Pésame, sin embargo, que por ser sobrado adicto al infante D. Juan participeis de algunas de sus infundadas prevenciones contra personas que me son queridas, y quisiera á fuerza de mercedes identificaros con mi persona y con mis intereses, de tal modo que ningun amigo mio dejára de serlo vuestro.

Señor, le respondió el conde, V. A. me honra en gran manera al espresarse así; mas crea que no necesita obligarme con nuevos favores para estar seguro de mi profunda lealtad y respetuoso afecto. El Infante mi señor, súbdito como yo de V. A, no tiene tampoco otros deseos que los que convienen á vuestra gloria y prosperidad de vuestros reinos; y siendo esto así los intereses de V. A. y los de su augusto primo no pueden ser diferentes. Por ellos he trabajado hasta aqui, y lo haré lo mismo en adelante, como buen vasallo y servidor agradecido.

—No me quejo ahora de D. Juan de Aragon, repuso el rey algo desconcertado: tengo bien presente que desaprobó la conducta criminal de su hermano Enrique, cuando por medio de escándalos y violencias pretendió esclavizar mi espíritu á su opresora influencia: no he olvidado, conde de Castro, que el Infante vuestro amigo tomó entonces las armas para defender mi persona y hacer respetar mis derechos; pero tambien sé que quisiera imponerme como un yugo eterno el precio de aquellas acciones, y que juzgándose digno únicamente de mi favor real, mira con malos ojos á cuantos me merecen aprecio. Por eso os he dicho que me pesa participeis vos de sus injustas prevenciones, y que deseo dispensaros tales pruebas de mi cariño y de la estima en que os tengo, que no podais en lo sucesivo abrigar ningun sentimiento que no sea conforme con los mios.

El adelantado hizo una rendida reverencia y tartamudeó una frase que no decia nada, pues el gallardo y belicoso señor de Castro-Xériz no se distinguia por lo elocuente, y aun parece que rayaba en el estremo contrario, no solo por escasez de verbosidad, sino tambien por cierto embarazo natural de su lengua, que hacia, segun la espresion del coronista, que fuese su habla *algun tanto confusa y vagarosa.*

(1) Doña Violante, condesa de Niebla, era hija de D. Martin, Rey de Sicilia, habida fuera de matrimonio.

D. Juan II, sin embargo, se dió por satisfecho con la respuesta que no habia entendido, y prosiguió diciendo con tono afectuoso:

—Muchas pruebas teneis ya recibidas de la valía en que os tengo, mi buen Adelantado, pero quiero que reputeis como la mayor lo que ahora voy á declararos. He elejido esposo á vuestra hija mayor, y así como habeis tenido la honra de sacar de pila á nuestro Enrique, así tendremos la satisfaccion la reina y yo de acompañar al altar á vuestra hermosa Dolores.

D. Diego esta vez no tartamudeó siquiera: la sorpresa que le causó tan honorífica como inesperada manifestacion, le dejó mudo completamente. El rey añadió:

—Id á comunicar á vuestra esposa mi nueva merced, advirtiéndola que antes de que salgais de mi morada os presentaré yo mismo al yerno que os he escogido, y que es tal como conviene al mejor servicio mio y conveniencia vuestra.

—V. A. me confunde con tantas bondades, pudo al fin articular el conde, y mi mayor placer será manifestar mi perfecta obediencia, persuadido de que vuestro real ánimo se hallará muy distante de querer sea violentada la voluntad de mi hija.

—Podeis estar tranquilo respecto á eso, respondió el soberano sonriéndose: mi eleccion está de acuerdo con la que en secreto ha hecho ya la interesada: el marido que la doy es el que ella os pediria, á mas de ser el que cumple mejor á vuestro provecho. En esta seguridad no retardeis á doña Beatriz la alegria de saber lo que habemos concertado, y espresadle bien que el nuevo hijo que le ofrezco es persona tan allegada á mí, tan de mi casa, que ninguna otra encuentro mas merecedora de mi afecto y de vuestra estimacion.

Al terminar estas palabras se apartó el Rey de la ventana con aire satisfecho, dejando al Conde de Castro tan confuso como maravillado. Obedeció, no obstante, la orden dada por su Alteza, y hablando en secreto con su mujer la refirió la conversacion que acababa de tener. La sorpresa de doña Beatriz de Avellaneda dió lugar prontamente al regocijo. ¡El mismo rey escogia esposo á su hija! Esto era ya señalada honra; pero lo que la orgullosa matrona rumiaba allá en sus adentros, con cierta ufanía que se le retrataba en el semblante, eran aquellas notables palabras: —*el hijo que os doy es persona tan allegada á mí, tan de mi casa, que á ninguna otra veo mas digna de mi afecto y de vuestra estimacion.*

¿A qué altas esperanzas no prestaban cimiento tales espresiones de rey? ¡Una persona de su real casa! ¡una persona muy allegada á la suya augusta! ¡una persona la mas digna de su afecto!... Doña Beatriz pesaba en la recta balanza de su buen juicio cada una de aquellas palabras, y no pudo menos de hallarles grandísima valía, abandonando su alma á las mas lisonjeras y altivas presunciones. ¡Un deudo del rey era indudablemente el destinado para marido de Dolores! La condesa se fijó en esta idea. Si el Infante D. Juan hubiese sido soltero en aquel entonces, doña Beatriz se hubiera persuadido de que le cabia la alta honra de tenerlo por yerno: si su hermano D. Pedro no se hallase ausente de Castilla, en él habria pensado la soberbia condesa; pero no pudiendo por las antedichas circunstancias remontar á tanta elevacion sus alegres esperanzas, pasó revista en su alma á todos los deudos del monarca, y no le quedó duda de que, á mal librar y fijándose modestamente en lo menos posible, el individuo que iba á entrar en su familia debia ser alguno de los nietos del almirante D. Alonso Enriquez, primo del rey y el mas opulento magnate de Castilla.

No desagradaba en manera alguna á la condesa un enlace ordenado por el monarca con aquella casa poderosa; y si bien es verdad que hasta aquel momento se habia mostrado propicia á la inclinacion que sentia por Dolores el bizarro Gutierrez de Sandoval, sobrino de su marido, no vaciló entonces en dar señales al rey del júbilo con que habia sabido su voluntad soberana.

Comprendiólo D. Juan perfectamente, y llegado el instante de sentarse á la mesa, condujo á ella por su mano á la esposa del adelantado y la hizo colocar cerca de sí, mostrándose en todo el tiempo que duró la comida tan afable y obsequioso con aquella dama, que los circunstantes, no pudiendo formar ninguna conjetura en detrimento de su austera virtud, comenzaron á sospechar un nuevo favoritismo que debilitase la absoluta influencia ejercida por D. Alvaro hasta aquel dia. Sin embargo, el condestable, lejos de dar indicios de hallarse descontento y receloso, se asociaba á su amo con la mejor gracia del mundo, colmando de distinciones á los condes de Castro, que le correspondian con mas muestras de sorpresa que de agradecimiento.

Concluyó el banquete: la hora de comenzarse las justas se iba acercando á mas andar, y todos los caballeros cercaron al rey pidiéndole su venia para ir á prepararse al nuevo festejo. En aquel momento D. Juan II, procurando prestar á su rostro toda la magestad de que era susceptible, anunció solemnemente á su córte la alianza que habia concertado y de la que debia ser padrino, pronunciando por último el nombre que con ardiente impaciencia esperaban conocer doña Beatriz y su esposo.

Aquel nombre, articulado lentamente por su Alteza en alta voz y tono satisfecho, no fué ninguno de los que se prometia la condesa. Rodrigo de Luna era el futuro esposo de Dolores, y al declararlo el rey tomó por la mano al hermoso mancebo y lo presentó á los condes. D. Diego, todo turbado, se dejó abrazar por su presunto yerno, y correspondió con embarazadas cortesías á los parabienes que se le dirijian; doña Beatriz, mas encendida que la púrpura de su riquísimo trage, dió las gracias al Rey con singular sonrisa, y saludó al jóven Luna, clavando en el condestable una mirada indescribible, en la que se amalgamaban y confundian el odio y el desprecio, el furor y la ironía.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

MADRID EN EL AÑO DE 2851.

NUEVO PORVENIR DEL MUNDO.

(Conclusion.)

Ya temia importunar demasiado al *Cicerone* con tantas preguntas, por lo que le rogué se sirviese relatarme los puntos hácia donde caminaban los demas, segun iban pasando por delante de nosotros.

—Con mucho gusto. Seguid la direccion de mi dedo y escuchadme.

Los médicos van á la calle del *Atahud*.

Los capitalistas, banqueros y altos propietarios á la de la *Salud*, porque está demostrado que no hay mejor salud que la del dinero.

A la de la *Bola*, los mercaderes embusteros, los políticos y los que anuncian pomadas para crecer el pelo y polvos para curar todas las enfermedades.

A la de *Gitanos*, los embajadores, diplomáticos y los hombres de estado.

A la de la *Zarza*, los polizontes, alguaciles y las mujeres de vida airada.

A la de *Preciados*, los vanos, presuntuosos, los enamorados de sí mismos y las coquetas.

A la de los *Leones*, los valientes, los perdona vidas y los fanfarrones.

A las de *San José*, *San Joaquin*, *Avemaría*, etc, los hipócritas y las beatas.

A la del *Pez*, del *Rio* y de las *Aguas*, los taberneros.

A la del *Olivo*, los serenos y ladrones nocturnos, por lo que unos y otros tienen de mochuelos.

A la de la *Duda*, los enamorados, los escépticos y los escarmentados.

A las de *Cervantes*, *Quevedo* y *Lope de Vega*, los poetas, los escritores, los literatos y los novelistas. Con solo vivir en esas calles ya se figuran eclipsar los nombres de los inmortales genios de la antigüedad española; tan fáciles son de contentar los hombres de letras del siglo XXIX.

A la del *Lazo*, los que dan palabra de casamiento á los dos meses de conocer la novia, los que comunican á otros secretos en que están interesadas su honra ó su vida, los que se apasionan de unas mejillas sonrosadas por los cosméticos de Fortis, ó de una sonrisa estudiada delante del tocador, ó de una amabilidad producida artificialmente, ó de unas formas adquiridas por dinero en los comercios de la calle del Cármen.

A la de *Peligros* y á la del *Barco*, los que ni adulan al poderoso ni sacrifican su amor propio en aras de la humillacion; los que dicen la verdad á todos y prefieren la honra á la fortuna. Estos son los que navegan por el mar de los peligros y pocos de ellos son los que no se van á pique.

A los *Estudios*, los que saben hacerse ricos, porque para nosotros en eso está la verdadera sabiduría.

A la de la *Espada*, los maldicientes, los chismosos y los murmuradores, porque su lengua hace mas daño que un acero de Toledo.

A la del *Gato*, los escribanos y mas oficiales de justicia.

A la de la *Garduña*, los venteros, sastres, administradores y contratistas.

A la de la *Encomienda*, los jorobados, tuertos, cojos y patizambos, porque no es mala encomienda la que con sus achaques tienen.

A la del *Oso*, los que andan rondando balcones y paseando antesalas de magnates en busca de pingües dotes y de jugosos destinos.

A la de las *Veneras*, los fátuos y los vanidosos, los que corren tras los honores y las distinciones.

A la de la *Cabeza*, los proyectistas de hechos estupendos y los inventores de cosas inauditas: los que sueñan con descubrir el movi-

miento continuo, la cuadratura del círculo, la navegacion aérea y la cristalizacion del carbono. Como se dice de ellos que han perdido la cabeza, se les envia á la calle de este nombre para que la busquen y se la vuelvan á colocar sobre los hombros.

A la de la *Paz*, los mansos de espíritu, los cobardes, los aficionados á dirimir todas las contiendas.

A la de las *Tres Cruces* los que se casan con novia, suegra y cuñada. Para los tales el matrimonio es un verdadero calvario.

A la de la *Luna* los que se fian en las palabras del acreedor, en los juramentos de la mujer, y en las ofertas del amigo: los que piensan adquirir caudal trabajando honestamente, ó hacerse poderosos jugando á la lotería.

A la del *Caballero de Gracia* los que comen de gorro, viven de prestado y gastan de lo ajeno. En otros tiempos se llamaban caballeros de industria: hoy se les cambió su nombre en el de *Gracia*, porque por la gracia de Dios ó la del Diablo ó la suya propia, es como se sustentan y gallean.

A la de las *Conchas* los relamidos y taimados, los que á todo callan, y no dicen *si* ni *no* cuando se les pregunta.

A la del *Arenal* los que se esfuerzan por hacer buenos, morijerados, caritativos y justicieros á todos los hombres. A estos predicadores se les concede el derecho de sembrar y recojer los frutos de los arenales.

A las del *Príncipe*, *Infante* y *Reyes* los dados á frecuentar palacios, y los que en los cargos de la república ó en sus propias casas mandan como soberanos y se dan aire de altezas.

A la de las *Rejas* los que son aficionados á vivir en cárceles ó en locutorios.

A las de la *Esgrima* y *Rompe-lanzas* los duelistas, camorristas y jaraneros.

A la del *Espejo* los que se escuchan cuando hablan, los que visten guantes cuando comen, y los que no salen á la calle sino despues de dos horas de *toilette*.

A la del *Loto* los prestamistas y usureros.

A la de los *Angeles* los que estudian con objeto de saber, y los que trabajan en bien de su pátria para merecer alguna recompensa.

A *Puerta de Moros* los exactores de contribuciones y comisionados de apremios, porque esos son los únicos moros á quienes uno hace cruces cuando los ve á su puerta.

A la de la *Parada* los calmosos y flemáticos, los que por nada se alteran ni incomodan.

A la de la *Ballesta* los que todo lo preveen y todo lo adivinan, esos que ven las cosas á tiro de ballesta.

A la de la *Paloma* los que aun no llegan á la pubertad, á la del *Medio-dia* los de edad viril, á la del *Humilladero* los decrépitos.

A la de las *Beatas* las que no pudiendo ya dirigirse al mundo, por ser crecidas de años, se dirijen á Dios desempeñando el papel de Magdalenas. Tambien van á habitar la calle de este nombre.

A la de los *Negros* los que sufren la maldicion de comer el pan con el sudor de su frente. Los que trabajan seis dias á la semana con la azada en la mano, y uno con el hambre en el estómago. Los que han nacido para zafra, y no han de llegar jamás á maza.

A los *Consejos* los que se los dan á quien no los pide ó no los necesita.

A la de *Procuradores* los que toman la defensa de cualquiera, los que se despepitan por desfacer entuertos y enderezar agravios, y los que se entrometen donde no los llaman.

A la de *Embajadores* los mensajeros de buenas y malas nuevas, los casamenteros, y los corre ve y dile de las tertulias, sociedades y reuniones.

A la del *Turco* los mercaderes que ponderan la escelencia de sus géneros, las mujeres que ofrecen amor constante, y los reos que deponen en causa propia.

A la de las *Fuentes* los habladores sin tasa y los charlatanes sin medida.

A la del *Sordo* los potentados á quienes para implorar caridad se les recuerda su pasada miseria, el apóstata á quien para separar de su perjurio se le citan sus antiguas promesas, y el juez venal á quien para pedir justicia se le leen los testos de las leyes.

Aquí llegábamos y mi interlocutor descansó para tomar alientos. Entretúveme mientras tanto en examinar los vistosos y variados uniformes que ostentaba cada cuadrilla. ¡Qué estravagancia en unos! ¡Qué ridiculez en otros! ¡Qué novedad en todos! Era cosa de que mi amigo Fernandez de los Rios publicase una edicion ilustrada con 2500 láminas. Los valientes pasaban cubiertos de pieles de tigres y leones, los vanos venian vestidos de espuma, con anchisimos sombreros de papel dorado; los prestamistas traian grillos en los pies y las coquetas aspas de molinos de viento en la boca.

Picóme la curiosidad por saber á qué familia pertenecian unos que cuantos tropezaban les decian, quieras que no quieras, el origen del nombre de la calle que pisaban, las novedades del dia y la vida y milagros de todos los estantes ó habitantes de la córte: parecian muy amables y condescendientes.

—¿Quiénes son estos?

Estos amigo mio, son mis compañeros: son los que en los teatros os dan cuenta del argumento del drama que se representa, los que en las fondas se hacen amigos de todos los forasteros para acompañarlos á visitar los monumentos y edificios públicos, los que á una pregunta de tres palabras contestan con una respuesta de tres millones: son los *cicerones* espontáneos de todos los que no saben. Voy á incorporarme á ellos. A Dios amigo, si quereis volver á verme, me encontrareis en la calle de *Relatores*.

En un santiamen se plantó fuera. Viéndome solo tomé tambien la puerta y el rumbo de mi casa, adonde de un momento á otro espero que me envien la órden que me anuncie mi nuevo domicilio. Por ahora continuo viviendo para servir á Dios y á mis lectores, en la calle de Santiago, donde recibo á cualquiera hora del dia todo lo que no sea palos en las costillas y visitas de acreedores.

J. RUA FIGUEROA.



CASCADA DE CERISET.

No menos pintoresca que la vista del puente de España que ofrecimos en el número anterior, es la de la cascada de Ceriset, que vá á la cabeza de estas lineas. Este magnífico paisage, por lo quebrado del terreno, por la caprichosa caida de las aguas que con tal abundancia descienden de la altura, y por la clase de terreno y vegetacion que en él se nota, es uno de los mas notables que el viagero puede encontrar en Francia.

Escrito en el album de la señora duquesa de M. de las T. (Agosto de 1850.)

LOS POLLITOS.

¡Pio-pio-pio-pio-!
¡Ay! ¡qué chiste! ¡qué monada!
Mamá, mamá, la Pollada.—
—¡Niña, niña, no des gritos!—
—Pues ¿no vé V. los pollitos?—

—¿Dónde? ¡pues eso está bueno!
Todo Madrid está lleno:
de Palacio á Maravillas,
de Avapies á las Vistillas,
de san Gerónimo al Rio.
¡Pio-pio-pio-pio-!

—

—¿Y son muchos?—¡Pues ya es obra!
No hay otra cosa de sobra
en las casas y en la calle.
El sastre les hace el *talle*,
y la *talla* el zapatero;
el pobrecito barbero
es quien no les hace nada.
La melenita rizada;
voz de duende con catarro;
en la boca gran cigarro;
el gesto de dengue y ascos;
en el bolsillo y los cascos
un tristísimo vacio.
¡Pio-pio-pio-pio!—

—

Si se junta una docena.
¡Dios nos la depare buena!
¡qué chillidos, qué algazara!
La lengua se les dispara:
—«Yo muchachos, ya galleo.
«¡Si lo veo y no lo creo!
«ayer solté el cascaron,
«y hoy ya no tengo leccion.»
—Pues yo voy solito al Prado,
«y solito estoy sentado.—»
—¿Me viste ayer con la Paca?
«pues le enseñé la petaca
«que ha desechado mi tio,»
¡Pio-pio-pio-pio—!

—

Y cuando andan en cuadrilla,
y sueltan la taravilla,
diz que se cuentan conquistas,
y amorios y entrevistas;
y hasta se jactan de acciones
de gallo con espolones.
Y quitarán honra y fama
á la mas honesta dama
en medio del prado á gritos.
¡Y echan tambien sus ajitos!
Y uno refiere un asunto
en que estuvo... casi á punto...
¡Pobre pollo casquivano!
y se dejó de secano
tierra muy de regadio.
¡Pio-pio-pio-pio!

—

!Ay! ¡qué pollitos!—¡Oh España
¿Y gente de esta calaña
ha de labrar tu ventura?
¿Qué dirá la edad futura,
al ver que empolló Madrid
huevos de casta del Cid,
y sacó pollos Babiecas?
¡Qué mano para echar lluecas!
Mas pues tú te los criaste,
y tal semilla sacaste
del plantel de tus escuelas,
sarampion y viruelas
te envie Dios por rocío!
¡Pio-pio-pio-pio—!

El Estudiante.

—

La Gazmoña murmuradora.

—

Cancion.

Doña Tadea
reza el rosario,
y á un relicario
Mil besos dá;
Pero murmura
con santo celo,
angel del cielo
luego será.
Sale del templo
muy compungida,
pero de vida
no mudará.
A un matrimonio
tiene enredado:
mas no ha pecado
ni pecará.
Súbese al cuarto
de la vecina:
¡Gracia divina
qué tajos dá!
No hay en el barrio
pura doncella,
fea ni bella,
de un año acá.
Duro en el vicio
doña Tadea,
córte y aldea
se van allá:
Todo invadido
lo tiene el diablo...
en un retablo
os veo yá.

Eugenio de Tapia.

—

El secreto de muchos complots y revoluciones se halla revelado por la respuesta profunda á la par que sencilla que dió un caudillo al presidente del consejo de guerra que le iba á juzgar.

—¿Quienes eran vuestros cómplices? le preguntó el presidente.

—Vos mismo, si hubiera yo triunfado.

—

Complaciase Francklin en repetir una observacion que le habia hecho su negro, á quien habia esplicado, estando en Lóndres, lo que era un caballero.—«Amo, le decia el Africano, todo trabaja en este pais: trabaja el agua, el viento, el fuego, el humo, el perro, el buey, el caballo, el hombre, todos escepto el cerdo, que come, bebe, duerme y no hace nada en todo el dia; luego el cerdo es el solo caballero de Inglaterra.

—

Annibal Carrache, decia que «los poetas pintan con la palabra, y los pintores hablan con el pincel.»

—

Para los hombres de estado, un juramento es primero una moneda de oro que se subdivide en monedas de plata, las cuales se subdividen despues en monedas de cobre... y así sucesivamente hasta que llega á carecer totalmente de valor.

—

La diferencia que existe entre el amor y el matrimonio, es igual á la que hay entre una novela interesante y un libro de historia en el cual solo figuran fechas y hechos pasados.

—

¿Qué es la vida?—Una enfermedad notable.

Imp. del Semanario Pintoresco Español *y de* La Ilustracion *á cargo de Alhambra. Jacometrezo*, 26.



ESTATUA DE POUSSIN.

Nuestros lectores conocen varios cuadros de este célebre paisagista francés, por las copias que alguna vez hemos hecho de ellos por medio de los grabados de nuestro SEMANARIO. La patria en que vió la luz primera este artista famoso, menos ingrata que lo es generalmente la nuestra con los ingénios que en ella nacen, ha honrado la memoria del pintor con una bella estátua de mármol, obra de Mr. Julien, de la que podrá formarse una idea en vista del grabado que encabeza estas líneas.

UNA TERTULIA EN CASA DE VICTOR HUGO.

Es imposible contemplar sin un profundo sentimiento de dolor y de pena, la deplorable caida de ciertos hombres, que levantados á inmensa altura por el poder solo y legítimo de su génio, prefieren descender de ella, y revolcarse en el sucio fango de las pasiones y de las miserias humanas, á mantenerse allí incólumes é inmaculados. La multitud que los miraba como sus ídolos, como semi-dioses, se sorprende primero, se irrita despues al ver que los que reverenciaba son seres del mismo grosero barro de que ella está formada; que tienen sus propios instintos, sus propios impulsos, é idénticas y mezquinas aspiraciones. Entonces, juzgándose burlada, befa y silba á los mismos á quienes antes creia divinidades.—Esta es la historia, la tristísima historia de muchos, de infinitos hombres, antiguos y modernos, que esclavos de la ambicion, no han sabido contentarse con los laureles literarios, con la pura y refulgente aureola de la poesía; y se han lanzado, al revés de Icaro, pero con igual resultado, desde el cielo á la tierra: esta es la historia,—haciendo ya las aplicaciones adecuadas á mi objeto,—esta es la historia reciente y lastimosa de Lamartine y de Victor Hugo.—Aquel era lisa y llanamente el primer poeta lírico de nuestro siglo; este el hombre de mas génio y de mas imaginacion de la Europa.—Gigantes literarios los dos, prefirieron sin embargo ser pigmeos políticos, y cortando sus alas bajaron desde el templo elevado de la inmortalidad, al lodo repugnante del mundo. Al uno le pareció poco ser el autor de *las Meditaciones* y de *Yocelyn*, y quiso serlo de *los Girondinos* y de la revolucion de febrero; al otro no le pareció bastante haber escrito *Hernani*, *Lucrecia Borgia*, *Nuestra Señora de Paris*; y para completar su gloria se hizo periodista y orador demagogo!!—¡Tristes, deplorables aberraciones del espíritu humano! ¡Funesto destino de la época actual!

19 DE ENERO DE 1851

Pero si Lamartine y Victor Hugo han perdido su popularidad y su prestigio á los ojos del vulgo, todavia las inteligencias elevadas y los corazones generosos los contemplan con admiracion y respeto: todavia, apartando los ojos del hombre, se fijan con interés en el poeta: todavia, en fin, brilla y resplandece en ellos esa llama divina, que fulgura sus rayos sobre sus cabezas.

Condenados hoy por los que los ensalzaban ayer, arrojados del pedestal que les habia erijido el universo, insultados y ridiculizados por los mismos que antes coronaban de laurel su frente, proscritos y combatidos por sus antiguos amigos, los dos deben haber devorado grandes amarguras y grandes desengaños. La situacion de Lamartine especialmente, rodando del poder, como los Titanes que quisieron escalar el cielo, es mas terrible aun que la de Victor Hugo, pretendiendo subir á él: este sueña y sonrie aun con el porvenir, y aspira á cambiar su magnífica corona de poeta por el vano titulo de ministro; aquel vuelve la vista tristemente á lo pasado, y siente haber trocado la suya por el falso oropel de la dorada silla. Con esa ceguedad, atributo no solo del amor sino tambien de la ambicion, el ejemplo del uno no alecciona al otro, y entrambos siguen igual senda, que ha de llevarlos al propio precipicio.

En las diferentes ocasiones que he estado en Paris, nunca hasta el año último me propuse tratar á Victor Hugo: dos ó tres veces me le habian enseñado á lo lejos en una sesion del Instituto, y un dia de recepcion en la Academia francesa; pero en el apogeo de su gloria y de su grandeza me inspiraba menos interés, menos simpatia, que ahora, cuando él mismo se ha arrojado al suelo desde el elevado pedestal donde debia vivir ajeno á las miserias y á las pequeñeces del mundo. — Quise ver, pues, á aquella divinidad caida; quise admirar á aquel astro eclipsado, y recordando que los domingos por la noche solia recibir en su casa el autor de las *Orientales*, solicité el honor de serle presentado.

Supónese generalmente á Victor Hugo vano, orgulloso, poco accesible: yo no puedo participar de semejante opinion, pues se mostró conmigo amable, cortés y atento en estremo. Verdad es que entre los infinitos curiosos que le visitan, distingue siempre á los españoles, á quienes profesa singular aficion por creerse él mismo casi compatriota nuestro; pero esto no impide que yo le esté altamente agradecido por la cordial acojida que me dispensó.—La noche que yo le fui presentado no pensaba recibir el ilustre poeta, aflijido por la situacion de Balzac, su intimo amigo, que se hallaba en sus últimos momentos; y sin embargo, sabiendo que debia yo marchar de Paris dos dias despues, faltó en obsequio mio á su propósito, é hizo abrir sus salones á última hora. La reunion se resintió sin embargo de esto y fué poco numerosa; en cambio era bastante orijinal.—Componianla únicamente el secretario y un agregado de la embajada turca; un revolucionario italiano, que habia formado parte de las bandas de Garibaldi; el conocido literato Mr. Augusto Vacquerie, comensal ordinario de Victor Hugo; el Sr. D. Cárlos de Algarra, que tradujo un drama *D. Rodrigo Calderon* representado en el teatro del *Odeom*; y otras dos ó tres personas, entre ellas un inglés. Inútil es añadir que la esposa del célebre poeta hacia los honores de su casa, acompañada de su hija, linda y candorosa niña de tres lustros, y de sus dos hijos, de los cuales el mayor, de 20 años, acaba de ser herido en desafio con un redactor del *Corsario*, Mr. Viennot, por una causa meramente politica.

Victor Hugo dejó hace algun tiempo su antigua habitacion de la Plaza Real, y fué á instalarse en el centro de Paris, en la calle de Latour d'Auvergne, barrio de las *loretas* y otras gentes de la misma calaña, donde ocupa un piso principal, adornado de la manera mas pintoresca, por no decir mas rara. Alli casi todo es antiguo, casi todo *moyen age*: las cortinas de las puertas recuerdan las tapicerias de los castillos feudales; las ventanas tienen adornos góticos, y muchas vidrios de colores; los sitiales son del mismo gusto, y aguarda uno ver ocuparlos á alguna altiva castellana de tiempo de las cruzadas; en las paredes, al lado de una buena pintura de Van-Eyck ó de Rubens, se ven armas moriscas y trofeos militares. Aquí hay una mesa de pórfido, junto á un lecho romano; allá un diván oriental dominado por un escudo árabe; mas lejos un jarron etrusco, descansando sobre una consola moderna. Esta anarquia, este desórden en los muebles y en las épocas, si no es de buen efecto siempre, dá á la casa la apariencia vistosa de un museo de curiosidades.

Cuando entré en el salon de tertulia, se hallaba ausente Victor Hugo, que habia ido á despedirse del moribundo Balzac: la vizcondesa su esposa, dama de esquisito buen tono, y de notable hermosura todavia, á pesar de sus cuarenta primaveras, sostenia la conversacion con tanto ingénio como amenidad: á los turcos les hablaba del Gran señor; al italiano de una herida que iba á curarse en Paris; á Mr. Vacquerie de la irreparable pérdida del ilustre novelista, que aquella misma noche iba á espirar.

—Yo particularmente, esclamaba madama Victor Hugo, debo estarle reconocida: ¿no ha poetizado y rehabilitado él á la mujer de 40 años?..

Despues, dirigiéndose al partidario de Garibaldi, jóven simpático y elegante, y que hablaba el francés como un parisiense, añadió:

—¿Donde fué V. herido, caballero?

—En la retirada de Roma, señora vizcondesa;—contestó el demócrata, que no perdia ocasion de tributar este titulo aristocrático á la esposa del gran poeta, sin acordarse sin duda de que la república francesa los abolió todos desde el principio.

—Herida gloriosa,—dijo con énfasis el jóven Cárlos, hijo mayor de Victor-Hugo,—y de que debe V. envanecerse!

Figuróseme que en el rostro espresivo y burlon del italiano aparecia una leve sonrisa irónica, que yo traduje de esta manera:

—Sin embargo, hubiera celebrado infinito no tener que envanecerme de ella.

—¡Ay! repuso el guerrillero, muy satisfecho de haber llamado hácia si la atencion de los presentes; aseguro á V., señora vizcondesa, que fueron aquellos dias terribles é inolvidables. Hostilizados, perseguidos por todas partes, carecimos de reposo, de pan, hasta de agua. A cada instante perdiamos un amigo, un hermano; las infelices mujeres que no habian querido separarse de sus maridos, caian exánimes de fatiga y de hambre. Muchas espiraban en los caminos ignorados por donde huiamos; otras se quedaban enfermas en los pueblos, para sufrir una suerte aun mas espantosa. Pero entre todas aquellas desventuradas, ninguna tan digna de compasion como la esposa de nuestro general, el valiente Garibaldi.

—¿Por qué? preguntó Mlle. Hugo con los ojos ya arrasados en llanto.

—¿No sabe V. su historia, señorita? replicó el italiano:—es una verdadera tragedia!

—Cuéntela V., cuéntela V., caballero; dijo uno de los turcos con vivisimo interés.

—Habiamos llegado á cierta miserable aldeuhela,—comenzó á decir el guerrillero,—despues de una marcha de doce horas, que rindió hasta á los hombres mas fuertes y briosos.—La esposa de nuestro general era la única que nos seguia ya; las otras ó habian muerto en el camino, ó quedádose enfermas en los lugares del tránsito. Pero al arribar allí la heróica mujer devorada por una ardiente calentura, tuvo que meterse en la cama, y el médico, que por caridad vino á visitarla, nos dijo que respondia de su vida si se le dejaban dos ó tres dias de reposo y de sosiego.—Garibaldi creia haber desorientado á sus implacables perseguidores, y resolvió permanecer en aquel pacifico asilo hasta que su esposa se aliviara. Recojímonos todos aquella noche, y cuando comenzábamos á gustar las delicias del sueño, nos despertó el aviso del vigia que teniamos colocado en una eminencia, el cual nos anunciaba la proximidad de las tropas austriacas.—Lanzamos un grito de terror y de angustia, y nos dispusimos á emprender nuevamente nuestra fuga, mientras el general corria al miserable lecho donde reposaba plácidamente su consorte. Su primer pensamiento fué huir llevándosela en brazos; pero acordóse de la siniestra profecia del médico, y varió de plan. Llamó entonces á los dueños de la casa; entrególes las pocas monedas que conservaba, su reloj de oro, y hasta las charreteras que en tiempos mas prósperos lucia en las calles de Roma, en las revistas y en las paradas.

—Amigos mios,—les dijo derramando la primera lágrima que le he visto verter nunca;—amigos mios, os confio cuanto poseo en el mundo; mi esposa á quien idolatro, y hasta mi último *cartin*. Ocultadla de mis perseguidores, y cuidadla mucho... Ved que es mi único tesoro!

Los aldeanos prometieron obedecerle, guardando el oro, el reloj, y las charreteras; y nosotros emprendimos de nuevo la fuga por sendas casi impracticables.—Al cabo de una semana, esponiéndonos el general y yo á ser sorprendidos veinte veces, volvimos á la aldea á buscar, á recobrar el precioso depósito que dejáramos en poder de los rústicos: pero estos, trémulos y balbucientes, nos dijeron que la enferma habia espirado la propia noche de nuestra huida. Garibaldi no exhaló ni siquiera un suspiro; quedóse inmóvil, absorto, petrificado; y yo, tomándole entonces por la mano, le arrastré lejos de aquella casa, donde habia perdido cuanto le quedaba en el mundo.—A la salida del pueblo, encontramos al médico que nos reconoció al punto, y vino á hablarnos.

—¡Qué espantosa desgracia, señores! esclamó levantando los brazos al cielo.—¿Es posible que haya en la tierra gentes tan perversas ó tan miserables?

—¿Por qué? pregunté yo con un presentimiento terrible.

—¿No lo saben VV. aun? añadió el pobre doctor estremeciéndose. Los inicuos á quienes VV. confiaron la señora enferma, tuvieron miedo de los austriacos, y en cuanto VV. marcharon abrieron una profunda fosa, y enterraron viva á la desventurada.»

Todos cuantos oiamos la narracion del italiano lanzamos un grito de horror.

—El general—continuó aquel—furioso, frenético, desesperado, corrió á la casa de donde acabábamos de salir; pero no encontró ya á nadie. Todos se habian escapado, ó escondido, temerosos del castigo que merecia su odioso, su incomparable crimen. Garibaldi, cayendo en seguida en una postracion profunda, muy semejante al idio-

tismo, se dejó conducir por mí, y le coloqué sobre el caballo que la víspera habiamos cogido en una granja.

—¡Ay Dios mio! esclamó la hija de Victor Hugo con su candor y su gracia infantiles.—¡Qué cosa tan horrible es la guerra! ¿No habria algun medio de suprimirla?

Esta ocurrencia, tan inocente y tan natural, nos hizo sonreir á todos los que nos estremeciamos poco antes.

Entonces entró en el salon Victor Hugo; venia triste y afectado, porque á pesar de sus diversas tentativas, Balzac, moribundo ya, no le habia conocido, no habia estrechado su mano.

—¡Triste destino de la humanidad, señores! dijo el ilustre escritor despues de saludarnos. Balzac muere á poco de conseguir lo que durante su penosa existencia habia deseado ardientemente: ser rico. Sí: á pesar de su talento, de su reputacion, de su gloria, Balzac fué siempre pobre.—Y ¿saben VV. por qué muere á los cincuenta y un años, cuando sus votos estaban satisfechos, cuando poseia una esposa que le amaba, lusto, opulencia, y hasta un título?—¡Por haber trabajado tanto antes!!

En seguida Victor Hugo lanzó dos ó tres sangrientos epigramas contra la Academia francesa, que ha dejado morir al eminente novelista sin abrirle sus puertas, sin colocarle en el número de sus cuarenta *inmortales*.

—En cambio, añadió amargamente volviéndose hácia mí, ¿conoce V. á Mr. Patin, á Mr. Flourens, al duque de Noailles, hombres muy célebres en sus casas? Pues todos ellos son académicos, mientras Balzac, que era célebre en la Europa entera, ha bajado á la tumba sin serlo.—¿Qué importa, si lo será en la primera eleccion Mr. Nissard, el célebre Mr. Nissard, de quien no habrá V. oido hablar nunca, en oposicion con Alfredo de Musset, el culto, el ingenioso, el filosófico poeta, de quien todo el mundo ha oido hablar?

Esta profecía—y permítaseme la digresion—se ha visto recientemente realizada.

Lanzado en el camino de los epigramas y de los sarcasmos, Victor Hugo los asestó contra el presidente de la república, contra Mr. Barocha, ministro de lo Interior, contra su siglo, y contra su nacion.

—Señores—dijo dirigiéndose á los dos turcos—á qué tiempos



(Victor Hugo.)

habremos llegado, cuando la Turquía es hoy mas humana y mas liberal que la Francia!

El hizo justísimos elogios de la noble y generosa conducta del Sultan en la cuestion de los refugiados húngaros.—Luego, volviéndose hácia mí, me habló largamente de la España; de su niñez que pasó en Madrid, siendo gobernador de Guadalajara el general Hugo, su padre; de la casa del príncipe de Masserano que habitaban en la calle de la Reina; de sus impresiones y de sus recuerdos infantiles, pronunciando como parte de estos algunas frases en castellano. Por último, conmemoró otro viage que hizo á las provincias Vascongadas en 1844, espresándose con vivo entusiasmo acerca de las costumbres sencillas y puras de aquel pais, de su dulce clima, y de su magnífica vejetacion.

—Nada he visto en mis viages, me decia, tan pintoresco ni tan lindo como Pasages, á no ser el lago de Ginebra.—Y van VV.—añadia dirigiéndose á los españoles en general,—van VV. á visitar la Suiza, teniendo otra Suiza aun mas bella en su patria!

Llegó despues su turno á la política, y Victor Hugo y su hijo Cárlos se espresaron cual dos demagogos furiosos, cual dos rojos *pur sang*. Despues de haberse desahogado bastante en aquel terreno, y conociendo sin duda que la materia no era agradable á algunos de los oyentes, varió el ilustre poeta nuevamente de conversacion.

—¿Y se acuerda alguien todavía de mí en España? me preguntó con acento melancólico.

—Nadie le ha olvidado á V., respondí.—Pero todos deploran que en vez de odas escriba V. artículos de periódico, y en vez de dramas discursos parlamentarios. En una palabra, todos sentimos que haya V. abandonado el culto de esa vírgen hermosa é inmaculada que se llama la poesía, por entregarse al de esa torpe y bastarda prostituta, que se llama la política.

—¡Ay! contestó Victor Hugo exhalando un hondo suspiro; he obedecido al contagio de la época; me he visto arrastrado por el torrente de la opinion. Dí el primer paso en la Cámara de los Pares, y Dios solo sabe dónde daré el último!

Y lanzó un nuevo suspiro: sin duda comparaba en aquel instante sus verdes laureles, su deslumbrante aureola de gloria, la admiracion unánime del universo, con los venenosos ataques de los diarios franceses, con las crueles caricaturas de los periódicos satíricos.

Antes de separarnos manifesté al sublime escritor la satisfaccion que tendria en poseer algun autógrafo suyo, dos, cuatro versos escritos de su mano; y él, con la amabilidad, con la galantería que no desmintió un solo momento, ofrecióme enviar á mi *hotel* lo que le pedia.

Eran las doce de la noche cuando los que habíamos asistido á la tertulia de Victor Hugo, salíamos de su casa: aguardaba á los dos turcos en el patio un magnífico coche con dos soberbios caballos árabes; el partidario de Garibaldi no tenia carruage alguno ni malo ni bueno.

—Señores, nos dijo á Algarra y á mí con alegre franqueza, pueden VV. darme un cigarro?

Ambos le hicimos presente nuestro sentimiento por no poder complacerle, en atencion á no ser fumadores.

—Veré si soy mas feliz con los turcos; repuso haciéndonos un gracioso saludo.

Parece que los turcos no fumaban tampoco, pues un instante despues de haberles dirigido igual peticion por la ventanilla del coche, volvió á acercarse á nosotros el italiano, y nos dijo alegremente soltando una estrepitosa carcajada:

—La Turquía está tan desprovista como la España de tabaco!

Y se alejó rápidamente, tarareando una cancion guerrera.

Dos dias mas tarde recibí de parte de Victor Hugo la carta y los versos con que voy á terminar este artículo, y por los que dentro de cien años pagaria cuanto se quisiera un lord inglés, ó un príncipe ruso:

Dice así la carta:

«J'ai, en fin, Monsieur de Navarrete, un instant, et j'en profite pour vous obeir. Croyez que j'ai eté bien heureux de serrer la main qui a ecrit de si belles pages.

Tenez l'assurance de ma plus vive cordialité.

VICTOR HUGO.»

Hé aquí ahora los versos, completamente inéditos:

.....Espagnols! soyons fréres!
Echangeons nos grandeurs! Du meme laurier d'or
couronnons, vous Corneille, et nous Campeador!
Fils du meme passé, la gloire est notre mére,
car vous avez l'Achille, et nous avons l'Homere!

No he creido necesario ni conveniente traducir la carta ni los versos: lo primero porque el idioma francés es ya bastante familiar en España; lo segundo, porque nunca tendré la osadía de querer interpretar dignamente los sublimes pensamientos de Victor Hugo.

RAMON DE NAVARRETE.

LOS CORREOS.

Petits auteurs d'un fort mauvais journal,
Qui d'Apollon vous croyez les apôtres
Pour Dieu tâchez d'ecrire un peu moins mal,
Ou taisez-vous sur les écrits des autres.
ROUSSEAU.

Nadie ignora que para que uno llegue á ser médico, debe haber estudiado cuando menos, bien ó mal, medicina, así como para ser abogado, leyes. Todas las profesiones, todas las carreras requieren lo que llamamos principios, haberlas cursado: es decir, que antes de ser algo necesita el hombre hacer que estudia diez ó doce años en universidad, ó probar, no importa el cómo, que efectivamente ha estudiado. A veces, no hay duda, es escusado este trabajo, el de hacer que se estudia y el de hacer ver que se ha estudiado, porque hay otros dos medios mas positivos de conseguir unas borlas de doctor, ó de ser una celebridad dramático-literaria, que el de devanarse los sesos sobre los libros. Poco versado estará en los negocios de este mundo positivo el que no conozca que estos dos medios son la proteccion y el dinero. *No hay hombre sin hombre*, dice el adagio, y tambien se han hecho proverbiales aquellos dos versos de un poeta satírico:

Poderoso caballero
Es don dinero;

de donde podemos deducir que

El hombre á quien asiste
Un buen bolson de mejicana fruta,
Aunque sea un patan nada resiste,

como dijo con alguna variacion otro vate, del mismo modo que aquel,

De magnate opulento protejido,
Si consigue encontrar dos consonantes,
Hijo será de Apolo bendecido,

por mas que sostenga que Lope de Vega y Garcilaso fueron turcos, y aunque su obtusa imaginacion jamás haya creado una idea, entre las muchas palabras sin sentido que habrá creado.

Pero dejando aparte los dos medios infalibles de prosperar de que acabo de hacer mencion, es indudable que para todo, hasta para no saber, estudian los hombres, en el siglo de las luces. Se esceptuan de esta regla general los censores de periódicos cuando los hay, y los periodistas. Los primeros, para conocer si un escrito es subversivo, antireligioso ó inmoral, pueden salir del paso fácilmente preguntando el nombre del autor; en caso de que los antecedentes de este ofrezcan duda, se plantan al cabo de la calle con un *no puede correr*, sin que nadie les vaya á la mano, porque el *no puede correr* es la espada de Alejandro que corta todas las dificultades.

A los segundos, á los periodistas, les basta hacinar en la mollera un decente caudal de eso que se llama fraseología y saber estropear el castellano á la francesa; sobre todo deben ser pródigos de alabanzas, si han de medrar. Para un periodista, y particularmente para un *folletinista*, que sabe vivir en el mundo, todo cuanto en él existe es admirable: el que quiera adquirir una fortuna sólida y probar que la literatura ó la política pueden convertirse en dos minas de oro, no tiene mas que elogiar los vicios ó la ignorancia de ciertos hombres, que en diversas épocas han dado en la manía de creerse perfectos: esta manía no es nueva: data de la formacion de la sociedad moderna, y al introducirse en ella la libertad de emitir libremente el pensamiento por medio de la imprenta, dió orijen á *los correos*.

No voy á hablar de los *paquetes-correos*, de los *correos* que no son paquetes, de los *correos-vapores*, de los *pichones-correos*, de los *correos de gabinete*, ni de otros infinitos. Su oficio es correr para llegar pronto, y como generalmente llenan su cometido, nada tengo que ver con ellos mientras sigan corriendo, pues el que va rectamente por donde debe, nunca puede ponerse al alcance de la pena satírica. Pero entre los mencionados correos, hailos tambien intrusos, que usurpan este nombre para darse alguna importancia, que de otro modo no pueden conseguir, ó que si no lo usurpan, aplícoselo yo en gracia de la interminable carrera que han emprendido.

Nunca se puede decir, por ejemplo, fulano es un *hombre-correo*, porque la última palabra indica una familia y no un género: dícese pues con propiedad *escritor-correo* ó *correo-escritor*, frase clara y significativa, porque esplica una idea exacta, de constante y continua aplicacion.

Para convencernos de esta verdad basta hojear los periódicos; todo se encómia en ellos, bueno y malo, y se encomia antes de tiempo: como el *correo-escritor* y sobre todo el *folletinista-correo* es el clarin de la fama destinado á prevenir el juicio del público; como lo previene de hecho, escribiendo, acerca del mérito de los hombres y de sus obras, cosas que, despues de examinar la mercancía, suele condenar el mismo público, es preciso que no carezca de la suficiente trastienda para quedar siempre á cubierto de las necedades que ha escrito con el fin de hacerse amigos, es decir, apoyos para ir subiendo. Y aquí tenemos tambien el origen de las reticencias, de los equívocos y de las oraciones ambiguas, recursos que sirven de asidero al *correo-escritor* para estampar un segundo artículo, que contradice al primero, cuando se ve algun tanto estrechado por el fallo de la opinion. Esto es lo que en literatura se llama *hacer á pluma y á pelo*, y en lenguaje vulgar *comer á dos carrillos*.

Los artículos de prevencion, artículos encargados ó agradecidos de antemano, y en los cuales es requisito indispensable protestar contra toda influencia estraña, tienen asimismo sus nombres. Distínguense entre ellos los *llamativos* ó de *puff*, si se trata de una comedia nueva, los *negociables* ó de *fantasía*, si tienen por objeto enumerar las *conocidas ventajas* de ciertos establecimientos públicos, y los de *amistad* ó *compromiso*, cuando se escribe el juicio ó análisis crítico de alguna obra detestable. Todos estos artículos son propiedad esclusiva del *correo-folletinista*: no se firman, por su puesto, ni se confiesan como parto propio, pero siempre llevan al pie un pseudómino que todos conocen, lo cual no se opone en manera alguna á que su legítimo dueño los despedace sin piedad en las redacciones de todos los periódicos, menos en las de aquellos que los publican, lo cual equivale á despedazarse á sí mismo. En efecto, la sana crítica no se toma el trabajo de matar esos engendros, porque ya sabe que mueren al nacer; su verdadero asesino es el desprecio público; sus mismos autores les dan el cachetazo abandonándolos á una suerte desgraciada, pero merecida. Los tales artículos, cuyos padres primero son mártires que confesores, por mas que la vanidad del pseudómino los descubra, llevan tambien el nombre de *artículos—negreros*, *artículos de* contrabando, tanto por lo que intrínsecamente producen, como por el secreto mal guardado que respecto á su procedencia se procura.

Sucede con frecuencia que un poeta elogia en la *gacetilla* de un periódico la comedia que se va á representar y luego salimos con que la comedia es suya: entonces se convierte el poeta en *correo-Narciso*, en autor enamorado de sus propias bellezas: su artículo, ya se sabe, queda designado con el título de *imparcial*.

La *imparcialidad*, la *conviccion profunda*, el *deseo de acertar* y la *buena fé* pertenecen de derecho á la fraseología del *escritor-correo*; sin estas palabras nada se puede escribir hoy que merezca ser leido. Cuando el *correo-gacetilla* anuncia pomposamente una produccion dramática, es claro que no puede manifestarse ni mas *imparcial*, ni mas *convencido* de las escelencias de la obra. El tono de esos anuncios ha de ser, para que llene su objeto, altisonante y campanudo, y corresponde al género de los peluqueros y sacamuelas franceses, cuyas estupendas habilidades empiezan á cubrir las cuartas planas de nuestros periódicos políticos. Por lo regular empiezan poco mas ó menos de este modo:

«Se ha leido, ó va á leerse muy pronto, en el Teatro Español, ó »se ha presentado á la empresa del Instituto, ó Variedades, la come»dia en tres actos (los tres actos buscan el diez por ciento de la ley »orgánica) y en verso (ya no se escriben comedias en prosa: ¿quién »no es poeta?) intitulada......... de cuyo *indisputable* mérito hemos »oido hablar á los primeros escritores dramáticos. Estamos seguros de »que dará muchas entradas, proporcionando á su *jóven autor*, que tan »brillantemente se *inaugura* en la dificil carrera del teatro (poco im»porta que las carreras se confundan) la gloria y el nombre á que le »consideramos acreedor.»

Esto significa que se ha escrito una mala comedia y que su jóven autor aspira á que se represente, ó cuando menos á que el *círculo literario* se la compre, en virtud de los encomios de la *gacetilla-correo*. Pero á bien que el *círculo literario* tiene muchas mas puntas de *círculo comercial* y sabe muy bien donde le aprieta el zapato: por eso se paga poco de esos zurcidos dramáticos y tiene en mas el juicio del público que el de los inteligentes: aun asi y todo hay sus mas y sus menos en cuanto al primero, con el cual no siempre se conforma el *círculo editorial*. Por lo que toca al *folletinista-correo*, ya se sabe que por tener el derecho de leer *gratis* las producciones que se venden en las librerias y por dar un apreton de manos á cada autor, escribe á roso y velloso en pró de todas las obras, y cate usted aqui á los pacientísimos directores de los periódicos comprometidos á insertar esos *artículos-correos*, que nunca llegan al término apetecido, á interesar al público, porque ya el público ha conocido que basta haber leido uno de ellos para enterarse del contenido de todos los demas.

Esta es precisamente la época mejor de hacerse á la vela los *artículos-correos-puff*; la época de los beneficios. No llega uno de estos, al cual no precedan cuatro ó seis de aquellos: forman las vanguardias de las funciones dramáticas, coreográficas y líricas, las avanzadillas que se cruzan para sorprender los rezagados bolsillos de aquellas buenas almas, que miden el mérito de lo que van *á oir* y ver por los inciensos que han leido.

Segun las noticias de los *correos-dramáticos*, ó no se escriben malas producciones ó estas no se conocen en Madrid, al menos en sus teatros. Todas forman ó aumentan la reputacion de sus autores; todas ocupan *los estantes mas distinguidos de la república de las letras*. ¡Y los estantes siempre firmes, á pesar de tan enorme peso!... Si la comedia se ha escrito en Paris, ahí es ella: una se ha representado *ciento diez y nueve noches* seguidas; otra *noventa y siete*; menos de *ochenta* ninguna. Esta alborotó; aquella nadie sabe lo que hizo, y todo, por supuesto, en Paris, en la capital ilustrada, y en nombrando á Paris, no hay mas que cerrar los ojos, creerlo y amen, porque sabido es que todo lo grande, todo lo inaudito, todo lo increible nos viene de aquella encantada region, á cuyos adelantos debemos los pobres españoles, si hemos de creer á los *folletines-correos*, hasta el modo de andar.

Acontece tambien no pocas veces que el *correo* añade: *el drama H.. ha hecho furor en los principales teatros de provincia*, sarcasmo horrible lanzado á las empresas de la corte, que suele ser desmentido por los anuncios de los citados teatros. Pero ¿qué importa? El drama quedó admitido; se representó *admirablemente*, esto ya se sabe, en la calle del Príncipe ó en la de Valverde; hubo un lleno la primera noche y el *correo-gacetilla* dijo al siguiente dia: «Por fuerza habia de gustar... »¡Cuando yo aseguraba que tiene situaciones dramáticas de primer ór»den! Siento mucho no haber podido asistir á su estreno, pero iré es»ta noche sin falta.»—Pero, hombre, si fué silbado, le contesta el amigo con quien habla.—¿De veras?—*Fiasco* completo.—Ya.—¿Lo dudas?—No... no lo dudo precisamente, pero... sí... no lo estraño, porque ya eché de ver al leerlo que el autor ha estado poco feliz en la pintura de caractéres; además es algo floja y bastante descuidada la versificacion, y luego aquellas escenas interminables.... ¿Con que silba eh? ¡Já! ¡já! ¡já! Que escriba, que escriba dramas el bueno de N. y que vuelva por otra.

Ya es tiempo de que nuestros autores y actores empiecen á conocer sus verdaderos intereses: el primer paso que de ellos exige el lustre de nuestra escena es el desprecio con que deben mirar los desmedidos elogios de ciertos escritores cuyas plumas parece que solo aspiran á ridiculizarlos. El anuncio de una funcion nueva es bastante llamativo para el público. ¿Qué importa no tener el teatro lleno la primera noche? Ya lo estará en las sucesivas, si la produccion lo merece. Ensalzarla anticipadamente es engañar á ese público, es negarle hasta cierto punto el derecho de juzgar, y este engaño, esta negativa puede redundar en perjuicio del teatro nacional, que á todos nos interesa sostener.

Una eleccion imparcial, esmerados ensayos, acertada distribucion de partes; hé aquí el verdadero modo que tienen las empresas de llamar la concurrencia á los teatros. Si no salen de esta senda tendrán al público por suyo, porque el público obedece al impulso que le imprimen la ilustracion y el buen gusto: si ceden por el contrario á literarios compromisos, si continuan aceptando como oro de buena ley las intempestivas y vergonzantes adulaciones de algunos escritores, no será estraño que solo veamos en los teatros de Madrid *farsas burlescas* por representaciones dramáticas, y por críticos juiciosos y concienzudos *folletinistas-correos*.

ABEN-ZAIDE.

DOLORES.

CAPITULO III.

DOLORES Y RODRIGO.

Pudiéramos lucirnos, si quisiésemos, comenzar este capítulo con la brillante descripcion de las magníficas justas celebradas en Valladolid la tarde del próspero dia en que recibió las aguas del bautismo el augusto heredero del trono de Castilla. Pudiéramos consignar aquí innumerables hechos que mostrasen la bravura y destreza que sabian ostentar en aquellas belicosas fiestas los nobles castellanos, y al instante se nos vendrian á la pluma cien clarísimos nombres, como Estúñiga, Arellano, Ponce de Leon, Mendoza, Guzman, Osorio, Pimentel, Manrique de Lara, Tovar, Rojas, Giron, Herrera, Enriquez, Velasco, y otros muchos que brillaban entonces en la córte de D. Juan II, y que con mayor ó menor fortuna han llegado á nuestro siglo venerables y graves, entre el confuso tropel de las modernas aristocrácias. Pudiéramos dar muestras de nuestros conocimientos heráldicos describiendo menudamente los diferentes blasones que ostentaban aquel dia tantos ilustres señores, y ni aun nos hallaríamos embarazados para hacer cumplidos retratos de las infinitas beldades que con sus dulces miradas infundian á los contendientes generoso ardimiento, premiándolo despues con riquísimas bandas bordadas por sus manos y desprendidas de su pecho.

Nada de lo que pudiéramos decir diremos sin embargo; nos hemos propuesto ser lacónicos, por lo mismo de ser rarísima esta cualidad entre los novelistas de nuestra época, que, sin esceptuar al mismo Dumas (cuyo ingenio por otra parte admiramos), tienen tan estremado placer en charlar con el pacientísimo público, que se detienen capítulos enteros en la prolija esplanacion de los mas insignificantes pormenores, rabiando por describir hasta lo que parece indescribible. ¿Ni qué decir ademas en punto á justas, torneos y otros usos característicos de la edad media, despues que andan de mano en mano los hechiceros libros de Walter Scott, el mas inteligente, el mas profundo, el mas brillante y elocuente pintor de los tiempos caballerescos? Nosotros dejamos al cuidado de tantos copiantes de brocha gorda como abundan en nuestra España, el reproducir toscamente los inimitables rasgos que nos ha trazado con milagroso pincel aquella mano maestra, y confesamos ingénuamente que, á mas de no ser tan orgullosos que intentemos igualarnos al novelista escocés, ni tan humildes que nos contentemos con copiarlo, se nos antoja creer que dariamos pruebas de inoportunos y hasta de impertinentes si pretendiéramos entretener con descripciones de marciales fiestas y de heróicas galanterias al público *de nuestra actualidad*; á ese público bursátil y *coreográfico* que pasa los dias jugando á la *alza* ó á la *baja*, y las noches contendiendo por *la Guy* ó por *la Fuoco*, por *la Nena*, ó por *la Vargas*; (1) de ese público, á maravilla inteligente en lo tocante *á bailables* y bailarinas, pero que nos engañamos mucho si fuese digno apreciador de los buenos golpes de lanza y de los platónicos amores. Y no se entienda por lo dicho que somos ciegos admiradores de las pasadas edades, ni mucho menos que intentamos declamar contra aquella en que le plugo al cielo hacernos venir al mundo. Nosotros tenemos una filosofia que nos es propia: creemos que todos los tiempos son lo que es preciso que sean, y que asi como en los individuos hay defectos inherentes á sus mismas virtudes (defectos de sus cualidades como dicen los franceses), asi las costumbres tienen sus males inseparables de sus bienes. No esplayaremos mas esta idea, si es que es una idea, y arrepentidos ya de habernos metido en tales honduras, volveremos á tomar sencillamente el roto hilo de nuestra verídica relacion, despues de declarar con toda ingenuidad que por nuestra parte estamos mas por lo presente que por lo pasado; que nos es mas grato asistir á las contiendas en que las sillidas del Olana y de Sena se disputan admirablemente la supremacía en lijereza y habilidad pedestre, que nos hubiera placido ser espectadores de aquellas luchas muchas veces sangrientas, en las que se aplaudian las lanzadas como ahora se aplauden las piruetas. Entonces era el reinado de los brazos: á

(1) Estas páginas se escribian en el periodo de mayor entusiasmo que ha alcanzado el baile en nuestra coronada villa: en aquellos, por fortuna ya pasados dias, en que el teatro Español se veia desierto; el de la opera no existia, y el público en tropel se disputaba las localidades del Circo, donde cada noche recibian inauditas y colosales ovaciones las dos célebres bailarinas estrangeras que arriba mencionamos; mientras sus compañeras españolas alcanzaban tambien inequívocas muestras de favor por parte de los asistentes al modesto teatro del *Instituto*. La voga del baile ha pasado: las deidades *coreográficas* yacen caidas de sus altares. Nosotros no podemos menos de alegrarnos de que las líneas que motivan esta nota salgan á luz siendo ya *inoportunas*.

nosotros nos toca la soberanía de los pies; acaso llegue tiempo en que tenga su turno la cabeza, y no sabemos si cuando esta consiga el cetro irán las cosas mejor de lo que han ido hasta aquí. Sea de ello lo que fuere, nosotros rogamos al lector que se sirva atender á los antecedentes de que queremos instruirlo, primero que pasar adelante en el comenzado relato.

Cuatro meses antes del dia que nos ha prestado argumento para los precedentes capítulos, la casualidad reunió en un sarao con que celebraba sus bodas D. Juan de Avellaneda, á la hija de los condes de Castro y al sobrino del condestable de Castilla. La casualidad los reunió una vez, y el amor supo proporcionarles desde entonces otros muchos encuentros que á los ojos indiferentes tambien pudieran pasar por eventuales.

Hasta el momento en que vió por primera vez á la peregrina doncella, habia sido el jóven Luna infatigable galanteador de cuantas beldades brillaban en la córte, y aun en regiones menos elevadas, alcanzando, no obstante sus pocos años y sus gustos literarios, la poco envidiable fama de calavera y libertino, que solo tenia por fundamento los multiplicados cuanto pasageros devaneos á que se habia ávidamente entregado en aquellos primeros años de su precoz juventud. Pero conocer á Dolores y amarla, con aquel amor, único en la vida, que termina de golpe todas las veleidades é incertidumbres del corazon, habia sido para Rodrigo la obra de un solo instante. Ella, por su parte, que no conocia otros afectos que los de la piedad religiosa y aquellos que inspira la familia, esperimentó nuevas y estraordinarias sensaciones al encontrar su tímida mirada la mirada ardiente del enamorado mancebo, y toda la instintiva resistencia del recato virginal no pudo preservarla de amarlo con entusiasmo, como aman generalmente las almas que no se han marchitado todavía, que no han adquirido en la amarga escuela de la esperiencia aquella desencantadora desconfianza que estiende su imperio hasta sobre el propio corazon, haciéndonos dudar no solamente de lo que inspiramos, sino tambien de lo que sentimos.

Dolores alimentaba en su pecho todas las dulces ilusiones de una primera pasion, que nada teme porque se siente fuerte; que en todo cree porque tiene fé en sí misma; y que no previendo la posibilidad de su fin, llega á olvidarse de su reciente principio, haciéndose como innata é inseparable de la vida.

Pero, á pesar de todo, Dolores no dejaba de comprender que su union con el que amaba debia encontrar obstáculo en la altivez de su familia, y en especial de su madre, en cuya alma era el orgullo la pasion enérgica y dominante.

Rodrigo, mas feliz, no pensaba lo mismo. Aunque bastante enamorado para conceptuarse indigno de un tesoro como Dolores, lisonjeábase con la idea de que conseguiria su mano, fundando aquella grata esperanza en el ilustre apellido que llevaba, en la no despreciable hacienda que poseia, y en tener por protector y pariente al personage que mas que don Juan II gobernaba en Castilla. Olvidaba el amante la circunstancia que mas preocupaba á su querida para infundirle temores: olvidaba que tanto él como su encumbrado deudo debian la existencia á mujeres de ínfima clase y de no honesta nombradía, á las que sus nobles y libertinos amantes jamás habian honrado con el título de esposas. Acaso no comprendia Rodrigo toda la importancia que debia tener aquella triste circunstancia á los ojos de la ilustre familia con quien deseaba enlazarse, ó acaso el alto favor de su tio le parecia una ventaja suficiente á compensar satisfactoriamente la falta que le plugo al destino poner en su nacimiento. Mas Dolores, como ya indicamos, no participaba de las mismas creencias: afligíala la certeza de que su eleccion no alcanzaria fácilmente el beneplácito de su padre, y temblaba al pensar en el carácter de su madre, mujer capaz de arrancarse el corazon con sus propias manos antes que dejarle abrigar cualquier sentimiento indigno de su orgullo indomable ó contrario á su razon inflexible.

La jóven se dijo á sí misma primero, y despues á su amante, que era absolutamente preciso confiar sus amores al privado, y que éste les alcanzase la proteccion del rey, única que en concepto de Dolores podia allanar todos los inconvenientes, llevando á feliz puerto sus combatidas esperanzas. Rodrigo, siguiendo tan prudente consejo, abrió su alma al condestable, y vió con indecible regocijo que era acogida su confidencia con indudables muestras de satisfaccion y agrado. En efecto, la union de su sobrino con la hija de los condes de Castro parecia un pensamiento dictado por su política. Conocia muy bien don Alvaro la poca confianza que debe cimentarse en la amistad de los príncipes: no se le ocultaban tampoco los peligros de su situacion, y aunque no bramaba todavía la tempestad que le arrojó mas tarde de la cima del mas escandaloso poder al abismo profundo de la mas inconcebible desgracia, velala el favorito formarse ya sobre su cabeza, y agitarse y estenderse sordamente con una rapidez que anunciaba no estaba lejano el momento de su primer estallido. El adelantado don Diego Gomez de Sandoval no era solamente uno de los gefes mesnaderos mas poderosos del reino; no era solamente un personage de la primera distincion enlazado con muchas familias de alta importancia é influencia; era, ademas de todo, el consejero mas íntimo y respetado de don Juan de Aragon, cabeza y alma del partido mas temible que en contra del condestable comenzaba á organizarse en Castilla. Unir su familia con la de aquel magnate debia juzgarse acto de grande acierto por parte de don Alvaro, y aquel enlace tan ventajoso en el sentido político, no lo era menos bajo el aspecto social, pues por la fortuna como por el nacimiento Dolores Gomez de Sandoval era uno de los mas brillantes partidos de Castilla.

El lector comprenderá, por tanto, sin necesidad de mayores esplicaciones, que el condestable no descuidó en manera alguna los tiernos votos de su jóven pariente, y ya hemos visto que supo disponer, nada menos que *por real, órden* el casamiento de los dos amantes que con tanto acierto le habian confiado su destino.

Dolores, que esperando el resultado de los sucesos preparados para aquel dia, no se apartó de las imágenes de su devocion mientras duró la ausencia de sus padres, contaba unas tras otras las horas con dolorosa impaciencia, cuando vino á interrumpir sus oraciones y á distraerla momentáneamente de sus pensamientos su dueña Mari-García. Era esta una mujer de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, enjuta, acartonada, de aspecto tan poco femenil, que á primera vista se la podia tomar por un hombre disfrazado con traje del otro sexo: para mas corroborar esta idea, presentaba la parte inferior de su anguloso semblante algunos vellos tan robustos y ásperos que estaban clamando el auxilio de la navaja, y tenia su voz unos sonidos tan broncos y tan duros, que mas parecia propia para mandar la maniobra de un buque que para dictar consejos á una niña. Pero si en lo físico disimulaba perfectamente que era mujer la dueña Mari-García, descubríalo en lo moral, pues era imposible hallar otra mas curiosa entre las hijas de Eva, asociando á esta cualidad la de regañona, antojadiza y parlera. A pesar de esto último poseia la completa confianza de sus amos, lo que nos obliga á creer que su locuacidad no perjudicaba en lo mas mínimo á su discrecion y reserva.

Entró aquella mujer muy despacito en el aposento de Dolores; empujó suavemente la puerta del oratorio, y asomó su barbuda cara, al mismo tiempo que la jóven, que se mantenia de rodillas delante de su altar, volvia con prontitud hácia ella sus bellísimos ojos, alarmada por el leve rumor producido por las pisadas de la dueña.

Soy yo, dijo ésta, procurando sonreirse. ¿Es posible que os halle de esa manera todavía? Bien está que no quisiérais acompañar á vuestros padres á la ceremonia del bautizo y al banquete real, puesto que no os sentiais muy buena en las primeras horas de la mañana; pero teneis ahora un semblante de salud que encanta la vista, y me parece que es tiempo de que penseis en vuestras galas. No presumo que querais tambien privaros de asistir á las justas, no teniendo que hacer mas para verlas que poneros al balcon; precisamente frente por frente de él está el tablado lujosamente vestido en que presenciará la fiesta S. A. don Juan II; y os advierto que muchas damas convidadas por la condesa vendrán á casa esta tarde. Como en la presente estacion son estas tan cortas, el banquete deberá concluirse muy pronto: creo que estaba dispuesto para la una en punto, y van á dar las tres, á cuya hora se debe abrir el palenque: mirad pues si es preciso que trateis de aderezaros.

—¡Las tres ya! murmuró Dolores. El rey habrá hablado ya precisamente. ¡Ya lo sabrán todo!

La dueña, que no entendió una palabra de las que entre dientes articuló la jóven, sacó de un guarda-ropa un hermoso vestido azul celeste y lo desplegó á su vista, diciendo con mal humor: tanto rezar no conduce á nada: no es sordo ni olvidadizo Dios nuestro Señor para que sea menester hablarle incesantemente de una misma cosa. ¿Quereis este trage? Si no, podeis lucir hoy la rica saya de velludo que os regaló vuestro tio hace tres meses, el dia que cumplisteis 16 años, y que todavía no ha tenido el gusto de veros nunca.

Dolores se puso en pié sacudiendo con aire melancólico su profusa cabellera color de castaña, y dijo con dulce voz, pero con tono mohino: No estoy para fiestas, mi buena María. Despues que venga mi madre, despues que la haya visto, entonces tal vez me animaré mas y pensaré en las justas. Dejadme ahora tranquila: os lo suplico.

—Pero cuando venga la condesa, replicó la García, mas enojada aun, ya no será tiempo de vestiros. ¡Válgame Dios con una niña de 16 años que no gusta de atavíos! Pero no, á mí no me hareis creer, como á vuestra madre, que lo que tanto os preocupa es el deseo de meteros monja: no por cierto: no se me ha pasado por alto la causa verdadera de esas cavilaciones, y os digo que vale cien veces mas vuestro primo Gutierre de Sandoval, que el mancebito de los cabellos rizados que siempre anda rondando por la plaza y acechando nuestros balcones.

Dolores se inmutó; pero antes de que tuviese tiempo de responder á la dueña, repentino rumor de pasos y de voces vino á llamar poderosamente la atencion de ambas.

—¡Son los condes! esclamó Mari-Garcia, soltando sobre una silla el vestido que tenia en la mano.

—¡Mis padres! repitió por tres veces la jóven, temblando de pies á cabeza y poniéndose mas blanca que la cera.

Corro á recibir á la señora, dijo la dueña: bueno será su humor cuando sepa que estais asi todavia.

Y salió en efecto cuidándose poco del aspecto verdaderamente alarmante que presentaba Dolores. Quedóse esta por espácio de diez minutos inmóvil en su sitio, toda absorta en escuchar: pero nada se oia. El ruido causado por la llegada de los condes se habia ido calmando progresivamente.

La jóven no pudo resistir su dolorosa ansiedad y salió de puntillas hasta los corredores. Estaban desiertos, y siguió andando cautelosamente sin saber ella misma á donde se dirijia.

Mari-Garcia, que la habia dejado tan bruscamente pensando que su ama vendria bastante complacida para encontrarse dispuesta á soportar su charla y á contentar algun tanto su curiosidad refiriendo circunstancias del banquete regio, se habia hallado tan chasqueada en su esperanza, que tuvo á bien recurrir á los escuderos para saber algo, y la condesa y su marido se encerraron solos en el gabinete particular que tenia destinado á su tocador aquella dama.

Dolores, no encontrando á nadie, atravesó algunas salas de aquella vastísima casa y se halló casualmente delante de la puerta del gabinete mencionado, percibiendo entonces la voz de una persona que hablaba dentro, y que reconoció al punto. Se acercó temblando y casi sin respirar hasta la puerta, y pudo escuchar bastante distintamente el diálogo siguiente:

—Os repito, decia doña Beatriz en el instante en que Dolores aplicaba el oido á la cerraja, os repito que es una burla indecente, un ultraje premeditado. Bien sabe el rey que nos es imposible aceptar tan vergonzoso enlace: pero se ha querido escarnecernos, don Diego: se ha querido humillarnos á la faz de la corte.

—Os engañais, Beatriz, respondió el adelantado. Don Juan II está sobrado ciego para poder medir la distancia que separa á Rodrigo de Luna de la hija de los condes de Castro: ha creido sinceramente que nos hacia honor al proponeros esa alianza. Además ¿no ha visto á os Portocarreros darse por muy felices en emparentar con el hijo de la prostituta de Cañete?

—¡Miserables! esclamó doña Beatriz con tono de desprecio inimitable, añadiendo en seguida: El rey debe comprender que los Sandovales y las Avellanedas no se semejan en nada á los Portocarreros, ó cualesquiera otros para quienes el caprichoso favor de un principe débil sea suficiente á prestar valía á oscuros advenedizos, dándoles el derecho de igualarse con ellos.

—El rey, repuso con amargo acento don Diego, no piensa en cosa alguna, como no sea en complacer á su privado. ¡Rodrigo de Luna! añadió: no podia S. A. haber escogido á mi hija un esposo que me fuese menos agradable y que seguramente mereciera mas la desaprobacion del infante. ¿Que dirá don Juan de Aragon de semejante casamiento?

—¿Pues es acaso posible? prorumpió la condesa: ¿pensais que ese casamiento debe verificarse?

—Señora, respondió el adelantado: naci vasallo del rey de Castilla, y bien sabeis que ha sido *órden* suya, *órden terminante*, que ese enlace se realize.

—La potestad del rey no se estiende á tanto, esclamó con voz trémula de cólera la altiva doña Beatriz: no es dueño el rey del honor de sus súbditos: no puede mandar que se infamen por dar gusto solamente á su ambicioso favorito. Asi se lo direis á S. A., don Diego: asi se lo direis.

—Cuando se agita en vos el orgullo jamás escuchais á la prudencia, dijo el adelantado. Beatriz, lo que estais diciendo es un desatino. Yo hablaré con el infante: buscaré medios honrosos y dignos de evadir el terrible empeño en que nos vemos metidos; pero mientras tanto es preciso disimular y mostrar á todos el profundo respeto con que acojemos las órdenes del monarca.

—¡Nunca! ¡nunca disimularé la indignacion justísima que siento! gritó fuera de si la condesa. Nadie podrá presumir un solo instante que he aceptado con sumision la ignominiosa propuesta de esa indigna alianza. Tenedlo entendido, don Diego, y obrad como querais, pero en el concepto seguro de que antes mataria á mi hija que dársela por esposa al hijo ilegítimo de la verdulera de Tordesillas.

Un grito lastimero y hondo siguió inmediatamente á esta declaracion de la condesa: oyose al mismo tiempo el golpe de un cuerpo contra el pavimento al otro lado de la puerta que separaba aquella estancia de la contigua, y al abrirla asustados los condes hallaron á Dolores fria y sin conocimiento delante del umbral que ensangrentaba su herida y desmelenada cabeza.

—¡Nos estaba escuchando! esclamó el adelantado bajándose para tomarla en sus brazos. Nos estaba escuchando, y el estado en que la vemos nos prueba la verdad de lo que asegura el rey.

—¿Qué asegura el rey? preguntó toda trémula la condesa, mientras limpiaba con su pañuelo la ensangrentada frente de su hija.

Que esta infeliz ama á Rodrigo, contestó don Diego: que el marido que él la da es el escogido por ella.

Doña Beatriz se apartó de Dolores con gesto de repugnancia y horror, y en tanto que á las voces del conde acudian los criados de la casa y le ayudaban á trasportar al lecho á la pobre niña, aquella mujer orgullosa retrocediendo hasta el fondo del gabinete se dejó caer desplomada en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos y articulando con ahogado acento.—¡Muera en buen hora si es cierto que lo ama!

(Continuará.)—G. G. DE AVELLANEDA.

LA CANCELA.

Peculiar es de Sevilla,
de la encantada ciudad
que del Betis en la orilla
es el emporio y la silla
de la gracia y la beldad;

La primorosa *Cancela*,
que el patio y portal divide,
y es transparente cautela
que contra importunos vela,
y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?
de alguna vieja curiosa.....
de alguna madre celosa.....
Lo que yo sé es que un ladron
no pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
el amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
cabe casi duda, yo
por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
de malicia tan artera,
que se suelen enredar
en ella de almas un par,
una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
de hierro, cuyas labores,
transparente cortinaje
ó leve y sutil celaje
son para unos amadores;

Mientras para otro son muro
de fuerte cárcel impía:
tú para mi fantasía
producto eres de un conjuro,
un cuadro de hechiceria.

En la noche sobre todo,
que es de portentos esfera,
véate de cualquier modo:
para observarte acomodo
tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven
por tu espacio transparente
á una luz resplandeciente,
cual no la logró el Edén
ni la dá el sol en Oriente,

Columnas de mármol rico.
y entre arbustos y entre flores
de vivísimos colores,
una fuente, cuyo pico
de plata, murmura amóres.

Y allá en sombras misteriosas
en el último confin,
un fresco oscuro jardin,
donde estrellas olorosas
son las flores de un jazmin;

Y entre fragancia y frescura
suele darnos la cancela
una voz sonora y pura,
que sus acentos mesura
con el clave ó la vihuela.

Y el apacible murmullo
de tertulia bulliciosa,
y la vista de una hermosa
de las que son el orgullo
de esta tierra deliciosa.

Como silfida del aire
por el pátio cruza leve,
con talle esbelto, pié breve,
y con andaluz donaire
que en fuego torna la nieve.
¿Y si una aparicion tal
se acerca con interés
á la Cancela y portal,
de qué misero mortal
no arrastra el alma y los pies?

Pues desde el patio mirada
la cancela transparente
es cosa muy diferente,
mas no menos encantada
para el que observarle intente.
Se presenta un cuadro á oscuras
por do cruzan silenciosas,
vagas, confusas, borrosas,
mil fantásticas figuras
de apariencias caprichosas.
Y en donde se vé la noche
y se escuchan sus murmullos,
de las auras los arrullos,
lejano rumor de un coche
y ladridos y maüllos.
Pasa como fátuo fuego
de algun sereno la luz,
un grupo sin formas luego,
y con pausado sosiego
un embozado andaluz.
Y la chispa de un cigarro,
un bulto blanco y ligero,
el Santo Olio, el animero,
y los cántaros y el carro
del aguador callejero.
Y gente se oye que pasa
fatigada de paseo,
y la charla nada escasa,
en muy sabroso *ceceo*,
de familia que va á casa.

De una puerta el aldabon.....
una guitarra.... un silbido.....
en un, de la confusion
de una inmensa poblacion
el soñoliento rüido.
Acaso un bulto se vé
allá en la pared de enfrente,
que aguarda inmoble á que esté
sola la casa, porque
le es importuna la gente.
Y en cuanto solo se mira,
tímido hácia la Cancela
ya se acerca y se retira,
ya finje tós, ya suspira,
y esperar le desconsuela.
Hasta que dentro la hermosa
silfida ó aparicion,
que tambien una ocasion
está esperando anhelosa
con inquieto corazon;
De la tertulia pesada
cuando irse al último vé,
y solo el pátio, porque
al gazpacho ó ensalada
toda la familia fué,
Lo encuentra, la seña dá,
y linda se deja ver
mas bien ángel que mujer,
para el que esperando está
cansado de padecer.
Entonce el bulto de afuera,
y de adentro la deidad,
van á unirse de carrera,
y la red de hierro artera
se atraviesa sin piedad.
Y ambos que blando algodon
se torne la dura reja,
á quien dan su maldicion,
piden al amor, que deja
las cosas como ellas son.

El Duque de Rivas.



(Francia.—Castillo de Foix.)

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



Paseo de Isabel II en la Habana.

La alameda de Isabel II tiene su nacimiento al lado del Campo de Marte, y frente á la puerta de tierra. Su prolongacion es en estramuros y paralela á la muralla, desde el referido campo hasta la altura del cuartel de presidarios en el campo de la Punta. Hermosas fuentes adornan sus arboladas calles, siendo de notar la de los *Leones* junto al mencionado cuartel; la *Rústica* ó *Cascada* en el centro del paseo, y la de la *India* en el nacimiento de éste frente al campo militar. Esta última merece que nos detengamos un momento en ella.

La fuente de la India en la Habana únicamente puede tener alguna comparacion con la de *Cibeles* en Madrid. Una colosal estátua de hermosa piedra recostada muellemente sobre una especie de carroza, y con el cuerno de la abundancia á su lado, representa el tipo perfecto de la raza india, cuyas formas y contornos están descritos con una limpieza y verdad admirables. Algunos génios y objetos alegóricos se arrastran al pié de la imágen. Del suntuoso pedestal sobre que ésta se halla colocada salen cuatro gruesos caños que depositan el líquido cristal que por ellos pasa en un límpido pilon. Una hermosa verja de listones rodea la fuente, y un lindo jardinillo enbalsama con sus perfumes el espacio que media entre la verja y el pilon.

El busto de S. M. la reina doña Isabel II vaciado en bronce se ostenta circuido en un hermoso baranidillaje en el centro de la alameda, y entre la puerta de Monserrate y el gran teatro de Tacon.

En la conclusion del paseo se encuentra el *cuartel de presidarios*, obra de pequeño mérito y cuya construccion costó 152,881 pesos y 5 reales.

Ensayo crítico sobre las obras de Aristófanes.

Antiqua comedia sinceram illam sermonis attici gratiam prope sola retinet. (Quintiliano, Inst. orat. lib. 10, 1.)

Es tan notorio el descuido que en el estudio de las letras griegas y latinas se ha introducido en estos tiempos, y son tan débiles las razones que se alegan para disculparlo, que causa lástima y admiracion considerar que yacen en el olvido las obras que ciñeron las frentes de Píndaro y Horacio con los laureles de la inmortalidad. Uno de los rasgos característicos del siglo que atravesamos, es el de menospreciar todo lo antiguo sin exámen ni criterio, creando tendencias é instituciones nuevas, que para ser estables necesitan apoyarse en los cimientos que echaron las generaciones pasadas en su progresivo desarrollo. No hay duda de que ciertos elementos de la sociedad antigua se diferencian notablemente de los de la nuestra: su religion, su constitucion social, y sus costumbres adolecian de una tinta sensualista, que los esfuerzos de Platon y de Zenon de Citium no pudieron desterrar, porque luchaban con preocupaciones arraigadas que oponian una fuerza invencible á sus intentos; pero lo bello y lo verdadero siempre es uno, cualesquiera que sean las vestiduras con que se cubra, y si en las ciencias y en las artes encontramos verdad y belleza, los vanos errores de un siglo presuntuoso no serán obstáculos suficientes para desacreditar las obras eternas que nos legaron Grecia y Roma.

Nadie desconocerá la influencia saludable que la literatura latina ha ejercido en la española clásica, y el profundo estudio que de la misma hicieron los escritores en prosa y verso que mas celebridad alcanzaron entre nosotros. Para apreciar exactamente la orijinalidad de Saavedra Fajardo, de los Argensolas y del tierno Garcilaso, es indispensable conocer de antemano la profundidad y concision de Tácito, la filosofía, elegancia y gusto de Horacio, y las innumerables bellezas que naturalmente manaban de la pluma de Virgilio. ¿Y quién negará que esos mismos historiadores y poetas latinos se formaron con la atenta observacion y lectura de los escritores griegos, como Tucídides, Píndaro y Teócrito? Y no se crea que las obras de estos grandes hombres sirven tan solo como monumentos que demuestren el estado de la literatura de su época; porque las letras latinas y griegas, como las de todas las naciones, son un vivo reflejo de la sociedad en que se escriben, y á veces se obtiene mayor utilidad del exámen del carácter é ideas del escritor que de los hechos que nos comunica, y de las bellezas que intenta manifestarnos.

Si prescindimos de estas observaciones literarias y filosóficas y pasamos á las filológicas, encontraremos tambien razones que confirmen nuestra opinion. La lengua griega fué madre de la latina, y esta de la española. Nuestro armonioso y abundante idioma, su fluidez y la libertad de su sintaxis, no pueden estimarse sin tener conocimiento del latino que le trasmitió sus giros y construcciones atrevidas, y la magestad y riqueza de la espresion. Si hoy resucitáran Herrera y Cervantes y viesen el lastimoso abandono en que ha caido nuestra len-

gua, quizá se compadecerian de la negligente generacion que ha olvidado sus afanes y esfuerzos en enriquecerla.

Pero los clásicos griegos y latinos que fueron las delicias de Corneille, Racini y Moliere se estudiarán tambien en lo sucesivo, si nuestros poetas dramáticos quieren dar á sus composiciones la solidez y agradable sabor que se recoje de su atenta lectura. En ellos se encuentran bellas y olorosas flores que pueden adornar las obras dramáticas modernas, como sucedió á las del siglo de oro de nuestra literatura; y pues que la poesía dramática es la que mas se cultiva en estos tiempos, coadyuvemos en cuanto nos sea permitido á darle una direccion brillante esponiendo en estas breves y mal trazadas líneas los pensamientos que nos ha sugerido el estudio de las comedias de Aristófanes, célebre poeta cómico griego, de quien mucho se ha escrito y hablado, casi siempre sin preceder los trabajos que estas materias requieren.

La comedia griega, asi como la tragedia, nació en las fiestas de Baco, y conservó por algun tiempo el sello procaz y licencioso que dominó despues en las obras mas regulares de Aristófanes, que es tambien el poeta cómico griego mas conocido. La estremada mordacidad de este espectáculo primitivo no perdonó á ningun personaje de la república, envolviendo en sus amargas sátiras á los generales, los magistrados, los escritores y hasta el sagrado del hogar doméstico. Diferenciábase de la tragedia, no solo por el objeto en que se ocupaba, sino tambien por el uso que hacia de los coros en las parabases. En ellas prescindia el coro de la accion de la comedia, y dirigiéndose al auditorio, espresaba, como Plauto y Terencio en sus prólogos, ya las rivalidades del poeta, ya sus triunfos, ó las sátiras que lanzaban contra los que queria hacer odiosos al pueblo.

Susarion de Megura ó de Icaria parece haber sido el primer poeta cómico. Crutes y Epicharmo perfeccionaron despues este nuevo género literario, sucediéndoles Cratino, Eupolis y Aristófanes.

No sabemos dónde nació Aristófanes ni el año de su nacimiento, y solo podemos afirmar que vivió hasta el de 389 antes de J. C. Fué contemporáneo de Sócrates y de Euripides y sostuvo contra Cleon un litigio que se decidió en su favor por disputarle el titulo de ciudadano de Atenas. Compuso cincuenta y cuatro comedias, de las que se conservan once: Los Acharneos, Los caballeros, Las Nubes, Las Abispas, La Paz, Los Pájaros, Las Mugeres que celebran la fiesta de Ceres, Sesistrata, Las Ranas, Las Oradoras ó el congreso femenino y Pluto.

Los Acharneos, representada en el año 6.° de la guerra del Peloponeso (426 antes de J. C.), tuvo por objeto demostrar á los atenienses las ventajas que se seguirian de la paz. La escena es en Acharnea, ciudad del Atica, cuyos habitantes se ocupaban en su mayor parte en el comercio del carbon, por lo cual se compone el coro de carboneros. El poeta finge que un Acharneo, llamado Diceópolis, ha pactado con los lacedemonios la paz respecto de su persona y familia, mientras que sus conciudadanos sufren las vejaciones consiguientes á la guerra promovida por Cleon y Lamacho, generales atenienses. Dos escenas notables hay en esta comedia: la una describe los preparativos que se hacen en la casa de Diceópolis para un soberbio festin, en contraposicion al trastorno de Lamacho que se apresta para la guerra: forma un contraste admirable la bulliciosa alegria que reina entre los criados de Diceópolis con la tristeza de los de Lamacho, y al poco tiempo aparece Diceópolis sostenido por sus esclavas, casi embriagado, y Lamacho por dos guerreros, herido y confuso de resultas de la pelea: la otra, que es una sátira cruel contra Eurípides, pinta la perplejidad de Diceópolis que va á ser apedreado por su inteligencia con el enemigo y que se resuelve á consultar á Eurípides acerca de los medios de que dispondrá para salvarse: pídele algun disfraz, algunos harapos de los que sacaban á las tablas los personajes de sus trajedias, y Eurípides le presenta los de OEneus, Phenis, Philoctete, Bellerrophonte, Telefo, Thieste, Ino, y otros objetos, símbolos de la miseria: quéjase el trájico de que se le despoje de los elementos de toda una trajedia y de que se le interrumpa en sus estudios; y al cabo estalla con furia su indignacion cuando le exige un puñado de yerbas de las que vendia su madre. Aristófanes, que despues hace su propio elogio en boca del coro, aludia con esta espresion al oscuro nacimiento de Eurípides, como si la fuerza del ingenio en una persona humilde que obtiene la aureola de la inmortalidad, no fuera una calidad digna de la mayor alabanza.

La comedia que se titula Las Nubes, tan célebre por intervenir Sócrates en ella, como uno de los principales personajes, se representó en el año de 415 antes J. C. La escena empieza en el dormitorio de Strepsiade, ciudadano de Atenas, arruinado por el libertinage de su lujo, cargado de deudas, que solo piensa en los medios de eximirse de su pago. Decídese á consultar á Sócrates, sofista de los que dicen que el cielo es un horno y que los hombres son carbones encendidos, y de los que prueban con la fuerza de su lógica que el dia es noche y la noche dia. El discípulo de Sócrates se opone á que Strepsiade aprenda los secretos de la filosofía. Son grandes misterios, dice el criado: no hace mucho que preguntaba Sócrates á su discípulo Cherephon por el espacio que podria saltar una pulga. Entonces llama Strepsiade al filósofo con toda la fuerza de sus pulmones, y aparece Sócrates en el aire, columpiándose en una cesta. Conjúrale por todos los Dioses que oiga su peticion. Poco á poco, le responde, ¿por qué Dioses jurais? En mi escuela no se admiten los Dioses del pais. Al oir esto, le pregunta Strepsiade que cuáles son los suyos, y Sócrates le replica que las nubes. Accede por fin á su demanda y le enseña mil sutilezas escolásticas, obligándole á hacer una profesion de fé relijiosa, conforme á las doctrinas que el poeta atribuye á Sócrates, y que acepta Strepsiade por conseguir su objeto. Encantado de esta entrevista, invita á su hijo Philippides á escuchar las lecciones del sábio, al que lo presenta, rogándole que le enseñe los dos puntos capitales de su doctrina, las nociones de lo justo y de lo injusto que aparecen personificadas, disputando entre sí. Su discusion termina de este modo:

—Díme, dice el injusto, ¿quiénes son nuestros oradores?

—Infames, le contestó el justo.

—Bien, convengo. ¿Y nuestros poetas trájicos?

—Infames.

—Perfectamente dicho. ¿Y nuestros magistrados?

—Infames.

—Muy bien. Cuenta ahora los espectadores. ¿Son los mas hombres de bien? Obsérvalo.

—Hay mas infames, lo confieso.

—Y si esto es así, ¿qué me podrás replicar ahora?

—Que he perdido.

Philippides, mientras tanto, aprende tan sublimes principios de su maestro, que golpea á sus acreedores y á su mismo padre, á causa de una cuestion que se habia suscitado hablando de Euripides, probándole despues filosóficamente que tenia razones para obrar de esta suerte. El coro, compuesto de nubes, falla la cuestion en favor del hijo. En el último acto hay una parodia del discurso de Phenix á Achiles, de Eurípides.

Los críticos se han dividido al emitir su opinion acerca de la influencia que pudo tener esta comedia en la condenacion de Sócrates. Nosotros, respetando el parecer de los que sostienen la afirmativa, creemos lo contrario, y nos fundamos en el intervalo de veinticuatro años que transcurrieron desde su representacion hasta el juicio de Sócrates, en que Aristófanes fué constante amigo de uno de los mas famosos discípulos de aquel filósofo, y en que los mismos jueces que lo sentenciaron á beber la cicuta fueron tambien los perseguidores de Aristófanes. Sabemos tambien que el divino Platon era apasionado admirador del poeta cómico, que leia sus obras con frecuencia, y que envió á Dionisio el Anciano esta misma comedia para que conociese el gobierno y la sociedad de Atenas. Si el ilustre académico fué el mas célebre filósofo que salió de la escuela de Sócrates, del cual recibió siempre las mas señaladas muestras de preferencia, profesándole tal respeto y amor que casi rayaba en adoracion, ¿cómo podremos creer que tributase á Aristófanes tan grandes elogios si éste hubiera sido alguno de los resortes de que se valió la calumnia para sacrificar á su maestro, obligándole á ocultar su doctrina, temeroso de las persecuciones de que fué víctima el virtuoso sábio? En Atenas habia entonces dos partidos literarios: el de los sofistas ó filósofos y poetas trájicos, y el de los poetas cómicos. Sócrates no habia atacado aun las vanas cavilaciones de las escuelas con su contundente dialéctica, y siendo considerado como un sofista, Aristófanes lo escogió por blanco de sus tiros, á semejanza de lo que antes hizo con generales y otros personages ilustres.

Los Pájaros se representaron en el año de 415 antes de J. C. El argumento es el siguiente: dos ciudadanos de Atenas, llamados Pisthetere y Evelpis, arruinados por los pleitos, buscan á Tereo, y consiguen que, ayudado de otras aves, edifique en el aire una ciudad para impedir la comunicacion entre los Dioses y los hombres; pero los Dioses, viendo que no podian percibir el incienso de los sacrificios, envian á los habitantes de la nueva ciudad á Hércules, Neptuno y un dios Thracio que habla el griego de una manera ridícula á fin de apartarlos de su propósito: la ciudad habia tomado el nombre de Nephelococcigia (ciudad de los cucos y de las nubes), y los que la formaban no transijen con los Dioses; uno, despues de obtener de ellos que casen á la bella Diosa ó la Dominacion con Pisthetere, que habia sido nombrado rey.

Muchos atenienses y lacedemonios, perdidos y deshonrados por sus escesos, acuden á Nephelococcigia y son admitidos á sus privilegios y magistraturas. Uno de ellos es un poeta que llega cantando de esta suerte: —«Musa, ensalzad la feliz Nephelecoccigia.» Pisthetere le pregunta su nombre y el de su patria: —Yo soy, responde, sirviéndome de la espresion de Homero, el fiel siervo de las musas; de mis lábios mana la miel de la harmonía.

Pisthetere.—¿Por qué habeis venido á estos lugares?

El Poeta.—Yo, rival de Simónides, he compuesto cánticos sagrados de todas especies, para todas las ceremonias, en loor de esta nue-

va ciudad, cuyas alabanzas no cesaré de cantar. ¡Oh padre! ¡oh creador del Etna! que yo reciba los innumerables dones que para tí quisiera. (Esta es la parodia de algunos versos compuestos por Pindaro á Hieron, rey de Siracusa.)

Pisthetere (aparte).—Creo que este hombre me atormentará con sus sandeces hasta que le haga algun presente. Escucha (dirigiéndose á su esclavo), dale tu vestido y conserva la túnica. Tomad este vestido (al poeta), porque teneis traza de estar yerto de frio.

El Poeta.—Mi musa acepta con gratitud vuestros dones. Escuchad ahora estos versos de Pindaro. (Nueva parodia por la cual pide la túnica del esclavo. Consíguela y se retira cantando.)

Pisthetere.—Felizmente me liberté de la frialdad de sus versos. ¿Quién diria que esta plaga hubiera tambien de buscarnos? Pero prosigamos nuestro sacrificio.

El Sacerdote.—¡Silencio!

Un adivino con una lira.—No toqueis á la víctima.

Pisthetere.—¿Quien sois?

El Adivino.—El intérprete de los oráculos.

Pisthetere.—Tanto peor para vos.

El Adivino.—Cuidado con lo que haceis, perdiendo el respeto á las cosas sagradas. Yo vengo con la mision de referiros un oráculo, concerniente á la nueva ciudad.

Pisthetere.—Mas valia que lo hubiérais declarado antes.

El adivino.—No ha sido tal la voluntad de los Dioses.

Pisthetere.—¿Lo manifestareis?

El Adivino.—«Cuando vivan juntos los lobos y las cornejas, en la llanura que separa á Sycione de Corinto.... (Habia un oráculo célebre que comenzaba con estas palabras.)

Pisthetere.—¿Pero qué tengo yo que ver con los corintios?

El Adivino.—Sin duda no entendeis el sentido misterioso que oculta; el oráculo se refiere á la rejion del aire en que estamos. Oid lo restante: «Sacrificareis á la Tierra un macho de cabrio, y dareis un elegante vestido y calzado nuevo al primero que os declare mi voluntad.»

Pisthetere.—¿Conque tambien habla del calzado?

El Adivino.—Tomad y leed. «Ademas una botella de vino y las entrañas de la víctima.»

Pisthetere.—¿Y las entrañas?

El Adivino.—Tomad y leed. «Si ejecutais mis órdenes, aventajareis á todos los mortales tanto como el águila á las otras aves.»

Pisthetere.—Calle, ¿conque tambien eso?

El adivino.—Tomad y leed.

Pisthetere.—Yo tengo escrito en estas tablillas un oráculo de Apolo, que se diferencia algo del vuestro, y es el siguiente: «Si alguno sin ser invitado, tiene el atrevimiento de introducirse entre vosotros, de turbar los sacrificios con sus importunidades, y de exijir alguna parte de la víctima, lo matareis á palos.»

El Adivino.—Me parece que os chanceais; ¿no es así?

Pisthetere.—Tomad y leed. «Aunque sea un águila, aunque sea el impostor mas ilustre de Atenas, sacudidle y no le perdoneis.»

El Adivino.—¿Pero dice eso el oráculo?

Pisthetere.—Tomad y leed. Fuera de aquí, y partid á otro lugar á referir los vuestros.

Para hacer la crítica de las composiciones de Aristófanes, es necesario que nos revistamos de la mas rigurosa imparcialidad, desechando las preocupaciones que hayamos adquirido, y trasladándonos con la imaginacion á la sociedad ateniense de aquellos tiempos. Las declaraciones de los demagogos arrastraban al pueblo á acometer empresas imprudentes: los sofistas habian conculcado los fundamentos de la moral y de la certeza; los vicios mas repugnantes invadian á todas las clases del estado, y la esclavitud y el politeismo con todas sus consecuencias minaban con fuerza los cimientos de la vida pública y privada. En vano, pues, buscaremos en las comedias de Aristófanes esos sentimientos dulces y tranquilos que el cristianismo ha introducido entre nosotros; en vano buscaremos la galantería y caballerosidad que distingue á los personajes de los dramas de Calderon y de Lope, ni el sublime idealismo que reina en las concepciones de nuestros grandes dramáticos. Sus comedias se resienten de la inmoralidad de la época, y debemos confesar que, aun cuando combate muchos vicios vituperables, y se inclina siempre al partido de los hombres de probidad, no opuso sin embargo al torrente de la corrupcion los fuertes diques que su talento y posicion podian presentar. El bello sexo no tenia tampoco entre los atenienses la influencia que á causa de la igualdad cristiana ejerció despues sobre las acciones de los hombres: de aquí provino la falta de decoro que encontramos, en sus obras, que llega hasta el último punto en la comedia titulada Lisystrata, haciéndonos apartar la vista de aquel cuadro de obscenidades y formar del pueblo que las toleraba una idea no muy favorable á su educacion moral. El poeta dramático es el que debe tener mas presente el precepto de instruir y deleitar con sus escritos; pero de modo que no desagrade con sus áridas predicaciones, ni embriague con la pintura de acciones ó caractéres que inculen en el alma máximas peligrosas.

La regularidad del plan y la invencion no merecieron la preferencia de Aristófanes. Dotado de una vis cómica estraordinaria, derramaba profusamente la sal ática, y á trueque de hacer reir y de ridiculizar á cualquier personaje, descuidaba la verosimilitud y la decencia. La animacion de sus diálogos es admirable, y la sorprendente facilidad con que manejaba su lengua. Abunda en juguetes de palabras, en dicciones compuestas con estravagancias, y á veces en verdaderas rimas; pero su estilo es siem re modelo de aticismo, y sus metros, aunque caprichosamente variados, no dejan de tener cierta simetría.

Voltaire, fundándose en la opinion de Plutarco, habia juzgado las composiciones de Aristófanes en un sentido desfavorable al poeta, sin comprender el carácter especial del teatro griego, y las grandes dotes dramáticas que en sus comedias mas inferiores en escelencia encuentra el imparcial crítico. Pero examinándolas con detencion, observamos tales bellezas, que admira la ceguedad que en los ojos mas perspicaces puede arrojar la preocupacion, en especial cuando se reviste de cierta firmeza en sus juicios, inspirada por la reputacion literaria que se ha logrado alcanzar.

Casi todas sus comedias tuvieron algun fin político ó social de la mayor importancia, al cual hacen frecuentes alusiones que nosotros no podemos comprender, porque no vivimos en la sociedad en que se escribieron. ¿Cuál es la causa de que algunas producciones de Calderon que obtuvieron gran éxito en su época no satisfagan hoy á los que las ven representar de nuevo? Creemos que á esto se debe replicar que los hombres del dia no son los mismos que los del tiempo de Felipe IV; que las costumbres y preocupaciones sociales han esperimentado grandes mudanzas, y por último, que hoy no se tiene del teatro la idea admitida en aquel siglo. Si suponemos que un espectador de las comedias de Planto observase la representacion de algun drama moderno, entendiendo su idioma, y nos espusiese la opinion que de él hubiere formado, hay razones para pensar que la estrañeza de un espectáculo tan diverso de los que hasta entonces habia presenciado, no le permitiria estenderse á comentar su mérito ó demérito. Las obras dramáticas son juzgadas por un magistrado incorruptible, que es la opinion pública. Ademas de que en Atenas se aplaudian con entusiasmo las comedias de Aristófanes, confesando muchos eruditos que habia reunido en ellas todo lo bueno que se hallaba diseminado en las composiciones de varios poetas que le precedieron, es necesario que no olvidemos la ilustracion y depurado gusto del pueblo de aquella ciudad. La decision del mayor número en materias de belleza no debe valer tanto como las cualidades de que se encuentran revestidos los que critican. Los mismos ciudadanos que lloraban las desgracias y crímenes de Edipo, obedeciendo á la fuerza incontrastable del destino, asistian despues á la escena para gozar de las parodias de la comedia antigua, y de las sátiras y alusiones personales del poeta cómico.

Los dramáticos mas eminentes se han distinguido por el feliz acierto con que satisfacian á las necesidades y deseos de los espectadores contemporáneos: Aristófanes comprendió la sociedad que habia de juzgarlo, retratóla fielmente en sus comedias, y ella, viendo la verdad y energía de su pincel, victoreó con frenesí al ingenioso poeta que tan bien conjunta sus rasgos y estudiaba sus dolencias. Eran, pues, las comedias de Aristófanes esencialmente nacionales, y por eso obtuvieron la aprobacion y aplauso universal.

Su imaginacion no conoció límites de ninguna especie. Los Dioses, los hombres, el cielo, la tierra, todo encontró cabida en sus obras. Proponiéndose siempre un objeto fijo, creaba las situaciones y los caracteres que le servirian para conseguirlo, y les daba vida y movimiento con su agudeza incomparable, con la animacion de sus diálogos, con su rica poesía y con la sonoridad y dulzura de sus versos. Mezcla todos los dialectos, usa de las espresiones mas soeces del pueblo, y se eleva en ocasiones á las arrebatadas y sublimes inspiraciones de la poesía dithyrámbica. Sin embargo, no está exento de defectos: ya hemos indicado los mas notables, advirtiendo que la sociedad corrompida en que vivia, el orígen y progresos de la comedia antigua, y otras causas, le eximen en parte de las inculpaciones que pudieran hacérsele.

Pero concluyamos este artículo, y tengamos presente que el estudio de los buenos modelos no debe hacerse de un modo individual y sistemático, imitando todo lo que contuvieron sin discernir sus faltas y bellezas. La correccion y delicadeza de gusto no se adquieren sino despues de penosos trabajos y profundas reflexiones que abren á los grandes ingenios sendas no trilladas, si bien próximas á abismos y precipicios que no se salvan en todas ocasiones. Así se ha reconocido hasta ahora por claros y ejercitados talentos; así nos lo dice nuestra propia conciencia que desatiende las sugestiones de la pedantería y del amor propio. Y ciertamente vendrá un tiempo en que renazca la aficion á los clásicos griegos y latinos, porque las preocupaciones fundadas en la ignorancia y el error, caen y se destruyen por sí mismas, faltándoles asiento firme que las sostenga.



ANTIGUEDADES DE HERCULANO.

El jarron y el bajo relieve que representan nuestros grabados, están copiados fielmente en vista de estos objetos, que pertenecen á los descubrimientos hechos en las escavaciones de Herculano. Serian in-



útiles las líneas que empleáramos en hacer notar la belleza de estas dos obras de arte, porque á primera vista sorprende la elegancia de la forma y la correccion y gusto del dibujo.

ATRÁS.

Artículo inédito (1).

Hé aquí el inconveniente de andar damasiado: en un año, nada mas que en un año, nos veiamos libres, como quien dice; ya se habian hecho dos ó tres ejemplares, lo menos, con carlistas; se habian convocado córtes; se habia echado abajo, no sin dificultad, el voto de Santiago; todo el voto de Santiago; se habia discutido largamente, muy largamente, la tabla de derechos; no se habian prohibido en todo el año mas que cuatro ó cinco periódicos de real órden; se habia mudado el nombre de ministerio de Fomento en ministerio de lo Interior, y el de subdelegado en gobernador; se habia protejido tanto á la Milicia Urbana, que ya la teniamos dividida por cuarteles; y se habia animado tanto el espíritu público, que ya habia cuatro batallones, cuatro, en Madrid, en todo Madrid; cuidado si habíamos adelantado: se podia imprimir todo lo que permitian los censores régios; y en fin, asómbrense VV. de lo que habíamos andado: ya varias veces habia prometido el gobierno dar la ley de ayuntamientos. Pues alguna vez habia de haber llegado. Mas: ya habíamos conseguido dos victorias en Navarra.... Pero ¿á dónde iriamos á parar si siguiéramos asi? Acabariamos puede ser por ser felices, sin habernos costado mas que cuatro discusiones acaloradas, y algun desafio pacífico. Hé aquí lo que han visto claro los que miran por nosotros, y han dicho:—*¡ Atrás ! ¡ Esta España vá que vuela ! á este paso el año* 1900 *ya es libre.*—Y han añadido: *el ministerio de hoy es un ministerio republicano, anárquico: hagamos un ministerio compacto.*

Ya quisiera yo ver un ministerio compacto: un ministerio que nos ataje un poco en esta carrera rápida que llevamos: cuidado si vamos deprisa: un ministerio que verifique la fusion: que no eche á ningun pobrecito de los diez años, ni admita á ningun afortunado de esos de los tres: un ministerio que sea el justo medio, entre Cea y el justo medio; que se coloque entre setiembre del año pasado y setiembre de éste, si cabe en tan corto trecho: un ministerio enérgico que dé un poco en la cabeza á estos liberalazos españoles tan exigentes, tan alborotados, tan indomables, y que acabarán por salirse con la suya con los medios que ponen: en una palabra, un ministerio que nos dé lo que necesitamos: no libertad, que esa ya tenemos mucha, demasiada, tanta que esto es un desórden: sino un poco de freno; un poco de despotismo, que nos está ya haciendo falta; un ministerio juicioso, moderado, mas moderado, mas juicioso que éste, que vaya mas despacio todavía que el actual, que no nos precipite, como vá á hacer éste, andando el tiempo, en el abismo de nuestra libertad y de nuestro bienes-

(1) Este artículo fue prohibido por la censura, en vista de lo cual *Fígaro* escribió otro titulado *Adelante* que sufrio igual suerte y que tambien publicaremos.

tar. Esto es lo que se nos vá á dar: ¡gracias á Dios que nos pararemos un poco! ¡gracias á Dios que dejaremos de andar deprisa! ¡gracias á Dios que volveremos *atrás!*

FIGARO.

DOLORES.

CAPITULO IV.

EL MEDICO.

Los balcones de la casa del adelantado estuvieron cerrados toda aquella tarde: las personas convidadas para contemplar desde ellos el espectáculo marcial que se ofrecia en la plaza, recibieron aviso á última hora de que un repentino y peligroso accidente sobrevenido á la hermosa hija de los condes de Castro, privaba á aquellos señores del placer de recibir á sus nobles amigos y presenciar con ellos las fiestas.

Asi, cuando todo era animacion y bullicio delante de la casa de Sandoval, reinaban dentro de esta el pesar y la consternacion, porque la situacion de Dolores adquiria por instantes mayores apariencias de gravedad. Dos horas permaneció privada de sentidos, no obstante habérsele prodigado todos los auxilios posibles bajo la direccion del doctor Yañez, que era reputado uno de los mas hábiles discípulos de Hipócrates y Galeno, y cuando se consiguió por último hacerla volver en sí, la asaltó inmediatamente violentísima fiebre que comenzó con terribles convulsiones, haciendo concebir al médico sérias inquietudes que no procuró ocultar. No se apartaba D. Diego de la cabecera del lecho en que yacia su hija, mostrando el estremo de su cariño hácia ella en la angustiosa perturbacion que lo dominaba, y en medio de la cual daba incesantemente las órdenes mas contradictorias á su atribulada servidumbre. Mari-García cuidaba de rectificarlas, asistiendo á la enferma con mucha mayor serenidad y no menor eficacia; pero la condesa se mantenia en su aposento, contentándose con enviar de rato en rato á su doncella de confianza Isabel Perez, para que se informase cuidadosamente del estado de la jóven.

Cuando se terminaron las justas D. Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval, sobrino del adelantado, se presentaron juntos en aquella casa consternada: el primero fué introducido al punto en el gabinete en que se hallaba su hermana, y el segundo se encargó de recibir á las innumerables personas que se apresuraban á cumplir los deberes de la amistad yendo personalmente á tomar noticias de la desgracia ocurrida, manifestando á los interesados la parte que en su pena les cabia. De los primeros que se presentaron fueron D. Alvaro de Luna y su jóven deudo Rodrigo; mas ni el vivo interés que espresó aquel en los términos mas corteses, ni la verdadera y congojosa ansiedad que se pintaba enérgicamente en el semblante del otro les merecieron grandes muestras de gratitud por parte del jóven Sandoval, que sostuvo la visita con ceremoniosa urbanidad, en la que se traslucia fácilmente cierta especie de violencia. Rodrigo, por lo tanto, salió de la morada de su ídolo sin haber alcanzado á comprender ni la causa ni la gravedad del accidente por las lacónicas respuestas que diera Sandoval á sus multiplicadas preguntas, pero presintiendo no obstante mucha parte de la verdad del suceso. Agitado por los recelos mas crueles se puso á rondar el pobre jóven á los alrededores de la casa, y á pesar de la intensidad del frio pasó toda la noche en aquella plaza tan concurrida y bulliciosa algunas horas antes, y entonces solitaria, silenciosa y oscura.

El alferez mayor conferenció largo tiempo con su hermana, y fué resultado de la plática que, hácia las doce de la noche, se presentára la condesa, acompañándola él, en la estancia de la enferma.—¿Cómo está? preguntó á su marido que permanecia al lado del lecho teniendo entre las suyas una de las manos de Dolores.

—¡Ya lo veis! contestó con ahogada voz el padre. El médico se ha marchado hace poco para volver á las dos, hora en que cree posible se verifique la crisis.

Esto no será nada, articuló doña Beatriz inclinándose sobre la cama para examinar de cerca el semblante de su hija: la herida que al caer se hizo en la frente no es mas que un leve rasguño; añadió sentándose cerca de su esposo con apariencia de calma.

D. Juan de Avellaneda se acercó tambien, y como se preciaba de conocedor, pulsó á la doliente, y repitió lo que habia dicho su hermana.—No es nada.

Algunas semanas de sosiego en el convento en que pasó su infancia, dijo doña Beatriz, la restituirán completamente la salud y la alegría.

—De todos modos, añadió D. Juan, mañana mismo debeis poner en conocimiento de S. A. la dolorosa impresion que parece haber causado en esta niña el proyectado consorcio. Es motivo mas que suficiente para que se desista de tan absurda idea.

Nada dijo el conde respecto á lo que su mujer y su cuñado acababan de espresar, pero se inclinó para besar la frente de su hija murmurando sobre ella.—¡Vive Dolores mia, vive! es cuanto mi corazon te pide.

El alférez mayor se despidió entonces, ofreciendo volver al dia siguiente, y la condesa (que lo acompañó hasta la misma escalera) tornó á situarse despues junto al lecho de Dolores, donde la encontró todavía el doctor Yañez cuando vino á visitar á la enferma. Eran mas de las dos: el médico vió que la jóven parecia tranquila, y D. Diego le dijo con tono de satisfaccion.—Hace dos horas que duerme: las convulsiones no han repetido.

Tomóla sucesivamente entrambos pulsos el hijo de Esculapio y movió significativamente su voluminosa cabeza cubierta por espesa peluca de recios cabellos enrojecidos por el tiempo.

¿Querreis persuadirnos, esclamó con ímpetu la condesa, que es muy grave el estado de esta niña?

—Lo es á mi entender, señora doña Beatriz, le contestó sin alterarse el médico. La jóven paciente ha debido ser afectada por algun dolor inesperado y profundo: algun golpe tremendo ha herido á este corazon, trastornando toda la armonía del organismo. El alma es aquí la enferma, no me cabe duda, y esta clase de males son los mas oscuros para la ciencia.

A la edad de Dolores, dijo prontamente la condesa, no hay pesares profundos, señor Yañez, y por vivos que puedan pareceros no os alarmarán sus consecuencias.

—No comprendo lo que vuesa merced quiere decir, replicó con su imperturbable gravedad el hombre de ciencia. Esta señorita está dotada de esquisita sensibilidad y de débil complexion: las afecciones morales ejercen una influencia terrible en...

¡Callad por Dios! le interrumpió la condesa con estremado enojo: no me atolondreis la cabeza con vuestras teorías. Yo os digo, señor doctor, que dentro de pocos dias estará Dolores tan buena como vos.

—Haga el cielo verdadera la fausta profecía de vuestra merced, repuso el médico: por mi parte repito que el estado de esta señorita me inquieta en sumo grado; que su corazon padece mucho; que de ahí proviene todo; y que nada puedo hacer para remediar los efectos si primero no se me pone en estado de combatir la causa.

La condesa se levantó con el semblante encendido y los ojos fulgurantes: pero su marido, sin darla tiempo de desplegar los labios, pronunció lentamente estas palabras.

El médico es como el confesor: todo debe saberlo. Teneis razon en cuanto habeis dicho, señor Yañez; esta niña está enamorada y ha creido que sus padres podrian posponer su felicidad á consideraciones sociales. Cuidadla, asistidla, y cuando se halle capaz de comprenderos aseguradla, en mi nombre, que no hay sacrificio alguno que no me halle dispuesto á llevar á cabo por salvar su vida y contribuir á su ventura.

Al acabar estas palabras se salió de la estancia con aspecto triste, pero resuelto, y su mujer le siguió presurosa, dibujándose en sus labios una sonrisa amarga y casi amenazadora.

No emprenderemos la enojosa tarea de pintar detalladamente la larga y borrascosa escena que se verificó entonces entre los dos esposos, á algunas varas de distancia del aposento de Dolores; basta á nuestro objeto asegurar que no olvidó doña Beatriz ninguno de los medios que creyó convenientes para apartar á su marido del pensamiento que habia osado espresar en su presencia. Reflexiones, reproches, ruegos, enojos, todo fué empleado alternativamente con igual energía; pero el adelantado se mantuvo inflexible, oponiendo á todos los ataques esta sola defensa que le parecia invencible.—Se trata de la existencia de mi hija. Ya habeis oido al doctor: su estado es grave: solo hay un medio de salvarla, y sea cual fuere ese medio, un padre no puede rechazarlo.

Doña Beatriz intentó en balde convencerlo de que el accidente de la jóven no prestaba fundamento á serias inquietudes; el conde movia la cabeza sonriendo tristemente, y decia sin abandonar su terreno.—Está muy mala: el golpe ha sido cruel, moriria irremediablemente si se continuaba contrariando esa desgraciada pasion que se ha apoderado de su alma.

—Doña Beatriz habló del gran disgusto que causaria al infante aquel casamiento odioso. Su marido no fué mas sensible á esta consideracion que á las que le habian precedido.—No será mayor que el mio el pesar de S. A. (respondió;) pero se trata de la vida de mi hija, y ante un interés de tamaña magnitud todo lo demas desaparece.

—¿Y si el infante os dijese resueltamente que no presta su consentimiento á pesar de vuestras estravagantes aprensiones?

—El casamiento se verificaria lo mismo que si lo aprobase el infante.

—¿Asi pues, estais resuelto á hollarlo todo, á despreciarlo todo por

satisfacer la ambicion de unos aventureros y los caprichos de una niña?

—Estoy resuelto á salvar la vida de mi hija cuésteme lo que me costare, contestaba el conde siempre fijo en su idea.

En efecto, el amor paternal ejercia dominio mas estenso que el orgullo en el corazon de aquel hombre que, segun nos asegura un cronista, *era de condicion tratable, sin elacion, es decir, sin vanidad ninguna* (1).

Rarisimas veces sucedia que se opusiese el adelantado de Castilla á las voluntades de su esposa, con cuyo carácter imperioso observaba por lo comun los mayores miramientos; pero cuando llegaba el caso de que manifestase abiertamente una opinion contraria á la de aquella, sabia sostenerla con tan fria perseverancia que toda la impetuosidad de la condesa se quebrantaba al fin contra su tranquila firmeza. Sabíalo la dama, y comprendió en la ocasion de que hablamos la inutilidad de sus esfuerzos. El conde habia tomado su resolucion y nada era capaz de apartarle de ella.

Doña Beatriz se limitó, por tanto, á hacerle comprender que no estaba por su parte menos firme en su resistencia, y salió de la cámara del conde con el aspecto de un adalid que en el instante de entrar en una lucha de muerte recoje todas sus fuerzas, y las pesa rápidamente en la balanza de su propia conciencia.

Andando maquinalmente se encontró á la puerta de la estancia de su hija y fué casualmente en el momento mismo en que la abria para salir el doctor Yañez. La doncella que le acompañaba continuó andando, precediendo al médico, pero este se detuvo para decir á la condesa en voz baja y con tono satisfecho.—Vá bien: puede vuestra merced recogerse á descansar perfectamente tranquila. La señorita ha tomado un calmante, ha sabido las intenciones de su señor padre, que la he comunicado con las debidas precauciones, y acaba de dormirse profundamente, envuelta en copiosisimo sudor que nos anuncia sin duda la próxima cesacion de la fiebre. Su dueña queda velando á la cabecera del lecho, y como son ya las cuatro de la mañana me retiro á mi casa, si vuestra merced no ordena lo contrario.

—Tengo que hablaros antes, respondió con acento breve la condesa, é hizo al facultativo un ademan imperioso indicándole la siguiera.

La criada, que no echára de ver la detencion del médico, á quien conducia á la escalera, proseguia andando con una luz en la mano y los ojos cargados de sueño, hasta que se encontró con otros dos domésticos de la casa que velaban tambien en el recibimiento, y oyó que la decia uno de ellos.—¡Hola! ¿Viene la hermosa Juana á pedirnos una silla cerca de nuestro fuego? ¡Vedlo qué hermoso está! No tendreis un brasero semejante en el cuarto de vuestra señorita, porque he oido decir que á los enfermos les hace daño el calor artificial: á la verdad bien se puede pasar sin el carbon ó la leña quien tenga en la sangre el fuego de la fiebre, pero vos, pobre Juana, debeis estar tiritando: la noche es á propósito para que uno se hiele velando enfermos.

—Llegaos, añadió el otro: decidnos si aun nos tendrán muchas horas haciendo centinela á la escalera: ¿vá á esperar el dia el doctor dentro de la casa?

Juana volvió entonces hácia atrás sus soñolientos ojos y esclamó con sorpresa.—¿Pues qué se ha hecho ese hombre?—Los criados tornaron á brindarle el atufante calor de la gran copa llena de brasas que habian colocado en medio del recibimiento, mas ella sin siquiera darles las gracias desanduvo lo andado en busca del doctor Yañez. No le halló la doncella, como pensaba, ni detenido en los corredores ni en la cámara de la enferma, pero cuando se acercó al gabinete particular de la condesa, cuya puerta estaba cerrada, percibió que hablaban dentro, y pudiendo mas que el sueño la curiosidad hizo cuanto le era dado para entender las palabras que llegaban confusamente á sus oidos; pues le pareció cosa bastante estraordinaria que una señora tan recatada como su ama se encerrase sola con un hombre en aquellas horas, por mas que los años y la peluca del doctor debiesen alejar toda sospecha de cierto género, aun del ánimo mas desconfiado y malicioso.

Imposible le fué á Juana, no obstante sus cuidados, oir clara y seguidamente la conversacion de la condesa y del médico; solo pudo recojer palabras sueltas que trasmitiremos á nuestros lectores.

—Estais ganado por Rodrigo de Luna, no lo negueis, dijo doña Beatriz. Os han visto hablar con él esta noche en la plaza cuando saliais de mi casa.

Juana no pudo entender ni una sílaba de la contestacion del doctor; pero oyó en seguida estas palabras de su interlocutora:

—De poco le servirá estar espiando mis puertas, y vos sereis mas insensato que él si por la necia esperanza de que su proteccion os alcance lo que sin ella mereceis, echais en olvido todo el mal que puede resultaros de tenerme por enemiga. Os hablo con franqueza, señor Yañez: el triunfo que habeis obtenido haciendo temer á un padre la pérdida de su hija, os costará muy caro si no sois bastante hábil para deshacer lo hecho. Don Juan de Avellaneda os puede servir tan bien ó mejor que Rodrigo de Luna en lo que solicitais, y no hay nadie en Castilla que pueda salvaros de mi resentimiento si sois bastante loco para desafiarlo.

El doctor contestó con calor; pero Juana no entendió mas que estas frases truncadas:

—Vuesa merced me acusa sin razon.... no niego que deseo ardientemente conseguir.... no permita Dios que yo me atraiga el ódio de vuesa merced y de su señor hermano, á quien... indíqueme vmd. por qué medios puedo....

Tampoco se oyeron bien todas las palabras de la condesa que siguieron á las del doctor: estas fueron las mas notables que entendió la doncella:

—Estoy resuelta á impedir á todo trance esa alianza vergonzosa: la mataria antes que dársela por esposa á Rodrigo. Ayudadme ó declaraos en mi contra: ¡pero meditadlo! Escuchad lo que puedo hacer en favor y en daño vuestro; me conoceis y....

—Vuesa merced usa de una franqueza que exije se le corresponda con la misma...—oyó Juana cuando la condesa cesó de hablar, mas el doctor continuó con voz tan baja, que no le fué posible entender ni una sílaba mas. El diálogo pareció bastante animado desde aquel momento; pero los que le sostenian se habian alejado sin duda de la puerta en que escuchaba la criada, y apenas logró de vez en cuando percibir confusamente tal ó cual palabra, verbi-gracia:—Id á hablar con mi hermano...—Una carta del infante...—Lo sostendreis con teson...—Señora condesa ¿y si nada se lograra con todo eso, pensais?..... ¡Dios mio! ¿lo dice vmd. de veras?...—De todo soy capaz antes que consentir...—Pero señora...—Son inútiles esas reflexiones; si no hubiese otro remedio, no dudeis...—Obedeceria á vmd. en tal caso.

Todavía hablaban dentro del gabinete, y todavía escuchaba á la puerta la curiosa Juana, no obstante el poco fruto que alcanzaba, cuando se vió sorprendida de improviso por Isabel Perez, doncella predilecta de doña Beatriz, que venia entonces del cuarto de Dolores.

—¿Qué haceis aquí? dijo á Juana severamente, aunque cuidando de no ser oida.

—Ya ves, respondió turbada, me pareció que llamaba la señora, y me he acercado á oir si estaba en efecto en esta estancia.

—Está, dijo Isabel, y yo quedo para si llama; vete á costar: nadie te necesita.

Juana obedeció, y casi al mismo instante se abrió la puerta del gabinete y salió el doctor andando de puntillas, pero con aspecto algun tanto pensativo, y mas grave que de costumbre, lo cual no atenuaba un no sé qué de maligno y de hipócrita que era natural á su fisonomía.

La condesa mandó en seguida que todos se retirasen á descansar, y ella misma se metió en el lecho despues de haber preguntado por su hija y saber que continuaba durmiendo con tranquilidad, velando su sueño la buena Mari-García.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA

EL AMOR DE LOS AMORES.

CÁNTIGA CUARTA.

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ecos logro oirte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pié del rio
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida
Como el Gévora acaso arrebatada,
Dejo mi bosque y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro á orilla de los mares,
Cesaron para siempre mis temores,

(1) Crónica de don Juan II.

Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

CÁNTIGA QUINTA.

Pero tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la estension marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no pareces á calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y dia,
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez cual la esperanza mia.

Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusion, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hiela nuestra mente.

Tampoco es en el mar adonde él mora:
Ni en la tierra ni el mar mi amor existe;
Mas dime si en la tierra te escondiste
O en el centro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores.

CAROLINA CORONADO.

ORIGEN DE LA CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE.

Atribúyese generalmente á los florentinos, á esos banqueros de la edad media, la invencion de la teneduría de libros por partida doble, y aun exige la tradicion que se agradezca especialmente á Francisco Sachetti, banquero de Leon en 1494, este método ingenioso de llevar las cuentas; pero esta invencion es muy anterior á los florentinos, á Lorenzo de Médicis, y aun á la introduccion de los números árabes en Europa.

Sus principios generales eran conocidos de los romanos. En la defensa de Ciceron por el célebre cómico Roscio, se halla un trozo relativo á la contabilidad por DEBE y HABER, y sobre los libros que usaban los romanos entonces, hay en él datos muy curiosos, por lo menos para las personas que en el dia se ocupan de contabilidad comercial ó administrativa. Así se sabe por él que pululaban los usureros en Roma, que prestaban con réditos enormes, y que formaban entre ellos una especie de banco en que se imponia dinero y aun billetes.

Caton el Anciano, durante su censura, habia prohibido la usura y el préstamo al 1 por 100 mensual; pero esta disposicion, conforme con la ley orgánica sobre el préstamo, no fué puesta en ejecucion.

Los usureros continuaron prestando al 34 por 100 en Roma y al 48 por 100 en las povincias. Solo entre amigos y personas honradas se prestaba al 12 por 100; pero el interés ordinario para con los estrangeros variaba desde 48 á 70 por 100.

Segun las leyes romanas, cuando un acreedor queria recibir su dinero, tenia el deudor la facultad de depositarle en un templo designado para el efecto; este era una especie de caja de depósitos y consignaciones destinada á hacer cesar los réditos.

En Roma habia préstamos públicos, y el interés de ellos estaba sujeto á frecuentes variaciones. Cuando los asuntos estaban embrollados, duplicábase algunas veces el interés.—«El 4 de los idus de julio, escribe Ciceron, el numerario ha subido de repente del dinero 12 al dinero 24, es decir, del 12 al 24 por 100.» Por consiguiente Roma tenia deuda pública. Tratóse algunas veces, y particularmente bajo Julio César, de reducir los réditos del interés estipulado, es decir, de proceder á lo que hoy llamamos conversion de las rentas. Ciceron, en la ocasion aquella, le reconviene ágriamente por querer destruir con una bancarrota la fé de la sociedad en los compromisos del Estado. El orador ilustre habia hallado ya en su génio, segun se vé, una idea exacta y recta de lo que constituye la base principal de todo crédito público; pero aquella idea luminosa no fué traducida ni en práctica ni en teoría.

La estension de la usura entre los romanos, la institucion de templos equivalentes á nuestra caja de depósitos y consignaciones, la existencia de préstamos públicos, y por lo tanto, de una deuda pública, así como diferentes operaciones financieras, tanto de funcionarios del Estado como de simples particulares, hacen presumir ya que los principales elementos de la contabilidad eran conocidos entre los antiguos dueños del mundo.

Estas presunciones se convierten en certidumbre recorriendo atentamente las obras de sus historiadores, de sus oradores, y sobre todo de sus jurisconsultos.

Ya en tiempo de Ciceron cada romano rico tenia un registro en el cual inscribia sus deudas y créditos, especie de *cuenta corriente* donde sentaba bajo el *nombre* de aquellos con quienes tenia negocios, e pasivo (*acceptum*), y el activo (*expensum*) de cada uno.

El *acceptum* era lo que habia recibido, y por consiguiente lo que debia el DEBE.

El *expensum*, lo que habia gastado, es decir desembolsado, lo que se le debia, por consiguiente el HABER.

La contabilidad por *debe* y *haber* era pues perfectamente conocida entre los romanos.

Escribian bajo el *nombre*, como hemos dicho arriba. Para comprender exactamente toda la estension de la espresion *nombre* y cuán rigurosa era, es preciso saber que el compromiso que se contraia por los *nombres* (*nominibus*) no podia ser empleado sino por y entre los ciudadanos romanos. Teniendo los estranjeros derecho de comercio, no podian contratar ni comprometerse del mismo modo.

Llamábanse *nombres*, ya sea la señal hecha por el sello que entonces representaba la firma, ya sea el recibo, ya la obligacion misma como cuerpo material, y legal abstraccion.

Nomina facere (CICERON), hacer nombres, era contraer deudas del modo particular que podia contraerlas un ciudadano romano.

Habere pecuniam in nominibus (CICERON), era tener dinero en los nombres, es decir, dinero impuesto.

Transcribere nomen in alios (TITO LIVIO), era hacer, no el transferimiento ó transporte de su recibo, como lo dicen los diccionarios latinos, sino el traslado de sus recibos, de sus nombres en general, mejor dicho, de sus cuentas.

In alios, se entiende *libros* (en el libro de comercio), es decir, transcribir del borrador que se llamaba ADVERSARIA, al registro ó gran libro. este está designado en la defensa de Ciceron, en favor de Roscio, por la palabra *transcriptitia*.

Así como el *Diario* entre nosotros, el *transcriptitia* ó *gran-libro* de los romanos hacia fé en justicia. Debia, como nuestro diario, estar sin *raspadura*, porque era, propiamente hablando, el registro de su traslado, el libro *legal*. Efectivamente, antes de trasladar los artículos á este último, los romanos los sentaban como nosotros, en el borrador. Ciceron le designa por la palabra ADVERSARIA, como quien dijera adversario, la intervencion..... Ciceron en su defensa recoge las hojas volantes, examina las raspaduras, etc.

El traslado al *transcriptitium* se operaba por lo menos todos los meses. Ciceron llama *transcriptitium* en singular al gran-libro cuando estaba cerrado; TRANSCRIPTITIA, este mismo gran libro cuando estaba abierto; entonces se servia del plural, porque realmente ofrece entonces dos páginas á la vista, dos páginas transcritas. Por una parte el *acceptum*, el debe: por otra el *expensum*, el haber. En fin, como libros llevados en realidad por *debe* y *haber*, se les llamaba *Rationes* (cuentas), porque debian dar las razones y esplicar todo lo que se habia hecho entre las partes.

Y tal seria tambien el origen de la denominacion del libro de razon ó *gran libro*, y de las palabras *razon social*, fulano de tal y compañía.

De la palabra *rationes* (cuentas), habíase sacado, en fin, en Roma la palabra *rationarium* para designar la cuenta general de gastos é ingresos, el gran-libro, el PRESUPUESTO de la república. Así se habian deducido matemática y lógicamente para la administracion, la guerra, el senado, el pueblo, los consejos y la hacienda, todas las espresiones usadas en Roma.

En lo concerniente á la contabilidad, cuando querian comprometerse por cierta suma en el TRANSCRIPTITIUM Ó GRAN LIBRO, el ciudadano romano que quería contraer la deuda, escribia en su registro, en el *debe*, es decir, en el *acceptum*, haber recibido el dinero de aquel á quien tenia intencion de constituir en acreedor suyo, mientras que por su parte, este último escribia en el suyo, en el *expensum*, es decir en los desembolsos, en el haber, en el crédito, que habia dado esta misma cantidad á aquel que habia convenido en ser deudor suyo.

En tiempo del jurisconsulto Gayo, 101 años despues de J. C., se empleaban aun estos escritos *nummularii* ó *argentarii* (monetarios), ó en otros términos, los cambistas de Roma. llamados tambien *trapezitæ* por la tabla de madera sobre la cual estendian sus monedas y *mensarii*, para hacer alusion al interés mensual que percibian por la cantidad prestada, usaban los libros que acababan de citar. Estaban obligados á llevar su contabilidad por *debe* y *haber*, porque desempeñaban un ministerio público. *Quia ministerium eorum publicam habebat causam*, dice el Digesto. Un deudor podia, como en nuestros dias, constituirse á otro, y entonces lo que se sentaba en el *debe* (acceptum) de un individuo, constituia, entre las mismas personas y de consentimiento propio, una nueva obligacion reservada solo á los ciudadanos

romanos, y llamada *nomen transcriptitium* que se formaba asi: (*nominibus transcriptitiis*), por una simple variacion, sustitucion ó traslado. Este es el *origen* de nuestros *endosos*.

El *transcriptitium* fué adoptado despues en grande escala para los *endosos* en las ciudades de la edad media. En Lyon se reunian las comerciantes en los vencimientos correspondientes á las cuatro grandes ferias, para asignarse unos á otros las cantidades que recíprocamente se debian; de suerte que por un simple movimiento de escrituras, una gran parte de las deudas se hallaba pagada. Cuando se verificó la revolucion, existia aun el registro de traslados que constataba estas operaciones. Desapareció en el sitio de aquella ciudad.

Génova, Pisa, Florencia, Venecia, todas las ciudades de la grande Hansa del Norte practicaban estos *endosos*, que prestaban grandes servicios en una época en que las monedas eran muy variadas y de mala ley.

De 527 á 565, bajo Justiniano, la obligacion llamada *transcripcion*, *nomen*, privilegio esclusivo de los ciudadanos romanos, habiendo caido completamente en desuso en Constantinopla, aquel emperador no dejó rastro alguno de ella en la legislacion de las *Pandectas*.

Pasó pues totalmente al dominio público, y su práctica, como contabilidad, continuó usándose, con motivo de su sencillez, por los cambistas, obligados no obstante, y siempre por la ley, á establecer sus cuentas por *debe* y *haber* (Ulpiano, *fragmento* IV; Gayo, *fragmento* I; *Cuja* X). Los *nummularii* ó mayordomos privados de los ciudadanos, los agentes de negocios á quienes se confiaba dinero para hacer pagos, estaban obligados á rendir cuentas por *debe* y *haber*. Los registros llevados asi podian ser producidos en justicia, no ya como títulos, puesto que no emanaban del mismo ciudadano romano, sino solo como documentos facultativos presentados al pretor ó juez, en virtud de su poder discrecional.

En cuanto al uso de la cuenta de débitos, de las *cuentas sustituidas* en la persona del *negociante* que constituyen aun mas íntegramente la teneduría de libros por partida doble, introdújose en la edad media en el Bajo Imperio, hácia el año 565, por los judios, con el fin de que fuese mas fácil encontrarse en los libros, para la percepcion del impuesto establecido entonces sobre el resultado de las ganancias y pérdidas, en una palabra, sobre las rentas públicas. En efecto, el impuesto sobre la industria, el impuesto sobre las manufacturas, impuesto que se exigia cada cuatro años, el oro del dolor (asi se le denominaba en tiempo de Plinio) era percibido con arreglo á los mismos libros.

Nuestro moderno sistema fiscal solo ha copiado al parecer este sistema romano; la ley de 1844 acerca de las patentes admite tambien ante el interventor la produccion de libros de comercio para la evaluacion del impuesto de las patentes, reservando no obstante respecto del fisco la facultad de fallar facultativamente.

El economista Fortonnais en sus *Investigaciones y consideraciones acerca la Hacienda desde* 1595 *hasta* 1721, dice que en 1807 un vecino de Brujas, llamado Simon Stewen propuso á Sully la aplicacion de la contabilidad por partida doble para la hacienda pública, lo cual prueba que en aquella época estaba ya esparcida en toda Europa: Sully rechazó la oferta, ignorándose la causa que para ello tuvo.

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

Cerca del torrente que murmura, estaba la Tristeza sentada y silenciosa; meditaba, y su mano modelaba una figura de arcilla.

—¿Qué has hecho ahí, Diosa pensativa? la preguntó Júpiter.

—Nada mas que un simulacro, contestó ella: pero tú, señor, envíale un soplo de vida.

—¡Que viva y me pertenezca! esclamó el padre de los dioses.

—¡Oh, no, interrumpió la Diosa; dejádmele!

Entonces llegó la Tierra, y dijo:—Ese niño me pertenece, porque ha salido de mi seno.

—Esperad, repuso Júpiter, he aquí quien va á decidir nuestra contienda.

Era Saturno.—Que sea de todos vosotros, dijo el dios prudente y sábio, así lo quiere el destino. Tú, Júpiter, que le has dado la vida, recobrarás su alma despues que muera.

Tú, oh Tierra, tendrás su cuerpo; no tienes derecho á mas.

Pero tú, Tristeza, que eres su madre, le poseerás mientras exista: nunca te abandonará, y se prolongarán sus sufrimientos hasta la tumba.

PENSAMIENTOS Y MAXIMAS.

El hombre mas feliz, es el que, sin penas en la vida, habiendo contemplado esos espectáculos magníficos, el sol, el agua, las nubes, el fuego, ha regresado presuroso al punto de donde viniera. Estos objetos, viva muchos ó pocos años, los verá siempre lo mismo, nunca mas bellos. Considera á lo que llaman tiempo como una feria estrangera, un sitio de emigracion para los hombres: multitud, mercados, ladrones, juegos de azar, hosterias en que uno se detiene. Si partes tú el primero, tu viaje será el mejor, te vas con tu dinero y sin tener enemigos. El que tarda, perece despues de haber sufrido, y envejeciendo con desgracias, está privado siempre de algo. Encuentra en algunas partes enemigos que le tienden lazos. No se sale de la vida por una muerte dichosa, cuando se permanece en ella mucho tiempo.

—

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece, por el momento, sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

—

El espectáculo de la naturaleza es una máquina inmensa para los pensamientos del hombre. Las propiedades de los reyes, los instintos de los animales, el espectáculo del universo todo es un velo que necesita levantarse, todo es un símbolo que es preciso adivinar, todo contiene verdades que traslucir, porque la vista clara no es de este mundo. Ese lujo fastuoso de la creacion, ese aparato de los cuerpos sembrados en el espacio como un polvo brillante, todo eso no es demasiado para el hombre, porque este es un ser libre é inteligente, porque es un ser inmortal.

—

El espíritu forma como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

—

No dependerá de ti el emancipar tu vida de toda pena; pero sí el levantar tu corazon de todo abatimiento. Por muy opuesta que te parezca á tus gustos la posicion que el destino te ha dado, no te será fácil siempre variarla, pero siempre podrá resignarte á ella con la ayuda de tu razon.

—

Saber escuchar, es saber instruirse con todo el mundo.

—

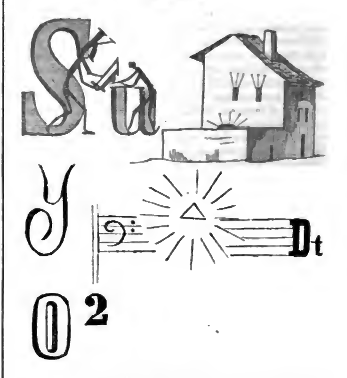
El hombre no sabe bien sino lo que puede comunicar á los demas.

—

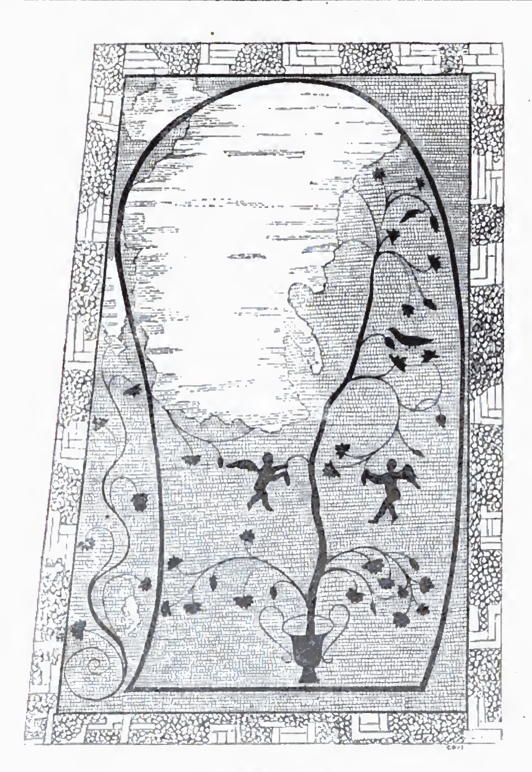
El mérito de esta vida es predecir la otra.

—

GEROGLIFICO.



Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo, 26.



ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.

En una de nuestras provincias meridionales se descubrieron, hace algun tiempo, las respetables ruinas de un edificio romano, cuyo pavimento era el mosáico que representa el dibujo que antecede, y cuyo dibujo manifiesta bien á las claras el gusto y capricho delicadísimo y la inteligencia de su autor.

Segun se vé, en la estremidad oriental hay una maceta con dos asas de cuyo centro sale un robusto tronco de parra que echa ramos alternos: en lo alto se distingue un ratoncillo que parece pagar cara su golosina, cayendo cabeza abajo: en otra parte se advierte un pájaro picando uvas: entre los ramos inferiores se notan dos figuras humanas, una á cada lado, en ademan de cojer los racimos, siendo digno de fijar la atencion, que como se hallan en el aire, no se omitió el ponerlas alas. Cierra el dibujo una faja negra que sube algo oblícua, y doblándose en arco, en la parte superior, baja luego hasta la base formando con ella un ángulo agudo. En el espacio que queda entre la pared y la curva, se representa otro ramo, que formando en la base un espiral, sube luego con gracia en semicírculos alternos, arrojando ramos, hojitas y fruto. Es lástima que falte la cuarta parte del pavimento, en el cual habria quizás otras figuras semejantes á las que se conservan.

Las piedras de aquel son de mármol blanco y de otro negro, menos duro, por lo regular de tres ó cuatro lineas, cuyos cúbitos son poco perfectos, ni en los ángulos, ni en las superficies.

REMIGIO SALOMON.

SEMÍRAMIS, REINA DE BABILONIA.

Semíramis, princesa generosa,
al frente de su gente valerosa,
hasta el Indo y el Nilo sus fronteras
dilata por acciones muy guerreras.
Duchesne.

I.

Varrón, uno de los ingenios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

—Que desde el principio del mundo hasta el diluvio de Noé estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la olimpiada primera lo encontraba desfigurado y confundido

por los fabulistas; y que unos veinte y tres años despues de la fundacion de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varrón que la primera época, esto es, desde la creacion del mundo hasta el diluvio no quedó mas que la sombra, resta únicamente considerar el estravio de la razon de la segunda época, confundida por la fábula, para convencerse moralmente de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semíramis es una pura invencion, puesto que carece del conocimiento del sistema interior de su gobierno y de muchas particularidades de su reinado.

Y no puede menos de suceder asi, pues en mas de cuarenta siglos que van transcurridos, la razon natural induce á creer que la vida pública de esta muger grande ha venido por tradicion á las generaciones futuras, hasta que, llegada la época gloriosa de la historia, pudo consignarse en sus páginas la memoria de una Reina célebre.... la primera Reina que mandó en el mundo.

Los enredos amorosos de Semíramis y el hijo ostentoso de su Corte han sido trasladados á los cantos líricos y escenas teatrales, en las que el ingenio humano tuvo que inventar situaciones interesantes para alargar su argumento y entretener á los espectadores. Y lo que puede decirse como un hecho cierto, es, que vivió esta muger estraordinaria cuyo nombre se hizo tan eterno como el tiempo, reconocida por todos los historiadores como una princesa guerrera y como restauradora de la hermosa ciudad en donde fué soberana... ¡la populosa Babilonia que existió en la llanura de Senáar, cuyo monton de ruinas todavia comtempla con asombro el atrevido viajero!

El describir, pues, los hechos de la vida privada de esta Reina es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse sin embargo una ligera idea de las dotes y travesura de su vida pública al propio tiempo que de la grandiosidad de sus acciones.

Antes de todo haremos una reseña de los hombres que formaron el imperio de los cáldeos y de la elevacion de Semíramis á su trono.

La historia sagrada nos dice que mediaron mil seiscientos cincuenta y seis años desde la creacion del mundo hasta el diluvio universal conocido por el de Noé: la profana no conviene enteramente en el número de años, pero sí en el punto esencial; aun cuando varios escritores modernos, empeñados en negarlo todo por adquirir una vana celebridad, no reconocen aquel diluvio por universal. Dejando á un lado la divergencia de opiniones en este punto, lo mas cierto, lo que mas inclina á creer el hombre, es el testo sagrado; testo que se salvó en el naufragio de Noé y que se trasmitió despues á las generaciones venideras.

El diluvio está representado en la historia sagrada como un castigo de Dios sobre la maldad del hombre; las aguas subieron veinte y un codos,—diez varas y media castellanas,—sobre la montaña mas alta de la tierra, y por consiguiente perecieron todos los seres que la poblaban, menos el justo y su familia, que saliendo ilesos de la misteriosa arca, retoñando de nuevo esparciéndose por la superficie de la tierra.

El pais situado entre los hermosos rios conocidos por el Eufrates y el Tigris, fué el asiento de Noé y su descendencia hasta la sesta generacion. La dulzura del clima, la amenidad del pais, la feracidad de la tierra, les detuvo tanto cuanto en él pudieron ensancharse; pero luego que por la muchedumbre se vieron allí oprimidos, dividieron su heredad en esta forma:

Al hijo mayor *Sem* le cupo el Asia oriental para sí y sus descendientes: á *Cam* y su familia el Egipto, la Arabia y el Africa; y á *Jafet*, tercer hijo, se le repartió la Europa y una parte del Asia occidental.—De la descendencia del primero vino el justo Abraham; del segundo nacieron los fenicios inventores de las letras del alfabeto, los cuales construyeron naves y poblaron todas las costas del Mediterráneo.—Quieren suponer algunos que fueron los fenicios los primeros habitantes que tuvo España, y se fundan en que en lengua fenicia *Sefania* ó *Spania*, de donde se deriva su actual denominacion, significa boreal, septentrional, que es precisamente la situacion que ocupa España respecto del Africa. La opinion mas generalizada, sin embargo, concede esta gloria á Tubal, tercer hijo de Jafet é inventor de la música, de cuya descendencia vinieron tambien los primeros habitantes de la Grecia, pais que llegó á reunir los sábios del mundo y que fué la cuna de las ciencias.

Antes de partir á poblar las demarcaciones que respectivamente se les habia señalado, concibieron todos unidos el pensamiento de edificar una ciudad en el sitio de su separacion, levantando una torre hasta las nubes para eternizar su memoria por este monumento gigantesco; pero dice la Escritura que viéndoles Dios obstinados en tan loca empresa, confundió su idioma inspirando una lengua particular á cada familia, de donde procede la diversidad de lenguas entre los hombres, tomando desde entonces el nombre de torre de Babel, y la ciudad el de Babilonia, que en hebreo quiere decir *confusion*.

II.

Tanto la historia sagrada como la profana convienen en que fué primer imperio el de Babilonia, por otro nombre el de Caldea.—La fundacion de este imperio se atribuye á Nembrot, que en hebreo significa *rebelde*, por el año mil ochocientos de la creacion del mundo y ciento cuarenta y cuatro despues del diluvio. Aun cuando los pobladores se encontraban dispersos, Babilonia ya estaba edificada y con muchos habitantes.

Pintan á Nembrot un joven de formas hercúleas y con tanta gracia natural que su presencia imponia á los demas. En sus primeros años dedicóse á la caza; él mismo inventó el lazo, la flecha y el arco para herir las reses mayores, y asociado en este ejercicio con otros jóvenes infatigables, tomó de aqui vuelo su pasion de dominar al hombre.—Al gusto de reinar Nembrot en los bosques sobre las fieras siguió la de reinar sobre los hombres, y de un cazador belicoso tuvo origen el primer rey y el primer conquistador que conocieron los caldeos.

Todavía estaban libres los pobladores obedeciendo únicamente á los gefes de sus familias. Ya habian acabado la construccion de Babilonia, que tardó trece años desde su separacion por la confusion de las lenguas, y Nembrot concibió el pensamiento de apoderarse de la ciudad considerada como parte del patrimonio de Sem y su posteridad.—Anunció, pues, á los jóvenes que siempre le acompañaban una gran batida con el objeto de que todos se armasen con el arco y las flechas; luego que los tuvo reunidos, los formó en el campo distribuyéndoles en grupos, á cuya cabeza se puso Nembrot como gefe.

—¡Babilonios!— les dijo, si vuestro poder sujeta las fieras, ¿por qué no hemos de mandar tambien á los hijos de Sem, que ufanos con su ciudad nos quieren imponer la ley? Yo á vuestra cabeza entraré mañana y os juro que tomaremos lo mejor. Si hubiese resistencia por los moradores, nuestras armas que sirven para herir las fieras tambien hieren al hombre.

—Porque te creemos superior á nosotros, le contestaron, te proclamamos de corazon nuestro caudillo, Nembrot, y obedeceremos ciegamente tus mandatos.

Con el aparato guerrero que es consiguiente entraron silenciosos en Babilonia: maravillados los pobladores al ver tanto jóven reunido, se agruparon todos por la novedad, muy ajenos de la intencion hostil que llevaran; pero cuando vieron que al grito de Nembrot disponian sus arcos contra los habitantes, huyeron despavoridos en todas direcciones abandonando en seguida la ciudad al usurpador y retirándose al otro lado del Tigris los poseedores lejítimos.—Dueño ya de la poblacion, se constituyó en soberano, haciendo á Babilonia capital de sus estados, y conquistando sobre la marcha otras tres ciudades allí cercanas llamadas Arach, Acad y Chalané.

Envanecido con su victoria bien pronto les obligó á que le reconocieran por rey todas las poblaciones situadas desde el Eufrates hasta la margen occidental del Tigris, sin otro título ni otro derecho que el de la ley del mas fuerte.—Gobernó, sin embargo, este primer monarca con tanta bondad y sabiduria los sesenta y cinco años que reinó, que no sintieron los vasallos el peso de sus cadenas. Se acostumbraron muy luego á un yugo, á la verdad injusto, pero del cual sacaban mas ventajas que de su primitiva libertad.—Sus grandes cualidades imprimieron en el corazon de sus súbitos tanta estimacion, tanto respeto y veneracion, que olvidando el crímen de usurpador que manchaba la frente de Nembrot, le erigieron estatuas despues de su muerte á las cuales honraban con los mismos obsequios que en vida.

Con el tiempo se olvidaron tambien de que habia sido un hombre sujeto á morir, y como á un Dios le adoraron levantándole altares, instituyéndole sacerdotes y ofreciéndole sacrificios, bajo el nombre de *dios Bel ó Val*, tan célebre en los antiguos pueblos del Oriente.—De este hombre tuvo origen el nacimiento de la idolatria en toda el Asia.

Por la muerte de Nembrot fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustre Semíramis; ambos á dos deseaban con ansia los dias de gloria, porque se habian aficionado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron pues un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante estendiendo los límites de sus estados hasta el rio Indo.

La Asiria fué el primer punto de su conquista.—Asúr, nieto de Noé, habia dado su nombre á esta region.—Arrojado por Nembrot de Babilonia, se habia establecido al otro lado del rio Tigris, edificando en la orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó despues *Ninive la bella*; pero cuando descansaba tranquilo, fiado en que un rio tan caudaloso le serviria de muralla contra los proyectos ambiciosos de los babilonios, hé aqui que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas cercando con sus tropas á Ninive y haciéndose tambien dueño de ella.—La situacion de esta ciudad que sobresalia en grandeza y hermosura á todas las demas, determinaron al rey Nino

á constituirla capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció, que muchos historiadores le tuvieron por su fundador, sin duda por la conexion de su nombre con el de la ciudad; pero todo ha desaparecido bajo la carcoma del tiempo, sin haber quedado mas que la memoria de una populosa ciudad que existió.

Los autores antiguos daban á Ninive siete leguas de longitud, sus muros tenian cien pies de alto, veinte de grueso y mil quinientas torres en los flancos; los modernos hacian subir á veinte y cuatro leguas su circunferencia y tres dias de camino.—Es ciertamente muy admirable la estension que los primeros pobladores daban á sus ciudades, aun cuando debe advertirse que era costumbre en aquellos tiempos incluir en el cerco de ellas las tierras, prados y huertas que cultivaban los habitantes, con el fin de tener mas seguras sus heredades y encontrar en ellas lo necesario para el sustento de la vida. El ejemplo que todavia se encuentra de aquella sábia costumbre es Pekin, córte del imperio celeste,—la China,—conocida en la actualidad por los geógrafos como una de las poblaciones mas grandes del mundo.

III.

Semíramis, reina no muy generosa y de un valor impropio del bello sexo, abrigaba en su corazon el deseo de conquistar para estender sus dominios, á semejanza de un hidrópico cuya sed se aumenta á medida que la satisface. —Lastimada en su interior de la suerte desgraciada del prisionero Asúr, llegó por fin este á grangearse la íntima confianza: hermoso y galan, despertó en Semíramis una pasion amorosa que la condujo, segun opinion de algunos historiadores, al menguado crimen de abreviar la vida de su marido Nino, de quien tuvo un hijo llamado Ninias, que por oscurecerlo y con el intento político de reinar sola, le hizo criar entre mujeres quitándole la voluntad de gobernador por sí mismo.

Tomadas por Semíramis las riendas del imperio, dió tanto honor á su reinado, que mereció el sobre nombre de *heroina*, así por sus hazañas en la guerra, cuanto porque vestida de amazona tenia el aire, la fuerza y el valor de un héroe.—Justino dice que muerto su esposo se vistió de hombre y se hizo respetar por el hijo de Nino; pero no es probable este aserto, porque siendo muy conocida no podia ocultarse por mucho tiempo semejante artificio; ademas de que no tenia necesidad de él para reinar durante la menor edad de su hijo Ninias.

Convienen todos en que la fisonomía de esta mujer célebre no era hermosa; muy lejos de esto, aseguran que tenia formas bastante desgraciadas, si bien su personal alto y génio amable cautivaba á los que de cerca tenian ocasion de contemplarla. —Tambien dicen que la gustaba mucho vestir el traje de hombre para engañar los estranjeros, y algunos adelantan su discurso á conceder á esta mujer singular la invencion de los pantalones que empezaron á usar los orientales, cuya invencion se generalizó despues por las naciones con alguna variacion respecto de lo ancho ó estrecho, adecuada á los climas ardientes y frios, segun el sol que los alumbraba y las costumbres de los diferentes paises, pues como montaba á caballo con gran velocidad, tuvo precision de inventar un ropaje que la ciñera y cubriese sus carnes por la pública honestidad.

Era mujer tan traviesa, que, una vez reconocida y acatada por todos sus vasallos como reina de Babilonia, elevó al grado de general de sus tropas á su querido Asúr, y formando un crecido ejército emprendió grandes conquistas conduciendo ella misma las tropas al enemigo con impávida intrepidez.

Antes de emprender sus campañas, dicen que estaba revisando las numerosas tropas que militaban bajo su bandera; pero como empezase á llorar repentinamente, la cercaron al momento sus generales preguntándola impacientes.—

—Gran señora... ¿qué motivo puede contribuir en alma tan grande como la vuestra á una novedad semejante, capaz de eclipsar las pasadas glorias y de entibiar el entusiasmo de los guerreros?

—Lloro, les contestó, no porque sienta dejar las delicias de Ninive ni porque me arredre la muerte; bien sé que todo lo que nace muere. Lloro únicamente al contemplar que nosotros y esta grande reunion de hombres que estoy mirando, dentro de muy pocos años ya no existiremos.

Todavia sentia Semíramis que no se hubiese elevado la edad del hombre á mayor altura. Igual reflexion, hija del atrevimiento del poderoso que está persuadido no puede llegar su fin, se cuenta de Jerges, rey de Persia, cuando revistó los tres millones de combatientes que venian á invadir la Grecia, y cuyo orgulloso poder fué pisado por un puñado de valientes mandados por Leonidas en el paso de las Termópilas.

Habiendo, pues, salido de Ninive la reina Semíramis al frente de sus tropas, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando la gloria de sus armas hasta mas allá del Indo y el Nilo.—La fortuna no obstante, vuelve la cara y apaga los fuegos de los que se creen invencibles por sus anteriores victorias. Esto lo comprendió bien la reina cuando tuvo una derrota que la obligó á repasar aceleradamente las aguas del Indo, y temerosa de que fuese delante su desgracia se estuvo quieta algunos dias, sin mover el campamento é imponiendo de este m do al enemigo. Ajustó por fin una paz honrosa en la que se señalaron los límites de sus estados, restituyéndose despues á Ninive á dormir sobre los laureles y á gozar de las delicias de su posicion de reina admirada por todos.

Como mujer astuta arengó á sus tropas inspirándolas confianza, y con una sonrisa vencedora les habló de esta manera:

—¡Guerreros!—Estoy satisfecha de vuestro valor y de vuestras privaciones. Nada en el mundo seria capaz de contener el ímpetu de mis victoriosas armas, si el oráculo no me hubiese dicho que cese en las conquistas. La sombra de vuestro rey Nino se me apareció anoche en la oscuridad de una nube: él me ha revelado que regresemos á nuestra querida patria; y hé aquí, oh valientes, el precepto que es necesario cumplir sin averiguar mas el secreto.

—Bajo de tu mando, gran reina, le contestaron, iremos gustosos donde nos lleves sin preguntar y sin hacer otra cosa que obedecer sumisos la voz de *marchemos*.

En su genio emprendedor la pareció mas natural sentar el lujo ostentoso de su córte en Babilonia, ciudad que para ella tenia mas preferencia por haber sido la primera que se edificó, y porque en aquel suelo vió nacer su grandeza. —Como lo pensó, así lo hizo.—Púsose en marcha, y fijando su morada en Babilonia, determinó hacerla tan grande y tan hermosa que oscureciese á Ninive.

De su órden se emprendieron inmediatamente trabajos tan atrevidos, que fueron seguramente la admiracion de los futuros siglos.—La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenian, los soberbios edificios de su vasto palacio, la nueva muralla que levantó á la ciudad eterna en las escrituras, y las anchas calles atravesadas por líneas rectas, inmortalizaron á esta mujer célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes mas que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semíramis.

Edificada de nuevo Babilonia, dicen los historiadores que formaba un cerco de seis leguas de largo por cuatro de ancho. Los muros tenian doce toesas de grueso y treinta de altura; estaban defendidos por torres un tercio mas altas y por un foso lleno de agua. Se entraba en la ciudad por cincuenta puertas de bronce que iban á parar á otras tantas calles. Las casas se hallaban separadas unas de otras por grandes jardines, y, á semejanza de Ninive, tenian por detrás tierras de labor en la dimension necesaria para abastecer á los habitantes.

En el centro de la poblacion habia dos grandes palacios: el antiguo encerraba el *templo de Val* y la *torre de Babel*, de figura cónica, cuya base y altura era de cien toesas (doscientas treinta y tres varas castellanas) componiéndose esta de ocho torres puestas una sobre otra. El palacio nuevo ocupaba tres leguas alrededor, estaba fortificado con tres cercos de muralla por el mismo estilo que la de la ciudad.—Edificando habia crecido en Semíramis su pasion de edificar; y hubiera hecho mucho mas, si tan pronto no se le hubiese cortado el hilo de la vida á los cuarenta y dos años de su reinado.

La muerte temprana de esta *heroina* se atribuye á la ambicion desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festin envenenasen á su madre con el zumo de yerbas.—Bien caro le costó despues el crimen de parricida, porque los caudillos fronterizos, muerta Semíramis, invadieron el imperio quitándole lo mejor de sus estados y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los habia elevado Semíramis, mientras reinó, y siempre con su nombre en los lábios, la erigieron estátuas adorándola como *Diosa*.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

ZARAUZ. (1)

Hállase en la costa de la pintoresca provincia de Guipúzcoa una poblacion, rara vez visitada por los viageros que en crecido número recorren durante la estacion hermosa el pais Vascongado. Esta poblacion, tan favorecida en su asiento por la naturaleza, como injustamente olvidada, es la pequeña villa de Zarauz.

Situada al pié de un elevado monte que la ciñe por el O., presenta en direccion al E. una playa tan dilatada y una vega tan estendida y amena, que causan grata sorpresa á quien por primera vez las con-

(1) Hemos procurado que esta descripcion no se parezca en el fondo ni en las formas á la que de la misma villa hacen la Academia de la Historia y el señor Madoz en sus respectivos Diccionarios.



(Vista general de Zarauz.)

templa. Levántanse por E. S. y O. varias montañas, no tan cultivadas y frondosas como las que forman los contornos de Loyola, Elorrio y otros sitios deliciosos de Guipúzcoa y Vizcaya, pero que por sus formas y accidentes, y por el perpétuo verdor que las cubre, hacen bellísimo efecto. Completa por N. este hermoso cuadro el mar, que rompe sus olas con no interrumpido estruendo en una estension de siete mil setecientos pies.

Al estremo occidental de la espaciosa vega, inmediata al mar y bajo un cielo despejado, existe la villa de Zarauz, cuyo perímetro comprende nueve calles, algunas de corta estension, pero bien alineadas todas y sin el menor desnivel. Mejorará infinito su aspecto con la reforma del empedrado, comenzada ya á toda costa.

La iglesia parroquial, del título de la Asuncion, ha sufrido varias reedificaciones. Su planta es una cruz latina de regular estension, y el retablo mayor, tenido inexactamente por churrigueresco, pertenece al periodo de transicion llamado con propiedad del renacimiento. Compónese de varios cuerpos con seis columnas jónicas en cada uno, labradas en sus tercios inferiores, ocupando los intercolumnios estátuas y bajos relieves. La arquitectura de los colaterales corresponde á la época churrigueresca. Adornan la silleria del coro, que es moderna, pilastras istriadas de órden jónico, formando el centro un cuerpo de cuatro columnas entregadas, coronado por un frontispicio triangular.

Hay en el medio de la iglesia una tumba de piedra que en su forma y decoracion muestra el estilo que estaba en uso á fines del siglo XV. Ostenta los blasones de la casa de Zarauz, cuyos señores han poseido, en virtud de gracia especial de la corona, el patronato de esta parroquia, servida en la actualidad por un cabildo compuesto de siete individuos. La torre, construida como la iglesia de piedra sillar, es mas antigua que ésta, y aparece enteramente aislada.

Estraño es en verdad que ni en el referido templo, ni en toda la poblacion, se halle una imágen de San Fernando, puesto que en su gloriosísimo reinado obtuvo Zarauz el título de villa.

Fundáronse en la misma á principios del siglo XVII dos conventos: de religiosos misioneros uno, y otro de religiosas; ambos, empero, de la órden de San Francisco. Escribió la historia del primero D. Juan de Echeveste; y de su iglesia, que está dedicada á San Juan Bautista y sigue abierta al culto, solo podemos decir que es de proporcionadas dimensiones, decorándola varios retablos de muy moderna arquitectura. El mayor consiste en un cuerpo de cuatro columnas corintias con basas y capiteles dorados, y los fustes imitando serpentina. Mejor gusto hubo en las columnas que en los desairados casetones de la arcada sobre el retablo. Don Juan de Mancididor, al fundar esta santa casa la enriqueció con un relicario que se debe considerar como uno de los mas notables de España si en efecto contiene las preciosas reliquias que del catálogo de las mismas resultan; y son, entre varias insignes que en obsequio de la brevedad no mencionamos, la cabeza de San Dionisio Areopagita, la de Sta. Cristina vírgen y mártir, algunas de los mártires Tebeos, y, lo que es mas raro, un pedazo de la virga de Aaron.

El convento de religiosas de Santa Clara, de cuya fundacion hablaremos al describir la casa infanzona de Zarauz, ofrece poco interés, artísticamente considerado, y los retablos de su iglesia, que es de cruz latina, hacen poco honor al artista que los construyó.

Damos fin á la descripcion de los edificios religiosos con la de la ermita de San Pelayo, patron de Zarauz, que ha sido mirada siempre con particular veneracion, y habiéndola empezado á reedificar el concejo, se concluye actualmente por la generosa piedad del señor marqués de Narros. Es un edificio de área bastante estensa, y tiene en su ingreso un pórtico de cuatro columnas que inclinan al órden de Pesto.

Ocupando uno de los frentes de la plaza vieja, hállase la fachada de la casa consistorial, que consta de un solo cuerpo, formado por cuatro columnas entregadas de órden jónico compuesto, harto caprichoso, en las que sienta un frontispicio triangular, cuyo tímpano ostenta las armas de la villa (1).

Por su antigüedad, sencillez y gallardía, merece particular recuerdo la Torre-lacea, construccion á nuestro parecer del siglo XV.

Entre las buenas casas que el recinto de este pueblo encierra, distínguese muy particularmente la suntuosa que á principios de este siglo construyó D. Juan Ignacio Ayestaran con solidez y severidad clásica. Es su planta un rectángulo, decorado en el ingreso por un bello intercolumnio. El zócalo, jambas, imposta y cantones son de silleria en toda la fábrica, que interiormente se halla por acabar.

Embellece el estremo oriental de la poblacion la costosa casa de recreo del Sr. Madoz, en cuyas habitaciones luce el delicado gusto de sus dueños. Adórnanla dos jardines y una huerta.

Contribuirá ya en el presente año de 1851 al ornato de Zarauz la casa que se está fabricando para el señor conde del Real, vizconde viudo de Zolina, y en la que al abrir los cimientos se han hallado algunos sepulcros de piedra.

Digno es de particular mencion el palacio de los señores marqueses de Narros, asi por los recuerdos históricos que se hallan á este ilustre solar vinculados, como por constituir con sus accesorios una de las mas interesantes posesiones que en el pais Vascongado se encuentra. La

(1) Trae de oro y un roble de sinople con un lobo de sable al pié; cortado á azur y un castillo de oro adjurado de azur.

casa de Zarauz, *linage antiguo e poderoso*, como le llamaba en el siglo XV Lope García de Salazar, comunicó su nombre á la villa que describimos, y ocupó desde tiempo inmemorial un distinguido puesto entre las casas llamadas de *parientes mayores ó de cabo de linage y bando*. Señaláronse muy particularmente los señores de este solar en las continuas guerras que nuestros reyes sostuvieron contra los sarracenos, á las que acudian con gente levantada y mantenida á sus espensas. Cuando los funestos bandos Oñecino y Gamboino hicieron pesar sobre las provincias Vascongadas todos los horrores que la guerra civil lleva consigo, tomó la opulenta casa de Zarauz, como las demas de su clase, activa parte en tan malhadados bandos, funestos no menos que al pais, á las poderosas casas que los fomentaron. Para que el lector comprenda cuáles eran las fuerzas de que disponian los parientes mayores, basta referir que en uno de los infinitos combates que ocurrieron, el señor de Zarauz unido al de Balda y al de Iraeta, y seguido de sus deudos y parciales, presentó en el campo 2500 hombres. En otra ocasion el señor de la casa de Lazcano, hoy marqués de Valmediano, venció al de Zarauz, causando á su hueste la pérdida de 145 muertos y 215 prisioneros. A principios del siglo XV murió en una pelea el señor de la casa que nos ocupa, y aciago fue tambien para la misma el 2 de setiembre de 1448, en cuyo dia quedaron derrotados los del bando Gamboino, y fue muerto el hijo heredero del señor de Zarauz, segun espresa un analista.

Autorizada y protegida por Enrique IV, se armó en 1456 la provincia de Guipúzcoa, y para que tantos desastres tuviesen término, ocupó las torres ó casas fuertes de los parientes mayores, demoliéndolas desde la mitad de su altura; pues no quiso la noble provincia que por completo desapareciesen las torres y palacios que en los blasones de sus puertas y fachadas tenian escritos los grandes servicios prestados por sus antiguos dueños á la religion y á la patria. Cuenta Henao entre las casas fuertes demolidas ó mas bien mutiladas, la de Zarauz, y siguiendo á Garibay, atribuye con poca exactitud la ruina de aquellas á Enrique IV, quien visitó la provincia de Guipúzcoa en 1457, y aprobó cuanto *sus hermandades* hicieron en el año anterior.

No satisfecho con esto el monarca, reunió su consejo en Santo Domingo de la Calzada, y espidió sentencia de destierro contra los magnates que afligian á los pueblos con sus domésticas y sangrientas discordias. En dicha sentencia se lee: «Otrosi que el señor de Zarauz e »Rodrigo de Berroeta e Gonzalo de Arancibia sean desterrados para la »villa de Ximena cada uno por dos años.»

Entre los demas próceres á quienes comprendia el destierro, se hallaban el señor de Loyola, el de Lazcano y el de Guevara D. Iñigo, á quien los Reyes Católicos honraron con el título de conde de Oñate.

Desgraciadamente no logró su objeto Enrique IV, pues ya fuese por su debilidad, ó ya porque aun era muy poderosa la nobleza, ninguno cumplió la pena que le fue impuesta, y los disturbios siguieron hasta que para honra y dicha de la monarquía española, ocupó el trono de Castilla Doña Isabel la Católica.

El solar de Zarauz se reedificó de la manera que existe, en el reinado de Cárlos I, quien llama en una cédula al poseedor de él *pariente mayor e persona poderosa*.

No menos distinguida por su virtud que por el lustre de su cuna, Doña Mariana de Zarauz, señora de esta casa, fundó el convento de Santa Clara, en el que tomó el hábito acompañada de dos hijas, y mientras se levantaba el edificio que aun ocupan las religiosas, obtuvo licencia para establecerse con la naciente comunidad en su palacio, al que fue trasladado el Santísimo Sacramento desde la parroquia el dia 1.° de mayo de 1611. Asistieron á la ostentosa procesion que circuló por las calles de la villa muchos individuos de ambos cleros secular y regular, las personas mas autorizadas de Guipúzcoa, é infinitas gentes que de varios puntos de la M. N. provincia acudieron á presenciar la religiosa ceremonia.

Terminada que fue la solemne misa que se celebró en el palacio, quedó constituida en clausura la comunidad, y el antiguo solar «de donde, como dice el historiador Isasti, han salido ilustres varones,» se vió convertido en silencioso retiro de humildes religiosas.

Catorce años residieron estas señoras en el palacio cuya historia hemos referido, y á cuya descripcion creemos oportuno consagrar algunas líneas. Este edificio sólido, esbelto y de severo aspecto, es una buena y estensa fábrica de silleria, que hasta hoy no ha sufrido esteriormente otra alteracion que en el tamaño y forma de sus huecos, acomodados en la actualidad á las costumbres y necesidades del presente siglo. Mira al S. la fachada principal, y tiene en el centro la puerta, que es de medio punto, é indica en su dovelage la época en que fué labrada. Sobre la misma hay un nicho con el cerramiento semicircular, que contiene el escudo de armas del apellido Zarauz con dos leones por soportes. Jambas llanas decoran los vanos del piso principal, que hacen buen efecto, como los medios-puntos abiertos últimamente en la planta baja.

Estiéndense por uno y otro lado con cinco balcones en el frente de cada una, dos alas modernas que asi por su elevacion como por su forma, desnuda de todo ornato, dejan que campee airosamente en medio de ellas el aristocrático palacio. Fabricadas de piedras sillares como la principal las tres restantes fachadas, pero menos alteradas en sus huecos que aquella, conservan el primitivo carácter de este edificio con toda su imponente sencillez.

En el interior llaman particularmente la atencion los ostentosos salones que constituyen la habitacion del N. ó de verano, y el salon principal del lado del S., adornado por ocho retratos de cuerpo entero y tamaño natural, muy estimables algunos, entre los que merece ser citado el de D. Cristóbal del Corral, obra de D. Diego Velazquez. El rico oratorio con un lindo retablo clásico, la selecta biblioteca y otros departamentos embellecen el interno de este palacio, cuyo patio labrado de silleria es de planta cuadrada, y se compone de un pórtico de doce arcos de medio punto sobre pilares, en el que sientan dos galerías iguales al referido pórtico, que corresponden á la planta baja y piso principal, y están cerrados con cristales, terminando el todo un sotabanco. En este patio domina la severidad clásica del último tercio del décimosesto siglo y primeros años del siguiente.

Un frondoso parque, un jardin á la inglesa, otro á la francesa, y dos grandes huertas, completan esta magnífica posesion, á la que da incalculable realce el mar, cuyas olas se estrellan al pié de la misma, y en algunas ocasiones la invaden.

Poseen el señorío de la *Jauregu**ia*** (1) ó *casa infanzona* de Zarauz los marqueses de Narros, quienes merecen mucho elogio por el tino y buen gusto que han mostrado conservando el bello pátio, y disponiendo por sí mismos las costosas obras que han hecho para mejorar y hermosear esta deliciosa mansion, en la que dichos señores fijan su residencia durante el verano.

Descritos los mas notables edificios de Zarauz, pasamos á dar noticia de su historia.

Un incendio ocurrido en la torre de Mendia el 23 de junio de 1531 redujo á cenizas el archivo de esta villa, en el que se custodiaban diplomas y documentos que hubieran suministrado copiosos datos para escribir su historia. Salváronse afortunadamente algunos manuscritos que se hallaban fuera de la torre, y por ellos consta que al antiguo y reducido pueblo de Zarauz dió título de villa San Fernando por Carta-Puebla espedida en Búrgos á 28 de setiembre de 1237 de J. C. (1275 de la era).

Concedia en ella el esclarecido monarca á los moradores de este puerto el fuero de San Sebastian, y varios reyes confirmaron esta gracia y atendieron á la conservacion y adelanto del mismo.

La respetable Academia de la Historia dió á luz en su célebre Diccionario geográfico-histórico (2) la mencionada Carta-Puebla, y espresa (3) que este documento es el primero en que se habla de la pesca de las ballenas. Lejos estamos de convenir con la ilustre corporacion, apoyados en que Alfonso VIII las nombra en un privilegio concedido el año de 1200 á favor de la villa de Motrico, é inserto en el Bulario de la órden de Santiago.

Ejercitáronse en la pesca de las ballenas los vecinos de Zarauz, y por fuero reservaban un trozo de aquellas para el rey de Castilla. «Et »si mactaveritis aliquam ballenam, detis mihi unam ticam á capite us»que ad caudam, sicut forum est.» Asi espresa la Carta-Puebla de esta villa. Una cédula de Cárlos I y varios autores mencionan los astilleros que al estremo occidental de la playa existieron en el siglo XVI, y de los que salieron muchas naves.

Utilizando los manuscritos que no consumió el incendio de la torre de Mendia, y recopilando otros mas modernos, habla largamente de los privilegios, fundaciones y todo lo que á esta poblacion pertenece, el presbítero D. Juan de Echeveste en su Historia de Zarauz, obra que existe inédita en Madrid, y á la que sigue la historia particular del citado convento de misioneros.

Cuando Isasti escribió en 1626 el compendio histórico de Guipúzcoa, tenia esta villa 150 vecinos, y al presente cuenta unos 270, que en su mayor parte se dedican á la agricultura; ocupándose otros en el ejercicio de la pesca, penoso en toda la costa, y mas en este puerto, donde por faltar un muelle que dé abrigo á las lanchas, su entrada y salida es trabajosa en estremo.

Redúcense los productos que la constante laboriosidad de los zarauzanos saca del ingrato suelo que labran, á una considerable cosecha de maiz, algo de trigo, sidra y chacolí; careciendo aqui el labrador de los recursos que en el resto de la provincia suministra el arbolado que circunda todas las caserías.

Aunque reducida y privada de las grandes ventajas que los magníficos caminos prestan á casi todos los pueblos de Guipúzcoa, no carece la villa de Zarauz de lo necesario para la vida. Hay dos fuentes públi-

(1) Nombre que en vascuence se da á los palacios de los parientes mayores, y quiere decir *casa de señores*.
(2) Art. Zarauz.
(3) Art. Guipuzcoa.

ras, dos relojes de torre, y al presente se estan haciendo en el interior de la poblacion dos paseos, que es probable se aumenten por el esterior hasta la ermita de San Pelayo y en el prado de Santa Clara, si se logra vencer algunas preocupaciones, muy estrañas á la verdad en un pueblo de la provincia de Guipúzcoa, cuyas leyes sobre plantíos, contenidas en el título 38 de los fueros, son dignas de mucho aprecio, y cuyo territorio se ve cubierto de frondosas arboledas.

La nueva carretera que atravesando por esta villa ha de empalmar por un estremo con la que dirige á San Sebastian, y con la que se halla en Iraeta por otro, quedará terminada en el próximo año de 1852, proporcionando á los bañistas de Cestona breve y cómoda travesía para trasladarse á San Sebastian, y dando un gran impulso al proyectado camino de la costa. La apertura de esta importante carretera sacará á Zarauz (1) del aislamiento en que por desgracia se halla, y de su bella situacion esperamos que la favorecerán muchas familias durante el verano. Los gratos recuerdos que de esta pequeña poblacion conservamos, nos han movido á tributarla el corto obsequio de consagrar este artículo á su descripcion, y por muy satisfechos nos daremos si contribuye á escitar la curiosidad de los bañistas y viageros.

José María de Eguren.

DOLORES.

CAPITULO V.

EL AMOR DE UNA MUJER, Y EL ORGULLO DE OTRA.

Al dia siguiente á las nueve de la mañana, Dolores pálida y débil, pero completamente libre de calentura, estaba incorporada sobre sus almohadones tomando un caldo que le servia su dueña, y el conde y la condesa se hallaban sentados, uno frente á la otra, delante de la cama de la enferma.

—Ha sudado mucho y ha dormido bien, decia Mari-García: cuando la vea el doctor quedará muy contento: estoy segura.

—¿No sientes ninguna incomodidad, hija mia? preguntó D. Diego que tenia fijos los ojos en la jóven con entrañable cariño.

—Un poco de opresion en el pecho; la cabeza algo adolorida... pero ya pasará; estoy mucho mejor: respondió Dolores, dirigiendo á su padre una afectuosa mirada.

—Es menester que te restablezcas pronto, muy pronto: repuso aquel: ya sabes que tan luego como te encuentres buena debemos celebrar los contratos de tu matrimonio.

—La doncella, cuyo descolorido semblante se animó súbitamente con inefable espresion, estendió su diestra para asir la de su padre y quiso aplicar sus lábios sobre ella; mas el conde se levantó al mismo tiempo y la estrechó entre sus brazos.

¡Padre mio! ¡amado padre mio!—fué todo lo que pudo articular Dolores; pero el acento de aquellas palabras y la mirada que las acompañó espresaban tantos dulces afectos, que debió inundarse de alegría el corazon del conde.

—¿Has podido dudar, la dijo conmovido, de que era tu felicidad el interés primero de mi vida?

—¡Perdonadme! esclamó Dolores dejando caer su desfallecida cabeza sobre el seno paternal. ¡Os debo dos veces la existencia, padre mio! ¿Con qué podré pagaros?

—Con ponerte buena; con ser feliz: respondió el adelantado, y se apartó un poco para ocultar el esceso de su enternecimiento.

La condesa nada decia. Sus ojos se fijaban con distraccion en un retrato de su padre que estaba colocado al frente del lecho de su hija, y sus lábios contraidos parecian parodiar una sonrisa. En aquel momento entró el médico.

—Vuestra enferma os hace honor, amigo Yañez, le dijo el conde recibiéndole con agasajo. Su mejoría es visible.

El doctor pulsó á Dolores, que se sonreia con angélica satisfaccion, y despues de hacerla algunas preguntas se quedó pensativo.

—Creo que nada hay que temer, articuló el conde, observando con desagrado el aspecto del médico.

—En realidad, respondió este no sin vacilar un instante, no veo ningun indicio de peligro inmediato; pero... esta señorita necesita grandes cuidados.

—Hablad con franqueza, esclamó D. Diego: ¿os parece que hay motivo para recelar la repeticion del accidente?

—No es eso lo que temo, pronunció el facultativo mirando á la jóven con espresion de piedad. Hay ciertas predisposiciones desgraciadas... en fin, mi opinion es, señor conde, que es indispensable evitar á la enferma toda emocion violenta: las impresiones fuertes, aun las de la alegría, pudieran serle funestas. Su pecho está delicado.... muy delicado.

—¿Qué género de vida le aconsejáis? preguntó la condesa que parecia tan conmovida como su esposo por las palabras del médico.

—El mas tranquilo, respondió este. Nada de agitacion física ó moral. El campo, los aires puros, las distracciones mas sencillas... Creo conveniente, indispensable, que esta señorita se aleje del tumulto de la córte y no piense por ahora sino en su salud. Su organizacion especial requiere grandes cuidados.

El conde vió temblar á Dolores, y se apresuró á decir: «Mi hija, como sabeis, se casará dentro de breves dias: en seguida puede marcharse al campo con su marido, y proporcionarse una vida tan apacible como le convenga.

El médico hizo un gesto que en cualquiera otra circunstancia hubiera hecho reir infaliblemente á cuantos le miraban, y esclamó con tono de asombro:—¡Al campo con su marido!... ¡cómo!... ¿lo ha dicho así vuesa merced?... en el estado en que se halla? Sin duda no he sabido hacerme comprender.

—Pues qué! articuló el conde demudado.

—Esta señorita no debe, no puede casarse por ahora, dijo resueltamente el doctor.

La dueña lanzó un chillido: Dolores acababa de desmayarse en sus brazos.

Un instante despues, en tanto que se prodigaban los auxilios acostumbrados á la jóven doliente, entró á anunciar Isabel Perez que llegaban á visitar al conde D. Alvaro de Luna y su sobrino, y que un individuo de la real servidumbre venia al mismo tiempo á informarse de parte de SS. AA. del estado de la enferma.

—Ya empieza á recobrarse! esclamó la dueña.

—Esto es nada, añadió el médico: ya pasó. Bebed este vaso de agua, señorita.

El conde, todo trémulo, tomó el vaso y lo acercó á los labios de su hija, que fijándole una mirada de indescribible ansiedad murmuró débilmente.—¡No puedo casarme..! ¡estoy muy mala! ¿no ha dicho eso?

—¡No, no! esclamó el padre: te pondrás buena al instante: ¿no es verdad, vida mia? te pondrás buena, porque vas á ser dichosa. Escucha, Dolores: el condestable y su sobrino me esperan en este instante: el rey ha mandado á saber como te hallas. ¿Quieres que responda á los tres que te encuentras capaz de firmar mañana las capitulaciones matrimoniales?

La jóven se estremeció de alegría; un fugaz, pero vivo sonrosado se esparció por su rostro, y respondió sin titubear.—Estoy capaz, si; bien podéis decirlo. En seguida, como avergonzada, ocultó la cabeza en el pecho de su dueña, y el conde, gozoso con su animacion, miró al médico con aire triunfante y dijo resueltamente:

—Voy á advertir á los Lunas que mañana á esta hora los espero para la celebracion de los contratos, y pasaré en seguida á poner en conocimiento del rey esta determinacion.

—¡Deteneos! gritó doña Beatriz poniéndose en pié con ademan imperioso. No me compelais hasta el estremo de que ejecute alguna cosa horrible. ¡Qué! Ese casamiento que solo aceptábais como único medio de salvar la vida de vuestra hija, ¿os es ya tan satisfactorio que lo llevaréis á cabo sacrificando la misma existencia que tanto aparentábais estimar?

—El conde miró á Dolores, que le dirigia un gesto suplicante de angustiosa inquietud, y respondió con firmeza.—El doctor decia ayer que era preciso curar el alma antes que el cuerpo: seguiré su consejo, y si los temores que manifiesta hoy salen fundados por desgracia, apelaremos entonces á su ciencia. El corazon me dice que no será menester.

Iba á salir de la cámara al terminar su última frase; pero la condesa se le puso delante: su rostro encendido ostentaba en aquel momento toda la energía del dolor y toda la aspereza de la cólera.

—¡Don Diego! esclamó con ahogada voz: mirad lo que haceis: tened presente que os he dicho que estoy resuelta á impedir á todo trance el deshonor de mi casa.

—Beatriz, respondió turbado pero inflexible D. Diego: yo os he dicho tambien que estoy resuelto á salvar á toda costa la existencia de mi hija. Y salió acelerado.

Salvar su existencia! repitió entre dientes la condesa.

—Oh madre mia! dijo entonces Dolores, haciendo esfuerzos para ponerse de rodillas encima de su cama. Tened piedad de mí; no me negueis vuestro consentimiento.

La condesa dió dos pasos hácia su hija, se paró enfrente de ella mirándola con estraordinaria espresion, y pronunció las siguientes pa-

(1) El señor conde del Real, vizconde viudo de Zelina, ha hecho un donativo de dos mil duros para empezar la reforma del empedrado; el señor marqués de Narros ha dado igual cantidad para la conclusion de la ermita de San Pelayo, y al señor D. Pascual Moloz se debe la obra de la fontanería, á cuyo efecto suministro un anticipo de mas de 40,000 reales. En nuestro siglo son escasos tales ejemplos.

labras, despues de un momento de silencio, durante el cual la jóven arrodillada y con las manos juntas, clavaba en tierra sus hermosos ojos preñados de lágrimas.

—Dolores! por mí, por tí, por el hónor de tu familia, por cuanto haya mas sagrado, te conjuro en este instante que rechaces para siempre esa union ignominiosa. Como amiga te lo suplico; como madre te lo mando.

—Dios mio! Dios mio! murmuró la doncella cayendo desfallecida sobre su almohadon.

Doña Beatriz se acercó mas á ella: llegó hasta apoyar sus manos en el borde de la cama, repitiendo con trémulo acento:—Por ti, por mi, por evitar grandes desgracias... Dolores! es preciso que te niegues á ese casamiento.

—No puedo! respondió ella llorando amargamente y sin mirar á su madre.

—¿No puedes?... pronunció la condesa con indescribible tono.

—No puedo sin morir! dijo Dolores.

—Pues bien! muere! esclamó la condesa. ¿No es mejor morir que deshonrarse?

—En nombre del Cielo, madre mia! gritó la jóven incorporándose con febril exaltacion. Dejadme por piedad! Yo amo!... combato inútilmente hace cuatro meses esta pasion desgraciada, y ella me ha vencido. No puedo mas.

—Asi pues, repuso la condesa temblándole los labios, y poniéndose tan pálida como encendida estaba un momento antes: asi pues, tu resolucion es invariable: ¿no es eso? ¿estás decidida á casarte con el bastardo de Luna, aunque te diga tu madre que prefiere tu muerte á tu deshonra?

Dolores fuera de sí, embriagada por su propio dolor, esclamó con estraña energia.—No ha querido el Cielo que yo heredase vuestro implacable orgullo, madre mia. Yo tengo un corazon que padece y què ama. Despedazadlo mas si asi os agrada; humilladlo, maldecidlo! pero es de Rodrigo: nadie podrá quitarselo nunca! ¡nadie!

—¡Niña! ¿que estás diciendo? prorrumpió la dueña escandalizada. ¿Habla asi una señorita honesta y pudorosa? ¿Se dirigen tales espresiones á una madre?

La enferma está delirando, añadió el médico. ¡En buen estado se halla para pensar en boda!

Dolores lo miró con ojos desencajados; se pasó las manos por la frente, y dijo por último con angustioso afan.—No deliro, no: no penseis que será posible hacerme pasar por loca: yo tengo toda mi razon aunque se me parte el pecho.—¡Perdonadme! añadió tendiendo las manos á su madre. No puedo complaceros; ¡no puedo! haced de mi lo que querais.

—¡Bien! tranquilizate: dijo doña Beatriz, que parecia haber recobrado su calma llena de dignidad. Señor Yañez, volved á la noche á visitar vuestra enferma: ahora necesita reposo.

Diciendo esto salió con el facultativo, acompañándolo hasta la escalera. Dolores lloró amargamente por espacio de diez ó doce minutos, sin contestar nada á las reconvenciones que le dirigia la dueña sobre la falta de modestia y la irreverencia con que habia hablado á su madre. Despues el fuego de la fiebre volvió á enardecer su sangre; pareció agitada; tuvo ligeros estremecimientos; pronunció algunas frases incoherentes, y por último, se quedó aletargada. Mari-Garcia que apenas reparó en todo aquello, preocupada con sus sermones, la creyó dormida y corrió las cortinas de la cama murmurando enfadada.—¡Vaya con las niñas del dia! ¡qué obediencia! ¡qué respeto filial! ¡Pobre condesa! le sobra razon para no querer por yerno al tunantuelo que ha trastornado de tal modo la cabeza de esta chiquilla. Lo que es yo por mi parte tampoco consiento.

Mientras que esto refunfuñaba Maria, el conde que acababa de venir de palacio, á donde fué con el condestable y su sobrino para comunicar al rey que al dia siguiente se firmarian los contratos, leia un billete del Infante D. Juan concebido en estos términos:

«Sé el compromiso en que os hallais con el rey, mi querido conde, y os recomiendo que vengais á verme antes de resolver cosa alguna. Ese casamiento no debe llevarse á cabo, y yo os indicaré los medios de salir bien del empeño. Vuestro amigo

D. Juan de Aragon.»

D. Diego Gomez de Sandoval contestó, sin pensarlo mucho, con estas palabras:

«Alto y poderoso señor: el pesar con que me presto al casamiento ordenado por el rey, se acrecienta ahora viéndome en la necesidad de decir á vuestra señoría que nada puede hacerse para evitarlo. Mi hija ha estado á las puertas del sepulcro, y la he empeñado mi palabra de honor de que mañana se firmarán los contratos: sábelo ya el rey, y cuando recibí el escrito á que tengo la honra de contestar, me disponia á comunicarlo á vuestra señoría pidiéndole su aprobacion, que no dudo me dispense enterado del estado de las cosas.»

B. L. M. de V. S. su humilde servidor,

El conde de Castro.»

En el momento en que salia un escudero del conde á llevar aquella carta al Infante, entraba D. Juan de Avellaneda á visitar á su hermana. La condesa le recibió sola en su gabinete. Eran entonces las dos de la tarde.

(Continuará.)

G. G. de Avellaneda.

LOS ESCOBEROS.

¿Referiremos esto? ¿Vale la pena de leerse? Si lo referiremos, porque no podemos remediar el referirlo. Cuando el arroyo se mueve, van sus olas á contárselo á la orilla por un irresistible impulso.

Embebidos estábamos en nuestra galeria, cuando sonó suavemente la campanilla: llamaban á la puerta; abrieron... ¿Quiere Vd. escobas? sonó una vocecita infantil.

En este momento se presentó vivaz á mi mente la triste historia del vendedor de tagarninas que hemos comunicado á nuestros lectores.

—Que se le compren: gritamos.

Subieron los vendedores de escobas: prestábamos atencion á lo que pasaba.

—¿Cuánto quieres por una?

—Dos cuartos.

—¡Jesus, qué caras!

El regateo es la especialidad, la cátedra de elocuencia de toda compradora.

—No valen nada! prosiguió la economista, pues despreciar el género es una de las primeras reglas del arte ó ciencia del regateo.

Los pobres niños callaron; no sabian encarecer su mercancía.

—¿Quieres tres cuartos por dos escobas?

Si hubiese pedido un ochavo, le hubiesen ofrecido un maravedi.

—Ea! ligero; que tengo que hacer!...

Las escobas, que entraban por la voluntad nuestra y no de la regateadora, eran muy mal recibidas.

Los pobres niños accedieron.

Que les den lo que piden: gritamos desde le galeria.

¡Ahi fué ella! la compradora se escandalizó y nos vino á predicar un sermon que degeneró en un acta de acusacion, en el que se nos confundia con nuestros propios argumentos; pues aunque tenemos un poco de poesia en el corazon y un poco de cultura en la cabeza, somos partidarios de la regla y de la economia; por consiguiente, en una adquisicion dar no solo lo que pedia el vendedor, pero aun mas, era esto un despilfarro patente, una flagrante contravencion á las reglas establecidas una prodigalidad la mas inoportuna.

Al mismo tiempo llegaban á nuestros oidos desde los corredores los murmullos de una oposicion bien formulada; veiamos formarse la negra nube de un voto de censura. Nos veiamos amenazados de tener que hacer dimision voluntaria del ministerio de hacienda por malversion de los fondos, cómo se obligaria á un menor ó á un demente.

No obstante nos armamos de valor y no desistimos. Entonces las escobas en uso se acabaron de inutilizar con los violentos y corajudos impulsos que se les imprimieran: en la cocina las ornillas sopladas con una rabiosa rapidez parecieron fraguas; el mozo aguador de pura indignacion y para parodiar la prodigalidad derramó media cuba de agua fuera de las tinajas; el inocente gato llevo una patada; la insurreccion bramaba en todas partes.

Que entren esos niños en la galeria! Al oir esta órden perentoria que dimos, hubo un nuevo escándalo, y como nuestros comensales suelen ser nuestros mas rigorosos jueces, habiéndoles parecido á los ya mencionados esta órden un compuesto de arbitrariedad, estravagancia, despotismo y falta de respeto humano, á ninguno tuvo por conveniente de transmitir la órden.

Es sabido que no hay nada mas *antihumilde* que un criado español, asi como no hay nada mas anticultivo y antidespótico que un amo español; eso de *imbécil* y otros epitetos por el estilo ni se le ocurre á los amos ni los criados los sufririan. Dignidad del hombre!!! en otras partes se habla mucho de ella; solo en España es instintiva general y práctica: basta para probar este aserto el modo de denominar á las personas pobres que entran en nuestras casas asalariadas para hacer los trabajos que en ellas se necesitan: los ingleses, la mas orgullosa de las naciones, las llaman *servants* sirvientes, los franceses mas llanos los llaman *domèstiques* domésticos: pero en España y solo en Es-

paña, y no porque es liberal, sino porque es católica, y últimamente digna se dice la *familia*.

Volvamos á mis escoberos.

¡Cómo hemos hecho el mundo! ¿querrá creer nuestro buen lector que nos atreviamos á repetir la órden? Por fin con una voz con que hicimos suave y humilde cuanto pudimos la fórmula mas en estilo de súplica.

—Por mi! dijo remilgadamente la mas autorizada, por mi! A ver como no entran aunque sea en el estrado! Ea! entrad: alli, alli! ligero!

Entráron los dos niños con sus hacecitos de escobas, que eran bien malas por cierto. Pobrecitos!... Uno tendria como cinco, otro como seis años: eran tan parecidos, que la hermandad, ese hermoso vínculo, estaba sellado en sus rostros como la misma luz en dos estrellas: eran hermosas sus caras con grandes ojos negros, y en ellos la misma espresion de bondadosa sencillez.—Jesus y qué inconsistentes somos!... sobre todo en la buena senda; que en la mala las pasiones nos dan consistencia y energía!—¿Será posible creer que las necias y ridículas murmuraciones habian paralizado un buen movimiento caritativo, nos habian, digamos asi, mojado las alas del corazon!!—Increible es, pero es cierto ¡ay! qué débiles somos para el bien!—Y asi fue que solo nos atrevimos á darles dos cuartos á cada uno;—y ahora que se han ido lloramos! Si, si, lloramos aunque se rian; ¿qué nos importa que se rian?—No porque miremos de arriba abajo los que se rien, no; sino porque caminamos por tan distintas sendas, que estamos incomunicados como los dos polos.

Al recibir sus dos cuartos, ambos por un movimiento simultáneo echaron mano á su haz de escobas para darnos una en cambio: al rehusarlas y decir que eran para ellos, nos miraron con sus ojos desmesuradamente abiertos, besaron la moneda, y se fueron sin decir una palabra. Era claro que no conocian la frase *Dios se lo pague a Vd.* ni la palabra *gracias*, porque jamás habrian tenido que usarla, y que jamás habrian recibido ningun beneficio!—Dos cuartos les di!—Oh vergüenza! oh remordimiento!—Dos cuartos, cuando estamos en el rigor del invierno y los angelitos venian descalzos! Dos cuartos, cuando estamos en víspera de Navidad, la gran fiesta y apogeo de la caridad!—Dos cuartos, cuando todas las tiendas estan llenas de zambombas y panderetas, todas las confiterias rebosan de turrones y golosinas, asi como nuestra y vuestra despensas! Y no quereis que lloremos!! Por qué casualidad singular estaba la apestosa moneda de cobre que abominamos sobre nuestra mesa! para hacernos derramar estas amargas lágrimas y para que podais decir que ese Fernan que tanto predica la caridad, no la practica! Pero por eso nos humillamos y os lo contamos para que sepais el dolor que se siente cuando se hace una mezquina y despreciable obra de caridad pudiendo con la misma facilidad haber hecho una provechosa y como Dios manda. Esto lo contamos para animar á todos á hacerse bien alegres las santas Pascuas de Navidad haciendo caridades para festejar al Redentor.

FERNAN CABALLERO.



ABADIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CASA-FIEL.

Hállase situada esta abadia que pertenecia á monges de la Trapa, en la diócesis de See, en Francia, en el camino que se sigue llegando de la costa de Fournese. Tanto por la nombradia de que ha gozado, como por lo encantador del pais en que está situada, nos ha parecido digna de figurar en el panorama de vistas pintorescas que ofrece constantemente el SEMANARIO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 4.

Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL CASTILLO DE BELMONTE.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
oh mi patria querida?
ESPRONCEDA.

Con razon dieron á Castilla sus antiguos pobladores ese nombre, despues tan glorioso y prepotente. Porque es difícil cruzar su fecundo suelo, sin hallar á cada trecho uno de aquellos monumentos militares, que sirvieron para guarnicion del pais, y de baluarte á su fé, su honor y su libertad. Apenas hay cerro de alguna consideracion en cuya cima no se distinga el resto de una torre feudal, con sus canes y saeteras; casi todos los pueblecillos de su comarca conservan algunos paredones cenicientos, sobre los que la conseja vulgar refiere estrañas y temerosas aventuras. Aqui se halla una masa informe de musgosos sillares; mas allá otra mole ruda y arrogante que, á despecho de los siglos, eleva su vetusta cabeza ceñida de macizos almenares, cual la corona triunfal de su pasada grandeza; y en todas partes toca el viajero con esas hojas esparcidas y mal estudiadas; con esa historia escrita en piedra por el génio de la guerra, que aun respira en los ruinosos ámbitos y en los solitarios murallones el heróico espíritu, la fiera lealtad y altos pensamientos de nuestra inmortal progénie. Quizá esas líneas carcomidas y desordenadas, que bordan aquel pilastron, fueron el epitafio de un héroe, trazado con la punta de su lanza; acaso esas sombras indelebles que salpican la derruida barbacana, fué la postrera sangre de un esforzado alcaide, que opuso su cadáver al enemigo delante del rastrillo, como último y desesperado antemural de su sangriento alcázar. ¡Qué campo tan estenso de estudios y meditaciones! Cuántos arcanos, ora sublimes ora tremendos, guarda el glacial silencio de esas tumbas gloriosas, que ni aun conservan el polvo de su señor!.. Pero el mundo las olvida, y el tiempo ejerce allí su implacable poder. Así es el hombre. Lo que no le sirve, no existe para él. Viviendo para el dia, no se cura de lo pasado, y ¡ mísero! no conoce el porvenir.—¡ Somos poco amantes de nuestras glorias! En otra nacion se procuraria por legítimo orgullo conservar esos insignes testimonios de lo que fuimos y pudimos, cual un museo colosal de todas las grandezas españolas. Pero aquí no se piensa formalmente en ello. Y ¡ triste es decirlo! al paso que los estrangeros visitan con particular cuidado los castillos de nuestros mayores, y que ingleses, alemanes é italianos atraviesan los montes y los mares, para llevarse en su álbum bocetos preciosos de tan venerandas antigüedades, nosotros pasamos junto á ellas con soberana impasibilidad, y vemos tranquilamente destruirse piedra por piedra las obras de los buenos, si ya no les ocurre á cuatro záfios lugareños derrocar acaso una maravilla artística para hacer un juego de pelota, ó el palomar de algun cacique de campanario. ¡ Bien dice el escritor latino: *Tempus edax, homo edacior!*

Sin embargo de tan vergonzosa desestimacion, y del abandono en que, siglos há, yacen estas construcciones, todavia se conservan las bastantes para adivinar el aspecto que presentaria Castilla en aquellas belicosas edades, y el sistema militar de defensa y fortificacion que adoptaron los monarcas y señores cristianos en tiempo de la reconquista; y pues la ocasion se ofrece, hemos de aprovecharla, para decir algo sobre ese curioso particular, refiriéndonos á *la tierra de Campos*, á este trozo tan importante de los antiguos reinos.

Desde el momento en que don Pelayo y sus dinásticos sucesores empezaron á ensanchar con la punta del victorioso acero las fronteras de su renaciente monarquía, se dedicaron á establecer líneas de defensa y guarnicion, que al propio tiempo que de punto de apoyo para las operaciones, sirviesen de reparo y fuerza al pais reconquistado. Este sistema era necesario en el estado que el arte de la guerra tenia en aquellos tiempos, en que ni habia ejércitos permanentes, ni los demas elementos que el génio de la muerte ha inventado despues para la profesion guerrera. Así pues, los rios, las montañas, las aldeas y villas, todos los accidentes topográficos eran aprovechados para aquel objeto, y cubiertos de castillos, torres y murallas en estensa y tenaz combinacion. Y de tal suerte dispuestos y enlazados, que podian socorrerse mútuamente, y hacer una série inespugnable de escalones para la resistencia; y colocados ademas á la vista, no solo podian librarse de un golpe de mano, sino que tambien servian para los avisos comunicándose de atalaya en atalaya por medio de fogatas y humaredas.

Prescindiendo aquí de la línea del Esla, punto avanzado de la corte de Leon, cuya base era la plaza de Mansilla; y atravesando la establecida sobre el Cea, defendida principalmente por la fuerte villa de Mayorga, cuyos flancos guardaban las de Valdezao y Sahagun, y á las que servirian de puestos vigilantes muchos lugarejos fortificados en derredor, nos fijaremos en *tierra de Campos*, y veremos su aspecto militar en aquella lucha de heroismo sin ejemplo. Dos atrincheramientos generales la corrian en toda su longitud. Uno establecido sobre las márgenes pantanosas del rio Seguillo, y otro en la cordillera de alcores que se estiende desde Toro hasta Palencia, cubiertos en su mayor parte por las montuosas espesuras de Torozos.

La primera de estas líneas venia desde Zamora por Villa-Alonso, que conserva casi intacta su bella fortaleza, y enlazaba con Villagarcia, en donde hay algun vestigio. El eslabon subsiguiente era Tordehumos, villa murada y fuerte importante, que aun dice lo que fué. En seguida Medina de Rioseco, plaza principal, cuyo arruinado castillo era el centro de las fuerzas, y que por el N comunicaba con Belmonte, marchaba á Castil de Velas, que tiene algunos restos, y se estendia por todo el bajo de las Navas de Campos, hasta darse la mano con las montañas de Cuarda.—La otra línea, que apoyaba su flanco derecho en Toro, sobre el Duero, corriéndose por la buena plaza de Ureña, cabeza de condado, que ostenta todavía sus rotos muros en alto y espesísimo cerro, se prolongaba á Castro-monte, cuyos fragmentos se ven. Sucedia en órden Valsenebro, que, segun crónicas, era un castillo regularmente recio, pero que ya solo deja notar aislados trozos de muros desartalados; daba un giro la línea avanzada sobre Villalba del Alcor, que indudablemente seria una de las mejores plazas de la comarca, porque aun mantiene su rádio con espesa y elevada muralla de piedra gruesa bien acondicionada, su castillo con sus departamentos en regla, y que ofrecen recuerdos de importancia. Cierto és que debió recibir mejoras notables en fecha mas reciente por la forma de algunas particularidades. Llega en seguida á Montealegre, villa de consideracion, cuyo hermoso castillo en toda su obra de piedra sillar es un edificio bizarro y poderoso, de mucha elevacion y escelente topografía. Se adelanta á Torre-mor-mojon, donde hay un castillo titulado *la estrella de Campos*, porque domina muchísimo territorio. Es verdad que está situado en un cerro muy culminante segun esplica la etimología de su nombre (1) y de rápida y difícil pendiente. Conserva todas sus murallas, con cubos y baluartes, y tiene solo destruido el homenage. Comunicase con Ampudia (*Fuent Empudia*) que tambien poseia buena fortaleza, y se prolongaba hasta unirse con las riberas del rio Carrion.

Uno de los anillos de esta vigorosa organizacion, segun observado dejamos, fué *el castillo de Belmonte*, elegante y bien tratada obra, que hoy es el objeto especial de nuestra atencion.

El castillo de Belmonte está situado al S. E. de la villa sobre el plano inclinado de una meseta que allí sobresale en la llanura. Su planta es un paralelógramo, casi un cuadrado, que tiene 42 pies de S. O. y de N. á S. y 48 de S. E. á N. O. en lo alto de la plataforma, y en a base 34 y 42 á las mismas direcciones con una altura total de 114 banzos. Está dividido en tres pisos. Los dos primeros se hallan cortados por un arco bajo. Contiene tres prisiones subterráneas, en bóveda sillar, ademas de varios algibes. Se sube hasta el glásis por una buena espiral de piedra, y lo mismo á cada uno de los merlones, ó linternas angulares.—Su traza esterior figura una torre lisa, coronada en su término por una guarnicion de canes, sobrepuestos de parapetos, y flanqueados por cuatro baluartes en los ángulos que se elevan en forma circular desde el último tercio de la obra, hasta dominar con mucho los andenes de la plataforma, y que estan rematados á su vez con una graciosa diadema de canecitos, sobre los que carga un antepecho, á prodigiosa elevacion. Cada uno de ellos tiene su respectiva azotea, á la cual se asciende por un escelente caracol de 17 peldaños.—Domínase desde ellas inmensa estension de pais, avistándose su primer término veinte y cuatro pueblos, y mas ó menos distantes las fortalezas mencionadas de Tordehumos, Medina de Rioseco, Montealegre y Torremormojon. En la planicie suprema de la torre existe un lugar, que llaman *la silla del moro*, y que parece una tumba sobre la cual se echaba una losa, segun los encargos de sus bordes. Pero esto era el puesto de atalaya. Pues sumergido allí el vigía, á cubierto de las armas arrojadizas y de la intemperie, registraba por un hueco horizontal, que quedaba entre la losa y un borde rebajado, la mira de comunicaciones con el castillo de Torremormojon, y hacia el alerta de la guarnicion y de la comarca.

Desde el ángulo N. arranca una línea de muralla, alta de 25 hiladas, por cuatro palmos de espesor en el almenar, y á cuyo estremo hay un desmantelado baluarte, que encubria la bajada á las prisiones, y que unido á otra cortina que vuelve al frente N. E. toca con un paredon y cierra por dos puntos el antiguo patio de la fortaleza. Aquel trozo de pared es el único resto de los cuarteles que ocupaban la parte mejor defendida de la posicion.—Por delante de la muralla se levanta la contraescarpa, sobre el borde del cegado foso, que apenas se conoce. Las demas obras esteriores han desaparecido completamente.

(1) Torre del mayor mojon.

La fábrica de este castillo es de dos épocas. Gótica la una, que se conserva en el pabellon superior ó bóveda ogival de piedra, guarnecida de robustos aristones, que sirven de apoyo al glásis. La obra moderna, que es de 1505, empieza por lo esterior, como á la mitad de la altura de la torre, basada en la construccion antigua, donde se conserva un solo ogivo, en la cortina de tosco sillarejo. Desde allí se alzan los muros de escelente silleria, indicando bien por su corte y mano la nueva época. Tiene el castillo un balcon de este tiempo en el punto de E á S., sostenido por una enorme repisa de prolijo adorno, y guarnecido de un cuerpo de arquitectura de mal gusto, asi como un preludio mal entendido del renacimiento Tambien es del siglo XVI la parte superior de las murallas y almenages, por las aspilleras para proyectiles incendiarios que se rasgan en toda su línea, por el arco hemiciclo que da entrada al patio, y por otro existente en cierto lienzo de muro perdido, que arranca al pie de la torre, bajo el ángulo occidental, y que debia hacer el ingreso para el recinto esterior de la fortaleza por aquella banda, sirviendo al propio tiempo de estribo por aquesta parte mas baja del plano, en donde por consiguiente la fábrica tiene mayor elevacion. La obra es sólida, perfectamente construida, y sin el misto ofrecia elementos para una defensa obstinada y ventajosa.

La casa señorial de los Manuel hubo esta fortaleza en tiempo del emperador Cárlos I, y la hizo con la villa formar parte del mayorazgo fundado entonces, y que algunos pretenden fuera el primero constituido en España. Desmantelada, como todas las de este pais, despues de la guerra de las Comunidades, y obligados los antiguos Ricos-homes á residir como grandes de España en la córte del rey por miras de alta política, sus estados y puertos de guerra quedaron en abandono y á merced del olvido destructor.

En su época, sin embargo, el castillo era de buena estima para sus poseedores. Asi es que la casa espresada le hubo de recibir maltratado de vicisitudes anteriores, y verificó en él la grande reparacion de que hemos hecho acta, y que por su traza y materiales de obra debió alzar gran coste y requerir larga mano. De presumir es que presidió á tan completa refaccion algun grave objeto, segun la solidez y cuantia de ella. Moros ya no habia. El pais estaba en calma. ¿Pensarian los próceres revindicar sus fueros que á menguar empezaron bajo el vigoroso reinado de los Reyes Católicos? ¿Seria algun presentimiento de la próxima tempestad?... Misterios son estos, de que la tumba pudiera acaso dar razon.

Pero *el castillo de Belmonte*, tan arrogante y preciado un dia por sus opulentos señores, puede ser comparado á un esqueleto que solo conserva la piel. Y abandonado de su castellano, y entregado á merced de la estulta rapacidad del profano vulgo, será de aqui á poco un monton mas de escombros en el inmenso mapa de ruinas que nos hace recordar á menudo el canto funeral del profeta, que lloraba sobre las colinas de Sion..

V. GARCIA ESCOBAR.

ESTUDIOS HISTORICOS.

I.

En el último tomo del SEMANARIO tuvimos el honor de ver insertos en sus páginas unos apuntes históricos sobre la iglesia goda y sus varias vicisitudes y alternativas. En el presente artículo, ó sea si se quiere apéndice á aquellos estudios, vamos á tratar someramente del establecimiento de la iglesia cristiana en España, concretándonos con especialidad á Valencia y sus obispos hasta la invasion morisca. Procuraremos tambien hacer ver, aunque brevemente sea, las diferentes sectas que derivadas, por el orgullo ó ambicion de algunos, de la religion de Cristo, si bien no impidieron su marcha progresiva y ascendente, estendiéndose prodigiosamente por do quier, no dejaron de retardar en algunas partes su curso, inculcando en muchos ánimos el error, y cuando menos la duda. No es por cierto fácil tarea para el historiador el aclarar perfectamente y sin recelo alguno de opinion contraria, ciertos puntos y cuestiones que en los primeros tiempos del cristianismo y por consiguiente de la civilizacion moderna, pasaron desapercibidos para muchos, y aun para otros solo merecieron una ligera mencion; razon por la cual ha tenido y tiene que suplir el buen criterio y la sana razon del que se ocupa en coordinar las espinosas materias, á las faltas que necesariamente se notan de escritos y de tradiciones segun

ras en aquellos primeros tiempos de nuestra regeneracion, por medio de la moral evangélica y la unidad de las doctrinas de su iglesia.

No pretendemos, pues, aquí escribir un trozo de historia: incapaces como nos sentimos para tan elevado cargo, solo trasladaremos aquí lo que de manuscritos y autores varios hemos podido entresacar, no solo respecto al establecimiento de la ley de Jesucristo en la pagana é idólatra Iberia, sino mas esclusiva y especialmente á Valencia, nuestra querida patria.

II.

Esparcidos los discípulos del hombre-Dios por el mundo, en virtud de su mandato supremo, para bautizarles y regenerarles en nombre del Padre, del Hijo y del Santo Espíritu, y destinados cada uno de ellos á diferente parte del globo conocido, tocó á Santiago el mayor la España y parte de la Gallia. Acompañado el santo apóstol de otros doce compañeros, en aquella época habitadores en el monte Carmelo, dividiéronse al llegar al suelo ibero, entonces bajo el dominio de Roma, para hacer mas fructífera la estensa mies que se presentaba á su trabajo y santa abnegacion. Entre otros tocó á *Eugenio*, uno de los mas allegados al apóstol gefe de aquella mision cristiana, el desterrar de las tierras pobladas por los celtíberos y los edetanos, las fábulas y creencias vanas de los falsos Dioses. Nombrado por Santiago gefe ó vulgarmente obispo de los que abrazasen la fé del Salvador, con facultades de agregar á su mision á los que conceptuase dignos de secundar sus santas miras, Eugenio alcanzó en breve gran fruto, y la grey cristiana superó en poco tiempo á la idólatra, aunque muchos se retraian de confesarla en público por temor á los tormentos con que, en vista de aquella trasformacion de costumbres, les amenazaban los procónsules de Roma. El obispo Eugenio, primero en el catálogo de los pastores de la iglesia valenciana, gobernó no sin temores ni peligros la nueva cristiana prole del Edeta, desde el año 57 de la era cristiana hasta el 60, en el cual reunido en Chersoneso, hoy Peñíscola, con otros discípulos del santo apóstol á fin de celebrar un concilio para coordinar y regular sus predicaciones y establecer leyes para los neófitos y recien convertidos, fue degollado junto con algunos de sus compañeros que no pudieron salvarse con la fuga, por órden del procónsul de la provincia Tarraconense.

Semejante atentado no hizo desmayar por eso á los nuevos convertidos, y la sangre del obispo no retrajo de su propósito á los sostenedores de la fé cristiana, pues antes bien se gloriaron no pocos de verter gloriosamente la suya. Perseguidos sin embargo, no les fué fácil reunirse para elegir un sucesor á la gloriosa víctima de la verdadera creencia; mas *Elpidiano*, compañero del obispo y su confidente y apoyo, tomó á su cargo el alentar el valor de los cristianos estendiendo sus predicaciones, fortificando su fé y defendiéndolos aun ante los tribunales de Roma. Trece años de combates y su edad avanzada no fueron bastantes para libertarle del martirio que, precedido de crueles tormentos, sufrió en Valencia, imperando Galba.

El diácono *Vitorio* fue el sucesor de Elpidiano por el voto unánime de los cristianos secretamente reunidos, en atencion á sus grandes virtudes y profunda austeridad. La persecucion contra el cristianismo, yendo siempre en aumento, el obispo Vitorio preso en Idumeno, hoy dia Onda, cuando se dirigia á consolar á los cristianos perseguidos y estender la fé y la creencia cristianas entre los idólatras, fué bárbaramente asesinado por órden del prefecto romano de Valencia bajo el imperio de Trajano.

En los primeros tiempos de la iglesia era difícil á causa de las persecuciones que sufrian los cristianos, por cuanto la comunion católica era muy vivamente perseguida, dirigirse, no tan solo á Roma, donde para ellos, como ahora para nosotros, se hallaba establecida la cabeza visible de la iglesia en los obispos de aquella capital sucesores de San Pedro, sino tambien al primado de España, residente para una parte de ella en Toledo, para que designase un sucesor á las sillas vacantes, si bien esta designacion iba acompañada del voto de toda la clerecía; por lo tanto se seguia la costumbre introducida de elegir á pluralidad de votos, no tan solo sacados de las personas todas consagradas al servicio del altar, sino tambien de los ancianos ó cabezas de las familias cristianas, sancionada despues la eleccion dicha, ora por el gefe de la cristiandad cuando se encontraban medios para ello, ora por el primado, delegado apostólico casi siempre, aprobando la eleccion popular de los obispos en nombre de la Santa Sede.

Esta su mision á la cabeza visible de la iglesia, ó mas bien esta sujecion omnímoda á la voluntad de una sola cabeza, cuyas órdenes respecto á la delegacion de sus facultades eran tan estrictamente acatadas, era la que conservaba y por tantos siglos y al través de tantas vicisitudes ha conservado la fuerza y vigor que ha tenido siempre la comunion católica, que ha respetado siempre como infalibles las decisiones de su gefe, dándole asi con esto tal consistencia, que los mas furiosos embates que en el trascurso de los siglos se la han suscitado, no han bastado ni aun ligeramente á conmoverla. Esta misma fuerza que la daba su union y su obediencia, fue la que andando el tiempo hizo avocar á su conocimiento y eleccion el nombramiento de los pastores para las sillas vacantes, desterrando para siempre, no tan solo la eleccion casi popular de los obispos, de las que en los primitivos tiempos se mostraron celosos defensores las familias cristianas, sino tambien la eleccion hecha por la clerecía, y mas tarde por el clero superior de las diócesis vacantes, que habian reasumido en su seno las facultades de elegir, que en tiempos mas remotos pertenecieron á todos.

Reunidos pues los cristianos del Edeta despues del martirio del obispo Vitorio, recayó el nombramiento de su sucesor en *Dionisio*, presbítero recien llegado de la Grecia, segun nos dice Liberato, y que algunos confunden con el santo areopagita del mismo nombre, aunque sea para nosotros, como veremos, un error. Elegido á causa de la gran fama que gozaba por sus virtudes y mérito, se halló á la cabeza de la iglesia valenciana, sin que nos conste hubiera perecido de mano airada hasta el año 110.

Eligióse en seguida á *Tértulo*, que gobernó por los años 115 de nuestra era, ignorándose el año que falleció, ni qué género de muerte fue la suya; solo si que tuvo por sucesor á *Jacobo*, llegando hasta el año 166, creyéndose piadosamente padeceria el martirio en la persecucion contra los cristianos suscitada por Marco Galo ó Valio, en el reinado de Marco Aurelio, oriundo de España, el cual aunque muy bienhechor del pais de donde era originario, no le impidió el dejar pesar su terrible mano sobre el naciente cristianismo de la Iberia, aun cuando el imperio romano se hallaba ya en aquellos tiempos combatido no tan solo por los Cuados, los Marcomanos y los Dacios, sino tambien por los habitantes de la Mauritania. El vasto imperio de Roma, tan grande por su poder, empezaba ya á tocar la época de su decadencia. El orgullo le habia tornado feroz; su crueldad sirvió de pretesto á los pueblos subyugados para alzarse contra él. La austeridad de sus primeros tiempos, habiendo cedido su lugar á la corrupcion y á los placeres, sus huestes afeminadas no pudieron luchar con ventaja contra sus múltiplés contrarios, que cada cual de por sí ansiaba recojer una parte del desgarrado manto de púrpura del otro tiempo vasto y prepotente imperio. Además, los dioses de su creencia habian perdido ya su prestigio, los oráculos de sus sibilas enmudecian ó agoraban torpemente, y los augures, á pesar de su gravedad proverbial, no eran ya mas que objetos de escarnio y befa de los mismos á quienes pretendian alucinar. La religion del crucificado del Gólgotha, sencilla como su orígen sublime y comprensible á todos por sus máximas, estendiéndose rápidamente sin ostentacion ni aparato por medio de doce pobres ignorantes pescadores hijos del pueblo, y como él acostumbrados á las penalidades y privaciones de su existencia, teniendo por base el amor, y por objeto otra vida mejor, predicada con el ejemplo y con la constancia de los creyentes que les hacia arrostrar, sereno el rostro y la sonrisa de la esperanza en los labios, cuantos tormentos podia inventar el despecho y el orgullo herido, era el contraste mas terrible y la oposicion mas vigorosa que pudiera encontrarse á su sistema ó creencia donde la libertad y los goces eran solo patrimonio de los que se vanagloriaban con el título de ciudadanos de Roma, dejando á los demás sujetos á las privaciones y á la esclavitud. Hé aquí por qué el reinado de la materia montado sobre un pedestal de movediza arena vino á caer y esparramarse ante el sólido granito sobre el que se fundaba el imperio mas duradero del alma y de la razon.

Martirizado, segun creemos, el obispo Jacobo, sucedióle en el cargo *Felix*, el cual á causa de sus continuos achaques se retiró al poco tiempo á Valencia de Alcántara, donde murió, eligiéndose en su lugar hácia el año 197 á *Terencio*. Este varon piadoso, mitigadas un tanto las incesantes persecuciones que sufria el cristianismo, pudo con un tanto mas de sosiego dedicarse al cuidado de la ya abundante grey que tenia á su cargo, y con especialidad al ordenamiento y mejora de la clerecía, para la cual, y á fin de educar buenos y piadosos servidores del altar, instituyó un colegio ó retiro para la enseñanza y ejemplo de los que se dedicaban al servicio de la iglesia.

Una buena parte del siglo III fué en gran manera azarosa para el cristianismo. Los edictos de sangre y esterminio contra el nombre cristiano mandados sucesivamente ejecutar por los emperadores Septimio Severo, Julio Maximino y Decio, tenian de tal modo aterrorizados á los cristianos, que errrantes de breña en breña y de soledad en soledad apenas se atrevian á reunirse, sino los muy amigos y allegados, para celebrar en retirados sitios los misterios de la fé y sostenerse mútuamente en sus necesidades y desamparo; sin que fuera bastante la anarquía militar y política que reinó en todos aquellos años con los asesinatos cometidos en los emperadores Antonio, Caracalla, Aureliano, Severo. Alejandro, Marco Antonio Gordiano, Filipo y Quinto, Trajano, Decio, para calmar el odio que se tenia contra los que profesaban la fé de Jesucristo. Asi es que en los anales de la iglesia de Valencia se encuentra un vacío en la sucesion episcopal desde principios hasta mas allá de la mitad de este siglo de horrores y de crímenes, hasta que hácia

el año 260 vemos el nombre de *Asterio* ó Atorio, elevado á la dignidad episcopal por sus virtudes recomendables, hasta que padeció martirio por mandato del procónsul romano junto con otros varones eclesiásticos. Una cosa sin embargo haremos notar acaecida bajo su pontificado, y es la pública autorizacion que se dió para el establecimiento de un convento de religiosas bajo la advocacion y amparo de la Virgen del Monte Carmelo, que segun noticias vivian ya reunidas, aunque secretamente, desde el pontificado del primer obispo Eugenio. De esta asociacion religiosa formaba parte en los tiempos de que hablamos Angelina, noble matrona de conocida austeridad, que fué horriblemente martirizada con dos de sus compañeras cuyo nombre no nos ha conservado la historia, y cuya fiesta, segun asegura Erato, fué muy celebrada en Valencia por algunos siglos despues.

En el año 290 ocupaba la silla episcopal de Valencia *Eulogiano*, sucediéndole poco despues *Jeopombo* ó Jeorombo que alcanzó la palma del martirio en *Nertóbriga* de Aragon, hoy la villa de Ricla segun unos, y Almunia de Doña Godina segun los mas.

Vino en pos de Jeopombo, *Lupo*, elegido hácia el año 325, asegurándose fue tambien martirizado, aunque se ignora cómo y por órden de quien; pues por aquella época y bajo el imperio de Constantino se permitia profesar libremente el culto de Jesucristo.

Desde el año 354 hasta el 456 gobernaron esta iglesia con mas tranquilidad los obispos *Leon*, *Felix II* y *Panuchio*, este descendiente de una de las mas ilustres familias romanas, los Furios y Camilos.

Ya por este tiempo, dominando los godos casi soberanamente en España, y quedando apenas restos de la dominacion romana, alentada la iglesia cristiana y estendida por casi toda la antigua Iberia, la eleccion de los obispos se efectuaba con seguridad y tranquilidad, y por lo tanto la clerecía de las diócesis avocó á sí la eleccion de los pastores respectivos, sujetándolos como hemos dicho á la aprobacion del primado y del rey. De esta manera fue elegido á la muerte de Panuchio, *Pastor*, el cual fue algun tiempo despues desterrado de su silla por Eurico, rey de los godos, por haber defendido los derechos é inmunidades de su iglesia, y especialmente los que le competian sobre todos los que profesando el cristianismo, viviesen en su diócesis. El obispo Pastor murió en Orleans, reino de Francia, lugar de su destierro.

Sabido su fallecimiento por la clerecía de su obispado, fue elegido en su lugar *Justiniano* en el año 482; y fallecido este en el 500, se confirió la dignidad á *Lupo II*, siguiendo en el catálogo *Justiniano II* ó Justino, monge del orden de San Benito, y natural de Gerona.

Siguió á este *Félix III*, varon recomendable, muy apreciado por sus virtudes, y celebrado por la gran resistencia que opuso á dejar penetrar en su rebaño las doctrinas disidentes de Arrio, cuyos adeptos se hallaban por aquella época muy orgullosos con el apoyo que les prestaba el poder real en atencion á que los reyes godos habian adoptado y defendian aquella nueva secta. Con este motivo fuerza será que apuntemos algo sobre el origen de esta secta, que tantos disturbios causára en aquella epoca.

III.

Arrio, natural segun unos de Libia, y segun otros de Alejandría, manifestó desde sus mas tiernos años una pasion grande por las letras, al mismo tiempo que un orgullo y una ambicion desmesurada, que sabia sin embargo ocultar bajo el velo hipócrita de la humildad y abnegacion mas refinada. Educado en las máximas de la comunion ortodoxa, quiso dedicarse al servicio de los altares, lo cual le fue en estremo fácil, atendida la austeridad con que supo encubrir su altanería; y así fue elevado al sacerdocio por Achilas, obispo de Alejandría, sucesor de Pedro, martirizado en el año 311 ó 12. Hasta entonces la conducta pública de Arrio nada habia dejado que desear; empero á la muerte de Achilas se dejó ver claramente la ambicion que dominaba su alma. Pretendió al efecto el obispado de Alejandría; mas como la clerecía encontrase mas mérito y virtudes en el sacerdote Alejandro, inscrito despues de su muerte en el catálogo de los santos, Arrio se lanzó á la arena, arrojando con descaro la máscara que hasta entonces le encubriera, sosteniendo públicamente y en contra de las doctrinas profesadas por su obispo, que *el Verbo eterno no era igual a su Padre, y que no habia existido desde el principio; sino que habia sido creado de la nada, y que pertenecia al número de las criaturas.*

Esta proposicion con tanta audacia y firmeza proclamada, y que tan directamente se oponia á la creencia ortodoxa, alarmó vivamente á los cristianos; pero antes de recurrir á los medios estremos, el obispo Alejandro trató de persuadir á Arrio de su error en una conversacion particular. Empero como el clérigo disidente se empeñase en llevar adelante su opinion, y negase la autoridad de las Sagradas Escrituras, Alejandro se vió precisado á arrojarle del seno de la iglesia católica, lanzando contra él una escomunion formal. Con este objeto aun, y á fin de proceder á este tan solemne acto con todas las formalidades y solemnidad posible, convocó el obispo un concilio compuesto de los obispos del Egipto y de la Libia, que acudieron en número de ciento, sin contar los eclesiásticos mas dignos de las diócesis respectivas. Interrogóse á Arrio sobre la heregía de que se le acusaba; empero en vez de negarla ó retractarse de ella, la sostuvo con mas empeño que nunca. Los padres del concilio entonces lanzaron contra él sus anatemas, incluyendo en ellas á sus secuaces, entre los cuales se contaban dos obispos, el de Tolemaida en Egipto, y el de Marmárica en la Libia.

Este castigo sin embargo no fue bastante á borrar el mal que con la proposicion herética se habia inoculado. La poblacion de Alejandría se dividió, una parte en favor y otra en contra, de tal manera que segun asegura un autor de aquella época, los paganos se mofaban sin rebozo alguno de los sagrados misterios, parodiándolos y ridiculizándolos á su sabor. La division no se ciñó tan solo á Alejandría, sino que continuó esparciéndose por el Egipto, la Libia y la Tebaida, donde se reunieron diferentes juntas ó pseudo-concilios en su favor. Arrio su gefe se trasladó luego á Palestina, donde logró seducir á casi todos los obispos, escepto al de Antioquia, al de Jerusalen y al de Trípoli, que se mantuvieron fieles en la ortodoxia.

El obispo Alejandro no desmayó por eso, antes bien escribió una larga epístola á los obispos de la cristiandad para informarles del peligro que corria la fé si se dejaba comunicar á sus ovejas con aquel heresiarca, á cuya epístola contestó Arrio y sus secuaces con otra llena de invectivas y de blasfemias contra el Verbo divino.

Tales controversias y la division que causaban en los ánimos, llamaron al fin la atencion del emperador Constantino, el cual á fin de terminar tranquilamente aquella disputa, escribió separadamente á Arrio y á Alejandro, siendo portador de esta última el grande Osio, obispo de Córdoba, sujetando á un nuevo concilio la terminacion de esta causa. Celebróse en efecto en el año 319, donde fue de nuevo condenada la secta arriana con todas sus consecuencias, sin que esto bastara á doblegar la orgullosa altanería del cristiano disidente. Constantino se vió pues en la precision de convocar un concilio general, que es el primero de los llamados *ecuménicos*, invitando al mismo tiempo á Arrio y sus partidarios á presentarse á sostener sus opiniones. Pero fueron tales las blasfemias que profirió ante aquella respetable asamblea, que los padres del concilio, tapándose los oidos por no escucharlas, descargaron sobre él todas las anatemas de la iglesia, condenando sus proposiciones como escesivamente perjudiciales y contrarias á la fé, arrojándole del giron de la iglesia ortodoxa. Constantino en vista de la decision tomada por el concilio general, le desterró, así como á los que profesaban abiertamente sus doctrinas. Los libros que contenian las doctrinas del heresiarca, fueron tambien condenados á las llamas.

Empero no bien habian pasado todavía tres años de este suceso memorable, cuando gracias á las intrigas de algunos de sus partidarios que se hallaban en la corte y so el pretesto de hacer una nueva profesion de fé, logró el permiso de volver á Alejandría, donde no se le permitió la entrada por el obispo Atanasio, que habia sucedido á Alejandro, trasladado á la silla de Constantinopla. Vivamente contrariado con aquella negativa, continuó por algun tiempo escitando con solapada maña los ánimos, hasta que noticioso Constantino, ó seducido mas bien por sus bellas promesas, le mandó ir á Constantinopla para hacerle volver á entrar en el seno de la iglesia ortodoxa. El obispo Alejandro se oponia sin embargo á este mandato del emperador; pero como este insistiese, y los partidarios del escomulgado sacerdote se aprestasen á llevarlo en triunfo á la iglesia, aseguran las crónicas que habiendo el obispo suplicado á Dios no espusiese á los fieles ortodoxos á la humillacion de ver entrar procesionalmente y como vencedor al acérrimo enemigo de la fé y de la verdad católica, murió Arrio en el año 336 al pasar por una plaza que conducia al templo, de resultas de un fuerte cólico que le acometió, obligándole á separarse de la comitiva para retirarse al soportal de una casa, donde arrojó por ambas vias los intestinos, el hígado y las entrañas. El sitio de esta catástrofe, añade un biógrafo, fue considerado por mucho tiempo como una señal evidente de la justicia de Dios, hasta que un rico arriano, para hacer desaparecer toda traza de tan trágica aventura, lo compró para elevar otros edificios diferentes que bastasen á borrar todo recuerdo.

Hechos estos ligeros apuntes biográficos de un hombre cuyas doctrinas tanto disturbio ocasionaron en los primeros siglos del cristianismo, no iremos mas allá para seguir paso á paso el camino que recorriera aquella secta no concluida por la nefanda muerte de su fundador, ni mucho menos hablaremos de las divisiones que entre ella misma surgieron como los acacianos, los semi-arrianos y los arrianos puros. Sostenida por los emperadores unas veces, y desprestigiada otras, la secta arriana con sus diferentes divisiones y opiniones encontradas sobre la aceptacion de la palabra *consubstancial* ó igual en un todo al Padre, acabó, andando el tiempo, por desaparecer, confesando los mas de los que habian profesado aquellas doctrinas, el símbolo establecido por el concilio ecuménico de Nicea. De manera que esta heregía que comen-

zó en Egipto en el año 312 despues de haberse esparcido por todo el oriente y una buena parte del occidente con la irrupcion de los vándalos, visigodos, suevos, ostrogodos, burguiñones y lombardos, cuando estos pueblos ocuparon la mayor parte de la Francia, de la España, el Africa, la Italia, las islas del Mediterráneo y la Panonia, se estinguió completamente hácia el año 600, hasta que en el año 1530 se trató de renovarla con el nombre de *anti-trinitarios*, que se confundieron mas tarde con los *unitarios* ó *socinianos* del siglo XVII.

Volviendo á nuestro asunto, los comisionados de la primada de Toledo, á cuya silla se hallaba sujeta la dignidad de la de Valencia, se concertaron con los de esta á la muerte de Félix para elegir su sucesor; mas como se hallasen los ánimos divididos, y los secuaces de Arrio estuviesen fuertemente apoyados por el rey Leovigildo, pidieron altamente se les concediese un obispo de su secta; asi fue que, separándose los católicos de los arrianos para verificar la eleccion, confirieron estos la dignidad á *Mirisla*, mientras que los primeros la dieron al sacerdote ortodoxo *Voiligiselo*.

(*Concluirá*.)

LUIS MIQUEL Y ROCA.



(Armadura ecuestre de Hernan Cortés, segun existe en la Armeria Real de Madrid.)

DOLORES.

CAPITULO VI.

EL DIA DE LOS CONTRATOS.

Ningunas resoluciones son tan tenaces como las de aquellas personas que rara vez ejecutan sus voluntades. Hay caractéres fuertes, pero perezosos, que por cariño, por prudencia, por indolencia muchas veces, se habituan á ceder á los espíritus activos y turbulentos con quienes se hallan en contacto, y soportan pacientemente la tiranía á que se han sometido, por la capacidad que reconocen en sí de sacudirla á su placer, en el momento en que los escite un interés poderoso. Llegadas las circunstancias solemnes, salen de su apatía con tanta mayor fuerza, cuanto ha sido mas larga su perezosa inaccion, y suelen ser obstinados á medida que han sido inertes.

Esto acontecia á D. Diego Gomez de Sandoval: apenas podia recordar doña Beatriz que en todo el tiempo trascurrido desde que era su consorte se le hubiese opuesto sériamente á uno de sus deseos; mas bien comprendia en la circunstancia á que aludimos que habia llegado el caso de ser ella la que se plegase, ante una decision inmutable espresada con una autoridad harto economizada hasta entonces. La dama se revistió por tanto de un aspecto grave y resignado desde la tarde de aquel dia en que se fijó el siguiente para la celebracion de los contratos; y observándolo D. Diego redobló sus atenciones y cariños, como para endulzar á su esposa el sacrificio que habia impuesto á su orgullo, y que parecia por fin magnánimamente aceptado.

Los dos pasaron la tarde en la alcoba de su hija, que aunque fatigada por las vivas emociones de aquel dia memorable, continuaba en buen estado, en apariencia al menos, bien que á la llegada de la no-

que se notase algun recargo en la ligera fiebre que desde algunas horas antes habia vuelto á encenderse. El doctor repitió su visita en los momentos mismos en que hacia renacer las inquietudes paternales aquella pequeña alteracion, y ambos esposos se apresuraron á informarle de ella, preguntándole su dictamen. Tomó el facultativo sucesivamente entrambas manos de la doliente, pulsándola con detencion, y se quedó pensativo.

—¿Qué decis? articuló impaciente el adelantado. ¿Está peor acaso?

—El pulso es duro é irregular, murmuró entre dientes el interrogado.

Dolores se incorporó asustada.—Me siento bien, dijo con viveza: debo tener un poco de calentura... me duele la cabeza: pero todo pasará: mañana estaré buena.

—El doctor la hizo acostar de nuevo, recomendándola silencio y quietud, y no desarrugó el ceño que observaba temblando el infeliz padre.

—¿Pensáis que convendria repetir la sangria? dijo al oido de Yañez.

—No por ahora, respondió este: yo permaneceré toda la noche cerca de esta señorita, y si la situacion se agrava, mañana pueden vuesas mercedes llamar otros facultativos de su confianza con quienes consultar.

El conde lo asió del brazo, y alejándolo algunos pasos del lecho de la enferma, tornó á preguntarle con mayor ansiedad:

—¿Está peor? decídmelo sin rodeos, señor Yañez. ¿Os parece peor que esta mañana?

El médico, visiblemente apenado con aquellas interrogaciones, se rascaba la cabeza y tosia, no acertando á serenarse; mas por fin respondió estas palabras, que parecian salir trabajosamente de sus lábios:

—¡La situacion es grave... muy grave! pero no hay por que desesperar, y yo ruego á vuesa merced que disimule sus inquietudes en presencia de la enferma. Es preciso que reine en torno suyo la mas completa tranquilidad.

D. Diego cayó desplomado en una silla, y el facultativo dispuso con aceleramiento una bebida que ordenó suministrar á la jóven de media en media hora, hasta su regreso.

Se despidió en seguida volviendo á recomendar silencio y calma alrededor de la doliente, y ofreciendo volver antes de las diez de la noche y permanecer todo el resto de ella.

Los dos esposos se miraron suspirando; mas Dolores, como si hubiese leido los graves temores que dejaba sembrados en sus corazones el receloso médico, y quisiera disiparlos, tornó á sentarse en la cama con aspecto despejado y diciendo con festivo tono.—Me pesa la cabeza cual si tuviese sobre ella la enorme peluca del buen doctor Pero Yañez. Hacedme el favor, mi querida María, de recojerme los cabellos, y dadme despues un vaso de agua fresca.

La condesa se adelantó á la dueña para cumplir la indicacion de su hija, y la besó dos veces mientras sujetaba bajo una cofia de encajes las largas trenzas de su profusa cabellera. En seguida la sirvió por si misma la tisana preparada por el médico, en vez del agua que habia pedido. Apuró el vaso Dolores, y sorprendida y enternecida por aquellas leves señales de maternal solicitud, mezcló una lágrima con el líquido que bebia, y depositó despues un largo y ardiente beso en la mano que se lo presentára.

Cuando doña Beatriz colocaba sobre una mesa el cristal ya vacio, la jóven fijaba en ella sus hermosos ojos llenos de agradecimiento, y de ternura, y acaso en aquel instante sentia remordimientos, recordando con dolor la enérgica negativa que habia opuesto aquel dia á los deseos de su madre. Acaso el afecto filial, reanimado entonces por las inesperadas muestras del materno cariño, ahogaba momentáneamente los votos del amor, y se preguntaba la jóven si no era un crimen en ella el sacrificar á su ventura el orgullo de aquella á quien debia la vida. Como quiera que fuese, la enferma, que se incorporára tan serena y festiva, se mostró de repente meditabunda y abatida: permaneció algunos minutos con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho; luego exhaló un hondo y doloroso suspiro, y se acostó por último sin hablar desde aquel instante, aunque visiblemente agitada durante la primera hora que pasó despues de aquella escena.

Sin embargo, el despejo y la calma que habia manifestado cuando acababa de espresar el médico tan graves inquietudes, produjeron en el conde vivisima impresion, comenzando á sospechar que tuviera razon su esposa al acusar á Yañez de haber exajerado desde el principio la gravedad de los accidentes. Quizás se proponia dar importancia al mal para hacer valer mas la curacion: quizás aspiraba á aparecer á los ojos del conde como salvador de su hija, porque iba á reclamar algun gran servicio, que solo podia prometerse de una gran gratitud.

Pensando en esto D. Diego llamó á su mujer á un estremo de la estancia, y sentándose junto á ella le comunicó sus dudas.

—Paréceme, amada Beatriz, la dijo con afectuoso acento, que no hay motivo para entrar en cuidado por cuanto indica el doctor. La niña indudablemente no se halla en peor estado del que aparecia esta mañana, y me persuado de que algo se propone Yañez aparentando recelos exajerados de que quiere hacernos participes.

La condesa se encojió de hombros y contestó sonriendo. Jamás he creido que existiesen los peligros que quiso ver ese hombre: habia tenido antes una plática bastante larga con el sobrino de D. Alvaro, y esta circunstancia esplica suficientemente las manifestaciones que hizo anoche: mas confieso que no alcanzo el objeto que se propone en continuar afligiendo vuestro ánimo, despues de lo que ha obtenido.

Calló doña Beatriz, y D. Diego comenzó á pasearse agitado de un estremo al otro del aposento. Pensaba que era, en efecto, bastante verosimil que la sagrada promesa que habia pronunciado, hubiese sido arrancada premeditadamente al corazon paternal por las apariencias de un riesgo imaginario: casi se sentia avergonzado de la facilidad con que habia dado crédito á las ponderaciones del artificioso médico, y le pesaba haber acusado á su esposa de indiferencia hácia su hija, no comprendiendo que solo era mas sagaz y menos crédula que él, víctima sin sospecharlo siquiera de una cruel superchería. Mas aunque se agolpaban todos estos pensamientos en la mente del buen adelantado, mas tranquilo ya respecto á la vida de Dolores, no se le ocurrió siquira la posibilidad de retirar su palabra ó buscar pretestos para eludirla. La condesa, que le seguia con los ojos, le vió volver á su lado triste, si, y casi enojado; pero firme en llevar á cabo el empeño contraido.

Es muy posible, dijo, que se me haya engañado: que no se temiese oprimir sin piedad mi corazon para que saliese de él un acto de flaqueza: pero, en fin, si no de la vida, de la felicidad de mi hija se trataba al menos: ama por desdicha al hombre indigno que ha empleado medios miserables para asegurarse su mano. ¡Hágala dichosa y lo perdono! Perdonadme vos, querida Beatriz, el haber tomado contra vuestro deseo y consejo una resolucion que confieso era merecedora de mas detenido exámen.

Nada respondió la condesa: suspiró y bajó la cabeza, como si pesase en ella una idea dolorosa. Un instante despues dijo á su esposo: ¿Por qué no os recogeis y procurais descansar algunas horas? Habeis sufrido mucho, D. Diego, y me pareceis mas enfermo que la que es objeto de vuestras inquietudes.

—Me siento mal, en efecto, contestó el caballero, pero quiero aguardar el regreso del doctor: quiero ver si nos dice todavia que es muy alarmante la situacion de la niña, y hacerle comprender que no son necesarios mezquinos y crueles artificios para obligarme á persistir en lo que tengo ofrecido, ni para que contribuya en cuanto alcance al logro de cualquiera otra mira que pueda proponerse el buen Pero Yañez: de todos modos no deja de ser antiguo conocido y un médico estudioso y hábil.

Teneis razon, fué todo lo que repuso doña Beatriz; y levantándose al mismo tiempo, se acertó de puntillas al lecho de la enferma y la observó algunos minutos con afectuosa atencion.

¿Que tal?.. la interrogó su marido, aproximándose con iguales precauciones.

—Duerme tranquilamente, dijo la condesa; mas la despertaremos, si os parece, para que beba la medicina: ha pasado mas de media hora desde la primera toma.

Al oir estas palabras la dueña se dirigió á la mesa para tomar el frasco que contenia el liquido preparado por el médico, pero en el propio instante se abrió silenciosamente la puerta y apareció este. Recibiólo D. Diego con semblante casi risueño, y le dijo inmediatamente:

—Vuestra enferma acredita á mi entender la eficacia de vuestra receta, señor doctor: creo que quedaréis satisfecho.

Callaba el facultativo examinando con gran cuidado el semblante de la doliente, á la débil claridad de la única lámpara que daba luz al aposento. Terminado su exámen, se dejó caer en una silla inmediata sin proferir palabra.

—¡Todavia! esclamó impaciente el adelantado: ¡todavia os mostrais desalentado!

—¡Todavia! respondió secamente el señor Yañez.

—Pero está mejor, dijo la condesa participando al parecer del descontento que se veia impreso en el semblante de su esposo.

—Está mas postrada, articuló el facultativo: por lo demas no me parece que debemos temer por esta noche ningun suceso desgraciado.

—¿Pero existe realmente gravedad? dijo con acento ya trémulo el conturbado padre.

El médico lo miró con asombro, pero procuró modificar la espresion de su fisonomia, respondiendo con dulzura. Animo, señor conde: estoy muy lejos de aprobar temores exajerados. Vuesas mercedes pueden irse á descansar, que aun quedan, así lo espero, aun quedan muchas noches para asistir á la enferma, y por hoy yo me encargo de velar á su lado.

Era tan violento en aquel instante el temblor que se habia apoderado de los miembros del conde, que hubo de apoyarse en los brazos

del doctor, el cual lo sacó casi arrastrando de aquella triste estancia, y le condujo á su aposento ayudándolo doña Beatriz. Pusiéronlo en cama, no obstante su maquinal resistencia: y mientras Yañez le preparaba un vaso de vino aguado, su mujer le decia al oido. —¿Qué significa esta flaqueza, D. Diego? ¿olvidáis ya que le conviene á ese hombre ponderar los peligros? La niña no está tan mala como intenta persuadirnos: estoy cierta. Velaré cerca de ella: os lo prometo: procurad calmaros; quedaos en cama: mas temo por vos que por Dolores: teneis las manos heladas, y desencajadas las facciones.

—Es verdad, dijo el adelantado: no me siento capaz de escuchar otra vez las funestas palabras del doctor. Por mas que me parezcan exajerados sus temores, los participo á pesar mio, y solo consiento en tomar reposo algunos instantes, si ahora mismo mandais á llamar á otro facultativo cuya opinion consultemos.

—¿Os parece bien que llame á mi hermano encargándole espresamente que traiga á su médico consigo?

—Sí, hacedlo sin demora, y avisadme cuanto llegue: mientras tanto procuraré recobrar mi entereza: dejadme solo.

Doña Beatriz salió en el momento en que el doctor Yañez servia á su esposo la anunciada bebida confortante. Bebióla el conde despidiendo tambien al médico, y encargándole que no se apartase mas de la cabecera de su hija. Pronto iré á acompañaros, añadió: la congoja va pasando.

Cuando quedó solo se tendió en su lecho y desahogó su corazon con repetidos suspiros. Trabajaba por reanimar sus dudas respecto á la sinceridad del médico, pero no podia. Agitábale un presentimiento terrible de que el peligro de su hija era mas inminente de lo que confesaba el mismo Yañez, y hallándose mas inquieto y mas oprimido á cada minuto que pasaba, resolvió levantarse y volver cerca de Dolores, para observarla por sí mismo. Resolviólo, mas no pudo ejecutarlo. Estraño peso abrumaba su cabeza; crispadores escalofrios recorrian sus entorpecidos miembros, y conoció que no podria dar un paso sin bambolearse como un ébrio. Llamó entonces con su campanilla, y acudió Isabel Perez.

—¿Cómo está mi hija? la preguntó con una voz demudada.

—Lo mismo al parecer, contestó ella. Un paje ha ido á llamar al señor de Izcar y á su facultativo: entre tanto el doctor Yañez la ha dado segunda dosis de su medicamento, y espera, segun dice, felices resultados.

—Quisiera levantarme, articuló penosamente D. Diego, pero creo que me está comenzando una gran fiebre.

—Sosiéguese vuesa merced, replicó la doncella: la señorita está bien asistida por su madre, y ademas velamos tambien Mari-Garcia y yo.

—He padecido tanto desde ayer, volvió á decir el conde, que nada tiene de estraño el desconcierto que noto en mi cabeza y la postracion que me vuelve el cuerpo como si fuera de plomo.

Descanse vuesa merced, repitió la criada: cubriré la luz para que no se desvele, y vendré á avisarle si ocurrre novedad.

¡Dormir! murmuraba el conde cuando salia de puntillas la doncella, despues de cubrir la luz como habia indicado. ¡Dormir yo en medio de tales zozobras! Pero aunque le parecia imposible cayó muy pronto en verdadera somnolencia que si, no le procuró completo reposo, entorpeció por lo menos la facultad del pensamiento. Esto no era estraordinario: el cuerpo obedece á las leyes de la naturaleza por mas que intente resistirlo el alma, y el conde no habia cerrado los párpados en toda la última noche.

Dos horas próximamente gozó el pobre caballero aquella imperfecta calma; mas salió de ella sobresaltado, pareciéndole que sentia idas y venidas por los vecinos corredores, y que llegaban hasta él confusas esclamaciones. Hizo entonces un esfuerzo violento y se lanzó del lecho, á que parecia clavado por el abatimiento de sus fuerzas. Corrió instintivamente hacia la cámara de su hija, atravesando oscuros aposentos con el maravilloso acierto de un sonámbulo, y al desembocar en los corredores se encontró á Isabel que iba á buscarle desatentada.

—¿Qué sucede? esclamó con ronca voz el desventurado padre.

—La señorita está muy mala... ¡muy mala! respondió sollozando la doncella, y aun no han venido el señor de Izcar y su facultativo.

El conde se lanzó, fuera de sí, hasta el umbral de la estancia en que yacia Dolores, y se halló frente á frente del doctor que iba á atravesarlo al mismo instante, perdida toda la gravedad ridícula que era el carácter de su fisonomía.

—¡Mi hija! gritó el caballero: ¡Doctor! ¿qué es de mi hija?

—El médico por toda contestacion enlazó con sus brazos el robusto talle de don Diego, procurando alejarlo de aquella puerta fatal. Pero recobró este por un momento sus gigantescas fuerzas, y arrastrando á Yañez como si fuese una pluma se precipitó dentro.

La condesa profundamente pálida, estaba de pié delante del lecho de Dolores, y la dueña Mari-Garcia se inclinaba llorosa sobre el cuerpo de la jóven, que tenia todas las apariencias de un cadáver.

—¡Mi hija! tornó á gritar el conde deteniéndose estremecido ante aquel cuadro doloroso.

—¡Está muerta! respondió la condesa con acento sordo, pero con pronunciacion clara.

¡Muerta! fué todo lo que pudo articular el infeliz, y cayó en los brazos del doctor tan exámine como su hija.

Lo volvian en tal estado á su aposento, cuando llegaron por fin el señor de Aveltaneda y su médico. Instaló á este último el doctor Yañez junto al lecho en que depositara al conde, y volvió presuroso á la cámara mortuoria donde se hallaban solos doña Beatriz y su hermano, mientras Mari-Garcia é Isabel Perez preparaban por su órden las virginales galas con que la jóven difunta debia, segun el uso, descender á la tumba.

No desmayó el varonil ánimo de doña Beatriz de Avellaneda en momentos tan terribles. Ella vistió y adornó por sí misma aquellos restos queridos, sin consentir que la ayudasen en el desempeño de tan triste deber otras sirvientes que la dueña y su doncella favorita. Ella daba de acuerdo con su hermano órdenes precisas y terminantes sobre los funerales y el entierro del cadáver en la capilla de su familia, donde debia ser trasportado, y no se logró apartarla del funesto aposento hasta el instante en que declaró don Juan que era preciso sacar de él los inanimados despojos de la malograda Dolores.

El señor de Avellaneda lo habia dispuesto todo con tan grande actividad, que las gentes de la plebe (únicas que comenzaban á circular por las calles de Valladolid á los primeros albores de la mañana), vieron atravesar por ellas el fúnebre convoy, cuando ignoraban todos todavia que aquellas frias reliquias que se sacaban de la ciudad real, morada entonces de los placeres brillantes; era cuanto quedaba de una de las beldades mas perfectas que habia sido su adorno dos dias antes.

Conducian el cadáver cuatro criados de luto en una camilla cubierta por ancho manto de raso blanco recamado de plata: á su derecha iba á caballo D. Juan de Avelladeda, del mismo modo marchaba á su izquierda un escudero de aquel, llamado Rodriguez de Sepúlveda, y seguian al féretro ocho lacayos de la casa del conde, á los dos lados de una litera que ocupaban el doctor Pero Yañez, y la dueña Mari-Garcia.

A la hora en que los rumores de aquel infausto suceso cundian rápidamente por la ciudad, y llegaban á oidos del infortunado amante que esperaba firmar aquel dia los contratos matrimoniales, el cuerpo de Dolores se hallaba ya en la primer parada, donde fueron despedidos como innecesarios los domésticos del conde; porque desde alli hasta el lugar del enterramiento debia llevarse el cadáver en un carro bastante á propósito para dicho objeto, aunque solo la casualidad parecia haberlo proporcionado. En él, pues, y escoltadas solamente por el señor de Izcar, su escudero, el médico y la dueña, continuaron su fúnebre camino los despojos de la hermosa primogénita de los condes de Castro-Xeriz, arrebatada del mundo el mismo dia que estaba señalado para los preliminares de su casamiento, cuyos padrinos eran los mismos soberanos de Castilla, y testigo toda la nobleza de aquel reino.

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA

EN UN ALBUM.

No hay en el mundo poder
con que al vulgo restringir,
la facultad de mentir
y el deleite de morder.

J. E. HARTZENBUSCH.

Para encontrar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.

R. DE CAMPOAMOR.

ESTATUA DE DIONISIO PAPIN.

Hoy que el vapor ejerce por vez primera su fuerza motriz partiendo de la capital de España, ocúrresenos presentar la estátua erigida en su pátria á Dionisio Papin, pretendido inventor de las máquinas



(Estátua de Dionisio Papin.)

de vapor. Nada podriamos añadir á lo que don Martin Fernandez de Navarrete y otros escritores nacionales han dicho, probando evidentemente, á despecho de Mr. Arago y de varios autores franceses, que la gloria de tal descubrimiento no corresponde á Papin, sino al español Blasco de Garay, que en 1543 propuso el emperador Cárlos V una máquina para hacer marchar las naves de todas dimensiones, aun en tiempo de calma, sin remos ni velas, empleando el vapor para conseguirlo.

Los franceses han erigido una estatua á Papin, que no necesitó sin duda alguna otra cosa que utilizar el descubrimiento que Blasco Garay habia hecho y probado el 17 de Junio de 1543 en Barcelona, con un navio de 200 toneladas llamado la *Santísima Trinidad*, en presencia de don Enrique de Toledo, el gobernador de la ciudad, don Pedro Cardona, el tesorero Rábago, el vice-canciller y el intendente de Cataluña. Los españoles no hemos querido desmentir en este caso nuestra bien adquirida fama de poco apreciadores de las glorias nacionales y de los hombres grandes que honran nuestro suelo. Al consagrar hoy un recuerdo al que descubrió la locomocion por medio del vapor, tenemos que lamentarnos de que nuestros compatriotas no hayan tenido un monumento que levantar, una estatua que erigir, una calle de Madrid cuyo nombre recuerdo á Blasco de Garay, mientras los franceses señalan orgullosamente al viagero la estátua de Papin, como inventor de ese gran descubrimiento del siglo que solo supo perfeccionar.

El hombre será siempre por sí solo un fondo inagotable: los sentimientos del hombre serán siempre inmensos é ilimitados. Las musas desdeñosas de la Grecia no querian ocuparse sino de dolores reales, de reveses brillantes. El sistema de la igualdad va á introducirse á su vez, en la region de la poesia y de las artes. El llanto del hombre oscuro escitará tambien el nuestro, y ya el Evangelio y la Biblia nos habian enseñado á compadecer á todos.

—

Lo que mejor se sabe es lo que se adivina.

—

A medida que se despoja una colina de sus árboles, ó se hace crecer en ella un bosque, se priva á un terreno del rocio del cielo, ó se hacen correr aguas abundantes de un peñasco árido. Depende pues del hombre variar hasta la constitucion atmosférica del paraje en que se establece. Los elementos le obedecen, en cierto modo, y el mas terrible de todos va á morir á sus pies.

—

Lo propio que le sucede á la tierra cuando deja de ser trabajada por el hombre, le acontece al hombre mismo cuando huye la sociedad para buscar la soledad: crecen las espinas en su corazon desierto.

—

El deseo de la gloria no es sino el sentimiento de la vida que trata de rechazar á la muerte, el instinto de una alma grande que presiente su inmortalidad.

Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion,
á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo. 26.



VISTA RESTAURADA DE UNA PLAZA DE POMPEYA.

Todo lo que se refiere á los pueblos de la antigüedad que obedeciendo á leyes eternas han perecido para dejar lugar á otros nuevos tiene un interés estraordinario porque revela usos y costumbres tan distintos de las de nuestra época. ¿Que suerte espera á su vez á nuestra sociedad moderna que se muestra tan orgullosa? Tal vez llegará dia en que un dibujante curioso se halle en el caso de volver á la vida con su lapiz esos monumentos en torno de los cuales se apiña hoy la multitud, y que entonces se hallarán reducidos á un monton de ruinas. Paris, Londres, Viena, Madrid no serán mas que antigüedades misteriosas en las cuales buscarán nuestros descendientes los secretos de una civilizacion pasada. Triste condicion de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian tan fácilmente y cuyas obras mas admirables solo llegan al fin á ser ruinas ilustres!

¡Pero qué importa esto si el mundo sigue la marcha que tiene trazada, si cada uno de esos campamentos de la raza humana, marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones

destruidas nos inspiran mas sentimiento por la pérdida de lo pasado que esperanzas por el porvenir!

El grabado que hoy ofrecemos es la restauracion de una plaza de Pompeya hecha por un pintor con arreglo á los descubrimientos que dan á conocer lo que seria aquel sitio público en toda su integridad. Fijando la atencion en el grabado lo que mas sorprende es la profusion de obras de arte: ninguna ciudad moderna de clase análoga á la de Pompeya podria presentar un espectáculo semejante. Este es uno de los mas notables caractéres que diferencian á las dos épocas. En la antigüedad la vida pública tenia una importancia que se revelaba por la muchedumbre de los monumentos públicos: la ornamentacion era el lujo de un gran pueblo, ella patentizaba en aquellos tiempos su poder, su prosperidad y sus luces. Ahora las preocupaciones han decaido, la vida individual ha tomado mas importancia, el bienestar de las personas ha llegado á ser el negocio principal. Las mejoras públicas han tenido por mira la utilidad mas que el lujo; antes que de adornar las plazas se cuida de dar los establecimientos necesarios para la salubridad y la comodidad de los habitantes.

Este cambio en la vida de las poblaciones, añade nuevos atractivos á los descubrimientos que se hacen de objetos de la antigüedad, en los cuales podrán estudiarse las costumbres de tiempos remotos, y hacen por consiguiente mas curiosa la vista restaurada de la plaza de Pompeya que presentamos á nuestros lectores.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

IV.

Y aquí es preciso que entremos en algunos pormenores de la historia general.

Las disensiones civiles, dice un moderno historiador, agitaban sin cesar los dominios del rey godo Leovigildo, partidario de Arrio, mientras que los habitantes de la Vizcaya y de Leon, apoyados por los suevos que dominaban una gran parte de la Galicia y del Portugal, rehusaban con el empeño y obstinacion que mostrara siempre el ortodoxo pueblo español, el prestar obediencia y sumision á un arriano. Mir, rey de los suevos, convertido recientemente al catolicismo, no se atrevia á dar abierto y franco auxilio á los católicos sublevados, de manera que Leovigildo, cayendo de improviso sobre aquellos pueblos disidentes, les redujo pronto á la obediencia. Empero, á pesar de sus victorias, las facciones se sucedian sin cesar. A fin, pues, de dominar mejor á los insurrectos y asegurar su combatido trono, se asoció á sus dos hijos, Hermenegildo, nombre compuesto de *Heer*, ejército; *maun*, hombre; y *geld*, plata ó moneda; y Recaredo, de *Reize* ó *Ralze*, venganza; y *rede*, palabra.

Leovigildo fué el primer rey godo que estableció un impuesto ó contribucion directa sobre sus pueblos para subvenir á los gastos que le ocasionaban las guerras incesantes que tenia que sostener, no bastando para ello el botin y fruto de sus victorias. Esta medida originó gran descontento, que unido á las opiniones religiosas, armaron al hijo contra el padre, mas en provecho ciertamente de la religion misma que del personal interés.

Era el príncipe Hermenegildo hijo primogénito del rey, nacido, así como Recaredo su hermano, del primer matrimonio con Teodosia, hija del gobernador bizantino de la provincia cartaginesa. Hermenegildo se habia casado por los años 576 con Yugunda, hija de Sigiberto y de Brunequilda, reyes de los francos. El príncipe godo educado por una madre católica, habia recibido de ella las primeras nociones de la fé, mucho mas santa á sus ojos por hallarse por aquellos tiempos perseguida. El arrianismo imperaba entonces en la corte de Toledo con Goswinta, segunda muger de Leovigildo, y dócil instrumento de los sacerdotes de su secta. La esposa de Hermenegildo, fervorosa católica, sufria sin tregua ni descanso las invectivas y persecuciones de su suegra que trabajaba sin cesar para hacerla abjurar los principios y pureza de su fé. Tales violencias, lejos de agotar sus sufrimientos, conquistaron enteramente la voluntad y conviccion de Hermenegildo, el cual catequizado é instruido por el obispo de Sevilla san Leandro, se declaró el apoyo y protector de los católicos oprimidos.

Leovigildo, para cortar de raiz los continuos disgustos de su familia, juzgó por mas prudente el medio de alejar á los jóvenes esposos dándoles el gobierno de una parte de Andalucía (1). Empero, sabida por el rey su conversion, les llamó de nuevo para conferenciar sobre negocios del Estado, porque á mas de la pública confesion de su fé, se habia hecho creer á Leovigildo que su hijo se hallaba en relaciones secretas con los griegos del litoral africano y el resto de los católicos de toda la península.

Inocente ó culpable, Hermenegildo no quiso obedecer. Aprestóse su padre á marchar contra él; empero la poblacion católica se alzó en su defensa, y este príncipe forzado á rebelarse para su propia conservacion, se unió con los griegos, enviando á Constantinopla á su apoyo y consejero San Leandro, para que el emperador confirmase aquella alianza. Mir, rey de los suevos, y como él tambien católico, le ofreció al propio tiempo su auxilo y cooperacion.

La posicion de Leovigildo era escabrosa. Indiferente como la mayor parte de los reyes godos á las querellas religiosas, veia formarse á los católicos en partido político con el objeto de destronarle, partido valiente y tenaz, fuerte por la conviccion, la sumision y el deseo de estenderse. Veia á su propio hijo primogénito puesto á la cabeza de este mismo partido, pudiendo de un momento á otro reunir bajo sus banderas la mayoría de los habitantes de sus dominios, declarándose el gefe de sus enemigos del interior y aliado de los del esterior. Los griegos, viéndose apoyados en la península, se disponian en nombre de Hermenegildo á ocupar las provincias mas ricas de España: los suevos se aprestaban á sacudir el yugo que pesaba sobre sus hombros, y estenderse tambien; y por su parte los reyes francos ambicionaban el encontrar el mas frívolo pretesto para apoderarse de la Gallia narbonense, objeto de sus mas constantes deseos.

Antes de recurrir á las armas, trató Leovigildo de separar del partido de su hijo, ofreciéndoles grandes promesas, á todos aquellos á quienes el miedo ó el interés pudiera hacer abrazar el arrianismo. Dispuesto luego ya á marchar hácia el mediodía, donde los rebeldes, apoyados por los griegos, se preparaban á resistirle, quiso antes sujetar á los insurrectos del pais vasco, ocupando segun nos dice el ya citado Juan de Biclar, una buena parte de aquel pais, y fundando en prueba de su triunfo una ciudad á quien puso el nombre de *Victoriacum* (Vitoria).

El rey godo marchó en seguida contra *Hispalis* (Sevilla), donde su hijo se habia fortificado (1). Apoderóse desde luego de Mérida, ocupada por los rebeldes; empero sorprendido en su marcha victoriosa por la noticia que los reyes francos Chilperico y Childeberto habian invadido la Gallia gótica, y que los suevos se dirigian al mismo tiempo contra él, trató de conjurar la tempestád que le amenazaba pidiendo á Chilperico la mano de su hija Riguntha para su hijo Recaredo. Durante estas negociaciones, dirigidas sobre todo á dividir los reyes francos, Leovigildo sitió á Hispalis circunvalándola para rendirla por hambre, al mismo tiempo que repetia los asaltos, variando á la vez el curso del Guadalquivir para lograr, si ser pudiera, su objeto con el primer medio. Mir, rey de los suevos, á fin de libertar á Hermenegildo intentó, aunque en vano, el dar un ataque al rey godo; empero Leovigildo dispuso sus tropas de manera cercándole con su ejército, que le fué imposible combatir, exigiendo de su rebelde feudatario un nuevo juramento de fidelidad que no tuvo tiempo de quebrantar, pues falleció poco tiempo despues en Galicia.

Leovigildo, para asegurar mejor la rendicion de Hispalis, reconstruyó las murallas de la antigua *Itálica*, como para amenazar á la ciudad insurrecta con un sitio sin fin. Esta medida acabó por desconcertar á los sitiados; y como sus fuerzas se hallasen asaz enflaquecidas por los continuados ataques, un último y vigoroso asalto hizo caer la ciudad en poder de las tropas del rey godo. Hermenegildo se refugió en Córdoba, cuya ciudad se entregó muy pronto al vencedor mediante treinta mil monedas romanas de plata. El desgraciado príncipe se habia, por último, refugiado en una Iglesia; mas como Leovigildo no se atreviese á profanarla, le envió á su otro hijo Recaredo, prometiéndole el perdon si se presentaba. Seducido con estas promesas, salió de su asilo; mas no por eso el irritado padre dejó de arrancarle las régias vestiduras, y privándole de sus criados y amigos, enviarle desterrado á Valencia.

Fallecido Mir, su hijo habia renovado el juramento de fidelidad al rey godo, como dueño del terreno ocupado por los suevos; empero Andeca, cuñado del jóven rey, le despojó del trono obligándole á retirarse

(1) Provinciæ partem ad regnandum tribuit. *(Juan de Biclar.)* Civitatem dedit, in qua regnaret. *(Gregorio de Tours.)*

(1) Flores cita con relacion á esto la inscripcion siguiente encontrada en la Cartuja de Sevilla:

INNOMINEDOMINI
ANNOFELICITERSECUNDO
REGNIDOM(I)NINOSTRI
ERMINIGILDIREGIS
QUEMPERSEQUITUR
GENITORIBUS
DOMLERVIGILDUSREG
INCIBITATEISPA.
DUCTIDIONE.

El mismo autor esplica asi las dos últimas lineas:
Edificado en la ciudad de *isp.* (hispalis) por el Duque Tidion

á un convento. Leovigildo aprovechó este pretesto para entrar en Galicia, y arrojando del solio al usurpador, le obligó á su vez á buscar su salvacion en un religioso retiro. El imperio de los suevos pasó desde entonces á ser una provincia dependiente del dominio de los godos, dejando de existir para la historia el año 585.

Durante este año, Hermenegildo que se habia concertado de nuevo con los católicos de Valencia, cansado ya de su destierro y creyéndose fuerte para tornar á la lid, renovó su antigua alianza con los de Bizancio, que le enviaron algunos bajeles con tropas; empero perseguido por el ejército de su padre, y abandonado de los suyos, fué hecho prisionero y encerrado en Tarragona. Allí este desgraciado príncipe, no queriendo acceder á los consejos de los sacerdotes arrianos, negándose á abjurar de su fé, y resistiendo rotundamente á recibir la sagrada comunion de sus manos, fue decapitado en su misma cárcel por órden del rey. Tal fué el trágico desenlace de aquel drama terrible, que aunque encubierto entre las densas nieblas de la historia de aquella época, tiene tanta grandeza y esplendor. Drama que encerraba en su seno el gérmen de un cambio total en la política y gobierno godo de la España. Hermenegildo á causa de su valerosa resistencia á las insidiosas promesas arrianas, fué puesto mas tarde en el catálogo de los santos, venerándole la iglesia como mártir.

Leovigildo, buen rey, pero padre cruel, murió en Toledo en 586. Gregorio de Tours supone que, arriano inflexible durante su vida, entró en sus últimos dias en el seno de la comunion ortodoxa, dejando este buen ejemplo á su hijo Recaredo. Mas como esta suposicion no se halle confirmada por documento alguno, no la creemos admisible.

Recaredo habia comprendido muy bien que el trono godo no se afianzaria nunca en el suelo español, si el monarca no participaba de las creencias religiosas de la mayoria de sus súbditos. Desde que los suevos habian abjurado el arrianismo, la fé ortodoxa dominaba no solo entre los indígenas ó primitivos iberos, sino entre una gran porcion de godos, haciendo prosélitos hasta en la familia real, cuyas gradas del trono se hallaban teñidas con la sangre de un mártir. El catolicismo no era ya para la España una secta ó un partido; era mas bien una segunda nacion mas fuerte y unida que la otra en cuyo seno vivia. De estos dos cultos rivales que se chocaban por do quier, era preciso que uno de ellos quedase vencedor y el otro vencido; y como el ortodoxo era mas antiguo, mas compacto y mas apropiado al clima y costumbres del pais, tenia indispensablemente mas probabilidades de triunfar. La iglesia católica, ese admirable instrumento de organizacion, se encontraba ya allí como una sólida base ofreciendo al poder real fuerza por fuerza y apoyo por apoyo, mientras que el arrianismo, ese ensayo prematuro de rebeldía de la razon humana, no habia hecho, ni podria hacer, como todas las doctrinas prematuras y que solo se alimentan con las pasiones, mas que dar mucha mayor fuerza y valor al dogma que pretendia derribar. Recaredo, pues, sin que tomemos aquí en cuenta su propia conviccion, escogió el que mas apoyo le daba, dando así á la España y á su poder mayores elementos de estabilidad y de órden.

Recaredo dedicó los primeros diez meses de su reinado á preparar su pública conversion, de la cual queria hacer, menos un acto de conviccion privada, que una accion brillante de reconciliacion política. Empezó, pues, castigando con el último suplicio á Siseberto, asesino de su infeliz hermano Hermenegildo, y cuando creyó asaz preparada en su favor la opinion pública, reunió en Toledo un concilio compuesto de los obispos católicos y arrianos para que discutieran libremente sus doctrinas respectivas. Tras largas disensiones y no poco tiempo perdido, Recaredo terminó la disputa, manifestando su voluntad y deseo de entrar en el gremio de la iglesia católica. Reconoció en virtud de esta declaracion la igualdad ó *consubstancialidad* de las tres personas divinas, proclamada en el concilio de Nicea, y exhortó con tanta uncion y calor á los obispos arrianos presentes, que todos imitaron su ejemplo, así como los señores que habian asistido y tenian asiento de derecho en la asamblea (1).

V

Tornemos ahora á nuestro objeto principal.

La iglesia de Valencia habia sufrido, como todas, la influencia de la época y el poder del trono: la secta de Arrio habia conquistado gran número de prosélitos, y los defensores de la fé ortodoxa habian tenido que sufrir persecuciones, humillaciones y destierros. Segun ya hemos dicho, los primeros, patrocinados por Leovigildo y apoyados por sus delegados en el poder, eligieron contra la voluntad de los ortodoxos á Murila por gefe de su grey, mientras que los de Toledo que no habian querido adoptar las doctrinas de Arrio, unidos con los de Valencia que se mantenian firmes en la fé católica, tomaron por obispo á Voiligiselo. El gobierno de este duró poco tiempo, agotadas sus fuerzas con las incesantes calumnias que derramaban sobre él sus enemigos, perseguido por los auxilios espirituales que daba en su destierro al infortunado Hermenegildo, murió dejando huérfana la direccion de los fieles y en plena posesion del mando y cabeza de la diócesis á su competidor.

Empero con la muerte de Leovigildo las cosas cambiaron de faz. Convocado Murila como todos los demas prelados de España al concilio de Toledo, para declarar por única sola y verdadera la doctrina del concilio de Nicea, abjuró públicamente sus errores con estas palabras. «Yo Murila en nombre de Cristo, obispo anatematizado por profesar »los dogmas de la heregía de Arrio, firmo de todo corazon, de mi li»bre y espontánea voluntad y con mi mano esta pública retractacion, »y abrazo y juro defender en adelante los principios y la fé de la san»ta iglesia católica en quien creo.» Desde esta época, pues, se cuenta á Murila en el órden cronológico de los prelados.

Tambien se encuentra en la lista de los que firmaron los cánones del concilio de Toledo la firma de un obispo de Valencia llamado Celcino; mas como las antiguas crónicas nada nos dicen de él, no le incluimos en el órden cronológico de los prelados de esta diócesis.

Fallecido Murila, se eligió en su lugar á *Eutropio*, uno de los mas insignes varones que tenia entonces el estado monástico, monge del monasterio servitano fundado en las inmediaciones de la actual ciudad de Játiva, que perteneció despues á los monges de San Benito, aunque su primitiva fundacion fué bajo la regla de San Agustin. La prudencia y sabiduría de este prelado consiguieron ir restableciendo la paz en los ánimos inquietos, restos todavía de la guerra civil religiosa, al mismo tiempo que con su tolerancia y buen ejemplo disipó lo que quedaba de las heréticas doctrinas de Arrio, que por algun tiempo habian ejercido su absoluto imperio en la valenciana grey. La muerte le arrebató al consuelo de los fieles hácia el año 609 de nuestra era.

Nada se sabe con certeza acerca de su sucesor *Martino*, sino que fué uno de los obispos que asistieron al concilio tercero de Toledo.

Sucedieron á Martino *Murila II* en el año 614, y á este *Mauritacio* en 635; luego *Aniano* en 646 que asistió al cuarto concilio Toletano.

Sucedióle *Felix IV* en el año 656, y á este *Suinterio*, asistiendo al concilio onceno de Toledo, en el cual se demarcaron mas fijamente los límites de la diócesis de Valencia.

Por muerte de Suinterio recayó la dignidad en *Hospital* á tiempo que se celebraba el duodécimo concilio de Toledo, y como no pudiese asistir á él á causa de sus padeceres y achaques, delegó en su lugar al diácono Miturio que por sus virtudes y saber llegó á obtener mas tarde la dignidad episcopal.

Vacante la silla de Valencia por muerte de Hospital, recayó el episcopado en *Altemiro*, llegando hasta el año de 683 que por su fallecimiento entraron á gobernar *Sármata* ó Sarmatano segun algunos, siendo uno de los que asistieron en los concilios 13, 14 y 15 de Toledo: pues al 16 asistió *Uviticelo* que habia sucedido á aquel en la dignidad y cargo episcopal en el año 693.

Vino en pos de Uviticelo *Lupo III*, llegando hasta el año infausto y por siempre memorable de 714, en el cual el rey godo D. Rodrigo perdió en las aguas del Guadalete su trono y su vida. Con suceso tan desgraciado Valencia, como las demas de España, cayó sucesivamente en poder y bajo el yugo del vencedor.

Empero antes de caer esclava, Valencia quiso mostrarse señora y pelear: los cristianos de la ciudad con su obispo á la cabeza opusieron una resistencia tan heróica como desesperada al indomable orgullo de los hijos del profeta musulman: ni hubo privaciones que no se impusieran, ni empresa arriesgada que no acometiesen, ni desesperado valor de que no hiciesen alarde; hasta que mermadas sus fuerzas y abandonados de todos, se rindieron bajo las siguientes condiciones: 1.° Que se permitiria á sus habitantes continuar viviendo bajo la ley del Evangelio. 2.° Que se les permitiria tambien elegir los obispos que fueran de su agrado. 3.° Que para el sostenimiento del culto y sustento del clero continuaria este percibiendo la décima parte de los frutos. Y 4.° Que se respetarian las propiedades eclesiásticas, iglesias, ornamentos y demas. Accedió á todas estas el vencedor, ocultando su pérfida doblez, pues no bien habian ocupado la ciudad, cuando se apoderaron de la iglesia mayor para convertirla en mezquita. Los fieles aterrorizados, pero no por eso desmayados, consagraron como su metrópoli una antigua capilla que denominaban del Santo Sepulcro, hoy dia dependiente de la parroquial de San Bartolomé.

Grandes tribulaciones acometieron á la iglesia española durante la dominacion de los árabes, pero grande fué tambien el celo que desplegaron los obispos á quienes estaba encomendado el cuidado de sus atormentados rediles. Los prelados de Valencia, mas de una vez per-

(1) Isidoro de Sevilla dice con este motivo: «Recaredus regno est coronatus, cultu præditus religionis, et patris moribus longe dissimilis. Namque ille irreligiosus et bello promptissimus, hic fide pius et pace præclarus, ille armorum artibus gentis imperium dilatans, hic gloriosus eamdem gentem fidei tropheo sublimans.»

Juan de Psiclar dice tan solo: «Sacerdotes sectæ arrianæ sapienti colloquio ingressus ratione potius quam imperio converti ad fidem catholicam facit....»

seguidos y no pocas encarcelados y desterrados, tuvieron diferentes ocasiones de mostrar la pureza de su fé y la constancia en sus doctrinas, que á la par que imponian y exasperaban con sobrada frecuencia á los sectarios del profeta, aseguraban mas y mas en sus doctrinas y ortodoxia á los discípulos de Jesucristo. Asi, despues de la muerte de Lupo en 754, tuvieron que sostener grandes debates *Felix IV*, elegido en 755; *Esteban* en 772; *Pantaleon*, monge de san Benito, en el mismo año; *Marcelo*, monge tambien de la misma orden, en 794; *Felix V*, en 814; *Juan*, en 852; *Manila*, en 857; *Froilano*, en 886; *Egas*, en 892; y *Egas II*, en 919; los cuales no pudieron impedir, á pesar del tratado de rendicion, que muchos de sus diocesanos fuesen cruelmente torturados y sacrificados so pretesto de faltar á las leyes de la morisma, aunque en realidad fuese por el noble orgullo con que proclamaban los principios del catolicismo, y su ódio constante contra sus forzados dominadores. Asi pues, segun asegura el monge Uxalabonio, continuador del gran cronicon de Uberto, fueron muertos en diferentes años por los árabes muchos cristianos que no quisieron abjurar sus principios y dogmas ortodoxos.

En el catálogo de los obispos de Valencia existe un vacío para la historia desde el año 942 hasta el de 1094, en cuya época no se hace mencion de prelado alguno. En este último, y á consecuencia de la conquista de la ciudad, hecha por D. Rodrigo Diaz de Vivar, vulgarmente conocido por el Cid, se nombró por obispo de Valencia á D. Gerónimo Vicechio de Petrágoras, monge, uno de los mas insignes varones que ascendieron á la dignidad episcopal. Francés de origen y de la noble sangre y familia de los Vicechios, vino á España en compañia del primado de Toledo, D. Bernardo, cuando volvia de uno de sus viages á Roma, confiriéndole una plaza de canónigo en la catedral primada.

Unido con estrechos vínculos de amistad con el capitan conquistador, escogióle este por su confesor y gobernador de su casa, y desde entonces participó de su fortuna próspera ó adversa, partiendo tambien con él el destierro que le impuso el rey D. Alonso el VI, mal aconsejado por enemigos ocultos y envidiosos de su valía y poder.

Ganada la ciudad, tomaron ambos posesion de ella, consagrando D. Bernardo de Toledo al D. Gerónimo como obispo de Valencia. Empezó su nuevo cargo purificando las mezquitas y erigiendo algunas de ellas en parroquias, colocando á su frente sacerdotes celosos, y completando el cabildo de la metropolitana con la eleccion de canónigos.

Durante su permanencia en la ciudad administró el sacramento del matrimonio á las dos hijas del Cid, que casaron por aquel tiempo en primeras nupcias con los infantes de Carrion D. Diego y D. Fernando, mas bien codiciosos de las riquezas del Cid, que por realzar su honra con parentesco de tanto prez: asi es que habiendo faltado villanamente á sus esposas, y vencidos en el campo, donde se decidió sostuvieran su derecho segun costumbres de entonces, con tres soldados del Cid, fue disuelto su matrimonio, y casadas nuevamente por el mismo D. Gerónimo, la Doña Elvira con D. Ramiro, hijo de D. Sancho Garcia de Navarra, y Doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragon.

Muerto el Cid, viendo que seria imposible sostenerse contra los continuados ataques de la morisma, que pugnaba sin descanso para volver á posesionarse de aquella rica ciudad, aconsejó el D. Gerónimo á la viuda la desamparasen, y asi se hizo, yendo ambos á cumplir la voluntad del héroe difunto, depositando sus restos en el monasterio de S. Pedro de Cardeña.

Desamparada la ciudad, volvieron á ocuparla de nuevo los moros, reinando en ella con todo el despotismo musulman hasta la segunda y definitiva conquista por el invicto D. Jaime I de Aragon.

Luis MIQUEL Y ROCA.

CARLOTA CORDAY.

(Nuevos pormenores.)

El Semanario ha dado ya una biografía completa de Carlota Corday. Hoy presentamos una vista de la casa donde ha nacido, y que hasta aquí ni ha sido dibujada ni descrita de una manera positiva. Añadimos á ella una vista de la casa que habitó hasta su partida para Caen, y algunos pormenores inéditos sobre la niñez de esta jóven tan resuelta, tan hermosa, y tan desgraciada.

....Partí de Argentan para ir á reconocer la cabaña donde nació Carlota Corday. No sé que encanto nos induce á visitar los lugares que han habitado los personages célebres. Parece que se busca en la fisonomía de estos lugares algunos rasgos de la de sus célebres huéspedes. Se quiere descubrir las secretas relaciones que los unen, y ver si el hombre ha marcado su morada con el sello de sus placeres, de sus inclinaciones, de sus costumbres particulares, ó si, por el contrario, los pormenores y la disposicion de esta mansion, los lugares que hirieron primero sus miradas, los paisages en medio de los cuales vagaron sus primeros pasos, no han podido, ignorándolo ellos, ejercer una secreta influencia sobre la direccion de sus pensamientos, de sus ideas, sobre su vida misma. Ermenonville y Jerney han visto agruparse bajo sus sombras, despues de la muerte de Rousseau y Voltaire, tantos visitadores como durante su vida célebre, á fines del siglo mas positivo y mas escéptico que hubo jamás. Santa Helena, al perder las cenizas del emperador, no ha perdido al amante poderoso que atraia á sus rocas los buques de todas las partes del mundo. Menores glorias, menores recuerdos tienen tambien sus peregrinos. Carlota Corday ha vivido muy poco tiempo: una nube tan densa cubre la primera parte de esta vida de donde debia descender el rayo, que las menores circunstancias presienten, cuando se trata de ella, un interés particular. Confieso además, que la ignorancia en que parece haber permanecido hasta aquí del lugar donde habia nacido Carlota, añadia mi curiosidad de reconocerle, á mi deseo de designarle.

La mayor parte de los biógrafos han escrito que Carlota Corday habia nacido en las Ligneries, cerca de Sies. Las Ligneries distan mas de cuatro miriámetros de Sies, en el camino de Trun á Vimoutiers. Este término se reunió en parte al de Champeaux, y en parte al de Ecorches, treinta años ha.



(Carlota Corday.)

Habia salvado rápidamente las alturas de Villedeinles-Bailleus, de donde la historia hace descender á los Bailleus, reyes de Escocia: atravesé la vasta llanura amarillenta, en medio de la cual el riachuelo, la Diosa dibuja sus caprichosos giros entre la espesura; la aldea de Trun, cuya iglesia nada ofrece de notable, y por último, emprendí el camino de Vimoutiers.

A corta distancia de Trun, me detuve junto al camino en una antigua quinta que pertenecia en otro tiempo á los moros, y que se llama el Bisson. Es una de esas construcciones tan comunes en Normandía, troneras redondas y ventanas con cruces de piedra que quizá hayan visto la guerra de la Liga: escudo de armas en la fachada principal, con la fecha del año 1605: árboles viejos, fosos profundos, jardines dilatados, caballerizas mas hermosas que la casa. Un pórtico con pasamano de hierro ocupa la parte anterior, y se estiende bajo las ventanas del salon. Algunos ancianos recuerdan haber visto á Carlota jugueteando con otros niños en el balcon, cuyos juegos eran vigilados desde la sala. Hallábase allí vestida con un traje sencillo de tela encarnada, con los hombros y brazos desnudos, y su larga cabellera flotante. Dícese en el pais, que solo los peinó á la edad de 14 años; *peinar* quiere decir sin duda *rizar*. Grave y pensativa, se mezclaba poco en los juegos de sus jóvenes compañeros, ó mas bien solo se

mezclaba por capricho con el estrepitoso ímpetu y maneras imperiosas de un muchacho para separarse muy pronto. En la campiña, su placer era reunir bandadas de niños y capitanearlas ó instruirlas. Al abandonar esta casa, aquel pasamano, y aquel pórtico, testigos de sus juegos infantiles, me volví muchas veces. Parecíame entreveerla á través del follage, pensativa en el derruido pórtico; el eco de sus alegres gritos hería mi oido á través de tantos años. Ilusion y quimera sin duda; pero desde este momento, la idea de Carlota Corday no se separó de mi: fué mi compañera fiel hasta el fin del viaje.

Un poco mas allá del Bisson, entré en la casa del alcalde de Ecorches, hoy depositario del registro del estado civil de la antigua parroquia de las Ligneries. Hé aquí la copia que me dió del estracto de la fé de bautismo de Carlota Corday:

«El 28 de julio del año 1768, por nos el infrascrito cura de las Ligneries, ha sido bautizada María Ana Carlota, nacida ayer del legítimo matrimonio del señor Santiago Francisco Corday, hidalgo, señor de Armont, y de la noble señora Carlota María Jacoba de Gotier su esposa, de esta feligresía (1), siendo padrino el señor Juan Bautista Alejo de Gautier, hidalgo, señor de Mesnival; y madrina, la noble señora Francisca María Ana Levaillant de Corday.»



(Casa en que nació Carlota Corday.)

Las noticias que me dió el alcalde, y otras que yo recogí durante el viage, me condujeron, despues de titubear algun tanto, al hogar que buscaba.

Habiendo llegado á la posada llamada Farou, punto culminante de la cadena de colinas que separa el valle de Trun del de Vimoutiers, emprendí el camino de la derecha, y despues de un cuarto de hora de marcha á través de prados, bosques y campos, llegué al Ronceray, casa donde Carlota habia nacido. El Ronceray depende de la porcion del término de las Ligneries, reunida á la de Champeaux.

Esta casa se oculta en el fondo de un valle frondoso á la sombra



(Casa en que pasó su infancia Carlota Corday.)

de manzanos elevados y viejos perales, en medio de un vergel. No se la vé hasta el momento de entrar en ella.

Nada mas sencillo, mas mezquino. Dos piezas habia únicamente en el cuarto bajo; paredes enjalbegadas con cal, suelos destruidos, grandes vigas toscamente labradas, una chimenea sin adorno; encima un granero que reemplaza á un alto piso destruido hacia mucho tiempo, y un techo de tejas que reemplaza á uno de paja. Las paredes esteriores son de ladrillo en la parte inferior, y en el resto de madera y tierra. Nada distingue esta construccion de todas las quintas esparcidas en los vergeles del pais de Auge.

A alguna distancia hay un jardin estenso, rodeado de un cerco de espinos. Dos viejos avellanos, únicos contemporáneos de la niñez de Carlota, la habrán visto juguetear á sus pies. Los establos y demás

(1) Las palabras *de esta feligresía* no se hallan en las copias de esta pieza publicadas hasta aquí.

dependencias están diseminados en la pradera. En un prado inmediato, tres viejos nogales parecen indicar el sitio de una antigua casa mas importante.

Al lado de la casa se ocultan dos balsas bajo los mimbres y juncos, demasiado cenagosas para que pueda verse en ellas, como dice Mr. Esquirós, la imágen de la vida de Carlota Corday, «tranquila y pura á la »sombra de las ramas, pero turbada mas tarde tan profundamente en »nuestras populosas ciudades por el contacto de las revoluciones» (1).

Como quiera que ello sea, en esta miserable cabaña fué donde nació esta jóven singular, á quien su valor y su belleza han absuelto de su crímen, esta sobrina que el gran Cornelio, adoptó por hija; esta alma de romana en un cuerpo encantador. Carlota Corday ha corrido por estas yerbas, cogido estas flores, dormido bajo estos árboles. Allí fué donde hizo, en un estado casi indigente, el primer aprendizage de la vida. Este limitado horizonte encerró sus primeras ideas, sus primeras sensaciones. He cumplido mi peregrinacion.

El Ronceray pertenece hoy al señor Lannay. Hace tanto tiempo que salió de la posesion de los Corday, que apenas les recuerdan los habitantes del pais.

Carlota, muy jóven aun, la abandonó para ir á habitar, con sus parientes, el que se llamaba sin fundamento alguno castillo de Chatigny.

Este pretendido castillo solo es una casita situada en el término del Menil-Imbert, á un miriámetro próximamente del Ronceray. Allí se hallaba el antiguo palomar donde Carlota instruia á los niños. M. Corday era el menor de los hermanos, y por consiguiente nada rico. Habitaba con su familia en la campiña todo el año. Carlota Corday perdió jóven aun á su madre. Abandonó entonces á Glatigny para ir á habitar á Caen, en la abadía de las Señoras, que solo abandonó en el momento de la revolucion.

En Glatigny, por lo demás, como en Ronceray, nadie vió á Carlota Corday, nadie puede hoy dar pormenores sobre su vida, su carácter y sus costumbres. ¿Por qué hirió á Marat? Porque Marat habia hecho morir á su hermano; hé aquí lo que contestan los labriegos. La historia es ya leyenda, porque los hermanos de Carlota Corday habian emigrado y vivian en el mes de julio del año 1793. ¿Cuál fué el sentimiento del pais cuando se supo su muerte? Muchos la compadecieron, porque era una *valiente jóven;* solo *los mal intencionados* la condenaron. El sentimiento general, hablando de ella, es un sentimiento de gratitud y de respeto.

Carlota Corday murió á los veinticinco años, en toda la flor radiante de su juventud y de su hermosura; por lo mismo permanecerá perpetuamente jóven y hermosa en la historia. Verásela siempre con la frente pura, la espresiva mirada, los lábios de coral y desdeñosos, las mejillas encendidas por la cólera contra Marat, llena de altivez en el tribunal revolucionario y de pudor en el cadalso. Supongamos ahora que hubiese podido salvarse por medio de la fuga, que el tribunal se hubiese engañado condenándola solo á galera perpétua, que un nuevo Thermidor la hubiese arrebatado al verdugo, que viviese todavía.... Carlota Corday tendria hoy mas de setenta años; seria esta quizá una muger anciana y fea, de color subido, cascada, arrugada, caprichosa, pegando á sus criados y acariciando á su perro. Admiraríase de su gloria, ó lo que es mucho peor, se hubiera envanecido de ella. Hubiera visto condenar á uno de sus sobrinos en Argentat, muy próximo á su cuna comun; hubiera oido mil voces chillonas que disecaban su grande accion como se diseca un cadáver, sin poder hallar en él ni apoderarse del alma invisible; hubiera debido inclinarse bajo el peso de las circunstancias atenuantes que la hubieran impuesto los mas justos de sus jueces. Hubiera muerto paulatinamente, y era mas apreciable morir como lo ha hecho, al sol de la historia, no lejos del cadáver de Marat.

Termino publicando una carta inédita de Carlota Corday, dirigida á un cierto M. Le Cabalier, de Caen, y conservada por M. Vantier de la misma ciudad, en su rica coleccion. M. Le Cabalier habia dirigido poesías á la tia de Carlota Corday. Conservo la ortografía.

«No puedo, caballero, manifestaros mi reconocimiento por la obri»ta que os habeis dignado escribir con el título de *Muy amada*, cuando »os participan los aplausos y homenages que ha producido á su autor »aunque desconocido, porque he llegado con dificultad á saber á quién »debo estar agradecida. Nada describe mejor nuestros sentimientos »que estos versos tiernos. Os ruego, caballero, esteis persuadido del »agradecimiento y de los sentimientos respetuosos con los cuales soy »de el autor de la *Muy amada*, la muy humilde y obediente servidora.

CORDAY.

19 de setiembre.

(1) Esquiros, *Carlota Corday*, pag. 49.

DOLORES.

CAPITULO VII.

SEIS AÑOS DESPUES.

El castillo de Castro-Xeriz, en que fundaba su título D. Diego Gomez de Sandoval, adelantado de Castilla, no era de las innumerables moradas feudales de que sembró la edad media el suelo de la Europa: su arquitectura indicaba á primera vista una obra de los romanos, y los restos que aun subsisten prueban la gran solidez de construccion, que caracteriza á los edificios del mencionado origen. En aquella imponente fortaleza tuvo Julio César, segun aseguran algunos, un punto de apoyo cuando la guerra contra los vándalos; segun otros, fué la defensa que exprofeso se formó aquel grande hombre en sus luchas con Pompeyo. Lo que se sabe con mas certeza es que en ella gimieron, víctimas del rigor de D. Pedro de Castilla, dos desventuradas princesas (1), y que en épocas posteriores sirvió algunas veces de teatro á magníficas fiestas de poderosos magnates, porque situada á siete leguas de Burgos, y dominando la antigua villa cuyo nombre tomó, pareció digno punto de reunion á los nobles de aquella comarca, que debian á su valimiento la honra de preparar allí suntuosas cacerías y espléndidos banquetes. Los villanos del contorno conservaban por largo tiempo los recuerdos de aquellos regocijos, por la liberalidad que solian usar sus señores en tales ocasiones, y por las inequívocas muestras que dejaban por lo comun de la irresistible fuerza de sus galantes caprichos.

Pero en 1431, que es la época de que vamos á hablar, hacia seis años que no alteraba nada la magestuosa calma del soberbio castillo, residencia habitual de la noble señora doña Beatriz de Avellaneda, esposa dignísima del primer conde de Castro.

Desde que el cielo le arrebató su hija, se habia hecho insoportable para aquella dama la tumultuosa vida de la corte, y pocos dias despues del triste suceso á que hemos aludido, se la vió sepultar su interminable dolor entre los espesos muros de aquel vasto edificio, que no abandonó desde entonces por mas que se empeñaron en arrancarla de su soledad los deudos y amigos á quienes apenaba justamente tan prolongado retiro. Profundo era el aislamiento en que vivia allí la desdichada madre: no admitia visitas; no conservaba de su numerosa servidumbre sino á la dueña Mari-García y á la doncella Isabel Perez, y rarísima vez alcanzaba el alcaide de la fortaleza la alta honra de presentar sus respetos á la afligida señora, que ni aun á su capellan recibia en las habitaciones que ocupaba, limitándose á oir la misa, que hacia celebrar los dias de fiesta en su capilla particular, desde una elevada tribuna cerrada por espesas rejas.

Las circunstancias de ser el capellan lejano deudo suyo, y el alcaide un servidor antiguo de su casa, no eran parte á que depusiera la condesa su sistema de absoluta reserva. El ministro de los altares se resignaba á ella, y Rodriguez de Sepúlveda (que era el alcaide mencionado), no parecia admirado por los mas singulares caprichos de aquella ilustre hembra, á cuya familia habia consagrado su vida desde los años mas tiernos, sirviendo largo tiempo de escudero á D. Juan de Avellaneda, por recomendacion del cual alcanzara mas tarde el honroso cargo que en 1431 desempeñaba lealmente.

El mismo conde de Castro y los hijos que le eran tan amados, se hallaban incluidos en la general proscripcion. Doña Beatriz habia declarado que todos, sin escepcion, debian respetar su retiro, hasta que atenuado su dolor se hallase capaz de volver á la sociedad de las personas queridas; y aunque seis años transcurridos no hubiesen causado en el espíritu de la dama modificacion alguna, el complaciente y respetuoso marido se sometia todavía al rígido decreto de una separacion indefinida, contentándose con escribir largas y cariñosas cartas en que agotaba su elocuencia para persuadir á su esposa de la necesidad de que se terminase pronto tan dolorosa ausencia.

Doña Beatriz, empero, no cedia jamás: su sombría y taciturna tristeza se esquivaba del influjo poderoso del tiempo, cobrando cada dia mas grave y adusto aspecto; mas no era por cierto estraordinaria aquella especie de misantropía en una pobre mujer que en solos seis años habia perdido sucesivamente una hija adorada en la aurora de la juventud; un hermano querido, en toda la fuerza y lozanía de la edad, y un sobrino lleno de porvenir y esperanzas, citado ya en lo mas florido de su vida como ejemplo singular de caballerescas virtudes.

Don Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval habian sobrevivido poco tiempo á la malograda Dolores. Murió el uno casi de repente en los dias en que se regocijaba con la halagüeña esperanza de ser en breve padre, y el otro sucumbió en un torneo, á manos de D. Alvaro de Luna, condestable de Castilla. Circunstancia era esta que parecia creada exprofeso para mas atizar el recíproco aborrecimiento que, sin

(1) Doña Leonor, madre del infante don Juan de Aragon, y doña Isabel Nuñez de Lara, esposa del mismo.

causa aparente hasta entonces, dividia ya á los condes de Castro y á los de Santisteban, desde el funesto suceso que desbarató tan inopinadamente el enlace convenido entre aquellas dos casas poderosas.

Don Alvaro, aunque se mostró apenado, cual era natural, por aquella gran desgracia, cobró desde entonces manifiesta adversion á la infeliz familia á quien mas directamente lastimaba, ya fuesen aquellas disposiciones un caprichoso efecto de su disgusto al verse contrariado por la suerte en uno de sus mas declarados deseos; ya ocultase en el fondo de su alma alguna horrible sospecha que no quiso nunca comunicar con nadie. Como quiera que fuese, no eran indispensables secretos motivos para esplicar la ojeriza del condestable contra el adelantado, y la exacta correspondencia qne no tardó en encontrar; pues bastante causa se juzgaba la respectiva posicion de aquellos magnates y el estado de las cosas en aquellos tiempos de parcialidades y revueltas.

El uno de ellos continuaba ejerciendo esclusivo dominio en la voluntad del rey; el otro estaba unido estrechamente á D. Juan de Aragon, ya rey de Navarra, que era entonces la principal cabeza del bando descontento, empeñado en hundir la escandalosa privanza del condestable.

Aquella faccion poderosa que ponia espanto á D. Juan II, pero que no alcanzaba á diminuir su ciega deferencia por D. Alvaro ni la arrogancia de éste, habia logrado atraer á sus intereses al monarca aragonés D. Alonso V, y se jactaba con razon de contar en sus filas á los mas ilustres magnates castellanos.

Vencida una vez la potestad real, se habia visto obligado el soberbio valido á dejar por algun tiempo la córte: mas su breve destierro solo sirvió para proporcionarle nueva ocasion de triunfo, porque las disidencias y rivalidades que inmediatamente sobrevinieron entre sus ambiciosos adversarios, ansioso de heredar cada cual esclusivamente el favor de que querian desposeerle, contribuyeron no poco á facilitar al soberano la vuelta de su favorito, que ausente como presente continuaba siendo constante y único objeto de su cariño y confianza. El mismo rey de Navarra, el mayor y mas temible enemigo de D. Alvaro, cooperó entonces, segun pública voz, á su regreso á la córte; ya fuese en venganza de los que osaban disputarle el derecho de sustituirle en el ánimo de D. Juan II, ya que desconfiando de lograrlo, quisiese ganarse por aquel medio el afecto y la gratitud del rey de Castilla y su privado. El resultado, empero, no correspondió á sus esperanzas, si tales concibió, pues restituido el condestable á su antiguo poderío, se cuidó poco de los buenos oficios del nuevo rey de Navarra, obligándole mal su grado á marcharse á sus estados y á no mezclarse en cosas de los agenos. Igualmente hizo alejar de su augusto favorecedor á cuantos personages se habian mostrado contrarios, ó siquiera indiferentes á sus intereses particulares, haciéndose entonces, mas que nunca, ostensible su orgullo y absoluta su autoridad.

El vengativo D. Juan tornó, como era consiguiente, á encenderse en saña contra aquel altanero advenedizo, y no tardaron en declararse abiertamente las hostilidades de Navarra y Aragon contra Castilla, que encerraba en su propio seno no pocos enemigos de la misma causa que debia defender. Era uno de estos D. Diego Gomez de Sandoval, que á fuer de ardiente amigo del monarca navarro, necesitó sin duda toda su lealtad de súbdito del castellano, para limitarse á una aparente neutralidad que no siempre supo conservar, y que nunca le pareció sincera al suspicaz condestable.

No entra por cierto en nuestro plan el trazar en este corto episodio del revuelto reinado de D. Juan II, un cuadro exacto de aquellas luchas escandalosas que llegaron á encender la guerra entre tres estados de la península española, cuyos reyes estaban enlazados por estrechos y respetables vínculos: solo diremos lo que á nuestro objeto conviene, y es que D. Diego Gomez de Sandoval perdió la gracia de su rey y fué considerado por D. Alvaro de Luna como uno de sus mas irreconciliables enemigos.

En el año de que hablamos al comienzo de este capítulo, una tregua que varios sucesos hicieron indispensable, suspendió felizmente las hostilidades entre los tres reinos; pero el conde de Castro no se habia resuelto, sin embargo, á presentarse en la córte, continuando retirado en una de sus villas, y únicamente ocupado como ya dijimos, en escribir largas cartas á su dolorida consorte, en solicitud de una reunion que todavía retardaba la adusta y misantrópica amargura de aquella muger estraordinaria. El tiempo que habia atenuado con su irresistible poder la desolacion del padre, parecia impotente contra la tétrica tristeza del alma de la madre, aunque entre aquellos dos individuos no fuese el mas tierno y apasionado el que aparecia entonces mas constantemente sensible.

Algunas semanas habian pasado sin que la castellana de Castro-Xeriz recibiese misivas de su esposo, y ya comenzaba á inquietarla tan desusado silencio, cuando un dia se vió turbada de pronto la silenciosa calma de su retiro con la imprevista llegada de aquel personage. Tan agena se hallaba la condesa de imaginar como posible semejante infraccion de sus severas órdenes, que el adelantado se instaló en el castillo antes de que se repusiera la que lo habitaba de su muda y estremada sorpresa, que parecia mezclarse con alguna turbacion. El conde, siempre cortés y sumiso con la que era objeto de su invariable ternura, se apresuró á calmarla.—Perdonadme, Beatriz mia, la dijo cuando se vieron solos: os he desobedecido y leo en vuestro semblante que dais harta gravedad á mi disculpable falta; mas espero desenojaros completamente al haceros saber las poderosas razones que me han obligado á venir sin vuestro permiso.

—Don Diego, contestó la dama, con visible alteracion en el acento vibrante de su imperiosa voz: cualesquiera que sean las causas que os hayan traido, creo que no prolongareis vuestra permanencia en este vasto sepulcro en que os he rogado me dejeis sumida con mi perpétuo dolor. Os debeis á vuestra patria, á vuestra familia, cuyo honor, nunca mancillado, os toca abrillantar con nuevos timbres; pero yo nada tengo que hacer en el mundo, y solo ambiciono y os pido la soledad y el descanso.

—Los tendreis, mi querida Beatriz, repuso el conde; pero no podeis ya buscarlos en estos sitios. Es absolutamente preciso que abandonemos á Castro-Xeriz esta misma noche: no existe seguridad para nosotros cerca del rey de Castilla. Estoy en completa desgracia, y no hay tiempo que perder si hemos de ponernos á cubierto de los golpes de su enojo, que atiza asaz diligente el conde de Santisteban.

—¡El conde de Santisteban! esclamó la condesa: ¡siempre ese hombre! ¡Y bien! añadió despues de un minuto de pausa: ¿qué queja tiene de vos el condestable de Castilla? ¿No estuvísteis pronto á enlazar con la suya vuestra estirpe? ¿No os echásteis, por satisfacer su ambiciosa vanidad, aquel borron que hubiera sido público y eterno, si la muerte no interpusiera para impedirlo su riguroso decreto?

—En nombre del cielo, dijo el conde, no mencioneis sucesos que son harto dolorosos para ambos. Pluguiese á Dios que á precio de la flaqueza que me echais en cara, se hubiese podido rescatar la preciosa existencia que al acabar se llevó consigo toda la felicidad de la mia!

Calló un instante para sobreponerse á su emocion, y luego prosiguió:

—Don Alvaro de Luna jamás tuvo en mí un partidario, ni pudo esperarlo su demencia; mas parece que el infausto acontecimiento, á que habeis aludido, encendió mas nuestros ódios recíprocos, y en cuanto á él, pudiera presumirse al observar su declarada saña, que quiere vengarse en mí de la Providencia que desbarató sus planes. Durante la guerra con Aragon y Navarra he puesto en práctica cuanta prudencia era posible en mi comprometida posicion; pero no obstante, el condestable de Castilla me infama en la córte acusándome de rebelde, y el rey D. Juan II me arma lazos para perderme. Con pretesto de consultarme sobre el pensamiento que tiene de declarar guerra á los moros de Granada, háme enviado á llamar por dos veces; y cartas que he recibido al mismo tiempo, de personas que me son afectas, me han advertido que se está tramando mi ruina, y que si me presento en la córte seré preso inmediatamente.

—No debeis presentaros, contestó con resolucion doña Beatriz. Marchaos á Navarra y dejadme el cuidado de justificaros. Haré el sacrificio de abandonar mi retiro: iré á la córte: hablaré al rey.

—Nada lograriais con ello, mi buena esposa, replicó tristemente Sandoval. El rey no tiene oidos sino para D. Alvaro de Luna, y apenas sea conocida mi ausencia de Castilla se aprovechará ese pretesto para encausarme y despojarme de mis fortalezas. En esta persuasion no puedo consentir en dejaros sola, espuesta á los insultos de un bando furioso, y á las injusticias de un príncipe, ciego instrumento suyo.

Doña Beatriz se turbó visiblemente con esta insistencia de su esposo, y casi consternada esclamó:—Pero yo no puedo ir con vos..... no puedo absolutamente.

—¿Cuál es, pues, el obstáculo que hallais? dijo sorprendido el conde. Esplicaos, Beatriz, porque comienzo á encontrar sobrado misteriosa y singular la conducta que observais conmigo.

La condesa, mas y mas desconcertada, articuló balbuciente algunas frases sin sentido, y creciendo á medida de aquel embarazo manifiesto el descontento y la estrañeza del conde, iba á espresarlos su duda en términos amargos, cuando se hizo percibir leve rumor de cercanas pisadas, y casi instantáneamente el de una puerta que se abria con precaucion á espaldas de la condesa. Volvió ésta la cabeza con un estremecimiento involuntario, pintándose en su rostro indescribible susto, de tal modo, que llamando la atencion de su marido, siguió maquinalmente con los suyos la direccion de sus ojos. Mas solo vió á Isabel Perez que, asomándose por la puerta entreabierta, dirigia á su señora un gesto significativo, que tuvo, segun todas las apariencias, el poder de calmar su inesplicable zozobra; pues aunque al momento desapareció la doncella sin proferir palabra, la condesa se encaró á su marido con aspecto mucho mas tranquilo y afectuoso, diciéndole al mismo tiempo:

—Creo conveniente á vuestros intereses que yo permanezca en Castilla algunos dias mas, y os empeño mi palabra de seguiros muy pronto, si no consigo justificaros con el rey. Partid vos con nuestros hijos, don Diego; poned en seguridad vuestra persona: mas antes descansad algunas horas cerca de vuestra esposa, y aceptad de su mano un corto refrigerio.

El conde, pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo, guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente, en el momento en que se levantaba su mujer para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le habia brindado, esclamó con amargura:

—¿Estais, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistís en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendrá ningun favorable éxito?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halleis, respondió la condesa, pero no saldré del castillo sin haber intentado el defenderos: confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defensa? replicó enojado el conde: ¿si yo os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me teneis condenado hace seis años?

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y solo por medio de ella podríais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico:—Pues bien, quedaos en buen hora, y continuad á vuestro placer la estraña conducta que os habeis propuesto. Parto inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja, pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto á donde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrir me haceis, y que os agradezco siempre los dias venturosos que en otro tiempo me disteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tornando á ceñirse su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandodar el castillo sin mas demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamenle una de las galerias, llamando á grandes voces al alcaide para comunicarle sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-Garcia, á la que no habia vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan flaca y cadavérica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle.—Soy Mari-Garcia, señor D. Diego; ó mejor diré; soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Dios sin embargo, en su infinita piedad, no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme antes el consuelo de ver á vuesa merced y pedir de rodillas su perdon.

—¡Mi perdon! esclamó el conde: ¿pues en qué me habeis ofendido, pobre anciana?

—Yo lo diré todo, pronunció Maria echando en derredor una mirada recelosa: todo! Pero estoy temblando de miedo: me espian, señor..... me temen! La condesa me mataria si me viese hablando con vuesa merced. En nombre del cielo no dejeis este castillo sin darme tiempo á que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

—¡Un secreto! repitió el adelantado, temblándole ya los labios: ¡un secreto de mi muger!

—Oigo pasos: dijo la vieja con estrema zozobra: huyo... huyo de aqui, señor! pero no olvideis lo que os he dicho: no me dejeis morir con un atroz secreto encerrado en el alma.

Apenas dijo esto, huyó la vieja, como lo habia indicado, dejando atónito á D. Diego, y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguia á su marido, apenada sin duda por la manera fria y amarga con que termináran aquella entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

—¿No os detendreis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio? dijo cariñosamente á su esposo.

—Si: contestó el conde todo inmutado; si: descansaré un rato... debo hacerlo, pues lo quereis. Mandad que me dispongan un lecho, lejos de vuestro aposento... para no molestaros. Necesito dormir un poco.

—Antes, espero que me hareis en la mesa compañia, tornó á decir la dama.

—Despues... despues de que repose algunos instantes, replicó don Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado: me siento malo.

El semblante demudado del conde daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decia, que doña Beatriz, atribuyéndolo todo al disgusto y enojo que le habia causado negándose á seguirle en su fuga, redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por sí misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un vaso de vino con panetelas, y encargándole que se acostase y procurase dormir, lo dejó solo. Ya comprenderá el lector cuán imposible era que gozase D. Diego del reposo que fingia anhelar y que le deseaba su esposa. Las misteriosas palabras de la dueña escitaban en su corazon sentimientos que le eran desconocidos hasta entonces. La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella que habia sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de celos; mas de improviso, y á pesar de sus propias convicciones, asaltaba aquella pasion tirana el descuidado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginar imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre sí mil confusas ideas á cual mas disparatadas, y con tales gestos de dolor y rabia, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitacion. Parábase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al mas leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarle para darle la esplicacion de sus singulares anuncios; mas cuando pasó media hora sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos, no pudo contener mas su dolorosa impaciencia, y abriendo de súbito la puerta, se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adonde, pero animado con la esperanza de encontrar á Maria, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle. Desiertas estaban las varias piezas que recorrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del señorial edificio se habian hecho invisibles, y el conde, cuya anhelante impaciencia iba creciendo de punto, á medida que se prolongaba, se decidia ya á llamar á la dueña en altas voces rompiendo toda clase de miramientos, cuando pasando cerca de una puerta que se encontraba cerrada, le pareció que oia hablar detrás de ella, y prestando mayor atencion, no le quedó duda de que habia gentes en aquella cámara. Aplicó el oido con profundo silencio, y pudo distinguir las siguientes palabras, que parecian pronunciadas de intento para llevar al último estremo los penosos sentimientos que atormentaban su alma.

(*Concluirá.*)—G. G. DE AVELLANEDA

San Juan de Villatorrada.

San Juan de Villatorrada es un pequeño lugar de Cataluña situado al pié de los Pirineos. Lo que mas llama cerca de él la atencion son los montes que van asomándose despues de pasada la villa de Ripol, hácia el Norte, mayormente el Puignal, que parece el gigante de todos cuantos haya podido ver el viagero en toda la Península.

Las dilatadas praderas que se encuentran en el término de Campdevanol, seguramente son de lo mas hermoso que hay. El camino que sigue constantemente la orilla izquierda del Tréser ofrece unas perspectivas encantadoras. Se pasa este rio en el puente de la Cabrera, y entonces el viagero lo lleva á su mano derecha.

Desde ahora es preciso dejar á un lado la naturaleza, para detenerse á considerar los monumentos del arte. Lo primero que se ofrece á la vista es un trozo de camino escabado en una prolongacion de peñascos, parecido en esta parte al que se encuentra en Galicia, construido de órden de Trajano que llaman *Los codos de Laronco*.

En este paraje se hallan unas como fajas de peñas que á primera vista parecen unos diques para detener el enorme peso de los montes; en una de estas fajas ó listas, y cuando la peña llega á su mayor espesor, es en donde se encuentra una grandísima cortadura, por la cual pasa el camino que conduce á la villa de Ribas. Como una hora antes de esta villa, y tocando casi al mineral de aguas, tan saludables y conocidas en Cataluña, es en donde se encuentran *Las Cuevas de Ribas*. Son estas cuevas mas habitaciones antiquisimas construidas en la peña á entrambos lados del camino. Conduce á ellas una entrada tan angosta, que no admite sino una sola persona á la vez. Si algun viajero intenta introducirse en alguna de ellas, la oscuridad, el miedo y el terror que le causa, le priva el gusto de poder ver aquellos sepulcros construidos para los vivos. Su situacion es muy melancólica y fúnebre, á una elevacion estraordinaria del camino, y casi perpendicular á él, se ven unas mezquinas ventanas que corresponden á las entradas que llevo dichas. Siguiendo con la vista la prolongacion del peñasco se notan á alguna distancia del camino las mismas ventanas hechas en malecones de piedra formados en las aberturas de las peñas. Todo lo cual induce á creer que estas miserables moradas han sido algun dia habitacion de un pueblo desgraciado, que en tiempo de alguna persecucion ha buscado su asilo en aquel espantoso lugar.

En la época de los árabes, tomadas las ciudades de Gerona, Manresa y Vich, se vieron los fieles y valientes catalanes precisados á refugiarse á los montes de Ripoll, allá á principios del siglo octavo, segun parece. ¿Tendria nada de estraño que este notable sitio fuese otra segunda Covadonga, á donde se refugiase algun D. Pelayo catalan?

Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL EX-CONVENTO DE JESUS POBRE.

En la parte superior del renombrado valle de San Bartolomé, que es de los sitios mas pintorescos, fértiles y amenos de la provincia de Alicante, dando frente al Mediterráneo, del que solo dista una hora, y á la raiz ó falda meridional del monte Mongó, se halla edificado el modesto y sencillo ex-convento de Jesus Pobre, cuya vista ofrecemos á nuestros lectores á la cabeza de este artículo.

Su fundacion se debe al venerable P. Fr. Pedro Esteve (1), virtuoso anacoreta, quien visitando un dia las ermitas del Mongó dedicadas á San Gerónimo, San Nicolás, Santa Paula, San Bartolomé, San Antonio Abad y otras, en varias de las cuales subsiste aun el culto, vió en una la efigie de Jesucristo, como estaba cuando le pusieron en el sepulcro, del grandor de media vara, cuya efigie pidió al santero ó ermitaño y la condujo, por de pronto, á una cueva, titulada de la Magdalena.

En 1642, auxiliado por los vecinos de los contornos y prévias las licencias necesarias, hizo labrar el P. Esteve el ex-convento que nos ocupa y su pequeña iglesia, que ciertamente no tienen uno y otra ningun mérito artístico, en cuyo altar mayor de la segunda colocó dentro de una urna, segun continúa hoy espuesta á la veneracion pública, la efigie de Jesus, que llamó pobre, por lo deslucido, mediano y desaseado de su escultura y pintura.

La celebridad de su santuario cundió al momento tanto por todo el reino, que la reina doña Isabel de Borbon tomó bajo su proteccion y amparo una de las capillas del nuevo eremitorio; su hija la infanta doña María Teresa, luego reina de Francia, otra; la escelentísima señora condesa de Medellin, camarera de S. M., otra; y la marquesa de los Velez otra; y ademas, se sabe que la primera dió para los gastos de la obra cuatro mil reales, y que la citada condesa de Medellin cargó mil ducados sobre la ciudad de Denia para que de sus réditos se dijese una misa en el referido eremitorio todas las fiestas del año.

Es tal y tan grande la devocion que se tiene en los pueblos comarcanos, y hasta en otros distantes, á Jesus Pobre, que muchas personas van á visitarle durante el año, pero principalmente el tercer dia de Pascua del Espíritu Santo, en el que es estraordinario el concurso.

Tambien suele encontrarse con frecuencia en los caminos que conducen desde Alicante, Jábea, Denia, Valencia, etc. á dicho ex-convento, tripulaciones de buques náufragos ó que en sus largos y siempre arriesgados viages se han visto en terribles apuros, cuyos individuos en union de sus familias y amigos y llenos todos de recogimiento y de envidiable fé, van por lo regular descalzos los primeros á cumplir sus votos y promesas y á depositar en las paredes de la capilla de Jesus Pobre modelos exactos y lindos de sus embarcaciones, ó lienzos que representan el mar embravecido y las encrespadas olas sumergiendo aquellas.

El ex-convento que describimos, en el cual se celebró la primer misa el dia 24 de mayo de 1649, ha corrido la suerte y los azares que los otros de su clase, ó mejor diremos, ha sido mas afortunado que muchos, pues prescindiendo de lo que le cuida *el Padre Ramon*, virtuosísimo sacerdote, que encorvado por los años y por los disgustos, vejeta todavía en la soledad del valle de S. Bartolomé, dando gratuitamente el pasto espiritual á unas cien familias que viven esparcidas por las alquerías y casitas de los contornos, procurando reparar los estragos que el tiempo y la mano del hombre van haciendo con lentitud en el santuario protejido en época no lejana, hasta por reinas, princesas y cortesanas, sirviendo de consuelo y de compañía á sus improvisados feligreses, quienes le respetan en estremo, y de Cicerone á los devotos y á cuantos llegan á la puerta de su modesta celda, al ir á ser demolido dicho ex-convento para aprovechar los materiales, el año de 1849 por el que le compró al estado por una cantidad tan insignificante que nos da vergüenza estamparla aquí, lo pudo adquirir por mediacion é influjo nuestros, el propietario y alcalde pedáneo del valle, D. José Joaquin García, cuya casa es la de la derecha del grabado, sin otro objeto, mira ni especulacion que las de evitar se convirtiese en un monton de escombros y de ruinas, sin utilidad ni provecho para nadie; y así es que, por bastante tiempo, está asegurada al parecer la existencia del tantas veces repetido ex-convento de Jesus Pobre.

REMIGIO SALOMON.

(1) Véase su biografía inserta en el número 44 del SEMANARIO correspondiente al año de 1849.

EL DIARIO.

Cosa estraña y muy estraña por cierto es que en Madrid, en esta capital tan hambrienta de modas, de costumbres y de fruslerías estrangeras, no se haya adoptado públicamente una, que empieza á ser ya general en Paris y que no tardará mucho tiempo en morir en Lóndres. ¡Cómo es eso! ¡Habremos sido capaces de incurrir en tan enorme falta! ¡Se habrá despertado en nosotros el aletargado sentimiento de la nacionalidad! ¡Existe por fin allende el Pirineo una cosa que no imitamos! Esto es consolador y.... no hay duda; podríamos inferir de tamaña rebeldía consecuencias favorables respecto al incorregible vicio de importacion que nos domina, si yo no estuviese convencido de que la costumbre, que hoy me obliga á empuñar la pluma, está haciendo algunos ensayos y no pocos esfuerzos para introducirse en nuestro territorio. Verdad es que hasta ahora solo se introduce de contrabando, si es que el contrabando se hace á escondidas en España;

pero no es por eso menos cierto que se introduce: por mi parte puedo presentar una prueba que bastará para convencer de esta verdad al mas incrédulo. Pero digamos algo primero de la tal costumbre, y dejemos la prueba para despues.

Todos sabemos lo que es un *album*, la boga que este mueble ha tenido en Europa, y las contribuciones forzosas que ha exigido de cuantos por su desgracia publicaban, no ha muchos años, una novela traducida, un tomo de poesias ó un simple artículo de periódico. Tampoco ignoramos que el *album* ha muerto en la culta sociedad, y que así como antes, en sus bellos dias, era un título de talento y de ilustracion en favor de la hermosa que lo poseia, hoy es emblema de retroceso, es una antigualla, como otras muchas que todavía subsisten, aunque vergonzantes, sin prestigio, sin inspirar respeto ni veneracion. Y no achaquemos la prematura muerte del *album* al manoseado principio de que *todo pasa en este mundo;* porque cosas hay en él que no pasan, y eso que son bien antiguas; achaquémosla á nuestra propia inconstancia, que nos hace mirar hoy con desprecio lo que ayer buscábamos con furor, pues no quiero adular á la especie humana hasta el punto de suponer que, si ha de subsistir, tiene necesidad de nuevas cosas todos los dias.

Lo que no tiene duda es que, bien por nuestra culpa, bien por la suya, el *album*, semejante á una mujer bellísima, que anda en boca de maldicientes, ha perdido hace ya tiempo el crédito y la estimacion. Todavía se ven por ahí algunos de esos libros medio en blanco, espuestos á caer entre las manos de los que ahora empiezan la carrera, y que no hallando cabida en otra parte, se consideran dichosos si se les permite emborronar sus páginas. Estos infelices no consideran sin embargo que las amables *editoras* de los *album*, las que no han quemado los suyos ó arrancado sus hojas para envolver dulces, se rien ya de las inspiraciones de la adulacion, y que para saber que son hermosas encuentran mas poesía en un espejo que en todas las trovas escritas y por escribir. Por eso no pagan hoy al poeta con encantadoras sonrisas los mágicos atractivos que éste les presta, porque ya saben ellas todo lo que el poeta escribe, antes de leerlo.

Pero en esta época, las mugeres (y permítanme que les dé este nombre, que no es tan vulgar como piensan) han llegado á tal altura, que es imposible se circunscriban estrictamente á lo que nosotros, tiranos suyos, llamamos deberes del bello sexo. Yo no sé cuál es el motivo, si la educacion que reciben ó el progreso del siglo, que las va emancipando poco á poco; tampoco me empeñaré en sostener que hacen bien ni que hacen mal, porque todo en esta tierra incomprensible tiene sus inconvenientes y sus ventajas: lo que sí puedo asegurar es que las mujeres saben hoy mucho mas que antes, que son ya algo en la sociedad, y que la sociedad les debe muchos adelantos.

Por ejemplo, no solo sienten ahora las mujeres como en todos tiempos, ó acaso mas, ya que no mejor, sino que tambien saben espresar lo que sienten, en medio de que muchas veces suelen no sentir lo que espresan. Esto en ellas quiere decir que no pueden contentarse con sus propias sensaciones sin comunicarlas, y como no han de abrir su corazon á la primera amiga que les depare la casualidad, ni mucho menos á un amante, cuya duracion ignoran, nada mas natural que el que procuren adquirir un medio de perpetuar sus placeres, sus disgustos, sus inclinaciones, esto es, un medio de acordarse mañana de lo que han hecho ó pensado hoy.

Este medio es la costumbre de que antes he hablado, inventada, como todo lo bueno, en Paris hace muchos años, seguida con entusiasmo en Inglaterra, y que despues de haber pasado el estrecho de Calais para revolucionar domésticamente á la Gran Bretaña, ha vuelto en sus vapores á establecerse definitivamente en el pátrio suelo; costumbre que pocas damas adoptaron desde luego y que hoy se reproduce entre ellas con mayor afan, siguiendo el mismo círculo que siguen todas las modas; el círculo de rotacion.

Esta nueva moda se llama el *Diario*, y es un completo vice-versa del *album*. Con efecto, éste, por lo comun, es grande, de forma apaisada, como un grueso cuaderno de papel de música: aquel, pequeño, lo mas pequeño posible, para que pueda ocultarse fácilmente, y por lo regular semejante á una cartera, debiendo tener, como ésta, su broche y la cubierta de tafilete, sin el nombre de la propietaria, á fin de que nadie sepa de quién es, si se deja olvidado en alguna parte. Esta circunstancia es sobre todo indispensable, si el *Diario* pertenece á una casada, pues puede suceder que el indiscreto marido lo abra y encuentre en él confesiones algun tanto desagradables: en este caso, como no hay nombre que acuse, como falta la prueba plena, se dice sin inconveniente que el *Diario* es de una *íntima amiga*.

Los hombres no usan este mueble. ¿Para qué lo necesitan? La razon es clara; están en posesion del incuestionable derecho de hacer público alarde de sus aventuras. Puede pues decirse que nosotros tenemos tantos *Diarios*, como amigos, en quienes depositamos nuestras flaquezas. Ni seria posible de otro modo; porque ¿cómo escribir todos los dias cuanto nos sucede? Referirlo ya es otra cosa, no causa molestia; con tener á la mano un amigo que nos escuche, basta; si hay muchos, mejor; entonces se hace de un solo golpe una edicion completa de nuestro *Diario*.

Por lo demas, este debe estar siempre bajo de llave y nadie ha de sospechar su existencia: es decir, y entiéndanlo nuestras damas, puede saberlo, *verbi-gratia*, un amante ó cosa parecida, para el cual se halla escrito algo que no puede decírsele cara á cara. Tampoco se dá el *Diario* al amante en mano propia, porque el pudor se alarma y ademas revela semejante paso una inventiva pobrísima. Se le pregunta, por ejemplo, si ha leido tal ó cual novela en tres ó cuatro tomos, si dice que no, se le envia á casa la novela por la criada: sabido es que el *Diario* reemplaza por equivocacion al segundo ó tercer tomo, y en todo caso se echa la culpa á la criada, que al dia siguiente vá, llorando por los regaños de la señorita, á deshacer el cambio. Tambien se puede dejar caer el *Diario* en la calle ó al entrar en la iglesia, cuando el amante vá detrás; pero este medio es muy espuesto. Lo mejor es tener el *Diario* sobre la mesa, si desde el balcon se le vé llegar, y hacerle esperar un rato en la sala, en tanto que la señora se compone para presentarse: ya se supone que una hija de familia no puede apelar á este medio.

Inútil me parece advertir á mis lectoras que para exijir tantas precauciones, el *Diario* es la conciencia. En él se depositan los secretos con fidelidad; ni una sola mentira debe empañar sus hojas; lo que se ha hecho, lo que se ha pensado, lo que se piensa hacer y nada mas. El que llega á leer el *Diario* de una dama debe creer que lee en su corazon.

Para redactar bien un *Diario* es condicion precisa que el estilo sea claro y lacónico: las observaciones prolongadas no tienen cabida en él. No se crea por esto que permanecerá mucho tiempo en blanco: por poco que en él escriba cada dia una mujer hermosa, puede estar segura de que la historia de sus pensamientos ocupará en breve tiempo bastantes tomos.

La mejor hora para escribir en el *Diario* es aquella en que las personas que no pueden, que no deben hojearlo, se hallan fuera de casa. Si alguien llama á la puerta ó se presenta una visita, se cierra el *Diario* y se guarda, porque este libro es la reputacion, la honra de una familia entera. En la primera página se apunta el año en que da principio, aunque algunos lo tienen ya impreso: mas abajo se tira una linea dividida en dos, que dejan un claro en el centro, para escribir en él el mes y dia correspondientes, lo mismo que se acostumbra en las casas de comercio con los que tambien se llaman *Diarios* y con los *copiadores de cartas*. Nunca se escribe en el *Diario* el nombre del marido ni el del amante, porque es fácil que de esta imprudencia resulten graves inconvenientes, á menos que la dama sea de aquellas que siempre estan de humor para provocar un desafío ó un divorcio. Si pertenece á dicho número, puede escribir en el *Diario* todos los nombres que tenga á bien con sus pelos y señales.

El *Diario*, segun lo que llevo dicho, no se escribe para el público, es una memoria que se dedica á la vejez ó á la muerte; un monumento levantado al orgullo por el orgullo mismo despechado ó satisfecho. Así que, no necesita colaboradores; pero como tarde ó temprano ha de hacer parte de la *crónica escandalosa*; como algun dia se ha de leer, puede contarse por feliz la dama que ha dejado en el suyo muchas hojas sin llenar.

La invencion del *Diario* alcanza ya, como dejo indicado, muchos años de vida; pero pocas veces se ha empleado para el nuevo uso que empiezan á darle las damas. Es regular que nunca se encuadernen en Madrid *Diarios* con este objeto, porque las *elegantes*, las *incomparables* que deseen perpetuar sus locas ilusiones, los pedirán á Paris. Si llega este caso, ¡cuántos sinsabores, cuántas desgracias nos ahorrará una ley que prohiba su introduccion en España..... ¡Y qué!.... ¿Adelantaremos algo? Si la moda consagra el principio, ¿qué importa que el *Diario* se lleve en cuadernillos de papel mal cosidos? La encuadernacion, el tafilete, la belleza del mueble es lo de menos... ¡Ah! rechacen nuestras hermosas la tentacion... Ella las arrastra á un obismo; la sociedad no es un juguete con el cual pueden entretenerse sin peligro.

La casualidad puso hace dias un *Diario* en mis manos; la casualidad, pues ignoro á quien pertenece: lo encontré en un coche... en un coche de alquiler; algun aturdido á quien su propietaria lo habrá confiado, lo dejaria allí por olvido: el coche tenia el número... pero no: si hay quien reclame la alhaja, me dará las señas del coche; yo daré á continuacion las del *Diario*.

Solo tiene escritos los sucesos de cuatro dias; la mayor parte de las hojas estan todavía pegadas; se conoce que es nuevo: si algun dia se llenan... á juzgar por las primeras... ¡pobre muger!

El *Diario* dice así:

«184....—25 *de julio*.—Ayer cumplí veinticuatro años y... he perdido mi libertad. Mi matrimonio con el marqués ha sido un tratado de familia, en el cual ninguna parte ha tenido el corazon: él sin em-

»bargo dice que me ama, y yo... le digo lo mismo. Un sentimiento me »atormenta; la seguridad de que no seré madre; el marqués es viejo, »muy viejo... sesenta años. ¡No me ha de dar el cielo un heredero de »mis títulos, de mis riquezas!... ¡Dios mio!... A mi muerte pasará todo á manos de parientes... á otra rama de la familia.»

«26 *de julio.*—¡Qué fatigada me siento! No puedo dormir. He estado en el baile de la condesa de A... y he vuelto á ver al capitan. »¡Qué buen mozo!... Pero ¿por qué me persigue? Nada soy ya para »él, porque mis deberes... No ha apartado de mí los ojos en toda la »noche, y yo... De buen grado le hubiera dado las gracias cuando me »sacó á bailar.

»Estoy disparatando, y no sé lo que escribo: no debo pensar en él, »porque pertenezco á otro: sí... mi obligacion es primero... soy casada. ¡Ah!... ¡casada!... ¡con el marqués!... ¡Con un hombre de sesenta »años!... ¡Adónde irán á parar mis bienes! Esta idea me desespera...

»Llaman... ¡quién será!... El page de la condesa me ha traido una »carta perfumada del capitan. ¡Qué hombre! ¿No sabe que no debo »amarle? ¿Por qué no me respeta?... Me declara su pasion. ¡Ah! ¡Cuántas veces me juró fidelidad eterna! ¡Cuántas le juré ser constante! El »ha cumplido su juramento, pero yo... me he unido á otro... á un viejo. La desesperacion acabará conmigo.»

«27 *de julio.* —Cuatro cartas del capitan pidiéndome una cita »para darme quejas. ¿De qué?... ¡Ah!... sí; ya no me acordaba de [illegible] he hecho traicion casándome con el marqués. ¡Estaba anoche »tan triste en el palco de la condesa! Pero ¿no tengo yo tambien la muerte en el corazon? Al fin es preciso escucharle; no puedo faltar á este »deber social, porque está quejoso con motivo. Me llamará ingrata... »me repetirá que me adora... pero... permaneceré pura. El marqués »se marcha esta tarde á los baños... esta tarde veré al capitan. ¿A solas?... ¡Qué dirán mis criados!... Eso no debe inquietarme, porque »al fin... soy una muger casada, y mi conciencia está tranquila. Esto »es hecho; le veré hoy.»

«Le he visto... le he hablado... siempre el mismo... tan tierno... »tan rendido!... ¡Ni una reconvencion!... ¡Ni una queja!... Yo estaba tan confusa, tan turbada, que... no sé si habrá conocido que le... »Alguien viene... Es mi amiga M... mi compañera de colegio... ¡casada tambien!... Ocultemos el *Diario.*»

«28 *de julio.* —¡Infeliz!... ¡Qué acabo de leer! ¡Una carta del capitan á la condesa de A... Ayer me ofreció mi querida M... una gran »sorpresa para hoy, y hé aquí que me envia esa carta fatal. M... no »sospecha la puñalada que me dá... ¡Me han engañado! ¡Se han burlado de mí! ¡Pérfida condesa!... ¡Qué me resta ahora!

»Soy una loca... ¡qué es lo iba á escribir!... ¡Oh! Nunca... nunca. Ha caido la venda de mis ojos... estoy desengañada... sí; pero »este desengaño es la muerte.»

»No quiero pensar en el marqués... Cuando vuelva de los baños...

Hasta aquí llegaba el *Diario.* ¡Qué leccion para las casadas!

ABEN-ZAIDE.



D. Diego A. Cernadas de Castro.

(El cura de Fruime.)

«.....un hombre de los talentos de Vmd. tiene tan dignos asuntos en que emplear su talento, y sus finos amigos nos dolemos mucho de que por estas bagatelas (se refiere á los versos) los que no conocen á Vmd. formen el errado concepto de que solo es buen poeta.»

PADRE ISLA *(carta particular).*

La presente biografía debe ser apreciada como una pública justificacion. Vamos á revelar un error tal vez involuntario de la presente generacion. El nombre proverbial del cura de Fruime ha pasado á la posteridad con la consideracion de coplero, y nosotros procuraremos consignar por medio de un rápido, pero circunspecto examen de sus obras, que debe ser valuado como un humanista entendido y un erudito juicioso. Como acontece con frecuencia al tratar de los escritores satíricos, sus discursos científicos y sus trabajos literarios se han condenado al olvido, repitiendo, y lo que es peor, adulterando sus versos de circunstancias. La culpa no fué suya, sino de su época, del apartado lugar en donde contestaba á la pequeña guerra de montaña con ovillejos y glosas que sostenian mútuamente los poetas chanceros del último tercio del siglo XVIII. El cura de Fruime no fué poeta, pero tampoco fué coplero: para lo primero le faltaba genio; mas para lo segundo tenia de mas el estudio de los clásicos latinos. El cura de Fruime fué un fácil y espontáneo versificador.

D. Diego Antonio Cernadas de Castro, conocido vulgarmente por el nombre de *el Cura de Fruime*, nació en la ciudad de Santiago (Galicia) en 1698. Desde sus primeros años reveló las prendas recomendables de su carácter espontáneo y simpático. Entregado á una vida modesta y retirada, en la cual se familiarizó con los autores latinos y españoles de mayor reputacion, siguió los estudios mayores en la universidad de su patria. A los veintiocho años completó su porvenir: ageno á la ambicion deslumbradora del fausto y de la gloria, aspiró únicamente á un curato de aldea, y desde esta época fué el pastor espiritual de Fruime (Galicia). Sus amigos le aconsejaron que siguiese la carrera de oposiciones, donde podia alcanzar el justo galardon de su

reconocido talento; empero satisfecho con la vida humilde de párroco, dedicó sus vigilias á la predicacion de la doctrina cristiana. Al través del humor festivo que reveló mas tarde en su vena poética, se distinguia al sacerdote caritativo y limosnero. Su imaginacion encontraba en las áridas y apartadas colinas de Fruime el encanto de la soledad. Tenia el alma de poeta; le faltaba la inspiracion. Se apartaba de la sociedad y procuraba avivar la fé de sus feligreses con las funciones religiosas de la congregacion de Servitas que habia fundado. Algunas veces dedicaba sus versos á la Virgen de los Dolores con la fervorosa familiaridad de un devoto. Cuando la muerte vino á cortar el hilo de su vida en 1777, la aldea de Fruime, no solo perdió al sacerdote ejemplar, sino tambien al padre caritativo de la comarca.

Hasta aqui hemos presentado al pastor espiritual: veamos ahora al fácil y picante versificador. Un pensamiento elevado representa su vena poética: la pública vindicta de Galicia. En esta época, en la cual esta provincia, por el alejamiento en que se encontraba de los demas pueblos de la península, no podia ser apreciada en su verdadero valor, y donde las vulgares tradiciones de lo pasado se prohijaban por ingenios esclarecidos, eran frecuentes las diatribas escritas sobre las costumbres de Galicia. Para Castilla, el aguador totalizaba el carácter de esta provincia, pais de las fábulas, de los cuentos y de las anécdotas. Estudiar á Galicia en un ejemplar como el aguador, equivalia á renunciar á su exacta apreciacion. Entonces el gallego tenia sobre sí los errores de los escritores antiguos y las travesuras de los escritores modernos. El gallego se acostaba mientras su esposa le hacia padre, ó se apartaba receloso y preocupado del imaginario lugar de Meco. El gallego era una especie de aproximacion al castellano ó andaluz, y de esta suerte se permitia el chancero Salas aquellos versos á guisa de caricatura:

y vale por mil gallegos
el que llega á despuntar.

En estas circunstancias escribió el cura de Fruime. Decimos que escribió, y no publicó, porque sus versos se imprimieron despues de su muerte. Entre tanto sostuvo una picante y graciosa correspondencia con poetas críticos, prelados y personas respetables que gustaban de sus estrivillos y letrillas.

D. Diego Antonio de Cernadas y Castro fué á la vez historiador, humanista, satírico y versificador, y sus glosas fueron sazonadas con el gracejo voluntarioso que el retiro y la independencia saben inspirar á la imaginacion. Algunas veces se resentian sus composiciones de escasa correccion; sin embargo, á vueltas de esta espontaneidad de su carácter revelada en sus escritos, se descubria en todas partes la fuerza moral de una vindicta leal y generosa por su provincia. Bien se podia tolerar á Cernadas en la aldea de Fruime, cuando escribia Rabadan en la coronada villa de Madrid. Por otra parte, despues de la escuela satírica que habia hecho necesaria D. Diego de Torres y Villarroel, el buen gusto no era siempre el consejero de la poesia epigramática. El cura de Fruime glosaba las diatribas que le dirigian con gracejo y naturalidad. No rebuscaba los conceptos: no escogia los consonantes. Era una fuente que se desaguaba: era un raudal de buena fé con sabor poético que descendia de las elevadas cumbres de Fruime. De todas partes recibia escitaciones para que escribiese por medio de picantes invectivas, porque de esta manera esgrimia su péñola para justificar las costumbres de su patria. A la par cumplia con los deberes de su estado eclesiástico, y dirigia felicitaciones á los prelados, plácemes á las cofradias, enhorabuenas por las concordias de los arzobispos con las ciudades en cuestiones de respectiva jurisdiccion, y trataba algunas cuestiones teológicas con el desahogo poético de la rima.

En el tomo 1.º de sus obras (1), bajo el título de *Vindictas históricas por el honor de Galicia*, combate á Mendez Silva, Mariana y Huerta, y dirige una carta al erudito P. Florez sobre la verdadera patria de Prisciliniano. En el tomo 3.º forma la apologia del culto público de San Pedro Mozonzio (gallego), y presenta argumentos irrecusables en contra de la opinion del P. Florez, colocando á fines del siglo IV en Caldas la iglesia de Compostela. El buen poeta Salas, que escribia al aire libre en la calle de Alcalá de la villa y córte, escribe el *juicio imparcial* de las provincias de España. El cura de Fruime combate, comenta y glosa una de las décimas: nuestros lectores adivinarán cuál seria la escogida por el versificador-sacerdote. Cernadas de Castro califica con un solo rasgo, pero seguro y entendido, las caricaturas del malicioso Salas:

.... nunca en tan sucinta
plaza vi de mejor tinta
el borron de las naciones.

Quien así escribe y devuelve el sarcasmo dirigido contra una provincia, es algo mas que coplero. En la *Tertulia de Santa Marta* (tomo 4.º), artículo en prosa y verso que revela la vena satírica del cura de Fruime, retrata con inteligencia la pedante erudicion de algunos críticos en los versos siguientes, que bien merecen sin lisonja el nombre de epigrama:

Ya son por modos siniestros
los bachilleres, doctores,
y en llegando á ser lectores
quieren ser padres maestros:
tómanse como muy diestros
las licencias de sus grados
para corregir traslados;
sin ver son vanos errores
meterse á corregidores
solo por ser licenciados.

Lo repetimos: quien escribe de esta manera conceptuosa y satírica es algo mas que coplero. El crítico se vé obligado á escoger las bellezas en medio de una ojarasca poética, no siempre de gusto delicado; empero debe tener presente que juzga de un escritor alejado de la córte, hasta el estremo de ser discípulo de sí mismo en Fruime, y recibiendo al propio tiempo de sus lectores una aceptacion unánime y general.

Como entendido humanista se reconocen en sus obras algunos trabajos literarios de no escaso mérito. La compendiosa noticia métrica de la apertura de la real Academia de artes, en la cual elogia á su paisano el distinguido escultor Castro, escrita en verso latino (tomo 2.º), y las inscripciones colocadas en los funerales que hizo el monasterio de San Vicente de Oviedo al ilustre gallego Feijóo, y las escritas para los de la catedral de Santiago, dedicados á Fernando VI (tomo 5.º), revelan el estudio aprovechado que habia hecho el cura de Fruime de los clásicos latinos.

Algunos eruditos como el P. Isla sostuvieron correspondencia científica con Cernadas de Castro, y el nombre del cura de Fruime era proverbial en la península. Sus contemporáneos se olvidaron del humanista, del sacerdote ejemplar, y creyeron que recompensaban la buena fé del versificador, comunicando á su nombre el gracejo de sus glosas. Lo que pareció en un principio sincero y respetuoso homenage, ha llegado hasta nosotros como un prudente desaire. En nuestros dias se habla del cura de Fruime—¡y nuestros padres fueron sus contemporáneos!—como de una existencia proverbial que sirve para autorizar un chiste ó una agudeza.

Su memoria se estinguirá antes de pocos años en los libros. Sus poesías apenas se reimprimirán. Entre tanto sus equívocos y donaires durarán por mucho tiempo en Galicia: el pueblo se encargará de renovar en cada siglo una de esas ediciones-habladas que perpetúan á un autor como la imprenta. Las generaciones venideras trasmitirán de esta manera la memoria del cura de Fruime. Así se han formado en lo antiguo los decires, cantares, romances y villanescas.

Santiago—25—nov.—1850.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) Obras en prosa y verso del cura de Fruime, D. Diego Antonio Cernadas y Castro, natural de Santiago de Galicia.—Madrid.—MDCCLXXVIII (Siete volumenes en 4.º)

DOLORES.

CAPITULO VIII.

LA REVELACION Y LA PARTIDA.

—Os he repetido cien veces, Maria (pronunciaba en voz baja Isabel Perez,) que no os movereis de ese sitio: os resististe á subir á la torre; me amenazásteis con que gritariais si os obligaba; ahora es preciso que os resigneis á no apartaros de mí, porque estais loca y no conviene que charleis con nadie.

—¿Estoy loca? ¿decis que estoy loca? respondió la dueña con sordo acento: ¡mentís! ¡bien sabeis que mentís! Pero por lo mismo que tengo, gracias á Dios, toda mi razon y mi memoria, es por lo que no quereis que pueda hablar con el conde. La condesa y vos sospechais de mí: temeis que revele un secreto que conoceis debe pesar mucho sobre la conciencia de una pobre moribunda, y queriais encerrarme á mí tambien en la torre, y os proponeis despues tenerme aqui como enclavada, para quitarme los medios de descubrir el crimen... para que muera cargada con tan horrible fardo!

—¡Callad, desdichada! dijo la doncella con tono cauteloso. Cuanto estais hablando justifica el concepto en que os tenemos. Sí; sois capaz de cualquiera infamia.

—¿A qué llamais infamia? replicó colérica la vieja. Aun cuando yo lo dijese todo, ¿haria mas que cumplir un deber de conciencia? Vos sí

que sois infame y endurecida pecadora: vos que no sentís remordimientos al ver á ese infeliz caballero de cuyo pan comeis, y á quien estan engañando,

—María! María! repuso Isabel alterada: os he dicho que calleis, y de no hacerlo os pondré una mordaza. ¿Habeis perdido el juicio? ¿Así os atreveis á hablar? ¡Desgraciada de vos, si cansada de vuestras locuras, hago saber á la condesa las palabras que acabais de articular en mi presencia!

—Me mataria... ya lo sé, dijo María, cuyo terror al oir aquella amenaza se descubria en el temblor de su voz. Pero yo no he dicho que divulgaré el secreto; yo no he dicho nada: vos sois la que me estais incitando con vuestras desconfianzas: ¿os parece justo que me tengais prisionera, á mí, pobre vieja enferma, solo porque se os ha antojado sospechar de mí lo que llamais una infamia? ¿Qué he hecho para que la condesa os dé sobre mí autoridad y señorío? ¿Le habeis servido mejor que yo? ¿No he sido como vos su cómplice? ¿No es por ella por quien sufro los atroces tormentos de una conciencia acusadora?

—Si añadís un acento mas, os juro por el cielo, esclamó resuelta la doncella, que os pongo ahora mismo la mordaza con que os he amenazado.

—Callaré!... callaré!... respondió María con un tono tan amedrentado y sumiso, que formaba contraste con el áspero sonido de su varonil voz; mas en el mismo instante se abrió la puerta con estrépito, al irresistible impulso del hercúleo brazo de D. Diego, y apareció este tan de improviso entre aquellas dos mugeres, que ambas prorumpieron en un grito igual de sorpresa y espanto.

—A tí, miserable! dijo con tremendo acento el caballero, encarándose á Isabel: á tí sí que te será sellado el labio para siempre, si osas moverlo una sola vez sin mi mandato.

Pero la prevencion era innecesaria: la doncella se habia desmayado, y yacia en tierra sin sentido. María, recobrada de su primer susto, corrió á postrarse á las plantas de su amo, y tan grande era en aquellos instantes horribles la agitacion y ansiedad de este, que, sin acertar á preguntar cosa alguna, pálido, convulso y azorado, clavaba en la vieja sus delirantes miradas con espresion casi temerosa

—Señor! dijo María despues de besarle los pies con humilde rendimiento. Defendedme! No permitais que me quiten este resto de vida que me conserva el cielo para vuestro bien; para que os saque de un engaño cruelísimo y os revele la gran maldad cometida en vuestra casa.

—Habla! fué todo lo que pudo articular el caballero. La dueña prosiguió:

—Seis años hace que pesa sobre mi alma este atormentador secreto, y mas de dos que al remordimiento mas amargo se asocia la enfermedad que me ha enviado el cielo para castigar mi culpa. Conociendo mi próximo fin, y anhelando reparar aquella en cuanto posible sea, hasta habia pensado en huir del castillo para buscaros y contároslo todo: la postracion de mis fuerzas no me lo ha permitido, mas Dios se digna traeros tan inesperadamente, para que mi buena intencion no quede sin cumplimiento.

—¡Habla! volvió á esclamar el conde, sin poder añadir ni una palabra mas.

—Sí, señor, hablaré, continuó la dueña: suceda lo que sucediere, debo hablar ahora: pero sabed que la condesa me hace espiar; que desconfia de mí; que acaso se presente aquí cuando menos pensemos... (y al decir esto la pobre vieja arrojaba en torno miradas llenas de espanto). ¡Habla, vive Dios! gritó de nuevo D. Diego, con tan terrible acento esta vez, que María se quedó por un momento aterrada. Luego, notando que se aumentaba con su silencio la angustiosa impaciencia de su amo, dijo por último, recogiendo sus fuerzas que parecian próximas á abandonarla.

—Señor, vuestra esposa os ha engañado cruelmente, y la malvada Isabel y yo hemos sido sus cómplices.

—¡Beatriz! ¡Beatriz me ha engañado! prorumpió el conde con tal acento que apenas parecia humano.

—¿No habeis reflexionado nunca, dijo la vieja, en las estrañas circunstancias que acompañaron á la muerte de vuestra infeliz hija? ¿No os ha llamado la atencion que tan pronto os arrancasen de vuestra casa aquellos restos que debian seros queridos? ¿Nada os hizo sospechar una desgracia tan de improviso acaecida, y que era lo único que podia desbaratar un casamiento determinado por el rey, aprobado por vos, y aborrecido por la condesa? Respondedme ¡señor! ¿no habeis tenido ningun recelo del crimen de que érais víctima?

Al escuchar estas estrañísimas palabras todas las ideas del conde quedaron trastornadas de repente, y el nuevo é impensado giro que se daba á sus sospechas, les prestaba un carácter aun mas grave y terrible del que hasta aquel instante tuvieran.

¡Desventurada! esclamó, herizándosele el cabello á pesar suyo: ¿qué acusacion intentas pronunciar? ¿qué horroroso delirio es el que vas á comunicarme?

—No es delirio, señor, respondió sollozando la anciana: no estoy loca como decia Isabel: no; conservo por permision divina toda la entereza de mi razon, aunque arruinadas ya mis facultades físicas. Lo que os diré será la pura verdad. ¡Ah; bien pudisteis sospecharla! ¿No conociais que el doctor Yañez era un hipócrita avariento y ambicioso, capaz de vender su propia alma? ¿No sabiais que D. Juan de Avellaneda aborrecia de muerte al condestable y á su familia, que miraba como un oprobio el enlace que debia verificarse, y que en su corazon de acero no hallaban entrada otros sentimientos que los del honor y el orgullo? ¿No os pareció estraordinaria la resignacion de la condesa, despues de haberos declarado que preferia ver muerta á su hija á verla casada con Rodrigo de Luna? ¿Nada os ha dicho tampoco su aparente inconsolable dolor, y los seis años de aislamiento que lleva pasados en este castillo?

¡Calla, mónstruo! ¡calla! gritó el conde aterrorizado: ¡El demonio sin duda te ha sugerido la espantosa idea de que puede una madre asesinar á su hija.

—¡Asesinarla! dijo la vieja: no; yo no he dicho eso: pero el crimen no es menos cruel: ¿de qué le sirve la vida á la desgraciada niña? Sepultada en estos muros hace seis años; muerta para el mundo, para el amante que adora, para el padre que ama, ¿deberá agradecer mucho á su inhumana madre una vida sin goces, ignorada de todos sus semejantes? ¿No es cien veces mas infeliz que si descansara en el sepulcro?

El conde se pasó las manos por los ojos: le parecia que soñaba; que no era cierto nada de cuanto imaginaba estar oyendo. ¡Su hija viva! ¡Su hija allí, cerca de él, sumida por su propia madre en aquel sombrío encierro! Eran tan inauditos aquellos sucesos, que no podia aceptarlos como verdaderos, y se confirmó en que estaba loca la reveladora de tan estraño secreto. Esta, empero, prosiguió diciendo con mayor eficacia todavía:

—Oh! sí! mas digna de compasion es viviendo que si la hubieran arrancado de una vez de esta tierra que no la merecia. Es un ángel, señor! ¡Si supiérais cuanto ha llorado, cuanto ha padecido! Durante el primer año de su supuesta muerte la han tenido constantemente encerrada en una de las torres del castillo, sin que nadie mas que Isabel y yo tuviésemos entrada en aquella cárcel. Luego su resignacion y paciencia inspiraron á la condesa sentimientos mas benignos, y consintió en visitar con frecuencia á la pobre víctima, haciendo cuanto creyó oportuno para dulcificar su suerte. Por último, al cabo de dos años, habiéndole jurado solemnemente Dolores que no haria la menor tentativa para descubrir á nadie su existencia, y que se recataria escrupulosamente de todos los que habitan el castillo, (escepto el alcaide que es sabedor de todo) consintió su madre en sacarla de la torre, permitiéndola vivir á su lado en esta parte del edificio que se ha reservado. Desde entonces la angelical criatura se muestra casi contenta, aunque llora todavía siempre que pronuncia vuestro nombre, y se lastima del pesar que sentireis por su supuesta muerte. Entregada á sus ejercicios religiosos, y sin mas distraccion que cuidar de unos pajarillos que alimenta por su mano, y de dos tiestos de flores que ella misma ha sembrado, vé pasar resignada año tras año, sin exhalar la menor queja, siempre respetuosa y tierna con aquella cuyo fatal orgullo la ha condenado á tan mísera existencia. ¿No hubiera sido menos malo, decidme, señor, que en vez de darle el vil médico el licor que le causó aquel profundísimo sueño con que os engañaron, y del cual no salió la desgraciada, treinta horas despues, sino para verse sepultada en perpétuo cautiverio; no hubiera sido menos malo, repito, que la hiciera dormir eternamente en este mundo de maldades, para que su alma pura estuviese ya en los cielos entre los ángeles á quienes se asemeja? ¡Pobre, pobre niña! añadió sollozando la arrepentida dueña: ¡tan hermosa, tan inocente, tan buena, y enterrada en vida por la misma que le dió la existencia!

Hablaba con demasiado acuerdo y daba sobrados pormenores de los estraordinarios hechos que referia, para que pudiese el conde reputarla loca: mas como si aun quisiera el cielo confirmar todavia mas la verdad de sus palabras, Isabel, que habia vuelto en sí cuando se terminaban las estrañas revelaciones, acudió á los pies del conde implorando su perdon, y ratificándolas con las mismas razones que para defenderse alegaba.

Ninguna duda era posible ya. Don Diego, cuyos afectos en semejantes momentos no nos es dado describir, solo acertaba á esclamar— ¡Mi hija! mi hija! ¿dónde está mi hija?

—A vuestra llegada no la dividia del sitio en que visteis á la condesa sino una pared que queria traspasar con sus ansiosas miradas la desgraciada niña, le contestó la dueña: despues esta perversa mujer, que os pide ahora compasion y que os presenta disculpas, la encerró en la torre, por mas que con mudas lágrimas rogaba la pacientísima víctima que la permitieran veros y oiros, y que la fé de su juramento debiera quitar todo recelo; porque la santa criatura jamás la hubiera quebrantado.

—Aquí están las llaves de la torre, articuló débilmente Isabel: en la

segunda de este lado del edificio es donde se encuentra la señorita.

El conde tomó el manojo de llaves con manos trémulas, y salió como loco sin cesar de esclamar:—mi hija! mi hija!—mas apenas hubo traspasado los umbrales de la puerta se encontró frente á frente con la condesa. Palidísimo estaba su semblante, como en el cruel momento en que la vió don Diego custodiando el exánime cuerpo de Dolores; y con el mismo acento profundo con que entonces la oyó decir—está muerta!—la escuchó exclamar ahora—está viva!—Está viva y con honra! repitió la estraordinaria mujer por dos veces, cruzados entrambos brazos sobre su hermoso pecho y revestida toda su persona de una magestad semi-bárbara. Vos me obligásteis, añadió, á emplear un medio violento, horrible para el corazon de una madre; pero nunca falta el valor en las hembras de mi estirpe, y os he salvado á toda costa de la vergüenza de que fuesen herederos de vuestra sangre los descendientes infames de una plebeya deshonrada: de que fuesen vuestros lejítimos nietos despreciable parentela de los bastardos de Luna. ¡Tal ha sido mi crimen, don Diego Gomez de Sandoval! Os quité vuestra hija por impediros que os quitáseis la honra!.. Para castigarlo id á divulgar por el mundo que soy una madre inhumana que ha tenido por seis años encarcelada á su hija: sacadla en triunfo de este castillo; llevadla ante el favorito del rey, que acaso entonces os concederá su proteccion en vez de perseguiros: dádsela á Rodrigo á la faz de Castilla, inutilizando mis sacrificios y los que he impuesto con honroso rigor á la infortunada niña á quien estravió en mal hora una pasion indigna. Hacedlo, conde de Castro-Xeriz, hacedlo como lo digo, si os dice vuestro corazon que ha sido culpable el mio. Hacedlo si os parece preferible el desdoro que quisisteis causaros y trasmitir á vuestros hijos, al pensar que yo os he dado para libraros de aquel.

Tan singularmente enérgicos eran el ademan y el tono con que pronunció la condesa las palabras que acabamos de trascribir; con tan imponente hermosura apareció en aquellos instantes á vista de su marido, y tan convencida se mostraba de haber obrado con heroismo, en vez de juzgarse culpable, que en medio de todo el tumulto de sus violentos afectos se quedó suspenso el caballero, casi dudoso de si debia admirar ó aborrecer á aquel coloso de orgullo que tenia delante. Ella le indicó con la mano la direccion que debia seguir para ir á la torre, y se volvió tranquilamente á sus aposentos, despues de decirle con acento mas blando:—Espero que me comunicareis vuestras resoluciones antes de dejar á Castro-Xeriz.

¿Nos exijirá el lector ahora que emprendamos la dificilísima tarea de pintar con fuertes y rápidas pinceladas, el interesante cuanto indescribible cuadro de aquella primera entrevista entre el mas tierno de los padres y una hija amantísima á quien llorara muerta por espacio de seis años? Nosotros confesamos nuestra insuficiencia, y solo diremos que no mata á nadie la alegría, pues no sucumbió don Diego al esceso de la suya cuando estrechó entre sus brazos á su adorable Dolores. Aunque era, indudablemente, no menos verdadero y profundo el regocijo de esta, esteriormente al menos aparecia mas sosegado, ya fuese porque los sentimientos religiosos que reinaban en su alma la hubiesen enseñado á dominar todo sentimiento escesivo, ya que despues de tan largos sufrimientos fuese el placer como cosa estraña á su corazon, y del que no acertaba á gozar con abandono completo. Cien y cien veces estrechó el conde entre sus brazos con jubiloso delirio á aquella celestial criatura, que mas bella que nunca por el carácter grave y melancólico que habia prestado la desgracia á los seductores rasgos de su apacible fisonomía, parecia de una naturaleza superior á la humana, para la que eran mezquinas todas las venturas de la tierra. En los transportes de la que entonces le otorgaba el cielo, por premio de su sublime resignacion en tantos dias de amargura, conservaba Dolores tanta dulzura, tanta modestia y religiosa uncion, aun en los mas espansivos desahogos de su ternura filial, que la moderacion y calma con que soportara el infortunio se hacian menos admirables. Pasados los primeros momentos de aquella indescribible entrevista, en que don Diego Gomez de Sandoval se sintió desfallecer muchas veces bajo el esceso de su propia dicha, púsose Dolores á sus pies pidiéndole su bendicion paternal, y á par de ella absoluto perdon para todos los que habian tenido parte en la injusticia cometida con ella.

Besando con delirio su hermosísima frente y su aterciopelada cabellera, la bendijo una vez y otra el venturoso padre, vertiendo lágrimas abundantes, aunque á la verdad muy dulces: mas nada respondia á la segunda súplica de la jóven, y ella, que tambien lloraba de ternura al recibir las paternales bendiciones, esclamó al fin con irresistible fervor.—Bendecid ahora á todos los que os han affigido: bendecidlos, padre mio, y con todo corazon perdonadlos, si quereis que este dia, el mas fausto y solemne de mi vida, sea para vos el mas glorioso.

¡Perdonar á tus asesinos! dijo el conde, recobrando el marcial y severo aspecto que junto á su hija perdia. ¡Bendecir á los que sin piedad me destrozaron el alma!

—Por eso se lo pido á vuestra virtud y no á vuestra justicia, respondió la jóven siempre de rodillas. Si: han sido crueles con vos... acaso tambien conmigo; pero en algunos habia una intencion elevada: algunos, padre mio, han creido hacernos un bien, y ¿quién puede asegurar que se engañasen? Los otros han obedecido, ó fueron seducidos por la codicia: su flaqueza merece compasion. No me levantaré de vuestras plantas sin que me hayais jurado que los perdonais á todos, que los bendecis como á mí. En cuanto á la condesa, os pido mas todavia: os pido que la ameis con mayor cariño que antes; porque os ha probado un grande y ardiente celo, padre mio, sacrificando por lo que reputaba vuestra gloria los mas íntimos sentimientos de mujer y de madre.

—¡Dolores! esclamó el conde: eres un ángel y á tus pies debo estar, no tú á los mios. ¡Levántate, hija de mis entrañas! Levántate y manda como soberana de mi alma. Yo bendigo á cuantos tú bendigas: amo á cuantos tú ames: no tengo voluntad sino la tuya.

Pues bien, dijo ella enlazando sus brazos con los del caballero: ofreced me que dareis hoy mismo un abrazo tan tierno y afectuoso como este á la compañera de vuestra vida: á mi querida madre!

—¡Te lo ofrezco! articuló don Diego, no sin algun esfuerzo.

—Prometed tambien que sereis mas que nunca el protector y amigo del buen doctor Pero Yañez.

—¡Lo seré!... dijo el conde, aunque temblando de cólera al escuchar aquel nombre.

—Hanme dicho, prosiguió Dolores, que yace en mejor vida mi respetable tio don Juan de Avellaneda, asi como mi primo Gutierre de Sandoval. Espero que pues otra cosa no podemos, rogaremos juntos, padre mio, porque sea eterna su gloria.

—¡Dios tenga misericordia del señor de Izcarl dijo don Diego.

—En cuanto al alcaide de este castillo, quiero que le deis gracias por el celo con que os sirve, y que jamás le retireis vuestra proteccion y confianza.

—Lo trataré como á un fiel criado: respondió su interlocutor.

—Maria, mi pobre dueña, no se apartará de mi lado en los pocos dias que le restan de vida. Está muy enferma y necesita mis cuidados.

—Haré cuanto de mí dependa para endulzar sus padecimientos.

—A Isabel Perez la casareis con uno de vuestros escuderos, á quien ama hace muchos años y del cual es correspondida. Por afecto y ley que tiene á la condesa, ha estado separada de él por espacio de seis años, y es justo que premieis tanta lealtad y constancia dándola un dote para su matrimonio.

—Tú lo señalarás, angel mio.

Tornaron á abrazarse estrechísimamente el padre y la hija, y despues dijo áquel:

—Ahora que te he complacido en todo, compláceme á tu vez, hija adorada, declarándome tus deseos en otros particulares. ¡Escucha! la enemistad de D. Alvaro de Luna y la desconfianza que en contra mia ha sabido inspirar al rey, me habian decidido á alejarme para siempre de la corte, y aun del suelo castellano. Di una palabra y desistiré de todos mis proyectos, y te sacrificaré todos mis odios. ¿Anhelas que te presente á la corte para recobrar tu antiguo rango, tu brillante existencia? Pronúncialo, y olvido todas las sinrazones de que soy víctima, y vuelo á los pies del rey, á los del favorito si es preciso, para implorar su gracia y reconquistarte el puesto que te es debido.

Calló el conde y callaba tambien Dolores: habíase oscurecido en aquel momento, con la nube de una cavilacion dolorosa, el resplandor sereno de su purísima frente, y era mas agitado el movimiento habitualmente tranquilo de su mórbido seno.

—Habla, alma de mi vida! repitió por dos veces el conde antes de que la jóven hubiese encontrado en su mente una palabra que al parecer buscaba, hasta que la halló sin duda, pues pronunció muy despacio y sin levantar los ojos:

—Habeis nombrado enemigo vuestro al condestable de Castilla. ¿Ofendisteis en algo á su familia, ó es que os ha ofendido ella? ¿Se han roto todas las nuevas relaciones que al parecer debian reinar entre dos casas que estuvieron próximas á enlazarse?

—¡Todas! respondió D. Diego: el condestable me aborrece de muerte.

—Mas... ¿su sobrino?.. añadió la jóven temblándole la voz: su sobrino ha perdido acaso en nuevos compromisos el recuerdo de aquellos que debian haceros siempre tan querido de él?

—Su sobrino, repuso el conde enternecido por la emocion profunda que esperimentaba Dolores, vive muy retirado, y se dedica esclusivamente á las graves obligaciones de su nuevo estado.

—¿Está pues casado? articuló Dolores con tan débil acento, que se necesitó para entender su pregunta toda la penetracion de la paternal ternura.

—Ha entregado su corazon, respondió al punto, á un dueño mas digno que cuantos pudiera buscar por la estension de la tierra; al único, hija mia, que merecia mas que tú su constante adoracion, conso-

lándole ámpliamente de haberte perdido. Rodrigo de Luna es ministro del Señor.

Dolores se puso de rodillas, juntas las manos y elevados los ojos hácia el cielo con espresion sublime, y vuelta despues á su padre que la contemplaba extático, le dijo sin variar de actitud:

—Lo que él ha hecho, padre mio, obedeciendo la voluntad del cielo, os dice indudablemente cuál debe ser la resolucion mia. Muerta estoy para el mundo, y muerta para él debo permanecer siempre. No penseis siquiera en hacerme renacer para una vida engañosa que ninguna felicidad podria darme, y en la cual no entraria sino como involuntaria acusadora de los rigores de mi madre. La gracia que yo os pido, la nueva existencia que os demando, en nombre de la piedad que debo inspiraros, es el sagrado asilo de un solitario convento, donde como esposa de Jesucristo pueda rogarle por vos y mi familia, á la par que le tribute mi agradecimiento profundo por haber purificado con el fuego eterno de un amor divino, dos juveniles corazones que habian cifrado su dicha en las pasageras satisfacciones de una pasion terrenal. Escuchad, pues, mi última súplica ¡oh el mas querido y el mejor de los padres! escuchad esta súplica que os hace mi alma con mas elocuencia que mis labios, y abridme cuanto antes las anheladas puertas de un religioso retiro, donde me presentareis como una pobre huérfana que os ha sido confiada, sin que jamás se revele que existe todavia vuestra hija. Para Dios y para vos vivirá únicamente. ¿Puede desearse mayor ventura que no existir mas que para lo que se ama?

Prorumpió en lágrimas el conde, pero no se negó á los deseos de la jóven. Se hallaba completamente subyugado por el celestial poder de aquella santa criatura.

Trataron ambos de aquel asunto, y convinieron en partir juntos aquella misma noche, y en elegir el padre por punto de residencia la ciudad ó aldea de Navarra en que se hallase el convento que prefiriese su hija. Toda la ambicion del adelantado de Castilla no tenia en aquellos instantes otro objeto que el vivir cerca de Dolores, quien por su parte no indicaba tampoco pensar mas que en su familia. El nombre de Rodrigo no volvió á salir de sus labios.

Concluida aquella tan larga como interesante entrevista, dejó el conde á la jóven en compañía de Isabel y María, preparando su maleta de viage, y habiendo dado al alcaide las órdenes convenientes para la partida, pasó al cuarto de su muger, procurando prestar á su semblante cuanta apacibilidad le era posible.

Doña Beatriz le vió entrar sin moverse del sillon en que estaba sentada, y conservando sin alteracion su noble y austero continente.

—Vuestra hija y yo, la dijo el conde (sin poder reprimir un gesto que revelaba los impulsos que sofocaba en su pecho) vamos á partir muy pronto: apenas oscurezca dejaremos el castillo. ¿Resolveis por ventura acompañarnos?

—Decidme antes, le preguntó la dama, adónde llevais á Dolores.

—Tranquilizaos, respondió su marido, sonriendo con amargura. No la llevo á proclamar con su vida la tirania de que fuisteis capaz, haciendo gemir á la naturaleza. Vuestra victima sepultará ese secreto dentro de los muros de un convento, al que no llevará ni aun el nombre que ha debido heredar. Tal es su voluntad, señora, y espero ahora conocer la vuestra.

Doña Beatriz pareció conmoverse, y guardó silencio por algunos instantes. Despues dijo con melancólico acento:

—Ningun mortal la merece: el esposo que elige es el único que conviene á ese ángel, que estuvo tan en peligro de ser vilmente profanado. En cuanto á mí, conde, me quedo en Castilla para hacer cuanto mi obligacion me ordene á fin de dejar en claro vuestra inocencia y restituiros la estimacion y la confianza del rey, que no pudieron robaros sin emplear para conseguirlo miserables calumnias. Cualquiera que sea el éxito de mis tentativas, iré á buscaros donde quiera que esteis, cuando deje cumplido aquel deber sagrado, y si entonces no me habeis juzgado mejor, si todavia os encuentro dominado por los sentimientos que en vano os esforzais por ocultarme ahora; si aun me aborreceis como á una mujer sin entrañas, y no habeis comprendido que me las he despedazado por afan de vuestro decoro, por anhelo de conservar sin mancha el esplendor de vuestra casa... en ese caso, don Diego, solo me presentaré á vos para suplicaros me permitais acompañar á mi hija en el asilo de paz donde va á conquistar la eterna.

¿Se violentó el adelantado para cumplir la solemne promesa que antes empeñara á Dolores?.. No lo podemos decidir; mas es lo cierto que despues de un minuto de vacilacion penosa, tendió su mano á la condesa diciéndola con voz conmovida.—¡Beatriz! siempre sereis estimada por vuestro esposo como la mas austera virtud que existe sobre la tierra, cualesquiera que hayan podido ser los errados consejos de vuestro disculpable orgullo.

La condesa besó la mano que estrechaba entre las suyas, humedeciéndola con una lágrima, y pidió el consentimiento de D. Diego para despedirse de su hija. Aquella súplica contribuyó sin duda en gran manera á modificar esencialmente los sentimientos con que entrara en aquel cuarto el buen adelantado, pues antes de conducir á Dolores á los brazos de su madre abrió para esta los suyos, y estamos persuadidos de que la promesa empeñada quedó, esta vez por lo menos, exactamente cumplida.

Dos horas despues, cuando ya la noche envolvia la tierra con sus opacos velos, Dolores y su padre, con solo Mari-Garcia y dos pajes por acompañamiento, emprendian su marcha en medio del mas profundo silencio, mientras la condesa prevenia al alcaide lo tuviera todo dispuesto para su partida á Medina del Campo, donde se encontraba á la sazon el rey, y á cuyo punto iba á dirigirse la dama en las primeras horas del siguiente dia.

Su salida del castillo no fué, empero, realizada, sin haber tenido antes el dolor de ver delante de sus muros á la gente de armas enviada por D. Juan II para tomar posesion en su real nombre de aquella inespugnable fortaleza de que se despojaba á su dueño, declarándole poco despues desobediente y rebelde.

Conclusion.

Hácia fines del año de 1445, ó á principios del siguiente (pues no encontramos determinada la época con precision exacta) se verificó una singularísima coincidencia, cuyo breve relato servirá de conclusion á nuestra verídica historia.

Habian llegado entonces el favor y arrogancia del condestable de Castilla á aquel punto culminante desde el cual, no siendo ya posible mayor subida, se hace indispensable el progresivo descenso, cuando no sorprende entre los vestigios consiguientes á tamaña elevacion, como con frecuencia acontece, una súbita y estrepitosa caida.

A proporcion del crecimiento de crédito y de autoridad que gozaba D. Alvaro, era el amenguamiento de fortuna y de influencia que sufrian sus enemigos, entre quienes se contaban los mas ilustres personajes del reino. D. Diego Gomez de Sandoval, uno de ellos, habia sido despojado por sentencia de confiscacion, de los cuantiosos bienes que poseia en Castilla, y acaso se estendiera á mas el rigor de que era objeto, si, como hemos visto en el anterior capitulo, no hubiese buscado asilo cerca del rey de Navarra, desde los primeros anuncios de la tempestad que le amenazaba. Mas en el tiempo de que hablamos al comenzar estas líneas, aun era mas dura y triste la situacion del conde, que durante los dilatados años que habia visto pasar en la expatriacion, devorando rencores cuya satisfaccion le prohibia su lealtad: no obstante que en aquellas épocas de revueltas, y en las que aun reinaba escandalosa toda la anarquia feudal, no se juzgaba con la severidad que usariamos ahora, á los grandes vasallos que se defendian con las armas en la mano de las que miraban como arbitrariedades del trono. D. Diego, contenido largo tiempo por instintos generosos, hubo de imitar por último á otros magnates castellanos, tomando parte activa en la liga que á cualquier precio queria acabar con D. Alvaro; y peleando bajo las banderas de Navarra en la batalla de Olmedo, en la que la fortuna se les declaró contraria, fué hecho prisionero como otros muchos grandes de Castilla, y encerrado en la torre de Lobaton, donde aun permanecia en los dias de que vamos á ocuparnos, no obstante las activas diligencias que en favor suyo practicaba su esposa, acudiendo á Castilla desde Navarra, donde residia, al primer aviso que recibió de tan infaustos sucesos.

Mientras era tan amarga la suerte de los condes de Castro y su familia, D. Juan II daba nueva señal de la singular estima que hacia del condestable y de la suya, elevando al arzobispado de Santiago á don Rodrigo de Luna, aunque les pareciese á muchos que aun era jóven aquel personage para tan venerable cargo.

Antes de tomar posesion de su silla el nuevo prelado, quiso, segun encontramos consignado en un documento interesante, rendir una última honra á la memoria de aquella que habia sido su único verdadero amor, realizando el deseo que por muchos años alimentaba de visitar su sepulcro y rogar al cielo por su descanso en el altar de la capilla en que sus restos yacian. Cumplió entonces aquella idea: celebró él mismo de pontifical una solemne misa en sufragio del alma de la que tanto amó, y algunos de los que asistieron á ella aseguraban despues que, terminado el sacrificio incruento del altar, el arzobispo electo de Santiago habia permanecido una hora entera puesto de rodillas, en muda y fervorosa oracion, sobre el blanco mármol de una sepultura, en la que mas de dos siglos despues todavia leyó uno de nuestros progenitores esta larga inscripcion en gruesos caractéres góticos:

Aqui yace Maria de los Dolores Gomez de Avellaneda, hija primogénita de D. Diego Gomez de Sandoval, Conde de Castro-Xériz, Adelantado de Castilla, Canciller mayor del sello de la puridad, Señor de Lerma, de Denia, de Osorno, de Cea, de Ayora, de Villafrecho y Gomiel, etc. etc., y de su lejítima esposa la nobilísima señora Doña Beatriz de Avellaneda. Pasó á mejor vida el dia 14 de Enero de 1425 á los 16 años, 3 meses y once dias de su nacimiento.

La coincidencia singular que hemos anunciado á nuestros amables lectores, es que en aquella misma hora que pasó orando Rodrigo sobre la tumba vacia que decoraba tan ostentoso epitafio, se celebraban en un convento de Navarra las humildes exequias de una pobre monja, á cuya sepultura solo se puso por señal una cruz de madera, sin inscripcion alguna.

Sin embargo, jamás pasaron cerca de ella las piadosas mugeres de aquella santa comunidad, sin encomendarse con devocion á su hermana en Jesucristo, Sor Maria de los Dolores, que descansaba en aquel ignorado sepulcro, y cuyas virtudes heróicas, que pudieron admirar en mas de catorce años que habia vivido entre ellas, les permitian esperar estuviese gozando ya su alma de la bienaventuranza eterna.

FIN.

G. G. DE AVELLANEDA.



TUMBA DE BONCHAMP.

El marqués de Bonchamp habia nacido en Jouverdeis, en el Anjou, el 10 de mayo del año de 1760. Educado para las armas, empezó como Lafayette, Segur, Rochambeau, por la guerra de América á donde fué á combatir por la libertad. A su regreso, sirvió en el regimiento de Aquitania en el que era capitan el año 1791. Viendo los progresos de la revolucion y no queriendo tomar parte en ella, presentó su dimision, y se retiró al castillo de Baromere, junto á San Florencio entre el Maine y Lorena. Cuando la Vendeé se sublevó se le rogó tomara el mando de los insurrectos. Hizolo con dolor y como obedeciendo á un deber de súbdito fiel á su rey. Las últimas palabras que dirigió á Mena de Bonchamp son memorables. «Es preciso no hacerse ilusiones, no debemos aspirar á la recompensa terrestre, serian inferiores á la pureza de nuestros motivos y á la santidad de nuestra causa. Ni debemos pretenderla en la gloria humana porque no la proporcionan las guerras civiles.» Reunióse á Larochejaquelin y á la Cathslineau quienes acababan de tomar á Beauprau. Apoderáronse despues de Bressuire y Tohuars. Desgraciadamente para la causa de los realistas la opinion de Bonchamp, era raras veces seguida. Se envidiaba su capacidad, tratábase su prudencia y moderacion de tibieza. Sin embargo, ninguno era mas valiente. Fué herido en casi todas las refriegas en que tomó parte. Una herida le impidió asistir al primer ataque de Joutenay, cuyo resultado fué fatal. El segundo dirigido por él tuvo un éxito favorable, pero recibió una nueva herida que le impidió asistir al ataque de Saumurs y de Angers. Hallábase en el sitio de Nantes y se fracturó el codo. Cuando el ejército de Charrete fué dispersado y sus restos fueron á reunirse con el numeroso ejército Vandeano atacado por los republicanos, Bonchamp corrió con el brazo en el cabestrillo, á alentar á los suyos y contribuir poderosamente á su victoria. Habia recibido la noticia de la sublevacion que se preparaba en Bretaña, y convenció al ejército Vandeano pasara el Lorena. Este proyecto que se creyó funesto, pero que parecia justificado por todos los hechos tuvo en un principio muchos adversarios; se retardó su ejecucion, lo que le hizo mas dificil, por último se decidió y se aseguró el paso del Lorena. Pero los republicanos habian tenido tiempo de ir: atacaron delante de Chollet el 17 de octubre de 1795. En este combate terrible una bala hirió á Bonchamp en el pecho, de cuya herida murió veinticuatro horas despues. Habiendo sabido en medio de su agonia, que se iba á asesinar á los prisioneros republicanos se incorporó en su cama ensangrentada gritando ¡perdon para los republicanos. Bonchamp lo quiere, Bonchamp lo manda! Esta intervencion les salvó.

Tal es el momento elegido por el escultor David para hacer la estátua que descuella en la tumba de Bonchamp en la iglesia de san Florencio, cuyo bosquejo representa nuestro grabado.

A Luisa, Blanca y Leonor.

Capullos hoy levísimos,
presto, fragantes flores,
del Dios de los amores
alto y precioso don;
Rubísimos arcángeles
á embellecer nacidos,
del llanto y los gemidos
la tétrica region.

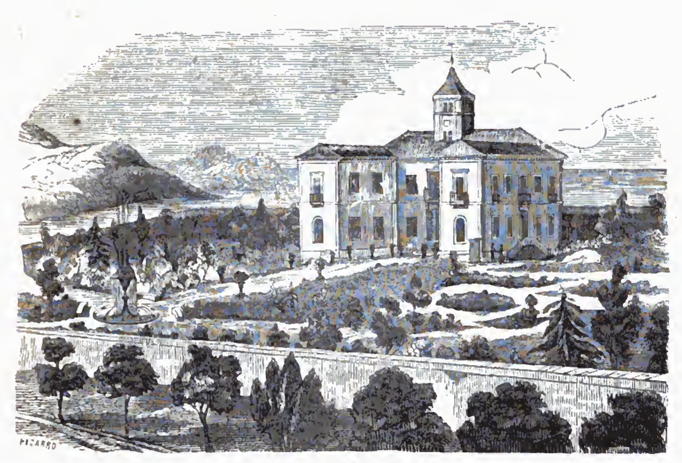
Rayos de luz mas plácidos
que el surco diamantino
que traza en su camino
la luna virginal,
cuando en las altas bóvedas
del estrellado cielo,
de luz inunda el suelo,
de júbilo al mortal.

Son vuestras voces límpidas
mas puras y suaves,
que el canto de las aves
al asomar del sol,
y á vuestros rostros cándidos
la mano creadora
dió de la limpia aurora
el nacar y arrebol.

¡Pueda en las tristes márgenes
de esta region sombria
de sustos y agonia
no heriros el dolor;
y guardas fieles, únanse,
á ornar vuestra existencia,
la paz de la inocencia,
la dicha del amor!

AKSTIN ELPIDOS.

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



VISTA DE LA CASA DEL SEÑOR MADOZ EN ZARAUZ.

Como complemento del artículo *Zarauz* publicado en el número 4 del presente año, damos la vista de la casa de recreo que el Sr. D. Pascual Madoz posee en la indicada villa, y de la que se hizo mencion en el artículo á que correspondia esta lámina, y al que por no haber llegado á tiempo el dibujo no pudo acompañar. Hace notable muy particularmente la costosa casa cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, la circunstancia de que en ella ha sido redactado en gran parte el célebre *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, que nuestra pátria debe al indisputable talento y carácter infatigable del Sr. Madoz.

Aprovechamos esta oportunidad para publicar la bella traduccion que Madama Fereal ha hecho de una octava escrita por la señorita Carolina Coronado en la corona poética dedicada á la anjelical y malograda hija del Sr. Madoz.

Hé aquí el original y la traduccion:

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente;
No ha sido para tí poca fortuna
Despertar en la gloria, de repente;
¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente,
Y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
La del mar es mejor—no amarga tanto!

CAROLINA CORONADO.

Prenant pour ton berceau la profonde lagune
Dans son sein orageux calme, tu t'endormis:
Et sans avoir souffert, pour toi quelle fortune!
Tu t'éveillas auprès des anges tes amis.
Douce enfant! l'existence où l'on voit plus de charmes
A des courants trompeurs est livrée en naissant;
Et si l'on doit, hélas! s'abymer dans les larmes,
Mieux vaut la mer—plus doux sera son flot puissant!

V. DE FEREAL.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTÍCULO 1.°

«Donde ha habido tanta *bravosidad de armas*, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos.»

Habia corrido la mayor parte de 1611, cuando estampaba estas palabras el autor de los *Comentarios Reales del Perú*, al enumerar lo mucho que tenian que decir los que escribiesen los sucesos del reino de Chile; teatro de porfiada lucha entre españoles y araucanos.

Ignoraba el buen Yuca que entre los orígenes del Bio-Bio, entre las murallas mal seguras de un fuerte avanzado en el desierto, habia nacido uno de los historiadores de su patria. Y no solo habia nacido, sino que corria ya desde seis años atrás la segunda edicion de su obra. A quien aludimos es al licenciado D. Pedro de Oña; la obra, el poema *Arauco Domado*, escrito en diez y nueve cantos y dirigido á D. Hurtado de Mendoza.

Pedro de Oña nació en la ciudad de los *Confines*, última de las siete que fundó Valdivia en el territorio Araucano, á la márgen oriental del Bio-Bio veinte leguas de Concepcion. Conservó su nombre aquella ciudad, á pesar de que al cambiar de situacion mediante el gobierno de D. Garcia (1506) debia denominarse ciudad de los Infantes por órden de aquel gobernador. Pedro de Oña, devotísimo de la casa de Mendoza, y orgulloso de su mision, se llama, al frente de su poema, *natural de los Infantes de Engol en Chile*, desvaneciendo así toda duda acerca de su origen. Fué su padre el capitan Gregorio de Oña, el cual murió peleando en la guerra de Chile en las filas del ejército de D. García de Mendoza. No puede leerse sin emocion la estrofa que el hijo le consagra en el novenocanto, al fólio 153 vuelto, de la edicion de 1605.

Y tú, mi padre caro, mas perdona,
que no he de dar motivo con loarte
á que diciendo alguno que soy parte,
ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregona
la voz universal en toda parte,
y perderás por ser mi padre amado,
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Se ha conservado la ortografía de la citada edicion. El apellido de Oña no es oscuro en América, particularmente en los primeros tiempos de la dominacion española. Un Oña del mismo nombre del poeta fué Maestre de Campo de D. Diego de Almagro, durante las guerras civiles; y el primer Provincial de la órden religiosa de S. Francisco en aquel mismo reino, fué Fray Luis de Oña por los años de 1553. En el antiguo Reino de Quito existió tambien una villa de Oña en la latitud de 3° 21', no sabemos si denominaba así en recuerdo de su fundador ó de los lugares de España que tengan igual nombre.

Segun el testimonio del abate D. Juan Antonio Molina, fué siempre muy estimada en Chile la ciencia de las leyes; y muchos jóvenes

chilenos pasaban á instruirse al Perú, donde aquella facultad se enseñaba con particular aplauso. De este número debió ser el licenciado Pedro de Oña, pues al frente de su poema se da el título de *colegial del Real colegio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima*. No sabemos de que edad era cuando pasó al Perú; pero se infiere que no debia ser muy niño entonces, puesto que habia podido adquirir de los propios indios el conocimiento de sus costumbres, de sus prácticas religiosas y de su idioma:

Hélo sabido yo de muchos de ellos,
por ser en su pais mi patria amada,
y conocer su *frasis*, lengua y modo,
que para darme crédito es el todo.

La primera produccion literaria que salió de su pluma fué el *Arauco Domado*, impresa por la primera vez en la ciudad de los Reyes el año de 1596. Trece años despues publicó en la misma ciudad otro poema en un solo canto en octavas con el título: *Temblor de Lima en el año 1609*. A mas de estos escritos conocemos del mismo autor una *cancion real*, impresa al frente de un libro consagrado á los méritos y milagros de S. Francisco Solano: en esta cancion se recojen *las excelencias del santo derramadas por aquel docto libro* haciendo el autor que las refiera el rio de Lima al Tiber de Roma. Un soneto de Oña á la Universidad de S. Marcos de Lima se halla á la cabeza de la primera publicacion de *las Instituciones y ordenanzas* de aquel cuerpo, año de 1602.

En la silva segunda de *Laurel de Apolo*, Lope de Vega atribuye á Oña un

«Poema heróico, armonioso, suave
del Patriarca Ignacio de Loyola,»

el cual le hallamos incluido en el catálogo de poemas épicos que trae el Sr. Gil y Zárate en su *Manual de Literatura*: bajo el título de Ignacio de Cantábria.

En el canto segundo del *Arauco domado*, en una de las veces en que se dirije el autor al gobernador Mendoza, le promete vestir *en traje pastoril* sus venturosos lances en la Córte; palabras con que promete, sin duda, otra obra poética sobre las aventuras de su héroe en la ciudad, ensayando en ella otro género de estilo y de composicion. De los escritores que se hallan en las circunstancias de Oña por el lugar y época del nacimiento, son poquísimas las noticias que se tienen; esas mismas se hallan diseminadas en libros escasos, oscuros, y faltos absolutamente de método.

La accion del poema *Arauco Domado* empieza por la pintura del Estado de Chile:

Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo,
para con el rigor de sus espadas;
y cuando sobre picas levantadas
(ó lúgubre espectáculo y señuelo)
andaban las católicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas
De blancos luceros blanca parecia
la verde superficie de la tierra,
y á las corrientes claras de la sierra
la derramada sangre enrojecia...
. . . .
A tierra Tucapel y Rengo espanta
Brama Lincoya, y múestrase valiente,
por ver su fuerza idólatra erecida
y la del fiel ejército perdida.

Diez y siete cantos se consagran á la relacion de los hechos que empiezan en 1557 con el desembarco de las tropas de Mendoza y termina con la batalla naval que D. Beltran de Castro dió el pirata inglés Havokins. Promete Oña al terminar su poema una segunda parte escrita

«Con pié mas lento y mano mas fecunda»

pero nunca la publicó estando al testimonio de las *Bibliotecas* mas acreditadas.

El *Arauco Domado* como los otros poemas sobre la misma materia pierden de su mérito por el paralelo que han de sostener con la Araucana. Infinita es la distancia entre este y aquel, mas no por eso merecen el olvido las sencillas estancias de Oña. Su libro es precioso, no solo por lo raro que se ha hecho en el mundo, sino porque es una de las fuentes á que se ocurre á beber la verdad cuando se ha de escribir sobre ciertos periodos de la primitiva historia de Chile. Para este rico y ya ilustrado pais milita tambien una razon especial de aprecio hácia Oña, pues de él puede decirse como de Ercilla:

Que en el heróico veno fué el primero
que honró á su pátria...

Nosotros nó elojiaremos este poema ni haremos crítica de sus imperfecciones. En cuanto á su estructura seria injusto exigirle la armazon épica cuando su autor, como dice Quintana con propósito análogo al nuestro, no se propuso hacer una epopeya sino *una narracion verídica de los acontecimientos acaecidos durante el gobierno de Mendoza algun tanto amenizada con los alhagos de la versificacion y del estilo y con algunos episodios*. El autor mismo lo espresa en varios de sus primeros cantos, particularmente en el 4.°

No es fábula ni poética figura
ficcion artificiosa ni ornamento,
sino verdad patente, lo que cuento,
que es de la que se precia mi escritura...

Nos limitaremos por lo tanto á dar algunas muestras del estilo y del mérito de este poema copiando uno que otro pasage, uno que otro pensamiento para no ser prolijos. Si puede servir de escusa á las faltas de un escritor la precipitacion con que trabaja, debemos advertir que Oña producia con rapidez, y aguijoneado por sus amigos.

Cuando á mas de mediado el canto octavo ha escrito ya mas de *seis mil* versos, entonces dice parodiando uno de los mas conocidos aforismos médicos:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
cortísimo el caudal de parte mia,
y danme tanta prisa cada dia,
que no me dejan ir como se debe.

No tenia nuestro poeta por rémora de su impaciencia el precepto de trabajar con reposo, á pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podria oir las voces del mundo cuando Boileau publicaba su Arte poética.

El poema de Oña salió en la segunda edicion de la imprenta de Juan de la Cuesta bajo el patrocinio de los elogios y aprobaciones laudatorias que encabezan todo libro de aquellos tiempos. El licenciado Juan de Villela, alcalde de córte de la Real Audiencia de los reyes, dice que en este libro: «demás del nuevo modo en la correspondencia de las rimas, descubre su autor muchas lumbres de natural poesia, tanto mas dignas de estimacion en un hijo de estos reinos, cuanto por la poca antigüedad de la nacion española en ellos, tienen menos de cultura y arte.» El nuevo modo de la correspondencia de las rimas debió ser cosa que llamára entonces la atencion, pues el mismo Figueroa alude á ello en aquel verso:

«Nuevo son, nuevo canto, nuevo Homero.»

El P. Esteban de Avila de la Compañia de Jesus, dice en su aprobacion que el libro que se intitula *Arauco domado* es libro que tiene muchas y grandes sentencias, muy importantes para la vida humana: y es muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros á emprender hechos señalados y heróicos... Todo lo cual arguye el grande ingenio de que Dios dotó al autor.»

Enfadoso por demas seria imponernos la tarea de citar los nombres de cuantos aventajados varones han tributado elogios á este poema. De los ejemplares de la primera edicion hecha en Lima en 1596 por Antonio Ricardo de Tunez primer impresor del Perú, sesenta y un años despues de fundada aquella ciudad, puede asegurarse que será muy raro el que se encuentre en el mundo, tal vez sea el único el que parece poseer en su biblioteca el Sr. Terneaut.

Esta escasez de una obra necesaria para el complemento de cualquiera coleccion de historiadores de América, y que es á mas una curiosidad literaria, hace que sea hoy escesivo el precio de los escasos ejemplares que circulan entre poquísimos estudiosos y aficionados á libros no comunes.

D. Vicente Salvá en su catálogo de Paris, al anunciar en venta un ejemplar de la edicion madrileña, le fija el precio de ciento veinte rs., dando por razon que *ha llegado á ser imposible hallar este poema á no ser en un número reducido de bibliotecas*.

En el artículo siguiente trataremos de mostrar como hemos ofrecido algunas de sus muchas bellezas.

ADELANTE.

(Artículo inédito.)

¿Cómo te tengo de escribir, querido Silva, si de un mes á esta parte parece mi existencia un gobierno naciente? No hay en ella cosa con cosa; ni me sucede lance bueno, ni pasa dia por mí que no me

traiga alguna nueva calamidad; y no quiero hablar de las públicas, que esas las pasamos todos. Asi es que me doy á todos los carlistas: tal es el humor que tengo; pero..... adelante.

En primer lugar, aquí dieron en decir si teniamos ó no un ministerio progresivo, y hemos estado á dos dedos de quedarnos sin él, que hubiera sido pérdida. Adelante. Yo no sé si es que se les hubo de figurar que habiamos hecho demasiado en el poco tiempo que llevamos de libertad: acaso seria eso; porque al fin, parece que no, pero hemos echado abajo el voto de Santiago, y no es poco hacer en un año; y la prueba es que en diez años antes no se habia hecho otro tanto: pero adelante; el resultado fue que se levantó una nube, que hubo listas de ministros nuevos que era lo que habia que leer, y aun yo te dijera sus nombres, no mas que por distraerte: pero adelante. ¿Qué tal andaria ello, que todos los que éramos antes de la oposicion nos hicimos en momentos ministeriales, pero tan de corazon, que yo, sin ir mas lejos, escribí un artículo titulado *Atrás*, el cual no se llegó nunca á imprimir, por cuatro etiquetas que ocurrieron entre la persona del censor y la mia; pero adelante: al fin no fue cosa de cuidado, y quien perdió en la refriega fue el artículo, que no vió la luz; no vayas á entender que se prohibió; nada de eso; ni yo lo dijera si hubiera sido asi, ni me lo dejáran decir tampoco; sino que lo del ministerio no cuajó, y yo por no indisponerme con los de las listas dije: ya no viene á cuento nada de lo de *atrás*; paciencia por consiguiente y *adelante*.

Luego le he tomado un miedo, no precisamente á escribir artículos, sino á que los lean mis amigos, un miedo tal, que no fuera fácil esplicártelo: ni hay motivo para otra cosa: dias pasados se me pasó por la cabeza endilgar uno sobre unos billetes de máscaras embargados, ó no embargados: billetes fueron que hubieron de costarme caros, y eso que ya lo estan ellos, porque estan á 25 rs.; pues aun mas caros: hubo tambien etiquetas; ya sabes que *estos cumplimientos d'os castellanos me reventan*. Hubo lo de averiguar quién era *Fígaro*, que como nadie lo sabia, fue preciso decirlo yo mismo: lo dije pues, y lo firmé, que fue mas: debió haber ruido; pero no lo hubo, y yo dije: *adelante*.

Ahora estamos con los presupuestos: el primer dia todo era sacar de una parte y sacar de otra; y como el de Casa Real fue el primero, y pilló á la gente caliente y con ganas de ahorrar, sucedió lo contrario de lo que dice el refran, es á saber, que aquí fue el primer mono el que se ahogó: pero luego ha sucedido como con todas las cosas; conque *adelante*. Se estan haciendo unas economías, que no hay para qué elogiarlas; y esto va tan de prisa, que bien se puede decir que ya el presupuesto va de capa caida.

Toda via no ha salido la ley de ayuntamientos; pero como los que hay son á pedir de boca, adelante.

Este mes hemos estado felices en Navarra; y en cuanto se acabe la guerra, ya no habrá pretendiente. Siempre deberemos estar muy agradecidos á la cuádruple alianza. Por cierto que ya no se habla de ella. Pero asi como asi, no hace falta: conque adelante.

Ahora andan en dudas en el Estamento sobre si son buenos los jueces, ó no. Es el caso, que segun dicen, los hay todavia de los que sentenciaron en los pasados diez años que siguen sentenciando. Adelante.

En los periódicos verás un comunicado de uno de mis amigos: la cosa no es importante: parece que tenia un asuntillo pendiente, en el cual debia de llevar razon, segun lo mal que le ha salido: fue á verse con uno de los primeros empleados del ramo, y le contestó que no habia mas que un ligero inconveniente, á saber, que no estaba *purificado*. Esto fue el dia 3 de este enero de 1835. A propósito de fechas, la amnistía se publicó en 15 de octubre de 1833. Luego ha habido tambien un decreto de 31 de diciembre de 1834 sobre rehabilitacion de empleados. Adelante.

De todos modos parece decidido que á pesar del ministerio tory, nosotros no iremos atrás: no sé si porque no fuera fácil, ó porque se trata de ir *adelante*.

Como quiera que sea, te avisaré, y suceda lo que suceda, ya que no se puede decir atrás, adelante

Tu amigo, FIGARO.

El Templo de San Miguel de Media-Villa. (1)

Medina de Rioseco.

Cuando el torrente devastador desprendido de las heladas grutas del Norte se lanzó sobre la Europa meridional y occidental en armadas y turbulentas hordas; cuando los agrestes idólatras de Odino se arrojaron, bajo la victoriosa mano de Alarico, sobre la ciudad de los Césares, y los corceles del Rin hicieron vibrar con su belicoso relincho las bóvedas del Capitolio; cuando el mundo entonces civilizado quedaba cual un cadáver envuelto en un sudario inmenso de tinieblas y desolacion, el genio de las artes, asustado al intenso aspecto de los atroces huéspedes, tendió sus alas, abandonó el cielo de la Italia, y se llevó á las encantadoras márgenes del Bósforo la antorcha de su inmortalidad. Constantinopla arrebata á Roma el cetro de la gloria, como Roma se le habia arrebatado á Grecia. ¡En todas partes la ley de la expiacion! Bien que, andando el tiempo, sobrevino un dia en que aquella opulenta hija de Constantino hubo de volver los atribulados ojos á la adoptiva de San Pedro, y demandarla un asilo para sus sábios y sus escuelas, para sus ciencias y tradiciones, contra el incendiario furor de los estúpidos soldados de Mahomet. Y asi, por esta sucesion providencial de contrastes, se salvó el tesoro de la civilizacion antigua en beneficio de la humanidad. ¡Maravilloso espectáculo para el entusiasmo del poeta; magnífico estudio para la razon del filósofo; alto é inefable misterio para la fé en el porvenir de los pueblos!...

Desde aquella solemne época data una nueva vida para la familia europea. Ella fué la terrible inauguracion de la moderna historia, asi como el prólogo del inmenso drama de nuestros diez y nueve siglos lo fuera del cristianismo, que acabó con la sociedad de Homero y de Virgilio. La peripecia fué muy profunda y vehemente; el cuerpo social se resintió del sacudimiento en sus mas íntimas fibras, y la fisonomía de sus elementos orgánicos se presentó modificada por el terror de aquella impresion general.

Tan radical vicisitud del mundo, acabando con los vestigios del imperio latino, consumó una revolucion absoluta en todas y cada una de las necesidades del órden social. Nacieron los estados, se formaron los idiomas, hablaron los pueblos. Y cada miembro del coloso secular, dividido por la espada hereditaria de Bresso, se convirtió en un cuerpo perfecto, vital y fuerte, que, cerrando los ojos á lo pasado, marchó de frente hácia el porvenir.

Como el cristianismo fué el único principio que subsistió en pié durante aquella pavorosa y violenta crisis; como fué el arca santa donde se custodió el fuego civilizador, se sobrepuso á toda otra influencia social, y determinó cardinalmente su predominio en la nueva organizacion del mundo. Al efecto se asimiló todos los medios de accion, estendió á los pueblos la subordinacion gerárquica de la Iglesia, y quiso dar á las instituciones humanas el carácter de perpetuidad, vigor é inamovilidad, signos esenciales de la entidad teocrática. Por eso el imperio de Carlo Magno es una teocrácia civil, y el emperador un pontífice dinástico. Porque aquel imperio era el centro vital del apostolado, y un cuerpo, en suma, cuyo físico era la civilizacion, y cuyo espíritu era el catolicismo.

La Iglesia, pues, se hizo sentir en todo y sobre todo, como principio cardinal, elemento omnímodo, y único regulador; donde quiera influia su genio poderoso; nada quedó en donde no imprimiera su sello de formalidad y duracion. Este universal efecto se notó mas inmediato y visible sobre las formas objetivas de los sentidos físicos, en la parte traducida y materializada de la idea, en las artes, en fin. Nada mas natural. En la filosofía, en la literatura, en los demas ramos especulativos, que solo estan sujetos á la crítica intelectual, y no de la universalidad de las gentes, el efecto no podia significarse ni popularizarse tan pronto. Necesitaba la concurrencia del tiempo y la sucesion gradual de las cosas. Pero en las artes, donde cada pensamiento, cada innovacion se traduce al punto en granito y pizarra, y se presenta á la espectacion de todos, sábios é ignorantes, tenia que darse á conocer inmediatamente, y aparecer la transicion en evidente y significativo espectáculo.

Constantinopla, pues, la primitiva Bizancio, que mal envuelta en la púrpura griega guiaba azarosamente la fortuna del bajo imperio, se hizo el tipo del gusto; y desde allí salia para los paises cristianos la fórmula artística, que todos aceptaban cual espresion inteligente de la época. Pudiera comparársela á un oráculo omnipotente dictando sus mitos á las naciones, que agrupadas en derredor eran otros tantos tipógrafos, que les consignaban para la posteridad en el álbum gigantesco de templos y fortalezas, que cubrió la superficie de Europa, y donde legaron á las gentes el misterio sacerdotal de aquellos tiempos formidables.

No hay mas que poner los ojos en cualquier monumento de tan remota era, para comprender así la verdad histórica. El semicírculo griego, el arco típico de las antiguas escuelas heleno-romanas, único vestigio salvado de aquella inmensa vicisitud, aparece en las portadas y en los peristilos. Pero ya no es el medio punto ligero, rico y magestuoso, montado sobre elegantes pilastras, que decoraba el pórtico y el coliseo. No, en verdad. El arco del arte *bizantino* es pesado, tosco y glacial, y parece que le cuesta trabajo sostenerse en el aire, arrastrado á tierra por su propia pesadez. Así lo debieron comprender los

(1) El sobrenombre de este templo proviene de estar edificado en lo que antiguamente era el centro de la localidad.



(Templo de S. Miguel de Media-Villa en Medina de Rioseco.)

arquitectos de la época, cuando le calzaron con pilares cortos, fornidos y apiñados, que le reciben en capiteles enormes, correspondidos por un basamento de vigorosa mole. Ademas esta combinacion se halla acorde en su traza con aquella inteligencia. En ella nada hay que recuerde el refinamiento ático, ni la delicadeza quirinal. Todo al contrario. El pensamiento, lo mismo que la forma, la idea y la espresion, la esencia y la presencia marcan bien la transformacion y la índole del nuevo tiempo. Asi es que la mano de obra solamente ostenta rudeza, sencillez pautada, sombría y despótica inflexibilidad. Y en la composicion, que es la mente del artista, el misterio de la época, nada se vé sino monstruos fantásticos, visiones descomunales, fieras, plantas y seres que parece han salido de un cerebro febril, y que son el sarcasmo agreste de las volutas tiernas y de los transparentes acantos de la gloria clásica.

No son ciertamente muy comunes en España los monumentos de aquel periodo artístico, por la ocupacion sarracena: pero entre los varios en que hemos podido estudiar aquella tétrica arquitectura, tan emblemática y sacerdotal, hemos deducido que la transformacion de la forma de *greco-romana en bizantina* envuelve un gran pensamiento, trazado acaso misteriosamente en esos capiteles simbólicos, que ahora nos contentamos con interpretar á la luz de la historia, y á las aspiraciones mas ó menos felices de la crítica, arrebatada algunas veces al contacto abrasador de la fantasía.

El templo de San Miguel Arcanjel, que damos en el dibujo, fué uno de los monumentos alzados en el periodo Bizantino, y de los pocos que han sobrevivido á la saña del tiempo y á la ignorancia y avaricia de los hombres. No son por cierto la magnificencia material, ni la belleza artística su patente de mérito. Lo son, en contrario, su rudeza primitiva, su masa tostada por el sol de los siglos, y carcomida por el peso de los tiempos, su adusto talante, en fin, que atestiguan su fecha. Porque su fecha es su celebridad.

No existe memoria de su fundacion ni aun tradicionalmente. Pero conjeturando por los acontecimientos y datos históricos del arte, su orígen debe remontarse cuando menos al siglo XI. Y nuestra opinion personal es que fué obra del IX en los primeros tiempos de la reconquista.

Esplicaremos la razon. Del periodo de la monarquía goda no debe ser, porque no existen sino muy contados monumentos de aquella época. Derrocada la sucesion de Ataulfo, en 714, y habiendo sido reconquistada *la tierra de campos* en el reinado de D. Alfonso el Católico de Leon, esta villa entonces fué erigida en punto principal de la línea de defensa, y considerada en mucho por su importancia. Ahora bien: hecha la restauracion, nada mas natural que erigir su poblacion tan estimada un templo cristiano para el servicio de su vecindario y para el culto reconquistado de la militante cruz. Esta obra necesaria, obligada, hubo de ser indudablemente San Miguel. Y tanto mas de creer, puesto que no hay monumento de mayor antigüedad, ni memoria de que haya existido. Este juicio se afirma mas con la circunstancia de haber sido San Miguel iglesia parroquial de muy antiguo, servida por monges, antes de la ereccion de las parroquias hoy existentes, de las cuales la mas vieja es del siglo IV. Hasta este tiempo, pues, desde el principio de la guerra con los Mahometanos, San Miguel fué el único templo parroquial de la villa. Pues con la turbacion del tiempo y los apuros de los vasallos, mal pudo pensar en la construccion de otras, máxime no habiendo tenido grande incremento su vecindario.

Cualquiera que pueda ser la diferencia, ello es que San Miguel, templo *bizantino*, constituye una antigüedad importante, un monumento arqueológico digno de consideracion. Poco nos detendremos en su descripcion material, asi porque no ofrece grandezas artísticas, cuanto porque con una ojeada sobre la vista adjunta tendrá el curioso las noticias que puede apetecer. De modo que solamente por esplanacion diremos algunas palabras sobre el particular.

La planta del edificio es un rectángulo imperfecto, que termina en una curva semiesférica por la parte superior, con pequeñas, aunque no mal entendidas proporciones. El templo interiormente carece de todo adorno; es sencillo hasta la pobreza, y su aspecto rudo y nebuloso refleja bien el espíritu de su época, y lleva la imaginacion á lejanas aventuras. Unos agrestes pilares encajonados en los muros sostienen la informe cornisa, de donde arranca el modesto artesonado de madera en su color, que cubre la nave.—En lo esterior, ya lo veis. Toscas pilastras, columnas de bastarda proporcion, recios y prominentes modillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos, y símbolos y geroglíficos de fabulosa inteligencia; mezquinas y no simétricas ventanas mas propias de una fortaleza que del templo de Cristo, y en cuyo corte no se vislumbra siquiera la innovacion germánica; una torre sin arte, ni osadía; y por fin una portada constituida por el arco hemiciclo, disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, y cargado sobre dos órdenes de pilares característicos, estendiéndose sobre ella un humilde pórtico de vulgar y antiquísima traza. Añadid á esto otra portada semejante, pero inutilizada, en el muro inferior, y tendreis todos los detalles que componen el *bizantino* monumento.

Pero no. Os falta ver ese color amarillento é indefinible, que imprime el aliento de los siglos; el aspecto solemne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad, el vapor de misterio é idealidad, el prestigio vago y romancesco que circunda á esos vestigios de lo pasado, á esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, á esas páginas simbólicas que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto veis con los ojos del alma, con el lente de la inspiracion, y no podeis comprender, ni hallar, ni ver lo que dice y significa ese testigo centenario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh!.. venid! venid los que anhelais saber en los misterios del entusiasmo

cuánta poesia encierran esos caducos sillares, contemplados en la penumbra del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo ceniciento de sus grietas, y flota su mole denegrida cual inmenso fantasma entre las nieblas de la noche, y la perezosa campana exhala un gemido melancólico y fugitivo, que se evapora á los cielos como las postreras esperanzas de nuestro fatigado corazon!

V. García ESCOBAR.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

> Y solo el hombre pervierte
> sus justas obligaciones
> si no vence sus pasiones
> como valeroso y fuerte.
> (Juan Iturro *á su hijo.*)

Quien por los años de 183 *** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta, que parece haber salido en una pieza, fuerte, bella y armada de una cantera, como minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta de la mar, hubiera podido notar dos mendigos que arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, mas con su triste aspecto, que no por descompasadas voces.—Era el uno un soldado, segun lo demostraba los restos de una casaca militar que llevaba, al que faltaban ambas piernas, y que sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con correas, se movía merced á sus manos, que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer jóven, pero avejentada y conservando á pesar de su destruccion un noble tipo de belleza, se cubria parte de su rostro con un pañolon desteñido por el sol, que llevaba sobre la cabeza, meciendo en sus brazos á un niño pálido y enfermizo como su madre, mientras el licenciado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras mas apropiadas á mover á compasion al corazon del hombre, y aquellas bendiciones mas adecuadas á incitarla á merecerlas;—esto es, la hermosa deprecacion: ¡Señor! por la sangre de Nuestro Redentor, y por los pechos que lo criaron, muévase su corazon á piedad hácia estos infelices, sin mas amparo que el del Cielo y el de las buenas almas: así Dios le libre de un malvado, de un testigo falso, y de una mala lengua; y la pobre madre añadia suspirando: ¡y le dé salud para criar sus hijos!!

Algunos ricos pasaban, respondiendo así á este clamor de la miseria:

¡Qué plaga!—¡qué repugnante aspecto en un paseo público!—por qué no habrá aquí como en otras capitales del estrangero asilos para la mendicidad?—¡qué atrasados estamos! ¡Mire V. eso!—un ente así casado y con hijas! ¿Deberia eso permitirse?—¡aquí todo anda como Dios quiere!

Pero otras buenas almas, mugeres, clérigos ó niños, se paraban y daban limosna.

—¡Ahí tiene V. decian los otros, la limosna mal entendida!—el *ochaveo*; ¡el maldito ochaveo que es el que mantiene á esos vagos!—¡á esa lepra!—¿y sabe V. por qué dan esos beatos?—¡para que los vean dar, pura hipocresía!

—Y lo que vos haceis, detestables cancerveros, de vuestro dinero en no dar, ¿cómo se llama? ¿á qué sirven los pobres?—decia un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro que los chistes de un millonario siempre hacen gracia, ¿de qué sirven sino de estorbo? ¡á los pobres matarlos!

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paseo, que poco faltó á que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en sus bocas como los elefantes sus trompas.

Ya la muralla ostentaba tales detestables hombres, que harian bueno el socialismo, si por fortuna no fuesen raros y contados; tambien ostenta otros seres encantadores que á su libre albedrio rien, cantan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Bocecher. Estos seres son los niños que primorosamente vestidos á la inglesa, envian sus madres en compañía de sus amas á esparcirse á la muralla, mientras estas sentadas en el parapeto ó en los escalones quo separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su tremendo ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí como es de pensar gran papel los rosqueteros, los que con sus canastos en las manos pasan como una viva tentacion entre aquellas hordas Lilliputienses. Tenemos por reato del pecado de golosina de nuestra infancia, un feble por los rosqueteros que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que por una inesplicable anomalía suelen tener cara de vinagre; nos parece aun hoy dia que adornan mucho mas graciosamente la muralla que no los soberbios cañones, é infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos; ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz; sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

¡Quiero *uno otro* rosquete!—dijo á su ama una rubita de tres años cuyos rizos volaban al viento por sus hombros debajo de una capotita de raso rosa—¡y yo un merengue!—añadió su hermana decana de la tropa que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No seria mejor, respondió la anciana ama envejecida en la casa, pues habia sido igualmente ama de la madre de las niñas, no seria mejor, pues ya os he comprado esas chucherías, que diéseis ese dinero á aquella pobrecita niña que quizás hoy no habrá comido pan? (el ama unia dos fines, el higiénico y el humano.)—¿Que no habrá comido pan?—dijo asombrada la niña mayor, y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hácia la pordiosera y le dió la moneda.

Y tú, Lolita, ¿no le quieres dar la limosnita á la pobre?

—¡Quiero *uno otro* rosquete!—respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

¿Quiere V. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces?—si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros?—¡caramba con Vd.! que desnuda un santo para vestir á otro!

¡Cicatera, golosa, mal corazon!—decia entre tanto la decana á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo y budin, y postres; anda, dale tu rosquete, corre;—y agarrándola por la mano la llevó de remolque á paso redoblado hácia la pordiosera, la agarró la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevia á coger el rosquete.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo dás? preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños compañero de su inocencia.

—Sí, sí, ¡cógelo, anda!

—La pobrecita lo tomó tímidamente diciendo: Dios te lo pague.

—Toda esta escena habia sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendia bien lo que pasaba y á la que la veloz carrera habia aturrullado; pero apenas vió pasar su querido rosquete á manos estrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un becerro.

¡Qué fea estás, que feísima estás!—le dijo su hermana echando á correr y dejándola plantada en medio de la muralla; entonces subieron los berridos al *fortísimo*, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió y tambien la pobrecita que quiso devolverle el rosquete; afortunadamente el rosquetero que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de flores, acudió atraido por una seña del ama, y la de la capota rosa metiendo su blanca manita en el canasto con el íntimo placer con que un avaro mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó con triunfo y denuedo las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre la propiedad que tenemos tan instintivo é innato, que ha sido preciso toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el *desprendimiento.* Pero la niña que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerse cargo de la necesidad agena, corrió hácia aquella que graduaba usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada una palmada en el brazo con todas las fuerzas de que podia disponer.

¡Ah pícara! esclamó su ama que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro, qué se entiende pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada!

—Pídele perdon ahora mismo, ó si no, se lo digo á mamá, ¡niña mala!—dijo su hermana.

—No quiero, recalcó en voz y en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—Bueno, bueno, pegona, soberbia y arrogante; dijo su hermana.

—Es cierto que si la de la capota rosa hubiese leido Bernardo del Cárpio, hubiese contestado lo que aquel al moro: la arrogancia toda es mia.—Pero á falta de voces espresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

¡Vaya pedir perdon á una mendiga!—dijo remilgadamente una ni-

ña de *medio pelo* que lucia una peineta, un velo que estiraba furiosamente, y un abanico que parecia en sus manos un soplador de cocina.

A todo el que se ofende se pide perdon, contestó el ama, á eso las tiene acostumbradas su madre: si te cuesta pedir perdon á un pobre, pispireta, no lo ofendas; y mis niñas saben que sin perdon está la ofensa siempre como una mancha en la conciencia, y que sin la conciencia limpia nadie puede vivir contento sino que esté dejado de la mano de Dios.

Pero tú, dile á tu madre que en lugar de abanico te compre un librito de doctrina; asi perderás los humos, mi alma, que á todas le estan mal, y á los pobres peor que á los ricos—¿estas?

La niña dió un nuevo estiron á su velo y puso en movimiento acelerado á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdon á la pobrecita, Lolita, mi corazon, prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena muger; si lo haces, te llevo á la alameda, donde verás á tu mamaita.

Lolita volvió su carita que sombreaba su capota rosa hácia la niña mendiga y le dijo: *perdon, poecita.*

Y en seguida como solo el primer paso es el que cuesta, tanto en la senda del bien como en la senda del mal, segun dicen muy bien los franceses, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña con el ademan y la espresion de rostro de Escipion al devolver á Allestires su hermosa novia hecha esclava en Cartagena: verdad es que faltaba al rosquete la mitad y que el ansia de Lolita habia sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor refirió á su madre cuanto habia pasado.—Esta señora verdaderamente ilustrada y que tenia los buenos sentimientos que la verdadera ilustracion ennoblece y refina, tuvo un real pesar por la accion de su niña—y al dia siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la amiga; y por eso hemos referido este incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre victima incalculables resultados; pero no anticipemos sobre lo venidero—preciso es saber quien eran esos mendigos que presentamos en primer término, y esto es lo que vamos á referir si nos quereis prestar atencion.

El dia de san Juan del año 1822—se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento debido á que era *dia de toros en el Puerto.*—Presentaba dicho muelle seguramente una bella animada perspectiva á los ojos; en cambio eran destrozados los oidos por una descomunal y destartalada griteria, con la que abusa el barquero de la bahia de Cádiz espantosamente de sus pulmones y de los timpanos de sus oyentes. Ciertamente se deberia por órden de buen gobierno poner coto á esta licencia de garganta que unida á la de espresiones incomoda, aturde, escandaliza é indigna al público indígeno y asusta al exótico señorito, dijo uno de los patrones que se agitaba y movia sin cesar, y que ya estaba ronco de gritar á un jóven agarrándolo por un brazo: venga su mercé acá, mi amo, que en este mismo instantito doy á la vela y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco—y sin saber ni cómo ni por donde nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó por mejor decir preso, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela este, ni pudo volver á tierra aquel.

Servando Ramos, tal era el nombre de este jóven, hijo de un rico comerciante de Cádiz, habia sido educado en Inglaterra y á su reciente regreso, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia.—Llevaba el elegante vestido de *majo sério* que los jóvenes han adoptado para ir á los toros; consistia en pantalon, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñia su cintura, un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello pasando los picos por una sortija en que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatos de rico ante para asemejar á los de vaca de los *majos crudos*; sobre su cabeza que adornaba una ensortijada cabellera llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha, en una mano una chivata visualmente pintarazada y en la otra (esto es del conjuro) un abanico de caña ó calaña, en que estaban retratados con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tio Nones, el tio Conejo, y el tio Perniles, gitanos que vendian ó habian vendido por las calles estrebes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo interesante tipo se esplota en el teatro con los tios Canillitas y otros héroes de zarzuelas y sainetes, que si bien no serán tipos romanescos ni ascéticos, son indisputablemente cómicos y genuinos.—Aunque por su ausencia de la tierra de *María Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesaria para llevar bien el trage que vestia, las que solo se adquieren en el pais y con la costumbre de llevarlo, sentaba no obstante muy bien á su linda persona, tanto que hubiese querido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con lindos tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraidos en el estrangero, Servando, lejos de mezclarse en la conversacion general que sostenian los demas pasageros, se recostó sobre el codo y se puso á mirar hácia el mar.

Esta tiesura é incomunicacion que en los ingleses generalmente nace de su cortedad de genio y de los hábitos de su pais, son en ellos cosas naturales, y no ofenden: mas los que en nuestro pais imitan esto, sin que los autorice la costumbre, ni disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran *desden*, y que de todos los insultos ninguno es comparable al *desden*, pues que los demas recaen sobre algo y nacen de una causa; pero el desden germina y se eleva solo como la mala yerba.

Servando miraba aquella hermosa vista por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atencion. Hay seres que, á no moverlos una pasion, nada miran con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando estan ellos delante, y que son instrumentos sin melodia, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostentan en su composicion al mar, que es la vista mas admirable y conmoviente despues de la del cielo. Aquel dia ambos rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movia suavemente, brillaba como un flúido brillante; veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera que con las manos llenas de frutas y de legumbres es la primera en dar la bienvenida á los barcos que llegan exhaustos de lejanas tierras. Mientras mas avanzaba el falucho hendiendo las aguas que levantan tan suaves murmullos y melodiosos gorgeos cuando el mar está amable, mas se iba destacando la imponente mole del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas, á sus melonares. El vigoroso coloso se alza aun haciendo frente al envite de las olas, aunque sin vida ni corazon, como un soberbio mausoleo profanado cual él por el tiempo, que es inexorable en su accion destructiva, como su hija la muerte. Entraron en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se prolonga y estira el puerto de Santa Maria. Lo primero que á la vista se les presentaba eran las magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino, y algo mas retirado ese gran circo, esa plaza de toros, ese teatro de contrastes de esa estraña diversion, de ese repulsante regocijo, que no halla disculpa ante el juicio de la razon, ni ante el sentir del corazon, sino en la embriaguez que produce y que trastorna al hombre que ambas cosas posee, razon y corazon, como lo hace la embriaguez del vino.

Servando, con su propension inglesa al aislamiento, habia venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios aquella afamada romeria, como lo hacian los demas jóvenes que reunidos hacian el viage, comian y paseaban. Asi fue que anduvo las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes dias, como un *pájaro bobo*, segun la espresion del pais.

Llegada la hora de los toros, siguió el tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hácia la plaza, en la que entró y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fue muy pequeño á Inglaterra, nunca habia visto los toros, y tenia inculcadas las ideas que se dan en paises estrangeros sobre la inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, pues no hay sana razon que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para padecer y ser victimas del hombre.—Sabia que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de hombres de tanto valer, puesto que entre estos es el ser diputado una honra apetecida, en esa asamblea que por su antigüedad y por los hombres que la componen es el modelo de asambleas legislativas, no se habian desdeñado de discutir esta materia, y que de ella habian salido benéficas leyes que ponian cuota al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que cual ellos padecen el dolor físico, sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo!!—¡Qué es, por Dios, toda la cultura del entendimiento, sin la cultura del corazon?!—Un sol sin calor, una flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas ni sonrisas.—Asi fue, que aunque Servando no era por cierto una persona de sentimientos tiernos y delicados, ni mucho menos tenia uno de esos corazones fervientes de caridad, consagrados al consuelo, como las hermanas de la Caridad á la asistencia de los enfermos, y que cual las ovejas al pasar entre abrojos son heridas por ellos y en cada uno dejan un copo de su suave vellon, aunque no tenia sino las mas sencillas y cuotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer pobre caballo, que dócil al hombre aguardaba de pie firme la espantosa embestida, al ver al toro destrozar sus entrañas, al ver al ginete en peligro de muerte, y al oir que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carniceria.—Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto, palideció y se levantó.—Estais malo? preguntó uno de sus vecinos. Servando contestó afirmativamente y se salió.

(Continuará.)

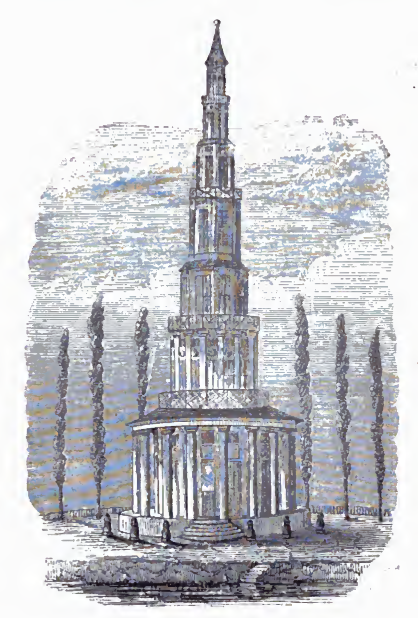
GRANDEZAS DEL POETA.

Si por estadales
mis estados mides,
verás faltan once
para sumar quince.
Y en tan vasto imperio
deja que te esplique
las mil maravillas
que dentro residen.
Enverjan curiosas
los largos confines
revueltas las cañas
con arte indecible;
y en vanos jaqueles
con primor permiten
que allí entren los ojos
retocen y fijen.
Palacios de Armida,
pagodas, jardines,
grutas, selvas, montes
cascadas á miles.
De aquel y este lado
muro y tronco admiten
que el jazmin sus lazos
y yedra ensortijen.
Enormes jigantes
(madreselva y vides)
á flor y racimos
te asaltan y embisten.
Por luengos festones
la luz se sonrie
pintando de rojo
celindas y lises;
y esmeralda y nieve
parece compiten
en verdes colgantes
con blancos jazmines.
Los cuatro arriates
en sesgo dividen
el césped del suelo
el box de los lindes;
y en sendos andenes
en primor desdicen
con varios colores
cien tiestos menines
de aquel albahaca
alcino, alelíes,
con geranio y rosas
perfumes despiden.
Del otro los tallos
con flores se visten,
capullos estallan,
dibujan mil tildes.
Brotan por cien caños
las aguas sutiles;
(un azumbre al dia
lo menos me miden.)
Y de barro cocho
te dejo que admires
el tazon sediento
que de estanque sirve.
Y una abispa á noria
uncida, ó trapiche,
(porque nada falte
al cuadro sublime)
saca en arcaduces
del dedal algibe
diez gotas de agua
en cuarenta abriles.
Y en saetillo, el cauce
con fuerza invencible
sacude el molino
diminuto chiste,
repica las aspas,
crugen los astiles,
y en tiple cecea
con cis y bisbises.
Luego sale el rio
¡qué Eufrates ni Tigris!
(culebra de plata
tres varas describe.)
No guijas y arenas
moja, arrastra y ciñe;
zafiros lo menos,
topacios beriles.
Dos peces pigmeos
átomos carmines
entre rúbias conchas,
verás si eres lince.
Por ánades y ocas
cien duendes reptiles
corren sobre el agua
á enjutos patines,
arman sus cuadrillas,
se dan sus envites,
y corren parejas
con la lanza en ristre.
Doblan las hileras,
truecan sus desfiles,
llevan mostachos,
calzas, borceguíes.
Surtidores de heno
las aguas comprimen
y salen tan altas
que no se distinguen.
Hilan tan menudo,
que aunque te lloviznen
podrás harinarte,
cuando no freirte.
Del claro remanso
(lenteja en eclipse)
beben las abejas
con sorbos melindres,
y tres mariposas
la corriente siguen
alzando las alas
con pompa felices;
son tres lindas naos,
tres ricos esquifes
con mástiles de oro
velas de ormesíes.
Mas múdase el cuadro,
que allá entre unas mimbres
se ven otros mares
de atroz superficie.
Temerosos lagos
que en oscuras sirtes
surcan espantosos
cetáceos horribles.
Allí un guzarapo
con traza de esfinge
trechas da en el agua,
delfin loco y libre,
y allá dos babijas
ébano y rubíes
son sierpes dragones
ballenas terribles.
Tambien atalayas
costa y playa rigen,
tánganas que humean
por boca y narices:
Sus humos gigantes
que al viento se rinden,
y al fin se disipan
porque el sol mas brille.
Sus luces de noche
(y Dios te ilumine)
luciérnagas chispas,
luceros anises.
Acá dos gayombas
de jaldes matices
toronjas meciendo,
por altas se engrien.
Y al pie teje el trebol
sus verdes tapices,
tálamo que ansiáran
Medoros Floripes.
En un tarro mocho
almenado á pique
de naipes se alzan
dos torres gentiles.
Con ancho homenaje
moriscos fortines
y sus aspilleras
de varios calibres;
son sendos tarugos
como de alfeñique
que apuntan cañones
sacres, serpentines.
Cumplidos adarbes
de todos perfiles
astil con bandera
con sus colorines.
¡Trasunto de alcázar,
ciudadela insigne
que pasa por ojo
á Ostende y Mastrique!!!
No teatros y circos
faltar imagines,
que no tuvo tantos
Augusto ó Pericles:
que dos saltamontes,
sueltos arlequines,
bailan, saltan, triscan
para divertirme;
Y Juan de las Viñas,
botarga risible,
por obra de un hilo
da sus trampolines.
O Don Pulchinela
con voz *tiqui miquis*
canta á los amantes
Rosita y Cuquiles.
Aliño con mistos
de mis polvorines
fuegos de Bengala,
centellas que vibren,
ruedas, morteretes,
castillos que tiren,
truenos por adarmes,
bombas por tomines.
Un grillo y dos moscas,
diestros ministriles,
principian concierto
con solfa y repique,
y prestan á tales
músicos insignes
facistol las hojas,
los aires atriles;
y seise del aire,
mosquito invisible,
al son trompetea
de sus añafiles,
mientras que salmean
contrabajo y tiple,
cigarra en los ramos,
rana en charco humilde;
paulillas, arañas
hilan sus ardides
(son redes columpios
cárcel de infelices)
y por sus maromas
casi imperceptibles
trepan, suben, bajan,
y hacen volatines.
Atisban y acechan,
torvos alguaciles,
á un mosco y dos moscas
que holgándose rien;
las zarpan al salto
(¡para que te fies!)
y entre las tenazas
crugiéndose gimen.
Porque mi grandeza
muy mas se autorice,
verás los Versalles
y Aranjueces triples.
Papel pico y corto,
y en artes de Circe
se alzan los palacios,
cúpulas, pretiles,
frontis de boato
con mil arriquivís,
molduras de ocre
que al reloj aliñen.
Algun as de oro
de horario fiel sirve
con sus garabatos
de maravedises.
Cascabel que encierra
dos cuescos y riñen,
regula las horas
con sus retintines.
Y vense del monte
al suave declive
los valles de Arcadia,
selvas de Erifile.
Y cien tatarretes,
dedales y diges
forman maceteros,
celages al Iris:
y amaraco, azanda
y dos peregiles
dan huerto mas bello
que el Generalife.
Y aquí entre doseles
verdes camarines
las sienes reclino,
que mas no es posible:
trazo monterías
que el bosque fatiguen:
bichos son lebreles,
cocos jabalíes;
y á impalpables garzas
que el ambiente hinchen
les suelto balconero,
azor y neblíes.
Cometa de carta
pringada con pringue
los pringa, y en vano
quieren desasirse.
Y dejando al mirlo
que en los sauces silbe,
y dando á mi mente
alas serafines,
por rey me contemplo
Sesostris ó Giges,
sultan de sultanes,
sofí de sofíes.
Sueño, fantaseo,
fabrico pensiles,
hablo con las hadas,
huello sus paises;
allano los montes,
seco el mar y el Niger,
y fraguo poemas
que me inmortalicen.
Vieja parla leo
de Alfonsos y Cides,
y los dulces cantos
de españoles cisnes.
Lengua franca aprendo
si el gobierno escribe,
y espero afirmarme
á que alguien replique.
Y cuando resuelvo
al fin fin dormirme,
mudo de bisiesto,
y grullo volvíme.
Me tomo una opiata
de dos folletines,
un sermon de Cortes
y un drama sensible,
y quedo en modorra
tan poste y tan firme,
que ni un terremoto
valdrá á revivirme.

El SOLITARIO.

LA PAGODA DE CHANTELOUP.

Chanteloup, situado á la entrada del bosque de Amboise, á corta distancia de esta ciudad, fué primitivamente un punto de reunion para los cazadores. Nada tenia aun de notable á principios del siglo XVIII. En esta época la princesa de Ursino, deseando asegurar en Francia un lugar de retiro donde pudiera vivir independiente lejos de los disgustos que la amenazaban en la córte de España, encargó de la ejecucion de su proyecto á su administrador Douvigni. Encantado este de la situacion de Chanteloup, compró este terreno bajo su nombre; pero empleó en él tales sumas que descubrieron su secreto. La desgracia y



(Pagoda de Chanteloup.)

los golpes de fortuna que tuvo la princesa trastornaron de repente sus proyectos de establecimiento en Touraine. El mayordomo, hecho despues el verdadero propietario de la habitacion destinada para su señora, la trasmitió en 1753 al marqués de Armautieres-Conflans, su yerno. El duque de Choiseul, ministro de Luis XV y gobernador de Touraine, adquirió esta posesion en 1760, como si hubiera previsto que pronto iba á necesitar para sí un punto en donde poder retirarse. Este nuevo poseedor hizo reconstruir el palacio con una magnificencia admirable, invirtiendo en él gran parte de su fortuna. Como la princesa de Ursino, no tardó en esperimentar por sí mismo la instabilidad de los destinos humanos. Sacrificado á las intrigas del duque de Aiguillon, y de madama Dubarri, el señor de Chanteloup vino forzosamente á habitar su posesion. El destierro del noble ministro dió á esta estancia suntuosa un deslumbrante brillo. Sus partidarios, que eran numerosos, formaron á su alrededor una córte que parecia competir con la de Versalles. Jamás ningun poderoso caido recibió mas consuelos ni mas honores.

Despues de la muerte de Mr. de Choiseul, Chanteloup vino á aumentar las posesiones del opulento duque de Pienthiévre. Como este nuevo dueño fuese enemigo del fausto, y tuviese por otra parte que repartir su atencion entre veinte quintas á cual mas magníficas, la de Chanteloup perdió mucho esplendor. Devastada, aunque no destruida durante las borrascas de la revolucion, llegó á ser propiedad de un amigo de las artes, del senador conde de Chaptal, quien momentáneamente le dió algun brillo. Mas el ilustre químico se vió obligado por reveses de la fortuna, á venderla en 1823 nuevamente, y muy pronto las obras del palacio se convirtieron en un monton de ruinas. Despues de robar los materiales de esta morada suntuosa, se arrastró el arado sobre el terreno... y los demoledores pudieron contar sus beneficios.

La *pagoda* de que damos una vista es todo lo que ha quedado de Chanteloup. Una anécdota poco conocida se une á la construccion de esta bella pirámide. Cuando el duque de Choiseul fué confinado á Chanteloup, compró al marqués de Effiat la hacienda de Ding-Mars, y se la dió al duque de Luines en cambio de la Bourdaisiére. Su único objeto al adquirirla, si se ha de dar crédito á la crónica, era demolerla para privar á Veretz de una agradable perspectiva. Gozó tan maligno placer arrasando la *villa* del duque de Luines, cuyos materiales le sirvieron para la construccion de la pagoda de Chanteloup.

Esta pirámide tiene sesenta varas de elevacion. Luis-Denis Lecamus fué su arquitecto. Principiada el 2 de setiembre de 1775 no se concluyó hasta 3 de abril de 1778. Se sube á su cúspide por una escalera interior. Las galerias colocadas en sus diversos pisos permiten andar alrededor y gozar libremente del magnífico panorama del Loire. Una mesa de mármol que en otro tiempo habia en el primer piso contenia los nombres de todos los grandes personages que visitaron al ex-ministro durante su destierro. La revolucion ha destruido este monumento de la vanidad del constructor; pero la pagoda, que fué uno de los caprichos mas costosos, no ha sido maltratada: últimamente perteneció con el bosque de Amboise al dominio particular de Luis Felipe (1).

(1) El duque de Choiseul poseia el señorío de Amboise al mismo tiempo que el de Chanteloup. Sus herederos vendieron los dos al duque de Pentievre. Habiendo sido confiscados en 1793 los bienes de este príncipe, Chaptal compró solo el de Chanteloup. El palacio con el bosque de Amboise permanecieron en el estado en que en 1815 se entregaron al duque de Orleans por la madre del duque desposeido. Asombra que el mas rico propietario de Francia haya dejado demoler un magnífico monumento contenido en sus dominios y se haya contentado con rescatar el terreno con la pagoda.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Gran Teatro del Liceo en Barcelona.)

BARCELONA.

—

ARTÍCULO I.

Aun despues de haber visto las mas famosas capitales de Europa, se puede encontrar belleza y novedad en la industriosa poblacion Barcelonesa, en la rica ciudad de los Condes, como la llaman sus hijos. Barcelona, con su colosal é inespugnable castillo de Monjuich, con sus góticas y ennegrecidas torres, en que se conservan escritas las mas interesantes historias de sus antiguos dominadores, con sus numerosas fábricas que pregonan el adelanto y civilizacion del pueblo mas laborioso de España, con sus feraces y estensas campiñas, con sus elegantes paseos y magnificos teatros, con su grandeza, en fin, y hermosura, es una de las poblaciones mas dignas de ser examinadas por el ojo curioso é infatigable del viagero. Allí los grandes recuerdos, las heróicas tradiciones de un pueblo esforzado y valiente, viven y se conservan entre el tumulto de un comercio activo y de una vida fabril exagerada; allí las artes tienen una acogida entusiasta y un culto ciego, en medio del espíritu de especulacion y de la sed constante de trabajo que distingue á los catalanes; allí, por último, la mano del hombre que ha podido hacer brotar el fruto de la mas escarpada roca, ha poblado de quintas de recreo, de casas de campo los alrededores de la ciudad, circundada por una parte de ellas, y por otra del mar, cuyas aguas tranquilas y serenas no responden casi nunca á la agitacion y bullicio que se encierra dentro los muros que baña.

Cualquiera que sea el punto elevado en que se contemple la poblacion, el panorama que se ofrece á la vista no podrá menos de herir vivamente la imaginacion del poeta y del pintor, trasportando su fantasia hácia la belleza ideal de esas ciudades caprichosas que se piensan en un sueño, ó que se fabrican con un pincel. En la cima de Monjuich, sobre aquella empinada sierra, desde la cual decia un monarca nuestro que sujetaba el reino, tended la vista hácia la Barceloneta, que parece un pueblo primorosamente fabricado de carton, y puesto en el salon de un poderoso para su recreo; mirad la bahía poblada de buques en anchas hileras, que asemejan una ciudad flotante; contemplad el Mediterráneo cargado de velas y convidando al comercio y al engrandecimiento. Despues á la izquierda Sanz, Sarriá, Gracia y otra porcion de pueblecitos inmediatos á Barcelona, os parecerán con la multitud de torres (quintas) que se levantan entre unos y otros una ciudad prolongada hasta lo infinito, ó una série de pueblos enlazados entre sí por árboles frondosos y paseos agradables. El mar, Barcelona, su campiña, todo es bellisimo, y todo parece que vá á ser encerrado entre el semicírculo de montañas altísimas que lo rodean, montañas misteriosamente enlazadas con el Monserrate y con los Pirineos.

Segun por qué puerta se penetre en Barcelona, la idea que de esta poblacion forma el viagero es distinta. Si por la de San Antonio, le parecerá un pueblo esclusivamente manufacturero é industrioso; si por la del Angel, creerá que llega á una ciudad aristocrática; si por la del Mar, en fin, la perspectiva que se presenta á sus ojos será la de un punto entregado al mas activo y opulento comercio. Y es que en Barcelona se reunen diversos elementos de prosperidad y cultura que le imprimen separadamente un sello distinto, y en conjunto constituyen una ciudad deliciosa. Nosotros, aunque á vista de pájaro, iremos detalladamente haciendo descripcion de lo mas importante. Empecemos por los edificios, y de estos hablaremos en primer lugar del gran teatro del Liceo.

La fachada, sin ser de buen gusto, revela la grandiosidad del edificio. Su arquitectura, como la mayor parte de la del interior, pertenece á la época del renacimiento. Tres grandes arcos dan paso á otras tantas puertas de entrada al establecimiento. El vestíbulo, magnífico salon cuadrado, cuyo techo sostienen multitud de elegantes columnas, termina en tres escaleras, las dos laterales que dan paso á los corredores bajos, y la del centro, de hermosísimo mármol blanco, que da al primer piso. En este, y á derecha é izquierda de la escalera, hay dos suntuosas puertas que conducen á un lujoso y ancho salon de descanso. Forma este un verdadero paralelógramo, con pavimento de mosáico de mármol y paredes incrustadas con arabescos dorados, capillas, retratos, guirnaldas de flores y otros adornos de gusto. Cinco arañas alumbran este salon, cada una de ellas con mas de cien bujías, que esparcen una luz radiante.

El palco escénico es uno de los mas grandes que se conocen, con un foro estenso, desahogado, y construido con arreglo á las reglas mas seguras de óptica y de acústica. El teatro tiene cinco órdenes de palcos, y estos cómodos cuartos que sirven de descanso á los concurrentes. El techo está primorosamente pintado: se representan en él en cuatro alegorías la Música, el Baile, la Comedia y la Tragedia, interpolados con los retratos de Calderon, Lope de Vega, Moreto y otro que no recordamos ahora. Encima del palco escénico, y en medio de las armas de Barcelona, se hallan dibujados en dos medallones los retratos de Sófocles y Schiller. Una de las cosas mas notables que tiene el

teatro es la magnífica lucerna que llamó la atencion en Paris, y estuvo de esposicion algunos dias.

Los cuartos de los actores, que pasan de ciento, los ricos depósitos de trages, la sala para pintar decoraciones, todo es hermoso en el Liceo, y todo digno de ser visitado por el hombre curioso. A uno y otro lado del teatro hay dos elegantes cafés bajos, y otro arriba contiguo al salon de descanso, que es mas elegante y lujoso todavía.

Para que nuestros lectores formen idea de la capacidad del teatro, nos hemos procurado la siguiente exacta noticia de sus localidades:

LOCALIDADES DEL LICEO.

Palcos bajos	16
Palcos de primer piso	34
Palcos de segundo piso	39
Palcos de tercer piso	40
Cuarto piso, palco corrido para el público	
Lunetas de anfiteatro del primer piso	222
Lunetas de los pasillos del anfiteatro del primer piso	16
Lunetas del anfiteatro del segundo piso	84
Lunetas del pasillo del segundo piso	6
Lunetas de las tres filas con orquesta y catorce primeras filas llamadas sillones	560
Lunetas	232
Asientos fijos	300

Paraiso. Caben unas 800 personas.

Hablemos de otra cosa. Uno de los archivos mas curiosos é importantes de España existe en Barcelona, el de la corona de Aragon. En la plaza de San Jaime, en el palacio de la diputacion, cuya fachada y salon son obra de Pedro Blay, y se concluyeron en 1602, se hallan establecidas la audiencia, la diputacion provincial y las oficinas con los papeles del mencionado archivo. Aunque nosotros hemos tenido el gusto de visitarla algunas veces, para que nuestros lectores tengan una idea mas minuciosa de lo que en él se encierra, nos valdremos de los datos publicados acerca de él por un ilustrado jóven empleado en ella, D. Antonio Bofarull.

SALA PRIMERA.

Abraza desde el 12 de mayo de 844 hasta 31 de mayo de 1410, y presenta los estantes numerados con las colecciones de registros y de escrituras en pergaminos sueltos, del tiempo de los doce primeros condes soberanos de Barcelona, que forma la primera época de las cuatro mas memorables en que está dividido el archivo; así como los documentos de igual clase de los diez primeros reyes de la casa de Aragon (desde la union de este reino con Cataluña), que es parte de los catorce monarcas de esta dinastía que abraza la segunda época, á saber:

Condes de Barcelona.

PRIMERA ÉPOCA.

Wifredo I, *el Velloso*, padre.
Wifredo II ó Borrell I, hijo.
Suniario ó Sunyer I, hermano.
Correinado de { Borrell II, hijo. / Miron I, hermano.
Ramon Borrell III, sobrino.
Berenguer Ramon I, *el Curvo*, hijo.
Ramon Berenguer I, *el Viejo*, hijo.
Ramon Berenguer II, *Cap de estopes*, hijo.
Berenguer Ramon II, *el Fratricida*, hermano.
Ramon Berenguer III, *el Grande*, sobrino.
Ramon Berenguer IV, *el Santo*, hijo.

Reyes de Aragon.

SEGUNDA ÉPOCA.

Alfonso II, *el Casto*, hijo.
Pedro II, *el Católico*, hijo.
Jaime I, *el Conquistador*, hijo.
Pedro III, *el Grande*, hijo.
Alfonso III, *el Liberal*, hijo.
Jaime II, *el Justo*, hermano.
Alfonso el IV, *el Benigno.*
Pedro IV, *el Ceremonioso*, hijo.
Juan I, *el Cazador*, hijo.
Martin I, *el Humano*, hermano.

El número de pergaminos que contiene esta sala, relativos á los reinados antedichos, es el de 17,333, y el de registros 2372.

SALA SEGUNDA.

Abraza desde 31 de mayo de 1410 hasta el actual reinado de nuestra augusta soberana Doña Isabel II, y presenta diez estantes con la coleccion de registros y de escrituras en pergamino sueltas de los cuatro últimos reyes de Aragon de la segunda época; las de igual clase de los cinco soberanos de la casa de Austria, que forman la tercera de España; las de los siete monarcas de la de Borbon, que forman la cuarta época; una coleccion de registros de los cuatro interregnos que ha habido en la corona de Aragon, y una porcion de escrituras maltratadas que no son susceptibles de reparos.

El número de pergaminos y registros que contiene esta sala es el de 1142, y el de registros 4045.

SALA TERCERA.

Las diferentes colecciones que se custodian en esta sala no pertenecen á la clase ó cuerda de los registros de cancillería, ni á la de las escrituras en pergamino sueltas que corresponden á las dos primeras estancias; pero su mérito es de grande estima si se atiende al objeto ó carácter de cada coleccion. Están distribuidas de la forma siguiente:

Cartas reales y papeles sueltos.
Precesos de las antiguas córtes y familiares de los tres brazos.
Altas y registros de la junta suprema y superior de Cataluña en la guerra de la independencia.
Conclusiones civiles de la antigua y moderna Real Audiencia.
Provisiones civiles de la misma.
Procesos y causas célebres.
Coleccion interina para destinar.
Ventas por ejecucion de córte.
Visitas de la Real Audiencia.
Procesos de gravámenes.
Libros de la tabla verde ó del real sello.
Códices del monasterio de S. Cucufate del Valle.
Idem de Sta. María de Ripoll.
Coleccion curiosa de códices.
Coleccion de códigos.
Códices del convento de la Merced de Barcelona.
Procesos del antiguo consejo de Aragon.
Bulas pontificias y otra porcion de procesos célebres.

SALA CUARTA.

En su reducida estancia se custodia un resto de papeles (algunos de ellos muy maltratados y de poco interés) colocados aun por el complicado método antiguo de arcas, armarios, sacos y números. Los empleados en este archivo trabajan con inteligencia y asiduidad, y todo vá quedando en el mejor órden posible.

Los papeles que existen en el salon principal y otras piezas, no son propiamente del archivo de la Corona de Aragon, sino de otras corporaciones, y que se han ido agregando á él; por lo cual, y por haberse hecho estenso este artículo, le damos fin aquí, y nos preparamos para seguir otro dia nuestra escursion por la bella capital del Principado.

EMILIO BRAVO.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTICULO 2.º

Al llegar á Chile D. Mendoza, trataban muy mal los encomenderos á sus indios, y les encargaban terribles trabajos en el laboreo de las minas (sin esceptuar á las madres y á las doncellas). A este propósito habla así el poeta:

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas
Que era contento y lástima el mirallas,
Llevaban el sustento y vituallas
(Por mas que fuesen débiles) acuestas.....
....
Así cargadas viérades algunas
Los encolmados vientres á las bocas;
Y fuera de este número, no pocas,
Con sus recien nacidos en las cunas....
....
En vez de las diademas y guirnaldas
Iba el pesado yole (1) y grave cesta,
Y en trueque de la líquida compuesta,
El enchiguado (2) trigo á las espaldas;

(1) Una canasta tejida de bejucos.—(*N. del aut.*)
(2) Chigua es a modo de fardal armado sobre arcos de cañas verdes y trabado de totoras de paja.—(*N. del aut.*)

En cambio de las perlas y esmeraldas
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordada de un licor aljofarado
A fuerza de fatiga destilado.
(*Cánt. III.*)

Esta conducta usada con los pobres naturales, le hace esclamar al poeta contra la avaricia:

Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

No muy distantes de estos versos, hallamos otros sobre la vanidad de las glorias terrestres:

Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya,
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima,
Pues dando al fin en vago se lastima!
Qué de horas malas das por una buena,
Por un granillo de oro cuánta escoria,
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado vá el quintal de pena!
(*Cánt. III.*)

¿No hay en estas reflexiones sublimidad y sencillez? A mas de ingenio y sentimiento, debia tener el que los escribió prediliccion especial por los grandes maestros italianos, cuyo sabor deja sentir.

Las sentencias siguientes son tomadas sin eleccion entre las muchas que se encierran generalmente en los pareados finales de estas estrofas:

Pues es costumbre propia de los buenos,
Que vayan siempre á mas y nunca á menos.
(*Cant. I.*)
Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los estremos anda el vicio.
(*Cánt. III.*)
Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.
(*Cánt. III.*)
.... donde no hay filosofía
No puede haber lejítima poesía.
(*Cánt. XIV.*)

Reflexiona sobre la instabilidad de la fortuna comparándola con una de las penas del infierno de los antiguos.

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisifea,
Que el sin ventura Sisifo rodea
Con fatigada prisa hasta la cumbre:
De donde con su misma pesadumbre
Hácia lo bajo súbito voltea,
Y sin que de parar ella se acuerde,
Apenas toma pié cuando le pierde.
(*Cánt. II.*)

La comparacion en todos sus diferentes modos está aplicada en este poema, y á veces la naturaleza del asunto hace que aquella tenga novedad y mucho atractivo. La presteza en acudir al llamado de D. García por la espedicion á Chile, ha sugerido á Oña la siguiente estrofa:

No acuden á la voz del padre vivo
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la muger, el hijo amado
Con paso tan ligero y sucesivo:
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de Don García,
Gente de todas partes concurria.
(*Cánt. I.*)

Habla de los gallardetes de una armada dados al *amor de la corriente* del viento:

Bien como el arroyuelo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en la orilla,
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino:
Vereis que por llevarla de camino
Él hace su poder por desasilla,
Y ella segun se tiende ó se recrea,
Parece que otra cosa no desea.
(*Cánt. I.*)

Entre todas las anteriores, nos parece sobresalir la siguiente comparacion, por lo remoto de los símiles entre sí, por su aire sin afeite, y por su mucha precision.

.... Pues cuanto bien parece la llamada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.
(*Cánt. III.*)

La serenidad y el disimulo de las impresiones del peligro en los grandes conflictos, los pinta de esta manera:

Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Fingir tranquila y mansa la figura:
El rio mientras tiene mas hondura
Vereis que va mas sesgo y sosegado,
Disimulando á causa de su fondo
Aquel raudal que lleva por lo hondo.
Cánt. XIV.

Concluyamos estas citas, copiando algunas de las estancias del episodio del Canto V, en que se pintan los solaces de Caupolican y de Fresia, y el sitio donde tenia lugar.

Este trozo tiene la gloria de haber inspirado bellisimas escenas dramáticas al afamado Lope de Vega (1).

Estaba á la sazon Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar el sol en su frescura
Se vino con su Palla mano á mano.
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí á las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.....
....
En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aqui vereis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.
Revuélvese el arroyo siuuoso
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoroso
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.
Vénse por ambas márgenes pobladas
El mirto, el salce, el álamo, el aliso.
El sauce, fresno, nardo y cypariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero Paraiso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.
Tambien se ve la yedra enamorada
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha aya levantado:
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

A los versos embriagados de amor se suceden otros coléricos, robustos, graves, que pueden servir de muestra de la alta entonacion que alcanza Oña cuando quiere producir los efectos en que ella es necesaria.

No es tiempo ahora, príncipe Araucano,
De darte á pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pié de las mugeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano:

(1) Alude á las primeras jornadas de la comedia *Arauco domado*: con el mismo título hay otra escrita por nueve ingenios, impresa en 1622. Lope trató otro asunto chileno en su comedia *El Marqués de Cañete en Arauco*. Segun Pinelo, no se ha impreso. El Teatro Español cuenta varios otros dramas sobre la misma materia.

¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya
Con vana presuncion de hacerla suya?
Quedó Caupolican alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado:

La furia toma dos víboras de las que forman su cabellera, y las introduce en el pecho de los amantes.

Deslízanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rábias y despechos:
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya del veneno, hinchándose, revientan.
Mejera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: Torna en tí, Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano
Si sabes acudir con pasos prestos;
Sabrás que cien cristianos descompuestos (1)
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Peuco un flaco muro
Donde los tiene un jóven (2) mal seguro.

Aqui concluimos nuestra tarea. Las anteriores observaciones no son seguramente un análisis profundo y conveniente del poema chileno; pero ellas le darán á conocer cuando menos, y escitarán el deseo de estudiarle. Para completar el bosquejo de la literatura en Chile, que nos hemos propuesto hacer, réstanos hablar de algunos escritores contemporáneos, cuyas producciones en mayor ó menor número han llegado á nuestras manos. Chile es un pais digno de estudio, porque es sin duda alguna el mas adelantado de la América continental, y en él se habla el idioma de Cervantes con una pureza y correccion que no se encuentran sino en algunos pueblos de Castilla la Vieja.

E. B.

(1) La gente de don García que habia tomado puerto en Talcachuano despues de una tormenta.

(2) Don García: contaba 22 años de edad cuando vino a Chile.



SANTA CRUZ DE CANGAS.

Al atravesar el viagero el risueño y romancesco valle (1) donde se alza la antigua *Canicas*, hoy Cangas de Onis, descubre sobre una colina muy cercana á la confluencia de los rios *Sella* y *Gueña* una pobre ermita abandonada y ruinosa. Si el tal viagero es amante de las antiguas glorias españolas; si ha recorrido alguna vez las bellas páginas de nuestros viejos anales, no pasará indiferente por aquel humilde santuario, sino que penetrará en su recinto á despecho de los escombros que le disputen el paso, y lo contemplará con respetuosa emocion, pués es una memoria dedicada á los mas célebres sucesos, el alzamiento de Pelayo y su primera victoria sobre los sarracenos. Muy en breve, antes de terminar este siglo apellidado *de las luces y del progreso*, desaparecerá entre el polvo tan venerando monumento, merced á la culpable indiferencia con que en nuestros dias son miradas las reliquias de los héroes. Mas antes que tal acontezca, el SEMANARIO, cumpliendo su costumbre de recordar en sus columnas todo lo grande, todo lo patriótico y todo lo español, va á consagrarle algunas lineas.

Eran los postreros dias del mes de julio de 718, cuando en la reducida *Canicas*, y en su vecino valle, se veia una multitud de gentes de todas edades, clases y condiciones, que habian improvisado allí sus débiles viviendas á estilo de campamento. Montañeses, cántabros, asturos y galaicos, guerreros romano-españoles de las provincias del Interior, próceres y obispos godos, señores y esclavos, niños y mugeres, huyendo del torrente desolador de los moros invasores, vinieran á buscar un asilo en estas erguidas montañas miradas como el último baluarte de la libertad española desde la guerra de Augusto. El eco de los últimos triunfos de Tarec habia resonado en ellas, y un cuerpo de tropas árabes acaudillado por el terrible Munuza acababa de apoderarse de la fortísima Gegio. Estinguióse la última esperanza: jamás volverá la cruz á ocupar el lugar de la enaltecida media luna: y el glorioso nombre de *España*, en otro tiempo terror de los vencedores del mun-

(1) Dásele tambien los nombres de *Vega de Santa Cruz* y *Campo de Contraquel*.

do, será borrado para siempre!..... Los ancianos y las mugeres, creyendo muy próxima la muerte, demandaban á los sacerdotes la absolucion de sus pecados, y distribuian entre los pobres las ropas y joyas que habian podido salvar en su huida; los obispos recitaban las antiguas profecías que anunciaban la destruccion de Jerusalem; los mismos jóvenes, olvidados de su antiguo valor, hablaban de ofrecer obediencia á los afortunados moros, y por todas partes se escuchaban solamente gemidos y sollozos. Tal era el cuadro desgarrador que presentaba esta comarca, cuando de improviso se dejó ver entre la desolada multitud un jóven guerrero envuelto en un largo manto, cubierto con un tosco yelmo y seguido de un escudero. Su estatura aventajada, su luenga cabellera rubia tendida sobre las espaldas al uso de los godos, su mirada grave y magestuosa, y su rostro hermoso y varonil diéronle pronto á conocer.—Es Pelayo; es nuestro duque; decian los cántabros.—Es aquel bello niño que veiamos llorar en Tuy cuando el bárbaro Witiza quitó la vida á su padre; decian los galaicos.—Es el mas valiente de los españoles; decian todos.—Grande en efecto debia ser el esfuerzo y el renombre del recien llegado, pues instantáneamente y como por ensalmo hizo con su presencia renacer la confianza y el valor en aquellos corazones abatidos por la desgracia. Todos se apiñaron á su alrededor, y todos le abrazaban á porfía, y le pedian consejo. Bien pronto se dejó escuchar su voz robusta en un breve y rudo discurso —«Si es necesario morir, les dijo, que sea con gloria, »que sea como valientes y cual dignos hijos de los godos y españoles; »no como tímidos ciervos que huyen despavoridos al sonido de la cor»neta del cazador. Muy en breve llegarán aquí los feroces soldados del »tártaro *Alkhama* que seguian de cerca mis pasos. Aprestémonos á »combatirles, á vengar á nuestros hermanos muertos en Guadalete, á »defender á nuestras esposas é hijos, y tambien á nuestro Dios es»carnecido por los viles sectarios de Mahoma. Derramemos gustosos »nuestra sangre por tan sagrada causa, y caiga el rayo del Cielo sobre »el traidor y el cobarde.»

La llama del amor pátrio incendió á los circunstantes, y mil gritos de júbilo y entusiasmo interrumpieron á Pelayo para aclamarle por caudillo, y para pronunciar el santo juramento de combatir hasta la muerte por la religion y la libertad de España. Echóse entonces de menos una *bandera* para guiar la improvisada hueste, puesto que el rojo pendon de los godos fuera presa de los moros en la rota de Xerez, y en el momento un santo anacoreta que solia habitar en la inmediata *Cueva de la Virgen* se acercó á Pelayo y puso en sus manos una grosera cruz de madera de roble diciéndole:

«Hé aquí, esforzado campeon, la señal de la victoria.»

Besóla respetuosamente el jóven héroe, y enarbolándola con su robusta diestra, esclamó: «Esta será desde hoy mi divisa y mi bandera.»

Pasáronse pocos dias, y era el 1.º de agosto del mismo año 718, cuando los sarracenos en número de setenta mil (1) invadieron el valle de Canicas, y guiándoles el apóstata *Opas*, metropolitano de Sevilla, marcharon en pos de Pelayo y de los suyos que ocupaban la *Cueva onga* de la Virgen y los altivos montes que la circundan. Ni un solo instante estuvo dudoso el éxito del combate. El esforzado valor de los cristianos y el brazo de Dios dieron á Pelayo la mas señalada victoria que las crónicas consignan. El número de los muertos se contó por el de los enemigos; el rio Deba rompió su cauce, habiendo doblado su caudal la negra sangre de los vencidos, y la tierra se abrió prodigiosamente para sepultarlos. Los restos del poderoso ejército sarraceno, en completo desórden, y acosados por los embravecidos guerreros de Pelayo, llegaron á este mismo campo. Aquí intentaron rehacerse y disputar á los vencedores, no ya la victoria, sino la vida: pero en vano; pues, siguiendo las palabras de sus mismos historiadores, «quedó toda la hueste sumergida, y *Alkhamah* y todos sus compañeros se contaron entre los difuntos (2).» Entonces fué cuando, segun las piadosas tradiciones del pais, apareció en los aires, como en otro tiempo á Constantino, una roja cruz (3) resplandeciente rodeada de las mismas palabras que poco antes pronunciara el santo ermitaño de la Virgen.

«*Hé aquí la señal de la victoria.*»

Corrieron veinte años. Pelayo al morir en 737 habia legado á Favila, su hijo y sucesor, un reino fortalecido y respetado de cuarenta leguas de largo y quince de ancho, y que contaba tantos guerreros invencibles, cuantos hombres lo habitaban. Uno de los primeros actos del nuevo monarca, el único que la descarnada historia de aquellos tiempos nos ha conservado, fué edificar la capilla de Santa Cruz. Dos objetos se propuso el jóven rey al erigirla; perpetuar la memoria del gran triunfo alcanzado en aquel lugar por su heróico padre, y custodiar dignamente la cruz de roble que le sirviera de enseña de guerra (1). No se cumpliera aun un año desde la dedicacion del nuevo templo, cuando sirvió ya de panteon á su ilustre fundador. Cazaba este en el cercano monte *Olicio*, y empeñándose imprudentemente en el seguimiento de un ferocísimo oso, trabó con él una lucha terrible cuerpo á cuerpo, en la que sucumbieron ambos combatientes antes que los monteros acudiesen. Señalaron aquel sitio de triste memoria (2), y depositaron el ensangrentado cadáver real en un sencillo sepulcro fuera de la puerta de la iglesia de Santa Cruz. Segun los mas antiguos cronistas, era esta de piedra de sillería «y de maravillosa hechura» (3), aunque de muy abreviadas dimensiones, pues no pasaba de ocho pies en cuadro, y tenia segun la usanza del tiempo, otro templo subterráneo. La tumba de Froiliuva, esposa de Favila, estaba junto á la tumba de este.

Reinando Ramiro I, varios monges de san Benito, huyendo de la persecucion de los califas de Córdoba, se acogieron á esta iglesia, donde fundaron un monasterio que parece haber subsistido poco tiempo.

Ruinoso el edificio por la accion de los siglos, fué restaurado y engrandecido considerablemente, sirviendo la primitiva capilla de presbiterio á la nueva, y abarcando en su interior los sepulcros de los reyes. Estos habian ya desaparecido en el siglo XVII (4), en el que nos instruye el P. Luis Carballo, no restaba otra cosa que una especie de cueva de donde los devotos sacaban tierra para curarse sus dolencias, teniéndola por sepultura de *cuerpo santo*. La inscripcion votiva que Favila colocara, estaba entonces en el arco de la capilla mayor, ó sea la antigua, cuyo patronato y propiedad habia venido á parar desde largo tiempo á la noble familia de *Estrada* (5), poseedora hoy del titulo de conde de la *Vega de Sella*. El año 1637 fué reedificada por última vez esta antigua iglesia por *Fernando de Estrada* y su esposa la *marquesa de Valdés*, cuyos retratos y escudos de armas se ven pintados en el altar, quedando por únicos restos de la de Favila algunas piedras de la cornisa y chapiteles, y la lápida en que está escrita la dedicacion. Merece esta el mayor aprecio de los eruditos por ser la escritura mas antigua que en España se conserva desde la irrupcion de los moros, y como muestra de la corrupcion á que habia venido á parar el latin en el siglo VIII, la que sirvió de cimiento al rico y sonoro idioma castellano. Como monumento de tanto interés para la historia y la filología, fué copiada sucesivamente por Morales, Carballo, Risco, Jovellanos, Caveda y otros. Dice así en caractéres romanos:

Resurgit ex preceptis divinis hec machina sacra
Opere suo comtum fidelibus votis
Perspicue clareat hoc templum obtutubus sacris
Demonstrans figuraliter signaculum alme crucis
Sit Cristo placens hec aula sub crucis tropheo sacrata
Quam famulus Fafila sid condidit fide probata
Cum Froiliuva conjuge ac suoron prolium pignora nata.
Quibus Criste, tuis muneribus sit gratia plena
Ac post huyus vite decursum preveniat misericordia larga
Hic valeas Kirio Sacratas ut altaria Cristo
Diei revolutis temporis annes C.C.C.
Seculi etate porrecta per ordinem sexta
Currente Era septingentessima septuagesima quinta.

De este latin bárbaro y desconcertado hizo el citado Carballo la siguiente traduccion:

Esta sagrada máquina se levanta por inspiracion divina. Este templo en su obra hermoso, resplandezca manifiestamente en la devocion cristiana con sagrados presidios, manifestando la señal de la santa cruz. Sea agradable á Cristo esta iglesia por el trofeo de la cruz, la cual su siervo Fafila edificó con su probada fé con Froiliuva su mujer, y las prendas de sus hijos, los cuales por tu merecimiento ¡oh Cristo! tengan cumplida gracia, y despues de esta vida misericordia eterna. Dios te conserve en este lugar, como altares consagrados á Cristo señor nuestro. Fecha a trescientos años del tiempo, y en la sexta edad del siglo que es año de la creacion del mundo de 6500. Era 777 que es el año de nuestro redentor de 739.

(1) Veanse los cronicones del monge de Albelda Sebastian de Salamanca, y el monge de Silos.
(2) Vease Abd-elah ben-Abd el rahaman y Ebu Hasan.
(3) El arzobispo D. Rodrigo y otros muchos historiadores refieren tambien este prodigio.

(1) Allí permaneció hasta el reinado de Alfonso III el Magno que la cubrió de oro y pedrería y la donó á la catedral de Oviedo, donde subsiste con el nombre *Cruz de la Victoria ó de Don Pelayo.*
(2) Colocóse allí una cruz que aun subsistia en el siglo XVII. Véase Carballo, *Antigüedades de Asturias.*
(3) Vease el cronicon de Sebastian de Salamanca.
(4) Segun Mariana (libro 7.º, cap. VI) existia en su tiempo en la iglesia de San Miguel de la villa de Yanguas una cueva titulada de San Andrés, en la que se veia un lucillo que por tradicion se aseguraba ser el del rey D. Favila, trasladado de Santa Cruz de Cangas.
(5) Segun varias crónicas manuscritas, y nobiliarios de Asturias, la antigua familia de *Noriega* desciende de una hermana del rey Pelayo. Ahora bien: en tiempo de Alfonso XI consta que la poseedora de esta casa se casó con *Fernan Garcia, duque de Estrada*. Tal vez por este matrimonio vino la capilla de Santa Cruz á formar parte del patrimonio de los Estradas, los que obtuvieron el título de condes de la Vega de Sella en el reinado de Felipe II.

Subsistió abierta al culto esta histórica ermita hasta la guerra de independencia, en que fué profanada por los soldados franceses, siendo desde entonces mirada con tal incuria por su patrono, que por momentos se reduce á escombros. La antigua iglesia subterránea que Ambrosio de Morales nos dice visitó, está cegada enteramente, aunque permanece viva la tradicion vulgar de que existe una larga mina que corre por bajo la madre del rio, y cuya bajada era por la sacristía. El erudito anticuario D. Antonio Cortés, vecino de Cangas, practicó no ha mucho tiempo una escavacion para buscar la mencionada cueva; pero tropezó con los cimientos de la iglesia superior, que son muy estraños, pues consisten en maderos redondos colocados á lo largo y al través de las paredes, y empotrados en argamasa. Tambien hace poco se encontró muy cerca de la ermita un sepulcro de mármol que seria tal vez el del hijo de Pelayo. Si la Academia de Arqueología ú otra corporacion científica tomase á su cargo el memorable santuario de Santa Cruz, aun podria, y á poca costa, salvarse de la total ruina que la amenaza, y trasmitiriamos á la posteridad este noble recuerdo de una época de gloria que debiera durar tanto como nuestra amada patria.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

Cangas de Onis 1.º de noviembre de 1849.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(*Continuacion.*)

Servando se alejó de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas mismas calles há poco tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la iglesia mayor. Posaba esta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra como sobre un pedestal; su vista causó al disipado jóven un indecible sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo mas ansioso por sensaciones suaves, y mas dispuesto á disfrutarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador se posa á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento.—El templo estaba en esa hora desierto. Algunas lámparas ardian tranquilas ante los altares, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto.—En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oia Servando; tal era el instintivo respeto con el que pasaba cual una pequeña sombra bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas. Dió asi la vuelta al coro, y siguiendo la fila de capillas que separan grandiosas verjas de hierro de las naves, llegó á la última capilla que está al frente y es colateral al presbiterio del altar mayor. Venérase en ella la santa imágen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto que lleva su nombre (1). La reja estaba abierta, y asi pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como las labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo; ante el altar de la Señora habia una muger arrodillada que con los brazos en cruz y el rostro alzado hácia la imágen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia.—Servando se paró.—A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentia por el concurso de estrañas y conmovientes circunstancias elevarse su espíritu á la contemplacion.—¡Qué contraste!—pensó;—¡Esta llora y ora; aquellos se solazan en horrores y rien!—¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto? ¿no será el del dolor que atrae á la criatura al pié del Criador? ¿no son, quizás, un don de atraccion las lágrimas si hacen levantar los ojos que bañan al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito se deberian presentar al hombre disipado para hacerle *pensar*, pues hay muchos que pasan su vida en una continuada actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez, y separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas, esferas en que todos seriamos unos, en las que se realizaria el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fé nos esforzáramos por alcanzarlas.

De cuando en cuando algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías de las que en otros paises no se tiene ni aun remota idea, la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto estraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo.

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces, llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario ante el cual hay una valla que respeta el ruido y el movimiento del mundo, aquella muger arrodillada se estremecia, y que un angustioso gemido brotaba de su pecho.—Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro que solo miraba á la Virgen.—Era una jóven de perfecto perfil griego, con ojos árabes, tipo que se halla con frecuencia entre las mugeres del pueblo andaluz: flores preciosas y delicadas, y por lo mismo ajadas al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.—En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas que corrian por sus megillas de prisa, como corren las lágrimas cuando son muchas. Al verla tan bella debió redoblarse en el jóven que la observaba el interés que le habia inspirado.—La hermosura es un gran favor de la naturaleza que espende á sus favorecidas, á unas para bien, á otras para mal.

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa que en lenta vuelta tocaban contra los chinos del empedrado.—Apenas llegó este ruido á los oidos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desaliento y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia se dirigió á la salida.

Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóven y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial; hallábase en ese momento la calesa en medio de la plaza; llevaba el calesero el caballo por la brida; en la calesa habia sentado un picador; su cabeza estaba caida sobre su hombro, sus brazos pendian inertes á sus costados, su chupa de tisú de plata, sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubria su rostro.—El griterío se oia en la plaza mas vivaz, mas petulante, mas exaltado que nunca.

¿Tan poco vale la vida de un hombre?—respondió mentalmente Servando á las alegres aclamaciones, mientras que á su lado resonó el grito mas destrozador que puede lanzar el pecho humano, con la voz: ¡padre!

Y la jóven se precipitó hácia al carruage, que pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

—¡Dios nos asista, que es su hija!—dijo el hombre conmovido por ese profundo respeto, esa alta consideracion que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

—¿Está muerto?—preguntó Servando que habia seguido á la jóven.

El calesero hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto en breve lo estaria, murmurando al oido de Servando:—Está oleado.

—¿Dónde lo llevais? tornó á preguntar al calesero.

—Al hospital, contestó este.

—No, dijo Servando, llevadlo á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de éste, que yacia sin sentido, y marchando al lado del lastimoso grupo, atravesaron las desiertas calles, hasta llegar á una posada en la que hizo preparar un lecho al herido, mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y ayudado de los criados subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.—A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curacion y de alivio fueron practicados por disposicion y bajo la inspeccion de Servando,—puesto que el herido permanecia en un completo letargo, y su hija fuera de si de dolor.

Hasta aqui cuanto habia hecho Servando era la noble accion de un corazon generoso y compasivo. Pero no era solo la compasion que lo movia y lo detuvo por varios dias á la cabecera del moribundo picador, era el encanto que ejercia sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su dolor, y tan abstraido por él, que ni aun se le habia ocurrido agradecer ni rehusar los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello jóven desconocido. Servando habia querido avisar lo ocurrido á Medina, pueblo de su naturaleza; pero Regla, asi se llamaba la hija del picador, le habia contestado que no existia su madre, y que no tenia ningunos parientes cercanos.

Servando pues, en vista de esto no quiso abandonar á la pobre niña; rico, mimado por su madre, dueño de su voluntad, escribió á ésta,

(1) El castillo del Puerto de Santa María que pertenece á los duques de Medinaceli, á pesar de ser poco cuidado, está perfectamente conservado. Es antiquísimo, pues fué fundado por Menestreo, príncipe ateniense. En 1624 espulsó el rey Don Alonso el Sabio, hijo de D. Fernando, á los moros que lo ocupaban, y en la torre primitiva aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa imágen que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasion. Dió el rey á la poblacion el nombre de la señora que adquirió por advocacion la de los *Milagros* por la gratitud de los fieles, á los que hacia, y hace.

que agradándole el Puerto de Santa María pensaba permanecer en él algunos dias.—Servando era como son otros muchos que con una apariencia afectadamente fria y erigiéndose neciamente en propagandistas del indiferentismo que creen el punto culminante de la superioridad moral, á pesar de esto sienten una gran efervescencia sanguinea ó nerviosa sin perjuicio de su gran sequedad de corazon.—Así fué que se apasionó de Regla.—No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente confiada en la caridad de un estraño, Servando no osó premeditar un plan, porque Servando no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo deploren y nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo estrangero, hasta el de sus mas refinados vicios. Un seductor *de oficio* no lo es en primer lugar ningun hombre jóven.—Todo tiene que aprenderse en este mundo hasta la perfeccion en los vicios, y la maldad.—Por lo regular el hombre que escoge una víctima para su seduccion es un hombre frio y gastado, que desea por atractivo, por vanidad, ó por testarudez, y no ama de corazon,—que así todo lo calcula y nada siente y que goza en triunfar y no en ser amado;—hace derramar lágrimas premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor, y que al presenciar la agonía de sus víctimas se frota satisfecho las manos, y dice: *logré.*

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente aunque efímera pasion de Servando.—Una mañana que estaba sentado con su hermosa hija á la cabecera del moribundo que yacia siempre sin conocimiento, se abrió la puerta y entró un mozo bien portado en trage de campesino, en cuya marcada fisonomía se veia el sello de la honradez y la energía de la decision.

Al verlo Regla prorumpió en sollozos esclamando: ¡Sebastian! ¡Sebastian se muere! ¡el padre de mi alma se muere!!!

Pero Sebastian estático, absorto, solo contemplaba al elegante jóven sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

—Quizás en ese momento, y no antes, Regla consideró claramente una situacion que hasta entonces habia visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada y cogiendo á Sebastian que permanecia inmóvil por la mano, lo arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre, dijo acercándose á su oido, aquí está Sebastian—Sebastian vuestro sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oido.

—¡Lo ves! esclamó Regla torciéndose las manos, no te conoce! no te conoce, se muere, se muere!!

Entonces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al estremo opuesto del cuarto:

—¿Qué hace ahí ese usia?—preguntó con la severidad de la honradez y con la aspereza de los celos.

—¿Ese? contestó Regla; ¡Oh! si no fuese por ese ¡qué sería de mí!—¿acaso estabas tú aquí?

—¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignacion Sebastian, quien haga mis veces cuando esté ausente?

—Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña, pero sé que nada podia yo hacer ni disponer—que él todo lo ha hecho por mi pobre padre, y que es un angel que Dios me envió en mi tribulacion.

—¿Un angel, eh?—dijo apretando los dientes Sebastian. Mira, Regla, nada puedo decirte ahora porque la garganta me se anuda; pero sábete y créeme: *que con mal ó con bien á los tuyos te ten.*—Voyme porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desman.

Voy á hablar con el amo de la plaza;—dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorito, que aquí no hay lugar para los dos—ó él, ó yo—estás prevenida.—Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la dés; pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo; *con mal ó con bien á los tuyos te ten.*

¡Sebastian! esclamó Regla, Sebastian, óyeme..... pero Sebastian habia desaparecido sin añadir ni un adios.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del enfermo. ¡Padre mio! ¡padre mio! esclamó la pobre niña, no os vayais, no os vayais, no me dejeis desamparada.

—¿Qué teneis?—preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—¿Quién?

—Sebastian.

—¿Qué le hace?

—Mucho, señor.

—¿Pues quién es Sebastian?

—Es mi novio.

—¿Y lo amais mucho?

—No tengo mas amparo que él.

—¿Y yo?

—No sois mi novio.

—Pero puedo serlo.

—¡Qué señor! los ricos no son novios de las pobres.

—Quién lo quita?

—Aquello de que cada oveja con su pareja.

—Parejas son los que se aman, Regla.

—Señor, por Dios no hagais burla, no es sazon de hacerla de su hija á la cabecera de un moribundo.

—Es que no me burlo, Regla, es que te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que querais hacer burla de mí, señor.

—Eres tan desconfiada porque no me amas á mí, Regla, y eso es una ingratitud.

—No soy ingrata, no, no, esclamó con viveza la pobre niña; lo que os agradezco lo que por mí y por el padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe que es el que conoce los corazones.—¡Ay! ¡Jesus! ¡Jesus!—¡padre, no me dejeis desamparada!

La compasion es accesible á todos los corazones en ciertas circunstancias, y mas cuando el objeto que la inspira reune á una situacion destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Por qué te desconsuelas así, Regla?—dijo con voz conmovida Servando.

—Es que dice Sebastian que no vuelve, si cuando venga os halla aquí, respondió la atribulada niña.

—Un impulso de soberbia, de corage y de celos hizo estenderse un subido rojo en las mejillas del orgulloso jóven.

—Y bien, que se vaya, dijo con desden.

—¿Y qué será de mí?

—Una muger rica y feliz.

—¿Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Os equivocais, señor, que es de la mia.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada que está de venta.

—Yo no tomo regalos de nadie, dijo Regla con esa dignidad femenina la mas incontestable y mas noble de todas las dignidades, pues se estriba en la virtud, mientras sus lágrimas se pararon como paralizadas por un sentimiento que absorbió todos los demás.

—Me echas, Regla, dijo Servando: ¿me iré, pues?

—¿Y qué otro remedio?—esclamó la pobre niña volviendo á derramar un torrente de lágrimas.

—Dejarlo á él.

—Eso es una mala partida, señor!

—¿Y no lo es el echarme á mí?

—No señor.

—¿Y por qué no?

—Porque vos me dais mala sombra, y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos astutos por la buena y sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitacion: mil sentimientos lo agitaban; su pasion exaltada por los celos, su ajado orgullo por verse echado de allí por un pobre campesino, la inclinacion que aquella pura y sencilla jóven dejaba traslucir hácia él, lo augusto de aquel momento en que agonizaba el honrado padre de la inocente niña, que dos hombres venian á atormentar a la cabecera de un moribundo, le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debia ceder, alejarse, y respetar, ó debia amparar honradamente aquella bella, inocente y desamparada criatura.

En Cádiz en todos tiempos se han visto casamientos desproporcionados, aunque entonces no se habian generalizado tanto como lo estan hoy dia por todas partes: así fué que despues de un rato de silencio y meditacion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita: Regla, ¿quieres ser mi muger?

—Regla contestó en el mismo: ¡tanta dicha para mí!

—Tanta dicha para ambos, repuso Servando; y acercándose al lecho del picador asido de la mano de Regla, «vivid, dijo, vivid para vernos felices.»

Regla dió un agudo grito, pues en ese momento abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido, y espiró.

Regla se echó sobre el cadáver de su padre... En este instante volvia Sebastian.—Servando le salió al encuentro y le atajó el paso: «murió», le dijo; y alargándole dinero, añadió: disponed su entierro.

—El cuidado será mio, respondió Sebastian, y para ello tengo los medios; que no ha menester que se entierre mi tio de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuorio.

—¿Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—¿Vos?... esclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos ho-

gueras: eso está por ver!—Regla al separarse de la sombra de su padre no debe estar, ni estará, por las llagas de Cristo lo juro, sino á la sombra de su marido.

—Y asi será, porque su marido soy... yo...

—Vos! esclamó palideciendo el pobre jóven; Maria Santísima, y qué desatino!

—Si desatino hay, dijo con altivez Servando, estará de mi parte.

—De ambas, señor, de ambas!—esclamó con dolor Sebastian.

—Y en qué fundais tan insolente aserto?

—Lo fundo en que ha de ser Regla mas infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela, y vos como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo estraño, porque estraños os sois, y lo sereis; y que siempre se dijo que con mal ó con bien, á los tuyos te ten.

Diciendo esto, se alejó desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, una honrada costurera; y mientras á su lado le prodigaba consuelos y alhagos, Sebastian con otro pariente y dos de la cuadrilla llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último y tierno tributo de cariño y respeto que da el pueblo á sus allegados.

Algunos dias despues de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cadiz echado sobre su sofá, pasando en revista un frac y chaleco que le habian enviado de Lóndres, y leyendo los papeles públicos, cuando se abrió la puerta y entró un caballero francés amigo suyo, sugeto que definiremos con el nombre de *roué* que le alhagaba, y que quiere decir *liebre corrida*; pero esta liebre era corrida, no por vergeles, sino por vastos matorrales.

No quitaba esto, por supuesto, á que vistiese con suma elegancia; no siempre está el esterior en armonía con el interior; no hay en esto regla.

Mr. Napoleon le Noir, este era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, petulante y hablador, que lo ha sido desde que la Francia se constituyó nacion y tomó su fisonomía peculiar.—Nada de eso.—Mr. Napoleon le Noir era un francés parlamentario, sério, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenia!—Estaba este caballero montado sobre su opinion (en todas materias) como sobre un pedestal. No creia en la infalibilidad del Papa, pero creia en la suya, lo que hacia honor á su *despreocupacion* y á su modestia. Entre varias anomalías que ostentaba este ciudadano, era una detestar é imitar todo lo inglés; pero sobre todo, la aficion á viajes y la ironía—en este ramo rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.—Poco interés tiene la biografía de este sugeto: solo diremos en globo, que habiéndola hallado á mano en una revuelta política un personage, le dió una mision secreta y poco propia para salir á luz, que la desempeñó perfectamente *mal*, que el personage para quitarse de encima ese moscon que podia zumbar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Napoleon le Noir, que se los comia en la elegante y agradable vida de *tourista*, esto es, viagero que viaja sin mas objeto que el de divertirse.

Soberbias existencias, llenas de boato y de delicias, que hace brotar á centenares el siglo diez y nueve por ensalmo, como trasformaciones de comedias de mágia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

—Oh! dijo al entrar, por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de La Valieres, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros que hayan detenido allí un Lavelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna ninfa del Guadalete vuestro corazon juvenil?

—Por qué no he de confesarlo? esclamó con espansion Servando: se ha fijado para siempre!

—Para siempre!! Oh moncher! ese aserto en punto á amores y en punto á todo ha caducado con el despotismo y la inquisicion! *pour toujours*: no se halla ya sino en los romances de Boildieu.

—Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán gastar unos bellos ojos!

Mr. le Noir se levantó y dió algunos pasos hácia un elegante botiquin que habia traido Servando de Lóndres.

—Qué haceis? preguntó este.

—Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. El digital es un medicamento que tiene la virtud de parar la sangre.

—No estoy malo.

—¡Oh, y de peligro! teneis calentura de mas de cien pulsaciones por segundo.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—¿Sois, pues, feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabreis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar.... pero es un secreto, no deseo que lo sepa mi madre.

—¡Casarse! á los veinte y dos años: ¡*quelle folie!* pero locura que hace honor á vuestra moralidad.—Solo nosotros los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo*.

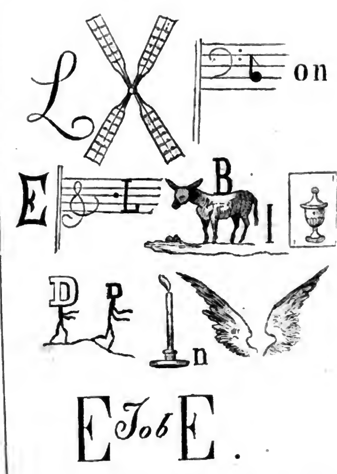
(Continuará.)

LA VIOLETA Y EL SOL.

Tímida, en su capullo replegada
y entre las verdes hojas escondida,
pasaba una violeta triste vida,
del Sol enamorada.
Una vez, una sola,
osó entreabrir la cárdena corola,
demandando á su amor una mirada.
Obtúvola; y un beso
que la llenó de plácido embeleso,
recibió la precita:
pero quedó marchita,
y el sol siguió su marcha indiferente,
durmiéndose tranquilo en Occidente.
¡Pobre flor sin ventura!
¿por qué puso su amor á tanta altura?

La calma adormece al espíritu, las tribulaciones le despiertan: los grandes hombres son producidos por agitadoras revoluciones; crece el génio entre la sangre y el llanto.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



NAUFRAGIO NOTABLE.

Hé aquí los detalles de uno de los naufragios mas notables que constan en los anales marítimos. La siguiente relacion está hecha por un testigo ocular:

(31 *de Agosto de* 1833 *á las tres de la tarde.*)

El mar sigue enfurecido: todo anuncia una noche terrible; las barcas pescadoras han entrado en el puerto, salvo una, el núm. 71, que se la cree perdida. Se esparce el rumor de que el paquebot de Lóndres que se separó de nosotros ayer por la noche, se ha perdido igualmente. No puedo creer esta noticia, que quizá es prematura, pero todo es de temer conozco desgraciadamente á dos de los pasageros, entre otros una jóven, y tiemblo por su vida: si el paquebote *The queem of Netherland* ha podido entrar de arribada en Ramsgate se ha salvado. Salgo al momento para trasladarme á la playa; hay señal de un buque en peligro: es de tres palos y de gran porte, y no tiene pabellon. Con el anteojo es fácil ver que trata de irse á alta mar; el viento le impele hácia la costa: si bara se pierde irremisiblemente.

(*Cuatro y media de la tarde.*)

El suceso previsto ha tenido lugar; acaba de barar el buque casi en frente del establecimiento de los baños; el mar está mas aterrador que nunca; hay mucha resaca. Con el anteojo es fácil distinguir la tripulacion: los marineros se precipitan por todos lados á la playa; se arrastra á brazo un cañon; espérase al menos salvar la tripulacion y pasageros; en cuanto al buque, es preciso no pensar ya en él: el mar en su flujo debe hacerle pedazos.

(*Seis de la tarde.*)

La lancha se ha botado al mar: no puede aproximarse. Un patron de una barca pescadora llamado Henin (no olvideis este nombre) dice que va á arrojarse al mar. Se despoja de sus vestidos, y toma con una mano una cuerda: nadie se atreve á seguirle. Vésele luchar contra las olas: lo que asombra es la inmovilidad de la tripulacion, que no hace seña alguna. Se ha preguntado el motivo de ello: ¿los desgraciados no tienen ya valor para hacerlo? ¿confia el capitan en salvar el buque?... Me traslado á la playa.

(*Once de la noche.*)

¡Qué horroroso espectáculo! no lo olvidaré en mi vida. Treinta cadáveres amontonados confusamente en la sentina del buque propiedad de la *Sociedad Humana*. Todo ha perecido: ciento ocho mujeres, doce niños, trece marineros de la tripulacion.

Tres desgraciados están fuera de peligro. ¡Qué noche tan espantosa! Quiero daros, sin embargo, algunos pormenores.

Hácia las siete de la tarde se vé al valiente Henin llegar al buque. Vése á un marinero arrojarle una cuerda, despues retirarla; el mismo Henin, á punto de perecer, se vió obligado á soltar la cuerda y volverse á la playa. Quiere arrojarse de nuevo al mar; pero sus fuerzas están agotadas..... Es preciso renunciar á toda esperanza de salvar á estos desgraciados; el dia declina, empieza á subir la marea, el silbido del viento y de las olas no permite oir los gritos de estos desgraciados. ¿Cómo describiros la ansiedad de la muchedumbre que cubre la playa descubierta por el flujo? Un número considerable de marineros atrevidos se han arrojado al mar para procurar recoger los náufragos. La oscuridad se hace mas densa; el viento muge con mas violencia que nunca; las olas se suceden impetuosas y rápidas; apenas se distingue el buque. El mar, con sus olas enfurecidas, obliga á los mas intrépidos á retroceder. De repente un palo es arrojado á los pies de los espectadores; despues pipas, restos del buque, y últimamente cadáveres.

Corren por todas partes con faroles; se precipitan en el acantilado; á cada momento se amontonan mugeres, niños, hombres..... ¡todos muertos!... Un marinero corre hácia una roca; cree ver algun objeto que se mueve en la sombra: es un desgraciado de la tripulacion: lo coge, le lleva al hospital de la *Sociedad Humana*; en otra roca se recogen otros dos; el uno es hallado sin conocimiento, agarrado en medio de su espasmo á una tabla que la ola ha impelido hácia la costa; el otro es recogido en la arena de la playa, casi insensible: se los

trasporta á la fonda de la marina, donde los cuidados mas tiernos les son prodigados por el dueño de la fonda, y sobre todo por una inglesa, Mme. Austin, cuyo celo y valor fueron admirables. Otra jóven inglesa, Mme. Carles, hija de Mr. Awet, cuyo abuelo fundó la *Sociedad Humana*, y que se halla hospedada en la fonda, se apodera de una jóven que habian llevado desnuda y depositado en la mesa del comedor; á fuerza de fricciones se llama un tanto el calor, pero ¡ay! ninguna esperanza: la desgraciada abrió los ojos, y despues de exhalar el último suspiro, se la llevan, y Mme. Carles voló á prodigar sus cuidados á los demas. La desgraciada estaba dotada de una belleza notable.

En este momento los marineros de la decana y de la *sociedad* prueban una actividad que es imposible describir. A medida que se traen los cuerpos, los cirujanos se apoderan de ellos, se les envuelve en mantas, se les sangra. Una mugér hace un ligero movimiento; sale de su brazo una sangre negra; levanta sus párpados; renace la esperanza; pero muere! A medida que se hacia aquella terrible inspeccion, se depositaban los cadáveres en un estremo de la sala.

Los dos náufragos á los cuales Mme. Austin prodigó sus cuidados, se han salvado, han recobrado sus sentidos: sabemos por ellos que el buque que ha naufragado es inglés, que se llama *el Anfitrite*, que es buque de trasporte para los condenados á la deportacion; tenia á su bordo ciento ocho mugeres, doce niños, diez y seis hombres de tripulacion: los marineros que se han salvado son: Juan Richard, Rice, Juan Owen y Jaime Tovosey. Owen, que era el contramaestre, es un hombre que se halla en la fuerza de su edad: Rice y Tovosey son dos jóvenes.

1.º de setiembre, á las nueve de la mañana.

Hallábame á las seis en la decana. Durante la noche se habian recozido cuarenta y tres cadáveres del sexo femenino. He visto, por mis propios ojos, coger en el puerto una muger que estrechaba entre sus brazos un niño de dos años. Casi todos los cuerpos estan despojados de sus vestidos. La playa está cubierta de destrozos: el casco del buque está en cierto modo pulverizado, espresion que no creo demasiado fuerte. Nuestros desgraciados náufragos siguen perfectamente. A consecuencia de un capricho del destino, la camarera de Mme. Curtis acaba de reconocer en Owen á su vecino y amigo de la infancia. Hemos aprovechado un momento de reposo para interrogar á Owen y á Rice, y hemos recibido las deposiciones que abajo mencionamos.

He recibido igualmente la del valiente Henin; son dos documentos importantes para la historia de este espantoso suceso.

Hemos abierto una suscricion para los náufragos, y para recompensar á los valientes marineros que han espuesto su vida. En cuanto á Henin, el gobierno está dispuesto á recompensar su intrepidez, pues no es esta la primera vez que se honra con tales proezas.

Once de la mañana.

Se acaban de trasportar los náufragos y cadáveres recogidos; se han mandado cien atahudes, y mañana cubrirá la tierra sus despojos. Es de creer que el mar durante el flujo arroje otros cuerpos.

Deposicion de Henin (Francisco), patron de la barca pescadora, del puerto de Boloña.

Henin declara que, hácia las seis menos cuarto, dijo el capitan del puerto que queria irse á bordo del buque barado, y que los marineros no habian de hacer sino seguirle; que en cuanto á él, estaba decidido á hacerlo solo; que corrió por la playa con una cuerda, se despojó de sus vestidos, y se arrojó al mar. Cree haber nadado por espacio de una hora, y haberse aproximado al buque á las siete. Llamó con la bocina al buque y gritó en inglés: Arrojadme una cuerda para conduciros á tierra, ó sois perdidos; porque se aproxima el flujo. La tripulacion le oyó; hallábase entonces á estribor del buque, que hasta tocó; vió un marinero, y le gritó digese al capitan arrojára cuerdas. Los marineros le arrojaron dos de ellas, una de la proa, otra de la popa; pudo únicamente asirse de la de la proa. Dirigióse entonces hácia la playa; pero la cuerda que llevaba era corta y le faltó. Volvió al buque, se ató á él, y gritó la tripulacion le subiera á bordo; pero entonces sus fuerzas le abandonaron, se sintió agotado, y con suma dificultad pudo llegar á la playa.

Deposicion de Juan Owen, náufrago del Anfitrite.

Juan Owen declara haber nacido en Craffort, en el condado de Kent (Inglaterra), y ser el contramaestre á bordo del Anfitrite, buque de transporte, su capitan Hunter, Mr. Forster, cirujano, con cargo, para Sidney-New-Sout-Wales, teniendo á bordo ciento ocho mugeres y doce niños condenados á la deportacion, y diez y seis hombres de tripulacion.

El Anfitrite zarpó de Wolvoich el domingo 26 de agosto; la tormenta empezó en la noche del 29 cuando el buque daba vista á Dungeness; calcula que estaba á tres millas al este del puerto de Boloña. El capitan hizo sus esfuerzos para alejarse de tierra, pero fué en vano. Sobre las cuatro de la tarde del sábado, el buque fué arrastrado por la violencia del viento hácia el puerto, y tomó tierra. El capitan mandó anclar, con la esperanza de que durante la marea podria el buque flotar de nuevo. Hácia las cinco una barca francesa fué á socorrerle; Owen y Rice, ni ninguno de la tripulacion tuvieron noticia de ello. Se ocupaban en este momento en trabajar bajo el puente y arreglar sus lios, esperando poder desembarcar. Cree que entonces hubiese sido posible salvar á todos. Antes de la llegada de la barca, vió Owen á un hombre, desde la costa, y con su sombrero hacia señal para que desembarcasen. Vió despues llegar á nado á un hombre por la popa, que le gritó en inglés le arrojase una cuerda, lo que el declarante iba á hacer cuando se lo impidió el capitan.

Despues de la partida de la barca el cirujano preguntó por Owen, y le dijo botara al mar la lancha grande, y esto, á consecuencia de una contienda con su muger, que queria desembarcar en aquella, impidió á todos los condenados lo verificasen. El doctor varió de opinion y manifestó que ninguna lancha iria á tierra, lo que impidió desembarcar á los condenados que se hallaban sobre el puente, bajaron para arreglar sus lios, y pidieron á grandes gritos la lancha: tres mugeros digeron á Owen que habian oido al cirujano decir al capitan no aceptára el auxilio de la barca francesa.

A las siete empezó la marea; y la tripulacion, viendo que no habia esperanza de salvacion, subió á la verga, permaneciendo las mugeres en el puente del buque. Owen cree que las mugeres permanecieran en esta situacion mas de hora y media. De repente se abrió el buque, y todas las mugeres, escepto una, fueron arrebatadas por las olas. Owen, el capitan, cuatro marineros y una muger se hallaban en las vergas. Owen juzga que permaneció en esta posicion cerca de tres cuartos de hora. Viendo que los palos, vergas y velas estaban á punto de ceder á la violencia del viento y del mar, dijo á sus compañeros que era inútil permanecer mas tiempo; que iban á perecer, y que era preciso procuráran nadar hasta llegar á tierra. Se lanzó entonces al mar, y cree haber nadado una hora antes de llegar á la playa, donde fue cogido por un francés, y conducido, sin conocimiento, á la fonda de la marina. Owen añade que estaba completamente convencido del peligro que corria el buque desde el momento del encalle, y que preguntó á sus compañeros si no pensaban como él que hubieran podido salvarse entonces. Respondieron que sí; pero que no habian querido aparecer asustados.

Deposicion de Juan Rice.

Declaró haber nacido en Lóndres, etc. Confirmó la deposicion de Owen, y añade que hizo notar al capitan la persona que, desde la playa, le hacia señal que desembarcase: el capitan le volvió la espalda.

Preguntado con este motivo, dijo: que el capitan no estaba achispado, y que era co-propietario del buque. Owen y Rice dicen que todas las mugeres estaban encerradas, pero que antes del peligro forzaron las puertas y se precipitaron en el puente. Habia ya seis pies de agua en la sentina.

Se sabe que el valiente Henin, que ha representado un papel tan brillante en este desastroso naufragio, ha recibido muestras de interés de los dos gobiernos inglés y francés. Entre otras recompensas, el ministro de marina le condecoró con la legion de honor.

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

(FLORALBO CORINTIO).

ARTICULO I.

«Tenia una habilidad especial para la poesia latina: es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice D. Manuel José Quintana.

«Sanchez Barbero, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las estravagancias que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto D. José Gomez Hermosilla.

Juicios tan opuestos no pueden menos de llamar la atencion sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece tambien que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Moriñigo, pueblecillo de corto vecindario á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad intima con otro jóven, despues eclesiástico tan digno como sábio modesto, á quien se debe la conservacion de las poesías latinas y castellanas que Floralbo compuso durante los tristes ócios de Meli-

lla. En el aislamiento del colegio se dedicó con ahinco á los estudios literarios, puestos en voga y perfeccionados por Cadalso, Melendez y tantos otros que en pos de ellos formaron y acreditaron justamente la escuela salmantina. Sanchez Barbero salió á estudiar jurisprudencia, marchando despues á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacía, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entonces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano* que menciona en los «Orígenes del teatro español», y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composicion «En la muerte de la duquesa de Alva»; el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebosan de estro lírico; los «Principios de Retórica y Poética», en que á breves y claras reglas se une el egemplo del estilo, y que han servido mas á la juventud que el pomposo fárrago de otros preceptistas; y las tres «Odas al combate de Trafalgar», corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocian.

Por este tiempo ocurrió la invasion de los franceses. Sanchez Barbero, patriota de corazon y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba venciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro dias encerrado en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando préviamente la amenaza (que le intimó el general Dagoult) de ser fusilado si intentaba escaparse. A pesar de ella logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz pocos dias antes de instalarse las Córtes. En medio de todos estos conflictos, sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de las cuatro edades del hombre comparadas con las estaciones del año, varias poesías líricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso: se dedicó tambien á sus estudios predilectos, y redactó *El Conciso*, periódico célebre que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Concluyóse por último la guerra, y Sanchez regresó á Madrid lleno de júbilo y esperanzas (pronto desmentidas), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de S. Isidro y en censor de teatros, y en la publicacion de *El Ciudadano*. ¿A qué hemos de referir la sabida historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del rey deseado?.... Basta á nuestro propósito recordar que algunos traficantes de juramentos batieron palmas, mientras otros (la posteridad los califica de *mejores*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su saber y sus trabajos. Entre estos se contó Sanchez Barbero. Las cárceles no bastaban para las víctimas, y tambien las acogieron en sus recintos el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martin, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre chorreaban las hojas *del Procurador y del Atalaya;* sangre pedian tambien algunas voces desde la cátedra del Redentor, y por un refinamiento de ódio, cuidaron de ahuyentar los consuelos de la amistad propagando la noticia de que disfrazados espías se deslizaban entre los infelices presos. Escusada es la pintura de tamañas vejaciones. ¿No las hemos visto semejantes despues de 1815?.... El estudio fué allí, como en todas partes, fiel compañero de Sanchez; y mientras que la venganza y la ingratitud cuajaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, mientras tenia que comparecer ante una comision especial de jueces enemigos, y responder á las capciosas preguntas en que le hacian cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen... *del pensamiento*, él, con tranquilo ánimo, componia su aun no bien apreciada gramática latina, traducia una ópera de Metastasio, y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despejada del monton de reglas que abruman y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos rutinarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *Los Gramáticos:*

En los horrores de la negra cárcel
de crímenes abismo,
cuando con el temor, con el quebranto
el varonil espíritu zozobra,
en aquella guarida del espanto,
y solo al pro de la niñez atento,
ésta tan útil obra
pudo sereno trabajar..........
.... La matritense
sociedad económica la aprueba.
A su consocio mísero aplaudiendo
á la suprema autoridad la lleva,
que la enseñe á los jóvenes pidiendo;
pero la negra suerte
su afan tan lejos de premiar estuvo,
que sin darle lugar á que cerrara
su pobre maletilla,
moviendo un huracan con soplo fuerte,
arrojóle al presidio de Melilla.

«Mi gramatiquilla, decia en 1807 á un amigo, se está en el ministerio de Estado, y tal vez *in æternum clauduntur lumina noctem*. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caido sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel sigue la suerte de su padre.» En efecto, no salió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas, y el favorable dictámem de la sociedad económica.

Llegó por último la terminacion de la causa, y usando el rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio con retencion en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo en la plazuela de la Cebada al pie de la horca. Al amanecer el 18 de diciembre de 1815 salieron de la cárcel, y fondearon al cabo juntos en Melilla, Argüelles y Alvarez Guerra, destinados á Ceuta; García Herreros y Zorraquin á Alhucemas; Martinez de la Rosa al peñon de la Gomera; y Calatrava, Ramajo, y Sanchez Barbero, que quedaron en Melilla.

Entonces empezó una nueva série de sufrimientos que terminaron la vida del ilustre deportado, sin haber conseguido que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situacion, decia, es mucho mas lamentable que la del »escita Jeremías, porque al cabo comia carne y *frusta meri*. Aqui este »género es contrabando..... Comemos muy mal: he gastado cuanto los »amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya »no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea situacion, tra»taré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha »engendrado otro no menos atroz, á saber, la desnudez. Así es que an»do á sombra de noche como el ladron. Y no se crea que pondero; an»tes bien á ley de presidario protesto que me quedo muy zaguero.» Esta es la descripcion prosáica y positiva de sus padecimientos: la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traduccion «..... No es fácil señalar un solo ins»tante de placer en todo el dia: faltan los mantenimientos del cuerpo, »y la razon no encuentra ejercicio..... Las disparadas balas nos silban »alrededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen »envuelta. Habita en ella gente española de la mas criminal, y mas »bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa, aquí no hay que »buscarla: es terreno desamorado..... No asoma á él Venus sino con »semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas..... etc.»

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso mas el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1) muchas poesías latinas, y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Esceptuando algunos epigramas en que de una manera chistosa, y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos de los que llamaba *Gramáticos*, las demas composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mencion del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni menos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martinez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Alvarez Guerra y otros amigos son los personages á quienes dirige sus odas.

Menos numerosas, y acaso menos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no solo á la satisfaccion que sentia al superar las dificultades de la métrica latina, sino tambien á que en ese idioma podia dar mas rienda á sus sentimientos sin temer el espionage de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letrillas y cantatas, dos odas en la muerte del duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que «dirigiéndole mas de seiscientos versos sueltos, le zahiero sus hiposos lloriqueos, y su adulacion arrastrada al *numen, Dios piadoso, justo*, que le deportó al Euxino Ponto..... y con mis desgracias pongo en parangon las suyas» (2); otras dos epístolas: una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un casamiento*; y nueve diálogos en que, ya censura vicios contemporáneos, ya elogia instituciones barridas por el viento de la reaccion, en un estilo castizo y sa-

(1) Sed Gallus prædator adest: me carcere torquet
et procul a patriis moestus et exul eo.
Carmina rapta tuli: subito periere labores
queis multa incubuit nox vigilatque dies.
(*Ep. ad D. M. M.*)

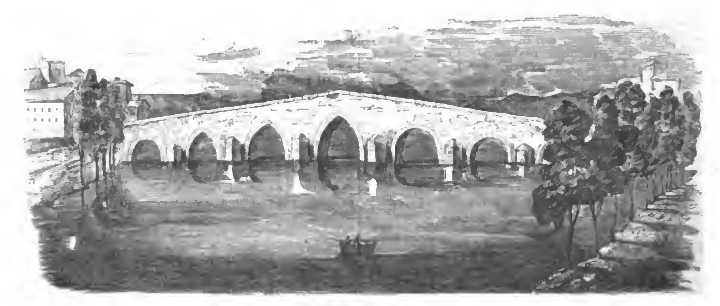
(1) Melillæ scripsi, doctis neque fultus amicis
nec libris; gratum sit tibi, lector, opus.
(2) Carta á un amigo.

broso, y aun pudiera decirse *Horaciano*. Hizo ademas una traduccion de la *Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias apuntaciones sobre la gramática latina: se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, varia mucho, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decia á este propósito:

Segun el argumento
Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento.
Una vez deslizándose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En octubre de 1819 sucumbió envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (1).

A. GIL SANZ.



PUENTE DE LUGO.

La carretera de *Lucus Augusti* á *Iria Flavia* es contemporánea á la dominacion romana en Galicia, porque está consignada en el itinerario de Antonino. Los romanos señalaron para las legiones vencedoras una via pública que se dirigia desde el convento jurídico lucense por *Brevis* (Erbo en Deza), *Aseronia* (Asorey en Deza), á *Iria Flavia* (Padron). Desde esta remota época se ha reconocido la importancia de una carretera que facilitase á los pueblos del interior la comunicacion con su dilatado litoral.

En esta via pública se atravesaba el caudaloso Miño: los romanos construyeron un puente sobre sus aguas. En el siglo XI la invencion de un sepulcro cubrió de casas el páramo de los *Presamarcos*, el territorio de Santiago, y se echó de ver que la carretera de Lugo debia cruzar por Santiago para nutrirse con la vida de una poblacion importante. Nosotros no hicimos tanto como los romanos: hasta ahora se ha dejado incompleta la comunicacion entre Lugo y Santiago.

La dominacion de los señores del mundo ha perpetuado en Galicia la huella augusta de su imperio. La antigua ciudad de Orense presenta un grandioso puente sobre el rio Miño; cerca de la villa de Padron, la solemne advocacion de un puente romano al César sirve para dar nombre á un barrio; el *Pons Cæsaris* es el *Puente Cesures* entre nosotros: en Bibey, cerca de Larouco, donde Bruto escaló una montaña para hacerla practicable á los conquistadores por medio de los célebres *codos*, de los cuales hace mencion la geografía antigua y moderna, se levanta un puente romano, y en la antigua *Lucus Augusti* las conquistas y los siglos han violado la obra fabricada sobre las arrogantes corrientes del rio Miño. El puente de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores en el presente artículo, facilita la comunicacion entre la remota *colonia augusta* y el territorio de Santiago. Su origen se remonta á la dominacion romana, que consideró á esta ciudad como la cabeza de los gallegos septentrionales, y pertenece á la misma época que el acueducto cuyos vestigios aun se pueden reconocer, y los baños termales cuyos paredones de hormigon revelan que sus albañiles fabricaban para siglos, adivinando la prolongada duracion que estaba reservada á su dilatado imperio.

Sentada la ciudad de Lugo sobre una izquierda del Miño, permite distinguir á la distancia de mil pasos la cuenca del mediodia por donde corren las aguas del rio mas célebre de Galicia. En el descanso de esta pequeña cima adonde concurren la antigua calzada y la moderna carretera, se encuentra el puente construido de cantería y pizarra en durísima masa, con ocho arcos desiguales, sostenidos sus pilares con fuertes corta-aguas y seguros pretiles. Su forma es en parte angulosa por las dos vertientes que se unen en las entradas segun el estilo romano. El ancho de su fábrica es de 6 1/2 varas, su largo de 125, y su elevacion desde la corriente de las aguas hasta 13 1/2

Con el objeto de evitar que las crecientes del rio impidiesen el paso por la parte de Lugo, como ha sucedido en diversos años (2), se alzó en 1828 su entrada por entre casas, añadiéndole dos grandes alcantarillas para dar salida á las aguas. A ambos lados del puente se encuentra un pequeño barrio compuesto de cincuenta casas, que lleva su nombre, y muy cercano á su fábrica el establecimiento de los baños termales sulfurosos, el sitio de recreo del obispo, conocido por la casa y huerta de *la Viña*, y el pequeño hospital de San Lázaro. En mayo de 1809 fué volado por los franceses su arco mayor como un recurso estratégico para que los ejércitos españoles no pudiesen alcanzarlos, y en 1818 se ha construido de nuevo por cuenta de los fondos de caminos, formado ya el proyecto de dirigir por él la carretera de Santiago.

Las conquistas de los suevos destruyeron el puente romano de Lugo, convirtiendo en ruinas este monumento importante que unia las floridas vertientes del celebrado Miño. En el siglo XII fué reedificado para facilitar la comunicacion de los pueblos del interior, que apelaban á las armas en la defensa de sus localidades. Por algunos documentos que existieron en la catedral y en el convento de la Nova, constaba que en 1331 se habia reedificado y no construido de nuevo: en el testamento de doña Berenguela en 1309, se destinaron *200 maravedises para el puente de Lugo*, y en el que hizo Diego Alguacil dio para el mismo objeto *una casa que se vendió al cabildo*. Los encargados de su última reedificacion fueron Fr. Bolaño, religioso franciscano, y Juan Perez de Hoz.

Desde el siglo XVII se cobraba por el obispo, en virtud de una cédula dada por Felipe V, cierto derecho de portazgo por los carros y caballerias que no pertenecian á su comarca jurisdiccional, cuyo derecho fué abolido posteriormente.

En la actualidad el puente de Lugo, como la mayor parte de los monumentos antiguos de utilidad no interrumpida para las generaciones venideras, conserva las restauraciones de diversas edades que renovaron la fábrica primitiva. Cada conquista destruyó un pilar,

(1) Los efectos que Sanchez Barbero dejó al morir valian 390 rs. Consistian en prendas de ropa usada, y la mejor era una levita de paño azul tasada en 160 rs. El documento que nos suministra esta noticia, concluye asi: «La suma que expresa la relacion que antecede, firmada del capitan de la compañia de D. Francisco Sanchez Barbero, Q. D. G., se invirtió en misas por su alma, aplicadas por D. Juan de Campos Infantes, cura propio y vicario interino de esta plaza, y por mi el capellan auxiliar del Real Hospital de esta plaza de Melilla, a 6 de Noviembre de 1819. Fr. Pedro Cabello.

(2) En una copa de sus pretiles existe la inscripcion que da a conocer el punto adonde subio la creciente de aguas en 26 de diciembre de 1588 que puso en peligro a los habitantes del barrio *del Puente*.

cada siglo llevó una piedra. Llegó despues la paz, y el pilar fué reedificado y la piedra renovada. Al arco rebajado de los romanos sucedió el arco apuntado de la edad media. Lo nuevo cubrió á lo antiguo como la corteza al tronco.

Dentro de las hiladas de piedras renovadas en 1818, se encontrarán tal vez algunos denarios de Augusto acuñados antes de la era cristiana. Esta es la verdadera carta de antigüedad de las obras públicas, su verdadera carta de nobleza. La historia es el nobiliario de estos monumentos solariegos de las artes.

Antonio Neira de Mosquera.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(Continuacion.)

Es cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Napoleon le Noir, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

No tengo el mérito de casarme por moralidad, amigo mio, repuso Servando; lo tiene aquella divina criatura tan imposible de seducir como imposible de olvidar.

—¡Una Lucrecia! ¡qué casualidad!—¿Hay muchas por aquí?

—Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

—¡Me guardaré!—¡me guardaré!—contestó picado Mr. le Noir; no me quiero esponer á dar con tan inexorable Vestal que me hiciese perder la cabeza al punto que la habeis perdido vos; guarda, Pablo, como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas de dos tiros que me sirven para los desafios.

—Pues, amigo mio, cada cual busca la felicidad á su manera; por mí no puedo ser feliz sin aquel ángel.

—Buscad otra voz: el *ángel* ha pasado de moda. Equivale á *Cloris*, es espantosamente *rococo*.

—¡Si vieras qué bella es!!

—¡Ya!—las feas no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazon tan amante!.

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—¿Antipatía? ¿y por qué?

—Porque un *corazon amante* es el mas despótico y egoista tirano; es la caja de Pandora; es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y de reconvenciones. Pero á todo esto quién es la dichosa?

—No me desdeño en decirlo: es la hermosa hija del picador que mató un toro en la corrida del dia de San Juan.

—¿La hija de un picador? dijo sin alterarse Mr. Napoleon; ¡una *mesalianza!* es muy *fashionable*, amigo mio, pero es muy tonto.

—¿Tonto?

—Sí, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand; peor que una culpa, es una pifia.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza, y para mí es un asunto de corazon.

—Este es el lenguaje de un estudiante de Jena, de un Werther apreciable y cándido.

—¡Ah! ¡si la viérais!

—Por vista—será una Venus—pero toda la belleza del mundo no hace un partido conveniente.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, estremadamente novicio, *moncher*.

Monsieur Napoleon se creia *padre maestro* porque siempre pensaba lo peor; así hay muchos, que se suelen equivocar de medio á medio, como le Noir en esta ocasion.

—Mi palabra está dada.

—Palabra á mugeres!—*allons donc!!*

—Me casaré—si señor, me casaré.

—Y tened presente que es para toda la vida, segun las sábias instituciones que nos rigen.

—Ello es, dijo riendo Servando, que no seria malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó que cansa.

—Ved ahí por lo que no quiero casarme, por no ser mal marido, porque eso de *siempre perdiz*, hasta al obispo cansó cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV. Creedme, desistid de esa locura.

—Oh! imposible, imposible! esclamó Servando. Sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar á aquel *dragon de virtud*—eso es novelesco—entendido, y golpe digno de un legítimo Don Juan de Tenorio, héroe poetizado, cantado, admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía!—esclamó Servando.

—Y vos un tipo de moralidad digno de recibir el premio de virtud instituido en mi país por monsieur Monthion. ¿No veis que esa *mijaurée*, esa marisabidilla, cuando llegue á desengañarse estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis habreis pagado vuestra deuda?—Qué mas puede apetecer?—No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais.—*Moncher, cela se voit tous les jours!*

Servando era una de esas naturalezas, como por desgracia hay muchas, semejantes á las materias inodoras, que se impregnan tan luego de la esencia de aquellas con las que se ponen en contacto, sea el distinguido y bello sándalo, sea el vulgar y detestable almizcle; naturalezas fluidas como los rios, impetuosos á veces, pero que siempre siguen la senda por donde se les quiere llevar. Por eso es que dice aquel verídico refran sacado, como la mayor parte, de un profundo conocimiento del mundo y del corazon humano, *dime con quien andas, y te diré quien eres*.

Monsieur Napoleon le Noir, no solo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando de cometer el mas indigno fraude, el mas horroroso atentado, sino que le ayudó en un todo á llevarlo á cabo, haciendo en esa horrible farsa de testigo, y su Gil Blas de sacerdote fingido.

Pasaron algunos meses felicísimos, que fueron para Regla y Servando esa *luna de miel*, como dicen los alemanes é ingleses, que para los que se aman tiene su mayor encanto en la dulce certeza que encierran justamente las palabras *para siempre*, que tanto horripilaban á Monsieur Napoleon le Noir.—¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazon de Regla el falaz engaño de que habia sido víctima!!—Y digámoslo en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son mucho mas raros que los que son enteramente buenos, Servando, que amaba á Regla, tenia el firme propósito, y ya invariable desde que concibió la esperanza de ser padre, de legitimar públicamente al niño y á la madre, cuando faltase la suya.

Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, otro sábio refran que dice que *por la calle de despues se llega á la plaza de nunca!*

Entre tanto Sebastian, aquel hombre de corazon amante y honrado que se habia visto espulsado por un nuevo amor del lado de su prima que queria con tanta pasion, cuando muerto su tio, Regla, dueña de sí misma, se decidió á seguir al nuevo amante que le ofrecia el casarse con ella tan inesperada ventura, Sebastian, profundamente herido y avergonzado de volver á su pueblo, en el que muy en breve debia ser conocida su desgracia, lo abandonó todo, huyó, y en su desaliento sentó plaza, buscando la muerte que solo apetecia.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa que tenia lugar por aquel entonces, y que daba la perspectiva de una guerra, lo afirmó en su propósito que llevó á cabo.

Servando, imbuido en ideas extraexaltadas, se comprometió ostensiblemente en aquellos sucesos que no son del caso referir, y triste recordar, como lo es todo lo que son disturbios en una familia; desgraciadas divergencias de opiniones políticas que tornan en contrarios, y á veces en enemigos, muchas personas hechas para apreciarse y quererse recíprocamente.

Servando con su energía facticia, sus llamaretadas de fuego fátuo gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, de manera que á la salida del rey de Cádiz tuvo que esconderse para no ser arrestado.—Desde luego sus amigos le aconsejaron que emigrase por algun tiempo mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos que cada partido condena en el partido contrario, cual si libre se hallase de este fatal sentimiento inherente al hombre.—Fuéle hablado al capitan de un barco inglés para que lo recibiese á su bordo á él y á Regla, de que no quiso separarse.—La dificultad que se presentaba era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas, bien guardadas de dia, se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos muy conocidos de los contrabandistas en grande, que por ellos en todos tiempos y á pesar de la vigilancia han entrado contrabandos en escala mayor.—Para cuántos no han sido los husillos de Cádiz unas verdaderas minas mas productivas que las del Perú!! Aun cuando estan estos husillos, esas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés escita la voluntad, aguza el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre: así es que estas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido

La salida por un husillo fue pues el medio adoptado para la fuga de Servando, y fijada para verificarla una hermosa noche de luna.

En esa misma noche Sebastian, cuyo regimiento habia venido de guarnicion á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla.—La luna, que todo lo pone tan bello y melancólico, hacia aparecer las hermosas y uniformes casas de Cádiz como palacios de mármol; la mar parecia estar en un momento de completa abstraccion, y sentir placer en dejarse platear por la luna; los barcos en la bahia estaban inmóviles, cual si estuviesen clavados en un mar helado; alrededor de la vasta ensenada yacian tranquilos los pueblos que la circundan como blancos campamentos de un dormido ejército; nunca la naturaleza preparara una noche mas tranquila al sueño, mas indisputable al silencio. Sebastian solo oia el ruido de sus propios pasos, y el del hondo suspiro de su pecho cuando tendia la vista en lontananza hácia el Puerto, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas remembranzas, en donde su destrozado corazon habia aprendido cuánto dolor podia contener, y cuánta sangre podia derramar por sus heridas. Allí, pensaba, está allá! Ella que tan pronto aprendió lo que nunca por mi mal sabré yo, olvidar su primer amor! Se deslumbró como la mariposa, á la que una luz se presenta.—¿Quemaráse en ella, ó será feliz?—Si siquiera supiese que lo es!—Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en este instante que oia al pie de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaucion hendiese las aguas.—Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.—¿Qué podrá ser esto? pensó. Será algun pobre mariscador que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja descubiertas. El ruido no era interrumpido. La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no seria su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se habia arrimado á la muralla se disponia á entrar un jóven; que este jóven hizo una seña, á la que correspondió una muger, que cual una sombra, parecióle que salia de la compacta base de la gigantesca muralla. Sebastian creia soñar!—No queria creer á sus ojos, cuando una voz queda, pero que el completo silencio hacia distinta, pronunció estas palabras: «no temas, Regla.»

El corazon del soldado despertó con todas sus pasiones al oir este nombre, cual el dormido leon por la bala que lo penetra. Regla!—repitió cual un apagado y lúgubre eco: ella! ella!

Saltaba en este momento la jóven de roca en roca sostenida por la robusta mano de uno de los dos barqueros que venian en la lancha.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguia bien toda la escena; ansioso, fuera de sí, suelta el fusil y sube al ancho reborde que hace declive; el fusil al caer suena con fuerza al dar sobre la argamasa del piso: al oir este ruido, la jóven que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entonces alumbra la luna de lleno.—Sebastian la ha reconocido.—Ella es! Es Regla la que en esa lancha al fuerte empuje de los remos de los lancheros se aleja resbalándose la ligera embarcacion sobre la superficie del mar, como un trineo sobre el resbaladizo yelo.—Un vértigo oscurece la vista y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde esa inmensa altura sobre las rocas!

El infeliz se ha roto en su caida ambas piernas; no puede moverse, y en vano implora su voz auxilio en aquel parage desierto, y dos horas faltan al relevo de las centinelas.—Por cúmulo de horror, la marea empieza á subir agitada é inquieta hasta que llegue ansiosa á la muralla cubriendo á su paso las rocas.—Ya en su empuje golpea á las mas salientes, y con esto ahuyenta el silencio que hiciera posible el oir á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla; nadie responde, y el agua sube, sube sin que poder conocido contrareste ni detenga un instante su periódica pujanza; el infeliz ensaya de rastrearse sobre sus manos; vano esfuerzo, pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas!—Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, y llegará á la muralla, pasando inexorable sobre él fria y amarga como la crueldad!—Quiere en su agonía asirse á una roca mas elevada que las que la circundan: no puede, y recae con un hondo gemido de dolor: y el agua sube; ya cubre sus destrozadas piernas, ya salpica su pecho, ya murmura en sus oidos!—Entonces Sebastian, que era un hombre cristiano y valiente, se resigna: cruza sus manos, y levanta su corazon á Dios en actos de fé, pues en su Dios cree á *puño cerrado*; de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adios; de esperanza, pues confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!

Y en el horizonte asoma el alba tranquila, blanca, suave, como si el dia que trae de la mano habia de dar la vuelta de este miserable globo sin alumbrar horrores y sin oir lamentos!!

Acompañábala una fresca brisa que henchia las velas de una fragata inglesa que al compás de la monótona cantinela de sus marineros, levantaba su áncora para lanzarse en lo infinito cual las aves de paso.

Llegaba entonces el *saronero* del puerto, esto es, el falucho que antes de abrirse las puertas de la ciudad trae al muelle las frutas y legumbres para consumo diario.—Los marineros divisaron á aquel infeliz que ya habia renunciado á la vida, lo recogieron y llevaron casi exánime al hospital.

Habia Servando al llegar á Lóndres alquilado una casa *pequeñísima* (pues *pequeñas* lo son allá casi todas), pasado Bedlam (el hospicio de locos), y el jardin zoological de Surrey, en el arrabal de Kenington. Entrábase por la puerta de la calle (todas cerradas allí como símbolo de la inhospitalidad) en un corredor largo que al frente tenia una escalera angosta y, como lo son todas, de madera, cubierta con un paño ó lienzo de alfombra que sujetaba en cada escalon una barita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducia á la cocina, despensa y otras oficinas que están allí en sótanos que reciben la luz por zanjas abiertas delante de las casas, y guarecidas por verjas de hierro. En el corredor habia dos puertas que conducian á dos habitaciones: la primera era una salita con dos ventanas á la calle; la segunda un comedor con dos ventanas al jardin, jardin pequeñísimo, frio y estéril que tapizaba un césped verde y liso, césped admirable que cria aquel suelo como para vestir á Inglaterra de terciopelo, y en el que un árbol, un árbol triste como un cautivo, delgado y lánguido se estiraba á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia buscando el campo. Arriba tenia la casa dos habitaciones iguales á las de abajo, que eran los dormitorios; el tercer cuerpo consistia en bohardillas, en una de las cuales dormia la sola cria la que tenian. Por la mañana, segun el uso de allí, llegaba á la puerta el carnicero, el panadero, la lechera y el que traia la hortaliza; lo demas necesario, y los géneros ultramarinos, los traia la criada de una tienda vecina.

En este local que aquí llamariamos tabuco, en lo demas bien y cómodamente alhajado, instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, pues hasta él mismo, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el dia fuera de su casa. Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del pais, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretestos para Servando á convencerla de que no podia ser otra cosa su vida que tal cual era. ¿Pero quién podrá esplicar la profunda melancolía, ese llamado en francés *mal del pais*, que se apoderó de aquella hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel pais mustio y encapotado, de la espansiva y comunicativa española, entre aquellas gentes reconcentradas que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen una sutil pua de cactus?—¡Cuántas veces buscó la pobre jóven incomunicada de sus semejantes la mirada de otra jóven como ella, cuya fresca y alegre cara asomaba por entre una profusion de rubios rizos, ó la de graves matronas cuyas blancas, serenas y nobles frentes parecian el trono de la virtud clemente!—Con el corazon en ella le salia al encuentro la dulce mirada de la reclusa mendigando una recíproca señal de benévola atencion:—¡era en vano!—Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene algo de sequedad, tiene mucho de alto decoro y fina circunspeccion. Pero esto no estaba al alcance de la pobre niña, ni mucho menos el que fuese el contacto con ella uno de los casos que autorizaban esta circunspeccion.—Veíase, pues, sola entre aquel inmenso gentío en constante movimiento, y nunca es mas horrible la soledad que en medio del bullicio; pierde su suave tranquilidad, su dulce calma sin compasion.

Como consuelo tuvo por entonces Regla una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó solitaria y calladamente como pasaban todos los demas accidentes de su triste vida.—A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado mas su vida sino en haberse alejado de ella cada vez mas su marido. Levantábase éste á las dos, salia á las tres, y no volvia á entrar en su casa hasta la madrugada; así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando no solo demostraba ya á Regla falta de cariño, sino un despego que rayaba en desden.

Servando habia encontrado allí, y habia vuelto á intimar con monsieur Napoleon le Noir, pues hay entes que el mal espíritu parece echar siempre en la senda de otros para perderlos.—Mr. Napoleon habia querido visitar á Regla, pero Servando habia sabido esquivarse de esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio los celos sobreviven al amor, y Servando conocia á un tiempo que Regla era una rara belleza, una perla, y Mr. Napoleon un hombre profundamente corrompido que ignoraba absolutamente lo que era *respeto* en concepto alguno.—Menos corrompido que él, era Servando mas vicioso:—juntos jugaban en los mas detestables garitos: Servando se arruinaba y Mr. Napoleon nunca perdia;—juntos bebian, pero nunca Mr. Napoleon se emborrachaba;—en sus despreciables amores nunca prodigaba este señor sus halagos ni sus doblones; y mientras este gran calculador andaba boyante, rozagante, con ínfulas de diplomático buscando cosméticos, Servando habia á un tiempo destruido en aquella gran Babilonia su caudal, su salud, su juventud, su bella parte moral, y envilecido por los vicios, habia gradualmente descendido á la cloaca de ignominia á que conducen, habiendo empezado por des-

preocupado, y acabado por *cínico*. Así, aquel jóven tan bello, tan rico, que fue la gloria y esperanza de sus padres, á quien la vida solo brindaba sonrisas, y el mundo alhagos, arruinado, exhausto, mortalmente enfermo, envilecido, fué preso un dia por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas *the Fleet*.

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esa la primera vez que esto habia sucedido á su marido: pero temia! temia instintivamente *algo*. Tenia su niño en brazos, y para dormirlo le cantaba con dulce y triste voz unas estrofas de una letrilla que recordaba haber oido cantar en su infancia.

Que no quiero amores
En Inglaterra;
Que otros mejores
Tuve yo en mi tierra.
Que cuando allá vaya,
A fé yo lo fio,
Buen galardon haya
Del buen amor mio,
Que son desvarío
Los de Inglaterra;
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra.

Y su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella fria y densa en que vivia sus alegres gorgeos y sus ligeros voleteos.

Abrióse en ese instante la puerta, y vió entrar á Mr. le Noir. Apoderóse de ella una consoladora alegría; veia á un conocido, á un amigo; podia hablar, hablar la lengua de su patria.

Así fué que le dió una cordial bienvenida. Mr. le Noir manifestó con espresiones harto familiares á Regla que la hallaba embellecida, y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba el pais, y si no echaba de menos á España.

Al oir nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

Esta elocuente, aunque muda respuesta, alentó á Mr. le Noir.

—Esto os parece muy triste, dijo: esto es natural.—Es una barbárie dejaros tan sola!

—Tengo mis niños, contestó Regla mirando á su niña sentada á sus pies en el suelo, y á su niño durmiendo en su cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante; á vuestra edad se quiere disfrutar de otras compañías, del mundo y de sus placeres, de simpatía y de amor.....

Mr. le Noir, diciendo esto, se acercó á ella grosera y atrevidamente: dadme, dijo, esa mano, que ha soltado aquel á quien se la disteis.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillon de rodajas en el que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero ni deseo mas que el amor de mi marido, dijo, chispeando los ojos de la altiva española de indignacion.

—Acaso lo teneis?

—No lo habia de tener su muger, la madre de sus hijos?

—Qué ilusion tan vaporosa!

—Mas lo son las vuestras, repuso Regla con desden.

—No son vaporosas, sino doradas.

—Qué quereis decir con eso? No os comprendo.

—Que cuando uno tiene la suerte de poder *dorar* sus ilusiones, las da consistencia; de esta suerte pasan de sueños á realidades; de lo ideal á lo positivo; y así espero sucederá con las que abrigo.

—Os olvidais que estais hablando con una muger honrada, que lo es de un amigo vuestro.

—Con la señora de Ramos, eh?

—Con la muger de D. Servando Ramos; eso mismo.

—Pobre tortolita!

—Habeis venido solo á insultarme?—Esto es inaudito!!

—No, no; he venido como los verdaderos amigos, en la necesidad y cuando puedo seros útil; vengo, cuando abandonada estais del mundo entero, á ampararos y brindaros con mi amor un agradable y divertido porvenir, pues por mis venas no corre la sangre moruna de los Otelos.

—Desbarrais?—esclamó Regla estática al oir las palabras precedentes, que le parecieron aberraciones.

—No desbarro..... pero desbarro seria en vos, repuso Mr. le Noir, el desechar la suerte que os brindo. ¿Amais pues tanto á ese perdido que no hace caso de vos?—Vamos! si no hay como tratar mal á las mugeres para tenerlas sujetas, fieles y contentas!

—No se trata de si estoy contenta ó no; se trata de mi deber.—¿Úsase acaso en Francia de que las mugeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro es de quita y pon; y no incurrireis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo ni sé lo que quereis decir: lo que sí sé, es que deseo concluyais tan escandaloso tema.

—Pero ¿es posible, es creible, prosiguió Mr. le Noir sin dejarse intimidar por las severas repulsas de Regla, que desde tantos años vivais en un error craso, creyendo á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido, y tengais aquella farsa, en que yo hice el papel de testigo y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento*, y la ley un contrato indisoluble? ¿Os finjis ignorante, ó lo sois boba y realmente?

Regla, al oir estas palabras, por un violento impulso se habia levantado de golpe, y faltándole las fuerzas, se sostenia sobre una mano apoyada en el brazo del sillon.

—Famosa actriz! dijo Mr. le Noir contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz.

—Conque, ¿qué determinais? prosiguió; ¿sereis por mas tiempo con vuestra juventud y belleza la víctima de ese perdido?

—Salid—dijo n honda y ahogada voz Regla.

—¿Pero acaso sabeis que Servando está en The Fleet preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos lábios.

—Tened presente, prosiguió Mr. le Noir, que en Lóndres *no teneis* como en vuestro pais el *gran meson de la estrella* que á todos cobija. El de aquí, cuyas estrellas son de gas, es un coto vedado. Cuando os echen de esta casa el dia que no la pagueis, sereis severamente perseguida por vaga.

—Idos! idos! gritó en su desatiento y desesperacion Regla: idos, o pido socorro!

—Vamos, *cachaza!* como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor; no os exalteis; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado con las frescas nieblas del Támesis.—Dejaré calmar la sangre andaluza *mousseuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposicion de apreciar lo que en vuestra situacion vale un amigo.

(Se concluirá.)

Los periódicos de estos últimos dias han anunciado la desgraciada muerte de un jóven, que se habia arrojado al Canal: este jóven era un poeta, amigo nuestro; un jóven de verdadero talento, un poeta de esperanzas y porvenir. Pero el poeta no habia tenido tiempo ni calma suficientes para escribir una de esas obras que *dan á conocer*, y el joven vivia en una posicion demasiado modesta para que su muerte produjese otro efecto que el de una estéril compasion, ó algunas frias reflexiones. Su cadáver ha sido enterrado pobremente; nadie *ha hablado* sobre su tumba; las *gacetillas* de los amigos han sido su corona fúnebre.

Nosotros hemos habido á mano algunos versos suyos, y vamos á publicarlos, no para que los juzguen los *inteligentes*, sino para que los *hombres que sienten* hagan justicia al poeta; para que las *almas frivolas* respeten al suicida. Los versos son estos: ignoramos si son los mejores ó los peores de su autor; si diremos que nos han hecho derramar lágrimas.

¡Amigo!

¡Dulce palabra! suena entre mis labios,
regala con tu encanto mis oidos.....
deja que te pronuncie..... tú eres sola
la única ilusion que no he perdido.

Quisiera pronunciarte en otro idioma
que no fuera el del mundo; en otros signos
quisiera ¡ay! escribirte..... la palabra
no dice todo lo que yo concibo.

Tú, que me amas con afecto puro;
tú, que te nombras, sin mentir, ¡mi amigo!
oye la voz de la amistad; escucha
lo que te dice un corazon marchito.

Sí, yo te amo tambien, y te profeso
un nunca visto y sin igual cariño.—
Si, yo en mis horas de mortal angustia
lloro á tu lado, y me consuelo, y gimo;

Si cuando solo estoy, de tí me acuerdo,
y te figuro siempre, aquí.... conmigo,

llorando, si yo lloro en tu presencia,
riendo, si delante de ti rio;

Si antes de conocerte, ya como eres
te soñé yo, sin que te hubiese visto;
si esa alma que tú encierras, de mi alma
fué creacion, como de Dios lo ha sido;

Si el alma mia es..... el alma tuya:
y la tuya es el alma..... de mí mismo;
si tú y yo somos uno, solo uno.....
llámame á mí, por Dios, llámame *amigo!*

No quiero que tú digas: *yo soy tuyo*.....
quiero que tú me digas: *tú eres mio*.....
porque aunque me aborrezcas, no me importa:
ódiame si tú quieres..... *¡soy tu amigo!*

Tu amigo soy: aunque se oponga fiero
á la amistad de entrambos el destino,
aunque lejos, muy lejos, nos separen
á uno del otro, aunque el sepulcro mismo
encierre la mitad de la existencia
con que sobre la tierra ambos vivimos,

yo llevaré en mi corazon el tuyo,
si es que acaso en el mundo sobrevivo;
y si muero, en el fondo del sepulcro,
todavía seré ¡siempre! *tu amigo.*

Me acordaré de ti..... vendré á este mundo
como vienen del cielo los espíritus:
y estaré junto á ti .... mientras que vivas;
iré á tu lado, te hablaré al oido. ...

Te enjugaré las lágrimas que viertas,
meceré tu lloro y tus suspiros.....
y cuando exhales el postrer aliento,
en el Cielo verás que soy tu *amigo!*

J. IZA.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MORATIN.

SONETO.

No envidie el pobre y lento MANZANARES
Perder su curso en apartada zona,
Ni en su puro cristal la hinchada lona
Reflejar de bageles á millares:
Ni del EBRO el caudal, ni con los mares
Su imperio dividir, ni la corona
Que entreteje la próvida Pomona
Al rey de los viñedos y olivares:
Ni llore en honda pena y desconsuelo
Al arrastrarse por la muerta arena
Murmurando su afrenta y su desdoro:
De envidia y de rubor prorumpa en duelo
Al ver que guarda su rival el SENA
De INARCO el preciadísimo tesoro.

LUCIANO PEREZ DE ACEBEDO.

Madrid 10 de Marzo de 1851.

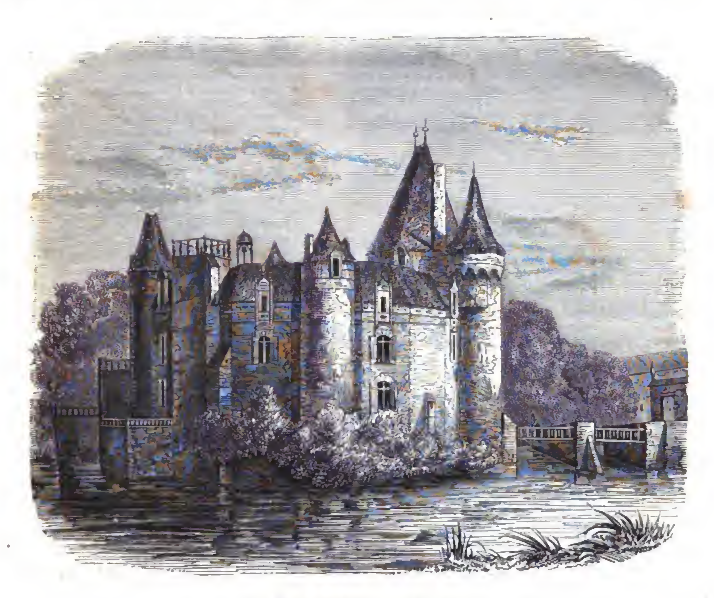
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 10.

Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes.



(La playa en el puerto de Cancale.)

Oficinas y Establ. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Castillo de Mathe St. Heray en Francia.)

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO,

(FLORALBO CORINTIO).

ARTICULO II.

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de Sanchez Barbero, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciamos, el que mas ajustado á la razon parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decidirnos por la del autor del *Pelayo*, porque tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de mas péso que el del Sr. Hermosilla. Inspira en verdad alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traduccion de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no menos prosáica é insoportable, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazon inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso* apenas se acuerda de nuestros grandes poetas mas que para censurarlos,—y á cuyo oido por fin los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz* y de *Caballo mio careto.*

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la duquesa de Alba, *composicion* (á su parecer) *tan disparatada en su clase, y tan soberanamente ridícula*, que desafia á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores frases. Lo que sí es muy ridículo, es la parodia que con ínsulas de chistoso hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda disfrazarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores escenas del *Otelo*, del *Cid*, y del libro de *Job*; pero no se critica así con lealtad. Si no temiéramos pasar por maliciosos, habiamos de decir que en la animosidad con que trata á Sanchez y Cienfuegos, iba envuelta no leve dósis de ódio á los principios que sustentaban: el *panfilismo* (como llamaba á las ideas liberales) era tal vez lo que le dolia hallar en aquellos versos. Lunares tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas que no deslucen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutacion que hace el Sr. Hermosilla? «Murió la duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastrera; pero como no es lo que escribió Sanchez Barbero, no quita que sus versos sean buenos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusion de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del *sermon* de la duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la bartola, cae la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esto á la siguiente estrofa?

El niño siente
en la virtud su espíritu inflamarse,
y Silvas y Toledos animarse
todos en él. Con paso reverente
sale; y entonces ella
de su tan digno sucesor gozosa,
diciéndole otro *adios*, eternamente
enmudeció, se hundió, cayó la losa.

Verdad es que tambien el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la duquesa salta del lecho,

Toca ignorante
unas bronceadas puertas,
y al impulso menor hélas abiertas.

«¿Pues cómo (esclama) pudo á oscuras salir de su alcoba... bajar la escalera, y salir á la calle á la media noche, sin que ni el ayo ni los

criados le sintiesen? ¿y quién le abrió la puerta de la calle? » ¡Desventurada poesía si hubieras tenido que seguirle alzando los picaportes, y pidiendo las llaves al portero!... Poco nos placen tambien *las visiones*, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embutir el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El Sr. Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es mas de lamentar que no haya sido justo en sus juicios: por eso, y porque su *arte* es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á Sanchez Barbero de los durísimos golpes que le asesta.

En nuestra opinion, es el que *sin quizá* ha compuesto en España mejores versos latinos: ¿pero no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma aficion que le arrastraba á casi preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serian otras tantas joyas de la musa castellana: agotó los asuntos mas dignos en que su númen hubiera campeado, y hasta sospechamos que á causa de semejante preferencia fué menos esmerado en la correccion de los versos españoles.

En cuanto á estos, no es arriesgado decir que si no son los *mejores*, son si de los *buenos*. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta;—de sus tragedias,—de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada, y su porvenir magnífico, cuando no le habia comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso: el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo, nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leida al abrirse la cátedra de Constitucion, y la tan ágriamente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir mas la pérdida de las tragedias: los versos son valientes, dulcísimas las árias, y los coros, especialmente el final del acto primero, llenos de animacion. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á esta: los argumentos no tienen grande interés dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó mas bien político: así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal *Nobilitas sola est, atque unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento.

—A Trifon glorioso ampara
el fulgor de sus blasones.
—A Guzman las sus acciones
que brillando estan por sí.
—Si no cedes, fiel compara
con la mia tu nobleza.
—Esa tuya por tí empieza.
—Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no seria la espresion de sus hábitos, aprensiones, ideas, y esperanzas: seria una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre solo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazon, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente: Sanchez Barbero lo conoció así; y sus óperas no se resienten tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstraccion con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no agrada en la escena.

Los *diálogos* son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada, es alguna falta de correccion, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son de todos modos las coronas que tiene derecho á reclamar Sanchez Barbero: una como poeta; como mártir otra.

A. GIL SANZ.

—

Por via de apéndice á los anteriores artículos insertamos la siguiente oda escrita en 1816 con motivo de la muerte del duque de Fernandina, discípulo del autor. La escojemos por ser análoga en el asunto á la censurada por Hermosilla.

ODA.

Yaces ¡ay! ¡oh discípulo querido!
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,
así cual derribado
por la saña del Bóreas inclemente
árbol tierno de Palas,
cuando no bien sus galas,
no bien ostenta su pomposa frente,
y agradecido al bienhechor, empieza
á premiar el solícito cuidado.....
¡Ingenio malogrado,
que en la risueña aurora de tus dias
de saber y virtud ópimo fruto
en esperanza dieras:
y de tus padres el encanto fueras,
y fueras parte de las glorias mias:
encanto y glorias que por fiel tributo
lágrimas piden, y dolor y luto.
¡Oh, cuántas veces, cuántas
tu perspicaz razon desenvolviendo,
vi que con tiernas plantas
hollaste generoso
el fausto y el estruendo
y de prócer el título pomposo,
que el ignorante con asombro admira,
que á tus iguales seductor deslumbra,
y de su vanidad en torno gira!
Y dije: «aquí se encumbra
el ibérico honor: aquí se inflama
la vivífica llama,
que la patria en el pecho
infundió de Guzman: aquí animado
el venerable Palafox respira:
respira satisfecho
y en su mas alto punto
el paternal candor jamás turbado:
este, abuela, el traslado,
este, madre, el trasunto
fué de vuestra virtud, fué del talento
que la fama llevando por el orbe
sobre las alas vá del raudo viento.
Ya ni le sobras tú, ni tu le alcanzas...»
¡Hermosas esperanzas
que cual etérea exhalacion lucieron,
y muy mas que el relámpago veloces,
para nunca tornar desparecieron!
¡Y vive larga edad el delincuente
gozándose en sus crímenes atroces!
¡Y en sublimado asiento
vive para tormento
del justo, para opróbio
de la sagrada humanidad doliente
¡Vive, y el cielo su vivir consiente!
¿Quién al ver los mortales
esclavos, abatidos
á la tirana voz de sus pasiones,
no esquiva lo terreno,
no eleva los sentidos,
no gime por las célicas mansiones,
mansiones eternales,
donde, ahuyentada la ficcion, de lleno
esplende la verdad? Francisco, el mundo
no fué digno de tí: su falso brillo
tu corazon sencillo
desdeñó, desdeñáronle tus ojos:
y dejando alentado
de la carne los míseros despojos,
con vuelo arrebatado
allá te alzaste, donde
en estable bonanza
quietud y bienandanza
y santo gozo de consuno habitan:
dó las pasiones penetrar pudieron
ni el mundano jamás; te alzaste donde
sin fin las puras almas
rebosan de placer, de amor palpitan,
y la virtud á la virtud responde.
¡Mil veces bienhadado
Francisco, tú, que en la estrellada altura,
de tus progenitores rodeado,
gozas de su presencia en paz segura!
¡Y ellos tambien dichosos
que con la amable tuya se recrean
solícitos y ansiosos,
despues que complacidos
de su larga progenie se informaron,

del bajo mundo conocer desean
los hechos por la fama ennoblecidos:
los hechos que á sus ínclitos autores
del olvido y la muerte libertaron.
¡Ay cuánto desconcierto! ¡qué de horrores
les contarás! ¡qué males!
Los míseros mortales
por innúmeras vias agitados:
de la prostitucion al carro atados
unos; otros hinchándose engreidos
al soplo del favor. Allá pugnando
por sostener la libertad amada,
y á su opresor para oprimir vendidos:
la horrible tiranía
sobre Pirene alzada
la bélica bandera tremolando,
y unas con otras en cruel porfía
á las naciones todas concitando:
en el augusto trono
de la verdad y la virtud sentada
con su hermano el error, la hipocresía:
en implacable encono
la envidia contra el mérito ensañada,
do quiera amenazando,
do quiera persiguiendo,
en sangre tinta y en horror hirviendo.
¡Oh tú que coronado
de estrellas refulgentes,
con ánimo sereno
bramar la tempestad, rodar el trueno
bajo tus plantas sientes!
A par de tí nuestra mansion prepara.
que de esta sociedad tan corrompida
de todo bien avara,
bien pronto romperemos
los vínculos y lazos
y á tus amables brazos
con alas agilísimas iremos:
adonde en compañía
de tus progenitores
lejos del mundo infiel y sus errores,
eterna primavera, eterno dia
en paz inalterable gozaremos,
nuestra ventura sin cesar cantando,
y con sus ecos el celeste alcázar
nuestra ventura sin cesar sonando. (1)

RITA LUNA.

La historia del arte escénico español ofrece muy pocos ejemplares de una reputacion tan unánime y colosal como la que mereció de sus contemporáneos (nuestros padres) la célebre actriz cuyo retrato va al frente de este artículo.

Apartados ya por medio siglo de la época de sus brillantes triunfos, y mas distantes aun del gusto peculiar y de las conveniencias artísticas de aquel periodo, no nos es posible calificar hasta qué punto fué justo ese entusiasmo, ni merecida aquella continua ovacion de que al decir de la fama fué objeto constante la *Rita Luna;* pero creyendo, como creemos, que nunca un público entero se equivoca fácilmente en sus apreciaciones artísticas, y habiendo todavía alcanzado á oir la que hicieron de ésta críticos respetables, no podemos menos de convenir en que debió ser una grande actriz, y que las lágrimas y la simpatía que logró escitar con dramas tan medianos como *La Esclava del negro ponto*, *La Moscovita sensible*, *La Viuda del Malavar* y otros de la época, hubiera sabido alcanzarlos con mayor razon en la tragedia clásica, y en el romántico drama moderno. Por desgracia floreció en tiempos de grande decadencia literaria, y en que el teatro estaba avasallado por los Comellas y los Valladares, y hasta el grande actor *Isidoro Maiquez*, que pocos años despues debia regenerar con sus esfuerzos la escena española, no llegó á compartir los laureles de la *Rita*, ni á presentar juntos á la admiracion del público las dos mas grandes figuras teatrales que jamás brillaron en el teatro español.

Duraba todavía en él la memoria de las célebres *Amarilis* (María de Córdoba), *Antandra* (Antonia Granados), *María Riquelme*, y la mas moderna *María Ladvenant*, y dominaba absolutamente el gusto del público María del Rosario Fernandez (*la Tirana*), cuando la jóven *Rita Luna* pisó la escena para borrar absolutamente aquella memoria, y eclipsar de una manera inaudita estos triunfos.

Nacida en la ciudad de Málaga el dia 28 de abril de 1770, fué hija de Joaquin Alfonso de Luna, que aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de Aragon, ejercia, asi como su mujer Magdalena García, la profesion cómica. La educacion de *Rita*, así como la de sus hermanas Andrea y Josefa, si no artística, fué por lo menos bastante esmerada, y sobre todo religiosa, por ser su padre un hombre que profesaba principios muy severos de moralidad. Pero la falta de fortuna, y las buenas disposiciones de sus hijas, le hicieron dedicarlas á la misma carrera escénica, en que él y su esposa habian hallado un medio honrado de subsistencia.

Rita pisó las tablas por primera vez en 1789, á los veinte años de su edad, y aun esto lo hizo en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastian Briñoli, en el cuarto bajo de la casa número 20 calle del Barco (1), á causa de hallarse cerrados los teatros por la muerte de Cárlos III. Allí empezó á dar á conocer sus buenas



(Rita Luna).

disposiciones para la escena, y tanto que poco tiempo despues (en 1790) fué contratada para la compañía de los Reales sitios, donde tuvo ocasion de escucharla el conde de Floridablanca, y apreciando su mérito fué incorporada por órden suya de segunda dama de la compañía de Martinez, que ocupaba á la sazon el teatro del Príncipe. Hallábase en ésta de primera la famosa *María del Rosario Fernandez* (*la Tirana*), y de sobresaliente la *Antonia Prado*, y ambas, particularmente la primera, disfrutaban el favor público, en términos que era peligrosa en una jóven principianta la tentativa de venir á compartir con ellas sus laureles. Pero el instinto de sus medios, y la seguridad que infunde el verdadero génio, no arredraron á la Rita en esta decisiva ocasion. Al poco tiempo de su entrada en la compañía, representó por primera vez el papel de la sultana en *La Esclava del negro ponto*, y lo representó con tanto acierto, que produjo en el público un entusiasmo frenético, haciendo que las representaciones de aquella comedia durasen diez y nueve dias consecutivos. Tan lisonjero triunfo no podia menos de despertar los celos de *la Tirana*, y aun de hacerla poner en movimiento los resortes de la intriga para destruir una reputacion naciente que amenazaba eclipsar la suya. A este fin se fingió enferma para precisar á la Rita á desempeñar sin prévio estudio

(1) El original de esta oda está lleno de enmiendas y de testaduras que no llegaron á ser corregidas. Al fin del mismo hay la siguiente

DESPEDIDA DE MI DISCÍPULO, Ó EPITAFIO.

Nobilitas, fratres, carique valete Parentes;
Arcibus æthereis nam mihi parta domus.

(1) Creemos sea la señalada hoy con el 36 de la nueva numeracion, y que es propiedad del Excmo. Sr. general Mazarredo.

muchos papeles en que ella solia brillar; pero ésta, que ya preveia semejantes tretas de su altanera rival, habia estudiado préviamente algunas comedias, y entre otras la titulada *Celos no ofenden al sol*; de suerte que llegado el momento crítico de suplir á la primera dama, pudo poner en escena esta comedia con tan buen éxito, que el entusiasmo del público rayó en un delirio hasta entonces desconocido. Este nuevo triunfo hizo conocer á *la Tirana* que no era prudente ceder el campo á tan poderoso enemigo, y que era llegado el caso de desplegar todas sus fuerzas para combatir dignamente con él. Con este objeto salió de nuevo á las tablas con la comedia titulada *La muger vengativa*, circunstancia muy digna de notarse; pero ya era tarde: el entusiasmo producido por la Rita habia escitado de una manera nueva la fibra de los oyentes, y estos hallaron que su antiguo ídolo no podia de modo alguno sostener la comparacion; así que desairó de un modo harto notable á la misma actriz que pocos meses antes aplaudia con frenesí.

Rita, segura ya de los triunfos en aquella escena, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á la sazon *Juana García*; pero ésta, mas prudente que la Tirana, no quiso empeñar el combate, y solicitó desde luego su retiro. Entonces, ya de primera dama la Rita, dió principio con la representacion de *El desden con el desden* á aquella série no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica durante mas de diez y seis años; hasta que en 1806, en lo mas vigoroso de su edad y de su talento, y sin causas notoriamente conocidas, puso fin á su gloriosa carrera retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las ámplias y generosas ofertas del Ayuntamiento, y del profundo sentimiento del público en general. Desde entonces se ha hablado mucho acerca de los motivos que tuvo esta célebre actriz para separarse tan bruscamente de la escena: hay quien lo atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina: otros, acaso con mas fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba á causa de un malogrado amor; y esto es mas natural, atendida la esquisita sensibilidad y el fuego de aquella imaginacion superior.

Obtenida que fué su jubilacion, permaneció en Madrid como cosa de dos años. Entonces fué cuando instándola el actor *Manuel García-Parra* á presentarse de nuevo en la escena, le contestaba:—«Ya no debemos, amigo mio, esponer nuestra reputacion á la incertidumbre de una nueva tentativa. ¿Quién sabe cómo nos recibirá hoy el mismo público que antes nos aplaudia con tanto entusiasmo?»—Y no volvió, en efecto, á presentarse en la escena.

En el año de 808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga, y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos, buscando en todas partes alivio á los males físicos que empezaba á sentir, hasta que hácia el año de 1821 fijó definitivamente su residencia en el Real sitio del Pardo, entregada á continuas prácticas religiosas, y condenada á un voluntario retiro y oscuridad. Así transcurrieron los diez últimos años de aquella brillante existencia, hasta que á principios de 1832 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos, y á visitar á su hermana Josefa; pero desgraciadamente fué atacada de una aguda pulmonía que dió fin á sus dias á las cuatro de la tarde del 6 de marzo del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad. Al siguiente dia fué sepultada en el cementerio de la puerta de Toledo, ocupando el nicho número 376.

La vida de esta actriz singular podria dar márgen á las mas profundas reflexiones; pero nuestros lectores podrán dispensárnoslas, deduciéndolas espontáneamente por sí mismos; para lo cual vamos á presentarles algunos rasgos característicos de aquella muger célebre, que hemos escuchado de boca de sus parientes y amigos especiales. El trato de la *Rita* era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas: su alma generosa y compasiva no podia ver con indiferencia las desgracias agenas, y luego que las conocia se apresuraba á aliviarlas en cuanto estaba en su mano, llegando hasta el estremo de despojarse alguna vez hasta de sus propias ropas para darlas por acto de caridad. Constantemente encerrada en su cuarto, y entregada al estudio, tan solo se presentaba á su familia á las horas de comer; y lo mas singular es que no permitia que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesion, siendo un enigma indescifrable el que una muger que parecia formada espresamente por la naturaleza para reinar en el templo de Talía hubiese cobrado una aversion tan estraña y sostenida hácia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solia decir que en caso de realizarlo, solo seria con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Pero sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que ahogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasion malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita como actriz, no es menos sorprendente verla descollar en la escena por la sencillez y la naturalidad de la espresion, en tiempos que dominaba el mal gusto y la exageracion estravagante. Para ello, no solo tuvo que cambiar absolutamente la inclinacion del público, sino que tuvo que empezar por crearse á sí propia, apartándose de los modelos que delante tenia, y sin otros auxilios que una alma elevada, una imaginacion volcánica y un corazon lleno de la mas esquisita sensibilidad. Con estas dotes naturales y con su constante estudio y observacion, pudo llegar á hacerse dueña del auditorio, en términos que si hemos de creer á sus contemporáneos aun existentes, jamás ninguna actriz ha podido igualar despues. Las lágrimas de Rita, al decir de aquellos, eran lágrimas de fuego que hacian saltar involuntariamente las de cuantos la escuchaban; el acento del dolor no era en su boca una ficcion; era la espresion del alma agitada por el sentimiento: sus hermosos y negros ojos daban á su fisonomía una espresion irresistible: su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona, la hacian aparecer en la escena, segun la espresion de un célebre literato, *como una princesa rodeada de comediantes*. Todos los géneros la eran fáciles; para todos habia recibido de la naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poco conocida, y todavia no la habia puesto en moda el genio inmortal de *Isidoro Mayquez*, es indudable que brillando tanto en los dramas de sentimiento que á ella se acercan mucho, hubiera compartido los laureles de Melpómene, si una prevencion ó pique inesplicable no hubiera separado desde luego á ambos celebérrimos artistas. Tampoco corrió muy bien la Rita con el autor mas insigne de la época, el gran Moratin, tal vez porque este no halló á su gusto la representacion del papel de Doña Isabel en *El Viejo y la Niña*. Pero estas pequeñas debilidades comunes á todos los seres humanos, no influyen para que deje de ser considerada *Rita Luna* como una de las mas grandes celebridades de la España moderna.

R. de M. R.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(Conclusion.)

Apenas cerró la puerta ese hombre infame, cuando las fuerzas que prestaba su indignacion á Regla, le faltaron, y cayendo anonadada sobre su sillon, se echó hácia atrás, tapándose la cara con ambas manos. Su ánimo se sumergió en la consideracion de su infortunio, como en un negro antro sin salida y sin vislumbre de luz.

Aunque Regla no tenia un amor de esos tercos que ningun mal comportamiento enfria, que ningun desvio aleja (amores que nos simpatizan poco, pues ni nos gusta el amor *ciego*, ni menos el que se obstina en imponerse á la indiferencia), y que si no amaba ya con ternura al hombre cruel, frio y vicioso que la habia abandonado, le conservaba apego, lo miraba como su marido, como padre de sus hijos, todo lo hubiera sacrificado por él, y tenia la hermosa esperanza de muchas mugeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez y los padecimientos les traerán á sus maridos, recibidos entonces como hijos pródigos. ¡Cuántos de estos casos se hallan!—Pero el mundo ni los ensalza, ni los ve siquiera; porque el mundo, que tiene ojos de lince para descubrir todo lo malo, es un miope cuando halla lo bueno. Su honra, su porvenir, el de sus hijos..... el golpe era tal, que su ser moral yacia en la completa paralizacion del viagero á cuyos pies ha caido un rayo.

—¡Madre! ¡madre! repetia la niña, que se habia reclinado sobre sus rodillas.

Regla no respondia.

—Madre, ¿estás dormida?—¿No me quereis ya? dijo la niña con angustiada vóz; y viendo que su madre permanecia inerte, se puso á llorar con encogido corazon.

Al oir el llanto de su hija, Regla sacudió su postracion, tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño, ahogada en sollozos.—¡Pobre mia! ¡pobre mia! ¡qué suerte te han hecho tus padres! esclamaba: tu madre te deshonra, tu padre te reniega!—Estraños pasareis en la sociedad, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser!—Huérfanos morales, sin nombre, sin raices, sin filiacion ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre madre que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazon!

Regla se hizo desde luego cargo de su situacion y de su completo desamparo. Sabia de atrás que Servando caminaba á su ruina, que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado, y embrutecido por los vicios, y por último, encarcelado, nada haria, ni nada podia hacer por ella.—En breve seria espulsada de la casa; en breve no tendria pan

para sus hijos: una sola persona conocia en aquella inmensa Babel, y esta persona se habia acercado á ella con el solo fin de abusar de su desgracia. Regla tenia aquella energia innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.—Acudiré, pensó, á su familia para que amparen á estos inocentes agenos de la infamia de su padre, y si me rechazan, alargaré para mantenerlos la mano á la caridad pública, allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. Oh! España, mi madre, muera yo en tu suelo, y ampara mis hijos!—esclamó asiéndose su alma á su último refugio.—Cielo clemente de España, que cuando todo falta al desvalido que vistes nacer, le envias tu sonrisa como un consuelo que le dice: vive y espera!—España, pais benéfico á los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez!—en donde se halla el magnífico tipo del *pobre altivo*, no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque conoce las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tal cual estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da.) Cuando el pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: *dame de lo que te di.*

España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios, mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres son fuegos fátuos, mudables, inconsistentes y sin calor.—Y asi, cuando los que las siguen conozcan su error y digan con golpes de pecho *erré*, di tú bendiciendo á Dios: me salvaste porque no abandoné tu luz.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de page caballista) esta esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas. Estais pues libre, pero aun mas desamparada que antes.—¿Rehusareis todavia el amparo que os brinda un hombre que os ama?

Napoleon le Noir.»

Regla abrió la puerta, presentó la esquela al page, en seguida la lanzó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña que llevase esa respuesta á su amo. Pagó un sincero tributo de dolor á aquel que tan inicuamente la habia engañado, pero que habia sido su tierno amor y el padre de sus hijos, y pensó cuanto antes poner por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenia por medio de la criada, acudiendo en seguida al cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y esperiencia, corrió él mismo con proporcionarle su pasage á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesia de Lóndres á Cádiz.

El capitan era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegacion no dió cuenta de su persona.—Tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió carne salada y papas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viage, quince dias en que las mas agudas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazon de aquella infeliz muger, con la misma constancia con la que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego. Al llegar á Cádiz, se destrozó aun mas dolorosamente su corazon, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias, pero alli hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolon, tomó su niño en brazos, la niña de la mano, y con el corazon palpitante se dirigió en casa de la madre de Servando; pero aqui le aguardaba una nueva decepcion; la madre de su marido habia muerto!—Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan *positivo*, que sin documentos ni papeles legalizados rehusó reconocer en ella la muger, y en los niños los hijos de su cuñado, que calificó de disipador, de mala cabeza, que habia hecho muy mal en tener *mozas*, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles reales que salia alcanzando en la cuenta de la testamentaría; que asi justicia distributiva era la que lo habia arrestado en Lóndres por deudas.

Regla salió aterrada.—Era cierto que la infeliz ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decia.

Estaba perdida! hundida en la mas espantosa miseria!

Si Servando hubiese muerto en su pais, con un padre á la cabecera que le ayudase á *bien morir*, ciertamente que en el lecho de la muerte se hubiese casado legalmente y legitimado asi á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque habia disipado todo su caudal, les habria ademas del nombre y del nacimiento proporcionado el amparo de su pudiente familia, y reconocido el derecho á herencias que en lo sucesivo pudieran haberle tocado.—Mas nada de eso habia sucedido, y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horrendo esqueleto que tan bien simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su verdadera luz los mas altos puntos de la fé católica, tenemos que acudir con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura europea, á las espresiones comunes y usuales del pueblo español, pues ningunas espresan la idea católica con mas concision, exactitud, profundidad, poesía y elevacion.

El cuñado de Servando vivia frente de la muralla; al salir de alli Regla sin saber qué hacer, ni atinar dónde ir, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto.—Regla andaba desatinada; su misma angustia le hacia no poder estar parada, y asi seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado y le pedia pan: sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que la minaba, y era hija de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y variable atmósfera inglesa; su pecho se partia de dolor físico y moral á un tiempo.—Cuánto habia decaido, cuánto envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! Cómo habia tronchado el huracan aquella bella y lozana planta que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al parage de la muralla que cubre la bulliciosa puerta del mar, se paró exhausta; miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre, y en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cria, al que los trasporta y al que los vende.—Recapituló cuán magna y benéfica era la institucion del dinero, cuán universal su poder y su accion, pues une el hombre al hombre, los paises á los paises, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso, y recayendo en la contemplacion de su desgracia, recordando el autor de todos sus males, que sin ser un hombre malo, ni un consumado pervertido, habia llegado á ser un criminal, un desnaturalizado mónstruo, solo por esa indiferencia por el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca que se dá á las pasiones llamándolas *instintos de la naturaleza*, que al darlos el criador, no puede hacer una ley de virtud el contrarestarlos ó vencerlos, en fin, todas esas perversas máximas modernas que nos van asemejando á los salvages, ¡ah! esclamó, qué de oro echastes á tu vanidad y á tus vicios, y tus hijos no tienen pan ni lo pueden ganar!

—Tengo hambre, madre, tengo hambre! repetia la niña llorando.

—Hija, si no tengo pan que darte! respondió la madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero, un pobre soldado, que privado de ambas piernas se rastreaba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan, la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos al verse quedaron cual dos estátuas blancos, frios é inmóviles.

—Regla! esclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian! oh infeliz!—gimió la pobre prorumpiendo en un acerbo llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el soldado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras agenas!

Regla redobló sus sollozos.

—Y tu marido?—preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues qué te queda, desdichada?

—Nada,—respondió la infeliz, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla,—dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oidos cristianos para oirme.

—Pedir limosna! esclamó Regla sollozando.

—Y qué mal ni qué ignominia hay en eso para aquel á quien otro recurso no queda?—Alza tranquila la frente; que lo que Dios no prohibe no es deshonra.

Seis años ha que soy un miserable lisiado, y un peso para mi mismo y para el mundo, y seis años ha, Regla, que no me ha faltado un solo dia un pedazo de pan, ni me he acostado una sola noche con hambre y sin rogar á Dios por las almas caritativas que no se desdeñan de alargar una limosna al pobre.

Desde aquel dia prohijó el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas: les dió pan y hogar, su cariño y amparo. Pero Regla cami-

naba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los esmeros del pobre lisiado, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública. En uno de estos dias de tribulacion fue cuando acaeció la escena que hemos referido con la niña de la capota rosa, la que tuvo por resultado el conocimiento con su madre, la que tanto se intereso en la niña, que la puso á pupila en una amiga.—Entonces Sebastian con mas desahogo pudo del todo dedicarse al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todos sus esmeros y cuidados fueron vanos; el mal de Regla era mortal, como era inconsolable su dolor.—La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre que al morir rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, rechazados, espulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son los mios, respondió Sebastian: descansa, que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios cuando á él comparezcamos todos.

—Sebastian, Sebastian! esclamó con débil voz la moribunda, ¿cómo pagarte cuanto por mi haces y has hecho?

—¿Y yo qué he hecho, pobrecita mia?

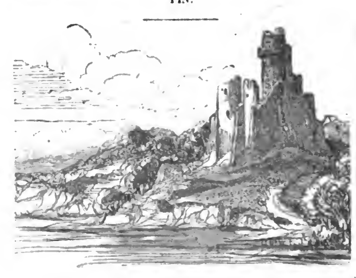
—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra con no ponerle precio. Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte, para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú me hubieses hecho una muger feliz y honrada, y has sido, cuando todos me faltaron, mi solo amparo: tarde conozco cuán cierto fué lo que me digistes en aquel entonces, á lo que por mi mal no atendí: *con mal ó con bien, á los tuyos te ten*

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que habia amparado á la niña supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien educada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sugeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz y lo es él.

Sebastian puso todo el cariño de su corazon en el niño, lo educó con esmero, dedicándolo á la carrera de marino, lo embarcó temprano, y es en el dia un jóven y entendido piloto en uno de los hermosos barcos de la carrera de Manila; el capitan de su barco, que lo quiere mucho, pronostica al escelente marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios que se disputan el corazon del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien, puesto que si el vicio abandona á sus hijos, la caridad recoge á los desamparados.

FIN.



Nos hemos apoderado, sin conocimiento de sus autores, de las dos cartas que insertamos á continuacion, prescindiendo de su carácter puramente confidencial, porque estamos seguros de que ni el público ni los dos amigos que se preguntan y contestan, tienen motivo para quejarse de nuestra indiscrecion.

AL SR. D. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO,

CARTA FAMILIAR.

Quisisteis, primo, saber
que tales mis versos son:
pues bien, llegó la ocasion,
mis versos vais á leer.

Pero antes, primo, os advierto
que no os hagais ilusiones,
en desiguales renglones
hablo con muy poco acierto.

Y es que á las musas no trato,
pues aunque amables y bellas,
no tienen (que al fin son ellas)
aficion al celibato.

Y á mí, que célibe soy,
sea por fuerza ó de grado,
nunca favor han prestado
por mas voces que las doy.

Apolo, corro tras él
por las cuestas del Parnaso,
y me dice á cada paso:
«ya está duro el alcacél».

Amor con la boca abierta
me esperó en mis verdes años;
ahora con ojos huraños
dice: hermano, á la otra puerta.

De modo que desauciado
en este rudo desierto,
medio ninguno no advierto
para sentirme inspirado.

Mas del fecundo Quevedo
llevo el ilustre apellido,
y ningun Quevedo ha habido
á quien faltase el denuedo.

¡Y á mí faltarme!... no á fé,
que no es tan grande el apuro:
no soy poeta, lo juro,
pero versos, los haré.

Serán malos..... es probable,
mas no temo presentarlos,
pues el juez que ha de juzgarlos
es Quevedo, y tan amable...

Así aunque no estoy muy ducho,
esa especie de charada
envio; no dice nada,
mas pudiera decir mucho.

Si casable mozalvete
á una niña la enviara,
tal vez que pensar hallara
en el adjunto juguete.

Para vos, primo querido,
esta es su interpretacion:
las sílabas verdad son,
lo demás todo fingido.

ACERTIJO.

Hace ya tiempo concebí una idea
que aun antes de nacer era gigante,
y aunque quise ahogarla en el instante
porque de todos ignorada sea,
se refugió en mi pecho;
allí en círculo estrecho,
aunque de mil maneras comprimida,
sigue creciendo con lozana vida.

Mil veces asomó á mi lábio ardiente
porque emitirla aspira mi deseo;
la contuvo el temor segun yo creo,
y a su morada se volvió impaciente;
allí en lucha afanosa
dia y noche me acosa
ella ansiando llegar á vuestro oido,
queriendo yo anularla en el olvido.

En vano fatigué mi fantasía
escitando en mi pecho otras pasiones;
pero eran pasageras ilusiones,
y mas vehemente siempre, renacia.
No te pronunciaré (dije arrestado),
sin mi palabra nunca tendrás vida,
y en el fondo del alma sumergida
nadie sabrá jamás que te he engendrado.
—Te equivocas, me dijo,
que otro camino elijo,

y á pesar de tu fiero y tus enojos,
lo que no haga la voz lo harán los ojos.
No veo que difícil cosa sea
adivinar tres sílabas, bastante
para que en el mirar y en el semblante
lo que quieres callar, cualquiera lea.
Y será adivinado
por otro, y pronunciado
contra tu valuntad y á tu despecho
lo que ocultar pretendes en tu pecho.
—¡Ah cuánta verdad es! ¡y cuántas vece
los ojos delatores me vendieron!
Mas si los vuestros penetrar pudieron
hasta el fondo del alma, justos jueces
se muestren é imparciales;
vean, que en casos tales,
cuando lo ha resistido el alvedrío,
lo que dice el mirar, es desvarío.
Luché contra mi idea denodado,
y aunque no logré nunca destruirla,
en eterno callar logré sumirla.
Las tres sílabas nunca he pronunciado.
¡Y cómo me atreviera,
cuando seguro fuera
que si las pronunciara en el momento
fuera atroz, insufrible mi tormento!
Martirio horrible si eran bien oidas,
pues no pudieran ser jamás logradas:
tortura atroz si fueran desechadas,
porque en el pecho abrieran mil heridas.
¡Y cuán duro me fuera
si la amistad perdiera!.....
¡Ah nunca... nunca!... Tal probar no quiero;
en silencio morir antes prefiero.
Y si leves los ojos me vendieran,
del corazon el fondo descubriendo,
la lucha y el dolor que está sufriendo,
antes que á enojo á compasion movieran.
Es mi idea de fuego
si se adivina, luego
tendrá que optar el alma generosa
entre la compasion..... ó entre otra cosa.

José de QUEVEDO.

Tu epístola recibí,
primo, con sumo placer,
y á un tiempo dolor, por ver
lo pronto que la leí.
En el segundo período
no tienes, á fé, razon,
que versas como un Maron
para ser igual en todo.
¡Eres tú quien á las musas
no tratas! no te huyen ellas:
mientra injusto te querellas,
culto y amor las rehusas.
Hembras son, y es tal su trato,
tal su tierno corazon,
que no huyeran de un leon
cuanto mas del celibato.
Que si por hembras y hermosas
suelen ser un tanto esquivas,
por hembras son compasivas
y amantes y generosas.
Que Apolo de tu deseo
se burle, poco me admira:
tendrá celos de tu lira,
que al fin es del sexo feo:
Y en este sexo maldito,
ó estoy muy equivocado,
ó crudo el cielo ha adunado
las miserias del Cocito.
Por la musa menos bella
puedes dar, primo, el Pegaso
á Apolo y todo el Parnaso,
y ganas (que al fin es ella).
—Tienes del grande Quevedo
mas que el ilustre apellido:
tu ingenio es esclarecido,
y hay en tu sangre denuedo.
En tus versos he notado
que hay algo de inesperiencia;
pero no hay arte ni ciencia
que no tenga noviciado.
Algun defecto noté
en su contexto esterior;
del fondo, hablo con candor,
los conceptos admiré.
En suma, y por conclusion,
te aseguro que prefiero
lo que escribiste primero,
en cuanto á la ejecucion.
Y como ya es algo tarde
y hay mucho que trabajar,
voy tu enigma á descifrar;
adios, primo, y que él te guarde.

INTERPRETACION.

El acertijo acerté
al punto que lo leí;
mas acaso me engañé,
que nunca acertado fui...
—No, el engaño aquí no cabe:
la llama que en él alienta
no hay pecho que no la sienta
ni lengua que no la alabe.
Verdad las sílabas son,
suma verdad su sentido,
porque esplica el escondido
misterio de la creacion.
—Si mirando el alto cielo
por el sol iluminado,
ó el piélago ilimitado,
ó la verdura del suelo,
ó el correr del arroyuelo,
ú oyendo del ruiseñor
el cantar inspirador
en santo fuego me inflamo,
¿qué digo entonces?—*¡Te amo!*
¡Oh soberano criador!
—Si corro en pos de la gloria
por senda desconocida,
y, bravo, espongo la vida
por dejar una memoria;
si una página en la historia
escribo con noble ardor;
¿quién me inspira tal valor?
¿quién hace fuerte al menguado
y al tímido denodado?
¡el sumo esfuerzo de amor!
—Si sumido en la amargura,
el alma de llanto henchida,
anhelo el fin de una vida
de dolor y desventura:
¿quién trueca la noche oscura
en súbito resplandor?
¿qué balsamo tal dolor
trocó tan breve en placer?
¡el alma de una mujer!
¡la suma voz del amor!

J. Heriberto GARCÍA de QUEVEDO

Antigüedades romanas.

Descripcion de una lápida ó hito hallado en Leon

Al celo y generoso desprendimiento de uno de los vocales de la junta ó comision de monumentos históricos y artísticos de esta provincia se debe el que entre las preciosidades que encierra el Museo de esta ciudad se encuentre en la actualidad una lápida que por su cons-

truccion y antigüedad es digna de admirarse; esta lápida romana, que en otro tiempo perteneció al Illmo. Sr. D. Juan Ruiz de Cachapin, obispo que fué de Cuenca, y antes canónigo doctoral de la ciudad de Leon, es de un esquisito mármol, perfectamente construida, de una magnitud de 30 arrobas de peso, y muy bien conservada no obstante su antigüedad. El pararse á hacer una exacta relacion de la importancia de este monumento artístico sería nunca acabar: basta ver el informe de la comision central de monumentos históricos y artísticos, y él nos lo esplica y pone de una manera que la hace sumamente recomendable y de mucho mérito: Ella, no cabe duda, debió ser un hito destinado á marcar la division de las provincias de España en tiempo de la dominacion de los romanos, y así se deduce no solo de la inscripcion que tiene en la letra y forma que se demuestra sino de la figura y calidad de la piedra: esta se reduce á una pirámide cortada por la mitad de su altura con un plinto ó bocel debajo, una moldura sencilla encima y en su centro se halla la siguiente y ya citada

Inscripcion.

IVNONS. REGINÆ. PRO. SALVTE. AC. DIVTVRNITATE. M. AVRELII. ANTONINII. PII. FEL. AVG. ET. IVLIÆ. PIÆ. FEL. AVG. MATRIS. ANTONINI. AVG. CASTRORVM. S. AC. PATRIÆ. C. IVL. CERIALIS. COS. LEG. AVG. PR. PR. HN. C. ANTONIANÆ. POST. DIVISION. PROVINC. PRINCVS. AB. EO. M.

Fué descubierta en la ciudad de Leon hace ya bastantes años, y habiendo tenido diferentes dueños, el infatigable celo del dicho vocal de la comision, consiguió que se la cediera el último que la poseia, y trasladándola á este museo, la cedió á él gratuitamente sin permitir que se abonara ni aun los gastos de conduccion.

UN EPITAFIO.

Léese en el cementerio de Bristol un epitafio que puede ser citado como un modelo de sensibilidad noble y poética; es del poeta Guillermo Mason.

Mason, que nació en 1725 en el Yorkshire, se ha hecho célebre por sus poemas, dramas, elegías, y un gran número de sátiras políticas. Una de sus composiciones dramáticas, compuesta sobre el plan de las tragedias antiguas, ha tenido la rara fortuna de ser traducida al griego clásico por el reverendo Glaso, escelente helenista; pero ninguna de las poesías de Mason ha adquirido tanta popularidad como la composicion que hizo sobre la muerte de su esposa, á quien perdió en 1767 despues de dos años de matrimonio.

Hé aquí el epitafio que hizo grabar sobre su sepulcro: prescinde de las vulgaridades del estilo funerario, y tiene el mérito de transformar el elogio de la difunta en una enseñanza útil para los vivos.

«Guarda, ¡oh tierra sagrada! lo que mi corazon preferia; ¡guarda el mas precioso de los dones que me concediera el cielo y que tan corto tiempo he poseido!

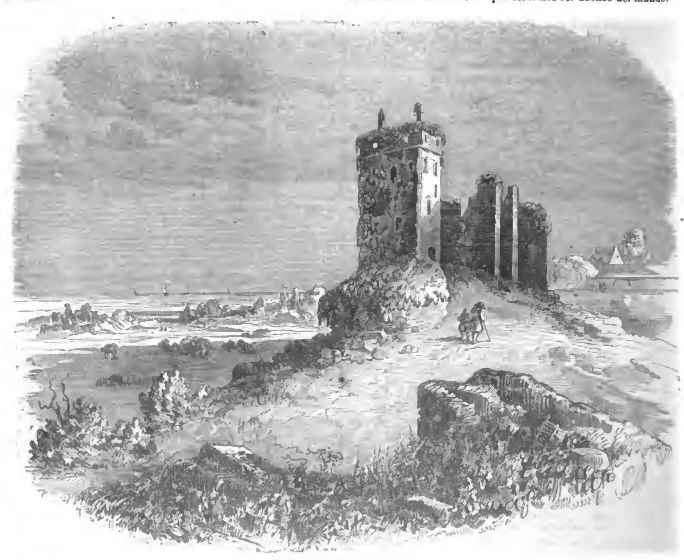
«Yo habia conducido con un cuidado curioso este cuerpo destrozado hasta las aguas de Bristol: *ella* se inclinó para gustar la onda, y murió.

«La belleza y la riqueza, ¿leerán alguna vez estas líneas? ¿Sentirán henchirse alguna vez su corazon por una emocion simpática? ¡Oh! háblales, difunta amada; has oir un acento divino.

«Aun desde el fondo de la tumba, sabrás cautivar los ánimos. De las que sean castas é inocentes como tú; dilas que marchen tan dulcemente en el círculo del deber; y, si son tan bellas, dilas que estén tan exentas de orgullo, que sean tan firmes en la amistad, tan fieles en el amor. Dilas que aunque es terrible cosa el morir (lo fué hasta para ti), una vez atravesado ese paso peligroso, el cielo nos abre sus grandes y eternales puertas, y permite á las almas puras que contemplen á su Dios.»

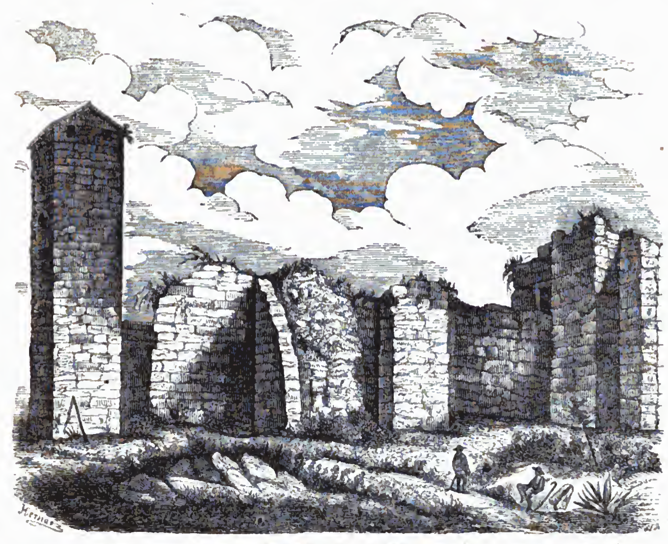
Filipo, rey de Macedonia, cayó un dia del caballo cuando se estaba ejercitando en la lucha, y mirando muy pensativo la forma de un cuerpo impreso en el polvo.

—¡Oh, Hércules, dijo á su escudero, cuán poca tierra basta para un hombre y en que poco pende su existencia; y sin embargo somos naturalmente tan codiciosos que deseamos ser dueños del mundo!



(Las ruinas de la Atalaya.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



El Castillo de Arjonilla.

Arjonilla, villa de la provincia de Jaen, está situada en una llanura circuida de colinas á cinco leguas de la capital. Es poblacion cuyo origen se remonta al tiempo de la dominacion de los árabes, en el cual fué aldea de Arjona, de donde le vino el nombre. Despues de su conquista por el santo rey D. Fernando III quedó en el mismo término y sujeta á la jurisdiccion de Arjona. El rey don Sancho IV hizo donacion de esta aldea á D. Gonzalo Perez su capellan y secretario, y arcediano de Ubeda, el cual en 11 de mayo de la era 1331 (año de 1293) la vendió á la villa de Arjona en 8000 mrs. de la moneda de la gracia, y doscientos cahices de cal, «salvo ende, dice la escritura, el mio forno que yo y he, et habia y ante que me el rey nuestro señor diese á Arjonilla, et salvo el derecho de las tercias y del almojarifarifazgo que yo tengo y en tierra de nuestro señor el rey.» En virtud de esta venta volvió Arjonilla á ser aldea de Arjona, y lo fué hasta fines del siglo XVI en que la separó de ella dándola jurisdiccion propia el rey don Felipe II por cierta cantidad de maravedises, en cuyo tiempo habia llegado esta poblacion á mucho auge y sus vecinos se habian enriquecido mucho.

Tiene esta poblacion 404 casas, algunas arruinadas; iglesia parroquial de gusto gótico dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, varias ermitas y establecimientos públicos. Su término es fértil y está distribuido en tierra de sembrar, y plantios de olivar y viña.

Esta villa es célebre por la desgraciada muerte que sufrió en su castillo el trovador Macías, escudero del maestre de Calatrava don Enrique de Villena, cuya historia es bien conocida. Habiéndose prendado de una hermosa doncella que servia á este, logró verse correspondido con igual fineza, pero procuraron ocultar su amor con el mayor secreto. Hallándose ausente Macías é ignorando el maestre los amores de su escudero y doncella, casó á esta con un principal hidalgo de la villa de Porcuna. A pesar de esta desgracia, Macías no se olvidaba de su amante, y aun se comunicaba con ella. Como el marido viniese á tener conocimiento de lo que pasaba, y no se atreviese á dar muerte á Macías por ser uno de los escuderos que mas estimaba el maestre, resolvió darle cuenta á este de la conducta de Macías. Llamóle el maestre, le reprendió grandemente y le mandó se dejase de aquel devaneo; pero el Macías, á quien la contrariedad aumentaba la pasion, no desistió de servir á su señora, por lo que el maestre no hallando otro remedio, lo mandó llevar preso á la fortaleza de Arjonilla, lugar de la órden de Calatrava. Allí Macías componia versos para aliviar su suerte que enviaba á su señora, los cuales llegaron á manos del marido, y no pudiendo sufrir mas la amorosa porfía del apasionado escudero, resolvió acabar de una vez con la causa de su celosa inquietud, y subiendo en su caballo armado de lanza y adarga fué á Arjonilla, y llegando á la prision donde Macías estaba, vióle desde una ventana de ella, y arrojándole la lanza le atravesó de parte á parte, y escapó á ponerse en salvo al reino de Granada.

El cuerpo del desgraciado Macías fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina, en el castillo, antigua parroquial de la poblacion donde fué llevado en hombros de los caballeros y escuderos mas conocidos de la comarca. Sobre la sepultura pusieron la sangrienta lanza, y quedó allí su lastimosa memoria en una letra que decia así:

Aquesta lanza sin falla
¡Ay coitado!
No me la dieron del muro,
Nin la prise yo en batalla;
¡Mal pecado!
Mas viniendo á tí seguro,
Amor falso y perjuro,
Me firió, é sin tardanza,
E fué tal la mi andanza
Sin ventura.

Esto escribe Gonzalo de Argote y de Molina; y Jimena en los anales de Jaen dice que en su sepultura se leia una letra que decia:

«Aquí yace Macías el enamorado.»

Lo que aun dura de la fortaleza está unido á una casa principal de la villa; pero se conserva la torre donde se sabe por tradicion estuvo preso Macías, y es la que representa el dibujo que va á la cabeza de este artículo.

L. M. R. C.

30 de Marzo de 1851.

CASTILLOS EN EL AIRE.

No sé si llore ó me ria: dice Marcela en la comedia de su nombre, al oir la doble andanada de lamentaciones y denuestos que la dirige *El mústio D. Amadeo*, viendo desdeñado su amor: *no sé si llore ó me ria*, digo yo cuando reflexiono sobre el epígrafe de este artículo; y tan indeciso estoy á fé, que mientras mis lábios se abran, para reir, mis ojos se cierran para llorar; y realizo la sentencia ó máxima de no sé qué sabio que dice: *la risa y el llanto andan juntos*. Entre esta risa y este llanto, como si dijéramos entre aguas, me pregunto mas de una vez: ¿es tan desgraciada la gran familia humana que, no encontrando en el reducido palenque de la realidad goces positivos capaces de hacerle llevadera la vida, tiene que remontar su vuelo á los espacios imaginarios y que pedir á la fantasía lo que la realidad le niega? O, por el contrario, ¿es tan feliz que no necesita sujetarse á la regularidad y estrechez de los goces reales, porque los encuentra mas grandes, instantáneos y seductores en la imaginacion que crea, y en la voluntad que determina? La solucion de este dilema pondria de manifiesto la suma de la felicidad humana; pero no intentaré resolverlo por temor de que me suceda con esta hermosa humanidad lo que sucederia á un cirujano que viera morir á una muger estraordinariamente bella, y, seducido por los encantos de una tez fresca y nacarada, quisiera encontrarlos mayores haciendo una autópsia detenida de la que acababa de morir. Figúrese el curioso lector lo que encontraria el cirujano, y comprenderá que yo hago bien en no aproximar mi escalpelo á la señora humanidad. Conténtome, pues, con saber que forma castillos en el aire, y me preparo á recorrerlos con la intrepidez de un aereonauta.

Sé que existen muchos castillos; toda la humanidad los hace: pero me encuentro algo indeciso al querer emprender mi viaje, pues no se por donde empezar. Cualquiera mal intencionado ó burlon me dirá que comience por el principio; pero es el caso que no sé cual es el principio, y esta duda origina mi dificultad. ¿Es el principio el emperador ó el mendigo? ¿el mas encumbrado ó el mas abatido? Se empieza á contar por abajo ó por arriba? Quien me responda á estas preguntas me sacará del atolladero. ¿Pero quién ha de responderme? Mi tintero y yo estamos solos, y mi pobre tintero no habla. Cuando nos ponemos á escribir, porque entre mi tintero y yo lo hacemos, él da la tinta y yo las ideas. Por fortuna su tinta es negra, mis ideas son negras tambien, y nos hallamos en perfecta conformidad. Si la tinta de mi tintero se tornara un dia de color de rosa, permaneciendo negras mis ideas, ó mis ideas fueran verde esmeralda, quedando negra la tinta de mi pobre tintero, ¡qué desacordes marchariamos y qué abigarrado saldria cuanto escribiéramos los dos! Pero nada de esto tiene que ver con el objeto de mi artículo; y, ya que no encuentro quien me responda, tomo un partido, decidiéndome por el mendigo, mas próximo á mi que al emperador; pues la pobreza y la poesía nacieron hermanas gemelas, y hermanas gemelas morirán, y se presentarán juntitas el dia del juicio, y tendrán el mismo destino, yéndose á cantar á la gloria ó á chamuscarse á los infiernos, segun hubieran merecido por sus buenas ó malas obras.

Decidido, pues, á empezar como se empiezan los caminos, por lo mas próximo, me dirijo á las verjas del jardin Botánico, y reclinado contra un árbol, porque temo sentarme á causa de unos vivientes pequeñitos que otros vivientes suelen dejar sobre los asientos de piedra, procuro leer el pensamiento de un hombre de sesenta años, cubierto de andrajos, de cenicienta barba, cenicientos cabellos, ojos hundidos, frente arrugada y cuerpo encorvado; este hombre es un miserable mendigo. Bajo su capa remendada pasan de una mano á otra las limosnas que ha recogido en todo el dia, y mece, despues de haber contado hasta el último ochavo, la cabeza con clara espresion de disgusto. Sin embargo, esta triste espresion va desapareciendo poco á poco, y se anima la fisonomía del mendigo con el fuego de la esperanza. «He recogido, murmura á media voz, porque el mendigo piensa hablando, seis cuartos de limonosna, y con seis cuartos no tengo para nada. Si compro con ellos una libra de pan y una poca fruta ó un trago de vino ó aguardiente, tendré que dormir esta noche al raso, y las madrugadas de enero son tan frias que puedo helarme como un pájaro. Tristísima suerte es la mia, ó no comer ó no dormir bajo techado. Pero todavía no es muy tarde, y bien puedo recoger cuatro cuartos para la cama, destinando los seis que poseo á mi comida. Mas con seis cuartos se come tan mal.... no se come nada caliente. ¿Pero quién me ha dicho que no llegaré á reunir doce cuartos y medio; cuatro para la cama y ocho y medio para un puchero de á real? De seguro reuno los doce cuartos y medio; y con ellos comeré y dormiré como un príncipe. ¿Por qué no he de reunir diez y seis cuartos para destinar tres y medio á calentarme con un traguillo de aguardiente? Es claro que puedo reunirlos; y tambien puedo reunir diez y ocho y comprar dos cuartos de tabaco; y tambien puede pasar un caballero de esos que dan media peseta, y entonces podré ahorrar cinco cuartos.» Aquí se detiene el mendigo, porque el bello ideal de un pordiosero consiste en cubrir las necesidades del dia y ahorrar algo para el siguiente. Si el caballero generoso se presenta, cena bien el mendigo y duerme á cubierto; si no recoge mas limosna que los seis cuartos, cena mal y duerme al aire libre; pero si no se hiela como el pájaro vuelve á imaginar al dia siguiente que pasará la noche como un príncipe.

Vamos á pasar del castillo mas reducido al mas gigantesco; del hombre mas libre, el mendigo, al mas esclavo, el recluta. Sobre el cuello del pobre recluta pesan dos yugos que apenas podrian sostener los hombros de Atlante, el de la ordenanza y el de la ignorancia. Se vé sujeto de repente á una legislacion severa que no comprende, y á unos ejercicios que tarda mucho en aprender; y sin embargo nadie forma una série mas completa y larga de castillos. Vé el recluta al cabo que lo recibe en el depósito, y se enamora de sus galones de lana: el recluta no duda un momento que será cabo al dia siguiente. Empieza á instruirse, y las ginetas del sargento instructor fijan sus miradas; el recluta cuenta con tener al mes dos ginetas sobre los hombros. La primera vez que se presenta al capitan de su compañía vé con asombro las dos brillantes charreteras; el recluta se promete para dentro de un año ser un apuesto capitan. Se acerca despues al comandante y al coronel; el recluta se ofrece á sí mismo estos empleos, haciéndolos cuestion de tiempo. El brigadier, el mariscal de campo, el teniente general y el capitan general de ejército se van presentando á los ojos del recluta sucesivamente; y aunque no ha sido cabo en un dia, sargento en un mes, ni capitan en un año, se pone fajas y entorchados, el sombrero de pluma blanca y el baston de general en gefe. El recluta que así ha soñado muere ó recibe su licencia de soldado raso nada mas; pero si se engancha nuevamente, prosigue con los mismos sueños.

Hemos presentado dos tipos de la mitad fea del linage humano; justo será dedicarse un poco á la hermosura. No vamos á buscarla por lo pronto entre el humo de pebeteros cincelados, sobre alfombras turcas, ni rodeada de espejos y cortinas de seda: la queremos ver entre el humo, tambien oloroso, de los asados y de los fritos; sobre una alfombra de plumas de pollos y perdices, y rodeada de cacerolas y pucheros. La escena es en una cocina: los personages la cocinera y una doncella de labor.

Cocinera.—¿Has peinado á la señorita?

Doncella.—Hace mas de una hora: y la he probado tambien el vestido que debe llevar el domingo al baile de la condesa de...

Cocinera.—¿Y qué te parece? ¿es bonito?

Doncella.—Precioso.

Cocinera.—¿Será tan bonito como el mio de percal celeste?

Doncella.—Ya lo creo.

Cocinera.—Tambien pienso estrenarlo el domingo para ir al jardinillo.

Doncella.—¿Piensas ir al baile?

Cocinera.—Sin falta. ¿No reparaste el domingo pasado en aquel muchacho guapeton que me sacó á bailar tres veces?

Doncella.—¿Aquel de la gorrilla azul y el pantalon verdoso?

Cocinera.—El mismo. Quedamos citados para el domingo próximo.

Doncella.—Lo mismo me sucedió á mi con aquel del gaban azul.

Cocinera.—Nos vamos á divertir muchísimo.

Doncella.—Y nos iremos muy temprano.

Cocinera.—A las tres en punto.

Llega el domingo, llueve y truena: la cocinera y la doncella no pueden ir al jardinillo; pero aplazan su diversion para ocho dias despues, sin acordarse de que llueve mucho los inviernos.

Y en tanto que la cocinera vizcaina y la doncella segoviana dialogan, la delicada señorita á quien peina, viste y perfuma la doncella y la cocinera alimenta, reclinada negligentemente en un silloncito de tocador hiere con su pequeño pie una alfombra de Barcelona, y en un monólogo, que nunca baja desde el pensamiento á los lábios, dice: Ayer tarde vi en la Castellana á la jóven duquesa de... siempre alegre, siempre elegante, siempre obsequiada. Era su tren de los mejores del paseo, y al verla recordé que su vida era una fuente deslizándose sobre césped y gayas flores. Palco en los mejores coliseos, amigos á comer, saraos... Era bastante rica, y luego casó con el duque... Yo no soy tan rica como ella; pero soy mucho mas hermosa. El duque de... me lo repitió muchas veces en el último baile del marqués de... y el duque de... es sumamente rico. Estuvo tan fino, tan amable; pasó á mi lado la mayor parte de la noche, y me puso muy buena cara cuando me sacó á bailar el conde de... Si yo fuese duquesa de... viviria su palacio, que es magnífico; amueblaria mis habitaciones á lo Adriana de Cardoville; tendria seis doncellas, muchos lacayos, un palco en cada coliseo, una berlina, una carretela y un landó... una americana tambien, para mi uso particular: ocho caballos de tiro magníficos, dos de silla... Tendria gentes á comer todos los dias,

daria bailes y algunos conciertos... En una palabra, superaria en todo á la duquesa de... porque sería mas rica, y como indudablemente soy mas hermosa, tendria muchos mas admiradores. Y, bien mirado, está en mi mano el realizar tan hermosos sueños; mañana noche veré al duque en casa de la condesa de... me hará la córte, como de costumbre: á poco que yo le estimule, me declarará francamente su amor; pedirá mi mano, se la concederán al momento, nos casaremos, y quizás antes de dos meses daré magníficos saraos. Y aunque el duque pasó toda la noche al lado de la condesita de... la linda jóven renovó su castillo, preparándose para otro baile.

El codo sobre su bufete, la frente sobre la mano izquierda, en la derecha una pluma de ave recien cortada, y una cuartilla de papel sobre una cartera de periódicos, está un hombre jóven, que quiere escribir y no escribe, que no quiere soñar y sueña. Este hombre es *un obrero del pensamiento*, como se han apodado algunos escritores franceses, queriendo adular al socialismo para entronizar la monarquía. «Siglo á un tiempo de oro y de escoria es el en que vivimos, dice, tirando líneas con la pluma sobre su cartera de papel: siglo de oro, porque la riqueza es el ídolo de una sociedad sin fé ni esperanza; siglo de escoria, porque la virtud y el honor son dos mitos, que nuestra generacion coloca en el número de las fábulas. En un siglo de adelantos materiales, los goces se han materializado tambien; y como la materia se compra, para gozar es necesario tener una parte del ídolo. Soy hombre de letras: las letras suelen dar mas gloria que oro; pero la gloria puede contarse como una de tantas mercancias y puede reducirse á oro. El mundo confiesa que poseo una de las grandes palancas capaces de conmover en sus cimientos las sociedades; esta palanca es el talento. Busque el punto de apoyo que pedia Arquímedes, y haré rodar el mundo á mi antojo. Un filósofo ha dicho que llegará el tiempo en que una idea haga retroceder á una bala de cañon: quizá yo tengo en mi cerebro esta idea. Mirabeau era indudablemente un gran poeta, y dió impulso á una revolucion político-social, que ya avanza y ya retrocede, pero que no se para nunca. Napoleon era otro gran poeta, y oponiendo las ideas á las balas y las balas á las ideas; calculó matemáticamente el adelanto y el retroceso y estableció un equilibrio á su manera; manejando con la mano derecha la espada de César y Alejandro, y con la izquierda la pluma de Solon y Licurgo. Yo tengo la cabeza ardiente y el corazon frio de Mirabeau: yo tengo la cabeza fria y el corazon ardiente de Napoleon Bonaparte. Yo puedo ser el récio ariete que destruya y la piedra angular que sirva de clave al edificio. Puedo ser Mirabeau y Bonaparte: todo lo grande y lo mediano que cabe entre estos dos hombres. Yo quiero ser todo lo que puedo; luego debo ser lo que quiero.» Y el pobre poeta deja de hacer rayas sobre su cartera, para pintar letras sobre la cuartilla de papel que tiene delante; porque la esperan los cajistas, y él espera el escaso premio que conceden á su trabajo. Y como el premio es muy escaso, no posee nunca una parte del ídolo llamado *riqueza*: y cómo no dispone del ídolo no puede pagar los goces materiales: y como el siglo solo tiene goces materiales, no goza, pero continua siendo poeta, y entre cuartilla y cuartilla de original tira líneas sobre su cartera y hace CASTILLOS EN EL AIRE.

Desde el modesto gabinete del *obrero del pensamiento* podemos trasladarnos al sibarítico tocador de una aristócrata opulenta. No es necesario que admiremos sus tapices, cuadros, alfombras, divanes, espejos, porcelanas: solo debe llamar nuestra atencion una muger de treinta y cinco años, que emplea en su tocador las mas delicadas esencias y las pomadas mas suaves. Cubierta de tales afeites representa diez años menos; y cree, sin átomo de duda, que no ha de menguar un solo punto su juventud y su belleza. Y aunque pasan dias, y cada dia añade un cabello blanco á sus trenzas; aunque pasan años, y cada año forma un plieguecito en su faz; aunque pasan lustros y vé que la abandonan sus amantes, sin que se presenten otros nuevos, cada dia que se vé cubierta de sus aromáticas pomadas, se cree mas jóven y mas bella, con una hermosura creciente, con una eterna juventud.

Está el banquero en su despacho, el ministro de hacienda en el suyo; ambos á dos hombres de números, dedicados á las ciencias exactas, y por lo tanto parecia justo que los dos formaran sus cálculos con la mayor exactitud. Trata el banquero de aumentar sus particulares intereses, ó lo que es lo mismo, de arrancar un pedazo de piel al *ídolo*: trata el ministro de defender los intereses del estado. Los dos han pasado tres horas haciendo números y cifras: los dos tiran la pluma al mismo tiempo: los dos esclaman con el mismo júbilo: «El negocio da tres millones de ventaja.» El banquero se viste apresuradamente, y media hora despues se presenta en el despacho del ministro. Reunidos los dos aritméticos, discuten hora y media las condiciones del contrato, y por una rara coincidencia, despues de mucho discutir convienen en las mismas bases que habian fijado cada uno en sus respectivos despachos. El señor ministro y el señor banquero se separan muy satisfechos, dirigiéndose mútuamente una sonrisita que quiere decir. «Te has equivocado.» ¿Cuál de los dos habrá edificado su CASTILLO EN EL AIRE?

Sería demasiado exigir al candidato para diputado que no duplicara sus votos y redujera á la mitad de su temible antagonista. Pensaria en lo escusado quien pidiera á una actriz que no pensara en causar entusiasmo con una obra, y que si el público no aplaudiera dejára de echar toda la culpa al pobre autor. ¿Qué diplomático no se cree un millon de veces mas sutil que aquellos con quienes discute, aunque lo hayan engañado un millon doscientas cincuenta mil véces? ¿Qué costurerilla elevada á la condicion de señora no está enteramente persuadida de que llamará la atencion por sus maneras elegantes? ¿Qué hombre de oscuro nacimiento no se figura que hará olvidar pronto su origen poniéndose un mote de conde? ¿Qué muger liviana no cree que ocultará sus liviandades si se cobija con el manto de una refinada hipocresía? ¿Qué hombre de esos que se tasan muy alto y que no encuentran comprador, no cree que, achicando la de los demas, aumenta su propia estatura? ¿Qué banquero, próximo á quebrar, no está persuadido de que aumentando su boato aleja el momento de su caida? ¿Qué hombre de mérito dudoso no se forja un enemigo oculto, á quien se propone vencer para remontarse hasta las nubes? ¿Qué bailarina no está segura de poner su triunfante pie sobre el cuello de su rival? ¿Qué fea no espera mejorar su rostro engordando ó enflaqueciendo? ¿Qué solterona no ve un amante en cada hombre que la mira? ¿Qué general no da por ganada la batalla que piensa mudar al dia siguiente? ¿Qué tonto no hace el doble castillo de concederse talento y de quitárselo á los que realmente lo tienen? ¿Qué amante no cree engañar á su amada y vice-versa? En una palabra, ¿qué hombre ó muger no forma CASTILLOS EN EL AIRE desde el emperador al mendigo?

Hemos hablado largamente del mendigo y de otros mucho mas altos en la estensa escala social; para terminar nuestro proyecto deberíamos ocuparnos ahora del emperador ó emperatriz; pero casi nos detenemos, porque á esta suprema gerarquía apenas osan remontarse los castillos de todos los demas humanos. Y, sin embargo, quizás nadie está mas dispuesto á formar castillos en el aire que esta eminencia de las sociedades humanas á quien llamamos emperador. Casi podria apostarse mil contra uno que Cárlos V, de gloriosa memoria, edificó mas de una vez junto al inmenso alcázar de la monarquía universal el castillo del caballero andante, como Roldan, Amadís ó Bayaldo, ó el del trovador como Auslas Mas ó el tierno Macías. En las máscaras, ancho palenque abierto á las mas bizarras fantasías, se habrá creido mas de una reina, simple aldeana de la Escocia, la Calabria ó el Tiról, y quizás hubiera dado entonces mas de la mitad de su corona por ver realizada su quimera.

Mientras en el alma del hombre nazcan, crezcan y se desarrollen los deseos, punzante aguijon de la esperanza, y la esperanza, poderoso estímulo de los deseos, no dejará de edificar hermosos CASTILLOS EN EL AIRE: porque los castillos en el aire son los móstruos de las realidades históricas, si se nos permite esta manera de espresar nuestro pensamiento; como las sirenas son los mónstruos de los animales marinos, y el Pegaso el de los caballos.

¡Animo, humanidad! para edificar un palacio de ladrillo y piedra como el de la plaza de Oriente se necesitan muchos años y algunos millones de duros; para edificar un palacio en el aire tan bello como el de las hadas bastan diez minutos y una buena imaginacion. Sueñen las mugeres con el amor; los poetas con amor y gloria; los políticos con la ambicion, y los avaros con el oro; que de oro, ambicion, amor y gloria, edificará un soberbio castillo en el aire

JUAN DE ARIZA.

DON ALONSO III DE FONSECA.

El siglo XVI fué para España la época de los sábios y de los héroes. La península era la monarquía de ambos mundos. Las conquistas estendian la civilizacion española, y el magisterio de las aulas robustecia la unidad del Estado y de la Iglesia. En esta época, una ciudad del interior dió á la nacion una de esas inteligencias privilegiadas que comprenden el espíritu de su siglo y dirigen sus esfuerzos á realizar una transicion política ó religiosa.

En 1474 nació en Santiago (Galicia), patria del jurisconsulto Bernardo y del arzobispo Gelmirez, D. Alonso III de Fonseca, hijo de doña María de Ulloa, señora ilustre, que pertenecia á la distinguida casa de los condes de Monterey. La historia apenas hizo mencion de este prelado respetable: empero la enseñanza pública le debe inmensos beneficios. Hasta mediados del siglo actual se ha recordado su memoria como el espediente de competencia entre la Universidad y el Colegio ma-

yor de Santiago: en la actualidad la exacta apreciacion de los hechos y el exámen elevado de sus fundaciones reclaman para D. Alonso III de Fonseca un lugar privilegiado entre los españoles célebres del siglo XVI.

Su primera biografía fué publicada en nuestros dias (1): mas que una biografía, es una reseña necrológica escrita con laboriosidad erudita. Tiene sin embargo el mérito de la novedad y el interés de una escitacion á los hombres de letras. Nosotros hemos llevado á cabo el exámen científico y literario de este ilustre sacerdote (2), y al recibir el pláceme de las personas inteligentes, reconocemos que ya era popular entre los eruditos de España el nombre de D. Alonso III de Fonseca. Empero hemos apreciado únicamente las dotes científicas y literarias del arzobispo de Santiago y Toledo, y debemos completar su biografía en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO.

Antes de la enumeracion, hasta ahora inédita, de las fundaciones y obras pias de Fonseca, copiaremos á continuacion algunos párrafos del mencionado exámen que abrazan los periodos mas importantes de su vida pública.—«D. Alonso III de Fonseca, no solo es el *padre de los pobres*—hemos escrito en las MONOGRAFIAS DE SANTIAGO (3)—segun la ingénua confesion de sus contemporáneos, sino tambien el padre de los estudiosos, el padre de los sábios. Como personage político, hace valer en las Córtes habidas en el convento de San Francisco de Santiago en 1520 la significacion política de su patria, y como antiguo discípulo de la escuela de Salamanca, como distinguido humanista,— lo cual equivalia á ser en el siglo XVI hábil teólogo y eminente sacerdote—combate desde la retirada cámara del palacio arzobispal de Toledo al acólito de la catedral de Rotterdam, al precursor de Martin Lutero, á Desiderio Erasmo. D. Alonso III de Fonseca se familiariza con los eruditos, escribe en latin, felicita en romance, se relaciona con los literatos, socorre las públicas necesidades, sostiene controversias canónicas con el primado de Toledo desde su silla metropolitana de Compostela, lleva la instruccion pública hasta los confines de Galicia, á la villa de Monterey, señorío de sus elevados progenitores, y elige por secretario suyo á un discípulo sobresaliente de Luis Vives (5): es á la vez el hombre del Estado y de la Iglesia, el sacerdote ejemplar y el personero del pueblo, el hablista correcto y el orador profundo. Santifica en Sevilla la union matrimonial entre los augustos representantes de España y Portugal, y bautiza á Felipe II en Valladolid.



(El cura de Fruime.) (4)

D. Alonso III de Fonseca se matricula en la universidad de Salamanca, centro intelectual de la juventud española. En 1489 acepta el título de colacion de la cuarta parte de la sinecura de San Jorge de la Coruña, y es nombrado despues arcediano de Cornado por el cabildo de Santiago. En 1506 ocupa la silla metropolitana de su patria. Desde esta época el hombre político y el hombre científico se reasumen en el hombre de la Iglesia. Recuerda á Jimenez de Cisneros, y la memoria del cardenal-regente será siempre una alta leccion para los hombres de esclarecido talento. En 1520 y 1521, como primer consejero de Estado nombrado por el emperador Cárlos V, recorre algunas provincias de España para aplacar la rebelion nacional invocada en Castilla por las Comunidades, y en Valencia por la Germania. En 1521 funda el colegio de Santiago en Salamanca: en 1521 funda el colegio de Santiago Alfeo en su patria. Desde entonces se enseñan las facultades mayores en la antigua Compostela. La universidad de Santiago es el estudio general de Galicia. En 1524 ya habia sido elevado á la primera dignidad de la Iglesia española, ocupando la silla primada de Toledo. A los cincuenta años habia completado su honrosa carrera de humanista, político y sacerdote. A esta edad las vulgaridades apenas llegan á la primera gerarquía.

A pesar de las graves atenciones de la vida política y eclesiástica de Fonseca, no se aleja del ameno y delicado trato de las bellas letras. Los estudios filosóficos y literarios embelesan sus horas de reposo; ya escribe cartas familiares en romance como la dirigida desde Salamanca al doctor Villalobos, ya escribe epístolas en latin ciceroniano como las enviadas desde Madrid al célebre Desiderio Erasmo.

Con la sustitucion de los colegios de Santiago Alfeo y San Gerónimo, generaliza los estudios en Galicia, proporcionando á la juventud ilustrada y menesterosa franca entrada para las dignidades de la Iglesia y del Estado. El distinguido catálogo de los hijos célebres del colegio mayor llamado vulgarmente *de Fonseca*, empieza en los albaceas del arzobispo de Santiago y Toledo. A la par de los colegios, alcanza privilegios é inmunidades para su patria: despues de la vida intelectual cuida de la vida política de Santiago. No emplea sus tesoros en la magnificencia fastuosa que servia entonces de brocado para el atahud. Los menesterosos reciben de su mano con frecuencia la dádiva evangélica. No malgasta su significacion política en las complicaciones palaciegas que acercaban los altos dignatarios al solio ó al destierro.— Las ciudades de Santiago y Salamanca se libran de los tributos impuestos por el rey, adquiriendo Fonseca las rentas suficientes para su indemnizacion. Los naturales de su patria están tambien exentos de cualquiera pena ignominiosa.

En la iglesia de la Guardia (Galicia), costea el retablo donde se representaba la vida del santo inocente que habia dado nombre á la poblacion; en la de Toledo consigna cuatrocientos mil maravedises de renta para las dotes de doncellas huérfanas; en la capilla de la Descension de Nuestra Señora de la misma iglesia funda una capellanía con misa diaria servida por dos capellanas: en la construccion de la torre y mejoramiento de la fortaleza de San Torcaz gasta cuarenta mil ducados, y en Santiago renueva el claustro de su catedral, como lo atestiguan los escudos de sus armas que se reconocen en uno de sus lienzos (1). En la fábrica de los colegios de Salamanca y Santiago emplea la suma considerable de doscientos mil ducados.

Don Alonso III de Fonseca falleció en Alcalá de Henares el miércoles 4 de febrero de 1534. Su testamento fué otorgado en 1531, y su codicilo en 1534, á los sesenta años de edad. Sus cenizas se depositaron en la capilla mayor del colegio de Salamanca.

Diez años despues de su muerte se concluyó la fábrica del colegio mayor de Santiago, bajo el cuidado y diligencia de los testamentarios de Fonseca.

Las ciudades de Salamanca y Santiago solemnizaban su memoria con un aniversario, al cual asistia el cabildo, la municipalidad, los gremios y la clerecía, celebrado en cada una de las capillas pertenecientes á los colegios mayores que llevaban su nombre. En nuestros dias desapareció este respetuoso homenage de la posteridad. Se han suprimido los colegios, cayeron en desuso los aniversarios.

Ahora se encargará la historia de justificar el merecido renombre de Fonseca.

En la cronología de los españoles célebres del siglo XVI se debe colocar el nombre de D. Alonso III de Fonseca despues del cardenal Jimenez de Cisneros.

Nosotros hemos procurado rehabilitar su memoria por medio de una apreciacion imparcial de la influencia que ha ejercido en la civilizacion española.

A falta de una estátua, de una lápida, del nombre de una calle que duraria algunos siglos, el escritor ha publicado un libro, un capítulo, una *monografía* que durará algunos años.

Santiago 8 de marzo 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) El Sr. Neira y Riobóo, padre del autor de este artículo, ha publicado en el suplemento del Diccionario histórico (Barcelona 1830) entre otras biografías de gallegos célebres, la del Sr. Fonseca, escrita con el buen gusto y sana crítica de un laborioso hombre de letras.

(2) Véase el artículo 1.º de las MONOGRAFIAS DE SANTIAGO que continuamos publicando en esta ciudad.

(3) Pág. 13 y sig.

(4) En el núm. 8 de este año hemos dado el retrato de Don Alonso de Fonseca; en esta página presentamos el del cura de Fruime, cuyo dibujo no llegó oportunamente á nuestras manos.

(5) El célebre humanista Juan de Vergara.

(1) Estos datos constan en la historia cronológica de los colegiales de Fonseca cuyo manuscrito existe en poder del autor de estas líneas.

RELACION

entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.

«Con dos flores de un jardin, seis cuadros de pintura y algunos »libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, ven»cedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la »misma confusion, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, »no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por don»de mas me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de »la calumnia y las trampas de la envidia.»

Así describia su carácter el ingenioso poeta español Lope de Vega en la dedicatoria que hizo de su comedia *El Alcalde Mayor* á cierto amigo, residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio de las riquezas, y en la admiracion de la hermosura.

Lope de Vega manifestaba sinceramente sus sentimientos. Por eso, mientras mas bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mayo, y las mansas corrientes de los rios y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con fluidos y suavísimos versos, y con palabras y frases mas suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, Lope de Vega se dejó regir constantemente por el amor con que acataba la justicia, la razon, la virtud y la hermosura. Ni la ira podia cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupcion de Roma, y de la venalidad y ambicion de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. Lope de Vega celebraba la escelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplacion de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describia en sus obras poéticas.

El Salustio, senador romano, era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuracion de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta*. El Lope de Vega, sacerdote español, no se diferenciaba del poeta que tan bien solia encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar, compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht* para celebrar la victoria que recientemente habian adquirido las armas españolas en los Paises-Bajos, donde corrian entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nacion iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó mas bien tuvo el poco acierto de poner Lope de Vega entre las personas que representaban en su comedia un alferez de los que mas se habian distinguido en la *presa* (como en aquel tiempo se decia sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de recitar el papel era de ruin persona. Terminada la representacion de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo muy descolorido y enojado llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo que *habia sido muy mal término dar el papel del alférez* (que era hermano suyo) *á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardía en las maneras, cuando su pariente tenia buena presencia y gentil espíritu, segun lo mostraban sus proezas*. Lope al oir querella tan estraña, se escusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus escusas; y así le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos (1).

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en un tiempo en que la educacion y las costumbres exaltaban los brios, permaneció igual aun en los dias de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama, pudieran haber agriado su condicion y encendido su orgullo.

«Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, hallándole en »estado que ya los hábitos eclesiásticos le escusaban la respuesta. »Instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado mas con su »silencio, le dijo: *Ea, salgamos fuera.—Vamos* (dijo Lope, poniéndose »con mucho espacio el manteo), *vamos, yo al altar á decir misa y »vuesa merced á ayudarme a ella.*»

Esto refiere Fr. Francisco de Peralta en un sermon, predicado en las exequias de Lope (*Madrid* 1635), obra bastante rara.

Lope de Vega era ademas un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engreian, ni la estimacion universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable el Dr. Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesías, celebradas en aquel siglo, predicó tambien en otras exequias de Lope. En su sermon, impreso igualmente en Madrid el año de 1635, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de Lope de Vega. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular.

Véase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia. «Los príncipes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron y aun »le desearon, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba »tan templadamente en estas honras, que á la queja de un príncipe »grande eclesiástico, de que no le veia, respondió: *Yo viera mas veces »á vuestra Ilustrísima, si me hiciera menos honores cuando le veo.* »Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando »estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y esti»maciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este »género de favores, que solia decir: *Aun á las figuras de los tapices »de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.* Tan templado »fué en esta parte, que siendo así que murió en el servicio de un ge»neroso príncipe... y estando en estado que pudiera como amigo gozar »de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en »los libros de los criados de su casa. Cuando salia de la suya, llegaban »mil diferentes personas á verle, conocerle, y decirle varios encareci»mientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimacio»nes, que despues de haberse cubierto su anciano rostro de vergüenza, »introducia diferentes razones en órden á que cesasen sus alabanzas; »y si, no obstante esta diligencia, proseguian, dejaba la conversacion »teniendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos ho»nores magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en Lope de Vega al poeta eminente, cantor de las bellezas del mundo.

Lope al propio tiempo cumplia constantemente con las obligaciones que se habia impuesto, sin que nada hubiese de bastante poderío para desviarlo del desempeño de sus palabras. Pertenecia á una congregacion, destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su libertad cuando gemian por los rigores de la contraria fortuna en tierras de infieles, y á sepultar de limosna á los que fallecian sin haberes, y la cual en ninguna manera permitia que manos de seglares tocasen á los difuntos eclesiásticos. «Ofrecióse enterrar (dice el citado amigo de »Lope) en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que Lope »de Vega se quitó el manteo, y aunque se lo quisieron estorbar al»gunos por escusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, re»cibió piadosamente el cadáver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de »tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

De este modo el gran Lope de Vega daba el admirable espectáculo de un hombre, lisongeado por los aplausos universales, despreciando orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad, ni las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del camino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

Lope, ademas, fué notable por su caridad verdaderamente evangélica. En su casa siempre tenia «puesta cantidad de dinero sobre la »mesa para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo, ni tuviese »mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta.» Tal decia de la caridad de Lope el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida tambien por su íntimo amigo en las palabras siguientes: «Llegó una »vez un sacerdote pobre..... Llamó á la puerta, no habia en casa »quien respondiese, salió él mismo y vió que el que llamaba (so»bre pobre sacerdote y ciego) llevaba la indecencia de un asque»roso sombrero. Miró si tenia que darle; no se halló con cosa consi»derable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenia en la »cabeza y púsosele al pobre. Súpose necesariamente este suceso, por»que no pudo salir de casa con los amigos que le asistian (testigos fieles »de esta verdad), hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le »llevasen otro.»

Con esta condicion tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de de-

(1) Lope refiere este suceso en una de sus novelas.

licados afectos, no mancillada con los crímenes, Lope de Vega habia de escribir necesariamente versos de una suavidad estraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Mas vale salto de mata que ruego de buenos*, Lope describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á tí, señora,
saldré cuando le corra las cortinas
al rubio sol la aurora,
siguiendo sus pisadas peregrinas;
y en viendo las estrellas
solo las miraré por verte en ellas.
Traeréte muchas veces
el conejuelo tímido y medroso;
y viendo que me ofreces
gracias debidas á mi amor forzoso,
con pecho mas sencillo
te traeré el amoroso cabritillo.
La tórtola en el nido
y el escamoso pez en el anzuelo,
el madroño teñido
con la escarcha qua arroja el duro suelo;
que cosas semejantes
son en amor zafiros y diamantes.
....
Daré un golpe á tu puerta,
y tú, que velarás por aguardarme,
con una fé despierta
llegarás muchas veces á abrazarme,
y dirás como amas:
No des tan recio, que en el alma llamas.

El espíritu de Lope de Vega, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. Lope se traslada con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales, depositados en aquel albergue. Véase la descripcion que se leé en su comedia intitulada *El vaquero de Moraña*:

Algun año sea tan bueno
en tierras propias y estrañas
que seguemos con guadañas
como en los prados el heno:
vístase el prado librea
con la yerba cada hora;
vierta aquí su copia Flora
y su abundancia Amaltea;
rompa del aire los filos
las cañas de los barbechos,
y toque el trigo los techos
en las trojes y en los silos.
No solo en siega, en vendimia
os dé el cielo tal tesoro,
que hagais los vasos de oro
que agora teneis de alquimia.
Ya que el agosto repose
pisen para vuestras cubas
vuestras gentes tantas uvas
que todo el mosto rebose.
....
Y de manera se huelguen
con las uvas vuestras casas,
que aunque muchas hagais pasas
muchas por los techos cuelguen.
....
Por los pezones y cabos
cubran con color pajizos
los melones invernizos
de vuestra casa los clavos.
Sirvan colmos á montones
de membrillos ó granadas
en vuestros techos colgadas
de dorados artesones.
Sin rectitud y gobierno
de reales pesadumbres
vuestras ahumadas techumbres
cojan de fruta de invierno.
Sirvan á vuestras familias
costales de verdes nueces
para acabar tras los peces
los viernes y las vigilias.
Higos tambien os reserve
esta campaña vecina,
que afeitados con harina
enjugue el pecho y conserve.
Matice estas huertas luego
la berengena morada,
la verde col arrugada
como pergamino al fuego.
Echad por mayor deleite
en la postrer vez alguna
en adobo la aceituna
y los quesos en aceite:
Que yo, siguiéndoos á vos,
daré en mi rústico modo
gracias al dueño de todo;
que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, Lope de Vega, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castizador de su hijo D. Cárlos, y de Juan de Escovedo hasta las busconas y rufianes que vivian de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Perez de órden de Felipe II, y para afear la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *La Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esa tragedia se finge en el reinado de D. Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Jaberas.

Tambien Lope en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el título de *El castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe D. Cárlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, segun las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia al siguiente dia de su representacion fué prohibida.

Lope de Vega, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *El Anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El Rufian Castrucho*.

Pero aunque Lope de Vega se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de Lope, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se vé al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza, y en la delicada espresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de Lope de Vega, que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderon pinta las suyas, infelices é impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalvan mas vehementes de lo que permite la modestia, Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

Lope de Vega en sus escritos revela, pues, las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

ADOLFO DE CASTRO.

A FERNAN CABALLERO.

Hombre por la sublimidad de vuestros conceptos; mujer por vuestra ternura y sensibilidad en espresarlos; quien quiera que seais, hombre ó mujer, escusad mi libertad, y permitid que un desconocido se atreva á poner bajo la proteccion de vuestro nombre supuesto, segun dicen, las agonías y la miseria de una madre injustamente perseguida por la suerte, aunque resignada humildemente á las sentencias de la providencia divina. Vuestros cuentos y novelas os han dado un

merecido aprecio entre las personas de buen gusto y conocida inteligencia, y muy pronto, no hay que dudarlo, harán vuestro renombre tan popular y conocido, que á no poner bajo vuestro amparo las agonías de mis heroinas, temiera con fundamento que ni hubiera sido leida su relacion ni compadecida su desgracia.

Créolas salvadas con este medio tan solo: vos que con tan facil pluma zaheris los vicios que sabe inocularnos suavemente la incredulidad, y exaltar la virtud, ¿rehusariais, acaso, una lágrima de compasion por mi doña Sinforosa, un acento de desprecio por el ex-page enriquecido, y una espresion de simpatía por la bella Lucía?

No lo creo así, á juzgar por vuestros interesantes escritos, ni mucho menos que vuestra fama de escritor justamente adquirida deseche la modesta produccion de una pluma mal cortada, de un autor novel.

Reiterando mis escusas, me ofrezco siempre, señor Fernan Caballero, como vuestro mas atento admirador y S. S. Q. V. P. ó M. B.,

Luis MIQUEL y ROCA.

MISERIA Y VIRTUD

Lo que voy á publicar no es un ensueño, ni una fábula, ni un cuento: es la relacion de uno de esos dramas, desgraciadamente tan comunes en el mundo, que pasan en medio de los festines y saraos de una sociedad indolente, ó vecinos tal vez de las risas é impudencia de una orgía: dramas que, á conocerlos profundamente, estremecerian y nos harian avergonzar de nosotros mismos ante el grito de nuestra conciencia, ó mas bien de nuestra indiferencia criminal.

¡Cuántas veces pasan junto á nosotros hombres y mujeres al parecer contentos con su suerte, y que sin embargo si fijáramos nuestra vista en las ligeras arrugas de su rostro, ó en su tez descolorida, y cuya palidez atribuimos á una noche pasada en los saraos y placeres, encontrariamos el hambre, la desnudez y la desgracia! ¡Y cuántas otras estrechan los poderosos y felices de la tierra manos que se les tienden para implorar su caridad, y que no obstante se contraen sus nervios y balbucean sus lábios palabras diferentes de las que iban á pronunciar, dominadas por el rubor de la vergüenza!

¡Caridad! ¡no es mas meritoria tu virtud, cuando por hacer alarde de ti proporcionas algunos maravedises al menesteroso, que sin lazo alguno que le ligue con ese cadáver galvanizado que llaman gran mundo, tiende sin reparo alguno su mano descarnada al ocioso transeunte, que cuando movida de un sentimiento secreto alivias misteriosamente grandes males, y mantienes el limpio barniz de una posicion antigua amenguada con los reveses de la suerte! ¡No está, no, la verdadera pobreza, ni mas espuesta la virtud á las puertas de los templos ni en las esquinas de las calles; ni es mas agradable al Eterno, juez supremo y justo de todas nuestras acciones, el alivio dado á los harapos del mendigo conocido, que el socorro ofrecido con delicadeza al pobre que oculta con faz tranquila, si esto puede hacerse alguna vez, su miseria y privaciones!

¡La sociedad, el mundo, el poderoso es egoista! Tal vez esta acusacion sea dura en estremo y falta de exactitud. No: la sociedad, ni el mundo, ni los poderosos son egoistas, ni se halla enteramente cerrado su corazon á los quejidos lastimeros de la miseria: fáltales solo espontaneidad en sus acciones, deseo de buscar la necesidad para aliviarla, y abnegacion bastante para saber ocultar en el fondo de su corazon sus beneficios: no porque se niegue una buena parte á llevar el consuelo á la indigencia cuando ésta se decide, despues de grandes combates consigo misma, á reclamarla; no porque rehuyan, antes bien procuren adquirir á toda costa la fama de caritativos y limosneros, sino porque sus comodidades y sus goces tienen tan bien acomodada su existencia, que el alma ni el sentimiento do hacer el bien tiene bastante vigor para arrancarles del método tranquilo de su vida y subirles á sus mismas bohardillas, casi para presenciar espectáculos que hieran su sensibilidad *nerviosa* y turben el curso límpido de su pacífica existencia. Ademas ¿el *órden de las sociedades* no exige que el pobre sea siempre el que haya de ir á buscar al rico, como el esclavo en busca de su señor? Désele en buen hora el medio de ejercer la caridad; preséntensele desnudos que pueda abrigar con los despojos de su ropa, y hambreintos cuya necesidad apremiante pueda remediar por pocos dias: ¡enhorabuena! pero obligarle como mas meritorio y grande que suba por una empinada escalera, y llegar al cabo de mil vueltas á tropezar con una bohardilla tan distinta de sus vastos y entapizados salones, viendo en ella medio consumidas por la necesidad á gentes que en otro tiempo fueron para el mundo tanto como él y valieron más; esto ¡pardiez! es mas que sobrehumana virtud, y este no es ciertamente tiempo de sublimes acciones ni de tanta abnegacion.

En verdad que ando prolijo en demasia en mis reflexiones: y como no es un curso de moral cristiana el que trato de escribir, paso, sin mas digresiones, á referir el hecho.

Corria el año de 1838. En una de las calles mas apartadas del centro de la heróica villa y córte vivia en el quinto piso de una casa de pobre apariencia una jóven tan modesta cuanto hermosa, y que por esta última cualidad, escelente en ciertas ocasiones, se habia atraido las miradas de cuantos la veian, junto con su madre, venerable matrona de distinguidos modales, y que, aparte las arrugas de su frente y algun hundimiento en sus megillas, fácilmente se conocia habia sido en sus tiempos el vivo retrato de la cara ahora tan admirada en su hija: viuda de un antiguo magistrado de cierta audiencia, la noble matrona no tan solo habia gozado gran reputacion de belleza y de fidelidad cónyugal á las venerables canas de su justificado esposo en la ciudad donde estaba situado el tribunal donde radicaba, sino tambien en Madrid, donde negocios de familia, pues de la córte procedia, la habian llamado en dos distintas veces, viniendo siempre acompañada de su esposo, únicas dos veces que en su larga carrera habia pedido con tan graves motivos real licencia.

En el año que hemos notado arriba, la virtuosa señora cuyo nombre de familia me reservo, hacia ya tres que se hallaba viuda: su esposo no habia podido sufrir con impasibilidad estóica el que se le separase sin justo motivo de un puesto que habia desempeñado con tanta honradez, y despues de una larga enfermedad en la que se agotaron los recursos con que contaban, sucumbió al fin, dejando entregadas á lo horfandad y á la miseria á su viuda é hija, desconsoladas, sin mas amparo, como suele decirse, que el de Dios. En otros tiempos, menos civilizados que el presente segun dicen, los magistrados y demas empleados públicos, si no bien retribuidos, exactamente pagados, no se cuidaban de hacer *economías* en sus sueldos propios, tanto por no encontrarse entonces las *ideas* que se han inventado despues, cuanto porque el que servia fiel y honradamente su destino estaba seguro que no seria despojado de él. Al presente es otra cosa.

Quedaron, pues, solas y desamparadas la madre y la hija, porque los pocos amigos que restaban al oidor despues de su destitucion, fueron unos en pos de otros abandonando el campo, temerosos de que con la apremiante necesidad que muy pronto iba á acosar á la viuda y huérfana del que en otro tiempo habian adulado y encarecido su mérito, fuesen ellos los que tuvieran que aliviar tanta amargura, sopena de ser tachados de mal nacidos. Así va el mundo: mientras el sol de la fortuna calienta, todos acuden á disfrutar de sus rayos; empero llegue una nube que lo cubra, y pronto verá tornarse en contrarios sus mayores encomiadores. El Salvador del mundo tambien fué negado por el mayor de sus discípulos al tiempo de su desgracia.

Dueñas tan solo de un modesto ajuar, la madre y la hija, mas adoctrinadas que lo estaban todavia por lo que vieran en otros, con su propio desengaño, se redujeron á la mayor estrechez, tanto por disminuir los alquileres de la habitacion, cuanto que podian en otra mas reducida deshacerse de algunos muebles innecesarios, y aun de los demas efectos que no les fueran absolutamente precisos.

A la sobrada libertad de los inquilinos habia sucedido por aquellos tiempos la ilimitada autoridad y derechos que se dieron á los propietarios de las casas; y como por otra parte la cruda guerra que se hacian, no tan solo en los campos, sino tambien en las ciudades, los diversos partidarios de órdenes de cosas é intereses diversos tambien, habian atraido á Madrid, como el centro de la península, una considerable afluencia de forasteros que se consideraban mas seguros dentro de sus muros, aunque débiles, que en los pueblos y ciudades donde se desarrollaban con mas furor las enemistades, los ódios y las venganzas particulares, obligó á doña Sinforosa (que tal era el nombre de la madre) á dejar su piso segundo, donde perdiera el amparo y arrimo de su esposo, para recogerse con su hija en una bohardilla de una de las calles lejos del centro y del bullicio que por aquella época y casi á todas horas tenia agitados los ánimos de los cuarteles mas populosos de la corte.

Instaladas allí, y sin mas recursos para mantenerse que el producto que pudieran darlas algunas alhajillas que las quedaban, restos de su antiguo bienestar, fué preciso que para no verse apuradas por el hambre, que se acercaba á pasos agigantados, tratasen de buscar algun auxilio con el trabajo de sus manos que pudiera alargar el plazo fatál que, sin la caridad cristiana, parase aquel peligro. Desgraciadamente, y como los males nunca llegan aislados como es tan cierto y se halla consignado en un refran vulgar, la viuda del oidor habia llorado tanto, y tanto apurado durante la enfermedad de su esposo, que apenas habia pasado el tiempo de poder sufrir con paciencia su desgracia y resignarse á los decretos inescrutables de la divina providencia, cuando al amanecer un dia, habiéndose acostado la víspera con su vista clara y despejada despues de encomendarse á Dios y su santa Madre, como tenian de añeja costumbre, amaneció ciega, enteramente ciega. La pobre señora habia sido acometida de una fatal y horrible gota serena.

Querer pintar aquí cuál seria el dolor de aquella anciana madre que veia cerrados para siempre sus ojos á la luz, sin poder contemplar ya mas las facciones de su querida Lucia (que así se llamaba la hija), llena su mente de los presentimientos mas funestos acerca de su suerte; sola y abandonada por todos, y sin poder ayudarse en nada para prolongar en cuanto posible fuera su penible existencia, sería rebajar la espresion de este sentimiento cruel: las penas del corazon es preciso sentirlas para conocerlas: los dolores de una madre no tienen semejante. Lucia, al ver á su madre los ojos fijos, pero sin mirar, con esa serenidad aparente que imprime el desquiciamiento del corazon, lloraba y se abrazaba con su madre como si fuera á perderla; doña Sinforosa queria hablar para tranquilizar á su hija, pero se la anudaban en la garganta las palabras. Aquellos momentos éran terribles; y sin la religion que tan buen cimiento tenia en sus almas, fácil y aun muy natural era que hubieran acabado con su sufrir privándose de sus vidas. El dolor aislado es la mas terrible de las agonías humanas.

—Animo, querida Lucia mia, le decia la madre pasados los primeros terribles momentos; Dios no nos abandonará: si en adelante no puedo ayudarte en tus faenas como teníamos proyectado, tú serás mi guia y me acompañarás en busca de tu trabajo; yo lo imploraré por tí, y cree que aun hay almas buenas que se apiadarán de nuestros sufrimientos. Sé ante todo virtuosa, y abraza conmigo esta nueva cruz que el cielo nos envia; Dios es el padre de las viudas y de las huérfanas, y no nos dejará perecer.

—Ay madre mia! contestaba la afligida doncella, que todos nos han vuelto la espalda y se burlarán de nuestra desnudez; y si alguno en el primer momento se apiada, pronto, muy pronto arrojará de sí esta carga que le parecerá pesada en demasía. La única gracia que pido á Dios es que no me deje sola en el mundo.

—Cúmplase siempre su santa voluntad, interrumpia la madre; él solo sabe lo que nos conviene.

Pero el cielo que nosotros vemos tan sensible á veces, parecia entonces insensible á tanto mal: juntas la madre y la hija, apoyada aquella en los brazos de esta, recorrieron los talleres y las casas de algunos poderosos en busca de obra; y como en los primeros tenian ya sus oficiales y aprendices de quienes, por una módica retribucion, sacaban un gran producto, y las segundas no conocian los primores que pudieran salir de aquella desconocida indigente, y la mayor parte de entre ellas hacian, y aun, por desgracia, hacen alarde de ostentar sobre sus pechos las labores estrangeras, únicas que, segun ellas, reunen el mérito y la elegancia, es lo cierto que encontraron apenas nuestras dos víctimas un pequeño auxilio en los primeros tiempos, auxilio que fué disminuyéndose poco á poco por cuanto eran muchas, *muy relacionadas* y *protegidas* las que se dedicaban á la misma clase de trabajo que Lucia, y á esta y á su madre les faltaban enteramente relaciones y proteccion. Así es que muy pronto se vieron precisadas á implorar la pública caridad.

Para las gentes que nacidas en las privaciones y la necesidad, lo apremiante de esta las hace tender una mano temblorosa para pedir al que pasa un socorro, no es tan sensible este acto, aunque siempre humillante y duro, como á los que, nacidos y criados con todas las comodidades que el mundo y la sociedad ofrece, los vaivenes de los estados y revoluciones les arrojan á la arena de un mundo desconocido para ellos; para tales seres el acto de colocarse en las esquinas y soportales, cubierto el rostro, surcando sus mejillas descoloridas dos arroyos de lágrimas abrasadoras y con voz medio apagada esclamar, «*una limosna por Dios,*» se halla precedido de tanta irresolucion, de tanto sufrimiento y penalidades, y de tanto dolor, que es menester que el hambre sea mucha y los recursos para acallarla ninguno, absolutamente ninguno, para decidirse á arrostrar esa vergüenza pública y esas miradas impertinentes que suelen añadir el insulto á la grosería. Tan solo un principio religioso de gran mérito ante el trono del Altísimo puede hacer acallar la voz del orgullo y de la vanidad, y preservar á las mujeres del vicio y á los hombres del crimen; principio y creencia en otra vida mejor y sobre todo de mas equidad y justicia que nunca estará bastante cimentado en nuestros corazones, y que hoy desgraciadamente se halla sobrado olvidado y aun escarnecido. ¡Sin esa creencia íntima, sin esa persuasion del alma, ¿qué seria ni podria ser de los que sufren! ¿No es la desesperacion y tras la desesperacion el crimen su inmediato resultado?

Doña Sinforosa y su hija, despues de grandes combates é irresoluciones, viendo que ningun recurso les quedaba para sostener hasta el último momento su trabajada existencia, se resolvieron al fin á acogerse á la pública caridad.—Hija mia, decia la ciega anciana, al notar la casi desesperacion que se apoderaba de su hija; conformémonos con esta nueva prueba de nuestra fé: nos hemos visto acomodadas y festejadas, y ahora nos encontramos pobres y abandonadas: cúmplase siempre la voluntad del Señor. Tu pobre padre murió resignado al ver la triste suerte que nos esperaba; ¿por qué no hemos nosotros de resignarnos á lo que el cielo dispone?

Pero la jóven doncella en quien los tres lustros de existencia hacian mas fuerte la lucha de sus pasiones, y en los que precisamente porque nunca se habia visto en aquel estado habia de ser mas indomable el poder de su orgullo y amor propio, resistia cuanto podia con mil dilaciones el emprender la carrera de la mendicidad vergonzante; mas por obedecer á su buena madre que tanto la amaba y acosada del hambre por fin, salieron ambas una noche, cubiertas con su tupido velo, á situarse junto á los portales de la plaza Mayor, á fin de que medio protegidas por la sombra de las columnas, pudiesen ocultar mas cumplidamente sus facciones. ¡Oh! y cuán agudos dardos, cuán punzantes memorias, cuántos recuerdos dolorosos agitaron á la pobre anciana cuando su hija le decia el sitio en que se encontraban, y muchas veces las personas que pasaban junto á ellas y á quienes alargaban una mano tímida, pidiendo con voz entrecortada «una limosna á esta pobre ciega, que Dios se lo pagará»... recibiendo muchas veces, si no una mirada de desprecio de algunos que antes se mostraran sumisos y solícitos, un seco. «Dios ampare á V.» Eran las heces de amargo acíbar del cáliz de su pasion, y la madre y la hija lo apuraban entonces hasta su última gota.

Pero no: las faltaba todavía apurarlo mas: el martirio del corazon es mas grande y mas doloroso que el martirio del cuerpo: este puede cortar la vida en un momento cesando de sufrir; aquel se despedaza por grados, y se debilita pausadamente, y antes de sucumbir enteramente, lucha y pelea con las mil pasiones de nuestra débil humanidad que secundadas por la cabeza, torturan hasta lo infinito cuanto puede ser torturado en nuestra alma. Llégase tal vez despues de mil golpes repetidos, de desengaños crueles á la postracion, á la indiferencia: pero antes de llegar á estas hermanas del idiotismo, ¡cuánta sangre no ha derramado gota á gota el corazon!

Las noches primero, los dias despues, vieron á las dos infelices víctimas ir de puerta en puerta y con voz apagada y esquivando la luz pedir el sustento de aquel dia; pero las fuerzas se agotaban, y algunos impertinentes, oprobio de sí mismos, habian lanzado ya alguna frase poco decorosa al pasar si descubrian por rara casualidad el angelical rostro de Lucia: la madre se estremeció al escuchar tanta audacia, y entonces mas que nunca sintió la pérdida de su vista. ¡Oh! ciertamente: los ojos perspicaces de una madre detienen el aliento ponzoñoso que la infamia y la maldad quieren arrojar sobre la faz de las hijas! ¡Pobres jóvenes cuando las falta la proteccion inerme, pero eficazmente poderosa de una madre!

(Se concluirá.)

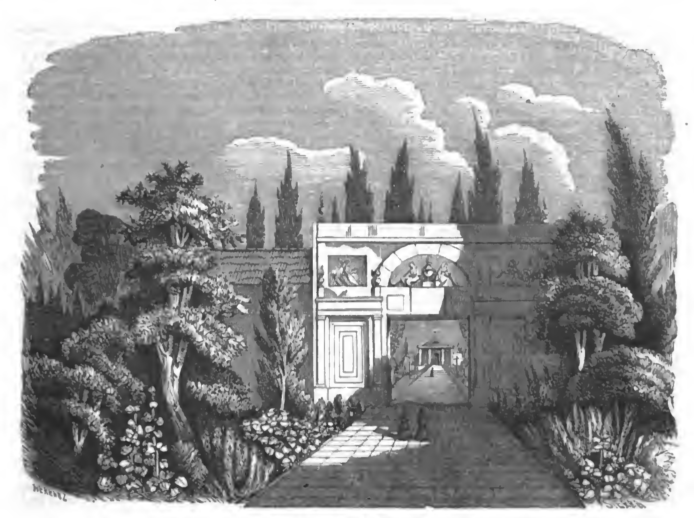
Luis MIQUEL y ROCA.

Platon, cuando forma una república, dice tambien: que las primeras leyes que debian establecerse para conservarla eterna, eran aquellas que pertenecian al culto divino, porque no hay fuerzas, gobierno ni humana prudencia que mas aumente los reinos y monarquías, como el cuidado de las cosas pertenecientes al servicio de Dios.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



HABANA.—EL CEMENTERIO.

No creo que exista un hombre que no haya soñado alguna vez con la muerte, por poco que haya oido hablar de *vida transitoria* ó de *mundo perecedero*. Si existiese, seria dichoso, porque seria loco; y seria loco, porque se imaginaria inmortal. Con efecto; para que no pensase en la muerte seria preciso que por su imaginacion vagase de vez en cuando un pensamiento infernal; seria preciso que creyese no morir jamás. ¡No morir! ¡Cuán placentero seria tambien podernos engañar con tan seductora idea! Tal vez sea fácil hacerlo, olvidándolo todo, gozando siempre, y no sintiendo ni estos goces, ni las consecuencias de aquel olvido. Cuando, embriagados nuestros sentidos en los tumultuosos placeres de alegre festin, empinamos las colmadas copas, entonando deliciosos cantares á las hermosas que nos rodean, ó adulando con mercenarios brindis á los potentados, de quienes todo lo tememos ó esperamos; cuando corremos desalados á presidir el tocador de la bella, á cuyos atractivos sacrificamos mas de una vez nuestros deberes, nuestro porvenir y nuestra reputacion, recogiendo en cambio estudiadas sonrisas, suspiros que se evaporan en breve, recuerdos destinados á tiranizar el corazon con los dolores de un tiempo que se pasará bien pronto; cuando ataviados con magníficas galas y cubiertos de relumbrantes oropeles nos presentamos en cortesano sarao, haciendo alarde de ridícula vanidad y anhelando la duracion de unas horas robadas al descanso del cuerpo y del espíritu, horas que marcan con su brillante luz los engañosos reflejos de cien quinqués, y cuyo fin presagia la viva y melancólica llama del gas; entonces no pensamos seguramente en morir ni en que aquello se acabará. Porque ¿cómo hermanar una realidad tan fúnebre y molesta con las risueñas esperanzas que en tales momentos nos agitan?

Pero en medio de los gritos y algazara de la orgía, en medio de nuestros insensatos juramentos de eterno amor, en medio de los armoniosos acordes de una música espresiva y animadora, cruza nuestra mente un relámpago de negra melancolía que la devora, que desciende al corazon y lo quema: y pasa á los ojos y los ilumina un instante con rápido resplandor: y ese instante es cruel, es insufrible, porque es un instante de desengaño, en que el hombre ve, quizá por primera y última vez, la verdad. Y la verdad es que una fiebre ardiente, mortal, ha atajado los brillantes pasos de su carrera de ilusiones: que sus pupilas se van á cerrar para siempre; que los latidos de su corazon empiezan á apagarse; que está próximo el morir, y que es indispensable dar el forzoso *adios* á los ensueños que por tanto tiempo alhagaron su fantasía, mintiéndole una vida de carnaval por una vida de dolores, y por una sentina de miserias un mundo de felicidad.

La muerte de uno de esos hombres á quienes llamamos amigos, porque hemos creido serlo suyo, ó que lo era nuestro, habia llenado mi corazon de una dulce y verdadera tristeza que despertó en mi mente las anteriores reflexiones, y cediendo á un sentimiento irresistible de religioso cariño, impelido acaso por la simpatía que aquella tristeza encontraba en la natural disposicion de un ánimo siempre propenso á recibir con ansiedad impresiones melancólicas, quise darle el último *adios* en la funeral morada adonde pronto creia acompañarle, segun me anunciaban los padecimientos físicos y morales que me perseguian, y en la cual todos tenemos un lecho preparado que nos convida al reposo.

Hallábame en la Habana, y era una hermosa tarde de mayo de 1839. Velados los rayos del sol por una gasa transparente de azul y blanco, coloraban débilmente los contornos de la capital de Cuba, reflejándose con tintas mas fuertes y brillantes en la colina sobre la cual descansa el imponente *Castillo del Príncipe*. La brisa del canal de *Bahama* refrescaba el ambiente, abrasado pocas horas antes por los ardores de aquella hoguera misteriosa, cuya lumbre se apagaba entre las flotantes nubes, precursoras de la noche, y una multitud de carruages que á manera de carrozas triunfales ostentaban con orgullo la opulencia y los atractivos de las graciosas hijas del trópico, iba y volvia por la calzada de *San Lázaro*, levantando montañas de polvo, con el cual todas debian confundirse, unas mas temprano, otras mas tarde.

Conducido por modesto *quitrin*, atravesé penosamente aquel laberinto de *parejas*, de *trios* y de ruedas, no sin pensar con amargura en el decidido empeño que formamos los mortales de aturdir con el incesante ruido de ficticios goces nuestros pobres sentidos, á fin de adormecerlos, á fin de impedirles devorar las penas que sin aquel estrepitoso tumulto de creidos placeres aniquilarian de golpe nuestro corazon, al paso que así lo van royendo poco á poco. ¡Risible farsa! ¡Retardar con paliativos una destruccion inevitable! ¡Pretender que no

sea lo que un poder mas fuerte que el hombre ha dicho que *ha de ser!*

El *quitrin* se detuvo en la division de los dos caminos, el de la Chorrera y el del *Cementerio:* bajé. La brisa juguetona de la tarde seguia azotando suavemente las aguas del mar, que formando pintorescas ondulaciones se apresuraban á besar los costados de un buque costero. Dibujábanse en el horizonte caprichosos festones de fuego y de violeta, y el abandonado, el negruzco torreon de *San Lázaro*, inmediato á la costa, aparecia en medio de las bellezas naturales de aquel sitio, como un genio maléfico en el palacio de una hada, como la conciencia escondida entre los deleites mundanos. Cerca ya de la triste mansion que ha absorvido tantas felicidades, ajado tantas gracias y consumido tantos planes de gloria y de salud, me asaltó una penosa reflexion, llenando mi alma de aquel doloroso sentimiento que esperimentamos al aspecto de una desgracia irreparable. Habia dirigido al pasar una mirada hácia la derecha del camino..... el *hospital de Lazarinos* se habia presentado á mis ojos; tenia delante de mí la *casa de dementes*, y me encontraba ya en la puerta esterior del *Campo Santo.* Amalgama consoladora para los desdichados que sufren y rien en los dos primeros asilos que la piedad les ha consagrado, y cuyos tormentos y alegrías deben tener fin en el tercero.

Poseido de aquel respetuoso temblor que al mayor criminal asalta al contemplar la terrible escena en que el hombre y la religion se unen con vínculos indisolubles por medio de la muerte, atravesé la puerta de hierro interior, sobre la cual leí: — SOMERUELOS Y ESPADA; AÑO DE 1805. — «Hé aquí, dije, dos nombres que pasarán á la posteridad. ¿Dónde están los que los llevaron? Ellos hicieron labrar estos sepulcros, en los cuales habian de confundirse algunos años despues sus cenizas con las de aquellos que en vida no osaron acercárseles. ¡Fatal contribucion impuesta á la raza humana! ¿Qué debe esperarnos, si á medida de esta pena han de recibir nuestros crímenes un castigo?

Los hombres, que en todas las obras destinadas á descubrir sus flaquezas y su nulidad, aparecen dominados por la idea de atormentarse á sí mismos, han construido á derecha é izquierda de aquella entrada dos aposentos: uno para el cura, otro para el sepulturero, como si dijéramos, para el que nos envia y para el que nos recibe; para el fin de la vida y para el principio de la muerte. ¿No es el pensamiento que sin duda presidió á la obra una misteriosa alegoría?.... Despues de atravesar aquella puerta abovedada me encontré en el *cementerio.*

Fórmanlo dos hermosas calles enlosadas, que forman una cruz perfecta y dividen el terreno en cuatro cuadros exactamente iguales, circuidos de enrejados de hierro, con barrotes y perillas de bronce dorado que la intemperie ha deslucido. Al remate de la calle principal y en frente de la puerta se ve la capilla, en la cual llaman la atencion un cuadro deteriorado que representa la *resurreccion universal*, al fresco, y las *tres virtudes teologales* pintadas sobre la puerta de entrada á la misma y encima de las dos ventanas laterales. Llenan ademas la capilla diez y seis pilares de mármol blanco, y entre ellos se ven ocho matronas, emblemas del dolor, con los ojos vendados y el vaso de la amargura en las manos.

El pórtico de esta elegante capilla contiene cuatro columnitas, y en el frontispicio, que es un arco de medio punto, se leen los siguientes versículos, formados con doradas letras de bronce:

Ecce nunc in pulvere dormiam. JOB. VI.
Et ego resuscitabo eum in novissimo die. JOAN. VII.

Sobre el mismo frontispicio del pórtico se eleva una cruz de piedra de regular tamaño; toda la parte interior de aquel, así como la de la capilla, está pintada de ocle rojo con manchas negras. En la última no hay mas que un altar hecho de *losa de San Miguel* (1), imitando la figura de un sepulcro, con dos pilastras doradas, y sobre su grada, igualmente de piedra, un Crucifijo de marfil colocado en una cruz de madera, cuyo pie descansa sobre un peñasco. A todas horas del dia y de la noche arde una lámpara delante del altar.

El virtuosísimo obispo ESPADA Y LANDA concibió la idea de la construccion de aquel *Cementerio*, en la cual solo se tardó poco mas de dos años, desde 1804 hasta 1806, siendo capitan general y gobernador de la Habana el esclarecido MARQUÉS DE SOMERUELOS, quien acogió con singular complacencia el proyecto del dignísimo prelado, auxiliándole con diversos materiales y poniendo á disposicion del maestro encargado de la obra todos los brazos útiles del presidio (2). Por su parte el obispo contribuyó para la misma con mas de *veinte y dos mil duros*, habiendo ascendido la cuenta total de los gastos á la cantidad de *cuarenta y seis mil ochocientos sesenta y ocho*, suministrados en parte por los fondos de fábrica de la catedral, en calidad de préstamo, y por algunas mandas piadosas, aunque estas en corto número.

Despues de haber contemplado por espacio de algunos minutos el cuadro del último dia del mundo, dia en que al hombre no aprovechará para negar sus culpas la máscara hipócrita con que las cubre y las cubrirá hasta entonces, salí de la capilla y me interné en el *Campo Santo*, en aquel cuadrilongo de cuatrocientos sesenta pies Norte-Sur y de trescientos Este-Oeste, en aquella mansion ocupada por cinco mil sepulturas, y en la cual yacen reducidos á polvo mas de *ciento cincuenta y cuatro mil cadáveres*, que han entrado en ella durante los treinta y cuatro años que contaba de vida cuando yo la visité.

Adorna cada cuadro del fatídico jardin una hilera de altísimos cipreses, y sobre ellos se posa el buho, que con lúgubre chillido aduerme durante la noche á la inanimada comparsa. ¿Por qué callan todos los convidados sumidos en perpétuo sueño? ¿Por qué no levantan ahora las cinceladas copas? ¿Por qué no repite los ecos de sus picantes epigramas el artesonado del suntuoso salon donde cantaron y bebieron? ¿Qué se han hecho aquellas deidades que respirando juventud y lozanía animaban al enamorado poeta con celestiales sonrisas? ¿Duermen tambien allí?.... ¿Y sus deliciosas esperanzas? ¿Sus proyectos? ¿Su hermosura? ¡Orgullo, vanidad, presuncion! ¡Humo, tierra y gusanos!

En uno de los cuadros destinados á guardar el polvo en que se convierten ilustres generaciones, trabajaba un hombre; no era el sepulturero, á la sazon ausente. Su tez tostada y sus callosas manos revelaban al artesano infeliz que gana su amargo pan espuesto á los ardores del sol de los trópicos, desde el toque del *Ave María* hasta la noche: era un cantero, y se ocupaba, cuando yo le divisé, en colocar varias losas sepulcrales que el cariño ó la fatuidad queria sustituir á las ya despedazadas ó viejas. Bendije la favorable ocasion que se me presentaba de saber algunas particularidades del *Cementerio*, y desde luego me dirigí al trabajador pidiéndole me señalase la sepultura del amigo cuyo recuerdo me habia hecho penetrar en el recinto de la muerte.

—¿Era hombre de campanillas? me respondió con voz acatarrada.

—No, le dije; pero sí un hombre honrado.—Porque si así fuese, continuó sin hacer caso de mis palabras, lo hallaria V. allí, á la cabeza de los demás, en primera fila. Ese es el sitio donde se entierra á los títulos y á los ricos; y en el otro lado, enfrente de nosotros, á los obispos, á los frailes y á los curas.—¡Qué! murmuré tan débilmente como si los muertos pudieran oirme, ¿tambien hay gerarquías en el mundo del olvido?—Mi interlocutor no me contestó; me miraba estúpidamente; acaso no entendió lo que yo habia dicho.—Si ese amigo que V. busca, dijo al fin, ha venido al *Cementerio* de poco tiempo acá, puede V. *registrar* las piedras nuevas y leer los nombres de los que estan debajo: como yo no sé leer, me seria imposible acertar con los deseos de V.; pero V. puede hacerlo, que no le costará mucho trabajo. — Mi pobre amigo no descansa abrigado á la sombra de rica losa de marmol...

—Tambien hay sepulturas de piedra comun; las de los pobres que...

—No es eso lo que quiero decir. El hombre que busco ha dejado á su familia sumida en el mayor dolor; las lágrimas de su esposa no se han enjugado todavia, y V. no ignora que las losas funerarias no se ponen el mismo dia que se cubre de tierra el cadáver. —¡Oh! seguramente que no: hay que traerlas de lejos, pues no se trabajan en la Habana.

—Mi amigo, pues, no tiene losa que indique dónde yace. — En ese caso trabajo le mando á V. Si al menos estuviese aquí el sepulturero... pero ha ido á la ciudad. El podria satisfacer á V., porque *sabe de memoria todos los hoyos* que contienen difuntos, y las familias á que estos pertenecen.—Y dígame V., buen hombre, ¿no puede suceder que el sepulturero se equivoque, y que fiado en su indicacion coloque un padre una lápida sobre el cuerpo de algun estraño, creyendo de buena fé ocultar con ella los restos de un hijo querido?—¡Cá! no, señor; eso no acontece, aunque nada tendria de particular, porque..... ¿qué importaria? La intencion del padre siempre seria la misma.....

Quedé admirado de la sencillez con que aquel jornalero acababa de esponer una gran verdad, que es el mas fuerte argumento contra los que imaginan que nada hay mas allá de lo que palpamos, al mismo tiempo que su corazon jamás les impele á practicar una obra meritoria, falsamente persuadidos de que no hay virtud en hacerla si no la recibe aquel para quien va destinada.

El cantero prosiguió:—Vea V. allí unos sepulcros que desde media legua se conocen, y le aseguro que esas piedras cuestan muy caras: es verdad que son de lo mejor que viene de Boston y de Nueva-Yorck. — ¿Habla V. de esas que ostentan ilustres dictados? — Sí, y nadie puede negar que es hombre de mucha habilidad el que ha labrado tan hermosos trofeos. — Con efecto; mas no entiendo lo que significan un escudo de armas ni una corona de conde sobre un sepulcro. Me parecia que de aquellas puertas adentro no hallaria ya entre los que fueron hombres distinciones ridículas; porque, amigo, esas magníficas losas cubiertas de títulos en relieve, ¿impedirán

(1) Llamase así á una piedra oscura, durísima, que se estrae de las canteras cuyo nombre lleva.

(2) Así consta de una memoria que existia en 1830 en el archivo de la Biblioteca de San Francisco de la Habana.

que V. los pise cuando tenga que remover los inmediatos? ¿No las levantará V. mañana tal vez si el agua abre en ellas alguna grieta? ¿No arrojará V. á un rincon esas armas para poner en su lugar otras nuevas, que correrán la misma suerte al cabo de veinte, treinta ó cuarenta años? ¡Cuánto mas elocuentes y modestas son las primeras piedras inmediatas á la capilla!

Para los Presidentes Gobernadores.

Para los beneméritos del Estado.

Para los Generales de las reales armas.

Para los Magistrados.

Aquí no hay pompas, no hay nombres, no hay familias, no hay Blasones; solo hay..... servicios á la patria. ¿Y al otro lado?... Veamos.

Para los obispos.

Para las dignidades eclesiásticas.

Sacerdotes.

Tampoco hay nombres ni pretensiones fosfóricas; pero sí virtud evangélica, humildad. ¿Y quién se atreve á ser soberbio en la huesa? —Si por ahi la toma V., ¿qué me dirá de una cabeza de muger y de unos signos estrambóticos que cubren toda la parte superior de cierta losa?... Por aqui ha de andar... Hela allí.—¡Ah, buen *cicerone!* Esas son las artes; ese es el genio. Apuesto á que el cadáver aquí sepultado animaba un alma de pintor. Déjeme V. leer.....

VERMAY.
Sus discípulos y amigos.

Estos son los únicos trofeos que el mortal puede ostentar con orgullo, aun despues que no respira, porque en ellos deja una memoria de lo que fué; y lo que fué es lo que todos debiamos ser: virtuosos y útiles.—Si fué todo eso, bien merece una distiucion encima de su sepultura.—Ya ha obtenido la mas dulce de cuantas se prodigan á los que no existen.—Con todo, señor mio, no ha visto V. esas otras losas.—¿Qué leeré en ellas? Una enfermedad epidémica, una manía de hacer eterna nuestra vanidad. Bien dicen que esta dura mas que la vida; dentro de estas paredes hay sobradas pruebas. Sin embargo, debe ser bien infeliz la madre que ha hecho grabar este epitafio:

¡Madres desconsoladas! ¡Almas sensibles!
Si buscais al que fué el mas tierno de los hijos,
Aqui yace.

Apenas hube pronunciado estas palabras, oí que el cantero sollozaba; yo le dije: —Se conoce á una madre en todos sus afectos y en todas sus frases. ¿Qué pecho no se conmueve al escuchar tan patética inscripcion? — Escribame V., me respondió temblando, ese epitafio en un papel, aunque sea con lápiz. — No tengo inconveniente; pero quisiera saber..... — Es que pienso colocarlo en la piedra de mi hijo, que murió hace quince dias y está allí el último de todos. — ¿Ha perdido V. un hijo? Amigo, le tengo lástima, porque al fin sabe V. ya qué cosa es dolor. ¿Qué edad tenia? — Seis años. —¡Seis años nada mas y V. le llora! Lamente mas bien la imposibilidad en que se halla de enterrarse con él. Compadézcase V. de sí mismo porque vive. —No comprendo eso.—Lo creo, supuesto que los dos debemos pensar de distinto modo; pero esté V. seguro de que esa criatura, cuyo temprano fallecimiento le contrista tanto, merecia haber sido conducida aquí con música. ¿Qué perspectiva le ofrecia el mundo? ¿Qué comodidades y regalos le esperaban? V. mismo que hoy recuerda sus gracias con amargura ¿qué podria darle si viviese? Un pedazo de pan duro, regado con lágrimas. ¿No es así? — ¡Oh!... sí, pero al fin, yo era su padre.....—Enhorabuena; es decir que tendria V. un diabólico placer al considerar á su hijo cubierto de andrajos, despreciado, repelido de todas partes, sin mas recurso que un oficio miserable, y espuesto al furor de las enfermedades inherentes á la naturaleza humana: esto suponiendo que llegase á ser un hombre pacífico y honrado. ¿Y en caso contrario? ¡Qué satisfaccion para V. la de saber que su hijo, convertido en miembro podrido de la sociedad, dado á la crápula y al libertinage, habia corrido, de desórden en desórden y de crimen en crimen, todos los escalones de su perversa carrera, para acabarla en un patíbulo!....—Por Dios, señor, qué pronósticos tan. ..—Nada, nada; esta es, si V. quiere, una verdad terrible, pero tambien provechosa, porque no hay una sola que no lo sea.

El cantero se separó de mí y prosiguió su tarea interrumpida: las ideas que la muerte de su niño, enterrado á pocos pasos de donde él estaba, despertó en mi mente, me trastornaron. Un sudor frio bañaba mi frente, mis dientes se entrechocaban, y para no caer tuve que apoyarme en la balaustrada de hierro que rodea los sepulcros. Un fúnebre presentimiento se fijó desde entonces en mi corazon... Cerré los ojos sin saber por qué... Creí que iba á exhalar el último suspiro.

Ignoro lo que fué del cantero, pues cuando volví en mi acuerdo no le ví ya en su puesto. ¡Insensato! murmuré. ¡Si habrá creido que estoy loco ó que soy algun malhechor! ¡Un delincuente en el *Cementerio!* Imposible. Se levantarian los muertos para arrojarle las lápidas sepulcrales. Sobre las tumbas solo pasea el desgraciado, cuya conciencia está libre de remordimientos.

Era ya la noche. El trémulo farol de la puerta interior del *Campo Santo* prestaba al sagrado recinto misteriosa claridad. Un hombre se acercaba á mí cantando: era el sepulturero. Volviendo á recobrar las fuerzas que algunos recuerdos penosos habian convertido en melancólico abatimiento, me adelanté. Al aproximarse él me estremecí, y las palabras que iba á dirigirle quedaron anudadas en mi garganta. Por último, la misma repugnancia me dió aliento.—¿Puede V. indicarme el sitio que ocupa D. N....? le pregunté sin mirarle. — ¿Por qué no? me contestó. ¿Vé V. esos dos sepulcros sin losa en el cuadro de la izquierda? — Sí. —El de mas allá. — Muchas gracias.

Dirigí mis pasos al parage indicado, y tuve el consuelo de orar sobre la tumba de mi amigo.

Al salir del *Cementerio* encontré de nuevo á aquel hombre fatídico, y un supersticioso temor me obligó á hablarle otra vez.—Este *Campo*, le dije, es muy pequeño para una poblacion tan grande como la Habana.—No, señor; me respondió: es bastante proporcionado.—¿Muere mucha gente?—Así, así: el año pasado *se hacia mas negocio.*—¡Bárbaro! esclamé en voz baja.—Repare V. en ese pedazo de tierra mas elevado que los otros.—Ya: habrá muchos cadáveres amontonados. —Ha acertado V., pero pronto mudarán de sitio.— ¡Cómo! Eso seria una profanacion.—No por cierto; mire V., cuando el terreno forma esa altura, se saca *la tierra* con azadones hasta igualarlo con el otro, y los huesos se depositan allí.

Diciendo esto me señaló con la mayor indiferencia cuatro *osarios* que al pié de igual número de pirámides de piedra se ven construidos en los cuatro ángulos del *Cementerio.*

ABEN-ZAIDE.

LA EMANCIPACION DE LOS COMUNES.

La emancipacion de los comunes verificada en Francia por Luis el Gordo en el siglo XII, es un hecho conocido de todo el mundo, ratificado por todos los historiadores, é ilustrado bajo todos conceptos. Cuando se trató en estos últimos tiempos de *pintar la historia de Francia en cuadros*, en el magnífico museo de Versalles, no faltó quien consagrára á este hecho importante una página de dimension estraordinaria que reproduce aquí nuestro grabado. Desgraciadamente la escena supuesta por el artista jamás tuvo lugar, por la razon de que Luis el Gordo no fué, como se le supone, el *inventor* de los comunes, ó para hablar con mas claridad, del tercer estado. El orígen de este poder importante que debia acrecentarse de siglo en siglo, remonta á los primeros siglos, y en la Bretaña, en la Normandía, en el Anjou, y en el Maine es sobre todo donde es preciso estudiar el principio de su historia.

Agustin Tierry ha probado hasta la evidencia lo que insertamos aquí, y no podemos menos de recomendar á nuestros lectores lean sus memorias sobre la *historia de Francia.* Encontrarán en ellas las pruebas del error cometido en la pintura del cuadro de Versalles y los pormenores mas estensos sobre el verdadero orígen de los comunes; nos contentaremos con citar el pasage relativo al de Mases. La historia de esta, está relacionada con la famosa conquista de Inglaterra por los Normandos, en el año 1066.

Encerrado, por decirlo así, entre dos estados á cual mas poderosos, la Normandía y el Anjou, el condado del Maine parecia destinado á caer alternativamente bajo la supremacía del uno ó del otro: pero, á pesar de esta desventája, los mainenses luchaban muchas veces con heroismo para restablecer ó recuperar su independencia nacional. Algunos años antes de su desembarco en Inglaterra, el duque Guillermo el Bastardo fué reconocido como señor feudal del Maine por Herbert, conde de este pais, enemigo acérrimo del poder anjovino, y á quien sus incursiones nocturnas en las aldeas del Anjou habian hecho dar el sobrenombre estravagante y enérgico de Despierta-Perros. Los mainenses, como vasallos del duque de Normandía, le entregaron sin resistencia su contingente de ginetes y arqueros; pero cuando le vieron ocupado de los cuidados y dificultades de la conquista, pensaron emanciparse de la dominacion normanda. Nobles, soldados, aldeanos, todas las clases de la poblacion concurrieron á esta obra patriótica.

El movimiento impreso en los ánimos por esta insurreccion no se paralizó cuando el Maine se restituyó á sus señores nacionales, y vióse entonces estallar en la principal ciudad una revolucion de un



La emancipacion de los comunes.

nuevo género. Despues de haber combatido por la independencia, los aldeanos del Maine, vueltos á sus hogares, empezaron á hallar oneroso y vejatorio el gobierno de su conde, y se irritaron por una porcion de cosas que habian tolerado hasta entonces. Al primer tributo que les impuso un tanto oneroso, se sublevaron todos y formaron entre sí una asociacion que se organizó bajo las órdenes de gefes electivos, y tomó el nombre de comuna. El conde que reinaba era muy jóven; tenia por tutor á Geofroy de Moyena, magnate poderoso y célebre por su tacto político. Geofroy, cediendo al imperio de las circunstancias, juró en su nombre y en el de su pupilo por los comunes, y prestó así obediencia á las leyes establecidas contra su propio poder.

Hé aqui cómo se emanciparon los comunes, ó mas bien se formaron casi por todas partes antes del reinado de Luis el Gordo. El dominio de este último, comprendido entre el Somme y el Lorena, estaba muy lejos de representar la Francia actual para que pueda atribuírsele la constitucion del tercer estado en esta nacion. Esta constitucion produjo por todas partes el resultado del enriquecimiento y la importancia siempre progresiva de la clase media. Las municipalidades compraron los privilegios ó los conquistaron, y formaron de este modo los comunes combatidos siempre por los magnates, pero por fin victoriosos.

MISERIA Y VIRTUD.

(Conclusion.)

Doña Sinforosa habia oido hablar antes de su desgracia de algunos á quienes la fortuna insolente de favor algunas veces habia fijado su rueda voluble á las puertas de su mansion; la época era propicia para asirla, y la viuda del oidor creyó ¡pobre cuitada! que aquellos á quienes la suerte favorecia con los bienes de la tierra, debian poseer un corazon sensible y ansioso de procurar el bien á las familias y salvar algunas del deshonor. Determinó, pues, arrojarse á las plantas de uno de esos favoritos de la fortuna, y en nombre de la religion y de un Dios de caridad implorar su compasion. Dirijióse al efecto un dia sostenida por su anjel, que así se complacia en apellidar á su hija, á casa de uno de los favoritos de la nueva época: un gran palacio, si no tan sólido ni tan imponente como solian en otro tiempo levantarlos los que dedicaban su vida y su alma á la defensa de la independencia, decoro y buen renombre de su patria, mas brillante en la apariencia era el templo que se habia erigido el nuevo potentado que habia labrado su pingüe aunque flotante caudal en las repetidas contratas por las que se sacrificaba á su poder los recursos de su pais y la vida de los que por él pelean en los campos de batalla, para solazarse él entre goces y placeres, que para cierta gente nada importa que cada gota del licor que sorben sea el producto de muchas gotas de sangre derramada: su Dios es el egoismo, y su religion el propio bienestar. ¿Qué importa lo demás? Vivan ellos y gocen y rian, siquiera el pedestal del trono que alzan á su orgullo se halle formado de cadáveres todavía palpitantes. Gocemos aquí, se dicen: que allá... ¿No es esto el escepticismo, la duda, el egoismo que tantos prosélitos han hecho en nuestro siglo de ilustracion?

Hemos dicho que la viuda del oidor estaba destinada á devorar toda clase de infortunios y de sinsabores, y así era en efecto: el rico hombre á quien se dirigió primero sin saberlo habia sido en su juventud page del oidor, y á su arrimo se habia instruido competentemente en algunas materias escolásticas; mas dotado de una imaginacion ardiente, de un carácter emprendedor y aventurero y no poco intrigante, no bien abandonó la casa de sus antiguos protectores, cuando se lanzó en esas empresas atrevidas que á favor del caos que reinaba por entonces en el régimen del estado, eran casi siempre una fecunda mina cargada de rico y abundante mineral; así es que en poco tiempo el ex-page del oidor vino á pasar de especulacion en especulacion y de contrata en contrata, en ser uno de los mas poderosos é influyentes sugetos de aquel tiempo: empero lleno tambien de orgullo el corazon y cerrado á toda clase de lamentos, avezado á oir resonar en sus oidos el renombre que le daban de usurero y de esplotador, se habia hecho mucho mas impasible que lo era ya á los males de sus semejantes, persuadido que si alguien sufria por la miseria, era por su indolencia, y por querer empeñarse en seguir ciertos principios de probidad que los adoradores del becerro de oro, ya muchos en número, rechazaban. Para esta clase de hombres solo la intriga y el engaño es la verdadera inteligencia, y el verdadero talento el saber esplotar la credulidad y buena fé de los demas.

Cuando doña Sinforosa supo quién era el dueño de aquel palacio, se estremeció al pronto y quiso volver atrás; mas vuelta al momento en sí y aceptando resignada aquella nueva y punzante humillacion, creyó que el cielo apiadado al fin de sus males, la deparaba aquel protector que habiendo partido con él el pan en tiempos de su bonanza, debia considerarse deudor á aliviar al menos la suerte infausta de sus antiguos amos. Repasaba la ex-oidora su memoria y no encontraba en el tiempo que el ex-page estuvo á su servicio mas que pruebas de sumision completa á sus órdenes que casi rayaban en servilismo; recordaba la deferencia y respeto que habia mostrado por su Lucia, y de todas sus acciones concluia la buena señora que al saber su nombre el nuevo favorito de la fortuna, no podria menos de recordar aquellos tiempos, tranquilos para él, felices para sus amos, y viendo ahora la estremada decadencia de estos, enternecerse y abrirles el corazon á la esperanza. Creia la buena anciana, que aunque el ex-page no quisiera aliviar enteramente su suerte malhadada, procuraría influir en el ánimo de los gobernantes para concederla una pension, que por escasa que fuera, la evitaria al menos la dolorosa humillacion de ir de puerta en puerta reclamando la pública caridad.

Pero la buena de doña Sinforosa, juzgando por el suyo el corazon de los demas, y que las máximas y preceptos religiosos que ella tenia

tan profundamente arraigados en su alma, lo estaban igualmente en el ánimo de todos sus semejantes, no contaba, como vulgarmente suele decirse, con la huéspeda. así es que la primera vez que se presentó en los umbrales de aquella casa que habia hecho renacer su confianza, recibió por única respuesta un seco «no está el amo en casa», cerrándola violentamente la puerta en los hocicos que la dejó helada de espanto. Lucía, mas tímida que su madre, queria al momento retirarse, viendo lo despiadadamente que habian sido recibidas en su primera tentativa; pero el cariño materno que no tiene semejante ni aun medianamente parecido cuando se trata de salvar la existencia de sus hijos, permaneció tranquila á faz de tanta crueldad, insistiendo en no salir de aquella casa sin haber obtenido una audiencia del millonario.

Los criados son siempre el reflejo de sus señores: asi es que rara vez ó casi nunca sucede que el poderoso que tiene un corazon sensible á los males de sus semejantes, se sirva de gentes inhumanas y egoistas, que so pretesto de conservar la tranquilidad y reposo de su amo, maltraten á quien llega humildemente á implorar su proteccion. Los hombres tambien, á quienes la suerte favorece con insolente prodigalidad, y que han subido desde la nada ostigados en su principio por la desgracia y la pobreza, cuando se ven en la cima de la fortuna, sucede de ordinario que olvidando su origen se creen unos semidioses, y que el estado próspero á que han llegado es debido solo á su talento y mérito, y que nada es capaz de conmover el edificio sobre que asientan su dominio. Vengan para ellos, por un acaso, los dias de la adversidad, y se les ve tornarse en bajos, miserables, rastreros y aduladores.

Una y otra vez y otra insistió la buena de doña Sinforosa en ver al nuevo potentado, y otras tantas recibió de sus criados insultos y groserias, por lo cual la viuda del oidor creyó seria mas prudente dirigirse por escrito al ex-page, intentando por este medio el último recurso que le quedaba para implorar su asistencia. Pasáronse, sin embargo, algunos dias antes de recibir contestacion alguna, cuando una mañana que sin desayunarse tan solo por carecer absolutamente de recursos, se aprestaban á salir á implorar la caridad pública, entró una muger en su desmantelada bohardilla, cubierta con un pañolon, que con aire al parecer compungido y triste, y despues de no pocos rodeos, las dijo venia de parte de aquel á quien habian escrito para decirlas que faltándole una jóven que se encargase del régimen interior de su casa, en atencion á que los negocios le absorvian todo el tiempo, habia creido que nada seria mas conveniente para la señorita Lucía que aceptar aquella plaza, y que entre tanto le mandaba á su madre un napoleon para remediarse.

Absorta y casi enagenada por el dolor oyó la pobre ciega aquella embajada, y una palidez lívidamente espantosa cubrió por momentos su semblante: veia al través de la humillacion cruel que se la arrojaba á la faz, el deshonor que por grados queria infringirse á su pobre hija; pintábanse á su herida imaginacion la escala de degradacion á que se la queria sujetar, su fama mancillada, sus principios religiosos escarnecidos, humillada su altivez: toda una vida de rectitud y de virtudes, resguardando sin cesar y con vigilancia esquisita el honor siempre incólume de su Lucía, espuesto á ser la víctima del orgullo de un ingrato que se complaceria en rebajar y destrozar lo mas puro de su ternura; veia, en fin, la desgracia, el vilipendio y el desprecio reunidos, descender sobre la vida de aquella flor tan pura y tan admirada por su inocente candidez.

Sus lábios temblorosos y llenos de indignacion, apenas pudieron pronunciar un «gracias por todo, no acepto nada» que no dejaron medio alguno á la fingida caritativa mensagera de contestar, retirándose al instante dejando á la madre y á la hija entregadas á tal asombro, que por mucho tiempo ni aun sus lágrimas pudieron correr libremente. Lucía estrechamente abrazada con su madre se esforzaba en reiterarla su cariño y consolarla; pero la infeliz parecia no existir. ¡Cuánto acibar habia derramado en su corazon! La copa de la amargura rebosaba y se vertia.

Empero tantas desgracias repetidas y tantos golpes recibidos debian tener su fin: la pobre viuda, herida en lo mas sagrado de su alma, no pudo resistir á tantas amarguras, y postrado en cama, vió acercarse su última hora con esa calma impasible y resignada del que no creyendo haber merecido una suerte tan ingrata, confia solo á la providencia la reparacion de sus desgracias, y el porvenir de lo que ama. Asistida por el venerable sacerdote á quien estaba encomendada la cura de almas de su parroquia, y á cuya solicitud debió tan solo el no haber sucumbido al hambre y á la necesidad, fué apagándose poco á poco aquella vida de martirio y de sacrificios, sin que fueran bastante á prolongarla los cuidados esquisitos ni el tierno celo de la infortunada Lucía, que veia huir con su madre su felicidad futura, ni aun menos la asistencia de un facultativo estudioso é inteligente, aunque sin fastuosa y no pocas veces inmerecida nombradia, que rogado por el piadoso eclesiástico cooperó con él á hacer menos dolorosas las últimas horas de su agonia. La buena moribunda, sin embargo, convencida íntimamente de su estado mortal y antes de recibir los últimos socorros espirituales que nuestra religion consoladora presta á sus fieles, quiso despedirse de su hija dirigiéndole sus consejos, estrechando al propio tiempo entre sus manos las suyas.

—Hija mia, la dijo, en quien he puesto todo mi cuidado desde que abriste tus ojos á la luz; no olvides nunca el santo temor de Dios que hemos procurado con esquisita vigilancia grabar en tu alma tu respetable padre y yo: sin él no hay tranquilidad alguna en esta vida, aun cuando el mundo le rodease de las mayores riquezas: sin el exacto cumplimiento de sus preceptos no gozarias de ninguna felicidad. No recuerdes nunca, querida Lucía de mi alma, la injusticia con que algunos nos han tratado, y si por el tiempo y con la ayuda de Dios tu suerte mejorára y la suya no fuera tan propicia como lo es ahora, no les escasees los beneficios y favores que estén en tu mano hacerles. Haz entonces, si los vieras necesitados, lo que hubieras querido hubieran hecho ahora por nosotras; que por este vencimiento de tí misma no podrás menos de alcanzar grandes mercedes. Sé modesta y recatada, hija querida de mis entrañas, y guarda cuidadosamente tu honor y tu decoro: el vicio se oculta muchas veces bajo una máscara pérfida de hipocresía y de santidad, para engañar mas fácilmente sus fines torcidos y culpables: sé sorda á las lisonjas y á la compasion repentina que los hombres te tributen y sientan por tí: que si una vez llegares á caer indebidamente en su poder, no podrias ya levantarte sino hollada, vilipendiada y despreciada. La muger debe ante todo guardar su honor y su buen nombre: la sociedad mundana que no sabe premiar á la que resiste con firmeza los embates de una pasion, no deja nunca de escarnecer y mofarse y despreciar abiertamente á la que ha bajado el primer escalon de la degradacion de su alma. Ruego al Dios Todopoderoso ante cuya presencia voy á parecer dentro de poco, te liberte y preserve de todo mal, y para ello te bendigo con toda la efusion y cariño maternal de mi alma.

Algunas horas despues doña Sinforosa se habia ya reunido con su esposo en otro mundo mejor.

Aquí deberia ciertamente finalizar esta historia lamentable, si los lectores que por un esceso de bondad han seguido sus detalles, no se encontrasen autorizados para saber cuál fué el paradero de la desgraciada huérfana del oidor, y á mas de esto pudieran sospechar que la justicia celeste, que con su madre se mostraba implacable y cruda, no reserva consuelo ni recompensa alguna para los que se sujetan á sus fallos sin murmurar, con la esperanza de una recompensa eterna. Empero el cielo, aunque algunas veces descarga sus iras con rigor, no dejando alivio ni recurso alguno al desgraciado, mas que la esperanza de un porvenir tranquilo mas allá del sepulcro, es tambien cierto que frecuentemente y con muy raras escepciones proporciona en este mundo consuelos inesperados y bienestar infinitamente superior á los males y sinsabores padecidos. Esto se vió clara y patentemente en la infortunada Lucía, y hé aquí cómo.

Casi enagenada la razon al ver á su madre ya fria y sin sentido, y casi sin fuerzas para llorar, el venerable sacerdote que habia asistido tan resignada miseria hasta el borde mismo del sepulcro, corrió en busca de auxilios para dar al cadáver una modesta pero decente sepultura, al mismo tiempo que recomendaba al cuidado de dos señoras, feligresas suyas, que vivian modestamente retiradas al abrigo de una corta renta, á la pobre huérfana, cuya desgraciada situacion les contó en breves palabras. Ambas caritativas señoras, que aunque no muy sobradas en bienes, eran poderosas en caridad, no pudieron menos de enternecerse á tanta desventura, y acogieron á Lucía como á una hija querida. Es verdad tambien que las religiosas inclinaciones de esta, su carácter dulce, su resignada voluntad, y su sumision decorosa sin envilecimiento, la hicieron amar tanto en poco tiempo, que ambas ancianas hermanas creyeron que mas bien que una huéspeda importuna, les habia entrado en su casa un ángel de paz y de ventura. Así pasaron algunos meses, cuando ya calmada la pena de Lucía, aunque no estinguida, y dando mil gracias á Dios de que al fin la habia deparado un asilo seguro para el resto de sus dias, sucedió que llegó una mañana un jóven, título de una de nuestras provincias, heredado ya y mas que medianamente rico, que venia á pasar una temporada en Madrid, y por lo tanto encargado de hacer una visita de parte de su madre á aquellas dos señoras, antiguas amigas suyas, para quienes traia una carta de recomendacion.

A ser esto una novela, no faltariamos aquí en describir minuciosamente las sensaciones de amor que esperimentó nuestro jóven al descubrir el tesoro que por dicha y fortuna suya habia encontrado donde menos le esperaba; pero á fuer de verídicos narradores diremos tan solo que las distracciones que una corte ofrece no fueron bastante poderosas para borrar de su alma la imágen de aquella jóven incrustada, por decirlo así, en la antigüedad y el respeto que infundian las dos amigas de su familia, y que á esto se debió que las visitára casi diariamente, aunque muchos dias sin el gozo de contemplar la belleza

virginal y cautivadora de la que embargaba todos sus pensamientos.

Regresado á su pais y al maternal regazo, hizo tales elogios á su madre de la modesta joya que vivia en compañía de sus amigas, y fueron tales las súplicas y tanto lo que la dijo que solo con ella creia poder ser feliz, que la buena de la madre, ya por cariño y bondad para con su hijo, ya tambien secretamente inclinada hácia la que no conocia mas que por relacion interesada, escribió á sus amigas de Madrid, contando el caso é informándose de todo, concluyendo por suplicarlas consultasen el deseo é inclinasen la voluntad de la señorita Lucia, para que hiciese la felicidad y ventura de su único y querido hijo. Concluidos todos estos preparativos, y aceptado por ambas partes el enlace, partieron las dos señoras con su hija (que asi se complacian en llamarla) para la ciudad donde estaba situada la casa y propiedades de su futuro, donde á pocos momentos de su llegada, y prevenido ya todo, la pobre huérfana era ya esposa de un poderoso título de Castilla.

Querida de su madre adoptiva, tanto como lo es de su tierno y amante esposo, que no se ha separado un momento de su lado, desechando por no efectuarlo cuanto le han ofrecidò sus amigos, que podia halagar cumplidamente su ambicion, si ambicion y afan de figurar tuviera, la ahora feliz Lucía no ha cambiado ni alterado ninguna de sus antiguas inclinaciones; solo sí ha aumentado en un doble su caridad; el mas bello momento de sus dias, y la gran satisfaccion que se la puede causar es indicarla una miseria que socorrer y un sufrimiento que calmar; y esta inclinacion santa que con gran placer de los tres ha hecho participar con igual efusion que ella á su madre política y á su esposo, les ha dado tal nombradía, que en muchas leguas á la redonda su casa no se la nombra mas que «la casa de los pobres.»

Luis MIQUEL Y ROCA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

A LA SEÑORITA DOÑA NATALIA FALCON.

Prima mia: desde que tengo la dicha de poseer tu cariño, todos mis pensamientos van unidos á tu memoria. Por eso algunas veces has de leer tu nombre al frente de mis escritos, porque quiero que nuestros nombres formen el mismo lazo que forman nuestras almas.

CAROLINA CORONADO.

El amante de la estátua.

Permitidme que vuelva mis ojos amorosamente á Portugal siquiera porque en él se halla hoy 1.º de mayo de 1550 una española célebre.

Dos meses hace que pasó de Toledo á Lisboa acompañada de su anciano padre la escritora Luisa Sigea, y uno que la recibió á su servicio la princesa doña Maria, hija del rey D. Manuel. Todavia los cortesanos no conocen á la nueva dama, y esperan impacientes el dia del besamanos para ver si la belleza corresponde á la fama que la ha dado su pais.

Muy fea será preciso que se presente la literata tolentina si ha de parecerlo á la juventud portuguesa, para quien la sola prenda de ser española constituye la primera belleza de una muger.

Infinitas damas hay en palacio: hermosas como la luz; pero todas tienen un defecto capital para los galanes de Lisboa.—Son *Portuguesas*. La princesa misma no puede evitar que sus encantos aparezcan nublados á los ojos de los nobles, por mas que los rayos de sus brillantes den esplendor á su juvenil fisonomía. Ninguno halla espresion en la dulzura de sus ojos negri-azules, ni gracia en la sonrisa de su preciosa boca. La dama española debe de mirar con mas fuego y sonreir con mas amor. La dama española es la que desean ver.

Generosos con nosotras solamente los patrióticos lusitanos, nada hallan en el estrangero superior á las cosas de su reino, ni clima ni ejércitos, ni bajeles, sino las damas españolas. Porque su sol les parece el mas brillante que alumbra la tierra, cuentan por cabezas la estrangera caballería, y la suya por pies para que resulte la misma cuenta, y llaman á sus barquichuelos *terror d'os mares*.

Pero ante nosotros se despeja el ceño de su orgullo nacional; su lengua enfática se hace humilde, y los enemigos de los castellanos se postran á nuestras plantas como los indios que adoraban á Colon.

Si ha de acontecer por dicha que en los venideros siglos se una á la grande España el pequeño Portugal, no creais que esto se verifique por la contienda de las armas, sino por los lazos del amor. La fuerza de atraccion que tiene España para absorver al fin á su vecino, no es la del acero, es la de la belleza. Dios ha puesto en el corazon de los portugueses una irresistible simpatía que los impulsa á buscar en España su felicidad.

En un principio no querrán ceder en su patriotismo, y robarán á las españolas para identificarlas á sus pais. Luego se conformarán con vivir en España siguiendo las costumbres de su pueblo, y mas tarde adoptarán nuestras costumbres y se confundirán las españolas que van con los portugueses que vienen. Lo que no alcanzaron las batallas de tan denodados guerreros, lo alcanzarán las sonrisas de las tímidas mugeres, y antes de muchos siglos España y Portugal no formarán sino una sola familia.

Pero estamos en 1550 y todavia no es tiempo de discurrir de este modo, sino de continuar sencillamente la relacion de unos hechos que nada tienen que ver con la union de España y Portugal.

Hoy es el cumpleaños de la princesa doña María, y hay besamanos al que no puede menos de concurrir la dama española.

Los jóvenes de quince á veinte años estrenan sus bigotes cuanto puede consentirlo el flexible bozo que apenas sombrea el lábio. Los de veinte y cinco á treinta recortan el mostacho para suavizar la densa sombra de las ásperas cerdas. Los hombres de cuarenta á cincuenta se empolvan la peluca.

Uno solo entre los cortesanos permanece inactivo en medio de la vanidosa faena. Ni siquiera piensa en asistir al besamanos. Y es jóven, gallardo, enamorado y presumido. Y sabe por tradicion que es hermosa la Sigea. Pero con una palabra se esplica su indiferencia, su apatía. Este caballero es español y no puede ofrecerle novedad la vista de una española.

No sé si habreis leido otras novelas en las cuales, he descrito los jardines de Portugal, pero si las leísteis, ahorradme el trabajo de una nueva descripcion recordando aquella, y sino las habeis leido, tomaos la molestia de buscar el capítulo 3.º de *Musiña*, donde agoté mi vena poética haciendo brotar con profusion toda clase de árboles y de flores y de cascadas y de fuentes. Nada vuelvo yo á escribir tan florido como aquel capítulo de pura vejetacion en el cual cada palabra es una rama de sáuce ó de naranjo, y cada letra una oja de nardo ó de jazmin. Es un capítulo aquel que copiaria de buena gana introduciéndolo en esta novela sino fuese porque es ya *propiedad del editor portugués, que perseguirá ante la ley al que lo reimprima.*

Digo todo esto porque las ventanas del pabellon que habita la escritora de Toledo, dan sobre el jardin real, y mis lectores naturalmente querrán saber cómo es este jardin. Esto es muy justo. Desde que el primer escritor dió á su lector el adjetivo de *curioso* ha sido *curioso* siempre y seguirá siéndolo mientras haya escritores. Yo comprendo bien la *curiosidad* que tendrá ahora por saber cómo era el real jardin, pero repito que nada vuelvo á escribir como el capítulo 3.º de *Musiña*.

Basta para dar una idea del jardin real con el silbido de los portugueses, que ponderan asi su magnificencia como si las palabras no fueran suficiente espresivas para hacer su elogio.

Todas las mañanas pasean entre los árboles multitud de jóvenes que espian el momento de ver á la Sigea asomada á sus ventanas. Pero inútilmente, porque ella permanece oculta en el fondo de su habitacion todo el tiempo que la dejan libre sus tareas en el cuarto de la princesa.

La sombra de la arboleda empieza á dibujarse en el suelo, cuando el caballero de Castilla, no con objeto de ver á la española, sino con otro que no ha querido decirme, ni yo me atreveré á preguntar, se ha detenido cerca de una Venus de Carrara, que por un capricho de su escultor arroja dos caños de purísima agua por cada uno de sus hermosos pechos. Parece aquella Venus la nodriza de todas las flores que se alimentan en el jardin con su abundante jugo.

El caballero español cruzado de brazos contemplaba estático la escultura, cuando uno de los cortesanos portugueses que hablaba nuestra idioma, se acercó y le dijo dándole un golpe en la espalda.

—¡Ya estamos! ¡*Deus*, tú te hallas enamorado de esa piedra!

Rióse el español, y contestó volviendo la cabeza, pero sin apartar los ojos de la estátuá:

—¡Mira que es hermosa!

—Pero de piedra. ¡Hermosa la *menina* española! La he visto ayer por la espalda al pasar á la sala de guardia, y.....

—No será como esta.

—*Ainda mais.*

—¿Qué sabes sino la has visto mas que por la espalda?

—Pero soy un lince: se me traslucen las cabezas bellas aunque las vea por el revés. ¿Vendrás al besamanos?

—No. Respondió el español sentándose enfrente de la estátua.

—¡*Deus*! vas á perder el juicio, Mariano, con esa regadera d'*os* jardines.

Retiróse el portugués y se unió á los otros compañeros, que se alejaron riendo de la estravagancia del castegao. Un minuto despues

de haber desaparecido ellos asomó á una de las ventanas que daba sobre la fuente la linda cabeza de la tolentina.

Los reflejos todavia pálidos del sol de primavera esmaltaban la blanca frente del español, haciéndola lucir como si fuese de plata. Su bigote castaño, ensortijado graciosamente, se unia por las estremidades á los grupos de sus cabellos, que avanzaban hasta las mejillas, envolviendo el óvalo de su rostro en una sombra como la que dan á sus cuadros los pintores de la escuela de Rivera. Tenia el caballero apoyada la cabeza en la mano izquierda, el codo en el relieve de una columna, y los pies indolentemente cruzados. El trage de terciopelo negro con los vistosos gregüescos y lucidos oropeles de la córte de don Manuel, favorecian al jóven lo bastante para que pareciese mas bello y mas gallardo de lo que era. Porque en realidad su rostro y su talle estaban muy lejos de ser perfectos. Tenia facciones irregulares y el cuerpo algo encorbado. Pero en estos momentos el sol, el terciopelo y su actitud lo embellecian con una triple ventaja.

La mirada de la escritora se detuvo en él primero con indiferencia, despues con curiosidad, y por último con interés.—¿Qué contempla? se preguntó para sí.—Es la estátua, se respondió á sí misma.—Un ocioso, pensó despues haciendo un gesto de desden; ¿por qué no llevará un libro al jardin?

Separóse de la ventana y se sentó cerca de una mesa donde se veia un gran pliego con párrafos escritos en distintos idiomas. El primero en latin, el segundo en griego y el tercero se puso á continuarlo en hebreo.

Escribió tranquilamente algunas líneas, y se levantó varias veces para hojear pergaminos y registrar diccionarios.

Una hora trabajaria, y sofocada se acercó á la ventana para respirar el aire fresco, sin acordarse ya del caballero que estaba en la fuente. Pero al verlo todavia en la misma postura se sorprendió y volvió de nuevo á examinarlo.

—¡Es mucha ociosidad! esclamó.—Este hombre es español indudablemente. Continuemos mi carta.

El cuarto párrafo de esta carta habia de ir escrito en siriaco, y aun faltaba el párrafo quinto que iria en arábigo.

La Sigea escribió con ardor dos horas mas. Concluyó, cerró su carta y le puso la direccion:

Al Pontífice Paulo III.

Vistióse luego de ceremonia y se dirijió el salon de la princesa.

Los cortesanos formados en hileras aguardaban la hora del besamanos. El mas impaciente era aquel portugués que habló en la fuente con el amante de la estátua. Presentóse por fin doña Maria Seguida de sus damas, entre las que se vió aparecer á la escritora Tolentina. Pero las risueñas esperanzas de los jóvenes quedaron defraudadas con su presencia. En vez de una andaluza salada, vivaracha, incitadora, se hallaron el porte de una inglesa.

La Sigea tenia la frente noble y suave, hermosos ojos, mejillas de virgen, redondas y puras, y una boca de espresion inocente. El talle de la Sigea era delicado y magestuoso.....

—¡Ah! esclamó en voz baja aquel portugués que la aguardaba ansioso, creí que *á menina* Española seria *mais* sandunguera.

La Sigea dirigió una mirada investigadora en torno de sí y volvió á bajar los ojos sin haber visto al Español.

Otros españoles concurrieron al besamanos mas gallardos ciertamente que el amante de la estátua, pero la dama no fijó su atencion en ellos.

Concluido el besamanos quiso la princesa bajar á los jardines y eligió para que la acompañasen á la duquesa de Alencastre, á la condesa de Almeida y á la escritora de Toledo.

Tímida la Sigea para aceptar un honor que no creia merecer todavia en palacio, dejó marchar delante á las ilustres damas, y las acompañó á una distancia respetuosa. Atravesaron gran parte del jardin y doña Maria se detuvo junto á la fuente, donde se elevaba la Venus.

La Sigea se detuvo tambien.

Pero, ¡cosa estraña! en vez de sentir un placer artístico, en la contemplacion de la hermosa estátua, sintió un secreto disgusto que al pronto no se supo esplicar. Su primer impulso, fué cubrir con su vele aquellas desnudas formas. El agua cristalina que demanaban sus pechos le producia con el rumor de su caida una angustia dolorosa, y no pudo marcar la perfeccion de aquella torneada pierna, sin esperimentar un sacudimiento en todas sus fibras. La duquesa de Alencastre vino á dar mas energía á esta sensacion diciendo en inglés.

—¿Cómo no estará por aquí ese tonto de Mariano?

—El loco, no el tonto; repuso la princesa.

—Tonto loco; añadió la condesa de Almeida:

—Tonto no; volvió á correjir doña Maria.

Y luego repitió en voz baja.—«Será preciso hacer pedazos la estátua.»

La princesa no quiso ya pasear y se retiró del jardin silenciosamente.

La Sigea volvió á su habitacion melancólica y disgustada.

Despojóse del traje de ceremonia y se puso á escribir sobre la influencia de la *escultura en los sentidos*. Buscó en sus libros las noticias de los mejores escultores y se ensañó con Praxiteles.

Un trozo de este libro debe existir entre los manuscritos de la autora que dice lo siguiente, traducido del latin.

«La influencia de la escultura es muchas veces perniciosa al desarrollo de las pasiones. La juventud se fija mas en las formas de una estátua, que en el estudio del arte; y atribuyo en gran manera el relajamiento de la sociedad griega, á la profusion de hermosas estátuas que adornaban sus plazas y sus paseos. Es cierto que este arte puede servir en beneficio de la filosofía y de la religion, inspirando á la escultura la fisonomía de personajes históricos ó de imágenes piadosas; pero los mejores escultores se han dedicado principalmente á copiar la belleza. ¡Esas Venus, esas Venus son el cebo del sensualismo, y Praxiteles la perdicion de la juventud. ¿Por qué no dar al arte la severa espresion de la virtud, aunque no tengan las formas esa perfecta armonía? ¡Ah! ¡la belleza! ¡siempre la belleza de las formas! Siempre la forma nunca la esencia ...!

Detúvose la escritora al llegar aquí, agitada por una austera indignacion y levantando la cabeza, con la pluma en la mano, se vió retratada por la pequeña cornucopia, que tenia enfrente. ¡Original, por cierto era el contraste que ofrecia lo que acaba de escribir y la imágen que se reproducia en el cristal. Cuando estaba tronando contra la hermosura se veia ella mas hermosa que nunca, por el carmin que cubria su rostro y el noble fuego que animaba sus ojos. La sectaria de la escuela espiritualista se olvidaba asimisma y combatia su propio mérito por sacar ventaja en su doctrina

Pero no pudo menos de conocer la gracia del contraste y se sonrió.

—O Illmo. senhor don Mariano Enriquez; anunció desde la puerta un page de la dama.

Soltó esta la pluma, volvió á mirarse al espejo; echó sobre sus hombros un manto azul, y salió á la sala inmediata.

—Ilustre dama, dijo el español haciendo una refinada cortesía. Un servidor mio que ha llegado de Toledo, me trae la órden de que os presente mis servicios en nombre del mas apasionado de vuestros amigos.

—Es mucha honra para mí, contestó la escritora medio confusa con aquella inesperada visita.

—Este favor de nuestro amigo, prosiguió el jóven con galanteria cortesana, pero con una frialdad que se echaba de ver en lo apagado de sus ojos, me evitó buscar un pretesto para rendir á vuestro mérito el culto que rinde toda España.

—Caballeros como vos, tornó á responder la tolentina, no han menester recomendacion para ser bien recibidos.

—El nombre de mi *protector* con vuestra persona, continuó el jóven dando á la voz de *protector* un tono de la mas hipócrita cortesania, es el marqués de Villena.

—El noble marqués no podia haber elegido persona mas digna, para enviarme sus favores.

Ni una letra mas añadió el español y despues de una breve pausa, cuando no habia hecho sino tocar el asiento, como si estuviese herizado de espinas, se levantó y se despidió haciendo otra profunda cortesía.

La escritora quedó reflexionando unos instantes.

Se retiró á su aposento, tiró del cordon de una gabeta, y sacó tres pequeños lienzos sujetos con marcos de ébano.

Mirólos con una sonrisa amarga y dijo apoyando su frente en la palma de su mano izquierda.

—Remedios contra el amor. ¡Julio! ¡Félix! ¡Leon! Séres ingratos á quienes sacrifiqué los mas bellos dias de mi juventud. ¡Corazones vulgares! ¡Espíritus ignorantes, á quienes regalé tantas armonías. ¡Pobres sordos, pobres mudos, pobres ciegos, que no podiais ni oirme, ni responderme, ni comprender mi poética pasion.

Representaba el primer lienzo una figura muy gallarda, pero cuyo gesto irónico y duro robaba el interés á su fisonomía. El segundo representaba á un jóven de noble aspecto, pero de mirada recelosa y altiva. La imágen del tercer lienzo era insignificante, y solo podria llamar la atencion aquel retrato, por la elegancia y lujo de su ropaje.

¡Necios! prosiguió la escritora, sin dejar de sonreir; necios que combatisteis mi virtud para quedar vencidos; ¿qué quieren decir esas miradas que me lanzais porque os he reunido á los tres? ¿No sois dignos compañeros unos de otros, puesto que los tres me ofendisteis y que á los tres os desprecio?

Dormid como cadáveres, bajo esta losa, añadió la escritora, colocándolos de nuevo en la gabeta, y dejando caer la tapa de su escritorio; dormid bajo esta losa, sobre la cual escribo todos los dias el epitafio de la misera humanidad. ¡No mas amores, Dios mio, concluyó la Sigea, alzando al cielo los ojos: guardad lo que ha quedado de este desgraciado corazon para vuestra gloria solamente!....

En aquel instante los golpes de un martillo resonaron en el jardin.

Se oyó el estallido que hace al saltar la piedra, y luego un ruido como de una roca que se desploma estremeció las paredes.

Asomóse la Sigea y vió rodar la estátua de Venus partida en dos pedazos.

—¡Ay! esclamó con alegría, ¡han destruido la estátua!

—¡Malvados! gritó al mismo tiempo el caballero español apareciendo al fin de la arboleda; ¿qué haceis? y tiró de la espada.

Adelantóse el jardinero mayor hácia el amante de la estátua, y respondió:

—Cumplir las órdenes de S. A.

Guardó la espada Enriquez y se acercó á la estátua; cruzó los brazos y la miró dolorosamente.

La Sigea creyó distinguir dos gruesas lágrimas que rodaron por la mejilla del caballero y se consumieron en su bigote.

—¡Es muy estraño! ¡Es muy estraño esto que sucede, repitió la Sigea; ese jóven llora por una estátua... y yo lloro, y yo lloro... porque llora él!!!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

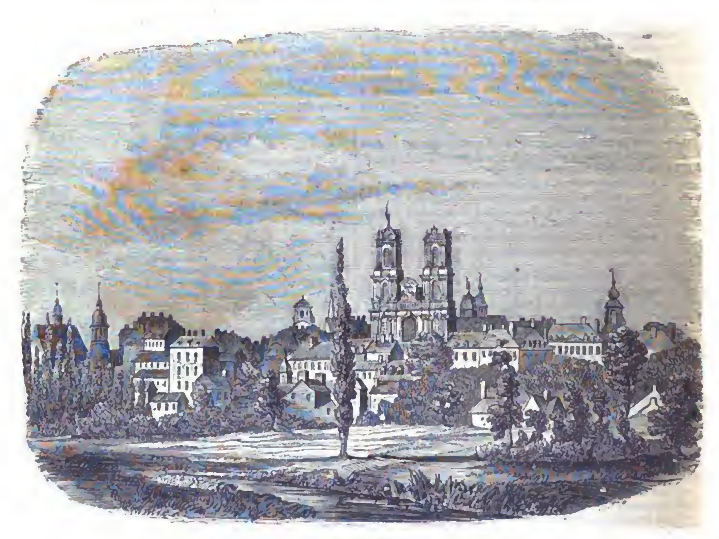
DELIRIOS.

Correr ansioso tras la hermosa huella
Del dulce bien que el corazon adora,
Viendo vagar sobre la boca bella
Sonrisa encantadora;
Correr ardiendo en amorosa fiebre,
Correr buscando en poético delirio
La espresion sonorosa que celebre
La faz de blanco lirio;
Aspirar un amor en su mirada
Que idioma humano frígido no nombra;
Tender los brazos, estrechar la amada.....
Y abrazar una sombra;
Y luego despertar con duro choque,
Sediento el labio y el mirar convulso,
Vibrando el pecho á cada áspero toque
Del agitado pulso;
Tal el tormento que mi mente oprime
Cuando persigue en curso vagabundo
Una felicidad pura, sublime,
Que no existe en el mundo;
Y cual la abeja va de tallo en tallo,
Va de ilusion en ilusion el seno;
Y al aspirar el dulce néctar, hallo
En vez de miel, veneno.
Y en vano á veces el amor me postra,
Y en vano el ritmo ardiente me electriza,
Ay! que al romperse su dorada costra
No hay mas que vil ceniza!
¡Y qué! ¿Será que con eternas plantas
Huya la sombra que mi pecho aflije?
Que ni una sola de ilusiones tantas
Tome cuerpo y se fije?
¡Oh tú que en la region del éter puro,
Ser ignorado, mundos equilibras;
Tú que en las noches de misterio oscuro
El rayo ardiente vibras!
Dame la voz y la secreta seña
Que el velo espeso al Dédalo levante;
Y á esta fiebre ardorosa Tú me enseña
A encontrar el calmante.

JOSÉ M. DE MORA.

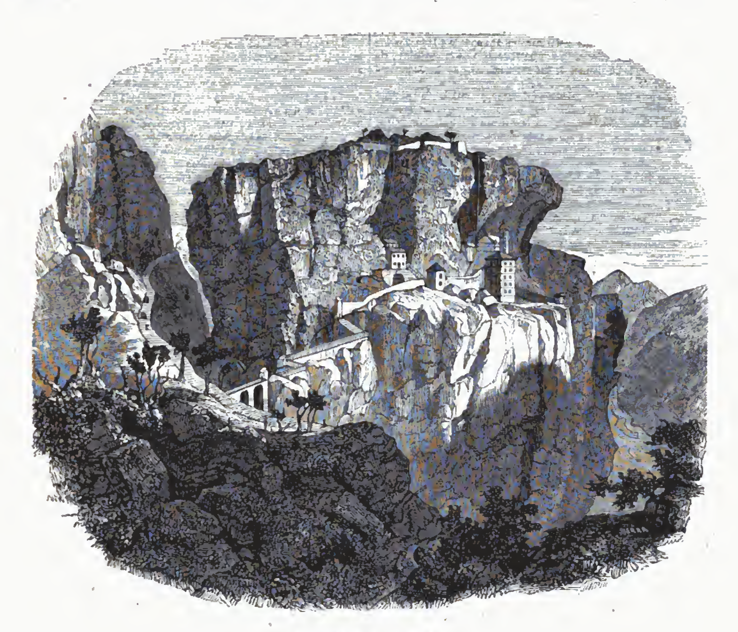
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 13.

Arbol sin riego, casa sin techo, mujer sin amor, y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo.



Una vista de Méjico.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



DESFILADEROS DE LA CORUÑA

El aspecto generalmente áspero é inculto de la España es debido en gran parte á sus numerosas montañas. Cinco grandes cordilleras le atraviesan de Este á Oeste, y están ligadas entre sí como mallas que la envuelven por decirlo así en una red de rocas y colinas hasta tal punto que apenas se encuentran algunas llanuras, y estas situadas en el interior del pais.

Si esta disposicion topográfica de la España impide la facilidad de comunicacion, aisla los habitantes y entorpece el gran movimiento de nuestra civilizacion moderna, le da por otra parte ventajas de muy grande consideracion, porque templa el escesivo calor de su clima y facilita las corrientes de agua que fecundiza sus valles. Las montañas no han sido menos útiles á los españoles bajo el aspecto político, pues que en ellas han encontrado un baluarte para la independencia nacional: las de Asturias detuvieron como es bien sabido la invasion de los árabes, y Pelayo fundó en ellas su pequeño reino de Oviedo que reconquistó despues la península entera.

Dos cosas sorprenden principalmente en las largas cordilleras que atraviesan la España: los edificios y los caminos. El que ha visto las alquerías de los Alpes y los caminos rústicos abiertos á lo largo de las pendientes por los aldeanos suizos, se admira singularmente de esas blancas y elevadas casas de la España que siempre se asemejan desde lejos á las torres de un castillo, y de esos arrecifes de piedra atrevidamente construidos al borde de los precipicios. El aire árabe y la forma militar dominan en esta perspectiva, que no solo revela como los paisages de los Alpes una poblacion inteligente é industriosa por naturaleza, sino que tambien la civilizacion poderosa de un pueblo guerrero.

Esta apariencia pierde mucho de su grandeza al aproximarse: lo que parecia de lejos una ciudadela feudal, no es muchas veces mas que una posada ó un cortijo: el sendero que diseñaba sobre las cumbres sus atrevidas líneas, es apenas practicable por falta de sostenimientos, y se descubre por todas partes al examinarles un peligro tanto mas inevitable cuanto parece que se ignora á sí mismo. En España, el pais ha guardado, como los individuos, una especie de actitud magestuosa que engaña: desde lejos no se vé mas que la capa y la espada; pero al acercarse se distingue el orin y los andrajos. Estamos, por desgracia, muy lejos de aquel tiempo en que un geógrafo podia escribir. «No hay príncipe alguno en el mundo que posea tantos estados como el rey de España, de manera que puede llamarse con justicia el propietario mas grande del universo; sus estados se encuentran dispersos en Europa, América, Africa y Asia. Algunos de sus predecesores se han gloriado de que el sol no se ponia nunca en sus estados, y en algunas cartas que en el siglo pasado les han dirijido los reyes de Persia, se vé: Al rey que tiene al sol por sombrero.» *El mundo* ó la geografía universal por Duval, geógrafo del rey, 1670.

EL DOCTOR D. ANDRÉS PIQUER.

Cuando la medicina española, participando de la decadencia á que llegaron las ciencias en España á fines del siglo XVII, yacia todavía en la mayor postracion á principios del siguiente, entre los profesores que emprendieron su restauracion debe contarse el doctor D. Andrés Piquer, reputado justamente entre los primeros médicos de su siglo.

Nació este célebre profesor en el lugar de Fórnoles, de la diócesis de Zaragoza, el 6 de noviembre de 1711, y fueron sus padres D. Jacinto José Piquer, sugeto de distinguida calidad, y doña María Arru-

fat: aquel natural de la villa de Cerollera, en el reino de Aragon, y ésta del lugar de Herbés. Tuvo D. Jacinto varios hijos, á los que procuró educar cuidadosemente y dar carrera acomodada á la inclinacion de cada uno: dos de ellos se dedicaron al estudio de la medicina, siguiendo el ejemplo de algunos de sus ascendientes, que fueron D. Cosme y D. Andrés.

Estudió este último las primeras letras en su patria, la latinidad en la Fresneda con un preceptor muy docto en las reglas gramaticales, pero de cortos conocimientos en la literatura latina, por lo que D. Andrés tuvo despues que aprenderla con el manejo de los buenos autores. Pasó luego á cursar filosofía á la ciudad de Valencia (donde á la sazon se hallaba ya ejerciendo la medicina su hermano D. Cosme) á la edad de 16 años; pero siendo la filosofía que allí, como en todos los establecimientos literarios, se enseñaba, la peripatética, con que al cabo de tres años salian sin saber otra cosa que disputar sobre vaciedades, D. Andrés, con su buen juicio, facultad que poseyó en grado eminente, conoció pronto lo mucho de futil y vano que contenia cuanto le habian enseñado; y asi, concluido el curso de filosofía, se entregó al estudio de los filósofos antiguos y modernos que mas sólidamente han tratado esta ciencia.

Comenzó en 1730 á cursar medicina en la misma universidad, y concluidos los años de instituciones se graduó de bachiller en las facultades de filosofía y medicina en 1734. Poco menos afortunado fué en el estudio de esta que de aquella, pues la mayor parte de los catedráticos que enseñaban la medicina en aquel tiempo eran ciegos partidarios de la doctrina galénica, y reprobaban altamente los conocimientos modernos, por lo que D. Andrés, así que salió de las aulas, tuvo que aprender privadamente todo lo que faltaba á la enseñanza de la universidad. Dedicóse, pues, con el mayor empeño al estudio de la medicina, sin aflojar por eso en sus tareas filosóficas, y ademas estendió su aplicacion á las matemáticas, á las lenguas y á la erudicion, y este fué siempre el único entretenimientó y el único placer que gozaba en las horas que siendo ya médico le permitia el ejercicio de su profesion, bien persuadido que sin estos conocimientos auxiliares no se puede adelantar mucho en las ciencias.

Apenas hubo concluido su carrera cuando principió á darse á conocer en varias oposiciones y concursos literarios, demostrando sus talentos y la ventaja que hacia á los que habian desatendido los buenos estudios. La primera vez que se presentó en público fué en la oposicion que hizo en el hospital de Valencia en 1734 á la plaza que llamaban de bachiller. En ella mereció un general aplauso; pero, como sucede generalmente en estos concursos, no le dieron la plaza, por lo que el canónigo D. José Castelví, uno de los vocales, le regaló en compensacion el costo de grado de doctor, ya que no podia darle el empleo á que le juzgaba acreedor de justicia.

Recibió, pues, la borla á principios de mayo de 1734, y posteriormente hizo otras oposiciones en el mismo hospital y en la universidad, donde á poco tiempo fué nombrado académico público de medicina por el claustro de ella. Entonces comenzó á introducir el conocimiento de los autores modernos, y procuró mejorar el gusto de los estudios médicos, para cuyo fin compuso y publicó en 1735 la obra titulada *Medicina vetus et nova*, en que se propuso demostrar que de los antiguos y de los modernos se ha de sacar la verdad, sin sujetarse á secta médica alguna. Esta obra mereció muchos elogios, y la Academia médica de Madrid, en vista de ella, le nombró su individuo honorario en 1739.

El ayuntamiento de la ciudad de Valencia, como patrono de aquella escuela, dió á D. Andrés la cátedra de anatomía en 1742, despues de una oposicion muy concurrida, y desde entonces comenzó á adoptar el sistema del mecanismo, como mas conforme que el galénico con los principios de filosofía que habia adquirido en la lectura de los autores modernos.

Aumentábase de dia en dia el ventajoso concepto de los grandes conocimientos de D. Andrés, y el crédito de práctico consumado que debia al estudio de los padres de la medicina Hipócrates, Galeno, Areteo, etc., cuyas observaciones juntaba á las de los modernos y á las propias, prescindiendo de todo sistema. Movida la ciudad del mérito de D. Andrés, le nombró su médico titular en 1742, y le confió varias comisiones para contener algunas epidemias en diferentes lugares del reino de Valencia.

Para que sus discípulos se instruyesen en la filosofía moderna, se dedicó á escribir algunas obras de esta ciencia en lengua castellana; y así en 1745 publicó en un tomo la *Física moderna racional y esperimental*, que dedicó á D. Blas Jover, ministro del real y supremo consejo de Castilla, y fiscal de Cámara. Quiso D. Andrés añadir á este tomo otro segundo para que en los dos se hallase cuanto necesitan saber los que se dedicaran al estudio de la medicina, y aun despues pensó tambien refundir y perfeccionar esta obra, pero no llegó á ejecutar este pensamiento. Con el mismo objeto de instruir á sus discípulos escribió la *Lógica moderna ó arte de hallar la verdad y perfeccionar la razon*, cuya obra dedicó al Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, primer secretario de estado y del despacho.

Luego que salió la Física se divulgó por Valencia una carta anónima en la cual se reprendian algunas voces que habia usado el autor, y al de la carta no le parecian castellanas. Don Andrés contestó imprimiendo las *Cartas apologéticas por la Física moderna*. No se dió respuesta á este escrito, y quedó así esta contienda; pero se le suscitó á D. Andrés otra sobre calificar la enfermedad que padecia un escribano de Valencia, la que dió ocasion á que se publicasen varios escritos, así por parte de D. Andrés como de sus contrarios, que eran catedráticos de la universidad. Don Andrés trató de cortar esta controversia que se iba prolongando mucho, con el papel que imprimió titulado: *Noticias del parnaso sobre los escritos del doctor Nicolau, comunicadas por D. Matías de Llanos, cirujano latino, al doctor Andrés Piquer, en carta de 2 de julio de 1748*.

En 1751 recibió D. Andrés una carta del marqués de la Ensenada para que fuese á servir el empleo de médico de cámara supernumerario, y al punto de haber llegado á Madrid se le comunicó que su destino era estar de prevencion por si á S. M. se le ofrecia llamarle en alguna ocasion para su asistencia. En el año siguiente le hizo el rey la gracia de proto-médico, y en la carta-órden de aviso se le comunicó que sirviese el empleo de vice-presidente de la real Academia médica de Madrid.

Siendo juez y censor del proto-medicato, procuró la reforma de los exámenes y el buen órden en algunos particulares pertenecientes al gobierno de aquel tribunal, sobre lo cual dejó algunos manuscritos curiosos, como tambien algunos dictámenes que el proto-medicato habia de dar á varias consultas del gobierno sobre asuntos de su inspeccion.

Aconsejado de algunos amigos que deseaban hubiese en nuestro idioma una obra de Filosofía Moral cuya falta se notaba, compuso y publicó en 1755 la que lleva este título, la cual fué aplaudida generalmente y bien recibida como útil para instruccion de la juventud, á quien la dedicaba su autor. Sin embargo, no faltaron algunos que llevaron á mal su filosofía tanto en materias teológico-morales, y que para comprobacion de ellas se citasen autores gentiles. Quiso D. Andrés satisfacer á esta censura parto de lo ignorancia, y dió á luz dos años despues un escrito con este título: *Discurso sobre la aplicacion de la Filosofía á los asuntos de religion*, el cual mereció la aprobacion de los sábios, pero no le faltaron algunos impugnadores, á los cuales no quiso responder su autor porque creia que era perder el tiempo tratar de satisfacer á tales censores.

En el mismo año que publicó D. Andrés este discurso, principió á dar á luz las obras de Hipócrates mas selectas con el testo griego y latino, puesto en castellano é ilustrado con las observaciones prácticas de los antiguos y modernos.

En 1758 fué llamado don Andrés para asistir á la reina doña María Bárbara de Portugal que se hallaba en Aranjuez, á donde pasó juntamente con el doctor D. José Suñol, primer médico de cámara. La reina falleció de aquella enfermedad en 27 de agosto, y don Andrés se restituyó á Madrid; mas por el mes de noviembre tuvo otro aviso para ir á Villaviciosa á celebrar una consulta con los demas médicos que residian su palacio sobre las dolencias que padecia el rey D. Fernando VI, y luego se tornó á Madrid. A pocos dias volvió á ser llamado para permanecer en el sitio y continuar en la asistencia del rey con los demas médicos, la que duró por espacio de mas de ocho meses hasta que falleció el rey en 10 de agosto de 1759. Sobre la enfermedad de este monarca escribió un discurso que fué una de las mejores producciones que dejó manuscritas.

En 1760 asistió D. Andrés á la reina doña María Amalia de Sajonia, gravemente enferma en el Buen Retiro, juntamente con los demas médicos de cámara, y los de la reina madre doña Isabel Farnesio; mas á los quince dias falleció aquella señora con gran sentimiento de toda la nacion.

En 1768 leyó en Academia médica un discurso refutando el sistema del mecanismo, el cual no dejó de causar estrañeza á algunos académicos, así por la reprobacion de él, siendo como era tan seguido en toda Europa, como porque el mismo D. Andrés lo habia adoptado en su juventud, y enseñádolo á sus discípulos cuando regentaba la cátedra de la Universidad de Valencia; pero esta conducta de don Andrés es su mayor elogio, que desechó sinceramente, movido de su grande amor á la verdad, lo que por falta de estudio y de esperiencia habia abrazado en su juventud sin la debida madurez.

En 1770 fué nombrado por el consejo de Castilla, uno de los censores en el concurso de oposicion á las cátedras de filosofía moral, lógica y física que se habian fundado en san Isidro de Madrid, y el año siguiente cuando se hallaba ocupado en esta comision, fué llamado para asistir al infante D. Francisco Javier de Borbon que se hallaba en Aranjuez y padecia viruelas, á cuya violencia sucumbió al octavo dia de su enfermedad.

En este año reformó D. Andrés la primera edicion de su lógica, é hizo otra edicion de ella por la falta que habia de ejemplares. Este fué su último escrito; porque á fines de 1771 se le agravaron mucho sus males, y á mediados de enero del año siguiente se sentia muy delicado del pecho con tos contínua que le duró algunos dias, hasta que el 30 del mismo mes le sobrevino una calentura muy aguda con gran postracion de fuerzas, manifestándose un catarro pulmonal. A vista del peligro que amenazaba su vida, recibió los Sacramentos con muestras de gran devocion y espíritu religioso, virtudes que siempre brillaron en todas sus acciones y escritos, y falleció el dia quince de su enfermedad, 3 de febrero de 1772, á los 60 años, dos meses y 22 dias de edad. Fué sepultado, segun lo habia dispuesto, en el convento de PP. Agustinos descalzos de Madrid, donde se le puso una lápida, cuyo epitafio compuesto por su erudito amigo D. Gregorio Mayans, dice asi:

D. O. M. S.

Hic requiescit corpus
Andraeae Piqueri archiatri
Pietate, doctrina, scriptis
clarissimi.
Vixit annos LX, menses II, dies XXII
Obiit III nonas februarias
Anni MDCCLXXII.
Patri optimo
Filii gratissimi PP.

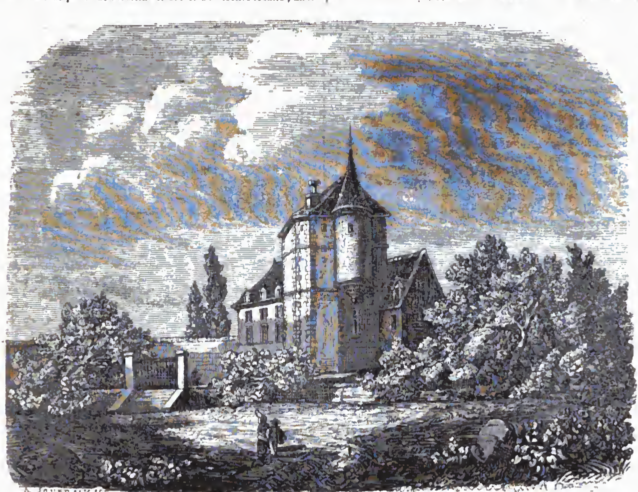
La Universidad de Valencia honró la memoria de un catedrático que tanto se habia esmerado en la enseñanza, celebrándole unas solemnes exequias, en las cuales pronunció la oracion fúnebre en latin el catedrático de prima de medicina el doctor D. Vicente Adalid, discípulo que habia sido de D. Andrés, y despues se colocó su retrato, segun costumbre, en el teatro de aquella universidad, que tributaba entonces este honor á los hombres eminentes en virtud y letras.

Tuvo don Andrés varios hijos, de los que solo tres le sobrevivieron, habidos en su esposa doña María Vicenta Noguera, hija del doctor D. Miguel Noguera, uno de los médicos mas acreditados de Valencia, con la que habia contraido matrimonio en 1736. A pesar de sus cargos, comisiones y tareas literarias y ejercicio de su profesion, nunca descuidó el gobierno de su casa y familia, ni la educacion de sus hijos, á cuyo deber no creyó podia faltar por mas ocupado que estuviese, conducta que no suelen imitar los hombres de negocios y de letras.

Era D. Andrés Piquer de mediana estatura, de agradable semblante, y de temperamento melancólico, el cual le ocasionó desde niño muchas indisposiciones de estómago, lo que contribuyó á que toda su vida fuese muy moderado en el uso de los alimentos. Fué dotado de singular ingénio y de talento, de tenaz memoria, y de juicio sólido y recto. Su trato era agradable, y su conversacion amena é instructiva. Inclinado por temperamento y por educacion al estudio y á la virtud, la observacion de las obras admirables de la naturaleza fueron siempre su distraccion y recreo, teniendo por máxima, que la lectura y la instruccion son el alimento del alma como los manjares lo son del cuerpo.

Desde el tiempo de este célebre médico, la ciencia que profesó ha visto levantarse y caer no pocos sistemas y teorías, y ha hecho á la vez grandes y admirables adelantamientos; pero nada de esto ha podido empañar la fama del doctor Piquer que será siempre celebrado á par de los Sedenham, Valles, Duret, Laguna, Tozzi, Boheraave y Pinel, y Broussais.

LUIS MARIA RAMIREZ LAS CASAS-DEZA.



Plessis-les-Tours.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO II.

La academia de la infanta doña María.

....

....

No hallamos medio de empezar este capítulo sin interrumpir la lectura de un poema que está leyendo Luisa Sigea en el gabinete de la infanta doña María.

La infanta doña María era en Lisboa la única dama que prestaba atencion á los literatos en el siglo décimosesto, y por eso en torno de ella se agrupaban todas las celebridades asi del reino como estrangeras.

Se hallaba la infanta doña María en lo mas hermoso de su juventud, y en lo mas brillante de su talento.

Dice una apreciable escritora inglesa que nada hay mas difícil de hallar que una literata que no sea *fea ni vieja*. Efectivamente, parece

que las letras dan á los rostros femeniles el barniz de la fealdad y de la vejez. Parece que la naturaleza se complace en castigar la ambicion de las mugeres eruditas, marchitando en flor sus encantos y haciéndolas *ridículas* desde que se hacen *sábias*. La mayor parte de las celebridades inglesas llevaron peluca y anteojos desde los 25 años. Una francesa hubo que á los 20 se quedó sin dientes y sin pestañas. Algunas como *Jorge Sand* se salvan por la transformacion del sexo, pareciendo lindos muchachos. Muy pocas son las que pueden conservar el adjetivo de *lindas mugeres*. Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas: la infanta doña María, y Luisa Sigea. *Lirio é rosa de candura* llamaban á la infanta precisamente cuando se hallaba estudiando latin, y presidiendo con su corte de damas la única academia literaria que como hemos dicho habia por entonces en la córte de Portugal.

¡Oh! era preciso ser muy bella, muy graciosa, y muy sencilla para presidir como la infanta á un certamen de doctores, de sábios, de poetas y de pedantes sin escitar la risa.

Discípula del docto Agustino Suarez y del venerable obispo de Coimbra, era doña María muy entendida en el conocimiento de la filosofía y de la sagrada escritura; pero ambicionaba poseer una basta erudicion, y para dedicarse al estudio de las lenguas doctas, habia hecho venir á su córte á la literata Luisa Sigea.

Dos veces á la semana admitia en sus salones á las gentes de letras, y precisamente esta noche se hallaban mas que nunca concurridos. Asistian entre otros caballeros el obispo de Agdas, embajador de España, dos prelados portugueses de reconocida sabiduría, el célebre Juan de Barros, D. Francisco Saa de Miranda, Jorge Montemayor, D. Hernando de Acuña, Luisa Sigea, y un gran número de nobles damas.

Habíanse discutido los puntos mas difíciles del arte, y se habia puesto en tortura el ingenio para que confesase cada cual sus pecados, de poesía cuando llegó su turno á la escritora de Toledo. Leia esta, como decíamos, el primer canto de su poema describiendo á Cintra (1) cuando hemos empezado este capítulo interrumpiendo sus octavas. El lector ha debido oir claramente los versos del poema, y damos por supuesto que aplaude y la invita á continuar. Pero la Sigea se ha turbado, y todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo 2.° viniese á interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar á la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros ha entrado en el salon de la princesa D. Mariano Enriquez, el caballero español que visitó á la Sigea esta mañana; *el amante de la estátua* para esplicarnos de una vez.

Saluda profundamente á S. A., hace á los demas una ligera inclinacion, y escoje para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistia en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oida su negativa dijo:

—Si la ilustrísima señora no prosigue, y S. A. me da permiso leeré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito á un *buen caballero* y *mal poeta*, añadió D. Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Leyó el clásico Lusitano su égloga á Nemoroso, que duró cinco cuartos de hora y cuya conclusion fué:

....

Pelayo. (2)
Suso, Suso, á cantar sin mas escusa.
Salicio.
Taña Bras, yo diré de Laso nuestro
con buen ayuda suya y de las musas
Con grande perdon suyo y grande nuestro.

Enjugó el clásico Lusitano el sudor que corria por su frente, y el auditorio fatigado se entregó al reposo que tanto habia menester. Los semblantes de los caballeros revelaban el disgusto y la impaciencia: los de las damas el tédio. Pero levantóse D. Hernando de Acuña y desdoblando un papel, leyó lo siguiente:

A un buen caballero, y mal poeta. (3)

De vuestra torpe lira
ofende tanto el son que en un momento
mueve al discreto á ira
y á descontentamiento;
á vos solo señor os dais contento.
Yo en ásperas montañas,
no dudo que tal canto endureciese
las fieras alimañas
ó á risa las moviese,
si natura el reir las concediese.
Y cuanto habeis cantado
es para echar las aves de su nido;
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reido
de veros tras Apolo andar perdido.
¡Ay de los capitanes,
en las sublimes ruedas colorados,
aunque sean Alemanes,
si para ser loados
fueran á vuestra musa encomendados!
¡Mas ay, señor, de aquella,
cuya beldad de vos fuere cantada!
que vos dareis con ella
do verse sepultada
tuviese por mejor que ser loada.
Que vuestra musa sola
basta á secar del campo la verdura,
y al lirio y la viola
do hay tanta hermosura,
estragar la color y la frescura.
¡Triste de aquel cautivo
que á escucharos señor, es condenado!
que está muriendo vivo,
de versos enfadado,
y á decir que son buenos es forzado.
¿Pues qué podrá decirse
de quien de versos llenos de aspereza
no quiere arrepentirse,
y para tal dureza
anda sacando fuerzas de flaqueza?
Señor, unos dejaron
fama en el mundo por lo que escribieron,
y de otros se burlaron,
que en obras que hicieron
ageno parecer nunca admitieron.
Palabras aplicadas
podrian ser estas á vuestra escritura;
pero no señaladas,
porque es en piedra dura,
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una esplosion de risa. Solo Miranda conservó su gravedad no habiendo entendido la alusion, y preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada á los preceptos clásicos. Hizo notar á D. Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiracion; pausa muy perjudicial á los verses que seguian. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo á su parecer haber dos puntos; y empeñó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesía, entablaban con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué D. Mariano Enriquez, que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardin? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió á la escritora una inquieta mirada, y tartamudeó la respuesta:

—Si..... es decir, no..... Llegué á la fuente..... ¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose á sonreir.

—Perdonad si soy indiscreta.

—¡Ah, no, jamás sereis indiscreta! pero... ¿habeis ido á la fuente?

—No.

Respiró D. Mariano y quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardin para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? esclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Si, sobre la fuente donde estaba la estátua.....

—Donde estaba..... habeis dicho, luégo sabeis?....

—Que ya no está.....

—¿Y qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el jóven.

—¿Qué mas hay? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada..... nada mas.

—Creed que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? esplicaos.....

—Era una hermosa estátua.

—¡Oh Dios mio, os lo han dicho todo y os burlais de mi!....

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo muy justo; sois un verdadero artista.

(1) Obras de Luisa Sigea.
(2) Poesias de D. Francisco Saa de Miranda. *Biblioteca de Lisboa.*
(3) Poesias de D. Hernando de Acuña. *Parnaso Español.*

Callaron y el español pareció absorto en sus cavilaciones; al fin dijo:

—Nada mas sabeis..... ¿no es verdad?... habladme ingénuamente.

Luisa hizo un movimiento negativo.

—En esta pequeña córte todo llama la atencion, añadió Enriquez; así que casi celebro que hayan quitado la estátua.

—¡Si!.... ¿llevais á bien esta disposicion de S. A. doña Maria?

—¡Qué! ¿sabeis que ha sido doña Maria?

—Ciertamente.

—¿Luego sabreis el motivo?...

Mientras hablaba dirigia Enriquez á la escritora miradas oblicuas para ver si sorprendia algun gesto; pero el semblante de la Sigea permaneció impasible, y D. Mariano acabó de tranquilizarse con estas palabras:

—Señor, creo que la disposicion de S. A. no tenga relacion con vuestras visitas á la fuente. Cualquiera que sea la singularidad de estas visitas, S. A. no manifestaria su desagrado destruyendo la estátua, sino fuese porque le ha dado la idea de colocar su busto en el jardin. Podeis estar tranquilo acerca de vuestro secreto.

—¿Qué secreto, señora?

—El de vuestro entusiasmo por la estátua, contestó la Sigea impacientada por la suspicacia y reserva del jóven.

—¡Ah sí!

Todavia siguieron hablando la escritora y Enriquez, pero los gritos de Miranda confundian su conversacion.

—¿Que no hay cacofonia, señor D. Hernando, que no hay cacofonia en *mirando-os..... o-os o-os*?.... ¿Pues qué llamais á estas dos *oo*, señor D. Hernando?

—Pero señor D. Francisco, ¿es posible que os llame la atencion la cacofonia, y que no os la llame la oportunidad de los versos?

—Es que no conozco al poeta contra quien se han escrito.

—¡Señor D. Francisco!

—Por mi honor que no le conozco... ¡Ah! prosigió bajando la voz —ya caigo. ¡Qué diablura! Es un inocente este Montemayor.

Jorge Mentemayor no era hombre á quien se le escapaba palabra alguna por muy baja que se pronunciase cuando aludia á su persona, y habiendo adivinado por el eco y por el gesto de Miranda lo que habia dicho, se volvió bruscamente al escritor diciendo:

—Esa sátira no es contra mí, señor D. Francisco, sino contra vos.

—Ciertamente, repuso con la mayor calma D. Hernando de Acuña.

Hinchóse el portugués como la vela de un buque al soplo de Levante, y dijo á D. Hernando de Acuña reventando de ira y acudiendo al portugués para espresar con mas rapidez y soltura su terrible indignacion.

—*De me matar fecera mui mellor... ¡Deus! ¡Deus!*

—Señor D. Francisco, ¿no os dije cuando me leisteis los primeros versos que iba á satirizar la égloga á Nemoroso? os lo dije delante de S. A. que rió mucho de mi oposicion.

—Hum... continuaba el otro—*á esta coita nunca eu vi par!*

—Señor D. Francisco—dijo Montemayor—tomad con mas calma la poesia y no os pongais así.

—¡*Uf Deus!!*

Enteróse la princesa de aquella cuestion y llamó á Miranda queriendo serenarlo. Pero él esclamó mirándola como un insensato:

—*¿Qué farei eu?..., Por Deus que mi ó digades...*

La presencia de un caballero que en aquel punto entró, hizo callar á todos. Vestia luto desde el cabello hasta la planta. Andaba gravemente y parecia absorto en sus meditaciones. Era tan jóven que todavia en su rostro pálido no se dibujaba mas sombra de bello que la que proyectaban sus cejas. Pero estas eran tan fuertes que daban á los grandes ojos del enlutado una energia maravillosa. Un gesto irónico y amargo entreabria sus labios gruesos y descoloridos. Su trage, su andar, su tristeza esparcian el silencio. Su fisonomia atraia la curiosidad.

¿Quién era aquel hombre casi niño que producia en los ánimos tan repentina sensacion?

Llegóse á la princesa y besó su mano pronunciando en voz muy baja algunas palabras que solo la princesa pudo oir. Despues saludando á las damas con la cabeza y tendiendo la mano á los escritores, dijo con una voz que naturalmente solemne bibraba en aquel instante con un sonido de honda conmocion.

—¡Adios, amigos mios! mañana parto á la India. Acordaos de Luis do Camoens!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

LA SEMANA SANTA.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE SUS PRINCIPALES CEREMONIAS.—COMO SE CELEBRAN EN ROMA.

Solemne conmemeracion de los hechos mas portentosos que las historias relatan, poético resúmen de las grandezas de nuestra religion sacrosanta es el imponente y grave ceremonial con que la Iglesia católica reviste sus actos durante la última semana de Cuaresma. Es un fecundo manantial de místicas impresiones para el cristiano devoto y profundamente impuesto en los misterios de su fé, que absorviendo los sentidos en un recogimiento suave, remonta el alma á la contemplacion intuitiva del mas interesante drama que han producido los siglos. Y si con detencion se examinan esas demostraciones religiosas que, establecidas gradualmente, han venido á formar con el tiempo un cuerpo homogéneo de sagrados ritos, ofrecen aun al curioso, indiferente en materias de fé, un vasto campo de observaciones históricas y tradicionales, que no carecen de atractivo. Muchos son, por otra parte, los que acostumbrados desde su niñez á presenciar esas grandiosas ceremonias, ven solo en ellas una multiplicidad de prácticas convencionales, dispuestas de manera que produzcan una impresion vigorosa, si bien saludable, en el ánimo de los fieles: é indudablemente, tal es en efecto; pero preciso es reconocer que la mas insignificante de aquellas es un monumento histórico de mas ó menos remota antigüedad, y que ninguno de esos ritos debe nada al capricho del hombre, ni su conjunto es una mera pompa sin procedencia ni significado.

El principal objeto de la Iglesia en este período es recordar por medio de una representacion visible el patético misterio de la Redencion del género humano, el imponderable sacrificio del Hijo de Dios, y aquellos rasgos culminantes de amor y mansedumbre, de humildad y grandeza en un solo ser enlazadas, que simbolizan el carácter del cristianismo y revelan al hombre su emanacion divina. Las formas esteriores de esta conmemoracion poseen un alto grado de belleza y sublimidad, cuya influencia es ejercida en virtud del sentimiento religioso que prevalece en los ánimos, es verdad; pero aun prescindiendo de este sentimiento, deben la energía de su accion á la consonancia exacta en que se encuentran con relacion á los sucesos de que son imperfecta imágen. El grave aparato de consternacion y de luto que, como parte del ceremonial religioso, se despliega en estos dias, no puede menos de convenir á las escenas de dolor que traen á la memoria las del cruento drama de la Redencion; pues mal podria armonizarse con este una frívola apariencia, cuando al consumarse la grande obra todos los seres de la naturaleza dieron muestras sensibles de pavor y de quebranto. Predomina por lo mismo en la Iglesia, y se comunica á los fieles el espíritu de afliccion y melancolía que debe infundir el recuerdo de la pasion y muerte de Cristo; y en este sentido, las ceremonias de que hablamos se hacen comprensibles para todos, pero en su complicacion aparecen algunas que son de pocos entendidas, porque los mas no se han detenido á estudiar su orígen, historia, carácter y significado.

A dilucidar estos estremos, en cuanto lo permita la estension de nuestros conocimientos, pero sin detenernos, para no ser ser prolijos, en todas las numerosas minuciosidades del rito, se encaminan nuestros esfuerzos en el presente artículo: y como para dar una idea exacta de las ceremonias y de su orígen y objeto, conviene describirlas de paso y estudiar su índole filosófica, hemos creido oportuno referir al mismo tiempo cómo se celebran en Roma; pues resultando así menos árido nuestro trabajo, por la curiosidad que existe en los que no conocen varias de ellas, esclusivamente peculiares de aquel centro de la cristiandad, se facilita la esplicacion de las mismas, por ser allí mayores que en otras partes su rigorismo, magnificencia y pureza.

Este período religioso, generalmente designado con el nombre de Semana Santa, tiene en la Iglesia latina el de Semana Mayor (*Major hebdomada*) el mismo que antiguamente se le daba entre los griegos, segun testimonio de San Juan Crisóstomo, denominacion que denota su importancia y revela el espíritu transcendental que desde los tiempos primitivos animó á los cristianos al solemnizar los mas memorables hechos de su fé. Nótase la singularidad de que los alemanes, atendiendo sin duda á la idea que predomina en este tiempo santo, le llaman *charwoche*, palabra de dudosa etimologia, pero que puede traducirse por Semana de Dolores, de *char karr*, que significa dolor ó pesar; y tambien algunas veces *marterwoche*, ó sea semana de tormentos. Pero unos y otros nombres concuerdan con los sucesos conmemorados en esta semana, segun la diversidad de sentimientos que deben inspirar al cristiano contemplativo.

En todos los pueblos católicos, pero especialmente en Jerusalen y

en Roma, son altamente poéticas las ceremonias de la Semana Santa, y sobre todo en la segunda de aquellas ciudades no carecen de cierto efecto dramático.—No hablamos de algunos usos introducidos indudablemente por el ascetismo y la devocion, y que en su tiempo serian muy meritorios; pero que, materializando los mas elevados misterios, lejos de sublimarlos con la idealizacion de su grandeza, los deprimen á los ojos del pueblo, equiparándolos á los mas vulgares prestigios, y que por lo mismo deberian desaparecer á medida que la ilustracion adelanta: nos referimos solamente al rito consagrado por la Iglesia.

La ceremonia de la bendicion y distribucion de palmas, propia del *Domingo de Ramos*, con que se conmemora la entrada triunfante de Jesus en Jerusalen, no es ni puede ser de las mas antiguas, atendido el acto de publicidad que se quiere; pues sabido es que los cristianos en los tres primeros siglos de la Iglesia sufrieron graves persecuciones, y no podian celebrar sus actos religiosos sino en lugares ocultos y á escondidas de sus feroces perseguidores. Sin embargo, ya desde tiempo inmemorial se acostumbraba en Oriente llevar palmas y ramas de olivo á la iglesia el sábado de San Lázaro, víspera del Domingo de Ramos, y en Constantinopla distribuia el emperador palmas á todos sus cortesanos con grande solemnidad.—Es, pues, muy probable que la institucion de esta ceremonia date de la época del imperio de Constantino, en que el cristianismo fué declarado la religion dominante, y aunque no se puede afirmar, es de creer que el triunfo de la fé de Cristo sobre los errores del paganismo suscitase la idea de reproducir la escena de la entrada del Salvador en la ciudad santa, que no deja de ofrecer analogía con aquel suceso.

Aunque, segun Martene, no consta que se celebrasen las ceremonias de este dia en la Iglesia romana con anterioridad á los siglos VIII ó IX, ha sido refutado este aserto por el cardenal Tomasí, Meratus y otros, y es preciso concederles mas antigüedad, pues el calendario romano publicado por el mismo Martene como perteneciente al siglo IV ó V, hace mencion de las palmas: además, en los sacramentales de San Gregorio, la oracion menciona los ramos de palma que llevaban los fieles en la mano.

Segun aparece de documentos antiguos publicados por Mabillon, la bendicion de palmas para la capilla pontifical se efectuaba en una pequeña iglesia situada cerca del campanario del antiguo Vaticano, y por eso llamada Nuestra Señora de la Torre, desde donde salia la procesion que terminaba en el altar mayor de San Pedro. En la actualidad la funcion principal del Domingo de Ramos se celebra en la capilla papal llamada *Sixtina*, y da principio al oficio divino, cantando el *Hosanna filio David*, un coro exactamente igual á los del foro griego en los mejores tiempos de sus representaciones dramáticas.—Coincide con la presuncion arriba emitida sobre el orígen del ceremonial de este dia la leccion del Exodo que el diácono lee en seguida, y en la cual Dios, despues que los israelitas hubieron descansado á la sombra de las palmeras de Elim, les promete redencion completa del yugo egipcio, siendo esto á la vez una bella alegoría del próximo cumplimiento de las promesas hechas por Dios á su pueblo. Entra de nuevo el coro, como preparando la esposicion de futuros sucesos, y relata la conspiracion de los sacerdotes judíos contra Jesus y la profecía de Caifás de que un individuo debia morir, para evitar la perdicion del pueblo todo; despues de lo cual el diácono manifiesta de lleno el objeto de la festividad, proclamando la entrada triunfante de Jesu-Cristo en Jerusalen, por medio del Evangelio que canta.—El Papa, que oficia en persona, procede á la bendicion de las palmas, y distribuidas estas entre los circunstantes, se representa al vivo el triunfo del Salvador en una procesion solemne que se verifica en el vasto y magnífico salon del Vaticano, conocido con el nombre de *Sala Régia*, el cual está situado entre las dos capillas Paulina y Sixtina, llamadas así por los Papas que las erigieron.

El aparato de esta ceremonia es notable por su esplendor y por otras particularidades, que se nos permitirá describir ligeramente. El Sumo Pontífice sentado en unas andas primorosamente labradas y cubiertas con un riquísimo dosel, es paseado en hombros de sacerdotes alrededor de la Sala Régia: le rodean los altos dignatarios de la Iglesia, los cardenales, arzobispos y obispos y el clero superior todos de gran gala; contribuyendo no poco á dar una brillante animacion á este acto las palmas que ondulan en las manos de la fastuosa comitiva, el brillo de las cruces, báculos y demas insignias religiosas de preciosos metales hechas, las innumerables hachas encendidas, la magnificencia del salon, y por último la grande orquesta que acompaña al armonioso coro. Dada la vuelta á la Sala Régia, y al llegar la procesion á la puerta de la capilla, la encuentra cerrada, demostrándose así como las puertas del cielo estaban cerradas para el pecador. Un medio coro canta desde dentro los dos primeros versos del himno de Teófilo, del mismo modo que los cantó él en su prision, y el coro lleno responde desde fuera en el mismo tono; hasta que, terminado el himno, el subdiácono golpea la puerta con el asta de la cruz que lleva en la mano, y aquella se abre, denotando así, que por medio del Sagrado Madero, instrumento de nuestra Redencion, se corrieron los cerrojos del cielo: entonces penetra la procesion en la capilla, mientras el coro canta la entrada triunfante de Cristo en la ciudad santa.

La misa difiere poco de la de los demas domingos del año, si se esceptua el canto de la Pasion que sustituye al de los Evangelios, y que se efectua de un modo particular y análogo á la declamacion melódica de la tragedia antigua. Ejecútase por tres interlocutores de voces diferentes y un coro, que se distribuyen las partes de este modo: la narrativa es recitada por uno de aquellos en voz de tenor, clara, distinta y ligeramente modulada: otro con voz de bajo llena y solemne canta las palabras del Salvador, enriquecidas con variadas cadencias, ora espresivas, ora graves, y cuya gracia y suavidad se aumentan en las frases interrogativas; y el tercero con voz de contralto y en un estilo de familiaridad coloquial, pronuncia las que corresponden á cualquiera otra persona. El efecto de estos cánticos dialogados es verdaderamente dramático: la música sencilla y adecuada al objeto, si bien cadenciosa y bella, da un sabor fresco y á la par melancólico al conjunto, que arrebata y absorve la atencion de los sentidos. Pero el complemento de esta recitacion dramática es el coro, que hace las veces del pueblo judáico ó de cualquier otro número colectivo de individuos cuando á estos les toca hablar en la historia de la Pasion. Estos coros sumamente armoniosos y de una verdad efectiva y enérgica fueron compuestos en 1585 por el español Tomás Luis de Victoria, natural de Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, el mas distinguido maestro de la Iglesia romana, cuyo célebre *Stabat Mater* se canta durante el ofertorio. Lo restante del oficio divino es igual al de los demas dias del año.

Antes de concluir con lo relativo el ceremonial del Domingo de Ramos, creemos oportuno observar dos circunstancias que se notan en el modo de celebrarse en Jerusalen. Es la una la de comenzar estos actos religiosos el sábado anterior por una larga procesion ó visita solemnísima á todos los santos lugares, lo que parece ser una reminiscencia de la primitiva costumbre del Oriente que mas arriba hemos apuntado, al hablar del origen de la bendicion y distribucion de palmas, pero que hoy no tiene ninguna relacion con aquella, sino que es como un ejercicio preparatorio para entrar en esta semana de dolor. La segunda se refiere á la forma local con que se practica el domingo la procesion de palmas. Reunidos todos los religiosos en el convento del Salvador, se encaminan á Betphage, distante una legua de Jerusalem á la bajada del monte Olivete por la parte de Oriente atravesando antes el valle de Josafat. Despues de predicar el misterio, el guardian se reviste de roquete y estola y toma una palma, y poniendo los religiosos sus manos sobre una jumentilla, que al efecto tienen preparada, entonan todos los fieles el *Benedictus qui venit*, etc. En seguida sube la comitiva á los montes Olivete y Sion, entrando por la puerta de este nombre, á causa de estar cerrada la de Aurea, por donde Ntro. Señor hizo su entrada: la procesion se dirige al convento, donde es recibida por los religiosos cantando el *Te-Deum*.

Aunque el lunes y el martes tienen sus oficios y devociones privados que no carecen de atractivos ni de interés religioso, en ellos no hay cosa que llame la atencion pública, que no seria conmovida hasta el jueves en que aquellos toman un carácter imponente y significativo, á no ser por la práctica introducida de transferir á las vísperas ciertas ceremonias que en su origen primitivo eran celebradas á la primera hora de la madrugada siguiente. Por esto tienen lugar en la tarde del miércoles los rezos conocidos con el nombre de *Tinieblas*, cuya institucion es antiquísima.

En los tiempos de persecucion celebrábanse los sagrados ritos durante la noche para mayor seguridad de los fieles. Desde entonces se acostumbra dividir las oraciones que la Iglesia prescribe á sus ministros en diferentes porciones, que toman el nombre de las horas á que aquellas eran recitadas antiguamente. La mayor parte correspondian á la noche, y se dividian en *Maitines* y *Laudes*. Las *Tinieblas* no son otra cosa que la oracion de Media noche de aquella edad primitiva, la cual continuó recitándose á dicha hora por muchos siglos, y á la misma se rezan aun en los tiempos modernos los *maitines* ú oracion matutina por algunas comunidades religiosas. Variada la práctica de recitar esta parte del oficio divino á media noche, es costumbre hacerlo el miércoles por la tarde en lo correspondiente al jueves, y así sucesivamente en los demas dias.—Compónense estos rezos de varios salmos y lecciones tomadas de la Sagrada Escritura y de los padres antiguos, y se distribuyen en partes que se denominan *nocturnos*.—Viéndose los primeros cristianos obligados á usar velas para sus devociones durante la noche, hubieron de disponerlas del modo que produjesen mejor efecto, y de aquí provino el uso del candelero triangular, en que se colocan cierto número de velas, que se van apagando gradualmente al final de cada salmo, hasta quedar en una mística oscuridad á la conclusion de los oficios. Estas velas suelen ser por lo comun trece amarillas y una blanca colocada en la cúspide del candelero, la cual, apagadas ya todas las otras, arde sola durante la última parte

el rezo; y supónese, aunque no se puede afirmar, que esto se hace en conmemoracion del abandono en que los apóstoles dejaron á Jesus, legado el momento de su pasion. Coincide con esta esplicacion el ruido que se produce despues de terminado el oficio con el canto grave y solemne del *Miserere*, significando la conmocion de la tierra y el trastorno de la naturaleza en el momento de espirar el Redentor del mundo.

Las ceremonias del Jueves Santo son indudablemente las mas poéticas de toda la semana, religiosamente consideradas, como que se encaminan á recordar los actos mas profundos de amor y humildad que puede concebir la inteligencia humana. Con efecto, ¿existe algo mas sublime y consolador que la institucion del Sacramento de la Eucaristía? Si la fé nos faltase para considerar como Dios al dispensador de tan afectuosa gracia, ella sola bastaria para que el mas incrédulo inclinara su frente, confundido ante un rasgo de amor, que por sí solo escede á todas las grandezas y prodigalidades de la tierra. Dar su cuerpo y sangre en alimento á los demás, solo es empresa de un Dios: el hombre apegado á las miserias de este mundo, ni aun puede calcular la inmensidad de tan generosa idea.

A celebrar la instucion del Smo. Sacramento se dirige el oficio de Jueves Santo por la mañana, y por eso consiste en una misa solemne, que en nada difiere de las de los demás dias: por la misma razon la Iglesia ha conservado para su celebracion el uso de las vestiduras blancas, contra la práctica de este tiempo de penitencia y de luto; pues aunque desde la segunda mitad del siglo XIII (1262) se halla creada la festividad del *Corpus* con igual objeto, se ha respetado la costumbre antigua, por ser aquella institucion la mas culminante muestra de amor hácia el hombre que diera nuestro Divino Salvador, el sello del Nuevo Testamento, y el mas fuerte vínculo entre Dios y la humanidad.—En los tiempos primitivos era diaria la comunion de los fieles, que hoy se limita á los ministros del altar, y que, como es sabido, se estiende á todos en la general del Jueves, que se recibe de un modo especial conmemorativo de la celebracion de la Pascua. En Roma esta comunion es administrada por el Papa con gran solemnidad el domingo de Pascua de Resurreccion, con otras particularidades que se dirán mas adelante.

Para enlazar de un modo histórico este grande y memorable suceso con los demas que se siguieron en los últimos dias del Hombre-Dios, despues de la misa es llevada en procesion la Hostia consagrada, depositándola en un altar brillantemente iluminado, que constituye el santo sepulcro, y por esto se le dá el nombre de *Monumento*.

En Roma está destinada para este objeto la capilla Paulina, desde la cual procede el Papa á la gran galería situada sobre el pórtico de san Pedro, y desde allí dá su bendicion al numeroso concurso reunido en la plaza, frente á la Basílica. Entre tanto, en la nave derecha de la iglesia se hacen los preparativos para el lavatorio de piés, conmemoracion de otro rasgo sublime del Salvador, cuando bajándose á lavar los de sus apóstoles, dióles á entender, que debia ir limpio el que quisiese sentarse á su mesa, como tambien, que el mas humilde es el mas grande en su presencia. En todos los paises católicos se efectua este acto con personas pobres, y en algunos, como España, es verificado en Palacio por el soberano, siguiendo probablemente el ejemplo de santa Isabel, reina de Hungria, que lo ejecutó la primera. En Roma lo hace el Papa con trece sacerdotes generalmente pobres y de diferentes naciones, para lo cual se despoja de sus hábitos pontificales, toma una tohalla blanca, y servido por los cardenales, lava los piés de los elegidos y los besa. Despues del lavatorio se dá un banquete á los trece pobres, y el papa en persona los sirve á la mesa. Ademas de Su Santidad, varios personages de la primera nobleza, cardenales, obispos y principes, acuden el miércoles y el jueves por la tarde á practicar actos análogos con los pobres caminantes que llegan al hospital de peregrinos; al mismo tiempo que las señoras de alta clase lo hacen con las pobres de su sexo. ¡Lástima que estas acciones sublimes en su sencillez sean convertidas á veces en ocasiones de ostentacion pueril y vana!

Otras prácticas de origen antiguo se conservan en Roma, que por no ser comunes nos toca referir. Es una de ellas la de lavar los altares que, segun san Isidoro, obispo de Sevilla, que vivia en el siglo VII, se efectuaba en los templos en este dia, y que aun se observa en la Iglesia griega y entre los dominicos y carmelitas. Aunque es probable que en otros tiempos fuese comun á todas las iglesias, ha quedado hoy limitada casi esclusivamente al Vaticano. Durante las tinieblas del Jueves Santo, cada uno de los canónigos y otros funcionarios de san Pedro recibe una especie de cepillo curioso, hecho de paja de arroz, y y concluido el rezo, el capitulo entero se acerca al altar mayor que, como los demás está despojado de todos sus paños y adornos, y derramando sobre él siete botellas de vino y agua, que al efecto están preparadas, van pasando de seis en seis, y restregándolo bien con los cepillos; despues de lo cual lo lavan con esponjas y lo enjugan: es de suponer que esta ceremonia supliese en lo antiguo al lavatorio de piés; pero la Iglesia, celosa de sus tradiciones, conserva esta como otras varias en el centro de la cristiandad, aun cuando hayan caido en desuso.—Hay otra costumbre originaria de la edad primitiva, que merece particular mencion, por no practicarse hoy mas que en Roma, y esto solo en parte. Tal es el sistema de penitencia pública que, segun Tertuliano, prevalecia ya en los tiempos de persecucion. Consistia este sistema en escluir, por un determinado plazo, de la comunion de los fieles á los que habian violado escandalosamente la ley de Dios, y á los cuales se sujetaba á un curso de rigorosa espiacion: la ceremonia por la cual se imponia la penitencia pública, está consignada en el miércoles de Ceniza, pero en una forma tradicional, aunque preservando el uso de las palabras antiguas de fórmula, en el momento de colocar la ceniza sobre la cabeza del penitente, á saber: «Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir.» Pero el acto de la reconciliacion que, como sabemos por san Gerónimo, á no ser que sobreviniese peligro de muerte, solo se efectuaba durante la Semana Santa, ha sido abolido en todas partes, escepto en Roma, donde el cardenal Penitenciario, colocándose en un tribunal, espresamente destinado á este objeto en las basílicas de san Pedro y santa Maria la Mayor, recibe la confesion y administra la absolucion pública á los penitentes que la solicitan.

(Concluirá.)

FRANCISCO J. DE ORELLANA.

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

La selva turban los airados vientos,
la selva dó el silencio se escondia:
la noche quiere sepultar al dia,
la tierra se conmueve en sus asientos.
Sobre el carro del sol la muerte impía
su hierro esgrime, de furor armada:
la luz del sol se mira ya apagada,
de los mares las ondas se embravecen,
los desnudos peñascos se estremecen,
las aves huyen del angosto nido,
y las fieras, con hórrido bramido,
al escuchar su temeroso canto,
corren tambien, seguidas del espanto.
El rayo con horrisono estampido
enciende en presta llama el horizonte:
retumba al ronco estruendo el árduo monte
y las erguidas sierras mas distantes;
y mientras que en los ecos resonantes
desciende el son tremendo hasta el profundo,
muere en la cruz e Salvador del mundo.

Del color de la sangre de sus venas
la luz de la verdad brilla en el cielo:
al fin se rasga del engaño el velo,
calla asombrado el pórtico de Atenas.
Quebrantan su prision de piedra y hielo
las estátuas que adora el paganismo,
é invocan á las furias del abismo
contra Dios proclamando horrible guerra
Absorta mira con pavor la tierra
apagarse en las aras los fulgores,
marchitas en los ídolos las flores,
y asombrar del diluvio la paloma
á Apolo en Delfos y al Tonante en Roma.
De la muerte á los héroes vencedores,
los Leónidas, Sócrates y Brutos,
cuyas vidas rindieron por tributos
en bien y libertad de sus hermanos,
el rostro cubren con sangrientas manos,
viendo que á oscurecer llega sus nombres
el mismo Dios que muere por los hombres.

Del cielo baja un serafin alado,
por el dolor marchita su hermosura,
rasgada en partes mil su vestidura,
por el negro huracan arrebatado:

del relámpago viste la luz pura,
mientras la oscuridad el mundo oprime:
llega al Calvario donde Cristo gime,
cercado de afliccion, iras y afrenta:
la sangre suya recoger intenta
con la túnica blanca, hecha pedazos:
ciñe los pies de Cristo con sus brazos;
y quien himnos cantaba de alegría,
llorando está de Dios en la agonía.
Suelta al hombre que angustia en viles lazos
la serpiente enroscada y escamosa:
corre por el Calvario presurosa,
á Cristo busca y la cerviz levanta;
mas veloz atraviesa su garganta
el triste serafin, con dardo estrecho
que de la Virgen Madre halló en el pecho.

De la sierpe infernal se oye el silbido,
su cerviz en la tierra está clavada:
en el dardo se enrosca acongojada,
porque el dolor sus miembros ha corrido.
Del hierro agudo al fin desenlazada,
se aleja del Calvario ya sangriento,
y al abismo desciende sin aliento,
derramando á la luz de sus enojos
rabiosa espuma de los lábios rojos.
Celeste querubin, de acero armado,
con peto y espaldar acicalado,
y en la diestra una espada refulgente
que al rayo iguala en lo sutil y ardiente,
con Dios baja al averno amedrentado.
Las puertas rompe de tenaz diamante,
estorbos vence con valor constante;
y al fin las vivas llamas separando,
á Jacob y á Moisés vuela buscando.
Los santos padres vieron al Mesías:
cumpliéronse de Dios las profecías.

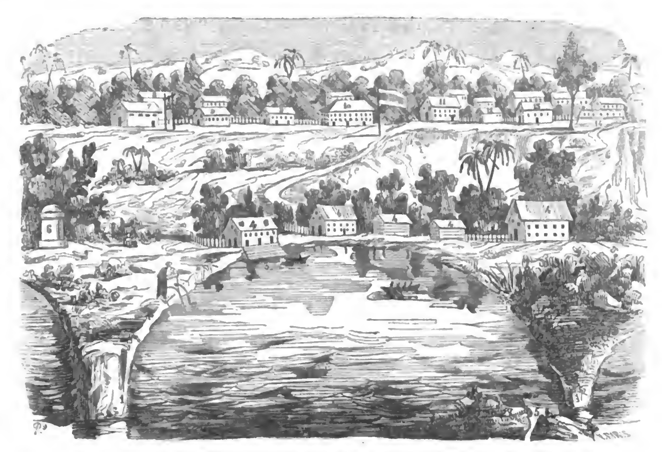
Sobre nubes de púrpura y de oro
en el cielo la cruz roja aparece:
de los santos cercada resplandece,
la adora de los ángeles el coro.
El viento por las selvas enmudece:
el sosegado mar la cruz retrata
en tersas olas de luciente plata:
guarda la nube en su preñado seno
el estampido del fogoso trueno.
Las aves en el aura van ligeras,
al bosque tornan las sañudas fieras:
desde el centro del mar ven los delfines
en el cielo á los raudos querubines
de Cristo tremolando las banderas.
Y en tanto en medio del Calvario inerte
el horror y las sombras de la muerte
huyen ante la cruz de Dios sangrienta:
porque en sus brazos orgullosa ostenta
para confuso asombro del culpado,
rotas ya las cadenas del pecado.

ADOLFO DE CASTRO



Iglesia de S. Salvador en Dinan.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



Vista de la isla de Fernando Póo.

ISLA DE FERNANDO POO.

ARTICULO I.

No habrá seguramente un pais mas desconocido, mas estraño á nosotros que la isla de Fernando Póo, y sin embargo esta isla pertenece á España, y en nombre del gobierno español se dictan en ella disposiciones. No parece sino que nuestras posesiones ultramarinas son tan numerosas que esta puede entorpecer la marcha de los negocios públicos, ó que la isla de que hablamos es tan estéril, tan poco sana, tan escasa en fin de importancia, que casi nos hacen un señalado favor los ingleses que se han tomado allí el trabajo de enriquecerse por nosotros, y de ser los verdaderos y absolutos señores. En cuanto al primer estremo de la oracion antecedente, no nos creemos en el caso de combatirlo formalmente; en cuanto al segundo, diremos cuanto de la isla de Fernando Póo hayamos sabido, y nuestros lectores juzgarán. Precisamente esta isla, sin saber por qué, ni para qué, ha sido de algun tiempo acá nuestra pesadilla.

La isla mencionada fué descubierta por un hidalgo portugués llamado Fernando Póo, nombre que dió á su descubrimiento, á últimos del siglo XV, en 1495 segun algunos; y segun otros en 1441. Conquista del Portugal, perteneció á este reino, opulento entónces, hasta que se adjudicó á España, al mismo tiempo que la otra isla de Annobon, por el tratado que se firmó en el Pardo en 1778.

Se encuentra situada la isla de Fernando Póo en el golfo de Guinea en 2.° 36' N. al S., de las Ambozes, á ocho leguas de la Tierra Firme y en la boca de la ensenada de varios rios, algunos de los cuales se llaman: Calaber, Benin, y Camarones. Propiamente la *isla* se halla en la embocadura del Niger, pues los dos primeros anteriormente citados son mas bien dos brazos en que se divide el mismo Niger al pasar por la hermosa y grande ciudad de Kirri.

Las naciones de Europa han hecho grandes é importantes descubrimientos en el Asia y mar Pacífico, que unidos á los que habian hecho, y principalmente la nuestra en América, han dado al comercio en estas dos partes del mundo con Europa un desarrollo tan creciente é inmenso que parece debió dejarlos satisfechos. Pero sus aspiraciones han ido creciendo al par de su elevacion, y se disponen á esplotar otra mina riquisima, á penetrar con su comercio en el obscuro y desconocido centro de Africa. El rio Niger, navegable unas mil quinientas millas á lo interior, baña ricos y opulentos pueblos, entre los cuales recordamos ahora el fertil Eombоucton, la parte occidental del imperio de los Fellatahs, el Borbu, cuya capital es Boussar, el Yasurri, el Nife, Babba, ciudad mercantil opulenta, la Calunga, capital del Yarriba y poblacion fortificada, y tambien el reino Foundo, situado en los montes de Hong hasta desembocar finalmente frente á nuestra isla de Fernando Póo. En esta isla pues, ha puesto la naturaleza la llave del Niger y parece destinada á ser el vehículo que lleve el comercio Europeo á unos paises para los cuales empieza á despuntar aunque perezosamente la aurora de la civilizacion. En este supuesto, aun cuando la isla de Fernando Póo no fuere de suya tan rica y fértil como veremos mas adelante, su posicion geográfica debiera bastar por sí sola para que el gobierno español no la mirase con la incalificable indiferencia que hasta aquí. Por lo demas sus tierras vírgenes habitadas por razas inofensivas y hospitalarias, sus tierras que no se han esplotado todavía son abundantes en oro, marfil, palos de tinte, pieles, maderas finas de construccion, aceite de palmas y esquisitos frutos.

Los ingleses, que en materia de apreciar sus intereses no pueden ser nada sospechosos, han comprendido como nosotros la importancia de esta parte del Africa, como lo prueban sus repetidas espediciones á ella desde 1830. La efectuada en el mismo año por Laig y los hermanos Llander, la de Guillermo Alleng en 1833 y otras hasta los de nuestro actual gobernador Mr. Brecaff en 1833 y 1844. Hé aquí lo que acerca de la importancia de nuestra isla dijo en cierta ocasion un periódico de Londres que merece entero crédito. «Tenemos, decia, necesidad de formar un establecimiento mas central y mas cómodo que el que existe: y que bajo este aspecto pueda facilitar nuestras comunicaciones industriales con el interior de este vasto continente. La colonia de Sierra-Leona no es susceptible de corresponder á tan vastas miras, carece de rios navegables, y su suelo ligero por naturaleza produce muy poco. Por otra parte su clima mortifero opondrá siempre un obstáculo invencible á una empresa tan importante. La gran Bretaña necesita nuevas fuentes de comercio: el despacho de los productos de sus manufacturas reclama nuevos consumidores: es cierto que la actual condicion social de las tribus africanas promete poco por ahora, pero cuando se lleguen á establecer relaciones libres con los mas inteligentes, cuando se les haya hecho apreciar el valor de las artes europeas, inculcándoles la moral y los usos de la civilizacion; este continente inmenso sumergido hoy dia en las tinieblas de la ignorancia y la barbarie se convertirá en un mercado importante para la salida de nuestras mercancias: y tanto mas importante cuanto que para aquel tiempo la concurrencia de las demas naciones comerciantes nos habrá cerrado en gran parte los mercados del antiguo mundo..... Benin, en este punto es donde convendria formar una colonia permanen-

te pero es muy enfermizo. Si este rio Niger es navegable por mas de 1500 millas podremos comerciar hasta en el corazon del Africa..... en sus orillas hay dos veces mas movimiento mercantil que en el alto Rhin; su poblacion es todo comerciante; hombres, mugeres y niños, todos trafican... En la isla de Fernando Póo situada á su embocadura, es donde debiera establecerse el cuartel general del poder británico en estos mares.....»

Hagamos ahora una breve historia de todo lo que España ha hecho para la dominacion y colonizacion de la isla, que por fuerza tiene que ser breve, muy breve. Firmado en 24 de Marzo del referido año de 1778 el tratado en el cual la nacion portuguesa cedió aquella posesion, el gobierno español organizó una espedicion compuesta de la fragata de guerra *Catalina* y dos buques de menor porte tripulados por 150 hombres entre operarios y tropa, con los pertrechos, armas, provisiones correspondientes y una pequeña suma de dinero. Esta espedicion, cuyo mando obtuvo el brigadier conde de Argelejos, y en la cual el segundo gefe el coronel de artilleria D. Joaquin Primo de Rivera, salió de Monte-video el 17 de Abril del mismo año. El 21 de octubre llegaron á Fernando Póo, el 24 tomaron posesion de la isla, partieron al siguiente dia para hacer lo mismo en la de Annobon. Desde esta salida todo fué desastre y luto para la espedicion española. Murió en la travesia el conde de Argelejos, hicieron armas contra su sucesor Primo de Rivera los naturales de Annobon, se sublevaron contra él mismo muchos de sus soldados, regresó en fin la armada á Montevideo con su gefe, y 22 hombres solamente que habian sobrevivido á la guerra, á las privaciones, á las calenturas africanas contra las que no podian oponer los remedios del arte y el buen trato. En tanto Madrid dictaba órdenes para la toma de posesion, y escaseaba los recursos de todos géneros que habian de ayudar á ella.

Olvidada desde esta fatal época la isla de Fernando Póo, los ingleses pensaron en aprovecharse de este descuido, y en 1826 fijaron en ella la vista para que fuese el punto de apoyo de sus escursiones científicas, comerciales y esplotadoras al Niger, pensando tambien en hacerla residencia del tribunal misto para la abolicion del tráfico de esclavos, que se halla en Sierra Leona. Sin embargo, nuestro gobierno entonces protestó contra la espedicion inglesa al mando de Obben, y la Inglaterra conociendo el derecho que la España tenia, renunció á su proyecto, hasta 1839 en que insistió en él con mas fuerza, aunque por otros medios. Propuso la compra de ambas islas al gobierno español mediante la suma de sesenta mil libras esterlinas, con aplicacion al pago de la deuda, y esta propuesta que presentó á las cortes en 1841 el ministro de Estado entonces don Antonio Gonzalez, fué rechazada como era justo por las mismas, por la prensa y por la opinion pública. El honrado ministro, lejos de irritarse contra la enérjica oposicion que el pais manifestaba á desprenderse de aquellas posesiones, dispuso con sus colegas una nueva espedicion á Fernando Póo, la cual fué confiada al capitan de navio Don Juan José de Lerena, el que se dió á la vela en el Ferrol á 18 de diciembre de 1842, á bordo del bergantin Nervion con direccion á Sierra-Leona. Hé aquí de la manera que el ilustrado misionero que fué de aquellas regiones, el licenciado D. Gerónimo Maria de Usera y Alarcon, refiere los resultados de esta espedicion:

«Con 21 dias de navegacion arribó á Sierra-Leona el 9 de enero de 1849 á las diez de la mañana; 29 dias permaneció Lerena en Sierra-Leona ocupado en adquirir datos de la mayor importancia que atañian al Estado, y cuyos documentos obran en la secretaría del ministerio del ramo. El 6 de febrero y á las dos de su tarde, abandonó á Sierra-Leona, haciendo rumbo á Fernando Póo, á donde arribó el 23 del mismo, fondeando en la bahia de Clarense. Los 13 que permaneció en bahia los aprovechó de un modo estraordinario. Entre sus actos merece particular mencion la energia que desplegó para arrojar de la isla á los agentes de la compañia inglesa llamada del Oeste del Africa, los que hacia catorce años se aprovechaban de las hermosas maderas, de que abundan los bosques de aquella isla. En seguida, con una solemnidad á que no están acostumbrados los naturales, proclamó por Reina y soberana de aquellas islas á doña Isabel II, trocando en *santa Isabel* el nombre de la capital, conocido hasta entonces con el de *Clarense*. Recibió á nombre de S. M. los homenages de los gefes negros (Escorocos) á quienes regaló con magnificencia, quedando en relaciones y buena armonia con los mismos. Y para asegurar en lo sucesivo el buen órden y concierto y mejor administracion de la isla, nombró por gobernador al caballero Mister Becroff para que en union con un consejo de gobierno compuesto de los mas principales del pais, contribuyese al bienestar de sus habitantes.

»A las nueve de la noche del 8 de Marzo se dió á la vela con direccion á Corisco, en cuya bahia fondeó el 13 del mismo á la una de la tarde. El cometido del Sr. de Lerena con respecto á esta isla se reducia únicamente á adquirir datos y pormenores acerca de la quema que en 1840 habian hecho los ingleses de unas factorias españolas: pero prendados los naturales del buen porte de Lerena y de cuantos le acompañaban, le pidieron con instancias cartas de nacionalidad española. Para el efecto se reunieron los ancianos de la isla, gobernadores natos de la misma, bajo de su frondoso árbol, y colocando á Lerena en su lugar de preferencia, le hicieron presentes sus deseos. Concedida que les fué la carta de naturalidad é incorporacion á los dominios españoles, la recibieron en medio de una grande algazara y entusiasmo.»

»Cuatro dias solos se detuvo Lerena en Corisco, pasando en seguida á Annobon, adonde arribó el 22 del mismo á las 10 de la mañana. Aquí se contentó con proclamar á S. M. la reina del mismo modo que lo habia hecho en Fernando Póo; vistió al gobernador negro á la española; y para satisfacer los sentimientos piadosos de sus habitantes, quienes á pesar de ser católicos hacia setenta años que no habian visto por sus playas á un ministro de Jesucristo, dispuso el cantar una misa solemne á bordo del bergantin.»

»Otros cuatro dias como en Corisco pasó el capitan Lerena en Annobon, dándose en seguida á la vela para Cádiz adonde arribó á las 11 de la mañana del 15 de mayo de 1843.»

Indudablemente, el ministerio que entonces gobernaba, habria llevado á cabo la obra; pues en vista de los buenos resultados de la espedicion, Lerena, nombró una junta que en union de este examinó detenidamente el negocio, acordando entre otras cosas orgánicas otra espedicion mas seria, y conferir el mando de aquellas islas á Lerena. Pero los sucesos politicos que por aquella época dividieron los ánimos de todos, y el cambio repentino que esperimentó la administracion pública, estorbaron la realizacion de un proyecto que contaba en su apoyo la buena fé y el entusiasmo que habia inspirado.

El dia 28 de julio de 1845 salió no obstante de Cádiz otra espedicion al mando del capitan de fragata D. Nicolás de Manterola, compuesta de la corbeta *Venus*, de 20 cañones de porte, y tripulada por 28 hombres de las brigadas de artilleria de marina, y 125 de gente de mar. Esta espedicion, mas que de carácter militar, estaba revestida de esplorador y religioso. A bordo de la Venus iban algunos misioneros y empleados, contándose entre los primeros al licenciado Usera y Alarcon, á quien hemos ya citado, y cuyo celo por la conservacion de nuestras posesiones de Guinea le hacen con otras muchas prendas un eclesiástico apreciabilisimo.

La *Venus* hizo rumbo á santa Cruz de Tenerife, y despues de hacer viveres en la Gran Canaria, fondeó en Sierra-Leona el 5 de octubre de aquel año, no llegando á Fernando Póo hasta el 24 de diciembre por haberse ocupado Manterola en reconocer las posesiones de Cabo Corta y Acra. Una vez en la isla, los espedicionarios no fueron seguramente muy afortunados. Ni pudieron crear una escuela española, ni fundar un templo católico que sustituyese al protestante, único existente allí, ni hacer en●, nada de cuanto se proponian, de manera que la isla de Fernando Póo, continúa en el mismo estado de abandono y estrañeza por parte de España.

La referida isla, montuosa en su mayoria, tiene sin embargo, valles deliciosos, y llanos fértiles, que riegan algunos riachuelos hasta desembocar en la bahia de santa Isabel (a) Clarense, muy cerca de este pueblo que es el único regular que existe allí, y el que sirve de capital. Unos opinan que las dimensiones de la isla son las siguientes: 17 leguas de longitud, 9 de latitud, y 25 de circunferencia. Otros las fijan de este modo; 10 de ancho, 14 de largo y 45 á 48 de circunferencia.

Aunque la temperatura es bastante calorosa, la que reina generalmente en el continente vecino es menos benigna y saludable: pues mientras que en este el calor está por su término medio de 38° á 52° del centigrado, en nuestra isla no está sino de 34° á 45°. En los meses de las lluvias que son junio, julio, agosto y setiembre, el calor disminuye bastante. Fernando Póo carece de las enfermedades contagiosas que siembran la desolacion y el luto en Africa; no se padece allí ni el gusano de Guinea, ni la elefantiasis, el hidrocele, y las escrófulas.

El número de habitantes que segun cálculos aproximados tiene nuestra isla, asciende á 15.000. Dividense en varias razas, y de estas y otras materias muy interesantes y curiosas hemos de hablar en el articulo 2.° porque este ha crecido insensiblemente mas de lo que nos habiamos propuesto.

EMILIO BRAVO.

LA SEMANA SANTA.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE SUS PRINCIPALES CEREMONIAS.—COMO SE CELEBRAN EN ROMA.

(Conclusion.)

El ceremonial del Viernes Santo es en todo singular y melancólico: este dia se considera como aniversario de la muerte del Salvador; así

todo revela luto y amargura en los oficios divinos y en sus menores accesorios. El altar y el terno de la Basílica estan despojados de sus adornos, y los ministros del santuario visten de sarga negra, en lugar de la seda que usan durante el curso del año. Comienzan los oficios por un acto de silenciosa postracion; cantan la pasion segun S. Juan, por el mismo estilo que la de S. Mateo el Domingo de Ramos; se invoca el amparo del Todopoderoso en varias oraciones ó preces que se hacen por toda clase de personas y hasta por los infieles, y se procede á descubrir la imágen de Jesus crucificado, que ha permanecido cubierta con un velo durante quince dias; siendo adorada y besada reverentemente por todo el clero de rodillas, mientras el coro canta los *Improperios* ó *Quejas*.

Esta ceremonia de la adoracion de la Cruz debe su origen, como otras muchas de la presente semana, al tiempo del imperio de Constantino. Cuando Santa Elena, madre de este emperador, descubrió la Cruz de Jesucristo en su sepulcro, la mandó esponer á la veneracion de los fieles, y esta costumbre establecida desde luego en Jerusalen, se estendió despues al Oriente y al Occidente, hasta hacerse universal. Mencionan esta esposicion pública de la verdadera Cruz ó de un trozo de ella en la ciudad Santa S. Paulino y S. Gregorio de Tours, precisando el primero que esto se efectuaba el Viernes Santo, y aun hoy se conserva en Jerusalen el arca donde se custodiaba el pedazo del *lignum Crucis*, que ya no existe allí, desde que lo hurtaron los armenios, cuando los religiosos del convento de Belen fueron llevados á Damasco.—En Constantinopla se adoptó en seguida este acto de veneracion, esponiendo á la de los fieles otro fragmento de la misma Cruz.

El oficio divino termina en Roma con una procesion semejante á la del jueves, trasladando la hostia consagrada de la capilla Paulina á la iglesia, donde la consume el oficiante. Este rito es observado en todos los paises católicos. Por la tarde, despues de las tinieblas, baja el Papa con toda su córte á la iglesia de S. Pedro, á adorar las santas reliquias de la pasion de N. S. Jesucristo que hay allí depositadas.

Aunque el sábado no tiene oficio que le sea peculiar, sin embargo, celébrase este dia el que corresponde á la noche siguiente, y el propio en un todo de Pascua de Resurreccion. Curioso es por demas este ceremonial, y por otra parte emblemático y significativo, para quien se detenga á meditarlo. Muy temprano y antes de la misa se enciende fuego nuevo, y despues de bendecirlo, se enciende con él primero una triple vela y con ella el gran blandon conocido con el nombre de Cirio Pascual: este es un precioso símbolo de la nueva luz que aparece en el mundo, y al mismo tiempo de la divinidad trina y una. Para la bendicion del cirio se usa de una bellísima oracion en que, en vez de suplicar que la luz continue ardiendo toda la noche para disipar su oscuridad, se habla de ella como de la columna de fuego que libró á los israelitas en su fuga de Egipto, y de Jesucristo, luz verdadera é infalible. Atribúyese esta oracion á varios padres antiguos de la Iglesia, y especialmente á S. Agustin, aunque es probable que este solo espresase mejor lo que declaraban oraciones anteriores, pues la ceremonia precede mucho á su tiempo. Fundamos este aserto en que Anastasius Bibliotecarius dice que el Papa Zocimus en 417 hizo estensiva á las parroquias la facultad de bendecir el Cirio Pascual, lo que prueba que esta ceremonia existia ya mucho tiempo antes, si bien limitada á las basílicas. Sábese ademas que la bendicion del fuego y de la vela se practicaba desde los primeros tiempos todos los sábados, aunque desde el siglo XI quedó reducida la costumbre al Sábado Santo.

La bendicion de la pila bautismal es otra de las ceremonias de este dia en todas las iglesias que disfrutan el privilegio de tenerla, y que seguramente es un resto de la costumbre antigua que aun se conserva en honra de bautizar á los convertidos. Este acto interesante se efectua en el bautisterio de Constantino, contiguo á la Basílica patriarcal de S. Juan de Letran, administrando el bautismo y la confirmacion solemnemente á varios individuos, por lo comun judios y mahometanos convertidos á la religion católica, y reservados espresamente para este dia. Despues del bautismo los neófitos van á visitar los sepulcros de los santos apóstoles en el Vaticano. Antiguamente solo se administraba este sacramento á los adultos dos veces al año, la víspera de el domingo de Pascua de Resurreccion y el dia de Pentecostés. Los catecúmenos, cuidadosamente instruidos en la fé cristiana, con escepcion de algunos dogmas importantes que quedaban reservados para despues del bautismo, eran conducidos á la iglesia por los diáconos que los instruyeran, y recibian el agua, comunmente por inmersion, siendo vestidos de blanco en muestra de pureza. Este trage lo conservaban hasta el primer domingo despues de Pascua, que por lo mismo se llama todavia *dominica in albis* en toda la cristiandad.

Las demas ceremonias del Sábado en Roma no ofrecen ninguna particularidad notable, escepto la de conferirse órdenes de todas clases, desde la tonsura al sacerdocio, en la misma Basílica Laterana, pues la misa y la bendicion del cirio se celebran en la capilla Sixtina. Sin embargo, existe una peculiar al Vaticano, que solo se efectua el año sétimo de cada pontificado, y consiste en la bendicion y distribucion de los *Agnus Dei*, ó corderitos de cera, que tambien proviene de antiguos usos. Parece que su origen se debe á la remota costumbre de hacer pedazos el Cirio Pascual del año precedente y distribuir sus fracciones entre los fieles. Segun refiere Durandus, uno de los escritores mas antiguos sobre las ceremonias de la Iglesia, el Sábado Santo los acólitos de la Romanía hacian corderitos de cera nueva bendita, ó de la del Cirio Pascual del año anterior mezclada con crisma, los cuales eran luego distribuidos por el Papa en la octava de Pascua.

Terminada esta semana de solemnes cultos, parece que ya nada resta á la consideracion del devoto y del curioso. No obstante, el domingo de Pascua, especialmente en Roma, ofrece algunos ritos que merecen mencionarse, y algunas costumbres notables por su espléndido aparato.

En este dia, como en otros dos del año, celebrá el Papa misa pontifical en el altar mayor de S. Pedro, y da la comunion á los fieles, observándose en este acto la reproduccion de un accidente que interesa, como recuerdo de costumbres antiguas. Tal es el uso del *sifon*. Llámase así un tubo de plata, por medio del cual reciben los devotos la comunion bajo la forma de vino, teniendo en la boca un estremo del tubo, mientras el sacerdote, con el cáliz en la mano, administra el sacramento por el otro estremo.

El uso de este tubo se adoptó probablemente despues del siglo VI, con el objeto de impedir profanaciones que no era difícil que ocurriesen cuando comulgaban los fieles, particularmente la clase tosca del pueblo; pues sabido es que en los primeros tiempos se recibia el sacramento de la Eucaristía, por lo comun, bajo las dos especies de pan y vino. Mas adelante, atendiendo á la posibilidad de derramarse el vino consagrado y á varias causas, quedó establecido que se administrase el pan solo, mucho mas cuando esto no perjudica á la validez del sacramento. Otra de las razones que tuvo la Iglesia para disponerlo así es la unidad de la religion en todos los tiempos y paises, y la necesidad de que todos los cristianos participen de los consuelos de su fé: y claro es que si la comunion fuese obligatoria en las dos formas, los fieles diseminados en la China y en otros paises remotos, donde el uso del vino es prohibido, ó la vid no se cria, no podrian disfrutar de este don celestial, quedando privados de los efectos de su gracia.

Para complemento de la festividad de Pascua, funcion vernal, así llamada por venir como la primavera despues de los pesares de un invierno de luto, el sumo pontífice, luego que ha celebrado la misa, se presenta en el pórtico de la basílica de san Pedro, y dá su solemne bendicion á millares de personas allí reunidas, que por lo regular son peregrinos procedentes de paises distantes: al aparecer S. S. se arrodillan las tropas, y luego que ha pronunciado su bendicion, redoblan los tambores, truena la artillería del castillo de Sant-Angelo, y todas las campanas de la ciudad son echadas á vuelo. Esta escena, sumamente grandiosa por sí, se realza por el soberbio golpe de vista que ofrecen la concurrencia, los ricos ornamentos de la córte pontificia, los pintorescos trajes del paisanaje y los espléndidos coches de los cardenales, príncipes estranjeros y embajadores.

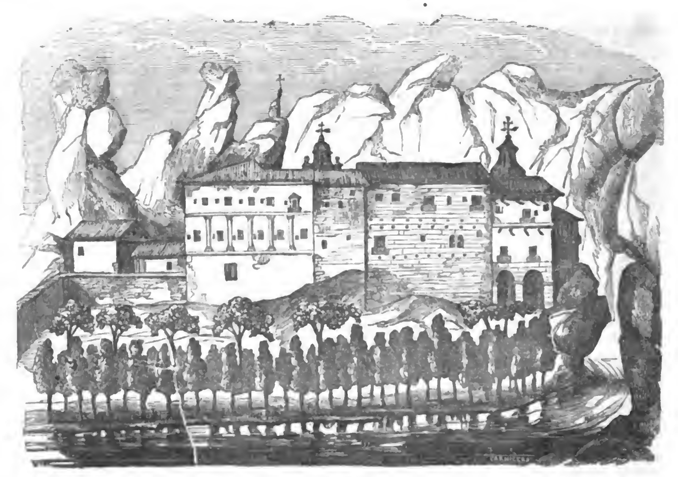
Por la noche hay brillantes iluminaciones y fuegos artificiales. Media hora antes de ponerse el sol es iluminada la parte esterior de san Pedro por 4,400 faroles; pero á las siete, toda la basílica, desde la elevada cúpula hasta la base, aparece cual una masa compacta de fuego, efecto producido por virutas de madera untadas con pez, y unas 800 teas encendidas que cubren sus paredes. A las ocho empiezan los juegos pirotécnicos en el castillo de Sant-Angelo, por una *girandola* de algunos millares de coheles, que representan una erupcion del Vesubio; sigue á esto varios fuegos caprichosos, y termina la funcion con otra vistosa girandola. Entre tanto, la cúpula de san Pedro resplandece como un inmenso brillante entre los fuegos del castillo, y los reflejos del Tiber, produciendo este espectáculo una doble ilusion óptica de un efecto indescriptible.

Hemos procurado en esta rápida reseña no olvidar ningun punto importante del ceremonial destinado á solemnizar este tiempo santo. Mucho se pudiera sin embargo añadir sobre varios particulares que se prestan á la reflexion, tanto del cristiano como del curioso aficionado á las antigüedades eclesiasticas; pero el temor de fatigar á nuestros lectores, nos obliga á suspender aquí el curso de nuestra desaliñada pluma.

FRANCISCO J. DE ORELLANA.

LA HOZ.

Se halla este convento en Castilla la Vieja, en la provincia de Segovia, dista nueve leguas de esta ciudad, y de la villa de Sepúlveda



La Hoz.

dos leguas de muy áspero y fragoso camino: está el espresado convento en una profundidad estraordinaria; le cerca el rio Duraton, tan ruidoso, que estrellándose en las peñas vivas, se abre camino con tal fuerza, que causa terror por el estruendo que producen sus aguas al chocar con las breñas y peñascos disformes que á cada paso se desprenden: parece que el diluvio universal estrelló aquí toda su fuerza, desentrañando la tierra, por ser la profundidad que se descubre en el espacio de cuatro leguas continuas, de casi cien varas; cuya altura forma unas murallas que defienden al citado santuario. No se sabe el año de su fundacion: tiénese por muy cierto haberse fundado primero en este sitio y lugar de Nuestra Señora de los Angeles una casa y monasterio de Monges, donde siempre resplandeció la disciplina regular; los cuales poseyeron la dicha casa por mucho tiempo hasta la general invasion de España. Entonces los monges la desampararon, y los moros la destruyeron y robaron; así estuvo la dicha casa sin haber quien la habitase y morase mas de cuatrocientos años; la hermita quedó sola, y los señores Hoces procuraron conservar la iglesia, que fué siempre sepultura y entierro perpétuo de ellos, como la patentizan los sepulcros de piedra que se hallan dentro de la misma iglesia. Llamóse aquel antiguo monasterio S. Pantaleon de la Hoz.

En el año de 1231 se restauró y se entregó á la religion de San Francisco, con el nombre de Nuestra Señora de los Angeles de la Hoz; por haberse aparecido la santísima imágen en la cima del risco que domina á doble elevacion que el convento, en la que se colocó una cruz en el año de 1703, para perpétua memoria de donde fué la aparicion: han estado habitando el repetido convento los religiosos Franciscos hasta que fueron estinguidos; habiéndose trasladado á Nuestra Señora de los Angeles á la parroquia de S. Justo y Pastor de la villa de Sepúlveda, por ser feligresa de la citada parroquia la patrona del repetido convento, doña María de los Angeles Artacho; en cuya parroquia se venera y hace la funcion todos los años á la santísima imágen por la espresada su patrona.

Siempre hubo en el dicho convento treinta religiosos, lector y colegiales, porque mantenia continuamente curso de artes para la provincia; y á consecuencia del estado ruinoso en que se hallaba el convento, en el año 1848 fué demolido, no habiendo quedado mas que las paredes; y en pié la casa que con el nombre de Ochavo se halla unida á él.

JOSE PABLO PASTOR.

AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

La fé religiosa, el deseo de utilizar en beneficio de la religion misma las representaciones teatrales, dieron origen á los dramas místicos. En Francia, en Italia, en Inglaterra se representaron desde muy antiguo en los templos y fuera de ellos, *misterios*, *pasos*, *farsas*, *vidas y milagros* de santos; en 1500 se representó en Portugal el *auto pastoral del nacimiento*; y nosotros teniamos ya en Cataluña desde mediados del siglo décimo cuarto misterios que se representaban en la procesion del Corpus.

El no tratar en estas representaciones la religion y á veces la moral con el respeto debido, el abuso de representar en ellas los clérigos, y el hacerse casi siempre en el templo, dieron lugar á que cayese sobre estos dramas el anatema de varios Concilios y Sumos Pontífices. En nuestra España, sin embargo, habian continuado hasta el mismo siglo XVIII las representaciones de comedias de santos y sacramentales, en las grandes festividades religiosas.

Entre todos estos dramas sagrados los que mas alcanzaron el aplauso de su siglo, y merecen mas de parte nuestra un detenido estudio, son los *autos sacramentales de Calderon*. Infiérese el aplauso de sus contemporáneos de lo que dice D. Juan Vera Tasis y Villarroel: «(Obligóle asimismo esta siempre ilustre y coronada villa de Madrid algunos años á escribir uno de los autos sacramentales con que celebra su festivo dia; y reconociéndole despues por único, acordó que los continuase solo, como lo hizo por espacio de treinta y siete años, escribiendo al mismo tiempo los de Toledo, Sevilla y Granada, hasta que en aquellas insignes ciudades faltaron estos festejos; y aun mas allá de la vida pasan los justísimos aplausos de esta imperial villa, pues los repite en sus festividades con acertada resolucion de continuarlos.») (*Fama, vida, y escritos de Calderon.*)

El mismo D. Juan de Vera Tasis dice que escribió mas de cien autos; pero en la coleccion hecha por D. Pedro de Pando y Mier, en el año 1717, no se hallan mas que setenta y dos con sus correspondientes loas, dividido en seis partes.

En estos autos que se llamaban sacramentales porque tenian siempre por asunto el Sacramento de la Eucaristía, eran los principales personages figuras morales y alegóricas, como las *virtudes*, los *vicios*, la *gracia*, la *naturaleza*, los *afectos* del corazon humano, la *sabiduría*, la *ignorancia*, el *mundo*, el *demonio*, el *hombre* representando la humanidad, y á veces á Dios mismo. Estas figuras llamadas

morales eran ya comunes aun en poemas dramáticos de otro género: la comedia, destinada á representar acciones verosímiles y ordinarias en la vida humana, debia desecharlas; no así el drama místico, que nacido de la fé, sentimiento espiritual y enteramente metafísico, alimentado por todas esas creaciones de la religion mas espiritualista que han profesado los hombres, girando en el círculo de las virtudes y de los vicios humanos considerados en astracto, y dirigiéndose siempre á un fin moral ó teológico, era y debia ser una magnífica epopeya, que daba formas, vida y accion, no ya como la mitología de los griegos, á los seres materiales, sino á los pensamientos, á los afectos, á las pasiones, á todos los fenómenos en fin del mundo intelectual y moral. Júzguese, pues, lo que serán estas astracciones concebidas en la profunda mente de Calderon, recibiendo formas y colores propios bajo aquella enérgica inspiracion, bajo aquella valiente pluma de la que se deslizaba la poesía como el agua de un manantial vivo y perenne. Ya no son allí las virtudes y los vicios nombres con que se designan ciertas acciones humanas consideradas moralmente: son criaturas animadas que sienten, que piensan, que se agitan, que hablan como nosotros; son enemigos que luchan entre sí disputándose el corazon del hombre, á quien se muestran sumisos ó airados, inocentes ó astutos, seductores ó terribles, atrayéndole ó rechazándole; unas veces turbando sus sentidos para sofocar sus buenos instintos, iluminando otras su razon para reanimar su fé casi estinguida; ya arrastrándole consigo por el camino llano y halagüeño al principio, del mal, ya guiándole cuidadosamente por la senda difícil y espinosa del bien.

Calderon, que tan profundo y filosófico se muestra aun en sus comedias de enredo, no podia dejar de serlo en sus autos donde tal vez su genio se encontraba en su verdadero terreno; así que estas personificaciones son todas, con cortas escepciones, naturales, propias, bellísimas y poéticas siempre, sublimes muchas veces. Véase con cuánto vigor, con qué colorido tan severo pinta en pocos versos al *temor de Dios*.

Temor. ¿Adónde estará segura
mi vida? ¿Por dónde voy?
si cada paso que doy
es sobre mi sepultura.
Apenas muevo la planta
cuando pienso que la tierra
en sus abismos me encierra:
cualquier pájaro que canta
(bien que con dulce harmonía)
presumo que es á mi oido
de aquella trompa el sonido,
que Gerónimo tenia.
Muerte y juicio hay, ¿y hay error
pena, y gloria, y hay malicia?
¿Adónde de tu justicia
seguro estaré, señor?

Sacando en otra parte á escena el *placer* y el *pesar* los caracteriza al momento con un solo rasgo.

Pesar. ¿Hasta cuándo ha de durar
el regocijo, *placer*?
Placer. Hasta que llegues tú á ser
el que le impidas, *pesar*.
Pesar. Haz cuenta que ya he llegado
....

Mas adelante hallándose entre los dos la naturaleza humana los llama equivocando los nombres, y al advertirlo dice:

Siempre me ví
entre los dos, y apurar
no supo mi humilde ser,
si pesar era el placer,
ó el placer era pesar.

En otra parte está vistiendo al hombre su *albedrío*, y para ello toma de la *soberbia* el sombrero con plumas, de la *avaricia* las joyas, de la *ira* la espada, de la *envidia* la capa, y de la *lascivia* el espejo. Véase si todos estos toques no son de mano maestra.

Pudiera culpársele en sus autos del mismo defecto que en sus comedias se advierte: el de que sus personages son casi siempre los mismos; pero hay que advertir que en los autos no tenia la misma libertad de elegir personages que pudiera tener en la comedia; ademas, aunque los medios de que se vale son los mismos, el fin á que camina es siempre diferente, y como decia el mismo Calderon en el prólogo á la primera parte de sus autos, «el mayor mérito de la naturaleza está en formar con unas mismas facciones tantos rostros distintos.»

Muéstrase mas original en los argumentos que en su trama y conduccion, que son casi siempre las mismas, si bien no pocas veces anuda admirablemente el interés, lleva la accion con novedad y maestría, y nos sorprende en fin haciendo uso de algun resorte inesperado. Mucha debió ser, no obstante, la perfeccion que él diera á los autos sacramentales, pues hablando D. Gaspar Agustin de Lara de los que dejó escritos nuestro autor, añade: «sin otros muchos pequeños que se usaban antiguamente, de que no hizo memoria por no tener aquella proporcion medida (de que fué primer autor) con que perfeccionó este género de representaciones.»

¿Y qué diremos de su versificacion, de aquella harmonía que recorre todos los tonos, desde el mas patético y afectuoso del sentimiento mas dulce hasta el mas brioso y enérgico de la pasion mas vehemente; desde el mas ligero é ingenioso hasta el mas filosófico y profundo? Nada, nada diremos por miedo de no decir bastante, ni es necesario tampoco. ¿No saben ya todos de memoria algunos versos del autor de *La vida es sueño*, de *No siempre lo peor es cierto*, del *Alcalde de Zalamea*, y de *Casa con dos puertas?* Baste decir que sus autos no ceden en esta cualidad á sus otras obras, que son un manantial inagotable de poesía, un riquísimo tesoro de pensamientos grandes, bellos, patéticos, profundos, y advirtamos aquí como de paso que es Calderon uno de los autores que mas abundan en esos pensamientos que resaltando de lo demas de la composicion como resaltan las figuras del fondo de un cuadro, ó bien como se destacan las flores sobre el esmalte verde de la pradera, nos obligan á detener nuestra lectura para volver á leerlos una y otra vez, no cansándonos nunca de saborearlos.

¡Qué sentidos son aquellos versos en que la *Iglesia* llama á un hijo estraviado! dice:

Si eres oveja perdida,
ó si eres alcon en celo,
ten el paso, abate el vuelo,
no á dueño pases estraño,
vuelve, oveja, á mi rebaño,
alcon, vuelve á mi señuelo.

Y cuando lamentándose de la felicidad fugaz y pasagera de la vida dice:

que es la dicha breve flor
que nace con el albor
y fallece con la sombra.

Y cuando cantan al hombre mientras se viste y adorna:

Aunque la esclavina trueque
al cortesano vestido,
no por eso deja el hombre
de ser siempre peregrino.
Que es la vida un camino
que al nacer empezamos
y al vivir proseguimos,
y aun no tienen su fin cuando morimos.

Pero hagamos la reseña de un auto entero para poder juzgar con mas acierto. En el que el autor titula *Los alimentos del hombre* se propone pintar la caida de éste y su vuelta á la gracia mediante la venida del Mesías y la institucion del sacramento de la Eucaristía, objeto siempre del auto: asunto vastísimo, difícil de encerrar en tan estrechos límites. Veamos cómo nuestro autor lleva á cabo esta empresa.

Adamo, hijo del mas rico mayoral del mundo, ha ofendido á su padre, que en castigo le arroja de su casa privándole de su herencia, que concede á otro hijo llamado Enmanuel, el cual intercede siempre por Adamo, y á quien su padre promete que ha de volver algun dia al valle de lágrimas á enjugarlas. Manda tambien el padre á las cuatro estaciones del año que solo obedezcan á Enmanuel.

A él obedeced humildes,
y á esotro arrojad rebeldes
sin concederle dominio
en flores, frutos, ni mieses;
que con fatigas, no labre;
que con lágrimas, no riegue;
con suspiros, no cultive;
con trasudores no siegue;
porque con afanes coma
lo que con dolores siembre.

Ya antes, hablando con las mismas estaciones, ha hecho el padre esta descripcion de sus riquezas:

Dígalo ver cuán alegres,
cuán gozosos, cuán ufanos,
la primavera me ofrece



en su estacion varias flores;
el estío, rubias mieses;
el otoño, dulces frutas;
y el invierno ricas nieves,
para que de mis ganados,
que no hay redil que los cerque;
de mis aves, que no hay
vago espacio en que no vuelen;
mis frutales, á quien falta
tierra para sus planteles;
y para mis peces rios,
la multitud se sustente
á providencia de vuestros
contínuos afanes, desde
los mas montaraces brutos
á las mas tímidas reses,
desde la mas remontada
ave al gusano mas débil,
y desde la mas erguida
palma á la flor mas silvestre;
dando á la conservacion
de aves, fieras, plantas, peces,
yerva el prado, abrigo el monte,
lumbre el sol y agua las fuentes.

Queda solo Adamo desamparado de su padre, y al primer paso que dá cae de lo alto de un derrumbadero. Salen á recibirle en sus brazos su ángel custodio y el demonio, que despues de contender un breve rato se van, dejando el primero en lugar suyo á la *razon natural*, y el segundo al *apetito*. Cuando Adamo vuelve del desmayo que le ha originado el susto de la caida, sin querer conocer á la *razon*, la obliga á retirarse, quedando solo con su *apetito*, á quien en vano quiere apartar de sí. Entonces trata de buscar algun alivio á la necesidad que le aflige, y pide socorro á las estaciones: la *primavera* coronada de flores, el *estío* de espigas, el *otoño* de pámpanos, y el *invierno* en forma de un pastor viejo, van pasando por delante de él sucesivamente y sin detenerse, dejándole por todo consuelo una azada, una hoz, una podadera y un cayado, símbolos del trabajo á que debe dedicarse para vivir. Adamo, viendo esto, se queja de la naturaleza tan próvida en socorrer las necesidades de las demas criaturas, tan avara al parecer con el hombre, diciendo entre otras sentidas razones:

En la mas oculta sierra,
en el mas ameno prado,
nace el tronco alimentado
de la humedad de la tierra:
del mismo humor que en sí encierra
desnudas ramas arroja,
y sin costarle congoja
se halla á su tiempo feliz,
sustentado en la raiz
y vestido con la hoja.
La ave que en pagizo nido
nace con desnudez suma,
vestida se vé de pluma
sin saber quién la ha vestido:
cobra alas y halla nacido
todo cuanto ha menester;
y yo, con mas noble ser
que ave y tronco, ¿he de anhelar
necesitado á buscar
que vestir y que comer?
El pez, animal tan mudo
que ni gime, ni respira,
con que á los senos que gira
mover á piedad no pudo,
con ser animal tan rudo,
entre los cienos y lamas,
donde no hay plumas ni ramas,
se halla entre húmedas alcobas
alimentado de ovas
y defendido de escamas.
. . . .
. . . .
Pues si en una y otra esfera
nacen no necesitados,
vestidos y alimentados,
tronco, ave, pez, bruto y fiera;
¿por qué desde su primera
cuna ha de ser desigual
el hombre á todos? ¡Oh! En tal
duda, ¿quién á mi fortuna
¡cielos! podrá dar alguna
luz?

Razon. La razon natural

(Sale la razon natural con una antorcha.)

Reconoce ya Adamo á la *razon*, que esclarece sus dudas haciéndole ver cuán superior es el hombre por su inteligencia á las demas criaturas, aunque en las cosas materiales parezcan llevarle ventaja. Ahora viene el *apetito* convidando á Adamo con algunas yerbas y frutos; pero Adamo, fuerte desde que se apoya en la *razon*, le aparta, lucha con él, le vence y le obliga á retirarse. ¿Quién no vé cuán moral y cuán filosófica es esta alegoria?

Entretanto Enmanuel ha venido al valle, y todos celebran su dichosa venida con danzas y regocijos. La *razon* aconseja á Adamo que pida á su padre los *alimentos* ante el tribunal de la *justicia*. En efecto, preséntase ante el sólio de la *justicia* Adamo asistido de la *razon natural*; su ángel custodio es su abogado. El demonio, como fiscal, aglomera las faltas de Adamo; pero el ángel hace su defensa, Enmanuel se ofrece como hostia del desagravio, el padre se aplaca, y la *justicia* sentencia á favor de Adamo, á quien se dá como alimentos el pan eucarístico.

Hé aquí el plan de este auto, que no hemos hecho sino bosquejar ligeramente. Como este pudiéramos citar otros muchos á que preside un pensamiento profundo, cuadros llenos de imaginacion, de colorido, de vida, de ideas grandes; bellísimos en sus menores detalles, magníficos y armoniosos en su conjunto.

Pero donde se muestra Calderon mas filosófico es en el auto de *El gran teatro del mundo*. Considera en él al mundo como un gran teatro, y á la humanidad como una compañía de representantes, de la cual Dios es el autor, y empieza el auto repartiendo á cada uno el papel que le toca representar: á uno da el papel de *rey*, á otro el de *hermosura humana*, á otro el de *discrecion*, á otro el de *labrador*, á otro el de *rico*, y á otro, finalmente, el de *pobre*. Todos van aceptando su papel, conformándose mas ó menos con él, hasta que al recibir el suyo el *pobre* se queja de él de este modo:

Pobre. Si yo pudiera escusarme
de este papel, me escusara,
cuando mi vida repara
en el que has querido darme
. . . .
¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?
Cuando este papel me dió
tu mano, ¿no me dió en él
igual alma á la de aquel
que hace el *rey*? ¿Igual sentido?
¿Igual ser? ¿Pues por qué ha sido
tan desigual mi papel?
Si de otro barro me hicieras,
si de otra alma me adornaras,
menos vida me fiaras,
menos sentidos me dieras;
ya parece que tuvieras
otro motivo, Señor,
pero parece rigor,
perdona decir cruel,
el ser mejor su papel
no siendo su ser mejor.

Autor. En la representacion
igualmente satisface
el que bien el *pobre* hace
con afecto, alma y accion,
como el que hace el rey; y son
iguales este y aquel
en acabando el papel:
haz tú bien el tuyo, y piensa
que para la recompensa
yo te igualaré con él.

(Se concluirá.)

JOSÉ MARIA DE LARREA.

EL JUICIO DE LOS SIGLOS.

En el Escorial.

Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.
ARGENSOLA.

Lágrimas de corage
vengo á verter en tu feraz regazo,
adusto Guadarrama;
y con brio salvage
vengo á romper pedazo por pedazo
el pedestal de tu soberbia fama.
¡No me arredras, oh, no! Sienta en buen hora
temblar el pecho á la presencia muda
del gigante de piedra que cobijas,
quien no traiga en su ayuda
la luz fascinadora
de la razon, en cuyo torno giro:
con ojos de filósofo te miro,
y mas grande que tú me siento ahora.

Peregrino en mis años infantiles,
yo visité la ruina venerada,
mansion hoy de reptiles,
ayer feliz morada
dó vio la luz, para doblarla un dia,
el que, asombro del mundo y de las olas,
César del hemisferio mejicano,
dió en humo por bandera al aire vano
las naves españolas.
Cada átomo liviano
de polvo, que los vientos arrastraban,
dolor nunca probado me ponia,
lágrimas en mis ojos rebosaban;
y grande me sentia,
grande como Cortés; con cada piedra
de los negros escombros
á colocar el mundo me atrevia
en mis débiles hombros.

De hinojos ante el arco de Trajano
—en Mérida ciudad de sepulturas,—
lloré yo las grandezas del romano,
y grande me sentí cual sus hechuras.
¡Mérida! ¡Medellin! cantos de gloria
siempre en el pecho del poeta escritos!
¡Cuán cara á mi niñez vuestra memoria!
y cuán caro me fué de vuestra historia
el recordar los lauros infinitos.
El fuego inspirador hirviente apenas
sentia yo en mis venas,
y ya al compás de desacorde canto
mi pobre corazon dijo sus penas
á las noches serenas
por ver en giras vuestro régio manto.
Y corria, y volaba,
y postrado de hinojos
vuestras ruinosas piedras adoraba.
Y aquí en el Escorial no ven mis ojos
sino miseria, y liviandad, y enojos.
Yo, con orgullo de hombre,
en vuestras piedras escribí mi nombre,
ansioso de vivir con vuestra vida,
y en las paredes húmedas
de esta de reyes tumba denegrida,
mi mano casi trémula
la vanidad resiste,
y está mi pecho congojoso y triste.

Escúchame, Escorial. De tu granito
el oido eternal abre á mi canto,
aunque te arranque un grito
que nos hiele de espanto.
Viste tus ricas galas,
vistete las mejores,
como se viste en suntuosas salas
lazos deslumbradores
la vieja loca que mendiga amores.
Cierra con ambas manos
las grietas, por do fétidos exhalas
vapores mil insanos
de corrompidas médulas de humanos.
Con himnos gloriosos de grandeza
ahoga mi cantar;—y dile al mundo
que en tu recinto de sin par riqueza
no se respira ambiente tan inmundo:
dile que yo no he visto
á Felipe segundo
girando en torno del altar de Cristo
con ansias roedoras moribundo.
—En su rugosa frente
arde lívida llama:
su boca balbuciente
por el reposo de las tumbas clama.
—Horrible es la agonía
del que trae clavada en la conciencia
sombra de crímen que matando impia
irá dia tras dia,
la vacilante luz de su existencia.
Aunque con mantos como tú se arrope,
Escorial, en tus bóvedas
siempre retumba el grito
que dá horror al precito.

«Paz?... paz?... no hay paz para monarcas ávidos
»de sangre y de tesoros,
»que viven del festin de la matanza,
»que gozan con gemidos y con lloros.
»Paz?... ¿se la diste tú, cuando anhelaron
»tus pueblos por su dulce bienandanza?
»¿Dónde hallará la paz que robó al mundo
»el Atila segundo?

»Verdugo de tu hermano,
»verdugo de tu esposa,
»verdugo de tu pueblo castellano,
»verdugo de tu Flandes laboriosa,
»verdugo de tus hijos y tirano,
»ni en la terrena fosa
»tendrás la paz del que nació cristiano.
»Las venideras gentes
»huirán amedrentadas
»al contemplar las obras de tu mano
»con sangre de los hombres amasadas.
—»Término el Escorial á tu carrera
»será, padron de gloria para Herrera,
»de mengua para tí. La luz divina
»de su génio vendióte... así compraba
»la gloria venidera...
»la tuya, toda entera,
»la sangre de tus reinos la pagaba.

»¿Qué fué de aquellos miles de millones
»de seres sin ventura,
»perros de tu trahilla,
»que al son danzaban de acordados sones
»cuando danzabas tú por maravilla,
»y llanto en ancha vena derramaban
»si tus ojos hipócritas lloraban?
»¿Qué fué de aquella gloria,
»talco que cubre lodazal inmundo,
»hoy funeral memoria
»que quisiera borrar con sangre el mundo?
»Dó aquel sol centellante
»que en el seno de Atlante
»y en su cuna de Oriente, vió cuitados
»pueblos por tus pupilas abrasados?
»Gigante sepultura
»postrimer eslabon de esa cadena,
»á romperla por siempre se apresura.

»Bien el Eterno quiso
»demostrarte su enojo.—Las bordadas
»veletas que á los cielos se deslizan,
»de las borrascas el furor atizan,
»siempre sobre tu fosa preparadas.
»Y de este paraiso
»enemigas las nubes de las flores
»tenazmente les niegan
»los que su cáliz en placer anegan,

»febeos resplandores.
»¿Tras ese manto lúgubre
»no está el dedo de Dios, amenazante
»dispuesto á despeñar sobre el gigante
»su reprimida saña y sus furores?
»¿O son esos vapores
»escuadron funeral, que por los vientos,
»del antro de los muertos fugitivo,
»te viene á despertar con sus lamentos?

«El peso de tu mano
»todo lo abruma aquí.—Las mansas fuentes
»susurran con gemido melancólico;
»despéñanse mas rudos los torrentes;
»los seculares árboles
»inclínanse hasta el suelo
»por un poder vencidos sobrehumano;
»el recortado vuelo
»de las pintadas aves,
»es lúgubre y sombrío;
»sus trinos menos suaves;
»aquí el amor fallece;
»el manto de verdora
»del bosque, dá pavura;
»el mayo no florece;
»aquí seco y sin sol es el estío,
»y siempre la natura
»en su dolor parece
»de flores y de gozos sepultura.
»Del hombre aquí los ojos
»desencájanse al ver como vacilan
»las cúpulas del santo monasterio
»en el fondo del áspera montaña
»sembrada de peñascos y de abrojos.
»Y si el tañir del címbalo
»rasga el pesado ambiente,
»y el órgano sonoro y el salterio
»y cántico divino
»en las sagradas bóvedas resuenan,
»el corazon acongojado siente
»misteriosos dolores de contino
»que sus goces mas puros envenenan.

»Suelo feraz que brotas
»arroyuelos y flores
»que un soplo maldecido al punto seca,
»¿qué trajo sobre sí tantos horrores?
»¡oh Felipe segundo!
»solo tu mano trueca
»en yermo esta region, eden del mundo.
»¿Por qué labrar aquí tu sepultura?
»El ágata y el pórfido
»en árido rincon allá lejano
»¿no te libráran, corazon cristiano,
»del rayo de la altura?
»¡Cuán dichosa pasára la existencia
»en aqueste pensil, si el sol y el cielo
»no estuvieran cubiertos con un velo
»del sangriento color de tu conciencia!

»Duerme intranquilo, duerme,
»como el que espera despertar un dia
»á la voz del Señor, teniendo escrito
»sobre su frente tan atroz delito.
»Aunque tumba buscó tu hipocresía
»en su propia mansion, y es de granito
»tu máscara, sus ojos
»te sabrán encontrar... ¡Ceniza fria!
»¿no tiemblas sus enojos?

»Y nacerá un poeta
»que al desgarrar sobre tu frente impura
»de su libre cancion la saña inquieta,
»á tu edad ya pasada y la presente
»aquí en tu sepultura
»quisiera convocar, para que todas
»su maldicion grabáran en tu frente.»

San Lorenzo del Escorial 7 de junio de 1850.

VICENTE BARRANTES

Aristóteles al proponer los fundamentos de una buena república dice:

—Lo primero y principal de todo es el cuidado del servicio de Dios, que llamamos culto divino.

Siguiendo este ejemplo Numa Pompilio, luego que comenzó á gobernar á los romanos, puso toda su mira en edificar templos, instituir sacerdotes, dar ritos y ofrecer sacrificios con que redujo al pueblo á la piedad; de modo que la fé y el juramento eran suficientes para regirlo.



Castillo de las Rocas

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



VIA-MALA.

Esplotacion de maderas.

La riqueza de los Alpes consiste en las maderas y en los pastos; pero las vacas no pueden apacentarse en todos ellos: hay sitios difíciles en los que solo es dado penetrar á las cabras monteses, ó al segador nómada, que para coger un poco de yerba trepa sin miedo por las mas escabrosas pendientes, y anda atrevido por angostísimas cornisas, mirando á sus pies un abismo profundo. Los bosques son regularmente espesos y de difícil penetracion, y esta es la causa de que la esplotacion se haga á costa de tantas fatigas, y de que á veces ofrezca peligros. Favorecido algunas veces el leñador por lo escarpado de las montañas que circundan el valle, despues de haber conducido hasta el borde de las rocas las maderas que para su uso cortára, las precipita arrogante en el fondo de la llanura y no necesita de otro medio de trasporte, á lo menos para las maderas de consumo, que no hay inconveniente se quebranten y hagan pedazos.

Si está lejano el lugar en que las maderas han de cortarse, muchas veces un riachuelo, un torrente que corre bajo la selva esplotada, recibe en su seno los despojos que se le arrojan, y los conduce á la primera aldea. Allí se construyen almadias, y desde ellas se conduce á los paises circunvecinos y aun hasta á Holanda el tributo de los Alpes.

En otros puntos pueden las montañas por sí mismas arrastrar las maderas, haciéndolas deslizar por ciertos pasillos de imposible tránsito para los caballos y carruages. Este medio de transporte ha estado tan en uso, aun en los caminos de carretera, que se han dado leyes prohibiendo se arrastren las maderas por los caminos públicos. Pocos turistas hay que no hayan encontrado en los caminos de la Suiza unas piedras puestas en lo alto de las pendientes en las cuales se ven grabadas estas sacramentales palabras. «La ley prohibe ensayar sin guarda-rueda, y trasportar las maderas arrastrándolas.»

Pero si las cercanías no ofrecen pendientes accesibles, si en el fondo de una garganta salvaje como esta, en vez de correr el torrente, se quiebra, espumea, salta y sigue un rumbo asaz tortuoso para hacer imposible por su medio el trasporte de las maderas, entonces es necesario recurrir á otros medios para esquilmar á las rocas Alpinas sus escondidos tesoros. Los leñadores se encaraman por estrechos senderos, y luego que llegan al lugar de la esplotacion, establecen un aparato mecánico del que dá una idea clara al grabado. En cada lado del precipicio se fija una polea en la cual engrana una maroma de suficiente fuerza, y de este modo las maderas atraviesan libremente el abismo.

Estamos, pues, en plena Via-Mala en el canton de los Grisones, entre Thusis y Ander. El aparato mecánico no tiene otro nombre que el de su propietario M. Schreibes. Lo que mas frecuentemente se baja es el carbon que se hace en lo alto, el cual está destinado para el consumo de los pueblos circunvecinos y de algunas fundiciones que se hallan en el contorno. Sin embargo, se bajan tambien maderas de consumo y de construccion. Las dos barraquitas distan una de otra de 300 á 400 metros.

En el fondo de esta espantosa garganta, y entre los valles de Schams y de Domleschg se precipita el Oschein posterior (Hinterrehein). La Via-Mala, llamada así por las frecuentes desgracias ocurridas á consecuencia de los desprendimientos de las rocas, se comenzó el año 1470. Mas tarde se construyeron puentes sobre el abismo, y el pasagero no puede menos de rendir homenage al audaz arquitecto Christian Vildener, de Davos. El puente mas antiguo construido en el principio del camino conduce desde la orilla izquierda á la derecha: el segundo de la derecha á la izquierda, y el tercero tambien de la izquierda á la derecha. La profundidad que hay bajo el segundo puente es de 166 metros.

La angostura de la garganta es tal, que apenas se percibe el rio que corre espumante en el fondo. Cuando se sale de aquellos horribles desfiladeros, y se entra en el delicioso suelo de Ander, causa una agradable y singular sorpresa el ver aquellos lindos edificios rodeados de verdes praderas, y aquellos escelentes albergues donde se puede con tranquilidad reposar. El pais de los Grisones es una de las partes menos visitadas de la Suiza, y sin embargo de las mas dignas de serlo.

AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

(Conclusion.)

Ya que están repartidos los papeles, el *mundo* va dando á cada uno insignias y atributos que le son propios: dá púrpura y laurel al *rey*; á la *hermosura*, flores lozanas; al *rico*, joyas de gran precio; á la *discrecion*, cilicio y disciplina; al *labrador*, un azadon; y al llegar al *pobre* le pregunta:

Mundo. ¿Qué papel es tu papel?
Pobre. Es mi papel la afliccion,
(1)
es la angustia, es la miseria,
la desdicha, la pasion,
el dolor, la compasion,
el suspirar, el gemir,
el padecer, el sentir,
importunar y rogar,
el nunca tener que dar,
el siempre haber de pedir.
El desprecio, la esquivez,
el baldon, el sentimiento,
la vergüenza, el sufrimiento,
el hambre, la desnudez,
el llanto, la mendiguez,
la inmundicia, la bajeza,
el desconsuelo y vileza,
la sed, la penalidad,
y la vil necesidad,
que todo esto es la pobreza.
Mundo. A ti nada te he de dar,
que el que haciendo el pobre vive,
nada del mundo recibe;
antes te pienso quitar
estas ropas, que has de andar
desnudo para que acuda
yo á mi cargo, no se duda. *(Despójale.)*
Pobre. En fin, este mundo triste
al que está vestido viste
y al desnudo le desnuda.

(1) Aquí falta un verso.

Empieza la representacion, que preside el autor desde un trono de gloria. En la escena hay dos puertas opuestas: una representa la cuna, otra el sepulcro. Todos van saliendo por la primera á hacer sus respectivos papeles. El *rey*, la *hermosura* y el hombre *rico*, se dejan llevar del desvanecimiento y del orgullo; la *discrecion*, estudia y desprecia los bienes del mundo; el *labrador*, trabaja malcontento; y el *pobre* se queja de su suerte y pide limosna: recházanle todos, dándole solamente la *discrecion*.

Cuando está el *rey* mas envanecido de su poder, enumerando sus vastos dominios, gozándose en su gloria y su grandeza, oye una voz que canta dentro:

Rey de este caduco imperio,
cese, cese tu ambicion,
que en el teatro del mundo
ya tu papel acabó.

Váse el *rey* por la puerta del atahud, y aunque su muerte pone en confusion á los demás actores, la olvidan al momento, y dice el *mundo*:

¡Qué presto se consolaron
los vivos de quien murió!

Sucede luego lo mismo á la *hermosura*, luego al *labrador*, luego á un mismo tiempo al *pobre* y al *rico*, á quienes dice la voz:

Número tiene la dicha,
número tiene el dolor,
de ese dolor y esa dicha
venid á cuentas los dos.

Queda la última la *discrecion*, que se va ella misma sin que ninguna voz la llame: y cuando queda sola la escena se pone el mundo á la puerta del sepulcro, y dice:

Corta fué la comedia; pero cuándo
no lo fué la comedia de esta vida,
y mas para el que está considerando
que todo es una entrada, una salida?
Ya todos el teatro van dejando
á su primer materia reducida
la forma que tuvieron y tomaron,
polvo salgan de mí, pues polvo entraron.
Cobrar quiero de todos con cuidado
las joyas que les di, con que adornasen
la representacion en el tablado,
pues solo fué mientras representasen.
. . . .

Sale el *rey*, y el *mundo* le pregunta quién es, á lo que le responde haciendo una pomposa enumeracion de sus títulos y de sus glorias, y al acabar le dice el *mundo*:

Pues deja, quita, suelta la corona,
la magestad desnuda, pierde, olvida,
vuélvase, torne, salga tu persona
desnuda de la farsa de la vida.

Sale la *hermosura*, y el *mundo* la dice:

¿Dónde está la beldad, la gentileza
que te presté? Volvérmela procura.
Hermosura. Toda la consumió la sepultura.
Allí dejé matices y colores,
allí perdí jazmines y corales,
allí desvanecí rosas y flores,
allí quebré marfiles y cristales.
. . . .

Todos van en fin saliendo y volviendo al *mundo* lo que de él recibieron, y al salir un niño á quien Dios ha condenado á morir sin nacer, le dice:

Mundo. Tú que al teatro á recitar entraste,
¿cómo, di, en la comedia no saliste?
Niño. La vida en un sepulcro me quitaste,
allí te dejo lo que tú me diste.

Despues que ha cobrado todo lo que dió, dice el *mundo*:

Ya que he cobrado augustas magestades,
ya que he borrado hermosas perfecciones,
ya que he frustrado altivas vanidades,
ya que he igualado cetros y azadones,
al teatro pasad de las verdades,
que este el teatro es de las ficciones.

Entonces el divino autor juzga á cada uno segun el modo con que ha desempeñado su papel. El *rico* se condena; el *pobre* y la *discrecion* se salvan; sálvase el *rey* á ruegos de esta; y el *labrador* y la *hermosura* quedan en el purgatorio con esperanzas de asistir algun dia á aquella espiritual cena que es la Eucaristía, asunto final del auto.

Si el temor de prolongar demasiado este artículo no nos detuviera, citaríamos otros muchos pasages, y aun autos enteros, en que nuestro autor se muestra admirable: basten las muestras que ya hemos dado, si bien no son tal vez las que mejor pudiéramos haber elegido; pero despues de una larga lectura de estos autos, indecisos entre tanta belleza, nos encontrábamos en la situacion del hombre que se vió de repente en la caverna del Dios Pluto, rodando á sus pies el oro y la plata, colgando por las paredes, como estalactitas brillantes, los diamantes, los rubíes, toda clase de piedras preciosas, iluminado todo por la claridad de cien antorchas encendidas: este hombre, deslumbrado por tanta luz, aturdido á la vista de tanta riqueza, quedaba al principio desvanecido y admirado, despues se despertaba en él el sentimiento de la codicia, queria ser dueño de aquellos tesoros, pero en la imposibilidad de llevar todo lo que veia, corria de una parte á otra tomando, dejando, volviendo á tomar lo mismo que habia ya dejado, y llevando al fin al acaso lo primero que alcanzára viendo que la eleccion era tan difícil.

Toda medalla tiene su reverso: réstanos, pues, hablar de los defectos de las obras que nos ocupan, ya que hemos hablado de sus bellezas. La crítica, del modo que generalmente se ejerce hoy entre nosotros toca siempre en dos estremos opuestos: elévase á un autor hasta ponerle en las nubes, ó se le rebaja hasta confundirle en el polvo. Cuán diferente aparece la naturaleza en sus procedimientos: no hay cosa tan mala en sí misma que no tenga tambien algo de buena; no hay cosa tan buena á la que no falte algo para serlo enteramente; y si la suprema, la infinita inteligencia de Dios no ha podido producir nada enteramente perfecto, ¿qué hará el hombre con su inteligencia limitada, encerrada en un círculo que por mucho que se agrande será siempre pequeño? Las obras del hombre serán siempre defectuosas, por mucho que avance la humanidad por ese camino de perfectibilidad indefinida en que parece hallarse colocada; allí donde haya bellezas habrá tambien imperfecciones: el sol es la fuente de la luz y tiene manchas en su superficie. Esto sucede sobre todo en las obras de ingenio, en las obras literarias; esto sucede, en fin, á nuestro autor.

Empezaremos notando en él esa oscuridad de conceptos de que tanto se le acusa, si bien en sus autos es menos frecuente y mas disculpable: menos frecuente, porque no teniendo que jugar, como en sus comedias, con aquella galantería conceptuosa y afectada de la época, se acerca mucho mas al tono que conviene á cada personage; mas disculpable, porque donde se muestra mas oscuro es en aquellos pasages donde con un sentido perpétuamente figurado tiene que sostener alegorías muchas veces forzadas, siendo de notar, sin embargo, que algunas veces esplica con bastante claridad cuestiones sumamente difíciles de teología, sin apartarse jamás, segun atestigua el examinador en la aprobacion á la primera parte, del parecer de los teólogos y santos padres. Mucho nos deja que desear, sin embargo, respecto á la claridad: romances tiene de esposicion larguísimos, oscuros, casi incomprensibles, en los que se olvida el objeto principal, como se pierde de vista una senda tortuosa entre dos montañas. Las alegorías padecen algunas veces de este mismo defecto: en *El nuevo palacio del Retiro*, el *rey* es unas veces el rey Felipe IV, otras el mismo Cristo; la *reina* representa la reina Isabel, esposa de aquel, y al mismo tiempo la Iglesia, de lo que resulta gran confusion. Otras veces pecan las alegorías de poco naturales, de inconvenientes, y aun de estravagantes: en el mismo auto se corre una sortija con el Santísimo Sacramento, y al fin se le lleva la *fé*, y se hace á S. Pablo presidente del supremo Consejo de Castilla, á Santiago del de la Guerra, á San Felipe del tribunal de Hacienda y cuentas, etc.; en *El valle de la Zarzuela*, Jesucristo es un príncipe que anda á caza de la *culpa*, y al fin la mata de un escopetazo; en una loa, S. Juan Bautista, S. Lucas, Adan, la Magdalena, Melquisedech y la fé tiran á la barra, llevándose la *fé* el premio.

Algunas veces paga tambien tributo á la costumbre de introducir graciosos que hiciesen reir al pueblo. Estos son unas veces la *inocencia*, otras la *simplicidad*, otras algun rústico, y aun en *el cubo de la Almudena* hay un morisco que se parece á Alí en su comedia *la Virgen del Sagrario*, si bien es mejor el último. Estos graciosos, aunque no están mal tratados, no siendo generalmente groseros ni obscenos, desdicen siempre, sin embargo, del tono elevado de la composicion, y causan mal efecto.

Hemos hablado de las bellezas y de los defectos de los autos sacramentales de Calderon; al tratar de las bellezas hemos sido pródigos de egemplos y parcos de encomios, porque todas las descripciones y los elogios posibles no nos pueden dar tan buena idea de la hermosura de una rosa como la que adquirimos viéndola á la primera ojeada; al tratar de los defectos hemos seguido el método contrario, porque si se trata de mostrar á un hombre las espinas de esa misma rosa, basta enseñárselas, sin obligarle á que las toque demasiado, porque entonces se lastima.

Hemos concluido, pues, este exámen, si exámen merece llamarse una ojeada tan superficial. El asunto era vasto, nuestras fuerzas pocas, reducidos los límites de que podíamos disponer en las columnas de un periódico; no es estraño que el desempeño no haya correspondido á lo que de pluma mas esperimentada pudiera esperarse. Nuestros deseos quedarán satisfechos si conseguimos despertar en algunos el deseo de estudiar á Calderon en esta parte de sus obras, tan olvidada entre nosotros, y que no merece ciertamente este olvido.

José María de LARREA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO III.

Las bodas de la infanta doña María.

El personage mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el rey D. Juan III, sino el infante cardenal D. Enrique, comendador de la Santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor general y gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres príncipes han obtenido en Portugal la veneracion de los pueblos con mas justicia que el infante-cardenal D. Enrique. Inteligente, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, tolerante con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro príncipe que á los 35 años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, y desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra rostro mas jóven y bello; y les causaba pasmo la presidencia del príncipe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio y ensortijado, con los ojos de un azul bello y dulce, con los labios entreabiertos por una perenne sonrisa, mas bien que el juez encargado de condenar á los hombres, parecia el angel que redimia á los condenados.

Precisamente el infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la encarnizada persecucion contra los herejes, secundada en Portugal con todo el exagerado celo que inspiraba el fanatismo á los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues á Felipe II, tenia todavia en España el correctivo del emperador Carlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder á sus peticiones, recurria á los teólogos, y les hacia componer un *Interin* (1).

Pero en Portugal era débil D. Juan III para resistir á ese poder formidable que aparece en los siglos pasados á la luz de la hoguera de la inquisicion, como me imagino á la bruja de los cuentos en las noches oscuras en torno de la llama donde quema á los niños vivos entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los herejes; y empezaban á fulminarse terribles condenas á los que se juzgaban solamente tibios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

En vano el justo corazon del infante cardenal procuraba suavizar las penas que pedian los eclesiásticos para el que no habia oido con reverencia un largo sermon, ó para el que habia cometido la imprudencia de confesar que tenia amigos protestantes. El clero se enfurecia, el vulgo bramava, y los inquisidores tenian que decretar cuando menos una prision perpétua.

Ya empezaba la gota de agua á refrescar muchas cabezas, y la llama á calentar muchos huesos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes y maestros que se creian inficionados de la doctrina herética. La política portuguesa, imitadora desde muy antiguo de la política española, se propuso adoptar tambien una medida análoga á la de Cárlos V, y en su consecuencia resolvió D. Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espulsar

(1) Apuntes de la vida de Fulgio Helding y Agricola, autores del *Interim*.

tambien á todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar *idólatras* á Cosme Seneri, escultor italiano, por haber dicho que las *venus romanas eran la mayor riqueza de Portugal*, y á Bernardo Ruiz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una virgen para colocarlo en un cuadro de composicion mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó á circular por Lisboa el rumor de que la infanta doña Maria tenia en su jardin una *venus* que adoraba un castellano. Este rumor llegó á oidos de doña Maria, y mandó derribar la estatua; pero no debieron de quedar satisfechos los ánimos piadosos cuando elevaron una formal queja al infante cardenal solicitando la prision del castellano.

Terminada la academia despues de la despedida de Luis de Camoens, pidió el infante cardenal permiso para hablar á doña María, y fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la infanta besando su mano respetuosamente.

—Hermana mia, contestó D. Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, traigo para vos una embajada importante, y quisiera saber si estais en disposicion de oirla.

—Siendo vos el embajador, hermano mio, siempre estoy dispuesta á escuchar.

—¿Aludis al obispo de Agdas que no ha hallado gracia con vos?

—Aludo á todos los embajadores.

—¿Y por qué esa prevencion contra los *embajadores*?

—Voy á decíroslo, D. Enrique. Apenas tenia yo cuatro años, huérfana del rey y retirada con mi augusta madre en el monasterio de Odivella, cuando vi al primer *embajador*. Llamábase el duque de Alba, y era un gentil caballero, tal como yo habia imaginado al rey mi padre, con un semblante lleno de magestad y un vestido brillante. La impresion que me causó el duque de Alba fué tan estraña que cuando entró en el convento corrí hácia mi madre diciéndola: «¡señora, un rey!!»

El duque venia comisionado por mi tio el emperador Cárlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I y conducirla á España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando y me dijo: «Adios María, hija de mi corazon: me separo de tí. Dios te »haga dichosa.»

Salí del convento para venir á palacio, y no tenia siete años cuando me presentó el rey á otro embajador. Era un viejo cuyo rostro no se



Luisa Sigea leyendo un poema en el gabinete de la infanta doña María (véase la página 115).

veia debajo de la peluca sino por la puntiaguda nariz. Me hizo saber que era embajador de Francia, y que venia á pedir mi mano para el Delfin. Segun me esplicó, ya habia dado el rey su palabra, y yo estaba casada sin sospecharlo. Cuatro meses despues vino un nuevo embajador vestido de negro á darnos la triste nueva de la muerte del Delfin. Por consecuencia á los nueve años me hallé viuda. Vistiéronme de luto, y recibí el pésame de la córte; pero muy pronto fuí despojada de la negra vestidura para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el duque de Orleans, á quien perdí á los seis meses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se habia retirado el embajador que vino á dar la noticia de la muerte del duque, cuando me anunciaron al embajador de Hungria, Mr. Lordes.... Al llegar aquí doña María, no pudo el infante cardenal reprimir la risa que le causaba la donosa relacion de aquellas bodas, y dijo:

—Veo, hermana mia, que será dificil hallar un príncipe en la tierra con el cual no os hayais desposado.

—Aguardad, hermano mio, continuó la infanta, que falta mucho á la historia. Vino Mr. de Lordes y me pidió en nombre del rey de Hungria para su hijo Maximiano. Desposáronme de palabra por tercera vez, y la córte se apresuró á felicitarme. Trajéronse costosas galas, y ya se disponia mi viaje, cuando llegó otro *embajador* de mi augusto tio el emperador Cárlos, que con pretesto no sé de qué guerras, dispuso divorciarme de Maximiano para casarme con el archiduque Fernando. Ya me consideraba esposa del heredero del rey de romanos; pero con otro motivo mudó de parecer el emperador, y todo quedó deshecho; proponiéndoseme en seguida, por medio de Mr. Honorio de Cais, la mano de mi primo D. Felipe.

Ignoro los motivos que impidieron la realizacion de este enlace. Solo sé que D. Felipe tomó otra esposa, y que ya me creia libre de *embajadores*. Mas ¡ay! ayer me advierte el rey la llegada del obispo de Agdas, y un triste presentimiento me dice, D. Enrique, que este embajador viene, como todos, á traerme alguna pesadumbre. Si no es á llevarse á mi madre, porque no tengo la dicha de que esté conmigo, ni es á anunciarme un duelo ó á declarar una guerra, vendrá á proponerme algun casamiento.

Terminó la hermosa princesa con un gesto de desden estas graciosas palabras, y D. Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mia, replicó; al oir vuestra relacion cualquiera tiene derecho para anatematizar á la raza de embajadores que tanto os ha mortificado, y yo me apresuro á abandonar tan desgraciado título, temeroso de escitar vuestro desagrado.

—No temais, D. Enrique, vos podeis serlo impunemente.

—¿Y si viniera á hablaros de bodas?

—¿Con que no me he engañado? el obispo de Agdas...

—Viene á pedir vuestra mano para el príncipe D. Felipe, que se halla viudo de doña María.

—¡Dios mio! esclamó la infanta aterrada; y ¿qué ha contestado el rey?

—Doña María, oidme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Cárlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia, suspenden entre sus garras la corona de Francia, espantan con su vuelo al rey de Méjico, hacen sus presas en los campos africanos, y van á reposar sobre las torres de Flandes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese nido es España. Nadie como Cárlos V puede decir: «yo doy la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo lecho propio en los antípodas...»

—Y que.....

—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos: ninguno ha dado muestras de tan grande poder.....

—Acabad, D. Enrique.....

—El emperador es el árbitro de la paz y de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus ahijados.....

—Pero señor.....

—El emperador no solicita: manda; sus mas ligeras insinuaciones son leyes.....

—Luego él ha dispuesto.....

—De vuestra mano, doña María, y es imposible rehusar.

Doña María guardó silencio por unos instantes, y luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.

—¡Hija mia! esclamó D. Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza: escuchadme, por Dios, y no os entregueis á un dolor injusto. No os hablaré del honor que seria para una dama ilustre el enlazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de don Felipe. ¿Quién no envidiaria la dicha de tener por suyo al príncipe mas piadoso de la cristiandad? ¿Sabeis que en España es respetado



(La infanta doña María).

de todos los pueblos como si ciñese ya la corona, por su temprana sabiduría y por sus innatas virtudes?

—Todo lo sé, replicó la infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.

—Nuestros deseos, hija mia, significan bien poco cuando Dios nos elije para que desempeñemos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procurareis resistir su voluntad.

—¡Ah, la voluntad de Dios es que yo no pertenezca á los hombres, D. Enrique! Harto me lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realizacion de todos los lazos que se han formado para unirme á un esposo. Y creedme, esta boda no se realizará aunque yo la admitiera. Tal vez el príncipe moriria de repente, ó se encenderia una guerra entre España y Portugal.

—Vuestra imaginacion, hermana mia, se halla preocupada por siniestras ideas. Espero que se disipen. Estais agitada y necesitais reposar. Mañana volveré y hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero antes tengo una gracia que pediros.

—Decid.

—Teneis á vuestro servicio á un caballero español llamado D. Mariano Enriquez.

—Sí.

—El tribunal tiene que entender en su vida.

—¿Cómo?

—Se le acusa de *idolatría*.

—Ese caballero es un buen cristiano.

—Tal vez.....

—Y está bajo mi proteccion.

—¿Sabeis que para el tribunal no hay inmunidades?

—¿Y qué quereis?

—Que lo entregueis antes que se os reclame.

—¡Entregar yo misma á un inocente!

—Si está inocente, nada debe temer.

—¿Pero con qué pretesto entrego á uno que no es culpable?

—Ha adorado á la *Venus* que estaba en vuestro jardin.

—Esa estátua no existe ya.

—Pero existe su delito.

—Su entusiasmo no era una adoracion.

—Los católicos condenan ese entusiasmo; y es imprudente, hermana mia, que os encargueis de patrocinar á un herege, ¡vos, tan santa!

—¿Y qué debo hacer, hermano mio?

—Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo habia tomado, para condenar el alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado destruir la estátua, y os envio al pecador para que le purifique la penitencia.»

—¿Y no le condenarán?

—Se le juzgará segun nuestra conciencia.

—Está bien.

—Mirad, doña María, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica que anda en bocas del vulgo.

—Descuidad, D. Enrique.

—Adios, hermana mia.

—Id con Dios, hermano mio.

Así que se retiró el infante cardenal, mandó llamar doña María á Luisa Sigea, que era á la vez su maestra, su consejera y su amiga.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

LA NOVIA DE ORO,

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magin, que segund cuenta el Maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos, hobo tierras é poder nada cortos, acullá en las septentrionales partes de España; el cual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorísimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre *Babieca*, ansí dicho con farta razon, ca seyendo home doto mas que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potage de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mugeres arreo en soldemente treinta años; é todas las doce mugeres salomónicas fueron á maravilla fermosas é honestas, é ricas é placientes, é de poca vida, que es rara aventura: é todas encaescieron, é vivióles la cria, é fallescieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantía; é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó afincadamente de facer trato con los planetas mas graves é ceñudos, como D. Junipero, D. Saturio, é D. Marcio, é con los celestes enhastados signos, á saber: D. Arias, D. Tahur é D. Capigorronio, de le dejar una esposa que le cuidara en sus postrimerías é le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para fablar con los astros por señas, é significóles el cristiano deseo del Conde, é respondiéronle las estrellas faciendo guiños que aina podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriria de fijo, ca sus altezas los planetas é signos é toda la demás cámara lucida tenian por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fraile. Amohinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda: ca discurriendo que sus doce veladas habian tan de súpito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvia en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre é rolliza, que semejaba seer asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar á sabiendas,

parescióle consejo mas sano seguir conde viudo, que facer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente duela á cualquier príncipe non dejar herederos á su talante habidos; Salomon dando hy é tomando, cayó en cuenta un viérnes en ayunas, á la hora de aleñarse la barba, de que D. Capigorronio ó D. Junípero (llamado otrimente D. Jóven), D. Saturio, D. Arias é compañía amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decia de *requiem æternam*. E como fuese notoria fazaña que el mismísimo D. Jóven hobiese habido fijos sin casar, en Doña Bleda, Doña Anade, Doña Guilopa (1) é otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, antes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; el temerario Salomon, como se vido con la barba en la mano, quisosela facer á todas las estrellas que su casamiento impedian; é non catando al que la conveniencia del su Estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa; é salióse con ello, é non morió, nin dolióle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atoviéronse á la letra de lo pronosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que ansí la apellida Maese Ferruz por seer vana á la par del pavon cuando ha mas poblada la cola) des que se cató con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia: cercóse de boato é atuendo al tenor de una emperadora, puso é quitó en el condado, trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viuda é pupilo; á tanto que otro viérnes como el de marras, enojado el Conde por consejo del sesudo Babieca, entró de improviso en el camarin do trenzaba á la sazon la casi-condesa su cabellera fermosísima; é tras el Conde fueron hy entrando de dos en dos fasta cincuenta monjas tocanegradas, é la abadesa en medio con tigera en mano, é cabe ella la sacristana é monaguillas con cruz, caldereta é guisopo, é dos madrecicas, bellas como dos querubines, con sendos azafates é dentro un hábito é una toca, un cilicio é una zurriaga, todo safumado y entremetido en flores, oliendo á gloria. E asiendo el conde la ocasion por los cabellos (como diz socarronamente el Maestro Ferruz), asiendo pues de la stupidifacta mondonga por el trenzado, púsola en las benditas manos de la perlada é fuese dende; é rodearon á la captiva las cincuenta sororas, cantándole é sermoneándole muy buenas cosas en latin é romance, fasta que pelada, zurriagada, ciliciada é de todo punto monificada, leváronla en procesion al su monesterio, do en pocos dias, olvidada de lo que en vano remenbrarie, deprendió diestramente la manifatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandeadas madres de la caostra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la fija, cuyos loores largamente relata en su corónica el Maestro Ferruz, que de seis á trece años le enseñó cuanto él sabia, é á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho mas que el maese. ¡Nascida en el dia de S. Carísimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carísima* vale tanto como *muy querida é muy costosa*; é la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy *querida* é deseada del su padre antes aun de nascer, é fué muy *amada* en nasciendo, é fué muy *costosa* á su madre, é púdolo ser á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba: seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilacion de la monja forzada; ca los arrojos de los príncipes nunca se pagan en propia sino en agena cabeza; de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carísima cresció por sus dias audados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damísima en todo: nunca sofrió un vestido mas de una postura; dormia con guantes é con un polido tocado; en su vida sentó los pies fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; faciala, si, mas linda el seer pequeñuela; el talle cabia en los jemes: lábios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre, los ojos negros, ansimesmo como de azabache, magüer non grandes por demás, eran sobre manera graciosos é bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España destonces, que mirada é remirada Carisima á la menuda, non dábase en ella parte ó faicion que fués de suyo acabada é perfecta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apetescible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz en descargo de su donsciencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tantico mas de la gentileza de la condesica iba ciertamente en el atavio precioso é atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, que á darle Salomon barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non abastaran para su arreo, é destonce sí que fuera para su padre *carísima*. Fueras ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola é alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca deciale asaz bien á su cara. Ansí seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo: cual moscas á miel acudian príncipes, duques é varones á requestarla: ella con apacible faz oia los requiebros de todos, respondiales con falagueras razones que non la ponian en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo é facia la vista gorda el buen Salomon por consejo del bonísimo sábio; ca veyendo farto dubdoso el que la Carísima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la fija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, perilustres y prepotentísimos, pretendiéronla por muger á la faz de la eglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada: bien que Salomon hobiérala reconoscido ante el su Consejo, é todo el condado salomoniense recibídola é saludádola con vítores condesa futura.

Dias corrian, años pasaban, la Condesa llegaba á sazon; forzoso era meterla en estado. Un dia que se habia aderezado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. ¿Con quién aparellamos esta paloma? dicele jubiloso el padre. El conde Bolonio, el conde Espárrago y el duque Armatoste sospiran por la mi única fija, ¿quién carga con ella?—Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapeable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carísima quien pueda levarla en hombros desde este palacio á mi choza.—Catad, repuso el Conde, que la manceba non es grandemente rolliza é pesante, ni yaz lueñe tampoco vuestra posada: levarán á tal fardo cuanto los quieren, é non sabremos á quién endilgarlo.—Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decirnoslo han los que tomarlas deben á cuestas; vengan é prueben. A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes, cúpole el primero al conde Bolonio forzudo garzon é redondo como una bola; cogió á Carísima de la cintura, echósela al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio, cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los y estantes en torno; en el punto crudo de posarse en sus hombros Carísima, convirtiose en estátua maciza de oro, é despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hy hobiera pasado. Asió de ella el conde Espárrago, altísimo é derecho mancebo, é morió estrujado ni mas ni menos que el conde gordo el duque Armatoste, alto é fornido como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargo é reventó con la carga. Espantados los demas condes é barones que non osaban pretender á Carísima sinon de lueñe, fugieron dende cantar la gala á pícaro el postre. La condesica, toda confusa é avergonzada, fuése á desnudar sus galas sangrientas; colérico el Conde caviló un rato si deberia quemar vivo ó enforcar por lo menos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El dotor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí alborotados los confines de España con la estraña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carísima furtó sus galanes, aceda para los que presumian el conquerir á Carísima, miraculosa para todos los ál, que así á ver la ya terrible condesa acudian, como á ánima tornada del otro mundo. Mirábanla é remirábanla, é placiales el talle é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomianse un tanto é luego santiguábanse é partian de carrera diciendo; «Novia que pese, puédese sofrir, pesan todas: novia que aplaste ¡guarda! Carisimaa tan cara non la queremos.» El Conde que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, paresciéndole mas facedera cos, los acrescentar con una boda á su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carísima, que de buen grado la monificara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo: é non acertando á desfogar su iracundia en la su fija y en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hácia sus vasallos, pagando por todos los que mas á la mano estovieron; enforcó por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas encopetadas, encorozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras muchas buenas justicias, que solo se logran cuando por la permision de Dios se acedan los condes; era el estado de Salomon una balsa de aceite; estornudaba él, é calambregábase su córte. Carísima en tanto estrenaba una gala por dia, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

(1) En este cuento se llama D. Saturio á Saturno, D. Junípero y D. Jóven á Jupiter: D. Marcio á Marte; á los signos Aries, Tauro y Capricornio se convierte en tres caballeros con los nombres de D. Arias, D. Tabor y D. Capigorronio; finalmente de Leda, Europa y Danae se hace una Doña Bleda, una Doña Guilopa y una doña Anade. Para estropear nombres mitológicos, se pintaba solo el Maestro Ferruz.

(*Nota del Editor*).

Pero otra cosa estaba de ayuso. Figuradvos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso dia de mayo, á la tardecica, monta á caballo la novia de oro (ca los caballos, como non habian de casar con ella, llevávanla á cuestas é non reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gineta en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio dia fuera recibido en palacio: gritóle Carisima que la sacara de entre caballo é lodo é sesudamente respondió el palafrenero, que segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á el solevar al caballo, no empero levantar, ni tocar de sus manos á su ama, cá esto era privillegio del su caballerizo. «Si vos no me alzáredes, dijole jimiendo Carisima, non podré yo, cá por mi cuenta debo estar deslomada.—Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero;» é restallando reciamente el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezárles quisiera un azote fierisimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «Loado sea Dios,» prosiguió el mozo: Carisima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos; aquietose de súpito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero é tornó con una camisa de fino cáñamo é un jubon é saya de rica bayeta, que hóbose de vestir á falta de otros la Condesica: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogiósele su caballo, é siguióle el de Carisima como buen compañero. Hételos á los dos á pié, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues é departiendo echa la Condesica de ver que el palafrenero Justino fabla como un calonge, amén de ser bello como un angelon de retablo, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caida molesta á la pobre moza, é cogea; nótalo Justino, é olvidando ya la cartilla palafreneresca, toma á Carisima en brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carisima, que poco antes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la matáran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero se la echa encima, timorosa de tornarse oro é atortillar al mancebo, el cual en efeto la deja. Disimulando pues el dolor, esforzándose á sonreir, magüer sin gana, prosiguió andando Carisima, é fizole contar su historia á Justino, é sopo que habia madre vieja é dos hermanas que él mantenia; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolendas arreo: que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le facer, gobernaba á su gusto el potro que mas coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras no pusiera en estado á las hermanicas é ganara para mantener honradamente á la vieja: Carisima lagrimeó bien de vegadas, oyendo la tierna relacion del mancebo; él pidió á su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quisole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los lábios de la moza con la frente del mozo, é osculáronse hy mal su grado, con un buen coscorron, que les fizo perecerse de risa. La madre é las hermanas fueron traidas é acomodadas en palacio al otro dia.

No puede el amor absconderse: Carisima non vivia á gusto, salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, pescudó á la hija, confesó ella, buscaron al mágico.—«Padre Babieca, dijo Carisima, yo quisiera ser de Justino; pero non quisiera estrujarle.—Babieca amigo, dijole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para principe; otro yerno apeteciera yo; pero á este apetesce mi fija, é yo non he araz de brio para empajedar á ella é descabezar á él, como barrunto que convendria: pedid á los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia.—Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carisima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, puédese tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero.—Farto me duele, repuso la vana de Carisima, haber de casarme con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luego á lo principe.—Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será dél lo que fué de los tres malaventurados.» Carisima gimió de lo hondo del alma; recobrándose, empero, dijo: «Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mi, aun tomaria un cilicio á raiz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta.» Lloró aqui el padre, lloró el mágico, bendijeron y besaron á la mochacha, é despidiéronse fasta el dia siguiente. Llegada Carisima á su aposento, juntó sus galas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio: Carisima durmió mejor que ninguna: sobre una buena accion, ¡qué dulce es el sueño!

Amaneció, vistióse Carisima sin facer dengues la honesta ropa, é ved ¡qué asombro! mas bizarra parecia con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor é virtud? El cura, padrinos é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carisima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: miranle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia...» Aqui gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carisima, magüer nunca lo dijo: sabia que era muerto quien la alzára en hombros en guisa de amante; parescióle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto, echóla los brazos diciendo solamente al alzarla: «Carisima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! y ¡qué griteria de júbilo cuando vieron que el feliz Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien vá hácia la dicha! Poblóse de capas el suelo, hinchióse de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carisima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de Oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de Oro*, por su alto merescimiento, por su inestimable valla.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La Justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

Hay en el Ferdj-Valı (al E. de Constantina) un Scheick llamado Bu-Akas-Ben-Achur, nombre antiquísimo que se encuentra unido varias veces á la historia de las dinastias árabes y berberiscas del Ybu-Khaldum.

Bu-Akas, conocido tambien por Bu-Djenni (el hombre del puñal) es la mas perfecta personificacion del tipo árabe. Sus ascendientes conquistaron el Ferdf-Valı (pais hermoso) y reina él ahora en esta comarca, cuya conquista ha sabido consolidar con su enérgica administracion.

El Scheick Mohamez-Beu, emisario del mariscal Valée, gobernador general de la Argelia en la época en que pasaron los sucesos que referimos, decide á Bu-Akas á entrar en negociaciones con la Francia, por resultado de las cuales hace Bu-Akas su sumision que formaliza con el envio al comandante general de Constantina de un escelente caballo de Gada y el reconocimiento del tributo anual que debe pagar en lo sucesivo. A pesar de la sinceridad con que Bu-Akas aceptó sus nuevos compromisos no desmentidos hasta ahora, negose constantemente á ir á Constantina, pretestando un juramento que se lo impedia, á las mas importunas instancias de las autoridades francesas que deseaban agasajar cordialmente al poderoso vecino cuya amistad tenian en tanto. Pero Bu-Akas temia ser retenido prisionoro, y esta era en realidad la causa de su tenaz negativa.

El tributo de que hemos hecho mencion arriba, que satisface anualmente Bu-Akas al gobernador de Constantina, consiste en **80,000** francos; pues bien: todos los años despues de la siega, en el mismo dia y á la misma hora exactamente entran por las puertas de la ciudad los camellos de Bu-Akas cargados con la cantidad dicha, sin que nunca se hubiese echado de menos un solo maravedi.

Bu-Akas tiene ahora cuarenta y nueve años y viste como los Kavilas, es decir, usa como ellos un albornoz que sujeta á la cintura con un ceñidor de cuero, y á la cabeza con un fino cordon de seda verde. Le acompaña siempre su par de pistolas colocadas en el cinto, el alfange Kabila y una hermosa daga de negra empuñadura. Marcha en pos de un negro que le precede á guisa de correo, y es portador de su carabina y á su lado se encuentra continuamente su perro favorito, precioso lebrel que Bu-Akas tiene en grande estima.

Cuando alguna de las doce tribus que domina Bu-Akas recibe daño ú ofensa de otra vecina, no se mueve aquel: bástale enviar á su negro al aduar, capital de la tribu ofensora, enseña este el fusil de Bu-Akas, y la ofensa recibe inmediatamente la reparacion mas completa.

La fama religiosa de Bu-Akas corre parejas con la politica. Sostiene á sus espensas dos ó trescientos tolbas que enseñan el Al coran á su pueblo. Todo peregrino que va á la Meka y pasa por el Ferdj-Valı, recibe tres francos y la mas obsequiosa hospitalidad durante el tiempo que quiera pasar en los dominios del Scheick. Mas si llega á saber

que algun pseudo-peregrino esplota la religiosa caridad de su pueblo le hace traer á su presencia para castigar la superchería con cincuenta palos en las plantas de los pies.

Reune á veces á su mesa Bu-Akas mas de trescientas personas, á quienes hace los honores de la casa de una manera patriarcal, vigilando que sus esclavos no dejen nada que desear á los huéspedes, alrededor de los cuales se pasea él con el baston en la mano. Si algo queda de la comida, come Bu-Akas, mas siempre el último.

Los dominios de nuestro héroe se estienden desde Milah hasta Rabue, y desde el estremo sur del Rabur hasta dos leguas de Gigelli.

Cuando el gobernador de Constantina, única persona cuya superioridad reconoce Bu-Akas, le recomienda un viagero, segun la categoría de este ó los términos de la recomendacion, le entrega aquel su carabina, su perro ó su puñal. Si el viagero recibe la carabina, la coloca á sus espaldas: si el perro, lo conduce por un cordon con que le ata; si el puñal, le pone en el cinto y con uno ú otro de estos preciosos talismanes, cada uno de los cuales da derecho á determinados honores y acogida, puede recorrer las tribus que estan bajo el mando de Bu-Akas sin miedo á percance alguno; y lo que es mejor disfrutando de comida y alojamiento gratis, privilegio anexo á la cualidad de huesped honrado por Bu-Akas. Al dejar nuestro viagero el Ferdj-Vuh entrega el puñal, carabina ó perro al primer árabe que encuentra; y este abandonando su caza ó labranza, si en ello se ocupaba, su familia y cuanto pudiera entretenerle, toma la respetada reliquia y corre á ponerla en manos del temido Scheick.

Asi es que la daga de puño negro es muy conocida, tan conocida que ha dado su nombre á Bu-Akas, Bu-Djemni (hombre del puñal); con él, Bu-Akas corta las cabezas, cuando alguna vez, para administrar mas pronta justicia cree oportuno hacerlo por sí mismo.

Al tomar este gefe el mando del pais, hallábase infestado por infinidad de ladrones; pero Bu-Akas es hombre que consigue cuanto quiere, y los ladrones desaparecieron porque asi lo quiso el Scheick, que se valió para lograrlo de un espediente ingenioso. Disfrazado de comerciante recorria el pais, y de vez en cuando dejaba caer un duro que hacia por no perder de vista. Un duro perdido, luego encuentra dueño no solo en Africa sino en cualquiera pais del mundo; mas el desdichado en cuyo bolsillo era encontrado el duro inmediatamente era decapitado por el ejecutor de Bu-Akas que disfrazado como él le acompañaba en estas escursiones. Es el resultado de este sistema de enjuiciamiento (que no titubeamos en igualar al que usaban las comisiones militares que en tiempo del consulado acompañaban á las partidas francesas que recorrian el mediodia donde los Chuanes habian dejado muchos encontradores de duros, ó á las que durante los estados de sitio en España se encargan muy frecuentemente de las funciones judiciales, surtió el mejor efecto en los estados de Bu-Akas. Dicen sus árabes que un niño de diez años puede recorrer ahora todo el pais con una corona de oro y diamantes en la cabeza, sin que en la vasta estension que aquel domina se alargue una sola mano á cogerlas. ¡Felices súbditos de Bu-Akas!

Bu-Akas respeta estraordinariamente á las mugeres: asi es que es costumbre admitida en aquel pais que siempre que hombres y mugeres se encuentren en un camino se separen aquellos de él para que estas pasen delante. La menor falta á las consideraciones debidas al bello sexo es castigada inmediatamente.

Queriendo un dia el Scheick saber la opinion que de él formaban las mugeres de su pais, y á propósito de encontrar en el camino del Vued-Ferd una hermosa árabe, se aproximó á ella dirigiéndola algunas galanterias. — Aléjate, buen ginete, le contestó la hermosa, sin duda no conoces los peligros que corres, le dijo con la gravedad de una reina. — Mas como insistiese Bu-Akas importunándola — ¡Imprudente! añadió aquella ¿tan de lejos vienes que ignoras que estás en los estados del hombre del negro puñal, donde las mugeres son respetadas?

Segun dejamos dicho, es Bu-Akas eminentemente religioso, y hace de la manera regular que el rito marca, sus preces y abluciones. Tiene cuatro mujeres como lo permite el Koran: dos en su tienda de Ferdf-Vah y dos en el harem.

El Scheick Bu-Akas, como Pedro Lerroux, pone en el mismo grado criminal el robo y el adulterio, con cuyos delitos es inexorable.

Habiendo sorprendido cierto dia un habitante del Ferdf-Vah á su muger con un amante, llevó los dos culpables ante Bu-Akas, que al momento mandó decapitar al hombre; mas al irse á egecutar la misma sentencia en la muger, pareciole sin duda muy hermosa con las lágrimas á su marido que pidió clemencia para la criminal.

—Tu mismo degollarás ahora á tu muger, le dice el inflexible Scheick entregando al marido su puñal, que yo te daré otra; mas si prefieres que ella viva, vivirá; pero morirás tú en su lugar, porque todo crimen debe ser espiado. ¡Elige pronto!..

Vaciló un instante el marido, que al fin degolló á su muger con aprobacion de Bu-Akas, quien segun su palabra, vuelve á casar al viudo.

Cierto dia, Bu-Akas, el hombre del negro puñal, que por lo que va contado podríamos llamar mejor el justiciero, un dia, repetimos, oyó contar que el Cadi de una de las doce tribus pronunciaba sentencias dignas del rey Salomon, y como otro Aarum-al-Raschid, quiso juzgar por sí mismo de la realidad de cuanto le habian asegurado. En consecuencia, como un simple viagero sin armas ni distintivo alguno de su autoridad, parte á la tribu poseedora de juez de tal maravilla montado en un caballo de raza que no revelaba sin embargo por los arreos el poderoso dueño á quien pertenecia.

Era casualmente el dia del arribo del Schiek á la tribu mencionada, dia de feria y por consiguiente dia de audiencia. Todavia no habia llegado. ¡En todo protege Mahoma á su servidor! todavia, decimos, no habia llegado á la entrada del pueblo, cuando un mendigo cojo, asiéndose á su albornoz, le pide limosna como el pobre á san Martin. Socórrele Bu-Akas con la liberalidad que un buen musulman lo hace; mas el mendigo no suelta el albornoz.

—¿Qué me quieres?—Le dice Bu-Akas. Me has pedido limosna y te la he dado.

—Sí, repuso el cojo; pero el Coran no dice solo «darás limosna á tu hermano;» si no «haz por tu hermano cuanto pudieres hacer.»

—Y bien ¿qué puedo hacer por tí? ¿qué quieres que haga?

—Puedes impedir que yo, pobre reptil, me arrastre y sea atropellado por hombres y camellos entre cuyos pies tendré que caminar si he de llegar al pueblo, cosa muy difícil hoy.

—¿Y cómo impedirlo?

—Llevándome á la grupa hasta la plaza del mercado donde deseo estar.

—Sea, dice Bu-Akas ayudando á subir al cojo á la grupa. Con alguna dificultad se hizo la operacion esta, pero al fin se hizo; y ambos ginetes atravesaron las calles del pueblo no sin escitar la general curiosidad. Llegan á la plaza.

(Concluirá.)

LA CABEZA DE TERNERA.

Un magistrado, á la salida de una audiencia, dijo á uno de sus compañeros que se fuera á comer con él.

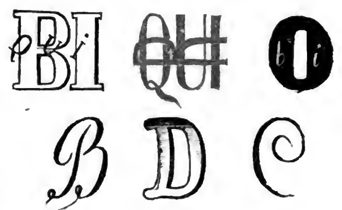
—Yo te convidaria á tí de buena gana, le contestó, pero creo que no tengo hoy nada bueno. ¿Sabes, Pedro, añadió dirigiéndose á su criado que estaba guardando la toga en un saco de damasco, lo que tengo?

—Señor, le contestó, tiene V. cabeza de ternero.

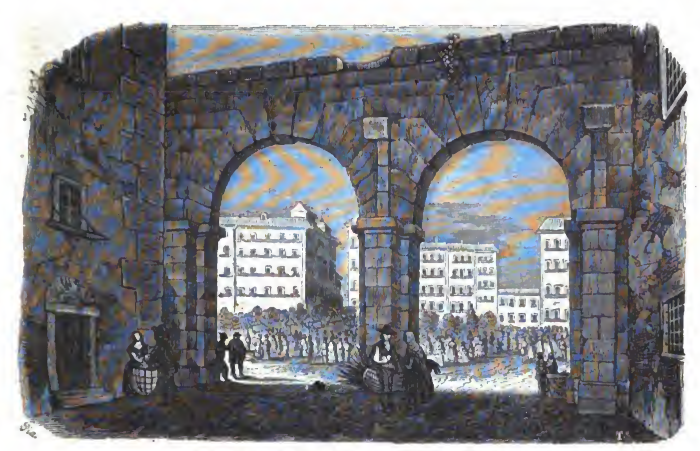
FILANTROPIA DE UN DUQUE.

En el mes de enero de 1776, se dirigia un duque desde Paris á Versalles y hacia un frio escesivo. Viendo entonces que los dos lacayos que iban en la trasera de su carruage estaban casi yertos, los hizo entrar y sentarse enfrente de él. Este rasgo de humanidad recibió justos y merecidos elogios en la córte, á los cuales contestó él con bondadoso acento diciendo: Lo que yo sentia era no poder hacer entrar en el carruage al cochero y á los caballos.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Toledo.—Vista de la plaza de Zocodover desde los arcos de la cuesta del Alcázar.)

EL MARTES.

Murmuracion histórica que nada debe á la historia.

El pobre mortal que despues de haber leido al reverendo P. Mariana y la crónica del rey D. Pedro, consigue penetrar en la imperial ciudad de Toledo por la puerta de *Visagra*, á costa de sus asendereados huesos, no puede menos de esperimentar un sentimiento de amarga estrañeza y de profunda admiracion, si compara los grandes sucesos de que fueron testigos aquellos boy mal llamados murallones, con la mezquina perspectiva que ofrece la encrespada, tortuosa é interminable cuesta, mas que calle, que conduce al *Miradero*. El mortal susodicho ha tenido ya, por supuesto, en el magnifico panorama del camino de Madrid, no pocos motivos de encomendarse á Dios ó al diablo, segun las inspiraciones de su conciencia; pero demos de barato que la diligencia-pereza en que se encuentra embutido haya salvado la distancia de doce ó cotorce leguas (cosa no averiguada hasta ahora), que media entre la moderna y la antigua corte de Castilla, á razon de hora por 3,000 varas; que nuestro hombre se haya librado por milagro de los hediondos baches, de los empinados ribazos y de los demas obstáculos de toda especie que presenta aquel vasto archipiélago, desde el principio de la *legua negra* basta la Venta de Malabrigo de Cedillo; que en esta venta haya saboreado el almuerzo de unas bárbaras sopas de ajo con huevos, remojadas con cierto esquisito vinagrillo propio para calmar el mas rabioso dolor de muelas; que haya vuelto á trotar segunda vez por breñas y barrancos, dándose de cabezadas contra los tableros del fementido coche; y que, por último, al cabo de doce ó catorce horas de jaleo y de batacazos, de juramentos y de hambre, costee el *paseo de Madrid*, atraviese la puerta que los partidarios del conde de Trastamara y los plateros revolucionarios defendieron con tanto brio, lo cual no impidió que fuesen todos debidamente ahorcados, y que al fin contemple á sus pies la antigua *Juderia*, convertida hoy en un laberinto de batanes, de fábricas de ladrillo y de molinos harineros.

El *Miradero* es el punto de observacion de todas estas bellezas contemporáneas; pero ¿quién se detiene en él cinco minutos durante el invierno, sin sentirse helado por la riquisima alfombra de escarcha que tapiza su suelo? ¿Quién, durante el verano, no teme verse envuelto en densas y nada limpias nubes de polvo, cuyos impetuosos remolinos pueden precipitar al mas avisado hasta el camino del puente de *Alcántara*, si tal nombre merece el desigual y pérfido repecho que desde él arranca? Queda, pues, demostrado que desde el *Miradero* nada se puede mirar en verano ni en invierno, y que por lo mismo conviene dejarlo á la espalda para internarse en la ciudad, lo cual se consigue fácilmente atravesando una ética calle y, por supuesto, otra cuesta, porque sabido es que en Toledo y en sus alrededores no se dan cincuenta pasos sin tropezar con tan indispensable sudorífico.

Mi buena ó fatal estrella me condujo á la capital de los *Cigarrales* en un dia crudo del invierno de 1848, empotrado en un vehículo cuyos incesantes vaivenes se asemejaban á los rudos sacudimientos de un quechemarin de Mundaca cuando á despecho del viento se empeña en doblar el cabo *Machichaco*. No era yo el único pasagero que, á guisa de diablo zambullido en agua bendita, me agitaba en aquel purgatorio estacional; un loco me acompañaba. Si mis lectores creen que se dirigia voluntariamente al *Nuncio*, se equivocan grandemente. Su razon funcionaba, veia claro con los ojos del entendimiento; pero no veia como los demas, porque era justo apreciador de las debilidades humanas..... Esto constituia su demencia. Los sectarios del vicio le llamaban maldiciente; para mí solo era un pobre hombre empeñado en moralizar el mundo.

Dicen que en Toledo hay mucho que ver, le pregunté.— Segun y conforme, respondióme sonriéndose. ¿Es V. pintor?—No.—Lo siento, porque pudiera V. bosquejar las ruinas de uno que fué soberbio alcázar, el monumento de San Juan de los Reyes, del cual nadie se acuerda, porque vale algo, y la plaza de Zocodover, de la cual se acuerdan demasiado los que una vez la han visto, por lo mismo que nada vale.— Cansado estoy de admirar esas bellezas en las estamperias de Madrid.— Lo creo; y tambien habrá usted contemplado las del *artificio de Juanelo*.—En efecto. ¡Cuánto deseo ver esa obra admirable —No haga V. tal, si se precia de buen español, amante de nuestras glorias, porque perderá el tiempo: esas maravillas del arte solo existen hoy litografiadas ó grabadas en madera.—Pero sus restos venerables..... Supongo que se cuide de su conservacion.—Sí..... sí.... El Tajo se ha encargado de no dejar ladrillo sobre ladrillo en el famoso *artificio*: la yerba crece en los solitarios patios de la célebre mansion que cobijó los amores de Alfonso VIII; al paso que la humedad imprime el sello helado de la muerte sobre las paredes de la traidora *sala de los secretos*. Por lo que toca á San Juan de los Reyes. .. se conserva.... mal me esplico: arrastra penosamente su miserable vida: entregado á sus propias fuerzas, desafia al tiempo y á los elementos con el escaso poder que le han dejado sus largas vicisitudes: ese poder se gasta mas y mas; al fin sucumbirá, dejándonos alguna señal de su asiento, parecida á la del castillo de *San Cervantes*. Nadie recuerda ya! la importancia del magnífico *monasterio*; solo se sabe que hoy encier-

ra una biblioteca, inútil para el público. El forastero que sube de la *Vega* por la puerta del *Cambron*, se detiene ante aquel coloso, admira su atrevida arquitectura, se inmuta al aspecto de aquel enjambre de monarcas batalladores que defienden su fachada y prosigue su camino suspirando y diciendo: ¡Pobre nacion!..... ¡Los hombres lo mismo que las cosas!—Me voy arrepintiendo de haber emprendido este viage, porque soy escritor y....—¿De costumbres? me interrumpió el compañero de espedicion.—Confieso que no me pesaria retratar algunas de esta poblacion tan importante y tan grande en otro tiempo. —Eso es otra cosa; el pintor histórico nada tiene que buscar aquí, porque todo ha concluido ó está á punto de concluir para Toledo; pero el caricaturista moral, *L' Hermite* moderno no perderá el tiempo. —En este caso....—¡Oh! No hay duda: la tarea será agradable. Figúrese V. que lo único que nos queda ya de la inmortal Toledo es el *Zocover* y la catedral: de esta no hablemos; respecto al *Zocover*, sepa usted que es famoso por el *Martes*.—Por Dios que no entiendo lo que usted quiere decirme.—Hombre, ya hemos llegado á la fonda, y no tengo tiempo para.. ¡Eh! Salgamos de aquí cuanto antes: yo vivo en la *Tripería*, número...—Una sola palabra. Ese *Zocodover* ¿es la plaza que antes ha citado V. conocida en la historia con el nombre de *Zocodover*?—La misma ¡Vaya! No tardará V. en aprender en Toledo nombres nuevos de cosas muy viejas.—¿Y el *Martes*?—¡Ah! El martes! Eso ya es diferente. El *Martes*, señor mio, es... el *Martes*.

No volví á pensar en este diálogo, y me dediqué á perder el tiempo, segun el loco, visitando los recuerdos históricos de la ciudad imperial, hasta que la casualidad me deparó un amigo, que en nada se parece á los infinitos con que tropezamos á cada paso. Me esplicaré con toda la brevedad posible.

La esperiencia es un gran *libro mayor* de la gran compañía de comercio intitulada *El Universo*, en él estan sentadas todas nuestras cuentas corrientes: las partidas señalan los beneficios y pérdidas que vamos esperimentando en esta miserable vida.... he aquí el DEBE y el HABER; el primero, el cargo sube para todos en una proporcion verdaderamente *espantosa*.

En el tal libro hay una cuenta singular, en la que el cargo y la data se confunden por un momento: los filósofos prácticos llaman á esta cuenta el BALANCE DE LA AMISTAD, porque en ella se encuentra lo mucho que nuestros amigos nos cuestan y lo poco que nos valen, ó mejor espresado, el activo y pasivo de los mencionados amigos respecto á nosotros; en una palabra, lo que nos dan y lo que nos quitan. El resultado del BALANCE siempre es tristísimo.

El amigo que pide será, si se quiere, el mas perjudicial de todos, pero al fin no es el mas cócora. Ademas nos consuela con sus previsiones y consejos, y podemos por último contar entre los grandes servicios que nos presta:

1.° Las queridas que nos quita.
2.° Las que nos proporciona.
3.° Los usureros á quienes nos recomienda.
4.° Algunas lecciones de egoismo.
5.° Una docena de vicios peores que el anterior.
6.° Otros tantos desafíos con maridos burlados.

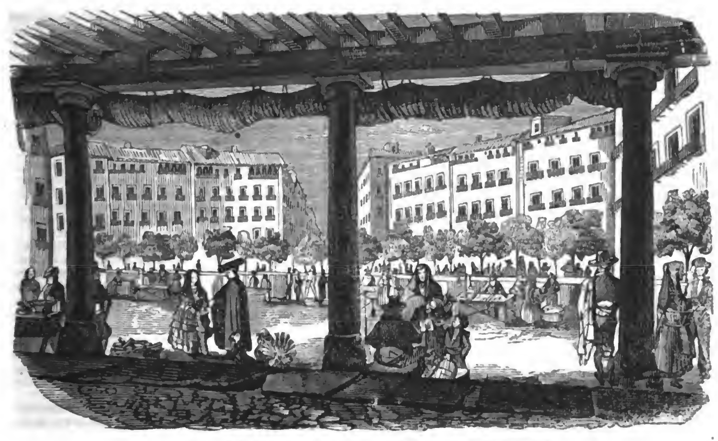
Nada de esto me proporcionó el amigo de Toledo; nunca me pidió un *Napoleon* prestado; luego, era el fenix de los amigos. Item, mas me llevó al *Martes*, y por consiguiente no tuve mas que pedirle.

No hay pueblo en España de mediana importancia que deje de tener en la semana un dia señalado para comprar y vender en grande, ó llámese por *mayor*: en él se celebra lo que todos entienden por un *Mercado*, de modo que este se tiene los jueves en unos puntos, en otros los sábados, etc. En Toledo es donde no hay *Mercado* ni grande ni chico, pero lo suple el *Martes*. ¿Y qué es el *Martes*? me preguntará mohino algun fastidiado lector. En verdad que no deja de ser apurada la interrogacion y no sé cómo componerme para no contestar lo que me contestó el loco, cuando me dijo: Señor mio, el *Martes* es... el *Martes*. En efecto, semejante contestacion encierra una gran verdad, como quedará demostrado muy pronto, y sin embargo estoy intimamente persuadido de que no puede convencer á nadie. Es como si digésemos: la luz es.... la luz: lo cual nada nos esplica de un fenómeno que no podemos negar. Al que asi raciocine, le rogaré que haga un viage á Toledo, que procure llegar á esta ciudad un lunes por la noche, que no encuentre un amigo que le instruya, sino locos que le repitan, el *Martes* es..... el *Martes*; y que al dia siguiente de su arribo salga á dar una vuelta por las calles y pregunte á cualquiera por antojo ¿á dónde vá V? De seguro le responderá el interpelado: voy al *Martes*.—Pero hombre, replicará el recien llegado, si está V. en él..... Si ayer fué Lunes. ... El otro se le reirá en sus barbas y no dejará por eso de dirigirse al *Martes*.

Precisamente era martes el dia en que encontré al amigo de quien he hablado. ¡Cuánto celebro el verte por aquí, esclamó despues de abrazarme estrechamente; supongo que me dedicarás algunos ratos, aunque hayas venido á negocios.—He venido á ver todo lo notable de Toledo, le dige, y por lo tanto estás espuesto á que te embargue para *Cicerone*.—Con el mayor placer, y desde ahora mismo me consagro á tu servicio. Ea ¿por dónde te parece que empecemos?—Por donde quieras; me entrego á ti sin la menor reserva.—¿Si? Pues echemos á andar hácia el *Martes*. Al oir estas palabras miré con sorpresa á mi amigo; él notó mi estrañeza en la espresion de mis ojos, y prosiguió asi:—Conozco que debe ser para tí una cosa muy vulgar, muy prosáica, como decis en Madrid: pero ¿qué quieres? Te llevo al *Martes*, porque á estas horas todo el mundo está en él.—Ya lo creo, repuse un si es no es amostazado, pues creí que mi amigo queria embromarme; supongo que tambien nosotros nos hallamos en él.—No; aun no hemos llegado; pero nos falta poco. Mira, esta es la plaza de la catedral; ese el palacio del arzobispo; seguiremos por esa calle de la derecha, entraremos en la *Ancha*, y al fin de ella, en las inmediaciones del que aquí llamamos el *Zocover*...—Ya.....—Pues bien; allí encontraremos el *Martes*.—¿Estás loco?—¿Por qué?—¿Pues no me aseguras que encontraremos el *Martes*?....—De fijo.—Te confieso que no entiendo una sola palabra de lo que ensartas.—Eso consiste en que te fijas en una idea, sin que haya despues fuerzas humanas que te la arranquen del magin. Y si no, vamos á cuentas. ¿Qué significa para tí esta voz, *Martes*?—Lo que para todo el mundo; un dia de la semana, el segundo, el que sigue al lunes, el que precede al miércoles, uno de los seis en que trabajó el Omnipotente para la construccion completa del Universo.—Ahí está precisamente tu error, querido; te equivocas de medio á medio.—¡Cómo! ¿Serás capaz de negar?....—Cuando te afirmo que todo estriba en que te aferras demasiado á una sola idea. Ven acá, bendito de Dios ¿he puesto yo en duda por ventura la esplicacion de tu *Martes*? ¿Me opongo á que sea lo que tú has dicho, con sus puntas de dia aciago por añadidura, segun aquel dicho, *en martes, ni te cases ni te embarques*? Hasta aquí estamos conformes, ¿eh? corriente. Dime tu ahora ¿no puede espresar tambien la palabra *Martes* alguna cosa que acontezca en el dia de la semana así llamado, y no en otro alguno?—Bien ¿y qué acontece hoy en Toledo de particular, que no pueda suceder otro dia cualquiera, y que merezca por precision ese nombre?—Recuerda que yo no he hablado de semejante precision: el *Martes* de Toledo pudiera ser designado de mil modos diferentes, en lo cual creo que nada perderiamos, al menos tocante á claridad y precision del idioma, pero nadie es capaz de remediar ese vicio heredado de las pasadas generaciones: yo he encontrado el *Martes* en Toledo, y en él pienso dejarlo: por lo demas, seria trabajo perdido empeñarse en bautizarlo de otro modo, porque á pesar de todas las Academias de la lengua habidas y por haber, siempre saldremos al fin de fiesta con que el *Martes* es... el *Martes*.—Pero, demonio, esplícame siquiera ese *Martes* condenado que Dios confunda.—Ya estamos en él. ¿Ves esa multitud de aldeanos confundidos entre caballerias de diversas especies y castas? Son cuando menos graves ciudadanos electores de Arges, de Burguillos, de Casas Buenas, de Cobisa, de Guadamur, de Layos, de Magan, de Mocejon, de Nambroca, de Olias, de Polan y de Vargas; en una palabra, de todo el partido judicial de Toledo, si hemos de dar crédito á la subdivision del real decreto de 21 de Abril de 1834.—Bien ¿y qué tenemos?—Que todos vienen al *Martes* para vender sus verduras, sus granos, sus artefactos de toda clase...—¡Ah!—¿Ves ahora á todas esas señoras y caballeros, militares y empleados, tenderas y mercaderes con el correspondiente acompañamiento de criadas y asistentes? Tambien se dirigen al *Martes*, porque en el *Martes* se compra todo mucho mas barato que en las tiendas.—Gracias á Dios que voy comprendiendo.—Ya era tiempo. ¿Con que aquí no se puede decir, por ejemplo.....—No hay ejemplos que valgan: cuando hacen falta garbanzos en una casa, ya sabe el ama que debe ir al *Martes* á ajustarlos; si una niña no puede hablar con su amante en el paseo, ni en el teatro, tiene la seguridad de que yendo al *Martes* con su mamá podrá al menos flechar una mirada al objeto de sus ansias. Ya se sabe; los funcionarios públicos dan siempre una vuelta por el *Martes* antes de encerrarse en sus oficinas; la policía tampoco abandona el *Martes*, porque en el *Martes* siempre se pesca; el *Martes*, en fin, es el gran acontecimiento de Toledo, el punto de reunion de los desocupados, la cita general para contratos y transacciones, la bolsa mercantil aplicada al despacho de artículos de diario consumo... ¿Qué mas te diré?.... En otras partes se llama al *Martes* un mercado semanal; pero en Toledo, amigo mio, el *Martes* siempre ha sido, es, y será... el *Martes*.

Tenia razon el loco, pensé yo interiormente; hé aquí un nombre nuevo y original, aplicado á una cosa harto comun y vieja.

ABEN-ZAIDE.



(Toledo.—Vista de la plaza de Zocodover desde los portales en dia de mercado.)

Amores telegráficos.

LA VECINITA DE ENFRENTE.

Entre todos los estudios á que yo me he dedicado en el transcurso de mi vida, no hay uno á que con tanto gusto me haya entregado como al estudio de la mujer.

No me jacto de conocerla; por el contrario: estoy plenamente convencido, de que si Dios se dignase concederme una existencia tan larga como la de Matusalen, y una astucia tan grande como la de Merlin, me iria al sepulcro sin haber conocido á esa criatura débil y tímida que lleva generalmente escrita la inocencia en el semblante.

La mujer es un enigma, cuya solucion es punto menos que imposible.

Me acuerdo, que cuando me trasladé á la habitacion en que ahoro escribo estas líneas, estábamos á mediados de diciembre del año 1849. Al verme en mi nueva casa, hice lo que siempre he hecho en todas, esto es, abrir el balcon, y como vulgarmente se dice, dar un vistazo para reconocer la calle, las casas que la adornan, y sobre todo, para ver si en los balcones inmediatos hay alguna linda muchacha con quien entretener la vista.

En el dia á que me refiero, no tenia esperanzas de ver á ninguna, porque estaba lloviendo, y hacia ademas un aire capaz de helar al hombre mas robusto. Sin embargo, obedeciendo á mi antigua costumbre, abrí mi balcon, y tendí mi vista por la calle, y despues por todos los balcones de la vecindad.

En uno de los cuatro correspondientes á un cuarto segundo de una casa de aspecto antiguo, situada en la acera de enfrente, como unos cuarenta pasos mas arriba de la que yo habito, ví á una jóven como de unos diez y siete años, que puesta en el dintel del balcon arrostraba con impavidez la crudeza del temporal.

Aunque no podia divisar su semblante mas que á través de la lluvia, mi instinto, y esa especie de adivinacion que dá una larga esperiencia, me pronosticaron que debia de ser bastante lindo, aunque á la sazon estaba algo amorotado por el viento. Estaba en papillotes con vestido morado, y un casabér del mismo color, debajo del que se destacaba su delicado talle. Qué niña tan fogosa, me decia yo sin dejar de observarla; se necesita decision para arrostrar con esa imperturbabilidad el aire y la lluvia: por fuerza debe de ser muy propensa al amor... Iba á proseguir en mis reflexiones filosófico-observadoras, cuando una ráfaga de aire azotando hácia mí la lluvia, me obligó á cerrar las vidrieras, mientras que la niña se quedaba desafiando á los elementos.

A la mañana siguiente, apenas me levanté, fuí al balcon, y dirigí la vista casi instintivamente á los de mi vecinita, la que me habia cogido la delantera. Indudablemente está enamorada, esclamé yo siguiendo el hilo de mis reflexiones del dia anterior. Una niña tan balconera no puede menos de tener amante.—¡Y qué tirabuzones tiene tan bien hechos, y qué cara tan linda, y qué pecho tan bien formado! ¡Parece que está impaciente! No cesa de entrar y de salir, y tan pronto la veo en un balcon como en otro. Unas veces se baja hasta tocar con sus tirabuzones en la jaula del loro, otras veces ojea un libro que no lee, y otras veces acaricia á su perrito: todo esto con una viveza asombrosa. Se sonrie..... yo procuro seguir la línea de su mirada y... ¿qué es lo que veo? á un amigo mio, escritor dramático, mas enamorado que un cupido y que se entretiene en hacer telégrafos con mi vecina. Ella que sabe que yo los observo, me mira... él hace otro tanto, y enviándome un saludo amistoso, se dirige hácia mi casa; vuelve á saludarme, yo le invito á que suba, y él, que no desea otra cosa, acepta al momento, y hétenos á los dos en el balcon, él haciendo telégrafos, y yo haciendo reflexiones.

Para disimular sin duda, me dirige mi amigo de vez en cuando algunas preguntas, á las que yo procuro contestar con las menos palabras posibles; de modo que nuestra conversacion se acaba al instante, y entonces mi amigo se vé obligado á renovarla por recurso.

—¿Sabes que me gusta mucho tu calle?

—Ya se conoce.

—Es muy alegre, y luego tiene unas vistas deliciosas, y aquí sus ojos se fijaban en mi vecina: despues viendo que yo seguia callando:

—¿Qué te haces ahora de bueno?

—Nada.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Un dia.

—Ese tiempo hace que yo estoy enamorado.

—¡Ola! ¿Con que tú estás enamorado?

—¡Pero de qué modo! Y aquí lanzó otra mirada á la inquieta niña.

—De mi vecinita segun veo.

—¡Qué linda es! ¿verdad?

—Seguramente.

—¡Qué ojos tiene!

—Sí, parecen buenos.

—¡Y qué viva es!

—¡Demasiado! No hace mas que pasarse de un balcon á otro.

—Mejor. Eso prueba que me ama.

—¿Y qué tiene que ver, le contesté yo riéndome de su respuesta, esa continua mudanza de balcones con el amor?

—¿Pues no ha de tener? ¿No la vés? Parece un pájaro que quiere romper los hierros de su jaula para volar hácia mí. ¡Oh! qué buena idea me ocurre! voy á improvisarla versos; escucha:

Como vuela el verderon
de una rama en otra rama
asi saltando mi dama
va de balcon en balcon.

—¿Qué te parece esta redondilla?

—¡Soberbia! Solamente que el verderon, es un pájaro muy prosáico, para compararle con esa niña.

—¡Hombre, no! Pues si precisamente el verderon es un pájaro muy bonito! Si hubiera dicho el gorrion, podias quejarte. Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando vino á interrumpirnos el sonido de una corneta.

Era un piquete que salia de guardia.

Al pasar por debajo de los balcones de la que estaba siendo objeto de nuestra conversacion, noté que el oficial del piquete la saludó de ese modo que tan solamente lo hacen los amantes, y vi que la niña olvidándose de mi amigo, le devolvió el saludo con tanta gracia y coqueteria, que este, frunciendo el entrecejó, no pudo menos de decirme:

—¿Has visto eso?

Yo me hice el desentendido; pero observé que la vecina seguia con la vista al oficial, hasta que este volvió la esquina, á cuyo tiempo agitó la amable jóven su blanco pañuelo. Mi amigo, que lo habia notado tambien, estaba inquieto y descolorido. Todo su buen humor habia desaparecido de repente; y cuando vió que su adorada, la que poco antes segun su modo de ver parecia un pájaro que intentaba romper los hierros de su prision para volar hácia él, se ocultaba tras de los cristales sin apenas acordarse de dirigirle una mirada, esclamó encolerizado:

¡Ah mujeres.... mujeres! animales caprichosos y falsos...

¡Necio el hombre que en vosotras fia!

y despues de haber recitado este verso con un énfasis trágico, fué á sentarse como abatido en una silla.

Yo traté de consolarle, diciéndole que de todas las observaciones que habia hecho en las mujeres, habia sacado siempre consecuencias, fatales para los hombres, y que por lo tanto no debia uno hacer caso de ellas.

—¡Pero son tan bonitas! esclamó mi amigo dando un suspiro.

—¡Pero son tan falsas! le contesté yo.

Entonces él levantándose y tomando su sombrero, me dijo apretándome la mano. De todos modos, amigo mio, este terrible escarmiento puede servirme de mucha utilidad. Ya sabes tú cuán necesario es á todo escritor dramático el conocimiento del corazon humano, y sobre todo el conocimiento del corazon de las mujeres.

Ese rasgo de inconstancia que acaba de contristarme será fecundo en resultados. El corazon de la mujer se deja seducir por el brillo, amigo mio; ni mas ni menos que la mariposa se deja seducir por la luz. Esa muger ha dado la preferencia á ese oficial, porque llevaba una espada, una charretera y botones relucientes.... porque llevaba detras de sí y obedientes á sus órdenes unos cuantos autómatas con fusiles: y delante un trompeta que con sus pulmones atronaba la calle; y todo esto la ha sacado de quicio hasta el punto de olvidarse de mí.... de mí que llevo sombrero de carton, gaban oscuro y pantalon negro... No lo dudes! El corazon de la mujer está por los objetos del relumbron. Si ahora pasara un capitan de coraceros mandando su compañia, el oficial de infanteria quedaria destronado; y todo, porque el sonido de las herraduras de los caballos, y el brillo de las corazas, y de los cascos, embriaga mas que el morrion de hule, y la prosáica casaca del militar de infanteria.

Adios querido, y si por tu desgracia llegases algun dia á estar enamorado, procura vestirte de oropel; y sin aguardar respuesta se fué satisfecho sin duda del trozo de elocuencia que me habia regalado por despedida.

Aquel mismo dia por la tarde, el oficial que habia desbancado á mi amigo á son de corneta, se paseaba debajo de los balcones de su ama, luciendo una charretera en el hombro izquierdo, mientras que mi vecinita le contemplaba desde su balcon dando besitos en el hocico de su diminuto perro.

A los pocos dias el oficial habia desaparecido, y otro en su lugar rondaba la calle.

A los pocos dias despues, este otro, fué reemplazado por otro, otro.

Lo mas estraño es que esta niña, segun he podido observar luego, sale poquísimas veces de casa, y cuando lo hace va siempre acompañada de su familia; y sin embargo, metida constantemente en su habitacion, sin otra libertad que la de salir á los balcones, en los que se puede decir que vive constantemente con su lorito; con sus libros, cuyas ojas pasa sin leer; con su perrito; con su continua inquietud; hace que, centinela constante de su amor, haya siempre un infeliz rondándola la calle.

Me gusta verla cuando se pone á coser: no dá nunca dos puntadas sin levantar los ojos: su linda cabeza no puede conservar un solo instante la misma posicion. Todos sus movimientos están llenos de viveza y de gracia. Me parece que está dotado de un temperamento feliz, porque siempre que la miro la encuentro alegre. Se me figura que quiere mas á sus tirabuzones que á sus amantes: en todo el tiempo que la conozco, no la he visto llevar otro peinado; en esto es constante; será sin duda porque la sienten admirablemente, y las mugeres aman con delirio todo lo que que contribuye á embellecerlas.

Cuando veo á mi linda vecinita, tan vigilada por su familia y á pesar de eso trayendo á tantos amantes al retortero, no puedo menos de acordarme de aquella dama de las *Mil y una noches*, á la que un genio maligno tenia guardada en una gran caja de cristal cerrada con cuatro cerrojos de fino acero. Presentando esta dama, una sarta de sortijas á dos príncipes que habian conseguido sus favores mientras el genio dormia, les dijo: —¿Saben ustedes lo que significan estas joyas? —No, respondieron ellos, pero en manos de usted está el comunicárnoslo.—Son, pues, continuó ella, las sortijas de todos los hombres á quien he hecho partícipes de mis favores. Hay noventa y ocho bien contadas, que conservo para acordarme de ellos: pido las de ustedes por la misma razon, y á fin de tener el centenar completo.

Hé aqui, pues, continuó, que he tenido hasta el dia cien amantes, á pesar de la vigilancia y precauciones de este feo genio que no me deja. Por mas que me encierra en esta casa de cristal, y me tiene oculta en el fondo del mar no por eso dejo de eludir sus cuidados. Ya ven ustedes, segun esto, que cuando una mujer ha formado un proyecto, no hay marido ni amante capaz de estorbar su ejecucion.

Esta es una verdad de que debe estar plenamente convencida mi alegre vecinita: ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está encerrada, no en una caja de cristal con cuatro llaves, pero si en un cuarto con cuatro balcones. Ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está guardada constantemente, no por un feo genio, pero si por una mamá. Y á pesar de todo, ella, como la dama de las *Mil y una noches*, tendrá una sarta, no de sortijas, pero si de billetes amorosos cada uno con su distinta firma. Solamente que el número de amantes de mi vecina pasará de ciento, mientras que la astuta dama de las *Mil y una noches*, llegó á juntar á duras penas ese número.

Aparte de estas *pequeñeces* esta joven es apreciabilísima. Está en la aurora de su vida, puesto que apenas tiene diez y ocho años. Pertenece á una buena familia; casi nunca sale de casa, y si alguna vez lo hace va muy bien acompañada. Es una niña candorosa que teniendo demasiada edad para jugar á las muñecas se entretiene en jugar á los muñecos.

Quién sabe si todavía tendrá virgen el corazon!!! verdad es que el pensamiento le debe tener inundado de amores, pero en un siglo tan material como este, el pensamiento es lo de menos.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IV.

La delacion.

Aun conservaba doña Maria los ojos húmedos del llanto que acababa de verter, cuando se presentó á la puerta del gabinete la poetisa de Toledo. La infanta hizo un esfuerzo para sonreir, y la mandó aproximarse. La Sigea miró á S. A. con profunda atencion, reflexionó rápidamente acerca de los hechos que hubieran podido afligirla, y esperó á que hablara.

—¿Adivinas, Luisa, la causa de mi afliccion? la preguntó doña Maria?

—Solo una puede haber, señora, que reduzca á tal estado el ánimo de V. A.

—¿Cuál es?

—Una nueva boda.

—¿Quién te ha dado la ciencia, esclamó la infanta tomando por la

mano á la escritora y sentándola á su lado, de adivinar lo que pasa en mi alma?

—Mi amor á V. A.

—¿No sabias nada?

—No, señora.

—El obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano para el heredero del trono de Castilla. ¿Qué idea tienes de D. Felipe?

—Es hijo de un héroe y de la inquisicion. Heredará los laureles de su padre para quemarlos en la hoguera de su madre.

—Es un príncipe piadoso.

—Tan piadoso que abrasará á los reinos con su piedad.

—Todos le aman.

—Y todos le temen.

—El emperador piensa abdicar en él.

—Triste será aquel dia para los pueblos.

—¿No te place verme reina de España?

—Señora, para serviros de rodillas, me es lo mismo que V. A. sea reina de España ó infanta de Portugal.

—¿Pero cómo crees que seria mas dichosa?

—No siendo ni infanta ni reina.

—¿Te pesa de mi grandeza?

—Me pesa que no os haga feliz.

—¡Feliz! yo no puedo ser nunca feliz.

—Porque teneis un título de princesa, un corazon de mujer, un ingenio de poeta y un alma de santa; porque habeis querido reunir en un palacio las cosas mas opuestas: una academia y un cláustro.

—¡Ay, amo tanto la gloria, y temo tanto á la iglesia!...

—Por eso habeis encerrado á Apolo en una celda.

—¡Yo quisiera que los poetas tuvieran otro Dios! ¡Yo quisiera que las musas no fueran paganas!

—V. A. se adelanta al siglo. No hay todavía poeta que se atreva á dejar su mitología, ni el mismo Luis de Camoens...

—¡Luis de Camoens!

—Mañana parte á la India.

—Dejemos eso. Tenemos mucho que hablar; vé, observa si hay alguno en los corredores, y cierra bien la puerta.

Obedeció Luisa y volvió á sentarse cerca de la infanta.

—Ya te he dicho, continuó esta en voz baja, que el obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano.

—Si, señora.

—El rey la ha otorgado, y tal vez mañana mismo tendré que partir para España. Esto al menos parece lo probable; pero Luisa, oigo yo en mi corazon una voz que me advierte la imposibilidad de que se realicen mis bodas.

—Creo lo mismo.

—¿En qué se funda tu esperanza?

—¿En qué se funda la vuestra?

—En una inspiracion.

—La mia tambien.

—Quiero que me la espliques.

—Señora, es difícil de esplicar. Pero hay seres predestinados á llevar en el cielo una aureola, y ya desde la cuna esparce su cabeza un misterioso resplandor. Aquellas santas mártires, aquellas inmaculadas vírgenes que en el pueblo romano caminaban al suplicio, dicen los sábios escritores que eran desde niñas la codicia del Emperador. Halagos, amenazas, dádivas y castigos se empleaban para corromper su virtud; pero todo era inútil. Los mismos enemigos se convertian al acercarse á ellas. Los mismos verdugos temblaban. Hay una ciudad en España cerca de Portugal, donde Eulalia sufrió el martirio del fuego. La víspera de la ejecucion, se emplearon horribles medios para quitarla su castidad y hacer que muriese impura. ¿Quién la salvó, señora? ¿Quién evitó que fuera de un hombre? El ángel que desposa á las vírgenes con Dios. Ese espíritu invisible cuyo escudo de fuego abrasa al que se acerca á las que están bajo su custodia. ¡Ah, doña María! Esa luz que despiden vuestros ojos; esa inocencia que deslumbra en vuestra frente, esa belleza inmaterial que embelesa á los hombres sin enamorarlos, es el *sello* que habeis traido al mundo para que se os pueda decir «nunca sereis de un hombre.»

Yo, señora, que aborrezco los abusos de la iglesia: yo que lamento el fatal error que conduce á aquellas nacidas para madres de familia á encerrarse en un cláustro; soy no obstante, justa para apreciar el principio de sabiduría que guió á los fundadores de los conventos. Hay, señora, una raza de mujeres fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya produccion es un canto, una oracion, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidamos á estas mujeres amor para un esposo; porque solo darán un suspiro, una lágrima y huirán. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado á luz las otras mujeres. No le pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes. A esa raza señora pertenecéis vos. El temor que os ha espantado siempre al enlazaros á un hombre es el instinto de conservacion que Dios ha dado á vuestra espiritualidad. Ser impalpable venido al mundo solo para adorar á Dios, y dar ejemplo de castidad sublime. Vos, doña María, debeis volver al cielo sin haber tocado á la tierra sino con la punta de vuestros pies. Dejad, señora, que los reyes se afanen por disponer de vuestra suerte: vos moriréis virgen y santa en un monasterio; y cuando el vulgo de varones descreidos quiera disculpar sus desórdenes calumniando nuestro sexo: «Mentís, le dirá la historia; si habeis olvidado á las mujeres del pueblo antiguo, bien podeis recordar á las de nuestro pueblo: aquella es la tumba de una princesa santa: allí yace doña María.»

Cesó de hablar la Sigea, y aun conservaba la mano levantada en aptitud de señalar á una tumba.

Doña María estaba conmovida y absorta.

—Gracias, esclamó, gracias, amiga mia, me vuelves el valor y el entusiasmo con tus palabras ¡Oh, pluguiese al cielo que allí en el sitio donde tú señalas se abriera para mí la tumba esta misma noche!

—Debilidad, señora, replicó la Sigea con energía, debilidad de mujer, indigna de la heroina á quien alabo, es la que os conduce á desear que se abra presto esa tumba. ¿Qué maravilla fuera subir al cielo con la bendita palma á los veinte años de edad, doña María?

¿Creeis que ya estan sufridos todos los combates, todos los infortunios, todas las injusticias de los hombres? ¿Creeis que á los veinte



(Doña Luisa Sigea, escritora toledana.)

años estais acrisolada porque os han desposado con media docena de príncipes á quienes no habeis conocido siquiera? ¿Porque habeis presidido una academia de doctores? ¿porque habeis pensado en fundar una casa piadosa? ¡Dios mio! habriais colocado en su alma tanta ternura, tanta fuerza, tanta resignacion, tanto saber para que muriese á los veinte años inutilizando esas preciosas dotes? No: no; os faltan señora, las pasiones y las *calumnias*.

Es preciso que ameis á un hombre; que este hombre no pueda ser vuestro: que luche vuestro espíritu con vuestro corazon: vuestros deseos con vuestro deber: que perdais en la lucha vuestra salud y vuestra belleza: que tras largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunfeis al fin de vos misma; y que despues de este *sacrificio*, cuando vayais á cantar el himno de victoria, os *calumnien* los *hombres*.

—¡Ay! esclamó doña María estremeciéndose. ¡Yo nunca tendria fuerzas para sufrir tanto!

—Sí, señora, las teneis hasta para el martirio..

—Luisa, te dije que necesitaba esta noche hablarte.... confiarte mis secretos....

—Ya escucho señora.

—¿Crees tú que á nadie amo?

—Creo que habeis empezado á amar á uno....

—¡Silencio!

—Ya callo...

—Dime al oido su nombre.

Acercóse la Sigea al oido de la infanta y pronunció un nombre que la hizo palidecer.

—¿Quién te lo ha dicho? esclamó sobresaltada.

—Mi corazon, señora.

—Bien Luisa, toma la pluma y escribe.

«Al Sr. inquisidor general.»

— Ya está, señora.

«El enemigo habia tomado la forma de una Venus de mármol para perder el alma de este católico. He mandado destruir las Venus y envio al tribunal.....

—¿Señora, vais á denunciar al mismo á quien amais?

—Es un deber.

—Os engañais, señora, vuestro deber no es el perder á un inocente....

—Luisa!....

—Y yo no escribiré esa delacion.

—¿Te niegas á escribir en nombre de la infanta doña Maria de Portugal?

—Me niego á delatar á un español porque soy Española, y... porque le amo.

—Basta, replicó doña María con dignidad. Yo misma escribiré la carta. Retirate.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

ESTUDIOS SOCIALES.

DE LA CIVILIZACION.

La civilizacion es el triunfo de la inteligencia sobre la naturaleza inculta ó sobre ideas menos adelantadas. Ella marcha mas rápida ó mas lentamente segun que las circunstancias la favorecen ó la contrarian; invade los pueblos; penetra en los espíritus; cambia los hábitos, y enlazando á los hombres de diferentes y lejanos paises por los vínculos del pensamiento ó del interes recíproco, estiende su cetro desde la una á la otra parte del mundo, y hace de la humanidad entera una sola familia.

Inmensas esperanzas deberíamos poner en su influjo bienhechor, si por desgracia no fuera su movimiento alternativo; si no tuviera como la luna sus crecientes y sus menguantes; si por nuestro mal no retrocediera sin cesar tanto como antes hubiera adelantado. Los hombres se afanan en ciertos periodos por conquistar la ciencia: descubren algunas verdades: entonan su himno de triunfo inspirado por el orgullo de su pequeñez, y cuando se creen como los gigantes de la mitologia á punto de escalar el cielo, la oscuridad renace y se estiende de nuevo; las últimas indagaciones se pierden en ella; millares de años gravitan sobre las verdades descubiertas, y la especie humana condenada á parodiar la tela del Penelope, se agita en esa oscilacion continua de adelanto y retroceso, volviendo despues de todas sus incursiones al mismo punto de que partió. Cuando á través de largas épocas arranca á la naturaleza algun arcano, se ufana en su vanidad insensata; y por lo regular no ha hecho otra cosa que desenterrar descubrimientos anteriores, perdidos y ocultos á las miradas de la generacion que vive bajo los escombros de las generaciones que pasaron. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, y todos contemplan atónicos su talento, su osadia y su fortuna: sin embargo, en tiempo de Salomon se habia hecho el mismo camino, y cuatrocientos años despues lo habian repetido los Fenicios con no menos propicia suerte. Colon, guiado por el vuelo de las aves y por la vacilante luz que derrama sus destellos en las sombras de la noche, penetra en las remotas playas en que parece que el sol va á ocultarse cada dia: y no obstante, los viageros encuentran despues en medio de los bosques impenetrables de la América Septentrional ruinas de monumentos levantados en ignorados tiempos por una inteligencia muy superior á la de los indígenas; lo cual nos da á conocer que otros hombres habian recorrido de muy antiguo aquellas comarcas, y habian dejado en ella vestigio que atestiguasen su presencia y su genio. Chateaubriand refiere que á la orilla de Chanon y muchos pies bajo del agua, existen caracteres trazados en las paredes de un precipicio, de que resulta que antes corria el agua á aquel nivel, y que algunas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio. Este hecho testifica á la vez el trastorno de aquellos lugares y la destruccion de sus habitantes. Encuéntranse tambien sepulcros de particular construccion, y en ellos ídolos, esqueletos y huesos humanos. ¿Habrá existido la famosa Atlantina de Platon? No lo sabemos ¿Estaria entonces unida la América al Africa, y un suceso estraordinario las habrá separado como el filo de un sable corta la mano del cuerpo á que estaba unida? Tampoco lo sabemos. Tal es nuestra ciencia cuando queremos echar la sonda á los misterios de la naturaleza, y tales son los títulos de nuestro orgullo cuando nos envanecemos de adelantamientos que morirán con nosotros ó poco despues, para aparecer de nuevo cuando se hayan ya borrado todos los vestigios de su memoria. La civilizacion, pues, y el talento creador del hombre, tienen su flujo y reflujo como el Océano. En el primero avanzan sobre las ideas como las aguas sodre las costas; mas en el segundo retroceden otro tanto cuanto antes habian salido de sus límites.

Pero si la civilizacion es altamente bienhechora, tiene tambien sus inconvenientes como los tienen todas las cosas. No hay duda que perfecciona y une á los pueblos; pero hasta cierto punto separa á los individuos, y dándoles hábitos de mas refinamiento y cultura, les hace perder las costumbres inocentes, aquellas costumbres patriarcales que estan en la cuna del género humano y que suponen una felicidad tranquila, parecida al dulce sosiego del niño que sonrie mientras duerme en su cuna de mimbres.

Los salvages de esa parte occidental del mundo eran cándidos y afectuosamente hospitalarios. Apenas el estrangero que llegaba á la puerta de su cabaña empezaba la danza del suplicante, cuando sus huéspedes entonaban aquel canto: «vé aquí al enviado del grande Espíritu,» un niño salia á su encuentro, le introducia de la mano hasta el hogar, le sentaba sobre la fria ceniza, se bebia la copa de la hospitalidad, se fumaba la pipa de la paz por tres veces, y resonaba en boca de las mugeres aquella cancion consoladora que nunca sabrán producir, las nuevas sociedades, «el estrangero ha encontrado una madre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él como antes.» Desde entonces el hogar era un altar para el desgraciado, y su dueño se hubiera dejado matar antes de que se tocase á un cabello del hombre á quien habia recibido. En cambio nuestra civilizacion ha endurecido las almas y metalizado los corazones. ¿Encontraria hoy el estrangero igual acogida á la puerta de los magníficos palacios de Lóndres, ni tal vez ante los ostentosos edificios de esas ciudades que se han levantado sobre las ruinas de aquellas chozas, asilo de hombres rudos, pero de costumbres tan tiernas y benéficas? Las ceremonias salvages usadas en el nacimiento de los hijos; las que tenian lugar al ir á recoger los frutos que les concedia el cielo; el himno de gratitud que en esta ocasion elevaban al sol mostrándole los hijos que colgaban del pecho de sus madres, todas estas costumbres tenian algo de sencillo, y sublime á la vez; algo de misterioso y profundo que el corazon comprende y no acierta á descifrar; algo, por último, que sin duda valia mas que otras prácticas y otros hábitos de los pueblos actuales.

¿Y cuál de los dos estados hará mas feliz al individuo si se le mira solo por el lado de las necesidades y de los deseos que inspira la naturaleza? El hombre, cuanto mas gira sobre esa circunferencia de conocimientos y de goces, mas se separa del centro de sus afectos y de sus recuerdos; y parecido al humo, se aleja de la tierra á proporcion que se eleva y disipa por el espacio. Las manos cariñosas que han mecido nuestra cuna; los objetos toscos, si se quiere, pero siempre dulces é interesantes que han sonreido nuestra infancia; los juegos de la niñez; las apacibles horas porque se desliza la vida tan mansamente como las aguas silenciosas de un arroyo puro y cristalino, todo esto deja en el alma un sabor de felicidad que nunca se borra y que se recuerda con un placer triste en las tribulaciones que encontramos despues en este mundo. Por eso, sin duda, ha dicho Chateaubriand, «dichosos los que no han visto el humo de las fiestas estrangeras, y que solo han asistido á los festines de sus padres;» y en otra parte ha añadido: «vosotras, maravillosas historias contadas alrededor del hogar, tiernas efusiones del corazon y largas costumbres de amar; tan necesarias á la vida; vosotras sois las que habeis llenado de satisfacciones á los que nunca han dejado su pais nativo. Sus sepulcros están en su patria, con el sol puesto, con los llantos de sus amigos, y con los encantos de la religion.»

¿Habrán sido por ventura mas felices los moradores de Otaiti despues que la civilizacion ha fabricado su trono á la sombra de sus florestas, despues que han tenido reglas y leyes y magistrados que lo eran en la vida ignorada, abundante y pacífica en que los encontró el capitan Cook? ¿Serán mas felices las islas encantadas de la Occeanía despues que los ingleses han llevado á ellas su dominacion y sus costumbres, ó que los misioneros han sembrado las querellas y las discordias religiosas, que lo eran cuando abandonados en los brazos de la naturaleza encontraban en la prodigalidad de sus beneficios cuanto bastaba á una existencia dichosa en su misma oscuridad? Hoy saben mas sin duda, pero no gozarán tanto ni tan fácilmente. Tendrán placeres, entonces desconocidos; pero habrán perdido su inocencia y su libertad, gérmen de todos los placeres. Serán mas cultos, pero menos cándidos; mas instruidos, pero menos sensibles; mas ricos, pero menos felices. En suma: la civilizacion favorece á la humanidad, pero acaso daña en

cierta relacion á las individualidades: crea intereses, pero destruye afectos: da dilatacion al alma, pero entibia la ternura del corazon: esparce el pensamiento, pero impide su concentracion; y entregándonos á nuevas necesidades, á nuevos hábitos y hasta á nuevas creencias, condena como añejas las costumbres y los sentimientos de la naturaleza que hicieron la dicha de los hombres primitivos.

¡Tal es la triste condicion de la especie humana! La perfeccion es su quimera; y la felicidad completa es un sueño, es su fantasma que sigue sin cesar, pero que no alcanza nunca. No gana por un lado sino para perder por otro; y asemejándose al viagero que marcha por una tierra encharcada y resbaladiza, no adelanta su planta sino para retroceder sobre su propia huella. Así gira sin cesar el mundo, indiferente á nuestro anhelo; así se suceden las generaciones, empleadas en reducir á polvo las obras que encuentran á su paso, ó en desenterrar las que estaban escondidas bajo la mole inmensa de los siglos; y en tanto el grande artífice de la creacion se sonrie de nuestros afanes y de nuestra soberbia, y á lo mas nos permite alzar alguna vez una punta del velo que cubre el mecanismo de su sistema, y el cuadro de sus leyes y de sus maravillosas obras.

JOAQUIN MARIA LOPEZ.

La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

(Conclusion.)

—¿Es aquí donde deseas estar? dice al cojo Bu-Akas.
—Sí.
—Pues bien, apéate.
—Tú antes.
—Si es para ayudarte, bueno.
—No. Es para que me dejes tu caballo.
—¿Y por qué he de dejarte yo mi caballo?
—Porque es mio, por la sencilla razon de que lo necesito.
—¡Hombre! Eso sí que tendria que ver.
—Escucha y reflexiona, dijo el cojo.
—Escucho y reflexionaré.
—Nosotros nos encontramos en la tribu del Cadí justo.
—Ya lo sé.
—Es natural que quieras demandarme ante él.
—¡Pchis!.. Es probable.
—¿Crees tú que viéndonos el Cadí á los dos, á tí con escelentes piernas que Dios ha destinado á marchas y fatigas, y á mí cojo y lisiado, crees tú que él no ha de figurarse que el caballo pertenece á aquel de los dos á quien es indispensable para viajar?
—Si tal cree, dejará de ser el Cadí justo, responde Bu-Akas, porque equivocará su juicio.
—Le llaman el Cadí justo, dijo riéndose el cojo, mas á nadie se le ocurrió hasta ahora llamarle el Cadí infalible.
—¡Voto vá! dijo para sí Bu-Akas, dando una patada en el suelo, hé aquí una oportunísima ocasion de juzgar por mí mismo al afamado juez: vamos ante el Cadí, dijo al cojo.

Y Bu-Akas, abriendo paso, condujo por la brida á su caballo, sobre el cual se columpiaba orgullosamente el malicioso cojo, y llega al tribunal, donde el juez, segun la costumbre árabe, administraba públicamente justicia.

Otros dos juicios habia pendientes cuando llegaron, que naturalmente debian fallarse antes del que llevaban nuestros litigantes. Bu-Akas se colocó entre los asistentes y observó. El primero de estos negocios tenia lugar entre un taleb y un aldeano, un sábio y un pobre trabajador.

Se trataba de la muger del sábio que habia robado el trabajador, y que sostenia ser la suya mientras aquel la reclamaba. Ni á uno ni á otro reconocia la muger por su marido, y esto hacia algo difícil la solucion de tan singular disputa. Habiendo oido el Cadí á ambas partes reflexionó un instante. «Dejadme vuestra muger, les dijo, y volved mañana.» Se fueron en efecto el sábio y el trabajador, cada uno por su lado.

Era el turno del segundo litigio, que tenia lugar entre un carnicero y un vendedor de aceite; uno y otro con muy marcadas señales en su esterior del oficio á que se dedicaban.

Dijo el carnicero:

He comprado á este hombre una botella de aceite, y para pagar su precio eché mano al bolsillo y saqué un puñado de diferentes monedas, cuya vista tentó sin duda al aceitero que alargó la mano para cogerla; mas no pudiendo quitármela me sujetó por la muñeca. Di voces, grité ¡al ladron! y sin embargo no ha querido soltarme, y aquí venimos, señor, á que nos hagas justicia; yo con mi dinero en la mano, y él sin querer soltar mi puño. Juro por Mahoma que este hombre miente asegurando que yo le he hurtado su dinero: porque el dinero que aquí traigo es mio y muy mio.

—¿Qué dices tú á esto? pregunta el Cadí al aceitero.

Digo, señor, que este hombre se llegó á mí á ajustar una botella de aceite. Llena ya la botella me dice: ¿tienes cambio de una moneda de oro? Eché mano al bolsillo para verificar el cambio, y puse en el suelo el puñado de monedas que saqué. En esto se apodera él del dinero que con la botella de aceite queria llevarse; pero yo le sujeté por el brazo gritando ¡al ladron! Es un pícaro, señor, que sin embargo de mis gritos y amenazas no ha querido soltar mi dinero, por lo que aquí le traigo para que me hagas justicia. Júrote por Mahoma, Sr. Cadí, que miente este bellaco diciendo que es suyo este dinero, porque es mio y muy mio.

Hizo repetir el juez segunda vez la querella y defensa á ambos litigantes, sin que uno ni otro variasen del primer relato. Reflexionando entonces un instante les dijo:

—Dejadme el dinero y volved mañana.

Entrega el carnicero la moneda en cuestion al juez, y él y su contrario saludaron, marchándose en direccion opuesta.

Hé aquí ya el turno de Bu-Akas y el mendigo cojo.

—Señor Cadí, dice Bu-Akas, llegaba hoy á este pueblo con intencion de comprar en la feria algunas mercancias que quiero llevar á la lejana villa de donde soy. Habiendo encontrado á la entrada á este cojo, me pidió limosna y me rogó le tomase á la grupa de mi caballo, «porque, decia él, yo pobre reptil seré sin duda alguna atropellado por hombres y bestias antes de poder llegar á la plaza del mercado.» Dile limosna y le tomé á la grupa. En la plaza ya, no ha querido apearse, diciendo que mi caballo era suyo; y al amenazarle con la justicia ha tenido la audacia de contestarme «que el Cadí era un hombre demasiado sensato para poner en duda que el caballo pertenecia á aquel que mas lo necesitaba para viajar.» Hé aquí el hecho en toda su sinceridad, Sr. Cadí, y de ello pongo por testigo á Mahoma.

—Señor Cadí, responde el cojo, venia á mis negocios á este mercado, montado en este mismo caballo que tiene este hombre la avilantez de disputarme, cuando á la entrada del pueblo me lo encuentro tendido y exánime que me movió á compasion. Acerquéme á él para informarme de sus padecimientos. «No tengo otra cosa, me respondió, que un cansancio tal que ya no puedo moverme. La fatiga me rinde y no podré ya llegar al mercado si tu caridad no me ayuda. Llévame hasta la plaza, y allí me apearé, pidiendo á Mahoma que te conceda cuanto pudieres desear.» Hice cuanto deseaba, y, figuraos mi sorpresa, señor Cadí, cuando llegados al sitio que él indicaba, me manda bajar diciendo que es suyo el caballo. De manera que he decidido venir á que castigues la absurda y criminal pretension de este ingrato. Por Mahoma te juro que es la verdad pura cuanto acabo de decir.

Hizo repetir el Cadí á cada uno su demanda, y despues de reflexionar un instante les dijo:

—Dejad en mi poder el caballo, y volved mañana.

Encargóse el Cadí del caballo, y saludando Bu-Akas y el cojo se fueron cada uno por su lado.

No solo los interesados, sino una multitud de curiosos guiados por la celebridad de los intrincados juicios pendientes, acudieron al dia siguiente al tribunal. Mucha era la concurrencia y todos esperaban con ansiedad oir las sentencias del Salomon árabe.

Sale el Cadí, y á su presencia observan todos la mayor compostura y silencio. Estaba abierto el tribunal.

—Toma tu mujer, dice al Taleb, aquí la tienes: llévatela porque te pertenece.—Y volviéndose á los ejecutores:—Dad cincuenta palos en las plantas de los pies á este hombre (señalando al trabajador que disputaba la mujer al sábio).—Esta sentencia fué ejecutada al momento á presencia de todos los circunstantes.

Aproximáronse el vendedor de aceite y el carnicero, que en el turno era el segundo litigio.

—Ahí tienes tu dinero, porque es tuyo; tú le sacaste de tu bolsillo y jamás perteneció á este otro, dijo al carnicero dándole la moneda. Dad ahora vosotros (á los ejecutores) cincuenta palos en las plantas de los pies de este hombre, dijo señalando al aceitero.

El carnicero tomó su moneda, y el vendedor de aceite sufrió los cincuenta palos en las plantas de los pies.

Llamó en seguida á los dos litigantes que el dia anterior disputaban un caballo, y se acercaron Bu-Akas y el cojo.—¡Ah! estais ahí, dice el Cadí reparando en ellos.—Sí, señor juez, respondieron á la vez uno y otro.

—¿Reconocerias tú tu caballo en medio de otros veinte? dijo el Cadí á Bu-Acas.

—Ya lo creo, respondió éste.

—¿Y tú?

—Sin duda alguna, contestó el cojo.

—Ahora bien, ven tú conmigo, dijo á Bu-Akas.

Y juntos fueron donde este reconoció á su caballo entre una porcion de ellos.

—Muy bien; vete ahora al tribunal y enviame á tu adversario.

Desempeñada esta comision por Bu-Akas, llegó el cojo con cuanta celeridad le permitian sus malos andadores. Pero si sus piernas eran malas tenia una vista de lince, y así es que al momento señaló entre los veinte el disputado caballo.

—Bien, dice el juez, vámonos ahora al tribunal.

Llegados allí sentóse en su cojin de estera, cruzó las piernas, encendió su pipa, y se preparó todo el mundo á oir sentencia en asunto de tan intrincados antecedentes. La impaciencia era suma. Al cabo de cinco minutos que tardó el cojo en llegar, jadeando por la dificultad con que se movia, dijo el Cadí á Bu-Akas:

—Ves á buscar tu caballo de entre los otros, porque es tuyo.—Dad ahora (dirigiéndose á sus alguaciles) cincuenta palos en las espaldas á este hombre, y señaló al cojo.

El defecto físico de este obligó al Cadí, á fuer de hombre justo, á cambiar el lugar de la aplicacion de la pena, que sufrió incontinenti el lisiado baladí que tan ingratamente queria pagar los beneficios de nuestro buen Bu-Akas.

Al volverse el Cadí á su casa encontró á Bu-Akas que esperaba ya con su caballo. ¿Estás contento? le dice aquel.

—No, Cadí, porque me tienes absorto con tu singular sistema de juzgar; y deseo saber qué especie de inspiracion te guia para administrar justicia; pues si he de decirte la verdad, estoy persuadido que en las otras dos sentencias no has obrado con la equidad y justicia que en mi negocio. Quiero, amigo mio, prontas esplicaciones, porque has de saber que yo no soy ni comerciante, ni simple viagero, ni nada de los que antes te he dicho: soy Bu-Akas, Scheik del Ferdj-Vah que habiendo oido hablar de tí, quise enterarme por mí mismo de la verdad con que te llaman el Cadí justo.

Prosternóse el Cadí cruzando los brazos en señal de profundo respeto, y quiso besar las manos del Scheick; mas este lo rechazó diciendo:

—Veamos: quiero saber muy pronto por qué la muger éra del sábio y no del trabajador; por qué el dinero pertenecia al carnicero: y por qué mi caballo es mi caballo. Decid.

—Esto es muy sencillo señor. ¿No has visto que yo guardé una noche, la muger, el dinero y el caballo?

—Si.

—Pues bien; á media noche, pretestando que tenia que hacer, llamé á la muger, y la dige: «Limpia mi tintero y arréglale, que tengo mucho que escribir.» Y la muger, que habrá hecho cien veces la misma operacion en su vida, cogió mi tintero, le limpió, renovó los algodones, echóle otra tinta, lo colocó en su lugar y todo con tal perfeccion, que dije para mí: si tú fueras la esposa del trabajador, de seguro no sabrias arreglar mi tintero: luego tu eres la muger del sábio y no del otro.

—Sea, dijo Bu-Akas, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. Convencido por la muger: pero ¿y el dinero?

—¡Oh! eso es otra cosa, dijo el Cadí. ¿No reparáste como el vendedor de aceite estaba todo manchado de su mercancia, y tenia las manos chorreando grasa?

—Sin duda.

—Pues bien, yo tomé el dinero y le metí en un vaso lleno de agua. Examiné bien el agua esta mañana y puedo asegurarte que ni una sola partícula de aceite nadaba en su superficie; y yo me dije: este dinero es del carnicero y no del otro, porque en este caso estaria grasiento y el aceite subiria por poco que fuera á la flor del agua.

Inclinó nuevamente la cabeza Bu-Akas, convencido de la solidez del raciocinio. Pero ¿y mi caballo? repuso.

—Puedo asegurarte que me he visto embarazado hasta esta mañana, porque no encontraba un solo indicio que me guiara en la investigacion de la verdad.

—¿Qué? ¿No pudo reconocer el cojo el caballo entre los otros? dijo Bu-Akas.

—¡Toma si lo conoció! Tan pronto y con la misma seguridad que tú.

—¿Cómo, pues, has podido saber á quién pertenecia?

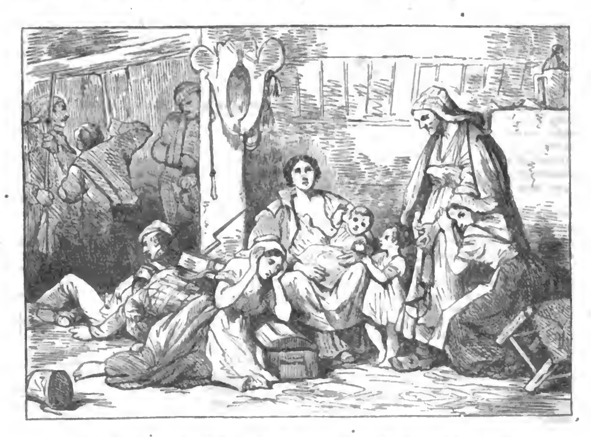
—Al llevaros yo junto al caballo no era para saber si tú y el cojo le conociais: sino para observar si el caballo os conocia á alguno de los dos. Cuando tú te aproximaste á él, relinchó el animal; mas al aproximarse el cojo, bufó, y yo dije para mis adentros. ¡Tate! Este caballo es del que tiene buenas piernas y no del cojo; y te he devuelto tu caballo.

Bu-Akas reflexionó un instante, y dijo al Cadí.

Alá es contigo. Tú deberias ser el Scheick, y yo ocupar tu plaza: pero así como estoy cierto de que mereces ser el Scheick, no tengo seguridad de que podria yo reemplazarte dignamente.—Mahoma te guarde.

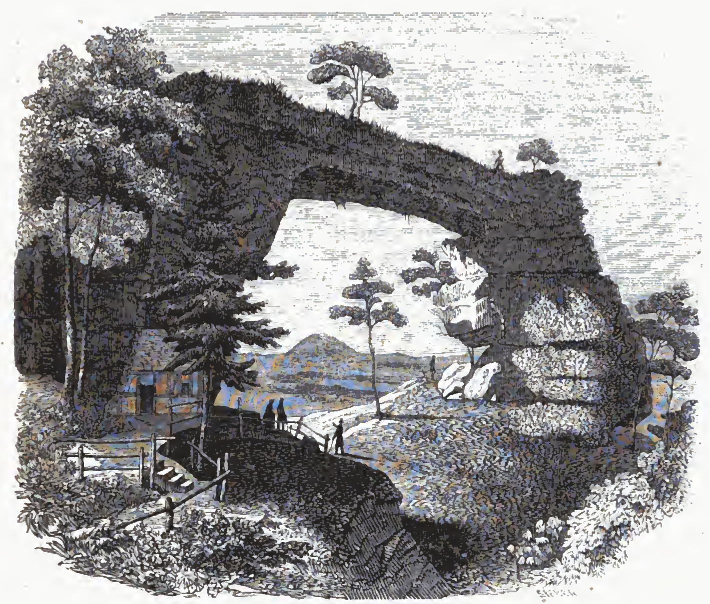
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 17.

Quien bien quiere bien obedece.



(Una escena de invasion armada. Copia de un cuadro presentado en la esposicion francesa.)

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



El Prebischthor.

UNA ESCURSION EN SUIZA.

La Bastai se eleva casi en el centro de la Suiza: desde su cima descubre la vista las sinuosidades de las corrientes del Elva, los caminos, las aldeas, las ciudades, los castillos, las fortalezas, las elevadas montañas circulares aisladas y truncadas que caracterizan el paisage, las profundas grietas, y en una palabra, todas las revueltas y todos los sitios de este suelo tan completamente destrozado en otro tiempo por el furor de las aguas. Desde allí estaba yo mirando, y ya empezaba á sentirme dominado por el arrobamiento estraño y sublime que es objeto del viagero y recompensa de todas sus fatigas. ¿Pero hasta dónde nos puede llevar el temor á un guia? Yo escuchaba al mio patear detrás de mí, suspirar y toser con fuerza: evidentemente estaba furioso y se preparaba á dirigirme la palabra y á tomarme por su presa. Esta sospecha pudo tanto en mí, que dirigiendo una mirada de doloroso adios á este hermoso espectáculo que apenas habia entrevisto y simuladamente, á pasos lentos y á manera del que pasea indiferente, me aproximé á la orilla de un bosque que toca con el hotel de Bastion. Apenas tuve la seguridad de estar cubierto por los primeros árboles, cuando aceleré el paso, y precipitándome en el descenso, fuí casi corriendo por espacio de un cuarto de hora: al detener mi corazon palpitaba: presté atencion y nada oí: estaba solo en un estrecho sendero del Ottowalder-Grund, entre dos enormes murallas de rocas tapizadas de árboles, de musgo, de grietas y agujeros, de las cuales habia unas fuera ya de su natural aplomo y como para rodar sobre mi cabeza, otras inclinándose hácia atrás, algunas aproximándose hasta unirse por las bases, y otras hasta juntarse por la cima. Reinaba el silencio mas profundo, y solo de cuando en cuando se percibia el ruido causado por algunas gotas de agua que se desprendian de alguna grieta, el de algun pájaro que cruzaba por el follage, ó el que hacia algun insecto al arrastrarse por la yerba ó entre las hendiduras de la roca. Era el medio dia de uno hermoso de verano, y sin embargo caminaba por aquel sitio medio á oscuras. No se veia mas que una faja de cielo azul serpenteando sobre mi cabeza, algunos rayos de sol hiriendo oblícuamente en lo alto de las peñas y los torcidos árboles cuyas raices faltas de tierra apretaban como garras la pizarrosa cima. ¿Quién puede describir lo que se siente al contemplar por un instante una soledad tan completa en un sitio semejante y en un pais estrangero? ¿Cómo pintar esa tranquilidad interior que se apodera irremisiblemente del alma? Parece que cuanto mas se va descendiendo por aquel terreno mas se acerca uno á sí propio alejándose de las preocupaciones habituales de la vida, de los hombres y de sus miserias, hasta que por fin llega un momento en que se podria decir que el alma queda inmoble y trasparente como un lago cuya superficie no agita ningun soplo de viento. Algunas horas pasadas en este silencioso aislamiento y en medio de los bosques y de las rocas, empapan nuestro ser en el manantial de los grandes y sublimes pensamientos con mas facilidad que todos los esfuerzos que se hacen para abstraerse durante años enteros en el seno de las ciudades.

El primer ser humano que encontré en el Ottowalder-Grund me hizo temblar: era una anciana de pequeña estatura que derecha é inmovil estaba apoyada en un ángulo de la roca sin mover mas que los ojos. Yo no sabia qué pensar de esta aparicion, cuando á pocos pasos descubrí una niña que acercándose á mí me tendió la mano pidiéndome una limosna para la pobre anciana; mas allá encontré una jóven elegante al parecer, á quien llevaban dos hombres en una especie de litera, mientras que un caballero de bastante edad que podria ser su padre ó su esposo la seguia jadeando y encorvado sin levantar los ojos del suelo. Entrambos parecian poco deseosos de disfrutar del paisage que tenian á la vista, como si estuvieran en un

gran camino que cruzara por el sitio mas indiferente del mundo. Mas lejos todavia me hallé con sorpresa frente por frente de una pequeña casa de madera, en cuya puerta estaban vendiendo algunos objetos esculpidos en madera, tales como cuchillos, espejos y vasos. En el espacio de cuatro horas no volví á ver ningun otro ser humano, y salí de aquella larga quebrada subiendo por unas escaleras labradas en la misma piedra, que me condujeron á Ottowalder. Despues me dijeron que precisamente habria pasado cerca de Teufelküche (la cocina del diablo), inmensa caverna en la que en tiempo de guerra van á ocultar los paisanos sus muebles, sus dineros, sus hijos y sus mujeres. Lo que yo recuerdo mejor es unas cruces funerarias y un paso sumamente estrecho en que la acumulacion de rocas deja solamente una puerta baja y cuadrada.

Desde Ottowalder seguí mi marcha á la ventura por medio de aquellos campos en que estaban segando algunas mujeres, que vestian con mas gusto, propiedad y elegancia que nuestras aldeanas, no llevando las mas en la cabeza otro adorno mas que sus propios cabellos peinados y cuidadosamente trenzados. Su complexion me pareció mas delicada, su color no tan moreno, sus facciones mas finas, y su fisonomia mas espresiva. Todas me saludaron con este solo sonido: *ta*, que es una abreviatura de su ordinario buenos dias.

Al verlas me ocurrió que nuestras aldeanas tan laboriosas, inteligentes y serviciales, serian de presencia menos ordinarias, si un poco mas de instruccion y un poco menos de pobreza les permitiesen desarrollar con mas rapidez sus pensamientos y el sentimiento de natural y graciosa coqueteria innato en ellas, lo mismo que en sus hermanas de Alemania.

Por la tarde llegué al bonito y pequeño pueblo de Lomen, situado sobre una roca de granito: su antiguo castillo y su iglesia rústica han brindado su poética forma á los lápices de los viageros. Me aseguraron que todo habitante de este pais cuya muger pare, tiene derecho á vender cerveza durante seis semanas.

Al dia siguiente visité el viejo castillo de Holmotein, célebre en Sajonia por los sitios que ha sufrido de los austriacos y suecos durante la guerra de los treinta años. Construido sobre un abismo, no tiene mas comunicacion con la ciudad que un pequeño puente de piedra. En él se conserva como un objeto de curiosidad, una cuerda de paja trenzada por un prisionero que fué sorprendido y vuelto á la cárcel en el momento que se descolgaba por ellas. Y se enseña al viagero el calabozo en que bajo el gobierno del duque de Weimar y de Augusto II estuvo encerrado en el siglo XVIII Klettemberg, célebre alquimista sajon; y tambien la sala del tormento en que un carnicero sufrió los mas agudos dolores sin confesar cosa alguna, pero que habiéndosele perdonado declaró ser culpable: lo que hace ver que la tortura obliga las mas veces á los inocentes á declararse culpables sin precisar siempre á los delincuentes de ánimo vigoroso á confesar sus crímenes. Cerca del castillo, hay un lindísimo jardin que se llama Kohlergœrrhen. En su inmediacion se ve el Diebskeller, caverna de ladrones en que se refugiaron muchas familias durante la guerra de 1813. Una multitud de grutas han servido para el mismo objeto, al paso que otras han sido albergue de malhechores: las palomas y las aves de rapiña anidan en diferentes alturas de la misma roca. Despues de haber salvado las montañas Hockstein y Braud descendi al valle de Tiefegrund donde encontré por algunas horas la paz y las emociones que me dió el Ottowalder-Grund: al salir de este valle me estravié, y creyendo aproximarme á Lilenstein (la montaña de las Lises), una de las mas bellas de la Suiza-Sajona y en que se eleva hoy dia una pirámide en memoria de Augusto III, me encontré en el Schandau, pequeño pueblo situado en las orillas del Elva y á espaldas de dos elevadas cubiertas de árboles. Schandau es célebre por sus baños minerales, cuya celebridad es mas sólida que brillante porque solo acuden á ellos las personas que tienen que pedir á sus aguas el alivio de sus males, y estos baños se toman simplemente sin necesidad de juegos, balsas, ni chorros. Esa indiferencia de los elegantes sorprende tanto mas cuanto que se puede ir á Schandau desde Dresde, y aun desde Berlin en muy pocas horas por el camino de hierro. La palabra Schandau significa *prado infame*; deberá existir alguna lúgubre leyenda que esplique este nombre; pero yo no he querido molestarme buscando quien me la contara, porque creo poco gustoso entristecer la imaginacion con recuerdos funestos y que cada crónica ensangrentada deja una mancha indeleble en la memoria.

Los viageros que se proponen esplorar con minuciosidad e la Suiza-Sajona, fijan por lo regular su morada en Schandan, haciéndole centro de sus escursiones. Subiendo por la ribera derecha del Elva se encuentra una nueva série de quebradas y peñascos de las mas estrañas y variadas formas. Despues de haber visitado sucesivamente la roca llamada Refugio de los croatos (Kroatenschlucht) el valle del Infierno (Hœlle), la caverna de la Metze, el molino de los Paganos (Haidemül) la cascada Lichtenheim, el valle de Kirnitsch, y el hermoso manantial de Mauzbom, llegué á Kustall, que es entre todos los lugares pintorescos de la Suiza en el que acostumbran á citarse la mayor parte de los viageros. El Kuhstall ó corral de vacas es una bóveda sumamente larga y que tiene unos sesenta pies de altura. En los costados de esta bóveda ha abierto un posadero algunos almacenes, de suerte que el viagero se sorprende agradablemente al encontrar en medio de aquel desierto mesas aderezadas y refrescos. En este sitio algunos se entretienen en escribir sus nombres en la piedra, otros en hacer resonar los ecos, y los mas en dar la última mano á sus dibujos. Casi todos los viageros que llegan aquí son ingleses ó alemanes, porque los habitantes del Mediodia no suben nunca hácia el Norte. Mas allá de Kustall se encuentran el agujero del Sastre y el del Cura, gruta desde donde la parte de los habitantes de Lichtenheim, que eran secretarios de Juan Hus, precipitaron en el siglo XV á su cura. Algo mas lejos ya no se ve en derredor mas que una inmensa multitud de rocas hacinadas, á las cuales designan con los nombres mas estraños. Por lo regular se pasa la noche en la posada del gran Witerberg y no lejos del Schucerberger Loch, que es el precipicio mas largo de toda aquella comarca. Hácia el Sudoeste, y acercándose á las fronteras de Bohemia, se encuentra un bosque de mirtos que conduce al valle del Prebischgrund, frente por frente á un monton de inmensas rocas. En este sitio está una de las maravillas de Suiza-Sajona, que es el Prebischthor, arco de peidras de cerca de 130 pies de altura, y al que se sube por una suave pendiente, y donde se goza de un espectáculo maravilloso. Pocas veces sucede que los viageros pasen mas allá de Prebischthor y lleguen á Tetschen, y Altadh, sobre todo cuando se tiene la idea de recorrer toda la parte de la Suiza-Sajona, que está á la ribera izquierda del Elva. Yo volví á Dresde por este lado, cuyos sitios mas notables son la colosal montaña de Scheeberg el Napoleonotein (piedra de Napoleon) célebre en Sajonia solamente porque el emperador en el año 1819 estuvo un instante sentado en aquella roca, el Kœnigstein (piedra del rey) cuya cuna está coronada por la mejor fortaleza de Sajonia, la cascada de Laughennersdorf al estremo del valle de Zuwieset, las minas de plata, cobre y hierro, y finalmente el castillo de Sonnenberg y la ciudad de Pirna, que estaban á mi derecha hasta que pasé el rio.

Estas son las cosas mas notables que vi en los tres dias que estuve ausente.

ESPATRIACION DE CORIOLANO.

(Año 291 de la fundacion de Roma.)

I.

Coriolano fué un general de la república romana, valiente y afortunado, que derrotó completamente á los Volseos y les tomó por asalto á *Coriola*, su capital. Por esta victoria se le concedió la décima parte del botin; pero su desinterés le hizo rehusarla disponiendo que se repartiese entre los soldados, cuya noble accion le valió que conquistase el sobre-nombre de *Coriolano* tan conocido en la historia.—Era hombre severo y altivo, sin conocer jamás el miedo.

Roma, honrando el valor, formaba héroes; pero habia sin embargo, en su propio seno, un principio de insurreccion que hacia desconfiar de los mejores patricios.—Esta fué la causa principal de consentir el Senado en la creacion de unos tribunos que abogasen por el pueblo; tribunos á quienes despues *Marcio Coriolano* les juró un odio eterno, llamándoles el tósigo de la tranquilidad pública.

Por las disensiones interiores de la república se abandonó la agricultura, y no tardó mucho tiempo en sobrevenir un hambre tan espantosa que los pobres solo se alimentaban con yerbas y raices.—En situacion tan aflictiva, y para precaver que cundiese el mal, decretó el Senado fundar una nueva colonia desterrando cierto número de ciudadanos; pero estos preferian una garba de tierra en su patria á mil en el estrangero.

El interés del dinero en Roma, no bajaba en aquellas circunstancias del doce por ciento al año.—Si en el transcurso de dos años no podia pagar el deudor, se veia obligado á satisfacer los réditos del rédito principal; luego á vender el campo que habia hipotecado á la deuda, y en último resultado á entregarse á sus acreedores con su mujer y sus hijos, sometiéndose á los trabajos de los esclavos, cargados de cadenas y puestos en una prision húmeda y tenebrosa.

—Si no cumple la sentencia, decia la ley, si nadie responde de él, se lo llevará el acreedor, y le pondrá cadenas que pesen quince libras cuando mas: que el preso se mantenga á su costa, y si no tuviese para ello, que el acreedor le socorra á voluntad con una libra de harina.

Morir de hambre ó tomar prestado de los patricios (los senadores ricos) hipotecando su primera victoria, esta era la triste condicion de los plebeyos.

En tan lamentable estado se encontraba Roma en el año 291 de su

fundacion, con ochocientos mil habitantes, contando en ellos los libertos y los esclavos, sin tener pan para sus familias, cuando el hambriento pueblo, instigado por los tribunos, se preparaba á cometer los mayores escesos. — Llegaron los trigos que enviaban de Sicilia, y los que transportaron otros mercaderes, y al propio tiempo entró una espedicion victoriosa con el producto de sus correrías.

Al momento se reunió el Senado, y durante muchos dias, se debatió la cuestion de si se distribuirian al pueblo todas las provisiones, ó si se le dejaria morir de hambre hasta que se rindiese á discrecion, renunciando todas las concesiones, que por su retirada al monte sagrado, obligaron al Senado á concederle.

En la discusion se distinguió por su violencia uno de los senadores llamado por sobre-nombre *Coriolano*, de cuyas hazañas militares hemos hecho mérito ya. — Este general, que desconocia aquellas virtudes dulces y tranquilas, que insinuándose en los corazones, atraen la voluntad, se propuso irritar al pueblo con la ardiente oposicion que hizo á distribuir los granos gratuitamente á los pobres, prometiéndose con tan feliz coyuntura abolir el tribunado y anular los convenios del monte sagrado.

—Los plebeyos, gritó en alta voz Coriolano, nos han arrancado el perdon de sus deudas... debemos, pues, venderles el trigo al precio mayor que haya podido tener en los dias mas calamitosos del hambre; y á condicion de que en el instante mismo renuncien todas sus perrogativas en favor del Senado. Y si los tribunos, añadió, persisten en alterar el órden de la república, apelaré á medidas mas eficaces que las palabras para reprimir sus insolencias.

Esta declaracion fuerte de Coriolano enfureció á los tribunos, de tal manera, que arengaron al pueblo y dieron órden por sí y ante sí á los Ediles de conducir por fuerza á Marcio Coriolano al tribunal del pueblo constituido en la plaza pública; pero los demas senadores rechazaron á los Ediles á puñadas y las dos clases se reunieron en sesion permanente.

El tribuno Beluto pidió en el foro la muerte de Coriolano por haber insultado á los Ediles. El senado se asustó, acordando por último, no dejar morir de hambre al pueblo; pero no habiendo apaciguado el tumulto esta concesion, y observándo que la ciudad iba llenándose de campesinos que por todas partes llegaban al socorro de los ciudadanos; se decretó por el Senado que en las nonas de Abril, esto es, el dia 9 del mismo, se celebraria una asamblea estraordinaria para decidir: *si los plebeyos tenian ó no derecho para juzgar á un senador*.

Tales eran los sucesos que habian causado tan grande agitacion en Roma, y tal el objeto de la sesion borrascosa é interesante por su antigüedad que vamos á describir.

II.

Desde los calendas de Abril, es decir, desde el dia 1.° del mismo, recorrian los *viatores* en todos sentidos los campos de Roma para noticiar á los senadores que debian concurrir á la ciudad el dia 9 del mismo; y el pregonero, ó sea la voz pública, anunciaba en el foro todas las mañanas, la hora, el lugar y el objeto de la asamblea.

Llegaron por último las nonas esperadas con tanta impaciencia. Mucho tiempo antes de oirse la hora del canto del gallo se reunieron los rústicos en bandas para entrar en Roma, y cuando salió el sol, ocupaba ya un inmenso gentío las cercanías de la curia consagrada por los augures, llamada *Hostilia*, en cuyo local se habia de reunir el senado.

Notábase una agitacion estraordinaria, con especialidad en los grupos de los ciudadanos, entre los cuales se encontraban á la sazon algunos de los magistrados populares conocidos por los tribunos y Ediles de la plebe. — Sus menores espresiones eran acogidas con avidez por las personas mas cercanas, y circulaban de boca en boca como palabra de órden. — Se descubria sin embargo, en las miradas de la multitud una espresion feroz y amenazadora, y por intervalos se alzaban del confuso tropel, hasta el monte de las Siete Colinas, gritos de venganza y de muerte. Gritos semejantes al ruido que producen las entrañas de la tierra cuando anuncia la próxima esplosion de un volcan.

Desde las siete de la mañana veíase á los senadores por las calles dirigirse á paso lento hácia la curia. Distinguíanse á lo lejos por su calzado negro y por los *laticlavi*, ó cintas anchas de púrpura de que se hallaban bordadas por delante sus blancas túnicas, para distinguirse de los plebeyos que no las llevaban, y de los caballeros que las usaban mas estrechas. — Se abrian los círculos de la multitud con respetuoso afan para darles paso, y saludaba con benévolas aclamaciones á aquellos cuyas opiniones conocidas le aseguraban un voto favorable á sus deseos. No faltó quien profiriera en diversos puntos, algunas palabras severas cuando pasaron los gefes principales del Senado; pero sin embargo, ninguna amenaza séria y personal, ningun esceso turbó durante la mañana la tranquilidad aparente que reinaba en las masas del pueblo.

Cerca ya de las ocho aguardaban sentados en profundo silencio mas de ciento cincuenta senadores que esperaban al cónsul que debia presidir la asamblea. — Se anunció por último su llegada con la aparicion de los *litores* á la puerta de la curia. Levantáronse todos los senadores por un movimiento simultáneo. — Marco Minucio Augurino, revestido con una magnífica toga de púrpura y seguido de los principales consulares, entró, y cruzando gravemente la asamblea, fué á ocupar su silla de marfil que se elevaba en la parte mas alta del recinto, sobresaliendo entre las demás sillas curules que la rodeaban, pronunciando en seguida el discurso de apertura que entonces se acostumbraba.

—Padres conscriptos, les dijo Minucio cuando se hubieron sentado los senadores: he consultado segun costumbre el oráculo, y ofrecido sacrificio á los dioses para saber si nos permitirán celebrar hoy la asamblea. Los augurios son favorables. — Hállase el cielo sereno y puro ¡reanimen sus esperanzas los buenos ciudadanos! Esta mañana se ha oido un cuervo á la derecha, y una corneja á la izquierda: no tardará en renacer la concordia, pues atravesó los aires una bandada de cigüeñas, y á uno de los augures se le ha vertido el vino que contenia su vaso, manchándole los vestidos. — No son los arúspices menos propicios que los augures. La víctima ha seguido voluntariamente al sacrificador, ha muerto del primer golpe, su corazon no palpitaba y se veía graso y abultado: las llamas de la hoguera han prendido con rapidez en sus restos, y los han consumido sin humo, sin color, sin olor; por último, el incienso que ardia sobre el altar esparcia un perfume grato en todo el templo.

¡Padres conscriptos! puesto que los dioses y los augures lo consienten, *abro la asamblea*.

Volviéndose despues á uno de los heraldos, que se hallaba de pié á muy corta distancia, le ordenó Minucio que empezase el nombramiento por lista de los senadores.

Apenas habia llamado el heraldo los diez primeros senadores inscriptos en el *Album*, cuando un espantoso tumulto que estalló á la parte de afuera vino á turbar inesperadamente el silencio. Lejano en un principio y débil, resonaba tristemente en el abovedado recinto aquel ruido, que parecia acercarse y aumentar por grados en razon de la distancia. Oíanse á la vez pasos rápidos y precipitados, voces que se respondian con amenazas, ruido de armas y gritos inarticulados mas terribles aun que las voces..... Habia callado el heraldo..... Pálidos, inmóviles y silenciosos, aunque graves y resignados, se miraban todos los senadores, como si quisiera cada cual descubrir en los ojos de su vecino lo que habia de acontecer... Los mas de ellos aguardaban la muerte.

Las olas del pueblo entretanto seguian agitadas, y se estrellaban impetuosamente contra las paredes esteriores del sagrado edificio, el cual temblaba con el choque. En este momento por una especie de instinto se dirigieron las miradas de todos á la puerta principal. Abrióse esta con estrépito, y un hombre de edad madura, el rostro animado, los cabellos esparcidos y los vestidos en desórden, seguido por unos veinte jóvenes, de quienes parecia ser el gefe, se precipitó en la asamblea y fué á colocarse á la izquierda del cónsul en uno de los asientos inmediatos á las sillas curules. Detuviéronse á la entrada los que con tanta animosidad lo habian perseguido, y luego se cerró la puerta..... Disminuyó por grados el ruido, y de allí á poco solo se oia el acento vacilante del heraldo continuando la lista, y afuera la voz de un tribuno que arengaba al pueblo.

El senador que acababa de entrar, y cuya llegada habia ocasionado tan gran tumulto, era un hombre como de treinta y cinco años, de alta estatura y constitucion atlética: sus negras y pobladas cejas le cubrian casi del todo los ojos, y su mirada era aterradora. Sus lábios, sobremanera encendidos, confirmaban la espresion casi bárbara de sus facciones; parecia en estremo irritado... Sin embargo, respondió al heraldo al nombre de Cayo Marcio Coriolano con una voz tranquila, aunque de acento algun tanto salvage.

Se terminó, pues, la lista; de 300 miembros que debian formar la asamblea, se hallaban presentes 287. Cinco senadores se escusaron por enfermedad, dos porque estaban ocupados en tributar los últimos deberes á un amigo. El anciano Anco Posthumio se habia hecho llevar al Senado á pesar de tener setenta y cinco años, no queriendo usar de la exension que por su edad le concedia la ley. Restaban aun 6 miembros ausentes, los cuales, por no alegar escusa lejítima, fueron condenados á pagar una multa, y el cónsul presidente les embargó sus bienes, segun costumbre, hasta el completo de la deuda.

En este estado la asamblea, fueron introducidos en el salon por órden del presidente los diez tribunos conducidos por Cayo Beluto. Los ediles quedaron á la puerta, desde cuyo punto podian oir las deliberaciones, aunque sin poder tomar parte en ellas, ni tener derecho de asistir á la asamblea. Reinaba dentro y fuera del recinto un profundo silencio, y Lucio, el primer tribuno que tuvo la palabra, alzó la voz lo suficiente para que le oyese el pueblo. Una hora duró su discurso. En él enumeró uno por uno los cargos que hacian á *Coriolano* los plebeyos, y despues de haber probado que semejantes crímenes merecian la muerte, sostuvo que el derecho de juzgar, pertenecia á

pueblo, alegando principalmente la ley valeria, cuyo testo decia: que cuando los plebeyos fuesen oprimidos por los patricios pudiesen apelar contra estos ante el tribunal del pueblo. Terminó conjurando á *Coriolano* á que abandonase la asamblea y fuese á implorar la clemencia, si en algo estimaba su vida.

Luego que concluyeron de hablar los otros tribunos en el mismo sentido, se levantó el cónsul presidente y dijo:

—Ya habeis oido á los tribunos, padres conscriptos, ya conoceis su peticion. ¿Qué deberá hacerse?.... A vuestra prudencia lo dejamos.

Volviéndose despues hácia su cólega, sentado por bajo de él en la primera silla curul, y á quien segun el reglamento del cuerpo debia consultar, aun antes que al príncipe del senado, ó sea magistrado mas antiguo.

—Cónsul Atratino, le preguntó, decid: ¿qué pensais, cuál es vuestra opinion? —En el senado romano nadie podia hablar sino era preguntado por el presidente.

—Creo, respondió Atratino levantándose, que es justa y fundada la pretension de los tribunos, y que conviene reconocerles el derecho de juzgar á un patricio.

Estas palabras, pronunciadas con voz tranquila, aunque enérgica, produjeron en la asamblea una impresion muy viva. —Los senadores jóvenes que rodeaban á *Coriolano* murmuraron agitándose en sus asientos; solo este se mantuvo impasible y lanzó una mirada amenazadora al cónsul, de quien era enemigo personal; en tanto que en el tropel que rodeaba la curia se levantaban numerosos gritos de alegría, prolongándose en muy poco tiempo hasta los estremos de la ciudad.

—Apio Claudio, dijo entonces el presidente; vos como magistrado mas antiguo y cuya esperiencia y sabiduria hubiera consultado antes si no se hubiese hallado presente mi cólega.... hablad, ¿cuál es vuestra opinion?

—Levantose Apio Claudio; pero en este momento se adelantaron en tropel los tribunos hácia el presidente y le declararon, que antes de votar tenian que prestar los senadores juramento como tales jueces. —«Si se nos rehusa lo que con tanto derecho exigimos, esclamó Lucio, nos retiraremos inmediatamente de la asamblea.»

A un incidente tan inesperado, y poco respetuoso por parte de los senadores se levantaron indignados y quebrantando el reglamento dirigieron vivas interpelaciones á los cónsules y á los tribunos. Cambiáronse de una y otra parte amenazadoras miradas; los jóvenes partidarios de *Coriolano*, sin poderse ya contener, se precipitaron en medio del salon para echar de él á los tribunos, y *Aulo-Sempronio* decia á los que le rodeaban que era necesario arrojar sus cadáveres al pueblo.... Pero de repente una voz sonora dominó el tumulto del senado. —Silencio, jóvenes, gritaba Aratino; silencio: y cada uno á su lugar. ¿Habeis olvidado que no teneis todavia derecho de hablar al senado sin ser preguntados?.... Recordad tambien, añadió el fogoso *Beluto*, que la persona de los tribunos es sagrada é inviolable, y que cualquiera que se atreva á poner la mano en un representante del pueblo se hace reo de de muerte.... Los que aquí nos envian, decia Lucio, saben muy bien que para juzgar á un patricio no necesitan de un senado-consulto.

—Llamad al órden, padres conscriptos, decian los heraldos, encargados por lo regular de la policía de la asamblea; pero su voz chillona se perdia en el tumulto. Todo era confusion y desórden.

—Venid, dijo entonces *Decio*, el mas jóven de los tribunos, dirigiéndose á sus cólegas; venid, franco está el camino del Monte sagrado.... Vamos con el pueblo á fundar una nueva ciudad fuera de los muros de Roma. ¿Cuál seria la suerte de los tiranos si los abandonasen sus súbditos: si el pueblo quiere desterrarse ¿quién lo contiene? ¿Quién cultivará las tierras de los patricios, quién defenderá sus propiedades, rechazará la invasion de los pueblos vecinos, quién ensanchará los límites del naciente estado? Ademas, ¿no podrá la plebe irritada obligar al Senado á que conceda lo que justamente pide?

Calmados los ánimos con este razonamiento, y conociendo el Senado las consecuencias de su obstinacion, levantose el presidente y dijo:

—Puesto que los tribunos del pueblo desconfian que los senadores falten á su conciencia si no prestan juramento, *Apio Claudio*, jurad por Júpiter que en la cuestion propuesta por los tribunos emitireis la opinion que os dicte vuestra conciencia.»

Levantose Apio por segunda vez, y tomando en la mano derecha una china que le presentó el heraldo, dijo con fuerte acento: «Si falto á mi conciencia, que Júpiter me arroje de mis bienes como ahora arrojo yo de mi esta piedra.» La piedra lanzada por Apio saltando con lúgubre sonido por el enlosado del salon, se dirigió, como si fuese un desafio, á los pies de los tribunos victoriosos... En seguida pronunció Apio un largo discurso contra el pueblo.

La opinion de Apio encontró muchos partidarios, y se volvieron á agitar los ánimos, en términos, que los tribunos se miraban unos á otros con descontento. Ya habia dado la hora de las cuatro, y un amigo de *Coriolano*, que á la sazon hablaba, se detenia á propósito en digresiones interminables, pues no pudiendo decretarse ningun asunto despues de haberse puesto el sol, esperaba que tendria la asamblea que disolverse sin tomar determinacion alguna.

Sin embargo, el pueblo, que con mucha calma habia aguardado la decision del Senado desde la apertura de la sesion, empezaba á murmurar y á agitarse. —El tribuno *Beluto*, ausente por algunos instantes, entró en el salon é interrumpió al orador para anunciar al presidente que no respondia por mas tiempo de la tranquilidad..... Con efecto, en el instante resonaron á las inmediaciones de la curia nuevos gritos y amenazas; lanzáronse contra las puertas y las paredes innumerables palos y piedras, y entrando azorados los litores confirmaron los temores del tribuno.... acercábase el peligro.... No estaba en las atribuciones del presidente retirar la palabra á un senador; pero hizo una señal á los que le rodeaban, y al punto un violento murmullo ahogó la voz de *Sempronio* y tuvo que sentarse.

Terminóse, pues, la discusion: habianse emitido diferentes opiniones y se habian propuesto varios arreglos. El cónsul presidente, usando de su derecho, puso á votacion únicamente la cuestion principal á la manera de votar que tenia el Senado romano.

—Padres conscriptos, dijo: los que de vosotros opinen que los plebeyos no tienen derecho para juzgar á un patricio, que permanezcan ó pasen á mi izquierda; y los que opinen lo contrario queden ó se trasladen á la derecha.

Atratino se levantó y pasó á la derecha del presidente, siguiéndole una mayoría notable de senadores.... En torno á *Coriolano* se agruparon sesenta miembros, cuando mas, entre los cuales habia muchos individuos que tenian derecho de votar, pero no de hablar.

—El Senado, dijo el presidente, ha resuelto que los plebeyos tienen el derecho de juzgar á un patricio, y al punto se vá á redactar dicha resolucion en forma de decreto.

A esta declaracion, pronunciada en voz alta, respondió afuera la multitud con gritos repetidos de alegría. —Coriolano con los ojos inflamados, pálidas las mejillas, cubiertos los lábios de sangre, no menos indignado por lo que él llamaba cobardia de sus cólegas, cuanto por las muestras de gozo de sus enemigos, se precipitó en medio de los tribunos y acercándose á *Beluto* con el brazo levantado, aunque sin herirle, gritó con terrible acento....¡quieres juzgarme, miserable! ¿Y de qué me acusas?

—De tiranía, respondió el tribuno, con la sangre fria mas provocadora.

—Bien está; si me acusais de tiranía, que se estienda el decreto; en este momento marcho á presentarme al tribunal del pueblo.

—No juzga el pueblo á sus enemigos, replicó Lucio, sin darles el tiempo y los medios necesarios para defenderse..... *Cayo Marcio Coriolano*, en virtud del acuerdo que acaba de tomar el Senado, en virtud de los derechos del pueblo, este, por el órgano de sus tribunos, os cita para que comparezcais ante su tribunal en el tercer dia de mercado, es decir, de aquí á 27 dias.

—Iré, dijo Coriolano. —En seguida se retiró de la asamblea con los senadores jóvenes que le acompañaron á su entrada.

Habiendo conseguido el pueblo lo que deseaba, se dispersó al punto en todas direcciones, citándose los rústicos en el foro para el tercer dia de mercado.

El presidente anunció á los senadores que podian retirarse. Fueron saliendo uno á uno, asustados por la reciente victoria que acababan de conseguir los tribunos; solo quedaron unos veinte miembros deseosos de asistir á la redaccion del decreto. Terminado el decreto, fué puesto en manos del presidente, á quien correspondia su custodia en aquel tiempo; pero mas adelante, cuando supieron los tribunos que se alteraban las espresiones, hicieron mandar que todos los decretos del Senado fuesen en lo sucesivo depositados en el templo de Céres, bajo la inmediata custodia de los ediles de la plebe.

Era ya de noche, y la curia estaba desalojada; en las calles de Roma, silenciosas y desiertas, solo se oian los cantos lejanos de las bandas de rústicos que volvian á sus cabañas.

A los veinte y siete dias se presentó *Coriolano* ante el tribunal de pueblo para ser juzgado. Si la sesion del Senado fué borrascosa, no menos lo fué el juicio público. Los tribunos, que le miraban como el enemigo mas temible de aquella institucion popular, concitaron á las masas y se esforzaron en pedir su muerte precipitándole de la roca Tarpeya. Pero el acusado, que tambien tenia simpatías y amigos que le defendiesen, habló al pueblo con una energia y un valor tal, que probó que los tribunos eran una calamidad para la patria y el tósigo de la tranquilidad pública. Hubo momentos que vacilaron las masas, pero en último resultado salió condenado á destierro perpétuo.

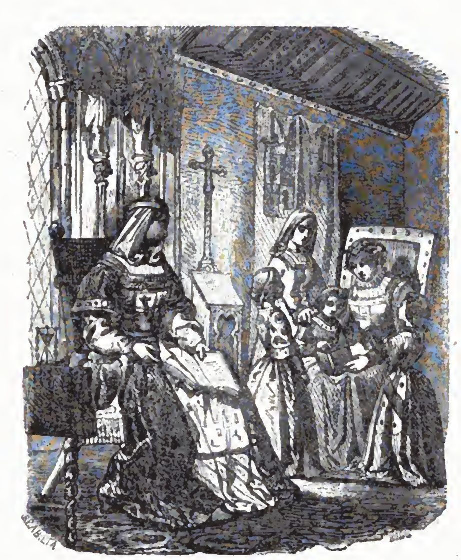
Coriolano, viendo tan mal recompensados sus servicios con un destierro perpétuo de su patria por solo la animosidad de unos traficantes en palabras, como eran los tribunos, no escuchaba ya mas que la voz de la venganza. Se refugió á los volscos, nacion vecina y enemiga encarnizada de los romanos; les indujo á tomar las armas contra su patria, y puesto á la cabeza del ejército, entró en el territorio de Roma

sembrando por todas partes el terror y la desolacion. Llegó á las puertas de la ciudad y el pueblo arrepentido pedia á gritos la vuelta de *Coriolano*, pero el Senado se oponia. No obstante, como el peligro era cada dia mas inminente, se humilló el Senado hasta el caso de enviarle una diputacion que la recibió con frialdad. Igual suerte tuvo otra segunda diputacion compuesta de los sacerdotes, hasta que su madre *Veturia*, á la cabeza de las matronas romanas, fué á templar á un hijo furioso.

Mejor patricio *Coriolano*, que los tribunos que le habian condenado, sofocó en bien de su patria los sentimientos de venganza y orgullo que le dominaban. —Dijo por última contestacion á los ruegos cariñosos de su madre: *sálvese Roma*, *y piérdase vuestro hijo*. Volvió la espalda, y creyéndose burlados los volscos con esta retirada, le asesinaron en la marcha.

Una resolucion tan heróica, es decir, sacrificar la vida por la salvacion de la patria, renunciando al placer de la venganza, ha merecido la honra de que este noble asunto sea representado en el lienzo por los pinceles de *Julio Romano*, *Pinelli*, *Poussino* y otros artistas notables.

J. S. MILANÉS.



Doña Isabel Galindo (la latina) dando leccion á Isabel la Católica.

LA DESTRUCCION DE PATRIA.

(Tradiciones gaditanas.)

A un cuarto de legua distante del mar Océano, y entre las villas de Veger y de Conil (en otro tiempo llamada *Torre de Gusman* por ser posesion de los duques de Medina Sidonia) hay una cuesta llamada del *Justar*, nombre que indica haberse celebrado en aquel sitio *justas* y torneos.

En ella y en sus contornos no advierte á primera vista el viajero mas que los sembrados de un inmenso cortijo. Pero si adelanta sus pasos y sus investigaciones por la comarca, al punto hallará los cimientos de una antigua poblacion pequeña. Los lugares donde las calles y las plazas fueron, se encuentran señalados todavía por los restos de paredones, unos destruidos por la mano de los tiempos, y otros por la azada de los labradores.

El silencio y la soledad que reinan en su recinto, son magestuosos; los cuales de cuando en cuando se ven interrumpidos por la presencia de las aves, que pasan ligeramente sobre las ruinas, por el lejano ladrido de los perros, ó por el balar de las ovejas.

Los pocos viageros, aficionados á antigüedades que visiten estos sitios, creerán desde luego que las ruinas pertenecen á una poblacion del tiempo de los fenicios, cartagineses ó romanos. Traerán á la mente los recuerdos de Hanibal, de Scipion y de Julio César, y cuando menos, pensarán que en los contornos de la destruida villa se dió una sangrienta batalla entre los ejércitos de Roma y de Cartago, ó que los habitantes de aquel pueblecito, para no entregar sus vidas y haciendas á los insultos y á la ferocidad de los conquistadores, prendieron fuego á sus casas y se arrojaron en las llamas ó sobre las puntas de los aceros, siguiendo el ejemplo de Estepa, fiel y constante imitadora de Sagunto y de Numancia.

Pero los que tal piensen caerán en un gravísimo error, pues las ruinas no son de lugar cartaginés ó romano, sacrificado en las luchas de las dos repúblicas competidoras en el dominio del mundo. A causas amorosas debió la poblacion de que hablamos el orijen de su desdicha, y las contiendas entre moros y cristianos su destruccion por medio del hierro y del fuego.

El nombre de este lugar era el de PATRIA. En el reinado de don Juan II de Castilla, vivian en esta villa cien caballeros moros, los cuales acostumbraban salir á campear en tierra de cristianos sobre blancos caballos y vestidos con marlotas de granas. Cuando alcanzaban rica presa en sus espediciones, enviaban antes á Patria un mensagero para dar cuenta del feliz suceso. Alegrábanse los de la villa; y como obsequio al valor y celebridad de la victoria, preparaban por lo comun justas y torneos para en ellos lisonjear el orgullo de los vencedores y animarlos á mayores empresas.

Cierto dia el alcaide recibió aviso de que los cien caballeros habian

campeado en las tierras de Xerez de la Frontera, que habian combatido con algunos caballeros de esta ciudad, y que tornaban á su pueblo cargados de riquísimos despojos.

Tenia el alcaide una hija, hermosísima y llena de altivez y de recato: la cual solia presentarse pocas veces en parages publicos. Sin embargo de esto, su padre la instó á que por vez primera presidiese con él las justas, para manifestar á los caballeros que habia sido á los de Patría tan agradable su victoria que hasta la misma *Gelóira* (tal nombre tenia la doncella) tomaba parte en sus contentos, y dejaba su retiro con el fin de dar novedad á la fiesta con su presencia.

La doncella no quiso á las primeras instancias de su padre ceder á una accion que no anhelaba; mas al fin se dejó vencer de sus ruegos, y honró las justas con presidirlas al lado del alcaide. Lo que en ellas pasó despues de la entrada de los caballeros moros está descrito en este romance que compuse al propósito:

ABENOZMIN Y GELOIRA.

En cien caballos que al cisne
en el color desafian,
y á tiempo que el sol hermoso
cayendo en los mares iba,
Cien caballeros valientes,
de los moros de *Patría*,
triunfantes de los cristianos
a sus casas se encaminan.
Allí, en lugar de descanso,
correr esperan sortijas,
y en cañas, toros y zambras
ver la pública alegría.
Marlotas de grana llevan
hermosas á maravilla,
y capellares bordados
de zafiros y amatistas.
Fuego sus lanzas despiden
y aceradas coracinas
y adargas y cimitarrás,
del rayo del sol heridas:
No hay mejores caballeros
en toda la moreria,
ni mora que al verlos pueda
sin pena quedar con vida.
Pues aunque el honesto lábio
y los ojos no lo digan,
en vano callan, que el rostro
con el color lo publica.
Ya con alegres estruendos
su llegada solemnizan
las trompetas y atabales,
añafiles y vocinas;
Los ancianos y mugeres
y los niños de Patría,
por verlos llegar, ocupan
las almenas de la villa;
Y al descubrirlos de lejos
claman con gran vocería:
¡Alá guarde para siempre
á la flor de la milicia!
Llena, por gozar el pueblo
las fiestas de su venida,
los palenques y tablados,
ventanas y celosías.
Aben Jacob el alcaide
vá á la plaza con su hija,
á quien llaman los donceles
desdeñosa clavellina.
Cubierto con una toca
lleva el rostro Geloira,
porque no imagine el vulgo
que puede gozar su vista.
De pocos deja mirarse,
y esos son los que publican
su hermosura y gentileza
y su condicion esquiva.
El amor, temiendo acaso
perder joya tan lucida,
convertido en mariposa
dicen que le dijo un dia:
Oculta el hermoso rostro
á cuantos por ti suspiran;
que se busca mas la perla
cuando está mas escondida.
Arrancada de su huerto
la flor mas pura y mas linda,
del labrador en las manos
se deshoja y se marchita.
La mariposa tan solo
besar tus hojas consiga;
no abejas, que la fragancia
robar al fin solicitan.
El amor besarla quiso;
mas túvole el viento envidia,
y cubrió el hermoso rostro
con el velo de la niña.
Y ella los ojos alzando
las doradas nubes mira,
y vé que entre los celages
los rayos del sol aun brillan.
Desde entonces se recata
la preciosa Geloira,
y le enfadan los amores
como al triste la agonía.
Ir á las fiestas de cañas
le fué obligacion precisa,
que su padre así lo ordena
y era costumbre en la villa.
¡Nunca jugáran los moros
en la plaza de Patría;
que hay serpientes entre flores
como entre rosas espinas!
Entraron los caballeros
formados en dos cuadrillas,
y rodearon la plaza
por encontradas esquinas.
Diestros las cañas jugaron,
diestros corrieron sortijas,
y siempre con buen aliento
sin postrarse á la fatiga.
Ni el mas pequeño desaire
turbó tamaña alegría:
ni al vencedor ni al vencido
orgullo, quejas ó envidia.
Abenozmin *el Constante*,
adalid de la milicia,
fué el mas diestro en ambos juegos
y á quien el premio destinan.
Llega al trono del alcaide,
donde estaba con su hija,
quien tiembla al mirar al moro
que está á sus pies de rodillas,
Y le pone entre las manos
cimitarra damasquina
con un tahalí berberisco
de seda y de pedreria.
Tengas ventura en las lides
(dice al moro Geloira),
y tambien en los amores
la tengas, á decir iba;
Mas dentro de sí prosigue:
No la busques ni la pidas,
que hasta en mi pecho la logras.
¡Grande es sin duda tu dicha!
En esto el Amor levanta
el velo que la cubria,
diciendo al moro arrogante:
si tienes corazon, mira.
Mientras ella el dulce rostro
quiere ocultar, y no atina,
la honestidad una rosa
abrió en sus blancas mejillas.
Y aun pareció que sus ojos
decir entonces querian:
Triunfaste de mis desdenes:
tuya es ¡oh moro! mi vida.

Enamorado Abenozmin del hermoso rostro de la preciosa Geloira, comenzó á requerirla de amores, sobornando á un esclavo del alcaide. Ella, aunque desdeñosa é intratable hasta aquel punto, no pudo resistir á las ternezas del moro, y comenzó á responder agradablemente á sus tiernas querellas.

De parte á parte hubo finezas y regalos de un valor inestimable, y la cosa llegó al estremo de que ambos amantes se hablasen de noche en el jardin del alcaide, sin que pasasen sus amores los términos de la honestidad.

Pero la desdicha de los dos finos y constantes amadores, y tambien la pérdida de Patría, estaban cercanas. Una noche, al ir Abenozmin camino de la morada de Geloira, advirtió que un moro rondaba la casa, y que por las tapias del jardin un esclavo cristiano que tenia el alcaide le hablaba secretamente. La presencia del encubierto era de hombre principal, segun demostraban las ropas iluminadas por los rayos de la luna. Desde luego sospechó que aquel caballero debia ser otro amante favorecido de la ingrata mora: y sin mas averiguacion partió como un rayo en demanda de su rival.

Este, que lo vió venir, se puso en defensa, apercibiendo las armas que consigo llevaba. Pero hé aquí que en aquel momento volvia á su casa el alcaide acompañado de otros moros principales. Entonces fué necesario aplazar el duelo para ocasion mas oportuna.

—Dime tu nombre y el lugar donde me esperas mañana para recibir el castigo de tu osadía en poner los ojos en Geloira, dijo Abenozmin al encubierto.

—Y este le respondió:—me llamo Abdelcadir: soy moro de Ronda, y en ella te espero dentro de seis dias con tus amigos y parciales, para combatir uno á uno ó todos juntos.

Separáronse los dos antes que llegase el alcaide á aquel puesto. Geloira esperó en vano á su amado una y otra noche, no obstante que con una esclava le habia enviado quejas por su ingratitud y repentina ausencia.

Este al cabo se presentó ante ella á la hora del amanecer y á la puerta de sus jardines. Lo que pasó entre ellos se encuentra referido en el siguiente romance que tambien escribí al intento.

El valiente entre valientes,
el gallardo Abenozmin,
en los amores y guerras
mas que ninguno feliz,
A Geloira pregunta,
celoso de Abdelcadir:
«¿qué hiciste, ingrata señora,
del corazon que te dí?
Tus amorosas palabras
llevóse el viento sutil;
mal haya el amargo dia
que por mi mal las creí.
Por prendas de tu cariño,
despues de suspiros mil,
rubios cabellos me diste
que envidia el oro de Ofir.
Para otros serán cabellos,
mas no los son para mí;
sino víboras tan solo
que saben morder y herir.
Clavaste un harpon de plata
en este lazo turquí
porque siempre me dijera:
los celos serán tu fin.
En mi turbante pusiste
una pluma carmesí,
con que pudiera al alcázar
de mi desdicha subir.
Mi corbo alfange encerraste
dentro de un verde tahalí:
color de esperanza era;
pero solo de morir.
Tus amorosas palabras
en los vientos escribí,
porque el amor envidioso
en ellas no pueda huir.
Mas ¡ay! que tambien el aura
envidia tuvo de mí:
llevóselas, y otro moro
las vino á encontrar al fin.
Guarda estas negras memorias
para el fiero Abdelcadir,
y ¡ojalá que él te las vuelva
cual las recibes de mí!»
Con esto á la triste mora
deja el bravo Abenozmin;
pues lo llaman á la guerra
los sones del añafil.
Sobre una yegua cabalga,
mónstruo del Guadalquivir,
engendrada en sus arenas
por el céfiro sutil.
Con el dorado acicate
su hijar empezaba á herir
por tomar desde Patría
el camino de Conil.
Cuando quitó de su lanza
pendoncillo azul turquí,
que es el color de unos celos
que con su amor vió morir.
Mas Geloira en su rostro
apagó el vivo carmin;
y por mostrar su inocencia
al moro, le dijo así:
Si pretendes mis memorias
olvidar, Abenozmin,
cuando grabadas con fuego
en tus mejillas las ví,
Vete en paz, dueño del alma,
que en paz bien puedes ya ir;
mas no digas á otra mora
que la has hurtado de mí.

No hizo el moro caso de las quejas ternísimas de la doncella, y tomó la via de Ronda, acompañado de los cien caballeros de Patría en demanda del arrogante Abdelcadir.

Llegó á Ronda é hizo diligencias para buscar al amante de Geloira; pero todas fueron inútiles. Cansado de sus investigaciones, se determinó á volver á Patría, resuelto á buscar en sus contornos al rival que tan inícuamente se habia burlado de su buena fé, y de la lealtad debida á un caballero por otro, pues el ser tal demostraban sus vestidos y su manera de manifestar los pensamientos.

En tanto la gente de Patría esperaba á toda hora la vuelta de sus caballeros. Una mañana avisó á la villa el guarda de la atalaya que tornaban por fin los moros. En efecto, á lo lejos se descubrian sus caballos blancos y sus marlotas de grana. El pueblo alborozado salió á recibirlos fuera de los muros en la cuesta del Justar; porque á la alegría de su vuelta se juntaba el ver que traian algunos cautivos.

No bien se acercaron los moros, partieron á galope sobre el indefenso pueblo; y á los gritos de *España*, *Santiago*, *y cierra, cierra*, comenzaron á herir y matar á la morisma. Entraron en las calles y plazas, sin perdonar la vida á los niños, á las mujeres, y á los ancianos. Todos perecieron á los filos de las lanzas y espadas de aquellos moros al parecer; pero cristianos en el hecho.

Estos eran caballeros jerezanos que habian salido de sus casas, encubiertos con vestidos y en caballos semejantes á los que usaban los de Patría que salian á campear por las tierras vecinas. El que los capitaneaba, era el fingido Abdelcadir. Este tal pertenecia á la nobleza jerezana, y se llamaba Diego Fernandez Herrera. Deseoso de destruir á la morisma de Patría, balló trazas de penetrar con un disfraz de moro en la villa, y de acuerdo con un cristiano esclavo del Alcaide, buscó la manera de hacer retirar á los guerreros para conseguir su propósito, encendiendo los celos del gallardo Abenozmin, y retándolo para batalla singular en la ciudad de Ronda.

Conseguida la victoria, sin que escapase moro de Patría, pusiéronse los cristianos en celada en la cuesta del Justar para dar sobre los caballeros que volvian á sus casas.

Agenos estos del insulto que habia esperimentado su villa, se acercaron á ella desapercibidos, y cuando se vieron entre enemigos, el espanto de un suceso tan inesperado, apenas les dió lugar para la defensa. Sin embargo, pelearon bravamente, y todos quedaron muertos ó mal heridos en la cuesta donde solian celebrar sus justas y torneos. De forma, que el lugar de sus alegrías fué tambien testigo de sus lastimosas muertes.

Los caballeros de Jerez, tras de recobrar sus despojos, y de adquirir otros en el saco de la villa, entregaron á las llamas á Patría y volvieron á sus casas ricos, así en joyas y vestidos, como en algunos esclavos de los pocos que pudieron salvar la vida en tan horrible matanza.

Patría quedó arruinada desde entonces sin que los moros cuidasen de reedificarla, ni menos los cristianos, despues que se hicieron señores de toda Andalucía.

ADOLFO DE CASTRO.

AFORISMOS.

—

LA HUMANIDAD.

¿Qué hace la humanidad? Aguarda á que sus hijos la conozcan y se junten con ella para hacer unidos como el todo con sus partes el camino de la vida. Los hijos no conocen todavía de cerca á su madre; por esto es hoy para los hombres la humanidad una idea, pero cuando penetre mas en ellos el calor de la madre comun, la ciencia y la historia humana se realizarán como una parte de la vida de Dios.—Los hijos de la humanidad no son los hombres uno á uno, sino el hombre en su familia, la familia en su pueblo, el pueblo en el pueblo de los pueblos, la tierra nuestra madre natural.

—

EL ESPÍRITU EN LA HISTORIA.

El espíritu y el reino del espíritu, es hoy en la humanidad como el borde claro en una nube oscura; pero está en la idea de la historia que la nube se rasgará algun dia. Tampoco la civilizacion ha penetrado hasta hoy mas adentro que á los bordes de la tierra; mirad la carta geográfica (las orillas del Mediterráneo y del Atlántico). Solo en estos lugares ha hecho historia seguida nuestra civilizacion: en los demás estremos, y hácia el cuerpo de la tierra, no ha sido hasta hoy mas que un hecho prematuro é interrumpido. (Ved el Egipto, la India, el antiguo Méjico). Reparad bien esto, y cesareis de pensar que la historia humana es vieja, antes comienza ahora su desarrollo despues de una larga germinacion.

—

LA PREGUNTA DEL SIGLO.

No hace muchos siglos preguntaba el hombre *¿me salvaré?* Hoy comienza á preguntar y á entender la pregunta: *¿se salvará nuestra humanidad?* Esta es la pregunta derecha, y la que encierra la nueva historia, porque salvándose nuestra Humanidad todos nos salvamos en ella y con ella en Dios. Ciertamente es esta pregunta el fruto de la historia pasada, y nosotros no debemos envanecernos porque la hacemos, pero podemos y debemos saber cuál es la señal de nuestro tiempo, y en qué está el progreso real del que no podemos retroceder.

—

EL TIEMPO.

El tiempo no puede esperar: si no lo cojemos nosotros, nos coje él á nosotros; pero si le ganamos, la mano encierra en sí tanta vida que con él podemos adelantarnos á la muerte.

JULIAN SANZ DEL RIO.

LOS DOS BRINDIS.

En una comida en que se hallaban algunos ingleses y franceses, se brindó «á las señoras.» Uno de los ingleses, lord B..., se levantó con una copa en la mano y dijo:

—Brindo por el bello sexo de los dos hemisferios.

—Y yo, dijo un francés, el marqués de La Vrilliere, brindo por los dos hemisferios del bello sexo.

AMENAZA DE UN ANDALUZ.

Un andaluz y un madrileño tuvieron una disputa, y los que les rodeaban consiguieron reconciliarlos.

—Se puede V. alegrar, dijo el andaluz á su adversario, de haberme cogido de buen humor, porque si me llego á enfadar de veras, le tiro á V. tan alto, que las moscas hubieran tenido tiempo de comerse su cuerpo antes de que bajara al suelo.

LA DISCRECION.

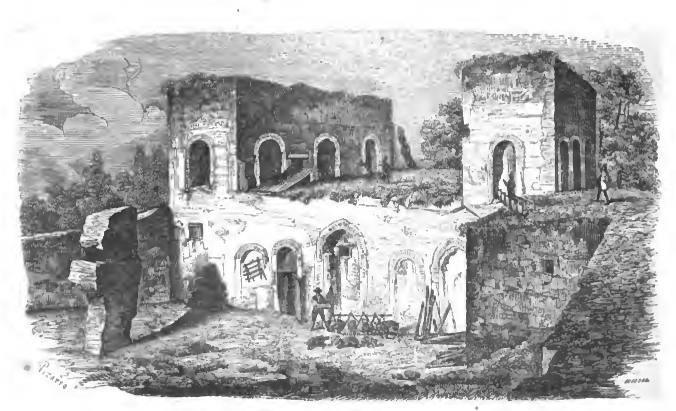
Un hombre poco discreto confió un secreto á un conocido suyo, y le encargó mucho que no se lo digera á nadie.

—Esté V. tranquilo, le dijo este, seré tan discreto como V.

LAS DESPAVILADERAS.

Un viejo solteron compró unas despaviladeras, y su ama de llaves le dijo que eran demasiado pequeñas, á lo que contestó muy formal el celibatario.

—Bastante grandes son para una persona sola.



(Toledo.—Vista de las ruinas del palacio de Galiana desde el patio.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Capilla de S. Isidro, contigua á la parroquia de S. Andrés.)

RECUERDOS DE SAN ISIDRO LABRADOR,

PATRON DE MADRID.

La vida de este sencillo y modesto hijo de Madrid, cuyas eminentes virtudes y sólida piedad, aunque ejercidas en la humilde esfera de un pobre labrador, bastaron á elevarle entre los escogidos á los altares de la iglesia, y á colocarle entre sus paisanos en el rango privilegiado de Patrono y tutelar de la villa de Madrid, ha sido tantas veces trazada y comentada por los autores sagrados y profanos, y de tal modo está enlazada por los historiadores con los sucesos y tradiciones de la época de la restauracion de esta villa por las armas cristianas, que es indispensable conocerla y estudiarla para comprender en lo posible aquel periodo importantísimo y remoto de la vida de Madrid. En nuestra literatura histórica, no es este el único ejemplar de relacion inmediata entre las crónicas y relaciones mas ó menos apasionadas de mártires y santos, de célebres santuarios y monasterios y de imágenes aparecidas, y las vicisitudes, historia y marcha política de los pueblos, y las sociedades en que aquellos brillaron: por eso el historiador español deberá tener á la vista todos los documentos de esta especie (y que por desgracia, van desapareciendo) donde á vueltas de relaciones exageradas, de milagros apócrifos, y estilo afectado y campanudo, hallará datos preciosísimos, descripciones animadas y minuciosos detalles que esplican los sucesos, las tradiciones y la filosofía de la historia.

Tal sucede en nuestro Madrid con los muchos coronistas ó entusiastas panegíricos de las célebres imágenes de nuestra Señora de la Almudena, de Atocha, de la Soledad, y del Buen Suceso, la de Jesus Nazareno, y el Cristo del Desamparo, y tal igualmente con las relaciones de la vida de algunos de sus ilustres hijos colocados por la iglesia en el rango de los santos, y entre los cuales ocupa en nuestra memoria el mas distinguido puesto el humilde labrador á quien algunos apellidan *Isidro de Merlo y Quintana*.

Desde el códice casi contemporáneo del Santo, escrito á lo que parece por *Juan Diácono* á mediados del siglo XIII, que se conservaba en la iglesia de S. Andrés, y que fué primero publicado en Flandes por el Padre Daniel Papebroquio, y despues traducido del original latino y ámpliamente comentado por el padre Fr. Jaime Bleda, hasta las reñidas y eruditas disertaciones de los señores Rosell, Mondejar, Pellicer y otros en el siglo pasado, los hechos históricos y las relaciones milagrosas del glorioso S. Isidro han sido debatidos hasta una saciedad empalagosa, pero que prueba hasta la evidencia el carácter y virtudes altamente recomendables de aquel siervo de Dios, y la simpatía y devocion que aun en vida logró inspirar á sus compatriotas.

No es de este lugar el entrar ahora en tan intrincadas controversias históricas que han suscitado aquellos diligentes escritores, así como

los coronistas madrileños, los Pinelos, Dávilas, Quintanas y Baenas, sobre la autenticidad de las apariciones del piadoso labrador al rey D. Alfonso VIII en la batalla de las Navas, sus prodigiosos milagros durante su vida, ni los obrados por su intercesion despues de su dichosa muerte. Tampoco pretendemos enlazar su modesta historia con la de la restauracion de Madrid por D. Alonso VI en 1083 ni con la nueva acometida que hicieron los moros marroquíes al mando de Texufin y Alí en 1108. En la primera (ocurrida á lo que se cree en los mismos años del nacimiento del Santo labrador) estaria demas el atribuirle intervencion alguna; en la segunda, acaecida cuando pudiera tener 26 años, le consideraremos orando al Señor por la defensa de su pueblo como le vemos aun pintado en antiguos cuadros de nuestras iglesias. Para nuestro objeto basta consignar aquí las rápidas noticias de su vida que se deducen de aquellos piadosos comentarios, diciendo, que pudo ser su nacimiento hácia 1082 y su muerte en 30 de noviembre de 117, sobre los 90 años de su edad: que hijo, segun se cree, de labradores, fué labrador él mismo, y sirvió entre otros á la ilustre familia de los Vargas, en cuyos caserios de campo vivió el Santo largo tiempo: que trabajó tambien de obrero ó albañil, abriendo varios pozos, segun la tradicion que se conserva en diferentes sitios de esta villa: que toda su vida fué una série no interrumpida de actos de caridad, de oracion y de modestia, sobresaliendo entre todos ellos su profunda devocion á Nuestra Señora bajo los títulos ó advocaciones de la Almudena y de Atocha: que vivió algun tiempo en Torre-Laguna y allí casó con María de la Cabeza, que se cree natural de la aldea de Carraquid, y que tambien como su esposo alcanzó por sus virtudes la canonizacion de la iglesia; y que honrado en fin, durante su larga carrera, por un especial favor del cielo que le hacia aparecer como Santo entre sus piadosos contemporáneos, descansó en el Señor en una edad avanzada con sentimiento general de sus convecinos y admiradores, que desde el mismo instante de su muerte empezaron á tributarle con espontáneo entusiasmo el mas tierno culto y veneracion: y siendo muchos los milagros obrados por su intercesion, movieron á la santidad de Paulo V á acordar su beatificacion en 14 de febrero de 1619, y posteriormente á 12 de marzo de 1622 fué canonizado solemnemente por Gregorio XV, con cuyo motivo se celebraron grandes fiestas y regocijos.

Ademas de los documentos escritos, quedan en Madrid á pesar del transcurso de siete siglos, otros objetos materiales consagrados por la tradicion, de los sitios en que vivió nuestro Santo, y en que obró sus notables milagros, ó de los que ocupó su precioso cuerpo despues de su muerte: por último, queda este mismo venerando cadáver, entero, incorrupto, y resistente á la accion de los siglos, y á los argumentos de la incredulidad.

Entre los primeros, señalaremos tres modestos recintos, convertidos hoy en otras tantas pequeñas capillas dedicadas al Santo. Sea el primero el que se ve en la *casa de los Vargas* (hoy del Sr. Conde de Paredes y de Oñate) plazuela de S. Andrés, número 21. En esta antiquísima casa y al servicio de Iban de Vargas, tronco de aquella ilustre familia madrileña, es tradicion constante que vivió el labrador Isidro, y la capilla ocupa una pieza baja pequeña en que se supone ocurrió su gloriosa muerte. En ella se conserva una buena imágen del Santo de tamaño natural, y se le dá culto público el dia de su conmemoracion.

Otra capillita existe en el patio de la *casa del marqués de Villanueva de la Sagra* (calle del Almendro, número 6), y es conocida por *la cuadra*, donde la tradicion supone que guardaba el ganado el Santo doméstico de Iban de Vargas. Y otra en la *calle del Aguila número 1* en la misma casa de la sacramental de S. Andrés, donde se conserva una de las arcas en que se guardó en lo antiguo el cuerpo del Santo.

La tradicion tambien ha señalado hasta nuestros tiempos el paso del piadoso madrileño en otros sitios de esta villa y sus contornos, ya en lo que hoy es su calle mayor y entonces era estramuros de la puerta de Guadalajara, donde habia hasta hace pocos años un trozo de soportales llamados aun de *S. Isidro*, que se han derribado. Allí se encontraba un pozo milagroso abierto segun tradicion por el Santo, y otro en una casa de la calle de los Estudios contigua al colegio imperial. Tambien se señala generalmente el sitio que ocupa hoy á la orilla opuesta del Manzanares la famosa ermita que visita este dia toda la



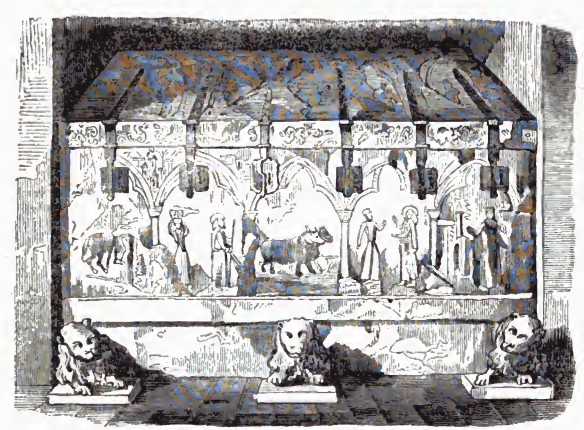
(San Isidro Labrador y Sta. María de la Cabeza, pinturas existentes en su antiguo sepulcro.)

poblacion de Madrid, por ser el mismo donde hizo brotar el Santo al impulso de su hijada la fuente milagrosa á cuyas aguas se atribuye gran virtud.

Todas estas son conjeturas tradicionales mas ó menos fundadas, aunque siempre respetables por su antiquísimo origen; pero además de estas, existen otras aun mas lícitas de las varias colocaciones y vicisitudes del Santo cadáver que hoy es el objeto del culto y la veneracion del pueblo de Madrid.

Consta de aquellas historias y relaciones contemporáneas, y de las diligencias hechas para la canonizacion, que acaecida la muerte del Santo labrador como queda dicho en 1172, fué sepultado en el cementerio contiguo á la parroquia de San Andrés, en el mismo sitio en que aun se vé una reja y es hoy el suelo del presbiterio ó altar mayor de dicha Iglesia, por haberse esta agrandado posteriormente y dado diversa forma á su planta y distribucion. Unos cuarenta años parece que permaneció el cuerpo del santo en aquel sitio, hasta que en 1212, creciendo de dia en dia la devocion de los madrileños á su intervencion milagrosa, fué solemnemente exhumado y colocado en un sepulcro digno en la capilla mayor (que entonces estaba donde hoy los pies de la iglesia). Allí es donde segun varios coronistas y con mas ó menos probabilidad, le visitó el Rey D. Alonso VIII y declaró, en vista de las facciones conservadas del Santo, ser él el mismo milagroso pastor que se le habia aparecido y conducido su ejercito por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Atribúyese tambien al mismo monarca el origen del arca de madera, cubierta de cuero, en que se encerró el cuerpo del Santo, y que aun se conserva en el sitio mismo, aunque sumamente deteriorada, sobre unos leones de piedra y mostrando en sus frentes restos de las pinturas con que mandó adornarla el monarca, representando los milagros del Santo.—Este preciosísimo resto de venerable antigüedad escitó hace cuatro años el celo del gobierno y de la comision de Monumentos artísticos, para empeñar al ayuntamiento de Madrid á su conservacion y traslacion á sitio mas decoroso y resguardado de la humedad; y el que escribe estas líneas (como individuo de la corporacion municipal) en union del arquitecto de Madrid y de los Señores Zabaleta y Carderera de la comision de Monumentos, fueron encargados de llevar á ejecucion aquella idea. Reconocieron en su consecuencia los sitios y el arca; levantó el señor Pescador el plano de la nueva colocacion en la capilla propia del Santo en la misma iglesia; se proyectó tambien una restauracion bien entendida de las pinturas del arca y de los leones; pero despues se olvidó el asunto, y quedó en tal estado.



(Antiguo sepulcro de S. Isidro en la parroquia de S. Andrés.)

En aquella arca y capilla permaneció el Santo cuerpo hasta que el obispo D. Gutierre de Vargas Carbajal, construyó en 1535 la suntuosa que lleva su nombre contigua la parroquia de San Andrés, y le hizo trasladar á esta con gran solemnidad; pero por discordias ocurridas entre los capellanes de ambas, solo permaneció en esta unos 24 años, hasta que se cerró y quedó independiente aquella capilla, con puerta á la calle y bajo el título de San Juan de Letran.

Vuelto el Santo á la parroquia al sitio en que antes estuvo, permaneció en él mas de un siglo, hasta que en 1669 se concluyó á costa del rey y de la villa la magnífica capilla bajo la advocacion del mismo San Isidro que hoy admiramos aun al lado del Evangelio de aquella iglesia Parroquial. En ella, y en su altar central, fué colocado el Santo cuerpo con una pompa estraordinaria el dia 15 de Mayo de aquel año de 1669: la descripcion de esta suntuosa capilla, ó mas bien templo primoroso, nos llevaria muy lejos de los límites á que por necesidad nos hemos impuesto en este artículo. Baste decir que en las dos piezas de que consta, cuadrada la primera y ochavada la segunda, apuraron sus autores Fr. Diego de Madrid, José de Villareal y Sebastian Herrera, todos los recursos de la mas rica arquitectura, mezclados con todos los caprichos del gusto plateresco de la época, y realzado el todo con bellas esculturas, bustos y relieves, magníficas pinturas de Rici y de Carreño, y una riqueza tal, en fin, en la materia y en la forma, que sin disputa puede asegurarse que es el objeto mas primoroso de su clase que encierra Madrid. Tardó la construcion de esta elegante obra unos doce años: empleáronse en ella 11.960,000 reales suministrados por el rey, por la villa y por los vireyes de Méjico y el Perú. Por último, diremos que en el magnífico altar ó retablo de mármoles que formado de cuatro frentes de columnas se levanta aislado en medio del ochavo ó pieza segunda, se conservó cien años el cuerpo de San Isidro, hasta que trasladado en 1769 de órden de Cárlos III á la Iglesia que fué del colegio imperial de los jesuitas, se puso en su lugar una estátua que hoy corona aquel monumento.

Anteriormente en 1620 el gremio de plateros de esta villa consagró al Santo en ocasion de su beatificacion, una urna primorosa de oro y plata y bronces, que aunque obra que adolece del mal gusto de la época, es de gran valor, como que solo la materia sin hechuras ascendió á 16,000 ducados, y dentro de esta urna está la interior de filigrana de plata sobre tela de raso de oro riquísimo que le dió la reina doña Mariana de Neoburg.—En ella reposa el Santo cuerpo, perfectamente conservado, incorrupto, amomiado y completo, pues solo le faltan tres dedos de los pies, y por lo que puede calcularse de su estension (que es mayor de dos varas) debió ser en vida de una estatura elevada. Cubrénle ricos paños guarnecidos de encage y renovados de tiempo en tiempo por la piedad de los reyes, en cuyas tribulaciones de nacimientos, enfermedades y muertes son conducidas las preciosas reliquias á los reales aposentos, ó espuestas con pompa á la pública veneracion; y á veces tambien, cuando las personas reales, deseosas de implorar la intercesion del

Santo, van á adorar su sepulcro, la urna que contiene los preciosos restos es bajada á mano por los regidores de Madrid y colocada sobre una mesa en la sacristia mayor, donde á presencia del Señor Patriarca de las Indias, del vicario eclesiástico, el protector y clero de la capilla real, del Ayuntamiento de Madrid, el conde de Paredes, hoy de Oñate (que cuenta entre los timbres de su casa el descender del piadoso Iban de Vargas, amo de San Isidro), y de la congregacion de los plateros, con hachas verdes encendidas, van entregando todos las llaves que conservan respectivamente de la urna preciosa, y abierta esta y puesto de manifiesto el cadáver, le adoran los reyes, los prelados, corporaciones y demas circunstantes. —Tal ceremonia se verificó solemnemente el dia 4 de Marzo de 1847 con ocasion de visitar el cuerpo y cambiar los paños riquísimos que le cubren S. M. la reina madre doña María Cristina de Borbon, y que creemos no habia tenido lugar desde el reinado de Fernando el VI.—El patriarca de las Indias, hoy Cardenal Arzobispo de Toledo, levantó por sus manos los paños, incorporó y dió á adorar el precioso cadáver, y le volvió á colocar y envolver en una rica sabanilla de encages, cerrando despues la urna y dirigiendo á los circunstantes una breve y patética exhortacion; hecho lo cual fué de nuevo subida aquella por ocho regidores de representacion de la villa de Madrid, dueña del Santo cuerpo, y colocada en el sepulcro de mármol que descansa en el altar mayor sobre un trono de nubes.

R. DE M. R

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO V.

Camoens.

Alguno habrá leido la historia de Luis de Camoens: de ese poeta generoso y desgraciado, como Cervantes; de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y á quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos como nosotros, dejaron morir en la miseria para darle despues de muerto el irónico título de *príncipe!* Portugal, desheredado por Apolo, no tenia mas poetas antiguos que los anónimos del romancero, ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribia en portugués y un portugués que escribia en español, esto es: Jorge Montemayor y D. Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad, mas por el ruido que hacian sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; y el segundo debia toda su reputacion á la candidez de sus églogas. Los portugueses aman con locura la poesía pastoril, y D. Francismo llamaba *zagaleja* á la misma reina doña Catalina, la princesa mas digna de la córte de Felipe el Hermoso, y llamaba *zagal* al mismo rey don Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, y tambien el que habia llevado gorgueras mas altas y encanutadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales y danzar sobre el *mullido cesped* cuando Cárlos V no dejaba crecer la yerba de los campos bajo el caldeado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flebil sonido* del *rabel* y de la *flauta*, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormitar *cabe el arroyuelo de blando murmullo* cuando estaba corriendo á *torrentes* la sangre europea, y recogerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisicion* estaba encendiendo sus hogueras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoroso* donde *Salicio* invita á *Blas* á que cante los desdenes de una soñada pastora, que se habia de llamar *Dafne*, cuando Hernan Cortés conquistaba el mundo que habia descubierto Colon, cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa y en la India; y quererse llamar poeta, solo le acontece á un clásico como D. Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba de una epopeya; porque los grandes acontecimientos y los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirian los héroes si no hubiese quien cantara sus proezas. Camoens habia nacido para cantar la Luisiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer órden no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protegian si no á los que valian muy poco; proteger á los que valian mucho hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al rey D. Juan III creia de buena fé que D. Francisco era un gran poeta, y Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta doña María, adivinaron mejor que el rey el mérito de Camoens, y se apresuraron á distinguirle, de manera que escitó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, y particularmente de aquellos que habian sido desairados por Catalina de Attaide, la venturosa dama á quien Camoens amó como Dante á Francesca. Era Catalina de Attaide sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de D. Juan, y uno de los que persiguieron á Camoens con mas encono. Por él estuvo desterrado en *Ribatejo* cuando apenas tenia 16 años; por él se vió precisado á huir dos veces á la India, y á él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'un enemigo cru, jurado, injusto,
Que jamais ó offendi, jamais!...

Su única ofensa fué el amar á su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerta la dama á quien decia:

E vos, ó vida minha, pois curarme
ja nao podeis, deixame juntamente
porque membranzas taés posam deixarme.

Fatigado Camoens de las intrigas y de las calumnias que todos los dias se levantaban contra él, resolvió partir al dia siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de doña María: pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hay noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retemblar los vidrios de las ventanas, y se oia como un terremoto el sordo mugir de las olas. El profeta de las aves, el Alcion, pasaba dando penetrantes alharidos, y á su voz multitud de águilas acudian desde la playa á guarecerse en las torres. Mas no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras y el diluvio que amenazaba, una jóven permanecia bajo los árboles del jardin de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venian de la parte esterior de la verja.

—¡Dios mio! esclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hácia el jardin.

—¡Ay Luis, qué terrible noche!

—¡Magnífica! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se vá á deshacer en tempestades. Lucha el *Bóreas* con el *Noto*, y rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos están estremecidos con los rayos que fabrica *Vulcano* para que los vibre sobre nosotros el fiero *Tonante*.... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas á la India?

—¡Por qué me voy! ¡porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdicion! ¡porque es un poderoso valido y yo soy pobre y no puedo luchar con él!... ¡Qué he de hacer á tu lado mientras sea dueño de tus acciones ese que tú llamas deudo! No puedo ni cruzar tu calle, porque á todas horas me prepara sirvientes suyos que fingiéndose mis rivales me estorvan el paso y cada noche tengo una riña. Poco me importa acuchillarlos si no fuera por el escándalo que causan estas cuchilladas, cuyo origen averiguan los ociosos y pueden esponer tu fama. ¡Que me llamen cobarde, pero que no murmuren de tí!

—¡Y qué murmuran de mí!

—Pues si hubieran murmurado, Catalina, ¿tendrian ya lengua?

¡Estúpidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza y poder, y me aborrecen porque no consagro mi musa á elogiar sus nombres; ¿qué les he pedido yo para que quieran hacerme tributario de su vanidad?

—¡Ay, no te irrites!

—Si, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco y se esconden; porque los desafio y me envian á sus esclavos; porque dicen que son nobles y son.....

—¡Silencio, Luis, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el ódio donde germinaba la amistad .. ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho y se entregó á una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle, pero la rechazó. Las heridas que los cortesanos habian hecho á su alma se exasperaban en presencia de su amada. Por mas que Catalina lo recibia siempre con la misma ternura, Camoens se revestia de un tono altivo y hasta duro, temiendo parecer humillado.

Los epítetos de *coplista* y de *pobrete* estaban resonando continuamente en sus oidos, y le devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria y riquezas.

—¡No me amas! esclamó Catalina echándose á llorar.

A este acento, á estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios á la vez. Puso su mano en la frente de Catalina para hacerla levantar la cabeza y ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no lo permitia, golpeó con su planta el suelo y gritó:—¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo! Poco tardó en oirse en las nubes su loca invocacion, porque dos ó tres relámpagos seguidos vinieron á iluminar el rostro de Catalina.

—¡Oh, esclamó el poeta, qué hermosa eres! ¡No llores mas, contienuó exaltándose por grados; no llores, porque te arrebataré conmigo y te espondré á los peligros del mar y te llevaré á la India! ¡No llores porque tus lágrimas me queman el corazon y no puedo sufrirme á mi mismo!

Al decir esto se oyó en el jardin hácia el lado de la fuente donde estaba la *Venus* un ruido que no parecia el del viento, sino el de una piedra que rodase. Catalina, espantada, se asió del brazo del caballero, y éste la llevó tras sí hasta un árbol, donde quedó escudada por un lado con el tronco, y por el otro con su persona.

El ruido cesó, y Catalina se despidió de Camoens; pero éste no quiso dejarla que atravesara sola la calle de árboles, y la fué acompañando hasta la fuente.

—Un momento no mas: detente aquí, dijo Camoens. Aquí me dijiste que me amabas, y mas allá, junto á aquel sauce, besé yo el manto que te cubria la mitad del rostro... ¡Ah! ¡dame otro recuerdo! ¡permíteme que bese tu mano!

La dama consintió, y Camoens se retiraba embriagado de dicha, cuando una luz vivísima iluminó de pronto el jardin.

El conde de Castanheira, precedido de pajes que llevaban hachas encendidas, se aproximó al poeta y le intimó con voz terrible que huyese del jardin. Catalina se echó á los pies del conde, quien la condujo silenciosamente á su departamento, donde empezó á reconvenirla con acritud y violencia, pero en voz baja.



(Luis de Camoens.)

—¡Señor! esclamó Catalina; traspasadme el corazon con vuestra espada, pero no me mandeis olvidarle.

—¡Qué esperas, desgraciada! replicó el conde; ¡qué esperas de él si no pobreza, infortunio!

—¡Señor, le amo!

Cuando consideramos la abnegacion de algunas mujeres para amar á ciertos poetas, como Laura aceptando el amor del Petrarca con mengua acaso de su claro honor; á Eleonora arrostrando el enojo del de Ferrara por consolar al Tasso, y á Catalina de Attaide sufriendo todos los rigores de la mala suerte de Camoens, estamos á punto de creer que estas mujeres han traido al mundo la mision de amar á esos poetas para sostener su aliento y hacerles mas suave el camino de la gloria.

Pero el conde de Castanheira estaba muy lejos de pensar como nosotros que su sobrina habia nacido para inspirar á Camoens, y si lo pensaba daba tan poca importancia á sus inspiraciones, que de buen grado hubiera quemado todos sus versos. Lejos de enternecerse con la última palabra de Catalina *¡señor, le amo!*, la abrumó con duras reconvenciones, y salió cerrando tras sí la puerta.

Camoens entretanto volvió á saltar la verja del jardin, y se halló frente á frente con un embozado que la acababa tambien de saltar.

—¡Vive el cielo, gritó Camoens, que habeis saltado la verja!

—Sí, replicó el desconocido, lo mismo que vos.

—¿Qué motivo os ha obligado á ello?

—¿Y á vos?

—Responded antes de preguntar.

—No pregunteis lo que no quiero decir.

—Pues si no quereis responder con la lengua, responded con la espada.

—La hubiérais interrogado desde luego y ahorráramos las palabras.

Desembozóse el desconocido y dejó caer en el suelo un objeto pesado que no se podia distinguir con la oscuridad.

—Retirémonos algo mas lejos del jardin, dijo Camoens.

—No puedo separarme de este sitio, replicó su adversario, porque tengo aquí un objeto precioso.

—¡Pues defendeos!

—¡Defendeos vos!

Las espadas de los dos comenzaron entre las sombras á chocarse sin herir el cuerpo de ninguno, hasta que Camoens, aprovechando la luz de un relámpago, la clavó en el pecho del desconocido, haciendo estallar la punta al retirarla.

Resonó un gemido y un golpe de cuerpo que se desploma, y Camoens, persuadido de que lo habia muerto y de que era un servidor del conde que, como otros tantos, fué enviado á provocarle, guardó tranquilamente la espada rota, dió la vuelta alrededor de los jardines, y desapareció por las calles de Lisboa.

Los pajes del conde habian seguido por órden de éste al atrevido amante cuando se disponia á salir del jardin, y oyendo del lado allá de la verja quejidos dolorosos, la saltó uno de ellos, mientras los otros alumbraban, y vió á un caballero tendido junto á la cabeza de una estátua de marmol salpicada con la sangre que brotaba de su pecho.

El caballero estaba vestido de terciopelo negro y tenia al pecho una insignia.

Mientras que en palacio se daba cuenta del suceso ocurrido, y se trasladaba al herido á su aposento, el conde de Castanheira hacia firmar al rey una órden de prision contra Luis de Camoens.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

LOS MANOLOS DE MADRID.

Una clase de pueblo de Madrid forma el tipo mas distintivo de los demas de España y se conoce vulgarmente por la *Manolería*. Esta gente, que podemos calcular en la sesta parte de vecindário, tiene costumbres especiales y forma diferentes categorías. No diremos si su denominacion proviene de los primeros que se introdujeron en Madrid, ni si su raza es oriunda de Andalucía, ni si su orígen tropieza con la dominacion goda, ni si vinieron como ganado trashumante con las córtes de Búrgos y Valladolid en que pretenden haber ya sido conocidos, sin embargo de que algo pudiéramos vislumbrar atendiendo á sus trages y costumbres. Fué siempre su principal residencia el barrio de Lavapies, en el cual han logrado una nombradia casi europea; calles enteras están bajo su completa dominacion; y no cabiendo en él fuéronse estendiendo por los barrios bajos de Embajadores, Rastro y Vistillas. Tambien invadieron parte del moderno Madrid por los de Maravillas y Guardias de Corps, pero nunca tuvieron en estos tanto séquito como en aquellos. Sus oficios mas favoritos son revendedores de frutas, zapateros, caleseros, taberneros, cerrageros, jalmeros, carniceros y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, para cuyo tráfico constituian los gremios de traperos, chisperos y otros célebres en las funciones reales, de que forman parte integrante con sus parejas y danzas privativas, sus carros y arcos triunfales. Su lenguage, ya que no pueda ser otro que el comun de Madrid, ha admitido modificaciones, unas veces suaves y otras harto ásperas y recalcadas, pero que no llegan á constituir dialecto particular. Su trage en los hombres es chaquetita estrecha y corta con multitud de botoncitos, chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero, camisa limpia y blanca, su cuello doblado, pañuelito de color asido por una sortija al pecho, y colgando las puntas por dentro del chaleco, faja de seda encarnada ó amarilla, pantalon ancho y largo, media blanca y zapato ajustado. Un sombrerito calañés que algunos le sustituyen con redondo de copa y ala pequeña que solo cubra la mitad del cráneo, y una varita en la mano, completan el trage de nuestro *Manolo*. En su estado natural participa de la afabilidad cortesana; en sus tratos es brusco,

aunque condescendiente; cuando se exaspera es temible; y en sus diversiones y placeres solo puede entendérselas con los de su clase. No es fácil definir con exactitud su carácter, porque participa de la viveza violenta del valenciano, de la jactancia andaluza, de la cachaza gallega y de la seriedad castellana.

El conjunto de la *Manola* es agraciado, tiene atractivo á primera vista, pero en su trato, así como ellos, solo puede habérselas con los suyos. Choca á los forasteros su vestido corto, entallado alto y adornado con dos ó tres ondulantes guarniciones que con su privativo *meneo* van esparciendo el aire de la atmósfera entre los circunstantes, la media calada, el zapato de seda, la mantilla que se duda si son galones unidos de terciopelo, que cruzan por debajo del brazo izquierdo, peine alto y ladeado en el centro de un canastillo de ancha trenza y pendientes largos, forman el complemento de tan esbelto trage, pudiendo apropiar á algunas, una pintura parecida á la de Alzaibar:

Entre tanto Pepita la salada
aderezaba su gentil figura
con saya corta, pero bien cortada,
monillo verde de graciosa hechura,
zapato de color, media calada,
cinta en el moño, moño en la cintura;
y en el cuello una cruz de Caravaca
que la supo tener por toma y daca.

En los cajones de las plazuelas, en la fábrica de cigarros, y en la carrera de San Gerónimo pueden á distintas horas verse modelos mas ó menos dignos de esta raza madrideña. Son mas adustas que ellos, mas interesadas, de peores costumbres, aunque no tan holgazanas. El tráfico de verduras y frutas, de rábanos, de naranjas, de nueces, castañas, y de amores, es su ocupacion privilegiada.

Son, empero, unos y otras el ornamento de Madrid: ¿qué seria una funcion de toros, sin la gritería de los *Manolos*, sin la incitacion de sus hermanas, hijas y mugeres, y sin las frecuentes riñas y aun navajadas que suelen mezclarse? ¿qué serian los Chamberis y Carabancheles sin sus grupos, danzas y calesines? ¿qué serian la cazuela ó paraiso, y el patio de los teatros sin la amenidad de sus dichos, sus meriendas y aun sus......? ¿qué serian los volatines y circos sin su encajonamiento en las gradas, desde donde reparten las cáscaras de naranjas, nueces y castañas? ¿qué seria sin ellos de esas calesas y coches de colleras que pueblan las mejores plazas y que son sus privilegiados carruages? Sí; porque gracias á la Manolería conservamos felizmente esos veleros calesines cuya antigüedad quiere representar su figura gótica, cara mitad de aquellos coches que aun conservan obispos y notabilidades de campanario que podríamos mejor llamar calesines abrazados á los cuales cuadraban perfectamente los adornos de colleras de casi el mismo origen y antigüedad, y que nuestros modernos caleseros siguen amalgamando con sus bonitos carruages del dia. ¿No forma contraste una carretela de Paris tirada por mulas enjaezadas á la edad media y guiadas por un calesero á la antigua á quien solo falta la capita de sus abuelos?

Los *Manolos* son la clase mas constante en la conservacion y defensa de su traje, usos y costumbres; y á esto añaden su perenne ódio á las innovaciones de la moda. ¿Y qué estraño es, cuando ven la rareza, volubilidad y estrangerismo de esta? ¿Cuando los mas *diletanti* la abandonan para escoger su trage en funciones de toros, máscaras y de campo? ¿Cuando personas elevadas se han holgado y huelgan en hacer público alarde de su trage? De ese ódio á las modas ha provenido sin duda la facilidad que tienen de significar por algunas prendas de vestir la propension de los demas á partidos ó clases; hablen en nuestro nombre las galgas, las botas de campana, las trabillas, los pendientes de colores, los jaiques que á su vez han ido siendo objeto de su anatema.

Los Manolos en las crisis públicas han sido valientes y tozudos; constantes en la opinion que con mas ó menos acierto llegaron una vez á formar, la han sostenido hasta el estremo por cuantos medios alcanzan lícitos, ilícitos ó violentos.

Aunque la navaja fué siempre, al menos en los jóvenes, instrumento muy comun, no habia llegado á generalizarse hasta el siglo actual en términos de ser ya una prenda de su vestuario, ni menos se habia jamás tolerado llevarlas de las dimensiones que ahora usan, hasta el punto de aprender su manejo y hacer gala de él. ¡Tal es la desmoralizacion pública y el abandono del gobierno! Por estos escesos, por lo temibles que son en las revueltas, y por la costumbre de llevar algunos la chaqueta al hombro en el verano, se los suele distinguir con el burlesco título de *húsares de infantería*.

Entre los *Manolos* hay tambien diversidad de categorías; un Manolo, empero, jamás pierde su origen, su lenguaje, su trage, ni sus costumbres. Ora se halle de zapatero remendon en un vetusto y húmedo portal del Ave-María; ora se haya elevado á la clase de fabricante ó almacenista de calzado en una magnífica tienda de la calle de la Montera, ora viviendo en un cuarto principal de la del Barquillo con coche de colleras y hacienda en Alcorcon, sea el empresario de calzado del ejército, siempre el Manolo ama su chaqueta, faja, cuello suelto y varita. Mas en su obsequio debemos recordar que cuando vienen á fortuna, son espléndidos, y que el que de ellos sobresale en ingenio es como el gallego que descuella. En nuestra época hemos conocido *Manolos* industriosos, acaudalados y que por distintos conceptos merecian nombradía, hasta ocupar en canciones populares igual lugar que caudillos y hombres célebres.

La *Manola* es una joya de Madrid que merece exámen particular. Criada libremente entre las preocupaciones de la escuela y la licencia de sus padres, se forma á la naturaleza, y antes de que ésta obre se vé espuesta á los azares de las pasiones sin rienda que la contenga ni freno que la dirija. Ribeteadora, costurera, cigarrera, lavandera, naranjera, frutera ó rabanera, luce su donaire y se dá ya á conocer en la córte de los dos mundos. La que sale honrada es una muralla capaz de defenderse á todo trance; empero la que es débil, principia por admitir favores de sus compañeros, y acaba por aborrecerlos y despreciarlos, prefiriendo á los señores. Necesario es, sin embargo, deshacer una equivocacion vulgar; con facilidad se dá el nombre de *Manolas* á las mujeres de cierta vida, y ha de notarse que las mas no pertenecen á esta clase originariamente, aunque tomen su trage, y fácil es convencerse de ello por ser las mas de otras provincias.

Las *Manolas* cuya buena conducta las lleva al santo estado del matrimonio, suelen ser modelo de trabajos y de sufrimientos. Por el Prado, por las calles, por las plazas de Oriente, del Progreso y de Santa Ana, las vemos diariamente cruzar al medio dia con la cesta en el brazo izquierdo, un chiquillo en el derecho, otro agarrado á su falda y otro delante, á llevar la comida del marido á su obra, y estendiendo su tornasolada servilleta sobre una piedra, rodear todos alguna fuente de menestra, judías ó cocido, y con un gajo de uvas ó pedazo de queso tumbarse en seguida á dar al cuerpo el necesario descanso digestivo.

¡Dichosa la que no tiene que temer la violenta alegría que los sábados causa al marido la cobranza del jornal de la semana, celebrada siempre en el templo de Baco! ¡Dichosa la que no tiene que compartir con alguna compañera la mitad y sus efectos que esclusivamente la pertenecieran! ¡Dichosa la que no envidiando á otras se contenta solo con lo que la ha tocado! ¡Y desgraciada la vecindad en cuyos cuartos bajos ó bohardillas llega á anidarse una de estas familias, porque siendo su instinto la popularidad, hacen participar á los vecinos de sus conversaciones, alegrías, jaranas, riñas y palizas!

A otras *Manolas* está destinada suerte airosa, ya de poste ambulante de alguna esquina, ya de centinela como sirena empollada en su cajon á la puerta de una taberna, ya de regenta de puesto en el mercado. Sirven de consultoras al público de criadas, paletos y haraganes; disfrutan de sus libaciones en los figones comarcanos; llaman á los compradores con su llena y sonora voz que viene á parar con la edad en ronca y aguardientosa: y en fin, aunque espuestas continuamente á la intemperie, esparcen la alegría, la algazara y aun la alarma por toda la poblacion. ¿A quién no parecerán animados los cuadros que hasta media mañana presentan las plazuelas del Cármen, San Miguel, San Ildefonso y demas? ¿Quién no echará de menos por su silencio y tristeza la cercanía de una castañera que vivifica sus contornos?

Todavía hay otras *Manolas* mas lucrativamente empleadas como enganche de los libadores.

—«Ola, tio Roña, dice Alifonsa al paleto que le revendia pepitoria de Leganés: ¡ola! ¿quiere V. que le convide?» le dice al pasar por el umbral de la taberna en que ejerce su digno cargo. El paleto, por el bien parecer, por conservar la parroquiana, y por tener un rato de conversacion, dicho y hecho: entra al mostrador, pide dos copas para cada uno, bébese la suya y no repara en que la amiga solo quita la coronilla á su copa (que ella diria con otra frase mas significativa), y echa el resto sobre el argenteado y plomizo forro del mostrador, que pronto lo destila para volver á servir, y á incitacion de Alifonsa repiten la operacion, despidiéndose despues. El tabernero ha ganado el precio de tres copas en lugar de una, con mas las dos de Alifonsa que mañosamente le ha devuelto, y reparte con ésta su ganancia, repitiéndose tan doble escéna muchas veces, siendo así la multiplicadora del capital tabernario. ¡Cuánto mas se le hubiera ofrecido decir con los adelantos modernos al sevillano Baltasar de Alcázar, al definir así los templos de Baco!

Si es ó no invencion moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fué
la invencion de la taberna;
porque llego allá sediento,
pido vino de lo nuevo,

midenlo, dánmelo, bebo,
págulo y voime contento.

Difícilmente será mas loada esta invencion que en la coronada villa y córte de Madrid, y por nadie mas que por su Manolería de ambos sexos, que pueblan los almacenes, depósitos de vino, tabernas y figones, reduciéndose fácilmente al estado de payasos y bailarines, que por fortuna no suelen causar mas efecto que divertir á la plebe y destruir su salud. ¡Cuánta parte tiene en este triste estado la inercia del gobierno, la escesiva tolerancia del vecindario, y aun el trascendental egemplo de otras clases!

Si volvemos nuestra vista á las *Manolas señoras*, que tambien las hay, así como *señoras Manolas*, ¿cuánta será nuestra admiracion al mirarlas diariamente con collares, arracadas y vestidos que esceden á lo que una señora de clase usara en clásicos dias? ¿No nos ha sucedido fijar la atencion en alguna que en el centro de un cajon de carne, tintas en sangre sus manos, ostenta riquísimas sortijas, y un precioso aderezo en su cuello? ¿No descubrimos al cruzar los umbrales de alguna taberna la matrona que midiendo los medios chicos hace relumbrar sus brillantes y diamantes á manera de las *limonadieres* de Paris? ¿No sobresalen en las gradas y tendidos las arracadas de las que miran á sangre fria lidiar con la fiera á sus amantes ó maridos, y animarles á embestirla?

No mancharemos el papel con referir otra clase mas ínfima de mujeres, que aunque acompañadas de otras muchas que no las pertenecen, reciben todas el título de *Manolas*; y si bien algunas conservan las costumbres de estas, infinitas otras son la escoria, hediondez y miseria que siembran el escándalo y las enfermedades por toda la poblacion. Ninguna capital presenta cuadro mas indecoroso que esta córte, admirando la tolerancia de las autoridades, que se contentan de vez en cuando con una leva femenil que parece sirve para reproducirlas, y en que no queda otro consuelo que el de soler ser forasteras la mayor parte de las recogidas. Hasta este remedio suele producir escándalo por sus modos de hacerse y por las vejaciones y socaliñas que se las hace sufrir.

Los Manolos marcan las estaciones, el horario y festividades de Madrid. Al oir pregonar los rábanos, las naranjas, la fresa, el agua de las cabeceras, las nueces, avellanas y castañas, comprendemos la estacion que llega; la salida de los *Manolos* con buñuelos y café nos anuncia haber la aurora estendido su manto sobre los mortales; la de frutas y verduras por las calles, ser la hora avanzada en que acabó el mercado; su retirada, la general de comer; la de las nueces, barquillos y castañas, la hora vespertina de paseo; la de los traperos las últimas de la noche, y la de los poceros la posesion en que esta se halla de su obscuro y tenebroso sólio. ¿Y qué forastero dejará de conocer la preparacion de las verbenas de S. Juan y S. Pedro por las mesas para figuras y santos, y los cestos para flores en las plazas de la Constitucion, de Santa Cruz y Progreso, y á la noche por los bollos, licores y café del salon del Prado? ¿Quién dudará que los dias del Cármen, del Angel, S. Blas y S. Isidro se celebra una festividad alrededor de sus santuarios? ¿Quién desconocerá los dias de fiesta por el bullicio de las comidas campestres, cánticos y bailes de la pradera del Canal y ribera del Manzanares? Pero donde se marca la existencia y carácter de la *Manolería* es en su entierro de la sardina del miércoles de Ceniza, funcion en que hace el principal y casi esclusivo papel, y que es exacta imitacion de las bacanales y orgías de los antiguos, y que desde este año ha adquirido celebridad, esponiendo á las autoridades á una crisis que pudo haber sido ministerial.

Hasta los hijos de los Manolos contribuyen al movimiento madrileño. No habrá calle que no se halle plagada de chicos echados de la bohardilla ó sótano, hasta el retorno de su madre, apedreándose unos á otros, y á lo mas con la única ocupacion de cuidar los polluelos ó los pabos que se mantienen á costa de los vecinos ó con el producto de la basura pública.

Los mas pobres, desde ocho á diez años traen diariamente espuertas de greda para limpiar, ó venden barquillos, bollos, buñuelos y varios objetos; y generalmente se nota que antes de la edad en que otros pueblos acostumbran, empiezan los *Manolos* á hacerlos trabajar; los mas acomodados ayudan á sus padres en la venta de los mercados y se ven muchos de ambos sexos en las fábricas. Ahora recibirán ya diferente educacion en las escuelas de párbulos que acabará por moralizar esta clase de pueblo que tanto lo necesita, y que es la que menos concurre hasta ahora á aquellas escuelas.

Aunque siempre el Lavapies estuvo en oposicion con los cultos modales de la córte, conservaba los suyos sin trascender su mal ejemplo á las demas clases, hasta el siglo actual en que por el desbordamiento general de las pasiones han llegado sus escesos, especialmente en la mayor parte de las mujeres, á hacer intolerable su compañía. Es verdad que como todo mal tiene su contrapeso, las instituciones populares han hecho que apostaten muchos de la *manolería* vistiendo el frac ó levita que es la señal característica de su defeccion; y produciendo el contrario efecto, la afluencia de forasteros y decadencia de otros, han hecho que se mezclen entre aquellos, tomando sus costumbres y usos infinitos que nunca les han pertenecido, de modo que va quedando adulterada aquella antigua clase de pueblo que vendrá á confundirse en el resto de Madrid como las arenas en el mar.

Necesario es que deshagamos aquí dos errores en que han incurrido escritores apreciables: el primero suponiendo que la clase de pueblo, comprendida bajo la denominacion de *Manolos*, forma el tipo característico de los hijos de Madrid, y el segundo que esta clase está solamente restringida á la multitud que se ve escandalosamente infestar nuestras calles y plazuelas. Para deshacer el primer error basta considerar que si bien como en todas partes esta clase de pueblo es la que mas se deja ver, no guarda ninguna proporcion con la clase media y la alta de madrileños, ni estos son tan afeminados como se les supone; los que en la corte afectan costumbres estrangeras, los mas intolerantes entusiastas de las modas, los que desdeñan los usos patrios, los superficial y falazmente omniscios, los de educacion asaz regalada y embebidos en las seducciones cortesanas, serán una corta porcion de cierta esfera: pero la generalidad compuesta de la clase media, son laboriosos, instruidos, fuertes, y que fácilmente se acostumbran á todos los estados favorables y adversos. Los madrileños, si bien no están alejados enteramente de los grandes puestos, tampoco los ocupan con preferencia á los demás, porque no teniendo union entre sí, ni espíritu de pais, ni aun decidido amor propio por mezclarse entre la multitud de forasteros que le hacen ser un pueblo ambulante, ceden aquellas ventajas á los andaluces, vizcaínos, catalanes, valencianos y gallegos que con su mayor decision, menor arrogancia, y mas íntima union se auxilian mútuamente.

Los que cometen el segundo error, no atienden sino á la tradicion vulgar que dá aquel nombre especialmente á las mujeres escandalosas, como para denotar que pertenecen á la clase mas baja del pueblo. Esta vulgaridad hace esclamar misantrópicamente á un autor moderno: «Las mujeres conocidas bajo el nombre de manolas son dignas de tales esposos, de tales amantes. Su ingenio natural se convierte en desenvoltura; su animosidad en alevosía; sus gracias en el objeto de un vil tráfico; acostumbradas á ser maltratadas, los maltratan; para ellas y para ellos la mejor razon es el palo, y el argumento mas sublime la navaja, etc.» A la parte á que el autor quiso sin duda referirse cuadra exactamente su pintura; mas no todos los *Manolos* ni todas las *Manolas* pueden ser comprendidas en esa descripcion: es indudable que como gente en general pobre, carece de la educacion y moralidad conveniente y se confunde con la hez del pueblo. Por esto sus vicios son mas frecuentes y visibles; mas no anatematizándola, sino atrayéndola y tolerándola, ha de ser como la hagamos civilizada y que mezclándose con la generalidad vayan desapareciendo, ó al menos restringiéndose á las que comprendia aquel autor, como hemos manifestado se va logrando por las circunstancias públicas en medio de su desmorolizacion.

Concluiremos este cuadro de costumbres, que hace tiempo teníamos escrito, recordando que todas las poblaciones tienen una parte de pueblo bajo, que influye en su carácter y los da animacion y movimiento: Sevilla su Triana y Macarena; Valencia y Murcia sus huertas; Barcelona su Barceloneta; y Madrid su Lavapies y Rastro.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

A L. K.,

niña de cortos años.

¡Oh, qué placer! ya del trueno
Se apaga el hórrido son,
De sordos temores lleno,
Ya brilla el azul sereno,
Ya no ruge el Aquilon:

Ni chasca rota la caña,
Ni tormentosos raudales
Descienden de la montaña,
Ni silban los vendavales
Que estremecen la cabaña.

Huyó el invierno, y huyeron
Con él sus horas medrosas;
Y en su lugar amorosas,
Presto las alas batieron
Auras de Abril vagarosas.

Cual leve sombra ligera
Pasaron ya sus furores;
Ya la blanca primavera,
En su carro de oro y flores,
Cruzó gentil la pradera.

Y en su florida guirnalda
Ciñe campos, montes, valles,
De rosa, de lirio y gualda;
Y en zafir, y en esmeralda
Prende sus vistosas calles.

Ya en fontana cristalina
La nieve al prado se lleva,
De perlas fuente divina;
Ya de la sierra vecina
Libre la frente se eleva.

Y en la sombria enramada
Mil alegres ruiseñores,
En cántiga enamorada,
Su amor dicen á su amada
Que posa oculta entre flores.

Y solícito á gozar
Arrullo tan tierno y blando,
Tuerce su linfa al pasar
Un arroyo, que saltando
Va entre rosas y azahar.

Y el valle todo es amores,
Y el viento son y armonia,
Y el suelo alfombra de flores,
Y el aire luz y alegria,
Y el firmamento colores.

Y alli... mas... ¡oh! ¿no es aquella?
¿Quién sino mi Luisa bella?
Que bien me lo dice ya,
Ser con las hermosas ella
La mas hermosa que va.

Vedla por el campo verde
Correr tras la mariposa
Que vuela de rosa en rosa,
Y ya acosada se pierde
En la floresta sombrosa.

Vedla de la clara fuente
Contemplarse en la luciente
Onda que el zéfiro riza,
Y gárrula se desliza
Al prado en mansa corriente.

Y vedla... mas ¡ah! rendida,
Y de vagar fatigada,
Quedóse al fin adormida
Sobre la alfombra florida
Que tapiza la cañada.

Y el ave con su cancion
La arrulla blanda y serena,
La besa el aura á su son,
Lecho le dá la azucena,
Verdes parras pabellon.

«Duerme, duerme, ese es tu dia,
Y de ese sueño en que estás
De inocencia y de alegria,
Plegue á Dios, oh Luisa mia,
Que no dispiertes jamás.

En ese mundo que habitas
Todo es placer, todo encanto;
Las horas pasan benditas,
Amargo no brota el llanto,
Las flores no son marchitas.

Todo es reposo y amor,
Y si dulce el eco suena
En bullicioso clamor,
Es como la cantilena
Del nocturno pescador.

Duerme, duerme, y á la vida
No quieras, Luisa, tornar,
Que en ese Eden adormida
Fuera luego el despertar
Negra y horrenda caida.

Del mundo las anchas puertas
Fácil entrada te ofrecen,
Y ante tus ojos abiertas,
Bellas tal vez te parecen
Al brillar de oro cubiertas.

Oh Luisa, de sus umbrales
No pases, no, y escondida
Quédate, mi dulce vida,
Entre los verdes rosales
De su entrada florecida.

Y oculta entre su espesura,
«Mi bien» te dirá el ambiente
Que suave en torno murmura,
«Mi amor» te dirá la fuente
Al besar tu planta pura.

Y «amiga» en son regalado
Te llamará el claro rio,
Y «esposa» te dirá el prado,
Y «bella» el viento callado,
Y «mi sol» el canto mio.

«Hermosa» el mundo tambien
Si á él fueras te llamaria,
Y venciendo tu desden,
De oro y rosa ceñiria
Rica guirnalda á tu sién.

¡Te aduerme y corona! si:
Pero al coronarte el mundo,
Es, hermosa, porque así,
Puedas mal su labio inmundo
Lejos rechazar de ti.

Y todos tu frente pura
Marchitarán... y quién sabe
Si con mano torpe, impura,
Tambien mancharé la llave
Del huerto de tu hermosura!

¡Ay! que en el fango sumida
El alma cándida y tierna,
Fuera la cierva que olvida
La vega do fué nacida,
Por su cárcel sempiterna.

¡El tiempo! ¿de su guadaña
Qué se resiste al embate?
¿Qué palacio, qué cabaña,
Qué portentosa montaña,
A su aliento no se abate?

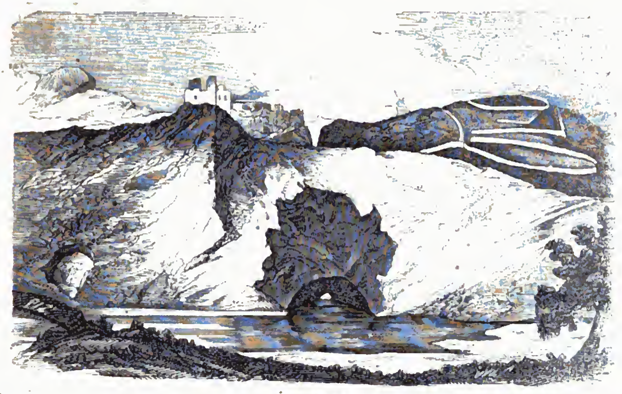
Tus ilusiones queridas,
Paloma inocente y blanca,
No pierdas, no; que perdidas
De la flor de nuestras vidas,
Son hojas que el cierzo arranca.

Duerme, duerme, ese es tu dia
Y de ese sueño en que estás
De inocencia y de alegria,
Plegue á Dios, oh Luisa mia,
Que no despiertes jamás.»

Madrid y junio 1849.

FRANCISCO VILA Y GOIRI

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



MONTE FURADO.

Las generaciones son tan vanas y tan ingratas como los indivi-duos. La juventud desdeña la prudencia de la ancianidad y la llama cobardía para no tomarse el trabajo de venerarla, ó quizá por no reconocer su irreflexiva ligereza; el talento precoz se rie de la sabiduría consumada para no rendirla culto, ó tal vez por encubrir lo muchísimo que ignora. Muy poco ó nada valen para nuestros doctores, y nuestros poetas, y nuestros políticos, y nuestros artistas, Alfonso X, que no era individuo de ninguna academia; Macías, que no ha escrito sino muy desaliñados versos; Saavedra Fajardo, que no entendia nada de eso que ahora se llama equilibrio de poderes, y el escultor Castro, que solo se ha ocupado en hacer figuras de retablo é imágenes de pórticos de iglesias.

Esa justicia incompleta, por no decir hipócrita, que el hombre de hoy rinde al hombre de ayer, que el génio que vive en el corazon de sus contemporáneos tributa al génio que vive en la memoria de la historia, es la misma que los siglos presentes hacen á los pasados siglos, justicia mezquina y mutilada porque la envidia la achica, porque los celos la empequeñecen. Tan débil es nuestro ser, que hasta el polvo de las tumbas nos embaraza en nuestro camino.

Orgullosos los que hemos alcanzado esta primera mitad del siglo XIX, con nuestro vapor y nuestra electricidad, con nuestra química y nuestra mecánica, con nuestros principios sociales y nuestros dogmas morales; no nos acordamos que sin haber conocido Arquimedes la descomposicion de la luz, quemó desde su gabinete las naves de los romanos; no nos acordamos que sin tener Colon un *steamer* de *hélise* descubrió un mundo sobre un barquichuelo que en la actualidad no serviria para cruzar el canal de la Mancha; no nos acordamos que sin haber alcanzado las infinitas alcaciones de los metales, las combinaciones armónicas del sonido, los prodigiosos efectos de la maquinaria, los antiguos construyeron la estátua de Memnon que saludaba al sol al ser herida por sus rayos; no nos acordamos que Sócrates sin haber leido el evangelio, predicó la unidad de Dios y la fraternidad de la especie humana.

Ahí tenemos á Inglaterra que hiende el Támesis por bajo de su alveo, y todos se apresuran á ensalzar el prodigio y la grandeza de las artes modernas, la perseverante insistencia de la nacion atrevida que gasta sus años, que consume la inteligencia de sus ingenieros y el caudal de sus capitalistas en la obra colosal del Tunnel; y mientras tanto otras obras realizadas sin el auxilio de la polvera y de las cábrias complicadas; sin las nociones exactas de la hidráulica, sin el concurso de las corporaciones científicas, sin el aliciente de los soberbios premios yacen olvidadas hasta de la memoria del viajero, hasta de la paleta del pintor, hasta de los apuntes del curioso.

El monte Furado pertenece á una de estas obras que semejantes á ciertos manuscritos perdidos en el polvo de las bibliotecas y conocidos únicamente de unos cuantos bibliógrafos, solo le conocen, solo le contemplan y le admiran los que han tenido no sé si la fortuna ó la desdicha de nacer y de habitar en ese despreciado rincon de la España occidental, en esa oscura Galicia cubierta para el resto de la península entre la bruma de sus colinas y la indolencia de sus humildes y descuidados moradores.

El monte Furado, así llamado en el dialecto gallego, que quiere decir *monte horadado*, se halla en el confin de la provincia de Lugo, partido judicial de Quiroga en un fértil y risueño vallecito, rodeado de altas montañas que atraviesan diferentes caminos que conducen al interior de la provincia, la limitrofe de Orense. Este montecito ó lomo, que es la continuacion en su descenso de la cordillera que se estiende á sus costados, está atravesado de Oriente á Poniente por un ancho y elevado canal abierto en la peña viva, que da paso al célebre y caudaloso rio Sil. No hay inscripcion alguna en sus paredes, ni una página en los anales del pais que demuestren quienes fueron los autores de esta atrevida ejecucion ni la época en que se llevó á cabo; pero la tradicion que es la palabra hablada haciendo las veces de la palabra escrita; varias monedas halladas en sus cercanías, que son para la histôria social del mundo lo que para la física los restos antidiluvianos y otras construcciones inmediatas, como el puente sobre el rio Vivei y el camino conocido con el nombre de lodos de Larosa, acreditan que á los romanos corresponde la gloria de este monumento, y al emperador Trajano el lauro de haberlo decretado. Los mismos antecedentes inducen á creer que los trabajos para su ejecucion tuvieron lugar cuando se hallaba acantonada en aquel territorio la 11.ª legion, de donde tomó sin duda nombre un pueblecito que llaman *Castro de Sexmil*, y mas comunmente *Sexmil*.

La mejor esplotacion del oro en laminillas y granos que entre sus arenas arrastra el Sil, el propósito de economizar un puente de largas dimensiones y la adquisicion de fértiles terrenos conseguida con el cambio del alveo del rio, son en nuestro concepto las causas á que se ha debido la construccion soberbia de que nos estamos ocupando. Es menester reconocerla minuciosamente y en sus mas pequeños detalles para formarse una idea aproximada de lo prodigioso y gigantesco de la obra. El asombro del observador crece á medida que contempla las inmensas moles de granito que hubo que reducir á polvo sin otros agentes que algunos instrumentos de la simplicidad ó sencillez de la palanca.

Tres cosas son principalmente las que deben admirarse en el monte Furado. La primera las grandes represas, cuyos vestigios se conser-

van, hechas para contener el desbordamiento de las aguas y facilitar los trabajos sucesivos: la segunda el canal ó alveo de 3200 pies de longitud, 70 de latitud y 50 de profundidad, abierto en las rocas para conducir las aguas al pie del monte, y tercera el estanque llamado la pesquera formado para recibir las aguas á la salida del mencionado monte por la parte que mira al poniente, este estanque tiene desde la boca del tunell á la orilla sobre 1,000 pies, por 1,200 de anchura. El monte medido desde una á otra boca por la parte esterior, da un resultado de 1700 pies superficiales, y la bóveda ó galeria una tercera parte. La altura de esta medida en los meses de verano desde la flor de agua es de 30 á 40, y desde esta al fondo de 30 á 70, segun está mas ó menos atascado el canal por el arrastre contínuo de las arenas. En dicha época del año se ve un botabanco ó cornisa de dos pies de anchura que corre á lo largo de la bóveda por ambos costados, en los que se encuentran cinco puertas dos en el uno, y tres en el otro, que daban paso á otras tantas galerias subterráneas, que al presente se hallan atascadas á escepcion de dos, cuyas salidas reonocen los prácticos á larga distancia del rio, sin que puedan determinarse los usos para que fueran construidas, á no ser para evitar en las grandes avenidas el retroceso del rio á su antigua madre, como sucede al presente, á pesar de que es muy raro el año en que las aguas den la vuelta completa.

Estas inundaciones, manantial perenne de fecundidad para las tierras son sumamente pintorescas por la perspectiva que presentan y dan al paisage una semejanza aunque en miniatura con las del Nilo.

Las producciones del valle están reducidas á vino, aceite, deliciosísimas frutas y castañas. Las rocas de que se halla sembrado el terreno son calcáreas de granito y de diversas especies de pizarras.

Corona una de las crestas del monte un fuerte de construccion no muy antigua. En nuestra guerra peninsular, sirvió de asilo y de punto de defensa á los que trocaban de la noche á la mañana la azada por el fúsil; hoy solo sirve como punto de meditacion y de descanso á cuantos cruzan los valles de Quiroga para contemplar el magnífico espectáculo del monte Furado.

Madrid Mayo de 1851.

J. R. FIGUEROA.

EL COMICO DE LA LEGUA.

Ninguna comparacion hay que nos represente tan al vivo lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes.

Cervantes.

Cuenta la historia de un célebre alfarero, que habiendo puesto todo su ahinco en hacer un cántaro como un pino de oro se halló al fin de su tarea, que fué larga y prolija, con un puchero como una rosa de mayo. Tan cierto es, segun dice el proverbio, que el hombre pone y Dios dispone.

Tambien Horacio que aparte de su gravedad didáctica era un tanto zumboncillo y maleante, pregunta á sus amigos si podrian contener la risa al contemplar la ridícula pintura de una muger hermosa de medio cuerpo arriba y que acabase en pez.

Y la fábula en malignas alegorias, ya se burla del parto de los montes, famoso por su intencion taimada, ya envia á las ranas un rey de palo, enseñándoles la resignacion á su buena ó mala fortuna, ya se divierte en romper el cántaro de una pobre lechera, dando al diablo sus ilusiones y esperanzas locas.

Es pues, cosa rancia y apolillada esa de representar en derrota á los cálculos humanos delante de la voluntad divina: y nosotros, rutinarios que somos, si bien con menos malicia, vamos á añadir sobre el asunto un caso mas con nuestro natural candor. No sino que este caso es mas triste, porque en verdad sea dicho, ni alfarero, ni pintor, ni montes, ni ranas, ni lechera, ninguno de los nacidos debe sentir tan agudo dolor al ver malogrados sus deseos como la madre que crió á su hijo para oficio ó para beneficio, ¡pero, ay! ni por leve asomo para cómico de la legua. Digasenos ahora, si esto no es aun mas triste que labrar un cántaro á duras penas y hallarse con un puchero.

Lo corriente es que en la aldea el hijo del boticario herede su honrada profesion: el sobrino del cura, la capellanía de su tio, que Dios haya, y que en un órden lógico de sucesion interminable, así como el naranjo siempre brota naranjas, y siempre bellotas el alcornoque, de un barbero nazca un barberito, un sastrecillo de un sastre, y de un labrador un labradorcillo. Sucede á las veces es cierto que un carpintero verbigracia lleva su ambicion desmesurada hasta el estremo, siempre inmoral, de elevar al hijo de sus entrañas al egregio rango de dómine, y el que zapatero Anton Pelaez se descompone hasta el punto de hacer escribano á su travieso primogénito con un dinero, que segun todos, fué ganado malamente, lo cual ninguno prueba sin embargo, porque seria murmurar. Pero esta asombrosa peripecia se logra ó no se logra, y en el primer caso como es lance que al fin y al cabo se comprende en la escala vulgar de las clases y las fortunas, acontece, se murmura de él al principio, y á la postre se deja en paz de todo punto. En las grandes ciudades la ambicion se dilata por otras vias, mayormente desde que las revueltas políticas han dado escandalosos ejemplares: así que, vendedores hay en la plaza pública cuyos pulmones se ejercitan no menos por dar salida á sus efectos que por si han de lucirse en cortes, andando el tiempo: y no hay madre, pobre ó rica, de casa humilde ó solariega, que al mecer al dulce fruto de sus amores en la cuna no le pasee en alegre quimera por las mas encumbradas crestas del poder. ¡Partos de montes! ¡Reyes de palo! ¡Vanas fantasías sobre una gota de leche!

Mas volviendo á nuestro caso, note el lector que á pesar del loco estravio de las ambiciones de familia, tanto en las aldeas como en las ciudades, jamás hemos visto que juegue en la ilusion de los sueños maternales ese destino duro, férreo, escéntrico, heteróclito y desorientado de cómico de la legua.

¡Ni qué honrada madre pudiera desear á su hijo semejante asendereamiento! ¡Con qué corazon habia de presenciar que aquel pedazo de su alma se estrangulaba en el foro! ¡Cómo ver hinchadas las venas de su cuello, jaspeada su frente cárdena, y dislocados sus miembros por la violencia y completo desvarío de sus ademanes! ¡Cómo verlo de tierno y apacible trocado en fiero y desatentado energúmeno! Y sobre todo, con qué ojos llorar la ingratitud de un público ignorante que silvase horriblemente tan desesperados esfuerzos.

¡Oh! ¡que ástro tan pésimo de familia aquel que rompa el verde estambre, alegremente tejido de sus esperanzas! Aunque si bien se medita, no deja de alcanzársenos que este pícaro ástro de los comediantes acude á todos los deseos, y aun los cumple colmadamente, ¿porque si se trata de una tierna criatura que hicieron en sueños el padre general, la madre consejero y el abuelo ministro, qué mayor complacencia y benignidad puede concebirse de parte del destino, que hacerlo á virtud de cómico de la legua, en el breve plazo de una semana no mas, general, consejero, ministro y aun hasta rey y emperador? Esto, aunque á alguno parezca una irrision cruel, es mas bien en nuestro sentir una transaccion dulcísima del hado, que si como no es cabal lo fuera, nada habria de mas lisonjero y apetecido en este mundo: pero como el ojo perspicaz se apercibe á veces de que el general va vestido de sargenton ó cosa tal, el antiguo consejero de mancebo averiado y sin consejo, de portero el ministro, y de pobre y roto talco el rey y el emperador, la ilusion no es acaso tan completa como una madre de buena fé desearia para su hijo: culpa tambien de esos pícaros directores de escena que pienso yo que asientan como por burla á un rey de carne y hueso sobre un retablo de figuras de nacimiento, y al mas apuesto emperador de la tierra, y á su córte en frágiles, equívocos y abigarrados salones. Por lo demas, nadie me arguya con que todo lo susodicho es humo y mera farsa, porque eso y no otra cosa son todas las de esta vida; luego es débil el argumento.

Lo que en todo caso conviene para evitar dudas, es apresurar el teatro de la legua á su reforma, y no nos anden para ello con sutilezas y argucias metafísicas: que el telon sea telon, no sábana pintarrajeada, ni colcha camera; no sean las bambalinas como harapos en feria, ni nos den gato por liebre, ni caldera por tornavoz: pruébese á enderezar la linea de los bastidores, y cada cual de ellos confirme lo que el otro diga, que es sobrado notoria la incoherencia de una decoracion que debiendo de ser de casa pobre, aquí enseña un ciprés, allá una columna gótica y en lontananza la cúpula de una torre: con esto y con hacer que las candilejas no se apaguen á la mitad de la fiesta, y que el entablamiento sea plano y firme para no dar de narices en lo mas patético de la jornada, se acrecentará la verosimilitud de la comedia, y el cómico será asombro de toda aldea y villa próxima y lejana.

Otra observacion se nos viene á las mientes como por via de posdata, y es la de que los bancos de asiento para el público se afiancen tenazmente al suelo, y no estén sueltos ni cojos; pues de resultas de esto acontece que mas de un hombre cándidamente gordo, asentado á la una punta de su banco, levanta al aire en la otra á un débil mortal, que jamás logra recobrar su natural compostura, por mas que estire las piernas como ginete que perdió el estrivo.

Y una vez concertada la racionalidad, digámoslo así, del espectáculo, nada tema el cómico de la legua en la parte que toca á la humildad de su oficio; pues si él sale á divertir con sus representaciones portátiles á una ó muchas leguas de la córte, mojando el pan duro en los arroyos del camino, como el desventurado Melchor Zapata, y vestida la espalda con el cartel de su fiesta pascual, hay de no menos mísera condicion que él, y con mayor escándalo, en el pináculo de la córte, famosos personajes á quienes por su escaso merecimiento, de-

biéramos decir, siendo ministros, generales, diputados, periodistas ó poetas, ministros, generales, diputados, periodistas y poetas de la legua.

No, sino hazte de miel y comerante las moscas: désele á cada uno lo que es suyo, y á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y si los cómicos son malos ténganse norabuena por legiones de endriagos y arremeta á ellos don Quijote con su natural pujanza, mas no por eso dejen los otros de ser vilipendiados de la misma manera por su ruindad, cuando sean ruines en su profesion, y si son poetas tanto peor para ellos, que entonces así les estará bien nuestro sentencioso dicho de poetas intonsos, zarramplines y de la legua como el de Quevedo de poetas huevos, chirlos y ebenes, y apropósito de malos cómicos y de peores poetas, emplazamos á nuestro lector para un poco mas tarde, en el discurso de nuestro artículo, que no es cosa santa que paguen justos por pecadores, y que carguen por ende los primeros con culpas y pecados de los segundos.

El verdadero cómico de la legua tiene una posicion particular y precisa en la historia del teatro: no hay pues hacerlo acá ni allá por favor ó disfavor: cepos quedos y cada mochuelo en su olivo y Dios en el de todos.

Sepa el cómico de la legua lo que deba saber, ó ignore lo que deba ignorar, siendo lo que ha sido, y nadie burle á nadie que es peor meneallo. Y para la verdadera inteligencia de esto que queremos decir y para que se conozca que no es tan seca y malencónica la ciencia de los tales comediantes, así como que su ignorancia no es tanta como se supone, diremos algo de la una y de la otra, empezando por lo que ha de saber que son nada menos que artes, oficios, lenguas, ciencias mayores y otras poquedades.

De las bellas artes debe el buen cómico de la legua, bueno y esquisito en alta manera, entender nada mas que la música, la pintura y la poesía, en esta forma:

Un poco como de música que le servirá para llamar á la puerta de su posada á son de guitarra y de cantilena á los jóvenes alegres del lugar, y esto le interesa cual Dios lo sabe. Asimismo no es mala salsilla en los sainetes una copla mediantemente zurcida.

Un si es no es de poesía con cuyo auxilio pedirá la venia para sus representaciones estraordinarias al alcalde ó á la alcaldesa y moverá el corazon del público en *los beneficios*, así como el de los particulares en las funciones dedicadas.

Un tanto cuanto de pintura, de que podrá sacar gran partido, así para el asombro que deben causar sus estupendos carteles pintarrajados con famosas batallas, como para la confeccion de los colores de la cara y para ocurrir á toda falta y avería que acontezca en el servicio de las decoraciones. Y aquí apuntaremos de paso que no importa un ardite que los carteles no se avengan con la comedia del dia, ni el título con la comedia, ni nada con ninguna cosa, porque como dijo el otro, allá se las avengan.

Y en lo que atañe á las artes mecánicas y oficios, mal año para el buen cómico de la legua que no sepa trazar é hilbanar un juboncico, unos gregüescos, una dalmática, ó lo que mas á mano le viniere, lo cual quiere decir en buen romance que sea consumado sastre. Pues de no serlo, jamás podrá metamorfosear hasta el infinito un mismo traje, ni dar á luz un raro invento sartorio que redunde en su fama.

Ni estará demas en él una cierta media tinta de cocinero que raye hasta adeliñar una ensalada de no mal sabor y freir un par de huevos en aceite ó manteca de cerdo, que es todo igual, en caso de un apuro y negro abandono.

Tenga sus ínfulas de carpintero, y sus puntas de albañil, que no todas veces hay pájaros en el nido y se puede pagar al artesano su trabajo: cuanto mas que para bien hecho y barato cada uno se entiende y trasteja de noche.

Sea tan peluquero como dos y tres son ocho.

Y en materia de hablar lenguas, lo primero de que debe apercibirse el sábio y circunspecto cómico de la legua, es de que en general las lenguas suelen ser unos pedazos de carne sin hueso, ágiles, movibles y rematados en punta que tenemos los animales en la boca; adquirida una vez esta rara y peregrina idea, moverá la lengua de su boca en todas vias y maneras, recorriendo mas suelto que un papagayo cuantos idiomas sean precisos á su profesion, que á buen juicio de peritos son estos:

De el español, su idioma patrio, no estudie nada; pues harto lo sabe con haberlo aprendido de la madre que lo parió y del uso y aporreamiento de toda su vida.

No así el latin, del cual para la representacion de estudiantes, abates, médicos y doctores, necesita como del comer: sin embargo, hay que notar: y es que el latin es una lengua muerta y por tanto el aprender de unas cuantas frases sobren vivientes obra de pocos dias. Por otra parte, ¿quién no sabe, y sirva de ejemplo, que *Deum de Deo* quiere decir, dé donde diere, y *omnia mea mecum porto* yo no me porto menos?

Por la misma razon dada para el latin debe aprender el italiano pero este es mas fácil, pues segun Quevedo con decir *ingenuos vitela, signos si*, *corpo dil mondo*, y saber el refran de *pian pian si fa loutan*, y pronunciando la *che ce* y la *ce che* está sabida la lengua.

La francesa tambien es llana como la palma de la mano: pues aunque dan los de Francia en la flor de escribirla de un modo y pronunciarla de otro, esa es una puerilidad francesa de que no deben hacer caso las personas graves; pronúnciela, pues, el cómico de la legua como mejor le avenga sin imprimir el verdadero acento á sus chapurrados: pero teniendo siempre cuidado de hacer cuantos visages y gesticulaciones pueda, pues en esto consiste el quid y en que la voz sea tiple, y el francés cale descomunales anteojos; con esto y con la ayuda de Dios y un tragecico puntiagudo, parecerá mas francés que el mismo *Paul de Kock* en cuerpo y en ánima.

Finalmente, el cómico de la legua necesita de una lengua universal. ¿Y cuál deberá ser esta? ¿La latina? es lengua muerta; y á muertos y á idos, lo que dice el refran. ¿La francesa? lengua es esta de exageradas pretensiones y es preciso salirle al paso. ¿La española? ¿la málaya? no son suficientemente conocidas. Ninguna, pues, mejor que el gitano, lengua antiquísima y eminentemente popular que así se estima y entiende entre los hampones de Paris y los gerifaltes del Lavapies como entre los zíngaros de Venecia y los bailadores del Perchel y Málaga.

La profesion del cómico de la legua es andante no menos que la de don Quijote y tan temeraria y llena de peligrosas aventuras. Y eh ahí por ende conviene al cómico para el evento de una fuga, de un disfraz de una emigracion tener fácil y andadero ese ancho canal que ciñe y rodea buena parte del mundo. Sepa pues la gerigonza germánica, como dos y tres son cinco, que no ocho.

¿Y quién dudará despues de todo lo dicho que no es muy importante y merecedora de las mas altas alabanzas y respeto una profesion que requiere y encierra en sí tal suma de artes liberales, de artes mecánicas, de zarandajas, de conocimientos linguales, y lo que es mas de ciencias, que como salta á los ojos cualquiera de ellas bastaria á la vida del hombre mas duradero? porque dejando aparte que un cómico de la legua debe ser artesano y artista y tracista y hombre de lenguas, necesita ademas profundizar en las matemáticas, especialmente en la aritmética, especialísimamente en los quebrados y decimales, sin los cuales jamás podria dividir hasta el infinito la unidad de un real efectivo entre los numerosos acreedores que vendrán sobre él todos juntos como sobre el perro los palos; y aquí entra el saber un poco de los principios de justicia distributiva.

Necesita ademas de ser gran topógrafo y estadista y economista para conocer la posicion respectiva de los lugares, sus distancias y caminos, sus censos y productos, y el precio de ellos, el aumento y disminucion de su riqueza, y el estado en que se encuentren el dia y hora de su famoso arribo, á causa de que si no atisba, calcula, escatima y ahonda en la combinacion exacta é ingeniosa, mínima y microscópica de todas estas noticias, por la falta de cualquiera de ellas le sobrevendrán graves daños, pues quien la sabe las tañe, y cual el año tal el jarro, y si el año es bueno ande el hombre á trote por ganar su capote y la gaita por el lugar.

Otro sí: como hombre científico deberá ser el cómico de la legua grande observador de los instintos, aficiones y costumbres del lugar adonde yazga, pues voto á los agenos de Dios, que si se chancea con las cosas santas en mala sazon, se ha de mesar las barbas en una carcel: así como si rebuzna, á imitacion del mal parado Sancho Panza en donde lo tomen por burla y alusion le molerán á coces; que esto del rebuznar tiene mucho que entender, pues segun el refran, bien sabe el asno en cuya casa rebuzna, y tal hay poeta sevillano que ha hecho gracia con un rebuzno.

Pero no es ciencia que digamos esta del estudio de las costumbres, sino en cuanto está contenida en la del trato del mundo, que es ciencia y muy árdua, y que debe poseer el cómico de la legua en el mas alto grado.

Por eso lo que verdaderamente sellará todos sus conocimientos y que de arriba abajo debe rodearle y ceñirle es una sombra suave de filosofía: no en cualquiera de sus sistemas esclusivos, que mal podrá ser buen cómico si no es desimpresionado, acomodaticio y flexible de naturaleza, antes bien en cada uno de ellos y en todos á la vez. De tal modo que en la abstinencia melancólica de la carne y en el comer, tan solo de las legumbres campestres sea pitagórico: peripatético en el negar deberes, deudas y acreedores: estóico en el sufrir los tragos amargos de la desdicha: epicúreo en el apurar los dulces tragos del Valdepeñas: un tanto cuanto adepto á la comunion de bienes de *Fourrier* y muy versado y entendido sobre todo en la quinta esencia de la filosofía cristiana que enseña al fin y al cabo la resignacion y paz de alma en las caidas y recaidas del mundo.

Esto así, veamos cuáles son los puntos del saber artístico que debe ignorar el buen cómico de la legua, y nadie se nos venga, despues

de todo lo dicho, motejando de ignorante esta sábia profesion, por hacer el contrapunto á nuestro discurso, que mas á las veces conviene la ignorancia que la ciencia, y no tanto está el mal en la primera como en la segunda, y ahí está como quien dice nuestro padre Adan, que no nos dejará mentir, pues sucede á veces que por el afan loco de aprender tropieza el hombre, á semejanza de Adan, con la ciencia de las desventuras, así como por escarvar el gallo la tierra se hiere con un cuchillo.

No sepa pues, nuestro cómico pizca de historia, ni distinga épocas, costumbres ni trages. Tanto monta que el rey Rodrigo lleve bata y chambergo á la batalla de Guadalete, como que el moro Tarif vista de frac en el pavoroso trance.

No observe ni conozca, so pena de ser buen cómico, á la naturaleza en su verdad, al sentimiento en sus asilos recónditos, ni á las pasiones viles, ni á las nobles en sus generosos arranques. Por consecuencia trueque, retuerza, ataraze y despachurre á mansalva y como loco cuantos tipos de imitacion le ofrezca el poeta por negros de sus pecados.

Ni se recele siquiera que existe la prosodia castellana. Ladre, brame, ruja, grazne ó rebuzne sin piedad, pues andando el tiempo y las representaciones y los desentonos de la voz del cómico, ocurrirán soperbas, y celebérrimas combinaciones. Ladre sino el cómico en una comedia contemporánea, haciendo el papel de periodista, y nadie le podrá tachar de sandio y alma buena, que es sobrado maliciosa la coincidencia. Ni aun se avendrá mal con la verdad, si grazna como un buitre representando á un ministro, á un guarda-sellos, á un escribano, ó á alguno de esta ralea, que buitres son todos, y carnívoros ademas, lo cual es probado.

Y á este tenor ignore y no toque como á fruta de árbol prohibido todos los altos puntos del arte cómico que se entrarian duramente por sus venas, causando grave daño en lo mas sensible de su corazon: porque en verdad, en verdad, ¿qué cosa mas triste, qué profesion mas trabajosa y dura que la de aquel que se entra por el alma del malvado, y allí, en aquel lugar inmundo, se asienta á espacio y sereno como en su propia casa, y remueve el fango y el hedor de los secretos mas íntimos del hombre? Cual es avaro, cual asesino, tal se solaza alegremente en el lecho de la mujer adúltera, aquel roba el oro del huérfano, el otro la honra de la casta virgen, y hay á veces alguno tan afamado en el crímen que reune en su pecho todas estas maldades juntas y aun se abre brecha para las demas. El desdichado cómico va y llega y penetra á lo profundo, se hace uno mismo con su héroe, y como el ave fénix, renace de sus cenizas para morir nuevamemente y volver á vivir y á morir, hoy ladron en un cadalso, si ayer rey, y en un trono.

Y si la simple vida del hombre que no anda mas que un camino ni sufre mas que una muerte es tan colmada de miserias y lágrimas, ¿cuál no será la del sin ventura que vive esta doble vida del teatro y del mundo, revolviéndose en todas vias y maneras y prendiendo siempre del hilo, suelto al aire, de su agitado y desgarrado espíritu, tantos varios pensamientos, tantos dolores verdaderos y fingidos propios y agenos, y todo el sinnúmero de instintos y sentimientos naturales provocados, nutridos y en alarma y confusion dentro del alborotado pecho?

El que anoche fué rey, le gritará su verdadera ambicion, ¿por qué no lo ha de ser á la mañana? ¿Qué se ha hecho mi servidumbre? ¿Dónde están mis cortesanos? y aquí en el suspiro que exhale el desdichado cómico irán envueltos pedazos de sus míseras entrañas.

¿Si ama y es dichoso, á qué enturbias la fuente de su alegría, historias tristes de los amantes sin ventura que os arrancásteis la vida en vuestra desesperacion?

¿Si es desdichado y son sus amores sin esperanza, á qué venís, galanes de la córte de Felipe IV con la airosa pluma de vuestros sombreros, y vuestra espada á la cintura, á causar envidia y mortal desconsuelo en su corazon?

Y si adoctrinado por el egoismo del público, que jamás penetra hasta estos crueles sacrificios ni los estima, llega el cómico á no creer ni en la figura que representa, ni en sí mismo, ni en nada ¡qué nada tan espantosa!

Y si su sensibilidad jamás se agota y siempre se compara, se escita, y se sacrifica ¡qué luchas! ¡qué batallas!

Y de todas maneras ¡qué estrella la suya! ¡qué destino tan desdichado!

¡Tate! ¡tate! mi buen comiquillo de la legua: ni disminuyas tu sombreron puesto de medio lado, ni afeites tu espesa y negra barba, ni abandones tu apostura traviesa y desvergonzada: no subas á la montaña que soplan por la cumbre desencadenados los vientos; aquí en la llanura alza tu tablado, tus mantas cuelga, enciende tus candilejas y tal para cual recítanos un entremés de los de aquel poeta que segun Quevedo compuso novecientos un sonetos á las piernas de su dama, y doce redondillas; y una comedia titulada *el arca de Noé*, que á no hacerse toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y javalíes, como fábulas de Esopo, hubiera asombrado al mundo en su representacion.

Y este es el momento ya de cumplir á nuestro lector la promesa arriba hecha de sostener á los cómicos contra los poetas, que no es justo, como dijimos entonces, que carguen los primeros con culpas y pecados de los segundos.

Desde luego la primera injuria que se ha hecho á nuestros antiguos cómicos es la de confundirlos irrazonablemente con los arlequines, mimos y pantomimos, como si no fuera uno el arte innoble del que danza, cargado de cascabeles en la cuerda floja, y otro, de muy distinta estimacion y concedencia, el arte nobilísimo del que nos enamora de la virtud ciñéndola de resplandores, y nos desencanta de los vicios sacándolos á la vergüenza pública. Es cierto que en un principio nuestro teatro careció de esta intencion, y que en la infancia de ambos oficios bien pudo ser como fué en verdad que anduvieran juntos algunas veces: pero esta falta de distincion, que fué mortal para el arte cómico, debe de apuntarse en la crítica contemporánea, dado que es una de las razones para las cuales se dedicaron pocos y con suceso mezquino á un ejercicio torpe é ignominioso en aquellos malhadados tiempos.

El poeta dramático y el cómico datan entre nosotros de una misma fecha hasta el punto de ser una misma cosa y persona. Así que el autor mismo de una loa compuesta á una solemnidad del año ó á una ocasion famosa se levantaba del suelo como cosa de cuatro palmos sobre un aparato mísero de tablas y mantas viejas, á la intemperie, sin mas sombra que la de sus estupendas barbas y cabelleras parecidas á vellon de carnero viejo. La misma suerte corrian los sainetes, zarzuelas, entremeses y romances que estaban llenos de rudeza y simplicidad, hasta que Lope de Rueda Naharro, dice Cervantes, «levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules: sacó la música que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representáran á cureña rasa, é inventó ademas tramoyas, nubes, relámpagos, desafios y batallas.»

Desde aquí en adelante, comenzaron á separarse los cómicos y los poetas: murieron Lope de Rueda, Juan de la Encina y Juan de Timoneda, dejando en legado á unos el arte de hacer comedias, y á otros el de representarlas. El poeta afligió desde entonces al cómico sin piedad: unas veces le hacia sandio pastor que enamoraba á su pastora en lo mas espeso del bosque, con largas distinciones escolásticas, ya metafísicas, ya teológicas: otras fatigaba su memoria con impertinentes glosas y sempiternos soliloquios sobre los misterios de la santa religion, y en perpétuo trasiego con los ángeles y los demonios, ya le hacia llevar al pobre cómico la veste cándida y las alas de oro para decir tontunas angelicales, ya le exornaba con retorcidos cuernos y velludo rabo para recitar infernales desatinos.

De juro el arte cómico, desencaminado y fuera de todo carril con tales embelecos inverosímiles, no pudiendo hallar su norma en la naturaleza de donde iba tan lejos la poesía dramática, sin darse punto de reposo en su tarea, que fué inmensa, jamás adelantó palmo, ni siquiera pulgada, en su carrera.

¿Y quién hay que dude que el culteranismo de los siglos XVII y XVIII dió mucho que estudiar á los cómicos, y poco que aprender? Ni cómo de otra suerte donde el desdichado cómico se veia en el grave conflicto de representar las mas veces el papel de una abstraccion metafísica, una planta, un animal, un ástro, una nacion, como si fueran personas al uso y modo de todas las que oimos y vemos por el mundo. ¿Quién, verbigracia, figurará con propiedad en el teatro, siendo hombre, á la luz? ¿quién á la sombra? Diganos por su vida el mejor cómico del mundo de qué modo perfilará su individuo de carne y hueso para representarnos con alguna verdad *al aire*, *al agua*, *al fuego* ó á *la tierra*? Pues montas si es de *la nada* el papel que ha de recitar, que entonces ya puede echarlo á doce y aunque nunca se venda. ¿Cuáles son los rasgos especiales de la nada? ¿cómo tiene el rostro? ¿qué trage debe vestir? ¿puede ser de algun modo la nada? ¿Y si no puede ser de ningun modo, por qué su ser es el no ser, cómo se hará representable por el arte cómico, ni aun por el nigromántico, aun cuando fuese el mismo D. Enrique de Villena, que tambien escribió autos sacramentales?

Por nuestra parte aseguramos con todas las veras de nuestro cándido corazon, que así intentaríamos semejantes cosas como por los cerros de Ubeda, si bien se nos ocurre una imaginacion que no es grano de anís para orillar el caso: y es que á la manera que entre los antiguos griegos y romanos sucedia estar uno que se ponia delante encargado de la parte pantomímica, y otro que se colocaba detrás, encargado de la parte oral, para la representacion de un mismo personage, partiéndose así el trabajo entre los dos, y concertándose el uno con el otro, del mismo modo en la ejecucion de nuestras loas y autos podia una criatura de voz humana apostarse bonitícamente detrás de un poco de agua ó de fuego, y desde allí, guarecido de su geroglífico, asestar á

la divertida asamblea todo lo que le viniese á cuento. Mas ni aun así quedarian vencidas todas las dificultades, pues ocurriria muchas veces que el sugeto seria *el entendimiento*, *el furor*, *la lascivia* ó alguna otra idea abstracta, y entonces no seria fácil aprontar, en forma de geroglífico, un poco de entendimiento, de furor ó de lascivia que poner delante del cómico para colocarle á él detrás; pero aquí de nuestro ingenio que es perro viejo, y nadie crea que esto es burlarse. Trátase de que hable y obre el entendimiento como si fuese tal hombre, y para eso debe salir en forma humana: norabuena; en el momento mismo brotará del centro de la tierra un cuadrángulo negro de madera como de vara y media de largo y media de ancho, que diga en grandes letras blancas: *el entendimiento;* y colocado detrás el oráculo dirá todo lo que deba decir, ni mas ni menos: con lo cual, que es splicable á todos, se habrá remediado el mal, ahorrando al buen sentido la repugnancia de que un hombre se nos presente con la ridícula manía de que él, que es de carne y hueso como otro cualquiera, es el entendimiento, la lascivia ó la nada. Mas, hay que observar, á pesar y en daño de todo lo dicho, pues como en repetidos lances de esas obras el *vicio*, lleno de ira, se ase de la greña á la *virtud*, la *ignorancia* cierra sudaz con la *sabiduría*, la *gentilidad* contra el *cristianismo*, el *demonio* con el *género humano*, y el *género humano* con el *demonio*, y menudean los golpes y garrotazos hasta el punto de salir con



(Iglesia de Courgeon, en Francia)

la nariz rota la *inocencia*, el *viento* con una pierna quebrada, mal trecho un *astro* y asendereada *Cataluña*, no podrán, segun hemos inventado nosotros, su moderna representacion llevarse á felice cabo estas bien combinadas y famosas refriegas. Y es la razon porque como nuestras tablas y geroglíficos no están dotados de natural movimiento, obvio es y clarísimo que no se moverán jamás, puesto que deben darse sendas calabazadas. En tan grave conflicto nos parece lo mejor que cada cual de los cómicos coja del geroglífico ó tabla que tenga por delante, arrojándolo furiosamente á su interlocutor, y sobre esto morena. Y en el caso de que esto no sea bástante, porque deba ser prolongada la lucha, aun podrán asirse de los cabellos, escupirse, morderse y darse coces y bocados: todo sin el menor recelo de que quizá se causarán daño unos á otros, pues aunque ellos figuren ser personas sensibles, no lo son en verdad ni por asomo, sino ideas abstractas, inmateriales, intangibles, no perecederas.

¡Pobres comediantes los que han luchado con tales inconvenientes! Y cuenta que por otra parte hay autos sacramentales de la robusta pluma de Calderon y del fecundo Lope que son otros tantos poemas que honrarán eternamente las letras españolas.

Acabemos: nuestro cómico de la legua toca á su fin sin que hayamos dicho nada de sus principios: esto es, que no somos amigos de las formas vulgares.

¿Y á qué imaginacion, por escasa que sea, no le ocurre que el gran foco de los cómicos de la legua está muy principalmente en las barberías, crece y se nutre en las tabernas y en las casas de juego y en los amores procaces, vive entre riñas y trampantojos, y muere últimamente en el rincon de una ciudad de provincia, sacrificado al buen humor de una revuelta estudiantina, de media docena de subtenientes imberbes, y de dos ó tres desalmados *gachés* que les disputan sus *chais*?

Triste fin de este tipo que tiene algo de tradicional y algo de gitano, pues mantiene el teatro en su primitiva época, y tiene leyes tales y tal libertad en las costumbres, como jamás sociedad alguna pudo alcanzar en su seno sin desgarrarlo.

Coloquemos como basta tres rosas sobre su tumba, que bien las merece esta estravagante y ridícula parodia de las comedias del mundo y de los comediantes, y no le arrebatemos, ya que tan escasa ha sido en vida su fortuna, este cándido, dulce y amoroso recuerdo que

le consagra un grande apasionado y amigo del celebrado Cide Hamete Benengeli, á quien es fama que casi pudo hurtar colgada la péñola sabido el caso melancólico de la muerte de nuestro héroe.

Epitafio de un cómico de la legua.

El sin descanso y sin bonanza alguna,
el ronco, el seco, el pálido, el enjuto,
que si oyó de Madrid un «oste puto»
fué en cambio claro sol del Carpio á Pruna:
Aquel que mojó el pan en la laguna
llevando á Calderon en un canuto,
Pelayo de mal pelo, Bruto en bruto,
César tramposo, Cresso sin fortuna.
El audaz que en la fama abrió ancha herida
de superbos poetas, grave entuerto
que el mas mínimo de ellos nunca olvida,
¡Triste suerte! aquí yace.—Y es lo cierto,
que sino fué gran cómico en su vida,
asombra la verdad con que hace el muerto.

Gabriel ESTRELLA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VI.

La dama incógnita.

Al siguiente dia, cuando el sol no habia llegado aun á la mitad del cielo, se presentó en la antecámara de Luisa Sigea una dama cubierta con un manto. Era de mediana estatura, delgada, airosa, y dejaba asomar bajo el trage negro, la tercera parte de un pie que no parecia de portuguesa (aunque lo era), sino de española, y del mediodia de España, á juzgar por sus cortas dimensiones. Esta dama lloraba mientras decia al lacayo que anunciase su visita á la maestra de latin de su alteza, y cuando el lacayo la preguntó á quién anunciaria, se quedó silenciosa y luego respondió vivamente:

—A una *dama incógnita*.

Luisa estaba escribiendo una carta á Juan Meurcio, familiar del santo oficio, en que le rogaba que olvidando su antigua enemistad, se dignase venir á verla, porque tenia que hablarle. Disgustóle la interrupcion, pero no obstante recibió á la dama.

Entró esta y empezó sin descubrirse á pedir disculpas con una voz ahogada por el llanto.

—Señora, dijo Luisa conmovida; sentaos y reponeos de vuestra agitacion. Creo que sufrís mucho y me causa rubor el que aun sufriendo tanto no os creais dispensada conmigo de toda ceremonia.

—Gracias, replicó la dama... sois tan buena como yo habia presumido, y esto me consuela desde luego. Vos lo podeis todo. Vos teneis con la infanta, con la reina, con el rey un gran favor. Vos conseguireis su libertad...

—¿La libertad de quién, señora?

—El lo hirió, prosiguió la incógnita trastornada, porque creyó que estaba apostado para sorprenderle...

—¿De quién hablais?...

—Pero le advirtió que se defendiera... ha sido un duelo... un duelo, señora, como los tiene todos los dias, sin que por eso se le envie á la prision... ¡Ah, ojalá hubiera ya partido, aunque yo no volviese á verle jamás!

—Pero señora, ¿quién ha sido aprisionado? ¿quién ha tenido un duelo?.... ¿quién ha de partir?...

—¿Creeis, continuó la dama todavía mas exaltada, que él habia de asesinar á un caballero? El, espejo del honor; él, que para vencer á todos los hombres uno por uno, no necesita de ventaja, porque con armas iguales al primer choque se rinden á sus pies, creeis!...

—Yo no creo nada, interrumpió Luisa impaciente, sino que estais delirando, señora; que habeis perdido la razon, y que no podemos entendernos.

A estas palabras se repuso la incógnita; apartó de su rostro el manto, y dijo con dignidad:

—¿Me conoceis?

—¡Luis de Camoens está preso! esclamó la Sigea al reconocerla.

—Y vos sola le podeis salvar.

—Estais en un error.

—No, señora; sé que si pedís al rey esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al rey.

—Por eso no os puede negar la primera que le pidais.

—Es que ignoro si debo pedirle la primera.

—Señora, dijo Catalina; me respondeis así porque no habeis comprendido todo el valor del beneficio que vais á hacer; porque no os he contado mis desdichas... Oidme, señora, oidme y tened lástima de mí. Vos no sabeis sino que amo; pero no sabeis de qué modo amo, y esto os ha de enternecer...

La primera vez que ví á Luis de Camoens...

—No os molesteis, la interrumpió sonriéndose la Sigea; todo lo sé porque todo lo adivino. Sé que le amais hace muchos años como una verdadera heroina. Sé que el conde ha combatido esa pasion. Sé que habeis desdeñado ser duquesa por no ser infiel á estos amores...

—Sí, pero no es eso todo; es, señora, que ya no temo á mis deudos ni á la fama desde que está prisionero; es que voy á arrojarme á los pies del rey con escándalo de la córte; es que voy á perderme sin que logre salvarlo, y es que despues de todo voy á traspasarme el corazon!...

Detúvose Catalina espantada de lo mismo que acababa de decir, y bajó los ojos confusa al ver la mirada severa de Luisa.

—Doncella, la dijo con firmeza; habeis dicho demasiado, y es una fortuna para vos que sola yo os haya oido. Una dama ilustre no puede dar *escándalo*, y vos no le dareis. Las gradas del trono ha de subirlas una dama honrada, para pedir gracia por su hermano, por su padre, por su marido; pero no por su amado... aunque ese amado sea un grande ingenio, aunque sea Luis de Camoens...

—¡Dios mio! esclamó Catalina, desesperada y prorumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechazais! ¡Ah señora, vos no habeis amado; vos no sabeis como se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivimos! ¡Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas... ¡Oh cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquella mano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible...!

—Si jóven, vuestra pena es justa; yo siento á la par de vos este desgraciado suceso. Amo á Luis de Camoens como la hermana á su hermano .. esplicadme cómo ha sucedido eso.

—El habia ido á despedirse de mí... al jardin, señora... el conde nos sorprendió... él volvió á saltar la verja... y vió á otro que la saltaba al mismo tiempo... creyó que lo perseguian, ó que era un villano oculto en el jardin con algun fin siniestro, le obligó á que se defendiese, riñeron, y él como siempre venció. Ya veis señora que él hizo bien, porque era servir al rey defender el jardin del palacio...

Sonriose Luisa, y Catalina se animó á continuar.

—Esponiendo al rey los hechos de este modo, señora, como S. M. es tan bueno, tan justo revocará la órden y le dejará partir para la India. Ya veis que no es el egoismo el que me mueve á pedir por él, porque voy á perderle para siempre, para siempre señora, voy á ser muy desgraciada, y solo quiero que él sea libre y feliz... ¡Ah respondedme! ¿lo conseguireis?

—No, jóven, es imposible.

A esta última negativa, Catalina se quedó tan desalentada que estuvo muda por algunos instantes.

—¡Ay! dijo luego con amargura, sois una dama bien cruel. Yo, si vos con lágrimas me hubiérais pedido la gracia que os pido, yo tambien con lágrimas se la hubiera pedido al rey; pero vos señora que habeis estudiado en los libros todos los idiomas, no entendeis el del amor. Vos sois una mujer sábia; pero no una mujer amante; y no podeis comprenderme; porque el estudio ha secado vuestras entrañas.

Dicho esto, se levantó Catalina, y Luisa la siguió sin responder palabra. Al llegar á la puerta, volvió la cabeza la amada de Camoens para lanzar una mirada de postrera súplica á la dóctora; pero esta la recibió impávida, y Catalina marchó sin un rayo de consuelo. Pero no bien habia salido, cuando Luisa llamó á su camarera y la pidió el manto.

Diez minutos despues estaba en el gabinete de la reina, á quien hemos dicho que llamaba *zagaleja* D Francisco Saa de Miranda, con aplauso de todos los sábios del reino. No obstante nada habia mas diferente de una zagala que la nieta de Isabel la Católica. Hermosa, pero de una hermosura grave y digna, recordaba á la vez la fisonomía severa de la noble matrona castellana, y los rasgos altivos del emperador Maximiniano I. Verdad es que en este rostro soberbio, brillaba una ráfaga de suave luz, que unas veces parecia producida por las miradas, y otras veces por la sonrisa. Porque aunque juzguen atrevida la idea, no dudamos en asegurar que la sonrisa de aquella hermosa reina tenia algo de luminosa. Pero no inspiraba en fin por sus rasgos, por su carácter, y por su edad, que avanzaba al medio siglo, sino admiracion y respeto á todos los portugueses menos al buen poeta clásico D. Francisco, autor de la Egloga de *Nemoroso*.

—¿Qué quieres hija mia? preguntó S. M. á la Sigea dándola á besar su mano.

—Necesito ver al rey, señora, para pedirle una gracia.

—¿Tú pedirle una gracia? ¿Y por qué hija mia ha de ser D. Juan el preferido? ¿por qué no me pides á mi alguna?

—Señora, porque V. M. sin pedírselas me las concede todos los dias. En este momento, señora, está derramando gracias la preciosa boca de V. M.

—¡Oh que aduladora! esclamó la reina apartando su mano de entre las manos de Luisa. Estoy por intrigar con el rey para que no te conceda la gracia que vas á solicitar.

—En este caso, señora, seria mártir por haber confesado la verdad, y no me arrepentiria.

—En fin, te perdono, prosiguió la reina, porque eres una poetisa y los poetas estais obligados á mentir siempre. Verás al rey hoy mismo.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

LOS AMORES DE LA MADRESELVA Y EL ALHELI.

Permitidme, hermana mia, que os refiera una historia, pero de las que son de vuestro agrado, ni muy larga ni muy seria; una historia tal como la podeis desear para no mirar tanto á vuestros vecinos durante un entreacto, y cobrar paciencia en vuestro baño. Trataré de no fastidiaros demasiado, y estad segura de que no nos comprenderemos, no obstante vuestra hermosura y mis puntas de poeta.

Mi historia es una historia de amor. Entre enamorados que se hablan, ¿de qué otra cosa se ha de tratar sino mucho de lo presente, algo de lo futuro, y un poco tambien, aunque con precaucion, de lo pasado? Perdonadme si esta historia sale del órden regular y os hace remontar demasiado atrás quizá en recuerdos que es una torpeza en mí el evocar.

Madreselva será, si os parece bien, un hermoso jóven, leal yaltivo, dulce y lleno de osadía, como era sin duda vuestro primer amante. En cuanto á Alhelí, básteos saber que era una de esas pobres flores nacidas en mal hora en la cima de una pared, y muy dichosas, las hijas del acaso, en vivir allí al aire libre hasta que á algun mal aconsejado jardinero le ocurra la idea de trasplantarlas á otra parte, á algun parterre simétrico, tan bien alineado como fastidioso, en medio de los lirios, que las asedian, de los girasoles, que las desprecian, y de los narcisos, que no hacen alto en ellas. Se ha abusado tanto de la invencion del arquitecto Mausart: que creo haberos esplicado suficientemente lo que era Alhelí.

Planteada de este modo la alegoría, no puedo empezar mi historia sin bosquejaros antes dos retratos.

Madreselva no era, como pudiera hacerlo creer su título, ningun hermoso príncipe, metamorfoseado por las encantadoras, y obligado por las mismas á exhalarse en flores y suspiros hasta que, terminado el tiempo de la prueba, le devolviese algun poder bienhechor, con su forma primitiva, un hermoso reino, una linda amante, numerosa comitiva de carruages, y su correspondiente falange de cortesanos. Pero, aunque no fuese tan esclarecido su orígen, no por eso eran menos verdes sus hojas, ni menos olorosas sus flores, y se notaba en él cierto aire gracioso, y un arte tal de buscar apoyo, é insinuarse en todas partes, que seducia desde luego y prestaba encanto hasta á sus menores movimientos. Alhelí no era, como hemos dicho, mas que la pobre Alhelí. Educados Madreselva y Alhelí en un mismo jardin, rozagantes los dos y un tanto silvestres, no tenian mas que un mismo consejero: el instinto; ni mas que una misma savia: la que da la primavera á todas las plantas, y así era que en nada se diferenciaban sus pensamientos, ni su lenguaje. Verdad es que mediaba siempre entre ellos la distancia que separa á una hermosa Madreselva que crece en tierra, de un pobre Alhelí nacido en una pared; pero el amor, ese dios de los imposibles, tiene maravillosos secretos para poner á un mismo nivel los pisos bajos y los terrados; y aproximar las almas y las plantas, á pesar de las mas elevadas murallas.

Ahora bien, nuestro hermoso Alhelí crecia alegre sobre la pared, sin que nadie pensase en él. ¡Habria sido preciso subir tan alto para cogerlo! Por su parte, la flor vivia tan tranquila y placentera en el pequeño espacio que se habia formado entre el musgo en la juntura de algunos ladrillos, y al paso que suspiraba un ambiente purísmo, veia de tan lejos á las hermosas flores del jardin, que nunca le ocurrió siquiera comparar su mérito con el de aquellas; ni tuvo la ambicion de ocupar un puesto entre las mismas. Un poco de rocío, una gota de agua le bastaba por todo un dia; y en el resplandor del sol sobre las piedras y el agradable murmullo que la rodeaba, no parecia sino que se mecia siempre en una atmósfera formada espresamente para ella de luz y armonía. Nada alteraba para ella la tranquilidad de la noche ni la alegria del dia, porque no deseando nada, creia poseerlo todo, y su felicidad se afirmaba mas aun por la ignorancia en que de ella estaba.

Madreselva entretanto iba creciendo al pie de la pared, pero algo mas en la sombra, como ambiciosa que era, buscando por todas partes un nuevo punto á que agarrarse para subir mas cada dia, azotada siempre por el viento. Una mañana en que sus largos brazos caian con desaliento por efecto de los esfuerzos inútiles que habia hecho para encaramarse mas arriba, divisó á algunos pies de altura á nuestro pobre Alhelí. Madreselva estaba tan triste y se creia tan sola y desgraciada á lo largo de aquella pared, en que no encontraba mas que clavos enmohecidos, que la vista de la florecilla, tan altiva y coqueta, le hizo caer en ese enternecimiento melancólico que los egoistas toman por sensibilidad, y que no es otra cosa que una debilidad inspirada por la ociosidad y el aislamiento.—«¡Ay, decia para sí; séame permitido llegar á su lado, respirar su mismo ambiente, y no maldeciré la ley que me encadena al suelo ni ambicionaré la altura del árbol!»

Así hablaba en Madreselva ese sentimiento dulce y tierno que los hombres hacemos nacer del corazon, y que la flor, poco filosófica naturalmente, no se cuidaba mucho en analizar.

La vanidad le hablaba por lo bajo otro lenguaje:—«Hermosa Madreselva, le decia; tú, cuyos deseos eran tan vastos y tan elevadas tus ambiciones, sube mas y mas. La cima de la pared no será para tí mas que un descanso: llegar al objeto al que cada minuto te vas aproximando, no es mas que un juego para tus músculos flexibles. ¿Qué son tres pies para una Madreselva?»

Cabalmente el lindo Alhelí se hallaba un tanto inclinado, y con sus ademanes provocativos parecia sonreirle desde lo alto de la pared. No era, sin embargo, tan fácil responder dignamente á la provocacion de la coqueta flor, porque esta se hallaba protejida por unos ladridos salientes, y cuando se retiraba tras de ellos con significativos meneos de cabeza, la pobre Madreselva se deshacia en esfuerzos inútiles para elevarse un poco y hallar fijos en ella los ojos de oro que la atraian. Muchas veces se lamentaba por largo tiempo sin ver á Alhelí, pero sus quejas se las llevava el viento. Alhelí no escuchaba todavía mas que los conciertos de moscas y moscones, y los madrigales de las mariposas que venian á besar sus párpados. Sin embargo, Madreselva iba ganando cada dia algunas pulgadas de camino, y aunque Alhelí lo notaba, no se asustó por eso. Una buena conciencia, y la alegria, son los lazos peores de todos porque están en nosotros mismos: Dios es quien los tiende y el diablo quien los ceba.

Todas las mañanas, cuando Alhelí se despertaba, podia ver á su vecina, que levantaba ya hácia él sus hojas fatigadas. Habia tan hermosas lágrimas en las flores de la pobre Madreselva, y el primer rayo que venia á hacerle sonreir parecia secarla tan simpáticamente, que no podia menos de tenerle compasion y sonreirle lo mismo que al sol.

Pocos amantes, hermosa mia, logran su objeto por medio de las lágrimas. Bien sabe Dios que no fué así como me hice yo compadecer de vos; pero como acabo de deciros, Alhelí tenia la sencillez de los corazones honrados. Una flor mas diestra no se habria dejado coger quizá mas que en las espresiones estudiadas y en los aromas engañosos. La inocente hizo peor todavia, que fué dejarse seducir por las apariencias sinceras de una pasion que se mentia á sí misma.

Nada tenia, sin embargo, Madreselva de la frialdad y falsedad de los cortesanos, pues se engañaba á sí misma con la mejor fé del mundo, y con la serenidad de conciencia mas inalterable. Es preciso no entender nada del corazon humano para ignorar lo que hay de tenaz y perseverante en un amor de invencion.

Madreselva continuaba subiendo, y llegaba el momento en que iba á tocar en lo alto de la pared. Desde que tenia delante de sí un objeto, un deseo bien reconocido, que ponia en juego todas sus fuerzas, su tristeza desaparecia, y hermosos y variados matices reemplazaban poco á poco el tinte uniforme y sombrío de su ramaje. Ahora se mezclaba en él un poco de vanidad al instinto candoroso que le impulsaba. Era de ver el arte con que se volvia al sol para dar á sus flores el aspecto mas favorable y la disposicion mas seductora; pero esos pequeños cuidados que ni aun una hermosa Madreselva debe descuidar jamás, no eran nada en comparacion de los grandes saludos que hacia, de los besos mas osados cada dia que el viento se encargaba de trasmitir, y de los mensajes amorosos que las mariposas venian á buscar en sus flores para depositarlos en seguida en las de Alhelí. Entre ambos vecinos se habia establecido cierta especie de intimidad tácita y un cambio discreto de perfumes. Las almas tienen tambien, como las flores, un polvo sutil que se lleva el viento, y del que se sirve el amor para fecundarlas entre sí á largas distancias; pero ¡cuánto mas fácilmente se efectúa el cambio simpático entre dos corazones que se tocan de cerca! Las transacciones amorosas se hacen sobre todo mano á mano.

Las ramas de las dos plantas amigas se habian tocado ya mil veces, y el pobre Alhelí principiaba á asuatarse algun tanto. ¡Era tan pequeño y tan débil, y su vecino parecia ya tan grande y tan orgulloso hácia todo cuanto le rodeaba, tan osado y tan voluble en todas sus actitudes! Pero por mas que Alhelí retrocedia cuanto podia, y como sobrecogido por el pudor cada vez que el viento parecia favorecer los osados esfuerzos de Madreselva, esta no le daba un momento de descanso. El ataque y la defensa no eran ya mas que una maniobra entre ambos: esa antigua maniobra que se aprende tan pronto, aun entre una Madreselva y un Alhelí, sobre la cima de una pared. Nuestros dos enamorados se hacian los esquivos como nosotros en otro tiempo: ¿os acordais?

Un dia, y nadie puede decir el momento preciso, porque estas peripecias se hacen regularmente en secreto, las ramas de Madreselva se hallaron entrelazadas á las de Alhelí, y por mucho tiempo no se separaron.

Alhelí se sorprendió de hallarse tan orgulloso como antes y no menos bello á la sombra de Madreselva que podia estarlo el dia antes en todo el esplendor de su sol y de su libertad. No le parecia haber cambiado nada de lo que constituia su alegría y su orgullo. No habia mas variacion que la de tener un apoyo mas, y sentir menos los esfuerzos de los vientos lluviosos. Todavía se sentia feliz, mas feliz que nunca, y así se lo repetia á sí mismo con esa satisfaccion particular de los corazones que encuentran en la energía de su pasion con que sofocar las quejas y los pesares; pero semejante confesion, por dulce que sea el dia en que se hace por primera vez, es de funesto agüero para el dia siguiente.

Por algun tiempo sus ramas continuaron entrelazadas. La union de las plantas enamoradas pareció estrecharse mas y mas; un mismo soplo las inclinaba á la vez; el mismo rayo de sol las despertaba á una misma hora; sus diversos aromas confundidos uno en otro, no formaban mas que uno solo; sus murmullos eran unos mismos, y unas mismas canciones zumbaban alrededor de ambas. La vanidosa Madreselva se contoneaba con orgullo, y el confiado Alhelí se inclinaba hácia su amante, considerándolo como un apoyo que jamás debiese faltar.

Madreselva, sin embargo, le dominaba cada vez mas; pronto sus ramas se escaparon á derecha é izquierda, y su cabeza, que sobresalia mucho á la de Alhelí, se desdeñó de inclinarse hácia esta. La pobre florecilla, muy débil en adelante para sostenerse por sí sola, se habia abandonado y sometido de tal suerte á su amado y presuntuoso señor, que no pudo encontrar fuerzas para separarse de él y soportar la soledad. Resignose, pues, á sufrir, y cada uno de los caprichos y movimientos desordenados de Madreselva le martirizaban atrozmente.

En vano la pobre flor, mústia y casi tronchada, volvia sus flores marchitas hácia Madreselva; Madreselva no le miraba. Cada nueva borrasca dispersaba á todos lados las ojas marchitas antes de tiempo de su compañera. El viento, esa imágen de la suerte, que no habia sido en mucho tiempo para la pobre mas que el soplo de un abanico mientras podia contener en sus ramas las de Madreselva, no eran ya mas que tempestad desde que esta se estendia hácia todos lados en todo el vigor de su savia y la independencia de su naturaleza.

Habia adquirido ya algo de esa madurez que prestan los cuidados, los placeres y los pesares de amor. Llegaba entonces al apogeo de su belleza ostentando, no esa primera frescura algo verde, esa belleza del diablo que ciertas flores tienen tambien, sino un conjunto armonioso de colores sanos, y quizás algo ajados ya. La pobre planta tenia ó iba á tener el número justo de dias que necesitan las flores para ser aspiradas con mayor placer.

La feliz Madreselva, fastidiada de una dicha que no comprendia, habia dejado de pensar en Alhelí, y se esforzaba entonces por asirse á las primeras ramas de una acácia que colgaban encima de la pared.

No prolongaré demasiado la narracion de los tormentos del pobre Alhelí. Entrelazado con desesperacion á los brazos que le sacudian, cada minuto rompia una de sus raices y la desprendia de la pared. La pobre flor perdia la vida por no perder á su amante. Levantóse, por último, un viento fuerte. Madreselva alcanzó á la rama de acacia, y se asió á ella. Alhelí cayó al pié de la pared.

¿Cuánto tiempo permaneció allí espuesto á la indiferencia brutal de los transeuntes? Lo ignoro. Lo que me han referido, sin embargo, es que logró salvar del peligro sus frescos colores; y si teneis empeño en saber el fin de la historia, os diré que un dia sus ojos de oro, que brillaban siempre sobre la tierra, á pesar del velo de polvo que la cubria, fueron notados como debian serlo. Bajáronse á cojerlo, guardáronlo con cuidado, y lo pusieron en un hermoso tiesto, en donde el agua, que por tanto tiempo faltaba á su sed, le devolvió una nueva savia. Hoy forma el adorno de un hermoso salon, y tiene hermosos espejos para mirarse y magníficas colgaduras para abrigarse contra las tempestades. Todavía tiene belleza, y la conservará por mucho tiempo aun; pero me han dicho que le acomete la melancolía y echa de menos el tiempo en que vivia con una gota de rocío: no por el rocío, sino por el tiempo que no vuelve mas, temiendo mas que nada los estragos del tiempo que hasta ahora le han respetado.

Ahora, hermosa mia, permitidme que me felicite de mi historia, porque si Alhelí no hubiese caido de lo alto de su pared, bien podriamos apostar á que ni vos ni yo estariamos aquí, lo cual sería ciertamente una desgracia.

A Napoleone.

SONETTO.

Cesare, come te, l'amata pace
dette alla terra che di sangue tinse;
Cesare, come te, vincendo stinse
quella che fomento guerriera face.
Cesare, come te, nell'armi audace
questi al trono innalzó, quegli respinse;
Cesare, come te, doppo che vinse
stesse al primo poter la man rapace.
Cesare, come te, pieno d'allori,
idolo general riconosciuto
detto leggi del mondo ai vincittori;
Cesare, al fin, del general tributto
otenne, come te, soprani onori;
non manca a'farti Cesare che un Brutto.

A Napoleon.

SONETO.

Cesar, igual á tí, la paz amada
volvió al orbe que en sangre enrogecia;
Cesar la hoguera que por él ardia
venciendo como tú, dejó apagada.
Cesar, igual á tí, con férrea espada
á uno al trono ensalzaba, á otro abatia;
Cesar, cual tú, cuando vencido habia,
tendió al alto poder la garra osada.
Cesar, laureadas como tú las sienes,
dando leyes del mundo á los tiranos,
de ídolo universal gozó el tributo;
Cesar, al fin, y como tú los tienes,
alcanzó los honores soberanos;
para igualarte á Cesar falta un Bruto.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



1.—Bubi, gefe de una familia. 2.—Mujer bubí criando. 3.—Cocoroco ó reyezuelo bubí que manda en varias familias.

ISLA DE FERNANDO POO. (1)

Capitulo II.

En el anterior, recordarán aquellos de nuestros lectores que le hayan leido, que dimos una idea general de esta desamparada isla española, haciendo mencion de su topografía, temperamento, historia, y principales productos; así como del escaso y mezquino comercio que, á pesar de su ventajosa situacion, mantiene con el esterior é interior. Tambien recordarán que combatimos con datos justificados, á nuestro parecer, la mala idea que de la isla se tiene, y que especialmente en España ha llegado á vulgarizarse, empezando por el gobierno que en todas épocas, y mucho mas en la nuestra, ha tenido consagrado al mas lamentable y criminal olvido aquel importante descubrimiento del audaz argonauta portugués cuyo nombre lleva. Cúmplenos hoy, como ofrecimos en el primero, hablar en este articulo del número de poblacion que hay en Fernando Póo, y de las razas indígenas en que está dividida, con el relato de otros detalles curiosos que puedan interesar de algun modo al que no tenga noticias de aquellas apartadas y desconocidas regiones, tan poco mencionadas de los viageros é historiógrafos.

Sobre los especiales datos que obraban en nuestro poder, y la escelente *Memoria* del Pro. D. Gerónimo de Usera y Alarcon, ya citado por nosotros, contamos hoy con las que *sobre las Islas africanas de España, Fernando Póo y Annobon*, escribieron los señores D. José de Moros y Morellon, y D. Juan Miguel de los Rios, las cuales fueron premiadas por la Sociedad económica matritense en el concurso que abrió esta corporacion en 1842.

No hay mucha conformidad en el número de habitantes existentes hoy en Fernando Póo: aunque á riesgo de pecar en corta diferencia de mas ó de menos, puede establecerse que llegan á 15,000, escasa poblacion á la verdad para las dimensiones de la isla y los buenos productos de ella, pero grande si se atiende al abandono en que ha yacido siempre, y á la ninguna colonizacion que ha recibido. Estos habitantes se dividen en razas, y las razas en familias; unas son orijinarias ó propiamente llamadas indígenas, y otras estrangeras. De las primeras no hay en realidad mas que una, en quien residen todos los privilegios y distinciones, que es la que lleva el nombre de *Bubi*. De las segundas, las mas conocidas y numerosas son las de los Crumanes, Timané, la Acra, la Cabo-costa y la Jamáica.

La *Bubi* está dividida en familias que capitanean ciertos gefes ó caciques denominados *Cocorocos*, cuyo retrato verán nuestros lectores en la lámina que va al frente de este articulo. Los nombres de las mas principales familias *bubis* son los siguientes: *Patahuila*, *Lébola*, *Basipú*, *Basile y Banapa*. En el casi completo estado de barbarie en que estas pobres gentes se hallan, no obstante su índole naturalmente buena y hospitalaria, sus racionales instintos, y su gran cariño á los europeos, comparten sus quehaceres entre la pesca y la caza, lo que constituye tambien sus únicos medios de subsistencia. No son muy aficionados á las faenas del campo, á pesar de lo cual se dedican medianamente al cultivo del ñame, tabaco, y otras plantas indígenas. Imitan en lo general á sus vecinos del continente en el gusto por los recreos y adornos; así es, que se pintan el rostro, se llenan de bermellon la cabeza, hasta hacerse una peluca roja que oculta de todo el punto el pelo, y usan pendientes en la nariz. Envidiosos de nuestras barbas y bigotes, que no les ha concedido la naturaleza, suelen llevar postizos de ambas cosas, con lo cual creen que se revisten de mucha gravedad, y que adquieren la dignidad europea.

El gobierno primitivo, ó sea el patriarcal, es el que se conoce entre estos buenos isleños. Ya hemos dicho que la raza *bubi* se divide en familias, y que al frente de cada una está el Cocoroco, que es el patriarca de ella, el cual acostúmbra á aconsejarse en negocios graves con los ancianos y esperimentados de la misma familia, á quienes reune en forma de senado.

Digamos algo de las creencias religiosas y de sus ideas en materias de justicia: parécenos que ya algun lector nos lo pregunta acosado de ese comun sentimiento de curiosidad que inspira siempre la personalidad de un pueblo desconocido. Los naturales de Fernando

(1) La lámina que acompañó al artículo 1.º, publicado en el número 16 de este periódico, la cual representa la capital de Fernando Póo, Santa Isabel, tenia unos números, cuya esplicacion vamos á dar ahora. 1. Punta española.—2. Fuente que surte á la poblacion.—3. Muelle hecho de maderos.—4. Almacenes, cobertizos y depósito de carbon de piedra.—5. Islotes Adelaidas.—6. Monumento levantado á los oficiales de la armada inglesa que perecieron en la espedicion al Niger verificada en 1841.—7. Templo Baptista.—8. Una casa.—9. La de los misioneros ingleses.—10. La del gobernador, junto á la cual ondea el pabellon de España.—11. La de la familia mas rica del pais.—12. Otra de misioneros.—13. Arbol llamado de la Jura porque bajo de él se hizo la solemne proclamacion de Isabel II por reina de aquellas islas en 1843.—14. Templo que edificaron los baptistas en 1848 (Estas noticias las debemos á Usera).

Póo, tanto los bubis de que vamos hablando, como los de otras razas de que hablaremos despues, adoran un Dios cuya unidad reconocen, y al cual por una singular coincidencia dan un nombre que suena como Yehovah. Mas buenos y nobles que sus hermanos de Africa, son tambien menos supersticiosos que ellos, y no se entregan á los actos de barbarie y ferocidad que hacen aborrecibles los fastos de la idolatria. Desgraciadamente, aunque isla española, Fernando Póo no profesa ni entiende todavia nuestra santa religion: unos anabaptistas ingleses que han establecido en Santa Isabel una iglesia, son los que empiezan á atraerlos á la suya. Hé aquí otra de las razones que al gobierno debieran impeler á la ocupacion y colonizacion de aquellas posesiones.

En cuanto á ideas de justicia, estos negros que carecen de todo conocimiento legal, é ignoran todo detalle de nuestra civilizacion, aborrecen profundamente el adulterio y le castigan cortando ambos brazos á la mujer delincuente. Por Europa estamos mas civilizados, y sabemos ya el modo con que libertar al ornato público de *tantas mancas*. La poligamia se autoriza entre ellos con poca diferencia lo mismo que en otros puntos; el gusto suele ser general en Africa y en la que no es Africa.

Su decálogo se asemeja al nuestro: *no debeis mentir*, ui b-ñi pa-le ó sea bi-so-ai: *amad á Dios con todo vuestro corazon*: bu-da e Yehovah e te ba o busla: *yo no debo tomar lo que es de otros*, fue pa-le o al aoli ui óte oku (1): *si yo peco, no puedo ver á Dios*, na n-sei la be n-tshi a he lu o-bo-boh Yehovah: *haced bien á todos los hombres*: seita e be tshu ema le-le.

Lo dicho convencerá á nuestros lectores de que esta gente lleva adelantado para la civilizacion todo lo que concede la naturaleza.

En cuanto á las otras razas, pocas palabras bastarán para darlas á conocer. La de los crumanes, que es pequeña, procede de Settra-Kron, pais continental al occidente, y tienen la particularidad de que se circuncidan la frente en la niñez. Están esparcidos por toda el Africa, y se dedican á conducir grandes pesos; hacen allí el papel de *vehículos* que los *gallegos* por acá. Las timané, acra y Cabo Costa son originarias de Sierra Leona, y han acudido en muy corto número á buscar fortuna á Fernando Póo; en nada se diferencian por consiguiente del resto de Africa. En cuanto á la Jamaica, se compone de un cortísimo número de familias emigradas de la Antilla del mismo nombre que poseen los ingleses. Ya hemos dicho que los *bubis* son hospitalarios; con efecto, todas las razas citadas han encontrado proteccion y bienestar en Fernando Póo, aunque obedeciendo y respetando siempre á aquella como verdadera señora de la isla, y en quien residen todas las dignidades y privilegios.

Concluiremos nuestras observaciones acerca de Fernando Póo con algunas palabras sobre la colonizacion que necesita. Don Juan Miguel de los Rios, en su *Memoria* ya indicada, ocupándose de este asunto, propone dos medios para utilizar la isla, y dice: «Lo primero que se necesita son capitales: este será el elemento principal, y nada mas propio para conseguirlo que estimular el interés privado con las ofertas mas productivas y seguras. Una asociacion general establecida en España, aunque se admitiesen socios estrangeros, en la cual se repartiesen acciones hasta cubrir el capital que se creyese necesario, en la cual se haria un cómputo de los productos comunes que podria rendir aquel territorio, en la cual se asegurase y garantizase su éxito, hasta el punto de garantizar á cada sócio que si la sociedad no ganaba pagaria con el reparto de aquel terreno á las acciones en triple ó cuádruple valor; y en la cual, finalmente, se admitiese por sócios á los que, á falta de los primeros, se ofreciesen á tomar tierras, beneficiarlas é ir pagando su propiedad; seria uno de los medios de utilizar aquellas islas.»

El otro recurso propuesto por el Sr. Rios para colonizar á Fernando Póo, lo esplica él mismo en estos términos: «Otro medio mas dificil, pero que conseguiria el objeto, seria ceder cada una de aquellas islas á algun gran propietario, que bajo cualquier título hereditario y ciertas preeminencias, las llevase en feudo por determinadas generaciones, previa la legal escepcion que esto requeriria de lo actualmente vigente en nuestra legislacion, y si así lo pidiese el proponente, sujetándose empero á las autoridades y régimen del gobierno: ó sin estas prerogativas una cesion simple bajo cierto canon ó renta, y pudiendo disponer el propietario de aquellos terrenos. El gobierno siempre sostendria sus tropas y autoridades y la vigilancia y demas que en todas las posesiones del estado.»

Estos dos medios que el Sr. D. Juan Miguel de los Rios propone en su *Memoria*, y que son referentes tanto á Fernando Póo como á Annobon, revelan que ha estudiado detenidamente el asunto, y que abriga los deseos de un buen español. Nosotros, sin embargo, no los creemos igualmente eficaces ni convenientes; estamos conformes con el primero, es decir, con el de una *sociedad;* pero reprobamos el segundo como insuficiente, irrealizable, y sobre todo contrario á nuestra legislacion actual, segun el mismo autor indica con toda franqueza. Adoptariamos, pues, el primero; mas ¿es fácil en un pais donde el espíritu de especulacion recorre una órbita pequeñísima, en una nacion en que abundando inmensos capitales suelen juntarse estos para acometer empresas mezquinas, mientras que se desatienden otras importantes? ¿es ni siquiera probable que una sociedad arriesgue, ni imagine siquiera arriesgar, los peligros que consecuentemente habia de traer el proyecto de colonizacion en nuestras posesiones africanas? El interés privado, y en esto estamos perfectamente de acuerdo, es un elemento mas poderoso que otro ninguno en empresas de gran tamaño; pero es una vez puesto en movimiento. Lo difícil es imprimirle el impulso, y en España punto menos que imposible.

Quien está en la obligacion de colonizar la isla de que nos ocupamos, quien no debe reparar en peligros, menores siempre que las ventajas que se habian de reportar, es el gobierno, que dispone de todos los medios, y que hasta por egoismo debe aspirar á esta gloria. Que disponga una espedicion ordenada, rica en recursos, y á cuyo frente vaya un gefe jóven, entendido y ansioso de conquistar los inmarcesibles lauros que en todos los paises están reservados á los hombres que contribuyen al mejoramiento de la raza humana y á la civilizacion. Casi no existe en España una reputacion moderna tan justa ni envidiada como la que alcanzó Olavide, y siempre podria vanagloriarse con mas fundamento el gefe que colonizase á Fernando Póo é introdujese allí nuestras costumbres y creencias, que el que en una provincia de España, sin peligros ni azares, consigue sacar por diputado, contra el deseo general, á un Pedro Fernandez que nadie conoce.

EMILIO BRAVO.

(1) Y á propósito de este sagrado precepto, que suelen olvidar alguna vez los que escriben, debemos declarar aquí, que estas noticias filológicas estan sacadas del apendice que á su *Memoria* puso el ya citado por nosotros D. Gerónimo Usera.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

La bondad del rey D. Juan III.

El gabinete particular del rey tenia vistas á la playa. D. Juan gustaba mucho de ver entrar y salir los buques, y esclamaba con frecuencia: ¡Qué lástima que yo sea rey; hubiera sido un gran marino! Pero S. M. se engañaba. Era mas fácil ser rey como S. M. lo era, que ser gran marino como lo fué *Gama*. Para ser rey no habia necesitado don Juan III sino nacer. Para ser gran marino necesitó *Gama* estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M. hubiera sido tan *gran marino* como *gran rey*, y esta sutileza lo conciliaba todo.

Estaba D. Juan contemplando los buques desarbolados que se alcanzaban á distinguir en bahia, y tan absorto se hallaba, que no oyó al gentil-hombre anunciando á Luisa Sigea.

Entró la maestra de latin, y el rey continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distraccion y dijo riendo:

—No te he sentido entrar. Estaba mirando los destrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marino... ¿Qué te parece?

—Que es mejor que V. M. sea rey.

—No te agradezco esa respuesta. Siendo marino pudiera hacer muchas cosas notables como Balboa, como Vasco, como Colon; pero siendo rey... á no ser que hiciera lo que Carlos V, meterme en tierras agenas y dar batallas sin necesidad... ¿Qué dices á esto?

—Señor, que la Alemania es tierra propia.

—Sí, sí, para vuestro emperador todas son *tierras propias*; tambien lo es Francia, tambien lo es Italia y toda la América.

—El emperador ha respetado á Francia y á Italia. En cuanto á...

—Quitándole la Espada á Francisco I y desobedeciendo al pontífice... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho á nuestro tio á pesar de su inquietud, y si no le imitamos es porque nos gusta la paz. La reina ha pedido para tí esta audiencia y presumimos que tendrás algun motivo interesante.

—Sí, señor, venia á pedir á V. M. una gracia.

—Habla.

—V. M. ha firmado anoche una órden de prision.

—Hemos firmado unas cuantas.

—Pero una contra Luis de Camoens.

—Luis de Camoens... Luis de Camoens... Me parece que sí. ¿No es ese muchacho que hace versos?

—Sí, señor, que hace versos.

—Pues sí: la hemos firmado. Es un pendenciero. Anoche le dió de estocadas á otro.

—¿Han informado á V. M. del motivo?

—No, no hemos preguntado.

—Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardin de palacio á un embozado. Quiso conocerlo por respeto á SS. MM.; el desconocido se negó á revelar sus designios. Camoens le obligó á que se defendiese, riñeron, y Camoens le hirió. La hora, el misterio y la obstinacion del desconocido prueban que sus designios eran malos, y Camoens al esponer su vida ha hecho al trono un servicio que no merece ser castigado con la prision.

—Es verdad. No nos habian dicho nada de eso.

—V. M. puede informarse, y ver que es cierto lo que le digo.

—No, te creemos.

—Considere V. M. que castigando á los que defienden los jardines, se asegura la impunidad á los osados, y que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningun caballero se atreverá en adelante...

—Eso es indudable y no queremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente y la habitacion de la reina cae para el jardin... Ahora mismo vamos á dar una órden para que sean condenados á pena de muerte los que se atrevan á saltar la verja.

Inocentemente acababa de escitar Luisa Sigea la fibra mas delicada de D. Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la reina, y que á pesar de haberse desvanecido dejaron una impresion dolorosa en el corazon del rey, el menor incidente le sobresaltaba. Figuróse en estos instantes que acaso el herido era un galan rondador como el príncipe de quien tuvo tan graves sospechas, y se ofuscó su mente con mil pensamientos sombríos.

—Señor, dijo Luisa, yo no he venido á escitar en el alma de V. M. el enojo, si no á mover su piedad, y dando una órden tan rigurosa se agravaria la pena del delincuente sin redimir la del desgraciado. Dígnese V. M. absolver á Luis de Camoens permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregado para la espedicion á la India.

—El caso es, dijo el rey reflexionando, que le han tomado manía á ese muchacho. Dicen todos que es un tontuelo presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa... ¿Qué opinas tú que eres buena poetisa?... ¡eh!

—Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre y el de todos los poetas que escriban églogas en Portugal yazgan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiracion de todas las naciones, y esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rey miró atónito á la Sigea y luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya comprendido la razon de aquellos elogios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Haremos poner en libertad á ese muchacho, sea lo que quiera y que se vaya á la India y vuelva rico. Si se porta bien, empeñamos nuestra palabra real de premiarle. Pero créeme, hija mia, aconséjale que se dedique á las armas y abandone las letras. A tí te puede parecer bien lo que escribe: no lo estraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

La Sigea se sonrió, y no queriendo contradecir al rey, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

D. Juan escribió luego dos líneas en un pliego y lo entregó á la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose ¡gracias: mil gracias!

—Basta, basta, hija mia, replicó D. Juan enternecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azulados ojos del monarca se humedecieron brillando con una dulzura paternal. La feliz Lusitania no ha conocido jamás á los reyes tiranos. Los que no sábios ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de D. Manuel el *Grande*, abuelo del valiente don Sebastian, no fué ni grande ni valiente, pero fué bueno.

Apenas habia salido la Sigea de la habitacion del rey, cuando entró su favorito el conde de Castanheira. D. Juan le temia como temen todos los hombres pacíficos, aunque sean reyes, á los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, y lo mismo fué verlo entrar que fingió hallarse muy disgustado.

—Buenos dias, conde, le dijo sin levantar la cabeza y haciendo pedacitos un papel.

—Téngalos muy felices V. M.

—Acaba de pasar una escena que me tiene todavia conmovido.

—V. M. es demasiado sensible.

—No lo creas, á tí tambien te hubiera conmovido.

—Si place á V. M. que me conmueva me pondré perlático sin que me la cuente, pero aseguro á V. M. que inclusa la muerte de la condesa nada me puede conmover.

—No sé de qué tienes el corazon.

—De carne, señor, y no de manteca.

—Se me antoja que es de hueso.

—Mejor; será mas fuerte y no estará espuesto á derretirse.

—Vamos á otra cosa. ¿Por qué le tienes tú manía á ese pobre Luis de Camoens?

—Yo, señor, no le tengo manía.

—Creí que lo querias mal y me alegro haberme engañado.

—¡Se alegra V. M.!

—Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el conde, y el rey le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el rey no concedia si no á Castanheira.

—Iba diciendo, prosiguió, que á pesar de la órden que firmé, quiero que ese pobrecillo se vaya á la India y se le perdone la riña de anoche.

—V. M. quiere cosas bien imposibles...

—¡Cómo! ¡qué! esclamó el rey con altivez.

—Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo y quiere perdonar á Camoens.

—Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardin, y por Dios santo que tambien pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte al que salte la verja!

—Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

—¿Y quién dice que Camoens la saltó?

—Yo que lo eché del jardin.

—¡Ah, ya! por eso su enamorada se oponia á que la ley fuera tan dura contra los que entráran en el jardin...

—¿Su enamorada?

—Es claro. Ha venido aquí muy afligida á pedirme su perdon...

—Señor, pensad en lo que decís. ¿Ella ha venido á solicitar el perdon de Camoens?..

—¿Qué tiene eso de malo, conde?

—¡Señor, le costaria la vida!

—¡Calla! ¡calla! ¿pues qué tienes que ver con ella?

—Soy su tio, y su tutor.

—¡Su tio! ¡su tutor!... Nada me habia dicho la reina de este parentesco, ni de esta tutoria.

—¡Es posible que siendo dama de palacio no lo supiera V. M.!

—Sí, yo sabia que tenias una sobrina dama de palacio; pero no creia conocerla. Ni me figuraba qué tuviera un nombre tan famoso.

—Señor, en mi familia no hay sino apellidos famosos. Por eso miro tanto por la honra de ella y la haré pagar su indiscrecion...

—De ninguna manera. Te probibo castigar á esa pobre jóven.

—Pero me permitirá V. M. que le pregunte si la ha concedido la libertad de Camoens?

—Por supuesto.

—¡Cielo santo!...

—Y por poco me hace llorar el esceso de su agradecimiento, añadió el rey volviendo á enternecerse.

—Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, y luego dijo con tono brusco y sombrío:

—V. M. acepte la dimision de mi empleo, de mis títulos y de mis honores; porque me alejo de la córte para siempre.

—Jesús, esclamó el rey pálido y tembloroso. ¡Conde, qué es eso! ¡estás loco! ¿No podemos hacer una gracia con buena intencion, y luego conocer que es en perjuicio de otro y anularla?...

—V. M. es muy dueño.

—Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio.

—Autoríceme V. M. para que ahora mismo pueda llevar á mi sobrina al real monasterio de Odivellas y la órden no se cumplirá.

—¡Conde! ¡me parece eso un poco duro!... ¡pobre muchacha!

—V. M. puede elejir entre ambos.

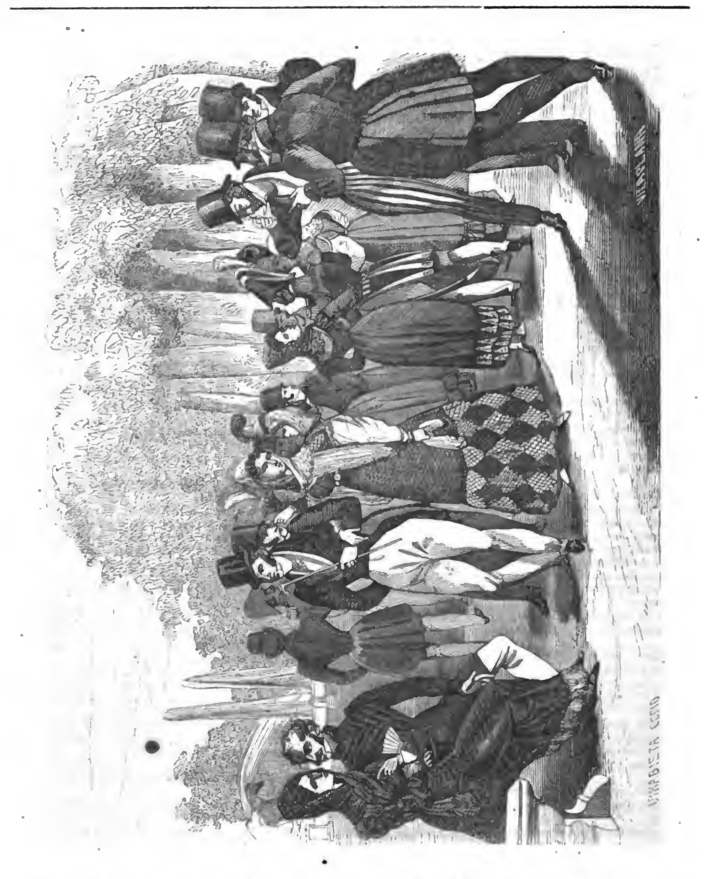
—Tienes un génio endemoniado, esclamó el rey con enojo, y vive el cielo que eso no lo hemos de sufrir. Vamos á ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar á tu sobrina de tus garras, pero está cierto de que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

Mientras decia esto el rey, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre y aun pretende disculpar su debilidad, el conde habia tomado la pluma y escribia la autorizacion que habia de firmar el rey.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió á la habitacion de su sobrina y sin darla esplicaciones, la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



EL PRADO Y LA SOCIEDAD MADRILEÑA EN 1825.

Entonces era yo *pollo*: pero *pollo* á la manera de entonces, como lo era tambien la sociedad española —No habia esta *galleado* aun tan alto como lo ha hecho despues, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúricas de este siglo del vapor que atravesamos.—Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar aleluyas, hacer jugarretas al dómine, y aprender bien ó mal á Nebrija al compás de la palmeta y de la *cola*.—Los mancebos imberbes eran enamorados y bailarines, esperaban á las modistas á la salida del taller para acompañarlas y comprarlas flores, y por la noche asistian á las academias de baile de *Belluzi* ó de *Besuguillo* para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la *Gabota*, ó del último solo del *rigoon*.—El sastre *Ortet*, el zapatero *Galan*, el peluquero *Falconi*, y el sombrerero *Leza*, cuidaban de apropiar á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figurines parisienses, los *carriks* de cinco cuellos, las levitas polonesas de cordonadura y pieles, los pantalones plegados, los fraks de faldon largo y mangas de jamon, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y cumplidas, y los cuellos de la camisa en punta agudísima, las botas á la *bómbé* ó á la *farolé*, y el cabello levantado y recortado á la *inglesa*.—¡Dichosos tiempos en que no se habian *inventado* aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido ó se habian dejado como patrimonio á los militares y capuchinos!—El *gaban* nivelador y socialista y la negra corbata no habian aun confundido como despues todas las clases, todas las edades, todas las condiciones: el capote de mangas y el *rus*, eran patrimonio de los hombres entrados en años; la capa con embozos escarlata y cordonadura de oro, á la *Almaviva*, envolvia airosamente la persona de los jóvenes elegantes; la cumplida casaca, el chaleco, calzon y media negra, corbata, pechera y guante blanco, representaban la edad provecta, la

alta posicion, el severo carácter del funcionario ó padre de familias; el pantalon ajustado de punto blanco y la bota de campana, los colores varios y pronunciados del frac, tales como azul de Prusia, verde pistacho, gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los dijes y baratijas en cadenas y sellos, y finalmente el hiperbólico y complicado nudo de la corbata, eran los distintivos de la inofensiva y alegre *polleria* de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas, era tambien estremado, aunque si ha de decirse la verdad, carecia del gusto y variedad que ha adquirido despues. El talle alto por lo general, deslucia los cuerpos, y quitaba gracia y flexibilidad al movimiento; las *dulletas* ó *citoyennes* de seda entreteladas, y guarnecidas de pieles ó cordonadura, tenian sin embargo cierto aspecto magestuoso y solemne; los *spencers* junquillos ó rosas, lucian bien sobre un vestido de punto de seda ceñido al cuerpo; el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha ó de pedrerias, daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo el trage de *maja andaluza* que consistia en basquiña y cuerpo de alepin morado, y guarnecido por bajo, y en las bocamangas y en los hombros con sendos golpes de cordonadura y abalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y zapato y toquilla de color de rosa, era realmente un trage espresivo y fascinador, propio esclusivamente de la gracia y donosura del tipo español.—No estaba este aun desnacionalizado en nuestro Prado de entonces por el horrible manton cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y *casaveks;* por las botas atacadas ni por las capotas y sombreros que despues han venido á borrar completamente en nuestras damas la fisonomia propias del pais; y si bien por la ausencia de todas estas adiciones, abrigos é hipérboles, solian adolecer algun tanto las reuniones de cierta monotonia y seriedad, por lo menos pesábase en ellas á punto fijo el quilate y valor de cada persona, medianse á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporcion y dimensiones; no habia que hacer para ello abstraccion alguna de miriñaques y almidones, armaduras y postizos, prendidos y gasas; ni que adivinar las formas verdaderas á vueltas de quince varas de tela, y del complicado follage de volantes, cintas y guarniciones. Tampoco era necesario buscar las facciones picantes de nuestras madrileñas á la sombra de una historiada *capota* de gasa ó de un *prosáico* sombrero de terciopelo.—Aquella espontánea originalidad de nuestro Prado sobre los paseos estrangeros, tenia, pues, su alhago particular, y marchaba de acuerdo con la sociedad tambien original de aquellas calendas.

Esta sociedad, así ataviada á la usanza de entonces, es la que representa el grabado que acompaña á este artículo, y está fielmente trasladado de un dibujo contemporáneo. La verdad del conjunto, y la minuciosidad de los detalles, declaran la conciencia del autor, cualquiera que fuese, de este dibujo; pues no solo se limitó á pintar la vista del salon del Prado, y los trages de los paseantes, si no que (si no nos engaña la tradicion ó la memoria) quiso representar y representó en efecto entre los concurrentes á varias de las notabilidades de ambos sexos que por entonces brillaban en salones y paseos; y mas de un curioso, al estender su vista por esos animados grupos, creerá reconocer entre ellos las facciones y apostura de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante altos y distinguidos servicios; las de un grande de España, justamente famoso, que ha representado los primeros papeles en la política, en la diplomacia y en las letras; las de un periodista afamado y amable literato que por entonces formaba las delicias de nuestro teatro y de nuestra sociedad; las de una graciosa y elegante jóven por quien suspiraban á la sazon las tres cuartas partes de los *pollos* de Madrid; las de un tenor italiano que enloquecia con su figura, su canto y modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que no lo eran; y las de otras notabilidades, en fin, que por entonces encerraba en sus muros la heróica capital.— A decir verdad el pincel del autor anduvo un tanto escaso en la esposicion de figuras femeniles, ó se consideró poco á propósito para trasladar á su pincel las bellisimas facciones de algunos ástros de aquel brillante cielo. Si esto no fuera, ¿cómo hubiera prescindido de ofrecer en primer término el magestuoso continente y bella fisonomia de la que entonces era conocida por la *reina de las hermosas*, y aun hoy mismo descuella entre las mayores por su gracia y gentileza? ¿Cómo olvidar á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los suntuosos salones de Paris dejaron tan altamente colocada la fama de la belleza española? ¿Ni aquellas otras tres hermanas tambien hijas de un grande de España, que eran el retrato vivo de las Gracias de la mitologia, y en cuyo *album* escribia el correcto poeta D. Ventura de la Vega (entonces *pollo* tambien) esta ingeniosa décima en alusion al juicio de Páris:

«Las tres diosas segun creo
que la poma contendian,
tan hermosas no serian
como las tres que aquí veo:
con su difícil empleo
pudo al fin Páris cumplir;
mas si hubiere de elegir
entre tan lindas hermanas,
á no tener tres manzanas
no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres en el invierno, en aquel momento en que bañado completamente por el vivo sol de Madrid dejaba ostentar á los concurrentes las gracias de la persona ó los primores de su atavío. Comiase entonces indefectiblemente á las tres, y por lo tanto no podia prolongarse el paseo matutino mas de aquel par de horas, pero en ellas el espectáculo que ofrecia el hermoso salon era magnífico y fascinador. Las pieles y bordados, los terciopelos y encages, los diamantes y pedrerías, que ahora parecerian exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los lucidos uniformes de los guardias de Corps y de infantería, que por entonces no se reservaban esclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones y bordados entre los grupos de las bellas aficionadas: hasta los reposados y vetustos *equipajes* en que á impulsos de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y sublimados magnates; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros, y religiosos que en pausado movimiento se veian deslizar por el lado de S. Fermin, todo ello, en fin, constituia un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podria adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como digimos arriba, era á la sazon *pollo* tambien.—Todavía no habia sido agitada por las revoluciones políticas sino muy superficial y pasajeramente; todavia no habia sentido apenas el movimiento de la vida pública, las osadas aspiraciones al poder, el frenesi del mando, y el menosprecio de la autoridad: las enconadas discusiones, las asociaciones turbulentas, los pronunciamientos y complots le estaban prohibidos; carecia de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco habia visto introducido aun el llamado *romanticismo* en la literatura; el vapor y el gas en las ciencias y en las artes, y el sabor estrangero en las leyes, en los usos, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes *lechuguinos*, elegantes ó *tónicos*, como entonces eran apellidados, y que representaban la parte mas tierna de aquella sociedad, no habian podido figurar en los anteriores acontecimientos del pais que fueron el germen de su nueva organizacion; no habian viajado ni aprendido en el estrangero principios ni modales; no tenian ambiciones políticas, ni tampoco pujos literarios; habian frecuentado *pro forma* las aulas de los PP. Escolapios, de S. Isidro ó de Santo Tomás, el Seminario de nobles, ó el Colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese en adelante abrir un bufete, entrar en una oficina, ó ceñir la espada y marchar *á servir al rey.* A ninguno le pasaba por las mientes el mas mínimo asomo de impaciencia ambiciosa, ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó pocos mas años bajo el aspecto de hombre de importancia, de político consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuno, de distinguido literato; ni tomar por asalto las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administracion.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban involuntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entretanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica ó de las matemáticas, de la ordenanza ó la partida doble, entregaban las horas de vagar á los devaneos de la edad, al cultivo de las modas, al alegre estudio de la música y del baile, al primor del Prado, y al alhago de los amores de balcon ó de las tertulias de confianza.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de *soirées*) no ofrecian, es verdad, el magnífico y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos en elegantes salones suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como estos á la brillante y numerosa concurrencia los vivos goces de un bullicioso baile, de un brillante concierto, de un animado festin.—Limitábanse, pues, por lo general, á la reunion de media docena de familias conocidas, cuyos individuos, de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y estendian en sabrosas pláticas, en tiernos coloquios; ya en derredor del antiguo y prosáico brasero en el invierno, ya delante de los balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisaban una modesta partida de lotería; ó en movibles y animados grupos armaban alegre zambra en sencillos juegos de prendas, que si ahora parecen pueriles ó *incompetentes* á

nuestros encumbrados mancebos, envolvian para los de entonces mas interés, y ocasionaban mas peripecias que todos los dramas del dia — O bien, en ciertos dias solemnes en que se celebraba el santo de la señorita ó la salida del primer diente del mayorazgo, se reforzaba el instrumental del piano de cinco octavas, con un mal violincejo de seis pesetas por noche, con que podian lucir sus habilidades é ingeniosas combinaciones los cabeceras de contradanza, los rigodonistas y gaboteros, los fundadores de la *Greca* ó la *Bolangere*; ó bien se convidaba al *Sr. Tapia* ó á otros diestros tañedores de vihuela y entonadores primorosos de lindisimas canciones nacionales, para que se sirviesen asistir á amenizar la reunion; y la niña de la casa, venciendo tambien su natural timidez, solia alternar al piano con las patéticas canciones de la *Atala* ó de la *Valliere*, electrizando luego á la concurrencia con bien diverso tono en la espresiva del *¡Caramba!* ó en la de *¡Madre, unos ojuelos vi!...*

Tales eran las diversiones privadas, la sociedad íntima de aquella época. Las públicas se reducian á un mal teatro de verso, y otro recientemente dedicado á la ópera italiana.—En el primero, con la muerte de Maiquez, habia desaparecido la tragedia clásica; con la ausencia o desaparicion de los buenos escritores, estaba á punto de desaparecer la comedia tambien.—*Gorostiza* estaba emigrado, y su *Indulgencia para todos* y su *D. Dieguito* (que le habian colocado en tan buena fama como continuador de Moratin) estaban ya vistos y oidos á mas no poder.—*Breton*, que empezaba entonces su magnífica carrera, aun no habia dado *A Madrid me vuelvo*, y solo dejaba adivinar sus posteriores triunfos con su primera comedia de *A la vejez viruelas*.—*Gil Zárate* empezaba tambien á llamar la atencion con *Un año despues de la boda*; y *Carnerero* se habia encargado de suplir la falta de originales, traduciendo y ampliando con discrecion los dramas estrangeros de *Picard* y *Duval*, y las piececitas de *Scribe*.—Todas estas producciones indígenas y estrañas, mezcladas con las de los Comellas y Zabalas, Valladares y Arellanos del siglo pasado, eran bastante mal representadas por los actores de la época, entre los que figuraban los Avecillas, Silvostris, Infantes y Ponces, habiendo sin embargo algunas en que lucian respectivamente en tal ó cual papel. El gracioso y verdadero actor, *Guzman*, era (como lo fué despues muchos años) la tabla de salvamento de las compañías y el encanto del público; y las damas *Agustina Torres*, *Manuela Carmona*, *Rafaela Gonzalez* y *Ramona Leon* tambien tenian sus respectivos apasionados.—Pero la palma de la victoria en el concepto público la llevaba por entonces la comedia antigua, y con especialidad el repertorio del ingenioso y maligno *Tirso de Molina*, que habia, puede decirse, exhumado del olvido en que yacia el discreto y erudito poeta *D. Dionisio Solís*; aquellas comedias, además de su mérito intrínseco y las gracias inagotables de que están sembradas, tuvieron la fortuna de dar en actores que supieron representarlas admirablemente, y la de caer tambien en gracia al rey Fernando VII, que las escogia con preferencia cuando habia de asistir al teatro.—*Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la Piadosa*, *La villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *Mari-Hernandez la gallega*, *El castigo del pensé que*, *El vergonzoso en palacio*, y otros bellos dramas de aquel ingenio peregrino, fueron por entonces tan admirablemente presentados en la escena por la *Antera Baus*, la *Josefa Virg*, *Juan Carretero* y *Pedro Cubas*, que no es nada estraño que conquistasen rápidamente el favor del público.—Este triunfo, sin embargo, no fué duradero, pues tuvo que ceder ante el entusiasmo producido al mismo tiempo por la organizacion de la ópera italiana con un esplendor á que no estaba acostumbrada la sociedad de Madrid. Compuesta la nueva compañía del tenor *Montresor*, el bajo *Maggioroti*, el bufo *Vaccani*, la *Cortessi*, tiple, y la *Fabrica*, contralto, con el célebre compositor *Mercadante* de *maestro al cembalo*, inauguraron sus trabajos en aquel año (1825) con la graciosa ópera del mismo titulada *Elisa y Claudio*, que produjo en los madrileños un verdadero frenesí; la *Zelmira*, el *Coradino*, la *Cenerentola* y la *Gazza ladra* de Rossini, y otras muchas óperas de esta importancia, fueron sucesivamente alimentando aquel entusiasmo; y el aparato escénico, y la brillantez del espectáculo, la novedad y la moda, hasta las anécdotas y dotes personales de los cantantes, acabaron de subyugar el gusto público hasta hacerle olvidar sus antiguas inclinaciones y caprichos; se vestia *á la Montresor*, se peinaba *á la Cortesi*, se cantaba *á la Vacani*, y las mujeres varoniles *á la Fabrica*, causaban efecto en el Prado y en la sociedad. ¡Dichosa aquella en que á falta de razones mas hondas de disension y de rivalidades, se dividian los ánimos entre las modulaciones de un tenor y las arrogancias de un contralto!

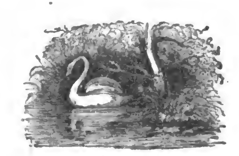
En política se ocupaban las gentes en obedecer y callar. Demasiado abusaba desgraciadamente el gobierno de su fuerte posicion, y demasiadas lágrimas hacia derramar en una parte de la poblacion complicada en los acontecimientos anteriores; pero no es nuestro objeto el trazar estos sangrientos episodios, y solo si presentar el cuadro general de aquella sociedad. Dejemos, pues, á la mínima parte de ella que por inclinacion ó por desgracia se ocupaba de la política, conspirar secretamente y con gran peligro en los subterráneos y calabozos, corresponderse en misteriosos signos con los emigrados en el estrangero, aguzar los puñales de su venganza, y recordar con honor las violentas escenas de su derrota.—Esta parte escepcional de la sociedad no entra afortunadamente en los risueños términos de nuestro cuadro, ó queda en la sombra para servir de contraste al asunto principal.

La juventud de la época, que es lo que pretendemos hoy trazar en él, no conservaba de la política bulliciosa mas que un recuerdo vago y repugnante de las asonadas y guerras civiles, de los *trágalas* y patrióticos *clubs*.—*Lorencini* y la *Fontana de Oro*, teatros que fueron de aquellas desentonadas escenas, eran entonces dos concurridos y prosáicos cafés, refugio el primero de oficiales indefinidos y de ociosos indefinibles que se entretenian en comentar la *Gaceta* (publicada solo tres veces en semana), y en hacer sinceros votos por *Ipsilanti* ó *Maurocordato*, por *Colocotroni* ó por *Cánaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (la *Fontana*) punto de reunion de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servia buen café.—Ya el reducido contiguo al teatro del Príncipe comenzaba por aquel tiempo á tomar proporciones de *Parnasillo*, con que ha sido conocido despues; pero á decir la verdad entonces no podia existir tal parnaso ni chico ni grande, por la sencilla razon de que no existian aun los poetas de la nueva cosecha que despues le poblaron, y de los antiguos solo el anciano *Arriaza* era el frecuente comensal. Por lo demas, las opiniones literarias de la época eran no leer; los escritores, en tal órden de ideas, venian á ser muebles escusados, y el juez de imprentas no tenia mas ocupacion que la que le daba dos veces en semana el insípido *Correo mercantil*.

La ocupacion mas importante de aquella época y que envolvia cierto carácter á la vez religioso, político y popular, era el jubileo del *año Santo*, para celebrar el cual se improvisaban diariamente magníficas procesiones en que figuraban la corte y los tribunales y oficinas, las comunidades, cofradías y establecimientos públicos, desplegando á porfía su celo religioso, y su pompa mundana para ganar, al paso que las indulgencias de la iglesia, los favores y proteccion del gobierno del Estado. Tambien la juventud de la época, que todo lo convertia en sustancia, que de todo hacia chacota, así de las asonadas de antaño, como de las rogativas de ogaño, asistia con entusiasmo á las iglesias y á las procesiones, siquiera no fuera mas que para recrear la vista con la prodigiosa variedad de uniformes hábitos y medallas de las corporaciones, comunidades y cofradías, y para entablar á vueltas de ellas sus amores y galanteos con las devotas muchachas que poblaban calles y balcones; para echarla, en fin, de *sprits forts* y armar algazara y reir indecorosamente en el templo del Señor (por desgracia no sin motivo), oyendo las escentricidades del padre *Ayusto*, ó las piadosas blasfemias y ridículos apóstrofes de *Fr. Gabriel de Madrid*.

Aquella juventud, alegre, descreida, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la esperiencia de la vida y las revueltas de los tiempos, se ha convertido hoy en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad. Una parte de ella, arrastrada por los sucesos de la época, por las opiniones políticas, ó por su pundonor y caballerosidad, desapareció luchando en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa: *Diego Leon*, *Campo-Alange*, los *Odonells*, *Larra*, *Espronceda*, *Abenamar*; otra parte, viva aun, continúa, no sin gloria y preciado nombre, aquella lucha animada, aquellas lides del talento y del valor. Algunos de aquellos mancebos ó *pollos* que arriba dejamos borrageados, conducen hoy nuestros ejércitos á la victoria, y se llaman *Córdoba* y *Concha*, *Pezuela*, *Roncali* ó *Urbiztondo*; otros brillan en la tribuna ó se sientan en los consejos de la corona, y se nombran *Olózaga*, *Escosura*, *Roca de Togores*, *Caballero* y *Donoso Cortés*; y otros, en fin, cultivan modestamente las letras y firman sus escritos con los nombres de *Breton de los Herreros*, *Hartzenbusch*, *El Estudiante*, *Ochoa*, *Ventura de la Vega*, *el Solitario*, y

EL CURIOSO PARLANTE.



LA FOCA O VACA MARINA.

Los focas, ó comunmente las vacas marinas, son unos animales cuya vida es casi enteramente acuática, aunque por su conformacion interior y esterior pertenecen á la clase de los mamíferos, donde deben colocarse al lado de los gatos y demas animales carnívoros. Su alimento esencial, que es el pescado, está en armonia con su habitual morada en el mar.

Las focas (pues con este nombre las significa la historia natural) habitan en todos los puntos del globo, y principalmente en los mares, en los desembocaderos de los rios y en las bahias de las zonas frias ó heladas. Se encuentran igualmente en el Mediterráneo, y creemos deba referirse á las focas todo cuanto dice la mitologia de las sirenas, de estas encantadoras que con su melodiosa voz y sus dulces miradas cautivaban á los viageros para luego devorarles, dejando las playas que frecuentaban blanqueadas con los dispersos huesos de sus víctimas. Con efecto, las sirenas, segun los poetas, habitaban en grutas profundas situadas en playas desiertas; y estos sitios son los que las focas eligen, y donde se retiran á descansar cuando salen del mar. Las sirenas encantaban á los navegantes con una espresion engañosa de bondad, con una mirada tierna y espresiva; y es sabido que la cabeza redondeada, la frente ancha y arqueada, animada con dos grandes ojos en los que domina una brillantez agradable, dan á las focas aquella fisonomia bondadosa y dulce de un perro muy apasionado á su dueño. El gracioso continente, el busto realzado de la foca cuando está tendido de llano su cuerpo, un pecho ancho y un cuello bien ligado con las espaldas, dan tal vez á este animal alguna semejanza á la conformacion esterior de una mujer. En cuanto á su voz, la mitologia nos engaña ó se engañó; porque si las sirenas tenian una voz deliciosa, no asi las focas, que solo arrojan gemidos prolongados ó mas bien gruñidos muy fuertes y nada armoniosos. Respecto á la cola de pescado que, segun dice Horacio, terminaba indignamente el cuerpo de las sirenas, en las focas la encontramos tambien, indicada por los dos miembros posteriores adheridos el uno al otro hácia atrás, de modo que constituyen una especie de timon doble, y finalizan en pies palmeados ó aletas. Las sirenas devoraban á los viageros, ó mas bien, como lo hacen las focas, de las que son la fábula mitológica, se contentaban con pescados, y los historiadores de aquel tiempo, medrosos ó ignorantes, tomarian por huesos humanos los esqueletos de los cetáceos ó de los pescados abandonados sobre las playas por las focas despues de opulentas comidas.

Estos animales, tales como los que en el dia se conocen, ya en el estado salvage, ya en el de cautiverio, tienen una suavidad de costumbres, una timidez, una facilidad en reconocer los servicios que les prestan sus dueños, y en amansarse, que en estas cualidades no hay animal alguno que le sobrepuje, si no es el perro en su estado doméstico. Se ha observado que su cerebro manifiesta un desarrollo que es casi siempre una señal cierta de grandes ventajas en la parte moral, y no hay duda que podria sacarse de las focas un gran partido para la pesca, si sus hábitos marinos no impidiesen creer que podrian vivir en el estado doméstico.

Las focas, como especies, son muy difíciles de distinguir entre sí. Un pelaje uniforme, compuesto de un pelo duro parecido al de un cepillo, algunas veces mezclado con un vello suave de un color leonado, gris, negro ó abigarrado de todos estos colores, son caracteres que sirven muy poco para clasificarlas. Para esto, se valen los naturalistas del hocico, cuya forma no es la misma en todos los individuos; por ejemplo, una de las especies que habita en el Océano Pacífico, tiene tan prolongada y móvil la nariz, que casi se parece á una trompa. Otras se distinguen por la forma de las orejas: los dientes, en general mas puntiagudos que cortantes, son á propósito para reducir á grandes pedazos la carne sólida de los pescados, mas bien que para triturarla y convertirla en una pasta ductil.

Los habitantes de las costas de Groenlandia, de Spitzberg y de otras regiones árticas, en la caza de las focas hallan recursos contra las necesidades que les acosan en aquellos climas tan ásperos. Estos animales son para los groenlandeses lo que la vaca y el carnero para nosotros, lo que el cocotero para los habitantes de la mar del Sur, el plátano para los brasileños, etc. Esta es la razon porque entre los groenlandenses goza de una gran consideracion en la sociedad el que sabe manejar con destreza el harpon contra *l'attarsoack* (nombre que en Groenlandia se dá á una especie de foca), y toda la educacion que allí se dá á un hombre, tiene por objeto hacerle hábil en esta caza tan arriesgada por los peligros marítimos que la acompañan. Los groenlandeses tienen varios modos de cazar á las focas. Si lo hacen al mar libre, tratan de sorprenderlas aproximándose en la direccion del viento, y cuando ellas no pueden mirar á los cazadores sin que los brillantes rayos del sol hieran sus ojos, con cuyas precauciones se hallan sorprendidas sin haber visto ni oido á sus perseguidores. Asi que estos se hallan á distancia proporcionada, el harponero arroja á la mas inmediata un dardo, á cuyo mango está atada por medio de una cuerda una vejiga llena de aire. Herida la foca, se sumerje con la velocidad de una flecha, arrastrando tras sí la vejiga, que por su resistencia á sumerjirse, embaraza los movimientos del animal, é indica su vuelta á la superficie para respirar, de modo que los cazadores se hallan advertidos para herirle con repeticion hasta matarle. Otras veces, con gritos y clamores, aturden á las bandadas de focas, las cuales se van al fondo del agua, donde permanecen tanto tiempo, que al volver á la superficie estan como asfixiadas, y son por esta razon fáciles de matar con el dardo ó con la escopeta.

En el invierno, cuando están cubiertas de hielo las bahias frecuentadas por las focas, estas buscan por todas partes agujeros ó grietas para penetrar en el elemento que tanto aman; y á estos agujeros, parecidos á una especie de respiraderos abiertos por la naturaleza en aquella gran bóveda, por el frio construida á la superficie del Océano, es donde las focas van á respirar. Los groenlandeses, agazapados en la nieve al borde de las indicadas aberturas, con la mayor paciencia esperan que las focas lleguen á sacar la cabeza, y entonces dan el golpe con seguridad.—En Escocia, en las orcadas, en las islas de *Shetland* y en todos los escollos de este mar, abundan mucho estos animales, que por lo ordinario se refugian en grutas profundas que el mar ha escavado al pie de las riberas escarpadas. Los cazadores en barquillas ligeras penetran en estos puntos á la luz de hachones y hacen una gran matanza de focas que se hallan sorprendidas ó admiradas en tanta manera de este resplandor á que no están acostumbradas, que se dejan matar á mazadas que les dan sobre la nariz, en cuya parte son mortales los golpes para ellas, como lo son para el perro doméstico. Esta caza se hace en Escocia en lanchas y con escopetas, cuyos cañones están rayados y alargan mucho el tiro. Los cazadores se ocultan detrás de las puntas de las rocas, y en las troneras naturalmente abiertas en las desigualdades de estas murallas apoyan sus largas escopetas, y con aquel acierto que solo pertenece á los cazadores consumados, hieren con un plomo mortal á las focas, que retozan en el agua, á una distancia de mas de 300 pasos. La grasa de las focas, asi como la de las marposas y la de otros cetáceos, se convierte en aceite para las tenerias y el alumbrado; las pieles de las focas, despues de secas al aire, se venden á los zurradores, y aunque no son útiles para suelas de zapatos, guarnecidas de su pelo son buenas para forrar maletas, mochilas, morrales y para hacer gorras y capas impenetrables á la lluvia.

En el dia algunos buques franceses de San-Malo y de Nantes van á la pesca de las focas, que es tan provechosa como la de los cetáceos. Tal vez los armadores de esos buques cometen un error en no traerse los huesos, cuya venta seria segura para la composicion del armoniaco y del carbon animal.

Vida campestre en Inglaterra.

El gusto de los ingleses en el cultivo de la tierra, y lo que llamamos vistas de jardines, es sin igual. Nada hay que imponga mas que el golpe de vista de los parques. Pero lo que mas deleita es la invencion con que adornan los ingleses las residencias sencillas de las clases medias. La habitacion mas rústica, la porcion mas pequeña y árida de tierra, en manos de un inglés que tenga gusto, se convierte en un paraiso. La residencia de la gente fina y rica en el campo, ha esparcido cierto grado de elegancia y gusto en economia rural, aun en las clases mas bajas. Hasta el labrador en su choza de paja, y su pequeño pedazo de tierra, cuida de su adorno. La igualdad de la cerca, el parque de verdura en frente de la puerta, el banco de flores encajonado, la madre-selva recostada sobre la pared, y las flores colgando sobre las celosias; la maceta de flores á la ventana, las siempre-vivas plantadas con la mira de destruir lo lúgubre del invierno y dar el resplandor de verano que alegra la chimenea; todo esto prueba la influencia del gusto, que se esparce desde su elevado origen, y comprende los niveles mas bajos del gusto general.

Si, como dicen los poetas, los amantes se deleitan al entrar en una choza, debe ser en la del labrador inglés. La inclinacion á la vida rural en la clase elevada, ha tenido buen efecto en el carácter nacional. Puede que no haya mejor raza de hombres que los ingleses. En lugar de la afeminacion y delicadeza de los hombres de cierta categoria en otros paises, reunen la fuerza á la elegancia, y una robustez de configuracion y colores, que debe atribuirse á estar espuestos á la intemperie, y al estremo con que se entregan á la vida campestre. El resultado de esta parcialidad de los hombres de gusto á las diversiones rura-

les, ha tenido tambien un efecto estraordinario con respecto á la vida del campo. La mayor parte de la isla es llana, y seria monótona á no ser por lo agradable del cultivo. Pero está adornada, y cubierta de palacios y castillos, y esmaltada de parques y jardines. No abunda en perspectivas grandes y sublimes, sino mas bien en escenas de tranquilidad doméstica, y sosegada quietud. Cada cortijo antiguo, y choza cubierta de musgo, son objetos dignos del pincel; y como el camino da vuelta continuamente y está interrumpida la vista por arboledas y cercas, se recrean los ojos con la variedad de las perspectivas de un modo deleitoso. El verdadero encanto, no obstante, está en los sentimientos de moralidad que parece regir á tanta hermosura. Se asocia á la imaginacion con ideas de órden y tranquilidad, de principios establecidos, de costumbres antiguas y reverenciadas.

Es muy agradable los domingos, cuando las campanas trasmiten sus llamadas al través de los campos sosegados, ver á los campesinos con sus mejores vestidos, aspectos saludables, y modesto regocijo, ocupar alegremente el camino de la iglesia: y no es menos grato por la tarde verlos juntarse á la puerta de sus cabañas, gloriándose aparentemente de las humildes comodidades y bellezas que se han proporcionado con su propio trabajo. Estos sentimientos de patriotismo, esta satisfaccion de amor y cariño son las escenas domésticas, que sobre todo deben considerarse como el origen de las virtudes mas arraigadas, y de los goces mas puros.

Los periodos de la vida humana.

Infancia: de uno á siete años de edad; esta es la de los accidentes, penas, necesidades, sensibilidad. Adolescencia: de ocho á catorce; edad de esperanza, imprevision, curiosidad, impaciencia. Pubertad: de quince á veinte y uno; edad de triunfos y deseos, amor propio, independencia, vanidad. Juventud: de veinte y dos á veinte y ocho; edad de placer, amor, sensualidad, inconstancia, entusiasmo. Virilidad: de veinte y nueve á treinta y cinco; edad de gozos, ambicion y fuego de todas las pasiones. Edad media: de treinta y seis á cuarenta y dos; edad de consistencia, deseo, de fortuna, de gloria y honores. Edad madura: edad de posesion, el reino de la sabiduría, razon y amor de propiedad. Declinacion de la vida: de cincuenta á cincuenta y seis; edad de reflexion, amor de tranquilidad, prevision y prudencia. Principio de vejez: de cincuenta y siete á sesenta y tres; edad de los arrepentimientos, cuidados, inquietudes, mal genio y deseo de gobernarlo todo. Vejez: de sesenta y cuatro á setenta; edad de las enfermedades, exijencia, amor de autoridad, sumision. Decrepitud: de setenta y uno á setenta y siete; edad de avaricia, celos y envidia. Caduquez: de setenta y ocho á ochenta y uno; edad de desconfianza, falta de sentimiento y sospechas. Edad de favor: de ochenta y cinco á noventa y uno; edad de insensibilidad, amor de la adulacion, de atencion é indulgencia. Edad de milagro: de noventa y dos á noventa y ocho; edad de indiferencia, y amor de alabanza. Fenómeno: de noventa y nueve á ciento cinco; edad de insensibilidad, esperanza y la vida postrera.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 21.

Si quieres un dia bueno hazte la barba, un mes bueno mata un puerco, un año bueno cásate, un siempre bueno hazte clérigo.



(Francia.—Castillo de L[illegible].)

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de la Ilustracion, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(El pintor Ducornet.)

HISTORIA DE DOS PIECECITOS.

No faltará alguno que al leer este título espere alguna viva y galante leyenda. Cierto es que basta para inquietar vivamente la imaginacion y lanzarla de un solo golpe á recorrer los mas halagüeños espacios. Sin embargo, nada de galantería habrá en esta historia, y su interés únicamente dependerá de la narracion de la verdad desnuda.

Tal como es, héla aquí:

«Una noche de enero de 1806 que se ocupaban en las brillantes *soirees* del imperio, y en que el cierzo soplaba fuerte y seco para los pobres, en una triste habitacion de la ciudad de Lila, en Flandes, una pobre mujer iba á ser madre. Este grande acontecimiento de familia, ya suceda en plena prosperidad, ya en la fuerza de la desdicha, este desenlace de los sufrimientos es tan consolador, que poderosos y miserables le saludan con bendiciones... En la noche de que hablamos, habia llegado la hora en que las privaciones y los dolores, las angustias y miserias, todo iba á ser olvidado: la mujer habia dado su último quejido, el esposo abrazaba á la madre, cuando una esclamacion del médico sumió en la tristeza á esta pareja apenas consolada. El niño que acababa de recoger no tenia brazos. Este recien llegado á nuestro mundo debia ser un dia el pintor Ducornet.

Como hace mucho tiempo que Ducornet se ha conformado con su suerte, como hace mucho tiempo que por su talento y su generosidad ha librado á sus padres de la pobreza, y como despues de todo, segun él, segun yo y todos los que le conocen, nada le falta para participar de todos los acontecimientos de la vida, hablaré de él alegremente. Desembarcó, pues, en la tierra, configurado de una manera tan original, que desde el primer momento se empezó á hablar de él. Ventaja es esta que envidiarian hoy los amantes de celebridad á toda costa. Habia nacido sin muslos, lo mismo que sin brazos, el tibial estaba unido al bacinete, ó sea á la parte inferior del muslo, como lo estaria el femur que le falta.....

Es todo lo que me permite decir mi ignorancia en materias anatómicas. Añadiré solamente que los pies de Ducornet, gruesos y pequeños, no tienen mas que cuatro dedos; y he podido observar que la falta de un dedo da á los demas mayor libertad para moverse.

Desde la infancia, antes de poder comprender de qué utilidad tan preciosa le serian algun dia, César (un lector de Sterne, padrino irónico, le habia puesto este nombre) consiguió dar á sus pies una gran destreza, jugando á las bochas, al peon y á los demas juegos predilectos de la infancia. Hizo sus primeros estudios con suma facilidad. Sus padres pensaban en dedicarle á alguna profesion propia de sus facultades aparentes, cuando Dumoncelle, profesor del colegio de Lila y hábil calígrafo, emprendió el hacerle un profesor de escritura; pero ya la vocacion artística de César se habia despertado en él.

Desde el momento en que su imaginacion habia podido comprender lo que veian sus ojos, en que su tierna alma se doblegaba á los prestigios del arte, la pintura fué el objeto de su sencilla admiracion.

Bien pronto abandonó los juegos de la infancia, y no encontró mas recreo que en los museos. Entusiasmado con su idea, el profesor Dumoncelle condenaba á César á hacer todo el dia grandes rasgos de pluma, en lo que solo encontraba una mediana diversion, cuando un dia en que habia admirado largo tiempo en el museo de Lila el sublime Cristo de Van-Dick, se dijo firmemente que seria pintor, y nada mas que pintor, costara lo que quisiera. En Ducornet la fuerza perseverante y la energía del hombre moral compensan ámpliamente lo que falta al hombre físico; así es que desde que tomó la heróica resolucion de dedicarse al arte, de que al parecer le alejaba mas la naturaleza, no dudó un momento en su porvenir; y para empezar sus estudios lineales, no hizo mas que figurar por el método de Callot, segun sus monotonos cuadernos de escritura. Esto no era todo lo que querian Dumoncelle y su vanidad de calígrafo, y el profesor se quejó; ¡pero admiremos la serie de casualidades con que la Providencia llena la vida de sus elegidos! Dumoncelle dió sus quejas de las faltas de escritura de su rebelde discípulo, precisamente á Watteau, entonces director de la escuela de dibujo de Lila. Watteau examinó atentamente aquellos rasgos, y el resultado de este exámen fué la admision de Ducornet en la escuela. Diez y ocho meses despues, César habia conseguido todos los premios.

Algunos años mas tarde, el duque de Angulema pasó á Lila; nuestro héroe — se supone que hablo de Ducornet — que acababa de obtener la medalla de plata en la esposicion de Donai, le regaló una bellísima copia de aquel Cristo de Van-Dick que le habia despertado su vocacion. El príncipe, sorprendido y encantado de encontrar un talento ya bien notable bajo un esterior tan estraño, propuso á César llevársele á Paris. César lo rehusó, porque no queria separarse de su ciudad natal sin haber obtenido en ella el premio mayor. Su naciente ambicion se limitaba, como se vé, á resultados nobles y magnánimos. En el mismo año se cumplieron los votos del jóven pintor, y se puso en camino para Paris.

Paris, que merece verdaderamente tantos cánticos como sátiras; Paris, de que debiamos limitarnos á decir que se parece á una orgullosa beldad que tiene tantos vicios como virtudes, tantos caprichos como entusiasmos, tantas rarezas como pasiones, Paris acogió bien esta gloria naciente. Ducornet fué admitido en la Academia de bellas artes como discípulo de Gerard y Lethiers. Mereció y obtuvo, lo que es mas raro, una medalla de tercera clase; despues una de segunda; luego una pension en la lista civil, y por último el encargo por M. de Labourdonnaye, ministro de lo interior, de un cuadro que consiguió todos los votos, y que figura en la actualidad en el museo de Lila, y es *S. Luis haciendo justicias bajo una encina.*

En 1829 fué admitido al concurso del gran premio de Roma, y obtuvo el *accesit.*

Su cuadro de concurso *Jacob rehusando entregar su hijo Benjamin*, fué espuesto en beneficio de los pobres, al mismo tiempo que otros muchos cuadros, en una galería que despues se cerró.

Allí el lienzo de Ducornet dió lugar á una escena trágica entre un lord, entusiasta por las pinturas, y el guardian de la iglesia: lord B... miraba con admiracion al patriarca y su familia, cuando el guardian, que entre paréntesis no tenia mas que un brazo, y al que le atraia siempre hácia este cuadro una rara simpatía, emprendió la narracion de que se debia aquella obra á un pintor sin brazos. Lord B... á penas comprendió al principio; pero despues que se enteró, miró al atrevido con flemático desden y volvió á su silencio admirador. El conserge, creyendo que se habia esplicado mal, contó de nuevo su historia. Esta vez se dignó contestarle el lord; pero fué por medio de una elocuente puñada. Sorprendido tanto como amilanado por este argumento *ad hominem*, quiso replicar el guardian con su único brazo; pero el lord era gran retórico, es decir, muy robusto, y se desembarazó del impertinente por una conclusion rápida y sustancial, y salió furioso. Aquella tarde contó su aventura el lord en la mesa del hotel de Príncipes, y algunas personas le afirmaron que era cierto, con cuyo motivo se reprodujo su furor, y en aquella misma noche abandonó el hotel. Conocia algunos artistas en Paris, y fué á verlos al dia siguiente y les habló de Ducornet, y todos le repitieron lo mismo, ofreciéndole conducirle á su casa. El inglés se creyó entonces juguete de una vasta mistificacion, y abandonó á Paris en el estado de desesperacion mas lamentable.

Favoreciendo el sentimiento filial y de gratitud que Ducornet conserva á la ciudad de Lila, Luis Felipe le encargó en 1832 un retrato suyo para aquella ciudad. Pintando este cuadro fué cuando, incomodado por la ausencia de su padre, que siempre le acompaña, y no pudiendo alcanzar con el pié á lo alto del lienzo, asió violentamente el pincel con los dientes, y pintó de este modo por primera vez tan maravillosamente como lo habia hecho con el pié.

Lo que caracteriza sobre todo el talento de este estraño artista, es la poesía, la animacion, el pensamiento que domina en todas sus composiciones, y tambien la magnificencia del colorido qué posee en sumo grado. Sus principales obras son: *los tratantes de esclavos*, en el museo de Arras; *el Tasso y Leonor; Fausto y Margarita; un episodio del sitio de Amberes; Enrique II en el castillo de Eu; Sidikamdan, ex-general aga de árabes en Argel; la Magdalena á los pies de Cristo; el interior de una iglesia; la muerte de Magdalena; Cristo en el sepulcro; el descanso de la Santa Familia en Egipto; San Dionisio predicando en las Galias; la vision de Sta. Filomena; el Credo; el general Negrier*, hecho despues de muerto este, y ofrecido á los artilleros de Lila. En reconocimiento de este presente, los artilleros han encargado á Ducornet el retrato de Saint-Leger, su comandante, el cual acaba de concluirse. Me falta añadir un *et cœtera* á este glorioso nomenclator, porque seria muy largo citarlo todo.

En la próxima esposicion se admirará tal vez el cuadro que acaba en este momento nuestro pintor por encargo especial del ministro del interior; es *Gloria in altissimis Deo.*

Ahora que hemos contado los trabajos del pintor y bosquejado su historia, ¿no adivinais como yo el poder de la voluntad humana?... Ella ha hecho que este hombre que al venir al mundo parece que no tenia ningun elemento de existencia, haya llegado á crearse un porvenir, un talento, un nombre, una gloria! ¡Y esto, porque ha sabido querer como debe aprenderse á querer! ¿No es este el triunfo mas brillante de fuerza intelectual?....

Algunas palabras mas pintarán con mas exactitud á Ducornet: su estatura no tendrá probablemente mas que unos tres pies y medio; sobre un cuerpo de mediana fuerza, tiene una cabeza fuerte, pero hermosa; si debemos creer á la frenología, su organizacion es verdaderamente notable; su voz notablemente sonora, y su conversacion viva y espiritual, sembrada de agudezas y pensamientos felices.

Cuando un estrangero va á visitarle por primera vez, se imagina

en razon á su rara configuracion que se hallará con algun espectáculo repugnante á la vista. Felizmente se desengaña desde el momento en que ve á Cesar con su pincel en un pie y la paleta en el otro. Su aspecto es verdaderamente pintoresco, y sabemos que muchas hermosas y de clases distinguidas vienen con frecuencia á verle y les agrada el conversar con él; en cuanto á mí, recibo siempre con verdadero placer y franca efusion en cambio de mi mano el pié de mi amigo.

Desde el nacimiento de Ducornet, no se ha separado su padre de su lado; sus dos existencias se han confundido realmente en una sola. Para no alterar la delicadeza de sus pies, el artista no debe andar, y su padre se ha encargado de llevarle siempre en brazos. Suple alegremente todo lo que puede faltar á su hijo. No es fácil ver al uno sin el otro; y el mayor disgusto de los dos ha sido la temporada del concurso para el gran premio de Roma, en que César tuvo que permanecer durante tres meses solo en una habitacion. Para decirlo en una palabra, es la encarnacion de la imágen de Victor Hugo.

Una alma en dos cuerpos.

El retrato que presentamos está dibujado en la madera *por el pié* del mismo Ducornet.

LA MONTAÑA MALDITA.

(TRADICION SUIZA.)

Aun no era llegada la estacion de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el mas riguroso invierno. Jamás se habia visto en Suiza un tiempo tan nebuloso y frio en aquella época del año. Marchitas aparecian ya las herbosas faldas de sus magnificas cordilleras; oiase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas, haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debian convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; y se precipitaba ya por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, que á manera de vellon alfombraba el seno de muchos de sus mas fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores: en las de clima mas benigno, luchaba todavia la vejetacion contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquella iba á consumarse muy pronto. ¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasion de tan rigido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta que aun no vé concluida la humilde casita de madera que levanta con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos dias!

Mas nada les importa á los ricos la estemporánea crudeza de la estacion. Dígalo sino Walter Muller, el opulento propietario de la *Blümlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets* (1). Dígalo Walter Muller, que guarda en sus graneros provision bastante para abastecer á un ejército durante un año de carestia, y que quema mas leña en sus cocinas y chimeneas en un solo dia, que la que ha menester Marta para construir diez casas, tres veces mayores que aquella que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos durante tan largo periodo de su laboriosa vida. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo bajo el cual abrigarse; Marta, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras agenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los dias de su vejez, Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado con su leche, robustecido á precio de sus sudores! Marta espió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasia á un pérfido y traidor amante, y está espiando todavia, despues de otros veinte años de abandono y de miseria, la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predileccion al desnaturalizado Walter. Esos veinte años que han pasado desde que dejó el lado de su madre, le han bastado para hacerse riquisimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blümlisalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña mas fértil y florida que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blümlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros dias (2). Pero Marta no osa llegar á la Blümlisalp, temerosa de desagradar á su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanias de la florida montaña, y en contemplar á distancia sus laderas riquisimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario. Desde que Walter dejó á su madre para entrar al servicio de un ganadero del pais, pocas veces han vuelto á verse de cerca. Marta habia consumido su modesto patrimonio en la crianza y educacion de aquel hijo, y cuando tuvo este quince años, y vió á Marta arruinada y escasa de salud, quiso buscarse por sí mismo medios de subsistencia, y aconsejó á su madre que imitando su ejemplo, se proporcionara trabajo en las queseras de sus vecinos. Marta lo hizo así para no ser gravosa á su hijo, y llena de gozo al saber, poco tiempo despues, la creciente prosperidad de aquel, sufria con paciencia todos sus propios trabajos y el disgusto de no ver sino muy de tarde en tarde al único objeto de su exaltado cariño. A medida que se acrecentaba la riqueza de Walter, se aumentaba tambien el frio despego con que miraba á Marta, y llegó á ser tan evidente para la pobre mujer el desabrimiento con que era recibida, que escaseó mas sus visitas á Blümlisalp, y últimamente se fué á servir á un ganadero que moraba á seis leguas de distancia, queriendo á toda costa complacer al ingrato á quien su vecindad desagradaba. Diez años despues, cuando ya era Walter Muller el primer propietario de la comarca, volvió Marta á aproximarse á la Blümlisalp, con la intencion, como hemos dicho antes, de construirse una casita con sus pequeños ahorros, y pasar sus últimos años cerca, ya que no al lado, de aquel tan amado como desagradecido hijo. Supo Walter la llegada de Marta, mas parecia olvidarse hasta de haberla conocido, y tan áspero fué el recibimiento que la hizo cuando volvió á verla despues de veinte años de no vivir á su lado, y diez de separacion absoluta, que la infortunada vieja, llena de timidez y de dolor, no se atrevió desde entonces á presentarse á su vista.

¿Era, por ventura, la avaricia la que inspiraba á Walter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debia la existencia? ¿Temia acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana escusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blümlisalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el intimo placer de aliviar las desventuras agenas, gusta Walter de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanias, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa: si obsequia con un baile campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas en las que siempre se acredita de galan y rumboso: si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta estravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y á la que ha mandado construir un establo tan estenso y tan rico que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta, como único dueño, el gallardo animal, por quien manifiesta el ganadero predileccion decidida; de él la sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres dedicados esclusivamente á su servicio; y en él la visita Walter todos los dias, haciéndola cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es frio y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, en alguna de las muchas veces que vé á su ternera blanca tan magnificamente alojada; jamás al preparar los abrigos de la bestia favorita se le ha venido á la mente la miseria y abandono en que se encuentra aquella que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increible se hace semejante indiferencia en el corazon de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana, agriada por el infortunio, se haya vuelto regañona y arisca hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; porque cuantos la conocen ponderan la blandura de su condicion, y los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. ¿Será que los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! el gran pecado de aquella infeliz muger no es otro que su escesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Será que se avergüenza este de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que la castiga por una falta de que ha sido fruto él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud, aunque haya sido Marta tan escelente madre y haya espiado con tantos sufrimientos la culpa de su juventud, que se hagan inescusables semejantes sentimientos en el corazon de su hijo. Cualquiera, empero, que sea la causa, no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada vieja, y en el inclemente otoño, de que hemos hablado, se cuida mas de su ternera blanca que de la desvalida madre que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

(1) *Chalet* es el nombre que se da en Suiza, como en otra novelita hemos dicho, á unas casas de madera en que se aposentan pastores y ganados durante el mal tiempo.

(2) *Blümlisalp* significa *montaña florida ó floreciente*.

—Habito, decía jactanciosamente el propietario de la Blümlisalp, en la mas fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la mas hermosa res que ha pacido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un dia su vecino Nicolás Heber, porque tambien os ha dado la madre mas buena que existe en el mundo.

Walter se desentendió, y mas nunca desde entonces volvió á convidar á Nicolás á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era aquella una apariencia engañosa. —Mi Walter, solia decir, es algo raro: cualquiera creeria que no me amaba, observando su comportamiento, mas yo tengo pruebas incontestables de su secreta ternura. Cuando solo contaba ocho años mi adorado niño, fui postrada en cama por una larga y penosa enfermedad, y él se pasaba los dias llorando á mi cabecera: verdad es que desde entonces dió muestras de la singularidad de su índole, pues tratando una vez de consolarlo asegurándole que no padecia, que me encontraba mejor, me dijo con desenfado: —¿Acaso lloro por eso, ó porque desde que no trabajais no tengo merienda que ofrecer á mis amigos? —Y era, añadia la cándida vieja, que le daba vergüenza confesar su ternura, pues siempre ha sido muy reservado en este punto. En otra ocasion dí una gran caida bajando de un granero, y todo el dia se estuvo dando alaridos el pobrecito sin querer alimentarse. Siempre que referia Marta este segundo rasgo del cariño filial de Walter Muller, se olvidaba de advertir que habia ocurrido aquel suceso en el mismo dia en que se celebraba una gran fiesta en cierto lugaron cercano, y que á causa de su caida el chico se habia visto privado de asistir á ella como se le tenia ofrecido.

Algunas comadres solian preguntarle, maliciosamente, por qué tenia el capricho de no querer vivir con un hijo tan escelente como pintaba al suyo.

—¿Qué quereis? respondia Marta: por mucho que se quieran dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo de continuo, y él por su parte se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si llevando mas lejos la curiosidad, ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuánto ascendia la pension que le tenia señalada su opulento hijo para que pasase con comodidad y sosiego su achacosa vejez, contestaba con prontitud que le era tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas le permitian. Tengo lo necesario, añadia, y no he menester que Walter se prive de nada para dármelo á mí: bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la providencia; pero soy mas dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase colmada de sus dones una vejez ociosa, sintiéndome agil todavía.

Así se espresaba por lo comun la desgraciada madre, mas sufria mucho en su interior por el despego de su hijo, y se quejaba amargamente al cielo cuando podia hacerlo sin testigos. —¿Qué le he hecho, Dios mio, esclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra, y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?— En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurría á Marta que estaba escitando con ellas la indignacion de Dios contra su hijo, y solia interrumpirse bruscamente poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter.— Yo lo he echado á perder, bendito Dios, prorrumpia sollozando: yo soy la única persona criminal y digna de castigo. He sido una madre débil, y obrais con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque no hace mas que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegacion de Marta no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy lejos todavía de encontrarse habitable. ¿Por qué no recurrir á mi hijo? se dijo últimamente á sí misma: acaso ignora que me hallo sin asilo; que paso estas frias noches guarecida por caridad de los pastores en algun establo de vacas. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladron, para verle de lejos cuando sale á cazar con su rico trage verde, con el que está tan hermoso? No por cierto: iré á abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando estuve á verle, hace dos meses, del enojo que le causaria el que me presentase tan uraña y tan encogida: hasta los criados se reian de aquella mi necia turbacion, que me daria sin duda el aspecto de una estúpida. Pues no: lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡soy su madre!, y entraré sin esperar permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy á vivir á su lado hasta que se concluya mi casita.—Venid en buen hora, me dirá: ¿qué otra contestacion puede darme? No es mi ánimo abusar de su bondad; se lo haré entender: no pienso alterar por mucho tiempo con mi presencia sus hábitos de solteron. Nos volveremos á separar tan pronto como yo tenga mi asilo, pero le confesaré que he gastado en construirlo todos mis ahorrillos, y me dará algo con que ir pasando. Nunca me he atrevido á decirle que estoy muy pobre, y que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la cortedad de mi vista. Esta vez le hablaré muy claro; se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos lo creen: ¡qué dicha la mia si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! si puedo decir en alta voz: ¡Walter Muller es un hombre de bien á carta acabada, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia!

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el dia 26 de octubre, en que cumplian treinta y cinco años del nacimiento de aquel. Tambien el amor maternal tiene sus coqueterias, así es que la buena mujer pasó toda una semana preparando sus atavíos para aquella solemne y suspirada entrevista. Arregló lo mejor que pudo la saya de bayeta verde y el corpiño de pana que habia estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entonces como una preciosa reliquia.

—No hay para qué avergonzarlo, decia, presentándome á él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el dia mas feliz de mi vida: el dia en que lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que recibiera la gracia del bautismo.

Llegado el 26 de octubre se hizo peinar Marta por una de las mas hábiles muchachas de aquellos contornos: colocó sobre sus cabellos grises, alisados y entretegidos con cintas de estambre, una gran cofia blanca con abultados follages; vistió su trage verde de corpiño negro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su baston de viage con regaton de hierro, y emprendió su marcha á la mitad del dia, despues de encomendarse á los santos de su particular devocion, y muy especialmente á la bienaventurada Vírgen.

Se proponia llegar á la casa de Walter en la misma hora que lo habia echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al observar que el dia, que amaneciera sereno, se iba anublando á toda prisa, comenzando á soplar un viento recio y frio que hacia en estremo desagradable y fatigante la ascension de la montaña.

Walter, mientras tanto reposaba de las gratas fatigas de la noche anterior, en que habia solemnizado con baile y opípara cena la víspera de su cumpleaños. Eran mas de las dos de la tarde cuando dejó por fin sus mullidos colchones, y viendo lo desapacible del tiempo, y que caia menuda, pero incesante lluvia, mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; pues desistia de su primera intencion, que era celebrarla con sus pastores en los bosquecillos que bordan todavía las amenas orillas del lago *Oeschi*. Por merced estraordinaria, y en gracia de la festividad del dia, admitió á su mesa el altivo propietario á sus criados favoritos, y duró dos horas el banquete con que le plugo refocilarlos.

¡Viva Walter! ¡viva el generoso ganadero de la hermosa Blümlisalp! gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo, que apenas habia probado los añejos vinos, ni los variados manjares, fastidiado ya de su propia opulencia, fué á tenderse bostezando en un ancho sillon cerca del fuego, mientras sus servidores lo encomiaban á porfía, tambaleándose unos, tiesos otros como postes, para dar prueba de que no les hacia efecto la calidad y cantidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos.— ¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oir caer el agua y silbar al viento, estando al abrigo de un robusto techo, y al calor confortante de una buena chimenea!

—¡Pero qué desagradable debe ser semejante tiempo, respondió el pastor Franz que se habia acurrucado á sus pies, para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¡Quita allá con tus reflexiones, borrachon! esclamó Walter: nunca falta techo y hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen que se haga mencion de ellos.

En aquel instante entró otro pastor á quien prestaban atrevimiento los vapores del vino.—Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué diablo se le ofrece? preguntó el ganadero acomodándose mejor en su gran sillon.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo: querrá echar un trago á vuestra salud, y por San Beat que bien lo ha menester, pues está tiritando de frio.

El propietario de Blümlisalp se removió de nuevo en su sitial, como si le picasen chinches, y dijo luego con desabrido tono:—¡Pues bien! llevadla vosotros á la cocina y que se caliente y se refocile como mejor le parezca.

Obediente á esta órden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo menos posible, cuando sin aguardar contestacion se presentó la vieja en aquella estancia, empapado

sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

—¡Señora! esclamó Walter: ¿qué venis á hacer aquí con un tiempo como este?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mio, y la que te dió á luz en esta misma hora no debia dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era escusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre: pero ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apenas sostenerse: descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y es la única gracia que te pido, que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohin de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y espresó con una seña que permitia á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frio, á la fatiga y á la emocion de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un dia tan malo: si algo necesitábais pudisteis decírselo á vuestra compadre Heber, que me vé con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo, era verte y oirte, hijo mio, repuso con timidez y turbacion la desgraciada madre.

—¿Y qué pensais hacer ahora? esclamó el ganadero: ¿cómo regresaréis á vuestra casa con un tiempo tan atroz?—No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harias la merced de recibirme en la tuya hasta que...—Walter no la dejó acabar la comenzada frase.—¡Imposible! esclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar mas de eso. Os daré algun dinero para que os proporcioneis asilo, pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza, la prestó momentánea energía, y con voz mas firme que hasta entonces, pronunció estas palabras.—¿Me arrojarás de tu hogar, á mí, á tu madre, en el mismo dia, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo para modelo de ingratitud y de barbarie? ¡Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan intempestiva visita. ¿Reconvenciones ahora?.. ¿cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojásteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien, sino porque era fortuita consecuencia de haberos vos divertido; y cuando á fuerza de trabajos he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, venis á recordármelo con impudencia, y me acusais de ingratitud porque no me postro á vuestros estravagantes caprichos. ¡Acabemos, señora! si quereis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiqueis; pero dejadme tranquilo y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡cruel! prorrumpió la anciana con indescribible acento: mátame y no me hables así. ¿Quieres afrentarme delante de tus criados?.... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! dijo con ademan imperioso el inhumano hijo.

—¡Walter! tornó á esclamar Marta: ¡tienes el corazon de un tigre! sin duda he cometido imperdonable delito al dar existencia á un mónstruo como tú.

—¡Marchaos! volvió á gritar Muller con gesto amenazador: no me obligueis á trataros como no quisiera. ¡Marchaos pronto, señora, y no volvais jamás á poneros en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y perdiendo la dignidad que por un momento le prestaran la indignacion y el dolor, se abatió completamente hasta recurrir á la mas humilde súplica.

—¡No me arrojes de tu casa, hijo mio! dijo juntando sus manos. Mira, ¡ya es de noche! ¡está lloviendo... hace frio! ¡no me arrojes de tu casa á semejante hora, con este crudo tiempo! ¡ten compasion de tu madre! Perdóname si te he ofendido: yo te amo, Walter, como á las niñas de mis ojos... tú eres lo único que amo en este mundo: no seas implacable conmigo. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas; que te has criado á mis pechos, y que he trabajado quince años para que nada te faltase. Si ahora soy un ser inútil, una vieja impertinente; ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejeis tranquilo! ¡Vive Dios! esclamó el ganadero dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á la pobre vieja, que se echaron á reir los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena. Marta, empero, no recobró con todo esto su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apenas sea de dia: me iré, Walter, te lo prometo, repetia la infeliz. Solo te pido que me dejes pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea mas que por ser aniversario de la primera que tú pasaste en mis brazos. Si no quieres verme me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, yo me iré con ella: dormiré á su lado, y te la cuidaré, hijo mio. Ya sé que es un gallardo animal que te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedis! dijo Walter con una carcajada que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!.. Tened entendido que ese establo es un palacio, segun lo llaman en el país, y que reina en él, con propiedad absoluta y esclusiva, mi hermosísima ternera. Nadie entra allí, señora; nadie sino yo y los servidores de mi favorita: así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga mas oscura la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras; aun se reian los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento que aumentaba por instantes su espantosa violencia: de repente se pone en pie la anciana, cuya estatura parece haber crecido segun le presta magestad la espresion estraordinaria é imponente que adquiere de improviso toda su persona. A la rojiza luz que levantan en aquel momento los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que escapándose de la cofia se estienden empapados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear bajo dos cejas contraidas por la indignacion los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado al fin vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperacion; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y robusta que domina los bramidos de la tormenta: *Maldito seas!* pronuncia lentamente. *Malditas tus riquezas y la montaña que habitas.*

No dice mas: nadie osa responderle: todo queda sumido en pavoroso silencio, y ella sale de aquella inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda: la llovizna incesante; el viento penetrante y frio: Marta comienza, sin embargo, á bajar la montaña con paso firme, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas laderas, tan celebradas por su fertilidad y lozanía, se van cubriendo de un manto de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los pies de la vieja se asientan en el último recuesto, un estrépito horroso arranca de su tranquilo sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blümlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al dia siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro y dolor un espectáculo estraordinario. *La Montaña florida* se habia convertido en horrible monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y de los enormes trozos de piedra desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del norte. Bajo aquellos fragmentos yacian sepultados tambien Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destruccion habia sido completa!

Al pie de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradicion asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en valde esperaron aquellas buenas gentes un año y otro año, un lustro y otro lustro que volviese á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blumlisalp.* Jamás desde entonces se han derretido sus perdurables nieves; jamás yerba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamás han vuelto á trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del país á quienes sorprende la noche por aquellas cercanías, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de *la montaña maldita.* Sin embargo, todavía la designan los guias de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros dias *la montaña florida*, la célebre *Blumlisalp!*

G. G. DE AVELLANEDA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

Todavía las bodas de la infanta doña María.

No bien habia llegado Luisa Sigea á su habitacion llevando en sus manos el perdon de Luis de Camoens, cuando le dieron la órden de pasar al cuarto de la infanta doña María.

Hallola pálida y abatida. Su tono, bien diferente del que habia empleado la víspera para despedir á la Sigea, tenia algo de doliente y de humilde.

Hizola señal de que se sentara, y apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar alguna cosa que temia decir. Por dos veces se movieron sus lábios para articular una palabra, y por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo y dijo:

—¿La persona á quien yo he denunciado está moribunda, no es verdad?

—¡Señora! esclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

—Sí, al fin le denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentia como remordimientos... bajé al jardin para respirar el aire fresco, y... ¡Virgen Santa!... ¡el suelo estaba regado de sangre!... Llamo á los guardias... pregunto... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

—¿Pero ese caballero?...

—Don Mariano Enriquez.

—¡Dios mio!

—¡Ay! al saber esto corrí desatentada á encerrarme en mi gabinete, y he estado como loca hasta que me resolví á llamarte. Es preciso, Luisa, vengar á ese desgraciado. Es preciso pedir al rey el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar á un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exigente lo he espuesto á ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, y quiero que se le castigue, y que tú misma vayas á pedir justicia al rey: justicia para un compatriota, para un español.

—¡Señora! respondió Luisa con voz sombría. Lo que ordena vuestra alteza es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

—¡Luisa!

—Porque el agresor es Luis de Camoens, y acabo de alcanzar su perdon.

—¿Y eres tú, mujer cruel, la que dijiste amar al español? esclamó la infanta mirando con sorpresa y con indignacion á su maestra.

—Yo, señora, la que le amo.

—Sí, continuó doña María con una amarga sonrisa; el amor de la filósofa, de la sábia... está herido, está moribundo, y corres á los pies del rey á pedirle el perdon de su asesino porque es un poeta. ¡Mísera vanidad de la gloria que sobreponeis á la justicia! Está bien, perdone el rey al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

—Señora, me juzgais sin oirme. Yo ignoraba quién fuese el herido por la mano de Camoens, y pedí al rey su perdon porque me lo rogó una dama, y porque Luis de Camoens necesita la vida y la libertad para gloria de vuestro reino...

—Pero ya que sabes que él es culpable...

—Iré tambien á llevarle el perdon. Señora: mi mano, rebelde para escribir la denuncia de un español, es dócil para trasmitir el perdon de un portugués.

Yo no obedezco á los príncipes cuando estos quieren perder á un inocente; pero sirvo á los reyes cuando quieren salvar á un culpado. No quise hacer daño al que amaba; pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó á que la infanta la despidiese para ir á llevar el perdon á Camoens; pero la infanta, con los ojos bajos y entregada á una meditacion profunda, parecia haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pie, hasta que doña María pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, y entonces movió la cabeza para despedirla, y se halló frente á frente con el infante cardenal que estaba detenido á la puerta del gabinete.

Salió Luisa, y doña María recibió á su hermano con una sonrisa glacial.

—El obispo de Agda, dijo el infante cardenal, vendrá dentro de media hora por vuestra respuesta.

—¿Para qué, D. Enrique? ¿No es el rey el que ha formado estas bodas? O mejor dicho, ¿no es el embajador el que las ha ordenadó?

—Pero el sí debeis darle vos, hermana mia. El embajador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

—¡Hipócrita política, hermano mio! no solo se dispone de la mano de los príncipes, sino que se les obliga á que mientan. ¡Preferible es la hoguera del Santo Oficio, porque al fin allí la víctima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

—¿Quién sabe, hermana mia, si amareis á D. Felipe?

—Nunca; he visto su retrato. Su perfil me asusta.

—¡Es posible!..

—Hay algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la copia aterra su fisonomía. ¿Qué será en el original?

—Espero, doña María, que vuestra preocupacion se desvanezca cuando le conozcais.

—Espero, D. Enrique, de la proteccion de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

—¿Osareis rehusar?...

—Yo no rehuso nada; seré como siempre, dócil: pero vereis como mis bodas se desbaratan.

—Hoy aceptais y mañana partimos.

—¡Mucho confiais en mi desgracia!

—¡Mucho temeis de la fortuna!

—¡Fortuna será que quede libre!

—¡Desgracia será que no os saluden reina!

—¡Corona de martirio!

—¡Corona de gloria!

—¿Sois ambicioso, hermano mio?

—Me predijo una hechicera que seria rey, hermana mia, y mandé quemar á la hechicera.

—¿Porque no se habia cumplido su augurio?

—Porque no se cumpliera.

—¿Pues cómo quereis que sea yo reina, temiéndolo vos?

—Porque seriais una buena reina en España y yo un mal rey en Portugal.

—Lisongero estais á fé mia.

—Os hablo ingenuamente; es muy difícil ser sucesor de D. Manuel el Grande: su memoria hace á D. Juan pequeño.

—Mas difícil es aun llevar con magestad una corona donde asombró al mundo con la suya doña Isabel la Católica.

—Sí, es verdad: doña Isabel fué muy grande. A ella se debe la institucion de nuestro Santo Tribunal.

—¡Ay! ¡ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado, no contáramos ese...

—¡Justo Dios! ¿qué oigo, doña María? ¿vos pensais así? ¿me engañan mis oidos?

—¡Horribles hogueras donde se abrasan las criaturas!...

—¡Silencio, silencio! ¿criaturas llamais á los bereges?

—Yo os he visto llorar, hermano mio, cuandó se ha verificado un auto de fé en que se quemaba á los bereges.

—¡Oh! porque yo tampoco soy perfecto, hermana mia: porque yo tambien soy débil algunas veces.

—Porque sois bueno; porque os horroriza como á mí aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os despedaza las entrañas ver sus gestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

—Basta, basta: no me recordeis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios; pero no las recordemos...

—Sí, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente á quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mio, de mi denuncia contra el español?

—El tribunal os ha declarado buena católica.

—Gracias, D. Enrique... ¿pero á él?...

—Era ya necesaria una prueba de estas para rehabilitaros: para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los príncipes portugueses ayudan al Santo Tribunal. Cortesanos imprudentes habian comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

—¿Y han absuelto?...

—De un idólatra digno del mas severo castigo...

—¡Qué he hecho! esclamó la infanta cruzando las manos.

—Vuestro deber.

—¿Y le condenareis?

El infante cardenal guardó silencio; pero harta respuesta era el ceño que anubló su semblante.

—¿Le condenareis? repitió la infanta con voz trémula. ¡Ah, si así fuese, D. Enrique, tendria derecho para execrar al tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavía mas oscura cubrió el rostro del infante cardenal; miró fija y severamente á su hermana un largo espacio, y luego la dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa y blanda como lo era, si no destemplada y dura.

—Vuestra razon estraviada os está haciendo proferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del oido, os pudierais á vos misma oir, os morderiais la lengua. Reponeos, doña María, y abandonad un asunto estraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde á una ilustre princesa. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los lábios de la infanta temblaron con una violenta sonrisa, y una palidez siniestra cubrió sus megillas.

—Don Enrique, no temais que falte á mi deber, contestó con dignidad; pero decidme qué castigo preparais al reo.

—La hoguera, señora.

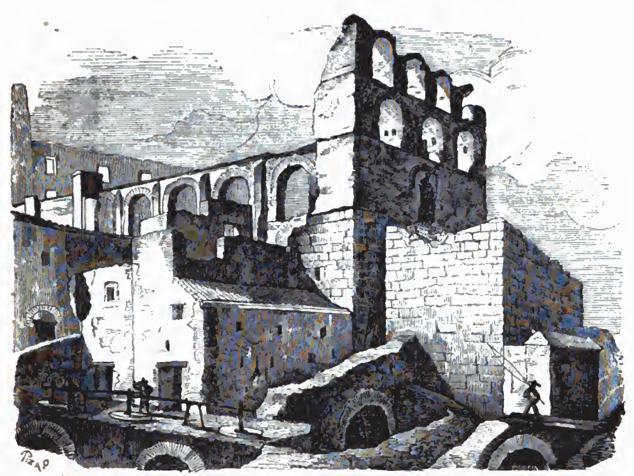
—Gracias, respondió la infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreir.

Oyóse en esto anunciar al obispo de Agda.

Entró el prelado: doña María se levantó y fué á tomar su mano, pero faltó tierra á sus pies, luz á sus ojos, vida á su corazon, y cayó exánime.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Ruinas del Artificio de Juanelo.)

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

Aunque ya han desaparecido, al menos tales como antes se conocian, mucha parte de las antiguas dignidades seglares de Castilla y Leon, habiendo solo quedado como títulos de honor y distincion en las casas en donde en un principio radicaron; sin embargo, no es tan despreciable su recuerdo que no merezca un lugar preferente en la historia y en las columnas del SEMANARIO. Las altas funciones de estos dignatarios, los hechos de armas y otros notables acontecimientos que van unidos á sus nombres ó ilustre descendencia, no dejan de llamar la atencion, mucho mas hablándose de épocas antiguas, donde todo es interesante y curioso.

Comenzaremos en este artículo nuestro trabajo por la dignidad de alcaide de los donceles, radicada hoy en la ilustrísima y gloriosa casa de Córdoba, y su actual poseedor en una de sus infinitas ramas el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, como descendiente del primero que obtuvo aquel honor y señalada preeminencia.

La palabra *doncel*, derivada segun algunos de *dominus* ó *domicellus*, diminutivo de señor; y segun otros, y es lo mas probable, de *adolescens*, significa *jóven* ó *mancebo*, y se aplicó desde el siglo XII, que es cuando comienza á sonar en nuestras historias, á ciertos jóvenes de casas ilustres que desde su tierna edad comenzaban á servir de pajes á los reyes, y despues, quedándose con ese nombre, los acompañaban en la guerra, lo cual hizo creer á Salazar de Mendoza, en su obra de las *Dignidades seglares de Castilla y Leon*, que los donceles no eran pajes de los reyes, y sí gente de guerra, aunque criados en su palacio.

Ya en los tiempos de D. Enrique I, que sucedió de corta edad en la corona á su padre D. Alonso, se hace mencion de los donceles que le acompañaban y asistian, y en cuya compañía murió desgraciadamente, jugando con ellos, por motivo de su corta edad. Así se espresa su crónica, y lo consigna Argote en su *Nobiliario de Andalucía*: «Jugando (D. Enrique) conforme á su edad con sus donceles, uno de ellos, del linage de Mendoza, tirando una tejuela á una torre, dió en el tejado de una casa, del cual cayó una teja que hirió en la cabeza al rey, de lo que dentro de diez dias murió.»

Los donceles ó pajes de los reyes fueron siempre personas ilustres y de las mejores casas de Castilla. En nuestras historias consta que lo fué de D. Enrique III, llamado el Doliente, el célebre D. Pedro Niño, conde de Buelna, de quien hay crónica escrita; D. Alvaro de Luna, gran privado de D. Juan II, que terminó sus dias en un cadalso, y el acreditado escritor mosen Diego Valera, fuéronlo tambien del mismo rey.

En esta misma época, el tener donceles á su servicio, considerados en cierto modo como pajes, no era privativo de los reyes; pues en el testamento del cardenal D. Gil de Albornoz, otorgado en Viterbo el 29 de setiembre de 1364, y que trae copiado Juan Ginés de Sepúlveda, hay una cláusula que dice así: «Item mando á cada uno de los donceles sesenta florines; á los otros oficiales y palafreneros mios y á los pajes de los oficiales, á cada uno treinta florines, etc., y á cada uno de los pajes de los garzones quince florines.»

Con motivo de crear D. Juan II á su primogénito D. Enrique príncipe de Jaen, y darle el señorío y jurisdiccion completa de toda esa tierra en calidad de feudo y mayorazgo, por su grande importancia como fronteriza á los moros que por allí hacian sus invasiones, sobre lo cual se despacharon las provisiones necesarias en 20 de octubre de 1444, segun asegura el citado Argote, entraron en servicio del príncipe muchos jóvenes de la nobleza de Andalucía, entre los cuales se cuentan como mas notables, y como criados en su palacio y casa, D. Beltran de la Cueva, que fué su gran privado despues que llegó aquel á ser rey; D. Miguel Lucas, condestable de Castilla; D. Juan de Valenzuela, gran prior de San Juan, y otros muchos que seria largo enumerar.

Ya que incidentalmente se ha tocado este punto, advertiremos á nuestros lectores que observen de paso que la singularidad de haber obtenido nuestros príncipes herederos en la corona el feudo y señorío

de Jaen y su territorio, á semejanza del de Asturias, que aun se conserva vinculado, es noticia poco conocida y rara, quizá por la razon del corto tiempo que duró esta investidura; pues en la sucesion siguiente ya no se hace mencion de semejante mayorazgo, que caducó sin duda por no haber tenido hijos Enrique IV, quien anteriormente habia disfrutado, antes de heredar la corona, tan honrosa preeminencia.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á nuestro principal asunto de los donceles, pasaremos ya á hablar de sus alcaides, como dignidad de Castilla.

Es verdaderamente notable que, mencionándose poco ó mucho en toda la sucesion de nuestros reyes desde D. Enrique I hasta D. Alonso XI las personas y calidad de los donceles de palacio, no se haga la mas mínima mencion de sus alcaides, ni se encuentre en todo ese tiempo caballero alguno investido con semejante dignidad, lo que nos induce á creer que no la hubo hasta esa época, y que se instituyó con motivo de alguna hazaña gloriosa que realizase alguno de la familia de Córdoba, ya en el largo y notable sitio de Algeciras, ó en la célebre batalla del Salado; pues en ese linaje ha quedado desde entonces vinculada.

Nada se encuentra en nuestras leyes de partida relativo á esa dignidad, así como se trata en ellas estensa y menudamente de las de canciller, adelantado y merino.

El primer rastro que de ella se encuentra, dice el eruditísimo Salazar de Mendoza, es en el reinado de D. Alonso el XI, en cuya crónica se lee que dió ese título de *alcaide de los donceles*, con el cargo de capitanear á estos y de dirigirlos en la guerra, á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cañete, sin que conste la ocasion ni el motivo de semejante creacion.

En esta época debia ser numeroso el cuerpo de los donceles, é importante el cargo de su alcaide, pues figuran bastante en las campañas de su tiempo. En la citada crónica de D. Alonso, cap. 283, tratándose del mencionado Alonso Hernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, y de su jóven, aunque selecta milicia, cuando estaba en el sitio de Algeciras, se lee lo siguiente: «Este alcaide y estos donceles eran homes que se habian criado desde muy pequeños en la cámara del rey y en la de su merced, y eran homes bien acostumbrados, é habian buenos corazones, é servian al rey de buen talante en lo que les el mandaba, é estos fueron comenzar la pelea contra los moros, é eran fasta ciento de á caballo que andaban á la guerra.»

En el reinado de D. Juan II fué alcaide de los donceles Martin Hernandez de Córdoba, quien mereció ser nombrado embajador del rey de Castilla en el célebre concilio de Constanza, cuando el gran cisma de Occidente, y en sus actas se hace mencion de ese personaje con el nombre de *Præses domicellorum*. Marineo Siculo le llama tambien *Domicellorum custos*.

Réstanos ahora dar una sucinta noticia de los alcaides de donceles que ha habido desde su creacion hasta que entró esa dignidad en la ilustrísima casa de los duques de Medinaceli, sus actuales poseedores, como marqueses de Comares.

Fué el primero que obtuvo este cargo, como ya dejamos apuntado, D. Alonso Hernandez de Córdoba, hijo de D. Fernan Alfonso de Córdoba, señor de Cañete, Paterna y Lueches, progenitor de los marqueses de Priego.

Por no haber tenido sucesion, siguió en el empleo y fué segundo alcaide su hermano mayor, D. Diego Hernandez de Córdoba, y tuvo este oficio en tiempo del rey D. Pedro, de cuyo servicio se separó por haber éste dado muerte á su primo Gonzalo Hernandez de Córdoba, uno de los valerosos caballeros de su tiempo, y encomendado su ejecucion á D. Martin Hernandez de Córdoba, maestre de Calatrava.

Sucedióle D. Martin Fernandez de Córdoba, su hijo, en la dignidad de alcaide y señoríos de Espejo y Chillon que aquel habia comprado al conde D. Sancho, hermano de D. Enrique II, y del que se fundó mayorazgo en 1375. Este caballero fué valeroso en las campañas militares, como lo acreditó en las de Antequera, Ronda y Setenil contra los moros, donde hizo hazañas de capitan famoso en los tiempos de D. Juan II, cuyo embajador fué, como ya queda apuntado, en el concilio de Constanza celebrado para la eleccion de pontifice y terminacion del cisma, acompañándole para ese fin D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla.

(Concluirá.)



Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Cabeza dibujada con carbon por Miguel Angel en la Farnesina.)

CURIOSIDADES DE ROMA.

DIBUJO DE MIGUEL ANGEL EN LA FARNESINA.

El banquero siennés Agustin Chigi, de cuya familia nació el Papa Alejandro VII á mediados del siglo XVII, hacia construir á principios del XVI en el barrio de Trastevere en Roma una elegante casa rústica, frente de la cual se elevó treinta años despues en la ribera opuesta del Tiber el palacio de los Farnesios, que se llamó la Farnesina, cuando le compraron estos principes con la idea de reunirle á su morada por medio de un puente. Agustin Chigi empleó en decorar su casa los pintores mas famosos que vivian en Roma al principio del pontificado de Leon X. El maestro por escelencia de la escuela de Sienna, el Sodoma, pintó en el piso principal una sala en que se admiran algunas hermosas cabezas de mujer y un fuerte colorido en una composicion demasiado pronta y descuidada; pero el pincel de Rafael es el que ha inmortalizado esta casa. El artista divino ha adornado el piso bajo con grandes figuras mitológicas que prueban la variedad de su genio, y al mismo tiempo la perfeccion. En la bóveda de la primera sala representó la historia de Peygneo en dos grandes tarjetones, que completan y acompañan diez pechinas. Estas pinturas, ejecutadas en su mayor parte por Julio Romano, son mas admiradas por lo magnífico de sus dibujos que por sus tintas, algunas veces un poco encendidas y duras. En una segunda sala Rafael pintó sobre la pared y como en un cuadro, ese famoso Triunfo de Galatea, que ha sido tan reproducido por los grabadores, y en el que se encuentran reunidas todas las raras cualidades de un maestro, la belleza de espresion, el estilo del dibujo, la armonía de la composicion y la dulzura de las tintas. Lo que, sin embargo, domina es una maravillosa finura de concepcion y de lineamiento que, aunque sin blandura, parece mostrar la perfeccion de la gracia amable y la obra maestra de un genio femenino.

Otros pintores, amigos ó rivales de Rafael, Daniel Votterre, Sebastian Piombo, y hasta el mismo Baltasar Perucci, arquitecto de la casa, compusieron los accesorios de la decoracion de esta sala. Estos debian pintar la bóveda y las ventanas que coronan las paredes. Se cuenta que yendo un dia Miguel Angel al casino de Agustin Chigi para ver las obras de su discípulo Daniel Volterre, como no le encontrase y no quisiera perder el tiempo esperando, subió en una escalera, tomó un pedazo de carbon y trazó en lo alto de la pared, en uno de los tarjetones en blanco, esta gran cabeza, que es tan bella como la misma Galatea. Parece que es una cabeza de esclava, imitada de algun fragmento antiguo y colocada allí como para sostener la bóveda bajo cuyo peso se inclina y permanece agoviada. El vigor de los rasgos negros de que está formada, la magnitud de sus proporciones, su aire pensativo y enérgico contrastan fuertemente con la dulzura y elegancia de los pinceles de Rafael. ¿Será por dar con este contraste un elocuente reproche á las imágenes delicadas y voluptuosas de su jóven rival por lo que Miguel Angel ha impreso así sobre las mismas paredes la marca de su enérgico sello? Así se ha dicho, aunque sin darse pruebas que convenzan.

Si se quisiera alejar toda idea de mezquinos celos, y establecer entre los dos artistas mas eminentes de los tiempos modernos un combate de métodos y de genio, parece que se podrian encontrar buenos argumentos para probar que al trazar un enérgico bosquejo en las paredes del casino de Chigi, Miguel Angel deseaba dejar en el taller en que se habia ilustrado Rafael como una tarjeta y un heróico desafío. Lo que allí hizo Buonarotti se parece singularmente á una anécdota que se lee en la vida de los pintores de la antigüedad y que él habia comentado. Acaso no será inútil el unir las dos narraciones.

El Rafael de los griegos, Apeles, desembarcó de la isla de Rodhas y quiso ver á Protogenes, que de simple embadurnador de navíos habia llegado á ser uno de los mas famosos pintores del Archipiélago. No encontrando en casa á este rival, que él habia contribuido á sacar del olvido, y que eclipsaba á todos los artistas de la antigüedad por la perfeccion estudiada de sus dibujos, tomó un pincel, y por seña de su venida trazó con el color de un cuadro todavía en blanco un rasgo estremadamente fino, y se marchó. Protogenes vino, y al mirar aquel rasgo, esclamó: ¡Apeles ha estado aquí! y humedeciendo el pincel en otro color, trazó en el mismo rasgo de su rival otro aun mas delicado, y á su vez se retiró. Volvió Apeles, y no queriendo ser vencido, con un color nuevo cortó los dos rasgos primeros por otro tan fino, que no pudiera hacerse mas.

El cuadro en que estaban los tres trazos casi imperceptibles á la vista, trasportado despues al Palatino, fué colocado en casa de Augusto en medio de las mejores obras del arte como una maravilla.

En estos rasgos Perraut veia simples lineas; el conde de Caylus

vé por el contrario verdaderos dibujos de trazo; Plinio, que nos ha conservado un recuerdo, dice que se admira allí la tenuidad hasta que puede llegar un trazo; pero Miguel Angel, innovándolo todo sobre los antiguos, les ha estudiado con un detenimiento profundo, se ha ocupado de estas líneas juzgadas de tantas maneras, sosteniendo que la antigüedad debia estimar sobre todo la estrema precision de los contornos. No seria estraño que esta historia, que él sabia tambien, se le presentase en la memoria al visitar las pinturas de Rafael. Acaso haya querido vencer á Protogenes, oponiendo á la precision de los trazos flébiles y graciosas del Apeles moderno la precision no menos grande de sus lineas mas vigorosas y enérgicas.

De la apreciable obra que con el título de *Monografías de Santiago* publica el señor don Antonio Neira de Mosquera, tomamos el siguiente curiosísimo artículo, que al mismo tiempo puede servir como muestra del interés del libro del señor Neira.

EL ARMAMENTO ESCOLAR.

1663—1665.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximacion de un suceso estraordinario el concurso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se aminoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frias y nebulosas de octubre, veinte y siete dias despues del 30 de setiembre, un número estraordinorio de estudiantes se agolpaba á la puerta de la universidad de Santiago. La agitacion de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna empresa grave preocupaba á los sostenedores del *vacuus* y del *caput-mortuum*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Mártir, ni celebrar la funcion de Santo Tomás en el convento de Santo Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *eludir* la cátedra para una pedrea en Santa Susana, ni azuzar al anochecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor cuando llega hasta su corazon voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este dia los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban *concilio* olvidándose de Bartulo y de Lombardo para esperar un mensajero que no se atrevia á llevar el nombre de posta porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirigia desde Redondela á la universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurria á los estudios á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habian organizado en milicia *con cabos del mismo cuerpo de la universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterey, villa ya conocida en la historia general de España por el concejo celebrado en 1366 por D. Pedro el Cruel, contra la invasion de los portugueses que habian ocupado la atalaya de Goyan.

Un movimiento general de espansiva alegría circuló desde los estudiantes de *mínimos* hasta los *bachilleres en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria: en los perezosos se reconocia el egoista y árido impulso de la vida trashumante. Ninguna *tésis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con mayor aceptacion: ningun argumento *pro academia* recibió un *concedo* mas escolasticamente afirmativo. Ni el mas pequeño é imperceptible *distingo*, se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo. A los *actos académicos* sucederian los puestos avanzados, y los catedráticos en cánones y teología serian los gefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el bedel de la universidad fijó en la puerta de los claustros del estudio un edicto firmado por el rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se cerrasen las cátedras y que todos los estudiantes que cursaban en esta universidad se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo así como si á ella cursaran, y que los que no lo hicieren, no lo ganasen.»

El armamento escolar de 1663 se estendia á los estudiantes de gramática del colegio de la Compañía y á los de artes del convento de S. Agustin. Los religiosos irlandeses de la misma compañía habian ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas espedicionarias de Santiago.

Habia *punto* en las cátedras, y la concesion de una tregua inesperada entre el estudio y la giropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del estudio viejo. Los catedráticos seguian á larga distancia la comitiva estudiantil para evitar los proverbiales desórdenes del tricornio, y los discípulos se convenian por medio de una rápida inteligencia en cambiar la direccion del paseo, ya formando un peloton que goteaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparramándose cada cual por las calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauría de perros.

Las calles de Santiago se veian ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores* y *menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silbidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la copa de los sombreros de los transeuntes y corrillos en rápida circulacion para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó arquero de ánimas: hé aquí la esplicacion terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil pies en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se cerraban y las celosías se entreabrian. A primera vista parecia que los habitantes de la ciudad ocupaban un lazareto: los soportales estaban desocupados y las ventanas permanecian cerradas. Habia la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolvian por una plaza apartada para no entregar á mano airada un plato de mantequillas ó una escritura de partijas escrita en letra de protocolo, y las señoras de prolijo manto sobre su piocha mal batida, verdadera piocha de mañana, que se dirigian á la misa mayor de la catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se encaminaban á la librería-imprenta de *Antonio Frayz*, esquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á deshora á su compadre ó á su cirujano para evitar los epígramas macarrónicos de algunos estudiantes de *medianos*. Era de ver el mohin desagradable que el observador podia sorprender en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes que rozaban las bayetas de sus manteos en los soportales de la Azabachería.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subian: el piso segundo era una verdadera cornisa del primero. Los voladizos se asemejaban á una especie de artolas domésticas, y las habitaciones superiores se daban cierto aire á las bohardillas de Madrid. Los vecinos de una calle tenian diversos meridianos, de manera que para las tiendas anochecia á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis, y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soportales se desconocia el crepúsculo. La oscuridad llegaba á guisa de toldo.

El *paseo* de los estudiantes subia del Arco de palacio á la Azabachería. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecia la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona habia salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus gafas de asta engastadas en su prolongada nariz—era Antonio Frayz, el librero de la Universidad. Una salva de aplausos siguió á su aparicion en la calle.

—*Salve bibliopola Frayz.*

—*Scholares incipientes te salutant.*

—*Tyrones te salutant.*

—*Togati te salutant.*

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia.

Despues de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleres* en cánones y leyes, y el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor* preferian los epigramas á los conceptos rebuscados. El latin ya era poca cosa para ellos.

—Abajo el alquiler de cuadernos.

—Y el empeño de libros.

—Y las cópias de preguntas.

—Y los formularios.

—Y los espurgatorios.

—Y los elencos.

—Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmutarse ni volver la cabeza á las acusaciones acaloradas de los estudiantes, las cuales ni aun tenian el mérito de ser pronunciados en latin breviarista ó ciceroniano para que no las comprendiesen los vecinos de la librería.

Entretanto un componedor de relojes que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña bohardilla, y un cirujano romancista que no dejaba con vida gato

alguno de la vecindad para comprender en sú chiribitil la circulacion de la sangre, se decian santiguándose con melancólica resignacion:

—Vecino, bien he pronosticado ayer del cambio de la luna..... tenemos mal tiempo.

—Los cuervos anuncian tempestad.

—Me temo mucho que haya tambien pedrisco ....

—Tengo para mí que sí.... ayer noche me ha dicho en confianza el vendedor de higas de enfrente con referencia al sacristan de Sta. María Salomé que lo habia oido á un mozo de capilla del hospital.... ¿oye V., vecino?

—Si... estaba observando la catalina de este reloj.... diga, diga V.

—Pues bien: hay malas nuevas de Monterey....

—¡Diablo!

—Aquello va de mal en peor.

—¡Qué me dice V.!

—Lo que V. oye.

—Es decir que.....

—Ni mas ni menos.

—¡Oh!... la cosa es grave.

—Y tanto.

—Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este *paseo*.

—Tal vez sea la llegada de algun mensagero ó la leccion de algun colegial. ¿Se acuerda V. del motin habido cuando vino el Sr. Marqués de Valparaiso por hacer una leva obligatoria entre les estudiantes?

—Es verdad.

—Estudiaba yo *mínimos*.... y me acuerdo como si fuera hoy..... Hace veinte y un años.... Y sin ir mas lejos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del Estudio por los desórdenes que habia promovido la *lectura* de un colegial de S. Clemente dentro de la Universidad.

A la sazon la campana del reloj de la catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeuntes en sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Eran las 12 de la mañana: cada cual se descubria y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despidieron de una mirada, y en lo interior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanadas de la *María* en conmemoracion de los años del Salvador.

Los estudiantes se habian reunido en la plaza del Campo despues de *pasear la ciudad*. En esta ocasion aplazaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fermentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertáse á sonar una mala caja de tambor, marcharian en peloton hácia la *Rocha-vieja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valia mucho el corazon.

El armamento escolar anticipaba la estacion de *vacaciones* para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salve del hospital no seria interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral no se renovarian los escándalos del dia de S. Pedro Mártir y de las tinieblas de la Semana Santa; las puertas de las casas no presentarian á la madrugada carteles injuriosos; la pedrejosa calle del Sequelo no serviria de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirijirian oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdicion; los cepillos de las ánimas, colocados en las puertas de las iglesias, no aparecerian reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradía, y las vigas de las obras públicas no servirian de arietes para llamar á la porteria de algun convento ó levantar delante de la casa-cuartel de los seis soldados y un cabo que servian de guarnicion á la ciudad, un andamio de viciosa esplicacion para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparia la estacion del reposo: el *curso* se suspendia merced á la invasion armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las *parrandas* de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decidoras, los corrillos tumultuosos que se resistian á la ronda del Alcalde ó que seguian de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de *visita* de posadas y casas de juego, y las chanzas provocativas empleadas con los rosarios nocturnos de las cofradias, se interrumpirian durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarian sin maliciósas interrupciones algunas luciérnagas gigantescas que se removian trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *lyones* del siglo XVII que *iban de tertulia* con su linterna de vidrio cóncavo en las manos. Tal vez hasta el próximo *S. Lucas* volveria al silencio y á la inaccion el proverbial y misterioso barrio de *Pitelos*, verdadero *barrio latino* de Santiago, el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de Mazarelos mas filósofos que un congreso de sábios alemanes, mas canonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de *menores* habian seguido á los de artes, y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer peloton se hubiese encaminado hácia el monte de la Almasiga ó el campo de Sta. Susana, arrastraria de la misma manera á una linea interminable de tricornios y manteos. Existia una atraccion involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunion, se sabia de cierto que no *habia cátedras*, y este hallazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva estudiantil.

De pronto se marca un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alejan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se prensan entre sí. En medio de este oleage oscuro de manteos se destaca una figura escuálida y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazaneria. Es el Br. Cordido que levantando en alto su veleta de paño deshecha por los bordes se declara gefe de la milicia universitaria. Un sepulcral silencio sigue á la aparicion del Br. Cordido sobre los bordes del antiguo pilon de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomía con picaresca malicia. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la iniciativa poco respetuosa del concurso vuelve á colocar el tricornio sobre su cabeza, y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo pronunciando este final académico con voz estentórea: *Dixi*.

Desde Ciceron hasta Mirabeau el mejor apóstrofe de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovacion mas espontánea y solemne. Los tricornios al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gusto eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atencion irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, esparciendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntorio y de la Azabacheria.

El *paseo* de los estudiantes vuelve á recorrer las calles de Santiago, y á la mañana siguiente se dirigen al pátio de la Universidad para recibir las instrucciones de sus gefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 1.° de noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios «por el tiempo preciso—son las palabras testuales del acta—que será un mes poco mas» y se nombra al P. Mtro. Fr. Gregorio de Otero, de la órden de Sto. Domingo y Catedrático de prima teologia, confesor de la compañia escolar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se habia acordado que se hiciesen para los estudiantes las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

En el claustro de 7 de Noviembre de 1665 se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las tropas enviadas por Cárlos II, que habia vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compostelana con esta cláusula esplicita y terminante: «que se le pase el curso al que constare haber ido á la compañia, y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le pasará y dello se despachen editos.»

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SEBASTIAN DEL PRADO.

Fué uno de los mas famosos actores dramáticos del siglo XVII. Llamóse su padre Antonio del Prado, y su madre doña Isabel Ana, señora muy celebrada por su hermosura.

Casó Sebastian del Prado con Bernarda Ramirez, actriz estraordinariamente aplaudida en la parte de dama.

Tenia Sebastian del Prado figura elegante: sus talentos como actor y sus honrados procederes le conquistaron el aprecio general. Señoras y señores de la primera distincion se esmeraban en obsequiarle. Rival de Alonso de Olmedo en la parte de galan, se formaron en Madrid dos partidos, cada uno de los cuales llevaba el nombre de su actor predilecto.

Autor de compañia, pasó á Francia con la comitiva de la Infanta doña María Teresa, hija de Felipe IV, cuando esta señora fué á casarse con Luis XIV. Representó en Paris, con su compañía, comedias españolas, como se representaban por aquel tiempo, glorioso para nuestra lengua, en Flandes, Nápoles, Milan y Cerdeña.

Regresó á Madrid Sebastian del Prado con un nombre aplaudido y famoso en el estranjero, donde se le admiró y apreció aun mas que en España.

Rico, contento y universalmente estimado, sucumbió al dolor de haber perdido una esposa á quien idolatraba; y renunciando entera-



(Una casa notable de Candia.)

mente á la profesion brillante que bajo todos aspectos halagaba su amor propio con repetidos triunfos é inmarcesibles laureles, trocó las pompas del mundo por la austeridad del claustro, tomando un hábito en el año 1675. Se ordenó de Sacerdote, y pasando á Roma á asuntos de su religion, murió en Liorna en 1683.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IX.

El perdon de Camoens.

El calabozo donde habian encerrado á Camoens era tan estrécho que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros á Cervantes, y esta consideracion me obliga á rectificar las palabras que dije, en uno de los capitulos anteriores, acusando á los portugueses de ser tan ingratos como nosotros. Nosotros no somos tan ingratos, porque aunque encarcelamos á Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres pasos de longitud, si no de seis ú ocho por lo menos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando y escribiendo *novelillas*. Yo no recuerdo que á ningun ingenio ni á ningun héroe le hayamos dado jamás calabozo tan estrecho como los portugueses á Camoens. El de Fr. Luis de Leon era por cierto una bóveda de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, no obstante que carecia de luz y estaba llena de savandijas: pero en la que si no se podia escribir se podia pasear. Cristobal Colon se quejaba de la pesadez de los hierros que le pusimos, pero nunca de la estrechez de su prision; y por lo que hace á Hernan Cortés, si le parecia su estancia reducida era porque estaba acostumbrado á los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios á los imperios de Méjico.

Quede, pues, completamente probado que nosotros hemos tenido siempre para los grandes hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez á los veinte años ocupaba el *príncipe de los poetas*, y no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban á los *poetas vasallos*; porque claro está que el *príncipe* habia de tener el mejor, ó no se llamaria *príncipe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado cariño á aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, y donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado cariño porque habia vivido en él antes de ahora por espacio de cinco meses, merced á las intrigas de sus enemigos, y porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia no obstante, ademas de las arañas y de las ratas, cuatro ó seis libros forrados en pergamino, un tintero y un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo, para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro ó seis libros, y continuaba aquella hermosa elejia que comienza

O sulmonense Ovidio desterrado...

á tiempo que se abrió la puerta de la cárcel y apareció una dama.

Levantóse Camoens mudo de sorpresa, y dió para recibir á la dama los tres pasos que únicamente podia dar.

—Señora, la dijo con galanteria, perdonad si recibo en este aposento á la mas bella de todas las poetisas; por la primera vez recuerdo con envidia los palacios donde pudiera ofreceros gabinetes en que las savandijas no me disputaran el honor de recibir vuestra visita.

—Camoens, respondió la Sigea, para las almas llenas de afliccion

no es el palacio mas grato que la cárcel, y si en esta hay savandijas, en aquel hay alimañas.

—Pero vos, señora, no debeis ser la afligida, ni esas alimañas han de volverse contra vos. Seria harto injusto el destino.

—Poco importa mi bueno ó mal destino, Camoens: el deber me trae aquí para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

—Gracias, señora, vuestra visita es en efecto el mayor alivio...

—No es mi visita, Camoens, es vuestro perdon el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—¡Mi perdon! Bueno es porque me le traeis, pero me es indiferente.

—¿No estimais la libertad?

—Cuando la poseo hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla: necesitola ahora para dar unos cuantos reveses á unos cuantos villanos; pero como de seguro los he de dar, y los que he dado estos dias me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

—Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, y por eso no seré lisongera; pero seré generosa y os perdonaré esos *reveses*.

—No os comprendo, señora.

—Ni os pese de ello. Básteos saber que estais en libertad.

—¡Oh! ¡no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

—No daré esplicaciones.

—¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, y con mi propia vida...

—Seria inútil. El mal está ya hecho. Herísteis á un caballero, os metieron en esta prision y vuestra dama os ha libertado...

—¡Mi dama!

—Catalina de Attaide.

—¡Ha sido ella!

—¿Pues quién podia ser?

—¡Ah!

—Recibid de su mano este presente, continuó la Sigea entregándole el perdon del rey, y partid para la India, donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflige y la culpa que he tenido en ella. Yo herí á un hombre que saltaba la verja de los jardines: pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envia el conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardin, debí matarle; pero Catalina se habia echado á sus pies, y aquel impío quedó convertido á mis ojos en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle á él mismo las cuchilladas que sus criados han recibido en comision.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora; tomad y devolved á su sobrina este perdon.

—No, Camoens, haceos superior al odio que os domina, y partid adonde os llama la gloria.

—Decidme antes en qué os ofendí.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crímen.

—Bien, adios.

—Eso no: voy á seguiros hasta que averigüe la razon de vuestra queja.

—Mañana parte la flota, y apenas teneis tiempo de hacer vuestros preparativos. No os descuideis.

—La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

—Adios vuelvo á deciros.

—Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, y Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, y echó á andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, y Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron á Juan Meurcio, y la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: á pesar de esto el fraile se llegó á él y le dijo con una sonrisa pérfida señalando á la Sigea.

—¡Sea enhorabuena!...

—¿Qué os importa á vos? contestó Camoens sin mirarle.

—Nada absolutamente, replicó el familiar haciendo un gesto de humilde resignacion.

—¡Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

—¡Líbreme Dios! repuso con una mueca hipócrita Juan Meurcio.

—Es que vos sois enemigo de esa dama, y no es la vez primera que la habeis calumniado.

—Acusadme como gusteis, jóven: mas hiel tragó Jesucristo.

—¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! esclamó Camoens indignado.

—Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen...

—¡No temo á nadie! gritó Camoens.

—Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta y no hay que haceros caso. Seguid á la dama no tope con algun villano.

—Teneis razon, los hay en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens á Juan Meurcio y aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido. ¡Vive Dios, iva diciendo entre sí el poeta, que he de tener que arrancarle la cogulla!... pero ¿y la poetisa, dónde se ha escapado? Y es preciso hallarla y la hallaré... No hay remedio... me dirijo á palacio, y suceda lo que quiera... Lo malo es que pudiera toparme con el conde, y como no traigo espada, desperdiciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó á palacio, subió resueltamente la escalera principal, y se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estorbar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba á hacerlo en todas partes, habia dejado olvidados sus papeles.

Halló en efecto un paquete y algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido ya medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada y vió que la mayor parte eran canciones amorosas. En un papel lleno de roeduras se leia por intervalos:

.... ó acompanha
Nos ....
..................................banha
.... figura ....
A vida ....
... bem que .... possuia.

Y en otro pedazo de papel tambien roido continuaba:

De aqui me voy ....
.... erguido ....
...........da rede o ....
Depois de farto ya ....

—¡Oh! esclamó el fraile. *¡Depois de farto ya!*

Estos versos eran de la elejía que habia empezado á escribir durante su prision, y cuyo trozo completo decia:

(1) Do sua doce musa *ó acompanha*
Nos soidosos versos que scrivia
E los lamentos con que campo*banha*
Dest'arte me *figura* a fhantasia
A vida con que morro desterrado
Do *bem que* en outro tempo *possuia*.
De aqui me voy con paso sosegado
A un outeiro *erguido* e alli m'assento
Soltando *toda rede o* á mi cuidado
Depois de farto ya de meu tormento.

—*¡Depois de farto ya!* repetia Juan Meurcio con envidia, bien ageno de creer que la *fartura* aquella fuese de *tormento*, y no poco gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos y la visita de Luisa Sigea.

Porque hay en todas las córtes hombres que viven de calumniar: *calumniadores de oficio*, como el verdugo, como el sepulturero que friamente matan á una criatura y la amortajan y la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido á hablar en mi novela de este personage histórico el mas odioso de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca á su lado la funesta sombra que oscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latin dicen que hay escrito en este dificilísimo idioma un libro infame que fué atribuido á Luisa Sigea; pero luego añaden que este libro habia sido escrito por un fraile llamado Juan Meurcio, con el intento de desacreditar á las poetisas. Busqué entonces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile, y supe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar á la execracion de las escritoras el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada, y madre amorosa.

(1) Obras J. Camoens, elegia tercera.



(Entrada de los penitentes en Angers)

Ese abismo de perdicion que han abierto algunos hombres egoistas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan á conquistar la gloria, es preciso cegarlo con la tierra de sus mismos cuerpos, y el de Juan Menrcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

(Conclusion.)

De su primera mujer, doña María Alonso de Argote, tuvo por hijo y sucesor á D. Diego Hernandez de Córdoba, cuarto alcaide de los donceles, que sirvió al mismo D. Juan II en todas las guerras de su tiempo. Hallóse en la tala de la Vega de Granada en 1431, y sucedióle en la casa

Martin Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, Espejo y Chillon, y quinto alcaide de los donceles, floreció en tiempo de Enrique IV. Casó con doña Leonor de Arellano, del tronco principal de la casa de los marqueses de Priego, y fué su primogénito y sucesor

Don Diego Fernandez de Córdoba, sesto alcaide de los donceles, se distinguia como esforzado guerrero en la época de los reyes Católicos. Este fué el que en compañía de D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, prendió en una batalla, en 21 de abril de 1483, á Mahomat Baudelin, rey de Granada, llamado el Chiquito, que venia á sitiar á Lucena, por cuya victoria orlaron ambos sus armas con las banderas que allí ganaron, y la imágen del rey moro preso con una cadena de oro, como se vé aun en los blasones de los señores de esas casas, en cuartel inferior á las tres fajas rojas en campo de oro de la casa de Córdoba.

Por este y otros muchos y señalados servicios concedieron los reyes Católicos á este caballero el título de marqués de Comares para sí y su descendencia. Tuvo por hijo y sucesor á

Don Luis Fernandez de Córdoba, sétimo alcaide de los donceles, y segundo marqués de Comares, quien floreció en tiempo del emperador Cárlos V, y se distinguió en las guerras de su tiempo. De su mujer, doña Juana Pacheco, hija del señor duque de Escalona, tuvo por heredero y sucesor á

Don Diego Fernandez de Córdoba, octavo alcaide de los donceles y tercer marqués de Comares, á quien llamaron el Africano porque nació en Oran, siendo su padre gobernador y capitan general de aquellas posesiones. Casó con doña Juana Folch de Cardona, duquesa de Cardona y Segorbe, por lo cual gozó D. Diego de estos títulos y de la condestablía de Aragon á ellos aneja, y tuvieron por hijo y sucesor á

Don Luis Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, quien murió aun viviendo sus padres, sucediéndoles en la casa su nieto don Enrique Fernandez de Córdoba, Folch de Cardona y Aragon, duque de Cárdona y Segorbe, noveno alcaide de los donceles y cuarto marqués de Comares. Murió en 1640, sirviendo á los reyes D. Felipe III y IV. De su mujer, doña Catalina Fernandez de Córdoba y Figueroa, hija del marqués de Priego, tuvo por hijo á

Don Luis Ramon Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, décimo alcaide de los donceles, quinto marqués de Comares, y duque de Segorbe y Cardona. A falta de varon, sucedió en todos estos estados y dignidades

Doña Catalina Antonia de Aragon Fernandez de Córdoba, casada

con D. Juan Francisco, Tomás, Lorenzo de la Cerda, octavo duque de Medinaceli, de cuya union, entre otros hijos, lo fué D. Luis de la Cerda Aragon, Folch de Cardona, Fernandez de Córdoba, noveno duque de Medinaceli, Cardona, Segorbe, etc., décimo alcaide de los donceles, y sesto marqués de Comares, desde cuyo tiempo hasta el presente ha quedado radicada esta dignidad, como inherente al marquesado de Comares, en la casa de Medinaceli, que la cita entre sus honoríficos títulos y prerogativas, debiéndose considerar esta como una de las principales que posee, y un glorioso timbre de la casa y apellido de Córdoba, tan ilustre en los fastos de Castilla.

COSTUMBRES NOTABLES.

Seria curiosísimo un libro que tratase acerca de los usos y costumbres adoptadas por las naciones: referiremos algunas de las mas singulares y caprichosas.

Las mujeres romanas se ocupaban particularmente en hilar. Caya Cecilia, mujer de Tarquino el Anciano, pasaba por la mas hábil hilandera de su tiempo. Con este motivo se estableció una costumbre que prueba bien la influencia del ejemplo. Una recien casada, al poner el pié sobre el umbral de la puerta de la casa de su marido, respondia á aquel que le preguntaba su nombre: Me llamo *Caya*, esto es, *buena hilandera*.

En los siglos remotos, despues de la muerte de los reyes de Egipto, los pueblos que habian sido sus vasallos, hacian el exámen mas severo sobre su conducta. No se les concedia la sepultura sino setenta dias despues de su fallecimiento; y se les privaba de ella, cuando un solo vasallo contradecia, aun en un solo hecho, el elogio pronunciado por el gran sacerdote. Los particulares estaban sometidos despues de su muerte al mismo exámen de parte de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos.

En los primeros siglos de la iglesia la volatería era tenida por alimento de pescado: esta opinion estaba fundada en el texto del Génesis que dice que el Señor crió los peces y las aves el dia quinto, y en el cuarto los animales cuadrúpedos. San Benito en su regla solo prohibe á sus monges la carne de los cuadrúpedos. Y San Colombiano permite en la suya á sus frailes la carne de las aves á falta del pescado. Los monges griegos la comieron hasta el siglo X. ¡Y la *famosa* bula de la Cruzada permite comer aves en España en muchos dias de la cuaresma!

Era costumbre en otros tiempos, arrojar desde las bóvedas de los templos el dia de pascua de Pentecostés sobre los asistentes á las sagradas ceremonias, estopas inflamadas que representaban las lenguas de fuego que cayeron sobre los apóstoles cuando Jesus les envió el Espíritu-Santo. Inmediatamente despues que se entona el *Veni Sancti Spiritus* soltaban porcion de palomas que revolteaban sobre las cabezas de los fieles, las cuales representaban al Espíritu-Santo.

Habia entre los galos una ley que prohibia á todos los jóvenes cortarse las barbas y los cabellos, hasta tanto que se hubiesen distinguido en alguna batalla, matando á algun enemigo: entonces podian hacerlo, habiendo pagado á la patria el derecho de su nacimiento.

En la isla de Rodas, en la América Septentrional, cuando se casa la viuda de un hombre que ha dejado muchas deudas, es menester que ceda á sus acreedores cuanto posee, quedándose solamente con la camisa que tiene puesta, debiendo verificar su matrimonio sin llevar mas que este ligerísimo traje: si no lo hace de este modo, los acreedores están autorizados á despojarla sin misericordia alguna de cuanto tiene, antes que pase á segundo matrimonio, no quedándoles derecho alguno contra el segundo marido. Queriendo pasar á segundo matrimonio la mujer de uno que habia dejado muchas deudas, salió en camisa de su casa, y encontrando antes de llegar á su futuro esposo, que la traia varias ropas, la dijo á presencia de los que la acompañaban, que aquellos vestidos eran un préstamo que la hacia; de este modo evitó que sus acreedores despojasen enteramente á la novia.

En la isla Formosa se hacen las bodas sin ceremonia alguna: pero con una buena fé que nada tiene de bárbaro. Cuando un jóven está enamorado, pasea frecuentemente por delante de la casa de su querida, y la obsequia entonando algunas canciones: si agradan á la doncella, sale esta, le toma de la mano, y declara que le elije por su esposo; sin necesidad de dote, ni del consentimiento de sus parientes. El nuevo marido viene inmediatamente á establecerse en casa de ella, trayéndose todos sus bienes, y es despues el apoyo de su suegro. Así las hijas no son gravosas á sus padres en estos climas; por lo que mas desean tener hembras que varones.

MONTEROS DE ESPINOSA.

Oficio honorífico de la casa de nuestros reyes; tuvo principio este honroso empleo en tiempo de D. Sancho Fernandez, conde de Castilla, quien por la lealtad grande que tuvo un escudero suyo, avisándole de una traicion que se trataba contra su vida, lo heredó en *Espinosa de los Monteros*, dándole el privilegio de hacer la guardia de noche y de dia á la persona de los condes, en el cual sucedieron todos sus descendientes; y como en aquellos tiempos hiciesen con el oficio de guardas el de *monteros*, ó buscar y perseguir la caza en el *monte*, etc., fueron llamados *monteros de Espinosa*.

Para obtener ese empleo necesitan probar ser naturales de aquella villa de Castilla la Vieja, y descendientes de aquel escudero, etc.

El gefe de los *monteros de Espinosa* se llama *montero mayor*, y es uno de los oficios y cargos mas preeminentes de la casa real.

Antiguamente los *monteros* hacian la guardia de las personas reales en cualquier parte que se hallasen de noche y de dia; pero desde el reinado de Felipe I no ejercen su empleo sino de noche, durmiendo en una pieza inmediata á la cámara del rey, á quien asisten al tiempo que se desnuda, y cierran la puerta del dormitorio y guardan la llave, velando cuatro de ellos toda la noche por turno hasta el dia, que abren las puertas.

En el cuarto de la reina asisten en una antecámara, recibiendo de la azafata, que cierra la puerta, las llaves, y hacen vela toda la noche en la misma conformidad.

Guardan tambien los cadáveres reales desde que se ponen de cuerpo presente en la cama de parada hasta que se hace entrega de ellos para enterrarles.

DE UNA COMEDIA INEDITA. (1)

SIGLO XVII.

(Soto de Manzanares; noche oscura.)

INES.—PEROL.

PEROL. ¡Inés!..
INES. Perol.
PEROL. ¡Voto á tal!
¿Pues cómo te encuentro asi?
¿Andas, Inés, por aqui....
pues, ya entiendes....
INES. ¡Animal!
PEROL. Muchas gracias.
INES. ¿Pues qué piensa
don Lacayo?
PEROL. ¡Qué! soy page,
y no sufro tal ultraje....
INES. Ni yo sufro tal ofensa.
PEROL. ¡Llamar lacayo á Perol!
Lacayo... Tamaña afrenta
se hace al page de mas cuenta
bajo la capa del sol!
INES. ¿Cómo un page tan galan,
descortés, á una doncella...
PEROL. Eso Dios lo sabe... y ella,
como dice aquel refran.
INES. ¡Que tan descortés te vea!
PEROL. Calle en fin la doncellona...
ó la llamaré fregona,
y por mas ultraje, fea...
Pero vaya, no te enfades;
sabes que te quiero, Inés...
INES. Pero siempre que me ves...
PEROL. Te digo cuatro verdades.
INES. Por hablar á troche y moche,
nunca miras lo que dices.
PEROL. Bien, perdona mis deslices.
INES. Me has ofendido esta noche,
PEROL. Sola en el soto te encuentro;
y—en fin, no valga mi voto—

(1) Esta bellísima escena pertenece á una comedia inédita de capa y espada, que con el título de *La Escarcela y el puñal* tiene escrita el distinguido autor de *Don Francisco de Quevedo*.

pero, á tal hora en el soto,
no estás, Inés, en tu centro.
Que es un reló la mujer
donde puso el relojero
un camino al minutero
por el cual debe correr.
Y, si por cualquier pretesto,
del tal camino se sale,
ya la mujer nada vale...
como el reló descompuesto.
Y no es que lo invente yo;
porque, como tú no ignoras,
la mujer tiene sus horas
como las tiene el reló.
Se adelanta... malo es;
se atrasa... mucho peor!
Y tú esta noche... en rigor...

INES. ¿Qué?
PEROL. Te has atrasado, Inés.
INES. Ya estás insufrible; adios.
PEROL. Pero ven acá...
INES. Despacha.
PEROL. ¿Has olvidado, muchacha,
que nos quisimos los dos?
INES. Era otro tiempo.
PEROL. Es verdad.
Hoy me tratas con desden
porque buscas... ¿Dime á quién?
Esto no es curiosidad.
Buscas á un galan, ¿no es cierto?
INES. Sí, ¿un galan? ¡Pobre de mí!
PEROL. Luego estás *per istam*...
INES. Si
PEROL. ¿No hallaste siquiera un tuerto?
INES. Nada, ni tuerto ni cojo;
¡buenos los tiempos están!
PEROL. Así dice el sacristan
cuando nadie cierra el ojo.
INES. ¡Si esto es una perdicion!
¡Ay, Perol!
PEROL. ¿Con que no hay mas?
INES. Si andan los novios ¡Jesús!
como si fueran salmon.
PEROL. A Perol tienes aquí...
Pero no, no... me arrepiento.
INES. ¡Vaya un arrepentimiento!
PEROL. Ya, como te encuentro así...
INES. Es verdad.
PEROL. Sola.
INES. Es mentira.
Si tendré yo cataratas...
PEROL. ¿Quién contigo?
INES. Papanatas,
mi señora doña Elvira.
PEROL. ¡Ya!
INES. Como es huérfana y sola...
PEROL. Nadie la tira las riendas.
INES. Es dama de nobles prendas,
pero tiene amores.
PEROL. ¡Hola!
INES. Y de veras.
PEROL. ¡Pobrecita!
INES. Y hoy viene con tanto afan
porque ha citado al galan,
y es aquí mismo la cita.
Como no luce una estrella...
con los mantos...
PEROL. Ya, ya entiendo...
Y tú, Inés, vienes haciendo
el papel...
INES. De su doncella.
PEROL. Es verdad; ya doy en ello;
tambien ama mi señor,
y yo, en sus citas de amor,
hago.... pues.... de su doncello.
Tú con ella y yo con él
los dos en el soto estamos,
y los dos ejecutamos
el mismísimo papel.
INES. Yo debo esperarla allá.
PEROL. Yo debo aguardarle allí.
INES. ¿Y cómo llegaste aquí?
PEROL. Para buscarte, Inés.
INES. ¡Pues ya!
PEROL. No bien pisé este confin,
con tierna palpitacion
me hizo, Inés, el corazon
tin pirintin, pirintin.
INES. ¿No se salió de su centro?
PEROL. Al ver tu cara de sol....
INES. De todos modos, Perol,
ha sido feliz encuentro.
Mas no me puedo apartar
de donde ella me dejó.
PEROL. Mas puedo acercarme yo
contigo al propio lugar.
INES. Por mi parte....
PEROL. Vamos, pues.
INES. Si te empeñas, vaya en gracia.
PEROL. (Pues que Rosa anda rehacia,
voime á parlar con Inés.)
Rosa, vamos.
INES. ¿Cómo Rosa?
PEROL. (¡Ay que bruto!)—Es una flor...
Rosa te llama mi amor,
viéndote, Inés, tan hermosa.
Como eres cual rosa bella....
INES. Ese nombre...
PEROL. Es un requiebro
que discurre mi cerebro
para compárarte á ella.
INES. ¿Tienes musa?
PEROL. Vaya, Vaya,
Si en una copla me enredo,
lo hago mejor que Quevedo,
como me inspire... una saya!..
con esta alma de salitre
tan soluble en el amor,
¡ay Inés!.. á lo mejor
me enamoro... como un buitre.
Por ser tan tierno y galan
cuánto padezco, mujer!..
INES. ¿Y quién te hace padecer?
PEROL. Todas las hijas de Adan.

E. FLORENTINO SANZ.

ANTIGUA CARTAGO.

Sir Grenville Temple ha invertido seis meses en las escavaciones de Cartago, ciudad cuyo nombre despierta tan inefables recuerdos de gloria. Los trabajos de Sir Grenville han hallado recompensa en los descubrimientos que ha hecho: entre su número citaremos las siguientes. En las ruinas del templo Ganaht ó *Juno celestis*, la gran deidad protectora de aquel pueblo, ha encontrado cerca de 700 monedas, diferentes objetos de vidrio y utensilios de barro. Pero el mas notable y quizá el mas inesperado de sus descubrimientos es el de una quinta situada á orillas del mar, y sepultada bajo 15 pies de tierra. Ocho aposentos reducidos enteramente á escombros prueban por su forma y adornos que aquella casa de recreo pertenecia á algun personage ilustre. Las paredes están llenas de pinturas, y el vestíbulo empedrado de soberbio mosáico por el mismo estilo que los de Pompeya y Herculano, y representan variedad de objetos, tales como deidades marinas de ambos sexos, peces de distintas clases, plantas, una barquilla llena de mujeres bailando en el puerto, y alrededor guerreros que las contemplan: leones, caballos, leopardos, tigres, cebras, osos, gacelas, garzas, y ademas pájaros de todas clases. En los diversos aposentos se han hallado dos esqueletos humanos. Parecen los restos de guerreros muertos en un asalto. Sir Grenville ha descubierto asimismo en otra casa mosáicos de los mas interesantes, representando gladiadores combatiendo en la arena con fieras; bajo cada uno de ellos está escrito su nombre. En otra parte se ven representadas las carreras de caballos, y hombres que doman potros. Esperamos que Sir Grenville publicará un detalle completo de sus importantes descubrimientos.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA INUNDACION.

DIBUJO DE FREEMAN: IMITACION DE KIORBOE.

Entre los innumerables azotes contra los cuales nos vemos obligados á combatir los que por aqui abajo habitamos, cuéntanse dos que inspiran un terror especial, y cuya aparicion se anuncia con terribles peripecias y crueles resultados: estos son la inundacion y el incendio. Con efecto, el agua y el fuego son dos enemigos tan colosales, y nos aventajan tan grandemente en fuerzas, que el luchar con ellos no puede menos de exijir de parte nuestra un ingenio maravilloso y un valor sobrehumano. Preciso es que la inteligencia supla á la fuerza, y la constancia á la violencia. Al primer empuje todo parece doblegarse; el azote marcha como vencedor, arrastrando tras sí á los hombres á la manera de débiles escombros que envuelve en sus ondas ó en sus llamas, aunque despues el espiritu recobra su dominio sobre la materia; el ser que *piensa* se sobrepone al cuerpo que obra, y la víctima huye, sobrenada, salvándose como Ajax, á despecho de las fuerzas combinadas de la naturaleza. Por lo mismo en estos desastres el animal es de peor condicion que el hombre, y en vano emplea su vigor y aliento: falta á sus instintos la suprema luz que Dios ha depositado en nosotros; lleno aun de todas sus fuerzas, mira acercársele la muerte sin que pueda evitarla: los ahullidos desesperados que en su última hora lanza, ni le sirven siquiera para que sus semejantes comprendan el peligro en que se encuentra, y si de alguien puede esperar socorro es únicamente del hombre. Este acudirá en seguida á salvarlo, olvidándose tal vez de su vida propia, y si no consigue arrancarlo á la muerte, habrá en su corazon para aquel un recuerdo doloroso; porque en la asociacion del hombre y del animal, establecida por medio de lazos y afecciones, existe una union tal, que mas que al cálculo ó egoismo debe atribuirse pura y simplemente al sentimiento. No se llora solamente en el mudo compañero con quien se ha vivido, su valor, sino tambien su cariño. Cuando el rey de los persas arribó á Atenas, obligando á sus habitantes á salir de la poblacion, los perros quisieron embarcarse con ellos, y rechazados de los buques, alborotaron las calles de la ciudad con espantosos gemidos, último homenage que recibieron los fugitivos al abandonar sus bienes, sus mujeres, sus hijos.

La perra, que por obedecer la voz de su amo, es arrebatada por las aguas, á merced de las cuales flota en compañia de sus hijuelos, no puede ser indiferente á ninguno. Se comprende su actitud desesperada y suplicante; se oye su agudo gemido; se piensa en aquella familia en que el hijo lucha afligido con la corriente, y la madre se afana sin esperanza de salvarlo.

Pero al cabo el peligro se ha sabido, y en medio de esta desolacion se oye la voz del interés y la piedad. Mirad la barca que sale de ese pueblecito medio anegado; dirígese á socorrer á los náufragos: ¿pero llegará á tiempo? Apenas se percibe otra cosa, si no que ya parecen estar sumergidos. Hé aqui una cuestion como la de Hamlet: *de vida ó muerte*.

El artista ha sido hábil, y nos ha dejado entre el temor y la esperanza, dominándonos con esa incertidumbre que á pesar nuestro suspende el alma, agita el corazon, y hace fijar tenazmente la mirada.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO X

Juan Meurcio.

Al fin penetró Camoens en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, y que trémula, con el rostro desencajado, estaba leyendo

un papel que misteriosamente le habia entregado una dama de la infanta.

Decia el papel:

«Ha sido condenado á la hoguera: ¡sálvalo en nombre de Dios!»

—Perdonad, dijo Camoens advirtiendo el gesto de enojo que hizo Luisa al verse interrumpida, es un atrevimiento seguiros; pero ya os dije que necesito desagraviaros.

—¡Ay! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole la presa á la inquisicion le habeis evitado mayor tormento al desgraciado. Al fin es preferible morir á hierro que morir á fuego.

—Lléveme Dios, señora, esclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decis de presa, de desgraciado, de inquisicion, de hierro y de fuego. ¿A quién maté yo que así os interesa? ¿No fué á un villano?

—¡Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¡Es un caballero de los buenos!

—¡Justo Dios! ¡qué decis! ¿era D. Mariano Enriquez?

—¡Pluguiese al cielo que no lo fuera!

—¡Insensato de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala.

—Una mala accion, Camoens; acuchillar á un jóven cuya sola culpa fué saltar la verja como vos.

—Teneis razon, señora, descargad sobre mí vuestro justo enojo; pero decid si es vivo ó muerto.

—Hoy podeis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

—No os entiendo.

—La poca vida que vos le dejásteis pertenece ya á la inquisicion.

—¿Pues qué delito ha cometido?

—Le acusan de haber adorado á una estátua.

—¡Oh! esclamó Camoens; aquí veo la mano de Juan Meurcio: de ese perverso fraile que predicó el otro dia sobre el pecado de mirar á las estátuas desnudas... ¿Y creeis, señora, que será imposible salvarle de las garras del tribunal?...

—Hablad mas quedo.

—¿No puede hacerse algo por ese infortunado jóven?

—Lo meditaré.

—El infante cardenal me tiene en su gracia: iré á suplicarle.

—Antes quiero informarme bien de cuanto hay, y para esto aguardo á Juan Meurcio.

—Ya veo quemado á nuestro amigo.

—¿Por qué teneis tan mala idea del familiar?

—¿Por qué vos la teneis tan buena?

—Es amigo de mi padre.

—¿Está aquí vuestro padre?

—Está en Torras Novas, donde se ha hecho carmelita.

—Pues creedme, señora, no pidais ningun favor á Juan Meurcio.

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Juan Meurcio os ha calumniado.

—Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como á una hermana: y aun cuando no me amase, él no sabe calumniar.

—Sois todavía mas poetisa que cortesana.

—Conservo la fé en mis amigos.

—Contadme ya entre los enemigos vuestros.

—¿Cómo?

—Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

—¿Qué mal os hizo? esplicádmelo.

—La primera vez que estuve preso me dejé olvidados mis manuscritos y me los hurtó.

—Seria otro.

—Fué él... y ahora que me acuerdo, ¡voto á!... prosiguió Camoens dándose una palmada en la frente; por seguiros dejé tambien hoy mis papeles en el calabozo y ese gavilan estaba allí... vuelo á buscarlos. Adios, señora, volveré—salvaremos á nuestro amigo aunque sea entrando á cuchilladas con el tribunal.

—¡Silencio!

—¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, y se dirigió otra vez á la cárcel, precisamente cuando salia Juan Meurcio.

—Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

—Ya sé que me quereis mucho, replicó el familiar enseñándole los dientes.

—Tanto os quiero, que si, como la otra vez, no hallo mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estais siempre enseñando como los lobos.

—En verdad, contestó el fraile con severidad, que mereciais bien el que no os entregase esos papeles. Tomad, añadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejais perdidos vuestros manuscritos, y luego os encolerizais con las buenas almas que los recogen. Yo no sé, Camoens, por qué estais prevenido contra mí.

—¿Por qué no me devolvisteis los otros manuscritos?

—Ya os lo dije: porque me los hurtaron de mi mesa el mismo dia que los recogí.

—¿Eso es cierto... no me engañais?...

Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil y de cándido, aun los mas amaestrados en los desengaños del mundo. Hay en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublime y lo bello, y toda miasma corruptora se pierde allí entre los perfumes de la poesía.

En medio de la pompa con que Ferrara acogia el poema del Tasso, los cortesanos se burlaban del autor porque á todos los creia sus amigos, y mas bien que los amores fueron las perfidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido; y por lo que hace al príncipe de los poetas lusitanos, llevó su sencillez hasta el estremo de dar crédito á las palabras de Juan Meurcio.

—Sí, decia éste, sois muy injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre á pesar de vuestras injusticias.

—¿Por qué calumniásteis á la Sigea?

—Otro error. Jamás mi lengua se movió en agravio de su fama.

—¿Pues y lo que se cuenta del libro latino?

—Rumores del vulgo.

Camoens miró todavía á Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en lo íntimo de su pensamiento, y el fraile sostuvo su mirada con sereno y blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano y esclamó con brusca alegría:

—¡Vive Dios! que me he equivocado y que os he ofendido diciéndole á la Sigea que sois un perverso y enemigo suyo... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la delacion de Enriquez?

—¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¡pues si le quiero tanto como á vos!

—Corriente, estoy satisfecho. Mi espada (añadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voy á recobrarla, está á vuestra disposicion para cualquier lance.

—Gracias, Camoens, á nadie aborrezco y perdono á todos mis enemigos.

—Por si acaso, quedad con Dios.

—El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todos los pintores se han empeñado en pintar á los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito si se hubiese decidido á hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca y trasparente, los ojos grandes aunque un poco saltones, su boca pequeña y en estremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de huesos blancos como los de un perro, aunque á Camoens le habian parecido de lobo.

En su rostro no se leia nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frio, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas señal de estar animado que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Despues que guardaba silencio volvia á parecer una cabeza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blancura de su frente se advertia algo de cadavérico, y en lo azulado de sus sienes un no sé qué de infernal. No parecia una cabeza llena de sangre, sino de aire y de azufre. A pesar de ser como dijimos un rostro bonito, los niños huian de él.

Por su parte Juan Meurcio era insensible á los afectos, y solo habia tenido en su vida una pasion que mas tarde se convirtió en ódio. Esta fué por Luisa Sigea cuando vivia en Toledo, y á la cual pidió por esposa apenas cumplió los diez y seis años. Pero ya dijimos que los niños huian de él, y Luisa era una niña. Sin aborrecerle sentia un secreto disgusto con su presencia, y se negó obstinadamente á satisfacer el deseo de su padre, que pretendia desposarla con Juan Meurcio. Ya habia estado la Sigea en Lisboa, adonde se educó con su hermana Angela, y manifestó la voluntad con que entraria de nuevo al servicio de la infanta; pero Diego Sigeo, su padre, no accedió por entonces á ello para castigarla de su rebeldía. En tres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué en vano, y lleno de despecho, exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile y marchó á Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la infanta y que sucedieron las cosas que vamos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba á Juan Meurcio á tomar por esposa á la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, si no el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocia superior á la suya y á la de muchos hombres estimados por poetas y respetados por doctos. Fuerza es confesarlo: la envidia es

uno de los defectos que entre otros muchos han atribuido los hombres esclusivamente al bello sexo para aliviarse de los que abruman su condicion; pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambicion y como el egoismo. De la envidia procede esa guerra sorda que las medianias han hecho en todos tiempos á las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz á concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho: hay una secta de hombres implacables que con su odio colectivo á todas las mujeres ilustres antiguas y modernas, se han armado de la sátira, del desprecio y de la calumnia para perseguirlas. A esa secta pertenecia Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdonase á Luisa Sigea la osadia de haber nacido con mas talento que él, era preciso que le aceptase por dueño y mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesia, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla timida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo XVI. En uno de aquellos mónstruos que asistian á los *autos de fé;* que se recreaban con el espectáculo de las victimas, y que despues de todo se llamaban *cristianas.*

No habia nacido el generoso corazon de Luisa Sigea para gozar con la barbarie de semejantes fiestas, y una de las primeras obras que escribió, y que fué hurtada y reducida á cenizas por Juan Meurcio, la consagró su tierna autora *«al consuelo de los infelices que gimen en la inquisicion.»*

Tales eran pues los antecedentes que habia en la amistad de Luisa Sigea y Juan Meurcio, y es en verdad incomprensible como la maestra de latin se hacia la ilusion de creer en el buen afecto que fingia profesarla el fraile, si no fuese que, de la misma manera que á Luis de Camoens, le engañaba su buena fé y natural candidez de poeta.

Pero volviendo á los hechos y dejando para otro rato las digresiones, asi que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio y se dirigió al departamento de la infanta, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él á decir siempre que iba á cometer alguna accion inicua.

CAPITULO XI.

El Azor.

Tan pronto como Luis de Camoens pudo recobrar su espada volvió á ver á Luisa Sigea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? la preguntó.

—No, Camoens, y estoy en estremo inquieta.

—Sabed, señora, que tengo que rectificar lo que os dige esta mañana acerca de ese pobre fraile. Me ha dado los papeles que me dejé en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolvió porque se los hurtaron, y en fin, se ha sorprendido cuando le dije que os habia calumniado. En sus palabras, en su toño, en su espresion he conocido que está inocente, asi como que no ha tenido parte en la delacion de Enriquez. Le he tendido mi mano y hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro D. Mariano.

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado á la hoguera, pero ignoro cuándo se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿Y si dais que sospechar?....

—Tanto peor para los sospechadores, que tendrán que seguirme las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una celada.

—No temais nada, señora.

—Si como creo se retarda la ejecucion hasta que el herido se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he concebido para salvarle.

—Supongo que contareis conmigo.

—Vos partís á la India.

—No, señora, ya os he dicho que no parto.

—Mal dicho: debeis partir.

—Por Dios que teneis grande empeño en lanzarme en brazos de Neptuno.

—El rey os ha concedido el perdon en la inteligencia de que marchareis al instante.

—Yo he salido de la prision sin condiciones, y antes que aceptar una, volveré á entrar en ella.

—Mal correspondeis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

— Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no parto hasta que salvemos á nuestro amigo.

—¡Ay!

—Esplicadme vuestros proyectos y fiad á mí el cuidado de cumplirlos.

—Oid Camoens.... Pero antes ved si nos escuchan y cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta y abrió y cerró la puerta con tan récio empuje que retumbaron las bóvedas. Hecho esto ocupó un asiento cerca de la poetisa, y prestó atencion á sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, á un reo de la inquisicion, es de suyo tan atrevida que se necesita, Camoens, el aliento de una mujer que ama para darle acogida en su mente. Cual es el poder del tribunal, dígalo Portugal, dígalo España. Paulo III no ha sido poderoso á salvar á un italiano condenado por herege en los dominios de España, y el inquisidor general de estos reinos, el infante cardenal don Enrique ha presenciado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazon. ¿Quién osa acercarse á ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos espantados con el siniestro reflejo de sus llamas perpétuas están siempre aguardando la erupcion que ha de reducirlos á cenizas..... Los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas.... Pero hay un gigante entre estos reyes á cuya frente no puede alcanzar chispa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Vulcano baja á la region del fuego y empuña los rayos que bibra despues á los mortales.

—Carlos V.

—Carlos V, si, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisicion. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un *auto de fé*, no tiene sino derramar sobre ella el agua de su régia copa; si quiere salvar á un reo, sobra con que le tienda la punta de su manto imperial. Para que todos los frailes del mundo huyan despavoridos, basta un grito del emperador. Todas las coronas están bajo su corona, todos los cetros están bajo su cetro, todas las voluntades están bajo su voluntad.

Quince años ha vi yo á Carlos V en una de las torres del alcazar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados y estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo en una azotea inmediata me entretenia en hacer ensayar el vuelo á un azor muy jóven que cojió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo y en vez de volver á mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis gemidos distrajeron al emperador: yo lloraba, levantaba los brazos al cielo, y llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardé en verlo que descendia, y ya me iba consolando, cuando advierto que tuerce su giro y que va á caer en el alcazar. En efecto, cayó en uno de sus pátios, y yo, sin decir nada á mi madre, me dirigí al alcazar.

Los guardias no querian dejarme entrar, pero tanto insistí que pude penetrar hasta el primer pátio. Busqué al azor y no le hallé. Entré en el segundo con menos dificultad y tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil creyéndome, sin duda, hija de algun sirviente de palacio, y por último, atravesé las galerias y me coloqué en el fondo de una sala cuadrada cuyo pavimento era de mosáico. Allí estuve un gran espacio de tiempo hasta que ví pasar á una multitud de cortesanos que me miraban con estrañeza y murmuraban entre sí, y los cuales se iban colocando en dos hileras. Iba á esconderme detrás de uno de ellos, pero un gentil-hombre me cojió por el brazo y me hizo salir hasta las galerias. Yo entonces rompí á llorar pidiendo mi azor que habia caido en el alcazar; pero sin atender á mi llanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, y al fin, me vi fuera del alcazar y sin el azor.

—¿Y os volvísteis á casa?

—Eso hubiera hecho otra criatura mas prudente y menos obstinada que yo, pero lejos de eso me senté en una de las gradas del alcazar y á cada uno de los que salian le demandaba por el azor.

Una hora estuve molestanto la atencion de los cortesanos, hasta que resonaron cajas y trompetas, la guardia se puso en movimiento y salió el emperador. Yo le conocia de verle pasar todos los dias por nuestra calle, y lejos de inspirarme temor su imponente majestad, le profesaba un cariño instintivo. Asi como le divisé, me puse delante y le pedí el azor. Al principio no me comprendia, pero cuando repetí que queria mi azor que habia caido en el alcazar, dijo:

—Sí, sí, ya he oido como gritabas desde tu azotea, pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio, repliqué.

—Pues si está en el alcazar te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Sigea.

—¿Has venido tú sola á buscar al azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El Cesar.

—¿Te lo han dicho ahora, ó lo sabias antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Pues por qué lo escribes?
—Porque escribo en latin la historia del Cesar.
—¡Que sabes latin!..
—Si.
—¡Que escribes mi historia!...
—Si.
—¿Qué maestros tienes?
—Mi padre.
—¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mí.
—Bien y mal.
—¡Cómo!
—Defiendo á los comuneros.
—¡Vive Dios!
—Y culpo al Cesar de los abusos de la inquisicion.
—Criatura ¿cuántos años tienes?
—Diez.
—Tráeme esa historia mañana mismo.
—¿Me dejarán entrar?
—Diciendo tu nombre.

Así empezaron mis relaciones con el Cesar. Es inútil deciros que recobré el azor; que presenté á Cárlos V su historia y que empecé á merecer su gracia. Dió á mi padre un empleo en el alcázar, y á mi hermana Angela y á mí nos envió á Lisboa al servicio de la infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó á volver á Toledo. La memoria del Cesar, siempre fiel para recordar á aquellos á quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme lisongeras muestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta córte, y de él espero la salvacion del desgraciado reo.

Tomó aliento Luisa Sigea para continuar, y Camoens, que no se habia atrevido á interrumpirla, se aprovechó de esta pausa para esclamar:

—¡Oh divina poetisa! Cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento. ¡Cuánto hubiera yo dado por veros frente á frente del Cesar pidiéndole el azor y entablando con él la donosa plática que merecia pasar á la posteridad!...

—El Cesar, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa y ya le tengo escrito para que interponga su poder omnímodo con la córte portuguesa reclamando á don Mariano Enriquez como vasallo suyo..
—De esa carta yo seré el portador.
—¿Vos ireis á Africa, Camoens?
—¿No hay guerra en Africa?
—Dragut aparece en la costa.
—Basta. Suspendo mi viage á la India y parto á Africa.
—¡Oh, Camoens, no! es muy arriesgado acercarse ahora al estrecho.
—Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir á la India. Hoy me alisto de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cádiz. Si no me ahogo ó me matan, antes de un mes estoy de vuelta.
—¡Un mes!
—Es verdad. Pueden haberlo quemado.
—¡Ah!
—Pero como la herida que yo abrí en su cuerpo debió ser honda, y no se puede ejecutar la sentencia de un reo mientras esté enfermo... en fin, haremos lo que podamos. Dadme la carta y adios.
—No sé si debo acceder...
—Presto, señora, presto. Los instantes son preciosos.
—Tomad, Camoens, y Dios os guie.
—El os guarde, señora.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Una de las ventanas del claustro de S. Juan de los Reyes.)

LA VERBENA.

Nada mas general ni bullicioso que esta fiesta; nada tampoco mas variado segun las costumbres de los paises. Una sola, sin embargo, la comun á todos los pueblos: la *verbena* de San Juan; en unas partes se celebra rústicamente, por decirlo así, como en Castilla; en otras mas cultamente como en Andalucía y Vizcaya; en otras es una verdadera feria, y en todas ofrece pasto abundante á los recuerdos, preocupaciones y alegrías populares. En España, si bien la *verbena de San Juan*, como la primitiva, es la mas celebrada, ha sido tan generalmente admitida, y ha tomado tal incremento, que se ha multiplicado á todas las festividades de celebridad. Efectivamente, en las principales capitales, ademas de las *verbenas* de S. Juan y S. Pedro, se repiten en las festividades de Santiago y las de la Virgen del Cármen, de la Asuncion y de la Natividad; en Madrid empiezan con S. Antonio, S. Juan y S. Pedro, y siguen las del Cármen y Porciúncula, que son un recuerdo de aquellas. Convienen todas en que se celebran la víspera de la festividad, que componen su mas principal y esencial parte la floricultura, y que solamente se suelen vender comestibles y no otros objetos como en las romerías y ferias. Aunque en el dia hayan casi degenerado en bacanales, la fé y el amor á la agricultura fueron su origen. Sabido es que el fervor religioso de los paises católicos en la edad media fué fecundo en hermanar con sus creencias la celebracion de sus festividades civiles, industriales y populares. Las fiestas que antiguamente se dedicaban á Ceres, Cibeles, Pomona y otras deidades rindiéndolas las primicias de los frutos á que la mitologia las consagraba, las dedicaron justamente á los santos mas dignos y celebrados en cada pais, cuya celebracion concurria con la época en que los frutos rendian su produccion. De aquí es que las *verbenas* caen siempre en la madurez de la primavera ó en el estío, cuando la floricultura presenta lozanamente sus producciones, y de aquí es que se designó esta celebracion con la frase de *coger la verbena*, llamada tambien grama ó planta sagrada para la multitud de remedios para que se emplea, y que por criarse en los puntos mas áridos, por su manera y forma de crecer y desarrollarse, y por sus propiedades sirve tambien de emblema de los encantos, adivinaciones y reconciliacion de los ánimos. En los pueblos cercanos á colinas áridas y pedregosas, pero próximas á rios, arroyos ó mar, que es donde mas se encuentra, tenian de muy antiguo la costumbre de ir á cogerla en las noches de Junio, en que está en sazon, y que posteriormente se asignó á la festividad de S. Juan mezclando con las tradiciones profanas, que pululaban, las religiosas que las dieron mas consistencia, constituyéndolas en una funcion cívica y de esplayacion popular. En un principio servia la *verbena* que se cogia para adivinar las fortunas ó desgracias, que esplotaban los agoreros, adivinos y gitanas, el éxito de los amores, las fidelidades conyugales, y hasta la curacion de enfermedades. Oigamos sobre este punto al famoso Aimé Martin en su *lenguaje de las flores:* Los antiguos, dice, atribuian á la *verbena* un gran número de sus propiedades; los agoreros se adornaban con la *verbena*: los heraldos iban precedidos de su gefe que era portador de la *verbena*: los druidas tenian tal veneracion á esta planta, que no la cogian, sin hacer antes un sacrificio á la tierra: los magos, al adorar al sol, tenian en sus manos ramas de *verbena*: Venus victoriosa era revestida de una corona de mirtos entrelazados con *verbenas*. En Alemania se da un sombrero de *verbena* á los recien casados, significando la proteccion que aquella planta les ha de prodigar en lo sucesivo. En las provincias del norte los pastores hacen la recoleccion de esta prodigiosa planta con ceremonias y solemnidades enfáticas, esprimiendo su jugo á ciertas fases de la luna, dejando las que no se abren á cara de esta, y arrancando la que enrojece. Hacen uso de aquellos jugos para atraer, dar celos, ó encolerizar á sus amadas, para saber si les son leales, si han de casarse ó no, y si serán ó no fecundas. Guardan tambien la planta para curarlas, si se ponen malas, y si lo logran es un agüero muy favorable para ellos, para sus rebaños y en general para su sucesiva fortuna. La *verbena*, en fin, les da imperio sobre el corazon de sus pastoras, sobre todo si tienen edades semejantes.

En nuestras provincias de Andalucía, Murcia, Valencia y Castilla, que todavia rinden un tanto de recuerdos á las divinanzas, duendes y encantamentos que formaban las leyendas de los siglos medios en que se compartian el dominio de Europa los milagros y las hazañas caballerescas, se oyen en el dia mismo probanzas sacadas del reflejo del sol sobre el agua á tal hora del dia de S. Juan, predestinaciones de tal ó cual clase, segun se halle la verbena ú otra planta á falta de esta, la víspera de aquel dia en tal ó cual sitio, á cual mas ridículos, y otros hechos que eran alimentados por la creencia de pocos, por la esplotacion de otros, por la curiosidad de algunos y por la diversion de los mas, de que deducian las mismas consecuencias que los antiguos sacaban de la *verbena*.

En los pueblos en que esta festividad se celebra, que en España es en los mas, especialmente en los que celebran al santo titular de alguna iglesia, parroquia ó establecimiento, suelen encenderse luminarias ú hogueras, divertirse en danzas y bailes propios del pais, adornar las casas, calles y personas con flores y yerbas, y tener por las tardes corridas de novillos, ú otras diversiones tan comunes como estas. Pero en algunas capitales es digna de mencion esta festividad.

En Barcelona se pierde desde el tiempo del paganismo el origen de su celebracion en términos parecidos á la de Madrid. Antes de estar amurallada, iba la multitud á *coger la verbena* la víspera del santo precursor á los campos que circundan la ciudad, en que hacian su recoleccion, y con ella y demas plantas y flores, que al mismo tiempo traian, se reunian en las praderas que ahora se han convertido en vergeles que hermosean los alrededores del bello camino de Gracia. Despues constituyeron el centro de la festividad en el paseo Nuevo ó de S. Juan, bajo cuyas verdes enramadas, junto á sus hermosos estanques y en sus numerosos poyos, se acampa la multitud en comparsas de músicas y danzantes, círculos de cantores de todas especies y alegres parejas que salen y entran en aquel paseo, y despues de recorrer las calles de la ciudad tornan á aquel centro á buscar su *buena ventura*, que no todos hallan, ni muchos quieren. Al amanecer, en que se abren las puertas de la ciudad, todo aquel gentío sale á solazarse á los bellos campos y jardines de las afueras, en que cuando empieza á calentar el sol concluyen su algazara brindando en honor de la fiesta y restituyéndose tranquilos y macilentos á sus hogares.

La descripcion de las fiestas de S. Juan en Valencia necesitaria por sí sola un artículo mayor que el presente, y difícilmente conseguiria pintar la alegría de aquel pueblo en semejante dia, pues á cada tutelar de iglesia ó santo del nombre de la calle ó plaza, todos los vecinos que habitan en su recinto cuelgan sus portales, ventanas y balcones, los iluminan y escotan para música, dulces, frutas, flores, y bailes, á todo lo cual convidan á sus parientes y amigos. ¿Cuánto mas será en el dia de S. Juan, al que de antiguo dedicó su devocion una ermita extramuros de la ciudad, en que ampliada esta se construyó la actual parroquia de los Santos Juanes? Pocas ciudades conservarán tradiciones de mas antigüedad, siendo quizá la mayor la adoracion de diosas fatídicas ó adivinas, de que se vé un monumento de mármol negro de cinco pies de largo y tres de ancho, sito en la casa del Chantre, plaza de la Almoina, número 1, entre las piedras sillares que forman la cárcel de S. Vicente, y que representan tres de aquellas diosas que adoraron los celtas y celtíberos, con coronas en su cabeza de siete rádios de relieve, y corbatas al cuello, tambien de relieve, representando aquellos los siete planetas, y estas la autoridad de que estaban revestidas, leyéndose entre ellas la dedicatoria que las hacia Quinto Fabio. Aunque se ignora el culto que estas recibiesen, no seria estraño que les estuviese dedicado algun templo, cuando consta que habia ocho consagrados á los dioses gentiles, del que lo era á Diana el que ahora es catedral, que fueron tambien mezquitas en tiempo de la conquista, y que al ser recuperada la ciudad se bendijeron y constituyeron en iglesias. Esa aficion á las divinanzas, que es la diversion de la plebe, no tiene límites en aquella noche en que se hacen pruebas poniendo agua á la faz de la luna, colocando rosas y claveles en ciertos lugares, y haciendo otros esperimentos que segun lo que á media noche suceda, se vaticina de distintos modos. La feligresía de la parroquia de los Santos Juanes, llena de luminarias, colgaduras, flores, músicas y bailes, y muchos de los jardines que circundan la ciudad, son alegremente ocupados toda la noche por gran parte de la poblacion de Valencia, feliz en poseer aquel pais de aromas y de fragancia, que con razon es llamado el jardin de España.

Tambien Andalucía paga tributo á esta festividad. En Granada, apenas el sol sombrea el horizonte en la víspera de S. Juan, multitud de párejas, cuadrillas y paseantes cubren las orillas del Genil, animados por las bandurrias, repique de castañuelas, platillos y compasadas palmas que embellecen las frondosas alamedas y espesos jardines rodeados de faroles y fogatas que circundan la preciosa fuente de labores estrañas cuajada de vasos de diversos y combinados colores formando lindísimos juegos, y teniendo al frente el *Lavadero de las Negras*, que ha dado motivo á varias leyendas del pais. Por horas va creciendo la algazara, músicas, bailes y diversiones, hasta las doce, en que todos corren á bañar su rostro y cabellos en las aguas que riegan las alamedas, los amantes coronan de ramos y frutas las ventanas y puertas de sus amadas, las doncellas buscan el presagio de sus esperanzas en las hojas de las rosas, las esposas quieren leer en las marejadas de las olas la suerte de sus esposos ausentes, los niños siembran para cojer al amanecer, cuajan las almendras, crece la albahaca, se oyen los *gemidos del Moro*, se vé encendido *el cerro del Sol*, las hondinas, las hadas, los fantasmas, y los encantamentos salen de sus jardines, palacios, castillos y cávernas á desfacer los agravios que allí les encerraron mal de su grado, y á prestar sus servicios.

á los fatídicos mortales que imploren su poder, gracia ó auxilio. Poco á poco se va aclarando aquel campo sembrado de parejas, círculos, músicas y danzas; los unos se retiran alegres y bulliciosos; otros mústios y chasqueados; las doncellas sin mas fé ni esperanza que la que llevaron; los crédulos y niños formando cálculos sobre los pronósticos, y la multitud ansiosa de recuperarse del cansancio. A las dos se va sosegando aquel tumultuoso gentío, y á las tres son contados los que todavia gozan de la *verbena*, permaneciendo solo al despuntar la aurora los que no habian quedado en estado de volver por el sueño, ó por la crápula.

Sevilla ofrece á esta festividad, como á casi todas las principales, los frutos de su delicioso y feraz suelo y de su apacible clima, que contribuye á que aquellas noches sean mas celebradas, alegres y bulliciosas. Las fiestas religiosas, que allí son las primeras, rinden su culto á los Santos Apóstoles en sus respectivos dias en sus parroquias de San Juan Bautista, vulgo de la Palma, cuya plazuela se halla rodeada la víspera y dia del titular, de flores, yerbas, santos y gentes que antes de la velada visitan aquellas iglesias: y en la de San Pedro, en cuyo dia se repite igual celebridad. Mas donde se presenta pintoresca aquella velada es en la *Alameda de Hércules*, cuyas avenidas, desde la ancha y hermosa calle de Teodosio, y plaza del cuartel de artillería, forman hileras de puestos simétricos cubiertos de lienzos blancos y colgando delante de ellos candilones que hacen desde lejos una visual encantadora y que á los paseantes prestan alegría y distraccion. No solo flores y frutas, sino toda clase de confituras y dulces, turrones, santos, figuras, juguetes de niños y otros objetos propios del pais ocupan aquellos limpios y fragantes puestos, cuyos vendedores con su gracia y gritería sostienen la algazara toda la noche; en último término colocan sus círculos con bancos y calderas de buñuelos las gitanas, desde donde principian las comparsas y reuniones de baile, música y diversiones que se estienden por ambos anchurosos paseos de la bella alameda hermoseada con sus seis fuentes y sus cuatro columnas romanas. La puerta de S. Juan y muelle viejo, y las orillas del Guadalquivir ofrecen aquella noche variada y constante diversion á todas las clases del pueblo. De otra especie es la que todo el dia se celebra en S. Juan de Aznalfarache, cuyo convento y parroquia del pueblecito de su nombre, situado un cuarto legua de Triana en un cerro desde el que se divisa toda la campiña sevillana, multitud de pueblos y la ribera del Betis, son visitados por los habitantes de la ciudad y pueblos comarcanos, en términos, que ni en el pueblo, ni en las muchísimas casas de campo y cortijos que le rodean y que se prolongan por la colina de Gelves, caben las gentes y tienen que acamparse en los jardines, huertos y alamedas que le circundan. Deseáramos podernos detener á describir esta romería que es muy frecuente en S. Juan de Alfarache, y que solo los que la han gozado, pueden comprender por qué no se sujeta á los límites de una descripcion por lata que fuese.

La villa de Madrid era ya aficionada á *coger la verbena* desde tiempo de los sarracenos, pues consta que en el siglo XI ya se celebraba esta festividad en los campos que median desde las alturas del Retiro actual, hasta donde despues estuvo lo ermita de Nuestra Señora de Atocha, hoy monasterio é iglesia y casa de inválidos. Siguió ampliándose por los sitios en que ahora se halla la ermita del Anjel hasta donde hoy se ve la fuente de la Alcachofa. Pero al formarse el hermoso paseo del Prado de S. Gerónimo, que se fué ampliando hasta los estremos de las puertas de Atocha y Recoletos, es claro que habia de bajar la reunion de gentes para celebrar la *verbena* á aquel frondoso y gran paseo, que desde entonces, y especialmente el salon del Prado, está en posesion de dichas fiestas. Esto no quitaba que de dia fuesen realmente á *coger la verbena* á los sotos de Migas Calientes y del Corregidor, así como á toda la ribera del Manzanares, en que frecuentemente suelen festejarse los madrideños á poco motivo que tengan de satisfaccion.

Mas tampoco era esta la única diversion de aquellos dias, pues tambien tuvieron entonces, y hasta hace poco, la festividad de la parroquia de S. Juan, que hoy celebran en la mayor parte de las demas, y su velada, como en las poblaciones referidas anteriormente.

En Madrid deben distinguirse las dos partes en que se divide esta festividad, especialmente en los dias de S. Juan y S. Pedro, á saber, el mercado de flores dentro de la poblacion y la *verbena* en aquellas noches, porque de tiempo muy antiguo se formaba un paseo alrededor de la parroquia de S. Juan, que no hemos conocido y venia á estar á espaldas de la actual de Santiago, á la que se halla reunida, y se rodeaba de puestos de flores y santos de barro, que permanecian hasta cerrarse la iglesia titular, y que por el derribo de ésta quedó reducido al ámbito de la plazuela de Sta. Cruz y calles que la circundan, en que se colocaban aquellos puestos de flores, plantas, yerbas, santos y bollos y otros comestibles, hasta que recibió en nuestra época mayor amplitud por la plaza de la Constitucion, y algunos años tambien en la del Progreso. Este mercado de flores, llamémosle así, fué en todos tiempos como ahora la reunion de los devotos que iban ó salian de la iglesia á festejar al santo, de los niños á quienes llevaban por la tarde á comprar flores y golosinas, y al anochecer de la gente bulliciosa que paseaba por curiosidad, por obsequiar á sus familias ó conocimientos, ó por divertirse en aquella concurrencia tan numerosa como apretada, tan divertida como bulliciosa. ¡Qué de empellones, roturas, pisotones y otros lances variados se encuentran, ó quizá se buscan, en las frecuentes y repentinas oleadas de gentes que pasean entre las estrechas calles de flores y de plantas! ¿A cuántas escenas no dá lugar esta tumultuosa reunion que no pocas veces acaba como el rosario de la Aurora? Su mejor y mas divertida perspectiva se presenta por la noche con la diversa y múltiple variacion de luces de todas clases y tamaños que alumbran los puestos, que suelen obstruir fácilmente los concurrentes hasta quedar estacionados y en prensa sin poderse mover ni atrás ni adelante. Las voces de los vendedores, la gritería de los chicos, los ayes de las apretadas, los dicterios sonoros de las fruteras, y el ruido y alboroto de los paseantes, forman un contraste atronador con los repiques de las campanas, cuya confusion recuerda el de la torre de Babel. Todo esto, empero, ha terminado ya á las once de la noche para dar lugar á otra escena mas bulliciosa y variada, á una verdadera bacanal, que es lo que vulgarmente se llama *coger la verbena*, y es la segunda parte de esta festividad.

El Prado antiguo de San Gerónimo es desde su formacion en el que los madrileños cogen la *verbena de San Juan*, y cuyo salon sirve de centro de reunion en aquella noche de músicas, danzas y bacanales. Los que vienen del mercado de flores, escamados de las apreturas que allí han sufrido, acaban por pasearse tranquilamente en el delicioso Prado, y constituyen la primera escena de aquella noche que solo en la concurrencia se distinguiria de las demás y que no indica hasta las once de ella la confusion de que va á ser teatro. Desde esta van creciendo las gentes y comparsas que desembocan en el Prado: unos con músicas, otros con guitarras, flautas, violines, panderetas y castañuelas; algunas comparsas con bandera, globos ó faroles de mil colores é inscripciones alusivas, y muchas parejas graves ó placenteras. Se rodea el salon del Prado de puestos de flores, frutas, comestibles, licores, buñuelos y otras mercaderias, que si bien de agradable conjunto forman un potpurrí indescriptible y hacen dudar que aquel haya sido á otra hora el paseo comun de la elegancia, del gusto y del buen tono. A la una de la noche es el Prado otra torre de Babel en que los círculos de bailes, el tropel de las comparsas, la gritería de los vendedores, y el atropellamiento de las gentes hacen huir de aquel laberinto á los mas formales dejando á *los del bronce* posesionados del campo y diseminadas algunas familias *sui géneris* por el botánico ó paseos de Recoletos. Empieza entonces á desocuparse el Prado y poco á poco se retiran las comparsas y músicos, no sin recorrer antes las calles principales y los barrios en que habitan, llevando por todas partes aquella noche la alegría, el ruido y la algazara. Todavia otros madrugadores que no han velado, vienen á gozar despues de amanecido de los restos de la bacanal en el salon del Prado, y otros mas cómodos y dormilones van á celebrarla al mercado de flores, como la víspera, donde aunque en menor escala se reproduce la escena de la tarde y noche anteriores.

Tales son las veladas de los santos Apóstoles en que á la manera del Carnaval parece que vuelven á perder el juicio los mortales, y transigiendo con los encantos, algazara y preocupaciones, sacan partido de todo, solazan el ánimo y olvidan los pesares y trabajos del mundo.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia proclamo
á la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas,
ni enemigos ni patronos,
ni chicos que me den quejas,
ni grandes que me den oro;

Ni parientes que me pidan,
ni esperanzas de mortuorios,
ni deudas que me desvelen,
ni litigo bienes de otros.

Tengo los que á mi deseo
le bastan para su colmo,

y los tengo bien tenidos
por derecho pátrio y propio.

No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
si no un tintero maldito
que no sabe criar moho.

No cuento entre mis vecinos
ni entusiastas, ni envidiosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
del magnate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.

No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesorería
hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
á la opinion de los otros;
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.

De los partidos políticos
no sé los planes recónditos,
ni en los periódicos leo
sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos;
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.

No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia
ó en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco;

Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos:
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel;
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos
que espectáculo de todos.

No sé por dónde se vá
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propios de ellos
como de mí... mis anteojos.

Soy en fin, independiente
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos agenos,
y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé que sino fatal
me hace depender de todos.

No hay junta ni sociedad
que no me honre con su voto
para trabajar de valde
en los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela
ó una caja de socorros;

Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envian los papeles
para hacer los monitorios.

Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;

—«Estienda usted, don Ramon,
ese informito de á fólio,
ó forme usté el reglamento
que han de discutir los sócios.»—

No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni espediente del comun
que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
que no me cuente por sócio,
no hay duro que no me pidan
ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro.

—«Usted que está tan holgado
(me dice don Celedonio)
¿quiere usted ser mi *hombre bueno*
para un juicio de despojo?»

—«Usted que es tan complaciente,
tan servicial y tan propio,
sea usted tutor, albacea
de este, de aquel ó del otro.»—

No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdío
que no cuente con mi apoyo;

Ni *album* de uno y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me envoque el negocio.

Huyendo ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi vóto.

A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ageno,
y en pena de bienes propios,

Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.

Con esta vida feliz,
con este afan infructuoso,
todos me tienen envidia,
yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
otros me juzgan un porro;
unos dicen: «¡qué buen hombre!»
otros responden: «¡qué tonto!»

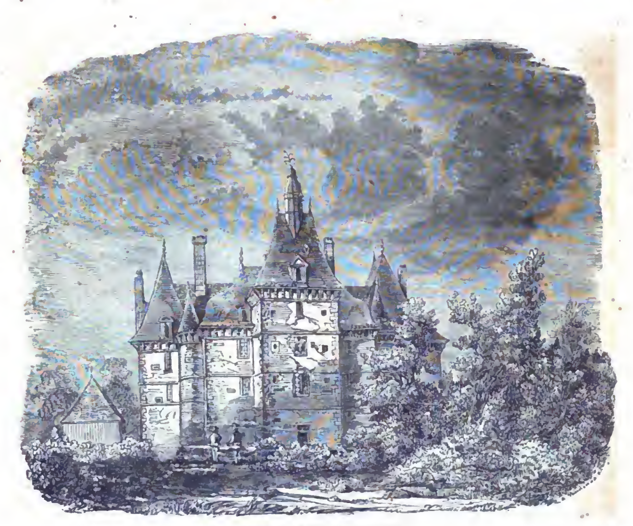
EL CURIOSO PARLANTE.

LA AMAPOLA.

ROMANCE.

Flor que despreciada y triste
Vives en el verde prado,
Meciendo las leves hojas
Sobre tu flexible tallo;
Flor que desdeña el jardin
Y eres gala de los campos,
Por puros, quizás, el hombre
Menosprecia tus encantos.
Ya escondida entre las nieves,
Cual perla en ancho océano,
Aumentas con el misterio
Tu atractivo siempre mágico:
Y ya apareciendo hermosa,
Como en noche oscura un ástro,
Te saluda tiernamente
Algun amante olvidado:
Que tú lejana del mundo,
Como él del amor lejano,
Sus congojas disminuyes
Con tu porvenir amargo.
Flor de negros tornasoles
Sobre tu purpúreo manto,
Imágen de vida y muerte
Eres con matices varios;
Y recuerdas que en la vida,
Como en la mar fluctuando,
Está el escollo de penas
Junto al puerto de descanso.
Flor, con tus hojas sutiles
Y con tu vivir precario,
Semejas una existencia
Que va rápida pasando,
De pasiones carcomida.
Sin que la opriman los años,
Tú mueres apenas naces
A impulso de agena mano;
Te deshoja el aguacero,
Rompe el huracan airado
Tus renuevos, y el pie troncha
De algun segador tus tallos.
Ya en las haces de los trojes,
Ya entre yerbas el muchacho
Te confunde, y despareces,
Hermosa flor; por acaso;
Como una bella esperanza
Que en sueños acariciamos
Y disminuye una duda
O destruye un desengaño.
Flor vilmente despreciada,
Yo por mi amiga te aclamo,
Pues los hombres el dolor
Sobre mi frente sellaron.
Compadecerás mis penas
En tu abandono, pensando
Que solo buenos amigos
Saben ser los desgraciados.
Te abrigaré en el invierno,
Y tendrás en el verano
Como brisa mis suspiros
Y como riego mi llanto.

JUAN DE ARIZA.



(Castillo de Krifstok en Alemania.)

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Camino que conduce á la muralla, entre Welhen y Rahten.)

LA SUIZA SAJONA.

Son las cinco de la mañana; toda la posada está en movimiento; no se puede dormir. ¿Cuál es la causa de tanto ruido? Sin duda estoy soñando.—Son multitud de familias alemanas é inglesas que marchan á la Suiza sajona.—¿Cuánto tiempo se necesita para este viage? —Cinco dias lo mas si se ha de correr todo el pais; pero si se quiere visitar solamente los sitios mas notables, son suficientes dos dias. —Tomo en fin mi determinacion: me levanto y atravieso la plaza del Antiguo-Mercado, dirigiendo una mirada á las ventanas de la galería. ¡Ah, Virgen de Rafael! ¡dos dias sin verte!—El buque-vapor estaba ya humeando y se balanceaba cerca del puente; la campana habia dado la última señal y se habia levantado el áncora: todavía era tiempo.

Apenas principiaron á agitarse las ruedas, alemanas y alemanes piden café. Este es el mas ligero refrigerio de los cuatro que indispensablemente toman cada dia. Los habitantes del Norte no quieren creer que en el Mediodia hacemos solas dos comidas.—¿Cómo es posible, dicen, tener fuerza para trabajar?—Los hechos responden. Paris es indisputablemente el pueblo del mundo en que mas se trabaja, y en donde el espíritu es mas vivo, mas activo y mas fecundo en todo género de obras y conocimientos. Los hombres de estado, los banqueros, no hacen, á decir verdad, sino una sola comida á las siete de la tarde: apenas suelen mojar un poco de pan en un poco de chocolate ó café á las diez ó las once de la mañana. Cuando se cuenta esto á un aleman, le mira á uno con cierto aire de duda, y una sonrisa se asoma á sus lábios como diciendo: «Yo no podria acomodarme á este régimen.»

Todavía estaba el cielo oscuro; el viento era fresco y el Elba corria con rapidez. Ya estábamos fuera de la ciudad; viñas, casas de campo, ventas y pequeñas aldeas se veian sembradas sobre las colinas á derecha é izquierda del rio. Un aleman se levanta y me dirige la palabra en francés; me muestra una casita casi cubierta de verde yerba que habia á la orilla izquierda del rio: «Schille la ha habitado, me dijo; en ella compuso su tragedia *Juana de Arco*. En los dias de huracán se paseaba solo en una barquilla sobre las aguas del Elba: los truenos y las olas le inspiraban.» En viage no siempre me agrada la conversacion: la novedad de los objetos absorve toda mi atencion, y las palabras interrumpen la ilusion; el placer es este de adivinar: lo que se aprende no equivale las mas veces á lo que se supone: se llega siempre demasiado pronto á tocar los desengaños; pero este hombre tiene una fisonomía franca y simpática: es un comerciante de Dresde: se aturrulla, buscando voces, en una de sus esplicaciones, y pregunta con este motivo á su hija, la que, segun dice, habla mejor que él el francés. La jóven le dá ruborizándose la espresion que le pide, y baja los ojos sobre su libro. El padre continúa nombrándome todos los pueblecitos, todos los castillos y todas las mon-

lañas que van pasando.—Hé aquí delante el castillo de Piinitz, estancia de verano del rey de Sajonia. Singular es su apariencia: sobre un cuerpo de fábrica bastante macizo, se ha prodigado el número de esquilones chinos; sin duda se ha creido dar así mas ligereza al edificio; pero recuerdo «la bóveda verde.» Y me preguntó (aunque sin impacientarme por la respuesta): «¿Por qué los reyes de Sajonia han tenido siempre tanta aficion á lo chinesco?» El castillo es casi enteramente moderno: en 1818 se ha levantado en gran parte sobre el local de un antiguo edificio del siglo XIII.—Los aposentos de la reina, me dice mi obligado compañero, tienen vista sobre el rio y se les llama «el palacio de las Aguas» *(Wasser palast)*; los del rey están situados al lado opuesto, y les llaman «el palacio de la Montaña» *(Berg palast)*. Si bien lo entiendo, nada de notable hay en el interior del castillo, mas que un vasto comedor cuya cúpula está sostenida por columnas y adornada de pinturas al fresco. Este es el Piinitz, en el que el conde de Artois y Calonne hallaron un refugio en 1791. Se cuenta que en 1812 Napoleon, en el apogeo de su gloria, rodeado de príncipes y de reyes encorbados ante su poder, esclamó entrando en Piinitz: «¡Aquí es donde he nacido!» Hablaba de aquella breve vida imperial que apenas debia durar dos ó tres años.

Estamos ya en la frontera de la Suiza sajona, y el paisage va á mudar de aspecto, me dice el comerciante; y añade que esta parte de la Sajonia, en otro tiempo habitada por los Sorbos, no tiene mas que diez leguas de largo y de ancho; que no se sabe por qué se le diera este sobrenombre, sino que en 1795 habia aparecido en Leipsik un «Viage pintoresco y romántico en la Suiza sajona» ilustrado con nueve hermosas láminas.

Las orillas del Elba se transforman insensiblemente: las colinas se presentan de pronto y sin anunciarse. A nuestra derecha encontramos la villa de Pirna, y al lado, sobre una altura, el castillo de Sonnemberg, convertido desde 1781 en hospital de locos. Se dice que es el mejor establecimiento de este género que hay en Europa: tiro, villar, gimnástica, rica biblioteca, instrumentos de música, talleres de toda clase, y una vida admirable! Un camino de hierro sigue, de este lado, las tortuosidades del rio. Se empiezan á descubrir montañas aisladas, circulares y truncadas, semejantes á fortalezas, que son las que caracterizan el aspecto de la Suiza sajona. A nuestra izquierda se dibuja una linea de rocas perpendiculares, de un aspecto salvaje, que se reflejan en el rio. Aquí teneis vuestra primera estacion, me dice el comerciante, pues no podreis prescindir de encaminaros á uno de estos dos pueblecitos, Welhen ó Rathen, con que elegid.

Nadie se dirija á Welhen, y despues de haber dado cordialmente las gracias á mi atento cicerone, que iba directamente á Hanigstein, descendí con una parte de los viageros en Rathen.

Almuerzo en un pobre y reducido meson. El huesped es un jóven que por su traje y sus maneras, se le tendria en Francia lo menos por un abogado; me asegura que no puedo evitar el auxilio de un guia, y me presenta un anciano del pais que lleva sobre la chupa una medalla de cobre colgada de un cordon; incurro en la tonteria de aceptarle. Entre una menuda lluvia, subimos una pendiente bastante dulce, entre peñascos, que me traen á la memoria ciertos trozos del camino de Génova á Bonheville, aunque no del todo semejantes.

Mi guia se detiene á cada paso: es asmático; cuando su tos le permite hablar, grita hasta herirme los oidos para hacerme comprender su patuá, y él no comprende ninguna de mis preguntas. Con la punta de su baston me señala, riéndose con complacencia, algunas de las bizarras formas de las rocas, que han sido bautizadas con nombres ridículos; aquí el *Kaisers-nare*, la nariz del emperador, ó la nariz de Luis XVI: mas lejos, la locomotora, y no sé que otras puerilidades; á esto se reduce la ciencia de mi hombre; así es que no deseo mas que hallar una ocasion de pagarle y librarme de él. Los sitios que á la vista se ofrecen se hacen realmente notables; debajo de nosotros se ahondan abismos de verdura; por intervalos la vista se estiende sobre una comarca de un aspecto enteramente nuevo para mí; se me figura ver, en medio de quebraduras de rocas y de llanuras desiertas ó cultivadas que el Elba atraviesa serpenteando, una innumerable porcion de inmensa ciudadela; las rocas al través de las cuales me elevo, se asemejan tambien á almenas y á torres; advierto entre ellas las ruinas de una fortaleza, y recuerdo con este motivo haber leido, que han sido por mucho tiempo la habitacion de los burgraves de Donna, terror del pais, verdaderos bandidos que solo de las rapiñas vivian. La primera roca en que me he detenido es muy conocida de los viajeros: se llama el Canapé: es una especie de pequeño banco cortado por la naturaleza en la peña, y desde el cual se descubre un magnífico panorama. El guia que camina pegado á mí, me muestra con el dedo sobre la cima de una roca, una gruta inaccesible: la *gruta del Monge*, pero yo me apresuro á llegar al punto mas elevado, donde veo que están ya la mayor parte de los viageros; atravieso un puente de madera sostenido entre dos peñascos, encima de una especie de bosque; algunos instantes despues me encuentro en la cima, en el fuerte, en *la bastai*, como dice mi guia. Mi primer cuidado al detenerme es pagar á este hombre intrépido, algo mas de lo necesario por todo el dia, y saludarle retirándome; pero esto no entra en su cálculo, y mirándome con un aire de sorpresa se dispone á seguirme; pero estoy muy determinado á no escucharle mas, tengo hambre de soledad. Una parte de los viageros se desayuna en una escelente fonda que parece cernerse en los aires: otros, agrupados sobre la plataforma, rodeada de una balaustrada al borde de la roca, contemplan el vasto paisage, mientras que próxima á ellos ejecuta una banda de músicos la obertura de Freitschutz, música que está en armonía perfecta con lo salvaje del lugar. Arrinconado en una esquina del fuerte, trato de no ver á nadie, á mi guia sobre todo, que corre desalentado tras de mí; propuesto á no pensar mas que en el hermoso espectáculo que á mis pies se destaca, me abstraigo, siento apoderarse poco á poco de mí la embriaguez de la naturaleza, y olvido y admiro.

LOS AGUADORES.

El de cuatro arrobas y el de cuatro cuartillas.

La division que establece este epígrafe no significa que haya aguadores que pesen tres veces mas que otros, por mas que esto pudiera ser así, sino que hay dos especies de hombres que en diferentes proporciones se ocupan igualmente de humedecer al género humano. Sirviéndonos de la moderna division de las escuelas médicas, podríamos llamar á los unos aguadores alópatas, y homeópatas á los otros; pero tan grande como es la distancia que separa á los médicos de ambas escuelas, es la diferencia que existe entre el aguador de las cuatro arrobas y el de las cuatro cuartillas; mas claro aun: entre el *aguador de cuba* y el de *botijo*, entre el acarreador de agua asturiano y el madrileño.

Demos la preferencia al mayor contribuyente; al que trafica en mayor escala con uno de los cuatro pies que sostienen la mesa redonda de este gran parador llamado Universo. Empecemos por el

AGUADOR ASTURIANO.

Primeramente conviene advertir, con permiso de los Diccionarios y de las Academias, que la palabra aguador no significa fabricante de agua, sino traficante en ella. El agua en España, es como en todos los paises del mundo, un liquido inodoro, trasparente, incoloro, etc., que tiene sus fábricas en las entrañas de la tierra, sin necesidad de que el género humano tome parte en sus talleres, y que cuando se le antoja toma la forma de gas y oscurece la tierra, ó la riega, y hace otro género de coqueterias por el estilo. Nada de esto puede importar á nuestros lectores, ni aun servirles de noticia siquiera. Todos saben que el agua es la madre de la vegetacion; que es un elemento que tiene sociedad íntima con todos los individuos de la naturaleza, y que amen del gran bazar, conocido con el nombre de mar, tiene los pequeños almacenes de los rios, canales, lagunas, etc., y una multitud de despachos al pormenor, conocidos con el nombre de manantiales. Ó abiertos espontáneamente por la naturaleza, ó por la mano del hombre, la tierra ofrece muchos surtidores de agua para que los mortales apliquen sus lábios cuando quieran apagar el fuego del estómago. Pero como no es posible que haya un manantial para cada individuo, ni que tenga la complacencia de irles á buscar á domicilio, como las empresas del alumbrado de gas, cuyos brazos alcanzan á todas partes, de ahí nace la necesidad del aguador: especie de esponja eternamente colocada entre el agua y el fuego, para impedir que perezca abrasado el globo.

En España los cuerpos menos porosos son los que se han lanzado resueltamente á absorver la humedad para trasmitirla. Los asturianos, especie de hombres robustos, de talla elevada, de presencia noble, y llevando en sus puños las armas de la hidalguia que les dejó el rey D. Pelayo, son los que abrazan con entusiasmo la carrera de aguadores. Madrid es la universidad donde aprenden esa ciencia, y en Madrid tambien es donde únicamente pueden ejercerla. Algunas personas han creido que para ser aguador no se necesitaba otra cosa sino educar el hombro izquierdo á llevar constantemente 4 y á veces 6 arrobas de peso, y enseñar la cabeza á estar siempre inclinada sobre el hombro derecho; pero esto no es verdad: la ciencia del aguador es mucho mas vasta, y no se recibe fácilmente el grado de doctor en ella.

Vean nuestros lectores la historia de uno de estos individuos, y sabrán de una vez la de todos los de su especie:

Perico Covadonga, natural de las montañas de idem, tenia 15 años cuando en compañía de un hermano de su padre, aguador de una de las fuentes de Madrid, salió de la tierra con un par de zapatos nuevos,

un pantalon y chaqueta de paño pardo, y 16 cuartos en ochavos en una bolsa de cuero. Hizo el viage á pie, y llegó á la corte despues de 15 dias, con cuatro pesetas en monedas de plata, y el mismo par de zapatos nuevos con que habia salido de su pais. Esto último no tiene nada de particular: en vez de poner los pies dentro de los zapatos, trajo estos al hombro; y en cuanto al aumento de su capital, consistia en que en vez de venir dando limosna habia venido pidiendo. Su tio empezó por presentarle á los paisanos y compañeros, y cargándole una cuba de las de tres arrobas, le llevaba en su compañia para surtir de agua á sus parroquianos. A los dos años de su estancia en Madrid, ya sabia perfectamente el oficio, y pretendió emanciparse de su tio. ¿Pero cómo hacerlo?—Para tener derecho á llenar 20 ó 30 cubas diarias en una de las fuentes de la córte, se necesita haber obtenido una plaza de aguador de número, y estas, entonces como ahora, no se dan por oposicion. De otro modo Perico habria alcanzado alguna; pero las plazas se venden, bien por el ayuntamiento su propietario, ó por el individuo que las sirve. La sola que á la sazon habia de venta costaba 15 onzas de oro, y Perico tuvo que valerse del crédito de su tio para comprarla. Esto le dió la suspirada independencia, y á los cuatro años hizo un viage á la tierra, despues de haber reintegrado á su tio, y llevando sobre sí, cosidas entre el forro de la chaqueta, tres onzas de oro, producto de sus economías.

Perico solo se detuvo en su pueblo el tiempo necesario para comprar seis vacas, casarse y despedirse de su mujer, dejándola recomendada al Sr. Cura. Volvió á servir la plaza, que en su ausencia habia desempeñado un amigo, y aumentó considerablemente el número de sus parroquianos, siéndole preciso tomar un ayudante. Surtia de agua 40 casas, cobrando por su trabajo 10 reales mensuales donde llevaba dos cubas cada dia, y 9 donde solo llevaba una. Sin aumento ninguno de precio se encargaba de las compras en la mitad de las casas, y admitia por via de remuneracion el sobrante de la comida de los señores, con el que se alimentaba sin tomarse el trabajo de calentar las viandas, y vendia el resto á otros paisanos y aun en los bodegones de la córte. Por una habitacion para dormir, pagaban él y 15 compañeros mas, un real diario, y chapeando los zapatos cada tres meses con medio real de clavos, conseguia tener siempre nuevos los que trajo de su tierra. Viviendo de esta manera conseguia ahorrar el producto íntegro de su trabajo, que ascendia á 600 reales; sin que esta fuese su única ganancia, sino que encargado de las provisiones diarias de 15 casas, se hallaba al fin de cada mes, sin que él supiese nunca cómo se hacia el milagro, con 300 ó 400 reales de sobresueldo.

Semejante maravilla, conocida con el nombre de *sisa*, y que se reduce á comprar barato y vender caro, es una cualidad instintiva de los asturianos, que no les ha privado nunca de la nota de honrados, de que son dignos por otras circunstancias muy recomendables. Cuando á las primeras horas del dia duermen la mayor parte de los habitantes de Madrid, las llaves de la mitad de las casas están en poder de los aguadores, y jamás ha ocurrido un robo, ni ejecutado, ni consentido por ellos. La industria de la sisa, por la que no pagan contribucion alguna, es, como hemos dicho, el sello de originalidad de los asturianos.

Perico estuvo seis años en Madrid, despues de haberse casado en la tierra. Al volver á su pueblo, mas de un niño le llamaba padre, y él no se desdeñó de hacerles caricias, á pesar de estar ocupado en comprar nuevas vacas y nuevas fanegas de tierra.

Volvió á la corte y en ella sigue, hasta que pasados otros seis años vaya á dejarse nombrar alcalde, y á disponer que el mayor de sus hijos venga á servir la plaza de aguador.

Tal es en brevísimo resumen la historia de esa molécula integrante del pueblo de Madrid, que siempre con la sonrisa en los lábios *ni vé, ni oye, ni entiende*, otra cosa que el oro, las campanadas que tocan á fuego, y el desempeño de su obligacion. Para lo segundo suele estar sordo muchas veces, y son necesarias las interpelaciones de los municipales para que acuda á llevar agua á los incendios.

Su vocabulario, mientras está cumpliendo con los deberes de su oficio, se reduce á las siguientes palabras: *Alabado sea Dios*, al entrar en la casa.—*Queden con Dios*, al salir de ella.—Y *coge* ó *no coge*, segun hallan mas ó menos llena la tinaja del agua en las cocinas.

EL AGUADOR DE BOTIJO.

Este otro sangrador de las fuentes públicas de Madrid, pertenece á un género enteramente distinto del que acabamos de describir. Su importancia está en razon del agua que conduce, y comparado con el asturiano, es una sanguijuela que no saca mas sangre que la que puede contener en el cuerpo.

Joven ó viejo, adolescente ó niño, el aguador que pudiéramos llamar *troshumante*, se hace de un hombre, un botijo, y una cesta con cuatro vasos de cristal ó de vidrio. Para dedicarse á esta profesion no se requiere ninguna clase de estudios preparatorios: bástale al neófito con tener aficion al oficio, y capital para los primeros gastos del reducido ajuar. Esta clase de aguador no necesita haber nacido en ninguna provincia determinada, y así puede ser madrileño como gallego; algunos hay de estos últimos; la generalidad son hijos de Madrid.

Pero entre los aguadores de botijo hay de todo, como en las demas clases de la sociedad. La mayor parte de los que andan recorriendo las calles de Madrid, cargados con un botijo y una cesta de vasos, no merecen ser tenidos por tales aguadores. Los que diariamente nacen y mueren en el oficio, sin que al abrazarle les moviese otro deseo que el de entretener el hambre temporalmente, esos no pueden llevar el título de aguadores de número de la villa y corte de Madrid.

Aguadores hay que hacen á invierno y á verano, porque están persuadidos de que el agua es un artículo de consumo perpétuo. El de esta clase tiene privilegio especial para entrar á vender agua en uno de los tendidos de la plaza de toros, con cuyo motivo ve gratis las corridas, á las que tuvo gran aficion desde niño. En verano, pasa las noches vendiendo *agua*, *azucarillos* y *merengues* en el Prado de Madrid; en invierno tiene su puesto en el asfalto de la Puerta del Sol, y cuida de pasar á la hora de los entreactos por la puerta del *Teatro Español*. Siempre pasa deprisa por delante de las tabernas, temeroso de que algun borracho le rompa el botijo, y cuando encuentra algun niño que va de paseo con sus padres, pasa y cruza á su alrededor hasta despertarle la sed.

Tiene varios parroquianos diarios entre las gentes del paseo y las que transitan por las calles, pero la mayor parte de aquellos tienen domicilio fijo, y el aguador no falta nunca á llevarles su racion de agua.

El zapatero del portal de.... bebe una vez al dia.... El hermanuco que pide en el jubileo para las necesidades de la monjitas de Barbastro bebe tres vasos; el hortera de cierto almacen bebe dos vasos que no le pasa en cuenta su principal, y á estos y á otros muchos, sirve diariamente el aguador de botijo, antes de dirigirse al paseo ó á los teatros.

Su recaudacion diaria no pasará de doce reales, ni baja de seis; se puede decir por término medio que gana un jornal de nueve reales, con lo cual puede aspirar á lo que cualquier otro ciudadano de su clase: á casarse, y á comprar cuatro botijos, doce vasos, seis sillas, un sofá y dos faroles, para establecer un puesto de agua en el salon del Prado... ¡Oh! ¡este es el bello ideal de un aguador!

ANTONIO FLORES.

Santuario de los Desamparados en Abades.

Las romerias son las peregrinaciones de pueblo á pueblo; son el último eslabon de las costumbres antiguas. Sobre estas voluntarias ovaciones han pasado doce siglos: empero se conserva esta venerable tradicion porque representa la fé de nuestros antepasados, única herencia que no ha venido á menos con el tiempo. Galicia es por escelencia la provincia de los santuarios, y por consiguiente de las romerias: *San Andrés de Teixido*, *las Hermitas*, *los Milagros*, *los Desamparados* y *la Esclavitud* son lugares visitados en todas las estaciones del año, bajo los rayos de un sol canicular ó con la escarcha del invierno. Allí van diez ó veinte familias, desde los ancianos encorvados que visitarán por última vez el Santuario, hasta los infantes que besarán por primera vez las vestiduras de una Virgen. Las dolencias del cuerpo se curan como los quebrantos del alma. Los ex-votos se dejan en los Santuarios; las ofrendas se depositan en los altares; aqui se reconoce la estampa de una curacion milagrosa, allí se distinguen las muletas de un paralitico curado. Los romeros llevan para sus casas el cumplimiento de un voto, algunas indulgencias y en algunas partes ramos de tejo entrelazados con roscas de huevo.

El Santuario de *los Desamparados*, cuya vista presentamos á nuestros lectores en este artículo, merece una exacta y detallada descripcion por las proporciones de su fábrica y por el justo y merecido renombre que conserva entre los habitantes de Galicia. Antes de llegar á esta celebrada iglesia, acompañaremos al romero en su viage de *Lugo á Abades*.

Al llegar á la altura del *Picato*, el viagero reconoce en el barrio de San Roque de *Lugo* el último eslabon que une el antiguo convento-jurídico de los romanos con sus amenos y floridos alrededores. Es un barrio fuera de puertas. A la hora, recorre las famosas herrerias de *Guntin* donde el hierro se encuentra casi depurado, y subiendo el tortuoso y áspero camino que conduce á las ventas del *Narón*—lugar privilegiado para las sorpresas en despoblado—observa la elevacion de la sierra, que se presenta aterradora y sombria en medio de un páramo dilatado, dominando las alturas del *Faro*, *Farelo*, *Bocelo*, y las apartadas montañas del *Cebrero*.

De pronto la perspectiva se reanima. A la soledad sucede el aglo—



(Santuario de los Desamparados en Abades.)

me.amiento visual de las aldeas, iglesias y torres antiguas: á la aridez pedrejosa del suelo, lo florido de los sotos de robles y castaños. El viagero distingue entonces á *Monterroso*. La division de las provincias de Lugo y Pontevedra se avecina: en *San Esteban del Castro Amarante* la prevee el viagero observador. De la edad media se pasa al espíritu comercial de nuestros dias: del antiguo palacio de los antepasados del Marqués de Camarasa, á la feria de *la Golada*, que es celebrada en un prolongado soto de robles para templar en verano los ardorosos rayos del sol. El rio *Arnego*, que atraviesa entre dos pendientes escabrosas, anuncia la proximidad del territorio de *Deza*.

Esta comarca está sembrada de casas solariegas donde la galante hospitalidad es una tradicion de familia. La frescura de los campos y la amenidad de los sotos forman el variado panorama donde se encuentran los pueblos de *Lalin*, *Donsamiro* y *Donsion*. Lo secular levanta su cabeza en medio de los campos: *los castros*, que los anticuarios presentan ya como templos druídicos, ya como atalayas romanas, y que sirven en la actualidad de oteros á numerosos rebaños ó de cazaderos á espertos cazadores.

El rio *Deza* sale al encuentro del viagero bajo el antiguo puente de *Taboada*, y sorprendido mas tarde por la eminencia en que se ha construido la iglesia de *Selleda* que ocupa el punto mas elevado de *Tras-Deza* como la atalaya del territorio, se detiene delante del rio *Toja*, el cual, corriendo desde aqui por *Manduas* y *Pazos*, se precipita en un abismo de 130 pies de altura. Esta es la célebre y sorprendente cascada del *Toja*.

A una legua de distancia, dejando á la espalda á *Chapa* y á la concurrida feria de *Labandeira*, se encuentra el celebrado Santuario de *los Desamparados*. Se llega á la ermita por entre granjas y viñedos que cautivan la atencion del viagero. En los dias de festejo religioso el repique de las campanas de la iglesia es interrumpido por los voladores cuya luz aumenta las proporciones de la torre. Aqui el humo sube en revueltas espirales revelando una familia de romeros acampada bajo los robles; alli una orquesta improvisada con flautas, clarinetes y tamborcillos reanima el público regocijo. Grupos variados de limoneros y naranjos embalsaman la atmósfera y embellecen la interesante perspectiva del recinto que circunda el arroyo *Cervaniña*. La devocion aparece en este lugar con el fervor espontáneo de la verdadera fé. El viagero es acogido por los romeros como un hermano de peregrinacion, y se vé obligado á aceptar las frutas y licores que le ofrecen á porfía en nombre de la mas franca cordialidad.

El Santuario de *los Desamparados*, mas que una iglesia de aldea, parece el templo de una villa. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores una rápida descripcion de esta iglesia, teniendo en cuenta el exámen facultativo del apreciable y entendido profesor de dibujo don Bartolomé Teixeiro, á quien debemos la copia de este monumento arquitectónico.

La fábrica del Santuario de *los Desamparados* es de piedra sillar. El cuerpo principal de la cruz que forma su planta, está sostenido por columnas historiadas que rematan en cornisas del órden dórico, sobre las cuales descansan los arranques de la bóveda, con su cúpula sostenida sobre cuatro pilares del mismo órden. Contiene cinco altares tallados en grande escala: el mayor es formado por dos cuerpos, diversos en el órden arquitectónico, y enriquecidos con imágenes de una inteligente ejecucion. En su parte interior se encuentran los dos púlpitos y el órgano, y para la mayor conservacion de las ricas vestiduras y demas alhajas de plata que contiene el Santuario, está servido por seis capellanes que asisten á la iglesia sin interrupcion (1).

En su parte esterior llama la atencion del viagero la puerta lateral, compuesta de tres arcos, la cual sirve generalmente de entrada á las personas que visitan el Santuario. Sobre el arco de enmedio se levanta la torre de la iglesia, construida con tanto aplomo como gallardía. Casi á los dos tercios de su elevacion arranca un corredor con verjas de hierro y remate de bronce visitado por los romeros como un tributo de la festividad religiosa, despues de tocar sus medallas á la imágen de la Virgen.

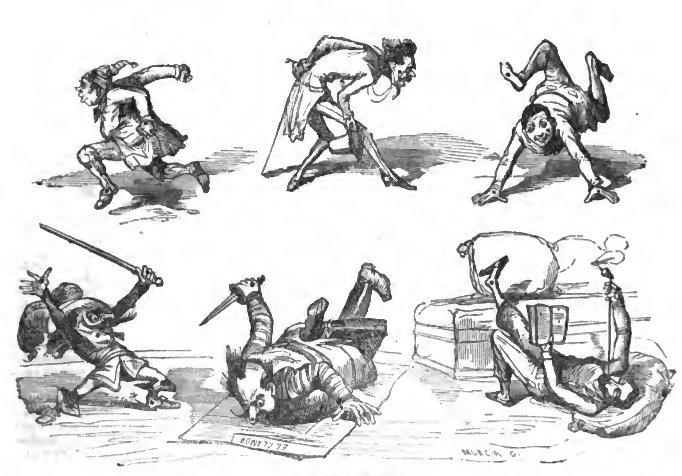
Hé aqui los principales detalles de este concurrido Santuario, cuya celebridad atrae un número considerable de devotos, y esperamos que nuestros lectores apreciarán en su verdadero valor esta sucinta, pero exacta descripcion, porque algunos monumentos arquitectónicos, no solo merecen una pública apreciacion por sus bellezas artísticas, sino tambien se valuan por su significacion religiosa. El viagero no encuentra en el Santuario de *los Desamparados* un templo de proporciones estraordinarias en el cual los arqueólogos descubren los restos venerables de otros siglos; empero reconoce de una mirada el valor

(1) El actual cura párroco de esta iglesia, el ilustrado y estudioso Dr. D. Bernardo Conde y Corral, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Lugo, es un celoso inspec-

y la importancia que ha dado la verdadera devocion á esta iglesia construida en medio de una amena y florida comarca (1).

El Santuario de *los Desamparados de Abades* no solo debe ser apreciado como un monumento artistico, sino tambien como un monumento religioso.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



LOS CINCO PUNTOS.

El presente dibujo es un capricho curioso, que prueba la habilidad de un pintor, á quien le presentaron un papel marcado con varios puntos negros, sobre los cuales debia trazar una figura en tal actitud, que los puntos caprichosamente trazados coincidieran con los estremos de la figura. El problema no carecia de dificultad: los puntos eran 15 y estaban agrupados de 5 en 5, á la manera que en la baraja, en el dominó ó en un dado, en esta forma (⁙), y el artista debia imaginar seis figuras enteramente distinta una de otra, luchando con la simetría embarazosa que le habian impuesto. El lector puede examinar cómo supo vencer las dificultades el dibujante, trazando, no un croquis cualquiera, sino seis personages correctos, que al propio tiempo que la travesura del pintor, revelan su habilidad y su talento.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido,

PROVERBIO EN ACCION.

PERSONAS.

NARCISA, jóven de 18 años, mujer de GONZALO, capitan de artillería.
JACINTA, jóven de 19 años, mujer de RODRIGO, capitan de artillería.

ESCENA I.

Una sala en una casa de Sevilla.

NARCISA.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Sí, sí, mil y mil veces me lo ha repetido mi madre: era su máxima favorita, la base fundamental del código matrimonial. Cuando mi primo Alvaro, que ha estado en Francia, le decia que era ese un refran mas viejo que la torre del Oro, y que olia á rancio, mi madre se ponia furiosa: decia que las buenas máximas no envejecen, y que la verdad es eterna. Bien está; pues vamos á ver cómo pone mi madre sus máximas en práctica.—Destinan á Cádiz el regimiento de artillería á los seis meses de haberme casado con Gonzalo; y esta señora, bajo pretesto que la estada de los artilleros en aquella plaza no es permanente, dice que no vale la pena de poner casa; que soy muy jóven; que estoy muy bien á su lado, y otras especiosas razones: determina que me quede aquí, á pesar de irse Gonzalo, y sin ninguna consecuencia á su querida máxima, separa así á la mujer de su marido. El resultado es que hace ya cuatro meses que está allá el regimiento, y no se trata aun de su vuelta; y ni mi querida madre se acuerda de aquel refrancito que no se le caia de la boca, ni Gonzalo tampoco. Todo se le vuelve escribirme unas cartas muy tiernas; pero entretanto apostaria que se está divirtiendo en grande lo mismo que un soltero, y mucho mas ahora que viene el Carnaval: y yo entretanto encerrada herméticamente, puesto que dirá ese ausente marido, que entre dos que bien se quieren, con uno que se divierta basta.—¡Esto es una atrocidad!—Me revelo contra las dos potestades: la materna y la conyugal, una vez que (segun dice Alvaro, que ha estado en Francia) son insoportables tiranías.—Tengo hecho mi plan, y si mi prima Jacinta, que viene á pasar con nosotros el Carnaval, y que está en el mismo caso que yo, hace causa comun conmigo, llevaremos mi plan adelante.—¡Pero Jacinta es tan corta, tan pacífica! ¡Apuesto que está perfectamente conforme con su suerte!—Las gentes flemáticas deberian tener cada tres dias una calentura para descuajarles la sangre.—Pero suenan pasos... ella es.—¡Jacinta! *(Entra Jacinta, y caen en brazos una de otra.)*

ESCENA II.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¡Gracias á Dios que llegaste! pues si siempre hallé el mayor placer en verte, ¿cuánto mas será en esta ocasion en que can-

tor del Santuario, compitiendo con sus antecesores en el esmero y diligencia con que desempeña su honroso cargo.

(1) Cerca de esta ermita, en el Campo *Marzo*, se encuentran algunas canteras abundantes en serpentina, con la que los habitantes de sus alrededores cubren sus caminos y cercan sus heredades. Entre la diversidad de colores de este mineral, se cuentan las de fondo blanco con vetas aplomadas, y las blancas con vetas verdes.

to, como lo hace mi madre con añejas reminiscencias, *(canta) De mi juventud la flor paso en llanto y soledad...*

Jacinta.—Hija mia, las que como nosotras se casan con militares, tienen que llorar ausencias.

Narcisa.—No lo creas; mi madre me ha predicado siempre esta máxima: matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido...

Jacinta.—Y la mia tambien.

Narcisa.—¡Pues ya ves! — pero cuando el feroz egoismo materno entra en juego, se olvidan de sus máximas las señoras madres; quien vé una las vé todas: tiranas por amor, irreflexivas por pasion. Pero, hija mia, en cuatro meses de ausencia yo no sé lo que tú habrás hecho; yo me he aburrido mucho y he hecho sérias reflexiones. —¿Acaso te parece regular que este Carnaval estén tu marido y el mio divirtiéndose á dos carrillos, brincando en los bailes, riendo en los teatros, y estemos tú y yo llorando como dos Didos abandonadas?—Nada de eso. — En el santo matrimonio todo es divisible: lo bueno como lo malo; quien no mire bajo ese punto de vista á ese dios Himeneo que coronan de rosas, merece ser turco.— Así en mi mente bulle un pronunciamiento.— Estoy compaginando una conspiracion para la que he formado un proyecto magno.

Jacinta.—¡Ay Narcisa, me asustas, pues si te se pone en la cabeza, lo llevas á cabo por mas que de ello se te quiera disuadir.

Narcisa.—Por supuesto, mucho mas cuanto que me propongo poner en práctica la loable máxima que me inculcó mi madre. — Oyeme, pues.—Nuestros maridos (¡Dios los guarde!) son amigos y compañeros desde el colegio.—Seguramente viven juntos en Cádiz.—Vamos á ver, ¿dónde vive el tuyo?

Jacinta.—Calle de la Comedia, núm. 90, frente al teatro.

Narcisa.—Justamente, ese es el sobre que pongo á mis cartas.— Pues mira, allá nos vamos á sorprenderlos.

Jacinta.—¡Jesús! ¡nosotras! ¿cómo?

Narcisa.—Metiéndonos en el vapor sin pedir anuencias ni pasaporte, puesto que, como dicen mi madre y la tuya, matrimonio bien avenido...

Jacinta.—¡Pero cómo! ¡viajar solas!... ¡Jesús!...

Narcisa.—Nos acompañará nuestro viejo mayordomo, que me ha visto nacer y me quiere tanto que nada sabe negarme.

Jacinta.—No, no, yo no tengo valor, Narcisa.

Narcisa.—¿Con que no tienes valor para seguir los preceptos del Evangelio, que mandan abandonar padre y madre para seguir al marido?

Jacinta.—Pero eso será cuando nos llamen.

Narcisa.—El precepto no trae semejante *cuando*.

Jacinta.—Yo creo que hacemos mal.

Narcisa.—Pues yo estoy segura de que hacemos bien.

Jacinta.—No me atrevo, no.

Narcisa.—Pues quédate; lo que es yo me voy de todos modos, y te escribiré como he hallado á Gonzalo y á Rodrigo, si nos divertimos mucho y qué tal me gusta Cádiz.

Jacinta.—¿No es mejor aguardarlos?

Narcisa.—¿Otros cuatro, otros ocho meses, un año quizá?—No, pues entretanto... hija mia, las gaditanitas son muy seductoras... apuesto que Gonzalo á la hora de esta, sin ser zapatero, sabe las dimensiones de los afamados pies de las gaditanas.

Jacinta.—¡Qué malos juicios, Narcisa! Por mí, estoy persuadida, á pesar de que Rodrigo lo que mas admira en la mujer es un buen cabello, no sabe siquiera si las gaditanas peinan pelo propio ó peluca.

Narcisa.—¡Qué sencilla eres, hija mia? bien se vé que te has criado en un lugar. ¡Si vivieras en capitales, verias unas cosazas!!!

Jacinta.—Eso no es de mi cuenta.

Narcisa.—Ni de la mia tampoco, gracias á Dios: lo que sí lo es, es el estar al lado de mi marido, como Dios manda. ¿Tú te quedas?

Jacinta.—No me atrevo á hacer otra cosa. ¡Dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años emanciparse así, sin autorizacion de nadie!.. desengáñate, eso seria muy mal visto.

Narcisa.—Atiende: dos cosas que son completamente contrarias, que son la antítesis (como dice mi padre, á quien gustan los terminachos) una de otra: si la una es mala ¿qué será la otra?

Jacinta.—¡Será buena, es claro!

Narcisa.—Bien está; por consiguiente si la mujer que huye del techo doméstico y abandona á su marido para seguir á otro es una solemne picarona, la que hace cabalmente todo lo contrario será una buena mujer.

Jacinta.—En eso tienes razon; pero si no nos lo mandan...

Narcisa.—¿No has oido decir siempre que el bien que se hace espontáneamente tiene mas mérito que el que se hace solo por obligacion?

Jacinta.—Eso tambien es verdad.

Narcisa.—Mi madre siempre dice que María Luisa, la mujer de Napoleon, faltó á sus deberes no siguiéndole á Sta. Elena: pues en el mismo caso estamos en no seguir á nuestros maridos á Cádiz.

Jacinta.—Pero...

Narcisa.—Idéntico: no hay peros ni camuesas. — El padre de aquella no quiso; las madres nuestras están igualmente por la ausencia.—El mundo y todos los corazones sensibles hubieran aplaudido á la mujer de Napoleon por su desobediencia: lo mismo nos aplaudirán á nosotras.

Jacinta.—¿Lo crees?

Narcisa.—¡Tengo evidencia!

Jacinta.—Y como tienes mas mundo que yo.

Narcisa.— ¡Muchisimo mas!

Jacinta.—¿Y nos recibirán bien

Narcisa.— ¡Pues tendria que ver! ¡Despues de semejante prueba de amor conyugal, nos levantarán un altar!

Jacinta.—Y si mi madre se enfada ¿tomarás tú sobre ti?...

Narcisa.—Todo lo tomo sobre mí. ¡Vaya! ¿no sabes acaso la fuerza y valor que dan el cumplimiento de un deber?

Jacinta.—¡Pues Dios vaya con nosotras!

Narcisa.—Dios va con todo el que obra bien.

ESCENA III.

Una casa de huéspedes en Cadiz.—Una sala: á cada lado una puerta de cristales que comunica á dos alcobas.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¿Con que estás bien enterada?

Jacinta.—Enterada sí, convencida no. No me atrevo: ¿cómo quieres que me ponga yo tan caridelantera y tan sin modestia á llamar la atencion de tu marido, sin conocerlo siquiera?—¡Quita allá, eso es una cosa muy fea! ni sé ni quiero.

Narcisa.—No lo conoces, ¿qué le hace? ¿no sabes que es mi marido, por consiguiente tu primo, y que has de quedar justificada sobre la marcha? ¡Jesús, qué premiosa eres! yo tampoco conozco á tu marido, y con saber que lo es, estoy tan dispuesta á hacerle algunas carantoñas, á poner en juego mis gracias y monadas, como lo haria en una comedia casera. Te he de probar, ya que tanto disputas lo contrario, que los maridos ausentes de sus mujeres se van tras de los reclamos como las perdices.

Jacinta.—Y si yo por desgracia viviese en un dulce error, ¿para qué quieres desvanecerlo?

Narcisa.—Para que vivas prevenida y aprecies en todo lo que vale la prudencia de mi determinacion (antítesis, como dice mi padre), de la conducta de María Luisa.

Jacinta.—¿Pero qué quieres que haga? ¿qué quieres que diga si yo no sé?

Narcisa.—Entra en tu cuarto, obsérvame por entre los visillos de la puerta de cristales, y despues imítame en un todo; ¡verás qué bien hago mi papel, y qué mona me pongo!

Jacinta.—¡Ya lo creo! tú lo eres siempre. ¿Y si se enamora de veras de ti?

Narcisa.—¡Qué simpleza, hija mia! ¿acaso no te quiere á ti? ¿acaso se enamoran los hombres en un dia? Lo que te quiero probar es que cuando los maridos están ausentes de sus mujeres, miran mas de lo que conviene á las demas. Desengáñate: el corazon de los hombres es un pájaro, y nosotras las jaulas.

Jacinta.—¡Ay, Narcisa! ¡qué sobresaltada estoy desde que llegué á Cádiz! ¡qué fortificaciones presenta por todos lados! ¡me parece un caballero antiguo bajo de su armadura!

Narcisa.—Pues á mí me parece muy alegre, y una blanca ninfa bañándose en el mar.

Jacinta.—¡Estoy inquieta como si hiciese una cosa mala!

Narcisa.—¿Mala? ¡pues qué! ¿hay cosa mas virtuosa, mas legal, que venir á buscar dos mujeres á sus consortes legítimos, indisputables, estrechando así una union santa y respetable?

Jacinta.—Venir así escapadas...

Narcisa.—El fin justifica los medios.

Jacinta.—Un buen fin no se debe alcanzar sino con iguales medios.

Narcisa.—Estás muy atrasada de noticias y de máximas. Pero oigo pasos: ellos deben ser; tú á tu cuarto y yo al mio, observa.

(Cada una se encierra en su cuarto.)

ESCENA IV.

RODRIGO.—GONZALO.

Gonzalo.—Parece que han llegado huéspedes.

Rodrigo.—Sí, dos señoras.

Gonzalo.—¿Y quiénes son?

Rodrigo.—Dicen que son dos hermanas con su tio.

Gonzalo.—¿Y á qué vienen?

Rodrigo.—No me lo han sabido decir: quizá venga empleado, categoría muy estensa y muy ambulante.

Gonzalo.—¿Y te han dicho qué tales son las señoras?

Rodrigo.—Jóvenes, lindas y distinguidas; pero el tio es un facha.

Gonzalo.—¡Estraña anomalía! ¡pero se hallan tantas en los tiempos que corren en este mundo redondo!

Rodrigo.—En fin, me alegro que tengamos tan buena vecindad.

Gonzalo.—¿Qué te importa?

Rodrigo.—Nada, es cierto; pero nada me importa tampoco un dia nublado y un dia de sol, y me gusta mas el primero. ¿Has encargado los dominós pára esta noche?

Gonzalo.—¡Ay, que me se ha olvidado! *(Cogiendo su sombrero.)* El que no tiene cabeza que tenga pies: voy en un vuelo.

Rodrigo.—Mientras me pondré á escribir á mi Jacinta.

(Se sienta y escribe.)

«Jacinta de mi corazon:

(Jacinta entreabre la puerta y hace un movimiento para lanzarse hácia su marido. Narcisa se asoma con precaucion á la otra puerta, y la detiene haciéndole repetidas señas.)

ESCENA V.

RODRIGO *escribiendo;* NARCISA y JACINTA *acechando.*

Rodrigo.—»¡Qué domingo de Carnaval tan triste para mí, pues de ti estoy ausente! Recuerdo, Jacinta mia, que ahora hace un año, habiendo obtenido licencia para pasar esta alegre temporada en casa de mis padres, te hallé á ti, á quien habia dejado niña, transformada en una jóven encantadora; á ti, que habias de ser mi primero, mi único, mi eterno amor. Me admitistes por compañero espontáneamente, como yo te habia elegido á ti por único bien.

(Jacinta hace otro movimiento. Narcisa la detiene con impacientes ademanes.)

»Juré labrar tu felicidad, y lo haré; confia en mi cariño como yo en tu constancia...

(Jacinta se quiere de nuevo precipitar hácia su marido. Narcisa le hace señas, y para distraer la atencion de Rodrigo sale de su cuarto haciendo ruido. Rodrigo se vuelve á aquel lado, la vé y se levanta.)

Narcisa.—Perdonad, caballero; creí que estaba sola esta estancia, y pasaba para ir á la habitacion de mi hermana.

Rodrigo.—Señora, vos sois la que tiene que perdonarme el que esté aquí estorbando vuestro paso, y desde luego me retiro. *(Aparte)* ¡Qué linda es! *(Coge sus papeles para irse.)*

Narcisa (con aire muy amable).—No consentiré por cierto que os incomodeis por mí; os suplico que sigais escribiendo, tanto mas, cuanto que supongo que será una carta de gran interés.

Rodrigo.—No, no, no corre prisa: no es aun hora que salga el correo.

Narcisa.—El corazon siempre tiene prisa en espresar sus afectos: y si esa carta es para alguna persona que os interesa...

Rodrigo (aparte).—¡Estraña franqueza, por no decir desenvoltura, hay en este lenguaje de parte de una señora!—Si no me engaño, esta ha de pertenecer á la escuela de la mujer emancipada.—Si fuese fátuo... *(Recio.)* No, señora, no; era una carta, eran unos versos que escribia para pasar el rato.

Narcisa.—¿Pero á alguien serán dirigidos esos versos?

Rodrigo.—No, no tengo á quien dirigirlos.

Jacinta (asomada á su puerta y aparte)—Ah traidor.

Narcisa.—¿No? ¡es muy estraño! A vuestra edad y con vuestro mérito, las conquistas deben de seros muy fáciles!

Rodrigo.—No me lisonjeeis, porque si me engriese, podria dar pábulo á que me aquejase un amargo desengaño! *(aparte):* Tanto descaro, con un esterior tan distinguido, pasma!

Jacinta (aparte.)—¿Hay valor para ser tan provocativa con un hombre, aunque sea treinta mil veces primo?

Narcisa.—Deciais que escribiais versos y que no eran amorosos; siendo así, no pienso que sea una indiscrecion suplicaros que me los leyérais. ¡Me muero por los versos! ¡Los versos son música celestial!

Rodrigo.—Con gran placer os los leeré; pero podeis estar persuadida que si antes os hubiera conocido, otro hubiera sido el objeto que me los hubiese inspirado.

Narcisa.—Sois galan, no lo estraño: galan es sinónimo de caballero.

Jacinta (aparte).—¿Hay paciencia para esto?

Narcisa.—Ansío por oir los versos.

Rodrigo (aparte).—¡Qué estraña exigencia! ¿qué la leeré, yo que en mi vida he compuesto un verso? ¡pero ya caigo! aquí tengo lo que necesito. *(Toma un papel de sobre la mesa).*

Narcisa.—¿De qué tratan?

Rodrigo.—Son versos de un guerrillero. Los he compuesto para recitarlos en los fosos de la muralla de la puerta de Tierra, en que hay un eco maravilloso, y donde los suelo recitar ante mis compañeros, á quienes agradan mucho.

Narcisa.—Pues vamos á los fosos de la muralla, y allí me los leereis. ¡Me gusta tanto, tanto, el eco, esa voz del aire, que cual él, no se sabe de donde viene! Ved, casualmente tengo puesto el velo, pues iba á salir.

Rodrigo (aparte).—L[a] pajarila ésta, está perfectamente domesticada. ¡Tan linda, tan fina! ¡Fiese V. de las apariencias! *(Alto)* Señora, nunca mas honrado.

Narcisa.—Vamos pues, á oir el eco: ¡esas palabras al aire que no salen del corazon! es una cosa muy rara, ¡un fenómeno!

(Rodrigo le ofrece el brazo, y se van. Jacinta sale de su cuarto y corre tras ellos; pero Narcisa, ya fuera de la sala, asoma la cabeza y le dice):

Narcisa.—Aguárdame, hermana, aguárdame con paciencia, no *tengas cuidado,* que pronto vuelvo: y ten presente que tienes que hacer lo que te dije.

ESCENA VI.

JACINTA, *sola.*

(Se deja caer sobre una silla llorando).

¡Ay! ¡Dios mio! ¿Quién lo hubiese creido? ¡infiel! ¡infiel! ¡en el mismo momento en que me escribia aquella carta! y Narcisa, ¡con qué desfachatez ha sido provocativa! lo que está pasando, es un escándalo, jugando, jugando están labrando mi infelicidad. ¡Perversa amiga! ¡marido inicuo! ¡quién pudiera vengarse de ámbos!

(Concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

ESCLAVITUD EN ROMA.

Tuvieron esclavos todos los pueblos griegos de la antigüedad; los tesalienses sus prenestos, los cretenses sus clarotes, los de Argos sus jimnetas, los sicyonicos sus corineforos, los lacedemonios sus ilotas, etc., razas desgraciadas que formaban en su orígen otros tantos pueblos, y que la derrota puso á discrecion del vencedor.

Habia en Roma esclavos de diferentes naciones, la mayor parte prisioneros de guerras, hechos á los varios pueblos que atacaba sucesivamente la república. No era la guerra la única causa de esclavitud, pues era á veces efecto de un castigo aplicado por la ley á los desertores, traidores ó refractarios.

Consistian las principales disposiciones del derecho romano relativas á la esclavitud en:

«No ser el esclavo persona, sino cosa; no poder poseer nada por ser él mismo de propiedad agena; no tener consideracion alguna en la vida civil; no poder atestiguar en justicia; no poder accionar en ningun tribunal; no poder testar; ser su dueño su heredero legítimo y el que heredaba en su lugar cuando era nombrado en algun testamento; poder dividirse su propiedad poseyendo uno el usufructo y otro la simple propiedad; y que por la ley ninguna injuria se le irrogaba teniendo solo su dueño el derecho de darse por ofendido de su persona.»

Ejercian en Roma los esclavos todos los artes y oficios; eran médicos, arquitectos, músicos, notarios y hacian el comercio por cuenta de sus dueños. Casi todos los que tenian escritorios ó tiendas eran esclavos ó libertos, y siempre que se suscitaba alguna dificultad en los negocios, se dirijia la accion contra sus dueños á pesar de haber contratado con los esclavos.

Trabajaban los de ricos ciudadanos, en casa de sus dueños, donde habia para cada ocupacion un taller llamado *ergastulum*, y se vendian sus trabajos á beneficio suyo. Eran á veces tan numerosos los esclavos en estas casas, que ocupaban el sitio de un pue[blo]; que se necesitaban nomenclatores solo para retener é inscribir sus nombres. Cuenta Atheneo que habia particulares que poseian hasta veinte mil esclavos, y refiere Plinio, que Claudio Isidoro declaró en testamento que habiendo perdido mucho en las guerras dejaba solo 4,116 esclavos, 3,600 pares de bueyes, 250,000 cabezas de ganado y 600 millones de sestercios.

Llevábase al mercado el esclavo que se trataba de vender y le esponian desnudo en una especie de caja, llamada *catasta*, para que pudiera examinar minuciosamente el comprador todas las partes de su cuerpo. Ordenaron los ediles que se pusiera al esclavo que se llevase

al mercado un cartelon que anunciase sus buenas calidades ó defectos; y á los estrangeros que no se les conocia bastante para garantizarlos, los esponian con manos y pies atados, y cubiertos de una especie de gorro llamado *pileus*.

Cita Plinio varias ventas de esclavos de su época á precios muy subidos: un entendido gramático fué vendido por doscientos mil sestercios. Fijóse mas tarde un arancel de precios de esclavos por su edad y profesion; por un médico debia pagarse sesenta sueldos de oro; por un notario cincuenta; por un eunuco menor de diez años, treinta, y por uno de mayor, cincuenta; valor general de los esclavos en el siglo sesto que puede verse en el reglamento del emperador Justiniano del año 530.

Débese tener cuidado en distinguir los esclavos rurales de los domésticos ó urbanos. Los primeros que hallamos designados con multitud de nombres, tales como *colonos, tributarios, originarios*, que indican condiciones muy diversas, estaban ocupados en las posesiones á trabajar los campos, en vez de trabajar en el interior de las casas de las poblaciones, y eran á veces verdaderos esclavos de la tierra que no podian ser vendidos sin su dominio, y á los que se confundia con el nombre genérico de colonos. Tenian por habitacion un subterráneo iluminado por una angosta buharda donde pasaban la noche encadenados, y por alimento una racion de granos, sal y legumbres. La union del esclavo no estaba consagrada por el matrimonio: tenia que recibir la compañera que su dueño le señalaba y no tenia ningun derecho sobre sus hijos, que se hacian de la propiedad de este. En el verano vestian los esclavos colonos una corta túnica, y en el invierno unos viejos calzones que les daban para que pudiesen trabajar en el campo en el tiempo riguroso.

Por dura que fuese la existencia de los colonos, era aun mas desgraciada la de los esclavos domésticos, espuestos continuamente á todos los caprichos y malos tratos de sus dueños. Conocido es el hecho de Polion, que por haberle roto un vaso un esclavo, lo hizo arrojar á un vivero para que sirviera de pasto á las murenas, y habiendo logrado escaparse el infeliz, se echó á los pies de Augusto que cenaba en casa de su dueño, no para pedirle la vida, sino otro género de muerte.

AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA.

Inédita.

Mi nombre llevas, Alberto,
y el ser debes á un amigo
en la adversidad probado
y en mis bienes complacido.
Por tu nombre y por tu padre
con doble deber, dirijo
al cielo fervientes votos
y el cielo nos oye pio.
En favor tuyo le ruego,
y no temo hallarle esquivo;
que á la amistad é inocencia
nunca cerró su oidos.
Mas no los ricos tesoros
de Creso para tí pido,
ni de la ambicion ceñuda
los infaustos regocijos,
ni los veleños del ócio
ni de Acidalia los mirtos,
ni de las funestas lides
el laurel en sangre tinto.
Mente sana en cuerpo sano,
vivo y noble patriotismo,
mediana y modesta suerte,
instruccion, virtud y juicio.
Virtud...... su angélico sello
grave en tí tan fuerte y fijo,
que jamás borrarle pueda
la inmoralidad del siglo.
Sé de tus amables padres
gloria en tus años floridos,
de sus canas alegría,
de su senectud arrimo.
Y entre tantas bendiciones
tambien para mí suplico,
que del autor de tus dias
imites el fiel cariño;
y pueda yo, caminando
de la tumba al cierto asilo,
decir: la amistad del padre
ya reflorece en el hijo.

Sevilla 2 de julio de 1847.

ALBERTO LISTA.
(A los 72 años de edad.

A UN ARBOL.

BALADA.

Arbol, ¿por qué del campo en la llanura
siempre mis pasos á buscarte van,
y al contemplar tu pompa y tu verdura
siento en el alma indefinible afan?
¿Por qué si el viento en incesante giro
tu ramaje columpia con furor,
dentro del alma á mi pesar suspiro
por cada hoja perdida y cada flor?
Acaso, acaso en tu lozana vida
algun misterio el corazon leerá;
tal vez mi suerte á tu existencia unida
por impalpable vínculo estará.
¡Quién sabe si darás á mis amores
fresca sombra en tu verde pabellon;
si sentiré cubierto con tus flores
de un ángel palpitar el corazon!
Tal vez robusta y ponderosa lanza
tus vástagos gigantes me darán;
tal vez cuando se logre mi esperanza
ramos tuyos mi sien coronarán.
¡Quién sabe si al cruzar los anchos mares
tú serás el timon de mi bajel,
ó de triste naufragio en los azares
la pobre tabla que me salve dél!
Mas si de amor la tienda encantadora
no has de ser, ni la lanza, ni el timon,
ni la flotante tabla bienhechora
que me libre del mar y el aquilon;
¡Cuando la muerte mi destino amanse,
árbol, quién sabe si caerás tambien,
si el féretro serás en que descanse
mi helado pecho, mi marchita sien!

ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑON.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Amor de madre.)

TEATRO DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

La fecundidad asombrosa del *Fenix de los ingenios* Frey Lope Felix de Vega Carpio produjo tan considerable número de obras, que no solo perjudicó á su misma correccion, sino que no pudieron ser todas conocidas del público por medio de la imprenta.—Solamente las no dramáticas sagradas y profanas, impresas en su vida y reimpresas por Sancha á fines del siglo pasado, forman veinte y un volúmenes en cuarto, y faltan en ella varias publicadas por separado.—Las comedias de aquel prodigio de la naturaleza, que su discípulo y panegirista Montalvan hace subir á la enorme cantidad de *mil ochocientas* y *cuatrocientos autos sacramentales*, se perdieron las mas en las carteras de los comediantes, sin alcanzar por su misma multitud los honores de la imprenta, y sin que su mismo autor supiese darse razon de ellas. Muchas, sin embargo, fueron impresas sueltas en Madrid, Valencia, Barcelona y otras ciudades, y han llegado reimpresas hasta nosotros; y varias en la famosa coleccion titulada *Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, que se empezó á publicar en Madrid por Domingo Garcia Morrás en 1652, y comprende cuarenta y ocho tomos en cuarto, de los cuales el último se imprimió en Madrid en 1704.—Esta coleccion es rarísima, y no existe completa en ninguna de nuestras Bibliotecas públicas, ni creemos tampoco que en las particulares: Brunet cita un ejemplar que poseyó Richard Heber, y aunque falto de los tomos IV, XIII, XVII, y el X incompleto, le habia costado mas de 100 guineas (unos 9,600 reales.)

En esta misma coleccion de varios, y en otras que se empezaron á publicar en el mismo siglo XVII, tuvieron, como no podia menos, importante lugar las comedias del gran Lope; los libreros de toda España, y aun los de Amberes, Bruselas, Nápoles y Lisboa publicaron furtivamente otras muchas sueltas, atribuyéronle algunas y despojáronle de varias, por todo lo cual, y sin duda deseoso de vindicar su fama y consignar sus obras verdaderas, emprendió el mismo Lope la publicacion de sus obras dramáticas en tomos, de los cuales el primero se publicó en Valladolid en 1609, y el XXV y último en Zaragoza en 1647. Hay ademas otra parte 22 y otras dos 24, impresas tambien en Zaragoza en 1633 y 1631; tambien se le atribuyen, aunque por estravagantes, la 26, de Zaragoza, en 1645: la 27, Barcelona, 1633; y la 28, Zaragoza, 1639; aunque generalmente son tenidas por apócrifas ó pegadizas; por lo regular no se cuentan mas que los XXV, cuyo pormenor de las comedias que contienen, los años de su impresion y demas, puede verse en la *Biblioteca hispana nova* de Nicolás Antonio, tomo II, pág. 76 y siguientes. Por último se añade á ellos el tomo titulado *Vega del Parnaso*, que comprende ocho comedias, impreso en Madrid en 1627.

Pero como se vé, la vida de Lope y la actividad de las prensas no bastaron á publicar en el trascurso de treinta y ocho años mas que una parte muy corta relativamente á la totalidad de sus obras dramáticas; pues constando de veinte y cinco tomos la coleccion, cada uno con doce comedias, dan por resultado unas trescientas, de las mil ochocientas que le atribuye Montalvan, ó por lo menos de las mil setenta que el mismo Lope calcula en el prefacio de uno de sus tomos.

Esta preciosísima coleccion, por no haberse reimpreso desde mediados del siglo XVII, ha llegado á ser tan escasa que no conocemos ningun ejemplar completo.—El de la Biblioteca nacional estaba hace algunos años falto de los tomos V, IX, XVI y XVII, y hoy faltarán muchos mas; en la Biblioteca imperial de Viena falta el tomo II; en la de Paris varios, y en las particulares igualmente, aunque pudiera completarse uno para reimprimirlo, en lo cual los ilustrados editores de la *Biblioteca de autores españoles* harian un señalado servicio á las letras.—El célebre bibliófilo Richard Heber habia llegado á reunir un ejemplar de los XXV y varios tomos dobles á costa de mas de 20,000 rs de desembolso, y dudamos que aun á este precio pudiera hoy adquirirse otro.

Queda dicho ya que ademas de estos tomos preparados por él mismo, se publicaron en vida y en muerte de Lope multitud de sus comedias sueltas y en colecciones de varios, se le atribuyeron otras de diversos autores, y á estos las suyas; incorrectas, mutiladas, y no

reconocidas algunas por auténticas: hay sin embargo la certidumbre de serlo la mayor parte, aunque de muchas no ha llegado hasta nosotros mas que el título, y aun este muchas veces trocado y contrahecho; otras corren manuscritas, algunas duplicadas con diversos títulos, y otras, en fin, en que Lope solo escribió una ó dos jornadas.— Se vé por lo tanto que el trabajo bibliográfico de depurar en lo posible aquel caos, de señalar guia en aquel laberinto, está aun por hacer, ó mas bien que le ha hecho ya imposible el transcurso del tiempo, la incuria de nuestros antepasados, y la carencia de datos, y aun de una parte muy principal de las obras mismas sobre que habia de recaer.

Deseosos, sin embargo, de contribuir en lo posible (atendidas nuestras débiles fuerzas) á buscar ó preparar materiales para aquel importante trabajo, reservado á mayores y mas ilustradas diligencias, emprendimos hace tiempo la investigacion de todas las comedias, ó por lo menos de sus títulos, que pudiéramos haber del gran Lope; adquirimos muchas; leimos mas, y tomamos las noticias que pudimos de varios amigos y distinguidos eruditos. Y teniendo presentes los catálogos generales mas completos de nuestro teatro antiguo, los de las librerías ó comercios de libros, y las colecciones particulares, nos atrevimos á formar para nuestro uso privado y sin pretension alguna la siguiente lista, que comprende hasta unos setecientos títulos de comedias atribuidas á Lope de Vega, sin responder sin embargo de la autenticidad de todas ellas, y aun sin dudar que varias están duplicadas con diversos títulos.

Los mas considerables de aquellos catálogos generales del teatro español que tuvimos á la vista son los siguientes:—1.° El publicado en 1735 por los herederos de D. Francisco Medel del Castillo, mercader de libros y comerciante de comedias, en un tomo en 4.° titulado *Indice general alfabético de todos los títulos de comedias escritas por varios autores antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos, etc.*—2.° El *Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español.* Un tomo en 8.° impreso en 1785, y publicado por D. Vicente García de la Huerta.—3.° El *Indice* formado por D. Juan Isidro Fajardo en 1716, que se conserva MS. en la Biblioteca nacional (y cuya copia poseemos) con el epígrafe *Títulos de todas las comedias que en verso español y portugués se han impreso hasta el año de 1716; están recogidas por una curiosidad diligente que ha procurado reconocer todos los libros y bibliotecas donde se ha podido hallar la noticia, y si faltasen algunas comedias será por no haberlas hallado en ellos.*—De todos estos catálogos copiosos, aunque incorrectos, y de los ya dichos parciales y contemporáneos, procuramos estractar y formar alfabéticamente el de las comedias atribuidas á Lope; y este trabajo, aunque imperfectísimo y no destinado al público, es el que ahora nos determinamos á ofrecerle, siquiera no sea mas que para promover otro mas completo de plumas mas ilustradas y eruditas, y contribuir en lo posible á despertar la curiosidad de los literatos hácia esta noble investigacion.

R. de M. R.

COMEDIAS IMPRESAS ATRIBUIDAS Á FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO. (1)

Abderite (la).
Abindarraez y Narvaez.
* Acero (el) de Madrid.—T. XI.
Acertar errando.
Achaque quieren las cosas.
* Adonis y Venus.—T. XVI.
Adversa fortuna de D. Fernando de Portugal.
Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera.
* Adversa fortuna del Caballero del Espíritu Santo.—T. III.
* Adversa fortuna de Ruy Lope Dábalos.—T. III.
Adúltera (la) perdonada.
Africano (el) Cruel.
* Al pasar el arroyo.—T. XII.
Alcaide (el) de Madrid.
* Alcalde (el) Mayor.—T. XIII.
Alcalde (el) de Zalamea.
Alcázar (el) de Consuegra.
Alfonso el Afortunado.
Allá darás rayo.
* Almenas (las) de Toro.—T. XIV.
* Amante (el) agradecido.—T. X.
* Amantes (los) sin amor.—T. XIV.
* Amar sin saber á quién.—T. XXII.
Amar como se ha de amar.
Amar por burla.

(1) Los títulos que van con estrella (*) son de las comedias contenidas en la coleccion de los XXV tomos: las demas son las impresas por separado.

* Amar, servir y esperar.—T. XXII.
Amatilde (la).
Amazonas (las).
* Amete (el) de Toledo.—T. IX.
* Amistad y obligacion.—T. XXII.
* Amistad (la) pagada.—T. I.
* Amigo (el) hasta la muerte.—T. XI.
* Amigo (el) por fuerza.—T. IV.
Amigos (los) enojados.
Amor (el) soldado.
Amor (el) bandolero.
Amor (el) constante.
* Amor (el) enamorado.—*Vega del Parnaso.*
Amor (el) desatinado.
* Amor, pleito y desafío.—T. XXII.
* Amor secreto hasta celos.—T. XIX.
Amor (el) con vista.
Amores (los) de Narciso.
* Angel (el) fingido y renegado de amor.—T. VIII.
Angélica en el Catay.
* Animal (el) de Ungría.—T. IX.
Animal (el) Profeta, S. Juan.
Antecristo (el).
Antonio Roca.
* Anzuelo (el) de Fenisa.—T. VIII.
* Arauco domado.—T. XX.
* Arenal (el) de Sevilla.—T. XI.
* Arcadia (la).—T. XIII.
Argelan, rey de Alcalá.
Arminda celosa.
* Asalto (el) de Mastrique.—T. IV.
Atalanta (la).
Avanillo (el).
* Aventuras (las) de D. Juan de Alarcon.—T. XXV.
Aventuras del hombre.
Ave María (el) y Rosario de Nuestra Señora.
* Ausente (el) en el lugar.—T. IX.
* Ay verdades que enamoran.—T. XXI.

* Bandos (los) de Sena.—T. XXI.
Bárbaro (el) Gallardo.
Bárbara (la) del cielo.
Balaban y Josafat.
Bargas (los) de Castilla.
Basilea (la).
* Bastardo (el) de Ceuta.—T. V.
Bastardo (el) de Mudarra.
Batalla (la) de dos.
* Batalla (la) del honor.—T. VI.
Batalla (la) naval.
* Batuecas (las) del duque de Alba.—T. XXIII.
Belardo furioso.
* Bella (la) Malmaridada.—T. II.
* Bella (la) Aurora.—T. XXI.
Bella (la) Gitana.
Beltran de Aragon.
* Benavides (los).—T. II.
Bernardo del Carpio en Francia.
Biezmas (los).
* Bizarrias (las) de Belisa.—*Vega del Parnaso.*
Blason (el) de los Chaves.
* Boba (la) para los otros, y discreta para sí.—T. XXI.
* Bobo (el) del colegio.—T. XIV.
* Boda (la) entre dos maridos.—T. IV.
Bohemia convertida.
Bosque (el) amoroso.
Buen (el) vecino.
Buen (el) agradecimiento.
* Buena (la) Guarda.—T. XV.
Burlas (las) veras.
Burlas (las) de amor.
* Burgalesa (la) de Lerma.—T. X.

* Caballero (el) de Illescas.—T. XIV.
Caballero (el) Mudo.
* Caballero (el) del Sacramento.—T. XV.
* Caballero (el) del Milagro.—T. XV.
Cadena (la).
* Campana (la) de Aragon.—T. XVIII.
Capitan Belisario (el). Ejemplo de mayor desdicha.
Capuchino (el) escocés, y Condesa perseguida.

* Carbonera (la).—T. XXII.
* Cardenal (el) de Belen.—T. XIX.
* Cárlos perseguido.—T. I.
* Cárlos V en Francia.—T. XIX.
Carcel (la) de amor.
* Casamiento (el) en la muerte.—T. I.
* Capellan (el) de la Vírgen.—T. XVIII.
Capitan Juan de Urbina.
Casamiento (el) por Cristo.
Casamiento (el) dos veces.
Casta (la) Penépole.
* Castelvies y Monsalves.—T. XXV.
* Castigo (el) sin venganza.—T. XXI.
* Castigo (el) en el discreto.—T. VII.
Cautivo (el) coronado.
* Cautivos (los) de Argel.—T. XXV.
Cerco (el) de Madrid.
* Cerco (el) de Sta. Fé.—T. I.
Cerco (el) de Toledo.
Cerco (el) de Orán.
Cerco (el) de Viena por Cárlos V.
* Chaves de Villalva.—T. X.
Cirze (la) Angélica.
* Cierto (lo) por lo dudoso.—T. XX.
Cirujano (el).
Ciudad (la) sin Dios.
Cómo se vengan los nobles.
Cómo se engañan los ojos.
Comendador (el) de Osuna.
* Comendadores (los) de Córdoba.—T. II.
Competencia (la) engañada.
Competencia (la) en los nobles.
Concepcion (la) de Ntra. Señora.
Conde (el) D. Pedro Velez.
Conde (el) D. Tomás.
Conde (el) Dirlos.
* Conde (el) Fernan Gonzalez.—T. XIX.
Condesa (la).
Conquista (la) de Tremecen.
Conquista (la) de Andalucia.
Conquista (la) de Tenerife.
Conquista (la) de Cortés.
Con su pan se lo coma.
* Contra valor no hay desdicha.—T. XX.
* Corona (la) merecida.—T. XIV.
Cortesano (el) en la aldea.
* Cortesía (la) de España.—T. XII.
Creacion (la) del mundo y primer culpa del hombre.
* Cruz (la) en la sepultura.—T. XXIV.
* Cuerdo (el) en su casa.—T. VI.
* Cuerdo (el) loco.—T. XIV.
* Cuentas (las) del Gran Capitan.—T. XXIII.

* Dama (la) boba.—T. X.
Dama (la) desagraviada.
Dama (la) melindrosa.
Dama (la) estudiante.
David perseguido, y montes de Gelboé.
Dé donde diere.
* De corsario á corsario.—T. XIX.
Degollado (el) fingido.
De la Mazagatos.
* De cuándo acá nos vino.—T. XXIV.
De un castigo tres venganzas.
Defensa (la) en la verdad.
Del monte sale quien el monte quema.
* Del mal el menos.—T. IX.
* Desconfiado (el).—T. XIII.
Desdichado (el).
* Desdichada (la) Estefanía.—T. XII.
* Desgracias (las) del rey D. Alonso.—T. V.
Despenado (el).
* Despertar á quien duerme.—T. XIII.
* Desposorio (el) encubierto.—T. XIII.
* Desprecio (el) agradecido.—*Vega del Parnaso.*
* Despreciada (la) querida.—T. XXIV.
Destruccion (la) de Constantinopla.
Dicha (la) del forastero, y la portuguesa.
Dichoso (el) parricida.
* Dineros son calidad.—T. XXIV.
Difunta (la) pleiteada.
* Discreta (la) enamorada.—T. XX.
* Discreta (la) venganza.—T. XX.
Dios hace justicia á todos.
* Dios hace reyes.—T. XXIII.
Dí mentira sacarás verdad.
* Divino (el) africano.—T. XVIII.
Divina (la) vencedora.
* Dómine (el) Lucas.—XVII.
* Donaires (los) de Matico.—T. I.
* Doncella, viuda y casada.—T. V.
* Doncella (la) Teodor.—T. IX.
Doncella (la) de Orleans.
Doncellas (las) de Simancas.
Don Gonzalo de Córdoba.
* Don Juan de Castro, primera y segunda parte.—T. XIX.
Don Lope de Cardona.
Don Manuel de Sousa.
* Doña Inés de Castro.—T. III.
Dos agravios sin ofensa.
Dos (las) bandoleras.
* Dos (las) estrellas trocadas.—T. XI.
Dos (los) soldados de Cristo.
Duque (el) de Alba en Paris.
Duque (el) de Saboya.
* Duque (el) de Viseo.—T. VI.

* Ello dirá.—T. XII.
* Embustes (los) de Celauro.—T. IV.
* Embustes (los) de Fabio.—T. XXV.
Embajador (el) fingido.
* Enemiga (la) favorable.—T. V.
Enemigo (el) engañado.
* Enemigos (los) en casa.—T. XII.
Engañar á quien engaña.
Engaño (el) en la verdad.
Enmendar un daño á otro.
* Envidia (la) de la nobleza.—T. XXIII.
Envidia (la) de la Privanza.
* En los indicios la culpa.—T. XXII.
En la mayor lealtad, mayor agravio y fortuna.
Ero y Leandro.
* Esclava (la) de su galan.—T. XXV.
* Esclavo (el) del demonio.—T. III.
Esclavo (el) fingido.
Esclavo (el) por su gusto.
* Esclavos (los) libres.—T. XIII.
* Esclavo (el) de Roma.—T. VIII.
* Escolástica (la) celosa.—T. I.
Espíritu (el) fingido.
Estrella (la) de Sevilla.
* Exámen (el) de maridos.—T. XXIV.
* Ejemplo (el) de casadas, y prueba de la paciencia.—T. V.
* Espejo (el) del mundo.—T. III.
Espada (la) pretendida.

* Fábula (la) de Perseo.—T. XVI.
Fajardos (los).
Famosa (la) Montañesa.
* Famosas (las) asturianas.—T. XVII.
* Favor (el) agradecido.—T. XV.
* Fé (la) rompida.—T. IV.
* Felisarda (la).—T. XVI.
* Ferias (las) de Madrid.—T. II.
Fianza (la) satisfecha.
Fingido (lo) verdadero.
Firmeza (la) de Leonarda.
* Firmeza (la) en la desdicha.—T. XII.
* Flores (las) de D. Juan, y rico y pobre trocados.—T. XXII.
Fortunas (las) de Beraldo.
* Fortuna (la) merecida.—T. XI.
Fortuna (la) adversa.
Fray Martin de Valencia.
* Francesilla (la).—T. XIII.
Fregosos y Adornos.
* Fuente Ovejuna.—T. XII.
* Fuerza (la) lastimosa.—T. II.
Fundacion (la) de la Alhambra de Granada.
Fundacion (la) de la Sta. Hermandad de Toledo.

(*Concluirá.*)



(Toledo.—Ermita de S. Eugenio, estramuros de la ciudad.)

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO XII.

La caridad de los inquisidores.

En efecto, la herida que el poeta portugués habia abierto en el pecho del caballero español era de tal profundidad, que bien necesitaba un mes para restablecerse, si antes no sucumbia al esceso de sus dolores. El dia que siguió á la partida de Luis de Camoens para Africa, se agravó tanto que los inquisidores estaban afligidos temiendo que se les muriese sin poder quemarlo.

Al anochecer de este dia entró Juan Meurcio en el cuarto del enfermo acompañado de algunos individuos del Santo Tribunal, que venian dispuestos á leerle una copia del *auto* para que se fuera preparando y fortaleciendo; pero acababan de curar sus heridas y estaba sin sentido, la cabeza fuera del lecho y los brazos en cruz.

Sentáronse tranquilamente, y esperaron á que se recobrase del desmayo.

Yo aprovecho este intervalo para traducir del portugués al español el auto que Juan Meurcio se dispone á leer al reo.

Y una vez traducido, y vuelto en sí D. Mariano, puedo repetir lo que dijo el familiar.

Su voz, siempre suave, llegó á hacerse tierna y meliflua para derramar el consuelo en el alma del paciente.

—¡Pobre hijo mio! esclamó—¡cuán acerbos deben de ser los sufrimientos que os aquejan, cuando asl os roban la facultad de conocerme! Porque no me conoceis... no me tendeis la mano...

Juan Meurcio se inclinó mas sobre el lecho y estrechó la mano del doliente, que estaba árida y abrasadora.

—¿Cómo os hallais? prosiguió el familiar.—¿Estais acobardado? ¿Pensais morios, hijo mio? ¡eh! por la Vírgen Santísima que recobreis el ánimo perdido.

Don Mariano Enriquez entreabrió con pesadez los ojos, movió débilmente la cabeza, y sin desprender los labios articuló alguna palabra que no llegó á oirse.

Pena causaba ver el estado de aquel jóven caballero tan agraciado y gentil luchando con la muerte y próximo á ser vencido.

—¡Pobre hijo mio! repitió el familiar. ¿Será posible que abandoneis la tierra sin ser purificado por la penitencia? ¿Será posible que cuando el santo fuego puede daros el glorioso martirio que necesita el idólatra para purgar sus culpas y elevar su alma al Criador, os falte el espíritu y murais como un impenitente? Venia á leeros el *auto*, pero me temo que no podais oirme.

Hizo el herido señal de que si podia oir, y Juan Meurcio desdobló un papel y leyó:

«Acuerdan los inquisidores ordinario y diputados de la Santa Inquisicion, que vistos los actos, culpas, declaraciones y respuestas del caballero D. Mariano Enriquez; porque se muestra que siendo cristiano bautizado está obligado á creer la fé católica predicada por los Santos Apóstoles y por nuestro Señor Jesucristo, y enseñada por la santa madre Iglesia católica romana, y que no obstante ha adorado á una estátua de Venus; en el santo nombre de Jesús invocado declaran al acusado D. Mariano Enriquez convicto del crimen de Heregía, y le condenan á ser conducido con la cuerda al cuello á la plaza del *Rocio*, donde su cuerpo sea quemado y reducido á cenizas, y gastos pagados.»

Aquí seguian los nombres de los inquisidores, que por ser apellidos que hoy llevan portugueses ilustres no queremos hacer odiosos á nuestros lectores, pero entre los cuales no podemos ocultar que leimos con dolor el de *Gama*. ¡Gama, el nombre del gran marino! ¡Por qué los héroes y los verdugos han de llevar á veces el mismo nombre!

Don Mariano Enriquez oyó con indiferencia el *auto*, y aun dejó traslucir una imperceptible sonrisa.

—El demonio, dijo por lo bajo uno de aquellos señores, no le ha abandonado todavia.

—Me parece, repuso otro, que no podrá asistir al auto.

—Seria una desgracia, añadió Juan Meurcio.

—Que lo asista, concluyó el que parecia de mas autoridad, el mejor doctor. Que se le prodiguen toda clase de cuidados para conservar su vida.

—¡Oh! esclamó Juan Meurcio; yo he velado por él desde que cayó herido, y le he procurado una asistencia como de la madre mas solícita. El doctor Caldeira Silva Freira Brito de Noller y Barata ha desplegado para socorrerle todos los prodigios de su profunda ciencia. Noches hay que las pasamos el doctor y yo espiando su sueño, porque el doctor es un buen católico, y por nada del mundo quisiera quitarle un muerto al Santo Tribunal.

—Pocos doctores hay como él, repuso el personage mas grave de aquellos hombres piadosos; pues se cuidan tan poco de la gloria del Santo Tribunal, que así como enferma un reo luego le matan á medicinas y nada dejan que hacer al fuego.

Al resonar estas palabras en la estancia, salió de un rincon de ella una especie de figura humana con cabeza, con brazos y con pies, y se inclinó ante los señores.

Era el generoso doctor, que lejos de disputarles el moribundo trataba de sostener su vida para que pudiera sufrir el tormento de las llamas. Era el médico, que por esta vez rompia su pacto con el sepulturero, y entregaba al enfermo á sus rivales los inquisidores.

Dijo en latin aquel fantasma algunas palabras á los señores, que le respondieron tambien en latin otras no menos sabias sin duda, y luego se acercó al enfermo, le pulsó, y aproximando una vela al lecho, y quitando el vendaje á las heridas, hizo examinar á los señores el perfecto estado en que se hallaban.

—¡Oh! dijo Juan Meurcio, vá muy bien.

—No tan bien, respondió otro; siempre se habrá de tardar en verlo restablecido quince dias.

—Menos, señor, menos, replicó Caldeira, en diez le doy por salvo.

—Pero estará fuerte.... podrá ir por su pié hasta la plaza, con el dogal al cuello.

—Si señor, si señor.

—Un desmayo.... un gemido desluciría la ceremonia....

—Ha de quedar fuerte.

—Me parece, doctor, que será conveniente por lo tanto darle mas alimento.... sustancias que lo nutran....

—No cesa de tomar......

—Y mucho silencio, para que repose. ¿Qué tal duerme?

—Poco.

—Eso es malo. El sueño le repondria mucho. Algunos calmantes...

—Le he suministrado los suficientes para llenar la indicacion.

—Bien, bien, Caldeira, no olvideis el interés y el celo del Santo Tribunal para procurar su alivio.... Esmeraos mucho, añadió el mismo personage en voz baja, y el Tribunal no será ingrato.

Inclinóse el doctor y salieron todos.

Al anochecer de aquel mismo dia se presentó á la puerta del cuarto del enfermo una tapada que pedia permiso para verle. Concediéronselo y entró silenciosa y se sentó á la cabecera sin retirar de su rostro el manto. El herido la oyó sollozar y preguntó débilmente.

—¿Quién llora?

La dama no respondió, antes hizo lo posible por reprimir su llanto.

—Señora, dijo Caldeira, si no sois ni madre, ni esposa, ni hermana del paciente, saldremos para que os descubrais á él solo.

—Gracias, replicó la dama con dignidad, nada tengo que decirle: queria únicamente saber que existia y ya lo sé.

Dicho esto volvió á salir del aposento y se dirijió al interior de palacio.

Pero antes de llegar á su departamento oyó pronunciar su nombre y volvió la cabeza.

Era Juan Meurcio que la habia seguido paso á paso. Vaciló la dama entre detenerse y seguir; pero el familiar la detuvo por el manto repitiendo:

—Sigea.

—Amigo mio, contestó la dama.

—Venis de visitar heridos, añadió Juan Meurcio.

—Sí señor, y deseaba veros para preguntaros cuándo se verificará el auto.

—¿Pues si deseábais verme, por qué huíais de mí?

—¿Yo huia?

—¡Sí!... Pero yo perdono esta esquivéz, prosiguió el fraile sonriéndose.

—No era esquivéz, Meurcio.

—O desden.

—Tampoco. Ya sabeis cuánto os estimo.

—Seríais ingrata si no me estimárais.

—Porque os estimo quiero confiaros el interés que me inspira el reo que vengo de visitar....

—Ya.... ya presumia....

—Y quisiera saber cuándo es el *auto*.

—¡Oh! no tengais cuidado. Pasarán aun dos ó tres meses.

—¿De veras?

—O mas.

—¡Gracias!

—Y tal vez no se verifique. Pero ese interés ¿es solo vuestro ó es de?...

—¿S. A?... de ningun modo.

—Yo no he dicho S. A.

—Pero ibais á decirlo.

—Aprension vuestra.

—Aun no la he visto hoy.

—¿Ni vais á verla?

—Sí, ahora voy á darla leccion.

—Os serviré hasta la puerta.

—Sois muy caballero, Meurcio.

—¡Quién, aunque sea fraile, no ha de parecer caballero para servir á tan gentil dama!

Sacudió el fraile la cabeza tirando atrás la capucha, y siguió á la Sigea hasta la antecámara de la infanta. Despidióle la Sigea, y se disponia á entrar como tenia de costumbre sin anunciarse; pero una de las damas que estaban de servicio, la dijo secamente:



(Meditacion.)

—S. A. ha prohibido la entrada en su cámara á Luisa Sigea.

Atónita la maestra de latin, se volvió hácia el familiar que aguardaba esta escena con los brazos cruzados y le manifestó su sorpresa con un gesto.

—Azares de las cortes, dijo Juan Meurcio como respondiendo á él.

—Está bien, replicó la Sigea volviéndose á la dama de servicio. Decid á S. A. que acato su orden y que no volveré á presentarme en su cámara hasta que se digne llamarme.

Inclinóse y marchó confusa á su aposento.

—Permitidme, la dijo Juan Meurcio con la misma galantería de antes, que os sirva en la desgracia como lo he hecho en el favor.

—Gracias, repitió la Sigea distraida.

—Os acompañaré hasta vuestro departamento.

Llegaban cuando atravesó junto á ellos un caballero que iba tan aprisa que ni se tomó tiempo de mirarlos.

—Id con Dios, Camoens, le dijo Juan Meurcio.

—Adios, amigo, no puedo detenerme. Voy á partir mañana al amanecer y antes tengo que reñir con dos, uno á quien yo provoqué, y otro que me ha provocado.

Rióse el fraile y se retiró dejando á la Sigea en su aposento.

Al dia siguiente salia Luis de Camoens en una nave que se daba á la vela para Africa.

CAROLINA CORONADO.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.

PROVERBIO EN ACCION.

(Conclusion.)

ESCENA VI.

GONZALO.—JACINTA.

Gonzalo. (Que ha estado observando á Jacinta á la entrada.)

¡Llora! ¡pobrecilla! ver llorar á una mujer, es cosa que todo me conmueve. Cosa que no puedo presenciar, sin buscar medio de consolarla; esto es caballeresco y humano á la vez. *(Se acerca á Jacinta.)* Señora, perdonadme mi atrevimiento; pero os veo llorar, y sirva de disculpa á mi demasía el buen deseo que la origina. Sois forastera, señora, y no seria estraño que os hallaseis en algun conflicto en el que os podria ser útil una persona que con todo respeto se pone á vuestra disposicion.

Jacinta (levantándose de repente).—Sí señor, sí señor; me podeis ser muy útil.

Gonzalo (atónito).—De ello me felicito, *(aparte)* esto se llama llegar y pegar. ¿Quién lo hubiese pensado, con su aire modesto y doliente? ¡y que haya quien se precie de juzgar á una mujer por las apariencias! ¡las mujeres! ¡no las conoce ni la madre que las pare! *(alto)* Me teneis á vuestras órdenes. ¿Sois casada?

Jacinta.—Sí..... no.

Gonzalo.—¿Sois soltera?

Jacinta.—No... sí...

Gonzalo.—¿Sois viuda?

Jacinta.—Sí, sí; eso es. Soy viuda. No tengo marido, no. Un traidor, infame....

Gonzalo.—¡Ya! ya: comprendo.

Jacinta.—Que Dios castigará.

Gonzalo.—¡Por supuesto!

Jacinta.—Que tiene muy malas entrañas,

Gonzalo.—Y peor gusto, si os prefiere otra.

Jacinta.—¡Infeliz de mi!

Gonzalo.—Señora, para esta clase de penas no hay como la distraccion.

Jacinta.—Eso mismo pienso yo, y asi mucho os agradeceria que me llevaseis esta noche al baile.

Gonzalo (admirado).—¡Al baile! ¡esta noche! ¡conmigo!

Jacinta.—Con vos, con vos.

Gonzalo.—¿Y creeis que os pueda consolar?

Jacinta.—Nadie como vos. ¡Solo vos!

Gonzalo (aparte).—¡Estoy estático! ¡eso se llama venirsele á las manos, á quien no los busca, lances de amor y fortuna! *(alto)* Señora, corro en busca de un dominó y os agradezco la honra que me haceis. *(aparte)* ¿Y si lo sabe Narcisa? No puede saberlo. Estamos en Carnaval, tiempo de bromas, y tengo curiosidad en lo que viene á parar esta. *(Se va. Jacinta entra llorando en su cuarto.)*

ESCENA VII.

Los fosos de la muralla.

NARCISA.—RODRIGO.

Rodrigo.—Aqui es donde mejor se oye el eco.

Narcisa.—Oigamos pues vuestra composicion.

Rodrigo (lee).— El corneta.

¡Cazadores! el morral
y la canana coged
y á su puesto cada cual:
¡tet, teretet, teret, tet!!!

(Rodrigo imita exactamente con la voz el sonido de la corneta en el toque que indica, calla luego y una corneta real repite á lo lejos el toque, imitando el eco, hasta concluida la composicion.)

Narcisa.—¡Verdaderamente es una cosa encantadora! ¿Con que vos habeis compuesto esos versos?

Rodrigo (con fachenda.)—Si señora, asi en un rato de ocio...... cosas de militares....

Narcisa (aparte.)—¡Pues está bueno! Esa lindísima composicion es de Ribot y Fontseré y se la apropia. ¡Me gusta! ¡Ah! ¡Todas las falsedades las pagareis juntas! ¿qué habrá hecho entretanto la pazguata de Jacinta, á quien dejé el campo libre? *(alto)* Os doy infinitas gracias por el buen rato que me habeis proporcionado; pero se ha hecho tarde, volvamos á casa, que está lejos.

Rodrigo.—¡Qué! ¿ya?

Narcisa.—Sí: mi hermana me está aguardando. Estará con cuidado; regresemos; que nos va á coger aqui la noche.

Rodrigo.—A vos os toca mandar, á mi obedecer.

Narcisa.—¿Os gusta obedecer?

Rodrigo.—Segun: obedecer amando, sabeis que en esto cifraban nuestros antiguos poetas la mas dulce felicidad.

Narcisa.—Algunos conozco yo, que la cifran en lo contrario.

Rodrigo.—¡Oh! esos son mónstruos.

Narcisa.—Lo mismo pienso yo.

Rodrigo.—Tales hombres merecen eso, y solo son dignos de recibir preceptos de las harpías y de las Parcas.

Narcisa.—Bien dicho *(al irse aparte).* ¡Oh! ¡hombres! ¡materia la mas dispuesta á la infidelidad! hombres inflamables como fósforos, mudables como veletas, mas fáciles de seducir que el agua, ¿sois vosotros los que teneis valor para motejar á la pobre Eva?

ESCENA VIII.

La casa de huéspedes.

(Entra Gonzalo con los dominós y los billetes de entrada para el baile. Llama á la puerta de Jacinta, que sale luego.)

Gonzalo.—Aqui está el dominó y la careta.

Jacinta.—Gracias. *(Se los pone.)*

Gonzalo.—¿Quereis que aguardemos á un inseparable amigo mio? es aun temprano.

Jacinta.—De ninguna manera, no, deseo que nadie me vea.

Gonzalo.—Como gusteis. Le avisaré mi ida con una esquela para que no me aguarde *(escribe).* Ahora, pues, dejad vuestros tristes recuerdos, y venid á gozar y divertiros como compete á la que es jóven y bella.

Jacinta.—Sí, sí: eso pienso hacer *(aparte)* ¡vengándome! ¡Oh! hombres sin moral, sin delicadeza, sin principios, ¡falsa amiga! sacando á un hombre casado de sus casillas, ¿quién vió tal perversion de costumbres?

(Gonzalo entretanto ha cerrado la esquela en que mete las entradas que deja sobre la mesa y se ha puesto el dominó.)

Gonzalo.—Vamos, pues lo deseais. Es aun temprano; pero aunque esté todavia la sala desierta, con estar vos, hay para mi todo cuanto en ella ver deseo.

ESCENA IX.

RODRIGO.—NARCISA.

Rodrigo.—No; nunca olvidaré este delicioso paseo, y muchas veces repetirá ese eco que os ha encantado vuestro nombre. ¿Os volveré á ver pronto?

Narcisa.—Sí, sí, *(aparte)* ¡y tanto como me has de ver, hombre débil! *(alto)* mas ahora me precisa el ir en busca de mi hermana.

Rodrigo.—¡Haced la ausencia corta!

Narcisa (con retintin.)—¡El cuidado será mio!

(Le saluda con la mano y entra en el cuarto de Jacinta. Rodrigo se acerca á la mesa, vé los dominós, las caretas y la esquela.)

Rodrigo.—Mas, ¿qué es esto? *(abre la esquela y lee).* querido: una de las vecinas, bella como la aurora, irresistiblemente seductora y

sin infulas de Vestal, me ha comprometido á llevarla al baile; ahi te dejo billetes y dominós para que puedas venirte á reunir á nosotros tú y Garcia. Estoy entusiasmadisimo; este es un lance de amor y fortuna que ni Calderon hubiese imaginado.

(Sale Narcisa muy apurada.)

Narcisa.—¡Mi hermana no está en su cuarto! ¡Dios mio! ¡dónde podrá estar ella, tan tímida! ¡ya entrada la noche! ¡quizás habrá salido á buscarme! quizás esté perdida por esas calles....

Rodrigo.—No os apureis por vuestra hermana: yo sé donde está.

Narcisa.—¿Vos?

Rodrigo.—Sí.

Narcisa.—¿Y cómo?

Rodrigo (dándole la carta).—Leed.

Narcisa (lee para sí)—Irresistiblemente seductora, ¿qué tal? *(lee)* sin infulas de Vestal, ¿qué le parece á V.? ¡la timorata, la encojida, la mojigata!! ¡bueno está!! *(lee)* estoy entusiasmadisimo. ¡Ah! ¡infame, traidor, alevel *(lee)* lance de amor y fortuna, ¡qué alevosia! ¡Ah! ¡fementido! ¡ah! ¡hipócrita! pérfida, agua mansa....

Rodrigo (aparte).—¡Qué vehemente y estraño despecho! *(Alto)* ¿quereis que nos vayamos á reunir á ellos?

Narcisa.—Sobre la marcha; ahora mismo. *(Se pone precipitadamente el dominó y la careta.)* Vamos.

Rodrigo (aparte).—¡Qué amor fraternal tan vehemente! ¡qué ley del embudo tan bien observada! *(salen.)*

ESCENA X.

El tocador de las Señoras en el baile.

NARCISA.—JACINTA, *sin caretas.*

Narcisa.—Lo que has hecho con Gonzalo traspasa todos los limites del decoro.

Jacinta.—Has estado con Rodrigo escandalosamente provocativa.

Narcisa.—¿Quién se viene sola á un baile con un oficial de artilleria, jóven y buen mozo?

Jacinta.—¿Quién se va sola á los fosos de la muralla con un oficial de artilleria buen mozo y jóven?

Narcisa.—Tu marido es un empalagoso.

Jacinta.—Y el tuyo un fastidioso.

Narcisa.—Pues, hija, cambiemos, ya que eres tan delicada de gusto.

Jacinta.—¿Qué mas quiero yo? á mí, hija, no me fastidia un hombre tan discreto. ¿Qué hemos, pues, logrado con tu descabellado proyecto? ¿Convencernos de que son unos infieles nuestros maridos? ¡Valia la pena de hacer un viaje para eso! *(llora).*

Narcisa.—No, lo que hemos logrado, es mostrar por la práctica la verdad del refran de nuestras madres, y hacer que nadie en lo sucesivo se atreva á desunir ni por un dia, lo que Dios unió para siempre. Pero nos falta aun la leccion que hemos de dar á esos dos maridos indignos de serlo. Rodrigo nos ha convidado á cenar, he admitido con tal que sea en la casa de huesped. Vamos ahora á cambiar los dominós, dame el tuyo rosa, toma el mio celeste. *(Cambian los dominós.)* Cada una se va ahora con su marido. Cuidado, que mantengas al tuyo en su error, y que me imites en todo. Cuidado, al darnos á conocer, que estés hecha una furia.

Jacinta.—¡El cuidado será mio!

Narcisa.—Ni cuartel, ni tregua, ni menos conciliacion.

Jacinta.—¡Buena hora es! me quiero divorciar en seguida. *(Se van).*

ESCENA XI.

Casa de huéspedes, se ve una mesa puesta.

(Entran Narcisa y Jacinta con caretas. Rodrigo y Gonzalo sin ellas).

Rodrigo.—¡Cuánto tenemos que agradeceros el que acepteis este ligero obsequio!

Jacinta.—Tanto mas, cuanto que en mi vida he admitido otros que los de mi marido. ¡Ay! *(suspira).*

Rodrigo.—Señora, estamos reunidos para estar alegres. No suspireis; que vuestros suspiros me afligen: y perdonad, pero no me parece que tienen actualidad.

Jacinta.—¡Mas de lo que pensais!

Gonzalo.—Bailais como una silfide.

Narcisa.—¿Nunca habeis bailado con ninguna que baile tan bien como yo?

Gonzalo.—¡En la vida! Dejad que os bese esa mano que envidian los jazmines.

Narcisa.—En hora buena, ningun mal veo en eso.

(La besa la mano.)

Narcisa (aparte.)—¡Puede darse un hombre mas disoluto!

Rodrigo.—¿No sereis tan condescendiente como vuestra hermana?

Jacinta.—No señor. (¿Habráse visto nunca un hombre mas inmoral?)

Gonzalo.—Vamos pues á sentarnos á la mesa; pero antes es preciso que os quiteis las caretas: aquí todos somos unos.

Narcisa.—Eso sí es cierto; pero no quisiéramos quitarnos las caretas.

Gonzalo.—¿Y por qué esa crueldad?

Narcisa.—A causa de que se me figura que mi cara os va á parecer la de Medusa.

Gonzalo.—¡Qué idea!

Rodrigo.—Desaparezca esa estúpida careta, señora: vea yo la encantadora espresion de vuestro rostro.

Jacinta.—Estoy en que no os ha de agradar mucho la espresion de mi rostro.

Gonzalo.—¡No seais inexorable!

Rodrigo.—¡No seais inflexible!

(Narcisa y Jacinta con un brusco movimiento se quitan las caretas: espanto de sus maridos).

Narcisa.—¡Desleal, traidor, infiel!

Jacinta.—¡Pérfido, cruel, mal marido!

Narcisa.—¿Así te acuerdas de mí?

Jacinta.—¿Así cumples tus promesas?

Narcisa.—¡Tamaña traicion!

Jacinta.—¡Tan amargo desengaño!

Gonzalo.—¡Qué sorpresa!

Narcisa.—Estupenda, lo creo.

Rodrigo.—¡Qué cosa tan inesperada!

Jacinta.—¡Lo creo! ¡Lo menos que esperaban VV. en tales pasos, era el hallarse con sus propias y legítimas mugeres!

Gonzalo.—¿Y podrá saberse cómo os vemos aquí solas, y sin prevenirnos?

Narcisa.—Con el fin de daros una sorpresa tal que hubiese encantado al mismo Napoleon en Santa Elena.

Rodrigo.—¿Cómo te has atrevido, tú tan mirada, á venirte sola sin asentimiento de nadie?

Jacinta.—Narcisa me dijo que era esto una prueba de amor conyugal, que haria que despues de recibida nos levantaríais altares.

Rodrigo.—¿Y es prueba de amor conyugal el pedir á un caballero sin conocerlo y sin darte á conocer que te llevase á un baile de máscaras?

Jacinta.—Era una doble venganza.

Rodrigo.—¡Pláceme la disculpa! ¡Señora!

Gonzalo.—¿Con que una sorpresa, eh? ¿y entraba tambien en el programa de esta sorpresa el irse con un caballero desconocido á los fosos de puerta de Tierra, señorita?

Narcisa.—Es que queríamos probaros...

Gonzalo.—Se prueban los cañones, señora, pero lo que es inaudito, es que dos bellas jóvenes se pongan en camino solas, y sin autorizacion ninguna.

Narcisa.—Sí señor, sí señor, que teníamos autorizacion, ¡y tanta!

Gonzalo.—¿Y cuál era esta?

Rodrigo.—¿Sí, sí, cuál era?

Narcisa.—La que nos prestaba una máxima que nos han inculcado nuestras madres.

Jacinta.—Sí, sí, un refran que no se les caia de la boca.

Gonzalo.—¿Y cuál es ese proverbio de Salomon?

Narcisa.—Es: *matrimonio bien avenido la mujer junto al marido.* Pero como no lo estamos, como son VV. unos ingratos, voy á llamar á Pedro y nos volvemos por donde hemos venido, dejando aquí nuestra alegría, y llevándonos un desengaño monstruoso. Adios, pues, mal marido, voy á pedir separacion, y me vuelvo desde hoy una amazona y la mas irreconciliable enemiga del sexo no bello.

Jacinta (llorando).—¡Adios, adios para siempre, desagradecido é infiel marido; no te pesará mas mi presencia, puesto que ya no me quieres sino en cartas. Voy á pedir el divorcio, y me retiro á llorar á un convento.—¡Yo les diré á las monjas lo que son los hombres, y aseguro que despues de oirme, á ninguna le pesará no haberse casado!

Narcisa (cogiéndola de la mano).—Ven, ven, Jacinta, y no llores, pues no hay un solo marido que sea digno de nuestras lágrimas, *(se encaminan hácia la puerta)*

Gonzalo (cogiendo á Narcisa por la mano).—¡Irse! ¡no en mis dias! Te detengo.

Rodrigo (haciendo otro tanto con Jacinta).—¡Dejarme! ¡no lo consentiré yo, á fé!

Narcisa.—¡Me detienes! ¿con qué derecho?....

Gonzalo (pasando su brazo por la cintura de su mujer).—Con el derecho mio, ese dulce derecho que no cambiaria por todos los tesoros del mundo.

Jacinta.—¿Que no consentirás? ¿por qué causa? ¿por qué motivo?
Rodrigo.—Por el motivo que lleva á todo dueño á retener su tesoro.
Narcisa.—¿Con que por despotismo?
Jacinta.—¿Con que por arbitrariedad?
Gonzalo.—No, no, es porque adoptamos desde luego la dulce regla que encierra el proverbio de vuestras madres.
Rodrigo.—El proverbio que os autorizó á venir, bien puede autorizarnos á reteneros, puesto que nos habeis convencido de que en matrimonio bien avenido.....
Gonzalo.—La mujer junto al marido.

FIN.

FERNAN CABALLERO.

RELIQUIAS DE LOS GRANDES HOMBRES.

Segun los antiguos la lámpara de Epicteto habia sido vendida por 3000 dracmas (sobre 10,800 rs.) y que el baston de Pelegrin Proteo, filósofo cínico, lo habia sido por un talento (19,200 rs.)

Entre los modernos el sillon de marfil que Gustavo Wrsa recibió de la ciudad de Lubeck fué adjudicado en 1825 por 38000 florines (480,000 rs.) al chambelon sueco Schinckel.

El devocionario que Carlos I de Inglaterra leia sobre el patíbulo se remató en Londres en 1825 por 100 guineas (6,000 rs.)

El uniforme que Carlos XII llevaba en la batalla de Pultawa se vendió en Edimburgo por 22,000 libras sterlinas (2.200,000 rs.) y un pedazo del trage que vestia Luis XVI al acto de marchar al suplicio habria sido vendido sin duda á un precio muy crecido si motivos particulares no hubiesen hecho que se retirase este artículo que en catálogo de venta de Mr. Meon tenia el número 721.

El abate Tersan pagó en alto precio los zapatos de raso blanco de Luis XIV.

Un diente de Newton fué comprado en 1816 por lord Schwaterburg por la suma de 730 libras sterlinas (73,000 rs.) y le hizo montar en una sortija á guisa de piedra preciosa. Apropósito de dientes Monsieur Alejandro Lenoir cuenta, que cuando se trasladaron los restos de Abelardo y Heloisa á los pequeños Agustinos, un inglés ofreció 100,000 fs. por uno de los de Heloisa.

Cuando se vendió la biblioteca del doctor Sparman en 1820 en Stockolmo, lo fué tambien el cráneo de Descartes por la cantidad de 400 rs.; á proporcion es barato para la cáscara de un cerebro tan grande.

El baston de Voltaire fué comprado por 2,000 rs.

La chupa de JJ. Rousseau fué pagada por 950 fs., y su reloj lo fué por 500 fs.

Una vieja peluca de Kant fué vendida en 1804 por 94 fs. segun unos, y por 200 fs. segun otros.

Otra peluca de Sterne fué adjudicada en Londres en pública subasta por 200 guineas (2,000 rs) en Londres.

Sir Burnlet, yerno de Walter Scot, compró las dos plumas que sirvieron para firmar el célebre tratado de Amiens en 1801, por la suma de 48,000 rs.

En fin, el sombrero que llevaba Napoleon en Eylau fué adjudicado por 1,920 á Mr. de Lacroix, médico.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 26.

El conocimiento del mapa es necesario á todo hombre que viaja por Europa.



(Orquestas que han invadido las calles de la capital.)

Oficinas y Establ. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo. 26



(Vista del monasterio de S. Pedro de Cardeña.)

RICARDO, CORAZON DE LEON.

Nació este príncipe en Oxford en 1157, y anunció ya desde su infancia inclinaciones belicosas. Habiéndose apoderado por la fuerza de la corona de su padre, en 1189, le causó bien pronto horror tal conducta, y á fin de expiar su falta partió para la tierra santa. Abandonado, despues de la toma de Ptolemaida, por Felipe Augusto que queria volverse á Francia, se cubrió de gloria en la batalla de Ascalon; pero la matanza de dos mil infieles, motivada por haberse rehusado Saladino, á lo que se dice, á llenar las condiciones á que se habia obligado cuando la toma de Ptolemaida, no deja de ser sin embargo un borron al nombre del príncipe inglés.

Habiendo desembarcado en Jafa con cuatrocientas lanzas, y diez caballos solamente, atacó á los Musulmanes, les puso en derrota, los persiguió hasta el campo de Saladino, fuerte de quince mil caballeros, sostuvo el choque de este ejército, y concluyó por vencerle. Tal era el renombre que dejó entre estos bárbaros, que cuenta Joinville, que en su tiempo (1255), cuando querian las mugeres árabes dar miedo á sus hijos, les decian: *Quita allá, que viene el rey Ricardo.*

Reconocido, á su vuelta á Inglaterra, cuando atravesaba las tierras de Leopoldo duque de Austria, su enemigo, Ricardo fué cargado de cadenas, y entregado al emperador Henrique VI, que le hizo sufrir una larga cautividad, y le exigió, se dice, un rescate de 250,000 marcos de plata. Vuelto á libertad, murió de la herida de una flecha, en 1199, frente al castillo de Chalus, á la edad de cuarenta y dos años.

Las aventuras de este príncipe han escitado el númen de los cancioneros y poetas. Walter Scott, en *Ivanhoe*, ha trazado el retrato de este príncipe con talento, y todo el mundo conoce la antigua tradicion, tan falsa probablemente como popular, de Blondel el trovador, que fué á cantar al pie de la torre en que estaba preso su señor.

COMEDIAS IMPRESAS ATRIBUIDAS Á FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

(Véase el número anterior.)

(Conclusion.)

Galan (el) agradecido.
Galan (el) escarmentado.
* Galan (el) de la Membrilla.—T. X.
* Galan (el) Castrucho.—T. IV.
Galiana (la).
* Gallardo (el) catalan.—T. II.
* Gallarda (la) Toledana.—T. XIV.
Gallardo (el) Jacimin.
Gallardas (las) Macedonias.
Garcilaso de la Vega.
Gamo (el) de oro.
* Genovés (el) liberal —T. IV.
Genovesa (la).
Gloria (la) de S. Francisco.
Gobernadora (la).
* * Gran duque (el) de Moscovia.—T. V.
Gran cardenal (el) de España, primera y segunda parte.
Gran priora (la).
Grao (el) de Valencia.
* Grandezas (las) de Alejandro.—T. XVI.
* * Guante (el) de doña Blanca.—*Vega del Parnaso.*
* Guanches (los) de Tenerife.—T. X.
* Guarda (la) cuidadosa.—T. X.
* Guardar y guardarse.
Guerras de amor y de honor.
Guerras (las) civiles.

13 de Julio de 1851.

Guelfos y Gibelinos.
Guia (la) de la córte.
Guzmanes (los) de Toral.

* Halcon (el) de Federico.—T. XIII.
Hazañas del Cid (las) y su muerte.
Hechos de Bernardo del Carpio.
* Hermosa (la) Ester.—T. XV.
Hermosa (la) fea.
* Hermosura (la) aborrecida.—T. V.
* Hermosura (la) de Alfreda.—T. IX.
* Hermosura (la) de Raquel, primera y segunda parte.—T. V.
* Hespañoles (los) en Flandes.—T. XIII.
* Hidalgo (el) Abencerrage.—T. XVII.
* Hidalgos (los) de la aldea.—T. XII.
Hijo (el) de la iglesia.
* Hijo (el) de los leones.—T. XIX.
* Hijo (el) de Reduan.—T. I.
Hijo (el) venturoso.
* Hijo (el) sin padre.—T. XXIV.
Hijo (el) de sí mismo.
* Hijos (los) del dolor.—T. III.
* Historia (la) de Tobías.—T. XV.
Historia (la) de Mazagatos.
* Hombre (el) de bien.—T. VI.
* Hombre (el) por su palabra.—T. XX.
* Honra (la) por la mujer.—T. XXIV.
* Honrado (el) con su sangre.—T. XXIV.
* Honrado (el) hermano.—T. XVIII.
Honrado (el) perseguido.
Horca (la) para su dueño.
* Humildad (la) soberbia.—T. X

Ilustre (la) fregona.
Ilustre (la mas) hazaña de Garcilaso de la Vega.
Imperio (el) por fuerza.
Imperial (la) Toledo.
* Imperial (la) de Oton.—T. VIII.
Inclinacion (la) natural.
* Industrias contra el poder.—T. XXIV.
Infanta (la) Labradora.
Infante (el) D. Fernando de Portugal.
Infanta (la) desesperada.
* Ingratitud (la) vengada.—T. XIV.
Infanzon (el) de Illescas.
* Ingrato (el) arrepentido.—T. XV.
* Ingrato (el).—T. XXIV.
* Inocente (la) sangre.—T. XIX.
* Inocente (la) Laura.—T. XVI.
Intencion (la) castigada.

Jardin (el) de Falerina.
Jardin (el) de Vargas.
Jacintos (los).
* Jorge, Toledano.—T. XVII.
* Juan de Dios y Anton Martin.—T. X.
* Judia (la) de Toledo.—T. V.
Julian Romero.
Juventud (la) de S. Isidro.
* Juez (el) en su causa.—T. XXIV.
Jueces (los) de Ferrara.
Jueces (los) de Castilla.

* Laberinto (el) de Creta.—T. XVI.
Labrador (el) del Tormes.
* Labrador (el) venturoso.—T. XXII.
Lacayo (el) fingido.
Lágrimas (las) de David.
* Laura perseguida.—T. IV.
Lazarillo de Tormes.
Lealtad, amor y amistad.
Lealtad en el agravio.
Lealtad (la) en la traicion.
* Leal (el) criado.—T. XV.
Leon (el) apostólico.
* Ley (la) ejecutada.—T. XXIV.
Leño (el) de Meleagro.
Libertad (la) de Castilla.
Libertad (la) de S. Isidro.
* Limpieza (la) no manchada.—T. XIX.

Lindona (la) de Galicia.
* Lo que ha de ser.—T. XXV.
Lo que está determinado.
Lo que es un coche en Madrid.
Lo que puede un agravio.
* Lo que hay que fiar del mundo.—T. XII.
* Loco (el) cuerdo.—T. V.
Loco (el) por fuerza.
* Locos (los) por el cielo.—T. VIII.
* Locos (los) de Valencia.—T. XIII.
* Locura (la) por la honra.—T. XI.
* Lucinda perseguida.—T. XVII.

Llave (la) de la honra.
* Llegar en ocasion.—T. VI.

* Madre (la) de la mejor.—T. XVII.
Madre (la) Teresa de Jesus.
Maestro (el) de danzar.
Magdalena (la).
* Mal (la) casada.—T. XV.
Maldito (el) de su padre.
* Marido (el) mas firme.—T. XX.
* Mármol (el) de Felisardo.—T. VI.
* Marqués (el) de Mantua.—T. XII.
Marqués (el) de las Navas.
Marqués (el) del Valle.
Martir (el) de Florencia.
Mártires (los) de Madrid.
Mas valeis vos, Antona, que la córte toda.
Mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos.
* Mas pueden celos que amor.
Mas mal hay en la Aldehuela.
* Mas (el) galan portugués, duque de Berganza.—T. VIII.
Mayor corona (la).
* Mayor (la) victoria de Alemania.—*Vega del Parnaso.*
* Mayor (la) victoria.—T. XXII.
* Mayor (la) virtud de un rey.—*Vega del Parnaso.*
Mayor (la) desdicha en el monte.
* Mayor (la) desgracia de Cárlos V.—T. XXIV.
Mayor (la) hazaña de Alejandro el Magno.
Mayor (el) de los reyes.
* Mayor (el) imposible.—T. XXV.
* Mayorazgo (el) dudoso.—T. II.
* Mayorazgo (el) de la duquesa de Amalfi.—T. XI.
Margarita (la) preciosa.
Matrona (la) ilustre.
Médico (el) enamorado.
Médico (el) de su honra.
* Mejor (el) alcalde el rey.—T. XXI.
Mejor (la) enamorada.
* Mejor (el) maestro el tiempo.—T. VI.
* Mejor (el) mozo de España.—T. XX.
Mejor (el) representante.
* Melindres (los) de Belisa.—T. IX.
Mentiroso (el).
Merced (la) en el castigo.
Mérito (el) en la templanza.
Meson (el) de la córte.
Milagros (los) del desprecio.
Milagro (el) por los celos.
* Mirad á quién alabais.—T. XVI.
* Mocedades de Roldan.—T. XIX.
Mocedades de Bernardo del Carpio.
* Molino (el).—T. I.
Mónstruo (el) de amor.
Montañesa (la).
Monteros (los) de Espinosa.
Moza (la) de cántaro.
* Mudanzas de la fortuna.—T. III.
Mudable (el).
* Muertos (los) vivos.—T. XVII.
Muerto (el) vencedor.
Mujeres (las) sin hombres.
Muza furioso.

Nacimiento (el) de Cristo.
* Nacimiento (el) de Urson y Valentin.—T. I.
Nacimiento (el) del Alba.
Natividad (la) de Nuestra Señora.
Nadie fie en lo que vé, porque se engañan los ojos.

• Nadie se conoce.—T. XXII.
Nardo Antonio, bandolero.
Naufragio (el) prodigioso.
• Necedad (la) del discreto.—T. XXV.
Negro (el) del mejor amo.
Neron Cruel.
Niña (la) de plata, y Burla vengada.—T. IX.
Niñeces (las) del P. Rojas.
• Niño (el) inocente de la Guardia.—T. VIII.
Niño (el) Pastor.
Niño (el) Diablo.
No hay vida como la honra.
Nobles (los) como han de ser.
• Noche (la) de S. Juan.—T. XXI.
• Noche (la) toledana.—T. III.
• No son todos ruiseñores.—T. XXII.
Nuestra Señora de la Candelaria.
Nueva (la) victoria del marqués de Sta. Cruz.
• Nuevo mundo descubierto por Colon.—T. IV.
Nuevo oriente del sol.
• Nunca mucho costó poco.—T. XXII.

• Obediencia laureada, y primer Cárlos de Hungria.—T. VI.
Oveja (la) perdida.
• Obras son amores.—T. XI.
• Ocasion (la) perdida.—T. II.
• Octava la maravilla.—T. X.
• Oracios (los).
• Otomano (el) furioso.

• Padrino (el) desposado.—T. II.
Padres (los) engañados.
Page (el) de la reina.
Palabra (la) mal cumplida.
• Palacio (el) confuso.—T. XXIV.
• Palacios (los) de Galiana.—T. XXIII.
Paloma (la) de Toledo.
Pastor (el) ingrato.
Pastor (el) Fido.
Pastoral (la) de la siega.
• Pastoral (la) de Jacinto.—T. XVIII.
Pastoral (la) de Albania.
Pastoral (la) encantada.
Pastoral (la) de los celos.
• Pedro Carbonero.—T. XIV.
Pedro de Urdemalas.
• Peligros (los) de la ausencia.
Peña (la) de Francia.
Peraltas (los).
Pérdida (la) de España.
Peregrina (la).
• Peribañez y comendador de Ocaña.—T. IV.
Perseguido (el).
• Perro (el) del Hortelano.—T. XI.
• Piadoso (el) aragonés.—T. XXI.
• Piadoso (el) veneciano.—T. XXIII.
• Piedad (la) ejecutada.—T. XVIII.
Pimenteles y Quiñones.
Pleito (el) por la honra.
• Pleitos (los) de Ingalaterra.—T. XXIII.
• Pobreza (la) estimada.—T. XVIII.
• Pobreza (la) no es vileza.—T. XX.
• Pobreza (la) de Reinaldos.—T. VII.
• Poder (el) vencido.—T. X.
• Ponces (los) de Barcelona.—T. IX.
• Porfiando vence amor.—*Vega del Parnaso.*
• Porfia (la) hasta el temor.—T. XXIV.
• Porfiar hasta morir.—T. XXIII.
• Por la puente, Juana.—T. XXI.
• Poreles (los) de Murcia.—T. V.
Postrer (el) godo de España.
• Prados (los) de Leon.—T. XVI.
• Premio (el) de la hermosura.—T. XVI.
• Premio (el) de las letras.—T. V.
• Premio (el) del bien hablar.—T. XXI.
Premio (el) en la misma pena.
Privanza (la) del hombre.
• Primer (el) Godo de España.—T. VIII.
• Primer (el) rey de Castilla.—T. XVII.
Primero (el) Médicis.
• Primero (el) Fajardo.—T. V.
• Primer (la) culpa del hombre.—T. XXIV.
• Primera (la) informacion.—T. XXII.
Principe (el) D. Cárlos.
Principe (el) Inocente.
• Príncipe (el) despeñado.—T. V.
Principe (el) melancólico.
• Príncipe (el) perfecto.—T. XI.
Príncipe (el) carbonero.
Príncipe (el) ignorante.
Príncipe (el) de Scanderberg.
• Prision (la) sin culpa.—T. VIII.
Prision (la) de Muza.
Prodigio (el) de Etiopia.
Profetisa (la) Casandra.
• Próspera fortuna del Caballero del Espiritu Santo.—T. III.
• Próspera fortuna de Ruy Lopez Dávalos.—T. III.
Prudencia (la) en el castigo.
Prueba (la) de los amigos.
• Prueba (la) de los ingenios.—T. IX.
Psiquis y Cupido.
Puente (la) de Mantible.
Puente (la) del Mundo.
• Privanza y caida de D. Alvaro de Luna.—T. III.

Quando Lope quiere, quiere.
• Querer la propia desdicha.—T. XV.
Querer mas y sufrir menos.
¿Qué dirán? (el) y donaires de Pedro Corchuelo.—T. XXIV.
Querer mas no puede ser.
• Quien ama no haga fieros.—T. XVIII.
• Quien bien ama tarde olvida.—T. XXII.
• Quien mas no puede.—T. XVII.
• Quien todo lo quiere.—T. XXII.
Quinas (las) de Portugal.
• Quinta (la) de Florencia.—T. II.

Ramirez de Arellano.
• Remedio (el) en la desdicha.—T. XIII.
• Resistencia (la) honrada, y condesa Matilde.—T. II.
• Rey (el) D. Sebastian.—T. XI.
• Rey (el) Wamba.—T. I.
Rey (el) de Frisia.
• Rey (el) sin reino.—T. XX.
Reina (la) de Lesbos.
• Reina (la) Juana de Nápoles.—T. VI.
Reina (la) Loca.
• Reina (la) doña María.
Rico (el) avariento.
Roberto (el).
• Robo (el) de Dina.—T. XXIII.
Roncesvalles.
• Roma abrasada.—T. XX.
Rómulo y Remo.
• Rueda (la) de la fortuna.—T. V.
Rufian (el) Castrucho.
• Rústico (el) del cielo.—T. XVIII.
• Ruiseñor (el) de Sevilla.—T. XVII.

• Saber (el) puede dañar.—T. XXIII.
• Saber (el) por no saber.—T. XXIII.
Salteador (el) agraviado.
San Agustin.
San Antonio de Pádua.
San Adrian y Natalia.
San Andrés carmelita.
San Diego de Alcalá.
• San Isidro de Madrid.
San Ildefonso.
San Julian de Cuenca.
San Martin.
• San Nicolás de Tolentino.
San Pedro Nolasco.
San Pablo, vaso de eleccion.
San Roque.
San Segundo de Avila.
San Tirso de España.
Santo Tomás de Aquino.
Santa Brigida.
Santa Casilda.

Santa Polonia.
Santa Teodora.
• • Santa (la) Liga.—T. XV.
Santa (la) Inquisicion.
• • Santiago el verde.—T. XIII.
• Santo negro Rosambuc.—T. III.
Sarracinos y Aliatares.
• Secreto (el) de sí mismo.—T. VI.
Secreto (el) bien guardado.
Selva (la) confusa.
Semiramis.
• Selvas y bosques de amor.—T. XXIV.
• Sembrar en buena tierra.—T. X.
• Serafin (el) hermano.—T. XIX.
• Servir con mala estrella.—T. VI.
• Servir á señor discreto.—T. XI.
• Servir á buenos.
• Serrana (la) de la vera.—T. V.
Serrana (la) de Burgos, primera y segunda parte.
• Serrana (la) del Tormes.—T. XVI.
Sierra (la) de Espadan.
• Siete (los) Infantes de Lara.—T. V.
Sierras (las) de Guadalupe.
Sin secreto no hay amor.
• • Si no vieran las mugeres.—*Vega del Parnaso.*
• Sol (el) pasado.—T. XVII.
• Soldado (el) amante.—T. XVII.
• • Sortija (la) del olvido.—T. XII.
Suerte (la) de los reyes ó Los carboneros.
Sueños hay que verdades son.
Sufrimiento (el) de honor.
Sufrimiento (el) premiado.
Tambien se engaña la vista.
Tanto hagas cuanto pagues.
• • Tellos (los) de Meneses, primera y segunda parte.—T. XXI.
Templo (el) de Salomon.
• • Testimonio (el) vengado.—T. I.
• Testigo (el) contra sí.—T. VI.
Toyson (el) del cielo.
Toma (la) de Alora.
Toma (la) del Congo.
• Tirano (el) castigado.—T. IV.
Tonto (el) de la aldea.
Toledano (el) vengado.
Torneos (los) de Valencia.
• Torneos (los) de Aragon.—T. IV.
Torre (la) de Hércules.
• • Trabajos (los) de Jacob.—T. XXII.
Trabajos (los) de Job.
• Trajedia (la) por los celos.—T. XXIV.
Trajedia (la) de Strictea.
Trato (el) muda costumbre.
• • Traicion (la) bien acertada.—T. I.
• Tres diamantes (los).—T. II.
Triunfo (el) de la limosna.
Triunfo (el) de la humildad.
Triunfo (el) de la Iglesia.
Triunfos (los) de Octaviano.
Turco (el) en Viena.

• Valiente (el) Céspedes.—T. XX.
Valiente (el) Juan de Heredia.
Valor (el) de Fernandico.
• Valor (el) de las mugeres.—T. XVIII.
Valeriana (la).
• Vaquero (el) de Morana.—T. VIII.
Varona (la) castellana.
• Vellocino (el) de oro.—T. XIX.
• Venganza (la) honrosa.—T. V.
• Venganza (la) venturosa.—T. X.
Venganza (la) de Gayferos.
• • Vengadora (la) de las mugeres.—T. XV.
Veneno (el) saludable.
Ventura (la) sin buscarla.—T. XX.
Ventura (la) en la desgracia.
Ver y no creer.—T. XXIV.
• • Verdad (la) sospechosa.—T. XXII.
• • Verdadero (el) amante.—T. XIV.
Viage (el) del hombre.
Victoria (la) del honor.
• Victoria (la) de la honra.—T. XXI.
• Victoria (la) del Marqués de Santa Cruz.—T. XXV.
• Vida (la) de san Pedro Nolasco.—T. XXII.
Vida y muerte de santa Teresa de Jesus.
Villanesca (la).
• • Villana (la) de Getafe.—T. XIV.
• • Villano (el) en su rincon.—T. VII.
• Virtud, pobreza y muger.—T. XX.
• • Viuda (la) valenciana.—T. XIV.
Vizcaina (la).

• Ultimo (el) Godo.—T. XXV.
• Urson y Valentin, 1.ª y 2.ª parte.

Yerros por amor.

Zegríes y Abencerrages.
Zelos (los) satisfechos.
Zelos con zelos se curan.
Zelos (los) sin ocasion.
Zelos (los) de Rodamonte.
Zeloso (el) estremeño.



EL CONDE DE CAMPOMANES.

Dotado de un talento estraordinario y una memoria prodigiosa, estudió las humanidades, la filosofía y el derecho civil y canónico, con el aprovechamiento que era consiguiente á su capacidad natural y á su rara aplicacion; supo las lenguas griega, árabe y hebrea; entendia las de todas las naciones cultas de Europa; y hablaba la francesa y la italiana. Admitido en 1744 á ejercer en la corte la profesion de abogado, y en medio de los muchos negocios que su fama atraia á su bufete, halló tiempo para escribir un tomo bastante abultado sobre la causa de los Templarios, y para traducir del árabe los capítulos 1.° y 3.° de la segunda parte de la agricultura del sevillano Abu-Zacaria-Ebu el Awan. La celebridad adquirida en el foro le elevó en 1755 á la plaza de asesor de correos con honores del Consejo de hacienda, destino que desempeñó con su acostumbrado celo hasta 1762, en que fué nombrado fiscal de Castilla, alta é importante dignidad, que debió sin solicitarla, á su brillante y bien merecida reputacion. Durante su comision de correos, dió á luz una ordenanza nueva de este ramo, el itinerario de las carreras de postas dentro y fuera del reino, y la noticia geográfica de las provincias y caminos de Portugal, que adornó con un mapa trabajado con particular inteligencia. Por el mismo tiempo tradujo del griego é ilustró con notas muy eruditas el Periplo de Hannon, obra preciosa que publicó con una disertacion crítica sobre la antigüedad marítima de Cartago. Elevado á la fiscalía del Consejo Real imprimió todavía algunas obras, y escribió otras que aun permanecen

inéditas, sin que por estas distracciones literarias padeciesen el menor retraso los muchos y voluminosos espedientes que diariamente tenia que despachar. Pertenecen á las primeras el *tratado de amortizacion*, *el juicio imparcial* y *los discursos sobre la industria* y *educacion popular* con su apéndice, obras colocadas ya por los economistas y políticos entre las mas señaladas de su clase. Corresponden á las segundas *el comercio libre de América* y *la coleccion de los concilios de España*, cuyos manuscritos existen en poder del actual conde de Campomanes, á cuya piedad filial no ha permitido publicarlas la calamidad de los tiempos.

La felicidad de los que el autor alcanzó, viviendo bajo un príncipe que abrazaba y protegia con todo su poder cuantas ideas de pública utilidad le presentaban sus ministros, permitió al fiscal de Castilla aprovechar hábilmente en beneficio de la nacion las favorables ocasiones que sin cesar le proporcionaba su empleo. Así apenas hubo pensamiento útil que no promoviese con infatigable ardor. Testigos son las providencias y cedulas reales espedidas á propuesta suya sobre el comercio libre de granos, personeros y diputados del comun, poblaciones de Sierra-Morena, nuevo plan de estudios para las universidades del reino, treguas con las potencias berberiscas, escuelas gratuitas, sociedades económicas, rompimientos de terrenos incultos y baldios, descuages, acotamientos, plantios y sementeras, y sobre el interesante ramo de la mesta, objeto en que trabajó con tan singular empeño, que llegó hasta salir de Madrid para conferenciar con los mayorales y pastores; logrando así deslindar y poner en claro los derechos de los verdaderos mesteños y serranos, y conciliar sus privilegios con el fomento que reclamaban y recibieron la agricultura y poblacion de la hasta entonces tan perjudicada Estremadura. Pero en lo que mas sobresalió su ilustrado patriotismo, fué en los delicadísimos espedientes que ocurrieron en su tiempo relativos á la regalía: árduas y peligrosas materias en que parecia imposible hermanar, como lo hizo Campomanes, la piedad cristiana y el respeto debido á la cabeza de la Iglesia, con el valor y la entereza que un fiscal del Consejo debe mostrar al defender los derechos de la soberanía. Tan relevantes servicios hechos al rey y á la pátria, durante la fiscalía por el conde de Campomanes, no fueron sin embargo superiores á los méritos que contrajo en el gobierno del Consejo, ya como interino, ya como propietario, desde octubre de 1783 hasta abril de 1791, habiendo dado en esta primera magistratura de la monarquía reiteradas pruebas de que su talento era igual para promover y para concluir los negocios mas difíciles.

Estos méritos singulares fueron los que el monarca quiso premiar en el gobernador de su Consejo, cuando al mandarle cesar en las penosas tareas de la judicatura le nombró consejero de Estado, dejándole todos sus sueldos y emolumentos; y en efecto, el conde miró esta real órden como la mayor gracia que pudiera obtener del soberano: por eso esclamó al recibir la noticia: *Gracias á Dios que se me concede un intervalo entre los negocios y la muerte;* sentencia cristiana, que por sí sola manifiesta cuales eran en medio de los honores mundanos los piadosos sentimientos del conde de Campomanes. Bien lo acreditó ademas en los últimos años de su vida, dedicando al cuidado de su eterna felicidad cuantos instantes le dejaban libres las frecuentes consultas con que la superioridad interrumpia de tiempo en tiempo el mismo descanso que le habia concedido. Así fué como lleno de resignacion falleció á los 78 años de su edad, colmado de justos honores literarios dentro y fuera del reino. Dentro fué director de la Real Academia de la Historia, é individuo de la de la lengua; y fuera miembro correspondal de la de Inscripciones de Paris, y de la sociedad filosófica de Filadelfia, habiendo sido propuesto tambien para el instituto de Francia.

Nació en Sorriba, principado de Asturias, concejo de Tineo, en junio del año de 1724, obtuvo la merced de título de Castilla en 20 de junio de 1780, fué condecorado con la gran cruz de Carlos III en 12 de noviembre de 1789, y murió en Madrid á 3 de febrero de 1802.

LA CAPITANA.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR.

I.

Muy poco tiempo hace que nuestra juventud ha dado en la manía de volverse loca por la narracion de lúgubres dramas, cuya esposicion se verifica regularmente en los caminos reales ó en los montes, y no pocas veces en el hogar doméstico, para proseguir el nudo de la accion y sus peripecias ante los tribunales, y acabar con un desenlace definitivo y fatal en los presidios del reino ó en el cadalso.

Los novelistas estrangeros nos han regalado esa aficion á desentrañar los misterios sociales mas ocultos; bárbaro acceso de curiosidad que nos impele hácia todos los puntos en que hay crímenes que descubrir, manchas de sangre que borrar, condenas que oir y suplicios que padecer.

Antes de que leyésemos á los doctores de autopsia de las escuelas alemana y francesa, antes de que para nuestro diario recreo se nos presentase en cada *entrega ilustrada* de esas grandes concepciones patibularias un vasto anfiteatro de cadáveres, las causas criminales pertenecian por derecho esclusivo á los juzgados y á las audiencias del territorio español. No habia tampoco periódicos que agarrasen, por decirlo así, al ladron en el acto de estar cometiendo un robo, para dar al hecho una publicidad escandalosa y despertar en todas las clases de la sociedad esos instintos deplorables é inhumanos, que empujan á la multitud á solazarse con el triste espectáculo de las ejecuciones. Ahora se coleccionan y se estereotipan para instruccion y contentamiento del público los mas insignificantes procedimientos de las causas célebres: se hace mas muchas veces; se previene el ánimo de los jueces por medio de observaciones que repugnan al buen sentido: pero hemos adelantado mucho en civilizacion y..... esto responde á todo. La crónica de los tribunales es pues hoy una necesidad, como la de las sesiones de córtes, la de teatros ó la de modas, como la revista literaria y los artículos de fondo.

¿Y no podrán tambien buscarse las causas de este aturdimiento salvaje en las últimas turbulencias de una revolucion que ahora empieza para nosotros, en los horrores de las últimas discordias civiles, que nos han acostumbrado á terribles emociones y han ido embotando poco á poco nuestra sensibilidad?

Los moralistas y los filósofos deben estudiar este problema, cuya solucion no será jamás, de seguro, muy honrosa para la especie humana.

Mucho placer causaria á los cazadores de noticias estupendas la aparicion en nuestros dias de una heroina como la célebre marquesa del Encinar, que por los años de 1720 formó en Navarra, en el territorio comprendido entre Sangüesa, Lumbier y Domeño, una formidable banda de salteadores, sujetándola á leyes fijas por el triple ascendiente de su sexo, de su belleza y de su audacia. Pertenecia aquella intrépida muger á la que hoy llamamos última clase del pueblo, sin comprenderla bien: aunque se ignora ó no se sabe al menos con exactitud su origen, lo que sí podemos asegurar es que tenia mucha travesura ó talento, segun el idioma moderno, que confunde ambas cosas, y que poseia la inapreciable cualidad de conocer á cuantas personas se le acercaban. Era, en una palabra, muy superior á lo que debia esperarse de su nacimiento, de su educacion y de la costumbre de vivir entre gente grosera y desaliñada. Pues bien; la marquesa del Encinar, personage eminente en su género, á la cual solo faltaron tal vez otro teatro y otras circunstancias para hacer brillar en el camino de la virtud las grandes cualidades que empleó recorriendo el del crimen, pereció ignominiosamente en un cadalso.

¡Cuán interesante, cuán ameno seria seguir paso á paso los de esta antigua capitana de bandoleros, para referir á nuestros lectores las casas de labor que quemó, los crecidos rescates que impuso á los viageros que caian en sus manos, y las muertes que ejecutaron sus satélites á una señal de aquellos ojos hermosísimos, en los cuales pocas veces resplandecia el fuego del amor, porque empañaba su brillo la ferocidad! Mas por desgracia nuestra, los principales sucesos de su vida aventurera se han perdido para la historia privada del suelo que admiró sus proezas; nada se ha escrito que sepamos, ni en vida, ni en muerte de la famosa navarra, para perpetuar su memoria; de modo que no podemos por lo mismo ofrecer á la ansiedad pública un cuadro de horrores, semejantes á los de *Han de Islandia*, ni hacer soñar á nuestras *impresionables* damas con sudarios blancos, relojes de arena y máquinas de madera dotadas de vida por el galvanismo, á imitacion de los desesperados y tétricos vapores novelescos, que acertó á formar la infeliz imaginacion del pobre Hoffman.

La única fuente, en que acaso llegaríamos á descubrir alguna parte de los misteriosos hechos de la marquesa del Encinar, es el archivo de la audiencia de Valladolid, supuesto que por ella fué sentenciada; pero el hecho es tambien, que allí hemos acudido mas de una vez con este objeto, y nuestras pesquisas han sido inútiles; nada hemos podido averiguar. Si algun dia llega á levantarse el secuestro que pesa sobre las gloriosas hazañas de aquella muger; si por casualidad aparece alguna vez el legajo con la enumeracion, la glosa y el comentario de sus delitos .. ¡qué triunfo para nuestra importada literatura! En ellos se verá desarrollarse una série de rasgos originales de astucia, de presencia de ánimo y de audacia, que caracterizan generalmente á los célebres bandoleros y mitigan hasta cierto punto el horror que inspiran sus repugnantes actos de vanda-lismo.

Mientras tanto, tenemos que reducirnos, respecto á la Marquesa del Encinar, á algunas aventuras aisladas, incoherentes, sin ilacion verdadera ó probable, á algunos *cuentos de viejas*, como suele decirse.

á tradiciones que sin duda han llegado hasta nosotros desfiguradas despues de haber pasado por tantas bocas.

Vamos pues á relatar uno de los muchos episodios interesantes de su vida, que nos dará una idea de su carácter particular, de su raro atrevimiento, y de la justicia espeditiva que solia ejercer en medio de los delitos que perpetraba.

II.

A una legua de Hernani, no en el camino real de Francia, sino en el de la izquierda que parte desde aquella villa y concluye en San Sebastian, se elevaba en el año de gracia de 1720 el castillo de Iruzteta, convertido despues en modesto caserio con otro nombre, y hoy en cenizas, merced á los estragos que en Guipúzcoa, como en otras provincias, ocasionó la triste y empeñada guerra civil de los siete años.

Cuando decimos castillo, no debe entenderse que hablamos de una fortaleza en toda regla, sino de un enorme caseron de piedra silleria, construido en el siglo XIV y semejante á otros muchos monumentos de nobleza hereditaria, que han venido á parar para sus últimos y esclarecidos dueños en un dominio insoportable, disputado sin cesar por las golondrinas y los buhos. Consistia todo él en un gran cuerpo de edificio, flanqueado por dos torrecillas macizas y con profusion de troneras en los cuatro costados: precedia á la entrada principal un gran patio descubierto, y en el lienzo opuesto á esta entrada habia una puerta pequeña que daba salida á la campiña.

En este caseron, castillo, ó como quiera llamarse, vejetaba el baron del Espino, solteron y poseedor de una fortuna considerable. Como todos los propietarios de aquel pais, el baron Gabriel era un cazador incansable, buen bebedor de *sagardua* y amigo de requebrar á las mozas. Despues de haber muerto sus padres, de los cuales fué único heredero, se dió en Castilla á la buena vida, no tardó en disgustarse de ella, y deseando conocer la posesion de Iruzteta, que era su apellido paterno, hizo el esfuerzo heróico de pasar el Ebro y se aventuró á penetrar en el corazon de las provincias Vascongadas: llegó á su nueva propiedad, agradóle el sitio y se fijó en el castillo, hasta que cansado de perseguir á las hijas de sus labradores y de conquistar á las mozuelas de los caserios inmediatos, las cuales eran á la verdad lindísimas, pero no tenian mas nobleza que la guipuzcoana, ni mas dote que el de sus atractivos; aburrido sobre todo de la soledad de su posesion, que se le iba haciendo insoportable, se decidió por fin á solicitar la mano de alguna heredera ilustre y rica.

Era una deliciosa tarde del mes de setiembre, y dos personas platicaban amigablemente, sentadas en un banco de piedra del jardin de nuestro buen amigo el baron Gabriel. La que primero debe ocuparnos era una muger que representaba la edad de cincuenta años: nunca debió haber sido hermosa, ni aun pasadera; pero su semblante revelaba la calma y bienestar que proporciona una vida pasada sin cuidados y en el seno de la opulencia. Vestia una larga y holgada falda de sarga blanca, á la cual servia de viso otra de finísimo tafetan azul celeste; adornaba su cabeza un velo de crespon negro formando sobre ella una especie de diadema ó moña aplastada y brillaba sobre su pecho una cruz de oro de mas que regular tamaño.

Era la señora canonesa Ursula de Rute y de Aldama, tia materna del señor baron Gabriel de Iruzteta y de Rute.

La otra persona era un hombre que frisaba entre los treinta y treinta y cinco años. Su fisonomia franca, abierta, espansiva, aunque no poco vulgar, anunciaba en su encarnacion, demasiado purpúrea, que el sugeto á quien pertenecia no observaba del todo el sábio precepto de la temperancia. Llevaba el pelo con polvos, segun lo requeria la moda, y un sombrero chato de tres picos, de esos que andando el tiempo llegaron á obtener la denominacion de sombreros de tres candiles: el cuello blanquísimo de su camisa era sumamente angosto, y por la abertura de un chaleco, cuyo dibujo era una selva entera, asomaban dos pecheras rizadas con el mayor esmero. El resto de su trage se componia de una especie de chaqueton-levita de paño gris, de unos calzones del mismo color, medias blancas y zapatos de becerro amarillo con hebillas de plata.

Era el señor baron Gabriel de Iruzteta y de Rute, sobrino de la señora canonesa Ursula de Rute y de Aldama.

Aunque las flores y las plantas del jardin habian perdido ya la frescura y la lozania del verano, para revestirse de las tintas pálidas del otoño, el sitio en que tia y sobrino se hallaban no dejaba de ser agradable: no parecia sin embargo muy propio para una conversacion confidencial, porque podian ser espiados los interlocutores por la curiosidad del primer indiscreto que tuviese el capricho de esconderse en el espeso matorral inmediato al banco de piedra.

Acercábase insensiblemente la hora de cenar, y la canonesa y el baron platicaban por hacer tiempo.

—Querida tia, decia el último, habeis tenido la ocurrencia mas feliz del mundo al poneros en camino para sorprenderme en mi santo yermo. Eso es lo que se llama ejercer una obra de misericordia.

—Ningun mérito hay en ella, contestó la señora de Rute y de Aldama, pues ya sabes que te quiero mucho, no solo porque te he visto nacer, sino porque tus facciones me recuerdan las de mi pobre hermana Pelagia, que esté en gloria. Tengo pues un verdadero placer al hallarme en tu castillo, aunque confieso que hubiera querido verte acompañado de una amable sobrina.

—¡Hola! ¡hola! Ya entramos en materia, esclamó alegremente el baron Gabriel: siempre la misma. Confesad, sin embargo, que he obrado con juicio difiriendo el casarme, aunque solo sea para procuraros el gusto de elegirme muger de vuestro agrado, ya que tanto os lisonjea el afan de negociar matrimonios.

—Algunos han pasado por estas manos; no lo niego, y sin vanidad puedo decir que no han salido del todo mal; por lo que espero que tambien acertaré en el tuyo y que no será el último que me ocupe el tiempo.

—Me admira vuestra conducta, tia. ¿Cómo es que mostrais tan decidido empeño por uncir al género humano á una coyunda, á la cual nunca habeis querido sujetaros?

—Nada mas natural, querido mio; he tratado de establecer una compensacion.

—Perfectamente; pero convenid al menos en que el mejor modo de convertir es predicar con el ejemplo.

—No hay que chancearse con esas cosas, Gabriel, porque son muy sérias, y hablemos formalmente, pues se trata de tí. ¿No es vergonzoso que poseyendo un nombre ilustre, buena figura y una renta pingüe y saneada, permanezcas todavia soltero?

—No he cumplido aun treinta y tres años, querida tia.

—Pues ya tienes edad sobrada para el matrimonio, y dentro de poco tiempo empezarás á encanecer, lo cual hará que las negociaciones sean muy difíciles. Ademas se me figura que te aburres mucho en este retiro solitario.

—No hay duda; eso me sucede con frecuencia.

—Y creo tambien que para matar el fastidio te haces el moralsete por estas cercanias ¿eh? ¿Me entiendes?

—Por supuesto.... pero ¿qué quereis que haga? ¡Es cosa tan delicada y tan espuesta el matrimonio! No creais sin embargo que soy muy recalcitrante; al contrario, lejos de oponerme á recibir ese santo sacramento, pensaba ya hace dias en él.

—¿De veras? No sabes el contento que me causan tus palabras. Escúchame pues, y ten entendido que el gusto de verte ha sido el objeto secundario de mi viaje; el principal es ofrecerte un buen partido..... ó acaso dos .... ó tal vez tres..... Ya ves que mi arco tiene muchas cuerdas.

—¡Cuando digo que ya me lo imaginaba! Vamos, querida tia, esplicaos.

—Tenemos en primer término á la señorita Damiana de Elizondo y de Montefiorido; edad, veinte y dos años; dote, treinta mil pesos americanos.

—¿Qué figura?

—Vamos, ¿quién piensa en niñerias?

—Traduccion literal de vuestras palabras: la señorita Damiana es horrible: doblemos la hoja y veamos la segunda.

—Todos los hombres estan cortados por una misma tijera. La segunda es la señorita Rufina de Estrada y de Quincoces, hija única, entre bonita y fea; veinte y seis años y seis mil duros de renta anual por su madre; heredará otra igual cuando su padre muera.

—Eso es algo mejor, pero..... Rufina.... ¡qué nombre! ¡Bah! ¿Qué importa el nombre? Ea, creo que habreis dado algun paso en favor mio. ...

—He tratado de sondear el terreno, pero me he detenido al saber una cosa que voy á decirte.

—¿Tapujillos tenemos?.... Malo, malísimo.... Si no puede ser otra cosa..... Veinte y seis años y soltera..... la cosa es clara.

—Eres un bribon, Gabriel, y como todos los libertinos, haces muy poco favor á las mugeres. Por otra parte, una debilidad, una desgracia no constituye un crimen....

—Basta, basta, tia mia; no quiero saber mas de la señorita Rufina.

—Vamos; es imposible hablar juiciosamente contigo. Pero ¿qué es eso? ¿No has oido un ruido en el matorral?

—Algun conejo sin duda. Proseguid con la tercera proposicion matrimonial.

—¡Oh! Es un partido magnífico, soberbio.

—¡Demonio!

—¿Has oido hablar alguna vez de la hermosa Gertrudis, marquesa del Encinar?

—Encinar.... Encinar.... Si por cierto; creo que pertenece á nuestra sangre por las partículas navarras que contiene. ¿No se casó con un marino viejo?

—Sí, con un gefe de escuadra, pero hace ya trece meses que murió el marqués.

—¡Pobrecillo! no lo sabia.

—Ya lo creo; como que vives como un oso en su madriguera.

—¿Y conoceis á la viuda?

—Muchísimo: es la muger que te conviene; riquísima á mas no poder.

—En cuanto á lo sólido, estamos bien; hablemos de la parte física y moral.

—Tiene un talento natural muy cultivado; toca la viola y canta como un ruiseñor.

—¡Demonio! ¡Demonio!

—Veinte y cinco años.

—¿Sin tapujillos?

—Nada de eso: buen cuerpo.

—Eso me gusta.

—Miradas altaneras.

—Eso me huele á marimacho.

—Carácter amable, aunque algo raro: pero tenemos una pequeña dificultad.

—¿No deciais que no habia tapujillos?

—Y lo repito: la marquesa es un modelo de virtud.

—Es lo único que pido; pero estraño que ese tesoro no haya sido buscado con empeño.

—En primer lugar, la marquesa ha estado de luto hasta hace poco tiempo; se han presentado despues muchos pretendientes á su mano, pero todos se han visto en la precision de retirarse.

—Sus motivos habrán tenido, tia mia.

—Al contrario, y voy á esplicártelo. La marquesa ha querido desembarazarse de todos esos mequetrefes y pelagatos, que asesinan á una muger, honrándola con lo que ellos llaman sus homenajes, y ha declarado esplícitamente que el que se atreva á hacerle la corte, no volverá á ponerse en su presencia. Hasta ahora ha cumplido su palabra; ha habido víctimas y los demas la aman en silencio.

—¡Una muger que se incomoda porque la adoran! Es un raro fenómeno, é indica que la marquesa del Encinar quiere permanecer viuda.

—Pues estás equivocado, porque desea volver á casarse y no oculta sus intenciones.

—Corriente; lo que ella aborrece es la galantería, y en efecto, pedir su mano no es hacerle el amor; así pues, querida tia, servidme de apoyo y de embajadora: os doy carta blanca para todo, porque con vuestro tacto y reconocida habilidad en esta clase de negocios....

—Sobrinito mio, incurres en otro error; nuestra opulenta viuda no escucha proposiciones.

—De modo que quiere y no quiere: no deja de ser un estraordinario capricho mugeril; pero al menos esplicadme el enigma.

—Con mil amores. Ya te he dicho que el carácter de la marquesa es algo raro; quiere elegir por sí misma, por su propia inclinacion, sin ser solicitada ni comprometida por agenas influencias. Hace como cosa de dos meses que recorre ambas Castillas con un séquito de tres ó cuatro personas, y su mayordomo ó administrador de sus haciendas don Gregorio Zapico, hombre respetable, próximo pariente del difunto marido, y que hoy se ve arruinado por algunas especulaciones desgraciadas. Nunca la abandona, y ella le trata con las mas distinguidas consideraciones.

Anda de casa de campo en casa de campo, habla familiarmente con los hombres, pero se niega á escuchar sus requiebros; y se supone que abriga la intencion, no bien haya encontrado al dichoso mortal digno de su mano, de ofrecerle su corazon y su fortuna.

—Estraordinaria es la idea, pero no me parece que la marquesa va fuera de camino.

—Ahora solo falta decirte, sobrino, que la señora del Encinar no está á estas horas muy lejos de aquí: ha recorrido últimamente las provincias de Navarra, Alava y Vizcaya, de modo que no dejará de visitar la Guipúzcoa. ¿Será estraño que llegue cuando menos lo pienses á pedirte hospitalidad? Al fin, si tú eres soltero, ella viaja acompañada de un hombre de cincuenta años y esto salva las apariencias. Con que ya estas prevenido; y si por casualidad te hace el honor de visitarte, recíbela como quien es y como quien eres, doblégate á sus caprichos; pero aunque te vuelvas loco de amor por ella, guárdate bien de dirigir á su belleza el menor arrumaco, ni la mas leve declaracion, porque de este modo lo echarás todo á perder.

—Os agradezco la advertencia, querida tia; y para que veais en todas partes el dedo de la providencia, os declaro que si he hecho adornar de nuevo la habitacion que ocupais, ha sido con la intencion de dar una propietaria al castillo. Venga pues la señora marquesa del Encinar cuando guste, y disfrutará de esos escogidos cuadros, de esos muebles esquisitos que me han llegado de Bayona.

—Mucho siento, dijo la canonesa suspirando, no poder ayudarte en tan importante asunto, supuesto que la bella Gertrudis no quiere que se dé el menor paso directo ni indirecto. Con todo seria conveniente que una persona de edad madura y de posicion en el mundo, se encargase de esta clase de negocios.

—Y no os he dicho todo, repuso el baron frotándose las manos. Acabo de hacer una compra magnífica.

—Algun caballo de raza, una escopeta de Eibar ó un perdiguero de buena casta.

—No se trata de bagatelas: es un servicio completo de vagilla de plata que tenia encargada á Paris á Germain el abastecedor del rey: esto quiere decir que es preciosa y que me cuesta un dineral; al pié de ciento cincuenta mil reales.

—Bien, bien, sobrino mio; eso es portarse con nobleza y distincion.

—¡Oh! No he querido poner mis armas á la vajilla porque pretendo añadir á ellas otro escudo. ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

—Rasgo de delicadeza que te hará parecer muy amable á los ojos de la propietaria de ese segundo blason.

—Dentro de cinco ó seis dias llegará de Francia el servicio: esto significa que os quedeis en mi compañía para estrenarlo.

—Imposible, querido, porque dentro de seis dias tengo que asistir á la celebracion del capítulo de mi orden. Ademas, debo advertirte, que á la futura corresponde estrenar esas preciosidades.

A este punto llegaban de la conversacion, cuando un movimiento pronunciado agitó el ramaje del espeso matorral.

—¡Dios mio! esclamó la canonesa levantándose asustada: ahora no dirás que es un conejo, porque he sentido pasos. Sin duda, en este pais, á pesar de su régimen foral, no está exento de ladrones. Vamos, vamos; dame el brazo y entremos en el castillo, porque tengo mucho miedo.

(Concluirá.)

J. M. DE A.

DISTINCION ENTRE EL DEBER Y LA VIRTUD.

Es preciso no confundir la virtud con el deber á causa de la conformidad de nombres, que nos engaña con mucha frecuencia. Hay quien se imagina ser virtuoso, solo porque sigue un instinto natural de cumplir con ciertos deberes: y como no es la razon en manera alguna quien le conduce, es en realidad vicioso hasta el estremo, siempre que se figure ser un héroe en virtud. Pero la mayor parte de los hombres, engañados por esta misma confusion de términos y por la magnificencia de los nombres, confian en sí mismos, aprécianse sin motivo, y juzgan frecuentemente muy mal á personas las mas virtuosas; pues no puede conciliarse que los hombres de bien sigan haciendo por mucho tiempo lo que prescribe el orden, y no falten segun las apariencias á algun deber esencial. Porque al cabo, para ser prudente, honrado, caritativo á los ojos de los hombres, es necesario algunas veces mostrar alabanza al vicio, ó callarse casi siempre cuando se le oye alabar. Para pasar por liberal es preciso ser pródigo. Si no es temerario, apenas se reputa á un hombre de valiente; y aquel que no es supersticioso ni crédulo, por piadoso que sea, no pasará en concepto de los demas sino por un libertino.—M.

ROMANCE.

Al fin de lluvioso invierno,
de entre sombrío zarzal
de árida roca y triste
nace rojo tulipan.
Orgulloso en su corola
ostenta (del oro á par)
de purísimo rocío
una gota virginal.
Al blando halago del aura
parece que á ceder va;
y es que busca, en torno suyo,
donde el alma dilatar.
En las descarnadas crestas
ve, melancólico asaz,
al rudo y añoso roble;
y por el cielo cruzar
(que nebuloso le cubre)
aves de agüero fatal.
No mas el eco repite
que su funesto graznar;
ni mas un arroyo copia
que aridez y soledad.
Entonce, en hondo murmurio,

el mísero tulipan
esclamó: «¿De qué me sirven
mi lozanía y beldad?
Do todo es horror y espanto
la hermosura está de mas.»
Dijo; y la cervid altivá
dobló con ansia mortal:
y los cielos le miraron
callado y mustio espirar.

AURELIANO FRNANDEZ-GUERRA.

—

A ELISA.

Vas á partir, Elisa!... Yo entre tanto
aquí olvidado en un rincon del mundo
veré acabar mi triste primavera
sin flores, sin aromas, sin encanto;
sin que una vez del ruiseñor el canto
venga á trinar en mi natal ribera.
Cuando la suave brisa
hinche las lonas del vagel ligero,
al verle oscurecerse en lontananza
tenderé al viento mi pañuelo, Elisa:
en él verás un triste adios postrero,
triste adios del que pierde su esperanza;
y al través de una lágrima sentida
veré partir la nave en que te alejas,
y la dicha del resto de mi vida
no llenará el vacío que tú dejas.
Elisa, tú eres bella,
y mil te adorarán cual yo te adoro:
refleja en tu mirada
la tibia luz de moribunda estrella;
es el mismo tesoro
tras el cual se ha secado el alma mia;
otro mas fortunado,
mimado por tu ardiente simpatía,
quizás alcance á arrebatarle osado.
Vosotras las mugeres
juzgais debilidad ó encogimiento
en el que sacrifica á sus placeres,
ante el sacro perfume que respira,
la pureza de un tierno pensamiento.
Os hace arder el labio que os profana;
mas al que os ama y permanece mudo
sin acercar el labio á vuestra frente
porque su mismo amor se muestra mudo,
le lanzais la mirada indiferente,
sin ver virtud en la amorosa llama
que refrenada en las entrañas mora;
ni sospechais siquiera
que el hombre que bien ama,
nunca profana á la muger que adora.
En fin, tú partes luego,
y partirás sin comprender mi pena;
y el recuerdo de aquel que te ama ciego,
que vive de la luz de tu mirada,
se borrará como fugaz pisada
impresa acaso en movediza arena.
Recuerda al menos de mi amor en pago
cuando mires tu frente cariñosa
en las serenas aguas de algun lago,
que mas leal y hermosa
que en los cristales del callado rio
vive tu fresca imágen candorosa
dulce y tranquila en el recuerdo mio:
que esa imágen palpita en mi latido,
hierve en mi corazon y en mi memoria;
y si un dia mi nombre enaltecido
alcanza un lauro de anhelada gloria
y aplauden mi talento,
y hace gemir el viento
el eco triste de mi pobre lira,
vibrará en cada son un sentimiento
de la grandeza que tu amor me inspira.

Barcelona 2 de enero de 1850.

F. CAMPRODON.



(La plegaria.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, ... de Jacometrezo, 26.



(Colegiata de Roncesvalles.)

LA CAPITANA.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR.

III.

Ahora vamos á introducir al lector en la célebre colegiata de Roncesvalles, pueblo sin importancia en el dia, pero muy famoso en la historia por la gran batalla de los *doce pares*, si es cierto lo que nos cuenta aquella antigua copla ó romance que comienza:

Mala la hubisteis franceses

En aquella colegiata, empotrada, por decirlo así, en el corazon del Pirineo y compuesta de tres cuerpos de edificios, dos de ellos de planta baja y muy semejantes, y el otro elevado y angosto, se celebraba el dia 28 de setiembre de 1720 el capitulo de las canonesas de la ciudad de Pamplona, de que habia hablado á su sobrino la señora de Rute y de Aldama. Dos dias antes habia llegado á Roncesvalles precedida de diez acémilas cargadas de dulces y de chocolate para los señores canónigos, quienes ya se dá por supuesto que recibirian á la generosa hermana con todas las muestras del mas puro y vivo reconocimiento.

Mas no bien hubo descansado la viajera de las fatigas del camino en una cómoda celda del edificio de la derecha, destinado para alojamiendo de las señoras canonesas, cuando una de las criadas que la acompañaban, la dijo:

—¿A que no sabe V. R. la novedad que tenemos?

—No por cierto, Marta, contestó la tia del baron. ¿Qué ha sucedido?

—Una friolera; la señora marquesa del Encinar acaba de llegar á Roncesvalles.

—¿De veras? Pues mira, me alegro infinito, porque de ese modo renovaré el conocimiento que hice con ella hace ya dos años en Pamplona. ¡Pobre marqués! Dicen que murió ahogado en alta mar, pero confio en que Dios le tendrá en su santa gloria. Era un escelente marino, no hay duda, pero supongo que ya estará á estas horas mas consolada su viuda, cuando anda á caza de nuevo esposo por la mitad de las provincias del reino.

—¡Hola! ¿Conque esas tenemos? Pues á fé á fé que no creo encuentre en Roncesvalles novio de su gusto.

—Habrá sabidó que estoy aqui, y como piensa, ó imagino yo que piensa pasar á Guipúzcoa, en donde no dejo de tener buenas relaciones.....

—¡Ah! Ya caigo..... el señor baron de Iruzteta..., el sobrino de vuestra reverencia..... Ese si que es buen partido para la señora del Encinar.

—¿Lo crees asi?

—Pues digo.... me parece que no será tan descontentadiza que vaya á hacer ascos al caballero mas noble y mas rico de las tres provincias hermanas.

No bien hubo pronunciado Marta estas palabras cuando llamaron á la puerta de la celda: apresuróse á abrir la criada y una voz pronunció desde la parte esterior estas palabras:

—Deseo tener el honor de presentar mis respetos á la señora canonesa de Rute y de Aldama, y al mismo tiempo desempeñar una comision que para S. R. me ha dado la señora marquesa del Encinar.

—¿Y cómo debo anunciaros? preguntó Marta.

—Me llamo don Gregorio Zapico, dijo la misma voz.

—Anunciado asi por la sirvienta, se presentó á la canonesa un hombre como de cincuenta años, de noble fisonomía y distinguidas maneras, vestido con elegancia y oliendo á humos aristocráticos desde una legua. La señora Ursula le recibió cortés y afablemente, como á un antiguo conocido, aunque solo le habia visto una vez acompañando á la marquesa. Despues de los primeros cumplidos y de dedicar algunas frases insignificantes á la ceremonia que iba á celebrarse, para recibir en capitulo á una nueva canonesa, el mensagero de la hermosa y novelesca viuda del gefe de escuadra entabló la conversacion, disculpando á su señora de que no hubiese ido en persona á la colegiata, porque un suceso imprevisto acababa de obligarla á abandonar precipitadamente el pueblo.

—Mucho siento ese percance, respondió la señora de Rute, porque yo tambien contaba con abrazar á vuestra parienta, cuya llegada aqui

he sabido hace un instante. No ignorais que nos vimos por primera vez ahora dos años, y puedo aseguraros que conservo de su persona y de su talento una memoria sumamente agradable.

—La señora marquesa os paga en igual moneda, repuso don Gregorio, y me ha encargado muy particularmente que os haga saber lo mucho que ha sentido no poder saludaros, á causa de ese incidente inesperado.

—Pero supongo que no habrá en él motivo alguno de pesar para la señora marquesa.....

—¡Oh! Nada de eso; al contrario: se ha decidido un pleito á su favor, y como en él juegan intereses considerables, se hace muy necesaria su presencia en San Sebastian, que es donde estos radican en su mayor parte.

—¡Ah! ¿Conque ha salido para la capital de Guipúzcoa? Pues precisamente tiene que pasar por la posesion de mi sobrino el baron del Espino, que está situada entre aquella ciudad y la villa de Hernani.

—Si quereis encargarme alguna cosa para el señor baron de Iruzteta, de quien he oido hablar muchísimo, tendré el mayor placer en serviros, porque tambien voy á ponerme en camino para reunirme á mi parienta.

—Mucho os lo agradezco, señor don Gregorio, pero nada se me ofrece para mi sobrino, pues acabo de llegar desde su castillo á esta cueva del Pirineo.

—¡Ah! ¿Conque es nada menos que un castillo el que habita?

—Es decir que le damos ese nombre en la familia, mas no por eso deja de ser una posesion muy cómoda y agradable; y si tanto vos como la señora marquesa os deteneis en ella á descansar, sereis recibidos con amabilidad y cariño, porque mi buen Gabriel se precia de cortés y de hospitalario.

Don Gregorio Zapico hizo un profundo saludo á la canonesa, le pidió sus órdenes, y saludándola con notable distincion y desembarazo, salió de la colegiata y poco despues de Roncesvalles, para reunirse á la marquesa del Encinar, que le esperaba en una de las gargantas del Pirineo. Su objeto era costear toda la frontera hasta Irun, tomar en seguida el camino real hasta Hernani, y proseguir el plan de una aventura novelesca, de las muchas que puso en juego durante su inquieta y azarosa vida la heroina de estos apuntes.

Consagremos ahora unas cuantas líneas á la esplicacion del proyecto que meditaba; proyecto que en el fondo nada tenia que ver con la combinacion matrimonial, á que daba tanta importancia la señora canonesa de Rute y de Aldama, aunque aparentemente era el objeto principal de los deseos de la marquesa del Encinar.

Algunas palabras pronunciadas por esta, cuando vió llegar á su emisario don Zapico, y el diálogo que se entabló entre los dos, nos pondrán al corriente de todo.

—¿Ha soltado la sin hueso nuestra canonesa? preguntó la primera.

—Es una pava muy dura de pelar; pero nos ofrece hospitalidad en casa del baron del Espino, respondió el segundo.

—Ya contaba yo con eso: lo principal de todo es que la vieja no esté con él, porque tiene el olfato muy largo.

—El negocio me parece un poco arriesgado..... yo temo....

—¿Qué diablos dices ahí, Jorge?

—Nada, nada, contestó el que hasta este instante hemos conocido con el nombre de don Gregorio Zapico; estoy reflexionando.

—¿Sobre qué?.....

—Sobre el plan, que me parece algo..... espuesto: al fin no somos mas que cinco.

—¿Y Marcial?

—¡Siempre Marcial!.... Escelente sugeto....

—¡Cómo! ¿Tambien tienes celos de él?

—Y creo que tengo motivos.....

—Algun capricho nuevo, que alimenta tu mollera.

—No es capricho, Gertrudis, es realidad.

—¡Bah! Dejemos esas niñerías y vamos á lo que importa. Marcial es un buen sabueso, y á él debemos la concepcion de este proyecto. ¿Olvidas que él escuchó, escondido en el matorral del castillo de Iruzteta, toda la conversacion de la canonesa con su sobrino?

—Ya, pero el baron no estará sin criados, y si llega á sospechar....

—Jorge, por Dios que no te conozco.

—¿Y las partidas de miqueletes de la diputacion, *formadas en aumento de la justicia contra malhechores*?

—Basta, basta, por Lucifer, esclamó Gertrudis. ¿Es eso todo lo que has reflexionado? Pues yo tambien lo he hecho y he sacado en limpio que tienes miedo.

—¡Miedo yo!.... ¡Yo miedo!..... ¡Uf!

—Sí, te lo repito, tienes miedo, muchísimo miedo.

—Si no fueras tú la mas descarada bribona del reino, creo que te despedazaría con mis uñas.

—Está bien, pero ya sabes que en cualquiera disputa te ganaré siempre, porque tengo tres lenguas; la de mi boca y estas otras dos para sostener lo que ella dice.

Al pronunciar estas palabras enseñó á su compañero un par de pistolas que llevaba en el cinto, escondidas debajo de un faldellin.

Jorge se sonrió desdeñosamente y ella prosiguió así:

—He pensado una cosa.

—Oigamos esa cosa, mala cabeza, repuso el bandido.

—¿Qué dices de Ricardo?

—¡Ricardo! ¡Un aventurero que nos cayó de las nubes hace quince dias!

—¡Aventurero! ¿Y qué eres tú? ¿Algun príncipe por ventura? Ya sabemos que no puede aspirar al dictado de santo, y aunque no le he espuesto todavía á grandes pruebas, se me figura que es tan valiente como buen mozo.

Jorge hizo un movi[m]iento de impaciencia.

—Sí, maldito celoso, añadió Gertrudis; estoy segura de que Ricardo hará cuanto le diga y no me romperá la cabeza con observaciones ridículas. Por consiguiente puedes ir á ocupar su puesto de vigía en el monte de Vera, donde el pobrecillo se consume de impaciencia, y él vendrá á ocupar el tuyo de hombre de accion.

—¡Conque Ricardo aquí y yo allá!.... murmuró Jorge con acento conmovido. ¡Tratarme tan mal! ¡A mí que te amo tanto! ¡Ah Gertrudis!... .

—¿Qué quieres que te diga, amigo mio? Una mujer como yo, solo debe amar á un valiente. Vete pues y no hablemos mas del asunto.

—Me quedo, replicó Jorge cruzando los brazos.

—Mira bien lo que haces.

—Te obedeceré aunque pierda la vida, con tal que Ricardo permanezca donde está.

—Corriente, vengan esos cinco, picaronazo, y no me atufes mas con tus celos. Ahora, manos á la obra.

—¿Y el papel que debo representar?

—Como has sido cómico de la legua, no te será difícil: tienes cuarenta y cinco años, y con alguna maña puedes hacerte pasar por hombre de sesenta, á lo cual ayudará mucho tu respetable fisonomía.

—Pero, Gertrudis, si llego á servirte bien en esa espedicion.....

—Ea, ya hablaremos, despues de llevarla á cabo, de esas fruslerías: veremos cómo te portas; pero no olvides que si puedo recompensarte, tambien puedo castigar tu traicion ó indiferencia. Lo que importa es apresurar el viaje; conque así, saca la bota, echemos un buen trago, y adelante.

No bien habian caminado algunos pasos en sus escelentes mulas, cuando llegó á sus oidos un grito de alarma y al mismo tiempo apareció un mendigo entre las rocas inmediatas.

Gertrudis y Jorge montaron al punto sus pistolas, pero no tardó la primera en dar rienda suelta á una estrepitosa carcajada.

—¿Qué atavíos son esos, mi pobre Marcial? dijo en seguida dirigiéndose al pordiosero.

—Vengo de Guipúzcoa, contestó este.

—¿Y qué noticias?

—El baron del Espino prosigue solitario en su nido de golondrinas.

—¿Cuántos criados?

—Dos mozas, un mozo de labor, el jardinero y tres lacayos muy altos y muy zopencos, con libreas galoneadas; estos últimos llegaron á Iruzteta hace tres dias.

—¿Has visto por allí alguna gente de la diputacion?

—Ni sombra de cananas.

—¿Habrá llegado ya al castillo la vajilla de plata encargada á Paris?

—Ayer por la tarde la habrá recibido el baron, porque cuando yo salí de la cocina del castillo, en la cual me acogieron por caridad, ya tenia aviso de que la plata labrada estaba en Irun.

—Eres un guapísimo muchacho, y si Jorge no estuviese aquí te daria un beso. Pues señor, ya no hay duda; la liebre está en su camada, el baron del Espino se dispone á recibir la visita de la señora marquesa del Encinar.... ¡Oh!... La recibirá, la recibirá; se lo prometo, y.... muy pronto.

IV.

El baron soñaba ya mil delicias conyugales; arrebatar á innumerables pretendientes la mano de la muger mas codiciada y mas rica de las cuatro provincias allende el Ebro, triplicar con tan magnífica alianza un caudal considerable, eran dos triunfos de interés y de amor propio, que escitaban su ambicion y sus deseos.

El señor de Iruzteta y de Rute tenia el casco duro, la concepcion tardía y el entendimiento á prueba de bomba; á pesar de estas desventajas naturales hacia sus preparativos para recibir dignamente la visita que esperaba. Las criadas barrian y lustraban con sangre de toro los pisos de ladrillo; los lacayos, uno de los cuales acababa de ser promovido al empleo de ayuda de cámara, hacian esfuerzos sobrehumanos para restaurar una carroza que casi habia criado raices en el

patio, peinaban las crines de dos alazanes y sacudian el polvo y las telarañas al escudo señorial, colocado sobre la puerta grande del castillo; el jardinero, por su parte, arrancaba la mala yerba, iba arreglando poco á poco las carreras y guarda-rayas y se disponia á componer olorosos ramilletes de jazmines y claveles, de azucenas y de rosas.

En cuanto al señor baron, iba y venia de una parte á otra, examinaba todos los aprestos y se metia en su biblioteca. No se entienda esta palabra al pié de la letra, porque la biblioteca de la baronía del Espino solo constaba de unas cuantas obras incompletas, colocadas sobre dos tablas paralelas de pino en un gabinete contiguo al comedor. El estudio de la heráldica absorbia todos los instantes que su dueño no dedicaba á la caza, pero sucedió que un dia tuvo que interrumpir su tarea, porque el ayuda de cámara, seguido de un criado con librea sencilla, se presentó á su vista.

Semejante aparicion era un acontecimiento en Iruzteta; el baron, contrariado en sus costumbres, arrugó el entrecejo y preguntó al criado:

—¿A quién sirves y qué me quieres?

—Pertenezco á una señora muy distinguida, como pronto conocerá el señor baron por esta señal, contestó el lacayo con mucho desparpajo poniendo en sus manos un billete.

—En otro tiempo, murmuró el señor de Iruzteta, las personas bien nacidas no sabian escribir, pero ya que en nuestro siglo se ha hecho esta moda indispensable, descifremos la misiva, que al fin se conoce que viene de buena parte.

Despues de este lógico razonamiento, abrió el billete y leyó lo que sigue:

¿ Puede el señor baron del Espino conceder algunas horas de hospitalidad en su castillo á la marquesa del Encinar?

—¡Si puedo! esclamó al punto loco de contento: ese es para mí un honor inesperado. ¿Dónde se encuentra ahora esa señora, buen perillan?

—Al estremo de la avenida que conduce á este castillo; allí aguarda la contestacion del señor baron.

—¡Cómo que aguarda! ¡Aguardar la señora Marquesa del Encinar! ¡Pues no faltaba mas! Yo mismo la llevaré la respuesta; puedes decírselo así, pues voy al momento.

El señor baron se apresuró á ponerse decente, dió algunas órdenes sin detenerse en pormenores, y se dirigió hácia el sitio que el lacayo de la marquesa le habia indicado.

—Al fin, se decia, voy á contemplar á mi sabor á esa viuda rica y noble; al fin viene á mi castillo, lo cual equivale á dar los primeros pasos para... Vamos, vamos; esto es muy significativo y creo que haremos algo. Si, pero es necesario que yo no pierda de vista las instrucciones de mi tia la canonesa, y que trate de complacer á la hermosa Gertrudis en sus estravagancias y caprichos.

Al acercarse á los primeros árboles de la avenida, tuvo tiempo el baron de examinar el tren con que viajaba la marquesa. El coche era sencillo y no llevaba escudo de armas; en la delantera iba sentado un lacayo al lado del cochero, y otro en la trasera haciendo de page: este, que era el mismo portador del billete al baron, se acercó á la portezuela del coche, la abrió, bajó el estribo y pronunció dos ó tres palabras. En el interior del carruage se divisaban dos personas.

El señor baron del Espino se puso aceleradamente los guantes, al mismo tiempo que se adelantaba medio encorvado, figurándose que por grande que fuese el horror de la marquesa á la galantería, permitiria al menos que le ofreciesen la mano.

La bella Gertrudis no le dió tiempo para ello, pues saltó ligera del coche hasta el cesped que bordaba el camino, sin tocar el estribo.

Era muger de alta estatura y la manteleta forrada que la cubria señalaba en su airoso cuerpo hermosísimas formas; iba peinada con polvos rubios y llevaba un sombrero de castor de ala doblada, con pluma cenicienta que le caia airosamente hasta el cuello.

Tanto la parte del trage que hemos descrito, como todo lo demas era negro, sencillo y no tenia adornos. La fisonomía de la marquesa justificaba completamente cuanto habia dicho la señora Ursula de Rute y de Aldama, pues daba á entender que tendria como unos veinte y cinco años, era animada y decidida, revelando un *no se qué*, que segun los principios de *Lavater*, anuncia prontitud en las resoluciones, natural imperioso, y perseverancia hasta rayar en temeridad para la ejecucion de cualquier proyecto.

—Buenos dias, baron, dijo la dama con un acento mas bien viril que femenino. ¡Cuánto me alegro de veros! Dispensadme que venga á caer en vuestro castillo como una bomba.

Sorprendido el baron con tanta familiaridad, no hizo mas que inclinarse profundamente.

—Permitidme, señora marquesa... murmuró al fin.

—Vaya, vaya, le interrumpió la viuda; afuera cumplimientos entre nosotros, afuera saludos ceremoniosos y llamadme sencillamente marquesa. Cuando me conozcais mejor, vereis que me agrada mucho la franqueza. Apropósito, prosiguió señalando á otro personage que se apeaba del coche, os presento á mi amigo y pariente el señor don Gregorio Zapico, caballero condecorado, que ha vivido casi siempre en la córte: ahora me acompaña á todas partes y cuida de mis caudales, que, entre paréntesis, son demasiado considerables para que yo me entretenga en su arreglo y distribucion.

El caballero aludido, que cambió un saludo con el baron, representaba unos cincuenta y cinco ó sesenta años. Vestia una ancha levita oscura abotonada hasta el cuello y llevaba peluca rizada con polvos y un sombrero de galon á la moda. Sus facciones aparecian semiocultas por los anteojos de enormes cristales de aumento que le cubrian parte del rostro, y aunque el color de este era pálido, conociase que á la menor contradiccion se convertiria en purpúreo.

—Así Dios me perdone, murmuró el baron entre dientes, como creo que este viejo se compone y se llena de afeites, á guisa de doncella por merecer.

—Os habeis incomodado por mí, querido baron, repuso la marquesa.

—¡Oh! Nada de eso, contestó el señor de Iruzteta; conozco mis deberes para con las damas...

—¿Ya volveis á las andadas?

—Seguro estoy de que no lo creeis; al menos puedo aseguraros que soy muy poco galante.

—Pues eso es lo que me gusta; y ahora vámonos á vuestro castillo á pie: ea, dadme el brazo.

Echaron á andar alegremente, y el baron pensaba que la marquesa, deseando ver el lujo de la casa, se enredaba en sus propios lazos, por lo cual estaba decidido á mostrarse espléndido.

Al paso que hacia estas reflexiones, examinaba el séquito de la viuda: los cuatro lacayos vestian librea, pero todas eran de diferente color.

—Ya veis que mi carruage es sencillo, le dijo la viuda, pero es porque no me acomoda llamar la atencion pública. ¿Y qué decis de ese par de jacos? Por Dios que no me cuestan mucho. Si por otra parte os admira el trage de mis criados, achacadlo á vuestro alejamiento de la capital, que no os permite estar al corriente de las modas. Mi pariente don Gregorio os dirá que en Madrid no son de tono las libreas iguales en una misma casa: lo mas distinguido es llevar siete lacayos con los siete colores del arco Iris.

Entre esta y otras pláticas llegaron al castillo, y el baron se adelantó para ver si se habian cumplido sus órdenes. Al punto dijo Gertrudis á su compañero:

—Jorge, mucho aplomo, y yo te respondo de lo demas.

—Representaré mi papel como corresponde, contestó el fingido don Gregorio Zapico.

Y tomó un aspecto entre sério y amable.

Volvió de allí á un momento el baron é introdujo á sus huéspedes en el salon de recibo, pintado de nuevo y henchido de anacronismos en su reparticion y en sus adornos: pero habian desaparecido las telarañas, que era lo principal y varios jarrones con flores decoraban la chimenea.

El baron no las tenia todas consigo y fluctuaba entre el deseo de probar que era hombre de gusto, ejerciendo dignamente la hospitalidad vascongada, y el temor de aparecer demasiado complaciente con una hermosura cruel que habia suprimido la galantería: por consiguiente hacia inauditos esfuerzos para conciliar estas dos exigencias.

Ofreció refrescos que fueron aceptados, y no se admiró poco al ver que la noble viuda del gefe de escuadra se echaba á pechos una razonable copa de vino dulce de Estella.

—Sin duda, se dijo, es de moda tambien esa nueva propiedad que descubre la marquesa. Tenia razon mi tia, es muger rara y caprichosa si las hay.

En seguida invitó á la bella Gertrudis á descansar en el magnífico gabinete que habia hecho embellecer *ad hoc*: una criada convertida de golpe en doncella de honor, condujo á la señora marquesa y le ofreció sus servicios, pero esta última la despidió diciendo que se serviria sola.

Poco despues se reunió al baron y á don Gregorio, y preguntó á este último si habia dado á los criados las órdenes necesarias para partir.

—¡Cómo partir! esclamó el baron.

—Sin duda, replicó la marquesa: en cuanto comamos me pondré en camino, porque debo estar á las cuatro en San Sebastian y allí me embarcaré mañana temprano para Bilbao, donde me espera mi tio el conde de Monteflorido. Lo único que puedo aseguraros es que ya nos volveremos á ver.

—Se necesita esa promesa para que yo os deje marchar.

—Por lo demas, querido baron, vuestra propiedad es encantadora, pero le falta el arreglo que solo puede darle la mano de una muger.



(La capitana Marion Du Favet y Jorge.)

A estas palabras que revelaban un avance directo, se estremeció de placer nuestro baron. Jorge lanzó un suspiro.

—Vamos, vamos á comer, dijo el primero; encontraréis una mesa modesta; lo de costumbre nada mas, porque como no esperaba vuestra visita...

—Ya os he dicho que me gustan las cosas lisas y llanas.

Al entrar en el comedor la marquesa pareció admirarse del magnifico servicio de plata que brillaba en una mesa de tres cubiertos en tanto que el baron se daba el parabien de aquella sorpresa y del efecto que producia tambien su vajilla en el semblante de D. Gregorio.

Los convidados hicieron bien los honores á las viandas de Iruzteta, y al levantarse de la mesa dijo el señor Zapico á media voz á la marquesa:

—Si no llegamos pronto á San Sebastian, me encontraré sin fondos, porque lo que me quedaba en la bolsa se ha ido en las muchas limosnas que habeis hecho desde Pamplona hasta Hernani.

—¿Y me hablais de eso ahora? contestó enfadada la marquesa. ¿No veis que puede oirlo el baron?

—Y lo he oido, dijo este: perdonad que me mezcle en vuestros asuntos y aceptad mi bolsa como vuestra.

—¿Otra galanteria?

—No, un servicio de amigo; mañana me hareis otro.

—Siendo así, acepto.

El baron salió del comedor y volvió á poco rato con un rollo que contenia veinte y cinco onzas de oro.

—Si no basta, dijo, doblaremos la suma.

—Es demasiado, contestó la marquesa; solo necesito diez, y así guardad el resto, y nunca hagais de ese modo alarde de vuestro dinero, porque se asegura que anda por estas tierras una partida de bribones, dirigidos por una muger que llaman...

—La *capitana*, sí; la mayor ladrona que se conoce en España, pero yo no la temo.

—Supongo que estais provisto de buenas armas...

—Y aquí sabemos manejarlas; que venga, que venga; yo prometo recibirla como merece.

—No griteis tanto, baron, porque si ella os oyese, seria capaz de presentarse á pediros de comer.

—Quisiera que sucediese; pero tampoco es este un pais abandonado, porque todas las semanas viene á visitar mi bodega el comandante de los miqueletes de la diputacion.

A estas palabras frunció el entrecejo la marquesa y dijo:

—¡Y recibís á esa clase de gentes!

—¿Qué quereis? Es un valiente, que persigue á la canalla. Hace ya dias que no le he visto y no seria estraño que nos sorprendiese hoy.

Mientras así hablaban saboreando el café, dirigia Gertrudis sus miradas á un cofre abierto y atestado con la vajilla de plata. El baron lo notó y dijo con acento de mal humor á un criado:

—¿Por qué haceis ostentacion de esas fruslerias como si estuviésemos en un mercado? Cerrad ese cofre.

—No, no, observó la marquesa; yo soy curiosa y las cosas preciosas nunca son fruslerias.

A una seña del baron, abrió mas el cofre el lacayo.

—Eso es magnifico, añadió Gertrudis; y cuidado que yo lo entiendo. ¡He visto tanto!

—Es el complemento del servicio que hemos tenido en la mesa, respondió el baron, y lo que es Germain, el platero del rey de Fran-

cia, se ha portado: me considero feliz, marquesa, al poder ofreceros esa vajilla que habeis estrenado.

—¿Sabeis, querido baron, que traspasais los límites de la cortesanía?

—¿Y cómo os he de repetir que no soy hombre galante ni trato de haceros la córte?

—Hablais como un doctor; pero decidme ¿y vuestras armas?

—Oro en campo de gules y una cabeza coronada.

—¿Y por qué no las veo en la vajilla?

—Ni en la puerta del castillo, añadió don Gregorio.

—Reservo el sitio, contestó el baron, porque al fin no soy cartujo, ni he hecho voto de castidad: si algun dia me caso...

—Dichosa la que... murmuró la marquesa, y de pronto se puso pensativa.

—Mucho vale toda esa plata, dijo al fin saliendo de su distraccion.

—En efecto, repuso el señor de Iruzteta, y se coloca perfectamente en aquella caja de caoba que veis allí.

—Imposible; no cabe en ella.

—¿Queréis verlo?

—Confieso que sí, porque me parece una cosa rara.

Un criado guardó la vajilla en la caja colocando pieza por pieza en el sitio que cada una tenia destinado: el baron cerró la caja y dijo á la marquesa:

—¿Lo habeis visto?

—Sí, respondió esta, pero no me probareis que pesa lo que habeis asegurado.

—Ni una onza menos; os enseñaré la factura.

—¡Bah! detesto los papeles. Os han robado, baron, pues el mas débil de mis lacayos puede cargar con esa caja, como si fuese una pluma.

—Os apuesto á que no.

—Acepto la apuesta. Miguel ¿te asusta ese peso?

El lacayo á quien iban dirigidas estas palabras, se encogió de hombros.

—Nos entretenemos mucho y se pasa la tarde, señora marquesa, observó don Gregorio: el coche está ya dispuesto y...

—No os impacienteis, amigo mio, y marchemos, le contestó Gertrudis: supongo que nos acompañais, baron.

Este se inclinó.

—Pero, prosiguió la viuda, insisto en apostar las diez onzas que me habeis prestado, á que Miguel lleva en hombros esa caja hasta el fin de la avenida.

—Convenido, dijo el baron.

—Ea pues, Miguel, manos á la obra y no me hagas perder.

El lacayo, que era un atleta formidable, echó mano á la caja sonriéndose y se la cargó al hombro.

Todos se dirigieron entonces hácia el camino, el caballero D. Gregorio espresando la mayor impaciencia por partir cuanto antes, el baron admirándose de la agilidad con que marchaba Miguel, y embromándole la baronesa por la inconsiderada apuesta que habia hecho.

Detuviéronse delante de la portnezela del coche.

—He perdido, esclamó el baron; tomad diez onzas.

Y las alargó á don Gregorio, que dudaba recibirlas.

—¡Guardadlas, dijo la viuda, pues no es cosa de disgustar á un huesped tan amable; pero voy á hacer mas; voy á probarle que Miguel es tan diestro como forzudo. Ea, muchacho, colócame esa caja en la delantera del carruage... Así: ya veis, baron, como se os roba: ahora, don Gregorio, subid.

El caballero obedeció y la marquesa no tardó en seguirle.

—El peso de la vajilla, dijo al señor de Iruzteta, no fatigará á mis caballos y puedo caminar así cien leguas, pues no deja de ser cómodo llevar uno consigo sus riquezas.

El baron, con el sombrero en la mano, se sonreia, aunque de mala gana, porque le parecia que aquella broma se prolongaba mucho. Mientras tanto, los dos lacayos que le habian acompañado, temblaban de miedo, porque acababan de descubrir que los criados de la marquesa iban armados de pistolas.

Gertrudis cerró la portezuela, y dijo al baron:

—Os doy las gracias por vuestra amable acogida, pero necesito daros la revancha: esto quiere decir que me debeis una visita y que para estar segura de que me la hareis, me llevo vuestra vagilla, la cual solo os devolveré cuando vayais á reclamármela en persona. Yo vivo siempre errante en mis dominios, que se estienden por todo el Pirineo y soy muy conocida; pero á fin de que tengais noticia cierta de mi paradero, preguntad cuando querais buscarme, no por la señora marquesa del Encinar, pues se reirán de vos, así como se rien de vuestra tia la canonesa, sino por la *capitana*. Con que lo dicho, dicho, baron y hasta la vista.

El coche, como si esperase estas últimas palabras, partió semejante al rayo y no tardó en desaparecer entre una nube de polvo.

El baron permaneció clavado en el camino y tan confuso como el cuervo de la fábula.

Al dia siguiente recibió una carta en que la señora marquesa del Encinar, (a) la *capitana* le participaba, á título de parienta lejana, su proyectado enlace con don Gregorio Zapico (a) Jorge, ex-cómico de la legua.

J. M. de A.

ANA DE AUSTRIA,

REINA DE FRANCIA, MUGER DE LUIS XIII.

La fisonomía histórica de esta princesa varia mucho, segun son los pintores que han retratado su imágen. Tres hombres influyeron poderosamente en su destino, Luis XIII, Richelieu, y Mazarini. Los diversos sentimientos que les inspiraron, fueron igualmente funestos á su felicidad y á su gloria. El rey su esposo no la amó bastante, y los dos ministros la amaron demasiado, si hemos de creer la opinion general. El primero, en pago de su pasion que rayaba en locura, solo recibió desprecios y burlas, de que se vengó usando de medios atroces: el precio de la inclinacion del segundo fué una ciega confianza en él, de la que abusó cometiendo faltas.

Graves acusaciones han caido sobre la cabeza de la hija de Felipe III: quizá deban referirse todas á las causas que acabamos de indicar. Solo la violenta venganza de Richelieu pudo confundir á la reina entre los cómplices de Chalais. A la imputacion que se le hacia de haber querido destronar á Luis XIII y unirse en seguida á su hermano Gaston de Orleans!, respondió Ana con estas palabras victoriosas: «Hubiera ganado poco en el cambio.»

Respecto á las sospechas de galantería, demasiado justificadas estaban por la admirable frialdad del rey, la belleza de la reina, y el número de sus adoradores. Por espacio de veinte y tres años esperó en vano la Francia el nacimiento de un principe, siendo preciso que interviniera, bien la casualidad, bien el consejo de una querida, para que volviese el monarca al lecho conyugal. Las crónicas de aquel tiempo están llenas de conjeturas acerca del nacimiento de este príncipe, precedido, aseguran, del de otro niño de sangre menos noble, en quien se creia reconocer á el *Hombre de la máscara de hierro*.

Si los favores de la reina hicieron algunos dichosos, hicieron sus desdenes mayor número de descontentos, y entre estos se puede colocar al famoso cardenal de Retz, cuyo amor propio ofendido aparece á cada página de sus memorias. «La reina, dice, tenia, cual ninguna otra persona, cierto ingenio, lo bastante para no parecer tonta á los que no la conocian. Tenia mas aspereza que orgullo, mas orgullo que grandeza, mas apariencia que fondo, mas apego al dinero que liberalidad, mas liberalidad que interés, mas interés que desinterés, mas afecto que pasion, mas dureza que arrogancia, mas memoria de las injurias que de los favores, mas intencion de piedad que piedad, mas obstinacion que firmeza, y mas incapacidad que todo lo que va dicho.» A este retrato, célebre por el mal gusto y profusion de sus antítesis, está en oposicion el juicio ventajoso que traen unas memorias publicadas no hace mucho tiempo en Paris, acerca del talento y elevacion de alma, de que estaba dotada la madre de Luis XIV. Cítase un dicho muy notable de esta princesa; tratando Mazarini de penetrar sus intenciones respecto al amor del jóven Luis por la señorita de Mancini sobrina suya, le manifestaba sus temores de que quisiese á todo trance casarse con ella: y Ana de Austria le respondió vivamente: «Si fuera el rey capaz de consentir semejante bajeza, me pondria yo con mi hijo segundo á la cabeza de toda la nacion contra el rey y contra vos.»

Ana de Austria, que fundó iglesias y hospitales, era aficionada en estremo á los espectáculos y diversiones, tanto, que concurria á ellos llevando aun luto por el rey su esposo, y se ocultaba detrás de una de sus damas.

Tenia un gusto muy delicado en la ropa que usaba, y en la compostura de sus adornos: así es que le decia Mazarini: «Señora, si fuéseis condenada, vuestro infierno seria tener que acostaros entre sábanas de holanda.» Gustaba de las flores, y no podia sufrir la vista de las rosas, ni aun en pintura. Murió de un cáncer, á la edad de 64 años, el 20 de enero de 1666.

TESTAMENTO

DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA.

Este testamento fué una manzana de discordia, que pudo acarrear la ruina de ambas monarquías española y francesa. Bien conocidos son los motivos que determinaron á Cárlos II á legar su corona á la casa

de Francia, en perjuicio de la de Austria; así, solo nos limitaremos á contar una anécdota que refiere el conde de San Simon.—El duque de Abrantes, al salir de la sala en que habia asistido á la apertura del famoso testamento, viéndose rodeado y apremiado de todos los personajes que allí estaban, quiso divertirse un rato al anunciar la eleccion de sucesor. Llégase á él Blecourt, embajador de Luis XIV, el duque le mira fijamente, y vuelve despues la cabeza. Esta accion sorprendió á Blecourt y pareció ser de mal agüero para la Francia. De repente el duque, haciendo como que no habia visto al conde de Hazcourt, embajador del imperio, se acercó á él, y dándole un abrazo le dijo: *con qué satisfaccion* ... y despues de una pausa, seguida de un nuevo abrazo, prosiguió: *con mucha alegría y mayor contento me separo de vos, y doy mi despedida á la casa de Austria.* No podia publicarse de un modo mas bufon el advenimiento de Felipe V al trono de España.



(Vista esterior de S. Juan de los Reyes desde el puente de S. Martin.—Toledo.)

LAS SEIS LATITUDES DEL AMOR EN MADRID.

(OBRA INÉDITA.)

XLVII.—Al Oeste la habitacion de la Mariquita de buen humor, y al Norte la del baratillero de libros.—Temperatura fria.

.... estos representantes
antes que Dios amanece
escribiendo y estudiando
desde las cinco á las nueve,
y de las nueve á las doce
se están ensayando siempre.
A. de Rojas.—(VIAJ. ENTRET.)

Son las once de la noche: *Theudia* acaba de contar por vigésima vez el número estraordinario de las escaleras de la casa de huéspedes donde vive, y se encuentra de buenas á primeras con *lord Bolimbroke* y *doña Jimena Ordoñez*. Estos artistas anónimos se conocen por los nombres de los personajes que representan con mayor aceptacion en las comedias caseras; son su segundo apellido. *Theudia* es un meritorio almidonado, á quien llaman Jacinto de oficina adentro, y D. Jacinto de oficina afuera. *Lord Bolimbroke* es el travieso D. Gumersindo, diligente escribiente en una escribanía del juzgado, y *doña Jimena Ordoñez* es una muchacha zurcidora de calcetas y voluntades, actriz y planchadora, á quien su padre llama simplemente Bibiana, y su madre Bibianilla. En esta casa todos son actores... hasta el perrito de lanas de una señora del *Monte-Pio*, que sabe ponerse en pie y hacerse el muerto con la mayor habilidad.

Un fuerte campanillazo anuncia á los aficionados, que vienen de *repaso de papeles* de *El amor de madre*. La señora del Monte-Pio se estremece y se equivoca en el bordado de unos tirantes en cañamazo, que piensa regalar á uno de los porteros del ministerio de Hacienda; y al poco rato una voz ronca y gutural que se avecina en el comedor, pronuncia con acento aterrador estos versos del inmortal Calderon de la Barca, mezclados con algunas de las mortales palabras de las casas de huéspedes:

D. Jacinto.—Apurar cielos pretendo
ya que me tratais así,
¿qué delito cometí
contra vosotros naciendo?
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido...
bastante causa he tenido...
(*Aparte.*)—Muchacha, el guisado y la escarola.
vuestra justicia y rigor,
porque el delito mayor...
(*Aparte.*)—Este velon se apaga.
del hombre es haber nacido.
Solo quisiera saber
para apurar mis desvelos...

(*Aparte.*)—Buenas noches, doña Prudencia.

—Muy buenas, don Jacinto, responde la patrona de huéspedes desde la cocina, agitando su aventador delante de la hornilla.

Solo quisiera saber

Doña Prudencia.—Siempre curioseando.

para apurar mis desvelos...

Doña Prudencia.—¡Ah, ah!!—Ya tenemos la funcion de la mayor parte de las noches.

En verdad, *Theudia* (vulgo D. Jacinto) incomoda y molesta con sus ensayos cómico-dramáticos á la mayor parte de los huéspedes. Doña Prudencia rabia; el estudiante del colegio de S. Cárlos que duerme al lado, jura recio; la viuda que habita la sala principal tira de la campanilla y pide las píldoras que toma para sus ataques de nervios; un ex-maestro de latinidad (hoy compañero de *treinta y una* con el baratillero de libros de la esquina) que se levanta con las gafas sobre la frente para leer los periódicos, maldice á gritos; otro meritorio en la aduana impone silencio; un cadete de caballería, al tomar de la silla un vaso de agua, tira el velon, y un aprendiz de encuadernador que se acuesta á la rústica en el chiribitil contiguo á la cocina, sueña alto y dice:—¡ladrones, ladrones!—Esta casa de huéspedes es una Babilonia: la España de todos los tiempos. *Theudia* es una especie de pronunciamiento: cuando llega él nadie se entiende.

La mayor parte de los hombres tienen sus horas fijas para el sueño: el aficionado-actor, á guisa de los caballeros andantes, se levanta algunas veces con el alba y se acuesta otras tantas con el sol. Si despierta á la vecindad un cuasi-fantasma en calzoncillos, que esclama, dirigiéndose á un pavó real disecado, y con la escoba en la mano en ademan de acometer:

Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero
caballero tambien soy;

esta especie de espectro es *Theudia* ensayando un *final de efecto*.

El aficionado á representar comedias caseras es sentencioso y amanerado: todo es histórico en su persona... ¡hasta su camisolin vergonzante! Sus gestos y ademanes están clasificados de una manera *artística*, de suerte que en público se sienta á lo *Rey que reprende*, tose á lo *Luis XI*, cojea á lo *Cardenal Montalto*, es preocupado á lo *Cárlos II el Hechizado*, manda á lo *D. Pedro el Cruel*, se incomoda á lo *Capitan de arcabuceros*, enamora á lo *Francisco I*, lee á lo *Consueta*, escribe de pie á lo *galan sorprendido*, y finge á lo *revendedor de billetes*.

Su primera obligacion en la coronada villa es asistir á los *estrenos* de los teatros principales. No importa que ocupe una localidad buena ó mala; si no alcanza luneta se va al anfiteatro, y si no alcanza billete para el anfiteatro, observa la comedia á vista de pájaro desde las galerías. Lo que apetece y desea es poder hablar al dia siguiente en las visitas que hace del desempeño de la funcion. En el teatro está fijo, inmóvil, sin pestañear; hace callar á los que tiene á su lado; su cabeza se distingue sobre la baranda de las *galerías*; arma camorra con los que se rien de un aparte inverosímil ó de una escena de escaso interés, y protesta en alta voz contra la poca compostura de las personas, que segun sus palabras, confunden el teatro con una plaza de toros. ¡Ya se vé!!... ¡no entienden el argumento, no comprenden las situaciones, no aprecian los apartes, no adivinan los incidentes... y sobre todo, no son aficionados como *Theudia!!!*

Acontece algunas veces que se escucha desde las lunetas un aplauso aislado ó un murmullo desagradable, y la causa de estas impertinencias es el aficionado-actor que acaba de aplaudir un *ya lo veremos* del cuarto galan de la compañía, medio solfeado en *do* grave, ó que es interrumpido en sus esclamaciones de *bravo*, *bien*, *perfectamente*, por los que tiene á su lado. Si no puede aplaudir ó no se acuerda de ello, dice á media voz, pero no sin dejar por eso de mirar de reojo á sus compañeros de galería para ver el efecto que producen sus palabras:—*Asi lo haria yo en esta situacion, bien, perfectamente.*

Al dia siguiente saluda á doña Prudencia arqueando las cejas y pasando las manos por la barba, y se acerca á *doña Jimena Ordoñez* (a) Bibianita, con los ojos fijos en las chinelas.—Estuvo anoche en el teatro: desea que le importunen con preguntas. Entonces finge mal humor, está desazonado, tiene jaqueca, renuncia al puñado de pasas de Málaga que le regala su adorado tormento, y dibuja en el brasero con la badila líneas oblicuas y paralelas.

—Bien se conoce—le dice doña Prudencia—que ha estado V. anoche en el teatro.

—Por cierto que sí—le interrumpe Bibianita.

—Sí señora... por mas votos que uno hace...

—¡Ya se vé!... la pícara aficion... por lo demas, delicado como usted estaba no debia salir por la noche.

—¡Cómo remediarlo!

—No yendo—esclama Bibianita con un si es ó no es de sal cómica que D. Jacinto acoge con sonrisa protectora.

—Era *estreno*... los periódicos le habian recomendado, y... despues... como uno primero tiene que estudiar!..

—¿Qué tal, qué tal le ha parecido á V.? ¡Ingénuamente!.. porque ustedes siempre se hacen favor los unos á los otros por aquello de...

—Doña Prudencia, algunas veces quien mas sabe menos acierta. La comedia tal cual: el desempeño regular. Sin embargo, *el verso* no era malo; un *parlamento* de la segunda dama parecia escrito espresamente para Bibiana: ¡qué quintillas! ¡concluian por un desmayo! supóngase V. ¡qué *efecto* despues de una reprension del padre que la habia sorprendido!...

—Con su amante, lo de todas las comedias.

—Eso es, con su amante. ¡Figúrese V.!

—¡Ay!... me he picado con esta maldita aguja—dice Bibiana dirigiendo una mirada á lo *Leonor* á don Jacinto.

—Bibianita, esos nervios... Y decia V. que la representacion fué... pues... así, así...

—*Flogilla*, bastante *flogilla*. Yo en el caso de Romea amenazaria á la hija de otra manera. Un padre debe enarcar las cejas siempre que reprende.

—¿Y si es tan viejo—dice Bibianita—que no las tiene?

—Entonces que no reprenda. Eso va en *escuelas;* pero yo siempre que represento á un padre con *parlamento fuerte*, mi voz será como la del horchatero del lado... sí señor... eso gusta en el teatro... sobre todo, es la verdad... ¿qué padre ha conocido V. con voz de tiple? miraré á todos lados como oso enjaulado, y mis puños permanecerán cerrados por mucho tiempo.

—¡Ay! como hizo V. en la última funcion... ¡qué desfigurado!

—Con decir—prosigue Bibianita—que me costó mucho trabajo reconocerle. ¡Qué barbas!

—¡Qué melena! ¡*La peluca* del *Trobador*! ¿No es verdad?

—¿Y la gola?

—¿Y el sombrero chambergo?

—¿Y aquella escena... no te acuerdas?

—Sí, mamá.

—La de...

—Pues...

—¡Qué memoria!

—¿Cuál, doña Prudencia?

—Ya me acuerdo... cuando apagó V. la luz y se descolgó del balcon... Si V. se descuida un poco queda colgado de la ventana, como yo pongo el botijo del agua en las de verano... noches.

—¡Já, já, já!

—En la primera funcion de la sociedad sí que voy á representar un papel dificilísimo. Vamos á poner en escena la segunda parte del *Zapatero y el Rey*. Aquí tiene V. á *D. Pedro el Cruel*—le dicen á uno—si usted no lo hace, todos se niegan á ello... ¡compromisos! siempre lo mas difícil...

—¿Y... y cuándo se pondrá en escena?

—En la próxima semana.

—Aquello sí que es trabajar: hay un *sueño* que me lleva las mejores horas del dia. Supóngase V., doña Prudencia, que la sombra de don Enrique se aparece á su hermano... que soy yo .. Bibianita ya lo vió en el Príncipe.

—¡Se le aparece! ¿Entonces habrá *transparente*?

—Y tiendas de campaña y el toque de una bocina. ¡Lindísima comedia! Mi traje es magnífico. En la cabeza gorra á lo *arquero* con plumas encarnadas, las plumas que he sacado en *Las travesuras de Juana;* peto y manoplas á lo *romántico* como en el *Manrique* de *El Trovador*, y pantuflas á lo *chambergo* como en *Cada cual con su razon*. Pero no está aquí lo mas estraordinario: lo que es tan difícil como sorprendente... yo no sé si saldré airoso en este papel... es la carcajada del rey. ¡Oh! ¡qué carcajada histérica! es necesario entreabrir los lábios, palidecer, enseñar los dientes y esclamar: *ja, ja, ja!!!*

Doña Prudencia y Bibiana se miran aterradas, y D. Jacinto se sonrie con petulancia diciéndoles: Esto no es mas que un pequeño ensayo.

—El *sueño* ya lo sabrá V... me parece que anoche estaba V. tomándolo á la memoria. A ver cómo V. se luce.

—No, mamá, que le va á hacer daño.

—¡Oh! Bibianita, V. siempre tan amable... pero tengo una particular satisfaccion en complacer á su mamá. Dice V. si me acuerdo del sueño... y tanto; por mas señas que al ensayarle en mi habitacion, cuando caí sobre el suelo, el vecino del cuarto tercero... ese mostrenco de D. Facundo... dió con su baston en el techo diciendo:—¡silencio, camarada!—¡Ya se vé! ¡gente ignorante! ¿qué se puede esperar del dueño de un molino de chocolate? Vamos, pues, á ver cómo *sale el sueño*.

En la antesala donde platican doña Prudencia, su hija y D. Ja-

canto, hay un completo trastorno: doña Prudencia se sienta debajo de una pajarera; Bibianita se recuesta cerca de la caja del reló; D. Jacinto coloca el brasero en medio de la habitacion, y el molde de la peluca del ex-maestro de latinidad representa la sombra de D. Enrique, alumbrado por el costurero de su amada que hace de lámpara cabalística.

Difícil nos seria describir en este lugar los giros y movimientos de D. Jacinto y la ronca entonacion de sus palabras. Está sombrío, impetuoso, aterrador; sus cabellos se erizan, tiemblan sus manos, grita, patea, suda, las palabras se le ahogan en la garganta, y al caer en tierra entre un ¡ay! de Bibianita y un ligero movimiento de aprobacion de doña Prudencia, entra el marido de ésta, el prosáico y anti-dramático D. Deogracias con un legajo de papeles en la mano, y refunfuñando con la criada porque ha encontrado entreabierta la puerta de la habitacion y al gato descansando sobre un gorro de dormir.

—¿Qué casa es esta? dice D. Deogracias, dirigiéndose á doña Prudencia.

—*El castillo de la Estrella*—le contestó D. Jacinto entre risueño y orgulloso: y ofreciéndole su mano, desarma de esta manera el enojo del padre de la interesante Bibiana.—Si V. hubiese llegado algunos minutos antes—prosigue *Theudia*—me veria *hacer el sueño* de don Pedro el Cruel.

—¡Oh!—repone doña Prudencia--daba congoja el ver como usted *se poseia* del papel.

—Yo estaba en ascuas—esclama Bibianita—¡qué bien!

—Gracias, señoras, gracias.

—Va V. á *hacer furor*.

—A alborotar.

—En esa noche, de seguro le *llama á V.* la sociedad.

—Y saldrá sin remedio.

—Y le aplaudiremos—dice D. Deogracias, templando su mal humor con un vaso de agua azucarada.

—A decir verdad—contesta con presuncion D. Jacinto—tengo alguna confianza en este papel, porque he tenido ocasion de *ver la risa* de Latorre.

—¡Qué espanto! ¿y siempre rie Latorre de esa manera?

—No señora. Esta carcajada es *de situacion*, como decimos nosotros: una carcajada con ensayos... no sé cómo esplicársela á V. Una carcajada histórica... ¿está V?.. antigua.. tan antigua que solo se emplea en el teatro... Supóngase V., de la época de D. Pedro el Cruel.

—¡Ah! de la de D. Pedro el Cruel... no se puede negar, D. Jacinto, que hemos adelantado mucho en las costumbres.

Despues de ensayar el aficionado—actor algun monólogo de difícil ejecucion, ó de fingir un diálogo entre dama y galan, en el cual habla en falsete para hacer de muger, de una manera desagradable, deja caer de su bolsillo alguna que otra vez versos y redondillas *aplicables* á su relacion amorosa con Bibianita, y esta aficionada actriz acota las palabras de *Theudia* con suspiros *pronunciados* á media voz en algunos *apartes* que tienen lugar entre las últimas noticias de la *Gaceta* que refiere D. Deogracias, y las preguntas que hace doña Prudencia con respecto á la paga de las clases pasivas de que habla *El Heraldo* de la víspera.

Don Jacinto es individuo de una ó dos sociedades dramáticas, y regala sus billetes de entrada á doña Prudencia, uno de los que cede generalmente á su marido que aquella noche se pone su chaleco de *rayadillo* y su pañuelo color de caña en la garganta.

Para D. Jacinto no hay cuenta de gastos ni lista de lavandera. Doña Prudencia hace con este meritorio una benévola escepcion; declara para él sin aplicacion el Calendario. Solo se dibuja en su semblante un gesto de indignacion hácia el gobierno, y de sensibilidad hácia D. Jacinto cuando lee en la *gacetilla de la capital* de algun periódico estas desconsoladoras líneas.—Se dice que se suspenderán los sueldos á las clases activas, á consecuencia de un balance general de cuentas que se propone hacer el ministro de Hacienda.—Desgraciadamente, el número del *Diario* que ha publicado esta noticia no desaparece en quince dias de la habitacion de doña Prudencia: Bibianita lo recoje del suelo todas las mañanas, porque sabe que es un elocuente revelador de la posicion de D. Jacinto. ¡Sea V. empleado en España! Y sobre todo ¡Sea V. meritorio en la aduana!

En cambio de estas consideraciones, *Theudia* deja á un lado sus instintos artísticos y se presenta al lado de doña Prudencia..... como de la familia. Revisa las cuentas de los demas huéspedes; averigua su vida; aconseja alguna resolucion enérgica; ajusta la habitacion; viste al aguador; establece el órden entre los huéspedes que disputan; mima á la viuda del *Monte-pio*, íntima amiga de doña Prudencia; se hace de la opinion política de D. Deogracias; regala pastillas de rosa á Bibianita; reprende á la criada porque ha tenido la debilidad de perder el respeto á la ama de casa; pasea los domingos por la Ronda ó Chamberí con su futuro suegro, y no se olvida de preparar una música de amigos en la víspera del santo de su adorado tormento.

Don Jacinto es tan apasionado al teatro, como á la vida cómoda y regalada de pretendiente á la hija de una patrona de huéspedes...... que acuerda mejores tiempos. ¡Qué felicidad! D. Jacinto ha logrado lo que pocos y contados hombres alcanzan en Madrid. ¡Vive sin fechas!!!!

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LOS DOS PINOS.

Fábula.

Yendo á comprar madera
Maese Rogundo Paz el carpintero,
en medio de un corral halló dos pinos,
bien diferentes, aunque allí vecinos,
derecho, sano, altísimo el primero,
sin un nudo siquiera,
fácil de trabajar como una cera,
pieza famosa en fin, viga sin pero;
mientras el compañero,
torcido y ruin y destilando brea,
horno estaba pidiendo y chimenea.
Leños que pareceis (dijo el maese)
la ele junto á la ese,
de dónde sois? Y respondióle el uno:
Yo nací en un pinar grande y espeso,
donde si hay entre mil árbol alguno
que indolente quizá, quizás avieso,
cambia su direccion ó lento crece,
pronto á los pies de los demas perece:
todos allí por eso,
de tentaciones de pararse faltos,
á competencia son derechos y altos.
Pues yo (con pesadumbre
dijo el predestinado de la lumbre),
parto precoz á fé, pero mezquino,
de un piñon peregrino,
prófugo de un costal con poco acierto,
vine solo á nacer en un desierto.
Planta exótica en él, libre y salvaje,
mi tronco y mi ramaje
guié segun mi gusto veleidoso;
y el resultado fué quedarme al cabo
torcido como rabo
de fosco jabalí, pino roñoso,
por la estatura corta y fibra endeble
inútil para casa y para mueble;
sin que pueda esperar con fundamento
sino que á golpe de segur violento
me hagan mañana trizas,
luego tizones, y por fin cenizas.
Así tambien, reflexionó Rogundo,
tal ingenio que fuera señalado
se hunde y malogra porque vive aislado,
mientras con vivo ardor la competencia
será los hombres dá que admira el mundo
lumbreras de virtud, ástros de ciencia.

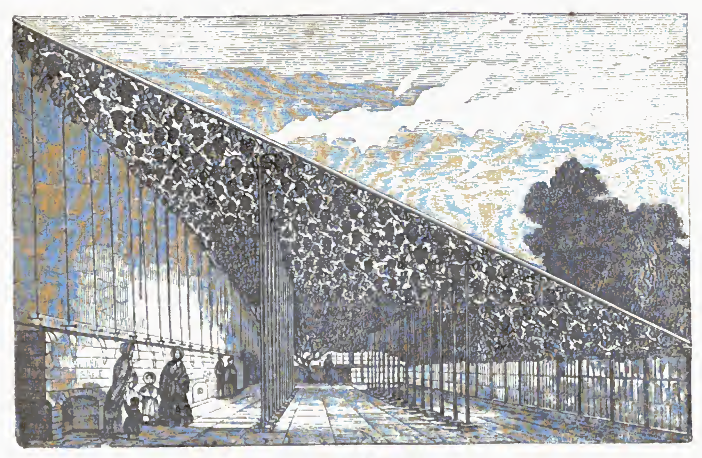
J. E. HARTZENBUSCH.

MADRIGAL.

La espresion de tus ojos no comprendo
cuando me miran, dulce dueño mio:
¿el bien me anuncian por que estoy muriendo,
ó tu fatal desvío?
Las dudas con que lucho
me tienen ¡ay! desatinado y loco,
si no me quieres, tu mirar es mucho,
y si me quieres, tu mirar es poco.

EMILIO BRAVO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(La parra de la Reina.)

EMPARRADO DE HAMPTON-COURT.

Se cuenta, que estando el cadernal Wolsey en el apogeo de su poder, quiso edificarse un palacio digno de su rango; pero que deseoso de encontrar en él la santidad, y al mismo tiempo los placeres de una larga vida, mandó á los médicos mas afamados de Inglaterra que le designaran el sitio mas saludable de las cercanias de Londres, dentro de un radio de veinte millas. Sobre una cuestion de tanto interés, los médicos ingleses creyeron conveniente pedir sus consejos y ayuda á los doctores jubilados de la ciudad de Padua, y despues de una minuciosa informacion acordaron que en los limites marcados para buscarle, la parroquia de Hampton, en el condado de Middlesex á doce millas de Londres, era el lugar en que reina el aire mas sano, el sol mas rico y las aguas mas puras. Bajo la fé de esta relacion, el cardenal inmediatamente alquiló por noventa años la casa de Hampton y sus dependencias, que entonces eran propiedad de los caballeros de San Juan de Jerusalen y comenzó la construccion del célebre palacio conocido al presente con el nombre de Hampton-Court.

No es de nuestra mente el describir aquí este suntuoso palacio que por su originalidad arquitectónica, por las riquezas de arte que encierra, y por los recuerdos históricos que contiene, merece un lugar aparte en nuestro periódico. No nos hemos propuesto hoy otra cosa que hacer conocer á nuestros lectores una de las curiosidades de sus vastos jardines, el célebre emparrado que pasa por el mas notable de Europa. La única parra que le compone fué plantada en 1768, y al presente tiene 110 pies ingleses y la circunferencia de su tronco á flor de tierra es de tres pies, es decir de cerca de treinta pulgadas. Su fruto es de una uva negra llamada de Hambourg, abundante en tal manera, que en algunas estaciones se han cogido 2,500 racimos: se destinan esclusivamente para la mesa de la reina, lo que sin embargo no quiere decir que sea un manjar de rey, pues creemos que estos racimos nacidos en un invernadero no pueden tener el delicado sabor de la uva albilla de Fontainebleau.

ATAULFO,

PRIMER REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA.

Apenas subió al trono de los Césares el emperador Honorio, cuando los godos, que con otras naciones bárbaras habian invadido la Italia algun tiempo antes, cansados ya de la paz á que contra su voluntad é índole guerrera y cruel los habia obligado el poder y fortuna del gran Teodosio, rompieron todas las trabas que los sujetaban, y como un torrente devastador se esparcieron por las provincias del imperio romano, llevándolo todo á sangre y fuego.

Fué la señal de esta guerra la muerte de Atanarico, primer rey de los godos, acaecida en Constantinopla en el año 381 de la era cristiana. Con este motivo entregaron el mando en el siguiente año á Alarico, irreconciliable enemigo de los romanos, el cual, aunque contrariado en los principios de su reinado por Radagayso, su competidor, bien pronto se reconciliaron y unieron sus fuerzas contra Roma. Pero acorralado el último en unos desfiladeros cerca de Florencia, por la astucia de Stilicon, general de los romanos, pereció con toda su gente; y desde entonces los godos se reunieron bajo el mando de Alarico, que les prometió vengar la sangre que Stilicon habia derramado. En cumplimiento, pues, de su promesa, marchó sobre Roma con un poderoso ejército, la puso sitio en el año 409, la entró á sangre y fuego, concediendo á sus tropas tres dias de saqueo, y redujo á cenizas á la que por espacio de tantos siglos habia sido la señora del mundo; llevándose prisionera y como en señal de su triunfo á Gala Plácida, hermana del emperador Honorio. Así concluyó para siempre la grandeza y poderío de Roma.

En esta guerra es donde los historiadores hacen por primera vez mencion de Ataulfo. Ligado por el parentesco con Alarico, de quien era cuñado, le acompañó en todas sus espediciones, contribuyendo no poco á la destruccion de Roma con un tercio de caballos que mandaba. Su valor y buenas prendas le granjearon el aprecio de los de su nacion, y cuando Alarico murió en Cosencio, hoy Calabria, en el año 410 eligieron á Ataulfo para que los gobernase.

Heredó este de su antecesor el ódio á los romanos; y quiso al principio de su reinado marchar otra vez contra Roma, acabarla de destruir, y edificar sobre sus escombros otra ciudad con el nombre de Gotia. Pero gracias á las persuasiones de Plácida, con quien se casó despues de haberla hecho prisionera como dejamos indicado, no llevó adelante su proyecto, y al fin ajustó las paces con Honorio, abandonando segun se convino la Italia, y pasando con toda su gente á la Galia Narbonense. Mas á ruegos de la misma Plácida atravesó los Pirineos en el año 415, y se estableció en Barcelona, fundando así la monarquía goda en España, que reinó despues floreciente y poderosa por mas de tres siglos.

Se disponia ya Ataulfo á conquistar las demas provincias de España, y para ello habia empezado á hacer la guerra á los Wándalos. A

quienes fácilmente hubiera vencido, si la alianza que acababa de estrechar otra vez con Honorio no le hubiera granjeado el ódio de sus vasallos, que inducidos por Sigerico le quitaron la vida, valiéndose para ello de un hombre llamado Vernulfo, privado del rey. Algunos afirman que fué el mismo Sigerico quien le dió la muerte, y otros que un criado llamado Dobbio, en venganza de la que él habia mandado dar antes á su señor; pero es mas probable lo primero.

Murieron tambien asesinados por Sigerico seis hijos que tenia Ataulfo del primer matrimonio, pues en su segundo con Gala Plácida solo dió á luz ésta un hijo en el año 414, á quien pusieron por nombre Teodosio: pero murió á pocos dias.

LA MUERTE DE ATAULFO.

415.

I.

La oscuridad de la noche cubria con un denso velo las torres y edificios de Barcelona, ciudad poderosa ya mucho antes de la época á que nos referimos, y en la que Ataulfo acababa de colocar su corte, echando asi los primeros cimientos de la monarquía goda en España. Magestuosa é imponente aparecia la ciudad de Amilcar (1) en medio de las tinieblas. Algunas veces la luz de la luna penetrando por entre los espesos vapores que cubrian el horizonte, iluminaba los pocos monumentos romanos que la ferocidad y barbarie de los godos habian dejado en pié; y á su ceniciento fulgor sus macizas formas aparecian mas vagas y aéreas, sin perder por eso nada de su severidad: antes bien tomaban un aspecto sublime y melancólico, que revelaba al alma no sé qué triste misterio, no sé qué verdad profunda. En efecto: aquellos magníficos templos medio derribados, aquellos vastos circos sin gladiatores, sin pueblo, aquellos suntuosos palacios sin cortesanos, todos aquellos lugares, en fin, habian presenciado la opulencia y poderío de sus dueños: en su sagrado recinto habian resonado devotas plegarias á los dioses, que se elevaban al viento entre nubes de aroma mezcladas al humeante vapor que se exhalaba de la caliente sangre de las victimas sacrificadas; habian retemblado al estruendo de cien combates, y repetido despues en sus inmensas bóvedas el eco de las aclamaciones del pueblo romano y sus himnos de victoria. Ahora tristes, solitarios, mudos, parecia que habian quedado allí como una memoria de tanta grandeza, como un emblema de la instabilidad de las cosas humanas: ó acaso para decir á sus nuevos dominadores, que sus triunfos, su poderío y su naciente gloria acabarian tambien sin dejar tal vez tantos recuerdos.

La superficie tersa y sosegada de la mar plateada por la luz del ástro de la noche asemejaba una inmensa llanura. Multitud de buques anclados en el puerto se mecian tranquilamente sobre las ondas. La mayor parte de ellos componian la armada de Constancio, general del emperador Honorio, que acababa de estrechar nuevamente su alianza con Ataulfo.

Profundo silencio reinaba en todas partes; ni en el puerto, ni en la ciudad, ni en el palacio se oia el menor ruido. Sin embargo, dos hombres acababan de salir por una puerta secreta de éste, y se dirijian silenciosamente hácia el mar. El acero de un yelmo brillaba en la cabeza de uno de ellos, mientras el otro la llevaba descubierta.

—Oscura está la noche, Dobbio, dijo el primero, haciendo alto ya cerca de la ribera, y dirijiendo la palabra al que le acompañaba; tan oscura como mis proyectos. El mar cada vez mas embravecido previene una tempestad.

—No menor la anuncia la tierra, contestó el otro, pero con la diferencia que las olas que han de ajitarse serán de sangre.

—Por entre ellas se abrirá paso Sigerico hasta el trono.

—Y mi puñal os allanará los obstáculos que se os pongan por delante.

—Y mi oro pagará con usura cada golpe de tu puñal, si es certero.

—¡Oh! eso no lo dudeis; mi brazo jamás yerra cuando el oro y el deseo de venganza le conducen.

—¿El deseo de venganza has dicho?

—Sí: ¿habeis olvidado ya que la muerte que Ataulfo mandó dar á mi señor, fué la causa que me movió á ofreceros mis servicios en este asunto?

—¡No ciertamente! y por eso he depositado en tí toda mi confianza, y te he mandado que me acompañáras hasta aqui para acabarte de enterar de mis proyectos.

—Yo os lo agradezco, señor, pero permitid que os diga que para esto no era necesario salir del palacio, porque las paredes de vuestra cámara hubieran sabido sin duda alguna guardar el secreto.

—No es esa la causa de haber venido á este sitio: espero á Constancio.

(1) Su fundador.

—¡Al general romano!

—Si: ¿de qué te admiras?

—¿Acaso sabe algo de vuestros planes?

—No solo los sabe, sino que los proteje.

—Acabad de esplicaros. ¿Cuando el pretesto con que pensais alucinar al pueblo para disculparos de la muerte de Ataulfo, es su amistad con los romanos, os valeis de estos mismos para asesinarle?

—Cabalmente: esa es la única parte de mi secreto que no sabe Constancio, y la que es necesario que ignore por ahora. Él ha sido el primero que me ha sujerido la idea de asesinar á Ataulfo; y el que ha despertado mi ambicion prometiéndome en nombre de Honorio protejerme si fuese necesario para subir al trono; pero yo sé muy bien que el emperador no es sabedor de este proyecto, y que el único autor de él son sus celos.

—¿Sus celos?

—Sí: ya es necesario que te declare todo; Constancio ama á Plácida aun antes de ser esposa de Ataulfo; para él la destinaba Honorio, y si despues de haber sido hecha prisionera se la concedió al segundo, fué solo obligado de la necesidad en que se hallaba de ajustar las paces con nosotros. Pero Constancio no ha dejado de amarla; su pasion, que yacia en él, si no muerta al menos dormida, ha despertado ahora con mas fuerza que nunca á la vista de Plácida; y conociendo que no puede desatar los lazos que la unen á Ataulfo, se ha decidido por fin á romperlos. Él me cree solo un ciego instrumento de que se vale para conseguir sus amorosos fines, cuando yo le hago el mio para satisfacer mi ambicion.

—Escelente plan si no se frustra.

—Todas las medidas imaginables están tomadas para que tenga un éxito feliz: mientras tú acompañado de Vermulfo y dos hombres mas penetras en la cámara de Ataulfo, yo seguido de algunos soldados me apoderaré de sus seis hijos y los haré morir: las tropas que se hallan en Barcelona están á mi devocion, y.... no hay que dudarlo, mañana ceñirá mi frente la corona de los godos.

—¡Quiéralo el cielo! En cuanto á mí, os juro que desempeñaré lo mejor posible la parte que me toca, y que ...

—¡Silencio! le interrumpió Sigerico, creo haber oido ruido de remos.

—Una barca se dirije hácia aqui.

—Retírate: es Constancio, viene solo, y no debe encontrarme acompañado. Espérame á alguna distancia. Despues te referiré el resultado de esta entrevista. Adios.

Y ambos se separaron. Sigerico se adelantó á recibir la barca, mientras Dobbio, dirijiéndose tierra adentro, desapareció entre las tinieblas.

Apenas tocó en la orilla la frájil embarcacion, cuando un hombre saltó en tierra.

—¿Quién vá? preguntó el godo echando mano á su espada.

—Constancio: respondió el otro deteniéndose. ¿Y vos?

—Sigerico.

—Adelante, dijeron los dos á un tiempo; y partiendo la distancia que los separaba se encontraron en medio de ella.

La presencia del general romano era noble, gallarda y varonil; pero en su rostro venia pintada cierta espresion de disgusto y tristeza, que manifestaba bien lo contrarias que eran á su carácter las maquinaciones é intrigas en que se hallaba envuelto; y á que una pasion funesta le habia arrastrado.

—¿Me aguardábais? preguntó Constancio.

—Hace ya bastante tiempo, contestó Sigerico.

—Sin embargo, creo haber sido exacto.

—Ciertamente, pero para quien espera un trono, las horas que le separan de aquella en que ha de subir sus escalones, son siglos de eternidad.

—¿Y bien, qué habeis resuelto?

—Esta noche morirán Ataulfo y sus seis hijos.

—¿Qué, aun no habeis renunciado á esa idea cruel y sanguinaria? ¿á qué sacrificar tantas victimas? ¿no basta con una sola?

—No: cada uno de sus hijos se creeria algun dia con derecho para arrebatarme la corona: Alarico, el mayor de ellos, puede ya vestir una coraza; es amado del pueblo; y su espada vengaria la muerte de su padre si yo dejase á su brazo en disposicion de manejarla: todo lo que pertenezca á Ataulfo ha de morir.

—¿Qué decis? esclamó Constancio con un acento que revelaba la mayor inquietud; supongo que respetareis la vida de la reina: por sus venas corre la sangre de los Césares, y ¡ay del temerario que se atreva á derramarla!

—Nada temais, repuso tranquilamente el godo; Plácida no me estorba para mis proyectos; y esta es la mayor garantía que puedo daros de su seguridad.

—Confiado en ella os dejo obrar en lo demas como gusteis.

—Yo tambien confio en las promesas que habeis hecho.

—Descuidad: ahora mismo voy á disponerlo todo para que mis sol-

dados esten prontos á desembarcar, y protejeros si fuese necesario. El cielo os guarde.

—Y á vos tambien, contestó Sigerico separándose del romano, y dirigiéndose hácia el lado por donde habia desaparecido Dobbio.

—Miróle Constancio perderse entre las tinieblas, y entonces abandonándose á los sentimientos que le agitaban, por ella, esclamó, por ella seré un malvado.... ¡Plácida! Solo una senda me conducirá á ti; y está sembrada de crímenes y de horrores; sin embargo, mi planta la ha hollado sin vacilar; me he lanzado en ella con arrojo, y ya no retrocederé. Por todos los tesoros del mundo, por mi vida, por mi eternidad misma, no hubiera yo derramado una sola gota de sangre inocente, y por ti voy á hacerla correr á torrentes... Pero no; continuó como asaltado de pronto por un recuerdo, lo habia olvidado: no se verterá mas que la necesaria.... Yo sabré poner coto á la ferocidad de ese tigre; los hijos de Ataulfo no perecerán; yo los salvaré.

Sacó entonces del seno un pergamino rollado, se dirigió á la orilla, y á su voz un hombre, que se hallaba sentado en el fondo de la barca, saltó en tierra.

—¿Qué mandais? preguntó acercándose respetuosamente.

—Toma este pergamino, y marcha por aquella senda al palacio de Ataulfo, le dijo Constancio señalando el lado opuesto por donde habia desaparecido Sigerico; tú hallarás medio de que se lo entreguen á Plácida antes de una hora. Adios.

El hombre se inclinó profundamente, y marchó por la senda que le habian indicado. Entre tanto Constancio, metiéndose otra vez en la barca, á una señal, los dos remeros la hicieron surcar rápidamente las olas, perdiéndose bien pronto entre los buques mayores, como un ave que se interna en un espeso bosque.

II.

El mayor silencio reinaba dentro del palacio de Ataulfo; todos yacian entregados tranquilamente al sueño, y aquella vasta mansion tan concurrida por el dia como lo son todos los palacios de los reyes, parecia un sarcófago inmenso, desierto, donde no se oia mas ruido que el del viento, zumbando en las galerías. Algunas veces creian escucharse á aquellas horas mezclados á su sordo murmullo, tristísimos ayes, y lastimeros sollozos, que salian al parecer de una habitacion inmediata. Aquella habitacion era la de la reina, aquellas las horas destinadas por ella al llanto y á la amargura; y sin embargo las mas felices de su existencia. Inocente víctima sacrificada ante las aras de la ambicion y de la razon de estado, su vida era un tejido de infortunios, en la que no habia ni un solo recuerdo de felicidad, ni una memoria halagüeña; era una de aquellas historias que hacen llorar.

Estaba pues la bella romana reclinada muellemente en un sitial, su negra cabellera destrenzada ocultaba parte de su hermoso semblante, donde se veia profundamente marcada la huella del dolor.

Tan enagenada se hallaba en sus tristes pensamientos, que no reparó en una esclava que entró en la estancia, y cuando quiso preguntarla la causa de su venida, ya habia vuelto á salir, dejando entre sus manos un pergamino rollado. Desdoblólo con indiferencia, mas apenas hubo leido los primeros renglones, cuando todo su cuerpo se estremeció, y levantándose con prontitud: ¡Salvadlos! esclamó, dirigiéndose á la puerta; ¡salvadlos! si es tiempo, y... pero su voz quedó anudada en la garganta, y ella inmoble en medio del salon, al ver entrar de repente á Ataulfo.

—¿Qué teneis, señora? preguntó este asombrado: ¿qué motiva ese sobresalto? ¿acaso esta carta ha podido producirle? dijo recogiendo del suelo el fatal pergamino, que ella en medio de su terror habia dejado caer insensiblemente: veamos; y acercándole á una lámpara leyó:

«La vida de los hijos de vuestro esposo está en grave riesgo; los »amenazan cien puñales, y vos sola podreis salvarlos persuadiéndoles »que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga. »No perdais un instante. Adios.—*Constancio.*»

Durante la corta lectura de esta carta se manifestaron en el semblante de Ataulfo el mayor terror y agitacion; pero cuando vió el nombre que la firmaba cambió enteramente de aspecto: sus ojos tomaron una espresion feroz, y dirigiéndose á su esposa, que al escucharlo no pudo contener una esclamacion,

—Mucho efecto ha producido en vos este nombre: la dijo con voz terrible: pero yo os juro que no volvereis á oirle.

—¡Piedad! esclamó Plácida arrastrándose á sus pies en actitud suplicante.

—«*La vida de los hijos de vuestro esposo*, continuó Ataulfo volviendo á leer la carta, y sin curarse de los ruegos de la reina, *está en grave riesgo: persuadidles á que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga.*» ¡Ay de ellos si hubieran seguido tan pérfido consejo ¡ya no existirian!

—Qué, señor, os atreveis á suponer...

—Sí, una perfidia atroz, inaudita, la interrumpió bruscamente Ataulfo, una perfidia sin ejemplo. Mirad, añadió agarrándola de un brazo, y señalando al mismo tiempo la firma de Constancio; no hace muchos dias que este mismo hombre me prometió en nombre de César eterna paz y alianza: yo le creí y le juré lo mismo. En prueba de ello le franqueé mi palacio, mi mesa, mi amistad; y él entre tanto combinaba un plan para arrebatarme mis hijos, y hacerlos perecer tal vez; porque estorbaban á sus proyectos ambiciosos, porque quitándome su apoyo le seria fácil despues destituirme de mis dominios, y acaso encerrarme en una oscura prision, donde acabara de consumir mi deshonrada existencia. ¿No es esto una infamia? decidlo vos misma, ¿este hombre no debe morir?

—Os engañais, señor, os engañais: no sé qué voz interior me grita que eso que decis no es verdad, que tal vez los amenaza algun peligro por otra parte, y que él quiere salvarlos. Creedme, y...

—¡Callad, la volvió á interrumpir con furor el rey, aun hay mas. Hace seis años que Roma cayó en nuestro poder. El palacio de sus orgullosos emperadores ardia en vivas llamas como toda la ciudad. En él estaba á punto de perecer una mujer descendiente de su odiosa estirpe, pero hermosa. Su desgracia me compadeció y la salvé la vida; despues la amé y la hice mi esposa; sacrificándola mi corazon, mi libertad, y hasta mi gloria: sí, mi gloria, porque yo hubiera podido ser dueño del universo.

Pero á una voz de ella, á una sola súplica de sus lábios, mi brazo dejó caer la espada que tenia ya levantada, se hicieron las paces, y Roma se salvó. Quizá este paso me granjeaba el odio de mis vasallos: ¿pero qué era para mí el ódio del mundo entero comparado con su amor? Y con todo, á pesar de tantos sacrificios, esa mujer no solo no me ama, sino que ha conservado en su pecho el recuerdo de otra pasion: tal vez ¡oh rabia! ha manchado mi honor; y acaso acaso detrás de esa frente hermosa y pura como la de un ángel, se esconde el infernal proyecto de arrancar á mis inocentes hijos la vida, y á mí el trono, para hacer subir despues á él al infame cómplice de todos sus crímenes! ¡Ah! decid, señora, decid ¿esta muger debe morir?

—Sí, esclamó Plácida con energía, esconded pronto vuestro puñal en mi seno; pues no debo vivir un instante, despues de haber escuchado de vuestra boca tan atroces calumnias. Pero antes, continuó con acento firme, antes es preciso que me escucheis á mí tambien. Yo amaba á otro hombre; ¡ah! bien lo sabeis; su amor era la única felicidad de mi vida: amarle eternamente mi única esperanza; vos vinisteis y me arrebatásteis á un tiempo á mi patria, á mi felicidad y á mi esperanza: me hicisteis vuestra esposa, es verdad, mas al entregaros mi mano no os pude hacer dueño de mi corazon. Me direis que por qué prónuncié unos juramentos que no habia de cumplir; pero ¡ah! mi hermano, mis amigos, mi patria, todo cuanto mas amaba estaba próximo á perecer al filo de vuestra espada; yo sola podia parar el golpe; ellos me pedian que los salvase; ¿qué habia de hacer? Fui vuestra, y desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á amaros, pero en vano. Siempre que veniais á mis brazos creia veros como la primera vez en Roma: vuestro rostro resplandecia á la luz de las llamas que abrasaban el palacio de mis padres; vuestras manos, vuestros vestidos y vuestras armas estaban teñidos con la sangre de mis conciudadanos, quizá con la de mi familia!.. ¡Ah! perdonad, señor, pero un horror involuntario se apoderaba de mí; sin embargo lo reprimia en lo mas hondo del pecho, y recibia vuestras caricias con semblante risueño, mientras que la mas violenta desesperacion devoraba mis entrañas! decid, añadió sollozando, tantos tormentos, tantas amarguras, ¿no merecen alguna compasion?

—Muger, esclamó el rey enternecido, sin duda eres criminal, y á pesar de eso no puedo aborrecerte. Con todo, la traicion es cierta, ningun peligro puede amenazar á mis hijos dentro de mi palacio, y aconsejarlos que huyan de él sin mi conocimiento es conducirlos á la muerte: ¡oh! ya juro que han de pagar bien cara su...

Un grito terrible que resonó en las galerías inmediatas y al que se siguió un confuso ruido de armas y voces heló la amenaza en sus lábios.

—¡Ah! bien me decia mi corazon que no era mentira, esclamó Plácida sobresaltada.

—¡Cielos! ¡Será posible! murmuró Ataulfo preparándose para salir de la estancia. Pero un ruido próximo de pisadas como de alguna persona que huye le detuvo. Abrióse á pocos momentos la puerta, y el jóven Alarico, medio desnudo, con la espada en una mano y cubierto de heridas, se arrojó desfallecido en sus brazos.

—¡Huid! señor, le dijo con voz apenas inteligible; un ejército de asesinos ha invadido el palacio... Sigerico los manda... mis hermanos... ya no existen... y... yo... muero tambien.

—¡Mis hijos asesinados por Sigerico! esclamó el desdichado padre arrojándose sobre el cadáver de Alarico. ¿Conque era cierto lo que me anunciaba esa carta?.. ¡y yo desconfiaba de ella! ¡perdon, espo-

sa mia, perdon! continuó dirigiéndose á Plácida: pero la infeliz no podia oirle: estaba desmayada.

Entre tanto la confusion y estruendo se acercaban. Las voces de *traicion*, *socorro*, se percibian distintamente entre el choque de los aceros, y bien pronto se vieron relucir estos á la puerta de la estancia.

—¡Traidores! dijo el rey al verlos; yo vengaré en vosotros la muerte de mis hijos, y recogiendo la espada de Alarico se lanzó á recibirlos. Pero mas de veinte lanzas le rodearon por todas partes, y á pesar de sus esfuerzos, á pocos momentos cayó sin vida.

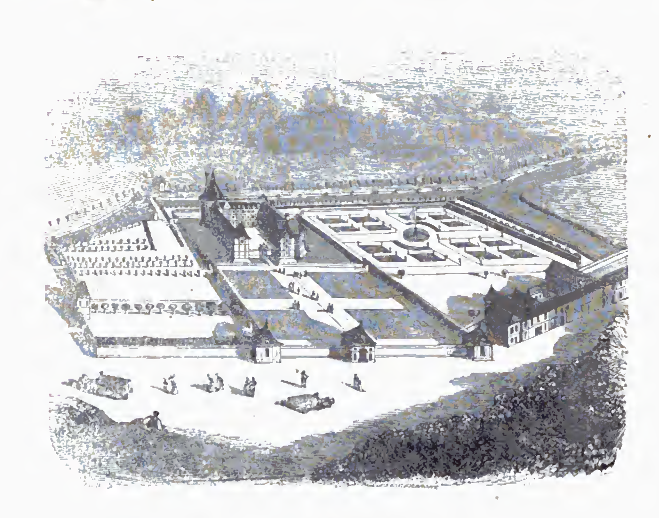
—¡Soldados! ¡murió el tirano! dijo entonces Sigerico saliendo de entre la turba; perezca asi todo el que contraiga amistad con Roma.

—Viva Sigerico, gritaron los soldados.

Este grito resonó en los cuatro ángulos del palacio estendiéndose despues por toda la ciudad. Empezaba á amanecer.

—

Sigerico fué aclamado aquel mismo dia rey de los godos; pero su triunfo fué corto, como lo es siempre el de los malvados, pues murió asesinado tambien en el mismo año de su aclamacion. Walia, que le sucedió en el trono, ajustó las paces de un modo estable con Constancio, á quien Honorio habia ya asociado al imperio, siendo una de las condiciones que le entregasen á Plácida, con quien casó al fin, y de este matrimonio nació el emperador Valentiniano, tercero de este nombre.



(Casa de recreo en Alemania.)

ALONSO DE ARMENTA.

Este poeta, que á principios del siglo XVI vivia en Loja, de donde era natural, es poco conocido. Entre las poesias que de él nos quedan no hay una, á lo menos bajo su propio nombre, que no tenga por objeto el desden y desamor de los hombres, y el requestar y requerir de las mugeres, á los mas humildes, como pastores y labriegos. Asunto raro y singular seguramente, pero del que se ocuparon algunos poetas españoles de aquel tiempo. Y esto no es por cierto desconocer el corazon humano, porque sin negar la vergüenza natural en las mugeres, y que prefieran siempre el ser requeridas al tener que requerir, todavia se ven ejemplos de esto último, y mucho mas cuando se supone en el rogado mucho desprecio de si mismo, humildad, silencio y recato, y conocimiento de su inferioridad. Entonces parece que una muger se halla mas dispuesta á rogar al hombre de estas cualidades, que por las mismas ó por otras la interesa: porque en ello no ve tanto riesgo para su reputacion. Añádase á esto el género de vida que guardaban las mugeres españolas del siglo XVI. El recato, el recogimiento y reclusion, el misterio perpétuo en que se hallaban envueltas: lo imposible y peligroso que las era el entregarse á las solicitaciones de personas convenientes, el desden y la dureza que debian manifestar en la sociedad que se las permitia; y digase despues si no era muy natural que una muger jóven, ardiente, llena de pasion y de vida, y que solo podia hablar (sin riesgo de ser notada y de que otros maliciasen) con rústicos y pastores, manifestase á estos sentimientos que sabia muy bien no la manifestáran ellos, aunque tal sintiesen, por la distancia inmensa de su condicion.

Añádase tambien la impresion causada por las formas bellas y robustas que debian presentar á los ojos de mugeres de tales costumbres, de tales años y de tal siglo, hombres criados en la sana vida del campo, vestidos mas ligeramente que los caballeros é hidalgos de aquel siglo aparatoso, y descuidando por su misma sencillez el demasiado recato; y consideradas todas estas cosas, se verá la posibilidad de ese requerir y requestar de las mugeres, y del miedo y mesura de los requeridos: y no chocarán entonces versos semejantes á estos de Alonso de Armenta:

—«Oyes, Gil, ¿quieres saber
lo que me aconteció ayer?»
—«Dilo ya, que ya escucho,
y no te detengas mucho:
mas nunca tu fuerte ducho,
tardas mucho en responder.»
—«Que la hija de nuestrama,
á la he, ella me llama,

y bajó como una gama
para herme detener.
Traia unos copetones
hechos d'unos guedejones,
y encima unos redejones
con que me pensó prender.
Colgaban de las toquillas
un monton de cencerrillas,
segun eran amarillas
de oro debian ser.
Relumbrábale el pelejo
de la fruente como espejo,
que á tiro largo de tejo
te pudieras en él ver.
E tenia la cejita
delgadita delgadita,
como luna muy chiquita
cuando mal se deja ver.
E por mil agujeritos
de las mangas y manguitos
salen tantos mangajitos
qu'es en hástio de los ver.
Y en viendo sus embarazos
pensé traia en los brazos
muchas roscas de hornazos
que por Pascua sole haber.
E traia pegadizas
á las sayas revoltizas
unas como longanizas:
no sé si eran de comer.
¡Si vieras, pues, el calzado,
todo d'oro rechapado!...
No tienen otro cuidado,
¿qué diabros han de her?»
....
....
—«Pues, en fin, ¿qué te decia?»
—«Decia que si queria,
ella me perdonaria
lo hecho y lo por hacer.»
—«E tú ¿qué la habias hecho?

Y dejados aquí algunos versos que no es dable citar por lo que en ellos se relata, véanse los que esplican el miedo razonable del pastor para propasarse:

—«No soy yo de los bobitos
que se pagan de coquitos:
quizá que ella diera gritos
y hubiera bien que roer.
Dó al diablo ses halagos:
que tien unos mozos malos
que me cargaran de palos
hasta mas mas no poder.
Donde á poco la vellaca
¡oh qué pernejosa saca!
mas gruesa que de una vaca,
mas yo no la quise ver.»
—«Mia fé, Juan, dende no pases:
queria que la rogases,
y que despues.....

Sensible es que la decencia, ó mejor el recato que exije un periódico, impidan el acotar íntegras estas composiciones. Pero con esa muestra hay bastante para descubrir que esos cantares, trovas y coplas de nuestros antiguos poetas, encierran mucha poesía, no premiosa y esprimida á fuerza de alambique, sino inafectada, natural, sacada del original inagotable de las humanas pasiones, y de la observacion de la naturaleza.

Del mismo Alonso de Armenta hay una glosa al villancico:

Llamábalo la doncella,
dijo el vil:
al ganado tengo de ir—

que empieza así:

«Llámalo de una ventana,
dicele: pastor, espera,»

en la que responde siempre el rústico con el último verso del villancico, y un refran ó espresion proverbial antepuesta. La composicion toda consta de mas de cuatrocientos versos, que por la brevedad no citamos.



(Torreon de la antigua muralla árabe.—Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

ADVERTENCIA.

El Padre Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, conocido generalmente por el seudónimo de *el Maestro Tirso de Molina*, disfraz que adoptó en casi todos sus escritos, publicó en el año de 1621 un volúmen, titulado *Los Cigarrales de Toledo*, en cuya obra supone, que reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse, obsequiándose recíprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Menos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de Tellez tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quijote. Tiempo há que mi afícion á la lectura de nuestros autores antiguos me sugirió el pensamiento de reimprimir esta novelita con otros escritos que formasen un tomo regular, porque para publicarla suelta era corta, y el tomo entero de los *Cigarrales* no seria muy leido si se reprodujera, pues realmente no tiene de bueno mas que tres comedias (dos de las cuales salieron en el teatro escogido de Tirso) y este fragmento, que aun arrancado de allí no deja de ser obra completa. El fin de la proyectada publicacion era recordar á los editores amantes de nuestra gloria literaria que existe un buen número de novelas cortas de no poco mérito, escritas en el siglo XVII, las cuales, habiéndose agotado las ediciones, se hallan tan ignoradas como esta del público; y convendria mucho mas el volverlas á la luz, que imprimir

malas traducciones de malos originales, que no sirven sino para corromper el idioma, el gusto y algo que vale mas. Parte de mi buen deseo la he visto ya realizada con la reimpresion que se está haciendo de varias novelas antiguas; sin embargo, nunca está demas el hacer un recuerdo por otro lado: y el emplear á este fin las columnas de un periódico tan generalizado como el SEMANARIO, me parece que es el medio mas eficaz y oportuno.

Esta novela (que en los *Cigarrales* no lleva titulo) no es precisamente original del maestro Tirso de Molina; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado despues mano de ellos y les ha dado su nombre. Tirso pudo muy bien haber leido en el Decámeron de Bocaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo tambien haberlo oido por la tradicion, á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa: de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Bocaccio, mejoró notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente ó inmoral que tiene en la coleccion del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.

Mucho debió de agradar la novela de Tirso en España, porque mas adelante la sacó de los *Cigarrales* un tal Isidro de Robles, y la reimprimió con otras diez, calificándolas á todas de ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas, y compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España. El descaro con que llamaba *nunca vista ni impresa* á una obra que todo el mundo podia haber á la mano, es cosa que no debe aturdirnos, porque mentiras y robos de esta especie eran muy comunes en España: la indolencia de los autores y la ignorancia de los censores tenian la culpa. Isidro de Robles la bautizó con el nombre de *Los tres maridos burlados*, título que le cuadra perfectamente, y con este ha corrido en las diversas reimpresiones que se han hecho de ella: con el mismo se reproduce ahora, suprimiendo en los primeros renglones un paréntesis bien largo, relativo á la ciudad de Toledo, el cual estaria bien en boca del personaje que referia la novela en el *Cigarral*; pero sacada de allí, no hace buen efecto. En lo demas, no ha sufrido mas alteracion que la de acomodarla á nuestra actual ortografía.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivian pocos tiempos há tres mugeres hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso genovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenia lugar de asistir en su casa solamente los medios dias á comer, y las noches á dormir: la segunda tenia por marido á un pintor de nombre, que en fé del crédito de sus pinceles, trabajaba mas habia de un mes, en el retablo de un monasterio de los mas insignes de aquella córte (1), sin permitirle sus tareas mas tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios, eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia comtemplativa de este ejercicio comunica á sus profesores: y la tercera padecia los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida muger, con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por consiguiente los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la muger del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia ó en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos. Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salia á misa (que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara tenia celos), y ellas compadeciéndose de sus persecuciones la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de san Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al rey, que se decia iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde: y por ser en dia de jueves de compadres, llevar con que celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se solemniza mejor que las de Pascua: habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella. Cumplióse el plazo y la merienda, despues de la cual asentadas ellas al sol (que le hacia apacible) oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que reparando en una cosa que relucia en un montoncillo de basura á un rincon de ella, dijese la muger del celoso: «¡válgame Dios! ¿qué será aquello que brilla tanto?» Miráronlo las dos, y dijo la del cajero: «ya podria ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes dias.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometia tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaba que le pertenecia de justicia el anillo. La primera decia que habiéndolo sido en verle, tenia mas accion que las demas á poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué no habia razon de usurpársele; y la tercera replicaba á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por esperiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo que á las demas. Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera: «señoras, la piedra por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse; el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesion riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia; pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora de esta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino: comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.—«Soy contenta,» dijo la cajera; «que ya le conozco, y fio en su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.—«Y yo y todo,» respondió la mal casada; «pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?» En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasion, llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolucion de él, antes que sus maridos volviesen, y el mas celoso llevase que reñir á casa; poniéndole la sortija en las manos para que la diese á quien juzgase merecerla. Era el conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió. —«Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demas; pero pues habeis comprometido en mí, digo, que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se le entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.» Fuése el conde, cuya satisfaccion abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos, para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mugeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo mas precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas agenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides, su muger formaba otras, que criándose á su costa le llamaban padre. Este, pues, tenia conocimiento en la del vecino contador, y deseos no tan lícitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Habia la astuta cajera caládose los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entraba en dias, se lo rechazaba; quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo, con que queria regocijar aquellas carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria de esta vida á dar cuenta á Dios de lo que hasta entonces habia mal empleado. Prometióselo contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasionados para ellas;

(1) Dice *aquella*, porque esta narracion se hace en una casa de campo cerca de Toledo.

haciéndose el astrólogo encontradizo con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venia á acostar, le dijo: Mal color traeis, vecino: ¿sentís acaso alguna mala disposicion en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellon, no me he sentido mas bueno en mi vida.—La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfaccion; dadme acá ese pulso.» Dióselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo: «vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos: no lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo quo os conviene y menos cuidado os dá; disponed do vuestra hacienda y casa, ó lo quo importa mas, de vuestra alma, porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis esperimentado en la otra vida, cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: «si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba.»—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo; haced vos lo que mejor os estuviere: que yo sé que no llevareis queja de mí al otro mundo, de que no os avisé pudiendo.» Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

(*Continuará.*)

LA PUERTA DE ORO

ó

ARCO DE TRAJANO.

Este bello monumento, construido de mármol de Paros, y perfectamente conservado, tiene cuarenta y ocho pies de altura. El sobrenombre de Puerta de Oro que se le da, viene quizá desde los mismos romanos. De todos modos no admite duda que era ya popular al principio de la edad media: y se le denomina así en un acto de donacion religiosa, año de 774.

Para dar una esplicacion de este rico sobrenombre han supuesto algunos que los adornos del arco fueron dorados en un principio: otros, que la inscripcion, que parece hoy ha sido grabada en hueco, fué por el contrario de realce, y las letras de oro: otros en fin, opinan que solamente se ha querido indicar con estas palabras la magnificencia y el mérito incomparable de arte del edificio.

Se cree que el arquitecto que dirigió la obra fué Apolodoro, á quien confió Trajano la ejecucion del plano del foro, que lleva el nombre de este emperador. Este célebre artista fué desterrado do Roma, y en seguida condenado á muerte, dícese, por Adriano. Dion Casio cuenta que, estando un dia conferenciando juntos Trajano y Apolodoro sobre el plano de un monumento, se llegó aturdidamente Adriano á dar su parecer. El arquitecto lleno de impaciencia le interrumpió con viveza, suplicándole les dejara: «Id, lo dijo, á pintar calabazas, que nada entendeis de arquitectura.» Guardó Adriano largo tiempo el resentimiento de esta injuria, y, segun Dion, se vengó cruelmente cuando subió al imperio.

El arco de Trajano sirve hoy de puerta á la ciudad de Benevento, llamada en lo antiguo *Malventum*. La arquitectura es del orden compuesto. Las columnas se apoyan en un pedestal comun: su base es ática y de muy bellas proporciones; toda la parte superior está muy bien delineada, y es de bonitos contornos. Serlio observa, que el arquitrabe, el friso y la cornisa guardan la mas perfecta regularidad entre sí, y son admirablemente proporcionados á la masa total del edificio.

El friso está adornado como el arco de Tito en Roma, al que se parece bajo todos aspectos, de figuras alusivas al triunfo. Los entrepaños de los intercolumnios están divididos con mucho gusto en bajos relieves separados por frisos pequeños. En el medio del arimez ático está colocada la inscripcion, y en los fondos hay bajos relieves por el mismo estilo que los del arco de Constantino en Roma. Representan varias acciones de la vida del emperador Trajano, y no ceden en nada á los de Roma por la belleza con que están ordenados, la grandiosidad del estilo, y la valentía de la ejecucion. Sin embargo, este monumento es poco conocido de los viajeros, en razon á no hallarse en el camino que siguen generalmente.

Hé aquí el testo de la inscripcion que se lee en el ático:

Imperatori Cæsari divi Nervæ filio
Nervæ Trajano optimo, Augusto
Germanico, Dacico, pontifici maximo, (ex) tribunicia
Potestate XIX, imperatori VII, consuli VII, patri patriæ,
Fortisimo principi, Senatus Populusque Romanus.

«El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano el grande, Augusto, el Germánico, Dacico, gran pontífice, ejerciendo la potestad tribunicia por la décima-nona vez, emperador siete veces, cónsul por sétima vez, padre de la pátria, príncipe valeroso, hijo del divino Nerva.»

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo serena
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá mar adentro en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira
Dulces aromas, y frescor respira,

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo:
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun dia.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molicie y sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entreabierta boca.

José de Espronceda.

CANCION.

¡Prenda del alma mia!
¡Escucha con amor de mis acentos
La amorosa armonía:
Tú eres de mis amantes pensamientos
Soberana señora y alegría!

Para tí sola vivo,
Tú eres el sol que alumbra mi existencia,
Tú con el fuego activo
De tus ojos, volviste á la creencia
Del amor, á mi triste pecho esquivo.

Mientras estoy á tu lado,
Vuela para mí el tiempo tan ligero,
Que cuando ya ha pasado,
Me parece que estoy ¡tanto te quiero!
De tí toda mi vida separado....

Despierto ni dormido
Te separo jamás do mi memoria,
¡Memoria que al olvido,
Me trae la dolorosa triste historia
De las crueles penas que he sufrido!

Ni pasa solamente
Un instante en el dia, en que el deseo
Cruel no me atormente
De verte, vida mia.... y si te veo,
Nunca me canso de mirarte enfrente.

Porque eres tan hermosa,
Que cuanto mas contemplo tu hermosura,
Mi alma, mas ansiosa,
Se huye de mí y se duerme en tu figura,
Como sobre una flor la mariposa.

¡Entonces, fascinada,
No vive, que en letal desmayo cae
Mi alma enamorada,
Hasta que amor la da y á sí la atrae
Tu boca, con dulcísima llamada!

¡Ni yo sé lo que siento,
Cuando cerca, mi vida, de tu boca,
De caricias sediento,
Siento en mis labios el calor que toca
De amoroso y aromado aliento!

¡Trémulo desfallece
Mi pecho enamorado y palpitante,
Se apaga y desvanece
Mi vista, y con tenerte á tí delante,
Que es sueño tanta dicha me parece!

Un sueño que pasando
Engaña al corazon que triste llora,
Sus dolores burlando
Con la imágen del bien que tierno adora,
Que le abandona luego en despertando.

¡Un sueño!.... ¡Vida mia!....
¿Será no mas un sueño mi ventura?
¿Un sueño mi alegría?
¿Es un sueño no mas tanta hermosura?
¿Amor tanto, mi bien, sueño seria?....

¡Ah, no, se aparta un velo
Que triste al corazon la luz quitaba!
¡Tú, hermosa, desde el cielo
Bajas á darme amor, mi pena acaba
Y mi dolor, mi llanto y desconsuelo!

¡Tú no sabes, mi vida,
Cuánto dolor tristísimo, sufrido
Dentro de mi alma herida,
Al sentir yo tu amor, por siempre ha huido,
Dejando el alma á la muger querida!

Yo creia que muerto,
Mi corazon con su esperiencia frio,
Solo al dolor abierto,
Miraba para siempre con desvío,
Hasta al mismo placer, por daño cierto.

Yo he visto que entregaba
Al desprecio no ha mucho los amores,
Y helado se burlaba
De los pueriles gozos y dolores,
Que amor en otro tiempo le causaba.

¡Que á este tan triste estado,
Placeres y dolores le trajeron;
Los placeres, cansado,
Los dolores, con golpes que le dieron,
Receloso, y sin fe, y escarmentado!

Mas por fortuna al verte,
Recobró, vida mia, su entusiasmo,
Y empezando á quererte,
Latiendo con vigor salió del pasmo
Que tan cerca le tuvo de la muerte.

¡Hermosa mia! lloro
A mas de enamorado, agradecido,
Porque tú, del tesoro
De amor allá en mi pecho oscurecido,
Sacaste la pasion con que te adoro.

¡Y tú sola podias,
Bellísima azucena delicada,
Volver mis negros dias,
A la risueña aurora, ya pasada,
De mis enamoradas alegrías!

Miguel de los Santos Alvarez.

LAS MURALLAS DE TERUEL. (1)

ROMANCE.

Moros cuesta abajo van
corriendo á todo correr:
ménos que vinieron vuelven,
aciaga la lid les fué.
Villa que se labra nueva
presumieron sorprender
valencianos que montaban
ligeros potros de Fez.
Propicia hubieron la noche,
contrario el amanecer,
sintiéronlos en el muro
cuando llegaban al pié.
Tocan arma los de adentro,
salen, y en pugna cruel
matan, mueren, triunfan, salvan
su libertad y su fé.
Lejos de rendir cautiva
los moros la villa fiel,
ciento que en ella quedaron
cautivos quisieran ser.
Sepulturas hay que abrir
allí por primera vez,
y ciento veinte hoyos tienen
los vencedores que hacer.
«Una basta para todos,
dijo el avisado juez
que la villa gobernaba
con omnímodo poder.
A la parte de occidente,
que aun sin muralla se ve,
la zanja para el cimiento
dejamos abierta ayer.
Allí á cristianos y moros
comun sepultura den,
si vergonzosa á los unos,
á los otros de honra y prez.
Gloria del pueblo será,
permítalo Dios amen,
que puedan decir mañana
sus hijos con altivez:
Sobre huesos de valientes,
muertos peleando bien,
fundados están los muros
de la villa de Teruel.»

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) El célebre autor de *Los amantes de Teruel* esta escribiendo una serie de bellísimos romances sobre el asunto de aquel aplaudido drama. De ellos es este el primero, y creemos que nuestros lectores le leeran con igual gusto al que hemos tenido nosotros en recibirlo de su autor

GEROGLIFICO



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Lain Calvo.)

(Nuño Nuñez Rasura.)

LAIN CALVO.

Menos discordes los historiadores antiguos sobre el origen de Lain Calvo que lo estan sobre el de Nuño Nuñez Rasura, los mas convienen en que fué hijo de D. Gumersindo, señor de Castro-Xeriz y gran soldado: en efecto, así resulta de los documentos mas auténticos que se han podido adquirir, y por ellos se infiere que nació, ó en dicho pueblo de Castro-Xeriz, ó en uno de los Burgos, de que despues se formó la ciudad de este nombre, llamado el Morco, hácia el año de 798, bajo la soberanía del conde D. Diego Rodriguez, deudo suyo muy cercano. Educado conforme al espíritu guerrero de su padre y á su lado, consta por una escritura de donacion que éste hizo de dos cálices y unas tierras al abad del monasterio de San Martin de Flavio, en el año de 816, que en el anterior, esto es, á los diez y ocho de su edad, se habia hallado Lain en una batalla dada á los moros cerca de la villa de Pampliega, en la que habia ostentado su valor é intrepidez; pues el padre, en dicho instrumento, manifiesta su gratitud al cielo por haber libertado al hijo del grave riesgo en que se habia metido. A éste, que pudo ser el primer rasgo de la inclinacion de Lain á las armas, sucedieron otros que le acreditaron en la milicia castellana, y los justifica otra donacion que, junto con su padre, hizo en el año de 822 al monasterio de San Vicente de Fistoles, de ciertas porciones de trigo, vino, legumbres, cera y leña, como en recompensa de las muchas oraciones y sacrificios de aquella comunidad por su buen éxito en los encuentros con los moros, que los supone peligrosos y frecuentes. Desde este tiempo hasta el año de 843, en que fué elegido para la suprema judicatura de Castilla, no se sabe cosa memorable de este varon ilustre que esté legítimamente comprobada, escepto su matrimonio con doña Teresa Nuñez, hija segunda de Nuño Nuñez Rasura, su primo, como viznietos ambos del duque de Cantabria D. Fruela.

Nombrado juez en los términos que se refiere en el sumario de la vida de su compañero Nuño, y encargado de los negocios militares por el motivo que allí se insinúa, trabajó incesantemente en la defensa de su patria, y en dar mayor estension á sus límites. Se halló en la famosa batalla de Clavijo al lado de su conde soberano y rey de Asturias D. Ramiro, en el año segundo de su judicatura; y en los de 851 y 53 en dos fuertes incursiones que hicieron los moros, en los campos de Lara la primera, y la otra en los de Castro-Xeriz, en cuyas jornadas escarmentó de tal suerte á los enemigos, que despues de haberles derrotado, les hizo abandonar veinte y cinco poblaciones que agregó al condado de Castilla.

No solo fué grande Lain Calvo en la milicia; lo fué tambien en el gobierno político: muchas veces se le vió dictar leyes en los Burgos con su compañero Nuño, y muchas en la villa de Fuente-Zapata, llamada desde entonces Vi-jueces. En ambos parages consta que daban audiencia juntos y administraban Nuño y Lain, y en ambos se conservan en el dia monumentos que lo acreditan, aunque no exentos de alguna crítica: en Vi-jueces el tribunal mismo, que es una especie de pórtico de piedra, y en Burgos, en el archivo de la ciudad, la silla en que se sentaban para sentenciar cuando tenian su residencia en los Burgos, que no es de piedra, como suponen con equivocacion Sandobal y otros historiadores, sino de madera de nogal, muy fuerte y groseramente trabajada. Reunidos los burgaleses, hicieron igual aprecio de Lain Calvo que de Nuño Rasura, erigiendo á su memoria otras dos efigies á par de las de su compañero, con una inscripcion que publica cuánto debieron á su valor y á sus armas: dice así:

Laino Calvo fortiss. civi
Gladio Galeeque civitatis.

Se cree que murió Lain Calvo en el año de 870, porque en fin de 869 vivia aun, segun otra escritura de donacion á favor del referido monasterio de San Martin de Flavio, y despues no se encuentra testimonio alguno de su existencia. Si la memoria de su compañero debe ser recomendable por haber sido progenitor de los últimos con-

des de Castilla, no lo debe ser menos la de Lain, porque lo fué del inmortal Cid Campeador Rodrigo Diaz de Vivar. Su retrato, así como el de Nuño, se ha sacado del que se conserva pintado al fresco en la sala de la torre antigua de Santa María de la ciudad de Burgos, y no tiene mas autenticidad que aquel.

NUÑO NUÑEZ RASURA.

Son tantas y tan varias las opiniones acerca del orígen, vida, sucesos, autoridad, y aun existencia de los Jueces de Castilla Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo, que aunque seria de mucho interés dar alguna idea de ellas para el mejor convencimiento de la verdad, los precisos límites de un sumario no lo permiten. Dejando pues este prolijo trabajo para quien de intento se tome, como lo ha hecho alguno, el de escribir su historia, se formará su estracto de las noticias mas fidedignas y mas autorizadas que se han podido adquirir.

Nuño Nuñez Rasura, señor y conde de Amaya, nació en esta villa (probablemente á fin del año 789 ó principio de 790), siendo soberano de Castilla el conde don Rodrigo, abuelo suyo. Su padre don Nuño Rodriguez, no el fabuloso don Nuño Belchides, hombre de probidad y de talento, puso todo su esmero y su conato en educarle segun su calidad, y como á hijo único que era, encargando el cuidado de su instruccion y sus costumbres á un venerable monge de san Martin de Tausa, llamado Mauro. No fueron infructuosos sus desvelos: desde sus mas tiernos años comenzó á dar pruebas de la impresion que habian hecho en su alma sus lecciones, y apenas habia entrado en la edad juvenil, cuando ya su nombre era respetado en la sociedad y en la milicia. Los continuos choques que sostenian los castellanos contra los sarracenos para mantener su libertad é independencia, y para estender sus dominios, acreditaron á Nuño de buen soldado, y sus consejos en la direccion de negocios de la provincia de buen político.

No tenia aun treinta y cinco años, cuando junto con su muger doña Argelos, dió fueros á su villa de Brañoseia, estableciendo en ella un gobierno sabio, que despues influyó infinito en el general de Castilla, y le sirvió á él mismo como de norma en el desempeño de su famosa judicatura.

Muerto don Alfonso el Casto, y llamado á la sucesion de la corona de Asturias su primo don Ramiro, conde soberano de Castilla, por su segunda muger doña Urraca Paterna, heredera de su padre el conde don Diego Rodriguez, temerosos los castellanos de que con la falta de sus verdaderos dueños se suscitasen en Castilla iguales alborotos y levantamientos á los que se esperimentaban en Asturias y Galicia, por no tener á la vista legítimo señor que les gobernara, acordaron entre sí elegir dos hombres rectos, que con absoluto poder les administrasen justicia, y amparasen sus tierras de semejantes insultos y de las continuas correrías de los moros. Juntos pues á este efecto todos los ricos hombres, hijosdalgo de Castilla y los procuradores de los Concejos de Bardulia, á propuesta de don Suero Fernandez, uno de los sugetos mas calificados del congreso, fueron nombrados Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo. Resistiéronse uno y otro, esponiendo con vigor su insuficiencia para el desempeño de un cargo tan importante; pero firmes los congregados, insistieron en su resolucion, hasta que por los dos les fué otorgada la gracia de admitirle. Confirmaron los condes esta eleccion como soberanos de Castilla; y en virtud de tan sagrados y legítimos títulos ejercieron su autoridad Nuño y Lain, con poder supremo y absoluto en las ausencias de los condes, y limitado á la administracion de justicia cuando estos soberanos residian en Castilla.

Las circunstancias en que se hallaban por entonces los castellanos exigian que uno de estos insignes varones, en quienes habian depositado su confianza, atendiese peculiarmente á los negocios de la guerra; y habiéndose encargado de ellos á Lain, cayó todo el peso del gobierno político sobre Nuño. No es posible caracterizar con hechos particulares la conducta de este supremo magistrado en su judicatura; pero la general opinion no interrumpida, la tradicion constante entre los castellanos, sostenida por documentos auténticos, y el fuero de Castilla formado por el del Albedrío, en que Nuño tuvo la mayor parte, son testimonios de su mucha sabiduría y de su prudencia. Burgos, capital y córte de Castilla, aunque fundada algunos años despues de la muerte de Nuño, por su conde soberano don Diego Rodriguez Porcelos, le miró no obstante como á su escudo, y atribuyó á su sábio gobierno establecido su conservacion y subsistencia. Asi lo acredita entre otros documentos menos públicos, la inscripcion con que se consagró á su memoria la efigie de este ilustre magistrado, que hoy se conserva pintada al fresco en la sala capitular de la torre antigua de dicha ciudad, llamada de santa María, que es la misma que posteriormente se puso al pie de una estátua de piedra que se le dedicó tambien, y colocó en la fachada de la propia torre, y es la siguiente:

Nunio Rasure civi sapientiss
Civitatis Elipeo.

No se sabe puntualmente cuando murió Nuño Nuñez Rasura; pero segun la memoria para una fundacion hecha, ó que debió hacerse, por su nieto don Fernando Gonzalez, señor de Lara, en la antigua parroquia de Santiago de dicha ciudad, que es sin duda la que está unida hoy á la de santa Agueda ó Gadea, fué en el año de 862. Su retrato se ha sacado de la referida efigie pintada, la cual no pudiendo haberse tomado del original, se ignora si es copia de alguna otra, ó arbitraria y formada de las ideas de su figura, que sus servicios heróicos habian dejado grabadas en los corazones de los castellanos. Debe ser recomendable la memoria de este grande hombre en la antigüedad castellana, no solo por sus virtudes singulares, sino por haber sido progenitor de los tres últimos condes soberanos de Castilla.

UN EXAMEN FRENOLOGICO.

No puede ciertamente negarse á Cubí la gloria de haber introducido en España la aficion al estudio de la frenología, ciencia hasta desconocida por muchos, y cuyos verdaderos fundamentos sabian pocos. Gall era aquí antes un personage casi mitológico, y algunos reconocimientos suyos que á manera de vagas tradiciones se contaban, mas contribuian á deificar su persona con los colores de la estrañeza y la maravilla, que no á engendrar el deseo de estudiar sus obras. En cuanto á lo demas, el soberano desprecio con que el gobierno ha mirado siempre y continúa mirando aquel estudio, y varios sofismas que contra él han inventado algunos médicos y teólogos, han terminado dignamente la obra de indiferencia é ignorancia que á la frenología habia cabido en suerte en nuestro pais, á la frenología, que á pesar de su reciente descubrimiento, se enseña hoy pública y autorizadamente en todos los pueblos cultos, y aun en algunos que no lo parecen.

Mas espone Cubí la historia y los principios de la ciencia en un libro elemental, se le permite que haga esplicacion de ellos en varias universidades, se le presentan en su larga correría por España infinidad de personas solicitando su reconocimiento, se prestan los periódicos á dar publicidad á estos hechos, y todo varia rapidisimamente de aspecto. El furor por la frenología es entonces comparable á la indiferencia que antes habia inspirado; generalízase la ciencia tanto como habia sido ignorada hasta allí, y aun se consigue el raro triunfo de que se popularice y penetre en las masas. Y eso que Cubí, por circunstancias especiales que nosotros respetamos y que de ningun modo le echamos en cara, parecia, mas que un apóstol, un vendedor de frenología.

Esto sucedia por el año 43, y fueron tantos los jóvenes que entusiasmados acogieron con entera fé las doctrinas de Gall, y que siguieron tan á la letra las esplicaciones de Cubí, que al poco tiempo no hubo chico ni grande cuya cabeza no hubiera sido ya reconocida en toda regla. Hubo algunos infatigables: estos solian detener en la calle á cualquiera, aun sin conocerlo, bajo pretesto de palpar un órgano notable en protuberancia; aquellos acometer en toda reunion á quien no oponia en contra la fuerza pública. Se hizo moda indudablemente, y hasta para el amor se encontraron en seguida multitud de aplicaciones frenológicas. La bella y delicada cabeza de una señorita, destinada hasta entonces á servir de adoracion y respeto á los mortales, como lo sigue siendo todavía para los profanos, quedó desde luego á disposicion de los frenólogos, es decir, en sus manos, sagradas por otra parte en los instantes de ejercer el magisterio. No dejarse arrebatar á la vista de tantos atractivos, habria sido vencer los mas grandes imposibles, y yo que no los busco ni mucho menos, me entregué con tanto ardor al estudio de la frenología, como al del corazon de la muger que por aquella época absorbia todo el mio. Bebí en Gall las puras y primitivas emanaciones de la ciencia, aprendí á conocerla y apreciarla en su discípulo Spurzheim, disipé en Combe las dudas que todavía ofuscaban mi mente, y admiré en Broussais el vasto desenvolvimiento de aquella y sus diversas y trascendentales aplicaciones, como tambien su relacion con otras ciencias. No era ya solo la verdad frenológica lo que cautivaba mi espíritu: habia empezado á vislumbrar con ella un sistema filosófico entero que debia su origen á la misma naturaleza. Me hice, pues, amigo entusiasta y partidario por conviccion de la escuela de Gall.

Pero dejemos esto; el lector puede figurarse que trato de escribir un curso de frenología, ó de impugnar los argumentos que sus ene-

migos propalan contra ella, y ni tal es mi propósito, ni la ocasion es oportuna, ni yo me encuentro aun aino en estado de aprender mucho. El título que encabeza estas páginas está indicando mi objeto, que no es otro que el de dar cuenta de cierto exámen frenológico, en el cual tal vez se encuentren algunas circunstancias interesantes. El resto del artículo será, pues, una página arrancada de cierto libro de apuntes, en que yo consigno varios de los reconocimientos que sin pretensiones y sin aparato de maestro, he solido hacer en los distintos puntos á que mi estrella me ha conducido.

Hace dos años estaba yo en América, en ese pais de encantos y aventuras en que el famoso Chateaubriand bebió tan ricas y nuevas inspiraciones. Acababa de llegar á una de sus mas grandes ciudades, y contra todas mis esperanzas, encontré en ella á un intimo amigo de la infancia, á un compañero de colegio que no veia desde que nuestro comun maestro, con mas benevolencia que justicia, aseguró bajo su palabra que asi traduciamos á Ovidio como á Ciceron, en lo cual despues de todo no se equivocaba. Este amigo, pues, y yo nos debiamos algunas esplicaciones; teníamos que decirnos qué suerte habia cabido á cada uno, y qué éramos.

En cuanto á él, no podia quejarse: dedicado al comercio en aquella verdadera tierra de promision, se habia hecho rico; por lo que á mí tocaba, si bien no lo era, habia ido allí contra mi gusto, y todo se compensaba. Propúsome desde luego que me relacionaria en el pais, y empezó por presentarme en casa de una bellísima y opulenta señora que residia en aquel punto, y que contra la general costumbre de la sociedad americana solia recibir de noche á algunas personas. Es verdad que dicha señora era inglesa. Con efecto, llevóme á su casa una noche, y entre las muchas cosas de que hablamos los allí reunidos, ocupó lugar preferente la frenología, bastante conocida ya en América. Esto hizo saltar de gozo á mi amigo, porque el dia anterior le habia yo reconocido la cabeza, señalándole la estremada protuberancia del órgano de la adquisividad.

—Señores, esclamó en seguida, somos felices. Tenemos aquí un frenólogo que me ha reconocido ayer, y aunque yo no creo en eso, la verdad es que ha acertado.

Mi amigo formulaba su parecer sobre la frenología del modo particular que casi todos; para ellos es menor concesion tener á uno por adivino, que prestarse á creer lo que no han estudiado. Por lo demas, ninguno de los circunstantes echó en saco roto la indicacion, y el aprendiz de Gall se vió elevado á profesor por aquella asamblea.

Nada mas natural que empezar por las señoras, y anticipadamente por la de la casa, circunstancia que á decir verdad no me causó disgusto, porque Milady Enriqueta, que así se llamaba, era la inglesa mas bella y seductora, la muger de mas atractivos que haya atravesado nunca el Occéano. Notábase especialmente en su rostro, de blanquísima nieve, la espresion de la mas tierna dulzura, de la bondad mas profunda: parecia una muger que se elevaba al cielo, ó un ángel que descendia á la tierra. Con estas impresiones, pues, y sospechando de antemano los órganos que iba á encontrar mas pronunciados bajo aquellas bellísimas trenzas, empecé yo mi reconocimiento. Antes de él debo decir que todos me habian comprometido á ser franco, exigencia á la que accedí gustoso: pero una vez verificado, ni quise, ni me hubiera sido posible serlo. Lo que la frenología me habia dado á conocer en la cabeza de Enriqueta era tan absurdo, estaba tan en oposicion á lo que su semblante decia, á lo que habia yo creido descubrir con mis constantes miradas, que todo el cuidado me pareció poco para disimular mi sorpresa y las dudas que por la vez primera habia empezado á abrigar de la ciencia.

Aquella muger, frenológicamente considerada, era una criminal: la combinacion de ciertos órganos que en su cabeza sobresalian notablemente, y la total ausencia de otros que debian moderarlos, manifestaban una muger hipócrita, ambiciosa, cruel, hábil y sagaz, al par que constante en sus empresas. ¡Organizacion agradable y feliz, de que apenas la mas rijida educacion suele libertar á la especie humana!

Lo que pasó despues no podria describirlo; solo creí notar al despedirme de Enriqueta que no habian pasado para ella enteramente desapercibidos mis pensamientos ni mi turbacion, lo cual á pesar mio me hacia estremecer.

Al salir á la calle mi amigo me propuso un paseo por el mar, y yo accedí gustoso; nada mejor podia habérsele ocurrido. Era una de esas noches tropicales que no se disfrutan sino en América: el cielo se ostentaba puro, espléndido, la brisa era refrigerante, la luna rielaba sus fulgores en el mar, cuyas aguas tranquilas asemejaban las de un gran rio. Y bien necesitaba yo de todo esto para calmar la angustia y ansiedad que el reconocimiento de Enriqueta habia dejado en mi alma, y que lejos de poder ocultar como pretendia, tuve que comunicar á mi amigo á los pocos instantes de habernos embarcado.

—¿Pero tú conocias á esa muger antes de ahora? me preguntó éste.

—Hace tres dias que he llegado, le contesté. Vivo contigo, no me he separado de tí un solo instante.

—¿Y ninguno te ha hablado de ella, ni la has conocido en Europa?

—Por los recuerdos de mi querida madre te juro que nunca he oido hablar de ella, y que esta es la primera vez que la veo.

—¡Es cosa particular! pronunció mi amigo entre dientes y meneando la cabeza, de modo que picó mucho mi curiosidad.

—Cuéntame, le dije al momento, lo que sepas de ella, dime quién es Sara.

—Una viuda rica, amable, que da muchas limosnas, una muger á quien todos llaman ángel.

—Yo no te pregunto lo que la llaman, sino lo que es; tú sabes algo de ella.

—De positivo no; hay tal misterio en su carácter y en sus antecedentes, que ninguno puede decir que la conoce, á pesar de hacer mas de dos años que se estableció aquí. Esto me convence de que nadie te ha podido hablar de ella, lo cual hace crecer mi estrañeza y admiracion hasta un punto inesplicable.

—Luego sabes algo; habla por Dios, y cuenta con mi discrecion.

—Escucha, pues, una historia que me han referido hace seis meses, y no hagas sobre ella comentarios ni aplicaciones. Lo que te voy á contar debes olvidarlo en seguida, al menos mientras permanezcas en esta ciudad.

En 1840, en un pueblecito que baña el Niágara próximo á donde sus inmensas cataratas se derrumban, vivia modesta y oscuramente una familia inglesa, compuesta de Sir Jorge H.., de Enriqueta su hija, joven de 20 á 22 años, y de Sara que tendria exactamente la misma edad. Esta última, aunque mirada por Sir Jorge con el mismo cariño y consideracion que Enriqueta, no era sino una infeliz huérfana, hija de un honrado y antiguo militar, amigo suyo, á la cual habia recogido, y dispensaba el afecto de un padre. No recuerdo si me contaron la causa á cuya virtud esta familia se habia visto en la necesidad de emigrar de Inglaterra su pátria, buscando un asilo en los dominios de la siempre hospitalaria Union; pero sea de ello lo que quiera, yo he echado en olvido esta circunstancia, con tanta mas razon cuanto que por fortuna en nada afecta al interés de mi relato.

Vivia Sir Jorge con modestia, aunque con cierto desahogo, sin duda por ciertas cartas que recibia mensualmente de Londres, y que remitia inmediatamente á una casa de comercio de New-York. Por lo demás: quien se hubiera detenido á observar su método y economía, mas que escaséz ó miseria, habria creido sorprender el plan de vivir oscurecido, de no llamar la atencion de nadie. Pero Sir Jorge padecia una enfermedad crónica doblemente grave por su edad bastante avanzada, y un dia, conociendo que la muerte iba á cortar el hilo de su destruida existencia, llamó á Enriqueta y Sara, de las cuales se despidió tiernamente, confiando á la primera algunos papeles y secretos de familia. Apenas eran trascurridos diez dias de esta desgracia, cuando se recibió en la casa del difunto Sir Jorge una carta de Inglaterra dirigida á éste. Enriqueta, á quien el dolor tenia fuera de tino, la entregó á Sara rogándola que la leyese. Estaba concebida en estos ó semejantes términos:

«Querido Jorge: cuán grande es mi alegria al poderte anunciar que vamos á vernos pronto. Si, ha cesado de ejercer su influencia contra nosotros la estrella fatal de nuestra familia, y un porvenir de felicidad nos sonrie. Dentro de pocos dias salgo para el Havre; ponte en camino en direccion al mismo punto luego que recibas esta.

Di á Enriqueta, mi querida Enriqueta, que á ella voy á consagrar únicamente toda mi inmensa fortuna, que tanto la hará brillar en el mundo. ¿Y qué sorpresa será la mia? ¿Cómo la voy á encontrar? ¡Yo que no la conozco, pues que su infeliz madre la llevaba aun en el seno cuando abandonó á Inglaterra!

Jorge, las emociones violentas que en este momento me agitan, no dejan correr la pluma.... Embárcate para el Havre.... Adios: tu hermano

GUILLERMO.»

—¡Qué feliz vas á ser! esclamó Sara al concluir la lectura de esta carta.

—¡Y mi padre! mi pobre padre para quien la fortuna ha sido tan cruel, que solo se le presenta ahora, porque sabe que su deslumbrante atractivo no le ha de despertar, en la tumba!

—Vas á ser rica, muy rica..... ¡Y yo!

—Tú no te apartarás nunca de mí, tú tendrás siempre lo que yo tenga. ¿Lo dudas acaso?

—¿Con que ese tio tan rico no te conoce, no te ha visto nunca? preguntó Sara con aire de incomprensible distraccion.

—Sin duda, respondió la huérfana sin apercibirse de lo estraño de aquella pregunta.

Pocos dias despues las dos jóvenes se encontraban en New-York, y aunque ambas se disponian á embarcarse para el Havre en un bergantin inglés, este se dió á la vela el dia anunciado, sin llevar á su bordo mas que á Sara.

—¿Y Enriqueta? pregunté á mi amigo sin poder respirar apenas.

—No sé; los periódicos de la capital anunciaron al dia siguiente que en uno de los estremos de la poblacion, no muy distante de unos baños públicos, habia aparecido el cadáver de una jóven, á quien el mar arrojaba despues de haber arrebatado la vida.

—¡Dios mio!

—Sara llegó al Havre; Sir Guillermo lloró mucho la muerte de su hermano, pero encontró motivo de consuelo en la posesion de una sobrina hermosa y angelical, con la que partió á Inglaterra inmediatamente. En cuanto á la clase de afecto que Guillermo consagró á Sara (la cual se llamaba Enriqueta desde que dejó el nuevo mundo) no le puede haber mas puro ni santo, y sin embargo, á los dos años de esto, contrajo enlace matrimonial con ella. Se dice que Sara le asedió constantemente, que supo engendrar en su alma, á pesar de lo gastada que por los años la tenia, una pasion tan violenta como criminal, y que el pobre Guillermo no pudo resistir á una seduccion de todos los dias, de todos los momentos. ¡Y qué desgraciado fué! Su jóven esposa, á quien sin duda la naturaleza habia concedido una hermosura singular, y un atractivo poderoso, no tardó en corresponderle con desvío, luego que dueña de una inmensa fortuna, y de un nombre respetable se entregó á los encantos de la vida opulenta, y á los placeres del gran mundo. Un noble mancebo que pertenecia á la primera sociedad británica, se mostró apasionado de ella, y Sara acabó con la existencia de Sir Guillermo, cuya generosidad fué tal, sin embargo, en sus últimos instantes, que la declaró heredera universal de todos sus bienes. Sara vistió luto, y siguió siendo compasiva con su amante; pero este no tardó mucho en abandonarla, contrayendo un enlace de alta conveniencia.

—Entonces Sara lo mataria, con mas á su muger, y á los parientes de entrambos; dije á mi amigo interrumpiendo la relacion, y preparándome á oir nuevos y abundantes crímenes.

—Nada de eso, respondió este sonriéndose: el desaire hirió tanto su orgullo de muger, y le produjo tan fuerte despecho, que abandonó la Inglaterra, y emprendió larguísimos viages por Europa y América, aunque nunca por los Estados-Unidos, en que asegura no haber estado jamás.

La historia habia terminado, y nuestro paseo tambien; mi amigo se despidió de mi reiterándome que fuera discreto, y yo le repetí una y mil veces que la frenología era una gran ciencia y que hacia perfectamente en irle dando crédito. Una vez en mi cuarto, no pude dormir aquella noche, lo que comprenderá el lector tan fácilmente como que Sara, la heroina de la lúgubre historia contada por mi amigo, era la jóven huérfana recogida por Sir Jorge, y la milady Enriqueta á quien yo habia reconocido creyendo encontrar en su cabeza una pésima organizacion.

Por lo demás, si mi amigo pretendió reirse conmigo y darme una leccion, ¿quién dudará que yo á trueque de que su relato no fuera sino pura invencion, sacrificaria gustoso la vanidad de aprendiz de frenólogo, y mi entusiasmo por el estudio de la craneoscopía?

EMILIO BRAVO



(Hospital de San Dionisio en los Bajos Pirineos.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Continuacion.)

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y mas partes de donde podia temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa por no darla pena, pidió de cenar, que le trajo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel estratagema. Comió poco y mal, y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando: preguntóle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora; á que satisfizo fingiendo disgustos con el genovés, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo, acostáronse, y fué aun menos el sueño que la cena; notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó mas de lo ordinario, algo descolorido, y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir á comer á su casa, dándoselo en la del genovés su amo. Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle, por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiese oirlos: «lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno», que así se llamaba el escuchante. «Lastimosa» respondió el otro clérigo, «pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mu-

ger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.—Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer; y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.—Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio:—y vámonos á acostar, que hace mucho frio.» Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel dia; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbacion que podeis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo como que proseguian la plática de su muerte: «no me quiso creer á mí cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes de la astrologia; tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre genovesa, y daríale alguna apoplegía. Dios le tenga en su gloria, y consuele á su afligida muger: que cierto que habemos perdido un buen amigo.» No pudo sufrirlo el confuso cajero, y llegándose á ellos les dijo: señores ¿qué es esto? ¿quién me hace las honras en mi vida ó tomando mi forma se ha muerto por mí? que yo bueno me siento gracias á Dios. Echaron á huir entonces los dos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres,»—dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira. Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa; y junto á ella vió al amigo celoso que fingia salir de ella, y le estaba esperando para acabarle de desatinarle. Hízosele el encontradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose cruces dijo: «¡ánimas benditas del purgatorio! ¿es ilusion la que veo, ó es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soy, pero no esotro, amigo Santillana,» dijo el asombrado mentecato; «¿de qué os santiguais, ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos? Asióle entonces de la capa, porque no huyese; y él dejándosela en las manos, se fue dando gritos, santiguándose y diciendo: «abrenuncio espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro dia; pero *quod non ponitur non solvitur*; si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.» Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «Alto: no hay mas, yo debo de haberme muerto,» decia entre sí muchas veces: «Dios debe enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda, y haga testamento. Pero (válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera ansi, ¿no hubiera visto ú oido algun ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y segun esto debe de ser verdad. Pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero ¿si fuese alguna burla de mis amigos...? que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme sino son ellos: ¡válgate Dios por muerte tan á poca costa!» Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche entraba fria y oscura, y la cavilosa muger estaba prevenida de lo que habia de hacer y avisada de lo que habia pasado. Tenia sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos criados que vivian en ella: la moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada: «¿quién está ahí?—Ábreme, Casilda,» dijo el difunto vivo. «¿Quién llama, replicó, «á esta hora en casa donde solo vive el desconsuelo y la viudez?—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor: ¿no me conoces? Abre, que llovizna y hace mas frio del que permite este lugar.—¡Mi señor, respondió ella, ¡pluguiera á Dios! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde por lo que sabia de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno, que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.» No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demas que habia encontrado en la calle. Salió á ellas la muger en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole, se cayó desmayada diciendo: «¡Jesus! ¡qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenia. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la Membrilla; pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazon desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndole el licor de Noé, sino á las barbas á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas y echándose al lado de la que todavia disimulaba su desmayo y se tragaba la risa; con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin se acostó desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infiernos, y glorias; y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de lo que pasaba de la criada, y celebraron la buena eleccion que el difunto habia hecho, amortajándose por de dentro de pies á cabeza con las telas que teje Baco. Amaneció viendo que todavía estaba durmiendo su marido la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas; compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostásteis?» Estremecióle los brazos, tirándole de las narices; con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la cara de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo, y en fé del amor que me tenias en el siglo y te ha sacado de él, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué parte me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trajo mi escritorio? que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin ti sentia por estos paises no conocidos.—¡Buen humor,» respondió la astuta fisgona, «crian en vos, marido mio, las carnestolendas! ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el genovés dos veces.—¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.—«En vos á lo menos, replicó entonces ella, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decis esos disparates.—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.—Acabad agora de ensartar chanzas,» replicó ella, «que os llama nuestro genovés.»—¿Luego tambien los hay acá? preguntó él: «no debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios (1) y se hospedan trampistas.—Dejémonos de pullas,» dijo Polonia, «y levantáos de ahí, que parece que hablais de veras, y estais echando bernardinas (2).—Muger, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno que há veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado; preguntádselo á Casilda, al teniente-cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma viuda anoche y enlutada, y agora á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo, estais en esta y no lo acabais de creer.—¿Qué tropellas son estas, marido mio? dijo la fingida turbada. «Anoche, ¿no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mugercillas con quien trata le deben de haber trastor-

(1) Cambistas, girantes.
(2) Mentiras, bolas.

nado el seso.» No sabia qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la muger podia sacarle de que era espíritu que volvia á poner órden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavia en su tema pararia en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenian barrenado el cerebro; con que él consolado de que vivia y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: «Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huisteis de mi, haciéndoos mas cruces que tiene una procesion de penitentes?—¿Vos me visteis ayer á mi? replicó el astrólogo. ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el dia en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?—Yó á lo menos, dijo el pintor, no sali del monasterio donde trabajo, hasta las once de la noche.—Pues yo, acudió el viejo, tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un propio á la montaña mi tierra.—Peor está que estaba, dijo él, casi loco de veras. Vos, señor vecino, ¿no me dijisteis anteayer por la noche, que segun la mala color, los indicios del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas?—¿Yo? replicó él, pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos y ¡agora salis con eso! Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche.— Como ello sea sueño y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de carnestolendas, en albricias de la vida que no sé si tengo.—Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos y vamos á oir misa á la parroquia: vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente. Hizolo ansi el incrédulo finado;—y para no cansaros le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el dia pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del genovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean: dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla, no dijesen el misterio de ella á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa.

Entre tanto que nuestro cajero esperimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la muger del pintor de ejecutar la burla que tenia imaginada, envidiosa de la buena salida que habia tenido la de su competidora. Para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada á que le comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salia á la calle, y por vieja pedian la jubilasen. Trájola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlon hermano de lo que habia de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas despues su marido, quedandose en el monasterio, donde pintaba, los aprendices que tenia moliendo colores; porque se habia de acabar el retablo para la Páscua, y era necesario darse priesa. Recibióle Mari-Perez (que asi se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor; acostáronse temprano porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche (digo, el descuidado marido; que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas): y llegada aquella hora, comenzó á dar voces y quejarse á gritos la engañosa casada, diciendo: «¡Jesus! que me muero: marido mio, mi hora es llegada; tráiganme confesion presto, presto, que me muero:» y otros estremos semejantes que saben muy bien hacer las mugeres cuando se les antoja. Preguntábala compasivo su compañero lo que tenia; respondiendo solo: «¡Jesus! ¡Madre de Dios! que me muero: confesion, sacramentos, que perezco.» Levantóse á las voces una sobrina que tenia en casa á suplir los ministerios de una criada, y era tambien partícipe en el engaño: la cual llorando de verla ansi, aplicándola paños calientes á las tripas, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) á que se levantase, harlo contra su voluntad, coligiendo de la complexion que en su muger conocia, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que habia cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habian puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales escesos; y ella le dijo medio ahogada: «no es hora, Morales, agora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar á la madre Castejona, que sabe mi complexion; y ella sola puede aplicarme con que se me alivie este mal rabioso; ó sino ábranme la sepultura.—«Muger mia, respondió el afligido esposo; la Castejona se ha ido á vivir junto á la puerta de Fuencarral; nosotros estamos en Lavapies; la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva: aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabremos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó este achaque, me acuerdo yo que se os fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago: yo iré á la botica por ella; por amor de Dios que os sosegueis, y no me consintais hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.» Comenzóse á quejar entonces mas recio que nunca, y á decir: «¡Bendito sea Dios que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido! ¡qué enterrarse conmigo si me muero! ¡qué sangre de sus brazos! ¡qué desperdicios de su hacienda! sino que me llame una comadre á costa de mojarse un par de zapatos. Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy dais vos una cabriola en el corazon; y por eso escusais cualquiera diligencia que estorbe vuestos deseos y mis dolores. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muriere, declarado dejaré que me distes soliman en la ensalada de anoche.—«Muger, muger,» respondió el marido «menos libertades, que no tienen los males de madre exenciones de atrevimientos, y podria ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas.»—«¡Palos á mi señora tia!» dijo la doncella taimada, ¡malos años para vuesa merced y para quien no le sacára los ojos primero con estas uñas!» Iba el pintor á que pusiese la postura á no sé cuantos pretinazos la sacudida moza, que escusó huyendo y dando mayores gritos con alharacas mortales. Volvió á pedir la doliente «confesion, comadre, sacramentos, que me muero, ¡ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesus! no es este mal de madre, sino mal de marido.» Temió alguna burla mas pesada de la que sin saberlo le comenzaban á hacer al enojado Morales, y que si se moria dejando fama que él la habia hecho la costa, era echar la soga tras el caldero, y hubo de apaciguarla con caricias y amores, y encender una linterna, bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa asuadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados á cántaros. Sabia el buen Morales que se habia pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte de ella; y lloviendo como es dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapies á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros ahora si se tardaria muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no habia menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la enferma de bellaqueria, y no de males de estómago, la cual en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó á su hermano que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenia su cerradura y aldaba, y se habia ajustado á los quicios y medido, de suerte que sin ruido se asentó como de molde. Encima de ella en el frontispicio clavaron una tabla mediana y escrito en campo blanco, *casa de posadas*. Hecho esto, trajeron una caterva de amigos que vivian cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figon cena y gira acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas que importunar aldabas y despertar vecinos. Con el agua á media pierna y la paciencia al gollete, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensando que la habia errado levantó la linterna; y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobre manera. Volvió á examinar la calle y halló que era la de Lavapies. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de en frente y halló las propias de siempre. Volvió á la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título. «¡Válgame Dios!» dijo haciéndose cruces, «hora y media há que salí de mi casa donde mi muger estaba mas para llantos que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina: las puertas, aunque menesterosas de reformacion, eran las mismas cuando salí que los otros dias: casas de posada en esta calle, no las ví en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mia este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oidos examinadores de este encantamento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitucion de su honra: pues ¿qué puede ser esto?» Tornó á tentar y ver y oir puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformacion, y asiendo de la aldaba dió golpes con ella bastantes á despertar el barrio, que no oyeron ó no quisieron oir los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores, y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un un candil encendido en la mano, y un tocador (1) en la cabeza entre súcio y roto, diciendo:

(1) Pañuelo.

«No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes; que le coronará por nécio un orinal de seis dias.— Yo no busco posada que no sea mia,» respondió el pintor, «sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quién en hora y media le ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales?—De parras debia de ser,» respondió el mozo, «el que os desgobierna la lengua, hermano mio! para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez la puerta, que le echaré un mastin que le abra media docena de botanas.» Cerró con esto de golpe la ventana, y prosiguió dentro la gira y bureo, y el pobre pintor dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve, á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el celebro. La vela de la linterna se habia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y asi, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondia de dentro uno: «mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas, con que se le desembarace la cabeza.» Abrióse la puerta entonces: y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras si, hicieran que llorára el confuso pintor la burla de verás.—«¡Hombre del diablo!» dijo el ministro, «¿qué nos quereis aquí con tantos golpes? ¿no os han dicho que no hay posada?»—«Hermano, esta es la mia, respondió él, quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego Morales?»—«¿Qué decis, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azofaifos son esos?»—«Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios: pintor conocido en esta corte, estimado en este bárrio y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamadme á mi muger Mari-Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacaráme de este laberinto.» —¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si ha mas de seis años que esta casa es hospedería de las mas conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su muger Mari-Molino, y yo su criado? Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curára por el ensalmo de este garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.» Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro, y el espelido dueño de su casa atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á escuras y atrancando lodos, se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz creyendo que le habia sucedido algun desastre ó pendencia; preguntóselo, é informado de lo que pasaba, hizo levantar á su muger y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelias, que Yepes y S. Martin (de quienes era un poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre en que se calentó, dejaron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro que resistió mejor el agua que sus fisgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que habia visto, y ellos en afirmar que venia, como dicen, calamocano.

(Concluirá.)

MELODIAS HEBREAS.

(LORD BYRON.)

Ella se acerca radiante de hermosura.

Ella se acerca radiante de hermosura como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del dia.

Una sombra de mas, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que esparce un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas megillas y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan elocuente, recuerdan dias pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazon cuyo amor es inocente.

El harpa del rey poeta.

Rotas estan las cuerdas del harpa del rey poeta, del príncipe de los hombres y del elegido del cielo; esta harpa no es ya el harpa consagrada por las lágrimas que vertian todos aquellos que escuchaban sus acordes melodias. ¡Dóblese el llanto; sus cuerdas estan rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no habia oido tan insensible ni alma tan fria que resistiesen el poder de sus sonidos. ¡El harpa de David era mas poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subian al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sones que parecen salir de los átrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del dia no puede interrumpir.

Si en ese mundo elevado...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro el amor sobrevive con nosotros; si el corazon del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¡cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esferas desconocidas! ¡Cuán dulce no seria morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será; no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondes inmortales, y pertenecerles para siempre sin tener la separacion de la muerte.

La Gacela salvaje.

La *Gacela salvaje* puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus aéreos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oido en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean aun su follage sobre el monte Líbano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombrea estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podria vivir en un suelo estraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la irrision está sentada en el trono de Salem.

¡Oh! llorad por aquellos...

¡Oh! llorad por aquellos que lloran en las orillas del rio de Babilonia, por aquellos cuyos templos estan desiertos y cuya patria es un sueño: llorad sobre el harpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿A dónde, pues, lavará Israel sus pies ensangrentados? ¿A dónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oir sus acentos celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á dónde huireis para hallar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva; los cuervos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

Triste está mi alma.

Triste está mi alma. Pulsa pronto el harpa que amo, y brotará armonías que encanten mis oidos. Si hay en mi corazon una esperanza consoladora, la música la despertará; si hay una lágrima detenida en mis ojos, correrá y no abrasará mis párpados.

Mas yo quiero una melodía melancólica, no alegre; te lo repito: si no lloro, mi corazon lleno de lágrimas va á estallar; él ha alimentado por largo tiempo su dolor... demasiado ha sufrido en silencio y en perpétua vigilia; ha llegado la hora de romperse por un esceso de sufrimiento ó de ceder al poderoso encanto de la armonía.

Por las orillas del Jordan.

Por las orillas del Jordan van errantes los camellos del Arabe; sobre las colinas de Sion oran los ministros de los falsos dioses; los adoradores de Baal se arrodillan sobre la roca de Sinai... y en aquel sitio, en aquel sitio mismo ¡oh gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

Aquí, donde tu dedo abrasó las tablas de piedra, donde tu sombra brilló sobre tu pueblo, donde tu gloria se cubrió con su manto de fuego... ¡no volverás á aparecer para herir de muerte al que te vea!

¡Oh! brille tu mirada en el fulgor de tu rayo; arranca la lanza de la destrozada mano del opresor; ¿hasta cuándo la tierra será hollada por los pies de los tiranos? ¿Hasta cuándo permanecerá su templo sin culto? ¡oh Dios mio!

La hija de Jephté.

¡Oh padre mio! Pues que nuestra patria y nuestro Dios exigen que tu hija espire; pues que tu triunfo es el precio de tu voto... hiere el seno que por sí mismo se descubre á ti.

La voz de mi dolor ha espirado; las montañas no deben ya volverme á ver: si la mano que bendigo corta el hilo de mis dias, no sentiré el dolor del golpe.

No lo dudes ¡oh padre mio! no lo dudes; la sangre de tu hija es tan pura como la bendicion que imploro antes de que tu cuchilla la derrame... tan pura como el último pensamiento que endulzará la hora de mi muerte.

¡Padre mio, muéstrate heróico é inflexible juez, sin que te ablande el llanto de las vírgenes de Salem! Yo he conquistado la victoria para ti... mi padre y mi pais son libres.

Cuando haya corrido esta sangre que te debo; cuando ya no oiga la voz amada, mi memoria será todavía tu orgullo, y no olvidarás que he muerto sonriéndome!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!... no pesará sobre ti un soberbio monumento; pero entre el césped de tu sepultura las rosas desplegarán sus hojas, primicias de la primavera, y el ciprés las bañará con la blanda melancolía de su sombra.

Muchas veces, cerca de esta azulada fuente, el dolor inclinará su lánguida cabeza; alimentará sus profundos pensamientos con largos sueños; despues se alejará triste y silenciosamente, como si sus pasos pudiesen turbar el reposo de la que ya no existe.

Harto sabemos que nuestras lágrimas son vanas; que la muerte no escucha los lamentos; pero gemimos, derramamos lágrimas, y tú misma que me dices que te olvide... tú misma tienes el semblante pálido y húmedos los ojos.

Vi llorar.

Te vi llorar.... Una lágrima brillante se detuvo en el azul de tu pupila, como una gota de rocío en la violeta. Te ví sonreir.... y eclipsaste el resplandor del zafiro, que no pudo competir con los rayos centellantes de tu mirada.

Así como las nubes reciben del sol una suave tinta de luz que las cercanas sombras de la noche apenas pueden disipar, así tu sonrisa comunica la pura felicidad al alma mas triste, y tu mirada deja en pos de sí una claridad que se difunde por el corazon.

Tus dias han terminado.

Tus dias han terminado: tu gloria comienza; los campos de tu pátria celebran los triunfos de su hijo predilecto, las hazañas sangrientas de su espada, sus conquistas, sus victorias y la libertad que ha dado á su pueblo.

Has sucumbido; pero mientras nosotros seamos libres, no perecerá tu nombre. Tu sangre generosa no caerá en la tierra; circulará en nuestras venas, y tu alma estará en nuestro pecho.

Cuando ataquemos al enemigo, tu nombre será el grito de la victoria; tu pérdida el asunto de los himnos que entonarán las voces melodiosas de nuestras vírgenes! Las lágrimas serian una injuria á tu gloria; no serás llorado.

Saul antes de su último combate.

Guerreros y gefes, si una flecha ó una espada me traspasa el pecho cuando guie el ejército del Señor, no detenga vuestros pasos mi cuerpo ensangrentado, aunque sea un cuerpo de rey: hundid vuestros aceros en el corazon de los hijos de Gath.

¡Oh tú, que llevas mi arco y mi escudo! si los soldados de Saul vuelven la espada y huyen á la aproximacion del enemigo, hiere, tiéndeme sin vida á tus pies; quiero ofrecerme á la muerte; ellos no se atreverán á desafiarla.

Adios, guerreros, adios todos, menos tú, heredero de mi trono, hijo de mi corazon; nosotros no nos separaremos jamás! una brillante diadema, un vasto poderío ó una muerte real, hé ahí la suerte que hoy nos espera.

Saul—Oh tú, cuyo encanto puede evocar los muertos, haz que aparezca á mis ojos el profeta.

¡La maga de Endor!—Samuel, alza tu cabeza.

¡Rey!..... ¡mira, mira el fantasma del profeta!....

Abrese la tierra, Samuel se presenta en medio de una nube. La luz varía de color, rompiendo el sudario que le cubre. La muerte brilla con un resplandor vidrioso en sus ojos inmóviles. Sus venas están secas, la mano arrugada; los huesos de sus pies descarnados espantan por su horrible blancura. Los lábios inmóviles y la garganta sin aliento exhalan sordas palabras semejantes al murmullo del viento subterráneo Saul mira, y se prosterna como cae una encina repentinamente herida del rayo.

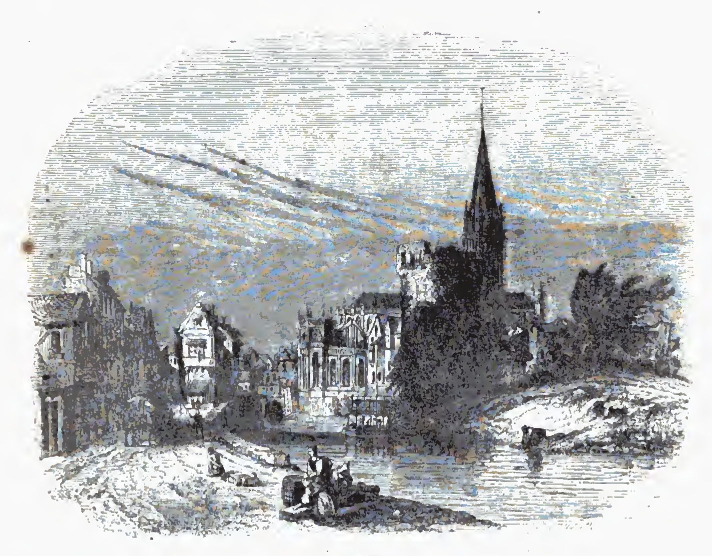
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 30.

Mano sobre mano como muger de escribano.



(Una escena de Macbeth, cuadro de M. Muller presentado en la esposicion francesa.)

Madrid.—Oficinas y est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Ruan.)

SERPIENTE DE MAR.

Los papeles americanos y el *Diario del Havre* han dado curiosos detalles sobre una enorme serpiente de mar que encontró el paquebot *el Havre* en la altura de las islas Azores; y Mr. Hown, otro de los pasajeros del buque en la travesía, ha suministrado recientemente datos que prueban la existencia de este mónstruo marino. En los paises en que se tiene poco conocimiento de la mar y sus fenómenos, no saben á qué atenerse, y dudan á veces de esta verdad, y muchas la miran como cuento de niños, que provoca á risa. Sério es sin embargo tamaño descubrimiento, y trataremos de demostrar el orden de los hechos que constan, revestidos de toda autenticidad por las diversas relaciones ya publicadas, y hasta por la crítica misma discutidas. Tamaños datos los consideramos tanto mas interesantes á la historia natural, cuanto que han visto varias y repetidas veces la serpiente marina muchos navegantes que en sus travesías se sucedieron en los mismos sitios. No seria pues estraño que la hallasen todavia en la embocadura del Océano, y hasta quizá en el mismo Mediterráneo, donde tambien se ha visto, aunque rara vez, y en muy atrasados tiempos.

Parece que su morada la fija actualmente en las aguas del Norte, y su existencia es en Noruega de vulgar notoriedad. De aquel punto á lo menos nos han llegado detalladas descripciones dó la serpiente, y coinciden muy bien con la relacion de los navegantes que han hecho constar su encuentro. Con cuidado y esmero se han reunido y comparado sus diversos testimonios en un profundo artículo de la *Retrospective Review*, consagrándose á probar la realidad de algunos animales estraordinarios, falsamente considerados como apócrifos. De él sacamos la mayor parte de las siguientes nociones, desenterrando las demas de algunas obras de la edad media y de la antigüedad, aunque semejante asunto, por la naturaleza de sus pruebas, pertenece mas bien á cierta erudicion histórica, que á ciencias de observacion directa y esperimental. ¡Cuántas veces las ciencias naturales, siguiendo únicamente esta última marcha tan satisfactoria para los fenómenos que están á su alcance descifrar, se han visto obligadas á recusarse por ciertos puntos á los cuales estiende no obstante su dominio! Toda la parte *viviente* de la zoología, es decir, las costumbres de los animales, no la adquiere la ciencia sino por medio de los domésticos, ó por otros que aunque salvages, viven en medio de nuestras comarcas, y se prestan á las contínuas observaciones de los cazadores y de la gente del campo. Empero las fieras que por su enorme cuerpo, indómita ferocidad, ó escesiva independencia de su vida, se alejan de los hombres civilizados, ¿cómo se han de conocer sus costumbres, sino es por la relacion de algunos atrevidos viajeros que se hayan aventurado á entrar en sus solitarias y casi impenetrables guaridas? Porque, necio fuera quien pretendiese conocer sus costumbres observando á las cautivas fieras del *Retiro*; y dudo que se encuentre sabio alguno que haya vivido en los desiertos y selvas vírgenes con los rinocerontes, tigres y orangutanes. Con respecto á peces, mas difícil lo miro aun, y así es que no creo pueda escribirse un completo tratado de las costumbres de esos hijos de las aguas.

La profundidad del mar nos ocultará siempre sus impenetrables misterios, y los numerosos pescados que conocen los mas sábios ichtyologistas forman probablemente la menor parte de los habitantes del mar, y aun esto porque viven en las regiones superiores. Si desde la cima de las mas elevadas montañas que coronan á nuestras islas, descendemos gradualmente hasta sus mas profundos valles, ¿quién nos asegura que allí en la masa líquida, no reine la mas completa calma jamás interrumpida por las tormentas; que no haya en su centro enormes animales acuáticos sin agallas con que poder nadar, arrastrándose constantemente por el suelo cubierto con la elevacion de la bóveda líquida? Los pescados de agallas tal cual los conocemos, alzándose en las diversas regiones de aquel centro, serian respecto de los animales cuya existencia figura nuestra imaginacion, lo que son las aves respecto de los animales terrestres. Esta hipótesis, ciertamente peregrina, nada usurpa en el campo de la ciencia, porque pertenece á aquellas que nunca alcanzará la esperiencia á someter á su jurisdiccion, á menos que á consecuencia de algun cataclismo de los

que han revuelto varias veces al globo antes que existiese el género humano (1), no vengan algunos huesos fósiles á autorizar hasta cierto punto esta hipótesis con la completa anomalia de su configuracion. ¡Cuántas estraordinarias formas y organizaciones cuyos principios ni se sospechaban siquiera, puede prestar una ciencia que á Cuvier le ha revelado lagartos del grandor de un elefante, como son el *Ichthyosaurus* y el *Plesiosaurus;* una ciencia de la cual decia su ilustre fundador, al concluir sus inmortales descubrimientos: «Dentro de pocos años tal vez, la obra que acabo hoy dia, y á que tanto trabajo consagré, será tan solo un ligero tanteo, la primera ojeada casualmente echada á las inmensas creaciones de los antiguos (2).»

La imaginacion de los pueblos marítimos se ha entregado siempre á ensueños poéticos y románticas divagaciones respecto de los misterios del centro de la mar. Las maravillosas tradiciones esparcidas en la edad media sobre Alejandro el Grande, nos cuentan, como prueba de su avidez de conocerlo todo, el deseo que tenia aquel rey de ver el fondo de la mar, y el medio de un cofre de vidrio que empleó para hacerse bajar hasta sus mas bajas regiones. Por el desarrollo que recibe esta parte del cuento en una version en griego vulgar, se ve cuánto gustaban de su relato los marinos del Archipiélago griego, para quienes se escribió aquel libro.

El hombre mas ilustrado, al contemplar bajo un estenso aspecto la innumerable cantidad de seres que debe de recelar una masa líquida que cubre las dos terceras partes de nuestro globo, admira mas y mas la industria que nos ha hecho conocer y aprovechar para nuestro uso á tan cuantioso número de sus habitantes, y que valido de una particularidad de organizacion que obliga á los cetáceos á subir á respirar de cuando en cuando á la superficie del agua, ha llegado el hombre á triunfar de los mas enormes que el mar abriga en sus entrañas. Verdad es que á pesar de su masa, hacen temibles solamente á su agresor por sus esfuerzos para salvarse; pero demos las resbaladizas formas, la maravillosa agilidad y la fauce terrible de la serpiente á un pez cuyo largor parece alcanzar á doscientos y mas pies, que por rara casualidad sube á la superficie del agua, y cuya presencia inspira legítimo miedo á los mas intrépidos marinos, y dígasenos si todas las fuerzas navales de Inglaterra juntas que se empeñasen en llevar la serpiente marina á la *sociedad real* de Londres, no darian al mundo absorto el mas portentoso espectáculo de la naturaleza. La serpiente marina debe de reinar en gefe en el elemento sobre cuya superficie resbalamos nosotros por sorpresa. Al lado de semejante mónstruo, los mas grandes tiburones no serán mas que tiranuelos ó bajíes, en la misma proporcion que establece el fabulista entre el *leon* y los *mastines*. Nota Herodoto, hablando del cocodrilo, que no hay otro animal que presente tanta narracion en su corpulencia, entre su nacimiento y la época de su mayor desarrollo; observacion que actualmente debemos aplicar á la serpiente marina. Si es probable que en sus primeros años esté espuesta á muchos riesgos, parece tambien que no bien llegue á cincuenta pies de largo, no puede ya encontrar obstáculos para alcanzar á los límites estremos de sus proposiciones y existencia.

En este último encuentro, las personas que estaban á bordo del *Havre*, se han apercibido únicamente de las ondulaciones del cuerpo del inmenso reptil, y evaluaron aproximadamente su largo á muchas veces mas que el buque.

Antes de este testimonio, el mas reciente que se habia publicado, fué el del mes de agosto de 1817, y es el mas detallado y auténtico, cuando apareció una serpiente de mar en la bahia de Glocester, en el cabo Ana, á unas treinta millas de Boston. Este último testimonio ofrece necesariamente variaciones que estriban en la dificultad del género de observacion; sin embargo, reasumiéndolas sacaremos siempre la nocion de una serpiente de setenta y cinco pies de largo, de color pardusco, y con la cabeza del tamaño de la de un caballo, resbalándose al través del agua con la mayor velocidad. El ruido que hizo semejante encuentro recordaron otras de igual especie cuya memoria conservaban varias personas fidedignas, y de sus declaraciones resultó que ya se habia visto otros mónstruos iguales en 1815, uno en Warrens-cove, y otro durante treinta años consecutivos en la bahia de Penobscot.

En 1808 aparecieron tambien algunos alrededor de las islas Hebridas, segun nos dice en su interesante y detallada carta el reverendo Mr. Donald Mac-Lean, quien fué perseguido por uno de aquellos animales, y lo escribió al secretario de la sociedad warneriana de historia natural. De ella resulta un reptil acuático del mismo grandor, poco mas ó menos, que las precedentes deposiciones. Aquel viagero vió presentarse la cabeza de la serpiente por cima del buque, y aseguró que esta cabeza era tan gruesa como una pequeña lancha, y sus ojos tan anchos como un plato regular. Añade ademas que á la sazon tuvieron tal miedo al aparecer el mónstruo los marineros de trece barcas de pescar que se hallaban juntas, que de comun acuerdo se refugiaron todas en el ancon mas próximo. Sobrado interés presta la declaracion de M. Mac-Lean, para que dejemos de citar uno de sus párrafos: «En junio de 1808 en la costa de Coll, ví la serpiente á media milla de distancia. A primera vista se me figuró que era una roca; pero sabiendo que no habia ninguna en aquellos contornos, examiné con mas atencion, y noté entonces que se elevaba considerablemente por cima del nivel de la mar, reparando en un ojo suyo despues de un largo movimiento. Alarmado al estraordinario aspecto y enorme corpulencia del mónstruo, dirigia el timon de mi barca de modo que no me alejase mucho de la playa, cuando de repente vimos hundirse al animal con direccion hácia nosotros; y persuadidos de que nos perseguia hicimos fuerza de remos. Cabalmente en el instante mismo en que acabamos de arribar á una roca, donde subimos todos, vímosle deslizarse con rapidez á flor de agua hácia nuestra proa, y hallando poca profundidad de agua á algunas toesas de la barca, enderezó su horrible cabeza, y dando una vuelta se halló embarazado para salir del ancon. Durante el espacio de media milla pudimos observarle todavia: su cabeza era gruesa y ovalada, y su cuello mas afilado que lo restante del cuerpo. Sus espaldas no tenian agalla ninguna, y el cuerpo iba adelgazándose hasta la cola, cuya forma no era fácil ver, porque la tenia siempre baja. Era como de unos setenta á ochenta pies de largo, y adelantábase ó alejaba mas lentamente cuando estaba fuera del agua su cabeza; y cuando se enderezaba por cima de la mar, parecia evidentemente que queria distinguir los lejanos objetos.»

Lo que nos hace suponer que en aquellos sitios hubo entonces algunos mónstruos, son las diferencias que presenta esta descripcion con la utopsia de la serpiente muerta que se halló pocos meses despues en las playas de Stronza, una de las Orcadas. Tenia esta serpiente cincuenta y cinco pies de largo, y cerca de diez de circunferencia. Estendiase una especie de erizada melena desde el grueso mayor que sucedia al cuello hasta unos tres pies de su cola, y estas sedas, cuando se humedecian, poníanse luminosas en la oscuridad. Estaba provista de agallas que median cuatro y medio pies de largo, algo parecidas á las alas desplumadas de una oca ó ánsar. Visto y examinado este mónstruo por muchas personas, quedó descrito en varios relatos legalizados por las autoridades de aquel pais y por algunos sábios, entre ellos el doctor Barclay. Sir Everardo Home, citado frecuentemente con distinguida consideracion por Cuvier, quiso clasificarlo entre los pescados de la familia del *squalus maximus;* pero no fue admitida semejante opinion por los naturalistas de Escocia.

La Noruega, donde nada de estraordinario ofrece cuanto toca á la serpiente marina, riéndose de la duda de los estrangeros, ha visto con frecuencia en sus costas cadáveres de estos animales, sin que por las mientes les pase dar importancia á hacer constar semejantes hechos. Recuérdanlo mejor cuando á esto se junta otro mas grave incidente, como es la corrupcion del aire causada á veces por la putrefaccion de aquellos cuerpos. Algunos ejemplos tiene citados Pontoppidan.

El relato escrito en Stronza presta las mas exactas nociones que poseerse puedan acerca de la figura de la serpiente de mar, y en él observamos la notable señal de la melena, en la cual concuerdan los antiguos y modernos noruegos.

Esta es la melena probablemente que compara Pablo Egeda con las orejas ó alas en su descripcion de la serpiente marina que vió en su segundo viage á Groenland: «El 6 de julio vimos un horroroso mónstruo que tanto se alzó sobre las olas, que llegaba su cabeza á la vela de nuestro palo mayor. En vez de agallas tenia grandes orejas suspendidas cual si fuesen alas, y de escamas estaba cubierto su cuerpo, que terminaba como el de una serpiente. Cuando se replegaba en el agua, arrojábase hácia atrás; y en esta especie de voltereta levantaba su cola tan larga como mi buque.»

Olaüs Magnus, arzobispo de Upsal, á mediados del siglo XVI, hace mencion formal de esta melena en su cuadro de la serpiente de doscientos pies de largo y veinte de circunferencia, de la cual habla como testigo ocular: «Esta serpiente tiene una melena de dos pies de largo: está cubierta de escamas y brillan sus ojos como dos antorchas: algunas veces ataca á los buques, alzando su cabeza como un mástil, y cogiendo á los marineros de encima de cubierta.»

Los mismos caracteres, reproducidos en otros relatos, se encuentran en las descripciones de los poetas escandinavos. Con una cabeza de caballo, blanca melena y negros carrillos, atribuyen seiscientos pies de largo á la serpiente marina. Añaden tambien que se endereza de repente como un mástil de navío de línea, y arrojan silbidos que espantan tanto como el grito de la tempestad. Harto vemos en todo esto los efectos de la exageracion poética; pero carecemos de suficientes datos para determinar el punto preciso en que abandona la realidad.

(Concluirá.)

(1) Segun los trabajos de Mr. Cuvier, cuyo naturalista no halló jamás el mas pequeño fragmento de esqueleto humano entre los huesos fósiles, varios teólogos sabios y ortodoxos ven, en los seis dias de la creacion, otras tantas épocas cosmogónicas: á la última de ellas (el sesto dia por el estilo del Génesis) hace relacion la creacion del hombre.

(2) *Osamenta fosil*, 3.ª edicion, tomo 3. pág. 487.



(D. Fernando el Católico en la toma de Baza.—Silleria del Coro de Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Conclusion.)

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se habia ausentado su enlodado esposo, asentó la puerta primera con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió á todos conjurándoles guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfaccion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor á medio enjugar, en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales oyéndole afirmar lo mismo á la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad lo que le habia referido, y alguna arte del demonio aquella, con que pretendia se desesperase. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo:—«¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tio, á ver á su muger, ni qué cuenta dará de si quien dejándola á la muerte á las doce, y enviándole por una comadre, vuelve á las ocho de la mañana sin ella y con esta flema?»—«Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tia me he visto esta noche, mas lástima tuvieras de mí que quejas: mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.» Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama en solo manteo (1), salió dando gritos y diciendo:—«¡Oh qué solícito marido de la salud de su muger! para frio de cuartanas valeis lo que pesais, Morales mio, que no volvereis en toda la vida. ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviésedes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero ¡malos años para vos y para quien tal me desee! ¿A qué viene vuesa merced con ese perdido señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme al vicario y pedir divorcio; no quiero aguardar á otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida. Dame de vestir, Brígida; toma tu manto, huye de este busca-comadres.»—«Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.»—«Muger, añadió el afligido pintor, puesto que os parezca que teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mias y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecos de esta noche.» Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir.—«¡A mí con papeles! ¿No ven vuesas mercedes que soy cabos negros y boqui-ancha? ¿Hay mas lindas papandujas (1) que las que me venden? ¡Casa de posadas la mia! ¡Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche! Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertáran. No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su muger.»—«Hágaos muy buen provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, dándome tras de una noche tan penosa, un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió: en esta casa deben de andar duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo.»—«¡Y como que hay duendes, señor tio! acudió la taimada Brígida; las mas noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas.»—«Pues ¿cómo nunca

(1) Refajo.

(1) Paparruchas.

me lo has dicho? dijo la disimulada tia.»—«Porque no imaginasen vuesas mercedes, respondió, que era otra persona en descrédito de mi opinion y su casa de mis señores tios »—«Alto, eso debe de ser sin duda, dijo Santillana; no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la Cuaresma que es mañana.» Hizose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su muger con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera la córte con la recoleccion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabia su venida el celoso Santillana, y su muger (cuando ausente por cartas y agora presente por papeles, y una visita que él la hizo) se le habia quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinion de las mugeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado de él por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que su hermana tenia de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfaccion era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasion no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por mas que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez. Habiala escrito que mirase ella qué modo le parecia mas á propósito, para que sin llegar á dar cuenta de sus trabajos á tribunales causidicos, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese, él pondria toda la diligencia imaginable en su ejecucion. Ahora pues que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana y de camino llevarse el diamante; una mañana que él se fué á oir misa y sermon por ser principio de Cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile, y despues de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza mas á propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, sino era uno que le propuso y despues sabreis: refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mugeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, seria imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El que la mal casada le ofreció tenia muchos inconvenientes; pero en fin atropelló con todo el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperacion, creible de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prometióla llevar al cabo lo que le pedia, señalaron el dia, despidióse, llegó á su convento y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase y le animaron á concluirle. Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir quien los bebiese cuatro ó cinco horas, con tanta enagenacion de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituian el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, asentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años, entre bocado y bocado la daba una reprension, y entre trago y trago bebia su sueño. Al último en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y moza, creyeran (y no las pesara) que habia nuestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora, y quieta para aquel tiempo frio y de invierno) con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando dentro mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de tijeras y navaja, le quitase toda la barba, y abriesé una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera, y asi salió la corona con toda la perfeccion venerable, autorizándola las canas que se entretejian todo lo posible; y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su muger, viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él mas que si esto se hiciera con el conde Partinobles, y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda le desnudaron acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candil encendido, juntaron la puerta y se fueron á dormir. Dos horas habia que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce fenecia su operacion. Tocaron á maitines como se acostumbra en todos los monasterios á media noche, y tras la campana las matracas con que despiertan á los que se han de levantar, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos, y meneándolos apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen; y espantoso para los que coje desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al P. Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su muger y en su casa, dió un grito diciendo: «¡Jesus! ¿qué es esto, Hipólita?» ¿Cáese la casa, hay truenos ó vienen por mí los diablos?» Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su muger, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole (1) fayancas y con el ruido pasado querian echarle el aposento á cuestas, se levantó furioso, y diciendo á voces: «¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás ahora que son ilusiones y vejeces las mias. ¿A media noche fuera de mi cama y de mi aposento recibiendo por el techo el adúltero? Mas leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca mis vestidos, muchacha: venga la espada, que yo lavaré mi afrenta en la sangre de estos traidores.» Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo ó quien le habia traido á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabia si diese voces, ni si era arte de encantamento, si dormia ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya, los dos huesos de las canillas le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de *Requiem*, juzgándolo á mal pronóstico. Tomó el candil para ver á qué calle, ó campo caia aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba; y vió un dormitorio que le cansó la vista, lleno de celdas con una lámpara en medio. «¡Válgame Dios! ¿qué es esto? dijo volviéndose á entrar temblando: ¿no me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién pues me ha traido aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el hospital? que esta mas parece enfermeria que habitacion política? (2) ¿Si mis celos me han vuelto loco y para curarme me han traido al nuncio de Toledo? que la estrechez de este aposento mas parece jaula que hospederla. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser; pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi muger. Si es esto como imagino, á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mia me sacará de este temor.» Echó mano á ella y hallóla tiple, habiéndola él criado con trabajo; tentóse la cabeza y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse de él, como suele hacerse con los de su profesion, le habian puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso se consolaba; pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y segun esto saldria presto de aquel colegio desacreditado: solo le desatinaban los hábitos que él habia visto en Toledo, andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de religiosos. Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo sin haberle acordado que se vistiese el frio, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusion del hábito, que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demas frailes le dijo:—«¿Cómo no se viste, Padre Rebolledo, si ha de ir á maitines?—¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mio? ó ¿qué maitines ó vísperas son estas que me desatinan? respondió el casado fraile.—Si sois loco como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, yo ya estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates. Decidme dónde hallaré al rector, y dejad de rebollearme.»—«¡Con buen humor se levanta, padre Rebolledo! dijo el religioso: vistase, que hace frio y mire que voy á tocar segundo, que es mal acondicionado el superior.» Fuése con esto dejándole muy confuso. «¡Yo Rebolledo! decia: ¡yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba mas en pedirla celos que entonar salmos! ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pesadilla: si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituidme el juicio que sin duda he perdido.» Pasmado se estaba, sin acertar á vestirse,

(1) Jugarretas, travesuras, engaños.
(2) Habitacion de un vecino, habitacion regular, bien ordenada, decente.

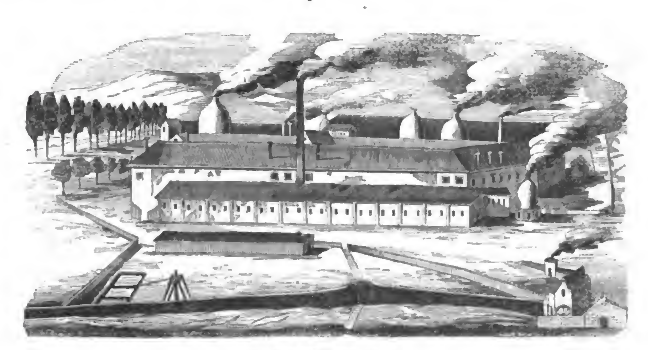
obligándole el frio á traer las frazadas acuestas, cuando vino otro fraile, y le dijo:—«Padre Rebolledo, el vicario de coro dice ¿por qué no va á maitines, que son cantados y vuestra reverencia es semanero?»—«¡Válgame la córte celestial! replicó el nuevo fraile, ¿Qué, en fin soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es ó hermano loco, si como imagino estamos en algun hospital de ellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi muger, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la desconocida, ó Artus el encantador anda por aquí, y ha rematado con mi seso?»—«Buena está la flema y disparate», respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle! Delantero debió de cargar en el refectorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco: vístase, y si no acierta, yo le vestiré.» Echóle entonces el hábito encima; y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que queria ahogarle comenzó á dar gritos: «arredro vayas Satanás; déjame aquí, ángel maldito. ¡Animas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo! Y escabulléndose de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante. Atentos y escondidos habian estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulacion y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habian prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado superior: «padre Rebolledo, ¿qué escándalo y descompostura es esta? ¿Al fraile que yo envio para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos brios.—«¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés: ¿soy yo bestia? ya lo estoy, y por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados, catad la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado y con crisma. *Fugite, partes adversæ.* Estos y otros desatinos comenzó á ensartar con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: «este fraile esta loco, mas la pena le hará cuerdo,» le asentaron en las espaldas de par en par una colacion de canelones, que pagó con mas cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponia en el cielo, diciendo: «Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doleos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su muger; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme por qué pecados os permite Dios que me desolleis de esa suerte? Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo:—«Todavia da en su tema! pues veamos quien de los dos se cansa.»—«Ya lo es toy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza: por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí.—Pues ¿enmendaráse de aquí adelante?—Sí Padre mio, yo me enmendaré, aunque no sé de qué.—¿Cómo que no sabe de qué? replicó; ¡miren qué gentil modo de conocer su culpa! Aun no está como ha de estar: aguarde un poco:» y diciéndolo esto, le taraceaba las espaldas.—«Padre de mi corazon;» dijo entonces echándose en el suelo, «confieso que soy el mas mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmendaré.—¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de mas escándalo que las mortales del seglar?—Sí, padre» respondia, «fraile soy, aunque indigno.—¿Sabe la regla que profesa? proseguia: y él tambien en responderle.—«Sí, padre: qué regla es? La que vuestra Paternidad fuere servido; no repare en reglas, aunque entre la del gran Sofí.—¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?—Seré Rebolledo» respondia, «y todo lo que quisieren.»—«Pues bese los pies á este religioso,» dijo, maltratado por él, y pídale venia.»—«Bésole los pies, padre mio, dijo llorando de dolor mas que de arrepentimiento; y pídole brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.» Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprendiólos el prelado diciéndoles: «¿De qué se rien, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años este monasterio, con la mayor puntualidad que la religion ha visto?—¡Quince años yo! decia entre sí el pobre Santillana; ¿hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto; pues tanto lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sé el cómo! porque á no ser así, ¿qué les importaba á esos benditos el maltratarme y afirmallo?—«Véngase al coro con nosotros,» le dijo el cuñado que no conocia. Obedecióle el celoso por su daño; comenzaron á cantar los maitines, y mandóle que entonase la primera antífona. Sabia él de música lo que de vainicas, pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando de suerte, que prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular, el superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de limosna, que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja, cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba, á la calle donde vivia su muger; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu dijo entre sí: «¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frailías que no apetecí en mi vida? Matrimonio me llamo.» Entróse con esto en el portal, y hallando á su muger allí, abrazándose con ella, comenzó á decir.—«Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo, ó porqué; pero desde hoy mas buscarán taleguеros; que yo matrimonio me llamo.—¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada; aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra.» Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo: y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. «Déjenle vuesas mercedes» acudió el compañero, «y no se espanten de lo que hace; que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera muger que vé, que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena: y habiendo mas ha de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes que han ido á predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron lo trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.» Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuanto mas gritaba afirmando era el marido de Hipólita, mas la acreditaba. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado á su convento; volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que purgó mas de otro mes los malos dias que habia dado á su muger, al cabo de ellos y á la media noche le despertó una voz que decia en tono triste

«Hipólita está inocente
de tus maliciosos celos,
y así te han hecho los cielos
de ese cepo penitente.
Por necio é impertinente,
en ti su venganza funda
el que te ha dado esa tunda;
por eso, si sales fuera,
escarmienta en la primera,
y no aguardes la segunda.»

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos llorando, con la mayor devocion que pudo respondió: «Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda.» Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el dia primero de su transformacion (penitencia mas áspera para él, que todas las demás); bebiólo, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero! durmióse como antes; habíale crecido el cabello y la barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposicion antigua, y llevándole en otro coche á su casa, se despidió el religioso, médico de celos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase, hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre una arca cerca de su cabecera, acostóse á su lado, acabó el sueño, junto con la operacion de los polvos al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones aquellos ó madera, y topó á su muger á su lado; imaginó que era algun espíritu, que proseguia en tentarle, dió voces y ensartó letanías. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba y dijo:—«Qué es esto, marido mio, ¿qué teneis? ¿haos dado como suele el mal de ijada?—¿Quién eres tú que me lo preguntas? dijo despavorido el ya sano celoso; «que yo no tengo mal de ijada, sino mal de frailía.—¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra muger Hipólita?»—¡Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, muger de mi vida? ¿No ves que estás descomulgada y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior, te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmon?—¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella. ¿Dormis todavia, ó qué locura es esta?—¿Luego no soy fraile de quince años há,» preguntó él, «y entonador de antífonas.—Yo no sé lo que os decis con esos latines» replicó ella: «levantaos, que es medio dia; si habeis de traer que comamos.» Mas asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en

su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos, pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los dias pasados le enseñó el de la sacristía: haciase cruces acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada la muger, que ¿de dónde procedian aquellos espantos? Contóselo todo, concluyendo en que debia de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendase y tuviese la satisfaccion que era justo de su muger. Apoyó ella esta quimera diciendo que habia prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento, y que si no habia determinado echarse en el pozo. «No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas,» respondió él: pidiéndola perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, las dijo: «El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me habia perdido á mí el dia de su hallazgo; él vale doscientos escudos, cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el mundo; y así ya que no puedo premiaros como mereceis, doy á cada una estos trescientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de cuantos me han granjeado amigos; y quedaré yo muy satisfecho si os servis de esta casa como vuestra.» Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose mas amigas que antes, se hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y olvidada su burla; al pintor, que habia vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerias de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró á su muger como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN.



EL HOSPITAL DE LUGO.

Los hospitales de la caridad han precedido á las casas de beneficencia. Esta circunstancia, que á primera vista no se aparta del primitivo instituto de estas fundaciones, es la espresion histórica de una revolucion política. *La filantropía* ha sucedido á *la caridad:* el Estado reemplazó á la Iglesia. En otros tiempos los reyes y los prelados establecian los hospitales y casas de reclusion, asignándoles rentas y concediéndoles privilegios: en nuestros dias el Estado establece las casas de beneficencia, y sus dotaciones forman una de las sumas de los presupuestos provinciales y municipales.

En Santiago—ciudad que años atrás daba la iniciativa en las mejoras locales de la provincia—el hospital Real fué fundado por los reyes Católicos en 1501; el de San Roque por el arzobispo Blanco de Salcedo en 1577, y el antiguo Hospicio á instancias del prelado Rajoy y Losada, de 1768 á 1769. En esta poblacion el hospital Real tenia una bula de indulgencias concedidas á los que criasen los espósitos y matrimoniasen á las espósitas adultas, recogiéndose algunas veces las segundas en los monasterios de monjas (1). En los años de carestía los arzobispos y los cabildos socorrian la miseria pública abriendo sus graneros al pueblo exhausto. El prelado D. Juan Tavera (1524—1525) fundó seis dotes para seis doncellas pobres; D. Juan San Clemente (1586—1603) fundó el colegio de Huérfanas de esta ciudad, y Fr. José Gonzalez en 1628 acopió el trigo de Castilla, donde costaba cada carga 220 rs., para los pobres de la diócesis. No hace muchos años—de 1768 á 1769—el cabildo compostelano comisionó á un delegado suyo para que comprara granos en el estrangero, á cuya filantrópica idea se asoció generosamente el conde de Altamira para aliviar la desgracia de los que carecian del necesario mantenimiento. Entonces la miseria era socorrida en nombre de la caridad cristiana.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones y recuerdos históricos de la pasada beneficencia pública al reconocer el origen del hospital de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores al frente de este artículo.

Una orden religiosa cuyo instituto era socorrer á los desvalidos y auxiliar á los enfermos, fué la que amparó en su origen el hospital del antiguo convento-jurídico de los romanos. En la parte mas septentrional del interior de Lugo, cerca de la Puerta Falsa—hoy llamada de la Coruña—existe una antigua y espaciosa casa que perteneció á los monges de S. Juan de Dios. El obispo D. Alonso Lopez Gallo, señor de Lugo, por escritura que otorgó en 7 de abril de 1621, ante Gabriel de Neira, fundó dentro de sus muros un hospital de caridad con el título de *S. Bartolomé*, dotándolo con 7,000 ducados de principal que producian 3,500 ducados de renta, con destino á pobres enfermos de ambos sexos, asistidos y mantenidos con esta asignacion. Su patronato fué concedido al cabildo y ayuntamiento, como los representantes de las dos gerarquías mas legítimamente autorizadas de la poblacion. En 1659, siendo obispo D. Juan Velez Valdivieso, se entregó la administracion de este hospital á Antonio del Espíritu Santo, hermano mayor del hospital de San Roque de Orense, co-administrador de todos los de Galicia y hermandad de siervos pobres del hábito é instituto del P. Bernardino Obregon. Posteriormente se echó de ver que la administracion establecida no correspondia á los deseos del fundador, y para mejorarla se entregó á la religion de San Juan de Dios en 1711, la que se posesionó formalmente en 16 de setiembre de 1720, en virtud de bula derogatoria de la cláusula de la fundacion, que prohibia administradores exentos de la jurisdiccion ordinaria, siendo obispo D. Manuel José de Santa María y Salazar. De esta manera se dió en administracion perpétua á la mencionada religion, con reserva del patronato, y fué el primer prior y apoderado de la órden Fr. Gregorio Fernandez Pintado. Desde esta época hasta 1835 fué regido el establecimiento por estos hospitalarios, y en este año volvió al patronato del ayuntamiento, el cual nombra su administrador. El obispo D. Francisco Izquierdo, tan celoso como benéfico, concibió la idea de fabricar á su costa una suntuosa iglesia que reemplazase á la de San

(1) Antig. const. del Hospital.—Pag. 63, párrafo 65.

Bartolomé, y este pensamiento fué llevado á cabo en 1732, embelleciendo á la ciudad con un edificio que llama la atencion de los inteligentes, no solo por su mérito artístico, sino tambien por su elegancia y sencillez.

Esta iglesia está unida á la casa-hospital, y su interior corresponde á la intencion piadosa del fundador. El hospital se llamó convento durante la administracion de los monges, y aunque no tiene la distribucion conveniente para este objeto, puede admitir hasta doscientos y cincuenta enfermos, porque ademas de su primer instituto de caridad, tambien está destinado á hospital militar donde los celosos administradores, á cuyo cargo estuvo desde 1840, los señores Rodriguez y Miranda, introdujeron mejoras de utilidad estableciendo los nuevos métodos que exije la buena asistencia de los enfermos. El hospital de Lugo es uno de los mejor servidos y arreglados de Galicia.

La casa con la iglesia, claustro, patios, huerta, fuente y demas dependencias necesarias para su buena administracion, forma una manzana aislada é independiente de otros edificios, ofreciendo la ventaja de que en la entrada principal del mediodia hay un espacioso campo que sirve de recreo á los convalecientes, y en el cual tienen lugar los ejercicios militares de las tropas que se alojan en el inmediato cuartel de San Fernando.

La antigua ciudad de Lugo, enriquecida con monumentos que cautivan la atencion del viajero, puede vanagloriarse de que posee un hospital que puede ser colocado al lado de los principales de Galicia, no solo por su escogida distribucion, sino tambien por el conjunto arquitectónico que presenta dentro de las murallas romanas de la poblacion. Construido en uno de los estremos de la ciudad, aleja de sus habitantes la constante representacion de las necesidades públicas, y corresponde á los principios consignados por la higiene. La oportunidad de su construccion auxilia la perseverancia empleada desde principios del siglo XVII en su mejoramiento progresivo.

Santiago—1.°—dic.—1850.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

REVISTA SOCIAL.

Esposicion de Actores.

A nadie se ofenderá á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele.

LARRA.

Jamás ha lamentado la escena teatral la falta de un escritor que arrojando en el terreno de la publicidad el acta de sus espectáculos, espusiese con imparcialidad ó sin ella los defectos y las bellezas de sus actores. Pero este inmenso teatro que tiene por bambalinas el cielo, por bastidores el horizonte y por proscenio el mundo entero; en que han hecho de tramoistas hombres como Alejandro y Napoleon, de graciosos todos los cortesanos del universo, y de apuntadores todos los vicios humanos, carece de una revista en que, dejando aparte la gravedad de la historia, describa los principales *papeles* con el lapiz de Cham ó de Grandville. A este siglo que todo lo exagera, solo la caricatura puede simbolizarlo fielmente en la imprenta, como lo simboliza ya en el grabado. Tracemos, pues, la revista de este teatro en que se representan dramas que tienen la poesía de Victor Hugo, la verdad de Dumas, el sentimiento de Bouchardy; pero que ninguno de estos escritores ha trasladado á la escena, porque todos los vicios de una sociedad no caben en el palco escénico, como todas las pasiones humanas no caben en el corazon del hombre. Necesitan un campo mas vasto en que estenderse y desarrollarse; de otro modo romperian, como el vapor comprimido, las paredes que los encerrase. Ademas, espuestos esos vicios á la espectacion pública, no por eso se borrarian de la sociedad que ese mismo público constituye. *El teatro no corrige las costumbres:* ha dicho Larra; la sociedad tampoco..... ahí están los cadalsos que no me dejarán mentir. La pena de muerte es un borron de sangre en la página de las sociedades modernas. El público que asiste al teatro se rie de sus vicios; como el que concurre á los toros insulta al picador que sale bien librado de *una suerte*; como el que presencia una ejecucion pública se divierte con la serenidad ó la entereza del reo.

Volviendo á nuestro objeto, todos en este teatro que llamamos mundo concurrimos al desenlace de un drama social, y todos somos actores de otro drama individual. Este drama no reconoce escuelas ni unidades. En él jamás triunfa la virtud: diferencia notable entre el drama *teatral* y el drama *humano*. No existe la unidad de accion; el hombre que hoy es orgulloso por creerse independiente, inciensa mañana la vanidad de un ministro. La unidad de tiempo es cuestion de audacia, y su cantidad está en razon inversa del número de méritos del protagonista. La unidad de lugar es un obstáculo á la ambicion de los actores, y todos procuran quebrantarla. Las entradas y salidas siempre están justificadas, lo que no sucede en la mayor parte de los dramas *escritos*. La fisonomía de cada actor está pintarrajeada segun su carácter; el papel que intenta representar. Corramos el telon de las apariencias, y pasemos en revista las cualidades mas culminantes de los principales actores.

El teatro representa un estenso paseo ocupado por una multitud que se apiña, empuja, pisotea y oprime. Ese paseo lleva un nombre que no merece. ¡Antifrasis sociales que hallaremos en muchas partes!

Ved ahí mugeres que ostentan en sus vestidos el oro de la vanidad, y que tienen sumergida su alma en el lodo de las pasiones. Características del drama social que adornándose con los atavíos de damas jóvenes, viven condenadas á representar un papel que nunca está *en su cuerda*. Todo lo exageran.. hasta el orgullo: *intolerabilius nihil est quam fœmina dives*.

Niñas que una mirada atrevida hace cubrir con el rubor de la vergüenza; esa capa de colorete teatral que pocas conservan hasta el fin del drama. La agitacion mundanal borra con las gotas del sudor el carmin de su semblante, como borran las lágrimas sinceras el dolor de un corazon abatido.

Jóvenes revestidos de un barniz social que oculta los defectos de una armazon humana llena de porosidades y de vicios. Papeles de calaveras que visten su cuerpo con los trages de la moda para ocultar los harapos de su alma.

Ancianos que el peso de la edad encorva hácia la tierra, pero que aun dirigen sus pupilas al mundo, que se aparta de ellos como un actor que desconfiando de sus fuerzas dirige al apuntador furtivas y desconsoladoras miradas. ¡Inteligencias débiles que nada han podido comprender en un siglo de aprendizage!

Escritores políticos de doble-filo disfrazados con una opinion, y que redactan sus artículos con la hiel de sus rencores ó el incienso de sus ambiciones. Actores que cambian de trage á cada escena, y que ridiculizan con sus sarcasmos el manto que tal vez han llevado sobre sus hombros.

Jóvenes poetas que si el mundo no baña con los vapores del elogio, ellos mismos se erigen sacerdotes, y esclaman con Horacio: *non omnis moriar*.

Literatos de bohardilla, artífices de coplas, arlequines literarios que pretenden descalzar á Plauto de su coturno, y adornándose con las galas de un *vaudevillista* francés se creen los reyes de la escena y son los Comellas de la literatura dramática.

Envanecidos lacayos que visten con altivez la librea de la servidumbre, último resplandor de una época que borró del mundo la dignidad del hombre. Actores que siempre se presentan en público para recibir los silbidos de la platea. Sus galoneados vestidos son un *vill* de insolencia. ¡Antítesis humanas! La virtud en la pobreza, la avaricia en el poderoso, la insuficiencia en el profesorado, la ignorancia en el favor, el orgullo en la mendicidad, la muerte en la vida...

Soberbios carruages en cuyas cajas se ven esculpidas las armas de la familia que encierran como la etiqueta de una sangre distinta de la de los demas hombres. Carruages que se elevan sobre el nivel de los otros actores, como el vicio sobre la virtud, como el lujo sobre la pobreza, y que ocultan entre mullidos almohadones á los Talmas, los Maiquez y los Larrick del mundo teatral; notabilidades que jamás se acercan á las luces del proscenio por no confundirse con el tropel de espectadores. Son como el oropel de sus salones: brillan de lejos y á la luz artificial de la lisonja. Los directores de escena jamás se confunden con los histriones del arte dramático. La riqueza de sus trages es la capa de sus intrigas, como en el último periodo del reinado de Luis XIV se ocultaba bajo el destello de los diamantes la corrupcion de aquella córte. La ostentacion del vicio es tambien un lujo, y sus puertas son como las del infierno que describe Milton: una vez abiertas no se cierran jamás.

La degradacion de las virtudes humanas marcha siempre en sentido inverso á la posicion social, y la opulencia del cuerpo oculta siempre la miseria del alma; pero esa miseria que se arrastra para subir un escalon mas en las gradas de las vanidades humanas; esa miseria que *porque oculta la mendicidad bajo un título*, Balzac llama *española*, pero que es universal. Los accidentes de la organizacion humana no reconocen patria.

Ninguno como esos actores desempeña su papel; ninguno mejor que ellos hace aparecer en su semblante las sensaciones que fingen esperimentar. Esas sonrisas que á veces divagan por sus lábios son el sarcasmo de la satisfaccion; idioma universal de la inocencia, adulte-

rado por los vicios de la córte. De la sonrisa cortesana al desprecio no hay quizá un paso, como del placer al dolor puede no haber siquiera un latido del corazon humano. Esas palabras que por las necesidades del drama dirigen algunas veces al público, halagan nuestros oidos como el sonido de una música armoniosa; pero distan de la verdad como la poesía del cálculo, como el recuerdo del presentimiento. Os recordaré á este objeto ciertos versos del octogenario Casti:

E il cortigiano in simular audace
vive talor fraternamente inciéme;
ma d'amicizia sotto il vel coperto
cova nel cor d'inimicizia il seme.

Dejémosles pasar sin desentrañar de sus almas los misterios que encierran; el desarrollo de ese drama pertenece á Dios. Nosotros solo hemos deducido del modo de presentarse en la escena pública la significacion teatral, como en un cuadro corroido por el tiempo busca un iconómano los rayos característicos de un pintor famoso ó de una esclarecida escuela.

Tal es en resúmen lo que se ofrece á nuestra vista en una pequeña parte del teatro del mundo; multiplicad los personages y vereis la totalidad, vereis lo que dice Virey: muchísimos idiotas, poquísimos instruidos; muchos bárbaros, pocos civilizados; muchos pobres, pocos holgados; muchos inicuos, pocos virtuosos; muchos desventurados, pocos felices.

Sobre esa multitud que ligeramente hemos recorrido flotan una porcion de palabras, como la espuma ligera de aquel brevage humano agitado por los oscuros resortes de la voluntad. Recojamos esas palabras pronunciadas por las exigencias del diálogo ó por los recursos de la adulacion.

Virtud, pundonor, probidad, desinterés, justicia, independencia, verdad, libertad, patriotismo, amistad, deber, honor, sacrificios...

Palabras divinas que el hombre pasea por el cieno del mundo para arrojarlas en seguida en el Ganges del olvido, como hacen los indios con sus imágenes. Cada generacion tiene sus palabras como cada época sus hombres, como cada culto sus ídolos.

Palabras hermosas en que la corrupcion social ha impreso ya su sello, y que, como otras muchas, no sabemos lo que quieren decir. Las conocemos por el sonido, como las palabras de la muger que amamos, sin que estas y aquellas signifiquen algo.

Si por el eco de esas palabras llegais á la fuente de qué han partido y demandais su significado, jamás obtendreis una respuesta. Es lo mismo que si preguntárais á un médico qué es vida; á un psicólogo qué es alma; á un geómetra qué es punto; á un mecánico qué es fuerza; á un físico qué es gravedad; á una muger qué es virtud...

Si fundimos esa miscelánea de voces en el crisol de los años al fuego de la esperiencia, hallaremos en el fondo una palabra sola á que todos rendimos culto: la *mentira* cubierta con la escoria de las pasiones. En esa palabra se reasumen todos nuestros sentimientos; es el único motor humano; es el *génesis* de toda consideracion humana. ¿No habeis oido decir que en pos de la tumba está el *mundo de la verdad?*... pues es en contraposicion sin duda del que habitamos, que es el *mundo de la mentira.* Oid al que os hable, y siempre podreis esclamar con Argensola:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Si generalizando las palabras de Juvenal podeis decir: *¿qué haremos en el mundo? yo no sé mentir;* ó identificándose con el malogrado Larra preguntais:

¿Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

entonces quizá os espere el destierro del primero ó la desastrosa muerte del segundo. *Mentid y medrareis:* hé aquí el epígrafe del código social, hé aquí el único precepto escrito en el album de todas las generaciones.

¡La verdad! dadme la linterna de Diógenes, que quizá en un siglo de palabras sea mas fácil hallar una sola que un hombre en los tiempos de aquel filósofo. La buscaré en esos prólogos escritos por un amigo del autor de la obra en que aparecen; en esas revistas bibliográficas escritas por un deber de amistad ó por satisfacer una deuda igual; en esos anuncios en que habla el editor por boca del autor; en las biografías de los prohombres de un partido político que se halle en el poder; en los artículos de fondo de un periódico de la situacion; en los juramentos de un hombre que ama, y en los de la muger que le corresponde; en los bandos de policía urbana; en los adornos escénicos y en los trages de un teatro de segundo órden; en los diputados que no hablan y en cualquiera que hable mucho...

Descritos ya los personages que á la voz de otro *Ginesillo* hemos de sacar á relucir en nuestro retablo; manifestado el valor de ciertas palabras como la esposicion del drama que aquellos están llamados á representar, dejaremos para otra revista el relato de algunas escenas si tenemos tiempo y humor para abrazar la péñola satírica. Estos monumentos destinados á motejar nuestras mismas faltas, son intermitentes: es la fiebre del escritor que destila las mas amargas verdades al través del risueño tejido de sus artículos; verdades derramadas á torrentes sobre su cabeza, y de las que solo se desprende lentamente como un avaro que va mermando un tesoro moneda á moneda... dejaría de ser hombre si la hiel de su corazon la escupiese de golpe sobre la víctima que desea atormentar poco á poco.

RAMON RUA FIGUEROA.

A UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracan violento,
nube ligera, en las tendidas alas!
¡Qué rauda cruzas las etéreas salas
cambiando formas á merced del viento!
Del sol poniente al rayo macilento
cándida brillas y á la nieve igualas,
y embebecido en tus lucientes galas
te sigue con afan mi pensamiento.
Así tambien, del fuego en que aun me abraso
al empuje febril, mi fantasía
ciega y brillante se entregó al acaso;
Y vió caer tambien su hermoso dia;
y el sol de la esperanza en el ocaso
tambien su última luz al alma envia.

J. ROMEA.

Santander—julio—1849.

Véase en el siguiente estado cómo apreciaba Mr. Akenside, en el último siglo y bajo la influencia de la escuela clásica francesa, á los diferentes poetas del mundo:

	Composicion general.	Situaciones patéticas.	Movimiento dramático.	Belleza de espresion.	Gusto.	Colorido.	Versificacion.	Moral.	Valor total.
Ariosto........	»	15	10	15	14	15	16	10	13
Boileau	18	16	12	14	17	14	13	16	12
Cervantes.....	17	17	15	17	12	16	»	16	14
Corneille......	15	16	16	16	16	14	12	16	14
Dante	12	15	8	17	12	15	14	14	13
Euripides.....	15	16	14	17	13	14	»	15	12
Homero........	18	17	18	15	16	16	18	17	18
Horacio	12	12	10	16	17	17	16	14	13
Lucrecio......	14	5	»	17	17	14	16	»	10
Milton.........	17	15	15	17	18	18	17	18	17
Moliére	15	17	17	17	15	16	»	16	14
Pindaro.......	10	10	»	17	17	16	»	17	13
Pope	16	17	12	17	16	15	15	17	13
Racine	17	16	15	15	17	13	12	15	13
Shakspeare...	»	18	18	18	10	17	10	18	18
Sófocles	18	16	15	15	16	14	»	16	13
Spencer	8	15	10	16	17	17	17	17	14
Tasso..........	17	14	14	13	12	13	16	13	12
Terencio......	18	12	10	12	17	14	»	16	10
Virgilio	17	10	17	17	18	17	16	17	16

Tal es la opinion de Mr. Akenside, con la que no estamos enteramente conformes. La presentamos solo como un documento curioso, que no siendo por otra parte mas que la opinion aislada de un hombre de elevada inteligencia, sabrá rectificar la de aquellos de nuestros lectores entendidos en la materia.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Capilla en los Alpes.)

NOTICIA HISTORICA

SOBRE LA FABRICACION DE RELOJES, Y SU ESTADO ACTUAL EN LOS DISTINTOS PAISES.

La Francia es la cuna de la fabricacion de los relojes, pues los primeros se construyeron en dicho pais á mediados del siglo XV, y los aficionados á las antigüedades conservan todavía en sus gabinetes algunos de los relojes que manifiestan la perfeccion que en el trascurso del tiempo la inteligencia humana lleva en todas sus obras. Aunque dichos relojes no pueden ser considerados mas que como tentativas ó ensayos en el arte que nos ocupa, no tardaron los ingleses en aprovecharse de ellos, y mejorándolos no tardaron en adquirir una reputacion grande en esta industria, de modo que esportaban sus relojes á todos los paises, y hasta los mismos franceses iban á buscarlos á aquel. Hiciéronse, sin embargo, en Francia muchas tentativas para emanciparse de aquel fruto: el duque de Orleans, regente del reino, intentó establecer una fábrica de relojes en Versalles, para lo cual, sin reparar en gastos, llamó acreditados artistas ingleses, y lo mismo hizo en San German el mariscal de Noyalles; pero estas dos fábricas no existieron mas que tres años, y no dieron otro resultado

que esa bella clase de relojes, conocida con el nombre de relojes de Paris, cuya perfeccion llevaron á un grado tan elevado los artistas Gandron y sobre todo Leroy, que mas tarde Ginebra ponia en sus productos el nombre del último con preferencia al de Grabam y otros hábiles artistas de Inglaterra. Dicha clase de relojes no se conserva en la actualidad mas que en la casa de Breguet.

En Ginebra, cuyos relojes han gozado y gozan todavia tanta reputacion, tomó origen esta industria á fines del siglo XVI, y despues de haber permanecido por espacio de algunos años en su infancia, tomó de repente un vuelo portentoso, por razon de haberse inventado en aquel mismo pais una porcion de útiles mecánicos propios para abreviar y perfeccionar el trabajo. Previendo entonces el gobierno de Ginebra las ventajas de esta industria, concibió el proyecto de concentrarla esclusivamente en manos de los que tenian derecho de ciudadania, y publicó un decreto prohibiendo á toda otra clase de personas, inclusos los que eran ya relojeros, el enseñar este arte á sus hijos. Tan torpe persecucion dió lugar á la emigracion de muchísimos relojeros que no gozaban de aquel derecho, los cuales se trasladaron á las fronteras de Francia y de Saboya, y fundaron esa infinidad de establecimientos que se encuentran hoy dia en los confines de ambos paises. En 1793, una emigracion considerable de relojeros, que espulsados de Suiza, su pátria, pasaron á establecerse en Besanzon, pudo haber dado un impulso grande á esta industria en Francia; comprendia esta emigracion 500 familias, compuestas de 2000 individuos, de los cuales mas de 1600 trabajaban en la fabricacion de relojes. El gobierno de la república en Francia comprendió las ventajas que esos refugiados podian procurar al pais, y no vaciló un momento en dispensarles toda proteccion: así es que cedió gratuitamente á los señores Mayevant y Tort, gefes de la colonia, el uso de varios edificios nacionales por espacio de quince años; concedió á título de socorro provisional, cuatro francos diarios á cada soltero; tres á cada padre y madre, y dos á cada niño, ademas de una indemnizacion de 40 á 70 francos para habitacion ó casa á cada familia, segun el número de individuos de que constase: pagó los gastos de trasportes de las personas, de los útiles y mueblaje, é hizo un adelanto de 260,000 francos por seis años y sin interés alguno, á la naciente fábrica que debian establecer los emigrados. Por otro lado concedió un premio de 250 francos á toda jóven francesa que aprendiese una de las partes del arte de relojero, y en cuyo aprendizaje hubiese empleado mas de seis meses; otro de 400 francos cuando hubiese empleado dos años, y finalmente, otro de 500 cuando hubiese empleado mas de dos años. La convencion nacional decretó tambien que los relojeros establecidos en Besanzon debian recibir todos los años 200 alumnos franceses, de los cuales 100 serian mantenidos por la república, y estableció y ordenó al mismo tiempo la creacion de una caja de préstamos y de fomento, en la cual la tesorería nacional debia depositar la suma de 1.200,000 francos. A pesar de todo esto, la fábrica de Besanzon prosperó muy poco durante las guerras del imperio y los primeros años de la restauracion: la agricultura que se hallaba falta de brazos, llamó con preferencia los esfuerzos del pueblo francés; sin embargo, dicha fábrica produjo durante los veinte primeros años 31,000 relojes, de los cuales 400 eran de oro y los restantes eran de plata ó de metal compuesto. Desde entonces la fabricacion de relojes ha tomado en Francia cierto incremento, pues en 1837 Besanzon produjo 43,923 relojes; y en 1842, produjo 39,637; y la poblacion dedicada á esta industria se eleva en aquel solo departamento, al número de 12.000 obreros: con todo, la fabricacion francesa en esta parte es casi insignificante comparada con la fabricacion suiza, que esporta todos los años para Francia tan solo, sobre unos 20,000 relojes de oro.

En la actualidad la industria relojera cuenta tres centros principales; Suiza, Inglaterra y Francia; esta fabricacion es inmensa, y sus productos son objeto de un grande comercio en todas las partes del mundo. La Suiza fabrica, especialmente en Ginebra, en Chaux de Fonds y en Lochte: la Inglaterra en Londres; y la Francia en Besanzon y en el departamento de Doubs. La Suiza provee de relojes á la Alemania y á todo el Norte de Europa, y va suplantando á la Francia en las Américas; los ingleses, á pesar del subido precio de sus relojes, alimentan en parte á Constantinopla y á nuestras Américas, siendo escusado decir que tienen el monopolio de la India; finalmente, la Francia esporta muy poco, antes al contrario, la Suiza la inunda con sus productos, de modo que todos los años esporta relojes para aquel pais por valor de unos 12.000,000.

SERPIENTE DE MAR.

(Conclusion.)

Comparando estas nociones suministradas por el autor inglés, con cuanto análogo prestarnos puedan las tradiciones de la edad media y de la antigüedad, hallamos chocantes semejanzas en la descripcion que nos dejó Alberto el Grande de la famosa serpiente de la India: «Una de ellas vió Avicena, dice, cuyo pescuezo estaba guarnecido de pelos largos y gruesos como las crines del caballo; *et visus est unus ab Avicena, in cujus collo secumdum latitudinem colli, erant pili descendentes longi et grossi ad modum jubarum equi.*» Añade Alberto que tienen tres dientes muy largos y preeminentes.

Esta última circunstancia parece ser una vaga reminiscencia de la que Ctesias en sus *Indiques*, y despues de él Eliano en sus *Propiedades de los animales*, nos dicen del gusano del Ganges. En cuanto á la dimension, es indudablemente inferior este gusano al grandor á que alcanza la serpiente marina, pues que estos autores griegos le dan siete codos de largo, y una circunferencia tal, que apenas podria abrazarlo un niño de diez años.

Los dos dientes de que dicen está provisto, uno en cada quijada, le sirven para coger los bueyes, los caballos y camellos que encuentran á orillas del rio adonde los arrastra y devora.

Bueno es advertir de paso, que muchos rasgos de Herodoto y aun de Ctesias, rechazados en un principio como cuentos ridículos, los ha admitido en seguida la ciencia, porque muchas veces ha descubierto en ellos hechos de verdad y poca alteracion. Malte-Brun mira á Ctesias bajo este punto de vista.

Naturalmente llegamos al espantoso animal llamado *Odontotyrannus* en los romancescos relatos de las maravillas que halló Alejandro en la India. Todas las novelas de la edad media que hablan de este conquistador, aludiendo á los testos griegos designados bajo el nombre de Pseudo-Callisthene, están unánimes respecto del *Odontotyrannus*, del cual tratan tambien varios autores bizantinos. Todos ellos lo creen animal anfibio que vive en el Ganges y sus orillas, de una estatura cuyo grandor escede á toda verosimilitud: «Tal es, dice Palladius, que puede tragarse un elefante entero.» Por ridículo que parezca esto, pudiera muy bien ser una alusion hiperbólica, así como las mas gruesas serpientes de tierra devoran á enormes cuadrúpedos, como son caballos y bueyes; porque se los tragan efectivamente sin partirlos, pero despues de haberlos molido, estirándolos como informe rollo con sus poderosos apretones y terribles sacudimientos de sus repliegues.

Verdades que M. Grœfe, en su docta disertacion inserta en las memorias de la academia de ciencias de San Petersburgo, dice que el *Odontotyrannus* de las tradiciones de la edad media debia de ser un recuerdo del *mammonth*. Solo puede el sábio ruso fundar tan singular interpretacion en las versiones latinas del romance de *Alejandro*, del cual publicó un testo Monseñor Mai en 1818, bajo el nombre de Julio Valerio. Dice en él que el *Odontotyrannus* lastimó á pisotones *(conculcavit)* á algunos soldados macedonios, y el mismo relato se encuentra en una pretendida carta de Alejandro á Aristóteles, igualmente que en un tratado latino: *De los mónstruos y fieras raras*, recientemente publicado. Pero en los autores griegos que acabamos de indicar, es decir, los diversos testos griegos inéditos del Pseudo-Callisthene, y Palladius, Cedrena, Glicas, Hamartolus, ningun detalle figurativo añade á la espresion de un grandor enorme y de naturaleza anfibia. El señor Xivrey ha refutado tambien la interpretacion de M. Grœfe, en sus «Tradiciones teratológicas, ó relatos de la antigüedad y de la edad media en occidente sobre algunos puntos de la fabula y de la historia natural.»

La cualidad de anfibio, que por cierto no corresponde al *mammouth*, ¿pudiera acaso aplicarse á la gran serpiente de mar? Sir Everardo Thome, proponiéndose colocar entre los lixas lo que halló en la playa de Stronza, prueba con esto solo que lo tenia por verdadero pescado. Pero, si se le quiere hacer reptil, se le supondrá por lo mismo una naturaleza anfibia con facultad de vivir indefinidamente en el agua, y podránse al propio tiempo referir al mismo animal los egemplos de enormes serpientes terrestres consignados de vez en cuando en la memoria de los hombres.

La serpiente marina, cuya descripcion conservó el prelado Olaüs Magnus, era anfibia, y vivia en su tiempo en las rocas, orillas de Bergen; devoraba los ganados de aquellos campos, y alimentábase tambien de langostas.

Un siglo despues, Nicolás Gramius, ministro del Evangelio en Londen de Noruega, citaba una enorme serpiente de agua, que desde las rias Mios y Banz habia salido al mar el dia 6 de enero de 1656. «Viósele avanzar como un mástil de nave, destruyendo cuanto á su paso hallaba, hasta árboles y cabañas. Sus silbidos, ó por mejor decir, sus ahullidos, hacian erizar los cabellos á cuantos los oian. Su cabeza era gruesa como un tonel, y su cuerpo, en proporcion, alzábase por cima de las olas á muy considerable altura.»

En tiempos mas remotos, citaremos: la serpiente de la isla de Rodas, de la cual triunfó, en el siglo XIV, el caballero Gozon, quien por este hecho ligeramente tratado como fabuloso, vino á ser Gran Maestre de la órden de San Juan de Jerusalen.

En el siglo XVI, la que cuenta Gregorio de Tours haber visto en

Roma en una inundacion del Tiber, la representa gruesa como una biga de lagar: *in modum trabis validae*. La palabra *draco* de que se sirve el antiguo historiador, es de buen latin para significar tan solo una gran serpiente.

En la antigüedad propiamente dicha, nos cuenta Suetonio que publicó Augusto á los comicios, es decir, que anunció de oficio, el descubrimiento hecho en Etruria de una serpiente de setenta y cinco pies de largo.

Dion Casius dice que en tiempo del mismo príncipe, se vió en aquellas comarcas otra serpiente de ochenta y cinco pies, la cual causó graves desastres hasta que la mató un rayo.

La mas célebre de cuantas han hablado los autores antiguos es la que hubo de combatir el ejército romano cerca de Cartago, orillas del lago Bragada, durante el segundo consulado de Régulo, en el año de Roma de 498, que corresponde á 256 años antes de Jesucristo. Esta serpiente tenia de largo ciento y veinte pies, y causaba fuertes estragos en las tropas romanas, por lo que se vió obligado Régulo á dirijir contra ella las ballestas y catapultas, hasta que la despachurró una enorme piedra lanzada por aquellas máquinas. Para probar al pueblo romano la necesidad que tenia el cónsul de ocupar á su ejército en tan peregrina espedicion, envió á Roma la piel del mónstruo, y colgada quedó en un templo hasta la guerra de Numancia. Pero la disolucion del cuerpo dió tal infeccion, que forzó al ejército á mudar de campamento: puede que en toda la historia no se halle otro hecho mas atestiguado, ni contado con mas detalles por tan gran número de autores.

Philostorga habla de pieles de serpientes de setenta y ocho pies, que habia visto en Roma.

Cuenta tambien Diodoro que otra de cuarenta y cinco pies se cogió en el Nilo, y viva se envió á Ptolomeo Philadelphio á Alejandría. Strabon, quien aludiendo á Agatharchides, habla de otras serpientes del mismo grandor, cita á Posidonio, el cual vió en Cele-Siria una serpiente muerta de cien pies de largo, y de una circunferencia tal, que separados dos caballeros por su cuerpo no se podian ver.

¿Y alegaremos aquí lo que refiere el mismo Strabon, siguiendo á Onesicrita, que en cierta comarca de la India llamada Aposisares, criaron á dos serpientes, una de ciento y veinte pies, y otra de ciento y diez, y que deseaban con ánsia enseñarlas en Alejandría?

Si añadiésemos la serpiente que Máximo de Tiro pretende haber enseñado Taxilo al mismo Conquistador, y que tenía de largo quinientos pies, llegaríamos en las tradiciones de Oriente casi al mismo grado de estension en que hemos visto las tradiciones escandinavas, que dan seiscientos pies á su serpiente de mar.

Empero, puédese muy bien juzgar con estas aproximaciones, que la existencia de este animal, aunque cercado á veces de sospechosos rasgos, está muy lejos de ser una cosa moderna, y que se ha manifestado de varias maneras y desde remotos siglos. Ni es, como se decia, un riesgo de mas para los navegantes; porque este terrible mónstruo ya está indicado en la Biblia bajo el nombre de Leviathan, que aplica la Escritura á diversas enormes bestias, segun observa Bochart. El profeta Isaías lo aplica tambien de este modo: «Leviathan, esa inmensa serpiente Leviathan, esa serpiente de tantos pliegues y repliegues.

En este siglo la aparicion de la serpiente de mar está señalada en 1808, en 1815, 1817 y el año que corremos. No es de presumir que se encuentre con mas frecuencia en adelante que hasta hoy dia; pero al menos la atencion pública, llamada hácia semejante fenómeno por los órganos de la prensa, dará la correspondiente notoriedad á hechos del mismo género que pudieran suceder otra vez y que sin eso pasarian quizás sin que nadie se apercibiese de ellos.

El autor inglés que fué el primero en publicar cuantos datos pudo recoger, y á quien somos deudores de todas nuestras citas y testimonios modernos, hace conocer tambien los medios de que se valen los pescadores noruegos para garantirse de la serpiente de mar.

Así que la ven cerca, evitan sobre todo los vacíos que en el agua deja la alternativa de sus pliegues y repliegues. Si brilla el sol, reman con direccion á este astro, el cual deslumbra á la serpiente; pero cuando la perciben á cierta distancia, hacen fuerza de remos para escapar de su alcance. Si no pueden de otro modo salvarse, dirígense en derechura sobre su cabeza, despues de regar el puente con esencia de almizcle; porque se ha notado la antipatía que tiene este animal á aquel violento perfume, de modo que los pescadores andan siempre provistos de él al salir á la mar, durante los calmosos y ardientes meses del verano.

OFELIA,

LEYENDA DEL SIGLO VI.

I.

A la derecha del camino real de Madrid á Valencia, y cuando se presenta ya al viagero el panorama encantador que rodea á la ciudad conquistada por el Cid, con su inmenso y tupido bosque de árboles, sembrados en su interior de mil pueblos, que elevan sobre sus verdes copas la aguzada y en algunos esbelta flecha de sus torres parroquiales, se distingue una torre casi desmoronada que los naturales llaman la torre de Trullas. A su pie y en alguna distancia alrededor, se ven por entre los surcos algunos restos de sólidos cimientos que indican haber sido, en tiempos apartados, una soberbia vivienda.

En una de las salas de aquel castillo se hallaba la única hija del conde ostrogodo Guderico, adornada con los mas elegantes vestidos y rodeada de sus damas de honor, esperando, al parecer, la llegada de un personage importante. En su semblante no se veia pintada la ansiedad; al contrario: porque mientras que la alegría y el placer se hallaba retratado en todas las caras; que en el castillo resonaba un rumor desusado, y que briosos corceles y ricas hacaneas piafaban de impaciencia en los patios de aquella mansion feudal, un fatal presentimiento, hiriendo su corazon, le habia robado la alegre indiferencia de sus años juveniles. Una palidez repentina habia reemplazado las encarnadas rosas de sus mejillas, y su mirada, llena todavía de gracia y de pureza, se detenia indecisa y pensativa sobre cuantos objetos veia en derredor.

Ofelia tenia diez y seis años, é iba á ser la esposa del conde vándalo Geroncio.

El matrimonio es siempre cosa muy grave.

Para el hombre es muchas veces un ensueño realizado, y casi siempre un negocio. Mas para la mujer, para una jóven de diez y seis abriles que abre el dulce caliz de sus esperanzas á las falaces apariencias del mundo, cándida en sus pensamientos, sincera en sus palabras, casta y pura en sus deseos, juzgando del corazon del mundo por su propio corazon, el matrimonio es la accion mas grave y séria de su existencia: alguna vez es para ellas el amor desconocido de esposo una emanacion del cielo que vierte en sus oidos castos, palabras de un mundo desconocido: mas ¡ay! que con frecuencia no encuentra mas que un deseo brutal que mancha y despedaza una alma vírgen y candorosa.

Ofelia habia vivido hasta entonces en medio de los placeres que le proporcionaban los sumisos vasallos del poderoso conde su padre: tierna y bondadosa, habia crecido junto á él feliz y contenta sin cuidado alguno del porvenir, y hé aquí que de repente se veia precisada á romper con el presente y el pasado, y olvidando los inocentes pasatiempos de sus años, iba á entrar en una senda sembrada toda ella de escollos, llena de abnegacion, de sumision y de respeto.

Ademas, el esposo que se la habia destinado era reputado por tan tirano y cruel, que en diez leguas á la redonda no se hablaba mas que de sus venganzas y destrozos. La estensa llanura donde Valencia se halla asentada, se estremecia al solo nombre del vándalo Geroncio: cada uno relataba á su guisa hechos casi inverosímiles por lo atroces, y todos estaban contestes en darle fama de brutal. Asegurábase que habia sucesivamente muerto á sus seis mujeres anteriores en el momento mismo que le anunciaban ¡cosa horrible! que iban á darle un heredero. Es preciso, pues, confesar que todas estas noticias ó consejas si se queria, deberian soberanamente atemorizar una alma tan delicada y pura.

Un pensamiento tan solo venia de vez en cuando á consolarla, y era que el obispo Felix, tan respetado entonces por su piedad, y á quien generalmente llamaban *el Santo*, se habia mezclado en este asunto para vencer las repugnancias del conde Guderico, que se negó en un principio á conceder á Geroncio la mano de su hija. Felix, al intervenir como mediador en la pretension de este último, esperaba por este medio lograr abandonase la secta arriana cuyos principios profesaba, ya por gratitud á sus obras, ya tambien con el buen ejemplo que iba á colocar á su lado, con la escelente conducta y piedad de la bella hija del conde Guderico, que así él como los suyos defendian las verdades innegables de la iglesia católica ortodoxa.

En aquellos tiempos y lugares, el cristianismo apenas habia podido echar hondas raices en los ánimos, ya porque los réstos de la idolatría romana preocupaba todavía á muchos, ya porque los que á ella se hallaban apegados y ejercian algun poder, le perseguian de muerte, y ya tambien, y esto era sin duda lo mas sensible para las almas piadosas y sinceramente cristianas, porque la ambicion y el orgullo, como siempre, habian dividido los ánimos separándose de la grey comun, ora por puntos tan solo de disciplina, ora frecuentemente en el símbolo único y esencial de la doctrina católica.

Entre estos, la disidencia arriana era la que se hallaba mas estendida en el suelo y época de nuestra leyenda, aunque con otras varias fuese tambien comun á toda España.

¡La conquista del conde Geroncio debe ser una bella conquista! pensaba la pobre Ofelia; pero pronto al recuerdo de sus crueldades tornaba de nuevo á caer en sus incesantes inquietudes y temores.

En tanto, la noche envolvia en densa oscuridad los campos vecinos del castillo, dejando caer de su frente sombria grandes sombras que se esparcian por el suelo como negros fantasmas, y sin embargo, el esposo prometido no llegaba! Las antorchas que se hallaban encendidas en las avenidas del castillo reflejaban vagas y errantes imágenes en sus muros: Ofelia apoyada en el brazo de una dama de honor fué á posarse, medio desfallecida, en el alfeizar de una ventana.

—Lisa, decia á su compañera con acento melancólico, ¿qué causa motivará que mi esposo se haga tanto esperar? ¿No crees que esta tardanza es de mal agüero?

Y como Lisa, que abrigaba los mismos temores que su ama, no respondiese, Ofelia continuó:

—¿No oyes el graznido de las aves nocturnas cómo parecen anunciar alguna gran desgracia? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, y en vano trato de ocultármelo: ¡Dios mio! ¡Dios mio! tened piedad de mí.

Y dejándose luego llevar de sus funestos presentimientos, añadió tomando la mano de su confidenta y arrasados en lágrimas los ojos:

—Dentro de poco partiré, Lisa mia, y mañana volvereis á emprender de nuevo vuestras inocentes distracciones, reireis y cantareis con gran placer, mientras que yo.... encerrada en los muros de Paterna, miraré mi nueva vivienda como el sepulcro que me está destinado. ¡Ay Lisa! ¡Lisa!....

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se dejó percibir un rumor lejano del lado de la principal avenida del castillo: las antorchas de resina encendidas de distancia en distancia para alumbrar el camino se fueron sucesivamente reuniendo, apiñándose entre sí, mientras que á esta señal las gentes del conde Guderico que se hallaban apostadas, corrieron vivamente á sus puestos para no faltar á la etiqueta. El conde Guderico se presentó al momento á la puerta vestido con la mayor magnificencia y montado en su soberbio corcel, rodeado de los demas nobles, sus aliados y deudos. No bien se hallaban estos colocados, cuando se dejó ver rodeado de los suyos el conde Geroncio, señor de Paterna, cuyo nombre solo hacia estremecer á las jóvenes de pavor, montado sobre un brioso caballo negro como el azabache.

Al verle tan magestuosamente adornado, puesta la mano sobre la cintura, con su cabellera rizada descansando sobre sus hombros; con sus rutilantes ojos negros girándolos aquí y allá como si quisiese abrazar todos los objetos con una sola mirada, y su gorra de pieles cuajada de vistosa y deslumbrante pedrería, todos olvidaran que aquel mismo era el que gozaba tanta fama de cruel, si un enorme cuchillo encerrado en su vaina de oro y pendiente de la cintura, no les hubiese recordado las innumerables fechorías y crueldades que á todos tenian aterrorizados. La mirada pura y angelical de Ofelia que en lo alto de la escalera seguia con marcada atencion toda aquella escena contrastando con el severo semblante del esposo prometido que se esforzaba en mostrar sereno y apacible, hizo asomar mas de una lágrima en los párpados de las antiguas amigas y compañeras de infancia de la que iban á perder para siempre.

Llegados que fueron ambos guerreros al patio, saltaron á un tiempo del caballo, adelantándose Guderico á abrazar y tomar de la mano al que iba á ser el esposo de su única y queridísima hija.

Aquella escena de amistad tranquilizó por un momento el alma agitada de la sin ventura Ofelia, y enjugando furtivamente una lágrima que corria por sus megillas, se sentó esperando resignada la llegada de su esposo.

Mientras concluyen las ceremonias de la bendicion nupcial por mano de un sacerdote católico, á lo que se habia conformado, con indiferencia al parecer, el arriano Geroncio, conduciremos al lector á la sala del festin.

Una mesa cargada de groseras viandas, con infinitos cubiertos de oro y grandes vasijas llenas de vino de Chipre y de Italia, con misturas de Marsella y del pais, ocupaba todo el largo del salon, presentando á la vista una perspectiva pintoresca. El maestre-sala y el *silenciario* (1) su segundo, iban y venian por do quier, disponiéndolo todo con un órden y gravedad que nada dejaba que desear. El gefe de los monteros y los suyos, encargados de la pronta ejecucion de las órdenes del maestre-sala, iban y venian de la cocina á la mesa ordenándolo todo cual correspondia. El *alumbrador* colocaba con vistosa simetría las teas resinosas que debian alumbrar á los convidados. Toda la demas comitiva de ambos condes, vestidos de nuevo, esto es, de una túnica de lana y con bragas que les llegaban hasta las rodillas, cubierta la cabeza con un gorro de pieles llamado *pileum*, se hallaban todos en la capilla.

Concluida la ceremonia religiosa pasaron todos al comedor, ocupando cada cual el sitio que le estaba destinado. Sentóse en el testero el conde Guderico, teniendo á su derecha á su yerno y á la izquierda á su capellan; en frente se colocó el juez, y á su derecha el bardo principal del señor de Trullas. De pié y detrás de este estaban el mayordomo principal y en derredor los criados y los músicos, con su citara templada prontos á entonar el himno nupcial. Los demas convidados se colocaron segun de antemano se habia dispuesto.

Hecha la señal por el *silenciario*, y restablecida la calma, se levantó el sacerdote y bendijo la mesa. Los músicos preludiaron al momento que concluyó la bendicion.

Concluido el banquete toda la comitiva acompañó á los nuevos desposados á su residencia de Paterna. Rodeábanles infinitas luces de resina yendo precedidos por los músicos. El resplandor rojizo de las hachas hacia aun mas densa la oscuridad de la noche de bodas. Una estrella que habia sola y aislada arrojando sobre Trullas su radiante destello, fué envuelta por las nubes al poner la desposada su planta sobre el dintel del castillo. Ofelia, que al dejar el albergue de sus años primeros, elevó los ojos al cielo, notó esta desaparicion y suspiró. Su suerte se hallaba consumada: el terror volvió á apoderarse de su tierno y puro corazon.

II.

La residencia del conde Geroncio se hallaba situada á distancia no lejana de Valencia en la altura donde hoy dia se halla situada Paterna. No la rodeaban por un lado como hoy dia rodean á aquel pueblo la risueña huerta que se estiende hasta el fecundo Turia, siempre verdes y aromáticas sus campiñas con sus variadas producciones, ni por el otro los trabajados campos de su secano con las ordenadas hileras de algarrobos de verde oscuro perpétuo desafiando la intemperie cruda algunos dias del invierno, ni los ardores del sol abrasador de los estios casi siempre atemperados con la fresca brisa de la mar, porque en la época en que ocurrieron las escenas de nuestra leyenda, todo lo que en el dia es sitio de placer y de verdura, se hallaba ocupado por un vasto y anchuroso bosque que ocultaba con las espesas copas de sus árboles la habitacion de aquel señor que tanta fama tenia de cruel, cual si hubiera querido ocultar á la vista de todo ser humano la caverna de una fiera.

Las mansiones feudales del siglo sesto y anteriores eran muy diferentes de lo que fueron despues. Ignoraban todavia el arte de levantar sólidas fortalezas de piedra y cal, hasta que andando el tiempo, y los godos estendiendo su dominio, arrojando á las demas bárbaras gentes de su suelo, viéronse elevar los giganteseos y sólidos castillos, algunos de cuyos restos contemplamos aun con admiracion en nuestros dias.

Los grandes señores vivian en los tiempos que vamos repasando en humildes casas de dos pisos á lo mas, no teniendo mas renta que el producto de las tierras que rodeaban sus viviendas, productos por cierto bien escasos, ó el botin que alcanzaban peleando con otros señores sus vecinos, por el capricho mas fútil, un ódio ó una venganza. Las disidencias religiosas servian frecuentemente de pretesto. El catolicismo y el arrianismo se mostraban casi siempre irreconciliables.

Paterna no era, pues, mas que una casa de campo; antes bien que un palacio señorial. En su derredor reinaba el silencio mas profundo... Alguna vez se dejaba oir el eco de la trompa de caza, mientras que ladraban las jaurías, y piafaban los caballos, señal cierta y segura que su dueño se aprestaba con sus monteros en perseguir el ciervo ó el javalí.

Estos eran los únicos momentos en que podia respirar libremente la pobre y solitaria Ofelia. Seis meses hacia ya que se hallaba unida con el conde, y aun cuando de vez en cuando trataba de recordar, para ahuyentar sus penas, las tiernas y apacibles distracciones de su niñez, nada bastaba á arrancar de su alma sus tristes presentimientos. Seis meses de nueva vida, y ninguna noticia de su padre habia llegado á sus oidos; ninguna palabra de atencion ó de cariño habia salido de los labios de su esposo. Sola consigo misma, su alma anonadada por mil vagos temores, agitábala una vaga y estraña inquietud, y en vano trataba de desterrar su tristeza. Despues de algunos dias, sin embargo, parecia haberse disminuido un tanto su terror; el

(1) Este era el nombre que se daba al que en los banquetes y grandes funciones imponia silencio cuando iban á empezar los coros de música de aquella época. Segun asegura un autor, los celtas comian en el suelo sentados sobre haces de heno frente á unas mesas muy bajas, cargadas de pan y viandas asadas, tostadas ó hervidas. Pero como hacia ya mucho que habia desparecido aquella costumbre, andando el tiempo se fueron levantando las mesas reemplazando los haces por un *banco* circular, de donde provino el nombre de *banquete* que se da á esta clase de festines. En dicha mesa cada uno de los convidados tenia su sitio marcado segun correspondia á la dignidad de que estaba revestido.

miedo que la agitaba casi habia desaparecido; tenia mas valor y serenidad, y no temblaba ya tanto al encontrarse frente á frente con su esposo.

¿Quién habia podido efectuar cambio tan repentino? ¿Quién habia arrojado en aquella alma tan temerosa tan vivaz energia? ¿Qué sensacion desconocida habia impreso tal valor en aquella muger antes tan tímida y delicada?

¡Ofelia iba á ser madre!!!

¡Madre! ¡palabra y sensacion que transforma intensamente á la muger! ¡que la abre una carrera desconocida de esperanzas y de ilusiones, de orgullo y de amor! palabra y sensacion que la hace arrostrar con impávida firmeza, y hasta con temeridad estremada, todo peligro, todo sufrimiento; compensacion gloriosa de noble orgullo que el Creador le concedió en cambio del dolor, y de la debilidad á que se hizo acreedora por su primera falta; este nombre y esta sensacion transforma á la muger en un ser enteramente distinto de lo que antes fuera. ¿Puédese nunca comprender bastante lo que es para una muger el amor del hijo que siente moverse en sus entrañas?

Ofelia habia sentido agitarse en su seno el fruto querido de un amor mezclado de terrores; pero al solo pensamiento de su hijo, la madre valerosa habia sabido desprenderse de los melancólicos terrores de la jóven.

Hallábase Ofelia una tarde en el gran salon del castillo, ya que empezamos dando este carácter á aquella mansion, sentada junto al hogar; alumbrábala una lámpara de hierro, vacilante su llama con el viento que azotaba las ventanas que hacia pasar casi desapercibido el ruido de la lluvia.

Apoyada la frente en sus dos manos, Ofelia trataba de adivinar el porvenir que á su hijo le estaba reservado; ningun ensueño dorado la parecia bastante digno del hijo de sus entrañas. Debia ser hermoso, bien formado y valiente, seguiria á su padre en las batallas y él solo venceria á sus enemigos: despues... y sobre todo amaria á su madre con furor. ¡A su madre que tanto le amaba ya!

¿Quién sabe dónde puede detenerse el amor materno?

Nada de esto, sin embargo, bastaba á tranquilizarla enteramente: despues que habia anunciado á su esposo su futura dicha, y que muy pronto daria á luz el fruto de sus amores, el conde se mostraba con ella muy mas desapiadado y cruel. Apenas paraba en su morada, generalmeute salia muy temprano y no tornaba á ella sino muy entrada la noche, y aun así era para maltratar á la pobre jóven que no podia adivinar la causa de tan torpe conducta.

Mientras que Ofelia se hallaba fluctuando entre sus dudas y temores, llegó Geroncio que acababa de entrar en el castillo. Siguiendo su costumbre tomada algun tiempo hacia, iba á retirarse á su aposento dejando al conde libre y solo para cenar; mas cuando observó su semblante mas preocupado que nunca, ora que se alarmase mas su alma con aquella alteracion visible de sus facciones, ora que de una vez para siempre quisiese aclarar el misterio de aquella conducta brutal, fingió que pasaba á su oratorio, para volver al instante, pálida y temblorosa á escuchar á las puertas del salon.

Una persona estraña se hallaba con su esposo, y ambos hablaban en voz baja. Ofelia contuvo su respiracion y escuchó:

—¡Othos! decia el conde.

—A vuestras órdenes, señor; contestaba el desconocido.

—Cuando las estrellas dividan la noche, te introducirás con gran cuidado en el cuarto de la condesa.

—Y despues...

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Descuidad. Se hará como lo habeis mandado. Mañana no tendreis esposa....

Y el conde inhumano tornó á quedarse solo.

Hemos olvidado de notar que á la salida de Trullás de la desventurada Ofelia, no habia querido separarse de ella una de sus jóvenes compañeras de niñez, cándida y pura niña como su ama, pero que no por eso dejaba de abrigar en su pecho una alma fuerte y vigorosa y cuyos consejos habian mas de una vez disminuido los temores de la condesa é infundido en su corazon aliento y esperanza. Sentada casi todo el dia á los pies de su ama, apoyada su cabeza con su rubia y rizada cabellera sobre las rodillas, la cantaba para distraerla las canciones del pais ó bien la relataba con su gracia infantil las hazañas de sus antepasados y de su padre especialmente: y cuando la tristeza se apoderaba de la pobre Ofelia, Maria la miraba con tal encanto y ternura que la hacia olvidar su padecer. En una palabra, Maria era para su ama, el ángel de su consuelo.

Cuando Ofelia entró en el oratorio encontró á Maria orando de rodillas. Ofelia ni aun tuvo fuerza de pronunciar una sola palabra y se arrojó sobre un banco sollozando.

—¡Señora! ¡señora! ¿qué teneis? esclamó Maria.

—¡Ay Maria mia, mi querida Maria! ¡soy la mas desgraciada de las mugeres!

Y como aquella insistiese por saber la causa de tan gran dolor. Ofelia la contó todo lo que habia oido.

—Es preciso, señora, la dijo entonces su fiel amiga, que no os abatais así: tened confianza en la bondad de Dios y su santa madre que no nos abandonará.. Ya veis: la misma suerte nos está sin duda reservada: si os matan no dejarán, por eso, de hacer lo mismo conmigo, y sin embargo, ved cuán tranquila estoy; al contrario, me parece que tengo en este momento mas fuerza y valor... Dejadme hacer, que yo creo poder salvaros.

¡Qué es lo que Maria hizo, Dios solo lo sabe!

Lo cierto es, que poco antes de media noche abandonaban á Paterna dos mugeres montadas en dos hacaneas que marchando al paso á la salida, se dirigieron luego á escape hácia Trullas.

El conde Geroncio que á su gran crueldad unia una gran desconfianza de todo y de todos, vigilante especialmente aquella noche en la que por su mandato se iba á cometer el mayor de los crímenes, oyendo abrir la puerta de su castillo temió se tramaba algo en contra de sus proyectos, y saltando de su lecho fue en busca de su esposa. Como no la encontrase y viese abierta la puerta, no siendo de los que aceptan con resignacion el ver abortado un proyecto, enfurecido y loco de rabia, se armó de un terrible cuchillo y montado en su corcel se lanzó en seguimiento de ambas fugitivas.

Sin embargo, Ofelia y Maria galopaban sin cesar atentas tan solo al ruido que podia elevarse en derredor. Ya habian pasado una buena distancia de Valencia cuando el rumor del escape de un caballo hirió fuertemente sus oidos:

—¿Oyes, Maria? esclamó Ofelia, ¡es él!

—Nada temais, señora; contestó Maria: ánimo y valor, que si no me engaño veo ya la torre de Trullas.

—Y yo te digo, contestó Ofelia, que va á llegar muy pronto.. ¡Desgraciada de mi! ¡Dios tenga piedad de mi alma!

Ofelia tenia razon: el rumor que oia junto á ella era el conde Geroncio que llegaba. Maria seguia siempre galopando: Ofelia no pudo ir mas lejos y se dejó caer de su hacanea esperando la muerte... Al momento que llegó su esposo junto á ella, renovóse de nuevo su cólera, y sin vergüenza como sin remordimiento alguno, sin tener en cuenta sus lágrimas ni sus súplicas, *la cogió por los cabellos y sacando su cuchilla la dió tan fuerte golpe que la separó la cabeza de su tronco.* Despues de lo cual, dejando el cuerpo sin sepultura, tomó la vuelta de su castillo.

Así pereció la infortunada hija del conde Guderico de Trullás; pero como el cielo no deja la virtud sin recompensa, ni la maldad sin castigo, dice la crónica de donde tomamos esta historia, que el obispo Felix á quien todos tenian por santo, en atencion á sus virtudes volvió la vida á la entonces dichosa Ofelia, la cual se retiró á un convento de monjas que habia ya por aquella época en Valencia, siendo la admiracion de sus compañeras por su austeridad y rígidas costumbres.

El bárbaro Geroncio no disfrutó ni un instante de su crímen, pues á poco de separarse del cuerpo inanimado de su víctima, divisó una grande hoguera que ardia hácia el sitio donde ocultaba sus crímenes y su barbarie: al tiempo mismo que descargaba sobre la cabeza de Ofelia su cuchilla, caia un rayo sobre su albergue que lo reducia á cenizas, sin que quedase al siguiente dia mas señales de su morada que algunas piedras ennegrecidas y algunos troncos de árboles medio consumidos. Nadie supo qué habia sido de aquel hombre de quien tantas crueldades se contaban, y por algun tiempo el sitio en que vivió el arriano Geroncio fué mirado como un sitio de maldicion.

LUIS MIQUEL Y ROCA.

D. José Pellicer.

Entre los que han ilustrado al reino de Aragon con el noble cultivo de las letras, ocupa un distinguido lugar D. José Pellicer, nacido en Zaragoza en 22 de abril de 1602. Sus padres D. Antonio Pellicer de Ossau y doña Maria de Salas y Tovar, ambos de esclarecido linage, tuvieron despues otro hijo que emulando la temprana gloria de su hermano por diversa carrera de mas esplendor y de mas riesgo, acabó tambien mas prontamente la carrera y la vida. Este fué el maestre de campo D. Antonio Pellicer de Tovar, caballero del órden de Santiago y comandante de los dragones de España, que murió en 1650 en la restauracion de Cataluña por D. Juan de Austria. La carrera del hermano mayor fué á la verdad mas llena de dias, y no menos de afanes por ser menos sus peligros: vertióse en ella mucho sudor, ninguna sangre, y convínole al fin el nombre de guerra aunque con diversas armas. Dispensósela el cielo muy dilatada para la larga empresa á que parece le habia destinado de desterrar algunas tinieblas en nuestra

historia nacional, limpiar de manchas ciertos hechos y sucesos memorables, y combatir los impostores que propagaban y sostenian el error y autorizaban las patrañas. Para esta tan prolija y árdua tarea no bastaba solo integridad sin mucha constancia; no amor á la verdad sin gran aficion á la historia, y no el ingenio que tanto madrugó en su edad, que parece previno á los años la razon, si ésta, cultivada y perfeccionada por una educacion sobresaliente, no hubiese copiosamente ministrado los auxilios.

A los doce años de su edad habia concluido Pellicer la gramática en Consuegra, en donde residia su padre, y la retórica en Madrid bajo la enseñanza del P. Juan Luis de la Cerda. En la universidad de Alcalá estudió artes y se graduó de bachiller y licenciado; y en la de Salamanca profesó la jurisprudencia, en donde fué graduado en ambos derechos despues de haber sido consiliario y vice-rector. Para dar nuevo realce á estos estudios, se dedicó al conocimiento de las lenguas hebrea y griega, de que hizo loable uso alguna vez, como tambien de la italiana y francesa, en que dicen fué eminente: mérito entonces muy señalado, lo que es hoy comun adorno de crianza. Un ingenio pertrechado con este aparato de estudios sérios y amenos, no podia estar mucho tiempo ocioso. A los diez y nueve años de edad dió al público el *Apophasis de Protectoribus et Præpositis*, y la version latina, ilustrada con notas de la *Táctica de Constantino Porfirogéneto* escrita en griego. Desde estos dos trabajos, que fueron el preludio de su pluma y de su reputacion, hasta el año de 1676, tres antes de su muerte, apenas cesaron las prensas de sudar con nuevas producciones suyas. De estas debió de estar despues tan ufano su autor, ó por casualidad ó por su número, pues ascendia á doscientas, que imprimió su catálogo con el nombre de Biblioteca: dividelas en mayores y menores, á las que dió su antagonista Argaiz el nombre de *Gazetas*, de gran parte con razon. Podriase decir de Pellicer por la copia y varia naturaleza de sus escritos, que, ó llevado de su facilidad misma, ó estrechado de su necesidad, vino á convertir en oficio la prerogativa y gloria de escritor.



(D. José Pellicer.)

El particular estudio que habia hecho de algunos ramos de nuestra antigüedad histórica, ó mal examinados por los cronistas, ó desfigurados por los impostores, le proporcionó el empleo de cronista mayor de Castilla, á los veinte y siete años de su edad, en que sucedió á Antonio de Herrera. Habiendo vacado en 1636 la plaza de cronista de Aragon por muerte de D. Francisco Gimenez de Urrea, la diputacion de aquel reino le eligió sucesor suyo: y en 1640 le nombró el rey su cronista mayor de todos los reinos de la corona de Aragon; condecorándole despues con el hábito de la órden de Santiago. El desempeño de tan honoríficos cargos, y la fama que con ellos debe andar unida, fueron causa de verse distinguido del gobierno, buscado de los señores y zaherido de algunos literatos.

Los cuidados domésticos en la manutencion y crianza de sus hijos, habiendo sido casado dos veces, no solo no interrumpieron sus tareas, antes las avivaron, obligándole á consultar en ciertos casos mas con los socorros que le ofrecia la prensa, que con la importancia y calidad de sus obras. Esta seria la causa de haber empleado con preferencia su tiempo y sus desvelos en tanto número de relaciones, informaciones y justificaciones de genealogías, sucesiones y noblezas de familias, y en tanta copia de otras composiciones en prosa y en verso, tan varias por sus objetos como estrañas por sus títulos, de *urnas sacras, mármoles triunfales, pirámides baptismales, cadenas historiales, anfiteatros, etc.*, sobre escritos de la adulacion y pedantería de su tiempo. Tambien debemos confesar que si sus escritos fueron muchos, muchos mas fueron los elogios que hicieron de ellos algunos doctos sus contemporáneos; y no faltó quien tuvo la paciencia de formar de todos un volúmen. Sin embargo de tan antigua y pomposa recomendacion, en estos tiempos en que han variado el gusto y el criterio del público, los escritos de Pellicer son menos leidos y mucho menos elogiados, escepto algun corto número en que se interesan el lustre de la monarquía, la grandeza y verdad de la historia, y el juicio de la nacion.

Perdonándole su estilo, que descubre el oropel é hinchazon de su tiempo en los hipérboles y metáforas, y las alabanzas que no se descuidó de darse á sí propio, á que alguna vez le obligarian la sin razon y mordacidad de sus contrarios, se debe contar á D. José Pellicer entre los hombres de letras á cuyo ingenio, estudios y vasta erudicion debe mas la historia eclesiástica y civil de España en el siglo décimo sétimo: siendo dignos de gratitud y alabanza el celo, la constancia y esmero con que luchó contra los que sostenian la falsedad de los Marcos, Máximos, Julianos, Liberatos, Aubertos y otros fingidos cronicones. En esta guerra literaria sacrificó sus vigilias ocho años continuos, los postreros de su vida, que acabó en Madrid á 16 de diciembre de 1679 con la pluma en la mano dando la última á algunos escritos para cuya publicacion le faltaron caudal y dias, con haber sido tantos los que le concedió el cielo.

MUERTE DE CALMAR Y DE ORLA.

IMITACION DEL OSSIAN DE MACPHERSON.

(LORD BYRON).

¡Cuán queridos nos son los dias de nuestra juventud! El anciano se recrea dulcemente con su recuerdo. En el crepúsculo de la vida le pinta su memoria las horas de su infancia. Muchas veces se le ve empuñar su lanza con mano trémula: «No es asi, esclama, como este brazo, tan débil hoy, blandia el hierro delante de mi padre.»

Háse estinguido la raza de los héroes; pero las armonías del harpa eternizan su gloria; sus almas vuelan en alas del viento; oyen el canto de sus hazañas en medio de los suspiros de la tempestad, y se regocijan en sus palacios de nubes. Entre ellos está el bravo Calmar. Esta parda piedra indica el lugar en que reposan sus cenizas; pero el héroe recorre el espacio volando sobre el aquilon de las montañas.

Morven vió nacer á Calmar, que fue uno de los rayos de guerra de Fingal. Sus pasos dejaban en el campo de batalla un reguero de sangre. Los hijos de Lochlin habian huido delante de su temible lanza; pero sus miradas eran dulces; sus rubios cabellos caian en graciosos bucles sobre su espalda, pero brillaba como el metéoro de la noche. Ninguna virgen habia hecho latir su corazon, pues se habia consagrado enteramente á la amistad que le unia con Orla, guerrero de negra cabellera y fatal á mas de un héroe. Sus espadas eran igualmente valerosas en las batallas; nadie podia domar la fiereza de Orla, que no amaba á nadie mas que á Calmar. Los dos amigos vivian juntos en la caverna de Oithona.

Swaran parte de Lochlin y las azules ondas le llevan á la orilla. Los hijos de Erin caen bajo los golpes de su brazo terrible. Fingal llama á sus guerreros; sus navios cubren el Océano; despléganse las banderas sobre las verdes colinas; vienen en socorro de Erin.

La noche sucede al dia; las nubes cubren la frente de la luna; espesas sombras rodean á los ejércitos; encinas ardiendo iluminan los valles. El cansancio habia cerrado los párpados de los hijos de Lo-

chlio, que sueñan con la sangre que se les habia prometido, y creen blandir la amenazadora lanza, y poner en fuga á los hijos de Fingal. El ejército de Morven vela todavia; Orla es quien guarda el campo; Calmar está á su lado; entrambos van armados de aceros homicidas. Fingal llama á sus gefes, que rodean á su rey, sobre cuya frente caen plateados cabellos; pero el brazo de Fingal es aun robusto. La vejez ha respetado la fuerza del héroe. «Hijos de Morven, dice: mañana sa»limos en busca del enemigo; mas ¿dónde está el escudo de los hijos »de Erin? El enemigo ignora aun nuestra próxima venganza. Cuthu»lin está en el palacio de Tura. ¿Quién atravesará el campo para llevar »un mensage al héroe? Es necesario caminar por medio de las espa»das enemigas; pero mil guerreros me rodean: rayos de guerra, ha»blad; ¿quien irá á llamar á las armas á Cuthulin?»

—«Hijos de Tremmor, yo soy quien reclama ese honor, grita Orla, el de la negra melena; á mi solo es á quien corresponde. ¿Qué es para mi la muerte? Envidio el sueño de los bravos, y ademas, el peligro no es grande. Los hijos de Lochlin duermen; iré á buscar á Cuthulin. Resuenen las liras de los bardos si sucumbo, y depositen mis restos cerca de las olas del Lubar.

—¿Podrias morir solo? dice el hermoso Calmar. ¿Quiéres dejar á tu amigo, gefe de Olthona? Mi brazo es fuerte en las batallas: ¿podria yo verte morir, sin empuñar mi lanza? No, Orla, no. Juntos hemos cazado el ciervo en las montañas; juntos nos hemos sentado en la mesa de los festines; sean comunes nuestros peligros. ¿No hemos vivido juntos en la caverna de Olthona? Partamos la tumba que nos espera en las orillas del Lubar.

—Calmar, dice el gefe de Olthona: ¿á qué esponerte á los golpes de Erin? Déjame perecer solo. Mi padre habita los palacios aéreos, y se regocijará y gloriará de verme llegar manchado con la sangre de Lochlin. Pero Mora, la de los ojos azules, prepara el banquete para su hijo en Morven, oye el ruido de los pasos del cazador en los matorrales, y cree que son los de Calmar; que no pueda decir: «Calmar ha caido bajo la lanza de Lochlin; ha muerto con el feroz Orla, ese gefe de sombrio ceño.» ¿Por qué han de nublar las lágrimas los azules ojos de Mora? ¿Por qué su voz ha de maldecir á Orla, causa de la pérdida de Calmar? Vé, Calmar, vé á prepararme un sepulcro de piedra vestida de musgo, vé á vengarme derramando la sangre de Lochlin. Tú te unirás á los bardos junto á mi tumba; el himno de la muerte cantado por Calmar encantará el oido de Orla; mi sombra sonreirá escuchando sus dulces alabanzas.

—Orla, dice el hijo de Mora; ¿cómo podria yo cantar la muerte de mi amigo, y celebrar su gloria, si tan cara me ha de costar? No, mi corazon no tendrá mas que suspiros; la voz del dolor no se espresa mas que con sonidos entrecortados. Orla, nuestras almas oirán juntas el himno de la gloria, y habitaremos la misma nube en los aires. Los bardos unirán los nombres de Calmar y de Orla.

Entrambos se alejan de la asamblea de los gefes, y dirigen sus pasos hácia el campo de Lochlin. Las encinas medio consumidas no despiden mas que una débil llama. La estrella del Norte guia á los dos amigos por el Tura. El rey Swaran duerme sobre la colina; sus soldados descansan tendidos y mezclados, reclinando sus cabezas aletargadas por el sueño sobre sus escudos. Brillan las espadas á algunos pasos reunidas en haces; las hogueras se apagan poco á poco, desprendiéndose humo espeso de los últimos tizones. Por todas partes reina el silencio, solo la brisa respira sobre las rocas inmediatas. Los dos héroes atraviesan sin ruido por medio del ejército enemigo, y ya están á la mitad del camino, cuando Mathon, que duerme sobre su escudo, se ofrece á la vista de Orla. Los ojos del héroe se encienden con repentino furor, levanta su lanza.—¿Por qué frunces el ceño, gefe de Olthona? pregunta Calmar el de la hermosa cabellera. Nos hallamos en medio del enemigo, y no es este el momento de detenerse.—Es el momento de la venganza, responde Orla, el de feroz mirada. Mathon de Lochlin duerme; ¿ves su lanza? aun está enrojecido su hierro con la sangre de mi padre! bien pronto la de Mathon manchará el hierro de la mia.... ¿Pero le heriré durante su sueño? no; quiero que sienta el golpe que ha de precipitarle en la tumba, que conozca á aquel cuyo brazo vengador va á inmolarle. Mi gloria no quiere la sangre de un enemigo que duerme. «Levántate, Mathon, levántate; el hijo de Connal es quien te llama; levántate para reñir con él!»—Mathon se despierta sobresaltado; pero no despierta solo. ¡Mil guerreros han oido la voz de Orla!—«Huye, Calmar, huye, dice el hijo de Connal. Mathon va á caer á mis pies. Yo moriré con gozo; pero Lochlin nos cerca; huye á favor de las sombras de la noche.»

Vuélvese Orla; ya está roto el casco de Mathon; el escudo se le cae del brazo, y espira cayendo anegado en su propia sangre al pié del tronco de una encina. Véle caer Strumon, y se encoleriza arrojándose sobre Orla; pero la lanza de Calmar le arranca un ojo, y exhala el postrer suspiro al lado de Mathon. Los guerreros de Lochlin se precipitan sobre los dos héroes, de la misma manera que las olas del Océano se enfurecen contra dos navios del Norte. Semejantes á los buques que resisten las olas embravecidas, cortan con fiereza las amargas ondas y vuelven á aparecer entre la espuma; los héroes de Morven se abren paso á través de los enemigos que les atacan de todas partes: el estrépito de las armas llega á los oidos de Fingal, que hace resonar su escudo, rodeándole al punto sus hijos y esparciéndose sus guerreros por las breñas. Estremécese Ryno de alegria; Ossian aparece cubierto con sus temibles armas; blande Oscár su lanza; despléganse las banderas de Fillan. La muerte vuela triunfante por la ensangrentada llanura. La victoria favorece á Morven.

La aurora brilla sobre las colinas, en donde no se vé ningun enemigo vivo; pero cubren el valle los cuerpos de los que duermen el sueño de la muerte. La brisa del Océano agita sus cabelleras; pero ya no despertarán. Los buitres se ciernen sobre la presa lanzando lúgubres graznidos.

¿Quién es ese guerrero, cuyos blondos cabellos flotan sobre su pecho ensangrentado? Brillantes como el oro del estrangero, se confunden con los bucles de ébano que sombrean la frente de su amigo, oscurecida como la suya con las sombras de la muerte. Es Calmar, que estrecha en sus brazos á Orla; la sangre de ambos se confunde como el doble nacimiento de un arroyuelo de púrpura, saliendo de sus anchas heridas. La sombria mirada de Orla es feroz aun; Orla no existe, pero sus ojos despiden una llama amenazadora; su mano está asida á la de Calmar, pero Calmar parece respirar todavia:—«Levántate, hijo de Mora, le dice el rey de Morven; yo soy quien debe curar las heridas de los héroes. ¡Levántate! Todavia Calmar podrá perseguir los ciervos en las colinas de Morven!

—Nunca, responde el hijo de Mora; Orla no podria cazar ya el ciervo con Calmar. ¿Qué es para mi la caza sin Orla? ¿Quién partiria el botin de los combates con Calmar? ¡Orla no existe! Feroz era tu alma, querido Orla, pero era dulce para mi como el rocio de la aurora; para los demás era semejante á la amenazadora llama del relámpago; para Calmar brillaba como la argentada luz de la luna. Lleven mi espada á Mora, y cuélguenla en mi castillo solitario: teñida está de sangre enemiga, pero no ha podido salvar á Orla: sepúltenme en la tumba de mi amigo, y ensalcen los bardos nuestros nombres.»

Sepúltanles juntos á las orillas del Lubar. Cuatro piedras pardas indican el lugar de la muerte de Calmar y de Orla.

Swaran sucumbió. Nosotros confiamos nuestros guerreros á las azuladas ondas. Los vientos llevan nuestros navios á Morven. Los bardos cantan á los héroes:

«¿Qué espectro es ese que vaga por las nubes? ¿Quién es ese sombrio fantasma que brilla en medio del fuego rojizo de la tempestad? Su voz se confunde con la del trueno. Es Orla, el sombrio gefe de Olthona; el que no tenia rival en las batallas. ¡Paz á tu alma, terrible Orla! ¡Tu renombre es eterno! Hijo de Mora, el de los ojos azules, tu gloria vivirá siempre con la suya; tu corazon era tierno, ¡oh Calmar! pero tu espada era formidable; tu espada está colgada en tu castillo; las sombras de los guerreros de Lochlin acuden lanzando ayes y gemidos en torno de ese acero que tan fatal les fué. Escucha los cantos de tu gloria, ¡oh Calmar! Héroes son los que hacen repetir tu nombre á los ecos de Morven. Agita los bucles de tus hermosos cabellos, hijo de Mora, espárcelos entre el arco iris, y dignate sonreirnos en medio de las lágrimas de la tempestad.»

BALADA.

EL ROBLE Y EL ARROYO.

Saltan en perlas de la peña al hoyo
en destilados hilos de cristales
las limpias aguas del naciente arroyo,
puras y virginales
como de la niñez las alegrias,
y jugueteando en la menuda grama
van murmurando ledas armonias
que forma el viento al columpiar la rama.
Sigue, pobre arroyuelo,
le dijo un roble, tu mortal camino,
verás cual tiñe el pedregoso suelo
de fango vil tu chorro cristalino,
y ora absorvido por voraz torrente
te abrigues en sus ondas cenagosas,
ora discurras manso y trasparente
jugo prestando á las pintadas fosas,
en declive eternal, siempre alejado
de la natal ribera,

irás corriendo, pobre desterrado,
cabe la tumba que en la mar te espera.
No me asusta tu triste profecía,
dijo el arroyo manso,
que ni el torrente, ni la mar bravía,
pueden dar digna tumba á mi descanso;
humilde como soy, en mi la luna
trémula reflejó su luz de plata.
y en los ténues cristales de mi cuna
limpio el azul del cielo se retrata;
si enturbiado del cieno del torrente
en agitado vuelo al mar camino,
desde su inmenso cauce, trasparente
me elevo á mi destino;
pues cuando el sol con su esplendente carro
baña la mar de luz, el arroyuelo
deja en el fondo de la mar el barro
y en aura de vapor se eleva al cielo.

F. CAMPRODON.

LAS OREJAS DEL BORRICO.

Fábula.—Imitacion del aleman.

A un burro que vió pasar
dijo el burlon Baltasar:
¡Vaya una figura rara
que tienes con ese par
de orejas de media vara!
Yo no me las he escogido,
replicó el asno advertido:
no royéndomelas andes;
que Dios tendrá bien sabido
por qué me las hizo grandes.

J. E. HARTZENBUSCH.

FEDERICO II Y UNO DE SUS SOLDADOS.

En una de las visitas que el rey de Prusia hizo de incógnito á sus soldados, sucedió que una tarde encontró á uno que parecia habia bebido algo mas de lo regular. Llegóse á él con bastante familiaridad, y le preguntó en tono de conversacion cómo con tan corta paga se hallaba en disposicion de tener francachelas tan copiosas. Créame V., camarada, añadió, yo tengo la misma paga que V., y con todo esto nada puedo ahorrar para la taberna: y ¿dígame V. cómo lo hace?— Me parece que V. es un gran demonio, respondió el soldado apretándole la mano; ¿y por qué se lo tengo de ocultar?... hoy, por ejemplo, he hecho una espresion á un antiguo camarada; ¿no seria muy duro que de cuando en cuando no pudiera un hombre echar cuatro brindis en compañía de un amigo? Como la paga nunca lo permite, he recurrido hoy á mi antiguo espediente.—¿Qué espediente? preguntó el rey.—Bueno... respondió el soldado: empeño algunos de mis efectos de que sé no necesitaré en algunos dias, y despues con un poco de abstinencia se adquiere con qué recobrarlos. Esta mañana recurrí á la hoja de mi sable. Yo sé que no tendremos revista antes de una semana, por lo que no la necesitaré.—Federico le tomó bien las señas, y despues le dió gracias y se despidió de él. El dia siguiente dió órden á sus tropas, sin que nadie lo pensase, para que se juntasen. Pasó dicho monarca revista, y encontró á su camarada de la tarde anterior, é hízole salir de las filas con el soldado que estaba á su derecha. Mandóles se despojasen: —Hora, dijo al que queria sorprender, saca tu sable, y corta la cabeza á este miserable.—Quiérese escusar; suplica al rey no le mande gemir toda su vida por haber muerto á un hombre de bien con quien sirve hace quince años, pero el rey queda inflexible.—¡Pues bien, señor! dijo el soldado, supuesto que nada mueve á V. M., quiero rogar á Dios haga un milagro por mí convirtiendo mi sable en un pedazo de madera.—Pronunció estas palabras con la mas afectada devocion, y fingió la mayor sorpresa cuando habiendo sacado su sable, vió sus deseos cumplidos. El monarca admiró su destreza, y no contento con solo perdonarle le dió una recompensa.



(El hospital del Rey de Burgos.)

Madrid.—Oficinas y est. tip. del Semanario Pintoresco Español y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Abadia de S. Luis en Francia.)

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

I.

Los rayos de la luna alumbraban las almenas del castillo de don Juan Ponce de Cabrera, fortaleza situada al pié de la sierra de Córdoba, y en una praderia cubierta de lozanas flores y frondosos álamos negros, que acariciaban en aquel instante las auras de la primavera. El silencio de la noche solo era interrumpido por el viento que entre las hojas de las ramas se movia, ó por el lejano galopar de un caballo.

A poco cesó este, y un hombre embozado se presentó en una plaza que formaban los álamos delante de un portillo de la fortaleza. El encubierto caminó lentamente, como queriendo recordar el sitio tras de una larga ausencia, se paró luego, dió un gran suspiro, y dirigió sus pasos hácia el álamo mas robusto y lleno de verdes y frescas hojas. Se acercó á su tronco, buscó en él alguna cosa, y al punto encontró dos grandes letras ligadas: una L y una B.

—Gracias doy al cielo (dijo), que tras afanes sin cuento, y tras tantas desventuras he podido llegar á verte, árbol que escuchaste mis promesas y juramentos. Ya es llegado el instante del desempeño de mi palabra. Harto he sufrido para conseguirlo. Vuelvo á estos lugares tan desdichado como me ausenté de ellos; pero con la confianza de que la fortuna no habrá podido destruir lo único que me queda en el mundo: la fé en el amor de una doncella.

Y sacando el embozado una guirnalda de blancas rosas la ciñó al tronco del álamo, diciendo:

—Recibe, álamo testigo de mis amores, la memoria de mi lealtad; y ojalá que dentro de poco tú y yo veamos la que debe consagrar á mi afecto en tu mismo tronco el hermoso dueño de mi vida.

Dijo el embozado, y un ruido que oyó hácia el portillo de la fortaleza, le obligó á volver el rostro para observar de donde nacia. Entonces vió á la claridad de la luna que una muger se acercaba á la plaza de los álamos. Deseoso sin duda de encubrirse á los ojos de la dama, hasta ocasion mas oportuna, se escondió detrás del tronco de uno de aquellos.

La muger que venia á turbar los recuerdos amorosos del encubierto, era doña Blanca, hija del ilustre caballero andaluz don Juan Ponce de Cabrera, señor de aquel castillo y su comarca, y de otros torreones situados en algunos lugares de las entrañas de la sierra. Iba vestida del color de su mismo nombre y con una guirnalda de modestos alhelíes en las manos. Sus años no pasaban de los veinte, y sus ojos negros y rasgados y su color moreno, claramente demostraban que el sol de Andalucía alumbró su primera cuna.

Tímida como la corza, y anhelante como las flores cuando desean el agua de mayo, se acercaba al mismo álamo que recibió la prenda de amor del embozado y oculto caballero.

—Me mata la duda y el deseo (dijo): temo y anhelo el desengaño; y voy á morir de angustia si mi esperanza desaparece como la imájen del ave sobre las corrientes del rio. Si Lope ha perecido en la guerra con el moro, ó si gime entre cadenas, no habrá recibido ese frondoso álamo la memoria de su fé. Pero de cualquier modo debe recibir la mia, para que si alguno de los que por aquí pasaren, llega al lugar donde estuviere, libre ó cautivo, amante ó ingrato, pueda decirle. «Junto á la fortaleza de Ponce de Cabrera, vimos grabado en el tronco de un álamo tu nombre y el de Blanca, entre una guirnalda de tiernos alhelíes.

Dijo, y se acercó al álamo para ponerla en su tronco, cuando vió la guirnalda de blancas rosas que antes habia dejado el encubierto.

—¡Oh Dios mio! esclamó: soy feliz, pues Lope sin duda alguna ha vuelto.

En esto oyó el sonido de las cuerdas de un laud muy cerca de sí, y una voz, que no en estos versos, sino en otros de aquel tiempo cantaba lo que sigue:

Si pasas por el mar ó por la fuente
paloma á quien espero,
pregúntale si han visto en su corriente
la luz que yo mas quiero.

—¡Ah! esa es la voz de Lope, ese es su mismo acento, dijo la doncella.

Y el del laud continuó su cantar,

Mas si en el soto, monte, valle ó rio,
tu vista nada alcanza,
dí á las rosas que aguarda el amor mio
el sol de sú esperanza.

—El sol de tu esperanza ha llegado ya, Lope mio, prosiguió Blanca: vuela á mis brazos.

—Aqui estoy para vivir en ellos, si lo quieren mis desventuras, dijo Lope saliendo de entre los árboles, y dejando caer la capa que lo encubria.

—Habla, esposo mio, pues mi esposo habrás de ser (esclamó la doncella): depon el ceño que aun turba tu rostro; por tí he sufrido los rigores de dos años de ausencia en tanto que tú peleabas contra el moro en defensa de tu pátria, y con codicia de riqueza que acompañen á lo ilustre de tu sangre. Vanidad de vanidades que si te idolatrase menos, bastaria á entibiar mi cariño: y á mudar mi fé, si en mi fé cupieran mudanzas.

—La imágen tuya me ha acompañado en las batallas y en mi triste cautiverio (continuó el galan): unas veces me ha animado á grandes empresas; y otras me ha consolado en mis tribulaciones.

—Qué tribulaciones pueden acongojarte, dueño mio (dijo Blanca), cuando vas á ser mio; pues tú lo anhelas y yo tambien, y mi padre en vez de oponerse alimenta con sus deseos la esperanza que ha sustentádo mi pobre espíritu en tu ausencia.

—Imposible es este matrimonio por ahora, prosiguió D. Lope de Herrera: soy noble cual tú; pero la fortuna, enemiga constante de mi familia, nos arrebató uno á uno los tesoros, sin que el valor del brazo ni la constancia pudiesen restaurarlos. Yo me he propuesto luchar con ella, aunque en todas las ocasiones ella triunfe de mi impidiéndome el conseguir la posesion de las riquezas que solo ambiciono para que sirvan de trofeos á tus plantas.

—Me estremezco al escuchar tus razones (replicó Blanca): ha mas de dos años te ausentaste en demanda de esas riquezas que tanto anhelas y que yo desprecio. Ofreciste volver al cabo de ellos á mi lado, ya fueses rico, ya afligido de la pobreza, y en fé de tu promesa has puesto en el tronco de ese álamo que oyó tus pensamientos una guirualda de blancas rosas, como simbolos de lo puro de tus afectos y de la modestia de tus ambiciones.

—No creas, Blanca (añadió el caballero), que dejaré de cumplir mi oferta aunque me cueste la vida. Pero te engañas al imaginar que es la codicia quien me arrastra á buscar los honores y las riquezas que huyen de mi. La alteza de mis pensamientos y el deseo de acompañar á lo noble de mi linage con la vana ostentacion que se necesita para ser estimado del vulgo me arrastran á mayores empresas. Ambiciono honras y tesoros; pero adquiridos cual cumple adquirirlos á uno que se precia de honrado y de caballero. Mi sangre ilustre sin dignidades y sin riquezas está en opinion, y te juro, Blanca mia, que hasta que logre alcanzarla no serás mi esposa.

—¿Qué dices, amor mio? (dijo la triste doncella acongojada). Cuando imaginé al estrecharte en mis brazos que la alegria me iba á arrebatar la vida, ¿quieres que ahora la pierda contemplando la ceguedad de tus ambiciones, que superan al afecto que has puesto en mi? Ojalá que yo pudiera destruir la torre de tus altivos pensamientos, y encender en tu pecho el ódio que á los bienes de fortuna tiene mi padre. Miralo alli contento con su suerte y con medianas riquezas. Desprecia á la fortuna con sus prosperidades, y la fortuna viene á ofrecérselas quizá por lo mismo que las abomina. Tú las anhelas y huyen de tu presencia: las buscas en los campos de batalla por medio del valor y de la constancia, y en vez de un lauro para tu frente recibes cadenas para tus manos. Lejos de la córte y de sus bullicios, y triunfador de sí mismo y del orgullo, mora mi padre en esta soledad, desengañado de la fortuna; pero ella turba su reposo constantemente, y desea sacarlo de esta calma para convertirlo en su despojo quizá dentro de pocas horas. El rey mismo D. Alonso onceno, con pretesto de correr en la vecina tierra un venado, debe llegar á este castillo con disfraz de un caballero cualquiera, y acompañado de dos de sus mas intimos familiares. Su designio es llevar á mi padre á palacio y darle su privanza, por lo mismo que este la teme, como el injusto la hora de perder la vida. No te desvanezcan las ambiciones, Lope mio: sigue mis consejos: sé vencedor de la fortuna: acata el ejemplo de mi padre, y así tal vez alcanzarás las mayores venturas en el instante de despreciarlas.

—No puedo menos que acceder á tus persuasiones (añadió Lope), y te empeño mi palabra de que al nacer el dia.....

Un ruido lejano de caballos que se escuchaba en la pradera vino á turbar el coloquio de los amantes.

—Adios, Lope (dijo la doncella); fuerza me es tornar al castillo: ignoro qué gentes se acercan: quizá pertenezcan á la casa del rey: no debo quedarme en este sitio. Acuérdate de tus promesas, y olvida tus ambiciones.

No bien puso fin á estas palabras, dirigió sus pasos la hermosa Blanca al castillo. Quedó solo por un breve instante D. Lope, mirándola desaparecer y recordando la oferta que habia hecho á la doncella.

—Mucho he prometido; pero el amor me esforzará á enfrenar mis pensamientos.

Esto dijo para sí, y viendo que el galopar de los caballos cesaba y que hácia la plaza de los álamos se dirigian á pie cuatro hombres, tornó á esconderse para no ser conocido.

Los recien llegados eran gentes de armas, segun demostraban claramente los rayos de la luna que herian sus cascos y aceradas cotas.

—Aun no ha venido, dijo uno mirando á todas partes en busca de algun objeto.

—¿Debemos llamarlo en el castillo? preguntó otro.

—Nada de eso (replicó el primero): pues nos encargó que le esperásemos en este sitio, en este sitio le esperaremos. Ya poco puede tardar: el alba está vecina, y á la hora del nacer el sol ejecutaremos la empresa.

—Sí, la ejecutaremos (añadió otro), con tal de que la persona de que hablamos sea quien nos asegure las vidas.

—Confiad en que saldremos bien de nuestro designio. La persona es abonada para nuestra defensa en caso necesario (tornó á decir el primero).

En estas y otras pláticas pasaron algunos minutos. Don Lope en tanto las escuchaba, y no se atrevia á salir del sitio en que se hallaba cuidadoso de saber el objeto de aquella junta en tal sitio y á tales horas. Lo embozado de las razones de aquellos hombres le habian dado á entender de que se trataba de la ejecucion de alguna maldad, y ya deseaba ver el fin de esta aventura, cuando se apareció un quinto personage armado de todas armas y montado en un potro ligero.

—Ya estoy aqui (dijo el recien venido, y echó pié á tierra).

—Pues aqui estamos tambien todos (añadió uno de los otros) dispuestos á serviros y á ejecutar la empresa con toda decision, siempre que se nos cumplan todas las promesas del concierto que hicimos.

—Todas serán cumplidas (replicó el caballero): aquí teneis primeramente cuatro bolsas con el oro ofrecido; esto es solo la mitad del precio con que pago vuestro favor y ayuda: terminada la hazaña que nos ha juntado en este sitio, sereis pagados con igual cantidad, y aun quizá mayor, si un feliz suceso, como creo, corona nuestros intentos. Ahora seguidme y os daré mis instrucciones.

—De eso hay algo que hablar todavia, caballero, (dijo uno de los hombres de armas). Vos nos ofrecisteis el dinero, mas tambien dijisteis que el otro vendria á hablarnos y á autorizar con su presencia la obligacion que hacemos de servirlo hasta la muerte. Y yo, á la verdad, recelo de que él no haya querido arriesgar su persona en un asunto en que puede costarle la cabeza.

—Los escrúpulos vuestros serán en parte desvanecidos, (respondió el recien llegado). Bien sabeis que soy su primo, y aunque por justas causas hasta ahora he estado con él desavenido, el deseo de véngar reiterados agravios, nos ha puesto en el caso de deponer antiguos odios para reconciliarnos por el interés de nuestra sangre. Mi primo en este instante se halla postrado en el lecho y afligido con una enfermedad aguda: y aunque en la mañana de hoy necesariamente ha de levantarse, he remitido esa operacion para entonces, por juzgarla innecesaria ahora. Yo traigo sus poderes, y los cuatro documentos en que él se declara cómplice de vosotros, seguridad que habeis exigido para egecutar el golpe que deseamos, y pergaminos que no ha dudado mi primo en sellar con el sello de sus armas, para acreditar la obligacion que tiene con vosotros, y la confianza en el buen suceso de la empresa

Al decir esto el incógnito caballero cogió de la silla de su caballo cuatro guardapliegos de hierro perfectamente cerrados.

—Aqui los teneis, añadió volviéndose á sus oyentes: el documento escrito en pergamino y sellado por mi primo, en que se declara fautor de esta conjuracion, se encuentra encerrado en estos guardapliegos. Podeis abrirlos por medio de un secreto resorte que os daré á conocer.

No bien pronunció estas razones, abrió prestamente uno de los hierros, y sacó un pergamino del cual pendia un sello de plomo.

—Aquí veis el documento ofrecido: aquí sus armas en este sello: aquí la obligacion de ampararos en caso adverso: aquí la órden de acometer la empresa. Quien dude de vosotros, fiese del que sepa leer y en estas líneas hallará la sinceridad de mis palabras.

Dijo, y mostró el pergamino á uno de ellos: el cual á la luz de la luna pudo dar lectura en baja voz á las razones que se contenian en aquel documento

Don Lope procuró escuchar al que leia, pero su trabajo fué inutil; la confusa manera de leer y lo bajo de su voz pusieron estorbos al deseo del caballero.

—Estamos satisfechos (dijo uno). Siendo tal persona el principal de la empresa, nada aventuramos.

—Y aunque aventurásemos algo (continuó otro), no nos parece mal perdernos con sugeto de sangre tan ilustre y generosa.

—Bien veis que he procurado el secreto (esclamó el que aparecia como cabeza de todos). Los documentos están encerrados en parte donde solo el que sabe el secreto del resorte puede sacarlos. Esta precaucion tomé para no malograr nuestro bien coordinado propósito en el caso de que un indiscreto descuido hiciese perder á alguno de vosotros un pergamino tan importante. Pero ya la luna se vá ocultando, indicio claro de que la venida del alba se aproxima. No perdamos tiempo. El rey debe llegar hoy al castillo con solo dos de sus monteros: á poco de estar en él, tomará el camino de la sierra para coger un venado. Viene disfrazado, y sin recelar que el fin de su vida y de sus tiranías se acerca pór instantes. Nosotros debemos escondernos en un paraje intrincado de la sierra por donde suele Alfonso pasar en sus cacerías. Lo solitario y fragoso del sitio y los pocos que le acompañan aseguran un dichoso fin al suceso. Yo confio aun mas que en estas cosas en el valor de vuestros corazones y en la fidelidad que hasta ahora habeis mostrado. Con buena resolucion y con poco riesgo de las personas, el tirano Alfonso de Castilla debe caer á los filos de nuestros aceros.

Esto dijo y montó á caballo, los demas lo siguieron, y á poco rato se perdió en el silencio de aquella soledad el ruido de sus pisadas.

Don Lope salió entonces de su retiro. Mil confusos pensamientos batallaban en su alma. El asombro que la noticia del proyectado regicidio le causaba, no era menor que las ambiciones que renacian en su corazon al verse dueño de un secreto de tal valor y rareza. En medio de tantas dudas y encontrados afectos como se despertaron en su mente, esclamó:

—Ah fortuna inconstante, cuán bien te conoce Blanca. No cansada de despreciarme mientras solicitaba tus favores, vienes á turbar mi sosiego cuando comenzaba á despreciarte. Pues bien; no creas que desoiré tu voz mas engañosa que el cantar de las sirenas. Dificilmente podrás ahora desoir mis quejas, y destruir uno á uno los pasos que dé con deseo de alcanzar las venturas que ambiciono. O intentas burlarte nuevamente de mis pretensiones, ó estás dispuesta á favorecer mis intentos. Si me ofreces con sinceridad tu ayuda, doy por bien empleados tus antiguos desprecios, y seré siervo tuyo hasta la muerte: si te has propuesto al contrario presentarme solo un rayo de esperanza para revivir mis abatidos pensamientos y atormentarlos luego con desengaños, tu astucia será vana, pues incautamente me has dado una prenda en este secreto con la cual podré subir á las mayores venturas, á despecho tuyo.

Al terminar estas razones, dirigió sus pasos á ocultarse en lo mas espeso de la pradera, en tanto que el primer rayo del alba comenzaba á asomar por cima de las empinadas sierras.

II.

Apenas habia el sol descubierto su rubia cabellera en el horizonte, dejó don Juan Ponce de Cabrera el castillo que le servia de morada, y bajó á la pradera solo para esperar la venida del rey don Alfonso XI de Castilla y de Leon.

Era don Juan como de 42 años: alto, enjuto de carnes, de cabello negro, y de luenga barba, de grandes ojos y de apacible mirar, de bizarro ademan y de gallarda presencia. Sin mas pariente que una hija, á quien amaba aun mas que á su propia vida, pasaba tranquilo los dias en la fortaleza que heredó de sus mayores, lejos del trato de la corte y sus engaños, y satisfecho con los bienes de fortuna que le dejó su padre en la hora de la muerte.

Muchos años habia vivido en su retraimiento sin que la mas pequeña sombra de tristeza hubiese turbado el cielo de su ventura, cuando una tarde llegó á las puertas de su fortaleza un jóven mal herido que pedia albergue y socorro. Deseoso de favorecer al menesteroso, no dudó don Juan de dar franca hospitalidad al mancebo. Aposentólo en su mismo cuarto: recostóle en su mismo lecho, y en compañía de la hermosa Blanca, atendió á restañar la sangre que corria de la herida. A las seis horas de haber prestado semejantes auxilios al doncel, llegaron al castillo dos caballeros preguntando por su persona. Recibiólos don Juan y los llevó á la presencia de su huésped, delante del cual hincaron las rodillas los recien venidos, haciendo ademan de besarle las manos y dándole tratamiento de alteza. Al punto supo Cabrera que el herido era don Alfonso, y que los que acababan de pisar los umbrales de su castillo pertenecian á la casa real, y acostumbraban á servir de compañía al monarca castellano en la caza, por las sierras de Córdoba. Uno y otro habian perdido de vista al rey, y lo habian buscado luego inútilmente por aquellas asperezas, en tanto que el mancebo recibia una herida en la pierna defendiéndose de un javalí, que al cabo pagó con la vida su atrevimiento.

Desde aquel dia quedó el rey don Alfonso muy agradecido á don Juan Ponce de Cabrera; y siempre que salia ocultamente de su corte para recrearse en la caza, avisaba á su amigo (pues por tal lo tenia), para que á las puertas del castillo lo esperase con recato, y para departir con él sobre los negocios de estado. Don Juan odiaba estos favores al mismo tiempo que los agradecia; y mil veces hubiera querido alejarlos de sí; pero el respeto al monarca le obligaba á proseguir en una senda para otros cubierta de lozanas y regaladas flores, y llena para él de ciertos precipicios y de invencibles malezas.

Paseaba Ponce de Cabrera delante de su castillo, aguardando al rey por momentos, y temeroso como siempre de que Alfonso triunfase de su modestia, y lo hiciese abandonar aquellos lugares para seguir el estruendo de la corte; cuando vió venir por la pradera á un caballero, cuyas facciones no le eran desconocidas.

—Don Lope, amigo mio, ó mejor dicho mi hijo, pues mi hijo habeis de ser, siempre mis brazos están abiertos para vos.

Y al decir estas palabras estrechó afectuosamente contra su seno á don Lope de Herrera. Y prosiguió sus razones:

—Pues ya habeis tornado á estos lugares, juro á Dios que saldreis de ellos en demanda de dignidades y riquezas. Si teneis unas y otras, deponedlas en esta soledad al lado de una muger que os idolatra y que debe ser vuestra esposa.

—Don Juan, amigo, (esclamó don Lope) mal juzgais de mis intenciones si las creeis solo encaminadas por una ambicion infame. Yo aprecio mucho la tranquilidad de vuestra vida; pero si vos desde la infancia hubierais sido desdichado, en algo mas buscariais la ventura que en la contemplacion de los prados y en el reposo de estas vastas soledades. Vos habeis tenido honras, si no conformes, al menos semejantes en algo á lo que debian esperar vuestros merecimientos: harto de ellas, las habeis despreciado, resolucion que apruebo, y que imitaria, á ser don Juan Ponce de Cabrera. Pero yo á quien la envidia, la mentira, y la adversa suerte han perseguido constantemente desde la cuna, sin que los méritos, sin que el valor, sin que la virtud, sin que la antigua nobleza de mis padres, y sin que sus servicios y los mios hayan recibido premio, lo anhelo y lo busco sin descanso, no por lo que valga ante la estimacion del mundo, sino porque debo recibirlo.

—¿Y pensais acaso forzar á la fortuna á que os entregue esos dones, cuando mas se empeña en esconderlos á vuestra vista? (preguntó don Juan). Cuando mas os empeñeis en la empresa, mas os despreciará la fortuna, y en vez de convertirla en vuestra esclava, ella os convertirá en su juguete, y luego en despojo de sus rencores. Miraos en mi ejemplo: temo la próspera fortuna, procuro huir á esta soledad para ocultarme de sus ojos; pero hasta aquí me persigue. No las dignidades, no los tesoros apetezco, sino un estado mediano y un sosiego del alma. En este sitio gozaba, y aun gozo algo de lo que tanto apetece mi deseo; y en medio de todo, estoy luchando contra los favores de la fortuna para no apartarme de los objetos de mi amor, de mi felicidad y de mi reposo.

—Ya veo que en nosotros la fortuna ejercita sus maldades, dijo don Lope: os favorece para inquietaros y me desprecia para atormentarme. No sé si seremos vencidos ó vencedores en la lucha que emprendimos: vos en resistir sus dones, y yo en procurarlos; pero la victoria al cabo ha de coronar mis esfuerzos por lo menos; pues tengo ya las armas para subir á la cumbre de la rueda de la fortuna. Quizá desde ella caeré luego despeñado: pero el título de vencedor jamás se apartará de mi nombre.

—Loco sin duda estais (replicó Cabrera): y en verdad que sois el primero que intenta escalar el trono de la prosperidad por medio de la violencia y á despecho de la suerte. Mas os engañais, segun imagino: si conseguis el favor de ella en vuestra osadía, sereis señor de los objetos de vuestras ambiciones, pero no por vuestra sagacidad, sino por el deseo de la que creeis vencida, cuando quizá por burlarse de vos se deja vencer, consiguiendo mayor victoria en engañaros. Tal vez caminais á vuestra perdicion: huid del riesgo que ella os prepara, y triunfad de vos mismo.

—¿Y sois acaso menos loco que yo? (continuó D. Lope). ¿Pensais vos que tanto enalteceis el poderío de la fortuna, venceria cuando

me la pintais como invencible? Ella se obstina con ciega pertinacia en daros las dignidades que entregais al desprecio: pues bien, si nada consigue de vos, su poder está sujeto al raciocinio de los mortales que saben recoger sus favores y tambien desdeñarlos. Y ya que vos tanto imperio alcanzais sobre la suerte que os persigue para bienes, yo espero con las mismas armas del ingenio librarme de los males con que me acosa. Hoy el rey ha de venir á veros, antes de esconderse entre las sierras para fatigarse con el ejercicio de la caza. Quiero que me presenteis á S. A.

—Don Lope, ciego venis, (dijo Cabrera) mas pues lo quereis, cúmplase vuestra voluntad: amigos somos siempre: y mi hija está destinada para vos, ya poseais las dignidades que quereis, ya os agobie la pobreza. Y en prenda de una fiel amistad, tomad mi espada y dadme la vuestra. Donde quiera que estuviéreis, ella os recordará mis consejos para que os separen de los peligros á que arrastra la ambicion, y vuestra espada me servirá de memoria del arrojo con que perseguis á la fortuna, que os maltrata para yo huir de sus favores.

—Acepto vuestra espada en señal de perpétua amistad, y confirmen esta nuestros brazos.

Dijo D. Lope y entregó su espada á Cabrera, en tanto que este dió á Lope la suya, y con ella los brazos, no sin derramar lágrimas hijas de un puro afecto.

En esto dos clarines desde el castillo anunciaron que se acercaba gente al castillo.

—El rey llega, Lope: retírate un poco, y confia en mí que le haré presentes tu persona, tus servicios y mis deseos de que subas á las dignidades que mereces.

—Tú eres aun mas que amigo mi padre, respondió D. Lope á las anteriores razones de Cabrera, y se apartó de la plaza de los álamos, sin perder de vista á D. Juan.

Llegó D. Alfonso, sin ropas ni atavios reales sobre un caballo blanco, y sin mas armas que una ballesta y un venablo. Seguianle en sendos potros dos monteros de su casa. Ponce de Cabrera se acercó al rey en ademan de quitarse el birrete; pero Alfonso le hizo señas para que no descubriese con una indiscreta señal la persona que lo visitaba.

—Aquí no soy D. Alfonso XI, sino D. Alfonso de Castilla, (dijo el monarca, apeándose de su caballo, cuyas riendas entregó á uno de los monteros), un caballero de ese nombre amigo de D. Juan Ponce de Cabrera, y aficionado á perseguir alimaña en las sierras de Córdoba.

—Señor (esclamó D. Juan), V. A. me honra de tal suerte que ya la vanidad hubiera entrado en mi pecho, si no conociese que estas acciones de V. A. son efectos de la bondad de su cariño con que me favorece, y no premios de merecimientos que jamás he tenido.

—Siempre sigues en esta soledad entregado á tus filosofias (prosiguió Alfonso). Tiempo es ya de que la dejes, para emplear tu buen entendimiento en servicio del rey de Castilla. En mi corte te preparo el mejor puesto al lado de mi persona. ¿Qué mas pudiera apetecer tu ambicion?

—No tengo ambicion de dignidades, sino de sosiego (dijo Cabrera). Mi mayor deseo seria ocuparme en servir á V. A., pero no en los palacios, donde la tierra es insegura para los que se ven lisonjeados del favor de la suerte, sino en los campos de batalla y en la guerra con el moro. Si para esto V. A. necesita de mi brazo y de mi vida, mi vida y mi brazo están á la disposicion de mi rey y señor, á quien tanto amo y venero.

—Tambien puedes servirlo en la corte con tus consejos (dijo Don Alfonso): diestro eres y esperimentado en la política: necesito no de tu vida y de tu brazo, sino de tu discrecion y de tu sabiduría.

—Mil hombres hay en vuestra corte (replicó el caballero) que pudieran desempeñar ese cargo con mas méritos que yo. Para subir á la dignidad de privado de V. A., ¿cuáles son mis títulos, cuáles los servicios que he prestado á V. A.? Cuando os haga alguno digno de tamaño premio, entonces no dudaré un solo instante en ser consejero de V. A., sin temer á la envidia y á los detractores que me cerquen en palacio.

Don Alfonso escuchó estas razones con algun asombro, viendo la resistencia de su vasallo á recibir favores de reyes; quedó suspenso un rato dudando si era hija del orgullo ó de la modestia. Al cabo se dirigió otra vez á D. Juan, diciéndole con semblante algo alterado y con muestras de un enojo pasagero.

—Me ofreces aceptar mi valimiento, luego que me hayas hecho algun gran servicio, del cual pende la salvacion de mi corona, la seguridad de mi estado, ó el reposo de mis reinos. ¿Pero qué acciones puedes ejecutar en mi servicio sin salir de estas soledades? Por loco ó por ingrato debiera tenerte, si menos amor te profesase.

Dijo el rey, y sin esperar iba á encaminarse hácia su caballo, cuando D. Juan le llamó con estas razones:

—Yo daré á V. A. un consejero de mas valía que éste á quien tanto pretendeis favorecer sin mérito alguno.

Y al propio tiempo hizo una seña para advertir á Lope que era ya ocasion de acercarse.

Pero Alfonso no se detuvo y comenzó á montar, cuando los dos amigos estaban cerca de sí.

—Señor y rey mio (dijo D. Juan), D. Lope de Herrera, de ilustre linaje, de gran valor, y de no menores servicios prestados á la corona de V. A., llega á vuestra presencia. Yerno mio va á ser, y pues tales merecimientos tiene, V. A. que tan justiciero es, no podrá menos de honrarlos de hoy mas.

Alfonso que estaba ya montado en su caballo, miró con desden á Don Lope, y respondió á Cabrera:

—En mejor ocasion hablaremos: la caza me llama. Guárdete Dios.

Y picando al caballo, se alejó á buen paso, seguido de los dos monteros.

Don Lope mudó el color del rostro y dió señales del mas triste abatimiento, al ver la indiferencia del rey hácia su persona.

Cabrera se dirigió á su amigo, le tomó la mano, y le dijo:

—Ya lo veis: el desengaño de la fortuna lo tenemos presente. Sigue ofreciéndome los dones que desprecio, y no desiste de negároslos, á pesar de vuestros esfuerzos. El mejor remedio de las desdichas se encuentra en olvidar que es uno desdichado. En vano he pretendido cubriros con el manto de mi ventura: vuestra mala suerte lo ha arrebatado con furor de vuestros hombros, y os ha descubierto á los golpes de la infelicidad, contra quien luchais inútilmente. Ya veis, querido mio, que contra la fortuna no sirve la violencia.

Don Lope al escuchar estas palabras alzó los ojos al cielo, y pareció como que recuperaba los antiguos brios.

—Os engañais (dijo á Cabrera) si me teneis por vencido. Aun tengo un arma poderosa con que sujetar á mis pies á la enemiga fortuna Pronto vereis cómo vuestros pensamientos quedan deshechos ante mis acciones.

Y subiendo prestamente en su caballo, encaminó sus pasos á la misma senda que tomaron el rey Alfonso y los dos monteros.

A poco volvió el rostro al castillo, y vió en una de sus almenas á Blanca que lo miraba tristemente.

Digno he de ser de ti (dijo á media voz), puedo salvar al rey la vida, y la salvaré, si mi valor no desfallece y á pesar de los rigores de mi fortuna.

Apretó nuevamente las espuelas al caballo, y se entró por la espesura de la sierra.

En tanto D. Juan Ponce tornaba á su castillo tristemente compadeciendo la temeridad de su amigo.

(Continuará.)

ADOLFO DE CASTRO.



Estátua de la reina doña Leonor, muger del rey don Juan I de Castilla.—En la capilla de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo.)

TRAGE SINGULAR.

El famoso Louvois, ministro de Luis XIV, era, cuando jóven, algo ligero de cascos, y hallándose en Brest á los diez y ocho años, con muchas deudas y sin dinero, escribió á su padre el marqués de Souvré pidiéndoselo. No recibiendo respuesta vendió toda su ropa, menos un frac negro muy usado, y con su importe marchó al castillo de Louvois, donde aquel lo recibió muy mal, en términos que no se atrevió los primeros dias á renovar su peticion.

Una noche le anunció el marqués que dos dias despues debian venir á comer al castillo varias señoras muy distinguidas de las inmediaciones, y le añadió: «Espero que te quitarás ese indecente trage de camino, y que te vestirás como corresponde.» Louvois se guardó bien de decirle que no tenia otro, pero le indicó que los que habia traido todos eran viejos y que deseaba hacerse uno nuevo, y aprovechó la ocasion para pedirle dinero. La negativa de su padre fué tan terminante que no le dejaba la menor esperanza, y por lo tanto no insistió, y se limitó á decirle que se pondria otro trage.

El cuarto en que dormia estaba colgado con unos tapices muy antiguos que representaban grandes personages: Louvois descolgó uno en que figuraban Armida y Reinaldo, hizo que le trajeran al sastre del pueblo inmediato, y le mandó hacer con él un trage completo: frac, chaleco y calzones, y que se lo llevara dos dias despues muy temprano. El sastre, para que hubiese alguna regularidad en este singular vestido, hizo las mangas del frac con los dos brazos de Armida, puso en la espalda la cabeza de Reinaldo con un magnífico casco, y el resto lo formaron dos cabecitas de amorcillos y fragmentos de escudos.

Louvois se endosó muy satisfecho este equipage, y esperó, no sin alguna impaciencia, en su cuarto y en el mes de julio, la llegada de los convidados. Así que oyó el ruido de los carruages en el patio, bajó con ligereza, no obstante la pesadez enorme de su adorno, y se presentó en la entrada de la escalera á dar la mano á las señoras, lo cual hizo con suma seriedad y con la mayor sencillez y naturalidad. Mientras que sorprendidas estas y haciéndole en vano mil preguntas las conducia Louvois con aire de triunfo al salon, llegó el marqués de Souvré, y al ver adornado á su hijo con los despojos de su cuarto, retrocedió sorprendido pidiéndole con irritado tono la esplicacion de aquella estravagancia.

—Padre, le respondió éste, me habiais mandado poner otro trage, y como no tenia á mi disposicion mas que este género, me he visto precisado á echar mano de él para obedeceros.



(La declaracion, cuadro de Poitevin presentado en la esposicion francesa.)

UN COMBATE EN CAMPO CERRADO

en tiempo de Luis el Gordo.

EL CONDE HUGO DE CRESSY CONTRA EL CONDE AMAURY DE MONFORT.

Las trompetas hicieron la señal y ambos combatientes se lanzaron uno contra otro con la velocidad del rayo, chocándose sus espadas sobre sus cabezas, y resonando el choque en todo el recinto. Cien golpes fueron dados y devueltos alternativamente con igual agilidad y parados con la misma destreza: el sudor de ambos campeones inundaba sus armaduras: un sombrío silencio los rodeaba, y no era posible prever el éxito de aquella terrible lucha. Monfort entre tanto engañó á su adversario con un falso ataque, y su espada cayó á plomo sobre el casco de Cressy y rompió la cimera: mas su dureza hizo resbalar la espada, que lo hirió únicamente en la oreja. Aumentóse con esto la furia de Cressy y se redobló su vigor, y la espada que lo habia herido saltó hecha astillas por la suya sobre la cabeza del conde de Monfort, que pasó al momento su hacha á su mano derecha y empuñó el puñal con la izquierda. Cualquier otro que Cressy hubiera tirado su espada para que las armas fueran iguales, mas él habia olvidado que combatia contra el padre de Luciana, y la vista de su propia sangre lo tenia sediento de la de su enemigo. A un tiempo peleaba con la espada y el hacha, mas el diestro Monfort sabia parar todos los golpes, y aprovechando un paso en falso que dió Cressy resbalando sobre un trozo de la espada que habia caido al suelo, le sacudió un golpe tan duro y violento sobre la manopla, que la espada del bárbaro cayó de su entorpecida mano. Desde entonces no fué ya desigual el combate: Monfort estrechaba á su adversario para no darle tiempo ni ocasion de recoger su espada: el peligro mismo redoblaba su viveza, y uno de sus golpes hubiera derribado un hombro á Cressy, si la placa de acero que lo cubria no hubiera sido de tal temple que ni aun fué abollada. No se hizo esperar la respuesta, y si el filo del hacha de Cressy no hubiera dado contra el mango de encina de la de Monfort, hubiera éste sucumbido. Un estremecimiento de terror agitó á los espectadores, y esta muestra de interés reanimó su valor, y el hacha de Cressy recibió tan fuerte golpe de la suya, que cayó al suelo hecha dos pedazos entre ambos combatientes.

Mas este contratiempo no desanimó á Cressy, y antes que su adversario le pudiera acertar otro golpe, se arrojó sobre él enlazándolo con sus nervudos brazos. Entonces fué ya inútil la hacha de Amaury, porque ni podia manejarla ni descargarla sino al acaso sobre la espalda de Cressy. Sujeto como con un tornillo, solo le quedaba un brazo para defenderse, en términos que abandonó su arma y ambos campeones quedaron solo reducidos á los puñales. Fuertemente abrazados uno con otro, cada uno trataba de fatigar á su adversario y derribarlo al suelo: la tension de sus músculos denotó igual vigor por largo rato: la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; mas el conde de Mon-

fort, con el peso de cincuenta años, luchaba contra un coloso que se hallaba en todo el vigor de la juventud. Cressy le hizo perder pié, y lo derribó al suelo sin soltarlo, y apoyándole una rodilla sobre el vientre, lo oprimia como un tigre encarnizado sobre su presa, y arrancándole de la mano el puñal con que todavía procuraba Monfort herirle, y poniéndole el suyo en el cuello, comprimiéndole la visera con la mano izquierda:

«Ríndete, le dijo, confiesa que estás vencido.»

¡Gracia! ¡gracia! clamaban los espectadores espantados con tan terrible y prolongada lucha. El rey Luis arrojó su cetro á la liza, los jueces del campo se pusieron en pié, y los ecos del clarin trasmitieron á Cressy la órden de cesar el combate.

LA VOZ DEL ANCIANO.

Hallándome una tarde en el paseo de cierta capital de Europa, vi venir á lo lejos un elegante tilbury que era tirado por un brioso alazan y dirigido por un jóven elegante, á cuyo lado iba una señorita tan gallardamente prendida y sentada con tanta gracia, que cautivaba á cuantos la miraban: la rápida carrera de este ligero carro de triunfo le hubiera merecido una corona en los brillantes juegos olímpicos. Admirados estaban todos los concurrentes envidiando la suerte de estos felices mortales, cuando los distrae la ronca y cascada voz de un anciano, pequeño de cuerpo y de una fisonomía muy viva, que gritaba al del tilbury diciéndole: *¡Detente!* Esta palabra que fué contestada con una sonrisa de desprecio por el orgulloso conductor, produjo en el concurso un murmullo general de disgusto y desaprobacion; mas á pocos instantes vemos que tropieza el carruaje contra un obstáculo imprevisto, cae, se rompe y ruedan largo trecho por el suelo el presuntuoso galan y la almibarada ninfa. Avergonzados ambos, se levantan llenos de polvo y les falta tiempo para buscar un coche de alquiler y sustraerse á las miradas indiscretas de una multitud de espectadores que se apresuraban á reconocerlos, con mas malicia que compasion.

Y bien, dijo entonces el anciano, yo lo habia previsto, no quisieron oir mi consejo, que escarmienten en hora buena.

La tarde era calurosa, y fatigado yo de andar tomé una de aquellas sillas, que aunque de mala figura, son en los paseos públicos mucho mas cómodas que los durísimos bancos de piedra: me hallaba entre muchas personas divirtiéndome en oirlas hablar de la ocurrencia del tilbury y de las mil frivolidades que dan pábulo á la conversacion en estos sitios de recreo. Un jóven de traje elegante, poblados bigotes y acicalada pera, hablaba en defensa de las modas del dia con un caballero vestido á lo antiguo, que criticaba con severidad las estravagantes variaciones de los trages de las señoras, el lujo de los chales de cachemira, que tan costosos suelen ser á los pobres maridos, y el corrompido gusto de los hombres: en un principio era esta conversacion muy festiva; pero poco á poco fué tomando un carácter sumamente sério. Aquel anciano que habia gritado á los del tilbury, se hallaba inmediato á nosotros oyendo la conversacion con mucha calma; pero de repente se anima, alza la voz y dice á los contendientes: *¡Deteneos!* Ellos no hicieron caso, continuando cada vez con mas calor su disputa, que terminó por una cita cuyo resultado sabe Dios cuál seria.

Me retiré del paseo meditando sobre las advertencias lacónicas del imperturbable viejo, y habiendo tomado un refresco en el café, me encaminé al teatro. Al entrar en el patio vi á lo lejos aquel anciano cuyas secas palabras resonaban todavia en mis oidos: deseoso de observarlo de cerca pasé á sentarme junto á él, cumplimentándole con mucha cortesía. Se representaba una pieza nueva, en la que el autor, como suele suceder con frecuencia, tenia un partido á su favor y una intriga en contra, y por lo mismo estaba dispuesta una pandilla para elogiar el drama, y otra para vituperarlo: ambas principiaron á poner en juego los aplausos y los desprecios, y ya iba bastante encrespada la contienda, cuando el taciturno viejo principió á dar fuertes golpes en el entarimado con su baston, gritando con una voz que atronaba: *¡Deteneos!* Lejos de hacerle caso, la discusion literaria se convirtió en una riña de mercado; las injurias sustituyeron á las figuras de retórica, los golpes á las injurias, y no terminó el escándalo hasta que la guardia le puso fin llevándose arrestados indistintamente á los agresores y á los provocados.

Concluida la comedia entré en una casa de juego para buscar á cierto amigo que presumia estuviese en ella: sorprendido quedé al encontrar en aquella casa de perdicion al respetable y severo anciano, á quien habia perdido de vista á la salida del teatro, lo que me estimuló á detenerme, poniéndome desde luego á observar los pálidos semblantes de aquellos cortesanos de la fortuna, las alternadas conmociones de alegría y de pesar, de orgullo y de abatimiento, de satisfaccion y de despecho con que estos esclavos de la avaricia son agitados por los caprichosos decretos de aquella voluble diosa: pero lo que mas me llamó la atencion fué un jugador elegante, frívolo y altanero, á quien favorecia tanto la suerte, que cuantas jugadas hacia otras tantas acertaba. Los banqueros perdian ya la paciencia, contra su natural impasibilidad, al verse obligados á menudear el pago de tan repetidas ganancias, acostumbrados como ellos estaban no á dar sino á recibir: ya tenia el engreido favorito de la fortuna un monte de oro delante de sí, y todos los circunstantes guardaban un profundo silencio, cuando el sentencioso anciano acercándose á él y dándole un golpecito en el hombro le dijo en voz baja: *¡Detente!* El atolondrado gananciosо le responde con una burlona carcajada de risa, y doblando las puestas empeña mas que nunca el juego: á pocos instantes se ladea la suerte, reveses suceden á reveses, la montaña de oro se aplana, en fin, el tesoro desaparece.

Pálido y desconcertado, saca el jugador la bolsa y pierde lo que tiene en ella: pide prestado á sus amigos y sufre la misma suerte: entonces se oye una terrible voz que le dirigió el impaciente viejo diciéndole: *¡Detente!* pero el ingrato jóven se encoleriza, le injuria, le amenaza, y dando gritos de desesperacion deja aquella infernal guarida vociferando que iba á poner término á sus desgracias. El anciano lo sigue precipitadamente, yo corro tambien en pos de él, lo llamo y no hace caso; baja la escalera y encuentra al pié de ella una muger llorosa que trata de detenerlo; quiere apartarla de sí, mas ella se echa á sus pies, le presenta una bolsa y unas joyas y en vano trata de sujetarlo: en fin, con el acento mas tierno prorumpe en estas palabras: *¡Detente en nombre del amor y de tus hijos!* El hombre queda petrificado, derrama despues lágrimas, la estrecha entre sus brazos y se vá con ella. Ya se ha salvado, esclamó el anciano: este *detente* habló á su corazon; el mio hablaba solamente á su juicio.

Conmovido yo á la vista de una escena tan tierna, y habiendo quedado solo con el viejo, le pregunté lleno de curiosidad: ¿Quién sois, hombre singular? He oido predicadores elocuentes sin ablandárseme el corazon; he leido las obras de los primeros filósofos, y aunque han escitado mi alma no han satisfecho mi curiosidad; por el contrario han oscurecido mi espíritu en vez de ilustrarlo, pues al paso que me sacaban de algunos errores me sumergian en muchas dudas: vos no pronunciais mas que una sola palabra, y sin embargo adquirís cierto dominio sobre mí, me inspirais confianza y me imponeis respeto. Amigo mio, me contestó el anciano, he vivido mucho y he errado mucho: estudié todos los sistemas filosóficos, todos los códigos, todas las doctrinas; de poco me sirvieron estos conocimientos, pues una larga meditacion y una tardía esperiencia han reducido toda mi filosofía á este solo precepto: *¡Detente!*

Si todos supieran detenerse serian muy poco dominados por las pasiones; por no saber detenerse, el valor se convierte en temeridad, la libertad en licencia, la severidad en tiranía, la bondad en debilidad, la generosidad en profusion, el amor en celos, la devocion en fanatismo, la sumision en bajeza, el elogio en adulacion y la censura en sátira. ¡Cuántos monarcas del Oriente por no querer que su voluntad fuese *detenida* por las leyes, han sido esclavos de sus esclavos, ó asesinados por sus mismos súbditos! No sabiendo los griegos *detenerse* en su apasionado amor á la libertad y en sus ardientes deseos de dominar, se dividieron é hicieron intervenir al estrangero en sus desavenencias cayendo en la esclavitud.

En nuestros tiempos modernos ¡qué de necedades y de crímenes no han sido cometidos por no saber ó no querer detenerse! Hasta las virtudes llevadas al estremo se convierten en vicios: por esto la mejor leccion que puede darse al hombre para mejorar sus costumbres y asegurarle su bienestar, consiste en esta sola palabra: *¡Detente!*

J. P.

LA ULTIMA HORA.

(Este juguete ha sido escrito para ponerlo en música.)

I.

Distante de tu lado,
¡ay! muero, madre mia;
y torno en mi agonía
los ojos hácia ti:
pues aunque nos separen
el mar, la tierra, el viento,
fijo tu pensamiento
tendrás tú siempre en mí.

II.

¡Ay madre, madre amada!
¡cuál las tranquilas horas

recuerdo encantadoras
de mi infantil edad!
Entonces tú velabas
mi sueño tiernamente,
sintiendo yo en mi frente
tu beso maternal!

III.

Y ¿cómo pude ingrato
tan pronto abandonarte?
¿Cómo pude pagarte
tu amor con esquivez?
¡Ah, sí! ¡Memoria infausta!
¡Con lengua mentirosa
una muger hermosa
jurábame su fé!

IV.

Y creyéndola ¡oh mísero!
por ella muero ahora;
¡mientras la infiel adora
á aquel que me mató!
Adios... que ya se mueve
con pena el labio mio...
yo un ósculo te envio...
madre del alma... adios!...

RAMON DE NAVARRETE.

LOS LUSIADAS.

(Traduccion.)

CANTO II.

. . . .

XXXIV.

Con los bellos colores del camino
Tan hermosa y tan dulce se mostraba,
Que el aire y el cielo del confin vecino
Y todo el firmamento enamoraba:
Los ojos, fuente de un amor divino,
Un tan ardiente rayo iluminaba,
Que los polos helados encendia
Y la zona glacial de fuego hacia.

XXXV.

Y por mas encantar al soberano
De quien siempre querida Dione fuera,
Se le presenta, asi como al Troyano
En el ideo confin se apareciera;
Si la viese el mortal que el cuerpo humano
Perdió viendo á Diana placentera,
Nunca los fieros galgos le mataran,
Que antes los deseos le acabaran.

XXXVI.

Las rubias trenzas de oro se esparcian
Por su cuello en la nieve cincelado;
Los pechos al andar se estremecian,
Y amor jugaba allí sin ser notado;
Del blanco seno llamas le salian,
Do abrasa el corazon el dios alado;
Por las tersas columnas le trepaban
Deseos que cual yedra se enlazaban.

XXXVII.

Trasparente cendal las partes cubre
del virgíneo pudor justo reparo,
Mas ni todo lo esconde ni descubre
El velo de los lirios poco avaro;
Por avivar la llama el velo encubre
Hermosas prendas de tesoro raro,
Ya arden los dioses de los altos cielos,
Marte en amores y Vulcano en celos.

XXXVIII.

Y mostrando en el célico semblante
Sonrisa de tristeza acompañada,
Como dama que fué de ingrato amante
En lances amorosos mal tratada,
Que se queja y se rie en un instante,
Y es feliz á la vez y desgraciada;
Asi la Diosa á quién ninguna iguala
Llorosa y triste su dolor exhala.

XXXIX.

Y asi comienza: «¡oh padre poderoso,
Siempre al pesar que devorara impío
Mi triste pecho, te encontré amoroso
Aunque pesara á algun contrario mio;
Mas pues ora te miro rencoroso
Sin que merezca tu cruel desvío,
Cúmplase lo que Baco determina
Y la afrenta que el hado me destina.

XL.

«Este pueblo infeliz por quien derramo
Llanto que en balde derramado veo,
Sobrado mal le quiero pues le amo,
Siendo contrario tú de mi deseo;
Por él á ti rogando lloro y clamo
Y contra mi ventura en fin peleo,
Y pues mi amor le causa tal desdicha,
Quiero quererle mal para su dicha.

XLI.

«Muera á las manos de esas fieras jentes,
Perezca en fin....» y triste y afanosa,
Su rostro baña en lágrimas ardientes
Como baña la lluvia fresca rosa;
Callada se detiene entre los dientes
La voz sentida, tierna y dolorosa;
Quiere seguir, mas yendo hácia adelante
Le suspende la voz el gran Tonante.

XLII.

Y de estas dulces muestras conmovido
Que movieran de un tigre el pecho duro,
Torna Júpiter sacro enternecido,
Sereno el aire, y claro el mar oscuro;
Las lágrimas le enjuga, y encendido
Le besa el rostro celestial y puro;
Y si solo con ella se encontrara
Acaso otro Cupido se engendrara.

XLIII.

Estrecha contra el suyo el rostro hermoso
A que la pena añade nuevo encanto,
Cual niño castigado, que lloroso
Aumenta mas con la caricia el llanto:
Y le descubre el porvenir dichoso
Por templar su dolor y su quebranto;
Asi tierno le dice el rey del cielo,
De los hados rasgando el denso velo:

XLIV.

«Hija mia, tu pena echa en olvido,
Que será libre el fuerte Lusitano;
Nada á mi corazon es mas querido
Que ese rostro de cielo soberano;
Ya verás el renombre oscurecido
Del sabio Griego é inclito Romano,
Por los triunfos heróicos que esta gente
Ha de alcanzar en el estenso Oriente.

XLV.

«Que si el profundo Ulises escapara
De ser en la isla Ogigia eterno esclavo,
Y si Antenor la Iliria penetrara
Y el seno de la fuente de Timavo;
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo;
Estos mayores cosas emprendiendo
Irán mundos al mundo descubriendo.

XLVI.

«Fortalezas, ciudades, altos muros
Por ellos has de ver edificados,
Y los Turcos intrépidos y duros
Por su poder verás desbaratados;
Los Reyes indios libres y seguros,
Al portugués monarca subyugados,
Y haciéndose los tuyos sus señores,
A esas tierras darán leyes mejores.

XLVII.

«Verás al que abatido y afanoso
El Indo con ardor va procurando,
Hacer tiemble Neptuno poderoso
Sin los vientos las aguas encrespando;
¡Oh prodigio admirable y portentoso,

Que hierva el ancho mar en calma estando!
¡Oh gente altiva y de altos pensamientos,
Que hasta hace conmover los elementos!

XLVIII.

«Y esa region que descubrir ansía
La verás hecha un puerto prepotente,
Donde descansen de su larga via
Las naves que naveguen de Occidente;
Y todas esas costas que en el dia
Gimen esclavas de la impía gente,
Llenándose de horror, de espanto y luto,
Al Lusitano pagarán tributo.

XLIX.

«Y verás el mar Rojo tan famoso
Amarillo tornarse amedrentado,
Verás de Ormuz el reino poderoso
Por dos veces vencido y conquistado:
Allí se verá el Moro rencoroso
De sus propias saetas traspasado;
Que el que á los tuyos combatir desea,
Contra sí mismo en su furor pelea.

L.

«Verás á Dio inespugnable y fuerte
Tras dos cercos vencida y conquistada:
Allí se mostará el valor, la suerte
Que dejará esta hazaña eternizada;
El Moro allí luchando con la muerte
Maldecirá su religion amada:
Y el propio Marte se verá envidioso
Del Portugués valiente y belicoso.

LI.

«Verás á Goa arrebatada al Moro,
Del Oriente despues reina y señora,
Y tornarse en riquísimo tesoro
Con triunfos de la hueste vencedora:
Allí de los Gentiles en desdoro
Mostrarse la verás dominadora,
Poniendo freno á la ominosa tierra
Que le moviese osada cruda guerra.

LII.

«Verás de Cananor la fortaleza
Sustentarse sin medios y sin gente,
Y convertirse en humo la riqueza
De Calcuta, ciudad tan floreciente;
Se admirará en Cochim la atroz braveza
De un corazon tan duro y tan valiente,
Que cítara jamás cantó victoria
Que así merezca de renombre y gloria.

LIII.

«Nunca con Marte fuerte y belicoso
Se vió hervir á Leucate, cuando Augusto
En las civiles guerras animoso
Al capitan venció romano injusto
Que del Indio confin, y del famoso
Nilo, y del Bactra Scítico y adusto;
Venia vencedor con presa honrosa,
Mas preso en el amor de egipcia hermosa:

LIV.

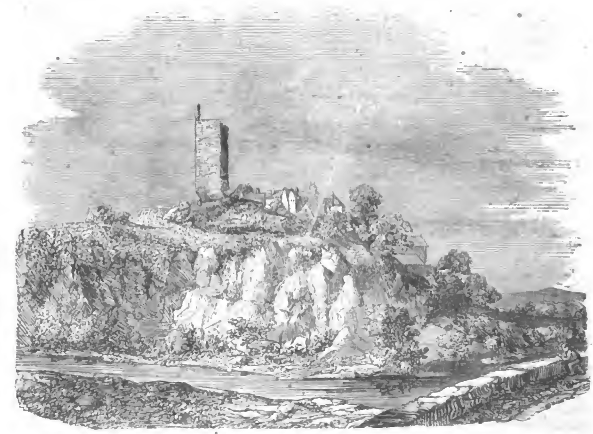
«Como verás el mar hervir al peso
Del incendio y volcan de la refriega,
Al Idólatra esclavo, al Moro preso
Y de ciudades mil la pronta entrega;
Y sujetarse el áureo Quersoneso,
Y el mar por dó á la China se navega,
Declarándose en fin todo obediente
De cuanto abraza el anchuroso Oriente.

LV.

«Y tal es el valor, hija adorada,
Que se admire en su esfuerzo sobrehumano,
Que no se verá gente mas preciada
Del ancho mar de Oriente al Gaditano;
Y ni en la zona boreal dorada
Que descubrió el osado Lusitano,
Aunque por todo el orbe avergonzados
Resucitasen todos los pasados.»

. . . .

EMILIO BRAVO.



(La Atalaya.)

Madrid.--Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



PLACA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Esta alhaja histórica, cuyas dimensiones reproduce exactamente nuestro grabado, está cubierta de piedras preciosas. En la parte inferior del cuello del águila austriaca y sobre el vientre son rubíes: las alas están adornadas tambien de rubíes y de piedras encarnadas. En medio de la corona tiene una gran perla y algunas otras suspendidas del pico, de las patas y de la cola. Un rombo aislado y enriquecido con perlas, zafiros, amatistas y esmeraldas sirve de guarnicion al águila. Los semicírculos que sirven de orla al rombo están esmaltados de blanco, verde y encarnado. En el fondo de ocho relicarios protegidos por cristales, y que contienen pedacitos de hueso, se leen los nombres de ocho santos y santas: Martin, Andrés, Margarita, Nicolás, Pedro, Hipólito, Constancia y Lorenzo.

Influencia de las mugeres en la cultura de los pueblos.

Rápida ojeada sobre el periodo caballeresco, y parte que en él cupo á la muger.

Para formar una idea exacta de la civilizacion de los pueblos, basta dirigir una mirada y observar el respeto y la veneracion que se tiene á las mugeres. Pocas veces es falible este barómetro de la cultura de los pueblos, y pocas veces escapa el ojo penetrante del observador la época en que las naciones empiezan á decaer de su esplendor y de su poderío. Cualquiera página de la historia del mundo que se con-

sulte, nos mostrará á la muger abriendo paso á la civilizacion y preparando con la ternura instintiva de su corazon y con los atractivos de su belleza, todas las revoluciones de las ideas que han cambiado la faz del universo.

En la antigüedad tenian las mugeres grande influencia, á causa de la vida retirada de las familias, y porque las costumbres eran puras á causa de lo escasas que eran las relaciones sociales. Pero la influencia de las mugeres llegó á su apogeo cuando la religion cristiana empezó á hacer prosélitos entre los francos. Obligadas á dar á sus hijos una educacion enteramente nueva y á instruirlos diariamente en los preceptos de amor que engrandecen el corazon y elevan el pensamiento, las mugeres tuvieron precision de ligarse mas intimamente con los hombres.

La muger, por otra parte, tiene en su naturaleza y en su sensibilidad algo sobrenatural que se presta maravillosamente al apostolado, y á la propagacion de la instruccion; emplea casi siempre, con éxito seguro, los recursos de la persuasion, mejor diremos de la seduccion, con que Dios la ha dotado con prodigalidad. Casi siempre empiezan las conquistas religiosas las mugeres, y ellas son tambien las que las hacen crecer y propagarse. Un gran volúmen no nos bastaria para citar todas las conversiones célebres, todas las conquistas religiosas que se les deben.

Durante mucho tiempo el papel de la muger se limitó á civilizar en la oscuridad y en el silencio las rudas naturalezas de los bárbaros que conservaban, aun en el seno de la religion que acababan de abrazar, los defectos, los vicios, su grosería original. Por mucho tiempo debió luchar la muger con paciencia, con valentía, con amor, por dulcificar estos caractéres feroces, y para hacer olvidar á tan rudos dominadores las tradiciones despóticas incrustadas desde la cuna en las costumbres nacionales.

Durante los primeros siglos del cristianismo, las innumerables emancipaciones, debidas á la accion generosa de la religion, crearon la clase inmensa y desgraciada de los proletarios. La mayor parte de estos que pasaban de la condicion de esclavos á la de hombres libres, carecian de toda clase de medios de subsistencia. Alimentados, vestidos y alojados anteriormente por sus amos, que los consideraban como *cosas*, se encontraban de repente privados de toda clase de recursos, y lo que es peor, de trabajo.

Desde entonces la religion apeló á la caridad para aliviar tantas miserias y tantos infortunios. Las mugeres se entregaban con ardor entonces á las obras de caridad, que abrian á sus facultades humanitarias un inmenso campo de gloriosa actividad. Verdad es que su amor propio encontraba tambien cierta satisfaccion en las obras de beneficencia á que se dedicaban.

Estas relaciones de caridad, de fraternidad cristiana, contribuyeron singularmente á dulcificar las costumbres, á realzar á sus propios ojos las mugeres, á convertirlas para sus maridos en un objeto de respeto y de veneracion. Asi es como en el seno de la miseria y las plagas de la sociedad germinaban y se engrandecian los elementos de la civilizacion.

La señora de encumbrada alcurnia, la dueña de un castillo, descendia de sus salones á la cabaña mas humilde, llamaba en torno suyo los niños y las mugeres pobres, hacia abrir las puertas á los mendigos, y sin apercibirse quizás incrustaba en medio de la nueva sociedad, las virtudes que hacen el honor de la civilizacion. Intercediendo con su esposo en favor de los siervos que reclamaban su proteccion, le acostumbraba á la clemencia, á la generosidad, y de dia en dia la influencia de las buenas obras que ejercitaba, la hacian de mejor naturaleza y mas apta para su alto destino civilizador.

En el seno, pues, de estas relaciones de una naturaleza enteramente nueva, fué donde indudablemente nació la *caballería*, que forma un periodo histórico, muy importante para que dejemos de examinarle aunque sea con la mayor rapidez.

La *caballería* no fué, pues, una verdadera institucion, fué solo un periodo en la marcha normal de la civilizacion de las sociedades modernas. Cuando cesó el furor de las grandes guerras y la influencia religiosa dulcificó un tanto el carácter y las costumbres de los señores feudales, sintieron la necesidad de hallar en torno suyo goces morales y sociales, puesto que los placeres materiales y groseros de los sentidos no satisfacian ya á estos hombres transformados. De aqui nacieron las relaciones amistosas entre los señores mas cercanos, y entre estos y los vasallos. Bien pronto los señores imaginaron formarse una corte, y al efecto crearon oficios y grados que llevaban consigo ciertas ventajas y ciertas exenciones. Desde entonces los castillos se llenaron de pages, de coperos, de falconeros, de escuderos etc. Los señores no daban estos cargos sin recibir antes el juramento de fidelidad, y sin imponer á los favorecidos ciertas obligaciones. Este fué á nuestro juicio el origen real de la *caballería*.

El interior de los castillos que con este motivo reunieron un gran número de habitantes, todos de buenas familias, atrajo una concurrencia incesante, que dulcificó las costumbres, pulió las maneras, y condujo como por la mano al progreso de la civilizacion.

El papel que desempeñaban las mugeres en el seno de la caballería era inmenso. Sabido es que donde viven bajo un mismo techo individuos de ambos sexos, se establecen necesariamente relaciones de galantería, que todas ceden en provecho de las buenas maneras y de la amenidad de las costumbres. Los hombres no tenian mas anhelo que agradar á las damas y merecer su preferencia. De aqui resultaba una emulacion continua que se convertia en pró de las virtudes, del honor y del valor.

Sometido el bello sexo por su posicion á la vigilancia de tantos interesados en agradarlas, no podian sopena de sacrificar su reputacion y su reposo, acordar otros favores que los de estimacion y afecto puramente sentimentales. Asi es que esta fué la época de las grandes pasiones, de esos amores volcánicos, enteramente platónicos, que conducian á las mas nobles acciones, y que produjeron los prodigios de valor y los altos y milagrosos hechos de que estan llenos los anales de nuestro pais.

Cada caballero se formaba un tipo ideal que adoraba en su pensamiento, que era para él el único aliciente de la vida; este tipo le buscaba á través de las aventuras y de los peligros, y cuando pensaba haberle encontrado, se dedicaba esclusivamente á su servicio.

Los caballeros juraban proteger, honrar y respetar á las mugeres. Partian para las espediciones lejanas y para los mas rudos combates armados con la espada, que una mano adorada habia tocado. Feliz el que llevaba un rizo de pelo sobre su corazon, un lazo tan solo, entonces era invencible!

Cuando los valientes se ejercitaban en medio de los torneos y se disputaban el valor y la destreza, el precio del combate era una mirada amorosa, un regalo cualquiera hecho por una bella. Las mugeres eran casi siempre las que juzgaban y adjudicaban las recompensas en estas fastuosas solemnidades. Esta época dió al bello sexo una importancia inmensa é imprimió un fuerte impulso á los progresos sociales. Los trovadores nacieron en el seno de la *caballería*, y sus cantos eran inspirados por el amor; por manera que al paso que la ciencia se habia refugiado y conservado en los claustros, la poesia renacia bajo las inspiraciones de la belleza.

Basta leer la série de juramentos que hacian los caballeros el dia de su recepcion, para convencerse de cuán honrada y cuán en veneracion estaba la belleza entre ellos, y lo que ella contribuyó á mejorar las costumbres. La caballería con sus deberes religiosos, guerreros y morales, elevaba la inteligencia y presentaba de contínuo á los esfuerzos de cada uno un ideal de perfeccion que hacia germinar y crecer las virtudes mas relevantes.

Cediendo los hombres al impulso de esta vida poética y de exaltacion, se desprendian cada vez mas de las preocupaciones materiales y groseras, y el espiritualismo hacia diariamente nuevos y rápidos progresos. El culto de la belleza llegó á ser un homenage puro, una adoracion real, y la muger idealizada, permítasenos la espresion, reinaba soberanamente sobre la sociedad que ella habia transformado. Jamás la civilizacion de la antigüedad pudo llegar á esta delicadeza de sentimientos, ni elevar el corazon por encima del nivel de las cosas materiales; y la causa principal de esto es que les faltaba el elemento religioso. La perfeccion de la muger pagana se realizó en la cortesana corrompida, y todos los poetas de la antigüedad celebraban las cortesanas. Horacio las consagró veinte y tres odas. La antigüedad no amaba ni veia en la muger mas que la parte material, y por eso sensualizaba el amor. A la influencia del cristianismo estaba reservado rodear á la muger de una aureola santa, y de restituir á la afeccion que inspira ese perfume de espiritualismo que hace de ella el mas noble y seductor de los encantos.

En todo este periodo que hemos recorrido, podriamos si quisiéramos, con la historia en la mano, resucitar las figuras mas bellas que la imaginacion mas acalorada pudiera jamás soñar. Nosotros, si quisiéramos, hariamos pasar por delante de la vista de nuestros lectores esas nobles cohortes de santas, de vírgenes y de mártires, cuyo papel fué tan sublime, tan valeroso, tan heróico y tan poético, al nacer la religion del crucificado; pero basta lo que ya llevamos dicho, para que quede sentado que la muger es la que forma las costumbres de los pueblos; que ella ha preparado siempre el progreso de la civilizacion, y que la falta de respeto y veneracion al bello sexo es un signo inequívoco de corrupcion, precursor por lo general de la decadencia y postracion de las naciones. De desear es que los gobiernos de las naciones donde esté á su disposicion la instruccion, cuiden de que se inoculen estas máximas y ejemplos en el corazon de la juventud, para no presenciar el desconsolador espectáculo de una generacion raquítica y degradada, que sin valor para defender á la muger, profana con lengua tan mordaz como cobarde al ser débil que el Criador colocára bajo su amparo y proteccion.

Baldon y vergüenza eterna sobre el menguado, que á vista del ul-

trage inferido á una muger, siquiera fuese la última de la sociedad, no siente hervir la sangre en sus venas y se acuerda que tiene..... Madre?!!

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

(*Continuacion.*)

III.

El rey D. Alfonso, seguido de sus dos monteros, empezaba á internarse en la sierra, cuando de detrás de una loma salieron á estorbarle el paso cinco hombres de á caballo, cubiertos los rostros y con las espadas desnudas.

—Detente, soberbio tirano (dijo el que parecia capitan): tu última hora es llegada para castigo de la soberbia con que has oprimido á tu patria.

Por un breve instante quedó turbado el rey con la presencia inesperada de los malhechores y con las arrogantes palabras de aquel atrevido. Pero tornando en sí y dando de espuelas al caballo, arremetió á los cinco apercibiendo su venablo para la defensa.

—Venid á mí, traidores (dijo con terrible voz); pronto quedareis satisfechos de que D. Alfonso sabe herir y matar á los que intentan arrebatarle alevosamente la vida.

Los monteros acudieron con sus armas á la defensa del rey, y con buen ánimo lucharon contra las mejores que esgrimieron los cinco caballeros, pues á poco rato cayeron mal heridos y sobre su propia sangre.

Alfonso arrojó su venablo á uno de aquellos, logrando derribarlo de la silla despues de haberle partido el corazon con el arma homicida. Los compañeros del moribundo, aun mas enojados con la desventura de su amigo, corrieron furiosos á tomar venganza del ofensor, el cual, preparando la ballesta que tambien llevaba, se disponia á dar la muerte á otro de sus contrarios. Pero salió el tiro inútilmente, pues el arma disparada fué á parar en el tronco de uno de los árboles que crecian en aquellas sierras.

Segura é inevitable era ya la última hora de D. Alfonso, cuando de repente se aparece en el lugar de la lucha un caballero montado en un soberbio alazan: corre al lado del rey, entrega á éste una espada desnuda y le dice:

—El cielo me envia á daros favor en este trance para salvar á Castilla. Tomad ese acero, mientras que yo con mi daga procuraré defender, aun mas que mi vida, la vida de V. A.

No bien pronunció tales razones, acometió con furia á dos de los cuatro regicidas, logrando á pocos instantes derribar al uno y mal herir al otro. Este, que parecia por las señales y por los recuerdos que aun conservaba D. Lope (pues D. Lope era el amparador del rey) el capitan de aquellos malvados, no bien sintió la herida y vió el mal estado de su gente, encomendó la salvacion de su persona á los pies de su caballo; y así, abandonando el lugar del combate, hizo correr al bruto á toda rienda para esconderse en lo mas intrincado de la sierra de Córdoba. Don Lope, conociéndolo y conociendo el propósito de su enemigo, no dudó en perseguirlo para lograr ó su muerte ó su prision, y con cualquiera de ellas el descubrimiento del hombre que habia tramado aquella conjura contra la vida de D. Alfonso.

Pero la diligencia de su contrario, ó mas bien la buena fortuna de este, impidió á D. Lope conseguir sus intentos. Muy luego lo perdió de vista entre aquellas malezas, y aunque por las pisadas del caballo y por algunos rastros de sangre pudo seguirlo, luego desaparecieron los unos y las otras, y en vano por aquellos contornos se fatigaba para hallar á su enemigo.

Cansado de trabajar en balde y de correr tras de una especie de fantasma, que se le habia ido de entre las manos con estraña ligereza y con gran conocimiento de los escondrijos de aquella sierra, tornó por el mismo camino á buscar al rey.

Don Alfonso en tanto, despues de dejar muertos á sus dos contrarios, receloso de que por las sierras hubiera mas valedores de aquellos regicidas, se resolvió á tornar al castillo de D. Juan Ponce de Cabrera, para con su auxilio y el de los escuderos de su casa, rejistrar aquellos contornos y hacer una sumaria informacion del delito y de los delincuentes. Buscó en vano al caballero que lo habia favorecido en aquel trance, pues deseaba mostrarle su agradecimiento, porque á no ser por su bizarria en socorrerlo con una espada y con la ayuda de su brazo, el trono de Castilla hubiera perdido á D. Alfonso XI.

Notó en esto el rey que la espada teñida en sangre tenia en el pomo unas armas, y con grande admiracion vió que pertenecian á Don Juan Ponce de Cabrera.

Desde luego imaginó que el socorro era debido á su amigo, y se confirmó mas en tal pensamiento, al punto que vió venir por el camino y á su encuentro al mismo D. Juan con buen número de gente armada y á toda priesa.

—Señor, (dijo este al rey) desde una de las torres de mi castillo vi confusamente una batalla. Como habia partido V. A. por tal sitio, recelé que os hubiesen acometido algunos malhechores, y al momento junté mis escuderos y vasallos para dar la vida por mi rey. ¿Pero qué es eso, señor, está herido V. A.?

—No, (replicó D. Alfonso) la sangre que ves no me pertenece: es de esos traidores. Sin el socorro que me enviaste, hubiera perecido; y esta espada tuya que me ha servido de defensa, de hoy mas me pertenece.

—¿Qué espada es esa, señor, ni qué socorro os he dado fuera del presente? (preguntó D. Juan).

—Tuya es esta espada segun lo indican claramente las armas de tu casa, labradas en el pomo (dijo D. Alfonso). Contémplale bien.

—Tiene razon V. A.: la espada es mia.... Pero al llegar aquí Cabrera, recordó que ya la espada pertenecia á D. Lope; y queriendo enmendar su yerro, nacido de la costumbre de ver siempre á su lado aquella arma que heredó de su padre, rompió en las razones siguientes:

—Es mia, señor, en cuanto á tener las armas de mi casa; pero pertenece á mi futuro yerno D. Lope de Herrera, á quien presenté á V. A. antes de partir á la sierra.

—En vano quieres persuadirme de lo contrario: esta espada es tuya, y tú eres quien me la envió para mi salvacion en lo mas duro del combate (esclamó el rey). Conozco bien la ocasion de tu negativa, y quiero convencerte y convencerme de que para tu señor careces de sinceridad por causas que no ignoro.

Y volviendo el rostro á los escuderos que acompañaban á D. Juan, les dijo presentándoles la espada:

—Este acero que teneis aquí á la vista en mi mano, ¿de quién es?

Todos respondieron unánimemente.

—Esa espada es de nuestro señor Don Juan Ponce de Cabrera.

—Lo ves: todos confirman la verdad de mis sospechas (tornó el rey á dirigirse á D. Juan). La espada es tuya como tuyo fué el socorro de un brazo fuerte. Bien sabes que ha mucho tiempo que deseo tenerte en mi corte como privado; y que contra tu pertinacia en no abandonar este retiro, está pendiente el desempeño de una palabra solemne que me empeñaste. Señor, me dijiste, cuando haya prestado á V. A. un gran servicio, iré á ocupar el cargo que me ofreceis, sin miedo á la maledicencia y á la envidia. La ocasion ha llegado, pues, del cumplimiento de tus promesas. Ya me has hecho un servicio importante á mi persona, si no á la paz de los reinos de Leon y de Castilla. En vano procuras afectar ignorancia de los hechos que han pasado. Un mensagero tuyo me trae en mi afliccion tu espada, y me ayuda con su valor y su destreza á desembarazarme de los traidores que me tenian oprimido con su número y sus armas. Cautelosamente no quisiste venir tú mismo para no obligarte con esa accion á seguirme luego á la corte. Pero estás en un error notable: el servicio ha sido hecho, y tu palabra debe cumplirse, no obstante que imaginaste encubrir tu lealtad, al propio tiempo que la hacias mas patente que nunca á los ojos de tu monarca y amigo.

Iba D. Juan Ponce de Cabrera á replicar al rey para desviarlo de sus pensamientos, cuando llegó D. Lope cubierto de sangre y polvo y sobre su fatigado caballo.

—Aquí está el fiel y valiente ejecutor de tus mandatos, dijo el rey á D. Juan, al ver á Herrera:

—Señor (esclamó éste), dichoso yo mil veces que he podido salvar la vida de mi soberano.

—Mucho he agradecido y admirado tu valor (replicó D. Alfonso). Y porque veas cuán grande es el afecto que tengo á quién te envió á socorrerme, hoy mismo vendrá á palacio y ocupará á mi lado el segundo lugar de la corte de Castilla. Por tí sube D. Juan Ponce de Cabrera á la cumbre del valimiento.

—Ved que se engaña V. A. (tornó á responder D. Juan). No soy yo quien tal servicio os ha hecho: caminais de error en error; y aunque agradezco vuestra merced, no encuentro para ella merecimientos en mi persona.

—En vano insistes, Cabrera (dijo el rey). Mi voluntad es que sigas mis pasos y que ocupes la dignidad que te he dado en mi corte. Mi único consejero te he nombrado: no porfies mas en disuadirme de mi intento; pues nada conseguirás. En este asunto seré mas firme que envejecido roble, que roca combatida por las furiosas olas del mar, ó que montaña que desafia los hielos y las tempestades, y la mano destructora de los siglos que van pasando. Cesa, pues, en negarme la realidad del servicio que me has prestado, y tu consentimiento en salir de esta soledad para aconsejarme en palacio. Y pues tu rey te lo manda, obstinarte en lo contrario sonaria á desobediencia y á ingrati-

tud, cosas ambas de que debes huir con el mismo cuidado que el armiño huye de los objetos que pueden mancillar su pureza.

Al escuchar estas razones, lanzó D. Juan un prolongado suspiro, levantó al cielo los ojos, inclinó la cerviz respetuosamente, y dijo:

—Harto he procurado alejarme de donde veo el peligro: caminaré hácia él, pues me obligan á caminar; pero si caigo despeñado, culparé á mi desdicha, no á mi ceguedad y osadía.

Don Alfonso regocijado esclamó entonces:

—Vamos al castillo, y allí descansaré breves instantes, para tomar en tu compañía el camino de Córdoba.

Dijo, y apretando las espuelas y soltando las riendas de su caballo, siguió la senda que se dirigia á la fortaleza de D. Juan Ponce de Cabrera, sin reparar mas en D. Lope.

Este se hallaba absorto y cercado de mil angustias. Consideraba cuán ingratamente pagaba el rey Alfonso sus servicios, y con especialidad el de haberle salvado la vida. Casi hubiera envidiado la ventura de su amigo, si no lo fuera tanto de D. Juan, y si la envidia pudiera alimentarse en su pecho contra el padre de la hermosísima Blanca.

Cabrera al partir advirtió la tristeza que mostraba en el semblante el desdichado D. Lope, y con permiso de D. Alfonso se hizo un poco atrás para llegar al sitio en donde estaba parado su amigo.

—Ya lo veis, D. Lope (esclamó). Trabajais porfiadamente por rendir á vuestros pies á la fortuna; y ella, cuando pensais tenerla vencida, se burla de vuestros afanes y de vuestras esperanzas. ¿Qué habeis conseguido en vuestra porfía? Os jactábais de poseer un arma poderosa para conseguir por medio de la violencia los bienes que la fortuna os negaba: pues bien: vuestros intentos han sido vanos: la torre de vuestro orgullo ha caido en pedazos; y en tanto que os obstinábais en perseguir á la suerte, en vez de labrar vuestra ventura, solo atraiais sobre vuestra cabeza un nuevo y tristísimo desengaño, y para un amigo vuestro la mayor esclavitud en grillos de oro, la mas terrible de las infelicidades, y el mas duro de los tormentos. ¿Aun no os dais por vencido en la lucha que teneis trabada con la fortuna?

—Cierto es (respondió D. Lope) que el desaliento se hubiera ya enseñoreado de mi corazon, si no residiera en mí una igualdad de ánimo, ejercitada ha muchos años en sufrir los enojos de la contraria suerte. Doy por bien empleados mis esfuerzos para alcanzar hoy los bienes y las dignidades que ambiciono; pues parte de ellos han venido á vuestras manos. Pero aun no estoy rendido: ¿quién sabe si podré todavia hallar otras y mejores armas con que combatir á la fortuna? No he perdido todas las esperanzas. Quizá el salvar yo la vida del rey, asi como ha servido para el acrecentamiento de vuestra honra, no sea mas que el principio del poderío que habré comenzado á ejercer sobre la inconstancia y la enemistad de la suerte. Las honras que he conseguido para el padre de la doncella que he de tener por esposa, son los dones que me ofrece la fortuna, temerosa de mi victoria.

—Don Lope, por vuestro arrojo y por vuestra temeridad (replicó Cabrera), salgo de mi retiro quizá para mi desdicha. Y pues la fortuna que me persigue para darme los favores que yo rehuso, ha escojido vuestra ciega ambicion para instrumento en que rendir mi constancia en amar estas soledades, no porfieis mas en vuestras locuras. Saquemos del mal los bienes. Como privado del rey, mi valimiento en la corte será sumo. Los honores y las riquezas que tanto anhelais están ya en vuestras manos. Yo tendré el nombre de privado y vos gozareis de la privanza. Vuestros deseos se verán en todo satisfechos. Hijo mio sereis tan luego como os caseis con Blanca, vuestra amada. Las dignidades del padre no podrán menos que servir de honra al hijo. Dejad, pues, vuestras ambiciones en sosiego; y pues vuestra porfía solo ha conseguido un desengaño para vos y una infelicidad para mí, abandonad la persecucion de la fortuna, y dejad á mi arbitrio daros las riquezas y los cargos que os niega porque los apeteceis, y que me da porque los abomino.

—En vano intentais (dijo D. Lope) apartarme de mi propósito. Echada está la suerte. Yo veo á la fortuna temiendo mi constancia en perseguirla: la veo queriendo desengañarme ó contenerme, convirtiendo mis esfuerzos para el triunfo en prosperidad de vuestra casa y de vuestro nombre: y en fin, la veo tratando de persuadirme por vuestra boca á que abandone la segura victoria que mis méritos y mi obstinacion habrán de conseguir al cabo.

—Pues tal es vuestro intento (continuó Cabrera), ojalá que no venga á trocarse en instrumento de vuestra ruina y de la mia. El camino de la violencia lleva al peligro y á una catástrofe terrible. Pues quereis seguir tan peligrosa senda, acosad de nuevo á la fortuna, no le deis un instante de tregua y de reposo; y si al fin triunfais, pedid á Dios que al triunfo no suceda una eterna desventura.

Dijo, y á todo correr del caballo tornó á juntarse con el rey Alfonso. Lo vió partir D. Lope, y luego esclamó:

—¡Que abandone la empresa me pides, cuando quizá en este instante soy dueño de un secreto que me ha de dar las dignidades que me ofreces, y que yo quiero alcanzar, no por favores tuyos, sino solo por mi constancia! Loco estaria yo, si escuchase tus acentos hijos de la amistad, pero engañosos como el cantar de las sirenas. Los cadáveres de aquellos que osaron acometer al rey, aun están en la sierra. Pronto quizá serán registrados antes de darles sepultura, para averiguar los nombres y el estado de los delincuentes, y el fautor ó fautores del delito. Sobre sus pechos debe existir un documento en que una persona rica y poderosa les ordenaba la muerte del rey, se declaraba cómplice de los regicidas, y ofrecia favorecerlos en el caso de que sus cuellos estuviesen amenazados de la soga ó de la cuchilla del verdugo.

Al recordar esto, se determinó D. Lope á buscar los cuerpos de los malhechores, y apoderarse de un documento de tanta importancia.

—La fortuna (dijo) me ofrece quizá medios para llegar á la cumbre de la prosperidad: ¿quién sabe si la tendré ya de mi parte, y si en vez de luchar conmigo me está favoreciendo?

No bien pronunció tales palabras, tomó el camino de la sierra, y se perdió en la espesura.

IV.

La córte de Castilla estaba entonces en la ciudad de Córdoba. En su alcázar todo era murmuracion, todo envidia, todo curiosidad por las nuevas que corrian de haber traido el rey D. Alfonso á su palacio en el cargo de privado á D. Juan Ponce de Cabrera, varon de ilustre linage, pero apartado siempre de los negocios y del trato de las gentes. Quién atribuia la causa de este hecho á la hermosura de la hija de Cabrera, codiciada por el rey; quién á deseo de despreciar á los grandes de Castilla, poniendo á su cabeza y en el gobierno á un caballero desconocido hasta entonces en la córte; quién á astucias de Cabrera para ganar la voluntad del monarca, y conseguir por medio de ellas un estraño poderío. Así discurria la malicia, sin atinar con certeza en la ocasion de la repentina prosperidad de D. Juan Ponce.

Este, por su parte, procuró servir y honrar á todos los buenos de la córte, presentándose á ellos con gran modestia y con deseos, no de regir, sino de ser aconsejado.

—Señores (solia decir á los grandes de Castilla), por fuerza he recibido estas honras que me ha dado nuestro rey D. Alfonso. Deseo cuanto antes dejarlas: pero mientras no llega ese momento tan dichoso para mí, solo me ocuparé en practicar la virtud y la justicia, y en aconsejar á S. A. que no se separe de estas dos hermanas; pues llevándolas á su lado, la felicidad derramará sus dones á manos llenas sobre estos reinos. No creais que el poder, que por la voluntad del rey Alfonso ha venido á mí, y por antojos de la loca fortuna y á despecho mio, logrará desvanecerme hasta el estremo de entregar al olvido que he aceptado este cargo por obediencia, y no por deseo. Hoy me tengo, y siempre me he de tener, por lo que hasta ahora me he tenido: por un caballero exênto de ambicion y temeroso de las inconstancias de la fortuna: esto es, ha sido y será D. Juan Ponce de Cabrera.

Tales razones en boca del privado, aunque sonaban bien en los oidos cortesanos, no eran tenidas por hijas de la sinceridad del ánimo, sino por una astucia singular propia del caballero que desde su retiro, y sin mas merecimientos que la voluntad del rey, habia llegado á ocupar el puesto mas importante en Castilla.

La hermosa y tierna Blanca estaba tambien aposentada con su padre en palacio; pero como hija de D. Juan Ponce de Cabrera y doctrinada en su filosofía, miraba con agrado y desplacer al propio tiempo aquellas pompas. Mas preciaba la pradera que tenia al lado de su castillo junto á la sierra de Córdoba, que los primorosos jardines, labrados á fuerza de arte y diligencia, que existian en el palacio de Alfonso.

Las memorias de Lope no se apartaban de su pensamiento; y el amor crecia en su pecho, á par de la admiracion, por la constancia con que su amante osaba combatir á la fortuna su invencible enemiga. Y aunque la ambicion de Lope engendraba en su pecho temores y zozobras, la igualdad de ánimo de aquel caballero la obligaba á profesarle aun mayor afecto.

El mismo dia de la llegada de Cabrera á la córte, D. Lope pisó las calles de la ciudad de Córdoba y las galerías del alcázar de los antiguos reyes moros, llegó á presencia de su adorada Blanca, y la dijo estas razones:

—La alegria de verte en el puesto que se debe á tu virtud, y á lo ilustre y generoso de tu sangre, solo admite comparacion con la que vive en mí al considerar que otros honores se han de juntar á los tuyos, luego que el matrimonio una para siempre nuestras dos voluntades. El triunfo de mis deseos está inmediato, Blanca mia: ya verás que mi constancia venciendo al cabo los rigores de la esquiva fortuna, me lleva al puesto de la felicidad, donde en tus brazos depondré solamente las dignidades que he anhelado para ser digno de tí.

—Ojalá (respondió la doncella) que nunca hubieras tenido semejantes ambiciones. Yo te amaba como D. Lope de Herrera: no queria que honras y dignidades te acompañasen al entregarte ante el altar, no mi corazon, sino mi mano. ¿Piensas acaso que he de ser mas feliz con ellas en la córte, que contigo en el castillo de mi padre? Mucho te engañas, Lope mio: siento que aun corras tras la fortuna, cuando esta va huyendo de tí, y para serenar tus brios y tu constancia se echa en brazos de mi padre, imaginando contener de ese modo tu osadia. Pues los pasos que has dado solo han conseguido quebrantar la felicidad nuestra, no porfies en tus ambiciones: basten el último desengaño que has recibido, y las honras y tristezas que has alcanzado para mi padre.

—Blanca, á quien amo mas que á la luz de mis ojos (dijo el enamorado y ambicioso Lope), quisiera obedecerte y huir para siempre de estos deseos que atormentan mi alma: pero ya es imposible.

—Imposible dices que es ya, cuando te ruega con lágrimas en los ojos que abandones tan orgullosos pensamientos, aquella Blanca, á quien tú jurabas amar y obedecer hasta la muerte. Créeme, Lope mio: vas por la senda de la perdicion: he querido salvarte del peligro y has desoido mis consejos: quizá llores tu ceguedad, cuando tu ceguedad te haya perdido para siempre.

Esto decia derramando tristes lágrimas la doncella. Lope estuvo un momento enternecido luchando con dos afectos á cual mas poderosos. El llanto de la muger que idolatraba, le hacia vacilar en sus intentos; pero su temeridad, mas grande aun que su amor, le obligó á pronunciar estas palabras:

—Serénate, bien mio, y no derrames mas lágrimas; porque al verte llorar, el llanto se acerca tambien á mis ojos. Casi estás á punto de vencerme. Temo tu victoria porque ella desharia una á una todas mis esperanzas, y la consecucion de los bienes que para llamarme tu esposo he deseado en mis sueños y en mis tristezas.

—Cede, cede, esposo mio (repitió con tierna voz la hermosa Blanca).

—Cederé hoy mismo, te lo juro (continuó Lope); pero déjame hacer la última tentativa para domar el orgullo con que ha pretendido marchitar en flor todas mis esperanzas la fortuna. Creo pisar los umbrales de la felicidad: un poderoso talisman tengo en mi pecho: si con él no logro mis intentos, si la desventura sigue mis pasos en lo que voy á emprender, mi resolucion está tomada. Depondré de una vez mis altivos pensamientos, y el nombre de la ambicion se borrará de mi memoria. Despreciaré los honores y las dignidades y las riquezas cuando la suerte se trueque en mi amiga.

—Bien, Lope (replicó la doncella), acepto tu promesa. Haz la última tentativa para triunfar de la suerte; y, si como creo, aun sigue huyendo de ti, en mis brazos hallarás la tranquilidad y la ventura.

Al llegar aquí los dos amantes en su coloquio, entró en la cámara donde estaban D. Juan Ponce de Cabrera, y viendo á sus dos hijos, no pudo menos de dirigirles con dulce voz las siguientes palabras:

—Aquí teneis al privado que hoy atrae contra sí las envidias de los cortesanos y la admiracion de todos. Despues del rey no hay en Castilla quien tenga mas poderío. Y sin embargo, lloro por la ausencia de mi retiro, y anhelo volver á mi libertad entre los álamos que cercan el castillo de mis padres. ¡Cuán necio eres, Lope, en ambicionar estas dignidades! ¡Ojalá que para siempre huya de tu pecho la codicia de estos cargos: ojalá que te llegues á convencer de la maldad con que la fortuna reparte sus bienes, sacando de la libertad á los venturosos, y manteniendo en cadenas á los esclavos! Mírate en mi ejemplo, y reprime tus ambiciones.

—Si la reprimiré para siempre (respondió Lope); pero solo aguardo de la fortuna el postrimer desengaño. Hoy está echada mi suerte: el retiro de vuestro castillo ó la córte del rey Alfonso.

—Desde luego será la córte (continuó Cabrera), pues no pasarán dos horas sin que yo hable de tus servicios al monarca, y sin que le pida el justo premio de ellos. Ningun paso tienes que dar en el asunto: la fortuna me ha colocado en la privanza contra toda mi voluntad: yo juro que he de castigarla honrando los alientos generosos de quien hasta hoy ha sido juguete de sus desvíos. Alienta, Lope, pues ya tienes un valedor en el mundo para que te vengue de los ultrages que has recibido de la enemiga suerte. Alfonso se encuentra en su oratorio dando gracias á Dios por la salvacion de su vida; dentro de dos horas bajaré por la escalera secreta que comunica sus habitaciones con las mias; y mis deseos, que ya son los tuyos, se verán satisfechos.

—Estais en un error, D. Juan (replicó Lope); yo me encuentro con un poderoso talisman para conseguir por mi mismo lo que vos me ofreceis por amor y por venganza de la fortuna que os ha puesto en tan sublime estado. Dejadme, pues, que yo solo me dirija por la senda que ha de llevarme á la felicidad ó al desengaño.

—No os entiendo (dijo Cabrera).

—Pues os lo esplicaré en breves razones (respondió su amigo): tengo en mi poder las pruebas del que pagó la ejecucion del delito que logré evitar en la sierra. Yo sabia por haberlo oido de los lábios de los conspiradores, á quienes acceché ocultamente, que dentro de un férreo guarda-pliegos cada uno de los alevosos regicidas conservaba un documento en que se les aseguraba las vidas en el caso de que la empresa se malograse. Despues que salvé la vida de Alfonso, y despues que el monarca os dió el premio que me debia, torné al lugar en que quedaron los cadáveres de los conspiradores. Me apeé del caballo, los registré, y al punto vine á hallar con lo que deseaba. En mi poder están los documentos, y de ellos traigo un ejemplar para presentarlo al monarca. Aquí está encerrado por medio de un secreto resorte con el cual no he podido atinar, aunque lo he solicitado poco. Quiero dejar al rey el descubrimiento del nombre de la persona que forjó trama tan horrible contra la vida de D. Alfonso.

—¿Qué decís? esclamó Cabrera.

—Este pliego hará caer algunas cabezas (continuó Lope) á impulsos de la cuchilla del verdugo; pero quizá de este secreto pende la salvacion de la paz en estos reinos. El servicio que he de hacer al monarca sin duda merecerá un alto premio. Hoy mismo he de ver á Alfonso y he de colocar en sus manos este documento. Si la fortuna, despues de todo, me niega sus favores, no seré yo quien se obstine mas en perseguirla.

—No compres la felicidad (dijo á esta sazon Blanca) á costa de la ruina agena, ni te conviertas en delator de un crimen ya castigado en las vidas de los que osaron cometerlo. Ya veo que la ambicion ciega tu entendimiento y borra de tu corazon la nobleza de tus mayores.

—¿Qué vas á conseguir con la revelacion de ese secreto? (añadió D. Juan) muertes é ignominias de familias que quizás en la hora presente maldecirán el instante en que imaginaron el delito. No manches con sangre las dignidades que solicitas. Deja que yo ponga á tus pies á la fortuna, y no la busques por medio de las delaciones.

—¿Pues qué? ¿es maldad (replicó Lope) encubrir el crimen, y obligarlo á que con la impunidad crezca mas en el silencio, y se atreva á presentarse ante el mundo con el aspecto de la inocencia? ¿Quién sabe si los aceros que se afilaron contra el rey tendrán sucesores en este momento? Rasgaré el velo que oculta la traicion para que la traicion no se trueque en insolente señora de mi patria. Y no dudo que vos me prestareis vuestra ayuda en la empresa.

—Jamás: te amo mucho para ello (replicó Cabrera); en cuanto podia intenté retraerte de tu propósito. Pues aun insistes en ver al rey, no seré yo quien te impida el cumplimiento de tus deseos; pero favorecerte en ellos, ni lo esperes, ni lo pidas.

—Mis suspiros te lo ruegan tambien, Lope mio, (esclamó con tierno acento la desdichada Blanca).

—Me digisteis (continuó Lope) que el rey estaba en su oratorio y que en estas habitaciones hay una escalera secreta por donde bajar á aquel sitio. Pues bien, iré á buscar al monarca: interrumpiré sus devociones: quizá atraeré por breves instantes su enojo contra mí; pero el secreto que va conmigo pronto deshará las nieblas de sus iras.

—Detente (dijo Blanca echándose á sus pies), no desafies á la fortuna, ni concites contra tu cabeza los rayos con que deshace la arrogancia de los mortales. Por mi amor te lo pido, por la fé de tus palabras, por la generosidad de tu sangre, por las lágrimas que vierto, y por mis brazos que siempre han sido para tí. No quieras arrebatarme la vida con tu temeridad.

En vano pretendió Blanca detener á D. Lope. Este salió de la habitacion, ligero como el ciervo levemente herido, y comenzó á buscar en los corredores la escalera secreta.

Don Juan Ponce, al verlo partir, se acercó á su hija, la alzó del suelo y la estrechó contra su seno diciéndole:

—Serénate, luz de mi vida. Ese hombre camina quizá á su perdicion, y aun á la nuestra. La ambicion se ha apoderado de su alma: busca la felicidad y no la halla. Quizá cuando crea haberla encontrado caiga para siempre en los lazos de la eterna desdicha.

En tanto Lope advirtió en uno de los estremos del corredor una puerta mal cerrada: era la de la bajada del oratorio, que D. Juan al subir habia dejado inadvertidamente sin cerrar del todo.

Al verla no pudo D. Lope menos que esclamar:

—Sean cuales fueren las resultas de mi osadia, la fortuna no me vencerá en constancia. El rey Alfonso me debe la vida: ahora quizá me deba la corona con la averiguacion de este secreto.

Y sacando del seno el férreo guarda-pliegos, lo tomó en la derecha mano, y comenzó á descender por la escalera del oratorio.

V.

Quedó suspenso D. Lope por breves instantes en el umbral de la puerta del oratorio. Cierto temor mezclado con respeto lo detuvo al llegar á aquel sitio. Por primera vez en su vida se estremeció al desafiar frente á frente el poder de la fortuna. En aquella hora iba á decidirse para siempre la suerte que el cielo le destinaba.

Contempló el silencio magestuoso que reinaba en el oratorio, y dirigió luego sus miradas en busca del rey de Castilla: el cual estaba en oracion hincado de rodillas ante el altar de Santiago.

Se adelantó D. Lope á paso lento por aquel sagrado recinto, y con trémula voz dijo estas palabras:

—Aquí, señor, teneis al menor de vuestros vasallos y al mas celoso amante de la persona de V. A.

El rey que no habia sentido sus pisadas, por estar abstraido en sus devociones, se levantó sobresaltado; y como hombre que aun recordaba la traicion que contra su vida se habia presentado en la sierra, esclamó:

—¿Quién turba mi reposo? ¿Qué nueva alevosía es esta?

Y empuñando la espada, se dirigió en demanda de la persona que turbaba la quietud de aquel sitio.

—No es la alevosía (dijo D. Lope, doblando la rodilla) quien llega hoy á los pies de V. A., sino la mayor de las lealtades.

El rey se sosegó al escuchar tales razones, y al ver el humilde ademan de aquel caballero. Luego contempló detenidamente el rostro de Lope, y reconociéndolo, esclamó:

—¿Tú no eres el yerno de Cabrera? ¿No fuiste quien me socorrió en la sierra contra los traidores que pretendian arrebatarme la vida?

—El mismo soy, señor (respondió Lope); que tiene que confiar á V. A. un secreto terrible: secreto que él mismo ignora, y cuya averiguacion remite enteramente á su rey.

—Levanta del suelo (díjole D. Alfonso), y no tardes en darme cuenta de lo que te ha traido á este recinto.

—Sobre el seno de los que osaron ayer combatir á vuestra persona en las entrañas de la sierra de Córdoba, hallé este guarda-pliegos cerrado con un particular resorte, de mí no conocido. Dentro de este hierro existe un documento que debe descubrir el nombre del fautor ó los fautores de la horrible conjuracion tramada contra V. A. Me consta por palabras que he oido, habiendo acechado á los regicidas, que un caballero de gran prez y valía se declara en el pergamino, que aquí debe estar escondido, protector de los conjurados. Aquí tiene V. A. el guarda-pliegos; rómpalo ó mande romperlo, sea cual fuere el nombre de la persona que haya dirigido aquellos brazos armados que quisieron vuestra muerte; sepa V. A. que D. Lope de Herrera, en justo desagravio de su rey, está pronto á arrebatarle la vida, y tambien mil vidas, si mil vidas tuviera.

Dijo D. Lope al rey, y puso en sus manos el férreo guarda-pliegos.

Al recibirlo no pudo menos que esclamar Alfonso:

—Agradezco tus servicios, y acepto tu promesa.

Y dirigiendo la vista al guarda-pliegos, buscó el resorte, semejante en todo á los que se usaban para guardar documentos en palacio, y al punto quedó descubierto un pergamino.

Don Lope en tanto no perdia de vista las acciones de Alfonso. Un sentimiento de júbilo se derramaba en su alma. Veia que era llegado el instante de cumplirse sus esperanzas, y de vencer los rigores de la contraria fortuna.

El rey no tardó en dirigir sus ojos al pergamino, con ánsia inesplicable. No bien hubo comenzado á leer el documento, esclamó con un acento que descubria la mas grande admiracion y el mayor espanto:

—¡Cielos! ¿qué es lo que llego á descubrir? ¿qué secreto tan terrible has puesto en mis manos?

—Señor, en él os acredito mi lealtad, dijo D. Lope.

—Si: tu lealtad (continuó el rey); pero ¿cómo eres tú quien me presenta la luz que alumbra mi ofuscado entendimiento? ¿No estás ligado con vínculos de parentesco á don Juan Ponce de Cabrera?

—Su yerno he de ser (respondió Lope).

—Pero aun no lo eres. Bien está (añadió Alfonso). Hombre, todo confusion y enigmas, ¿no me entregaste ayer en el mas amargo trance de mi vida esta espada?

Don Lope no comprendia el asombro del rey, y la causa de tales preguntas. Casi llegó á temblar, pensando que quizá la fortuna segnia huyendo de sus ardides, y que le ponia estorbos en el camino de su prosperidad, cuando ya él imaginaba pisar la cumbre.

—Esa espada (respondió) es mia, aunque tiene las armas de Don Juan Ponce de Cabrera. Ayer despues de una larga ausencia llegué á su castillo; y ese caballero en prenda de amistad, me dió este arma en trueque de mi acero. Con ella os socorrí, porque casualmente pude averiguar la conspiracion tramada contra vuestra vida, sin que los conspiradores se apercibiesen de mi noticia.

—No dudo de la sinceridad de tus palabras (respondió el rey). Te debo el vivir; pues sin tu esfuerzo generoso, ya D. Alfonso no reinára en Castilla. Ahora mas que nunca me hallo cercado de traidores, y necesito de tus servicios. Jura ante los santos evangelios cumplir fielmente las órdenes que te comunique respectivas al castigo de los que se conjuraron contra mi existencia: jura tambien desoir todo respeto y consideraciones humanas en la hora de la ejecucion; y jura en fin no burlar en manera alguna la confianza que pongo en tu lealtad y en tus brios.

—Señor (replicó el caballero), aunque la palabra de D. Lope de Herrera debiera bastar á V. A., no dudo un solo instante en darle la seguridad del juramento.

—Mis deseos estan satisfechos (dijo Alfonso): alcaide te nombro de mis reales alcázares: por tal serás de hoy mas conocido: vuelve á los corredores altos y espera allí mis órdenes: pronto te las comunicará el monarca de Castilla.

Iba don Lope á postrarse á los pies de su bienhechor, cuando éste sin darle mas tiempo que para el ademan, lo llevó á sus brazos, diciéndole:

—De ingrato mereceria el nombre, si no premiase tus repetidos servicios y tantas lealtades, cuando la traicion se anida ya en mi mismo palacio. No te detengas, ni me detengas mas en este sitio.

—Señor, por tales mercedes (continuó Lope) me confieso, no vuestro vasallo, sino el mas rendido esclavo de V. A.

Dijo, y salió del oratorio encaminando sus pasos á las habitaciones de don Juan Ponce de Cabrera.

(Concluirá.)—ADOLFO DE CASTRO.



(Puerta árabe en la plaza de Armas del puente de Alcántara.—Toledo.)

VIVI-INHUMACIONES.

Qui tot enseveli, bien souvent assassine,
Et tel est cru défunt qui n'en a que la mine.
MOLIÈRE.

Desde los tiempos mas remotos se han ocupado los médicos en manifestar á las autoridades el peligro de los entierros precipitados, y no ha habido nacion que no haya dado reglamentos mas ó menos rígidos para disipar el temor de que algun individuo pudiese ser inhumado vivo. Mas, bien sea por el pavor que infunde la vista de un cadáver, bien por la falsa idea de que la mayor parte de las enfermedades se trasmiten, lo cierto es que la filantropía de la facultad no ha tenido á menudo el éxito que debiera, y que en las naciones mas ilustradas, á pesar de las órdenes mas severas, se hacen algunas veces los entierros sin que precedan los requisitos debidos y sin que un exámen médico garantice siempre de una vivi-inhumacion. La Francia misma, modelo de cultura, se encuentra en este caso. En Paris hay un médico encargado de inspeccionar los cadáveres en cada cuartel, y sin su certificado no se saca difunto alguno de la casa

mortuoria. Pero apenas se sale del ámbito de la capital cuando cesa la rígida vigilancia de la policía; y el dicho de un pariente ó amigo desconsolado, el de un heredero gozoso, ó el de un enfermero ignorante conducen al muerto ó al vivo al cementerio. Yo mismo he sido testigo de un hecho cuyo recuerdo me llena de horror y me sugiere la idea de escribir estas líneas. Hallábame asistiendo á los coléricos de Vitry-le-francais en 1832, y como la mortalidad de algunos pueblecillos comarcanos fuese tal, que pereciese en alguno de ellos hasta la quinta parte de la poblacion, el miedo infundado de que los cadáveres contagiasen á los vivos, hizo acelerar las inhumaciones, no obstante la prohibicion de los alcaldes. Habia en Frignicourt una familia llamada Paradis, compuesta de cinco individuos. Acababan de morir en el espacio de tres dias cuatro de ellos, y solo quedaba una jóven de 18 años, que aunque afecta tambien del cólera, no lo estaba gravemente. Como sabia ya la muerte de su padre y la de sus dos hermanos, estaba poseida del sentimiento mas profundo y solo rogaba á cuantos veia cuidasen mucho á su pobre madre. Al anunciarla una vecina imprudente que ésta habia espirado, cayó en un estado letárgico. Todos la creyeron muerta. Ya se encontraba amortajada, cuando la curiosidad que inspiraba su hermosura hizo que un jóven entrase á verla á punto que iba á ser conducida al cementerio; pero advirtiendo en ella un leve movimiento, corrió á avisarme. Media hora de continuos esfuerzos nos procuró el placer de poder consolar á la que pocos instantes despues hubiese sido enterrada viva. Hace cuatro años que gozaba de la salud mas perfecta.

Pero si para probar el incontestable riesgo de una vivi-inhumacion abrimos la historia, hallaremos consignados en ella un sin número de casos.

Platon refiere que un armenio llamado Erus, al décimo dia de ser tenido por muerto en una batalla, volvió en sí al echarle en la hoguera. Así es que temiendo que en ciertos casos sean falsas las señales de muerte, aconseja no se entierren los cadáveres hasta el tercer dia.

Demócrito cuenta de una muger que hasta el sétimo dia no dió muestras de vida.

Plutarco cita un caso de conmocion cerebral, en el que el enfermo recobró los sentidos á los tres dias, al tiempo de su inhumacion.

Asclepiades dice haber vuelto la vida á uno, que perfumado, y con la boca llena de bálsamo, segun la costumbre griega, iba á ser enterrado.

Plinio en su historia natural habla de Acilius Aviola que volvió en sí con el calor de la hoguera, aunque fué quemado por la rapidez de las llamas. Cita tambien á Celius Tuberon que recobró la vida del mismo modo, y á Cerfidius, tio político de Plinio, que dió señales de existencia despues de ajustado su funeral.

San Agustin escribe que el cardenal Andres volvió á la vida durante sus exequias, en las que se hallaba el Papa.

Vesalio, médico de Cárlos V, y despues de Felipe II, al tiempo de hacer una autopsia, prévio el permiso de los parientes, vió palpitar el corazon del que creia cadáver. Sin la intercesion del rey, la inquisicion hubiera hecho quemar á este célebre anatómico por asesino é impío; pero fué conmutada la pena en un viage á los santos lugares.

Empezando á embalsamar al cardenal Espinosa, se le vió tambien palpitar su corazon, y el desgraciado, al volver en sí, hizo un movimiento rechazando el escalpel del anatómico.

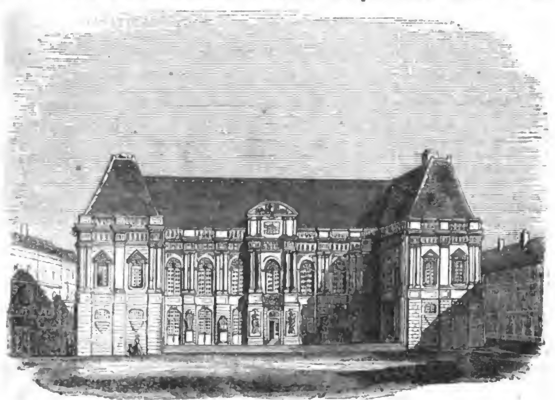
Terilli dice que al hacer la autopsia de una señora española, á la segunda escalpelada, recobró la vida.

La *Cuotidiana* de Paris de 13 de enero de 1819 refiere que el baron Hornteín cayó en una especie de letargia. Tenido por muerto se le depositó en un mausoleo destinado á la sepultura de su familia. Vuelto ya de su sopor, consiguió levantar la tapa de su féretro; pero desesperando de poder salir de aquella mansion de muerte, puso término á su suplicio rompiéndose el cráneo contra las paredes del suntuoso sepulcro.

La ambicion de una pingüe herencia, la envidia, el negro rencor han solido tambien asociarse con las apariencias de muerte. ¿No hizo enterrar á Zenon la emperatriz Ariadna, aprovechándose de uno de los ataques epilépticos que padecia?

Pero, ¿para qué multiplicar mas los hechos, cuando apenas se visita un pais en el que no se sepa de alguno que en el espacio de dos generaciones ha estado á punto de ser enterrado vivo?

No se puede, sin temblar de horror, pensar en la espantosa posicion del que, recobrando sus sentidos, se ve condenado á tan angustiosa como irremediable muerte. Si el Gobierno accediese á mis ruegos, no solo no se inhumaría cadáver alguno sin que precediese una detenida inspeccion médica, sino que los de aquellos que hubiesen sucumbido de epilepsia, catalepsia, síncope, muerte repentina, conmocion cerebral, histérico violento ú otros afectos nerviosos, los haria depositar en una sala, que destinaria en cada cementerio, en donde un comisionado *virtuoso* los examinase repetidas veces al dia, hasta que empezasen á manifestar señales evidentes de putrefaccion, pues ni el enfriamiento, ni la rigidez, ni la falta de pulsaciones y respiracion, etc., etc. aseguran siempre un estado de muerte.—M.



(Palacio de Justicia en Reims.)

LA VISITA AL PANTEON.

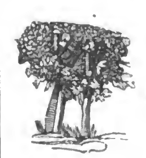
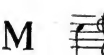
Aquí llega tambien mi amor herido
á disputarte al tiempo y al olvido.
EPITAFIO.
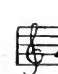
Subir quiero de mis graves
pensamientos con la carga,
con lágrimas en mis ojos
y con tristeza en mi alma,
á aquella verde colina
en que un horizonte acaba
entre crepúsculos rojos
y sauces de mústias ramas.

Allí hay un huerto partido
en inmensurables zanjas,
donde crece fértil yerba
sobre osamentas humanas,
y hay allí para aquel huerto
una cruz y una campana,
porque no es huerto de amores
do los vivos se solazan,
sino huerto de la muerte,
del olvido y de la calma.
¡Luz de un sol de primavera
que melancólica bañas
con las tintas de la tarde
aquellas agujas santas,
luz que alumbraste mi dicha
y hoy mi desdicha acompañas,
llévame al huerto tranquilo
que de la vida me aparta,
dó son *bienaventurados*
los que en el Señor descansan!
Llévame, que del Pisuerga
la mas hermosa zagala
con sus vestidos nupciales
allí amorosa me aguarda.
Tálamo de nuestras bodas
fué su tumba solitaria,
y es justo que juntos moren
corazones que se aman.
Quiero á la puerta sentado
de su misteriosa casa
llorar, hasta que se duela
de mí, y compasiva salga,
que ella es hueso de mis huesos
y entraña de mis entrañas,
y ó yo la llevo conmigo
ó ella consigo me arrastra,
ó nunca oyó el universo
mas hondos ayes del alma,
ni á las madres cuyos ojos
ven que los hijos les matan.
Llego á la colina: llego
á aquellas tristes murallas
buscando una voz amiga
que ponga fin á mis ansias,
y todo en torno un profundo
eterno silencio guarda.
¿Y tú tambien, amor mio,
al verme á tu puerta callas?
¿No ves cómo siempre acudo
con no vencida constancia
á las amorosas citas
con que á la muerte me llamas?
¿No ves de nuestras alegres
memorias qué fiel guirnalda
te tejen mis pensamientos
que para ti nunca acaban?
¡Ay! no son ya los sentidos
los que contigo me enlazan,
ni es el rumor de la fiesta,
ni es el ardor de la danza,
ni es el devorante fuego
de caricias inflamadas
de dos tiernos amadores
que con su amor se embriagan:
Hoy nos unen en un punto
una cruz y una campana
y versículos y salmos
de profetas y monarcas,
y son nuestra alfombra ortigas
y oraciones nuestras zambras,
y nuestra trova de amores
tristes y letales auras.
¡Ay amor desventurado
que aniquiló mano airada!
al fin, aunque tarde, quedas
á solas con tu constancia.
¿Dónde estan los que otro tiempo
tus lauros me disputaban,
y en la terrible contienda
mostraron tan loca saña?
Cobardes, que de un callado
sepulcro tanto se espantan,
¿por qué no vienen conmigo
á esta soledad infausta?
¡Ah! no vendrán.... Las delicias
de estas dolorosas pláticas
solo un espíritu fuerte
las gusta y las idolatra.
Temen la verdad eterna,
es propio de virtud falsa,
y ellos huyen el castigo
de su rigor justa paga.
Pero yo de tiempo en tiempo
vendré á buscarte á la casa
de nuestros nuevos amores,
que ni en la muerte se acaban:
y tú serás la apacible
vision de mis alboradas,
y el aire que me dé aliento
en mis noches solitarias.
Mi turbulento destino
en tí se cifra y se guarda
con sus bienes y sus males,
sus dichas y sus desgracias.
A tí volveré los ojos
en medio de mis batallas:
á tí rendiré la ofrenda
de mis vencedoras palmas;
y cuando yo fatigado
desmaye ó vencido caiga,
ó sienta el alma vacía
de deseos y esperanzas,
reclinaré mi cabeza
sobre el mármol que te guarda,
muerto ya para la vida
y vivo para mi amada.
Así con honda amargura
bajé la colina santa
cuando en el vasto horizonte
la última luz espiraba.
Y para doble tristeza
tuve á muy breve distancia
un pueblo inmenso delante
y un panteon á mi espalda.
El pueblo que estruendo hacia,
y el panteon que callaba,
y yo entre los dos, partida
en mil pedazos el alma,
pensando en mi amor perdido
que me cubrió con sus alas.

GABRIEL ESTRELLA.

GEROGLIFICO.


M






Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LAS HADAS DE LA CIUDAD DE LIMES.

En la costa que se estiende á lo largo del mar como á una media legua de Dieppe en direccion del camino de Eu, hay un campo bastante grande pra poder contener muchos millares de hombres. Este campo, llamado en el pais *ciudad de Limes* ó *campo de Cesar*, que fué considerado por largo tiempo como romano, al presente es reconocido como francés; es de forma triangular, y está limitado en algunas partes hácia el lado de tierra por una colina de mas de 30 pies de elevacion.

Se dice que las hadas acostumbran á tener en la ciudad de Limes una feria, en la que escitan la codicia de los concurrentes, ofreciéndoles mercancías maravillosas que ocultan tesoros mágicos. Consisten estos en plantas sobrenaturales que curan las enfermedades del alma y las heridas del cuerpo, en perfumes que hacen inmortal la juventud, en flores que cantan para adormecer las penas del corazon, en piedras preciosas de las que cada una tiene su virtud particular; hace el rubí despreciar los peligros y preserva de todas las desgracias; vuelve puro y casto el zafiro; la ágata da santidad y belleza, haciendo ademas ver en sueños al amigo ausente. Tienen tambien piedras antiguas grabadas por una mano desconocida y de las que cada una es un talisman de felicidad y de gloria; una arma invencible, un espejo mágico en que se lee el porvenir y donde se descubren los secretos mas íntimos del alma. Hay aves divinas, que se enseñorean de las enfermedades con una mirada, pero que apartan la vista de aquellos que no pueden curar y cuya muerte está cerca de las hermosas aves parleras, tal como el papagayo de la reina Saba que recitaba lecciones de una filosofía tan sencilla y persuasiva, que las obras de los genios mas grandes y sublimes entre los hombres no han enseñado jamás nada que se las parezca. Añádase á estas preciosas maravillas, todo el ligero atavio del tocado de las hadas, magníficos estuches en los que en vez de diamantes brillan con luces mil veces mas claras y resplandecientes gotas de rocío que el arte de las hadas ha sabido cristalizar; una coleccion de alas de hada suaves, flexibles y adornadas de un mosáico de mil colores formado de los despojos de los insectos mas bellos de la creacion: gasas aéreas, listadas con los filamentos de algodon que revolotean en el aire y se estiende por las praderas en los hermosos dias de otoño; garzotas formadas de esos globos de plumage que esparce un soplo de viento; hermosas bandas teñidas con los colores del iris, y en una palabra todos los galanos presentes de la naturaleza acabados con un trabajo y una delicadeza admirables. Tal es en parte el inventario de este bazar de las hadas que puede ayudarnos á completar la imaginacion de nuestros lectores.

Pero ¡ay! desgraciado del imprudente que llegue á tomar cualquiera cosa! apenas ha cogido el objeto comprado, cuando las hadas le cogen y le arrojan desde lo mas alto de la costa

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

(Conclusion.)

La alegría estaba retratada en su semblante: y el orgullo del triunfo hacia latir con violencia su corazon.

La victoria es mia (esclamó); pues la fortuna, rendida á mi constancia, se ha postrado, dejándome los bienes que han servido de norte á mi empresa. Ya puedo ofrecer mi mano á Blanca; ya soy dig-

no hijo de don Juan Ponce de Cabrera. Si este goza el favor del soberano por su ingenio y por sus virtudes, yo lo gozo tambien por mis merecimientos y servicios hechos al monarca castellano. La fortuna huye de los mortales para probar su valor y la energía de su alma: al que se cansa de perseguirla, abandona en su desaliento: al que porfia en vencerla en ligereza destina todos sus favores como premio de la constancia.

Satisfecho de estos pensamientos entró en la habitacion de don Juan Ponce de Cabrera y su hija Blanca. Ambos lo esperaban con afanco, combatidos de mil diversos afectos.

—Ese semblante tuyo me revela la victoria de tus ambiciones (esclamó Blanca).

—¿Hablásteis con el rey? (dijo don Juan.) ¿Qué premio ha reservado este á vuestros servicios?

—Alcaide soy de sus reales alcázares (respondió Lope), y tan favorecido del monarca que me creo igual á vos en la privanza.

—Mucho me alegro del suceso (continuó don Juan), porque de ese modo la turbacion de vuestro espíritu habrá cesado viéndoos sobre la cumbre de la prosperidad en contradiccion de la fortuna. Pero por lo mismo que habeis logrado las mercedes á su despecho, temo que reserve un temible desengaño á vuestra osadía y un mayor castigo vuestra pertinacia.

—Ningun temor tengo á la fortuna; pues la he humillado (dijo Lope); si otra vez cobra alas y levanta el vuelo para ofenderme, no ignoro la manera de vencerla. Y quien la ha rendido, puede rendirla en mil ocasiones.

—¡Qué ciego venis! (continuó don Juan) ¡qué ciego! ¿Pensais acaso que la fortuna se deja vencer por el ardid de los hombres quedando desarmada para siempre? Pues estais en un error notabilísimo. Si ella aun á los mismos que por propia voluntad favorece, derriba con enojo, maltrata y entrega al escarnio del mundo, ¿qué armas no empleará para el ultraje de aquellos que la han obligado á rendir favores, no por súplicas, sino por medio de las mas grandes violencias?

—Hablais (respondió Lope) como hombre vencido por la fortuna. Quisísteis huir de sus favores, y ella os ha compelido á admitirlos. La falta de valor para luchar contra ella, atribuis á filosofía y á esperiencia de los varios sucesos de la suerte. Si hubiérais sabido pelear, hubiérais aprendido á vencer.

—¿Y quién sabe (añadió Cabrera) si cuando os juzgais victorioso, sereis el vencido?

—¿Qué mas victoria quereis (dijo don Lope) que verme con la dignidad de alcaide de estos alcázares, partiendo con vos la privanza del monarca, y próximo á dar la mano de esposo á Blanca, dueño de mi existencia, luz de mis ojos, y único y verdadero objeto de mis esperanzas? Creedme, don Juan: en este instante la felicidad despues de haberos cubierto con su manto por mis instancias, me ofrece dos coronas: la de laurel por triunfar de la fortuna, la de rosas por la constancia en mis amores.

Un page del rey llegó en aquel instante á interrumpir los razonamientos de don Lope de Herrera.

—¿Qué buscas, gentil mancebo? díjole este.

—El rey mi señor (respondió el page) me envia á vos con este pergamino.

No bien pronunció estas palabras, puso el documento en manos de don Lope, y salió de la habitacion.

—Ya lo veis (esclamó este): la confianza del rey en mi lealtad es infinita. No bien ha salido de su oratorio, se ha apresurado á ocuparme en su servicio. Toma, Blanca, el pergamino, y lee en él las órdenes que me comunica el soberano. Para un padre y una esposa no debo tener secretos.

Blanca tomó con curiosidad el documento, y al punto que leyó para sí los primeros renglones, dió un grito de espanto y dejó caer el pergamino.

—¿Qué causa tu asombro? (dijo D. Juan.) Veamos qué contiene esa carta.

Y cogiéndola del suelo leyó con voz firme y sin mudar el color del rostro lo siguiente:

Don Lope de Herrera, alcaide de mis reales alcázares, sabed que por razones emplideras á mi servicio importa que os asegureis de la persona de D. Juan Ponce de Cabrera en una de las torres que son á vuestro cargo. Y que esto se ejecute con la mayor diligencia y sigilo, se deja bien inferir sin que lo encargue á vuestra lealtad.

Alfonso de Castilla.

El silencio sucedió á la lectura de este documento terrible. Blanca queria hablar, pero el dolor le cerraba los lábios. Tan solo dirigia anhelante su vista, ya á su padre, ya á D. Lope. Este no estaba menos poseido del terror que su amada.

—¿Qué haceis, amigo? (esclamó con dulce acento D. Juan Ponce de Cabrera.) Nuestro soberano os envia á decir que prendais y encerreis mi persona en una de las torres de este alcázar. Con buen pié empezais en la privanza: lo principal es que logreis manteneros firme en ella, no como vuestro amigo que al soplo de vuestra ambicion ha caido en tierra.

—Pero ¿cómo he de ejecutar esta mision? (dijo Lope vertiendo lágrimas.)

—Tomando mi espada ahora y llevándola al rey, y entregando la persona de D. Juan al rigor de los carceleros.

Y diciendo estas palabras desenvainó la espada que pendia de su cintura, y entregándosela á Lope continuó:

—Este acero me disteis en prenda de amistad: no os lo devuelvo como á enemigo: el rey me ordena que os lo entregue: por el que os di logré ascender al templo de la privanza á causa de un error que me atribuyó vuestros servicios: por el mio acabareis de conseguir todas las mercedes y dignidades que ambicionásteis.

—Atravesadme el pecho con esa espada (replicó D. Lope) y no hirais mi alma tan cruelmente con esas palabras.

—Nunca pensé (añadió Blanca) que vuestra insaciable codicia de riquezas os llevase al estremo de ocasionar la ruina de vuestro padre.

—Os juro que soy inocente de la causa que obliga al rey á mandar la prision de mi amigo (respondió el alcaide). Este es el castigo de mi audacia en violentar á la fortuna á rendirme sus favores.

—Os creo inocente (dijo Cabrera), y por eso aun os llamo mi hijo. No sé qué culpa me atribuirá la envidia de la córte para arrojarme en brazos de la desdicha. Ya veis cuán ciertos eran mis pronósticos, y hasta dónde llega el rigor de la fortuna. Ella, á despecho mio, me arranca de la soledad que amaba para traerme á los palacios que aborrezco. Todos se maravillaban antes de mi venturosa suerte, sin saber que salia de la libertad para caer en los hierros de una prision. Tomad esperiencia, Lope, en mi desastre, y ved en lo que paran las pompas y vanidades del mundo.

—Temo haber sido la causa de vuestra desdicha (dijo Lope); pero aun me queda el consuelo de que tengo valimiento con el rey, y que, ó podré poco, ó os pondré en libertad, haciendo que vuestra inocencia (porque inocente os creo) brille mas resplandeciente que la luz de medio dia.

—Si, Lope mio (esclamó Blanca enternecida), emplea tu valimiento para salvar á mi padre.

—A su valimiento apelas en este trance (continuó don Juan), y no recuerdas que el mio pasó mas ligero que la luz del relámpago.

—¡Cielos! admiro el castigo que has dado á mi soberbia (dijo á esta sazon el alcaide); ambicioné las dignidades á despecho de la fortuna, y las obtengo solo para causar la ruina de mi amigo. Pero ¿cuáles podrán ser las causas de esta desdicha?

—Las ignoro completamente (replicó Cabrera): una conciencia exenta de todo crimen es mi compañera: si tengo algun delito por el cual sufrir penas terribles, es el no haber tenido bastante destreza para huir de los lazos que me asestaba la fortuna para convertirme en despojo de sus caprichos. Llevadme pues á la torre, y cúmplase la voluntad del rey. Nada temo al contemplar mi conciencia; pero tiemblo al no hallar seguridad contra las inconstancias de la suerte.

—Vuestras razones no pueden menos de llenar de amargura mi espíritu (respondió Lope); seguid mis pasos, y dejad vuestra salvacion á vuestra misma inocencia y á mi amistad. Y al decir tales palabras, tomó la espada que relucia desnuda en manos de Cabrera, y salió de la habitacion de este.

Don Juan al verlo partir miró á su hija, en cuyo rostro corrian dos lágrimas; vióla temblar como la hoja en el árbol, conmovida de la furia de los vientos, y no pudo menos que dirijirle estas razones:

—Pues la infelicidad se ha apoderado de nosotros, sufrámosla con la resignacion de los justos.

Y echando los brazos al cuello de Blanca, la llevó consigo detrás de don Lope.

VI.

Tornó don Lope de Herrera á la habitacion que le estaba destinada en el alcázar de Don Alfonso como alcaide. El asombro de la repentina desdicha de su amigo cuando apenas acababa de pisar los umbrales de la privanza, no se apartaba de su ánimo.

—No es la fortuna (dijo) quien ha precipitado desde su altura á don Juan Ponce de Cabrera. A alguna causa poderosísima y desconocida para mi debe Cabrera su desventura. Pero ¿quién en breves instantes ha hecho mudar su estado, llevándolo desde los pies del trono á la estrechez de un calabozo? Yo que he sido el ejecutor de las órdenes del rey ¿habré ocasionado la perdicion de mi amigo sin saberlo? Este pensamiento llena de angustia mi alma. ¿El rey no favorecía á Cabrera antes del coloquio que tuvo conmigo? ¿Desde que leyó el pergamino que puse en sus manos, no me hizo varias preguntas referentes á D. Juan? ¿No se maravilló de ver que yo era quien le pre-

sentaba aquel documento? Sin duda alguna en él se encierra algun secreto que pertenece á la vida de Ponce. Dios quiera que mis sospechas no salgan ciertas; pero sea lo que fuere, yo quiero saber con toda claridad si yendo yo tras la fortuna, ella para mi ruina y la de mi amigo y de mi amada me arrojó en brazos de las dignidades que tanto anhelaba. Al terminar estas razones sacó del seno un guarda-pliegos, igual en todo al que puso en manos del rey. Con gran trabajo y no menor paciencia pudo descubrir el resorte que aseguraba el pergamino contra las tentativas de aquellos que lo buscasen.

—Ya he hallado lo que ha de aclararme un misterio horrible.

Dijo, y abriendo el guarda-pliegos sacó un pergamino y halló en él escritas las siguientes razones:

Yo D. Juan Ponce de Cabrera, señor del castillo de Cabrera y de sus campiñas, me obligo con mi persona y bienes á favorecer á los que me ayuden en la empresa de destruir al tirano de Castilla.

Esto se leia en el pergamino. Al un estremo estaban estampadas las armas de D. Juan Ponce de Cabrera.

Maravillado quedó D. Lope con la presencia de este documento. Veia que su amigo era un traidor al rey, y que él mismo lo habia delatado. Desde luego comprendió que la ruina de Cabrera se acercaba por instantes. Temblaba recordando el amor de Blanca, el cual creia ya perdido para siempre: quisiera no haberla jamás conocido, y al propio tiempo maldecia la hora en que cegado por la ambicion puso en manos de Alfonso aquel pergamino.

—He alcanzado de la fortuna dignidades y valimiento cerca del rey; pero no la felicidad que apetecia (esclamó). No puede haber dicha para mí sin el amor de Blanca, y ya el amor de Blanca es perdido para mí; pues nunca perdonará ella al autor de la muerte de su padre. Hablaré al rey y le pediré la vida de Cabrera; pero ¡ay! nada alcanzarán mis ruegos, sino hacerme sospechoso á sus ojos, y separarme de mi amigo, quizá en sus últimos momentos.

Un page de Alfonso vino á sacar de sus reflexiones á Herrera.

—Señor alcaide (dijo), S. A. me manda advertiros que os espera.

—Vamos á verlo (esclamó Lope para sí); sin duda me llama para saber el fin de mi empresa, ó para darme órdenes nuevas y mas rigorosas.

Luego que llegó á presencia del rey, éste le dijo:

—Sé que Cabrera está en una de las torres prisionero bajo tu custodia. Bien: te agradezco y tengo en merced tu presteza en servirme. Ahora necesito de tu amor á mi persona. En la sierra de Córdoba ha sido preso uno de los que me acometieron, y que tú despues de herirlo perseguiste en vano. Ha llegado con mis guardas, y se encuentra en los subterráneos del alcázar. Se obstina en callar su nombre y el de sus cómplices. Por lo tanto es preciso que mandes darle tormento para averiguar una cosa y otra ademas del objeto de la trama contra mi persona.

Iba á salir Lope á poner en ejecucion las órdenes del Soberano, pero don Alfonso le detuvo diciéndole con estraña sangre fria:

—Al anochecer ordenarás tambien que sea decapitado don Juan Ponce de Cabrera en la plaza frontera de este alcázar para escarmiento de los traidores, y asombro de los cordobeses.

—Señor (dijo Lope), ¿qué me mandais?

—La ejecucion del juramento y de la palabra que esta mañana me diste en mi oratorio (respondió el monarca); obediencia y no escusas es lo que exijo de ti, y obediencia espero de tu lealtad acreditada.

Hizo señal con la diestra á Lope para que saliese de la habitacion, y le volvió la espalda con el desden propio del señor que manda al esclavo.

¡Oh juramento terrible! (esclamó D. Lope) ¡Oh promesa cien mil veces desdichada! Y ¡desdichado yo que ciego tras la fortuna, pensé rendirla por la violencia, y ella me ha arrojado en brazos de la infelicidad y de la desesperacion! Pero no está todo perdido. Alcaide soy del alcázar de Córdoba. Aun puedo salvar con mi vida la del padre de Blanca.

Y tomando una llave de varias que estaban pendientes de una espetera en la habitacion suya, tomó el camino de la torre en que se encontraba Cabrera.

Este, no bien vió á su antiguo amigo, corrió á su encuentro, y le preguntó:

—¿Qué venís á anunciarme con ese rostro de dolor y esas lágrimas de amargura? Nada me digais: ya adivino todo. Para completo ultraje de mi inocencia, y para desengaño de los que creen en los halagos de la fortuna, ya estará dada la sentencia de mi muerte.

—Señor (replicó Lope), si vuestra sinceridad hubiera sido igual al afecto que os tengo, ni yo verteria estas lágrimas por haberos delatado incautamente, ni vos os querellariais de la fortuna, en lugar de atribuir á vuestro descuido y á vuestra culpa la ocasion de este desastre.

—No os entiendo (esclamó asombrado D. Juan).

—Os convertis en conspirador (dijo el alcaide) contra el monarca que os favorece, lo llamais á vuestras tierras, lo cercais de forajidos pagados para el intento y cuando veis malogrado vuestro designio, os declarais su defensor y le recibis en vuestro castillo aparentando salvarlo de los riesgos que vos mismo atrajísteis sobre su cabeza. Y no satisfecho de todo, fingiendo odiar los bienes de fortuna, recogeis como por fuerza los honores que la liberalidad y el agradecimiento del monarca os presentan. ¡Ah! quién creyera, don Juan, que hubiérais entregado al olvido la virtud y la lealtad de vuestros mayores!

—No sé qué fundamento puede haber para esas acusaciones que me dirijís (replicó D. Juan); sin duda el verme ultrajado por la fortuna os autoriza para ofenderme. Nunca tal imaginaré de vuestra amistad y del amor con que serviais á Blanca.

—Ved, Cabrera, la prueba de vuestro delito, sellada con vuestras armas, dijo Lope presentándole el pergamino.

—¡Santos cielos! ¡qué infame trama se ha urdido contra mi! (esclamó Cabrera). La letra no es mia, ni yo he dictado tal documento. Un impostor se ha servido de mi nombre y de mis armas para esta iniquidad; pero yo estoy inocente. Os lo juro, D. Lope.

—Quisiera dudar de mí mismo, antes que ultrajar á vuestra virtud: dijo el alcaide. Quizá seais inocente: lo sereis: yo así lo quiero creer; pero el rey en vista de este documento que yo le presenté sin saber lo que le presentaba, ha ordenado vuestra muerte para la hora del anochecer en la plaza del alcázar y en un tablado que ahora están construyendo los guardas de su Alteza. Deseo salvaros.

—¿Salvarme? Y ¿cómo? (preguntó con acento de indiferencia el infeliz Cabrera.) Eso es imposible.

—No es tan imposible como pensais (respondió Herrera): esta llave os abrirá dos puertas secretas de la torre que dan al campo. Huid de esta tierra, amigo mio: cuando vengan á este lugar los guardas y el verdugo, nada encontrarán. Y si el rey Alfonso quiere una vida en cambio de la vuestra, aquí está la mia.

—No: os engañais mucho si creeis que he de salir fugitivo del alcázar (continuó Cabrera): inocente entré en este sitio, y no he de salir de él sino para el cadalso, ó para las dignidades que antes despreciaba, pero que ahora las exigen mis méritos y servicios. Con la huida acreditaba las sombras del delito que me cercan: quedando en este lugar, alcanzaré tal vez una muerte, para los que no sepan quién es Don Juan Ponce de Cabrera, deshonrosa; mas injusta para los que no ignoren mi lealtad y el amor con que he acatado á los reyes de Castilla.

—Y porque veais cuán lejos estoy de imaginar mi huida, esta llave en que habeis puesto la esperanza de mi salvacion, va á perderse ahora para mí.

Y diciendo estas razones, arrojó por la ventana de la torre al campo el instrumento que D. Lope le habia dado para la salvacion de su vida.

—Venga ahora la muerte (continuó): no la temo. Jamás la ha temido el justo.

—¿Qué habeis hecho? dijo Lope.

—¿Qué? (respondió Cabrera) dejar que de una vez la fortuna acabe de ejercitar en mí sus rigores. Yo huyendo de los bienes que me ofrecia, no pude salvarme de sus lazos. Me coronó de flores para clavar en mi frente las espinas. Vos, persiguiéndola para que os favoreciese, lograis sus dones por medio de la violencia. Con ellos os creisteis dichoso, en tanto que caminábais á la desdicha. Entonces teniais un amigo sincero, resuelto á llamaros hijo, y una doncella ardiendo en vuestros amores. Quisisteis otra cosa mas que la felicidad con que os brindaba la suerte. La hostigásteis en balde; pues solo conseguisteis dignidades sin felicidad, cuando podiais tener la felicidad sin dignidades. El castigo de vuestras ambiciones es llegado. Perdisteis el padre y la esposa: tambien perdereis esos honores que habeis conquistado con la desdicha agena; y si la fortuna os muestra agradable el semblante con toda sinceridad, como suele presentarlo á los perversos, no gozareis tranquilamente de los bienes con que os regale. Mi sombra os perseguirá de continuo, los sollozos de mi Blanca llegarán á vuestros oidos, sin que jamás logreis ver aquellos ojos que amabais menos que los bienes de fortuna; y á donde quiera que dirijais las miradas, hallareis escrito con letras de mi sangre, el nombre de D. Juan Ponce de Cabrera.

Don Lope escuchaba pálido y con los ojos desencajados las terribles palabras de su amigo. Al terminar este sus acentos, cayó de rodillas el alcaide, diciendo con trémula voz:

—Si os he perdido, tambien he procurado salvaros. *Arrebatadme la vida, antes que me dejeis entregado á los rigores de vuestra maldicion.*

—No os maldigo (respondió D. Juan), soy aun mas generoso: os perdono; pero nunca seais esposo de Blanca: os lo prohibo. Así como por la ambicion habeis turbado mi reposo y me arrastrais al cadalso, mañana llevariais á la tumba á vuestra consorte, y á los hijos que en ella tuviéseis. No querais hacer mas desdichados á los impulsos de vuestra insaciable sed de las vanidades del mundo.

Dijo, y en el umbral de la puerta aparecieron un sacerdote y varios guardas.

—Llegado es el instante de mi muerte (esclamó); tan solo me atribula la infelicidad y el abandono en que queda mi Blanca. No quiero verla, ni turbar el sueño en que reposa. Me faltaria el valor para subir con mi inocencia las gradas del patíbulo. No os la encomiendo, aunque la infeliz no tiene amparo alguno en la tierra. Pero mas quiero dejarla encomendada á su infelicidad, que á un hombre nacido para instrumento de las iras con que la fortuna castiga sus ambiciones en las personas que le profesan cariño.

Al decir tales palabras, salió de la estancia, dejando de rodillas al que fué su amigo.

Don Lope al verlo partir alzó los ojos al cielo, cubiertos de un amargo llanto, quiso hablar, y levantarse; pero la voz y las fuerzas lo abandonaron, y cayó sin sentido.

VII.

Al ruido que ocasionó la caida de Lope, abrió Blanca los ojos, poseida de un estraño sobresalto, como si su corazon la predijese la desdicha de Cabrera: salió de su habitacion, buscó en la otra á su padre, y al ver postrado en tierra á Lope y sin sentido, esclamó:

—Levanta, infeliz: ten fuerzas para presenciar los males que nos ha ocasionado tu insaciable codicia. Hasta ahora la angustia me tuvo rendida al sueño; pero ya la desesperacion y la suerte que creo reservada á mi padre, me animan.

Don Lope en esto entreabrió los ojos, y dijo con débil voz:

—Blanca, Blanca mia.

—No soy tuya, ni jamás lo seré (respondió ella). ¿Dónde está mi padre? ¿Lo has sacrificado en aras de tus ambiciones?

—Mi desdicha y su negra fortuna lo arrastran al cadalso (replicó Don Lope).

—¡Al cadalso! ¿y tú me lo dices? (esclamó con acento de desesperacion la doncella). Apártate de mi presencia. Un mar de sangre nos separará eternamente. La ceguedad de tu codicia de honores y riquezas ha turbado la calma en que viviamos mi padre y yo en el castillo de nuestros mayores. Tú lo has llevado al patíbulo infamando su inocencia y cortando el hilo de su generosa vida. Tú has perdido á un padre y una esposa: yo he perdido á un amante. El que está ante mis ojos, no es el objeto de mis amores, no es D. Lope de Herrera, sino un hijo de la ambicion y un contrario de mi familia. Huye de mi vista, ó mejor dicho, yo huiré para siempre de la tuya. Te abandono en brazos de la fortuna, y á los remordimientos de tus delitos, si no eres tan vil que ni aun los remordimientos hallarán cabida en tu corazon.

Dijo, y aunque D. Lope hizo ademan de contenerla, salió de la habitacion gritando: —*¿Dónde está mi padre? ¿Qué habeis hecho de Don Juan Ponce de Cabrera?*

—¡Infeliz! (esclamó D. Lope) yo he ocasionado tu desdicha. Hé aquí el castigo que la fortuna habia reservado á mis ambiciones.

Quiso correr en pos de Blanca con el fin de detenerla para que no viese la ejecucion de su padre; pero en aquel instante entró uno de los carceleros en la habitacion, y le dijo:

—Señor alcaide, ya D. Juan ha perecido, y tambien su primo: aquel en el cadalso y este en el tormento.

—¿Qué primo es ese de D. Juan Ponce? (preguntó Lope).

—El hombre que heristeis en la sierra y que se ocultó á vuestros ojos. Preso por los guardas del rey, y puesto en el tormento, ha confesado al espirar que se llamaba D. Enrique de Cabrera, primo del que acaba de morir en el cadalso: que desavenido ha un año con su pariente, huyó *del castillo* y buscó en Aragon un asilo.

—¿Y qué mas confesó? (dijo D. Lope impaciente).

—Muchas mas cosas (prosiguió el carcelero): en primer lugar, que deseoso de que el monarca aragonés le debiese la corona de Castilla, determinó matar á D. Alfonso XI: que sabedor de que S. A. solia cazar por las sierras de Córdoba, determinó darle muerte en ellas: que para la empresa incitó á cuatro aventureros, á los cuales hizo creer que su primo, persona de tanta autoridad en la comarca, era el cabeza de la conjuracion; y que para mas acreditar sus palabras se sirvió de su sello que habia robado antes á su pariente.

—¿Qué dices? (esclamó D. Lope). Ya se ha completado el castigo de mi soberbia. Yo por la insaciable sed de dignidades he mancillado la honra de un amigo, lo he perdido para siempre arrastrándolo al cadalso: he cubierto de infamia su linaje, y he concitado contra mí el odio eterno de la muger á quien amo.

Al llegar á estas palabras, entraron en la habitacion dos caballeros. Al verlos dijo Lope:

—Si venis de orden del rey á darme muerte, aquí teneis mi cabeza.

—Señor (respondió uno de ellos), no tratamos de quitaros la vida, sino de daros una nueva que llenará de alegría vuestro corazon. Su alteza nos encarga que en su nombre os digésemos, que acatando nuestro rey los muchos y buenos servicios que os deben los reinos de Castilla, os hace merced del título de duque, y de la plaza que ocupaba cerca de su persona el traidor D. Juan Ponce de Cabrera.

—¡Oh engañosa fortuna! (esclamó D. Lope) me ofreces las dignidades que he comprado á costa de mi felicidad, de la sangre de mi amigo y del amor de Blanca: para nada quiero ya tus dones. El desengaño y el escarmiento han llenado de pavor mi alma.

—¿Qué respondemos á S. A.? (preguntó uno de los caballeros).

—Decid al rey, nuestro señor, (replicó el alcaide) que D. Lope de Herrera agradece las mercedes con que quiere honrarlo S. A; pero que de hoy mas se retira de la corte, huyendo de los bienes de fortuna, y no queriendo, al ascender á la privanza, hollar los venerables restos de su inocente amigo D. Juan Ponce de Cabrera.

CONCLUSION.

Un año despues de este suceso, D. Lope de Herrera, cansado de buscar inútilmente á Blanca, quiso huir para siempre de los favores que la fortuna le estaba dispensando á toda hora. Cuando antes los anhelaba, ella los escondia de su vista: y ya que los entregaba al desprecio, la suerte no cedia en su empeño de ponerlos en sus manos.

Aunque temia Lope luchar contra el poder de la fortuna, recordando la trágica historia de D. Juan Ponce de Cabrera, se creyó seguro en el retiro de un claustro, profesó en un monasterio, y allí en la penitencia y en el llanto pasaba los dias sin que turbasen su alma mas que los remordimientos de haber ocasionado la desdicha de un amigo, y de su infeliz amante Blanca.

Pero la fortuna, ni aun en la soledad del claustro desistió de perseguir á Lope. Como ya del corazon de este habian desaparecido las ambiciones, buscó otro camino de favorecerlo. La fama de las virtudes y de la humildad del monge, alcaide en otro tiempo de los régios alcázares, voló hasta el trono de D. Alfonso XI. Y como vacase la silla episcopal de Córdoba, el monarca no dudó en concedérsela á un hombre de tan santa vida.

Cuando llegó la nueva de esta dignidad á los oidos de Lope, este se estremeció, y dijo:

—Ni aun en la humildad y pobreza, ni aun en el retiro de un monasterio estoy seguro de los ardides de la fortuna. La lucha contra mí sigue trabada: Dios me dé alientos para ganar la victoria.

Renunció la dignidad episcopal; pero en virtud de santa obediencia, le fué mandado aceptarla.

Lope no quiso dejarse vencer de la suerte, y huyó una noche del monasterio.

En esto habian pasado tres años desde la muerte de Cabrera. El monge se determinó á no abandonar la vida penitente, y procuró buscar en las entrañas de la sierra de Córdoba un asilo contra los rigores de la fortuna, ejercitados en su persona, ya por medio de halagos, ya por medio de violencias.

Pasó en su huida por los contornos del castillo de Cabrera, el cual habia sido confiscado por Alfonso XI. Fatigado de sed, entró en una cabaña á pedir por breves instantes un abrigo contra las inclemencias del sol de agosto. Dos ancianos esposos habitaban aquella morada de la pobreza: al punto que vieron al monge, se apresuraron á agasajarlo, llevándolo á un huertecillo que á espaldas de la cabaña se encontraba.

Los ojos de Lope vieron en el suelo una piedra toscamente labrada, y en ella unas letras que decian:

AQUI YACE LA MUY HONORABLE Y MUY HONESTA DONCELLA DOÑA BLANCA DE CABRERA, FLOR DE VIRTUDES, MARCHITA EN EDAD TEMPRANA.

—Esta fué la hija de nuestro señor D. Juan, criada á mis pechos. Despues de la muerte de su padre huyó á este sitio, y en nuestros brazos espiró al cabo de seis meses, devorada por una fiebre. El dolor de la desdicha de Cabrera y la ausencia y los yerros de un D. Lope á quien ella idolatraba, bastaron á destruir su juventud y su lozania. Ahí nuestro afecto le ha erigido esa modesta tumba.

Al escuchar tales palabras, el monge se hincó de rodillas junto á la piedra en ademan de orar por el alma de la desdichada jóven. Pero los sollozos que salian de su pecho llenaban de admiracion y de curiosidad á los dos ancianos.

Al fin se levantó trabajosamente, y siguió, no sin lágrimas, su camino.

Desde aquel dia con grande asombro de los esposos, todas las mañanas veian cubierta de flores la piedra que ocultaba á las miradas de los hombres el cuerpo de la desdichada Blanca.

Pasaron algunos años sin que se descubriese el autor de esas memorias fúnebres: los dos esposos bajaron á la tumba, rendidos bajo el peso de la edad: la cabaña falta de habitantes y de cuidado vino á tierra: desaparecieron sus restos; y solo quedaba en aquellos contor-

nos el sepulcro de Blanca, defendido de las pisadas de los ganados y de los hombres por varios árboles.

El vulgo, aficionado á lo maravilloso, al ver que todas las mañanas aparecia el sepulcro cubierto de flores, creyó que eran puestas por algun angel.

Al cabo de cierto tiempo á pocos pasos del sepulcro hallaron á un monge espirando y con una guirnalda de flores en la mano. Era el desventurado Lope, que sintiéndose desfallecer, habia querido dar el último tributo á la memoria de la infeliz doncella, y espirar junto á su tumba.

Desde entonces dejaron de cubrir el sepulcro de Blanca las tristes flores, regadas con el llanto de Lope. Los árboles fueron destruidos por la segur de los labradores, codiciosos de leña con que templar las crueldades del invierno: la piedra fué hollada por los caminantes, y el viento se encargó de cubrirla con la arena.

Solo quedó en los habitantes de aquellas cercanías la memoria; y al fin, el tiempo no tardó en arrebatarla.

FIN.

ADOLFO DE CASTRO.



(Toledo.—Ruinas del palacio de Doña María la Grande.)

TANTO MONTA.

En todos los edificios, en todos los monumentos de la época, en que tomaron parte los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, se encuentra pintado ó esculpido y colocado en un mismo escudo, al propio tiempo que las armas y blasones de Castilla y de Aragon, como símbolo de la union de las dos coronas, un mote ó lema, compuesto de estas dos palabras, TANTO MONTA, unidas á los geroglíficos ó signo de un yugo doble con sus coyundas, y un manojo de saetas, atadas por el centro y desplegadas en forma de abanico. No falta este emblema en los palacios, templos y edificios públicos de su tiempo, y mucho menos en los que son de su inmediata fundacion. Encuéntrase igualmente hasta en los muebles y utensilios que fueron de su uso y pertenencia. La catedral de Toledo, entre sus muchas preciosidades, posee unos riquísimos tapices ó paños, bordados todos de cargadísimo brocado de oro, que sirven solamente para la octava del Corpus, los cuales no fueron donacion de los reyes católicos á la iglesia, como creen muchos vulgarmente, sino que fueron espresamente comprados para el uso á que hoy se destinan, en 1517 por Alfonso Tendilla, camarero del cardenal Cisneros, y por encargo de este, en precio de 400,000 rs., constando de los asientos de la iglesia que habian pertenecido á la cámara de la reina doña Isabel. En ellos se vé lo primero el *tanto monta* que forma su orla ó su guarnicion.

Hállase tambien este lema hasta en la vaina de la espada que se conserva en la real armería de esta córte, y que perteneció al rey católico; y por último se encuentra reproducida en todos los objetos en que directa ó indirectamente tuvieron parte esos monarcas.

La verdadera significacion de esta empresa y emblema esclusiva de los conquistadores de Granada, no es conocida de muchos; y si bien algunos han creido descifrarla, lo han hecho de una manera equivocada, y no conforme con el verdadero sentido del ingenioso autor que la inventó.

Créese vulgarmente por los mas, que el TANTO MONTA, privativo de los reyes católicos, alude á la union de las dos coronas de Castilla y Aragon, que para gloria y felicidad de la España llevaron á cabo esos príncipes en su dichoso enlace, y como de ella naturalmente resultase el mútuo dominio y recíproca autoridad de ambos en los dos reinos que antes estuvieron separados, de aquí calcularon algunos, que el TANTO MONTA queria decir: *Tanto monta Isabel como Fernando*, esto es, vale tanto uno como otro, ó tiene uno la misma jurisdiccion y predominio que el otro, mediante el matrimonio y reunion de las pertenencias de ambos cónyuges, siendo igual, continuan, á que el rey mandase una cosa, ó que á su vez lo hiciese la reina, ayudando mas á esta conjetura el que en muchos edificios de aquella época, á ese emblema se ven unidas las iniciales de los nombres de Fernando é Isabel, como sucede en la fábrica del convento de san Juan de los Reyes de Toledo, fundacion suya, y en otras muchas, que con régia liberalidad labraron á sus espensas esos católicos príncipes.

Antes de refutar esta opinion como por incidencia, debemos decir por via de rectificacion, para los que la han sentado como cierta, que si bien la soberanía de los reyes católicos fué una misma, confundida por su enlace en ambos reinos, y que todas las cédulas y provisiones para cualquiera de las dos coronas salian encabezadas por ambos, sin embargo, habia algo reservado para cada uno respectivamente en la suya, sobre lo cual obraba con entera independencia del otro; reservas que se hicieron al tiempo de contraerse el matrimonio, y que religiosamente se guardaron mientras duró aquel, haciendo mencion solo como de una de las mas principales, la provision de beneficios eclesiásticos, que el rey Fernando hacia esclusivamente para las de Aragon, y doña Isabel para Castilla, sin contar otras varias facultades que no eran mútuas.

Volviendo pues á la significacion del TANTO MONTA, consta de una manera indubitable, y lo han consignado en sus obras varios autores, y con mas estension que ninguno Pedro Mártir de Anglería en sus décadas latinas, que fué invencion é ingeniosa idea del célebre humanista Antonio Nebrija, honra del siglo XV, y cuya memoria será eterna

Atendiendo este doctísimo varon al dichoso término que habian tenido todas las empresas de los reyes católicos, y que estos habian realizado el gran pensamiento de la union de los reinos mas importantes de España, como eran Castilla, Aragon y Navarra, sojuzgando de grado ó por fuerza á todos sus enemigos, y acabando de una vez con el último baluarte de la morisma, apoderándose de la ciudad y reino de Granada, que por mas de 700 años habian gemido bajo el yugo sarraceno; y considerando, por último, que la fuerza unas veces, la espontánea sumision otras, habian producido tan dichoso resultado, discurrió que tan gloriosas hazañas eran dignas de una empresa ó mote, que fuese unido siempre al nombre y blasones de unos príncipes á quienes la fama habia de preconizar eternamente.

Sin tener en cuenta, aunque quizá le vendria á la mente, aquel famoso dicho atribuido á Alejandro, cuando *Gordio* le presentó el célebre nudo que de su nombre se llamó Gordiano, tan enredado y dificil que era imposible el desatarle, lo cual conocido por el héroe macedonio, sacó su espada y le cortó de un tajo diciendo: *tanto vale cortar, como desatar*, queriendo significar con eso que de una manera ó de otra nada resistia á su poder: sin tener en cuenta esto, repetimos, ni tratar de hacer una servil imitacion, combinó las dos palabras, TANTO MONTA, con los geroglíficos del yugo doble y coyundas, y el manojo de saetas, significando con el primero la sumision y vasallage voluntario, y con el otro la fuerza de las armas, dominando al que osase resistirse. De esta manera el TANTO MONTA, y entre esas palabras el yugo y las saetas quieren decir: tanto monta dominar á los enemigos é imponerles el yugo sujetándose ellos mismos de grado, que sujetarles por la fuerza de las armas, las que estan indicadas por las saetas: y este es el verdadero sentido de la tan celebrada empresa.

Estraño es á la verdad que haya habido autor, y no muy lejano á aquellos tiempos, que haya atribuido esa invencion á otra causa muy diferente, y que ademas no tiene apoyo en la historia.

Paulo Jovio en su *diálogo de empresas militares*, traducido al italiano por Alfonso Ulloa, dice: «que el rey católico trajo por empresa el »nudo Gordiano con la mano de Alejandro Magno que lo cortó, y el mo»te referido de tanto monta, aludiendo á aquellas palabras de este prin»cipe, que no pudiendo desatar un nudo que le presentaron, dijo: tan»to monta cortar como desatar: son sus palabras.» (Página 24.) «Lo »mismo aconteció al rey católico, continua, que sucediéndole un cierto »pleito muy enredado sobre la herencia del reino de Castilla, no ha»llando otro camino, lo conquistó con la espada en la mano, y asi lo »venció; de manera que esta tan grandiosa empresa, alcanzando gran »fama, mereció que se igualase con la Francia; algunos quieren decir »que la inventó el doctísimo é ingenioso varon Antonio de Nebrija, que »en aquel tiempo restauró la lengua latina de España, de quien agora »leemos un muy copioso diccionario latin y castellano.»

Basta leer esto para estrañar cómo haya podido escribirse lo que está tan en contradiccion con los sucesos y hasta con la misma empresa, que en nada se parece al nudo Gordiano, ni tiene la mano de Alejandro que Paulo Jovio supone.

El P. Sigüenza en su historia de la órden de san Gerónimo, pág. 3, lib. 4, hablando de Antonio Nebrija y de sus obras dice: «Tambien sa»có á luz la historia de los reyes católicos Fernando é Isabel, y prin»cipalmente en lo que toca á la guerra de Granada y á la guerra del »reino de Navarra, y les hizo á los dos reyes aquella tan acertada, »aguda y grave empresa de las saetas, coyundas y yugo con la »empresa, *tanto monta*, que fué ingeniosa alusion al alma y cuerpo de ellas.»

Acerca del tiempo en que Nebrija compuso ese lema, y por consiguiente, desde cuándo comenzaron á adoptarle los reyes católicos, no podemos sentar cosa fija; pero atendiendo á la época de los monumentos donde se encuentran, anteriores muchos de ellos á la conquista de Granada, podemos dar por sentado que fué antes que tuviese lugar este acontecimiento, pues entre otros citaremos el suntuoso convento de los franciscos observantes de Toledo, en cuya fábrica se ve á cual mas reproducida esa empresa al lado de las armas de Castilla y de Aragon en las cuales aun no se ve la *Granada*, blason que se añadió despues de la toma de esa ciudad; y asi creemos, que siendo anterior la idea de Nebrija, aludiria á la conquista de Navarra y sumision de una buena parte del reino de Granada, la cual precedió á la conquista de su capital.

ENTRE BASTIDORES.

I.

—¿Te empeñas?

—Me empeño.

—Pues bien, sea!... sabes que te quiero mucho y no puedo negarte nada; tienes instruccion y gusto; vas al teatro de buena fé y eres prudente; por todo esto siento llevarte entre bastidores como tú dices. Dentro de poco perderás la aficion, ningun drama te escitará interés, y te verás privado de una diversion que te instruye al mismo tiempo que te recrea.

—Pero ¿por qué razon?

—Por la misma que no te hace efecto un cuadro sino le miras á la distancia conveniente: y por la misma que desapareceria tu amorosa ilusion si á través del elegante vestido de la hermosa Julia, pudieras ver sus enaguas puercas.

—¡Vaya una comparacion!....

—¡Exacta! Tú vas á ver la Hermana del Carretero, por ejemplo, y al acabar el prólogo pones en prensa tu caletre por ver si adivinas cómo y de qué manera se descubrirá el asesino del rey; pues bien, si en lugar de estar reflexionando en tu butaca fueses al escenario, te se caeria el alma á los pies al oir al duque *Roberto* jurando como pudiera hacerlo un hermano del protagonista, diciendo que el segundo *apunte* no le habia dado un *paño* que tenia por *el foro izquierda*, y que á no acordarse de los *pies* hubiera llevado una *castaña*.

—Mejor; asi gozaré del placer de los contrastes: decididamente, chico; quiero ver lo que es un teatro por dentro.

—Bueno: acuérdate que tú lo has querido: vamos al saloncillo. .

. . . .

Y dicho y hecho; tomó Cárlos mi brazo y atravesamos el espacio que separa al público de los actores, despues de habernos reido de la facha del portero que roncaba como un bienaventurado, medio tendido sobre una silla á la que faltaban los palos del respaldo, y revuelto en un viejo capote de barragan.

—Este es el saloncillo, dije á mi amigo: aquí se reunen los actores durante los entreactos y aun durante la representacion, hasta que el traspunte los llama á la escena.

—Entremos, dijo Cárlos quitándose el sombrero. Yo me eché á reir.

—Cúbrete, y no seas niño, dije ofreciéndole un cigarro.

—¿Pero hombre, no ves que hay señoras?

—¿Pero hombre, no ves que todos fuman y están con el sombrero puesto?

—Segun eso hay aqui una deliciosa franqueza.

—¡Deliciosa!... ¡muy deliciosa!...

—Y entreabriendo la cortina entramos en la sala de descanso.

Llegué al director, le presenté á mi amigo (que estaba colorado como un pimiento) y nos dirigimos á otra parte del saloncillo donde estaban algunas actrices sabrosamente ocupadas en murmurar de otra que sentada enfrente, se hallaba tan absorta en sus pensamientos que no veia nada de lo que á su alrededor pasaba.

—¡Bien venido! me dijo una de aquellas señoras: mire V., mire V. qué vestido tan raro tiene hoy la M.... ¿ha visto V. qué mangas tan particulares?

—Vamos (añadió otra), digala V. algo.... V. que tiene siempre tan buen humor!.... (Yo poseo entre otras cosas un mal humor tan gracioso, que hace reir á todo el mundo menos á mí.)

—¿Quién es esa M...? preguntó Cárlos.

—Una actriz que viste con mucho gusto y tiene muy buen talento, le contesté.

—¿Y por qué la critican?

—Porque ha tenido un amante.

—¿Y esta que tanto se ensaña contra ella?

—Esa ha tenido cuatro.

En esto sentí que me daban las buenas noches y me tocaban ligeramente en el hombro; volví la cara y reconocí á Romero.

Este actor habia sido *primer galan* cuando para serlo bastaba dar gritos y manotadas al viento, y ahora, merced á la variacion que ha sufrido el gusto del público, se halla ajustado en la modestísima categoría de *racionista con obligacion de acompañamiento*; es de suyo hablador, y como cómico viejo sabe al dedillo la crónica de bastidores.

—Buena noche, Romero, le dije sonriendo: sospecho que ese traje no es de la época (llevaba un paletót del dia sobre una *dalmática* del tiempo de los godos).

—Qué quiere V. amigo! es muy fácil constiparse por esos pasillos; ya soy viejo y no me importa el qué dirán: ande yo caliente y ríase la gente; el deseo de agradar solo está bien en la juventud.

—Sí, pero la juventud no sabe lo que se pesca la mayor parte de las veces que tiende la caña: aqui tiene V. un muchacho que me ha suplicado le proporcione entrada en el escenario pensando que se va á divertir mucho.

—¿Es periodista?

—No señor, es independiente.

—¿Autor dramático?

—Aun no ha llegado su locura hasta ese estremo: es sumamente aficionado al teatro y tiene empeño en conocer eso que se llama *intriga de bastidores*.

—Pues á nadie mejor que á mí le podia V. haber dirigido; yo sé como ninguno los dramas que se representan de bastidores adentro

y le instruiré de cuanto quiera. Basta que lo haya conocido por V.: pero me parece, continuó volviéndose á Cárlos, que debemos empezar por los personajes: pregunte V.

—¿Quién es aquella princesa tan almidonada que está cuchicheando con aquel muchacho de patilla rubia?

—Una *segunda dama jóven:* se llama Gertrudis y es algo casquivana. En cuanto al jóven belludo, se cree que sea su cortejo, porque es periodista y todos los dias la está poniendo *sueltos*. Hoy mismo viene uno alabando el traje que sacó antes de anoche, y luego hemos sabido que era prestado.

—¿Y ese que está pugnando por abrocharse el cinturon?

—El marido de la susodicha. Es *parte por medio.*

—¡Ah!... es casada.

—Sí, en Valladolid, hace tres años, cuando *él puso la parte de tercero.*

—¿Y aquel destrozado que está diciendo á gritos que tiene muchísimo *caudal?*

—Y le tiene efectivamente; pero es *antiguo.*

Carlos me miró como un hombre que no entiende una palabra.

—*Caudal de papeles*, le apunté yo.

—Es un actor *parado*, respondió Romero.

—¿Puede empezarse? preguntó en esto el *traspunte* al director.

—¿No falta nada de la *guardaropia?* dijo este.

—No señor.

—Pues arriba.

—*Aparecen la señora X* y una esclava. *Prevenido Rodriguez y voces del pueblo: izquierda puerta. Un guerrero en el forillo. ¡Vamooos!...* .

. . . .

. . . .

Prefirió Carlos la conversacion de Romero á la continuacion del drama (no sé cuál de las dos cosas seria peor), y no volvimos á juntarnos hasta despues de concluida la representacion: Una vez en casa, y habiendo tomado la posicion horizontal (que es indudablemente la mejor posicion), pregunté á mi amigo la causa de la tristeza que habia notado en él desde que salimos del teatro.

—Ni sé lo que tengo, me respondió: poco despues de irte tú, llegó el traspunte y dijo á Romero que se *previniese para dar un recado*, y Romero se despidió de mí doblando una hoja del pergamino: como me quedé solo me puse á mirar á todos lados, y casualmente mis ojos se encontraron con los de la dama á quien criticaban por haber tenido un amante. No habia reparado hasta entonces..... es muy hermosa..... ¡mucho!

—¿Y qué?

—No pude soportar el peso de su mirada y volví la cabeza á otra parte; entonces oí á la dama que habia tenido cuatro amantes, que estaba echando pestes contra la que no habia tenido mas que uno. Yo no me pude contener y dije que se equivocaba.

—¿Y qué te contestó?

—Que todos estábamos sujetos á equivocaciones. Poco despues se levantó y yo noté que todos me miraban de hito en hito.

—¡Bah! pues has hecho una inocentada.... ó por mejor decir una tontería.

—¡Yo!....

—Tú; has comprometido á una muger y te has puesto en ridículo. Esto es lo que se saca de saber las *intrigas* de bastidor: ser víctima de ellas.

—¿Yo?

—Hasta mañana: tiempo tendremos de hablar de eso.

Y tiré mi cigarro y Carlos encendió uno. Ignoro si durmió ó si estuvo fumando toda la noche.

II.

—¿Dónde se habrá metido el muchacho? ¿Habrá sido tan prudente que no haya venido al escenario? Creo que no; pues aunque esta mañana me prometió tener juicio, sospecho que el bribonzuelo de Cupido le ha flechado, y entonces... pobre criatura, no sabe que el amor de bastidores es una *mutacion* contínua.

—Vamos, vamos arriba... Ramirez, métase V. en el *torna-voz.* ¡Ah!.. escuche V., siempre que haya *mutis*, marque V. si es por la derecha ó por la izquierda, porque el drama está un poco *tierno*... vamos, vamos.

—Adios, Paquita.

—Adios, amigo mio.

—¿Cómo se encuentra V. de los nervios?

—Bien, gracias, estoy un poco mas... ¡Ramirez!..

—Mande V. (¿Por dónde habrá ido esa condenada?)

—Hágame V. el favor de *decirme* muy alto el *parlamento* de cuando perdí mi honor... mire V., lo mejor será si *miento* mucho, que se vaya V. *al pie.*

—Corriente, en el parlamento de... ¿ha visto V. á mi Pepa?

—No señor.

—¿No, eh? ¿con que no? Por vida de... ¿habrá ido esa condenada? Ea, adios. (Voy á preguntar á los *asistencias.*)

—¿Diga V. quién es esa Pepa?

—Calle V. por Dios, esa muger va á ser la ruina de la compañía.

—¿Pues cómo?

—Figúrese V. que el *apuntador* está enamorado.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye, enamorado como un autor novel.

—¡Pobre hombre!

—¡Es el caso, que la prenda de su corazon es Pepilla, una bolerita que estuvo en el Circo de Salamanca, buenos brazos!

—Sí, ya caigo.

—La chica es atolondrada como ella, pero el apuntador á quien no gusta esa especialidad, la tiene mandado que durante la representacion permanezca en la primera *caja* de la derecha, para no perderla de vista desde la *concha.*

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que cuando no la vé, ó la vé con alguno, se pone furioso; empieza á decir desatinos y pierde al pobre actor que está en escena.

—¿Y no han tratado VV. de poner remedio?

—Sí, yo le aconsejé que se la llevase con él al torna-voz, pero no pudo resistir mas que una funcion.

—¿Quién, el torna-voz?

—No, el apuntador.

—¿Pues cómo?

—Porque como la muchacha no puede estarse quieta y él no podia apuntar y responder á las preguntas que le hacia, se entretuvo en hacerle cosquillas ó tirarle cada pellizco que le hacia ver las estrellas.

—¡Vamos, vamos, que ya está aguardando el presidente Ramirez!.. ¡con dos mil de á caballo!.. ¿me hace V. el obsequio de irse al agujero?

—Ya voy, hombre, ya voy (no la he podido encontrar, por vida de... ¿Dónde habrá ido esa condenada?)

—¿Estamos?

—Estamos.

(Al apuntador) arriba.

(A los *arrojes*) abajo.

Y empieza el drama para el público, y sigue el que se representa entre bastidores.

. . . .

. . . .

—¿Prevenida, Dolores, tiene V. la carta?

—Sí; ¿qué digo?

—*¡Aquí las pruebas están!*

—*¿Aquí las pruebas están?* Bien. Adios, señores; ¿saben ustedes la última *crónica?*

—No.

—No.

—No.

—¡Ay! pues es chistosísima, figuran en ella la *M.* y un jovenzuelo.

—¿Alto?

—Sí.

—¿Rubio con un poquito de bigote?.. lleva un gaban blanco?...

—Sí, sí, el mismo.

—(¡El mismo! ¡pobre Cárlos!) ¿y que ha pasado?

—Se ha puesto en ridículo completamente: figúrense VV. que...

—*Fuera con carta.*

—*Aquí las pruebas están.*

(Pobre amigo mio, sentiré que haya hecho una necedad).

N. S

POESIAS INÉDITAS DE D. JUAN PABLO FORNER.

Traduccion de la oda tercera del libro II de Horacio.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No menos que en la próspera, segura
De inmodesta alegría
La mente inalterable noche y dia.
Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, ó ya risueño
De placeres ceñido
Hinchendo el hondo vaso el halagüeño

Falerno que conserva
La reservada cava; en blanda yerba
Te goces reclinado
Lejos de la ciudad; do á las ufanas
Ramas de un plateado
Alamo se entrelazan las lozanas
De un pino corpulento,
Y su sombra convida al fresco asiento:
Y donde alegre y viva
De arroyuelo fugaz linfa sonora
La marcha fugitiva
Serpeando apresure. Aquí de Flora
Haz, oh Delio, que lleven
Cuantas delicias de su copia llueven.
Haz que lleven ungüentos,
Delicias del olfato; alegres vinos,
Sabrosos, no violentos;
Halágüenle matices peregrinos
De la efímera rosa,
Y haz, oh Delio, tu vida deliciosa,
Mientras que lo permiten
Tus muchos bienes y tus dulces dias;
Y las parcas omiten
Cortar el hilo de tu vida; impias
Cortaránlele luego
Sin que se ablanden al humilde ruego.
Y entonces la adquirida
Tierra forzado dejarás, la casa
Y la granja lamida
Del Tiber rojo; y poseerá sin tasa
Un heredero ansioso
De tu tesoro el cúmulo asombroso.
El rey del Orco horrendo
No distingue de estados; que de anciana
Progenie descendiendo,
Sus riquezas heredes, que villana
La suerte te castigue,
Y vil plebeyo á mendigar te obligue;
Bajarás al averno,
Y bajaremos todos; inviolable
Para el destierro eterno
La urna á todos nos mueve; inexorable
Mas tarde ó mas temprano
A él nos lleva Charonte el inhumano.

ANACREONTICAS.

A POMONA.

Deja, Pomona, el huerto,
Deja las flores bellas,
Y atiende al tono yerto
De mis tristes querellas:
Y si te dueles de ellas
A Silvia persuade,
Que su retiro añade
Al pecho un dolor cierto;
Y encubre las centellas
Que amor, piadoso niño,
Ofreció á mi cariño
Gozar eternamente.
Oye mi voz doliente,
Y en tono semejante
Trasládala á mi ausente.
Dile que es de su amante
Mas si esto hacer no quieres...
Mal hayan las mugeres.

AL MISMO ASUNTO.

De cuantas zagalejas
Moran en estas selvas,
Solamente Dorisa
Es la que me contenta;
Díceselo, Pomona,
Haz por donde lo sepa,
Que siempre agradecido
Viviré á tu fineza:
Libra mi pecho amante
Del dolor y la pena
Que congojado sufre
Ignorándolo ella,
Y el triunfo que consigas
Para memoria eterna
Ofrezco consagrarte
En mi jardin ó huerta;
Si en esto me sirvieres...
Bien hayan las mugeres.

A LISARDA.

A tomar el aire al llano
Lisarda esta noche sale:
¿Para qué mas aire quiere
Si ella lleva todo el aire?
Tapada va siendo hermosa
De su deidad propio ultrage,
Que es blason de la hermosura
Hacer gala del desaire.
Con los robos que iba haciendo
Ni muy difícil ni fácil,
Quiere que todos la sigan,
Mas que ninguno la alcance.
Descubrió su rostro bello
Y yo la dije al instante:
¿Para qué el sol me amanece
Si á la luna he de quedarme?
No muera de haberte visto,
Deja el matar para el áspid,
Que no es gala en un rendido
Triunfar con fatalidades.
Respondió airosa y discreta,
Que poco sabe el amante
Que sabiendo que le quieren
Manifiesta que lo sabe.



(D. Jorge Juan.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 35.

Bien hayas mal si vienes solo.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Morel y su muger se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.)

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

Era á fines del año 1791: el enemigo amenazaba nuestras fronteras; la mayor parte de la nobleza habia emigrado, y el clero se habia sublevado contra la nueva constitucion social: su resistencia apresuró las medidas revolucionarias que se pensaban tomar contra él. Se proclamó la supresion de los monasterios y de los antiguos obispos, la regularizacion del clero ordinario, la venta de los bienes de la iglesia, y finalmente se fijó un tratamiento nuevo para sus miembros.

Adivínese cuánta gente llevarian estos cambios á Inglaterra, donde todavía eran tan profundos los sentimientos religiosos, y los sacerdotes tan poderosos. Se habian quebrantado muchos intereses espirituales y temporales para que no se encontrara resistencia.

No fueron solamente las aldeas las que se revolucionaron: las ciudades, que perdian su obispo, sus capítulos y sus conventos, se levantaron tambien: así en Saint-Pol la municipalidad declaró unánimemente, que si se quitaba su obispo á esta ciudad, que consta de mas de 5,000 almas, al menos era indispensable que la dejaran «un »cura en gefe, diez vicarios, un padre sacristan, cuatro chantres, un »serpenton, tres músicos, un maestro de capilla, cuatro niños de »coro, un organista, un entonador, un campanero, un relojero y un »blanqueador.»

Cuando se notificó á los administradores de Morlaix que pusieran sellos á los archivos del obispo de Morche, se escusaron diciendo que *sus principios religiosos no les permitian llenar una mision semejante.*

En cuanto á los sacerdotes, unos se habian embarcado en Benodet y en Binic, ó habian salido para España y las islas británicas; otros, olvidando sus juramentos, habian abandonado sus curatos, y casi todos, desde dentro y fuera, escitaban á los fieles á la revolucion.

Los conventos, por su parte, rehusaban el dar sus bienes al estado, se negaban á abrir sus puertas y á reconocer la ley por la cual debian reunirse para formar una comunidad regular: se necesitaba por consiguiente echarlos por fuerza y sellar los monasterios.

En Cashais se habia intimado veinte veces á los calvarienses la órden de obedecer la ley; pero en vano: así que, fué necesario que se presentaran los oficiales municipales seguidos de una multitud de soldados. El patio estaba lleno de mugeres y niños, á los que se acababa de repartir la limosna cotidiana; el síndico preguntó por la superiora, y al momento apareció ésta detrás de la verja rodeada de sus hermanas.

—La ley os manda que salgais al instante, le dijo.

—Mis votos me mandan quedarme, respondió la priora.

—En nombre de la nacion abrid esa puerta.

—En nombre de Dios no puedo abrirla.

—Entonces ¡echadla abajo!

Entonces se adelantaron los soldados para egecutar esta órden, mientras que las monjas arrodilladas entonaban con voz clara y tranquila el *Miserere mei*...

Bien pronto voló en pedazos la verja: los oficiales municipales entraron en la grada y digeron á las monjas que indicára cada una lo que la pertenecia en el convento.

—Todo lo que aquí hay, respondió la superiora, pertenece á Dios ó los pobres.

—Pero ¿vuestros muebles?..

—Conservamos nuestra cruz y nuestro rosario.

—Vuestras camas...

—Podemos dormir en el suelo.

—Al menos vuestros libros de rezo.

—Los sabemos de memoria.

—Pues lleváoslo todo, dijo el oficial municipal á los soldados.

Corrieron estos á las celdas, y todo lo que en ellas se encontró fué hacinado á la ventura en los carros, donde hicieron tambien subir á las calvarienses.

Entonces ellas, volviéndose por última vez hácia los tilos del jardin, hácia su patio lleno de yerba, y hácia sus paredes entapizadas de yedra, abrazando de una mirada el asilo en que la mayor parte habian envejecido, sin decir una palabra, sin verter una lágrima, cruzaron las manos sobre su rosario, tomaron asiento en los carros, y partieron.

Por otra parte, los sacerdotes constitucionales establecidos por los comunes eran rechazados por los pueblos; y si en algunas partes se

es consentia, la iglesia estaba desierta y el presbiterio abandonado. Hasta los niños huian al ver á los curas nuevos, gritando:

—El jurador, el jurador.

Llegaba á tanto la aversion que se les tenia, que no encontraban quien quisiera hablarlos, ni venderlos, ni servirlos; se les hubiera creido unos de esos descomulgados á quienes las antiguas sociedades prohibian el agua y el fuego.

En cuanto á los no juramentados, la persecucion les habia dado una nueva santidad y un poder invisible: ya no eran solo sacerdotes, eran mártires. Bastaba para salvarse oir una de sus misas, confesarse con ellos, recibir el viático de sus manos.

Cada parroquia tenia por lo menos uno de estos proscritos, que desde su retiro egercia un dominio absoluto sobre las almas: á ellos solos pertenecia el derecho de *atar ó desatar sobre la tierra*. Se les traian de muchas leguas y á media noche niños que bautizar y moribundos que bendecir: todo casamiento que no hubieran hecho ellos se tenia por impuro. Arrojados de sus iglesias erigian altares en medio de los matorrales, en el fondo de algun bosque ó sobre el mismo mar. Entonces los niños de coro iban de cortijo en cortijo, con un baston de acebo en la mano, y golpeando en los postigos de las puertas decian á media voz:

—Mañana á media noche... en tal encrucijada, sobre tal colina ó cerca de tal precipicio.

Al dia siguiente mugeres, niños, ancianos, todos estaban en el lugar indicado, con la cabeza desnuda y el rosario en la mano.

Irritados con estas resistencias, algunas administraciones usaron de fuertes represiones, y otras hicieron la vista gorda; pero la indulgencia y la severidad fueron igualmente impotentes; así que hubo necesidad de recurrir á la violencia, y se mandó: «Que todas las iglesias y capillas que no fueran parroquiales se cerraran en el término de veinticuatro horas; que todos los sacerdotes no juramentados permanecieran en estado de arresto; que todo ciudadano que en vez de hacer bautizar á sus hijos por el cura constitucional, recurriese á un injuramentado, seria denunciado al acusador público.»

En este estado de cosas me ocurrió una aventura singular que me hizo encontrar con un hombre que no habia visto desde mi infancia.

Habia yo llegado á ser el apoyo del poder de un tal Kerneau, de París, que habia adquirido á vuelta de algunos años considerables propiedades en nuestro departamento.

Entre estas se encontraba Locurora, antigua casa que habia venido á convertirse en cortijo, y estaba situada en Pleneuf, y á la cual tuve necesidad de ir para hacer un nuevo arrendamiento. Tomé un pasaporte para Miguel, mi mozo de almacen, porque habiéndose hecho tan grande el número de los sospechosos, la policía de los caminos se habia vuelto muy severa: dejé á Miguel en Saint-Brieve, y continué solo hácia Pleneuf.

El mes de diciembre estaba concluyendo; el viento era muy frio; el cielo estaba encapotado, y los caminos llenos de lodo á causa de las recientes lluvias; así que me costaba bastante trabajo el hacer salir mi charaban de los barrancos: para colmo de tantas desgracias mi caballo perdió una herradura, y me fué necesario buscar un mariscal en el primer pueblo que encontré.

Mientras que le estaba herrando pregunté si faltaba mucho para Locurora.

—¿Va V. á Locurora? me preguntó levantando la cabeza.

Yo le respondí afirmativamente, y él, volviendo hácia otro lado la cabeza, me dijo:

—No encontrará V. posada.

—Lo sé; pero tengo necesidad de ir.

—Puede ser que Morel no quiera recibiros.

—Estoy cierto de que sí.

El mariscal me miró por cima del hombro y me dijo:

—¿Acaso es V. su amo?

—Casi, casi: soy su recaudador.

—¿Entonces vendrá V. de Saint-Brieve?

—Sí; pero concluya V. pronto, porque tengo prisa.

El mariscal no participaba ciertamente de mi impaciencia, y parecia que se empeñaba en prolongar mi detencion: examinó una tras de otra las cuatro herraduras de mi caballo, y en todas encontró alguna cosa que hacer; tanto, que me hizo perder la paciencia hasta el punto de que cogiendo la brida de mano de su mozo le declaré que queria partir.

—Mejor haria V., me dijo, en pasar aquí la noche, porque á estas horas no están seguros los caminos: yo sin escucharle subí en mi charaban y le pregunté:

—¿El camino mas corto es por medio de los matorrales?

—Sí, me respondió; pero si V. no le conoce, seguro que se estraviará en él.

—Entonces tomaré el camino de abajo que conduce directamente á la quinta.

—Directamente, repitió él con sentimiento.

Y partí sin escuchar mas.

Las observaciones de este hombre me habian hecho sin embargo alguna impresion. La noche se ponia sumamente oscura, y los asesinatos no eran raros en este pais; por lo que resolví hacer apretar el paso á mi caballo.

Hacia algun tiempo que iba caminando, cuando de repente descubrí en la sombra un grupo de hombres que iba delante de mí. Al ruido que hacia mi carruage se volvieron apartándose á un lado con cierto temor: pasé corriendo por cerca de ellos; pero apenas habia andado unos doscientos pasos, cuando me encontré otro segundo grupo y poco mas allá un tercero.

Al atravesar la encrucijada distinguí muchos otros que llegaban de distintos lados; parecia que todos seguian el mismo camino que yo y se inclinaban al mismo punto.

La sorpresa que habia recibido no tardó en cambiarse en inquietud: ¿adonde iban estos hombres y por qué se reunian? El camino que llevaban parecia conducirlos á Locurora. Entonces me acordé de que mi arrendatario me habia sido señalado en los informes que habia tomado respecto al pago de su arriendo, como un paisano rico, influyente y enemigo de la revolucion; así que empecé á comprender las instancias del mariscal para que me quedara en su pueblo, y hasta me arrepentí de no haberlo hecho. Vacilé por un instante entre la idea de seguir ó volverme; pero los techos puntiagudos de la casa se veian ya destacar en la sombra, me dió además vergüenza de retroceder, y me decidí á llamar á la puerta, donde vino á abrirme el mismo Morel, quien retrocedió de sorpresa al verme.

—¡Señor! ¡V. aquí, tan tarde! me dijo:

—Los caminos están tan malos que no he podido llegar antes: vengo á hacer el arrendamiento.

El murmuró una frase de reconocimiento.

—Mi caballo viene herido, y en cuanto á mí, estoy muerto de frio: con que busca donde colocarnos á entrambos.

—Toda la casa está á vuestra disposicion, respondió con embarazo el arrendatario.

Conocí que mi llegada le embarazaba; pero al decidirme á entrar habia resuelto que lo que se necesitaba sobre todo era no mostrar miedo alguno: así que seguí á Morel despues de haber confiado á un mozo mi charaban.

La arrendataria que habia sido informada de mi llegada, vino á cumplimentarme y me dijo con palabras entrecortadas:

—Es una desgracia que no nos haya V. informado de su venida para tenerlo todo preparado para recibirle.

—No quiero mas, la dige, que una luz, una ensalada y una cama.

—Es que se duerme mal en esta pieza, porque se oye mucha gente y mucho ruido.

—Pues llevadme á otra, dije yo con indiferencia.

El arrendatario y su muger se miraron.

—Podeis pasar á la sala artesonada, dijo este con un tono de voz poco firme.

Hice pues que me condujeran á ella: era esta una sala que no tenia salida mas que hácia el piso bajo, ocupado por la muger del arrendatario; así que no puse ninguna dificultad.

—Vaya por la sala artesonada, repliqué, con tal que no haya en ella ni lino ni frutas, porque no puedo sufrir su olor.

La arrendataria quedó como desconcertada.

—Señor, á V. le gustaria mas acostarse en la panera de la avena.

—Con tal que se pueda encender lumbre...

—No hay chimenea.

—Entonces llevadme á otra parte, porque el frio es lo que mas temo.

Morel y su muger se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.

—Es que no hay otra habitacion, murmuró la arrendataria.

—¡Bah! dige yo levantándome y como volviendo en mí de repente.

—Ahora que me acuerdo: ¿y el almacen del piñon?

Entrambos se estremecieron.

—Allí debe haber una cama, porque mi predecesor dormia allí muchas veces.

—Es cierto, respondieron.

—Pues eso es lo que necesito: con que llevadme allá.

—Escuchad, señor, me dijo la arrendataria.

—¡Qué! ¿no está desocupada aquella habitacion? pregunté yo mirándolos.

—Perdonad; pero todo está revuelto... esperad aquí un instante; voy á prepararla.

—Id, pues, dige yo, volviendo á sentarme; pero sobre todo acabad pronto porque me estoy cayendo de sueño.

La arrendataria salió y Morel no tardó mucho en seguirla.

Esperimenté grandes inquietudes porque no me quedaba duda de

que en la quinta pasaba alguna cosa de estraordinario, y no sabia hasta qué punto podia contar con la fidelidad de mi arrendatario de Locurora. Por otra parte, su voluntad podia ser inútil si se trataba segun yo comenzaba á temer de una reunion de insurgentes Conocia hasta qué punto llegaba la aversion de los paisanos á los patriotas, y sabia que mi opinion era conocida; y finalmente, contra mi costumbre me encontraba sin armas, en un pais cuyas revueltas me eran desconocidas: hé aquí la razon por qué no habia querido pasar la noche ni en la sala artesonada, ni en el almacen de la avena desde donde la huida era imposible. La sala del piñon que fué la primera que me debieron ofrecer, puesto que ea la mas á propósito para recibir un huésped, tenia por el contrario una entrada separada que yo conocia, lo cual era una doble puerta de salvacion si mis temores eran fundados.

Sin embargo, la arrendataria no volvia: Morel habia entrado muchas veces y vuelto á salir otras tantas; le habia visto hablar misteriosamente con los mozos de la quinta, desaparecer, volver á entrar para salir de nuevo. Reinaba en toda la casa un gran movimiento é inquietud: los criados hablaban por lo bajo, se dirigian miradas de inteligencia, y andaban sin zuecos para hacer menos ruido.

Vino por fin á buscarme la arrendataria, y aunque con un poco de recelo, me condujo á la habitacion que me habian dispuesto, me preguntó si necesitaba alguna cosa, y habiéndola dicho que nada me hacia falta, desapareció.

Al instante eché el cerrojo á la puerta y tendí en mi rededor una mirada de ansiedad. La sala estaba débilmente alumbraba por una sola luz; dí una vuelta á toda ella registrando los rincones y levantando las cortinas. Me aseguré por fin de que una de las ventanas daba al jardin, y ya mas tranquilo me aproximé al hogar donde ardia un tronco de árbol que despedia luz y calor á gran distancia. En cualquier otra ocasion no hubiera reparado; pero la inquietud tenia mi atencion en guardia, y conocí que aquel fuego no se habia dispuesto para mí, sino que estaba encendido antes de que yo llegara. Buscaba medio de esplicarme esta circunstancia, cuando paseando mis ojos al rededor reparé en un libro que estaba sobre la chimenea, y asomaba á medias en una bolsa de paño de esas en que los notarios cerraban entonces un libro de *Costumbres* que llevaban siempre consigo. Noté al tomarle que no tenia polvo, como sucede con los objetos que han permanecido olvidados por algun tiempo Le abrí para mirar el título, y me encontré con una *Semana Santa*, que á juzgar por lo sucio de sus hojas, debia servir hacia mucho tiempo.

Hojeándole sin objeto cayó al suelo un papel que recogí y decia lo que sigue:

ACTOS DE FE.

Creo con fé sincera que la iglesia,
aunque esto la nacion quiera négar,
ha de estar siempre subyugada al Papa
su cabeza primera y principal.
Creo que son apóstatas é intrusos
los obispos que acaban de nombrar,
pues que su bendicion no les ha dado
la mitra al recibir su santidad.

ACTOS DE ESPERANZA.

Espero que he de ver dentro de poco
un cambio que en la Francia se ha de obrar,
por el cual nuestros curas y vicarios
otra vez á sus sillas volverán.
Espero que el Dios justo á quien adoro
tratará á los intrusos sin piedad,
y á esta pobre nacion tan abatida
su santa religion devolverá,

ACTOS DE CARIDAD.

Amo al rey de Inglaterra y al de España
que con sus fuerzas deben apoyar
la causa de los pobres emigrados.
que han de traer á mi pais la paz.
Amo á los jueces rectos justicieros
que á los patriotas deben condenar
y al hierro ardiente que marcarlos debe,
y hasta el verdugo que les ha de ahorcar.

Leí por dos veces estos versos tan chavacanos y feroces, esforzándome por conocer la letra que me parecia haber visto antes, y todavia los tenia en la mano cuando creia haber oido ruido en la escalera: presté atencion, y observé que subian con mucho cuidado, y apagando al instante la luz me aparté del fuego para que no me pudieran ver.

Dos personas se detuvieron delante de la puerta, hablaron por lo bajo algunos instantes, sentí introducir una llave en una cerradura, darle dos vueltas, y gente que bajaba por una escalera; me aproximé al instante á la puerta, descorrí el cerrojo y quise abrir, pero la puerta resistió: estaba prisionero.

Desde entonces cesó mi incertidumbre, y conocí que el peligro era cierto; no pudiendo abrir, claro estaba que mis huéspedes me habian cerrado á fin de que no pudiera escaparme; sin duda estaban pensando qué harian conmigo.

Decidido á probar todos los medios de salvacion, corrí hácia la ventana que caia al jardin, y llegó á mi oido un murmullo sordo. Sorprendido de esto, me incliné para mirar á través de los cristales y en toda la distancia á que la noche me permitia distinguir; no vi otra cosa que una multitud de cabezas movibles y desnudas; se hubiera dicho que esta multitud tan apiñada y silenciosa esperaba en tan respetuosa actitud alguna visita soberana.

La curiosidad habia suspendido por un momento mi inquietud; pero habiendo hecho aquel gentio un movimiento en que se abrieron las filas, distinguí á Morel que accionando hablaba por lo bajo con algunos. De repente señaló hácia mi ventana, y todas las cabezas se levantaron, lo que me hizo retroceder.

Precisamente se ocupaban de mí; entonces me acordé de que habia otra ventana al lado opuesto de la sala; me apresuré á abrirla, y vi que daba á un patio oscuro y retirado: asomé la cabeza y nada oí. Este patio podia tener alguna salida; por otra parte era la única via de salvacion que me quedaba: así que me decidí á bajar.

El techo de mi establo colocado precisamente debajo de la ventana, hácia la bajada tan fácil como segura; y no tuve que hacer mas que deslizarme hasta el suelo: una vez en este patio, era necesario salir; me puse á buscar en medio de la oscuridad; encontré por fin una puerta entreabierta que conducia á un corredor y desde allí á un jardin. Habiendo llegado allí, oí un murmullo de voces que salia de una granja arruinada en la que habia luz; me aproximé con precaucion á sus paredes agujereadas, y conteniendo el aliento probé á examinar el interior: el estraño espectáculo que se presentó á mis ojos me obligó á permanecer inmoble.

De pie delante de unas tablas colocadas en forma de altar y cubiertas con una tela ordinaria, un sacerdote estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, mientras que una muchedumbre inmensa le escuchaba arrodillada. Estaban los hombres separados de las mugeres como en los lugares santos, y los niños ocupaban el centro.

En las primeras filas distinguí al mariscal que habia hecho tantos esfuerzos para que no viniese á Locurora. A pesar del gran número de oyentes el silencio era profundo. Este gentio que llenaba la granja, se estendia ademas bien lejos de ella, y era sin duda el que yo habia visto en el jardin. De repente el sacerdote, cuyas facciones no habia podido distinguir, se volvió para decir el *ite misa est* y por poco no doy un grito; habia reconocido á Bernardo.

(Continuará.)

El ojo del amo.

¿Conocen ustedes al marqués de... viejo verde, peluca rubia, corbata blanca y nariz roja; Pilades de todos los actores, Endimion de muchas actrices, y Júpiter de todas las bailarinas?

¿Le conocen ustedes?...

Pues oigan ahora lo que nos contaba hace pocas noches una de las ex-heroinas del teatro del Circo.

Todo el mundo sabe que ese noble en conserva es un maniático del género insípido. Entre las muchas escentricidades que le distinguen, tiene la de levantarse con la aurora y recorrer plazuelas y mercados en busca... ¡quién lo dijera!. de su ordinario y escaso alimento.

Una de las mañanitas del presente otoño se dirigió, como de costumbre, á la plazuela de... Acompañábalo su perpétuo adlátere, un mísero habitante de Sigoeiro algo parecido al hombre y mucho á su amo en lo de llevar el cuello inflexiblemente estirado. Este pobre mozo que contará ahora diez y ocho años, si los cuenta, sirve á su señor para todos los usos.

Conviene que lo sepan ustedes para que, si lo encuentran por ahi vestido de jockei, puedan reconocerlo.

Pues bien, (como decia la bailarina) esta mañana de que hablamos; tuvo el marqués una ocurrencia estraordinaria.

¡Compró un gallo!.. ¡un gallo estremadamente flaco!

—Yo lo engordaré, dijo para sus adentros, yo lo engordaré y tendré el maligno placer de comérmelo solo. ¡Magnífico!

Y volviéndose al natural de Sigoeiro, á quien habia despertado esta inopinada ocurrencia (tan metódica y leve era su ordinaria tarea), le dijo lleno de un gozo que no podia disimular:

—Mira, Toribio, es necesario que le des algun pan... algun grano... en fin, de lo que te sobre en la cocina: estás? No tienes mas que arrimárselo á ese pico que ves ahí...

—¡Si señor!

Y con esto, habiendo llegado á su casa, pesó el marqués su gallo y le colocó en un nicho contiguo á la cocina,—donde su destino debia cumplirse,—y donde estaba, entre otras cosas, el exiguo lecho del espiritual sirviente.

Pasáronse dos dias: el impaciente marqués de... corre á pesar de nuevo á su gallo: ni un quilate mas.

—¡Es demasiado pronto! dijo para si.

Corrieron tres.. cuatro dias. El marqués ni aun preguntó por su bipedo, á pesar de que la impaciencia lo devoraba. Llegó por fin el quinto, y no pudiendo ya contenerse, va á la cocina y vuelve á pesar el gallo. Ninguna mejora.

¡Espera dos dias mas y ya son siete... y... nada!

Llega al octavo dia.. y el gallo habia ENFLAQUECIDO!..

Entonces reflexionó el marqués.

—Este animal se fastidia, no hay duda. ¡Toribio es un imbécil, sin conversacion y sin!... Mira, muchacho, añadió dirijiéndose al de Sigoeiro, es necesario que distraigas á este pobre bicho: deja ese aire taciturno y canta de vez en cuando; por aqui... las aves son enemigas del silencio.

—¡Si señor!

El marqués se acostó aquella noche mas tranquilo, saboreando su magnífica idea.

El muchacho, conformándose con ella ó mas bien con el mandato, estuvo cantando hasta que lo rindió el sueño.

Todo el dia siguiente lo estuvo oyendo el marqués cantar de media en media hora *la muñeira*, y bailar al compás, en los momentos de mas entusiasmo.

—No es mala idea la del baile, esclamó el marqués, no sin un sentimiento de celos: no habia yo caido en tal cosa!.. Si no engorda en medio de tanta alegria...

Y volvia á verlo, y el gallo... flaco, muy flaco... cada dia mas flaco!

—¿Pero qué diablos tiene? se preguntaba el marqués desesperado. ¿No come?... ¿no le cantan?... ¿no le bailan?... ¡A no ser que llevándole al teatro del *Instituto!*... ¡Pero esto no es posible!... ¡Dios mio!... ¡Si despues de tantos sacrificios!...

Mientras que el marqués trataba de profundizar esta grave cuestion que le distraia de todas sus atenciones, el gallo que para nada las tenia en cuenta... ¡seguia enflaqueciendo, se consumia!... ¡se desecaba!!.. El marqués no daba crédito á lo que veia (esto nos recuerda á cierto diputado, hombre inteligente, que no pudiendo concebir la estremada flaqueza de pantorrillas del *procurador* del DUENDE que se ejecuta en *Variedades*, se lo esplicó diciendo: *que eran postizas!*)

Y lo que habia en esto de mas estraño, era que al mismo tiempo que este animal,—no hablamos ya del diputado sino del gallo,—que este animal enflaquecia, se le iban cayendo de tal modo las plumas, que se iba quedando ridículo.

El marqués se perdia en reflexiones, inducciones y deducciones.

—En esta casa sucede algo muy estraordinario, pensó al fin; mi situacion ha llegado á ser intolerable, y es preciso que yo salga de ella á toda costa. No me queda otro remedio que no apartar la vista de ese fenómeno. *La vista del amo engorda al gallo.*

Y dicho y hecho. Con una travesura de ingenio que él mismo no se suponia, calculó abrir un agujero que diese vista al objeto de sus cuidados. Cojió una barrena y abrió á media noche el apetecido conducto, y vió.....

¡Abominacion!! vió al de Sigoeiro aplicar á otro conducto del infortunado gallo el dedo índice, á la manera de quien busca y espera encontrar una cosa muchas veces buscada. Inútil es decir que esta operacion tenia lugar entre dos coplas de la *muñeira*.

El marqués salió furioso de su escondrijo.

—¡Infame!.. ya te coji, gritó con voz estentórea, plantándose delante del muchacho, ¿qué haces á ese animal?....

—¡Señor!... yo... ¡Hi!... ¡hi!... ¡hi!...

—No se trata de llorar, sino de esplicarse..... ¿Qué le haces?...

—Mire, señor, como no quiere poner... le ando buscando el huevo.

C.

EL PICO DE MEDIODIA.

Fragmento de un viage inédito.

Despues de haberme calzado las espadillas, especie de sandalias romanas hechas á propósito para trepar; despues de haberme arropado una chupa del pais y abrigado mis piernas con grandes polainas; ceñido el cuerpo con una faja larga con que se da vueltas en la cintura, empuñé el alto cayado de los montañeses teniendo un garfio en un estremo y ferrada contera en el otro, con cuyo equipo me dirigí á la cumbre conocida por Pico de Mediodia, con el objeto de llegar antes de la aurora. Me acompañaba Simon Charlet, uno de los mejores guia del pais y que lo habia sido del entendido geólogo Ramon. Llevaba mi guia en un zurron la frugal comida para cuando estuviésemos en la cúspide.

La noche era deliciosa, los arbustos sexátiles que crecen en abundancia en aquellos paises como el thym, dejaban escapar sus perfumes, merced á los calores del dia y al fresco rocio de la noche. El viento que acostumbra azotar aquellos montes con sus ráfagas, estaba tranquilo y parecia dormir. Solo de vez en cuando la brisa templada de los montes españoles besando aquellas neveras, llevaba á nuestros oidos el murmullo de las cascadas y mil otros ruidos confusos al par que diversos de Castilla y Aragon. La luna empinándose lentamente en el espacio en medio de un fluido de oro producia tambien un efecto mágico; se podia decir que un globo de fuego se paseaba por las cimas. Yo esperimentaba muchas sensaciones agradables. Escuchaba con alegria en medio del profundo silencio que reinaba los agudos y alternados alaridos de las aves de rapiña á las que nuestros pasos despertaban. Lo que sobre todo admiraba era el raro efecto de óptica que sobre los montes producia el ástro nocturno. En efecto la luz de la luna en estos climas favoritos, en vez de disminuir los objetos y de suavizar los contornos, idealiza mas que lo de costumbre todos los cuerpos que baña, les presta formas grandiosas, y perfilando con limpieza hasta los ángulos mas imperceptibles de sus contornos, agranda á la vez sus detalles y su conjunto.

Pasada una hora de marcha habiamos llegado casi al pie de Tourmalet. Los picos de la *Campana de Vacca* y de *Espada* se empinaban en la sombra delante de nosotros. Tomamos un pequeño sendero y comenzamos á trepar la falda del Pico de Mediodia.

Figuraos una montaña elevada de 1600 toesas, esto es de mas de 8000 pies sobre el nivel del Occéano, que se levanta delante de nosotros como una muralla que pusiese en contacto el cielo y la tierra. Diriais al verla que son los límites del mundo.—Tal fué el camino algo escarpado al cual debiamos aventurarnos y que una infinidad de curiosos habian antes que nosotros recorrido.

Despues de una marcha de dos horas llegamos á la altura de la *Tau*, desde donde no tardamos en ganar el lago *d' Honchet*, cuya altura es de 900 toesas. La noche perdia su lobreguez; nosotros dominábamos millares de montes sobre cuyas espaldas gigantescas divisábamos en medio de las sombras los grandes flancos de yelo: ¡eternas coronas que recuerdan los mezquinos y pálidos florones con que ciñen sus frentes los reyes del mundo!

Pisamos en fin la maceta del monte y nos detuvimos un instante en el sitio en que el naturalista Plantade, sintiéndose desfallecer, pronunció paseando una mirada á su alrededor las siguientes palabras, que fueron las últimas que salieron de sus lábios.—*¡Gran Dios! ¡Qué hermoso es esto!*

Aquí es donde á veces en el corazon del invierno los aludes que se desprenden desde la altura del pico saltando una infinidad de miles de pies caen en el lago desbordándole de repente, y casi por entero. Estas caidas de nieves causarán algun dia la ruina inevitable de Bareges, cuya salvacion hasta el dia solo se esplica con la palabra *milagrosa*, como lo atestigua la carta siguiente escrita de Luz, despues de una inundacion igual en 1788.

«....Apenas habiais marchado, cuando nos vimos amenazados por un acontecimiento siniestro, presagiado por los truenos y por el vendabal que rugian tres dias hacia. Sin embargo nos acostamos casi confiados ¿quién no se hace ilusion en casos semejantes?—Entre doce y una de la noche oí campanadas de alarma. Abro la ventana. El torrente crecia por minutos de una manera asombrosa. Nuestra poblacion estaba próxima á ser arrastrada por su violencia.... ¿Comprendeis lo que es á media noche el alarido de una poblacion que se pierde?.... Aun se me eriza el pelo.

Quiero saber donde nos encontramos; ¿pero qué va á ser de mi muger y mis hijos?... Despréndome de sus brazos, y cogiendo una larga percha corro hácia el torrente nuestro enemigo comun.... La pradera que nos dominaba habia desaparecido... cuatro toesas mas, y la villa hubiera sido arrasada.

Mis compatricios y yo combatimos durante la noche esta especie de diluvio, y obligamos por fin al torrente desbordado que volviera á su cauce desembarazándole de las rocas que le obstruian. Al rayar el alba el peligro habia pasado, pero la luz nos enseñó las aguas á treinta pies sobre el nivel de la inundacion de 24 de setiembre de 1787, cuyos tristes resultados estremecieron á la Europa entera... Esta es la vez primera que he visto llorar nuestros montañeses.

«La mañana siguiente se vió á Mme. Rousseau, muger de corazon y apasionada por estas montañas, se la vió sola subir por el torrente á través de los escombros. Encontró dos familias errantes á la ventura. —¿Adonde vais?—Dios lo sabe; andemos adelante, andemos siempre. —Jamás pudo detenérselas... etc.»

Entre tanto subiamos sin parar, y Simon marchando delante me indicaba los mejores pasos y apartaba los obstáculos. Por fin llegamos á lo alto del pico despues de una marcha de cuatro horas. Encima de él los ingenieros geógrafos á quienes el gobierno habia encargado que midiesen la longitud de la cordillera pirináica, se divirtieron en construir con pizarras de la cumbre misma un pequeño torreon muy sólido cuya elevacion es de doce pies. Sentéme tranquilamente envuelto en la capa de Simon porque hacia frio en aquella altura, y me puse á contemplar debajo de nosotros. Mas en vano; nada distinguiamos; las densas y vastas neblinas elevándose desde el fondo de los valles subian como un mar de vapores, y serpenteando alrededor de los montes nos impedian distinguir la tierra En cambio ningun obstáculo velaba la tersa bóveda celeste; y en torno nuestro veiamos, aunque un poco mas bajas, millares de montañas que apiñadas unas sobre otras disparaban sus cumbres lo mas cerca posible de Dios, y hacian brillar á la luz de los crepúsculos sus diademas de nieves vírgenes casi todas, no profanadas aun por el pié del hombre.

Al cabo de media hora apareció un punto luminoso en el horizonte. No tardó este brillante lunar en agrandarse, y de su centro se lanzaron en rayos impetuosos haces inmensas de luz que pintaron el cielo con los colores mas vivos y que se reflejaron en los picachos las luces mas diversas y las tintas mas variadas. En cortos momentos, el sol que parecia vacilar cual si viniese con sentimiento, se transformó en un disco enrojecido que vino á ser el foco de un gran incendio. A medida que el ástro se encumbraba á lo alto de los cielos, sus rayos bajando al fondo de los valles batian las nieblas que se habian amontonado durante la noche y las disipaban. Entonces abandonaban las faldas de los montes y trepaban con rapidez hasta llegar á la cúspide, robándonos la vista del cielo y de la tierra. Por último, los rayos del sol las disolvieron completamente y vimos rasgarse su velo para dejarnos ver uno de esos espectáculos mágicos cuyo secreto se ha reservado Dios.

Ved ahí el panorama que heria nuestra vista, que conmovia nuestro corazon y elevaba nuestra inteligencia.

A nuestros piés á una profundidad inmensa parecia la tierra cargada de habitaciones como hormigueros. De oriente á ocaso nuestra vista se pierde en esta série no interrumpida de eslabones del Pirineo. En la parte de España veiamos Maladeta, la brecha de Rolando y la gran cascada que se precipita á la profundidad de 1266 pies. En el fondo una multitud de poblaciones perdidas en el espacio reflejaban con sus tejados llenos de gotas de rocio los primeros albores de la mañana. Jamás olvidaré tan hermosa perspectiva.

Permanecimos cerca de dos horas en el alto pico. El sol suspendido sobre una cordillera de ochenta leguas despedia torrentes de luz sobre las cascadas y las caprichosas neveras. Entonces se formaban, no ya nieblas como al amanecer, sino verdaderas nubes. Las veiamos subir mesuradamente hácia nosotros; luego, merced á una brisa que se levantó, empezaron á dividirse y aunarse alternativamente y correr por las carenas de los montes cual grandes y fantásticas aves de rapiña. Algunas veces nos hallábamos á la sombra de alguna de estas nubes vagarosas, y á pesar de estar en la sombra no por eso dejábamos de ver al sol. El efecto de este cuadro era maravilloso.

Era ya preciso abandonar estos encantos y dirigirse á Bagneres de Bigorre por el valle de Campan. No me admiro, decia á mi guia mientras bajamos, que los 10,000 estrangeros que vienen cada año á Luz, San Salvador y Bareges, anhelen ver todos la salida del sol desde el Pico de Mediodia, porque es digna de ser admirada; pero lo que sí me asombra es que el espíritu mercantil que tanto ha progresado en nuestros dias, no haya hecho establecer aun, en la cima, una habitacion como en Suiza en las alturas de Righi y de Faulhorn á través de cuyas ventanas los ingleses pueden sin dejar la cama contemplar al rey de los cielos salir de su lecho —C.



(Altar mayor de la capilla del Condestable don Alvaro de Luna.—Toledo).

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO I.

La indolencia.

Eran las once de la mañana del dia diez y siete de julio, el año no puede decirse, y en un gabinete amueblado con cierto lujo y elegancia, aunque en el mas amable desórden, se encontraba don Luis de Meneses, envuelto en una ancha bata de tafetan de Florencia rameado, y casi tendido en una butaca de viento. Contaba don Luis veinte y ocho años, mes mas ó menos; tenia cinco pies y seis pulgadas de estatura, linea menos ó mas; era delgado sin ser flaco, y su rostro ni podia llamar la atencion por hermoso ni asustar á nadie por feo, merced á un estraño conjunto de facciones buenas y malas que no se armonizaban mal. En una palabra, era Meneses uno de esos hombres que unos dias parecen á las mugeres admirables, y otros los encuentran bastante menos que medianos. La actitud del jóven indicaba que sufria los penosos efectos del calor de julio; y era su indolencia tan grande, que habia abierto cinco ó seis libros y periódicos, y los habia dejado sin leer mas que los títulos de todos ellos. De pereza, ó á pesar de tanta pereza, suspiraba de vez en cuando, y hacia alguno que otro movimiento, indicio claro de impaciencia. Despues de uno de estos indicios, el último y menos pronunciado, oyó ruido de pasos, y una voz alegre y conocida que le dijo:

—Ya estoy aquí.

El que pronunció estas palabras era un hombre de treinta y cinco años, cubierto de polvo y vestido como la mayor parte de los criados de jóvenes solteros; es decir, con ropa que ha pertenecido á sus respectivos señores.

—¡Gracias á Dios, Francisco! esclamó el jóven, haciendo un esfuerzo para hablar.

—No he perdido el tiempo, señorito: repuso el criado, dando á sus palabras cierta entonacion de triunfo.

—Veamos.

—Ya sé cómo se llama.

—¿Y se llama....?

—Magdalena.

—¿Magdalena de qué?

—Magdalena.

—¿Pero esa Magdalena tendrá su apellido?

—El de su padre.

—¿Y cómo se llama su padre?

—No lo sé.

—Francisco, ya temia yo que hubieras hecho una de las tuyas. Te encargué ayer, á las tres en punto de la tarde, que fueras, y no volvieras sin averiguarme quién era una jóven de mas que mediana estatura, delgada, blanca, ligeramente sonrosada, de ojos pardos, cabellos negros, facciones finas y unos pies, unas manecitas iguales á los de una niña de diez años. Te di las señas de su casa, y, despues de haber gastado veinte horas mortales, vuelves muy ufano porque sabes que tan hermosisima criatura tiene por nombre Magdalena.

—¿No le parece á V. que tiene un nombre bastante bonito?

—No es feo: pero lo mismo me hubiera dado que se llamara Gloria ó Aurelia. ¡Ay, Francisco! para que averigües un nombre tuve ayer tarde que vestirme solo, anoche que desnudarme solo, y esta mañana que medio vestirme solo! ¡Qué caro me cuesta ese nombre!

—Pues añada V., señorito, ochenta reales á esa cuenta.

—¿Pues qué? ¿has dado ochenta reales por saber su nombre?

—Sí y no.

—Esplícate pronto, Francisco; si no quieres que haga un esfuerzo y te acaricie con ese par de botas de montar.

—Muchas gracias. He gastado los ochenta reales en ir y venir al Escorial.

—Francisco, ¿has ido á buscar el nombre de mi amada entre los manuscritos árabes del monasterio?

—No sé una palabra de árabe.

—Amado Francisco, con mucho gusto te enviaria á presidio, si no me hicieras falta para barnizarme las botas y limpiarme la ropa.

—Señorito, si no me interrumpiera V. á cada palabra, ya hubiera acabado mi historia.

Meneses inclinó la cabeza en señal de mudo asentimiento, y Francisco continuó:

—Siguiendo las órdenes de V., me dirigí inmediatamente á casa de la señorita Magdalena, seguro de encontrar en el portal prendera, zapatero ó sastre que me sacara de mi apuro. Pero mi estrella fué tan adversa, que no encontré portero siquiera, y completamente desanimado, me pegué á una jamba de la puerta, resuelto á esperar el fin del mundo, si antes la casualidad no queria depararme algunas noticias. Diez minutos llevaria de guardia, cuando se paró frente de mi una carretela de camino, tirada por cuatro caballos de posta. La vista de la carretela me inspiró una idea, y dije para mis adentros: «Bueno »seria que la señora de los pensamientos de mi amo estuviera de humor de viage, y que la viera yo mismo entrar en esa carretela y »tomar el camino de la China.»

—Al grano, Francisco.

—Pues es el caso, que apenas habia yo pensado lo que acabo de referir, cuando veo bajar cinco personas, y entre ellas á la señorita cuyas señas me habia dado V. poco antes.

—¿Y quiénes eran las cuatro personas que la acompañaban?

—Un señor alto y grueso, que representaba unos cincuenta años de edad, una señora de mediana estatura y buenas carnes, lo que llamamos una jamona; y dos jóvenes, que eran sin duda las doncellas de la señora.

—Sigue, Francisco.

—Acomodaron en la zaga del carruage dos ó tres maletas y sacos de noche, subieron las cinco personas á la carretela, y salieron los cuatro caballos al trote corto.

—¿Y te viniste sin averiguar mas?

—Paciencia. Antes de arrancar los caballos, preguntó la jóven al señor gordo: «Papá, ¿á qué hora llegaremos al Escorial?» ¡Caramba y qué vocecita tan dulce tiene la hermosa señorita!

—Prosigue, Francisco, prosigue.

—Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: V. me habia dicho que mis orejas estaban en sumo peligro si no le traia buenas nuevas; y como tengo cierto cariño á mis orejas, calculé que lo mas prudente era marcharme al Escorial. No tenia tiempo que perder: me dirigí inmediatamente á la administracion de las diligencias de aquel Real Sitio, y llegué tan á tiempo que ya estaban subiendo á la góndola los pasageros. Pregunté si habria un asiento para mí, y me encaramaron á la imperiala. Partimos á todo galope, y media hora antes de anochecer dejamos atrás la carretela de nuestra fugitiva. En cuanto llegué al Escorial, me puse en acecho de la carretela, que no tardó mucho; y la seguí hasta la fonda, á cuya puerta paró. Los viageros se apearon inmediatamente, y la señora jamona preguntó á la jóven: «¿Te has fatigado, Magdalena?—No señora, respondió esta, y penetraron en la fonda. Satisfecho de mi espedicion, y no queriendo retardar á V. tan satisfactorias noticias, tomé inmediatamente un billete para volverme en la misma diligencia que me habia llevado; cené como hombre que no habia comido, y dormí como hombre que habia cenado perfectamente. Esto ha hecho por V. un criado tan fiel como un perro...

—Y tan perro como un fiel de fechos, murmuró Luis á media voz.

—¿Está V. contento de mí?

—Medianamente.

—¿Y ahora qué debo hacer?

—Voy á saberlo yo. Francisco, ¿cómo estamos de fondos?

Francisco meció la cabeza de un lado á otro, y frunció los lábios; Meneses no pudo averiguar por la espresion de su criado el estado de su tesoro, y precisó mas la pregunta:

—¿Qué dinero tienes?

—Sesenta duros.

—Poco es.

—Ha mediado el mes; observó el criado con aire triunfante: prueba clara de que otros meses en igual dia estaban los fondos mas bajos.

—En circunstancias ordinarias podriamos llamarnos felices; pero nos encontramos hoy en un estado escepcional.

—¿Pues qué tenemos?

—Esta noche debemos dormir en San Lorenzo.

—Pues en ese caso.....

—¿Opinarás que necesitamos dinero?

—Precisamente.

—Mira, Francisco, tú sabes que hay una persona, á quien yo no sé qué nombre dar, que hace las veces de mi banquero, sin duda porque yo le pago: pues bien, dirígete inmediatamente á casa de ese honradísimo caballero, y pídele de mi parte la cantidad que te parezca necesaria: cuidando mucho de advertirle que tenga la bondad de enviármela antes de las tres de la tarde.

—¿No seria mejor que V. fijara la cantidad y que yo la trajera?

—No: en ese caso tendria que poner el recibo de mi puño y letra; y enviándomela él traerán con el dinero el recibo, y solo tendré que firmarlo.

—¿Y despues que haya zanjado este negocio?

—Despues te diriges á la administracion de las diligencias del Escorial, y tomas dos billetes para esta tarde.

—Así lo haré.

—Mira, Francisco, que no te los den en la imperiala, el mio por lo menos.

—¿Y si no hay billetes?

—Los buscas. Ya sabes que la palabra no me hace daño desde que me la dijo... ¿Quién fué?

—Una figuranta del Circo.

—Es verdad. Yo pensaba que me la habia dicho una primera bailarina; y has hecho muy bien en desvanecer este error, porque ya no me hace tanto daño.

—¿Y despues que tome los billetes?

—Los traes y arreglas mi equipage.

—¿Y despues?

—Lo llevas á la diligencia.

—¿Y despues?

—Vienes á buscarme para ayudarme á vestir y acompañarme á la diligencia.

—¿Y cuándo almuerzo yo, señor?

—Esa es cuenta tuya, Francisco. Almuerza cuando te dé la gana, con tal que no me falte nada.

—V. tendrá que despedirse.

—¿Despedirme? No. ¿Qué importa á mis amigos si voy ó no al Escorial?

—Pero....

—¿Pero qué?

—¿Ha olvidado V. á doña Luisa?

—Es verdad. No me acordaba de ella.

—¿Irá V. á verla?

—Tendria que vestirme, y desnudarme, y volverme á vestir..... Francisco, cuando vayamos hácia la diligencia te despedirás tú por mí.

—¡Pues quedará contenta!

—No importa.

—Me voy á evacuar los encargos.

—Anda con Dios y vuelve pronto.

Francisco no salió de casa sin haberse comido antes un par de chuletas, que estaban dispuestas para su amo, y bebido un vaso de rancio cariñena, porque era aficionado al vino dulce; pero desempeñó concienzudamente todos los encargos de Meneses. Luis almorzó tambien, hojeó un libro, recorrió con la vista un periódico, firmó un recibo de cuatro mil reales, y se dejó vestir como un emperador celeste.

A las cuatro en punto de la tarde estaba Luis instalado en un asiento de berlina, y Francisco ocupaba el mismo que la tarde antes.

—¡Maldita imperiala! murmuraba el criado, cómo se sienten los vaivenes! y si vuelca la diligencia, ¡qué gran costalada daré!

—¡Qué cómodo iria, pensaba el amo, si hubiera tenido Francisco la feliz ocurrencia de tomar toda la berlina! pero ese bribon no piensa en nada.

CAPITULO II.

El Monasterio.

Todo el mundo sabe, ó á lo menos una gran parte de todo el mundo, que el monasterio de san Lorenzo del Escorial es uno de los monumentos mas notables que ha legado la arquitectura á las generaciones pasadas, presentes y futuras; y tan grandioso, que disputa á otros célebres edificios el pomposo título de *octava maravilla*, no adjudicado todavia, y que posiblemente no se adjudicará en mucho tiempo, aunque broten las maravillas como la grama de los prados. Como los tomillos al pié de las corpulentas encinas, se agrupan al pié del real templo algunas casas que componen un pueblecillo miserable, pero que en los meses de estío reune una gran parte de la mas brillante sociedad que guarda para sí en el invierno la coronada villa y corte. En este humilde pueblecillo se hallaban á la sazon varias notabilidades políticas, aristocráticas y literarias; varias jóvenes encantadoras, varios jóvenes calaveras; y el número correspondiente de tios, mamás, viejos y viejas que á cada familia pertenece. Magdalena, sus padres y criados se alojaron como mejor pudieron en la mejor fonda del pueblo; y en tanto que Francisco cenaba, bebia y roncaba á pierna suelta, se hallaban reunidos en concejo íntimo de familia la jóven y sus dos papás.

—Ya estamos en el Escorial, hija mia, decia el padre bondadosamente á la encantadora Magdalena; pero ahora que no puedes dudar de mi condescendencia, quisiera saber qué motivo has tenido para emprender este inesperado viage.

—Un capricho, querido papá, que V. sabrá disimularme. Quiero visitar el monasterio, dijo Magdalena, besando la mejilla de su buen padre.

—Como tú quieras, hija mia.

—¿Pero no recuerdas, Magdalena, observó la madre, que lo vimos el año pasado?

—Por eso, madre mia, por eso. El año pasado hice amistad con ese magnífico templo, y quiero despedirme de él como de un amigo adorado.

—Estraño cariño, dijo el padre, sonriendo bondadosamente.

—Quién sabe si lo volveré á ver! murmuró Magdalena de un modo que sus palabras no parecian dirigidas al gran trofeo de la batalla de San Quintin; y los viageros despues de una comida-cena se retiraron á descansar.

Al dia siguiente, y mucho antes que pensaran dejar sus lechos las personas que habian sentado sus reales de verano en el Escorial, Magdalena, sus padres y doncellas se dirigieron al monasterio; eligiendo esta hora, porque la jóven no queria encontrarse con familias conocidas, ni perder su tiempo en recibir visitas que ya juzgaba impertinentes. Magdalena no se detuvo ante el edificio, y, con el afan de un sediento que espera encontrar una fuente bajo silvestres emparrados, penetró en la iglesia; corrió hasta el presbiterio; midió doce pasos, retrocediendo; giró sobre sus talones como un recluta; dió su costado derecho al altar, alzó la cabeza que habia tenido inclinada, y fijó sus rasgados ojos en un punto de la cornisa, que ella adivinaba sin duda, pues en nada se diferenciaba de toda la restante. Los padres y criados de la jóven viagera la miraban con mudo asombro; pero no se atrevian á turbar aquella especie de arrobamiento, aunque mucho deseaban saber la causa que lo originaba.

Trascurrió una hora; Magdalena permaneció inmóvil en su puesto, como un centinela en el suyo; y el gran reló del monasterio empezó á resonar imponente bajo la bóveda sagrada. A la primera campanada se estremeció la jóven, frunció ligeramente el ceño y escuchó con suma atencion. A la novena campanada cesó el reló, Magdalena lanzó un suspiro, y, dirigiéndose á sus padres, dijo:

—Ya nos podemos retirar.

—¿Tanto afan por venir aquí para retirarte tan pronto? repuso su padre.

—Padre mio, no quiero que nos vean las personas conocidas, y han dado las nueve; sin embargo, si V. quiere que recorramos el monasterio, estoy dispuesta.

—Para qué, hija mia? yo lo he visto mas de veinte veces, y tu madre se halla en el mismo caso.

—Es verdad, repuso la buena señora; y se dirigió la primera hácia la puerta del convento. Al pisar su dintel, Magdalena se detuvo un instante; miró hácia atrás, como si estuviera segura de descubrir un objeto que habia perdido; meció la cabeza lentamente, y murmuró:

—¡Ya no le veré mas!

Este «¡ya no le veré mas!» tampoco parecia dirigido al monasterio, y sin embargo todo el afan de Magdalena se habia cifrado en pasar una hora de pié bajo la bóveda del templo. ¡Pobre Magdalena! quizá poseia un alma romancesca, una de esas almas que sueñan, estando los ojos abiertos, y se enamoran de sus sueños. Quizás, como yo ví una vez en boceto de Villaamil, que representa la capilla mayor de la catedral de Toledo, una bruja, aplastada como una lechuza en el ángulo superior de una ojiva, con un candil lleno de aceite verde en la boca, alumbrando la santa capilla; quizás, repito, vió Magdalena en San Lorenzo del Escorial la sombra del tétrico Felipe II, y quiso despedirse de ella por un capricho inesplicable. Nada sé: sigamos la historia.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

A UN RIZO DE SUS CABELLOS.

Queridas prendas de mi dueño amado,
Prendas de la muger por quien deliro,
Recibid como adios enamorado
Este que al veros doy, flébil suspiro.
Y no por leves desdeñeis sus dones,
Que velados en él ¡ay! os envio
Todas mis mas queridas ilusiones,
Todo el amor del pensamiento mio.
¡Ah! ¡cuántas veces con mortal angustia
Y en abrasadas lágrimas deshecho,
En vosotras posé mi frente mustia,
Y aura de gozo dilató mi pecho.
¡Cuántas huyendo del rumor cansado,
Grito en que el mundo su afliccion devora,
Embebecido en tí, rizo adorado,
Me vió la tarde y me encontró la aurora!
Que el dulce encanto que mi mente aspira
Solo mi ardiente corazon percibe,
Vago placer de un alma que delira,
Y ávida de ilusion, de ilusion vive.
Tú, mas hermosa que en abril el prado
De frescas flores purpurinas lleno,
Tú la de amable risa y perfumado
Aliento celestial y blando seno;

Y... (1) de mi amor, mágico hechizo
Del alma que adormida en tus favores,
Entre sueños oyó, «guarda este rizo,
Que enredados en él van mis amores.»
¡Oh! prenda de mi amor, cabello hermoso
Que ceñiste su sien... ¡Cuántas memorias
Entrelazadas en tu seno undoso,
Cuántos misterios de pasadas glorias!
Tal vez en tanto que en mullido lecho
Reposaba mi bien, rizo querido,
Tú, de su níveo levantado pecho,
Escuchabas el férvido latido
¡Oh! ¡cuántas veces en festin brillante,
Al ardiente compás de alegre danza,
Llegára á ti de improvisado amante
Eco de eterno amor y bienandanza!
¡Cuántas de sus megillas ardorosas
El sudor empapáras, cual la abeja
Roba del cáliz de las lindas rosas
El preciado licor con que se aleja!
¡Cuántos diversos, raudos pensamientos,
A tus pies, rizo hermoso, habrán nacido;
De cuántos y encontrados sentimientos
El poderoso empuje habrás sentido!
¡De cuántas risas vagas, engañosas,
Leves suspiros, mudas alegrías,

(1) Complete el lector este verso con un nombre cualquiera de tres sílabas, como Bartola, Marica ó Pandanga.

De cuántas tiernas lágrimas hermosas
El venturoso intérprete serias!
¡Cuántas veces en tanto que en su seno
Siglos gozaba de eternal delirio,
Tú en mi frente posábaste sereno,
Cual mariposa errante en blanco lirio!
¡Cuántos abrazos, lánguidas caricias,
Pudieras recordar, cuánta ventura,
Cuántas horas de célicas delicias,
De gozo y de placer y de locura!
Dulces horas de amor, triunfos amados,
Corred, corred, y en lo pasado hundíos;
Como de oculto vértigo impulsados
A sepultarse al mar vuelan los ríos.
Volad, volad: ¿á vuestra eterna gloria
Qué vale el hierro de la muerte impia,
Si escrita queda vuestra amante historia
En el cielo inmortal del alma mia?
Y... adios; nuestro fatal destino
Por siempre nos separa, y nuestra dura
Suerte es seguir al mundanal camino,
Tú muriendo de amor, yo de amargura.
De amargura y dolor, que nuestra historia
Siempre leyendo estoy, que es, rizo amado,
Cada cabello tuyo, una memoria,
Cada grata memoria un bien pasado.

FRANCISCO VILA.



(La pérdida de la libertad.)

Madrid.--Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Estátua de Godofredo de Bouillon erigida en la Plaza Real de Bruselas.)

ESPOSICION UNIVERSAL EN LONDRES.

Todos los grabados de este número pertenecen á la riquísima coleccion de láminas destinadas á ilustrar la descripcion del *palacio de cristal*, que ha empezado á publicar La Ilustracion en el número de ayer. La primera, copia fielmente la *estátua de Godofredo de Bouillon*, erigida en la plaza real de Bruselas y cuyo modelo está espuesto en la grande exhibicion; la segunda es *el órgano de los señores Grey y Davison*, que hace oir sus harmonías en las bóvedas de aquel magnífico templo, todos los dias; la tercera y cuarta son *dos escritorios para alhajas*; la quinta reproduce *un sillon de lujo para colocar en un trono*; la sesta es *una chimenea*; la sétima *un estuche de maqué para licores*; la octava *otra chimenea de diferente género*; la novena *un bureau gótico aleman*; la décima y undécima, en fin, *dos necesaires de viage*. Hemos creido que nuestros suscritores verian con gusto estas muestras, que les darán á conocer la utilidad y la importancia de una descripcion del gran concurso universal, tan estensa y tan minuciosa como la que ha emprendido La Ilustracion, yendo acompañada de MIL ó mas grabados, muchos de ellos de mayor tamaño y perfeccion que los que presentamos, pero todas destinadas á copiar con una exactitud escrupulosa cuantos objetos verdaderamente notables encierra la esposicion.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(*Continuacion.*)

Desde mi salida de Coetmieu era esta la primera vez que le veia, pero en ese tiempo sus facciones habian cambiado muy poco; la ambicion frustrada habia marcado en su frente algunas arrugas.

Sabia yo que Bernardo, despues de haber servido muchos curatos, acababa de ser nombrado para uno de los mejores de la diócesis, cuando se habia decretado el juramento. Los intereses y las inclinaciones del antiguo vicario de Coetmieu estaban igualmente en oposicion con la nueva constitucion del clero: asi que rehusó someterse á ella, y puso en juego todos los medios que pudo para sublevar su parroquia contra el nuevo orden de cosas. Perseguido por sus sermones incendiarios, se habia visto en la necesidad de huir, y hacia mucho tiempo que estaba escondido.

Sabia yo todos estos pormenores; pero creia que Bernardo hubiera buscado un asilo entre sus antiguos feligreses, y no adivinaba la causa de encontrarle en casa de Morel. Entre tanto la misa se habia acabado, y la gente no se retiraba. Bernardo, que se habia quitado la casulla, se arrodilló delante del altar, con la cabeza inclinada sobre el pecho como recogiéndose: entonces comprendí que iba á predicar. En efecto, despues de una larga pausa, se levantó lentamente, se volvió hácia la concurrencia que prestaba una atencion ávida, y comenzó con voz triste hablando de la justicia de Dios que castiga á los hijos por los crímenes de sus padres, y viendo que la iniquidad habia durado tanto tiempo, los siete ángeles encargados de velar sobre el mundo tenian las copas llenas de cólera. Hablando despues de los males que por disposicion del Todopoderoso habian afligido á la Francia, recordó los sacerdotes arrojados de sus parroquias, las iglesias cerradas, los que habian muerto sin que los administraran los sacramentos, y continuó:

—Cristianos, aun no es bastante todo esto; los patriotas no han acabado su obra; la revolucion es como el demonio que todo lo devora sin saciarse jamás. Quizás dentro de poco será necesario que deis la tercera parte de vuestros muebles, de vuestros ganados y de vuestros hijos á los que ahora gobiernan.

A estas palabras se alzó un gran murmullo de indignacion.

—A vosotros os toca el defender vuestros cuerpos, vuestros bienes y vuestras almas, si quereis mejor obedecer á un rey que á mil doscientos bribones que forman la asamblea nacional.

Un clamor de aprobacion se levantó, y fué creciendo poco á poco. Bernardo impuso silencio con la mano.

—El dia de castigar á los impíos no ha llegado todavia, dijo; pero los pastores velan por su rebaño. Desembarcando estan al presente para vosotros armas y municiones; y cuando sea ocasion vendrán vuestros antiguos gefes á mandaros y encendereis una hoguera para quemar á los patriotas con los árboles de la libertad. Entre tanto, cristianos, ocultad vuestros graneros, esconded vuestro dinero, llevad vuestras bestias á los bosques para que no os las puedan arrebatar, y sobre todo permaneced fieles á la ley de Jesucristo. Mañana tengo necesidad de salir para otra parroquia: acaso estareis por largo tiempo privados de sacerdote; acaso alguno de vosotros morirá sin confesion y sin recibir el viático: voy pues á administraros los últimos sacramentos: pero arrepentios, cristianos, arrepentios, porque este será el último dia de absolucion para la mayor parte, y en mi mano tengo vuestra salvacion ó vuestra condenacion eterna.

A estas palabras dichas con un acento amenazante y sombrío, Bernardo tomó el cáliz de encima del altar y comenzó á dar la comunion á los mas próximos. Era este un espectáculo imponente y terrible á la vez; un indecible sentimiento de espanto se habia apoderado de la concurrencia. Las mugeres se inclinaban hasta el suelo y pedian perdon á Dios con suspiros; los hombres llorando se daban golpes de pecho. Bernardo solo, impasible en medio de este terror, continuaba egerciendo las funciones de su lúgubre ministerio, desapareció á pasos lentos en medio de aquella muchedumbre conmovida.

No creo tener necesidad de advertir que al conocer el objeto de esta reunion mis temores se habian desvanecido completamente, y que habia podido esplicármelo todo el empeño del mariscal en detenerme, el encuentro de los grupos de paisanos, el aturdimiento de mi arrendatario, y el cuidado que habia tenido en cerrarme la puerta. Completamente tranquilo, busqué con las manos el primer patio, y ayudándome de todo lo que me habia servido para bajar, volví á mi habitacion, y me acosté.

Al dia siguiente estaba arreglando con Morel las condiciones del nuevo arriendo que le habia anunciado, y que firmó despues de algunos debates, cuando en el momento en que me iba á marchar, aparecieron hasta una docena de gendarmes á la puerta de la quinta, de los cuales el gefe dejó la mitad en observacion. Morel al verlos, palideció é hizo una señal á su muger, que desapareció al instante.

En este momento entró el gefe.

—Buenos dias, compadre, dijo bruscamente.

—Buenos dias señor Rion, respondió Morel quitándose el sombrero con temor.

—¿Sabes qué es lo que me trae á tu casa?

—Por cierto que no, señor Rion... á no ser que sea á hacer alguna otra requisa.

—Justamente una requisa de cuervos, gritó el brigadier con una risa brutal.

El arrendatario hizo como si no le entendiera.

—Vamos, que bien sabes lo que quiero decir, replicó el gendarme; tú tienes en casa inquilinos sospechosos; y si no, aqui tienes uno que no pertenece á tu familia.

Hablando asi se acercó á mí, y me preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Le dige mi nombre.

—¿Qué hace usted aqui?

Le informé del objeto de mi permanencia en la quinta, é iba á hacerme mas preguntas, cuando un gendarme que habia servido en la brigada de Guingamp me reconoció, y dijo que yo era *un patriota de principios sólidos y un hombre establecido*.

—Entonces, no es este el que nosotros buscamos, replicó Rion, y dirigiéndose de nuevo al arrendatario le dijo:

—Veamos, vejete; las cosas se han de hacer como buenos hermanos: vengo á buscar al ciudadano Bernardo, botarate no juramentado; conque dime cuál es su cuarto para darle una targeta de parte del procurador síndico.

—No conozco al ciudadano Bernardo, respondió el arrendatario como admirándose.

—Basta, basta, viejo astuto, gritó Rion; no se deja engañar por un pequin un antiguo guardia francés como yo. No me quieres abrir la jaula de tu Bubo: pues bien.

Y volviéndose hácia los soldados dijo:

—Fine Mouche, vete á buscar á ese pájaro que nos obliga á hacerle antesala: registra y mueve cuanto encuentres desde las migajas de pan hasta los muebles mas grandes, y escudriña la quinta como los bolsillos de un abogado.

Salieron, y nosotros quedamos solos con el brigadier, quien se dirigió á Morel diciéndole:

Has dado en la tontería de hacerte posadero de todos los no juramentados... Estás apercibido ya por la autoridad, y dentro de pocos dias tendré el sentimiento de leerte la órden de llevarte al convento de los ladrones. Por otra parte, mi viejo, ¿no ves que la nacion quiere que los curas presten juramento... la nacion eres tú, soy yo; luego ni tú ni yo debemos proteger á los no juramentados, eso está claro, hé aquí un buen razonamiento.

Morel se rascó la cabeza sin responder.

—Además, continuó el brigadier, que el luchar contra el pueblo es una bobada tan grande como si tu dedo pequeño quisiera pronunciarse contra las dos manos. Tambien te aconsejo que te hagas patriota, porque, regla general de conducta, es necesario ser siempre de la opinion que tiene por sí la gendarmería.

—Yo no digo... replicó Morel distraido y escuchando.

—Nada se nos oculta, continuó el gefe; por ejemplo: tú creias bien escondido á tu no juramentado; pero le encontraron antes de anoche

que venia sin duda de confesar alguna jóven, y le siguieron hasta verle entrar en tu quinta.

Morel quedó desconcertado.

—Ya ves que somos gente de provecho, replicó el gendarme echándola de inteligente. Sabemos además que Bernardo es un hombre capaz de obligar á los árboles á batirse, y que ha fanatizado ya todas las parroquias del canton. Desde que él está aquí los muchachos nos tiran piedras por cima de los cercados y los perros ladran en cuanto ven nuestros uniformes. En el distrito están decididos á dar un ejemplo á los atolondrados comprando para este una guillotina.

Morel miraba al brigadier horrorizado, y queriendo yo ponerme de su parte respondí:

—El rehusar el juramento no es una culpa tan grave que deba castigarle con la muerte.

—No, pero la ley castiga con la muerte á los cabezas de motin y á los predicadores revolucionarios, y por estos crímenes es por los que será juzgado el particular en cuestion.

—¿Y qué pruebas existen contra él?

—Unas cartas suyas que ayer mismo cogí yo en casa del cura de Matignon.

Morel se estremeció.

—Felizmente, dijo por último, Bernardo por ahora está libre.

—¡Cómo! gritó el gefe.

—Porque hace tres horas que se ha ido.

—Es imposible.

—Antes de amanecer.

—¿Y á dónde?

—Donde Dios le haya llevado: al presente los pobres curas no pueden decir por la mañana dónde pasarán la noche.

—Tú me quieres engañar: sé de cierto que está aquí.

—Ya lo vereis por vos mismo, señor Rion.

El brigadier pareció quedar sorprendido por la sangre fria del arrendatario, y hasta yo mismo no sabia qué pensar; pero mi incertidumbre no duró mucho tiempo.

Los gendarmes volvieron con la mujer de Morel, algunas criadas y muchos mozos de labranza, entre los cuales conocí á Bernardo al primer golpe de vista. Llevaba un vestido de paño burdo, unos pantalones de tela y los zapatos guarnecidos de paja; pero se conocia que estaba muy atado con este trage.

El brigadier no se engañó: despues de haber examinado á todos se paró delante de él: Morel hizo un movimiento de sorpresa, y nuestras miradas se encontraron: entonces le hice seña de que se contuviera, porque acababa de formar la resolucion de salvar, si era posible, al antiguo vicario de Coetmieu.

Despues de haberle examinado, Rion se volvió hácia el arrendatario preguntándole irónicamente:

—¿Desde cuándo usan guantes tus criados para labrar la tierra?

—¡Guantes! replicó Morel sorprendido.

El gendarme tomó el brazo de Bernardo, y mostrando sus manos blancas añadió:

—¿Conoces muchos mozos de labranza que tengan el cutis tan suave?

No dejé al arrendatario tiempo para que respondiera.

—Ese no es un mozo de labranza, dije yo.

—¿Pues entonces qué es?

—Mi criado.

El brigadier me miró con un aire de duda y me preguntó:

—¿Por qué está aquí vuestro criado?

—Porque ha venido conmigo.

—¿En este trage?

—Es el que se usa en su pueblo, y no encuentro motivo para hacérsele quitar.

Me acordé del pasaporte que habia sacado para Miguel y para mí, y sin detenerme le saqué del bolsillo.

El brigadier le leyó con atencion; las señas de Miguel convenian muy mal con el esterior de Bernardo, y el gendarme me lo hizo observar.

Yo le respondí sonriendo: —Debe V. saber que los encargados de estender los pasaportes no son muy exactos en marcarlas.

El se enfureció por un instante; pero en fin, la prudencia le detuvo.

—Todo esto no es claro, dijo; el síndico lo aclarará: así que nos seguirá V. hasta Lamballe.

—No voy por ese lado, le respondí tranquilamente.

—Luego podrá V. seguir su direccion.

—Es que ni tengo tiempo ni quiero.

—Allá lo veremos.

—Morel, enganchad mi caballo al instante, que me voy á marchar.

Morel salió, y yo me senté mientras volvia: mi sangre fria desconcertó al brigadier, que recurrió á los razonamientos para dominarme, y que despues de hablar largo tiempo concluyó diciendo que si rehusaba el seguirle por mi voluntad, se veria obligado á usar de la fuerza.

—¿Tiene V. alguna órden de arresto contra mí? le pregunté.

—No.

—¿Soy algun desconocido sin pasaporte?

—Yo no digo eso.

—Piense usted entonces en lo que va á hacer, y entienda que le hago responsable de toda detencion que me obligue á hacer en mi viage.

Habia yo tomado un tono de rey, el gefe se encontraba visiblemente embarazado, y llamando aparte á Fine Mouche le consultó sobre lo que deberian hacer. En el instante mismo entró Morel anunciándome que el coche me esperaba.

Me lancé con Bernardo hácia la puerta, y los gendarmes nos dejaron salir; pero cuando iba á subir á mi charaban, el gefe me detuvo y me dijo así:

—¿Rehusa V. el venir á Lamballe?

—Desde luego.

—¿Y va V. á Saint-Brienc?

—Así pienso.

—Entonces, le seguiremos á V.

—Es V. muy dueño.

—¿Y ahí permitirá V. que le reconozcan las autoridades?

—Sí.

Los gendarmes montaron á caballo y nosotros partimos.

(*Continuará.*)

EL DOCTOR SA DE MIRANDA.

Muchos fueron los escritores portugueses que en el siglo décimo sesto honraron con sus obras las musas castellanas. Jorge de Montemayor, Gil Vicente, Gregorio Silvestre y otros ingenios contribuyeron á la empresa de dar perfeccion y lustre al idioma español, tan estimado en Europa en aquellos tiempos, así por los dulces cantos de nuestros trovadores, émulos de los italianos, como por la escelencia de los escritos de nuestros médicos, filósofos y estadistas.

Don Leandro Fernandez de Moratin, en los *Orígenes del teatro español*, cita con grande elogio las obras dramátiras de Gil Vicente, compuestas en lengua castellana, no obstante ser aquel ingenio natural de la patria de Camoes. Pero ni una palabra dijo de las de otro célebre portugués que floreció en vida del mismo Gil Vicente. Hablamos del doctor Francisco de Sa de Miranda. Sin embargo, la omision de este ingenio en una obra destinada á hablar de los poetas dramáticos anteriores á Lope de Vega, es disculpable en Moratin por lo raro de las obras de este insigne doctor entre nosotros.

Mucho han hablado de su vida los mas eruditos bibliógrafos de reino lusitano. De estos vamos á tomar unos brevísimos apuntamientos, para dar satisfaccion á la justa curiosidad de nuestros lectores antes que comencemos la tarea de analizar alguna de las obras mas importantes de Sa de Miranda y mas convenientes á nuestro propósito.

Nació este ingenio en Coimbra, ciudad que ha tenido por hijos á muchos varones insignes así en las armas como en las letras. Dícese que salió á la luz del sol el año de 1495; que estudió leyes en la la universidad de su patria, hasta recibir el grado de doctor; que viajó por España é Italia; que cuando tornó á Coimbra, vencido del amor, se casó con una dama muy principal llamada doña Brianda de Acevedo, con la cual tuvo varios hijos; y por último, que muerta ella en 1555, cayó en una profunda tristeza que paso á paso lo llevó á mejor vida en 1558, á los sesenta y tres años de su edad. Fué gran helenista y no menor latino. Escribió muchas obras en verso, parte de ellas en lengua castellana y parte en portuguesa. Todas se imprimieron despues de su muerte, con presencia de borradores muy maltratados, el año de 1595 (1). Pero enmendáronse luego en otras ediciones con vista de manuscritos mas correctos (2).

Sa de Miranda compuso dos comedias en prosa y lengua portuguesa, con bastante libertad en el decir y en los chistes. Sus títulos son *Os Villalpandos* y *Os Estranjericos*. Ambas se representaron por caballeros notables de la corte ante el cardenal rey don Enrique, sucesor del malaventurado D. Sebastian, príncipe llevado á morir en los desiertos de Africa, por su desdicha, por su ardor juvenil, y por consejos de codiciosos jesuitas.

Estas dos comedias son de ninguna importancia para la historia del teatro español anterior á Lope de Vega. Por eso, si no hubiese

(1) As obras do doutor Francisco Saa de Miranda. Lisboa, 1595.
(2) Lisboa, 1603, por Miguel de Lira.--Id. por Vicente Alvarez, 1614, etc.

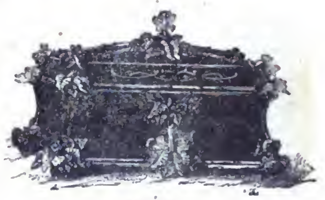
escrito otras obras dramáticas en lengua castellana, demas estaria contar á Sa de Miranda en el número de nuestros poetas. Varias fueron las églogas representables que compuso á semejanza de las de Juan de la Encina; pero de la intitulada *Alejo*, solo vamos á dar noticia á nuestros lectores; porque ella, mejor que otra alguna, sirve para mostrar el verdadero carácter de la literatura dramática española en el primer tercio del siglo XVI.

Las figuras que hablan en la égloga son *la ninfa de la Fuente*, *Alejo*, *Anton*, *Toribio*, *Juan*, *Pelayo* y *Sancho*, viejo; todos pastores.

Lám. 2.ª)



(Lám. 3.ª)



(Lám. 4.ª)

Entra Alejo lamentándose de las melancolias que incesantemente lo persiguen:

Yo vengo como pasmado
y no sé lo que me diga,
que el mi corazon litiga
entre cuidado y cuidado.

. . . .

Dias ha que no me entiendo
ni penetro este mal mio:
al sol muérome de frio,
á la sombra estóime ardiendo.

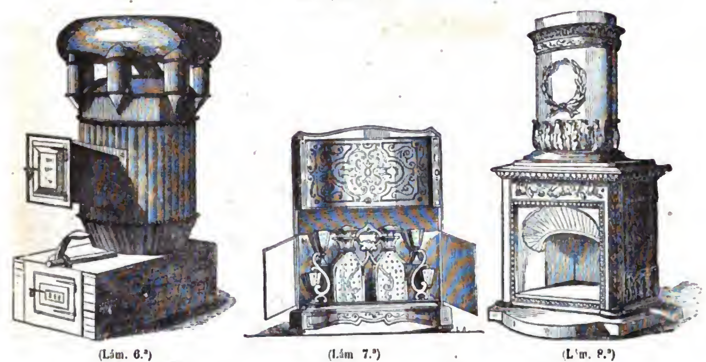
. . . .

Mas vamos á lo peor:

no sé qué se me figura;
quizá puede ser locura,
quizá puede ser amor.
. . . .



(Lám. 5.ª)



(Lám. 6.ª) (Lám. 7.ª) (Lám. 8.ª)

Si aquí estuviera mi hermana
que nos la llevó su esposo,
con ella hubiera reposo
esta mi cuita villana.

Con el fin de dar treguas á su dolor, acuéstase á dormir sobre la fresca yerba que crecia á la márgen de una fuente. Por lo que se infiere de estos últimos versos y de otros que no van aquí copiados, Alejo aparenta amar á una hermana suya. Despues que se entrega este pastor al sueño, sale el viejo Sancho en su busca, y dice:

En vano el viejo afanó,
la vista se me esvanece,
el muchacho no parece,
antes desapareció.
. . . .
Con el hijo juntamente
nascen cuidado y fatiga;
pero costumbre es antiga
andar tras su mal la gente.
¡Buena vida en vejez fué,
por mi fé,
ochenta años cuando menos!
¡Mal con hijos que enjendré;
mal con los hijos ajenos!

Prosigue su relacion diciendo que Alejo no es su hijo, con lo cual disculpa el poeta el amor de este pastorcillo á su hermana. Dice Sancho que en el monte lo halló envuelto en ricos paños y alimentado por una cabra; que lo recogió movido de caridad, y que le dió crianza como si fuera su hijo:

Truje el niño á mi Teresa,
que podria ser de un mes.
Veislo que anda en cuatro pies:
veislo que se ergue á la mesa.
Veis, los mayores alcanza
en crianza,
en costumbres y en saber.
Ved de tan grande esperanza
lo que queda al recojer.
. . . .
Díjome uno de esa banda
de allá, que lo viera aquí:
bien pueden decir por mí
un perdido tras otro anda.
Soy ya cansado, soy viejo:
¿qué consejo
tomaré yo ó qué camino?
Veis el mi perro bermejo;
á la fé, tras mí se vino.
Y tú hijo, andas huyendo
de mí de valle en collado:
¡qué mal consejo has tomado!
el por qué yo no lo entiendo.
Sigues antojos livianos,
no los sanos
consejos del viejo padre:
no se te acuerda de hermanos,
ni la vieja de tu madre.
. . . .

Váse Sancho sin ver á su hijo que dormia y sin tornar á presentarse en la égloga. De forma que en el resto de ella, ni una palabra mas se dice acerca del misterioso nacimiento de Alejo, primera figura de la fábula. Esto bien claramente demuestra cuánto procuraban los poetas despertar en el ánimo de los espectadores el interés, y cuán poca perfeccion lograban dar á sus obras dramáticas. Conocian que para hacerlas agradables á los ojos de todos, necesitaban mover la curiosidad por medio de una trama ingeniosamente dispuesta; pero ignoraban el modo de desatarla con felicidad; cosa reservada al arte y al buen gusto.

Ido Sancho, aparece la ninfa de la Fuente, enamorada de Alejo; y deseosa de tenerlo siempre por su fiel esclavo, encanta las aguas para servirse de ellas contra el desventurado pastorcillo. Por eso dice:

Tal fuerza el agua tendrá
de hoy mas, que luego en la viendo
toda persona corriendo
por beber de ella arderá.
Aquella sed matará,
y á otra nueva pasando,
nunca el cuidado mudando
por este bosque andará.

Retírase la ninfa y se despierta Alejo. Este, convidado de la frescura de la fuente, intenta apagar la sed en sus traidoras aguas. No bien las llega á los labios, la razon lo abandona, tórnase loco y huye á lo enmarañado del bosque. Múdase la escena, y salen en otro lugar de aquellos campos tres pastores llamados Juan, Anton y Toribio, los cuales despues de varias pláticas de amor comienzan á entonar canciones con el fin de divertir sus tristezas.

Uno de sus cantares está escrito en octava rima, y lleno de pensamientos que los portugueses llamaban *heregías de amor*, por ser dirigidas contra Cupido.

No veis que va desnudo y que no lleva
sino con que haga mal y bien ninguno:
saetas, arco y fuego con que os prueba
con todos los tormentos uno á uno.
Vos uno á uno os vi dando la nueva,
que es falso, que es sin fé, que es importuno:
¿qué es esto, me decid, hombres perdidos?
Ya que ojos no teneis, tened oidos.
Y tú, ¿qué finjimiento es este tuyo,
niño desnudo, desarmado y ciego?
Huyes, si voy á ti: vuelves si huyo,
ahora vencedor, vencido luego.
¡Ah! que no tiene amor, cosa de suyo:
nos las armas le damos, nos el fuego.
¿Quereis su *divinidad* ver tan loada?
Abrid los ojos bien, no vereis nada.

Las largas pláticas de amor y las canciones de los pastorcillos son interrumpidas por Pelayo, que sale anunciando la locura del desdichado Alejo, y pidiendo favor para prestarle los remedios posibles. Pero Anton le replica:

Déjale, Pelayo hermano,
que puesto que el mal no es poco,
el querer curar un loco
es trabajar siempre en vano.

Preséntase Alejo á sus amigos, estos lo siguen hasta la fuente; pero no bien la miran, son incitados á probar sus aguas. Van á beberlas unos tras otros con iguales ánsias, y todos quedan encantados por la malicia de la ninfa: con lo que se da por fenecida la égloga.

Esta, segun se deduce de lo dicho, no es un modelo de buen gusto, sino solo un monumento histórico de los primeros pasos del ingenio español en la carrera dramática. Sin embargo, algunas noticias bastante curiosas pueden sacar de su lectura los aficionados al estudio de las buenas letras. En la égloga de Alejo se ve cuán antigua costumbre ha sido en nuestros poetas no guardar fielmente la unidad de lugar, y no escribir en la misma clase de verso todas las escenas de una composicion dramática. Con esto se prueba que de aquella falta y de este ornato en las comedias no fué inventor el gran Lope de Vega, como la ignorancia, acreditando el error de algunos eruditos, ha afirmado hasta ahora. Por lo demas, el estilo de Sa de Miranda no es elegante; defecto ocasionado por haber escrito aquel ingenio esta y otras églogas en idioma castellano, á tiempo que en Portugal no se sabia con la misma perfeccion que en el siglo XVII.

Hay que advertir, no obstante, que la lengua española se estaba formando nuevamente; pues, segun decia un escritor contemporáneo de Sa de Miranda (1), *«con singular diligencia de muchos varones letrados que componen libros cada dia, desechando la escoria de algunos vocablos arábigos, tomando muchos latinos, torna á cobrar su natural y antigua nobleza de romance.»* Esto servirá de disculpa á los defectos que se hallen de lenguaje y estilo en las obras del famoso doctor Sa de Miranda. Cuando no todos, sino la mayor parte de los autores españoles de aquel siglo, mostraban en sus escritos el deseo de dar al idioma una perfeccion que no habia logrado, ¿qué estraño es que Sa de Miranda, poeta estranjero, apareciese mas tosco en el decir que los naturales de nuestra patria?

Por último, otra observacion nos queda que hacer con respecto á este célebre ingenio lusitano. Sus obras dramáticas, á escepcion de dos comedias escritas en lengua portuguesa, son églogas. El gusto de estas, que despertaron en España las de Juan de la Encina, habia pasado entonces. Las composiciones que presentaban los poetas en los teatros eran farsas, autos y comedias. Sa de Miranda no quiso mudar de gusto literario ni ajustarse á las inconstancias de sus contemporáneos. En todos tiempos han existido escritores de esta misma condicion y genio. ¿Quién podrá imaginar que á fines del siglo décimosesto, despues de haber admirado á España las obras de Garcilaso y Herrera, hubiese poetas que despreciasen los rasgos de ingenio que derramaron estos en sus escritos, y aun la forma con que los acomodaron al gusto de su tiempo? Joaquin Romero de Cepeda, en 1588 componia versos á imitacion de las coplas de los antiguos cancioneros; y aun muchos años despues de haber florecido Góngora y estar estendida su secta por España, habia escritores, como el conde de Rebolledo, que solo pretendian imitar en sencillez los cantos de la musa de Garcilaso.

(1) Esta noticia vaga, por lo que toca á los vocablos arábigos que se desechaban de nuestro idioma, esta dada por el traductor anónimo del libro de la cosmografía de Pedro Apiano, Amberes; en casa de Gregorio Bontzo, año de 1548.

De estos poetas, y aun prosistas, que procuraban mantener el gusto antiguo contra las corrientes de la moda y del capricho de sus contemporáneos, nos ofrece muchos y muy notables ejemplos la historia literaria de todas las naciones. El doctor Francisco Sa de Miranda es uno de ellos.

ADOLFO DE CASTRO.

LA CANTATRIZ DESCONOCIDA.

AVENTURA.

Lablache, el bueno, el espiritual Lablache, es, como todos los artistas saben, el niño querido de los ingleses. Dicen algunos que su estremada obesidad no ha contribuido poco á conquistarle los aplausos de John Bull; yo creo que su buen humor, su carácter condescendiente y su maliciosa alegria han sido los motivos principales para adquirirle esta victoria.

En 1839 tenia entre sus discipulos Lablache á un jóven italiano, tierno doncel, de blondos y rubios cabellos, de barba larga y luciente, con sus ojos azules, afligido y hastiado de sí propio, por sus veinte años, y su millon de renta. Si alguno de vosotros le hubiese visto al piano, cantando el ária de la *Sonámbula*, hubiera creido que era alguna lady pálida, tierna y melancólica, segun era blanca su tez y su voz femenina.

Un dia, este Señor Giovanilli entró en el estudio de Lablache taciturno y pensativo.

—¿Qué teneis? (le dijo el artista) ¿estais enfermo? ¿no habeis podido alcanzar con toda su estension el estudio que os he puesto, ó habeis heredado otro millon y no sabeis qué hacer con él?

—Nada de esto me inquieta, señor maestro.

—¿Pues qué teneis para estar tan triste?

—Tengo tedio.

—¿Tedio, vos, el señor mas jóven y mas rico de Italia? ¡vos, que poseeis un castillo, cuyas almenas tocan al cielo, y cuyos cimientos se bañan en las azules ondas del Adour!

—La riqueza no hace felices. El corazon que no se halla ocupado, se marchita pronto, y....

—¡*Per Baccho!* Monseñor, no desconfieis; ¿en los ocho dias que llevais en Londres no habeis conquistado á alguna hermosa isleña?

—¡Amor! ¿y cómo quereis que lo haya hecho? no conozco una palabra de inglés, no tengo aquí mas amigos que vos, y sobre todo no es una muger lo que anhela mi corazon.

—¿Pues qué deseais?

—Un ángel, una criatura rodeada de misterio, á quien pueda amar desde lejos, como se adora al sol, con sus rayos de oro, ese luminoso brillante de la corona celestial.... Quisiera que mi alma se ocupase de ella á su sabor, á quien pudiera consagrar mi corazon con una oblacion y entusiasmo paternal, puro como el de los querubes.

—Ya comprendo, mi querido poeta, quisiérais un amor sin esperanza.

—Quisiera que nunca pudiesen faltarme las ilusiones doradas que forja mi imaginacion: que aquella, á quien tributara esta muda adoracion, no saliese jamás, como los antiguos augurios, de las veladas sombras del misterio que la encubriera, porque á toda belleza terrestre falta algo..... ¡la perfeccion no existe!

—A fé mia, monseñor, os deseo buena ventura con esa vision fantástica de color de rosa que buscais.

Cuando Lablache concluia estas palabras, hojeaba Giovanilli los álbums que habia sobre la mesa del estudio.

—¡Oh mio caro! esclamó de repente, ¡qué delicioso libro!

El jóven espiritual habia abierto un álbum verdaderamente encantador, estampado, guarnecido de terciopelo y oro con unas lindas manecillas de un cincelado sorprendente. Cuatro rubís magníficos brillabán en las esquinas, y un delicioso aroma se exhalaba de sus satinadas hojas; era un incienso precioso de mirra, resedá y violeta. En la primera página se leian estas palabras escritas por una mano de muger: *Al mio maestro di música.*

—¡Por San Jorge! dijo el conde, ¿quién os ha regalado este álbum?

—Una de mis discípulas.

—¿Su nombre?

Lablache reflexionó algunos minutos.

—¿Su nombre? No puedo decirlo.

—¿Y por qué esa reserva?

—Monseñor, yo no puedo descubrir, sin permiso prévio, el nombre de mis alumnos, sobre todo á un aturdido de vuestra edad, voluble mariposilla en derredor de las lozanas flores.

—Esa discrecion me la hace mas interesante. ¿Es bonita?

—¡Encantadora!

—¿Y sus cabellos?

—Blondos.

—¿Sus ojos?

—Azules.

—¿Y su talle?

—Magestuoso, su boca preciosa, y un talento, sobre todo.... una gracia seductora.

—¿Pero estará casada?

—No, es libre.

—Entonces, deseo verla, ofrecerla mis respetos... y si me agrada...

—¿Os casariais con ella?

—Sin duda.

—¡Locura! Sus poderosos parientes no os la entregarian.

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro de ello; hay obstáculos insuperables.

—Hacédmela ver una vez, una sola vez.

—¿Y si os la enseño, me jurais no procurar acercaros á ella, y contentaros con esa muda adoracion de que hablábais hace poco?

—Lo juro: y en prueba, mañana dejo á Londres.

Aquella noche acompañó el conde á Lablache á un concierto magnífico. Ya estaba la fiesta empezada, el salon estaba adornado con un lujo asiático. Todos los concurrentes miraban á una jóven sencillamente ataviada, con una corona de *aciano* en la cabeza.

—Aquella es, dijo Lablache.

—¡O bell' alma innamoratta! esclamó el italiano.

Y permaneció toda la noche en su sublime éxtasis. Al dia siguiente partió para Venecia.

Un año despues encontró á Lablache en París.

—¿Y mi bella desconocida, amigo mio?

—¿Pensais en ella todavia?

—Siempre: es un ensueño precioso que veo siempre durmiendo. Ora la reviste mi imaginacion de esquisitos ornamentos, ora la cubre de púrpura, ora coloca sobre su frente una corona de diamantes. ¿Es todavía vuestra discípula?

—Todavia: es una cantatriz distinguida, pero en el tiempo que ha pasado han sucedido cosas grandes, la han casado.

—¡Casado! dijo el caballero, dando un suspiro. ¡Bella flor tan fresca y tan vaporosa, como la querida del botánico, que ni se atreve á tocarla!

—¿Y vos seguis siempre poeta?

—¿Es culpa mia que el siglo lo sea tambien? La poesía es el amor á lo bello, es el respeto á lo grande, es la mas elocuente de todas las plegarias, es el himeneo del corazon.

El príncipe italiano permaneció aquel invierno en París. Frecuentemente hablaba de su desconocida, frecuentemente besaba con respeto las hojas de su álbum, pero era todo soñar. El positivismo, ese niño sério y pensador que se complace en conquistar los corazones, en los momentos en que una ilusion se destruye, tambien se apoderó del jóven. Volvió á Italia y casó allí con una princesa que llevaba en dote diez castillos y cien leguas de dominio, como las heroinas de los cuentos de hadas.

En el año último, queriendo sacudir el príncipe sus costumbres aldeanas, quiso que su esposa visitase á Francia. Al atravesar á Eu para ir á Paris vió inmensos grupos de gente reunida. Los gritos de alegria resonaban en los aires. Las músicas guerreras hacian resonar sus ecos. Y en medio de una multitud de príncipes, personages y señoras descubrió á una jóven que reconoció al punto.

—¡Gran Dios! ella es, la discípula de Lablache, mi cantatriz desconocida.

—¿Qué tienes? le preguntó su muger inquieta.

—Nada, ángel mio, nada, á fé mia.

En seguida acercándose á un oficial:

—Caballero capitan, le dijo con temblorosa voz, ¿podriais decirme el nombre de esa señora?

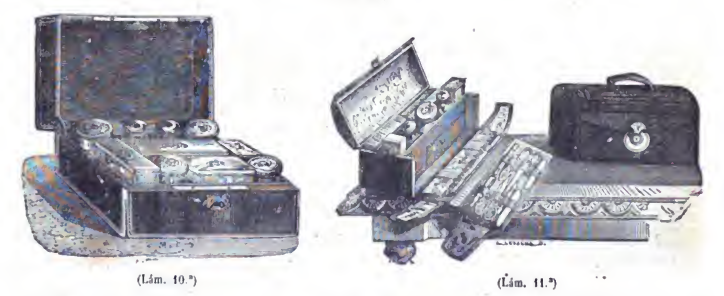
—¿La que lleva un trage de rosa y un sombrerillo de gasa blanco?

—Justamente.

—Caballero, le dijo el oficial al admirado príncipe, quitaos vuestro sombrero, esa que veis es Vitoria, la reina de Inglaterra.

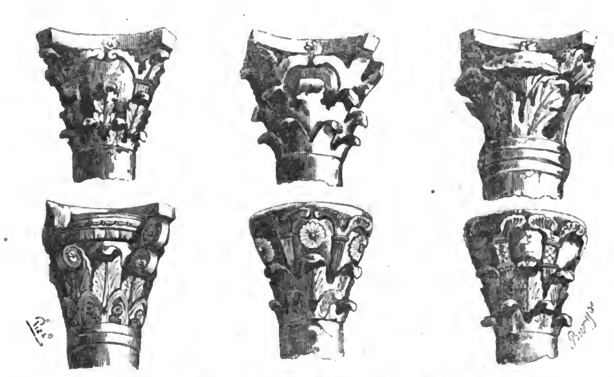
E. B. J.

(Lám. 9.ª)



(Lám. 10.ª) (Lám. 11.ª)

Madrid.--Oficinas y Est. tip. del Semanario Pintoresco Español y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Capiteles bizantinos existentes en el segundo patio del Hospital de Niños espósitos, traidos de la antigua basílica de Santa Leocadia en Toledo.)

LAS CANTADERAS DE LEON.

Entre las diversas tradiciones que de nuestra inmortal lucha contra los hijos del Islam nos legaron los pasados tiempos, se cuenta dor una de las mas notables el feudo de cien doncellas. Hubo un tiempo en que los cristianos españoles le tenian por irrefragable, anatematizando la negra memoria del torpe Mauregato, cuyo perjurio y usurpacion llevaban á los muslímicos harems la malaventurada paz de las doncellas castellanas. La crítica ilustrada llegó á negar despues la existencia del ominoso tributo, presentándole como invencion de menguados cronistas, ó falaz conseja de populares romanceros. Cualquiera que sea el resultado de tal controversia, no hace á nuestro propósito. Pues habiendo de tomar el feudo como origen del tradicional recuerdo que intentamos describir, tenemos que presentarle en su primitiva acepcion, partiendo sencillamente de la antigua creencia popular.

Bien sabido es que, reinando en Córdoba el poderoso Abderramen II, y en Leon el rey D. Ramiro I, por los años de 844, el califa ismaelita reclamó del monarca cristiano el tributo de las doncellas por medio de embajadores. El soberano leonés rechazó altivamente la impía exigencia, declarando que daria la contestacion en el campo de batalla. La guerra estalló nuevamente entre la Cruz y el Koram, y la batalla de Clavijo fué el glorioso y sangriento fallo de tan desesperada contienda. En ella se hundió el orgullo musulman bajo una pira de innumerables cadáveres. En ella se salvó otra vez la nacionalidad española; y al propio tiempo que los infieles tornaban fugitivos á sus espantadas fronteras, tremolaban victoriosas palmas las vírgenes altivas de Castilla.

La ciudad de Leon, capital de la monarquía y corte del vencedor, quiso eternizar la fausta memoria del gran acontecimiento, instituyendo una fiesta anual, que simbolizase á los ojos de la posteridad su importancia pública, su caballeresco origen y sus honrosas consecuencias. Este lisongero aniversario se celebró desde entonces hasta hace muy pocos años, con toda la pompa y solemnidad de su institucion. Pero al presente no es así; pues por mercantiles economías se le ha despojado de toda la parte alegórica y popular, que tanto habla el sentimiento, y que en semejantes armonías constituye la espresion de una idea, puesta al alcance del vulgo por medio de las impresiones del espectáculo. La ciudad, deciamos, hizo oferta de celebrar anualmente el triunfo de D. Ramiro; y con este objeto se verifica el dia 15 de agosto la fiesta llamada de *las Cantaderas*. Nada mas natural. En una nacion como la española, y en una época, cual nuestros tiempos caballerescos, en que las pasiones nobles consagraban al bello sexo una especie de culto entusiasta y sentimental, nada mas consecuente, repetimos, que erigir una memoria sencilla y tierna al dia inmortal que libertó á las vírgenes leonesas de la servidumbre y la mancilla, celebrándole con ostentoso aparato, con regocijo solemne y nacional.

Las Cantaderas son diez y seis niñas pertenecientes á cuatro parroquias de la ciudad, únicas que debieron existir en tiempo de D. Ramiro, y que por esta razon conservan semejante preeminencia sobre las restantes. Las de una de ellas eran del estado noble, aludiendo sin duda á que la mitad de las doncellas del feudo eran sacadas de la nobleza del reino. Y de aquí se deriva la significacion de las niñas de ambas clases en el número de *las Cantaderas*. En el dia de la fiesta salen de las casas consistoriales de la ciudad, formando una especie de procesion triunfal. Van magnificamente ataviadas, cubiertas con blancas vestiduras, coronadas de flores, entonando festivos y armoniosos himnos, y celebrando en agradables y candorosas danzas la dulce memoria de su inmaculada libertad. Y los sonoros acentos de las tiernas doncellas, los ardientes compases de la música marcial, y los alegres ecos de un pueblo sensible y creyente, que celebra una de las glorias mas bellas del pais, dan á la solemnidad un conjunto lleno de animacion, atractivo y entusiasmo, que afecta dulcemente la fantasía, y la lleva á perderse entre suaves emociones llenas de poesía y sublimidad. Precede á la comitiva una especie de botarga, llamada *la Sotadera*, ridículamente vestida y cubierto el rostro con un antifaz. Representa la imágen del vicio persiguiendo á la inocencia virginal; y por esto es papel infamante, que solo ciertas mugeres necesitadas se prestan á desempeñar por algunos ducados, aunque guardando á todo trance el incógnito. Acompañan tambien á las doncellas una porcion de hombres enmascarados con trages árabes. Uno de ellos lleva una escoba de palma, y colocada sobre ella una candela encendida, levantada en alto; otros tañen atabales y añafiles á la morisca usanza, y otros, en fin, festejan á las elegantes y alegres *Cantaderas*. No hemos podido encontrar la significacion especial de algunos pormenores; si bien se comprende en general la referencia alegórica de cada uno de ellos, en todos los accidentes del cuadro que procuramos esmeradamente trazar.

Precedido de aquel vistoso cortejo, el ayuntamiento de la ciudad, en acto de ceremonia, se dirige á la catedral, y se incorpora con el cabildo á la entrada del átrio, desde donde ambos se encaminan, penetrando en el templo por el pórtico principal, al altar titulado *del foro y oferta*, situado en el patio interior de la basílica. Cuando se aproxima á él la municipalidad, sale á su encuentro el canónigo procurador de la iglesia, y pregunta solemnemente: «¿El M. I. A. de »Leon se dignará manifestar el objeto que le trae hoy á este templo?»

Entonces el síndico de la ciudad se adelanta á su vez, y repone con la misma dignidad: «El M. I. A. de la ciudad de Leon viene á poner

»sobre ese altar de la Virgen María la ofrenda de doscientos y once »reales, en cumplimiento del voto hecho para el aniversario de este »dia.»—«¿Pero es por foro, ó por oferta?» replica aquel:—«Por oferȧta, y no por foro.»—«Pues el cabildo no puede recibirlo como oferta, »sino cual foro.»—«Y el M. I. A. no puede entregarlo cual foro, sino »solamente como oferta.» Y acto continuo cada cual manda arreglar testimonio al secretario de su respectiva corporacion, que se formaliza en actas, retirándose unidos los dos cabildos, para celebrar la misa votiva de gracias en la catedral.

Otras particularidades hay en esta festividad, que no consignamos por no hacer mas difusa narracion. Mas no dejaremos de decir que *el foro y oferta* ha costado empeñadas cuestiones y famosos pleitos al ayuntamiento y cabildo. De cualquier modo, es lo cierto que este aniversario formula el recuerdo de una gran victoria. Pues aun prescindiendo, si se quiere, de la parte romancesca, en lo que atañe al feudo, no puede dudarse el inmenso resultado que la victoria de D. Ramiro produjo en favor de la reconquista de nuestra nacionalidad, atajando la bárbara acometida, que desde el imperio cordobés lanzaba uno de los feroces sucesores de Mahoma contra el renaciente estado, que se cobijára á la sombra de la triunfal espada de Pelayo; y haciendo aprender al orgullo musulman con la sangrienta leccion de Albelda, que la estrella de España tornaba á lucir en el horizonte de la fortuna, para eclipsar por siempre el ástro menguante de Ismael.

Esto por lo que hace al resultado de la creencia tradicional, fundamento de la costumbre histórica, objeto del presente artículo. Por lo demas, quede en buen hora en pié la polémica de los críticos acerca del feudo y de la batalla. Allá se las avengan los impugnadores del arzobispo D. Rodrigo y de la historia compostelana. Nosotros, humildes narradores de las creencias de otros tiempos, no tenemos para qué tomar campo en la discusion, cualesquiera que puedan ser, por otra parte, nuestras opiniones en la cuestion histórica sostenida por celebérrimos escritores.—La tradicion popular celebró por muchos siglos la victoria de D. Ramiro, y la vió perpetuarse alegóricamente en la orgullosa fiesta de *las Cantaderas de Leon*.

V. GARCIA ESCOBAR.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(*Continuacion.*)

Mi posicion comenzaba á ser difícil. Bernardo no podia menos de ser reconocido á nuestra llegada, y yo iba á verme comprometido sin conseguir salvarle. Persuadido de qne no podia haber otro camino de salvacion que la audacia, conservé mi continente, y seguí marchando sin apresurar el paso, seguido á poca distancia por los gendarmes.

Llegamos así á la aldea, y al pararnos en el camino creí distinguir á la puerta del mariscal que habia herrado mi caballo, á la muger de Morel que al verme se retiró. Seguramente nos habria precedido por el camino de los matorrales; ¿pero por qué habia venido? ¿qué hacia allí?

Llegamos á la puerta del mariscal, cuando este salia de la fragua cantando como un borracho; me hizo una seña y detuve el caballo.

—Ya le esperaba á V., me dijo con una voz aguardentosa, tengo una cosa que devolverle.

—¿A mí?...

El me miró con el aire de un borracho que la echa de truan.

—Busque V., busque V., replicó balbuceando, ¿no perdió V. ayer alguna cosa cuando pasó por aquí?

—No.

—Vaya, venga V.. venga V. á verlo á la fragua.

Dudaba si bajar, cuando me dijo:

—¿Qué, no ha perdido V. un látigo?

Yo titubeé y él me miró riendo.

—Ahora me acuerdo, le respondí, sí, he perdido un látigo.

—Entonces baje V. en buen hora, á ver si es el que yo tengo.

—Bajé en efecto, y el brigadier hizo lo mismo; pero se quedó á la puerta.

Entré con el mariscal, quien me enseñó un látigo que me apresuré á reconocer.

—No dudo que sea de V., dijo él, hablando de manera que pudiera oirlo el brigadier, porque estoy cierto de haberle visto ayer en manos de su criado de V., á quien he reconocido al instante, lo mismo que al caballo; sin embargo, no estaba enteramente seguro de ello, porque esta mañana ha venido un caballero á hacer herrar un caballo, y podia ser que le hubiera olvidado; con tanta mas razon, cuanto que iba muy deprisa.

Y acercándose á mi oido con una apariencia de misterio, me dijo:

—Tan de prisa como un tejon qne ha sentido los perros.

—¡Oh! dije, entonces será algun noble, algun no juramentado.

—Justo; no he dicho nada; pero le he conocido muy bien; venia de Locurora... y era un predicador famoso que llaman Bernardo.

—¿Se dirigia hácia Dinan?

—Es muy posible porque tomó el camino de Matignon, pero es que todo esto se lo digo á V. en confianza; pero no quisiera que le sucediese nada malo: yo soy un cristiano, bautizado, confirmado y todo... los no juramentados son los buenos: los jurados ¡ah! ¡quisiera hacer una bigornia con sus cabezas!

—Descuide V. por mi parte, le dije saliendo; pero tenga V. cuidado de que no le oigan.

—No hay nadie, replicó el mariscal, echando al rededor una mirada rápida.

En efecto, el brigadier acababa de reunirse á su gente y estaban montando á caballo. Habia yo subido á mi carruage y él me deseó un viage feliz.

—¡Qué! ¿no viene V. á Saint Briene? Le pregunté con fingida sorpresa.

—No, me dijo volviendo grupas, y tomó con los suyos el camino de Matignon.

Apenas les hube perdido de vista, cuando eché mi caballo al galope temiendo que volvieran á buscarnos. Anduvimos una legua, sin hablar siquiera y volviendo la cabeza á cada instante para asegurarnos de que no nos seguian.

—Decididamente nos han dejado, y espero que V. se salve.

—Gracias á la generosidad de V.

—Le he visto á V. espuesto á perder la vida, y he debido hacer lo posible por salvarla.

—¿Cómo podré agradecer á V. el haberse espuesto así por un desconocido?

—Usted se engaña, le dije, el antiguo vicario de Coetmieu no es desconocido para mí.

—¡Cómo!

—¿No se acuerda V. de aquel muchacho qne no queria ser un mal cura y á quien V. tenia meses enteros á pan y agua para darle vocacion?

—¡Bautista! gritó.

—El mismo.

—¿Sereis vos?..

—Aquel mal hombre de que se habia V. hecho carcelero y que en su desesperacion juró tantas veces vengarse.

Bernardo me miró con espanto.

—Ve V. que acabo de cumplir mi venganza, el recuerdo de lo que acabo de hacer castigará bastante el mal que me habeis hecho.

—Al violentar sus inclinaciones de V. cumplia con un deber, balbuceó el sacerdote con embarazo.

—Como yo he cumplido otro librando á V. de la horca: cada uno tiene su mision en el mundo y comprende el deber á su manera.

Bernardo se puso encarnado.

—Usted ha obrado como un buen cristiano, dijo con voz algun tanto alterada: Dios se lo tendrá en cuenta. Por lo demas no quiero esponer á V. por mas tiempo. El castillo del marqués de Lormier debe estar cerca de aquí.

—Una legua poco mas ó menos.

—En cuanto se descubra me separaré de V.

—¿Por qué?

—Porque espero encontrar en casa del Marqués un asilo seguro.

—En efecto, repliqué yo, su castillo es un centro de conspiracion donde será V. bien recibido: allí podrá V. ayudar al señor de Lormier á sublevar á las parroquias contra las ciudades.

—¿Sospechais?...

—No, nada sospecho, he oido el sermon que ha predicado V. la noche última.

—Usted...

—Y he leido además los *actos de fé, esperanza y caridad* que usted ha escrito y que nada dejan dudar respecto á las ideas de V.

—No he tratado yo tampoco de ocultarlas, dijo con una impaciencia altanera, y la prueba es que estoy proscrito; así que, aseguro á usted que mientras pueda hablar no dejaré de aconsejar á los fieles que sostengan su fé aun con peligro de su vida.

—¿Es decir que predicará V. la guerra?

—Les diré que imiten á la tribu de Leví, por haber sacrificado á seis hermanos que estaban prosternados delante de los ídolos.

—En buen hora; pero como yo soy uno de esos hermanos, que amo mis ídolos y que no deseo que me sacrifiquen vuestros levitas los bajos bretones, le declaro á V. que no irá al castillo de Lormier.

—¿Y adonde me llevará V., me dijo?

—A Legué.

—No conozco allí á nadie.

—Pero yo conozco á un capitan que se encargará de conducir á V. á las islas británicas.

Bernardo esclamó:

—¡A las islas británicas! Jamás consentiré en ello; y V. no puede disponer de mí contra mi voluntad: asi deténgase V., caballero; yo no soy prisionero suyo, y quiero bajarme aqui.

Por toda respuesta di un latigazo á mi caballo: él quiso saltar al camino, pero le detuve; y con un tono firme le dije:

—No bajará V.: he cumplido un deber como hombre, arrancando á V. á la prision y á la muerte; ahora es necesario que cumpla otro como ciudadano, impidiéndole que fomente la guerra civil. Esta es la única condicion bajo la cual se me podria escusar el haber librado á V.

—Es decir, que V. se constituye en juez mio y me condena al destierro?

—Solamente condeno á V. á vivir sin hacer mal. Si para esto es necesario que V. parta, creo que eso es lo menos perjudicial aun para V. mismo. Al obrar asi, no obedezco ni á un ódio de partido ni á un rencor personal: todo lo que le falte á V. puede pedírmelo: procuraré ademas proteger la huida de V., proveer á sus necesidades; pero no permitiré que conspire V. contra el pais, por culpa mia y delante de mí; porque esto seria asociarme á la traicion de V.: por otra parte, ese destierro de que V. tanto se queja, le han escogido la mayor parte de los que estaban en su caso, como la sola via de salvacion, y allí se reunirá V. con ellos.

Quiso hablar; pero le interrumpí diciendo:

—Mi resolucion está tomada, y nada podrá cambiarla: sabe V. muy bien que está á mi disposicion, y que toda resistencia que quiera oponer no servirá mas que para perderle; conque asi sométase V. á mi voluntad y deje el vengarse para mas tarde.

El me lanzó una mirada de basilisco, cruzó los brazos sobre el pecho, y murmuró con voz sorda una amenaza que no pude oir.

Llegamos á Saint-Brieuc el mismo dia, desde donde volvia á Legué para ajustar el pasage de Bernardo en un buque, á cuyo patron conocia, y á la noche siguiente salió para Guernesey.

Supe mas tarde que habia llegado á Lóndres, donde tomó una parte subalterna en las intrigas de los emigrados; que habia venido muchas veces á la Bretaña con mensages para el señor de Puisaie; que habia formado parte de la espedicion de Quiberón, y que habiendo vuelto por fin á Inglaterra, murió en la mayor pobreza, desdeñado de todos, y con la desesperacion de un ambicioso que no habia podido lograr sus deseos.

Era el año de 1794; habian pasado cinco desde nuestro primer viaje á Brest, cinco años que habian bastado para trasformar la sociedad. Volvia yo á aquellos sitios con el corazon oprimido y el presentimiento del lúgubre cambio que iba á encontrar.

Mi caballo se hirió al llegar á Morlaix, y no queriendo detenerme me ví en la precision de tomar una especie de charaban cubierto, que hacia el servicio desde Brest á esta ciudad.

En esta época eran muy contados los viageros: nadie salia de casa evitando el hacer ruido, porque era necesario que no le sintiesen á uno vivir si queria vivir seguro.

Al tiempo de partir me encontré solo, y el principio de mi viage fué naturalmente silencioso. El postillon, que por su trage y gorro encarnado manifestaba desde luego ser un escelente ciudadano, habia entonado la Marsellesa dando latigazos á sus dos rocines Pitt y Cobourg, jurando contra los baches, y tratando de aristócratas á los caminos, que desnivelados por la artilleria, estaban verdaderamente intransitables; pero al cabo de una hora se cansó de cantar y jurar, se volvió hácia mi y me dirigió la palabra, diciendo:

—Ciudadano, ¿hace mucho tiempo que no has ido á Brest?

—Cinco años.

—¡Cinco años! ¡Ah! Entonces estábamos en tiempo de la monarquía. Encontrarás que ya se ha vuelto la tortilla. Las gentes de antaño ya no son tan orgullosas: hay mas de ochocientos encerrados en un castillo.

—¿Y se hacen ahora muchas ejecuciones?

—Quiá! ninguna. El prior de la Marne es un buen sansculotte, pero no tiene hambre de aristócratas...

—¿Preguntais por Laignelot? ¡buen pájaro está! Dice que los republicanos no necesitan mas que pan y hierro. Cuando llegó la primera vez estaba yo en el club, y desenvainando el sable y poniéndole encima de la mesa á manera de pluma, dijo:—Vengo de Rochefort, donde he dispersado á los aristócratas, á los monopolistas y á los moderados. Conmigo traigo el barbero de la república, y espero que tendrá el placer de hacer uso aqui de su navaja nacional.... Entonces presentó al vengador público.

—Al verdugo!

—¿Y qué? todos dimos al ciudadano el abrazo fraternal, y para probar que teniamos principios sólidos le nombramos en seguida presidente del club, como para decir á los aristócratas que ya era tiempo de que tiraran sus corbatas.

—¿Y comenzaron entonces las ejecuciones?

—Sí; pero duraron poco, porque Laignelot se marchó y Juan Bon Saint André se fué con la escuadra; pero es de esperar que á su vuelta empezarán de nuevo. A fe que buena falta hace, porque esto no marcha. No hay un viagero, y es necesario que coman mis caballos y mis hijos.

—¿Tienes hijos? le pregunté, deseando cambiar de conversacion.

—¿Soy por ventura aristócrata para no tenerlos? Tengo seis, y el mayor que cuenta doce años es ya todo un patriota, y ha sido recibido como miembro de la sociedad regenerada.

—Pues qué! ¿Forman los niños parte de vuestro club?

El cochero guiñó los ojos con aire de orgullo.

—Regularmente no sucede asi; pero ahí tienes lo que son las cosas. El muchacho entiende mucho de pluma, y el maestro le ha mandado hacer una muestra en que decia:

El mundo no será dichoso hasta que no se haya ahorcado al último de los reyes con las tripas del último de los curas.

Y despues le envió con los diez mas adelantados de la escuela á presentar su plana á Laignelot, quien quedó tan satisfecho de la buena educacion que se da á los niños, que los hizo admitir como miembros del club, si bien es cierto que estos muchachos tienen un banco aparte, adonde van á cantar la Marsellesa y á gobernar el pais en union de sus padres.

En este momento pasábamos delante de una posada, y el cochero se detuvo, preguntando:

—Eh! Hay algun viagero para mí?

Y apeándose entró en la posada.

Al saber que iba á tener un compañero de viage me puse de mal humor. Siempre he tenido una grande aversion á esas cohabitaciones improvisadas de los carruajes públicos que os obligan á vivir un dia entero con un desconocido; pero las circunstancias aumentaban considerablemente esta aversion. El solo aspecto de un estrangero era un motivo de inquietud en esta época en que se veia denunciado sin saber cómo, en que una palabra era suficiente para matar á cualquiera, y hasta el silencio mismo se hacia sospechoso. Era necesario estudiar los gestos, las miradas, las impresiones; poner al miedo cara á cara delante del pensamiento, no para ser comprendido, sino para dejar de serlo. Previendo el fastidio y el cansancio de un disimulo tan estudiado, padecia de antemano, pero por fortuna no tuve necesidad de usar de él.

El estrangero á quien habia ido á buscar el cochero, se presentó en el estribo; me desvié para dejarle sitio, y me dijo saludándome:

—Perdonad si os incomodo.

Este saludo me reanimó; la finura de este hombre acababa de revelarme su opinion, y con solo no tutearme habia hecho una profesion de fé y acto de valor. Al ver esto creció mi confianza, y se trabó la conversacion.

Pronto supimos recíprocamente que teniamos amigos comunes; esto era ya casi conocerse: de consiguiente la conversacion llegó á hacerse fácil y familiar. Mi compañero de viage conocia á Brest, por haber estado poco tiempo antes.

Entre tanto seguiamos caminando, y el pais que atravesábamos ofrecia un aspecto cada vez mas desolado. Estos campos, que habia yo visto en otro tiempo tan llenos de mieses y de árboles, tan perfumados, tan armoniosos, estaban en el dia secos, tristes y solitarios. Las casas que en otro tiempo elevaban en medio de los árboles las agujas de sus torres y sus caladas veletas, despojadas ahora de sus sombras y ennegrecidas por los incendios, elevaban sus descarnados esqueletos á uno y otro lado del camino. Los cotos de los caminos yacian en el fondo de los barrancos pantanosos, y las fuentes interceptadas por las malezas y las hojas secas, habian perdido sus náyades protectoras. Algunas veces cuando pasábamos cerca de una cabaña, se nos presentaba tambien una iglesia con sus delicadas esculturas y sus aéreos calados; pero apenas conservaba mas que algunos pedazos de cristal en sus ventanas. Sus elegantes balaustradas, sus estrañas cariátides, sus arabescos modelados en Kersauton, habian sido mutilados, y el suelo estaba sembrado de sus fragmentos, y en la puerta, en lugar del rostro sereno de un aldeano saliendo con la cabeza desnuda y las manos juntas y metidas en un gran sombrero, vimos el chacó de un gendarme que estaba fumando en el dintel del lugar sagrado, que por efecto de las revoluciones se habia convertido en cuadra.

Cuanto mas nos acercábamos á Brest los campos estaban mas incultos, no se percibia ni ganado ni labradores. Solo se veian de cuando en cuando algunos caballos flacos escapados á la requisa, que movian los brazos espinosos, levantaban la cabeza al menor ruido, y huian espantados á la vista de nuestro carruage. A lo largo del camino distinguiamos algunas cabañas abiertas y abandonadas, como si el enemigo hubiera atravesado poco antes por aquel pais. En las casas mas lejanas, y de las que se veia elevarse el humo hácia el horizonte, no se sentia ningun rumor, ni ningun canto de sus habitantes

se estendia á lo largo del valle: todo permanecia silencioso y como aterrado.

—Se creería, dije yo á mi compañero de viage, que igualmente que yo miraba con tristeza el cuadro desolado que teniamos delante de los ojos, se creeria que la guerra, el hambre y la peste acaban de pasar por este pais.

—Asi es, dijo él, y se esplica con una sola idea y una palabra: el pueblo es el que ha quemado sus casas, arruinado sus campiñas, cerrado las iglesias, arrojado á los habitantes de ellas; y sin embargo, ¡qué idea mas bella y mas santa! ¡qué palabra mas seductora y mas dulce: *¡soberanía del pueblo! ¡república!*

Cuando mi compañero acabó de hablar así, distinguimos unas carretas cargadas de marinos heridos que venian de Brest. Tendidos los enfermos sobre un poco de paja ensangrentada, abrasados por la fiebre y por un sol devorador, carecian de todo. Algunos que habian muerto ya iban atravesados en los carros con la cabeza y los pies colgando, y sirviendo de almohada á sus camaradas. Otros, tendidos sin movimiento, esperimentaban los silbidos horribles del estertor que acompaña siempre á las agonías difíciles y combatidas. En cuanto á los que aun conservaban alguna fuerza, ninguna queja hacia traicion á sus padecimientos y entonaban á media voz esas canciones mágicas con que entonces se moria.

Al pasar cerca de ellos les saludamos deseándolos un buen viage, y por toda respuesta lanzaron al cielo el grito de *¡viva la república!*

Este grito produjo en los moribundos una conmocion galvánica, agitáronse sobre la paja ensangrentada, y levantaron sus heladas manos al cielo como para que acompañaran á la voz de sus compañeros.

Nosotros nos detuvimos, llenos de respeto, silenciosos y con la cabeza descubierta delante de este espectáculo admirable.

(*Concluirá.*)



(Alonso Cano.)

AMOR Á VISTA DE PAJARO.

CAPITULO III.

Don Blas.

La góndola del Escorial que, como la ballena de Jonás, llevaba en su vientre á Meneses, y sobre sus narices, permítasenos la comparacion, á Francisco, comenzó á rodar mucho mas aprisa que hubieran apetecido amo y criado; el primero porque todo movimiento rápido y desigual era un ataque permanente á su natural indolencia, y el segundo porque temia que el carruage doblara mal alguna esquina, tropezara en algun guardacanton, ó cogiera algun bache, y lo despidiera, estrellándolo contra alguna reja saliente ó contra el balcon de un entresuelo, á cuya altura se encontraba. Por lo demas, amo y criado no tenian motivo de queja; pues ambos viajaban en la mas sabrosa compañia. Acompañaban á Francisco dos aguadores, asturiano el uno y gallego el otro, aunque ambos tan borrachos como dos cubas, que en vez de fraternizar republicanamente, ya que se encontraban los dos en el mismo grado de embriaguez, disputaban furiosamente la supremacía de sus provincias, poniéndose de oro y azul, á causa de que el uno habia bebido *Cariñena* y el otro *Valdepeñas*; y es fama que estos vinillos no se encontraban á la sazon en la mejor inteligencia. Francisco intentó dos ó tres veces ponerlos en paz; pero los contendientes, que se entretenian con la guerra, le amenazaron con arrojarlo desde la imperiala al camino; y como Francisco era hombre poco aficionado á las caidas, los dejó reñir á su sabor por no sufrir la suerte que ordinariamente cabe á todo mediador impotente. Meneses encontró en la berlina dos compañeros muy distintos. Llevaba á su izquierda un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas, flaco como un pollo madrileño, y dotado de una vocecilla de tiple, la mas chillona y desagradable que pudiera un músico imaginar. Pero como en este pícaro mundo rige un sistema de compensaciones mucho mas arreglado que á primera vista parece, llevaba Luis á su derecha una matronaza de cinco pies y dos pulgadas de estatura y nueve pies de circunferencia. Esta muger tendria á lo mas cuarenta y tres años, y el mismo Labrand podia envidiarla su hermosa voz de bajo profundo. Estos dos seres, entre los cuales habia puesto la naturaleza cualidades tan directamente contrarias, estaban sin embargo unidos por el santo lazo del matrimonio; prueba clara de que los dos habian querido contribuir poderosamente al sistema de las compensaciones. Otro cuarto bicho viviente iba en la berlina; y este cuarto bicho era un perrito inglés lanudo, propiedad del heterogéneo matrimonio. Cuando supo Luis el estrecho vínculo que á sus compañeros unia, dijo para sí:

—Estos esposos irian mejor juntos, como dos pichones, y yo iria un poquillo menos incómodo en un asiento de rincon.

Esto decia Luis, porque ignoraba que los esposos habian hecho la misma cuenta respecto á la comodidad, y sacado en limpio que la posesion de los rincones merecia una corta separacion. Por lo demás no sufrió Meneses otras incomodidades que las de ver sobre sus espaldas y rodillas, cien veces poco mas ó menos, el perrito; las arias y duos de los esposos; y un terceto de esposo, esposa y perro, que casualmente cantaba de tenor: pero en cambio cuando volcó la diligencia, y el vuelco de la diligencia debe contarse entre los acontecimientos ordinarios del camino, Luis quedó completamente sano y salvo; porque á su cuerpo sirvió de mullido colchon la obesa esposa, y á su cabeza de almohada el faldero, que quedó casi enteramente estrellado contra una persiana. Tambien Francisco encontró su compensacion cayendo sobre los dos gallegos; los cuales, en su cualidad de borrachos, no se hicieron el menor daño y prosiguieron su disputa.

Como todo acaba en el mundo, menos el amor de la muger que ni tiene fin ni principio, acabó el camino de San Lorenzo, y Francisco condujo á su amo á la fonda en que habia dejado á Magdalena y su familia. Pidió Luis una habitacion, se instaló en ella, tendiéndose inmediamente sobre la cama, y encargó á su criado que averiguara si los huéspedes á quienes seguian no habian mudado alojamiento. A los tres minutos estaba Francisco de vuelta, y entró gritando:

—Buenas nuevas.

—¿Qué sucede? Preguntó Luis.

—La señorita Magdalena y su familia continuan en la fonda sin la mas leve novedad.

—¿Y qué mas has averiguado?

—Nada mas.

—¿No sabes quiénes son siquiera?

—No señor: pero es fácil averiguarlo.

—Anda y averígualo.

—No soy yo quien debe y puede hacerlo.

—¿Pues quién?

—Usted.

—¿De qué manera?

—Vístase V. de limpio: vaya en busca de sus amigotes, que muchos de ellos se encuentran en el Escorial, y no faltará quien conozca á la señorita Magdalena.

Luis hizo un esfuerzo, como si intentara levantarse, se pasó la mano por la frente como si se hallara agobiado de un fuerte dolor de cabeza; y, acomodándose mejor, dijo:

—Francisco, son las nueve y media de la noche y no hemos comido.

—Es muy cierto: repuso el criado bostezando ligeramente.

—Haz que nos dispongan inmediatamente una comida ó una cena lo que se sirva aqui á estas horas.

Francisco no se hizo repetir una órden que estaba de acuerdo con sus necesidades é inclinaciones gastronómicas, y á las diez en punto entraba cargado en el cuarto con manteles, cristal y bajilla, y poco despues presentaba á su amo algunos manjares suculentos. Luis hizo los honores á la cena con un regular apetito: pero cuando empezaba á comer los postres, Francisco que se encariñaba mucho con sus ideas, le dijo:

—Acabe V. pronto de cenar, si ha de preguntar á sus amigos por la señorita Magdalena; porque se va haciendo algo tarde.

—Tienes razon, Francisco, repuso Meneses levantándose.

—¿Qué pantalones se pondrá V.?

—Si en lo que tienes razon, Francisco, es en decir que es ya muy tarde.

—¿De modo que V. pensará en acostarse?

—Cabalmente.

—¿Sin averiguar...?

—Por la mañana tomaré mejor mis informes. Cuida de llamarme temprano.

—¿A qué hora, señor?

—A las diez.

No era grande la madrugada; pero Francisco conocia perfectísimamente á su amo para exigirle otra mayor. Lo desnudó, como hubiera podido hacerlo con un niño de cuatro años, y cuando lo dejó acostado se fué á dormir á pierna suelta.

Aunque Meneses parecia muy prendado de Magdalena, no lo estaba tanto que el sueño huyera de sus ojos, ni habia motivo para ello. Luis habia visto á la hermosa jóven una sola vez, y en la calle; es verdad que le habia parecido divina, y que habia creido recordar un rostro visto de muy lejos ó en sueños, pero demasiado habia hecho andando tras ella siete leguas, y por otra parte estaba seguro de verla, y aun de hablarla, al dia siguiente; porque Magdalena no podia haber ido al Escorial con otro objeto que el de pasar los meses de calor, y en el Escorial todo el mundo se vé, se conoce y se trata. No puedo asegurar que Luis hiciera estas juiciosas reflexiones; pero es indudable que se durmió con el firme propósito de no despertar en once horas; una menos que de costumbre.

El hombre propone y Dios dispone: á las cinco de la mañana dormia Meneses con el sueño que debieron tener los justos, cuando habia justos en la tierra, y que tienen los niños, porque los niños son de todos los tiempos y han debido abundar siempre un poquillo mas que los justos; cuando entró Francisco en su aposento. Luis despertó al instante, y pareciéndole que habia dormido muy poco para que entraran á llamarlo, preguntó:

—¿Quién vá?

—Soy yo, señor: repuso Francisco acercándose.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¡Majadero! ¿No te dige que me llamaras á las diez en punto?

—Es verdad, pero una ocurrencia imprevista me ha obligado...

—¿Qué ha sucedido? le interrumpió Luis con alguna ansiedad.

—La señorita Magdalena se ha marchado.

Meneses se sentó de un salto sobre su lecho; operacion gimnástica que habia hecho muy pocas veces en su vida, y mirando á Francisco con ojos espantados le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que la señorita Magdalena se ha marchado.

—¿Sola?

—Con toda su familia.

—Es imposible.

—Los he visto.

—¿A qué hora se han marchado?

—A las cuatro y media.

—¡Y has tardadó media hora en decírmelo! ¿Por qué no viniste á despertarme?

—Porque tuve que atender á otra cosa mas importante.

—¿A cuál, Francisco?

—Creia necesario averiguar hácia qué punto se dirigian.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí señor.

—¿Hácia donde van?

—Se vuelven á Madrid.

—Cosa mas rara! Francisco, esta tarde nos volvemos tambien á Madrid.

—Ya lo presumia, y tengo en mi poder los billetes.

—¿Y qué billetes has tomado?

—La berlina entera.

—Bien hecho. Asi iré solo.

—¿Y yo, señor?

—Toma otro asiento.

—Solo quedan los de la imperiala.

—Qué remedio! Pero dime: ¿no has adquirido algunas noticias referentes á esa familia?

—He preguntado á todos los criados de la fonda, y me han dicho que ha pasado el dia y las dos noches sin salir de sus habitaciones, á no ser ayer de mañana que estuvo en el monasterio hora y media.

—¿Y te han dicho si han venido á verla algunas personas?

—Ninguna.

—Cosa mas rara! ¿Pero á lo menos habrás averiguado quienes son?

—Un poco.

—¿Cómo un poco?

—Me han dicho que el señor se llama don Blas.

—¿Don Blas de qué?

—No saben su apellido.

—A cada viaje averiguas un nombre que de nada me sirve; llévese el diablo á tí y á don Blas.

CAPITULO IV.

Un Borron.

Mucho debia contar Meneses con la permanencia de Magdalena en el Real Sitio, porque la noticia de su marcha le hizo una impresion muy profunda y desagradable. Se tiró del lecho con una agilidad febril, y se vistió con tanta presteza, que Francisco no tenia tiempo para irle alargando la ropa. Luego que se hubo vestido salió al campo; subió á la silla de Felipe II, bajó despues al Monasterio, y empezó á recorrerlo con tal rapidez, que Francisco lo seguia turbado y jadeante. Sin pensar en ello quizás, llegó á la cornisa de la iglesia, y empezó á caminar por ella con tan resuelto desembarazo, que Francisco se santiguó dos ó tres veces, y dijo para su interior:

—Si será sonámbulo mi amo, y casualmente se hallará en un acceso de sonambulismo.

De repente se paró Luis; retrocedió hasta la entrada de la cornisa; volvió á adelantarse, contando los pasos; se quedó inmóvil en el mismo punto que habia el dia antes contemplado Magdalena durante una hora; fijó su mirada en el pavimento de la iglesia y llamó á su criado. Francisco, que estaba detras de su amo, pero lo mas pegado al muro imaginable, se contentó con responder:

—Aquí estoy, señor.

—Ven acá.

Francisco dió un paso y se detuvo.

—¿No te acercas? insistió Luis con algunas muestras de impaciencia.

—Me mareo, repuso el criado, y temo caerme á la capilla.

—No importa: replicó Meneses; cogió una muñeca de Francisco y lo arrastró hasta colocarlo á su lado. La posicion no era muy segura, y Francisco se encontraba mucho peor que en la imperiala de la góndola, y temblaba como un azogado.

—Mira hácia abajo: dijo Luis.

—Si miro, me caigo de seguro: tartamudeó el infeliz criado.

—No importa. Si no miras, te empujo y te sale la misma cuenta.

Francisco inclinó la cabeza; pero un torrente de sudor se desprendia de sus cabellos.

—¿Ves el altar mayor? le preguntó Luis, señalándoselo con el dedo.

—Sí señor; murmuró el criado: y por cierto que me parece muy pequeño.

—A mí me parece lo mismo; y hablas como hombre de provecho.

—¿Me puedo retirar, señor?

—Todavía no. Ahora empieza á contar doce losas, desde la grada interior del presbiterio.

—No puedo, señor. Empiezo á perder la cabeza.

—No importa, Francisco: haz un esfuerzo, y serás un hombre de pró.

—Una, dos, tres: murmuró el criado, haciendo como que contaba, y llegó hasta doce.

—Detente. ¿Sabes á quien vi de pié sobre esa losa, ayer hizo un año?

—¿A quién, señor?..

—A Magdalena.

Despues de pronunciar este nombre soltó Luis la mano de Francisco, y este, pegado siempre al muro como un bajo relieve, dejó la cornisa al momento. Meneses se detuvo algunos instantes contemplando la losa que habia sostenido á tan hermosa criatura, y se retiró lentamente.

Estas acciones y palabras esplican por qué Magdalena habia permanecido una hora mirando hácia arriba, como si esperara la aparicion de un serafin; pero para poder dar á este incidente el valor que le corresponde es necesario referirlo con la conveniente brevedad.

El dia diez y siete de julio del año anterior se encontraban en San Lorenzo, Luis, que habia llegado la noche antes, y Magdalena, q

habia pasado en él quince dias y debia dejarlo aquella tarde. Por una estraña coincidencia la que se iba y el que habia acabado de llegar se encontraban al mismo tiempo en el interior del Monasterio: pero en tanto que Magdalena echaba la última ojeada á la imponente iglesia, Luis se paseaba por la cornisa, sin acordarse del peligro. Meneses, como todo el que ha visitado el Monasterio del Escorial, habia observado que las exactas proporciones del edificio lo empequeñecen, y que para comprender su magnitud era necesario recurrir á la comparacion. Esto habia hecho recurriendo á las estátuas, que desde abajo le habian parecido de tamaño natural, y de cerca las habia encontrado colosales; y esto quiso hacer con las personas que se encontraban en la iglesia. Para conseguirlo mejor se paró sobre el mismo borde de la cornisa, y entre otras figuras llamó su atencion una muñequita bastante linda que no apartaba de él los ojos: esta muñequita era Magdalena, que desde la cornisa parecia de dos pies de alto nada mas. Para conservar todos los pormenores de este incidente, contó Luis las losas, y vió que su mugercita se hallaba sobre las doce, contando desde el presbiterio, de una línea determinada. Magdalena vió, en la cornisa, otro muñeco; le llamó mucho la atencion la serenidad de aquel hombre, que esponia su vida sin apercibirse de ello, y contó los pasos que la separaban del presbiterio, para saber á ciencia cierta desde qué punto habia presenciado lo que ella consideraba una heroicidad. Luis no se habia vuelto á acordar de la mugercita; y sin embargo, el dia que la encontró en la calle, creyó que la habia visto bajo otra forma, como sucede con un retrato al natural cuando se ha visto una miniatura: pero Magdalena, mas romancesca, no habia olvidado al hombrecito de la cornisa; habia soñado con él mas de veinte noches seguidas; y habia vuelto al Escorial el cumpleaños de este incidente, con la esperanza de encontrar al semi-dios de sus ensueños. Ya hemos visto que los lugares volvieron á Luis la memoria, y que encontró la identidad entre Magdalena vista á ojo de pájaro y Magdalena á vista de hombre.

Por imitar á Magdalena, ó por no tener que contestar á las importunas preguntas de sus numerosos amigos, se encerró Luis en su aposento, y esperó en él la hora de volverse á la córte, pensando mas en la fatalidad que lo alejaba de Magdalena, que en las fatigas del camino. Llegó el momento deseado, como llegan los que se temen, y tuvo la inefable dicha de encontrarse solo en la berlina; aumentándosela el recuerdo de los importunos compañeros que habia tenido la tarde antes. El viaje fué lo mas feliz imaginable, y á las treinta horas de haberla abandonado, se encontraba Meneses reclinado en su gran butaca de viento. Francisco, un tanto amostazado por haber venido en la imperiala, estaba á dos pasos de su amo, en actitud de esperar órdenes; pero sin tomar una iniciativa, que venia perfectamente á Luis, porque le ahorraba hasta el trabajo de pensar.

—Francisco, murmuró Meneses, intentando de esta manera hacer hablar á su criado.

—Señorito; repuso Francisco, sin modificar su actitud.

—¿Qué dices?

—Nada, señorito.

—¿Pero qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro viaje.

—Estaba pensando, señor, que me encuentro bastante cansado.

—Y yo estoy pensando; repuso Luis, conociendo la mala intencion de su criado, que cuando yo te rompa la cabeza descansarás perfectamente. Y acompañando la accion á la palabra, tiró un ejemplar de *Los tres mosqueteros*, encuadernado en tafilete, á la cabeza de Francisco. Este, que esperaba el ataque, tenia preparada la defensa; con la agilidad y precision de un chico que se bate á pedradas inclinó la cabeza, y el libro se estrelló en un fanal haciéndolo dos mil pedazos. Luis contempló un momento el destrozo que acababa de hacer; pero sin dar la menor muestra de disgusto dijo á Francisco:

—Repara, bruto, en lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho? preguntó el criado con la misma calma que su amo.

—Romper ese fanal.

—Ha sido el libro.

—Si no hubieras bajado la cabeza.....

—Estaria tuerto ó chato, é inútil para correr tras la señorita Magdalena.

Meneses habia roto un fanal, pero habia logrado que Francisco empezára á hablar de una manera razonable.

—A propósito de la señorita Magdalena; ¿sabes que hemos andado catorce leguas sin gran resultado? dijo Luis.

—Pero ya sabemos que su padre se llama D. Blas: repuso friamente el criado.

—Y es lo natural que á esta hora esten en Madrid.

—Es muy probable; si no han tenido la ocurrencia de irse á otra parte.

—Corre á averiguarlo, Francisco.

Francisco inclinó la cabeza, prestando mudo asentimiento á la órden que acababa de recibir; y salió sin decir palabra: Meneses estendió las piernas, echó una mirada á la alcoba, meció la cabeza lentamente, y se resignó á no acostarse.

Trascurriria un cuarto de hora, que pareció á Luis un siglo, porque Luis tenia la desgracia de fastidiarse horriblemente en medio de su inmensa pereza, al cabo del cual volvió Francisco peor humorado que salió.

—¿Qué noticias? le preguntó Luis, haciendo uno de esos esfuerzos estraordinarios que necesitaba para hablár cuando se hallaba en el apogeo de su indolencia ó de su hastío.

—Ningunas: respondió Francisco, conservándose á buena distancia de su amo.

—¿Y tienes valor de presentarte sin traerme noticias, bellaco?

—Es que aunque no traigo noticias, traigo una cosa que se parece á una noticia.

—¿Qué cosa es esa?

—Que no podemos adquirirla esta noche al menos.

—¿Por qué?

—Porque me han dado con la puerta en los hocicos.

—Esplícate un poco mas claro.

—Iba yo combinando un plan de espionaje, y combinando mi plan llegué á la calle de.....

—El nombre de la calle no viene á cuento.

—Llegué á la calle de la señorita Magdalena. Iba á pararme enfrente de su puerta, para tomar aliento y dar la última mano á mi plan, cuando veo que cierran una hoja de la puerta y que se disponen á hacer lo mismo con la otra. En tan grave apuro me decido por una revolucion rápida y echo á correr.....

—¿Hácia casa?

—No; hácia la puerta de la señorita Magdalena. Pero por mucho que corrí me dieron con un tablero en las narices, oí correr un enorme cerrojo y dar dos vueltas á la llave.

—¿Por qué no llamaste?

—Hubiera sido un escándalo; pero sí puedo asegurar que quien cerró la puerta fué una de las doncellas que acompañaron á la señorita á san Lorenzo.

—Entonces estamos seguros de que permanecen en Madrid.

—La doncella al menos.

—Si se hubiera marchado su ama, la hubiera seguido.

—Parece natural.

—Francisco, eres un tesoro; sin apercibirte tú de ello, has averiguado cuanto necesitábamos saber. Ahora desnúdame, que tengo un sueño prodigioso.

—¿Y para mañana qué plan tenemos, si es que V. insiste en adquirir nuevas noticias?

—Insisto mas que nunca. Mira: mañana temprano, y temprano llamo yo á las ocho, porque en Madrid amanece muy tarde, te instalas junto á la casa de Magdalena, y averiguas, tú sabrás cómo, el apellido de su padre.

—Procuraré hacerlo.

—No hay procuramiento que valga. Cuando yo despierte entrarás á darme la noticia.

Francisco se encojió de hombros, y Luis se acostó muy seguro de conocer al dia siguiente la familia de Magdalena.

—*El hombre pone y Dios dispone*; decia Francisco, levantándose á las siete y media de la mañana del dia diez y nueve de julio: ponga yo cuanto esté de mi parte, y disponga Dios lo mejor.

Con estos cristianos propósitos se encontraba á las ocho en punto ante los balcones de Magdalena; pero quedó sorprendido viendo en todos ellos cédula de alquiler.

—Esta es la mia, dijo para sí, en su aficion á los monólogos. La familia de la señorita Magdalena piensa mudarse y ha puesto cédulas con anticipacion; pues habiendo yo visto anoche á la doncella, de seguro no se ha mudado todavia. Con el pretesto de ver la casa me presento, y perderé el nombre de Francisco si no averiguo el apellido de D. Blas.

El plan no era malo, y Francisco se apresuró á plantearlo, pero habia contado sin la huéspeda. El tirador de la campanilla estaba mudo; golpeó la puerta, y no acudieron á sus golpes; indudablemente la casa estaba deshabitada. Francisco no desmayó por ello; subió al cuarto segundo y llamó. Una criadita jóven y guapa, de esas que acandilan la boca, señal fija de que pretenden llegar á señoras, le preguntó qué se le ofrecia.

—Se ofrece, hermosa criatura, saber á donde se ha mudado la familia del cuarto principal: dijo Francisco guiñando el ojo lo mas graciosamente que supo.

La criadita se sonrió, para mostrar una dentadura tan blanca como el alabastro, y dió á Francisco la respuesta. Al oirla este se llevó

las manos á la cabeza, y sin despedirse siquiera, echó á correr y no paró hasta que estuvo á la cabecera de su amo.

—¡Francisco ó diablo! esclamó Luis, despertándose sobresaltado: ¿Te he llamado yo, por ventura?

—No señor; repuso el criado: pero vengo á decir á V. que la señorita Magdalena se ha ido.

—¿Cuándo?

—Anoche á las doce salió en las diligencias generales.

—¡Mi ropa, Francisco, mi ropa! esclamó Luis, arrojándose de la cama.

—¿A donde va V., señorito?

—A averiguar qué camino ha tomado Magdalena.

—Señor, me parece lo mas prudente que no piense V. mas en esa señorita. Si no está de Dios que V. la encuentre.

—Esté de Dios ó esté del diablo, la seguiré hasta el fin del mundo.

—Amen: murmuró Francisco no atreviéndose á contradecir á su amo.

Tres minutos despues, nunca Luis se habia vestido en tan poco tiempo, bajaba Meneses la escalera de su casa, seguido de su fiel Acates; y pasados otros cinco minutos se encontraban ambos en el despacho de las diligencias generales.

—Buenos dias, dijo Luis dirijiéndose al encargado de la espendicion de los billetes.

—Muy bien venido, caballero: repuso el encargado.

—Quisiera merecer á V. un favor.

—Espliquese V., caballero.

—Deseo saber si en la diligencia de anoche marchó una familia.

—¿En qué direccion?

—Eso es precisamente lo que deseo saber.

—Veremos si fué hácia Sevilla.

El encargado abrió un registro y empezó á leer á media voz:

—Don Antonio Gonzalez, con dos billetes mas....

—No es ese, interrumpió Luis.

—Don Calisto de la Rosa....

—Tampoco.

—Don Joaquin Carranza....

—Mucho menos. Veamos otra línea.

—Don Blas.... ¡Qué demonio! sobre el apellido ha caido un borron.

—¿Pero ese don Blas iba solo?

—Todo lo contrario: habia tomado el coche y la berlina entera.

—Muchas gracias, amigo mio. ¿Y ese don Blas iba....?

—A Bayona.

—¿Hay asientos para Bayona?

—Hasta el primero de agosto ninguno.

—Lo siento mucho, y muchas gracias.

—Servidor de V., caballero.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

Amores del rey Don Rodrigo con la princesa Eliata.

Ocupado aun el corazon de Rodrigo con los combates que habia sufrido en tan temprana edad, sus empresas guerreras y las inquietudes que habian acompañado á su reciente advenimiento al trono, no habia esperimentado las dulces sensaciones del amor. Varias anécdotas se refieren sobre la primera beldad que halló gracia á sus ojos y fué elevada por él al trono; pero nosotros nos limitaremos á seguir los detalles de un cronista árabe (1) á quien da por auténtico uno de los mas célebres poetas españoles (2).

Entre las pocas plazas fortificadas que no habia querido desmantelar D. Rodrigo se hallaba la antigua ciudad de Denia, situada en las costas del Mediterráneo, y á la que defendia un castillo edificado sobre una alta roca que dominaba perfectamente el mar.

El alcaide de la fortaleza, acompañado de mucha gente de la ciudad, estaba un dia en la iglesia implorando á la Vírgen que ahuyentára una tempestad que azotaba las costas, cuando un centinela trajo la noticia de que un crucero morisco estaba preparándose á desembarcar en la playa. El alcaide dió inmediatamente órdenes para que las campanas tocasen á rebato y se encendiesen hogueras en las eminencias de la montaña, con objeto de avisar y alarmar á los pueblos circunvecinos, pues estaban espuestas las costas á las crueles devastaciones de los cruceros berberiscos.

No tardaron mucho en aparecer á caballo innumerables habitantes de las cercanías, armados con lo que primero pudieron hallar á mano, y todos precedidos por el alcaide que se constituyó en gefe, salieron de la ciudad. Al mismo tiempo, el barco morisco remaba desapoderadamente por llegar á la orilla. Ya le faltaba poco para conseguir su objeto, y los soberbios figurones dorados que decoraban su esterior, sus magníficos gallardetes y banderolas de seda, la multitud de remos caprichosamente pintados, daban á entender que no era un buque de guerra, y si una suntuosa galera destinada á alguna ceremonia de estado. Traia todas las señales del temporal, rotos los masteleros, medio destruidos los remos, y trozos del velámen y de las banderolas esparcidos por todas partes.

Al encallar el náufrago barco en la arena, la turba impaciente de cristianos se lanzó á él, ávida de cautivos y despojos; no pudo menos, sin embargo, de pagar alguna admiracion y respeto á la ilustre compañía que venia á bordo, donde se hallaban moros de ambos sexos lujosamente ataviados, y revelando en su noble aspecto y en la multitud de joyas que les adornaban el alto rango á que pertenecian. Notábase entre todos una jóven radiante por la riqueza de su trage y su singular hermosura, á quien todos parecian rendir cierta sumision.

Varios moros la rodearon con los alfanges desnudos, amenazando con la muerte al que se atreviere á acercarse. Otros saltaron del buque y corrieron á pedir de rodillas al alcaide que por su honor y nobleza, como caballero, protegiese á una vírgen real de las injurias é insultos de sus secuaces.

«Ante vos teneis, señor, le decian, á la hija única del rey de Argel; á la prometida esposa del hijo del rey de Túnez. La íbamos conduciendo á la corte de su futuro esposo, cuando la tempestad nos separó de nuestro camino, obligándonos á refugiarnos en vuestras costas. No seais mas cruel que la tempestad, y prodigadnos generosamente lo que las olas y la tormenta nos han negado.»

El alcaide dió oidos á sus súplicas. Condujo á la princesa y toda su comitiva al castillo, donde se le hicieron todos los honores correspondientes á su clase. Varios de sus antiguos vasallos intercedieron por su libertad, ofreciendo cuantiosas sumas que, en nombre de su padre, pagarian por el rescate; pero el alcaide desoyendo sus deslumbrantes ofrecimientos, «es una cautiva real, decia, y solo mi soberano puede disponer de ella.» Por lo tanto, despues de haberla dejado descansar algunos dias en el castillo, y cuando se hubo recobrado enteramente de las incomodidades de la travesía y del terror de los mares, hizo que la condujesen con toda su comitiva y con la pompa correspondiente á una princesa, á la corte de D. Rodrigo.

Entró, pues, la hermosa Eliata (1) en Toledo, mas bien como una soberana triunfante, que como cautiva. Un cuerpo escogido de caballeros cristianos, cubiertos de ricas armaduras, abrian la marcha como simple guardia de honor. Rodeaban á la princesa las damas moras de su comitiva, y la seguia su guardia musulmana, ostentando todos el lujo que tenian reservado á la corte de Túnez. La princesa iba vestida en traje de novia, con los atavíos mas costosos del oriente; su diadema centelleaba con el fuego de sus diamantes, y estaba adornada con las plumas mas raras y preciosas del Paraiso; aun el mismo jaez de seda de su soberbio palafren que apenas tocaba al suelo, estaba bordado con perlas y piedras preciosas. Al atravesar la brillante cabalgata el puente del Tajo, no quedó habitante en Toledo que no saliese á contemplarla, no oyéndose por toda la ciudad otra cosa que alabanzas á la sorprendente hermosura de la princesa argelina. Adelantóse el rey Rodrigo seguido de los caballeros de su corte á recibir á la real cautiva. La vida voluptuosa á que últimamente se habia entregado, habia dispuesto su corazon á las sensaciones amorosas, y á la primera vista de la sin par Eliata quedó enteramente rendido á sus encantos. Viendo su hermoso semblante alterado por el sentimiento y la ansiedad, trató de consolarla con dulces y corteses palabras, y conduciéndola á su real alcázar, «hé aquí, la dijo, tu habitacion, donde nadie osará molestarte; desde este instante puedes considerarte en la mansion de tu padre y disponer á tu placer de cuanto apetezcas.»

Allí quedó, pues, la princesa con las damas que la habian acompañado de Argel, y á nadie era permitido visitarla, escepto el rey que cada dia sentia aumentarse mas su amor hácia la tierna cautiva, tratando por cuantos medios estaban á su alcance atraerse su afecto. Tan dulce tratamiento comenzó á disipar en la princesa el natural dolor de su cautiverio, pues justamente se hallaba en esa florida edad en que el sentimiento no puede albergarse por mucho tiempo en el corazon. Acompañada de las jóvenes damas de su córte, visitaba los anchurosos salones del palacio, y aspiraba en divertidos paseos el embalsamado ambiente de los jardines. Cada dia le inquietaba menos el recuerdo de la casa paterna, y cada dia aparecia el rey mas dulce y mas amable á sus ojos; y cuando por último le ofreció dividir con ella su corazon y su trono, le escuchó con los ojos bajos y ligeramente sonrojada, pero con aire de resignacion.

Un obstáculo quedaba aun que superar para cumplir los deseos del

(1) Pérdida de España por Albucacim Tarif Abentarique.
(2) Lope de Vega.

(1) Algunos la llaman Zara.

monarca, y era la religion de la princesa. Rodrigo, inmediatamente encargó al arzobispo de Toledo que iniciase á la bella Eliata en los santos misterios de la fé cristiana. La inteligencia femenil es al mismo tiempo que dócil, muy pronta en concebir las escelencias de las nuevas doctrinas: así que, no tardó mucho el arzobispo en lograr su conversion, como tambien la de la mayor parte de sus damas; señalando en seguida el dia en que habia de celebrarse el bautismo público. La ceremonia se efectuó con gran pompa y solemnidad en presencia de toda la nobleza de la corte. La princesa y las damas, vestidas de blanco, marchaban á pié hácia la catedral, en tanto que una tropa de hermosísimos niños, vestidos de ángeles, iba sembrando el camino con flores, y el arzobispo, saliéndoles al encuentro, las recibió, se puede decir, en el seno de la Santa Iglesia. La princesa abandonó desde aquel momento su nombre morisco y fué bautizada con el de Exilona, por el cual se la llamó en adelante, y es generalmente conocida en la historia.

Las bodas de D. Rodrigo con la hermosa convertida se verificaron poco despues, celebrándose con la mayor magnificencia. Hubo fiestas, torneos, banquetes y otros regocijos públicos, que duraron por espacio de veinte dias, y á los cuales acudieron los nobles de todas partes de España. Despues de esto, los individuos de la comitiva de la princesa que rehusaron abrazar el cristianismo y deseaban volver á Africa, fueron enviados á ella con magníficos regalos y acompañados por una embajada al rey de Argel para participarle el enlace de su hija y asegurarle la sincera amistad de D. Rodrigo.



Nuestra Señora llamada la Antigua, sita en su capilla en la catedral de Toledo.

ALCAIDE DE LOS DONCELES.
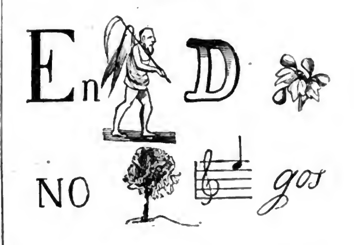
Algunos de los que profesan veneracion y respeto á todo lo antiguo, y que se persuaden que ciertos cargos son tanto mas distinguidos, cuanto mas remota es su creacion, han recorrido con avidez nuestra historia para buscar el origen de esta dignidad; pero sus investigaciones no han producido feliz resultado, porque yace envuelta en la mas completa oscuridad. La primera noticia que se halla de estos alcaides es en el reinado de D. Alonso XI, ó el último que dió este título á Alonso Hernandez de Córdova, señor de Cañete, en la batalla de Tarifa; pero no se puede afirmar si se conocia ya antes este oficio ó se creó entonces, porque son de igual valor las razones que militan en pro y en contra. La misma palabra de alcaide, que es diccion arábiga, y que equivale en castellano á guarda de castillo ó fortalezas, parece que demuestra que se instituyó este cargo en una época anterior á la que nos referimos. No era posible tampoco que D. Alonso olvidára al espedir su nombramiento al señor de Cañete, que establecia esta dignidad, porque asi se hacia resaltar mas el mérito de su predilecto vasallo, que ya por su fidelidad, ya por sus buenos servicios habia merecido tan señalada honra. Pero si revisamos las leyes de Partida que tan minuciosa cuenta dan de los oficios mas notables en lo antiguo, con especificacion de sus respectivas obligaciones, y vemos enteramente olvidado el que ahora nos ocupa, nos veremos precisados á confesar que efectivamente se creó al disponerse para la batalla de Tarifa, ó como otros pretenden, al determinar el cerco de Algeciras. Esta opinion parece la mas probable, porque los reyes cuando acometian empresas de esta naturaleza, solian establecer nuevos oficiales, ora para poder dividir el ejército y confiar el mando de estas divisiones á los entonces nombrados, ora para procurarse mejor éxito. Estas consideraciones influyeron sin duda alguna en el ánimo del santo rey Fernando, que fundó el almirantazgo para la conquista de Sevilla, y obligaron á D. Juan I para la de Portugal á nombrar el condestable y los mariscales.

La denominacion que se le habia dado indicaba al parecer, que debia cifrar su principal cuidado en la custodia ó guarda de los donceles, ó pages del rey; pero las circunstancias que concurrieron á su creacion, la proximidad al combate, el mando que se le confiaba, y la precision en que estaba de medir su brazo con los enemigos y dar los primeros golpes, nos persuaden que debia ponerse á la cabeza de una compañía de hombres aguerridos, que si bien habian sido educados en la cámara del monarca, habian ya dado muestras de tener esforzados corazones, y constituian su guardia especial; ó como dice un escritor, eran los caballeros de la mesnada del rey.

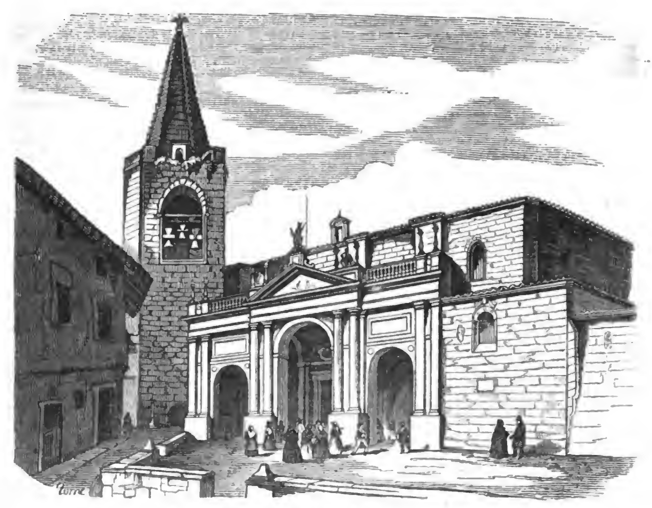
La reina doña Juana en un privilegio que espidió á favor de Don Diego Hernandez de Córdova, capitan general del reino de Tremecen, y alcaide de los donceles, consignó las especiales obligaciones de este funcionario, y se deduce de su lectura que era uno de los oficios mas distinguidos de la córte, y de los que merecian mayor consideracion. Cuando marchaba el rey al frente del ejército, ocupaba el alcaide la vanguardia, y al tiempo de hacer alto, señalaba el sitio que debia ocupar tanto el rey, como los principales gefes, y toda la hueste. Acampado el ejército, tomaba el mando en gefe, y de tal modo, que no podia ausentarse persona alguna sin su permiso especial, ni podia enviarse sin su mandato partidas que hicieran presa en tierra de enemigos, ni que condujeran víveres ni otras cosas necesarias á los reales. Igualmente le competia la distribucion de los centinelas y avanzadas, y la inteligencia con los espias.

Esta dignidad duró hasta el tiempo de D. Felipe III, habiendo sido el último que la disfrutó D. Diego de Córdova, Aragon y Cardona, duque de Cardona y marqués de Comares. Despues de esta época ya no se hace mencion de este cargo.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



PORTADA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE AZPEITIA.--(GUIPUZCOA.)

Entre los magnificos templos que en el pais vascongado se hallan, ocupa sin disputa un distinguido lugar la suntuosa iglesia parroquial de la villa de Azpeitia. Construida segun el plan que en general dominó al erigir la mayor parte de los indicados templos, consiste su planta en un paralelógramo rectángulo, dividido en tres naves por dos órdenes de columnas, colocados paralelamente á las lineas mayores del rectángulo. Las grandes dimensiones de la iglesia, la elevacion de las columnas en las que cargan las bóvedas, y los objetos artísticos que en este sagrado recinto se encuentran, constituyen un grandioso conjunto que satisface la curiosidad del espectador.

Decoran algunas capillas lindos retablos del renacimiento, y en una de la parte del Evangelio se eleva aislado el interesante sepulcro del obispo D. Martin Zurbano, obra de principios del siglo XVI, y por consiguiente del renacimiento. En la capilla del capitan Elola se venera la efigie de San Ignacio, ejecutada en plata para el santuario de Loyola, por el escultor Vergara.

La lámina que va al frente de este número representa la bellísima portada que por diseños de D. Ventura Rodriguez fué labrada con esquisitos mármoles en el pasado siglo; obra digna de aquel eminente profesor, y cuyo gracioso coronamiento remata una estátua de San Sebastian, titular de la parroquia, razonablemente ejecutada.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Conclusion.)

Cuando hubo pasado el último carro, el estrangero que iba conmigo dijo:

Estos infelices tienen que andar todavía muchas leguas de camino antes de llegar al hospital de Lesneven ó de Pol-Léon, y acaso no encontrarán allí lo que necesitan. Brest no puede contener todos los heridos que envian las escuadras. Los hospitales, las iglesias, las tiendas de campaña levantadas en los antiguos patios de los jesuitas, no bastan á contenerlos. Los cirujanos de la marina no son bastantes para asistirlos, y hasta las medicinas escasean. Las heridas, á falta de hilo, se curan con cáñamo y estopa. Por espacio de tres dias los ambulantes han carecido de vianda y de pan, y los heridos han muerto de hambre.

Yo mismo he visto algunos convalecientes mendigando por la ciudad y disputar á los perros los huesos de cordero. En el hospital la mayor parte de los enfermos están sin vestidos y se pasean por el patio en camisa, ó envueltos en sus mantas; pero todos estos padecimientos no bastan á enfriar el ardor de los marineros: el entusiasmo de estos hombres es como todo el mal que tiene la raiz en el corazon: la miseria les enerva en vez de abatirles, y no es porque sean republicanos decididos, es porque esta es una raza fiel y valerosa que una vez puesta una bandera en el mástil, se sacrifican hasta morir por ella sea cual fuere su color.

Estos marinos ademas son infatigables; nada les abate ni les rinde: no tienen de carne mas que el corazon, todo lo demas es de hierro. Si tuviéramos oficiales parecidos á estos marineros, la Convencion podria decretar que el Occéano formára parte de las posesiones de la república; pero no hay oficiales. Todos eran nobles, y de consiguiente han abandonado nuestros puertos para pasar al estrangero. La ambicion sin embargo ha detenido en sus puestos á algunos oficiales de que la república podria sacar algun partido; pero hay poca confianza en su patriotismo, y su número por otra parte era poco crecido.

En cuanto á los *oficiales azules*, ocupados por largo tiempo en desempeñar papeles secundarios, son de todo punto estraños al mando. Todos ó la mayor parte son villanos corsarios, aptos para esos combates marítimos habidos entre dos navíos en medio del Occéano; pero nada saben de táctica naval ni de las grandes evoluciones de una escuadra.

Todos esos marineros de hierro, que han encontrado en sus hamacas al despertar una charretera de capitan, se encuentran embarazados con los bordados de su trage, y hasta tienen vergüenza de sí mismos y no osan dar un paso por temor de hacerse ridículos y su ignorancia paraliza su valor. La tripulacion comprende la ineptitud de los gefes y los retira su confianza, se chancean con ellos, les insultan, y la disciplina se relaja. Han tenido lugar muchas disputas en la escuadra de Villart antes de su partida, y principalmente á bordo del Neptuno

El discurso pronunciado en esta ocasion por el capitan de estos marineros amotinados os puede dar una idea de la ignorancia de nuestros nuevos oficiales.

Lo he copiado en mi *agenda*, y hélo aqui: es un fragmento histórico: fué pronunciado en la bahia de Brest en presencia del representante del pueblo Juan Bon Saint André.

—«CIUDADANOS:

»Es una cosa indispensable y sin la cual todas las otras quedarian »en la mas grande morosidad.

»Hace mucho tiempo que obrais en todo bárbaramente conforme »á mi deseo. Sé que teneis derechos terribles; pero sé tambien que no »se puede subyugar á ninguno á mi destino, sin prodigar razones para »ello. Esta es la razon por qué abondono el entrepuente para dejar la »palabra á Juan Bon Saint-André que viene espresamente para con»cluir mi discurso.

»Viva la república, una, indivisible é imperecedera.»

—¿Y esta copia es auténtica? pregunté tomando la *agenda* de manos de mi compañero de viage para leer otra vez este increible discurso.

—Ha sido copiada al pie del mástil, me respondió, con el discurso de un capitan que habia sido atado alli por órden suya. V. comprenderá que una ignorancia semejante por parte de los gefes debe escitar el menosprecio y la burla de los inferiores. Un gefe ridículo siempre es un mal gefe. Añada V. á estas causas de desden, la falta de recursos, la mala organizacion, las dificultades de una nueva administracion construida con las ruinas de otra, y en fin las dificultades generales de la situacion actual. En este momento Brest carece de todo. La provision de las flotas y los pasages de las tropas han desolado el pais; la mayor parte de los paisanos se han retirado de los mercados, han ocultado sus granos, abandonado sus bestias por los campos, y no pueden recogerse provisiones mas que por via de provision y con sable en mano.

El trigo anda tan escaso, que si convidan á cualquiera á que coma en casa de un amigo, le suplican que lleve el pan que ha de gastar. Las tiendas de todas clases estan vacias y cerradas, y no se piensa en comprar paño ni seda: verá V. las dos terceras partes de esta poblacion que vive en medio de las brumas y las tempestades vestidos de terliz; es la única tela que se puede uno procurar en la ciudad, y se debe todavia á dos presas inglesas que se han hecho hace poco. La república no ha pagado en cinco meses los equipages de su escuadra, y no dejará V. de ver algun capitan de navio en cuclillas lavando en la bomba su ropa blanca, con sus grandes charreteras y su espada al lado. En medio de esta carestia hay algunos gefes que disponen de los recursos del puerto y que estando nadando en provisiones emplean para su uso tres cocineros. En cuanto á los representantes del pueblo, maldito el esfuerzo que hacen por cambiar el estado de las cosas. Se contentan solo con predicar el fanatismo en los clubs, y de cuando en cuando celebran una funcion al Ser Supremo, destierran á los sacerdotes, guillotinan á las mugeres y á los viejos, y cuando estan mas moderados les envian á las prisiones del castillo, de las que no se sale mas que para subir en el carro del verdugo.

—¿De qué nos sirve la revolucion si no la debemos mas que el aminoramiento de nuestras fuerzas, el despilfarro de nuestros recursos y la destruccion de nuestra libertad y de nuestra tranquilidad?

—No acuse V. á la revolucion; ella no ha hecho mas que recoger lo que se habia sembrado: todas las desgracias que sufrimos son la causa necesaria del régimen que acaba de concluir; son resabios de la monarquia que ha perecido: nuestra pobreza la consecuencia de las prodigalidades precedentes: la ignorancia de nuestros oficiales de marina el resultado de la organizacion aristocrática mantenida hace tanto tiempo y que solo estaba al alcance de los nobles, sin permitir á los demas ningun medio de instruccion, ninguna esperanza de mando; de suerte que hasta el despilfarro que existe en este gran puerto es un resto de las tradiciones del antiguo régimen. Los hombres de ahora no son hijos de la república; son discípulos de la monarquia: su inmoralidad nace de las lecciones y de los egemplos de aquella. Va V. á ver á Brest: pues Brest le causará á V. horror y pena, porque está en un estado espantoso; pero no se pague V. de las primeras impresiones. El Brest de otros dias estaba bien gobernado: el privilegio, la injusticia y la insolencia se encontraban en la clase baja, y la tirania del gran cuerpo tenia cierta regularidad que la hacia menos notable. En el Brest de hoy, por el contrario, la reaccion popular se deja sentir en toda su caprichosa novedad, y no tienen reglas ni objeto; es bruta, ignorante, y se dá toda la prisa que puede para tomar la rebancha de muchos siglos: de suerte que no está el mal organizado como antes; el de ahora es el mal en desórden; no es un sistema inicuo; es un motin feroz, que sin embargo es menos perjudicial que aquel á quien ha reemplazado, porque es transitorio. Sufrimos ahora una enfermedad de que podemos curar, mientras que antes el mal estaba en nuestra constitucion misma. Piense V. en esto cuando entre en la ciudad, y elévese V. sobre la punta de sus pies para mirar el porvenir por cima de la cabeza del presente.

Por lo demas, bien pronto va V. á juzgar por sí mismo de cuanto le he dicho, porque ya hemos llegado.

En efecto Brest estaba delante de nosotros. La cúpula de vapor que cubre siempre las ciudades parecia envolverla hasta su base. De trecho en trecho algunos pálidos rayos del sol, rompiendo á través de la niebla, herian los edificios mas elevados arrojando sobre Brest una luz incierta. Merced á este vago resplandor, se percibian detrás de los árboles que le rodeaban como una faja de hojas, los caminos que llevan al cuartel de la marina que está dominado por la gruesa torre de San Luis. Mas allá se estendia la rada con sus navios anclados, y mas lejos todavia, destacándose en el horizonte, el Menez-hom, que parecia suspendido del cielo como una sombra oscura. Esta semejanza tenia algo de estraño y triste. Se hubiera creido ver una de esas ciudades de nubes que se forman en el horizonte y de las que un sol poniente dibuja los contornos.

Se oyó un cañonazo, y su detonacion corrió por algunos minutos á lo largo de los peñascos que forman la bahia.

Me sobrecogió al oirle un presentimiento doloroso, tal que hubiera querido volverme sin entrar en Brest; comuniqué á mi compañero de viage esta especie de repulsion que esperimentaba, y él se sonrió tristemente.

—Quién sabe! me dijo, acaso sea ese el instinto de conservacion dado por la naturaleza á todos los seres que acaban de despertarse en V.

Cuando acabó de decir esto entramos por las puertas y yo quedé sorprendido de la soledad que reinaba en las calles: no se encontraba en ellas ni á las ventanas de las casas ni una persona; se la hubiera creido una ciudad abandonada. Sin embargo, andando un poco mas nos pareció oir un rumor sordo y lejano, despues un rugido inmenso y entrecortado, por último un clamor salvage que estalló de repente. Entonces dimos vuelta á una calle, el charaban se detuvo, y nos encontramos enfrente de una muchedumbre apiñada al rededor de la guillotina que estaba enmedio esperando.

Al verla retrocedí al fondo del carruage lanzando un grito.

—¡Dios mio! ¿á quién van á matar? esclamé yo pálido de horror.

Mi compañero de viage la habia visto tambien y levantó los hombros suspirando y me dijo:

—¿Tiene V. amigos ó parientes en Brest?

—Entonces no mire V., añadió, cerrando él mismo los ojos como para escapar de aquella imágen espantosa. Hace un mes que llegué á esta plaza en el instante en que el verdugo mostraba una cabeza al pueblo..... era la de mi mejor amigo.....No mire V. señor, no mire V.

Pero nada oí; se habia apoderado de mí esa fiebre loca que produce el espanto y el dolor; me levanté, y de pie sobre las varas del charaban tendia con ansiedad, por medio de aquella multitud, mis miradas.

Bien pronto se notó una ondulacion precipitada, y el carro fúnebre apareció.

Todavia no podia yo distinguir las facciones de los condenados; solamente veia que eran tres, dos hombres y una muger; fueron acercándose poco á poco: yo, aturdido enteramente, me incliné hácia ellos á sazon que se volvian hácia nosotros. Estuve próximo á dar un grito de alegría; ninguno me era conocido.

El primero era un anciano, cuyos blancos cabellos estaban cuidadosamente separados de la frente y cuyo trage anunciaba una esmerada elegancia: caminaba á la muerte sin la apariencia de valor y sin la belleza de la resignacion, como si fuera á desempeñar cualquier obligacion habitual é indiferente.

Al detenerse el carro levantó una muger en sus brazos á un niño de cinco ó seis años que acercándose al anciano y tocándole la cabeza con la mano le preguntó con una voz dulce y cariñosa:

—¿Es cierto que le van á guillotinar á V.?

El anciano se volvió sonriendo, y le dijo pasándole la mano por la cara:

—Sí, hijo mio: mas dime: ¿quién es tu padre?

La muger pronunció un nombre que no pude oir.

—Vaya, vaya, somos conocidos antiguos; dijo abrazando al niño.

—Oye; cuando vayas á casa di á tu madre que has visto guillotinar al padre de uno de sus antiguos bailadores, al padre del general Moreau.

Durante esta escena que nadie podria pintar, permanecí inmóvil, y solo los gritos de la multitud pudieron sacarme de mi arrobamiento.

El segundo de los condenados queria bajarse del carro: puesto de rodillas, con las manos cruzadas y los ojos inflamados, pedia perdon al pueblo, y con una voz suplicante, loco de miedo gritaba:

¡Viva la república! ¡Viva Robespierre! ¡Viva la guillotina!

La falta de valor en este hombre causaba al mismo tiempo lástima y sentimiento.

Un gendarme se aproximó á él, y empujándole con fuerza le hizo caer sin sentido en el fondo del carro.

La tercera víctima era una religiosa aun jóven y de estraordinaria hermosura: sus limpios ojos se paseaban sobre el pueblo con una complacencia melancólica: parecia sin embargo que el ruido de la multitud no llegaba hasta su alma y que iba siguiendo algun pensamiento lejano ó conversando con una vision. La obligaroná despudarse, y cuando se acabó de quitar su vestido alzóse de aquella muchedumbre un rumor de sorpresa, un murmullo incalificable mezclado de piedad, de admiracion y de cínicos deseos.

—¡ Mirad la monja! ¡ La monja desnuda!

Ella apoyó la frente sobre el carro y se puso á rezar.

—¡ Qué hermosa es! esclamé sin poder contenerme.

—Sí, lo que yo quisiera saber, me interrumpió mi compañero de viage, cuál de los jueces la tendrá esta tarde por querida.

—¿ Qué dice V.? esclamé horrorizado.

—Nada mas que lo natural; y si no preguntad á B... cómo se viola un cadáver.

Yo me arrojé espantado en el fondo del carruage.

Algunos minutos despues nos detuvimos delante de la casa donde yo iba á parar; me apeé y pedí mi maleta despidiéndome de mi compañero, quien me dijo:

—He tenido mucho gusto en encontrar á V.: en el tiempo en que vivimos es imposible, es una gran cosa poder pasar medio dia en compañía de un hombre que no cause pena ni disgusto, y me pidió mi nombre.

Yo se le dige.

Y tomándome la mano añadió: si alguna vez pasais por la ciudad de Actius, preguntad por el ciudadano Correc de la Torre de Aubernia, y encontrareis un amigo.

Entonces partió, y antes de haber desaparecido volvió para saludarme con la mano.

En el momento en que yo llegé á Brest (22 de junio de 1794) el tribunal revolucionario estaba en plena actividad. La condenacion de veinte y seis administradores de Finisterre acusados de federalismo dió principio á su larga série de muertes jurídicas. El presidente Ragmey cerró la boca á los defensores, declarando *que si pretendian defender á los acusados, tendrian ellos mismos que dar cuenta de sus opiniones*: así que todos fueron condenados.

Desde mi llegada á Brest supe que estaba anunciada la fiesta del Ser Supremo. Prieur de la Marne estaba encargado de los preparativos.

Cuyo programa estaba concebido en estos términos:

«El representante del pueblo, teniendo á su lado la libertad y la »igualdad, se colorará en lo alto de la Montaña y pronunciará un dis»curso análogo á las circunstancias.

»En seguida se dejará oir una dulce y armoniosa música. Un coro »de padres con sus hijos se agrupará á la parte de la montaña que le »sea designada; otro de madres con sus hijas se colocará al lado »opuesto.—Los hombres cantarán jurando no dejar las armas hasta »no haber destruido á los enemigos de la república. Las madres y sus »hijas cantarán prometiendo no casarse con hombre que no haya ser»vido á la patria. Los dos coros reunidos entonarán despues un himno »al Ser Supremo ofreciéndole los homenages de un pueblo libre.

»Y para concluir cantarán todos juntos el himno á la libertad que »comienza *Amor sagrado de la patria*. En el instante en que concluyan, »las madres levantarán en sus brazos á sus hijas mas pequeñas pre»sentándolas en homenage al autor de la naturaleza: las jóvenes ar»rojarán flores á lo alto, las espadas se agitarán en el aire. Se hará »una descarga de artillería, y para concluir la fiesta se dirigirá á la »divinidad un grito de *viva la república*.»

La noticia de la toma de Port-Vendre, de Santa Elena y de Colliure se anunció á poco por una descarga general, y produjo en la concurrencia una impresion imposible de pintar: hubo un instante en que todos los gorros encarnados fueron lanzados á lo alto; se olvidaron todas las opiniones, se juntaron todas las manos, y todas las bocas repetian sonriendo *¡Victoria!*

La reaccion que siguió al 28 de julio hizo que se buscase una revolucion de principios en lo que realmente no fue mas que un complot de personas.

Los Thermidorenses sustituyeron á Robespierre y á Talieu, y el despacho del comité de salud pública que anunciaba este cambio, fue acogido en Brest, como en todas las ciudades, con el grito de *¡Viva la Montaña!*

Una vez anunciada esta reaccion, su egecucion se hizo necesaria; los Thermidorenses organizaron en su provecho la clemencia, como los jacobinos habian organizado el terror. Las prisiones empezaron á ser mas escasas; y se quitó sus empleos á los terroristas mas comprometidos: pero esta revolucion que debia dar seguridad al resto de la Francia, anunció á los republicanos bretones una opresion mas insufrible y sangrienta que la que les habia agobiado. Los carlistas perseguidos con menos encarnizamiento, se preparaban para organizar una insurreccion, y escapados apenas de la guillotina de los Jacobinos, los realistas de todas partes venian á caer sobre los valles de Chouan. Juan Chouan mandaba á los insurgentes de aquella parte, y conociendo que despues de la destruccion de la armada vendense y la muerte de Tahnout se habia hecho mas difícil su posicion, queriendo hacerse olvidar por algun tiempo se retiró á la Bretaña. Pero habiendo sabido que los republicanos de Eruél se habian estendido por las tierras de Bourgan para cortar las hayas que favorecian las emboscadas de los realistas, condujo al instante sus tropas contra ellos y les batió en un sitio llamado *Rougefeu*; pero el mismo dia encontró una columna de guardas nacionales patriotas y tuvo que refugiarse de nuevo en los bosques de Misdou.

Muy pronto salió de allí para desarmar á los patriotas de Bacconiere y de Andouille.

Los realistas quisieron reunirse cerca del estanque de Olivet; pero les faltaban municiones y fueron de nuevo dispersados por los republicanos. Juan Chouan se decidió á ir él mismo á buscar las municiones que necesitaban y no confió su proyecto mas que á un tal Goupil diciéndole que corrian peligro de muerte, y si no se sentia con fuerzas para seguirle que iria solo: su camarada le ofreció ir donde él fuera.

Salieron los dos á media noche, y quitándose los zapatos para no ser sentidos, fueron saltando paredes hasta llegar por calles poco concurridas al arrabal de S. Martin. A cien pasos de la iglesia que servia de cuartel á los republicanos habia una casa en que tenian estos almacenadas las municiones: aquí llegaron nuestros dos héroes, y encaramándose Juan Chouan sobre los hombros de su compañero ganó una ventana que estando abierta le permitia pasar al interior, y bajando silenciosamente para no despertar á nadie, abrió la puerta á Goupil.

Estando allí se apresuraron á hacer dos grandes paquetes de pólvora, y emprendieron nuevamente su peligroso viage.

Pocos dias despues, estando Juan Chouan en el bosque batiendo á los republicanos, estos cogieron prisioneras á sus dos hermanas; sabido por él, fue con toda su gente á cortarles el camino; pero habian tomado otro, y antes que él lo supiera le anunciaron la muerte de entrambas.

A contar desde aquel dia, sus trabajos fueron menos frecuentes.

Su hermano René mostraba siempre una crueldad que indignaba á Juan Chouan: un dia que aquel habia matado una muger embarazada por la sola razon de que huia de él, Juan Chouan fuera de sí mandó que le fusilaran; y como ninguno quisiera obedecer,

—Yo me tomaré por mi mano la justicia, dijo echándose el fusil á la cara; pero Miguel Cribier se le quitó.

—¡Y osas desarmarme! le dijo: ¿has olvidado que soy tu gefe?

—Acaso lo habré olvidado; pero me acuerdo que soy amigo tuyo, y de lo que hago ahora algun dia me darás las gracias.

René en tanto habia desaparecido.

A los pocos dias supo que los republicanos habian salido de Sain Ouen y se decidió á caer sobre aquella parroquia con la idea de que sus gentes aprovechasen este momento de seguridad para procurarse alguna ropa de casa de sus amigos. Dejó á un hombre de centinela para que avisase; pero este abandonó su puesto y cayeron de repente sobre ellos los republicanos. Los realistas huyeron, y Juan Chouan estaba ya lejos y al abrigo de los tiros del enemigo, cuando oyó á la muger de su hermano René que le llamaba en su defensa. Corriendo vino á donde estaba, y para darla tiempo que huyera hizo frente al enemigo, pero una bala vino á herirle en medio del pecho y cayó al suelo. Sus gentes que no le veian venir volvieron á buscarle y le encontraron tendido en la tierra. Fué necesario, porque no se tenia á caballo, estenderle sobre una sábana y cojerla por las cuatro puntas; su hermano René le sostenia la cabeza. Luego que llegaron al bosque de Misden todos se despojaron de sus vestidos para hacerle una cama mas blanda: entonces se reanimó un poco, les dió algunos consejos, designó por sucesor suyo á Deliere, y espiró.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO V.

Un don Blas.

El *contra pereza diligencia*, que recomienda la doctrina, empezaba á desarrollarse en el enamorado Luis; y si no *conseguia alcanzar á* la encantadora Magdalena, era muy posible que *se pusiera en el camino* de la bienaventuranza, cambiando un feo vicio por una *hermosísima* virtud. Este felicísimo cambio hubiera augurado cualquiera al verlo correr desde la fonda de diligencias á la casa de postas, sin encomendar á su criado una operacion, que le hubiera parecido insoportable algunos dias antes, y que consideraba ahora como entretenida y agradable.

—¿Hay billetes para Bayona? gritó al entrar en el despacho.

—Dos hay, repuso el encargado, estrañando la diligencia del viagero.

—Pues póngalos V. á nombre de don Luis Meneses.

—Al momento.

Luis recordó entonces que no llevaba dinero bastante; pero cuando iba á rogar al encargado que esperára un momento, vió que Francisco, á quien habia dejado atrás en su impaciencia, se adelantaba lentamente, cogia los billetes, y los pagaba sin proferir una palabra. Meneses aplaudió en el alma la pantomima de su criado, y marchando delante de él, se dirigió á su alojamiento. Aunque habia disminuido mucho su indolencia, se dejó caer, quizás por cariño, sobre la butaca de viento, y despues de haber estendido ambas piernas sobre el confidente, dijo á su criado:

—¿Ya habrás comprendido, Francisco, que vamos á Bayona?

—Ya: repuso el criado con un laconismo que equivalia á una manifiesta desaprobacion.

—¿Tambien habrás adivinado que debes hacer las maletas?

—Tambien.

—Pues manos á la obra.

—Ya voy; pero antes haré una pregunta.

—Que sea corta.

—¿Ha reflexionado V., señorito, que un viage á Bayona no es lo mismo que un viage al Escorial?

—He reflexionado.

—¿Y nada se le ocurria á V.?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—Anda con Dios.

—Otra pregunta.

—Que sea la última.

—¿Usted tendrá que despedirse?

—No.

—¿De nadie?

—De nadie.

—¿Ni de doña Luisa?

—Ni de san Luis.

—¿Me despido yo por V.?

—No.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—No tardes, Francisco.

Francisco llegó hasta la puerta; pero se detuvo y murmuró:

—Quisiera hacer otra pregunta.

—No quiero mas preguntas.

—Señorito, es muy importante.

—Que lo sea.

—Se trata.....

—No quiero saberlo.

—Pero señor.....

—Haz al instante la maleta.

—Pues lavo mis manos.

—Está bien.

Francisco era un hombre de accion, de mucha accion; en política hubiera sido un revolucionario admirable, un agitador popular casi tan bueno como Daniel O'Conell; mucho mejor que las nueve décimas partes de esas grullas politico-sociales que graznan y trasmigran desde un estremo al otro de la civilizada Europa; y sin embargo, el pobre Francisco no habia llegado á ser siquiera cabo furriel de nacionales en el año cuarenta, ni comisario régio nueve años despues. Es verdad que el criado de Luis era completamente iliterato para aspirar á lo segundo, y no habia alcanzado lo primero porque era page de una camarista de Castilla. Estas reflexiones tienen poquísimo que ver con el viage á Bayona; pero dejan adivinar que Francisco arreglaria en un *santi amen* las maletas de su enamorado señor. Practicada esta operacion, todo lo demas era óbvio; y cuando Luis y su criado se instalaron en la sil'a-correos, nada faltaba á los viageros de cuanto puede apetecerse.

La comodidad del asiento hizo olvidar á Francisco los dos viages al Escorial; y sin un escozorcillo que le atormentaba interiormente, se hubiera juzgado feliz. Este escozorcillo no le impidió dormirse á tres millas de Madrid; y aunque la rapidez de la silla no le permitia ver bien los pueblos por donde pasaba, cuando llegó á Bayona dijo que habia aprendido geografia.

Llegados á Bayona, la situacion de Luis empeoró mucho; pues teniendo que tratar con franceses, y no entendiendo Francisco una palabra de *gabacho*, así él llamaba al idioma de nuestros vecinos, tenia que sustentar Meneses todo el peso de las discusiones; cosa mas penosa para él que para Atlante sustentar la inmensa bóveda del cielo. Sin embargo, habia variado mucho su carácter; y contentándose con dejar á cargo de Francisco el arreglo del equipage, se mudó de trage en diez minutos, y se encaminó al parador de la diligencia de Madrid. Llegado á él, se acercó al despacho, examinó al que tenia un rostro mas simpático, y le dijo:

—¿Tendrá V. la bondad de decirme si ha llegado la diligencia que salió de Madrid el diez y ocho á las doce de la noche?

—Sí señor, la diligencia que V. dice ha llegado; repuso el francés cortesmente.

—¿V. será tan bondadoso que me permitirá una nueva pregunta?

—Cuantas V. crea necesarias.

—¿Ha venido en esa diligencia un caballero.....?

—¿Que se llama? interrumpió el tenedor del registro, terciando en la conversacion.

—Don Blas; tartamudeó Meneses, no pudiendo añadir al nombre su correspondiente apellido, y no queriendo confesar su crasa ignorancia en la materia.

—¡Aquí lo tengo! esclamó alegremente el interpelado. Don Blas Medecotelechea.

—Exactamente, repuso Luis ébrio de gozo; pues no dudó que habia aprendido el apellido deseado.

—¿Quiere V. saber algo mas?

—Tengo que visitar á ese caballero, y desearia saber su hospedage; pero seria abusar.

— No señor, y lo sabremos ahora mismo ¡Blanesué!

— ¿Qué se ofrece, señor? preguntó respondiendo al apellido de Blanesué, un mozo de las diligencias, algo parecido á un gallego, pero que debia ser un normando.

— ¿Has llevado tú el equipaje de don Blas Medecotelechea?

— Sí señor.

— Pues conduce á este caballero á la habitacion de don Blas.

— Al momento.

Luis agradeció á los encargados su eficacia y buena voluntad, y siguió al normando, que lo precedia alegremente, pensando sin duda en la propina. Cruzaba Meneses las mismas calles que habia traido, pero caminaba en silencio embriagado con la dulce idea de haber encontrado á Magdalena. Mucho le ocupaba su éstasis, pero salió de él al pisar el zaguan de la misma fonda en que habia sentado sus reales.

—Ya hemos llegado: dijo el normando descubriéndose, y alargando un tanto la mano.

— ¿Se hospeda aquí don Blas? le preguntó Meneses.

— Aquí.

— Muchas gracias, y toma.

Luis puso una moneda de cinco francos en la mano del normando, que no acertaba á darle las gracias; tan embargado lo tenia el gozo de haber recibido una propina casi régia, y Luis subió á su habitacion, resuelto á visitar á Magdalena.

CAPITULO VI.

El Marido.

—¡Victoria, Francisco, victoria! gritó D. Luis entrando en su aposento.

—¿Victoria, por quién? preguntó el criado, dejando un frac que estaba limpiando.

—¿Por quién ha de ser, majadero?

—Qué se yo; y porque no lo sé, precisamente lo pregunto.

—Francisco, ¿quiéres que te rompa la parte superior del cráneo?

—No señor. No tengo relaciones con ningun cirujano francés, y me compondrian mal la rotura.

—Pues si no quieres entrar en relaciones con los cirujanos de Bayona, procura ser menos estúpido.

—Señorito, he oido decir mas de una vez, que los golpes en la cabeza hacen á los discretos tontos; pero no que hagan á los tontos discretos.

—Si lo que tú tienes de bellaco tuviera yo de santo, ya habria ganado el cielo.

—Amen.

—Pero hablemos de lo que importa.

—Eso es lo que yo deseo, señor.

—Francisco, he descubierto á Magdalena.

—¡Cáspita! esclamó Francisco, dando un salto atrás de alegria

—Ni mas, ni menos.

—¿Con que ya no tenemos que ir tras ella hasta el fin del mundo?

—No. La tenemos aqui.

—¿En Bayona?

—Y en la fonda del Comercio.

—¿Bajo el mismo techo que habitamos?

—Precisamente.

—Quiera Dios.... murmuró Francisco.

—¿Qué murmuras? le preguntó Luis.

—Decia: Quiera Dios que no se nos escape como de la fonda del Escorial.

—Pierde cuidado. No pienso dormirme en las pajas.

—¿Qué piensa V. hacer?

—Ahora lo verás.

Luis sacudió el cordon de la campanilla, y al punto se presentó un criado.

—¿En esta fonda está alojado un caballero español, que se llama don Blas Medecotelechea? le preguntó Meneses.

—Sí señor; y ocupa el cuarto número 10: repuso el criado de la fonda.

—Pues bien: toma esta tarjeta, dásela de mi parte, y dile que deseo tener el honor de presentarle mis respetos.

El criado tomó la tarjeta, se inclinó respetuosamente, y salió.

—¿Y qué ha querido decir, señor, esa pantomima? preguntó Francisco, que no habia entendido ni una sola palabra del diálogo de Luis con el criado, porque hablaban ambos en francés.



(La torre del Angel en Palma.)

—Quiere decir, repuso Meneses, que para que no se nos escape Magdalena, como nos ha sucedido otras veces, he resuelto verla ahora mismo.

—Me parece muy bien pensado. ¿Pero quién introduce á V. con esos señores?

—Yo mismo. Dos españoles que se encuentran en pais estrangero, deben visitarse.

—Es una idea eminentemente patriótica. ¿Pero y si don Blas.....

—¿Qué?

El mozo de la fonda entró á interrumpir el diálogo, diciendo á Meneses:

—El señor D. Blas Medecotelechea espera á V.

—Voy al momento: repuso Luis, y sin responder á las preguntas de Francisco, se lanzó al corredor, siguiendo los pasos del mozo de la fonda, que le iba sirviendo de guia.

Llegaron al número 10, el mozo empujó una mampara, y Luis se encontró en una salita bien amueblada, y que servia de recibimiento á tres habitaciones mas. En esta salita lo esperaba un hombre de buena estatura, rostro franco y como de cincuenta años de edad, que se apresuró á presentarle la mano y á ofrecerle un asiento.

—¿Tengo el honor de hablar al señor D. Blas Medecotelechea? preguntó Luis, para entrar de este modo en conversacion.

—El honor es mio, caballero, en recibir al señor D. Luis de Meneses: repuso D. Blas.

—Señor D. Blas, parecerá á V. muy estraño que me haya tomado la libertad de solicitar esta entrevista, sin haber tenido antes el honor de tratarlo, ni aun de conocerlo: pero viéndome fuera de España no he podido resistir al deseo de saludar al primer compatriota que habitaba bajo el mismo techo que yo.

—Nada mas natural, amigo mio; y esos sentimientos honran mucho á quien los abriga. Yo me doy el parabien por haber tenido esta ocasion de ofrecer á V. mis respetos y mi amistad.

—Muchas gracias por tanta bondad; y V. puede contar desde ahora con mi profundo agradecimiento.

Se interrumpió la conversacion, y Meneses creyó oportuno entablarla de nuevo, con una pregunta muy análoga á sus intereses.

—¿Han descansado las señoras? dijo con una espresion de interés, que hubiera convenido muy bien á un antiguo amigo de la casa.

—Si señor; y no las ha saludado V. ya, porque han ido á dar un abrazo á una íntima amiga de mi hija, que fué su compañera de colegio. Pero no tardarán.

—Tendré mucho gusto en ponerme á los pies de las señoras.

El silencio volvió á reinar; D. Blas se creyó obligado á romperlo, y preguntó á su vez:

—¿Piensa V. permanecer mucho tiempo en Bayona?

—Verdaderamente no lo sé. Mi viaje no tiene un objeto formal; es un verdadero paseo, una de esas escursiones que hacemos para no morirnos de calor. ¿Y V. piensa alejarse mas?

—Si señor: me detendré aqui muy pocos dias, y marcharemos á Bearrist.

—¿Piensa V. tomar aquellos baños?

—Yo no; pero se los han mandado á mi hija, que está un tanto delicada.

—He oido tanto bueno de Bearrist, que me inclino mucho á visitarlo.

—Nunca en mejor ocasion que ahora; y haremos juntos la temporada.

—Tiene V. razon, y me decido. Haremos juntos el viaje.

—Pues aseguro á V. que no lo pasaremos mal, y que V. sacará partido de la temporada.

—Yo saco muy poco partido de las diversiones: dijo Luis, queriendo pasar por hombre grave á los ojos de su futuro suegro; sin duda porque la gravedad le parecia una cualidad de marido.

—V. es jóven, y los jóvenes se divierten en todas partes: observó Don Blas sonriendo.

—No soy viejo, señor D. Blas; pero aseguro á V. á fé de hombre honrado, que no me seducen las diversiones, y que prefiero á las mas bulliciosas, los placeres íntimos de la amistad, ya que no gozo los mas íntimos de la familia: repuso Luis con acento un tanto dramático.

—¿Vive V. solo?

—Como un hongo.

—¿Es V. soltero por lo tanto?

—Soltero.

—¿No tiene V. padres?

—No señor.

—Comprendo muy bien que desee V. las satisfacciones domésticas.

—No sabe V., señor don Blas, hasta qué punto las deseo.

—Pues me parece muy estraño que no haya V. pensado en casarse.

—He pensado en ello muchas veces: pero V. sabe que el matrimonio es un gran bien ó una terrible calamidad, segun los auspicios bajo los cuales se contrae. Yo soy hombre de corazon y quiero casarme enamorado; pero quiero que la razon venga en apoyo del amor, y que la primera no condene la eleccion que haya hecho el segundo.

—Piensa V. muy bien; y veo con gusto que no pertenece V. á esa falange de jóvenes, verdaderamente calaveras, que ó se enamoran á primera vista de una muger, y todo lo arrostran sin conocer sus cualidades, ó se casan por vil interés con una muger á quien no aman, á quien no pueden amar, y á quien hacen horriblemente desgraciada.

—¿Si será muy pobre don Blas, y Magdalena muy virtuosa, pensó Meneses, cuando sostiene que el presunto marido debe tratar mucho á su futura, y no reparar en intereses? Pero mi suposicion es muy gratuita: D. Blas viaja con mucho boato para ser pobre, y aunque Magdalena no tuviera ni un real de dote, yo la querria como la quiero, y seria su esposo, como lo seré si consigo que corresponda á mi pasion. En cuanto á que Magdalena es un ángel, bien lo manifiesta su cara.

Como pensaba para sí Meneses, no hablaba, y la moraleja de don Blas estaba sin contestacion; este queria saber cómo opinaba su nuevo amigo, é insistió:

—¿No opina V. conmigo respecto á los matrimonios por interés?

—No solamente opino con V., sino que tendria gravísimo inconveniente en dirijirme á una muger rica, sabiendo que lo era de antemano.

—No quiero yo decir tampoco que *el contigo pan y cebolla* sea una cosa muy agradable.

—Es rico, pensó Luis; pero vino á interrumpir su pensamiento la presencia de las señoras.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

LA PAZ PERPÉTUA.

HISTORIA DE ESTA IDEA.

¡La paz perpétua!—¿Será cierto que, como dice un escritor célebre, la solucion de este problema nos esté prometida con el tiempo? ¿Será mas bien una de las infinitas locuras que aquejan á la inteligencia humana?—«Jamás ha existido un solo elemento que afiance, no la perpetuidad, sino la permanencia, por tiempo razonable, de la paz (esclaman con la sonrisa del desprecio muchos filósofos y políticos). En vano sueña con ella el hombre, nacido con irresistibles impulsos belicosos; el hombre que á falta de otros campos de batalla, mantiene en lo interior de su alma una lucha intestina, la de la razon y las pasiones. Las guerras *son unos grandes medios providenciales* de civilizacion y progreso: inútil es pues cansarnos en semejantes puerilidades, tan risibles como el empeño de hallar la *piedra filosofal* y el *elixir de larga vida.*» No es nuestro ánimo discutir en este artículo el pro ni el contra; queremos solo historiar brevemente el rastro que va dejando esa idea en el mundo científico, ya que en la actualidad se celebra el segundo congreso de la Paz. A nuestro juicio hay en todo una *perfeccion ideal*, hácia la que avanzamos continuamente al través de vaivenes y tormentas, pero que nunca conseguimos tocar porque solo se realiza en el seno de Dios. Sin embargo, las ideas nunca dejan de dar algun fruto. Oigamos á B. Constant: «Jamás ha sido retirada *una idea* puesta en movimiento; jamás ha dejado de imperar la revolucion que se funda en ella, á menos de que fuese incompleta: la revolucion entonces era solo un sistema precursor de crisis, y se perfecciona luego que completada la idea vuelve á la carga.» Y cuando el pensamiento ha caido del corazon de los sábios al corazon de los pueblos, ¿no será disculpable creer con L. Aimé Martin, que no está lejos el dia en que el de la supresion de las guerras haga su carrera en el mundo civilizado? Por fin, si locura es digna de risa, riámonos aunque sus autores se llamen Enrique IV, Manuel Kant ó Jeremias Bentham.

El hecho es que tambien el mundo se halla en esto mas adelantado. Antiguamente la guerra era una condicion de existencia para los pueblos; hoy solo la espera tal cual rancheria de salvages; despues se hicieron por espíritu de conquista; hoy ya no son posibles esas empresas: húbolas tambien por intereses dinásticos; hoy las dinastias se guarecen á la sombra de los principios: las guerras están reducidas á ser *políticas ó comerciales*; ¡y cuánto tiemblan todos disparar el primer cañonazo! No cabe por tanto negar el progreso, ni afirmar que ha llegado ya á sus últimos términos.

Una especie de república federativa entre todos los estados europeos, tanteada ya, aunque con distintos caractéres en las confederaciones Germánica y Helvética, ha sido el proyecto que ocurrió siempre á los *soñadores* de la paz perpétua. En efecto, todas las grandes asociaciones se cimentan en un principio de paz: de pueblo á pueblo han existido las guerras, porque para terminar sus diferencias no habia mas tribunal que el de Dios, y ¡cosa rara! los juicios de Dios han ido á buscarse por los hombres en lo que tienen menos divino, *en la fuerza.* Antiguas son ademas las instituciones federativas; la historia nos recuerda la Amphictionia griega, y la Lucumsnias de Italia. Enrique IV, ornado con los lauros de Yori y de Contrás,—émulo de la gloria del gran capitan Alejandro Farnesio,—se hallaba próximo á empezar la realizacion de sus proyectos, cuando el puñal de Rauaillac se interpuso en su camino. Aprovechando el cansancio y los celos que produjeron las continuas ambiciones de nuestra dinastía austriaca en su brillante principio; auxiliado por aquel Sully, modelo de ministros probos; y esplotando los deseos é intereses de los potentados de Europa, los habia hecho entrar en sus miras (cuyo alcance no comprendian), por medio de negociaciones conducidas con tanto tino como secreto. La organizacion europea iba á salir de una guerra última, santa por su objeto, y emprendida con recursos desde largo tiempo preparados.

La idea se estravió en su rumbo, pero no quedó perdida: Fenelon la recogió en el Telémaco; el abad de Saint-Pierre la hizo asunto de uno de sus trabajos predilectos. El equilibrio europeo es tal, pensaba Saint-Pierre, que ningun príncipe tiene suficiente poder para romperlo y subyugar á los otros, y este hecho indudable facilita el arreglo de una confederacion sólida. Los soberanos deberian contratar alianza perpétua é irrevocable, nombrando plenipotenciarios que asistiesen á un congreso permanente, en el que, á manera de jueces árbitros, arreglasen todas las cuestiones que entre las partes asociadas se originaran. La confederacion habia de afianzar á los príncipes la posesion de sus estados con arreglo á las leyes fundamentales de los mismos; proclamaria *el bando de la Europa* contra el que infringiese el tratado; haria ejecutar sus juicios por la fuerza federal; y daria los reglamentos que creyese importantes al mayor bien de todos sus miembros. Hé aqui en resúmen el plan *sobre la paz perpétua.* Rousseau lo calificó diciendo que si no se adoptaba era, no por ser malo, sino por ser muy bueno. «Es hermoso, concluia, pero consolémonos

de no verle planteado, porque tendria que hacerse por medios violentos y terribles. No vemos establecer las ligas federativas mas que por revoluciones; y bajo tal supuesto ¿quién se atreverá á decidir si la liga europea es de desear ó de temer?»

Bentham, positivo hasta el estremo que marca su *utilitarianismo*, fué menos asustadizo que el filósofo de Ginebra. Imaginó tambien la paz perpétua estribada en un congreso general, que fuese el poder supremo de la Europa; añadia como requisitos necesarios la reduccion de las fuerzas militares de mar y tierra, y la emancipacion de las colonias.

«Tiempo vendrá (esclamaba el ilustre jurisconsulto) en que se necesiten pruebas muy auténticas para persuadir á generaciones mas sábias, que en épocas pasadas hubo hombres obligados por médico salario á cometer todos los actos de pillage, devastacion y homicidio que se les encomendáran; y que aun se les juzgase por eso dignos de recompensas nacionales!!»

Tambien á Kant le deslumbró la imágen de la paz y de la confederacion europea; para formarla queria que todos los estados se rigiesen por una representacion nacional, teniendo separados el poder legislativo y el ejecutivo. La unidad absoluta le parecia naturalmente despótica, ya fuese monárquica ya democrática: y acertaba además en creer que era indispensable la homogeneidad de los gobiernos confederados. Nunca puede asimilarse lo que se rechaza mútuamente.

Hé aqui el viage científico de esa idea durante la edad moderna, que—como todas las de la humanidad—lleva en sí el gérmen de cosas que dejando tal vez de ser *utopias*, se realizarán en otros tiempos. Nada hemos querido decir de los proyectos socialistas: su escuela ha estado propagando hace años el pensamiento de un *congreso universal permanente*. Lo que no puede dejarse en silencio es que la idea que nos ocupa ha empezado á querer insinuarse en el terreno de la práctica. Cierto diputado de la asamblea francesa hizo ya, despues de la revolucion de febrero, una proposicion cuya falta de oportunidad contribuyó á darle burlesca acogida: poco despues se ha visto con respeto la celebracion del *Congreso de los amigos de la paz*, que ahora se reproduce. ¿Será esta liga menos noble que la comercial de Cobden? Aun no se han olvidado los acentos de Victor-Hugo, *gigante literario* no reducido á *pigmeo político*, por sus magníficos trabajos de parlamento. Tambien hay poesía en la vida pública; tambien tienen en ella su puesto los poetas. Cuatro personages ilustres se han ofrecido en holocausto al espíritu moderno; Chateaubriand, Lamenais, Lamartine y Victor-Hugo. ¿Serian mas grandes si se hubiesen quedado á retaguardia en la marcha de la humanidad?....

Esta es la historia: Dios solo sabe las aventuras que aun debe correr *la idea*. Parécenos que se limita mucho la esfera de esa aspiracion sublime, presentándola de la manera que observamos. La paz es hija de la armonía de intereses; y la armonía ha de resultar del concurso de grandes reformas, que hoy solo vemos acaso confusamente bosquejadas. Dejemos obrar al tiempo, y no desconfiemos de ver salir elaboradas,—la paz del seno de la guerra,—el órden del seno de las revoluciones.

A. GIL SANZ.

Agosto.—1851.

UN MÉDICO MUDO.

Un médico inglés cansado de vivir en Lóndres desconocido y miserable, tomó la resolucion de dirigirse á Lisboa con la esperanza de que su cualidad de inglés le serviria para hacerse un gran partido y sacar grandes utilidades. Desgraciadamente ignoraba la lengua portuguesa; pero lejos de desanimarse á la vista de tan poderoso obstáculo, creyó que podia pasar perfectamente por mudo, y que la novedad serviria para aumentar su reputacion y hacer su fortuna con mas rapidez. Era de la opinion contraria de Mr. Fontenelle, que pretende que los médicos deben hablar mucho, é insiste con tal fuerza en esta necesidad, que les concede el que hablen las mas veces sin razon.

A pesar de la opinion de Mr. Fontenelle, el médico inglés renunció á este medio, se hizo anunciar por un charlatan, y ocupó algunas semanas en hacer públicas sus maravillosas curas: se contaban diariamente algunas estraordinarias, y generalmente se atribuyó este resultado menos á las reglas de medicina que á algun don estraordinario de la naturaleza; porque para aumentar el buen efecto de sus visitas se asegura que en lugar de servirse de sus manos para tomar el pulso á sus enfermos, juzgaba del estado de su salud por la vista y por el olfato.

Aquellos que por primera vez concurrian á casa del médico inglés, creian que otra infinidad de enfermos les habian precedido, y miraban su casa como un sitio milagroso por sus anteriores curas. El inglés por su parte no procuraba satisfacerlos sobre este particular; su perpetuo silencio le libertaba de entrar en aclaraciones enfadosas. Despues de haber examinado detenidamente al enfermo, tomaba una pluma y escribia á la ventura una receta. El que se mejoraba era feliz; el que no se empeoraba lo era todavia mucho mas; pero como la fortuna suele mezclarse en todo, sucedió que una persona de elevado rango se restableció completamente de una enfermedad muy peligrosa. Era una muger; y altamente reconocida hizo al médico un regalo de consideracion deshaciéndose en elogios de su Esculapio. La córte tomó parte en estos elogios, y el inglés llegó á ser el médico de moda.

Temiendo algun dia romper su silencio por cualquier accidente involuntario, jamás admitia en su casa ninguna visita sin haber metido antes en la boca un pedazo de ámbar con unas puntitas muy agudas que le recordaba su falta en el momento que quisiera hablar. Esta precaucion le valió en menos de seis meses un gran capital, pero esta farsa tuvo tambien su fin.

Nuestro médico se entregó á los placeres y pasaba muchas noches al lado de una hermosa portuguesa: pero no pudiendo armarse contra las indiscreciones de su lengua, tuvo la desgracia de ser tan débil como Sanson con una muger tan indigna como Dálila. La portuguesa oyó una noche que habia pronunciado algunas palabras, y á pesar de no haberlas comprendido, porque no entendia el inglés, conocia sin embargo que habia articulado agunas sílabas. Sorprendida de este milagro hizo cuanto pudo por que se repitiera, y habiéndose asegurado de ello, atribuyó este cambio á sus encantos. El charlatan á quien el médico se habia asociado, supo por ella misma esta aventura, y temiendo sus consecuencias avisó al médico. Ambos la ofrecieron grandes cantidades si prometia guardar silencio. Ella las aceptó, resuelta á violar lo mas pronto posible el juramento hecho.

Pronto se divulgó en Lisboa la noticia, y todo el mundo principió á mirarle como un impostor. Otros llevaron su credulidad hasta el estremo de figurarse que le habria sucedido como á otros muchos que van recobrando poco á poco el uso de la palabra. Si el inglés hubiera procurado sostener este error, le hubiera sido mucho mas ventajoso; pero no desconfiando completamente de la infidelidad de su amada, continuó haciendo el papel de mudo. Su osadia sirvió únicamente para aumentar la prevencion con que se le miraba, y algunos jovénes alegres de cascos decidieron hacerle hablar apoderándose de su persona y atormentándole. El trastorno y el susto que sufrió en aquel momento el inglés, no le permitió ocultar el pedazo de ámbar con puntas que dentro de la boca tenia, y dió lugar á que lo advirtiesen los jóvenes. Observado por estos, no permitieron que arrojara el pedazo de ámbar, y viendo que tenia puntas, le apretaron fuertemente las quijadas y así le tuvieron largo tiempo. Despues le dejaron dando gritos y desquitándose de todo el tiempo que habia guardado silencio.

A pesar de esta desgracia el médico encontró medio de sostenerse todavia por algun tiempo en Lisboa, y salir de esta capital con toda la fortuna adquirida. Los enfermos que dejó al borde del sepulcro no estaban en estado de poderse quejar á la justicia; y aquellos á quienes habia curado por casualidad, creyeron de su deber y por reconocimiento facilitar su fuga, con la cual logró trasladarse de nuevo á gozar tranquilamente el fruto de su industria.

CAPRICHO DE UN HOMBRE DE LETRAS.

Mr. Ravingthon, hombre instruido y de gran talento, vivió cincuenta y dos años, empleando en el estudio mas de veinte y cinco. Era tanta su asiduidad al trabajo, que todo el mundo esperaba de él grandes obras: era tanta su rigidéz, que no dejaba pasar nada sin una crítica escrupulosa, siendo mucho mas severo consigo mismo, hasta el punto de no esperar todos de él sino cosas perfectas.

Verdaderamente este rigorismo le obligaba muchas veces á hacer pedazos por la noche lo que habia escrito durante el dia; y sus numerosos amigos se lisonjeaban de poder examinar algun dia el fruto de tantos estudios, á lo cual contestaba Ravingthon con escesiva modestia.

Llegó el dia de su muerte y llamó á los que debian ser depositarios de su última voluntad; declarando entonces quienes habian de ser sus herederos. Como no habló de sus escritos ni de sus libros, le preguntaron si habia dispuesto ya de ellos.—Todavia no, contestó; á su tiempo dispondré.

Poco despues hizo traer á presencia de sus amigos sus manuscritos.

Los miró algunos momentos con ternura, y dijo despues tomándolos en la mano—«Estos han sido siempre mis mejores amigos, si merecen este nombre los que me han guardado siempre una gran fidelidad y me han proporcionado algunos momentos de alegria. Yo he encontrado un gran placer en reunirlos, en perfeccionarlos y ahora lo encuentro en verlos. Desde hace veinte años no ha pasado un solo dia sin que haya dejado de quitar ó añadir de ellos alguna cosa. No

quiero que lo que tanto he apreciado pase á otras manos que no sean las mias. Que me traigan fuego.

Sus amigos sorprendidos con tan estraña resolucion, dudaron un momento y no quisieron obedecerle. El les manifestó con amargura que le ofendian con no obedecerle.—¿Con qué derecho, les dijo, me impedireis que yo disponga de mis obras? ¿Por qué me quereis quitar el único consuelo que me queda al morir? Tened entendido que si la justicia me obliga á dejar mis bienes á aquellos que me sobrevivan, porque los he recibido de mis antecesores, no me impide que yo destruya lo que no tiene lazo alguno con mis herederos, en fin lo que me pertenece esclusivamente, porque yo lo he producido. Soy el dueño absoluto de ello como el cielo lo es de mi vida. Mi voluntad será respetada ó me quejaré hasta mi último suspiro de la violencia con que soy tratado.

Al pronunciar estas palabras con la mayor agitacion estrechó los libros entre sus brazos sin permitir siquiera que se leyesen los títulos, y protestó repetidas veces que nadie podria hacerle cambiar de opinion.

El temor de anticipar sus últimos momentos obligó á sus amigos á obedecerle. El fuego mismo consumió sus manuscritos y á las pocas horas Mr. Ravingthon murió contento.

A FERNANDO DE HERRERA.

SONETO.

Cercado de la noche silenciosa,
Sin percibir el temeroso oido
Mas que del corazon ténue latido
Que marca la existencia presurosa:
En el feliz momento en que afanosa
Busca la mente el estro concedido
Solo á los corazones que han nacido
Dotados de esa luz maravillosa:
No ambiciono de Creso las riquezas,
Ni de Alejandro la guerrera fama,
Ni del amor las plácidas ternezas;
Solo noble ambicion mi pecho inflama
Al admirar, Herrera, las bellezas
Que en cada verso tu saber derrama.

EDUARDO GASSET.

Octubre—1.°—1851.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

En tiempo de higos no hay amigos.



Giacomo Meyerbeer.

Madrid.—Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(El hombre de nieve.)

DOCUMENTO CURIOSO.

Cuando en el infeliz reinado de Felipe IV procuraba su desconcertado gobierno arbitrar medios para hacer frente á las grandes necesidades y apuros que él mismo habia creado, al tiempo que adoptaba las medidas mas empíricas, insuficientes y perjudiciales para conseguir aquel fin, trató el monarca de contribuir al desempeño del erario disminuyendo los gastos de su real casa y familia, y para ello expidió el decreto que por ser documento curioso copiamos á continuacion:

«El empeño en que hallé las rentas de mis reinos cuando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido despues acá con haberse acabado la tregua de Flandes y haber sido necesario crecer mis armadas por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia, y Alemania, y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno dellos la reformacion de los

gastos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, he tenido por conveniente empezar por mi casa, y asi he resuelto que se reforme en ella lo siguiente:

»Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna; pero queda asentado, que los que os sucedieren en el oficio de mayordomo mayor no hayan de tener mas de un quento de maravedís de salario, y los emulumentos que hoy gozais.

»Que de aqui adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que hay hoy nombrados queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emulumentos. Y los demas por haber ya empezado á servir lo continúen; pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escúsese el plato de manjar blanco unos dias, y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salario ni los otros, ni tampoco se ha de dar á otro ningun oficial de los que agora le llevan.

»Los gentiles hombres de mi boca han de ser cincuenta, y se han de ir consumiendo los que vacarán hasta quedar en este número: y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sean con licencia.

»Que haya cuarenta gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora hubiere mayor número se vayan consumiendo hasta quedar en este.

»Ha de haber dos *varlet servant* y no mas.

»Que no se añadan costilleres, y estas plazas han de quedar reservadas para los que salieren de pajes.

»Que haya veinte y cuatro pajes, que es el número que ha habido estos dias.

»Que en la paneteria haya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escediere desto en cualquiera manera. Y lo mismo se entienda respecto de los emulumentos que llevasen otras cualquier persona de este oficio.

»En la fruteria ha de haber un frutier y un mozo como en tiempo de mi abuelo y con los mismos salarios. Todo lo demas se ha de reformar, y las sesenta y ocho libras de fruta que se dá cada dia á diferentes personas por nueva introduccion.

»En la Cava se escusará el mozo entretenido y el aguador, y en su lugar podrá haber dos mozos que lleven á los oficios lo que fuese menester, y suplirán en las jornadas con gajes de entretenidos, y se escusará el vino de los almuerzos.

»El veedor de viandas no llevará de aqui adelante lo que llaman *frescos*. En la cocina se escusarán dos mozos: y de aqui adelante de dar plato á nadie, como no sea de camino.

»En el guarda-mangel se escusará lo que llaman frescos, y las raciones de las viudas y reservadas se reduzgan á cuatro ducados, y una hanega de trigo al mes. Y al guarda-mangel no se traerá mas ternera, que la que viene de Aranjuez: y cesará lo que hubiere añadido en las raciones.

»En la cereria se escusará un mozo, y el llevar el gefe la cera de las sobras por ser introduccion, y el sumiller de corps no lleve las setenta hachas que suele.

»En la botica se reduzgan al número de los oficios al tiempo de mi abuelo y el salario del boticario á cuatrocientos ducados, y los ayudas á doscientos, y los mozos á ciento.

»En la tapiceria se escuse un ayuda, y un mozo que hay ademas, y en vacando este oficio se junte con el de aposentador de palacio como solia.

»En la caballeriza será la reformacion, como tengo ordenado, que montará mas de veinte mil ducados.

»Gentiles hombres de mi cámara habrá ocho, y á este número se reducirán como fueren vacando; daránseles ocho platos de comida en su estado: y á los ayudas doce reales á cada uno cada dia, y quitarse de su estado.

»Al maestro de la cámara le cesarán los cincuenta reales cada mes de la ensalada y las conservas del dia de ayuno.

»Al contraloor, el fresco, la pasteleria, tocino, manjar blanco, ensalada y conservas y de camino se le darán dos asados, y un cocido y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

»Al grefier le cese lo que llaman *fresco* y entenderáse con Ramiro de Cabalza reservado.

»Con los médicos de cámara se escusen las colaciones de los dias de ayuno; y sangradores habrá solos dos con cien ducados de salario cada uno, y sin racion, y serán Lozano y Fuentes.

»Ugieres de cámara se reducirán á ocho como en tiempo de mi abuelo. Y los porteros de saleta y de palacio á seis.

»Los dos sota-ayudas de la furriera se escusarán, y los treinta maravedís que se dan cada dia á todos los oficios para leña.

»Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy ocho del libro y once de camino, se reducirán á cuatro del libro y ocho de camino.

»A la guarda de archeros se le añadió el año de 1589 setenta maravedis á cada uno con que tuviesen caballos: el año de 1600 se permitió que no los tuviesen sin quitarles los añadidos: reduciránse á lo antiguo, sino es en las jornadas, que llevarán lo que hoy, y quedo con cuidado de tener camino en jubilaciones, y á los que se jubilaren bastará darles tres reales cada dia.

»Al teniente de la guarda española, que tenia ducientos ducados al mes, se le doblaron, y al alferez se le añadieron quince reales, redúcirase esto á la primera cantidad.

»Los dos reales que se dan en la acemilera, á los recompensados será uno como solia.

»Los sueldos que hubiere duplicados se reformarán.

»Enterese con cuidado de que se paguen los salarios puntualmente para que gozándolos á su tiempo puedan comer con comodidad en lo mismo que sirven.

»Reducidas las cosas á este estado tendrán mejor disposicion para el egercicio de estos oficios; y se ahorra mas de sesenta y siete mil y trescientos ducados en cada un año, hareis que asi se ejecute. En Madrid á siete de Febrero de 1624. Al duque del Infantado.»

Copia de la órden, que S. M. envió al Sr. conde de Benavente mayordomo mayor de la reina nuestra señora.

«Habiendo mandado reformar mi casa cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas, y he ordenado lo siguiente:

»Que el gasto del estado de las damas se reduzga á seis platos á comer, y cuatro á cenar: pues de ordinario comen pocas en él y bastaran cuando fueran mas.

»A las dos criadas, que tiene cada dama se les dé racion cuatro panecillos, dos libras de carnero, y cuatro onzas de tocino, y á las de la cámara de la reina; lo mismo que se les dá á las del Infante mi hermano y á las unas y á las otras se les baje cuando van á la enfermeria: con que correrá todo mejor, y con mas comodidad.

»A vos se os dan un quento de gajes, y otro de estraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato; y monta de seis á ocho mil ducados: escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde de Alba de Liste, duque de Sesa, marqués de la Laguna; y en mi casa con el duque del Infantado, y marqués de Velada, y con vuestros sucesores se escusará tambien el un quento del estraordinario.

»Cesará el manjar blanco que se dá á los mayordomos, y no se hará sino cuando se hubiere de servir á la mesa de la reina; entonces se embiarán al estado de las damas dos platos.

»A las damas no se darán meriendas de la confiteria, y del guarda-mangel se podrán llevar algunas empanadas y fruta.

»Los criados y criadas de la reina, que son ciento y cuatro mas de las que tenia la reina doña Juana mi abuela se reformarán á aquel número como fueren vacando.

»Al contraloor grafier, y despensero mayor les cesará lo que llaman fresco.

»En los oficios de boca, se escusará el dar unos á otros para almuerzo lo que se ha introducido, y se quitarán los mozos entretenidos.

»Reducidas á este punto las cosas, tendrán el estado conveniente, y mi hacienda interesará en la casa de la reina mas de ochenta mil ducados. Y asi se ejecutará con mucha puntualidad. En Madrid á 7 de Febrero de 1624. Al conde de Benavente.»

Luis M. RAMIREZ y las CASAS-DEZA.

LAS MUGERES BLANCAS.

TRADICCION BRITÁNICA.

En muchas aldeas de la Cornouaille y del pais del Treguir existe una tradicion que es muy curiosa porque viene á renovarnos algunos recuerdos druídicos.

Los *disclocelerres* (narradores de cuentos) suponen que algunas encrucijadas de aquel pais son frecuentadas por unos graciosos fantasmas á que dan el nombre de mugeres blancas, pero cuya aparicion no es regular aunque puede conseguirse por algunos encantos, cuyos pormenores varian mucho y nunca son completamente esplicados por los narradores. Estas mugeres blancas dotadas por el demonio de un gran poder llevan en la mano una rama de roble ó yerba de la cruz (verbena) que presentan al que las encuentra ó las ha llamado: si este acepta, aquel talisman vivirá alegremente tantos años como hojas tenga la rama; pero al morir pasa su alma á ser presa del demonio.

Esta tradicion tiene un rasgo comun con la de la lew-drez; es en el fondo la misma creencia, aunque adornada con diferentes pormenores. ¿No vienen á recordarnos las mugeres blancas á las druidas, vestidas de blanco y con una superioridad y autoridad milagrosa sobre

los destinos de los hombres? ¿No es esta rama de verbena y de roble un rasgo marcado del culto antiguo en que estas dos plantas hacian un papel tan importante? El cristianismo no ha hecho mas que modificar los recuerdos. Las druidas estan representadas en los que tienen pacto con el diablo; la verbena y el roble son tenidos como mal talisman, y el favor que se pide á cualquiera de esas dos plantas es la causa de una eternal condenacion.



TEATRO DE MORETO.

Tan poco conocidas como las noticias biográficas de *D. Agustin Moreto y Cabaña*, son por su mayor parte sus apreciables obras dramáticas.—De aquellas ignoramos hasta el año y lugar de su nacimiento (aunque hay motivos para creer que fué en Madrid y á principios del siglo XVII), y solo se ha creido averignar que fué soldado, cortesano y protegido de los duques de Uceda y de Medina-Sidonia y del cardenal Moscoso, y que adelantado en edad y despues de una vida agitada, abrazó el estado eclesiástico como todos ó casi todos los célebres poetas contemporáneos, Lope, Calderon, Montalvan, Tirso, Solis, etc. Con este carácter fué durante los últimos años de su vida rector del Refugio de Toledo, en cuya casa inmediata, de su propiedad, vivió y murió en 1669, y en donde se conserva hoy su retrato; siendo sepultado en la parroquia de S. Juan Bautista, á pesar de haber dispuesto en su testamento *que se le diese sepultura en el pradillo de los ahorcados*, circunstancia misteriosa que ha dado lugar á los modernos eruditos á atribuirle la muerte dada en desafío al poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

En cuanto á su fecundo repertorio dramático (de que mas abajo damos una lista probable, entresacada de todos los Indices que conocemos de nuestro antiguo teatro), solo ocho ó diez producciones son conocidas hoy del público, y ocupan con preferencia la escena; pero ellas son tales que han bastado para colocar el nombre de Moreto en el primer rango de nuestro Parnaso, y aun atendidas las dotes especiales que las constituyen, de filosofía en el argumento, unidad en la accion, verdad y fuerza cómica de los caractéres, y correcta elocucion y poesía, acaso le hicieran obtener la palma entre todos nuestros primeros dramaturgos, si por otro lado no mediase la circunstancia de que este admirable talento, tan apto y propio para dar interés y conducir una accion dramática, renunciaba frecuentemente á la originalidad de sus argumentos, y solia valerse (sin duda para mejorarlos inmensamente) de los ya tratados por otros poetas.—A pesar de este achaque (que no le perdonaron y echaron frecuentemente en cara sus contemporáneos), la mágia de su talento, y el encanto de su estilo hizo olvidar bien pronto con su *Desden con el desden*, la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, y la de Tirso *Celos con celos se curan*; el *Rico hombre de Alcalá* enterró despues de heredarle, el *Infanzon de Illescas* del mismo Lope; *El licenciado Vidriera*, *El parecido en la Córte*, *El caballero*, *No puede ser guardar una muger*, *De fuera vendrá* y *Todo es enredos amor*, adquirieron en manos de Moreto una originalidad primitiva, una verdadera carta de naturaleza que hizo borrar completamente la idea de si alguna de estas preciosas creaciones debian su origen á otras plumas.—Sobre todo, en lo que ostentó Moreto su invencion propia, es en las comedias llamadas *de figuron*, en que superó sin duda alguna á las farsas de su contemporáneo *Moliere*; dotando á nuestro teatro este tipo original y altamente cómico, con su *Lindo Don Diego*, *La fuerza del natural*, *El marqués del Cigarral*, *El Licenciado Vidriera*, y otras, que ciertamente valen mas que *Le Bourgois gentilhomme*, *Les fourberies de Scapin* y *Georges Dandin*, y cuyo género produjo mas adelante entre nosotros *El dómine Lucas* de Cañizares, *El hechizado por fuerza* de Zamora, *El doctor Carlino* de Solis, *Don Lucas del Cigarral* de Rojas, y el *Castigo de la miseria* de Hoz y Mota.

Tampoco Moreto, como Lope, logró ver impresas en coleccion sus numerosas comedias; y aunque lo fueron las mas de las que comprende la siguiente lista, y han llegado casi todas hasta nosotros, fué en diversos puntos, incorrectas unas, mutiladas otras, y atribuidas algunas á distintos autores. Unicamente hemos visto formando coleccion de Moreto dos partes ó tomos, compuestos de piezas auténticas, la primera impresa en Madrid en 1677, y la segunda en Valencia en 1676. —Tambien se le dan, aunque no con tanta certeza, dos terceras partes ó tomos, impresos uno en Madrid en 1681 y otro en Valencia en 1703.

En la lista que hemos formado de todas las atribuidas á Moreto habrá sin duda alguna otra que esté repetida bajo diversos títulos, aunque hemos procurado evitarlo, suprimiendo, por ejemplo, el de *La tia y la sobrina* con que tambien es conocida la de *De fuera vendrá*; el de *El valiente justiciero* con que se designa el *Rico hombre*; el de *Diablo son las mugeres*, segundo título de *Todo es enredos amor*; el de *La fuerza del oido* que suele llevar tambien *Lo que puede la aprension*, etc. —Igualmente no respondemos de que haya algunas en que solo un acto ó dos sean de Moreto, pues se sabe que trabajaba muchas veces á medias con Cancer, Matos, Cubillo y otros; ni por último, que haya otras varias suyas que no hayan llegado á nuestra noticia, ni esten comprendidas en los Indices que hemos registrado. Todo ello podrá corregirse por los eruditos para dar mayor interés á este imperfecto trabajo.

R. DE M. R.

Comedias

ATRIBUIDAS A DON AGUSTIN MORETO Y CABAÑA.

Amor y obligacion.
Antes morir que pecar.
Antioco y Seleuco.
Aristómenes Mesenio.
Azote (el) de su patria.
Caballero (el).
Caer para levantar.
Cautela (la) en la amistad.
Cena (la) del rey Baltasar.
Cristo (el) de los Milagros.
Como se vengan los nobles.
Condesa (la) de Belflor.
Confusion (la) de un jardin.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Defensor (el) de su agravio.
Dejar su reino por otro.
Desden (el) con el desden.
Empezar á ser amigos.
En el mayor imposible nadie pierde la esperanza
Eneas (el) de Dios, y caballero del sacramento.
Engaños (los) de un engaño y confusion de un papel.
Escarraman (burlesca).
Esclavo (el) de su hijo.
Fingida (la) Arcadia.
Fingir lo que puede ser.
Fingir y amar.
Fortuna (la) merecida.
Fuerza (la) de la ley.
Fuerza (la) del natural.
Gala (la) del nadar.
Gran (el) palacio.
Hacer del contrario amigo.
Hasta el fin nadie es dichoso.
Hermanos (los) encontrados.

Hijo (el) de Marco Aurelio.
Hijo (el) obediente.
Industrias contra finezas.
Jueces (los) de Castilla.
La misma conciencia acusa.
Lego (el) del Cármen.
Licenciado (el) Vidriera.
Lo que merece un soldado.
Lo que puede la aprension.
Lindo (el) don Diego.
Marqués (el) del Cigarral.
Mas (los) dichosos hermanos.
Mas (la) verdadera copia del mejor original.
Mas (el) ilustre francés.
Mejor (el) amigo el rey.
Mejor (el) par de los doce.
Misma (la) conciencia acusa.
Negra (la) por el honor.
No puede ser guardar una muger.
Nuestra Señora de la Aurora.



(Habitantes de la villa de Batz.)

Ocasion (la) hace al ladron.
Parecido (el) en la córte.
Poder (el) de la amistad.
Premio (el) en la misma pena.
Primero es la honra.
Rica (la) hembra de Galicia.
Rico (el) hombre de Alcalá.
Rosario (el) perseguido.
San Alejo.
San Casimiro.
San Franco de Sena.
San Luis Beltran.
San Pio quinto.
Santa Rosa del Perú.
Satisfacer callando.
Secreto (el) entre dos amigos.
Siete (los) durmientes.
Sin honra no hay valentia.
Todo es enredos amor.
Trampa adelante.

Travesuras (las) de Pantoja.
Travesuras (las) del Cid, (burlesca.)
Travesuras son valor.
Traicion (la) vengada.
Yo por vos y vos por otro.

SAINETES Y ENTREMESES.

La campanilla.
El hijo del vecino.
Mariquita.
El retrato vivo.
El rey don Rodrigo y la Cava.
El rico y el pobre.
Los sacristanes burlados.

Habitantes de la villa de Batz.

La villa de Batz, situada en el departamento del Loira inferior, es la capital de los cantones de Salaus: todos sus habitantes se dedican á la fabricacion, trasporte y venta de la sal, su único ramo de comercio.

Los trages de estos descendientes de los sajones son raros en estremo; visten los hombres unos calzones cortos, anchos y plegados, y una porcion de chalecos de diferentes tamaños, y puestos de manera que cada uno permita ver la orilla del que esté debajo, y que es de diferente color; á esto añaden en los dias de fiesta una camisa con walona, un sombrero á la española y una capa parda ó negra.

Las mugeres velan sus largas trenzas con una cofia estrecha y plegada, cuyas puntas atadas bajo la barba flotan sobre los hombros ó caen sobre el pecho; un cordon liso separa y sujeta los cabellos sobre la frente; un corpiño que les llega hasta la barba, cerrándolas enteramente el pecho, se ajusta con una cinta bordada de oro, ó con unos galones cruzados de parte á parte varias veces; las mangas por lo regular son anchas y de color de violeta ó encarnadas; la cintura está ceñida por un ceñidor de tres ó cuatro dedos de ancho, y bordado tambien con ramos de oro ó de plata; un collar de encajes, una pañoleta con pliegues y unas medias encarnadas con bordados de color, completan estos lindos trages.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO VII.

La Muger.

Juguete es el hombre casi siempre de los objetos que le rodean, y juguete tambien de las quimeras que se forja su fantasía. Y es gran lástima que todo un hombre, rey de la creacion, sea juguete; y es mo tambien que sea juguete, porque un juguete de cinco pies y algunas pulgadas es un juguete demasiado grande para aplicado á ciertos juegos. ¡Mas cómo ha de ser! es el mundo un gran tablero de ajedrez, en el cual el hombre figura de rey, reina, torre, arfil, caballo ó simple peon, segun se colocan las piezas. Pero dejando el ajedrez, por mas entretenido que sea, tiempo es de ocuparnos de Luis.

Luis se habia engañado interrumpiendo su pensamiento al ruido de una falda de seda. Luis habia imaginado que abriéndose de par en par la mampara, iba á aparecer Magdalena acompañada de su madre; pero contra su halagüeña esperanza, apareció sola doña Micaela, querida esposa de don Blas. Esta señora se conservaba medianamente, á pesar de sus cuarenta años, y venia vestida con ese lujo provincial que se parece mucho á un altarito de *cruz de Mayo*. Inútil es decir que Luis se levantó, aunque contrariado, haciendo alarde de su cortesana finura; y que D. Blas procedió al momento á la doble presentacion que la entrevista reclamaba.

—Tengo mucho gusto en conocer á este caballero: dijo mi señora doña Micaela, dirigiéndose á Meneses, que solo deseaba saber por qué no habia venido Magdalena; pero que se inclinó con tanto respeto como un devoto ante la imágen de su devocion.

—¿Por qué no ha venido la niña? preguntó don Blas á su esposa.

Esta pregunta pareció tan oportuna á Luis, que estuvo á punto de abrazar á su futuro suegro, y quizás hubiera tenido la imprudencia de efectuarlo, si al levantarse no se hubiera enredado el faldon del frac en un palo roto de la silla. Esta detencion le hizo reflexionar, y se contentó con escuchar atentamente.

—Su amiga Sofía, repuso doña Micaela, se ha empeñado en que coma con ella, y como tú sabes que se quieren tanto desde el colegio, no he querido privarlas de esta satisfaccion.

—Has hecho bien: ¿pero á qué hora debo ir á buscarla? preguntó don Blas.

La traerán, despues que se concluya el teatro.

De buena gana hubiera Luis estrangulado á la amiguita que se atravesaba en su camino; pero como no la tenia á mano, creyó que lo mas prudente era aprovechar el tiempo captándose el afecto de los papás. Para conseguirlo, procuró adivinar los pensamientos de doña Micaela y su esposo, decirlos palabras agradables, no contradecirlos en lo mas mínimo; de modo que si, por una rara casualidad, en aquel momento hubiera surjido una diferencia cualquiera entre los esposos, la posicion de Luis hubiera sido desesperada, sin saber, ni querer, á quien debia adjudicar la manzana.

Iba á despedirse Meneses, despues de haber consagrado una hora á sus futuros suegros, cuando haciendo doña Micaela ese mohin que indica haberse olvidado de alguna cosa muy importante, dijo á su marido:

—He olvidado darte una noticia que debe agradarte muchísimo.

—Pues si no tienes inconveniente, aprovecha la ocasion; repuso don Blas.

—Tal vez mi presencia.... murmuró Luis, haciendo ademan de levantarse.

—Puede V. saberla, caballero: repuso doña Micaela, instándole á que se sentara.

—Pues apresúrate á decirla, porque francamente, has picado mi curiosidad: observó don Blas, evitando nuevos cumplidos á Meneses.

—Pues prepárate para disfrutar mañana temprano de tu diversion favorita.

—¿Tienes preparada una *gira*? esclamó don Blas alborozado.

—Lo has adivinado, amigo mio. Mañana pasaremos el dia en una casita de campo.

—¡Cuánto te agradezco la sorpresa, y cuánto el recuerdo....!

—Amigo mio, debes guardar la gratitud para otra persona.

—¿Para mi hija?

—No: debes guardarla para la amiga de tu hija.

—¿Sofía nos prepara un dia de campo?

—Sofía, que es sumamente amable, quiere obsequiar mañana á su compañera de colegio, dándole una *gira* en su casa de campo distante una legua de la ciudad.

—¿Y quienes seremos de la partida? insistió don Blas.

—Sofía y su familia; algunas amigas y amigos; nosotros, y este caballero si tiene á bien acompañarnos.

—Señora, tartamudeó Luis porque se tartamudea cuando se quiere rehusar lo que ardientemente se desea; yo recibiria un grandísimo honor acompañando á ustedes; pero como no tengo relaciones con la señorita Sofía, temeria abusar presentándome, y.....

—No busque V. nuevas escusas; interrumpió don Blas, que en tratándose de su diversion favorita era el hombre mas espansivo y obsequioso de las cinco partes del mundo; pues yo tengo bastante confianza para presentarlo á V. y á diez mas que fuera necesario.

—Si V. cree que no seré importuno, tartamudeó Luis otra vez.

—No hay importunidad que valga; mañana á la hora de marchar llamamos á V. y nos vamos juntos. A propósito: ¿qué número ocupa V.?

—El número 6 de este mismo piso.

—Está muy bien. Que no se duerma V. mañana.

—Descuide V., señor don Blas: no me esperarán ustedes ni un momento.

Luis creyó que habia llegado el momento crítico de terminar su larga visita, y se despidió, no escaseando ni saludos ni ofrecimientos. Don Blas le acompañó hasta el corredor, y doña Micaela no estuvo menos amable que su esposo.

Cuando el matrimonio quedó solo, la mitad bella dió rienda suelta á la femenil curiosidad, y preguntó al consorte, no dejándole ni el tiempo de sentarse:

—Blas, ¿quién es este jóven, á quien veo por primera vez en mi vida?

—Un caballero de Madrid, que se llama don Luis de Meneses; repuso el esposo al instante.

—¿Y qué es ese caballero? insistió doña Micaela, que no se contentaba con un nombre y un apellido.

—Un jóven que vive de sus rentas: contestó don Blas, no queriendo manifestar que no sabia lo que su muger creia necesario preguntarle.

—¿En dónde y cuándo viste á ese sugeto por primera vez?

Don Blas no se atrevió á echar una mentira directa, y que podia descubrirse muy fácilmente, y repuso, bajando los ojos, como arrepentido de la altivez que habia manifestado antes:

—Hoy, y aquí, querida Micaela.

—¿Y cómo habeis hecho relaciones?

—Supo don Luis que vivia en su misma fonda una familia española, y creyó justo visitarla.

—¿Son esos los motivos que te ha dado?

—Ni mas ni menos.

—¿Y tú no has sospechado nada?

—¿De quién, de don Luis? ¿crees por ventura que es un intrigante?

—No digo tal.

—¿Pues entonces por qué preguntas si he sospechado ó no?

—Te digo, Blas, que eres un topo: añadió doña Micaela, guiñando el ojo.

—Pues esplícate tú que eres un lince: repuso don Blas amostazado.

—Ese jóven, don Luis de Meneses, está enamorado.

—¿De quién?

—De nuestra hija.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; pero yo que soy muy lince, lo he adivinado.

—¿Pero de qué lo infieres?

—Del afan con que ha buscado nuestras relaciones.

—Bien puede ser: y ahora recuerdo...

—¿Tienes algun dato?

—Mas de uno.

—Pues dímelo.

—Me ha hablado con mucho fervor del matrimonio.

—Pues ya ves; hablar á un padre de familia con mucho fervor del matrimonio es poco menos que pedirle la mano de su hija.

—Tienes razon. Pero hay mas.

—Cuenta.

—Cuando entramos en conversacion, le pregunté que hácia donde se dirijia: me respondió que no tenia marcada ruta en su viage; pero al momento que le hablé del nuestro á Biarrist, manifestó grande entusiasmo por los baños, y se decidió á acompañarnos.

—¿Y no habias sospechado nada? ¡Cuando digo que eres un topo!

—No lo adiviné; lo confieso. Tú has tenido mejor olfato.

—Ahora dime, Blas: ¿Te parece que nos convendrá para yerno?

—Es un jóven fino, muy amable, no mala figura.....

—¿Pero tú crees que es hombre de buena fortuna: un tanto rico?

—¿Quién lo duda? Un hombre que viaja por puro placer y pasatiempo....

—Reflexiona, Blas, que muchos jóvenes poetas, pintores, ó cosa semejante, salen de la corte los veranos, y particularmente los primeros suelen no tener mas fortuna que los diez ó doce mil reales que invierten de acá para allá.

—¿Pero, Micaela, te parece que don Luis de Meneses tiene cara de poeta?

—Creo que no: pero sin embargo no estará de mas tomar informes.

—¿Te parece que escriba mañana á un amigo mio de Madrid, preguntándole quién es don Luis?

—Mejor será que lo hagas ahora mismo, porque mañana vendrás cansado.

—Tienes muchísima razon; y conviene saberlo pronto, no se encapriche la muchacha.

Don Blas coje papel y pluma, y doña Micaela se consagró á elegir los lazos que debia llevar á la *gira*.

CAPITULO VIII

El Teatro.

Francisco estaba acostumbrado á ser el agente secreto de las intrigas de su amo, y se consumia de impaciencia por saber lo que estaba pasando en la habitacion de D. Blas. Creia, y no le faltaba razon, que habia perdido sus funciones por haberse trasladado á Francia, cuyo idioma no conocia; y renegaba de los franceses, recordando todas las reyertas que con ellos hemos tenido desde Carlo-Magno á Napoleon, desde la irrupcion de Roncesvalles hasta la de los cien mil hijos de San Luis. Esta erudicion, inspirada por tan justo resentimiento, era absolutamente instintiva; pues Francisco no habia perdido sus mejores años estudiando crónicas y anales, porque una gitana le pr. dijo que llegaria á ser con el tiempo real académico de la Academia de la Historia.

Como la visita de Luis fué bastante larga, Francisco tuvo tiempo para renegar de los franceses, y para limpiar toda la ropa antes que volviera su amo: este se presentó radiante, y como no habia podido abrazar á su futuro suegro, abrazó á Francisco hasta el punto de sofocarlo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el criado, perdonando el fuerte apreton en gracia del honor recibido.

—¡Soy el mas feliz de los hombres! esclamó Luis alborozado.

—¿Ha visto V. á la señorita Magdalena? insistió el criado.

—No la he visto; pero la veré siempre que quiera, de dia, de noche, á todas horas.

—¿Se ha casado V., señorito? preguntó Francisco sollozando.

—¿Por qué me haces esa pregunta, majadero? repuso Luis con estrañeza.

—Como dice V. que verá á la señorita Magdalena de dia, de noche, á todas horas, y eso de ver de noche....

—¡Imbécil! He dicho que la veré á todas horas, en primer lugar, porque soy íntimo amigo de sus padres, y en segundo, porque vamos á viajar juntos, y á vivir juntos en Biarrist.

—Eso es otra cosa, señorito. Creí que se habia V. casado ya, y me dió una lástima....

—Pues si no te ha dado, que te dé; porque lo que yo mas deseo es casarme con Magdalena.

—Bien decia yo, señor, cuando decia que habia V. visto á esa señorita en mala hora.

—¿Callarás, Francisco?

—Como un muerto.

—Mira, mañana quiero levantarme á las cuatro.

—¿Se casa V. de madrugada?

—¿Te has vuelto loco?

—Puede ser.

—Mañana muy temprano voy á una *gira* con Magdalena y su familia.

—¿Y yo voy tambien?

—No.

—Pues voy á pasar un dia entretenido.

—¡Cómo ha de ser!

—¿Y dígame V., señorito, tiene capilla la casa de campo?...

Luis aplicó la punta del pié á su criado, cortándole así la pregunta: Francisco dió un salto, pero no desplegó sus lábios ni lanzó un gemido; Meneses sintió, como siempre, haber empleado las vias de hecho, pero, como siempre tambien, hizo punto final y pasó á tratar de otro asunto.

—Mira, Francisco, esta noche vienes conmigo al teatro: ya he mandado á un mozo de la fonda que nos traiga billetes.

Francisco habia olvidado el puntapié; pero sintió mucho que su amo le cercenára sus funciones, y mucho mas amostazado que cuando recibió la correccion, murmuró:

—Yo he buscado siempre los billetes, y nunca le han faltado á V.: como que conozco por sus nombres á todos los revendedores, y el Cojo, y el Andalucillo, y el....

—Pero hombre, por Dios! ¿Olvidas que estamos en Francia?

—Es verdad: murmuró Francisco; y añadió entre dientes: ¡Maldito país! no puedo entendérmelas en él ni con los vendedores de billetes.

Luis, que habia estado paseándose durante el diálogo anterior, se acordó del consejo del sábio, y se recostó en un sofá: momentos despues le trajo el mozo de la fonda dos butacas de tercera fila. Meneses pidió la comida, se la sirvieron en su cuarto; despues de comer se vistió con el mayor esmero, y acompañado de Francisco tomó el camino del teatro.

Entraron en el coliseo momentos antes de empezar la representacion, y naturalmente lo encontraron lleno de gente; sin embargo, ocuparon sus localidades, aunque no sin algunos obstáculos, y se levantó la cortina. Francisco estaba loco de contento: la sala no tenia nada de notable; y cuanto mas la examinaba, tanto mas se alegraba de poderla comparar con otras que habia visto en España, sin que sufriera su patriotismo ni la mas lijera humillacion. Luis conocia perfectísimamente cuanto su criado examinaba, y por lo tanto, sin cuidarse del ornato ni arquitectura, solo pensaba en Magdalena. La buscaba por todas partes, como un piloto en la borrasca á la estrella que ha de ser su guia; pero Magdalena no aparecia, como no fulgura la estrella tras las nubes tempestuosas. ¿En dónde estará? se preguntaba, como si pudiera responderse lo que tanto ansiaba saber. ¿Si no habrá venido? añadia; y se consolaba mirando algun palco desocupado. ¿Si no vendrá? pensaba alguna vez; y se consumia de impaciencia. Pocas personas saben esperar sin aburrirse; los amantes prefieren no tener ni la mas remota esperanza á que se prolongue la que halagan.

—Mira, Francisco, dijo Luis inclinándose hácia su criado, si descubres á la señorita Magdalena.

—¿Hácia donde debo mirar? preguntó Francisco.

—Hácia los palcos, repuso Luis, mirando él con mas ansiedad.

Francisco miró hácia los lados; y como tenia que incomodarse mucho para recorrer el semicírculo, se puso de pié, dando la espalda al escenario. El caballero que se encontraba á espaldas de Francisco, cuando este las daba al público, no quedó muy gustoso de un cambio que le impedia ver la funcion, y dirigió la palabra al criado, rogándole que ocupára su puesto. Hablar á Francisco en francés era lo mismo que no hablarle, y como no habia exam nado bien los palcos opuestos á la escena, continuó de pié, sin hacer caso de la indicacion del caballero. Este pasó de las palabras á los hechos, y tiró á Francisco fuertemente del brazo. Francisco entendia como el que mas el lenguage universal de los signos, pero no permitia que nadie le tocára al pelo

de la ropa, á no ser su amo; é irritado de que un francés estuviera en comunicacion con las mangas de su levita, cogió el cuello de la de su adversario, y sin la instantánea intervencion de Luis, hubiera tenido la policía que tomar cartas en el negocio.

Se sentó Francisco echando pestes contra los franceses, y no muy satisfecho de su amo, que le habia impedido llevar las vias de hecho mas lejos; y no teniendo otra cosa que hacer, se dedicó á ver el espectáculo. Representaban casualmente la obra inmortal de un grande hombre, Fedra, pero Francisco solo oia la monotona canturia con que los actores franceses declaman siempre la tragedia, y encontraba mas exajerada la mímica no sabiendo su esplicacion. Cansado de oir y de ver, sin comprender una palabra, ni poder esplicarse un gesto, tiró á Meneses de la manga, y le dijo:

—¿Están locos todos esos cómicos, ó qué tienen que yo no los entiendo una palabra?

—Los actores franceses declaman asi la tragedia; y cuesta trabajo entenderlos, aun hablando bien el francés: le respondió Luis, que no estaba mas gustoso que su criado.

—¿Segun eso yo no entenderé ni una palabra?

—Ni una.

—Diga V., señor, ¿los cómicos franceses que quieren llevar á Madrid, representarán como estos?

—Ni mas ni menos.

—¿Y representarán en francés?

—Está claro.

—¿Y entonces qué gusto vamos á sacar los españoles de oir lo que no entendemos?

—Pregúntaselo á los que tienen el proyecto.

—Pues con mi dinero no comerán los señores cómicos franceses.

—Ni con el de nadie.

—Pues si dicen que van á llevarlos este invierno!

—Lo mismo dijeron el pasado y el anterior; pero *del dicho al hecho hay gran trecho.*

Concluyó el primer acto: Luis se levantó para ver si conseguia descubrir á la encantadora Magdalena; pero fueron vanos sus esfuerzos, y solo le queda la esperanza de verla aparecer en un palco de la derecha del proscenio, único que quedaba vacío. Se levantó por segunda vez la cortina: los espectadores estaban fijos en la escena, Luis en el palco desocupado, Francisco dormia profundamente. De improviso se estremeció Meneses, como si acabara de sentir el contacto de una culebra; acababan de abrir la puerta del palco de sus esperanzas. Entró primero una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años; tras ella una jóven que podria tener veinte y cinco, lijeramente corcovada, de facciones mal proporcionadas, y de una palidez verdosa, que parecia indicio de una arraigada enfermedad. A esta jóven siguió otra jóven, que parecia de menos años, aunque quizás tenia los mismos, bastante linda, pero con una belleza enteramente parisiense. A esta jóven siguió un caballero de sesenta años, que llevaba en el ojal del frac la rosa de la legion de honor. Tras este último personage se cerró la puerta: Luis ahogó un suspiro y se llevó las manos á los ojos, como queriendo retener su desvanecida esperanza.

Pasados algunos momentos, alzó Meneses la cabeza, y tuvo el valor necesario para fijar de nuevo sus miradas en el palco, que lo habia engañado tan cruelmente. ¡Cuánto odio sintió hácia las personas que lo ocupaban! Llamó á la señora una Quimera, á la jóven pálida una Harpía, al caballero un Hipopótamo, y á la graciosa parisiense, no encontrando mote que ponerla, la llamó fea, que es el mas horrible de los motes.

Victima de su mal humor, se incomodaba Luis por todo. Le fastidiaban los actores, le aturdian los aplausos, y hasta el pacífico sueño de Francisco, que por primera vez en su vida dormia sin roncar, le fatigaba. Como no podia aniquilar á los primeros, ni suprimir los segundos, se contentó con ocuparse del tercero, único que estaba á su alcance.

—Despierta, Francisco, y levántate: le dijo, parodiando un dicho de san Pedro.

—¿No vamos ya? murmuró Francisco, levantándose atolondrado.

—Sí: repuso Luis secamente; y echó á andar delante del criado. Francisco, aunque no dormia mal en la butaca, pensó que lo haria mejor en el lecho, y siguió á Meneses muy contento.

(*Continuará.*)

Juan de ARIZA.

A la señorita doña Carolina Coronado.

Al verde pié de la Nevada Sierra
Altivo nace el Dauro,
Oro sembrando en la encantada tierra,
Coronada la sien de fresco lauro:
Cruza veloz por la imperial Granada,
Halla al Xenil, le abraza como hermano,
Y en busca van del Bétis soberano.
En tanto el sacro rio
El régio alcázar plácido refleja,
A la sombra de palmas y laureles
Que pueblan los vergeles;
Y sintiendo en su espalda el peso grave
De la opulenta nave,
Ensancha su corriente
Y hunde en el mar la entumecida frente.
Humilde Guadiana
Bajo la tierra tímido se oculta,
Y cual temiendo su enemiga suerte,
De la Mancha en los campos se sepulta;
Mas nuevo aliento recobrando en breve,
El estremeño suelo fértil riega;
Y cediendo al impulso que le mueve,
Hasta llegar al Ponto no sosiega.
De laurel una rama flotar veo
Sobre su clara linfa,
Que el mismo dios Apolo
Ciñó á la sien de encantadora Ninfa;
En tanto que las Musas soberanas,
Al escuchar la célica armonía,
Su nombre llevan desde polo á polo
Y el coro ensanchan de las nueve Hermanas.

Francisco MARTINEZ de la ROSA.

PARALELO

ENTRE LOS CUMPLIMIENTOS Y LAS PALABRAS DE BUENA CRIANZA.

Estábamos en el comienzo del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro, y serian como las siete de una muy fria madrugada, cuando me despertó un furioso sacudimiento de la campanilla ética que servia de llamador en mi cuarto de la calle de la Cruz.—«En teniendo casa propia, dije entre sueños, haré quitar de noche la campanilla y señalaré sobresueldo al portero para que me libre de importunos.»—Dije, y dí un vuelco para conciliar de nuevo el sueño. ¡Que si quieres!... Seguia el repique, y siguió mas de tres credos acompañado del rechinamiento del muelle de acero que comenzaba á destrozarse. Todo en vano: mi regañona huéspeda, su macilenta hija, el gallego y la criada dormian como los siete famosos, y campanillear en aquellas horas era predicar en desierto. Impacientóse el de afuera y acompañó los agudísimos acentos del esquilon con sendos golpes de baston. La constancia de aquel hombre me interesó, y perdonándole su tenacidad en despertarme, hícele súbito coro con el llamador de mi alcoba y con voces cuya entonacion llegó hasta el punto mas alto que mis pulmones calzan. Conoció el viniente la importancia del refuerzo, y redobló tanto el acompañamiento de ariete, que me temí verle entrar por la brecha.

—«Van: gritó al fin la zaragozana con el modo mas indigno que hallar pudo en su desvergonzado vocabulario.

Se hizo esperar largo rato, y al cabo de él se presentó ante mí amarilla y descompuesta como una escarola.

—«Que llaman,» le dije, sin querer verla ni oirla.

Ya renovaba el fuego el forastero, y acudió atribulada á la rejilla temiendo por la puerta y por el tabique.

—«Oiga V.; esta no es hora de venir á ninguna casa decente, ni esos son modos de llamar.»

—«Perdone V., señora, y buenos dias le dé Dios; pero hace hora y media que comencé á llamar con moderacion: abra V., que es gente de paz.»

—«¿Pero quién es V. y qué busca á estas horas?»

—«Quiero ver á mi paisano, que anoche me dijeron que paraba aquí.»

—«Bien podia haberle abierto á V. don José... esta casa es un infierno... dígame V. su nombre.»

—«Antonio Buenaño es mi gracia para servir á Dios y á V.

—«Abre corriendo, Pilar,» grité.

Pocos momentos despues con las chinelas sueltas, en ropas que no mencionaré, con la cinta del llamador liada al brazo estrechaba yo respetuosamente á don Antonio Buenaño y Fernandez.

Mientras con permiso de mi paisano me visto y aderezo, voy á hacerte, lector carísimo, el retrato del madrugador recienvenido: es un tipo que se va perdiendo y cuya figura es útil conservar para honra de nuestros mayores y vergüenza nuestra.

Rayaba en los cincuenta años; alto, enjuto, brioso, bien proporcionado, trigueño de color y los cabellos casi plateados, el rostro sano y libre de esos trazos ridículos que llamamos patilla, perilla ó bigote, grande la boca, aguileña la nariz, lo cual daba á su rostro cierta severidad que suavizaba la espresion franca y tranquila de sus ojos y su espaciosa y serena frente no arrugada por los sinsabores de una vida borrascosa.

Don Antonio era de un pueblo agrícola, cuyo nombre no es del caso: allí habia pasado toda su vida, allí habia construido una capilla para que reposasen sus cenizas, y plantado doce mil olivos para que sus hijos recogiesen el fruto: claro de luces, instruido sin maestros, religioso, recto, pero con la independencia del hombre que ha amasado su fortuna con el sudor de su frente, era un hombre honrado segun la verdadera significacion de esta frase. Amigo antiguo y leal de mi padre, consejero obligado en nuestras faenas de labor, con el granero y las dehesas abiertas para toda urgencia, dispuesta siempre su casa para hospedarme en ferias y travesías, elector, y elector influyente, inútil es decir que merecia ser obsequiado.

Así fué: despachados sus asuntos, pues solo por asuntos urgentes hubiera él dejado casa y hacienda, le acompañé á visitar todo lo que los madrileños llaman notable, y por cierto que de tan penosa tarea quedé sobradamente recompensado. Don Antonio Buenaño era la personificacion del *sentido comun*, y no puedes suponer, leyente amigo, cuántas observaciones nunca oidas hizo sobre la *córte de locos* como él decia. Ageno á nuestras pasiones, á nuestros sueños, á nuestras preocupaciones artísticas y científicas, creyente y hombre de bien, me abrumaba con sus preguntas y mas con sus respuestas. Algun dia he de contarlas todas, y creo que serán de provechosa lectura; por hoy quiero decir solamente un paralelo que hizo entre los *cumplimientos* que usamos en Madrid *en la buena sociedad*, y las palabras de buena crianza como se llaman en su pueblo las fórmulas del trato cuotidiano de las gentes.

—«Se encuentran dos entecos, decia, de estos que parecen gato escaldado.—«*¿Cómo vá?—Bien: gracias.—Gracias: y Luisa?*»—*A los pies de V.: gracias.*—«*Adios*» *(una cortesía)*.

—«¿Dime tú qué es lo que esta algarabía quiere decir? ¿Quién va, ni quien viene? ¿O he olvidado yo la gramática que aprendí en la escuela? El ir ó venir ¿qué tiene que ver con el estado de la salud física y moralmente que es lo que se desea saber? ¿Pues dónde me dejas la familiaridad con que nombran á la muger agena, siquiera sea una ochentona y la sandia contestacion de *¡gracias! ¡á los pies de V.!*—Nosotros allá que no gastamos *cumplimientos*, decimos. —*¿Esta V. bueno?—Sí señor, estoy para servir á V.—¿Y la esposa?—Buena gracias á Dios*:—Esto es castizo, es espresivo, y lleva el sello de la religion que nos enseñaron nuestros padres: tú no le das importancia como no se la damos á la *salve* que es una oracion llena de ternura, por decirla diariamente.»

—«Don Antonio, le contesté, eso queremos decir por aquí; pero los ingleses que es gente muy ocupada han sincopado las frases y...»

—«Buena será allí la razon, si puede haber alguna para informarse de prisa del estado de un amigo; pero si aquí no haceis nada! ¡Si la índole de nuestra índole no permite esas síncopes!—¡Mucho me temo de que se quede la pobrecita sin vida con muchas síncopes de esas!—Y lo peor es que vais perdiendo los sentimientos.»

«Llega un pobre y le contestais.—*No llevo: ¡qué fastidio!—Vaya usted á San Bernardino! ¡Qué policía!*—En mi lugar, al desvalido se le dice al menos con buen modo.—*¡Hermano, perdone V. por Dios!* Se muere el padre, el hermano y decis.—*Le doy á V el pésame.*—Allí hay palabras de consuelo y de religiosa conformidad.—*Acompaño á V. en su justo sentimiento.—Dios le dé á V. salud para encomendarle á Dios.*—Una madre os enseña su hijo con esa dulce satisfaccion tan pura y tan natural y quedais muy satisfechos murmurando.—*¡Qué bonito!*—Entre nosotros, gente sin educacion, se añade.—*Dios le bendiga! el señor lo libre de mal!*—Vosotros los cultos y civilizados cruzais un camino solitario, tiritando de miedo y de frio, y no teneis una palabra en vuestro repertorio ridículo para saludar al pobre traginero á quien tal vez dentro de una hora vais á deber hacienda y vida: él por lo contrario tocando respetuosamente su sombrero dice.—*Dios guarde á la buena compañía.—Queden VV. con Dios, caballeros.*

Llega la noche, y al encenderse las luces sentimos todos alegría en el alma: nosotros decimos.—*Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.—¡Buenas noches, caballeros!*—Y todos contestan.—*Por siempre sea alabado y bendito: buenas noches nos dé Dios.*—Pero me olvido de que vosotros sois tan sábios que no creeis en la religion católica, apostólica, romana: la religion, todo lo mas, es una preocupacion buena para moralizar á las *masas! ¡já! ¡já! ¡já!*—Vosotros sois filósofos y por eso ejerceis la virtud; no es mas sino que los *virtuosos* entre vosotros son los que entienden de música, y para nosotros son *los que aman á Dios y á sus semejantes como á sí mismos.*»

—«A tal altura eleva V. la cuestion que no puedo contestar.»

—«Y con decir estas verdades amargas me olvidaba de lo mas ridículo, de vuestros cumplimientos para ofrecer la comida.—*¿V. gusta?—Gracias.*—¿Es este otro síncope? ¿Qué es lo que voy á gustar? y aunque guste, es decir aunque tenga disposicion para saborear la comida (que es lo que parece que significa vuestro cumplimiento) gustar es ofrecer? Así es que poneis á uno en el despeñadero de contestar que carece de gusto y que por ello no se sienta á la mesa.—Pues y el *gracias*? ¿Quién las hace? ¿Quién las tiene?—En la tierra habrás oido estas espresivas palabras.—*Venga V. á comer.—De salud sirva.—Que aproveche.....*»

Aquí llegábamos de la conversacion, cuando fué preciso separarnos, y en verdad que estuve largo rato pensando cuán ciertas eran las observaciones de mi paisano. Las graves salutaciones de nuestros padres se van trocando en frases insulsas que escarnecen el idioma y que revelan nuestra falsa cultura, nuestra miserable incredulidad. Esto no quitó para que dijese al *Adios-bien-gracias* al primer amigo con quien tropecé. Tan cierto es aquello de

Video meliora proboque, deteriora sequor.

J. JIMENEZ-SERRANO.

Aforismos.

(Véase el SEMANARIO de 4 de mayo.)

ARTE DE LA VIDA.—EL HOMBRE INFERIOR.

I.

Si te haces gloton, la cosa en sí no es mala, llenas tu naturaleza, desarrollas tus fuerzas digestivas, te procuras un placer que aumenta de grado en grado; hasta puedes hacerte un Poder gastronómico, y fundar en ello en casos dados una gloria relativa y un arte. Pero tú eres limitado, eres la limitacion misma; solo sostienes por igual tu Hombre (la idea humana que realizas con libertad en el tiempo) á fuerza de relaciones y de condiciones; la comida para la salud, la salud para la actividad, la actividad para la Inteligencia y la Habilidad; la Inteligencia para la Humanidad. Si haces asiento en alguno de estos fines olvidando la Relacion, serás el Hombre de aquel solo fin, mientras lo fueres; por ejemplo, serás el Hombre del Vientre, pero entre tanto no serás el Hombre del Corazon ni el Hombre de la Cabeza, mucho menos el Hombre relativo ni el *Hombre humano*. Todos estos Hombres perderán tanto cuanto crezca el que tú favoreces en tí (tu Pasion). Con el tiempo se hará un Hombre fuerte, que volverá á tí aunque tú no lo llames, te perseguirá aunque tú huyas de él (como en el Espacio te persigue un enemigo con el puñal levantado)....¡Ahora que lo puedes contemplar de lejos, elige de una vez, y habiendo elegido no mires atrás en tu camino!

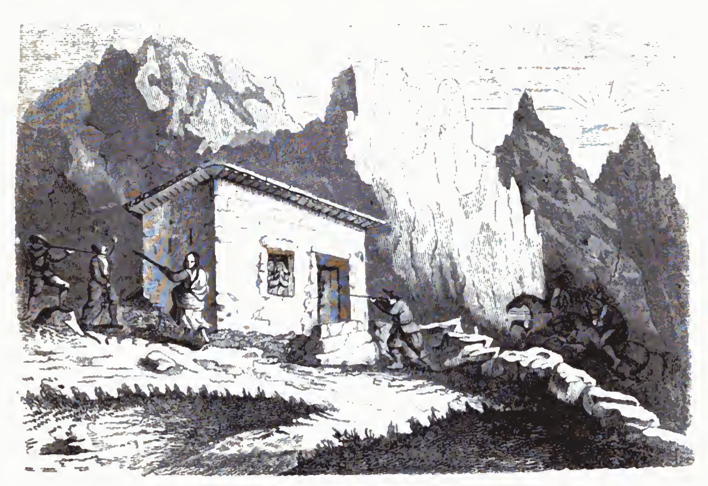
II.

Lo mismo digo si eliges un hombre ideal abandonando la Relacion; el resultado será el mismo, aunque de aspecto contrario. ¿Qué mejor hombre en particular que el Místico? Sin embargo, desde que olvida el Hombre relativo, contémplalo cómo camina triste, desabrido, buscando la soledad, socialmente inútil, deseando dejar la vida y atestiguando el pecado habitual en que vive desde que pretende igualarse en lo absoluto á Dios, creando un Despotismo moral dentro de sí y á su alrededor. Este Hombre no quiere reconocer que debajo de Dios y en el mundo divino el Hombre es Hombre relativo y condicional tanto como es propio, y solo mediante el primero sostiene el segundo su propiedad y su libertad.

11 de Julio.

JULIAN SANZ DEL RIO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(La Peña Sacra.)

EL HOMBRE DE NIEVE. [1]

La infancia es en todas partes y siempre la edad feliz de la vida; todas las estaciones, todas las latitudes la convienen y la pagan el tributo de placeres. Observad, en medio de los horrores del invierno, á esos pastores suizos: durante la noche ha caido una abundante nevada, de modo que les ha llegado la felicidad mientras dormian; por la mañana han pisado la blanca alfombra para dirigirse á la escuela, y ¡cuántas distracciones, cuántos cuchicheos durante la clase! Han leido al revés las páginas del libro, se han equivocado en las cuentas, han echado en las planas borrones sin cuento.... porque solo pensaban en la gran cuestion del dia, en el proyecto meditado para la hora de la salida, en la construccion del Hombre de nieve. Nunca les han parecido tan largas las horas.

El maestro por fin licencia su impaciente tropa; todos se agrupan á la puerta, todos corren, todos gritan: «Aquí.... allá.... no.... mas abajo....» Entre tanto la nieve ha adquirido consistencia, y sin embargo los muchachos necesitan su punto de apoyo para modelar el gigante: elijen pues un sitio á propósito para arrimarlo á la pared, y sin perder momento comienza la faena. Recogen nieve, la empelotonan, la echan á rodar y la reunen; la base va elevándose poco á poco. Una madre y varias hermanas los observan, y se rien del que sopla sus entumecidas manos ó levanta una pierna embotada. Allí no hay otros espectadores que animen á los operarios con sus elogios ó sus miradas, y á pesar de todo, cuanto mas adelanta el trabajo, mas se escita el ardor de los escultores.

Pero las dificultades son inmensas cuando se trata de colocar una cabeza sobre aquellos miembros enormes. La cohorte se prepara á tomar carrera, y aprovecha la disposicion del terreno para saltar por detrás hasta los hombros del Goliat: por último se modelan gradualmente el pescuezo y la cabeza, y es de ver el empeño y la barahunda que se arma sobre quién *hará los ojos* al Ogro y la boca de Gargantua que debe caracterizarlo: la construccion de la nariz de troncho de col es materia de reñidas disputas.

La escoba que ha servido para reunir los materiales destinados á la obra, se convierte en insignia del muñeco descomunal, porque es imposible que viva hecho un haragan ó un perdulario, sin oficio ni beneficio; tendrá por lo tanto en lo sucesivo el cuidado de las veredas que conducen á la aldea.

Su cabeza aparece cubierta con una banasta, y las carcajadas estallan á derecha é izquierda, al verle ostentar con grave y severo continente aquel sombrero burlesco. Como personaje frio, benigno y manso, permite que se tomen con él las mayores libertades, aguantando con paciencia que el mas pilluelo y atrevido de todos le adorne la frente con una rama de acebo, emblema irónico y mentido, porque no existe en el mundo grandeza tan pasajera como la del Hombre de nieve. Si sale con bien de los destructores caprichos de aquellos mismos que lo han formado con sus propias manos, no resistirá, de seguro, á las brisas de la primavera;

Pues su duracion es breve
Aunque le cuentan eterno,
Y vive... lo que la nieve...
El espacio de un invierno.

Acerca del hombre de nieve se citan muchas leyendas en el pais de los lagos y de las montañas. Hé aquí una muy en boga en L..... al pié de los altos Alpes.

Varios aldeanillos, como los nuestros, habian construido su coloso, y ya se preparaban á ponerle un ramillete descomunal, cuando pasó por allí la vieja Lisbeth hecha una rosca con el peso de un enorme haz de ramas secas. Mucho le habia costado reunirlo, porque no habia cesado de nevar, de modo que lo que causaba el placer de los muchachos habia costado no pocos suspiros á la pobre viuda.

Al pasar dirigió una mirada al mónstruo, y reparando al mismo tiempo en el nieto de una de sus amigas, ya difunta, le dijo:—¿Qué fantasma es ese que teneis ahí, amiguito Frantz?—A lo que el chico contestó con desparpajo:—tia Lisbeth, es vuestro marido que viene á buscaros.—¡Ojalá! repuso la vieja entre las risotadas de los muchachos. Pero cuando hubo cesado el barullo, Lisbeth, que se habia detenido delante de Frantz, le dijo con acento cascado y tembloroso:—hijo mio, acabas de ofender á una pobre anciana, y ella no solo te perdona, sino que pide á Dios que tambien te perdone. No juguemos sin embargo con la muerte, pues si bien puedo ir á reunirme con mi querido Sigrist antes que se derrita vuestro Hombre de nieve, no soy aquí, por desgracia, la única á quien amenaza la muerte. Dios os conserve á todos: entre tanto, adios, hijos mios; sed prudentes y regocijaos.»

Un silencio profundo acogió las palabras de la buena muger, y el

(1) Véase la lámina en el número anterior.

strépito y la algazara solo comenzaron de nuevo mucho despues que la vieron alejarse. Pero Frantz tenia ya remordimientos, y así fué que no volvió á reirse ni á alborotar y se retiró antes que todo.

A decir verdad, las palabras que habia pronunciado no eran propias de su edad ni de su carácter, de modo que él mismo se admiraba de lo que habia dicho. No parece algunas veces sino que un demonio se apodera de nosotros y nos gobierna. Nos agitamos, hablamos como si estuviésemos sometidos á una influencia diabólica, y cuando recordamos nuestras faltas, creemos soñar. Y con todo el mal está ya hecho y tenemos que aceptar la responsabilidad, porque ningun corazon noble puede permanecer tranquilo, ni descansar en esta escusa: «el demonio me ha tentado.» Sin saber Frantz profundizar estos misterios, se reconocia culpable, y estuvo pensativo toda la tarde en un rincon del hogar.

Su madre, la compasiva Margarita, que no tenia mas hijos, le observó silenciosa y dedujo que le aquejaba algun cuidado; pero á todas sus preguntas respondió él con viveza:—«Madre, pido á V. por favor que me despierte mañana antes de la hora acostumbrada, porque tengo que cumplir un deber antes de ir á la escuela.—Y como despues de esta peticion vió Margarita que su hijo tornaba á su anterior alegría, no formó empeño en saber cuál era la ocupacion á que queria entregarse por la mañana.

Al dia siguiente, en vez de necesitar que le llamasen varias veces, segun costumbre, para levantarse, lo hizo de un salto, se vistió al momento y salió de su casa. Habia caido otra nevada durante la noche, y los caminos estaban intransitables.—Tanto mejor, dijo el hijo de Margarita, pues mi cansancio será mayor, y á fé que merezco ser castigado; ademas, estoy seguro de que con este tiempo no podrá hacer Lisbeth lo que yo me propongo.

Y una hora despues, Frantz, cargado con un haz de leña que habia juntado en el bosque inmediato, entreabria la puerta de Lisbeth y decia á esta, al paso que colocaba su carga en la cocina:—Os traigo leña, porque el tiempo está muy malo y no podeis salir.—En seguida se retiró sin dejar á la vieja el tiempo necesario para divisar á su favorecedor.

Pero habia reconocido su voz, y ademas tenia demasiada esperiencia y penetracion para dejar de adivinar que el que la servia entonces, era el mismo que la habia insultado el dia antes. Despues de la falta llegaba el arrepentimiento. Lisbeth, por consiguiente, no dudó de que fuese Frantz su proveedor de leña.

Volvió á abrirse la puerta á la siguiente mañana; depositaron otro haz en la cocina, pero nadie pronunció una palabra.—«El es,» dijo la vieja proponiéndose estar al acecho en lo sucesivo. Frantz sin embargo fué mas listo, porque mientras la viuda retiraba del fuego la leche hervida, arrojó el haz y huyó antes que ella pudiese verlo.—¿Cuándo acabará esto? murmuró al fin tan asombrada como agradecida.

Al cuarto dia consiguió por último sujetar al traviesillo, que forcejeaba como un desesperado.—Entrarás, le dijo, ó de lo contrario no quiero tu leña, ya que no admites las gracias. ¿Qué quiere decir esto? añadió, teniéndolo ya seguro.—Que necesito perdon, madre mia.—Ya lo tienes, desde que soltaste ayer aquellas palabras. ¿No te lo dije?—¿Y estoy seguro de que Dios tambien me perdona?—¿Crees que no es tan bueno como yo?—Le creo mas justo, madre mia.—Pues yo te digo que tu leña pesará en la balanza mas que tus palabras.—Y con todo son para mí una carga mayor que las que he traido á V. estos dias.—Vete tranquilo, hijo mio: cuanto mas sincero es el arrepentimiento, tanto mas asegura la gracia.—Pues bien, madre mia; hasta mañana.—No, querido; no quiero mas: basta con lo que has hecho.

Frantz se sonrió al salir, é hizo una seña á Lisbeth como dando á entender que la desobedeceria. Sin embargo, no volvió al otro dia, y la vieja no pudo menos de sorprenderse, pues ya contaba con que su amiguito persistiria en su propósito de llevarla la leña. Queria saber el motivo de su falta, pero al mismo tiempo dijo:—Si trato de informarme, le daré á entender que le esperaba.—Esta consideracion la contuvo y no salió de casa en todo el dia.

Al siguiente tampoco se presentó Frantz: el tiempo á la verdad era horrible, pues soplaba un viento furioso y caian torbellinos de nieve.—«Nada de esto le ha detenido,» pensó la buena muger, y estuvo esperando el instante en que una clara, como suele decirse, la permitiese ir á saber noticias. Al anochecer se aumentó su inquietud, cuando vió pasar al padre de Frantz apresurado, en compañía de un hombrecillo rechoncho y barbudo, á quien la pobre Lisbeth conocia demasiado.

—Algun enfermo hay en casa de Matías, murmuró, puesta de codos en la ventana. ¿Habrán llamado á Juanillo para algun cuadrúpedo ó para algun cristiano? ¡Dios quiera que no entreguen el cuerpo de Frantz á ese charlatan! Porque sabe echar una herradura á un caballo y sangrar una vaca, se empeña en curar al género humano. ¡Ah, pobre Sigrist! Si no hubieras hecho caso de sus remedios, estarias hoy entre los vivos.

Despues de hacer estas reflexiones, salió Lisbeth de su casa y se fué, no sin trabajo, á la de un vecino, con el objeto de averiguar positivamente lo que acontecia en la de Matías. Sus temores eran demasiado fundados, pues Frantz se hallaba enfermo y Juanillo debia ser su médico. La buena muger no pudo contenerse, y á pesar de que el piso de la calle era pésimo, echó á andar hácia la habitacion de Matías: apenas podia sostenerse, cuando llegó al sitio en que se hallaba el Hombre de nieve, cuyo aspecto acabó de aniquilar sus fuerzas.

Necesitamos decir, para disculpar su debilidad, que los muchachos habian imaginado colocar al mónstruo una hoz vieja en vez de la escoba, y en lugar de banasto un pino jóven, cuyo tronco fijaba la cabeza y el pescuezo al cuerpo, y cuyas ramas, cubiertas á la sazon de nieve, formaban una especie de penacho fúnebre sobre aquella enorme cara. ¿No era este motivo suficiente para temblar, con la disposicion de espíritu que atormentaba á la vieja, de noche, bajo un cielo ceniciento, y con el recuerdo de lo que se habia dicho pocos dias antes delante de aquel fantasma?

¡Dios mio! ¡Que no se cumplan mis tristes profecías! esclamó Lisbeth temblando de angustia mas que de frio. Llamó en seguida á un vecino caritativo, quien la sostuvo y la condujo, en vista de sus ardientes súplicas, á casa de Matías. Entró sin anunciarse, y se sentó en un rincon sombrío para reponerse. Nadie la vió, porque todos se hallaban demasiado ocupados con el enfermo. Despues que recobró sus fuerzas, acercóse poco á poco á la cama del enfermo, que estaba en una pieza inmediata. Entonces pudo observar al pobre Frantz á sus anchuras, porque Juanillo se ocupaba en dar órdenes, que los parientes ejecutaban precipitadamente.

Dirigió algunas preguntas al muchacho, y este contestó maquinalmente, sin conocer á la persona que le hablaba; le cogió las manos, y le tomó el pulso; dolor de cabeza y de garganta, fiebre ardiente y estremecimientos. Alejóse de allí meneando la cabeza, y volvió á la cocina para enterarse del remedio que estaban preparando con tanto aturdimiento, y vió que calentaban medio cuartillo de vino, cuya calidad apreciaba el hombrecillo vaciando en su estómago el otro medio.

—No le dareis eso, gritó Lisbeth, y esta esclamacion que estremeció á todos, fijó sobre ella la atencion de la familia y la del doctor.—No; no se lo dareis, repitió con mayor energía.—¿Y por qué no, tia Lisbeth? replicó el albeitar.—Porque seria un veneno para ese pobre niño.—¡Veneno! ¿Soy por ventura envenenador?—Tio Juan, la viuda de Sigrist no puede gastar cumplimientos...—No hagais caso de ella, dijo el hombrecillo al padre, y haced lo que he prevenido, pues de lo contrario de nada puedo responder.—Sigrist hizo tambien todo lo que mandásteis y.... Pero no hablemos de lo pasado, tio Juan, si lo pasado no nos inspira la prudencia necesaria.—¿Quereis enseñarme mi oblicion, tia Lisbeth?—Vuestra obligacion es atender á los establos y á las cuadras. En cuanto á eso nada tengo que decir: sangrad y purgad á los animales....—Tia Lisbeth, esclamó la madre alarmada con aquel altercado, dejad obrar al tio Juan.—Y tanto mas, repuso este, cuanto que se trata de reparar el mal que habeis causado, porque segun he oido, el muchacho se ha enfriado recogiendo leña en el bosque para vuestra cocina.—¿Con que se ha enfriado? ¿Con que no conoceis que Frantz tiene viruelas? He visto muchos en igual caso y he salvado á algunos con mis cuidados, para tener derecho de hablar. Si, Margarita, tu hijo está con viruelas, y si le dais ese brevaje caliente, le matareis.

Margarita no sabia qué partido tomar, pero se inclinaba á proscribir el vino, porque al fin, decia, esto es lo mas seguro. El padre echaba al diablo la vieja, y queria propinar al enfermo la bebida. Con esta intencion alcanzó del vasar una escudilla de barro, pero se le cayó de las manos haciéndose pedazos; fué á buscar otra, pero entre tanto empezó á arder el vino, y Juanillo que acudió á soplar para apagarlo, sin poder conseguirlo, se quemó las barbas.

—Matías, dijo la madre, convencida por estos dos accidentes, aunque sin hacer gran caso del que hacia blasfemar á Juanillo, te suplico que creamos á Lisbeth, á la amiga de mi madre, á la que tantas veces ha acunado á nuestro hijo; dejemos descansar á este hasta mañana.—El padre consintió en ello.

¿Es decir, que ya no me necesitais? dijo con mal humor el veterinario, mesándose la barba chamuscada; pues bien; buenas noches.—Y en seguida se marchó, sin querer oir nada y con el vivo resentimiento de su dignidad ofendida. —Tranquilizaos, amigos mios, dijo Lisbeth despues que se hubo cerrado la puerta. Yo no soy médico, ni pretendo darme humos de doctor, ni recetar remedios para vuestro hijo. Quitadle no obstante esa manta que le sofoca, tapadle con moderacion, ventilad un poco ese cuarto dejando abierta la puerta de la cocina, y si tiene sed, dadle una escudilla de agua de flor de malvas. Por lo demás, que obre la naturaleza, pues he oido á un hombre muy hábil, á un verdadero médico, que para los casos como el presente, lo mejor de todo es dejar que la enfermedad siga su curso.

Lisbeth habia juzgado bien; Frantz tuvo viruelas, y sus padres

pasaron dias y noches en la mayor inquietud. La vieja no abandonó al enfermo, aunque sin presentarse á su vista, por no despertar en su imaginacion recuerdos penosos. Una noche que Lisbeth volvia á su casa durante el deshielo, los rayos de la luna rasgaron las nubes, cuando llegaba precisamente al Hombre de nieve. Vió grandes ruinas; la cabeza con su sombrio adorno habia rodado hasta el camino; la hoz habia seguido el mismo rumbo, y el mónstruo solo presentaba una masa informe y confusa. Esto regocijó á la pobre muger.—El fantasma está vencido, murmuró prosiguiendo su camino. Esto no obstante, tenia mayores esperanzas en las súplicas que dirigia al cielo todas las noches. Y el cielo las oyó, pues Frantz entró poco despues en el periodo de convalecencia.

Una cortinilla verde le ocultaba la luz por las noches, y al mismo tiempo la persona que velaba cerca de su cama.—Madre, dijo una vez, ¿he estado malo mucho tiempo?—Tres semanas, hijo mio.—¿Y qué habrá sido durante ese tiempo de la pobre Lisbeth? Habrá creido que la he olvidado. Nada de eso, madre mia. ¡Cuántas veces he soñado con haces y con ramas! Ya veo que tardaré en reparar el tiempo perdido; pero va V. á hacerme el favor de enviar á la pobre viuda veinte haces de mi parte, pues yo los traeré del bosque cuando esté bueno. ¿Sabe V. que si estoy vivo, lo debo tal vez á sus oraciones? Yo la insulté, me lo hizo ver, y Dios habrá tenido piedad de mí.

Frantz no sabia las nuevas obligaciones que debia á Lisbeth, é ignoraba que hablaba á esta misma en aquel momento, mientras descansaba Margarita. Pero oyendo sollozar á su lado, entreabrió la cortinilla y reconoció á su anciana amiga, la que sin atender á las señales del mal que ofrecia el rostro del muchacho, lo estrechó contra su seno. Frantz entonces la preguntó sonriéndose:—¿Y el Hombre de nieve? ¿Cómo lo pasa?—Ya no existe, hijo mio: la cabeza y la hoz han venido á tierra.—¿Y podré todavia hacer otro este invierno?—Sin duda, por poco que dure el frio.—¿Y qué le pondremos?—Le tejerás una corona con rosas de los Alpes.—¡Ah! En efecto, y haré mas.—¿Qué?—Le pondré sobre los hombros un haz de leña, para recordar mi falta, mi arrepentimiento y mi curacion.

TEATRO DE TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cabido segun la diversidad de los tiempos, al rico y admirable repertorio dramático del Maestro Tirso de Molina, es una de las mas raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparicion en la escena, en la que sin embargo tenia que luchar con la formidable competencia del gran *Fenix de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calderon, Moreto, Rojas, Montalvan y otros ciento, todavia el génio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinion le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria.—Conocidas son generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todos nuestros autores dramáticos, su peregrina invencion, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocucion, y la riqueza y variedad de su espresion y estilo; y tanto por aquella razon como por no dar á estas líneas mayor espacio del conveniente, omitimos por ahora engolfarnos en aquel grato analisis, ó mas bien en aquel obligado panegírico. Baste á nuestro propósito decir que las comedias del *Maestro Tirso de Molina* obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encomio de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras, y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se deshacen á elogios de su ingenio y fantasía (1).

Todos aquellos encomios, todo aquel favor público que en la primer mitad del siglo XVII y en vida suya obtuvo el ingenioso y picaresco Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó eclipsándose desde que escondido su autor en la austeridad de un cláustro, renunció á su poético nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudicion y de historia eclesiástica, con el verdadero de el Reverendísimo Padre Maestro Fray Gabriel Tellez, presentado, difinidor y coronista de la orden de la Merced calzada, redencion de cautivos.

Coincidió con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó grandemente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparicion en la escena de la mágica musa de Calderon de la Barca, que dando á sus argumentos mas regular artificio, retratando caractéres altamente simpáticos y originales, y prestando á su estilo todas las galas de la imaginacion española, subyugó completamente el gusto del público, y arrancó á Lope de Vega la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional.—Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderon y todos los demas ingenios contemporáneos aprovecharon muchas veces harto ilícitamente la feliz invencion, riqueza y variedad de Tirso para imitar y copiar al severo religioso que procuraba olvidar con trabajos ascéticos, y con obras de penitencia, las *cuatrocientas comedias* que segun su testimonio, habia escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenia que arrepentirse, era sin duda alguna de esceso de malicia y sobrado colorido de liviandad.—Calderon, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente* de Tirso, y mejorándolo, sin duda, en su escelente comedia *A secreto agravio secreta venganza*, y en la de *Los cabellos de Absalon* la de *La venganza de Tamar*; Moreto, robándole *La villana de Vallecas*, *La ventura con el hombre*, *El castigo del pensé que*, *Cautela contra cautela*, y otras, en *La ocasion hace al ladron*, *El parecido*, *El rico hombre* y *El mejor alcalde el rey*; Montalvan, imitando *Los amantes de Teruel* de Tirso, y Matos la *Firmeza en la hermosura*, con el titulo de *Ver y creer*, y *La eleccion por la virtud* con el de *El hijo de la piedra;* Zárate la de *Palabras y plumas* en *Quien habla mas obra menos*; Monroy, el *Aquiles*, en *El caballero dama;* y varios nacionales y estrangeros, adoptando la famosa creacion de *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á desposeer de su legítimo caudal al padre Tellez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que segun decia Voltaire, equivale á robar y matar.

Y tanto lo consiguieron, que en el transcurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los críticos eruditos.—De las circunstancias de su vida, solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (asi lo afirman Montalvan en su *Para todos*, y Baena en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere ademas de su propio testimonio), y que pudo nacer hácia 1570; que escribió en su primera edad (segun su sobrino D. Francisco Lucas Avila, editor de sus obras), hasta cuatrocientas comedias, y que hácia 1620 ó antes profesó en la orden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado, y maestro en Teologia, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último que en 29 de setiembre de 1645 fué elegido Comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648.—De sus celebradas obras dramáticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos ó partes publicadas en vida del autor por su sobrino desde 1616 á 1636, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrales de Toledo*, y otras impresas sueltas, ó en la *Coleccion de varias* conocida por *Las partes*, componen un total de setenta y ocho á ochenta comedias que son las que se espresan en la adjunta lista alfabética.—Tambien hemos llegado á conocer el citado libro de *Los cigarrales*, y otro de novelas y de versos con el título de *Deleitar aprovechando*. La historia ó *Crónica de la orden de la Merced*, que tambien escribió, se conservaba aun manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, donde la vimos antes de la supresion de aquella comunidad.—Allí debian obrar tambien otros escritos y noticias del padre Tellez; pero supimos entonces que el reverendísimo padre Martinez, general que fué de dicha orden hácia 1828, y posteriormente obispo de Málaga, tenia escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda cogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano.—Con la muerte del padre Martinez todo se perdió despues, asi como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Soria, y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian unidos á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzan, Montiano, los dos Moratines, Signorelli, Andrés, Butervek, Sismondi, y todos los demás que han escrito la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente.—Huerta no comprendió una siquiera de sus comedias en su Coleccion del teatro español, y el público, en fin, que asistia al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Tetrarca* y de la *Vida es sueño* de Calderon, del *Desden* y del *Rico hombre* de Moreto, del *García del Castañar* de Rojas, de la *Toquera vizcaina* de Montalvan, de las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, del *Dómine*

(1) Véanse los que le tributa *Lope de Vega* en el prefacio de la obra de Tirso titulada *Los cigarrales de Toledo*, y los versos que le consignó en su *Laurel de Apolo*, asi como la dedicatoria que le hace de su comedia titulada *Lo fingido verdadero*. Igualmente la espresiva aprobacion de *Calderon*, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso; y las entusiastas espresiones con que *Montalvan* le celebra en su *Para todos*, al colocarle entre los grandes ingenios matritenses.

Lucas y el *Hechizado por fuerza* de Cañizares y Zamora, y que aplaudia con frenesí el *Diablo predicador*, el *Triunfo del Ave María*, y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro, existia otro que podia marchar á par de ellos si no á su frente; que al través de aquellas magníficas joyas de nuestro Parnaso yacian injustamente olvidadas otras no menos acreedoras á su favor. como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Vallecas* y *La Gallega Mari Hernandez*.

El sábio literato D. Dionisio Solis fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público á principios de este siglo aquel ignorado tesoro. Retocando con maestria hácia 1819 aquellas y otras muchas producciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus, y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reaccion asombrosa en pró de aquel hasta entonces desdeñado autor.—El rey Fernando VII, asistiendo con una predileccion marcada á sus comedias, y especialmente á la de *D. Gil de las calzas verdes*, contribuyó sin saberlo á aquella solemne reparacion; y posteriormente los eruditos y celosos escritores D. Agustin Duran, D. Javier de Burgos, D. Alberto Lista y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *Comedias escogidas de Tirso* hechas en estos últimos años bajo su esquisita diligencia), han analizado y discutido



(Adelaida.)

concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparacion en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope, Moreto y Calderon.

R. DE M. R.

COMEDIAS CONOCIDAS

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Alvaro (D.) de Luna 1.ª y 2.ª parte.
Amar por razon de estado.
Amar por señas.
Amantes (los) de Teruel.
Amor (el) y la amistad.
Amor (el) médico.
Amar por arte mayor.
Amor y celos hacen discretos.
Amazonas (las) de las Indias.
Antona Garcia.
Aquiles (el).
Arbol (el) del mejor fruto.
Averigüelo Vargas.
Burlador (el) de Sevilla y Convidado de piedra.

Beatriz (doña) de Silva.
Balcones (los) de Madrid.
Caballero (el) de Gracia.
Castigo (el) del Pensé qué.
Cautela contra cautela.
Celosa (la) de sí misma.
Celoso (el) prudente.
Celos con celos se curan.
Cobarde (el) mas valiente.
Como han de ser los amigos.
Condenado (el) por desconfiado.
Condesa (la) bandolera.
Conquista (la) de Valencia por el Cid.
Dama (la) melindrosa.
Dama (la) del olivar.
Desde Toledo á Madrid.
Del enemigo el consejo.
Eleccion (la) por la virtud.
Esto sí que es negociar.
Escarmientos para el cuerdo.



(Cabezota.)

Fingida (la) Arcadia.
Firmeza (la) en la hermosura.
Gil (D.) de las calzas verdes.
Honroso (el) atrevimiento.
Huerta (la) de Juan Fernandez.
Joya (la) de las Montañas.
Lealtad (la) contra la envidia.
Lagos (los) de san Vicente.
Mari Hernandez la Gallega.
Marta la piadosa.
Mayor (el) desengaño.
Mejor (la) espigadera.
Melancólico (el).
Muger (la) que manda en casa.
Muger (la) por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
Palabras y plumas.
Peña (la) de Francia.
Pretendiente (el) al revés.
Privar contra su gusto.
Por el sótano y el torno.
Prudencia (la) en la muger.
Quien calla otorga.
Quien habló pagó.
Quien no cae no se levanta.
Quien da luego da dos veces.

Quinas (las) de Portugal.
Reina (la) de los reyes.
República (la) al revés.
Romera (la) de Santiago.
Santa Juana, 1.ª y 2.ª parte.
Santo y Sastre.
Siempre ayuda la verdad.
Tanto es lo demas como lo de menos.
Todo es dar en una cosa.
Venganza (la) de Tamár.
Ventura (la) con el nombre.
Ventura te dé Dios hijo.
Vergonzoso (el) en palacio.
Vida de Hércules.
Vida y muerte de Herodes.
Villana (la) de la Sagra.
Villana (la) de Vallecas.

ENTREMESES.

La venta.
Los alcaldes, cuatro partes.
El gabacho ó las lenguas.
El negro.
Las viudas.
El duende.
Los coches de Benavente.
La malcontenta.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

CUENTO POPULAR.

Pues señores, vengamos al caso: era este, que vivian enamorados doña Fortuna y D. Dinero, de manera que no se veia al uno sin el otro; tras de la soga anda el caldero; tras doña Fortuna andaba D. Dinero: asi sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.—Doña Fortuna era una locona, sin fé ni ley, muy *raspagona*, muy *rata*, y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la muger queria mandar; pero D. Dinero que es engreido y soberbio, no estaba por ese gusto.—Señores, decia mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase habia de perder su braveza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdia sus infulas.

Como ambos querian ser mas y mejor, y ninguno queria ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendria mas poder. «Mira, le dijo la muger al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon, él rancando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le habia echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo D. Dinero.

—Y á Usía tambien,—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco á su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Si señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un *coje y come* cuando lo hay.

—¿Y estás aqui aguardando algo?

—¡Yo aguardar!—Como no sea la noche.......

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma!—porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me habia caido la helada, y soy la *prosulta* de la desdicha, señor! (1) Ahi nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedis; *asina* fué el trato.

(1) No hemos podido averiguar el origen ni procedencia de esta palabra usual en el pueblo, y creemos que sea una corrupcion del non plus ultra latino.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refran: dineros tomados brazos quebrados.—Sigue, hombre.

—Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aqui donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres*; hay hombrecillos, hay monicacos y hay monicaquillos, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecia sino que se habian secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

—En las entrañas de la tierra! esclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antrípulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegria le puso alas á los pies; arribó derechito á una panaderia y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se habia salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué habia de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde.—Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia,—y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldicion que abria las carnes.

Doña Fortuna se tendia de risa; la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegron que se le salia el corazon por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la muger y á los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto seria su dueño un monedero falso,—y que lo iba á delatar á la justicia.—El pobre al oir esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podian tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á D. Dinero lo que le pasaba llorando por su cara abajo.

Al oirlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y á D. Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enagenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacia la mamola á su marido, y este estaba mas corrido que una mona.—Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se habia tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló este debajo de la mano el duro que se le habia perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres dias que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una *patena*.

Al pasar frente de la tienda en la que habia mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le habia de disimular lo que habia hecho con él;—que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá, el contraste le habia asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba:—que ahí la tenia, y ademas toda la ropa que habia apartado, que le daba en cambio de lo que habia hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traian presos á los ladrones que le habian robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habian ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNAN CABALLERO.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

La desgracia ha perseguido aun mas allá del sepulcro al maestro Vicente Espinel; pues nació pobre, no murió rico, y despues de su muerte, si se ha hecho alguna memoria de su nombre, ha sido para zaherirle ó para tener que defenderle.

Nació en el arrabal de Ronda llamado el Mercadillo, y se bautizó en la parroquia de santa Cecilia el domingo 28 de diciembre de 1551. Fué hijo de Francisco Gomez y de Juana Martin, descendientes de conquistadores de aquella ciudad, que tenian hacienda de repartimiento de los Reyes Católicos, aunque despues la perdieron de resultas de una fianza. El apellido Espinel lo tomó de su abuela materna, uso ó abuso muy comun en aquellos tiempos.

Se ignora el motivo por qué hizo sus primeros estudios en Salamanca; pero no el que fué discípulo en la lengua latina del célebre Juan Causino, y que logró en aquella ciudad una beca en el colegio de san Pelayo.

El reinado de Felipe II, nada pacífico, le proporcionó el gusto que entonces dominaba de correr mundo, bajo el honroso pretesto de las armas, y asi se alistó en ellas tal vez atraido de aquellos valerosos españoles, que vió en la escuadra llamada la Vizcaina, al mando de don Miguel de Oquendo, que era el ala derecha de la famosa Invencible, que despues de su desgraciada dispersion arribó á Santander.



(Espinel.)

Con el ejercicio de soldado corrió mucha parte de España, Francia é Italia; y en Milan, á últimos del año de 1580, tuvo el encargo de la composicion, traza, historia y versos que se emplearon en las famosas exequias celebradas por el alma de la señora doña Ana de Austria, muger del señor Felipe II, en las que predicó el arzobispo san Cárlos Borromeo, y mereció ser preferido en esta comision á Anibal Tolentino.

Fué muy versado en la música, y se preciaba de ser inteligente en ella, no siendo la menor prueba de esta verdad el haber añadido sesta cuerda á la vihuela, que hace el bajo, alma de la música, que con su gravedad auxilia al tiple, lo corrige y dulcifica; y lo que él mismo cuenta de un caballero que oyendo cantar una estancia de unas rimas que le habia compuesto para su dama, y empiezan:

«Rompe las venas del ardiente pecho,
«Ninfa cruel, y con sangrienta llaga.
«Abre camino al corazon difunto,
«Verás de mi dolor la injusta paga.

sacó la daga, y se hubiera abierto el pecho con ella, á no habérselo impedido.

Si de la música no nos han quedado mas documentos que las referidas especies para acreditar de gran músico á Espinel, no asi de la poesía para calificarle por uno de nuestros buenos poetas; pues ademas de haber sujetado á su correccion sus versos Lope de Vega Carpio, y merecer de este unos elogios no comunes en su *Laurel de Apolo*, Lupercio Leonardo de Argensola le llama Píndaro moderno; y el inimitable Cervantes dice en su canto de Celiope.

.....Que al cielo aspira
Ora tome la pluma, ora la lira.

Las composiciones del maestro Espinel, recogidas en un tomito impreso con el título de *Ruinas*, en Madrid en 1591, aprobado por don Alonso de Ercilla, que las califica con buenos y agudos conceptos en gentil término y lenguaje, y que es lo mejor que ha visto, contienen diferentes géneros de versos en que brillan delicados pensamientos, naturales pinturas de paises deliciosos y sitios amenos, con mucha fluidez y armonia. Si se hubiesen hecho mas públicas sus canciones, epístolas y sonetos, serian capaces cada una de estas piezas poéticas de defender su criticado arte poético de Horacio.

La cancion que da principio

¡Ay! bien logrados pensamientos mios;

y las octavas que comienzan

El bien dudoso, el mal seguro y cierto;

Que el autor miraba como sus composiciones mas favoritas, salen por garantes de nuestro aserto.

Espinel, vuelto á su pátria cargado de años, de trabajos, de conocimientos y esperiencia, se ordenó de sacerdote, y obtuvo un beneficio de sangre en Ronda: Felipe II le confirió la capellanía de aquel hospital Real; y sin que se haya hasta ahora descubierto, por mas diligencias que se han hecho, el motivo que le condujo á Madrid, se sabe que se retiró de muy avanzada edad al recogimiento de santa Catalina de los Donados, en donde murió de cerca de 90 años, dejando oculta la série de su vida entretejida con varios sucesos estraños, en las relaciones que tituló *del escudero Marcos de Obregon*, impresas en esta córte en 1618, y reimpresas despues en la misma en 1744: obra muy moral y bastante divertida, y que contiene especies muy raras y singulares.

Don Nicolás Antonio, despues de confesar que profesó y cultivó con lustre la música y poesía..... añade que Espinel fué autor de las décimas, de que se llamaron por esto Espinelas, aunque D. Gregorio Mayans lo niega, atribuyendo este honor á Juan Angel, y solo concediendo á aquel el haber variado el sitio y órden de la consonancia.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

I.

Estamos en Madrid (me alegro mucho). Matilde vive con su madre y su hermana en una posicion, si no elevada, decente. Es una muger con mucha imaginacion, ó mejor dicho, una imaginacion con faldas de muger. Posee ese talento que observa, pero que no preve, y esa gracia que pasa de jovial, hasta rayar en chocarrera. Es bella, segun todos dicen, pero tiene el suficiente talento para conocer que no es tan linda como los demas creen, ni tan fea como ella se supone. Sin embargo, tan pronto raciocina y obra como los demas, como concibe y raciocina de modo que parece un ser privilegiado. Es en fin, una niña que al tocar el límite de su feliz edad, lucha entre las contradictorias exigencias de la imaginacion y del temperamento.

Matilde contaba 16 años cuando su casa dió cabida á dos jóvenes que, si no mentian las señas, aspiraban aunque con capa de amistad, á otro sentimiento mas dulce. La madre, ser privilegiado entre los que tienen la dicha de no pensar.... buena y candorosa muger, para quien la vida es una deliciosa cadena de goces materiales, recibió á los dos jóvenes en el seno de su familia con el placer mas cándido, y la mas ilimitada confianza. —Uno de ellos, llamado Alberto, niño todavía, pues *aun no le apuntaba el bozo*, como dice Ciceron de César, era uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dotado de una fealdad subida de punto, pero á los que suele dar en cambio un carácter burlon y agresivo y una imaginacion de esas que todo lo ven al través de un mal prisma: el ridículo.

Este muchacho declaró su amor á Matilde á las primeras de cambio, y fué desechado por la jóven con toda la aversion que inspira á las de su edad un semblante feo y un carácter que halla ridículo cuanto toca.

El otro, llamado Antonio, egoista por temperamento y alegre por

costumbre, se contentó con la amistad de Matilde que les fué otorgada á ambos. Como no habia amado nunca, dió á todos los sentimientos de su corazon el nombre de amistad, concediéndola señales y pruebas que solo al amor se otorgan. Sea lo que quiera, lo cierto es, que conociendo Alberto cuánto podria ganar no hablando de amor, pidiendo satisfacciones y manifestando sus sentimientos bajo la capa de la amistad, enderezó sus pasos por este camino, y en él le sonrió la fortuna.

En este tiempo acertó á aparecer en aquella *mansion amistosa* otro muchacho de facciones poco agradables, de antipática figura y de antecedentes no muy ventajosos. Prendóle Matilde, y conociendo con *Lafontaine* que antes de mirar á la altura de los ojos conviene mirar la de los pies, propúsose observar y callar hasta que las circunstancias le apoyaran. Su aparicion, criticada por todos, censurada por los dos amigos del neófito, y mal juzgada por Matilde, fué el peor augurio para el porvenir del nuevo pretendiente. Figuróse, sin embargo, Alberto que este muchacho, á pesar de tales antecedentes, pudiera ser un enemigo peligroso, y apelando á los medios comunes procuró desacreditarle en concepto de Matilde y de su madre, obligándolas á que emplearan, primero la reserva como insinuacion de retirada, y despues esa bateria de proyectiles llamados desaires, que tan poderosos son en manos de las mugeres. Conoció el muchacho inmediatamente la ocasion del fuego, y reflexionando que el onceno es *no estorbar*, tomó una tarde las de villadiego, jurando no volver á aquella casa ¿Pero cómo podria nunca figurarse el resultado de su determinacion?

Fué el caso, pues, que la caprichosa Matilde tuvo antojos de que Don Juan volviera á su casa, y dijo terminantemente á Alberto que no traspasára sus umbrales sino acompañado del prófugo. Conoció el jóven de repente (¡rara perspicacia!) que amaba á Matilde mas de lo que creia, y en vez de hacerse superior á sus pasiones, alejándose para siempre del teatro de aquellas ridículas farsas en que habia representado el principal papel, cedió desde luego á sus instancias, y tan blando de corazon como era dura Matilde de cabeza, fué recibido de nuevo el despreciado galan con palmas de triunfo por la mamá y la niña, cónclave tan superior á él en número como inferior en bellos sentimientos.

Aquí cambió la escena. Alberto murió en el concepto de Matilde, gracias á sus exigencias amistosas que iban ya tomando vuelo, y entró á ocupar su puesto aquel de quien se habia dicho una tarde vista su obstinacion en estorbar, *que carecia de vergüenza*. Pasemos en silencio las escenas que entre todos tuvieron lugar: hubo amor verdadero por parte de D. Juan, celos, infundados todavía, por la de Alberto, nada y todo para ambos por la de Matilde, esperanzas dadas á Don Juan por la hermana que antes las habia dado tambien á su compañero de pasion; y estoicismo ó indiferencia por parte de la mamá que miraba aquel cuadro, ó con la sonrisa del desprecio que dá la superioridad, ó con la de la estupidéz que presta la ignorancia.

Los dos muchachos, en vez de concluir la cuestion *comme il faut*, demasiado filósofos ó demasiado cobardes, se dieron el brazo y se marcharon á pasear juntos, contándose mútuamente sus cuitas. Hoy feliz el que ayer era desventurado, pudieron á sus anchas apellidar coqueta á la muger que no declaraba cual de ambos era verdadero dueño de su corazon, ó tontos á sí mismos que no tuvieron el suficiente valor para abandonar á una muger que debia ser necesariamente la ruina de uno de ellos. Alberto, pues, desapareció, y D. Juan quedó triunfante, si no en el corazon, al menos en la cabeza de la jóven á quien manifestó su amor, y ella engañándose á sí misma contestóle favorablemente. Si el primero dudaba mucho de haber hecho tan pronto efecto en el corazon de la muger que tan injustamente le tratára, Matilde no estaba tampoco muy segura, puesto que unas veces miraba á Don Juan como al mas indiferente de sus amigos, otras con los arrebatos de la pasion mas vehemente. Muchas pruebas de afecto hubiera necesitado un hombre á quien el amor no tuviera ciego para creer en el repentino que Matilde por él decia sentir; pero el nuestro, confiado como todos, creyóla por fin, si bien despues de varias discusiones, cortadas por el siguiente patron:

El. Matilde, V. no me ama! dígolo porque no veo en V. esos arrebatos, esas miradas, esas señales que tan pequeñas son, y que dicen tanto al corazon del hombre enamorado.—En V. no veo.... no veo.... en fin, no veo!...

Ella. ¡Es V. injusto! ¿por qué no cree lo que le digo? ¿dudo yo acaso de sus palabras?

El. Eso precisamente me afirma mas en mi oponion. Una persona que ama, debe dudarlo todo y creerlo todo á un mismo tiempo; debe dar á sus ojos el fuego de su pasion... en fin... debe...

Ella. ¿No tiene V. mis manos entre las suyas?...

El. Así las tenia siempre Alberto, de quien dice V. sin embargo que nunca fué mas que amigo....

Ella. ¿No tiene V. mi cintura entre sus brazos?

El. Lo mismo hacia...

Ella. ¡Basta! ¡Es V. muy injusto!... ¡Oh! *(Una lágrima.)*

El. ¡Ah! *(Otra lágrima.)*

(Pausa; ella se limpia, él tambien, y prosiguen.)

. . . .

Lo cierto es que D. Juan creyó cuanto Matilde decia, y ambos entregados á la tontería llamada amor, pasaron un mes y otro, y otro, diciendo, haciendo y pensando lo mismo que cuando dicho sentimiento no existia en sus corazones.

Ambos jóvenes, él, muchacho de talento, segun sus amigos; y su amada, muger de imaginacion, tenian la condescendencia, si no de creerlo, al menos de decirlo; y ella, niña juguetona á veces, y grave á ratos, y con talento y gracia siempre, hubieran sido felices si Dios ó el diablo no lo hubieran dispuesto de otro modo.

Es cierto que Matilde amaba á Juan; pero tambien es cierto que del mismo modo escuchaba á Alberto que con su carita de ángel y con su amistosa apariencia, habia vuelto á interpretar la conducta de la jóven. Poco franca Matilde, tal vez porque guardase á Alberto mas consideracion por su antigüedad, jamás le dijo á qué altura habian llegado sus conferencias con D. Juan. No le daba su amor, pero tampoco se oponia á que él la manifestase el suyo, y paso á paso quizá sin quererlo llegó á sentir lo mismo por el uno que por el otro. ¡Raro privilegio de muger, que un adulador llamaria sin duda coquetería, pero que sin embargo tiene un nombre mas espresivo!

Tuvo D. Juan que hacer un pequeño viaje del que debia regresar muy pronto para unirse con Matilde. La separacion fué terrible. Entonces la presion de la mano de ambos fué la que se emplearia para levantar una arroba, en vez de la suficiente para levantar una libra como antes acostumbraban. Tambien corrió ese arroyo de la mentira que llaman llanto, y que del mismo modo brota y el mismo color tiene en los ojos de una jóven á quien se le ha muerto su perro favorito, que en los de aquellas á quien la muerte ha arrebatado un amante ó un esposo (1).

Inútil es decir que el jóven, lleno de amor y de esperanzas, no pensó durante su ausencia sino en Matilde; no vivió sino para Matilde, y apresuró su marcha porque el mundo estaba para él vacío sin ella.

Habianse pasado tres meses desde su partida, y no anunció su vuelta, para sorprender con ella á las personas que tanto le amaban. Llegó á Madrid á las 11 de la noche, esto es, á las *horas del crimen* como diria un ministro de Gracia y Justicia, empolvado mas de lo regular, y súcio como todo el que viaja.

Entra en la casa de su prometida y....

En el capítulo siguiente veremos el resultado imprevisto de esta sorpresa tan poco preparada.

L. M. DE LARRA.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

La novela que lleva este título, y que tan buena acogida ha merecido del público, se está imprimiendo por tercera vez con un lujo y esmero poco comun. El interés con que ha sido leida esta obra aun por aquellos que miran con prevencion las novelas originales, y el fallo favorable de toda la prensa pronunciado, no en las gacetillas de costumbre, sino en artículos firmados por críticos bien conocidos, aconsejaban que se hiciese una nueva edicion de todo lujo de esta produccion del Sr Flores, cuya dedicatoria se ha dignado admitir S. M. l Reina. Los tipos que estampamos en este número son muestra de los grabados que ilustran esta nueva impresion, solo comparable á las mas lujosas del estrangero, y recomendable ademas por su baratura.

EL POLACO DE LOS PARTICULARES.

María de Gonzaga, hija del duque de Nevers, que casó en 1645 con el rey de Polonia, llevó de Francia en su compañía una jóven fresca, vivaracha y muy traviesa llamada la señorita de Melly. El rey, que era viejo, feo y gracioso, pero libertino, se cansó pronto de la reina, y se prendó de la camarista, lo cual la manifestó en términos demasiado claros para que ella no le entendiese. Pero la jóven le dijo:

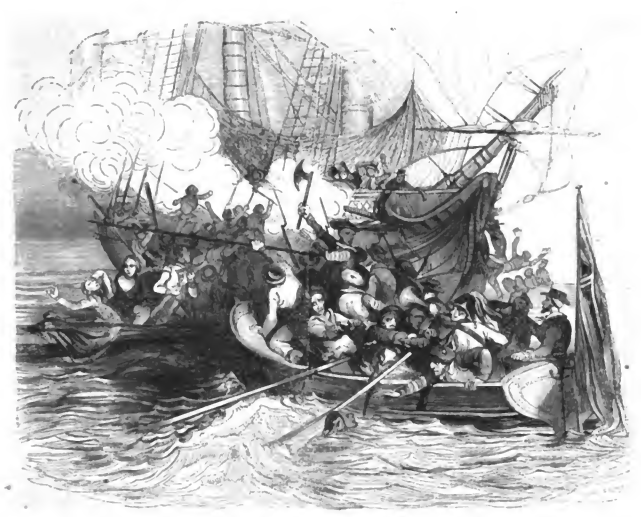
—Señor, no entiendo el polaco.

—¿Es posible? repuso el rey: pues me parece que demasiado bien entendeis el que habla frecuentemente mi jóven capitan de guardias.

—¡Oh Señor! replicó la muchacha, ese es el polaco de los particulares; pero el polaco de los reyes es otra cosa, y solo las princesas son capaces de entenderlo. Si V. M. lo permite y tiene á bien repetirme sus palabras, suplicaré á la reina que me las traduzca.

(1) Perdóneme el *Tiempo*: pero creo que por esta última pérdida no se llora de ningun modo.

Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL BERGANTIN VOLADOR.

Aunque destruida nuestra marina de guerra por el gran desastre de Trafalgar, no habia perdido el recuerdo de las tradiciones gloriosas que le habia transmitido el siglo precedente; siempre que pudo combatió con desesperacion para vengar una derrota, que no se debió por cierto á falta de valor, sino á causas imposibles de prever, y tal vez al escesivo arrojo de los nuestros, y á la injustificable cobardía de los estraños. Pocos dias despues de haber sido deshecha la escuadra combinada, cuando el almirante Nelson moria en Gibraltar de sus heridas, y el almirante Villeneuve se suicidaba en Francia para evitar el sonrojo de presentarse á Napoleon, hacia rumbo á Cádiz desde la Habana el bergantin *Volador*, armado en corso y mercancia, y cuando casi tocaba tierra, rechazó heróicamente un ataque inesperado, en el cual todo se conjuró para hacerle sucumbir.

Desde la punta de Santa Maria, una de las Islas Terceras, dió caza al *Volador* una fragata inglesa muy velera, y habiéndole tomado el varlovento se interpuso entre la costa española y el corsario. Este, que habia observado las sospechosas maniobras del buque enemigo, quiso al menos saber con certeza la suerte que el cielo le deparaba, y forzó de vela para reconocerlo: no tardó en ver que era una fragata de *cincuenta y cuatro*, y resuelto á aceptar el desventajoso combate, que era ya por otra parte inevitable; pero queriendo al mismo tiempo resistir la terrible acometida del contrario con alguna probabilidad de buen éxito, arrió todas las mayores, trinquetes y sobres, desplegó alas y rastreras, y ladeando el rumbo para cortar la línea que seguia la fragata, puso la proa á un ancon de la costa que se divisaba á sotavento. Peligrosa era esta maniobra, porque el bergantin corria el riesgo de estrellarse contra los peñascos; pero dos horas despues de haber emprendido el nuevo rumbo, vió cumplido su deseo anclando en el ancon y preparándose para el combate.

Este no se hizo esperar. Burlada la fragata, que habia contado con la rendicion del corsario antes que se disparase un tiro, é imposibilitada de fondear en el ancon por su mucho calado, se mantuvo bloqueándolo hasta la noche, y cuando esta cerró del todo, oscura y tempestuosa, trató de conseguir por sorpresa lo que le habia negado á su superioridad y ligereza. Armáronse al efecto la lancha y los botes; los encargados de tripularlos envolvieron con lona las palas de los remos, y cuatro embarcaciones montadas por cuarenta hombres cada una singlaron pérfida y silenciosamente hácia el corsario español. Pero no bien se pusieron á distancia de medio cable de este, cuando el serviola de proa dió la voz de alerta, y toda la tripulacion corrió á sus puestos. Dos botes de la fragata atracaron al costado del bergantin; pero en hora menguada lo hicieron, porque una carronada del último las echó á pique, ahogándose todos los que iban á su bordo. En medio de la confusion espantosa que produjo esta escena, la lancha inglesa logró tambien atracarse al corsario y muchos marinos saltaron sobre cubierta; pero las tinas de combate se habian sacado con tiempo para oponerse al abordaje, de modo que la popa y la proa del *Volador* fueron teatro de una terrible y sangrienta lucha. Decidióse esta por último á favor del corsario; su tripulacion rechazó á los acometedores, hizo en ellos horrible destrozo, y obligó á las dos únicas embarcaciones que les quedaban á tomar el largo. Un contramaestre inglés, que no quiso retirarse y se defendió bizarramente junto al palo trinquete, fué acribillado, pero cuando cayó, todos respetaron su valor; el capitan del *Volador* le dió cuartel y andando el tiempo volvió libre á su patria.

La fragata entre tanto se veia comprometida sobre la costa en una noche de tormenta; aguantóse sin embargo hasta que pudo recoger la lancha y uno de los botes, y temiendo estrellarse contra las rocas, impelido por la fuerte marejada, viró por redondo y se hizo á la vuelta de afuera, esperando vengarse al siguiente dia del vergonzoso ultraje que habia recibido.

Al dia siguiente no fondeaba ya el *Volador* en el ancon: habia aprovechado una de las bordadas de la fragata para abandonar su puesto provisional y meterse en Cádiz.

26 de Octubre de 1851.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS DE BARCELONA.

«Con el estudio de los monumentos antiguos, se aproximan las distancias de las edades, y sin avanzar en el término de la vida, se envejece en muchos millones de años.»

(El autor de la descripcion del gran museo de Florencia.)

ARTICULO PRIMERO.

Cuando absortos de placer y de entusiasmo contemplamos las vetustas y respetables paredes de aquella iglesia, que hoy sirve de parroquia, y el antiquísimo, famoso y justamente célebre claustro del antiguo monasterio, se agolpan en nuestra imaginacion una série de recuerdos á cual mas importantes. ¡Mil años de existencia!..... ¡Tal nos revelan aproximadamente la arquitectura, la forma y el conjunto del sólido edificio, que por fortuna han respetado el decurso de tantos siglos, los vaivenes y vicisitudes de los tiempos, las guerras civiles é intestinas, los cambios y revueltas de las épocas, y en una palabra, hasta los mismos elementos y los hombres! Si tienes, oh lector, un corazon de artista; si la filosofía y la historia han creado en ti pensamientos elevados, fácilmente comprenderás nuestra admiracion al saludar el edificio mas añejo y bello que tenemos en nuestra ciudad condal, y participarás con nosotros del júbilo que sentimos al trazar este artículo, dirigido á recordar el interés que debemos formar para su conservacion, persuadiéndonos sabrás agradecernos las memorias históricas que vamos á transcribirte.

El antiquísimo monasterio de San Pablo del Campo, llamado así por haberse fundado estramuros de Barcelona, refiere la tradicion, y es opinion muy acreditada, existir ya desde el tiempo de su fundador San Paulino, obispo de Nola, contemporáneo y discípulo de San Agustin, y dedicado por él mismo al apóstol San Pablo. Los discípulos de Paulino levantaron aquel sagrado eremitorio ó monasterio, el cual corrió en el transcurso del tiempo diferentes vicisitudes, especialmente en la época del dominio de los romanos y de los godos, quedando enteramente destruido en una de las varias escursiones de los moros á esta ciudad.

Gozó este insigne monasterio de muchísimas distinciones y singulares privilegios, por haber sido reedificado en el año 911 por el serenísimo conde de Barcelona Wifredo el Velloso, en cuya iglesia se dejó enterrado en 984, segun se desprende de la lápida sepulcral que todavia se conserva. Desde la época de su renovacion perteneció á los monges claustrales benedictinos tarraconenses, cuyo prelado tenia ya en aquellos tiempos la dignidad de Abad. Este monasterio perteneció



(Claustro del Monasterio de S. Pablo del Campo en Barcelona.)

en su primitiva fundacion á los ermitaños del P. San Agustin. Hay autores que afirman estuvo unido al monasterio de Monserrate. Mas lo cierto es, que por razon de la insalubridad del terreno, vino el monasterio á despoblarse, quedando yermo, y cayéndose las paredes en términos de cesar enteramente la devocion, hasta que le tomó bajo su patronato el esclarecido caballero Gilberto Guitardo, que se cree ué vizconde de Barcelona, y su virtuosa esposa Rodlandis, en el año f1117, poniéndole bajo la proteccion de la silla apostólica, perteneciendo á la provincia tarraconense, y componiéndose de distintas abadias exentas, por mandato del papa Benedicto XII.

En el capitulo general que se celebró en este monasterio en 1601, se deliberó que se edificase un noviciado para la enseñanza de la noble juventud profesa de la sagrada congregacion, en cuyo ilustrado colegio se enseñó hasta el año de 1835 filosofía y teología á cuantos otros cursantes seculares acudian á beber en tan saludables fuentes. El colegio de San Pablo del Campo dió opimos y sazonados frutos durante todo el tiempo de su permanencia. Comunicó la congregacion la resolucion del capitulo general á S. M., la cual se sirvió aprobar en 18 de diciembre del mismo año. La nueva fábrica del noviciado estuvo prontamente concluida, viviendo cómodamente los monges es-

tudiantes en el mismo local que mira á Monjuí, y sirve hoy dia de cuartel. El colegio-noviciado era gobernado esclusivamente por el prior del mismo, con entera independencia del abad.

Como la fundacion del monasterio data de época tan remota, han sido varios los pareceres acerca del nombre y objeto de su creacion. Opinan algunos, que siendo el emperador Carlo-Magno y su heredero Ludovico Pio, tan devotos de los apóstoles y príncipes de la iglesia San Pedro y San Pablo, que despues de haber fundado el mismo príncipe Ludovico en un estremo de la ciudad el monasterio de San Pedro, quiso fundar en el opuesto el de San Pablo, á imitacion de las santas iglesias de Roma, destinado el uno para varones monges y el otro para religiosas de la misma órden del P. San Benito. Fúndase este pensamiento en alguna semejanza que creen notar entre ambos templos, los dos en forma de cruz latina, levantándose en medio del crucero el cimborio del antiguo campanario, y siendo casi igual el órden y talla arquitectónica de cada respectiva fábrica. Nosotros sin adherirnos á ninguno de los historiadores que esto mencionan, tenemos por mas probable lo que hemos antes manifestado y creemos exacto, haber sido San Paulino el autor principal de esta obra. Que fué por razon de la completa ruina, reedificado despues por Wifredo el Velloso, y últimamente restaurado en la forma que hoy se vé el venerable templo, por los vizcondes Gilberto y su consorte Rodlandis.

Obsérvase todavia en la antigua iglesia, que en ciertos puntos se manifiesta haber tenido torres y almenas, mostrándose tambien en ellas algunas troneras y agujeros. En el cimborio estaba remotamente la torre del homenaje, á la cual se subia por una angosta escalera metida entre dos paredes, que ningun hombre podia pasar por ella sino andando de lado: prueba de que está construida á manera de fuerte ó punto de resistencia para los enemigos, siendo una iglesia rural aislada. Es este monumento una de las mas ricas joyas que poseemos, no por la delicadeza de las labores, suntuosidad en el todo, y grandeza en el recinto, sino porque es un tipo de la arquitectura bizantina de la segunda época, un santuario de los que nos quedan ya pocos vestigios. Separemos por un instante las obras modernas que encubren parte de la antigua; derribemos mentalmente aquella monstruosa pared que nos priva de la mitad de la fachada; despojemos á la iglesia de Wifredo de las escrecencias y pesadez que han amontonado allí la ignorancia de los hombres y el curso de los siglos; pongámosla en medio de un campo, tal como se erigió, y gozaremos asi de la agradable vista de un templo de aquella época.

Al contemplar de lejos el edificio, dispierta en nosotros la idea de la guerra, pareciéndonos una fortaleza sajona, y las troneras cubiertas que sobresalen encima la portada, aumentan la ilusion, ofreciendo la elocuente imágen de aquellos aciagos tiempos en que hasta el santuario tenia que guarecerse, y fundar su apoyo en la fuerza. Mas al acercarnos encontramos el templo bizantino, bajo, sombrío y severo. La especie de cuadrado que resalta de su frontis, formando la portada, nos traslada enteramente á los principios de la baja edad. Dos columnas informes, delgadas, de la altura de un hombre, vénse á uno y otro lado de la puerta, y sus capiteles de mármol, medio árabes, medio romanos, groseramente trabajados, tal vez se recogieron de entre los escombros que en sus invasiones hacinó la cimitarra de los hijos de Mahoma, y se destinaron á sostener aquel pesado y robustísimo arco. Entrase en el templo por una mala puerta gótica, en que no vemos marcada ninguna época bárbara y tosca, la hallarian quizás los hombres de la edad media, sin recordar que tras quinientos años de rudeza y abatimiento, era aquella fachada uno de los primeros destellos del goticismo, que tanto los halagaba en la variedad de los detalles. Corre diversidad de molduras el primer arco, en cuyo arranque se ven dos desparejados figurones, que contrastan en gran manera con las dos mezquinas figuras que cargan sobre el mismo, á igual distancia de su centro. Cae perpendicular á este un buen medallon, en cuya mitad figura una mano misteriosa. Al contemplar aquella puerta tan baja y estrecha, naturalmente se ofrece cuanto debiera contrastar con ella la imponente raza de los godos.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.



EL ABAD Y EL DIABLO.

¿En qué pais no existen torreones y puentes construidos por el Diablo? ¿Quién puede igualar á este sábio arquitecto en la solidez y en el número de sus obras? Dícese que al fin de cuenta, el Diablo siempre hace de las suyas, que nunca se mueve sin fin determinado, y que está fin siempre es siniestro; pero tambien debemos convenir, ateniéndonos á antiguas leyendas y á generales tradiciones, en que tiene un carácter muy amable y servicial, buen genio, y sobre todo muchísima paciencia. Si se necesitase demostrar hasta dónde llega en él esta preciosa cualidad, no tendriamos mas que apelar á cualquiera de los idiomas conocidos, y en sus frases familiares encontrariamos fácilmente la comprobacion apetecida.

—*Que se vaya al Diablo*, decimos nosotros cuando nos anuncian la visita de un acreedor.

—*El Diablo es ese hombre*, cuando alguno consigue lo que nos parece poco menos que imposible.

—*Estoy dado á los Demonios, á Satanás ó al Diablo*, cuando nos pone de mal talante el éxito fatal de nuestros proyectos.

—*Al Diablo con todo*, cuando cansados de luchar contra una dificultad ó de dar coces contra el aguijon, abandonamos con desesperacion un proyecto agradable.

—*Mire V. qué Diablo*, cuando..... pero ¿á qué cansarnos? El Diablo es siempre nuestro esclavo, nuestro comodin, nuestra persona paciente; y como precisamente necesitamos á todas horas quien sufra nuestras impertinencias, quien pague las consecuencias de nuestras culpas, quien arrime el hombro para llevar la carga de nuestros vicios, resulta que no podemos pasarnos un instante sin nuestro enemigo natural, lo cual prueba que es el ente mas cachazudo, bonachon y Juan Lanas de todos los creados. Y como tambien el hombre abusa de la paciencia del Diablo, sin que éste se dé por ofendido, los moralistas que conocen su astucia y malignidad aseguran que en la tal paciencia del Diablo no todo es virtud, y por último, que *al freir será el reir*. Poco mas ó menos pueden llevar este refran por epigrafe todos los cuentos en que Satanás representa principal papel.

Entre los innumerables que forman la coleccion de las cocinas de aldea durante las veladas del invierno, recordamos uno cuyos pormenores han corrido siempre muy acreditados entre los sencillos habi-

tantes de los lugarejos inmediatos al cabo Prior, llegando hasta tal punto la credulidad de aquellos pobres campesinos, que se incomodan muy formalmente con cualquiera que no crea como artículo de fé que el Diablo construyó la iglesia de Nuestra Señora del Coro, la mas antigua y sólida de toda la comarca.

Hé aquí cómo refieren la construccion de esta obra de arquitectura, que segun la tradicion, debemos los cristianos al príncipe de las tinieblas:

«Habia en otro tiempo un abad, gran siervo de Dios, cuyas virtudes inquietaban mucho al Diablo, (se asegura que este tuvo tentaciones de ahorcarse, cuando aquel murió en olor de santidad) al paso que servian de ejemplo á todos cuantos se le acercaban. Perseguíale sin cesar el enemigo malo, presentándole en sueños el halagüeño cuadro de los placeres mundanos, las delicias de una vida disipada y los goces que produce al alma la satisfaccion de los vicios. El santo varon por su parte rechazaba con valor cristiano todas aquellas tentaciones; mas viendo que el contrario redoblaba sus esfuerzos, creyó que lo mas conveniente era edificar una iglesia (por no haberla en el pueblo, era este del dominio de Satanás), á fin de que quedase para lo sucesivo santificada una tierra, que de padres á hijos habia sido hasta entonces un barrio no muy distante del infierno.

»Y aqui comenzaron las dificultades para el pobre abad. ¿Quién habia de acarrear la piedra? ¿Quién dirigiria la obra? ¿Cómo fundir las campanas? Los mozos del pais no servian para estas faenas, porque todos eran mancos, ó cojos, ó jorobados. El abad pedia al cielo que le iluminase en su proyecto, cuando se le presentó el diablo á hacerle proposiciones.

—¿Ves esta iglesia? le dijo enseñándole una que habia dibujado con sangre en un pergamino. Pues bien; me comprometo á levantarla de piedra sillería en el término de tres dias con sus noches, si aceptas mis condiciones.

—¿Cuáles son? le contestó el abad sorprendido.

—No has de hacer la señal de la cruz durante tres dias y tres noches, pues de lo contrario tendré que abandonar la obra.

—Acepto, dijo el abad, que queria tener iglesia á todo trance.

—Item mas, repuso el diablo, has de permanecer tres dias y tres noches de rodillas haciendo oracion y sin cerrar los ojos: si faltas á esta condicion esencial, me pertenecerá tu alma.

—Acepto, repitió el abad, confiando para no dormirse en la misericordia divina.

El diablo desapareció, volviendo de allí á poco con un arquitecto de su confianza, y dió principio á la obra. Esperaba que el cansancio y el sueño abatirían las fuerzas del virtuoso abad, y siempre que arrimaba una piedra al naciente edificio, le miraba á hurtadillas, para ver si se dormia; pero el celoso siervo de Dios se mantuvo firme con ayuda del cielo durante el plazo convenido; el Diablo, á fuer de honrado, cumplió su palabra, aunque dándose á mil Demonios, y de este modo le obligó el abad á que edificase la iglesia que apetecia y á que despechado y corrido huyese de la comarca para siempre.»

Este es el orígen tradicional del Templo de Nuestra Señora del Coro.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO IX.

La Hija.

Escusado seria decir que Luis durmió mal: ¿que amante, suspenso entre temores y esperanzas, ha dormido bien desde Elena y Paris, primeros amantes que se me ocurren, hasta los Amantes de Teruel, últimos amantes que recuerdo? Escusado seria decir que Francisco durmió muy bien: ¿qué criado ha dormido mal desde los pastores de Abraham hasta el último galleguillo de casa de huéspedes que por dormir bien, deja en la calle á la mitad de los pupilos? ¡Magnífica cosa es ser criado! En dos posiciones de la vida puede el hombre ser inmensamente feliz; en todas las demas desgraciado: estas dos posiciones son hijo de familia y criado. El hijo de familia tiene casa, cama, mesa, vestido, y algun dinerillo que recibe periódicamente del padre, y sin periodo de la mamá: el criado tiene mesa, cama, casa, ropa vieja, salario, propinas y aguinaldos: no es tan holgazan algunas veces como el hijo de familia; pero en cambio tiene mas recursos: el que no es ni puede ser hijo de familia debe entrar á servir, si quiere aproximarse á la suprema felicidad.

Decia que Luis durmió muy mal y Francisco muy bien; por lo tanto no fué el criado el que despertó al amo, sino este quien anunció á aquel la venida del nuevo dia, como el gallo á los labradores, y los pájaros al pastor. Luis, que habia sacudido su pereza antes de salir de la corte, dió una prueba mas de diligencia; y aunque procuró que su tocado fuera de lo mas elegante posible, á las cinco en punto se halla ba adecuadamante vestido, y á las cinco y cuarto se paseaba con suma impaciencia, porque en su concepto don Blas debia haberlo llamado una hora antes. *¡Quantus mutatus ab illo!* hubiera esclamado Francisco si hubiera sabido latin; pero como solo sabia castellano, se contentó con esclamar:

—¡Cuánto ha cambiado V., señorito, desde que salimos de Madrid!

—¿No te parece que es muy tarde, y que ya debian haberme llamado? preguntó Meneses.

—Lo que me parece, señor, es que se ha levantado V. muy temprano.

—¡Cómo temprano! y eran las cuatro y diez minutos.

—¡Cuánto ha cambiado V., señor! Antes le parecia á V. temprano que lo despertara á las once.

—Dime, Francisco: ¿no te parece muy posible que se hayan marchado Magdalena y sus padres?

—Señor, como no soy de Bujalance, todo me parece posible.

—Bien sabes que no vimos á la señorita Magdalena en el teatro.

— Y tambien sé que por verla empecé á reñir con un caballero francés.

—Don Blas me ofreció que me llamaria muy temprano, y ya ves lo mucho que tarda.

—En cuanto á eso de tardar mucho, no estamos de un todo conformes.

—Francisco, casi apostaria que se han marchado de Bayona.

—Todo puede ser. Pero entonces no hubiera invitado á V. D. Blas á esa *gira*.

—Quizás haya sospechado que amo á Magdalena, y se propuso con esa falsa invitacion adormecer mi vigilancia, para que no pueda perseguirlos.

—Eso no me parece posible. Lo que quieren los padres es casar á sus hijas, y V. es un partido no despreciable: veinte y ocho años, buena apariencia, talento, posicion social...

—Calla, Francisco, y no formes mi filiacion.

—Pero si es la verdad: es un yerno muy arreglado.

—¿Y si don Blas ha dispuesto ya de la mano de Magdalena?

—Eso seria una fortuna, y por lo mismo no la espero.

—¿Cómo una fortuna, bellaco?

—Perdóneme V., señorito: pero como estoy acostumbrado á verle soltero, á servirle casi de muger, no estraño que no mire bien el matrimonio. Y luego como esta señorita nos hace andar de Ceca en Meca, como ganado trashumante: la verdad, la tengo cierto antojo y cierto...

Francisco hubiera podido continuar durante mucho tiempo, porque Luis estaba tan absorto que no oia; pero vino á cortar su relato la presencia de un mozo de la fonda.

—Señor don Luis, dijo el recien llegado, el señor don Blas lo está esperando.

Esta invitacion disipó los temores de Luis, y sin despedirse de Francisco se dirigió al número 10. Don Blas y Doña Micaela estaban dispuestos; Meneses les dirigió el saludo mas amable que habia dirigido en su vida, y juntos dejaron el aposento para dirijirse á la *gira*. Esta evolucion estratégica, sin esperar á Magdalena, sorprendió á Luis; y fué tan grande la sorpresa, que no pudo reprimir un gesto. Doña Micaela, maliciosa como muger y precavida como madre, sorprendió el gesto de Meneses, lo interpretó exactísimamente, y queriendo terminar la angustia de su futuro yerno, le dijo, despues de sonreirse con cierta malicia:

—Estrañará V. que nuestra hija no nos acompañe.

—¿Está indispuesta, por desgracia? preguntó Luis con ansiedad.

—No señor; pero Sofía se ha empeñado en llevársela en su carruaje, y marcharon hace un momento.

—Hay amigas muy egoistas; repuso Luis, queriendo sonreirse y renegando de Sofía.

—Todas las pasiones lo son: observó sentenciosamente doña Micaela.

—Es verdad: murmuró Meneses, conociendo que su pasion empezaba á ser egoista.

Al terminar este diálogo se encontraron en la puerta esterior de la fonda: un carruaje los esperaba; subieron á él, y Luis recomendó al cochero, poniéndole con disimulo un napoleon entre los dedos, la posible celeridad. El cochero era un hombre práctico, y sabia, por una larguísima esperiencia, todas las consideraciones que merece una generosa propina. Sacudió la fusta con brio, y tomaron sus dos caballos un trote largo, que dejó á Meneses satisfecho.

Durante el camino habló Luis lo menos posible; tan preocupado lo tenia la idea de ver en breve á Magdalena; y á las preguntas que le dirijian don Blas y doña Micaela, contestaba con monosílabos. La señora leia cuanto pasaba en el alma de Luis, y tocaba de vez en cuando á su esposo con la rodilla. Este respondia de la misma manera, ma-

nifestando su asentimiento; y esperaba con grande impaciencia la contestacion á la carta que habia escrito la tarde antes.

Media hora tiene siempre treinta minutos, y treinta minutos pasan pronto, por mas largos que nos parezcan. A la media hora de trotar, los caballos no habian aflojado su paso, gritó don Blas, parodiando el grito de los marinos «tierra, tierra» y el carruaje, separándose de la carretera, empezó á rodar sobre una calzada que sombreaban dos filas de copudos olmos.

¿Hemos llegado? preguntó Luis, porque esta pregunta fué el pensamiento de todo el camino.

—Si señor, repuso don Blas: y repare V. qué bien cultivadas estan las tierras de esta posesion: qué alamedas tan bien cuidadas; qué prados tan frondosos; qué frutales tan esquisitos; qué jardines tan aromáticos, y finalmente qué casita tan seductora.

Efectivamente, á pocos pasos del carruaje, que acababa de detenerse, se veia una casa de esa arquitectura risueña, que refresca como una fuente y como una palmera da sombra. No era de grandes dimensiones; pero se adivinaba á primera vista que debian encontrarse en ella las mayores comodidades, y que era imposible elegir otra mansion para el estío que la aventajara en encantos. Don Blas, doña Micaela y Luis la comtemplaron algunos minutos, como si quisieran saborear anticipadamente todo el placer que debian apurar en ella y se adelantaron despues, los esposos con paso firme, pero Luis Meneses temblando.

Y era natural que temblara. Toda la campestre poesia que brotaba á su alrededor, como si el dedo de una maga la hiciera nacer de repente, se ponia en comunicacion con el entusiasmo de su alma estableciéndose una corriente eléctrica que se esplica mal y bien se siente, porque la sensacion supera á la palabra, como vemos antes que oimos.

Penetraron en un salon. Luis dando el brazo á doña Micaela y don Blas tres pasos delante, en el cual se hallaban reunidas una veintena de personas. Luis recorrió con una mirada los dos ó tres grupos que formaban, y bajó los ojos despues con inesplicable desaliento. Doña Micaela dejó el brazo de su futuro yerno, don Blas ocupó el puesto que acababa de dejar su esposa, y arrastró á Meneses, que permanecia con la mirada fija en el pavimento, hácia uno de los grupos. Luego que llegaron:

—Remijia, tengo el gusto de presentarte á mi amigo el señor don Luis de Meneses.

Meneses levantó los ojos y los fijó en la jóven un tanto corcovada y pálida—verdosa, que habia visto en el palco del proscenio, al mismo tiempo que don Blas añadia, dirigiéndose á Luis:

—Esta señorita es mi hija.

—Remijia, Remijia! murmuraba el desventurado Meneses en lo mas profundo de su pecho, reasumiendo en la fealdad del nombre lo antipático de la persona. ¿Será posible que yo haya corrido tras Magdalena para encontrarme con Remijia? ¡Yo estoy soñando! ¡Yo deliro!

Y hubiera seguido el infeliz lamentándose mas y mas, si una sacudida de don Blas, que tomaba aquel estupor por éstasis, no le hubiera advertido que se estaba poniendo en ridículo.

Para salir de tan mal paso dirijió á Remijia cuatro cumplidos, no muy discretos en verdad, haciendo lo mismo con Sofía y sus padres, á quienes fué sucesivamente presentando, y que eran las personas que acompañaron á Remijia en el proscenio.

Luis se retiró discretamente, pasados los primeros cumplidos, al alfeizar de una ventana; y aunque todos le creian ocupado en admirar las preciosidades del jardin, se habia roto ya la cadena magnética que lo ligaba á aquellos sitios, y no pensaba mas que en Magdalena.

—Yo estoy loco, se repetia, y corro tras una fantasma, tras una sombra que huye de mí, sin que me sea dado alcanzarla. Francisco tiene mucha razon cuando me dice que Magdalena es mi ángel malo, y que me ha de ser muy fatal. Yo debo olvidarla; yo debo volverme á Madrid y no pensar en ella. ¿Pero qué culpa tiene Magdalena? Ella huye de mi sin saber que yo corro en su busca: ella ignora mi amor y mis penas: ella es buena y sabria consolarme. ¿Pero qué me hago yo en esta *gira*?....

—Caballero, murmuró una voz dulce y con acento parisiense á espaldas de Luis.

Luis volvió la cabeza y vió á Sofía que estaba sentada á su lado.

—Perdone V. mi distraccion, hermosa señorita; repuso Meneses inclinándose.

—¿Parece V. muy aficionado á las flores? insistió Sofía dulcemente.

—Las de este jardin son bellísimas: observó Luis sacando fuerzas de flaqueza.

—Venia á decir á V. que hemos dispuesto dar un paseo por los jardines.

—Tendré en ello el mayor placer, y agradezco á V. tanta bondad.

—Ya nos esperan.

Iba Luis á ofrecer su brazo á Sofía, cuando se acercaron Remijia y don Blas.

—¿Quiere V. dar el brazo á mi amiga? dijo Sofía á Luis, tomando el de don Blas.

Meneses presentó su brazo á Remija, como el reo su cuello al verdugo, y bajaron á los jardines.

CAPITULO X.

Del mal el menos.

La desgracia iba persiguiendo al pobre Luis; es verdad que Luis no era malo, y como dice el Evangelio, el reino de los cielos no está en este mundo. No solamente se encontraba lejos de la encantadora Magdalena, sino, lo que era mucho peor, se encontraba cerca de la aterradora Remijia. Y quizás la pobre Remijia era una buenísima muchacha: quizás Magdalena era coqueta y casquivana: pero Magdalena tenia un bonito nombre y una cara hermosa; Remijia un rostro nada bello y un nombre nada armonioso; y una hermosa cara y un nombre bonito sirven siempre de eficacísima recomendacion. Aviso á las madres; si no pueden hacer que sus hijas sean hermosas, pónganlas muy bonitos nombres, seguras de que en la partida de bautismo estampan la primera cifra de una buena carta dotal.

Alegremente recorrian los huéspedes de la hermosa Sofía aquellos frondosos jardines, que encantadores y aun encantados parecian, como los de Armida, á las parejas bien avenidas; pero que se estendian monotonos ante las miradas de Meneses. Remijia era una señorita bien educada, pero que hablaba el castellano con un acento, mitad francés mitad vascongado, sumamente desagradable; defecto de pronunciacion que la hubiera perdonado Luis en otra situacion cualquiera; pero que en la escepcional en que se hallaba le parecia muy insoportable. Remijia pretendia tambien, como toda fea, aparecer amable, pero pecaba de importuna; y Luis no sabia de qué modo sostener una conversacion, á cada momento mas insulsa. De improviso le ocurrió una idea buena: sabido es que las buenas ideas acuden siempre de improviso; y en vez de morderse los lábios, como lo estaba haciendo desde que en lugar de Magdalena encontró á Remijia, se pasó la mano por la frente, como si quisiera descorrer el velo de su negra melancolía, y se dijo:

—Remijia ha llegado á Bayona en la misma diligencia que tomó en Madrid Magdalena; Remijia es vascongada, bien ha podido la familia de Magdalena dejar la diligencia en cualquiera parada del tránsito, y ocupar sus asientos la familia que me hace pasar tan mal rato. Averigüemos.

Otra vez brilló la esperanza en el horizonte de Luis, y otra vez se reanimaron sus facciones; de modo que cruzándose al mismo tiempo con Doña Micaela, creyó esta que su hija acababa de pronunciar un si favorable á Meneses. ¡Cómo engaña el amor materno!

—Permítame V., señorita, que la dirija una pregunta: dijo Meneses á Remijia, con voz mas dulce.

—Responderé con mucho gusto: repuso Remigia, que deseaba ser alguna vez interrogada.

—¿Han venido VV. desde Madrid á Bayona, ó han tomado la diligencia en el camino?

—Hemos tomado la diligencia en Vitoria; en donde tiene V. su casa.

—Doy á V. las gracias, señorita. Y es necesario confesar que han tenido VV. gran fortuna.

—¿En qué ha consistido esa fortuna? preguntó Remijia, deseando prolongar la conversacion.

—En haber encontrado billetes en Vitoria, precisamente cuando yo no los encontraba en Madrid.

—Ha sido una casualidad. Tomó en Madrid una familia el coche y la berlina hasta Bayona, pero se detuvo en Vitoria, y nosotros ocupamos entonces una parte de sus asientos.

—Ya sé en donde está Magdalena: dijo para sí Luis Meneses, y añadió en voz alta:

—¿Esa familia de la corte seria conocida de VV.?

—No señor: repuso Remijia. No la conociamos.

—¿Pero á causa de los asientos habrán VV. hecho relaciones?

—No señor. Teniamos encargados los billetes para la primera oportunidad.

Luis conoció que habia adquirido cuantas noticias podia proporcionarle Remijia, y mudó de conversacion. Meneses era sumamente agradecido, y como la hija de D. Blas acababa inocentemente de hacerle un favor no pequeño, estuvo con ella todo lo amable que puede estar un hombre con una muger que no le gusta; y llevó su condescendencia hasta formarla un lindísimo ramo de flores: galantería que ya habian cumplido todos los demas caballeros. Remijia quedó muy satisfecha de estas galantes atenciones; las feas se contentan con poco; y cuando volvieron á la casita pasaban á los ojos de todos por los dos

mejores amigos; á los de D. Blas y Doña Micaela por los dos mas finos amantes.

Antes de sentarse á la mesa hubo un momento de desórden, producido por esa descomposicion de las parejas que se efectua siempre á la vuelta de las escursiones campestres; y Meneses aprovechó esta momentánea confusion para realizar un proyecto que habia concebido mucho antes. Se deslizó, sin ser notado, en busca del cochero que los habia traido á la quinta, y tuvo la fortuna de encontrarlo á las primeras diligencias, porque el hombre dormia á la sombra de un enorme álamo.

—¡Cochero! le gritó Meneses, sacudiéndolo al mismo tiempo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el cochero, levantándose al reconocer á su generoso parroquiano.

—¿Quiere V. ganar veinte francos? le dijo Luis, sacando del bolsillo un napoleon de oro.

—Ya lo creo: repuso el cochero, mirando con ojos codiciosos la moneda.

—Pues para ganarlos es necesario que ahora mismo vaya V. á Bayona.

—¿Con el coche? preguntó el cochero, deplorando el trabajo estraordinario que iban á sufrir sus caballos.

—Sin el coche.

—Eso es otra cosa. Estoy á las órdenes de V.

Luis arrancó una hoja de su cartera; escribió en ella unas cuantas líneas con lápiz, se la entregó al cochero y le dijo:

—Va V. inmediatamente á la fonda del Comercio; pregunta V. por el criado de D. Luis de Meneses, le entrega V. este papelito, y se vuelve V. al momento.

—Está muy bien: repuso el cochero, recibiendo el papel y los veinte francos.

Luis se volvió inmediatamente al salon, llegando tan oportunamente, que un momento mas de tardanza hubiera hecho notar su ausencia; pues las parejas volvian á formarse para pasar al comedor. Meneses presentó su brazo á Remijia, sin sentir la invencible repugnancia que habia esperimentado dos horas antes; pues no teniendo á Magdalena, todas las mugeres le parecian punto mas ó menos iguales.

El almuerzo fué bueno: Luis comió con bastante apetito, y terció en las conversaciones con manifiesto buen humor. Don Blas y Doña Micaela no quitaban ojo de su hija y del futuro yerno; y algunas jóvenes francesas creian de mal gusto que el español y la española estuvieran juntos; sin duda por esa predileccion que las mugeres dispensan al último que llega.

Despues del almuerzo se bailó un poquito: Luis hizo un esfuerzo heróico y valsó dos veces, la primera con Remijia y la segunda con Sofia. Sofia valsaba como nadie. Luis no fijó en ello la atencion: Luis era un pobre bailarin; sin embargo, todas las francesas lo tuvieron por una silfide. Privilegio del estrangerismo. Se descansó despues del baile; se paseó despues del descanso; se comió despues del paseo. Meneses estuvo en la comida mas taciturno que en el almuerzo; conforme iba entrando la noche crecia por segundos su inquietud.

A las diez concluyó la comida; inmediatamente se trató de volver á Bayona. Luis entró en el mismo carruaje que lo habia traido; en este carruaje venia una persona mas: esta persona era Remigia.

(*Continuará*)

JUAN DE ARIZA.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

II.

Multitud de caballeros y elegantes señoras parodiaban las parejas de los organillos franceses, ocupacion adecuada al talento de aquellos seres que emplean seis horas en perfumarse ó ataviarse para un baile. Inútil es decir la sensacion que esperimentaria el jóven con aquella novedad en una casa donde habia dominado hasta entonces el desprecio de las acciones ridiculas, y la preferencia de los rasgos de talento sobre las curvas trazadas con los pies. Las jóvenes parejas por no manchar sus vestidos de fiesta con el polvo del advenedizo, se retiraban de él, que con espantados ojos y la boca abierta admiraba aquel cuadro, reverso de la medalla de lo que sin duda esperaba encontrar.

Don Alberto mientras tanto, pegado mas bien que unido al cuerpo de Matilde, giraba con ella como si huyera de los que pretendian robarle su pareja.

¡Terrible fué el golpe para el jóven! Cuando el wals hubo cesado, adelantóse hácia la feliz pareja, y sin saludar á Alberto, á quien su inopinada aparicion turbó visiblemente, se dirigió á Matilde y la rogó que le escuchára. Prévio el permiso de su cólega de volteos, colgóse temblando del brazo del empolvado galan, que la condujo á un gabinete apartado, sin que la respetable mamá, en otras cosas divertida, se curára mucho de este incidente.

—Muy estraño es, señora, la dijo sin mas preámbulos, verla á V. tan entretenida con nuestro comun y *leal amigo;* pues no creo que se pueda apreciar al hombre á quien la calumnia no le parece un arma infame y vedada.

Ella. Cierto, y debe á V. estrañarle; pero las circunstancias varian, y sabido es que no se suele apreciar á las personas hasta tanto que se las conoce... á fondo...

El. ¿Tanto ha variado *nuestro amigo* durante mi ausencia?

Ella. ¿Quiere V. que sea franca?

El. Sí.

Ella. Pues bien, Juan, V. dispensará que le disguste; pero créame V... era muy niña cuando prometí ser suya; y... asi que le vi lejos... para acallar el tormento que su ausencia me causaba... procuré distraerme.... despues, nadie es dueño de su corazon, y...

El. Gracias, señora. ¿Es decir que nada debò ya esperar de quien me amaba tanto? ¿Es decir que cualquiera tiene derecho á herir de muerte á un hombre, siempre que le diga despues que se habia equivocado? Gracias otra vez ¡señora!... Sé lo que me resta que hacer.

Ella. Creo sin embargo que este incidente no alterará en nada nuestra amistad...

El. ¡Oh de ningun modo!... ¡de ningun modo!... ¡Adios Matilde!

Ella. ¿Se pone V. malo? Llamaré si V. cree...

El. No: estoy bueno, ¡muy bueno! ¡Adios!... ¡Qué!... ¿me deja V. marchar sin darme la mano como en otro tiempo?...

Ella. ¡Oh! eso nunca.... *(Le alarga la mano.)*

El. Gracias. *(Apretándosela.)*

Ella. ¡Ay! ¡suelte V!... ¡oh!... ¡uf!... ¡iff!...

(El bárbaro la habia descoyuntado la muñeca.)

La mamá entró en el gabinete cuando el mancebo salia, y viendo á Matilde pálida y temblorosa, no pudo menos de asustarse.

La hija. Don Juan acaba de marcharse desesperado.

La madre. ¿Le has dicho que ya no le amas? ¿Le has despedido?

La hija. Sí señora. Vamos al salon...

La madre. ¡Ah! yo le vi salir... sus ojos chispeaban... ¡vá á matarse! ¡vá á matarse!

Y siguiendo á su hija al salon del baile, repitió allí sus gritos de «¡vá á matarse! ¡vá á matarse!»

—¿Qué es eso? ¿Quién? dijeron todos.

—Nadie, señores, mamá delira... contestó la niña. ¡Bastonero! añadió, dé V. la señal á la orquesta. ¡En baile, señores! ¡En baile!

Trin... trin... trin... tirin... trintrin...

Y siguió el baile, y dieron las tres. Todos se retiraron, incluso Alberto, que salió cojeando de resultas de un pisoton que su querida Matilde le acababa de dar. Es decir que salió lastimado por ella en el cuerpo y en el alma.... La misteriosa conferencia le tuvo desasosegado hasta las tres y media.

Momentos despues cenaba la familia. La bondadosa mamá que habia olvidado al despreciado mancebo distraida con el olor de unos pichones, esclamó de repente devorando un alón.

—¡Oh! ¡tal vez á estas horas no exista D. Juan!...

—¡Y yo tendré la culpa! dijo Matilde que tampoco ya se acordaba.

Y tal efecto la causó esta idea, que arrojando el tenedor esclamó con voz doliente:

—¡Se acabó!... no quiero mas.

En tanto D. Juan, que al salir de aquella casa iba ciego de furor, y decidido á darse la muerte, entró antes en un café, y merced á un sorbete de flor de naranja filosóficamente saboreado, renunció á la idea de suicidarse.

La verdad es que ni siquiera la habia concebido.

. . . .

EPILOGO.

Habian pasado cuatro meses. Matilde se habia casado con Alberto, y D. Juan seguia visitando á sus amigos, con la mas estóica cordialidad. Una noche estaban reunidos los dos esposos, la mamá y la insignificante hermana en un cuartito amueblado con elegancia, donde presidia un velador á todos los demas muebles de adorno ó de utilidad que por la estancia estaban repartidos. De repente abrióse la puerta del gabinete y apareció en el umbral D. Juan sonriendo amabilisimamente como acostrumbraba desde la noche del baile; saludó á las señoras, y despues de sentarse dijo:

—Aunque tengo bastante que hacer esta noche, quisiera entretener

á VV. con la lectura de unas memorias encontradas por mi en un estante viejo; si es que otras ocupaciones mas graves...

—De ninguna manera, le interrumpió Alberto; tú eres dueño de hacer en mi casa lo que gustes.

—Aunque á ti no me dirigia, le contestó D. Juan, acepto tu permiso, y deseo empezar cuanto antes.

Todos se agruparon alrededor del velador, y ya iba el jóven á empezar su lectura, cuando Matilde añadió:

—Espere V., encenderemos otro quinqué. Me parece que este alumbra poco.

—Gracias, señora, repuso D. Juan clavando en ella sus ojos; veo muy bien!... mejor que en otros tiempos... Y acomodándose para empezar mientras Matilde caia de nuevo sobre su sillon doblándose bajo la pertinaz mirada del jóven, leyó...

Lo cierto es que lo que leyó era ni mas ni menos que lo que llevamos aqui relatado.

A cada palabra de esta historia que todos los presentes conocian tan bien, Matilde se ponia pálida ó encarnada; su hermana miraba con estupefaccion el semblante de D. Juan, anhelando descifrar el enigma, y la madre procuraba imitar á su hija. El marido, por último, para disimular su turbacion y el miedo que le causaba la audacia de su antiguo rival, se entretenia en hacer cigarrillos de papel, mientras que Don Juan proseguia su lectura tan sereno y con el mismo ardor que si leyera uno de los insípidos cuentos de los Mil y un fantasmas. Al llegar á la descripcion del baile, los semblantes de todos estaban rojos. Matilde parecia como que buscaba algo en el suelo: su madre se entretenia en mirarse las uñas, y la hermana los contemplaba á todos uno despues de otro. Ya la tormenta estaba próxima á estallar, y efectivamente, apenas leyó el jóven la salida de la casa de su antigua amante y el efecto mágico que el sorbete le produjo, Matilde se levantó por un movimiento nervioso, y sin decir una palabra salió del gabinete pegando un portazo que hizo retemblar al reducido gabinete.

Alberto impasible al parecer hasta entonces, tomando un tono trágico y con una fuerza galvánica se levantó y dirigió al D. Juan estas enérgicas y nobles palabras.

—¡Estarás algo cansado de leer tanto!... Si quieres, iremos al café.

Don Juan que creyendo iria á retarlo, se encontró con esta salida tan intempestiva como cobarde, se sonrió malignamente y dando el brazo á su amigo salieron á la calle. En el camino hablaron del tiempo y de la ópera, hasta que al café llegaron. Allí, como si nada hubiera pasado, tomaron cada uno su refresco, y no bien habian empezado cuando apareció el criado de Alberto y dirigiéndose á este, pálido y azorado:

—¡Señor! ¡señor! le dijo, sin poder apenas respirar, ¡venga V!... Venga V!...

—¡Cómo! ¿qué sucede? preguntó Alberto.

—¡Oh!... ¡no lo sé! ¡la señora está loca buscando á su hija!

—¡Cómo! esclamó D. Juan. ¿Habrá sido capaz de suicidarse?

—¡Corramos, amigo mio, corramos!... gritó Alberto.

—Sí, corramos, dijo D. Juan; ¡oh! me amaba efectivamente, pensó por lo bajo. Llegado que hubieron á la casa salió á recibirlos la mamá.

—¡Ah! ¡Alberto!... ¡Matilde!...

—Y bien... ¡Cielos! ¿Se ha suicidado?

—¡Probablemente!... No bien salieron VV. cuando oimos el ruido de la puerta que se cerraba. Fuimos á buscarla á su cuarto, y solo vimos esta carta que no me he atrevido á abrir! ¡Pobre hija de mis entrañas!!

—¡Oh! ¡Deme V!... ¡deme V!... ¿no ha mandado V. seguirla?

—¡Todo ha sido inútil!... ¡todo! La hemos perdido para siempre.

Alberto sofocado... jadeante.. rompió el sello de la carta. Tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer, y por fin, reuniendo todo su valor, leyó lo siguiente:

Alberto: ha existido un hombre que me ha comprendido y ha ahogado su amor verdadero por asesinar mi orgullo: creí que este podia en la muger mas que el amor; me he equivocado; al herir aquel se ha vuelto á despertar en mi este. Ahora que no puedo amarle, me contentaré con ser desgraciada.»

MATILDE.

¡Pobre mundo si fuera cierto cuanto el tiempo dice!

L. M. DE LARRA.

ESPOSA SIN DESPOSAR.

BALADA.

A LA SEÑORA DOÑA PAULA ROSALES DE SALAMANCA.

Acaba de dar, acaba,
reloj de la catedral,
que quiero contar las horas
que ausente mi amor está.
CANCION POPULAR.

Carlos quinto, rey de España,
á campaña
en son de guerra salió;
y con él salió Gonzalo,
mi regalo,
el capitan que amo yo.

Es el doncel mas valiente
de la gente
que vá á la lid á vencer,
y en lo apuesto un pino de oro
el que adoro
con firmeza en el querer.

Tambien antaño, á la guerra
de la tierra
descubierta por Colon,
con Cortés, el Estremeño,
fué mi dueño,
dueño de mi corazon.

A través de tierra y mares
sus pesares
mi voz consoló y su afan;
y me oyó, y el indio bravo
fué ya esclavo
de mi bravo capitan.

Y le salvó de la tumba
en Otumba
mi ruego contino á Dios;
porque yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

Con preseas y con galas
volvió en alas
á Toledo, de su afan.
Que era reina de las bellas
yo con ellas
decia mi capitan.

Pronto la ventura acaba,
que tornaba
á resonar el clarin.
Cabe las aras de Himene
el rey viene
pidiendo su paladin.

Al partirse de Toledo
en mi dedo
puso el anillo nupcial,
y me regaló un secreto
amuleto
en virtudes sin igual.

Y me dió de amor en arras
doce barras
de oro fino del Perú;
y diamantes muy bruñidos,
y vestidos,
y vestidos de tisú.

Al subir á su alazano
de la mano
me trabó en Zocodover,
y con llanto que vertia
me decia:
—«¿Nos volveremos á ver?»

—«Sí, capitan. En el alma
»yo la calma
»siento del que espera en Dios.
»Volverás. Soy tu ángel bueno,
»y en mi seno
»guardo el alma de los dos.

»Nube de gualda y zafiros
»á los tiros
»de escudo te servirá.
»Será el alma enamorada
»de tu amada
»que contigo vivirá.

»Cada dia en mi delirio
»iré un cirio
»ante el Eterno á encender.
»Iré á San Juan de los Reyes,
»de sus leyes
»la mas horrible á torcer.

»A la Vírgen, mi patrona,
»gran corona
»de oro ofrezco y de rubí.
»si mi amante no me olvida
»y su vida
»guarda entera para mí.»

Parte el bruto en raudo giro:
aun le miro,
aun le miro descender,
como fuente de los valles,
por las calles
que dan al Zocodover.

—Pero alégrate, alma mia,
que hoy el dia
es tan anhelado y tan...
vuelve de laurel ceñido
mi querido,
mi querido capitan.

Mejor que el rey yo le pago
el estrago
de su tajante en la lid.
Por cada triunfo le estrecho
á mi pecho...
¿cuál premio es mayor? decid.

Doncellitas toledanas,
que ventanas
y balcones inundais,
y á los bravos vencedores
lindas flores
lindas flores arrojais;

como ya las mas hermosas
de mis rosas
las vuestras para él guardad;
tórnanse en su mano divas
siemprevivas
las flores de la beldad.

Ved que ya á pasar acierta
por la puerta
por la puerta del Cambron,
el tercio real donde viene
el que tiene
cautivo mi corazon.

Por las chispas de su callo
su caballo
reconoceré entre cien.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que aun mis ojos no le ven.

Brillan que parecen soles
españoles
los bravos en confusion;
pero el tercio de Gonzalo,
mi regalo,
mas brilla... en mi corazon.

La fatiga se declara
en su cara
que llena de polvo traen.
Gonzalo así está mas bello,
cuando al cuello
mis tiernos brazos le caen.

Ved al capitan Paredes:
tú no puedes
competir á mi galan.
Ved al alferez Fajardo:
¡qué gallardo!
pues mas es mi capitan.

Os asombra que las balas
como á Palas
le respetan, como á un Dios?
Es que yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
Algunas habrá ganado
mi adorado,
mi adorado capitan.

Ya relumbran los almetes,
y mosquetes...
¡favor! me faltan los pies.
¡Oh! dadme la enhorabuena,
que mi pena
acaba: su tercio es.

Allí el cabo, y el alferez
Pero Perez,
sus compañeros allí.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que estoy ya fuera de mí:

¿Dónde mi Gonzalo, dónde,
se me esconde,
que no le veo en mi afan?
¡Ay! ¡su caballo enlutado!
¡ay mi amado!
¡ay mi amado capitan!

Al suspiro lastimoso
el glorioso
Cárlos quinto, contempló
una flor sin tallo en tierra..
de la guerra
el capitan no volvió.

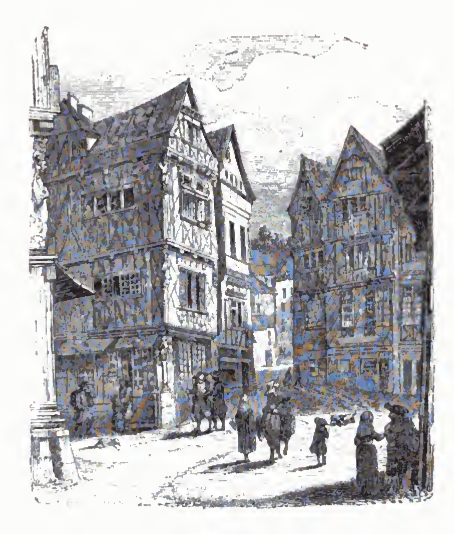
Badajoz 12 de setiembre.

VICENTE BARRANTES.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



MORLAIX.

El nombre de Morlaix ha dado origen á muchos comentarios. Se ha pretendido que procede de las armas de dicha ciudad, que representan un leon y un leopardo con dos cabezas, que dirige al primero esta inscripcion: *Si te muerde, muerde—las* (muerde las dos cabezas.) Otros etimologistas mas formales dicen que aquel nombre es celta, y que se le dió por su proximidad al mar.

Morlaix se encuentra entre dos montes que resguardan el puerto, y su importancia principal se funda en el comercio que hace y en la fertilidad del suelo que la rodea. Su nombre sin embargo aparece muchas veces en los anales de la Bretaña.

En 498, Hoel casó á su hija Alienor de Bretaña con el vizconde de Leon, y le dió en dote la ciudad y el castillo de Morlaix, que poseyeron sus descendientes hasta 1177.

Los príncipes de Leon y los duques de Bretaña se disputaron mucho tiempo su propiedad, y los últimos llamaron en su auxilio á los ingleses, que fueron rechazados por Duqueselin.

En 1374 volvieron de nuevo: se apoderaron de Morlaix, ahorcaron á 50 gefes, y dejaron una guarnicion de 800 hombres. Los ciudadanos introdujeron á los franceses, y estos degollaron á los ingleses.

En 1522 abrió de nuevo la traicion las puertas de Morlaix á los ingleses, quienes lo saquearon completamente: la retaguardia fué alcanzada por el señor de Laval, y degolló á todos sus soldados, enrojeciendo su sangre las aguas de la que todavia se llama *Fuente de los Ingleses.*

Durante la liga ocupó á Morlaix el mariscal de Aumonts; «pero se »sostuvo el castillo, segun Bernard, 24 dias, defendido por el capi»tan Rosempoul. Sabiendo el mariscal que la guarnicion se hallaba re»ducida al último estremo, envió á la esposa de Rosempoul, próxima »á su alumbramiento, tres ó cuatro corderos y algunas gallinas y »perdices. La dama dió las gracias al sitiador, pero le devolvió su pre»sente diciendo que los únicos manjares que apetecia eran los que »disfrutaban la guarnicion y su esposo.»

Maria Estuardo, reina de Escocia, llegó en 1548 á Morlaix de paso para Paris. El caballero de Rohan la recibió al frente de la nobleza, y la princesa despues del *Te Deum* cantado en la iglesia de Nuestra Señora, se disponia á atravesar el puente levadizo, llamado de la Cárcel, cuando este se rompió bajo el peso de la fuerte escolta de la caballeria. Los escoceces gritaron:

—¡Traicion!...

Pero el señor Rohan que iba al estribo de la litera de la reina, contestó al punto:

—*Nunca un Breton hizo traicion.*

Y se apaciguó el tumulto.

El lunes 18 de noviembre de 1624 fué recibido en Morlaix solemnemente el duque de Vendome. Cárlos IX estableció su cuerpo municipal en 1561: sus miembros pertenecian al alto comercio, y el *Maire* tenia asiento en los Estados de Bretaña, con la espada ceñida como los de Nantes, Brest y Saint-Maló.

En Morlaix se contaban una senescalia, un consulado y un almirantazgo.

El puerto de Morlaix es muy importante. Un vapor que hace el servicio regular entre esta ciudad y el Havre, contribuye mucho á su prosperidad; pero la sequía del canal es un inconveniente grave para el comercio. Varios proyectos se han presentado para remediar este mal; pero creemos que sus resultados serán nulos. La entrada del puerto era sumamente peligrosa antes de los trabajos ejecutados por Corme en 1776. Este ilustre marino manifestó al ministro de Marina que desde 1744 hasta 1775 se habian perdido 25 buques.

Morlaix tiene una fábrica de tabacos, que ocupa á 500 operarios. Vista desde el muelle ofrece esta ciudad un aspecto muy agradable; pues está rodeada de parques y de jardines hermosisimos: los del lado de *Fraginer* forman una gran esplanada llamada *Las Lanzas.* Era ademas notable la *calle del Empedrado*, cuyo diseño ofrecemos; pero se ha demolido en parte, y tambien merecen atencion algunas casas bellisimas de la calle de los Nobles.

La antigua casa de Ayuntamiento construida en tiempo de Enrique IV no existe; en su lugar se ha levantado otra de magníficas y regulares proporciones.

LA HERMANDAD DE SANTIAGO.

1418.

Los habitantes de la antigua Compostela esperaban con impaciencia el Consistorio que debia ser celebrado por los alcaldes, regidores-jurados y hombres-buenos, *no sobrado da notaria de Ruy Martines*. En el dia 12 de febrero de 1418 un numeroso gentio habia ocupado las plazas y los mercados para reconocer el arancel de bastimentos que leia en alta voz Domingo Longo, pregonero del concejo, con *añafil tanxido segun que han de uso e de costume* y acompañado del notario público del ayuntamiento. Esto equivallá en el siglo XV á la publicacion de un bando; en nuestros dias el tambor sucedió al añafil, y á la palabra del pregonero el impreso de las plazas públicas. Antes duraba la letra de un bando algunos minutos; ahora dura un dia: es un cartel pegado en la esquina de una casa—una aproximacion á la publicidad del *Boletin oficial*.

En 1418 tenia el pueblo una escelente memoria para sus fueros y privilegios, y se reunia por tradicion en las plazas y atrios de las iglesias para representar sus derechos por medio de los gremios y las cofradías. Sabia que siempre se hablaba de él, aunque fuese á media voz, en las cédulas reales y en las ordenanzas de los Concejos. Asi, pues, estaba atento al rumor mas imperceptible de una reforma, y cerraba sus tiendas y desalojaba sus humildes moradas al primer toque de añafil, que era la voz de prevencion con la cual la Municipalidad advertia á la poblacion que se trataba de sus intereses.

El Concejo de Santiago acababa de fijar los precios de los bastimentos y los salarios de los artesanos. Los alcaldes y regidores-jurados de acuerdo con el prelado D. Lope de Mendoza y Vaasco, Marqués Cardenal de Santiago, y Juan de Vila, canónigo, ambos Justicias eclesiásticas del arzobispado, habian formado este arancel porque «a dita cidade—son palabras testuales del consistorio—se mantiña de acarreo e cada dia acurrian e viñan á ela moitas personas de diversas partes..... e porque as taes personas tuvesen igual mercado de todas las cousas que a ela se viesen a vender e vendesen para proveemento e mantenenza de todos.»

En la mañana del 6 de julio de 1418 tenia lugar una junta de cofrades en el átrio de la antigua iglesia de S. Felix de Solobio, ó el consistorio público para el nombramiento de los seis *homes-boos* que debian asistir con los alcaldes y regidores-jurados al concejo durante un año. El reloj de la ciudad—aquella máquina sorprendente para los compostelanos, que cuidaba y componia Juan de Boado por cincuenta maravedises durante doce meses—el reloj del concejo señalaba las diez de la mañana, y la plaza pública de la *Quintana dos Pacos* se veia ocupada por una numerosa multitud. La alhóndiga de la plaza del Campo y las carnicerías viejas de detrás de S. Payo estaban cerradas. La calle de la Moeda Vella recibia el gentio que habia llegado tarde. Parecia que la poblacion se vaciaba del centro de su comercio y su industria enfrente de las casas solariegas, cuando algun filósofo observador podria adivinar que en este dia se alejarian á mayor distancia las dos condiciones sociales de la época. La impaciencia de los compostelanos revelaba la importancia del consistorio. Los alcaldes y Justicias, regidores-jurados y hombres-buenos de la ciudad se encaminaban hácia la notaría pública del concejo señalando un sendero casi imperceptible en medio de la multitud. A Martin Galos y Juan Ares da Cana, alcaldes de Santiago, seguian Bernal Yañez do Campo, Alfonso Fernandez Abril, Alvaro Alfonso Juliate y Fernando Eanes, escusador del notario Ruy Martinez.

Los habitantes de Santiago no esperaban un nombramiento de fieles para el repeso, como en 15 de marzo de 1417, ó el remate público del Royo del Monte-Houriz, como en 15 de mayo del mismo año: no se trataba de un arancel ó de una ejecucion del verdugo. Esperaban una institucion civil: presentian una indemnizacion política para el porvenir. Se trataba de organizar *la hermandad de Santiago*.

En 1418 este armamento popular se dirijia únicamente contra los malhechores; mas tarde se apercibieron las municipalidades de que tambien se combatia á los enemigos de la unidad monárquica. El Estado presentia á los Reyes Católicos, y el trono caminaba con paso lento y reposado hácia la centralizacion absorbente del emperador Carlos V. El pueblo se encontraba colocado entre dos abismos; detrás tenia á los señoríos, delante la monarquía absoluta. Se decidió por el trono, porque aventuraba en la defensa de la unidad gubernativa su vida civil en lo presente, y su vida política en lo futuro.

Cada concejo nombraba sus funcionarios con arreglo al fuero municipal que en Santiago concedia el arbitraje de los hombres-buenos á la mitra compostelana, imponia las contribuciones necesarias para el sostenimiento de los monarcas, y organizaba las fuerzas militares del Estado. El procurador general del concejo era el legítimo representante del pueblo, y sostenia las prerogativas de sus fueros y privilegios. En el consistorio del 22 de julio de 1418 se levantó Alvaro Gil, personero de Santiago, para protestar y requerir á los alcaldes, regidores y hombres-buenos del concejo en los términos siguientes: —«Notario, daredes testimonio á min Alvaro Gil, Procurador do Concello desta cidade de Santiago desta protestazon e requeremento que fazo á as xustizas e homes-boos xurados e rexidores do dito Concello; en que digo que á min é dito que as ditas Justicias e homes-boos xurados en dano da procomunal dos veciños da dita cidade e moradores dela, se entremeten e queren entremeter de dar oficios que dexan exentos de tributos a algunhas personas.»

En cambio la monarquía despues de haberse utilizado de las órdenes militares para la reconquista, depositaba la rehabilitacion de sus fuerzas políticas en las hermandades y comunidades: del poder aristocrático pasaba al poder municipal. La carta de hermandad de los concejos de Castilla hecha en 5 de mayo de 1295 establecia las consecuencias ulteriores de su institucion. «Otrosi—decia en uno de sus párrafos—que guardemos todos nuestros buenos fueros e buenos usos e buenas costumbres e privilegios e cartas et todas nuestras libertades e franquezas, siempre en tal manera que si el Rey D. Fernando nuestro sennor o los otros reyes que vernan despues de o otros cualesquier sennores o alcalde o merino o otros cualesquier omes non quisiesen pasar contra ello en todo ó en parte dello en cualquier guisa e en cualquier tiempo, que nos que *seamos todos unos á enviarlo mostrar* á nuestro sennor el Rey ó á los reyes que vernan despues del, aquello que fuere á nuestro agravamiento e si ellos lo quisiesen enderezar, e si non que seamos todos unos á gelo defender e ampararlo.» Y mas adelante añadia: «Otrosí, ponemos que si algun rico-ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier tomare ó peyndare alguna cosa á alguno desta nuestra hermandat, que aquel que fuere peyndrado ó tomado lo suyo, que lo muestre á su conceyo ó al conceyo del ogar ó del termino dol fuere peyndrado, ó tomado lo suyo: e el conceyo quel envien algun ome bono de so conceyo que ge lo afruenten, el prometan fiadores del complir fuero e derecho por aquel, á quien peyndró, ó tomó lo suyo..... Otrosí, si ric ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier que non sea en esta nuestra hermandat matare ó deshonrara á alguno de nuestra hermandat, non le seyendo dado por enemigo por fuero et por juicio como allí lo debe, que todos los de la hermandat, que vayamos sobrel et sil fallaremos quel matemos é si haber non le pudieremos quel derribemos las casas, el cortemos las devesas e las huertas, el astraguemos cuanto en el mundo le falláremos, despues sil pudieremos haber aquel matemos por ello.»

Las *hermandades* improvisaron una milicia popular que esperaba el santo y seña en las salas de los consistorios. Habian pasado los tiempos en los cuales el pueblo recibia las picas y las alabardas en las plazas de armas de las torres solariegas. La nobleza tarde se apercibió de esta relajacion política de los señoríos. Las inmunidades se abolian por un principio elevado de pública seguridad.

El pueblo podia entrar á saco en un castillo donde se ocultase un malhechor: ya no habia privilegios en contra de la seguridad individual. El poder de las localidades habia sobrepujado al poder de los señoríos. La monarquía contemplaba en silencio una de esas transformaciones sociales que la Providencia elabora por medio de elevadas y misteriosas combinaciones.

Las *hermandades* de Castilla, Aragon, Asturias y Galicia eran el ejército permanente de las ciudades. La unidad monárquica habia contado con el elemento popular. Los fueros de las ciudades debian de ser absorbidos por la monarquía, sin que se apercibiesen los pueblos de esta liquidacion que hacia el trono de los privilegios de las localidades.

La magnánima reina que habia recibido del apesarado Boabdil las llaves de Granada, organizó las hermandes del reino bajo las ordenanzas de la *Santa hermandad* aprobadas en Madrigal en 1476. La seguridad individual se colocaba bajo la proteccion del pueblo, el pueblo bajo el amparo de la monarquía. Cada ciudad tenia su representante en la junta suprema presidida por D. Lope de Rivas, obispo de Cartagena. «El presidente y los diputados generales—segun las Memorias de la Academia de la Historia—tenian en cada provincia un diputado particular que juzgaba en primera instancia y cuidaba de exigir las contribuciones destinadas para la hermandad..... Los casos de esta sujetos al conocimiento de sus alcaldes eran cinco: toda violencia ó herida hecha en el campo; los mismos delitos cometidos en poblado, cuando el malhechor huya al campo ó á otro pueblo; quebrantamiento de casa, fuerza de muger y resistencia á la justicia».

El elemento aristocrático combatió á la milicia del pueblo, y la monarquía debilitó mas tarde su representacion popular. Entonces el pensamiento político de las *comunidades* reemplazaba al pensamiento civil de las *hermandades*.—Los personeros de las ciudades caminaron de prisa hácia los salones de las sesiones parlamentarias. Los *votos en Cortes* fueron la última garantía de la buena administracion ci-

vil y económica de las localidades agobiadas por la estension del imperio colosal de Carlos V. La monarquía absoluta representaba la victoria de los arcabuces imperiales, y entre el estruendo de los ejércitos mal se distinguen los derechos políticos. La historia nos hace ver que la planta augusta de los grandes dominadores de Estados gravita demasiado sobre los pueblos.

En el siglo XVI el elemento aristocrático y el elemento popular—los procuradores á Córtes y los regidores-jurados—sentian sobre su cabeza la acerada manopla del imperio. En esta época los nobles y los pueblos aplazaron para los campos de Villalar una cita sangrienta con la monarquía en nombre de la nacionalidad española.

Hé aquí la herencia política de las *hermandades*: lo que ayer pertenecia á *la policía*, hoy se referia á la *política*. Las ciudades se coaligaban para la defensa de sus privilegios. Ya no se trataba de los malhechores—la administracion de justicia se habia restablecido en las provincias por medio de los tribunales establecidos por los Reyes Católicos. Se exigia la representacion personal de los procuradores de las ciudades en las Córtes de Toledo, Santiago y Coruña: se combatia á la monarquía absoluta.

Hemos apreciado históricamente para la mayor inteligencia de la presente monografía el establecimiento de las *hermandades*: presentaremos ahora á nuestros lectores el acta del Consistorio celebrado en 16 de julio de 1418 con el objeto de formar la *hermandad de Santiago* y nombrar sus cuadrilleros. Este documento histórico, en el cual se copia la Real cédula de D. Juan II dada en 1386 sobre la organizacion de las *hermandades*, revela la importancia civil de Santiago en el siglo XV. El que copiamos á continuacion no solo sirve para el estudio de la historia de Galicia, sino tambien para la exacta apreciacion del dialecto gallego, de donde el *romance* ha tomado muchas de las palabras empleadas en los juegos florales y en las cortes de amor por Macías y Juan Rodriguez del Padron.

«Enton ó dito Concello — hé aquí las palabras testuales del mencionado Consistorio—e xustizas e Homes-Boos xurados; diseron que por cuanto a eles era dito e havian por informazones de algunhas personas que en a dita Cibdade e cerca dela arredor e en outras partes deste Arzobispado se facian e querian facer moitos roubos, furtos e omisios e mortes de homes e males e quebrantamentos de camiños e outras forzas por mingoa de Xustiza e esto por quanto noso Señor o Arzobispo de Santiago D. Lope agora de presente está ydo á a corte do noso Señor el Rey, a servizo do dito Señor rey en proveito e onrra suya e da dita cibdade e do seu Arzobispado, o qual dito Señor Arzobispo en canto á que de presente estaba en su Arzobispado proveia de xustiza á todos los do seu Arzobispado, e por canto el e os moradores da dita Cibdade e Arzobispado agora non podian ser tanben gardados nen defensos en direito e Justicia seu para elo facer Ermandades: Por ende que eles por servicio do dito Señor Rey e do dito Señor Arzobispo, e por proveito deles e dos moradores da dita cibdade e Arzobispado e por eas xentes estovesen en paz e en asosego; acordaban e acordaron de facer Irmandade segun e maneira que os Señores Reys de Castela que por los tempos forou ordenaron e mandaron que se fecesen en seus Regnos e Señorios: a qual dita Irmandade logo de presente facian e mandaban que se tevese e comprise, segun se contiña en unha ley que el Rey D. Juan que Deus dé Santo Paraiso fizo e otorgou en as Cortes de Segobia o ano que pasou da nascensa de noso Señor Xesuchristo de mil e trescentos e oitenta e seis anos; da cual o tenor e este que se sigue—Otrosi, á lo que nos pedieron por merced que porque la nuestra justizia fuese guardada e complida e los nuestros Regnos defendidos e nuestro servicio se pudiese mejor cumplir que mandasemos que las nuestras Çibdades e Villas e Lugares de los nuestros Reynos fecesen ermandades e se ayuntasen las unas con las otras; asi las que son Realengas como las que son de Señorios: A esto respondemos que nos place que las dichas ermandades se fagan segund qué outro tempo fueron fechas en tempo del Rey D. Alfons nostro Abuelo que Dios perdone, segund se contiene por esta clausula que adelante se sigue—Primeiramente, que si la morte o el robo o el malaficio acaecere en camiños ou en outro lugar ermo que el querelloso veinga á la primeira cibdad o villa o lugar que mais acerca foer onde entender que mais ayna pode ser acorrido, que de y la querella al Alcalde o a los Alcaldes e a los oficiales o al Merino o Alguacil o Juez o otro que tenga y oficio de la justicia e a outros qualesquier que y fallare eque estos oficiales o qualesquier dellos e los outros oficiales cualesquiera quen for dada la querella, que faga repicar la campana e que salgan luego á voz de apelido e que baian en pos de los malfechores por do quer que fueren e como repicaren en el tal lugar que lo imbien facer saber a los outros lugares da enderredor para que fagan repicar las campanas e salgan a aquel apelido todos los de aquellos lugares donde for embiado decer o oyren el repicar de aquel lugar do for dada la querella o de otro cualquer que repicare o oyeren o sopieren el apelido ó la muerte, que sean tenuidos de repicar e salir todos e yr en pos de los malfechores e de los siguir fasta que los tornen o los encierren. E si esto acaecier en las merindades de Castilia e de Leon e de Galic a do aya Merinos mayores o otros Merinos que andan por ellas e fuere fallado el Merino o Recudiere, que baia el con ellos e que sigan los Malfechores fasta que los tornen o los encierren como dicho es; e si la Querella fuere dada al Merino ante que á la Villa del Rey ó en otro Lugar algun, que el Merino baya en pos á los Malfechores segund dicho es e que lo imbien facer salir a los Lugares do mas cerca stá, é caecer; que fagan repicar las campanas e bayan pos de los Malfechores segund dicho es: e se fuere la querella da rrovo ó de furto e los tomaren con ello e fueren y Merino Notario o Otro Oficial de qalquer villa que se y acaescier e cumpla luego en ellos Justicia: e si los non fallaren y con el Robo ó furto ó ouvieren fecho otros maleficios de muerte ó de furto o otra mal feituria que los prendan e los lieben presos a aquel Lugar en cuya xurisdiccion fuera fecho el maleficio por que los oficiales dende, cumplan e fagan dellos xusticia como fallaren por fuero e por derecho: e si los tales Malfechores se encerraren en alguna villa o Lugar realengo o de otro Señorio qalquer, que los oficiales ó el Concejo de aquel Lugar, siendo requeridos por los que requieren el apelido o por cualquer dellos, que sean tenuidos de se los entregar luego sin otro detenimiento con el robo ó con el furto é con todo lo que lebaren—e que stos Malfeitores que los leven presos al lugar do fuere fecho el Maleficio porque fagan dellos xusticia, como dicho es; e si se los non quisieren dar nin entregar, el Lugar do se acaeciere fuere realengo e Abadengo, que los oficiales de la Justicia al que fue demandado aya aquella pena que merece el Malfechor: e si el Concejo lo embargare e no lo quisiere ayudar a cumplir que sean tenuidos de pechar al querelloso el robo ó el furto que le fuere fecho e facer emienda del daño que recibió, asi como es fuero e derecho: a el querelloso que sea creido de lo que le fue robado o furtado e del daño que recibió por su jura, seiendo ante Alvedriado o estimado por el Juez que lo ha de librar, catando la persona del Querelloso e la condicion e la riquiza o pobreza o oficio de el y las otras cosas que pueden mover el Juez paro lo Alvedriar; e si lo negaren que los Malfechores no entraron ueso en el Lugar que sean tenuidos de acoger ay los oficiales que fueren en el Apelido e a outros algunos con ellos fasta en dez para buscar los malfechores é los oficiales e el Concejo dende que les ayuden á ello e si los fallaren que se los entreguen so la pena que dicha es; e si no los quisieren acoger en la Villa o Lugar de otro señorio, Que el señor fuere e que sea tenuido de lo Complir lo que dicho es so la dicha pena del Daño e de los mrs. e de que finque en nos, e deselo escarmentar como la nuestra Merced fuere: Y si el señor y no fuere, que el Concejo y los oficiales sean tenuidos á complir todas las cosas sobredichas so las dichas penas. E si el Malfechor o los Malfechores se acogieren en el nuestro Castillo que el Alcalde o los Alcaldes que sean tenuidos de entregar los Malfechores al nuestro Merino ó a los otros oficiales que fueren con el en el Apelido; e si dixeren que no stan y que consientan entrar en el Castillo al nuestro ó a los otros oficiales que fueren con el en el apelido porque caten y busquen, y los malfechores e el Alcayde que ayudé á ello é si los fallaren, que se los entregue e que se los deixen lebar dende presos: Y si lo asi non fisieren que ayan la pena que sobredicha es, e nos que pasemos contra el e que los escarmentemos como la nuestra Merced fuere: e si los Malfechores se acogeren e se encerraren en Castillo ou en Casa fuerte que non sea nuestro; que el Alcaide del Castillo o de la Casa fuerte sea tenuida a complir e gardar todo lo que dicho es so las penas sobredichas e mas que los outros merinos puedan facer contra los Castillos e casas fuertes sobre esto lo que deben segun fuero e uso e costumbre e én estos Apelidos tales que puedan ir fixosdalgo sin pena ninguna e que non puedan ser Demandados nin denostados por morte nen por ferida nin por prision nin por outro mal ningun que reciban los malfechores e los que los defendieren; e porque esto se pueda mejor facer e complir e sean mais prestos para salir en estos Apelidos; tenemos por bien e mandamos que las Cibdades e Villas e Lugares do hay Gente de Cavalo que den de cada unha de los mayores veinte homes de cavalo e cinquenta homes de pee e los que estos homes non se acordaren a dar, e estos e todos los outros Lugares que el quarto de la Campaña que y ouver de pee e de cavalo e cada catro dellos sean tenuidos de estar prestos á servir e salir á estoss Apelidos Tres meses e que cada vez que salieren que sean tenuidos de ir con estos sobreditos o el Merino o el Juez o el Alguacil o el xurado de non ovuere outro oficial de la Villa o del Lugar o los dichos oficiales; e los Concejos que non dieren los dichos homes de Cavalo e de pee e los que fueren dados pára esto e non salieren nin seguiren el Apelido como dicho es; que pechen, el de cavalo; los Concejos e las Cibdades e Villas maiores que pechen mil e Doscentos mrs., e los de los lugares medianos que pechen seiscientos mrs., e las dichas Aldeas pequenas sesenta mrs. e los que fueren nombrado para esto e non salieren, nen insiguiren el Apelido como dicho es; que pecha el de cavalo sesenta mrs. e el de pie vinta mrs. que los aian los outros de

aquel Concejo que salieren al Apelido; e el oficial de la Cibdad o de la Villa mayor que no fuere al Apelidó como dicho es, que peche seiscientos mrs. e de las Villas e lugares medianos que pechen trescentos mrs. e el de los lugares e Aldeas menores que peche sesenta mrs.; e sto que lo pueda acusar qualquer del Pueblo do acaecer; estas penas sobreditas de los mil e doscentos e de los seiscientos mrs. e de los trescentos maravedises, e otrosi de los sesenta maravedises e de los Lugares realengos, que sean las cuatro partes para la nuestra camara e la quarta parte para el Acusador; e en los otros Lugares de los otros senorios que los ayan los señores e el Acusador, en la manera que dicha es: e los Concejos que non ficieren lo que dicho es e los que fueren nombrados para ir a los Apelidos e los oficiales que ouvieren de ir con ellos e no los signiren, como dicho es, que pechen al querelloso el daño que recibió si non fueren tomados los Malfechores do non podieren cobrardelos seiendo primeiramente apreciado e estimado por el Juzgador en la maneira que dicha es, de suso: e porque las xentes sean mais prestos para esto, mandamos e tenemos por bien que leven Lanzas e Armas porque donde las tomase la voz puedan siguir el Apelido: e que los Concejos e los outros de cavalo e pee que foren dados para salir á estos Apelidos sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores e de los seguir fasta oito leguas donde cada uno mourere; si los ante non tomaren nin incerraren: e o cabo de las oito Leguas que den el rastro a los outros, do se acabaren las oito Legoas para que tomen el rastro e vaian e sigan los Malfechores en la maneira que dicha es: e si el Merino de aquella Cibdad o Villa o Lugar dudare mas de las ocho leguas, que sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores fasta que salga de sus terminos e de el rastro en outro Lugar a quen lo tome e siga como delues.»

Los alcaldes de la hermandad de Santiago nombrados en el consistorio de 6 de julio de 1418 «en canto for voontade do dito Concello» — son palabras testuales de la mencionada acta—fueron Vaasco Fernandez Troquero y Gonzalo de Cobas, vecinos de la misma ciudad. La organizacion civil de este armamento voluntario de la jurisdiccion de Santiago fué llevada á cabo con el nombramiento de los cuadrilleros pertenecientes á las diez parroquias de la poblacion. El concejo autorizaba; los alcaldes de la institucion ordenaban; los cuadrilleros capitaneaban: hé aqui la graduacion oficial de la hermandad de Santiago.

La multitud de la *quintana dos pacos* escuchó el pregon de este ordenamiento con religioso silencio, y al terminar Lorenzo Longo su lectura, un general y espontáneo aplauso llegó hasta el *sobrado* del concejo.

Fernan Eanes que tenia sus valonas de poeta, es decir, que era lo menos notario que le venia á cuento, esclamó de pronto al distinguir el movimiento acompasado de las manos que aplaudian—Se me antoja creer que esto y viendo una bandada de palomas sobre un sembrado.

—Quanti casus humanæ rotant! dice, y dice bien Seneca—dijó Gomez Rodriguez; tarde ó temprano encontrarán el grano.

—Y las matarán entonces los cazadores de alforja..... prosiguió el alcalde Martin Galos sonriéndose con malicia.

Un simil involuntario del notario del concejo habia despertado la inteligencia previsora del *bachiller en decretos* Gomez Rodriguez, y el alcalde Martin Galos habia comprendido de pronto el pensamiento del regidor de Santiago. Eran dos filósofos de acuerdo, por medio de un notario, sobre el porvenir de las *hermandades*.—Una pavesa puede encender el pávilo de una lámpara.

A los ocho dias de celebrado este consistorio se volvió á reunir el concejo de Santiago para leer y aceptar una real cédula de D. Juan II estendida en Valladolid en 14 de junio de 1418, para pedir á la ciudad el consentimiento y aprobacion de la tutela, gobernacion y administracion de los reinos y señoríos de la corona de España, como competia á su derecho privilegiado. «La que leida—se refiere el acta de este consistorio—y obedecida con el mayor acatamento y reverencia correspondiente, dixeron—se refiere á los alcaldes y rejidores-jurados—la aprobaban e ratificaban e la havian y consentian lo en ella y cada parte espresado y mandado por S. M. Y ordenaron que el Escribano del Ayuntamiento diese testimonio en forma deste obedecimiento, asenso y consentimiento, á Francisco Gonzales Ballestero, quien la presentara en nombre de S. M. para que lo exhibiese.»

Los alcaldes y regidores-jurados que asistieron á este consistorio fueron Martin Galos, Juan Area da Cana, Alonso Fernandez Abril, Alvaro Alonso Juliate y Fernan Gonzalez del Preguntoiro.

El Procurador general del concejo, Pedro Leiciro, fué el encargado de presentar la carta original á D. Juan II, y entre los testigos de este consistorio se encuentra á Vasco Gomez de Marzoa, que seria tal vez el padre de Lope Gomez de Marzoa, primitivo fundador del *Estudio viejo* de Santiago, y notario público de la ciudad.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS DE BARCELONA.

ARTICULO SEGUNDO.

Entremos en el templo restaurado por el conde de Barcelona Wifredo II: echemos una rápida ojeada á la antiquísima iglesia goda, y hallaremos una gran cruz latina que lleva el enorme cimborio por crucero, el presbiterio en su cabeza, capillas en sus lados: hé aqui la forma de cruz que tanto prueba los sentimientos religiosos de nuestros cruzados, sus conocimientos artísticos; sin embargo, la notamos en un templo bizantino, cuando todavia era desconocido el goticismo. Preciso es confesar que la arquitectura tudesca era mucho antes de marcarse su existencia, un bello pensamiento que se desarrolló con las costumbres de la edad media. El interior de la iglesia se reduce á dos naves que se cortan perpendicularmente; el altar en el ápside y los claustros á un lado. Su fachada ofrece un pensamiento completo y bien acabado, en el que no falta ni una linea, ni sobra una piedra. Los tres arcos semicirculares, el entallado roseton, la ancha ladronera, las dos columnitas uniformes de altura de un hombre, la mano misteriosa con sus dos dedos señala una hilera de peces, estrellas y cabezas humanas que guarnecen la parte superior del arco, en cuyos cuatro lados se halla esculpido el símbolo de los cuatro Evangelistas, orlando el dintel de la puerta, la inscripcion latina «*Per me gradiendo venite Renardus C. P. set anime uxor ejus Raymundo,*» forman el agradable conjunto que ha reproducido el buril en los albums nacionales y estrangeros.

Pasemos al claustro: sorprendente es en estremo el aspecto que ofrece su forma casi cuadrada, corrida, de esbeltas columnas pareadas, de cuyo comun arquitrabe arrancan varios fragmentos de círculo, que cortados, trazan tres ó cinco arcos, ninguno de los cuales cierra, salvo el último, casi en forma de herradura. Enriquecen los capiteles diversidad de caprichos, como hojas, flores, plantas, rostros, ciervos, caballos, leones, etc.: unos figuran un airoso cesto en sus capiteles, de los cuales en otros derrámanse caprichosas hojas; otros contienen animales estraños y nunca vistos, como haciendo alarde de la mayor originalidad, empero trabajado todo toscamente, como si llevara estampado el sello de la barbárie de aquellos tiempos. Vénse no obstante algunas columnitas, que por la gracia y diligencia de las labores de su base, y por la airosidad de sus capiteles, podrian figurar al lado de la mas delicada forma romana. Las aplastadas aberturas no permiten ver el azul del cielo, y la escasa luz que entra por ellas no puede disipar enteramente las sombras que envuelven las arrogantes sepulturas góticas, construidas unas sobre leones, otras cobijadas por lindas ojivas, cada una con sus mas ó menos delicadas entalladuras y graciosas cartelas. Al leer las lápidas, entre otras la del piadoso fundador, que escrito en letras góticas mayúsculas ulphianas, traducidas literalmente al latin, y comprobada por el P. Villanueva, dice asi: «*Sub hac tribuna jacet corpus Wifredi Comitis filii Wifredi simili modo quondam Comitis bonæ memoriæ. Dimitat ei Dominus Amen. qui obiit Sexto Kal. Maii sub era CMLII an. Dom. CMXIV an. XIV regnante Caroli Rege post Odonem*, siéntese el alma agitada de tristeza y dulce melancolia. ¡Oh! es indefinible el carácter que imprimen ocho siglos sobre un monumento. La solidez y esta misma poca elevacion en la abertura de los arcos, tiene algo de egipcio, algo de esas obras que nos recuerda la historia, y cuyas proporciones la tradicion y la oscuridad aumentan.

Si nada llena tanto de un sublime temor en un santuario como las viejas tumbas; si en parte alguna inspiran tanta veneracion como en una obra gótica, ciertamente el claustro de San Pablo es de los que mas pueden envanecerse de producir estos efectos. Cuando en una tarde borrascosa de verano en la que el trueno retumba á lo lejos, el rayo ilumina las oscuras nubes, la lluvia azota las bóvedas del claustro, cruzamos sus estrechas calles, el alma se siente agitada de tristeza y melancolía, concibe algo de sublime en el silencio de estos sepulcros, turbado por el bramido de la tempestad. ¡Oh! no cabe ponderar la sensacion que producen aquellas piedras, testimonios elocuentes y espresivos de haber pasado en pos de ellas tantas generaciones, cuyo color, entallamiento y colocacion nos evidencian una larga duracion de cerca mil años.

El claustro de San Pablo del Campo presenta ya aquellas formas misteriosas con que vestia sus fábricas la edad de la caballería; es una de aquellas creaciones que aventajan á su siglo. Consideremos este claustro solo, aislado, despojado de su atavío, con sus columnitas y sus arcos, y hallaremos ser sublime é impresionable cuanto se puede imaginar. Si le parangonamos con las demás creaciones contemporáneas, vemos ser de aquellas obras que confunden la mente del ob-

servador, y que dando un paso de gigante el génio y el gusto de los obreros bizantinos, iba regularizándose por la práctica de los artistas sarracenos. Otros detalles y particularidades pudiéramos citar, que omitimos en atencion á los límites á que debemos ceñirnos.

No queremos concluir el presente artículo sin dejar consignado que nos causa mucha pena que el público no pueda recorrer y admirar tan rica joya, pues destinado el edificio á servir hoy dia para cuartel, donde no es permitida la entrada, corre además inminente riesgo de sufrir irreparables perjuicios. En su consecuencia formulamos la enérgica súplica, y rogamos encarecidamente á las autoridades, á las corporaciones científicas, y á todas las personas ilustradas, amantes de nuestras preciosidades artísticas, para que insten vivamente al gobierno y no desistan hasta haber conseguido que los claustros, que deben considerarse parte de la iglesia, esten unidos á ella y segregados enteramente del resto del edificio, venciendo cuantas dificultades se opongan, á fin de que se conserve largamente, sin deterioro ni menoscabo, tan precioso tesoro, y pueda ser visitado sin impedimento alguno, asi por los curiosos viajeros, como por otras personas conocedoras, ávidas de estasiarse á la vista de tan galana y caprichosa obra, una de las mas ricas joyas artísticas que por fortuna nos quedan, y que cuenta tan crecido número de siglos.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.



ATILA EN LA GALIA.

Este guerrero habia sucedido á su tio Roas, y mandaba con su hermana Bleda á los hunos, establecidos en la Hungria y en la Escitia; pero no debia contentarle mucho tiempo aquella dominacion. Gefe de un pueblo belicoso é inquieto, resolvió caer sobre el imperio romano, que se debilitaba con el peso de sus crímenes y de sus vicios. Atila no era solo un gran capitan y un hombre de voluntad de hierro, sino que semejante á Alejandro, á César y á Mahoma, espresaba todas las cualidades y defectos de la raza que debia conducir: era el Hércules de los bárbaros. Fuerte, valiente, ardiente, ávido de empresas gigantescas, generoso y colérico, resumia los confusos instintos de unos pueblos que se agitaban violentamente: su aparicion fué un meteoro; nada fundó; ningun gérmen dejó á su muerte para que se desarrollase mas tarde: quinientos pueblos destruidos recordaron únicamente que Atila habia existido.

Su astucia corria parejas con su valor, y armado, segun decia, con la espada que habia pertenecido al dios de los hunos, era para estos objeto de temor y de veneracion. Mató á su hermana Bleda, para mandar solo, y este fratricidio fué mirado como una inspiracion divina y celebrado como una victoria.

Despues de haber estendido su poder en la Germania, reunió los vándalos, los ostrogodos y los gépidos, y marchó contra la Pérsia al frente de setecientos mil hombres; pero batido en las llanuras de Armenia, cayó sobre el imperio de Oriente, y lo destruyó desde el Ponto Euxino hasta el mar Adriático. El emperador Herodoto fué batido tres veces, Constantinopla sitiada, y hubo que comprar la paz. Despues de haber destruido setenta poblaciones florecientes en la Trácia, la Macedonia y la Grecia, quiso tambien arrasar la Gália. Asustados los habitantes á su aproximacion, huian despavoridos á ocultarse en las cavernas y en los bosques. Pasó el Sena, llegó al Loira, y acampó al pié de los muros de Orleans en 451; pero sus habitantes opusieron tenaz resistencia. Entre tanto Aecio, Teodorico y Meroveo avanzaron con un ejército respetable: súpolo Atila y activó el sitio, que levantó poco despues, abandonando las márgenes del Loira, y trasladándose á Chalons-sur-Marne, donde le alcanzaron sus enemigos. Aunque los adivinos le anunciaron una derrota, se decidió á combatir, y escitó el ardor de sus soldados. Destrozó en un princio el ejército de Aecio; pero un cuerpo de reserva mandado por Turiamundo bajó repentinamente de las alturas, restableció el combate, y obligó á huir á los hunos. Atila se atrincheró detrás de sus carros, y encendió una hoguera, resuelto á abrasarse en ella antes que entregarse; pero los vencedores no se cuidaron de aprovechar sus ventajas. Teodorico murió en la refriega; ciento sesenta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Todos se retiraron dejando á Atila en su campo como una béstia feroz, cuyo retiro nadie se atreve á forzar. Salió de él furioso, pero no desanimado, y empezó á recorer el imperio, semejante á un huracan. Otra espedicion que emprendió contra las Gálias le obligó á volverse á Italia, donde su ejército dió principio á nuevas devastaciones, porque segun las memorias de aquel tiempo, se asemejaba á una horda de bandidos, sin mas ley ni freno que su capricho, ni mas objeto que el pillaje.

Atila murió de una hemorragia en 453.—« Espúsose su cuerpo, dice Michaud, bajo un pavellon de seda, y sus guerreros cantaron en honor del que fué su padre y terror del universo: los bárbaros se cortaron sus melenas y derramaron su sangre, y el cuerpo del rey de los hunos quedó encerrado en tres cajas, de oro la primera, la segunda de plata, y la tercera de hierro. Degollaron á los cautivos que habian abierto la fosa, y el cuerpo fué sepultado durante la noche, á fin de que los pueblos ignorasen siempre el sitio en que quedaba aquel depósito.» Fornandes ha dejado un retrato del rey bárbaro: tenia este la cabeza gruesa, nariz aplastada, anchas espaldas y corta estatura. Su continente era fiero y su voz fuerte y sonora.

Solo se alimentaba de carne, y miraba el pan como un lujo indigno de los conquistadores del Norte. Arbitro de muchos reinos, nunca tuvo capital, y su palacio era una cabaña adornada con los despojos de los vencidos.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XI.

Salto atrás.

Al subir Meneses al carruaje repitió al cochero el encargo que le habia hecho por la mañana; y los caballos descansados, y con el estímulo de la querencia, tomaron el mismo trote largo que los habia llevado en media hora desde Bayona hasta la quinta de Sofia. Nada aconteció en el camino que sea de contar. Luis Meneses hablaba poco; Remigia callaba absolutamente, y doña Micaela y don Blas partian el peso de la conversacion. Llegaron á las once en punto á la fonda: Luis se despidió de sus nuevos amigos, dándoles las mas cumplidas gracias, y se dirijió á su aposento.

Francisco se encontraba en él, arrellanado en una butaca y profundamente pensativo.

—¿Has recibido una esquelita, que te remití esta mañana? preguntó Luis á su criado.

Francisco se puso de pié; miró á su amo con suma atencion, y repuso:

—Sí señor.

—¿Y has ejecutado cuanto en ella prevenia? insistió Luis con tono seco.

—Antes de contestar á V., quisiera que habláramos un poco.

—Con tal que no sea mucho, empieza: repuso Meneses sentándose.

—¿Está V. seguro, señor, de que no ha perdido la cabeza? dijo Francisco con acento un tanto lastimero.

—Segurísimo: respondió Luis; devolviendo á Francisco la mirada investigadora que este le habia dirijido antes.

—Pues en ese caso mande V. que me encierren en Zaragoza ó en Toledo; porque yo estoy loco de fijo.

—¿Quieres esplicarme á qué vienen todas esas impertinencias?

—¿No hemos salido de Madrid en busca de la señorita Magdalena?

—Sí. ¿Y qué?

—Y cuando consigue V. hallarla, huye de ella como del diablo.

—Ya te entiendo, querido Francisco. Tú te admiras, porque no sabes que Magdalena no es Magdalena.

—¿Qué dice V.?

—Que don Blas no es don Blas.

—Pero, señor.....

—Y que la esposa de don Blas no es la esposa de don Blas.

—Que me lleve el diablo si entiendo.....

—La hija de don Blas es Remigia.

—¿Pero qué importa que haya yo equivocado el nombre si encontramos á la señorita?

—No eres tú quien se ha equivocado, he sido yo.

—Ahora lo entiendo menos.

—Pues escucha. El don Blas que salió de Madrid.....

—¿El padre de la señorita Remigia?

—No; el padre de la señorita Magdalena. Se quedó en Vitoria.

—Ya comprendo. En Vitoria tomó su puesto otro don Blas.....

—Padre de la señorita Remigia. Cuando deshice esta equivocacion.....

—Me escribió V. este papelito: «Francisco, toma dos billetes para »Vitoria. Si no te los quieren dar para Vitoria, tómalos hasta Madrid »ó hasta China; poco importa con tal que pasemos por Vitoria.»

—¿Y bien: has cumplido mis órdenes?

—Sí señor. He tomado dos asientos hasta Vitoria.

—¿A qué hora debemos marchar?

—A las doce.

—Arregla pronto mi equipaje.

—Ya está en la góndola.

—Ajusta la cuenta de la fonda.

—Ya está pagada.

—Francisco, Francisco, algunas veces eres todo un hombre.

—Yo creia que siempre lo era: repuso Francisco con la mayor formalidad.

Contento Luis de la eficacia con que habia cumplido Francisco sus órdenes, y persuadido de que en Vitoria tendria mejor suerte, consagró los últimos momentos que debia pasar en Bayona á despedirse de don Blas. La hora avanzada de la noche no le permitia hacerlos de palabra; y como se miente mejor por escrito que de viva voz, tomó papel y escribió la carta siguiente:

«Señor don Blas Medecotelechea.—Muy señor mio y de toda mi consideracion: acabo de recibir una carta que me obliga á volver á España esta misma noche, y no pudiendo despedirme de V. verbalmente, me tomo la libertad de escribirle estas cuatro líneas. Póngame V. á los piés de las señoras, y disponga de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—Luis de Meneses.»

Este lacónico billete entregó Luis al mismo criado que la tarde antes habia llevado al padre de Remigia una tarjeta del amante de Magdalena; encargándole que no dejara de entregárselo al dia siguiente: y despues de repartir las correspondientes propinas se encaminó con su criado al parador de diligencias. Dieron las doce; los viajeros ocuparon sus localidades; encendió el mayoral su puro; subió al pescante; empuñó las riendas; dió sus órdenes con la autoridad de un capitan á bordo, y al primer chasquido del látigo del postillon salieron las mulas á escape. Al atravesar el Vidasoa se despidió Francisco de Francia, tierra inhospitalaria para él, pues habia perdido al pisarla una parte de sus atribuciones; y saludó á España como si no la hubiera visto en el trascurso de diez años. Luis pensó con gusto que no tendria que dar mas el brazo á Remigia, y lanzó un suspiro confiando en que las aceras españolas sabrian llevarlo hasta los pies de Magdalena.

Cerca estaba Luis de Vitoria cuando entregaron á don Blas la carta de su amigo Meneses. En su cualidad de padre creyó que aquella carta tendria por objeto pedirle la mano de Remigia: y como doña Micaela tenia voz y voto en el concejo de familia, la condujo al alfeizar de una ventana y la enseñó el pliego, aun cerrado, que acababa de recibir. Doña Micaela era buena madre y creyó lo mismo que su esposo; ninguno de los dos habia reparado en la joroba de su hija, y como todas las mugeres son impacientes y curiosas, abrió el pliego sin vacilar. Le parecieron pocas líneas para una peticion tan grave; pero sin embargo leyó. Á cada palabra su rostro se ponia mas pálido, y cuando concluyó la epístola estaba como una difunta.

—¿Qué tienes? la preguntó don Blas, notando el cambio de su rostro.

—Toma y lee: repuso doña Micaela, presentándole el fatal escrito.

Don Blas leyó, y aunque se encontraba prevenido, se inmutó como su muger.

—Esto es muy raro, murmuró. Queria acompañarnos á Biarrist y se vuelve á España.

—Razon tenia yo cuando te dije que desconfiaras de él: repuso doña Micaela.

—¿Pero qué idea pudo llevarse en buscar nuestras relaciones?

—Quién sabe! Quizá es algun petardista, y queria pegártela.

—En ese caso no se habria marchado sin intentarlo cuando menos.

—Quizás algun incidente le habrá hecho huir, temiendo ser descubierto.

—¿Qué sucede? preguntó Remigia alarmada por el secreto de sus padres.

—Nada de estraño: respondió doña Micaela, que tomaba siempre la iniciativa en las discusiones domésticas. El jóven que nos acompañó ayer escribe á tu padre despidiéndose para España.

—¿Y cuándo se marcha? preguntó Remigia manifestando algun interés.

—Se ha marchado ya: respondió don Blas que era el segundo á votar en el dicho concejo.

—¿Pues no debia acompañarnos á Biarrist? insistió Remigia.

—Ha recibido anoche una carta que le ha hecho mudar de opinion; repuso doña Micaela.

—Es lástima que se haya marchado; porque parecia muy amable.

Don Blas y su esposa creyeron que debian cortar la discusion, y trataron de otros asuntos. Sin embargo, los dos consortes procuraron adquirir noticias relativas á don Luis de Meneses, y las pidieron á todos los mozos de la fonda. Las respuestas de estos fueron contrarias á las injuriosas suposiciones de doña Micaela: todos ellos habian recibido propinas nada despreciables: por lo tanto, para todos ellos era don Luis un caballero tan sin miedo ni tacha como Bayardos ó Roldan. Estos informes prestaban fuerza á las razones de don Blas; pero su esposa, que era indócil como toda muger, se mantenia firme en sus trece, y no habia quien la convenciera de que Meneses no era un truhan.

En estas cuestiones matrimoniales trascurrieron dos dias enteros. Sofia tuvo la amabilidad de preguntar á su compañera de colegio por el español, estrañando que no hubiera tenido la cortesía de visitarla: y Remigia tuvo el patriotismo de disculpar á su conciudadano, contándola su imprevista marcha. En la tarde del segundo dia recibió don Blas una carta, fecha en Madrid, del tenor siguiente:

«Mi estimado amigo: En contestacion á su última debo decirle que »conozco mucho á don Luis de Meneses. Es un jóven muy distinguido, »de talento y que ocupa en la córte una buena posicion social. Aunque »lo trato hace mucho tiempo, no puedo noticiar á V. detalladamente »sus riquezas; pero su manera de vivir honrosa, independiente y »desahogada me prueban hasta la evidencia que posee una fortuna re»gular. Si adquiero mas noticias, tendré el gusto de participárselas;

»pero entre tanto puede V. tratarlo con la mayor intimidad seguro de »que no tendrá por qué arrepentirse. Por último, si vale algo mi garantía, yo respondo de él desde luego.»

—¡Razon tenia yo para decir que don Luis era un caballero! esclamó doña Micaela, despues de haber leido segunda vez la carta del íntimo amigo de su esposo.

—Perdona, muger, observó don Blas; pero me parece que tú eras la que dudabas de la honradez de nuestro amigo, el señor don Luis de Meneses.

—No sé cómo tienes valor para decir eso, cuando sabes que siempre fui de su partido.

—Yo habia entendido lo contrario, pero quizás comprendí mal.

—Quien piensa mal, comprende mal: dijo doña Micaela sentenciosamente.

—Tú sabes, muger, que no soy propenso á pensar mal de nadie.

—Pero si propenso á disputar, y no estoy de humor de disputar. Quede sentado que al pobre don Luis ha sucedido una gran desgracia, y que tomamos en ella mucha parte.

—Soy de tu mismísima opinion; y lo siento tanto como tú.

—Mira Blas, ¿por qué no le escribes ofreciéndole cuanto poseemos?

—Tienes razon; voy á escribirle.

Don Blas tomó pluma y papel, y escribió al hombre que no debia admitir sus ofertas.

CAPITULO XII.

Del Escorial á Vitoria.

Estoy seguro, segurísimo, con esa seguridad que inspira fé, y no una fé cualquiera, sino aquella con que se mueven las montañas; estoy muy seguro, repito, de que cuantos se han interesado por los personajes de esta historia, volverán á pensar con gusto en la interesante Magdalena. ¿Y qué cosa mas natural? Magdalena se presenta hermosa, jóven y entusiasta, tres cualidades que seducen: Magdalena se deja adivinar rica, una cualidad qua convence: nada mas justo que pensar en ella con placer. ¡Cuántas veces habré yo pensado en mugeres que lo merecian menos! Pero averiguar en lo que yo he pensado no pertenece á los lectores de esta historia.

Melancólica y taciturna salió Magdalena del Real Sitio; y á las cariñosas preguntas que sus padres la dirijian, respondia siempre con una sonrisa breve y triste; con una de esas sonrisas que entreabren los lábios, como entreabre la brisa las húmedas hojas de un capullo. Ni suspiro ni queja revelaba las palpitaciones de su pecho, y sin embargo, su corazon se dilataba y comprimia como si quisiera romperse. ¿Qué habia dejado Magdalena en el Escorial? Habia dejado una memoria, un sueño hermoso, aquella cornisa encantada que no debia volver á ver jamás. Y luego la pobre Magdalena creia que ella sola soñaba; que ella sola guardaba el recuerdo del dia 17 de julio; que aquel hombre, cuya intrepidez la habia enamorado, no habria vuelto á pensar en un accidente tan insignificante para todos; que aquel hombre no habria reparado quizás en la muger que lo admiraba. Si Magdalena hubiera sabido que Luis pensaba en ella, que Luis corria tras ella, que Luis habia estado la noche antes bajo el mismo techo que ella, que Luis era tan visionario como ella, que Luis estaba dispuesto á arriesgarlo todo por ella, el corazon de Magdalena hubiera latido de alegria, y sus ojos hubieran derramado lágrimas, pero lágrimas de placer.

A las ocho de la mañana estaban D. Blas y su familia de vuelta en Madrid: á las ocho de la mañana pisaba Luis la atrevida cornisa de la iglesia del Escorial. Veinte y cuatro horas antes estaba Magdalena bajo las bóvedas de San Lorenzo; veinte y cuatro horas antes estaba Meneses en un lecho, durmiendo como un pordiosero despues de una buena limosna. Si Luis hubiera adelantado su viaje veinte y cuatro horas, ó Magdalena retrasado el suyo el mismo tiempo, ¡de qué distinto modo hubieran marcado los sucesos! ¡Cuánto influyen veinte y cuatro horas en la felicidad humana!

Pero es una majaderia filosofar de esta manera, cuando todo el mundo sabe que el tiempo tiene un influjo singular. Con el tiempo se van curando las heridas mas cancerosas: con el tiempo desaparecen las memorias mas aflictivas: el tiempo trae los desengaños: á fuerza de pasar minutos, y un minuto pasa muy pronto, se pone fea y vieja una muger jóven y hermosa; y pasando tiempo caduca y muere el niño travieso y robusto. Repito que todo el mundo sabe lo que hace el tiempo, y por lo mismo me lo callo; pero no sabe todo el mundo lo que hizo Magdalena desde el Escorial á Vitoria, y me propongo referirlo.

Dije que á las ocho de la mañana del dia 18 de julio, veinte y una horas despues de aquella en que se comenzó esta historia, entró Magdalena en Madrid, y se dirigió á la misma casa que habia espiado dos dias antes el fiel servidor de Meneses. Ya sabemos que Magdalena y su familia ocupaban el cuarto principal; pero únicamente yo sé el estado en que se encontraba. No podia servir de modelo á un endurecido solteron que tratára de pasar pronto á mejor estado, porque el orden estaba reñido con la morada de D. Blas. Se veian seis ó siete camas, un sofá, dos ó tres butacas, ocho ó diez sillas, tres ó cuatro mesas, unos cuantos platos, vasos y fuentes, muchos cofres y varios cajones: en una palabra, era el alojamiento de una familia que, estando con un pié en el estribo, ha deshecho su ajuar, quedándose con lo absolutamente necesario. Magdalena entró en su aposento, cerró la puerta, se arrojó en su lecho, se cubrió el rostro con las manos y empezó á llorar. ¡Pobre Magdalena! Durante el viaje habia traido los ojos cargados de lágrimas, sin atreverse á derramarlas, y al verse sola, las daba curso, para que refrescáran sus párpados y desahogáran su corazon.

Sin tomar en ellos parte alguna vió hacer los últimos preparativos de un viaje que debia alejarla para siempre de su quimérica esperanza: apenas probó manjar alguno, escusándose con una ligera indisposicion; y cuando Francisco estuvo á punto de hablar á Catalina, la doncella que cerró la puerta de la calle, Magdalena permanecia sola en su aposento y entregada á su inesplicable dolor.

—Señorita, dijo Catalina, acercándose á Magdalena de puntillas.

—¿Nos marchamos ya, Catalina? repuso la jóven, enjugando algunas lágrimas ardientes.

—Todavia no. ¿Pero á que no sabe V. á quien he visto?

—¿A quién has visto, Catalina? preguntó Magdalena temblando.

—Al hombre que nos va siguiendo, como una sombra, á todas partes.

—¿Al que nos encontramos en la puerta cuando marchamos á San Lorenzo?

—Y encontramos en San Lorenzo al apearnos, como si hubiera ido por el aire.

—Y esta mañana nos siguió hasta vernos tomar el camino de Madrid.

—Y esta noche ronda la casa: y hubiera entablado conversacion conmigo, á no haberle dado yo con la puerta en las narices.

—¿Quién será ese hombre? preguntó inquieta Magdalena.

—Indudablemente es criado de algun caballero elegante.

—¿De qué lo infieres?

—De sus vestidos, que han servido indudablemente á otro antes que á él.

—¿Y qué querrá ese hombre?

—No lo sé; pero estoy segura de que nos sigue por encargo de su señor.

—¿Sabes, Catalina, que es muy estraño este permanente espionaje?

—Pues si ha de continuar ejerciéndolo, ya debe correr tras nosotras.

—Es verdad, murmuró Magdalena; y persistiendo en su monomania, puso la figura del criado bajo la cornisa de San Lorenzo.

Interrumpió este corto diálogo la presencia de D. Blas, que venia en busca de su hija.

—¿Cómo estás, querida Magdalena? la preguntó cariñosamente.

—Bastante mejor, respondió, y estampó un beso sobre la frente de su padre.

—Pues concluye de prepararte; porque han dado las once y media y necesitas no perder tiempo.

—Ya estoy preparada, papá: dijo Magdalena, abandonando el aposento de sus ensueños y sus lágrimas.

Toda la familia, compuesta de Magdalena, sus papás, dos doncellas y dos criados, estaba dispuesta; y dando todos el último adios á las desmanteladas paredes, abandonaron el hogar para dirigirse á la fonda de las diligencias. Magdalena esperaba ver entre las sombras de la noche la figura de aquel misterioso criado que constantemente la espiaba; pero con profundo disgusto se vió libre de tan estraña persecucion. Ni en las calles, ni en el zaguan del parador, ni en los salones de descanso descubrió al misterioso espia; y tambien notó que no entraba ni en la rotonda ni en el cabriolé de la góndola. En Buitrago pararon un momento; Magdalena y Catalina examinaron escrupulosamente á todos los viajeros, y con manifiesto disgusto no encontraron á su perseguidor. En Burgos fué un poco mas larga la parada: Magdalena estaba segura de encontrarse con el espia; pero sucedió á su seguridad lo que ordinariamente sucede á todas las hijas del deseo, se desvaneció con el tiempo. Cuando Magdalena se alojó en el parador nuevo de Vitoria, apenas pensaba en el espia; tanto la iban alejando de él los anteriores desengaños; y sin embargo, Catalina entró diciendo:

—Señorita, venga V. conmigo al momento, si quiere V. ver....

—¿A dónde vamos? preguntó la jóven viajera con la indolencia del hastio.

—A esta habitacion inmediata, y verá V. desde el balcon....

—¿Alguna danza de aldeanos? No tengo humor de ver danzas.

—Pero si no se trata de una danza! insistió de nuevo Catalina.

—Sea lo que sea, estoy tan cansada que renuncio desde ahora...

—¿Quiere V. privarse de una sorpresa estraordinaria?

Una sorpresa estraordinaria era mucho para que Magdalena renun-

ciára á ella: se levantó, pasó á la habitacion inmediata, y se puso al balcon, acompañada de su doncella Catalina.

—Nada veo: dijo Magdalena despues de haber mirado con suma atencion hácia todas partes.

—¿Ve V. una puerta, en la direccion de mi dedo, que está bajo un balcon de persianas verdes? repuso Catalina, tendiendo su mano en la direccion indicada.

—Si; pero ni una sola persona está en ella.

—No aparte V. de ella los ojos, y pronto aparecerá alguien.

Magdalena obedeció á su doncella: á los cinco minutos se presentó un hombre en la puerta, y la jóven viajera esclamó:

—¡El espía!

—Ha llegado antes que nosotras: observó Catalina santiguándose.

—Ese hombre tiene alas: murmuró á su vez Magdalena.

La señorita y la criada se equivocaban de medio á medio. Que Francisco no habia tenido nunca alas; lo sabian desde su madre á Luis Meneses, cuantas personas lo habian visto: y que habia llegado antes que ellas tampoco era exacto, porque habia llegado veinte y cinco minutos despues. Magdalena, que lo creia alado, lo siguió con la vista, hasta que, doblando una esquina, desapareció completamente. Catalina, que no estaba muy lejos de colocarlo entre las aves, lo siguió tambien del mismo modo; y ambas se quedaron diciendo lo que un chiquillo de su madre: «por allí se fué.» Pero ninguna de las dos sabia que Francisco acababa de preguntar si se habia ido ya la diligencia de Bayona, y que le habian contestado afirmativamente.

Permanecieron al balcon ama y señora, esperando ver por segunda vez al espía, que no habia reparado en ellas; pero el primer ruido que llamó su atencion fué el de la silla-correo, que atravesaba á todo escape. Por una de sus portezuelas asomaba la cabeza del buen Francisco: Magdalena lo reconoció, dió un grito; se persuadió de que el espía no tenia alas; pero al mismo tiempo temió que no pàrára hasta Bayona.

(*Continuará.*)—JUAN DE ARIZA.



CALVINO.

Juan Calvino nació en Noyon (departamento del Oise) el dia 10 de julio de 1509. Su padre era tonelero y se llamaba Gerardo Cauvin, que latinizado despues se convirtió en Calvinus, y de aquí para nosotros en Calvino.

El reformador futuro fué educado por Claudio de Hangert, abad de San Elias de Noyon, quien obtuvo para él un beneficio simple en la catedral y un curato, del cual disfrutaba los beneficios sin cumplir las obligaciones, por no haber recibido todavia las órdenes. No tardó en renunciar al estado eclesiástico, porque Roberto Olivetan, su compatriota, acababa de comunicarle algunas ideas de la reforma que se introducia sordamente en Francia, y que le agradaron desde luego. En Orleans estudió el derecho, y en Bourges el griego, bajo la direccion de Melchor Volmar, que fecundó los gérmenes sembrados por Olivetan, de modo que lo que solo habia sido inclinacion, se convirtió en creencia.

Calvino adoptó todos los principios del cisma de los reformados. En 1532 dimitió en Paris sus beneficios, publicó un comentario latino sin importancia sobre los dos libros de Séneca, *De Clementia*, y tuvo parte en la redaccion de una arenga pronunciada por Miguel Cop, rector de la universidad. Este fué perseguido, y sabiendo Calvino que tambien le buscaban para prenderle, se escapó del colegio de Fortet, donde moraba, y se fué á Angulema á casa del canónigo Du Tillet.

Allí prosiguió sus estudios y coordinó las ideas religiosas que mas tarde debia presentar como una profesion de fé en los reformados franceses, en su *Institucion cristiana*.

Muchas personas le visitaron en su retiro: las doctrinas de la reforma se esparcian en Europa, y Margarita de Navarra acogia en su palacio de Nerac á los doctores protestantes perseguidos. Muchos fueron los que abrazaron los principios reformadores de Calvino, quien los predicó en los pueblos inmediatos á su residencia y en la corte de la reina Margarita. Despues volvió á Paris, y en 1534 se retiró á Bale.

Francisco I, aficionado á los apóstoles de la reforma, los dejaba prender y quemar, porque necesitaba el apoyo de Roma. Para justificarse, decia que los reformadores franceses no eran protestantes como los de Alemania, sino anabaptistas. Calvino respondió á esta acusacion publicando su *Institucion cristiana*, dirigida al monarca, como la profesion de fé de los reformados.

En seguida pasó Calvino á Ferrara á visitar á la duquesa Renata de Francia, hija de Luis XII y esposa de Hércules de Este: recorrió entonces la Italia, predicó de nuevo, hizo prosélitos, volvió á Francia, y tuvo que huir otra vez por el encono de sus perseguidores.

Por último se estableció en Génova, donde imperaba la reforma, y abrió un curso de teología; pero queriendo al mismo tiempo corregir las costumbres, sus enemigos consiguieron hacerle desterrar. Se retiró primero á Berna, y luego á Strasburgo, donde abrió una iglesia reformada, y publicó su *Tratado de la santa cena*, que obtuvo una boga inmensa. Los de Génova le llamaron y enviaron una diputacion á Strasburgo para hacerle volver á su ciudad, en la cual fué recibido en triunfo, haciéndose dueño absoluto de su gobierno, pues Santiago Gruet fué decapitado por *haber querido anular las ordenanzas religiosas de Calvino*, y á Servet lo quemaron vivo en 1553 *por haber combatido su doctrina*.

Valentin fué tambien condenado á muerte por *heregía voluntaria*; de modo que el perseguido se convirtió en perseguidor, y el libre examinador castiga en los demas el libre exámen. En Génova estableció el imperio de la reforma, convirtiéndola en el verdadero arsenal del protestantismo francés, siguiendo activa é inmensa correspondencia con sus correligionarios de todos los paises, y publicando anualmente muchas obras, y entre otras, sus *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*. Ademas de sus sermones impresos que son muy numerosos, conserva la biblioteca de Génova 2,025 manuscritos, como tambien muchos tratados de teología.

En aquella época se separaron ostensiblemente los partidarios de Calvino de los de Lutero, formando nueva iglesia protestante.

Calvino murió en Génova el 27 de mayo de 1564, á la edad de cincuenta y cinco años. Siempre fué de constitucion débil, y padeció muchas enfermedades. En 1539 se casó con una viuda llamada Idelete de Buri, de la cual tuvo un hijo que murió jóven. Sóbrio y laborioso, era hombre de desmesurada ambicion y de corazon inflexible: su desinterés era superior á cuanto puede imaginarse, pues vivió con una renta de ciento cincuenta escudos anuales, quince quintales de trigo y dos toneles de vino. Lo que dejó no valia ciento veinte y cinco escudos, segun el inventario que se hizo.

LOS HUEVOS DUROS.

Un capitan de caballería, que aun vive, era aficionado á cenar huevos pasados por agua, con tal que fuesen bastante claros. Un dia despidió á su asistente, y le reemplazó con un quinto, á quien encargó mucho que le hiciese bien á su gusto su cena favorita. Llegó la noche, y encontró dos huevos como piedras; por lo que reiteró al nuevo asistente la recomendacion de que los hiciese blandos. Al dia siguiente se repitió la misma escena, y la tercera noche aun fué mayor si cabe la dureza de los desgraciados comestibles.

Amostazado ya el capitan, cogió el plato con su contenido para tirarlo á la cabeza del asistente; pero se detuvo al oirle, que con aire de contricion le decia:

—¡Por Dios, mi capitan! ¡Yo no tengo la culpa: será que los huevos son de mala calidad; porque, lo que es hoy, han estado cociendo desde medio dia!

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 43.

Mas vale ser cabeza de raton, que cola de leon.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LITOGRAFIA DE M. LEMERCIER.

Este grabado representa el interior del mas aventajado establecimiento litográfico de Francia, del cual salen los grabados mas puros que se conocen en Europa. Hablamos del gran obrador de M. Lemercier.

Ocupa á *ciento cuarenta* operarios, cuyo jornal diario asciende respecto á los impresores desde cinco á quince francos, y en cuanto á los demas, de tres á cuatro. Se encuentran en movimiento incesante *noventa prensas* de brazo, en las cuales se tiran anualmente mas de *dos millones* de láminas, tanto para cuadros como para libros y esportaciones.

Debemos añadir que M. Lemercier es uno de los litógrafos que han introducido en su arte innovaciones y progresos sumamente notables, y que fué el primero que imaginó dar el ácido y la goma á las piedras por medio de una sola operacion, sirviéndose de una mezcla de ambos ingredientes y aplicándola con un pincel muy ancho. Esta oportuna modificacion hace ganar un tiempo precioso, pues se obtienen sin perder minuto pruebas de una lámina ó escrito, que antes no hubiera podido tirarse hasta el siguiente dia.

Conocido es el resto de la operacion litográfica. Se obtiene la impresion pasando por la piedra humedecida un rodillo cargado de tinta hecha con aceite, que ha hervido hasta cierto punto, y con negro de humo.

Las partes húmedas rechazan esta tinta, que tiñe por el contrario todos los contornos, sombras, letras, etc. que ha señalado el lapiz.

Despues se coloca sobre la piedra un pliego de papel seco ó húmedo, segun la naturaleza del dibujo; un timpano de cuero grueso y preparado para una presion fuerte cubre el papel, y la presion traslada á este la tinta depositada en la piedra por el rodillo, reproduciendo en sentido inverso el dibujo ejecutado por el artista. Pudiera continuarse indefinidamente esta operacion, si no alterasen muchas causas el dibujo, *empastelando*, es decir, ensanchando los puntos marcados, ó lo que es igual, echando á perder el dibujo.

A fin de evitar este accidente, ó al menos para retardarlo todo lo posible, se emplea una solucion de goma, que penetrando en los poros de la piedra, multiplicados por el ácido, impide á la tinta estenderse, y limita su accion á los granos de la piedra que debe cubrir.

Sabido es que el principio fundamental de la litografía con lápiz consiste en la grasa que cubre el vértice de cierto número de pirámides casi microscópicas que contiene la piedra; grasa que disminuye mas ó menos á lo largo del declive de cada pirámide, segun el mayor ó menor recargo que el artista ha querido dar á ciertas partes de su dibujo.

El empleo del lápiz exige un cuidado y delicadeza especiales, hasta tal punto que debe afilarse diez ó doce veces por minuto, circunstancia que unida á otras, ha exasperado á no pocos artistas. Se trató de suplir este agente de la litografía con otros medios, y Engelmann empleó un procedimiento semejante al que se usa para la aguada; pero no satisfizo completamente, y fué preciso esperar las modificaciones que la ciencia teórica y una práctica inteligente pudiesen introducir en esta especie de sombreado con la tinta de china.

M. Lemercier inventó una tinta que se estendia sobre la piedra, la cual se modificaba despues por medio de una franela, de un pedazo de muselina y de un raspador, terminándose la operacion con el pincel. Usando este procedimiento, ejecutaron Deveria y Gengembre algunas de sus mejores obras.

Pero la ciencia no se dió todavia por satisfecha. La aguada, lo mismo que el esfumino, agentes poderosos, que en cada tentativa nueva creian hallar los artistas, permanecian ocultos, y aun algunos de los mas distinguidos litógrafos habian declarado que era imposible su aplicacion á la litografía. ¿Y qué se necesitaba en último resultado? Una tinta que fuese susceptible de desleirse como la de china, de estenderse fácilmente sobre la piedra, y al mismo tiempo de modificarse. Tambien era menester un lápiz litográfico que pudiese aplastarse, estenderse y modificarse con el esfumino, como el lápiz ordinario.

M. Lemercier realizará lo que se ha creido imposible. Hé aquí como:

El lápiz propio para el esfumino y la tinta para aguadas estan intimamente mezclados, pero no combinados, con una sustancia en estremo divisible y fácilmente atacable por el ácido empleado para la preparacion de la piedra, pudiendo tambien eliminarse por medio del lavado. El lápiz aplastado sobre la piedra se adhiere á ella por un frote muy fuerte, que emplasta completamente todas las lineas que rodean á los granos, y luego con auxilio de brochas mas ó menos ordinarias se levanta el mismo lápiz, de modo que se descubre la punta del grano, penetrando á lo largo de los declives en profundidades mayores ó menores.

Este procedimiento es precisamente opuesto al que antes se se-

guia. Cuando se prepara la piedra para la tirada, el ácido destruye la sustancia interpuesta entre las moléculas del cuerpo grasiento, y señala las porciones de la piedra, que deben rechazar la tinta de imprenta. Los estampados obtenidos de este modo son de una regularidad perfecta, porque el frote del artista destruye al mismo tiempo cantidades proporcionadas del cuerpo craso y de la sustancia mencionada.

Mr. Lemercier ha dado pues por resuelto el problema, y numerosas obras maestras atestiguan que la litografía ha entrado por fin en el verdadero dominio del arte, confiando á los artistas unos procedimientos que les permiten trabajar con entera libertad, y suprimen toda la fatiga y todos los inconvenientes de la profesion.

Hé aqui lo que tan ansiosamente se esperaba desde la aparicion de la litografía, y al mismo tiempo la grande obra de M. Lemercier, que seguramente equivale á una verdadera invencion.

No creemos necesario consignar aquí los progresos en detalle, que él mismo ha introducido en el arte; en todas las esposiciones, que le han visto figurar, se han observado sus nuevos adelantos, mereciendo muchas medallas, y habiendo obtenido en 1849 la cruz de la Legion de Honor.

En la esposicion universal de Lóndres ha presentado tambien una série de obras, que han admirado sinceramente muchos buenos artistas y sábios de diversas naciones. Las principales son: un ángel, por Desmoisons, perfectísimamente estampado; las Willis, por Fanoli; la familia real de Inglaterra, por Leon Noel; la duquesa de Kent, por el mismo; un gran estudio, de Julien; la gallina-ciega, reminiscencia de la niñez; los dos perros, por Lasalle; una vista del mar; el Buen Pastor, y el retrato del presidente de la república francesa.

¿Cervantes fué ó no poeta?

Yo que siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.....

Esto decia de sí el ilustre *manco* de Lepanto en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso*.

Tal opinion fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo, los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir un *Quijote*, por fuerza habia de estar asistido y ayudado de las Musas.

Pero aquellos que creen que sin versificacion no existe la poesía, responderán á nuestras palabras con decir: «Si Cervantes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas?

Otros por el contrario replicarán: «Cervantes, como lo prueban sus novelas, no solo era buen poeta, sino escelentísimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Nosotros desde luego confesamos que Cervantes fué gran poeta; pero jamás podremos convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes hay en casi todas sus comedias, y de ellos podemos presentar á los ojos de los incrédulos, ó de los que sustenten la opinion contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar lo cierto de nuestras palabras.

Sirvan de primera muestra los versos siguientes, tomados de la comedia *La Entretenida*, y dirigidos á una fregona amiga de cazar voluntades y de retenerlas.

Eres muy solicitada
y muy vista: y no está el toque
en que la flor no se toque,
si á serlo está aparejada.
Las flores del campo estan
sujetas á cualquier mano:
á las del bajo villano,
y á las del alto galan:
al arado y al pie duro
del labrador que lo guia;
pero la flor, que se cria
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

Estos versos en sencillez, en dulzura y elegancia compiten sin duda con los que el gran Lope de Vega usaba en el diálogo de sus comedias. En la misma *Entretenida* hay otros iguales en mérito á los ya citados. Estan puestos en boca de un náufrago, y dirigidos á una dama hermosísima:

No fué huracan el que pudo
desbaratar nuestra flota,
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
mi pobre navío abierto;
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron;
pues mas rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza;
pues con nueva vida y ser
peregrino llego á ver
la imágen de tu belleza.

Y no solo en las comedias de Cervantes se hallan trozos tan elegantemente versificados, modelos de galantería, sino tambien otros dignos de memoria por su dulzura en la espresion de amorosos afectos. Sirvan de ejemplo los siguientes, que se encuentran en la comedia intulada *La casa de los celos*.

¿Has visto, pastor, acaso
por entre aquesta espesura
un milagro de hermosura
por el cual mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos que dejan
por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto, á dicha, una frente
como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?
¿Dime si has visto una boca
que respira olor sabeo,
y unos labios por quien creo
que el fino coral se apoca?
¿Di si has visto una garganta
que es columna deste cielo,
y un blanco pecho de yelo
dó su fuego amor quebranta?

Bien quisiera que cuantos siguiendo una vulgar opinion, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervantes Saavedra no sabia hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse como buenos al lado de los mejores de otros ingenios, famosos por sus escelentes obras poéticas, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimientos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos tambien de memoria, en las comedias de Cervantes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase cómo en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Venus:

Has de saber, madre mia,
que en la corte, donde he estado,
no hay Amor sin grangería;
y el interés ha usurpado
mi reino y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
poco me podria valer,
usé de astucia, y vestíme,
y con él entremetíme;
y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
á volar con terciopelo;
y al instante que lo puse
sentí aligerar mi vuelo.
Del carcax hice bolson,
y del dorado harpon,
de cada flecha un escudo;
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretension.
Hallé entradas en los pechos
que á la vista parecian

de acero ó de mármol hechos;
pero luego se rendian
al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros dias
las antiguas bizarrías
de los Heros y Leandros;
y valen dos Alejandros
mas que doscientos Macías.

Cervantes en todas sus comedias nos ofrece modelos de escelente versificacion, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estilo.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervantes en el género trágico. En *La Numancia* hay muchos, y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encarecido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresion que padecia su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo:

¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavia
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
por colmo de desventura?
Y á los libres hijos nuestros
¿quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia
de nuestro justo trofeo?
¿Serán por agenas manos
nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas
hánlas de gozar romanos?
En salir hareis error
que acarrea otros mil yerros;
pues dejareis sin los perros
el ganado y sin señor.
Si al foso quereis salir,
llevadnos por vuestra vida;
porque tendremos por vida
á vuestro lado morir.
. . . .
Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿cómo no hablais,
y con lágrimas rogais
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacisteis,
y que vuestras madres tristes
libres tambien os criaron.
Decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caida,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad!
si podeis hablar, decid
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

Estos son pasajes verdaderamente trágicos, y dudo que del teatro de nacion alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajen en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervantes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos escelentes no estan dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimiento, nada bueno, ni aun razonable, podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿cómo Cervantes compuso comedias tan desmayadas en la invencion, y llenas de pasajes tan malamente versificados?

La respuesta es por estremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervantes se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia; cuando no hacia mas que seguir las huellas de los griegos y latinos, cuando no habia aparecido el *mónstruo de naturaleza*, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas, compuso varias Cervantes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencillez antigua, ya todas las que se habian escrito de este modo, parecian diseños ó sombras de las suyas. Un escelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope, por el importante servicio literario que habia prestado al mundo, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban; y para ello decia: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes, y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedáran cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. El lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfeccion.»

Convencido Cervantes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas por su sencillez griega y latina, con otras de este género, habian sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejez, aunque no lo habia privado de la invencion, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composicion de tales obras. Por otra parte, su ingenio acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos dias de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida; pero jamás del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervantes hay multitud de versos malamente construidos, y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuentran largos pasajes, llenos de otros de buena construccion, mejor estilo y sumamente gratos al oido de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervantes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

Quede, pues, sentado que Miguel de Cervantes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta, ni peor versista, como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinion, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

ADOLFO DE CASTRO.

SANTA MARIA DE NARANCO Y SAN MIGUEL DE LINO.

No lejos de la antigua ciudad de Oviedo, y en el monte llamado en otro tiempo *Nauraucio* (1), hoy *Naranco*, se alzan en pintoresca situacion las dos iglesias cuyos títulos acabamos de escribir, que son sin duda de los mas bellos y mejor conservados tipos de aquella estraña arquitectura que en este pais se usó en los siglos medios, y á la que dió con razon el ilustre Jovellanos el nombre de arquitectura *Asturiana*. De una y otra somos deudores al valeroso rey Ramiro I que las erigió como eterno testimonio de su gratitud al cielo por las victorias que alcanzara sobre sus enemigos cristianos, sarracenos y normandos, dedicando para su fábrica una gran parte de los despojos cogidos en el campo de batalla. La piadosa reina *Doña Urraca-Paterna* coadyuvando los intentos de su esposo, se desprendió de muchas de sus joyas para proveer á los nuevos templos de los necesarios ornamentos y vasos sagrados. Tambien Ramiro, prendado de lo vistoso y ameno de aquel lugar cubierto de fuentes y de bosques, hizo construir un suntuoso palacio circundado de jardines, al que solia retirarse para reposar de las fatigas de la guerra. La primera noticia de ambas iglesias la encontramos en dos respetables cronistas casi contemporáneos á su fundacion, el *monge de Albelda*, y *Sebastian obispo de Salamanca*. El primero dice: «En el lugar que llaman *Ligno* construyó (se refiere á D. Ramiro) iglesias y palacios (2):» y el segundo: «hizo el rey la iglesia de Santa María, de tan maravillosa hechura, que no tiene semejante en toda España, y muy cerca unos palacios y hermosos baños.» — De estos palacios solo restaban ya débiles vestigios en el siglo XVI que inspiraron al cronista Ambrosio de Morales la consideracion cristiana de que D. Ramiro como piadoso, y atendiendo á lo breve de la vida del hombre, fabricó su vivienda de poca duracion y la casa de Dios todo lo fuerte posible. — Ordoño I, hijo y

(1) Este nombre, segun Trelles en su *Asturias ilustrada*, se deriva de un antiguo rey de este pais llamado *Naraco*, que es uno de los heroes fabulosos que se hacen florecer allí en los tiempos anteriores á la historia.

(2) «In locum Ligno dicto 1el sium, et palatia arte fornicea mire construxit.» (Cron. de Albelda.)

sucesor de Ramiro, donó á la catedral de Oviedo el año 854 la villa de *Linio*, y las iglesias de *San Miguel* y *Santa Maria de Naranco* (1), y Alfonso III llamado *el Magno*, no solo confirmó en 905 al obispo *Gomelo* y á su iglesia la donacion referida, sino que añadió los palacios y baños que su abuelo edificara. En el mismo reinado de Alfonso el Magno se celebró un concilio en Oviedo en el que el obispo de esta ciudad llamado *Hermenegildo*, fué elevado á la dignidad de metropolitano, y se señalaron á los muchos obispos que á la sazon estaban refugiados en Asturias, parroquias rurales para que pudiesen sustentarse. Las iglesias de San Miguel de Lino y Santa Maria de Naranco



(Santa María de Naranco.)



(Interior de la Iglesia de Santa Maria de Naranco.)

fueron entonces adjudicadas á los de Tarazona y Huesca. Desde aquella época no volvemos á leer en la historia el nombre de *Naranco*, hasta 1256 en que D. Pedro Obispo de Oviedo donó á su catedral por el mes de junio el *Celleró* de aquel nombre.—Segun consta de instrumentos, la principal de las dos iglesias de que nos ocupamos, era la de San Miguel, que tenia categoria de parroquia, siendo Santa Maria su *anejo ó hijuela*; mas despues una y otra tuvieron feligresia propia, hasta tiempos muy modernos que se refundieron en una sola, en la de Santa Maria de Naranco.—Recorridos ya brevemente los re-

(1) Ego Ordonius Dei gratia Rex Hispaniæ catholicus, Ramiri, Regis filius .... In Oveto autem concedo medietatem portalici, et medietatem calumniarum mercati... In latere montis Nauranci villam, quæ dicitur Linio, et aliam quæ dicitur Suego, et aliam villam in Castro, et Ecclesias etiam Sancti Michaelis, et Sanctæ Mariæ subtus Naurantium» LL. (Risco, España Sagrada, Tom. 37. Apendice X.)

cuerdos históricos de estos renombrados edificios, pasaremos á su descripcion. La iglesia de Santa María tiene por planta un rectángulo, y como la mayor parte de las construidas en aquella época, consta de dos pisos. El mas bajo que nada ofrece de notable sino su estremada



(Detalles de las esculturas de Santa María de Naranco.)

solidez, no está en el dia consagrado al culto. El piso superior permanece casi tal cual lo dejó Ramiro I, y consiste su decoracion en once arcos de cada lado, sostenidos por columnas pareadas y de estraña construccion, formadas en espiral y coronadas cada dos de un solo capitel en figura de trapecio, en los que hay leones no muy toscamente escultados. Entre los referidos arcos se ven medallones circulares de prolija labor, y en cuyo centro hay tambien un leon, los cuales sirven de bases á unas pequeñas pilastras adornadas con guerreros á caballo en actitud de combatir, y otras figuras con ropaje talar, que unos califican de doncellas (1), y otros, á nuestro modo de ver mas acertadamente, de soldados moros. Estas pilastras terminan en una cornisa, de la que arrancan varios arcos semicirculares que sustentan la bóveda. El presbiterio está separado del cuerpo de la iglesia por tres arcos cerrados con gruesas verjas de hierro, y al estremo opuesto se ve el coro al nivel del suelo y ornado tambien con columnas y arcos del mismo género que los demas do los costados. Los altares, que se reducen á tres, son pobrisimos, de ningun mérito artístico y construccion muy reciente. En el mayor está colocada la imágen de la Virgen. El todo de tan antiquísimo templo es bello y magestuoso; y su exámen hace al espectador trasladarse á aquellas lejanas épocas en que fué construido, en que la fé, la piedad y el valor eran el móvil de todas las acciones, y en las que no estaban las artes tan olvidadas como suponemos los hombres presuntuosos del siglo XIX. Completa seria la ilusion, si una mano profana no hubiese de poco ará embadurnado de cal y ocre la bellísima obra de Ramiro, despojándola bárbaramente de aquel misterioso color de hoja seca, que hace, segun la frase de Victor Hugo, «de la vejez de los edificios la edad de su belleza.» Felizmente fué respetado el esterior de la iglesia, y así conserva el severo aspecto que conviene á su ancianidad y recuerdos, ostentando en su decoracion, que se compone de ocho estribos ó pilares estriados en cada costado, la fortaleza, mas bien que la hermosura. El único ingreso es por un pórtico bizantino, al que se sube por una triple escalinata. La muy notable inscripcion votiva de este bello monumento religioso está trazada en dos lápidas ya muy gastadas por la mano de los siglos, pero en la que se pueden leer sin embargo, entre otras, estas misteriosas palabras, puestas por el autor en boca de Jesucristo:

«Entré aquí (en el mundo) sin humana concepcion
Y salí sin corrupcion (2).»

Añádese luego «que por su siervo el rey y la reina su esposa,» cuyos nombres no estan legibles, pero que son sin duda Ramiro y Urraca, atendida la época, «edificó el Señor aquel altar y templo de la bienaventurada Virgen María, para su morada,» y termina:

«Qui vivis et regnas per infinita sæcula
sæculorum. VIII. Klds. Julias ERA. DCCCLXXXVI (3).



(San Miguel de Lino.)

San Miguel de Lino, que está á pocos pasos de Santa María de Naranco, es un edificio ciertamente digno de los elogios que le tributan todos los historiadores antiguos y modernos. Entre estos últimos, dice el erudito Risco..... aquí tiene tambien el arte mucho que alabar y admirar por la hermosura y delicadeza del edificio, y singularmente por la grande perfeccion que se ve en esta fábrica, que con el grueso de las paredes solo tiene cuarenta pies de largo y veinte de ancho, todas las comodidades que se pueden desear en un templo de los mayores.»—Su forma es de cruz latina, y su arquitectura, especialmente en el interior, se asemeja mas á la de otras iglesias de Asturias, que no Santa María, en la que creemos divisar algunos rasgos del gusto árabe. Tiene San Miguel una pequeña capilla mayor, otros dos altares con antiquísimas estátuas de santos y el coro en alto. El adorno consiste en doce gruesas columnas de mármol sin basa y con estraños capiteles, las que segun opina Carballo fueron traidas

(1) El vulgo de los escritores que atribuye la fundacion de Santa María de Naranco al deseo de perpetuar la memoria de la famosa batalla de Clavijo y la redencion del feudo de las cien doncellas, creen encontrar en estas figuras la prueba material de su asercion. Hoy que la crítica ejerce en la historia el debido dominio, no hay persona medianamente instruida que de crédito á las fabulas del feudo y la batalla, que tuvieron origen segun se cree de los casamientos que se verificaban entre los musulmanes y las cristianas, y de la gran victoria que alcanzó sobre los moros, en los campos de Clavijo, no D. Ramiro I, sino su hijo Ordoño I, conocida en nuestras crónicas con el nombre de batalla de Albelda, y de la que dan testimonio los huesos y fragmentos de armas que se encuentran diariamente.

(2) «Ingressus et sine humana conceptione
Et egressus sine corruptione.»

(3) Corresponde al 8 de julio del año 848.

de las ruinas de la cercana ciudad de *Lucus Asturum* (1). Es tambien trabajo que puede ejecutarse en piedra, y que será tal vez de época mas reciente que el resto del edificio (2). Morales juzga que el constructor de estas iglesias no fué otro que Fioda, el que dirigió la fábrica de la primitiva catedral de Oviedo; pero Risco lo refuta, diciendo que este arquitecto de Alfonso el Casto no es probable viviese aun en 848.—Antes habia en San Miguel de Lino una piedra escrita, procedente tambien de las ruinas de Lugo, en que se leía:

«*Cesar omita Lancea.*»

Morales, que la examinó, dice en su crónica general, que debe corregirse de este modo: «*Cesar domita Lancea*», y que fué sin duda parte de un trofeo erigido á Octaviano-Cesar-Augusto en memoria de la conquista de Asturias, y en especial de la antigua ciudad de Lancia que era en aquel tiempo la capital ó principal de este pais. Para terminar las noticias que pudimos recoger de esta iglesia de San Miguel de Lino, solo nos resta decir que há pocos años está cerrada al culto por su estado ruinoso, y que cavando unos aldeanos la tierra de su alrededor, en busca de cierto tesoro escondido por los moros, encontraron un sepulcro tosco de piedra formado de una sola pieza. En cuanto al antiguo palacio de D. Ramiro, aun se ven en las tierras contiguas á Santa Maria algunos restos de paredones de fortísima argamasa, y hasta hace poco tiempo se conservaba una gran pila de piedra, á la que se daba el nombre de *baño de Doña Urraca*, y que fué demolida por el colono que cultiva la heredad en que se hallaba, pues segun dicho de él mismo *los muchos curiosos que iban á verla, le pisaban la tierra.* Esta es la suerte de nuestros mas antiguos y venerables monumentos en este siglo apellidado, sin duda por ironía, de luces y progreso: la mano de la ignorancia y la incuria proverbial del gobierno los hacen desaparecer, sin respeto á la memoria de nuestros abuelos que los erigieron, para servirnos de muestra de su piedad y amor á las artes.

Santa Maria de Naranco 2 de Noviembre de 1850.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

NOTA. Para la redaccion de este articulo se tuvieron á la vista las obras siguientes: El Albeldense, Crónica; Sebastian de Salamanca, Crónica; Lucas de Tuy, Crónica; Ambrosio de Morales, Historia de España; Mariana, Historia de España; Carballo, Antigüedades de Asturias; Risco, España Sagrada; Trelles, Asturias ilustrada; Libro-Gótico de la catedral de Oviedo; y Madoz, Diccionario Geográfico.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIII.

Un fondista de provecho.

Aunque el amor tiene sus derechos, la frágil naturaleza humana tiene los suyos; y Meneses, que habia corrido durante seis dias y seis noches tras la sombra de Magdalena, desde Madrid al Escorial, desde el Escorial á Madrid, desde Madrid hasta Bayona, y desde Bayona á Vitoria, comiendo mal y durmiendo peor, llegó tan cansado y soñoliento á la capital de Alava, que se cifraba todo su afan en estender sus fatigados miembros sobre una cama bien mullida. Nada hay que decir de Francisco: aunque habia dormido muchísimo mas que su amo, porque tenia la felicidad de quedarse dormido en todas partes, estaba muy acostumbrado á la vida cómoda y regalona que permite el servicio de un indolente, para no sentir las fatigas que ocasiona todo viaje. Así, pues, lo primero que decidieron amo y criado fué alojarse cómodamente y dormir diez ó doce horas. El parador nuevo tenia merecida reputacion; y sea por ello, ó porque un fluido irresistible arrastraba á Luis hácia los parajes habitados por Magdalena, lo cierto es que sin vacilar se dirigieron al mencionado parador. Tomaron una habitacion, la mejor que encontraron desocupada: se afeitó Luis, con gran sentimiento de Francisco, que no veia la necesidad de perder estos quince minutos; y amo y criado se acostaron, para no despertar en catorce horas, dos mas que tenian presupuesto.

Como se habia acostado á las cuatro en punto de la tarde, sucedió que, aun habiendo dormido catorce horas, á las seis en punto de la mañana estaban despiertos. Ocho dias antes hubiera Luis pasado catorce horas mas en la cama, sin otra ocupacion que la de pensar en las catorce horas que habia dormido; pero ya sabemos que Luis habia cambiado de carácter desde que andaba enamorado. Decidió, tambien contra la opinion de Francisco, que era tiempo de levantarse; se vistieron ambos, y á falta de otra mejor ocupacion, dijo Meneses que le parecia conveniente recorrer la ciudad, por si casualmente lograban encontrarse con Magdalena. Este nombre recordó á Francisco que sus trabajos, mas penosos que los de Hércules, no habian acabado todavía; pero considerando que su amo no hacia gran caso de sus consejos, suspiró, tomó su sombrero, y siguió á Luis, que bajaba las escaleras saltándolas de cuatro en cuatro.

Muchas calles habian corrido sin el mas ligero incidente, cuando sintió Luis sobre sus ojos las yemas de cuatro dedos, que se los cerraron de improviso. Como esta broma solo la dan algunos amigos amables, aunque un tanto pesados, que tienen la loca pretension de que los conozcan por el olor, no dudó Luis de que se las habia con alguno de estos amigos y andaba buscando un nombre que decir, cuando Francisco, creyendo deber intervenir, dijo á su amo:

—Es el señorito Mendoza.

Mendoza separó las manos, poco satisfecho de Francisco que le habia impedido llevar la broma por todos sus trámites, y abrazó á Luis estrechamente.

—¿Qué haces aquí, querido Mendoza? preguntó Meneses á su amigo.

—Estoy tomando la embocadura á las provincias: respondió Mendoza arqueando las cejas.

—¿Piensas permanecer en ellas mucho tiempo, ó las dejas pronto?

—Estaré en ellas un par de meses. ¿Y tú piensas ir á Francia este año?

—No lo sé. Pero lo que sí puedo asegurarte es que vengo de Francia.

—¡Pues si te dejé en Madrid hace ocho dias sin ánimo de viajar siquiera!

—Es cierto; pero en ocho dias he viajado mucho, Mendoza.

—Esplícate de una vez, hombre; has picado mi curiosidad.

—Es una historia bastante larga, que ahora no puedo referirte. Pero tú que dices lo que no sabes, dime si has visto aquí á un don Blas...

—Lo conozco mucho. Es un escribano de guerra, casado, con hijos.....

—Yo no sé si el D. Blas que yo busco es ó no escribano de guerra. Pero Francisco nos dirá. Francisco!

Francisco se acercó dos pasos, quedándose cuadrado y con el sombrero en la mano:

—Dime, Francisco, ¿el D. Blas que tú conoces tiene trazas de escribano de guerra?

—No señor: respondió Francisco con la mayor formalidad.

—¿Es un D. Blas bajito? insistió Mendoza, que queria conocer á D. Blas á todo trance.

—Es alto: repuso Francisco guardando su continente militar.

Pero bastante flaco: respondió Mendoza, que no queria dejar su costumbre de mentir.

—Grueso: dijo Francisco con un admirable laconismo.

—Y tiene una muger de cincuenta y cinco á sesenta años.

—De cuarenta.

—Y tres hijos varones.

—Una hija.

—Entonces el D. Blas por quien me preguntas no es el escribano de guerra; pero será...

—No lo conoces de seguro: observó Meneses cortando la palabra á su amigo.

—Te aseguro que yo conozco varios Blases; y recorriéndolos.....

—Es inútil. Hemos llegado á mi posada, y ya que he tenido el gusto de encontrarte, espero que almorzarás conmigo.

—¿Qué tal se porta este perillan de fondista? preguntó Mendoza, que cuando almorzaba con amigos tenia un escelente apetito y gustaba de satisfacerlo lo mejor posible.

—No he tenido tiempo de aplaudir ni de censurar su cocina; mas espero que nos tratará bien.

—En ese caso admitido, sin oponer escusas, tu fraternal invitacion.

Durante las últimas palabras habian entrado en el parador, y empezaban á subir la escalera. Al llegar al primer descanso, se detuvo Luis, hizo una seña á su criado, que subia cuatro ó seis escalones detrás, para que se acercara; y cuando lo tuvo á su lado le dijo:

—Francisco, el señor de Mendoza almuerza conmigo, y tenemos hambre.

Francisco subió los restantes escalones de cuatro en cuatro; Mendoza y Luis entraron en el cuarto del último.

Meneses se echó en un sofá, cansado del largo paseo; pero Mendoza empezó á dar paseos y vueltas por la habitacion con la agilidad de una ardilla. Era Mendoza uno de esos hombres que no pueden estarse quietos; que si llegan á poner la mano sobre un bufete, no dejan papel; y que cuando estan hablando con cualquiera, á falta de otra ocupacion, le desabrochan el chaleco, abrochan un boton del frac y des-

(1) En la pág. 300 del tomo del Semanario de 1848 se publicó un grabado que representa esta ventana.
(2) Hoy Santa Maria de Lugo, aldea dos leguas de Oviedo.

anudan la corbata. El aposento de Meneses no le ofrecia grande entretenimiento, y despues de haberse peinado varias veces y desarreglado alguna ropa que habia colocado Francisco sobre una silla, se dirigió á la chimenea, y empezó á jugar con dos candeleros de bronce que sobre ella estaban. Las bujias habian servido indudablemente, no habiéndolas gastado Luis, que se acostó á media tarde, y una de ellas estaba sujeta con un papel. Este incidente proporcionaba al inquieto Mendoza un entretenimiento mas; arrancó la bujia, quitó el papel que era medio sobre de carta, y se dispuso á hacer una pájara, no sin leer las pocas letras que tenia.

—Aqui tienes, Luis, una coincidencia bastante rara: dijo Mendoza, acariciando el papelito.

—¿De qué coincidencia me hablas? preguntó Meneses bostezando.

—Me pediste un don Blas hace un momento, y tenias uno encima de tu chimenea; repuso Mendoza, entregándole el roto sobre con un ademan melodramático.

—D. Blas de... D. Blas de... leyó Meneses, dando vueltas al papelito.

—Ese de, despues de don Blas, indica que debe seguirse un apellido aristocrático.

—Pero ese apellido no parece; y lo que yo necesito saber es el apellido de D. Blas.

—El almuerzo espera, señoritos: dijo Francisco presentándose con aire de triunfo por la prontitud con que habia cumplido las órdenes y deseos de su amo.

—Este Francisco es una alhaja, si corresponde el almuerzo á la prontitud. Lo ha preparado en diez minutos; dijo Mendoza tomando el relój de su amigo, porque era operacion mas larga que sacar el suyo.

—Vamos á almorzar, dijo Luis examinando el sello del sobre, que era de Madrid.

Luis y Mendoza se trasladaron á la habitacion inmediata, en la cual estaba servido el almuerzo, y tan buena maña se habia dado Francisco, que el gastrónomo amigo de Meneses dirigió una cariñosa sonrisa á la mesa y un apreton de mano al diestro criado de su amigo.

Mendoza comió como lo hacia en agena mesa, y bebió como en la suya propia, sóbriamente; porque Mendoza era muy sóbrio en la bebida por temor de embriagarse hasta punto de perder la facultad de hablar. Luis comió muchísimo menos, porque tenia un proyecto y no podia realizarlo hasta que acabara el almuerzo. Sirvieron los postres: Mendoza golosineó como habia comido; despues encendió un habano, y con gran satisfaccion de Luis se fué á evacuar unos asuntos, ofreciendo volver á comer con su amigo. Meneses se volvió á su cuarto, despues de haber dicho á Francisco que fuera en busca del fondista.

Dos minutos despues el señor Fermin, así se llamaba el fondista, entró en el cuarto de Meneses, y al verlo lanzó un grito de sincera alegria: eran antiguos conocidos.

—¿Cómo está V., señor D. Luis? dijo Fermin adelantándose hácia el amante de Magdalena.

—Perfectamente; ¿y V., Fermin, cómo se halla? repuso Luis participando de la alegría del buen Fermin.

—Yo tan bueno. V. veinte horas en mi casa y yo sin haber venido á verlo: ¡qué habrá V. dicho!

—He pasado diez y ocho horas durmiendo y paseando, de modo que no he tenido tiempo para hablar á V.

—Yo no sabia que fuese V. el viajero que llegó ayer tarde de Francia. ¿Viene V. de París?

—No, amigo: vengo de Bayona. Pero esto es largo de contar. Siéntese V.

—Con mucho gusto. Bien sabe Dios que deseaba volver á ver á usted, D. Luis.

—Tome V. un cigarro y fume, dijo Luis dando su petaca al fondista.

—Si que lo fumaré: es un veguero de primera calidad.

—No es malo.

Luis dió su cigarro al fondista para que encendiera el que acababa de tomar, y prosiguió:

—Vamos á tratar de un asunto que me interesa mucho.

—V. sabe que puede mandarme cuanto guste, repuso el fondista alegremente.

—¿Ha recibido V. en su posada á un caballero llamado D. Blas que venia de Madrid?

—Si señor. Con D. Blas venia doña Margarita, su esposa, la señorita Magdalena, y cuatro criados: dos mugeres y dos hombres. ¿No es por este D. Blas por quien V. pregunta?

—Precisamente. Pero digame V.: ¿continúan alojados en esta fonda?

—No señor: y precisamente en este cuarto habitó la señorita Magdalena.

—¿Han tomado casa en Vitoria? preguntó Luis despues de lanzar un suspiro porque Magdalena habia estado en aquella habitacion y el imbécil no lo habia conocido.

—Yo le diré á V. todo lo que sé, dijo Fermin conociendo el gran interés de Meneses.

—Me hará V. un favor singular, repuso Meneses prestando suma atencion al buen fondista.

—Ese D. Blas de quien hablamos llegó aquí el veinte por la tarde en la diligencia de Madrid, acompañado de su familia. Inmediatamente pidió las mejores habitaciones, y le dispuse tres ó cuatro, entre las cuales se contaba la que V. ocupa. Conocí desde un principio que era hombre de calidad; y como yo, gracias á Dios, sé distinguir bien de colores, lo serví en comida y demas como á un príncipe ó á un amigo. Pasaron aquí un dia y dos noches, y ayer á las tres de la mañana se marcharon en una galera tirada por cuatro mulas de labor. No necesito decir á V. que me pagaron espléndidamente, lo que me confirmó en la idea de que D. Blas era un cumplido. Estas son todas mis noticias, que refiero á V., señor don Luis, sin añadir ni quitar nada.

—Doy á V. las gracias, Fermin: pero quisiera dirigirle algunas preguntas.

—Bien sabe V. que puede hacerlas, y que quedará satisfecho.

—¿Quiere V. decirme, amigo mio, el apellido de D. Blas?

—Con mucho gusto lo haria, señor, pero no lo sé. En mi cualidad de posadero le pedí el pasaporte: D. Blas me dijo que no necesitaba presentarlo, y yo no quise aparecer ni desconfiado ni curioso.

—¿Y sabe V., amigo Fermin, hácia qué punto se dirigieron?

—Eso si. Tomaron el camino de Francia; y, ó mucho me engaño, ó deben hallarse en Arechavaleta.

—Durante su permanencia aquí ¿han recibido á muchas personas?

—A un caballero que pasó con ellos todo el dia y marchó tambien en la galera.

—¿Sabe V., querido Fermin, el nombre de ese caballero?

—No señor. Lo vi entrar y salir, pero nunca lo nombraron en mi presencia.

—¿Y podria V. hacerme su retrato para ver si yo lo conozco?

—Si señor. Era mas alto que V. tres pulgadas lo menos; un poco grueso; bastante moreno, y nada bonito de cara. Sus modales no eran muy finos, y vestia con poca elegancia.

—Acaba V. de hacerme, Fermin, un retrato de cuerpo entero. ¿Y qué edad tendria?

—Cuarenta años, año mas ó menos. Apostaria que no baja de treinta y ocho ni sube de cuarenta y dos.

—¿Y la familia de D. Blas, cómo lo trataba, si V. lo sabe?

—Lo trataba con bastante consideracion, particularmente la señora.

—¿Magdalena? preguntó Luis con fogosa vivacidad.

—No señor. Quien lo trataba asi era la madre. La señorita Magdalena parecia triste y distraida.

—Amigo Fermin, ¿podrá V. proporcionarme modo de trasladarme á Arechavaleta esta noche?

—Si señor. Y le daré á V. recomendacion para una familia del pueblo que lo tratará como á un rey.

—Acepto la recomendacion y espero el medio de trasporte.

—¿Cómo quiere V. ir, en cabalgadura ó en carro?

—Quiero dos caballos: uno para mi y otro para mi criado, y una mula para el equipaje.

—¿A qué hora quiere V. marcharse? preguntó Fermin levantándose.

—A las siete en punto. Quiero caminar toda la noche.

—Descuide V., dijo el fondista, y se alejó; Luis escribió una carta que selló y cerró, sin ponerle señas.

A las cinco en punto llegó Mendoza: á las cinco y cuarto se pusieron á la mesa: á las seis y media habian concluido de comer. Luis llamó á Fermin: el posadero dijo antes que le hablara Meneses:

—¿Si vuelve por aquí D. Blas, no me daré por entendido de lo que ha pasado entre los dos?

—Si vuelve por aquí D. Blas, tendrá V. la bondad de entregar esta carta á la señorita Magdalena, repuso Luis confiandole la que habia escrito aquella tarde.

—Lo haré. Tome V. esta para la familia de Arechavaleta.

Luis estrechó cariñosamente la mano del honrado fondista, dió un abrazo á Mendoza, y montó á caballo, dejando á su amigo con un palmo de boca abierta.

(*Continuará.*)—Juan de ARIZA.

CANCION.

(IMITACION DE VICTOR HUGO.)

¡Sale ya la aurora hermosa
Y estan cerradas tus puertas!
Cuando despierta la rosa
¿Cómo, amada, no despiertas?
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,

Y escucha al amante
Que canta y que llora.

—

Suena á tu puerta un clamor;
El sol dice: — soy el dia;
El ave: — soy la armonía;
Mi corazon: — ¡soy amor!
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,
Y escucha al amante
Que canta y que llora.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DE GAVIRIA.

En el salon dorado resplandece
En tiesto lindo de soberbia china,
Rica en gala y olor, flor peregrina
Que al pasmo universal su dueño ofrece.
Y allá distante pobrecilla crece
En el prado que el sol claro ilumina
Entre la hierba inculta y tosca espina,
Bella aunque humilde flor que el aire mece.
Laura, del salon régio que admiramos
En hóra buena gocen los primores,
Pues suyos son sus opulentos amos.
Pero amemos al prado con sus flores
si nuestro fué y entre ellos nos criamos
Gozando sus perfumes y colores.

Entre las pompas de París inmenso
En cúltura, comercio, y artes rica,
Donde tiene el placer morada y trono;
¡Oh! no olvides del pobre Manzanares
La modesta ribera que ilumina
De nuestra España el sol resplandeciente;
Admira al estrangero: ama á tu pátria.

París 1842.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

PRINCIPALES CAUSAS QUE HAN DADO Á LOS ROMANOS EL IMPERIO SOBRE UNA PARTE DEL MUNDO.

En su origen, la guerra habia sido para los romanos una necesidad de posicion, que se hizo despues instintiva bajo la influencia de la educacion y de la costumbre. La embriaguez constante del buen éxito exaltó el orgullo nacional, de manera que la idea de que Roma estaba predestinada á la conquista del mundo, se convirtió en una especie de supersticion popular. Pero para hacer frente á potencias de primer órden como la república cartaginesa ó las ligas griegas, como la Macedonia ó la Siria; para deshacer coaliciones formidables, para contener bajo el yugo á numerosas poblaciones, no era bastante la bravura de los ejércitos; se necesitaba que la ciencia política viniese en ayuda de la virtud guerrera. Por la sagacidad y por la perseverancia de su política fue, pues, como Roma llegó á reducir todas las potencias con las que estaba en contacto. Ninguna otra asamblea deliberante ha ofrecido al mundo una reunion de hombres de estado comparable al Senado Romano. El senado, único poder activo, comunicaba á los negocios públicos una irresistible impulsion. Gracias á él, se observaba en Roma una política *romana*, que se perpetuaba tradicionalmente en el órden Senatorial: política inmutable, cuyo espíritu reasumió Virgilio en estos magníficos versos:

Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.

Cuando los romanos no podian hacer frente á todos sus enemigos, negociaban tregua con los mas difíciles de reducir; pero en las cláusulas de armisticio se reservaban algunos casos de ruptura, á fin de estar autorizados á volver á las hostilidades cuando les fuese conveniente. Cuando intervenian como mediadores, ya entre pueblos enemigos, ya entre facciones rivales, se pronunciaban siempre por el partido del mas débil, con el objeto de vender cara su proteccion, la que temprano ó tarde se cambiaba en dominio. Una vez concediesen á un pueblo el título de aliado, no le permitian hacer alianza con otras naciones. Lanzaban vigorosamente á sus aliados contra sus propios enemigos, y los trataban como á estos mismos si demostraban irresolucion en ello. Jamás otorgaban paz á los vencidos sino con ruinosas condiciones: por ejemplo, exigian la destruccion de las fuerzas marítimas, lo que le libraba de sostener crecidas flotas, y les aseguraba con poco dispendio la dominacion de los mares. Los rehenes que solicitaban en garantía de negociaciones concluidas, eran ordinariamente hijos de príncipes ó de personajes, á quienes se pudiera lanzar en su pais como gérmenes de discordia. Si un general romano, obligado por la necesidad, suscribia un tratado desventajoso, el Senado, lejos de considerarse comprometido por su representante, veia en esta circunstancia una afrenta mas que vengar, una ocasion de nueva guerra. Por último, cuando una comarca estaba difinitivamente conquistada, nada se ponia en olvido para comunicarle las costumbres, los usos y los sentimientos de la ciudad Soberana.

Para poner en relieve los principales trazos de este cuadro diremos: necesidad de hacer la guerra para dar ocupacion á su pueblo ocioso: educacion esclusivamente militar: perfeccion de la táctica: alternativa de vencer ó de ser vencido: estricta observancia de no hacer la paz sino despues de la victoria: reunion de los mas singulares talentos en el Senado: política enérgica, insidiosa y mas que todo perseverante: tales fueron las causas que determinaron el continuo acrecentamiento de la grandeza romana. «Asi llegó á ser Roma (ha dicho Montesquieu) no una verdadera monarquía, ó una república; sino la cabeza de un cuerpo formado por todos los pueblos del mundo».

Suponiendo que la mayor parte de nuestros ilustrados lectores comprendan francés y latin, les ofreceremos para variar los geroglíficos siguientes:

GEROGLIFICO FRANCES.

p G
A a

Solucion.

Allons souper, j'ai grand appétit.
(A long sous p, G grand a petit.)

GEROGLIFIGO LATINO.

Vitam t-gram-e, bene actam, sempinanana æninitas.

Sic legendum.

Vitam integram, bene anteactam, sequitur sempiterna æternitas.

OTRO GEROGLIFICO LATINO.

Putredo { cur } tua mamama rarara est; { ttt } netur e-t-a, et
ba { bis? } { sss }

frafrafra er-c-is { ito / interii, } iiium pr-tor-e, { i / i-to-i.

Lege.

Putredo superba, cur superbis? tua mater terra est; subter te sternetur tinea, et frater cineris subitò interibis, iterum interpretor, subitò interibis.

SOBRE ANAGRAMAS.

Se sabe que se llama *anagramas* las diversas palabras que se pueden formar con las mismas letras de una palabra propuesta, combinadas en un órden diferente. Muchas personas ociosas y pacientes (que las hay en todas las naciones), han tenido la cachaza de formar anagramas en diferentes idiomas. ¡Cuánto tiempo, sudor y paciencia no habrá gastado, por ejemplo, el francés que forjó el célebre anagrama con la frase siguiente!

Napoléon empereur des français,

que dá:

Un pape serf a sacré le noir demon.

Las personas aficionadas á los juegos de palabras que los franceses suelen llamar *calambours*, fundados en los muchos homonimios de que abunda dicho idioma, podrán tambien divertirse un rato con el problema siguiente:

Espresar 18 palabras francesas con las 24 letras que siguen:

I n e n e o p y, l i a v q, l i a t t, l i e d e d.

Solucion.

Hélene est née au pais grec, elle y a vécu, elle y a tetté, elle y est décédée.

Tambien gustará á las personas aficionadas al idioma italiano el ingenioso *enigma* siguiente, que los italianos suelen llamar *indovinello* ó *ribobolo*, y cuya solucion versa sobre la palabra *velo*.

Indovinate un poco, io *velo* dico:
Indovinate orsù: io *vel'* ho detto:
Di nuovo *vel'* dirò; vi stimo un fico,
Se non sapete omai questo mio detto.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, A CARGO DE ALHAMBRA.



RETRATO DE LA MADRE DE RAFAEL

POR UN PINTOR DESCONOCIDO.

Esta linda figura, cuya casta espresion y suaves contornos solo ha sabido indicar imperfectamente un pincel poco diestro, ¿es en efecto el retrato de la madre de Rafael? La tradicion no lo asegura, pero quisiéramos creerlo, porque nos complacemos en observar en ese rostro un destello de aquella gracia ideal de las admirables composiciones que han inmortalizado el nombre de Sanzio. Tal vez se acordaba en sus sublimes sueños de aquella que habia velado como un ángel para guardar su infancia. Tal vez su madre se habia convertido en uno de los primeros tipos de esas cabezas virginales que tanto embellecen sus divinos cuadros. ¿Por qué no hemos de imaginar que la que le dió el ser, fué tambien su inspiracion, y que el gran pintor llegó á empaparse en el sentimiento de lo bello, contemplando las tiernas miradas de la hermosa italiana que se inclinaba sobre su cuna?

Uno de los puntos mas curiosos de las biografías de los hombres célebres, es el que se refiere á las primeras impresiones del corazon y de la inteligencia, á las diversas causas que, sin contar muchas veces con su voluntad, han obrado sobre sus cualidades naturales, dando impulso á su carácter: cuestion moral es esta muy ardua, muy interesante y fecunda en resultados. ¡Cuántos habrán escitado la admiracion del mundo, tan solo por haber sabido espresar los sentimientos, las ideas de una madre, de una hermana ó de una esposa! ¡Gran libro el de la historia secreta de la imaginacion, estudiada en las puras y modestas influencias de la familia! ¡Pero es un manantial profundo que siempre permanece ignorado!...

Para unos ha existido en el interior de sus familias, en sus tradiciones hereditarias, ó en las ocupaciones de sus padres, un móvil, que solo andando el tiempo han podido adivinar, pero que sin duda dirigia insensiblemente sus primeros pasos en la carrera de la vida. El padre de Rafael era pintor, un pintor mediano en verdad, pero bondadoso, honrado, sensato y muy activo: la continua perspectiva de sus pinceles y de sus colores, no contribuyó poco sin duda á la vocacion de su hijo. Sin citar muchísimos ejemplos antiguos y modernos, el padre de Thorwaldsen era cincelador, y el ilustre escultor dinamarqués se ejercitaba desde muy jóven en modelar, á la sombra de las miradas paternales, figuras de ninfas y de tritones para los buques. Johnson, hijo de un encuadernador, ¿no adquirió en el mostrador, donde se reunian tantas obras diferentes, ese gusto á la lectura que le convirtió en autor tan elocuente y erudito? Gesner tambien tuvo la dicha de abrir los ojos en las orillas del lago encantador de Zurich, entre los libros que se aglomeraban en la imprenta y en la librería de su padre. Gœthe, á quien la fortuna nada quiso al parecer negar de todo cuanto anhela con mas vehemencia la ambicion humana, tuvo en su infancia tres guias inteligentes, tres grandes apoyos: su abuelo, individuo de la alta magistratura, grave dignatario; su padre, hombre de carácter firme, reflexivo y metódico, que le hacia seguir religiosamente sus estudios; y su madre, que endulzaba con la ternura de sus consejos la severidad sistemática de las lecciones paternales.

Muchos autores, muchos artistas han nacido en una condicion que

los condenaba á la mas vulgar existencia. Burus, hijo de un humilde arrendador; Bloomfield, hijo de un sastre; Kirke White, hijo de un carnicero; Hogg, el pastor de Escocia; Vondel, uno de los mejores poetas holandeses, pobre mercader de gorros; Hans Sachs, el zapatero de Nuremberg; así como muchos poetas del norte, Holberg, Baggesen, Ewald, Andersen y Vitalis, se encontraban al principio de su carrera sin fortuna ni apoyo. Sus almas se enardecieron, fortificándose despues en la lucha contra las dificultades materiales de la vida; pero no pocos hallaron en las lecciones de la casa paterna una compensacion de los rigores de la suerte, como sucedió á los hijos de los pastores ó vicarios protestantes; en Inglaterra Young, Thomson, Goldsmith y Coleridge: en Alemania Lessin, Burger, Jean-Paul y Herder, hijo de un maestro de escuela, y en Suecia Dalin, Stagneliu, y el sabio Lineo.

Este estudio nos conduciría á otro sumamente curioso, cual es el de observar las diversas ilustraciones que se relacionan, por los lazos del parentesco, con la obra mas eminente y el nombre mas distinguido, como los brazos de un mismo tronco con la mas corpulenta rama. Parece que en ciertas familias existe una especie de flúido intelectual, un sueño comun que se dilata entre muchos miembros de la misma raza, entre los padres, los hijos y los hermanos, y que baja debilitándose ó fortificándose de una generacion á otra. Numerosos casos se nos ocurren, sacados de las ciencias, de la pintura y de la poesía; mas para dar á estas indicaciones toda la importancia que merecen, y para deducir todas las consecuencias morales, seria muy poco un artículo, pues se necesitaria escribir algunos tomos.

EL AMOR DE LA CASTELLANA.

LEYENDA.

Existe cerca de Aranda una pequeña aldea llamada Montejo, que aunque no conserva de lo que fué sino el nombre, goza el viajero una cierta dulzura al contemplarla.

Nada mas pintoresco que las escarpadas cimas que por todas partes la circundan: nada mas humilde que el manso riachuelo que besa su planta retratándola en sus cristales. Cuando al finar el dia oculta el sol su fulgente faz para ir á lucir en otro hemisferio; cuando la campana de la iglesia anuncia el toque de oraciones, mientras el anciano pastor guia con paso tardo las ovejas al aprisco, entonces se goza allí un encanto indefinible; porque á esa hora mágica en que las flores cierran sus matizadas corolas enviando á Dios su último perfume, á esa hora solemne en que la plegaria del inocente sube hasta el trono del Altísimo, tan pura como el incienso quemado en sus altares, hay en la pequeña aldea una calma tan apacible, una tranquilidad tan deliciosa, que hacen olvidar al alma sus pasados sufrimientos para pensar en un risueño porvenir.

Era una serena tarde de agosto de 18... cuando cansado por la fatiga de la caza me retiraba á mi humilde morada mas temprano de lo acostumbrado. La brisa embalsamada por el blando perfume de las flores que vegetan en las desigualdades de aquellas empinadas montañas, hacia ondular mis cabellos refrescando mi acalorada imaginacion. Solemne era el silencio que en mi derredor reinaba, solo interrumpido por el graznido de las águilas que se albergan en las concavidades de aquellos descarnados peñascos.

Deseando descansar un instante antes de bajar la rápida pendiente que tenia que atravesar para llegar á Montejo, me dirigí á las ruinas de un antiguo castillo, pálido esqueleto de lo que otros dias fué, en cuyas inmediaciones triscaban alegres, como blancos copos de nieve, una porcion de ovejas que apacentaba un anciano pastor.

—Bien venido seais, me dijo el viejo cuando me hube acercado.

—Dios os guarde, anciano, le respondí con respeto, entablando despues una conversacion indiferente que él trató de cortar al poco rato, disponiéndose á marchar.

—Paréceme, le dije, que hoy conducis muy temprano las ovejas. ¿No veis que acaba de ponerse el sol?

—Ciertamente, repuso, que otro dia estaria aquí mucho mas tiempo; pero hoy no permaneceria en estas ruinas por todo el oro del mundo ni un solo minuto despues de anochecer; sin duda, vos ignorais la historia de la señora de este castillo; y si quereis que bajemos al pueblo juntos, os la referiré en el camino; pero antes, venid. Y el anciano me mostró un lienzo de pared donde se percibia una abertura que en otros tiempos debió ser la de alguna ventana ojiva, á juzgar por la oscura forma que aun conservaba.

—¿Veis, me dijo, esa ventana, y este hoyo que está aquí á nuestros pies donde crecen esas flores amarillas? Pues entre una y otra se encierra una historia triste, muy triste.

Entré en curiosidad, y me puse á contemplar aquellas masas informes que en otro tiempo habian sido las murallas de aquel derruido edificio. Todo en él era melancólico, todo tenia un cierto tinte de tristeza que yo no podia esplicar: me parecia ver al través de sus gruesas paredes una porcion de descarnados esqueletos que pasaban ante mí sonriendo, y desaparecian en la inmensidad del espacio. Y en medio, alzándose altiva, cubiertas de batista sus arrogantes formas, á la hermosa Castellana, causa quizá de tantos desastres como yo en aquel momento me figuraba,

Así hubiera pasado largo tiempo, á no haberme interrumpido la voz de mi anciano compañero, de cuya boca anhelaba ya saber la historia de la señora del castillo.

—Cuando gusteis; me dijo, disponiéndose á marchar.

—Vamos, le repliqué, empezad vuestra historia.

Y el pobre pastor despues de un momento de silencio que empleó en coordinar sus recuerdos, comenzó lo que vamos á referir de la manera siguiente:

A mediados del siglo XV habitaba ese viejo castillo un noble caballero llamado D. Alfonso Pimentel, que habiendo gozado en la corte por largo tiempo del favor de D. Juan II, habia sido desterrado de ella por las intrigas de D. Alvaro de Luna.

Casado hacia ocho años con una muger tan hermosa como pura, pasaba tranquilamente su vida en la soledad de su triste morada, sin cuidarse de lo que pasaba fuera de sus muros.

Siempre sombrío, siempre meditabundo, ni aun tenia una caricia para su triste esposa, que se aburria en aquella solitaria mansion. Doña Luz, que así se llamaba la jóven castellana, era una de esas criaturas hermosas que solo puede concebir la mente de un poeta.

No es el mármol de Paros tan blanco como su trasparente cutis; no es tan roja la amapola húmeda por el rocío, como lo eran sus graciosos labios; y si á esto se añade una blonda cabellera cayendo perfumada sobre su nacarada frente, podeis formaros una pequeña idea del precioso conjunto de aquella divinal criatura.

Pero ¡ay! tan desgraciada como hermosa, pasaba la solitaria existencia pensando en los encantos de su vida pasada, entregando su ardiente imaginacion á la idea de un sombrío porvenir.

¿Quién no la hubiera compadecido al verla en las altas horas de la noche reclinada muellemente en el alfeizar de la gótica ventana, contemplando el argentado disco que resbalaba tranquilo en la bóveda celeste, mientras un raudal de lágrimas inundaba sus pálidas mejillas? Y sin duda hubo quien la compadeciera; sin duda hubo quien comprendiera los sentimientos de su corazon; porque una noche, cuando ya la aurora iba á mostrar su rosada frente, sintió al pié de su ventana el trotar de un brioso corcel, mezclado con el crujir de una férrea armadura, mientras una voz bien conocida para ella pronunció un «doña Luz» tan apasionado, tan tímido, que la Castellana no tuvo bastante fuerza para desoirle abandonando la ventana.

—¡Luz mia! volvió á repetir el apasionado mancebo que á sus pies levantaba la visera de su casco.

—¿Qué me quereis? respondió la Castellana dejando escapar un ardiente suspiro que el jóven tuvo buen cuidado de recoger.

—Veros, hablaros, volveros á contar mi pena, volver á deciros que os adoro.

—Callad, loco, callad; sois un niño, y como tal os dejais llevar del ardor de las pasiones.

—No, doña Luz, porque os amo há mucho tiempo, repuso el enamorado galan; pero ¡ay! vos no creeis en la pureza de mis sentimientos, no comprendeis ese fuego santo que arde en mi corazon por vos, solo por vos: si lo comprendiérais...

—Si creyera en vuestra pasion, dijo la Castellana interrumpiéndole, si comprendiera ese fuego santo que vos decis arde en vuestro corazon «huid» os diria, D. Juan, separaos de mí para no volveros á ver jamás, porque temeria que los dos nos abrasáramos en ese fuego; pero por nuestra dicha no os creo. Sois muy jóven, y yo ya he perdido las ilusiones de la juventud. Sois galan, sois valiente; buscad en el mundo la felicidad que yo no os puedo dar; mil corazones hallareis que os adoren mas que os puede adorar el mio; además, que viejo y seco, ¿qué podria ofreceros que os hiciese dichoso?

—¡Cruel! repuso vivamente el mancebo, cómo os gozais en mi suplicio! hablarme á mí de felicidad es como hablarle á un ciego de la luz. ¿Y vos me decis que sea dichoso? Sin duda no teneis corazon, no sabeis lo que es sufrir.

—Si sintiérais como pintais, D. Juan, esclamó sonriendo doña Luz, debiérais ser muy desgraciado; pero sois buen trovador, y acaso ahora estareis pensando en componer alguna trova.

Herido el caballero en lo mas profundo con aquellas palabras, nada respondió; bajó la calada visera de su acerado casco, pronunciando un «¡adios!» tan enamorado, que hasta las flores abrieron sus corolas para recibirle: partió al galope por aquellas escarpadas cimas.

Doña Luz le vió marchar, y no pudo contener una triste lágrima que resbalando por su mejilla fué á estrellarse en su mano de alabastro. No le amaba, quizá porque entre él y ella se levantaban sus deberes de esposa como una valla inespugnable; pero le compadecia:

por eso le siguió con la vista, mientras que pudo percibir el rielar de la luna sobre su luciente armadura; por eso en su imaginacion vió grabada desde entonces la imágen de D. Juan, siempre tan galante, tan hermosa.

Muchas noches pasaron en las que el enamorado caballero vió asomar el alba al pie de la ventana de su amada; muchas en que las gayas flores al recibir el beso de la brisa matinal escucharon la tierna despedida de D. Juan y doña Luz: pero siempre vieron al que partia dejar aquellos sitios sin haber escuchado una palabra de consuelo; en todas ellas vieron á la que quedaba dejar la ogiva ventana con el corazon desgarrado y las lágrimas en los ojos, porque amaba ya como no habia amado nunca; aunque la voz de sus deberes sofocaba la del corazon.

Llegó un dia en que apenas el sol habia ocultado sus rayos tras de las esquinadas crestas de Somosierra, y D. Juan paseaba impaciente sobre un gallardo alazan, al pié de las ventanas de doña Luz, y sin duda ansiaba verla, á juzgar por la impaciencia de su ovalado semblante; pero no todo se le presenta al hombre de color de rosa; doña Luz no pareció. Pasó una hora, se deslizaron dos, tres; llegó la reina de la noche á la mitad de su carrera, y sin embargo el enamorado galan aun no habia podido ver su faro de esperanza.

¡Oh! para quien ama con la abnegacion que presta el primer amor de un niño y contando los momentos por las pulsaciones del corazon, espera que llegue el deseado en que poder ver al ángel de sus amores; para el que una noche y otra y mil jura una pasion eterna al ser que adora con delirio, sin poder escuchar ni una palabra de consuelo de sus coralinos labios ¡ay! para ese cada instante que pasa es la eternidad entera, porque lucha entre el amor y la desconfianza, porque la cabeza entrevé un horizonte de esperanza, que rechaza el corazon, y en esa lucha sorda, desgarradora, entre el corazon y la cabeza, aquel se gasta, haciendo que odie la vida el desgraciado ser que pasa tales sufrimientos.

—Tal le sucedia á D. Juan la noche que referimos; pensando que quizá en ella podria obtener alguna esperanza de consuelo, esperanza que no queria creer su corazon, veia con angustia cómo se deslizaban las horas sin encontrar en ninguna de ellas la calma que tanto necesitaba su acalorada imaginacion.

—Esto es hecho, se dijo, esa muger que yo creia tan pura como hermosa, ha estado jugando con mi pobre corazon como lo haria con sus halcones: acabemos; mañana cuando se asome al alfeizar de su pintada ventana, cuando vengan las aves á acariciarla con su canto, verá á sus pies el cadáver del que tanto la ha amado, y entonces no dudará del cariño del pobre loco.

Quedó un momento pensativo, sacó la daga que pendia de su cintura, y con una calma estóica estuvo contemplando si su punta estaba bastante aguzada para acabar la obra de un solo golpe; buscó en su cuitado pecho el sitio donde con mas violencia latia su corazon, y á él dirigir la punta de su homicida instrumento. Pero en el momento en que la mano apoyaba en el pomo de su daga, la voz de Doña Luz vino á herir su oido haciéndole retirar el aguzado hierro.

—¿Qué haciais? le dijo con su dulce voz.

—Nada, señora, me disponia á no molestaros mas.

—¡Ibais á mataros! esclamó horrorizada la Castellana.

—Sí, doña Luz, sí, porque ya me cansa la vida, que nada me trae mas que sufrimientos.

—¿Y si yo dijera que os amaba?

—¡Oh! entonces, esclamó D. Juan arrebatado, viviria porque seria feliz: ¿pero á qué hacerme concebir sueños que no habeis de realizar? ¿Por qué me decis esas palabras que no las siente vuestro corazon, y que al mio le proporcionan la calma el tiempo que dura el pronunciarlas?

—Callad, don Juan, me haceis mucho mal, repuso la Castellana: si yo pudiera persuadirme de que vuestro amor ha de ser tan duradero como decis, entonces ..

—Entonces ¿que? Concluid.

—Os amaria, D. Juan, os amaria.

—Pues bien, esclamó el enamorado caballero; fijadme un plazo, y si al cabo de él veis que mi pasion no es tan grande, tan sublime como en este momento, olvidadme; pero si por el contrario veis en mi entonces tanta abnegacion como ahora, me amareis: ¿no es verdad?

—Me habeis pedido un plazo, dijo doña Luz interrumpiéndole: pues bien, voy á fijarle para dentro de diez años.

—¡Diez años! dijo D. Juan dando un paso atrás horrorizado: por fin si dijérais diez dias, y aun seria mucho para el que sufre tanto como adora; pero escuchadme: estamos á principios de agosto; si al finar el año no ha concluido mi pasion, volveré á contaros mi penas y entonces no me desdeñareis.

—¡Loco! esclamó doña Luz sonriéndose enamorada al ver la gran pasion del mancebo, marchaos, es hora ya de que nos separemos.

—Adios hermosa, adios, decia don Juan lleno de júbilo, estrechando entre las suyas la mano de su querida; ¿me permitis que mis lábios la profanen?

Doña Luz en un principio se negó; pero ¿qué muger no accede á una peticion tan pequeña cuando tiene delante de sí una pasion tan grande? Asi que, el enamorado caballero pudo estampar en aquella mano de alabastro el beso mas ardiente que nadie puede concebir. Los dos se separaron dementes de alegría, locos de felicidad; él al recordar las consoladoras palabras que habia escuchado aquella noche; ella al admirar lo grande, lo sublime de la pasion del mancebo.

Mientras estas escenas pasaban en Montejo, ocurrian en la Vega de Granada otras no menos interesantes que hacian temer al débil rey que se sentaba en el trono de Castilla una invasion sarracena. Los moros que ocupaban la ciudad bendita cuyos cincelados ajimeces se retrataban orgullosos en las aguas tranquilas del Genil y el Darro, robaban y talaban en sus contínuas correrías las aldeas de su vega pertenecientes á los cristianos, sin que D. Juan II enviase á estos infelices un ejército amigo que castigase la osadía de los sarracenos. Cada dia llegaban á los oidos del monarca mil noticias á cual mas tristes y desconsoladoras: ya el saqueo de alguna aldea, ya el incendio de alguna alqueria, y sin embargo, D. Juan no tenia bastante fuerza para mandar se dispusiera un ejército que reprimiese la osadía de la morisma; y acaso no se hubiera decidido á levantar su voz, si el condestable D. Alvaro de Luna no le hubiese impelido á ello. Por su consejo ordenó se aprestase un ejército al mando de sus mejores capitanes, entre los que se contaba el que á doña Luz rendia sus amores.

Apenas este supo que tenia que partir, quizá para morir en el ardor de la pelea, abandonó á la ciudad de Valladolid la víspera del dia en que de ella debian salir los tercios castellanos, con objeto de dar el último adios á la señora de sus pensamientos.

Cuando llegaba al pié del empinado cerro, cuya cima coronaba su castillo, la campana de la iglesia anunciaba el toque de oraciones, por lo que aun tuvo que esperar bastante rato antes de poder hablar á la hermosa Castellana.

No habria aun pasado una hora, cuando esta dejó ver sus arrogantes formas en el dintel de la ventana: pero cualquiera que de cerca la hubiera examinado, se hubiese sorprendido al ver la mate palidez que habia invadido su semblante en los quince dias que habian pasado desde el último en que la vimos. Si mas atrevido hubiese estrechado su torneada mano, se hubiera horrorizado al encontrarla sin vida, yerta cual la de un cadáver.

Esto le sucedió al caballero, cuando al ir á estampar en ella sus ardientes lábios, la encontró tan blanca como la nieve, pero como ella tambien helada.

—¿Estais mala, doña Luz? esclamó asombrado.

—Sí, D. Juan, sí: hace quince dias que me mata la calentura; me habeis abrasado el corazon, y sin embargo no puedo, no debo amaros; ¡qué desgraciada soy! —y la infeliz confundia la blancura de su semblante con la de su pañuelo, ocultando en él un raudal de lágrimas que le inundaba.

—Pues bien: huyamos de estos lugares; partamos á otros donde podremos hallar el amor y felicidad que tanto necesitamos. Venid: la noche es oscura; puede favorecer nuestra fuga, y cuando el nuevo sol por el horizonte venga á tendernos sus dorados rayos, yo podré deciros sin temores que os adoro, y vos, doña Luz, podreis escuchar sin avergonzaros el lenguaje de mi corazon.

—D. Juan, decia la Castellana, callad por Dios, que me habeis destrozado el alma.

—Si, callaré, doña Luz, decia el caballero con acento sombrío, callaré porque hoy nos separamos para siempre.

Aquellas palabras, que en otra ocasion acaso nada hubieran significado, hicieron levantar á la hermosa Castellana su cabeza, aterrorizada por el acento lúgubre con que el mozo las pronunció. Quizá penetraba el horrible pensamiento que en ellas se envolvia.

—¡Para siempre! esclamó; ¿qué me quereis decir?

—Nada, doña Luz, nada; que sin duda ignorais que mañana parto para la guerra de Granada, y ¡quien sabe si en ella hallaré la muerte que tanto anhelo!

—¿Anhelais la muerte cuando se os presenta un porvenir lleno de gloria? D. Juan, estais loco.

—¡Y de qué me servirá esa gloria que vos decís, si nunca habeis de corresponderme!

—No puedo, D. Juan, no puedo.

—Decid mas bien que no quereis, señora, que os complaceis en mi tormento, y os creeré; pero yo que os adoro con delirio! yo que no puedo sufrir mas la pena que me devora, os digo que el nuevo sol no vendrá á alumbrar sino mi sepultura; ¡adios! doña Luz, proseguia desesperado; sed tan feliz, tan dichosa como desgraciado me habeis hecho.

—¡Cruel! repuso la Castellana, ni aun quiere compadecerme.

—Pues bien, señora, ¿por qué no me amais? replicó el impaciente mancebo.

Por toda contestacion doña Luz le tendió su mano de alabastro, que él inundó de lágrimas y besos.

—Oidme, D. Juan, replicó despues de un momento de silencio; partid á la guerra donde volvereis á recoger nuevos laureles; tomad este puñal, prosiguió entregando al caballero uno bien cincelado que pendia de su cintura; él velará por vos cual lo haria yo si estuviera á vuestro lado; y os juro por su cruz, que si hay algun hombre en el mundo á quien yo adoro, sois vos, solo vos; pero Dios sabe que no os correspondo por llenar los deberes que como esposa me impusieron al pié de los altares.

Si al volver de la guerra no encontrais á la que amabais, id á llorar sobre su sepultura; yo os sonreiré desde el mundo de los que fueron.

Las lágrimas inundaban su ovalado semblante, ardiente por la calentura que la devoraba; D. Juan quiso hablar, pero sus palabras se ahogaron en su garganta, y solo tuvo bastante fuerza para acercar sus lábios á los ardientes de la Castellana estampando en ellos un apasionado beso.

Doña Luz se retiró de su ventana con el corazon lacerado; y aun no habia dado un paso en el pavimiento de su habitacion, cuando oyó al pié de ella un grito desgarrador como el del que deja de sufrir en este mundo de dolores. Miró, y á la pálida luz de la luna vió al infeliz mancebo que revolcándose en su sangre pronunciaba su nombre al exhalar el postrimer suspiro.

La infeliz no pudo resistir á tan tremendo golpe, y cayó desplomada en el pavimento; acababa de sucumbir á una convulsion nerviosa. Pocos momentos despues el reloj del castillo anunciaba la hora primera del 16 de agosto.

Aqui concluyó mi compañero la historia que hemos referido.

Pero bien, le dije, ¿por qué no quereis permanecer en las ruinas de este antiguo castillo esta noche despues de anochecer?

Porque hoy es el 15 de agosto, es decir, el mismo dia en que dejaron de existir D. Juan y doña Luz; y en este dia, todas las noches á la misma hora en que concluyeron sus amóres, se les ve aparecer en los aires, cerniéndose sobre las ruinas de este viejo edificio; ella vestida de blanco, rodeada de una aureola de fuego, él con el puñal de la Castellana clavado en el corazon. Asi pasan orando, hasta que á la media noche desaparecen para no volver á presentarse hasta el año siguiente.

En el momento en que mi compañero acababa de hablar, volví la cabeza por un movimiento instintivo, y mis miradas se dirigieron maquinalmente al sitio donde el caballero y la Castellana habian terminado los dias de su existencia.

Una figura aérea, vaporosa como la niebla matinal, y como ella sostenida en el espacio azul, vagaba errante sobre las informes ruinas de aquel castillo. Sus descarnadas manos en actitud suplicante quizá pedian á Dios el perdon de sus amores.

En pos de ella, y en sangre rojo el acero de su armadura, se alzaba tambien suplicante la arrogante figura de un jóven guerrero.

Los dos oraban, los dos pedian á Dios quizá el término de su tormento.

SANTIAGO IGLESIAS.

FRAGMENTOS.

I.

Es el dia mas hermoso de otoño; brilla el mar herido por los rayos del sol; cada gota de agua refleja, semejante á una chispa de diamante, una luz blanca y pura que la vista no puede soportar. Hombres, mugeres y niños abandonan la aldea y van llegando unos tras otros á los montecillos de arena, donde el clavel silvestre, mezclado al tomillo, exhala su perfume de clavo especia.

Armados de canastas, de redes, de palas y de largos palos que rematan en punta de hierro, esperan que la marea deje al descubierto la vasta playa y sus rocas, para recoger el rico botin, preparado por la Providencia, de voraces cangrejos, langostas de anchas y prolongadas bocas, gamaros, ostras y mariscos de todas clases.

Al anochecer, cuando el flujo del mar se acerca semejante á un rio hinchado por las lluvias, la alegre caravana vuelve á la aldea... pero no vuelven todos.

Embebida en sus pensamientos, una jóven permanece sobre una roca lejana. Al volver en su acuerdo, al abandonar sus sueños de amor y de felicidad, vé que las olas estrechan al peñasco con sus movibles lazos, y que suben... que se adelantan sin cesar. No hay en la playa un ser humano; no hay para la infeliz esperanza alguna.



¿Qué pasaba entonces en el alma de la doncella condenada á morir? Nadie lo sabe: es un secreto entre ella y Dios.

Al dia siguiente se encontró su cuerpo. Habia anudado á unas algas sus hermosos cabellos negros para que las olas no la arrastrasen, pues queria descansar en la tierra bendita de sus padres.

Una cruz de madera señala el sitio del cementerio donde reposa la sin ventura. Otra jóven que fué su tierna amiga, se arrodilla allí todos los dias, ora por ella, y henchido el corazon de tristes recuerdos, se retira despues enjugando sus lágrimas.

II

Padre mio, la faena es hoy muy penosa; la azada rebota en la

abrasada tierra; el sol arroja sus rayos de fuego, é impelido el viento del Mediodía, se arremolina el viento en toda la llanura.

Hijo mio, aquel que envia los vientos abrasadores, envia tambien las aguas de las preñadas nubes. Cada dia tiene su dolor y su esperanza; despues de la hornada, la comida.

Esas plantas languidecen, padre mio, y sus amarillas hojas se inclinan sobre el tallo, seco ya y casi marchito.

Ya se levantarán, hijo mio; ninguna yerba está olvidada: el de arriba siempre guarda, entre sus celestiales tesoros, lluvias fecundas y frescos rocíos.

Padre mio, los pájaros enmudecen entre las ramas; inmóbil la codorniz, á pesar del surco que penosamente abrimos, no echa de menos á su pareja; la becerra busca la sombra, y el toro, con las patas replegadas bajo su cuerpo y el cuello tendido, dilata sus anchas narices para aspirar el ambiente que le falta.

Dios, hijo mio, volverá su voz á las aves, y á los toros y becerros sus fuerzas aniquiladas por este calor insufrible. Ya se desliza sobre la superficie del mar la brisa que debe reanimarlos.

Padre mio, sentémonos sobre los helechos, á orillas del estanque, al lado de esa vieja encina cuyas ramas flotantes acarician suavemente las aguas. ¡Qué tranquilas estan estas! ¡Qué transparentes! ¡Cómo juguetean alegremente los peces! Unos persiguen á los pobres moscardones que apenas acaban de nacer; otros abren la boca y parece como que dirigen al aire un beso regalado.

Hijo mio, aquel que todo lo ha hecho, ha repartido por todas partes sus inagotables beneficios, así como la vida y sus placeres. El mal es aparente, un lado oscuro del amor, una faz del bien, su sombra.

Sin embargo, padre mio, V. padece. ¡Cuánto trabajo, cuánta fatiga para subvenir á nuestras necesidades! ¿No es V. pobre? ¿No lo es tambien mi madre? Vuestro sudor me ha alimentado; pero ¿ha vivido V. un solo dia seguro del siguiente?

¿Qué importa el siguiente, hijo mio? El dia de mañana es de Dios: confiemos en él. El que se levanta por la mañana ignora si llegará á la noche. ¿A qué fin inquietarnos por un tiempo, por una hora que acaso no llegará? Nosotros atravesamos el suelo como la golondrina, buscando todos los dias la vida de todos los dias, y cuando se acerca el invierno, una fuerza misteriosa nos impele hácia otros climas mejores.

¿Qué es eso, padre mio? Parece un muerto envuelto en su mortaja ó un niño entre pañales...

Es un gusano, hijo mio, pero pronto será crisálida y luego mariposa de variados colores, que se perderá entre las nubes.

III.

Habia improvisado en medio del bosque un fuego con ramas secas, y sentado sobre el musgo, calentaba el pobre niño sus ateridas manos en la chispeante llama.

El humo, de color amarillento á impulso de los rayos del sol que se abrian paso entre las nubes, subia en espirales. El niño observaba sus ondulaciones progresivas, semejantes á las de una serpiente que se hincha y desarrolla sus anillos: el humo al fin se fué esparciendo



en cenicientos lienzos, y por último se disipó entre los vapores de la atmósfera.

Cesaron los cantos en el bosque, desaparecieron los insectos alados, brillantes de oro, de esmeralda y de azul, que llevaban de flor en flor sus aéreos amores; silencio sepulcral en todas partes; una tranquilidad espantosa; un color sombrío y uniforme.

Mustias las altas yerbas, blanqueaban sin poder sostenerse y formaban el sudario de la naturaleza sepultada.

De vez en cuando un débil soplo, que nacia y moria casi al mismo tiempo, barria las hojas secas. Inmóbil y pensativo el niño, escuchaba la voz del invierno; recogíala en su alma y en ella se perdia, como se pierden por la noche los suspiros de la soledad en la espesura de los bosques.

De vez en cuando tambien, una bandada de aves de lejanos climas pasaba por encima de su cabeza, lanzando chillidos semejantes á los aullidos de una jauría. Su vista la seguia por el espacio, y en sus vagas cavilaciones, se sentia arrastrado, como ella, á desconocidas regiones por un misterioso instinto y una fuerza secreta.

Niño; ya aspiras á llegar al término. Ten paciencia, porque Dios te conducirá á él.

IV.

En el fondo de una pequeña ensenada, bajo una escarpada ribera, agujereada en su base por las olas, entre unas rocas de las cuales colgaban largas algas de un verde blanquecino, dos hombres, jóven el uno y el otro ya anciano, aunque robusto, apoyados en una barca de pesca, esperaban la marea, que subia lentamente, apenas impelida por la brisa moribunda. Crecia junto á la barca por el obstáculo que esta presentaba, y dividiéndose las olas en su quilla, avanzaban sobre la arena con débil murmullo.

Poco tiempo despues se apartaba la barca de la orilla, y se metia en alta mar con la proa levantada y dejando por su popa una estela de blanquísima espuma.

El anciano observaba desde el timon las velas, que tan pronto se hinchaban, como se adherian á los mástiles, semejantes á las alas de una ave fatigada. Su mirada queria descubrir una señal en el horizonte ó en las nubes, y embebiéndose despues en sus propios pensamientos, revelaba su tostada frente una vida entera de peligros y de combates, sostenidos sin tregua ni descanso.

El reflujo abria en la mar tranquila inmensos surcos, en que se

mecia la barca, balanceándose con gracia sobre las brillantes olas. Los anfibios se arrojaban á ellas desde el aire, y el cuervo marino descansaba sobre la punta de una roca pelada.

El menor accidente, un ligero soplo, un rayo de luz, variaba el aspecto de aquella magnífica escena. El jóven, ensimismado, la contemplaba como en sueños; su alma flotaba al ruido de la marejada, semejante al monótono sonido que murmura la nodriza cuando aduerme al niño.

De pronto abandona su letargo, animanse sus ojos, y resuena en los aires su sonora voz:

«Al labrador los campos, al cazador los bosques, al pescador el mar y las olas, los balancea y las tempestades.

Sobre su cabeza el cielo, bajo sus pies el abismo; siempre es libre y no reconoce dueño.

¡Cómo obedece á su mano, cómo se lanza sobre las espumosas olas, la débil barquilla, animada por los frescos besos de la brisa!

El pescador lucha contra las ondas y las somete á su voluntad, lucha contra los vientos y los doma. ¿Quién es mas fuerte, quién es tan grande como él?

¿Dónde están los límites de sus dominios? ¿Los ha encontrado algun mortal? Dios le ha dicho señalando al Occéano: navega, todo eso es tuyo.

Sus redes recogen en el fondo del mar una cosecha viva: hay innumerables rebaños que se ceban para él en los feraces pastos que cubren los mares.

Flores de color de violeta, azules, amarillas, purpúreas, se abren en su seno, y para encantar su vista le ofrecen las nubes vastísimas playas, magníficos lagos azulados, grandes edificios y soberbias montañas, valles y ciudades fantásticas, ya adormecidas entre sombras, ya iluminadas con todos los resplandores del sol poniente.

¡Oh cuán dulce es la vida del pescador! ¡Cuánto me agradan sus costumbres y sus toscas alegrías!

Y sin embargo, madre mia, cuando el trueno hace retemblar nuestra cabaña durante la noche, ¡cuántas angustias destrozan nuestros corazones! ¡cuántas veces os levantais á invocar á la Vírgen, divina protectora del pobre marinero!

De hinojos ante su imágen derramais lágrimas por vuestro hijo, arrojado por la tormenta en medio de las tinieblas, hácia los escollos en que se oyen las quejas de los que perecen entre los rugidos de la tempestad.»

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIV.

En que prueba Francisco sus conocimientos en la equitacion.

—Mi amigo Luis se ha vuelto loco, decia Mendoza á la puerta del Parador, mientras Meneses heria los ijares de su caballo; pero me ha dado bien de comer, y del mal el menos.

—¡Pobre señorito! murmuraba el señor Fermin, parece que está muy enamorado de la señorita Magdalena. En cuanto á parroquiano no tiene précio: veinte y cuatro horas ha estado en la fonda, y me ha dejado ocho duros de utilidad. Con muchos huéspedes como este, pronto me haria yo millonario.

Luis seguia el camino de Francia, montado gallardamente sobre el mejor rocin de postas que habia pisado aquel camino; y Francisco lo seguia en un jaco, menos vivo que el de su amo, pero mucho mas duro de trote. Francisco no la habia echado nunca de ginete, porque era poco fanfarron; pero bastaba verlo á caballo para conocer su esquisita teoría y mucha práctica en los ejercicios de equitacion. Para él eran los dos estribos dos estorbos insuperables; y no sabiendo qué hacer de ellos, habia discurrido el ingenioso medio de ponérselos como grillos, de cuyo modo los llevaba. Cogió las riendas desiguales, de manera que la una colgaba, y la otra sumamente corta torcia el cuello de la pobre bestia; pero afortunadamente el jamelgo no hacia gran caso de la boca, y trotaba tras su compañero sin cuidarse de lo demás. Francisco no habia sospechado siquiera que la seguridad del ginete está en la rodilla, y buscaba la suya agarrándose con la una mano al borrén de la silla, y con la otra á la bebilla de la baticola, lo que le hacia ir en guardia de florete.

Detuvo Meneses un momento la marcha de su cabalgadura, para pedir fuego á Francisco; y aprovechando este la ocasion, sin duda porque sabia que es calva, dijo á su amo:

—¿Qué interes tenemos, señorito, en llegar á Arechavaleta media hora antes ó una despues?

—¿Por qué me haces esa pregunta? repuso Luis, tomando el fósforo que le alargaba su criado.

—Porque estos caballos de postas tienen un trotecillo endiablado, que no me parece muy cómodo para despues de la comida; observó Francisco con una sonrisa tan donosa, que se la hubiera envidiado el mas ladino gracioso del mundo, para pedir una palmada á un público algo remolon.

—Es el caso, amigo Francisco, que estos rocines no tienen paso; pero en obsequio tuyo daré un escape, para variar el movimiento: y uniendo la accion á la palabra, hundió á un tiempo ambos acicates en los ijares de su jamelgo, y el pobre animal, que no esperaba tan brusca indicacion, dió un salto y partió al escape tendido. El rocin de Francisco no tenia talento de invencion, pero sí poseia en alto grado el de imitacion: puede asegurarse que nunca se le hubiera ocurrido dar un brinco para correr; pero vió que lo hacia su compañero, y brincó. Francisco cayó de cabeza; pero como habia tenido la ocurrencia de ponerse los estribos por grillos, no pudo desprenderse de ellos, hizo un contrapeso muy superior á las fuerzas del pobre rocin, y juntos cayeron en tierra. A los tres ó cuatro minutos notó Luis que no le seguian; y como no tenia gran confianza en la agilidad de su criado, volvió riendas para informarse de lo que hubiera sucedido. No tardó mucho en encontrarse en el lugar de la tragedia, y á la dudosa luz del crepúsculo vió el grupo que formaban Francisco, el caballo y el muletero que llevaba los equipajes.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Luis, adivinando la catástrofe y reprimiendo mal la risa.

—Qué ha de ser! que el hombre y el caballo estan hechos una pelota; repuso el muletero, lanzando una sonora carcajada. Francisco no respiró siquiera.

—¿Si se habrá desnucado? pensó Luis, tomando el asunto por lo sério y descabalgando al instante.

Luego que formó parte del grupo, vió Meneses que el buen Francisco suspiraba y gemia, y vió tambien la diabólica traza que se habia dado para enredarse en los estribos de una manera tan estraña. Procuró desenredarle el pié derecho; pero solo pudo conseguirlo cortando las correas: levantó en seguida al rocin, y Francisco quedó colgado del pié izquierdo, hasta que Luis hizo lo que acababa de hacer momentos antes con las correas del estribo derecho, dejando libre á su criado.

Cuando pudo respirar Francisco con entera libertad, lanzó un gemido cien veces mas ronco que cuantos habia lanzado antes; pero no hizo el menor esfuerzo para levantarse: Meneses, aunque alarmado todavía, creyó que podria prestarle aliento con una fingida severidad, y le dijo:

—Vamos á ver si te levantas, que estamos perdiendo mucho tiempo.

—El que cae como yo, señor, no se levanta por sí mismo: murmuró Francisco sin moverse.

—¿Pues cómo has caido, y qué te has hecho? preguntó Luis con ansiedad.

—Usted habrá visto caer muchas veces al Pelon, al Habanero, á Varillas, y á toda esa turba de tumbones que ponen varas á los toros en la plaza de Madrid.

—Los he visto caer muchas veces; pero nada de ello hace al caso.

—Y tanto como hace; porque ninguno de esos bribones ha pegado en toda su vida una costalada que se parezca á la que yo acabo de dar.

—Pero tú habrás visto, Francisco, que esos tumbones se levantan dando palmadas.

—Algunas veces sucede asi, pero otras muchas los llevan á la enfermería.

—Aquí no tenemos enfermería: dijo Luis, echando una mirada en torno; y como sospechara que Francisco no tenia hueso roto, en cuyo caso hubiera chillado mucho mas, añadió:

—Y si no quieres levantarte dando palmadas, tendré que dejarte en donde estás.

—Haré cuanto pueda, señorito: dijo el caido, incorporándose sobre el codo.

—Dame la mano, y prueba á levantarte pronto.

Francisco dió la mano á su amo; hizo un esfuerzo, y se encontró de pié; pues aunque enteramente magullado, no se habia roto ningun hueso, ni dislocado ningun miembro.

—Ves cómo no te has hecho daño? dijo Meneses, recobrando su tono festivo y zumbon.

—Le parecerá á V., señor; pero le aseguro que estoy dolorido, acardenalado, y qué sé yo cuántas cosas mas.

—Te digo que no tienes nada, y que estamos perdiendo el tiempo. Monta á caballo....

—¡Jamás, señor! esclamó Francisco alejándose del pérfido rocin, que tan mal parado lo habia puesto.

—¿Cómo que no? preguntó Luis fingiendo cólera.

—Primero me dejaré hacer mil pedazos que cabalgar sobre esa fiera.

—¿Quiéres montarte en mi jamelgo? le preguntó Luis.

—Mucho menos. Parece de genio mas vivo; y dió el mal ejemplo.

—Pues continua el camino á pié, y lograrás desentumirte.

—Estoy muy molido para poder dar ni un solo paso.

—Pues quédate aqui hasta que pase un carro, y entra en él.

—Señor, siempre está V. por los estremos, sin reparar que hay un buen medio.

—Dime ese buen medio; ya que has tenido la fortuna de encontrarlo á tiempo.

—Este muletero llevará mi rocin de la brida, y yo me montaré en su mula entre las maletas.

—No me parece mal pensado. Súbete pronto, y adelante.

—Pues yo me opongo á tal arreglo; dijo el muletero bruscamente.

—¿Y por qué se opone á tal arreglo? preguntó Francisco incomodado.

—Porque yo he ajustado llevar el equipaje, y no quiero añadir otra maleta.

—El muletero tiene razon, observó Luis; pero todo puede arreglarse.

—Solo hay un arreglo posible; repuso el muletero acariciando el cuello de su hermosa mula.

—¿Que consistirá regularmente en aumentar un tanto el porte?

—Usted lo ha dicho, y no quiero dejarlo feo. En pagándome treinta reales mas, estoy conforme.

—Móntate, Francisco, en la mula; dijo Luis cabalgando de nuevo.

—¿Quedamos en los treinta reales? preguntó el muletero.

—Está dicho; y si llegamos á Arechavaleta al amanecer, añadiré diez reales mas.

El muletero colocó á Francisco entre dos maletas, cogió las riendas del caballejo, y dió un latigazo á su mula. Meneses se puso al lado de Francisco, queriendo proporcionarle en pago de la estrepitosa costalada una ocasion de hablar á su gusto. Francisco conoció al momento la buena intencion de su amo, y se propuso abusar de ella, empezando por decirle:

—Señorito, ¿me permite V. que le hable con entera libertad?

—Francisco, no tengo ningun inconveniente: repuso Luis, adivinando una tormenta.

—Pues, señorito, V. está loco; y loco de atar, ni mas, ni menos.

—Podrá ser, Francisco; pero creo que tengo mi juicio completo.

—No señor; V. lo cree asi, porque no hay ningun loco que confiese su enfermedad.

—¿Quieres esplicarme, Francisco, en qué consiste mi locura?

—Si señor. V. es un caballero andante, un D. Quijote de la Mancha.

—¿En cuyo caso tú serás mi fiel escudero Sancho Panza?

—Cabalmente. Yo, como aquel honrado labriego, soy victima de la locura de mi señor.

—¿Y qué semejanza encuentras tú entre D. Quijote y mi persona?

—¡Ahí es nada! D. Quijote dejó su casa y hacienda para ir en busca de caballerescas aventuras, y V. ha dejado las mayores comodidades para correr tras la sombra de una Dulcinea; que es lo mismo que andar á lanzadas con las aspas de los molinos de viento.

—Francisco, me parece que no has estado muy feliz en la comparacion, y que hubieras podido mejor llamarme Amadís, Medoro ó Roldan; porque al fin estos caballeros iban en busca de sus amadas, y D. Quijote solo queria enderezar entuertos y desfacer agravios, para afinojarse despues á las plantas de la incomparable señora Dulcinea del Toboso.

—Yo no sé lo que quieren decir afinojarse, entuertos, y otras palabrotas que V. ha dicho; pero me parece que V. ha empezado por confesar que es un verdadero caballero andante, y que solo le he errado el nombre, debiéndolo llamar D. Amadeo ú otra cosa asi.

—Querido Francisco, D. Quijote y esos caballeros de quienes he hablado poco antes, eran unos hombres de pro, honor de sus siglos, amparo de hermosas doncellas, y terror de feos malandrines, mientras que yo soy un pobre *quidam*, que á nadie amparo, á quien nadie teme; y puedes estar muy seguro de que cualquier polluelo de Madrid es capaz de llevar á cabo mis mas arriesgadas aventuras.

—Pues por lo mismo que cualquier pollo de Madrid es capaz de llevarlas á cima, debe V. renunciar á ellas, para no portarse como un pollo.

—Francisco, Francisco, se conoce que no sabes apreciarlos. Los pollos estan generalmente dotados de una intrepidez á toda prueba, y si viviera hoy Alcibiades, pasaria por pollo y nada mas.

A esta conversacion puso fin un gran tropezon de la mula, que hubiera ocasionado á Francisco una segunda caida, si no hubiera tomado la precaucion de atarse bien con una cuerda. Pasaron el resto de la noche en sabrosas pláticas, muy buenas para ser contadas por Miguel Cervantes; y al rayar el dia entraron en Arechavaleta. El muletero ganó los diez reales de plus que le habia ofrecido Meneses.

CAPITULO XV.

El amigo del fondista.

Si las tinieblas de la noche, unidas á la soledad, forman de los campos un inmenso océano de sombras, mucho mas triste que el de agua, porque le falta el sordo murmullo de las olas adormecidas ó el rugido ronco y solemne de las olas desencadenadas; los primeros rayos de la aurora cambian de repente el panorama: el océano de sombras se convierte en un mar de luz, y todas las voces de la naturaleza, desde la del hombre á la del viento, van interrumpiendo sucesivamente el silencio de la soledad, y prestando vida al espacio. Los encantos inesplicables de este doble espectáculo disfrutaron desde Vitoria á Arechavaleta, Meneses y sus compañeros de viaje, ó mejor dicho, lo disfrutó Meneses, porque Francisco iba muy estropeado y era poco poeta para comprender estos cambios, no menos sorprendentes por su regularidad periódica; y el muletero estaba tan acostumbrado á estas peripecias, que no le llamaban la atencion, y hasta estrañaba que hubiera quien se deleitara con ellas.

Llegados al pueblo, pararon á la puerta de una casita ni muy humilde, ni muy magnífica, comparada con las demás: el muletero llamó á su puerta, la abrieron minutos despues, y apareció un hombre, vestido al uso de los labradores del pais, á quien entregó Luis la carta que el señor Fermin le habia dado.

Abrió el hombre la carta, la leyó desde la cruz hasta la fecha, y guardándola dijo á Meneses.

—Pase V. adelante, caballero, y las personas que le acompañan.

Francisco se habia entretenido en desanudar lentamente la cuerda con que se habia atado, y con la ayuda del muletero pisó la tierra prometida, si no sano y salvo, salvo al menos, lo cual no era poco, despues de tan grave peligro. Luis descabalgó ligeramente; el muletero cogió las maletas, y todos tres siguieron al señor Ramon, este era el nombre del dueño de la casa, que los condujo á una salita con alcoba. Luego que llegaron á ella, dejó el muletero las maletas, cobró el alquiler de las cabalgaduras y una propina para beber, y se marchó, despues de ofrecerse con las menos palabras posibles.

Meneses paseó una mirada por la habitacion, vió que los muebles no eran elegantes ni cómodos, lo cual empezó á contristarlo, como si pensara pasar el resto de su vida en aquel modesto alojamiento; pero se consoló algun tanto al descubrir una buena cama, que pensaba ocupar muy pronto.

—¿Es esta la mejor habitacion que tiene V. desocupada? preguntó Luis al señor Ramon.

—La mejor que tengo: contestó el arechavaletano, no muy satisfecho de la pregunta

—Es bastante buena: dijo Luis, queriendo enmendar el daño hecho. ¿Pero tendrá V. algun cuarto mas en que se aloje mi criado, que viene bastante magullado de una gran caida?

—Si señor, tengo un cuarto en que alojarlo: repuso Ramon secamente.

—¿Y tendrá V. la bondad de llamar á un médico para que lo vea?

—Si señor.

—¡Ay señorito! esclamó Francisco, ese médico será capaz...

—De matarte ó de ponerte bueno: le interrumpió Luis con sequedad.

Hubo un momento de silencio: Luis se dirigió al señor Ramon.

—No he dormido en toda la noche y quisiera acostarme.

—Puede V. hacerlo: contestó el dueño de la casa.

—¿Tendrá V. la bondad de llamarme á las diez?

—Si señor.

—¿Cuidará V. de mi criado?

—Si señor.

—¿Tendrá V. la bondad de llevarlo á su cuarto?

—Si señor.

—Pues hágalo V., y no se olvide de llamarme á las diez en punto.

—¿Quiere V. algo mas?

—No señor.

Francisco y el señor Ramon salieron juntos; Meneses se acostó y durmió hasta que la voz de su nuevo huésped lo despertó á las diez en punto.

—¿Cómo se encuentra mi criado? preguntó al despertarse.

—Durmiendo, le respondió el señor Ramon, usando su habitual laconismo.

—¿Ha venido el médico?

—Si señor.

—¿Qué le ha mandado?

—Una sangria.

—¿Y se ha sangrado?

—Si señor.

—¿Quiere V. traerme agua caliente?

—Al momento.

El señor Ramon salió, y un momento despues se presentó de nuevo con un jarro de agua caliente.

—Almorzaré á las once; dijo Meneses.

—Está bien; repuso su huésped, y salió sin hablar mas palabra.

Luis se lavó, afeitó y vistió: invirtió en ello una hora justa. El señor Ramon le puso la mesa y sirvió un almuerzo abundante, limpio y sabroso. Meneses quedó satisfecho, y se fué en busca de Francisco, que acababa de despertar.

Francisco ocupaba una habitacion bastante pequeña, pero limpia; y sobre todo estaba acostado en una cama casi tan buena como la de su amo. Luis se sentó á su cabecera y le dijo:

—¿Has descansado?

—No señor. No tengo hueso que me quiera bien, y no salió tan molido de la manta de los arrieros el buen escudero Sancho Panza, como lo estoy yo de mi caida.

—Francisco, deja esa mania de citar *El Quijote*, y contesta con formalidad.

—Pues con formalidad contesto, que estoy tan molido como la harina que embarcan en Santander.

—Te permito esas comparaciones. Con dos dias de cama te pondrás bueno, y te levantarás mas listo.

—Bonito me levantaré! Ese pícaro de médico me ha hecho una sangria de doce onzas, y me da por todo alimento agua de arroz y vinagradas.

—Ese médico sabe su obligacion. La dieta está muy indicada siempre que la sangre esperimenta alguna grave alteracion, y tú estás demasiado grueso. Reposa, querido Francisco, y hasta mas ver.

—¿Adónde se va V., señor, preguntó Francisco alarmado.

—Voy, Francisco, á ver si tropiezo con alguno de los amigos ó amigas que estan aquí de temporada.

—¿Y volverá V.?

—Creo que sí. A no ser que se me presente Magdalena en forma de paloma, en cuyo caso procuraré seguirla á todo vuelo, porque te juro que cada vez tengo mas empeño en alcanzarla.

Meneses se levantó antes de empezar su respuesta, y desapareció dejando á su criado en una vivisima ansiedad, pues no dudaba que Magdalena, por mortificarlo, era capaz de presentarse en forma de paloma, y su amo de tomar, por arte del diablo, la de ave de rapiña, para perseguirla en los aires.

CAPITULO XVI.

Una buena amistad.

Deseoso de adquirir noticias relativas á Magdalena, se lanzó Meneses á la calle, sin acordarse del triste papel que hace un prójimo corriendo de aquí para allí, sin saber adónde se dirige, á quién busca, ni de quién huye. Atravesaba Luis una calle, recorria otra en toda su estension, cruzaba la de mas allá, se embrollaba, como en un laberinto, y volvia al punto de partida sin haber conseguido nada; y preguntándose á media voz:

—¿En dónde diablos estarán metidos mis amigas y amigos de Madrid, que no los veo por ninguna, y tengo completa evidencia de que están aquí por docenas? Parece que se han empeñado en hacerme coger un tabardillo, y lo van á conseguir muy pronto, porque hoy quema el sol que es un prodigio. Si yo descubriera uno siquiera, este me diria los alojamientos de los demás, y yo los iria recorriendo hasta adquirir algunas nuevas. Pero á nadie veo, nadie me vé; á nadie hablo, nadie me llama; y esto se va haciendo pesado, muy pesado, sumamente pesado.

—Meneses, Meneses: gritó una muger oculta tras una cortina.

—¿Quién me llama? preguntó Luis, inclinándose hacia el paraje de donde salia la voz.

—Aquí: gritó la misma voz, y una mano bastante aristocrática le indicó la puerta de una casa poco distante y de regular apariencia. Luis no dudó que lo llamaba alguna amiga de la corte, y se adelantó resueltamente, no temiendo nada, y esperando mucho de esta inesperada invitacion.

Como no habia conocido Luis la voz de quien lo habia llamado, entró en el zaguan y se paró, esperando que le indicaran hácia dónde debia marchar. La misma voz gritó de nuevo:

—Por aquí, Meneses; por aquí: y Luis recorrió unas cuantas habitaciones bajas, que terminaban en un saloncito bastante elegante y con vistas á un frondosísimo jardin.

—Siéntese V. y espere un momento: dijo la misma voz. Meneses se dejó caer sobre un divan.

No dudaba Luis que aquella voz debia salir de la garganta de una cortesana, porque su acento era marcadamente madrileño; pero ó la persona que lo habia llamado no era amiga á quien trataba mucho, ó por una ofuscacion hija de cualquiera otra causa, habia desconocido aquel acento. Por lo demás, estaba seguro de que alguien se encargaria de desvanecer la ofuscacion; el divan era sumamente blando, la habitacion sumamente fresca, y como estaba bastante cansado, esperaba sin impaciencia el desenlace de la comenzada aventura.

Pasó veinte y cinco minutos en aquel castillo encantado, sin que princesa, negro ni gigante, vinieran á pedirle cuenta de su atrevimiento, ni á servirle maduras frutas y sorbetes; pero al cabo de los veinte y cinco minutos, oyó el crujido de una falda de muselina, y poco despues la misma voz que le habia hablado dos veces antes.

—Perdone V., dijo la voz, que haya hecho esperar tanto tiempo; pero estaba casi desnuda.

Meneses levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho; estaba pensando en Magdalena, y vió á una muger, de alta estatura y esbelto talle, vestida de blanco, que se adelantaba rápidamente. Esta muger habia sido sumamente linda y graciosa; pero á la sazon era unas ruinas medianamente conservadas; pues si no habia cumplido cuarenta y cinco años, debian faltarle pocos meses. Luis la conoció inmediatamente, pues aunque no era amiga suya, la habia visto mucho en las reuniones mas aristocráticas; se levantó con esa languidez que parece elegante á las mugeres de alta sociedad, porque es realmente voluptuosa, y la dijo saludándola.

—Estoy á los piés de V., condesa.

La condesa se dejó caer en el mismo divan que ocupaba Luis momentos antes; le indicó á este que tomara asiento á su lado, y despues de jugar con una banqueta, para mostrar un pié muy lindo y muy bien calzado, dijo á Meneses:

—Un hombre menos acostumbrado que V. á la franqueza de nuestra buena sociedad, casi estrañaria que me hubiera tomado la libertad de llamarlo ahora, no habiendo tenido antes el gusto de merecer su intimidad, y haria sobre ello un millon de castillos en el aire, ó en España, como dicen nuestros amigos y vecinos los franceses; pero V. me disimulará esta confianza, sin meterse á investigar su origen, ni apurarse por sus efectos.

—Yo empiezo, condesa, agradeciéndola la caridad cristiana que ha mostrado hácia un peregrino perdido en los desiertos de esta Palestina, proporcionándole un oasis, digna morada de una ninfa.

—Agradezco á V., amigo Meneses, su orientalismo; y debo decirle, que ha esplicado perfectamente cuanto acaba de suceder. He visto á V. cruzar dos veces esta calle, como hombre que acaba de llegar, que no sabe los alojamientos de sus amigos, y que está resuelto á encontrarlos. Formado este juicio me dije: «Yo no soy amiga de Meneses, pero lo conozco bastante, y probablemente esta noche ó mañana me lo presentará algun amigo comun, porque en estos pueblos todas las personas decentes se acercan, hablan y visitan. Suprimiendo el ceremonial, adelantaré algunas horas nuestras relaciones, que serán mas íntimas, si es agradecido, porque le ahorro de seguro una insolacion que puede costarle la vida.» De modo que mi raciocinio se parece bastante á la historia del peregrino; quitando la ninfa, el oasis y la poesía que V. le ha puesto.

—Confieso, condesa, que estoy absorto; porque era imposible dar una esplicacion mas ingeniosa, mas verdadera y mas sencilla de cuanto acaba de suceder: dijo Luis, cogiendo una rosa que habia dejado caer la condesa.

—Ya que nos hemos esplicado suficientemente respecto al motivo de esta misteriosa entrevista, porque es preciso confesar que algo tiene de misteriosa; justo será que hablemos un poco de la corte. ¿Que novedades han ocurrido desde que yo la dejé? ¿A costa de quién se entretiene la maledicencia?

—Antes de responder á V., me permitirá que la dirija una pregunta. ¿Qué dia salió V. de Madrid?

—El quince en la noche me despidieron algunos amigos, Meneses.

—Si yo hubiera tenido entonces la fortuna de contarme en ese número, hubiera partido su sentimiento; pero voy á contestar á V. á la pregunta que tuvo la bondad de hacerme, diciéndola que mis noticias tienen casi la misma fecha.

—¿Pues no acaba V. de llegar á Arechavaleta?

—Si señora, pero no vengo de Madrid.

—¿Pues de dónde viene V.?

—De Francia.

—¿Y desde cuándo falta de Madrid?

—Desde el diez y nueve en la noche.

—¿Y en seis dias?

—He ido á Bayona y vuelto á Vitoria.

—Amigo Meneses, tiene V. fama de hombre escéntrico, y me parece merecida.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL RIO USUMASINTA.

«Antes de salir de la aldea de la Palizada, sita á unas veinte y cinco leguas al sur de la laguna de Términos, compré algunas provisiones, como galleta, arroz y carne salada; y fletando una canoa, hice conducir á ella mi equipaje, y me embarqué encomendándome á Dios. Durante una larga ausencia se encuentran á orillas de aquellos rios de la América central, muchísimas casitas y un terreno bastante bien cultivado, lo cual nos favoreció para proveernos de mangos, sandías y *pozol*. Los indios nunca se embarcan sin llevar consigo este comestible, el cual consiste en una pasta de maiz, que se disuelve en agua, añadiéndole un poco de azúcar, y sirviendo así de bebida y de alimento. Es verdaderamente el mas económico de cuantos se conocen, y el menos embarazoso para el viajero.

»Remontábamos el rio con una lentitud que me desesperaba, cuando los remeros, á quienes nada habia podido estimular hasta entonces, divisaron una canoa que se habia puesto en marcha desde la Palizada como media hora antes que nosotros. No fué menester otra cosa para escitar su indolencia, y por lo mismo se empeñaron en ganar á la embarcacion avistada la delantera, con aquella obstinacion tan natural en su raza: los que nos precedian no quisieron ceder, de lo cual resultó una desesperada lucha, que duró todo el dia, causándome la mas viva satisfaccion. En semejantes canoas se corre el inminente riesgo de la sumersion, cuando el remero de proa no tiene el mayor cuidado, pues la profundidad de las aguas solo permite navegar orzando todo lo posible, y acercándose mucho á las orillas del rio, cubiertas de raices, de troncos de árboles inclinados y de maleza flotante que presenta á cada momento nuevos escollos. Es preciso, además, conservar perfectamente el equilibrio, porque las canoas, formadas con árboles ahuecados, son angostas y ligeras. El rio es en todas partes profundo, encajonado, de mucho limo, y ademas está lleno de cocodrilos, de modo que una caida en él seria una muerte segura. A todas estas delicias hay que añadir, que los tábanos con sus alas salpicadas de manchas negras, persiguen infatigablemente al navegante durante el calor del dia, así como por la noche le sacrifican á lanzadas los insufribles mosquitos.

»A ocho leguas de la Palizada, el rio *Usumasinta* destaca, en la direccion del noroeste, un brazo considerable, y al otro lado de esta segregacion, adquiere de nuevo su carácter salvaje, corriéndose majestuosamente el rio, cuyo tamaño es ya dos veces mayor, entre dos magníficas hileras de bosques. Sus dos orillas presentan escenas de inesplicable grandeza: bambúes gigantescos, hermosos ciperideos, semejantes al papiro, y palmeras de débiles y ensortijados troncos, se inclinan sobre las aguas; á continuacion masas de altas yerbas mezcladas de violetas silvestres, de racimos sobrecargados de frutas y de lianas delgadas y tirantes como los escotines de un navío, forman el segundo plano del cuadro. Al salir el sol, resuena en aquellas soledades el ruido que hacen las aves entre las ramas: aquel ruido es una mezcla de todos los idiomas, una confusion inmensa de sonidos estraños y discordantes. Por la primera vez escuché allí los chillidos de los monos aragnates, que atruenan los bosques con su infernal batahola.

»El sol se acercaba al ocaso, cuando la canoa varó en una ensenada solitaria: subimos pues la cuesta escarpada, que nos condujo á una cabaña indiana, construida á la entrada del bosque, y en la cual nos dieron cuanto podian darnos: fuego y abrigo. En tanto que se preparaba nuestra comida, admiré el imponente panorama que se desarrollaba bajo mis piés. Las aguas tersas y puras del *Usumasinta* dejaban ver los terribles cocodrilos verdes dormidos en el fondo; á veces un tronco impelido por la corriente les obligaba á abrir su inmensa boca, y creyendo devorar una víctima, hincaban el diente agudo en el duro leño. La rabia entonces les hacia sacudir con fuerza su escamosa cola: nada se divisaba ya, porque las arenas removidas subian á la superficie, y enturbiaban las aguas.

»Despues de una comida frugal, nos preparábamos á visitar los alrededores del bosque, cuando llegó á nuestros oidos un grito agudo y lastimero: al punto corrimos hácia el rio, pero los apiñados troncos de los bambúes y la oscuridad de la noche nos opusieron invencibles obstáculos. Inútilmente escuchamos con atencion para oir si el grito se repetia: la orilla del *Usumasinta* permanecia silenciosa y desierta; solo llegaba á nuestros oidos el ruido de su corriente, y el zumbido de los insectos sobre las plantas acuáticas.

»Tal vez algun viajero estraviado acababa de resbalar en aquella peligrosa pendiente; acaso al romper la fuerza de las aguas del rio, algun infeliz navegante habia sido pasto de los caimanes. Nos perdimos

en mil conjeturas y nos dirigimos tristemente á la cabaña con los corazones oprimidos por dolorosos pensamientos.

»Este incidente varió el curso de nuestras ideas; nuestro huésped nos refirió estensamente los peligros que le cercaban: los jaguares ú onzas americanas abundaban en el bosque inmediato, y los caimanes llegaban arrastrándose hasta muy cerca de la cabaña para sorprender durante la noche á sus perros ó á sus aves. Estos pormenores me interesaron sin agradarme: y como debiamos pasar la noche en un estrecho cobertizo, abierto y muy poco distante de la cabaña, introduje dos balas en mi fusil y previne á los Indios que hiciesen una buena fogata.»

Las lineas que preceden están copiadas del *Diario* inédito de Monsieur A. Morellet, que completa su relacion con los pormenores siguientes:

«El rio *Usumasinta*, cuyo nombre apenas se conoce, y cuyo incierto curso tal vez no puede seguirse en nuestras cartas, merece sin embargo el primer lugar entre los mas importantes de la América central. Nace en las montañas del Peten, al sur de la provincia de Yucatan, y atraviesa de este á oeste las solitarias arboledas en que, con el nombre de *lacandones*, andan dispersos y errantes los últimos restos de la nacionalidad indiana; recibe entre sus afluyentes las aguas del rio Lacanton, que pudiera disputarle la primacía, y despues de vencer el inmenso obstáculo que le oponen las altas montañas del territorio, abre un profundo remanso en los aluviones del Tabasco, y desemboca por tres grandes brazos en la laguna de Términos y en el Golfo Mejicano. Puede calcularse en ciento cincuenta leguas, cuando menos, la estension de su curso: la primera mitad desde su desembocadura es navegable para buques que no calan mas que doce piés de agua. A tres leguas de Tenosico se divide el *Usumasinta* en dos brazos, uno de los cuales parece destinado por la Providencia para el riego de unos terrenos en que el hombre nada pone para hacerlos feraces y ricos: surcos de agua naturales humedecen la tierra virgen, que tan sazonados frutos produce; y esos canales que nunca se secan y que reciben alimento continuo de las montañas de Yucatan, impiden al mismo tiempo que el brazo principal del *Usumasinta* inunde todo el territorio, como aconteceria si la sangría del que sirve para regar sus campos, no evitase el crecimiento de las aguas de aquel. Por lo demás, los árboles de tan envidiable comarca conservan sus hojas á pesar de los rigores del invierno, y la tierra, dotada de una fuerza y de una juventud eternas, produce sin cansancio y casi sin esfuerzo, azúcar, café, tabaco, especias: en una palabra, todo lo que la mano del cultivador exige de su fecundidad maravillosa.»

TEATRO DE ROXAS.

Entre los seis grandes nombres que los eruditos colocan en el primer órden de nuestro teatro español, ademas de los de *Lope de Vega*, *Calderon de la Barca*, *Tirso de Molina*, *Moreto* y *Alarcon*, figura debidamente el de D. Francisco de Roxas. Las obras de este eminente autor dramático son generalmente poco conocidas, pero algunas de ellas, que á fuer de su inmenso valor han salvado del olvido y llegado hasta nosotros en la escena, bastarian para colocar á Roxas en aquel eminente puesto, si las muchas otras en que ostentó su rica fantasía, su grande intencion dramática y su elegante y sublime diccion poética, no quedasen como de reserva para sancionar en caso necesario aquel acertado fallo de los críticos eruditos.

Los títulos de Roxas á su gran popularidad son los dramas tan conocidos y simpáticos, *Garcia del Castañar*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Casarse por vengarse*, *Los Aspides de Cleopatra*, *Lo que son mugeres*, y *Abre el ojo y aviso á los casados;* que son los únicos que el público está acostumbrado á ver en la escena, si bien quedan todavía otros muchos, como *El mas impropio verdugo*, *El Cain de Cataluña*, *Progne y Filomena*, *Los amantes de Verona*, *El tercero de su afrenta*, y *No hay ser padre siendo rey*, que no por mas olvidados encierran menos bellezas de primer órden, especialmente en el género trágico, en el cual tiene Roxas poca competencia entre los autores españoles. Verdad es que si quisiéramos señalarle esa especialidad, pudiera respondernos al instante con obras de bien diferente índole en su argumento y estilo, como *Don Diego de Noche*, *El Sordo y el Montañés*, y aquel chistosisimo tipo de *Don Lucas del Cigarral*:

«Zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco.»

en donde el festivo donaire de la accion y la gracia del estilo, no tienen que envidiar á las mas felices creaciones del maligno Tirso, del chistoso y epigramático Moreto.

En cuanto á la pureza y elegancia de la diccion, sucede á Roxas lo mismo que en cuanto al género de los argumentos, remontándose á veces á las mas altas regiones de la bella poesía, é intrincándose otras en el oscuro laberinto de los conceptos alambicados al gusto gongorino.—De las primeras pudieran citarse ejemplos numerosos, y casi toda la magnífica creacion del *Garcia*, tan popular que no hay aficionado que no la sepa de memoria; de los segundos, abundarian tambien por desgracia las citas en cada uno de los dramas, especialmente trágicos, de Roxas, como *Los Aspides de Cleopatra*, *Los tres blasones de España*, y *El Cain de Cataluña*. Por último, de la soltura y *vis cómica* de sus diálogos, de la epigramática espresion de sus graciosos, y de su chiste especial y característico, ¿quién no conoce aquel delicioso soliloquio de Sancho en la comedia del *Amo Criado*, que empieza:

«Despues de Dios, bodegon,»

en que hay espresiones tan felices y epigramáticas como las siguientes:

«¡Bendito seais vos, Señor,
que no me habeis dado honra!»
. . . .
¡Que aquestos duelos prosigan!
¡que sea el mentir afrenta!
¡que no importa el que yo mienta
y importa que me lo lo digan!

y sobre todo el admirable diálogo de don Lope y su criado Moron en la comedia *No hay amigo para amigo*, que ha merecido ser inserto en todas las colecciones de trozos escogidos de nuestro teatro, y que no reproducimos aqui por esta razon?

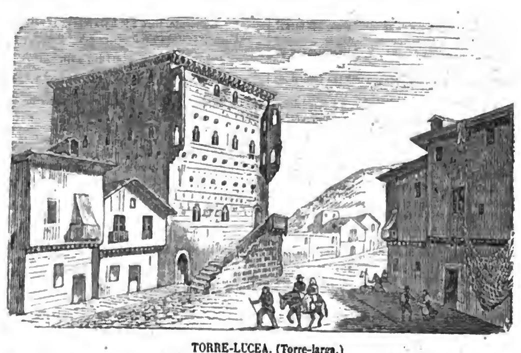
De D. Francisco de Roxas se saben muy pocas noticias.—Don Nicolás Antonio, y despues Garcia de la Huerta, le suponen nacido en San Estéban de Gormaz; Montalvan en su *Para todos*, y despues el señor Lista, lo colocan entre los hijos de Madrid; pero el erudito Alvarez Baena resolvió negativamente la cuestion en sus *Hijos ilustres de Madrid*, asegurando que en las pruebas que hizo para tomar el hábito de Santiago, consta que nació en Toledo en 1641, y que fueron sus padres el alférez D. Francisco Perez de Roxas y doña Mariana de Vesga Ceballos.—Estas son las únicas noticias que de él tenemos; y de sus comedias en coleccion solo existen dos tomos ó partes, impresas ambas en Madrid en 1680, y que comprenden solo veinte y cuatro de aquellas. Las demás que damos por suyas en la adjunta lista, las hemos visto impresas ó manuscritas con su nombre, aunque no garantizamos la autenticidad de todas ellas, y aun de algunas, como la de *En Madrid y en una casa*, nos inclinamos á la opinion del señor Hartzenbusch, de que pudiera ser del maestro Tirso de Molina.

R. de M. R.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. FRANCISCO DE ROXAS.

Abre el ojo, y aviso á los casados.
A lo que obliga el desden.
Amantes (los) de Verona.
Antes de nacer naciendo.
Aspides (los) de Cleopatra.
Bandos (los) de Verona.
Buena sangre es lo mejor.
Caballero (el) del Febo.
Cada cual lo que le toca.
Cain (el) de Cataluña.
Carboneros (los) de Francia.
Casarse por vengarse.
Confusion (la) de fortuna.
Cerco (el) de Sevilla.
Del rey abajo ninguno, García del Castañar.
Desafio (el) de Cárlos V.
Desden (el) vengado.
Difunta (la) pleiteada.
Donde hay valor, hay honor.
Donde hay agravios, no hay celos, el Amo criado.
Don Pedro Miago.
Don Diego de Noche.
Don Gil de la Mancha.
Encantos (los) de Medea.
Encantos (los) de la China.
Encantos (los) de Bretaña.
Entre bobos anda el juego, Don Lucas del Cigarral.
En Madrid y en una casa.
Esmeralda (la) del amor.
Esclava (la) de su galan.
Esto es hecho.
Galan, discreto y valiente.
Judas Macabeo.



TORRE-LUCEA. (Torre-larga.)

Este bello edificio, que se levanta en el centro de la villa de Zarauz, cuya descripcion dimos á luz en el número 3 de este año, es una esbelta construccion del siglo XV, labrada con sillarejos de piedra arenisca. Abandonado al presente, conserva sin alteracion alguna en su esterior el carácter de la época á que pertenece; pero interiormente se resiente de su estado actual.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

(Continuacion del capítulo XVI.)

—Qué quiere V., condesa; el vulgo se entretiene en dar y quitar reputaciones á su antojo: pero V., que no pertenece al vulgo antojadizo, estará completamente persuadida de que yo soy un buen muchacho.

—De lo que yo estoy persuadida es de que ese viajecillo á Bayona encierra algun misterio.

—Encierra uno, que á V. solamente osaré decirlo, porque V. sabrá perdonarlo.

—¿Piensa V. engañarme?

—Señora.....

—Sepamos.

—Yo no miento nunca.

—Rara cualidad.

—No conviniéndome decir que venia á los baños, dije á cierta persona que iba á Francia; y para no ser embustero fui en derechura á Bayona.

—*Si non é vero é bene trovato.*

—Condesa, ¿V. duda de mi palabra?

—Como he de dudar yo de la palabra de un hombre que para no mentir engaña: dijo la condesa riendo.

—Ocupándonos de otra cosa, ¿se divierte V. mucho en Arechavaleta?

—Tal cual. Estamos aquí mucha gente, y las reuniones, por lo tanto, son muy animadas.

—Me alegro. ¿Por supuesto se encontrarán muchos madrileños?

—Los bastantes para no perder el buen acento castellano.

—¿Y personas de aquí de las provincias han concurrido muchas?

—Las precisas para aprender el vascongado. Y á propósito, antes de ayer llegó una muchacha deliciosa.

—¿A quien V. trata?

—Si V. quiere tratarla tambien, quédese V. á comer conmigo.

—¿Come con V. esa muchacha deliciosa?

—Me gustó tanto cuando me la presentaron anoche, que la invité á comer conmigo; de modo que si V. me hace el mismo obsequio conocerá á mi Magdalena.

—¿Se llama Magdalena?

—Si. ¿Pero qué impresion ha hecho á V. ese nombre?

—Ninguna. Unicamente iba á preguntar si esa Magdalena es pecadora ó penitente.

—Es mucho mejor.

—¿ Pues qué es ?

—Inocente.

La faz risueña de la condesa se entristeció al pronunciar esta palabra. ¿Seria la condesa una Magdalena pecadora ó una Magdalena penitente? ¿Se consideraba tan culpable que el recuerdo de su inocencia la atormentaba como un remordimiento, ó solo sentia haber perdido ese misterioso perfume que derrama la inocencia unida á la juventud? Ni aun la misma condesa, quizás, podria responder á esta pregunta. Lo cierto es que se puso triste. Luis lo notó, y creyó adivinar la causa de tan repentina tristeza: sin embargo, como hombre de mundo, no consideró fino ni prudente hablar de ella, y siguiendo la conversacion por la parte inofensiva, dijo:

—¿Sabe V., condesa, que esa jóven debe ser sumamente hermosa cuando ha hechizado á V. su beldad?

—Amigo Meneses, ¿tan envidiosa me cree V. que haga difícilmente justicia á la hermosura de las mugeres? dijo la condesa, agradeciendo á Luis el giro que habia dado á la conversacion.

—Tan lejos estoy de creer á V. capaz de envidia, que fundaba mi opinion en que siendo V. sumamente hermosa, á juzgar por su propia hermosura, debe parecerle muy pequeña la hermosura de las demás, siempre que establezca la mas ligera comparacion.

—Agradezco á V. su discreta galantería; pero hablemos de Magdalena.

—Hablemos de ella, supuesto que V. lo desea: repuso Luis, aparentando indiferencia.

—Pues repetiré á V. una y cien veces, que es una criatura celestial.

—Tanto la encomia V., condesa, que, francamente, deseo conocerla.

—¿De modo que acepta V mi invitacion de acompañarnos á la mesa?

—Es tanta la bondad de V., que temo abusar aceptando.

—Nada menos. Vamos á comer en familia, V., Magdalena y yo solos.

—Ahora temeria ser impertinente no aceptando una tan cordial invitacion.

—Que me agradecerá V. doblemente cuando conozca á Magdalena.

—¿Pero, sin exageracion, condesa, es tan hermosa esa criatura?

—Bien sabe V. que las mugeres debemos ser creidas bajo nuestra palabra cuando hacemos tales elogios. Pero no se distingue Magdalena solamente por su hermosura, pues la hace mucho mas adorable un carácter verdaderamente angelical.

—La condesa está haciendo con sus verdaderos colores el retrato de mi adorada Magdalena; y ahora sí que estoy segurísimo de no equivocarme, porque tal retrato solo conviene á la vírgen de mis amores: se dijo Luis, cayendo en una profunda distraccion, que comprendió al momento su improvisada amiga.

La condesa estaba muy acostumbrada á estudiar rostros cortesanos, para no leer en el de Luis una gran parte de lo que pasaba en su interior; y cogiéndole la mano con esa franqueza indiferente y voluptuosa que tienen las mugeres del gran mundo, le dijo con una risita de difícil esplicacion.

—He querido picar un tanto la curiosidad de V., y veo que la he irritado sobremanera.

—¿Pues qué, es una fábula la existencia de esa Magdalena? preguntó Meneses con estraña vivacidad.

—No, amigo mio: pero veo que se ha enamorado V. perdidamente del retrato.

—¿Tan visionario me hace V., condesa? preguntó Luis queriendo enmendar su arrebato.

—No tengo motivo para calificar á V. de ese modo; pero no estrañaré que lo sea. Yo no me tengo por visionaria ni romancesca, y muchas veces he concebido fuertes simpatías por personas á quienes solo conocia de fama. Y cosa estraña, cuando he tenido el gusto de tratarlas, generalmente se han aumentado mis simpatías. ¿Por qué no ha de suceder á V. con Magdalena, lo que á mí me ha sucedido con V.?

Estas últimas palabras de la condesa podian ser un simple cumplimiento, y tambien podian ser mucho mas. Luis, por modestia ó por conveniencia, las calificó de lo primero.

—Nada tendria de estraño que yo sintiera por la interesante Magdalena, ser fantástico ó estraordinario, una verdadera simpatía, cuando V. la sintió por mí, ser real y comun. Pero debo confesar á V. que esa señorita solo me inspira curiosidad; y mal podria inspirarme otra cosa, cuando tengo la dicha de encontrarme al lado de V.

Estas palabras de Meneses podian ser muy bien una respuesta muy galante al cumplido de la condesa, y tambien podian contestar directamente á la otra interpretacion de que eran susceptibles las palabras de la misma señora. La condesa quiso apreciarlas en su verdadero valor, y clavó en Luis una mirada penetrante. No sentia Luis pasion alguna por su nueva amiga, ni habia imaginado fingirsela, y por lo tanto no encontró la condesa en los ojos de Meneses esa vidriosidad que se distingue en los ojos de los enamorados cuando miran á sus amadas, y en los de los enfermos muy próximos á la agonía. La condesa era demasiado práctica para desconocer este síntoma; y calculando que únicamente debia procurar distraer á Luis hasta la hora de la comida, si queria hacerle todo lo agradable posible su hospitalidad, le propuso dar unas vueltas por el jardin, el cual estaba en comunicacion con el saloncito. Aceptó Meneses con júbilo una proposicion tan en armonía con sus aficiones campestres; presentó su brazo á la condesa, y empezaron á caminar bajo los frondosos frutales.

El que ha rodado cuando niño sobre el húmedo y florido césped, natural alfombra de los jardines y los prados, se entristece cuando recorre las inmediaciones de Madrid, al pisar entre árboles, hijos de una vegetacion ficticia, arena tan deleznable y árida como la de los desiertos de la Arabia; y cuando vuelve á pisar el césped, alza la frente con orgullo, como el árabe corcel que mira las profundidades del desierto, inmenso campo á su carrera. Meneses habia rodado cuando niño sobre un césped tan matizado y esponjoso como una rica alfombra persa; Meneses habia pisado con fatiga la deleznable arena de los mas bellos paseos de la corte; Meneses volvia á pisar florido césped en el jardin de la condesa, y era inmensa su felicidad.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó la noble dama, notando su estraña emocion.

—Tengo, señora, que veo á mi alrededor árboles cuyas hojas están brillantes como las esmeraldas; arroyos y fuentes que apagan, con su sola vista, la sed; y sobre todo, que siento crujir bajo mis plantas un césped mas verde que las hojas de los naranjos, y tan salpicado de flores, como el firmamento de estrellas en una noche de verano.

—Le sucede á V. lo que á mí. El campo me da nueva vida. ¿ Pero me parece que me llaman?

—Efectivamente. Oigo á lo lejos repetir la palabra condesa.

—Pues apresuremos el paso, para que pronto nos encuentren.

CAPITULO XVII.

La bella vascongada.

La condesa y Luis caminaban con la mayor celeridad sobre el verde césped que tanto gustaba á Meneses, y segun iban adelantando, se oia la voz mucho mas cerca. La condesa debia conocerla, pero por cálculo ó descuido, no manifestaba á su compañero su convencimiento ó conjeturas. De improviso cesó la voz que ya habian oido bastante cerca, precisamente cuando Luis y su nueva amiga entraban en una calle de castaños, tan gigantescos y acopados, que en balde procuraba el sol turbar la misteriosa oscuridad de aquella bóveda de ramas. Terminaba esta sombría calle en una especie de rotonda, formada por ocho castaños mas acopados y gigantescos que los de sus cuatro avenidas, en cuyo centro se elevaba una taza de mármol blanco, cuyo abundante surtidor se rompia en una bóveda de hojas, á quince ó veinte piés de altura, cayendo en menuda lluvia de perlas ó en copos de apretada nieve. Junto á esta taza y arrodillada sobre el césped, estaba una muger alta, delgada, jóven y hermosa, vestida con un ligero traje blanco y celeste, que despues de haber bañado su fresco rostro en los cristales de la fuente, se lo enjugaba con un pañuelo de batista.

—¿Distingue V., amigo mio, una muger arrodillada en medio de aquella rotonda? preguntó la condesa á Luis.

—Sí señora. Está arrodillada junto á una gran taza de mármol, repuso Luis acelerando el paso.

—Pues esa muger arrodillada y de espaldas hácia nosotros, es Magdalena.

—Luis cayó de rodillas. Acababan de llegar á la entrada de la rotonda.

—¡Magdalena! gritó la condesa, queriendo aprovechar la turbacion de Meneses.

Magdalena se levantó, vió á Luis, dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos. Meneses vió tambien el rostro de Magdalena, ahogó un suspiro y se levantó avergonzado.

—Perdónenme VV., amigos mios, dijo la condesa colocándose entre los dos jóvenes, la sorpresa que les he causado. Sepa V., querida Magdalena, que mi amigo Meneses y yo hemos pasado toda la mañana hablando de V.; yo deseando tener el gusto de abrazarla por tercera vez, y mi amigo el de conocerla. La casualidad ha hecho que la hayamos encontrado hecha la ninfa de esta fuente, y Meneses, que tributa culto á la hermosura, cayó de rodillas en el dintel del templo, adorando su divinidad.

—Señora !... murmuró Magdalena, poniéndose mas encarnada que las amapolas silvestres.

—Señora!... murmuró Meneses no menos turbado que la jóven.

—¿Es verdad, amigo Meneses, que mi querida Magdalena es sumamente hermosa? preguntó la condesa.

—Es verdad, repuso Luis á media voz y profundamente conmovido.

Magdalena bajó los ojos con la timidez de una niña.

Efectivamente Magdalena era una criatura hermosísima: ninguna madre podia desear mas belleza para su hija; ningun pintor mas belleza para sus vírgenes. Rafael de Urbino no encontró en la tierra un modelo tan casto y puro para sus Madonas, Murillo tuvo que subir á los cielos para hallar el de sus divinas concepciones. Luis miraba á la hermosa jóven con asombro; y sin embargo fruncia los labios y arqueaba las cejas con franca espresion de disgusto. ¿No le parecia bastante bella? Sí, le parecia encantadora; pero fruncia los labios y arqueaba las cejas, porque la Magdalena de la fuente no era la Magdalena de la iglesia de San Lorenzo; porque la amiga de la condesa no era la sombra que perseguia Luis afanoso: en una palabra, porque un nombre lo habia engañado segunda vez.

La condesa, que se habia propuesto no perder ni una sola de las impresiones que en su concepto no podian menos de esperimentar dos personas puestas en contacto de un modo medianamente romancesco, llevaba sus miradas de Magdalena á Luis; y al fijarlas en este último, leia en su rostro un combate tan singular que no sabia como esplicárselo. Comprendió al fin que Magdalena por timidez, Luis por preocupacion, y ella por querer observar demasiado, estaban guardando un silencio que se iba haciendo embarazoso, y dirigiéndose á su nueva amiga, dijo:

—Este caballero sabe ya que tuve el gusto de conocer á V. ayer; pero que la profeso una verdadera amistad.

—Mil gracias, señora condesa, repuso Magdalena poniéndose mas encarnada.

—Este caballero es un amigo mio de Madrid, que se llama D. Luis de Meneses; añadió la amable condesa.

—Y considero un alto honor el de ponerme á los piés de V., señorita, tartamudeó Luis sacudiendo su entorpecimiento.

—Yo me creo la favorecida, dijo Magdalena á media voz.

—Basta, amigos mios, de cumplimientos, dijo la condesa; y tomando el brazo de su amiga, añadió:

—Lo que ahora debemos hacer es pasear un poco por el jardin, y V., Meneses, no merecerá el nombre de jóven galante sino se apresura á formar dos lindísimos ramos de flores.

—No quiera Dios que yo merezca tan dura calificacion; y si puede alejarla un buen deseo y una actividad prodigiosa, no la mereceré jamás, repuso Meneses jovialmente, conociendo que su taciturnidad lo pondria muy pronto en ridículo á los ojos de la condesa; y sin esperar nuevas órdenes se lanzó á los cuadros del jardin.

Luis habia comprado en su vida muchísimos ramos de flores para arrojarlos á los piés de las bailarinas y cantantes, ó ponerlos entre las manos de mas encopetadas damas; pero nunca habia tenido que poner en prensa su númen para confeccionarlos; y por lo tanto se encontraba en una posicion medianamente embarazosa. Sin embargo, se consagró con sumo afan á su tarea, y pronto se vió rodeado de flores que habian crecido juntas, y que juntas debian morir cortadas de sus verdes tallos. La condesa y Magdalena en tanto seguian su agradable paseo, y la primera, que parecia obligada á entablar las conversaciones, dijo á la segunda:

—Magdalena ¿qué tal ha parecido á V. mi amigo?

—Condesa, repuso la jóven ruborizándose como siempre, me ha parecido un caballero bastante fino.

—¿Nada mas que fino, querida? volvió á preguntar la condesa dando á su pregunta cierta entonacion maliciosa.

—He notado en él unos modales muy distinguidos, propios sin duda de su educacion cortesana.

—Pues me parece, amiga mia, que V. ha sorprendido á Meneses...

—No es estraño que mi aire de provincia sorprenda á un caballero de la corte, repuso Magdalena.

—No es su aire provinciano, querida, lo que ha sorprendido á Meneses, sino su hermosura.

—Condesa, V. sabe que no poseo esa hermosura que sorprende.

—Cuando se volvió V. á mi voz ¿no encontró á Meneses de rodillas?

—Si señora; pero en vano procuré esplicarme aquella estraña posicion.

—Meneses cayó de rodillas al contemplar á V., Magdalena.

—Ahora me lo esplico: ¿era una broma que tenian VV. combinada?

—No existia combinacion alguna. ¿No ha notado V. despues en Luis cierta turbacion?

—He notado, querida condesa, mucha distraccion y aturdimiento.

—Pues esa aparente distraccion, esa especie de aturdimiento...

—Señoras: concluí mi tarea; interrumpió Luis presentándose con un ramo en cada mano, no enteramente malos para ser su primera obra.

—Muchas gracias, murmuró Magdalena ruborizándose otra vez.

—Muchas gracias, amigo Meneses; veo que hace V. muy bonitos ramos, dijo la condesa riendo.

Luis conoció que aquel elogio podia ser muy bien una burla; pero como no tenia pretensiones de florista, y creia impertinentes las escusas, respondió con desembarazo:

—Celebro mucho que mis ramos merezcan la aprobacion de V.; porque así podré aspirar, sin merecer la nota de temerario, á la plaza de su jardinero mayor.

—Está ocupada, amigo mio; repuso la condesa en el mismo tono de broma; pero queriendo premiar inmediatamente su mérito, le nombro desde hoy jardinero mayor honorario, con derecho á la primera vacante. ¿Admite V. el nombramiento?

—Lo admito, condesa, y me creo largamente recompensado.

—¿Creen VV. que debemos volver á mi saloncito de descanso?

—Como V. quiera: dijo Magdalena, jugando con su ramo de flores.

—Opino con V., condesa. He visto en el saloncito un piano, y como soy muy aficionado á la música... dijo Meneses, que al parecer habia recobrado su buen humor.

—¿Querrá V. que cante Magdalena? dijo la condesa adelantándose hácia el saloncito.

—Tendria en ello muy particular satisfaccion.

—Y con muy fundado motivo, porque Magdalena es una verdadera profesora.

—Es un favor que no merezco, y que me dispensa la tierna amistad de la condesa, dijo Magdalena.

—Ahora lo veremos, añadió Luis, entrando el primero en el salon, y abriendo el piano.

La condesa unió sus instancias á las de Luis, Magdalena se escusó sin gazmoñería; cedió como era natural; y poniéndose al piano, cantó con una hermosa voz de contralto la siguiente romanza:

Dos ángeles bellos
Rasgaron las nubes,
Lanzando destellos,
Hermosos querubes,
Y en tronos de flores
Sentarse los ví.

De aromas su aliento
Las áuras henchia;
Sus bucles el viento
Galano mecia,
Y tiernos amores
Volaban allí.

A los dos sensible
Adoré sin dolo;
Pues me era imposible
Amar á uno solo
Despues que los ví.

—Es una preciosa romanza, dijo la condesa acercándose cariñosamente á Magdalena.

—Yo tengo por ella una especial predileccion, dijo Magdalena separándose del piano.

—Y yo no recuerdo haberla oido nunca, observó Luis.

—Es mas que posible, repuso Magdalena, que parecia muy animada despues de concluido su canto.

—¿Tan rara es esa música que yo no debo haberla oido nunca? preguntó Meneses.

—Ya habrá V. notado que la palabra es castellana, y ha podido V. inferir que la música será obra de un compositor español, observó Magdalena sonriendo.

—Y segun V., hermosa Magdalena, ¿yo no debo conocer mas música que la que compongan los profesores italianos? Tiene V. pobrísima idea de mi españolismo.

—No lo he dicho por ello; pero generalmente solo se conocen las piezas de música correspondientes á óperas muy acreditadas, y esta romanza es una distraccion de ocios.

—¿Hecha por V., Magdalena? preguntó Luis con cierto interés completamente artístico.

—No señor.

—¿Pero dedicada á V. al menos?

—A mi y á una primita mia.

—¿Quiere V. recitarme la letra?

—Con mucho gusto.

—La sopa, anunció un criado.

—Vamos, amigos mios, á la mesa, dijo la condesa levantándose.

—¿Dice la romanza?... insistió Luis.

—Despues de comer tendré el gusto de recitársela, repuso Magdalena.

Meneses presentó su brazo á la condesa, y aplazó su curiosidad para despues de la comida.

CAPITULO XVIII.

Luis posee las tres virtudes teologales.

Desde el saloncito de descanso hasta un cenador de jazmines y rosales, que debia servir de comedor á la condesa y sus amigos, no

pronunció Luis ni una palabra; pero continuó acariciando la idea que habia concebido mientras confeccionaba los dos ramos. «Cuando encontré en Bayona á Remigia, se habia dicho, estuve á punto de desesperarme; y sin embargo, Remigia, antipática y fea, me dió noticias sin las cuales me hubiera sido muy difícil seguir la pista á mi adorada Magdalena. En Arechavaleta he hallado á una condesa, que aunque marcadamente jamona, tiene talento, travesura y restos de pasada belleza; y á una jóven mucho mas hermosa que yo hubiera podido desearla antes de conocer á la Magdalena que persigo. Ahora bien, ¿por qué estas dos mugeres lindas no han de poder darme noticias tan interesantes como las que me dió Remigia?» Al pronunciar segunda vez el nombre de Remigia, recordó Luis que la pobre jóven iba á tomar los baños de Biarrist, por enfermedad, y rogó á Dios fervorosamente que hallara en ellos la salud. Este ruego, dirigido al cielo en una situacion tan crítica, era una prueba irrecusable de que existia en el alma de Luis un gran fondo de caridad. «Cuando vi á la Magdalena de hoy, prosiguió Meneses, me arrodillé, como hubiera podido hacerlo ante una imágen, porque tenia y tengo la mas profunda confianza de que, mas tarde ó mas temprano, he de encontrar á la otra hermosa Magdalena.» Y como Luis al pronunciar estas palabras estaba muy lejos de ver á su querida sombra, probaba con ellas una fe tan firme como la de los mártires. «Y ya que engañó mi deseo, añadió en su mental monólogo, estoy seguro de que esta nueva Magdalena, tan linda y que canta tan bien, ha de revelarme la manera de encontrar pronto á la otra hermosa de su nombre.» Aquí manifestaba Luis toda la estension de su esperanza, y esplicaba la oculta causa de su repentina alegría.

Escusado fuera decir que la condesa y Magdalena no poseian segunda vista, y por lo tanto, que solamente Luis sabia lo que pasaba en su interior.

Los segundos que invirtió Luis en su ingenioso raciocinio, los empleó la condesa en pensar sobre un específico que debia tornar en hebras de oro, algunas de plata que de vez en cuando matizaban su blonda y poblada cabellera. Tambien Magdalena debia pensar en algo; pero con una reserva que haria honor al diplomático mas diestro: ha ocultado su pensamiento, y es imposible referirlo. Lo cierto es, que meditando se acercaron á la mesa, y que el olorcillo de la sopa interrumpió oportunamente las mas sérias ocupaciones.

Cuando están sentadas á la mesa muchas personas, suelen presentarse incidentes muy dignos de ser mencionados: cuando entre personas distinguidas comen otras de mala educacion, los incidentes se multiplican, y los hay sumamente cómicos; pero cuando se sientan á la mesa tres personas bien educadas, no sucede nada de estraño, y hay poquísimo que contar. La condesa habia ofrecido á Luis una comida de familia, y cumplió fielmente su palabra. Una buena sopa, un cocido, un frito, dos salsas, un asado y seis ú ocho postres no constituyen un banquete; pero cuando todos estos platos son buenos y están muy bien condimentados, se satisface el apetito, y solamente un gloton puede quedar descontento. Ni Luis ni Magdalena se encontraban en este caso, y agradecieron á la condesa su sabroso y familiar convite.

Servidos los postres, la condesa, que durante toda la comida habia estado obsequiosa sin pesadez, dijo á Luis:

—Amigo Meneses, los huéspedes de Arechavaleta tenemos la costumbre de dar, despues de comer, largos paseos por sus pintorescas inmediaciones, y V. querrá indudablemente seguir esta buena costumbre.

—Cumplo fielmente aquel adagio, *Adonde fueres has lo que vieres*, repuso Luis alegremente.

—Pues empezará V. por resignarse á estar solo un cuarto de hora.

—Permítame V. que la pregunte si esta privacion tiene que ver con el paseo

—Mucho que sí: pues me retiro á mi tocador para ponerme en disposicion de pasear.

—¿Y esta señorita tambien? preguntó Meneses deseando hablar á solas con Magdalena.

—Esta señorita me acompaña. ¡Pues no es V. poco egoista, queriendo privarme de la presencia de mi amiga! ¿Qué dice V. de ello, Magdalena? añadió la condesa con aparente severidad.

—Que se han propuesto VV. favorecer singularmente una compañía que vale muy poco.

—¿Pero V. por quién se decide en tan empeñada contienda?

—Por V., condesa, por V.: dijo Magdalena al momento.

—Ya esperaba yo quedar vencido, observó Luis galantemente.

—Tardaremos quince minutos, y entre tanto queda V. dueño del jardin, repuso la condesa; y tomando el brazo de su amiga, se alejó con ella, dejando á Luis entregado á sus pensamientos. Meneses no se encontraba mal con ellos, y pasó los quince minutos sentado en la misma silla que ocupaba cuando se fueron las dos damas, apurando á pequeños sorbos una media copa de Champagne. La condesa era una señora que cumplia fielmente sus palabras, cualidad que no tienen siempre los hombres y casi nunca las mugeres, y al cumplirse los quince minutos estaba de vuelta con su amiga.

—Levántese V., señor Meneses: dijo entrando en el cenador.

Luis se levantó sin decir palabra, como un recluta á quien su cabo da una órden.

—¿Parece que no lo ha pasado V. tan mal durante nuestra ausencia? insistió la condesa.

—Señora, no añada V. á la severidad del castigo la crueldad del sarcasmo: repuso Meneses.

—Pues vamos á dar nuestro paseo, si V. lo aprueba, caballero.

—Señora, sus deseos de V. son las órdenes que yo espero para cumplirlas.

La condesa, Magdalena y Luis abandonaron el jardin, y momentos despues el pueblo, dirigiéndose á una glorieta desde la cual se descubria el mas pintoresco panorama. Este grupo de tres personas se iba aumentando lentamente con varias señoras y caballeros que llevaban la misma direccion, muchos conocidos de Meneses, y todos de la amable condesa, que segun iba observando Luis, era aquel año el alma de la sociedad allí reunida.

Los conocidos y conocidas de Meneses le dirigian, como era natural, preguntas relativas á los motivos de su inesperada venida, y particularmente le preguntaban si pensaba permanecer. Estas preguntas, muy naturales y sencillas, no sabia cómo contestarlas, pues estando oculta por entonces su estrella polar, mal podia señalar el rumbo que habia de marcarle esta estrella.

Luego que llegaron á la glorieta, se dividieron en varios grupos: Meneses procuró acercarse á Magdalena; pero como *la fortuna no es para quien la busca, si no para quien Dios se la depara*, por aproximarse á la hermosa jóven, cayó entre las uñas de una vieja, célebre en la corte por sus malas obras y palabras, pues tenia una lengua como un hacha.

—Venga V. acá, buena pieza, dijo á Luis saliéndole al paso. ¿Cuándo ha venido V.?

—Señora, llegué esta mañana: repuso Luis procurando desembarazarse.

—¿Y piensa V. permanecer aquí toda la temporada de baños?

—Desearia permanecer, pero no puedo asegurarlo aun.

—Ya es V. bueno. V. trae por aquí, sin duda, alguna intriguilla.

—Señora, yo vengo, como todo el mundo, huyendo del calor y...

—Ya. Merece V., segun parece, las distinciones de la condesa.

—La condesa es una buena amiga, pero aseguro á V. que yo...

—No se meta V. á disculparla, pues es muger que nada pierde por un amante mas ó menos.

—Pero, señora, si en mi vida...

—Dígame V. ¿Dió V. pasaporte á la pobre Luisa?

—No comprendo...

—Hizo V. muy bien. Era buena muchacha y no fea, pero tan tontita...

—Repito á V. una y mil veces que no sé de quién V. me habla.

—Échela V. de reservado. Pues mire V., aunque parece tan pavita, ha tenido relaciones con un capitan de granaderos, con un estudiante de leyes, con un cantante...

—Pero, señora...

—Supuesto que V. se incomoda, no hablaremos ni una sola palabra de sus relaciones; pero en cambio nos ocuparemos de Catalina, que engaña á su marido; de Encarnacion, que engaña á su amante; de Faustina, que engaña á su marido y á su amante; de Rita, que engaña á sus dos amantes; de Micaela, que engaña á su marido y á sus dos amantes; de...

—¡Señora, señora!...

—¡Ay! perdone V., yo no sabia que habia V. tenido relaciones con todas ellas.

—¿Pero, señora, quién dice á V. que yo haya tenido relaciones?...

—Ese mismo calor con que las defiende. Créame V., cuando le convenga tener ocultos algunos amores, aparenta que no le importa su publicidad, y si le hablan de ellos, conteste ni negando ni concediendo; y por el contrario, cuando le convenga aparentar que le prefiere alguna dama, reciba las bromas que le dén poniéndose furioso, y acabarán todos por creer que está en íntimas relaciones.

—Seguiré el consejo, señora: dijo Meneses, separándose de aquella árpia, y pensando si tendria razon.

Gravísimo daño habia causado la vieja víbora á Meneses; pues, aprovechando los minutos que Luis habia perdido, varios jóvenes rodeaban á la preciosa vascongada. Hubiera podido Meneses unir su incienso al que otros quemaban en las aras de aquella beldad; pero como no era su ánimo presentarse adorador de Magdalena, y no podia en aquel momento entablar la conversacion que se habia propuesto tener, comenzó á recorrer los grupos, saludando á sus conocidas, y cambiando con sus amigos algunas bromas de buen tono.

Acabó de declinar la tarde, que pareció á Luis bastante larga, y a misteriosa luz de la luna sucedió á la argentada del crepúsculo. Los varios grupos empezaron á confundirse, como se confunden las abejas al aproximarse la noche, y Meneses, que no habia perdido de vista á Magdalena, pensaba realizar su proyecto, cuando oyó la voz de la condesa que lo llamaba. Tembló Luis de piés á cabeza, creyendo que otro imprevisto inconveniente iba á dilatar su conferencia; pero se estremeció de alegria, oyendo decir á la condesa:

—Amigo Meneses, tenga V. la bondad de dar el brazo á nuestra hermosa amiga.

Meneses no necesitó que le repitieran la órden; presentó su brazo á Magdalena, y ocupó su sitio en la larga procesion de parejas que se iba formando á la voz de la deliciosa condesa.

—¿Se ha divertido V. mucho esta tarde? preguntó Magdalena á Luis, con cierta malicia, porque habia observado la conferencia de Meneses con la vieja, y los esfuerzos que habia hecho para quedar en libertad.

—Magdalena, he sufrido esta tarde un doble y horrible tormento, repuso Luis dando un suspiro.

—¿Puede saberse en qué ha consistido ese horrible y doble tormento?

—Ha consistido en pasar mas de diez minutos al lado de una vieja que...

—No se canse V. en retratarla, porque la he visto, interrumpió la jóven riendo.

—¿Y le parece á V. soportable ese tormento, Magdalena?

—Podrá ser grande, pero no es doble, como V. habia querido persuadirme.

—Es doble, porque me privaba de la dulcísima satisfaccion de hablar á V.

—Convengamos, señor de Meneses, en que la privacion no era grande.

—Yo á lo menos la consideraba grandísima é intolerable.

—Podrá ser; pero cuando V. quedó libre, ni siquiera vino á saludarme.

—Porque estaba V. rodeada de tantos adoradores, que una adoracion mas...

—No hablábamos de adoraciones, hablábamos de un simple saludo.

—Pues voy á confesar á V. dos de mis principales defectos.

—Pocas personas confiesan los suyos, y será un mérito esa franqueza.

—Yo soy muy egoista y muy impaciente. En el primer concepto, renuncio á la felicidad que he de partir con otros varios: y en el segundo, cuando me prometen una cosa, no descanso hasta que me la cumplen.

—¿Y quiere V. decirme qué promesa esperaba ver realizada?

—La que V. me hizo de recitarme la letra de una linda romanza.

—Pues voy á cumplir mi promesa, para que V. no se impaciente.

—Y yo voy á ver si consigo grabarla entera en mi memoria.

(*Concluirá.*)

JUAN DE ARIZA.



(Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vergara.)

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

ARTICULO PRIMERO.

Si desventajosa y humillante bajo muchos conceptos resulta la comparacion para nuestra época respecto de las anteriores, bajo ninguno es tan palpable su decadencia como en órden á la arquitectura. Al fin las ciencias físicas, á espensas de las morales, sobre los fundamentales principios y luminosas teorías que otros siglos establecieron, ensanchan sus inventos y aplicaciones; al fin las sociales y filosóficas, con sus eruditas pretensiones y pomposo neologismo, encubren el gusano de la duda que las corroe y emponzoña; y la moderna literatura con su brillante oropel deslumbra y fascina; y la poesía suple con postizos afeites sus perdidos encantos naturales; y las bellas artes para halagar la molicie ó el orgullo de nuestra cultura conservan dulces ecos ó velados reflejos de sus lozanas inspiraciones juveniles; y hasta la tiránica ley de la moda, renovando sin cesar muebles, trajes, y los objetos de mas íntimo uso, no nos permite conocer cuánto pierden á cada cambio en gusto, solidez y riqueza. Con mas ó menos lozanía, y hasta con apariencia de progreso algunos, se mantienen todos los ramos del saber y las flores del ingenio y los frutos de la industria; solo de la arquitectura dudarse puede, no ya si adelanta, pero si existe siquiera. Reducida al trabajo de construir, no siempre con solidez, rara vez con ornato, con buen gusto casi nunca, casas y edificios particulares; destinada al uso individual, sometida esclusivamente á las necesidades y exigencias de la vida comun, posponiendo la belleza á la comodidad bien ó mal entendida, y la misma regularidad á mezquinos cálculos de especulacion ó economía, de noble arte que era ha bajado á ser oficio, perdida toda significacion general, toda idea artística, toda mira elevada. Todavia sin embargo se llama arquitectura, como si la conversacion se parangonase con la oratoria, como si las cartas y libros de memoria cobrasen pretensiones de obras literarias.

¿Y en qué consiste esta precoz ruina, esta degeneracion anticipada? Consiste en la irrupcion del individualismo, de la personalidad egoista, del materialismo disolvente; y sus estragos, antes que en otra arte ninguna, dejan sentirse en la que especialmente vive del espíritu social, retrata sus vicisitudes, y se desenvuelve en públicos edificios y durables monumentos. ¿Cómo podrá pues espresar otra cosa que la anarquía moral de nuestra época, la estincion de los grandes sentimientos, la incertidumbre de las ideas, el predominio de los intereses, la interinidad de las obras, el embotamiento del poético instinto? ¿Cuál otra puede ser su tarea que la de alinear calles, acumular pisos, adornar mostradores? Si por escepcion se presenta alguna grandiosa construccion que hacer, algun monumento que levantar, cuanto mayores sus proporciones sean, pónese mas de manifiesto la nulidad ó impotencia á que está condenada: sin pensamiento, sin estilo propio, sin atenerse á la imitacion de ninguno, los baraja y con-

funde todos, produciendo incoherentes amalgamas, en detalle serviles copias, en su conjunto monstruosas creaciones. Inferior en ornato al barroquismo, que original era al cabo, bien que profuso y estravagante; inferior en regularidad á la clásica restauracion greco-romana, bien que intolerante y seca, nuestra arquitectura carece de fisonomía; y la ecléctica consideracion y el entusiasta culto que á los pasados géneros afecta tributar, encubre una desdeñosa indiferencia hácia todos ellos, creyéndose dominarlos con remedarlos bien ó mal, y erigirse un altar sobre sus hacinados escombros. Su esterilidad la vuelve envidiosa y la atiza contra sus modelos; de lo pasado se cuida poco por presuncion, del porvenir por conciencia de su debilidad. Fáltale de noble ambicion, cuanto de insensata vanidad le sobra; aislando sus miras en el tiempo como en el espacio, separa, mutila, destruye, edifica para hoy segun le place ó le conviene, sin pensar en mañana; poco le importa que la futura generacion no herede sino montones de ruinas ó legajos de fastuosos proyectos: Y ¡ójala al menos que de sus escasas y mezquinas obras no quedasen sino las cuentas, que por ellas acaso juzgaria la posteridad que muy grandiosas y soberbias debieron ser las fábricas en que se emplearon tan enormes sumas!

Apenas se comprende cómo nuestros constructores, titulados arquitectos, al modo que un versificador pudiera llamarse poeta, adornados de todos los conocimientos auxiliares que su profesion requiere, provistos de académicos diplomas, rodeados de modelos en mil y mil láminas reproducidos, no alcancen (¿diremos á imitar?) á comprender siquiera las maravillas del arte, que los rudos *pedreros*, los humildes maestros de la edad media, con el instinto mejor que con la ciencia de las reglas, y con la inspiracion de la fé y de la belleza, nos legaron; que esquiven tan cobardemente las dificultades que se complacian en vencer, aquellos que tan atrás se les queden, no solo en la parte de invencion y ornato, sino en la solucion de mecánicos problemas, en cortea atrevidos, en geométricas proporciones, y hasta se asusten de la gallardia y ligereza de los antiguos monumentos, como si á desplomarse fuesen sobre sus cabezas. Apenas se comprende, repetimos, tan densa oscuridad en el apogeo de las luces, tanta impotencia en el seno de los recursos, tanta barbarie á la sombra de la civilizacion. Y á fin de encubrirla nada se perdona para estraviar el gusto, para proscribir lo que copiar no es posible, para rebajar las reglas al nivel de las facultades presentes, y erigirlas en tiránico código, para quitar del medio todo término de comparacion odiosa, para deslumbrar y sorprender los sentidos, adular los intereses, plegarse á los caprichos, é imponer al vulgo, en una palabra, con su magistral charlatanismo y decantadas mejoras. Preciso es confesar que el objeto se ha logrado, y que este falso gusto de relumbron se acredita y cunde á las mil maravillas, y que de grado ó por fuerza cada cual se apresura á conformar su nuevamente construida ó heredada mansion, á esa *simplificacion* admirable, á esa *regularidad* encantadora, á ese brillantísimo revoque que identifica entre sí las manzanas, y rejuvenece nuestras ciudades. Jamás se corrompe el arte, sin que pasando el error de los profesores al público, haga cómplice á la opinion de sus estravíos: á los mas informes abortos del ingenio nunca han faltado numerosos y sinceros admiradores. Tal habrá miembro de todos los cuerpos arqueológicos y artísticos, que trasforme en cuadrados balcones los gallardos ajimeces góticos de su casa, ó haga picar las delicadas platerescas orlas de sus ventanas para reconstruirlas á la inglesa: tal habrá, suscritor nato á todas las obras pintorescas, que derribe por los cimientos su caseron antiguo, si de su nueva distribucion ha de resultarle un aposento mas. Todos, mal que nos pese, llevamos inoculado en nuestras venas la manía de la destruccion y las pretensiones de reformistas; y fiar á la ilustracion de nuestros tiempos la conservacion de monumentos y antiguallas, es entregar al capricho de un niño un precioso dije ó un lindo pájaro, que tan pronto lo mima y acaricia, como con ciega inhumanidad lo destroza.

Por eso tal vez á su cargo creyó deber tomarla el gobierno, parado apenas el primer ímpetu revolucionario, creando bajo todos los nombres y formas imaginables, multitud de juntas arqueológicas y artísticas, salvadoras ó conservadoras, que reparasen en lo posible los daños ya causados, ó le advirtiesen de los sucesivos, estimulando con sentidas circulares su celo y el de las autoridades que debieran apoyarlas. Pero el mismo número de ellas publica su ineficacia; y su existencia es tan nominal é ilusoria, que ha habido necesidad de recordarla á menudo para que no se creyese estinguida. Y no ciertamente por haber cesado los males y peligros para cuyo remedio se establecieron, ó por faltarles ocasiones de llenar su noble encargo: no ha pasado, no, la época de devastacion y vandalismo que yermó nuestro suelo de bellezas y profanó los mas gloriosos recuerdos; la segur está puesta á la raiz del árbol todavía. Ya no se hiere por lo general á nuevas víctimas; pero mueren de las heridas ó de consuncion las pocas que escaparon del fanatismo destructor. Los monasterios continúan arruinándose en los despoblados, ó sirviendo de graneros; los edificios religiosos en el recinto de las ciudades se desmoronan lentamente si yacen abandonados, ó pierden de pronto toda su fisonomía artística, y mas tarde tambien su existencia si se les destina á usos corrientes: en el primer caso mueren á manos del tiempo, á manos del hombre en el segundo. Apenas hay monumento que no dependa del capricho de un particular el reformarlo ó estropearlo; y ninguno hay del cual las autoridades locales, políticas ó militares, no puedan echar mano *en casos de apuro*, incluyendo en estos la llegada de unas cuantas compañías mas de lo regular, ó el voto de un perito cualquiera, para demolerlo si estorba ó amenaza ruina, para destinarlo á cuarteles, almacenes ó usos semejantes, que convierten muy pronto en ruina al mas sólido edificio, si promete aun ciertos años de vida. En tal situacion, ¿cuáles han sido y continúan siendo los resultados verdaderos de semejantes corporaciones? instalarse con estéril aparato para no volver á reunirse, ó reunirse sin trabajar, ó trabajar sin conseguir, ó conseguir sin obtener los recursos indispensables para su propósito; recibir del gobierno sendas promesas de apoyo y asignaciones de caudales, y de las autoridades locales cierta benévola sonrisa por tomar unas y otras tan al pié de la letra; sucumbir en cualquiera lucha, ya con funcionarios públicos, ya con particulares, empeñada á favor de un monumento; asistir cual mudos testigos y hasta cual cómplices en apariencia, á la destruccion de las fábricas y objetos mas interesantes que la incuria, el capricho ó la codicia se hayan propuesto aniquilar. Faltas de prestigio y de recursos, al menos las comisiones de provincia, que de la central creemos que asi no sea, ¿qué edificio han logrado arrancar al furor ó á los cálculos del vandalismo? ¿qué riguroso fallo suspender? ¿qué golpe parar del hacha destructora? ¿qué gotera remendar si á espensas propias no ha sido? ¿qué socorro tender á su desvalida grandeza ó hermosura?

Entre tanto en insignificantes mejoras de *comodidad y ornato*, en proyectos tan pronto acometidos como abandonados, en un paseo ó fuente, en costosas traslaciones de establecimientos y oficinas de uno á otro edificio, en las mismas demoliciones, se invierten enormes sumas, cuya mitad bastara para conservar y adaptar á nuestros usos las grandes fábricas de nuestros antepasados. Nunca se habia visto tan gravado con gastos de esta clase el presupuesto; nunca sujeto á tantas trabas y á tan onerosas condiciones el derecho de edificar. No hay apenas ayuntamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la poblacion á su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico, cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviar jamás su inflexible recta por consideracion alguna, á no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende, entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sabe Dios bajo qué plan, reconstruida; los arcos caen, los saledizos se despejan, los paredones se blanquean, las calles se ensanchan para abrir paso al carro triunfal de la civilizacion, y si por ellas no cabe, se le franquea brecha, como al caballo de Troya, al través de monumentos seculares. Por lo demás, dentro del círculo de las compilaciones municipales, en cada lugar y sazon modificadas, bajo la firma de un maestro de obras competente, y con el visto bueno de las comisiones á este fin autorizadas, cualquiera es dueño de realizar los despropósitos mas absurdos en arquitectura, con tal que en correcta formacion se alineen, sometiéndose á ese tipo geométrico que sin distincion de climas y de paises, sin filosofía y sin arte, sin respeto alguno al carácter histórico, y como á propósito para destruir toda pintoresca perspectiva, se ha constituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora. Y á este tribunal formidable para los edificios privados, agréguese respecto de los públicos el de los ingenieros, que vigilantes custodios de la fortificacion y defensa, fiscales de la pública seguridad, picándose poco de artistas por lo general y avezados á estudiar y considerar las obras bajo otros aspectos, no siempre dan al monumental é histórico la importancia debida, exagerándose tal vez la responsabilidad de su ministerio. Sea dicho sin ánimo de herir los servicios de tales cuerpos ni las luces de sus individuos; pero dolémonos de que sus casi omnímodas facultades sirvan de rémora hartas veces al espíritu de conservacion, y de instrumento al de ruina; que su firma autorice tan amenudo los crueles fallos que han herido de muerte á innumerables monumentos, y que la declaracion de *ruinoso* haya recaido infaliblemente sobre los edificios que habia interés en destruir, como nunca faltan al vencedor pretestos de conspiracion ó fuga para deshacerse de sus prisioneros. ¡Cuánta no seria la gloria de su profesion, si lejos de ser considerada como una máquina de guerra ó ingenio de batir, sirviera de dique á esa manía destructora que á los azares de la guerra civil sobrevive y á los furores de la revolucion!

J. M. CUADRADO.

Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA VELADA.

El sol se oculta en el horizonte y por toda la aldea se oyen alegres voces, vuelven ya los rebaños del campo, pues han concluido su diaria faena, que solo consiste en alimentarse para regalo del hombre. El buey tambien ha trazado su correspondiente surco, y el caballo ha cumplido su obligacion durante la jornada: ahora todos los animales se dirigen al establo ó á la cuadra para descansar hasta el siguiente dia.

Asimismo han dado fin á sus labores el padre y la madre de familia. Rodeados de sus hijos disfrutan de la frescura que les llevan las primeras sombras de la noche, de la opaca claridad de los rayos tardíos del sol que el aire disemina, y de la vista de las guirnaldas de pámpanos que se mueven blandamente en torno de las ventanas. Despues, cuando el ruido vaya desapareciendo, cuando las sombras se estiendan por el valle, y los pequeñuelos inclinen sus cabezas fatigadas por sus bulliciosos juegos, el padre y la madre irán tambien á buscar en un dulce y apacible sueño la recompensa de las conciencias tranquilas.

Pero por el momento es mas aparente que real el feliz descanso de esos dichosos padres, porque no ha terminado su tarea moral, que es la educacion de sus hijos, deber sagrado, incesante, que exige todos sus desvelos. Asi que no pueden mirar con indiferencia sus juegos, porque en ellos se manifiestan las inclinaciones, porque tal vez una virtud puede ahogarse en gérmen entre los placeres de la infancia, porque el vicio espia los corazones inocentes para cebarse en ellos.

El mayorcito de la familia ha recortado un ratoncito de carton, y su instinto de cazador le hace observar los movimientos de los gatitos, que por instinto persiguen al juguete. Esa curiosidad del niño puede desarrollar su observacion y estimular en él el pensamiento del trabajo y del estudio; pero mal dirigida, puede asimismo convertirse en crueldad y dar vida á esa tendencia perezosa y culpable, que aguarda la emocion y el placer del drama esterior de la vida y no de la actividad de nuestras propias facultades. El niño se mofa ahora de las angustias que supone á una figura insensible; pero acaso mañana no tendrá bastante con la ilusion, y querrá asistir á la horrible agonía del animal cuyos padecimientos ha soñado entre juguetes: mas tarde se cansará de la destruccion de esos pequeños seres dañinos, y su aficion trágica exigirá mas fuertes emociones. Madre de familia, el niño que oculta su rostro en su seno te lo dice: esa escena de persecucion le repugna, y sin embargo escita el interés de su hermana; la niña sigue con placer, con delicia todos los lances de esa caza simulada... Madre de familia, sé prudente, conserva la virginidad de los sentimientos de tus hijos, haz que no perezca en ellos antes de desarrollarse la flor de la piedad: tus consejos y los ejemplos de virtud que les presentes, harán que nunca se parezcan á esos hombres corrompidos,

Que amables en apariencia
Juegan con un corazon,
Como juega sin clemencia
El gato con el raton.

TEATRO DE ALARCON.

D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma correccion y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Corneille*, que imitando ó mas bien traduciendo la preciosa comedia de *La Verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y estranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcon como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas, hizo alarde este autor singular en contraposicion á los grandes estravios de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intencion moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distin-

guen por una admirable economía y sencillez en la accion, sin dejar por eso de ser en estremo interesantes; y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una correccion tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos de comedias se publicaron de Alarcon; la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habian sido atribuidas á otros autores, y lo espresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabed »(dice al lector), que las ocho comedias de mi primera parte y las doce »de esta segunda, son todas mias, aunque algunas han sido plumas de »otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia, La verdad sospechosa,* »*El exámen de Maridos*, y otras que andan impresas por de otros due»ños; culpa de los impresores, que les dan los que les parece, no de »los autores á quien les han atribuido, *cuyo mayor descuido luce mas* »*que mi mayor cuidado*; y así he querido declarár esto, *mas por su* »*honra que por la mia; que no es justo que padezca su fama notas de* *ignorancia* etc.»—Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias, de *Las paredes oyen*. *Ganara migos*, y *La prueba de las promesas*, que el mismo señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de Alarcon (dice aquel eminente poeta y crítico) »son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto »á las situaciones.—Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de »Tirso, aunque mejorados; Calderon se copió muchas veces á sí mis»mo; Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siem»pre nuevas, lo que parecia imposible despues de las 1800 comedias »de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en »proporcion con las situaciones; su diálogo es vivo, interesante, »lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómi»cas, y de emociones terribles en las trágicas;»—y en otra parte dice: —«Calderon le escedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y »desenlazar la accion; Lope en la ternura; Tirso en la malignidad; »Moreto en la sal cómica; Roxas en las situaciones trágicas. A todos »los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nom»brados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de Alarcon »estaba mas exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo »en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, Alarcon fué envuelto en la proscripcion injusta y apasionada que el siglo XVII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional.—Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudia con entusiasmo y señalaba como la primera produccion cómica del teatro francés *Le Menteur*, de Corneille, y que nuestros serviles traductores la vestian á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban ó afectaban ignorar el original, confesado por el mismo Corneille, de aquella admirable pieza *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcon.

Los actuales críticos, mas justos ó mas instruidos, han rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Roxas y Moreto.—Las mejores comedias de Alarcon han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que tan bien merecen; la prensa ha vuelto á reproducir muchas de ellas, la crítica á analizarlas, y hasta se anuncia próxima la publicacion de todo el teatro de este distinguido ingenio, recogido por el diligente esmero de los celosos editores de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Por fortuna de la gloria nacional se ha salvado, aunque en escasísimos ejemplares, el precioso tesoro de su repertorio, y puede reproducirse íntegro á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española.

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido Alarcon; pues la incuria de sus contemporáneos, y su propia modestia, nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra *D. Nicolás Antonio*, que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobacion de lo cual el erudito *Sr. Ochoa* en su *Tesoro del teatro español*, impreso en Paris en 1838, añade una cita de Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682; en cuyo folio 251 dice positivamente, «que »Alarcon nació en Tasco ó Tacheo, provincia de Méjico, de una fami»lia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de »Cuenca, partido de San Clemente.»—Probablemente (y esto es una presuncion nuestra) seria de la misma familia del virtuoso sacerdote D. Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas Mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla.—Acaso nuestro poeta seria hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundacion.—De esta manera esplicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor *D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, que hoy nos ocupa. Su muerte pudo ser á mediados del siglo XVII, pues Montalvan en su *Para todos*, impreso en 1633, le da por existente, y él mismo publicó la segunda parte de sus comedias en 1634, como queda dicho.

R. DE M. R.

COMEDIAS

DE D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Amistad (la) castigada.
Crueldad (la) por el honor.
Cueva (la) de Salamanca.
Desdichado (el) en fingir.
Dueño (el) de las estrellas.
Empeños (los) de un engaño.
Exámen (el) de maridos.
Favores (los) del mundo.
Ganar amigos.
Industria (la) y la suerte.
Manganilla (la) de Melilla (magia).
Mudarse por mejorarse.
No hay mal que por bien no venga.
Paredes (las) oyen.
Pechos (los) privilegiados.
Prueba (la) de las promesas.
Quien no cae no se levanta.
Semejante (el) á sí mismo.
Tejedor (el) de Segovia—(dos partes).
Todo es ventura.
Verdad (la) sospechosa.

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

ARTICULO SEGUNDO.

Exenta la hermosa isla de Mallorca del azote de la guerra, y sintiendo apenas de rechazo la sacudida revolucionaria, no ha podido sin embargo sustraerse á la accion deletérea de las causas generales de postracion y de muerte para la arquitectura. Palma se hermosea, oimos repetir con énfasis; sí, sus calles se enderezan unas, se ensanchan otras; á los sombríos y prolongados aleros reemplazan canales de verde barnizados; á los inútiles desvanes, sobrepuestos pisos; á las raras ventanas, numerosos balcones; á los verdosos vidrios y claveteadas maderas, grandes cristales y pintadas persianas: al severo arco de los portales, el cuadrado dintel; á la negruzca piedra, el uniforme blanqueo; pero ¿qué va siendo de los vastos y magníficos zaguanes por atrevidos arcos y aisladas columnas sostenidos? ¿Qué de las anchas escaleras con barandilla de góticos calados? ¿Qué de las platerescas ventanas y portadas interiores de los entresuelos, y de los gallardos ajimeces góticos del piso principal, en dos, tres ó cuatro arcos, divididos por gentiles y delgadísimas columnas de gracioso capitel? ¿Qué de las galerías airosas de los desvanes, de los cordones que horizontalmente cortan la fachada, de los robustos sillares con dorado matiz de hoja seca barnizados? Cada año sucumben ó se renuevan muchas de sus interesantes fachadas, que treinta años atrás formaban el tipo general de nuestras habitaciones, aun las mas reducidas, hasta en los barrios mas apartados, y que á este paso, de aquí á veinte años, solo en alguna lámina podremos contemplar. No será, no, ante alguna de esas flamantes obras como el arco del muelle, ó las esfinges de Borne, ó la llamada torre del Reloj, que desnuda y sin fisonomía, asoma por cima del rico alero de las casas consistoriales, ó ante esa cuesta ponderada, tan costosa como irregularmente abierta sobre el solar del mas famoso de los conventos, que veamos detenerse y extasiarse á ningun viajero, no ya de artístico fanatismo, sino de mediano gusto é ilustracion dotado; será en tal caso ante esos restos de antiguallas milagrosamente preservados de la destruccion ó de la reforma. Merced á su aislamiento, Palma conservaba casi entera su oriental fisonomía y el noble atavío de su época de pujanza, respirando cierto encanto poético, cierta histórica gravedad, inapreciable á los ojos del forastero, por su originalidad misma, en este siglo de renovacion incesante: ¿era preciso romper acaso su tradicional vestidura, para arreglarla al moderno figurin? ¿eran absolutamente inconciliables con las antiguas construcciones, las mejoras que la comodidad, la policía ó las exigencias del tiempo pudieran aconsejar? Pero sin atender á su pasado, sin reflexionar en su porvenir, la tranquila é inmóbil capital de las Baleares, abdica su carácter para copiar en sí un pálido trasunto de Madrid y Barcelona, menos la importancia y movimiento de estos

emporios, menos la exuberancia de poblacion con que allí se justifica la estrechez del caserío, menos la regularidad que han enseñado allí la práctica y la vista de buenos modelos en su línea. En nuestras recientes obras preside comunmente el capricho, y á menudo la estravagancia: ninguna proporcion entre la amplitud y la altura de la casa, ninguna en el número y en el cuadrilongo de las aberturas; y hasta esa simetría bastarda en que toda la atencion se cifra, no se consigue sino á costa de balcones *figurados* y de fingidos portales, sucediendo tal vez, que creyendo haber hallado la entrada de un edificio de grande apariencia, tropeceis con un paredon, y en vez de aldaba, con el caño de una fuente... Por cierto que nos sienta bien un poco de indulgencia con las *singularidades* de nuestros mayores.

Menos grave fuera aun el daño, si limitado á las construcciones particulares, no se estendiera á los edificios públicos, y especialmente á los religiosos. De la pérdida lamentable de uno, cuyo vacío no han podido cerrar catorce años, no haremos responsable por cierto la depravacion del gusto, ni la presuntuosa ligereza ó ignorancia del arte, ni el descuido ó indiferencia general; causas eventuales, si bien mas poderosas, pasiones mas comprensibles, aunque mas funestas sin duda, produjeron la demolicion de Santo Domingo, de la obra magnífica de Jaime Fabre, de la hermana de la catedral de Barcelona: la revolucion reclamaba su víctima, y la piedad, las artes, la ilustracion se la disputaron palmo á palmo, y la opinion selló con afrentosa indeleble marca, el ominoso triunfo de aquella. Pero en el abandono de los que sobrevivieron, en la consuncion lenta y á veces acelerada de fábricas que á pequeñísima costa pudieran utilizarse para el servicio público, ó reservarse para ocasiones necesarias, en los siempre renacientes proyectos y frustradas tentativas de traslaciones y derribos, en la frialdad con que ha sido acogida toda reclamacion artística y todo esfuerzo reparador, en los parciales destrozos sin escrúpulo y como por sistema consumados en cuanto huele á antigualla, revélase no ya el huracan que troncha ni el torrente que atropella, sino el helado soplo que marchita, la pertinaz gotera que socava y mina y se infiltra por las grietas; hallamos en fin el espíritu de la época tan mezquino, tan perezoso, tan cobarde en conservar, como pródigo, activo, intrépido para destruir. Las ruinas han parecido esplotables; y la especulacion, arrebatando la piqueta al odio y á la venganza, ha mostrado saber manejarla con mas perseverancia y destreza. Ya que no permite la miseria de los tiempos á la moderna arquitectura hacer alarde de sus primores en nuevas obras ó reparos, le ha proporcionado espeditas vias para nivelar alturas ó despejar solares.

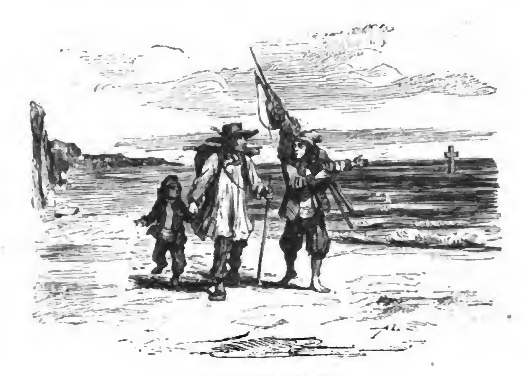
De consiguiente no acusemos de riguroso el temblor de tierra que en la madrugada del 15 de mayo último estremeció fuertemente nuestras asi recientes como antiguas, asi grandiosas como humildes fábricas, imparcial é incorruptible como la guadaña de la muerte: sus estragos mas visibles alcanzaron solo á derribar la linterna de la torre de San Francisco, y á cascar el remate de la del Socorro; la primera, bien ó mal, se está recomponiendo de limosna; la segunda, piramidal y esbelta como una copa de ciprés, se ha rebajado ó mas bien truncado hasta donde se creyó conveniente, ofendiendo los ojos del que recuerda su gallardia. De las dos agujas que flanquean la gran fachada de la Seo, sobre cuyo desplomo se habia escitado nuevamente la atencion tras de diez años de olvido, despertando en el público mas curiosidad que inquietud, respetó el mal intencionado terremoto la del ángulo que mas inclinacion presenta y que mas alarmaba á los peritos, rajó y derribó la estremidad de la opuesta, que por mas aplomada y moderna, mayor seguridad inspiraba: ahora las dos, pagando justos por pecadores, y á fin de establecer una triste simetría, presentan por igual cortada su aguda cúspide, que por cima de la grandiosa mole gentilmente descollaba. Pero no se trata ya del esterior ornato, ni de mutilaciones mas ó menos importantes en los accesorios; trátase de la conservacion misma del gigantesco edificio, terriblemente comprometida, si se pone mano al reparo de su desplomo, antes de averiguar concienzuda y detenidamente la causa que lo produce, á riesgo de agravar el mal cuyo remedio se procura. Si el daño, cuya progresion en el trascurso de dos siglos, no está bastante demostrada con irreprensibles mediciones, y cuya inminencia es por lo menos problemática; si este daño reside en el empuje de las bóvedas y no en la debilidad de los cimientos, como ha pretendido un articulista de indisputable talento, digno, aunque *profano*, de los honores de la discusion, con razones que el público, viéndolas incontestadas, ha podido creer incontestables (1), en este caso, el desmonte del macizo paredon hasta el nivel de los arcos interiores, no contrarestando ya con su resistencia el impulso de ellos, traeria consigo el hundimiento de las naves, y precipitára una catástrofe, cuya posibilidad mas remota hiela desde luego la sangre en las venas. Tremenda responsabilidad, cien veces mas tremenda que la de abandonar la fachada á su intrínseco riesgo, pesaria entonces sobre el imprudente reformador; y mucha y muy imperturbable confianza en la ciencia propia se necesita para arrostrarla. En materia tan irreparable y trascendental, no es la actividad y brio, sino la madurez, el detenimiento, la observacion profunda lo que principalmente se recomienda: un fallo tan grave bien merece ser razonado. Lo cierto es, que sin distincion de clases, la ciudad entera, que tanto derecho de ocuparse tiene en una cuestion que es toda suya, tiembla ya del reparo mas bien que de la ruina; y azorada se pregunta si la temeridad de los hombres, antes que el vicio de la fábrica ó la injuria de los años, la privará arrebatadamente del mas glorioso monumento de nuestros mayores, en que la piedad de cuatro siglos apuró sus riquezas y el ingenio su trabajo.

J. M. CUADRADO.

(1) No es tan peregrina esta opinion que no participara de ella y la consignara en su escelente obra *Recuerdos y bellezas*, el malogrado D. Pablo Piferrer, cuyos conocimientos artísticos y profunda observacion de los monumentos, nadie se atreverá á poner en duda. Ocupándose de la fachada de la catedral, escribe: «Junto á la puerta hay otras dos torrecillas no concluidas, flacos estribos para contrarestar el empuje de las arcadas que dividen las naves.» Y abajo en una nota: «Ya los arquitectos, que sucesivamente dirigieron la obra, debieron de temer por la firmeza de aquella atrevida línea de bóvedas, que bien segurada por los estribos del remate, quedaba espuesta mientras por tanto tiempo duraba la construccion, y no se le oponian contrafuertes por la parte del frontis. Ello es que de los catorce pilares, que siete á cada lado dividen las naves, los cuatro mas inmediatos al altar mayor tienen siete palmos y medio de diámetro, los dos siguientes ocho, y los demas nueve y medio. Pero esta precaucion no ha podido impedir que el gran frontis de veinte palmos de espesor cediese un tanto al empuje, y por su parte superior tomase una inclinacion que ya de lejos el viajero divisa con espanto.»



(Puente de Ozaeta en Vergara.)



¡LA CRUZ QUE NOS PROTEGE!...

Viajando por cualquier departamento de Francia, se encuentran con frecuencia cruces de madera ó de hierro mas ó menos toscas, colocadas en la cima de una montaña casi inaccesible, en el fondo de una profundidad imponente, en las quebraduras de un grupo de peñas de color ceniciento medio ocultas por el follaje, ó en las orillas del mar en un punto triste y solitario que convida á la meditacion. ¿Qué mano ha levantado estos sencillos monumentos que tan elocuentemente hablan al viajero, cuando los ve destacarse con formas oscuras sobre la primera claridad de la aurora, ó dibujarse indecisamente á la hora solemne del crepúsculo de la tarde que oculta su última luz en el horizonte? ¿quién ha elegido con tan admirable acierto los sitios mas convenientes para que armonicen los pensamientos que debe despertar aquel signo de devocion, con el recogimiento que producen ciertos cuadros sublimes de la naturaleza? Nadie lo sabe, ni el pueblo se cura de averiguarlo: bástale con el respeto y *la fé* que tiene en aquel *recuerdo de la existencia de Dios*, ante el cual se descubre y se arrodilla.

No há mucho tiempo que atravesábamos una de esas playas desiertas de que hemos hablado arriba. Nuestro caballo se habia reanimado con el aire salitroso del mar, y aspiraba con ánsia la brisa; sus piés, hollando la arena húmeda, no producian ningun ruido, y su galope era tan suave, que no se sentia ninguno de sus movimientos. Habiamos abandonado la brida, y el animal se lanzaba á través del espacio con una velocidad estraordinaria. En una noche sombría, oyendo á la derecha el ruido del mar, teniendo á la izquierda una cadena de peñas de un color pardusco y la luna velada con fúnebre manto, habia motivos para creerse trasportado en alas de una cabalgadura fantástica, á través de espacios desconocidos: nuestra alucinacion no fué completa, pero sí nuestra distraccion, de la cual nos sacó el aspecto de una cruz que á larga distancia se alzaba confusamente en medio del mar; y era tiempo de que volviéramos de nuestro arrobamiento; la marea creciente habia ganado terreno, y llenaba ya el angosto camino con una grande cenefa de espuma blanca, amenazando usurpar el paso por completo. De la region de la poesía descendimos de pronto á la prosa de la vida, y empezamos á recordar varias historias de viajeros sorprendidos por la marea, que habiamos oido contar en nuestra niñez, sin perdonar ningun detalle de este género de agonía que va ganando terreno pulgada por pulgada desde los piés á la cabeza. Nuestra alarma era ya grande, cuando felizmente concluyó la cordillera de peñas que limitaba el camino por el lado opuesto al mar, y para colmo de fortuna nos hallamos á pocos pasos de un pueblecillo.

No tardamos en preguntar el origen y la significacion de la cruz que habiamos visto: de lo primero nadie pudo informarnos; pero supimos que aquella piedra de granito era un signo completo de salvacion; cuando la marea subia las olas lamian apenas la base y ganaban terreno progresivamente; mientras aparecia la cruz era posible la fuga, pero toda esperanza concluia en el momento que el agua la sumergia por completo.

No pudimos menos de admirar la idea verdaderamente cristiana de haber hecho asi del signo de redencion el emblema de la vida, como para advertir al viajero con una *imágen material é inmutable*, que *cuando la cruz desaparece, Dios se ausenta y el hombre no debe contar con él.*

No teniais por qué temer, nos decian la gentes, mientras viérais *La Cruz que nos protege!*..

A.



AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIX.

Dos primas y una romanza.

Luis no habia reparado hasta aquel momento que hacia una luna deliciosa, y como si quisiera pagar de antemano á Magdalena el trabajo que se iba á tomar recitándole la romanza, le encomió la poesía que debia tener una bellísima romanza, recitada á la luz de la luna por una muger encantadora. Magdalena aceptó el cumplimiento; porque los cumplimientos son letras de cambio que siempre se pagan á la vista, y recitó despues la romanza con escrupulosa atencion.

—¿Los dos ángeles que en ella figuran serán V. y su prima? preguntó Meneses; y Magdalena respondió:

—El poeta ha tenido esa galanteria respecto á mi; respecto á mi prima ha sido justo.

—Estoy bien seguro de que el poeta ha dicho la verdad respecto á V.; ¿pero, á un lado el amor de familia, su prima de V. es tan hermosa como la pintan esos versos?

—Mi prima es tan hermosa que no admite comparacion; y si V. la viera, estoy muy segura de que no sabria á quién compararla: tan estraordinaria es su beldad.

—Si es tan hermosa como V. dice, podré compararla á V. señora.

—La agravia V. porque no la conoce; aunque bien puede V. conocerla.

—¿V. cree que habré tenido yo ocasion de haberla conocido?

—Indudablemente, pues ha pasado largas temporadas en la corte.

—¿Tendrá V. la bondad de decirme el nombre de su hermosa prima?

—Lleva mi mismo nombre y tiene mi edad, caballero.

Magdalena, precisamente, murmuró Luis viendo cumplida la esperanza que habia alimentado todo el dia. Pero como no queria incurrir en nuevo error, y se habia propuesto adquirir todas las noticias necesarias, añadió, procurando ocultar su alegria:

—¿Tambien tendrá V. la bondad de manifestarme su apellido?

—Y por qué no? Se llama mi prima Magdalena de Sandoval.

—Hija única de D. Blas de Sandoval y doña Margarita...

—De Zulueta: dijo Magdalena, acabando el periódo que no podia cerrar Meneses.

—¿Y Magdalena y su familia acaban de dejar la corte? insistió Luis.

—Precisamente antes de ayer tuve el gusto de recibirla antes de venirme á Arechavaleta.

—¿En dónde?... Señora, dispénseme V. lo indiscreto de la pregunta.

—No tiene nada de indiscreta. La recibí en un caserio de los Manzanos, distante de aquí unas dos leguas, en la direccion de Vitoria, de donde salieron aquella misma madrugada.

—Pues conozco mucho á Magdalena, y efectivamente es hermosísima; pero insisto en la comparacion.

—Doy á V. las gracias por su permanente galanteria.

—Por mi absoluta veracidad. ¿Y dígame V., Magdalena, sabe V. si vendrá á los baños su hermosa prima? preguntó Luis, llevando la cuestion á su verdadero terreno.

—Casi puedo asegurar que no, repuso Magdalena estrañando algo la insistencia de Luis Meneses.

—Pues lo siento mucho, porque hubiera tenido mucho gusto en verla.

—¿La trató V. mucho en Madrid? preguntó Magdalena á su vez, queriendo averiguar la estension de las relaciones que existian entre Meneses y su prima.

—Lo bastante para volverla á ver con gusto; repuso Meneses aparentando cierta frialdad.

—¿La encontraria V. en alguna reunion? insistió Magdalena.

—La vi por primera vez el año pasado en el Escorial.

—Es verdad que pasó quince dias de julio en aquel real sitio, y despues se vino á las provincias.

—¿Han hablado VV. alguna vez de la iglesia del Monasterio?

—Si señor. Mi prima me la ha descripto varias veces; y recuerdo que me repetia, siempre que hablabámos de este templo, lo mucho que le habia llamado la atencion un hombre que vió parado en el vuelo de la cornisa, mirándola con la mayor tranquilidad.

—¿Y regularmente diria que ese hombre le habia parecido un loco de atar?

—No señor. Tomó por lo serio aquel arrojo, ó mejor dicho, aquella indiferencia.

—¿Y lo transformó en un personaje de novela? preguntó Luis queriendo ocultar su interés.

—Mi prima no hace personajes de novela, repuso Magdalena con la mayor formalidad.

La procesion habia llegado á la puerta de la condesa, y Luis habia adquirido todas las noticias que podia darle la Magdalena hallada de la Magdalena por hallar. Adquiridas estas noticias, no encontraba Luis ningun atractivo en la conversacion de la jóven, y tampoco estaba dispuesto á pasar la noche bailando, que era la opinion general. Por lo tanto se acercó á la condesa, y la dijo:

—Tengo el honor de devolver á V. el precioso depósito que tuvo la bondad de confiarme.

—Y que muchos le han envidiado, repuso la condesa tomando el brazo de su amiga.

—Lo creo, condesa. Y ahora espero las órdenes de V. para retirarme.

—¡Es posible! ¿No quiere V., amigo mio, concurrir á nuestro sarao?

—Condesa, repetiré que estoy dispuesto á hacer cuanto V. preceptúe: pero he caminado toda la noche pasada, he dormido apenas y estoy rendido de cansancio.

—Hallándose V. tan cansado, seria una crueldad detenerlo. Puede V. marcharse cuando guste.

—Crea V., condesa, que me retiro con un profundo sentimiento.

—Venga V. á verme mañana á las dos, y rogaremos á Magdalena que nos cante otra romanza.

—Desearé que sea condescendiente, porque sus romanzas son lindisimas.

—A propósito: ¿le recitó á V. la letra de la que nos cantó esta tarde?

—Si señora: observó Magdalena. El señor de Meneses no perdona palabra empeñada.

—Ni dejo de cumplir las que empeño, repuso Luis con jovialidad.

—Posee V., querido Meneses, una cualidad poco comun, dijo la condesa dirigiéndole una mirada maliciosa.

—Hasta mañana, querida condesa; hasta mañana, Magdalena; murmuró Luis despidiéndose de las dos damas, é hizo su promesa entre dientes, porque acababa de decir que cumplia siempre sus palabras, y pensaba faltar á la que estaba dando en aquel momento.

—Hasta mañana, querido Meneses, repuso la condesa.

—Hasta mañana, señor de Meneses, dijo Magdalena.

Meneses se dirigió por el camino que le pareció mas corto á su casa. En el dintel estaba de pié el señor Ramon, fumando un habano de colosales dimensiones que le habia regalado Francisco.

Buenas noches, señor Ramon, dijo Meneses, parándose junto á su huésped.

—Buenas noches, repuso el señor Ramon con su brevedad acostumbrada.

—¿Como está mi pobre criado? volvió á preguntarle Meneses.

—Casi bueno, volvió á responder el lacónico señor Ramon; y tomando una lamparilla, echó á andar delante de Luis, hasta que llegaron á la habitacion del viajero. Meneses se dejó caer sobre una silla; el señor Ramon encendió dos bujias, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quiere V. comer?

—He comido ya, repuso Luis quitándose el sombrero.

—¿Quiere V. cenar? volvió á preguntar el señor Ramon.

—No acostumbro á cenar, repuso Meneses contrastando su amabilidad con la rudeza de su huésped.

—Buenas noches, dijo el señor Ramon, y se dirigió hácia la puerta.

—Señor Ramon, ¿está durmiendo mi criado? le preguntó Luis deteniéndolo.

—Si señor, repuso el huésped, usando siempre las menos palabras posibles.

—Voy á hacer á V. una pregunta. ¿Sabe V. en dónde está el caserio de los Manzanos?

—Si señor.

—¿Podrá V. proporcionarme un guia que me conduzca á él mañana á las cuatro de la mañana?

—Si señor.

—¿Me despertará V. á las tres?

—Si señor.

—Muy buenas noches.

—Buenas noches.

CAPITULO XX.

La roca Tarpeya.

Aunque no habia dormido Luis la noche anterior, esperaba y temia demasiado para entregarse al blando sueño que un blando lecho le brindaba. Dando vueltas sobre sí mismo, formaba castillos en el aire en un momento de entusiasmo, y los deshacia lentamente á impulso de la reflexion. ¡Pobre naturaleza humana! trabaja para edificar, y cuando ha construido el edificio, trabaja para destruirlo. Bien lo retrató la mitologia en la tela de Penélope.

El señor Ramon era un hombre sumamente exacto: á las tres en punto se encontraba á la cabecera de Luis, con un candelero en la mano. Meneses estaba despierto; el señor Ramon lo notó, dejó el candelero sobre la mesita de noche, y se alejó sin pronunciar ni una palabra.

—Este hombre, pensó Meneses, de lacónico se ha vuelto mudo; y sacudiendo un pequeño resto de aquella colosal pereza que le dominaba dias antes, se arrojó del lecho.

Empezaba á vestirse, cuando apareció Francisco, risueño como de costumbre.

—Muy buenos dias, señorito. ¿Qué tal ha pasado V. la noche? preguntó el fidelisimo criado.

—En vela, Francisco: repuso Luis. ¿Y tú cómo estás?

—Casi bueno. El doctor no es del todo tonto, y me ha sentado perfectamente la sangria.

—Me alegro mucho. Para otra vez que caigas ya sabes el mejor remedio.

—Procuraré no tener que usarlo. ¿Con que vamos esta madrugada de paseo?

—Yo, á lo menos, sí: tú puedes venir ó quedarte, como te parezca mejor.

—¿Pues no me ve V. ya dispuesto? dijo Francisco presentando á su amo la corbata.

—Me alegro mucho, porque quizás me serás útil.

—¿Pero, señorito, puedo yo saber adónde vamos?

—Francisco, he adquirido ayer grandes noticias.

—¿De la señorita Magdalena? preguntó Francisco con acento de desconfianza.

—Si, Francisco. Ya sé perfectísimamente sus dos apellidos.

—¿De modo que la señorita se llama?...

—Doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, hija de D. Blas de Sandoval y de doña Margarita de Zulueta. Repara qué dos apellidos. El primero corresponde á una de las casas mas ilustres de España, y el segundo á uno de los mas ricos banqueros. Hermosura, sangre y riqueza. ¿Qué dices de estas tres cualidades?

—Digo, señor, que son magníficas. ¿Pero está V. seguro de que mi señora doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, es la Magdalena que buscamos y no encontramos por desgracia?

—Segurísimo: y lo que es mas, Francisco, tengo seguridad de encontrarla hoy mismo.

—¿Segun eso vamos?...

—A su caserio de los Manzanos.

Luis habia acabado de vestirse, el señor Ramon se presentó con una taza de chocolate, que apuró Meneses en tres minutos. Tomado este corto refrigerio, dijo á su huésped:

—¿Está dispuesto el guia?

—Si señor, repuso el vascongado.

—¿En dónde está?

—Soy yo.

—¿Tiene V. dispuestos caballos para nuestra espedicion?

—No se necesitan.

—Pues vamos.

Francisco se alegró en el alma de que la espedicion fuera pedestre, pues preferia fatigarse un poco á pegar una costalada, como la de la noche anterior. Empezaba á rayar el alba cuando salieron los viajeros de la posada de Meneses, y Luis, que estaba lleno de esperanza, vió con delicia ese gran manto ceniciento que se repliega hácia occidente al primer albor de la mañana. Por segunda vez en pocos dias oyó el armonioso concierto que forman las auras y los árboles, los pájaros y los arroyos; y al trino del primer gilguero unió su voz, cantando la dulce romanza que le causó tanto entusiasmo. Una vegetacion briosa presentaba hermosos modelos á la escuela flamenca, y los horizontes tomaban sus tintas de la paleta de Villaamil. Las auras bajaban perfumadas y húmedas desde las cumbres del Pirineo, y las fuentes corrian como niños que pisan el campo tras una larga reclusion.

Habian llegado los viajeros á la cima de una montaña, en la que se elevaba, como una atalaya morisca, una capilla consagrada á nuestra Señora del Amparo. Sus negros muros atestiguaban su prodigiosa antigüedad, pero ocultaban su vejez bajo los ramos de laurel y mirto, y las coronas y guirnaldas de flores que enteramente los cubrian; asemejandose mucho la capilla á un abuelo á quien sus nietos han engalanado la mañana de su centésimo natalicio.

El señor Ramon pasó por delante de la capilla, sin dirigirla una mirada, y siguió su marcha; pero Luis se acercó afablemente á una especie de santero que estaba á la puerta, y le preguntó:

—¿Con qué motivo está esta capilla tan engalanada?

—Acaba de casarse en ella uno de los mas ricos propietarios de esta comarca, respondió el santero á Meneses.

Como nada importaba á Luis la boda del rico propietario, se despidió y apresuró el paso, imitando la celeridad de su guia. Francisco, que se habia hecho perezoso desde que su amo desplegaba tan poca comun actividad, seguia á Luis murmurando; y todos tres empezaron á bajar la colina y á descubrir el profundo valle que se reclinaba á su pié. A la derecha del camino descubrió Luis unas rocas salientes, que se avanzaban hacia la cañada como el famoso promontorio de Leucades hácia el mar: y siguiendo su antigua aficion á encaramarse por las alturas, corrió hasta el ángulo mas saliente de los escarpados peñascos. Francisco siguió á su amo de cerca; pero tuvo muy buen cuidado de pararse en sitio nada peligroso; y el señor Ramon no pisó las rocas, contentándose con esperar á sus compañeros de viaje.

Aun no habia tenido Meneses tiempo de contemplar el pintoresco panorama que se presentaba á su vista, cuando hirió su oido la dudosa armonia de varios tamboriles y dulzáinas; descubriendo momentos despues una procesion de aldeanas, vestidas de fiesta y engalanadas con vistosas cintas y flores. Esta procesion caminaba por el álbeo de la cañada, y se dirigia hácia una hermosa casa de campo, que descubria Luis desde su elevado promontorio. Tras la doble fila de aldeanas, marchaba un grupo de ocho ó diez personas á lo mas, y en su centro una jóven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Este espectáculo y la nueva que acababa de recibir en la capilla, persuadieron á Meneses de que todo aquel cortejo lo formaban los novios y su parentela; y como debia pasar precisamente por el fondo de la cañada, dió un paso mas, quedándose tan en la punta de la roca, que visto desde abajo, parecia suspenso en el aire como el albañil de San Vicente.

Ya habia pasado una parte de la comitiva, y Meneses trataba en vano de ver el rostro de la novia, porque esta llevaba la cabeza inclinada de modo que era imposible descubrirlo. Pero de repente se acercó á ella una de las mugeres que la acompañaban, y la dijo con cierto misterio una palabrita al oido. Entonces alzó la cabeza, y clavó su ardiente mirada en el temerario que coronaba el promontorio.

—¡Magdalena! esclamó Luis, tendiendo los brazos hácia ella, como si quisiera precipitarse en aquel abismo; y huyendo despues espantado de su propia temeridad:

—¡Mi sueño! murmuró Magdalena: apoyándose en el brazo de su marido para no caer desvanecida.

—La que buscábamos y encontramos á mala hora, tartamudeó Francisco. Ya sospechaba yo que no acabaria bien un Amor á vista de pájaro.

FIN.

JUAN DE ARIZA.

LA CUEVA DE HÉRCULES EN TOLEDO.

LAS ULTIMAS ESCAVACIONES DE LA MISMA.

Han pasado siete siglos y medio desde que la ciudad de los concilios fué arrancada por las armas castellanas del poder de la morisma, abrigándose en su recinto muchas y muy peregrinas tradiciones, ya relativas al largo período en que volaron en sus adarves las lunas africanas, ya á la floreciente edad de los Wambas y Recaredos, ora á la dominacion romana, ora en fin á los tiempos fabulosos en que aparece la historia envuelta en las mas profundas tinieblas. Sin duda á estos primitivos siglos debió remontarse el orígen del monumento á que se adheria la tradicion toledana de la *Cueva de Hércules*, que tan profundas raices logró echar durante la edad-media entre cronistas y poetas populares, dando á la corte de Alonso VI una antigüedad verdaderamente prodigiosa. Prestaba el vulgo, siempre dado á lo maravilloso, su asentimiento á cuanto á la cueva prodigiosa atañia; y andando los tiempos, llegó á ser española aquella tradicion toledana, inspirando varias obras de ingenio á los mas celebrados vates.

Ni se libertaron de su poderoso influjo los historiadores que ya en el siglo de oro de nuestra literatura florecieron: el docto y severo Mariana, hijo de la provincia de Toledo, el diligente conde de Mora, y el no menos estimable Julian del Castillo, dieron entrada en sus historias á la tradiciones del *palacio encantado* y *Cueva de Hércules*, repitiendo la popular narracion de los falsos cronicones y de las leyendas vulgares, y alimentando de esta manera el interés local de lo que era comunmente designado con el título que sirve de epígrafe á estas líneas. Mas crédulo que todos el doctor D. Cristóbal Lozano, llegó en sus *Reyes Nuevos*, á señalar á Túbal como el primer fundador de esta *cueva*, añadiendo que fué despues reedificada y ampliada por Hércules, quien se *sirvió de ella como de palacio, leyendo allí la arte mágica*. Destináronla despues los romanos á otros usos militares, hiciéronla los primeros cristianos lugar de refugio en las frecuentes persecuciones que sufrian, y enriqueciéronla los árabes con nuevas maravillas, contribuyendo así todas las épocas y dominaciones á rodearla de misterios, propios mas bien para exaltar la imaginacion de la muchedumbre, que para mover el ánimo del verdadero historiador ó anticuario.

En tal manera cundieron las consejas que á esta antigualla se referian; mas no faltaron tampoco quienes, como el entendido don Francisco Santiago Palomares, tan digno del respeto de los doctos por sus estudios arqueológicos, como por sus conocimientos filológicos y paleográficos, declararon que la pretendida *Cueva de Hércules* nunca habia existido, siendo cuando mas, una *cloaca* romana, la construccion que con semejante nombre era apellidada. Pocas eran las personas instruidas que no adoptaban el juicio de Palomares, hallándole conforme con las costumbres del pueblo romano, que dejó en todas partes palpables muestras de su grandeza y poderio; cuando á principios del año de gracia en que vivimos, moviéronse algunos curiosos del deseo de penetrar los misterios que la tradicion guardaba, resolviéndose á emprender en el sitio de la llamada *Cueva* algunas escavaciones. Grande fué el calor con que se acometieron estos trabajos: algun curioso, ó mas ardiente ó mas crédulo que sus compañeros, acudió á la prensa para pulverizar la opinion de Palomares y de los que le seguian, sol-

tando tantas y tales prendas respecto de la indudable existencia de la maravillosa *Cueva*, que no habia de encontrar despues fácil defensa á sus aventurados asertos. Iban entre tanto adelante las escavaciones; y al paso que abria la azada un palmo de terreno, moria una ilusion en la fantasía de los esploradores, quienes no abandonaron, sin embargo, la empresa hasta perderlas todas ó lograr el triunfo de la curiosidad que los impulsaba. Al cabo se dieron por vencidos, levantando mano de las escavaciones, las cuales no han sido de todo punto estériles para la historia y la arqueología, pareciendo mas fácil el resolver la intrincada cuestion del origen, objeto y uso posterior de la construccion tenida por *Cueva* ó palacio de Hércules.

En efecto, no es ya posible dudar en modo alguno ni del primitivo objeto, ni de la fundacion, ni del uso á que en siglos posteriores fué destinada la construccion que sin fundamento de ninguna especie ha llevado hasta ahora aquel título. Pero si esta maravillosa tradicion, alimentada por la oscuridad de los tiempos, y abultada por la imaginacion de escritores que en nada tenian los fueros de la crítica, ha muerto á manos de los últimos esploradores, lícito nos será declarar aquí que no es tampoco mas consistente la opinion de los que, como el erudito D. Francisco Santiago Palomares, no pudiendo dar entrada á las patrañas del palacio encantado, y apoyándose en el conocimiento de la historia romana, supusieron que fuera acaso una *cloaca* la soñada *Cueva*. Esta opinion, á que nos mostramos inclinados en nuestra *Toledo pintoresca*, obra consagrada esclusivamente á la descripcion artística de los monumentos de la antigua corte visigoda, no puede ya sostenerse. La denominada *Cueva de Hércules*, ni es tal cueva maravillosa ni es *cloaca*.

Pocos esfuerzos son necesarios para demostrarlo: no es tal *Cueva de Hércules*, porque su construccion es indudablemente romana, lo cual prueba que no podia existir en la época á que se intentan remontar las fabulosas hazañas llevadas á cabo por Hércules en nuestro suelo: no es *cloaca*, porque destinadas estas soberbias construcciones á recoger las aguas llovedizas de las ciudades, arrastrando al propio tiempo todo género de inmundicias *(sordes)*, solo ocupan las bóvedas descubiertas el espacio de 45 á 50 piés de largo, por 25 á 30 de ancho, terminando en la piedra viva, que se levanta hasta el cañon de dichas bóvedas, sobre el nivel de los arranques de los tres arcos, únicos que en aquel lugar pueden haber existido. ¿Qué será, pues, la llamada *Cueva de Hércules?*... La respuesta es bien sencilla para todo el que tenga algunas nociones de la historia de las artes, sin que haya necesidad de acudir á lo maravilloso ni á lo absurdo. Sobre un área de la longitud y latitud que dejamos notada, se levantan dos gruesos y robustos muros de contencion, que reciben cada cual una bóveda, las cuales recaen sobre tres grandes arcos de sillería, que naturalmente los separan en direccion á oriente. Es toda esta construccion romana, recordándose al examinarla, cuántos monumentos de aquella poderosa civilizacion ha respetado en nuestra España y fuera de ella la segur del tiempo, y muy principalmente los acueductos de Segovia y Tarragona, así como tambien los anfiteatros de Itálica y Clunia, y aun el circo máximo de Toledo. Semejante fábrica está manifestando que fué destinada á recibir un edificio tan fuerte y robusto como ella; y por la situacion, por la importancia de lo existente y por la estension del lugar que ocupa, no admite duda en que fué aquel un templo gentílico. Lo que no es posible determinar es la deidad á que hubo de estar consagrado, bien que nunca podrá asentar que lo fuera Hércules, quien haya reconocido, con Vitrubio, las condiciones necesarias para la construccion de los templos dedicados á dicho semidios, que no podia ser adorado dentro de los muros de las ciudades que le rendian culto. Mas probable seria la conjetura de suponerle levantado á Júpiter, á lo cual da por una parte fundamento la misma fortaleza de las bóvedas existentes, y el recordar por otra que el padre de los dioses era adorado dentro de los castillos *(arces)* y ciudades fuertes, en cuyo centro se erigian precisamente sus templos. A esta consideracion, hija al mismo tiempo de la historia y de la arqueología, deberá añadirse la observacion no menos importante de que el príncipe de los historiadores latinos dice de Toledo, que era *urbs parva, sed valdé munita*, y como en el centro de la antigua poblacion romana han aparecido las bóvedas que dan ocasion á estas líneas, racional parece en consecuencia el deducir, apreciando las costumbres y ritos de aquellos dominadores, que introdujeron en nuestra patria su religion, su lengua y sus artes, que las ruinas ahora descubiertas por los últimos esploradores pueden ser sin dificultad alguna, la *cripta* ó cuerpo subterráneo del templo que Toledo consagró á Júpiter ó á otra deidad, *majorum gentium*, en aquellas apartadas edades.

Esto en cuanto se refiere al objeto y fundacion del monumento que examinamos: respecto del uso á que en mas cercanos dias fué destinado, aunque son pocos los vestigios que han llegado á nosotros, será bien advertir que todavía pueden señalarse tres grandes épocas en la historia del edificio levantado sobre las fortísimas bóvedas que han llevado indebidamente el nombre de *Cueva de Hércules*. 1.ª época bizantina: 2.ª época arábiga: 3.ª época de la restauracion ó castellana Dan inequívoco testimonio de la primera trasformacion del templo gentílico, que debió reducirse á iglesia católica, luego que se estendió é hizo religion del imperio la predicada por los apóstoles, los muchos y muy apreciables fragmentos de piedra que se conservan empotrados en el muro hoy existente, y cuyos graciosos y sencillos ornamentos y labores son indicio claro de la antigüedad á que nos referimos. Sin duda cambiando absolutamente las necesidades del culto, hubo de esperimentar el templo primitivo notables modificaciones, admitiendo como inevitable consecuencia de las nuevas leyes de la liturgia, la ornamentacion dominante en cada uno de los tiempos en que dichas modificaciones se verificaron. Deponen igualmente de la segunda trasformacion del edificio, fundado sobre la mal llamada *Cueva de Hércules*, los arcos que todavía existen (bien que cegados con mucha posterioridad) de lo que debió ser mezquita en tiempo de los árabes, destruida ó alterada en gran manera la iglesia bizantina Dichos arcos, así como el gracioso y esbelto *agimez* que en la parte esterior del muro se contempla, presentando la bella forma de herradura, alejan toda duda sobre la existencia de esta fábrica sarracena, que parece haber llegado hasta nuestros dias, segun el comun asentimiento de las personas inteligentes que la vieron derribar con dolor en 1841 Restaurada Toledo del poder de la morisma, fué la mezquita consagrada al cristianismo bajo la advocacion de San Ginés, y señalada como parroquia: nuevas modificaciones se hubieron por tanto de introducir en ella, conforme á las diferentes prescripciones del culto á que se dedicaba. Enriquecida por la piedad de los fieles, se le agregaron sucesivamente algunas capillas, donde hizo gala la arquitectura, apellidada generalmente gótica, de sus innumerables bellezas. Los pocos restos que hemos examinado de estas construcciones, manifiestan de un modo concluyente que aun en la segunda mitad del siglo XV recibia la parroquia de San Ginés nuevos aumentos y mejoras, reflejando, así como otros muchos templos de Toledo, la historia de las artes españolas durante la edad-media.

¿Cuál era entre tanto el uso á que se destinaba la cueva llamada de Hércules?... Difícil cuando no imposible seria el responder satisfactoriamente á tal pregunta respecto de los primeros tiempos de esta construccion, ya bajo la dominacion romana, ya bajo la gótica, ya bajo la sarracena. Respecto de la última época, es decir, desde algunos siglos despues de la restauracion de Toledo hasta el establecimiento de los *campos santos*, como quiera que no fuese posible abrir sepulturas en la bóveda sobre que estaba fundada la iglesia, se destinó con piadoso acuerdo á comun cementerio de los fieles, siendo verdaderamente sensible que la estéril curiosidad de los últimos esploradores haya venido á turbar el reposo de aquellos huesos, que yacen ahora insepultos, con no poco sentimiento de cuantos los contemplan.

A tal punto queda, pues, reducido cuanto la escavacion verificada en los últimos meses nos enseña respecto de la fabulosa *Cueva de Hércules*. El deseo de envolver en las nieblas de lo maravilloso los orígenes de los pueblos, ha llevado con frecuencia, aun á los hombres mas doctos, al estremo de abrigar las tradiciones de la muchedumbre, por absurdas y contradictorias que sean, siempre que hayan halagado la vanidad ó el orgullo de sus compatriotas. De este defecto acusan los mas autorizados críticos al príncipe de los historiadores romanos, y del mismo achaque adolecen nuestros antiguos cronistas, y no pocos de nuestros historiadores que florecieron en el siglo XVI. Pero hoy que los estudios históricos, iluminados por la antorcha de la filosofía y apoyados en la ciencia arqueológica, han hecho tan largo camino, no es ya posible recibir como artículos de fe toda clase de tradiciones y de cuentos. Las tradiciones de los pueblos tienen en su historia un valor meramente relativo: determinan acaso su amor á la independencia, la fortaleza y profundidad de sus creencias, la variedad peregrina de sus costumbres: bajo este punto de vista son dignas de estudio y de respeto. Pero nunca podrán servir de sólido fundamento á la verdadera especulacion histórica: nunca podrán resolver las dudas que surjan del exámen frio y concienzudo de los hechos. Cuando se sometan á esta dura prueba, sucederá lo que ha pasado á los últimos esploradores: por manifestar la realidad de una cosa que solo vivia en las tinieblas de los tiempos, la han sacado á la luz del dia y le han dado muerte. La tradicion que ponia la *Cueva de Hércules* bajo la demolida iglesia de San Ginés, ha muerto: para alimentarla por algun tiempo hay necesidad de buscar una nueva *cueva*. ¿Será posible hallarla?... En Toledo existen muchas construcciones subterráneas, y acaso alguna *cloaca* romana. Pero de seguro no hay ninguna *Cueva de Hércules*, segun la describen los falsos cronicones, y segun pareció verla la exaltada fantasía del doctor Lozano. Los esploradores irán, como van los niños tras la luna de cerro en cerro, hasta encontrar de cueva en cueva el último desengaño.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

RELACION

de la familia y regalos que trajo al rey de España, Mustafá, embajador del Gran Turco, que se embarcó en Constantinopla á primeros de abril de 1791, y llegó á España á principios de mayo.

Familia y servidumbre.

Quince mugeres para su uso.—Dos secretarios.—Tres maestros de ceremonias.—Tres ulemas ó doctores de la ley.—Cinco gentiles-hombres.—Dos mayordomos.—Dos caballerizos.—Dos drogamanes ó intérpretes: el uno andaluz y el otro mallorquin.—Veinte y cuatro aposentadores.—Veinte y cuatro pajes.—Cuatro camareros.—Dos médicos ingleses.—Dos cirujanos.—Sesenta criados de escalera abajo.—Seis reposteros italianos.—Seis cocineros franceses.—Dos cafeteros griegos.—Treinta criadas: quince de ellas negras.—Cuatro amas.—Cuatro criados para estas.

Guardia.

Un capitan.—Cuatro subalternos.—Cincuenta genízaros.

Regalos.

Dos mil trescientos veinte y dos cautivos, inclusas doscientas mugeres y cincuenta y ocho niños que no tenian rescate.—Un botiquin muy estraño.—Una coleccion de brillantes.—Una de margaritas.—Dos elefantes.—Dos camellos de carga.—Un dromedario.—Veinte leones.—Cuatro tigres.—Diez pelícanos.—Diez literas con veinte mulas atigradas.—Treinta coches de tres ruedas.

Relacion de lo que se necesitaba diariamente para el embajador y su familia.

Dos carneros blancos.—Veinte y ocho gallinas.—Sesenta pollos.—Doscientas berenjenas.—Cien pepinos.—Cien calabacines.—Veinte docenas de huevos.—Treinta libras de manteca de Flandes ó fresca.—Sesenta velas de sebo.—Sesenta id. de cera.—Dos antorchitas.—Doce libras de alcuzcuz ó harina de flor.—Cuarenta panes de á cuatro libras.—Seis libras de clavo.—Dos de pimienta negra.—Cuatro de almendras crudas.—Diez y seis de azúcar florete.—Diez y seis id. de café.—Ochenta id. de arroz, y una gran cantidad de acelgas, yerbabuena, perejil, cebollas, ensalada y limones.

Nada dice la nota respecto á la cantidad de tocino, jamon, vino y otras cosas que á pesar de prohibirlas el alcoran, no dejaria de probarlas de cuando en cuando el embajador.

Con motivo de este regalo y para ridiculizarlo, se hicieron por aquella época las siguientes décimas, que aunque mal digeridas las ideas y faltos de consonantes los versos, algunas veces no dejan de ser picantes y satíricos. Nosotros no hemos querido hacer en ellas la menor correccion, y así las damos tales cuales salieron de la pluma del que las hizo (no nos atrevemos á decir del poeta), ó de la mano de los copistas que tan buena maña suelen darse para hacer mediano lo bueno, malo lo mediano y peor lo malo.

DÉCIMAS

al regalo que el embajador turco trajo á nuestro rey, en este año de 1791.

Una brillante sortija
del gran caballo del Cid,
y de la arpa de David
un bordon y una clavija;
la llave de la balija
del correo de Sodoma,
y el cuello de la redoma
donde destilaron sales
los espíritus vitales
del zancarron de Mahoma.

Una calceta de Adan,
el sarmiento de Noé,
la cofia de Bersabé,
y el pellico de Abraham:
brevas del monte Taran,
medio pectoral de Amon,
el cetro de Faraon,
las cabañuelas de Asuero,
las columnas y el crucero
del templo de Salomon.

Siete pelos del cogote
del eunuco Gran Sultan,
que á la burra de Balaan
la casó con Don Quijote;
la túnica y capirote
del Nazareno del Rhin,
y dentro de un escarpin
el pié izquierdo del Pegaso,
las costillas de Parnaso
y espinazo de Cain.

Seis cocineros rabinos
de las bodas de Canaan,
y de la reina Sabá
muchos sahumerios muy finos;
la gran lanza de Longinos,
el morrion de Ismael,
la cotilla de Raquel,
el reloj de Acaz sin mengua,
y setenta y una lenguas
de la torre de Babel.

La piedra filosofal,
gorriones celibatos,
agonías de Pilatos
en término musical;
la línea equinoccial,
frascos de leche de monas,
cocodrilos con valonas,
aguiluchos en audiencia,
y la luna de Valencia
con las plumas de Belonas.

La Dulcinea del Toboso,
medio gigante Galafre,
la punta de un almocafre,
y una pierna del coloso;
velas de sebo de oso;
el escudo de Oliveros,
de Judas treinta dineros,
el peluquin de Faetonte,
y las barcas de Aqueronte
con todos sus marineros.

Una quijada de Ulises,
las pestañas de Sanson,
el ídolo del Dragon
y de Ovidio las narices;
colas de las codornices
que Moisés cogió en Asia,
las dos estrellas de Francia,
el bonete de un convicto,
y de las ollas de Egipto
un puchero de sustancia.

Parte del fuego neutral
que halló el grajo en el Diluvio,
un huevo de fénix rubio
y un pleito matrimonial;
la cúmula magistral
de un mercurio hecho en sarten;
frescas frutas de Belen,
oreja y media de pecio,
y las tres muelas de juicio
del señor Matusalen.

Cuatro lágrimas del ojo
de la puente de Mantible,
y del caulican horrible
las espumas de su enojo;
la ana cardina en manojo,
un sigilo elemental,
un eclipse diagonal,
las Californias en cuentas,
y de las mil y quinientas
el débito conyugal.

Ocho elefantes mellizos,
diez sirenas del serrallo,
un basilisco á caballo
y dos mil plumas de erizo;
ojos de cangrejos firisos,
Virgo y Marte en conjuncion,
medio signo de escorpion,
treinta y dos culebras cojas,
y el alcoran con sus hojas
metido ya en infusion.

Este, amigo, es por entero
sin faltar coma ni punto
el regalo todo junto
segun dice el gacetero;
que lo celebres espero,
pues lo pido por instantes;
y si acaso en tus cuadrantes
no mereciere los ramos,
te aseguro que quedamos
tan amigos como antes.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra.



VISTA DE LAS FERRERIAS REALES DE INDRET, CERCA DE NANTES.

Bajando por la ribera izquierda del Loira, desde Nantes hácia Paim-boeuf, como á unas dos leguas de la primera de estas dos ciudades, el viajero se deleita con el sorprendente golpe de vista que presentan las ferrerías reales de Indret. Edificados sobre la superficie plana y regular de una roca que baña el agua por todas partes, pero que sin embargo es bastante alta para dominar las mareas de mayor elevacion, estos hornos inmensos, á quien los naturales llaman poéticamente *el respiradero del infierno*, ocupan una situacion la mas pintoresca y encantadora.

Enfrente de Indret está la hermosa aldea de Basse-Indret, que estiende sobre la ribera sus numerosas y blancas casas de techos resplandecientes. Esta aldea conserva algunas de sus costumbres tradicionales en lo concerniente á los antiguos usos religiosos de Bretaña. Todos los años hácia eldia de Navidad, los jóvenes de ambos sexos se reunen para decorar á espensas propias y con algunos carros y taburetes un vasto espacio, al que hacen tomar la forma de teatro, cuyos asientos ocupan todas las tardes los vecinos del pueblo y de los alrededores. En este teatro se representa lo menos quince dias consecutivos una inmensa pieza en que los versos corren con la mayor libertad sin las trabas de la rima y de la cadencia, y en que cada estrofa se canta en un aire diverso, á la manera de esos famosos *pots-pourris* que hicieron la delicia de nuestros antepasados. Jamás en esta feliz *tragedia* (este es el nombre que la dan) faltan espectadores, jamás se ha oido resonar en aquel recinto ningun apóstrofe de reprension, jamás ha podido la censura disminuir sus largos actos, jamás la indisposicion de un artista ha impedido representacion alguna, y si se juzgaran las obras dramáticas por el número y la sinceridad de los aplausos, la *tragedia* de la Basse-Indret podría vanagloriarse de ser la mejor de las obras dramáticas.

Nuestros lectores nos perdonarán el que nos hayamos apartado del objeto principal de nuestro artículo, en gracia de haberles hecho la narracion de una diversion que no todos conocerian: y agradeciéndoles su indulgencia, volveremos á enlazar nuestra cortada relacion.

Las fábricas reales de fundicion de Indret fueron montadas en 1838 bajo la direccion del hábil mecánico Mr. Gengebre, y destinadas por el gobierno á construir navíos de vapor.

Decir el poco tiempo en que fueron construidas las primeras máquinas, y el inmenso desarrollo que recibió el trabajo de fundicion, seria bastante para hacer el mas bello elogio de estas ferrerias, si no viniera á empañarle la completa inaccion en que se encuentran en el dia, y lo atrasadas que están respecto á las fundiciones inglesas, que han conseguido en pocos años anteponerse á todas, impelidas en el camino del progreso por el poderoso empuje de la civilizacion moderna.

Pero las ferrerías reales de Indret, descuidadas por el gobierno, no han podido sentir la fuerza de su empuje, y es muy triste ver unas fábricas que por muchas razones deberian ser las primeras de Europa, yacer en el doloroso estado de una inercia científica, tan grande como la que tienen las fábricas de Indret, en las cuales sin embargo trabajan una infinidad de obreros. Pero cuando se emplean mas brazos que inteligencia, solo se deja ver la industria á través de un prisma, empañado por el sudor que imprimió la maldicion de Dios sobre la frente del primer hombre.

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

(Conclusion.)

ARTICULO TERCERO.

Pero otra víctima mas segura y pronta debia inmolarse en obsequio del terremoto, como para aplacar sus iras y conjurar sus rigores, y en los primeros dias de junio vióse maniobrar sobre la plataforma de la ancha torre del real palacio, una falange numerosa de peones, antes de saberse que su destruccion estuviese decidida, antes de divulgarse siquiera el daño que tan fuerte medida motivaba. Creyóse al principio que se trataba de un reparo, despues de una rebaja de altura cual en otras ocasiones la ha sufrido; mas la piqueta seguia abatien-

do uno y otro torreon, y sigue bajando, bajando siempre, sin que sepan donde han de detenerse los brazos mismos que la manejan. Sin duda que á tan estrema resolucion hubo de preceder un prolijo y concienzudo reconocimiento, y que de él debió brotar evidente y luminosa cual la luz de mediodía, la triste conviccion de que inútiles serian los recursos del arte, para salvar al coloso de piedra, y que si las apariencias eran de solidez y perfecto á plomo en sus cuatro muros, las apariencias mentian, y que allí donde los ojos superficiales penetrando en el interior no veian tal vez sino renovadas grietas de no difícil remedio, leyeron los inteligentes terribles síntomas de próximo y total hundimiento, al cual un prudente derribo debia anticiparse. Por esta vez no anduvieron lentas las consultas, ni complicados los trámites, ni abultado el espediente, ni embarazosas las competencias, ni escasos los recursos, aunque no tan copiosos sin duda como la voz pública exagera, suponiendo 9,000 duros destinados á estas obras: sea como fuere, ¿qué mas pronto ni mas feliz despacho pudiéramos desear para tantos otros asuntos de pública utilidad y fomento que yacen bajo el polvo de las oficinas? Y ya que S. M., espuesto una vez el indicado peligro, ha consentido en que se destruyera el mas bello ornato y peculiar fisonomía de la mansion de sus augustos progenitores, pues no parece creible que á vista del administrador de su Patrimonio, sin su beneplácito ó conocimiento siquiera, se procediese al derribo de una parte tan principal del palacio, en que la corona, desde remotos tiempos, otorgó generoso albergue á los vireyes y capitanes; no nos resta ya sino deplorar el prematuro fin de este poético monumento, que á mas larga existencia parecia destinado.

No faltará acaso quien nos pregunte qué belleza y mérito á nuestros ojos encerraba aquel grupo descomunal de cuadrados torreones, no ya de barbacanas ceñidos ni de almenas coronados, solo por su elevacion y adusto colorido recomendables, sin mas adorno que el de sus ventanas ó ajimeces, la mayor parte tapiados; ó qué recuerdos contenian aquellos gruesos y sombríos muros, sino los toscamente esculpidos nombres, ó sofocados gemidos de los reos de estado que añejos bandos ó causas políticas allá sumieron. ¿Qué recuerdos decís? Los de una serie de dominaciones, los de una dinastía de reyes, la historia de las vicisitudes de un pais á cuyos destinos presidió el permanente alcázar. Al rededor de este formóse en remota época, tal vez en la goda, tal vez en la romana, la pequeña y fuerte ciudad que llamaron los árabes Almudayna ó *Ciudadela*, como al rededor de esta se estendió mas adelante en semicírculo el resto de la poblacion: su fortaleza constituia el cuarto y último recinto, que dominaba á principios del siglo XII la triple muralla de la plaza sarracena, y en el cual se guarecieron con desesperado brio los muslimes en 1115, estrechados por la vengadora espada de catalanes y pisanos; por aquellos muros cortados á pico sobre las olas descolgóse el valí Burabé, buscando ya su salvacion en la fuga que las naves del valiente Dodon le cerraron; y cuando los móviles castillos de madera de los sitiadores ganaron como al abordaje su erizada altura, corrió la sangre por el pavimento, la llama por la techumbre de sus estancias, rodaron cadáveres precipitados por las ventanas, ondeó la cruz sobre las derruidas almenas. A la noble estirpe del poderoso Mudjehid, señor de Denia, reemplazaron en la posesion de aquel palacio, como en la de toda la isla, los jeques almoravides, arrojados á su vez por los almohades, manteniendo allí todos un simulacro de corte, y gozando de sus pirateadas riquezas en el seno de las delicias: pero trascurrido poco mas de un siglo desde el pasajero estrago de los de Pisa, atravesó los umbrales de la real morada un conquistador mas generoso y humano, Jaime I de Aragon, apartando de ella el hierro y la tea incendiaria, y confiando sus tesoros á la custodia de un santo religioso.

Erigida Mallorca en reino independiente, el alcázar de la Almudayna pasó á ser verdadero real palacio; y cuando Jaime II en el último tercio de su reinado poseyó al fin tranquilamente la corona legada por su padre el Conquistador, adornó con obras magníficas su hermosa residencia, sin quitarle el carácter moruno ni el aspecto belicoso. Entonces, en la primera década del siglo XIV, frente el uno del otro, el real palacio y el castillo de Bellver en la próxima colina, surgian á la vez y desenvolvian sus bellas formas bajo la direccion acaso de un mismo arquitecto, Pedro Salvá, decorados al par sus salones por el pincel de Francisco Cabdller; entonces la vieja mansion de los valíes vió brotar en su seno la interesante capilla de Santa Ana, y sobre el mar y sobre el huerto, á mediodia y á poniente, tendió sus ojivales galerías, mutiladas hoy por mas recientes fábricas, y se levantaron sobre los antiguos murallones gallardas torres de piedra, encerrando abovedadas y lujosas estancias, y á las angostas saeteras reemplazaron gentiles ventanas, y sobre el torreon altísimo del homenaje asentóse en lugar de vigía el famoso ángel de bronce que le ha dado nombradía. Allí en 28 de mayo de 1311, cerró los ojos el espléndido soberano; allí su hijo el bondadoso y enfermizo rey D. Sancho, alternó sus pacíficos dias con los que en su predilecta villa de Perpiñan gozaba; allí el infortunado Jaime III, nieto de II, desde su temprana juventud vió acumularse por el lado de Aragon las negras nubes que le presagiaban destronamiento y muerte. Huérfano despues de reyes propios el palacio; pero sirviendo de residencia á los gobernadores de la isla, conservó un reflejo del esplendor y grandeza de la ostentosa corte mallorquina. Sus nuevos dueños los monarcas de Aragon en el mismo siglo XIV la visitaron; pero cada vez en perjuicio de Mallorca: Pedro IV para uncirla á su yugo, Juan I para arruinarla con sus exacciones y saraos. Paz y sosiego, cual nunca lo disfrutó en su agitada vida, aunque siempre bajo la suspicaz mirada de su tirano padre, halló hácia 1459 en aquellos vastos y desiertos salones, el tan infeliz como virtuoso Cárlos de Viana, entregado por algunos meses al estudio y al retiro; y un escondido reino dijo haber encontrado, al entrar por su patio, el insigne emperador Cárlos V, que descansó allí cinco dias, de 13 á 18 de octubre de 1541, antes de partir á su malhadada espedicion de Argel. Enumerar los huéspedes de sus régias salas, y los huéspedes de sus sombrías torres, y los espectáculos y festejos, y las escenas ya de luto ya de regocijo que á su pié han ido desfilando, seria recopilar en un breve espacio la historia y las costumbres de veinte generaciones, sus anales políticos y sus fastos criminales, sus glorias y sus revueltas, sus alegrías y desventuras: todas despertaron eco en aquellas bóvedas, todas dejaron sulco en aquellos muros denegridos.

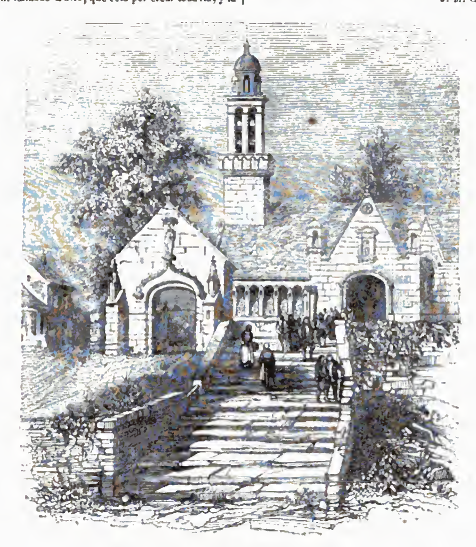
Ahora bien: ya que los vireyes, generales y demás funcionarios en el vasto edificio alojados, al tenor de sus caprichos ó necesidades alteraron la primitiva estructura; ya que por el lado del mar se presentan renovadas sus dos filas de balcones, y con deformes escrecencias obstruida su fachada, al paso que hácia la huerta ábrese un caos de galerías, balcones y ventanas de todas fechas y tamaños, sin órden ni concierto distribuidas; ya que las salas del piso bajo y del principal se han modernizado todas, escepto el real oratorio privado, que por medio de una tribuna comunica con la capilla de Santa Ana rivalizando con ella en gallardía y desaparecerá el dia menos pensado sin haber obtenido de nadie un recuerdo, ¿qué le restaba ya al real palacio, para insignia de su belicoso orígen y augusto destino sino la corona de torres eminente que por cualquier lado descollaba, humillando y comprimiendo las mezquinas obras particulares, y como proclamando su soberana pertenencia? Sobre la anchurosa azotea, por cuatro angulares torres flanqueada, erguiase la del *Ángel*, que si bien rebajada hasta el segundo cordon en 1756, al año siguiente del formidable terremoto, de Lisboa, del cual llegó á la isla un débil eco, solo á la contigua mole de la catedral cedia en altura (1). Las altas bóvedas cruzadas en arco, los severos portales en semicírculo, los altos alfeizares de las ventanas, ya sencillas ya partidas por esbelta columna, las molduras y arabescos de tapiadas galerías, caracterizaban aun los aposentos de las torres y los subyacentes á la azotea; y á leve costa se les devolviera la distribucion y forma que le dió su real fundador, trocándolos otra vez de lúgubres mazmorras en risueñas y magníficas estancias. ¡Qué rosada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de los opacos torreones! ¡Qué triste luna! Cada hora tenia allí su encanto, cada punto su perspectiva. ¡Pobres torreones inmolados para seguridad de la poblacion que un tiempo defendian, si opusieron rebeldes al hierro destructor la nativa dureza y perfecta trabazon de los sillares, resonando con los golpes cual si de bronce fuesen, al menos no hubieron de ser apuntalados para prestar pié firme á sus demoledores! ¡Pobre torreon del homenaje, ayer el perfil de su ángel protector combinábase con las coronadas agujas de la Seo y con la majestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de lejos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío! ¡Necios lamentos, dirá alguno, á propósito de un monton de piedras! Pero piedras y terrones forman ese mágico ser que se llama *patria*, y los puntos culminantes son los rasgos de su fisonomía. ¿Direis tambien, necio amor el de la patria?

Y el ángel contemporáneo de la torre, que vino á fundir de Perpiñan Francisco Campredon, con tornesa y media (26 dineros) de salario al dia, que Jaime II impaciente de verlo, hizo traer á Sineu de donde á la sazon residia, para examinarlo á su gusto; que plegadas y casi rozagantes las alas, caida hasta los piés la vestidura, armado el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas *et verbum caro factum est*, tendido el brazo durante cinco siglos y medio, señaló el viento con el dedo índice girando á merced de sus mudanzas, ¿cuál será el destino de esta interesante figura? ¡Pobre ángel! tambien pendiente como de una horca te vimos el 6 de junio, y el 28, aun tendido boca al suelo en la azotea, bajo haces de maderos, á pesar de lo que anticuarios y autoridades en salvarte se han interesado! Bien pudiste presagiar tu próximo y cruel destino, el dia en que viste arrancar de la torre piramidal de San Miguel al ángel tu compañero: Dios te conceda menos acerbo fin. Ahora si bajas entero de entre los escombros, si no tiendes el vuelo á paises mas hospitalarios, si la curiosidad de un aficionado no te acota por propio, irás, ángel cesante, á ocupar un puesto al abrigo

(1) Véase el grabado pág. 317.

de la intemperie en ese invernáculo donde pierden su aroma y lozanía las flores arrancadas del nativo suelo, en esas salas de asilo donde se reunen los objetos artísticos, huérfanos del edificio que los sostuvo, en ese cementerio, al fin, llamado *Museo*, que está por crear todavía; y la soledad no te asuste, que en breve acaso irán á reunirse allá contigo los privilegiados destrozos y esculturas de los monumentos que en pié nos quedan.

J. M. CUADRADO.



IGLESIA DE MARCELLE.

Pocos son los que han detenido sus pasos delante de esta obra, cuya arquitectura corresponde al siglo XI: menos notable por su mérito intrínseco que por su antigüedad venerable, domina desde una altura el pueblecillo de Marcelle, situado no lejos del cabo de Finisterre, y sirve de descanso al curioso que visita sus pintorescas inmediaciones.

Marcelle fué en otro tiempo baronía feudal: su último señor construyó un pequeño castillo, cuyas ruinas se veian hace algunos años en el camino que conduce desde dicho pueblo á Corcubion, y se reducian á varios lienzos de muros derruidos, y á los restos de un torreon cuadrado. Esta clase de construcciones se ejecutaban entonces con piedra bruta, sin órden ni simetría, y carecian por lo tanto de los adornos y labores que tanto distinguen á las obras de los últimos siglos: es verdad que ganaban en solidez lo que les faltaba de hermosura.

Los alrededores de la iglesia de Marcelle ofrecen los puntos de vista mas agradables que pueden observarse. Al norte se divisan unos altos montes, de los cuales se desprende un riachuelo que regala sus puras aguas al rio Tambre, que desagua en el mar junto al cabo de Finisterre; grandes sotos abundantísimos en caza presentan agradable sombra que convida al descanso, y multitud de árboles frutales y de plantas odoríficas convierten durante el verano aquel país inculto en un bellísimo vergel.

El paraje que eligieron los primeros moradores de Marcelle para levantar su iglesia no es menos agradable ni pintoresco. Y aquí debemos notar que, generalmente hablando, las antiguas iglesias, que nada de particular ofrecen por sus construcciones, se recomiendan sin embargo por las respectivas posiciones que ocupan; lo cual prueba que los arquitectos de esos siglos remotos atendian mas á la impresion religiosa que debia producir un edificio sagrado, que á la comodidad y á las reglas confusas del arte, tal cual habia llegado hasta ellos. Buscaban únicamente el efecto en el ánimo de los fieles, ó lo que es igual, un medio poderoso para atraerlos á la oracion y á todas las prácticas religiosas, porque á sus ojos el lado moral del arte era la parte principal á que se dirigian sus desvelos. Preciso es confesar que casi siempre llegaron á conseguir su objeto. Al presente hemos sustituido al resultado moral la conveniencia razonada, y en vez de buscar el efecto, solo apetecemos el resultado práctico, principio escelente para los adelantos de la mecánica, pero que ha producido, como debia suceder necesariamente, todos los monumentos sin carácter, sin idea fija, que deshonran la arquitectura contemporánea.

LA BUÑOLERA.

En la noche del 2 de diciembre de 1515 llegaron, en Granada, cuatro soldados á una buñolería morisca que habia en el comedio de la calle de Elvira. Entraron de tropel, sentáronse en el zaguan, pidieron una libra de hojuelas con su correspondiente racion de meloja, pagaron adelantado, y sacaron para hacer boca un pellejo de vino de Ubeda.

—Si voacés quieren alguna cosa mas, díganlo, y su boca será medida.

Asi dijo la viejezuela aljamiada que hacia los honores de la casa, y puso sobre el banquillo delantero una fuente de peltre colmada de hojuelas: las pícaras estaban rubias como el oro, huecas y calientes; tres condiciones precisas que ha de tener para ser gustosa toda fruta de sarten.

—Que atice el candilon y cierre esta portera, porque hace un gris que parece puñal de Albacete, segun se cuela por las carnes: contestó uno de los soldados.

Al cumplir estas órdenes la buena comadre, se oyó un clamor de campanas.

—¡Dios lo tenga en su gloria! y parece pájaro gordo: esclamó la vieja deseando aparentar mas religion de la que tenia.

—Duque de Sessa y Terranova, marqués de Vitonto, condestable de Nápoles y noble · e Venecia: nada menos.

—Y príncipe de los caballeros, y padre de los soldados.

—Y árbitro de reyes, y protector del pontífice.

—Y sobre todo, el GRAN CAPITAN Gonzalo Fernandez de Córdoba, dijo un soldado con los bigotes grises y la tez tostada por el sol de Cerinola y del Garellano.

—Recemos por su alma: añadió el mismo veterano enjugando mal una lágrima; y quitándose el casco entonó un padre nuestro ayudado por sus compañeros.

—Amen: murmuró entre sollozos la buñolera.

—Madre Roma, hace bien en llorar, porque á Gonzalo Fernandez de Córdoba debe su parroquia esta tienda.

—Muchas veces lo he oido decir, mas nunca pude alcanzar el cómo y por qué.

—Cerrad la tienda, puesto que son las ánimas, y lo contaré en amor y compaña vuestra: contestó el viejo escudero.

—Bien por Uceda: dijeron todos á una voz, pues el cronista pasaba como escelente orador entre la soldadesca.

—Tomaré un trago para que pase un nudo que tengo atravesado en la garganta desde que oí esos clamores. Bebió:—¡Cómo sabe á la pez!—dijo; se limpió el bigote y los labios con el reverso de la derecha mano, y apartándose de la mesilla para accionar mejor, comenzó de esta manera.

Hace veinte y cuatro años ¡qué tiempos aquellos! .... entonces apenas me apuntaba el bozo: no habiamos ido á Italia, ni se habian descubierto las Indias: estos reinos de Granada eran de moros, vivia la reina Isabel, y mandaba con el rey los ejércitos.

Cincuenta mil hombres estábamos acampados en ese valle que hay frente á la puerta de Elvira, donde hoy se halla Santa-Fé. La gente mas aguerrida éramos andaluces; pero habia de todas raleas.

Por el mes de junio (1) ya estaban talados los panes del valle de Lecrin, y nuestras algaradas llegaban al corazon de las Alpujarras. Los fuertes esteriores se habian arrasado, y podia llegarse á un tiro de flecha de las murallas de Granada, sin miedo á ser flanqueado.

En la noche víspera de San Juan Bautista, la reina, como era un ángel, quiso que nos alegrásemos á uso de la tierra, y así se publicó á son de atambor por el campamento; ¡qué velada, muchachos! A los mismos cármenes de la ciudad llegamos para recoger flores (que algunos trajeron salpicadas de sangre), y ramos de cerezo, de acacia, de paraiso, de azahar y de granado, para adornar las tiendas de las damas. Delante del pabellon de la reina, que ocupaba el centro, hicieron los valencianos un jardin con juegos de aguas y luces de colores: frontero á la del rey armaron los ingenieros de las bombardas un artificio de pólvora nunca visto. Los gallegos y los suizos encendieron grandes hogueras que despedian llamas azuladas y rico olor por las gayombas con que las alimentaban; alrededor de ellas bailaban en rueda, cantando al compás de las gaitas y tamboriles.

Por el lado que daba al cerro andaba lo mas caliente de la fiesta: las cantinas y las buhonerías estaban iluminadas; todos eran corros de zarabandas y zarabandillas. Cantaban los genoveses romances en su lengua; hacian agüeros los gitanos; contaban cuentos á voces los mudejares; hacian juegos con lanzas y cuchillos los almogavares, y recorrian las calles del real tropas de músicos con flautas, tamborinos, salterios, alboques, chirimías y trompetas, tocando las sonatas que mas agradaban á la reina: aquello era un ascua de oro: ¡de allí al cielo!..

Pues señor, vamos al caso: en la tienda de la reina, todavia no se habia quemado el campamento, tambien habia sarao; como era el pabellon tan magnífica pieza, pues le regaló á S. A. el marqués de Cádiz, allí se hallaba reunido lo mejor del reino; el duque de Escalona, el conde de Tendilla, el de Cifuentes, el de Cabra, Hernan Perez del Pulgar, que como un gigante sobresalia entre todos con su cabellera negra y lácia, que le cubria el cuello de leon; el duque de Cádiz, fuerte como un roble, pero blanco de color y con el pelo castaño: capaz era este capitan de adivinar los pensamientos á un muerto, y de meter su lanzon por la costilla que eligieran de las de su contrario; el marqués de Villena, tan generoso de corazon, que estaba manco del brazo derecho por acudir en socorro de un sirviente suyo; D. Alonso de Aguilar, el conde de Ureña, el Cardenal de España, y otros muchos caballeros formaban cerco alrededor del estrado del rey, de la reina y de la infanta.

¡Si hubiérais visto entonces á la reina Isabel! tenia cuarenta y un años, y era tan hermosa que ninguna muger he visto que pueda compararsele: el color como una rosa; los ojos azules, y tan vivos que parecian estrellas; las facciones todas bien proporcionadas, y el cabello castaño, al sol de oro. Inspiraba su aspecto tanto respeto como la Virgen que está en los altares; y sin embargo, cuando uno se veia turbado delante de ella, miraba de un modo tan dulce y daba tantos alientos con sus palabras bienhechoras, que le contaba uno de corrido sus quejas lo mismo que si fuera su madre: tenia falda sobre brocado de plata, tocado de Cambrai, y el cabello entretejido de corales. El rey estaba sentado á su derecha sobre una silla de campaña; ya lo conoceis y sabeis que gasta buena persona; pero entonces tenia treinta y nueve años, estaba mas derecho, mas alegre, y como que parecia otro al lado de los castellanos y de la reina Isabel. Aquella noche parecia muy bien con su jubon carmesí, sus calzas de raso amarillo, su sobrevesta de brocado, y arreglado el cabello, que por aquellos tiempos lo tenia castaño y mucho....

—¿Pero, Uceda, dónde se fué la aventura del Gran Capitan? Porque todavia no ha salido este á relucir.

—Gonzalo Fernandez de Córdoba estaba al lado de la reina como alcaide de los donceles, tenia un año menos que el rey, y ahora comienza lo mejor de la historia.... Mas supuesto que me has interrumpido, sírveme una hojuela y venga un trago.

Terminada la rueda del zaque, prosiguió Uceda su relato.

—Pues como iba diciendo á la buena compañía, Gonzalo estaba un poco mas bajo que SS. AA. y mas compuesto que todos los grandes; era á la sazon el mas gentil caballero del mundo: vosotros que le habeis conocido con un pié en el sepulcro, despues de veinte y cuatro años y de tantos trabajos, habreis visto que descollaba su noble presencia; pues juzgad lo que seria entonces.

Siguiendo mi cuento, habeis de saber que todos los concurrentes al sarao y los mismos reyes estaban callados oyendo con atencion al viejo Hernando de Zafra, secretario de SS. AA., y mas temible con la pluma que una escuadra de caballería á la carga. Contaba muchas usanzas de los moros, como entendido que era en su lengua, y referia el modo que tenian de solemnizar la velada de San Juan, al que ellos tienen tambien devocion, sino que como perros, solo hacen agüeros de mojarse el cabello las esclavas, y otras hechicerías, añadiendo que se refocilaban con hojuelas y buñuelos dulces que trabajaban con singular perfeccion.

—Mucho que me gustan esos buñuelos, dijo la reina, si estan calientes y bien aderezados.

—Pues los que labra una morisca, no mal parecida, en la tienda del comedio de la calle de Elvira, habian de ser del agrado de S. A., pues los vende hasta para el rey de Granada.

—No provoques, Hernando, mi deseo con tus celebraciones, que ya me parece estan haciendo falta esos dulces para tan buena reunion, repuso la reina con mucha gracia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba que no quitaba los ojos de la reina Isabel, aunque con religioso respeto, apenas hubo oido estas palabras, salió sin ser notado de la tienda.

Pocos momentos despues, serian las once de la noche, le vi cruzar como un relámpago, envuelto en un albornoz blanco, cubierto con la capucha, solo, y montado en un caballo negro que se bebia los vientos: uno de esos potros que él solo sabia educar, y que educados eran envidia de los reyes.

Antes que el pensamiento (y el campamento estaba dos leguas), llegó á un portillo que habian hecho en la muralla por el lado de la puerta de San Gerónimo las aguas del caz que servia de foso: este portillo se hallaba guardado por una compañía de ballesteros. Detúvole al Gran Capitan una patrulla al trepar por los escombros que cubrian el foso; dijo algunas palabras en la lengua de los moros, y mientras vacilaban en dejarle ó no pasar, impaciente él que tan de prisa iba, ayudó al caballo, que derribó con los pechos á los delanteros, saltó la banda de sacos de tierra que cerraban el portillo, y diciendo algunas palabras de mando á los soldados espantados, se fué derecho hácia la mezquita mayor. Cuando se pusieron los peones de acuerdo con la patrulla y quisieron hacer armas, ya no se oia ni el eco de los cascos del caballo.

Nuestro capitan rodeó la mezquita mayor, donde ahora hacen la catedral, pasó frontero al palacio de los infantes de Granada, y poniendo el caballo al paso de andadura, como si fuese un traginante, llegó á esta buñolería donde ahora estamos (1).... Pero demos otra vuelta al odre, que se me secan las fauces.

Bebió el veterano y bebieron todos, saboreando unas castañas asadas que la vieja habia añadido por reconocimiento al narrador, y despues de toser y escupir, continuó el soldado de esta manera:

—Siguiendo con mi cuento adelante, habeis de saber que como era noche de San Juan, y famosa la buñolería, estaban las puertas cerradas y flanqueadas por una muralla de perros moros, que se codeaban y empujaban dando aullidos cada cual en su tono, para que le despachasen pronto.

El alcaide de los donceles se bajó del caballo, le arrojó la brida sobre el cuello, y haciendo ariete de sus puños, rompió el grupo y se abrió paso: llegó al mostrador, y sacando un puñado de adirjanes, le dijo á la buñolera, que era una graciosísima morena:

(1) Por las señas del veterano se referia al año de 1491.

(1) Aun se conserva esta buñolería con la misma traza morisca, frente al pilar del Toro, haciendo esquina á la calle de la Carcel.

—Lo mejor de la tienda ponédmelo en un cestito, de modo que pueda resistir un viaje, y cobraos lo que gusteis.—Esto enseñando las monedas.

Al oir la buñolera aquella voz tan imperiosa, y aquellas palabras que no eran propias de esclavos, dejó la hacienda que tenia entre manos, y sin respeto al rigoroso turno que tenia establecido, cogió las mejores hojuelas, las flores que acababa de dejar en el molde, los buñuelos mas rubios, y entre yerba-buena y torongil los acomodó en un cestillo de mimbres de colores que cosió con un junco.

Tomó el caballero la cesta, pasó el asa por su brazo izquierdo, y al arrojar sobre el mostrador los adirjanes de plata y oro que tenia en la mano derecha, derramó gran parte en el suelo. Cayeron sobre ellos como cuervos los esclavos y gentecilla que rodeaban la tienda, y la graciosa morena interesándose por tan rico marchante, cogió el candilon que pendia del umbral, y adelantó su brazo y su talle, inclinando todo el cuerpo hácia fuera para que se viese mejor dónde habian caido las monedas.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, que llevaba estudiado todo esto, aprovechando aquella coyuntura, cogió por la cintura á la morisca, y levantándola como una pluma, la sacó de la tienda como quien arranca un clavel. Se apagó el candilon, cayendo sobre los codiciosos buscadores, empezó á gritar la moza y á alborotarse los presentes con la novedad del caso; pero el alcaide, sin detenerse ni aun á tomar la brida, se colocó de un salto sobre su caballo, sujetando entre tanto á la buñolera por la crencha, y poniéndola despues en el arzon, desenvainó la espada, sacudió unos cuantos reveses á los que le habian asido, y encabritando el caballo para cobrar las riendas, salió como una flecha por la calle de Elvira, dejando en pos de sí una algazara infernal y una alarma tumultuosa.

Muchos en su armadura, en su rostro mal encubierto por la capucha, en los arneses del caballo y en la espada, habian conocido que era un cristiano, y algunos esclavos y tornadizos aseguraron ser el marqués de Cádiz ó el Alcaide de los donceles. Con esto se aumentó el ardimiento de los que le seguian, guiados por las chispas que arrojaban las herraduras, y como entre ellos iban algunos soldados, pusieron en arma la ciudad. La buñolera por su parte no se descuidaba; como una leona pugnaba por desasirse, y sin reparar en el peligro, por arrojarse al suelo: con sus descompasados movimientos el potro se descomponia, y con los gritos desgarradores de la morena que pedia socorro sin fatigarse, el animal no oia la voz de su amo, y se *deshacia* en aquellas calles desconocidas; mas á pesar de todo, el buen caballero llegó á la calle de la Azacaya, dejándose muy atrás á sus perseguidores, cuyas voces de alarma apenas distinguia.—Mayor peligro le esperaba en otra parte.

—Dios le tenga en su mano, que á fé mia interesa la aventura, y es de un valiente caballero: dijo la vieja aljamiada.

—Pues como iba relatando, continuó Uceda, Gonzalo corria por las callejuelas estrechas del barrio de la *rauda*, hasta que vino á dar en el mismo portillo por donde habia entrado; pero la perra morisca, viéndose perdida si el caballero lograba salir de la ciudad, redobló sus gritos y consiguió alarmar á toda la guardia, que apresuradamente se puso en son de guerra con las ballestas armadas para cerrarle el paso. El Alcaide envolvió con el albornoz á la cautiva, la cubrió con su casco para defenderla de las arrojadizas y ahogar sus gritos, aplicó los acicates al caballo y se arrojó sobre los moros mal agrupados en la brecha. Dispararon estos al bulto sus ballestas y azagayas, mas no tocó ninguna al ginete ni á su presa, porque el caballo obedeciendo á una ayuda especial, se bajó hasta tocar con su vientre la tierra, y pasaron por cima de caballo y caballero las flechas y las lanzas. Los contrarios creyeron muerto al robador de la morisca quejumbrosa, pues Gonzalo habia hecho de propósito arrodillar al potro, y se vinieron en desórden sobre él para rematarle ó prenderle, libertando á la cautiva. Ni visto, ni oido, mordió el primero la tierra de una cuchillada de catorce puntos, y arrancando el caballo, pasó por entre ellos á escape, repartiendo tajos, de esos que caben á uno por hombre. Bajó el potro por la pendiente de escombros del portillo brincando como un corzo, y Gonzalo, ya desde la vega, gritó á los que le tiraban piedras y flechas desde la muralla:

—¡Torpes! ¡Habeis dejado ir al Alcaide de los donceles!

Cuando acabó la frase estaba una milla de la ciudad, seguro, si puede estarse en campo enemigo: oyó las algaradas de una patrulla que venia en su seguimiento; pero ¿quién alcanza un relámpago, ni abraza el arco iris? El caballo sacudió las crines, y aguzando las orejas igualó la carrera, y antes de un credo avistó el Gran Capitan la primera avanzada de nuestro campamento: ya era tiempo, porque el animal babia hecho su último esfuerzo á la voz de su amo, y comenzaba á dar resoplidos. Gonzalo le puso al trote porque quedaba media legua, envainó la espada, arrojó el albornoz, y le quitó el casco á la morisca que se habia desmayado.

La luna los bañaba de lleno, y el Alcaide reparó que era la buñolera como un pino de oro: desplomada sobre el brazo del caballero, recostada en su pecho, suelto el cabello y con el seno descubierto, hubiera provocado á un desafuero á un hidalgo menos cumplido y honesto que el Gran Capitan. Pero los voy á dejar camino adelante, puesto que ya divisan las hogueras del real, y mientras que el caballero pulsa en las sienes á la cautiva, y se convence de que no está mas que aletargada, voy á contaros lo que sucedia mientras en la tienda de la reina.

Continuaba la reunion, y despues de oir á una música que dieron á SS. AA. los trompeteros de la caballería, siguió Hernando de Zafra ocupándose de los festejos que estarian haciendo los moros granadles, de su mercado de flores en Bib-Rambla, de sus ensalmos para buscar tesoros, de sus procesiones devotas por los cerros de los Alijares, y los alrededores de Bib-Tauvin.

—Gonzalo, repuso la reina, podrá decirnos tambien algo de eso, porque turbó una de esas hechicerias, cuando quemó los molinos que habia hácia esa puerta. ¿Pero dónde está el Alcaide de mis donceles?...

—Pide licencia para entrar, dijo un paje, y presentar á S. A. una cosa que será de su agrado.

—Concedida la tiene, contestó la reina con la sonrisa en los labios

Apareció entonces Gonzalo de Córdoba con el traje de corte lleno de polvo y salpicado de sangre, puso una rodilla en tierra con ese aire elegante y noble que ha conservado hasta su muerte, y presentó á S. A. el cestillo con los buñuelos y las hojuelas, que parecian bien entre las flores, é hizo arrodillarse á la buñolera, muda de terror y asombro, que no se creia desaletargada aun.

—¿Qué es esto, Gonzalo? ¿De dónde vienes tan de batalla con esas frutas de sarten y esta mora? preguntó la reina haciendo señal al caballero para que se levantara.

—Señora, oí decir no ha mucho á V. A. que estaban haciendo falta estos buñuelos para tan buena compañía, y he ido á Granada á la tienda del comedio de la calle de Elvira por ellos, y por si no llegaban calientes, he traido á la buñolera conmigo, que podrá hacerlos á gusto de V. A.; por eso le suplico se sirva aceptarla por esclava, y á mí me perdone el haber faltado de su servicio por tan corto rato.

—Locuras heróicas, como siempre; dijo la reina dándole á besar su mano.

Un murmullo de asombro circuló entre los capitanes, aunque entonces era para todos fácil lo imposible, y Pulgar se mordió los labios de ira consigo mismo, porque no se le habia ocurrido tal idea.

Los buñuelos se consumieron entre todos. La esclava se hizo cristiana, y ahora tiene tienda en Valladolid: y como dicen las viejas, yo fuí y vine y no me dieron nada (1).

J. GIMENEZ-SERRANO.

Ultimos dias de Juan Chouan.

Despues de la destruccion del ejército vendeense y la muerte del príncipe de Talvaon, la posicion de los insurgentes de la Baja-Maine, mandados por Juan Chouan, se hizo muy difícil: queriendo hacerse olvidar por algun tiempo este último, se retiró hácia las fronteras de Bretaña. Desde allí supo que los republicanos de Erué, se habian estendido por las tierras de Bourgon para cortar las hayas que favorecian las emboscadas de los realistas, y al instante condujo su tropa á aquellos lugares y los batió en un estrecho llamado *Rougefeu*; pero la misma tarde una columna de guardias nacionales puso en fuga á su tropa y tuvo necesidad de refugiarse otra vez al bosque de Misdou. De allí salió nuevamente para desarmar á los patriotas del distrito de Bacounier y de Andouillé; los herreros de Port-Brillet, que le salieron al encuentro, fueron dispersados, cayendo dos de ellos prisioneros en manos de los chouanistas. El uno de ellos fué fusilado inmediatamente, y el otro, que era casi un niño, lo hubiera sido tambien á no haberlo visto Juan Chouan, quien empezó á gritar.

—¡Eh, no tireis! os prohibo matarle, yo respondo de él, desgraciado el que le haga daño.

Rara vez empleaba Juan Chouan la amenaza; pero una vez que hubiera amenazado, era muy peligroso el desobedecerle; así que le entregaron el prisionero. Este vestia el uniforme republicano, el que Juan Chouan le obligó á ponerse del revés, mandándole que fuera siempre á su lado; como lo hizo por largo espacio, hasta que ya rendido de cansancio, se detuvo diciendo:

—No puedo seguir mas, matadme si quereis; pero no pasaré de aquí.

(1) Como Uceda habia conocido á todos los personajes que se mencionan en su relato, y habia servido bajo sus banderas, inútil es decirte, levente amigo, que en sus retratos y en sus descripciones hay tanta verdad, como si hubiese consultado los manuscritos de Oviedo y del cura de los Palacios, la historia de Prescott, la crónica de Irving, las epístolas de Anquieria, la obra de Giovio, la de Quintana, la de Pulgar, la de Diodoro Sículo y otros libros menos raros que tratan de los sucesos de aquel tiempo.



(Últimos dias de Juan Chouan.)

—¡Infeliz! le respondió, no tengas cuidado, nada te haré, quédate aquí segun deseas, y cuando los republicanos te encuentren, diles que nos seguias á la fuerza. Adios, que el cielo te proteja; quizás un dia me puedas pagar lo que ahora hago por ti, cuando oigas decir que Juan Chouan es un perdido.

Quisieron los realistas reunirse cerca de la laguna de Olivet, pero les faltaron las municiones, y nuevamente fueron dispersados por los republicanos. En este caso Juan Chouan concibió la idea de robárselas á sus enemigos, y la llevó á cabo internándose de noche con un tal Goupli en la ciudad, y asaltando el almacen de las municiones, para lo que tuvieron que saltar una porcion de tapias y burlar la vigilancia de un sin número de centinelas. Empresa atrevida, y que solo Juan Chouan se hubiera atrevido á poner en ejecucion.

Al siguiente dia los republicanos hicieron prisioneros á sus dos hermanas, las que no habiendo tomado parte en las empresas de sus hermanos, y fiadas en su juventud, creian no tener nada que temer: sin embargo, fueron conducidas á Bourqueuf, y desde allí á Laval.

Cuando Juan Chouan lo supo, se decidió á salvarlas á todo trance, y aunque tenia pocos de sus partidarios cerca de sí, eran estos los mas valientes, y todos juraron por su alma secundar sus proyectos.

Con efecto, aquella misma noche consiguieron anteponerse á los republicanos que las habian apresado, y formaron una emboscada en el camino por donde habian de pasar. En tanto que esperaban á que los republicanos llegasen, Juan Chouan recorria con la mayor impaciencia todos los puntos donde estaban apostados sus compañeros, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: —¿No es verdad, amigos mios, que no me dejareis aqui solo? —No, no lo temas: estaremos aqui todo el tiempo que tú quieras; —le contestaban.

El dia siguiente se pasó en esperar, pero en vano; los republicanos habian tomado otro camino y llevado á sus hermanas á Laval, donde fueron juzgadas y ejecutadas.

Desde que supo esta noticia Juan Chouan, permaneció siempre triste y abatido, y se le oia repetir á cada momento: —Es una desgracia que á todos nos alcanza; no tardará en pesar igualmente sobre mí.

Desde este momento sus ataques contra los republicanos eran menos frecuentes; rehusaba tomar parte en muchas espediciones diciendo que no queria llevar á ellas su mala suerte. Pero cuando supo que los republicanos habian abandonado á Saint-Ouen, se decidió á marchar sobre este punto con objeto de proporcionarse municiones y vestidos para su gente. Pasando cerca de la Babiniére, se detuvo á refrescar invitado por un arrendador. Habia dejado un centinela en el camino, pero como este abandonase su puesto, cayó sobre él y su gente una numerosa tropa de republicanos. Pusiéronse en fuga los realistas, y Juan Chouan se hallaba ya lejos y al abrigo de las balas del enemigo, cuando oyó á la muger de su hermano que le llamaba en su auxilio. Volvió inmediatamente á socorrerla, y para darle tiempo de salvarse hizo frente á los republicanos; pero una bala vino á darle en la caja del tabaco que llevaba en la cintura, y la rompió en mil pedazos que le entraron hasta las entrañas: sin embargo, pudo llegar arrastrándose hasta un castañal, donde cayó sin sentido.

Sus gentes, que no le veian venir, buscándole por todas partes, llegaron á encontrarle tendido sobre la yerba, y colocándolo sobre un paño cuyas cuatro puntas llevaban cuatro de sus mas íntimos compañeros, le condujeron al bosque de Misdon, donde le hicieron una cama con la ropa de todos. Con estos auxilios se reanimó un poco, y dando algunos consejos, designó á Deliére por su sucesor, y espiró en los brazos de sus camaradas.

EL PASIEGO.

En una de las provincias del norte de España, hay una comarca cuyos habitantes con sus costumbres y hábitos llaman la atencion del curioso y del observador: es la tierra de Pas, en Santander. Se compone de tres pueblos ó ayuntamientos, que son: La Vega, San Pedro

el Romeral y San Roque de Rumiera ó de Rio Miera. Toda la llanura comprenderá unas cuatro ó cinco leguas de estension, regada por el rio del mismo nombre, el Pas, que uniéndose sucesivamente con otros varios de menos importancia, atraviesa por los valles de Toranzo y Piélagos, y pasando por debajo del puente colgante de Carandia y por el de piedra de Arce, se dirige á desaguar en la costa de Cantabria. La tierra de Pas tiene tambien montañas, que son la parte de San Roque, cuyo terreno es escabroso, lleno de derrumbaderos y precipicios, ingrato, estéril y de feo aspecto. La vega es fértil, está bien cultivada y provee de hortalizas, frutas y otros artículos comestibles á los pueblos circunvecinos, Selaya, la antigua capital de aquel pais, Villacarriedo, actualmente cabeza de partido judicial, Las Bárcenas, Santibañez, etc.

El Pasiego conserva algo de la tradicional independencia y arrogancia de los moradores de otros siglos: él no se baja á servir de cochero ó lacayo como el asturiano, ni de mozo de cordel como el gallego, ni tampoco de criado doméstico en mayor ó menor escala, como lo hacen los paisanos de otras provincias. El Pasiego procura, ya permaneciendo en sus hogares ya alejándose de ellos, vivir libre y dueño de sí, no reconociendo ningun amo. Favorecido por las montañas en que nació, se consagra desde jóven al contrabando, en cuya profesion se amaestra pronto con las lecciones y la práctica de sus padres y parientes: contribuyen poderosamente á este fin sus instintos y su constitucion física, pues en lo general el Pasiego es robusto, fuerte, temerario, además calculador, industrioso y listo en mas de un concepto. El que no es contrabandista, comercia en telas, tirantes y baratijas de varias especies, y cuyo origen mas ó menos remoto suele ser asimismo el contrabando.

Los Pasiegos forman una nacion aparte como los judios; se desparraman por toda la provincia de Santander y por el resto de la Península, vendiendo sus cachivaches. Difícil será que el comprador deje de salir engañado en cualquiera mercancía; sino es en el precio, será en la cualidad de ella. Apenas hay villa ó lugar en Santander donde no haya un Pasiego que figure de mas rico ó entre los mas ricos del vecindario. Algunos empiezan tratando en quesos ó en clavos, á poco tiempo se hacen con una saca, luego ponen tienda y van juntando su capital, hasta que aparece en primer lugar en la matrícula del subsidio de comercio. Otros se ingenian por diferentes vias, ora vienen de América con una pingüe herencia, ora se casan con una mujer muy acaudalada, y de vuelta á España emplean su riqueza con gusto y utilidad, como el célebre pasiego D. Antolin Solana, que hizo construir en el muelle de Santander una de las mejores casas, si no la mejor de la poblacion, é igualmente algunas leguas de carretera desde su quinta de Arredondo hasta la Cabada.

El Pasiego en su estado primitivo, prescindiendo de las trasformaciones que pueda esperimentar, se distingue á tiro de cañon por su palo enorme, especie de varal gigantesco, parecido al árbol de San Cristóbal. El Pasiego y el palo son dos elementos necesarios para una misma existencia; mas que el ciego y el lazarillo, mas que el hijo único y el mimo y la tontería, mas que la casta doncella y el deseo de pasar á otro estado, mas que el tramposo y las buenas palabras: esto es, que una cosa no puede existir sin la otra: un Pasiego sin palo seria un cómico español sin apuntador, un ministro sin periódico semi-oficial y sin mayoría parlamentaria. El palo es pues el alma del Pasiego; y no significa esto que tenga alma de palo, en cuya particularidad abundaria en compañeros que no son pasiegos; sino que sin el palo falta un rasgo característico y esencial de nuestro protagonista. En sus manos es una arma ofensiva y defensiva, es palanca, es báculo, es remo, es escudo. Aquí le sirve para rechazar los golpes de cualquier arma blanca, y hasta de cuantas piedras se le arrojen; allí para saltar con una firmeza y una rapidez sorprendentes, un muro, una tapia, un barranco, un rio ó cualquiera obstáculo de otro género que se oponga á sus viajes y escursiones; en esta cualidad deja muy atrás á las cabras y á los gimnásticos y saltimbanquis mas ligeros; allá para cazar conejos donde pululan los criaderos y madrigueras, ó para llevar un lío de ropa, ó para levantar un peso haciendo el oficio de cabrestante: el palo del Pasiego es la vara mágica ó el misterioso talisman con que hacen mil maravillas.

La raza de estos hombres podria servir para los oráculos, porque así como estos en la antigüedad, aquellos nunca dan una contestacion categórica, su frase siempre es ambigua y propia para toda clase de evasivas.

Si al llegar un viajero á una encrucijada de caminos, pregunta á un Pasiego por dónde se va á tal parte; primero se hace sordo, y solo habla cuando se le indica uno de los caminos, cuando se le dice en tono interrogativo, ¿es por aquí? entonces responde, *podráque, podráque;* pero ni dice sí ni no, y el interlocutor se queda en la incertidumbre. Si le preguntan cualquiera cosa que tienda á saber algo de su nombre, vida, situacion, etc., contestan con aire socarron y con un sonido como de é abierta francesa, *no sé, señor.* Son naturalmente precavidos, solapados, y puede decirse de ellos lo que el señor Benavides, hablando en una importante cuestion del señor Arrazola: *se les ve ir, pero no se les ve venir.* Cuando ocurre instruir una causa criminal contra algun Pasiego, sucede que á veces no se le puede encontrar. Los habitantes de Pas tienen todos un sobrenombre ó apodo con el que son conocidos entre sí; va la autoridad á indagar quién es fulano, ó manda que se le presente; los vecinos afirman que allí no vive semejante sugeto, ni saben que exista en la comarca; se recorre esta, y no parece la persona á quien se busca; á tal punto llegan el compadrazgo y la masonería de estos montañeses, jamás se acusan, siempre se encubren y protegen: no lo harian mejor si fuesen individuos de una fraccion política.

Se cuenta que con motivo de una sumaria contra una mujer casada y con hijos, no le fué posible al juez saber el nombre y apellido de la procesada: interrogado el marido, declaraba que se llamaba *su muger*, los hijos esponian que se llamaba *su madre*, y los vecinos que se llamaba *fulana*: además, nada constaba en el padron municipal ni en los libros sacramentales. Los ayuntamientos de Pas no redactan por escrito los juicios verbales cuya decision compete á los alcaldes; sostienen que la ley se refiere á juicios verbales, y por consiguiente todo se ha de quedar en palabras. Estando yo en los baños de Molinar de Carranza en las Encartaciones de Vizcaya, llegó al mismo sitio un Pasiego acometido de dolores reumáticos, tan comunes allí por la continua humedad; se informó de que se tomaban ordinariamente de nueve á doce baños, y que cada uno duraba de media á una hora: con estos antecedentes se mete por la mañana temprano en una bañera, permanece en ella durante nueve horas á pesar de las instancias y advertencias del bañero, quien todo lo dirige á falta de médico-director; y concluido aquel término sale del baño, coge su hatillo y se marcha, diciendo que ya habia acabado la temporada. Si un forastero inquiere si tal ó cual persona se halla en buena situacion, si tiene bienes, etc., al instante replica, *¿débele algo, débele algo?* con cuya locucion se duda si pretenden saber cuál es el acreedor ó el deudor.

Digamos ahora algo de las Pasiegas. Respecto al carácter caviloso, reservado, á su estilo anfibológico, á su predisposicion para el trabajo, á su laboriosidad, etc., etc., es igual al de los hombres. Manifestaremos solo los particulares que son relativos á su estado y sexo. Las Pasiegas son de buena estatura, de continente varonil, muy andariegas, incansables en sus espediciones. Su traje es una saya corta y grosera, dejando ver unas medias de lana, azul generalmente, y unas abarcas que usan por calzado, á veces alpargates grotescos: en la cabeza un pañuelo atado, no á la vizcaina, sino en forma de cucurucho, ceñido alrededor y el centro al descubierto. El cuévano es á la Pasiega, lo que el palo al Pasiego: en él trasportan su ropa, las mercancías en que trafican, sus niños á semejanza de las cunas canadienses, los encargos; él hace de saco, de cesta, de maleta, de baul. Es indudable que debiera adoptarse en todas las provincias, por ser preferible á otros muchos medios de conduccion: la cesta abruma la cabeza é impide ver con libertad; el saco obliga encorvar el cuerpo hácia adelante, é incomoda en la espalda por carecer de sosten, no siendo los brazos que ambos van ocupados; el cuévano no tiene ninguno de estos inconvenientes y por el contrario reune todas las ventajas. Por trochas y vericuetos, por villas y por desiertos se ve á las Pasiegas, solas ó acompañadas, andar diez, doce y mas leguas de jornada, con su cuévano á costillas, posándolo de vez en cuando para descansar, y volviendo á tomarle con una facilidad suma, moviéndose con uniformidad y monotonía, á modo de ánade ó pato.

La Pasiega es de dos especies, ó mejor dicho, presenta en general dos estados diferentes y aun diversos: sufre una trasformacion como la oruga, que se torna mariposa; si bien no á todas cabe esta suerte envidiable de abandonar su primitivo género de vida, cual es poco mas ó menos el que va descrito, y puede denominarse, existencia vagabunda y errante, existencia pegada al cuévano y reducida á comerciar al por menor en quesos, malos y puercos por lo regular, en muselinas y tejidos ordinarios, secundando el contrabando de sus padres, maridos, hermanos, etc. Empero muchas toman otro rumbo, vienen á la corte, se plantan en la plazuela de Santa Cruz, y confiadas en su rollizo semblante y continente, y en otras cualidades propias del ama de cria, hacen insertar en el *Diario de avisos*, uno de estos, cuyo tenor es con ligeras variaciones como sigue: «Fulana de T, de 23 años de edad, con leche de cuatro meses, desea encontrar cria en casa de los padres: es robusta y tiene sugeto que la abona. Darán razon en la calle del Barquillo, junto á la casa de Tócame Roque, núm. 6.°, cuarto de atrás.» Mediante este programa, ó sin necesidad de él, por efecto de recomendaciones particulares, y precedido el correspondiente ajuste, entra la Pasiega en casa de una familia opulenta, de un grande de España quizá, ó en el mismo palacio régio, con el objeto de amamantar á uno ó mas niños sucesivamente. Aquí se muda de decoracion, y héte á nuestra montañesa convertida en ciudadana, perfectamente vestida y calzada, arrastrando sedas, adornada de collares y pendientes de plata y oro, paseando siempre en carretela tirada por lujosos

caballos, y halagada por todos los individuos de la casa como santo de devocion, ó muger próxima al parto. Bien mirado, el destino de estas paisanas que consiguen esta colocacion, es de lo mas seductor y próspero que puede concebirse, atendiendo á lo que eran en su cuna y educacion, á las ventajas de que disfrutan, y á ciertas libertades de mucha trascendencia, que les son permitidas y hasta indispensables para ejercer su mision criadora. Está una costurera, una modista trabajando dia y noche, y acaso no gana sino para una subsistencia rodeada de privaciones y dificultades; sucede á una soltera un percance á consecuencia de una flaqueza ó de una gordura, y la sociedad la señala con el dedo; la Pasiega se rie de todo por mas que se halle soltera. El querido, el marido y los parientes tienen una cucaña. La Pasiega vive en casa del general D... ó del ministro F... ó del senador T... pide un destino de oficial de correos para un primo suyo, una intervencion de puertas para su hermano; concedido, aunque sean mayores prebendas. No es la primera vez que resulta, que el agraciado no sabe escribir y apenas leer; mas eso no importa, tanto mejor para él, se molestará menos ó nada, y cobrará el sueldo lo mismo que si trabajase mucho; además, lo que habia de hacer él lo hacen los compañeros de oficina, y todo viene á ser uno; prescindiendo de esto, el novel empleado no es tan tonto que no sepa decir, «yo no quiero servir el destino, sino que el destino me sirva á mi:» llega esta gracia, esta feliz ocurrencia á oidos de la Pasiega y del protector, y al punto le dan un ascenso, porque indudablemente el chico promete y va saliendo de chispa. ¡Y pudiéramos darnos por contentos con que no se manejasen otros resortes peores que estos para obtener empleos!...

Reunida en corro la familia espresa su admiracion hácia uno de los favorecidos. ¡Qué talento tiene Pablicos! ¡cómo sube en sueldo y clase! A esto observa uno, que aquel no sabe leer ni escribir; y reponen á concierto los demás, ¿pues qué seria si supiese leer y escribir?...

Tales son los principales rasgos característicos de los Pasiegos, que he creido dignos de ser notados. Estos habitantes constituyen una nacion enclavada en el territorio español; sus hábitos y costumbres ofrecen un sello particular que los distingue, y teniendo en cuenta sus cualidades de diversa índole, no seria difícil aprovecharlas y dirigirlas en beneficio de la sociedad, arrancándolos de la pendiente del fraude y del crimen á que se ven arrastrados por circunstancias algun tanto inevitables.

Bilbao 16 de setiembre de 1848.

ANTOLIN ESPERON.

ADICION AL ARTÍCULO **Teatro de Alarcon,** INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Despues de publicado en el número anterior el artículo sobre el *teatro de Alarcon*, se nos ha llamado la atencion por un amigo hácia una noticia de dicho poeta que se lee en los *Avisos históricos* de Don José Pellicer, insertos por Valladares en su *Semanario erudito*, y dice así: (Tomo 31, pág. 57.) «Avisos de 9 de agosto de 1639.—*Murió »Don Juan de Alarcon, poeta famoso, así por sus comedias como por »sus corcovas, y Relator del Consejo de las Indias.*—Cuya curiosa noticia aprovechamos con gusto para añadirla á las escasas que de aquel célebre ingenio dimos en nuestro artículo.

EL CUCLILLO.

(FÁBULA TRADUCIDA DEL ALEMAN.)

(*De Gellert.*)

Hablando un Cuco con un Estornino
al saber que hace poco hubo llegado
de la ciudad, — refiéreme, pregunta,
qué es lo que dicen de tu bello canto...
¿Y del de el Ruiseñor qué se susurra?...
—Muchos le alaban, y llenan de aplausos...
—¿Y de la Alondra?... su voz es simpática...
—Unos le ensalzan, y otros han callado.
—¿Sigue *haciendo furor* el dulce Mirlo?...
—Aquí y allí de elogios le colmaron...
—Ora me resta preguntarte solo,
¿qué opinion se ha formado de mi cántico?...
—¡Qué, admirado responde el Estornino,
no te puedo decir!... Nadie ha pensado
ocuparse de ti...—Por eso quiero
ocuparme yo solo, y sin reparo
hablar constantemente de mi mérito
vengándome de necios y de ingratos...

EL BARON DE ILLESCAS.

LATIDOS DEL CORAZON.

¡Veinte años, edad florida
de ilusiones y placeres!
deten tu marcha atrevida,
que en cada paso que dieres
vas acortando la vida;
Edad de goces y encantos
tan ligeros como el viento,
edad que en lúgubres cantos
plañirá con tristes llantos
el gastado pensamiento;
Edad que quiere pasar
y despues quiere volver,
porque es la vida de amar,
el mas seductor placer
que sabe el hombre gozar;
Edad, brillante cadena
de doradas ilusiones
que á enmohecerse condena
la misma aurora serena
que aumenta sus eslabones.
No anheles el porvenir,
corazon, desengañado
vendrás mañana á sentir
el camino que has andado
en la senda del morir.
Que ese próximo mañana
que la mente enloquecida
por alcanzar tanto afana,
convertirá una campana
en un ayer de la vida.
Y ese ayer triste y sombrío
que pasó no solo advierte,
pues con su recuerdo frio
hace temer mas la muerte
al hombre menos impío.
Medita cuál van pasando
las horas que van viniendo,
y de esta vida menguando
los instantes que volando
la muerte nos van trayendo.
¡Cuánto menos mal hubiera
si en nuestra mente grabada
esta verdad estuviera!
«De nada el hombre naciera
para volver á la nada.»
Pero late, corazon,
péndulo de mi existencia,
que tu acompasado son
ilumina mi razon
avisando á mi conciencia.

EDUARDO GASSET.

JEROGLÍFICO.

E L LE [pluma] a P

F C Y b B A c Y T

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, Á CARGO DE ALHAMBRA.



VISTA DE LA IGLESIA DE SAN MARTIN EN ARGENTAN.

Dos iglesias principales hay en la ciudad de Argentan, la una está dedicada á San German, y la otra, que es la que representa el grabado, se erigió en honor de San Martin; esta, que al presente no es mas que un anejo, es sin embargo la mas bella y la mas antigua de las dos. Su forma esterior es la de una cruz, en cuyos brazos hay una doble capilla; tiene además otras doce, en las cuales se ven hasta veinte altares de formas diversas y variadas. El coro divide á la iglesia en dos, y sus numerosos asientos están tallados en madera con el mayor gusto y delicadeza.

Al pié de la iglesia hay dos órganos que acompañan los rezos de costumbre, intercalando sus dulces armonías con el divino testo de la misa, y la inmensa bóveda de este bello edificio está sostenida por treinta y tres pilares.

El viajero no ve penetrar ni el menor rayo de luz en este templo, adornado en derredor por cien vidrieras pintadas con un admirable gusto; hay sobre todo siete que son á juicio de los inteligentes lo mejor que se ha visto en su género: una de ellas tiene la fecha de 1540, es decir, la de la época en que la pintura sobre cristal estuvo en todo su esplendor. Hé aquí lo que dice á propósito de ellas el P. Marin Prouverre en su Historia de Normandia. «Estas vidrieras están tan bien pintadas, que son lo mejor que hay en San Martin.»

La arquitectura de este edificio no pertenece á ningun siglo, en él hay ojivas, arcos atrevidísimos, ventanas lanceoladas, y hasta una tosca capilla del tiempo de Luis XIII; los contornos de sus ventanas estaban cargados de admirables esculturas, pero los vándalos han pasado por San Martin.

El retablo principal de esta iglesia, que representa la muerte de San Martin, contiene lo menos treinta y dos personas: está el santo en la cama, y en el momento de dar el último suspiro un monje se precipita en sus brazos, otro levanta los ojos al cielo, y un tercero se arrodilla delante del lecho, sumido en el lloro mas amargo. Detrás un ángel levantando una cortina, deja ver en la parte superior del retablo, á la Virgen, que con su Hijo en los brazos, asiste á la muerte del Santo; varios grupos de ángeles, colocados con la mayor armonía, acompañan á la Reina de los cielos.

Este edificio revelaba, hasta hace poco, la grandeza de la edad media; pero el mal gusto de la época actual ha venido tambien á imprimir su torpe sello sobre la iglesia de San Martin: en la actualidad, el coro está pintado al óleo, la bóveda de color de bizcocho, y el rodapié de mármol de diversos colores, como pudiera la portada de una taberna ó el patio de un café.

LA ESPOSA FINGIDA DE MOLIÉRE.

Moliére que pintó tantas veces en el teatro el infortunio de los maridos engañados, con su viva é inagotable imaginacion, no estuvo tampoco exento, como es sabido, de las crueles aflicciones que tanta sal cómica le inspiraron; hasta nosotros ha llegado por el testimonio de sus contemporáneos la memoria de los demasiados fundados celos que le daba su ligera esposa Armanda Bejart. Pruébanos esto que no hay nombre, talento ni carácter por grande y eminente que sea, que no pague como todos su tributo á las debilidades y padecimientos de la pobre humanidad. Y verdaderamente es triste ver entregado á los tormentos, y hasta á las ridiculeces de un marido chasqueado, á un hombre como Moliére; esta es la razon porque pasaremos aquí en silencio las galanterías de la linda cómica con la que hizo el disparate de casarse, siendo así que podria muy bien haber pasado por padre suyo. Olvidaremos por un momento al hombre grande, por no tenerle lástima á la par que admiracion, contentándonos únicamente con referir los graciosos pormenores de un proceso en que se vió su esposa comprometida, aunque su conducta no dió pié por entonces á este enredo. Estos pormenores, que han estado inéditos hasta ahora, ofrecerán, así lo creemos, todo aquel interés que tiene cuanto hace relacion á un nombre célebre; y los autores dramáticos que tantas veces han bus-

cado en los archivos judiciales el asunto de sus composiciones, agradecerán quizá que se haya ido á desenterrar de los empolvados archivos del Palacio de Justicia, la relacion de una intriga que á no saberse por este conducto, pareceria obra de la fecunda imaginacion de aquel cuyo reposo, honor y reputacion no titubeó en comprometer una intrigante cualquiera.

Madama Moliére era hermosa en estremo, tenia un talento singular y un entendimiento clarísimo, y habia adquirido una grande y bien merecida reputacion entre las actrices de su tiempo. Entonces las personas mas distinguidas de la corte honraban á los cómicos con su amistad, y los favoritos del gran rey tenian por una honra contarse entre los comensales de Moliére. Casi todos hacian la corte á su muger; pero ninguno, sin embargo, podia jactarse de haber llamado su atencion particularmente, á pesar de su reputacion de galantería. Madama Moliére estaba rodeada de adoradores, mas no se la conocia amante alguno.

Quísolo ser un hidalgo de provincia llamado Mr. de Lorny. Perdidamente enamorado de la cómica, á la que no habia visto mas que en el teatro, buscó algun medio de introducirse en casa de Moliére; cosa imposible, porque atareado este con su triple oficio de poeta, cómico y director del teatro, vivia enteramente retirado, y las tentativas de Mr. de Lorny para entrar con él en relaciones, le salieron todas fallidas. Animado entonces por la fama de inconsecuencia y galanteo que tenia la señora Moliére, se decidió á valerse de otros medios, que aunque no tan lícitos, no dejaban de facilitarle menos su intento, si se habia de creer la voz general de toda la ciudad. Es el caso que vivia por entonces en Paris una célebre tercera, famosa por su discrecion y destreza, y á ella fué á quien se dirigió para solicitar una entrevista de su adorada.

Mr. de Lorny disfrutaba de una fortuna considerable, y se manifestaba resuelto á no omitir ningun sacrificio, y la Ledoux se encargó de la honrosa mision que encomendaba á su prudencia, pero teniendo la precaucion sin embargo de hacerle depositar en sus manos una suma de 1,000 luises, con el objeto, decia, de asegurar mejor el éxito de la empresa. Apoderóse desde luego de ella una sola idea, que fué la de apropiarse esta suma, y hé aquí el medio que imaginó para conseguirlo.

Entre las muchas rameras que en todos tiempos ha habido en Paris, se encontraban muchas que se parecian á la señora Moliére; una especialmente, aunque de mucha mas edad, tenia exactamente su mismo aire, su corte de cara, y sobre todo, su mirada, su desdeñosa sonrisa y el acento tierno y sonoro de su voz. Esta jóven se llamaba la Tourelle; y enterada de la intriga que se queria preparar, se avino á hacer el papel de la señora Moliére, á la que habia visto muchas veces en el teatro, proponiéndose remedarla con tal perfeccion, que mantuviera en su error á Mr. de Lorny todo el tiempo que fuese necesario para que este empezara á manifestar su amor con dádivas y regalos.

Sin embargo, desde que tuvo la entrevista con la Ledoux, se mostraba cada vez mas impaciente el honrado provincial, pero ella, que era demasiado ladina para dar á entender la facilidad de la empresa, le iba entreteniendo con esperanzas, ya abultando las dificultades, ya fingiendo de intento obstáculos imaginarios, ya, en fin, recomendándole la prudencia, que debia únicamente asegurar el buen éxito del plan. Por último, despues de cerca de un mes de espera, y cuando la tardanza habia aumentado aun mas la impaciencia del pobre caballero, se presentó un dia en su casa rebosando de alegria: habia logrado al cabo, decia, vencer los escrúpulos de la hermosa actriz, que aceptaba el galanteo de Mr. de Lorny, y al dia siguiente asistiria á una primera cita en una casa sola y de confianza.

El enamorado de Lorny manifestó con su liberalidad cuánto agradecia este favor, y su gozo no tuvo ya límites cuando vió llegar á la supuesta dama vestida de trapillo, y encapotada en sus tocas, como temiendo que la conociesen. Hizo su papel á las mil maravillas: fingió la tosecita de la señora Moliére, sus dengues, su aire de importancia; no habló mas que de grandezas: se quejó del trabajo que le costaba hacer el papel de Circe, pieza que entonces estaba en boga, é insistió especialmente sobre su complacencia en haber condescendido en ir á una casa, cuya soledad era bastante para infundir á su familia sospechas injuriosas á su honor.

Cualquiera hubiera caido en el lazo. Mr. de Lorny la hizo mil protestas; y la rogó que en prueba de su amor aceptara alguna señal de su reconocimiento. La Tourelle la echó de rica, y no quiso consentir en admitir regalo alguno, á menos que no fuese de muy poco valor, no siendo poca la resistencia que hizo á aceptar un collar de diamantes que el dichoso de Lorny se dió por muy contento de que le costara únicamente 8,200 libras.

Desde entonces siguieron sin interrupcion las citas amorosas. La Tourelle habia suplicado encarecidamente á su feliz amante, que nunca se llegase á hablarla en el teatro, con el objeto, decia, de engañar mas fácilmente la suspicaz perspicacia de Moliére y no despertar la envidia de sus compañeras, la mayor parte celosas de su fortuna; y Mr. de Lorny por su parte, perenne siempre á todas las representaciones teatrales, se contentaba con admirar su ídolo, aplaudirle y envanecerse de sus ventajas, sin quebrantar nunca la discreta ley que se le habia puesto por condicion de su dicha.

Esta tierna amistad duró dos meses completos sin contratiempo alguno; pero la cortesana fué la primera que contribuyó á que se descubriera el embuste, cometiendo una falta que le salió demasiado cara. Los amantes se citaban en casa de la Ledoux; la Tourelle se hacia siempre esperar, hasta que por último un dia no llegó á concurrir. De Lorny la estuvo esperando al principio con mucha paciencia, empezó despues á inquietarse, y acabó en fin de ponerse de mal humor; llegó la hora del teatro y se decidió á ir á la comedia, á pesar del empeño que puso la Ledoux en desviarle de este intento. Dióse prisa á llegar cuanto antes; pero ya estaba la funcion empezada: habia sin embargo un asiento desocupado en la primera fila, acomodóse en él, y la primera persona que vió en la escena, fué la señora Moliére en su rico y elegante traje de Circe.

Nunca le pareció tan hermosa como en aquel momento, y cuando al bajar de la escena pasó por delante de él, á pesar de haber ido solo con la intencion espresa de hacerle unas cuantas reconvenciones, solo tuvo ánimo para decirla: «Está V. adorable como nunca; si yo no estuviera tan enamorado, hoy mismo perdia la chabeta.» La actriz, que estaba hecha á estas alabanzas insulsas, no le hizo caso alguno; entonces él la miró con ternura, la llamó á media voz, hízole señas de inteligencia; pero de ningun modo pudo obtener una mirada ó una señal que le diera á entender que habia sido conocido por la desdeñosa cómica.

Esta ya era, á su parecer, mucha indiferencia despues de lo que ella habia hecho aquel dia; y acabada asi la representacion, corrió precipitadamente al aposento en que la señora Moliére se estaba desnudando, y furioso, turbado y lleno de impaciencia por averiguar la causa de tantos desdenes, abrió con violencia la puerta, y se entró con la mayor franqueza.

La señora Moliére se hallaba sola con su doncella: en su vida habia visto á aquel hombre, y figúrese cualquiera cuál seria su sorpresa al verle sentarse sin ceremonia, azorado, colérico, y con todas las señales de un violento despecho.

La muger del gran poeta era bastante altanera; adelantóse con presteza hácia el recienvenido, y con un gesto imperioso y teatral, le dió á entender que se saliera inmediatamente, mientras que la doncella abria entre tanto la puerta para pedir auxilio.

La indignacion por tanto tiempo contenida de Mr. de Lorny, no tuvo ya límites; echóle en cara con amargura su falta de atencion, su inconstancia y su alevosía. La señora Moliére estaba confusa; al principio le tomó por loco; pero su pena, la sinceridad de sus palabras y la buena fé de sus lágrimas, la hicieron sospechar que aquello encerraba algun misterio, y le preguntó con la mayor seriedad, si de veras la conocia, é insistió especialmente sobre la cita á que decia habia faltado, siendo asi que nunca le habia visto, y no podia entender nada de aquel laberinto.

Subieron de punto con esto las reconvenciones y amenazas de Lorny; redobló sus quejas y recriminaciones, contó los hechos tales como eran, nombró los sitios, y no paró, por último, hasta llamar á toda la compañía para que sirviera de testigo de las que llamaba infamia y traicion de la muger á quien todo lo habia sacrificado.

Ya eran demasiados tantos y tan multiplicados ultrajes. La señora Moliére, decidida á vengarse, quiso que se apoderasen de su persona; pero aprovechándose él del momento en que ella se le acercaba, cogió el collar que llevaba puesto y le arrancó violentamente, creyendo que era el que le habia regalado, no obstante que aquel era de mucho menos valor. Ya en esto acudió la guardia del teatro, cerráronse todas las puertas, cogieron á Mr. de Lorny, y un comisario á quien se mandó buscar, le mandó llevar á la cárcel con una buena escolta, esperando que su cólera se calmase para que pudiera dar alguna esplicacion satisfactoria sobre todo aquel negocio.

La señora Moliére interpuso querella; intervino hasta el mismo Moliére, y se pidió que Mr. de Lorny abonara una suma considerable en reparacion de sus insultos y violencias. Siguióse el espediente en el Chatelet. Las envidiosas compañeras de la muger de Moliére, hicieron correr inmediatamente por Paris una historia escandalosa, haciéndola representar en este asunto un papel bastante indecente, sirviendo á esto de fundamento el haberla creido reconocer el joyero, alucinado con la semejanza, por la persona que le habia comprado el collar. Afortunadamente no fueron infructuosas las pesquisas que se hacian en Paris para descubrir á la Ledoux, la cual se escondió al tener la primer noticia de la ocurrencia, y en su primer interrogatorio confesó que habia hecho conocer una jóven á Mr. de Lorny, á la que habia tenido por esposa de Moliére. Tampoco se tardó mucho en pren-

der á la misma cortesana que con tanta destreza habia hecho este papel, y quedaron desde entonces desmentidas las calumnias esparcidas contra la hermosa cómica.

La causa no podia ya ser larga, ni su éxito dudoso hallándose confesas las dos acusadas. Moliére, satisfecho con ver descubierta la tramoya en que habia sido envuelta su muger, queria que hubiese alguna indulgencia; pero su muger nunca quiso acceder á esto, y despues de un proceso en que se refieren los hechos principales de la querella, la Ledoux y la jóven Tourelle fueron sacadas á la vergüenza el 9 de agosto de 1691, frente á la casa de comedias.

Mitologia del Norte.

Bajo el nombre genérico de bárbaros del Norte, comprenden los historiadores á los pueblos diversos, la mayor parte de la raza septentrional germánica, que, en los primeros siglos de nuestra era, abandonaron sus hogares, inundaron la Europa occidental, destruyeron de un cabo á otro el imperio romano, cambiaron la faz del mundo antiguo, y prepararon la senda al Cristianismo, que se sentó muy pronto sobre las ruinas de la civilizacion antigua.

Bajo el aspecto religioso presentan estos dos pueblos dos grandes divisiones muy distintas. La Germania, propiamente llamada asi, de que habla Tácito, y donde dominaban los suevos (hermiones) profesaba la religion de la naturaleza y rendia culto á los elementos, bosques, manantiales, etc. La diosa Ertha (Erd, tierra), segun las tradiciones, llegaba en un carro todos los años, desde los bosques que verdeaban á lo lejos en las islas del mar del Norte. Cada poblacion tenia sin duda ritos positivos; pero en general eran las creencias mezcladas, vagas é inciertas. En aquel fondo pálido y nebuloso, la invasion de las hordas que habitaban mas hácia el Norte, y desconocidas enteramente á los romanos, imprimió imágenes mas determinadas, y dibujadas con mas vigor. Manifestóse entonces en aquellas hordas un movimiento repentino, progresivo y heróico, una cierta revolucion religiosa.

El hombre de aquella revolucion fué Odino. Odino, desde la Islandia, en donde su culto se desarrolló despues del modo mas estenso y brillante, hasta las orillas del Rhin, conquistó los espíritus de todos los pueblos. Los godos, los sajones, los gépidas, los lombardos y los borgoñones, creian todos en la encarnacion de Odino y en la inmortalidad despues de la tumba en el palacio Walhalla, y en una cierta villa, Asgard, santa entre todas las ciudades, de donde habian salido sus padres, y adonde ellos mismos debian entrar un dia: estos mitos fueron los que les dieron su fuerza progresiva; ellos fueron los que movieron y despertaron de un sueño enorme y letárgico á las poblaciones de la Germania interior; ellos fueron los que penetraron desde la Scandinavia hasta las orillas del Báltico, costearon el Danubio, recorrieron toda la Alemania, tocando en todas partes las fronteras del imperio romano, y levantaron esa insurreccion en que se abismó la Italia.

Hé aqui cuáles son en resúmen los principales mitos de Odino. Antes del mundo, todo era el gigante Ime Odino con sus hermanos Vilé y Vé, le mataron é hicieron de su cránco la bóveda del cielo, de su cuerpo la tierra, y de su sangre el mar. Otro gigante, Norw, era el padre de la noche; la noche crió al dia: el dia y la noche sentados en un carro hacen continuamente las evoluciones sobre el cielo. El caballo de la noche se llama Krinfax (cabellera de los hielos), el del dia, Skinfax (cabellera refulgente). Un gran puente conduce desde la tierra al cielo: es tricolor, y su nombre es el arco iris; se romperá un dia, en el momemto en que los espíritus malignos le atraviesen despues de haber ganado una victoria á los dioses. El mundo debe acabar por un incendio. En el último combate del mundo, saldrán vencedores los *espíritus malignos.*

Odino es el mas poderoso de los dioses: le dan el sobrenombre de Alfader, es decir, padre de todos, padre de los combates. Llámanle tambien Hor Jansehar y Thridi(altisimo, igual al altisimo, y la tercera Trinidad). Convida á los héroes muertos á su palacio celeste de Walhalla, donde entran por quinientas cuarenta puertas. Sobre los hombros de Odino están colgados dos cuervos: el uno se llama Hugén (razon), y el otro Munin (memoria): por ellos es por quienes sabe todo lo que se hace en el espacio. El hijo de Odino es Thor, dios de la guerra, representado con un martillo en las manos; y el martillo, como nadie ignora, era entre aquellos pueblos el símbolo de las conquistas. Las vírgenes, diosas de la guerra que se llaman Walquíries, llegan hasta el número de doce, y Frigga es la mas poderosa. Loke es el dios de la ilusion y del mal. Los dioses del cielo encadenaron al hijo de este, el lobo Fenris. En este Loke scandinavo se apercibe, por decirlo asi, el presentimiento de Mephistopheles. Los jefes nacidos de los dioses y la nobleza que mandaba durante la guerra, llevaban entre los godos los nombres de Amali's y de Balti's. Entre los godos recibió Odino mas tarde el nombre de Wodan.

Los sajones permanecieron algun tiempo aun establecidos á las orillas del Océano Germánico; pero acosados de una parte por los francos y de otra por los slavos, se formaron en una horda guerrera que dominó muy pronto á los godos é invadió la Inglaterra.

Los godos, los lombardos y los borgoñones se sometieron por el contrario á los jefes, y entre ellos fué donde se desarrollaron los principios de la jerarquía guerrera y la inviolabidad de la palabra de un guerrero, que dominaron despues en el sistema feudal. Ellos fueron los primeros que comenzaron esas emigraciones vagas y lejanas, yendo siempre en pos del oro y de la belleza, siendo estos dos objetos por todas partes su fin heróico. Allí fué donde nació esa fisonomía eminentemente poética de Sigard, en los Niebelungen, y en donde se ven unidos la sabiduría y el valor, que están divididos en los mitos griegos entre Ulises y Aquiles.

Una indecible melancolía, una sombría tristeza reinan en todas las tradiciones escandinavas. Toda su moral consiste en la promesa de la gloria, como recompensa del valor. En el palacio de Walhalla asisten los héroes á espléndidos festines; y en medio de una alegría ruidosa, aquellos esqueletos siempre armados se levantan de la mesa para renovar los combates del pasado. En todos los mitos escandinavos se manifiesta la influencia de la naturaleza áspera del Norte: no se distingue un rayo de esperanza en ninguna parte, no se ve pues sino una desesperacion eterna, unida al valor salvaje y heróico que va siempre adelantando, sin inquietarse por el resultado terrible y fatal que puede tener. La idea de que el mundo debe acabar desgraciadamente, y que en el último dia prevalecerán los espíritus malignos. brilla de un modo siniestro en toda aquella mitología. Al resplandor de este lúgubre presentimiento, combaten los guerreros hasta derramar la última gota de su sangre; y siguiendo el peligro por todas partes, sin esceptuarse á sí mismos, sin perdonar á sus enemigos, no buscan masque el olvido; viven violenta y esteriormente, para desechar el pensamiento interno que de tiempo en tiempo se despierta en ellos.

Una idea tal, una esperanza semejante de la destruccion universal, debia encarnarse necesariamente en los individuos; ella produjo á Alarico, á Genserico, á Attila. Mientras que el Cristianismo desde sus fuentes mas antiguas es el espíritu progresivo de amor, de creacion y de unidad, los mitos de los bárbaros del Norte eran por el contrario las fuerzas progresivas de la desorganizacion y de la destruccion.

Pero cuando el Cristianismo, colocándose en el punto central de estos fenómenos históricos y de estos pueblos, comenzó á obrar atractivamente sobre ellos, los pueblos del Norte, y los hechos que de ellos nacieron, se trasformaron en un círculo regular y acabado. Despues del cumplimiento de su grande mision, despues de la destruccion de Roma, esta materia esparcida que pesaba sobre todo el Norte como ceniza funeraria, comenzó á vivificarse en llamas puras. El amor del espíritu venció la resistencia de la materia, y los elementos se separaron del caos poco á poco.

Hé aquí la mitología de aquellos pueblos bárbaros; poseidos de aquellas ciencias religiosas tan fantásticas y desoladoras, se nota en sus poemas esa tristeza sombría que los dominaba.

DON NICOLAS ANTONIO

Entre los sabios españoles que celebra el orbe literario, nadie es mas nombrado que el erudito D. Nicolas Antonio, presbítero, caballero del hábito de Santiago, que sacó del olvido la memoria de tantos ilustres escritores nacionales. Nació en Sevilla año de 1617, y su padre, que se llamó tambien Nicolás Antonio, fué almirante de la compañía naval erigida en dicha ciudad en 1626. Estudió la latinidad con el famoso dominico fray Francisco Gimenez; y despues de finalizado el curso de filosofía y teología, pasó á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia.

Su ingenio, criado para sobresalir entre todos, concibió el dificilísimo proyecto de formar un índice de todos los literatos españoles antiguos y modernos, para cuya empresa, no menos delicada que ardua, se retiró á su patria, sin mas comunicacion que la de los libros. Empezó la célebre obra de la *Biblioteca;* pero antes de publicarla dió a la prensa como ensayo de su habilidad el tratado de *Exilio*, aplaudido de todos los inteligentes.

A los cuarenta y dos años de su edad fué enviado á la corte de Roma por el Sr. D. Felipe IV, como agente general de España, en cuyo empleo hizo notorio su talento, circunspeccion y cordura, no solo en los negocios de este ramo, sino en los de Nápoles, Milan y Sicilia, y los del tribunal de la Inquisicion, mereciendo en todos la general aprobacion. Permaneció en Roma hasta el año de 1677, ocupando el

tiempo que le dejaba libre su ministerio, no en procurar sus adelantamientos, pues solo llegó á lograr una racion en la patriarcal de Sevilla, y luego una canongía de aquella iglesia, sino en juntar una copiosa y selecta librería, y en perfeccionar su escelente *Biblioteca nueva de los autores españoles de 1500 hasta 1670;* cuya publicacion asombró á todos los eruditos. Nombróle el señor Carlos II consejero de Cruzada, en cuyo empleo vivió, hasta el año de 1684 en que concluyó la car-



(D. Nicolás Antonio).

rera de su vida uno de los sabios mas completos que produjo España. Dejó inédita y sin perfeccionar la *Biblioteca antigua que comprende los escritores desde el siglo de Augusto hasta el año de 1500,* que vió despues la luz pública á espensas del cardenal Aguirre, coordinándola el dean Martí, y exornándola con varias notas hijas de su erudicion. Esta célebre obra, que apenas se hallaba ya, se reimprimió por órden de Carlos III, llena de notas y adiciones, por el bibliotecario mayor de su majestad D. Francisco Perez Bayer.

La Meca y la peregrinacion de los mahometanos.

Es la Meca una ciudad de la Arabia, tenida en gran veneracion por los mahometanos, los cuales creen que es indigno de entrar en ella todo aquel que no pertenece á su secta. Esta es la razon porque no permiten que nadie se acerque, ni aun á muchas leguas, observando en esto tal rigor, que si un cristiano fuese sorprendido dentro de la ciudad ó en su recinto, solo podria expiar su sacrilegio purificándose por el fuego, ó mudando al instante de culto.

Muchos musulmanes hacen el viaje por devocion, y otros, que son los mas, por traficar, para lo cual vienen de todos los puntos del Asia á desembarcar al puerto de Gedd ó Zieden, sobre el mar Rojo, distante poco mas de quince leguas de la Meca.

Este viaje absuelve todas las culpas, y una vez hecho, ya no hay que temer el ser perseguido por ninguna clase de delitos anteriores.

Todos los años hay cinco caravanas, á saber: la del gran Cairo, que se compone toda de egipcios y de los que vienen de Constantinopla ó de sus alrededores: la de Damasco, que trae los de Siria: la de los Pomeutos, que comprende todos los peregrinos de Berbería, Fez, Morea etc. que se reunen en el Cairo; y la de Persia y de las Indias ó del Mogol. Hablaremos solo de la primera, y bastará para que se forme una idea de las demás.

Despues de diversas ceremonias hechas en el Cairo durante algunos dias, salen por la tarde y van á acampar á doce millas de la ciudad, cerca de un lago llamado *Birca*, punto de reunion de todas las caravanas, que muy frecuentemente suelen formar una de mas de cien mil personas.

Marchan solamente de noche para evitar el calor ardiente, y cuando no hay luna, encienden los faroles: en cuanto á los camellos, van atado uno á otro de la cola, y no hay necesidad de conducirlos.

El viaje del Cairo á la Meca se hace en treinta y siete dias, y siempre por medio de los desiertos de la Arabia. No comen mas que de las provisiones que llevan, y el agua que se encuentra es poca y muy mala; pero lo que hay aun mas incómodo son los vientos calientes que casi privan la respiracion, y sin embargo muchos ancianos, mugeres y niños emprenden y concluyen con felicidad este viaje.

Durante la marcha cantan versículos del Coran, con tanto fervor y devocion, que á veces caen de sus camellos, rendidos de la fatiga, y muchos mueren cantando.

Dos dias antes de llegar á la Meca se despojan de la mayor parte de sus ropas, como una muestra de respeto, y se descalzan las babuchas por no hollar una tierra que consideran sagrada: tambien observan una abstinencia rigorosa durante ocho dias, pero los enfermos solo hacen limosnas.

La Meca es una ciudad mas grande que Toledo, está rodeada de altas montañas, y todos sus edificios son de piedra. Hay una gran mezquita, en medio de la cual está el *Kyabé* ó *Bet Allha* (casa de Dios), que los mahometanos dicen haber sido edificado por los ángeles, visitado por Adan, trasportado al cielo durante el diluvio, y despues vuelto á edificar por Abraham con arreglo al plan antiguo que para ello le fué enviado del cielo. Conservan una gran veneracion por este templo, lo mismo que por una piedra negra colocada á la derecha de la puerta principal, y la que creen se ha vuelto de aquel color por los pecados del género humano. Aseguran además, y están muy persuadidos, de que la piedra era blanca cuando el arcángel Gabriel la entregó á Abraham, y que este se sirvió de ella como de andamio cuando edificó el templo, subiéndola y bajándola á su antojo para evitar el hacer agujeros en las paredes.

La altura de este edificio es de treinta piés, sobre otros treinta de largo y veinte y cuatro de ancho. El umbral de la puerta está tan elevado que un hombre apenas puede alcanzar á ella: es de plata maciza, alta de nueve ó diez piés, y de ancho tiene cerca de seis; suben á ella por una escala montada sobre cuatro ruedas, de manera que para entrar en el Kyabé es preciso aproximarla por medio de ellas, porque es muy pesada.

El templo está sostenido por tres columnas ó pilares de forma octágona, de cerca de veinte piés de altura; son de madera de aloe, del grueso de un hombre, y de una pieza. El interior está adornado de ricas telas de seda blanca y encarnada, y la parte esterior con una tela de seda negra, labrada en Damasco. Hay alrededor de él una muralla que impide el que se acerquen, y muy corto espacio entre esta y el templo.

Dos fajas doradas ciñen las partes alta y baja esteriores del Kyabé, y por uno de los lados de la azotea que lo cubre, asoma y se ve fácilmente un canal de oro macizo que se avanza al canto de aquella como seis piés, con el objeto de que la lluvia caiga fuera de la muralla que lo circunda.

Hay además en el templo otro objeto venerable para los mahometanos, y es el pozo ó la fuente de Zemzem, que segun ellos, destila aquel agua maravillosa que Dios proporcionó á Agar y á su hijo Ismael en el desierto, despues que Abraham los echó de su casa; beben de ella por devocion y le atribuyen grandes virtudes.

Los peregrinos pasan tres dias en la Meca, y aquel que logra ser el primero en besar la piedra negra, es reputado por santo; pero es preciso que esto suceda en viernes, y despues del jubileo ó rogativa pública entonces todos se postran á sus piés, y á veces muere sofocado el pobre hombre entre la multitud.

Hay á mas durante aquellos tres dias otra ceremonia, que se reduce á una procesion hecha de rodillas alrededor del templo; un Imán es el que la dirige é indica las genuflexiones que deben hacerse.

Todos los años se mudan las telas que adornan el templo interior y esteriormente: las usadas las envian al Gran Señor ó las guarda para sí el sherif ó gobernador de la Meca, y sirven para el adorno de otras mezquitas ó para hacer reliquias que el Sherif vende á precio muy subido.

Concluidos los tres dias, salen los peregrinos de la Meca y van á hacer noche á un lugar llamado Munet, adonde llegan la víspera de la fiesta del Bairán; en la mañana siguiente hacen un sacrificio de corderos, que se distribuye á los pobres, y en seguida vuelven á cubrirse con todas sus ropas como antes.

De allí suben al monte Arafat, distante una jornada, y se detienen tres dias, en cada uno de los cuales arrojan siete piedras á la montaña, y dicen que esta ceremonia sirve para lanzar de ella al diablo que vino á tentar á Abraham al tiempo que se preparaba á sacrificar á su hijo Ismael y no Isaac; otras historias cuentan tambien sobre Adan y Eva

con relacion al paraje. Bajan despues á una llanura, y luego que concluyen sus oraciones, reciben la bendicion del sherif, respondiendo todos *Amen*. El gobernador de la Meca lo es en lo espiritual y temporal, de consiguiente es considerado como una de las primeras dignidades del imperio; mas á pesar de su ilimitado poder está sujeto al Gran Señor.

Concluida aquella ceremonia bajan al pueblo de Minnet, situado en un hermoso llano, en el cual hay una roca, y en ella una cueva donde, segun los mahometanos, iba á orar su profeta. Muestran con mucho interés y como gran maravilla, un hueco en un cierto paraje de la misma peña, que aseguran fué hecho por los ángeles con el fin de que Mahoma descansase allí su cabeza cuando hacia oracion; y para conservar la memoria de aquel milagro, han edificado una mezquita en el mismo paraje. La mayor parte de los que van á la Meca hacen tambien el viaje á Medina, pero esto no es una obligacion.

Medina ó Madina (que en árabe quiere decir ciudad) es otra gran poblacion de la Arabia, á tres jornadas del mar Rojo, y no tan considerable como la Meca. Hay en medio de aquella ciudad una gran mezquita donde está el sepulcro de Mahoma, que es de mármol blanco, y cerca de él las tumbas de Abubequer, Omar y otros califas que le sucedieron. Arden constantemente en el templo un gran número de lámparas, y el sepulcro está colocado en un patio pequeño de figura circular, cubierto con una cúpula que los orientales llaman *Turbé*. Alrededor hay una galería esterior con muchas ventanas, cuyas rejas son de plata; la interior está adornada de infinidad de piedras preciosas, especialmente en la parte donde corresponde la cabeza del sepulcro. Entre las muchas alhajas de valor se ve un diamante mayor que el huevo de una paloma, y encima de este, otro que el sultan Osman, hijo de Achmet, hizo colocar allí, y que es igual al que llevan en el turbante los emperadores mahometanos. Antiguamente formaban estos diamantes uno solo, pero Osman los hizo partir por la mitad, no se sabe por qué ni con qué intento.

Debajo de ellos hay una media luna de oro de la cual cuelgan otros muchos diamantes de escesivo precio. La puerta por donde se entra á la galería que circunda el Turbé es de plata maciza, lo mismo que la que da al mismo Turbé. Esta solo se abre cuando hay poca gente: es decir, luego que los peregrinos se retiran, los cuales solo pueden ver la galería interior y sus riquezas por entre las rejas que la cercan. El túmulo está elevado como tres piés del piso principal del templo, y se sube á él por cuatro escaleras de mármol blanco.

Los turcos que han hecho el viaje á la Meca pueden usar únicamente del turbante verde.



OBJETO DE UN VIAJE DE LUIS XIV A NANTES.

Luis XIV hizo un viaje á Nantes el 1.° de setiembre de 1661, donde fué recibido con la mayor pompa. Hubo diversiones de todos géneros, y la corte paseó por el Loira en barcas cubiertas de seda para este efecto. El rey se hospedó en el castillo, y su limosnero pagó al cura de Sta. Redegunda treinta y cinco suses por cada noche de hospedaje. No se pudo averiguar el objeto de este viaje hasta la noche anterior al dia de su partida en que Luis XIV hizo arrestar al superintendente Fauquet, acusado de conspirador y de haber hecho grandes dilapidaciones. Se habia creido necesario alejarle de la corte para arrestarle sin esposicion. Fouquet fué juzgado en Paris por una comision escogida entre sus enemigos y condenado á destierro. Luis XIV permutó este castigo en una detencion perpetua, lo que era una agravacion de la pena, en vez de una gracia.

Fouquet, que habia sido defendido por Pelisson con tanta elocuencia, y por la Fontaine con tanta sensibilidad, murió al poco tiempo en el castillo de Piquerol.

EL PARAISO Y EL INFIERNO
DE LOS HEBREOS.

El Paraiso.—Los Angeles.

La palabra *Paraiso* se deriva de *pardas*, que significa en zend sitio ó jardin de delicias. El jardin del Eden, dicen los talmudistas, es sesenta veces mayor que el Egipto; está colocado en la sétima esfera del firmamento. Tiene dos puertas por donde entran sesenta miriadas de ángeles cuyas figuras brillan como el firmamento mismo. En el momento en que el justo llega ante la presencia de ellos, le despojan de sus vestidos, colocan sobre su cabeza dos coronas, la una de oro y la otra de piedras preciosas, le dan ocho varas de mirto, y bailan delante de él diciéndole: Come tu pan y regocíjate. Despues le hacen entrar en un sitio rodeado de agua; cuatro rios corren allí, uno de miel, otro de leche, otro de vino y otro de incienso; hay tambien mesas de piedras preciosas, ochenta miriadas de árboles se elevan en cada uno de los ángulos, y en cada uno de ellos se hallan colocados sesenta miriadas de ángeles que cantan continuamente alabanzas á Dios, con una voz agradable; en medio del jardin está plantado el árbol de la vida, su follaje da sombra á todo él.

Los ángeles son en las tradiciones judáicas, como los ha definido Platon, seres que ocupan un puesto entre Dios y los hombres; llevan las oraciones de estos á Dios. En La Biblia están designados bajo tres nombres diferentes. Cuando pecaron Adan y Eva, un querubin fué quien los arrojó del paraiso terrestre. Isaias en su capítulo sesto llama serafines á los ángeles. Desígnanlos generalmente con el nombre de *Melucim* (enviados); en Daniel se habla del príncipe de los ángeles de la Persia y del príncipe de los ángeles de la Grecia. Segun el Talmud, los nombres de los ángeles vinieron de Babilonia con los israelitas; esta opinion, muy justa, demuestra que los israelitas, durante su permanencia en Persia y en Babilonia, tomaron de la religion de los persas sus Izeds, sus Ferruers y sus Amschaspands. En otro pasaje se dice: Los ángeles fueron creados el dia segundo, y su substancia es mitad

agua y mitad fuego; la palabra EL, Dios, que se encuentra al fin de todos los nombres de los ángeles, nos induce á creer que eran ellos personificaciones ó emanaciones de las cualidades de Dios.

Gabriel significa fuerza de Dios; *Faheriel*, pureza de Dios; *Adariel*, grandeza de Dios; *Kadochiel*, santidad de Dios; *Rehuniel*, misericordia de Dios. Hay algunos otros cuya esplicacion se encontrará en el Zend ó en el Pelvi, como Sandalpos y Jorkomi: todos tienen diferentes atribuciones.

Gabriel es el jefe del fuego; *Jorkomi* el del granizo y *Miguel* el del mar; *Samenil* es el jefe de los reptiles; *Daliel* de los peces; *Anafil* de los pájaros; *Maktogil* de las piedras; *Alefil* de los árboles frutales, *Charoel* de los árboles que no dan fruto, y *Sandalpos* de los hombres. Este ángel tiene los piés sobre la tierra y su cabeza llega á los cielos; *Suriel* se halla constantemente delante del trono de Dios. En el Zend-Avesta, 2, 37, 58, se habla de *Bahman*, jefe de los ganados; *Ardibehescht*, jefe del fuego; *Schahriver*, jefe de los metales; *Spandomad*, jefe de la tierra y *Khordad*, jefe del agua.

El infierno.—Los demonios.

El Geon ó el infierno de los judíos estaba dividido en siete esferas ó regiones donde se encontraban colocadas las diferentes clases de condenados: cada esfera tenia un ángel por jefe; en medio corria el Dindro (rio de fuego). Importadas á la edad media estas ideas, tal vez contribuyeron á la creacion de la *Divina Comedia*.

Segun el Talmud, hay nueve demonios: tres que son semejantes á los ángeles, conocen el porvenir y vuelan de un estremo á otro del mundo: otros tres son semejantes á los hombres, beben y comen como ellos; y los otros tres son semejantes á los animales: tambien beben y comen como ellos.

Segun las tradiciones talmúdicas, cuando Adan comió la fruta prohibida, fué padre de tres clases de demonios: los *hilites*, especies de lámias que devoraban á los niños pequeños; los *espíritus*, que no tenian forma material, y los *Kophim*, que tenian cabezas de mono.

LA MALDITA.

Renunciando Eduardo I á la quimérica conquista de la Palestina se habia embarcado para Inglaterra en compañía de dos caballeros que habian seguido sus banderas; y despues de haber atravesado juntos la Italia y la Francia, se hallaban en Calais aguardando con impaciencia que el viento le permitiese atravesar el estrecho. Estaba tambien con ellos otro caballero que por algun tiempo los acompañó en su viaje, hombre de pocas palabras, pero ninguna sin un rasgo irónico. En vano los nobles condes habian desplegado en su presencia sus árboles genealógicos, y referido varios sucesos de su historia para empeñarle á contar la suya, pues él los habia escuchado sin interés y no habia correspondido a sus ideas. Por fin, cierto dia se trabó entre los tres la conversacion siguiente:—¿Pensais ir con nosotros á Inglaterra?—No: algunas veces vengo á ver las aguas que bañan sus costas; pero mis huellas no se imprimirán en el suelo de mi patria. Harto me despedazan mis recuerdos, aun lejos del lugar en que pasaron los sucesos.—¿Sabeis que vuestras misteriosas espresiones, casi hacen pensar que sois un delincuente?—Y con razon: tengo á mi cargo una muerte. Esta palabra les hizo estremecer, y él prosiguió: Habeis viajado con un homicida... pero, pues me habeis proporcionado el gusto de hablar mi lengua patria, y pues veo que deseais conocer los sucesos que han llenado de dolor mi vida, voy á decíroslos.

Mi padre era de Bristol; y cuando cumplí la edad regular, en lugar de hacerme sentar plaza de soldado, como estaba indicado en mi situacion, pensó que peligros por peligros era mejor pasarlos con esperanza de una suerte feliz y tranquila, que no ir á regar con sangre la tierra santa: aunque yo como jóven le hablaba algunas veces de las glorias de Marte. ¡Pobre muchacho! respondia él entonces; la gloria es una dama muy altiva: los pecheros son los que pelean, y los señores los que triunfan. En fin me dedicó al comercio colocándome en casa de Samuel Hington, muy amigo suyo. Era este hombre tan rico como avaro, en términos que nadie le nombraba sin añadir *el judío renegado*, como si el becerro de oro no fuese ídolo de todas las naciones. Tenia una hija llamada Aliza, tan hermosa como no sabré pintaros, así como me será imposible describir lo que pasó en mi alma el dia en que sus miradas me hicieron conocer que su corazon habia entendido al mio, y que habiamos nacido uno para otro...Si: uno para otro como el verdugo para el reo.

Samuel, contento al ver mi esmero y actividad, me confió parte de sus negocios, lo cual me dió alas para pedirle la mano de su hija, que me negó abiertamente por ser yo de oscuro nacimiento y pobre, no parando hasta que consiguió que mi padre me hiciese viajar. Dejé mi patria llevando conmigo las promesas de Aliza y la esperanza de hacer tal fortuna, que su padre no pudiese despreciarme.

Atravesé la Francia, la España, la Italia, y por último pasé algunos meses en Constantinopla con tal felicidad en mis especulaciones, que me entregué á las ideas mas risueñas, creyendo que Aliza me alargaba su mano. ¡Ah, cuán poco duró tan lisonjera esperanza! recibí cartas de mi pais, y en ellas la noticia de que Aliza tenia esposo.

Es preciso haber esperimentado la pena que causa el olvido de su dama para saber lo que entonces siente un amante. Desde entonces todo me fué indiferente: el caudal se me figuraba un peso inútil, y cesó mi actividad hasta el punto que el tiempo futuro me parecia un inmenso espacio sin término ni objeto. Pues Aliza no existia para mí, yo tampoco existia para nada en el mundo. Ocho años pasé entre el tedio y los recuerdos, cuando el deseo de ver mi patria, ó tal vez mi destino, me hizo regresar á Inglaterra. Volví á Londres con intencion de no permanecer en aquella capital, pues temia encontrar allí á la ingrata cuya imágen no se habia apartado de mí: temia oirla nombrar; y mas que todo temia verla al lado del que habia merecido su preferencia. Mi padre habia fallecido: recogí lo poco que de su herencia me tocaba, y salí dirigiéndome á Oxford. A mi llegada á aquella ciudad las campanas de la iglesia de San Miguel hacian oir su lúgubre sonido: la calle y la posada donde fui á parar estaban llenas de gente: noté que todos manifestaban un estraño asombro, que se hablaban en secreto; y preguntando la causa al posadero, me contestó: Bien se conoce que sois recien llegado, y no sabeis que hoy se da sepultura al sesto marido de la *Maldita*. Sí señor, su sesto marido. Desde que entró en la ciudad (Dios la libre de sus maleficios) ya van tres con este: en Londres acabó con otros tres, y juraria que ya el sétimo se está preparando. Es preciso que esa muger sea hechicera, pues hasta ahora nada se le ha podido probar; de modo que es preciso confesar que es blanca como la nieve, aunque es mas negra que Belcebut, ¡paciencia! Ahora queremos que se registre el cadáver del pobre Simon Shard: tal vez se encontrará allí lo necesario para que la quemen viva.

La curiosidad me hizo suspender mi viaje: deseaba ver á aquella *Maldita*, y como sin duda era aquel el término prefijado por mi destino, su mano de hierro me clavó allí. Siguiendo el tropel de la gente llegué á una casa de donde vi salir un cadáver, con todo el lujo que puede desplegarse en una ceremonia fúnebre. Allí viene la *Maldita*: allí viene, gritaron con indignacion los concurrentes, y dirigiendo yo la vista hácia donde señalaban, no pude dudar que la *Maldita* era mi Aliza, aquella Aliza, mas bella que nunca la habia visto. ¡Cuánto resaltaba su pecho de alabastro y las rosas de sus mejillas entre aquellos adornos negros, aunque no tanto como sus cabellos! Casi perdí el juicio: todo lo pasado se me borró de la memoria, me hubiera arrojado en sus brazos, si no me lo hubiese estorbado la multitud que nos separaba.

Sin ser dueño de mí mismo ni saber por dónde iba, me hallé en una sala entre mucha gente, pero mas inmediato á Aliza. El cadáver de Shard estaba sobre una mesa, rodeado de gente armada: la justicia estaba presidiendo á su reconocimiento: Aliza presenciaba el acto con dignidad y serenidad, y por fin el juez la declaró inocente. Los espectadores guardaron un profundo silencio: solo se oyó un grito de alegría... yo no fui dueño de contenerle: Aliza volvió la cabeza como para dar gracias al que se interesaba en su inocencia, me vió, me conoció y cayó desmayada, y yo maquinalmente me arrojé á sus piés, bañando sus manos con mis lágrimas.

Entre tanto se llevaron al cadáver: los espectadores que tan mala opinion tenian de Aliza marcharon descontentos de tenerla que llamar inocente; y yo sin reparar en nada, solo miraba aquel rostro esperando el momento en que recobrase sus sentidos. Por fin la vi abrir sus hermosos ojos, y mi nombre fué lo primero que pronunciaron sus labios. ¡Ah Martin... en qué momento! ¿Y me amarás todavía?... Sí en aquel instante hubiera yo visto sus manos teñidas de sangre no hubiera dejado de amarla

Bien podeis imaginar que yo no me apartaria de su lado: en efecto, apenas concluyó el término de luto fui su sétimo esposo, á pesar de los funestos presagios que oia por todas partes. Cuatro meses pasamos en la mayor felicidad; sin embargo, á pesar del vivo amor que ella me manifestaba, la veia á veces entregada á profundas meditaciones, y luego una estraordinaria tristeza la hacia casi insensible á mis caricias. ¿Qué tienes, Aliza? la decia yo un dia: ¿qué deseas?..¿ qué echas menos?.. me amarás siempre, ¿es verdad? —¡Ay Dios! contestó ella con una especie de frenesí: sino fuese así, si algun dia llegases á olvidarme... ¡antes muera yo ahora mismo en tus brazos! ¡Me seria tan cruel aborrecerte mortalmente! La espresion con que pronunció esta palabra me llenó de terror; su rostro quedó cadavérico, y sus ojos brillaban de un modo tan estraño, que procuré tranquilizarla; pero yo mismo necesitaba sosegarme. Entonces, por la vez primera, entró en mi corazon la sospecha; resonaron en mis oidos aquellas voces de *maldita homicida*, creí comprender su sentido y me llenaron de terror.

Aquella noche llamaba en vano al sueño; tardó en venir á calmar mi agitacion, ó por mejor decir á aumentarla. Me pareció ver al desgraciado Simon lanzando sobre Aliza unas terribles miradas, y alargándola su mano como para llevarla consigo. Ella temblando imploraba mi auxilio, y el aspectro me dijo: Esa *me mató*, esa *te matará*.

Yo di un gritó de horror que me despertó, y vi á Aliza que sollozando me decia: Qué tienes, Martin, tú has pronunciado mi nombre y no con cariño.—Es verdad, la respondi, debes precisamente baberlo oido; ella se puso pálida al escucharme.

Sin decirla nada mas, me vestí, y salí de casa andando sin saber por dóode, solo con el deseo de arrojar de mí los temores que me agitaban. Culpaba á veces mi pusilanimidad; me llamaba débil por ceder así al espanto de un ensueño; pero la llaga era demasiado profunda para que la razon la cicatrizase. Aquella palabra de Aliza, *aborrecerte mortalmente*, resonó de nuevo en mi alma. Ella es altiva, orgullosa, me decia yo á mí propio: ya he sabido cómo ama, sepamos ahora cómo aborrece,

Este infame proyecto me lisonjeó por entonces, y le puse en ejecucion. Ya era muy tarde aquella noche cuando volví á mi casa. Aliza se precipitó en mis brazos, preguntándome dónde habia estado. —¿Qué os importa? fué mi única respuesta, y ella quedó como una estatua. Al dia siguiente salí muy de mañana, y al regresar por la noche me recibió llorando... Sí, aquellas lágrimas eran hijas del dolor. Repetí lo mismo al tercer dia: Aliza no lloró al verme: solo me hizo algunas reconvenciones cariñosas, y despues me abrazó con la mayor espresion. Al cuarto dia volví á casa mas tarde que nunca. Aliza estaba pálida y silenciosa: conocí que ya habia tomado su resolucion, y determiné observarla. Cuando me creyó dormido la vi levantarse muy despacio, pálida como la vi en ensueño; sacó de una cajita una cosa que no pude distinguir lo que era, y echándola en una vasija la puso al fuego que habia encendido. Jamás olvidaré la espresion de su cara, alumbrada por el reflejo de la llama; y sin ser de los que dan crédito á la magia, á cada instante aguardaba que se apareciese algun espectro; Aliza se acercó á mí, y estuvo contemplándome por un rato. Sin duda su corazon luchaba entre la venganza y el amor. Este fué por entonces mas poderoso.

Ya os dije que deseaba ver dónde llegaba su odio. A la mañana siguiente, cuando ella me dijo: Martin, te vas y me abandonas; no la respondí sino con una mirada de desprecio que acabó de extinguir el amor que me tenia. Desde entonces mi sentencia estaba pronunciada: la leia en la calma terrible que habia reemplazado á las lágrimas y á la desesperacion. Cuando me vió entrar aquella noche, pareció sorprenderse, y me dijo: ¡Tan pronto! Sí, era bien tarde. Fingí un profundo sueño: ella se levantó como la noche anterior é hizo los mismos preparativos. Como yo habia pasado tantas noches en vela, apenas podia resistir al sueño; y sin embargo, un solo instante faltaba acaso para completar la venganza. Por fin, la vi dejar la silla en que se habia sentado: su aspecto tenia un no sé qué de imponente: llevaba en una mano aquella vasija, que exhalaba un olor á plomo derretido, y en la otra un instrumento de barro que terminaba en un cañoncillo estrecho. Entonces comprendí su idea: se me erizaron los cabellos, me arrojé de la cama, la cogí las manos, y bien pronto la sala se llenó de gente que acudió á mis gritos. Ella estaba inmóbil como una estatua; pero estatua que arrojaba fuego por los ojos.

Seis testigos irrecusables probaron su crimen, y fueron las seis cabezas donde se halló el plomo que habia introducido por el oido; y cuando los jueces la preguntaron qué motivo la habia escitado á cometer tal maldad, respondió con la mayor serenidad: Esos me engañaron y yo los aborrecí; pero tú, infame, me has vendido y te desprecio.

A pocos dias un gentío inmenso rodeaba la hoguera en que dejó de existir Aliza: todos aplaudian la sentencia: yo solo derramaba lágrimas de rabia y de remordimientos. No me aparté de aquel lugar hasta que la última chispa salió de aquel monton de cenizas; entonces partí, y llevo arrastrando mi penosa existencia sin objeto y sin esperanza de felicidad alguna.



(Valle de Basalva en Guipúzcoa.)

Causas de nuestros errores.—Medios de remediarlos.

El *error* tiene lugar cuando la fuerza activa que tiende á conocer, no puede vencer la fuerza de inercia que las dificultades le oponen. Esta derrota de nuestras facultades puede referirse á cuatro causas generales: 1.ª su impotencia natural; 2.ª su imperfecta educacion; 3.ª el mal empleo que de ellas hacemos; 4.ª el desórden en su ejercicio causado por influencias estrañas

1.ª La *impotencia natural* existe en la *especie* y en el *individuo*. *En general*, nuestros sentidos no son susceptibles de percibir sino dentro de ciertos límites y mediante ciertas condiciones: todo hecho realizado á una distancia muy considerable, todo objeto que presenta proporciones muy grandes ó muy pequeñas, escapa naturalmente á

su accion; del mismo modo ciertos problemas intelectuales, aquellos especialmente que son relativos á las causas primeras, son casi siempre irresolubles para nuestra inteligencia. En una palabra, nuestra facultad de conocer no puede ejercerse mas que en la esfera de lo humano, y tan pronto como trata de penetrar en la esfera sobrehumana que le está vedada, cae inevitablemente en el error. *Individualmente*, todo hombre no posee por completo la organizacion propia de la especie; hay hombres privados de un sentido, tal como el oido, etc., ó de una facultad, como la imaginacion, ó en los que los medios de conocer, sin ser enteramente nulos, no tienen mas que una mediana fuerza, como la vista en los miopes: ¿qué sucederá, pues, si se atreven á juzgar mas allá del circulo trazado por su percepcion? Fáciles son de conocer los innumerables errores que deberán cometer el ciego fallando sobre colores, el sordo apreciando los sonidos, y por analogía, en los que incurrirá el geómetra criticando las obras del arte, ó el artista discutiendo sobre teoremas geométricos.

2.ª *La educacion imperfecta.* Solo la cultura puede desarrollar las facultades en toda su plenitud; á la manera que la gimnástica aumenta la fuerza y la agilidad de los miembros, así el razonamiento y la observacion hacen el juicio mas penetrante y mas seguro. Aquellos, pues, que ni han estudiado ni han meditado, están espuestos á engañarse frecuentemente, hasta encerrándose en las mas vulgares preocupaciones, y condenados á engañarse siempre cuando quieren hacer una escursion en el terreno de la ciencia. La inercia y la ignorancia son abundantes fuentes de errores.

3.ª *El mal empleo de las facultades.* Una facultad que la naturaleza ha creado fuerte y que la educacion ha desarrollado completamente, se estravia, sin embargo, por no ejercerse con las convenientes condiciones. La mejor vista no puede percibir, sino confusamente, en las tinieblas, y la mas perspicaz inteligencia tampoco puede juzgar bien si no se rodea de todas las noticias útiles, de todos los auxilios indispensables para el conocimiento, y si en fin no concentra su atencion con una paciente energía.

4.ª *Las influencias estrañas* que mas descarrian nuestro juicio son: el *interés*, que todo lo refiere á un mismo punto de vista y que conduce á una engañosa unidad, la diversidad que en todas las cosas existe; pues lo verdadero para el egoista es todo lo que puede serle provechoso, y lo falso todo lo que le puede ser perjudicial; las *pasiones* que producen una especie de delirio y suspenden el ejercicio de la razon. Puede decirse de la cólera lo que los antiguos decian de la embriaguez, que *es una corta locura*: debe añadirse que nuestro juicio no ofrece garantías desde que prestamos oido al sentimiento de las simpatías ó de las antipatías; las *preocupaciones*, es decir, las opiniones formadas con anterioridad á todo exámen, que son tanto mas obstinadas cuanto menos fundamento tienen; en fin, preciso es señalar como las dos causas que mas errores engendran, el *orgullo*, que nos hace despreciar sistemáticamente el auxilio de otras inteligencias, y la *credulidad*, que nos hace aceptar las afirmaciones de cualquiera sin distincion.

Los errores de impotencia nada los evita mas que la modestia, que nos suministra la verdadera medida de nuestras fuerzas.

Contra los demás errores designados, la religion, la moral y la educacion proporcionan poderosos preservativos. En cuanto á las que proceden particularmente de la credulidad, es preciso oponerles la duda metódica de Descartes, que rechazando las creencias supersticiosas, se fija con respeto ante un pequeño número de verdades inatacables.

ANÉCDOTA.

Reinando en España el buen emperador D. Carlos V., vino de Portugal un embajador que traia una numerosa caterva de agregados, dependientes y criados, que en todos sumarian unos cuarenta. Luego que S. M. C. vió al representante portugués con tan gran escolta, le preguntó sonriéndose:

—Hombre, ¿vienes á conquistar mis reinos?

—Nâo senhor (contestó el portugués), porque se en viera á conquistar o vosso reino, en trouxera muita menos gente.

Está pues demostrado que nuestros vecinos de allende el Guadiana no son tan fanfarrones como se les supone.

LAS DOS ROSAS.

Mas risueña y lozana
que hermosa jóven que en los quince frisa,
rompió el boton y perfumó la brisa
una rosa temprana
en el primer albor de la mañana.
Y viéndose tan bella,
despues de contemplarse vanidosa
en el cristal sereno de una fuente,
dijo á otra pobre rosa
que estaba junto á ella,
respirando el ambiente,
aunque mustia y menguada
por los tardios hielos arrugada:
—«¿Qué haces aquí, mezquina?
¿No te abochornas de ocupar un trono
reservado á mi gracia peregrina?»
—«Ni orgullo ni vergüenza,
contestó la aludida en flebil tono,
siento al vivir en mi nativo suelo;
solo sí hallo consuelo
en saber con certeza,
que la falta de galas y hermosura
con que á tí te dotó naturaleza,
hará que muera sosegada y pura
donde mismo nací, por mi ventura.»
—«Pequeña es tu ambicion, flor miserable...»
—«Pero es segura y de virtud dechado.»
—«Y qué, ¿menos estable
será la duracion de mi reinado?»
—«¡Mucho, ay de tí, la vanidad te aqueja!...»
Dijo á la niña flor la flor mas vieja.
Quedó en esto el coloquio interrumpido
por codiciosa abeja,
que con sordo zumbido
y agradable murmullo
lisonjeó á la hermosa:
esta esponjó su virginal capullo,
y en el purpúreo seno penetrando
el insecto, libó la miel sabrosa
y escapóse volando.
Dió la rosa un suspiro lastimero,
que aunque tarde su daño conocia;
oyólo el jardinero,
y al notar la frescura encantadora
de la tierna beldad que así gemia,
del tallo la cortó con osadia,
para el pecho adornar de su señora.
Entonces una voz tenue y doliente,
que el aura repitió murmuradora,
clamó:—«¡Ay de tí!... ¡Marchita va tu frente!»
Y otra voz mas lejana:
—«¡Con Dios te queda, mi feliz hermana!»

FRANCISCO J. ORELLANA.

LOS ENCANTOS DE UNA VOZ.

SONETO.

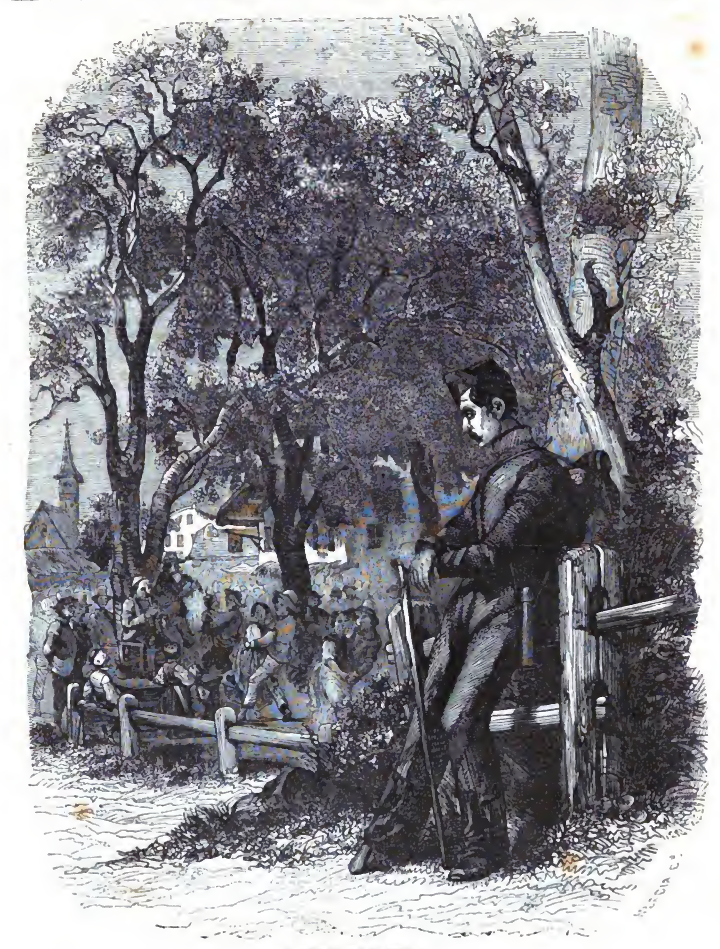
¿Eres tórtola ausente y lastimada
Que exhala en vago arrullo sus amores,
O pájaro de mágicos primores,
Que saluda la cándida alborada?
¿Ó el ruiseñor perdido en la enramada,
Ó cisne de dulcísimos dolores,
Ó el son del aura errante entre las flores,
Ó el arpa por el céfiro halagada?...
No lo acierto, ¡por dios!... Las armonías
Que hasta mi corazon vibra tu aliento,
Y despiertan en él mil fantasías,
No tienen nombre en el humano acento.
¿Y para que?... ¡palabras asaz frias!...
La inspiracion solo habla al sentimiento.

V. GARCÍA ESCOBAR.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 49.

El lechuzo apetece y bebe aceite.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, Á CARGO DE ALHAMBRA.



LA PIERNA DE MADERA.

Encontré cierto dia yendo de camino á un soldado de caballería, muy joven aun, que llevaba suspendida de sus hombros la maleta de montar, y al lado izquierdo el correspodiente tubo de hoja de lata destinado para guardar el pasaporte; el suyo debia encerrar mas que una licencia temporal, porque caminaba con trabajo, apoyándose penosamente en una pierna de madera.

Nunca he podido contemplar sin una opresion dolorosa de corazon, esas mutilaciones hechas voluntariamente al hombre por el hombre, las cuales atestiguan mucho menos su valor que su carácter violento. Los aficiondos á la historia pueden señalar las guerras que no hayan podido evitarse con razon y con justicia. ¿No han tenido casi siempre por motivo esos asesinatos organizados, alguna venganza personal,

algun insulto contra la vanidad presuntuosa, alguna ambicion que se ha avergonzado de mostrarse á las claras, y que ha preferido arrastrar naciones enteras para hacerlas partícipes de sus resentimientos ó aspiraciones? Colocando el valor sobre todas las virtudes, y haciéndolo consistir en matar ó morir por mano agena, se ha llegado á despertar en nuestras almas el mas antisocial de todos los instintos, el que nos conduce y nos aficiona á la destruccion del género humano.

La guerra, que no es mas que una caza degenerada, parece que corresponde únicamente á las épocas salvajes, en que el hombre, ignorando todavia las leyes racionales del mundo, sigue brutalmente sus confusas inspiraciones y solo puede hacerse comprender por sus hechos. Entonces mata, así como el niño rompe, para ensayar su fuerza, para dar á conocer su voluntad, ó para calmar su cólera. Pero mas tarde, despues que se han desarrollado los instintos sociales, luego que el hombre ha llegado á conocer las ventajas de las relaciones fraternales entre las naciones, y á conquistar todos los medios que proporciona la civilizacion para hacer triunfar pacíficamente la justicia y la verdad, ¿cómo puede persistir en esos bárbaros deseos de verter sangre? Se tiene por justa y sábia la prohibicion de que los ciudadanos defiendan sus derechos con las armas, porque de semejantes luchas solo resulta el triunfo de la fuerza y nunca el de la equidad. ¡Y qué! Lo que es verdadero para un particular ¿no ha de serlo tambien para cada pueblo, que al cabo no constituye mas que un individuo en la humanidad entera? La ley que se juzga necesaria para la moralidad y la dicha de las sociedades, ¿cesa de serlo para la dicha y la moralidad de la gran sociedad que puebla el mundo? Si la imparcialidad del juez debe decidir únicamente entre los particulares, ¿por qué la fuerza de las armas ha de hacerlo entre las naciones? ¿Se abandonan á la casualidad sus intereses, por lo mismo que son infinitamente mayores?—Pero se dice, ¿cómo hemos de llegar á conseguir esa organizacion pacífica de los pueblos?—El medio seguro es probarles que ella es la que debe afianzar la seguridad general y el reposo y contento de todos; hacerles ver los infortunios consiguientes á esas luchas encarnizadas en que las victorias del vencedor se compran con el luto y el odio de los vencidos; aconsejarles que no añadan á las miserias inevitables de la sucesion de Adan, los voluntarios desastres de la guerra. ¿No tienen los humanos bastantes calamidades con ese largo catálogo de catastrofes naturales, sin que tengan necesidad de llamar en su auxilio al cañon y al sable?

Al paso que me dirigia interiormente esta filípica contra la guerra, no perdia de vista al jóven soldado. Caminaba con firme paso y su pierna de palo resonaba á intervalos iguales sobre las piedras de la vereda. Sus facciones no espresaban esa viva y satisfactoria espansion de la juventud; una sombra austera las cubria, sus mejillas aparecian marchitas, algunas arrugas asomaban en su frente tostada por los rayos del sol, y sus ojos, en torno de los que se dibujaba un cerco negro, revelaban esa melancolia paciente que comunica la desgracia noblemente sufrida.

Llegamos á una aldea, cuyo campanario hacia asomar su flecha por encima de los árboles. De pronto y en un recodo del camino, nos llevó la brisa los sonidos de un oboe, y poco despues llegamos á un escampado que nos dejó presenciar uno de esos bailes campestres animados por la felicidad y la alegría.

Sentados en dos toneles vacíos arrojaban los músicos al viento sus agudas notas, al paso que las parejas pasaban y repasaban dando vueltas entre la luz y la sombra que formaban los rayos del sol filtrándose por el ramaje.

El soldado se habia detenido bruscamente. Arrimado á una barrera, la mano izquierda puesta sobre la punta de su palo de camino, entreabierta la derecha, miraba aquella escena con emocion silenciosa. Un mundo entero de recuerdos cruzó sin duda entonces por su mente: acordábase de su pueblo y del tiempo en que dirigia el baile sobre la yerba. Nadie mejor que él sabia llevar el compás; ninguno de sus amigos podia igualarle en ligereza, en animacion, en felicidad... Todas las jóvenes de la comarca le preferian... Desde entonces solo habian trascurrido algunos años; pero ¡qué cambio! El alegre bailarin de aquella época volvia encorvado por el cansancio, mutilado por la guerra y desconocido para todos, á no ser que le quedase una madre.

Detuve tambien mis pasos delante de tan triste y desesperada contemplacion, esperando que el soldado prosiguiese su camino; pero el baile continuaba y él permanecia mirando. Me decidí por fin á pasar de la aldea; pero no bien me acerqué al jóven para tomar la vereda, y sin que el ruido de los pasos de mi caballo le hiciesen levantar la cabeza, examiné furtivamente su rostro, y distinguí en sus hondas mejillas dos lágrimas que las bañaban lentamente.

¡Ah, consuélate, soldado! los placeres de la juventud han concluido para tí; pero Dios te concederá por premio las satisfacciones dulces y serenas de la edad madura. La guerra te ha dejado por fortuna dos brazos vigorosos, que pueden ganar el sustento para una familia honrada. Vuelve, vuelve á tu aldea, y si las jóvenes no reconocen al apuesto bailarin, puedes estar seguro de que entre ellas habrá alguna para cuyo corazon sea un atractivo tu desgracia. Esa te indemnizará de todo lo que has perdido.

TEATRO DE CALDERON.

El nombre de Calderon de la Barca es indudablemente el mas popular de la escena española, y su teatro el repertorio dramático mas conocido entre los de los célebres dramáticos del siglo XVII.

La razon de aquella preferencia está fundada en el indisputable mérito de este eminente autor (sobre el que todo está ya dicho), en su rica imaginacion, en su abundosa vena, en su originalidad y en su cultura.—Menos fecundo que su antecesor, el asombro de su siglo, *Frey Lope de Vega Carpio*, lo fué sin embargo para mantener en vigor durante setenta años la curiosidad y el interés del público con peregrinas composiciones dramáticas, que entre profanas y religiosas se acercan al número de doscientas. Pero lo que cedió á aquel grande ingenio en fecundidad, le llevó de ventaja en la rica é ingeniosa combinacion de sus argumentos, en la admirable entonacion poética, en la eleccion de simpáticos caractéres, y en una cultura, en fin, y seductora gracia en el estilo, que simpatizando con todos los corazones, con todas las imaginaciones del público español, acaban por poner en sus manos la inmarcesible palma del teatro nacional: eleccion instructiva que los dos siglos siguientes han confirmado y aplaudido.

Este ingenio colosal, este eminentísimo poeta, para poder ser apreciado justamente, tuvo tambien la gran fortuna de alcanzar tiempos mas adelantados en buen gusto, un público entusiasta por la escena, un rey y una corte infatigables cultivadores y protectores de las obras del arte.

A estas causas reunidas, y al carácter oficial de *ingenio de la corte* que obtuvo Calderon durante todo el largo reinado de Felipe IV y la minoria de su sucesor, debió sin duda el que los admirables frutos de su talento apareciesen ante el público con todo el esplendor debido, cautivando la atencion de los monarcas y cortesanos, de los inteligentes y del pueblo en general, hasta el estremo de hacerle aparecer por mas de medio siglo (y justamente el periodo mas fecundo en escelentes autores), el dominador esclusivo de la escena española, el poeta cortesano, el ingenio verdaderamente nacional.—Sus ostentosos dramas, sus magníficas creaciones, que aparecian primeramente en los regios salones del alcázar de Madrid, en los jardines y estanques del Buen-Retiro, y en los teatros de la Zarzuela y del Pardo, despues de obtener el aplauso de aquella corte poética y caballeresca, pasaban á electrizar á la multitud en los corrales de la Cruz y del Principe; sus ingeniosas piezas y alegorías religiosas representadas con grande aparato en las plazas públicas, en las fiestas del Corpus ante los reyes, los consejos supremos, las autoridades y el pueblo, convertian á Calderon en un verdadero eco de su siglo, en el cantor de su época, en su Homero, su Píndaro y su Tirteo.

¡Sesenta y mas años de triunfos tan envidiables, de posicion tan sublime, desde que á los trece años de su edad escribió su primera comedia, *El Carro del Cielo*, hasta que á los ochenta cerró él mismo su admirable teatro con la titulada *Hado y Divisa!* ¿Qué otro ingenio pudo jamás lisonjearse de conservar tanto tiempo el trono del arte, las simpatías y el entusiasmo del pueblo?

La modestia no desmedida del gran Calderon igualaba por lo menos á su mérito. Elevado á tan alto puesto por el público entusiasmo, heredero del escénico del gran Lope de Vega, y descollando magníficamente en una corte y en unos tiempos en que se alzaban á su lado hombres como Quevedo y Góngora, Moreto y Tirso, Rojas y Alarcon; especial favorito poético del monarca poeta, y colmado de honores y distinciones (aunque en su esfera eclesiástica) por aquel rey y su gobierno, fácil es de suponer los tiros que habia de sufrir de parte de la envidia, las asechanzas que contra su ingenio y contra su persona suscitaria tan merecido favor. Pues á pesar de esto, y por un fenómeno acaso único y que solo se esplica por el carácter modesto y simpático de Calderon, solo hallamos en sus contemporáneos escepciones y testimonios repetidos de encomio y alabanza, solo vemos de parte de él mismo gratulaciones y muestras de benevolencia hácia las obras de sus contemporáneos y amigos.

Y es que Calderon, además de ser insigne poeta, de su ingenio colosal, era uno de aquellos tipos caballerescos y simpáticos que él solia pintar en sus comedias. Buen patriota, cumplido caballero, militar esforzado cuando jóven, pagó con su sangre el tributo de lealtad á su patria y á su rey; y su corazon tierno y apasionado rindió un culto respetuoso en su altar á la hermosura; cultivador de la virtud á par que de la ciencia, no consintió jamás en ninguna de sus obras el menor desacato contra la moralidad y la creencia: venerable sacerdote despues, la mitad de su vida quedó consignada como un modelo de

piedad y de virtud religiosa; y aunque sublimado por sus altos merecimientos á las distinciones y puestos de caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de Palacio y de los Reyes Nuevos de Toledo, su mansedumbre, su apreciable condicion y nobles modales, no se desmintieron jamás, tratando como superiores sin baja adulacion ni servidumbre al monarca y á los magnates de la corte, como iguales á los célebres autores de su época, á los sacerdotes de la venerable congregacion de Naturales de Madrid, y á los pobres á quienes socorria y servia en su santo hospital.

Una prueba material de esta sublime abnegacion, de esta modesta virtud y condicion de Calderon de la Barca, existe aun en el mismo pueblo de Madrid, que se gloría de haberle visto nacer en 17 de enero de 1600; y aprovechamos la ocasion de consignarla aquí, para que conste, á pesar de no ser nuestro objeto escribir una noticia biográfica de Calderon. Este símbolo material de la modestia de aquel grande hombre es la casa en que vivió durante algunos años, y en la cual falleció el dia 25 de mayo de 1681.—Es la que en la calle de las Platerias (hoy calle Mayor), estuvo señalada con el número 4 de la manzana 173, y hoy lo está con el número 95 nuevo. Dicha casita, tan mezquina é impropia para servir de morada á aquel asombro de la corte, no tiene mas que diez y siete piés y medio de fachada, y su superficie total es de 850, con un solo balcon en cada uno de los pisos: en el principal murió Calderon, y aunque revocada y compuesta la fachada, permanece en el mismo estado la distribucion de su planta, su mezquino portal y empinada escalera. Esta casita pertenecia al potronato real de legos que en la capilla de San José de la iglesia parroquial de San Salvador (hoy demolida) fundó doña Inés de Riaño y fué de Andrés de Henao, y sin duda la tuvo en usufructo Calderon á título de descendiente de los fundadores, pues su madre se llamaba doña Ana María de Henao y Riaño, y fué tambien hija de Madrid.

En la misma capilla fué sepultado Calderon, colocándose sobre su sepulcro su retrato y un largo epitafio, á espensas de la venerable congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid, á quien dejó por su heredera; y este cuadro ha permanecido hasta 19 de junio de 1840, en que habiendo de demolerse la Iglesia por su estado de ruina, fueron exhumados aquellos restos venerables, y conducidos con gran pompa religiosa y poética al cementerio de la sacramental de San Nicolás, fuera de la puerta de Atocha, donde descansan, y es acaso el único de los poetas de su siglo cuyas cenizas se han salvado tambien.

Pero mayor que todos los monumentos que pudieran erigirle sus contemporáneos y sucesores, fué el servicio que prestó á su gloria su grande amigo D. Juan de Vera Tassis y Villarroel en la publicacion de su *Teatro*, que hizo en 1682 (al siguiente de la muerte de Calderon) y salió á luz en nueve partes ó tomos, no habiéndolo verificado la décima que habia de completarle.

En vida de Calderon su hermano D. José habia emprendido dicha publicacion; pero no la siguió, ni el mismo Calderon quiso hacerla por sí mismo, dando lugar con esta singular indeferencia á que la avidez y el deseo de lucro de los libreros, pudiesen imprimir impunemente sueltas, y en colecciones de varios, todas las comedias representadas de Calderon; pero tan llenas de errores y faltas, que él se negó constantemente á reconocerlas, habiendo negado de paso y con mayor formalidad la paternidad de otras tantas por lo menos que le atribuian falsamente para realzarlas con su nombre tan popular. Por fortuna pocos meses antes de morir escribió una carta á un amigo en que consta el título de las verdaderas y de las falsas, y por testimonio del mismo Calderon está fuera de duda que escribió *ciento y once* hasta aquella fecha. Vera Tassis, su grande amigo y coleccionador, insertó en la parte 6.ª de su *Teatro* un catálogo en que le da 120, ó sean once mas, á saber: *Las cadenas del demonio, Céfalo y Pocris*, *El condenado de amor, Desengaños de Maria, Nadie fie su secreto, La exaltacion de la Cruz, El sacrificio de Ifigenia, La señora y la criada, La Sibila del Oriente, La Virgen de Madrid*, y *Las tres justicias en una*; pero en cambio no publicó mas que 108 en las nueve partes que dió á luz, prometiendo para la décima *El acaso y el error*, *El carro del Cielo, La Celestina, Certámen de amor y celos, El condenado de amor, Desagravios de Maria, Don Quijote de la Mancha, San Francisco de Borja, El triunfo de la Cruz*, *La Virgen de la Almudena (1.ª y 2.ª parte), La Virgen de los Remedios*, y *La Virgen de Madrid*.

Todas las reimpresiones de Calderon hechas posteriormente han sido reproduccion de la coleccion de Vera Tassis, cuya parte novena salió en 1691.—En 1723 se reimprimieron las nueve partes por la viuda de Blas de Villanueva: y D. Juan Fernandez Apostes la publicó de nuevo en doce tomos desde 1760 á 1763.—Colecciones escogidas de comedias de Calderon se han publicado varias en España; la de don Vicente García de la Puerta á fines del siglo pasado; la de los señores Duran y García Suelto en 1826; tambien se emprendió una completa en la Habana en 1840, por el editor Oliva; pero no llegaron á publicarse mas que dos tomos. Los autos sacramentales que escribió Calderon para representarse en las fiestas del Corpus, y cuyos manuscritos se conservaban en el archivo de la villa de Madrid, á quien los dejó en manda, fueron cedidos por esta en 31 de mayo de 1717, y por la cantidad de diez y seis mil reales, á D. Pedro de Paula y Mier, quien hizo la publicacion de ellos en tres volúmenes, que comprenden 72 con sus correspondientes loas. Era una mala vergüenza que la mejor edicion de Calderon fuese la que publicó en Leypsik en 1830, en cuatro grandes volúmenes, el distinguido literato don Juan Jorge Keil; pero en fin, en este mismo año ha quedado reparada esta enorme falta con la publicacion completa, metódica y renovada de las comedias del gran Calderon, hecha en cuatro tomos de la *Biblioteca de autores Españoles*, y dirigida con una admirable erudicion, celo y conciencia, por nuestro buen amigo don D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

R. DE M. R.

INDICE ALFABETICO
DE LAS COMEDIAS VERDADERAS DE CALDERON.

Acaso (el) y el error.
Afectos de odio y amor.
Agradecer y no amar.
Alcalde (el) de Zalamea.
Amado y aborrecido.
Alcaide (el) de sí mismo.
Amar despues de la muerte.
Amor, honor y poder.
Amigo, amante y leal.
Antes que todo es mi dama.
Apolo y Climene.
Argenis y Poliarco.
Armas (las) de la hermosura.
A secreto agravio secreta venganza.
Astrólogo (el) fingido.
Aurora (la) en Copacavana.
Auristela y Lisidante.
Banda (la) y la flor.
Basta callar.
Bien vengas mal si bienes solo.
Cabellos (los) de Absalon.
Cadenas (las) del demonio.
Cada uno es linaje aparte.
Carro (el) del cielo.
Casa con dos puertas.
Castillo (el) de Lindabridis
Certámen de amor y celos.
Celestina (la)
Cisma (la) de Inglaterra.
Conde (el) Lucanor
Con quien vengo, vengo.
Condenado (el) de amor.
Dama (la) duende.
Darlo todo y no dar nada.
Dar tiempo al tiempo.
Desagravios (los) de María.
Desdicha (la) de la voz.
De una causa dos efectos.
Devocion (la) de la Cruz.
Dicha y desdicha del nombre.
Don Quijote de la Mancha.
Dos (los) amantes del cielo.
Duelos de amor y lealtad.
Eco y Narciso.
Encanto (el) sin encanto.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Empeños (los) de un acaso.
Escondido (el) y la tapada.
Estatua (la) de Prometeo.
Exaltacion (la) de la Cruz.
Fiera (la) el rayo y la piedra.
Fieras afemina amor.
Fineza contra fineza.
Fortuna de Andrómeda y Perseo.
Fuego de Dios en el querer bien.
Galan (el) fantasma.
Golfo (el) de las Sirenas.
Gran Cenobia (la).
Gran (el) príncipe de Fez
Guardate del agua mansa.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Hado y Divisa.
Hija (la) del aire.
Hijo (el) de Gaeta.

Hombre pobre todo es trazas.
Jardin (el) de Falerina.
José (el) de las mugeres.
Judas Macabeo.
Lances de amor y fortuna.
Laurel (el) de Apolo.
Luis Perez el gallego.
Maestro (el) de danzar.
Mágico (el) prodigioso.
Manos blancas no ofenden.
Mañana será otro dia.
Mañanas de Abril y Mayo.
Mayor monstruo (el) los celos.
Mayor (el) encanto amor.
Mejor está que estaba.
Médico (el) de su honra.
Monstruo (el) de los jardines.
Mudanza de la fortuna.
Mujer, llora y vencerás.
Nadie fie su secreto.
Ni amor se libra de amar.
Niña (la) de Gomez Arias.
No hay burlas con el amor.
No hay cosa como callar.
No siempre lo peor es cierto.
Nuestra Señora de los Remedios.
Para vencer amor querer vencerle.
Peor está que estaba.
Pintor (el) de su deshonra.
Postrer (el) duelo de España.
Principe (el) constante.
Primero soy yo.
Puente (la) de Mantible.
Purgatorio (el) de Patricio.
Púrpura (la) de la rosa.
¿Cual es mayor perfeccion?
Saber del mal y del bien.
Sacrificio (el) de Ifigenia.
San Francisco de Borja.
Secreto (el) á voces.
Segundo (el) Escipion.
Señora (la) y la criada.
Sibila (la) del Oriente.
Sitio (el) de Bredá.
Tambien hay duelo en las damas.
Tres (los) mayores prodigios.
Tres (los) afectos de amor.
Tres (las) justicias en una.
Triunfo (el) de la Cruz.
Un castigo en tres venganzas.
Zéfalo y Pocris.
Zelos aun del aire matan.



Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia.



Libusa, reina de Bohemia.



JORGE DE PODIEBRAD, REY DE BOHEMIA.

Esta estatua es sumamente notable por mas de un título: la espresion de su rostro, la nobleza de sus facciones, la majestad que revelan hasta las partes mas accesorias, honran al artista que la ha ejecutado.

LIBUSA, REINA DE BOHEMIA.

Esta reina fué hija de Krok y nieta de Samo, uno de los mas ilustres guerreros de Bohemia. Despues de la muerte de su esposo, Libusa, que era bella, inteligente y animosa, se puso al frente del gobierno, reinó durante mucho tiempo, y todavía respeta y ama el pueblo su memoria.

Esta estatua da una idea justa de la muger que representa.

LA FABRICA DE SARGADELOS.

La lámina estampada en la página 234 del presente tomo del SEMANARIO PINTORESCO, representa este magnífico establecimiento de fundicion, que ha empezado en 1749 por una herrería con su martinete, destruida por medio de un incendio deliberado. Por real cédula de 5 de febrero de 1791, se ha construido una fábrica de fundicion de hierro, la cual correspondió cumplidamente, en el corto plazo de cinco años, á la contrata de municiones de guerra, establecida entre el gobierno de Cárlos IV y el señor *Ibañez*, propietario de esta casa fabril. Desde la mencionada época, la fábrica de Sargadelos fué la abastecedora de los proyectiles empleados en las campañas nacionales desde la guerra de la Independencia, en cuyo período cargó cuarenta buques de trasporte, hasta la última lucha civil y la seguridad de nuestros remotos dominios del Asia en 1845.

El primer horno alto que se ha construido en Galicia perteneció á esta fábrica, así como otro de reverbero para la fundicion de los cañones, y de calcinacion para los minerales férreos. El acopio de combustible vegetal hizo necesaria la adquisicion de montes poblados de árboles, y la estension de los trabajos empleados en las constantes elaboraciones de esta fábrica, originó la construccion de grandes y espaciosos talleres y de casas destinadas á los numerosos operarios del establecimiento. Se improvisó un pueblo en medio de las quebradas montañas del territorio: las casas formaron calles, y las proporciones colosales de la fábrica ensancharon la línea de las construcciones subalternas. Las familias reunidas para el trabajo necesitaban un santuario: las personas que concurrian á la esportacion de los productos elaborados, exigian un cómodo hospedaje: en la fábrica de Sargadelos se construyó tambien una capilla y un meson.

El gobierno por su parte cooperó al pensamiento elevado del dueño de la fábrica, y á la inteligente direccion del ingeniero aleman, capitan español de artillería, señor Aister: sucedieron por su órden los trabajos de los operarios pertenecientes á las fábricas de Orbaneta y la Cabada,



(Iglesia de Foltet —Francia.)

antes de alcanzar los privilegios de cubrir plaza de soldados los que no pudiesen ser reemplazados en el establecimiento. Se les concedió participacion esclusiva en las minas terrosas y de piedra refractaria dentro del rádio de mas de una legua, proteccion marítima y el fuero militar.

En 1804 tuvo lugar la creacion de una fábrica de loza en este establecimiento de fundicion, mejorado en 1816 con un horno alto y carbonera.

Desde 1841 la fábrica de Sargadelos pertenece en arriendo á una sociedad mercantil, bajo la razon social de *Luis de la Riva y Compañía*, compuesta de inteligentes y activos capitalistas que han generalizado sus productos por medio de los adelantos de la época, compitiendo con las mas acreditadas del estranjero. La actividad y el crédito aumentan la importancia del numerario: con crédito y actividad, la nueva compañía de esta fábrica de fundicion y loza, ha conseguido acreditar sus productos en los mercados peninsulares. En la elaboracion de la loza no solo restauró lo antiguo, sino que construyó de nuevo, fabricando un horno de bizcocho y dos de barniz, dos para desecar los aceites del estampado, mas de treinta estufas para secar la obra hecha, molinos de cuarzo, yeso y barniz, nueve almacenes, el taller de carpintería, la oficina del estampado y ocho prensas movidas por me-

dio del gas. En la fundicion de hierro construyó tres carboneras, una de las que contiene cerca de 58.000 arrobas de combustible vegetal; sustituyó á las ruedas hidráulicas de madera otras de hierro, una máquina de vapor con su caldera destinada á dar viento á dos cubilotes á la Mikilson y un magnífico torno de patente, de rosca espiraloriental y diez y ocho piés de longitud, con sus ruedas dentadas para diversas aplicaciones. Otras mejoras de no menor importancia se han llevado á cabo en este establecimiento, y se ha procurado embellecer sus prolongadas líneas con dos casas nuevas, á las que proporciona una grata y pintoresca visualidad la huerta de la vivienda perteneciente á los propietarios de la fábrica, donde los frutales en espaller y los cenadores decorados con gusto sostienen la armonía de la naturaleza al lado de las construcciones del arte y de las humosas bocanadas de la industria.

Antes de terminar esta sucinta reseña del mas acreditado establecimiento industrial de Galicia, presentaremos una rápida ojeada de sus productos y consumos, segun los datos consignados por su infatigable administracion.

En la fundicion de hierro, empleando únicamente un horno alto, se elaboran cerca de 30,000 quintales de hierro con carbon vegetal, en cocinas económicas, balcones, tubos caloríferos, molinetes para barcos, ruedas hidráulicas, bateriaa de cocina, municiones de guerra y los proverbiales *potes*—ollas de hierro á semejanza de las usadas en Francia, Bélgica y otras naciones del continente—que han servido para las caricaturas empleadas en menoscabo de nuestros hábitos provinciales.

Los productos de la fábrica de loza ascienden á 104 hornadas y 200,000 ladrillos refractarios.

La fábrica de fundicion consume anualmente 50,000 quintales de carbon mineral, 20,000 del vegetal, 6,000 de castina y 60,000 de carbon fósil ó mineral empleado en el otro horno y cubilotes.

La fábrica de loza consume cada año 70,000 quintales de carbon de piedra pertenecientes á las minas de Arnas y Santa María del Mar en Asturias.

Este establecimiento emplea á 1,000 familias, 205 carros con 300 parejas de bueyes, y 22 buques de cabotaje. La sociedad mercantil é industrial que tiene en arriendo esta fábrica pone en circulacion de cinco á seis millones de capital.

La loza de Sargadelos es ya popular en España, despues de ser generalizada en las diversas provincias de la Península, y en particular en las del mediodía.

La empresa ha merecido en 1848 una honrosa y pública recompensa de la escogida elaboracion de la loza, recibiendo una real órden, en la cual S. M. manifestaba que habia recibido con particular satisfaccion las dos vajillas, una blanca y otra estampada, dirijidas por la sociedad *La Riva y Compañía*, como un presente de las artes y un homenaje de la industria de Galicia á la augusta heredera de doña Isabel la Católica.

APUNTES HISTORICOS SOBRE Q. SERTORIO.

Los bandos y guerras civiles de Roma entre Mario y Sila, hombres tan poderosos y turbulentos que no cabian juntos en un reino, ni aun en el mundo entero, pues todo se alborotó por su respeto, alcanzaron, por desgracia, á nuestra España con la venida á la misma del valeroso capitan Q. Sertorio, quien despues de haber militado bajo las banderas de Escipion en las guerras de Numancia, y de haber sido tribuno del ejército del cónsul Decio, se fué á Roma, en donde abiertamente siguió la parcialidad de Mario y Cinna contra Sila, habiendo tenido en aquellas guerras civiles, en las cuales le sacaron un ojo, honrosos cargos y oficios.

Muertos Mario y Cinna, quedó Sertorio, enemigo capital de Sila, y por consiguiente conoció que su persona corria no poco riesgo. Para asegurar esta de todo peligro, se vino á España, desde donde pasó á Africa, de allí á Ibiza y al estrecho de Gibraltar, y posteriormente á las islas Canarias, regresando luego por Africa a España, llamado por los portugueses, al frente de los cuales emprendió y llevó á cabo operaciones tan bien acertadas, que pusieron mas de una vez en aprieto y cuidados inmensos á la república de Roma.

Fué Sertorio tan gran capitan que comunmente se le ha solido comparar con el rey Filipo, padre de Alejandro, con el rey Antígono, padre de Demetrio, con Annibal Cartaginés, con Viriato Portugués, y con Tarif Africano, que fueron insignes capitanes, y muy parecidos en todo, hasta en la grandeza de sus ánimos y condiciones, y en haber perdido tambien un ojo por desastre.

Tampoco se dejó llevar jamás Sertorio de deleite ni de miedo fortísimo. Se asegura que mostró un gran corazon en las adversidades, que fué modesto en los sucesos prósperos, y tan constante y atrevido en los casos repentinos y apurados, que aventajó á los demás de su tiempo: añadiéndose que en ardides y astucias militares fué igualmente profundísimo: en remunerar, largo; y en castigar, manso y clemente.

Luego que volvió de Africa puso su asiento en la Lusitania, y en Ebora su casa y córte; y conocidos su valor y arrojo estraordinarios por los lusitanos, le rogaron tomara el mando y señorío de ellos, librando en su esperimentado valor y prudencia suma, las esperanzas de sacudir pronto y para siempre el pesado yugo de los romanos, sin que saliesen fallidos sus cálculos, porque desde luego empezó á manejar las armas, y en breves dias venció y desbarató á algunos ejércitos romanos.

Prosiguió su próspera fortuna arrollando enemigos y conquistando poblaciones principales, de tal forma, que muchas se le entregaron luego voluntaria y espontáneamente.

Se hizo dueño de las voluntades de todos, así romanos como españoles: á estos con liberalidades y franquezas, á aquellos con honrosos cargos en el nuevo senado que formó, y porque dió á unos y otros el mando universal de la república romana, diciendo ser esta la verdadera, y el citado senado el legítimo, y el de Roma falso y tiránico.

Sabido el caso en Roma despacharon contra Sertorio al cónsul Q. Cecilio Metelo Pio, á quien puso aquel en tal aprieto que hubo de enviarle desde Narbona el cónsul Lucio Lelio, un ejército de romanos y narboneses en socorro suyo; y aun dice Plutarco, que el mismo Lelio vino tambien, y posteriormente Pompeyo el Grande, advirtiendo, que antes que llegase el último, tuvo Sertorio con Metelo reñidos encuentros, en términos que le desbarató y echó de la Lusitania, y aun de toda la España ulterior, y le obligó á irse al reino de Valencia, y á guarecerse y fortificarse en Sagunto, en donde le llegó el socorro de Narbona; pero habiéndolo sabido Sertorio se pasó, como un rayo, á la España citerior, y pareciéndole que para sus planes, así de mar como de tierra, no habia puesto mas á propósito que el de Denia (1), se estableció en dicha poblacion, escogiéndola por plaza de armas, por puerto para su armada, y para atalayar desde lo alto del monte Mongó (2), las flotas romanas.

Tuvo Sertorio mucha devocion á Diana, y por medio de una cervatilla blanca que domesticó, hizo creer á los suyos que cuanto ejecutaba era inspirado por aquella diosa; de suerte que su popularidad y prestigio fueron aumentándose de dia en dia, de un modo tan estraordinario como pasmoso, y mas por haber llegado á la sazon Perpenna de Cerdeña con unas cincuenta y tres cohortes para juntarse con él, por haber sido igualmente del bando de Mario.

Al punto que se divulgó la venida de Pompeyo y que ya pasaba los Pirineos, como su fama era tan universal por sus heróicas hazañas en tiempo de Sila, á virtud de las cuales adquirió el nombre de Magno, pudo solo la voz de su entrada alterar las cosas de Sertorio de manera, que muchas ciudades empezaron á apartarse de su amistad, quedándo unicamente en el reino de Valencia, esta poblacion, Denia y Pallancia, con algunas otras; pero como Lauro, que ahora es Llauri, no Liria, se singularizase en rebelarse, tan pronto como lo supo Sertorio la puso apretado cerco; y aunque Pompeyo acudió con presteza á su socorro, fué en vano, porque de resultas del arrojo y ardides que empleó el sitiador, quedó desbaratado y vencido aquel, con pérdida de diez mil de los suyos, incluso Decio Lelio, legado de Pompeyo, su tienda y bagajes. Rehízose este, y volviendo á proteger á Lauro, se colocó de manera que parecia poner cerco á los reales de Sertorio, sitiándole entre la poblacion y el campo á fin de que empeñando la batalla, saliesen los de Lauro á cerrar por la espalda con los Sertorianos.

Penetró Sertorio la estratagema y el engaño, y así con prudente y pronta diligencia se mejoró de puesto, de suerte que no solo escusó el inminente peligro que le amenazaba, sino que obligó á Pompeyo á mudar de intentos y á permanecer solo á la defensiva.

Sertorio entonces aprovechando los momentos, atacó á Lauro de manera que viéndose sus habitantes sin esperanza de ser socorridos, se rindieron al sitiador sin condiciones; pero como Sertorio era tan clemente y benigno, les perdonó la vida y los dejó salir con algunas ropas y enseres, incendiando en seguida la poblacion.

Pompeyo se asombró de tan impensado y terrible incendio, de tal forma que al punto se desalojó de allí y no paró hasta los Pirineos, yéndose, tambien por tal causa, Sertorio á pasar el invierno á la Lusitania. Esta memorable jornada ocurrió por los años 77 antes de Cristo.

El verano siguiente volvió Sertorio á salir á campaña desde Denia, poniendo sus reales en las riberas del Júcar, cerca de Cullera. Volvió igualmente Pompeyo á buscarle, acompañado de bastantes españoles y de Q. Fabio, con muchos saguntinos, con lo cual se juzgó tan superior á su enemigo, que sin querer esperar á Metelo, se acercó cuanto pudo á él y le presentó la batalla á las inmediaciones de Cullera, cuya batalla no aceptó Sertorio hasta la tarde, y empezándo los choques y las escaramuzas entre ambos ejércitos, se trabó la pelea mas apretada

(1) Véase nuestro artículo sobre esta ciudad, inserto en el número 19 del Semanario, correspondiente al 7 de mayo de 1848.

(2) Véase nuestro artículo, sobre este notable monte, inserto en el número 43 del Semanario, correspondiente al 26 de noviembre de 1848.

y cruel que se vió en España, y que fué seguida de una terrible tempestad, sin que ni esta ni el estrago de las armas fuesen bastantes para que aquellos se apartasen de la citada pelea, sino que antes por el contrario contribuyeron á que se atacasen con mayor zaña y con un valor que rayaba en temeridad.

La suerte protegió y favoreció á Sertorio, porque desbarató y venció á Pompeyo, quien despues de haber perdido mas de diez mil hombres, la mayor parte muertos, tuvo que huir á pié y herido en un muslo, retirándose y atrincherándose con los restos de su ejército á la falda del monte de Corvera, desde donde pudo atalayar los reales de Sertorio, descuidados y sin órden por ir su gente desbandada y sin recelo, por cuyo motivo se propuso no desperdiciar tan buena coyuntura, y asi bajando inopinadamente cerró de improviso con aquellos, y saqueados que fueron, se retiró y pasó á toda prisa á la otra parte del Júcar, no parando hasta que se alojó en las riberas del Turia.

Sertorio levantó el campo, yendo sin parar en busca de Pompeyo, y habiéndole alcanzado en los lados de Sagunto, se dieron la batalla de poder á poder, peleando entrambos con igualdad de próspera y adversa fortuna, porque el primero venció al segundo matándole seis mil hombres, y entre ellos á Memmio, su hermano político, y Metelo venció á Perpenna, matándole tambien cinco mil hombres. Sertorio hirió de una lanzada á Metelo, y luego él se vió en tanto aprieto cercado de sus enemigos, que á no ser por el estraordinario valor y arrojo desesperado de los celtíberos que guardaban su persona, y que por ello perdieron muchos sus vidas, él quedará aquel dia sin ella, en cuya ocasion cobrando brios Pompeyo se echó de repente sobre Valencia y la ganó.

Encastillóse Sertorio en Pallancia, hoy Valencia la vieja, y luego Pompeyo le cercó; pero como tuviese aviso de que sus capitanes le habian reunido mucha gente y que estaba reparado y engrosado con ella su ejército, se salió de secreto, y al frente de este, fué en socorro de Pallancia, cuya poblacion, por haber desalojado á su enemigo, quedó descercada y libre.

Tambien dispuso por este tiempo que su armada saliese del puerto de Denia, y que recoriendo la costa talase y destruyese, segun lo realizó, cuanto pudiese alcanzar de sus contrarios, mientras él por tierra se dió tanta prisa en perseguir á estos, que no paró hasta echarlos del Reino, yéndose Metelo á invernar á Francia, y Pompeyo al pais de los vácceos, en cuya ocasion volvio Sertorio á recobrar á Valencia.

Habiendo cundido y héchose públicas en Roma las reiteradas victorias de Sertorio, temeroso el senado de un nuevo y mayor desastre, ofreció cien talentos de plata y doscientas yugadas de tierra á quien le matase, cuya oferta publicada por bando, hizo que de allí adelante fiase poco de los romanos que se hallaban á su servicio, por lo cual le dejaron muchos, y aun se pasaron los mas á Metelo, yendo desde este punto sus cosas de mal en peor tan aprisa, que en menos de dos años le abandonaron la mayor parte de las poblaciones que hasta entonces habian seguido su voz, y aunque todavia sostuvo algunos encuentros con sus enemigos, por fin, le echaron de la Celtiberia, y se vió precisado á retirarse á su plaza de armas de Denia.

Por este tiempo su mayor amigo Perpenna, movido de una ambicion sin límites, y dando lugar en su pecho á una traicion incalificable de puro infame, empezó á conjurarse contra Sertorio por un medio tan indigno como fué el de malquistarle con los pueblos que aun le eran adictos, mandando en su nombre y por supuesto sin saberlo él, cosas injustas y tiránicas, y ejecutando para su cumplimiento rigurosos y atroces castigos: de forma que reinaba un disgusto estraordinario, y los mas anhelaban la ruina y la perdicion del que hasta entonces habian idolatrado con frenesí pasmoso.

Por desgracia Sertorio, siguiendo los falsos consejos de Perpenna, en quien aun tenia depositada toda su confianza, empezó á trocar de condicion, mostrándose de allí adelante tan rígido y cruel con los españoles, que hizo degollar en Huesca á los hijos de los principales de aquellos que se hallaban estudiando, con lo cual se acabaron de exasperar los ánimos; y pareciéndole al traidor Perpenna y á sus cómplices ser ya la ocasion muy propicia, aceleraron la ejecucion de sus planes, habiendo contribuido tambien á ello el aviso que dió Publio Aufidio, uno de los conjurados, de que se iban haciendo públicos aquellos.

Para que los citados planes no se malograsen, dispusieron que un fingido mensajero llevase las nuevas á Sertorio de haber ganado los suyos una gran batalla en las Andalucías, siendo asi que en realidad de verdad, la habian perdido.

Alegróse mucho Sertorio con tal noticia, y despues de haber ofrecido solemnes sacrificios á la diosa Diana, en su famosísimo templo de Denia (1), dió un convite á Perpenna y á otros de los que suponia eran sus amigos, en cuyo convite anduvo el primero tan descompuesto

(1) Véase nuestro artículo sobre este celebérrimo templo, inserto en el número 38 del Semanario, correspondiente al 17 de setiembre de 1848.

y libre de palabras y acciones, á fin de exasperar á aquel, que presumiendo y recelando ya sus intentos, procuró disimular echándose de pechos sobre la mesa y aparentando que dormia, con el objeto de que se marchasen, en cuyo entonces Perpenna dejó caer al suelo un vaso de vidrio, que era la señal convenida. Antonio sacó un puñal y con él le causó algunas heridas, y acudiendo y secundando con presteza Aufidio, Manlio y los demás conjurados le acabaron de matar, triunfando asi de un capitan que, cual otro Aníbal, hizo temblar á la reina de mundo, y venció á sus mas afamados guerreros, entre ellos á Metelo y Pompeyo el Grande.

Que la desastrosa muerte de Sertorio ocurrió en Denia y no en Valencia, Huesca ó Tarragona, como se esfuerzan en asegurarlo Beuter, Escolano y otros, es un hecho notorio y casi incuestionable, sin embargo de las lápidas que existen en aquella capital y en Ebora, pues conformes nosotros con Ambrosio de Morales, creemos que la primera (1) es solo basa de una estatua que Q. Sertorio Abascauto, liberto de Q. Sertorio (2), costeó y dedicó á su amo; y la segunda si ya no fuese fingida, pudo ser llevada de Denia por los portugueses que seguian su causa y sus banderas, ó bien sola ó con los restos de su jefe, para conservar una y otros mas cerca de sus hogares, y para perpetuar memoria y recuerdo perenne de quien tanto habian amado y respetado en vida.

Desde el asesinato vil y cobarde de Sertorio, no disfrutó Perpenna de la mas mínima tranquilidad, porque fué tal y tan estraordinaria la impresion que causó en todos la noticia de aquel, que al momento empezaron á alborotarse contra el segundo, en tales términos que se vió á pique de ser muerto, y mas cuando abierto el testamento del primero, se halló que le dejaba por heredero suyo.

A los pocos dias llegó Pompeyo en busca de Perpenna, quien salió de Denia con la gente que pudo reunir á fuerza de ruegos y de dádivas y aun quitándo la vida á varios; y empezando la batalla, que fué terrible, á la vista de la poblacion, se declaró al fin la victoria por Pompeyo, y quedando prisionero Perpenna, le hizo degollar sin quererle ver, ni permitir que llegase á su presencia, y entró vencedor en Denia, concluyendo asi una guerra notable que duró mas de diez años.

Remigio SALOMON.

AMORES DEL SIGLO XV.

I.

EN QUÉ GUISA UN DONCEL DE AMORES MAL FERIDO INVOCABA Á SU MUSA.

En fabla que non se usa
por mil gayos desvarios,
fagamos, mi doña musa,
una trova de amorios.
Cantemos dueñas garridas
que con apuestos garzones
pasan alegres sus vidas
sin duelos nin desazones.
Que la mi péñola espero
siguiendo humildosa vaya
el arte del hechicero
de trovar en ciencia gaya.
Si tiene aquesta cancion
algun moderno resabio,
decid con el buen Ladron:
«¡Ham, ham, ham, huid que rabio!»
Cá si asi mis desvarios
la vuesa merced acusa,
faremos, mi doña musa,
buena trova de amorios.
Sé que sois dueña de bien,
é vuestro poder divino
trovar me hará coplas cien
si non manca el pergamino.

(1) Esta lápida que citamos como existente en Valencia, que estuvo primero sirviendo de pila del agua bendita de la iglesia Mayor, y que en la actualidad se halla sirviendo igualmente de pedestal a una cruz que hay en el mas de Santo Domingo, en el llano de Cuart, es de mármol bruto, y dice asi: *Quintus Sertorius. Quinti libertus, Abascantus, sevir augustalis de sua pecunia faciendum curavit idemque dedicabit.*

(2) Q. Sertorio tuvo cuatro libertos, quienes, segun costumbre, tomaron el nombre de su señor, y fueron: Q. Sertorio Abascauto, Q. Sertorio Anteros, Q. Sertorio Hermes, los tres griegos, y Q. Sertorio Carpalo.

Cá juro si non son fieles
mis ideas al trovare,
non comer pan á manteles
nin con la reina folgare.
Acudidme, que estoy solo,
la mi dueña mucho amada,
fablad al don rey Apolo
en pro de mí esta vegada.
Que ello servirá en aumento
deste mancebo coitado,
que á cumplir su juramento
verase sino obligado.
E así si de vos no abusa
ayuntemos nuestros brios,
é cantemos, doña musa,
una trova de amoríos.

II.

DE COMO ERATO LA JUGUETONA SE DOLIÓ DE LAS CUITAS DEL MAL FERIDO GALAN Y LE SOPLÓ.

Esto á su musa decia
un gallardo trovador
que á la ventana gemia
de una niña de mi flor.
Saca una guitarra vieja,
benigna Erato le sopla,
y hé aquí que bajo la reja
se declara en esta copla.

III.

LAS MUY SENTIDAS RAZONES QUE EL MAL FERIDO GALAN DIJO Á LA DESDEÑOSA DAMA EN BIEN TROVADAS SEGUIDILLAS.

Discreta doncellica,
garrida dueña,
Catad cómo á amar firme
natura enseña.
De amor en colmo,
Catad cómo se enlaza
la vid al olmo.

Quered, noble fidalga,
la mi señora,
non fagais cruda un tuerto
al que os adora.
Seno de piedra,
mirad cómo se ayuntan
abeto é yedra.

Fincando hinojos pido
mal vuestro grado,
non fagades á un triste
desaguisado.
Membrad, la dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Magüer que amante vengo,
vengo morrido,
é de penas de amores
muy mal ferido.
Abrid la reja,
que en poridad contaros
quiero mi queja.

Membrad que os doné, niña,
las arracadas
que de vuesas orejas
traeis colgadas.
Membrad que os quiero,
é que nací fidalgo
é caballero.

De querer no os dé miedo,
fermosa dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Los tortolicos
mirad cómo se besan
con los sus picos.

Otrosí de las flores
ved los halagos
esfogando sus pechos
con aires vagos.
Si no os conmueve,
oid una palabra
que á todas mueve.

No soy pobre cual todos
los Amadís,
que tengo medio cuento
en maravedís.
Cuatro caballos,
una torre, dos lanzas
é tres vasallos.

Así, niña galana,
si á mí te humillas,
tendrás sayas de seda
é gargantillas.
E de oro en ascua
me estrenarás un traje
en cada pascua.

IV.

DE LA GRAN CÓLERA EN QUE MONTÓ EL MAL FERIDO GALAN AL VER CUMPLIDO SU DESEO CON LA DESDEÑOSA DAMA, Y LAS DISCRETAS RAZONES QUE DIJO.

Cesó el cantor y á su anhelo
correspondiendo galana,
apareció en la ventana
una niña como un cielo.
Miróla el galan severo
no preciando tal conquista,
y alzando al cielo la vista
dijo en tono lastimero:
«Ved, doña musa embustera,
digna de quinientas sobas,
lo que con la dueña fiera
pueden vuestras sandias trovas.
Cantado la he sin cesar,
sin que en mí parara mientes,
é se me rinde al nombrar
los maravedís potentes.
Adios, la mi dueña-garra,
adios, la musa embustera;»
é arrojando la guitarra
se marchó por la otra acera.

V.

DONDE SE CUENTAN LOS DUELOS QUE FIZO LA YA ENTONCES COMPASIVA Y DOLORIDA DUEÑA, CON OTRAS COSAS QUE AÑADE EL COPLERO.

La dama entróse llorando,
y al cerrar la doble reja
la oyó quien iba pasando
decir en tono de queja:
«¡Ahí es un grano de anís!»
Lo que prueba que algun dia
fueron cosa de valía
los tales maravedís.
Por eso yo estraño á fé
que en este siglo traidor
todo se dé por amor,
nada por oro se dé.
Pues bien claro deducís
de mi historia, que algun dia
fueron cosa de valía
los tales maravedís.

LUIS DE EGUILAR

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO É ILUSTRACION, Á CARGO DE ALHAMBRA.



LA GALERIA SCIARRA.—UN RETRATO POR RAFAEL.

El palacio Sciarra, situado cerca del templo de Antonino Pio, ha dado su nombre á una plazuela que se comunica con la gran calle de Roma, el Corso. Su arquitectura fué diseñada por Flaminio Poncio, á escepcion del pórtico de mármol blanco, atribuido á Vignola ó á Antonio Labacco.

Los cuadros, que hoy constituyen toda la celebridad de este edificio, estan distribuidos en las salas del primer piso. Sobre la puerta de la galería se lee una inscripcion, cuyo sentido es el siguiente: «Se advierte que no debe entrar en esta galería quien no se halle dispuesto á dar un escudito romano al portero.» Esta advertencia, poco estimulante para los jóvenes artistas, destierra la sonrisa de sus labios, y mas de cuatro se detienen tristemente en el umbral de aquella puerta inhospitalaria. El viajero, precisado á verlo todo, cueste lo que cueste, pasa adelante, aun cuando sea contra su gusto, hasta que se encuentra en la antecámara frente á frente de un viejecito con medias de seda, calzon corto, casaca larga de paño negro y coleta antigua; es el portero, ó mejor dicho, el guardian del palacio. Recibe, por supuesto, el escudo romano con la mayor seriedad y sin la menor muestra de gratitud, lo cual revela que esta contribucion, impuesta á los estranjeros, no entra en su caja particular, sino en la de los propietarios del edificio, quienes no la emplean por cierto en la conservacion de la galería. Los sillones cubiertos de polvo y unos héticos sofás medio remendados con una tela vieja de seda atestiguan demasiado que los príncipes de Sciarra fueron en otro tiempo mas felices: por lo demás, el producto de aquella esposicion basta para que un noble romano de nuestros dias pueda vivir plebeyamente. El artista que quiere copiar algun cuadro de la galería paga cierto número de escudos, en proporcion del mérito de la obra, pues en un rincon de la antecámara se ve fijada la tarifa de los precios.

Por breve que sea la permanencia de un viajero en Roma, la galería Sciarra es de aquellas cosas que no puede olvidar, porque posee dos cuadros capaces por sí solos de ilustrar el museo de una gran ciudad: *la Vanidad y la Modestia*, por Leonardo de Vinci, y un retrato, por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros aparecen en relieve, y el contraste de su espresion es de un efecto y de un encanto inesplicables. ¡Cuántas veces se presentan en la mente ambas tan distintas en sus atributos y tan admirables en su ejecucion! ¡Qué moralista ha espuesto un análisis mas elocuente de un vicio y de una vir-

tud! ¡Qué lienzo prueba mejor que con el pincel puede ser un hombre tan gran filósofo como con la pluma ó la palabra!

No admira menos el retrato debido á Rafael. Nobleza, serenidad, dulzura, todas las bellas cualidades del alma se retratan en aquel semblante desconocido. ¿Quién fué el mortal cuyas facciones inmortalizó el divino artista? Se ignora. ¿Es por ventura alegórico el arco de contrabajo que empuña? ¿Significa que el original del retrato era algun célebre músico del siglo XVI? La fecha, 1518, que lleva el cuadro, no nos ha revelado hasta hoy su nombre; tal vez llegue el dia en que algun empolvado manuscrito, algun contrato, algun códice de capilla descubierto por un erudito nos aclare el anónimo: la historia de los siglos que fueron se reconstruye así poco á poco por la paciencia y el estudio de los sabios, al paso que el tiempo presente acumula y oculta á su vez, con desdeñosa indiferencia, enigmas y jeroglíficos para los siglos futuros.

Solo se conocen veinte y siete retratos al óleo, que sean considerados como obras auténticas de Rafael: á este número pertenecen los de Lorenzo y Julian de Médicis, Bembo, Juan de la Casa, Carondelet, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Bindo Altovici y Juana de Aragon.

Las cartas y memorias contemporáneas atestiguan repetidas veces el eminente mérito de semejanza que todos admiraban en los retratos de Rafael.

Se cuenta, aunque sin duda con alguna exageracion, que habiendo entrado el cardenal Pesia, datario de Leon X, en una sala dispuesta á media luz, en que se hallaba el retrato de este papa, se arrodilló delante del cuadro, presentándole varias bulas para que las firmase.

La condesa Hipólita, esposa del conde Baltasar de Castiglione, escribia á este en versos latinos, que no podia apartar la vista del lienzo en que Rafael le habia retratado: «Cuando estoy sola, miro tu imágen pintada por la mano de Rafael y casi se alivia mi fastidio: me sonrio con ella, la dirijo demostraciones de cariño, la hablo y se me figura que me comprende y que se agita dulcemente como si quisiese contestarme. Tu hijo te reconoce y te llama su padre: de este modo, contemplando tu retrato, procuro consolarme y olvidar la lentitud con que transcurren los dias.»

Bembo escribia al cardenal de Santa María in Portico lo siguiente, hablándole del retrato del poeta Tebaldeo: «Rafael acaba de retratar á nuestro Tebaldeo con tanta verdad, que mas se le parece el cuadro, que lo que él se parece á sí mismo.»

No podemos nosotros ser jueces de las semejanzas de estos retratos, pero los grabados, aun los menos á propósito para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida, una superioridad, que señalan á las obras de Rafael en este género el mismo puesto que á sus mas célebres cuadros. Que el modelo haya sido hermoso ó feo, jóven ó agobiado bajo el peso de los años, de una condicion inferior, ó enriquecido por todos los dones de la fortuna y de la fama, adquiere con el pincel de Rafael un carácter de verdadera nobleza, de tranquilidad y de dulzura, que hacen suponer que el sublime pintor solo quiso reproducir las facciones de personajes de un mérito eminente, si no supiésemos que involuntariamente imprimió en todas sus obras una parte de su alma.

Entre los demás cuadros de la galería Sciarra se distinguen:—Un bellísimo País, del Pusino, límpido y terso: las Tres Edades, por Vouet: una hermosa copia de la Transfiguracion ,de Rafael, atribuida á Valentin: una Roma triunfante y la Degollacion de San Juan Bautista, por el mismo: otra Degollacion, por Giorgon: los Jugadores, por Miguel Angel: un San Gerónimo y un Santiago, por Guerchin, y la familia del Ticiano, por este pintor.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

(CUENTO TRADICIONAL.)

I.

LA CALLE DEL ATAHUD.

La calle del *Atahud*, situada en una de las estremidades de Sevilla, ha sido por largo tiempo el teatro de infinitas tradiciones populares, nacidas, ora de su posicion topográfica, ora del orígen de su estraño nombre, ora de su singular aspecto melancólico y sombrío. Perteneciente al antiguo departamento de la Albamía ó Judería, fué por algunos años el estrecho círculo á que tuvo que reducirse la desgraciada raza hebrea, tan inhumanamente perseguida por los mismos que no hacia mucho habian recibido de ella su civilizacion y su cultura.

Segun consta de un antiguo manuscrito, copiado de otro que poseia D. Juan Suarez de Mendoza, estrechados los judíos y bárbaramente perseguidos por los cristianos, formaron junta los mas poderosos de Sevilla, Carmona, Utrera y otros puntos de Andalucía, con el objeto de alistar gente á su partido y oponer alguna resistencia á los continuos escesos de que eran inocentes víctimas. *Susona*, hija del caudillo de los hebreos, y célebre por su hermosura y seductoras gracias, tuvo el vil atrevimiento de acusar á su padre de jefe de la conspiracion que se tramaba: «por lo cual prendieron á los que la componian, segun dice «el citado manuscrito, cuyas causas sustanciadas les impusieron las «penas que les correspondian; y cuando llevaron á quemar á *Suson* le «iba arrastrando la soga con que le llevaban amarrado, y como él «presumia de gracioso, dijo á uno que iba allí: *Alzadme esa toca, Tuenezí.*»

Arrepentida la hermosa *Susona* de la vida licenciosa que hasta entonces habia llevado, y de la horrorosa muerte de su padre, á la que de una manera tan directa habia contribuido, determinó retirarse al claustro siguiendo los sanos consejos del obispo D. Reinaldo de Romero. Muy poco duró esta abnegacion religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades, y á seguir en la senda de la prostitucion y los vicios que de antemano se trazara, hasta llegar á tal miseria que vino á ser *amiga de un especiero*, valiéndonos de las palabras del referido manuscrito.

Muerta la hija del malhadado jefe de la conspiracion judía, fué depositada su calavera, segun dejó encargado en su testamento, en la misma calle donde habia llevado una vida tan disipada, imponiéndosele desde entonces el nombre de calle del *Atahud*.

Con precedentes tan estraños y de tan mal agüero, segun las preocupaciones reinantes en el siglo XVII, fácil es adivinar el misterioso respeto de nuestros abuelos hácia tales sitios. Quién pretenderia ver alzarse terribles fantasmas por donde quiera; cuál otro aseguraria haber oido en el silencio de la noche los espantosos chillidos de un ejército de brujas cabalgando sobre palos y celebrando sus orgías.

. . . .

Sin embargo, en las altas horas de una de las crudas noches de invierno, un hombre atravesaba rápidamente la oscura y tortuosa calle del *Atahud*. Ni el viento que silbaba espantosamente, ni la lluvia que descendia á mares, eran bastantes á interrumpir la marcha de aquel hombre que continuaba presuroso su camino.—¿Seria tal vez una sombra que, aprovechando la oscuridad de la noche, se levantaba de su tumba á vengar algun crímen sobre la tierra? ¿O acaso algun ánima en pena que venia á este mundo á implorar sufragios de los hombres? Nada menos que eso. Aunque ni una estrella ni un débil rayo de luz enviaba el cielo para distinguir á aquel hombre, sus pisadas se sentian claramente, escuchábase el sonido de su espada, y el ruido que hacia el viento al rozar la ligera capa que le cubria hasta los ojos. Tan estraña vision, en el sitio y en la época á que nos referimos, hubiera puesto pavor en el corazon mas valeroso.

Apenas el incógnito personaje hubo llegado á una de las casas de mas rara apariencia de aquella calle casi intransitable, dió un fuerte puntapié en la pequeña puerta, y meciéndose esta algunos instantes sobre sus enmohecidos gonces, dejó franca entrada al desconocido caballero.

—¿Quién vá? preguntó una voz cascada y balbuciente que salia de aquella habitacion cenagosa y casi subterránea.

Ni una palabra contestó aquel á tan natural pregunta.

Una luz empezó á divisarse en el fondo de la casa, apareciendo en seguida una asquerosa vieja con un mugriento candil en la mano, que alumbraba débilmente el largo y estrecho callejon que los separaba.

—¿Quién vá? volvió á preguntar con voz mas agitada.

—¡Buenas noches, linda *Susona*! dijo el desconocido, con acento sonoro y varonil, añadiendo una ruidosa carcajada.

La buena muger retrocedió algunos pasos, pero repuesta algun tanto de su sorpresa, dijo:

—Decidme quién sois, ¡voto al diablo!

Pronunció estas palabras con voz tan firme y de una manera tan formal, que su interlocutor no pudo menos de prorumpir en otra carcajada. Esto la irritó tanto, que dando una fuerte patada en el suelo, hizo saltar el fango de aquel sucio pavimento.

—¿No me conoceis, maldita vieja? Soy... vuestro querido... hermosa *Susona*, añadió el caballero con voz afectada y repitiendo su habitual sonrisa.

Luego que se acercó el desconocido y se hubo desembozado, esclamó la vieja llena de gozo:

—¡Vos por aquí y á estas horas cuando tan oscura y tempestuosa está la noche!

—Ya lo veis. Esto me acredita de vuestro mas fiel parroquiano. He prometido no faltar ni una noche siquiera. ¡Qué quereis! He tenido la desgracia de comprender el mundo al revés que los demás hombres. Cuando ellos descansan, yo quiero gozar; cuando ellos temen á los truenos y los rayos, yo desafio á las iras celestiales; cuando ellos se horrorizarian de atravesar esta calle, yo vengo á insultar esos fantas-

mas, y me rio de esa asquerosa calavera;—y pronunció el nombre de *Susona*.

—¡Basta, amigo mio! eso es lo que no os perdonaré nunca, el que me llameis con el nombre de la judía. Si viérais, me horroriza el oirlo pronunciar, solo por esos cuentos tan terribles que referian mis abuelos.

—Pues yo pienso por el contrario: os llamo con el nombre de *Susona*, porque siendo fama que era tan hermosa, la verdad, os agradeceria veros convertida en la famosa judía, aunque fuera cosa de un momento.

La vieja contestó con un estraño visaje, manifestando el disgusto que la causaba esta conversacion.

Mientras tanto que tuvo lugar este corto diálogo, ambos interlocutores se habian dirigido á una mezquina habitacion, situada en el fondo de aquella oscura mazmorra, que si bien podia estar dedicada á cualquiera otra clase de comercio, á primera vista solo parecia una miserable taberna. Unas cuantas mesas colocadas en desórden, una porcion de sillas en tropel, y un viejo mostrador coronado de jarros de licores, que servia de barrera al trono que habitualmente ocupaba la soberana del castillo, eran todos los muebles que constituian aquel establecimiento, erigido á la memoria del dios Baco.

—Con que decidme, hermosa *Susona*...

—¡Caballero! esclamó la muger, interrumpiéndole nuevamente irritada, por Dios os pido que no pronuncieis mas ese nombre.

—¡Por los diablos os ruego, maldita vieja, que dejeis á un lado vuestros escrúpulos! Pero os queria preguntar si estamos solos en esta casa.

—Mucho siento que vuestros amigos, es decir, los mios, no hayan concurrido á celebrar vuestra diaria orgía. ¡Está la noche horrorosa! ¿No ois la tormenta y el agua que cae á torrentes?.

—No hayais miedo, buena muger. Pero decidme, ¿estais enteramente sola? —añadió el caballero con una espresion bastante significativa.

—Ya os comprendo.

—Basta. En esta habitacion inmediata os espero, dijo el nuevo huésped, abriendo una puerta que daba paso á una pequeña sala en donde tomó asiento.

—Sereis servido como deseais, caballero, contestó la vieja, añadiendo una ridícula cortesía.

II.

LA SORPRESA.

El personaje de que hasta ahora nos hemos ocupado era el jóven D. Miguel de Mañara, de una de las mejores familias de Sevilla, y heredero de una gran fortuna. Pero ¿cual seria el objeto de sus nocturnas visitas á la taberna de la calle del *Atahud*? Habiendo recibido una educacion brillante, y dotado de un talento poco comun, pudo sacudir el ominoso yugo de las preocupaciones de su época, hasta el estremo de haberse creado preocupaciones nuevas, tanto mas graves cuanto que no estaban en armonía con las de su tiempo. Despreciando los consejos de sus amigos, perdió el respeto á sus semejantes, emancipándose, por decirlo así, de la sociedad, y entregándose á sus caprichos. Convencido de que encenagado en los vicios se hace menos aciaga nuestra efímera existencia, lanzóse á rienda suelta en la senda de la prostitucion, cometiendo toda clase de escesos, hasta llegar á hacerse proverbial su estraordinaria conducta. Sus riquezas, modales finísimos y arrogante figura le habian hecho el ídolo del bello sexo, al cual subyugó bien pronto al soberbio carro de sus triunfos. Ni Dios ni ley eran bastantes á poner freno al jóven disoluto. Un dia que burlara á una dama, que matara en duelo á un esposo, y que gozara del estruendo y algazara de un festin, constituia indudablemente uno de los mas felices de su vida.

Tal era la estraña conducta de nuestro héroe.

Algunos momentos se habian pasado, cuando volvió la vieja ama de la casa al cuarto de D. Miguel á servirle una botella de esquisito vino. Un instante despues, una jóven encantadora se presentó ante la vista de Mañara, afectando una sorpresa agradable por tan feliz encuentro. La frescura de su tez, sus maneras francas y sus gracias seductoras, armonizaban perfectamente con sus años juveniles.

—Buenas noches, D. Miguel, dijo la graciosa criatura.

—Tomad, hermosa *Jitanilla*, y brindemos por la tormenta! fué la única contestacion de Mañara, alargando una copa de vino á la recien llegada.

—¡ Sois el mas atrevido calavera que he conocido ! ¿ Ni aun respetais el furor del cielo para escusar vuestras aventuras, cuando la ira de Dios parece mas exaltada?

—¿Qué os importa? Ahora mismo, estando á vuestro lado, desafiaria gustoso á los rayos celestiales.

—¡Por Dios, no digáis eso!

—¡Os amo tanto, que seria imposible pasar una sola noche sin haceros una visita! ¿Qué es eso, no lo creeis?

—¿Lo dudais acaso, D. Miguel? Mi existencia os la debo, mis alhajas, cuanto poseo es debido, si no á vuestro amor, al menos á vuestra generosidad... ¿Pero no ois el viento que azota esos cristales y parece querer arrastrarlo todo en su velocidad? ¡Qué oscura y tenebrosa está la noche!

—Eso quiere decir que no será posible retirarme, y que podreis disponer de un nuevo huésped; porque os aseguro que mas que nunca me interesais esta noche.

—¿Es posible?... Acaso muy pronto llegará mi esposo...

—Vuestro esposo... ¡Qué horror! Y llamais así á un hombre á quien no os une otro vínculo que una ligera amistad tan solo en su provecho?

En este momento dos hombres de muy mala catadura habian entrado en la taberna, sin ser vistos mas que por el ama de la casa. Tomaron asiento en la primera habitacion, donde fueron servidos con un buen jarro de vino.

—¿Ha venido el querido de la *Jitanilla?* dijo uno de ellos, dirigiéndose á la tabernera.

—No señor, contestó esta secamente.

—¡Rayo! dijo el mismo hablando con su compañero. ¡Qué noche!

—Tanto mejor para nuestra aventura, contestó el otro.

—¿Estais enteramente en los pormenores del plan?

—Sí; ¿él viene infaliblemente todas las noches, eh?

—No acostumbra á faltar jamás.

—¿Y el golpe será aquí mismo?

—Veremos. El querido de la *Jitanilla* llegará ya pronto, y él es nuestro jefe por esta noche.

—¿Sabeis lo que me ha ocurrido acerca del jóven que esperamos?

—Decid.

—Que bien puede faltar hoy á sus nocturnas escursiones, con motivo de esa lluvia tan abundante, ó tal vez, cuando esto no suceda, no traernos preparado el rico botin que deseamos.

—No lo creo: es un jóven poderoso y despilfarrado, que por donde quiera va derramando el oro, y haciendo alarde de sus magníficas alhajas.

Este diálogo fué seguido en voz baja y de una manera misteriosa.

Poco despues llegó un tercero á la misma habitacion: era el querido de la *Jitanilla*. En el instante en que se conocieron brilló un rayo de alegría en los semblantes de aquellos ridículos personajes.

—Señores, ¿ha llegado nuestra víctima? preguntó el recien llegado con una sonrisa amarga.

—Hace poco tiempo que hemos venido, y desde entonces nadie ha entrado, contestó uno de ellos.

Entre tanto que esto tenia lugar, D. Miguel y la *Jitanilla*, que ignoraban la escena que pasaba en la habitacion contigua, casi embriagados ya, se entregaban á requebrarse mutuamente. Cuando Mañara hubo alcanzado la hospitalidad que deseaba, gritó lleno de gozo:

—¡Vieja *Susona!* traed mas vino; y dando un fuerte porrazo sobre la mesa, rompe los vasos que acababan de servirle.

A tan estraño ruido se sorprendieron los tres hombres que ocupaban la pieza inmediata. El querido de la *Jitanilla*, no pudiendo contener el placer que esperimentaba, esclamó alborozado:

—¡Albricias, amigos mios, él es! Ese cuya voz hemos oido es el corderito que vamos á devorar: veamos si está solo.

Ageno D. Miguel de Mañara de ser el objeto de las siniestras intenciones de aquellos hombres desalmados, solo pensaba en aquel momento en lo que él llamaba su felicidad.

—¡Hermosa mia, esta es para mí una noche deliciosa! decia á la seductora *Jitanilla*, que sintiendo ya los mágicos efectos del vino, mientras sus mejillas se coloraban por el mas precioso carmin, y sus ojos bañados de un líquido trasparente estaban fijos é inmóbiles en D. Miguel, apretaba con un movimiento convulsivo entre sus cariñosas manos las de aquel arrogante jóven.

No pudiendo Mañara resistir impasible tan interesante perspectiva, arrimó sus labios á los de la graciosa *Jitanilla*, y abrazando maquinalmente su delgadísima cintura, parecia querer beber hasta el último aliento de aquella encantadora y voluptuosa criatura.

Un fuerte golpe descargado sobre uno de sus hombros fué lo único que pudo sacarle de su dulce arrobamiento.

Volvióse D. Miguel rápidamente, y se halló en su presencia con el de mas feroz aspecto de aquellos tres hombres.

—¡Qué atrevimiento, voto al diablo! ¿No sabeis, caballero, que esa mujer me pertenece? dijo el querido de la *Jitanilla*.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta frialdad, que desde luego dejaron entrever las intenciones del que las proferia, que eran solo de aprovechar esta feliz coyuntura para mover una quimera con Mañara, y llevar á cabo sus fatales proyectos.

Púsose en pié D. Miguel, y sin contestar palabra, sacudió tan tre-

mendo bofeton á su contrario, que hízole guardar la distancia que naturalmente existia entre ambas personas.

Viéndose D. Miguel bruscamente acometido por aquellos tres hombres, desenvainó su espada deseoso de pagarles bien cara su intentona; pero sentia Mañara muy embriagado su cerebro para sustentar aquella lucha. Los gritos de la vieja y de la *Jitanilla*, y las blasfemias de aquellos hombres sedientos de oro, alternaban con los fuertes golpes que de una y otra parte se repartian. D. Miguel llevaba precisamente lo peor de la pelea, por la desigualdad de las fuerzas; empero su valor y osadia, hasta entonces jamás desmentidos, suplian en gran parte la escasez respectiva de aquellas. Por una sagacidad combinada de antemano, fueron los bandidos retrocediendo paso á paso, hasta que con tan baja arteria consiguieron sacar á la calle á su desgraciada víctima.

La *Jitanilla* privada enteramente de sentido, y atropellada la tabernera en el furor de la lucha, no pudieron seguir á los infames que, fuera ya de la mezquina casa, acometieron con mas osadia al atrevido jóven, que sin contar entonces con todas las fuerzas de que podia disponer, se defendia valerosamente. La calle del *Atahud* presentaba el aspecto mas aterrador y sombrío: mientras el agua descendia á torrentes y el viento zumbaba de una manera espantosa, un relámpago vino á disipar aquella densa oscuridad, iluminando tan encarnizado cuadro. Una fuerte cuchillada sacudida en la cabeza del mancebo, privándole completamente de sentido, hízole esclamar con voz casi exánime y balbuciente:

—¡Infames, me habeis muerto!

—*¡No hayas miedo, Mañara, que estás dentro del Atahud!* contestó una voz gruesa é imponente, añadiendo una horrible carcajada.

Los bandidos, luego que saquearon al desgraciado jóven, desaparecieron precipitadamente. Todo quedó en un profundo silencio. Un nuevo relámpago vino á iluminar aquella tranquila y horrorosa escena. Solo se vió el cuerpo del infeliz mancebo sumergido en un lodazal inmundo, y revolcándose entre la espuma de su propia sangre.

III

EL ENTIERRO.

Algunos momentos despues de la catástrofe que acabamos de referir, un prolongado suspiro exhalado de lo mas hondo del pecho, daba claros indicios de que D. Miguel tornaba á la razon perdida. Entonces intentó levantarse á duras penas; pero el estado de escesiva embriaguez que embargaba sus sentidos, la estraordinaria conmocion que su cerebro habia esperimentado, y la gran cantidad de sangre que manaba de su herida, no le permitian hacerlo con entera libertad. Cuando trabajosamente se hubo levantado, y apoyado en la pared dirigió una mirada entorno suyo, como queriendo recordar lo que acababa de suceder; pero todo fué en vano. En estas ocasiones de fuertes sacudimientos cerebrales, dificilmente puede retrogradar la memoria ni aun al último suceso. Asi es que, ageno de lo que le habia pasado, contentóse con tocar su cuerpo, y al ver el mal estado en que se hallaba, sintióse apoderado del miedo por la primera vez en su vida, y un frio glacial corrió por sus miembros en un instante. Un trueno espantoso se escuchó en aquel momento, y un rayo de luz vino á alumbrar claramente la fatídica calle del *Atahud*. A tan sombrío cuadro mil dolorosos recuerdos asaltaron la imaginacion de D. Miguel, que ciego de ira llevó las manos á los ojos y lanzó un grito de furor, sintiendo de nuevo desfallecerse sus sentidos.

Hay ocasiones en esta vida en que el hombre mas desmoralizado y de corazon mas empedernido se halla dispuesto á recibir las dulces emociones que proporcionan los sublimes recuerdos de nuestra religion santa. Cuando el mas perverso y encenagado en los vicios llega á ver el mundo por el prisma de la realidad, su alma elevándose en intuitivas meditaciones y asombrada ante el horroroso aspecto de la disolucion, huye veloz de ella y busca ansioso la paz de los bienaventurados.

Tal era el periodo transitivo que realmente estaba próximo á atravesar el desgraciado jóven D. Miguel de Mañara, cuando un lúgubre campaneo vino á herir melancólicamente sus oidos. Un sobrecogimiento religioso se apoderó de él en aquel momento, disipando el terror que al mismo tiempo podia causarle una luz fuerte que vió aparecer pausadamente por una de las estremidades de la calle. Esperando obtener el amparo de alguna persona en medio de su lastimoso estado, se dirigia aunque con trabajo hácia el lugar en que divisaba aquel resplandor que veia aumentarse sucesivamente, acompañado de un agradable murmullo que le traia el viento. ¡Pero, cual fué su sorpresa al ver multitud de luces que formando dos largas hileras guardaban exacta simetria, ocupando del uno al otro lado de la calle! Mañara tenia suficiente valor y despreocupacion para no creer en brujas ni fantasmas; pero no pudo menos de retroceder algunos pasos casi involuntariamente. Al mismo tiempo observó que todas las campanas de la ciudad empezaron á tocar á muerto, formando una lúgubre armonía que puso miedo en su corazon. En vista de aquel fúnebre acompañamiento, conduciendo en medio un féretro, y de los ritos que la Iglesia consagra á los que mueren, juzgó que seria algun entierro lo que se le habia aparecido. D. Miguel quedó mudo de espanto y como petrificado: dudó si seria todo un sueño, ó efecto acaso de su embriaguez, determinándose finalmente á esperar el desenlace de aquella escena.—Un entierro... se decia á si mismo, á estas horas... y en esta calle.. esto... ¡por Dios, que es misterioso!... en fin... veremos!—Al primero de los de la comitiva preguntó de esta manera:

—Buen hombre, ¿sabeis quien es el muerto?

—D. Miguel de Mañara, contestó el acompañante.

—¡Mientes, bribon! dijole enfurecido, y sintiendo el mal estado en que se hallaba por no poderle pagar bien cara una broma tan pesada y de tan mal gusto, en su concepto.

Deseoso Mañara de tener conocimiento de aquello, no titubeó en preguntar á otro por segunda vez:

—Amigo, ¿quereis decirme el nombre del que llevan á enterrar?

—El jóven atolondrado D. Miguel de Mañara, á quien mas que yo conoceis.

Fué pronunciada esta contestacion con un acento tan espresivo, que altamente irritado D. Miguel, lanzóse sobre el que de tal modo se la diera, el cual escapando súbitamente le dejó burlado. Quiso Mañara echar mano á su espada, sin acordarse de que la habia perdido en la refriega; pero un poder misterioso parecia detenerle: un movimiento convulsivo se apoderó de él en aquel momento. Sin embargo, no quiso dejar de preguntar por tercera vez.

—Padre mio, dijo humildemente á uno de los que iban al lado de féretro, si es posible que me lo digais, quisiera saber el nombre de ese desgraciado.

El sacerdote se dirigió atentamente á D. Miguel, y con voz solemne le dijo:

—¡Caballero Mañara, sois vos mismo! acercaos y lo vereis.

Con la velocidad del rayo se lanzó D. Miguel en medio de los de la comitiva; fijó los ojos en el cadáver con tal espresion que parecia quererlo devorar con su vista; de repente se inyectaron sus ojos, adquiriendo una espresion feroz; sus labios cárdenos se agitaron convulsivamente; sus mandíbulas chocaron de una manera espantosa; sus cabellos se erizaron, flaquearon sus piernas, y como en un acceso de delirio esclamó con voz atronadora:

—¡Dios mio, qué veo!... ¡Mi imágen!... ¡Yo mismo!... ¡Socorro!... ¡Dios mio!.. ¡Perdonadme!!!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, lanzó un grito horroroso y cayó sobre el cadáver.

IV.

LA CONVERSION.

Pasado algun tiempo de esta vision estraordinaria, y desengañado D. Miguel de la pompa y de las vanidades del mundo, consagró los restantes años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera, cediendo sus riquezas para la fundacion del *Hospital de la Caridad*, que hoy existe en Sevilla, en cuyo benéfico establecimiento hizo una vida ejemplar, dedicándose él mismo á los actos de piedad y misericordia para con sus semejantes, por lo cual ha conseguido dejar para siempre eternizada su memoria.

. . . .

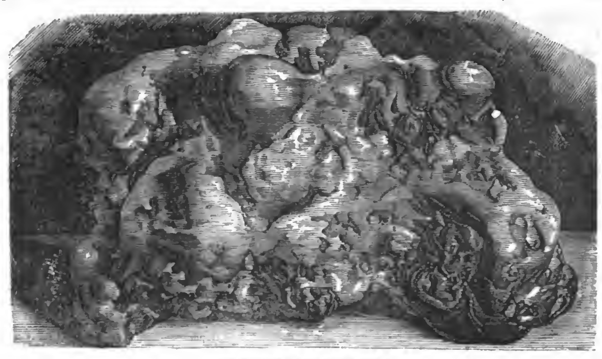
Algunos años despues tuvieron un dia de luto todos los que habitaban aquel piadoso establecimiento. En una de las principales enfermerias se hallaba el cadaver de un hombre, perverso y orgulloso en otro tiempo, y que acababa de morir como modelo de virtud y mansedumbre. A su lado se encontraba una de esas caritativas mujeres que, vistiendo el tosco sayal, se dedicaban á cuidar de sus hermanos en el lecho del dolor. Arrodillada al lado de aquel cuerpo inanimado, y dirigida al cielo en religiosa plegaria, parecia elevar sus fervientes votos por la salvacion de aquel hombre. La virtuosa criatura que esto hacia era la *Jitanilla*, que derramaba abundoso lloro sobre el frio cadáver de su buen amigo y protector D. Miguel de Mañara.

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

ORO DE LA CALIFORNIA.

El grano de oro que representa nuestro grabado, pesa *cuarenta y dos onzas, siete dracmas y tres granos*. Es finisimo y se aprecia en *ciento siete* francos la onza. Contiene 823,5 por ciento de oro, 173,5 idem de plata y 3 idem de cobre.

Un marinero irlandés, desertor de un buque de la marina americana, lo encontró á orillas del rio Djuba ó Juba. Pasajero á bordo de un paquete, volvia á Europa, y otros muchos trataron de comprar-



(Un grano de oro de la California.)

le su muestra del precioso metal, pero un cónsul francés obtuvo la preferencia, por haberle ofrecido, además del valor de la pepita, un cajon de botellas de cognac añejo. El irlandés habia ya disipado dos veces, por entregarse al vicio de la bebida, sumas considerables que habia ganado en la California.

Las pepitas de oro de este grueso son muy raras: nosotros la presentamos como un objeto de verdadera curiosidad, pues por lo demás, creemos que las fortunas prontas y fáciles de la California son escepciones engañosas. He aquí en apoyo de nuestra opinion el estracto de una memoria publicada por un viajero que visitó hace un año aquellas regiones

«El clima de la alta California es altamente desagradable y mal sano. En San Francisco se esperimentan todas las estaciones en un solo dia de setiembre ó de octubre: nieblas por la mañana, despues un calor sofocante, pasadas las doce un viento fuertísimo, y por la noche un frio estraordinario. La temperatura es en el interior muy elevada durante el verano, y las fiebres ocasionan grandes estragos en esta estacion: el año último las tuvieron todos los rebuscadores de oro. En invierno quedan inundados los valles, de modo que los trabajadores se retiran á las poblaciones cuando empiezan las lluvias.

No hay oficio mas penoso que el de rebuscador de oro. En las minas secas, situadas al abrigo del curso de los rios, se ven precisados los hombres á profundizar en la tierra hasta los diez piés antes de encontrar el metal, y muchos infelices sucumben de hambre, de fatiga y de enfermedades antes de divisar una partícula. Algunos sin embargo se enriquecen en pocos minutos: es una verdadera lotería.

Muchos rebuscadores de oro se ven tan necesitados, que tienen que vender á otros los pozos que han abierto, y en los cuales hay indicaciones seguras de que se hallará oro.

En las minas húmedas los trabajadores estan con el agua hasta medio cuerpo. Lavan por lo regular las arenas auríferas en cubetas de estaño, á las que imprimen un movimiento particular.

El jornal de un rebuscador de oro consistia hace un año en *cincuenta* ó *sesenta* francos, de los cuales se rebajaban *diez* ó *quince* para su alimento. Como las constituciones mas vigorosas no resisten mas que cinco meses al año el trabajo de aquellas minas, resulta que el ahorro de un rebuscador muy robusto puede ascender á *cinco ó seis mil* francos anuales, suma bien pequeña, si se consideran los peligros, los padecimientos y las privaciones que sufre, sin contar los gastos de viajes y otros que tiene que hacer durante el invierno, si no cuenta con otros medios de subsistencia.

A la California solo deben ir las personas siguientes:

Los capitalistas, que pueden realizar allí beneficios inmensos por medio de sus operaciones de banca, sus especulaciones sobre construcciones, sus cambios y esplotaciones rurales.

Los artesanos, como carpinteros, aserradores, etc. que ganan facilmente de *ochenta á cien* francos diarios; los buhoneros y los labradores.

Por último, los hombres acostumbrados desde su niñez á los trabajos mas duros, y cuya salud es bastante fuerte para resistir una vida mas penosa que la de los condenados á galeras, la vida de los rebuscadores de oro.

A los peligros, á las mil incertidumbres del oficio de minero no tardan en agregarse los impuestos, las restricciones y las vejaciones que los americanos proporcionan á los concurrentes estranjeros. El año último ya despidieron de las minas á consecuencia de algunas reyertas sangrientas, á los mejicanos, peruanos y chilenos; y si han tolerado en ellas á los franceses, consiste en que pertenecen á una nacion fuerte. La Convencion reunida en Monterey, con el objeto de tomar los acuerdos indispensables para la organizacion del pais, hasta que la California quede admitida como Estado en el seno de la Union, ha agravado con un impuesto á los rebuscadores estranjeros. Pero ¿cómo percibir ese impuesto de los desgraciados que frecuentemente se mueren de hambre? Esta medida solo parece ser el preludio de otras mas severas respecto á los trabajadores de otras naciones.

DOCUMENTO PUBLICO DEL SIGLO IX.

Uno de los objetos á que consagró sus preferentes cuidados el esclarecido Alfonso *el Casto* cuando despues de haber arrostrado el destierro y las persecuciones que le suscitaran sus émulos logró sentarse en el trono de Asturias, fué restituir á la religion todo el lustre y esplendor de que se viera despojada desde la desastrosa ruina de la España goda. A este fin reedificó suntuosamente la pobre iglesia dedicada al Salvador y á los Apóstoles, que el rey D. Fruela, su padre, erigiera en la reciente ciudad de Oviedo, y dispuso fuese consagrada por cinco obispos, y con desusada solemnidad, el 3 de octubre de 802. Para atender decorosamente al sostenimiento del culto y de los ministros de aquel templo, que fué destinado á catedral, Alfonso le dotó con gran número de alhajas, casas y heredades en el mismo dia de la consagracion, segun consta del privilegio, ó sea *testamento*, que aun permanece. No paró aquí la largueza y liberalidad del noble monarca, pues diez años despues, el 16 de diciembre de 812, otorgó otra carta de donacion en favor de la misma Basílica del Salvador, en la que confirma varios dones hechos por el rey Fruela, su padre; ofrece á Dios con palabras devotísimas otros nuevos; recuerda el gran poderío que los godos alcanzaran, el abatimiento en que cayeron con su rey Rodrigo por la cuchilla de los árabes, en castigo de su arrogancia, las gloriosas victorias del restaurador Pelayo, y la circunstancia de haber nacido y recibido el bautismo el mismo donatario en aquella su predilecta ciudad de Oviedo. Este histórico escrito, uno de los mas antiguos que nos restan, y tan interesante como fiel espresion del espíritu de aquel siglo devoto al par que guerrero, es el que aquí presentamos, traducido todo lo fielmente que nos ha sido posible, del bárbaro y desconcertado latin en que está redactado. Su lectura nos hizo por un instante retroceder á los dias del Casto rey, en que el valor y la fé, el amor á Dios y á la patria, eran los sentimientos del pueblo asturiano, único que á la sazon podia llamarse español, pues que era el denodado defensor y conservador de las creencias, leyes, costumbres y lenguage, de nuestros antepasados.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

PRINCIPIA EL TESTAMENTO (1) A LA IGLESIA DEL SANTO SALVADOR.

¡Oh fuente de vida!, luz, autor de la luz, *alpha* y *omega*, principio y fin, raiz y generacion de David, estrella esplendorosa de la mañana, ¡oh Jesucristo! que con el Señor Padre y el Espíritu Santo eres bendecido por todos los siglos.

Yo Alfonso, en todo y por todo el último de tus esclavos y siervos, á tí me dirijo porque habló de tí, espresándome con las palabras de tu padre. Acórreme, ayúdame, dígnate recibir los votos que con lágrimas, suspiros y lamentos te dedico, y vuélveme la alegría contándome entre los redimidos que renuevan las glorias de los ángeles. Y pues que eres tú el Rey de los reyes, y gobiernas juntamente las celestiales regiones y la tierra, y eres tan solícito en conceder la justicia, por la duracion de los siglos, distribúyenos por el mismo tiempo para obtenerla, buenos reyes, jueces y leyes.—Y puesto que los godos con su rey *Roderico* perdieron el reino y la gloria por su soberbia en la era DCCX̃VIII (2), te ofrezco entre las diversas naciones, la esclarecida *Spania*, que no es la menor de éstas, y que resplandeció en otro tiempo con las victorias de aquellos con razon, pues sobrevino la espada de los árabes, mas de esta calamidad, ¡oh Cristo! nos libraste suscitando con tu diestra á tu siervo Pelayo, que allá en el principio, sublimado á príncipe y peleando siempre con victoria, les venció y esterminó, defendiendo y ensalzando á los cristianos y astures. —El ilustre rey *Froila*, hijo de su hija, edificó y adornó dos iglesias en este lugar que llaman *Oveto*. La mas sobresaliente es la que está dedicada á tu sagrado nombre y por tu nombre, y que ostenta altares á los doce apóstoles (3); la otra es la erigida á tus Santos mártires Juliano y Basilisa (4), cuyos votos te rogamos, oh Cristo, quieras recibir agradablemente, mirándolos con ojos de piedad. Lleguen tambien á tí los que el mismo Froila refiere en el *testamento* que escribió y firmó, y que nosotros en honra tuya confirmamos, pues queremos te pertenezcan por perpetuo é irrevocable derecho. A lo que va espresado agregamos, ¡oh Señor! en tu alabanza nuestros votos, y con ellos dedicamos nuestros dones.—Te pedimos protejas con tu poderosa diestra, tanto á nosotros como al pueblo con quien estamos mezclados, y nos des victoria contra los enemigos de la fé, y por tu clemencia santifiques este templo, y que todos los que en él oraren, siempre prontos á restaurar tu Santa casa, reciben el perdon de todos sus pecados, y en cuanto aquí, sean defendidos con el escudo de tu proteccion, del hambre, peste, enfermedad, y guerra; y mas felices y gozosos en el siglo venidero, posean con los ángeles el reino de los cielos. Por lo mismo, Señor, ofrecemos por la gloria de tu nombre, juntamente con los aquí presentes á tu Santo altar, fundado en la ya nombrada Iglesia, y á los restantes altares de los apóstoles, y á los de tus mártires *Julian y Basilisa* (puesto que he nacido, y recibido en este suelo las regeneradoras aguas del bautismo), todo aquello que aquí presentamos en esta escritura segun la usanza nuestra, es á saber:

El átrio que está cercado de muros en derredor de tu Iglesia (la que con tu auxilio terminamos en siete (5)...) con todo lo que contiene, como el acueducto, casas, y demás edificios que allí levantamos. —Para ornato de la Iglesia, primeramente, catorce velos de lana, dos de seda de color blanco, trece velos de lino para adorno (6), seis frontales de lana para el altar principal, con dos cubiertas de lana para el mismo y para el facistol del Evangelio, túnicas de lino (7), XXV frontales de lana para los otros altares, doce frontales de lino (8) para adorno y XXV túnicas de altar.

Servicio de plata:—cruz de plata, jarra de plata, palangana de plata, XV candelabros de plata con lamparilla de vidrio, y XI lamparillas de plata de otro candelabro, un incensario de plata y otro de cobre, caja de plata para el incienso, naveta de plata para el incienso con pié de bronce, y libros para la biblioteca (9)... clérigos Salmistas esclavos (10); *Nonelo*, presbitero, *Pedro*, diácono, que adquirimos de *Corbello* y *Fafilana*; *Secundino*, clérigo, *Juan*, clérigo, *Vicente*, clérigo, hijo de *Crescento*; *Teudulfo* y *Nonito*, clérigos, hijos de *Roderico* y *Eneco*, clérigo, los que compramos con los productos de la victoria... (1)... Además los restantes esclavos, esto es: *Galindo* con su muger llamada *Dewota* y sus cuatro hijos, *Centullo*, *Garsea* y *Juan*, que adquirimos de *Cristóbal*, y su hija *Huona*, que compramos á *Eliacer*; *Elmacio*, hijo de *Salamino*, *Crecento*, con su muger *Romana*, y sus dos hijos, que adquirimos de *Teodosinda*; *Witerico* con sus cinco hijos, que adquirimos de *Sisenando*, y de sus hermanos, hijos del nombrado *Juan*; *Ereculfo*, con su muger *Recisvinda* y sus tres hijos, que adquirimos de *Juan*, y *Miron* hijo de *Gogiloi*, hijo de *Teodocelo*, hijo de *Quiro* (1)... Tuyas son, ¡oh Señor! todas las cosas, y así solo te devolvemos las que de tu mano recibimos. Pedimos á tu profundísima piedad las aceptes plácida y benignamente como tuyas, en gloria del sacrificio de tu sagrada sangre, y que por la señal invencible y veneranda de tu cruz nos remuneres con celestiales dones, y como premio de nuestra piedad nos ampares. A tí, fortísimo Señor, que eres Dios, impenetrable é invisible, Dios de Israel, Salvador que mandaste á Jacob volver á su tierra natal, te ofrezco estos dones en el altar que te dediqué; pues mirándonos con piedad nos libertaste de muchas tribulaciones y nos restituiste á la casa paterna. Séate este don tan agradable, cual lo eran los de tu predilecto siervo Jacob, para que bendiciéndote y alabándote en todo tiempo, alcance tu misericordia con todo el pueblo, que como queda dicho, permaneció obediente en la reconstruccion de tu Santa casa, y envíanos la felicidad ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.—Cualquiera sin embargo de todos nosotros, aumentará y guardará como cosas sagradas y venerandas, las á tí, ¡oh Dios! consagradas.—¡Jesus Salvador! protégenos con los dones de tu clemencia, favorécenos, y afirmanos en la fé, y una vez afirmados, seremos con los elegdios herederos del cielo, y partícipes de la celestial Jerusalen. Mas si alguno de los aquí reunidos sustrajese, defraudase, ó de algun modo ocultare ó enajenare alguna cosa, sepa queda privado de la comunion de Cristo, sujeto á nuestro futuro juicio, y responsable de sus acciones. Y si cualquiera de los siervos que en este lugar donamos, se fugase, ó sustrajese al servicio de la Iglesia, cogido que sea por juicio del Señor, se le obligará á la fuerza á reunirse á sus compañeros.

Lo contenido en esta nuestra escritura sea firme y permanente en toda su fuerza y vigor, y para su valimiento abajo la firmamos con nuestra mano, con los testigos, y la entregamos á los sacerdotes de Dios y á los demás que corresponda cumplirla.

Fué hecha esta escritura de testamento y confirmacion en el dia XVI de las Kalendas de diciembre, era de DCCCL.

Yo Alfonso confirmo este testamento hecho por mí.

En nombre de Cristo, Ada... (3)... —En nombre de Cristo, Quindulfo, obispo (4)...—Hermenegildo...—Recaredo, obispo de la Sede de Calahorra.—En nombre de Cristo, Nunila, abad, testigo.—En nombre de Cristo, Antonio, abad, testigo.—En nombre de Cristo, Pedro, abad.—Esteban, abad.—Angerico, abad, testigo.—Cercio, monje, testigo.—Veremundo, testigo.—Vigilano, testigo.—Corbelonio, testigo.—Félix Resello, testigo.—Vigila, testigo.—Somma, testigo.—Alamarico, por el testigo Egicha.—Gundemaro.—Amarico.—Adaulfo, testigo.—Sembano.—Gundiscalo, testigo.—Chintila, testigo.—Gundesindo.—Justo, testigo (5).

EL EDDISTONE.

AL SEÑOR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

Cual al navegante que surca á oscuras las soledades del mar, alegra y anima la vista de un faro, que sin conocerlo le tiende una mano de amigo, así me alegró en mi retiro la voz simpática que me dedicó la obra de su corazon y de su pluma. Deseoso mi agradecimiento de pagar tan grata deuda que me impone el recibido obsequio, dedico como un testimonio de aquel, los presentes anales de un faro, á mi favorecedor, no como cosa que merezca dedicarse á un escritor que tanto en todos conceptos me aventaja: sino porque es asunto apropiado a símil de que me he valido para patentizar mis sentimientos.

FERNAN CABALLERO.

Estractos de cartas escritas á mi mejor amiga durante un viaje (6).

Apenas nos habiamos embarcado cuando se desencadenó uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental, que aterran, que irritan y paralizan con su violento y abrasador em-

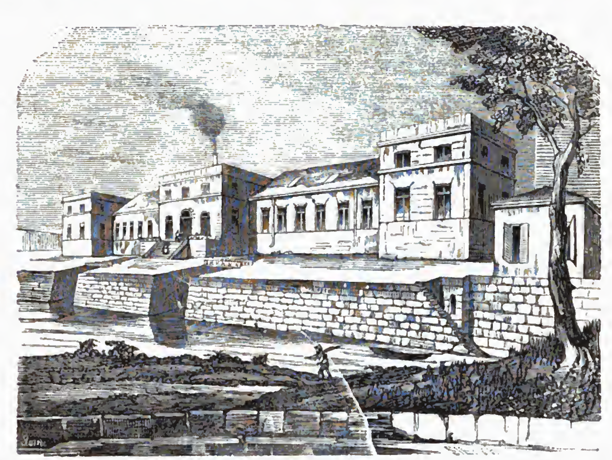
(1) Testamento, segun el uso de aquel tiempo, quiere decir *donacion*.
(2) La era que aquí se espresa es la de 748, pues la virgulilla de la X da á esta el valor de 40: el año de Cristo al que se refiere es el de 710.
(3) Esta es la actual catedral de Oviedo.
(4) Subsiste aun y es parroquia. Está situada en las afueras de Oviedo, y se llama vulgarmente *Santullano*.
(5) Así dice el original. Presumimos que este número se refiere al de años.
(6) Serian probablemente cortinas.
(7) Creemos que sean las albas.
(8) Regularmente manteles ó sabanillas para los altares.
(9) Aquí hay en el original varios renglones ilegibles.
(10) «¿Quién eran, dice el erudito historiador Romey, estos clérigos esclavos que se compraban y vendian y que Alfonso el Casto regala á su catedral? Serian, dice el mismo, clérigos muzárabes partidarios de los moros, apresados por el rey.» O tal vez fuesen clérigos cautivos que Alfonso rescatase, y que entrega á la catedral como *esclavos de Cristo*, siguiendo el lenguaje devoto de la época.

(1) Aquí hay renglones que no se pueden leer.
(2) Aquí hay tambien un vacío.
(3) Este era Adaulfo, primer obispo de Oviedo.
(4) Lo era *in partibus* de Salamanca.
(5) Este fue el notario de la escritura.
(6) Suprimimos con cuidado cuanto personal encierran estas cartas familiares, como poco digno de ocupar la atencion del público.

puje la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar no solo á salir al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se vuelve así un ponton, sonriendo con la vista, casi acariciando con la mano el lugar en que estan las personas que amamos, es por cierto moralmente el tormento de Tántalo refinado. — Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera, tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distrae, ni objetos nuevos que interesan, es lo mas triste y desconsolador que puede sentir el corazon... pero ello es que el corazon nos ha sido dado para sufrir, así como la imaginacion nos ha sido dada para gozar; lo estraño es que el lenguaje haya hecho al corazon masculino y á la imaginacion femenina, en lo que ha machihembrado (perdónesenos esta espresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los hijos del Reino Unido.

Esperezábanse las horas, como grandes perezosas que se hacen á bordo, y el sol se elevaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacia en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregando á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas tablas, que mal humoradas crujian y gruñian, agobiado con las insufribles ánsias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitan absoluto, repetí aplicándome á mi mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin* de Molière:—« *Mais ¿qué diable allons il faire dans cette galere*? — pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por efímeras que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.



(Fábrica de tejidos.—Vergara.)

Al tercer dia, habiendo caido el impetuoso Este, empezaron los cíclopes su tarea en el entrepuente, y un negro penacho de humo, ondeando como una triste bandera de adios, anunció nuestra partida; ¡pobres ojos de madre que la vieron al través de sus lágrimas! ¡Amor de nuestros padres, única áncora siempre segura en las borrascas de a vida!!!

Cual vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonábamos por otros estraños, porque lo estraño atrae, así como lo conocido retiene, haciendo este incesante arrastre siempre vacilar al hombre para mostrarle su debilidad.—Pronto nada vimos sino la torre del faro que tenia dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á este se lo tragó la distancia, y quedamos aislados entre el cielo y la mar, ¡este tan agitado! ¡aquel tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que lo amaba, le sonreia, en él confiaba, porque no lo conocia, puesto que solo lo conoce y lo comprende, aquel que entre la vida y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo me habia hallado en ese caso.—¡El mar! No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza.—El mar es un poder, es un insensato indomable déspota, que con una de sus olas burla todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres, que no tiene dueño, y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil pareces á la orilla del mar, ¿qué no parecerás en el universo, y á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instintivamente y con mas fervor el corazon á Dios, que el mar, porque ninguno como el que navega tiene que confiar en la Providencia y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus piés, el cielo sobre su cabeza.

¿A qué dejar caer esa lágrima en el mar? ¿qué es una lágrima en el mar? Lo que es una lágrima en la vida del hombre, un nada disuelto en lo infinito!

De cuando en cuando íbamos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes ó con neblinas. ¡Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¡Con qué ánsia se desea su aproximacion! ¡Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se oculta con su calidad como una mujer con su diáfano velo! ¡Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un pais encantado!—Siempre he estrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atraccion de la tierra!

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios fijarán la veloz nave que surca tan libre y airosa, tan denodada y ligera el ancho mar, con análogos sentimientos, pues acaso nos dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde vá la blanca pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué encierra en sí? ¿qué ha pasado la aventurera? ¿qué le aguarda?

Así crea nuestro instinto á lo bello, la ilusion que derrama sus prestigios sobre todo como una luz mágica: ¡la ilusion! ese encanto de la vida, de la que dice un poeta aleman que cria flores en su juventud que cortadas por la guadaña del tiempo embalsaman aun marchitas; la ilusion, ese perfume que contiene el alma inocente y poética, que muchos se esfuerzan en destruir con el escalpelo de hierro del rastrero

positivismo, sin considerar que es lo que intentan crimen análogo al que comete el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hunde en lo profundo perpendicularmente cual una colosal muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóbiles miran pasar los barcos, diciendo el primero: ¡quién os trajese á un buen puerto! esclamando el segundo: ¡quién os siguiese en vuestros azares? Llegamos de noche á Falmouth y solo vimos estrellas y luces, haciendo uno de los pasajeros la observacion juiciosa de que en nada se diferenciaban estas de las españolas. Pero cuando al siguiente dia ahuyentó una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, las tinieblas, vimos con admiracion, no á Falmouth ,que es chico y feo, sino á su bahia, una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra sus brazos para abrigar en su seno los navios que la enriquecen, y en las manos que casi cruza lleva para mas ampararlos en la derecha una fortaleza como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna. Desde la misma orilla del mar se estiende aquel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primavera, sonrisa de la primavera en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra es la constante compensacion que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una eterna juventud como la gozan las ninfas del paganismo. Estiéndese sin interrupcion por cuanto alcanza la vista, ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizás nos habrian mirado de reojo, y con sobrada razon, si hubiesen sabido que eramos del pais de los Nerones de su casta que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo, pan, fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y despues soltando las inquietas paletas salimos de la bahia y nos internamos en el canal.

Cuál estaba nuestra atencion absorvida en la contemplacion de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondian en sus golfos. Señor, pregunté á un pasajero inglés, en una ocasion en que mas ameno y sonriente se nos habia acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque (1)? No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy anglomano, pues ni me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual pais que se suelen volver armas para zaherir el nuestro; demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; demos nuestra admiracion á aquello que lo merezca en otros paises, y demos nuestro cariño y simpatías á nuestra patria — Asi es, que imparcialmente digo, que cuanto se veia era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, que parecian un poco de frio y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trae Schakspeare á su rey Lear, y que conserva el nombre del gran poeta á quien el agrio y corrosivo Voltaire llamó el San Cristobal de los trágicos. Pero lo que mas interés inspira es la perfeccion con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir los peligros que originan los numerosos escollos de sus costas, con las precauciones que los contrarestan. En Porthsmouth es el admirable Brac Nwater, soberbia obra submarina destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aqui son boyas sujetas con áncoras en bancos de arena; aqui una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, indica un escollo que esconde la mar como traidora arma prohibida. Vése la costa de Inglaterra guarnecida de faros como lo están sus paseos de faroles de gas

Siempre han sido para mí los faros un objeto de atraccion y de simpatía: la soledad y aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpétuo velar, que es su mision; la resistencia inmutable, que es su tarea (lo que les presta cual á no otro monumento, *la solemnidad de las cosas inmóbiles*, como dice Dumas), y sobre todo esto la sublime virtud de la consagracion que simbolizan, hacen que al mirar un faro quede indeciso de cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazon. ¡Oh, sí! un faro es despues de una iglesia el mas santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos genios de luz, descuella el Eddistone. Solo y aislado en medio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo menos que detenerme para inquirir qué hada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué encanto le hizo brotar del seno del mar para guardar en él una princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradicion referir la crónica del Eddistone, que lo hará mejor que la seca y prosáica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follaje y de sus flores, de su sávia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apenas, sí, el furor de las olas, el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas, y la humanidad, esa santa heroina, estiende sobre ella su mano y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no llega á apagar toda la violencia del viento.

Sucedió esto asi:

Un hombre se ofreció á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca una torre que llevase en su frente el salvoconducto de innumerables vidas, una luz en la noche mas oscura, una esperanza para el corazon mas abatido.

Este hombre tenia un buen ángel á su lado, pues solo este pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa; y cuando solo faltaba la última piedra, el mal espíritu, celoso del triunfo del ángel bueno, envió al arquitecto su mejor auxiliar, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: estoy tan seguro ya de mi obra, que desafio á todas las tormentas y tempestades, y *aun al poder de Dios* de impedirme el concluirla.

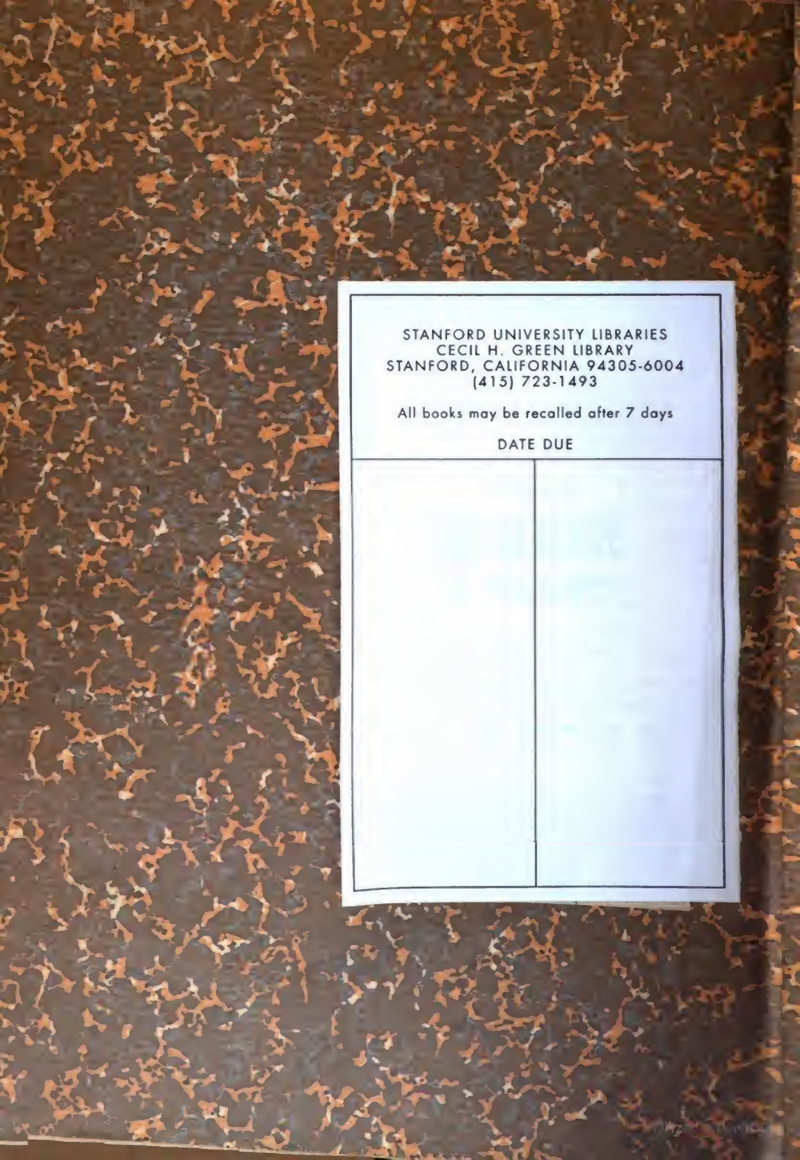
Aquella misma noche se desencadenó tal temporal, que cuando el dia corrió el velo de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, calva y aislada roca—el arquitecto y su obra habian desaparecido—el viento descansaba de su violento arrebato—la mar acababa de borrar con sus olas las últimas huellas de la obra del prevaricador.

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que peligra, para gloria de la humanidad que ampara.

(1) Grandioso bosque jardin

FIN DEL TOMO DE 1851.




STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-1493
All books may be recalled after 7 days
DATE DUE

